Fernand
BRAUDEL

El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II

Portulano. Siglo XVI. Museo Naval, Madrid.

Lectulandia

En las últimas décadas del siglo XVI, la fuerza de España se vio empujada de golpe hacia el Atlántico. Un poderoso movimiento bascular le llevaba del Mediterráneo al océano en que habría de defender su existencia amenazada. Interesarse por este, juego subterráneo de causas y efectos, por esta física de la política de España, equivalía a salirse de los cuadros tradicionales de la historia diplomática y estudiar el Mediterráneo en la dialéctica complejísima del espacio y del tiempo. Este libro, ya clásico, se divide en tres partes, cada una de las cuales es, de por sí, un intento de explicación del conjunto. La primera trata de una historia casi inmóvil, la del hombre en sus relaciones con el medio que le rodea; historia lenta en fluir y en transformarse, hecha de ciclos incesantemente reiniciados. Por encima de esta historia inmóvil se alza, en un segundo nivel, una historia de ritmo lento: la historia social de los grupos y de los estados, de la economía y de las civilizaciones. Finalmente, la tercera parte es la historia de los acontecimientos, una historia de oscilaciones breves, rápidas, nerviosas. Se llega así a la distinción, dentro del tiempo de la historia, de un tiempo geográfico, un tiempo social y un tiempo individual; planos que, superpuestos, no pretenden ser otra cosa que medios de expresión, gracias a los cuales pueden fijarse aquellas grandes corrientes subterráneas y, a menudo, silenciosas, cuyos sentidos solo se nos revelan cuando abrazamos con la mirada grandes períodos de tiempo. La presente edición es traducción de la segunda edición francesa, en la que se incorporaron revisiones muy importantes y muy extensas del texto original y se le dio una organización distinta. Algunos capítulos han sido redactados de nuevo de punta a cabo. El autor, eminente figura de la historiografía francesa, explica que en los quince años transcurridos entre la primera y la segunda edición se habían planteado nuevas problemáticas que le obligaban a alterar la articulación mayor en torno a la cual se había estructurado toda la obra: la dialéctica entre la historia y la geografía. Además, la economía, las ciencias políticas, una determinada concepción de las civilizaciones y un estudio demográfico más atento fueron los puntos que le exigieron mayores modificaciones.

Se ofrece, pues, en este libro, no una mera reedición, mucho menos una reimpresión de la obra de Braudel, sino una verdadera reelaboración de su fundamental y apasionante fresco histórico sobre el Mediterráneo en el siglo XVI.

Fernand Braudel

El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II

ePub r1.0
Titivillus 02.03.2022

Título original: *La Méditerranée et le monde méditerranéenà l'époque de Philippe II*
Fernand Braudel, 1949
Traducción: Mario Monteforte Toledo & Wenceslao Roces & Vicente Simón

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

A Lucien Febvre,
siempre presente,
en prueba
de reconocimiento
y afecto filial

Este libro, dado su tamaño, se publicó en dos volúmenes. Aquí se han unido en uno solo.

Como son muy numerosas las referencias a distintas partes de la obra, tanto en el cuerpo del libro como en la notas y anexos, referenciadas por la página de la edición impresa, se ha optado por figurar en el margen el tomo y el numero de la página.

Hasta nuestros días, no se ha descubierto en el Nuevo Mundo ningún Mediterráneo como el que hay entre Europa, Asia y África…

J. Acosta, Hist. nat. de las Indias, 1588, p. 94.

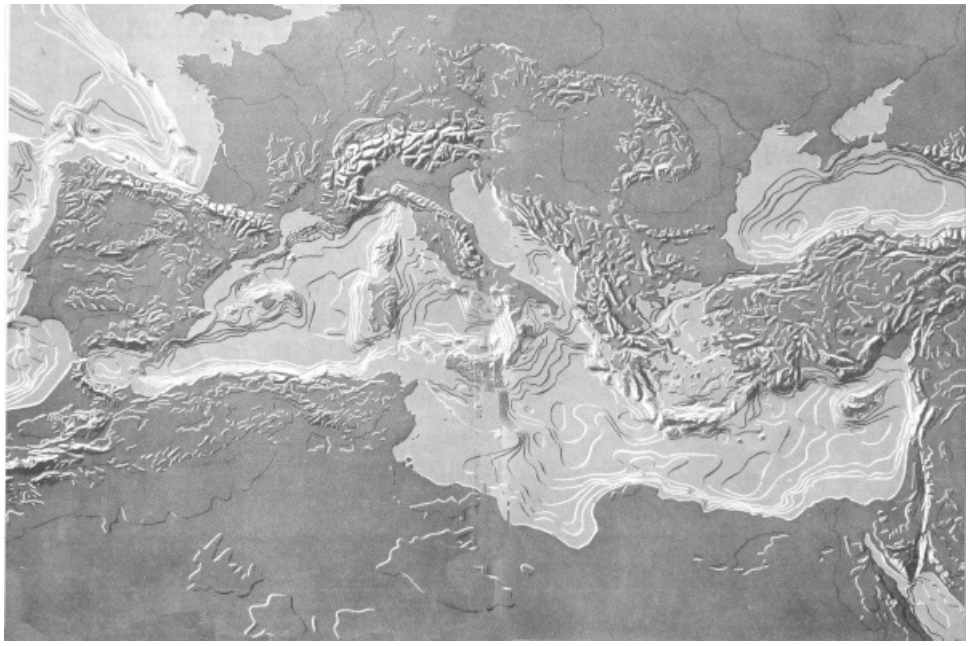


FIGURA 1. *Alturas y depresiones sobre y bajo el nivel del mar representadas con intervalos de 500 metros* (mapa de Jacques Bertin).

PREFACIO A LA PRIMERA EDICIÓN ESPAÑOLA

En la introducción y en la conclusión general de la edición francesa de esta obra, que se reproducen en esta, he tratado de justificar puntualmente su estructura general. El lector a quien interesen los problemas metodológicos puede atenerse a ellas. Le será fácil juzgar por sí mismo sobre lo atinado o lo peligroso de la solución adoptada. Si la nueva historia debe ser, como creo, una reconstrucción del pasado captado en toda su amplitud y en toda su complejidad, tendrá que incorporar en sus cuadros y explicaciones la obra entera, tan rica, de las ciencias sociales, sus vecinas. Por consiguiente, el historiador tendrá que ser, desde luego, historiador, pero también y a un tiempo economista, sociólogo, antropólogo y hasta geógrafo. En este alcance imperialista de lo social (en el sentido amplio de la palabra), no nos extrañemos de que el historiador encuentre ante sí dificultades en verdad insuperables que hacen que la realidad de la vida humana, tanto en el presente como en el pasado, deba captarse en talleres diferentes, por ciencias particulares, y abordarse, en suma, simultáneamente por varios lados. Ninguna inteligencia puede captar hoy la realidad social de una vez y en toda su viviente amplitud. [I-9]

Este libro presenta un triple retrato del prestigioso Mediterráneo del siglo XVI, pero las tres imágenes sucesivas, la de sus constantes, la de sus tardíos movimientos y la de su historia tradicional atenta a los acontecimientos y a los hombres, los tres aspectos se refieren, en realidad, a una misma y única existencia. El lector tendrá que combinar las sucesivas imágenes de este libro, y ayudar así al autor a reconstruir la unidad de un complicado destino, que solo le ha sido posible captar y evocar volviendo a él hasta tres veces. Era

complicada una tarea consistente en sobrepasar los métodos habituales, en no conformarse solo con las falsas perspectivas de la historia tradicional y en buscar, en el movimiento eterno de la vida, lo que cambia con rapidez o con lentitud, a veces con demasiada lentitud.

Pero no quiero defender una vez más mi solución. Conozco sus [I-10]
ventajas, que me sedujeron, pero no ignoro sus defectos ni sus riesgos. No todos los escollos —dicho sea en lengua marinera— han sido evitados. ¿Extrañará a alguien?

En el umbral de este libro (tan diferente en muchos puntos de su original francés, pues ha sido rigurosamente revisado y enriquecido), solo querría expresar con sencillez mi reconocimiento a todos los amigos mexicanos de origen o de adopción que han hecho posible la presente edición en español en la magnífica colección del Fondo de Cultura Económica. Mi reconocimiento se debe en primer lugar al director de tan importante editorial, doctor Arnaldo Orfila Reynal, y casi al mismo tiempo, al magnífico conocedor de la literatura y de la lengua francesas que es el profesor don Manuel Pedroso, a quien agradezco su cariño por este libro desde que apareció y que ha contribuido tan amistosa y eficazmente a su conocimiento. Por idénticas razones estoy agradecido al doctor Eduardo Villaseñor y al diligente bibliógrafo don Felipe Teixidor. No puedo olvidar tampoco la benévola atención que a mi obra y a mí mismo nos ha dispensado el profesor don Jesús Silva Herzog, el admirable maestro de la Escuela Nacional de Economía, el «buen maestro» de alma sensible, incansable en su misión de guiar a las inteligencias jóvenes y a los aprendices de todas las edades en el conocimiento de la economía y de México. Si una obra pudiera dedicarse dos veces, su nombre figuraría en la proa de este pesado navío.

Permítaseme agregar en esta lista los nombres de algunos otros queridos amigos a quienes evoco de buen grado en estas páginas preliminares para que sea venturoso el camino de mi libro a través de las tierras y los mares de lengua española: don Alfonso Reyes, a quien quiero y admiro; don Jaime Torres Bodet, a quien tanto deben la cultura hispánica y la cultura francesa; don José Miranda, el erudito especialista en el siglo XVI mexicano; don Arturo Arnaiz y Freg, mi joven colega de la Universidad de México, apasionado por la historia económica y social de su país; mi ilustre amigo el profesor

don Pedro Bosch-Gimpera; mis jóvenes alumnos don Pablo González Casanova y don Ernesto de la Torre Villar, que por escucharme fueron a París. Gracias también a mis traductores don Mario Monteforte Toledo y el doctor don Wenceslao Roces; a la ilustradora doña Elvira Gascón; a don Francisco González Aramburo y a don Julián Calvo, que han contribuido entre todos a llevar a buen puerto un trabajo largo y difícil.

Me alegro de que mi libro sea una consecuencia de todos esos esfuerzos afectuosos y de que nazca bajo el signo de la amistad. Me alegro por mí mismo, pero también por mi patria y por mis colegas, los historiadores e intelectuales de Francia. En efecto, me parece [I-11] *indudable que los méritos de este libro, señalados por la crítica fuera de Francia, deben inscribirse en el activo del país donde he vivido y pensado, en el activo de una manera de pensar que no es exclusivamente mía. Suelo repetir lecciones aprendidas desde hace mucho, suelo prolongar ideas afines. Los defectos de esta obra, en cambio, deben cargarse exclusivamente en mi cuenta. Me alegro, pues, de que, por encima de mi persona, a través de este libro que he compuesto con cuidado y con cariño, algo del pensamiento histórico francés sea difundido por todo el universo hispánico, gracias al poder de difusión de esa casa activa, admirable y simpática que es el Fondo de Cultura Económica.*

Fernand Braudel

México, 12 de noviembre de 1953

PRÓLOGO A LA PRIMERA EDICIÓN FRANCESA [I-12]

Amo apasionadamente al Mediterráneo, tal vez porque, como tantos otros, y después de tantos otros, he llegado a él desde las tierras del norte. Le he dedicado largos y gozosos años de estudios, que han sido para mí bastante más que toda mi juventud. Confío en que, a cambio de ello, un poco de esta alegría y mucho de su luz se habrán comunicado a las páginas de este libro. El ideal sería, no cabe duda, poder manejar a gusto de uno al personaje de nuestro libro, no perderle de vista un solo instante, recordar constantemente, a lo largo de todas las páginas, su gran presencia. Pero, por desgracia o por fortuna, nuestro oficio no tiene ese margen de admirable agilidad de la novela. El lector que desee abordar este libro como a mí me gustaría que lo abordase hará bien en aportar a él sus propios recuerdos, sus visiones precisas del mar interior, coloreando mi texto con sus propias tintas y ayudándome activamente a recrear esta vasta presencia, que es lo que me he esforzado en hacer en la medida en que he podido… Creo que este mar, como cada cual pueda verlo y amarlo, sigue siendo el más valioso de los documentos para ilustrar su vida pasada. Aunque no haya retenido más idea que esta de las enseñanzas recibidas de los geógrafos que tuve por maestros en la Sorbona, la he hecho mía con una tenacidad que da su tónica y su sentido a mi obra.

Tal vez alguien piense, y con razón, que otro ejemplo más sencillo que el del Mediterráneo me habría permitido destacar con mayor fuerza los nexos permanentes que unen la historia al espacio, sobre todo si se tiene en cuenta que, visto a la escala del hombre, el mar interior del siglo XVI era aún mucho más vasto que en nuestros días. Es un personaje complejo, embarazoso, difícil de encuadrar. Escapa a nuestras medidas habituales. Inútil querer escribir su historia lisa y llana, a la manera usual: «nació el día tantos de tantos…»; inútil tratar de exponer la vida de este personaje buenamente, tal y como las cosas sucedieron… El Mediterráneo no es siquiera *un* mar; es, como se ha dicho, un

«complejo de mares», y de mares, además, salpicados de islas, cortados por penínsulas, rodeados de costas ramificadas. Su vida se halla mezclada a la tierra, su poesía tiene mucho de rústica, sus marinos son, cuando llega la hora, campesinos tanto como hombres de mar. El Mediterráneo es el mar de los olivos y los viñedos, tanto como el de los estrechos barcos de remos o los navíos redondos de los mercaderes, y su historia no puede separarse del mundo terrestre que lo envuelve, como la arcilla que se pega a las manos del artesano que la modela. *Lauso la mare a tente'n terro* («Elogia el mar y quédate en tierra»), dice un proverbio provenzal. Por ello cuesta trabajo saber, exactamente, qué clase de personaje histórico es este Mediterráneo: necesitamos, para llegar a averiguarlo, poner en la empresa mucha paciencia, revolver muchos papeles y exponernos, evidentemente, a ciertos errores inevitables. Nada más nítido que el Mediterráneo del oceanógrafo, o el del geólogo, o el del geógrafo: trátase de campos de estudio bien deslindados, jalonados y marcados por sus etiquetas. No así el Mediterráneo de la historia. Cien advertencias autorizadas nos previenen y ponen en guardia: el Mediterráneo no es esto, ni es aquello, ni lo de más allá; no es un mundo que se baste a sí mismo, no un prado con lindes bien definidas. Desgraciado, diríamos nosotros, aleccionados por la experiencia, desgraciado del historiador que crea que esta cuestión prejudicial ni se plantea, que el Mediterráneo es un personaje histórico que no hay por qué definir, que se halla definido desde hace mucho tiempo, como algo claro y nítido, que cabe reconocer a primera vista y que podemos captar sin más que recortar la historia universal, siguiendo la línea de puntos de sus contornos geográficos. ¿De qué sirven estos contornos para nuestras investigaciones?

¿Podríamos, en efecto, escribir la historia de este mar, aunque solo fuese durante un periodo de cincuenta años, haciéndola detenerse, por una punta, en las Columnas de Hércules, y por la otra, en el pasillo marítimo cuyos bordes vigilaba ya la antigua Ilión? Y estos problemas del encuadramiento, los primeros que se nos plantean, traen en seguida consigo todos los demás: delimitar es definir, analizar, reconstruir y, cuando haga falta, elegir, incluso adoptar una filosofía de la historia.

Es cierto que tenemos ante nosotros, para ayudarnos en esta empresa, una masa portentosa de artículos, de memorias, de libros, de publicaciones, de estudios, unos de historia pura y otros, no menos interesantes, escritos por nuestros vecinos, los etnógrafos, los geógrafos, los botánicos, los geólogos, los especialistas en tecnología… No hay en el mundo ámbito mejor esclarecido, más cargado de humanidad, mejor inventariado que este del mar

interior y el de las tierras iluminadas por su reflejo. Pero, hay que decirlo, aun a trueque de pasar por ingratos a los ojos de nuestros antecesores: esta masa de publicaciones abruma al investigador como una lluvia de ceniza. Muchos de estos estudios hablan en un lenguaje pretérito, anticuado en más de un respecto. Lo que les interesa no es el vasto mar, sino tal o cual minúsculo trozo de su gran mosaico, no su extensa y agitada vida, sino los actos o los gestos de los príncipes y los ricos, un polvo de hechos menudos, que nada tiene que ver con la poderosa y lenta historia que a nosotros nos preocupa. Muchos de estos estudios necesitan ser revisados, reajustados para encuadrarlos dentro del conjunto, removidos para infundirles nueva vida.

No cabe tampoco trazar la historia de este mar sin el conocimiento exacto de las vastas fuentes de sus archivos. Tarea esta que parece superior a las fuerzas del historiador aislado. No hay, en el siglo XVI, Estado mediterráneo cuyos cartularios no estén, por lo general, repletos de documentos salvados de los incendios, de los sitios, de las calamidades de todas clases por las que pasó el mundo mediterráneo. Para inventariar y clasificar estas fuentes auténticas, para sondear estas minas del más bello oro histórico, harían falta, no ya una vida, sino veinte vidas, veinte investigadores, consagrado cada uno de ellos a esta tarea con su vida propia. Tal vez llegue el día en que no se trabaje en las canteras de la historia con nuestros métodos de pequeños artesanos… Ese día, acaso sea dable escribir la historia general sobre los textos originales, y no, como hoy suele hacerse, sobre libros más o menos de primera mano. Huelga decir que, por muy amplio que mi esfuerzo haya sido en este punto, no he podido consultar, ni mucho menos, todos los documentos de los archivos que he tenido a mano; que mi libro se basa en una investigación forzosamente parcial; que sé de antemano que sus conclusiones serán revisadas, discutidas, desplazadas por otras, y que deseo que así sea. Así progresa y tiene que progresar la historia.

Por otra parte, y por su propia naturaleza, por sus realidades técnicas, por su situación cronológica poco favorable entre las últimas grandes llamaradas del Renacimiento y de la Reforma y esa época dura y ya de repliegue que ha de ser el siglo XVII (digamos también entre dos tajos de historia), el Mediterráneo de la segunda mitad del siglo XVI es, indudablemente, como escribía Lucien Febvre, «un tema engañosamente hermoso». ¿Hace falta señalar el interés que encierra? No creemos que carezca de utilidad saber qué sucede en el mar interior en los umbrales de la época moderna, en el momento en que el mundo deja de girar en torno de él, de vivir para él, con él y ajustándose a su ritmo. La decadencia inmediata de este mar y de este mundo,

de que tanto se habla, no me parece un hecho probado; o, más exactamente, todo parece demostrar lo contrario. Pero, al margen de este drama, tengo para mí que todos los problemas planteados por el Mediterráneo son de una excepcional riqueza humana y que interesan, por tanto, a historiadores y no historiadores. Y creo, incluso, que estos hechos ayudan también a iluminar el tiempo presente, que no se hallan desprovistos de «utilidad», en el sentido estricto de la palabra, tal como Nietzsche la exigía de la misma historia.

No voy a extenderme más sobre el aliciente y las tentaciones que este tema encierra. Sus insidias, quiero decir sus dificultades, sus traiciones, ya las he enumerado. Añadiré, si acaso, otra, a saber: que no he podido contar, entre nuestras obras de historia, con ninguna que me brindara una guía segura. Un estudio histórico centrado sobre un espacio líquido encierra todos los encantos, pero también, y más todavía, todos los peligros de una novedad. Ante una balanza cuyos dos platillos, igualmente cargados, se equilibraban, ¿habré tenido razón al inclinarme, a la postre, por el lado del riesgo, al creer, atentando contra la prudencia, que valía la pena correr la aventura?

Puede servirme de excusa la historia misma de este libro. Cuando lo emprendí, en 1923, fue bajo la forma clásica, indudablemente más prudente, de un estudio consagrado a la historia mediterránea de Felipe II. Mis maestros de entonces lo elogiaron mucho. Lo veían encuadrado dentro de los marcos de aquella historia diplomática bastante indiferente a las conquistas de la geografía, poco atenta (como la diplomacia misma con harta frecuencia) a la economía y a los problemas sociales; bastante desdeñosa para los grandes hechos de la civilización, las religiones, así como las letras y las artes, los grandes testigos de toda historia digna de su nombre; de aquella historia diplomática que, arrellanada en su *parti pris*, no se dignaba mirar más allá de las oficinas de las cancillerías, para contemplar las realidades de la vida, espesa y fecunda. Explicar la política del Rey Prudente significaba, ante todo, sopesar las responsabilidades que, en la elaboración de esta política, les cabían al soberano y a sus consejeros y las que incumbían al papel de las cambiantes circunstancias; equivalía a determinar los grandes factores y los factores de menor importancia; a reconstruir el mapa general de la política mundial de España, de la que el Mediterráneo no fue más que un sector, y no por cierto privilegiado.

Al llegar la década de 1580, la fuerza de España se vio, en efecto, empujada de golpe hacia el Atlántico. Era aquí, consciente o no del peligro, donde el vasto imperio de Felipe II tenía que hacerle frente y defender su

existencia amenazada. Un poderoso movimiento bascular lo empujaba hacia sus destinos oceánicos. Interesarse por este juego subterráneo, por esta física de la política de España, anteponiendo estas investigaciones a la clasificación de las responsabilidades de un Felipe II o de un don Juan de Austria, pensando, además, que estos grandes personajes, pese a las ilusiones que pudieran hacerse, fueron con frecuencia juguetes tanto como actores de los acontecimientos, equivalía ya a salirse de los cuadros tradicionales de la historia diplomática; preguntarse, en fin, si el Mediterráneo no había tenido, por encima de este lejano y agitado juego de España como potencia (juego bastante gris, por lo demás, si dejamos a un lado el gran acto pasional de Lepanto), su historia propia, su destino, su poderosa vida, y si esta vida no merecía otra cosa que el papel de un pintoresco telón de fondo; equivalía a dejarse llevar de la tentación de este inmenso y peligroso tema que a la postre me ha aprisionado.

¿Cómo podía no darme cuenta de ello? ¿Cómo perseguir, de archivo en archivo, el documento revelador, sin tener los ojos bien abiertos a esta vida, tan diversa y animada? ¿Cómo no volver la atención, ante tantas actividades nutricias y heterogéneas, a aquella historia económica y social, revolucionaria, que un puñado de trabajadores se esforzaba por elevar, en Francia, al rango que nadie le disputaba ya ni en Alemania ni en Inglaterra, ni en los Estados Unidos, ni siquiera en Bélgica, tan cercana a nosotros, o en Polonia? Captar la historia del Mediterráneo en su masa compleja era seguir el consejo de estos hombres, ponerse a la sombra de su experiencia, acudir en su ayuda, tomar partido por una forma nueva de historia, repensada y elaborada dentro de nuestras fronteras y que merece trasponerlas; una historia imperialista, sí, no cabe duda, consciente de sus problemas y de sus posibilidades, pero deseosa también, por hallarse obligada a romper con ellas, de destruir las formas antiguas, con más o menos justicia, por lo demás, pero esto ¡qué importa! ¿No era una excelente ocasión, al tratar de un personaje que no encaja en ninguno de los moldes establecidos, para aprovecharse de su masa, de sus exigencias, de sus resistencias y de sus celadas, pero también de su brío, en el intento de construir la historia de otro modo del que nuestros maestros nos han enseñado?

Toda obra se siente revolucionaria y pretende ser una conquista, se esfuerza en serlo. El Mediterráneo nos habría prestado un gran servicio, aunque solo hubiese sido por eso, por obligarnos a salir de nuestra rutina.

Este libro se divide en tres partes, cada una de las cuales es, de por sí, un intento de explicación de conjunto.

La primera trata de una historia casi inmóvil, la historia del hombre en sus relaciones con el medio que le rodea; historia lenta en fluir y en transformarse, hecha no pocas veces de insistentes reiteraciones y de ciclos incesantemente reiniciados. No he querido olvidarme de esta historia, casi situada fuera del tiempo, en contacto con las cosas inanimadas, ni contentarme tampoco, a propósito de ella, con las tradicionales introducciones geográficas de los estudios de historia, inútilmente colocadas en los umbrales de tantos libros, con sus paisajes minerales, sus trabajos agrícolas y sus flores, que se hacen desfilar rápidamente ante los ojos del lector, para no volver a referirse a ellos a lo largo del libro, como si las flores no rebrotaran en cada primavera, como si los rebaños se detuvieran en sus desplazamientos, como si los barcos no tuviesen que navegar sobre las aguas de un mar real, que cambia con las estaciones.

Por encima de esta historia inmóvil se alza una historia de ritmo lento: la historia estructural de Gaston Roupnel, que nosotros llamaríamos de buena gana, si esta expresión no hubiese sido desviada de su verdadero sentido, una historia *social*, la historia de los grupos y las agrupaciones. Cómo este mar de fondo agita el conjunto de la vida mediterránea es lo que me he esforzado por exponer en la segunda parte de mi libro, estudiando sucesivamente las economías y los Estados, las sociedades y las civilizaciones e intentando, por último, poner de manifiesto, para esclarecer mejor mi concepción de la historia, cómo todas estas fuerzas profundas entran en acción en los complejos dominios de la guerra. Pues la guerra no es, como sabemos, un dominio reservado exclusivamente a las responsabilidades individuales.

Finalmente, la tercera parte, la de la historia tradicional o, si queremos, la de la historia cortada, no a la medida del hombre, sino a la medida del individuo, la historia de los acontecimientos, de François Simiand: la agitación de la superficie, las olas que alzan las mareas en su potente movimiento. Una historia de oscilaciones breves, rápidas y nerviosas. Ultrasensible por definición, el menor paso queda marcado en sus instrumentos de medida. Historia que tal y como es, es la más apasionante, la más rica en humanidad, y también la más peligrosa. Desconfiemos de esta historia todavía en ascuas, tal como las personas de la época la sintieron y la vivieron, al ritmo de su vida, breve como la nuestra. Esta historia tiene la dimensión tanto de sus cóleras como de sus sueños y de sus ilusiones.

En el siglo XVI, después del verdadero Renacimiento, viene el Renacimiento de los pobres, de los humildes, afanosamente entregados a la faena de escribir, de contarse las cosas, de hablar de los otros. Toda esta preciosa balumba de papeles es harto deformante, invade abusivamente este tiempo perdido, ocupa en él un lugar que desentona de la verdad. El lector que se dedicara a leer los papeles de Felipe II, como si estuviera sentado en el sitio de este, se vería transportado a un mundo extraño, al que le faltaría una dimensión; a un mundo poblado, sin duda, de vivas pasiones: a un mundo ciego, como todo mundo vivo, como el nuestro, despreocupado de las historias de profundidad, de esas aguas vivas sobre las cuales boga nuestra barca, como un navío borracho, sin brújula.

Un mundo peligroso, diríamos nosotros, pero cuyos sortilegios y cuyos maleficios hubiéramos conjurado de antemano, al fijar aquellas grandes corrientes subterráneas y a menudo silenciosas cuyo sentido solo se nos revela cuando abrazamos con la mirada grandes periodos de tiempo. Los acontecimientos resonantes no son, con frecuencia, más que instantes fugaces, en los que se manifiestan estos grandes destinos y que solo pueden explicarse gracias a ellos.

Hemos llegado, así, a una descomposición de la historia por pisos. O, si se quiere, a la distinción, dentro del tiempo de la historia, de un tiempo geográfico, de un tiempo social y de un tiempo individual. O, si se prefiere esta otra fórmula, a la descomposición del hombre en un cortejo de personajes. Tal vez sea esto lo que menos se me perdonará, aunque afirme, defendiéndome de antemano, que también los recortes tradicionales fraccionan la historia viva y sustancialmente una; aunque sostenga, en contra de Ranke o de Karl Brandi, que la historia-relato no es un método, o no es el método objetivo por excelencia, sino también una filosofía de la historia: aunque asevere, y demuestre más adelante, que estos planos superpuestos no pretenden ser otra cosa que medios de exposición y no me abstenga, ni mucho menos, de pasar de uno al otro, sobre la marcha… Pero ¿para qué alegar? Si alguien me reprocha que no he sabido ensamblar los elementos de este libro, espero que encontrará en él, por lo menos, piedras convenientemente cortadas, conforme a las reglas de nuestras canteras.

Espero, también, que nadie me echará en cara mis excesivas ambiciones, el deseo y la necesidad que he sentido de ver las cosas en grande. No creo que la historia esté condenada a no estudiar más que los huertos sólidamente cercados. Si así lo hiciera, ¿no faltaría a uno de sus deberes actuales, que es también el de contestar a los angustiosos problemas de la hora, el de

mantenerse en contacto con las ciencias, tan jóvenes, pero tan imperialistas también, del hombre? ¿Puede existir, en este año de 1946, un humanismo actual, sin historia ambiciosa, consciente de sus deberes y de sus inmensos poderes? «Es el miedo a la gran historia el que ha matado la gran historia», escribía Edmond Faral, en 1942. ¡Ojalá pueda vivir!

La lista de aquellos de quienes me siento deudor es larga. Para ser completa, exigiría un volumen entero. Citaré solamente los nombres esenciales. Mi gratitud se vuelve, ante todo, hacia mis maestros de la Sorbona de hace veinte años: Albert Demangeon, Émile Bourgeois, Georges Pagès, Maurice Holleaux y Henri Hauser, a quien debo mi primera orientación hacia la historia económica y social y cuya viva amistad me ha sostenido y reconfortado constantemente. En Argel, me ha servido de mucho la amistosa ayuda de Georges Yver, de Gabriel Esquer, de Émile-Félix Gautier y de René Lespès; y, en 1931, tuve el placer de oír allí las maravillosas enseñanzas de Henri Pirenne.

Quiero dar las gracias muy especialmente a los archiveros españoles, que tanto me han ayudado en mis investigaciones y que fueron mis primeros maestros de hispanismo: Mariano Alcocer, Ángel de la Plaza, Miguel Bordonau, Ricardo Magdaleno, Gonzalo Ortiz… Los recuerdo a todos con placer, y recuerdo nuestras discusiones en Simancas, capital «histórica» de España. En Madrid, Francisco Rodríguez Marín me acogió con su gracia de príncipe del espíritu… Expreso también mi agradecimiento a los archiveros italianos, alemanes y franceses, a quienes abrumé de consultas, en el curso de mis investigaciones. Y debo mencionar aparte, en este capítulo de gracias, al señor Truhelka, reputado astrónomo e incomparable archivero de Dubrovnik, el gran amigo de mis viajes a través de los archivos y las bibliotecas.

También es muy larga, y dispersa por varios países, la lista de mis colegas y de mis estudiantes en Argel, São Paulo y París, que, en una medida o en otra, me aportaron su ayuda. Debo dar las gracias, especialmente, a Earl J. Hamilton, Marcel Bataillon, Robert Ricard y André Aymard, quienes me prestaron su valioso concurso por diversos conceptos. Entre mis camaradas de cautiverio quiero citar a dos, que se asociaron a mis trabajos: Maître Addé-Vidal, abogado en la corte de Apelación de París, y Maurice Rouge, urbanista y a ratos historiador. Y no olvido tampoco la ayuda que jamás me ha regateado el pequeño grupo de la *Revue Historique* —Maurice Crouzet y Charles-André Julien—, en los tiempos en que Charles Bémont y Louis Eisenmann protegían allí nuestra agresiva juventud.

Pero la mayor parte de mis deudas de gratitud es la que tengo con los *Annales*, con su enseñanza y con su espíritu. Sabido es que procuro hacer honor a ella lo mejor que puedo. Antes de la guerra, solo pude mantener un primer contacto con Marc Bloch. Creo poder asegurar, sin embargo, que he procurado captar hasta los más pequeños detalles de su rico pensamiento.

¿Puedo añadir, por último, que este trabajo que el lector tiene entre sus manos no habría llegado a terminarse tan pronto a no haber sido por la afectuosa y enérgica solicitud de Lucien Febvre? Sus estímulos y sus consejos me ayudaron a salir de una larga zozobra con respecto a la razón de ser del empeño en que me había metido. Es casi seguro que a no ser por él, me habría engolfado una vez más en mis investigaciones y en mis legajos. El inconveniente de las empresas demasiado ambiciosas es que se pierde uno en ellas, a veces con complacencia[1].

Mayo de 1946

PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN FRANCESA [I-21]

He dudado mucho antes de reeditar *El Mediterráneo*. Algunos de mis amigos me aconsejaban que no cambiase nada, ni una palabra, ni una coma, arguyendo que no debía alterar un texto ya clásico. ¿Era justo que escuchase sus palabras? Con el aumento de nuestros conocimientos y los progresos de las ciencias sociales, vecinas de las históricas, los libros de historia envejecen hoy con mucha mayor rapidez que ayer. Basta que transcurran unos instantes para que su vocabulario quede anticuado, su novedad pase a ser tópica, y las explicaciones que ofrece, cuestionables.

Por otra parte, *El Mediterráneo* no data, en realidad, de 1949, año de su publicación, ni tampoco de 1947, año en que se defendió, como tesis, en la Sorbona. El libro, si no escrito enteramente, estaba redactado en sus grandes líneas desde 1939, es decir, coincidiendo en la fecha con el final de la primera y deslumbrante juventud de los *Annales* de Marc Bloch y de Lucien Fevbre, de los cuales es resultado directo. Así pues, el lector hará bien en no dejarse confundir por algunos de los argumentos que aparecen en el prólogo de la primera edición, y que son ataques contra posiciones viejas, olvidadas hoy en el mundo de la investigación, si no en el de la enseñanza. Nuestra polémica de ayer persigue, pues, fantasmas del pasado.

Muy pronto advertí que una nueva edición implicaba una seria y extensa —si no total— revisión del texto, una puesta al día que no se podía limitar a la inclusión de aquellos mapas, esquemas, gráficas e ilustraciones que las dificultades materiales que imperaban en 1949 me habían impedido publicar. Las correcciones, las adiciones y las refundiciones son, a veces, muy considerables, dado que he debido tener en cuenta no solo los nuevos conocimientos, sino algo que es mucho más importante: las nuevas problemáticas. Algunos capítulos han tenido que ser escritos de punta a cabo.

Toda labor de síntesis —como tantas veces repetía Henri Pirenne— provoca una nueva ola de investigaciones especializadas. Tales investigaciones no han faltado, siguiendo la estela de mi libro. Comenzaron tras mis pasos, pero hoy me han arrollado. Necesitaría páginas y páginas para dar cuenta del inmenso trabajo que se ha llevado a cabo desde 1949, en terrenos que conciernen directamente a esta obra, con los libros y estudios, publicados o no, de Ömer Lütfi Barkan y sus alumnos, de Julio Caro Baroja, de Jean-François Bergier, de Jacques Berque, de Ramón Carande, de Álvaro Castillo Pintado, de Federico Chabod, de Huguette y Pierre Chaunu, de Carlo M. Cipolla, de Gaetano Cozzi, de Jean Delumeau, de Alphonse Dupront, de Elena Fasano, de René Gascón, de José Gentil da Silva, de Jacques Heers, de Emmanuel Le Roy Ladurie, de Vitorino Magalhães Godinho, de Hermann Kellenbenz, de Henry Lapeyre, de Robert Mantran, de Felipe Ruiz Martín, de Frédéric Mauro, de Ruggiero Romano, de Raymond de Roover, de Frank Spooner, de Iorjo Tadić, de Alberto Tenenti, de Valentín Vázquez de Prada, de Pierre Vilar, y, finalmente, los trabajos del grupo formado por el llorado Jaime Vicens Vives y sus extraordinarios alumnos. He participado, a veces muy de cerca, en la elaboración de estos trabajos.

Por lo que a mí se refiere, he añadido mucho a la información de la primera edición, en el curso de continuas investigaciones y lecturas en los archivos y bibliotecas de Venecia, Parma, Módena, Florencia, Génova, Nápoles, París, Viena, Simancas, Londres, Cracovia y Varsovia.

Ha habido que integrar todo el material recolectado, y entonces se me han presentado insidiosas cuestiones de método, como inevitablemente había de suceder en un libro de estas proporciones que toma como tema el espacio mediterráneo, considerándolo en sus más vastos límites o abarcando todos los aspectos de su densa y rica existencia. Aumentar la información trae necesariamente consigo el desplazamiento o la eliminación de los antiguos problemas, y la inevitable aparición de otros nuevos, cuyas soluciones se vislumbran difíciles y poco precisas. Por otra parte, durante los quince años que separan esta nueva edición de la redacción inicial, también el autor ha cambiado. Por ello resultaba imposible tocar el libro sin alterar automáticamente el equilibrio de ciertos razonamientos, e incluso la articulación mayor en torno de la cual se había estructurado toda la obra: la dialéctica espacio-tiempo (historia-geografía), que era la justificación original del libro. Me he visto obligado, esta vez, a acentuar perspectivas que apenas había esbozado en el primer texto. La economía, las ciencias políticas, una determinada concepción de las civilizaciones, y un estudio demográfico más

atento son los puntos que más me han solicitado. He multiplicado aquellas nuevas perspectivas que, si no me equivoco, arrojan una luz nueva en la misma médula del libro.

Sin embargo, el problema básico continúa siendo el mismo. Es el problema con el que se enfrenta toda empresa histórica: ¿Es posible aprehender, de una forma u otra, al mismo tiempo, una historia que se transforma rápidamente —cambios tan continuos como dramáticos— y otra, subyacente, esencialmente silenciosa, indudablemente discreta, casi ignorada por quienes la presencian y la viven y que soporta casi inmutable la erosión del tiempo? Esta contradicción decisiva, que debe ocupar siempre el centro de nuestros pensamientos, se revela como un magnífico instrumento de conocimiento y de investigación. Aplicable a todos los aspectos de la vida, reviste necesariamente diferentes formas según sean los términos de la comparación.

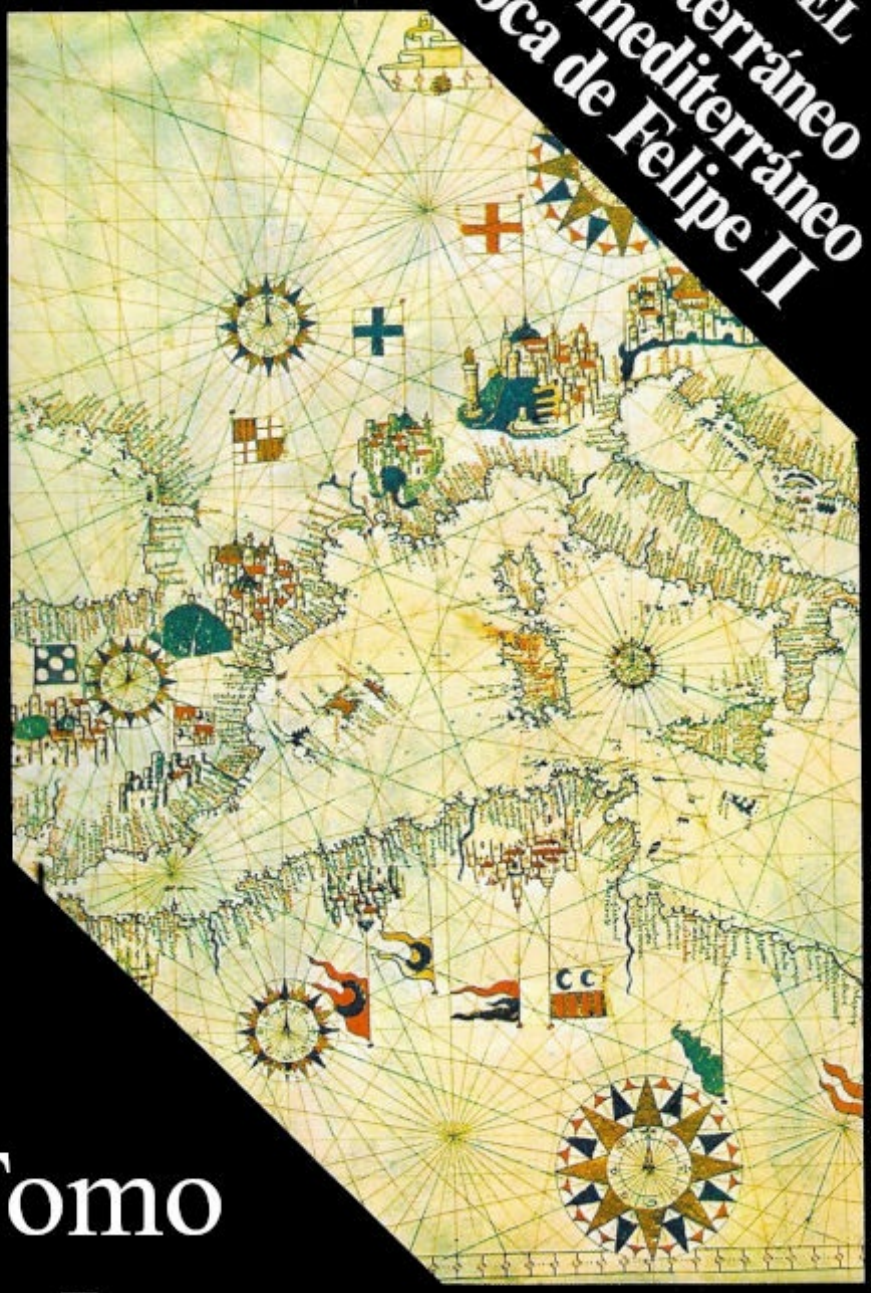
Los historiadores se han habituado cada vez más a describir esta contradicción en términos de *estructuras* y *coyunturas*, las primeras denotando realidades a largo plazo, y a corto plazo las segundas. Es evidente que existen diferentes clases de estructuras, y lo mismo ocurre con las coyunturas, variando unas y otras en sus duraciones. La historia acepta y descubre múltiples explicaciones, y lo hace por desplazamientos verticales, de un plano temporal a otro. Y en cada plano se producen también conexiones y correlaciones horizontales. Esto es lo que ya explicaba, aunque en términos más simples e inequívocos, el prólogo de la primera edición, donde, además, doy cuenta de mis intenciones originales y explico la sucesión de los capítulos de este libro.

19 de junio de 1963

Los mapas y diagramas de esta segunda edición han sido trazados, siguiendo mis indicaciones, en el Laboratorio de Cartografía de la VI Sección de la École de Hautes Études, bajo la supervisión de Jacques Bertin. Quiero expresar mi agradecimiento a la señorita Marthe Briata, a la señora Marianne Mahn, a A. Tenenti y a M. Keul por la ayuda que me han prestado cotejando la bibliografía y leyendo las pruebas.

Fernand BRAUDEL

El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II



Portulano. Siglo XVI. Museo Naval, Madrid.

Tomo I

PRIMERA PARTE
LA INFLUENCIA DEL MEDIO AMBIENTE

[I-25]

COMO su título indica, la primera parte de este libro se centra en torno de la geografía. Pero es una geografía muy *sui generis*, atenta especialmente a cuanto concierne a los factores humanos. Y no solo eso: es también un intento de dar con una particular especie de historia.

Aun en el caso de haber contado con datos más numerosos y perfectamente fechados, no nos habríamos podido contentar con una investigación sobre la geografía humana, limitada estrictamente al periodo que va del año 1550 al año 1600, ni siquiera en el caso de haberla emprendido con la falaz intención de llegar a una explicación determinista. Y dado que ni mucho menos disponemos de testimonios completos, y que ni siquiera han sido recogidos sistemáticamente por los historiadores, no nos queda otra posibilidad, si queremos iluminar ese corto instante de la vida mediterránea que va de 1550 a 1600, sino la de interpolar y analizar imágenes, paisajes y realidades de otras épocas, sean anteriores o posteriores; y algunas son tan posteriores, que las hemos sacado del tiempo que estamos viviendo. El resultado de esta acumulación será un marco en el que, a través del tiempo y del espacio, se desarrolla una historia a cámara lenta que permite descubrir rasgos permanentes. En semejante contexto la geografía deja de ser un fin en sí para convertirse en un medio; nos ayuda a recrear las más lentas de las realidades estructurales, a verlo todo en una perspectiva según el punto de fuga de la duración más larga[1]. También la geografía puede, como la historia, dar respuesta a muchos interrogantes. Y en nuestro caso, nos ayuda a descubrir el movimiento casi imperceptible de la historia, a condición, naturalmente, de que estemos abiertos a sus lecciones y aceptemos sus divisiones y categorías.

El Mediterráneo presenta por lo menos dos rostros. Está compuesto, en primer lugar, de una serie de penínsulas compactas y montañosas, interrumpidas por llanuras esenciales: Italia, la península de los Balcanes, el Asia Menor, el África del Norte y la península ibérica. En segundo lugar, el mar insinúa, entre estos continentes en miniatura, sus vastos espacios, complicados y fragmentados, pues el Mediterráneo, más que una entidad

singular, es un *complejo de mares*. Penínsulas y mares serán las dos especies de ambientes que consideraremos en primer lugar, para, gracias a ellos, establecer las condiciones generales de la vida de los hombres. Pero no bastará con ellos para llegar a saberlo todo.

Por su parte sur el Mediterráneo está muy poco separado del inmenso desierto que se extiende sin pausa del Sahara atlántico al desierto de Gobi, hasta las mismas puertas de Pekín. Del sur de Túnez al sur de Siria el desierto se asoma directamente al mar. Más que un vecino, es un huésped, molesto algunas veces y exigente siempre. El desierto es, pues, uno de los rostros que ofrece el Mediterráneo.

Por su parte norte el Mediterráneo se encuentra con Europa. Esta recibe de él múltiples influencias y, recíprocamente, le afecta con otras igualmente numerosas y a veces decisivas. La Europa del Norte, ese mundo más allá de los olivares, es una realidad con cuya presencia constante cuenta la historia del Mediterráneo. Y el auge de esa Europa, vinculada al Atlántico, será el elemento que decidirá el destino del mar interior en los años finales del siglo XVI.

Los capítulos I, II y III describen la diversidad del mar y trascienden espacialmente sus orillas materiales. ¿Se puede hablar, en estas condiciones, de una unidad física de este mar (capítulo IV, «La unidad física: el clima y la historia») o de una unidad humana necesariamente histórica (capítulo V, «La unidad humana: rutas y ciudades, ciudades y rutas»)? Estas son las etapas que cubre la amplia sección introductoria, la cual se propone dibujar los diferentes rostros y el rostro del Mediterráneo, para así poder comprender mejor, dentro de los límites de lo posible, su destino multicolor.

CAPÍTULO I [I-29]

LAS PENÍNSULAS
MONTAÑAS, MESETAS, LLANURAS

LAS CINCO penínsulas del mar interior se asemejan. Si atendemos a su relieve, vemos que están regularmente divididas entre superabundantes montañas, unas cuantas llanuras, escasas colinas y extensas mesetas. Sin afirmar que esta sea la única manera posible de disecar sus masas, las dividiremos recurriendo a estas sencillas categorías. Cada una de las piezas de tales rompecabezas pertenece a una determinada familia y puede clasificarse de acuerdo con una evidente tipología. De modo que en lugar de considerar cada península como una entidad autónoma, trataremos de ver únicamente la analogía de los materiales componentes. Dicho con otras palabras: extendamos las piezas del rompecabezas y comparemos lo comparable. Incluso en el plano histórico aportará no poca luz esta fragmentación y su posterior reordenación.

I. EN PRIMER LUGAR, LAS MONTAÑAS

El Mediterráneo es, por definición, un mar rodeado de tierras, encerrado entre ellas. Sin embargo, hay que distinguir entre las tierras que abrazan y circundan este mar. ¿El Mediterráneo no es, ante todo, un mar entre montañas? ¿Y no conviene destacar esto con fuerza sobre el plano de la historia, ya que, generalmente, este hecho y sus múltiples consecuencias pasan inadvertidos?

Características físicas y humanas

Y no es que los geólogos ignoren ese hecho y dejen de explicarlo. El Mediterráneo, nos dicen, está situado todo él en la zona de los pliegues y las fallas de la era terciaria que se extienden por el Viejo Mundo, de Gibraltar a

Insulindia; más aún, constituye exactamente una parte de esta zona. Pliegues recientes, de la edad de los Pirineos los unos, los otros de la edad de los Alpes, han removido y puesto en acción los sedimentos de un Mediterráneo secundario mucho más grande que el nuestro, principalmente enormes yacimientos calcáreos cuyo espesor excede a veces de 1000 metros. Muchas veces, estos violentos pliegues han venido a depositarse sobre moles de viejas y duras rocas, que casi siempre se han realzado (formando, por ejemplo, las Cabilias), incorporándose otras veces a poderosas cadenas montañosas, como en el caso del Mercantour, y de numerosos macizos axoideos de los Alpes y los Pirineos, y que, en ocasiones, con mayor frecuencia aún, se han hundido —en relación con algún fenómeno más o menos volcánico—, para ser recubiertos por las aguas del mar.

Aunque interrumpidas por las cuencas marítimas, las montañas se entrelazan de un borde a otro de las fosas líquidas, formando sistemas vastos y coherentes. Un puente comunicó en tiempos Sicilia con Túnez; otro, el puente bético, unió a España y Marruecos; el puente egeo se tendía de Grecia al Asia Menor (su desaparición es tan reciente —en términos geológicos— que coincidiría con el diluvio de que nos habla la Biblia); sin referirnos a los continentes, como la Tirrénida, de los que solo quedan algunas islas como testigos y fragmentos adheridos al litoral. Todo esto suponiendo, claro está, que las hipótesis geológicas respondan a la realidad, pues se trata solamente de hipótesis[1]. En todo caso, puede afirmarse como un hecho innegable la unidad estructural del espacio mediterráneo, cuyo «esqueleto» son las montañas; un esqueleto macizo, desmesurado, omnipresente, que por todas partes atraviesa la piel.

Las montañas acusan su presencia por todas partes en torno del mar, salvo algunas interrupciones de insignificante extensión, como el estrecho de Gibraltar, el umbral de Narouze, el corredor del Ródano y los estrechos que van del Egeo al Mar Negro. Solo encontramos una laguna —muy extensa, es cierto—, la que se extiende desde el sur de Túnez hasta Siria, a lo largo de muchos miles de kilómetros: la mesa del Sahara, con una serie de ondulaciones, que llega directamente hasta el mar. Montañas altas, anchas, interminables: los Alpes, los Pirineos, los Apeninos, los Alpes dináricos, el Cáucaso, las montañas de Anatolia, el Líbano, el Atlas, las cordilleras de España. Se trata, pues, de poderosos y exigentes personajes. En unos casos, por razón de su altura; en otros, por sus formas compactas, tendidas a lo ancho y mal cortadas por valles poco accesibles, profundos y encajonados. Todos vuelven sus rostros imponentes y huraños hacia el mar[2].

El Mediterráneo no son, pues, solo los paisajes de viñedos y olivares, las zonas urbanizadas y las franjas frondosas; es también, pegado a él, ese otro país alto y macizo; ese mundo erguido, erizado de murallones, con sus extrañas viviendas y sus caseríos, con sus «nortes cortados a pico»[3]. Nada recuerda aquí el Mediterráneo clásico y risueño en el que florece el naranjo.

Los inviernos, en estos parajes, son desoladores. La nieve cae abundante en el Atlas marroquí. Lo supo bien León el Africano cuando, al franquearlo en invierno, tuvo la mala fortuna de que le robasen el bagaje y la ropa…[4]. Pero ¿qué viajero del Mediterráneo no ha conocido también los tremendos aludes de la época invernal, los caminos bloqueados por la nieve, los paisajes siberianos y polares a unos cuantos kilómetros solamente de la costa soleada, las casas montenegrinas sepultadas bajo las nevadas o la garganta de Tirurdat, en la Cabilia, donde se concentran espantosos torbellinos y llegan a caer hasta cuatro metros de nieve en una sola noche? Los esquiadores de Crea pueden deslizarse en una hora hasta Argel, cubierta de rosas, mientras a 120 kilómetros solamente de allí, en el Yuryura, cerca del bosque de cedros de Tindja, los indígenas se hunden en la nieve hasta la rodilla. ¿Quién no conoce también, en estos parajes, las nevadas tardías que duran, a veces, hasta bien entrado el verano y que, según dice un viajero «*enfrían los ojos*»?[5] Las nieves perpetuas salpican de manchas blancas la cima del Mulhacén, mientras a sus pies Granada se asfixia bajo un calor sofocante; se amontonan en el Taigeto, a la vista de la cálida planicie de Esparta; se conservan sin fundirse en los ventisqueros de las montañas libanesas o en los «glaciares» de Crea[6].

[I-32]

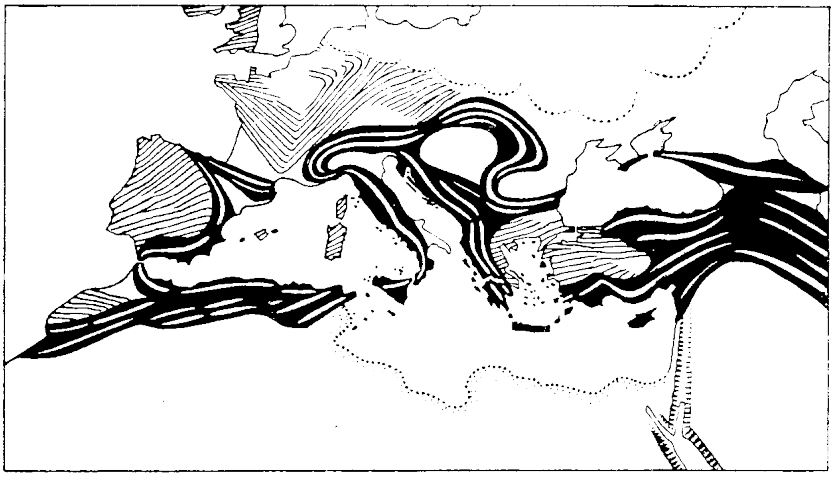


FIGURA 2. *Los plegamientos del Mediterráneo*.
Los macizos hercinianos corresponden a las zonas rayadas; en negro, los plegamientos alpinos; las líneas blancas indican la dirección de las cadenas montañosas. Al sur, la plataforma sahariana, en blanco, bordea el Mediterráneo desde Túnez hasta Siria. Al este, las fracturas tectónicas del Mar Muerto y del Mar Rojo. Al norte, las planicies intra-alpinas y extra-alpinas, en blanco. La línea de puntos marca el límite extremo de los antiguos glaciares.

Estas nieves perpetuas nos explican la larga historia del «agua de nieve» de la zona del Mediterráneo, que ya Saladino dio a beber a Ricardo Corazón de León y de la que el príncipe Carlos abusó hasta encontrar la muerte, en el caluroso mes de julio de 1568, estando preso en el palacio de Madrid[7]. En la Turquía del siglo XVI, el «agua de nieve» no era siquiera un lujo de los ricos. En Constantinopla, y en otros lugares —Trípoli de Siria, por ejemplo—[8], los viajeros mencionan a vendedores de agua de nieve, trozos de hielo y sorbetes, artículos que se pueden comprar por unas pocas monedillas[9]. Belon du Mans nos refiere que la nieve de Brusa llegaba a Constantinopla en cargamentos enteros[10]. Podía obtenerse en cualquier época del año, dice Busbec, quien se sorprende al ver que los jenízaros la beben diariamente en Amasia, en Anatolia y en los campamentos del ejército turco[11]. El comercio de la nieve es tan importante que los Pachás se interesan en la explotación de las *minas de hielo*: Mehemet Pachá ganaba con ellas, según se dice en 1578, hasta 800 000 cequíes al año[12].

En Egipto, donde relevos de veloces caballos la llevaban de Siria a El Cairo; en Lisboa, adonde se hacía venir de muy lejos[13]; en Orán, el presidio español de África, adonde la nieve llegaba de España en los bergantines de la Intendencia[14]; en Malta, donde los caballeros, si hemos de creerlos, morían cuando no les llegaba la nieve proveniente de Nápoles, pues, por lo que parece, sus enfermedades requerían «este remedio soberano»[15], era, al contrario, artículo de lujo. En cambio, tanto en Italia como en España parece ser que estaba bastante extendida la consumición de agua de nieve. Eso explica el temprano desarrollo, en Italia, del arte de confeccionar sorbetes y helados[16]. Tan productiva era su venta en Roma, que se convirtió en monopolio[17]. En España se metía la nieve en grandes pozos, donde se conservaba hasta el verano[18]. Sin embargo, peregrinos occidentales encaminados a Tierra Santa se muestran sorprendidos cuando ven, en 1494, en la costa siria, que el propietario de su barco recibe el regalo de «un saco lleno de nieve, la vista del cual en este país, en pleno mes de julio, colmó de asombro a la tripulación»[19]. Y en esta misma costa siria, en 1553, un veneciano nota con sorpresa que los «*moros, ut nos utimur saccharo, iter spargunt nivem super cibos et sua edulia*»[20], «ponen nieve en sus platos y alimentos del mismo modo que nosotros les ponemos azúcar».

En pleno corazón del cálido Mediterráneo, estas regiones nevadas acusan su poderosa fuerza de originalidad. Sus masas ubicuas dominan las planicies, la franja frondosa del litoral, todas esas creaciones brillantes, pero diminutas, esas comarcas «felices», siempre necesitadas de hombres, como más adelante

veremos, y que reclaman vías de comunicación para su abundante tráfico. Se imponen a las tierras bajas, pero les infunden temor. El viajero, cuando puede, procura sortear los obstáculos, circular, por así decirlo, sin salir del piso bajo, de planicie en planicie, pasando de un valle a otro. Solo cuando no tiene más remedio se aventura por ciertas sendas escarpadas, por desfiladeros de siniestro nombre. Pero sale de ellos lo antes posible. El viajero se siente, se sentía sobre todo hasta ayer, prisionero de las tierras llanas, de los jardines, del deslumbrante litoral, de la vida abundosa del mar.

Y, a decir verdad, ¿no le ocurre también al historiador algo parecido? También él se entretiene morosamente en la planicie, en la escena teatral en que se mueven los príncipes y los poderosos de la hora; no parece en absoluto deseoso de internarse en las altas y cercanas montañas. Más de uno se sorprende al descubrirlas, pues rara vez el historiador se aleja de las ciudades y de sus archivos. Y, sin embargo, ¿cómo es posible que pasen inadvertidos esos grandes y encumbrados actores de la historia, esas montañas pobres, medio salvajes, pero en donde el hombre brota como una planta vivaz, y, al mismo tiempo, sin embargo, semidesiertas, puesto que el hombre siente el impulso de abandonarlas continuamente? Es difícil ignorarlas, pues muchas veces llegan hasta el mismo mar y terminan en largas costas escarpadas, en los más clásicos paisajes mediterráneos[21]. El montañés es un tipo de hombre conocido de toda la literatura del Mediterráneo. Ya, según Homero, los cretenses desconfían de los salvajes de sus montañas, y Telémaco, de vuelta en Ítaca, evoca aquel Peloponeso cubierto de bosques, donde vivió entre mugrientos aldeanos «comedores de bellotas»[22].

Definición de la montaña

¿Qué es exactamente una montaña? Sería una inútil minuciosidad pretender dar una definición precisa diciendo, por ejemplo, que en su conjunto las tierras mediterráneas sobrepasan los 500 metros de altura. De lo que se trata es de fijar los límites humanos, forzosamente inciertos y variables, y, por tanto, difíciles de señalar sobre el mapa. Raoul Blanchard nos advirtió hace ya bastante tiempo: «Es casi imposible dar una definición de la montaña que sea a la vez clara y comprensiva»[23].

¿Diremos, entonces, que las montañas son algo así como los barrios pobres del Mediterráneo, sus reservas proletarias? Esta afirmación podría ser cierta, muy a grandes rasgos. Pero en el siglo XVI nos encontramos con muchas regiones pobres enclavadas más abajo de los 500 metros, como las

estepas de Aragón o las marismas pontinas… Por lo demás, hay numerosas montañas que, si no muy ricas, se hallan por lo menos bastante favorecidas por la Naturaleza y relativamente pobladas. Algunos de los valles más altos del Pirineo catalán son capaces de absorber «parte de sus propios emigrantes, de un pueblo a otro»[24]. Y hay muchas montañas que son ricas a causa de las abundantes lluvias: según Arthur Young, importa poco el suelo en el clima mediterráneo: «la lluvia y el sol se encargan de todo». Los Alpes, los Pirineos, el Rif o las Cabilias, todas estas montañas que miran hacia el oeste y están expuestas a los vientos del Atlántico, son comarcas verdegueantes, con jugosos pastos y espesos bosques[25]. Otras montañas son ricas, en cambio, por su subsuelo, por sus recursos minerales. Otras se hallan muy densamente pobladas, por haberse replegado sobre ellas poblaciones de las tierras de abajo, circunstancia esta que se ha repetido incontables veces.

La montaña, como atestiguan tantos documentos y la misma Biblia, es un baluarte contra los soldados o los piratas[26]. A veces, de baluarte temporal se convierte en refugio definitivo[27]. Lo demuestra con bastante claridad el ejemplo de los puszto-valacos, que desalojados de las llanuras por los campesinos eslavos y griegos, vagaron como nómadas durante toda la Edad Media a lo largo de los espacios libres de los Balcanes, de Galitzia a Serbia y al mar Egeo, empujados sin cesar, pero empujando, a su vez, a otros[28]. Igualando a los ciervos «en ligereza, bajaban de las montañas para hacerse con algún botín», escribe un viajero del siglo XII[29]. «Pasearon sus rebaños de ovejas y sus capotes negros por toda la península, hasta el cabo Matapán y Creta, encontrando su mejor refugio en los dos macizos más altos, el Hemus y el Pindo. De estas dos montañas descendieron sobre los llanos para irrumpir bruscamente en la historia bizantina, a comienzos del siglo XI»[30]. Todavía en el siglo XIX los vemos merodear en torno de esas dos montañas, como pastores y agricultores y, sobre todo, como arrieros de esas caravanas de mulas que constituyen el más importante medio de transporte en Albania y el norte de Grecia[31].

Son, pues, muchas las montañas que, en la cuenca del Mediterráneo constituyen otras tantas excepciones a aquella regla de pobreza y desolación, de que encontramos tan abundantes pruebas en los viajeros y en otros testigos del siglo XVI. Desolados eran los parajes de la Alta Calabria que, en 1572, atravesó el embajador de Venecia para reunirse en Mesina con don Juan de Austria[32]; desoladas la sierra Morena en Castilla[33], y las sierras de Espadán y de Bernia[34], en el reino de Valencia, acerca de las cuales hicieron averiguaciones en 1564 las autoridades de Madrid, temerosas de que se

agitaran en ellas los moriscos y se encendiera de nuevo la guerra en aquellos abruptos parajes, en los que ya levantiscos de 1526 habían resistido a los lansquenetes alemanes; más desolados aún, eternamente desolados, los montes agrestes y pelados del interior de Sicilia, y tantas otras montañas estériles, hostiles incluso a la vida pastoril[35].

Pero estos son los casos extremos. Según el geógrafo J. Cvijić[36], la montaña —él se refiere a las de la zona balcánica, pero sus observaciones pueden extenderse a todo el mundo mediterráneo— es la zona del *habitat* disperso, de las aglomeraciones de tipo aldeano; la llanura, en cambio, es el medio propicio a las poblaciones urbanas, a la ciudad. Esta distinción es válida para la Valaquia y, en grado mayor aún, en Hungría, en las enormes aldeas de la Puszta y la Alta Bulgaria, donde las aglomeraciones aldeanas, en otro tiempo medio pastoriles, se conocen con el nombre de *kolibé*. Así sigue ocurriendo todavía hoy en Serbia, en Galitzia y en Podolia. Claro que todo esto es exacto solamente en términos relativos. En muchos casos nos sería difícil marcar sobre un mapa, con precisión, la zona de las poblaciones de tierra baja —a veces, verdaderas aglomeraciones urbanas— y las de los caseríos de las regiones altas, que suman a veces solamente un puñado de casas, pertenecientes en ocasiones a una sola familia. Un concienzudo estudio del mismo autor sobre los confines serbio-búlgaros, entre Kumanil y Kumanovo[37], lleva a la conclusión de que es punto menos que imposible establecer una delimitación precisa. Además, ¿podríamos extender esta realidad del continente balcánico, sin más, a la cercana Grecia[38] y, principalmente, a este Occidente, tan influido también por la vida del mar, que ha vivido largos siglos bajo el temor de los piratas, siempre en guardia contra las agresiones de la llanura, tantas veces saqueado y devastado y, para colmo de males, en tantas regiones azotado por un clima malsano? Nos vienen al recuerdo las grandes aldeas de Córcega, de Cerdeña, de Sicilia, de la Provenza, de las Cabilias y del Rif. Pero una cosa es cierta: tanto si habita en pequeñas aldeas como en pueblos grandes, la población montañesa resulta, por lo general, insignificante en comparación con los vastos espacios, de difícil tránsito, que la circundan. Son centros de población parecidos a los primeros del Nuevo Mundo, también ellos sumergidos en un espacio superabundante y en gran parte estéril[39] u hostil, y carentes, por tanto, de contactos e intercambios, sin los cuales nunca puede renovarse la civilización[40]. La montaña se ve forzada a vivir de sí misma en cuanto a lo esencial; debe producirlo todo, como sea: cultivar la vid, el trigo y el olivo, aunque ni el suelo ni el clima sirvan para ello. Sociedad, civilización,

economía: todo presenta aquí un carácter acusado de arcaísmo y de pobreza[41].

Muy a grandes rasgos podemos hablar, pues, de una población montañesa diluida, y más exactamente aún, de una civilización incompleta, truncada, insuficiente, efecto de la escasez de población humana. En un bello libro, Heinrich Decker[42] ha estudiado el florecimiento de una cultura artística en los Alpes; es cierto, pero los Alpes son los Alpes, es decir, una montaña excepcional por sus recursos, sus disciplinas colectivas, la calidad de su población, la abundancia de sus vías de comunicación y la importancia extraordinaria de sus contactos. Cuando se habla de las montañas del Mediterráneo no hay que referirse precisamente a los Alpes, sino más bien a los Pirineos, a su historia violenta, a su crueldad primitiva. Y aun podríamos decir que los Pirineos son, por su parte, una región bastante privilegiada; en rigor, podría hablarse, incluso, de una civilización pirenaica, dando a esta palabra su prístino sentido de auténtica civilización. ¿Acaso no ha habido en el Pirineo catalán —región a la que habremos de referirnos con frecuencia— una vigorosa arquitectura románica[43], nacida en los siglos XI y XII y llamada a sobrevivir, caso curioso, hasta el XVI?[44] Muy otra cosa acontece en el Aurès, en el Rif o en las Cabilias.

Montañas, civilizaciones y religiones

Por lo común, la montaña es un mundo adusto. Un mundo marginal, situado a extramuros de las civilizaciones, que son producto de las ciudades y de las tierras llanas. Su historia consiste en no tenerla, en permanecer casi siempre al margen de las grandes corrientes civilizadoras, que discurren lentamente, pasando de largo ante el mundo de la montaña. Capaces de extenderse ampliamente en sentido horizontal, estas corrientes parecen impotentes para ascender en sentido vertical y se detienen ante un obstáculo de varios centenares de metros de altura. Para estos mundos encaramados, sin contacto con las ciudades, ni la misma Roma, a pesar de la pasmosa duración de su poderío, significó gran cosa[45], a no ser por los campamentos de las legiones que para su propia seguridad establecía el imperio en los bordes mismos de estas moles insumisas; así surgió, por ejemplo, León, al pie de los montes Cantábricos; así Djemilah, en las estribaciones del Atlas berberisco; así nacieron Timgad y Lambesa, donde acampó la *III legio augusta*.

Por la misma razón, el latín no llegó a prevalecer como lengua en parte alguna de estos macizos hostiles del norte de África y de las Españas, y la

casa latina tuvo siempre su asiento en las tierras llanas[46]. Fuera de algunas infiltraciones locales, no tuvo nunca acceso a la montaña. Más tarde, cuando la Roma de los Césares dejó el sitio a la Roma de San Pedro, el problema siguió siendo el mismo. Solo allí donde su acción pudo renovarse y reiterarse tenazmente, con insistencia pedagógica, logró la Iglesia ganar y evangelizar a aquellos indómitos pastores y campesinos. Y aun así, necesitó para ello muchísimo tiempo. En el siglo XVI estaba lejos de haberse coronado la tarea, tanto para el catolicismo como para el islamismo, que hubo de tropezar con el mismo obstáculo. Y aún en la actualidad, no puede decirse que los beréberes del norte de África, parapetados en sus montañas, hayan sido ganados del todo, o al menos discretamente, a la fe de Mahoma; y otro tanto ocurre con los kurdos, en Asia[47]. En Aragón, en Valencia o en las tierras de Granada, la montaña representa, a la inversa, una zona de disidencia religiosa, de supervivencia de ciertos vestigios de la fe musulmana[48], del mismo modo que las altas colinas selváticas y *desconfiadas* de Luberón protegen todavía hoy a los restos de los valdenses[49]. Por todas partes, en el siglo XVI, vemos que las alturas de las montañas están unidas por hilos muy tenues a las religiones dominantes de la orilla del mar. Por todas partes, así en lo espiritual como en los demás aspectos de la civilización, encontramos desajuste, extraordinario rezagamiento en la vida montañesa.

Una prueba de ello la tenemos en la facilidad con que, al amparo de circunstancias propicias, las nuevas religiones logran en las regiones altas conquistas masivas, aunque inestables. En el mundo balcánico del siglo XVI abrazaron la fe del islam, en Albania y Herzegovina, alrededor de Sarajevo, zonas enteras de la montaña, lo que demuestra lo mal ensambladas que estaban con el cristianismo. Y hemos de ver que el mismo fenómeno se repite en la guerra de Candía, en 1647: un número importante de montañeses cretenses renegaron de su fe e hicieron causa común con los turcos. Veremos también cómo en el siglo XVII, ante la presión rusa, el Cáucaso se pasó al lado de Mahoma e hizo surgir, para su propio uso, una de las formas más virulentas del islamismo[50].

En las montañas, la civilización tiene, pues, un valor poco seguro. Pedraza, en su *Historia eclesiástica de Granada*, escrita en tiempo de Felipe IV, afirma: «No hay que admirarse de que los habitantes de las Alpujarras [que son, como se sabe, unas montañas altísimas de la región de Granada] hayan abandonado con tanta facilidad su antigua fe. Los que hoy las habitan son *cristianos viejos*, no corre por sus venas ni una gota de sangre impura, son súbditos de su Rey Católico y, sin embargo, faltos de directores,

y a consecuencia de la opresión en que viven, ignoran de tal modo lo necesario para su salvación, que apenas si quedan entre ellos algunos vestigios de la religión cristiana. ¿Cree alguien que si, lo que Dios no quiera, los infieles se enseñorearan de nuevo de su país, tardarían mucho en abandonar su fe y en abrazar las creencias de los vencedores?»[51]. Como se ve, el texto es definitivo.

Así surge una geografía religiosa aparte de los mundos montañeses, mundos que parecen constantemente destinados a ser conquistados o reconquistados espiritualmente. Esta observación da sentido a muchos pequeños hechos presentados sin comentario por la historia religiosa tradicional, muy especialmente durante la evangelización y predicación organizadas en los siglos XV y XVI entre los pobladores de estas regiones altas.

Aunque de poco relieve, no deja de tener su significación el hecho de que Santa Teresa (que siendo niña soñaba con encontrar el martirio entre los moriscos de la sierra de Guadarrama)[52] fundara en Duruelo el primer monasterio de frailes carmelitas reformados. La casa en que se estableció el convento era propiedad de un hidalgo de Ávila. «Un portal bastante espacioso, una sala con su desván y una pequeña cocina componían el edificio», según lo describe la santa, quien dispuso que del portal se hiciera una capilla, del desván el coro y de la sala el dormitorio. En este «perfecto cuchitril» se instaló San Juan de la Cruz con un compañero, fray Antonio de Heredia, quien pudo reunirse con él en el otoño, llevando consigo a otro fraile de su orden, el hermano José. Allí vivieron, entre las nieves del invierno abulense, la más frugal de las vidas monásticas; pero no una vida enclaustrada, pues salían a menudo, marchando descalzos por espantosos caminos a predicar el Evangelio a los campesinos como a salvajes[53].

Es todo un capítulo de la historia de las misiones el que nos deja entrever, por ejemplo, la literatura religiosa consagrada a la vida religiosa de la isla de Córcega en el siglo XVI; tanto más significativo cuanto que, algunos siglos atrás, el pueblo corso había sido catequizado ya por los franciscanos. ¿Qué huellas había dejado en la isla esta primera conquista espiritual de la fe católica? Múltiples documentos nos revelan que, en el momento en que la Compañía de Jesús llegó a la isla para imponer la ley y el orden romanos, la vida espiritual de sus pobladores habíase convertido en algo muy extraño. Los curas no sabían leer, no tenían la menor idea del latín ni de la gramática y, lo que era aún más grave, ignoraban hasta la forma del sacramento del altar. Vestidos con frecuencia como los seglares, eran toscos campesinos como los que trabajaban las tierras o en los bosques, y mantenían a sus hijos a los ojos

de todo el mundo. El cristianismo de sus feligreses era harto singular, pues ignoraban hasta el Credo y el Padrenuestro; algunos no sabían ni siquiera santiguarse. Las supersticiones florecían por doquier. La isla era idólatra, bárbara y vivía a medias fuera de la cristiandad y la civilización. El hombre, allí, era implacable para el hombre. Se mataban hasta en plena iglesia y los curas no se quedaban atrás en el manejo de la daga tradicional y el trabuco, la nueva arma que había hecho su entrada en la isla hacia mediados de siglo, recrudeciendo y envenenando todavía más las querellas. Mientras tanto, en las iglesias desmanteladas llovía como afuera, crecía la hierba y se alojaban los reptiles… Aun descontando la natural exageración de los misioneros, aun de los mejor intencionados, no cabe duda de que el cuadro es sin embargo verídico en su conjunto. Un rasgo lo completa, y es que este pueblo semisalvaje era capaz, a pesar de todo, de grandes arrebatos espirituales y de un entusiasmo súbito y espectacular. Apenas llegaba al pueblo un predicador de fuera, la iglesia se llenaba de montañeses que no encontraban cabida en el templo; los últimos en llegar permanecían a pie firme bajo la lluvia y los penitentes acudían a confesarse hasta las horas de la media noche…[54]. Y lo mismo en el país musulmán: lo que sabemos de la conquista morabita de las montañas de Sous, en el siglo XVI, a través de los hagiógrafos de la época —principalmente Ibn Askar— nos permite comprender la atmósfera de lo maravilloso en que vivían los santos y sus admiradores: «Los encontramos confundidos con una muchedumbre de intrigantes, de locos y de pobres de espíritu»[55].

No es de extrañar que el folclore de estas altas regiones revele una credulidad totalmente primitiva. La magia y la superstición llenan aquí la vida de todos los días, propiciando conjuntamente los arrebatos místicos y las peores supercherías[56]. Un relato del dominico Bandello[57] nos transporta a una pequeña aldea de los Alpes de Brescia, a comienzos del siglo XVI: unas cuantas casas, arroyos, una fuente, vastos graneros y, en medio de la aldehuela, el cura, ocupado en bendecir los umbrales de las casas, los campos, los establos, en predicar el bien y en dar ejemplo con sus virtudes. Pero apenas una joven montañesa llegaba a llenar su cubo en la fuente del presbiterio, el santo varón se inflamaba de amor y concupiscencia. «Estáis amenazados de fieros males —explicaba a su rebaño—; un monstruo dotado de alas, un grifo, un ángel exterminador, se abatirá sobre vosotros, en castigo por vuestros pecados. Tan pronto aparezca, haré sonar la campana; cuando la oigáis, os taparéis los ojos y os quedaréis inmóviles». Dicho y hecho: nadie

chistó hasta el segundo tañido de la campana… Y Bandello, el autor del relato, no cree necesario protestar de su veracidad.

Este no es más que un simple ejemplo sacado del inmenso acervo de supersticiones campesinas que los historiadores aún no han investigado seriamente. Extensas y virulentas epidemias *diabólicas* se extienden de un extremo a otro entre las antiguas poblaciones europeas, aterrándolas, sobre todo en las zonas altas, cuyo aislamiento las mantiene en estadios muy primitivos. Brujos, hechicerías, prácticas mágicas primitivas, misas negras: floración de un antiguo subconsciente cultural del que la civilización de Occidente no consigue *liberarse*. Las montañas son el refugio por excelencia de estas culturas aberrantes, surgidas de la noche de los tiempos, que persistirán aún después del Renacimiento y la Reforma. A finales del siglo XVI hay montañas *mágicas* por todas partes, de Alemania a los Alpes milaneses y piamonteses; del Macizo Central, en efervescencia revolucionaria y *diabólica*, a los soldados ensalmadores de los Pirineos; del Franco Condado al País Vasco. En la región de Rouergue, en 1595, «los brujos reinan sobre las masas ignorantes»; la carencia de iglesias locales hace que la misma Biblia resulte desconocida. Y por todas partes el aquelarre viene a ser una compensación social y cultural, revolución mental a falta de una revolución social llevada adelante con coherencia[58]. El diablo recorre todos los caminos de Europa en el momento en que el siglo XVI toca a su fin, y más todavía durante las primeras décadas del siglo siguiente. Y parece ser que se adentra en España a través de los elevados pasos de los Pirineos. En Navarra, en 1611, la Inquisición castiga con severidad a una secta de más de 12 000 adeptos, los cuales «adoran al diablo, le levantan altares y tienen trato familiar con él»[59]. Pero dejemos este interesante tema: lo que nos importa en este momento es el problema de la disparidad y retraso del mundo de la montaña en comparación con las tierras bajas.

La libertad montañesa[60]

Es indudable que la vida de las tierras bajas y de las ciudades penetra con muchas dificultades en este mundo primitivo de la montaña, infiltrándose en él lentamente, como con cuentagotas. Lo ocurrido con el cristianismo no es un caso aislado. El régimen feudal, sistema político, social y económico, y al mismo tiempo, instrumento de justicia, ¿no dejó fuera de su ámbito la mayor parte de las zonas montañosas? Donde llegó a ellas, fue solo de un modo muy incompleto. Es un hecho que se ha señalado con frecuencia en lo tocante a las

montañas de Córcega y Cerdeña, pero que podría comprobarse con la misma claridad en esa Lunigiana que los historiadores italianos consideran como una especie de Córcega continental, enclavada entre la Toscana y la Liguria[61]. Y puede confirmarse dondequiera que la escasez del material humano, su débil espesor y su dispersión, han impedido la instauración de las instituciones del Estado, de una lengua dominante y de grandes civilizaciones.

Una investigación sobre la *vendetta* nos llevaría a observaciones del mismo o parecido tipo: los países de la *vendetta* (países todos de montaña, bien entendido) son aquellos en que la Edad Media no echó raíces, no llegó a penetrar con sus ideas de justicia feudal[62], los países beréberes, Córcega o Albania, por ejemplo. Señalando los rasgos originales del pasado sardo en sus estudios sobre Cerdeña, Marc Bloch[63] hace notar que la Edad Media se encontró en aquella isla con una sociedad «plagada de señoríos, no feudalizada», porque Córcega había permanecido «durante largo tiempo sustraída a las grandes corrientes de las influencias continentales». Esto equivale a hacer hincapié en la insularidad de Cerdeña y constituye, sin duda alguna, una fuerza tenaz y decisiva del pasado sardo. Pero, junto a ella, y con imperio no menos poderoso, ha estado la montaña. Esta es, tanto como el mar que rodea a la isla, y tal vez más aún, la responsable del aislamiento de aquellas poblaciones; es ella la que produce, incluso en nuestra época, esos bandidos patéticos y crueles, en Orgósolo y otros lugares, en rebeldía frente al sistema del Estado moderno y sus *carabinieri*: impresionante realidad que ha atraído a antropólogos y cineastas. «Quien no roba [dice un personaje de una novela sarda] no es hombre»[64]. Y otro: «Yo tengo mis propias leyes y tomo cuanto necesito»[65]. Si en Cerdeña, al igual que en Lunigiana, en Calabria y en todas las regiones en las que la observación (cuando es posible) nos revela una laguna con respecto a las grandes corrientes de la historia, se conservan muchos rastros de arcaísmo social (entre otros, el de la *vendetta*), ello se debe, sobre todo, a esta razón sencilla: que la montaña es la montaña, es decir, un obstáculo, una barrera, pero al mismo tiempo un refugio, un país para hombres libres. Todos los vínculos de coacción y sujeción que la civilización (en el orden social y político o en el de la economía monetaria) impone en otras partes, no pesan aquí sobre el hombre. Ninguna nobleza territorial echa aquí fuertes raíces (los «señores» del Atlas son creaciones recientes del Maghzen, datan de ayer); en el siglo XVI, el noble rural, el *cavaier salvatje*, vive con sus campesinos, roza como ellos las tierras, no desdeña el arar, ni el cavar la tierra, ni tampoco el acarrear leña o estiércol con su asno. Es un oprobio constante «a ojos de la nobleza provenzal, esencialmente urbana,

como la de Italia»[66]. Aquí no hay clero rico, opulento, envidiado y ridiculizado, todo a un tiempo: el pastor es tan pobre como sus ovejas[67]; no hay una trama urbana compacta, ni hay, como consecuencia de ello, gobierno, ni ciudades en el sentido estricto de la palabra; ni gendarmes, añadamos, para terminar. Los clérigos prebendados, la orgullosa nobleza y la severa justicia tienen su asiento en las tierras bajas, donde están las sociedades herméticas y opresoras. La montaña es el refugio de las libertades, de las democracias y de las «repúblicas» campesinas.

«Los lugares más escarpados han sido siempre el asilo de la libertad», dice sabiamente el barón de Tott, en sus *Memorias*[68]. «Siguiendo la costa de Siria [hace notar a continuación][69], vemos que el despotismo (de los turcos) se extiende sobre toda la costa y se detiene al llegar a la montaña, al topar con las primeras rocas, con el primer desfiladero fácil de defender; entre ellas conservan celosamente su independencia los kurdos, los drusos y los mutualis, los señores del Líbano y del Antilíbano». ¡Menguado despotismo, el de los turcos! Dueño de rutas, ciudades y llanuras, su acción no llega a las tierras altas de los Balcanes, de Grecia, y el Epiro, de Creta, donde los escafiotas, enrocados en sus cimas, desafían toda autoridad desde el siglo XVII, o de Albania, entre cuyas montañas afirmará más tarde su vida indómita Alí Pachá de Tebelen. El Walibé, instaurado en Monastir por la conquista turca del siglo XV, ¿llegó alguna vez a gobernar? Sobre el papel, su autoridad extendíase a las ciudades de Grecia y de Albania; pero, en la realidad, cada una de ellas era una fortaleza, un pequeño grupo independiente, un avispero dispuesto siempre al ataque[70]. ¿Puede sorprendernos, en estas condiciones, que los Abruzos, la parte más alta, más ancha y más selvática de los Apeninos, pudieran sustraerse desde el primer momento a la dominación bizantina, al exarcado de Rávena y, más tarde, a la hegemonía de la Roma pontifical, a pesar de que estas montañas se alzan en la vecindad de Roma y de que el Estado pontificio se extendía hacia el norte, por la Umbría, hasta el valle del Po?[71] ¿Puede sorprendernos que, en Marruecos, el *bled-es-siba*, el país no sometido al sultán, sea principalmente la montaña? ¿Que siempre, en estos como en tantos otros casos, el montañés haya desafiado a las autoridades de abajo?[72]

Estas libertades montañesas han subsistido, a veces, hasta nuestros mismos días, aún visibles y pletóricas de vida, a despecho de las presiones y del imperialismo de los gobiernos modernos. En el Alto Atlas marroquí —hace notar Robert Montagne—[73] «las aldeas que se escalonan en las soleadas laderas por las que se precipitan los torrentes, cerca de las inmensas

extensiones regadas por las espumeantes aguas del Atlas, no encontraremos nunca las mansiones de los *chikhs* o los califas. En vano otearemos en estos valles, tratando de distinguir la casa del rico de la del pobre. Cada uno de estos pequeños cantones de la montaña forma un feudo aparte, gobernado por un consejo. Congregados sobre una plataforma del terreno, todos vestidos de lana oscura, los notables del lugar discuten gravemente, durante largas horas, los asuntos de la aldea; ninguno levanta la voz y nadie podría saber, viéndolos, cuál de ellos lleva la batuta». Todas estas libertades no están salvaguardadas más que allí donde el cantón montañoso está suficientemente alto, protegido contra las grandes rutas y donde tiene difícil acceso, caso relativamente raro hoy en día, pero infinitamente más frecuente en aquellos tiempos, antes de que se multiplicaran las redes de caminos y vías de comunicación. Así permaneció mucho tiempo al margen, lejos de las rutas de los vehículos, aunque unida al resto de la isla de Cerdeña por una planicie de fácil acceso, la serranía de Nurra. En un mapa del siglo XVIII encontramos la siguiente inscripción, estampada por los ingenieros piamonteses: «Nurra, pueblos no conquistados, que no pagan impuestos»[74].

Recursos y balance de la montaña

Como vemos, la montaña rechaza la gran historia, no soporta cargas ni se aprovecha de sus beneficios; rehúsa los productos más acabados de la civilización o, por lo menos, los acepta con reticencia. Sin embargo, la vida misma se encarga de mezclar indefinidamente a la parte de la humanidad refugiada en las alturas con la que mora en las tierras bajas. Físicamente, no hay en la cuenca del Mediterráneo montañas circundadas por límites infranqueables, como las que abundan en el Lejano Oriente, en China, en el Japón, en Indochina, en la India y aun en la península de Malaca[75], y que, sin contacto ni comunicación con el piso de abajo, se constituyen en otros tantos mundos autónomos. La montaña mediterránea se abre a las rutas, y estas rutas son siempre transitables, por muy escarpadas, sinuosas e inseguras que sean; son siempre «una especie de prolongación de la llanura» y de su poder a través de las tierras altas[76]. Por ellas hizo avanzar sus jarcas el Sultán de Marruecos, por ellas avanzaron las legiones de Roma y los tercios del rey de España, por ellas envió la Iglesia a sus misioneros y a sus predicadores ambulantes[77].

La vida mediterránea es tan poderosa, en efecto, que, obligada por la necesidad, derriba en múltiples puntos los obstáculos de la montaña y triunfa

de sus relieves hostiles. De los veintitrés pasos de los Alpes propiamente dichos, diecisiete eran utilizados ya por los romanos…[78]. Por otra parte, estas montañas están con frecuencia superpobladas o, por lo menos, pobladas en exceso para sus riquezas. La «población óptima», lo que Jean Brunhes llama «el punto de repulsión», ha sido alcanzada y sobrepasada rápidamente en estas tierras; de ahí que, periódicamente y a toda costa, tenga que derramar sobre la llanura su exceso de hombres.

Y no es que sus recursos sean desdeñables: no hay montaña que no tenga sus tierras labrantías, en el fondo de los valles o en los bancales construidos por la mano del hombre a lo largo de las laderas. Aquí y allá, entre baldíos terrenos calcáreos, encontramos capas de *flysch* o de margas, donde se da el trigo, la cebada o el centeno. A trozos, la tierra es incluso fértil. Espoleto se alza en medio de una llanura bastante extensa y relativamente rica; Aquileya, en los Abruzos, cultiva azafrán. A medida que avanzamos hacia el sur, va elevándose más y más el límite superior de los cultivos y de los árboles útiles para el hombre. En los Apeninos septentrionales, el castaño se da hoy hasta en alturas de 900 metros; en Aquileya, el trigo, los cereales y la cebada prosperan hasta los 1600 metros; en Cosenza se da el maíz, este recién venido del siglo XVI, hasta los 1400 metros y la avena hasta los 1500; en las faldas del Etna encontramos viñedos a 1100 metros y castaños hasta los 1500[79]. En Grecia, el trigo cuaja a una altura de 1500 metros y la viña da fruto hasta los 1250[80]. Y los límites de altura de los cultivos son todavía superiores en el norte de África.

Una de las ventajas de la montaña es que ofrece los recursos más diversos, desde el olivar, el naranjo y la morera, que se dan en las laderas bajas, hasta los verdaderos bosques y los pastos de ovejas, en las alturas. Y a la agricultura y la arboricultura hay que añadir los recursos de la ganadería: ganado lanar y cabrío, pero también vacuno. Estos ganados pululaban en otro tiempo, más numerosos que hoy, en los Balcanes e incluso en Italia y en África del Norte. He aquí por qué la montaña es también el reino de los productos lácteos y del queso[81] (barcos enteros cargados de queso sardo surcaban las aguas, en el siglo XVI, hacia el Mediterráneo occidental), de la mantequilla fresca o rancia y de la carne cocida o asada… La casa montañesa casi siempre es una morada de pastores y de ganaderos, más apta para el ganado que para los hombres[82]. En 1574, Pierre Lescalopier, al atravesar las montañas de Bulgaria, prefiere dormir *soubs quelque arbre* que en las casas campesinas construidas con tierra apisonada, donde los animales y las

personas viven *soubs un mesme toit… si ordement* (tan suciamente) *que n'en pouvions porter l'odeur*[83].

Debe añadirse que los bosques, en aquel tiempo, eran mucho más espesos que hoy en día[84]. Podemos representárnoslos, tomando por modelo el parque nacional de Val di Corte, en los Abruzos, con sus espesos hayedos, que trepan hasta alturas de 1400 metros, y su abundancia de bestias salvajes, osos y gatos monteses. La abundancia del monte Gargano en robledales permite que viva allí todo un pueblo de leñadores y de tratantes en madera, que generalmente prestan sus servicios a los constructores de naves de Ragusa. Entre las aldeas montañesas y en contra de los señores propietarios, esos bosques son tan disputados como los pastos de las alturas. Entre la espesura del monte bajo hay terrenos de pastos, y a veces huertos de hortalizas; en ellos viven las abejas y la caza menor[85]. Otras ventajas dignas de mención son la variedad de recursos, la abundancia de agua —tan preciosa en estas regiones del Mediodía— y, por último, las minas y las canteras. De hecho, casi todas las riquezas del subsuelo mediterráneo están en las montañas.

Pero estas ventajas no aparecen agrupadas globalmente en cada cantón de la montaña. Hay montañas pobladas de castaños (las de Córcega y los Cévennes), con su precioso «pan de árbol»[86], el pan de castaña, que sustituye a veces al de trigo. Hay montañas cubiertas de moreras: las que vio Montaigne alrededor de Luca en 1581[87], o las de la región alta de Granada. El agente español Francisco Gasparo Corso explicaba a Euldj Ali, «rey» de Argel en 1569[88], que la gente de Granada no era peligrosa. «¿Qué efeto podrían hazer los Moriscos que están dentro de su tierra (del Rey Católico) y gente mal pratica de guerra que en toda su vida no han hecho sino cavar y guardar ganado y criar gusanos de seda?». Hay montañas en que abundan los nogales; bajo estos árboles centenarios que se alzan en el centro de la aldea, se celebran en las noches de luna las grandes fiestas de la reconciliación en el Marruecos berberisco de hoy[89].

El saldo a favor de la montaña no es, pues, tan menguado como *a priori* se supone. La vida en ella es posible, aunque no fácil. ¿Qué penalidades no supone, en efecto, el trabajo agrícola en esas tierras empinadas, en las que no pueden emplearse animales domésticos? El hombre tiene que trabajar estos campos pedregosos, sujetando a duras penas la tierra que se escapa y se desliza a lo largo de las pendientes, y, a veces, llevándola en cestos hasta las cimas, donde se la retiene por medio de pequeños muros de piedras secas, entre las que se escalonan los cultivos. Trabajo penoso e interminable. Un solo instante de reposo, y la montaña recobra su salvajismo primitivo; y

vuelta a comenzar. En el siglo XVIII, cuando los habitantes de Cataluña toman posesión de las altas tierras pedregosas de los macizos de la costa, los colonos se sorprenden al encontrar en medio de la maleza enormes olivos que todavía producen, y muros de piedras: prueba de que su conquista era, en realidad, una reconquista[90].

Los montañeses en la ciudad

En esa vida dura[91] de la montaña su pobreza es, además, junto con la esperanza de una vida más cómoda y el cebo de salarios remuneradores, lo que incita al montañés a descender de las alturas: *baixar sempre, mountar no*: descender siempre, no subir nunca, dice un proverbio catalán[92]. Y es que los recursos de la montaña, aunque variados y numerosos, son siempre escasos. Cuando la colmena se vuelve demasiado populosa[93], deja de bastarse a sí misma y, por las buenas o por las malas, el enjambre tiene que emigrar. Todos los medios son buenos para encontrar espacio. Como se ha dicho con referencia a los montes de la Auvernia, y especialmente al Cantal de ayer, la montaña rechaza todas las bocas inútiles: hombres y niños, artesanos y aprendices, e incluso los mendigos[94].

Historia agitada y difícil de seguir. No por falta de documentos, que más bien existen en demasía. Cuando abandonamos la montaña, de historia oscura, entramos, al llegar a las llanuras y las ciudades, en el reino de los archivos. Recién llegado o reincidente, al bajar al llano, el montañés encuentra siempre alguien que registra su presencia y que hace su ficha o un esbozo más o menos divertido. Stendhal vio a los campesinos de la Sabina en Roma, el día de la Ascensión. «Bajan de sus montañas para celebrar la gran fiesta en San Pedro y asistir a la *funzione*[95]. Visten chaquetas de paño hecho girones; llevan las piernas envueltas en trapos, atados con cuerdas entrelazadas; sus ojos huraños se esconden detrás de negros y revueltos cabellos; apoyan contra el pecho sus sombreros de fieltro, a los que la lluvia y el sol han dado un color negro rojizo; acompañan a estos campesinos sus familias, igualmente salvajes…[96].Los habitantes de la montaña entre Roma, el lago de Tirano, Aquila y Ascoli, representan bastante bien, a mi modo de ver, el estado moral de la Italia de alrededor del año 1400»[97]. En Macedonia, Victor Bérard encontró en 1890 a los albaneses de siempre, con sus pintorescos trajes de húsares[98]. En Madrid, Teófilo Gautier conoció a los aguadores, «*muchachos* gallegos vestidos de paño color tabaco, con calzón corto, chaqueta negra y un sombrero puntiagudo»[99]. ¿Irían ya vestidos de este modo cuando se

dispersaron por toda España en el siglo XVI (hombres y mujeres) posando en las *ventas* de que nos habla Cervantes, en compañía de sus vecinos, los asturianos?[100]. Uno de ellos, Diego Suárez, soldado y cronista de las gestas de Orán a finales del siglo XVI, nos cuenta sus aventuras, su fuga de la casa materna, siendo aún niño, su llegada a El Escorial, donde trabaja unos días, encontrando allí *el plato bueno*. Pronto llegaron también sus padres, procedentes de las montañas de Asturias, sin duda para participar, como tantos otros, en las faenas agrícolas del verano en Castilla la Vieja, y Diego tuvo que alejarse un poco de allí, para no ser reconocido[101]. Toda la extensión de Castilla la Vieja se veía continuamente atravesada por inmigrantes venidos de las montañas del norte, donde acababan volviendo a veces. Esta montaña que continúa los Pirineos, de Vizcaya a Galicia, solo muy difícilmente sustenta a sus habitantes. Bastantes de ellos son arrieros, como los maragatos, de quienes luego hablaremos[102], o los campesinos acarreadores del partido de Reinosa, que viajaban al sur con sus carros cargados de aros y duelas de tonel, volviendo después a sus pueblos y ciudades del norte con trigo y vino[103].

Una historia menuda entre mil. No hay una sola región mediterránea donde no pululen estos montañeses, indispensables para la vida de las ciudades y de las llanuras, pintorescos, ataviados con ropas de colores chillones, a menudo singulares por su atavío y siempre curiosos por sus costumbres… Espoleto, cuya cumbre cruzó Montaigne en 1581 camino de Nuestra Señora de Loreto, es un centro de emigrantes harto raros; merceros y buhoneros aptos para todos los cambalaches y comisiones que requieren astucia, olfato y pocos escrúpulos. Bandello los presenta en una de sus historias como charlatanes y cuentistas, audaces y listos, nunca cortos en argumentos, admirablemente elocuentes cuando se lo proponen. No hay como los espoletinos —nos dice— para embaucar a los pobres diablos dándoles la bendición de San Pablo, para sacar dinero a los incautos con culebras y víboras desdentadas, para mendigar y cantar en las plazas, para vender polvos de haba como ungüento para la sarna. Con una cesta colgada del cuello y sujeta bajo el brazo izquierdo, se pasean por toda Italia vendiendo sus bagatelas a grandes gritos…[104].

La gente de Brescia y de Bergamasco[105] —a la última se le llama comúnmente en Milán la gente del *Contado*— no era menos conocida en Italia en el siglo XVI. Por todas partes se la encontraba. Son los peones de Génova y otros puertos. Desde más allá de Marignan vienen a repoblar las alquerías de los milaneses, abandonadas durante la guerra[106]. Algunos años

más tarde, Cosme de Médicis trata de llevárselos a Liorna, la ciudad de la fiebre, donde nadie quería vivir. Eran hombres rudos, pesados, torpes, avaros, pero resistentes a la fatiga. «Van por el mundo entero [hace notar Bandello[107] (en las obras del monasterio de El Escorial trabajó un arquitecto, Giovan Battista Castello, a quien llamaban "el Bergamasco")][108] pero nunca gastan más de cuatro *quatrini* al día y no duermen en cama, sino sobre la paja…». Cuando hacían dinero, se ponían sus mejores galas y comían hasta hartarse, pero no eran ni más generosos ni menos ridículos y groseros que antes. Verdaderos personajes de comedia, eran, por lo general, maridos grotescos a quienes sus esposas enviaban a Corneto; tal ese palurdo de una novela de Bandello que tiene la excusa —suponiendo que lo sea— de haber encontrado mujer en Venecia entre las que, a la espalda de San Marcos, venden su amor por una *piecetta*[109].

Pero este retrato, ¿no tendrá mucho de caricatura? El montañés se presta de buen grado a que los señores de las ciudades y de las llanuras se mofen de él. Pero, además, inspira temor y desconfianza. Todavía hacia 1850, en Ardèche, la gente de la montaña bajaba a la llanura en las grandes ocasiones. Llegaban en mulas enjaezadas, vestidos con ricos trajes de ceremonias; las mujeres, sobrecargadas de cadenas de oro, tiesas y pomposas. Los trajes de los montañeses se diferenciaban de los de las villas, aunque unos y otros fuesen regionales, y su rigidez arcaica tenía la virtud de excitar la hilaridad de las coquetas pueblerinas. También el campesino de las tierras bajas trataba irónicamente a los rústicos montañeses, y los matrimonios entre unos y otros eran raros[110].

Se levanta así una barrera social y cultural que trata de remplazar a la imperfecta barrera de la geografía, la cual se franquea sin cesar y de mil distintas maneras. Unas veces, el montañés desciende a la llanura con sus rebaños, y ya tenemos aquí uno de los dos momentos de la trashumancia; otras, va a establecerse a la región baja durante las faenas de la siega o la recolección, y surge así una emigración temporal muy frecuente y a menudo mucho más larga de lo que generalmente se cree: los saboyardos[111], en ruta hacia el Bajo Ródano, personas de los Pirineos enganchadas para la siega cerca de Barcelona, los campesinos corsos que en el siglo XV iban a la Maremma toscana a trabajar todos los veranos[112]. Otras veces, las personas de la montaña se establecen definitivamente en la ciudad o pasan a trabajar como campesinos en las tierras bajas; ¡cuántas ciudades provenzales o contadinas recuerdan, con sus calles tortuosas y empinadas, y sus casas colgadas, las pequeñas aldeas de los Alpes meridionales[113], de donde

llegaron sus habitantes! Hasta fechas muy recientes, llegado el momento de la cosecha, arribaban estos montañeses en cuadrillas jóvenes de ambos sexos, hasta las llanuras y el litoral de la Baja Provenza, donde al *gavot*, el hombre arribado de Gap —en realidad, un nombre genérico—, se le considera «como el tipo de trabajador resistente a las fatigas, que viste sin elegancia alguna y que está acostumbrado a comidas muy rústicas»[114].

Idénticas observaciones, más numerosas y sorprendentes, podemos hacer si incluimos las llanuras del Languedoc y la ininterrumpida marea de emigrantes que llega a ellas del norte, del delfinado, y, sobre todo, del Macizo Central, Rouergue, Limousin, Auvernia, Vivarais, Velay y Cévennes… Esta marea se adentra en el Bajo Languedoc, pero lo rebasa regularmente en dirección de la rica España. Cada año se forma de nuevo esa procesión, casi a diario se puede decir, con campesinos sin tierra, artesanos sin empleo, trabajadores agrícolas venidos para la cosecha, la vendimia o la trilla, parias, mendigos y mendigas, predicadores ambulantes, *giróvagos*, músicos callejeros y, también, pastores con sus rebaños… El hambre montañesa es la gran espoleadora de esta multitud en su viaje de descenso. «Como base de este éxodo [dice un historiador] encontramos una evidente disparidad de nivel de vida a favor de las llanuras mediterráneas»[115]. Estos mendigos van y vienen, mueren por caminos y hospitales, pero contribuyen a la larga a renovar el material humano de las tierras bajas, haciendo persistir durante siglos un tipo humano aberrante: el hombre del norte, relativamente más alto, de cabello rubio y ojos azules…

Casos típicos de diáspora montañesa

La trashumancia es, con mucho, el más poderoso de estos movimientos de arriba abajo, pero es un viaje de ida y vuelta; la estudiaremos en detalle más adelante. Las otras formas de expansión montañesa no presentan la misma amplitud ni la misma regularidad. No se observan sino casos particulares aquí y allá, a título de excepción, salvo en lo tocante a las migraciones «militares»; más o menos, todas las montañas son «cantones suizos»[116]. Además de la gente errabunda y aventureros que siguen a los ejércitos sin recibir paga alguna, con la esperanza de combatir y saquear, son fuente de suministro de soldados regulares. Los corsos combatían al servicio del rey de Francia, de Venecia o de Génova, al grito de *Carne, carne!* Los soldados del ducado de Urbino y los de las Romañas, a quienes sus señores vendían por contrato, escogían generalmente a la República de Venecia. Pero cuando los señores

traicionaban a sus banderas, como el día de San Agnadel en 1509[117],todos sus campesinos abandonaban, para seguirles, la causa de San Marcos. Siempre hubo en Venecia señores romañoles prófugos, cargados de crímenes, que demandaban a Roma la absolución de sus pecados y la restitución de sus bienes[118], a cambio de lo cual partían a los Países Bajos a servir la causa de España y del catolicismo…, sin citar a los albaneses, a los palikares de Morea y a los «bueyes de Anatolia», que Argelia y otros países extraían de las miserables montañas de Asia.

La historia de los albaneses merecería una explicación aparte[119]. Sensibles ante todo al amor por el «sable, los galones de oro y los honores»[120], casi nunca dejaban sus montañas más que para servir como soldados. En el siglo XVI los encontramos en Chipre[121], en Venecia[122], en Mantua[123], en Roma, en Nápoles[124] y Sicilia, y hasta en Madrid; iban allí a exponer sus proyectos o sus dolencias, a reclamar toneles de pólvora o anualidades de pensión, siempre arrogantes, retadores y dispuestos a armar camorra. Italia, después, les fue cerrando las puertas poco a poco. Se encaminan entonces a los Países Bajos[125], a Inglaterra[126], a la misma Francia, durante nuestras guerras religiosas, como soldados aventureros, seguidos por sus mujeres, sus hijos y sus popes[127]. Los regentes de Argel[128] y de Túnez los rechazaban, y tampoco los admitían los boyardos moldavos y valacos. En vista de ello, se enrolaron al servicio de la Puerta, como lo habían hecho al principio, en masa, a partir del siglo XIX. Poco les importaba la bandera bajo la que se enganchaban: «donde está el sable, está la fe». Peleaban por quien les daba para vivir. Y en cuanto expiraba su compromiso, tomaban, como en la canción, «su fusil por pachá y su sable por visir»[129], se establecían por su cuenta y se volvían bandidos. A partir del siglo XVII, gran número de albaneses, ortodoxos en su mayor parte, se desparramaron por las tierras de Grecia, acampando como en territorio conquistado. Alteraron la estructura de la población de un modo tan visible, que Chateaubriand no pudo menos que advertir su presencia en 1806[130].

No menos curiosa y rica en enseñanzas es la historia de Córcega, de la Córcega extrainsular. En todas partes tiene algo que reivindicar, con más o menos razón, por lo demás. «En España, muchos insulares llegaron a ser ilustres», apunta De Bradi[131]: De Lecas, alias Vázquez, fue ministro de Felipe II (el dato es exacto y Cervantes llegó a dirigirle versos). Pero De Bradi continúa: el verdadero don Juan era corso, de padre y madre corsos; hasta se nos da su nombre y el nombre de sus padres. Hay quien piensa, incluso, que Cristóbal Colón nació en Calvi… Sin llegar hasta don Juan, se

puede identificar a muchos verdaderos corsos que, como marinos, chalanes, mercaderes u obreros agrícolas —cuando no pachás, renegados del gran turco y hasta algún rey de Argel—[132], vivían en torno del Mediterráneo, como hoy día viven tantos corsos en la metrópoli francesa, en el «continente», como se dice en la isla.

Una migración secular desparramó también por el mundo a los montañeses de Milán. Ya hemos hablado de los bergamascos, súbditos de Venecia. Pero no hay colmena montañesa que no tenga su enjambre siempre listo a levantar el vuelo; a menudo, también una segunda patria donde los exiliados se reúnen y reagrupan. Los quincalleros ambulantes de Val Vigezzo iban tradicionalmente a Francia, donde a veces se establecían definitivamente; de allí salieron, por ejemplo, aquellos Mellerio, hoy joyeros de la *rue de la Paix*[133]. Los vecinos de Tremezzo preferían la Renania; de sus filas salieron los Majnoni y los Brentano, banqueros de Fráncfort[134]. A partir del siglo XV, los habitantes de Val Masino comenzaron a emigrar a Roma[135]. Los encontramos establecidos en las droguerías y las panaderías de la Ciudad Eterna, y también en Génova. De los tres «pievi» del lago de Como —especialmente los de Dongo y de Gradevona—, los hombres van hasta Palermo a probar fortuna como hosteleros. De ahí la curiosa relación y las huellas visibles que encontramos en el Val de Brenzio[136] en lo referente al vestido y al adorno de las mujeres. Pues los emigrantes retornaban con frecuencia a sus lares. En Nápoles encontramos en el siglo XVI buen número de nombres típicamente milaneses[137]; «pero esos lombardos que vienen aquí a trabajar por millares [decía en 1543 el cónsul G. F. Osio], en cuanto ganan algún dinero se vuelven a Milán a gastarlo…»[138]. Albañiles lombardos —los *muratori* (sin duda, gente de los Alpes)— construyen el castillo de Aquila, en 1543[139]; cuando llegaba el invierno se volvían a su tierra. Pero si siguiésemos a estos albañiles y tallistas de la piedra los veríamos dispersarse por toda Europa y, seguramente, por toda Italia. Desde 1486 trabajaban *lapicide lombardi* en la construcción del Palacio Ducal de Venecia[140].

Incluso una región tan enquistada y continental como Armenia no logra escapar al inevitable destino de toda región montañosa.

No creemos que deba darse crédito a la fábula del origen armenio de los Murat, cuyo verdadero nombre sería, de ser cierto, Muratjan, oriundos de Karabagh, en el Cáucaso[141]; sometida esta especie a examen resulta más inverosímil que la fábula del don Juan corso. Pero conocemos con absoluta certeza la diáspora armenia hacia Constantinopla, Tiflis, Odesa, París y las Américas… Ocupa también un lugar importante en el desarrollo de la gran

Persia del Shah Abbas, a principios del siglo XVII, a la que suministró, entre otros elementos, los indispensables mercaderes viajeros[142], cuya presencia se acusa entonces[143] hasta en las ferias de Alemania, en los muelles de Venecia y en las tiendas de Ámsterdam[144]. Otros, antes que ellos, habían intentado establecer estos nexos y fracasaron en el empeño. Si los armenios lograron éxito, se debe, en cierto modo, a que eran cristianos, pero, sobre todo, gente ruda, acostumbrada a pasarlo mal, resistentes y de pocas necesidades, verdaderos montañeses, en una palabra. «Cuando regresan de la cristiandad [apunta Tavernier, que los conoció muy bien], traen toda clase de mercancías y de quincallería de Venecia y de Núremberg, como pequeños espejos, sortijas de latón y de esmalte, perlas falsas y otras cosas por el estilo, con las que pagan los víveres que sacan de las aldeas…»[145]. Reunían por este medio grandes fortunas en dinero contante, y, de regreso en sus hogares de Zolfa, la rica colonia armenia de Ispahan, se daban una vida tan fastuosa como la de los persas, vestían suntuosamente a sus mujeres con brocados de Venecia y enjaezaban con bridas de oro y de plata sus caballos. Es verdad que jugaban sobre dos tableros, y, no contentos con los negocios de Europa, traficaban en las Indias, en Tonkin, en Java, en las Filipinas «y por todo el Oriente, con excepción de China y el Japón»[146]. A veces iban ellos personalmente a negociar —Tavernier hizo el viaje de Surate y de Golconda con el hijo de un gran mercader armenio de Zolfa, a quien sus negocios llevaban por aquellos rumbos—; otras veces se aprovechaban de los puestos establecidos por ellos en la gran ciudad junto a los «banianos», esos importantes mercaderes hindúes, emisarios avanzados del comercio asiático en la capital persa. Algunos armenios poseían barcos que surcaban las aguas del océano Índico[147].

Esta emigración de finales del siglo XVI y comienzos del XVII explica el Renacimiento armenio de tipo veneciano con que nos encontramos en esa época. ¿Pero no es precisamente por haber rebasado sus límites por naturaleza, por necesidad, y con tantas ventajas como inconvenientes, por lo que desde el siglo XIV Armenia dejó de ser Estado, y hasta un medio humano de alto potencial? A Armenia la arruinó su propio triunfo.

La vida montañesa, primera historia del Mediterráneo

Eso es realmente la montaña: una fábrica de hombres para uso ajeno; su vida difusa y pródiga alimenta toda la historia del mar[148]. Y mañana tal vez haya sido ella misma, la montaña, la que produjo esa historia, en sus orígenes;

pues la vida montañesa, movimiento más que vida sedentaria, ganadería antes que agricultura, parece haber sido, en efecto, la vida inicial del Mediterráneo, cuya civilización, «lo mismo que la del Cercano Oriente y la de Asia Central, encubre y disimula a duras penas sus elementos pastoriles»[149], que evocan un mundo primitivo de cazadores y pastores, una vida de trashumancia y nomadismo, con algún que otro cultivo apresurado en chamiceras. Vida geográficamente vinculada a las regiones altas, desde muy pronto pobladas, explotadas y organizadas por el hombre.

¿Las razones? Sin duda, la variada distribución de los recursos montañeses; pero también el hecho de que las llanuras fueron primitivamente el reino de las aguas estancadas y de la malaria, o bien de zonas a lo largo de las cuales discurrían aún las aguas de curso incierto de los ríos. Las llanuras habitadas, que hoy en día son imagen de la prosperidad, han sido la culminación tardía y penosa de siglos de esfuerzos colectivos. En la Roma antigua, en tiempo de Varrón, persistía aún el recuerdo de los días en que se navegaba en barca por el Velabro. La ocupación se extendió progresivamente de las alturas hacia las tierras bajas febriles, brillantes de aguas muertas. Abundan las pruebas de ello. En el bello estudio de P. George[150] encontramos un mapa de los establecimientos prehistóricos de la región del Bajo Ródano: todos los centros reconocidos aparecen situados en las altas regiones calcáreas que dominan la depresión del delta, al este y al norte. Hasta miles de años más tarde no se iniciaron, con el siglo XV, los trabajos de saneamiento de las marismas del Ródano[151]. Lo mismo ocurre en Portugal, donde no existen depósitos prehistóricos en las cuencas y en los valles. En cambio, las montañas están pobladas desde la Edad del Bronce; su deforestación no es reciente e iluminada por las luces de la historia, como la de Europa Central. En los siglos IX y X aún se vivía en las cumbres; las localidades más antiguas que se conocen, y que se remontan precisamente a esa época —la de los reyes asturoleoneses—, son casi siempre, y como por casualidad, los aleros más altos de las actuales poblaciones[152].

El ejemplo portugués nos lleva fuera de los límites del Mediterráneo. Pero ahí está el ejemplo de la Toscana, en el mismo corazón de este mar. Región de estrechas llanuras, naturalmente pantanosas, cortadas por valles encajonados entre las colinas que se elevan más y más a medida que vamos hacia el este y hacia el sur; y, en él, las ciudades. ¿Dónde encontramos las primeras, las más antiguas de todas? Exactamente en el último piso, sobre las pendientes medias, hoy cubiertas de viñedos y olivares. Allí se alzaban las ciudades etruscas, las *oppida*, escalonadas a muchos centenares de metros

sobre los valles, colgadas sobre las colinas: *Hochrückenstädte*, las llama A. Philippson[153]. En cambio, Pisa, Luca y Florencia, ciudades de la llanura, adquieren rango tardíamente, en la época romana[154]. La amenaza de los pantanos alrededor de Florencia continuará todavía por largo tiempo[155]. Todavía en el siglo XVI la región baja de la Toscana no estaba totalmente desecada. En conjunto, se observa durante ese tiempo, por el contrario, una especie de subida de nivel de las aguas perniciosas. Los pantanos ganan terreno en el Val de Chiana y en las márgenes de la llanura inundada del lago Trasimeno. Las fiebres se extienden en las marismas, en la llanura triguera de Grossetto, donde todos los esfuerzos de la política de los Médicis —por otra parte, proteccionista en extremo— no llegaron a desarrollar el cultivo intensivo del trigo necesario para la gran exportación[156].

Así pues, la pugna entre la llanura y la montaña es también una cuestión de periodo histórico. Los estudios agrarios hechos en la Europa Central y Occidental nos han enseñado a distinguir los suelos antiguos de los nuevos, el *Altland* y el *Neuland* de los historiadores y los geógrafos alemanes, ganado aquel por los agricultores neolíticos, y este habilitado por las colonizaciones medieval y moderna. Viejas tierras, nuevas tierras… En el Mediterráneo casi podría decirse: montañas y llanuras. Quien desee comprender la vida mediterránea, debe encuadrarla dentro del marco de esta antítesis: solo ella le da su sentido histórico y humano.

II. ALTIPLANOS, LADERAS Y COLINAS

Reconocemos, desde luego, que la imagen de la montaña, tal y como acabamos de esbozarla, es incompleta. Y es que la vida no se deja reducir nunca a líneas demasiado simples; la montaña es múltiple por sus relieves, por su historia, por sus costumbres y hasta por sus fechorías. Y, sobre todo, al lado de la montaña alta aparece esa semimontaña de las llanuras, de las colinas, de las laderas, semimontaña que en nada se parece, sino que más bien contrasta en cada uno de sus rasgos con la verdadera montaña.

Las altas llanuras

Las mesetas son grandes y altas llanuras descubiertas, de suelo seco —en el Mediterráneo, al menos— y, por consiguiente, duro, con raros tajos fluviales. Los caminos, las vías de comunicación, pueden abrirse aquí con

relativa facilidad. Así, la meseta de la Emilia —que más bien es casi una llanura— está profusamente cubierta de caminos, y desde hace mucho tiempo, desde siempre, ha dado vida a brillantes civilizaciones, cuyo símbolo es Bolonia. El Asia Menor, con sus preciosas capas terciarias (sin ellas sería tan salvaje como el Zagros o el Kurdistán, sus vecinos)[157], sus múltiples calzadas, sus caravanas, sus caravanserrallos, sus ciudades-etapas, es el corazón de una incomparable historia caminera. Las altas mesetas argelinas son también como un ininterrumpido camino de estepas que se extienden desde Biskra y la depresión de Chott-el-Hodna, hasta la Muluya marroquí…[158]. En la Edad Media, toda el Asia Menor, entre Ifriqiyia y Marruecos, era, en realidad, una gran ruta de este a oeste, que conectaba los mercados con ese sistema dorsal, antes del florecimiento de Bujía, antes de la creación de Argel y de Orán y antes del auge del mar sarraceno en el siglo X…[159]. En cuanto a las dos mesetas que en los umbrales de los Apeninos, al oeste, se extienden sobre la Umbría y la Toscana, *grosso modo*, y al este sobre la Apulia, ¿podríamos llegar hasta decir, con Philippson[160], que han sido el escenario esencial de la historia y del desarrollo cultural de la península? Aunque así no fuera, no cabe duda de que su importancia ha sido grande. Baste señalar el hecho, ya bastante considerable de por sí, de que esas regiones han sido espacios de calzadas. En la región del oeste, sobre el altiplano de Tobas del sur de Etruria, Roma tendió rápidamente las vías Flaminia, Amerina, Cassia, Clodia y Aurelia, que conservaron hasta el siglo XVI su trazo original, casi sin cambios. La Apulia, al este, estaba igualmente abierta a la circulación. Es una vasta meseta calcárea[161], bastante baja, que mira hacia el mar, hacia Albania, Grecia y el Oriente. Larga fila de ciudades la atraviesa en dos líneas paralelas: una sobre la costa de Barletta a Bari y a Lecce; la otra, diez kilómetros tierra adentro, de Andria a Bitonto y a Putignano…[162]. Desde la Antigüedad es un foco de población situado entre el mar y la zona del interior, casi desierta, y ya desde entonces, un foco de cultura. Lo que la entrega a las influencias procedentes del oeste —pues esta región se latinizó[163] muy pronto sin dificultades— no es tanto su carácter de país abierto, de país caminero, como la influencia que sin cesar recibe del este, de Grecia y de Albania, por el mar, y que, en algunas épocas de su historia, da la impresión de que vuelve literalmente la espalda a la península. Evidentemente, es esta una región sobre la que el hombre ha intervenido continuamente[164]. En el siglo XVI, la vasta y rica zona de la Apulia es conocida como un granero de trigo y un gran depósito de aceite. Todos llegan allí en busca de productos alimenticios; Venecia, sobre todo, que siempre soñó con instalarse en aquellas tierras —lo

cual logró, por cierto, en dos ocasiones, en 1495, y en 1528—, y también otras ciudades del Adriático, como Ragusa, Ancona y Ferrara[165]. Por mediación del pequeño archipiélago de las Tremiti y los buenos oficios de los Frati della Carità que allí habitan, habrá un incesante contrabando de trigo a todo lo largo del siglo XVI[166].

Pero tal vez el más bello ejemplo de estas mesetas animadas sea todavía hoy el de las dos Castillas, en el centro de la península española. Una y otra, la Vieja y la Nueva, están surcadas de rutas, o más bien de veredas y de malos caminos de herradura[167]. Estos caminos no por ello dejan de verse transitados por el tráfago de los hombres, por la agitación de verdaderas caravanas de *arrieros* (los carreteros, cuyos defectos señala minuciosamente Cervantes, tienen aquí un papel comparativamente secundario)[168]. Estos interminables convoyes de bestias de carga, mulos y asnos desaparecen casi bajo sus cargas, atravesando las Castillas de norte a sur y de sur a norte, según el calendario de los pastos. Descendiendo hacia el sur en el invierno, subiendo hacia el norte en el estío, transportan todo lo que se ofrece a su paso: trigo y sal, lana y madera, cerámica o loza de Talavera, mercaderías y viajeros. Guzmán de Alfarache, el pícaro de Sevilla, encuentra un arriero a las puertas de la ciudad de donde huye y viaja con él hacia el norte, en compañía de unos dignos eclesiásticos, que le cuentan una bella historia.

Este movimiento de «acarreo» es el que permite a Castilla servir de nexo de unión entre las regiones periféricas de la Península que la rodean y la separan a menudo del mar. Es ese tráfico, y no Castilla solamente, como se ha dicho[169], lo que ha hecho a España. Es ello lo que determina, y, si se quiere, lo que traiciona la economía profunda del país. El hecho es que, durante mucho tiempo, este movimiento de caravanas se desplaza hacia la vertiente oriental, principalmente a Barcelona, y Barcelona se convierte en el mercado de venta de la lana española; después a Valencia, que en el siglo XV[170], sobre todo en tiempos de Alfonso el Magnánimo (1416-1458), llegó a obtener una gran fortuna, y, por último, a Málaga y a Alicante, ciudades que llegaron a ser, en el siglo XVI, los grandes puertos de embarque de la lana. En su trabajo sobre la *Gross Ravensburger Gesellschaft*, opina Schulte que el declinar de Valencia a fines del siglo XV se debió a que la circulación castellana, restablecida en todo su vigor bajo el régimen de los Reyes Católicos, viró ahora hacia el norte, hacia las activas ciudades de Medina del Campo, Burgos, Bilbao, gracias a lo cual se vinculó España más decididamente que nunca a la poderosa Europa septentrional… Es una hipótesis verosímil, que tiene en cuenta también este movimiento, este tráfico de caravanas sin el cual no se

podría comprender ni a España en su conjunto, ni a Castilla en particular, con sus alineamientos de ciudades de norte a sur, a la vera de las rutas de la trashumancia, que fueron, como es sabido, los mismos caminos de la Reconquista. Castilla, tan perfecta y tan rápidamente sometida por sus reyes, después de Villalar, conducida por ellos con aquella «vara de hierro» de que hablaba un embajador veneciano en 1581[171] —¿acaso no es la facilidad de comunicaciones la primera condición para un gobierno eficaz?—, Castilla se convierte por todas estas razones en el centro histórico de gravedad de España[172].

Las comarcas en espaldera

Las comarcas en que se juntan la montaña y el llano[173], debajo de las laderas —en Marruecos se les llama *Dir*—, presentan estrechas fajas de vida arraigada y floreciente. Tal vez porque entre los 200 y los 400 metros —donde se encuentran situadas— está el nivel óptimo del ambiente mediterráneo, por sobre las miasmas de la llanura y, por otra parte, dentro de los límites en que pueden prosperar todas las plantas de la *coltura mista*. Además, el agua que baja de la montaña permite la irrigación y los sabios cultivos hortícolas, que dan belleza y vida a estas estrechas regiones privilegiadas. En Marruecos, desde que nos alejamos del Atlas por el *Dir* que une a las grandes llanuras del oeste, vemos aparecer en cada valle abierto los canales de riego, y con ellos, esos jardines y esos vergeles admirables que fueron la admiración del padre Foucauld. De un modo análogo, para el viajero que viene del norte, la impresión de Italia, o mejor dicho del verdadero Mediterráneo, no se fija sino mucho tiempo después de pasar los Alpes, cuando se llega a las primeras estribaciones de los Apeninos, que tienden, de Génova a Rímini, en la raíz de la península, sus laderas a veces quebradas, pero sembradas por todas partes de oasis maravillosos. Es impresionante, hace notar uno de estos viajeros, salir de la llanura del Po en primavera y llegar a esas regiones verdegueantes, esmaltadas de flores, con sus campos cultivados, en los que se conjugan la viña, el olmo, el nogal, el olivo y las blancas ciudades, mientras que en la llanura del Po los árboles desnudos —el álamo, el sauce, la morera— parecen aún azotados por el frío invernal. Porque estas regiones de *coltura mista* —mezcla de huertos, jardines y a veces prados — están frecuentemente localizadas a lo largo de las faldas, sobre la línea de las laderas.

«A esta altitud (entre los 200 y los 400 metros) [apunta Vidal de la Blache][174] alrededor de la campiña romana se despliega la línea de *castelli romani*; allí se levantaban las antiguas *oppida*, que bordeaban sobre los montes Volscos la franja desértica (todavía lo era en tiempos de Vidal) de las lagunas pontinas, y las antiguas ciudades dominaban las orillas casi desiertas de la vieja Etruria… El jardín aparece en el primer plano; al fondo emerge la montaña gris. Las *oppida*, antiguas ciudades fortificadas, se elevaban sobre los espolones, en las partes no cultivables. No existía allí una vida urbana propiamente dicha, sino una vida cantonal bastante poderosa, que la mano de Roma reunía en un haz… La pureza y la vivacidad del aire conserva y reforma un material humano que antaño suministrara a Roma el mejor contingente de sus legiones, y que ahora le proporciona la mano de obra que recluta para la explotación de la Campagna».

El mismo paisaje en espaldera encontraremos frente al Adriático, sobre el largo reborde de los Alpes dináricos, desde los alrededores de Istria hasta la altura de Ragusa o de Antivari[175]. Un estrecho festón de vida mediterránea bordea la montaña casi junto a la costa, insinuándose en las brechas de los relieves hacia el interior, por el paso de Carniola hasta Postojna, por la garganta de Prolog hasta Livno, en Bosnia, o por el cálido valle del Narenta hasta Mostar, en Herzegovina. Se trata, aun con esos anejos, de un espacio filiforme, no comparable a la enorme Zagora, ese alto país de los karst, que es tan ancho a la altura de Ragusa como los Alpes sobre el meridiano de Múnich, y que sirve de barrera del lado del continente balcánico.

¿Podríamos ni soñar contraste más impresionante de paisajes y géneros de vida? Al oeste, anchos países montañosos, desolados por los rigores del invierno y por las sequías catastróficas del verano, regiones ganaderas y de vida inestable, verdaderos países colmenas, que desde la Edad Media, que nosotros sepamos —pero, probablemente, desde siempre—, sobre todo Herzegovina y Montenegro, vuelcan sus hombres y sus rebaños sobre los países de más abajo, hacia la Serbia moraviana, con sus cuencas fluviales mal desecadas; hacia la Chumadia antaño impenetrable, con sus bosques; hacia Croacia-Eslovenia, al norte y hasta Syrmia. No es posible concebir, cualesquiera que sean los encantos y las finuras de su civilización, región más ruda, más patriarcal y más atrasada… Es una de las zonas de reservas humanas más ricas de la península, y siempre ha abierto sus esclusas —es decir, sus desfiladeros y sus puertos— a una multitud de emigrantes. Por añadidura, en el siglo XVI era también una zona de guerras, un país fronterizo enfrentado a los turcos. Los zagorcis son soldados natos, bandidos o prófugos,

hajduk o *uskok*, «rápidos como el ciervo» y de un valor legendario. Por otra parte, la montaña favorecía sus golpes de sorpresa, y mil cantos populares, mil *pesma*, nos hablan de sus hazañas, de los beys azotados, de las caravanas asaltadas, de las hermosas muchachas raptadas… No debe sorprendernos que esta montaña salvaje se desborde también hacia la Dalmacia. Pero estos desbordamientos no tienen nada de la anarquía de los del este o del norte, en dirección al interior; son, por el contrario, disciplinados y cuidadosamente filtrados. Se hacía una guerra eficaz contra los tropeles de los zagorcis; podrían esparcirse por la Baja Albania, pero no por los campos estrechos y por los vergeles de la costa. Apenas se insinuaban aquí y allá, especialmente por la depresión del Narenta. El hombre, por su parte, se domestica; se convierte de bandido en gendarme; el colono eventual se dirigía a las islas y aún más lejos, a través de Venecia, en dirección a Istria, donde el trabajo y las tierras sin cultivar abundaban más que en otras partes[176].

El invasor se encuentra aquí con un mundo eminentemente estable y tranquilo; un mundo que ignora, si no el movimiento, por lo menos las migraciones en masa y los gestos de loco de los países altos; un mundo rural cerrado, que había desarrollado pacientemente sus huertos de frutas, sus viñedos y sus prados, en el que las pendientes no eran demasiado fuertes, y que en los lugares menos propicios había ido plantando huertos a golpe de azada entre pequeños muros de contención. Toda una serie de aldeas urbanizadas, de pueblecillos con estrechas calles y de altas casas apretadas una contra otra, ocupaban las bahías, los *draga*, los promontorios y los istmos de la costa. La gente, en estos lugares, era laboriosa, paciente, equilibrada y acomodada, aunque no rica, pues la pitanza, aquí, es exigua, como en todo el Mediterráneo, ya que hay que luchar contra la Naturaleza, contra el enorme Zagora amenazante, contra el turco, y, por si todo ello fuera poco, contra el mar. Todo esto exigía un trabajo coordinado, y no gente libre para obrar a su voluntad; desde el siglo XIII, el campesino de Ragusa tenía la situación de un colono, de un campesino en estado de semiservidumbre. Un catastro del siglo XV nos revela una situación análoga en los países cerca de Spalato. En el siglo XVI, alrededor de las ciudades venecianas de la *altra sponda*, una agricultura precaria se cobijaba bajo la protección de los soldados. Cuadrillas de campesinos obligados a trabajar partían por la mañana y regresaban al atardecer bajo la protección de la tropa[177]. Todo ello no contribuía, ciertamente, a estimular el individualismo ni las agitaciones campesinas, de las que, sin embargo, hay pruebas e indicios[178].

Por otra parte, toda la sociedad dálmata se mantiene jerarquizada y disciplinada. En Ragusa había un enjambre de familias nobles. Hasta ayer mismo vivía en la ociosidad, sobre las espaldas de un proletariado humildísimo de hortelanos y pescadores, toda una clase de *Sjor*, de *Signori*. «El pescador [nos dice Cvijić] pesca para él y para un *Sjor*, al cual está estrechamente asociado; el *Sjor* le considera como a uno de los suyos, y al pescador le repugna vender a otro su pescado». A fuerza de ser estables, continúa diciendo Cvijić, estas sociedades están «como congeladas, estáticas…». Lo cual es, a la vez, cierto e inexacto.

Porque se trata de humanidades más bien que de sociedades estables. En efecto: las apacibles «laderas» evolucionan socialmente, se transforman, bullen. Sobre todo cuando se trata de la Dalmacia o del extremo de los macizos catalanes, caso en el que podríamos habernos detenido con cuidado: lo complica el hecho complejo de que esta región no desemboque, como los *castelli romani*, en una llanura estrecha y limitada, sino en el mar, que todo lo complica y al mismo tiempo todo lo facilita. La franja dálmata está vinculada también por el Adriático a Italia y a un vasto mundo. Se abre ampliamente al exterior. Y Venecia, que la dominaba políticamente en el siglo XVI, la penetró, aun sin quererlo, con su civilización conquistadora.

Las colinas

El mismo problema encontramos cuando se trata de colinas, sobre todo de colinas de toba o de cal del terciario, que los hombres ocuparon inmediatamente, y que inmediatamente dominaron: las colinas de Languedoc; las de Sicilia; las de Montferrat, esas «islas» del norte italiano; las de Grecia, que a menudo siguen ostentando sus nombres clásicos; las colinas de Toscana, con sus célebres comarcas, sus ciudades y sus pueblos, que son casi ciudades, en la campiña más impresionante que existe en el mundo; por último, las Sahel del África del Norte, famosas tanto en Túnez como en Argelia.

Entre el mar y Mitidja, apoyado contra ese macizo central en miniatura que es Buzarea, el Sahel de Argel constituye la esencia misma de Fahs, de la campiña argelina[179]. Una campiña toda ella urbanizada, repartida entre los dominios de los turcos argelinos, en que impera el dialecto de la ciudad próxima, estrecho oasis en medio de los dialectos «nómadas»[180] que rodean el centro urbano. Arregladas, cultivadas y desecadas (se han descubierto en nuestros días las canalizaciones de la época turca)[181], estas suaves colinas

son todo verdor. Los huertos, gloria y esplendor de tanta ciudad mediterránea, son cerca de Argel suntuosos, y rodean las blancas ciudades de árboles y de aguas brillantes que en 1627 fueron la admiración de un cautivo portugués, João Carvalho Mascarenhas[182]. Admiración bien comprensible, porque, aunque Argel era una ciudad de corsarios, que había brotado a la manera americana, era también una ciudad de lujo y de arte, muy italianizante a principios del siglo XVII. Es, con Liorna, que creció de la misma manera, una de las ciudades más ricas del Mediterráneo en aquella época; en todo caso, una de las mejor dispuestas a transformar su riqueza en lujo.

Es evidente que si consideramos estos ejemplos a la ligera, corremos el peligro de hallarnos ante problemas de muy simple naturaleza y específicos de estas regiones. La luz que arroja el reciente trabajo de René Baehrel sobre la Baja Provenza durante los siglos XVII y XVIII[183] nos previene frente a semejante actitud. Sometido a examen minucioso, nada hay más complejo y más variable en el tiempo que esta frágil economía del cultivo en terraza en el flanco de las colinas. Entre los pequeños muros de contención, la franja de tierra, denominada *restanque* o, más frecuentemente, *oulière*, se ensancha o se estrecha, según sea más o menos pronunciada la pendiente de la ladera. «La viña se plantó al borde de la *oulière*, y los árboles un poco por todas partes»; entre viñedos y árboles crecen el trigo, la avena mezclada con las almortas (para las mulas) y, sobre todo, las legumbres (lentejas, guisantes, *farouns*). Estos cultivos hubieron de competir entre sí, a tenor de los precios del mercado; también han de competir con los productos de las regiones vecinas e incorporarse a la riqueza o pobreza de economías de mayor amplitud que la propia. A finales del siglo XVI, el campo alrededor de Vicence da la impresión de tener unidas todas sus tierras, constituido por una «sucesión ininterrumpida de huertos», y eso a pesar de estar formado por planicies, valles *y monti*[184]. En cambio, en el interior, en el Languedoc abundan las colinas desérticas que no merecen el esfuerzo que requieren las *rompudes* (rozas)[185]. Cuando los tiempos son difíciles se abandonan con frecuencia los *pechs* pedregosos. No siempre le compensa al hombre el gastar sus fuerzas en cultivos en terraza.

No debemos dar, en suma, una importancia excesiva a estos mundos de las colinas, que son, en su conjunto, poco numerosos. En algunos casos poseen los grupos humanos mejor enraizados del Mediterráneo, los más estables que allí se conocen. De aquí a ver en ellos los verdaderos puntos de apoyo de la civilización mediterránea, sus únicas patrias creadoras, no hay más que un paso, y Lucien Romier lo ha franqueado[186], pero con los

peligros inherentes a una simplificación tan exagerada. El ejemplo de las colinas toscanas o el de las colinas de Languedoc no deben inducirnos en tentación hasta el punto de que sus límpidas aguas nos hagan olvidar las otras fuentes nutricias del gran cuerpo mediterráneo…

III. LAS LLANURAS

Y aún es más fácil equivocarse en lo referente al papel que desempeña la llanura en el Mediterráneo. Si decimos: la montaña, el eco responde: austeridad, aspereza, vida atrasada, población dispersa. Si decimos: la llanura, responde un eco de abundancia, de comodidad, de riqueza, de alegría de vivir. En el tiempo en que nos situamos, y tratándose del ámbito mediterráneo, es más que probable que el eco engañe a quien lo escucha.

Es cierto que hay en el Mediterráneo planicies pequeñas y grandes encajadas entre los pliegues alpino-pirenaicos de las cadenas montañosas, frecuentemente producidas por hundimientos seguidos de terraplenes: el producto del trabajo paciente de los lagos, de los ríos o de los mares. Huelga decir que, más o menos extensas (solo una docena de ellas son importantes, si no por sus recursos, al menos por sus dimensiones) y también más o menos cercanas al mar, estas llanuras presentan un aspecto totalmente distinto al de las montañas que las circundan. No tienen la misma luz, ni los mismos colores, ni las mismas flores, ni el mismo calendario. Mientras que el invierno se eterniza en la Alta Provenza y en el «delfinado», «no dura más de un mes» en la Baja Provenza, "*de sorte qu'en cette saison mesme, on y void des roses, des oeillets et des fleurs d'orange*"[187]. El embajador De Brèves, que el 26 de junio de 1605 va, junto con sus compañeros de viaje, a ver los cedros del Líbano, se sorprende de las diferencias que produce la altitud: «Aquí [en el Líbano] viñas y olivos apenas estaban comenzando a florecer y el trigo a amarillear, y en Trípoli [en la costa] ya se veían uvas, las olivas estaban gordas, el trigo segado y los demás frutos muy adelantados»[188]. Un flamenco, Pierre Coeck d'Alost, presenta un informe, acompañado de dibujos, acerca de las dificultades que ha encontrado, además de *la pluye, vent, neige o gresle*, al cruzar las montañas de Esclavonia. «Cuando se llega a la zona de las planicies, todo se hace más afable: mujeres griegas […] se acercan a vender a los viajeros toda especie […] de provisiones de boca y artículos útiles, como son herraduras, cebada, avena, vino, pan o tortas cocidas en la ceniza caliente»[189]. Del mismo modo, en 1573, Philippe de Canaye se

regocijaba de encontrarse, a la salida de los nevados montes de Albania, con las risueñas planicies de la Tracia[190]. Muchos otros, al igual que él, se han sentido conmovidos ante la gracia de las cálidas planicies que parecen propicias al hombre[191].

Parecen. Porque es indudable que, aunque fuesen poco extensas, estas llanuras se han sometido siempre con facilidad a la voluntad del hombre[192]. El hombre se posesionó inmediatamente de las eminencias, de los altozanos estratégicos, de las terrazas fluviales[193] y los rebordes montañosos. Plantó en ellas grandes aldeas apretadas, y a veces, hasta sus ciudades. Por el contrario, en el fondo de los valles —siempre amenazados por las aguas—, la dispersión del *habitat* fue a menudo la regla. Así vio Montaigne la llanura de Luca, y Belon du Mans la de Brousse; así hemos visto siempre la llanura de Tremecén, valorizada ya por los romanos: en el centro, los huertos, los campos regados; en los bordes, los plantíos y los viñedos; un poco más lejos, la hilera de las aldeas célebres; el mismo espectáculo que tuvo bajo los ojos y que describió hacia 1515 León el Africano[194]. Lejos de estos centros habitados se sitúan, como en virtud de la ley de los círculos de Thünen, las grandes propiedades de cultivo extensivo[195].

Las vastas planicies mediterráneas no han sido objeto de fácil conquista. Durante mucho tiempo no fueron aprovechadas por el hombre más que de modo imperfecto y transitorio. Hasta hace muy poco, en 1900[196], no se acabó de valorizar la región de Mitidja, detrás de Argel. Solamente en 1922 logró la colonización griega triunfar, en la llanura de Salónica, sobre las marismas[197]. Y hasta en vísperas de la segunda Guerra Mundial no se dio cima a los trabajos de saneamiento en el delta del Ebro y en las lagunas pontinas[198]. Esto nos advierte que en el siglo XVI las grandes planicies no eran tan ricas como generalmente se cree. Por aparente paradoja, presentaban con mucha frecuencia cuadros de tristeza y desolación.

Enumeremos. ¿La campiña romana? Un semidesierto, a despecho de una serie de poblaciones fundadas en el siglo XV y proseguidas durante el XVI. ¿Las marismas pontinas? Una cañada para unos cuantos centenares de pastores, y refugio de hordas de búfalos salvajes; en esta comarca solamente abundaba la caza de toda especie, incluyendo el jabalí, índice seguro de una esporádica ocupación humana. Igualmente desiertas las tierras del Bajo Ródano, apenas abordadas hace solamente una veintena de años por algunas «bonificaciones» ribereñas[199]. Vacía, totalmente vacía, la llanura de Dirraquio; todavía lo está ahora, por lo demás. El mismo delta del Nilo estaba insuficientemente poblado[200]. Y el del Danubio era lo que continúa siendo:

un impresionante pantano, un mundo anfibio, casi inextricable, con islas flotantes de vegetación, bosques cenagosos, tierras febriles, y en este ambiente hostil, donde pulula la vida salvaje, algunos miserables pescadores. En Anatolia, hacia 1554, Busbec recorrió más allá de Nicea llanuras sin pueblos ni casas; es aquí, observa, «donde pastan las cabras cuya piel sirve para hacer camelotes», lo que vale tanto como decir que esta zona queda cerca de Ankara[201]. Por el mismo tiempo, en Córcega, en Cerdeña, en Chipre, las planicies interiores ofrecían también una estampa de desolación. En Corfú, el provisor Justiniano atravesó en 1576 una llanura casi desierta[202]. Y las corsas de Biguglia y de Urbino son una llaga incurable[203].

El problema del agua: la malaria

Pero no pretendemos hacer un inventario de todas las planicies que en el siglo XVI aún no habían nacido a la riqueza. Nos basta con saber que este nacimiento supone largos esfuerzos, y la solución de un doble, si es que no de un triple problema. Para comenzar, el problema de las inundaciones. Las zonas montañosas son zonas donde los arroyos se despeñan; en cambio, las planicies son, casi siempre, colectoras de aguas[204]. Durante el invierno, estación normal de lluvias, su suerte es permanecer inundadas[205]; para evitar este desastre hay que tomar mil precauciones, construir presas, embalses y canales de desagüe. Pero, a pesar de todos los esfuerzos, no hay hoy en todo el Mediterráneo, en Portugal o en el Líbano, una planicie que no se halle bajo la amenaza de estas peligrosas aguas. Todavía La Meca se sumerge algunos inviernos bajo las torrenciales lluvias[206].

En 1590, grandes inundaciones anegaron la marisma toscana, causando de golpe la ruina de las sementeras. La marisma era, con el Val de Arno, el verdadero granero de Toscana; de ahí que ante la inmensidad del desastre, el gran duque se viera obligado a ir hasta Danzig (primera vez que ocurre esto) a conseguir trigo para salir a flote. A veces, las grandes tormentas de verano provocan por sí solas semejantes catástrofes. Las aguas de la montaña descienden como torrentes embravecidos, sin que nada las contenga. Cauces secos en el estiaje se convierten muchas veces, durante el invierno, en torrentes impetuosos. En los Balcanes, los puentes turcos son muy altos, construidos en arco y sin pilares centrales, con el fin de ofrecer la menor resistencia posible a las súbitas crecidas de los ríos.

Una vez que alcanzan las tierras bajas, las aguas no siempre se abren paso fácilmente hasta el mar. Las que descienden de los montes Albanos y de los

Volscos se estancan a lo largo de 30 kilómetros entre las montañas y el mar, creando así las marismas pontinas. El defecto está en las débiles desigualdades de relieve del terreno, en la lentitud de las corrientes que eso determina y en la poderosa línea de dunas que hacen de dique de contención a la orilla del mar. En el caso de la región de Mitidja, la planicie, bordeada al sur por el Atlas, está literalmente bloqueada del lado del norte por las colinas de Sahel, que apenas abren las brechas de Ued El Harrach y de Ued Mazagan, al este y el oeste de Argel. Las razones pueden variar de un caso a otro, pero, en definitiva, en casi todas estas planicies se produce un estancamiento de aguas más o menos abundante. Y las consecuencias son en todas partes las mismas: *acqua, ora vita, ora morte*, solo que, en este caso, el agua no quiere decir vida, sino muerte. Inmóvil, forma inmensos pantanos erizados de juncos y cañaverales; y en el verano conservan, cuando menos, la peligrosa humedad de los bajos fondos o de los tremedales, bordeados por los característicos laureles rosados. De aquí las temibles fiebres palúdicas, flagelo de las planicies durante la estación cálida.

Antes del empleo de la quinina, la malaria era un mal con frecuencia mortal; aun en sus formas benignas, provocaba una disminución de la vitalidad y del rendimiento del hombre[207]. Consumía a sus víctimas, haciendo que la demanda de mano de obra fuese más frecuente y más intensa. Nos encontramos, en realidad, ante una verdadera enfermedad del medio geográfico. Por muy peligrosos que sean la peste y el cólera, transportados desde la India y la China por las relaciones a gran distancia, estos azotes fueron siempre extranjeros de paso por el Mediterráneo. La malaria se establece en él. Constituye, «el fondo del cuadro de la patología mediterránea»[208]. Hoy día se conocen las relaciones de este azote con los anofeles y los hematozoarios del género *plasmodium*, los agentes patógenos del paludismo, del que los anofeles son los portadores. Hacia 1596 dice Thomas Platter de la comarca de Aiguesmortes «que da pena ver lo infestada de mosquitos que está durante el tiempo de verano»[209]. Tal es el complejo malárico de los biólogos, complejo vinculado en realidad con toda la geografía de las regiones bajas del Mediterráneo, la única grave y tenazmente infestada, pues en comparación con ella el paludismo de montaña carece de importancia[210].

De modo que la conquista de la planicie ha significado, desde siempre, ante todo, triunfar sobre el agua malsana y acabar con la malaria[211], y después, utilizar de nuevo el agua viva, corriente, para el riego.

El hombre es el elemento operante de esta larga historia. Si drena el agua, si conquista la planicie para los cultivos, extrayendo de ella la mayor parte de sus alimentos, el paludismo retrocede; el remedio contra la malaria, dice un proverbio toscano, es una olla bien colmada[212]. Si, por el contrario, descuida la construcción de los canales de drenaje y las acequias de riego, si a su lado se desbordan las torrenteras de la montaña cegando las vías de circulación del agua; si, por una u otra razón, la población de la llanura disminuye y se relaja el dominio que sobre ella ejerce el campesino, la malaria se extiende sin remedio y todo lo paraliza. No tarda en hundir de nuevo a la planicie en su primitiva condición de desierto y de marisma; el proceso es automático. Este fue, al parecer, el caso de la antigua Grecia. Asimismo, sostienen algunos que la malaria fue una de las causas de la decadencia del Imperio romano. Es muy difícil pronunciarse en favor o en contra de esta tesis, por su naturaleza tan amplia y tan categórica. La malaria progresa cuando el hombre afloja en su esfuerzo y se afirma en sus perniciosas recurrencias, tanto como causa que como efecto.

Parece, sin embargo, que la historia de la malaria acusa épocas de mayor o menor virulencia[213]. Las fiebres palúdicas pudieron agravarse a finales del Imperio romano, y —como lo asegura Philipp Hiltebrandt, desgraciadamente sin dar referencias— a partir de los últimos años del siglo XV. Nuevos elementos patógenos pudieron haberse presentado entonces. La América, recién descubierta, pudo haber obsequiado a los viejos mundos del Mediterráneo, además del treponema pálido, la *malaria tropicalis* o *perniciosa*, hasta entonces ignorada en estas tierras. Una de las primeras víctimas fue, en 1503, nada menos que el papa Alejandro VI[214].

Es muy difícil para un historiador pronunciarse en uno u otro sentido a este respecto. En la Antigüedad y en la Edad Media se conoció una fiebre muy parecida a la *malaria tropicalis*, aunque ciertamente más benigna, puesto que Horacio atravesó sin peligro las marismas pontinas, a pesar de las picaduras de los mosquitos[215]. Y, sobre todo, este detalle harto más elocuente: en septiembre de 1494 el ejército de Carlos VIII —que era por lo menos de 30 000 hombres— acampó sin novedad alrededor de Ostia, en un sitio que en esa época era particularmente peligroso. No se vaya a creer que estos ejemplos bastan para plantear, y mucho menos para resolver, el problema. Para escribir la historia de la malaria haría falta una documentación mucho más rica que la que hoy poseemos. ¿Era malaria o disentería la enfermedad que diezmó el ejército de Lautrec en julio de 1528, en la inundada campiña de Nápoles?[216] Habría que conocer con exactitud las

regiones afectadas en el siglo XVI. Desde luego, sabemos perfectamente que Alejandreta, que servía de escala para Alepo, a partir de 1539 hubo de ser abandonada a causa de las fiebres. Sabemos, asimismo, que los habitantes de la ciudad de Bahía, en el golfo de Nápoles, huyeron de la peste en el siglo XVI; en tiempo de los romanos, Bahía era el lugar de cita de la sociedad elegante y ociosa, y Petrarca alabó su encantador paisaje en una carta que dirigió al cardenal Giovanni Colonna en 1343. Pero aun estos casos particulares nos dejan algunas dudas. En lo tocante a Alejandreta, por ejemplo, sabemos que la ciudad fue recuperada más tarde por cónsules ingleses y franceses, y que ha sobrevivido. ¿Cómo? ¿En qué condiciones?**[217]** En cuanto a Bahía, ¿no fue acaso porque la ciudad se estaba muriendo ya, dos generaciones o menos antes de que Tasso desembarcara allí en 1587, por lo que la fiebre se enseñoreó de ella?**[218]**

Debemos recordar, por otra parte, que una veintena de años antes de Colón, en 1473, la flota veneciana que estaba operando frente a la costa albanesa, durante el primer sitio de Scutari, fue diezmada por la fiebre y hubo de poner rumbo a Cattaro para reorganizarse. Murió el *provveditore* Alvise Bembo, y Triadan Gritti estuvo en trance de muerte. Pietro Mocenigo decidió de pronto ir a Ragusa *per farsi medicar***[219]**.

No es posible sustraerse, sin embargo, a la impresión de que en el siglo XVI se produjo un recrudecimiento de este mal. Aunque quizá ello se debiera simplemente al hecho de que el hombre va a enfrentarse ahora a su viejo y terrible enemigo de las tierras bajas. Todo el siglo XVI, y ya todo el XV, se lanzan, en efecto, a la búsqueda de tierras nuevas. ¿Dónde encontrarlas más tentadoras, más prometedoras, que en estas llanuras húmedas y susceptibles de ser transformadas? Pero nada más nocivo que el primer contacto, la primera remoción de tierras infestadas. Colonizar la planicie equivale con frecuencia a morir; de sobra se sabe cuántas veces fue necesario repoblar en un principio las villas de la región de Mitidja, donde solo el penoso esfuerzo realizado en el siglo XIX logró triunfar de la fiebre. También la activa colonización del interior que se organizó por todo el Mediterráneo en el siglo XVI costó harto cara. Fue especialmente activa en Italia. Si Italia falla en la conquista de colonias lejanas, si permanece al margen de ese gran movimiento, ¿no es, entre otras razones, porque estaba ocupada en conquistar dentro de sus propias fronteras todo el espacio susceptible de aprovechamiento según las técnicas de la época, las planicies inundadas de agua hasta las cumbres? «Italia está cultivada hasta la cima de sus montañas», escribía orgullosamente Guicciardini al comienzo de su *Historia de Italia***[220]**.

La bonificación de las planicies

La conquista de las planicies: un sueño, un bello sueño que se remonta a los albores de la historia. El tonel de las danaides es, quizá, un recuerdo de la introducción del riego perenne en la planicie de Argos[221]. Es probable que en una fecha en extremo temprana los ribereños del lago Copais hubieran comenzado ya a aprovechar las cenagosas orillas[222]. En todo caso, desde la época neolítica, múltiples canalizaciones subterráneas —cuyos restos ha revelado la arqueología— surcaban la campiña romana[223]. Se conocen también los trabajos primitivos de los etruscos en las planicies angostas de la Toscana.

Entre estas primeras tentativas y las grandes bonificaciones de tierras en los siglos XIX y XX —que ya hemos enumerado—, aunque el esfuerzo ha decrecido a veces, nunca se ha interrumpido. El hombre del Mediterráneo siempre ha estado en lucha contra las tierras bajas; vaciarlas de aguas malsanas, dotarlas de un riego fertilizador, surcarlas de caminos, sin los cuales el transporte y la agricultura serían imposibles: tal ha sido su permanente tarea. Mucho más dura y penosa que la lucha contra el bosque y la maleza, esta colonización ha sido el rasgo verdadero y original de su historia rural. Así como la Europa del Norte se ha constituido, o por lo menos ensanchado, a expensas de sus bosques cenagosos, el Mediterráneo ha encontrado en las planicies sus países nuevos, sus Américas interiores.

Ya en el siglo XV, y durante todo el siglo XVI, se llevaron a cabo innumerables bonificaciones de tierras, aun con los escasos medios de que se disponía: fosas, acequias, canales, bombas rudimentarias. En el siguiente siglo, los ingenieros holandeses pusieron en práctica métodos nuevos y más eficaces[224]. Pero en la época de que hablamos la experiencia de los ingenieros holandeses aún no se conocía. Dada la pobreza de los medios de que se disponía y la limitación de las empresas, se atacaba el paludismo sector por sector. De ahí los fracasos. Cuando, en 1581, Montaigne encontró en Venecia, en el valle del Adigio, «una infinita extensión de tierras cenagosas, estériles y cubiertas de cañaverales»[225], antiguos pantanos que el señorío había intentado desecar «para obtener terreno labrantío», le pareció que «más se ha perdido que ganado en los esfuerzos por hacerlo cambiar de forma». Tampoco obtuvieron mejor éxito —a pesar de lo que pudiera decir la «prensa» de la época, es decir, los cronistas oficiales— las tentativas del gran duque Fernando en la marisma toscana y en la depresión del Val di Chiana[226].

Los grandes duques, desde Cosme, trataron de crear una región cerealista en la marisma (empresa equivalente, pero en mayor escala, a la que Génova intentaba llevar a cabo en la planicie oriental de Córcega). De ahí las medidas en favor de la colonización, los préstamos en dinero y víveres, los reclutamientos de mano de obra y, en algunos lugares, los trabajos de saneamiento; Grossetto, en la Ombrona, se convirtió en puerto de exportación de granos con destino a Liorna… Reumont, en su vieja *Historia de Toscana*, cita claramente las razones por las que esta tentativa fracasó a medias[227]. Los grandes duques perseguían dos objetivos contradictorios: crear una planicie cerealista, lo cual implicaba fuertes gastos, y establecer un monopolio de compra de granos en su propio beneficio, es decir, un sistema de ventas a bajo precio. Debería, por el contrario, haberse abierto el mercado a la competencia de todos los compradores del Mediterráneo. Porque las operaciones de bonificación de las tierras son muy onerosas, y el rendimiento, la *utilità*, no siempre guarda proporción con las inversiones. En 1534, los oradores de Brescia hicieron notar en el senado de Venecia que el «encauzar y retener las aguas exige infinitos gastos; a tal punto, que numerosos conciudadanos nuestros se han arruinado por haber querido ocuparse de empresas semejantes. Por añadidura, las aguas reclaman gastos continuos de mantenimiento, de modo que calculándolo todo, y en el mejor de los casos, se encontrará poca diferencia entre las inversiones y los beneficios»[228]. Sabemos que, en tales circunstancias, los vecinos de Brescia imploraban misericordia, buscaban pretextos y se lamentaban de su pobreza para evitar el pago de demasiados impuestos. Lo que no impide que estas bonificaciones de tierras sean siempre ambiciosas empresas que requieren poderosos recursos financieros. Son empresas de obras públicas por excelencia.

En Toscana, es un gobierno «ilustrado» el que se encarga de ello, o como en 1572, un príncipe de la familia ducal: el futuro duque Fernando, interesado por razones eventuales en las mejoras del húmedo Val di Chiana[229]. En el Valle di Ambrogio, en el centro de la vasta zona pantanosa del delta del Po, y gracias a la iniciativa del duque de Ferrara, se lleva a cabo en 1570 lo que fue llamado la *grande bonifica estense*, dificultada por los sentamientos de tierras y el reflujo de las aguas corrompidas, y condenada finalmente por el *taglio* de Porto Viro, que permitió a Venecia, en 1604, desviar hacia el sur, por la brecha abierta, el curso del Po[230]. En Roma es el gobierno pontificio[231]. En Nápoles, el virrey pone en marcha un proyecto oficial de desecación de las vastas marismas de Cherranola y de Marellano, en los alrededores de Capua[232]. En Aquila es el gobierno imperial[233]. En Turquía, por lo poco

que sabemos, parece que la bonificación de terrenos fue obra de aquellos señores emprendedores que crearon nuevas aldeas de siervos —*tschiftliks*—, sobre todo a partir del siglo XVII, en las regiones bajas y pantanosas de la llanura de Dirraquio o en las márgenes del Vardar[234]. Grandes aldeas muy características, con sus chozas apretadas en torno de la alta casa del señor, que las domina y las vigila… También en Occidente surge una serie de bonificaciones de tierras debidas a la iniciativa individual de grandes capitalistas. Fueron ellos los que, en el siglo XVI, hicieron plantar en lo más hondo de la Lombardía arrozales que adquirieron un desarrollo tan rápido que, según se sabe, comenzaron a exportar sus productos a Génova hacia 1570, y tal vez aun antes. Un viejo patricio de Venecia —tachado de la lista de los nobles por una injusticia, según dice él, pero dotado de una buena fortuna— trató de poner su mano sacrílega en las lagunas venecianas, pero las autoridades se inquietaron. ¿Transformar las lagunas en tierras labrantías? ¿Podía alguien pensar seriamente en eso? ¿No era de temer que se provocaran cambios de nivel? El asunto se archivó con dictamen desfavorable[235].

También en el Bajo Languedoc son los capitalistas quienes inician las mejoras, con las obras de drenaje comenzadas a partir de 1592 y que se prolongarán con más o menos ímpetu y éxito hasta 1660-1670. Trabajos idénticos se habían emprendido en las proximidades de Narbona a partir de 1558, cuando se comenzó a *esgoutter* las charcas. Pero a finales de siglo, con las primeras nivelaciones de terrenos en torno del lago Launac, se aceleraron las actividades. Ingenieros provenzales, especialistas en hidráulica y discípulos de Adam de Crapone prestan allí su concurso. Un *grupo* (Laval, Dumoulin, Ravel) dirige la operación y las que luego le siguen en otros puntos alrededor de Narbona. Bernard de Laval, señor de Sault, será quien proporcione el primer dinero necesario, y más adelante, *las sumas complementarias*[236]. Estos programas de bonificación responden a las necesidades de las ciudades. En los siglos XV y XVI, su población crecía sin cesar, haciendo necesario adoptar medidas urgentes para incrementar los víveres, desarrollando y mejorando los cercanos cultivos, ya fuese instalándolos en nuevos terrenos, ya practicando la irrigación en mayor escala. Con este motivo surgieron muchas dificultades, pero también muchos convenios fructíferos. «Se obtendrá una buena provisión de agua por las derivaciones del Oglio [decían los *oradores* de Brescia en 1534], pero eso significará una cadena de litigios ruinosos con la gente de Cremona. Sin contar con eventuales asesinatos, como el que ya se ha producido»[237]. En 1593, los rectores de Verona hacen demoler —con el apoyo de Venecia— las

obras de los mantuanos para retener las aguas del Tártaro, lo que trajo consigo interminables altercados[238]. En el siglo XVIII, las ciudades de Aragón seguían querellándose por las mismas razones, y cada una de ellas trataba de robar el agua a sus vecinas[239]. En cambio, en el siglo XV, las localidades ribereñas del Bajo Ródano se asociaban para los trabajos de canalización, los cuales no hubieran sido posibles sin los capitales de los inmigrantes italianos y sin la mano de obra procedente de los Alpes[240].

De cualquier manera (ya fuese como resultado de la cooperación o de las pugnas), lo cierto es que el esfuerzo de las ciudades fue fructífero. Plantaron en las inmediaciones de sus lonjas y sus mercados los huertos de hortalizas, las vegas y los campos trigales que tanto necesitaban. Un embajador veneciano que atravesó Castilla llegó a la conclusión de que la región solo estaba cultivada alrededor de las ciudades. Los grandes *páramos* de ovejas y los *secanos* reservados al trigo, esas llanuras amarillas donde hasta las mismas casas, hechas de adobes, se confundían con la tierra parda, le dieron la impresión de campiñas desiertas, mientras que alrededor de las ciudades castellanas encontró las manchas verdes de los cultivos de regadío. En Valladolid, los huertos y plantíos cubrían las orillas del Pisuerga. En el mismo Madrid, Felipe II no pudo ensanchar el Prado más que comprando viñedos, jardines y huertos: poseemos las cartas de venta que dan fe de ello[241]. En Toledo, la Vega, «llena de manzanos, salpicada de árboles y de cultivos», se encuentra a la sombra de la ciudad. El mismo desarrollo de los aledaños cubiertos de huertos de hortalizas, el mismo lazo entre la ciudad y el esfuerzo agrícola encontramos en la Provenza y el Languedoc. En el siglo XVI se ganaron nuevas tierras en Mandolieu, en Biot, en Auribeau, Vallauris, Pégaumes, Valbona, Grasse, Barjols, Saint-Rémi, Saint-Paul de Fogossières, Manosque… A todo lo largo del Durance se ven esplendorosos huertos de hortalizas[242]. En el Bajo Languedoc, «los *orts* y los prados regados constituyen, en realidad, una parte muy pequeña de los terrenos (como en España)»; a decir verdad, «son cinturones urbanos, regados con aguas subterráneas gracias a la noria, *la seigne*; esta por sí sola constituye 30 % del valor total de un huerto»[243]. Se opera una amplia transferencia de inversiones urbanas hacia el campo[244].

La búsqueda de nuevos terrenos para el cultivo, en esta época, se había convertido en un interés público desde finales de siglo. Olivier de Serres, en su *Théâtre d'Agriculture*[245], se toma el cuidado de explicar ampliamente cómo hay que tratar las tierras de regadío, preocupación muy significativa. Pero este esfuerzo es lento y se corona trozo a trozo, a través del tiempo

infinito que las planicies tardan en surgir a la vida. Esta costosa empresa, tan mal acabada en el siglo XVI, había comenzado hacía centenares de años. Así podemos afirmarlo de todas las planicies; de las vegas de Murcia y de Valencia; de las de Lérida, Barcelona y Zaragoza; de las de Andalucía y las planicies del Po; de la *campagna felice* de Nápoles, de la Concha de Oro de Palermo o de los llanos de Catania. Cada generación aporta su grano de arena. Uno de los méritos del gobierno ilustrado de Pedro de Toledo en Nápoles fue el haber saneado, cerca de la gran ciudad, la región pantanosa de la *Terra di Lavoro* entre Nola, Aversa y el mar; el haberla convertido, al decir de un cronista, en «*la più sana terra del mondo*», con sus acequias y sus canales de desagüe, sus fértiles tierras labrantías y sus campos desecados[246].

Las pequeñas planicies fueron las primeras que se rescataron: las del macizo costero catalán fueron ganadas para el hombre y sus preciosos cultivos ya desde la Alta Edad Media. La construcción de «acequias» se remonta, según la tradición, al reinado de Hacam II, pero nada nos prueba que no sea más antiguo. En cambio, es seguro que Lérida, reconquistada en 1148, ya en esa época estaba fertilizada por los canales del Clamor; que Tortosa tenía sus acequias de riego desde la época de los árabes; que Camarasa, en el momento en que se reunió al condado de Barcelona en 1060, poseía sus regadíos arroceros. Siguiendo el modelo de los musulmanes, los condes de Barcelona habían profundizado el sistema de irrigación del territorio de la ciudad y de la planicie del Llobregat. Al conde de Mir (945-966) se atribuyen el famoso *rech* condal de Barcelona —o *rego mir*— y la construcción de otro canal, del Llobregat a Cervelló. Desde entonces, esta preciosa herencia medieval ha sido cuidada, conservada y enriquecida sin descanso[247].

Las etapas son las mismas en el caso de la planicie de Zaragoza, esta gran zona de *tierras de riego*, que es también obra del hombre. La parte esencial se logró al expulsar de la ciudad a los musulmanes (en 1118); pero, desde la conquista, continuó la empresa. Así el Gran Canal, que proyectado en 1529 se puso en servicio en 1587, aunque no fue terminado sino en 1772, en una época en que, bajo el impulso de los agrónomos, dentro del Siglo de las Luces, todo el Bajo Aragón revisa y completa su red de canales de riegos[248].

El ejemplo de Lombardía

Pero el mejor ejemplo de estas conquistas progresivas —porque es el más claro que tenemos ante nuestros ojos— es el de Lombardía[249]. Eliminemos sus zonas más altas: de un lado, los Alpes, estériles a partir de los 1500

metros, grandes masas pedregosas con pastos y bosques escalonados entre los 700 y los 1500 metros; del otro lado, los Apeninos, vertiendo sobre la planicie furiosos torrentes alternativos, que han cavado sobre los flancos de la montaña enormes lechos que llegan hasta los suelos profundos, y cuyas tumultuosas aguas arrastran enormes cantidades de grava y de materias calizas, pero que, llegado el verano, están completamente secos, hasta el punto de que el agua falta tanto para los arrozales como para beber. Por encima de los 1000 metros, los Apeninos están tan pelados como los Alpes a una altitud de más de 2000 metros; en el verano solo ofrecen manchas de raras yerbas, buenas para las cabras y las ovejas. La Baja Lombardía es una compleja formación de colinas, de mesetas, de planicies y de lechos fluviales, encajonados entre estas dos laderas. En las colinas crecen los olivos y los viñedos, y hasta los naranjos y limoneros, cerca de los grandes lagos alpinos. No hay altiplano propiamente dicho, sino en la parte norte; un altiplano no irrigado, cuya masa rectangular se apoya hacia el sur sobre la línea que va de Vicolungo a Vaprio, en las riberas del Adda. Lo cubren extensiones estériles de espinos, y está dedicado, sobre todo, al cultivo de la mora. Le sigue una planicie baja e irrigada formando un triángulo cuyo lado meridional puede trazarse de Magenta, sobre el Tessino, a Vaprio, en el valle del Adda; en él prosperan el trigo, la morera, los prados y los arrozales.

Pero lo que por el momento nos interesa de esta región lombarda es la gran planicie aluvial enclavada entre este altiplano irrigado y las colinas que anuncian la cercanía de los Apeninos, o, para decirlo con otras palabras, el fondo de la cuenca, zona clásica de arrozales, de prados y praderas artificiales de no menos importancia. No en vano se ha intentado demostrar por el precio de venta del heno lo que fue el movimiento general de los precios en Milán, por el siglo XVI**[250]**.

[I-92]

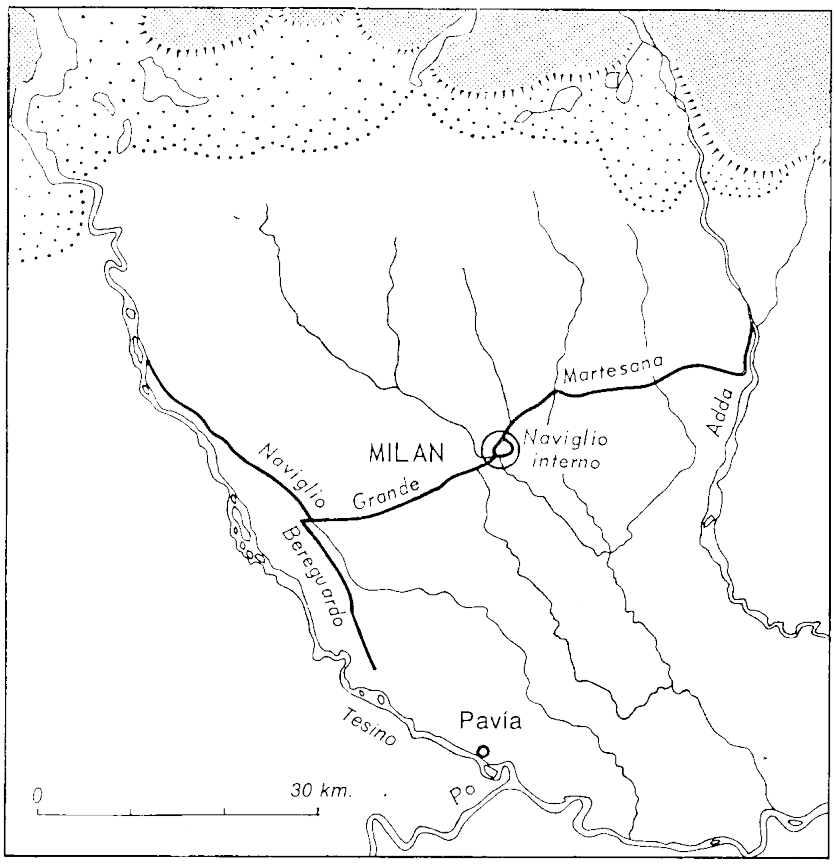


FIGURA 3. *Los grandes canales de la llanura lombarda*.
Según Charles Singer, *History of Technology*, 1957, t. III. El área de puntos representa la zona de colinas y depósitos morrénicos al pie de los Alpes.

El hombre ha transformado enteramente esta planicie. Fue él quien aplanó las eminencias naturales, hizo desaparecer los pantanos, empleó con inteligencia el agua que los largos ríos traían desde los glaciares de los Alpes. Esta domesticación de las aguas comenzó lo menos en 1138, con los trabajos de los benedictinos[251] y de los cistercienses, instalados en «Chiaravalle». Pero sería una larga historia relatar en detalle la construcción de esta planicie, cortada por diques y por canales. En 1179 comenzaron los trabajos del *Naviglio Grande*, que terminó en 1257 el podestá Beno Gozzodini. De este modo, las aguas del Tessino llegaron a Milán por un río artificial de más de 50 kilómetros de largo, destinado al riego y a la navegación. Antes de 1300 se construyó la derivación de Sessia, la *Roggia Basca*, y más tarde fue desecada para crear la *Roggia Biraga*, la de Bolgara y otras que servirían para la irrigación de las tierras de Novarese y la Lomellina. En 1456, Francisco Sforza mandó abrir el canal de la Martesana, de más de 30 kilómetros de largo, que lleva a Milán las aguas del Adda. Una ampliación llevada a cabo en 1573 lo hizo navegable. Como Ludovico el Moro ya lo había unido al *Naviglio Grande*, en 1573 los dos grandes lagos lombardos, el de Como y el Mayor, se comunicaron en el propio corazón del Estado[252]. Milán se convirtió así en una importante estación de agua, lo que le permitió recibir a menor costo el trigo, el hierro y, sobre todo, la madera, y expedir en dirección de Po y de Ferrara las grandes piezas de artillería que se fundían en la ciudad; así pudo obviar Milán su defecto capital: ser una ciudad enclavada entre tierras[253].

Estas indicaciones, que en realidad solo se refieren a la historia de las vías acuáticas, demuestran cuán lenta ha sido la conquista del suelo. Se ha hecho por etapas, y a cada una de ellas ha correspondido la localización de nuevas generaciones de hombres, de modo que las tres Lombardías, que están como encajadas unas dentro de otras, representan socialmente a grupos humanos muy distintos. La Alta Lombardía, montañosa, pastoril, que al norte se aproxima hasta la zona de los *brughiere*, es una región de pequeños propietarios pobres, pero libres, empeñados por hacer que sus tierras produzcan de todo, hasta el mal vino de sus viñedos. Más abajo, con el altiplano irrigado y la parte alta de la planicie, zona de fuentes (*fontanili*) y de rica vegetación, comienza la propiedad nobiliaria y eclesiástica. Este bajo nivel, que todavía no constituye, sin embargo, la zona más baja, es la zona de los castillos, las tierras de los aparceros, las cartujas rodeadas de frondosos árboles. En las tierras más bajas de todas se extienden los arrozales de los capitalistas[254]. Su audacia y su espíritu emprendedor revolucionario

resolvieron el problema del cultivo de las tierras inundadas. Gracias a ello se logró un positivo progreso económico. Pero ¿también social?

En términos humanos, el arroz de Lombardía sale caro. Representa un trabajo hecho en espantosas condiciones físicas, una esclavitud de trabajadores tanto más desheredados cuanto que, por no estar unidos y organizados, no podían quejarse. Los arrozales no requieren una mano de obra permanente, sino considerables masas de trabajadores ocupados por temporada, durante unas cuantas semanas, para las faenas de la siembra, el trasplante y la recolección. Todo este cultivo descansa sobre las migraciones temporales de los obreros agrícolas. No requiere la presencia permanente del propietario sobre el terreno, más que para ajustar los salarios y vigilar las faenas. Siglos más tarde, Cavour recorrió así sus tierras de Leri, en el Bajo Piamonte vecino, ajustando él mismo los salarios y vigilando desde la aurora el trabajo de los jornaleros[255].

Con casi todos los cultivos de las planicies ocurre, sobre poco más o menos, lo mismo. Estas tierras, fáciles de trabajar, en las que los surcos pueden tirarse a cordel, se prestan para el empleo regular de bueyes o de búfalos, para la fuerza animal. Solo en la época de las cosechas o de la vendimia requieren una abundante mano de obra de montañeses ajustados a destajo. Después de unas semanas de trabajo, los peones se vuelven por donde vinieron. Son verdaderos proletarios rurales; también lo son frecuentemente, claro está, los campesinos sedentarios establecidos de un modo permanente en estas tierras.

La información abierta en 1547 por los españoles[256] sobre la propiedad en Lombardía reveló que los campesinos no poseían ni 3 % de la fértil región de las tierras bajas; en cambio, como ya lo hemos dicho, les pertenecía la gran mayoría de las tierras pobres de la altura. Nada revela mejor que estas cifras la condición humana de las planicies. En condiciones miserables de higiene y salubridad, el campesino, en estas tierras, tiene que vivir, además, ganando muy poco. Todo tiene dueño, y lo que produce es para el amo. El campesino, que es con frecuencia un recién llegado, un hombre sencillo arrancado a su montaña, se deja engañar por la gente de la planicie, el terrateniente o su administrador. En muchos casos es, de hecho, una especie de esclavo colonial, cualquiera que sea, sobre el papel, su condición jurídica.

Grandes propietarios y campesinos pobres

Comparemos las planicies bonificadas del Mediterráneo con los bosques roturados de la Europa del Norte. Como toda comparación, esta tiene sus límites. En medio de las tierras deforestadas, en las nuevas ciudades, ha surgido un mundo más libre, a la manera americana. Uno de los dramas del Mediterráneo (aparte de algunas regiones nuevas que facilitan el individualismo agrario)[257], una de las razones de su tradicionalismo y de su anquilosamiento, es que aquí las regiones nuevas se hallan bajo el control de los ricos. Un hacha o un pico bastan en el norte, como más tarde bastarán en América, para roturar y cultivar la buena tierra nutricia. En el Mediterráneo hace falta contar, para ello, con el permiso del rico y el poderoso. Los terrenos van bonificándose poco a poco, y solo al cabo de los años logran aprovecharse extensiones de alguna consideración. Y esto solo se logra mediante el empleo del elemento humano, en grandes masas, trabajando codo con codo, con sujeción a una disciplina que supone un orden social estricto. ¿Estaban, o podían estar, poblados de campesinos libres Egipto o la Mesopotamia, en el siglo XVI? En España, cada vez que se pasa del secano al regadío, se pasa también de la zona de un campesino relativamente libre a la de un campesino literalmente esclavo. Por otra parte, el español heredó del musulmán todas sus grandes obras de irrigación, una vez consumada la Reconquista. Las tomó intactas, y por añadidura, con la mano de obra servil necesaria para su buen funcionamiento. ¿Qué eran sino *fellahs* los hombres que en el siglo XVI cultivaban las vegas de Lérida, y la Rioja del Ebro, y Valencia, Murcia y Granada?; *fellahs*, o más exactamente moriscos, a quienes el señor ibérico amaba y protegía como a un capital, del mismo modo que protegió a sus esclavos del Nuevo Mundo.

Pese a los recursos naturales de la región, el campesino de las tierras llanas sobrelleva una mísera existencia. Las *novelle* de Bandello nos hablan de los medieros de Milán; medieros mediatizados y celosamente vigilados. El propietario tiene su habitación, su cama hecha, en la finca que va a inspeccionar; y los productos de las tierras afluyen ininterrumpidamente a la casa de la ciudad. Por cada mediero que desaparece, diez bergamasquinos aguardan para ocupar el puesto que deja vacante.

La planicie pertenece al señor[258]. Hay que descender a las *veigas* portuguesas para encontrar las casas de los fidalgos, los *solares*, con sus enormes escudos blasonados[259]. La ancha y baja planicie de la marisma sienesa, en que hacen estragos las fiebres, al igual que en la vecina marisma toscana, está salpicada de castillos señoriales. Sus anacrónicas siluetas feudales dominan todo el paisaje, con sus torreones y murallas. Evocan, por sí

solos, un tipo de sociedad, la abrumadora presencia de los señores territoriales que dominaban el país sin vivir siquiera en él, pues estos castillos solo les servían de residencia momentánea. Por lo general, los señores vivían en Siena. Habitaban en las grandes casas de la ciudad que aún se conservan; son esos palacios en que suelen penetrar los enamorados de Bandello, con la ritual complicidad de los sirvientes, por las escaleras que suben al amplio granero donde se amontonan los sacos de trigo, o bien por los corredores que conducen a las piezas, siempre un poco abandonadas, del sótano[260]. Siguiéndolos, podemos adentrarnos en el seno de esas viejas familias y enterarnos de las comedias y de las tragedias cuyo desenlace sobrevendrá secretamente en los viejos castillos de la marisma, lejos de la ciudad, de sus comadreos y de la vigilancia familiar. ¿Cabe imaginarse mejor escenario para ejecutar, a la moda italiana del siglo, en medio del aislamiento creado por la fiebre y el sofocante calor, a la esposa infiel o sobre la que recaen sospechas de serlo? La explicación climática habría encantado a un Barrès. Pero no debemos perder tampoco de vista la complicidad social que asegura al homicida la casi impunidad, en estas tierras del bajío donde él es amo y señor. La planicie es el feudo de los ricos.

«En la llanura [escribe Robert Montagne[261] a propósito del Sous marroquí de hoy en día], la separación entre los ricos y los pobres aumenta rápidamente. Los primeros poseen los huertos; los segundos, los cultivan. Los campos de regadío dan cereales, legumbres y frutas en abundancia. El aceite de oliva y de argán constituye otra riqueza, que se transporta en odres hasta las ciudades del norte. La mayor proximidad de los mercados facilita la introducción de los productos extranjeros, de tal suerte que la vida de un notable de la planicie de Sous va pareciéndose cada vez más a la que se lleva en otras provincias donde el Maghzen ha reinado desde siempre. Pero al mismo tiempo, la vida de los jornaleros que trabajan los huertos —los *klemmas*— se torna más y más miserable». Esta nos parece que ha sido la regla general de las llanuras del mundo mediterráneo. Una distancia considerable separa aquí al rico del pobre, pues los ricos son, en estas tierras, muy ricos, y los pobres, muy pobres.

La gran propiedad sigue siendo aquí la regla. El régimen señorial —por lo general, fachada de esta— encontró en esta región condiciones naturales para sobrevivir. En Sicilia, en Nápoles o en Andalucía, los mayorazgos señoriales se han transmitido, sin desmembraciones, hasta los tiempos contemporáneos. Otro tanto ha ocurrido en las grandes planicies orientales de los Balcanes, en Bulgaria, en Rumelia y en la Tracia, en las regiones productoras de trigo y

arroz, bajo el régimen turco, con sus grandes propiedades y sus poblaciones de siervos; este régimen se ha enraizado profundamente en estas regiones, al paso que casi se ha extinguido en el montañoso oeste[262]. Por supuesto, hay excepciones, de acuerdo con la localidad y las circunstancias, como la primitiva campiña romana o las actuales democracias campesinas de Valencia, del Ampurdán y el Rosellón.

«Estas llanuras [escribe Max Sorre refiriéndose a las dos últimas][263] han sido siempre regiones de pequeña y mediana propiedad». ¿Siempre? Hay que entender que el autor se refiere exclusivamente a la época moderna. Porque no sabemos exactamente lo que ocurriría en esas regiones bajas antes de las revueltas agrarias del siglo XIV y, sobre todo, los grandes trabajos colectivos de irrigación llevados a cabo en ellas no fueron como los que emprendieron los templarios de Mas Deu en las cuencas rosellonesas de Réart y de la Cantarana… De todos modos, el ejemplo sigue en pie, y con él la aberración. En Provenza «es raro encontrar proletariado rural, salvo en la llanura de Arlés, que está dividida en grandes dominios»[264]. En Cataluña hubo una clase campesina próspera, al menos a partir de 1486[265]. Para atenuar toda explicación de conjunto, tal vez fuese necesario recurrir, y largamente, a las ideas falsamente simples de la pequeña y la gran propiedad (¿grande o poderosa?); distinguir entre las planicies según su extensión más o menos considerable, y también según que estén o no parceladas; por último, y sobre todo, convendría investigar, mediante explicaciones lógicas, si se dan cambios sucesivos en cuanto al régimen de la propiedad y la explotación agrícolas, parcelamientos o reagrupaciones, y de nuevo parcelamientos o desmembraciones, ya que nada es fijo o estable. Unas veces por el número de hombres, otras por la implantación de nuevos cultivos o la introducción de nuevos aperos, otras por la presión incontenible de las ciudades cercanas, el orden geográfico y humano de las regiones bajas cambia interminablemente, al paso que en otras regiones la tiranía del arado y de las tierras de trigo (para volver sobre las ideas de Gaston Roupnel) y el empleo del ganado de labor mantienen en pie el orden antiguo y la fuerza de los ricos. Este es el servicio que presta, que va a prestar, el trabajo innovador de Emmanuel Le Roy Ladurie[266] sobre los campesinos de Languedoc entre los siglos XV y XVIII. ¿Quién hubiera podido imaginar, con anterioridad a sus investigaciones, que este orden rural fuese hasta tal punto producto de la conjunción de circunstancias sociales, demográficas y económicas y, en consecuencia, sometido sin cesar a cambios y alteraciones? El problema radica en llegar a dilucidar si este calendario secular de órdenes campesinos sucesivos del

Languedoc es aplicable o no a las otras regiones costeras y si nos encontraremos con que algunas de ellas van adelantadas, otras retrasadas, y unas terceras, las más numerosas, marcan la hora exacta; en el momento actual nos hallamos muy lejos de poder responder a esta pregunta.

Cambios a corto plazo en las llanuras: la Tierra Firme veneciana

Existe otro ejemplo por lo menos —el de Venecia— donde podemos intentar seguir estas mutaciones a corto plazo.

En sus regiones bajas, las más ricas y también las más pobladas, la campiña veneciana es objeto de frecuentes bonificaciones, comenzadas aun antes de finales del siglo XV. Sospechamos la amplitud de tales trabajos, aunque, por desgracia, no conocemos su extensión geográfica ni su cronología exacta. Comenzadas muy pronto, estas costosas mejoras no parecen haber sido, en general, de provecho para los campesinos ni para las comunidades aldeanas.

Nada más razonable, en apariencia, que el habitual proceso de bonificación, cuyo proyecto se mantiene invariable a lo largo del siglo en los procedimientos prudentes, generalmente supeditados a los precedentes, de la administración veneciana, confiada, a partir de 1561, a los *Proveditori ai beni inculti*[267].

[I-100]

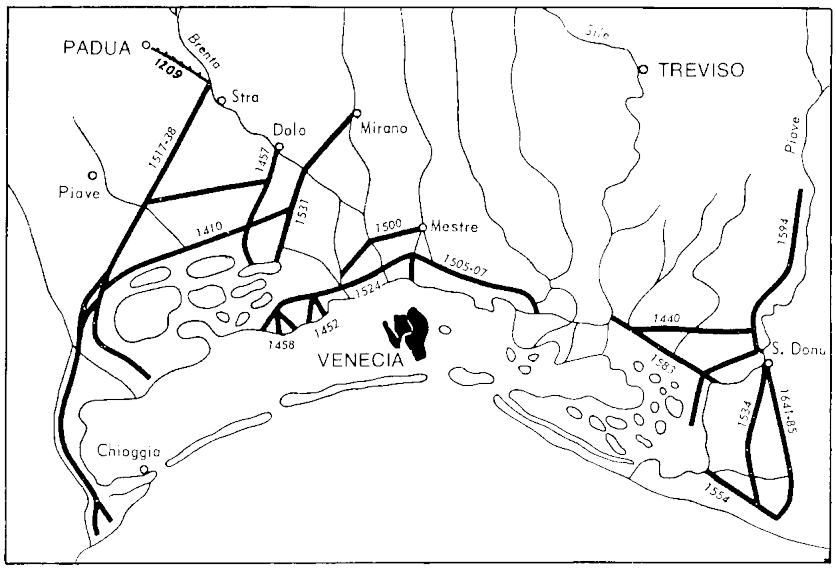


FIGURA 4. *Los canales de regularización han salvaguardado la mitad de las lagunas venecianas*.
Mapa orientado hacia el noroeste. Estas obras han protegido las tierras bajas venecianas y las lagunas que rodean la ciudad. Pero la parte norte de la laguna se ha visto generosamente repleta por los sedimientos de pequeños cursos de agua, los ríos Piave y Sile, con frecuencia torrenciales. Toda esta región está cubierta de aguas estancadas. Al sur, en cambio, se consiguió, después de sucesivos trabajos, la domesticación del río Brenta y que la laguna estuviese *viva* de Chioggia a Venecia, animada por los movimientos de la marea. De Arturo Uccelli, *Storia della tecnica dal Medio Evo ai nostri giorni*, 1945, p. 338.

Cada bonificación, cada *ritratto*, establece para un área definida de terrenos indudablemente pantanosos un programa de diferentes obras hidráulicas: diques construidos o por construir (*argine*), tomas de agua (*presi*), canales y regueras de distribución de las aguas de riego (*scalladori*). A veces, embarcaciones pequeñas utilizan estos canales y se establece el pago de derechos de peaje; con eso se compensa parte de los gastos. Pero, en principio, los propietarios de las tierras han de correr con los gastos de estos onerosos trabajos, a razón de uno o dos ducados por *campo*[268], según se trate de terreno cultivado, con viñedo, o simplemente plantado de árboles. Si un propietario no podía pagar su parte correspondiente en el momento requerido, se le tomaba como pago la mitad de su propiedad, lo que demuestra que la deuda por *campo* no era cosa menuda.

El *ritratto* estaba, a veces, bajo la responsabilidad de una de las comunidades urbanas (por ejemplo, la *communità* de Este[269], o la de Monselice)[270]; o bien era propiedad de un auténtico sindicato de propietarios, que podían, por otra parte, recurrir a adelantos de la tesorería veneciana, con un interés muy bajo (4 %); finalmente, también la administración veneciana puede participar en la empresa, reservándose entonces, una vez finalizados los trabajos, el derecho a vender la tierra que le correspondiese; la adjudicación tenía lugar, a veces, en el mismo Rialto. Se dividía cada *ritratto* en 24 quilates, del mismo modo que se hacía con los barcos, adjudicándose, sucesivamente, cada quilate en subasta pública, o como diríamos nosotros, a golpe de martillo; los documentos de la época estipulan: *con la bachetta in terra del su in giù*.

Pero ¿qué significan realmente todas estas meticulosas reglas? La realidad se deja adivinar aquí y allá a través de ciertos contratiempos y de auténticas catástrofes. Una determinada *communità* no consigue el dinero necesario para completar los trabajos: venderá, entonces, la mitad del *ritratto* a sus ciudadanos, y la otra mitad a aquel comprador dispuesto a pagar la primera postura (pues el comisario de la subasta la inicia con una determinada postura que luego va disminuyendo). Es frecuente que se constituyan sindicatos de propietarios *consorti*, o *caratadori* (compradores de quilates), que son auténticas asociaciones mercantiles; no es extraño encontrar a su cabeza los grandes nombres del patriciado veneciano. Un documento (15 de febrero de 1557)[271] menciona a un tal Hieronimo Dolfin (de una familia de grandes banqueros), que con sus asociados dirigía las negociaciones en lo tocante al *ritratto* del valle de San Biasio, junto a Lendinara, entre el Bajo Adigio y el curso inferior del Po; proyecto, sin embargo, en punto muerto a la altura de

principios de 1561[272]. Dos años más tarde nos encontramos con otro patricio, Alessandro Bon, quien ha *intrapreso a sue spese col permesso della Signoria la bonifica di tutte le valle che sono tra Po e Bacchiglione*[273]; su proyecto tropieza con una resistencia, «el inesperado obstáculo de la *communità* de Rovigo». Adivinamos, más que sabemos, que siempre se trataba de empresas ambiciosas; solo unos estudios sobre este aspecto específico nos podrían dar la respuesta. Sin embargo, sabemos que basta con que se produzca un accidente, como ocurre el 5 de noviembre de 1554, cuando se rompe un dique en las proximidades de Rovigo, para que queden inundados 30 000 *campi fertilissimi*, y como la rotura no fue adecuadamente reparada, hay el peligro de que en la próxima cosecha se pierdan *40 000 stara di fermento*, las mismas que en la del año presente[274]. Vemos, pues, que había en juego grandes cantidades de dinero, muchas riquezas e importantes negocios. El 11 de diciembre de 1559, el autor de un proyecto, quien, por desgracia, conserva el más riguroso anonimato, propone hacer, a expensas propias, una serie de *ritratti*; en compensación tomará un solo *campo* de cada diez[275]. ¿Quién se esconde tras este hombre tan generoso?

Aparte de estos pequeños detalles sabemos muy poco acerca de la real situación de los campesinos y propietarios del Véneto, mientras que en estos momentos conocemos a la perfección (por un azar en la tarea de investigación) a los rústicos del Languedoc y a sus señores[276]. Para poder juzgar con cierto conocimiento de causa haría falta un gran número de investigaciones afortunadas, que están sin hacer, y, a continuación, sopesar cuidadosamente las evidencias. ¿Cuál es el auténtico significado, en relación con las restantes y diferentes explotaciones agrícolas, de este esfuerzo de las bonificaciones, victoria a la larga de los arrozales (quizá desde 1584), que iba a asegurar el bienestar de las clases patricias y el equilibrio de la balanza de pagos de la señoría, en el siglo XVII, sumando sus beneficios a los obtenidos entonces con el incremento de la producción de la seda?[277] En todo caso, estas vastas bonificaciones no tienen nada en común con las que realizan los *canalistes* del Languedoc. Por eso, terminado el siglo XVI, se abre en Venecia, para los beneficiarios de la *renta sobre tierras*, un periodo de prosperidad mayor aún del que disfrutaron en torno de Montpellier o Narbona los propietarios languedocianos. Cuando la riqueza de Venecia entró en acción en las campiñas de Tierra Firme, supo explotarla sabiamente. Pero todavía no conocemos con la seguridad deseable cómo se desarrollaron estos episodios de la historia de la tierra veneciana. Solo sabemos que los campesinos se llenaron de deudas, que la economía siguió siendo generalmente arcaica, y

que disminuyeron las tierras comunales… ¡Qué interesante tema de investigación![278]

Cambio a largo plazo: Las vicisitudes de la campiña romana

Los cambios a largo plazo nos resultan, evidentemente, más fáciles de observar. La campiña romana es un excelente ejemplo de continuas vicisitudes que producen cambios[279]. El campesino tomó posesión de ella muy temprano, ya en la época neolítica. Es natural que, milenios más tarde, bajo el imperio, el *agro romano* haya estado ocupado en toda su extensión. Contaba con importantes acueductos y la malaria causaba allí pocos estragos. La catástrofe llegó con los ostrogodos, en el siglo V, al cegarse los acueductos. La conquista del suelo no pudo emprenderse de nuevo sino uno o dos siglos después: Ostia renació entonces de las ruinas. Pero nuevas catástrofes sobrevinieron en el siglo XI, después de las cuales volvió a florecer la vida agrícola, a principios del siglo XIV y en el siglo XV. Ostia resurgió de nuevo, esta vez gracias al celo del cardenal de Estouteville. En los siglos XV y XVI surge también la gran propiedad señorial, y se forman grandes fincas con murallas como de fortaleza: los *Casali*, que todavía se distinguen hoy al borde de las grandes carreteras y cuya sólida construcción pone bien de manifiesto la inseguridad de la planicie, siempre amenazada por bandidos prontos a bajar de la montaña. Estas grandes fincas de tipo «colonial» practicaban la rotación de los cultivos (el trigo era la principal razón de su existencia) y la crianza de ganado vacuno en gran escala. Los Abruzos suministraban la mano de obra. Pero ¿hasta dónde era sólida esta toma de posesión?

La situación en el siglo XVI no era en modo alguno floreciente. Los cardenales tenían sus «viñedos» en la *Campagna*, pero estaban plantados en colinas bien aireadas, como el Casino de los Borghese, en el Palatino. Benvenuto Cellini, a quien le gustaba salir de caza por los alrededores de Roma, refiere detalladamente cómo se salvó por milagro, según asegura, de una larga enfermedad que bien pudo ser un ataque agudo de paludismo[280]. Imaginémonos la campiña romana de antes, con muchos espacios vacíos, marismas y terrenos baldíos que, en realidad, solo sirven para cotos de caza. Tenemos, por otra parte, la impresión de que una vida pastoril activa e invasora que desciende de diversas partes de los Apeninos viene a llamar un día y otro a los muros de la ciudad como en las lejanas épocas de su vida

primitiva. Actas notariales suscritas en Roma hacia 1550 nos indican la presencia allí de numerosos mercaderes de ganado, entre ellos algunos inmigrantes corsos…[281].. Teniendo que competir con el trigo extranjero, la agricultura se deteriora cada vez más. Y las cosas se agravan aún más en el siglo XVIII. De Brosses nos dejó un cuadro angustioso de las miserias de la planicie, del abandono de sus propietarios y de las fiebres que azotaban la región[282]. Finalmente, «el agro romano se encontraba a comienzos del siglo XIX en una situación más lamentable que nunca»[283].

El primado de las llanuras: Andalucía

Por lo general, el destino de las llanuras es menos agitado o quizá nos parece así al no sernos bien conocido. Con todo, de la época romana a la nuestra han ocurrido notables variaciones durante la ocupación y explotación de las regiones bajas tunecinas, donde quedan pruebas abundantes de un antiguo esplendor. Y otro tanto se puede decir de la Baja Siria o de Macedonia, abandonada durante siglos y que solo se despertó a partir de 1922, o la asombrosa Camarga, cuyo destino aún hoy continúa sorprendiéndonos.

Sea de ello lo que quiera, estas vastas planicies representan la parte más esencial de la historia agrícola mediterránea; la última parte, la más difícil, pero también la que obtuvo el más magnífico de los resultados, siempre y cuando que desde el punto de vista humano no paremos mientes en el alto precio que hubo de pagarse para triunfar sobre las aguas. Cada una de esas conquistas fue una gran hazaña histórica, rica en consecuencias. A tal punto, que, a la vista de cualesquiera de los acontecimientos históricos más importantes, debemos preguntarnos si no tuvo por causa una de esas grandes empresas agrarias.

Así podemos pensar, en efecto, en lo tocante a Egipto, Mesopotamia y Macedonia. Y lo mismo podría decirse de la primitiva campiña romana, disciplinada y rica en hombres; poco a poco, fue triunfando sobre todas las montañas que la rodean. Después hizo la unidad de Italia, y, por último, la del Mediterráneo. Recuérdese el importante papel que ha desempeñado la planicie del norte de Italia, el Piamonte, todavía montañoso y rústico hasta llegar a las diferentes Venecias y al Friul; y la gran acción —ya volveremos sobre ella— desplegada por las amplias llanuras balcánicas del Mar Negro.

No hay ejemplo más fascinante de tal primacía que el de las planicies de la Baja Andalucía. En el siglo XVI era esta una de las más ricas regiones del

Mediterráneo. Entre el viejo zócalo castellano, al norte, y las montañas ásperas y jóvenes que hacia el sur forman la alta cordillera Bética, las planicies andaluzas desarrollan sus suaves ondulaciones, sus praderas, que a veces evocan, hacia el oeste, la región del norte de Flandes, y que casi siempre están cubiertas de viñedos y de extensos olivares… Como todas las planicies, también esta hubo de ser conquistada trozo a trozo. En los primeros tiempos de Roma, todo el Bajo Guadalquivir era una marisma[284], algo semejante al Bajo Ródano primitivo o a la Mitidja, antes de la colonización francesa. Pero pronto, y con relativa rapidez, Andalucía, la Bética, iba a convertirse en el corazón de la España romana, ese vergel de ciudades extraordinariamente hermosas, demasiado pobladas acaso y demasiado difíciles de mantener.

Tal es, en efecto, el reverso que nos presenta la medalla de la riqueza de las planicies: especializadas en cultivos remuneradores y poco variados, estas dependen en parte del exterior para su diario sustento. Exportadoras de aceite, de uvas y de vinos, de tejidos y de objetos manufacturados, las ciudades andaluzas viven del trigo del norte de África. Quien poseyera el trigo africano las tenía a su merced. Con su complicidad se posesionaron del granero los vándalos en el siglo IV[285]; cuando fueron desalojados por los bizantinos, en el siglo siguiente, estos no tardaron en posesionarse de Andalucía. Y al llegar la hora de los árabes tampoco pudo Andalucía oponerles una larga resistencia… A cada nueva «conquista», Andalucía pasa a ser el florón de la nueva corona. Fue el corazón de la resplandeciente España musulmana, sin duda poco extendida por el norte de la península ibérica, aunque siempre o casi siempre abierta en dirección del África Menor, de cuyas costas y de cuya rústica población y agitada historia nunca llegó a estar completamente separada… En este vergel de ciudades surgieron dos metrópolis: Córdoba y más tarde Sevilla. Córdoba llegó a ser escuela de toda España, de todo el Occidente musulmán y cristiano, pero ambas ciudades se erigieron en capitales de arte y centros de civilización.

Esta grandeza seguía aún viva cientos de años después, en el siglo XVI. Había sido necesario, sin embargo, cicatrizar las grandes heridas abiertas por la reconquista cristiana en el siglo XIII, la cual había causado en la región andaluza, sobre todo en el sur, considerables estragos y abierto múltiples lagunas que la colonización primero militar y después pacífica tardó mucho tiempo en llenar. Este lento trabajo de reparación no había terminado todavía en el siglo XVI[286], a pesar de ello, Andalucía era aún una región espléndida: «granero, huerto, bodega y establo de España»[287], del elogio ritual de los

embajadores venecianos en sus *Relazioni*… Por si faltara algo, el siglo XVI añadió a las glorias y a las riquezas de esta magnífica tierra el regalo de América. Por espacio de casi dos siglos, desde 1503, la América fue, en realidad, patrimonio de Sevilla. La América, es decir, la *Casa de Contratación*, las flotas que arribaban a las Indias y las que volvían del Nuevo Mundo cargadas con la plata de México o del Perú; los mercados de las densas y activas colonias abiertos al extranjero: todo quedó bajo el legítimo monopolio. ¿Por qué razones? En primer lugar, para gobernar más rigurosa y celosamente aquel tráfico, fuente de gran riqueza: era el punto de vista de los gobernantes. En segundo lugar, porque el camino de América dependía de los alisios y Sevilla estaba situada a la puerta misma de estos vientos. Pero detrás de esta singular fortuna, ¿no había como fundamento una ciudad privilegiada, admirablemente abastecida por las naves que descienden por el Guadalquivir y por los famosos carros tirados por dos pares de bueyes? Es la gran planicie vinícola y olivarera la que anima por debajo de cuerda el tráfico sevillano. Era el aceite y el vino de estos campos lo que los barcos del norte, bretones, ingleses u holandeses, venían a cargar a Sevilla, y no únicamente las lanas de Castilla, la sal de Sanlúcar —incomparable para la salazón del bacalao— y los productos importados de las Indias.

La riqueza de Andalucía la empujó, pues, y hasta quizá la obligó, a salir de sus fronteras. En el siglo XVI, Sevilla y el interior de Andalucía, país que ha sido siempre mitad musulmán y apenas mitad cristiano, construían, humanamente hablando, con sus hombres, grandes extensiones de la América española: esos territorios llevan todavía el sello de origen. Carlos Pereyra lo ha dicho magníficamente. España arranca de sí a sus hombres en beneficio de estas regiones del sur abiertas al mar.

He aquí lo que, en conclusión, debe ponernos en guardia contra la vívida expresión de Pierre George acerca de esas planicies, a las que él llama «células terrestres» vecinas del mar. En realidad, estas células distan mucho de encerrarse en sí mismas. Si extienden su influencia, generalmente es porque la economía de los inmensos espacios de mar viene en su ayuda, o, más exactamente, las toma a su servicio, las condena a los grandes cultivos de exportación. Los viñedos y los olivares progresan en la Baja Andalucía del siglo XVI bajo los auspicios del gran comercio sevillano. Paralelamente, al otro extremo del Mediterráneo y ya casi fuera de su órbita, el desarrollo del cultivo del trigo en Moldavia y en Valaquia en tiempos de Miguel el Valiente, en las postrimerías del siglo XVI, y el fortalecimiento del régimen señorial que lleva consigo, se hallan vinculados al comercio de granos en el Mar Negro,

también en pleno auge. Pondremos algunos ejemplos análogos, estos ya fuera de los ámbitos del siglo XVI: el algodón y el tabaco, que contribuyeron a la bonificación de la planicie de Salónica; la granza, introducida en el condado veneciano en el siglo XVIII, y gracias a la cual se desecaron las tierras bajas de esta región y se acabó con los últimos restos del paludismo; o los viñedos que, alrededor del año 1900, contribuyeron a hacer salubre la zona de Mitidja…

Podemos asegurar, en suma, que para hacer frente al desarrollo de las regiones bajas hay que contar con el aflujo de los grandes beneficios asegurados por el comercio, el gran comercio a larga distancia. Ahora bien, ¿este comercio no equivale, visto a corta distancia, a la proximidad de una gran ciudad compradora, rica en capitales y capaz de asumir las cargas, las responsabilidades y los riesgos de la empresa? Todas las bonificaciones de tierras llevadas a cabo en el siglo XVI y de que hemos hablado se encuentran precisamente en la órbita de influencia de las grandes ciudades: Venecia, Milán, Florencia… Del mismo modo, Argel hizo surgir, hacia 1580, como reflejo de su propia grandeza, una vida agrícola importante en Mitidja. Vida efímera, quizá, porque la planicie seguía aún prisionera, por aquel entonces, de sus aguas malsanas; pero, de todos modos, el campo se puso a producir, para la ciudad que se expandía y para las lujosas mansiones de los corsarios turcos y de los renegados —Dios sabe al precio de cuántas vidas humanas—, ganado, leche y mantequilla, habas, garbanzos, lentejas, melones, pepinos, palomas… Despachaba, para ser cargados en los barcos surtos en el puerto, cera, cueros y gran cantidad de seda. Cuenta con sus trigales y sus campos de cebada; y Haedo —que quizá no ha visto todo esto personalmente— concluye que aquello debía ser el jardín del Paraíso… De modo análogo, la ciudad de Valencia explica las huertas que la circundan y a las que, además, suministra abono. «Si las calles [de Valencia] no están pavimentadas [dice un viajero del siglo XVIII]**[288]**, es porque sus detritus, mezclados con las inmundicias que las cubren solamente por unos instantes, se transportan fuera de sus muros para fertilizar los campos adyacentes, y porque existe la seguridad de que, de pavimentarlas, se privaría a ese gran vergel que rodea por todas partes a Valencia de una de sus principales fuentes de fecundidad».

Toda planicie ganada para los grandes cultivos acaba convirtiéndose en una potencia económica y humana, en una fuerza… Pero no vive para sí misma: ha de vivir y producir para el exterior. Y esto, condición de su grandeza, es también —en un siglo XVI donde nadie tenía seguro el pan cotidiano— la causa de su dependencia y miserias. Ya lo veremos en el caso de Andalucía, forzada, desde antes de 1580, a importar trigo nórdico**[289]**.

IV. TRASHUMANCIA O NOMADISMO: DOS MODOS DE VIDA MEDITERRÁNEA

Hemos dejado para el último momento la descripción del conjunto de los múltiples problemas que presentan trashumancia y nomadismo, desplazamientos regulares de hombres y ganados, que son una de las características del mundo mediterráneo. Pero no conseguiremos explicarlo todo acerca de estas continuas migraciones si nuestras observaciones se limitan exclusivamente a los continentes peninsulares. Será conveniente mirar con frecuencia y minucia hacia el este y hacia el sur e incluir, por lo menos en el razonamiento, la vida pastoril de los vastos confines desérticos. Este es el motivo por el que nos hemos demorado en abordar estos temas tan difícilmente aplicables a una determinada región geográfica.

Las trashumancias[290]

Hay diferentes especies de trashumancia: los geógrafos distinguen dos tipos, acaso tres.

Tenemos en primer lugar la trashumancia «normal»: propietarios y pastores son, en este caso, gente de la llanura; viven en ella y solo la dejan en el verano, estación desfavorable para los ganaderos en las tierras bajas. En este movimiento, la montaña no suministra más que el espacio. A veces, este espacio es propiedad de algún campesino de la llanura, aunque por lo general se la arrienda al montañés. En el siglo XVI, y quizá desde cuatrocientos o quinientos años antes[291], Arlés era la capital de una gran trashumancia estival, que alojaba los rebaños de la Camarga y, sobre todo, de la Crau y los expedía todos los años, por los caminos de la cuenca del Durance, hacia los pastos del Oisans, de Devoluy, de Vercors, hasta los aledaños de Maurienne y de Tarentaise. Esta «villa campesina» era una verdadera capital; en ella moraban los «capitalistas»[292], como se llamaba todavía hasta hace poco a los dueños de estos rebaños de ganado lanar; en ella residían los notarios, encargados de otorgar las escrituras contractuales.

Un ejemplo de trashumancia inversa a esta era, en el siglo XVI, la de la Navarra española. Los rebaños de ganado lanar descendían aquí de las altas regiones de los *éuskari*. Las regiones bajas solo desempeñaban la función de mercados, cuando se efectuaban transacciones. Esta trashumancia, harto tumultuosa, se llevaba a cabo en invierno. Huyendo de la montaña, al llegar los rigurosos fríos, ganados y pastores se descolgaban sobre la Baja Navarra

como ejército en país conquistado. Las casas se cerraban a cal y canto al paso de los temidos huéspedes. Cada año hacía renacer así esa eterna guerra entre el pastor y el campesino. La tensión se mantenía hasta que los ganados llegaban a las partes abiertas no cultivadas de la planicie, donde están los pastos de las Bárdenas Reales, y se reavivaba en la época del retorno. Las Bárdenas Reales son una estepa pedregosa en los confines de Aragón, donde las lluvias del invierno permiten que brote un pasto bastante pobre[293].

Esta trashumancia inversa la encontramos igualmente en Calabria; pastores y ganados se apiñan durante el invierno y la primavera en las estrechas regiones del litoral. «La mañana del día de Pascua [dice, en 1549, el obispo de Catanzaro], unos sacerdotes se dirigían a la orilla del mar, donde se reúnen numerosos ganados, y tenían por costumbre celebrar la misa en un altar hecho con *formes* de queso; terminada esta bendecían quesos y ganados y daban la comunión a los pastores. Al sacerdote se le regalaba todo el queso utilizado para levantar el altar. Yo he castigado a los sacerdotes que habían celebrado estos oficios y… amenazado con terribles penas a quienes se atrevan a repetirlos de ahora en adelante»[294].

Dos trashumancias. Hay, además, una tercera, menos importante, de tipo mixto, que combina la de invierno y la de verano. El punto de partida y las habitaciones se encuentran, pues, en las laderas, a medio camino entre los dos pastizales. Tal ocurre hoy día en los castañares corsos.

Es punto menos que imposible, en efecto, ajustar la realidad a una clasificación rígida. La trashumancia, fenómeno complejo, pone en acción toda suerte de condiciones: físicas, humanas e históricas[295]. En el Mediterráneo, según la definición más simple, es un desplazamiento en *sentido vertical*, de los pastos de invierno, situados en la llanura, a los pastos de verano de las cumbres. Y a la inversa. Es, digamos, una vida combinada en dos etapas. Pero es, al mismo tiempo, un desplazamiento de hombres. Estos hombres pertenecen a tal o cual poblado, a tal o cual grupo rural —o no rural —; son únicamente pastores, o bien, durante alguno de sus descansos, cultivan brevemente la tierra, quemando a veces la maleza en el otoño para abonar con sus cenizas el suelo[296]. Estos hombres habitan en las tierras altas o en las tierras bajas, de un modo permanente o transitorio.

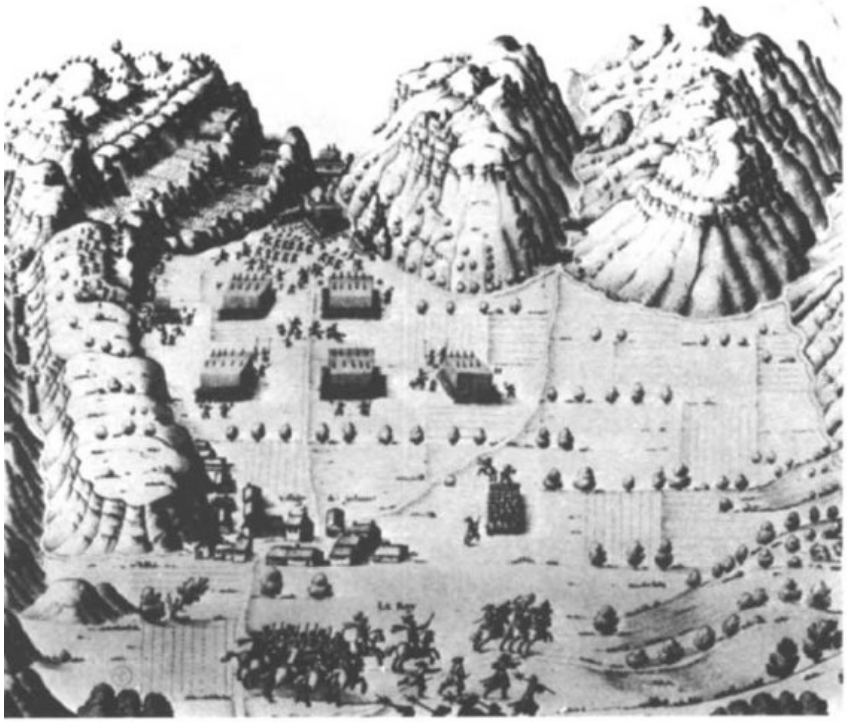
En resumen, las variaciones sobre el mismo tema son numerosas, pero, impuestas siempre por las condiciones locales, resultan virtualmente ineludibles. Mencionemos de paso una anécdota que lo merece: Corón, en la costa griega, era, en 1499, una avanzada de Venecia. El pachá de Morea quiso impedir a los albaneses y griegos de aquella pequeña ciudad el sembrar o

llevar sus ganados a pastar en territorio del gran turco. Los *Rettori* de Corón se limitaron a replicarle dulcemente: «Si nuestros ganados van en verano a vuestro territorio, los vuestros vienen en el invierno al nuestro»[297].

Relieve topográfico y estación son los dos factores que determinan habitualmente en sus líneas generales lo más esencial de aquello que puede y debe ocurrir. En 1498[298], durante el tiempo de Carnaval, un grupo de *stradiots* hacen una correría por los alrededores de Pisa: el botín no resulta sorprendente considerando que esto ocurre en invierno y junto al mar: 300 cabezas de ganado mayor, búfalos y vacas, 600 corderos y algunas yeguas y mulas. Otra incursión por los alrededores de Zara, en enero de 1526, proporciona el siguiente botín: 2500 animales[299]. Un último ejemplo: en diciembre de 1649[300], unos morlacos, dirigidos por un nuevo jefe, se apoderan, en la costa de Dalmacia, de «13 000 cabezas de ganado».

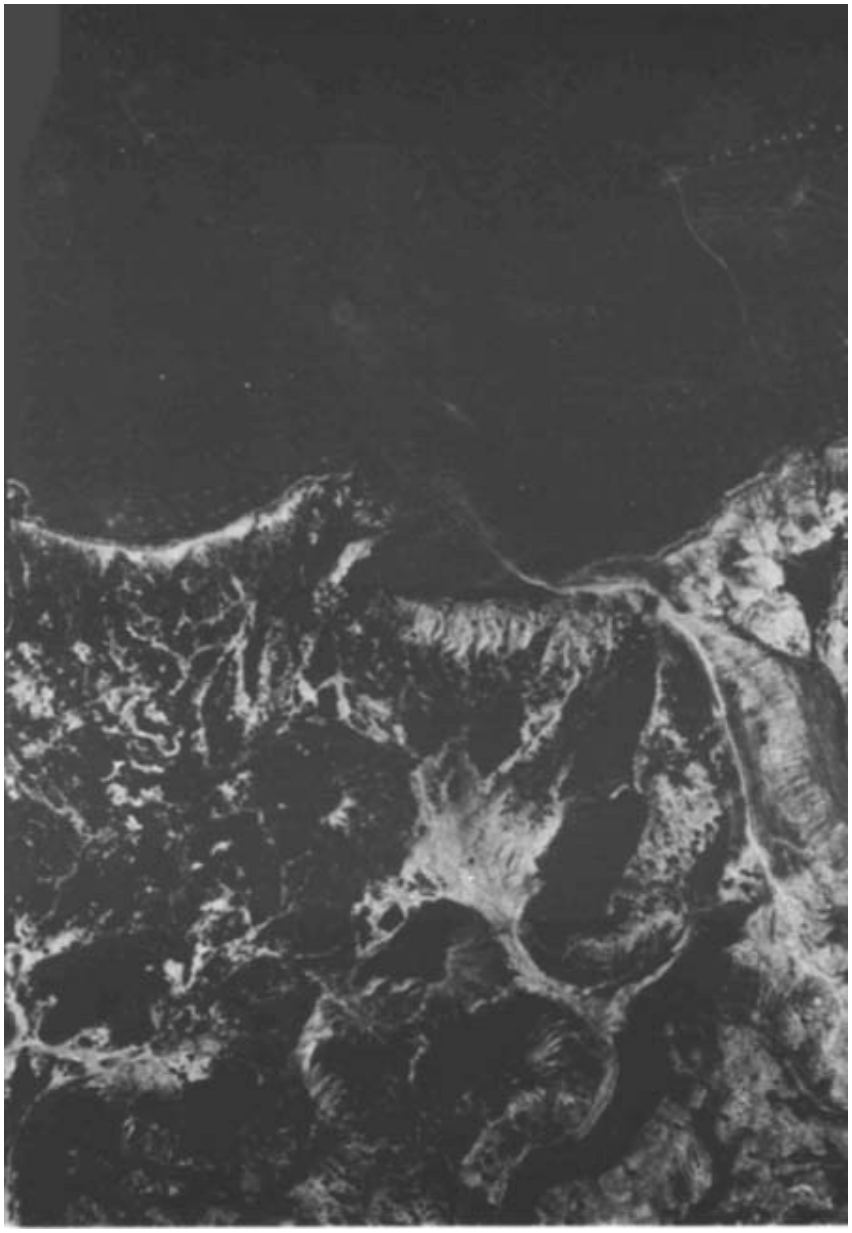
El nomadismo es más antiguo que la trashumancia

Así definida, la trashumancia es una de las formas, regularizada y, en cierto aspecto, racionalizada, de la vida pastoril mediterránea, alternándose los pastos de llanura con los pastos de montaña. Una forma racionalizada, fruto de una larga evolución. La trashumancia, incluso la menos organizada, concierne solo a un tipo de gente especializada: los pastores. Implica una división del trabajo, una agricultura omnipresente y, en consecuencia, una continuidad de cultivos, moradas fijas y pueblos. Estos pueden aligerarse de parte de sus habitantes de acuerdo con las diferentes estaciones, en beneficio, unas veces, de la llanura, y de la montaña otras. Abundante cantidad de documentos del siglo XVI mencionan estos pueblos medio vacíos de la montaña, donde solo quedan ancianos, mujeres y niños.



1. *Los Alpes entre Francia y el Piamonte. De esta forma se representaba en el siglo XVII la barrera que separaba una de otro.* Desseing de l'attaquement du paz et destroict de Suze en Piemont, emporté par le Roy, *1629, B. N., Est., Id 24 fol. La victoria de Luis XIII demostró que Italia, a la que se había renunciado en 1559, seguía estando al alcance de los franceses*.





Fotos: *Diputación Foral de Navarra*
2 y 3. *Regiones áridas. Estas dos fotografías aéreas ofrecen vistas parciales de las Bárdenas Reales (Navarra), lugar adonde iba en invierno el ganado lanar de las montañas. Nótese, en la segunda foto, el contraste entre la sequedad de las zonas altas y la relativa humedad de las bajas. Se han proyectado canales para irrigar estas desoladas regiones. Debo agradecer estas fotografías, que aparecen en su libro* La Ribera Toledana de Navarra, *1951, a Alfredo Floristán Samanes*.

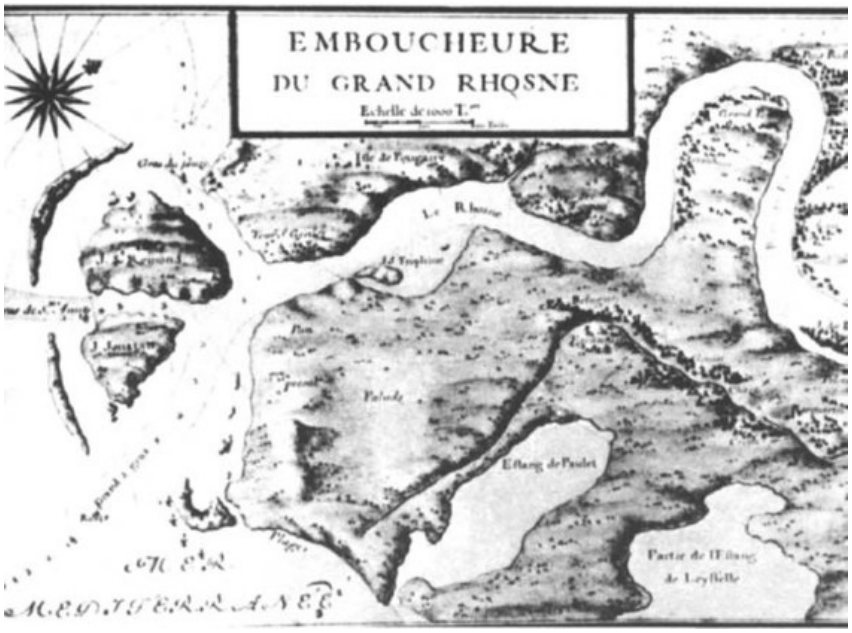


Foto: *E. P. H. E*
4. *El delta del Rin. París, Service hydrographique de la Marine (S. 2. pl. 15. alrededor de 1680).*

El nomadismo, al contrario, se lleva todo por delante en sus largos recorridos: personas, bestias y hasta moradas. Pero, a diferencia de la trashumancia, jamás canaliza enormes masas de animales. Sus ganados, incluso los más importantes, se van diluyendo en un inmenso espacio, divididos en grupos a veces muy reducidos. Hoy día, el nomadismo —que, a decir verdad, solo persiste en torno del Mediterráneo y en estado residual— está constituido por esos grupos de unas diez personas más o menos que se pueden ver a la caída de la tarde, en torno de un fuego, en los arrabales de Beirut; o también en Argelia, después de levantadas las cosechas, se puede ver, en medio de los rastrojos, camellos, corderos, asnos, dos o tres caballos, unas mujeres vestidas de rojo y unas cuantas tiendas negras hechas con pieles de cabra; o en la llanura de Antalaya, en Pamfilia, al sur del Tauro, donde se puede ver una veintena de tiendas dispuestas a veces —muy raramente— en forma de herradura: reliquia de una tradición que se va perdiendo poco a poco[301].

Trashumancia y nomadismo parecen actividades que datan de épocas diferentes. ¿Es este más antiguo que aquella? Ante nuestros propios ojos, en toda la zona desértica y semidesértica que rodea el sur del Mediterráneo, continuando hasta el Asia Central y más allá, la política de sedentarización puesta en marcha por los gobiernos actuales ha convertido el antiguo nomadismo en un estilo de vida pastoril actualizado (sea en el Sahara, en Tripolitania, en Siria, Turquía o Irán), un modo de vida que es en realidad una trashumancia con división de trabajo. Es, pues, probable ese orden cronológico. Debemos añadir que en el contexto del Mediterráneo de las montañas parece que la trashumancia inversa haya sido anterior a la trashumancia llamada normal por los geógrafos.

Esta clasificación —nomadismo, trashumancia inversa, trashumancia normal— parece la más probable. Pero las cosas nunca han ocurrido de una manera tan simple como la sugerida por este «modelo» *a priori*. El pasado ha sido más fértil en catástrofes y revoluciones brutales que en evoluciones lentas. Por desgracia, las catástrofes en este terreno son mucho menos conocidas que las acaecidas en el de la política.

[I-114]

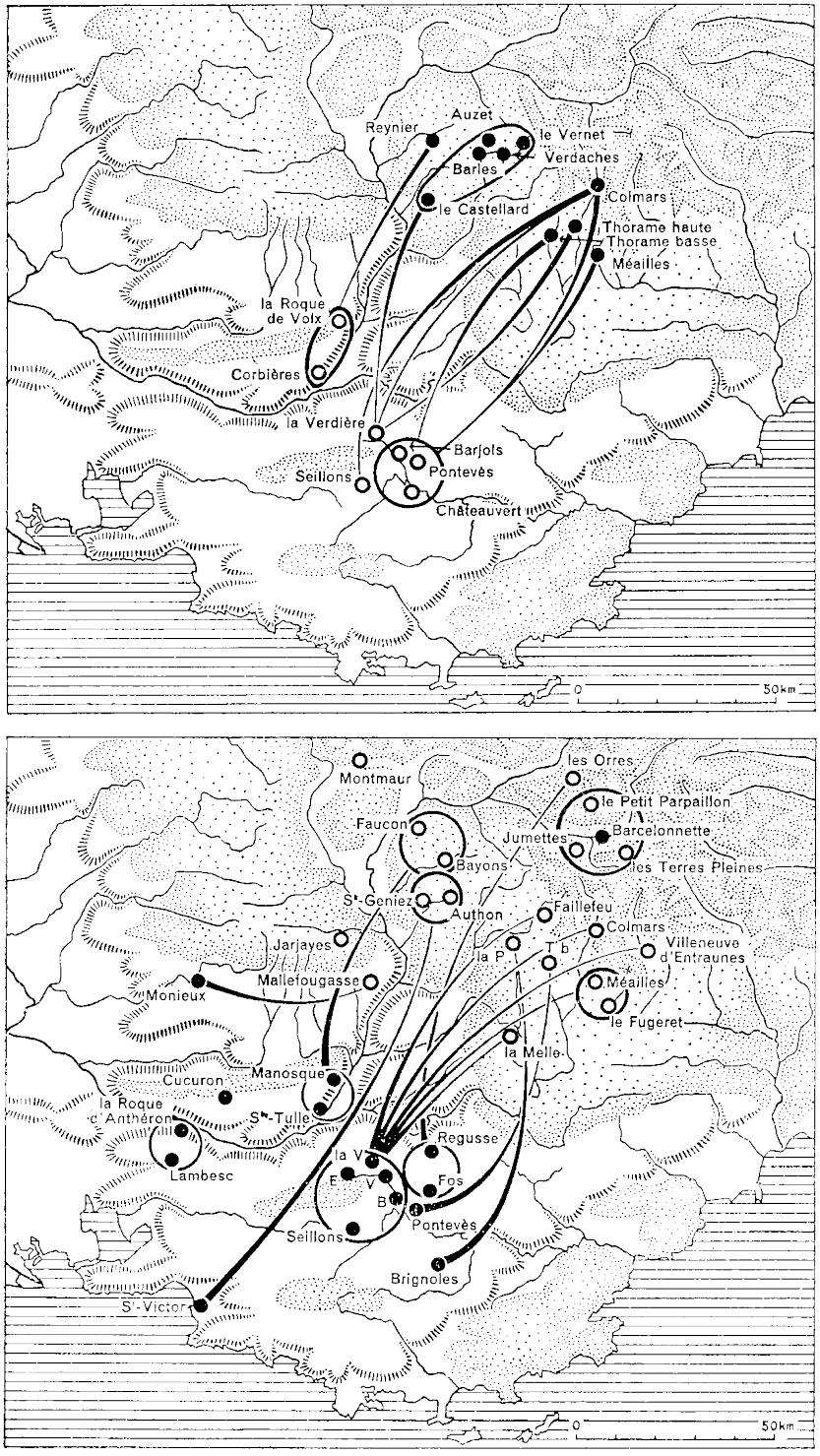


FIGURA 5. *Pastos de invierno y de verano de las ovejas de la Alta Provenza, hacia finales del siglo XV.*
Tomado de Thérèse Sclafert, *Cultures en Haute-Provence*, 1959, pp. 134 y 135, donde los nombres abreviados de algunos lugares aparecen en toda su extensión.

Es evidente que cuando se estudian con detalle las estructuras pastoriles se descubre que aparecen mezcladas con frecuencia la trashumancia inversa y la normal. En la Alta Provenza[302] de los siglos XV y XVI, los propietarios de la zona alta (más ricos y numerosos) y los de las bajas utilizan los mismos pastizales. En tales condiciones es el régimen de propiedad lo que permite distinguir por sí solo las dos formas de trashumancia. Esto nos obliga a abandonar el terreno geográfico y entrar en el terreno social de la propiedad e incluso en el de la política. Los pasos de ganado ofrecen de hecho recursos fiscales que ningún Estado se permitirá descuidar, sino que, muy al contrario, organizará y defenderá en toda circunstancia. Ya en tiempo de los romanos se había establecido la trashumancia inversa entre los Abruzos y el Tavoliere apulino, lo que explica las industrias textiles de Tarento. Ha subsistido, sometida a un régimen bastante liberal hasta 1442-1447, momento en que Alfonso I de Aragón[303] la organiza dentro de un esquema autoritario, con sus rutas ovejeras privilegiadas y obligatorias (*tratturi*) y sus caminos de enlace (*tratturelli*), sus apacentaderos de descanso y sus pastizales de invierno, además de disposiciones que obligan a vender lana y animales exclusivamente en Foggia, y pago de exacciones a todo lo largo del recorrido. Este sistema, una vez fijado, variará poco y será protegido contra la obstinada y regular costumbre de traspasar los límites fijados a ambos lados de las rutas por campesinos que plantarán viñas, olivares y, sobre todo, sembrarán trigo.

En 1548, en una extensión de 15 000 *carri* (un *carro* equivale a 24 hectáreas) en Apulia, los pastizales reales representan más de 7000 *carri*; además, las autoridades recuperan 2000 *carri* de terreno labrado, invocando derechos más o menos relativos. La ganadería, que contaba con un millón de cabezas, se incrementa en otras 300 000 en los diez años siguientes. Y su número sigue creciendo, dando las estimaciones oficiales la cantidad de 2 881 217 corderos, en octubre de 1591, mientras que regularmente e inmediatamente después de aquellos años en que los cereales alcanzaban precios muy elevados (en 1560, 1562, 1567, 1584, 1589, 1590 y 1591) se han arrendado a campesinos, por periodos de seis años, los terrenos por los que pasaba el ganado en su recorrido; el rendimiento en trigo de estos campos fertilizados por el ganado de paso alcanzaba cifras del 20, y hasta del 30 por 1. Esto condujo en Nápoles a movidas subastas *a la luz del candelero*[304] entre los aspirantes a compradores. Estaban en juego muy importantes intereses: los del fisco, para el cual la aduana de Apulia era una «joya irremplazable»; los de los comerciantes de lanas y carne, los de los grandes propietarios de ganado, que se van distanciando cada vez más de los

pequeños. Un «villano» de esta provincia de los Abruzos —dice un informe dirigido al Rey Católico— tendrá entre las 10 y 30 000 ovejas, con las que se presenta todos los años en esta aduana (la de Apulia) para vender lana y animales. Luego, una vez con las alforjas repletas de escudos, vuelve a casa y entierra su dinero; a veces muere dejando su tesoro bajo tierra[305]. Sin embargo, a partir del siglo XVII, y más aún en el XVIII, se produce una concentración de la propiedad y un aumento de las ganaderías de los ricos propietarios, «pareciendo» como si hubiese una primacía en beneficio de las regiones bajas: no pasa de ser una impresión, para la que no contamos con datos evidentes que la rubriquen[306]. En todo caso, nos da una idea de la complejidad de la cuestión.

La misma dualidad encontramos en la región de Vicenza —el *Vicentino* —. El trabajo inédito de Francesco Caldagno[307], erudito del siglo XVI, lo describe como un territorio *habitatissimo*, sin un solo trozo de tierra sin cultivar, un huerto continuo, sembrado de pueblos grandes de aspecto urbano, con sus mercados, sus comercios y sus «hermosos palacios». No les falta de nada, ni la madera, que les llega en carros o por agua, ni el carbón vegetal, y en sus corrales hay incluso pavos reales y *gallipavos*. En los ríos y arroyos se alzan innumerables molinos y serrerías; en las praderas regadas, miles, e incluso «cientos de miles de animales». Terneros, cabritos y corderos en abundancia, y en verano se envía la totalidad de la población animal *alli paschi della montagna*. Nos encontramos, pues, con un caso de trashumancia normal que no deja de producir conflictos con los habitantes de la montaña por el uso y arriendo de los pastizales altos; así hubo conflictos entre los grisones y los *Vicentini*, a causa de las *Mandriole*, zona montañosa que estos habían alquilado; la cosa no tiene nada de sorprendente: los grisones conducían sus ganados al sur de los Alpes y en dirección a Venecia[308], donde con frecuencia se establecían como carniceros. Pero el Vicentino tenía también sus propios montañeses, en esa parte de los Alpes conocida como los *Sette Comuni*, con sus leñadores, sus cazadores de pieles y, además, sus cultivos y ganados, especialmente en Galio, donde había de 50 a 60 000 corderos. Durante el verano permanecían en los terrenos de pasto de los *Sette Comuni*, descendiendo de nuevo en invierno para dispersarse por las campiñas del Vicentino, del Paduano, del Trivigiano, del Veronés e incluso del Mantuano. Esto es una prueba de que la vigorosa vida pastoril originada en la planicie vicentina no se ha apoderado del todo del espacio disponible para el pastoreo. Cada uno ha podido contar con su parte.

La trashumancia castellana

La trashumancia castellana es un magnífico ejemplo que avala todo lo afirmado hasta ahora. Como sus avatares han sido descritos cientos de veces, nos son ya familiares sus realidades, sus dificultades y su complejidad general.

En principio, debemos distinguir entre una *gran trashumancia*, con desplazamientos que pueden llegar a los 800 kilómetros, y una trashumancia de cortas o muy cortas distancias. Aquí trataremos únicamente de la grande, esa que depende del ilustre *sindicato* ovejero de la Mesta (cuyos privilegios se remontan al año 1273). Como afirma un naturalista de finales del siglo XVIII, España «posee dos especies de ovejas»: las de primera, de lana ordinaria, transcurren su vida en el lugar de nacimiento, sin cambiar nunca de pastizales y volviendo todas las tardes al redil; las otras, las de lana fina, han de viajar cada año, y, después de haber pasado el verano en las montañas, bajar a las templadas praderas de las regiones meridionales del Reino, como lo son la Mancha, Extremadura y Andalucía. A esta segunda especie se la designa con el nombre de *ovejas ambulantes*[309]. Como toda distinción, no puede ser sino aproximativa: no se consideraba *ovejas ambulantes* sino a aquellas que viajaban —con sus preciosos vellones teñidos de arcilla roja en tiempo de invierno— hasta los *extremos confines* de Castilla, por las carreteras principales, las *cañadas*, en las que se encontraban con su buena docena de peajes reales. Pero había, además, otros tráficos pastoriles, por las rutas secundarias (*cordeles*, *veredas*). Estos rebaños ajenos al gran tráfico oscilan de acuerdo con las estaciones; se los denomina *ganados travesíos, riberiegos* o *merchaniegos* —este último nombre cuando se dirigen a los mercados—. Una lucha larga y tesonera permitirá a las autoridades reales extender su control más allá de las rutas principales. Ello explica la veloz subida, hasta 1593-1599,[310] de las imposiciones sobre el ganado lanar. Pero no es este nuestro problema.

Nuestro problema consiste en reconstruir esta gran trashumancia a lo largo de las *cañadas* —cuyo mapa reproducimos aquí, tomado del libro ya clásico de Julius Klein[311]—; los animales se mueven siguiendo rutas meridianas: constantemente de norte a sur, y a continuación, de sur a norte. No hay duda posible a este respecto: no obstante la amplitud de los desplazamientos (por lo general, horizontalmente, o a través de un paso entre montañas), no nos encontramos ante un caso de nomadismo, puesto que esos corderos y ovejas van dirigidos únicamente por pastores especializados: los

rabadanes, pastores jefes y pastores subalternos, armados de hondas y grandes cayados, acompañados de sus propias mulas, de unos cuantos caballos, de sus calderos para cocinar y de sus perros. No se trata en modo alguno de un pueblo que se desplaza. Podemos afirmar, sin lugar a dudas, que nos hallamos ante una trashumancia inversa. Los ganados de lana fina van de las altas regiones del norte a las regiones bajas meridionales. Rebaños y propietarios (tanto los grandes como los pequeños) proceden del norte, en especial de las cuatro grandes ciudades que defienden en las Cortes los poderosos intereses de la *Mesta*: León, Segovia, Soria y Cuenca. Por otra parte, la totalidad del sistema depende de los pastizales de verano, es decir, de los del norte; al sur, las amplias y vacías llanuras de Extremadura, la Mancha y Andalucía permitían una expansión ilimitada**[312]**. Por eso, si los rebaños castellanos no cruzan la simbólica frontera portuguesa, no es solo debido a la oposición de los vigilantes vecinos, sino también a que no existía el problema de la falta de espacio, pese a que los castellanos se quejaran constantemente de aquella restricción.

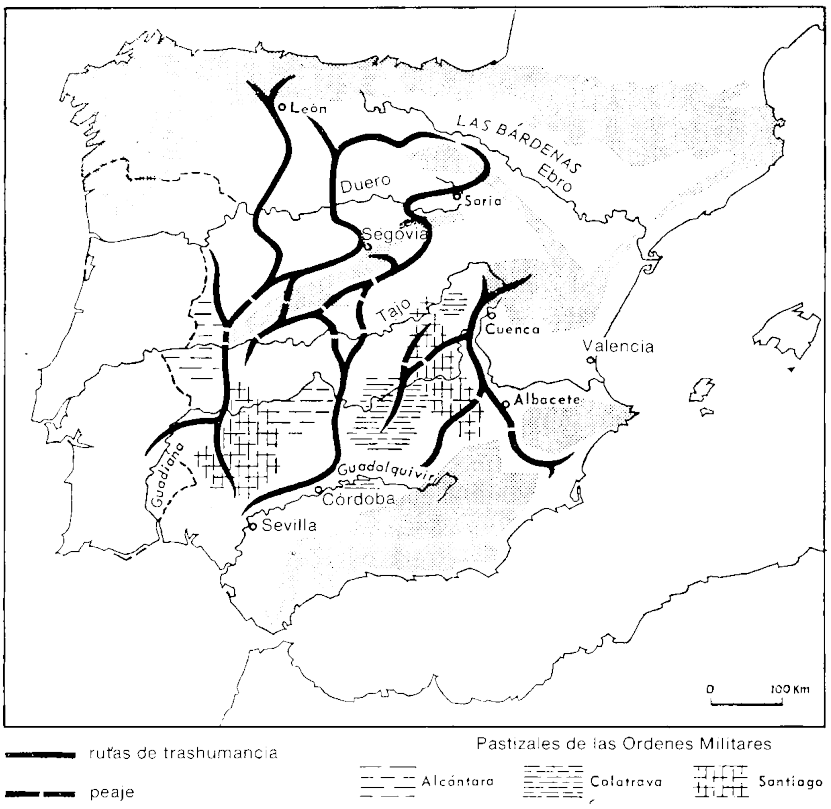


FIGURA 6. *Las trashumancias castellanas*.
Según Julius Klein, *The Mesta. A Study in Spanish Economic History 1273-1816*, Cambridge, 1920, pp. 18-19.

Dicho esto, dejaremos de lado por el momento todo lo referente a los innumerables conflictos entre campesinos y pastores (que aumentaban, sobre todo, en el camino de vuelta de los rebaños); tampoco nos ocuparemos de las luchas entre rebaños de cortas y largas distancias; a favor de los rebaños de establo, *estantes* o *travesíos*, intervienen ciudades que, como Salamanca, quedan fuera de la órbita de la *Mesta*, es decir, ciudades donde existía una aristocracia local de gentileshombres y propietarios. Tampoco nos detendremos a considerar las luchas entre ese *grupo de presión* que es la *Mesta* y las jurisdicciones hostiles a sus privilegios judiciales, ni en la lucha por los peajes entre el Estado, las ciudades, la alta nobleza y la Iglesia… Sin embargo, todos estos hechos —que conocemos bien— evidencian la complejidad del sistema de la trashumancia, apoyado como estaba en otros sistemas y comprensible únicamente a la luz de una larga evolución anterior. La cría de ovejas ha significado más para la economía española —dice, sonriendo, un historiador— «que el olivo, la viña, el cobre, y más, incluso, que los tesoros del Perú»[313]. Y tiene razón. Pero en ello debemos ver bastante más que una simple difusión, a la altura del siglo XIV, del cordero *merino*, producto del cruce entre corderos de España y corderos traídos de África del Norte. Han sido necesarias una conjunción de circunstancias y una complicidad de las coyunturas internacionales para la instauración (y crecimiento, hasta aproximadamente 1526) de la *Mesta*. Sin la crisis por la que pasó Europa durante los siglos XIV y XV, sin la atracción de los posibles bajos precios de la lana castellana, sin la bien conocida disminución de las exportaciones de la lana inglesa, sin la próspera actividad de las ciudades italianas, habría sido imposible e impensable el desarrollo del ganado lanar castellano con sus millones de ovejas itinerantes[314].

En resumen: el ejemplo de Castilla, con su espectacular expansión, nos lleva a una conclusión nada ambigua: toda trashumancia presupone complicadas estructuras internas y externas, e instituciones de gran peso. En el caso de la lana castellana, incluye ciudades y mercados, como Segovia; negociantes genoveses que compran la lana por adelantado y que, como los florentinos, cuentan con tinas propias donde preparar el vellón; sin contar los representantes castellanos de estos grandes comerciantes; los transportistas de las balas de lana; las flotas que parten de Bilbao en dirección a Flandes (bajo el control del consulado de Burgos) o las expediciones a Alicante o Málaga con destino a Italia; o, para tomar un ejemplo más simple, la indispensable sal, para los rebaños, que hay que comprar y llevar a los pastizales. Resulta

imposible explicar la trashumancia castellana prescindiendo de este amplio contexto, del cual es ella origen y a la vez prisionera.

Comparaciones y cartografía de conjunto

El análisis de cada ejemplo, importante o no, llevará siempre a conclusiones análogas.

1. Todos los casos conocidos y estudiados detalladamente demuestran que la trashumancia está marcadamente institucionalizada, protegida por salvaguardas, normas y privilegios, y también, y en cierto modo, fuera de la sociedad, como lo demuestra bien la situación de los pastores, siempre una especie de raza aparte. Ciertas investigaciones —si bien referentes a la Alemania del Sur—[315] subrayan este aspecto extrasocial, *intocable*, del pastor: un signo, evidentemente, revelador. Y un admirable reportaje sobre el modo de vivir de los pastores trashumantes de la Provenza actual[316] abre al lector las puertas de un mundo y civilización completamente aparte.

Es evidente que las previsiones a favor o en contra de la trashumancia habrán de variar de región a región, pero siempre existen. En el territorio de Arlés, en Crau, se cometieron abusos en beneficio de los *ganados extranjeros*; en 1633 delibera el Consejo acerca de la cuestión y autoriza al capitán de la Ronda para que organice las inspecciones necesarias y para cobrar en beneficio propio una tasa especial como retribución. El Parlamento de Aix ratifica la decisión. No hace falta insistir más: nos encontramos ante todo un sistema perfectamente organizado[317]. En la Nápoles de comienzos del siglo XVII[318] el cargo más importante fuera de la ciudad es el de jefe de Aduanas en Foggia. Es él quien se encarga de repartir los pastizales, quien redacta las citaciones y quien percibe los alquileres de los pastos. En su ausencia, la Administración estaba representada por un presidente de la Cámara que hacía acto de presencia en el distrito dos veces por año, «al modo de la Mesta», puntualiza un informe anónimo. Sea justa o no, es una comparación sintomática. También la vida pastoril de Aragón está sometida a una *Mesta*, con sus privilegios, análoga a la castellana, pero hasta la fecha ningún historiador se ha dejado tentar por sus archivos.

2. En segundo lugar, toda trashumancia es el resultado de una situación agrícola exigente que, incapaz de soportar por sí sola el peso entero de la vida pastoril y no queriendo, por otra parte, renunciar a las ventajas que ofrece, aligera su carga, de acuerdo con las posibilidades locales y las estaciones, volcándola sobre los pastizales de las tierras bajas o los de las montañas. De

modo que cualquier investigación emprendida de manera lógica debería comenzar por la consideración de esta agricultura como motivadora de la situación. Ella es la que impone la separación entre pastores y campesinos. Un primer paso hacia la comprensión de la gran actividad pastoril que encuentra en el Tavoliere de Apulia su término, y en los Abruzos, el punto de arranque, requeriría considerar la situación, tanto en la parte alta como la baja, de los campesinos establecidos allí. En el caso de la trashumancia castellana, hemos señalado el papel motor del norte y de los campesinos allí arraigados. En el caso del Vicentino basta con pensar en el *paese habitatissimo* de la parte baja. Más aún, ¿no es cierto —lo tenemos ante los ojos— que tanto en África del Norte, como en Turquía o Irán, el crecimiento de la población y el progreso de la agricultura han destruido el estilo de vida pastoril de antaño? Lo que ahora está ocurriendo ocurrió también en el pasado.

3. El único modo de pasar por encima de estos casos particulares es indicar sobre un mapa de conjunto del Mediterráneo todas las trashumancias conocidas. Esto es posible por lo que respecta a la época actual, y así lo hizo Elli Müller en 1938; reproducimos aquí su mapa, completado y simplificado**[319]**. Para el pasado hemos de recurrir a una reconstrucción por fragmentos sucesivos. Con una anchura de 15 metros, los caminos de la trashumancia se denominan con nombres diferentes según las regiones: *cañadas*, en Castilla; *camis ramaders*, en los Pirineos Orientales; *drayes o drailles*, en el Languedoc; *carraires*, en Provenza; *tratturi*, en Italia; *trazzere*, en Sicilia; *drumur oilor*, en Rumania. Los vestigios antiguos y las pervivencias de esa red delatan una geografía de conjunto que nos ofrece un testimonio inequívoco. En el espacio mediterráneo del siglo XVI, la trashumancia está circunscrita especialmente a la península ibérica, Francia meridional e Italia. En las demás penínsulas, Balcanes, Anatolia y África del Norte queda aniquilada ante el predominio de un nomadismo o seminomadismo invasor. Solo un sector del Mediterráneo posee una agricultura lo bastante densa, una población tan numerosa y una economía lo suficientemente vigorosa como para contener la vida pastoril dentro de unos precisos y estrictos límites.

Fuera de ese espacio todo se vuelve más complicado. Pero, como vamos a ver, este cúmulo de contradicciones se explica más aún que por la geografía —que, indudablemente, es un factor importante— por los avatares de la historia.

Dromedarios y camellos: las invasiones árabes y turcas

En efecto, la historia proporciona las explicaciones más trascendentes. Hacia el este y hacia el sur el ámbito mediterráneo ha conocido dos invasiones, o, mejor dicho, dos series de cataclismos en cadena que han alterado la totalidad del orden reinante. Son «los dos tajos abiertos» de que habla Xavier de Planhol: las invasiones árabes, a partir del siglo VII, y las invasiones turcas, a partir del XI; estas últimas procedentes de los «desiertos fríos» del Asia Central, y que acompañan o refuerzan la expansión del camello; las otras proceden de los «desiertos calientes» de Arabia, favorecidas e incluso explicadas por la difusión del dromedario[320].

Ambas bestias de carga difieren entre sí no obstante evidentes semejanzas y posibles confusiones. Occidente persiste en confundir a una con otra, y no sin motivos: Savary, en su *Dictionnaire du Commerce* (1759), define al dromedario como un *camello doble*, lo cual no es cierto. Son dos animales completamente diferentes: el camello, originario de Bactriana, es insensible tanto al frío como al calor; el dromedario, procedente de Arabia, es exclusivamente un animal característico de los desiertos arenosos y las zonas cálidas. En la práctica se demuestra incapaz de viajar por los caminos montañosos o de soportar temperaturas demasiado bajas. Incluso durante las frías noches del desierto sahariano o arábigo, su amo se cuida de proteger la cabeza del animal bajo la tela de la tienda. Los híbridos de dromedario y camello conseguidos en el Turquestán alrededor del siglo X solo han desempeñado un papel local.

La ecología de cada uno de estos animales tiene una importancia capital. Una muy amplia zona fronteriza separa sus territorios respectivos: se extiende de una línea que seguiría el límite sur del Zagros y del Tauro (y que es la línea decisiva), a una línea esquemática trazada desde el extremo oriental del Mar Negro hasta el sur del mar Caspio y el recodo del Indo[321]. En sus líneas generales, esta zona coincide con la meseta del Irán, muy fría durante el invierno. El dromedario se adentró también en esta zona, participando en las activas caravanas que en el siglo XVI tenían a Ispahan como centro de sus movimientos[322]. El dromedario llegó hasta la India, donde se le valoró tanto que alcanzó precios iguales, cuando no superiores, a los del caballo[323], prueba de que se le consideraba un extraño en aquellas regiones. De hecho, ni las llanuras de Anatolia, ni las tierras altas del Irán, se le abrieron nunca de par en par, y si la conquista árabe ha fracasado en Asia Menor y siempre se ha sentido precariamente instalada en Persia, en buena parte hay que imputar el motivo al dromedario.

En todo caso, cada una de estas zonas posee su historia particular.

De Siria al Magreb, el invasor árabe ha descartado las regiones altas, abandonando a su suerte las viejas y secas montañas del interior, de cara al desierto, y que el hombre había colonizado en tiempos muy tempranos, como es el caso del Aurés, en África del Norte; del mismo modo ha bordeado las montañas desiertas al pie del mar, donde las precipitaciones abundantes explican esos bosques espesos de la Antigüedad, respetados por el hombre durante largo tiempo. En esta ocasión han servido de refugio a personas que huían al paso de los conquistadores árabes. Entre los siglos VIII al XI, los maronitas y los drusos se instalan en el Líbano: desbrozan las tierras y fundan sus Estados. En África del Norte, Berbería se puebla a partir del siglo X, y sobre todo, del siglo XI en adelante, como consecuencia del avance de los nómadas hilalianos[324]. La *beduinización* que siguió a la conquista árabe se extiende por todo el territorio comprendido entre esas montañas, tanto en las partes de población antigua como en las de reciente, rodeando a las regiones altas del mismo modo que el mar a las islas. Así quedó aislada en estas alturas una vida sustancialmente arcaica; algunas de sus características (el buey como animal de arrastre, cultivos de regadío en los valles, almacenamiento del grano en el sobrado, viviendas troglodítas donde conviven, juntos, hombres y animales) han persistido hasta, o casi, nuestros días.

En las montañas del Asia Menor y, en menor grado, en los Balcanes (donde se dieron muchas excepciones), la intrusión de los camelleros turcos ha traído consigo cambios muy violentos, con frecuencia implacables, pero de naturaleza muy diferente. Cada vez que le fue posible, se instaló un nomadismo agresivo, que se extendió hasta las zonas más altas de la región montañosa, por encima del límite extremo de los bosques. Es posible que la causa se encuentre en el hecho de «lo que el término *yayla* —residencia de verano— representa en la lengua y el alma turcas: los conceptos de frescura, aguas corrientes y frías y lujuriosos pastizales se unen para formar la imagen de lo que debe ser el Paraíso»[325]. Tan pronto como llega la primavera comienza el movimiento para abandonar «los cuarteles de invierno, *pirelendi*… plagados de pulgas… convertidos en morada de los gusanos»: marcharse de allí, ponerse en camino. Dice un proverbio turco (traducido libremente): «un *yürük* (un nómada, un caminante) no necesita dirigirse a parte alguna; lo importante es que se mueva»[326] obedeciendo a imperativos tradicionales tanto o más que a imperativos geográficos.

La vasta historia de este nomadismo resulta confusa y difícil de desenredar: cuenta con marañas propias; además, se mantiene en perpetua lucha contra la resistencia constantemente presentada por los sedentarios; ha

de franquear, o rodear, o quebrar las barreras que estos le van colocando por delante, y, muchas veces, ceder bajo sus silenciosos avances. En Asia Menor, de los siglos XIII a XV, el nomadismo de los pastores ha sido rechazado gradualmente y eliminado con regularidad de las planicies y depresiones interiores, empujado hacia los márgenes montañosos y las llanuras periféricas, cuasi desiertos, que, desde hacía siglos, habían vuelto a caer en «la insalubridad y el abandono, plagadas de terrenos pestilentos»: llanuras de Cilicia y Panfilia, valles del Meandro y del Gediz. A lo largo del siglo XVI no ha cesado el gobierno turco de disciplinar a los yürüks, obligándolos incluso a asentarse, por medio de concesiones de tierras, y condenando a los más recalcitrantes a trabajar en las minas y en las fortificaciones, o deportándolos a Chipre, por ejemplo, turca desde 1572.

[I-126]



FIGURA 7. *Las trashumancias actuales*.
Según Elli Muller, «Die Herdenwanderungen im Mittelmeergebiet», en *Petermann's Mitteilungen*, 1938.

Pero era una tarea interminable. Si el nomadismo se debilita en Anatolia del Oeste, prospera en el este, donde los nómadas llegados de Asia llevan el nombre genérico de turcomanos. Todavía hoy podemos ver a los turcomanos vagabundeando por las estepas anatolias entre Alepo y Damasco; persiste el problema de su sedentarización en uno u otro extremo de su trayecto. Desde el siglo XVI, y más aún desde el siguiente, gobernadores y recaudadores de impuestos otomanos se interesaron seriamente por estos nómadas turcomanos, a quienes nadie había molestado durante el anterior y brillante periodo de expansión turca. La Sublime Puerta se muestra ahora interesada en recaudar los impuestos y reclutar hombres para su Caballería. Las enconadas luchas contra los persas conducen al retroceso hacia el Irán de las tribus chiítas; los sunitas, al contrario, avanzan hacia el oeste y renuevan la raza nómada de los yürüks. Una tribu que en 1613 se encuentra en la región de Karamán, al sureste de Konya, la podemos ver setenta años más tarde en Kütahya. Hubo, incluso, grupos que pasaron a Rodas. Y un último renuevo: los vacíos dejados al este se verán colmados de nuevo, una vez que los kurdos, hasta entonces enclaustrados en sus montañas, decidan airearse un poco. En el siglo XIX «emprenden de nuevo, por propia cuenta, las grandes migraciones en sentido norte-sur entre la alta meseta anatolia y las tierras bajas meridionales del Tauro», lo que evidencia la existencia de ciclos en la vida nómada, en los que se producen sorprendentes pausas, periodos de integración, permanencias y nuevas partidas[327].

El nomadismo en los Balcanes, Anatolia y África del Norte, visto por observadores occidentales

Tratar de explicarlo todo por medio de estas invasiones —las del siglo VII, con sus consecuencias, y las del siglo XI, con las suyas—, no pasa de ser una simplificación, aunque permisible y necesaria. El dromedario no ha esperado a que se produjese la expansión árabe para alcanzar África del Norte y el Sahara, y el camello ha llegado a Anatolia con anterioridad a los primeros avances seleucidas. Pero la explicación resulta correcta en sus líneas generales. El Mediterráneo, lugar de encuentro de los desiertos cálidos y fríos que cortan en su totalidad la masa continental del Viejo Mundo, ve prolongarse en sí —aunque atenuado y domesticado ante la obstinada resistencia campesina— el estilo de vida propio de los nómadas venidos de Asia.

La supervivencia de estas antiguas formas de vida completa la imagen de los mundos peninsulares del Mediterráneo del siglo XVI —los Balcanes, Anatolia, África del Norte—, donde la trashumancia, tal como la definen nuestras fuentes occidentales, se ha visto empujada, rechazada hacia zonas marginales o considerablemente modificada. Esta perspectiva de base nos ayuda a comprender el carácter de ciertos *islotes* montañosos, independientes pero aislados, mirados con desconfianza y con apenas unos malos contactos con el mundo exterior, como es el caso de Jebel Druz, enclave autónomo que lanzaba, sin aviso previo alguno, «expediciones de rapiña… contra moros, turcos y árabes»[328]; o Cabilia —el reino de Cuco, como se le denomina en los documentos españoles—, que había conseguido su independencia, pero no la libertad de movimientos. Sus gobernantes tratarán en vano, principalmente en la pequeña playa de Stora (cerca de la actual Philippeville), de entrar en contacto con los españoles…[329]. En el África del Norte todo resulta relativamente simple. Llegado el verano, los grandes nómadas ponen en movimiento sus ganados y se dirigen al mar; cuando se acerca el invierno, vuelven hacia el sur y el Sahara. Así hay una pausa para las personas de la montaña, cuyos rebaños pueden marchar a las tierras bajas, abandonadas en el umbral del invierno. En Anatolia, como hemos visto, no se encuentra nada semejante, ni tampoco en los Balcanes, donde trashumancia y nomadismo se mezclan y entran en conflicto. En la parte este de la península, el gobierno turco ha establecido —más o menos deliberadamente— colonias de nómadas —yürüks del Asia Menor— con la esperanza de hacerles adoptar una vida sedentaria y, en consecuencia, usarlos para robustecer la defensa militar turca. Pero estos hombres no son los únicos nómadas de la vasta península balcánica.

Estas diferencias tan claras, en comparación con el modelo italiano o el español, no han pasado inadvertidas a los observadores occidentales, tanto de antaño como de hoy. Los desplazamientos de los pastores nómadas (o más bien seminómadas) han sorprendido tanto a Diego Suárez[330] como al flamenco Busbec o a ese admirable viajero que fue Tavernier, o al curioso barón de Tott, o a Holland, el inglés contemporáneo de Chateaubriand. La descripción más vívida se la debemos a Holland, cuando relata el encuentro que tuvo en 1812[331] con los rústicos pastores del Pindo, de camino con sus rebaños por el territorio entonces semidesierto de Salónica, o a lo largo de las orillas del golfo de Arta, una especie de mar interior de aguas poco profundas. Cada año, en cuanto llega el verano, reemprenden el camino de vuelta a sus montañas. Son nómadas sin duda, puesto que llevan con ellos sus mujeres e

hijos… Detrás de la larga fila de corderos, cuyo paso determina la velocidad de la marcha, viene el convoy de los caballos, a veces hasta un millar, cargados con los utensilios domésticos y de campamento, tiendas… y niños que duermen metidos en cestas. Y también van los popes acompañando a sus rebaños espirituales.

También eran nómadas aquellos hombres que vio Busbec[332] cerca de Ankara, en la región de las cabras de Angora y de los corderos de cola grasa denominados corderos beréberes en África del Norte. «Los pastores que conducen estos ganados pasan todo el tiempo, día y noche, en el campo; llevan consigo a sus mujeres e hijos en carretas que les sirven de casa, aunque hay algunos que llevan tiendas de pequeñas dimensiones. Vagan por amplias extensiones de terreno encaminándose a las llanuras o a las partes altas; la estación del año y los lugares de pastizales abundantes regulan su marcha y determinan su domicilio. En los confines de Armenia y Caldea, a cuatro horas de la ciudad de Erivan [escribe Tavernier[333] a mediados del siglo XVII], existen montañas muy altas donde los campesinos que habitan la región cálida junto a Caldea vienen en verano, en número de hasta 20 000 tiendas, es decir, familias, a buscar los buenos pastizales para sus rebaños; y cuando el otoño toca a su fin, emprenden el camino de vuelta a su tierra».

Tampoco en este caso hay duda posible. Un siglo después, el barón de Tott encuentra a los mismos nómadas turcomanos, pero su testimonio nos deja un tanto perplejos: «Los pueblos [escribe] que habitan en invierno el centro de Asia y que durante el verano llegan incluso a Siria, con armas y bagajes, para hacer pastar allí a sus rebaños, son considerados como nómadas, pero en realidad no lo son más que esos pastores españoles que, detrás de sus ganados, recorren a lo largo de ocho meses las montañas de Andalucía»[334].

La discusión a que invita resulta útil, pero no requiere más que un breve paréntesis. La confusión entre *rabadanes* de Castilla y pastores turcomanos solo puede ser posible al primer golpe de vista, cuando se considera las enormes distancias franqueadas por los rebaños *ambulantes* de la Mesta. No son mayores las distancias recorridas por los turcomanos, pero ellos —y ahí reside la diferencia— llevan consigo familia y morada. Además, la discusión se centra en torno del término *nómada*. Pero no olvidemos que la palabra culta *nomadismo* no aparece en el diccionario de Littré, y que para *trashumancia* solo ofrece un ejemplo y con fecha de 1868. Los términos *trashumancia* y *trashumante* son recientes: el diccionario de Bloch-Wartburg (1960) cita el año de 1803 como la fecha más temprana en que se usaron dichas palabras. Si la palabra *trashumante* aparece en los escritos de Ignacio

de Asso ya en 1870[335], no parece tampoco ser un vocablo muy antiguo al otro lado de los Pirineos, y *trashumancia* no existe todavía. Pero no continuemos alejándonos de nuestro tema.

Ciclos más que seculares

Hemos observado, a lo largo del presente capítulo, la extrema lentitud de las oscilaciones, nómadas contra trashumantes, montañeses contra gente de las llanuras o las ciudades. Todos estos movimientos requieren siglos para completarse. Mientras una llanura nace a una vida más activa, vence a sus aguas salvajes y organiza caminos y canales, pueden muy bien transcurrir un par de siglos. Igualmente pueden pasar uno o dos siglos desde el momento en que una región montañosa comienza a perder su gente por emigración hasta aquel otro en que la economía de las llanuras ha absorbido todas las personas que necesitaba. Son procesos más que seculares, que solo se pueden abarcar extendiendo al máximo el campo cronológico de la observación.

Es norma general de la historia el interesarse solo por las crisis y paroxismos de estos movimientos tan lentos. Pero solo después de haber ocurrido un cúmulo de cosas previas se llega a tales situaciones y, además, les siguen interminables consecuencias. Y sucede que estos movimientos, en su lentitud, pueden a veces ir cambiando poco a poco de signo. Se pueden descubrir periodos de construcción y deterioro de una estructura, alternándose indefinidamente. Una región montañosa puede alternativamente conseguirlo todo, perderlo luego o perderse en su propio triunfo. Cuando esta historia no se limita al simple accidente o al proceso local, se evidencia que estos ciclos *geográficos* (y permítasenos usar este término), de lentitud tan extrema, obedecen a sincronismos muy elementales. Así, cuando el siglo XVI toca a su fin, la montaña mediterránea, excesivamente superpoblada y constreñida, experimenta un estallido liberatorio. Esa guerra difusa se transmuta, haciéndose invisible a nuestros ojos, en esa forma de guerra social larvada e interminable denominada bandidismo, palabra vaga si las hay. Tanto en los Alpes como en los Pirineos, Apeninos y demás montañas, sean cristianas o musulmanas, un destino común parece unir todas estas enormes guirnaldas montañosas en medio de las cuales alienta el mar.

Ahora bien: en un marco virtualmente casi inmóvil, estas lentas mareas no actúan ellas solas; estas oscilaciones de las relaciones generales entre el hombre y el ambiente en que vive se combinan con otras fluctuaciones: las de la economía, a veces también lentas, pero, por lo general, más cortas. Todos

estos movimientos se entrelazan. Unos y otros gobiernan la vida, en modo alguno simple, de los hombres. Y estos no pueden construir nada sin fundar sus acciones, conscientemente o no, en tales flujos y reflujos. O, dicho con otras palabras: la observación geográfica de los movimientos a largo término nos lleva hacia las oscilaciones más lentas que conoce la historia. La conciencia de ello ha orientado nuestro estudio tanto en este capítulo como en los que le siguen.

CAPÍTULO II [I-133]

EN EL CORAZÓN DEL MEDITERRÁNEO: MARES Y LITORALES

ABANDONEMOS ahora la solidez de la tierra y dirijámonos al mar. Estudiaremos sucesivamente los espacios marítimos, las franjas costeras y las islas. Estas unidades geográficas dirigirán nuestro viaje, pero el análisis se ejercerá sobre los elementos idénticos y las comparaciones a que invitan. Obrando así nos resultarán más inteligibles esas unidades.

I. LAS LLANURAS LÍQUIDAS

Evidentemente, debemos considerar estos espacios marinos a escala humana: de no hacerlo así, su historia resultaría incomprensible; incluso impensable.

La navegación costera

Cara a la inmensidad del mar, las tierras ocupadas por el hombre en el siglo XVI no pasan, en realidad, de unas cuantas franjas estrechas, minúsculos puntos de apoyo. En enormes extensiones, el mar estaba tan vacío como el Sahara. Solo se animaba a lo largo de sus costas. En esta época, navegar equivale, sobre poco más o menos, a seguir la costa, como en los albores de la marinería. Es «saltar de roca en roca, como los cangrejos»[1], «de promontorios en islas y de islas en promontorios»[2]. Es *costeggiare*[3] rehuyendo la alta mar, lo que Belon du Mans llama las «campiñas del mar». Es, más exactamente, si nos atenemos a las cuentas de cocina presentadas ante los tribunales de justicia en 1592, con motivo de algún pleito, por el capitán de una nave ragusina, la *Santa María Bonaventura*[4], comprar la mantequilla en Villefranche, el vinagre en Niza, el aceite y el tocino en Tolón… O bien, según un cronista portugués, pasar de una a otra hospedería

del mar, comiendo en una y cenando en otra[5]. Thomé Cano el Sevillano decía de los italianos: «No son marineros de altura»[6]. Navegando por el Adriático, Pierre Lescalopier «se divierte viendo las máscaras» el Martes de Carnaval de 1574, en Zara; dos días más tarde, el 25 de febrero, pasa ante San Juan de Malvasía y come el 26 en Sapalato[7].

Así navegaban los príncipes y los grandes, saltando de una ciudad del litoral a la siguiente, lo que servía de pretexto para fiestas, francachelas, visitas, recepciones y descansos, mientras tomaba su carga el navío o se aguardaba a que mejorase el tiempo[8]. Así navegaban también las flotas de guerra, que no entraban en batalla sino a la vista de la costa[9]. Cuando hojeamos los cuadernos de navegación o aquellos *Arti di navigari*, que no son, desde la primera página hasta la última, otra cosa que descripciones de los litorales, una sucesión de *discorsi* sobre los accidentes costeros del mar interior, la modesta palabra que nos viene a los labios es esta: cabotaje.

Solo en circunstancias excepcionales perdía de vista la costa el navío: cuando las corrientes o los vientos lo empujaban mar adentro, o cuando seguía una de las tres o cuatro rutas directas, conocidas y practicadas desde hacía largo tiempo. Unas veces, de España a Italia por las Baleares y el sur de Cerdeña, lo que solía llamarse «navegar por las islas»; otras veces, ganando directamente las costas de Siria desde los estrechos de Mesina o de Malta, por el cabo Matapán, el sur de Candía y Chipre[10]; otras, en fin, navegando directamente de Rodas a Alejandría de Egipto, viaje rápido cuando soplaban vientos favorables[11] y que los barcos seguían ya desde la época helenística. En 1550, Belon du Mans navegó así de Rodas a Alejandría, por la mar abierta, «en línea recta». Pero estas, en realidad, no son verdaderas travesías de alta mar. ¿Puede decirse que sea, en rigor, un gran crucero navegar de una isla a otra, buscando, en el sentido de los paralelos, abrigo contra los vientos del norte o aprovechándose, en el sentido de los meridianos, en el derrotero de Rodas-Alejandría, conocidísimo y además bastante corto, de los vientos que soplan ora del Septentrión ora del Mediodía? Esta misma hazaña se repetía, a veces, en trayectos más pequeños, para pasar de una costa a la de enfrente. Pero cuando, en enero de 1571, el *Foscarini e Panighetto*, galeón veneciano que venía de Candía, se encuentra con la niebla, pasada Corfú, y se ve obligado a avanzar a ciegas, sin tierra a la vista, la desesperación se apodera de la tripulación[12].

Los barcos, en el Mediterráneo, se pegan tanto a la costa, que la ruta marítima, es prácticamente fluvial. Tan pronto como una embarcación cualquiera aparece en uno de los puntos de la costa, las autoridades ribereñas

se presentan, exigiendo el pago de los derechos de portazgo. Podría pasar esto de reclamar la tasa de un derecho que corresponde, en los puertos, a un servicio efectivo. No era este, sin embargo, el caso cuando el duque de Mónaco y el de Saboya, poseedores ambos de un pequeño trozo de la costa y, por ello mismo, tanto más ávidos de lucrarse con el abundante tráfico que pasa por delante de sus narices, alegan la pretensión de imponer un tributo a los navíos por el simple hecho de costear sus playas. ¡Y ay del velero que tenga la desgracia de caer en las garras de sus galeras![13] El tributo de 2 % de los de Villefranche, sazonado por el mal humor francés, llegó a provocar, en tiempo de Luis XIV, un enojoso incidente diplomático, aunque no grave, sí interminable. Nada indicaría mejor que esto hasta qué punto el tráfico marítimo se ceñía a las costas del litoral mediterráneo. La posesión, desde la paz de Cateau-Cambrésis, de los presidios de Talamone, Orbitello, Porto Ercole y S. Stefano, a lo largo de la costa toscana, da a Felipe II la posibilidad de interrumpir a su antojo la navegación entre Génova y Nápoles, comprometiendo así la libre circulación marítima por todo el circuito occidental[14]. Se comprende entonces la gran importancia de La Goleta, en el litoral de Berbería. Bastaba con un pequeño punto de acecho para detener o entorpecer la marcha de los navíos costeros.

Si las prácticas de la navegación de altura no llegaron a penetrar en el Mediterráneo, no fue, evidentemente por falta de los necesarios conocimientos técnicos. Los marinos que navegan por el Mediterráneo saben manejar el astrolabio tan bien como cualesquiera otros y emplean desde hace tiempo la aguja imantada. O, si no la emplean, podrían emplearla. ¿Acaso no fueron los italianos los antecesores y maestros de los ibéricos en las rutas del Nuevo Mundo?[15] Sabemos también que ya en esta época algunas naves mediterráneas —en España las llaman «levantinas»— hacen todos los años la travesía del mar interior a Londres o Amberes. No ignoran, por tanto, el océano. Por último, ¿no hubo navíos mediterráneos que ganaron en derrotero directo las costas del Nuevo Mundo, como aquella *Pelerine* de Marsella que, en 1531, tocó el Brasil y regresó, siendo apresada, a la postre, en aguas de Málaga por barcos portugueses?[16] En noviembre de 1586, llegado a Alicante el galeón del gran duque de Toscana, aceptaba ser fletado para *las Indias*; transportó municiones para la fortaleza de La Habana, trayéndose consigo, a la vuelta, unas mercancías dejadas por un barco que no se habría sentido capaz de hacer la travesía[17]. En 1610, dos naves toscanas desembarcaron en Liorna cargamentos embarcados directamente en las Indias…[18]. Navíos ragusinos doblaron el cabo de Buena Esperanza, poco después de haber

coronado esta hazaña Vasco de Gama[19]; y seguramente llegaron hasta el Nuevo Mundo.

No, si el Mediterráneo no ha renunciado a sus antiguos métodos de navegación, prescindiendo de las travesías directas de que hemos hablado, es porque este sistema de navegación le bastaba para satisfacer sus necesidades y respondía a los compartimientos que forman sus cuencas. En efecto: ¿cómo navegar en el Mediterráneo sin tropezar con tierras muy poco alejadas las unas de las otras? Y esta navegación, no cabe duda, tiene sus ventajas: la costa, que jamás se pierde de vista, es el mejor de los hilos conductores, la mejor de las brújulas. Orienta la navegación. Aunque sea baja, es un abrigo contra los fuertes vientos prontos siempre a desencadenarse, especialmente contra los que soplan de tierra. Así, cuando en el golfo de Lyon sopla el mistral, lo mejor sigue siendo todavía hoy acercarse a la costa lo más posible para navegar por la estrecha vía de agua menos agitada cercana a las playas. Recordemos también que la «aguja imantada» entra tarde y mal en la vida del Mediterráneo. En 1538, a diferencia de las galeras de España, las de Francia no la emplean aún[20]. Repetimos que nada les impedía usarla.

Además, seguir la línea de la costa no es solamente una garantía contra los elementos. El puerto próximo es un refugio contra el corsario que nos persigue. En caso extremo, se puede hacer encallar el navío en la costa y la tripulación escapar por tierra. Precisamente así fue como Tavernier, en 1654, escapó de la persecución de un corsario en el golfo de Hyères; y hasta tuvo la suerte de que el navío saliese indemne de la aventura.

Esta navegación de cabotaje permite, además, sacar el mejor producto del flete. Multiplica la ocasión de comerciar, de aprovecharse de las diferencias de precios. No olvidemos que cada marino, desde el pinche al capitán, lleva a bordo su lote de mercaderías, y los mercaderes, o cuando menos sus representantes, viajan con sus fardos. La travesía, que podía durar algunas semanas o algunos meses, era, de puerto en puerto, una larga sucesión de ventas, compras y trueques, entrelazados en un complicado circuito. Y, en el intervalo, el cargamento cambiaba a menudo de naturaleza. Se compraba y se revendía teniendo en cuenta que el barco iba a tocar en tal o cual puerto: Liorna, Génova o Venecia, donde podrían cambiarse las especias, el cuero, el algodón o el coral por dinero contante. Solo los grandes navíos especializados, portadores de sal o de trigo, presentan cierta semejanza con nuestros barcos de hoy y navegan directamente con su cargamento hasta el puerto de destino. Los otros tenían algo de bazares ambulantes: las múltiples escalas eran otras tantas ocasiones de efectuar distintas transacciones

comerciales, sin contar con los demás placeres que brindaba al navegante un alto en tierra firme.

Sin contar, además, con las ventajas de reavituallamiento casi cotidiano de víveres, agua y hasta madera, tanto más necesario cuanto que los barcos eran de poco tonelaje y que los víveres, incluso el agua potable, se corrompen rápidamente a bordo. Las naves deteníanse, pues, frecuentemente, para «hacer aguada», como dice Rabelais. Esta lentísima manera de navegar ha sido la característica de las regiones costeras, pues por cada nave de gran porte, capaz de quemar etapas, encontramos decenas de buques y pequeños veleros de vocación procesionaria. Del mismo modo que a lo largo de las rutas terrestres —las que trazó Roma en los países de Occidente—, cada una de las etapas diarias ha marcado el nacimiento de un centro de población, con impresionante regularidad, lo mismo ocurre en las costas, a lo largo de las rutas del mar: los puertos están a una jornada de navegación unos de otros. Fuera de la desembocadura de los ríos, con frecuencia inutilizables por las arenas, se utilizaban para fondear las abras de los golfos. Entre ellas, la costa aparece muchas veces desierta[21]. A veces, en costas de regiones poco pobladas, como las del norte de África, Egipto o Túnez, encontramos con frecuencia un puerto, punto de reunión de barcos y de pescadores, con su indispensable muelle de atraque, sin que haya brotado en sus inmediaciones ciudad alguna, tierra adentro. Prueba, si fuese necesaria, de que las funciones de un puerto no siempre bastan para crear una ciudad.

Todo esto es mucho más que el aspecto pintoresco de una historia llena de colorido: es su realidad subyacente. Tendemos demasiado a interesarnos únicamente por las comunicaciones esenciales; pueden interrumpirse o reanudarse; en consecuencia, nada se pierde o se salva definitivamente. Las embarcaciones procesionarias cosen y recosen incansablemente diferentes espacios de mar que pasan inadvertidos a los grandes movimientos de la historia.

Los primeros tiempos de los descubrimientos portugueses

Por último, resulta bastante interesante la consideración de cómo los portugueses de comienzos del siglo XV se han enfrentado con el grave problema de la navegación de altura por el Atlántico, una absoluta novedad para ellos. En la expedición contra Ceuta, en 1415, había resultado patente su inexperiencia: solo con mucha dificultad habían logrado vencer las corrientes del estrecho de Gibraltar[22]. El cronista De Barros dice claramente que sus

compatriotas, en aquella época, conocían la declinación magnética y el astrolabio, pero que hasta 1415 «no estaban acostumbrados a aventurarse mar adentro»[23]. Un historiador ha podido incluso decir de los primeros descubridores portugueses que en tiempos de Enrique el Navegante recorrieron el interminable litoral africano, que eran «tímidos y asustados navegantes de cabotaje, sin la menor audacia marinera»[24]. En resumidas cuentas, y pese a frecuentar el océano, eran marinos mediterráneos. Sin embargo, una vez que pusieron a punto sus carabelas (esas naves revolucionarias, perfeccionadas en 1439-1440, con las que poder hacer frente a las dificultades que ofrecía el camino de vuelta de Guinea, con el viento de frente y las corrientes en contra), se lanzaron hacia las Azores, para, después de completar un amplio arco de círculo, alcanzar Lisboa[25]. A partir de entonces comenzaron a meterse progresivamente mar adentro, convirtiéndose muy pronto en verdaderos maestros.

Los mares angostos, bases de la historia

El Mediterráneo no es un mar, sino una sucesión de llanuras líquidas comunicadas entre sí por puertos más o menos grandes. Así se individualizan, en las dos grandes cuencas del oeste y del este del Mediterráneo, entre las diversas avanzadas de las masas continentales, toda una serie de mares angostos, de *narrow-seas*. Cada uno de estos mundos particulares tiene sus características, sus tipos de barcos y de costumbres, sus propias leyes históricas[26]; y, por regla general, los más angostos son los más ricos en significación y en valor histórico, como si el hombre se hubiese posesionado ante todo de los Mediterráneos de dimensiones restringidas. Estos pequeños mares siguen llevando hoy su vida local cada uno de ellos, tanto más pintorescos cuanto mejor se conserva en ellos el empleo de los viejos veleros de carga y de las arcaicas barcas de pescadores[27]. Ahí tenemos, en Sfax, el mar de los Sirtes, el mar sahélico, con sus mahonas de velas triangulares, las barcas de los pescadores de esponja, los *Kamaki*, armados por los yerbianos y los kerkenianos que practican la pesca con tridente. Duda uno, viendo este espectáculo, que vivamos en los tiempos modernos[28]. Se nos antoja doblar el cabo de Malea en compañía de Teófilo Gautier y entrar en el Archipiélago, con sus islas y sus aguas tranquilas; de pronto, «el horizonte se puebla de velas; los *bricks*, las goletas, las carabelas, los balandros surcan el agua azul en todas direcciones…». Tal es, todavía hoy, el privilegio y el sortilegio de los mares angostos[29]. La supervivencia de estas viejas formas de transporte,

tan tenaces, de estos circuitos inmutables a lo largo de tantos siglos, plantea todo un problema. Sus cortas travesías, sus cargamentos de flete menudo, les confieren importancia hoy como ayer, y el círculo estrecho y familiar que los rodea les proporciona seguridad. Las dificultades comenzarían para estas embarcaciones en las largas travesías, si se viesen obligadas a abandonar su cuenca natal, a doblar los peligrosos cabos. «Quien dobla el cabo de Malea —dice un proverbio griego— debe olvidarse de su patria…»[30].

Se concibe que, con las rutas marinas que los unen y permiten las grandes travesías, estos espacios circunscritos revistan una gran importancia humana. En el siglo XVI son, desde luego, mucho más importantes que los dos anchos sectores del mar Jónico, al este, y de ese mar occidental inscrito entre las islas de Córcega, Cerdeña, Europa y África. Uno y otro (sobre todo el primero) son verdaderos Saharas marítimos que el comercio sortea casi siempre, o solo surca por azar y sin detenerse.

La vida marina del Mediterráneo tiene lugar en la periferia de estos dos amplios espacios, hostiles por su masa: en la órbita de los mares angostos que se suceden de un extremo a otro del Mediterráneo. Al este, el Mar Negro, que solo a medias es un mar mediterráneo; el mar Egeo o del Archipiélago (en el siglo XVI se le designaba con el vocablo italiano *Arcipelago*, predominante incluso en francés); en el centro, el Adriático, y los mares entre África y Sicilia, que no tienen nombre propio. Al oeste del Tirreno, mar italiano por excelencia, «el mar etrusco», entre las islas de Sicilia, Cerdeña y Córcega, y la costa occidental de Italia. Finalmente, en el extremo oeste entre el sur de España y la cercana África, un mar también sin nombre: ese «canal de la Mancha» mediterráneo que puede deslindarse hacia el este por una línea que iría del cabo Matifú, cerca de Argel, hasta el cabo de la Nao, no lejos de Valencia, y que el estrecho de Gibraltar comunica con el Atlántico.

Aún cabría distinguir, en el interior de estos mismos mares, islotes más pequeños: no hay un golfo en el Mediterráneo que no sea una patria y represente, por sí solo, un mundo muy complicado[31].

El Mar Negro, avanzada de Constantinopla

Lejano como meta de navegación, el Mar Negro se halla cercado por una masa de regiones adustas (salvo algunas excepciones), a la par bárbaras y barbarizadas. Poderosas montañas lo circundan por el sur y por el este, montañas adustas entre las que se abren paso trabajosamente los caminos que de Persia, Armenia y la Mesopotamia conducen a la gran estación de

Trebizonda. Al norte, en cambio, se extienden las inmensas planicies de Rusia, zona de tránsito y de nomadismo por excelencia, en las que los tártaros de Crimea montaban todavía la guardia en el siglo XVI. Fue en el siglo siguiente cuando las hordas cosacas, fuera de la ley rusa, llegaron a la orilla del mar, para entregarse allí a una peligrosa piratería, en detrimento de los turcos. Sin embargo, ya en el siglo XVI, y aprovechándose del invierno, los moscovitas irrumpen de vez en cuando en estas costas[32].

En esta época, como a lo largo de toda su historia, el Mar Negro es una zona económica importante. Contaba con lo que producían sus propias riberas, como pescados secos, las huevas y el caviar de los ríos «rusos», las maderas indispensables para la flota turca, el hierro que producía la Mingrelia[33], el trigo y la lana, este último producto almacenado en Varna y cargado, juntamente con los cueros, por las grandes naves ragusinas, y el trigo, acaparado por Constantinopla. Contaba, además, con las mercancías transportadas por sus aguas: lo que pasaba por él con destino al Asia Central y a Persia, y lo que le confiaban las caravanas, en tránsito hacia Constantinopla y el Occidente. Por lo que se refiere al siglo XVI, estamos desgraciadamente mal informados acerca de este doble tráfico con el este. Tenemos, no obstante, la impresión clara de que Constantinopla acaparaba el lejano y el cercano comercio del Ponto Euxino, haciendo de pantalla entre este extremo del Mediterráneo y el resto del mar. El Mar Negro, tan al alcance de su mano, es la zona nutricia de la enorme capital del Bósforo, sin la cual no podría vivir. No podía contentarse para su avituallamiento con los tributos de los Balcanes (principalmente, con los envíos de ovejas), ni con lo que transportaban hasta el Cuerno de Oro las flotas de Alejandría cargadas de especias, de drogas y también de trigo, arroz y habas, traídos por las flotas de Alejandría, junto con las especias y las drogas. Belon du Mans[34] nos habla de la mantequilla transportada de Mingrelia a Constantinopla en «odres de buey y de vaca sin curtir… recién desollados». Probablemente a bordo de uno de esos innumerables *caramusalis* griegos que aseguran los transportes por el Mar Negro, a pesar de ser más aptos para los cortos trayectos del Archipiélago que para este peligroso mar[35], frecuentemente agitado y cubierto de niebla. En octubre de 1575, una tempestad hundió de golpe, cerca de Constantinopla, cien de estas pequeñas embarcaciones cargadas de trigo[36].

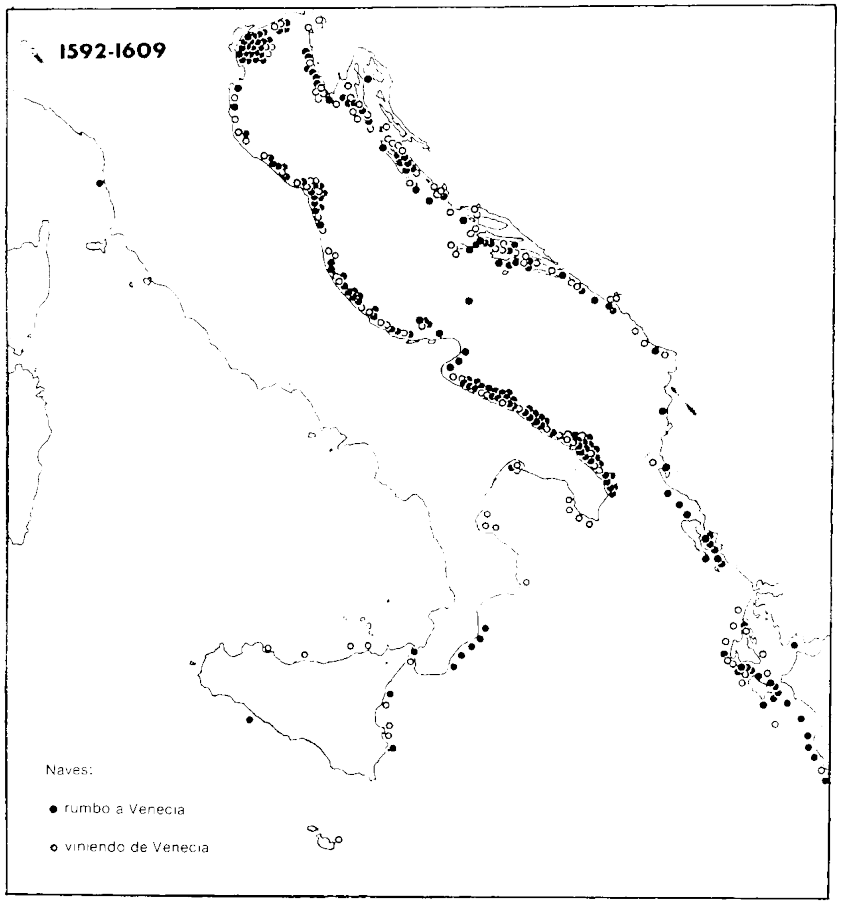


FIGURA 8. *Los naufragios de naves rumbo a Venecia, de 1592 a 1609.*
Según A. Tenenti, *Naufrages, Corsaires et Assurances maritimes à Venise*, 1959. Evidencian la importancia de la ruta costera.

En el siglo XVI, el Mar Negro estaba, pues, adscrito a Constantinopla, como antes había sido feudo de Mileto, de Atenas y más tarde, a partir de 1265, dominio de los italianos y los genoveses[37], que, instalados en Caffa y en el Tana, en la posición resguardada del sur de Crimea[38], al abrigo de las montañas de la península contra los pueblos de las estepas del norte, e instalados también en Constantinopla (de donde no salieron hasta 1453), no fueron desalojados por los turcos de sus escalas de Crimea sino hasta mucho más tarde, en el último cuarto del siglo XV. Caffa cayó en manos de los turcos en 1479. Ello trajo como consecuencia un gran reajuste de las rutas terrestres que conducían al mar: estas rutas ahora ya no se dirigen hacia Crimea, sino hacia Constantinopla; es la venganza sobre el siglo XIII. En la región moldava, por ejemplo, las vías que llevaban a Kilia y a Cetatea Alba son desplazadas por la gran ruta comercial hacia Galatz, que va a dar salida en adelante al comercio danubiano y, por añadidura, al de Polonia[39].

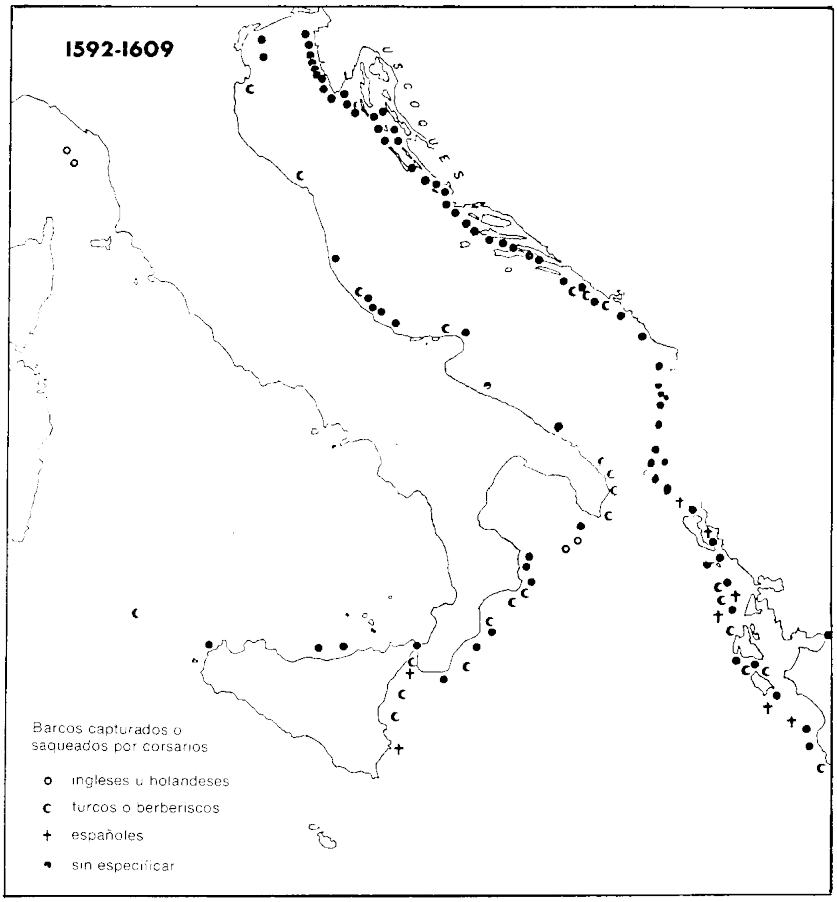


FIGURA 9. *Capturas de naves durante el mismo periodo (según la misma fuente).*

[I-146]



FIGURA 10. *Sicilia y Túnez cortan en dos el Mediterráneo.*

Desde entonces, el Mar Negro pasa a ser la reserva de pescado y de granos de la enorme capital turca. Sin embargo, los ragusinos se las arreglaron para seguir deslizándose hasta aquí por lo menos hasta por los años de 1590, yendo hasta Varna a cargar por barcos enteros las lanas y los cueros, *montonini*, *vachini* y *buffalini*. Al mismo tráfico se dedican, además, en el mar de Mármara, hasta Rodosto[40]. ¿Lo hacían así, tal vez, para evitar los derechos de aduana? En todo caso, hacia fines del siglo XVI, en condiciones y por razones que ignoramos, los ragusinos abandonaron casi al mismo tiempo las dos escalas. Desde entonces, el mundo del Mar Negro se cierra más herméticamente que nunca al Occidente; por lo menos, del lado del mar, pues al parecer las rutas terrestres triunfaron entonces —ya volveremos sobre ello — sobre las vías marítimas.

¿Fue verdaderamente Constantinopla la que corrió el cerrojo que puso fin al papel de «plataforma giratoria del tráfico internacional» desempeñado por el Mar Negro a finales de la Edad Media?[41] ¿No tendrá este cierre otros orígenes más lejanos? El Mar Negro es, en efecto, desemboque de los caminos que conducen a Trebizonda y a Sinope, de lo que se ha convenido en llamar la ruta de la seda. Ahora bien, esta ruta cesó, a lo que parece, en los finales del siglo XV. Acaso el tráfico que la enriquecía tomase el camino de Persia, como tantos indicios lo sugieren. En todo caso, parece que la víctima de este cambio de ruta fue el Turquestán. Por otra parte, a mediados del siglo XVI se organiza, a lo largo del Volga, el descenso ruso. El janato de Kazán, una especie de reino de Granada enriquecido por el paso de las caravanas, cayó finalmente en manos de los rusos, que siempre lo habían codiciado; pero por entonces se hallaba ya bastante arruinado por causas difíciles de desentrañar, producidas quizá a raíz del abandono de la ruta de Turquestán. Iván el Terrible se adueñó de Astrakán en 1556. Esta vez el cerrojo se corrió vigorosamente, a pesar de la tentativa turca de 1569-1570, este gran hecho histórico ignorado[42].

El Archipiélago, veneciano y genovés

El Archipiélago, «el mar más hospitalario del globo», es una sucesión de islas pobres y de costas a veces aún más miserables. Tampoco este mar se comprende más que vinculado a una gran ciudad. En un tiempo fue la plaza de armas de Atenas. Más tarde pasó a ser la salvaguardia, la base misma de la talasocracia bizantina, que gracias a él pudo conservar el mar Egeo, y después rechazar al islam, por un momento instalado en Creta, en el siglo IX. Este mar

salvaguarda también, con ello mismo, las comunicaciones con el Occidente a través de los mares de Grecia, de Sicilia y las rutas del Adriático, aguardando el relevo de Venecia. Pasan los siglos. El Archipiélago se torna veneciano y genovés. Las dos ciudades rivales se reparten las islas más importantes, donde se instalan los patricios, guardianes del imperio, señores de campesinos, plantadores, pero también mercaderes en realidad aristocracias coloniales permanentemente extranjeras en medio de poblaciones ortodoxas. Estas pueden «latinizarse» en sus costumbres, pero nunca se asimilan de verdad. Se repite aquí el drama de todas las colonizaciones, el que acaba colocando a todos los colonizadores, sean los que fueren, del mismo lado de la barrera. Cuando Venecia desalojó Génova de Chipre en 1479, los plantadores de una y otra ciudad se entendieron entre sí sin demasiada dificultad: un caso tan evidente como inevitable de disciplina de clase…

Los latinos defendieron sus posiciones en el Archipiélago más fácilmente, y sobre todo más eficazmente que en el Mar Negro. Entre ellos y los turcos, el obstáculo del mar fue, durante mucho tiempo, una protección y se hicieron fuertes en sus islas, luchando con presteza y denuedo, y con medios técnicos muy superiores durante largo tiempo a los de los atacantes turcos. No obstante, Negroponto (Eubea) cayó en manos de estos en 1479; Rodas, en 1522; Quíos fue ocupada en 1566, sin lucha; Chipre se perdió después de un fácil desembarco y dos sitios, el de Nicosia y el de Famagusta, en 1570-1572; Candía, en 1669, tras una guerra de veinticinco años.

Pero la lucha por el Archipiélago está muy lejos de reducirse a una historia de batallas. Vista día a día se presenta como una guerra social. Los indígenas «griegos» traicionaron a sus amos latinos en más de una ocasión. Tal ocurrió en Chipre y después en Candía. El Archipiélago ayudó a la victoria turca, y, aun antes de esta victoria, los marineros griegos fueron tentados a enrolarse en las fuerzas navales del gran turco, cuyas tripulaciones provienen, por lo general, del Archipiélago. Eran, tal vez, los candiotas los que en mayor número acudían a alistarse en la flota del gran turco, al principio de cada verano, para la campaña que se abría. Cuando llegaba la hora, los reclutadores los encontraban en las tabernas de Pera, cerca del Arsenal[43]. Esto ocurría más de un siglo antes de que Candía cayera en manos de los turcos.

Constantinopla ofrecía además a los griegos, con el enganche militar, las ganancias de los viajes por el Mar Negro y Egipto. El abastecimiento de Constantinopla brindaba hermosas oportunidades a los *caiques* y *caramusalis*[44] que transportaban el trigo, a los *gerbos* que cargaban caballos

y maderas y, en general, a todos o casi todos los veleros griegos del Archipiélago.

Y durante las primeras décadas del siglo XVI comienza una nueva fase de la expansión griega a lo largo de todo el mar. La aventura de los Barbarroja, aquellos marinos islamizados de Lesbos establecidos en Yerba y después en Djidjelli, grandes transportadores de musulmanes españoles ansiosos de huir de la Península, también corsarios y, desde 1518, los amos de Argel; esta aventura no es un simple accidente. Ni tampoco la de Dragut —que parece calcada de la anterior—, este otro griego a quien desde 1540 encontramos merodeando por las costas de Túnez y a quien, en 1556, vemos instalado en Trípoli de Berbería, ocupando el lugar de los Caballeros de Malta, a quienes los turcos habían expulsado de allí cinco años antes. El destino del Archipiélago en el siglo XVI se halla bajo el signo de la expansión griega.

Entre Túnez y Sicilia

Acaso sea más difícil poner en claro el papel de ese mar sin nombre, de ese espacio marítimo mal individualizado que entre el África y Sicilia despliega sus bajos fondos cuajados de peces, sus bancos de coral y de esponjas, sus islas (a menudo deshabitadas por su poca extensión): Favignana, Maretimo y Levanzo, en la punta oeste de Sicilia; Malta, Gozzo y Pantelaria, en pleno mar; Tabarca, La Galita, Zembra, Yerba y las Kerkenna, pegando a la costa tunecina. No obstante, los límites de este espacio marítimo son claros y definidos: corresponden a los del antiguo «puente» geológico tendido de Sicilia al África: al este, una línea trazada entre Trípoli y Siracusa; al oeste, otra raya entre Bona y Trapani. El eje esencial corre de norte a sur, de Sicilia al África. La vida de relación entre el este y el oeste, entre el Levante y el Poniente, lo llena de tráfico. Pero aquella vida se desplaza generalmente al norte, hacia la gran ruta del estrecho de Mesina, y en el sector Sicilia-África no tiene la densidad de las corrientes de norte a sur.

Estas últimas lo han dominado todo, haciendo oscilar ese conjunto en su totalidad tan pronto hacia el sur como hacia el norte. A capricho de la historia, ese conjunto es musulmán en la época de los aghlabitas, y desde 827, año en que comienza la conquista, hasta 1071, en que fue arrebatada al islam su ciudadela de Palermo, fue normando o estuvo a punto de serlo a partir del siglo XI, pues la expansión normanda que pasó de Nápoles a Sicilia no se detuvo con la reconquista de esta gran isla, sino que se desbordó sin tardanza hacia el sur por la guerra, la piratería, el comercio e incluso la emigración

hacia las tierras africanas. Los angevinos y los aragoneses continuaron más tarde esta política dictada por la vecindad. Atacaron más de una vez el litoral africano, donde impusieron tributos a los emires de Túnez, y fueron dueños de Yerba de 1284 a 1335. Mientras tanto, el mercader cristiano se instalaba por doquier, especialmente en los *suks* de Túnez y de Trípoli, obteniendo privilegio tras privilegio. Por su parte, el soldado cristiano, y sobre todo el mercenario catalán, futuro dueño de Sicilia (las Vísperas Sicilianas datan de 1282), encontraban en África aventuras casi tan jugosas como en el Oriente. Muy pronto, desde el siglo XII, los marineros catalanes frecuentaron los bancos de coral de Tabarca.

Ciertos sectores de Palermo y de Mesina no cesaron —todavía lo hacían en el siglo XVI— de sugerir proyectos de conquista en África a la vanidad y al sentido político de los virreyes de la Sicilia española: a Juan de la Vega, después al duque de Medinaceli y más tarde a Marcantonio Colonna. Todos estos proyectos expresan una necesidad vagamente sentida: la de poner en contacto las costas y las islas de aquel mundo medianero; la de asociar el trigo, los quesos y los barriles de atún de Sicilia con el aceite de Yerba; con los cueros, la cera y la lana de las tierras del sur; con el polvo de oro y los esclavos negros traídos del Sahara. Garantizar, manteniendo firmemente esta unidad marítima, la vigilancia de las costas, la seguridad de las almadrabas y la tranquilidad necesaria para que pudieran bucear en los bancos de coral de la Berbería los pescadores de Trapani, medio catalanes, y cuyas embarcaciones, a pesar de su pobre armamento, no reparaban en atacar los barcos de los corsarios berberiscos en el siglo XVI. Finalmente, de ese modo se defendía también contra estos corsarios a los *caricatori* de trigo sicilianos, continuamente amenazados por la costa sur, pues en este, como en los demás casos, la piratería tendía con frecuencia a restablecer el equilibrio natural falseado por la historia…

Cuando se habla de Sicilia parece de rigor volver la vista hacia el norte, hacia Nápoles, y decir que estas dos historias son rigurosamente antagónicas, que la grandeza de Nápoles equivale a la postergación de Palermo, y a la inversa. Creemos, sin embargo, que sería más importante poner de manifiesto el nexo que une a Sicilia con el África; es decir, el valor de este mundo marítimo al que la imperfección de nuestros conocimientos o nuestra falta de atención ni siquiera nos ha permitido bautizar.

La «Mancha» mediterránea

El extremo del Mediterráneo occidental es un espacio autónomo, angosto, aprisionado entre tierras y, por tanto, más propicio a la apropiación humana: el «canal» mediterráneo, así denominado por René Lespès. Es también un mundo marino aparte, coherente, que va desde el estrecho de Gibraltar, al oeste, a esa línea que se puede trazar del cabo Caxino al cabo de la Nao, o, a grandes rasgos, de Valencia a Argel. De este a oeste nunca ha sido fácil la circulación. Dejar atrás este espacio en dirección este es desembocar en el vasto ámbito del Mediterráneo occidental; rebasarlo hacia el oeste es entrar en un mundo marino aún más vasto, el del Atlántico, al otro lado del estrecho, cuyo paso es de suyo difícil, a causa de las frecuentes nieblas, las fortísimas corrientes, los arrecifes y los bancos de arena en las riberas. Además, un estrecho, al igual que un promontorio saliente, denota siempre un cambio de régimen de las corrientes y los vientos. En este caso el fenómeno es particularmente claro y la travesía del estrecho sigue siendo una operación complicada.

En cambio, esta Mancha alargada que va de este a oeste es relativamente fácil de franquear en dirección norte a sur. No es una barrera líquida que se levante entre la masa continental del mundo ibérico y la del mundo norafricano, sino un río que une más que separa, que hace del África del Norte y de Iberia un solo mundo, un «bicontinente», según el término acuñado por el historiador y sociólogo Gilberto Freyre[45].

Lo mismo que el brazo de mar entre Sicilia y África, este pasillo marítimo fue conquistado por el islam en la Edad Media. Conquista tardía, en el siglo X, en el momento mismo en que el califato de Córdoba adquiría su brusca solidez.

El éxito de los Omeyas significaba, al mismo tiempo, la seguridad de obtener trigo, hombres, mercenarios de Magreb, y de exportar a estas tierras, a cambio de ello, los productos de las ciudades andaluzas. La libre, o por lo menos la fácil utilización de esta ruta marítima, hizo que el centro de la vida marítima andaluza se desplazase de Almería, toda rumorosa de barcos, astilleros navales y telares de seda, a Sevilla, que en el siglo XI pasa a ser el nudo de la navegación mediterránea; tanta riqueza hizo afluir esta navegación al puerto del Guadalquivir, que Sevilla no tardó en eclipsar a Córdoba, la vieja capital continental. Parejamente con los esplendores de la primacía musulmana en el Mediterráneo, nacieron o se expandieron, en la costa del sur, grandes ciudades marítimas; Bugía, Argel y Orán, las dos últimas fundadas en el siglo X. Por dos veces, una bajo los almorávides, en el siglo XI, y otra bajo

los almohades, en el siglo XII, la «Andalucía» africana salvó de la presión cristiana a la verdadera Andalucía.

Debe hacerse notar que hasta el fin del islam ibérico independiente —hasta el siglo XIII por lo menos, y aun más allá—, la «Mancha» está en manos sarracenas desde las estribaciones del Algarbe portugués hasta Valencia, e incluso las Baleares. El islam mantuvo en su poder este amplio sendero líquido más tiempo todavía que el Mediterráneo siciliano, hasta mucho después del suceso de Las Navas de Tolosa, en 1212, y, por lo menos, hasta la conquista de Ceuta por Dom João de Portugal y sus hijos, en 1415. Conquista que, por lo demás, deseaban por igual los mercaderes italianos y los fundadores de la dinastía de Aviz. Desde ese día quedó libre el acceso al África y fue condenado a desaparición el mundo islámico residual de Granada, cuya existencia se prolongó solamente gracias a las largas discordias castellanas. Y cuando la guerra de Granada se reanudó, para dar paso al acto final de la Reconquista en 1487, los Reyes Católicos bloquean sus costas con navíos de Vizcaya.

Acabada la Reconquista, los vencedores cristianos se vieron empujados a apoderarse de la costa sur de la «Mancha» iberoafricana, aunque no llevaron adelante esta empresa con la firmeza y la claridad de miras que requerían los intereses de España. Fue una catástrofe, en efecto, para la historia de España el que, después de la ocupación de Melilla en 1497, de Mers-el-Kebir en 1505, del peñón de Vélez de la Gomera en 1508, de Orán en 1509, de Mostaganem, Tremecén, Tenes y del peñón de Argel en 1510, no se llevara adelante con toda decisión esta nueva guerra de Granada; que se sacrificara esta tarea ingrata, pero esencial, al espejismo de Italia y a las relativas facilidades de América. Que España no haya sabido, querido o podido desarrollar su triunfo inicial, tal vez demasiado fácil («parece —escribía a los Reyes Católicos en 1492 su secretario Fernando de Zafra— que Dios quisiera dar a Vuestras Altezas esos reynos de África»), que no haya llevado adelante esta guerra hasta más allá del Mediterráneo, constituye, tal vez, uno de los grandes capítulos de una historia frustrada. Como ha dicho un clarividente ensayista[46], España es mitad europea, mitad africana. Faltó entonces a su misión geográfica, y, por primera vez en la historia, el estrecho de Gibraltar «se convirtió en una frontera política»[47].

Pero sobre esta frontera, la guerra sigue, incesante: prueba de que el azar había cortado ahí, como entre Sicilia y África, ligámenes esenciales… El cruzar el canal se había vuelto difícil. Se ve muy claro cuando se sigue la historia del avituallamiento de Orán, siempre precario en el siglo XVI. Desde

la gran «estación reguladora» de Málaga, los *proveedores* organizan convoyes, fletan barcos y navíos con destino al «presidio»[48]. Los expiden hacia el sur, sobre todo en el invierno, aprovechándose de las claras de buen tiempo, suficientes, por cortas que fueran, en esta breve travesía, lo cual no impedía que los corsarios lograran a veces apoderarse de los barcos de avituallamiento, para negociar en seguida su rescate recurriendo a regateos ya de rigor a la altura del cabo Caxino. En 1553, por los tiempos en que los argelinos tenían sitiada la plaza, quienes fuerzan el bloqueo son patronos de faluchos y de bergantines de Valencia o Andalucía. Estas pequeñas embarcaciones son análogas a las que «en otro tiempo» —como dice un estudio de 1565—[49] iban de Cartagena, de Cádiz o de Málaga a los puertos del norte de África cargadas de sombreros cordobeses o de telas de Toledo. Y también similares a los barcos de pesca que, más allá de Gibraltar, seguían deslizándose por las aguas del Atlántico llevando a bordo todo un pueblo de marinos que, desde Sevilla, Sanlúcar de Barrameda o el Puerto de Santa María, iban a pescar hasta la altura de Mauritania, y que los domingos oían misa en cualquiera de los presidios portugueses de la costa marroquí[50]. Análogas, en fin, a los barcos valencianos que transportaban a Argel el arroz y los perfumes de España y también, a despecho de todas las prohibiciones, mercaderías de contrabando[51].

Al finalizar el siglo, esta región casi sin vida del mar se anima y despierta bruscamente a una historia dramática, pero no a causa de los habituales competidores de España: los marinos de Marsella, acostumbrados desde siempre a hacer escalas en Berbería, o a partir de 1575, los liorneses, unos recién llegados que se sintieron atraídos por Túnez, en donde se demoraron, aunque a veces navegasen hasta Larache[52] y el Sous marroquí[53]. El acontecimiento nuevo lo constituye el arribo masivo de naves del norte, sobre todo a partir de 1590. Estos extranjeros han de franquear dos veces el estrecho en su camino de ida y vuelta. A la vuelta se los esperaba al acecho. ¿Será cierto que, como se ha pretendido[54], los holandeses han descubierto una forma nueva de pasar el estrecho y que este hallazgo se lo habrían enseñado a continuación a sus discípulos, los corsarios argelinos? Es posible, por no decir seguro. España, en todo caso, puso todo su esfuerzo en vigilar e incluso impedir el paso del estrecho por medio de sus galeras, empleadas durante el buen tiempo, en los meses tranquilos, y de sus galeones durante el difícil tiempo invernal. Podemos imaginarnos en el ámbito marino comprendido entre el cabo San Vicente, en la costa portuguesa, y Cartagena y Valencia[55], ámbito que con frecuencia incluye Mers-el-Kebir, Ceuta, Tánger y hasta

Larache (ocupada el 20 de marzo de 1610) y La Mamora (ocupada en agosto de 1614), los puestos de vigilancia, las alertas, las patrullas y las luchas, por lo general nada gloriosas, continuándose así hasta finales del siglo XVIII[56]. Los gobernantes de España, sus marinos y sus consejeros soñaron siempre con encontrar la solución definitiva: dotar a Gibraltar de cañones reforzados capaces de alcanzar infaliblemente las naves intrusas[57], fortificar la isleta de Perejil, al largo de Ceuta[58], o bien, siguiendo los consejos del inglés Anthony Sherley, aquel loco y genial aventurero al servicio de España, apoderarse de Mogador y Agadir, con lo que, al tener Marruecos en sus manos, el Rey Católico se convertiría en *absoluto señor de la Berbería*[59], ¡y esto en 1622!

Pero esta lucha resulta inútil. El enemigo inglés, holandés o argelino pasaba a escondidas el estrecho, aprovechando una noche de invierno propicia[60], o bien, a la fuerza, dejando solo muy raramente alguna nave en poder de sus adversarios, y maltratando la mayoría de las veces a las escuadras de patrullaje gracias a la superioridad de sus barcos y de su artillería. Poco espectacular, o al menos, poco conocido, este gran drama del Mediterráneo ha ocurrido a sus mismas puertas, casi fuera de sus aguas. Volveremos más adelante sobre el tema.

La cuenca y el mar Tirreno [I-156]

El vasto mar Tirreno —«los canales de Córcega y Cerdeña», como dicen los documentos del siglo—… Demasiado abierto sobre los mundos cercanos, bordeado de tierras demasiado ricas, demasiado pobladas para no haber tenido un destino agitado, a imagen y semejanza de las tierras cuajadas de historia que lo circundan y se dan cita en él.

Su primera y remota historia nos lo presenta dividido entre los etruscos, dueños de la Toscana, las ciudades helénicas de la Magna Grecia y de Sicilia, y ese mundo griego aparte que es Marsella, y, por fin, como los últimos copartícipes, los cartagineses, instalados en el oeste de Sicilia, en las costas de Cerdeña y en las de Córcega, pobladas también por los etruscos. A grandes rasgos, podemos decir que los etruscos poseían la parte central del mar de su nombre, mientras que los otros tenían en sus manos las desembocaduras o salidas de este mar: los griegos del sur, la ruta de Levante; los cartagineses, la ruta que va de Panormos (Palermo) al África, por Drepanon (Trapani), y los griegos de Marsella, la ruta que comunica el mar etrusco con el oeste y que controlaban un poco de lejos, exactamente hasta la altura en que hay que

detenerse aguardando los vientos favorables que permiten a las naves franquear el golfo de León rumbo a España.

Este primer rostro histórico revela ya los rasgos permanentes del mundo tirrénico. Señala el valor medianero de este lago, la importancia de los puertos marítimos que franquean su entrada y su salida. Permite también adivinar las razones para que este mar, demasiado vasto y abierto, no pertenezca nunca exclusivamente a un gobierno o a una economía, ni siquiera a una civilización. Salvo los tiempos de la hegemonía niveladora de Roma, el Tirreno no fue nunca un mundo muy homogéneo. Ninguna marina llegó a tener una supremacía estable e indiscutida sobre sus aguas, ni la de los vándalos, a quienes Bizancio puso a raya; ni las flotas sarracenas, que jamás llegaron a apoderarse de Italia; ni las normandas o las angevinas, ya que las primeras se estrellaron contra Bizancio, y las segundas, a un tiempo contra el islam y los catalanes. En cuanto a Pisa, siempre encontró ante sí la competencia genovesa.

En el siglo XVI, el lugar predominante (ya volveremos sobre ello) correspondía a Génova, dueña de Córcega. Pero este predominio tenía sus lados débiles. En primer lugar, Génova recurre cada día más a barcos extranjeros para sus transportes marítimos. Es este un primer repliegue. En segundo lugar, tiene que vérselas con una España que ha tomado fuertes posiciones en el mar Tirreno.

Los primeros jalones los habían puesto los «aragoneses» cuando, en el siglo XIII, se apoderaron de Sicilia (1282), y más tarde, en 1325 (y a pesar de la oposición de Génova), de Cerdeña, que necesitaban como escala para Sicilia. La expansión catalana (es uno de sus rasgos originales) ha ido progresando directamente desde las Baleares hacia el Oriente, por Cerdeña y Sicilia. Los catalanes instalaron verdaderas colonias marítimas en estas islas: la de Alghero en Cerdeña, y la de Trapani en Sicilia, escalas en su navegación conquistadora.

Expansión conquistadora, pero agotadora a la par. Habiendo llegado tarde, veíase obligada, para hacerse un sitio, a forzar las puertas, batallar y alternar la piratería con la navegación. Barcelona, que había sido el alma de ella, fue cediendo poco a poco el papel dirigente a Valencia, y son los valencianos quienes llevan a buen término la conquista del reino de Nápoles, bajo el reinado de Alfonso el Magnánimo (1455). Conquista azarosa y llena de episodios sensacionales, que tropezó también con la enérgica oposición de Génova. Por lo demás, la hazaña valenciana terminó apenas por comenzar, pues la Corona de Aragón cae muy poco después bajo el control de Castilla.

En la época de las guerras de Italia se produce en el mar Tirreno un nuevo cambio: lo mismo en Nápoles que en Sicilia, el castellano, soldado y funcionario, releva al aragonés[61]. Lo cierto es que España hizo sentir en el Tirreno, con sus galeras y sus *tercios*, el peso de una potencia marítima, militar y continental; pero ya no lo es mercantil; desde la época de Carlos V, y a pesar de los antiguos privilegios comerciales, Cerdeña y Sicilia cada vez importaban menos tejidos catalanes. Tan poco atento anduvo el emperador a los intereses ibéricos, que dejó a los mercaderes genoveses inundar con sus paños estos mercados. ¿Quiere esto decir que los genoveses se tomaron la revancha y restauraron su primacía sobre el mar Tirreno?

Las cosas, sin embargo, no son tan simples. Hacia 1550, Génova abandona parte de sus actividades marítimas en el mar Tirreno y otros espacios marítimos, y los ragusinos se aprovechan de ello. Con sus barcos de carga, los de Ragusa aseguran los transportes de trigo y de sal de Sicilia y las travesías largas en dirección a España, el Atlántico y el Levante. El mar Tirreno habría llegado a ser entonces un lago ragusino, a no haber mediado la presencia de los marselleses (modesta al principio, esta presencia se acentúa después de 1570) y el posterior auge de Liorna. Auge que es a la par creación y resurgimiento, pues Liorna es a la vez Pisa y Florencia…, y es, además, la política calculadora y eficaz de Cosme de Médicis y su gran interés por la Córcega genovesa[62]. Y para que el cuadro sea completo, no olvidemos tampoco que por la ancha puerta marítima que se abre entre Sicilia y Cerdeña penetraba sin cesar la inquietante presión del corso berberisco, quien amenaza con frecuencia hasta muy al norte la navegación por las costas de Savona, Génova, Niza y Provenza. La atalaya toscana de la isla de Elba, con su posición de Porto Ferraio, más bien sirve para señalar que para detener estas actividades de los berberiscos.

Esta cuenca del mar Tirreno, dividida y compleja, está, pues, demasiado enlazada a la vida general del mar para tener un colorido muy propio. Sin embargo, su división y su mismo abigarramiento, permitiéndole vivir casi exclusivamente de sus propios recursos, le confieren una cierta autonomía. El trigo que comen sus ciudades y sus regiones, demasiado pobladas y demasiado pastoriles para alimentarse por sí mismas, viene de Sicilia, y, hasta 1550, de Provenza, o por lo menos Provenza sirve de intermediaria, pues muchas veces este trigo procede de Borgoña y aun de más lejos. La sal viene de Trapani; los quesos, de Cerdeña; el vino *greco* o *latino*, de Nápoles; la carne salada, de Córcega; la seda, de Sicilia y de Calabria; las frutas, las almendras, las nueces y las barricas de anchoas o de atunes, de Provenza; el

hierro, de la isla de Elba; finalmente, el dinero, el capital, de Florencia, o, más frecuentemente, de Génova. Todo lo demás era importado: los cueros, las especias, el palo colorante, la lana, y, un poco más tarde, la sal de lbiza…

De estas dos vidas de relación empalmadas y entremezcladas, la una cercana, limitada a la cuenca interior, la otra lejana, exterior, no cabe duda de que la más rica es la primera. Esto explica por qué, a pesar de las diferencias de todas clases, se confunden tanto los pueblos, las civilizaciones, las lenguas y las artes. Y también, por qué este espacio marítimo, con sus aguas abrigadas y relativamente tranquilas, es ideal para los barcos. En un solo año, de junio de 1609 a junio de 1610, entraron a un solo puerto, el de Liorna, más de 2500 embarcaciones[63]. Cifra verdaderamente enorme. Estos barcos, por sí solos, aseguran innumerables contactos. Son los barcos, y solo ellos, los que por el Tíber llegan a Roma, y su puerto de Ripa Grande[64], transportando ora los muebles y los enseres de un obispo que va a establecerse en la corte romana, ora las barricas de vino *greco* que algún eclesiástico mandaba a pedir al reino de Nápoles. Todas las estadísticas, sean las del puerto de Liorna, tan abundantes durante este periodo, como las de Civitavecchia, de Génova o Marsella (estas últimas tan mal conservadas), nos revelan la importancia prodigiosa de esta vida marítima de relaciones a escasa distancia: de cabo Córcega a Liorna o a Génova para el transporte de madera; de Grosetto y de Corneto a Liorna para los transportes de trigo; de Río, en la isla de Elba, al mismo puerto toscano, para el hierro.

Todo se transporta a bordo de estas embarcaciones minúsculas: barcas, *saete, laudi, luiti*, tartanas, fragatas, polacras…[65]. En Génova, los registros de aduanas dividen en dos clases los barcos que arriban, *venuta magna* y *venuta parva*, según que los barcos tengan una capacidad mayor o menor de 150 *cantara* (alrededor de 30 toneladas). El puerto de Génova recibía cada año unas cuantas decenas de *grandes* naves y un millar o dos de *pequeñas*: 47 grandes y 2283 pequeñas, en 1586; 40 y 1921, en 1587[66]; 107 y 1787, en 1605…[67]. (Estas cifras, inferiores a la realidad, no tienen en cuenta más que los barcos sujetos al pago de derecho de entrada, del que están exentos los numerosos navíos cargados de trigo, aceite y sal).

No cabe duda de que el cabotaje es, en todos los mares angostos, un hecho usual y diario, indispensable para la vida de las ciudades y la formación de las grandes corrientes comerciales. Pero, en el mar Tirreno, el cabotaje tiene una amplitud excepcional. Lo cual, unido a una documentación también excepcional, permite, en un sector especialmente movido, darse clara cuenta de lo que antes solo vislumbrábamos: el considerable papel desempeñado por

los pequeños veleros de carga en los cambios económicos. No era raro ver llegar a Liorna al patrón de un barco corso con algunos toneles de carne salada y de queso[68], y que, después de atracar su embarcación al muelle, se echase en persona por las calles de la ciudad a ofrecer su mercancía de puerta en puerta, a despecho de las protestas de los tenderos contra la competencia de este comercio ambulante.

Pero los pequeños medios no bastan para todo. Si Cartago, encerrada en el «mar de Sicilia», Marsella, en la otra punta del mar Tirreno, y mucho más tarde Génova, pudieron llegar a adquirir tan gran importancia, no olvidemos que ello se debió a que, como lo hace notar Vidal de la Blache[69], estas ciudades pudieron resolver el gran problema de la navegación hacia el oeste, venciendo los vientos del este, el peligroso levante y el mistral. Para ello hacían falta verdaderos navíos. En la época de las guerras médicas, tanto Cartago como Marsella empleaban para la navegación por este mar barcos quizá más pesados que los de otras marinas de su tiempo; de ahí su éxito. Siglos más tarde, al expirar la Edad Media, fue también mediante una innovación técnica —la ampliación del velamen latino— como Génova logró resolver mejor que otros el problema de la navegación a larga distancia. Gracias a esta ventaja pudo, desde las postrimerías del siglo XIII, lanzar a sus navegantes al otro lado del estrecho de Gibraltar, hasta Flandes[70].

Génova ha continuado prefiriendo los barcos de gran tonelaje. En el siglo XV recurre para los largos trayectos, desde Quíos o Pera a Flandes, a barcos, algunos de los cuales pasan de las 1000 toneladas. «Qué lástima que no hayas visto la nave *Fornara* [escribe un capitán, a comienzos del año 1447, a su amigo florentino]: *tu avresti avuto piacer maxime a vedere questa nave che ti parebbe in magnificenza*»[71]. No existía entonces un solo navío que lo superase en tonelaje. El día de San Martín del año 1495, las dos grandes «naves genovesas» que llegaron ante el puerto de Bahía, «y una vez allí echaron el ancla sin entrar en dicho puerto», hubieran podido —a decir de Commynes— cambiar la situación a favor de los franceses, «pues bastaba con aquellas dos naves para haber tomado de nuevo Nápoles; pues las dos naves eran hermosas y grandes, una de 3000 *botte* y la otra de 2500 y una se llama la *Gallienna* y la otra la *Espínola*…»[72]. Pero ninguna de las dos mostró la menor intención de abandonar Bahía para aproximarse a la cercana ciudad.

Aunque otra cosa parezca, estos detalles no nos apartan del tema y del verdadero problema que estudiamos. El poderío, la supremacía y las zonas de influencia, cuando se trata de la vida de un sector marítimo, no son, con

frecuencia, otra cosa que estos detalles técnicos: velas, timones, gobernalles, quillas y tonelaje de las naves.

El Adriático[73]

El Adriático es, quizá, la más coherente de todas las regiones del mar. Nos plantea por sí solo y por analogía todos los grandes problemas metodológicos que entraña el estudio del Mediterráneo en su totalidad.

Este mar, más largo que ancho, se presenta como una ruta de norte a sur. Por el norte lleva, como una estela miliar, ese hito de navegantes que es la silueta blanca del Adamello, la cual anuncia desde lejos las costas bajas que, de Pesaro y Rímini al golfo de Trieste, señalan el contacto de la llanura del Po con las aguas mediterráneas. Por el oeste lo bordea la costa italiana, generalmente baja y pantanosa, aunque flanqueada a poca distancia por el Apenino, que a retaguardia del *sottovento* proyecta hasta el mar una serie de eminencias montañosas, una de las cuales, clara y netamente destacada, es el monte Gargano, con sus célebres robledales. Por el este se alinean, pegadas a la costa, un rosario de islas montañosas, las islas dálmatas, que doblan inmediatamente los altos relieves estériles del continente balcánico, esa interminable muralla blanca de los Alpes dináricos, reborde de una enorme meseta de karst, vasto macizo calcáreo, despoblado, al que la costa de la Dalmacia vuelve, por lo demás, la espalda. Finalmente, por el sur, el Adriático se une al mar Jónico en el canal de Otranto, entre el cabo del mismo nombre, en Italia, y el de Linguetta, en Albania. El mar Adriático es un canal angosto, pues solo mide, según las cartas marinas, 72 kilómetros de largo. Con viento favorable, ya en el siglo III a. C. las *lemboi*, con todo el velamen inflado, lo recorrían en una sola jornada de navegación[74]. Lo mismo, en el siglo XVI, las fragatas encargadas de llevar, por cuenta del virrey de Nápoles, las nuevas de Corfú o de Cefalonia hasta las costas napolitanas, o viceversa.

[I-162]

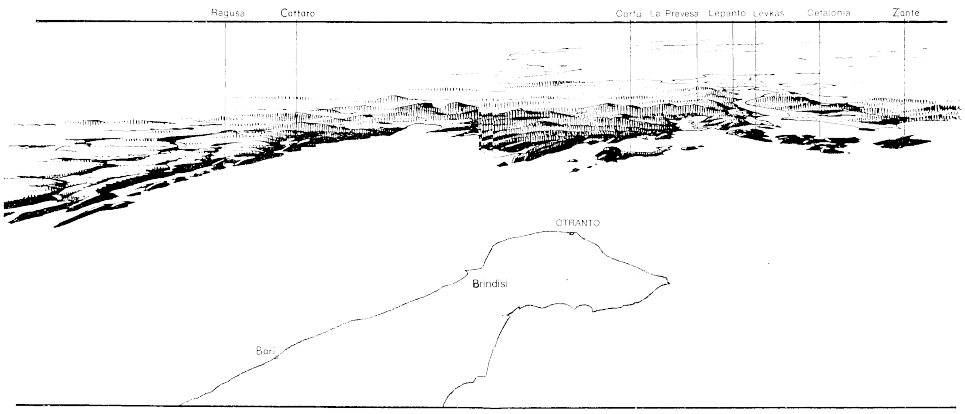


FIGURA 11. *Corfú, situada frente a Otranto, controla el ingreso en el Adriático*. Nótense los lugares de los grandes combates navales: La Prevesa, 1538, y Lepanto, 1571. Croquis dibujado por J. Bertin.

Una memoria española del año 1598 indica, entre otras cosas, que «desde el cabo de Otranto se ven las luces de Valona»[75]. Desde el avión que le conduce a Atenas, puede el viajero de hoy contemplar en un mismo golpe de vista la costa albanesa, Corfú, Otranto y el golfo de Tarento, y parecerle que están muy próximos entre sí.

Esta angostura al sur es el rasgo esencial de la cuenca del Adriático, la que le da la unidad y hasta la simplicidad de su historia. Dominar este angosto mar equivale a dominar el Adriático. Pero el problema estribaba en saber con exactitud cuál era el punto exacto desde donde vigilar mejor este espacio de mar. Las posiciones estratégicas no son los activos puertos de Apulia, Brindis, Otranto y Bari, ocupados por Venecia dos veces —aunque no por largo tiempo—, en 1495 y 1528, y que en beneficio de sus intereses comerciales piensa ocupar de nuevo en 1580[76].

Los turcos se hicieron por breve tiempo con Otranto, después del saqueo de 1480, que estremeció de emoción a toda la cristiandad italiana. Pero no se puede controlar la puerta del Adriático desde su parte italiana. Aquí la península está «inmersa en el mar hasta por encima de la cintura». El Adriático solo se puede dominar desde la costa opuesta, la balcánica, lo que hace notar incidentalmente Saint-Gouard, embajador francés en Madrid, cuando escribe a Carlos IX: «Si es cierto que el gran turco logra forzar la embocadura del golfo de Quatero (Cattaro) para poder apoderarse más fácilmente del dicho Quatero, creo que llegará a señorearse del mar Adriático, y podrá luego establecer una escala en Italia para poder, de este modo, bloquearla por mar y por tierra, lo que le permitirá causar grandes males, si a ello no se pone prontamente remedio»[77].

En realidad, la posición clave se encuentra más al sur, en Corfú. Y Venecia la tenía en su poder desde 1386. Es aquí, al abrigo de la costa este, pobre, pero montañosa y por ende protectora, donde tiene que rendir tributo la navegación[78]. Entrar en el Adriático o salir de él supone, por lo general, pasar ante Corfú. Esta isla, como dice un texto sentencioso del senado (17 de marzo de 1500), es el «corazón» del Estado veneciano, «tanto en lo referente a la navegación como en cualquier otro aspecto»[79]. De aquí que la señoría consagrase a esta isla sus mejores cuidados[80]. Desde el momento mismo en que tomó posesión de ella no escatimó esfuerzo para fortificarla, invirtiendo en el empeño tales sumas, dice un documento del año 1553[81], *che chi potesse veder li conti si stupiria*. En 1572, Fresne-Canaye admiró al pasar, en lo alto de la pequeña ciudad griega, capital de la isla, la enorme fortaleza, con sus cien piezas de artillería, que alcanzaban, según se dice, hasta Albania. El

viajero se asombra, sin embargo, de que los turcos, bajo sus muros, osaran devastar la isla, un año antes, con 500 soldados de caballería[82]. Y aún tendrá menos motivos para sorprenderse quien siga leyendo el documento de 1553, la relación de un baile que informa de su mandato en la isla de Corfú: todos los gastos, dice, serán inútiles si no se completa el armamento de la antigua fortaleza, adaptándola a los nuevos métodos de guerra y de sitio. Los trabajos apenas se han iniciado y resultaron absolutamente ineficaces, a pesar de los 200 000 ducados invertidos en ellos. ¿Cuándo se terminarían? No muy presto, según era de esperarse, puesto que en una relación del año 1576[83] se queja aún amargamente de las imperfecciones de la fortaleza. Las costas estaban de tal modo, que el enemigo, sin «echar mano a la espada», podría llegar a emplazar su artillería al pie mismo de la contraescarpa… Quejas y advertencias parecidas aparecen constantemente en los textos de todos los funcionarios venecianos durante la segunda mitad del siglo: las imponentes defensas de la señoría resultaban completamente caducas y anacrónicas, y eran incapaces de cumplir su cometido y de impedir las incursiones de los corsarios. Los desgraciados pobladores de Corfú estaban en situación muy desventajosa, pues las montañas, desprovistas de agua, no podían servirles de abrigo y, quisieran o no, tenían que refugiarse en la fortaleza, precisamente en los fosos, con grave peligro de sus vidas. El turco, en consecuencia, se extendió en un país desierto, adueñándose de las aldeas abiertas y abandonadas por sus habitantes. El resultado fue que Corfú, que contaba 40 000 habitantes antes de «la guerra de 1537», no tiene sino 19 000 en 1588[84]. Desde luego, Venecia confiaba principalmente para defender la isla en sus galeras de dorada proa, que patrullaban el Archipiélago y el golfo.

De hecho, con Corfú y con su flota, Venecia tenía en sus manos la entrada del Adriático; mejor dicho, el Adriático entero, pues al otro extremo del mar, hacia el norte, la propia ciudad detenta la posición clave, el punto de confluencia de los caminos marítimos y de los caminos continentales, que, a pesar de los Alpes, unían a la Europa Central con el Adriático y el Levante. La misión de Venecia consiste en establecer la ligazón.

El Adriático era, así, verdaderamente su mar, su «golfo», como ella misma lo llama. Sus galeras, y solo ellas, eran las dueñas y señoras de sus aguas. Venecia podía apresar a su antojo cualquier nave que se aventurase por el Adriático, y patrullaba este mar con astucia o con brutalidad, según los casos. Como Trieste la molestaba, demolió sus salinas en 1578[85]; sintiéndose molesta con Ragusa, despachó sus galeras a las aguas de Ragusa Vecchia para incautarse de los navíos que abastecían de granos la ciudad;

contra sus dos enemigas levantó a los aliados de la Santa Liga en 1571; apoya, en 1602, a los súbditos rebeldes de Ragusa en la isla de Lagosta, famosa por sus pesquerías[86] y una vez más se apoderó de las embarcaciones de su rival en 1629[87]. Ancona la molestaba, y declaró contra ella una guerra de tarifas[88]. Ferrara la molestaba, y tramó nada menos que apoderarse del gran puerto. El turco la molestaba, y cuando llegó el caso, no reparó en golpearlo cuantas veces pudo hacerlo sin demasiada imprudencia[89].

La regla de oro, el *ben noto principio*, es, sin lugar a dudas, el que exponen los *Cinque Savii alla Mercanzia*: que *ogni merce che entra nell'Adriatico o esce dall'Adriatico deve toccar Venezia*, es decir, que toda mercancía que se mueva por el Adriático debe pasar por Venecia[90]; una política de concentración autoritaria del tráfico comercial, típicamente urbana[91]. Solo la señoría podrá acordar dispensas en casos especiales; pero esas dispensas fueron raras[92]. Con esto regulaba el ir y venir de mercancías de acuerdo con lo que juzgaba servía a sus intereses: la defensa de su sistema fiscal, de sus mercados, de sus exportaciones, de sus artesanos y de su navegación. Todo gesto, hasta el más insignificante —como puede serlo la captura de un par de barcas triestinas cargadas de hierro—[93], es parte integrante de una calculada política. En 1518, y con el fin de asegurar su monopolio, Venecia exige que los barcos mercantes no puedan abandonar Creta, Nápoles, Rumania, Corfú o Dalmacia, sin dejar un depósito como garantía de que traerán sus mercancías a Venecia. Sobre el papel, todo perfecto. Pero he aquí que había olvidado Istria, y bastó con esta brecha para asegurar el libre paso de los paños de inferior calidad —*rasse, sarze, grisi*— fabricados en Istria y en Dalmacia y vendidos en grandes cantidades en la feria de Recanati[94]. Juego de guardias y ladrones, pues, una actividad de hábiles contrabandistas marinos del mismo modo que los había terrestres y fluviales; entre Venecia y Ferrara se movía un comercio de contrabando que ninguna suerte de barreras puede prevenir. Los pequeños vecinos de Venecia, obligados por ella a someterse a sus condiciones, hacen trampa siempre que pueden.

En cuanto a los poderosos vecinos, estos alzan la voz e invocan contra-principios. Los españoles se enredan con la República en continuas querellas por cuestiones de saludos y precedencias, y en frecuentes discusiones por navíos apresados. Francisco de Vera, embajador español de Felipe II en Venecia, escribe en 1589 que «… sin ningún fundamento ha muchos años que se persuade (Venecia) que es suyo el golfo, como si Dios no hubiera criado esta parte de la mar como el resto para servicio de todos»[95]. No parece, sin

embargo, que este punto de vista fuera una norma del derecho de personas, o por lo menos, surge la duda a la vista de cómo, más tarde, los ibéricos monopolizaron el océano Índico y los mares de las Américas. Por su parte, los venecianos replicaban sin inmutarse que habían comprado el golfo no con su dinero, pero sí con su sangre, «tan generosamente prodigada».

Pero la señoría no pudo impedir que sus poderosos vecinos abriesen puertas y ventanas sobre el Adriático e hiciesen uso de ellas. Los turcos están en Valona (1559); los españoles, en Nápoles; el papa, en Ancona, esperando trasladarse a Ferrara (1598) y Urbino (1631); la Casa de Austria está en Trieste. Desde 1570, Maximiliano habló de reclamar a Venecia el *negotium liberae navigationis*[96]. Era este un antiguo requerimiento formulado anteriormente por la Santa Sede. En la barahúnda que precedió a la batalla de Agnadello, Julio II propuso, en febrero de 1509, conceder la absolución a los venecianos a condición de que estos permitiesen la libre navegación por el Adriático a todos los súbditos de la Iglesia[97]. Posteriormente se formularon repetidas veces idénticos requerimientos. Por último estaba Ragusa, con su flota de barcos de carga. La tenaz República de San Blas sabía aprovecharse hábilmente de su doble posición de protegida del papado y vasalla del sultán. La situación de neutralidad es, a menudo, rentable: en un Mediterráneo hostil, las naves ragusinas circulaban casi siempre sin que nadie las molestara… Ancona y Ragusa por aquel entonces, como Trieste en el lejano porvenir, no eran adversarios despreciables. Desde principios del siglo, aquellas dos ciudades supieron aprovecharse de las dificultades de Venecia durante la crisis de la pimienta y las especias. Pero Venecia dominó la crisis; más aún, sus competidores se aliaron a ella, aunque solo fuese por las ventajas de los seguros marítimos y las ganancias pecuniarias, amén de los transportes. Con frecuencia se volvieron sus servidores, y tan modestos, que no le ocasionaban sino muy pequeñas molestias en su reducido tráfico de una a otra orilla del Adriático; tráfico secundario que se ocupaba de los hierros de Trieste vendidos en Italia, de las telas de Occidente, de las lanas y los vinos de Apulia exportados a Dalmacia sin pasar por Venecia, a pesar de las exigencias de esta. Las autoridades venecianas intentan descargar sus golpes sobre los súbditos de la señoría que, según ellos, se prestaban a este fraude, a esta especie de «mercado negro»; pero, como las amenazas y las sanciones menudean, es lógico suponer que no eran muy eficaces ni obedecían, sin duda, a razones dictadas por necesidades vitales[98].

Después de todo, solo se trata de simples actos de rutina policiaca. La vigilancia de Venecia no se ejercía solamente sobre contrabandistas y rivales:

también se dirige hacia los corsarios a quienes atrae el volumen del tráfico comercial del Adriático: trigo, vinos de alta graduación alcohólica, aceite de Apulia y Romana, carne, quesos dálmatas, por no mencionar las naves que aseguran a la señoría las riquísimas importaciones y exportaciones a larga distancia. Venecia ha debido combatir contra estos corsarios una guerra esporádica pero constante; arrojado de un determinado espacio, vemos surgir al corso con obstinada regularidad en otro próximo.

El siglo XV había sido testigo de los gloriosos años finales del corso catalán con base en Sicilia. Venecia, cuando la circunstancia lo exigía, sabía responder a este corso armando unos cuantos navíos mercantes y dando caza, o al menos neutralizando, a su enemigo. Considerando retrospectivamente los resultados obtenidos, esta forma de corso por medio de grandes navíos resulta más espectacular que peligrosa[99].

La piratería turca se hace más fuerte en el siglo XVI[100]; se infiltra en el Adriático por los puertos de Albania, Stapola, Valona y Dirraquio. Se agrava con la aparición de los berberiscos[101] y se hace más peligrosa con las amplias penetraciones de las flotas turcas, precedidas y escoltadas por naves piratas… El cuadro, sin embargo, no es tan negro como parece a primera vista. Se puede decir, en líneas generales, que hasta el último cuarto del siglo XVI, turcos y berberiscos hicieron muy pocas incursiones dentro del *golfo* propiamente dicho[102]; el cambio ocurrirá a partir de 1580, pero no solo en el Adriático, sino por todas partes.

Una relación veneciana de 1583 describe este cambio: al cabo de cierto tiempo, sobre todo cuando las costas de Apulia se erizaron de torres de vigía bien artilladas protegiendo a la vez el litoral y los barcos que lograban ponerse al abrigo de sus cañones, los corsarios llevaron sus ataques más hacia el norte e invadieron el golfo. Sus incursiones son breves, pero frecuentes, lo que les permitía burlar la vigilancia de las galeras[103].

A tales desgracias viene a añadirse otra mucho más grave, que ya había comenzado a insinuarse antes de que el siglo llegase a su primera mitad[104]; se trata de la incesante piratería de los uscoques de Segna y de Fiume. Estas ciudades, punto de cita de los aventureros eslavos y albaneses, están a un paso de Venecia y de su tupida red de tráfico comercial. Adversarios poco numerosos, a decir verdad: un millar de hombres, dice el *provveditore* Bembo en 1598[105]; de ellos, hay 400 a sueldo del emperador, y 600 *sono li venturieri che altro non fanno che corseggiare et del bottino vivono*. Un puñado de hombres, pero protegidos por el emperador y continuamente reforzados con proscritos de los Balcanes, *per lo più del paese del Turco*. En

todo caso, muy poco podían hacer los navíos venecianos frente a sus minúsculas embarcaciones, movidas a gran velocidad con la ayuda de remos y tan ligeras que pueden navegar por los pasos menos profundos entre las islas, allí donde las galeras no pueden arriesgarse a seguirlos sin peligro de despanzurrarse la quilla: los ladrones tienen muy poco que temer de los policías que corren tras ellos. Resultaría más sencillo —dice un senador veneciano— cerrar a los pájaros la ruta del aire con las manos que la del mar, con las galeras, a los uscoques[106]. Si una de estas cae en una bien preparada emboscada (600 hombres), no tiene salvación: así ocurrió el 17 de mayo de 1587, junto a la desembocadura del Narenta (Neretva)[107]. Y cuando un navío encalla, se apoderan de él.

Envalentonados por sus éxitos, estos *diavoli*, estos ladrones o, como dicen los venecianos, estas *persone… uniti per rubbare*, no respetan nada ni a nadie. Para ellos todo es una posible presa. Los turcos los amenazan con represalias en masa. Y Ragusa se armará contra ellos. Venecia se abandona a gestos de cólera, bloquea Fiume o Segna, quemando, en ocasiones, hasta las «ruedas de los molinos» y «colgando a los capitanes». Pero ninguna de estas acciones resulta decisiva. La metrópoli que incita a estos aventureros no es ni Segna ni Fiume (hubo un momento en que esta última ciudad trató de comercializar los productos de la piratería, pero no tuvo éxito en la empresa), sino Trieste, el gran centro donde todo se vende y se revende: los esclavos turcos que compra para sus galeras el gran duque de Toscana o las finas vestiduras de oro y los camelotes robados a los venecianos. Trieste era un formidable enemigo, apoyado como estaba por los archiduques, los Habsburgo de Viena e, indirectamente, por los de España. Los mercaderes de Italia y de Venecia viajarán en vano a Carniola, Croacia y Estiria. El comercio del interior va cayendo progresivamente en manos de mercaderes ambulantes, campesinos y traficantes de telas y mercancías en directo contacto con el corso y el comercio exterior. Y Venecia ha de enfrentarse con todos estos enemigos, en su intento de mantener sus privilegios: tarea difícil que obliga a compromisos y está salpicada de sorpresas.

Todas estas características y otras muchas, con las que sería fácil componer un libro sobre el Adriático, son testimonio y demostración de la unidad del *golfo*, unidad cultural y económica más que política, de sello predominantemente italiano.

El golfo era, indudablemente, veneciano, pero más todavía en el siglo XVI, el ámbito de una italianidad triunfante en toda la ribera oriental del mar. La civilización de la península había tendido un tapiz demasiado tupido,

demasiado brillante, para que pudiera pasar inadvertido. Lo que no significa, ni mucho menos, que Dalmacia sea «italiana», en el sentido en que lo sostenían los propagandistas de la expansión por la raza. La civilización no es, ni ha sido nunca, la raza. Toda la franja marítima de la *Retroterra* es hoy de población eslava[108]. Con mucha mayor razón lo era en el siglo XVI, pese a determinadas apariencias. En la Ragusa de entonces, la italianidad resultaba cómoda: el italiano era la lengua comercial en todo el Mediterráneo levantino. Pero también algo de moda y de esnobismo: las familias prominentes enviaban a sus hijos a estudiar a Padua, y los secretarios de la República debían ser buenos italianistas y latinistas (los archivos de Ragusa están casi siempre escritos en italiano); las familias dominantes, dueñas de los negocios y de la política, se forjaban, sin andarse con grandes miramientos, blasones y genealogías italianos. Aunque descendieran, pese a su orgullo, de algún eslavo de la montaña, aunque los nombres italianizados delataran sus orígenes eslavos, aunque la montaña no cesara de enviar hombres a la costa, aunque el eslavo fuera la lengua corriente, la lengua familiar de las mujeres del pueblo y también, a pesar de todo, la de la *élite*; en los documentos consultados en los registros de Ragusa se repite constantemente la orden formal de no hablar más que italiano en las asambleas de los rectores. Pero ya el simple hecho de que hiciese falta, para ello, una orden formal…

Puestas las cosas en su punto mediante las anteriores aclaraciones, muy necesarias, no cabe duda de que el Adriático del siglo XVI se sentía atraído por la fina civilización de la cercana península y que giraba dentro de su órbita. Ragusa es una ciudad de arte italiano: Michelozzo trabajó en el palacio de los Rectores. Y, sin embargo, es, de todas las ciudades de la *altra sponda*, la menos influida por Venecia, puesto que salvo breve intervalo, fue siempre independiente. En Zara, en Spalato, en la isla de Querso y en otras partes encontramos, si necesario fuere, en una abundantísima documentación, los nombres de maestros de escuela, de sacerdotes, notarios, hombres de negocios, y hasta de judíos llegados de la península, portadores y artífices de la civilización italiana que aquí florece[109].

Pero el Adriático no era exclusivamente italiano. Orientado no de norte a sur, sino, para ser exactos, de noroeste a suroeste, es la ruta de Levante, con un sistema de tráficos y relaciones muy antiguo; también, como luego veremos, estaba expuesto a las enfermedades y epidemias que venían del este. Su civilización era profundamente compleja: por su mediación se prolonga el Oriente y sobrevive Bizancio. Todo ello concurre para dar su originalidad propia a esta región fronteriza. Su catolicismo era una religión de combate

frente a la ortodoxia que amenazaba desde lo alto de sus montañas y frente al inmenso peligro turco. Si Dalmacia, pese a tantos avatares, era fiel a Venecia, como lo señaló hace mucho tiempo Lamansky, es porque, por encima de la señoría, su fidelidad miraba a Roma, a la Iglesia católica. Incluso ciudades como Ragusa son sorprendentes ejemplos de fervor católico, a pesar de encontrarse tan próximas a otros intereses, engarzadas a la vez en el mundo turco y ortodoxo, viviendo, en suma, en medio de pueblos cismáticos e infieles. Sus supuestos religiosos resultarían tan interesantes de investigar como sus estructuras económicas. El interés se mezcla —¿y por qué no?— con los aspectos más espirituales. Su fidelidad a Roma protege su frontera amenazada, como se vio en la terrible crisis del año 1571. Y cuando, en el siglo XVII, se produce el gran repliegue económico después de los esplendores de un Renacimiento que, como el de Venecia y el de Bolonia, se iluminaron tardíamente, Ragusa encuentra en la Iglesia magníficos canales que llevan por toda la cristiandad, incluso hasta a la misma Francia, a los mercaderes y los banqueros convertidos desde hacía tiempo en príncipes y servidores de la Iglesia.

Geografía, política, economía, civilización, religión, todo concurre, pues, a la formación de un mundo adriático homogéneo. Un mundo que desborda de los ámbitos del mar y que llega, a través del continente balcánico, hasta la frontera esencial entre la latinidad y el mundo griego. Del otro lado, por el oeste, traza de norte a sur, pasando por toda la península italiana, una línea sutil de tallado. Ordinariamente, solo se advierte la marcadísima oposición entre la Italia del norte y la Italia peninsular, acentuada por las diferencias de clima y de color. Pero el contraste este-oeste, entre la Italia tirrénica y la Italia levantina, siendo menos ostensible, no es menos real, desde el punto de vista histórico y humano. En todo el pasado italiano ha jugado como un gozne secreto. Durante mucho tiempo, el Oriente predominó sobre el Occidente y lo desplazó de la península. En cambio, fue el oeste, Florencia y Roma, el que hizo surgir por sí mismo el Renacimiento. Solo hacia las postrimerías del siglo XVI se transmitió el impulso a Ferrara, a Bolonia, a Parma y a Venecia. Y el mismo movimiento bascular ocurrió en el plano económico: cuando Venecia declina, Génova triunfa, y más tarde, Liorna se anuncia como la ciudad más progresiva de la península. Este, oeste: Adriático y Tirreno: esos son los destinos de Italia, y también los de todo el Mediterráneo (más adelante volveremos sobre esto), que se ventilan así, alternativamente, en una parte y otra de la península, astil de una inmensa balanza.

Al este y al oeste de Sicilia

Los mares angostos son la parte animada del mar, el ámbito vivo de las embarcaciones. Desde el punto de vista económico y humano son la parte esencial. Pero junto a ellos, las grandes extensiones del mar, por su misma vastedad, por su *soledad*, desempeñan también su cometido en la estructura y en la vida general del Mediterráneo.

Este mar interior, hoy día tan pequeño, si lo medimos por la escala del universo y de nuestras velocidades habituales; contenía en el siglo XVI grandes regiones peligrosas, vedadas, territorios de nadie, separando mundos diferentes. El mar Jónico es la más vasta de estas regiones hostiles. Su extensión desértica prolonga sobre el mar el vacío terrestre de las tierras de Libia bañadas por él al sur, creando así una grande y doble zona inhumana, continental y líquida, que separa el Oriente del Occidente[110].

Sin embargo, al otro lado de la «puerta de Sicilia» otro vasto espacio marítimo se extiende desde las riberas sicilianas o sardas hasta las Baleares, España y el Magreb. Un mar (podríamos llamarlo mar de Cerdeña) que también es de difícil travesía, con sus costas inhóspitas para la navegación, y sus grandes y poderosos golpes de *noroît* y de *levante*. En el sentido de los paralelos, las dificultades de la travesía se empalman así las unas a las otras, para mayor castigo de los navegantes.

Es verdad que los navíos vencieron pronto estos obstáculos y unieron el Poniente con el Levante, enlazando esos dos vastos Mediterráneos tan claramente dibujados por la Naturaleza. Vencieron los obstáculos, o mejor dicho, los sortearon. Por el norte, costeando de este a oeste, y en sentido inverso, siguiendo las costas balcánicas, y más adelante las costas napolitanas, para pasar en seguida por el estrecho de Mesina, preferentemente por la puerta de Sicilia, cuyo paso es extraordinariamente aleatorio. Esta gran línea de tráfico es una ruta cristiana. La ruta del islam, menos cómoda y menos frecuentada, atraviesa en diagonal la puerta de Sicilia. Era el camino que solían seguir las armadas turcas, desde las costas de Albania hasta Valona, de Valona a las riberas de Nápoles y de Sicilia, y, por último, de Sicilia a Bizerta y a veces hasta Argel. Pero nunca tuvo tanta animación comercial como la otra.

Por el sur se esquivaba el obstáculo siguiendo las costas africanas, donde, a juzgar por la navegación cristiana —particularmente la de los Caballeros de San Esteban—, había un tráfico bastante vivo[111]. El problema era avistar desde lejos los barcos que venían de Egipto, por la ruta de Trípoli, de Yerba y

algunas veces de Argel. A principios del siglo XVI, las galeras venecianas hacían aún la *muda* de las costas berberiscas y las alcanzaban también por la ruta de las costas sicilianas. Al finalizar el siglo XVI, los ingleses y los holandeses costeaban a su vez el África del Norte, de Gibraltar a la puerta de Sicilia —por donde también atravesaban—, por las costas sicilianas, y se dirigían después a Grecia poniendo proa hacia Candía, el Archipiélago o Siria. Esto debíase casi siempre, sin duda, al deseo de evitar la dominación que los españoles ejercían sobre el estrecho de Mesina.

Todos estos rodeos esquivaban el mar Jónico y el mar de Cerdeña. Constituían el gran lazo de unión entre el Mediterráneo del este y el del oeste, o, si se prefieren las fórmulas habituales —demasiado cargadas de sentido para ser precisas—, entre el Oriente y el Occidente, y esto les atribuye una importancia capital para la historia. Al lado de ellas hay que tener también en cuenta el tráfico terrestre a lo ancho de Italia. La península es, en rigor, un estrecho dique entre las dos mitades del mar. Ancona y Ferrara están vinculadas a Florencia, a Liorna y a Génova. Venecia irradia y exporta hacia Génova y el Tirreno. Al tráfico de Mesina y al de la puerta de Sicilia hay que añadir, pues, todo lo que transportan de una costa a otra de Italia las procesiones de caravanas muleras. Es probable que este tráfico adicional no sería muy importante a nuestros ojos, en cuanto al peso, el volumen y el valor, si dispusiéramos de estadísticas exactas; pero, sin embargo, decisivo con arreglo a la escala del siglo. Contribuye a crear la unidad del espacio mediterráneo, y la de este libro. ¿A qué unidad nos referimos? Conviene examinar esto un poco de cerca.

Dos universos marítimos

Pretender que los obstáculos acumulados entre las dos cuencas del Mediterráneo las separan fuertemente la una de la otra sería, evidentemente, un determinismo geográfico demasiado rotundo, pero no del todo inexacto. Es cierto que estas dificultades —tanto las de las rutas terrestres como las de las rutas marítimas— se han opuesto constantemente a las grandes migraciones humanas de una cuenca del mar a la otra. El general Brémond, en un libro que nos trae constantemente el recuerdo del estro de Émile-Félix Gautier, ha recordado que las invasiones árabes de los siglos VII y XI no transformaron en lo más mínimo el África del Norte en el aspecto humano; que estos invasores fueron muy pocos, razón por la cual el África del Norte los asimiló. «Fagocitosis», diríamos. Es, si no estamos equivocados, la transposición de la

tesis de Hans Delbrück a propósito de las invasiones germánicas del siglo V. Poco importa. Lo que nos interesa, por ahora, es esta dificultad que la Naturaleza opone a los movimientos humanos de este a oeste, y viceversa, ya se hagan por tierra o por la vía del mar. Todo pasa aquí como a través de un filtro de finas mallas.

Sin duda, en el siglo XVI nos encontramos con levantinos en las riberas occidentales, griegos en Liorna, chipriotas en las Baleares y en Cádiz, ragusinos en todos los puertos importantes, levantinos y asiáticos en Argel: los Barbarroja y los jenízaros argelinos procedían del Egeo y del Asia Menor[112]. Y, a la inversa, hay no pocos rastros humanos de la colonización latina en el oriente, y la legión de los renegados, más que los mercaderes, creó una nueva colonización del mundo turco. Pero estos injertos nunca llegaron a tener gran importancia numérica. A pesar de las relaciones provocadas por el tráfico y los intercambios culturales, las dos cuencas conservaron su autonomía, sus propios circuitos. Los auténticos entretejimientos de población se verifican en el interior de cada uno de ellos, desafiando aquí todas las barreras de raza, de civilización o de religión. En cambio, todo lazo humano tendido de un extremo al otro del Mediterráneo era una verdadera aventura, con frecuencia muy azarosa.

¿Ejemplos? Los fenicios se instalaron en Cartago, y desde aquí se expandieron con sus navíos, victoriosos, por todas las largas rutas del Occidente mediterráneo. Por su parte, los griegos se establecieron, en la Antigüedad, en Marsella, desde donde se desparramaron. Y los bizantinos fueron un tiempo los dueños de Sicilia, de Italia, del norte de África y de la Bética. Y en los siglos VII, VIII y IX, los árabes se posesionaron del África del Norte, de España y de Sicilia. Pero estas grandes victorias, o no se proyectan en el tiempo o son seguidas de rupturas entre los grupos de avanzada y las metrópolis: ese fue el destino de Marsella, de Cartago y aun de la España musulmana, que en los siglos X y XI recibió del Oriente toda su savia cultural, sus poetas, sus médicos, sus profesores y sus filósofos, sus magos y hasta las danzarinas egipcias, con sus faldas rojas. Después se vio separada de su base para adherirse al África beréber, viviendo desde entonces como una nación occidental. Los magrebianos que iban al Oriente como peregrinos o en viaje de estudios se sorprendían de sentirse «casi en un mundo extranjero». «No hay islam en el Oriente», se lamentaba uno de ellos[113].

Esta historia recomienza al finalizar el siglo XVI, cuando el África de las Regencias turcas se sacude de hecho la tutela otomana. Y se realiza a la

inversa en la cuenca oriental del mar, por la historia simétrica de las Cruzadas y de los Estados latinos. No es necesario insistir sobre este punto.

La doble lección de los Imperios turco y español

Todo mar tiende a vivir por sí mismo, a organizar sus circuitos de veleros y de barcos en un sistema autónomo: así ocurre en los dos vastos conjuntos marítimos, el occidental y el oriental. Se comunican y relacionan entre sí, pero tendiendo siempre a organizarse en circuitos cerrados; o, si se prefiere, a pesar de las mezclas, las alianzas y las interdependencias, viven sobre todo de sí mismos. En el siglo XVI, este hecho aparece subrayado por la política con una claridad quizá demasiado viva, pero, desde luego, útil. ¡Qué hermoso mapa geopolítico de la cuenca occidental entre mediados del siglo XV y mediados del XVI podría trazarse, señalando con flechas las direcciones antiguas y nuevas del imperialismo hispánico, las posiciones adquiridas y explotadas por él para apoderarse del mar occidental! Porque no cabe duda de que se apoderó de esta región: desde 1559, el mar occidental se convierte sin disputa en un mar hispánico, con el licenciamiento de la flota francesa y el relajamiento de los lazos políticos entre el Rey Cristianísimo y el sultán. El musulmán domina uno de los dos lados, y no el mejor por cierto: el del norte de África. Hacíase fuerte en él por sus corsarios, y su dominación, refrenada por la línea defensiva de los presidios españoles, estaba constantemente amenazada desde dentro y desde fuera. En 1535, Carlos V venció en Túnez; en 1541 llegó frente a Argel, pero sin mantenerse allí por mucho tiempo. ¿No había medio de conjurar esta constante amenaza? El Consejo de Guerra de Madrid guardaba siempre en sus gavetas algún proyecto preparado contra la ciudad de los reis, bastante avanzado y que el día menos pensado podía ponerse en vigor bruscamente. En la época de don Juan de Austria falló por una insignificancia, lo mismo que en 1601, con la brusca tentativa de Juan Andrea Doria.

Simétricamente, el mar Jónico, el «mar de Creta», era el mar otomano. Dueños de las costas de la cuenca oriental después de la ocupación de Siria en 1516 y de Egipto en 1517, los turcos se vieron obligados a conquistar el mar y a crear una poderosa flota.

Tanto en un caso como en otro, cabe preguntarse si uno de estos grandes Mediterráneos provocó, propagó y creó de algún modo este doble imperialismo. Zinkeisen asegura que tal ocurrió en Turquía. ¿Acaso no ocurrió igualmente en España?**[114]** Los dos Mediterráneos son, pues, en el

siglo XVI, dos zonas políticas diferentes, de signo opuesto. No es de extrañar que, en estas condiciones, las grandes luchas marítimas de la época de Fernando el Católico, de Carlos V, de Solimán y de Felipe II se hayan localizado con tanta insistencia en la zona de confluencia de los dos mares, aproximadamente en su frontera: Trípoli (1511-1551), Yerba (1510, 1520, 1560), Túnez (1535, 1573, 1574), Bizerta (1573-1574), Malta (1565), Modon (1572), Lepanto (1571), Corón (1534), La Prevesa (1538)…

La política no hace sino subrayar una realidad subyacente. Gobernados por dos amos enemigos, estos dos Mediterráneos son física, económica y culturalmente, distintos; cada uno es de por sí una zona de historia. Físicamente, el este tiene un clima más continental, de ritmos más bruscos, con sequías peores que las del oeste, con temperaturas de estío más elevadas, y, por consiguiente, con tierras más peladas si es posible, más despobladas, más salvajes —como habría dicho Teófilo Gautier—, y campiñas más minerales que las del occidente. En cambio, sus espacios marítimos son más humanizados. ¿Qué nos dirá el papel motor del mar Egeo en estas relaciones? Conviene insistir sobre las ventajas que el Oriente líquido ofrece a la navegación, puesto que el hecho no parece ser suficientemente conocido. Existe, sin embargo, a este respecto, un documento decisivo, que data de 1559. Un consejero deseoso de que la señoría de San Marcos armara en Chipre y en las demás islas venecianas cierto número de galeras, insistía en que, una vez armadas, no habría dificultad alguna para hacerlas pasar a Candía, lo cual podría llevarse a cabo mucho antes del día de San Gregorio (12 de marzo), fecha en que habitualmente salían las patrullas de Alejandría y de Rodas. Y añade el consejero: «*li boni tempi usano in quelli parti più a bona hora che in queste*» (el buen tiempo comienza en aquellas partes mucho antes que en estas)**[115]**. ¿Es esta, acaso, la razón de la ventaja que parece llevar siempre la flota turca? La rapidez con que desencadenaba sus ataques se puede atribuir, sin duda, a las tempranas calmas del mar Egeo. Esto resultaba importante en una época en que el ritmo de las estaciones influía en el ritmo de la guerra.

Más allá de la política

Económica y culturalmente, las diferencias entre las dos zonas no hacen más que acusarse en el siglo XVI, al mismo tiempo que acaban de derribarse sus valores respectivos. Después del siglo XIII, el oriente no deja de perder, una a una, las primacías de que antes había distrutado, en tiempos de Roma y

de Bizancio: los refinamientos de la civilización material y de la técnica, las grandes industrias, la banca, las fuentes del oro y de la plata. Su derrota culmina en el siglo XVI, conforme iba desarrollándose el drama económico sin precedente que, creando el Atlántico, suprimió el antiguo privilegio del Levante, antaño único depositario de las riquezas de las «Indias». Desde entonces, cada día fue en aumento la diferencia de nivel de vida entre el occidente, revolucionado por los progresos de la técnica y la industria, y ese mundo rudo de vida barata, donde el dinero que llegaba del oeste se valorizaba automáticamente, adquiriendo un mayor poder adquisitivo.

Pero esta diferencia de nivel recrea una cierta unidad económica de las dos cuencas, que la hace obligatoria, a pesar de todas las barreras, incluso las políticas, y por todos los medios, incluso los de la piratería (que a menudo expresaba la necesidad de restablecer un equilibrio económico trastornado). Es la diferencia de nivel de voltaje la que determina las corrientes eléctricas; y mientras mayor es el desnivel, más poderosa y más imperiosamente necesaria es la corriente. El este siente una urgencia vital de asociarse a la superioridad del occidente, de participar de ella a toda costa: busca los metales preciosos de occidente, es decir, el oro de América, y necesita absolutamente, en mayor o menor grado, acomodarse a los progresos de la técnica europea. Por su parte, la creciente industria occidental siente la necesidad de exportar sus sobrantes. Grandes problemas que más adelante estudiaremos.

Todo se movía, pues, todo estaba gobernado, de cerca o de lejos, por estas profundas necesidades, por estas rupturas y estos restablecimientos del equilibrio, por estos cambios forzosos[116].

II. LAS FRANJAS CONTINENTALES

El Mediterráneo siempre ha parecido la tierra de promisión de los hombres de mar. Se ha dicho y repetido muchas veces. Claro está que no basta con que una costa sea irregular para que se halle poblada, y poblada precisamente de marinos. En realidad, el Mediterráneo carece de la profusión de razas marinas que tienen el mar del Norte o el Atlántico. No las produce más que en pequeño número y solamente en ciertas regiones.

Los pueblos del mar

Evidentemente, porque es incapaz de alimentar a más. El agua del Mediterráneo no es mucho más rica que su tierra. Los *frutti di mare*, tan ensalzados, son aquí de una abundancia bastante relativa[117]; la pesca da un rendimiento mediocre, salvo en raros lugares, como las lagunas de Comacchio, las costas de Túnez o las de Andalucía (donde se pesca el atún) [118]. Le faltan al Mediterráneo, mar profundo, mar socavador, los bancos apenas sumergidos, las plataformas litorales en las que, hasta una profundidad de 200 metros, pulula la fauna submarina. Casi en todas partes, un estrecho talud de rocas o de arena conduce del litoral hacia las fosas de alta mar. Según los oceanógrafos, el agua del Mediterráneo, geológicamente demasiado antigua, está biológicamente agotada[119]. No existe, en estas aguas, la pesca en grande, la pesca de barcas migratorias, más que para el coral, que no es una pesca alimenticia. Para practicar esta pesca (lo mismo que para la del atún), los hombres se pegan a la costa… En nada se parece este sistema, por tanto, a los grandes desplazamientos de los marineros del norte hacia Terranova o Islandia, sin hablar de los bancos de arenques del mar del Norte. En febrero de 1605, y ante la carestía de pescado, la señoría de Génova trató de limitar su consumición durante la época de Cuaresma[120].

La escasez de provisiones explica la escasez de pescadores, y por consiguiente, la de marinos. Hecho este cargado de grandes consecuencias, que siempre ha frenado insidiosamente las grandes empresas marítimas de las potencias mediterráneas. Entre los sueños de los políticos y las realidades se ha interpuesto constantemente este obstáculo: la escasez de hombres capaces de construir, de equipar y de manejar las flotas. Recordemos la difícil expansión de Liorna: fue necesario el trabajo de toda una vida, la de Cosme de Médicis, para dotar a la nueva ciudad de los marinos de que había menester, y hubo de buscarlos por todo el Mediterráneo. También hubo de concurrir todo un cúmulo de circunstancias para que los turcos pudieran construir la suya y para que se desarrollara el centro de la piratería argelina. Para todas las flotas que han luchado en el Mediterráneo, armar galeras ha sido siempre, ante todo, un problema de hombres. A no haber sido por los esclavos, los cautivos y los condenados a quienes se sacaba de las prisiones para encadenarlos a los remos, ¿dónde podían encontrarse los hombres necesarios para bogar? Desde principios del siglo XVI, los documentos repiten la queja de que escasean los remeros voluntarios, los *buonavoglia*. Los tiempos no son tan malos como para que los hombres se vendan a sí mismos, como sucedía antaño, arguye en 1541 el almirante veneciano Cristóforo da Canal[121]. Incluso Venecia tuvo que instituir un sistema de milicias, un

verdadero servicio obligatorio para sus galeras de Candía y a partir de 1542-1545 a usar *condannati* en sus propias galeras. La crisis de hombres para las tripulaciones era también aguda. Los documentos publicados por Lamansky hacen hincapié, sobre todo, en la impericia y en la mala organización de Venecia: si se hace tal o cual cosa, si se toman tales o cuales medidas, y especialmente si se paga mejor, dicen casi todos los informes venecianos, los marinos de las posesiones venecianas no irán a servir en los barcos mercantes extranjeros, en las armadas turcas y hasta en las «ponentinas». Puede ser. Pero lo indudable es que no había suficientes hombres para equipar todos los barcos del Mediterráneo; y aunque, naturalmente, la gente sirviera a quien mejor le pagase y le ofreciese una vida más fácil, no había en el siglo XVI ningún país que pudiera jactarse de disponer de todos los hombres necesarios para sus barcos.

Por eso desde fines de siglo los Estados y las ciudades del Mediterráneo enganchan o tratan de enganchar marinos del norte. Sabemos que en 1561 llegó a trabajar en una galera al servicio de España un escocés católico[122]. Un documento posterior a la Armada Invencible revela que Felipe II y sus consejeros se preocuparon de reclutar marinos en la misma Inglaterra[123]. En Liorna, un rasgo distintivo de la política de Fernando de Médicis era la preocupación por conseguir marinos no solo en el Mediterráneo, sino también en la Europa nórdica[124]. Y el centro argelino siguió la misma regla de conducta desde finales del siglo XVI, aplicándola en gran escala en el curso del XVII[125].

El norte, mejor provisto en este aspecto que el Mediterráneo, suministró a este, además de hombres, técnicas nuevas. Por ejemplo, el «coque», la *Kogge*, gran barco de transporte sólidamente construido, dotado en su origen de un solo mástil y de una gran vela cuadrada, capaz de afrontar los temporales de invierno; a partir del siglo XVI, este tipo de embarcación desplazó en el Mediterráneo al viejo barco redondo de dos mástiles y velamen latino. Los piratas vascos de Bayona fueron los primeros que demostraron en el Mediterráneo las magníficas cualidades de esta embarcación de origen nórdico[126]. En los siglos XV y XVI, la *Kogge* se convierte en el barco redondo típico, tanto en el Báltico como en el Mediterráneo. Por el contrario, el viaje del *Pierre de la Rochelle* a Danzig, unos ciento cincuenta años después, da a conocer a los vecinos de este puerto, maravillados, un nuevo tipo de barco, la carraca, indiscutiblemente originaria del Mediodía, derivada del coque; pero de un coque dotado de mástiles y de velamen múltiples —lo cual es una tradición mediterránea—, con velas cuadradas y latinas; pero de un Mediodía

oceánico, puesto que, al parecer, sus inventores fueron los vizcaínos, antes de que, hacia 1485, se convirtiera en el navío mercante usual del océano y del Mediterráneo[127].

Es, pues, el océano el que se encarga de introducir las innovaciones necesarias de las nuevas revoluciones marítimas, aunque empleando para ello una herencia a todas luces mediterránea. Un defensor un tanto parcial de la superioridad nórdica ha llegado hasta pretender que el Mediterráneo, el mar interior, nunca fue capaz de desarrollar otros tipos de barcos que los dotados de importancia puramente local[128]. La verdad es que fueron los hombres del Mediterráneo quienes primero establecieron la navegación directa y regular entre el mar interior y el Atlántico. En el siglo XIV dominaban ese tráfico; mas, posteriormente, se vieron suplantados. Al principio, en la etapa del Atlántico, recuérdese el importante papel que desde el siglo XV, y aun antes, desempeñaron los vizcaínos con sus *balaneros*, los bretones y los *hurques* flamencos, que desde 1530 se adueñaron del tráfico entre España y los Países Bajos. Más tarde perdieron el trayecto entero; entre finales del siglo XV y 1535, los ingleses hicieron una aparición en gran escala en el Mediterráneo, y tras una interrupción, surcaron de nuevo esa ruta hacia 1572, adelantándose en quince años a los convoyes de navíos holandeses. Finalmente, los hombres del Mediterráneo fueron desalojados por los marinos del norte y del Atlántico de la parte que, a fines del siglo XVI, les correspondía en la dominación del mundo.

Deficiencias de los sectores marítimos

Si los marinos son tan poco numerosos en el Mediterráneo, ello se debe a que los sectores del litoral, que siempre han servido de base de vida a sus generaciones —dando la ilusión, por su actividad, de un mar donde pululan multitudes de navegantes—, también son ellos poco numerosos: la costa dálmata; las islas y las costas griegas; el litoral sirio (tan despoblado, en el siglo XVI, que podemos prescindir de él; en la correspondencia de los bailes venecianos de Constantinopla referente al periodo de 1550 a 1560 se menciona solamente un navío de Beirut); las costas de Sicilia (las occidentales, sobre todo); algunos puntos del litoral napolitano; las costas del cabo Corso; finalmente, la costa casi continua del país genovés, de Provenza, Cataluña, Valencia y Andalucía. En total, una pequeña parte de las orillas del mar interior. Y aún más: ¿cuántos de estos sectores están poblados y llenos de campanarios, como la ribera genovesa?[129]

La actividad de un extenso litoral se resume, con frecuencia, en unos cuantos puertos minúsculos pero activos, situados a bastante distancia entre sí. Lejos de Ragusa, la isla de Mezzo[130], angosta y sin defensas, provee a aquel puerto de la mayor parte de los capitanes de sus grandes barcos mercantes. Perasto cuenta, a finales de siglo[131], con 4000 hombres *da fatti* (es decir, en estado de llevar armas) y 50 navíos entre grandes y pequeños. Los perastanios están exentos de cualquier tipo de impuesto a cambio de asegurar la policía del extenso golfo de Cattaro, del que ellos guardan la entrada en beneficio de Venecia; gracias a ellos el *colfo* está *sicurissimo de mala gente*. Nos podemos imaginar, en el reino de Nápoles, la vida activa y discreta de una serie de puertos pequeños como lo son Salerno[132] o Amalfi[133], cuyos nombres son famosos, o en la costa calabresa, S. Maffeo del Cilento[134], Amantea[135], Viestris[136] y Peschici[137]. Este último, centro activo de construcción de barcos, según los documentos napolitanos de la Sommaria, nunca se encontraba ocioso, tanto más que cuenta con la clientela de los constructores navales ragusinos. Desde sus orillas se botan grandes naves: en julio de 1572, una de 6000 *salme*, es decir, 750 toneladas[137bis].

Pobladas o no, estas provincias marítimas están situadas en su mayor parte al norte, a lo largo de las penínsulas del Mediterráneo, y en general cerca de montañas boscosas. Por su aridez, las montañas meridionales siempre han sido pobres en bosques, y, como consecuencia, en construcciones navales. Sin los montes que se encuentran excepcionalmente cerca de Bugía, no hubiera podido surgir una marina bugiota en los siglos XII y XIV, marina que encontró todavía activa Ibn Khaldum. ¿Acaso no fue la disminución de las reservas forestales del Líbano lo que constriñó la vida marítima de la costa siria? En Argel, no solamente había que hacer venir del extranjero los marinos, sino también la madera de construcción para los barcos, a pesar de la utilización de los bosques situados detrás de Cherchell; los remos se importaban de Marsella.

Podemos decir de dónde procedía la madera de construcción en cada uno de los mundos marítimos prósperos (ya a la vista de documentos como la contabilidad de los arsenales —cuando se conservan—, como en el caso de Liorna y de Venecia; ya por la tradición o por ciertos rasgos del arte náutico). Ragusa, especializada como Portugal en la construcción de barcos de carga, encuentra su madera de los robledales del Monte Gargano (también se le llamaba Sant' Angelo). Como lo hace notar un tratado de 1607[138], a ello debían la superioridad sobre los portugueses, que si hubieran poseído a su vez un monte Sant'Angelo, habrían construido los más bellos galeones del

mundo. Los caramuzales turcos se fabricaban con gruesos tablones de plátano, excelente madera que se conserva muy bien en el agua[139]. Para estar bien construidas y para que duren bastante, las galeras deben emplear distintas maderas, según la pieza a la que se destinen: encino, alerce, pino, olmo, abeto, haya, nogal, etcétera[140]. Los mejores remos se hacían con la madera que venía de Narbona por el Aude y su canal[141]. Podrían multiplicarse los detalles; podríamos, por ejemplo, copiar aquel diario de ruta de un ragusino que viajó por la Italia del sur en busca de madera para la reconstrucción de una nave, de abril a agosto de 1601[143]; o los documentos relativos a las talas que se autorizaron y luego se revocaron a los españoles en los bosques de Toscana[144], o a las compras que realizaba Génova también en Toscana[144], o Barcelona en Nápoles[145], aunque Barcelona se proveía ante todo de los robles y pinos del Pirineo catalán, reputados de excelente calidad para la fabricación de galeras[146]. O buscar contratos como el que firma, con la Sommaria, Pier Loise Summonte, *fornitore delle galere regie* (que se construían en Nápoles), contrato por el que se compromete a conducir de Calabria a Nápoles la madera que hará cortar en los bosques de Nerticaro, Ursomarso, Altomonte, Sandonato, Policastrello…[147].

Es evidente que lo importante es el conjunto, no la excepción. Esa terrible sed de madera que se adivina al leer los documentos de Venecia o los de España, esa deforestación general en el occidente y en el centro del Mediterráneo que se acusa sobre todo en Sicilia y en Nápoles (precisamente donde convergieron los grandes esfuerzos de los constructores de la flota de Felipe II). Faltaba, sobre todo, el encino indispensable para construir toda la quilla de las naves. Desde finales del siglo XV, esta madera empezó a escasear extraordinariamente en los territorios de Venecia, que tomó una serie de medidas draconianas para asegurar la deforestación y preservar lo poco que aún quedaba de los bosques[148]. El problema fue haciéndose cada día más grave y angustioso para la señoría durante el siglo siguiente. Italia tenía aún importantes reservas; pero durante todo el siglo XVI se hicieron allí grandes talas. Aunque la deforestación hizo rápidos progresos, el monte Sant'Angelo era considerado, por ejemplo, como una preciosa excepción. Los turcos estaban en mejores condiciones: disponían de los vastos e inagotables bosques del Mar Negro y, en Mármara, los del golfo de Nicomedia (Ismit) [149], casi enfrente del arsenal de Constantinopla. Después de Lepanto, Venecia hizo toda clase de gestiones cerca de la Liga a fin de que diera muerte, pura y simplemente y a pesar del cuantioso valor que representaban, a todos los prisioneros turcos que sabían algo del oficio del mar: capitanes de

galeras, corsarios, «oficiales» y gente de tripulación. Venecia temía que los turcos, por no carecer de madera ni de dinero, pudieran reconstruir fácilmente su flota. Si podía *rihaver li homini*, la flota turca volvería pronto a dar guerra[150]; el único elemento insustituible era el hombre.

Los marinos mediterráneos habían adquirido gradualmente el hábito de ir a buscar lejos lo que no podían encontrar en sus propios bosques. En el siglo XVI, la madera nórdica llegaba a Sevilla por barcos enteros, en troncos o aserrada. Para la construcción de la Armada Invencible, Felipe II trató de comprar, y desde luego hizo marcar en Polonia, los árboles destinados a cortarse y transportarse. Con el fin de destinar al arsenal todas las reservas de su territorio, Venecia acabó por resignarse a derogar los reglamentos que prohibían formalmente a todos sus súbditos la compra en el extranjero no solo de madera, sino de quillas de naves que se acababan de habilitar en la propia Venecia, y aun los barcos enteramente terminados. Así, entre 1590 y 1616, le llegaron 11 barcos de Holanda; siete, de Patmos; cuatro, del Mar Negro; uno, de Constantinopla; uno, del País Vasco, y uno, del estrecho de Gibraltar[151]. No hay duda de que esta carencia de madera nos brinda una de las grandes explicaciones de la evolución de las técnicas y de las economías marítimas en el Mediterráneo[152]. No es ajena a la reducción de los tonelajes, al aumento de los costes de producción y al éxito de los competidores del norte. Pero también otros factores han tenido su parte, entre ellos el movimiento de los precios y el alto coste de la mano de obra, pues no todo podía depender de la materia prima[153].

En todo caso, si al principio la vida marítima se organizó siempre en las proximidades de las montañas litorales no fue así solamente debido a sus bosques, sino también gracias a que estos presentan en la orilla norte del Mediterráneo una barrera natural que ofrece numerosos abrigos[154] contra el implacable viento del norte, ese gran enemigo de la navegación mediterránea. «Hazte a la vela con el viento joven del sur o con el viento viejo del norte», dice un proverbio del Egeo[155].

Por otra parte, estas montañas dirigen su emigración, naturalmente, hacia el mar, hacia la tentadora llanura de agua que a menudo es el mejor camino y a veces el único, de un punto a otro de la costa[156]. Se establece, pues, una asociación entre la vida marítima, por una parte, y la economía montañesa, por la otra. Ambas se influyen y se complementan[157]. De ahí la asombrosa asociación de la labranza, los huertos y la pesca, es decir, de la vida agrícola y marinera. En la isla dálmata de Nijet, cuenta un viajero que todavía hoy el trabajo de los hombres se divide entre la tierra y la pesca. Y lo mismo ocurre

en las otras islas dálmatas[158]. Idéntica situación encontramos en Pantelaria, donde a la pesca, los viñedos y las granjas se añade la crianza de una excelente raza de mulos… Sabia fórmula de vida, acorde con las viejas tradiciones marítimas del Mediterráneo, que combinan los escasos recursos de la tierra con los escasos recursos del mar. Todavía hoy, cuando este nexo se rompe, es a costa de provocar un verdadero drama social: los pescadores griegos de la región de Pelion, «cada vez más exclusivamente vinculados al mar, deben renunciar a su huerto y a su choza y transportar a su familia a los barrios del puerto». Pero, al salir del ambiente de su antigua vida equilibrada, van a engrosar las filas de los pescadores furtivos que solo pescan con dinamita, a pesar de las prohibiciones gubernamentales[159], y es que el mar no es, por sí solo, lo bastante rico para alimentar a sus hombres.

Tampoco la tierra, en aquellas pobres montañas, y esta es precisamente la razón del importante papel que han desempeñado las viejas aldeas rurales en la evolución económica de las costas vecinas. Dominando las aguas catalanas hay viejas aldeas cuyas blancas casas se columbran de lejos entre los árboles; estos aldeanos son los que han abancalado las faldas del gran macizo, perpetuando sus obras maestras de horticultura. A cada una de estas aldeas de arriba corresponde abajo un pueblo de pescadores, a veces pequeñísimo, casi construido sobre las aguas: Arenys de Mar, al pie de Arenys de Munt, Caldetas, al pie de Lievaneres; Cabrera, al pie de Cabries[160]. Lo mismo ocurre en la ribera genovesa, donde las viejas aldeas de lo alto tienen sus abras de pesca, sus *scala*, a la orilla del mar[161]; cientos de ejemplos de esta misma asociación con un continuo ir y venir de borriquillos de uno a otro nivel se encuentran en Italia y en otras partes. Y es que la aldea marítima, de fecha más reciente, es una creación del pueblo rural, al que permanece íntimamente asociada. Este hecho tiene su explicación y su razón de ser en la economía de los macizos costeños, a cuya azarosa existencia muchas veces no proporciona abundancia ni siquiera la asociación de los dos poblados: en Rosas o en San Felíu de Guixols, en Cataluña, a orillas de un mar bastante rico en pesca, no hace todavía mucho tiempo (1938) era característico que los víveres se pudiesen comprar en el mercado en cantidades muy reducidas: un puñado de legumbres, un cuarto de pollo… Por muy sonriente que sea allí la Naturaleza, abundan demasiado los catalanes afanados en la búsqueda del pan cotidiano[162]. Es esto lo que los empuja al mar, como a los vecinos de Cassis, marinos y piratas eventuales que en 1543 culpaban a la pobreza que los obligaba «a traficar con el mar y dedicarse a la pesca, no sin gran riesgo y

peligro para ellos»[163]. Así han brotado, de la miseria de un *hinterland* pelado y casi siempre montañoso, miles de aldeas de la costa mediterránea.

Las metrópolis

Pero las poblaciones marítimas, células básicas, no bastan por sí solas para crear una región viva del mar. Les falta el apoyo insustituible de una gran ciudad que las provea de mástiles, de brea, de telas para las velas, de aparejos, cordelería y de capital; una ciudad con sus establecimientos de mercaderes, sus fletadores, sus aseguradores y todas las múltiples formas que ofrece un medio urbano. Por ejemplo, sin Barcelona, es decir, sin el concurso de sus artesanos, de sus mercaderes judíos, de sus soldados aventureros y de los mil recursos del barrio de Santa María del Mar, se comprendería mal el auge marítimo de la costa catalana. Esta gigantesca empresa ha exigido la intervención, el insustituible codo a codo, el imperialismo de la gran ciudad. La costa catalana despertó a una vida marítima *históricamente* visible en el siglo XI. Pero su expansión no comenzó hasta dos siglos más tarde con el desarrollo mismo de Barcelona. Desde entonces, y a lo largo de tres siglos, el cortejo de naves que salían de los pequeños puertos de la costa catalana no cesó de animar con su ajetreo la playa barcelonesa, adonde venían a atracar además los veleros de las Baleares, los barcos de Valencia (siempre un poco rivales), los balleneros vizcaínos y los navíos de Marsella y de Italia, clientes permanentes. Bien; pero cuando Barcelona perdió su independencia, cuando sucumbió después de larga lucha contra Juan de Aragón, cuando perdió sus libertades y cuando, 20 años después, en 1492, perdió su *judería* —acontecimiento no menos grave—; en fin, cuando sus capitalistas fueron renunciando poco a poco a los negocios arriesgados para anteponer a ellos las rentas regulares de la *Taula de Cambi*[164], o sea la compra de tierras cercanas a la ciudad; cuando ocurrió todo esto, vino, al mismo tiempo, la decadencia de la gran ciudad mercantil y de la costa catalana unida a su vida. Hasta tal punto, que el comercio catalán desapareció prácticamente del ámbito mediterráneo, y el litoral del condado, indefenso, fue devastado, por los corsarios franceses primero —durante las guerras entre los Valois y los Habsburgo— y más tarde por los corsarios argelinos, no menos peligrosos, y que llegaron a establecerse casi de un modo permanente en las soledades del delta del Ebro.

Marsella, Génova o Ragusa jugaron un papel idéntico al de Barcelona con respecto a los pequeños puertos vecinos. Y se da el caso a veces de que la

metrópoli no está propiamente en la costa que de ella depende[165]; tal es el caso de Venecia con relación a la costa de Istria, al litoral dálmata y a las distantes islas griegas; y tal fue también, hasta cierto punto, el caso de Marsella, en la medida en que esta atrae hacia sí, además del mundo agitado de las costas provenzales, que está enteramente a su servicio, una gran parte de los marinos aventureros del cabo Corso. O el caso de Génova, utilizando los transportes ragusinos… La fuerza de estos centros de atracción, a veces efímeros, es tanto más comprensible cuanto que los pueblos marineros, lo mismo en el Mediterráneo que en otras partes, son esencialmente vagabundos, propicios a las emigraciones y a las mudanzas. Y esto es así en todo tiempo y lugar. En 1461, el senado veneciano se inquieta por la escasez de marineros y grumetes y pide información: «los marinos se van a Pisa… donde se les paga bien… con lo que nosotros perdemos y otros salen ganando». Buena parte de estos marineros escapan porque tienen deudas o han sido condenados a pagar fuertes multas por los *Cinque Savii* o el *Signor de nocte*, es decir, la Policía nocturna de Venecia[166]. Como consecuencia de una disputa legal en 1526, ha llegado hasta nosotros la contabilidad de la nave *Santa María de Begoña*, que había navegado por el Atlántico, permanecido en Cádiz por algún tiempo y tocado en Lisboa y en la isla de São Tomé antes de alcanzar la isla de Santo Domingo, con un cargamento de esclavos negros[167]. Esto nos aleja de las aguas del mar interior, pero entre los marineros y grumetes a bordo encontramos griegos, gente de Lipari, de Sicilia, de Mallorca, de Génova, de Savona, un tolonés… ¡qué reunión de aventureros! En 1532 se oyen quejas parecidas en La Haya: los marineros, «prestos siempre a cambiar de sitio», abandonan Holanda y la región de Zelanda para marcharse a Lúbeck[168]. En 1604, un grupo de marineros venecianos, «no pudiendo continuar en los navíos de la señoría a causa de sus bajos salarios», escapaban a Florencia, y, sin duda, también a Liorna[169]. Hechos cotidianos de menor importancia, pero que, en determinadas circunstancias, se multiplican y pueden llegar a indicar que se preparan cambios a gran escala.

Los altibajos de la vida marítima

Esas migraciones sin cesar reiniciadas y siempre activas acaban de explicar, en general y de una manera harto simple, la vida de los sectores marítimos. Independientemente de las condiciones esenciales para su fundación —condiciones geográficas y humanas, sin las cuales no hubieran

sido posibles—, están vinculadas a la vida general del mar y vegetan, mueren, renacen, se animan según los dictados de esta vida general.

Tomemos una vez más el ejemplo de Cataluña; es claro que un hecho exterior, un impulso venido del exterior intervino —y no, por cierto, en pequeña parte— en su nacimiento. Gracias a las lecciones y enseñanzas recibidas de los inmigrantes italianos, genoveses y pisanos, a partir del siglo XI, Cataluña nació a la gran vida del mar, dos siglos antes de la gloriosa época de Pedro el Grande (Pere lo Gran). Ahora bien, tarde o temprano, lo que la gran historia da, ella misma lo quita. Sabemos que la decadencia catalana, ya perceptible en el siglo XV, se hizo ostensible en el XVI. Su vida marítima se reducía entonces a los viajes de sus barcos hacia Marsella, y de las Baleares rara vez llegaba una nave hasta Cerdeña, Nápoles**[170]** o Sicilia, y a veces hasta los presidios del África. En las postrimerías del siglo XVI se reanudaron algunos viajes entre Barcelona y Alejandría de Egipto. Pero hasta entonces era tal la paralización de la costa catalana, que cuando Felipe II, en el Gran Consejo de 1562, había resuelto emprender grandes armamentos marítimos, se vio obligado a pasar los pedidos a los talleres de construcciones navales de Italia: para tratar de infundir nueva vida al arsenal de Barcelona tuvo que mandar venir especialistas de Génova; es decir, de los astilleros de San Piero d'Arena…**[171]**

Estas bruscas decadencias, tan frecuentes en el Mediterráneo, donde tantos pueblos de marinos se han pasado la antorcha unos a otros, se explican, generalmente, de este modo: las provincias marítimas del Mediterráneo, poco ricas, poco abundantes en hombres, no pueden mantener largo tiempo lo que llamamos periodos de prosperidad y que no son, en realidad, sino periodos de trabajo y de usura. La vida marítima es en gran parte una vida proletaria a la que echan a perder la riqueza y su compañero, el ocio; en 1583, un proveedor de la flota veneciana dijo que el marino es como el pescado: no puede estar mucho tiempo fuera del agua sin corromperse…**[172]**. Además, desde que se presenta un signo cualquiera de desgaste, en seguida lo explota y lo agrava, por lo general, la competencia.

La presencia de los «balaneros» vizcaínos en el puerto de Barcelona, durante los primeros años del siglo XIV, es ya un índice temprano de este desgaste y de esta competencia. Otro fue, en la historia de Génova, la multitud de barcos de carga y de marinos de Ragusa que en el siglo XVI acuden a ponerse al servicio de la Dominante. Los que con ello salían perdiendo eran los marinos del cabo Corso y de las costas genovesas… Pero esta inaudita fortuna agotó, a su vez, las fuerzas demasiado pródigas del

pequeño mundo ragusino, esta costa de unos cuantos kilómetros, flanqueada por algunas islas sin importancia. Entre 1590 y 1600 bastaron unos pocos incidentes para comprometer una prosperidad hasta entonces desbordante.

Esto no quiere decir, por lo demás, que los periodos de depresión borren siempre la vida marítima y la hagan desaparecer por completo de regiones, hasta la víspera privilegiadas. Pero esta vida cae en una especie de sopor, en espera de días mejores, ya que, bajo su forma profunda de humilde vida cotidiana, es poco menos que indescriptible. Así se abotargaron las costas de Siria y de Cataluña durante el siglo XVI, al mismo tiempo que se reavivaba la actividad de los marinos sicilianos, napolitanos, andaluces, valencianos y mallorquines. En lo que a estos últimos se refiere, es evidente el nexo entre su decadencia y la presión destructora de los corsarios berberiscos. Aunque no se lanzara ya por las rutas habituales, la marinería mallorquina siguió viviendo y alimentando un activo cabotaje. Las rápidas fragatas de los corsarios que a finales de siglo vemos surgir en Alicante, en Almería —este viejo centro marítimo—, como los instrumentos eficaces de las revanchas sicilianas, no surgen pues, de la nada.

Solo algunos hechos menores señalan esta vida silenciosa, en el trasfondo de la historia. Ya hemos mencionado antes que los pescadores de coral de Sicilia y los de Trapani se arriesgaban siempre hasta los bancos de la costa africana, a despecho de los piratas berberiscos. Los documentos del consulado de Francia en Túnez, creado en 1534, hablan frecuentemente de barcos sicilianos y también de pequeños barcos napolitanos[173]. En cambio, es bastante curioso notar la ausencia de pescadores de coral napolitanos —los de Torre del Greco, entre otros— en los bancos de Cerdeña, adonde solían dirigirse en el siglo XV. ¿Hubo grandes razones que expliquen esta ausencia? Tal vez no, pues los barcos napolitanos no faltaban en Roma, en Civitavecchia, en Liorna y en Génova.

Las *balancellas*, las barcas y los bergantines hormigueaban en el litoral del sur ibérico, en dirección a las costas del norte de África. Un documento de 1567 señala la presencia en Argel de una serie de marinos valencianos, que probablemente iban allí a comerciar, puesto que allí eran libres[174]. A finales de siglo, otros valencianos se entregaban a la azarosa industria de las evasiones de cautivos de las mazmorras de Argel. Algunos de estos informes superan en belleza a los más bellos relatos de Cervantes[175].

En suma, la muerte aparente de un sector marítimo no es más que un cambio de ritmo en su vida. Alternativamente, pasa del cabotaje a las travesías largas, o, si se quiere, de la vida sin historia a la vida histórica,

sustrayéndose casi totalmente a nuestra vigilancia y a nuestra curiosidad cada vez que retorna a su existencia oscura. Y todo ocurre como si una ley regular hubiera determinado el ciclo de la vida de los pueblos y del mar.

III. LAS ISLAS[176] [I-195]

Las islas del Mediterráneo son mucho más numerosas, y sobre todo mucho más importantes, de lo que, por lo general, se supone. Algunas de las mayores —Cerdeña, Córcega, Sicilia, Chipre, Candía, Rodas— son, por su extensión, continentes en miniatura. Otras, menos extensas, forman con sus hermanas archipiélagos, familias de islas. Pequeñas o grandes, su importancia proviene de que son indispensables escalas a lo largo de los caminos del mar y de que forman entre sí, y a veces entre ellas y el continente, aguas relativamente tranquilas, siempre preferidas por la navegación. Al este, por ejemplo, se encuentra el archipiélago Egeo, disperso en el mar hasta el punto de confundirse con él[177]; en la región media del Mediterráneo tenemos el grupo de islas comprendidas entre Sicilia y el África; al norte, las islas jónicas y dálmatas, que se extienden a lo largo del litoral balcánico como un convoy de buques en cuya popa ondease el pabellón de San Marcos. Aunque más bien que de una, debiéramos hablar de dos flotillas de islas: una en el Jónico, de la que forman parte Zante, Cefalónica, Santa Maura y Corfú; la otra en el Adriático, formada por las islas dálmatas entreveradas después de Meleda y Lagosta, hacia el sur, hasta llegar a las de Quarnaro, Veglia y Cherso, junto a Istria, por el norte. Entre los dos convoyes, el jónico y el dálmata, queda un espacio intermedio bastante extenso, que comprende la inhóspita costa de Albania y el pequeño territorio de Ragusa. Pero la cadena de estas islas, engarzadas como eslabones, lleva de Venecia a Creta, y de Creta arranca, como es sabido, una gran ruta comercial que, pasando por Chipre, va hasta las costas de Siria. En torno del gran eje de su poderío, estas islas constituyen una verdadera flota inmóvil de Venecia.

No son menos importantes los grupos de islas del mar del oeste: en las proximidades de Sicilia tenemos la isla de Stromboli, las islas de Sotavento, las Lipari y, más al norte, el archipiélago toscano, donde a mediados del siglo XVI edificó Cosme de Médicis la fortaleza de Porto Ferraio en la isla de Elba; a lo largo de las costas de Provenza, las islas de Hyères, las islas del Oro; más hacia el oeste, en medio de las grandes soledades marinas, está el archipiélago de las Baleares, que agrupa las islas de Mallorca, Menorca, Ibiza

—la isla de la sal— y el difícilmente accesible peñón de Formentera. Este archipiélago ha tenido siempre una importancia decisiva; todo un sector de la historia del mar gira en torno suyo.

Tales son las grandes y las medianas islas del Mediterráneo. Sería un vano esfuerzo enumerar las otras, las pequeñas y las minúsculas (aunque algunas de ellas sean muy célebres, como son, por ejemplo, la isleta de Argel, las de Venecia, Nápoles y Marsella), pues no hay una sola porción del litoral mediterráneo, por muy limpio que su contorno aparezca dibujado en los mapas, que no se halle flanqueado por gran número de islotes y rocas[178]. A limpiar las costas de Sicilia de los corsarios que acechan la ocasión para renovar sus provisiones de agua potable, se le llama en la correspondencia de los virreyes de Sicilia «limpiar las islas», es decir, vigilar los puntos de anclaje de docenas de islotes que eran otros tantos nidos para las clásicas emboscadas.

¿Mundos aislados?

Todas estas islas, pequeñas o grandes, cualquiera que sea su forma o situación, constituyen un medio humano coherente, en la medida en que pesan sobre ellas limitaciones análogas que las colocan a la par muy en retraso y muy adelantadas con relación a la historia general del mar; que las sitúan, siempre, de modo brutal, entre esos dos polos opuestos: el arcaísmo y la novedad. Tomemos Cerdeña como ejemplo intermedio: a pesar de sus dimensiones, esta isla no ha desempeñado ningún papel decisivo en la vida mediterránea, por más que otra cosa digan los geógrafos de la época y los cronistas sardos de todos los tiempos. Para ello, Cerdeña está demasiado mar afuera, demasiado perdida en el mar, demasiado alejada de los contactos enriquecedores que, por ejemplo, mantiene Sicilia con la península itálica y con el África. Además, es una isla demasiado montañosa, demasiado fraccionada por sus relieves, hostiles a la circulación y, por último, prisionera de su pobreza[179]. Vive esencialmente de sus propios recursos. Es un continente, un mundo aparte, con su lengua[180], sus costumbres, su economía arcaica, su vida predominantemente pastoril —la misma que conociera ya en tiempos de Roma—. Tantas veces se ha señalado el arcaísmo de las islas —el de Cerdeña, entre otras—, su invencible tendencia de conservar durante siglos las formas viejas de la civilización y la miscelánea de su folclore, que parece inútil insistir sobre el tema[181]. Sabemos, por ejemplo, que Quíos, isla que pertenecía a Turquía desde 1566, conservó activa durante largo tiempo su

cristiandad católica, llegando a merecer el título de la «pequeña Roma» de Levante.

Pero al mismo tiempo, y en contraste con ese relajamiento, cuando las islas entran en contacto con el mundo exterior, de tiempo en tiempo, lo hacen de un modo brusco; como por descargas eléctricas. Muchas veces, por un cambio casual de dueño o de fortuna; entran entonces de golpe y porrazo en un nuevo tipo de vida y de civilización; las costumbres, las modas e incluso la lengua, que sus habitantes han sido capaces de almacenar y conservar intactas durante largos siglos, quedan en pie como el testimonio vivo de revoluciones abolidas. Y es que el «aislamiento de las islas» es una verdad muy relativa. Tal vez sea cierto que el mar que las rodea las separa del resto del mundo más que otro medio cualquiera, cuando realmente quedan al margen de los circuitos de la vida marina. Pero cuando no ocurre así, sino que, por una u otra razón (razones con frecuencia procedentes de fuera y gratuitas), forman parte como un eslabón de estos circuitos, ocurre todo lo contrario: se enlazan activísimamente a la vida exterior y llegan a estar mucho menos separadas y «aisladas» de ella que ciertas montañas apenas unidas al mundo exterior por cualquier desfiladero infranqueable.

Volviendo al ejemplo de Cerdeña, vemos que en la Edad Media se encuentra dentro del circuito de Pisa primero, y después del de Génova, despertando una solicitud muy interesada a causa de sus minas de oro. En los siglos XIV y XV se apodera de esta estación de tránsito la expansión catalana. Alghero, en la costa occidental de Cerdeña, es un islote lingüístico donde todavía hoy se habla catalán y donde los eruditos señalan una curiosa arquitectura hispano-gótica. En el siglo XVI, y sin duda desde antes, esta isla era la principal exportadora de quesos del Mediterráneo**[182]**. Y ello le valió entrar en contacto con el resto del mundo occidental, pues desde el puerto de Cagliari exporta su queso *cavallo* o *salso* por barcos y galeones enteros a la cercana Italia, a Liorna, a Génova, a Nápoles e incluso a Marsella, a pesar de la competencia de los quesos de Milán o de la Auvernia y hasta de los de Barcelona. Otro camino de este contacto con la vida mediterránea en el siglo XVI era la constante amenaza de sufrir los ataques de la piratería berberisca. Piratería no siempre victoriosa, como lo demuestran los casos de capturas de corsarios, poco numerosos, por lo demás. Mucho más numerosos eran los sardos, pescadores o habitantes de la costa, a quienes los berberiscos raptaban anualmente y que pasaban a engrosar las filas de los desgraciados cautivos o de los ricos renegados de Argel.

Cerdeña, a la que podemos describir como una isla encerrada en sí misma y casi impenetrable, ha tenido con mucha frecuencia, sin embargo, ventanas abiertas sobre el exterior. Tanto llegó a engarzarse con el mundo exterior, que a veces podemos descubrir desde ella, como desde una atalaya, la historia general del mar. P. A. di S. Filippo ha encontrado en los archivos de Cerdeña interesantes documentos sobre el precio de los esclavos musulmanes en Cagliari durante el siglo XVI[183], y que revelan que, después de 1580, los precios se derrumbaron coincidiendo con un aumento considerable de la oferta de esclavos en el mercado de dicho puerto; y es que, antes de 1580, solo se vendían en la isla algún que otro berberisco de los arrojados a sus playas como náufragos o que residían allí por haber caído en manos de los isleños en algunas de sus incursiones[184]. Después de 1580, los cautivos vendidos en subasta tenían ya otro origen: los llevaban a la isla los barcos corsarios de los cristianos, sobre todo las ligeras y rápidas fragatas de Almería y Alicante, que hacían escala en Cagliari. En Cerdeña se representa, de este modo, el cambio decisivo operado alrededor del año 1580, por el renacimiento de la piratería cristiana activa, una especie de contrapiratería que tenía sus centros sensibles en las Baleares, el sur de España, Nápoles y Sicilia. Cerdeña nos relata a su manera esta gran historia. Se nos dirá que quien puede hablar como testigo de mayor excepción es Cagliari y no Cerdeña, y que Cagliari es algo muy aparte, que se halla al margen y mira hacia el mar, dando la espalda al resto de la isla… Pero esto es, a la vez, mentira y verdad; porque Cagliari, que es, a pesar de todo, una ciudad sarda, está vinculada a la cercana planicie, a las montañas y al conjunto de la isla. Su misión es, a la vez, servir de escala en la ruta de Italia o de España, y gobernar la isla, organizando su economía exterior.

Vidas precarias

Ahora bien, todas las islas tienen ciudades como Cagliari, sensibles a la gran vida del mar y, al mismo tiempo (aunque solo sea porque todo el tráfico de importación y de exportación pasa por sus manos), vueltas hacia dentro, hacia ese lado que el historiador, preocupado por los textos de la gran historia, no advierte al principio: su vida retraída e inquieta, su biología en vaso cerrado, que los naturalistas han señalado desde hace mucho tiempo[185].

No hay una sola isla que no posea, además de sus peculiaridades humanas, sus curiosidades animales y vegetales, de las que tarde o temprano se entera el mundo exterior. En su descripción de Chipre, aparecida en 1580,

el R. P. Estienne[186] (que afirma ser descendiente de la Casa Real de Lusignan) describe «las hierbas peculiares y perfumes» de la isla: el *apium* blanco, apio silvestre que se come «confitado en azúcar»; el *oldanum*, que sirve para hacer el licor del mismo nombre; el árbol llamado de Chipre, semejante al granado y que florece en racimos, como la vid, y de cuyas hojas en decocción se extrae el tinte naranja que se usa para colorear las colas de los caballos de los gentileshombres, «cosa que es costumbre ver allí». Y para nuestra sorpresa, las semillas del algodón, mezcladas con paja picada, sirven de alimento al ganado. ¡Y qué cantidad de hierbas medicinales! Como animales curiosos encontramos «bueyes, asnos y cerdos salvajes» y pájaros «de viña» (hortelanos), los cuales, conservados en vinagre, se importaban en barriles a Roma y Venecia. Pero estos curiosos recursos no se deben considerar nunca como índices de abundancia. Ninguna isla tiene asegurado el mañana. El gran problema en todas ellas, problema jamás resuelto o que se resuelve mal, es poder vivir de sus propios recursos, de su suelo, de sus campos, de sus rebaños; y si no lo logran, abrirse hacia el exterior para obtener ayuda y recursos. Todas, con algunas excepciones (especialmente Sicilia), son mundos hambrientos. El caso extremo es, quizá, el de las islas venecianas de Levante: Corfú[187], Candía[188] o Chipre, constantemente amenazadas por el hambre en la segunda mitad del siglo. Para ellas es una catástrofe alimenticia el que los caramuzales no arriben a tiempo con sus providenciales cargamentos de trigo de la Tracia, y que las reservas de trigo y de mijo se vayan agotando en los almacenes de las ciudadelas. Por lo demás, en estas islas levantinas existe un verdadero mercado negro de cereales; de ahí las innumerables prevaricaciones de funcionarios que nos señalan las encuestas.

No en todas partes es tan grave y precaria la situación[189]. No obstante, las Baleares apenas pueden alimentar a sus ciudades comerciales o militares[190]. Además, el cultivo del suelo estaba en estas islas poco adelantado: el despedregamiento de los campos de Menorca, en la planicie situada detrás de Mahón, no terminará hasta el siglo XVIII[191]. Había que contar, pues, con las importaciones de cereales procedentes de Sicilia, e incluso del norte de África. Las rentas de Menorca eran tan pobres, que ordinariamente su obispo no se decidía a vivir en la isla. Una situación parecida se daba en Malta. A pesar de los numerosos privilegios que permitían a la isla importar trigo a la vez de Sicilia y de Francia, la historia de Malta es siempre la de un pequeño mundo angustiado por el problema del avituallamiento, hasta el punto de que, al venir el verano, las galeras de los

Caballeros apresaban frecuentemente a los navíos cargados de trigo, al salir de los *caricatori* sicilianos, ni más ni menos que los corsarios de Trípoli…

Las islas no solo vivían amenazadas endémicamente por el hambre, sino también por el propio mar, eternamente belicoso, y que lo fue más que nunca en estos mediados del siglo XVI[192]. Las Baleares, Córcega, Sicilia y Cerdeña, para no hablar más que de las ya conocidas, eran literalmente plazas sitiadas. Vivían pendientes de la defensa, dedicadas a construir torres de atalaya que señalaran a tiempo la aparición de corsarios o de barcos sospechosos, a levantar, reforzar y artillar las fortificaciones, bien trayendo las piezas de fuera, bien encargando a los fundidores de fabricarlas sobre el terreno, por los procedimientos harto simples empleados para la fundición de campanas…[193]. Finalmente, en cuanto venía el buen tiempo, y con él la estación propicia para las operaciones, había que disponer de la necesaria guarnición de tropas de refuerzo. No era, pues, un problema fácil para España conservar la posición de Cerdeña, ni siquiera de una isla tan próxima como Menorca[194]. Después del saqueo de Mahón en 1535, Carlos V previó la posibilidad de evacuar la población de Menorca, trasladándola a Mallorca[195]. No menos trágico es el caso de la isla de Elba, en el archipiélago toscano. Brutalmente sorprendida, en el siglo XVI, por el avance de los corsarios berberiscos, habíase convertido en una frontera marítima constantemente asediada por el enemigo. Sus ciudades costeras —entendiendo por tales las grandes aldeas del litoral— se disolvieron por sí mismas durante estos años. La población se vio obligada a huir hacia las montañas del interior, hasta el día en que Cosme de Médicis emprendió, en 1548, la fortificación de Puerto Ferraio.

Estas inferioridades latentes explican la pobreza de la historia que generalmente se aloja en el corazón de todas las islas, aun de las más ricas. Con mayor razón que en otras partes, en Córcega y en Cerdeña, donde ya hemos puesto de manifiesto el triunfo de una economía pastoril harto primitiva, y en toda la región alta de Chipre, en la que, como en las montañas de Creta, se extiende una de las tierras de nadie más características del Mediterráneo, refugio de pobres, de bandidos y de prófugos… Hasta en el interior de Sicilia, de la rica Sicilia, nos encontramos con un país sin caminos, con ríos sin puentes y con una ganadería tan pobre y con ganado de tan baja calidad, que para mejorarla hubo que recurrir en el siglo XVI a importar borregos de Berbería[196].

Vida precaria, estrecha, constantemente amenazada: tal es la suerte de las islas; su vida íntima, si se quiere. Pero su vida exterior, el papel que desempeñan en el primer plano de la escena de la historia, es de una amplitud que no se esperaría de mundos tan miserables. Aunque puede ser también que la vida exterior, que vemos mejor que la otra, tenga una amplitud que encubra su miseria. La gran historia, en efecto, pasa frecuentemente por las islas; acaso sería más justo, tal vez, decir que se sirve de ellas. Recordemos el papel de puestos de relevo que ocupan en las transferencias de cultivos: la caña de azúcar, que llegó a Egipto de la India, pasó de aquí a Chipre, donde se implantó en el siglo X; de Chipre se transfirió después a Sicilia en el siglo XI, y desde aquí siguió rumbo hacia el oeste (Enrique el Navegante la llevó a Madera, que fue la primera «isla azucarera» del Atlántico; de Madera, este cultivo llegó a las Azores, las Canarias, las islas de Cabo Verde y, por último, a las tierras de América). El mismo papel de puestos de relevo desempeñan las islas en la expansión de la sericultura y en la mayor parte de las difusiones de cultivos, algunas de las cuales son tan complicadas. ¿No fue Chipre, no fue la suntuosa corte de Lucignan, la que en el siglo XV difundió hacia el Occidente, tardando en ello más tiempo del que tarda en llegar a nuestro planeta la luz de ciertas estrellas, aquellas modas procedentes de la antigua y caduca China de los Tang? Sí, los zapatos de punta remangada y las tocas triangulares, que para nosotros marcan con tanta fuerza una época de nuestra historia, que evocan por sí solos la vida un poco alocada de la Francia monárquica y señorial, la de Carlos VI y las *Ricas Horas* del duque de Berry, todo esto había hecho ya las delicias de los chinos del siglo V… Pues bien, esta lejana herencia llegó al Occidente por conducto de los reyes de Chipre**[197]**.

No debemos maravillarnos de cosas como esta. En el camino de las poderosas rutas marítimas, las islas participan en las grandes relaciones. De este modo, un sector de la gran historia se sobreañade siempre a su vida cotidiana. Su economía sufre regularmente las consecuencias, incapaz como es, por su pobreza, de resistir a ciertos estímulos de esta vida de grandes relaciones. ¡Cuántas islas fueron invadidas de este modo por cultivos foráneos que no tienen razón de ser sino en relación con el mercado mediterráneo, y aun con el mercado mundial! Estos cultivos destinados a la exportación amenazan con frecuencia el equilibrio de la vida insular; a menudo son responsables de las hambres de que ya hemos hablado. Podemos ver esto con gran claridad en el ejemplo acrecentado de las islas del «Mediterráneo atlántico»: Madera, las Canarias, São Tomé, todas las cuales han sido

literalmente asoladas por el monocultivo invasor de la caña de azúcar. Como lo será más tarde el Brasil colonial del nordeste. Madera, que al principio era una isla cubierta de árboles (como su nombre lo indica), perdió rápidamente la mayor parte de su larga envoltura forestal, por culpa de los ingenios de azúcar y de sus exigencias de combustible. Y esta revolución se hizo únicamente en interés de una Europa que exige el precioso producto, y no en provecho de los propios insulares. Pues lo malo de la caña de azúcar es que allí, donde se instala, desaloja a cualquier otro cultivo o reduce automáticamente el espacio destinado a los cultivos normales de víveres. Devastadora de antiguos equilibrios, esta recién llegada era tanto más peligrosa cuanto que la sostenía un poderoso capitalismo que, en el siglo XVI, procedía de todos los horizontes, tanto de Italia como de Lisboa o de Amberes. Derribaba todos los obstáculos. Los pueblos insulares soportaron mal, en general, esta usura vital. En las Canarias, el azúcar seguramente contribuyó tanto como las brutalidades de los primeros conquistadores a la desaparición de los indígenas autóctonos, los guanches, y fue también ella, finalmente, la que impuso la solución de la mano de obra servil, la esclavitud de los beréberes de la costa africana, en la que los corsarios cristianos procedentes de las Canarias hacían verdaderas *razzias* de hombres, y, sobre todo, la esclavitud de los negros de Guinea y de Angola, que espoleada tanto por el azúcar como por las minas, llegaría a mediados de siglo hasta las costas del gran continente americano.

Ejemplos oceánicos. Pero tampoco faltan los ejemplos estrictamente mediterráneos, aunque rara vez hayan sido tan trágicos para los habitantes. Recordemos el cultivo invasor del trigo en Sicilia, isla que era, por lo menos hasta 1590, e incluso bastante después, el Canadá o la Argentina de los mundos occidentales del mar interior. En Quíos fue la almáciga, resina y bebida[198]; en Chipre, el algodón, la viña y el azúcar[199]; en Candía y en Corfú, la viña[200]; en Yerba, el olivo. Economías todas impuestas desde fuera, extranjeras y con frecuencia funestas para lo que los alemanes llamarían su *Volkswirtschaft*. Chipre sufrió su prueba en 1572, cuando arrebataron esta isla a Venecia. En tiempos de la señoría, su riqueza eran, además de los viñedos, las plantaciones de algodón y los campos de caña de azúcar, estos últimos mucho menos productivos a causa de las nuevas competencias lejanas. Riqueza; pero ¿de quién? De una aristocracia genovesa cuyas suntuosas mansiones todavía podemos ver hoy en la parte antigua de Nicosia. Esta riqueza no beneficiaba en lo más mínimo a los indígenas, griegos ortodoxos. La conquista turca desencadenó una verdadera revolución

social. Un marino inglés nos lo refiere en un curioso testimonio de 1595. Un mercader de Chipre le contó la historia de la isla, mostrándole los palacios deshabitados y en ruinas de los antiguos señores genoveses y venecianos, a quienes los turcos pasaron a cuchillo en 1571, en justo castigo, dice nuestro testigo, por las increíbles exacciones cometidas por ellos contra sus campesinos[201]. Por otra parte, en el mismo momento del desastre, los venecianos se han visto abandonados tanto por los griegos del campo como por los de la ciudad. Durante el ataque turco contra Nicosia, en 1570, «los habitantes de todas las condiciones sociales han continuado durmiendo casi todos en sus propios hogares»[202]. Es cierto que a la partida de los venecianos siguió un descenso en las exportaciones de algodón hilado o en bruto y una decadencia de los viñedos tan acusada, que Venecia pudo adquirir al malbarato los preciosos odres que sirven para la fabricación del vino, y que se habían hecho inútiles en la isla. Pero esto no quiere decir necesariamente que Chipre declinase. Nada nos indica que la dominación turca haya traído consigo un descenso en el nivel de vida de los habitantes de la isla[203].

Candía y Corfú nos ofrecen materia para análogas reflexiones. En estos casos, como en el de Chipre, imaginémonos un paisaje deforestado, donde el hombre se ha dedicado exclusivamente a trabajar las viñas, es decir, a producir uvas secas y vinos de Malvasía. En Corfú, la vid emigra de las montañas y colinas para instalarse en las llanuras, *le pianure*, donde su cultivo es más cómodo[204], y desaloja el trigo en provecho propio. Pero en estos monocultivos hay siempre posibilidad de crisis por superproducción o baratura. En Creta, y por mandato oficial, se arrancan las viñas en 1584, entre gritos de cólera que bien podemos suponer. Los perjudicados llegan al punto de declarar que para ellos «no habrá diferencia alguna entre el hecho de ser súbditos de la señoría o del turco»[205]. Esta economía *colonial* conoce, evidentemente, éxitos y fracasos. Se requiere una amplia concatenación de circunstancias para que el sistema funcione adecuadamente, asociando a viticultores, propietarios, marinos, mercaderes y lejanos consumidores. Vinos y uvas eran objeto de un comercio antiguo en un área muy extensa, mercadería de lujo. «Estaba tan emocionado, tan deprimido —dice Bandello de un personaje de sus *Novelas*—, que ella fue a buscarle un vaso de vino de Malvasía…».

Un último ejemplo de monocultivo es el de Yerba, al sur de las costas tunecinas. Así como las islas venecianas eran el reino del vino, Yerba era la isla del aceite. En condiciones mal conocidas, mientras la Tunicia continental había perdido su bosque de olivares, tan extenso en la época de los romanos,

Yerba conservaba el suyo; y esta riqueza salvaguardada le valía aún en el siglo XVI una especial importancia[206]. Esta isla era una excepción, un oasis de aceite, en medio de los países tunecinos y tripolitanos que, en general y sobre todo hacia el sur, eran el reino de la mantequilla rancia. El aceite de Yerba era excelente, barato y adecuado a todos los usos, incluso para el tratamiento de las telas; un aceite que se exportaba muy fácilmente, como lo hizo notar León el Africano a principios de siglo. Después de 1590, los ingleses iban a buscar a Yerba el aceite que necesitaban, como antes lo había hecho España.

Pero la geografía no señala a Yerba sino como una isla baja, con canales donde se acusan mareas sensibles[207], y la gran historia solo nos habla de ella como de un campo de batalla donde se desarrollaron los combates de 1510, 1520 y 1560. Pero no nos dice que durante el último de estos combates —el más importante de todos— jugó su papel el aceite. La flota cristiana se había detenido en Yerba, por no poder avanzar hasta Trípoli o por no atreverse a ello. Se dejó sorprender por la armada turca de Piali Pachá, a pesar de saber que esta se acercaba, porque los navíos cristianos se demoraron más de la cuenta cargando mercancías, principalmente aceite. Esto es lo que dice el informe del visitador Quiroga después del desastre[208].

Sin embargo, cuando no proceden de un monocultivo demasiado destructor, estas actividades en gran escala son la riqueza esencial necesaria para su vida y les ganan una bien merecida reputación. Ibiza es la isla de la sal; también la sal de Naxos es famosa, como su vino, «tanto el blanco como el clarete»[209]; Elba es la isla del hierro. Recordemos también Tabarca, la isla del coral, feudo de los Lomellini, isla, por otra parte, de múltiples recursos (exportación de trigo y cueros, así como rescates de prisioneros que encontraron refugio en ella). Y también las famosas pesquerías de la Galita, en la costa berberisca; o las pesquerías de Lisena, isla dálmata de la que según un documento de 1588 se marchan un buen día los bancos de sardinas para instalarse junto al peñón de Pelagosa[210]. Rodas pudo aprovecharse de su posición, que le garantizó, en tiempo de los Caballeros primero, y luego, a partir de 1522, con los turcos, «el dominio sobre las otras islas, y el almirantazgo del Mediterráneo entero»[211]. Patmos, en el Archipiélago, produjo, a falta de algo mejor, «el pueblo más pendenciero de todos los insulares, después de Samos»; vivía prácticamente del producto de sus rapiñas, tanto sobre los cristianos como sobre los turcos[212].

Emigrados insulares

Pero la manera más corriente que tienen las islas para mezclarse con el resto del mundo es organizar emigraciones. Todas las islas (como todas las montañas; muchas islas mediterráneas son, a la vez, montañas) son exportadoras de hombres[213].

A riesgo de incurrir en repeticiones, recordemos aquellas emigraciones griegas que afectaron el Archipiélago entero, incluyendo la gran isla de Candía. De cualquier modo, es dudoso que en el siglo XVI hayan tenido la amplitud que en la isla de emigrantes por excelencia: Córcega. Demasiado rica en hombres, por lo menos en relación con sus recursos, esta isla se despobló en todas las direcciones a la vez; y seguramente no habrá un solo acontecimiento mediterráneo en que no haya estado mezclado un corso[214]. Había corsos hasta en Génova, la execrada Dominante, pues la necesidad de vivir se imponía a todo… Los había en Venecia. Ya en el siglo XV marchaban a trabajar a las tierras de la marisma toscana, y en el siglo XVI los campesinos de Niolo, por lo menos los que no se prestaban a emigrar a Génova, se iban a colonizar aquellas pestíferas tierras italianas y hasta a Cerdeña, donde con frecuencia hacían fortuna[215]. En Roma, donde algunos se instalaban como tratantes de ganado, abundaban los corsos[216], y sus barcos frecuentaban el puerto romano de Tibre, Civitavecchia y Liorna[217]. En Argel, los emigrantes corsos pululaban literalmente, sobre todo los Capocorsini. Cuando Sampiero pasó por la ciudad en julio de 1562, durante el dramático viaje que debía llevarlo hasta Constantinopla, todos sus compatriotas se precipitaron al puerto para saludarlo «como a su rey»; así lo refiere un informe genovés[218]. Debe de haber sido muy popular y amado entre los suyos este Sampiero, enemigo de Génova y amigo de Francia, que fue a implorar al sultán ayuda para sus compatriotas.

Los corsos de Argel, ¿qué eran? Algunos, capataces de forzados; otros, marinos y mercaderes que traficaban en el puerto. Pero más de uno se instaló permanentemente entre los ricos renegados de la ciudad; por ejemplo, Hassan Corso, que fue uno de los «reyes» de Argel. Un informe español fechado en 1568[219] estima que de los 10 000 renegados que había en Argel, 6000 eran corsos. A juzgar por algunos documentos genoveses, a finales del siglo la ciudad hervía de intermediarios corsos, agentes eficaces para rescatar cautivos y también agentes oficiosos de potencias extranjeras. Uno de ellos, aquel enigmático Francisco Gasparo Corso, domiciliado en principio en Venecia, y que en 1569 se instaló en Argel, adonde lo había destinado el virrey de

Valencia. En el momento crítico de la guerra de Granada sostiene conversaciones con Euldj Alí, tratando de ganarlo para los intereses del Rey Católico. Pero ¿quién era este hombre en realidad, y cuál su verdadero nombre? Todos los datos de aquel tiempo lo describen mal. Se sabe que iba y venía entre Valencia y Argel, en un bergantín cargado de mercaderías autorizadas, es decir, que no figuraban entre el «contrabando», prohibido por la ley española: sal, hierro, salitre, pólvora, remos, armas… Se sabe que tenía un hermano en Argel, uno o varios en Marsella y otro en Cartagena, y que su correspondencia con ellos abarcaba, por tanto, todo el Mediterráneo occidental. Añadamos como única aclaración que en un acta autorizada por un notario improvisado en las mazmorras de Argel, un cautivo español acusó a Gasparo Corso de dedicarse al contrabando y de ser un agente doble[220]. Sin tratar de dilucidar este pequeño problema —quizá insoluble—, fijémonos solamente por ahora en la dispersión de esta curiosa familia insular en torno del Mediterráneo.

Otros corsos están en Constantinopla, Sevilla y Valencia. Pero lo mismo en el siglo XVII que en nuestros días, su ciudad predilecta era Marsella; ciudad corsa a medias, por lo menos en el puerto, tal como puede comprobarse en los documentos de que disponemos[221].

De esta emigración no podemos culpar ni absolver a los gobernantes genoveses de la isla. El hecho indudable en el siglo XVI es que los corsos soportaban mal el gobierno de Génova. Que tal juicio se fundara o no en la equidad no es una prueba convincente para acusar de todos los males a las intrigas francesas y al oro de los Valois. Lejos de nosotros la idea de negar la evidencia de este lazo entre la isla y Francia, de recusar tantas pruebas concordantes como existen: los frecuentes envíos de emisarios, de fragatas, de pólvora y, por supuesto, de dinero. Francia llevó en Córcega el mismo juego que Cosme de Médicis; con menor consistencia en las ideas, con menos medios, pero con más fortuna. Ahora bien (y esto es lo importante en el debate, y nos lleva de nuevo a nuestro tema): si la política francesa agita, solivianta a los montañeses corsos con una facilidad increíble y casi sin quererlo, fue menos en virtud de planes preconcebidos, que de aquella vital conexión, establecida de una vez por todas entre una Francia entonces rica en espacio y una isla demasiado rica en hombres. Porque Francia se abría a la emigración corsa como el más ancho y el más fructífero de los campos de expansión, mientras que Italia se hallaba demasiado poblada y consideraba, al contrario, a Córcega como una tierra colonizable en interés propio. Esto sin añadir la ventaja que para los corsos representaba la protección del Muy

Cristiano, eficacísima en el mar. Los corsos instalados en Marsella convertíanse en súbditos del rey de Francia y, como tales, participaron en la expansión de la ciudad después de 1570. En el siglo XVII había corsos establecidos en el Bastión de Francia, frente a Tabarca, la isla genovesa de los Lomellini, en ese litoral que un documento procedente de estos mismos Lomellini llama «la costa che guardano li Francesi in Barberia»[222]. Es por demás curioso que en esta costa coralífera los corsos se encontraron de nuevo frente a su enemigo, la Dominante, bajo la forma de la fortaleza de Tabarca, ante la cual debería perecer Sanson Napollon en su tentativa de mayo de 1633.

Y las islas que no circunvala el mar

En este mundo del Mediterráneo, tan excesivamente compartimentado, donde la ocupación del suelo deja grandes vacíos —sin contar los del mar—, hay otras islas, además de las verdaderas. Otros mundos casi estrictamente aislados, casi islas —la palabra es evocadora—, como Grecia y otras regiones que, encerradas entre murallas terrestres, no tienen otra salida que el mar. ¿No era una isla, en este sentido, el reino de Nápoles, bloqueado en el norte por la barrera de las montañas que forman sus fronteras con Roma? En nuestros manuales se menciona una isla de Magreb, Djezirat-el-Magreb, la isla de Couchant, entre el océano, el Mediterráneo, el mar de las Sirtes y el Sahara. Un mundo sujeto a los más bruscos de los cambios, como lo señala Émile-Félix Gautier.

Se dirá de la región lombarda que, a su manera, es una isla, una isla continental, enclavada entre los Alpes y los Apeninos, por una parte, y el rústico Piamonte y la zona a medias bizantina de Venecia, por la otra. Asimismo y de análogo modo se dirá, exagerando poco, que toda una serie de islas periféricas, Portugal, Andalucía, Valencia y Cataluña, están unidas a las masas ibéricas por las Castillas. Recordemos que también Cataluña, abierta sobre el mar, ha estado dispuesta siempre a orientarse según soplasen los grandes vientos de la historia, ora hacia Francia, con los carolingios y más tarde en la época de los trovadores y de las cortes de amor, ora hacia el Mediterráneo, en los siglos XIII, XIV y XV; y, finalmente, en el siglo XVIII, hacia las regiones rudas y todavía no industrializadas de la Península… En cuanto a España en su totalidad, Maurice Legendre llega hasta llamarla una «más que isla», queriendo significar con ello su inaccesibilidad, su irreductible originalidad, su alma encastillada.

Al este, en el otro extremo del Mediterráneo, también es una isla Siria, este espacio sitiado entre el mar y el desierto, centro de donde todo irradia: los hombres, las técnicas, los imperialismos, las civilizaciones, las religiones. Todo lo ha regado esta región como un buhonero por el mundo mediterráneo: el alfabeto, el arte del vidrio, el colorido púrpura de las telas, los secretos del *dry farming* (en tiempos de los fenicios), es decir, los cultivos de secano; dio emperadores primero a Roma y más tarde a Bizancio, y dominó con sus barcos el mar fenicio, que nos parece casi el primer Mediterráneo de la historia; por último, en 1516 —como en el año 634—, el islam conquistador (los árabes en el siglo VIII, los turcos en el XVI) se posesiona de este mundo decisivo y ello le permite elevarse de golpe hasta el plano de la más grande historia mediterránea.

No cabe duda de que estamos abusando ampliamente a ese respecto de la noción de la insularidad; pero lo hacemos en beneficio de una exposición más clara. Los países del Mediterráneo son, en verdad, colecciones de regiones aisladas entre sí[223], que sin embargo se buscan y se atraen constantemente las unas a las otras; de aquí que haya entre ellas un constante vaivén, a pesar de las jornadas de camino o de navegación que las separan; vaivén que el nomadismo de los hombres del Mediterráneo facilita. Pero los contactos que estos hombres establecen son como descargas eléctricas, violentas y discontinuas. Como una fotografía ampliada, la historia de las islas resulta ser la que nos revela la más nítida explicación de esta vida mediterránea, permitiéndonos comprender mejor por entero que cada provincia mediterránea ha podido conservar una originalidad tan irreductible, un perfume regional tan poderoso, en medio de la más extraordinaria mezcla de razas, de religiones, de costumbres y de civilizaciones que jamás haya habido en la tierra.

Las penínsulas

La vida del Mediterráneo no entraña únicamente en su estela esos fragmentos de tierra que son las islas o esas angostas franjas que son las costas; repercute hasta las profundidades del continente. Confunde con su propia existencia, sin ningún esfuerzo, esos mundos particulares orientados hacia ella, y sobre todo esos vastos bloques de tierra que son las penínsulas. Con mayor razón cuanto que interpone entre sus diferentes masas espacios marítimos que las bordean en frentes extremadamente extensos. Las penínsulas forman otros tantos continentes autónomos: la península ibérica,

Italia, la península de los Balcanes, el Asia Menor, el África del Norte, esta última mal separada, en apariencia, del continente africano, pero separada de él, en cambio, por la inmensidad del Sahara. Lo que dijo Théobald Fischer de la Iberia —«es por sí sola un mundo»— puede aplicarse a las otras penínsulas, que son comparables entre sí porque están hechas de los mismos materiales: montañas omnipresentes, altiplanos, llanuras, guirnaldas litorales, cortejos de islas. Porque están fraguadas sobre el mismo plan unitario. Entre sus paisajes, lo mismo que entre sus tipos de vida, se establecen por sí mismas correspondencias. Todas pertenecen a la misma familia. Al conjuro de las palabras Mediterráneo, clima y cielos mediterráneos, surgen en el espíritu brillantes imágenes: todas se refieren a esos grandes bloques terrestres, más o menos engarzados, pero engarzados todos ellos al mar. Por medio de estos países, sobre todo Italia y España, han establecido casi siempre contacto con el mar interior los viajeros de Occidente. Pero no cabe duda de que es un error dejarse llevar de la impresión de estas primeras imágenes, no ver sino estos mundos privilegiados, como si solo ellos constituyeran el Mediterráneo entero. Porque son lo esencial, pero no son todo.

En efecto. De una península a otra se tienden regiones que sirven de nexo de enlace: en el golfo de León, el Bajo Languedoc y el Bajo Ródano, esta especie de Holanda; en el Adriático, la Baja Emilia y las Venecias; más hacia el este, al norte del Mar Negro, las regiones esteparias y desnudas que van desde el delta del Danubio hasta la extremidad del Cáucaso; finalmente, por el sur, esa larga franja de costas ciegas, a menudo tan difíciles de abordar, que corre desde la Siria meridional hasta el Túnez de Gabés y de Yerba, larga y pobre fachada, y fachada de un mundo *extranjero* sobre el mar interior.

Lo cual no impide que las penínsulas sean la parte esencial del espacio mediterráneo, la más rica en hombres y en posibilidades de vida. Ellas son los personajes decisivos, los que siempre han llevado la batuta, acumuladores de fuerza, y, cada uno a su hora, pródigos de esta fuerza. Son casi personas, para usar la expresión tan verídica de Michelet a propósito de Francia; personajes más o menos conscientes de sí mismos. Su unidad parece evidente; sin embargo, no tienen el acento, ni la coherencia, ni la confianza en sí mismas de la Francia de los Valois, ni la vehemencia de aquella Francia que ya entonces era capaz de abandonarse a transportes de pasión política y nacional, como en 1540, cuando fue arrojado del poder Montmorency, partidario de la colaboración con los Habsburgo[224]; o como en la crisis de 1570 a 1572, que contuvo, sin evitarla del todo, la Noche de San Bartolomé; o, mejor aún, a

finales de siglo, esa otra crisis que representó el triunfo fulminante de Enrique IV.

Pero quizá los hombres no aman esas unidades peninsulares demarcadas por la naturaleza con la misma pasión que la unidad más artificial de Francia. Sin embargo, el nacionalismo español es evidente. A ello se debió que en 1559 fueran removidos de los principales cargos los consejeros no españoles de Felipe II. Y a ello se debieron también, del otro lado de los Pirineos, los juicios tantas veces repetidos contra los franceses de aquel tiempo, personas pendencieras, ergotistas, indignas de confianza, que se desanimaban ante cualquier fracaso, pero porfiadas y dispuestas siempre a negar sus derrotas o a revocar sus concesiones. Es evidente que el nacionalismo español distaba mucho de ser homogéneo y de expresarse de un modo sostenido. Fue formándose poco a poco, conforme fueron acumulándose los años de grandeza, hasta manifestarse a la luz del día, con sus temas propios, dejándose llevar por el espejismo de la idea imperial. Bajo esta forma compleja no llegó a revelarse todavía, en la época de Carlos V o de Felipe II, estos grandes luchadores y constructores, sino con mucho retraso, en el siglo XVII, cuando el imperio se estaba ya agrietando, en tiempos del rey «Planeta», Felipe IV, y del conde-duque de Olivares, en la época de Velázquez, de Lope de Vega y de Calderón.

Coherencia semejante no la encontramos en Italia. Sin embargo, también aquí apunta un innegable nacionalismo, por lo menos un orgullo de la italianidad, con la convicción que late en cada italiano de pertenecer al mundo más civilizado, aureolado por el pasado más glorioso. En cuanto al presente, ¿acaso es tan miserable? «Constantemente se repite que los españoles y los portugueses han descubierto el Nuevo Mundo, cuando fuimos nosotros, los italianos, los primeros en abrirles el camino», escribe Bandello altivamente, al principio de uno de sus cuentos[225]. El historiador Di Tocco ha enumerado minuciosamente las quejas y las cóleras que inspiró a los italianos «patriotas» el fin de las libertades de la península después del Tratado de Cateau-Cambrésis y la victoria, a partir de entonces irremediable, de los españoles[226]. ¿Y cómo olvidar tantas políticas, tantos sueños de unidad, y los gritos apasionados de un Maquiavelo, y a un Guicciardini, presentando en un solo bloque el pasado italiano durante los años que acababa de vivir?[227] Por muy dispersos que aparezcan, son signos evidentes e innegables de nacionalismo y de unidad.

Otro signo más importante aún (pues la política no es lo esencial de esos destinos coherentes) es el del desarrollo de la lengua toscana. E, igualmente,

el de la lengua castellana, que en el siglo XVI se expande por toda la península ibérica, convirtiéndose desde entonces en la lengua literaria, empleada por los escritores de Aragón desde la época de Carlos V. Un noble aragonés, contemporáneo de Felipe II, escribió en castellano su diario[228]. La lengua castellana se adueña incluso de los medios literarios de Lisboa, en la gran época de Camoens. La adoptan también las clases altas de España entera, asimilándose con ella, junto a los temas literarios de Castilla, sus temas religiosos, sus formas de culto. Es curiosa la historia del patrono de Madrid, San Isidro, el santo labrador, que va hasta Cataluña a destronar a los antiguos santos de la devoción campesina, San Abdón y San Senén principalmente, patronos de numerosas cofradías de la tierra. Lo único que de ellos queda son las imágenes conservadas en las iglesias antiguas: los labradores de Cataluña los abandonan en el siglo XVII para ir detrás del recién llegado, de San Isidro, patrono de todos los labriegos de España[229]. Este episodio nos cuenta, a su manera, la historia de la formación de la unidad española.

Esto atrae nuestra atención hacia la coherencia de los espacios históricos que, al amparo de los horizontes peninsulares cerrados, tienden a la unidad. Las fronteras de la Península, sin embargo, no tienen nada de infranqueables: no existen esas fronteras «eléctricas» que Ramón Fernández imaginaba en torno de España. Semejantes fronteras no han existido nunca, ni en los Pirineos, ni en el sur de los Alpes, ni en el Danubio, o en los Balcanes, o en las montañas de Armenia, región de rutas y de mescolanzas étnicas por excelencia; ni en las montañas del Taurus, del Atlas o del Sahara, al sur de la Pequeña África. Lo cual no es óbice para que las penínsulas estén bordeadas de obstáculos que entorpecen los intercambios y las relaciones reduciéndolas a lo más esencial, a lo más preciso e incluso, diríamos, a lo excepcional. Y esto es importante. Parafraseando la fórmula de Metternich, A. Renaudet dice de la Italia del siglo XVI, fraccionada, imprecisa en sus contornos (aunque no sea más que del lado del Piamonte), que es simplemente una expresión geográfica[230]. Pero ¿acaso una expresión geográfica es tan poca cosa como eso? Es el destino de un conjunto histórico, en la medida en que es el de un espacio trabajado y surcado fácilmente por los mismos grandes acontecimientos, acontecimientos que han sido, en cierto modo, prisioneros de ese espacio y que han tropezado siempre, sin poder franquearlo, con el obstáculo de sus límites. Para Gioacchino Volpe esto es aproximadamente lo que hay que entender cuando se habla de unidad italiana. Lo mismo podría decirse de la península ibérica; el drama de la conquista musulmana y de la Reconquista, drama que ocupó el centro de su vida durante siete siglos,

permaneció en sus rasgos esenciales prisionero dentro de sus fronteras. Precisamente eso fue lo que consolidó lo fundamental de su unidad, lo que la hizo capaz de transformar las influencias de fuera; para aceptar de Europa el gótico, aunque sobrecargándolo de las florituras del plateresco y del arte mudéjar; y para tomar más tarde el barroco, del que sale, por último, el churrigueresco. Del mismo modo que el norte de África, invadido por el islam, imprimió a este muy pronto su tonalidad particular y se dejó gradualmente «desislamizar, desorientalizar y berberizar» por sus marabús[231].

Los altos muros que bordean las penínsulas hacen de cada una de ellas un mundo marginal, con su originalidad, su sabor y su acento propios[232].

Cada vez que una de estas unidades peninsulares se afirma en el plano político, se produce algún cambio histórico de importancia. Recordemos, en el lejano pasado, las consecuencias de la unidad de Grecia, llevada a cabo por los macedonios, o las de la unidad de Italia, realizada en provecho de Roma. A principios del siglo XVI, los Reyes Católicos forjaron la unidad española: ¿no fue la suya una fuerza verdaderamente explosiva?

Y es que, si las penínsulas permanecen bastante cerradas del lado de las masas continentales, lo mismo las de Europa que las de Asia o África, en cambio se abren ampliamente sobre el mar, agresivamente cuando son fuertes, o para ser conquistadas cuando son incapaces de defenderse.

¿Es esta, acaso, la razón que las lleva a vivir tan curiosamente asociadas por parejas? Es verdad que Italia llegó a dominarlas a todas en tiempo de Roma, porque supo hacerse la dueña del mar; pero esto no pasa de ser una excepción. En general, las conquistas de península a península no presentan semejante amplitud triunfal; se reducen más bien a simples abordajes entre dos barcos. Por ejemplo, el que permitió al Asia Menor apoderarse de la enorme península de los Balcanes, a fines del siglo XIV y comienzos del XV, despejando así el camino para la gran conquista turca; o el que precipitó al África del Norte sobre la vecina Iberia a comienzos del siglo VIII. Así se han formado, por periodos más o menos largos, esos bicontinentes de que antes hablábamos: el de Anatolia y los Balcanes en tiempos de Bizancio y más tarde del Imperio turco; el del norte de África e Iberia en la Edad Media, recia asociación[233], pero que la ruptura de 1492 habría de destruir para muchos siglos, a pesar de los esfuerzos de portugueses y españoles por reconstituir la unión medieval. Asociación tan fructífera que nunca llegará a morir del todo… Dos nuevos abordajes se produjeron durante el siglo estudiado en este libro: uno entre España e Italia, cuya unión, sellada en 1559, estaba llamada a

durar más de un siglo, pese a los espacios que entre ambos países interponía el Mediterráneo occidental, y a tantas hostilidades como se produjeron[234]; otro, entre los Balcanes y el norte de África, este barco durante tanto tiempo privado de capitán y del que los turcos, como es sabido, no llegaron a apoderarse más que a medias.

Estos desposorios, estas vidas dobles, unas que se deshacen y otras que se establecen, resumen lo esencial de la historia del mar. Alternativamente conquistadores y conquistados, los universos peninsulares preparan, durante los periodos silenciosos de su vida, las futuras explosiones. Así, antes de que los beréberes conquistaran España en el siglo VIII, se produjo el poderoso ascenso demográfico del Magreb; del mismo modo que, mucho después, antes de la conquista de los Balcanes por los turcos, se advierte una progresiva superpoblación del Asia Menor, donde parece operarse el cambio del nomadismo a la vida semisedentaria, cosa ya de por sí reveladora. Y, a la inversa, toda conquista es un desgaste; Italia se despobló desde el momento en que, en la época de Roma, llevó a cabo la monstruosa conquista de todos los países del Mediterráneo.

Así pasa de península a península la primacía política, y con ella, las demás, la de la economía y la de la civilización. Pero estas transferencias no se producen todas a un tiempo. Rara vez colman una península de todos sus dones al mismo tiempo. De ahí la imposibilidad de clasificar esos mundos en movimiento los unos en relación con los otros. ¿Por qué razón estos son más fuertes, más brillantes o más desarrollados que aquellos? La respuesta nunca es fácil. Por ejemplo, el Magreb no ha sido el eterno rezagado que Émile-Félix Gautier nos presenta en sus libros: tuvo también sus periodos de esplendor y hasta de supremacía. ¿Quién podría ignorar la importancia de la Cartago púnica? ¿Y la de la conquista de las Españas en el siglo VIII, la de Sicilia en el IX y la de Egipto en el X? No olvidemos, por último, que en el terreno espiritual, el norte de África era, en tiempos de Apuleyo y de San Agustín, el gran baluarte de la Iglesia y de la cultura latina, mucho más que Italia, en aquel tiempo menos rica culturalmente que aquella provincia[235].

Las hipótesis de Ugolini[236], construidas un poco precipitadamente con ocasión de unas importantes excavaciones arqueológicas en Malta, suponen que la civilización del mar interior nació, no en el Oriente, como se pensaba, sino en el Occidente, en España y el norte de África, mucho antes del segundo milenio anterior a la era cristiana. De España y de África, la civilización, según esta hipótesis, pasó a Italia y al resto de Oriente; después, pero solamente después, el movimiento refluyó hacia el oeste. Nos place

imaginarnos, aunque el itinerario indicado no sea exacto, esta carrera de relevos a través del interminable pasado, a lo largo de todas las costas y de las rutas del mar, en que la antorcha va pasando de una isla a otra, de una península a otra. A la vuelta de las centurias o los milenios, la llama vuelve a pasar por donde ya brillaba antaño. Pero nunca es la misma.

¿Sueños quizá? Sin embargo, en esta larga noche del pasado, ha hecho sentir su fuerza una ley de física, más o menos imperiosa. Se cree, y ello es muy probable, que la gran fuerza de la vida del mar se apoderó, ante todo, de las parcelas más ligeras del suelo, más ingrávidas, de las islas, las porciones del litoral, impeliéndolas desde entonces sin descanso, como los mares, en las mareas del norte, impelen los guijarros en las playas[237]. Al hacerse más fuerte, más exigente, esta vida de conjunto atrae a su flujo cuerpos más pesados, como las penínsulas: entonces la historia del mar alza el tono… Pero las verdaderas grandes horas son aquellos momentos en que el mar llega a atraer a masas continentales enteras. Son las horas en que César llega a las Galias, en que Germánico cruza el Elba, en que Alejandro pasa el Indo, en que los árabes llegan a la China o los marroquíes acampan junto al Níger…

En estas grandes horas, el Mediterráneo histórico se expande sin límites. Pero ¿hasta dónde se expande en el espacio, hasta dónde agranda sus dominios? Esta pregunta envuelve por sí sola un problema, problema en verdad difícil y discutible. Tal vez el problema por excelencia, cuando se trata de dilucidar el destino del Mediterráneo.

CAPÍTULO III [I-221]

LOS CONFINES: EL MEDITERRÁNEO MAYOR

EL PRESENTE capítulo presenta varias dificultades. Es posible, sin embargo, que el lector no se aperciba inmediatamente de ellas. Se le invita a viajes que le llevarán muy lejos de las orillas mediterráneas; y es posible que desee emprenderlos. Pero al hacerlo acepta inmediatamente un agigantamiento en apariencia excesivo del campo de estudio. Pretender que en el siglo XVI existe un Mediterráneo *global* que abarca las Azores y el Nuevo Mundo, el Mar Rojo y el golfo Pérsico, el Báltico y el gran meandro del Níger, puede parecer como un intento de exagerar en exceso sus confines.

Se rebasan los límites convencionales. Los trazados por los geógrafos son los más familiares y restrictivos: para ellos, la región mediterránea se extiende desde el límite norte del olivo al límite norte de los grandes palmerales del sur. Con el primer olivo que encontramos[1] viniendo del norte, entramos ya en el espacio del mar interior; y lo abandonamos en cuanto encontramos, siguiendo hacia el sur, el primer palmeral compacto. La definición geográfica concede una gran importancia al clima, que, indudablemente, es un factor decisivo en la vida del hombre. Pero si aceptamos esos límites nos quedamos sin nuestro Mediterráneo máximo. Tampoco podemos aceptar los límites establecidos por geólogos y biogeógrafos: unos y otros lo definen como una larga zona filiforme, simple línea sin importancia, considerada a la vasta escala de la corteza terrestre; para los geólogos es un interminable cinturón que va del Atlántico al océano Índico, y en el que se asocian fracturas tectónicas y plegamientos recientes; para los biogeógrafos es esa estrecha zona que se extiende en el sentido de los paralelos, lugar natural de ciertas plantas y animales característicos, desde las Azores hasta el remoto valle de Cachemira.

[I-222]

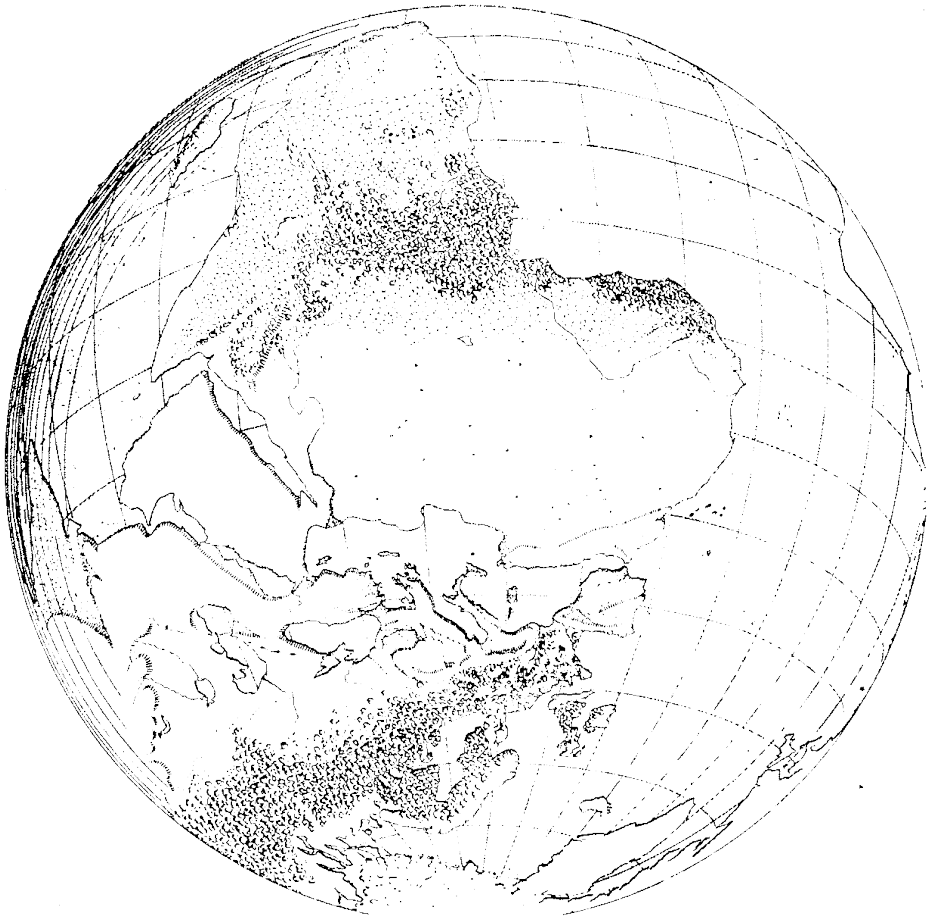


FIGURA 12. *El Mediterráneo a escala del mundo*.
Según orientemos esta carta, que podemos hacer girar sobre sí misma, se acentuarán sucesivamente los diferentes horizontes mundiales del Mediterráneo: el Sahara, el Atlántico, el océano Índico y Europa. Hemos preferido dar a este mapa una orientación nada frecuente, porque así se hace más patente la inmensidad desértica del Sahara agobiando este mar. Se extiende desde sus orillas hasta las selvas tropicales de África. El Mediterráneo funciona como frontera de estas tierras ingratas, las separa de la Europa Meridional (que llega hasta los bosques del norte) y, por medio del Mar Rojo, el océano Índico y el golfo Pérsico, rompe su unidad. Las áreas punteadas corresponden a las zonas en que el hombre se ha establecido en tiempos muy tempranos (aprovechemos la ocasión para hacer notar, como contraste, los vacíos de las zonas montañosas de las penínsulas mediterráneas). Comunicaciones terrestres y marítimas, cuyas rutas y escalas se extienden en todas las direcciones que el lector pueda suponer, crearon el espacio-movimiento del Mediterráneo Máximo. Mapa dibujado por Jacques Bertin.

Ahora bien, según las exigencias de la historia, debemos considerar el Mediterráneo como una amplia zona que se prolonga en todas direcciones, más allá de sus propias orillas. Para entendernos, lo podemos comparar con un campo de fuerzas, sea magnético o eléctrico o, de modo más simple, con un núcleo luminoso cuyos rayos fuesen perdiendo potencia a medida que aumentase la distancia, sin que se pueda trazar de modo preciso la línea que separa radicalmente la zona de luz de la de sombra.

Pues, ¿qué fronteras podemos trazar, cuando no se trata de plantas o animales, ni del relieve o el clima, sino del hombre, de ese hombre a quien no contiene ningún límite y que franquea todas las barreras? El Mediterráneo (y su compañero el Mediterráneo Mayor) es tal como el hombre lo hace. La rueda de los destinos humanos fija el suyo y ensancha o acorta su espacio. Roma logró convertir el mundo mediterráneo propiamente dicho en un sistema cuasi cerrado, taponando las rutas que llevan a él o de él salen y renunciando al obrar así (y ese fue quizá su error) a la posibilidad de controlar los límites extremos de Europa, a lograr libre acceso al océano Índico y a las profundidades de África y a establecer contactos provechosos y abiertos con sus mundos lejanos. Pero este cerrarse en sí mismo —a fin de cuentas muy relativamente efectivo— ha sido más bien la excepción que la regla a lo largo de la historia del Mediterráneo. La regla ha sido que la vida del mar se difunda mucho más allá de sus orillas, en amplios avances equilibrados por continuos retrocesos. Lo que partió del mar vuelve luego a él, y a continuación reinicia su avance. Los ochavos, esas pequeñas monedas de plata acuñadas en Castilla con el metal blanco americano, inundan los mercados de Europa durante la segunda mitad del siglo XVI; pero también en la India y la China podemos encontrar estas piezas *de a ocho reales*. Este ir y venir de hombres y bienes, tangibles o inmateriales, va trazando diferente frontera sucesiva alrededor del Mediterráneo: aureolas. Habría que hablar no de una, sino de cien fronteras a la vez: unas políticas, otras económicas o culturales. Cuando Goethe visita Italia, no llega al Mediterráneo cuando, como él dice, cruza el paso del Brennero, ni más tarde al franquear el Apenino toscano. Lo había alcanzado antes, mucho más al norte, cuando entró en Ratisbona, puesto avanzado del catolicismo sobre la gran frontera cultural que delimita el Danubio. O quizá más al norte todavía, exactamente al comienzo de su viaje, en la propia Fráncfort, la ciudad del *Römer*.

Si no tenemos en cuenta esta extensa zona de influencia, este Mediterráneo Mayor, nos va a resultar difícil comprender la historia del mar interior. Concentración de tráficos, de riquezas acumuladas que luego cambian de manos, perdiéndose sin remedio algunas veces: el Mediterráneo se puede estudiar de acuerdo con sus irradiaciones. Es con frecuencia más fácil de leer su destino en sus márgenes externos que en el mismo centro de sus múltiples actividades. Obstruida en una zona, la vida general del mar sabrá encontrar en otra la indispensable compensación, de acuerdo con una ley de equilibrio que no siempre resultó evidente a los observadores contemporáneos, y que algún que otro historiador cree haber conseguido vislumbrar. Así, en el siglo XV, el avance turco molesta a las regiones del Levante: el comercio europeo se concentra entonces, con mayor insistencia que nunca, sobre el África del Norte[2]. Igualmente, a fines del siglo XVI, determinadas presiones económicas empujan la vida mediterránea en dirección de la Alemania del sur y de la Europa Central y Oriental: se trata, sin duda, de una forma de la ley de compensación. La supervivencia de Italia hasta 1620, e incluso más tarde, sería inimaginable sin estas aventuras hacia el norte y el nordeste. Venecia fue durante muchos años una puerta abierta hacia estas posibilidades. Los primeros signos de decadencia —decadencia, en todo caso, muy relativa— aparecen respecto a las relaciones a larga distancia entre el océano y el mar interior. Resumiendo: la historia del mar se inscribe en sus diferentes formas, en las masas de tierra y los espacios marítimos que las rodean, se hallen distantes o cercanos.

I. EL SAHARA, SEGUNDO ROSTRO DEL MEDITERRÁNEO

El Mediterráneo linda por tres lados con la inmensa cadena de desiertos que se extiende sin interrupción a lo largo del Viejo Mundo, desde la costa atlántica del Sahara hasta la China del norte: al sur de la costa libia se extiende el Sahara; al este del Anti-Líbano se encuentra el desierto sirio, «muy cerca de una de las más importantes civilizaciones nómadas del mundo»[3]; al norte del mar Negro terminan las estepas rusas del sur, umbral del Asia Central. Desde estos vastos frentes, un abundante movimiento de caravanas está en contacto con el comercio mediterráneo, haciéndose imprescindibles uno a otro. Los contactos no ocurren solamente en los centros principales, como lo son Egipto y Siria, por donde pasa, en el siglo XVI, todo

el prestigioso comercio del Levante, sino en toda la extensión de sus confines. Orán, que la conquista española, en 1509, ha separado netamente del interior, era todavía, a mediados del siglo XVI, el centro de un comercio en pequeña escala de negros, lo bastante importante aún como para inquietar a las autoridades de aquella pequeña plaza[4].

Hay, pues, en el campo de la historia mediterránea, además del polo europeo, un vasto polo desértico. El Mediterráneo se siente atraído por estas costas desoladas y a su vez ejerce su atracción sobre ellas: nos ofrece la originalidad y la paradoja de extender una enorme masa de agua frente a un continente desértico, penetrando incluso en su mismo cuerpo a través del Mar Rojo y el océano Índico.

El Sahara: límites inmediatos y límites remotos

La cadena de desiertos que se extienden del Atlántico a la China se divide en dos al alcanzar las altas mesetas del Irán: al oeste se dilatan los desiertos cálidos; al norte y al este, los desiertos fríos. Pero hay continuidad entre estos espacios áridos y su circulación caravanera, remplazando el camello, en Anatolia e Irán, al dromedario de los desiertos centrales y occidentales.

De todos ellos, es el Sahara, en su sentido amplio (es decir, la totalidad de los desiertos cálidos hasta el Irán y Arabia), el que se halla en especial relación con el Mediterráneo. La ruta de las estepas del sur de Rusia conduce a los grandes desiertos fríos del Asia Central, pero alcanza el Mediterráneo por la puerta de atrás —podríamos decir—, y solo esporádicamente juega un papel importante. Por ejemplo, en los siglos XIII y XIV, periodo de esplendor de la «ruta mongola»[5].

El Sahara, en su sentido amplio, africano y asiático, se puede encuadrar en dos especies de fronteras, unas próximas y otras muy alejadas del Mediterráneo. Es conveniente trazar sumariamente estos dos límites para lograr una primera aproximación a nuestro tema.

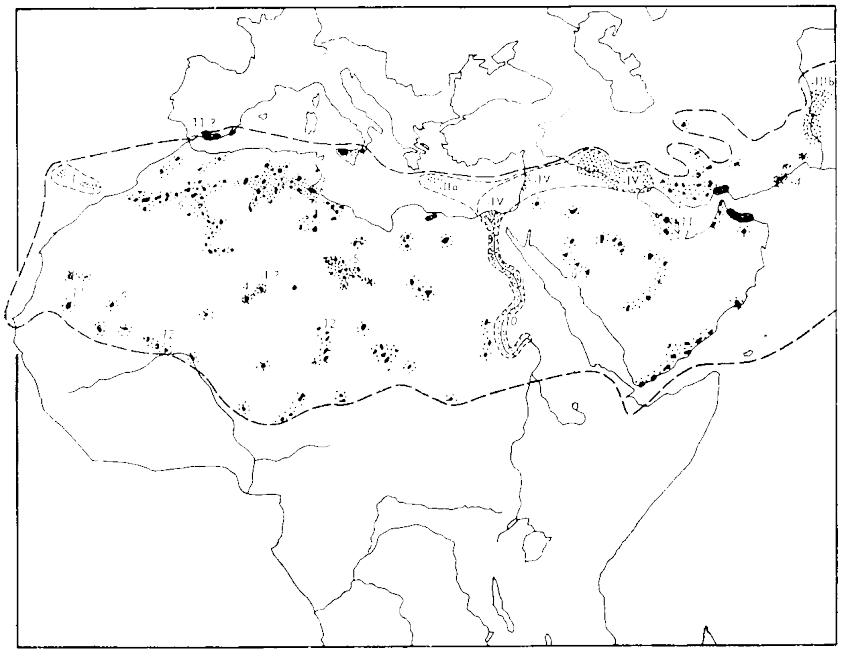


FIGURA 13. *La implantación de los palmerales desde el Indo al Atlántico*.
Los números romanos indican milenios; los números arábigos, siglos. Cuando van precedidos del signo − se refieren a antes de Cristo. Las cifras en itálica no indican la fecha de la primera aparición de la palmera, sino la de la primera vez que contamos con un documento que atestigua su presencia. Este mapa está tomado del *Atlas* provisional de la historia de las plantas cultivadas —de próxima publicación— cuyos autores son J. J. Hémardinquer, M. Keul y W. Randles. Demuestra la lentísima progresión del esfuerzo humano creador: es evidente que palmerales y rutas están interrelacionados en toda la vasta zona de la palmera datilera, del Indo al Atlántico.

Respecto a la proximidad con el Mediterráneo, aunque la transición resulte raramente violenta, la línea de demarcación, fácil de trazar, coincide con el límite norte de la larga zona puntiforme de palmerales compactos que, casi sin interrupción, va de este a oeste del Pendjab —pasando por Irak, Siria, el Bajo Egipto, Tripolitania y las diferentes regiones situadas al sur del Atlas — hasta el océano Atlántico. Considerada como un límite sumario, esta línea es tan digna de confianza como la que pudiera deducirse de los índices de aridez[6]. Nuestro mapa (fig. 13) la muestra con claridad: todo este espacio de palmeras y palmerales ha sido creado con suma lentitud por el hombre.

Pero ¿cuáles son al sur y al este los límites de esta inmensidad? Es evidente que se encuentran a miles de kilómetros del mar interior. Para llegar a ellos necesitamos transportarnos con la imaginación hasta el meandro del Níger, el Alto Nilo, las montañas de Abisinia, el Mar Rojo, Arabia, Irán, el Indo, el Turquestán, la India y el océano Índico… Universo desértico que nos asombra con sus colosales dimensiones: lo que en el Mediterráneo, de una ciudad a otra, requiere una jornada o una semana de viaje, reclama aquí semanas y meses. Cuando el veneciano Giacomo Soranzo habla de Persia en su relación de 1576[7], define con una sola frase su desaforada vastedad: «se puede viajar durante cuatro meses por el país sin salir de él». El calendario de distancias que ofrece el libro antiguo y erudito[8] de Aloys Sprenger lo dice también con toda claridad: cuando se va del Mediterráneo al Sahara crecen las etapas y los espacios; se produce un cambio total de escala. Se acentúa la importancia capital de los transportes y todo lo domina. A lo largo de estos recorridos interminables hay que recurrir para guiarse —nota Didier Brugnon — «a la brújula y el astrolabio como si se viajara por el mar»[9]. La superabundancia de espacios tan vastos condena a sociedades y economías a un movimiento perpetuo, más oneroso que en otras partes. La extrema movilidad de su gente, la amplitud de los desplazamientos pastoriles, el antiguo y pujante tráfico caravanero y la actividad de las ciudades, son respuestas, o intentos de respuesta, a este imperativo. Las ciudades quedan debilitadas por el esfuerzo. Si los «pueblos abandonados» constituyen una de las características de Europa Occidental, las «ciudades abandonadas» son la característica más notable de la historia de los países áridos. En unos pocos años la arena de las dunas engulle una capital con sus casas, calles y acueductos[10]. El voraz espacio es como el «incultivable mar» de Homero, el hombre solo tiene acceso a él «como viajero y huésped de paso»[11], no pudiendo hacer un alto en él más que a título temporal. «Es un mar sin agua», más vasto que el Mediterráneo mismo.

Pobreza y miseria

Inmensidad y vacío, es decir, miseria y pobreza: «sé encerrar mi hambre en los repliegues de mis entrañas como la hábil hilandera sostiene firmemente en la mano los hilos que sus dedos tuercen», canta un poeta árabe. Y un compañero de Mahoma, Abu Horaira, dice del profeta, «salió de este mundo sin haberse saciado ni una sola vez de pan de cebada…»[12]. Aun en el corazón de países opulentos, en Bagdad, por ejemplo, ¡cuántos pobres sueñan, como los humildes de las *Las mil y una noches*, con comer una galleta untada de mantequilla y con la flor de la harina! Ni siquiera se come en todas partes el pan negro o el indigesto cuscús —el *mâach*— de los pobres del Magreb: por lo general, hay que contentarse con la galleta de grano toscamente amasada, la *hessera* primitiva, hecha de cebada y rara vez de trigo.

País pobre, país sin agua desde tiempo inmemorial; país sin fuentes, ríos, plantas ni árboles. Llaman «pasto» a una mísera vegetación herbácea; la madera es rarísima. Con la zona árida comienzan las casas de arcilla; la interminable fila de aldeas que se extiende desde la India hasta el África tropical, son, como se ha dicho, «campos de barro». Las construcciones de piedra, cuando las hay, constituyen aquí, una obra de arte excepcional; los canteros construyen según una técnica especial consistente en colocar las piedras sin apoyarse en ninguna armazón de madera. Porque no hay madera: hay que recordar el precio que alcanzan en las tierras del islam los preciosos cofres de cedro. Pensemos, por contraste, en los bellos muebles del Renacimiento italiano, en los arcones y los bargueños que el arte toledano gustaba de realzar con aplicaciones de oro. Aquí, el problema no es la construcción de galeras o de navíos, como en el Mediterráneo; es la simple cocina cotidiana, el humilde fuego, que el campesino prende entre dos piedras. En las profundidades del desierto todo sirve de alimento: alguna ramita, raíces, hierbas secas, la paja o el esparto, la corteza de palmera datilera, «el estiércol de camello», de caballo o de buey que se ha secado al sol[13]. Ni siquiera las ciudades privilegiadas consiguen librarse de esta constante penuria. En El Cairo la gente usa como combustible el estiércol seco, o la *paja* de la caña de azúcar, o la muy rara y costosa leña que naves y galeras traen de Asia Menor y Alejandría. Soluciones precarias todas ellas: en noviembre de 1512[14] hay tal falta de combustible que incluso las cocinas de los altos dignatarios dejan de funcionar, pues, ¿dónde encontrar leña cerca de El Cairo?

A pesar de todo, plantas, animales y hombres han perdurado y se han mantenido en este espacio hostil, verdadero *anækoumène*, como si hubiera, no

solo un horror físico, sino un horror biológico de la naturaleza al vacío[15]. Así ha dicho un geógrafo. De hecho, en el curso de las amplias oscilaciones y catástrofes climáticas de la era cuaternaria, el hombre, al igual que los demás seres vivos, se ha visto con frecuencia sorprendido, atrapado y obligado a adaptarse lo mejor que ha podido: se pueden encontrar poblaciones residuales tanto entre los árabes de Arabia como junto a los tuaregs. En todo caso, salvo en los oasis, que raramente cubren áreas extensas, los hombres solo han podido mantenerse en pequeños grupos. Pero sin sus rebaños, ni siquiera esto habría sido posible. Estos desiertos han sido durante milenios la patria del asno, del caballo, del camello y del dromedario. En el Sahara corresponde al dromedario el papel predominante. «El hombre es el parásito del camello», dice una expresión habitual. Y con él comienza la gran historia de los desiertos. Sin embargo, «al hacer posible la nomadización y, paralelamente, un asentamiento humano menos localizado, el dromedario ha dado al hombre la facultad de explotar la vegetación en áreas cada vez más amplias y variadas», siendo, según un experto[16], «el agente intermediario responsable de la persistencia del desierto». Lo cual parece muy posible.

En el mejor de los casos, muy difícilmente llega a vivir el camellero de la leche, la mantequilla y el queso de sus animales, y su carne apenas la come. Conoce todos los «alimentos de la carestía»: los tuaregs de Air[17] utilizan más de una veintena de plantas salvajes, en especial las semillas del *drim*, del *mrokba*, del *fonio* silvestre, del *cramcram*, del *tawit* y los rizomas y tallos frescos del *berdi*[18]. Los tubu, a quienes podríamos llamar sus vecinos, obtienen su pan del fruto del *dûm*[19]. A esto se añaden los productos de la caza. En el siglo XVI todavía había corderos, asnos, bueyes y camellos, todos ellos en estado salvaje, además de gacelas y antílopes, y, en el Fars Iranio, la caza de la perdiz y la avutarda da lugar a animadas competiciones[20]. «Entre Babilonia y Alepo [nota un viajero del siglo XVII][21] solo hay cerros de arena, alcaparros y tamariscos que sirven de alimento a los camellos… y los únicos animales salvajes que he visto han sido asnos, caballos, gacelas y ciervos, que a veces pasaban en tales cantidades por delante de la *cafila* (caravana) que nos cortaban el paso». La pieza de caza más codiciada en el corazón del desierto siriaco es una variedad de rata, cuya carne se considera un manjar[22]. Que esta vida era muy dura, es fácil imaginarlo; que tenga —con la ayuda de la poesía y la fantasía— sus encantos, resulta aceptable. Un escritor moderno iraquí ha dicho: «Quien prueba una vez la comida de los beduinos queda hechizado para siempre por ella»[23].

Los nómadas dependen, por tanto, de los pastizales, y se ven obligados a moverse siempre de un sitio con agua a otro. Durante el periodo seco ningún ganado se puede alejar más de 50 kilómetros de un pozo. Cruzar los *tanezroufts* es siempre una hazaña y requiere cargar los camellos con paja y agua de reserva. Y hasta por la posesión del más magro de los pastizales surgen conflictos. Estas tierras, en apariencia *res nullius*, están gravadas por derechos de propiedad tradicionales, firmemente establecidos, pero que es preciso defender; el resultado: disputas y pillajes. Pero resulta más provechoso atacar al sedentario. Contra estas incursiones, contra estas picaduras de insectos, pudieron oponer muy poca resistencia la Siria y el Egipto del siglo XVI. Pedro Mártir de Anglería, el humanista que los Reyes Católicos envían al Sudán y que llega a Egipto en 1502, se dio inmediata cuenta de ello: si estos innumerables nómadas, *semper versans, semper in motu*, no estuviesen tan divididos entre sí, se habrían apoderado en el acto del país del Nilo[24]. Por cada expedición punitiva coronada por el éxito, ¡cuántas no vuelven con las manos vacías o únicamente con el magro botín de unos pocos cautivos, mujeres y niños beduinos![25] A diario, o mejor dicho, siempre que les viene en gana, los nómadas llegan hasta las mismas puertas de Alepo[26], de Alejandría[27] o de El Cairo. Será preciso, en noviembre de 1518, enviar una guarnición de soldados a Akaba para, desde allí, proteger los efectos de los peregrinos «de las incursiones de los beduinos, cada vez más numerosas»[28].

Vistas desde dentro, a la luz de estudios sobre el terreno, todas estas sociedades del desierto, tan sencillas a primera vista, revelan complicadas organizaciones, jerarquías y costumbres así como sorprendentes estructuras legales. Pero consideradas desde fuera, parecen polvo humano llevado por el viento. Comparadas con estas, las sociedades que en el Mediterráneo nos parecían extremadamente móviles, en particular las de las montañas, nos resultan súbitamente inmóviles y anquilosadas.

Los grandes nómadas

Pero también entre los grupos humanos del desierto hay que distinguir aquí dos razas, dos tipos de nómadas. En primer lugar los nómadas montañeses, con un pequeño radio de desplazamiento. Bajan al desierto para pasar el invierno en él; esto hacen hoy todavía los *ulad sidi cheikh* del sur de Orán, los tuaregs de Ajjers y del Hogar y los regueibat, que van al «acantilado de Zemmur», en el Sahara español. Al segundo tipo pertenecen los nómadas

que pasan el verano fuera del Sahara, en las estepas vecinas. Con frecuencia cubren grandes distancias, como las de rwalla, que van del desierto de Siria al Mediterráneo; o los beni larva, quienes, de acuerdo con el ritmo de las estaciones, van y vienen por los 800 kilómetros que hay entre Laghouat y las altas mesetas de Tiaret, a las que llegan en mayo y junio; o, en este caso, volviendo la espalda al Mediterráneo, los moros que durante la estación seca llegan a orillas del río Senegal[29].

Aquí nos ocuparemos solamente de esos grandes nómadas que vuelven regularmente al Mediterráneo de acuerdo con las estaciones.

Cada invierno las depresiones atlánticas invaden el Mediterráneo, llevándole la lluvia. En el sur y en el este, estas lluvias sobrepasan los límites estrictos del mar. En la región de La Meca las precipitaciones invernales de origen mediterráneo son cortas, pero a veces violentas. «He visto hasta un metro de agua en las calles de Djedda», apunta el general Brémond. Las lluvias distan mucho, naturalmente, de ser regulares. Harían falta mapas que no poseemos, relativos a la época que nos ocupa, para poder calcular exactamente el papel de la humedad que así aureola el Mediterráneo. Estas precipitaciones (una lluvia cada dos años, y cada cuatro en las regiones más lejanas) crean las estepas nutricias de los grandes nómadas, los pastos inmensos, infinitos, pero ralos y efímeros. Incluso, en las anchas depresiones de los *oueds*, los manchones de hierba crecen a veintenas de metros de distancia unos de otros. Pero, sobre todo, efímeros: la hierba, que brota con el invierno, va secándose poco a poco de sur a norte, desde finales de primavera. Huye delante de los rebaños y los conduce regularmente hacia las orillas del Mediterráneo, adonde llegan en verano, después de las cosechas. Pero hasta los rastrojos y las hierbas secas son un alimento para los animales del desierto. Hoy en día, las tierras cultivadas de los elevados altiplanos argelinos se emplean como pastos de ovejas. Cuando termina el verano, los rebaños descienden otra vez hacia los nuevos pastizales que van a brotar.

Este vaivén tiene sus dificultades. Para las largas etapas, hay que aprovecharse de las primeras lluvias del otoño o de las últimas lluvias de la primavera, porque en el Mediterráneo la estación lluviosa empieza antes del invierno y termina después de él; mas con frecuencia puede haber retrasos, y siempre etapas sin el menor asomo de pasto: paso obligado de zonas muertas. Pero en los años de sequía (el de 1945 fue uno de ellos, particularmente duro y mortífero), los pastos del sur se agostan totalmente mucho antes de tiempo. Entonces, las ovejas mueren por millares a lo largo de las rutas, las jibas de

los camellos extenuados se hunden peligrosamente y los nómadas se apartan de sus derroteros habituales en busca de la hierba que es su vida.

En el siglo XVI, los viajeros señalan con frecuencia a los pastores nómadas con los que se encuentran. Y es que entonces estos pastores llegaban hasta la orilla del mar en número mucho mayor que hoy en día. El bloqueo que los sedentarios establecen, y que consolidan actualmente ante nuestros propios ojos, era muy frágil en aquella época. En Asia Menor y en Siria los nómadas están en su propia casa. Belon du Mans los vio en el verano, cerca de Adana[30]. Grandes rutas de vida nómada cruzan la región del Magreb de norte a sur; en particular, a través de la estepa tunecina, donde no encuentran obstáculo alguno, o a través de las grandes planicies, secas y abiertas, al oeste y detrás de Orán. Todos los años, hacia finales de julio, ve Diego Suárez acercarse a Orán, donde él durante tanto tiempo estará de guarnición, a los uled abdala: han sembrado algunas tierras costeras el otoño anterior y tratan de proteger sus cosechas contra las incursiones de las tribus vecinas. El soldado-cronista, que ha visto a los árabes con sus camellos cargar contra los arcabuceros españoles, ha podido también observarlos en tiempo de paz y lo suficientemente cerca como para familiarizarse con su modo de cocinar, de conservar la carne frita en su propia grasa, de comer *alcuzcuzu* (el cuscús) y de beber la leche agria que ellos llaman *lebent*[31].

En Túnez se da la misma alternancia. Si en octubre de 1573 pudo don Juan de Austria recorrer Túnez sin contratiempos, fue gracias a que los nómadas habían abandonado ya las costas de Tunicia. En agosto de 1574, los turcos se apoderaron de la ciudad y el fuerte de La Goleta, porque los nómadas tomaron partido por ellos y les sirvieron de preciosos auxiliares para los transportes y los acantonamientos. Es la eterna historia: ya en 1270, los nómadas que servían en las filas del ejército tunecino, en cuanto llegó el final del otoño (San Luis acababa de morir) amenazaron con «volverse, según su costumbre, a los pastos del sur»[32].

Empuje e infiltraciones de la estepa

Este vasto movimiento que empuja a los nómadas desde las estepas hacia el mar y del mar hacia el desierto, ¿no será una de las grandes exigencias de la historia del Mediterráneo, o si se prefiere, uno de sus ritmos, infinitamente repetidos?

Todo marcharía bien si el flujo y el reflujo se sucedieran con la precisión de las mareas; pero, aparte de las sequías, otras mil causas vienen a desajustar

el complejo mecanismo y a incitar al nómada a no contentarse con el terreno que se le cede. De aquí las mil ocasiones que se le presentan para chocar con el hombre sedentario. La vida nómada reclama, por sobre todo, pastos, no cabe duda. Pero también, eventualmente, tierras de labor y centros de población que le sirvan de puntos fijos de aprovisionamiento y de bases para sus construcciones políticas.

Un ejemplo. Allá por el año 1550 la desértica zona sur de Tunicia fue testigo de la historia discretamente embrollada del pequeño Estado de los chaabias[33]. Al principio, los chaabias eran simplemente una tribu nómada. En circunstancias difíciles de precisar, lograron aproximarse por el norte a la ciudad de Kairuán, es decir, hasta el auténtico Mediterráneo de los olivos, los trigales y los campos de cebada. Kairuán era, además, una ciudad santa, una causa más, muy poderosa, de atracción y expansión. Los chaabias se apoderaron de la pequeña ciudad, aprovechándose de los desórdenes y la decadencia de los hafsidas, señores de Túnez y de su reino desde el siglo XIII, pero amenazados por el retraso económico del África Menor y por la intervención extranjera de cristianos y turcos. Sin embargo, teniendo por único punto de apoyo la ciudad de Kairuán (pues fracasaron en sus intentos de apoderarse, por el este, de los grandes conglomerados urbanos de Sahel y de sus eventuales tributarios), los chaabias fueron fácilmente desalojados cuando los turcos y Dragut tomaron la ciudad en 1551. El pequeño Estado de Chaabia, sin raíces, no tardó en morir como tal. Sin mayor precisión, las fuentes de información refieren que esta dinastía desapareció hacia el oeste, dejando tras de sí una estela de santidad. Y eso fue todo: habiendo salido de la nada esteparia, retornó a la estepa para perderse de nuevo en ella, sin haber logrado asirse a la vida sedentaria más que por un instante.

Historia mil veces repetida. En el siglo XVI existían alrededor de Trípoli otros Estados nómadas, que habían surgido, sin duda, en las mismas condiciones para desvanecerse con igual rapidez, sin haber tenido tiempo de cosechar los frutos de la estabilidad ni para tomar parte en la gran historia. Pero, en realidad, ¿acaso no fueron del mismo tipo que estas las grandes aventuras de los almorávides, los merínidas y los filalienos, que tan prolongada y profundamente modificaron el mundo marroquí? Pero junto a estos grandes acontecimientos históricos, hay también invasiones casi silenciosas. Una aventura de este género produjose en Anatolia a finales de la Edad Media[34]. Cuando Marco Polo la atraviesa, los campesinos habíanse levantado contra las ciudades en que vivían los *land-lords* griegos. Al abrazar la religión del islam y abrirse sus filas al nomadismo turco, y cuando las

ciudades se pasaron también al islam, ocurrió la gran transformación de que hemos hablado: un mundo que poco a poco se puebla, se apacigua, se sedentariza[35]. Porque, en los países mediterráneos, el nómada echa raíces. El que no se adapta a las agriculturas cuasitropicales de los oasis, se deja domesticar a veces por los hombres sedentarios del Mediterráneo, y se pliega por propia voluntad a los métodos simples y con frecuencia rudimentarios de cultivo. Marruecos nos ofrece sobrados ejemplos a este respecto.

En el curso de los siglos se han producido innumerables tránsitos de la estepa al Mediterráneo, planteando siempre de diferentes formas el problema del destino humano de la estepa, que es un problema de historia y de espacio. Hoy en día, el sedentarismo ha hecho enormes progresos. El obstáculo opuesto al empuje de la estepa se ha reforzado considerablemente; lo cual no impidió que en 1912 los saharianos trataran de revivir la hazaña de los almorávides, con El Hiba, el «Sultán Azul», hijo del marabú Ma-el-Ainin. Entraron como vencedores en Marrakech; pero el ejército francés los rechazó en seguida, haciéndoles retroceder hasta el desierto[36]. En 1920 y 1921, esta vez en el sur argelino, las autoridades francesas viéronse obligadas —o tuvieron, por lo menos, el buen acuerdo de hacerlo— a agrupar en campos la gran tribu de los larva, que se moría de hambre y había perdido dos terceras partes de sus ganados. No es difícil imaginarse lo que esta gente hubiera sido capaz de hacer para librarse del hambre. Y lo mismo en 1927 en el Nedj, esa especie de acumulador automático de los pueblos nómadas de Arabia —para usar una expresión de Lawrence—: las fuerzas amotinadas y ociosas del desierto amenazaban con explotar; «sin el control de la policía inglesa —escribe Alfred Hettner—[37], se reanudan las invasiones árabes». Desde Siria, habrían podido obtener nuevos refuerzos, como ocurrió antes, pues debido a la relativa abundancia de lluvias en el Líbano, los confines sirios siguen siendo todavía hoy una gran región de nomadismo.

Ejemplos dramáticos; pero hay además otros. Entre 1940 y 1945, privado el norte de África de sus medios normales de transporte, surgieron nuevamente allí los transportadores nómadas, en mayor número y, sobre todo, transportando hacia el norte una cantidad mucho mayor de mercancías que en los años anteriores a la guerra. Abandonados los camiones por falta de combustible, transportábase el trigo, como antes, en enormes sacos gemelos atados a ambos lados de la jiba de los camellos; sacos de pelo de cabra o de camello tejidos a mano por las mujeres del desierto. Fue, sin duda, este tráfico comercial el que contribuyó a difundir de nuevo por el África Menor las

grandes epidemias de otros tiempos y muy principalmente el tifus exantemático.

Las relaciones entre el beduino y el sedentario no se presentan solamente bajo el aspecto de un continuo conflicto. El beduino es frecuentemente llamado a la casa que codicia. La agricultura del Mediterráneo, tal cual es hoy, y tal cual era ayer, entraña un rápido agotamiento de los suelos, cuya fertilidad agota en grado mayor aún que las depredaciones de las que suele acusarse a las ovejas y las cabras de los nómadas. La instalación de estos puede corresponder a la necesidad de largos reposos de la tierra. Dice un geógrafo[38]: «No cabe duda de que el nómada y el sedentario son adversarios irreconciliables; pero al mismo tiempo se complementan: y aún mejor, se llaman los unos a los otros. Por su absurda obstinación en trabajar siempre el mismo campo —absurda, en un país árido, se entiende—, el cultivador aventurero de más allá del Tell abre el camino a los pastores; pero en cuanto se establece el imperio de estos, se consolida la seguridad y los transportes se hacen regulares y fáciles, el nómada cae en la vida sedentaria, como ocurre hoy en la estepa tunecina». Estas observaciones son de una gran importancia. El conflicto teórico entre el nómada y el sedentario, *deux ex machina* de tantas obras, es desplazado por otro conflicto mucho más próximo a la realidad y a la vida. Es cierto que el mejoramiento de la agricultura, la instalación de una técnica moderna que practica la rotación y el desplazamiento de los cultivos, va eliminando de un modo seguro la vida nómada. A la vuelta de unas cuantas decenas de años, el cultivo de los elevados altiplanos de Tiaret por los colonos argelinos, que los transformaron en tierras trigueras, alejó de allí a la casi totalidad de los camelleros que antes pululaban por aquellas tierras. Es un problema análogo al que contrapone al montañés y el campesino en la planicie.

Pero el conflicto entre el Mediterráneo y el desierto vecino es algo más que la rivalidad entre el arado y el rebaño; es un conflicto mucho más amplio y también más difuso. Se enfrentan las economías, pero también las civilizaciones, las sociedades y las maneras de vivir. Para los historiadores rusos, todo avance de la estepa tiene como prólogo un cambio de estructura de las sociedades: el paso de estadios primitivos a formas «feudalizadas»[39]. Conocemos también el papel que han desempeñado ciertos periodos de misticismo religioso en los movimientos conquistadores del islam; y también ciertos ascensos demográficos. El nómada se aprovecha, asimismo, de todos los infortunios, de todas las debilidades del sedentario, además de los reveses agrícolas. Sin esas complicidades, queridas o no, del medio sedentario —

entendiendo por tal una civilización bien asentada— no podríamos comprender nada de ese drama oscilante, oscuro y más o menos silencioso.

Émile-Félix Gautier piensa que el norte de África, en el siglo XVI, estuvo dominado por los nómadas más que en ningún otro tiempo[40]. Pero también la península pasaba entonces por una serie de crisis: la crisis económica resultante de la perturbación del tráfico sahariano, la crisis causada por las guerras extranjeras, por las conquistas portuguesas, españolas y turcas. Estos últimos restablecieron el orden en el centro y en el este del Magreb; pero no sin oposición, pues las prolongadas dificultades habían creado una situación incierta, dramática, revolucionaria. Refugiados hasta en los oasis del Tuat, los desterrados andaluces ayudaron a las metrópolis religiosas del desierto a predicar la Guerra Santa y a actuar. Es evidente que esta retirada de los centros marabúes hacia el desierto del sur, tan clara entre el siglo XV y el siglo XVIII, es un gran hecho histórico[41]. Produjose, así, algo verdaderamente inesperado: en Marruecos, restablecieron el orden los jefes procedentes de Sous; la pacificación la hizo, en rigor, el desierto. En las regencias de Argel, Túnez y Trípoli, las dificultades surgidas a finales del siglo XVI guardaban relación con la agitación de los «alárabes», como dicen los textos españoles refiriéndose a los árabes nómadas, quienes a menudo estaban en connivencia con los «moros» de las ciudades, en contra del invasor turco. Esto es lo que explica la importancia de la agitación que, durante los diez últimos años del siglo XVI, adquiere carácter endémico en la costa sur del Mediterráneo, desde Gibraltar hasta Egipto.

Parece, pues, que los nómadas han tenido un papel cada vez más importante en el África Menor, pero sería más exacto decir que toda esta región resultó afectada por el movimiento de la época, progresando tanto el nomadismo como las demás formas de vida. Por otra parte, el nómada no logrará triunfar de los arcabuces y artillería turcas ni de los cañones de los jerifes marroquíes.

Podrá lograr de vez en cuando éxitos locales, golpes de sorpresa y levantamientos de enormes regiones; pero no pronunciará nunca la última palabra. Y es que, militarmente hablando, la táctica había cambiado. El nómada, hasta entonces vencedor, soldado nato, jinete incomparable, es puesto fuera de combate por la pólvora de cañón, que impondrá durante siglos —y todavía hoy— las nuevas reglas de la guerra. Lo mismo contra los nómadas de Kazán en el Volga, que contra los mongoles del norte de China, o contra las tribus del África y el Cercano Oriente[42].

Las caravanas del oro y las especias

La historia corriente de los nómadas debe distinguirse de las grandes comunicaciones caravaneras, viajes a larga distancia que conducen de un extremo a otro de los desiertos y unen el Mediterráneo, desde hace siglos, al Extremo Oriente por una parte, y por la otra, al *beled-es-Sudan*, al África negra. Difieren tanto una de otra como la navegación de cabotaje de la de altura. Las caravanas son asunto de mercaderes y, en consecuencia, de ciudades y economías activas en un contexto a escala mundial; son un lujo, una aventura, una operación complicada. El siglo XVI las ha heredado; se sirvió de un elemento no creado por él, conservándolo intacto y entregándolo a los siglos posteriores sin mayores cambios. Las declaraciones de Gobineau, de G. Schweinfurth[43], de René Caillé, de Brugnon[44], y de Flachat[45] reproducen las de Tavernier, y encajan, en igualdad de circunstancias, con las de aquel inglés anónimo que, en 1586, siguió a la suntuosa caravana de peregrinos que partieron de El Cairo hacia La Meca[46]. Esta caravana se formó en «Birka», a tres leguas de El Cairo, veinte días después del fin del Rhamadán. Agrupaba unas 40 000 mulas y camellos y unos 50 000 hombres, entre comerciantes ansiosos de cuidar sus mercancías y que marchando a la vanguardia vendían a veces a lo largo de la ruta seda, coral, estaño, trigo y arroz, que trocaban sobre todo en La Meca, y peregrinos despreocupados que no tenían otra cosa que defender que sus personas y formaban la retaguardia. Este pueblo en marcha de pobres y ricos tenía un jefe de armas, el «capitán» de la caravana, y guías que, durante la noche, alumbraban el camino con antorchas. Pues la caravana poníase en marcha, de preferencia, entre las dos de la mañana y la salida del sol, para aprovechar las horas frescas de la noche. Formaban la escolta dispuesta contra los árabes salteadores de las orillas del Mar Rojo 200 spahis y 400 soldados, más una pequeña artillería de campaña, seis piezas tiradas por una docena de camellos, destinadas a aterrorizar a los beduinos y a hacer salvas a la entrada de La Meca, «*to make triumph*», como dice el narrador.

Caravanas enormes, como vemos, medio religiosas, medio comerciales, y que marchaban a buen paso por el desierto. Esta de que hablamos cubrió en 40 días el difícil recorrido entre El Cairo y La Meca. Cada caravana llevaba una gran abundancia de bestias de carga (para aprovisionar al ejército turco se llegaba a la requisa de hasta 30 000 y 40 000 camellos a la vez) y gran cantidad de viajeros, sometidos a la estricta disciplina del convoy, viviendo por sus propios medios, sin pedir en las regiones que atravesaban más que el

agua y el combustible necesarios para cocinar y para mantener a los animales… El poner en movimiento tan costoso medio de transporte requería un tráfico muy remunerador: en el Sahara, el comercio de sal, de esclavos, de telas y de oro, y en Siria el pingüe negocio de las especias, de las drogas y de la seda. Este tráfico era, por lo común, más o menos regular y permanente.

Es muy probable que en los siglos XV y XVI el volumen del comercio sahariano haya aumentado en general, más o menos rápidamente, después de los grandes descubrimientos portugueses y a pesar de ellos. Sin duda a partir de 1460, y la ocupación portuguesa de las costas de Guinea ha orientado en esta dirección una parte del comercio sahariano; de ahí la larga crisis del oro, de la que luego hablaremos. Pero esto no ha impedido que las grandes rutas saharianas continuaran en el siglo XVI canalizando el metal precioso en dirección de África Menor y Egipto[47], y de atraer hacia el sur las consiguientes corrientes compensatorias de hombres y de mercancías. Sería tentador explicar por las intermitencias de las exportaciones de oro aquella incursión de Salah Rais, «rey» de Argel que en 1556 llegó hasta Uargala, o el raid mucho menos conocido, y sin duda más importante —puesto que atravesó el Sahara de parte a parte—, que llevó al Pachá Djuder, con sus marroquíes y sus renegados españoles[48] hasta Tombuctú en 1591. ¿Explicaría acaso esta expedición por qué tres años más tarde, en 1594, el inglés Madoc vio arribar a Marrakech treinta mulas cargadas de oro?[49]

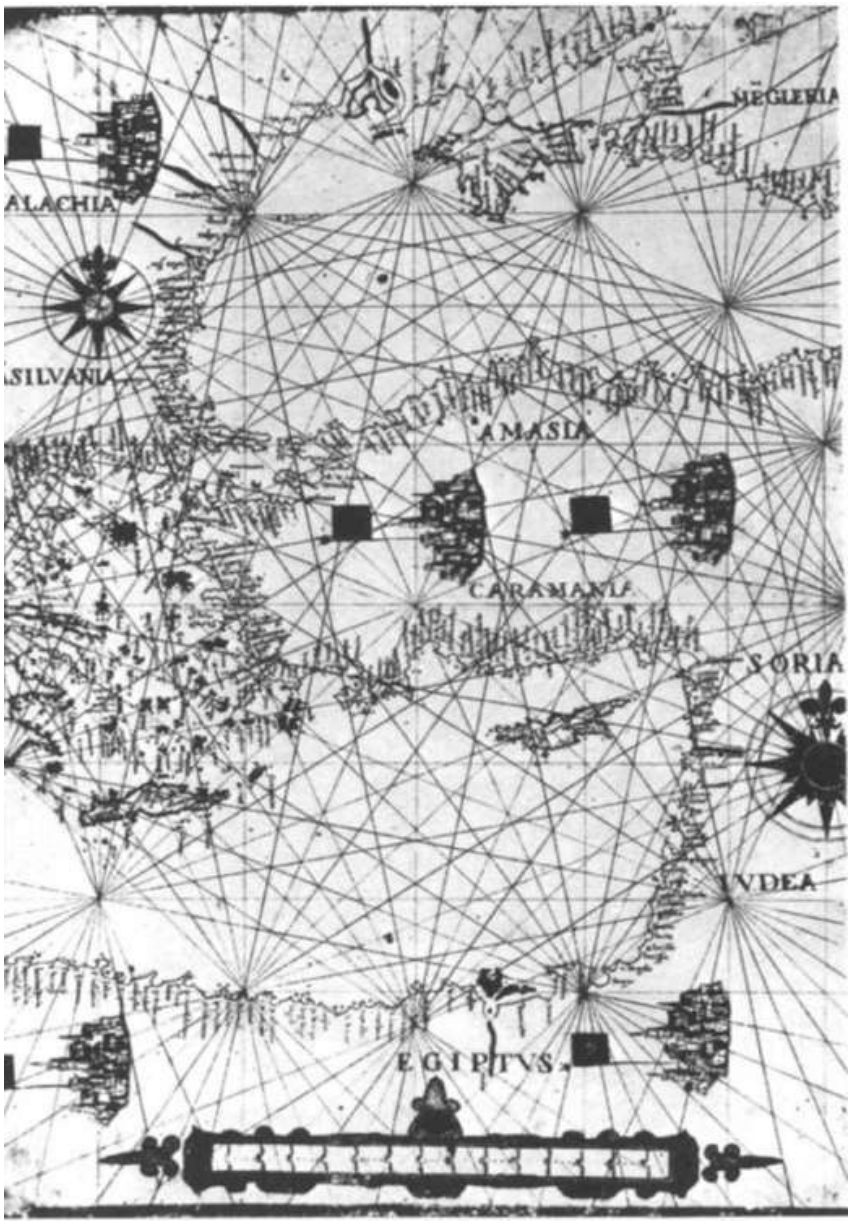


Foto: *B. N. Madrid*.
5. *Portulano (siglo XVI) del Mediterráneo oriental, Biblioteca Nacional de Madrid, Ms. 17 818 f. 4.*

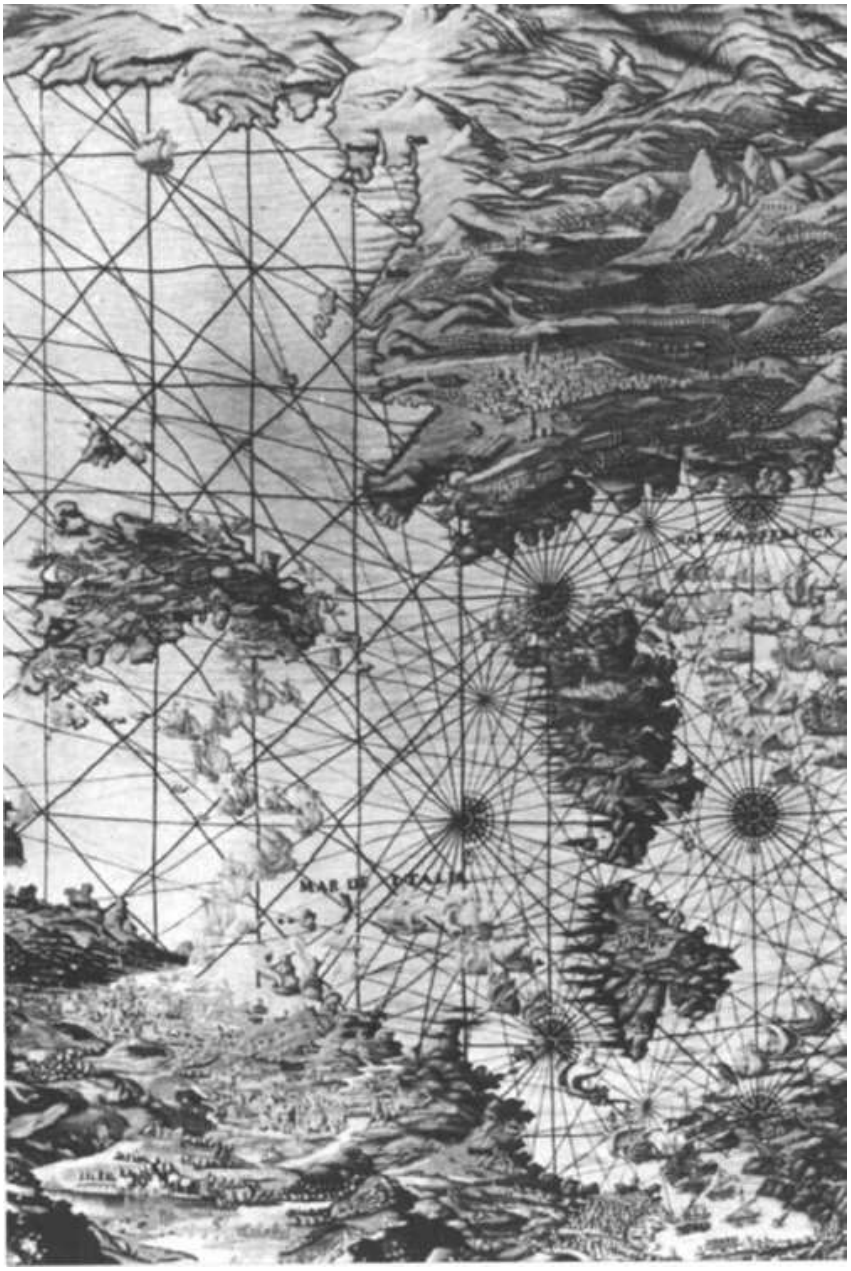


Foto: *A. C. L., Bruselas*
6. *Tapiz I: Detalle. El mar entre Génova y Túnez*, cf. *lámina 7*.

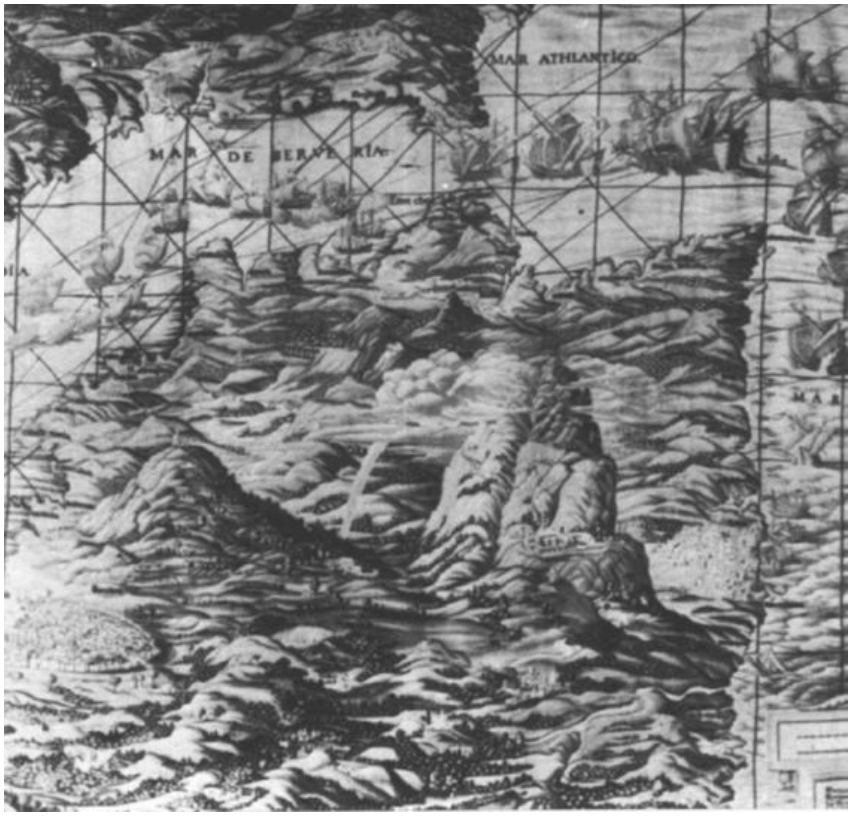


Foto: *A. C. L.*, Bruselas.
7. *Tapiz II: Detalle de los notables tapices del Museo de Viena, representando la expedición de Carlos V contra Túnez (1535), y ejecutados según un dibujo hecho por Vermeyen, artista flamenco que acompañó al emperador. Aquí vemos el* Mar de Berveria *y España; la lámina 6 muestra el mar entre Génova y Túnez*, Mar de Affrica et Mar de Italia.

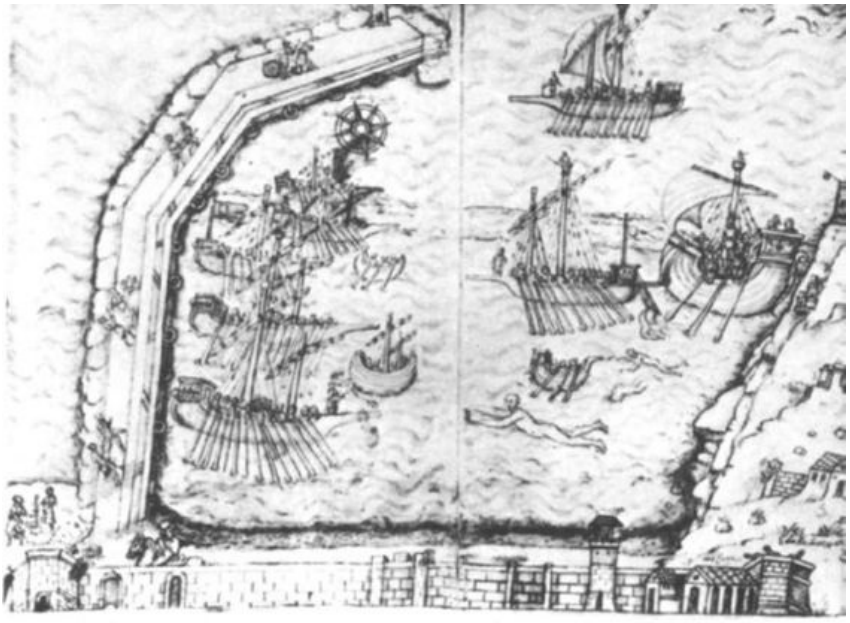


Foto: *B. N. Madrid*.
8. *El puerto de Barcelona. La presencia del rompeolas permite considerar este dibujo como una representación tardía, probablemente de principios del siglo XVII. Obsérvese la galera remolcando el navío redondo. El Arsenal aparece en la parte baja del dibujo.*



Foto: *Archivos de Mantua*.

9. *En el Bósforo. Un dibujo, hecho por un prisionero italiano, que muestra los dos castillos que dominan el estrecho. En la parte superior, la fortaleza anatolia (Anadolu-Hisar); en la inferior, la de Rumelia, en la parte europea (Rumeli-Hisar). A. d. S Mantua, Gonzaga EXXII 3, Busta 795, alrededor de 1573.*

[I-241]

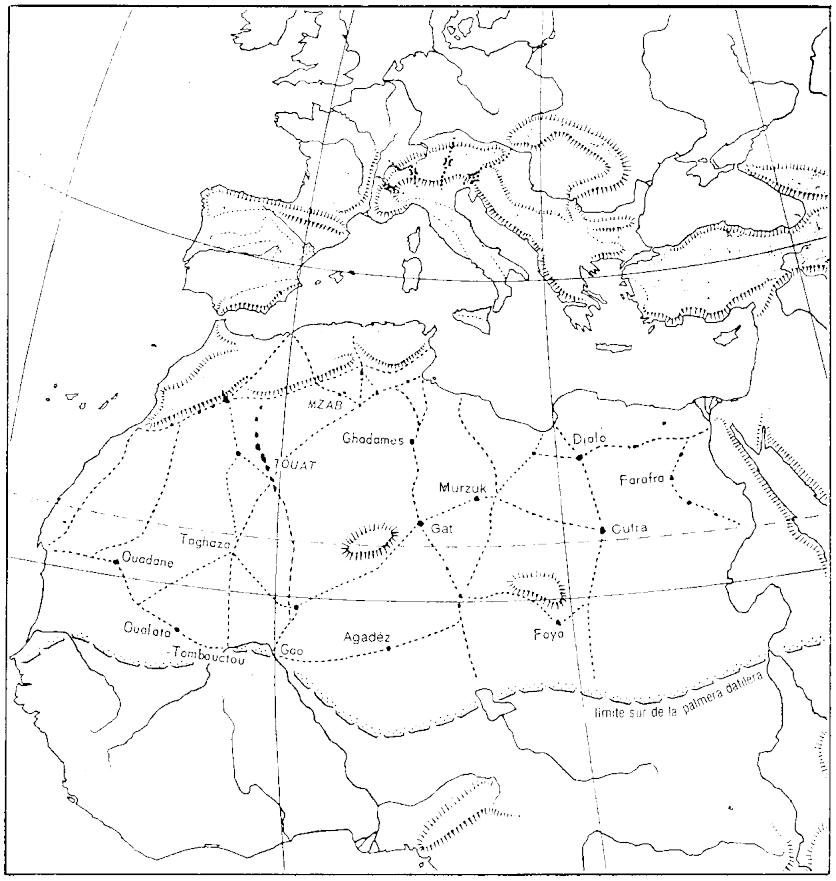


FIGURA 14. *Caravanas saharianas, siglos XV y XVI.*
Mapa tomado, en lo esencial, de la obra de Vitorino Magalhães Godinho, *Os descobrimientos e a economia mundial*, 1963, que hace particular referencia al siglo XV. Las rutas a través de África del Norte apenas han sido esbozadas. La prosperidad de Argel no se consolida hasta el siglo XVI, en las últimas décadas de la centuria. Naturalmente, las rutas del Magreb al África negra se vieron sujetas a desplazamientos y a actividades cambiantes. En cuanto a Abisinia, será el Nilo la ruta principal que lleve a ella.

Esta veloz visión de conjunto refleja la naturaleza fragmentaria de nuestra información. Con una claridad igualmente imperfecta se identifican los tráficos que animan el valle del Nilo, ruta natural del comercio de Abisinia a Egipto, y a la inversa. Por esta ruta llegaban a Turquía las plumas de avestruz con que se empenachaban los jenízaros y los spahis[50]. Era también esta, esencialmente, una de las rutas importantes del oro, de lo cual encontramos pruebas en el siglo XVI. Tavernier la señala aún en el siglo XVII[51]. En la época de Felipe II, mientras Europa pasaba al régimen de la plata, de la plata americana, el islam turco, por lo que parece, seguía viviendo del oro de África. No se puede decir, sin duda, que recibiera este oro en abundancia, pues importaba metales preciosos de la cristiandad en mayores cantidades cada vez. Sin embargo, es curioso que a finales del siglo y después de algunos pequeños incidentes, Turquía se afirmara como una zona de oro, a diferencia de la Persia de los Safévides, que era una zona de plata[52]. Había dos líneas caravaneras esenciales en el Cercano Oriente: una correspondía a la ruta de La Meca, con punto de partida en Siria o en El Cairo; otra iba de Alepo al Tigris[53]. Según Tavernier, la navegación se apartó del Éufrates a causa de sus molinos, por lo menos hasta 1638, fecha en la cual el ejército turco lo utilizó como vía de comunicación[54]. El Tigris solo era navegable a partir de Bagdad[55]. Ambos complejos de rutas se dirigían al océano Índico, una en dirección al golfo Pérsico, la otra en dirección al Mar Rojo, llegando a los puertos egipcios de Tor y Suez, o a Djedda, puerto de peregrinos y estación final de las navegaciones que unían al Mar Rojo con la India y la Insulindia[56]. Estos enlaces existían desde hacía siglos, y su prosperidad, iniciada en los siglos XII y XIII, se mantenía todavía boyante en el siglo XVI. Ellos proporcionan el lazo de unión entre los transportes marítimos y el tráfico de las caravanas, aunque de vez en cuando se produjesen, según las circunstancias, retrasos y fallos de enlace en las etapas o presencias de competidores: con todo, el sistema siempre se reajusta en un modo u otro y continúa resultando eficaz. Lo que no quiere decir que el Mediterráneo y el mundo que lo prolonga hacia el océano Índico sean «un solo ser viviente», como dijo tan elocuente como exageradamente Jacobo Burckhardt. Es indudable que la geografía dictaba de antemano las rutas, a causa de la estrecha franja de tierra que separa Siria del golfo Pérsico, y el todavía más estrecho istmo de Suez. Pero no todo fue dictado por estas circunstancias naturales, y, por otra parte, el paso por estas tierras desérticas ha representado siempre un obstáculo, solo superable a costa de un gran esfuerzo.

Antes y después de la llegada de Vasco de Gama, el océano Índico es un universo autosuficiente; recibía el trigo de Diu, las telas de algodón de Cambaya, los caballos de Ormuz, el arroz y el azúcar de Bengala; y el marfil, los esclavos y el oro de la costa austral de África. Estas tierras tenían de qué vivir; las necesidades y la producción estaban en ellas bien equilibradas. El Índico requiere del exterior lo superfluo. Del Pacífico, la seda, la porcelana, el cobre, el estaño y las especias; y del occidente europeo los tejidos y, en mayor grado, las piezas de plata. A no ser por la continua oscilación de los valores de las monedas de plata, la larga ruta del océano Índico no se hubiera dejado suplantar fácilmente por la del Mediterráneo. En el Mediterráneo había demanda de pimienta, de especias, de seda, una demanda acuciosa y febril; pero sin la pasión de la India y la China por el metal blanco esta demanda podía, posiblemente, haber quedado insatisfecha.

El comercio de Levante acusa una extrema tensión: no es ni natural ni fluido. Supone una continua sucesión de esfuerzos, de etapas, sin los cuales la ruta no sería posible, y ello hace que se torne muy frágil y complicada. Cualquier choque un poco violento, y todo el sistema se trastrueca. Basta pensar en lo que significa la conservación de un saco de pimienta procedente de la India, o de un saco de clavo o de canela importado de Insulindia, hasta llegar a alguna tienda de Alepo y de allí a Venecia, o a Núremberg…

Los oasis

Nomadismo de rebaños y de hombres, caravanas de transporte, incesante movimiento de pueblos eternamente en marcha: tales son las características más evidentes, para un occidental, de las regiones áridas. Sin embargo, el desierto no es solamente movimiento. Si olvidásemos esto, menospreciaríamos las ciudades inmóviles y las tierras preciosas que las rodean, obras de arte de civilizaciones rurales sabiamente creadas para la explotación del agua fluvial, del agua de las fuentes o del agua subterránea. Esta victoria, obtenida desde hace milenios por el hombre del Cercano Oriente, comenzó quién sabe cuándo, hace muchísimo tiempo, tanto en Egipto como en Mesopotamia o Irán, en el Turquestán y en las márgenes del océano Índico, y transmitida, enseñada, y a la par renovada y enriquecida, se propagó hacia el norte de África y el Mediterráneo meridional.

Estos oasis son apenas puntos, minúsculos puntos de apoyo. En el siglo XVI, Egipto era una doble franja de campos cultivados, con un delta mal conquistado por el hombre. En la época de su antiguo esplendor,

Mesopotamia era una extensión de 20 000 a 25 000 kilómetros cuadrados[57] de fértiles jardines con gran abundancia de aguas: extensión casi imperceptible sobre el mapa. Pero los oasis son puntos de concentración de población, de verdaderas ciudades agrícolas, donde las calles corren paralelas a los canales de irrigación. Su vida puede comprenderse examinando los actuales jardines-huertos del sur argelino, cercados por muros de tierra, con su sabia irrigación, su legislación sobre las aguas, sus gobiernos diligentes, su régimen de cultivo aún más tiránico que el de las llanuras del Mediterráneo. ¿Qué es el régimen de trabajo de los arrozales de Lombardía, comparado con la vida reglamentada por el código de Hammurabi? En Valencia y en otras regiones donde los riegos han introducido sus leyes estrictas, hay, a pesar de todo, lugar para el individualismo, para una semilibertad. El oasis impone una coacción total; y a semejanza de las más auténticas llanuras, reclama brazos, exige y consume gran número de hombres.

En este clima hostil, el hombre se desgasta; hacen mella en él una serie de epidemias, además del paludismo. En su viaje a Egipto, Belon du Mans tenía la cara tan plagada de picaduras de mosquitos que pensó que tenía sarampión[58]. La vida del oasis exige, pues, un constante reaprovisionamiento de hombres. La esclavitud de los negros existió en los oasis saharianos mucho antes que en América. Y lo mismo en Egipto, que durante todo el curso de su historia ha sostenido lazos permanentes con el Sudán y Abisinia; de ahí los rasgos negroides que marcan a tantos fellahs de las orillas del Nilo. En cuanto a Mesopotamia, parece haber sido tributaria de las montañas que la rodean por el norte y el este. En la Edad Media era una sucursal de Persia, que encontró aquí campo propicio para esparcir las flores de la civilización y para situar en estas tierras sus grandes peregrinaciones y sus capitales. Se dice que la incuria de los turcos acabó con los jardines persas de Mesopotamia. ¿Pero es esto exacto? ¿No lo harían más bien deliberadamente? Al separarla de Irán, Mesopotamia quedaba cortada de su indispensable fuente de aprovisionamiento de hombres. Al beduino ya no le era difícil llevar sus rebaños hasta los confines de ese país moribundo, ni instalar allí, a menudo, su rudimentaria agricultura de aprendiz de sedentario.

Excelente ocasión para medir de nuevo cuán frágiles son los cultivos agrícolas —los de las planicies o los del oasis—, en cuanto son una obra que constantemente hay que recrear, asegurar y defender contra enemigos naturales siempre en acecho; en el caso de Mesopotamia, estos enemigos son la arena, el azolve de los canales y la ruptura de los diques, además de esos seres casi primitivos que vagan nómadas por las estepas vecinas y de los

cuales hay que protegerse como de la langosta. Todavía a finales del siglo XIX no había en Mesopotamia una sola ciudad que no poseyera su torre y sus vigías para señalar las incursiones de los pastores[59]. Por otra parte, el beduino no se adapta bien a la vida tropical del oasis, ni a sus alimentos, en su mayor parte vegetales. Pertenece a este tipo atlético de nómadas de piernas flacas y de tórax estrecho, a la *Brustrasse*, como la llaman los antropólogos alemanes. El hombre del oasis, en cambio, pertenece a la *Bauchrass*, a la «raza abdominal», tipo de campesino ventrudo a lo Sancho Panza, inflado por los alimentos vegetales. Es un hecho comprobado que el nómada que se sedentariza se instala generalmente en las márgenes mediterráneas, y no en el oasis. Recordemos el papel que los sedentarios de origen iranio desempeñaron en la historia de Ferghana. Fueron ellos, al parecer, quienes se posesionaron del valle del Syr Daria, deforestando las laderas, con frecuencia cubiertas de bosques impenetrables, y drenando las marismas entre los espesos cañaverales; todo esto fue obra suya, y no de los nómadas y los seminómadas que pululaban a su alrededor[60].

No cabe duda que los oasis, grandes y pequeños, no son bases de poderío. Aprovechados desde hace mucho tiempo, han sido los islotes fértiles sobre los cuales se erigió «la civilización oriental», que milenios después iba a producir el islam. Fueron los primeros «paraísos», con sus árboles, sus aguas frescas y sus rosas. Si no fue aquí, en verdad, donde se encontraron tantas plantas útiles y tantos utensilios agrícolas como el arado, sí fue, desde luego, donde antes se aprovechó todo ese material. Lo cual no implica que, como pretende Alfred Hettner, hayan sido los oasis toda la base del Oriente. Parece que, para basar sus explicaciones, los geógrafos se obstinan frecuentemente en optar entre uno de los dos elementos opuestos y complementarios de la vida del desierto, como si estos elementos pudieran separarse; como si el nómada no se alimentara de la estabilidad de las ciudades, y la ciudad de las rutas del nómada; y, sobre todo, como si uno y otro no fueran dos elementos íntimamente asociados en una historia más grande que la suya, elementos necesarios, ambos, para comprender la grande y singular historia del islam, que es hijo del desierto.

El área geográfica del islam

Pues «el islam es el desierto», como reafirma el ensayista Essad Bey[61]. Es su vacío, su dureza ascética, su misticismo inherente, su devoción por el sol implacable como principio unitario de los mitos, y las mil consecuencias

de su carencia de hombres. También las civilizaciones del Mediterráneo se engrandecieron sobre el determinismo del vacío del mar. Aquí se anima la circulación de naves y de barcas; allá, la circulación de caravanas y de pueblos eternamente nómadas. Al igual que el mar, el desierto es movimiento; lo es también, por tanto, el islam. No menos que las mezquitas y los minaretes, dice Vidal de la Blache, los bazares y las posadas de las caravanas son las características de su civilización[62]. Y el desierto debe a esta movilidad su innegable homogeneidad humana. «Comparad a un tártaro manchú con un tártaro de la Besarabia, y en vano buscaréis el intervalo de las mil quinientas leguas que los separan: el clima difiere poco, el gobierno es el mismo…». Así escribía el barón de Tott[63]; y es muy cierto.

Huyamos, sin embargo, de reducir lo complejo a lo simple y, más aún, a lo excesivamente simple. El islam es la totalidad de las realidades humanas que implica el desierto, concordantes y discordantes, el complejo de esa familia de problemas geográficos que hemos señalado. Enumeremos una vez más: las grandes rutas caravaneras, creadoras de ciudades, de riquezas y civilizaciones milenarias; las zonas ribereñas, pues el islam ha vivido de esos *Sahels*, de esas franjas de vida sedentaria desplegadas frente al Mediterráneo, a lo largo del golfo Pérsico, del océano Índico y del Mar Rojo, y en contacto también con la región sudanesa; los oasis y su acumulación de poder, que Hettner juzga esencial; la estepa, en fin, gran agente de circulación y de ventilación, y, en términos humanos, responsable del dinamismo del islam, del empuje que lo llevó en todas direcciones y especialmente hacia el mar interior. El islam es todo eso: es la unidad política y cultural de la inmensa zona, que como una larga ruta tendida entre el océano Atlántico y el océano Pacífico, atraviesa la enorme y rígida masa del Viejo Mundo. No fue otra la obra de Roma cuando constituyó la unidad del Mediterráneo.

El islam es, pues, la circunstancia histórica que a partir del siglo VII ha funcionado como unificadora del Viejo Mundo. Entre estas totalidades densamente pobladas, Europa en sentido lato, las Áfricas Negras y el Extremo Oriente, el islam detenta los pasos cruciales y vive de su provechosa función de intermediario. Nadie puede transitar por allí sin su consentimiento o tolerancia. En este mundo sólido, a cuyo centro falta la flexibilidad de las amplias rutas marítimas, el islam es lo que será más tarde la Europa triunfante a escala mundial: una economía y una civilización dominantes. Forzosamente habrá de tener debilidades esta grandeza: carencia crónica de hombres; una tecnología imperfecta; querellas internas en las que la religión es tanto el pretexto como la causa; la dificultad congénita, para el primer islam, de

controlar los desiertos fríos, o al menos hacerse con ellos al nivel del Turquestán o de Irán. Ese era el punto débil del sistema, junto o detrás de las puertas de Dzungaria, entre la doble amenaza mongola y turca. Y como última debilidad: el islam resulta muy pronto prisionero de su propio triunfo, de la agradable convicción de ser el centro del mundo, de haber dado con las soluciones efectivas y no necesitar buscar otras. Los navegantes árabes conocen los dos perfiles del África Negra, el Atlántico y el Índico, y sospechan que el océano los pone en contacto, pero no se molestan en buscar la confirmación[64].

Así las cosas, llega, con el siglo XV, el resonante triunfo turco: un segundo islam, un segundo orden islámico, unido esta vez a la tierra, al jinete, al soldado, un islam *nórdico*, que por la posesión de los Balcanes, se adentra profundamente en Europa. El primer islam había alcanzado España al final de su impulso. El centro mismo de la aventura otomana se encuentra en Europa, en una ciudad marítima que iba a triunfar sobre ellos y a traicionarlos. La determinación con que Estambul se dedica a sedentarizar, organizar y planificar es de estilo europeo[65]. Por su causa se embarcan los sultanes en conflictos periclitados y son incapaces de distinguir cuáles son los verdaderos problemas. En 1529 los turcos renuncian a abrir un canal de Suez que ya habían comenzado a excavar; en 1538 no se lanzan a fondo en la lucha contra los portugueses, dedicándose, en cambio, a mantener una lucha fratricida contra Persia, en la tierra de nadie de sus respectivos confines; en 1569 fracasan en el intento de conquistar el Bajo Volga y en el de la reapertura de la ruta de la seda, y se gastan en las inútiles guerras del Mediterráneo, cuando el problema radicaba en la necesidad de salir de ese círculo encantado; desaprovecharon todas sus oportunidades[66].

II. EUROPA Y EL MEDITERRÁNEO

Las tierras de Europa flanquean el Mediterráneo por el lado norte, desde el Mar Negro hasta el estrecho de Gibraltar. Si, en este caso, el historiador se empeña en trazar límites, tropezará forzosamente con más dudas que el geógrafo y, *a fortiori*, que el geólogo. «Europa, noción confusa», escribió Henri Hauser. Para el historiador es un mundo doble o triple, formado por seres y espacios diferentes y trabajados de modo distinto por la historia. En la medida en que se posesiona, en que impregna fuertemente el Mediodía de

Europa, el Mediterráneo ha contribuido no poco, por su parte, a oponerse a la unidad de Europa, a la que atrae hacia sí y divide en provecho propio.

Los istmos y sus rutas meridianas

La masa de tierras que Europa interpone entre las aguas azules del Mediterráneo y esos otros Mediterráneos del norte que son el Báltico, el mar del Norte y el de la Mancha, se adelgaza progresivamente hacia el oeste y aparece cortada por una serie de rutas meridianas, de istmos naturales que todavía hoy son decisivos para los cambios de la historia: el istmo ruso, el istmo polaco, el istmo alemán y el istmo francés.

Por el oeste, también la península ibérica presenta rutas transversales, pero orientadas de oeste a este, del mar al océano: tales las rutas que llevan de Barcelona a Navarra y a las Provincias Vascongadas por la cuenca del Ebro; tal la importante transversal de Valencia a Medina del Campo y a Portugal, o esas rutas terrestres de Alicante y de Málaga a Sevilla[67], que permiten sortear el paso por Gibraltar. No nos interesarán, por el momento, estas rutas de España. Su orientación las coloca muy aparte; además, sigue en pie el viejo problema de si España forma o no parte de Europa. Sin embargo, para comenzar nuestra investigación, tenemos como punto de partida la gran línea que los geólogos trazan en los mapas desde el golfo de Gascuña hasta el Cáucaso. Para nosotros, son las rutas situadas al norte de esta línea las que plantean el verdadero problema histórico y geográfico, mejor dicho, la serie de verdaderos problemas, de los lazos entre Europa y el Mediterráneo.

Esta Europa reducida que queda al norte del espacio mediterráneo dista mucho de ser homogénea, a pesar de contrastar violentamente con el Mediterráneo y las tierras mediterráneas: frente a los vergeles y a los viñedos del sur, es, por excelencia, el país de los tupidos bosques[68], las planicies descubiertas, las praderas de los grandes ríos navegables; solo excepcionalmente posee los árboles y arbustos nutritivos que son la salvaguarda de la vida mediterránea: el olivo, la higuera, la vid, el castaño… y nunca los posee todos a la vez; por sus grandes espacios, es la región de los vehículos, hasta el punto que Dantiscus, el embajador polaco, yendo de Anvers a Brujas y Calais, en el otoño de 1522, escribe, como la cosa más natural: *ex Antverpia per currus ut hic fieri solet*, es decir, como aquí es costumbre[69]; mientras que el sur es la tierra de las caravanas de muleros. La futura reina de España, Isabel de Valois, y su séquito apenas llegaron a la frontera de este país en enero de 1560, con sus carrozas, sus bagajes y sus

personas, hubieron de transbordar a los lomos de las bestias de carga, que los trasladaron hasta el corazón de la Península[70]. Lo mismo le ocurrió, medio siglo más tarde, en 1502, a Felipe el Hermoso, en su primer viaje a España.

El Norte es el país de la cerveza, de las bebidas de granos fermentados. Ya lo era en los tiempos de la Germania de Tácito. Las primeras fábricas de cerveza se instalaron en Constanza en el siglo XVI[71]; los dominicos introdujeron la cerveza en Lorena; pronto penetró en Inglaterra, como dicen los refranes populares, al mismo tiempo que el lúpulo y que la Reforma[72]. Marco Ottobon, el secretario enviado por Venecia a Danzig, en el invierno de 1590-1591, para comprar trigo, se asombra, al verano siguiente, de la llegada de 200 navíos holandeses, todos ellos en estado lamentable y pésimamente equipados, que vienen a llevarse el grano de clase inferior, *gli grani per birra*.

A un individuo mediterráneo, estos países (y no solo Polonia) le resultan extraños: allí el vino es un lujo que alcanza precios inimaginables. En 1513, Bayard, durante el breve tiempo que estuvo prisionero en los Países Bajos, y pese a carecer de fortuna, se permitió muy buenos banquetes, aunque «hubo días en los que llegaba a gastar hasta 20 escudos en vino»[73]. Si el extranjero es mediterráneo, juzgará a estas personas como rudas y carentes de refinamiento: unos auténticos «bárbaros», muy religiosos (sean los alemanes anteriores a Lutero[74] o los normandos de la época de Francisco I)[75] y honestos (Ottobon dice que uno puede viajar por Polonia *l'oro in mano senza pericolo di essere offeso*). Y además, otra gran ventaja: allí la vida es más barata que en Italia. En Danzig —nota nuestro veneciano— «por dos táleros a la semana por persona, puedo decir que me han regalado con dos banquetes diarios»[76].

Pero no generalicemos: el Mediterráneo no es el reino exclusivo de la bestia de carga, lo mismo que la Europa que parte de él hacia el norte no es la zona indiscutida de la cerveza y del transporte rodado. En Francia y otros lugares la bestia de carga forma parte importante de los transportes. A menudo, los vehículos no ruedan en estos parajes, sino en las proximidades de las ciudades, en el escaso perímetro de los oasis urbanos y carreteros, excepciones que se encuentran también hasta en el corazón de los países mediterráneos. También el Mediterráneo tiene sus regiones atrasadas, de religión primitiva y medios de vida elementales.

Europa es, repetimos, auténtica diversidad. La civilización ha penetrado en ella por caminos y en fechas diferentes; muy al principio, por las rutas del sur y con un innegable acento mediterráneo; después, desde el oeste y el Occidente cristiano, por la línea de los paralelos y a la vez por las rutas del

mar (recordemos cómo el derecho de Lúbeck irradió por el Báltico) y por las rutas terrestres (recordemos cuán lejos se expandió, aunque menos rápidamente, el derecho conquistador de Magdeburgo).

Por tanto, el mundo mediterráneo se encuentra con regiones, sociedades y civilizaciones que no son las mismas ni por sus orígenes ni por su nivel cultural y aun por su nivel económico. Estos elementos no presentan el mismo aspecto ni la misma edad y experimentan, en diversos grados, la fuerza de atracción del Mediterráneo.

A grandes rasgos, cabe hablar por lo menos de cuatro grupos europeos; cuatro grupos que corresponden a los grandes ligámenes mediterráneos de los istmos, cuatro fuentes de historia relacionadas más o menos estrechamente con el mar cálido, vehículo de riquezas, pero también relacionadas entre sí, lo que no simplifica la tarea de observación.

El istmo ruso: hacia el Mar Negro o hacia el Caspio

No sería difícil decir, y casi demostrar, que en el siglo XVI no había un istmo ruso que desempeñara el papel de eslabón y condujera hacia el Mediterráneo movimientos importantes de intercambio. Todo el sur de Rusia estaba vacío, solamente atravesado por las bandas nómadas de los tártaros de Crimea, que, al paso rápido de sus caballos, se trasladaban ora al confín septentrional del Cáucaso, ora a las orillas del Caspio y a Moscú —incendiada por ellos en 1571—[77], o hasta el corazón de las regiones danubianas, que devastaron terriblemente[78]. El mismo vacío encontró aquí la colonización rusa a finales del siglo XVIII. Una inmensa tierra eriaza habitada solo por unos pocos nómadas bandidos, criadores de camellos y de caballos[79].

Claro está que las incursiones de estos salteadores no poblaban la inmensa estepa (donde no se encontraba ni una sola ciudad) mejor de lo que los corsarios poblaban el mar; pero bastaban para convertirla en una tierra peligrosa. Apoyados en la Crimea, a la que protege su relieve por el lado de tierra, y apoyados por los turcos, que tenían aquí algunas plazas fuertes —como Caffa—, aquellos tártaros del sur no lograron ser sometidos por el «Gran Duque», como los de Kazán y Astracán. Los turcos los habían provisto de arcabuces y de artillería, eliminando así la única ventaja que los rusos habrían podido tener sobre ellos[80]. A cambio de ello, los tártaros, al término de sus incursiones, proveían de criados y de obreros eslavos a todas las plazas y a los campos turcos. Cantidades enormes de esclavos rusos y a veces de polacos llegaban por su mediación hasta Constantinopla, donde eran muy

apreciados y se les pagaba a muy buen precio[81]. Estas batidas para aportar mercancía humana eran tan importantes que, en 1591, Giovanni Botero las señala como una de las causas de la escasa población de Rusia[82]. La falta de hombres explica posiblemente el hecho de que en el siglo XVI los rusos no trataran de apoderarse de las orillas del Mar Negro; contentábanse con lanzar sobre esta región inhumana algunas contrabatidas durante el invierno, cuando la congelación de los ríos facilitaba los movimientos de sus tropas. A principios del siglo XVII, los cosacos, personas fuera de la ley, especie de uscoques o de haiduks, armaron barcas ligeras y empezaron a hostilizar el tráfico de los turcos por el Mar Negro. Ya en 1602, una galera se cruzó con cosacos «polacos» en la desembocadura del Danubio[83].

Si el contacto de los rusos con el sur era todavía débil, ello se debía en buena parte a que no hicieron esfuerzos serios en esta dirección porque se sentían atraídos, a través de las primitivas tierras del norte, por el desarrollo económico del Báltico, que entonces se hallaba en la plenitud de su poderío[84], y por los países europeos que tenían enfrente hacia el oeste: Polonia y Alemania. Finalmente, porque se hallaban sobre el eje del mar Caspio y tendían hacia Persia. El sureste, y no el sur, orienta su vida. Rusia no es todavía Europa[85], pero, en aquel entonces, empezaba a europeizarse. Por las rutas del oeste, a través de los Alpes y de las regiones de Bohemia y Polonia, llegan a Moscú los canteros-arquitectos italianos constructores de las cúpulas en forma de bulbo. Llegaron también del oeste hacia aquellas tierras las preciosas técnicas de la pólvora de cañón. Cien veces se quejaron los polacos del peligro de estas transferencias[86]. Al apoderarse el zar de Narva —que conservó en su poder de 1558 a 1581—[87] abría así una ventana al Báltico. El rey de Polonia se alarmó ante las posibilidades que ahora se le brindaban al moscovita. El único modo de contenerlo habría de ser el de dejarlo «en su barbarie e ignorancia». Han hecho bien los habitantes de Danzig —escribía el rey Segismundo a la reina Isabel el 6 de diciembre de 1559— en detener las naves inglesas encaminadas «al Narva»[88]. La discusión se prolongó tediosamente y no se limitó solo a los ingleses. En junio de 1570, un navío francés de Dieppe, el *Espérance*, era capturado, cuando se encaminaba a Narva, por unos falsos corsarios de Danzig[89]. En 1571, el duque de Alba prevenía al Reichstag alemán contra la exportación de cañones y material de guerra que podían ser utilizados para armar a los enemigos de Alemania y, quizá, de la cristiandad entera[90]. Estos hechos y otros muchos demuestran que el centro de gravedad de la economía rusa se va

desplazando gradualmente hacia el norte, pero el sur, en sentido amplio, y en especial el sureste, continuó manteniendo su importancia.

Hay en Moscú mercaderes griegos, tártaros, valacos, armenios, persas y turcos[91]. Existe, principalmente, un tráfico a lo largo del Volga: hacia abajo, de soldados, artillería y trigo; hacia arriba, de sal y esturiones secos[92]. Después de la ocupación de Kazán y de Astracán por los rusos en 1551 y 1556[93] quedaba controlado todo el curso del río y los tráficos regulares solo eran molestados a muy largos intervalos por las incursiones de los cosacos y los tártaros nogais[94]. Así, cuando los turcos, apoyados por los tártaros, trataron de avanzar hasta Astracán (con la intención de construir un canal del Don al Volga que les consintiese avituallar, por el Caspio, a sus tropas en lucha contra Persia)[95], su intento, al chocar con una notable resistencia rusa, se concluirá con la derrota de 1569-1570. Este tentáculo meridional es el que aseguraba a Moscovia sus contactos con los nómadas del sureste y con Persia y su antigua economía monetaria: el zar percibe tributos en moneda de sus provincias del sur, mientras que las del norte incrementan, por lo general, su tesorería con cueros y pieles[96]. Estas pieles, por otra parte, alimentan un importante comercio ruso en dirección a los Balcanes, Constantinopla y Persia[97], una vez que las relaciones rusoturcas habían mejorado en 1570 gracias a la misión diplomática de Novosiltsov[98].

Pero, para la historia general, lo más interesante es la tentativa inglesa de enlace en dirección, no del Mar Negro (pues era ocioso desembocar en un lago turco y bien guardado), sino del mar Caspio, entre 1556 y 1581. Tratábase ni más ni menos que de una tentativa para sortear el Mediterráneo, no por una ruta marítima, como los portugueses habían logrado hacerlo en 1498, sino por una vía mixta, marítima y continental[99].

No olvidemos, en efecto, que a mediados de siglo, los barcos ingleses desaparecieron del Mediterráneo, y con ellos los beneficios del intercambio con el Oriente que estos viajes directos aseguraban a los mercaderes britanos. Estos sentían cada vez más la ambición de asegurarse una participación en el fructífero comercio de las Indias, monopolio hasta entonces de los mediterráneos y los ibéricos. La asociación de «Mercaderes Aventureros» de Londres lanzó sus barcos y sus exploradores hacia las regiones árticas, con la esperanza de encontrar una nueva ruta, de realizar por el norte la hazaña de Magallanes. Uno de estos barcos, el de Chancellor, fondeó por casualidad en 1553 en la bahía de San Nicolás, no lejos de Arkángel. Esta casualidad no dejó de ser explotada y los recursos del país, cera, aceite de ballena, pieles,

lino, cáñamo, dientes de foca, madera y bacalao, tomaron muy pronto el camino de Inglaterra a cambio de telas y dinero.

Muy pronto se percató la «Moscovy Company» de que el proyecto primitivo era realizable a través del espacio ruso; de que por el Caspio se podían obtener especias, pólvora, seda…, etcétera. Un agente inglés llegó a Persia en 1561 con sus mercancías, y pronto se establecieron viajes regulares; todas las maravillas del Oriente remontaron el Volga durante algunos años para ir a almacenarse en las bodegas de los barcos londinenses, fondeados en la bahía de San Nicolás. Es verdad que este tráfico solo duró algunos años; el fracaso final del proyecto debióse a razones políticas y al hecho de que, a partir de 1575, los ingleses emplearon de nuevo el camino directo del Mediterráneo. Los largos viajes hacia el Caspio y Persia perdieron entonces su interés. Pero continúan: los rusos no quieren renunciar a Persia, su aliado más importante del este[100]; cuando más tarde, en 1581, son expulsados de Narva, se interesan por Arkángel, última ventana de las que dan al gran norte que les queda abierta[101], y muy pronto los holandeses enviarán allí sus naves[102].

Pero volvamos a la aventura inglesa, que, por cierto, no desplazó grandes cantidades de mercaderías (suficientes, con todo, para producir jugosos beneficios a los mercaderes ingleses y algunas inquietudes a los españoles de Londres); sin embargo nos ofrece un testimonio del conjunto de la vida mediterránea, de los entorpecimientos del tráfico entre el océano y el mar interior, con la subsiguiente reapertura del Mediterráneo a los nórdicos. En suma, el comercio anglomediterráneo trató de abrirse paso durante algunos años a través de Rusia. La empresa, según los cálculos de sus promotores, aspiraba a ser mucho más ambiciosa; se trataba de apoderarse, atacando por detrás, de todo el comercio portugués, por una parte, del sirio por la otra. Todavía en 1582 pretendía Londres promover un acuerdo angloturco que hubiera permitido desviar por el Caspio, pasando por el Mar Negro, el comercio de especias, centralizándolo en Constantinopla. Proyecto grandioso de un monopolio en parte inglés, pero irrealizable, en aquella época, por más de una razón. Cosa curiosa: en 1630, el padre José pensará, por su parte, en utilizar el rodeo por Rusia[103], pero no para entenderse con los turcos, sino, por el contrario, para esquivar por esta ruta sus disposiciones y sus privilegios comerciales. Este proyecto, como el precedente, subraya el valor del istmo ruso como ruta hacia Levante, y el interés que tiene para la historia del mar observar ciertas profundidades continentales, aunque a primera vista parezcan muy lejanas o muy impenetrables. Recordemos el papel de estas mismas rutas

rusas en la Edad Media[104] en algunos curiosos proyectos italianos anteriores a la tentativa inglesa[105], o a continuación de ella, en el siglo XVIII[106]; por sí solas y en circunstancias favorables, son capaces de perturbar los tráficos del mar entero.

Y puesto que determinan los ritmos de la economía rusa, unen a esta con la vida del resto del mundo. Esto lo ha demostrado un reciente estudio sobre los movimientos de precios en el Estado ruso del siglo XVI[107], los cuales varían siguiendo las fluctuaciones generales en Europa. Una vez establecida esta relación, podemos suponer, aventurándonos hasta donde permiten los límites de la prudencia, que la gran regresión del siglo XVII debe tener su parte de culpa en la desorganización de Rusia, devorada entonces por agitaciones sociales y afligida por fracasos exteriores, al menos a partir de 1617[108]. Pese a estos avatares y pese a los ataques a lo largo del Volga de bandas de cosacos contra alguna que otra *Staritza* (caravana), la gran ruta sigue hormigueando de bateles, bestias de carga y, en invierno, trineos[109].

De los Balcanes a Danzig: el istmo polaco[110]

El istmo que llamamos polaco no está, o ha dejado de estarlo, en el siglo XVI, unido al Mar Negro, sino a la península de los Balcanes. Claramente inclinado hacia el oeste, conduce del Báltico al Danubio, y, por una ruta tortuosa, hasta Estambul (y quizá más allá). ¿Debe pensarse, acaso, que, al volverse genovés y turco, el Mar Negro perdiera su fuerza de atracción sobre Polonia? Sí y no. Si bien la ocupación turca de Caffa (1475), Kilia (1484) y Bielogrado (1484)[111], ha interrumpido un comercio hasta entonces activo, hay que tener, por otra parte, en cuenta las crisis del comercio del Levante. Y la inseguridad de las rutas meridionales, a causa de los tártaros, ha jugado también una parte importante. Declinó un tráfico continental a larga distancia que desde el siglo XIII había aprovisionado Polonia desde el Mar Negro, en especial desde Caffa, de los productos del Levante, principalmente pimienta y especias.

Pero sobrevive la antigua ligazón: todavía a mediados del siglo XVII, Tavernier señala que existían transportes por carro entre Varsovia y Caffa, los cuales hacían el viaje en cincuenta días[112]. Pero no deberíamos valuar en exceso ni las rutas antiguas ni aquellas activas que por Moldavia permitieron a Polonia el acceso directo a los Balcanes y a las mercancías tanto de Turquía como del Levante. Si el país polaco presenta la curiosa característica de ser

una especie de zona de comercio libre o, para ser más precisos, una zona de libre paso con unas aduanas y peajes mínimos, también es un inmenso espacio como dos veces Francia, como dice el informe que sobre Polonia dirige M. de Valence a Carlos IX y Catalina de Médicis (1572)[113]. Como es natural, los transportes por tierra resultan enormemente caros. Un *last* de trigo dobla largamente su precio en el trayecto de Cracovia a Vilna[114]. Así, pues, siempre que resulte posible, hay que recurrir a las rutas acuáticas y aprovechar los tráficos regulares (los de la sal, por ejemplo) o limitarse al transporte de mercancías ligeras y valiosas. Como se ve, abundan las dificultades.

A Polonia le ocurre lo mismo que a Moscovia: está sujeta a la dominante economía del Báltico, y con ello a las exigencias del mercado de los Países Bajos, que compran trigo, centeno y productos forestales. Ámsterdam controla a distancia precios y fluctuaciones[115]. En estas condiciones, el papel de Danzig resulta al mismo tiempo importante y limitado. Es el centro comercial más próspero y mejor situado «del lado de acá del estrecho de Dinamarca». Es el lugar donde se debe comprar, indica un veneciano[116] en 1591, y no en los vecinos centros menores de Könisberg o Elbing, «porque allí son más seguras las personas con quienes se trata y más ricas y menos bárbaras que en cualquier otra parte». También resultaba bastante cómodo ir a Danzig para beneficiarse de los descuentos que se hacían en la feria de Santo Domingo, que tenía lugar en la ciudad misma, a las ferias de San Bartolomé, en Gniezno, o a la de San Miguel, en Poznan (Posen). Además estaba Núremberg, que ofrecía facilidades financieras, valederas en Viena, Breslau, Cracovia y en la misma Danzig.

Pero entre la economía subdesarrollada de Polonia y de las regiones vecinas que Danzig explotaba en nombre del sacrosanto principio de *frei Handel und Commercien*, por un lado, y Ámsterdam que la domina, por otro, la ciudad desempeñaba un papel muy limitado: era la intermediaria en un sistema que constantemente la rebasa. Su papel consistía en comprar los granos (y también otros productos, pero principalmente grano) en las ferias de invierno que tenían lugar en Thorun (Thorn) y en Lublín. Era allí donde los nobles vendían sus cosechas (trilladas durante el invierno y transportadas entre abril y mayo, después del deshielo). Danzig las almacena, comprueba su calidad y se apresura a venderlas, pues, en el mejor de los casos, se trata de trigo del año anterior y es imposible mantenerlo almacenado mucho tiempo. *Sono bisognosi di danaro*, añade Ottobon, necesitan numerario para hacer nuevas compras, reinversiones e, incluso, pagos por adelantado, en dinero

efectivo, sobre Núremberg, por los cuales se recibía normalmente una comisión de 3 %; ¿podría ser esta la razón que explica los humildes beneficios que a decir de nuestro veneciano —que ha vivido siete meses entre ellos— perciben los habitantes de Danzig? Es más, ¿no estarían cogidos entre dos fuegos a causa de las exigencias de los vendedores de trigo, por una parte, y las de los compradores holandeses, ingleses, franceses, españoles y, muy pronto, de todo el Mediterráneo, por otra? De hecho, se encontraban a la merced de quien les pudiera proveer del indispensable dinero efectivo, con el que poder manipular en los mercados arcaicos de Polonia y países vecinos. Marco Ottobon así manifiesta cuando define las dos condiciones principales para la prosperidad del mercado de grano de Danzig: en primer lugar, la cosecha del año anterior, puesto que solo se ofrece a la venta el trigo viejo; en segundo, la demanda portuguesa (mejor diría yo ibérica), que domina el mercado tanto por la relativa brevedad del viaje y la posibilidad que ofrece de pago en dinero efectivo, como en razón de su volumen, incomparablemente superior al de las exportaciones al Mediterráneo, excepto durante los años de crisis de finales del siglo[117]. Finalmente, si Danzig se conforma con el papel de agente intermediario, y deja declinar su marina, ello obedece a que el ligero porcentaje que percibe gravaba cantidades enormes de grano: casi 80 000 toneladas a partir de 1562[118]. De todos modos, la economía de Polonia descansa sobre esta ciudad decisiva: Danzig es «la ventana» por la que se asoma al mundo, aunque evidentemente no siempre en beneficio propio.

El centro de gravedad del país se va desplazando gradualmente hacia el norte. En 1569 se perfeccionó la unión entre Polonia y Lituania, hasta entonces unidas solamente por la comunidad del soberano. En 1590 se trasladó la capital de Cracovia a Varsovia[119]. Durante los últimos años del siglo XVI, Polonia luchó contra Suecia y contra Rusia, en un combate «a la española», perdido de antemano, que evoca la tentativa acometida hacia la misma época por Felipe II al final de su reinado para hacer entrar simultáneamente en razón a Francia e Inglaterra.

Política y economía apuntan en la misma dirección, como prueban las estadísticas del comercio polaco, sacadas a la luz gracias a las investigaciones de R. Rybarski[120]. La balanza de pagos resulta favorable a Polonia y la acumulación de capitales beneficia a la nobleza, la *szlechta*, atenta a vender su trigo, su centeno y su ganado (ganado vacuno engordado durante el invierno, al que se denominaba «ganado de los señores») y a obtener beneficios de todo, incluso de la venta de cervezas de manufactura barata,

para el consumo campesino. Se dan todas las condiciones para que Polonia abra sus puertas —y las abre— al comercio de lujo, a los mercaderes extranjeros que frecuentan sus ciudades y ferias y a los *szkoci*[121], vendedores itinerantes de origen escocés que siguen a la corte de un lugar a otro, protegidos por los grandes señores de manera muy semejante a los *mascates* del Brasil colonial de antaño, protegidos por sus clientes, los grandes propietarios, que eran «muy generosos y esplendidísimos»[122], igual que los polacos.

Hacia el sur, dos zonas comerciales reclaman ahora nuestra atención: una muy próxima y activa, otra remota y más difícil de controlar.

La que pasa próxima es la ruta regular de los vinos, que, partiendo de Moravia y Hungría, alcanza una Polonia que, prácticamente, carece de viñedos. La llegada del vino nuevo es una ocasión anual de fiestas. Para prevenir posibles fraudes de los taberneros, todas las tabernas de Cracovia deben ostentar obligatoriamente en su enseña un montón de paja o un ramo verde, según sea moravo o húngaro[123] el vino que despachan. El vino llegaba a Leópolis desde Valaquia, donde lo producían colonias húngaras asentadas en el sur[124].

Además, esta ruta comercial próxima suministra, particularmente desde Moldavia, animales para carne, en vivo, bovinos en su mayor parte, pues los innumerables corderos de la llanura se requisan regularmente para satisfacer el insaciable apetito de Constantinopla. El ganado vacuno de Moldavia era la moneda de cambio usual del país, que de ese modo podía adquirir en las ciudades de Transilvania y Polonia los paños ordinarios de fabricación local y los útiles de hierro indispensables al campesino: rejas de arado, cuchillas de reja, guadañas, hoces, clavos, además de bramante, soga, cinchas y arreos[125]. Estos cambios tienen lugar en las ferias de la frontera, sobre todo en Siatyn, Sipeniti y Lintesti[126]. Pero el vacuno blanco de Moldavia también se exporta a Alemania, a Venecia y, según nos dice un historiador, a Danzig, desde donde emprende, a partir del siglo XV, el camino a Inglaterra. En 1588, el embajador inglés en Constantinopla concluye un acuerdo en virtud del cual los paños ingleses se cambiarán por «ganado blanco», que en su camino a Inglaterra transitará por Danzig[127].

Se le irán uniendo a este ganado moldavo en su ruta hacia el norte bovinos de Podolia, Rutenia, Volinia, Lituania y de la misma Polonia, regiones todas ellas muy mal provistas de comunicaciones normales, y que se limitan a producir la cantidad de grano precisa para cubrir sus propias necesidades y exportan ganado. El ganado tiene la ventaja de transportarse a

sí mismo, en largos convoyes encaminados a las ciudades del oeste, de Poznan a Leipzig, e incluso hasta Fráncfort del Maine. Según R. Rybarski[128], salen cada año de Polonia entre 40 000 y 60 000 cabezas de ganado vacuno. Documentos relativos a la frontera turco-polaca hablan, posiblemente exagerando un poco, de cientos de miles de animales; sea como fuere, nos produce en todo caso la impresión de una inmensa cantidad de animales ambulantes, algo así como ocurrió en la América colonial y con un paisaje de fondo en muchos aspectos similar: amplios espacios apenas hollados por el hombre, dilatadas ciénagas, poderosos bosques, viajes interminables y larguísimos convoyes de animales medio salvajes.

Hacia el sur, más allá de Cracovia, Leópolis y Galatz, evitando Hungría, país endémicamente castigado por las guerras, una larga ruta comercial conduce a los Balcanes, y, sucesivamente, a Constantinopla. Viajan en una dirección pieles, cueros, pequeñas cantidades de ámbar, paños polacos, tanto ordinarios como de lujo (en cuyo caso se reexportan), hierro y, posiblemente, monedas de baja aleación[129]. A cambio, los mercaderes armenios y judíos (sobre todo a partir de 1550) y también los turcos y griegos (Andrea Carcacandella[130], mercader griego de Constantinopla, obtuvo en 1534, gracias al apoyo del sultán, el derecho a comerciar libremente en todo el territorio polaco) envían caballos y, con mayor frecuencia, especias y sedas. Un pleito dirimido en Cracovia la víspera del día de Santo Tomás del año 1538 nos informa de que Stanislas Zijemijanij, mercader polaco, ha llegado de Turquía con 40 piezas de camelote, *petias czambeloti integras*, valoradas cada una en 10 florines; 34 piezas pequeñas, a cuatro florines; 102 libras de macia y 24 libras de nuez moscada[131]. Por lo que allí se dice se deduce el motivo que lo ha enfrentado con su acreedor: este le había adelantado mercancías y dinero antes de iniciar su viaje desde Cracovia.

En 1530 y 1531 encontramos también mercaderes armenios de Kamieniec en la feria de Lublín, con azafrán y arroz de origen turco[132]. En 1548, Lublín obtiene el privilegio de presentar, a modo de prueba, varias *res aromaticae* importadas de Grecia y Turquía[133]. Conoce entonces esta ciudad un periodo de considerable prosperidad, de la que sus ferias son testimonio elocuente. Situada entre Leópolis —al sur— y Varsovia, resulta una cómoda etapa en la ruta de Danzig, con la ventaja, además, de ser una ciudad que no exige derechos de «etapa» —*sklad*—, a diferencia de Leópolis, que goza de privilegios y los defiende. En Lublín las mercancías entran y salen a voluntad de los mercaderes, mientras que en Leópolis se retienen y se ponen en la venta.

A esta última ciudad, lugar de reunión de mercaderes judíos, levantinos e italianos, afluye con ellos el comercio del sur. En 1571, un agente de la casa Hureau, mercaderes originarios de Valenciennes, afincados en Amberes, va de Danzig a Leópolis, y a continuación sigue viaje a Constantinopla[134]. En 1575, un italiano al servicio de uno de sus compatriotas establecido en Cracovia compra en Leópolis vino de malvasía y moscatel: estas preciosas bebidas vienen sin duda, lo mismo que el vino dulce griego que se consume en la ciudad, de las orillas del Mediterráneo oriental[135]. Y con cierta regularidad pasa por Leópolis, en su camino a Constantinopla, la que era llamada «caravana de Polonia», constituida por una multitud de mercaderes y carreteros que se detienen en los *hans* de las ciudades contando, aunque no siempre, con la protección de las autoridades; algunas veces hacen alto en pleno campo y en él establecen sus vivaques. Pero no siempre estamos enterados de lo que transportan hasta el Bósforo esos pesados vehículos tirados por bueyes[136] o caballos.

Por estos dificultosos caminos viaja un tal Tommaso Alberti, mercader de Bolonia, quien nos ha dejado una relación, muy breve, de su viaje. Llega por mar a Constantinopla, ciudad que abandona el 26 de noviembre de 1612; pasa por Adrianópolis y cruza la Dobrudja. Como los carreteros son turcos, lo abandonan el día del *Beiram*, y se marchan al pueblo más próximo a celebrar la fiesta. Las interminables llanuras rumanas le producen al viajero la impresión de ser un «mar de tierra firme». Es fácil extraviarse si no hay rodadas de vehículos precedentes que indiquen el camino. Llega a Jassy con la nieve. Seis días más tarde entra en Leópolis, donde vende sus mercancías y compra otras; llegada la primavera vuelve a Constantinopla con 60 carros, tirado cada uno por seis caballos. El 23 de mayo de 1613 vuelca un carro durante la dificultosa travesía de los Balcanes. «Dentro de él había 30 sacos de reales españoles, conteniendo 500 cada uno, pieles de marta cibelina y otras mercancías». Se pudo recuperar todo, y el día primero de junio entraba el convoy en Constantinopla, ciudad que nuestro mercader abandona de nuevo el 21. Llega a Leópolis el 27 de julio, y sigue camino a Cracovia; finalmente, después de pasar por Praga, Núremberg y Milán, pone pie en Bolonia el 25 de octubre[137].

A pesar de todos estos pintorescos pormenores, y considerado el evidente déficit de la balanza de comercio polaca en sus relaciones con el sur, el volumen de estos tráficos no soporta una comparación con el de los múltiples intercambios comerciales laterales entre Polonia y la vecina Alemania, con Fráncfort del Oder con Núremberg, que compra pieles, o con Silesia,

escenario de disputas arancelarias suscitadas por la ambición, más de una vez defraudada, de los mercaderes de Wroclaw (Breslau)[138]. Tampoco admite comparación con esos tráficos en diagonal que por Breslau, Leipzig, Núremberg, Augsburgo y la Alemania del sur, corren hacia Italia y alcanzan Venecia, desde donde emprenden el camino de vuelta. En junio de 1564, la señoría de Venecia concede permiso al agente del rey de Polonia para una entrega de armas que incluye 100 coseletes, 500 arcabuces y 30 alabardas[139]. De Italia[140] llegan constantemente artistas, mercaderes y artesanos; tres de estos últimos instalan un tejar en Cracovia el año 1533[141]. Llegan también tejidos de lujo o de pseudolujo. En Venecia y Nápoles se fabrican[142] sedas de trama muy clara, a las que se da cuerpo sumergiéndolas en un determinado preparado: ¡se las conoce con el nombre de *robba per Polonia*! Hacia 1565[143] hay entre 15 y 20 *botteghe d'Italiani* extendidas por Polonia, entre ellas la de los Soderini, mercaderes riquísimos. Pero a medida que avance el siglo irán llegando en mayor cantidad hombres y mercancías de Italia: movimiento análogo al que encontraremos en la Alemania del sur, como si, al finalizar el siglo, la invasión de hombres y mercancías de Italia por toda la Europa Central y del Este viniera a compensar la invasión del Mediterráneo por los nórdicos. En Polonia había mercaderes italianos por todas partes y allí se quedaron largo tiempo, en Cracovia, Leópolis, Varsovia, Lublín y Sandomir. El gran periodo de la presencia italiana va de finales del siglo XVI hasta mediados del XVII[144]. El libro de cuentas de uno de estos mercaderes muestra, con fecha de 1645[145], sus actividades en las ferias polacas, especialmente en las de Lublín. Están anotadas las monedas manipuladas, los precios, las cantidades, los gastos en vehículos de transporte y una sorprendente cantidad de paños de diferentes orígenes vendidos en Lublín: tafetán *verdegaio a onde* de Londres, terciopelo *verde piano* de Florencia, *caravaccia nera* de Nápoles, *raso azuro piano* de Venecia, paño *rosa seccha, raso nero* de Lucca… Estas denominaciones no son fáciles de identificar y los nombres de los lugares de procedencia no son, seguramente, genuinos. Pero testimonian, como las memorias de Tommaso Alberti, sobre la presencia italiana mucho después del siglo XVI. Lo mismo se podría decir de la vecina Transilvania, donde mercaderes, obreros, arquitectos, albañiles, tallistas de la piedra y soldados de Italia desarrollan una evidente actividad[146].

Lo dicho ayuda a explicar la situación general de Polonia. Lo que le falta a esta en el siglo XVI no es desde luego un impulso vital del que dio múltiples pruebas, sino una economía monetaria activa y de amplio radio de acción. Si

el Estado polaco es tan frágil en profundidad, y su rey lo es «más por representación que por ejercicio del poder»[147], la razón hay que buscarla en el orden político y social de la «república» y en la imposibilidad de centralizar suficientes reservas de moneda, y en consecuencia, poder disponer de un ejército moderno. En las fronteras que tocan con los turcos y los tártaros se confía la defensa de estas a cosacos «bandoleros agregados de todas las naciones», dice un texto español[148], y añade: «gente belicosa, siempre en movimiento e inquieta, cruel y capaz de resistir las mayores fatigas, y también, la más infame que se pueda encontrar en el mundo». En todo caso, gente que puede actuar según les parezca, no un ejército moderno. En enero de 1591, el pago a los soldados estacionados en la frontera moscovita plantea difíciles problemas a la Dieta, que se había reunido en Varsovia. Mientras tanto, los soldados viven del país, que devastan, con idéntica indiferencia, tanto a un lado como al otro de la frontera[149], lo que también ha ocurrido, como bien sabemos, en los países más ricos de Occidente.

Las consideraciones económicas explican por qué la política polaca se interesa en especial, como ya hemos visto, por los asuntos del norte, siempre en la misma dirección en que discurren los tráficos, disputando con Moscovia tanto a causa de Narva y del Báltico como de las zonas de frontera indecisa entre los dos países. La política polaca es, en consecuencia, decididamente pacifista en cuanto al sur. Turcos y polacos no tienen el menor interés en venir a las manos. Los aliados de la Santa Liga pierden su tiempo cuando en 1572 tratan de persuadir a Polonia para que se lance contra el gran turco. Los turcos, por su parte, apoyan, en 1573, la elección del duque de Anjou como rey de Polonia. En 1590, en vísperas de la guerra turco-húngara, intervienen los ingleses para que se establezca un arreglo amigable entre turcos y polacos. Estos últimos se muestran premurosamente conciliantes. En enero de 1591, ante las quejas del gran turco por los abusos cometidos por los cosacos polacos, el rey, de acuerdo con los barones de la Dieta, acepta pagar, o mejor dicho, ofrecer *cento timpani de zibellini*, valoradas en la considerable cantidad de 30 000 florines. También es cierto que, para proveer a este pago, se impuso inmediatamente un impuesto de un florín por cabeza, para el solo año de 1591, a todos los judíos del reino[150].

De modo que se estaba en paz con el sur, circunstancia que por sí sola no basta para explicar la sorprendente difusión por Polonia de los modos de vestir y las tiendas suntuosas de Turquía, de las que aún hoy podemos ver ejemplos en los museos. ¿Habremos subestimado quizá las relaciones comerciales con el sur?

El istmo alemán: vista de conjunto

Por istmo alemán entendemos toda la Europa Central en sentido amplio, de Francia, al oeste; hasta Hungría y Polonia, al este; del mar del Norte y del Báltico, al norte; el Adriático y el Tirreno, al sur. Nos encontramos, en total, con un notable conjunto de países, intercambios y rutas comerciales, como muy bien nos muestra en sus líneas generales el mapa tomado de F. von Rauers[151] que aquí reproducimos[152].

Podemos limitar este espacio por medio de dos líneas: una que va de Génova (de Marsella, si queremos ser precisos) a Londres y otra de Venecia a Danzig; líneas, evidentemente, algo arbitrarias, pero que nos consienten una imagen general. Este vasto bloque de Europa Central está limitado, tanto al norte como al sur, por sus costas: mar del Norte, Báltico y Mediterráneo. O, más exactamente, se prolonga por estos espacios marítimos esenciales. No hay duda de que podemos prolongarlo más allá de los mares septentrionales hasta incluir Suecia (tanteada con curiosidad por el comercio veneciano a finales del siglo XVI y comienzos del XVII)[153], Noruega y, sobre todo, Inglaterra, que, aunque empeñada en la gran aventura atlántica, siguió firmemente amarrada a Europa. Una de las actividades más importantes del comercio inglés era la de los paños, que se exportaban, según fuesen las circunstancias, por la ruta de Emden[154], Hamburgo[155], Bremen, o la de Amberes[156] (y por Ruán, en algunas ocasiones). Así Inglaterra —y el comercio de sus paños no es sino el más perfecto de los ejemplos— se asocia al continente vecino, y en particular, a esa zona de la que ahora estamos tratando. Zona activa, eso es evidente; quizá el modelo más acabado de una economía basada en los transportes por tierra, el equivalente de lo que han debido ser las ferias de Champaña en los siglos XII y XIII —formas tempranas, potencialmente explosivas, de la relación entre sur y norte—.

[I-268]

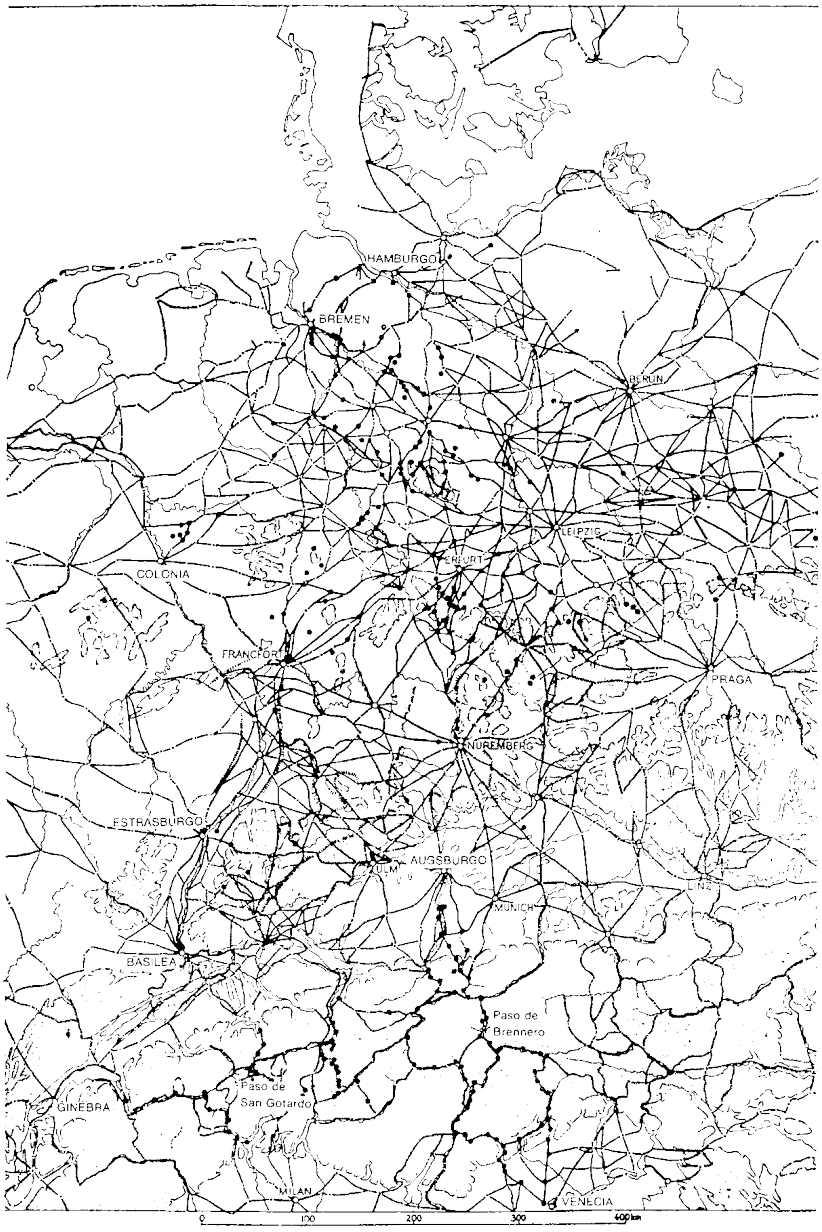


FIGURA 15. *Las rutas del istmo alemán*.
Este mapa, tomado de F. Von Rauers y reproducido aquí a escala mucho menor, nos permite ver claramente la densidad de la red de carreteras de la Alemania del siglo XV y de las grandes vías transalpinas. Aunque las carreteras que vemos al oeste, en Francia, no son tantas, se debe a que están reducidas a sus líneas esenciales, pero en realidad formaban una retícula tan espesa como la alemana. Los puntos negros representan ciudades de transportistas y carreros: resultan evidentes a lo largo de las rutas de los Alpes, y subrayan la importancia de las carreteras principales. También resalta en este mapa la conexión Praga-Linz, de la que no hablamos en el texto, pero sobre la que contamos ahora con una excelente documentación aportada por el artículo de Josef Janacek, «Die Handelsbeziehungen zwischen Prag und Linz im 16. Jahr.», en *Historisches Jahrbuch der Stadt Linz*, 1960.

[I-269]

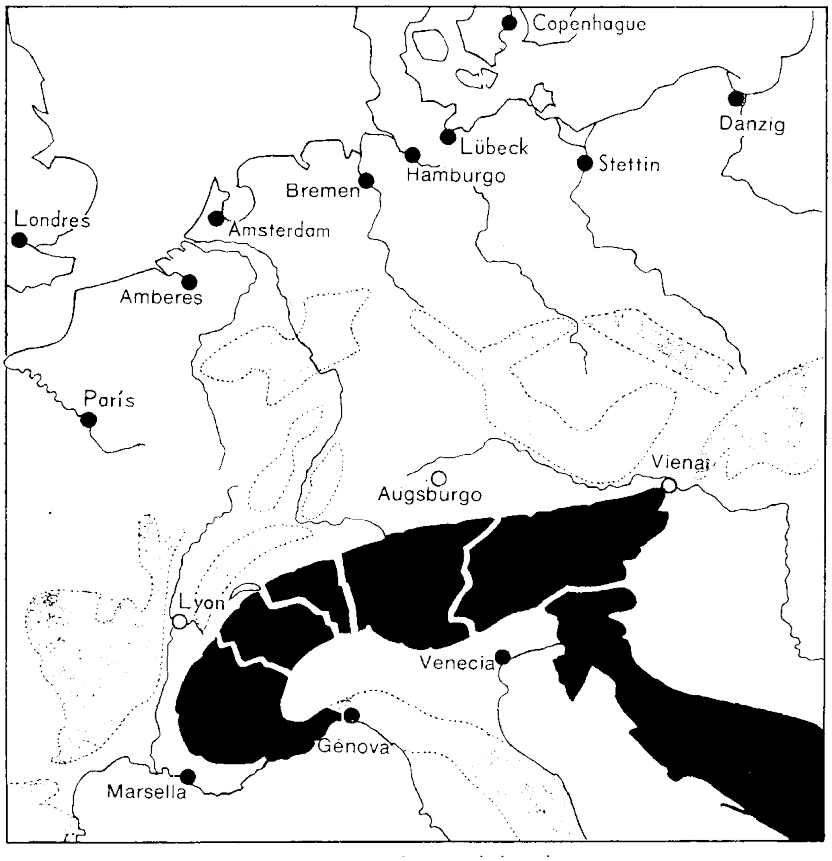


FIGURA 16. *La barrera de los Alpes*.
Este mapa, deliberadamente esquemático, muestra la angostura de los espacios de Italia del norte comparados con las tierras allende los Alpes. Esta Italia del norte está cerrada por montañas al oeste, al norte y al este (los Alpes Dináricos). Las grandes rutas alpinas (Mont-Cenis, Simplon, San Gotardo, Brennero, Col de Tarvis y otros pocos más) rompen esta barrera. El mapa indica el curso de los grandes ríos solo a partir de aquellos puntos en que comienzan a resultar navegables en gran escala.

Este espacio, considerado en su conjunto, presenta una forma muy peculiar: estrechándose hacia el sur en la Italia del norte, se dilata hasta convertirse en una vasta masa continental, al otro lado de los Alpes. Una carta enviada a Amberes el 25 de julio de 1522 por el rey de Polonia, y que Dantisco, su embajador ante Carlos V, espera con la mayor impaciencia, no llegará hasta el 12 de septiembre, después de un viaje de casi 50 días[157]. O para considerar otra dimensión: en 1590, Marco Ottobon invierte 39 días en el viaje de Venecia a Danzig —durante el invierno, eso es cierto—, incluidas las paradas[158]. No existe, en realidad, parangón posible entre las concatenadas llanuras del Piamonte, Lombardía y Venecia, poco alejadas de sus puertos marítimos, y los vastos espacios continentales al norte de los Alpes; las rutas convergen hacia el sur, pero hacia el norte se abren en abanico. Los Alpes, constituyendo barrera larga y ancha, dividen en dos la zona central de Europa[159], siendo cada una de las partes, tanto geográfica como históricamente, de muy diferente importancia. El istmo alemán está formado por, Italia, en particular Italia del norte, los Alpes y las inmensas llanuras y planicies de Europa Central, entre el Meser y el Rin, por un lado, y el Oder y el Vístula, por el otro. Italia no necesita presentación. Este libro encontrará muchas veces ocasión de volver a hablar de sus ciudades y paisajes, tan decisivos en la historia mediterránea. Pero debemos dedicar cierto espacio a los Alpes, montañas milagrosas, donde hasta lo más difícil puede ocurrir normalmente. Son una muralla montañosa que se levanta como un obstáculo ante la zona central de Europa. Resulta difícil circular por ellos y surgen soluciones espontáneas. Sus sociedades y pueblos parecen haber existido con el expreso propósito de organizar los modos de franquear «los montes» y prolongar más allá, y en ambas direcciones, sur y norte, esa circulación benéfica.

Los Alpes [I-271]

Y ello a causa de que los Alpes se levantan en una geometría del espacio que hace aliarse entre sí sociedades y economías que se encuentran a diferentes niveles: aldeas y pueblos situados en los límites superiores de las zonas de cultivo; pueblos enormes en los valles profundos; ciudades modestas a orillas de los ríos, en las que se abre a veces la tienda de un representante de una casa comercial de los «lombardos», así como unos pocos talleres artesanales; finalmente, en la periferia, en contacto con las planicies y la circulación de las flotillas de lagos y ríos, donde el tráfico comienza de nuevo

a acelerar su ritmo, encontramos las ciudades del *piedmont*: Ginebra, Basilea y Zúrich; Salzburgo, Villach y Klagenfurt; Susa, Vercelli, Asti, Como, Bérgamo, Brescia y Verona, y con frecuencia ciudades de ferias (Zurzach, Hall, Linz, y Bolzano), que son muchas veces centros de importantes firmas de transportes (Chur, Chiavenna, Plurs), y no faltan nunca las ciudades «mediadoras» entre el sur y el norte en las que el montañés puede encontrar todo cuanto necesita para su vida cotidiana: «paños ordinarios para vestirse, metales para sus útiles y, sobre todo, la sal, tan esencial en la cría del ganado»[160].

Hay, pues, una circulación propia de las regiones alpinas que pone en movimiento hombres, bestias, rebaños y mercancías. A este tráfico cotidiano se le superpone otro de diferente especie, que utiliza los mismos hombres y los mismos medios, recorriendo toda la red en toda su extensión y direcciones. Estos recorridos no serían posibles sin los pueblos de carreteros y arrieros, celosos guardianes y defensores de los beneficios que les proporciona la ruta comercial. En el valle del Brenta, en los Alpes de Vicenza, Primolano era, en 1598, una *viletta* de apenas 50 familias, donde «casi todos sus habitantes viven de lo que ganan transportando mercancía con sus carretas»[161]. Y se podrían citar centenares de pueblos que se encontraban en la misma situación. Es regla establecida que todos los pueblos a lo largo de una ruta, ya en vías de formación o establecida, colaboren de acuerdo entre sí, se repartan el trabajo, fijen las etapas, organicen los medios necesarios para la seguridad de transportes y viajeros, y, a veces, les provean, por una cantidad suplementaria, de la posibilidad de continuar ininterrumpidamente en viaje tanto si es de día como de noche… La ruta de Septimer[162] puede servir como excelente ejemplo, pero no es ni mucho menos el único que se podría citar.

Por lo que parece, estos movimientos coordinados ocurrían con gran perfección. La llegada del invierno no los interrumpe: este ofrece la relativa comodidad del uso de trineos[163]. En Ginebra, el 16 de diciembre de 1537, un contratista de tranportes de Verceil tomaba a su cargo 132 balas de mercancía, comprometiéndose a entregar 42 en Ivrea el 4 de enero del año siguiente, *saulve le temps*. Marco Dandolo, que parte para Francia como representante de la señoría de Venecia, cruza, llevado en su litera el Mont-Cenis, en pleno mes de diciembre de 1540[164]; si bien es cierto que guarda muy mal recuerdo de semejante viaje, lo mismo que Girolamo Lippomano, cuando pasó por el mismo lugar en abril de 1577: «Caballos y mulas se hundían hasta el vientre en la nieve y solo con gran dificultad podían seguir adelante, pero —añade—

una multitud innumerable de viajeros pasa por allí a diario, camino de Italia, Francia o Inglaterra, y bastantes de ellos van a España». El pueblo de Novalesa, que no tiene ni granos ni vino, abastecía de guías, *marroni*, a los que por cierto nunca faltaba trabajo. Y le parecía una región verdaderamente rara aquella que se extiende de la Saboya montañosa, «que solo tiene sol tres meses al año, y que de sus campos sembrados de trigo obtiene solamente el dos por uno como cosecha», hasta la región de Lansleburgo, donde los viajes cuesta abajo se hacen en trineo, o, mejor incluso, hasta Saint-Jean-de-Maurienne[165].

¿A qué conclusiones podemos llegar después de considerar todas estas anécdotas y tantas otras, además de las evidencias sobre la Edad Media que ha ido reuniendo la paciencia cuidadosa de Aloys Schulte?[166] A la siguiente: que, siempre que se diese un mínimo de circunstancias favorables, podían utilizarse los 21 pasos de los Alpes. Han quedado consignados en grandes cantidades éxitos, éxitos a medias e intentos seguidos de desistimiento: toda una historia comparativa y una inmensa cantidad de archivos se ofrecen a nuestra curiosidad. Naturalmente las ciudades y los mercaderes han tenido su parte en todo aquello. Han sido los mercaderes de Milán quienes han construido, en el siglo XII, la entonces revolucionaria carretera del San Gotardo; más adelante, y para alcanzar el valle Alto del Rin, aprovecharán los pasos de Splügen, la Maloja y Septimer, famosos luego, en la historia política del siglo XVIII cuando la ocupación de la Valtellina. Estas rutas, demasiado próximas unas de otras, compiten o se sustituyen entre sí de acuerdo con las coyunturas políticas o comerciales, e incluso como resultas de avatares ocurridos en caminos muy distantes de los Alpes. Cuando, en 1464[167], Lyon obtiene autorización regia para recibir directamente la pimienta y las especias, Aiguesmortes y la ruta del Rin pierden su posición de privilegio en beneficio del Mont Genèvre, el Mont-Cenis y del Pequeño y Gran San Bernardo. Toda disputa, grande o pequeña, requiere un meticuloso estudio. En 1603, cuando Venecia ha concluido una alianza política con los Grisones, se completa la carretera de Morbegno a Chiavenna, acaparando esta, en beneficio de Bérgamo, parte del tráfico en dirección al Milanesado: pequeño detalle que nos descubre, una vez más, la vigilancia ejercida por Venecia sobre los tráficos alpinos[168].

Como es natural, estos cambios no ocurren de la noche a la mañana: la geografía crea obstáculos y ventajas permanentes que difícilmente se pueden pasar por alto. Por ejemplo: la necesidad de comunicar con las rutas lacustres y fluviales, el Iser, el lago de Bourget, el lago de Ginebra, el de Constanza, el

Ródano, el Rin, el Inn, o, por el sur, con los lagos italianos, que han jugado también su papel, y particularmente con un río como el Adigio, donde las cadenas que tienden sucesivas administraciones no logran impedir ni el transporte de troncos flotantes ni el realizado por medio de pequeñas embarcaciones. Son ventajas permanentes, pero que actúan unas contra otras. Las estadísticas del año 1534 al 1545[169], referentes a los transportes de Amberes a Italia, demuestran la clara prioridad del paso del San Gotardo, que se beneficia de su situación central: conduce tanto hacia Ginebra como hacia Venecia. El Brennero, situado al este, es la otra gran encrucijada. Es el más bajo de todos los pasos alpinos (1374 metros) y cuenta con la ventaja de poder utilizar dos cursos de agua divergentes (el Inn y el Adigio) y de conducir a Venecia. Ofrece, además, un camino accesible a esos grandes carros alemanes, que del lado de acá de los Alpes llaman *carretoni*, los cuales van a buscar, después de la vendimia, el vino nuevo de Venecia, e incluso el de Istria, gigantesca operación comercial que se repite cada año, a no ser cuando Venecia la prohíbe, como en 1597[170], pero esta solo raras veces se decide por semejante medida. De ordinario la permite, prefiriendo para el propio consumo los vinos más vigorosos de Le Marche y de las islas. Con la ayuda del comercio del vino, el Brennero es desde el comienzo del siglo XVI, y en mayor grado a sus finales, una de las rutas más activas de los Alpes, pero sin detentar la primacía absoluta. A partir de 1530, la ruta de Tauern, hasta entonces un simple *Saumweg*, es decir, un camino de herradura, se convierte, por obra del arzobispo de Salzburgo[171], en una carretera apta para el tráfico rodado; los Estados provinciales del Tirol, defensores, y con motivo, del Brennero, se oponen a semejante competencia y tratan en vano de conseguir la oposición categórica de Fernando, rey de los romanos. Baste con este ejemplo, que habla por sí mismo de la elasticidad de las rutas alpinas: el hombre las construye y conserva, pudiendo también cambiarlas, si llega el caso.

El tercer personaje: una Alemania de rostro múltiple

Al otro lado de los Alpes se extiende una Europa verdeante, con sus bosques, sus anchos ríos, por los que navegan grandes barcos, y sus caminos, por los que van y vienen vehículos…, y muy fría en invierno. En 1491 cayó tanta nieve que los mercaderes de Núremberg pudieron ir en trineo desde su ciudad hasta Ginebra[172].

A Alemania la podemos abordar sea de sur a norte, siguiendo los meridianos, o de oeste a este, según los paralelos. Son dos maneras diferentes de acercarnos a ella, pero no las únicas; es un país de múltiples rostros.

Si, viniendo de Italia, seguimos la línea de los meridianos, el acento recaerá sobre la Alta Alemania, que, para nuestros propósitos, se extiende hasta Colonia, Fráncfort y Núremberg. Profundamente italianizada, cliente de los vinos del sur de los Alpes, hace ya muchos años que está en contacto con las ciudades de la península, en especial con Génova, Milán, Florencia y Venecia, pero también con Roma, Nápoles y El Aquila, la ciudad donde se compra el azafrán, además de todas las ciudades a lo largo del camino. Esta Alemania culmina hacia el sureste en el *Fontego dei Todeschi*[173], una especie de Alemania en miniatura, con controles y privilegios; es un enorme edificio sobre el Gran Canal, frente al puente y la plaza de Rialto, que será suntuosamente reconstruido después del incendio de 1505. Tienen los mercaderes alemanes allí sus oficinas titulares[174] y allí almacenan sus mercancías. Y sucede que algunas veces el *Fontego* está lleno hasta el techo de piezas de fustán (ese tejido revolucionario hecho de urdimbre de lino y trama de algodón). También se almacenaban en el *Fontego* cobre, estaño, plata y artículos de quincallería. Las especias, la pimienta, las drogas y el algodón (*südfrüchte*) se reexpedían al norte[175].

También Venecia está llena de viajeros alemanes, tanto famosos como desconocidos: peregrinos en marcha a Tierra Santa, aprendices de mercader como Jacob Fugger, artistas como Alberto Durero, estudiantes y criados de estudiantes de paso hacia la Universidad de Padua, uno de los cuales, Bernard Müller de Dillingen, lleva un arcabuz al hombro, por lo que la policía veneciana considera prudente arrestarlo[176]. También se ven soldados, a pesar de que la paz de Cateau-Cambrésis (1559) ha puesto fin, de este lado de los Alpes, a los grandes días de los mercenarios suizos y los lansquenetes del Wurtemberg. Abundan, con frecuencia, los alemanes humildes: oficiales panaderos, sirvientes, artesanos de la lana, mozos de taberna y de posada que, en el ejercicio de su oficio, hacen la competencia a florentinos y ferrareses[177]. Venecia tiene, como no podía menos de ocurrir, sus posadas alemanas: el *León Blanco* y el *Águila Negra*[178], y lo mismo otras ciudades italianas: en 1583 había en Ferrara una posada llamada *El Halcón*, y en Milán encontramos otra: *los Tre Rei*[179]. La Alemania del sur creció y maduró a la sombra de la grandeza de Italia del norte y, a la vez, gracias a las deficiencias de esta. En el empeño común correspondieron a Alemania las tareas inferiores: el trabajo del algodón, *ersatz* textil del siglo XIV, tejidos baratos, el

trabajo del hierro, del cobre y del cuero. Sin su apoyo constante serían impensables el comercio de Génova, el de Venecia y las actividades económicas de Milán. «Alemanes y venecianos —escribe Girolamo Priuli, en 1509— somos todos unos, a causa de nuestra antigua colaboración comercial»[180]. Habría sido más exacto si hubiese dicho: alemanes e «italianos».

Esta vida en común trae consigo una extraordinaria difusión hacia el norte de la civilización italiana, reconocible hoy a la simple vista de las fachadas de las casas[181]. También comporta la evidente explotación del norte por el sur. Pero más de una vez las crisis italianas han redundado en provecho de la Alta Alemania. Fueron los protestantes huidos de Italia quienes introdujeron en Núremberg la industria de los brocados y terciopelos de seda[182]. Las bancarrotas florentinas del siglo XIV habían traído consigo no pocos beneficios a los mercaderes alemanes. Y, por su parte, también se ha extendido la civilización alemana hacia el sur, invadiendo muy pronto el valle del Alto Adigio y llegando hasta el sur de la sede episcopal de Trento. No ha sido mal observador ese veneciano recibido allí por el obispo, en 1492: las tres mesas eran *quadre, more germanico*; la comida comienza con la ensalada, de acuerdo con la costumbre alemana, y la carne y el pescado se sirven juntos, con pan de trigo moreno, al estilo de Baviera[183].

Si queremos abordar ahora Alemania según el sentido de los paralelos deberemos iniciar por el Rin nuestro viaje. A medida que avancemos hacia el este se nos irá mostrando Alemania como un país cada vez más nuevo y cada vez menos desarrollado. El rápido surgir de una industria minera en el siglo XV y durante las primeras décadas del XVI ha creado una sucesión de ciudades nuevas, momentáneas, que se forman rápidamente y que declinan a continuación como consecuencia de la competencia de la plata venida de América a partir de 1530, o, para ser precisos, de 1550, si no es que la verdadera responsable de ello no fue la depresión económica que tiene lugar a mediados del siglo XVI. Durante la subsiguiente recuperación, que durará hasta finales de siglo e incluso hasta más tarde, Alemania, y, de modo general, la Europa Central conocerá un renacimiento industrial multiforme, del que las telas de lino de Bohemia, Sajonia y Silesia constituyen el elemento más importante, pero no el único. No es cierto, por tanto, que Alemania (como tampoco las regiones vecinas) comience a declinar después de la muerte de Lutero (1546)[184]. La paz de Augsburgo (1555), que fue muy duradera, aportó sustanciales beneficios. E incluso lejos, hacia el este, la buena salud y el vigor de las ciudades son signos inequívocos de ello. Pierre

Lescalopier, en 1574, queda admirado ante las ciudades alemanas de Transilvania, y la primera que encuentra Brasov, «que los sajones llaman Coronestat», es tan hermosa, que le produce la impresión de *estre arrivé à Mantoue tant la ville est belle, toute peinte en huile le dehors des Maisons*[185].

Las dos trayectorias que hemos seguido nos han mostrado dos Alemanias. Y todavía hay una tercera, que, en contacto con los Países Bajos, se afirma a orillas del mar del Norte, en Emden, Bremen y Hamburgo. Estas ciudades se benefician al mismo tiempo del comercio atlántico que llega a ellas, de la vecindad de los Países Bajos (primeramente, Amberes, y después, Ámsterdam), de su alto voltaje económico y también de las discordias que van a resultar de ello. Hamburgo, la más vigorosa de todas ellas, inicia una triunfante carrera que ni siquiera la Guerra de los Treinta Años logrará interrumpir[186]. Sus mercaderes se han beneficiado del levantamiento de los Países Bajos; son neutrales o, como dice un corresponsal del presidente Viglius, «siendo como son ambidiestros, obtienen, en consecuencia, grandes ganancias y beneficios»[187]. Además se está gestando algo muy importante en los Países Bajos y esa parte de Alemania en contacto con las aguas del mar del Norte; algo que sacudirá al mundo germánico hasta los propios cimientos. A orillas del Báltico, un orden antiguo, colonial en más de un aspecto, continuará manteniendo las apariencias.

Todas estas imágenes sucesivas encajan sospechosamente bien en la ya antigua interpretación (1908) que proponía el historiador Johannes Müller[188]. Para él el centro de las diferentes Alemanias, antaño en Colonia, se había desplazado en dirección al este, hasta Núremberg, ciudad situada en el mismo corazón de la Alemania Media, a mitad de camino entre este y oeste, y también a mitad de camino entre el italianizado sur y un norte tocado ya por los vientos del mundo moderno, e hijo del Atlántico. El centro es Núremberg, no Augsburgo, la ciudad de los Fugger. Considerado todo ello en conjunto se ofrece al historiador como una tentación: Jean-François Bergier ha sucumbido a ella en su reciente libro: «La Alemania meridional —escribe — se convierte, en los albores de la época moderna, en el auténtico centro de gravedad del mundo occidental, y ello en mayor medida que lo pueda ser la Italia del norte, los Países Bajos, la Francia de Lyon o de Marsella, y más aún, incluso, que la Viena imperial»[189]. Eso es mucho decir. Pero debemos evitar cuidadosamente la creencia de que, en el umbral de la Modernidad, los triunfos sonados y las innovaciones del capitalismo mercantil han afectado únicamente a Lisboa, Sevilla y Amberes, ciudades privilegiadas por su

contacto con el mar: el impulso del siglo XVI se ha adentrado hasta las profundidades continentales de Europa.

De Génova a Amberes, y de Venecia a Hamburgo: las condiciones de la circulación

Como hemos visto, la vida mediterránea se lanza, prolongándose, hacia el norte, por medio de una circulación terrestre excepcional, si consideramos los medios con que contaba la época. Aunque no todo es modernidad y actividad bulliciosa al norte de los Alpes, en el espacio comprendido entre Lyon y Viena, sí podemos afirmar que estaba animado por una vitalidad superior quizá a la de Francia, particularmente si incluimos en dicha zona a Lyon, ciudad de los Alpes y del valle del Ródano. Evidentemente, es una zona que presenta múltiples rasgos modernos. Crecen allí numerosas firmas, cuyas raíces se hallan a la vez en las ciudades de Italia y en las de los Países Bajos y de la península ibérica. Las grandes firmas familiares, de proporciones colosales, inclinadas siempre a encerrarse en sí mismas (los Fugger, los Hochstetter, los Welser, los Affaitati), han dado paso a firmas más pequeñas, pero más numerosas y, sobre todo, más activas de lo que se puede imaginar leyendo nuestras historias generales: los Della Faille, en los Países Bajos —sobre los cuales ha aparecido un libro recientemente—[190]; los Torrigiani, Bartolomeo Viatis (y su socio, Fürst), en Núremberg y Breslau; los Pestalozzi, Bartolomeo Castello, en Viena; los Montelupi, en Cracovia[191], por citar solamente algunas firmas italianas de las establecidas a final de siglo en países extranjeros. Pero se podrían añadir a estos nombres varias decenas de otros[192].

Aparece una nueva práctica: estas firmas trabajan por comisión, apoyándose en otros mercaderes conformes en representarlas y actuar en su nombre. Esto reduce notablemente los gastos operativos. «El notable aumento del número de mercaderes a menor escala [escribe un historiador][193] constituye el nuevo e importante elemento de la evolución comercial del siglo XVI». Esta tendencia se hace general en toda la Europa Central. Contemporáneamente, ciertas casas se especializan en el transporte, que se convierte en una actividad en sí. Sabemos de importantes casas de transportistas en Amberes y Hamburgo: la de los Lederer[194], los Cleinhaus[195], los Annoni[196] y otras muchas, con frecuencia de origen alpino. Lo mismo ocurre en Lyon[197] y en la propia Venecia. Así lo testimonia un documento veneciano —sin fecha— del siglo XVII: «Las

mercancías que se llevan de Venecia a Lombardía[198] y a Alemania, las confían los mercaderes a los transportistas (*conduttori*). Estos, una vez convenido el precio, se comprometen a entregarlas en los lugares indicados, en buenas condiciones y en el plazo de tiempo fijado por ambas partes». A su vez, estos *conduttori* recurren a los servicios de los *spazzadori*, quienes transportan los cargamentos en barcas, en vehículos o a lomos de animales, de posada en posada; el posadero les provee de los animales y vehículos que puedan necesitar[199]. Un último detalle: estos *conduttori*, y seguramente estos *spazzadori*, no son venecianos, sino «extranjeros», gente de los Alpes y del norte. En todo caso, es evidente que existía la división de trabajo, con las consiguientes racionalización y especialización. De un modo semejante se organizan las postas del servicio de correos, y no solo por obra de la grande y célebre familia de los Tassis, que detentó el monopolio del transporte de cartas en los dominios de los Habsburgo[200]. Como consecuencia de esto, aumentó la actividad mercantil, ahora más accesible a aquellos mercaderes que se iniciaban en el mundo del comercio y disponían de poco dinero líquido[201]. Y se desarrolla en esta Alemania de la línea central una industria textil de tipo capitalista, en contacto con mercados lejanos, que había de ser de importancia decisiva[202]: se trata de las ya citadas industrias de lino de Sajonia[203], Silesia y Bohemia[204]. Aprovechando las guerras en los Países Bajos, comienzan a progresar tanto en Alemania como en los cantones suizos industrias productoras de artículos de seda y de semilujo[205].

El comercio a larga distancia había de limitarse necesariamente al de mercancías cuyo valor fuese capaz de compensar y amortizar los gastos de transporte: el cobre, la plata, la quincallería, la pimienta, las especias, el algodón de Levante (del que Venecia continúa siendo el principal puerto de importación y reexportación hacia el norte), la seda, las *Südfrüchte*, y finalmente, y en especial, los paños, siempre prioritarios. En una dirección se mueve un tráfico de piezas de *carisea* inglesa («una de las más importantes bases del comercio en cualquier lugar del mundo», decía ya en 1513 un documento veneciano)[206], telas, estameñas (de Hondschoote, y más tarde, de Leyden), gorgoranes (de Lille), tejidos «mixtos» (fustanes, buratos y bombasíes) y telas de las ciudades alemanas y suizas. En la otra dirección, partiendo de Italia, terciopelos, tafetanes, paños de lana de primera, paños de seda con hilo de oro o plata y telas de gran lujo. La casa Della Faille, de Amberes, establece una filial en Venecia y otra en Verona, que se encargan de comprar sedas crudas, que a continuación hilan *in situ* con tal perfección que la calidad de sus productos no conocerá rival[207]. Las cifras que aparecen en

los libros de cuentas de la casa no producen, en absoluto, una impresión de decadencia, sino todo lo contrario.

El movimiento de mercancías conlleva un movimiento de dinero, del norte al sur y del sur al norte[208]. De modo que el gran acontecimiento de 1585, la promoción de Fráncfort del Maine, conocida ya por sus ferias mercantiles, al rango de ciudad y feria con cambio de moneda, ocurre en el momento más indicado. A este acontecimiento le siguen otros: la fundación, en 1609, del Banco de Ámsterdam (de importancia mundial, como es bien sabido); la del Banco de Hamburgo, en 1619, y la del Banco de Núremberg, en 1621[209]. Aunque no era nueva toda esa circulación, la nueva circunstancia ayuda a fijar sus rutas, sus medios de transporte y los puntos de parada.

Emigración y balanza comerciales

¿Qué conclusiones podemos sacar una vez consideradas todas esas transacciones, políticas o no, y después de analizar unas circunstancias más supuestas que conocidas? Creemos que se pueden reducir perfectamente a dos constataciones: *1*. La balanza comercial se inclina decididamente en beneficio del sur. *2*. Es evidente la amplia invasión de mercaderes italianos en todos los lugares de Alemania, invasión que se inicia, probablemente, alrededor de 1558[210]; ese flujo compensador no declina ni siquiera ante los desastres alemanes en la Guerra de los Treinta Años.

Nada más natural que este balance resulte desfavorable al norte. Sus ciudades, sus mercaderes y sus artesanos son unos alumnos con la atención puesta en sus maestras, las ciudades del sur. Los hombres de negocios se han aprovechado durante largo tiempo de la ignorancia y el atraso del sur. Lo que el mercader de Núremberg fue para la Europa Central, lo fue el mercader milanés o veneciano para Núremberg y las demás ciudades alemanas. Todo aprendizaje se paga, y a veces durante largo tiempo. Los productos del sur, más numerosos y más caros por unidad, superan a los productos importados del norte. De este desequilibrio y de los pagos en numerario que de él resultan nos quedan pruebas tangibles: en Venecia y en Florencia hay siempre letras de cambio (sobre los países del norte) a disposición de los compradores; los genoveses están muy bien informados de dicha circunstancia, y recurren con frecuencia a este método cuando hay que pagar en el norte las sumas de dinero previstas en sus *asientos* con el rey de España: evidencia de que la balanza comercial era claramente favorable a Italia, por lo menos en estas dos

ciudades esenciales. Una prueba todavía más evidente nos la proporcionan las repetidas quejas de las ciudades alemanas en el siglo XVII. Hacia 1620 (es decir, una fecha tardía) se les reprocha a los mercaderes de Augsburgo el enviar «grandes cantidades de preciosas monedas a Italia»[211]. La misma acusación se les hace más tarde a los mercaderes de Fráncfort[212]. Y existen otros ejemplos[213]. Según el testimonio de los *Cinque Savii*, cuando los holandeses llegan a Venecia, su balanza, a la altura de 1607, era deficitaria[214].

Así Alemania, y el norte, en general, contribuyen a la prosperidad italiana, ofreciéndole apoyo, ventajas y asociándola abiertamente a su propia actividad económica. Esta última continuaba todavía viva en las primeras décadas del siglo XVII. Augsburgo llega al ápice de su riqueza efectiva en 1618[215], y Núremberg ve prosperar su actividad bancaria hasta 1628[216]. Venecia, por su parte, continúa desempeñando su función de *clearing house* para los pagamentos compensatorios, como dice en pocas palabras un mercader italiano (de Cremona): *auf Fráncfort gezogen und […] gen Venedig remittiert* girado sobre Fráncfort y enviado a Venecia[217].

En segundo lugar tenemos la enorme operación de penetración de las ciudades alemanas por los mercaderes italianos. Venecia, a partir de 1558, irá en cabeza[218]. Los mercaderes alemanes del *Fondaco* habían tenido hasta aquel momento el monopolio, al norte de los Alpes, de todas las compras con destino a Venecia, salvo caballos, armas y vituallas[219]. Durante la segunda mitad del siglo XVI cae en desuso la antigua prescripción y los mercaderes venecianos intervienen cada vez más activamente en los mercados alemanes. Más que de venecianos de Venecia, se trata aquí de venecianos de la *Terraferma*, una nueva generación de mercaderes. Este es el caso de Bartolomeo Viatis, un bergamasco que había ido a vivir a Núremberg en 1550, contando doce años de edad, y que a fuerza de puños se abre paso hasta el lugar más alto, con el mismo rango que los Koch[220]. Trafica a gran escala, con telas, productos de Levante, plumas de avestruz y pieles de camello; posee varias habitaciones en el *Fontego dei Todeschi*, y con ocasión de la misión de Marco Ottobon a Danzig deja de lado sus propios intereses y pone su crédito, que era considerable, a disposición de la señoría de Venecia. Cuando, cargado de años y de familia, muere, en 1655, deja una fortuna evaluada en más de un millón de florines. Naturalmente, no todos los mercaderes italianos alcanzan triunfos tan espectaculares, pero sus negocios representan por lo general sumas muy considerables, tanto en Colonia (a pesar de numerosas quiebras) como en Núremberg, Praga[221] o Augsburgo, e

igualmente en Fráncfort y Leipzig, dos ciudades que van a más cada día que pasa.

Es indudable que estos mercaderes inmigrados han ayudado a sus ciudades a adecuarse a una Alemania que va encontrando poco a poco, durante el siglo XVII, «sus nuevos puntos cardinales», y cuyo eje se va a establecer entre norte y sur, sobre la nueva línea de Fráncfort a Leipzig y, más o menos, sobre el eje Hamburgo-Venecia. La batalla que libran los mercaderes italianos contra los mercaderes locales, y en mayor grado, contra los negociantes holandeses —esos calvinistas contra los que Leipzig se levanta, en mayo de 1593—[222] es un combate llamado a durar largo tiempo. En 1585, cuando se establecen en Fráncfort las ferias de cambio, vemos que 22 firmas de un total de 82 que habían pedido esta innovación en la ciudad, son italianas[223]. Así sucede en el siglo que toca a su término y así sucederá en el que comienza. En 1626, un informe holandés dirigido a los Estados Generales de Holanda señala que los venecianos no solo aprovisionan a sus vecinos, «sino también a Alemania, a precios notablemente más bajos que los holandeses, en todas las mercancías de Levante»[224]. En Colonia, en Fráncfort, en Núremberg y en Leipzig se mantiene la presencia de mercaderes italianos —muy sensible a partir de 1580— hasta más allá del 1600. Todavía a la altura de 1633, cuando los suecos toman Núremberg al asalto, se ve a los venecianos izar muy alto el estandarte de San Marcos para proteger sus almacenes, prueba evidente, en cualquier caso, de su presencia allí[225]. Y en 1604, Venecia, que había preservado casi intacto el monopolio del suministro de algodón a las industrias alemanas de fustanes, exige que se quintupliquen los medios de transporte existentes tanto para el viaje de ida a Alemania como para el de vuelta.

Así Italia, y, por su mediación, el Mediterráneo, influye durante largo tiempo sobre los vastos espacios de la Europa del Norte, y permanece sólidamente afincada en Amberes, centro financiero que conserva siempre su importancia, a despecho de (o, posiblemente, por su causa) la guerra endémica de los Países Bajos. La Embajada, en 1603, de B. C. Scaramelli[226] restablece las buenas relaciones con Inglaterra. Poco después, en 1610[227], se establecen relaciones amistosas entre Venecia y Ámsterdam. En 1616, los procónsules y senadores de Hamburgo piden a Venecia que instale un consulado en su ciudad[228]. En fecha tan temprana como la de 1599, Sebastian Koch, cónsul de Hamburgo en Génova, se ofrece para representar también los intereses de los capitanes de Danzig[229]. En resumen: por muy engañoso que pueda resultar a veces un cuadro descriptivo, podemos

considerar probable el que esta área comercial de la línea central alemana haya mantenido abiertas sus puertas en ambos sentidos hasta bien entrado el siglo XVII.

El istmo francés: de Ruán a Marsella

El istmo francés se puede considerar como comprendido dentro de una línea que pasa por los caminos que van de Marsella[230] a Lyon[231], sigue luego por Borgoña[232] hasta dar en París, y finalmente llega a Ruán. Pero un examen más detenido nos demuestra la insuficiencia de semejante delimitación.

Hay cuatro rutas que llevan de Lyon a Marsella: el propio Ródano, que se encuentra en Beaucaire con la carretera principal que lleva a España, pasando por Montpellier y Narbona; la carretera principal, usada sobre todo por los convoyes de mulas, que va paralela a la orilla izquierda del río; una segunda carretera que tuerce hacia el este y que, pasando por Carpentrás, llega a Aix, y, por último, una carretera que penetra en los Alpes por el *col* de la Croix-Haute y por Sisteron, acabando igualmente en Aix de Provenza.

Entre Lyon y París corrían tres rutas: una, que por Roanne, utiliza el Loira, al menos hasta Briare[233], y sigue hasta Orleáns, y dos ramales que se separan en Chalón, pasando uno de ellos por Dijon y Troyes, y el otro por Auxerre y Sens.

Además, esta red enlaza, por el este y el oeste, con los caminos reales de la Europa Media. De Lyon arrancan dos rutas en dirección a Italia, una por Grenoble y la otra por Chambery: se vuelven a encontrar en el Mont-Cenis y más allá, en «el paso de Susa», puerta de Italia tanto para mercaderes como para soldados. Susa es una de las estaciones más activas de las rutas alpinas, con un constante llegar y partir de convoyes de mulas o, como se los llamaba, de grandes carros. Y también de Lyon arrancan una o dos carreteras hacia el Rin, pasando por el Jura, además de otras dos que conducen a Amberes, una por la Lorena y otra por Champaña.

Que esta red de carreteras del istmo francés se haya sentido atraída hacia el este, interesada por su activo ir y venir de mercancías, es algo muy importante. En apoyo de lo dicho podemos citar un par de ejemplos. Primer ejemplo: se calcula que Lyon recibía buena parte de su pimienta y especias por el camino del Mont-Cenis, al menos entre 1525 y 1535, cuando todavía era muy modesto el papel de Marsella. Segundo ejemplo: la importancia del enlace con Amberes[234] queda demostrada de manera sorprendente en un

mapa donde se represente la distribución y redistribución por medio de Amberes de las mercancías pertenecientes a mercaderes franceses, llegadas por mar y tierra al puerto de Scheldt, o depositadas allí y que, sin duda, en buen número de ocasiones no son de origen francés. Pero el enlace ha quedado claramente establecido.

También la red de carreteras francesas se inclina al suroeste, hacia España. Ya he mencionado antes la ruta de Beaucaire. También corre una ruta activa de Lyon a Bayona: atraviesa el macizo Central por Limoges, donde se cruza con la carretera principal de París a España. Esta carretera real, que comienza en la capital, precisando, la *rue Saint-Jacques*, no es solamente el antiguo camino de Santiago de Compostela, sino también el lugar de paso más activo de la Francia de la segunda mitad del siglo XVI. La demostración de lo dicho queda establecida en el libro de Frank Spooner**[235]**: la totalidad de la costa oeste del Atlántico estaba prendida en las redes de la moneda española; por eso Bayona, estación fronteriza, era uno de los principales puntos de parada, aunque, desde luego, no el único. El otro era Rennes, a causa de los viajes de las embarcaciones bretonas cargadas con el trigo del que se alimentan Lisboa y Sevilla. No hay parangón posible entre el oeste, rico en monedas de plata, y la pobre Borgoña, reducida a sus piezas de cobre**[236]**.

[I-287]

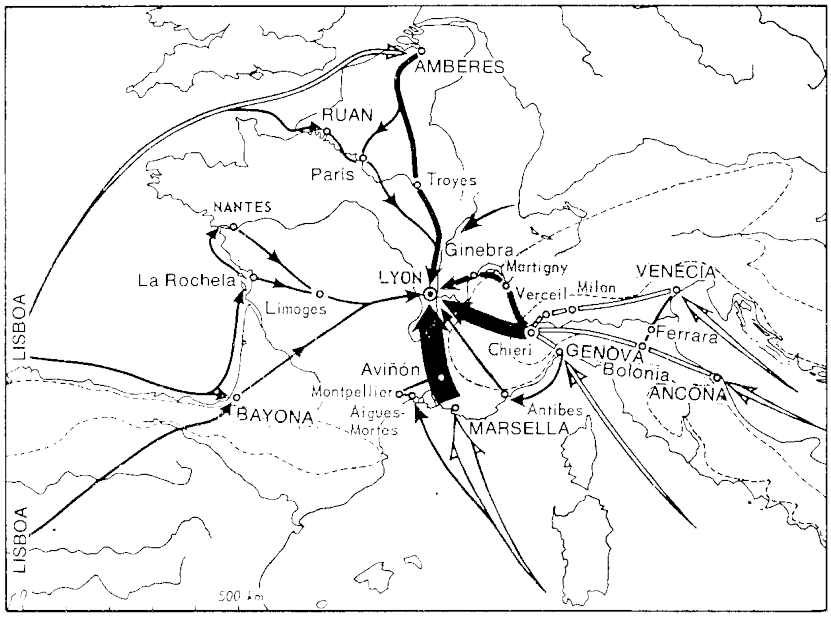


FIGURA 17. *Lyon y las especias, de acuerdo con algunos documentos entre 1525 y 1534*. Según R. Gascon, «Le siècle du commerce des épices à Lyon, fin XVe siècle, fin XVIe siècle», en *Annales E. S. C.*, julio-agosto, 1960.
En la concentración del tráfico en Lyon, predominio de las rutas de Marsella y de los Alpes a partir de Chieri.

Esta ruta del dinero español fue durante muchos años provechosa fuente de beneficios para Lyon. La ciudad era, como Ginebra, una creación del capitalismo italiano, y no simplemente el resultado de una inspiración de Luis XI; es una ciudad de ferias que se embolsa el dinero contante y sonante que produce el activo de los mercaderes italianos en Francia. Es una puerta que durante largo tiempo permaneció abierta a esas fugas de numerario. El desempeño de este papel es la culminación de una amplia escala de actividades. Uno de los grandes momentos decisivos del destino de Francia será aquel en que el centro financiero del país pasará de Lyon a París[237]. Resultó ser un cambio tan importante y difícil de explicar como el del paso de la primacía de Amberes a la de Ámsterdam. En resumen: hablar del istmo francés trae consigo, antes o después, una consideración de todo el ámbito francés. Ya lo habíamos insinuado anteriormente.

Una vez trazado este cuadro podemos volver al corredor del Ródano, tan esencialmente relacionado con el Mediterráneo. Hay, río abajo, un inmenso tráfico.

Orange, emplazada a distancia del Rin, proyectaba en 1562 abrir un canal hasta Camaré[238] para empalmarlo directamente con el tráfico del río. Lo que las barcas del Rin transportaban esencialmente era trigo, el trigo de Borgoña sobre todo, que viajaba en toneles (como en Toscana, ese otro país vinícola) y se encaminaba hacia Arlés. Por esta razón la Provenza pudo facilitar al Mediterráneo una importante exportación de granos. El trigo de Provenza fue a menudo, para el rey de Francia, un medio de influir en Génova. Por el contrario, después de 1559 no hay rastros de una exportación importante, salvo algunas excepciones, como el descenso de barcas cargadas de trigo desde Aviñón hasta Roma. El trigo de las regiones provenzal y del Ródano quizá se consumiera, después de esa época, en el mismo lugar de producción. Los barcos del río transportaban también, con los toneles de trigo, los «brocz» de carbón de piedra (provenientes, sin duda, de la cuenca de Alés), que valieron a Marsella el privilegio de llegar a ser la única ciudad del Mediterráneo que se calentaba con carbón en el siglo XVI[239].

Además del tráfico fluvial, había un tráfico terrestre: el de los libros, que en su mayor parte salían de las prensas lionesas y se exportaban por fardos enteros hacia Italia y España, y el de los paños de todas las procedencias —ingleses[240] y flamencos, de París y de Ruán—. Nos hallamos en presencia de unas corrientes de tráfico antiguas y bien asentadas, que aumentan en el siglo XVI en provecho de la producción artesanal de la Francia del oeste y del norte, que impide el paso a los demás productos, sean catalanes o de Italia.

Grandes cantidades de buhoneros y comerciantes rurales marchan hacia las ciudades y ferias del sur. En Pézenas y Montagnac, en el Languedoc, bastaría con la sola relación de los tejidos llegados del norte para llenar páginas y páginas: «paños de París y de Ruán, rojos, negros, amarillos, violetas o gris ceniza…», telas de Auvernia, de Berry, de Borgoña y, sobre todo, de Bretaña, «para vestir a los pobres, para forrar las capas y para hacer sábanas y colchones para los hospitales»[241].

En el comercio río arriba colaboraban los transportes fluviales y las caravanas de mulas. Los barcos del Ródano transportaban, sobre todo, grandes cantidades de sal, tan necesaria en los países del norte. Desde los tiempos de Luis XI, los capitalistas de Montpellier interesábanse por este lucrativo comercio que, más tarde, ni siquiera llegaron a interrumpir nuestras guerras de religión[242]. Por agua se transportaban también las lanas crudas de Languedoc y de Provenza, o el cardenillo de Montpellier. Por las vías terrestres, bastante defectuosas, frecuentemente cortadas por marismas y pantanos, sobre ambas orillas del Ródano, subía todo lo que Marsella enviaba hacia el interior de Francia: especias, pimienta, drogas, lanas y cueros berberiscos, quesos sardos, barriles de pescado, y, a veces, cajas de dátiles y naranjas de Hyères[243], alfombras turcas, sedas, arroz de Levante, acero del Piamonte, alumbre de Civitavecchia, vino de malvasía…[244]. Extractamos esta lista de un registro marsellés de 1543, que se ha conservado por casualidad[245], en el cual se indican también las ciudades que, por ser clientes directos de este comercio, trazan sobre el mapa la zona económica de Marsella. El eje esencial de este tráfico es el Ródano, hasta Lyon. Se organizaban algunas expediciones, aunque raras, hacia Tolosa, y menos todavía hacia París; en general, todo el comercio marsellés es absorbido, en el interior, por una serie de ciudades-etapa hasta desvanecerse a una distancia más o menos grande del mar —en Arlés, Beaucaire, Pézenas— hasta desaparecer totalmente, lo mismo que la de las demás ciudades del Mediterráneo: ninguna estaba en condiciones de acompañar hasta el fin de su destino a las mercaderías despachadas tierra adentro.

Resulta evidente la modestia del comercio de Marsella, tal como aparece en el citado registro de 1543. Por esta época, la ciudad era dueña y señora de los ríos provenzales; todos los puertos vecinos estaban a su servicio, unos para llevarle el trigo de Arlés, otros para enviarle, en vísperas de la recolección de los melocotones, los indispensables toneles, traídos de Fréjus. Como se sabe, Marsella, por esta época, ejercía una atracción bastante fuerte sobre el cabo Corso. Sin embargo, el desarrollo marsellés no debió preceder a

las Capitulaciones de 1569, o más claramente aún, a la guerra de 1570-1573, que inmovilizó Venecia y entorpeció extraordinariamente sus relaciones directas con Levante. Fue esta crisis la que produjo la gran fortuna de Marsella, multiplicando los viajes de su flota mercante al mismo tiempo que aumentaba el tráfico del corredor del Ródano, aunque no fuera más que por razón de haberse desviado parte del comercio alemán vía Lyon y Marsella[246].

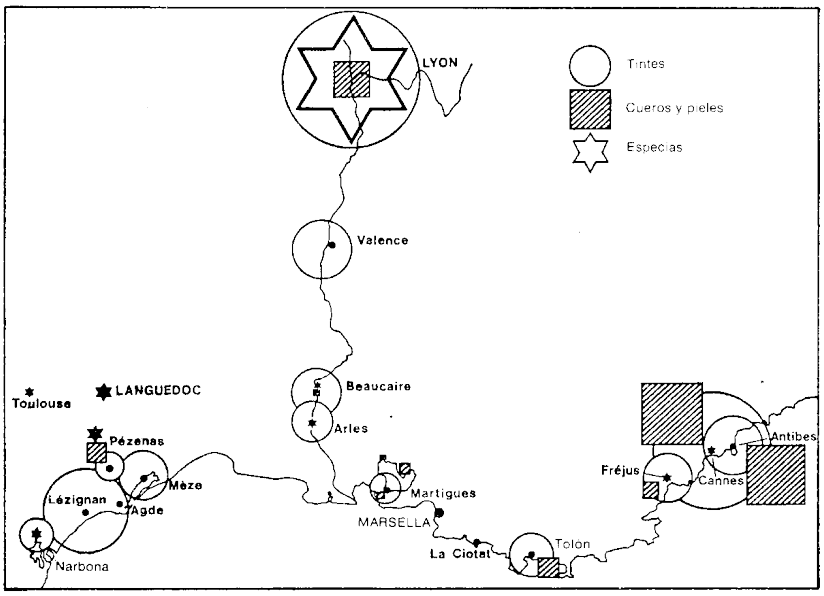


FIGURA 18. *Marsella y el mercado interior francés, 1543.*
Las cantidades indicadas han sido calculadas de modo muy aproximativo.

En 1580, las barcas y los galeones de la ciudad focense surcaban las aguas del Mediterráneo en toda su extensión.

Es indudable que el comercio marsellés no está alimentado totalmente por las rutas del istmo[247]. Se nutre también con el tráfico por mar: las «barcas» de Marsella estaban sirviendo a Génova, a Liorna, a Venecia y a los puertos de España y África. Como los barcos de Ragusa, viven del mar y de su comercio de cambio. Además el siglo XVI todavía no era la época de Colbert: detrás de Marsella no había una industria francesa poderosa. Pero ya estaba Francia, Francia y sus mercados, y la gran ruta que corta Francia de parte a parte y hace de Marsella uno de los puertos para dar salida al Mediterráneo los tejidos ingleses y las sargas de Flandes. La agitación civil después de 1560 no interrumpió estas corrientes comerciales; las crisis y las largas perturbaciones vinieron después de 1589, lo cual, en todo caso, nos incitaría a revisar nuestros juicios de conjunto acerca de la crisis interior francesa[248].

Pero es necesario decir que una gran ruta continental no es solamente una ruta mercantil; mil corrientes entremezcladas de historia la siguen. El eje francés no es solamente el envío de tejidos al norte o la importación de paños de aquellos países; es también la presión conquistadora de la lengua francesa después de 1450, penetrando hacia el sur, a través de la civilización y de la lengua occitana, hasta el mar interior[249]. Es, en el siglo XVI, la llegada de una abigarrada mezcla de italianos capitalistas, artistas, obreros, artesanos y peones, esos centenares y millares de italianos pendencieros y temperamentales, a quienes nos imaginamos sentados a la mesa de las posadas francesas, donde ya no impera la sobriedad mediterránea; en aquellas hosterías, cuya abundancia hacía extasiarse al propio Jerónimo Lippomano, embajador de la opulenta Venecia: «hay en París —escribe— hosteleros que os dan de comer a todos los precios: por un tostón, por dos, por un escudo, por cuatro, por diez y hasta por veinte por persona, si lo deseáis»[250]. Esos italianos equivalen a grandes capítulos de historia: aquí, el desecamiento del valle del Ródano; allá, el desarrollo de la bolsa de Lyon; son, en su conjunto, el Renacimiento, el arte de la Contrarreforma, esas potentes pulsaciones de la civilización mediterránea.

Ahora bien, cuando el largo pasillo traga con avidez las aportaciones y las riquezas del Mediterráneo, lo hace, en cierto modo, en detrimento del mar; así se va consolidando el triunfo del istmo, de la plataforma giratoria francesa. Del siglo XII al XIII, con la primacía de las ferias de la Champaña. Después sigue un gran eclipse. El pasillo se reanima al finalizar la guerra de los Cien Años[251], a partir de 1450 o, mejor dicho, de 1480. La ocupación de

Provenza y Marsella dio entonces a la Francia de los reyes su amplia fachada al frente mediterráneo, y una creciente influencia francesa se afirma en la costa.

Esta influencia fue, desde el primer momento y por encima de todo, una gran fuerza política; mas pronto la acompañó una nueva proyección de la cultura francesa, sin duda aún modesta en el siglo del Renacimiento y del Barroco, y, sin embargo, ostensible en mil pequeños signos, anuncio de lo que había de llegar a ser una influencia desbordante y resplandeciente. Es la admiración que se apodera de las damas de la corte de España cuando la «Reina de la Paz», la pequeña Isabel de Valois, con quien Felipe II acaba de desposarse, saca de su equipaje sus vestidos a la francesa. Es la moda de Francia, que comienza a desbordarse por sobre las fronteras, llegando a imperar hasta en Venecia, capital de la elegancia femenina y masculina hasta el siglo XVII[252]. Es la marquesa de Gast, en Nápoles, que se engalana para conquistar al gran prior, cuando este la visita, en 1559: «La señora marquesa —escribe Brantôme, quien asistió a la cena— saludó a la francesa, y después se desarrolló la entrevista. Encareció a sus hijas que atendiesen y agasajasen al gran prior a la francesa, esto es, sonriendo, bailando, jugando y conversando, modesta y honestamente, como se hace en la corte de Francia»[253]. Es la canción francesa, que emprende hacia el sur su viaje de conquista, lo bastante pronto para no encontrarse en el camino a la ópera italiana, que se difundió en todas direcciones a finales de siglo. Pequeños signos, en verdad, y que parecen superficiales. Pero no deja de tener importancia que, en esta Italia, siempre triunfante durante el siglo XVI, fuera el francés —tal como lo imaginamos: gesticulante, inclinando la cabeza en complicadas reverencias, llevando en la ciudad una vida ostentosa y agitada, sin dar respiro a sus lacayos— quien sirviera de modelo a la sociedad refinada de la época[254].

Europa y el Mediterráneo

Los istmos europeos trazan, como hemos visto, las líneas esenciales de transmisión de la influencia mediterránea, líneas esenciales, cada una de las cuales agrupa en torno suyo una masa continental más o menos autónoma; porque frente al Mediterráneo no hay una Europa solamente, sino varias, digamos varios cuadrantes europeos, con frecuencia mal unidos entre sí por rutas transversales, de rendimiento limitado.

Pero, pese a su importancia, las rutas norte-sur no han bastado para trabajar toda la masa de países y de pueblos por los que atraviesan; las distancias, y muchas veces los relieves del terreno, han sido con frecuencia más fuertes. Las murallas que se levantan entre el Mediterráneo y el norte de Europa han servido, indudablemente, de freno. Las influencias del sur sobre el norte no se propagan por oleadas continuas (cualesquiera que sean las imágenes que de vez en cuando acuden a nuestro espíritu). Cuando penetran profundamente tierra adentro, es por estrechas fisuras meridianas que siguen las grandes rutas comerciales, apegándose a ellas hasta las más lejanas tierras. Y repitámoslo: a veces hay que ir hasta allí a buscar la explicación de la historia del mar.

Pero estas líneas profundas, trazadas frecuentemente sobre tierras completamente extrañas —las de Rusia, por ejemplo—, no son sino la armadura de una Europa más o menos mediterránea. En realidad, la influencia del mar no se proyecta y se extiende mediante las múltiples ramificaciones de sus arterias esenciales más que a poca distancia de sus orillas. Solamente aquí nos encontramos con los verdaderos dominios de la impregnación mediterránea. Zona privilegiada, pero cambiante: basta pensar en la religión, en la cultura, en la vida misma, para ver que su superficie se extiende o se retrae. Un ejemplo, tomado de la historia económica, puede precisar nuestro pensamiento. Ya hemos hablado de Marsella, y, en general, de todos los puertos comerciales de la costa cuyos servicios son acaparados hasta cierta distancia por otros centros urbanos. En la Europa Occidental y Central, la línea que uniera a esos relieves interiores pasaría por Lyon, Ginebra, Basilea, Ulm, Augsburgo, Viena, Cracovia y Leópolis. Las miradas de estas ciudades, curiosamente mixtas, que son a la vez norte y sur, se dirigen hacia el norte del Mediterráneo y hacia el *Mare Internum*. Es innegable que este eje medio es algo así como una gran cicatriz, una grandiosa bisagra del complejo europeo. Tampoco puede negarse que la Europa que acabará siendo hostil al Mediterráneo comienza al norte de estas ciudades mixtas: la Europa abierta a la Reforma, la Europa de los países nuevos[255], agresivos en sus avances, y cuyo advenimiento marcará lo que llamamos la época moderna.

Decimos esto sin querer esquematizar demasiado. Europa son también los mares del norte y el inmenso océano Atlántico. Y después de los grandes descubrimientos, un océano Atlántico dominado en su plenitud, conquistador, comunicado por Magallanes con el Pacífico y por Vasco de Gama con el Índico.

III. El océano Atlántico

Puede parecer paradójico terminar un capítulo sobre las fronteras del Mediterráneo hablando del Atlántico, como si este no fuese más que una dependencia del mar interior. Pero sucede que en el siglo XVI todavía no existe el océano con plena autonomía. Los hombres están apenas comenzando a hacerse una idea de él y construyéndole una identidad, todo ello remitiéndose a los antecedentes que pueden encontrar en Europa, del mismo modo que Robinson se construye la casa con lo que ha podido salvar de su navío.

Varios Atlánticos

El Atlántico del siglo XVI es la asociación y la coexistencia más o menos perfecta de diferentes espacios parcialmente autónomos. Existe el océano transversal de los ingleses[256] y los franceses; el Gulf Stream, con sus rutas sembradas de tempestades, es su eje habitual, y Terranova, la primera línea costera. El Atlántico de los españoles es una elipse de la que Sevilla, las Canarias, las Antillas y las Azores marcan el trazado, siendo a la vez puertos de arribada y sus fuerzas motrices[257]. El Atlántico de los portugueses[258] es ese inmenso triángulo del océano central y austral: el primer lado va de Lisboa a Brasil; el segundo, del Brasil al cabo de Buena Esperanza; el tercero es esa línea que siguen los veleros en su viaje de vuelta de las Indias, de Santa Elena a lo largo de la costa africana.

A estos diferentes Atlánticos, asociados a historias nacionales, no les ha sido difícil encontrar sus respectivos historiadores. Pero existe otro Atlántico que no ha sido tenido en consideración, quizá porque unifica todos esos sectores particulares y solo puede alcanzar su pleno significado a la escala de una historia global del océano Atlántico que todavía no ha sido escrita. Sin embargo, es el más antiguo de todos ellos: es el Atlántico de las navegaciones medievales y también de las antiguas: de las Columnas de Hércules a las Casitérides; es ese mar angosto, de tempestades frecuentes y salvajes, situado entre las costas de Portugal, España, Francia, Irlanda e Inglaterra, virtualmente una mera ruta norte-sur, rival de las rutas terrestres de los istmos europeos. De él han surgido todos los océanos Atlánticos de los siglos XV y XVI: él es el semillero de la exploración atlántica.

Mar traidor, a decir verdad; un mar por el que resulta difícil navegar: el golfo de Gascuña, con sus fuertes oleajes y sus furiosas aguas, gozaba de una

mala reputación tan justificada como la que tiene en el Mediterráneo el golfo de Lyon. No hay barco que pueda estar seguro, al dejar España al sur, de acertar con la entrada —a pesar de su amplitud— de la Mancha, al nordeste. En 1518, Fernando, el hermano menor de Carlos V, se ve, junto con la flota en que venía de Laredo, y contra su voluntad, empujado a lo largo de las salvajes costas irlandesas[259]. Cuando se viene del norte, como Felipe II en agosto de 1559, nunca se tiene la seguridad de poder navegar en derechura a los puertos de profundo calado de la costa cantábrica[260]. El embajador Dantiscos, durante tanto tiempo representante de Polonia en la corte de Carlos V, hace, en diciembre de 1522, la experiencia de este viaje de Inglaterra a la Península. Y afirma que no hay nada en el Mediterráneo o en el Báltico que se pueda comparar con la horrible violencia del «Mar de España». «Ni aunque fuese el imperio mundial el premio de semejante viaje, me lanzaría yo jamás a tan peligrosa aventura», exclama[261].

Y, efectivamente, el premio del «imperio del mundo» se ha obtenido después de soportar los peligros del Atlántico próximo y del golfo de Gascuña. Europa hizo sobre esas terribles aguas su duro aprendizaje oceánico y preparó la conquista del mundo.

El Atlántico, en la escuela del Mediterráneo

¿Cómo influyeron estos océanos en la vida del Mediterráneo y cómo actúa este en sus inmensos espacios?

La historiografía tradicional no distinguía entre diferentes Atlánticos y los consideraba como una totalidad, la cual era el enemigo número uno del mar interior: una vasta extensión que subyuga a otra menor. Esto es simplificar las cosas. Y puestos a exagerar, tanto valdría decir que el Mediterráneo ha dominado durante mucho tiempo a su inmenso vecino, y que su decadencia se puede explicar, entre otras razones, desde el momento que ha perdido el control de aquel. Vale la pena repetirlo: la historia no la hacen los espacios geográficos, sino los hombres que dominan o descubren estos espacios.

En el siglo XVI, el Mediterráneo mantiene evidentes prerrogativas en el oeste del Atlántico. La prosperidad oceánica le beneficia: participa de ella en todas las circunstancias. Barriles de bacalao de Terranova, azúcar de las islas (Madera, São Tomé), azúcar y madera de tinte del Brasil, oro y plata de la América española, pimienta, especias, perlas y sedas del océano Índico, todo ello traído en barcos que doblan el cabo de Buena Esperanza: el Mediterráneo tendrá su parte de estas riquezas remotas y de esta nueva actividad mercantil.

Y no será durante el siglo XVI ese universo olvidado y empobrecido, arruinado, como se supone, por los viajes de Colón y de Vasco de Gama. Muy al contrario: el Mediterráneo da forma al Atlántico, y reinventa y proyecta su propia imagen en el Nuevo Mundo de los ibéricos. Historiador ha habido que al comentar la primera edición de este libro ha lamentado que el asno, símbolo de la vida cotidiana del Mediterráneo, no haya recibido el amplio espacio que se merece[262]. En México, ver pasar unos campesinos a lomos de asno nos hace evocar inevitablemente —añade— personas y paisajes del Mediterráneo. Pero las ocasiones que invitan a evocar ese Mediterráneo se presentan por todas partes: los cereales sembrados tan pronto como es posible, las viñas inmediatamente plantadas en Perú y Chile, las caravanas de arrieros, las iglesias, la Plaza Mayor de las ciudades españolas, los rebaños traídos de la península ibérica, que muy pronto se reproducen en libertad, la asombrosa floración del Barroco colonial: toda una vida nueva, con raíces mediterráneas[263].

Enlaces y cambios se efectuaron a lo largo del siglo, por medio de naves tanto mediterráneas como atlánticas, lo que nos enfrenta con un problema en sí muy importante. Pero sería excesivo pensar que cada vez que un navío o un comerciante del Atlántico penetra en el Mediterráneo, pudiera este mar perder un punto. La prosperidad de Nápoles, a fines del siglo XVI, como centro de compra de los productos nórdicos y de exportación de los productos mediterráneos, se debe precisamente a la arribada de gente y naves atlánticas. Y de igual manera los barcos holandeses que transportan directamente a Venecia la lana de España explican, en parte, la espectacular prosperidad, a fines del siglo XVI, de la industria de los paños en esta ciudad[264]. Resumiendo: no es tarea fácil contabilizar el haber y el deber de ambas partes.

El destino atlántico en el siglo XVI [I-298]

Resultará más útil a nuestros propósitos esbozar una historia del Atlántico desde el punto de vista de sus relaciones con el Mediterráneo.

Desde el comienzo del siglo hasta 1580, los ibéricos, es decir, gente del Mediterráneo, han organizado el gran océano transversal comprendido entre Sevilla y las Antillas —«el Atlántico de Sevilla», como lo ha denominado Pierre Chaunu—. También han controlado, arrancando de Lisboa, el interminable océano de los portugueses. Excepción hecha de algún que otro corsario francés, ningún otro barco se aventura en aguas tan bien guardadas. Nada viene a interrumpir o distraer su crecimiento económico. El Atlántico

sevillano alcanza, al otro lado del istmo de Panamá, la ruta marítima del Perú hasta Arica, puerto de las minas del Potosí. A partir de 1564, el galeón de Manila cruza regularmente el Pacífico, de Acapulco a las Filipinas, enlazando de modo eficaz con la economía china[265]. Los portugueses, ya desde el primer momento, comenzaron a enviar barcos a la India, y más tarde, hasta más allá de Insulindia, China y Japón[266]. También han organizado el gran comercio de esclavos entre África y América, por no mencionar la exportación clandestina de la plata del Potosí a través de las rutas interiores del Brasil y, en mayor grado, por Buenos Aires y las pequeñas embarcaciones del Río de la Plata[267].

Nos encontramos, pues, ante un enorme y complejo sistema de drenaje de la economía mundial. Experimentará algunos contratiempos y conocerá algunas «pérdidas de ritmo», pero la prosperidad de esta economía ibérica se mantiene, en su conjunto, hasta por lo menos 1580. Prueba de ello la podemos encontrar en el aumento de las arribadas de plata a Sevilla y de las diferentes mercancías venidas de las Indias: cueros, palo de Campeche, cochinilla —esta última figurando entre las «mercancías reales» por el beneficio de las cuales disputaban los mercaderes, y cuyo curso vigilaban atentamente—. Otra prueba la suministra la amplia diversidad de seguros marítimos del Consulado de Burgos, donde el valor de la prima del seguro fue, durante un considerable periodo de tiempo, más bajo en el Atlántico que en el Mediterráneo[268]. Y Lisboa conservó su importante puesto en el comercio de las especias hasta mucho más allá del año 1600. Y finalmente, cuando, ante las primeras embestidas serias del corso protestante, las cosas comienzan a ponerse mal, los dos colosos, España y Portugal, unen sus fuerzas. Nadie, a la altura de 1580, podía sospechar que aquello era de hecho la unión de dos monumentales debilidades.

Hay que añadir sombras, y muy negras, a este cuadro optimista: el Atlántico próximo, ese que se extiende en la dirección sur-norte, se pierde muy poco después. Era una ruta conquistada por los mediterráneos unos siglos antes. En 1297, las galeras genovesas habían realizado su primer viaje directo a Brujas; una veintena de años más tarde les siguieron las *galere da mercato* venecianas (entre 1310 y 1320, probablemente en 1317) y otros muchos barcos[269]. Este movimiento coincide (sin ser forzosamente su causa o consecuencia) con el declinar del esplendor de las ferias de Champaña. Como consecuencia, muchos mercaderes italianos se marcharon a los Países Bajos e Inglaterra, donde se instalaron como en país conquistado. Este triunfo marítimo redundó inmediatamente en provecho de Italia: apoyada en sus

colonias del Levante y sus oficinas de contabilidad del norte, se desprende de las economías retrasadas que la rodean, y se convierte en más moderna y rica que cualquier otro. Otra consecuencia, esta inesperada: la animación del frente atlántico de Europa, o al menos, de algunos de sus sectores, Andalucía y Portugal, será el necesario preludio de la época de los grandes descubrimientos[270].

Cuando se inicia el lento pero poderoso avance de mediados del siglo XV, será de nuevo el sistema italiano, continental y marítimo a la vez, quien obtendrá los mayores provechos. Venecia y Génova son señoras, entonces, del comercio inglés y flamenco. Solo a partir del siglo XVI comienza a declinar este sistema. Así, hacia 1550[271], el tráfico entre el mar del Norte, Portugal y Andalucía corre a cargo de los navíos del norte. Veinte años después, durante la crisis hispano-inglesa de 1568-1569,[272] los ibéricos se verán constreñidos de hecho a abandonar la ruta del norte. Los veleros nórdicos, una vez afianzados en su carrera, se lanzarán de inmediato hacia Gibraltar para emprender esa conquista del Mediterráneo que ya habían logrado a medias a la altura del 1550. Pero el avance será lento. Un anciano español (tenía entonces 87 años), que en 1627 evoca sus recuerdos, cuenta haber conocido la época en que Inglaterra apenas era capaz de mantener 15 navíos de guerra[273].

Por todas partes, esos años traen al Mediterráneo una serie de pérdidas tanto directas como indirectas, pero que no habían de resultar necesariamente catastróficas a los países que lo rodean. España y Portugal movilizan sus fuerzas preferentemente para asegurar sus grandes circuitos atlánticos. El caso de Vizcaya resulta revelador: esta provincia suministra los mejores navíos de la «Carrera de Indias», sus galeones zarpan para las Indias, pero sus *zabras*, que antes de 1569 llevaban las lanas y la plata de España a Amberes, se hacen ahora cada vez más raras en las líneas del norte. Con todo, y pese a múltiples avatares, la relación vital entre Sevilla y el norte continúa manteniéndose. Para los navíos nórdicos que traen trigo, pescado, madera, hierro, cobre, estaño, pólvora, paños, telas, quincallería y naves totalmente terminadas resultaba muy beneficioso el viaje a España gracias a la sal, vino y plata que podían cargar en su viaje de vuelta: la Península puede pagar alegremente sus servicios.

Pérdidas por todas partes, pero quedan compensadas en un sistema mundial abierto ampliamente a los mercaderes italianos. Se los ve desde los primeros momentos en Lisboa y Sevilla. Genoveses fueron quienes empujan a Sevilla a su destino y quienes proveen ampliamente la indispensable y lenta

circulación de capitales, a falta de los cuales nada se puede llevar a término de una parte a otra del Atlántico[274]. La economía española provee la base de sus actividades y también de la más discreta pero siempre importante de los florentinos. Los capitalistas de Italia, milaneses y venecianos, se suman al concierto, y se hacen con todas las rutas clave que llevan a los Países Bajos. Se les encuentra a unos y otros en Amberes, en Núremberg e incluso en el otro extremo del mundo: Ormuz, Goa. Evidentemente, el Mediterráneo no ha quedado excluido del juego; o, mejor aún, no ha quedado excluido de juego alguno. Por medio de los genoveses controla las finanzas imperiales de España, y por las llamadas ferias de Besançon[275], el núcleo de todos los movimientos de capital de Europa.

Este sistema se demostró dotado de una gran capacidad de supervivencia. El Mediterráneo no sufre ninguna catástrofe de gran envergadura hasta que las naves holandesas de Cornelius Houtmann doblan el cabo de Buena Esperanza, en 1596 a la ida, y en 1598 a la vuelta. Solo en ese momento resultó alcanzado el sistema en sus puntos vitales; solo entonces se viene abajo la armazón secular. Cuando ocurren derrumbamientos de esa especie, por lo general afectan en primer lugar a las más acabadas realizaciones del sistema. Pero en este caso no se producirá cambio brusco alguno. Posiblemente las fechas más características son las comprendidas entre 1620 y 1630, cuando los *marranos* portugueses, esos *novos christãos* convertidos solo a medias, y que, con frecuencia, son hombres de paja del capitalismo del norte, se instalan en el núcleo mismo de las finanzas de España. Ocupan un lugar decisivo junto a los «hombres de negocios» genoveses. El 8 de agosto de 1628 «la armada y flota» de Nueva España, que se encuentra al largo de Matanzas, cerca de La Habana, es rodeada y capturada por los navíos holandeses de Piet Heyn[276].

A mi entender, estas fechas tardías minimizan la importancia generalmente concedida a la de 1588, es decir, el año de la Armada Invencible. Hay bastantes y buenas razones para ello: *1*. España ha sido capaz, después del desastre de 1588 —debido tanto como al enemigo, a los vientos y tempestades, y a la ausencia de pilotos expertos capaces de sortear los bancos de arena del mar del Norte—, de lanzar otras dos expediciones contra la isla, en 1597[277] y en 1601[278], y de mantener en Irlanda una guerra de diversión que ha debilitado los recursos financieros de Isabel[279]; *2*. Este desastre se produce en una época de prosperidad general donde toda herida puede aún cicatrizar; *3*. El corso inglés disminuye por propia voluntad su actividad; continúa, desde luego, propinando golpes muy duros al adversario

(el saqueo de Cádiz en 1596 había afectado más al prestigio de España que a su riqueza), pero, poco a poco, las islas y costas de España se van fortificando, y el corso inglés comienza a ser una industria cuyos dividendos son cada vez menores y además se obtienen con mayor dificultad. Lo dicho ha quedado demostrado por un historiador inglés[280]; el conde de Comberland, después de quince años de luchas y de expediciones contra España, se ve agobiado de deudas, renuncia entonces a sus onerosas aventuras, y se retira a sus posesiones: «De ahora en adelante no debo pensar en el modo de interceptar carracas, sino en cómo sembraré mi trigo; tampoco me habré de ocupar en equipar navíos, sino en criar corderos»; *4*. Si bien es cierto que Inglaterra ha preparado el hundimiento de España, no lo es menos que no ha sacado ningún provecho inmediato de ello. Es importante notar que ha firmado la paz con el Rey Católico en 1604, seis años después que Francia y cinco antes que las Provincias Unidas.

Todo esto cuadra perfectamente con la imagen que nos transmiten los documentos españoles de final de siglo. La lucha contra Inglaterra se libró innumerables veces en las vastas soledades del océano. Los ingleses, señores del canal de la Mancha, pueden lanzarse hacia el océano mucho antes que las escuadras del adelantado de Castilla pudieran aprestarse y salir contra ellos desde Cádiz o Lisboa; pueden llegar tranquilamente a las Canarias o a las Azores, e incluso hasta el mismo estrecho de Gibraltar, guardado por las galeras, galeones y tropas de España. Solo después de que, al final del verano, los navíos ingleses han regresado a sus puertos, se lanzan los españoles Gibraltar arriba hasta El Ferrol. Su operación de limpieza casi siempre funcionaba en el vacío. Se producen —es cierto— algunos encuentros, por lo general inofensivos. En noviembre de 1602, por ejemplo, seis galones españoles salen de Lisboa «para patrullar por los mares de La Coruña», encontrándose finalmente con varios navíos enemigos, que, mejor armados y más eficaces maniobreros que los españoles, los dejan aproximarse, disparan unos cuantos cañonazos, y acto seguido «sueltan el trapo y se marchan como jugueteando» (*quasi scherzando*), se lee en un aviso veneciano[281]. Era una guerra costosa, pero no mortal; y no siempre inútil. Navíos ingleses y holandeses fuerzan el estrecho de Gibraltar, pero no les resulta tarea fácil. Los navíos ingleses, a decir de los representantes de la Levant Company, lo franquean en invierno, para mayor seguridad, «cuando la mar está muy agitada en el estrecho y no hay probabilidad de encontrarse con los galeones patrulleros españoles, entonces en el fondeadero»[282]. Y llegan cada año las flotas del Nuevo Mundo, cada vez con mayores riquezas, como si «fueran

llevadas por la mano de Dios». Y eso era lo que realmente importaba a España y a sus aliados del Mediterráneo.

Una decadencia tardía

Así, este último viaje en busca de un Mediterráneo Mayor complementa a los otros. Ese mar estrecho, en el corazón mismo del inmenso espacio que lo rodea, será hasta 1600 escenario de una economía activa, ágil y dominante. La gran historia no lo ha abandonado precipitadamente con armas y bagajes al iniciarse el siglo XVII. La hora de su retroceso sonará bastante más tarde. Y ahora, después de haber esbozado la idea general de nuestro tema, tiempo es de considerar sus aspectos más importantes y de calibrar los detalles con el mayor cuidado.

CAPÍTULO IV [I-304]

LA UNIDAD FÍSICA: EL CLIMA Y LA HISTORIA

… las andanzas de Ulises, sin salir de un solo clima.

J. De Barros, Asia, I, IV, p. 160.

A ESE mundo extenso, complicado y mal delimitado que acabamos de describir por tan extenso no se le puede reconocer otra unidad que la de ser un lugar de encuentro de muchas personas y un crisol[1] de historias. Resulta decisivo, sin embargo, el hecho de que en el mismo núcleo de esta unidad humana, ocupando un espacio menor que ella misma, exista una determinante unidad física, un clima, unificador de paisajes y de géneros de vida. Su significación queda demostrada en contraste con el Atlántico: es una unidad humana, y la más poderosa del mundo actual; también él es un encuentro y una aleación. Pero a esta trama del océano le falta ese corazón monocromo, ese mundo de luz idéntica que brilla en el centro mismo del Mediterráneo, de un extremo a otro del mar de los olivos. De un polo a otro, el océano presenta por el contrario todos los climas de la Tierra.

Este Mediterráneo del olivo, con su clima uniforme, se reduce, sin duda, a las estrechas franjas continentales, a las exiguas tierras literalmente bañadas por el mar. Sin embargo, para volver sobre la unidad, debemos situarnos en este corazón angosto. No creemos que esta sea una falsa maniobra. Si ese espacio no es toda la historia del Mediterráneo, no deja de tener su importancia el que el organismo mediterráneo adquiera su ritmo central en ese núcleo uniforme de vida y de clima, tan particular y tan homogéneo, que constituye la zona a la que corrientemente se califica como «mediterránea». Y es natural que esta presión tenga amplias repercusiones, puesto que registra todos los movimientos que van hasta el Mediterráneo o salen de él. Esas tierras, por muy angostas que ellas sean, circundan toda la extensión del mar. Su clima no se limita, pues, a las franjas que ocupan; es, más bien, el clima de todos los espacios líquidos del mar, y esto, por sí solo, entraña importantes

consecuencias. Mundos idénticos se encuentran a orillas de regiones tan lejanas y tan diferenciadas en su conjunto como Grecia, España, Italia y el norte de África; y, sin embargo, estos mundos están animados por el mismo soplo e intercambian sus hombres y sus bienes sin sufrir desplazamiento alguno: estas identidades vivas implican la unidad viva del mismo mar, y son mucho más que una bella decoración teatral.

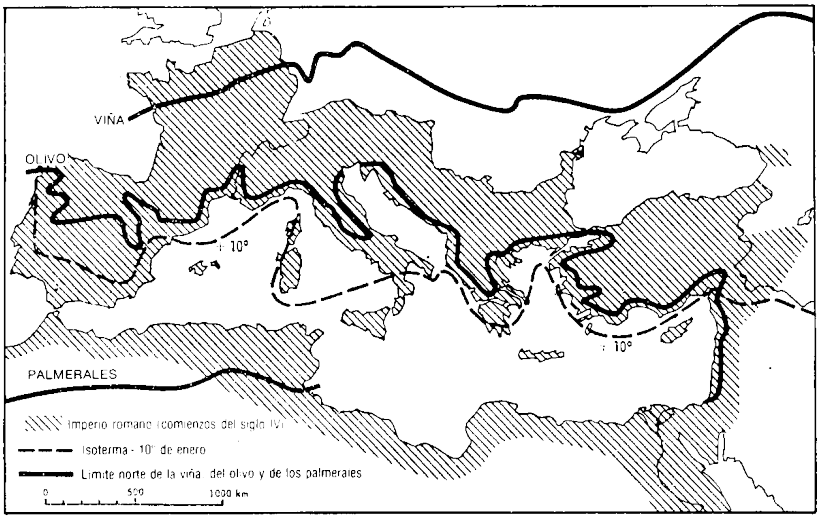


FIGURA 19. *El «auténtico» Mediterráneo, del olivar a los grandes palmerales*.
El límite de los palmerales es el de los grandes palmerales compactos. El límite de la palmera datilera, aislada o en pequeños grupos, se establece mucho más al norte (véase fig. 13, p. 226).

I. LA UNIDAD CLIMÁTICA

Sobre el Mediterráneo terrestre y acuático se extiende un Mediterráneo aéreo, casi sin ningún vínculo con los paisajes de abajo; independiente, en realidad, de las condiciones físicas locales. Construido desde fuera por una doble respiración: la del océano Atlántico, su vecino por el oeste, y la del Sahara, su vecino por el sur. Lo que vale tanto como decir que el Mediterráneo propiamente dicho no es responsable del cielo que lo ilumina[2].

El Atlántico y el Sahara [I-306]

Los dos artífices de este clima trabajan sucesivamente en su campo mal cerrado: el Sahara produce la sequía, la luminosidad, el cielo inmenso y azul; el Atlántico, cuando no prodiga las nubes y la lluvia, esparce profusamente

esa bruma gris, ese polvo de agua, esa ceniza que llena el cielo mediterráneo durante «el semestre de invierno». Los pintores orientalistas de la primera hora nos indujeron para siempre a error con sus paletas rutilantes. En octubre de 1869, Fromentin, alejándose en barco de Mesina, escribía: «cielo nublado, viento frío, chubasco, algunas gotas de lluvia sobre la tienda. Es triste; se diría el Báltico»[3]. Ya en febrero de 1848 había huido hacia el Sahara ante el gris obsesionante del invierno mediterráneo: «aquel año no hubo intervalo entre las lluvias de noviembre y los grandes aguaceros del invierno, que duraron tres meses y medio casi sin un solo día de interrupción»[4]. Todos los argelinos han tenido alguna que otra vez ocasión de ver a un recién llegado aterrado ante las lluvias diluvianas de Argel.

Así ha ocurrido siempre en esa región. En Florencia —escribe un memorialista, con fecha del 24 de enero de 1651—[5] hace ya cinco meses que dura la inclemencia del tiempo *per avere durato a piovere quasi cinque mesi*. El año anterior Capua había resultado enaguachada por lluvias torrenciales[6]. Ni un solo invierno dejaban los ríos de romper sus diques ni las ciudades se libraban de los horrores y destrucción propios de las inundaciones. Naturalmente, Venecia era la más afectada: en noviembre de 1443[7], sufre enormes pérdidas, *quasi mezzo million di ducati*; el 18 de diciembre de 1600 se produce una catástrofe idéntica, los *lidi*, diques, casas, almacenes particulares situados en los pisos bajos, y los almacenes públicos de la sal, el trigo y las especias han sufrido inmensos daños, *con dano di un million d'oro*, lo que, de paso, prueba que los precios han subido entre una y otra inundación[8].

En invierno, o más exactamente durante el semestre invernal, desde el equinoccio de septiembre hasta el equinoccio de marzo, prevalecen las influencias atlánticas. El anticiclón de las Azores deja pasar las depresiones atlánticas, que, unas tras otras, llegan en largas filas procesionarias sobre las aguas calientes del Mediterráneo, procedentes unas veces del golfo de Gascuña, después de atravesar la Aquitania, y otras veces del estrecho de Gibraltar y las costas de España, como los barcos… Cualquiera que sea la puerta de entrada, atraviesan el Mediterráneo a paso rápido de oeste a este. De este modo comunican al clima invernal una extremada inestabilidad. Traen la lluvia, provocan los bruscos cambios de los vientos, agitan, atormentan sin fin el mar, que, bajo los golpes del mistral, del «noroeste» o del «bora», se llena de espuma hasta parecer una inmensa llanura cubierta de nieve, o, como dice un viajero del siglo XVI[9], «sembrada de cenizas». Por encima de Toledo, la

humedad atlántica contribuye en invierno a la formación de esos cielos turbulentos y patéticos, de tormenta y luz, que ha pintado el Greco.

Así cada año y, con frecuencia, de modo violento, el Atlántico rechaza el desierto hasta muy lejos, hacia el sur y el este. En invierno, llueve en los confines argelinos y a veces hasta en el propio corazón del Sahara. Llueve hasta en las montañas de la Arabia Occidental… El antidesierto no es el Mediterráneo, como lo escribiera Paul Morand; es el océano Atlántico.

Cuando se acerca el equinoccio de primavera, todo cambia bruscamente; es, según el calendario magrebiano, la buena estación para injertar los árboles y cuando empieza a cantar el ruiseñor[10]. Una verdadera primavera, cuando la hay: ocho días fugitivos que hacen brotar bruscamente las hojas y las flores. En cuanto se acaban las lluvias del invierno, el desierto empieza a ocupar el espacio del mar, incluyendo las montañas de los alrededores, hasta sus más altas cimas. Se expande hacia el este y, sobre todo, hacia el norte, transponiendo los límites más avanzados del mundo mediterráneo; en Francia, los Alpes meridionales se llenan todos los veranos con el aire cálido del sur que invade buena parte del pasillo del Ródano —tan extenso—, la cuenca de Aquitania y aun las regiones del Garona, las lejanas costas meridionales de Armórica son castigadas por la rigurosa sequía[11].

El verano tórrido reina entonces sin disputa en el centro del espacio mediterráneo. El mar se calma, sorprendentemente, y en julio y agosto se torna aceitoso, de un azul tirando a negro. Los viajes son rápidos y fáciles; los barcos salen a alta mar y las galeras se aventuran sin temor de puerto en puerto[12]. El semestre de verano es la época buena para el tráfico marítimo, para la piratería y para la guerra.

Las razones físicas de esta estación tórrida y seca son muy sencillas. Al remontarse el sol hacia el norte, el anticiclón de las Azores crece de nuevo; echado el cerrojo, la marcha de las depresiones ciclónicas hacia el este se interrumpe. Este cerrojo no se descorre sino en vísperas del otoño, en que comienza de nuevo la invasión atlántica del semestre de invierno.

Un clima homogéneo

Los límites *extremos* de este clima deben situarse bastante lejos de las orillas del Mediterráneo si se les sigue, de una parte, a través de Europa, hasta los países a los que llega, en verano, la sequía sahariana, y de otra, a través de Asia y el África, hasta las regiones adonde llega, en invierno, la lluvia de las depresiones atlánticas, en el mismo centro de las inmensas zonas de la estepa.

Pero ¿quién no se da cuenta de que tales fronteras son demasiado anchas? El clima mediterráneo no es precisamente tal o cual de los aspectos que acabamos de señalar, es más bien la adhesión, la superposición y la mezcla exacta de todos ellos al mismo tiempo. Basta con que se acentúe uno de esos elementos para que el clima mediterráneo se deforme inmediatamente, para que pase en el este o en el sur al clima estepario y desértico, o se deslice en el sentido contrario, por el norte, hacia el franco predominio de los vientos del oeste. La verdadera zona climática del Mediterráneo es, pues, en realidad, bastante estrecha.

Es muy difícil, por lo demás, analizar los límites en detalle. Sería preciso atender a los menores hechos, y no solamente a los físicos, porque el clima no se mide exclusivamente por las medidas habituales de la temperatura, la presión, los vientos y las lluvias, sino que se expresa en el suelo por miles de signos humanos. André Siegfried lo sugiere, a propósito de la región de Ardèche[13]. Léo Larguier lo indica así con respecto a los límites entre Languedoc y Lozére[14] y Vaudoyer en lo referente a las transiciones entre las diversas Provenzas…[15]. Todas ellas verdades de detalle, por lo demás. En su conjunto, debemos atenernos sin discusión a la observación repetida de los geógrafos: el clima mediterráneo se encuadra entre el límite del olivar y el de los grandes palmerales. Inscribamos, pues, entre estas fronteras la península italiana (o más bien apenina), Grecia, la Cirenaica, Túnez y otras estrechas bandas costaneras que no exceden de los 200 kilómetros de ancho. Muy pronto surgen los biombos de las montañas. El clima mediterráneo no es, con frecuencia, sino un clima de espaldera o de riviera, en torno del mar, una delgada franja que apenas llega a ser fachada, una decoración escénica apenas, como la franja de costa que encontramos apenas desembarcar en la Crimea: la higuera, el olivo, el naranjo y el granado brotan allí en plena tierra[16]; aunque solo en la zona meridional de la península. Y como este endeble mundo terrestre no se basta a sí mismo, se asocia, tiene por fuerza que asociarse a los espacios que lo rodean.

Pero, precisamente por su misma estrechez, este angosto y alto decorado al borde del mar es de una innegable homogeneidad climática, tanto de norte a sur como de este a oeste.

De norte a sur, porque en escala mundial esta ribera marina no pasa de ser un trazo longitudinal sin demasiado espesor. Su anchura meridiana más notable es de 1100 kilómetros, desde el fondo del África hasta la costa tripolitana; y es anormal. En realidad, las anchuras máximas vienen a ser de 600 a 800 kilómetros, con un promedio de 600 kilómetros en la cuenca

oriental, y de 740 de Argel a Marsella. Espacios marítimos y continentales forman, pues, en su conjunto, un largo huso de una parte a otra, desde los 37° y los 38° de latitud norte. La amplitud de las variantes en latitud es bastante débil, y ello explica, indudablemente, los contrastes entre las márgenes del norte y las del sur, estas más cálidas que aquellas. La diferencia media de temperatura es de 4° C entre Marsella y Argel. En enero, la isoterma de 10° sigue poco más o menos el gran eje del mar, seccionando el sur de Francia y de España, tierras más africanas que europeas. Pero, en general, en el Mediterráneo predomina sensiblemente el mismo clima «geométrico».

De este a oeste también se acusan algunas variantes, debidas al hecho de que la humedad atlántica es menos pronunciada, y también más tardía, a medida que nos desplazamos hacia el este del mar.

No cabe duda de que todas estas variaciones tienen su valor. En una época en que los climatólogos se muestran atentos al detalle, el Mediterráneo les parece, y con razón, una familia de climas que hay que distinguir los unos de los otros. Lo cual no borra, sin embargo, el parentesco y el aire de familia que tienen entre sí, su innegable unidad. No es indiferente para la historia encontrar en todas partes los mismos ritmos de las estaciones, la misma vegetación, los mismos colores, y, si la configuración arqueológica se presta a ello, los mismos paisajes (parecidos hasta la obsesión). Y, en fin de cuentas, los mismos géneros de vida. Para Michelet, el Languedoc interior y «pedregoso» evoca Palestina. Para centenares de escritores, Provenza es más griega que Grecia, y no es extraño encontrarse con la Grecia por excelencia en alguna parte de Sicilia. Las islas de Hyères no estarían fuera de sitio en medio de las Cícladas, salvo que estas son más verdes**[17]**. El lago de Túnez evoca la laguna de Chioggia. Marruecos es una Italia más calcinada**[18]**.

En todas partes encontramos la misma trinidad, hija del clima y de la historia: el trigo, el olivo y la vid; en otras palabras, la misma civilización agraria, la misma victoria de los hombres sobre el medio físico. Es decir: las regiones del mar no se complementan unas a otras**[19]**. Encontramos en ellas los mismos graneros, las mismas bodegas, los mismos molinos de aceite, las mismas herramientas, los mismos rebaños y, con frecuencia, las mismas tradiciones agrarias. Lo que prospera en unos sitios, puede y debe lograrse también en otros. En el siglo XVI todas las regiones del mar producían cera, lana, cueros *montonini* o *vacchini*; todas cultivaban o podían cultivar la morera y criar el gusano de seda. Todas producían, sin excepción, la viña y el vino, incluso la tierra musulmana. ¿Quién ha cantado el vino mejor que el

poeta del islam? Hay viñedos en Tor, sobre el Mar Rojo[20], y hasta en la remota Persia, cuyo vino de Chiraz es famoso.

Identidad de producciones: ello permite aprovisionarse de los mismos géneros en cualesquiera de las regiones del mar. En el siglo XVI hay el trigo de Sicilia y el trigo de Tracia; el vino *greco* o *latino* de Nápoles, este más abundante que aquel[21], y el que se embarca en grandes cantidades en Frontignan; el arroz de Lombardía y el de Valencia, el de Turquía y el de Egipto. Había también, para establecer comparaciones con productos de modesta calidad, la lana de los Balcanes y del África del Norte.

Los países del Mediterráneo se hacen, pues, la competencia unos a otros, o debieran hacérsela; tienen más que cambiar fuera de su mundo climático que dentro de sus límites. Pero el siglo XVI es una época de cambios poco voluminosos, de precios modestos y de viajes cortos. Hay que arreglárselas, cueste lo que cueste, entre vecinos, entre regiones abundantes en hombres y regiones poco pobladas, y la cuestión más importante es siempre la del aprovisionamiento de las ciudades, que están ansiosas de todo lo que sirva para comer, y principalmente de lo que puede transportarse sin demasiado quebranto, desde los sacos de almendras de la costa provenzal, hasta las barricas de pescado, de atún o de carnes saladas y los sacos de habas de Egipto, sin olvidar los barriles de aceite y de trigo, la mercadería codiciada por excelencia… La identidad de producciones no perturbaba, pues, los cambios en el interior del Mediterráneo; al menos, en el siglo XVI.

Desde el punto de vista humano, la unidad climática[22] entraña consecuencias muy distintas. Prepara desde un principio el camino para la existencia de idénticas civilizaciones agrícolas. A partir del primer milenio a. C., la civilización del olivo y de la vid desbordó los marcos orientales del mar hacia el oeste. Esta uniformización esencial proviene, pues, ya de los tiempos más remotos. La Naturaleza y el hombre trabajaron de consuno. Ello hacía que un mediterráneo del siglo XVI, de cualquier parte que fuera, no se sintiera expatriado en ninguna de las orillas del mar interior. Cierto es que, en el pasado, en los tiempos heroicos de los primeros viajes fenicios o griegos de la Antigüedad, la colonización era un drama; pero no siguió siéndolo. Colonizar, desde entonces, es plantar los mismos árboles, las mismas plantas, tener delante de los ojos los mismos paisajes y colocar sobre la mesa los mismos alimentos; es vivir bajo el mismo cielo y ver sucederse las estaciones familiares. Ovidio se queja de encontrarse en las márgenes del Ponto Euxino, pero le apena, sobre todo, estar lejos de Roma y de sus amigos. Los verdaderos desarraigados son extranjeros, como el fundador de la dinastía de

los Omeyas, Abderrahmán, que en Córdoba, con melancólico placer, siente la añoranza de Damasco, de sus palmeras y de las márgenes del Éufrates, y se consuela contemplando en un jardín de Razafa una palmera, imagen de su propio exilio, «transplantada también ella a tierras de Occidente, lejos del país habitado por sus semejantes».

En cambio, cuando un hombre mediterráneo abandona las orillas del mar interior se lamenta y se desazona: así les ocurrió a los soldados de Alejandro cuando cruzaron la Siria y se dirigieron hacia el Éufrates, tan caro al príncipe de Córdoba[23], o a los españoles del siglo XVI, que en los Países Bajos renegaban de vivir entre las «nieblas del norte». Para Alonso Vázquez y los españoles de su tiempo (y sin duda para los españoles de todos los tiempos), Flandes era «el país donde no se daban la lavanda, el tomillo, los higos, los olivos, los melones ni las almendras; donde el perejil, la cebolla y la lechuga no tenían jugo ni gusto; donde se cocinaba —cosa increíble— con manteca de vaca en vez de aceite…»[24].

El cardenal de Aragón, que se presenta en los Países Bajos, en 1517, con cocinero y provisiones propias, comparte la misma opinión: «A causa de la leche y de los lacticinios, que tanto se consumen en Flandes y Alemania —concluye—, están estos países llenos de leprosos»[25]. ¡Extraños países! Un clérigo italiano que en el verano de 1529 va a parar a Bayeux, en Normandía, se considera *for del mondo*[26].

Esto explica la facilidad con que el hombre mediterráneo circula de puerto en puerto; no se trata de un verdadero desarraigo, sino de un cambio de domicilio: el nuevo inquilino se siente en seguida a gusto en la casa donde se instala. Pensemos, en cambio, lo dura que debió de ser para los ibéricos la colonización del Nuevo Mundo. Con más o menos exactitud, la historia tradicional conserva los nombres de las mujeres y los hombres que primero sembraron y plantaron el trigo, el olivo y la viña en el Perú y en la Nueva España; eran gente que, a pesar de la hostilidad del clima y del suelo, quería hacer brotar un Mediterráneo en el trópico. Pero sus esfuerzos fueron baldíos: la civilización agraria y alimenticia del país natal, a pesar de éxitos esporádicos, no encontró un terreno propicio en la América hispanoportuguesa, zona del maíz, de la manioca, del pulque y del aguardiente de caña… Los grandes abastecimientos transoceánicos procedentes de Iberia servían cabalmente para mantener en el Nuevo Mundo, de un modo artificial, esta civilización alimenticia del mar interior: de ahí los navíos cargados de harina y de aceite, que durante siglos partían ritualmente de Sevilla o de Lisboa hacia la otra orilla del océano[27].

Recordemos, sin embargo, que solo el hombre del Mediterráneo prospera en aquellas tierras nuevas. Tal vez su éxito proviniese de que ya estaba adaptado de antemano a las rudas condiciones de un clima como el mediterráneo, no siempre favorable para el organismo humano, y endurecerse en la lucha contra las endemias maláricas y los flagelos regulares de la peste y del cólera. Quizá, también, porque ya en su propio país natal se había educado en la gran escuela de la sobriedad y la frugalidad. Pues es una verdad indiscutible que el clima falsamente acogedor del Mediterráneo puede ser, a veces, un clima duro y mortífero. Es este el filtro que impide a los hombres de sus lejanos confines expandirse por los bordes del mar cálido. Llegan como conquistadores, son los bárbaros de ayer, hoy enriquecidos; pero ¿cuánto tiempo resisten «los veranos devoradores y la malaria»?[28] «Los dueños vienen y desaparecen, los otros se quedan; es un romance sin palabras siempre idéntico», dice Walter Bauer, hablando de Sicilia[29].

La sequía, azote del Mediterráneo [I-314]

El gran defecto de este clima para la vida del hombre consiste en la distribución anual de las lluvias. Llueve mucho, y en algunas partes, desmesuradamente[30]. Pero las lluvias llegan en otoño, en invierno y en primavera, principalmente en primavera y en otoño; a la inversa, en general, de los climas del monzón, que saben organizar el encuentro fructífero del calor y el agua. El clima mediterráneo divorcia más o menos estos dos importantes factores de vida, con los resultados que es fácil colegir. Los «cielos esplendorosos» del semestre de verano tienen sus fuertes contrapartidas. En todas partes la sequía determina la supresión o la disminución de las aguas corrientes y del riego natural: la región mediterránea es la zona de los *ueds* y de los *fiumari*. Provoca la supresión temporal de toda vegetación herbácea; de aquí que tanto los cultivos como las plantas tengan que adaptarse a la sequía[31], saber utilizar lo más rápidamente y lo mejor posible las preciosas distribuciones de agua. El trigo, «planta de invierno»[32], se apresura a madurar y a terminar el ciclo de su vida activa entre los meses de mayo y junio; en Egipto y Andalucía, desde abril[33]. Para madurar sus frutos, los olivares de Túnez aprovechan las decisivas lluvias de otoño. Al parecer, los cultivos de secano fueron practicados empíricamente desde un principio[34], y no solo desde las experiencias fenicias. La irrigación, con sus diversos métodos sin duda provenientes del este, penetró desde muy pronto en la zona mediterránea. Hoy día (ver el mapa de K. Sapper)[35], el límite de la

Kunstbewässerung es, sensiblemente, el límite del clima mediterráneo… Y de seguro que, por los mismos caminos que estas técnicas hidráulicas, llegaron también al Mediterráneo numerosas plantas (herbáceas o arbustivas) que al cabo de mucho tiempo se adaptaron a los países secos. En el primer milenio a. C. se opera, como ya dijimos, un gran desplazamiento de cultivos —la viña y el olivo— del este al oeste del mar[36]. Como se ha dicho, el Mediterráneo está predestinado a los cultivos arbustivos. Es, al mismo tiempo que un jardín, un huerto, el país de los árboles nutricios, providenciales.

Por el contrario, su clima no favorece los árboles ordinarios y las formaciones forestales: o, por lo menos, no los ha garantizado. El bosque, formación primitiva del espacio mediterráneo, fue atacado desde muy pronto por el hombre, que manejó desmesuradamente el hacha. Mal que bien, los bosques se repoblaron. De ahí la importancia de los matorrales y la mata baja, formas degeneradas del bosque. Comparado con las regiones nórdicas de Europa, el Mediterráneo fue, pues, desde un principio, una zona deforestada. Cuando Chateaubriand atravesó la Morea, estaba ya «casi enteramente desprovista de árboles»[37]. Jean Brunhes apunta que de Herzegovina, desnuda y pedregosa, a Bosnia, cubierta de boscaje, se pasa de un mundo a otro[38]. La madera es cara casi en todas partes[39], con frecuencia excesivamente cara. En Medina del Campo, «más rica en ferias que en montes» (entiéndase montes arbolados), el humanista Antonio de Guevara concluye después de considerar su capítulo de gastos: «en resumidas cuentas, la leña nos cuesta tanto como lo que hemos hervido con ella en la olla»[40]. Otra consecuencia de la sequía es la escasez de verdaderos pastos, lo que explica el pequeño número de cabezas de ganado vacuno, tan útiles para una agricultura próspera; esta necesita de buenos abonos, como en los países del norte, donde el suelo, deslavado por las lluvias, pierde sus elementos fértiles, mejor conservados, es cierto, por la sequía mediterránea. Únicamente encontramos ganado vacuno en grandes cantidades en el Egipto y en los húmedos Balcanes, en las orillas nórdicas del Mediterráneo o en las tierras altas, mejor regadas que las otras. Cabras y corderos (estos últimos interesan más por su lana que por su carne) no podían compensar la deficiencia de carne en la alimentación. Recordemos el divertido discurso que Rabelais pone en boca de un monje de Amiens *tout fasché* (todo escandalizado e irritado) cuando, junto con sus compañeros de viaje, contempla las maravillas de Florencia. «En Amiens —explica— en menos de la cuarta parte —incluso en menos de la quinta— del camino que hemos recorrido durante nuestro contemplar, os podría haber mostrado más de catorce antiguas y aromáticas

tiendas donde se venden asados de carnes. Yo no sé qué placer os puede proporcionar la contemplación de leones y africanos (así denomináis vosotros, según tengo entendido, lo que ellos llaman tigres) junto al campanario, o viendo los puercoespines y los avestruces en el palacio del señor Filippo Strozzi. A fe mía, hijos, que preferiría ver un ganso hermoso y graso espetado en un asador»[41]. A propósito del Mediterráneo me escribía humorísticamente un geógrafo: «Demasiados huesos y demasiado poca carne»[42]..

Ya en el siglo XVI le parece al hombre del norte deficiente el ganado mediterráneo, los bueyes esqueléticos las más de las veces, y de poco peso los corderos. En 1577, Montmorency y su ejército se comen 8000 corderos, provenientes todos ellos del Languedoc. Peso medio *l'ung portant l'autre*: 30 libras cada animal, es decir, alrededor de unos 12 kilos. Esto es muy poco y el animal no valía casi nada: 4 libras cada uno, es decir, algo más de un *ecú* por cordero…[43]. En Valladolid el cálculo hecho sobre 11 312 corderos sacrificados entre el 23 de junio y el 5 de diciembre de 1586 da una media de 11 960 kilos de carne por animal (26 libras castellanas). Del mismo modo, de los 2302 vacunos sacrificados durante el mismo periodo no pasa de los 148.12 kilos (322 libras castellanas) la carne producida por unidad[44]. Animales con falta de peso; y lo mismo ocurre con los caballos. En el Mediterráneo hay caballos muy hermosos, turcos, berberiscos de Nápoles, corceles andaluces y árabes del norte de África, pero son caballos de silla, vivos, rápidos, que pasarán de moda durante el siglo siguiente, que verá la popularidad de los grandes caballos, asnos y mulas del norte. Cada vez en mayor grado, para los relevos de la postas, para las carrozas ya decididamente de moda, para tirar de los carros, cureñas y armones de la artillería, la fuerza de tiro de los animales será el criterio decisivo. Dantisco, que desembarca el 4 de diciembre de 1522 en Codalia, en la costa cantábrica, se pone en camino hacia León con seis caballos de carga *non tamen bonis*, escribe, *ut sunt apud nos qui plumbum ferunt ex Cracovia in Hungariam*…[45]. La comparación que establece con los caballos que transportan el plomo de Cracovia a Hungría es demasiado espontánea para ser errónea. Además, ¿de qué se alimentan estos caballos del sur? La avena acaba de hacer apenas su aparición en algunas regiones, como el Languedoc[46] y la cebada se la disputan las personas a los animales. Compadezcámonos de aquellos caballos franceses que, en cuanto cruzan la frontera hacia España, comienzan a relinchar de disgusto —según nos dice Barthélemy Joly— cuando se ven sometidos a partir de ese momento a una dieta de «paja corta y nada apetitosa»[47].

Sin pretender explicarlo todo con ello, debemos señalar que si el arado común, que apenas hace algo más que rascar la superficie de la tierra, sobrevive en el espacio de las tierras mediterráneas, no es solamente a causa del leve espesor del mantillo, sino también debido a que las yuntas de bueyes y los tiros de mulas carecían del vigor necesario. Se multiplican los laboreos superficiales, repasando los surcos hasta siete y ocho veces al año[48]. Mejor habría sido, como el tiempo ha venido a demostrar, arar profundamente, como en el norte, donde el arado de ruedas con juego delantero ha sido un importante instrumento del progreso. En el Languedoc la *mousse*, pseudoarado imitado del norte, no logrará hacer sus veces y será muy poco usado[49]. Los pobres *aratores* del Languedoc «se cansarán en vano rascando una y otra vez el barbecho»: no hay comparación posible con los poderosos *charrueurs* de l'Île-de-France o de Picardía[50].

El hecho es que el Mediterráneo ha debido luchar contra una pobreza esencial, agravada, aunque no enteramente creada, por las circunstancias.

La vida es precaria, a pesar de las aparentes o reales facilidades. Pero todo el mundo se deja seducir por su dulzura y su belleza, tantas veces descritas. Todos —algunas veces, hasta geógrafos tan sagaces como Philippson— se extasían, como los viajeros de los países del norte, con el sol, los colores, la tibieza, las rosas de invierno y los frutos tempranos. Como Goethe se maravillaba en Vicenza de la vida popular de la calle, con sus tiendas abiertas de par en par, y ansiaba disfrutar, de vuelta en su tierra, de una bocanada del aire esplendoroso del sur. Incluso cuando estamos enterados de la realidad nos resulta difícil asociar estos paisajes de luz y alegría a imágenes de miseria, de luchas y penalidades físicas. Pero la realidad es que el hombre del Mediterráneo vive con dificultad y se gana el pan de cada día a costa de penoso esfuerzo. Grandes cantidades de terreno permanecen sin cultivar o apenas aprovechadas. La tierra productiva es sometida en casi todas partes a la rotación bianual de cultivos, lo que excluye que puedan ofrecer grandes cosechas. Michelet comprendió mejor que nadie la gran rudeza de casi todas estas tierras de poesía, comenzando por nuestra Provenza.

Y, sin embargo, hay una prueba bien evidente de ella: la frugalidad de los meridionales, que nunca ha dejado de impresionar al hombre del norte. Este se sorprende, pero un poco por incomprensión y otro poco por malevolencia, habla en seguida de pereza. Estando en Anatolia, el flamenco Busbec escribía en 1555: «Creo poder asegurar, sin faltar a la verdad, que lo que un flamenco come en un día, bastaría para que un turco viviese durante doce… Los turcos ignoran la cocina y cuanto a ella se refiere; son sobrios hasta el exceso y poco

exigentes en cuanto a la comida; si tienen sal, pan, ajo o cebolla, con un poco de leche agria, ya no piden más, y con todo eso se hacen sus guisos… Conténtanse, no pocas veces, con mezclar agua bien fría con la leche; con esto sacian su apetito y apagan la sed ardiente causada por los grandes calores»[51]. Se ha hecho notar varias veces que esta sobriedad era una de las causas de la superioridad del soldado turco en campaña, quien se contenta con un poco de arroz, polvo de carne secada al sol y un pedazo de pan toscamente cocido sobre la ceniza[52]. El soldado occidental era más exigente, influido tal vez por el ejemplo de los numerosos alemanes y suizos[53].

Pero el campesino y aun el hombre de la ciudad en Grecia, Italia o España, comen aún menos que aquellos turcos cuyos frugales alimentos describía hace apenas un siglo Teófilo Gautier, asombrándose de que los hermosos caidjis, musculosos a fuerza de remar rudamente, pudieran pasarse días enteros en sus caiques, alimentándose exclusivamente de pepinos crudos[54]. Alexandre de Laborde escribe, en su *Itinéraire descriptif de l'Espagne* (1828): «En Murcia, no podría encontrarse una sirvienta durante el verano, y muchas de las que están empleadas dejan las casas al llegar el estío. En esta época del año les es fácil procurarse ensalada, algunas frutas, melones y sobre todo pimientos»[55]. «Invité a cenar a todo el mundo —escribe Montaigne, añadiendo (la escena ocurre en los baños de Luca)—, porque en Italia los festines equivalen a una de nuestras comidas más ligeras, en Francia»[56].

En cambio, Commynes no se cansa de maravillarse de la abundancia de todo en Venecia. Tiene la excusa de ser un extranjero, y Venecia es una ciudad famosa por sus productos alimenticios. El propio Bandello se dejaba deslumbrar por los mercados de la ciudad, por «*l'abbondanza grandissima d'ogni sorte di cose da mangiare*»[57], y su testimonio no puede ponerse en duda. Pero nosotros, los historiadores, sabemos cuán difícil es aprovisionar estos pletóricos mercados de una ciudad riquísima y bien situada, y cuántas inquietudes y qué incesante vigilancia le costaba ello a la señoría.

¿No se ha notado cuán pocos banquetes y comilonas figuran en la literatura mediterránea? Las descripciones de comidas, a no ser que se trate de mesas principescas, nunca hablan de abundancia[58]. Nada tienen de común con las francachelas de Flandes o los suntuosos festines de los Valois de Borgoña. En las novelas de Bandello, lo que se llama una buena comida son unas cuantas legumbres, algunos embuchados de Bolonia, grasa y un trago de vino. El hambre es un personaje familiar en la literatura española del Siglo de Oro, tomado de la propia realidad de la vida. Nos lo testimonian el

ultraclásico Lazarillo de Tormes y su hermano en *picardías* Guzmán de Alfarache, comiendo una gruesa hogaza de pan duro sin tener la cortesía de dejar caer a tierra la más pequeña migaja que pudieran aprovechar las hormigas[59]. «Líbrete Dios de la enfermedad que baja de Castilla y de la hambre que sube de la Andalucía», dice Guzmán[60]. Recordemos, por añadidura, las comidas de Don Quijote, o este proverbio: «Si la alondra quiere cruzar las tierras de Castilla, tiene que llevar en el pico su propia semilla»[61].

Por mucho que varíen, en algunas partes, los complementos que el huerto, la tierra o el mar puedan proporcionar, la mesa siempre está mal abastecida. Y todavía en nuestros días prevalece aquí un régimen «que, en muchos casos, llega al límite de la infraalimentación»[62]. De ahí la proverbial frugalidad, que no es precisamente virtud, falta de «sensualidad», como pretende Busbec, sino pobreza.

El suelo mediterráneo es un poco responsable de la pobreza que impone a sus pueblos, con sus baldíos terrenos calcáreos, sus vastas extensiones esterilizadas por la maldición de la sal, esos campos cubiertos de «nitro», de que nos habla Belon du Mans[63], sus raros retazos de tierras de labranza y la precariedad de los suelos arables. Las delgadas capas superficiales de mantillo que solo el arcaico arado de madera araña sin llegar a la roca, están a merced del viento o de las aguas torrenciales. Solo se conservan por un esfuerzo denodado del hombre y una celosa organización; todo un capital-trabajo… En estas condiciones, si deja de vigilar la tierra durante largo tiempo, no desaparece solamente el campesino, desaparece también el suelo que lo alimenta. Durante los azares de la Guerra de los Treinta Años la población campesina alemana se diezmó; pero la tierra siguió en su sitio y con ella la posibilidad de recuperarse. Es una ventaja de los países del norte. En el Mediterráneo, el suelo muere cuando deja de estar protegido por el cultivo; el desierto invade la tierra laborable y ya no suelta su presa, si no, se le arranca. Es un verdadero milagro que el trabajo del campesino pueda conservarlo o reconstruirlo. Veamos lo que dicen las cifras actuales: fuera de los bosques, los pastos y las zonas específicamente improductivas, la tierra cultivada representaba, hacia 1900, 46 % del suelo de Italia, 39.1 % del de España, 34.1 % del de Portugal y, solamente, 18.6 % de Grecia. En Rodas, de 144 000 hectáreas, 84 000 permanecen hoy baldías[64]. Y en la costa sur del Mediterráneo, las cifras son todavía más catastróficas.

Pero ¿qué producen las mismas tierras cultivadas? En general, muy poco, salvo condiciones excepcionales (el riego, por ejemplo), y también de esto es responsable el clima.

Por otra parte, las cosechas en el Mediterráneo se hallan a merced de los elementos, y de elementos particularmente inestables. Si el viento del sur sopla en vísperas de la cosecha, el trigo se seca antes de haber madurado y alcanzado su tamaño normal; y si ya está maduro, se desgrana. En España, para evitar este desajuste, el campesino cosecha a menudo en plena noche, con la fresca, el grano demasiado seco que se ha desprendido de la espiga durante el día[65]. Cuando las inundaciones devastan las tierras bajas durante el invierno, las siembras se ven comprometidas. Si el cielo aclara antes de tiempo al llegar la primavera, y la cosecha está ya en avanzado estado de madurez (el mes de las cosechas en el Mediterráneo es el de junio), se abaten sobre ella, a veces, irremediablemente, las heladas. Hasta el último instante, el campesino no está seguro de poder recoger algún fruto de sus desvelos. A finales de enero de 1574, las cosechas se anunciaban espléndidas en Candía; las lluvias habían sido abundantes y se había sembrado mucho más que lo ordinario. Pero las más bellas esperanzas podían desvanecerse, en este país castigado por «las nieblas pestíferas que queman el grano»[66]. Estos violentos golpes del viento sur que se levantan en el Archipiélago hacen que se pierdan con frecuencia las cosechas maduras de Corfú[67]. Son los mismos vientos tan temidos todavía hoy en el norte del África cerealícola, el *sirocco*, contra el cual nada puede hacerse, y que en tres días puede destruir el trabajo de todo un año entero. A esta lista de catástrofes que amenazan el campo en el Mediterráneo hay que añadir, por último, el flagelo de la langosta, mucho más virulento ayer que hoy[68].

Es raro que una cosecha salga con bien de todos los peligros que sucesivamente la amenazan. Los rendimientos son, pues, por término medio, muy pobres, y a la vista de la reducida superficie de los sembrados, el Mediterráneo está siempre al borde del hambre. Basta con que se produzcan unos cuantos cambios bruscos de temperatura o falte la lluvia, para poner en peligro la vida del hombre. Todo cambia entonces: hasta la política. Si se contaba con una cosecha abundante de cebada en los confines de Hungría (como se sabe, en el Mediterráneo la cebada es el equivalente de la avena nórdica), podía tenerse la seguridad de que el gran señor no se empeñaría en una guerra activa, pues no tendría con qué cebar los caballos de sus spahis. Si, al mismo tiempo, faltaba el trigo —lo que no era nada raro en los tres o cuatro graneros del mar—, cualesquiera que fuesen los planes belicosos concebidos durante el invierno o la primavera, la gran guerra de las escuadras se paralizaría por fuerza en la época de las cosechas, que era también la de las calmas marítimas y la de las operaciones navales. Pero, al mismo tiempo, se

recrudecían el bandidaje en el campo y la piratería en el mar. En estas condiciones, ¿puede alguien sorprenderse de que el único detalle de la vida cotidiana regularmente anotado en las grandes correspondencias políticas se refiera con tanta insistencia a las cosechas? Abunda o escasea tal o cual grano; el trigo no creció bien; los pronósticos, en Sicilia, son satisfactorios, pero la cosecha de Túnez no es buena; el gran señor seguramente no dejará salir el trigo; este año quizá sea un año de «carestía», como aún se decía entonces… Era el eterno problema de cada primavera, y aun antes, en cuanto podían hacerse los primeros pronósticos sobre la cosecha.

En la austera *Colección de documentos inéditos para la historia de España*, podemos leer las cartas, por otra parte bastante grises, que el mayordomo Francisco Osorio escribió a Felipe II en 1558. Estas cartas informaban prolijamente al rey, alejado en el norte, sobre el tiempo que hacía en la Península. ¡Qué atención la del mayordomo, vecino de Valladolid, por el color del cielo, el estado de las cosechas o el precio del pan! El 13 de marzo de 1558 escribía que «… hasta ha dos días, el tiempo en estas partes ha estado claro y con harto sol y vientos, y no ha llovido de mediado enero acá, y el pan se ha subido algo y hase hecho prematica del valor que de aqui adelante ha de tener, y luego otro día que se pregono ha hecho nublado y da muy grande esperanza de agua que se hara agua de abril, y en el Andalucía y Extremadura y en el reino de Toledo, ha llovido y esta el tiempo muy prospero y el pan ha bajado mucho»**[69]**.

El 30 de octubre de 1558, el mismo Osorio informaba: «Cogese harto pan y hay medianamente vino en todo el reino y la sementera es muy buena generalmente, y a los veinte y seis de este nevo aqui toda una mañana muy grandes copones de nieve, y llovio despues muy bien, que fue muy grande provecho para la sementera: y pues aqui hizo esto, bien cierto estoy que en Bruselas, no haria calor. El pan ha bajado mucho en todo el Reino»**[70]**.

Felipe II se mantenía minuciosamente al tanto de las fluctuaciones del tiempo desde la época de la siembra; el precio del pan bajaba o subía según las lluvias… Todos estos detalles consignados en correspondencias en las que en vano se buscarán otros detalles de historia económica, revelan la importancia de la situación alimenticia en el Mediterráneo, durante el siglo XVI. No se trata de un simple problema «económico», sino de un problema vital. Cuando se piensa en el siglo XVI, no hay que olvidar jamás estas preocupaciones (que, por lo demás, podemos comprender perfectamente hoy, a través de los difíciles años de la segunda Guerra Mundial). Pesaban

mucho sobre toda la vida económica, política o militar del Mediterráneo. No es posible pasarlas por alto.

Y es que el hambre, la verdadera hambre que hace morir a la gente en las calles, era una realidad en el siglo XVI. Cuenta el veneciano Navagero que en 1521 «hubo tal hambre en Andalucía, que murieron incontables animales y el país quedó desierto, pues murió también gran cantidad de gente. La sequía fue tal que los trigos se perdieron y no se hallaba la menor hierba en los campos; ese año desapareció buena parte de la raza de caballos andaluces y hasta hoy día (1525) no se han recuperado»[71]. Ejemplo extremo, pero sabemos que en los años sucesivos se registraron muchas «carestías»; todos los gobiernos se echaron a buscar trigo y hubo que organizar repartos públicos de granos para impedir, sin lograrlo siempre, que la gente muriera de hambre. Durante la segunda mitad del siglo se produjo una crisis especialmente grave que afectó todo el Mediterráneo entre los años de 1586 y 1591, y esta crisis abrió los puertos de este mar a los barcos del norte de Europa. Ni siquiera en los años normales era fácil ni abundante la vida. Recordemos que, a finales del siglo XVI, los toscanos ricos en labores, viñedos y moreras «*con tutto cio non raccolgo vettovaglie per un terzo dell'anno*». Y sopesamos también en todo lo que vale el párrafo que en la novela *Guzmán de Alfarache* expresa la queja de que «era el año estéril de seco y en aquellos tiempos solía Sevilla padecer, que aun en los prósperos pasaba trabajosamente»[72].

En el corazón de la historia mediterránea anida siempre la pobreza, y, lo que es más grave, la incertidumbre ante el mañana. Ahí hay que buscar, tal vez, las razones de la prudencia, de la frugalidad y del espíritu industrioso del hombre del Mediterráneo, y también el móvil de ciertos imperialismos tan reiterados como instintivos, irreflexivos, que a veces no son otra cosa que el aguijón del pan cotidiano. Para vivir, el Mediterráneo ha tenido que hacer frente a deficiencias, actuar, salir de su marco para sacar recursos de países lejanos, asociándose a sus economías. Así logró engrandecer considerablemente su historia y construir su radiante civilización.

II. LAS ESTACIONES

El clima del mar, con sus dos estaciones tajantes y bien definidas, hace vivir el cuerpo mediterráneo en dos fases muy distintas la una de la otra, y que cada año se repiten de manera monótona. Es como si todos los mediterráneos se alojaran en sus cuarteles de invierno, luego en los de verano,

y así sucesivamente. Las innumerables indicaciones que nos hablan de las características y naturaleza del tiempo se pueden clasificar sin referencia al año: solo importan los meses, y casi invariablemente nos encontramos con la misma actitud. Las «puertas del año» se abren y cierran como está previsto. Puertas del año es la denominación con la que se conocen solsticios y equinoccios entre los berberiscos. Y cada vez se les abre a los hombres una nueva estación que trae consigo su destino: pan de cebada o hambre[73].

Las pausas del invierno

El invierno comienza pronto y termina tarde: se teme su llegada y nunca se está seguro de que haya terminado. El calendario, por motivos de prudencia, lo anuncia con discreta antelación: el 9 de septiembre, *essendo hormai il fine dell'estate*, dice un documento del senado veneciano; a continuación, el 20 de septiembre, *venendo hora il tempo del inverno*; y el 23 de septiembre, *aproximandose il tempo del inverno*[74]. ¿Qué hay detrás de esto?: el deseo de no dejarse sorprender, desarmar a tiempo las *galee grosse*, las *navi*, las galeras ligeras, y licenciar toda tropa innecesaria. Cada uno deberá entonces preocuparse por su salud personal, que si sufre el más ligero atentado puede ser afectada por la *malignità de la stagione*. Da principio a todo un cortejo de calamidades, fatigas, restricciones y actividades abandonadas; es la *stagione horrida*, tan dura para con los hombres como para con las cosas: lluvias continuas, *di e note*, inundaciones que no respetan ni campos ni ciudades, nevadas intempestivas, tormentas, tempestades marinas y el frío, cruel con todos, y sobre todo, con los pobres, *incommodo omnium et maxime pauperum*[75]. Los hospitales se llenan de pobre gente. Y nunca se sabe lo que puede ocurrir luego, aunque los árboles estén ya otra vez cubiertos de flores y las llanuras en torno de Montpellier azuleen de jacintos[76]. En Bolonia, el 15 de abril de 1594, cinco días después de la Pascua «ha caído una gruesa nevada después de que ya había comenzado una hermosa primavera y todos los árboles estaban en flor. ¡Que Dios nos ampare!»[77]. En Florencia, el 23 de mayo de 1633, después de la lluvia del 21 llega un tal golpe de frío que se ha de encender el fuego, *come per li gran freddi di gennaio*, y las montañas se cubren de nieve[78].

De todas las vidas que entonces se repliegan, la del campo es aquella que resulta más afectada y paralizada[79]. El campesino, como decía Aristófanes, se ve forzado a descansar mientras Zeus moja la tierra[80]. Durante las escampadas, siembra la cebada si no lo ha hecho en octubre, y el trigo en

diciembre, y a comienzos de la primavera el maíz. En el siglo XVI este grano acababa de llegar de América. Pequeñas faenas todas, que no requieren el trabajo en masa del verano o la ayuda de los vecinos, el trabajo *por favor*, como se dice en Portugal. A pesar de las faenas hortícolas y de otros trabajos, el invierno es, para el campesino, la estación del ocio y de las fiestas. Una de ellas en los países cristianos era la de la matanza del cerdo, en diciembre. Boccaccio nos habla de ella en sus novelas[81]. En las montañas de las Cabilias se celebra, en enero, el solsticio de invierno con la fiesta del *Ennayer*, que señala la separación entre los ciclos solares: las copiosas comidas que con esta ocasión se consumen y que se prolongan hasta bien entrada la noche, agotan reservas preciosas, pero es necesaria esta glotonería generosa para propiciarse el año venidero[82].

Bloqueados por las nieves, la mayoría de los macizos montañosos se ven abandonados, en beneficio de las tierras bajas, por pastores y rebaños. Los montañeses que no bajan al llano han vendido en las ferias de otoño las crías y los animales jóvenes que no pueden alimentar. Así sigue ocurriendo todavía hoy en las faldas del Pirineo[83]; y por la misma razón, sin duda, se vendían la ternera y el cordero por buen dinero en los baños de Luca, cuando Montaigne pasó por allí en 1581[84]. La montaña se ve abandonada, en esta época, por el pastor y por el viajero; es inútil pretender cruzar, en estos meses de invierno, las altas regiones cubiertas de nieve, con grave riesgo de dejar allí la vida y todo lo que se lleve. El embajador de Francia en Constantinopla escribía desde allí, el 12 de febrero de 1578: «Sire, las nevadas han sido aquí tan continuas y tan grandes, durante cincuenta días, que me han tenido sitiado, impidiéndome partir la semana pasada, como lo tenía resuelto»[85]. Gédoyn «el Turco», cónsul francés en Alepo en 1624, refiere las peripecias de un viaje a través de las montañas balcánicas en invierno; poco faltó para que pereciera de frío o devorado por los osos y los lobos[86]. En el Atlas marroquí, según nos informa León el Africano, formidables tormentas de nieve sorprendían con frecuencia en la montaña a los mercaderes que transportaban dátiles y otros productos del sur. Nadie salía con vida. Los mismos árboles desaparecen bajo el enorme sudario[87].

También en las regiones bajas es penosa muy a menudo la circulación; a causa de las lluvias continuas los ríos se desbordan y rompen los puentes, a tal punto que, según refiere Bandello al comienzo de una de sus novelas, «los mantuanos que tienen sus propiedades al otro lado del Po no pueden aprovechar los frutos de sus tierras»[88]. En octubre de 1595, creció el río de tal manera que «los de Ferrara, con quienes estábamos en guerra, se

dispusieron a abrir una brecha en nuestros diques», escribe un veneciano[89]. Otra vez es el Tíber el que se desborda: en 1598 se lleva la mitad del puente «Aemilius», que había sido reparado en 1575[90]. En 1594 fue el Arno. Ese año los ríos se helaron en Toscana y el hielo acabó con todos los árboles frutales[91]. Los canales venecianos se hielan durante algunos inviernos particularmente rigurosos[92]. Pero, en el mejor de los casos, los viajeros en el siglo XVI veíanse bloqueados con frecuencia por el mal estado de los caminos, cortados por zanjas, intransitables, anegados por la nieve y la lluvia, como lo estaban los de España en febrero de 1571[93], o los de los Balcanes, en diciembre de 1592[94], estos, hasta ayer mismo, siempre «tan cubiertos de lodo, que apenas se reconoce el color de las ropas del viajero»[95].

Pausa en la navegación

También el mar se vuelve hostil. Tan es así, que la navegación, en la época romana, se paralizaba desde octubre hasta abril, dándose a las embarcaciones la orden de invernar; así lo aconsejaba la prudencia de los navegantes[96]. Así, podemos enterarnos en los *Wirstüche* de los exegetas alemanes, a propósito de los viajes por mar de San Pablo, que el Boniportus de Creta no era apto «*ad hiemandum*»[97]. y fue preciso que el navío alejandrino que había de transportar al Apóstol invernara en Malta[98]. Siglos después encontramos estipulaciones análogas a las de la época romana en los códigos marítimos de las ciudades medievales, en el *Constitutum Usus* de Pisa, en 1160[99], que establecía como obligatoria la suspensión de los viajes por mar desde la fiesta de San Andrés hasta las calendas de marzo (*tempore hyemali post festum Sancti Andreae… ante Kalendas Martii*); en el Estatuto marítimo veneciano de 1284[100]; en el de Ancona de 1387[101]. El legislador mantuvo, pues, durante varios siglos, la precaución y la prohibición aconsejadas por la experiencia. Hasta finales del siglo XVIII, los levantinos no navegaban sino desde el día de San Jorge (5 de mayo) al de San Demetrio (23 de octubre)[102].

Sin embargo, se multiplican las victorias que, sobre todo desde el año de 1450, la navegación logra sobre el obstáculo del invierno. Pero hay que advertir que solo se trataba de victorias muy parciales y discutibles, y, además, siempre erizadas de peligros. Frecuentes naufragios recuerdan cada año la furia del invierno. Hasta el punto de que Venecia ratifica en 1569 las prohibiciones de antaño, aunque atenuadas, puesto que ya no imponían la

veda de las rutas marítimas, sino entre el 15 de noviembre y el 20 de enero, « *su'l cuor dell'invernata*»[103]. En materias tales no es posible, sin embargo, volverse atrás: las nuevas leyes fueron tan mal acatadas que la señoría hubo de reiterarlas en 1598[104]. Esta legislación veneciana es muy sintomática, e indica el precio que todavía en esta época costaba cada año el invierno a la navegación. Peligro real, que las catástrofes confirmaban a cada instante. El 1.º de diciembre de 1521, arrastradas por el viento «greco», naufragaron en el Adriático muchas embarcaciones cargadas de granos, una de ellas en el propio puerto de Ragusa[105]; el 11 de noviembre de 1538, 38 galeras de Barbarroja fueron lanzadas de un solo golpe contra la costa, destrozadas por la furia del mar, y los pocos hombres y bienes que escaparon del naufragio fueron asesinados o despojados por los albaneses[106]; el 9 de noviembre de 1544, siete naves ragusinas perecieron víctimas de la tempestad[107]; en enero de 1545, una ráfaga de «greco tramontana» echó a pique cincuenta barcos en el Adriático, entre ellos tres naves venecianas que iban a Siria, con más de 100 000 ducados a bordo[108]; el 29 de diciembre de 1570, durante la racha de la «mejor suerte» que haya tenido el Adriático, naufragaron dos navíos en pleno puerto de Ragusa[109]. Se producen innumerables hechos análogos; por ejemplo: toda la flota de las galeras de España embotellada en la bahía de la Herradura, en octubre de 1562; un centenar de navíos y doce galeras arrojadas a la costa por la furia del mar frente a Constantinopla, en octubre de 1575[110], etcétera.

Quien navega en invierno debe saber que se halla a merced de los elementos, estar alerta y dispuesto a ver encenderse en las noches tormentosas, en uno de los palos del barco, los fanales de tempestad, los «fanales de borrasca» de que habla el *Guzmán de Alfarache*[111]. Los viajes, que en invierno son siempre más largos y azarosos que en verano, se vuelven más escasos. Todavía a comienzos del siglo XIX, en Venecia y en Odesa, disminuían las salidas en cuanto se acercaba octubre[112], y era difícil encontrar barco. Con mayor razón en el siglo XVI. En 1572, Vincenzo degli Alessandri, a su regreso de Persia, pasó por esa experiencia en el Mar Negro.

Con tiempo despejado, las embarcaciones podían hacerse a la mar en pequeños viajes sin mayor peligro y en travesías de algunas horas. Los grandes barcos muy marineros y capaces de capear las tormentas invernales se aventuraban también, a pesar del mal tiempo, en viajes que la mala estación hacía precisamente más lucrativos. Pero en conjunto, la escasez de la navegación comercial en esta época del año saltaba a la vista. Las galeras permanecían completamente inmóviles, al abrigo, en lo más recogido de los

puertos, bajo las bóvedas de los arsenales, bien protegidas y en seco, mientras los galeotes se desmoralizan sin hacer nada. A Marcel Maus, que se ha ocupado de la influencia del invierno sobre la vida religiosa y social (es cierto que entre los esquimales), le haría gracia cierto pasaje del *Itinéraire* de Chateaubriand. Los capuchinos franceses, dice el escritor, «tienen su residencia principal en Nápoli (de Rumania, en Morea), a causa de que las galeras de los beys van a la fiesta de San Jorge, que es el día en que se hacen de nuevo a la mar, llenas de forzados cristianos, a quienes hay que instruir y dar ánimos, que es de lo que se ocupa, con tanto celo como fruto, el padre Bernabé de París, en la actualidad superior de la Casa de Atenas y de la de Morea»[113]. Estamos hablando del año 1806, cuando las galeras, prácticamente, habían desaparecido de Occidente; sin embargo, para las que aún quedaban en Malta o en el Oriente subsiste el mismo determinismo geográfico de la época de Solimán el Magnífico.

[I-330]

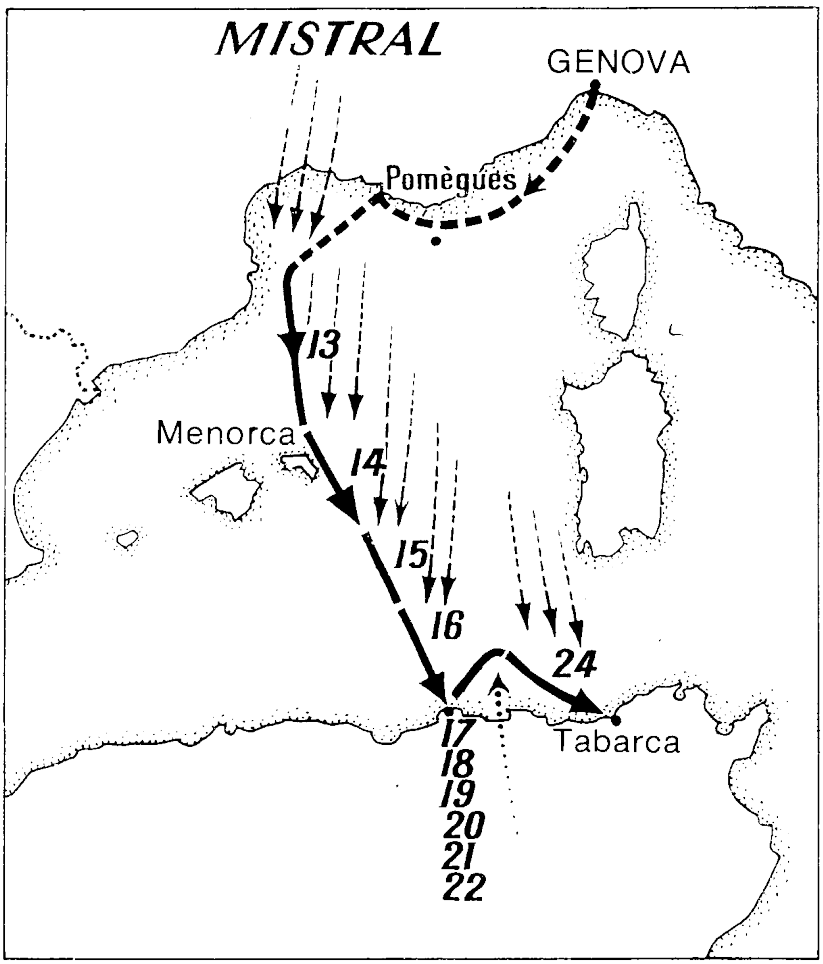


FIGURA 20. *Un viaje a España que acabó en Tabarca, enero de 1597.*
Cesare Giustiniano se embarca en Génova en una galera de esta República. Hacen escala en Pomègues, una pequeña isla frente a Marsella. Después de haber atravesado el golfo de León, el mistral sorprende a la nave al largo del cabo de Creus. En lugar de alcanzar España, donde había de representar a su República como embajador ante Felipe II (es decir, inmediatamente después de aquella bancarrota de 1596 que tan duramente había afectado a los hombres de negocios genoveses), ve su nave empujada hacia el sur por la tempestad. Por último, la galera toca en una bahía desierta de la costa africana, entre Djidjelli y Collo, permaneciendo allí por espacio de seis días. Al resultar imposible enfilar de nuevo la ruta del norte, se ven obligados a dirigirse a la isla genovesa de Tabarca. La galera ha resultado seriamente dañada, y Cesare Giustiniani viaja a Cerdeña en un barco mercante, y de allí, finalmente, a España. Reconstrucción del viaje gracias a la correspondencia de Cesare Giustiniano, A. d. S. Génova, Lettere Principi.

En el siglo XVI, las escuadras, las fustas o las galeras de los corsarios estaban sujetas también a la necesidad de invernar. «Era entonces invierno en diciembre de aquel año de 1573 y, por tanto, todos los corsarios y arraezes, o invernavan fuera de Argel, o tenían en el puerto los baxeles desarmados»[114], cuenta Haedo. En diciembre de 1579, según el testimonio del mismo Haedo, el reis Mami Arnaut invernó «en el río de Bona»[115], que no puede ser sino la desembocadura del Seybouse… Lo mismo hacían las escuadras: el gobierno español gustaba de maniobrar con las suyas en plena estación invernal, en la seguridad de que en ella se replegaban sobre el este las peligrosas armadas turcas. Así lo hacían también ciertos corsarios, juzgando que valía la pena correr el riesgo y que los peligros del mar no eran, después de todo, más temibles que los de las grandes armadas enemigas, activas durante los meses de verano.

Pero los marinos al servicio de España no dejaban de protestar contra estas navegaciones de invierno. «Por el celo del servicio de V. Magestad [escribía en agosto de 1561 el príncipe de Melfi, a la sazón «general de la Mar» de Felipe II, y que, como se ve, gustaba de tomar anticipadamente sus precauciones]: No puedo dexar de dezir que hazer navegar las galeras en invierno es en evidente peligro de perderse y tanto más en la costa d'España, tan larga y sin puertos, y que ya que no se pierdan, se consumirá la chusma y todo lo demás de manera que no podrán servir a su tiempo [para la nueva estación]»[116].

[I-332]

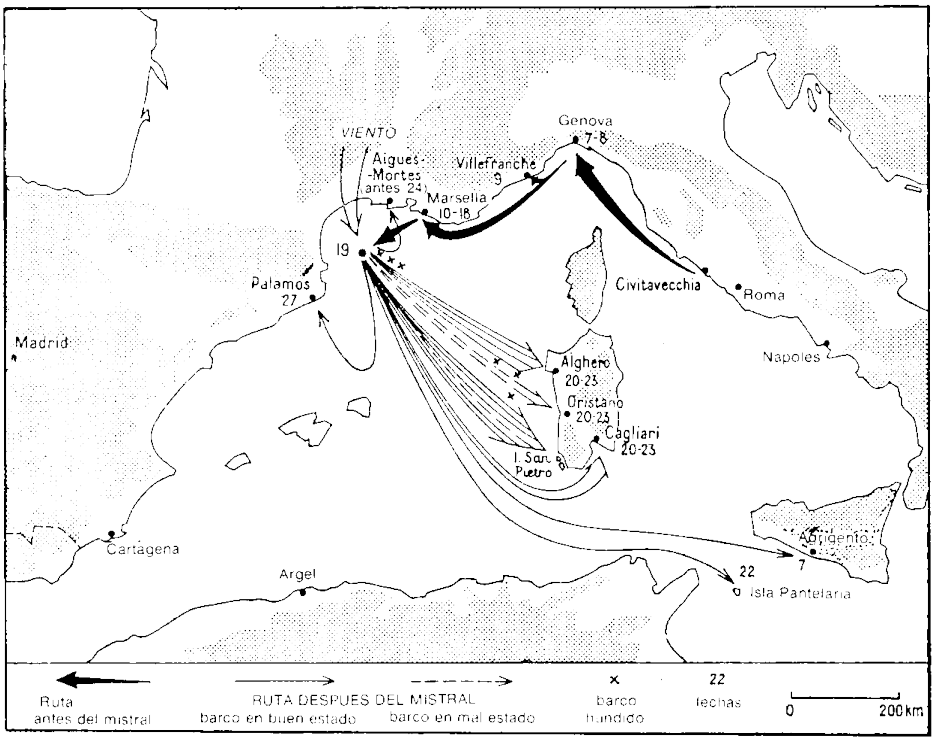


FIGURA 21. *Efectos del mistral, el 19 de abril de 1569 y en días sucesivos*.
La escuadra de las galeras del gran comendador de Castilla, don Luis de Requeséns, se hace a la vela rumbo a las costas de España. Su intención era tocar en el litoral del reino de Granada, cuya frontera se encuentra al sudoeste de Cartagena: los moriscos se habían levantado la noche de Navidad del año anterior. Las galeras tenían la misión de interceptar las expediciones de los berberiscos, que proporcionaban hombres y armas a los insurgentes. El mistral sorprendió a la escuadra en el golfo del León y empujó la mayor parte de las galeras hacia las costas de Cerdeña. Nótese el viaje contra el viento de una galera que llega a Aigues-Mortes; la arribada a Palamós, el día 27, de la galera de don Luis de Requeséns, donde ha sido precedido por soldados que se habían separado de la escuadra en Marsella y se habían dirigido a pie a España; los dos viajes llevan una galera a Pantelaria y otra a Agrigento, donde arriba esta el 7 de mayo. El mapa se ha construido con base en los datos de un buen número de documentos que he examinado y resumido en Simancas; con ellos, J. Gentil Da Silva y Jacques Bertin han dibujado el que aquí reproducimos. También habría sido posible cartografiar del mismo modo la forma en que el suceso fue conocido y, a continuación, comunicado: por lo que parece, Génova ha sido la principal fuente de información que ha permitido a España llegar a enterarse de lo ocurrido.

No: la guerra de galeras no era posible durante el invierno, verdad esta que los expertos en el asunto debían repetir sin cesar a las autoridades políticas, tan sordas a sus observaciones. Don García de Toledo, que también era «general de la Mar» de Felipe II, expresó en noviembre de 1564 sus razones para no lanzar toda su flota contra la rebelión de Córcega, como Génova lo pedía.

«Es verdadero y muy claro [escribió[117] al embajador español en Génova, Figueroa] que todas las empresas que se hazen en ymbierno es gasto perdido…, se gastara dinero sin sacar fruto, lo cual ha sucedido ya otras vezes y sucedera perpetuamente si en esta sazón se emprende». Y (como las tropas que a bordo iban venían de la empresa del peñón de Vélez de la Gomera y estaban fatigadas) se corría, además, el riesgo de comprometer las operaciones de primavera a cambio de una pequeña ganancia, o, para decirlo con las propias palabras de García de Toledo, «… assi que temo tomasemos la paloma por la cola podiendola tomar por la cabeça…». Sería arriesgado, aun cuando se tratara de un simple paseo militar, la travesía del canal de Piombino, «es una navegación arto larga, yncierta y peligrosa», que, además, planteaba aquel año problemas de aprovisionamiento difíciles de resolver.

En resumen, las galeras que no se sometían a las reglas del invierno exponíanse al desastre. El poco calado de sus quillas no les permitía capear las marejadas y tempestades[118]. Adivinamos las razones por las que Carlos V trató de tomar por sorpresa Argel en octubre de 1541. Pero fue víctima de la estación por él elegida, la época «que los moros llaman Cassem», que quiere decir «sección», e indica el paso de la estación del buen tiempo a la del malo[119]. En el invierno de 1554 zarparon de Marsella, con rumbo a las playas romanas, las galeras de Francia al mando de Piero Strozzi, acompañadas de varias embarcaciones cargadas de harina. Una borrasca dispersó el convoy, haciendo naufragar algunas barcas y una galera; las demás unidades se desperdigaron y regresaron a Marsella desarboladas, sin remos ni velas[120]. Y en su momento oportuno nos ocuparemos de la catástrofe de La Herradura, bahía abierta cerca de Málaga, donde el mar tragó la flota española en octubre de 1562. El pasillo de Málaga, muy expuesto a los vientos del este, es durante todo el invierno sumamente peligroso, tal vez más peligroso aún que el golfo de León. No solo en invierno, sino también en primavera: en abril de 1570, dos galeras fueron arrojadas a tierra en Málaga y otras tres se perdieron[121]. En 1566 naufragaron allí varios buques más[122]. Al año siguiente, en febrero, 27 barcas y navíos, casi todos procedentes de Flandes con armas y salazón, se fueron a pique frente a Málaga[123]. Tampoco el golfo de León desmintió su fama: en abril de 1569, el viento que dispersó

las 25 galeras del gran comendador de Castilla —en ruta hacia las costas de Granada—, haciendo temer un desastre completo, fue tan poderoso que ciertas galeras aparecieron en las costas de Cerdeña, y la de Ambrosio Negrón no logró tocar tierra hasta Pantelaria[124].

En resumen: lo mejor que se puede hacer en el mal tiempo es no moverse del puerto, o se verá uno obligado, como le ocurrió a Carlo Doria en enero de 1603, a volver a él: trató en vano de salir de la playa de Barcelona, siendo empujado de nuevo hacia ella numerosas veces y resultando de ello muchos mástiles y antenas partidos y la pérdida de 300 galeotes[125].

Invierno: época de paz y proyectos

El mal tiempo, pues, era una tregua obligada en las grandes guerras marítimas; y también, no menos regularmente, por lo demás, en las guerras terrestres, imposibles de proseguir «con el invierno a las costillas»[126]. Cierto es que oficialmente la guerra no llega a paralizarse del todo, pero el amortiguamiento de las operaciones es considerable y evidente. Así ocurre a propósito de la dramática guerra de Persia combatida entre 1578 y 1590, y también en cualesquiera de las guerras libradas en el Mediterráneo, o cerca de él. «Al acercarse el día *kasim* (el día de San Demetrio, 26 de octubre), tocan a su fin, habitualmente, las campañas turcas por tierra y por mar», anota Hammer en su precioso libro sobre el Imperio otomano[127]. Y es que la guerra se alimenta del país mismo. Tiene, por tanto, que aguardar (esto es razón primordial) a que se levanten o estén a punto de levantarse las cosechas. Para seguir refiriéndonos a los turcos, el historiador Zinkeisen escribe a propósito del sitio de Belgrado, por los otomanos, en 1456: «En el curso del mes de junio, precisamente en la época en que los trigos comienzan a madurar, el ejército de sitio otomano se dirigió sobre Belgrado»[128]. En la paz como en la guerra se impone, pues, el calendario de las estaciones. Podría ilustrarse esta verdad con mil ejemplos[129].

En suma: el semestre de invierno es un periodo tranquilo y pacífico. Las guerras entre los Estados sufren un compás de espera, y también las pequeñas guerras, salvo alguna que otra acción inesperada, pues tanto en el mar como en la tierra el mal tiempo es un buen aliado de la sorpresa. Fue un invierno cuando las bandas protestantes llegaron hasta la propia frontera del Rosellón, en 1562; en septiembre de 1540, los corsarios argelinos trataron de sorprender Gibraltar, y lo pasaron muy mal con el mistral durante su retirada; los

«ponentini» solían ir en galeones o en galeras reforzadas a piratear por los mares agitados de Levante a finales del invierno.

Durante este periodo de constante «sin novedad» solo lenguas y plumas siguen activas. El 20 de marzo de 1589, el cónsul español en Venecia, Juan de Cornoça, escribía: «Estamos sin nuevas del turco, el invierno ha cortado los pasos[…], nunca hemos estado tan privados de noticias»[130]. De verdaderas noticias, tal vez; pero ello no impedía, antes al contrario, que circulasen los rumores y las cábalas. El invierno, al amortiguar o suspender los viajes, contribuía a la difusión de noticias falsas. Era también la época de las bravuconerías fáciles y sin peligro. El nuncio escribía refiriéndose a los imperiales: «Ahora que es invierno, dejan a los franceses que se engallen a su manera…»[131].

Las informaciones eran entonces más abundantes que sustanciales para los gobiernos que las solicitaban. Para ellos mismos era también la hora de los proyectos y de las grandes elucubraciones. El trabajo burocrático de los estados mayores tomaba alas. El invierno era la época del papeleo. Hoy, diríamos, el «papeleo de invierno», de donde han salido muchos legajos que los historiadores deben consultar siempre con grandes reservas. Nada apremiaba. Buena ocasión para deliberar, para discutir, para proyectar, y finalmente para construir sobre el papel. Si ocurría esto o aquello, debería hacerse tal o cual cosa; sin embargo, si el turco o el rey de Francia… Y páginas tras páginas se cubrían de tinta. Las grandes ideas, los maravillosos planes que los historiadores analizan con respeto y convicción, maduraban muchas veces al calor de la lumbre o de un brasero durante los meses de invierno, en un despacho confortable, mientras afuera, en Madrid o en todas partes, soplaba el cierzo, la brisa helada de las montañas. Nada parecía entonces demasiado grande o demasiado difícil. Bloquear los Países Bajos, privarlos de sal, acaparar todo el trigo hanseático del que se alimentaban, cerrarles las puertas de España, proyectos de invierno. En 1565-1566, después del descalabro de los turcos delante de Malta, en medio del pánico del verano que acababa apenas de terminar, se prevé la posibilidad de enviar a La Goleta 12 000 hombres, tanto italianos como españoles[132]. Ahora bien, ¿cómo alojar a tanta gente en el minúsculo «presidio», que seguía siendo demasiado pequeño aun después de las ampliaciones que acababan de hacérsele? La cosa no tenía importancia; se les acamparía bajo los muros, del lado del cabo Bon, que en el mapa parecía un buen emplazamiento. Todo estaba previsto; y como de costumbre, nada se ejecutó. El verano, al menos desde este punto de vista, era si no más razonable, al menos más realista; o,

dicho más exactamente, durante el verano los acontecimientos se desarrollaban por sí solos, sin que los Estados pudieran siempre controlarlos.

Un trabajo positivo se desarrolla, sin embargo, durante el invierno, uno solo: las negociaciones, las discusiones diplomáticas, las resoluciones pacíficas. Desde este punto de vista, el invierno era un alto saludable. Cuando estudiemos los tratados de paz, de los que se hablará en este libro, veremos que fueron concertados siempre en los meses de invierno y son anteriores a los tumultos y a los hechos irreparables del verano. La paz de Cateau-Cambrésis salió de las pláticas mantenidas en el invierno de 1558-1559, y se firmó el 2 y el 3 de abril de 1559. Las treguas hispanoturcas tienen lugar en pleno invierno, y la de 1581 fue firmada el 7 de febrero. La paz de Vervins data del 2 de mayo de 1598. La tregua de los doce años se firmó en La Haya[133] el 9 de abril de 1609. La única excepción a la regla es la paz hispanoinglesa, firmada el 28 de agosto de 1604[134]. Pero ¿acaso no era ya, antes de firmarse, un hecho desde la muerte de Isabel, en marzo de 1603, y desde antes del viaje de don Juan de Tassis, conde de Villamediana, a Inglaterra (junio de 1603)? Estamos muy lejos de pensar que el simple vaivén de las estaciones rija el complicado juego y los enmarañados hilos de la diplomacia. Sin embargo, la fecha de los acuerdos tiene su importancia. ¿Cuándo se producen? A comienzos del invierno, apenas se inician las conversaciones; cuando el invierno está a punto de expirar, el debate llega a su punto culminante, ¿no era el temor, la aprensión del verano y de sus enormes gastos militares, lo que hacía razonables los gobiernos?

Las penurias del invierno

He aquí, pues, el Mediterráneo bajo el signo del reposo y de la paz, dulces imágenes que sugieren otras: la de los, al parecer, soleados meses de enero, que tanto ponderan los carteles de propaganda de la Costa Azul; o la de las bandadas de pájaros migratorios que descienden sobre las tierras de Mediodía —como un maná—, especialmente en el Egipto, que Belon du Mans[135] vio «todo blanco» de pájaros, sin duda por la época en que, en aquellos campos, se pueden coger con la mano las codornices.

Pero el invierno mediterráneo, como el de Europa, es una realidad mucho menos seductora. En las ciudades especialmente, y a menudo en la montaña, representa una dura prueba para los pobres. El 6 de noviembre de 1572, Juan Andrea Doria escribía a don Juan de Austria[136]: «V. A. sabia que como no se coge trigo en aquella tierra y muy poco de todo lo demás que es menester

por el sustento de la gente, assi ay mucha pobreza no solo en las montañas, pero también en la propia ciudad de manera que passan los pobres trabajo en vivir y lo passan tanto mayor en el invierno quanto que a la necessidad del pan se añade la del vestir y les falta la forma de trabajar…». Y la carta termina diciendo que «es posible reunir en Génova, para la primavera que viene, forzados para la tripulación de diez galeras voluntarias». Es este, si no me equivoco, un documento abrumador para la Génova de los banqueros y para el invierno del Mediterráneo[137].

No diremos, claro está, que el invierno del Mediterráneo sea glacial. Pero sí mucho menos tibio de lo que generalmente se piensa, y a menudo húmedo. Es, sobre todo, un personaje extraño que se presenta bruscamente después de seis meses de calor y contra el cual el Mediterráneo no ha podido o sabido nunca precaverse. Todo ocurre cada año como si el mar se viera sorprendido por las ráfagas de frío. Las habitaciones mal cerradas, con sus enlosados en vez de entarimados de madera, mal calentadas y, sobre todo, difícilmente calentables, no están hechas para la lucha contra el frío. Solo saben defenderse contra el calor. Dicen que Fernando de Aragón acostumbraba a decir, en contra de la opinión predominante, que había que veranear en Sevilla e invernar en Burgos[138], pues, aunque el frío de Burgos fuese muy riguroso, había, al menos, medios para defenderse de él. ¡Cuántos viajeros no han pensado, como Fernando de Aragón, tiritando en las glaciales habitaciones de una casa de Argel o de Barcelona, que nunca han sentido tanto frío como en el Mediterráneo!

El verano y su vida precipitada

Al llegar la esplendorosa primavera, generalmente húmeda, cálida, con sus vientos impetuosos… «que hacen brotar las yemas en los árboles»[139] (una primavera muy corta, pues los almendros y los olivos se llenan de flor en unos cuantos días), la vida se anima, se precipita. A pesar de sus peligros, el mar conoce en abril uno de los periodos más activos del año. En los campos, terminan las últimas faenas[140]. Inmediatamente, a un ritmo activo, se suceden todas las cosechas: la de la mies en junio, la de los higos en agosto, la vendimia en septiembre, la de la aceituna en otoño. Y las labores de la tierra se reanudan con las primeras lluvias del otoño[141]. Los campesinos de Castilla la Vieja deben tener sembrado ya su trigo para mediados de octubre, para que la planta tenga tiempo de formar las tres o cuatro hojas que le ayudarán a resistir los intensos fríos del invierno[142]. Así pasan en el espacio

de unos pocos meses las hojas más importantes del calendario agrícola. Hay que darse prisa, aprovecharse de las últimas lluvias del otoño, de los primeros días buenos o de los últimos. Toda la vida agrícola, es decir, lo mejor de la vida mediterránea, se halla bajo el signo de la premura. El invierno está en puerta, con todos sus temores: hay que apresurarse a llenar las bodegas y los graneros. Hasta en las casas de la ciudad se pone las provisiones a buen recaudo[143]: el vino, el grano, la leña indispensable para la calefacción y para la cocina. Antes de que llegue el invierno, hacia septiembre, para poder pagar los indispensables pastos y los gastos del año, vemos a los pastores españoles, en Medinaceli y en otras partes, vendiendo sus lanas por anticipado a los mercaderes de Burgos. Después, en mayo, habrá que apresurarse para entregarlas a los acuciosos acreedores. Pero el medio millón de ducados que reciben por adelantado significa la seguridad durante el invierno[144]. Los silos subterráneos de los árabes en Orania y las zanjas de los campesinos de Apulia y de Sicilia son otra manera de prepararse ante la contingencia futura[145].

Con el verano se precipita también, ya lo hemos dicho, la guerra bajo todas sus formas: las operaciones por tierra, la guerra de galeras, la piratería y el bandidaje en las campiñas.

Al mismo tiempo, el tráfico se activa a lo largo de las rutas. Por tierra, el único enemigo del viajero, en esta época, es el calor; cabía, sin embargo, el recurso de viajar de noche o en la madrugada, con la fresca[146]. En el mar, el Sahara trae con su soplo el buen tiempo y, sobre todo —lo que no es menos importante—, condiciones atmosféricas estables. En el mar Egeo los vientos estivales soplan regularmente de norte a sur, entre mayo y octubre[147], hasta que llegan las precoces tormentas de otoño[148]. Dice el barón de Tott que de Creta a Egipto, «los vientos que en esta época [junio] soplan de oeste a norte sin agitar nunca el mar, permiten a los navegantes calcular el momento de su llegada a Egipto»[149]. Son los mismos vientos que permitieron a Belon du Mans en 1550 hacer un viaje seguro de Rodas a Alejandría. Más rápidos y de duración previsible, los viajes son, por otra parte, relativamente seguros y tranquilos a lo largo de todo el mar. El viejo príncipe Doria acostumbraba a decir: «en el Mediterráneo hay tres puertos: Cartagena, junio y julio»[150].

La navegación se activa con la calma del verano con tanta mayor razón cuanto que el periodo de las cosechas incita a los cambios. Las grandes transacciones coinciden con la siega, la trilla, la recolección de frutos y la vendimia. La aparición de los vinos nuevos es una gran coyuntura comercial. En Sevilla, por ejemplo, la *vendeja* es una especie de feria de vinos que se

celebra en fecha fija: «entre el 17 y el 19 de octubre…, por el tiempo que llamamos de la *vendeja*», escribe en 1597 el duque de Medina Sidonia[151]. Los barcos del norte llegaban a buscar los vinos de Andalucía, además de la sal, el aceite y las mercancías de ultramar. Cervantes nos cuenta en el *Coloquio de los perros*[152] las trapisondas de una muchacha de vida alegre que trabaja en Sevilla en complicidad con un compadre, un alguacil bribón. La muchacha se ha especializado en explotar a los bretones (es decir, a los ingleses y personas de los países nórdicos en general); ella y una amiga «andaban siempre a caza de extranjeros, y cuando llegaba la vendeja a Sevilla y Cádiz, llegaba la huella de su ganancia, no quedando bretón con quien no embistiesen».

Pero la vendimia es, además, en todo el Mediterráneo, la hora del regocijo, la francachela y la licencia. En Nápoles, los vendimiadores interpelan a su antojo a cuantos encuentran a su paso, mujeres y hombres, religiosos o seglares, lo que da pie para muchos abusos. Pedro de Toledo, virrey de Nápoles, campeón de la *onestità*, enemigo de estas costumbres paganas, llegó a dar un edicto contra semejantes licencias[153]. No se nos dice si la medida fue eficaz. Porque no es fácil luchar contra estas tradiciones, contra la complicidad del verano y del vino nuevo, ni poner freno a las francachelas colectivas desatadas con ocasión de la cosecha de higos[154], o de hojas de morera, como en las planicies de Murcia[155]. En Ragusa, ciudad prudente, excesivamente prudente, aunque obligada a serlo más que cualquier otra, la vendimia era para las autoridades un periodo de zozobra y de alarma; vigilábanse los cuerpos de guardia, las murallas y los extranjeros para saber si estaban armados, y especialmente a la gente de la Apulia, como ocurrió en agosto de 1569: «*li pugliesi* —decían los rectores—, *quali intendiamo essere molti nella città et scandalosi…*»[156].

El verano es también la época de la pesca abundante. El pescado, especialmente el atún, depende de los tropismos de las estaciones. En verano funcionan las almadrabas; el duque de Medina Sidonia, que tenía el monopolio de las almadrabas andaluzas en la época de Felipe II, hacía sonar en verano el tamboril para reclutar la mano de obra necesaria. Recluta que equivalía, ni más ni menos, a la de un ejército. Al cambiarse la estación (antes y después del invierno), funcionaban las fabulosas pesquerías del Bósforo[157]. A finales de invierno —por ejemplo, en abril de 1543—, llegaban a Marsella en vísperas de la estación de la pesca barcos enteros cargados de barriles vacíos, que Fréjus enviaba para las salazones: 1800, el 17, en tres barcos; 200, el 21; 600, el 26; 1000 el 30 de abril[158].

Las epidemias de verano

Pero los calores también desencadenan males endémicos solo apaciaguados en el invierno. El barón de Tott hace notar que la peste «comienza a hacer estragos desde la primavera y dura de ordinario hasta que se aproxima el invierno»[159]. Lo mismo podría decirse con respecto a las demás epidemias del Mediterráneo (salvo el tifus exantemático, mal endémico en el norte de África, que remitía a la llegada del verano). Las ciudades eran, como siempre, las más castigadas. En Roma, la fiebre hacía estragos todos los veranos. Los cardenales huían, en estos meses, a sus casas de campo, a sus *viñas*, que, en contra de lo que decía Scarron[160], no eran solamente un lujo ostentatorio y cuestión de vanidad. Cuando el cardenal de Rambouillet, embajador del rey de Francia, llegó a Roma en julio de 1568, advirtió que «los señores cardenales de Ferrera y de Vitelli» se habían ido «huyendo de los calores»[161], y con ellos muchos otros. El propio Sixto V siguió más tarde el mismo sistema y todos los años se iba a veranear a su casa de campo —bastante mal situada, por cierto—, cerca de Santa María Maggiore, en un rincón del Esquilino[162], o al nuevo palacio pontificio construido sobre el Quirinal[163]. En mitad del verano, Roma era hasta hace poco una ciudad desierta, «sofocante y como maldita, a causa de la fiebre»[164].

Por todas partes —en Roma, en Aviñón, en Milán o en Sicilia—, los ricos, los nobles y los burgueses, los seglares y la gente de iglesia, abandonaban en verano las calurosas ciudades para irse al campo. Felipe II no iba a El Escorial en busca únicamente de soledad, sino también de frescura, huyendo del implacable verano de Castilla[165]. ¿Quién mejor que Bandello —comensal y cronista de toda esta gente acomodada— podría decirnos lo que eran estas emigraciones estivales? ¡Qué felicidad poder pasar la canícula en un jardín fresco, en Milán, cerca de la Porta Beatrice, comiendo sabrosas frutas y bebiendo «*un generoso e preziosissimo vino blanco*!»[166] «El último verano —refiere Bandello—, huyendo de los calores, que son excesivos en Milán, fui… con el señor Alejandro Bentivoglio y su señora, su señoría Hipólita Sforza, a su residencia del otro lado del Adda, al palacio, como se dice, y descansé allí por espacio de tres meses»[167]. Otra vez fue a San Gotardo, más allá de Brescia. Leyéndole, nos sentimos a nuestras anchas en su compañía, y, de sobremesa, encontramos, como él, que la ocasión es propicia para hablar de los «beffe che da le donne, o a le donne si fanno»[168]. Otra vez, la pequeña sociedad de una de sus novelas acampa en un pequeño

prado de los alrededores de Pinaruolo, sobre el fino césped, mientras allí cerca canta en un canal el agua fresca y límpida. Otras veces se come, se conversa y se reposa cerca de un arroyo rumoroso y cantarino. Es el mismo cuadro que, siglos antes, pintara el *Decamerón*.

El clima mediterráneo y el Oriente

El ritmo de las estaciones del desierto es el reverso del que prevalece en la vida mediterránea. En efecto, aquí la paralización de la vida, o por lo menos su amortiguación, se debe más bien al verano que al invierno. El verano, con su calor abrasador, lo detiene y suspende todo. Después de octubre o de noviembre, cuando pasa la cosecha de dátiles (que es también el periodo de las peregrinaciones a La Meca), la vida y el comercio se reanudan.

Tavernier nos dice, sin embargo, que las caravanas llegaban a Esmirna en febrero, junio y octubre[169]; pero Esmirna y el Asia Menor quedan fuera del verdadero desierto. No siempre los camellos que llegaban a Egipto en septiembre y octubre[170] venían de lejos; las grandes caravanas aparecían en El Cairo en abril, mayo y junio[171]. De Sercey (su testimonio se refiere al siglo XIX) sostiene, por su parte, que no es posible atravesar el desierto entre Bagdad y Alepo durante el estío. Hacia 1640, la actividad caravanera que partía de Ormuz duraba desde el 1 de diciembre hasta marzo[172]. En el sur oranés del siglo XX las grandes caravanas siguen organizándose en noviembre[173], y esta actividad reiterada recuerda un poco la del Mediterráneo en abril.

El desierto se anima, pues, en el momento en que más al norte y más al oeste todo se adormece. Los rebaños que habían abandonado las estepas en verano regresan a los pastos retoñados y, como las caravanas, recorren de nuevo las rutas del desierto. La estación incierta ha terminado; la vida se torna fácil, más abundante y a la vez más industriosa. El arqueólogo Sachau se sorprendió de ver en pleno invierno, en Kut el Amarna, a la gente entregada al trabajo, reparando los canales y cultivando las legumbres[174]. Y, sin embargo, no hay en ello nada de anormal; todo marcha perfectamente de acuerdo con el ritmo habitual de la vida esteparia.

El ritmo de las estaciones y las estadísticas en el siglo XVI

Claro está que habría que estudiar un poco más de cerca estos grandes problemas, tan mal comprendidos hasta hoy por la literatura histórica.

¿Es posible recurrir a las estadísticas? Las relativas al siglo XVI son muy raras y con harta frecuencia incompletas. De todos modos, vale la pena consultarlas.

Ya hemos dicho, basándonos en los datos marselleses de 1543, cómo el envío de envases vacíos «para el pescado salado», procedentes de Fréjus, acusaba la importancia del mes de abril, en vísperas de la estación de pesca.

He aquí ahora una estadística de los seguros marítimos contratados en Ragusa en el año de 1560[175]. Este documento destaca también la importancia decisiva de los meses de abril y mayo. Los barcos se aseguraban, como es natural, en vísperas de los grandes viajes.

Los datos de las *portate* de Liorna[176] nos proporcionan detalles acerca de los cargamentos desembarcados en el puerto, con el número de barcos y el nombre de la ciudad de donde proceden. Se puede, con ayuda de estos documentos, afirmar que la seda llegaba de julio a octubre; la pimienta, procedente de Alejandría, de enero a julio; los quesos sardos, después de octubre. Aunque cada uno de estos pequeños movimientos de temporada merezca ser estudiado, hay que advertir que el calendario de Liorna no es exactamente igual al de otros puertos mediterráneos, incluyendo Génova, su vecino más cercano[177].

NÚMERO DE SEGUROS MARÍTIMOS EN RAGUSA EN 1560

Cómputo mensual. Cada signo x = un seguro.
Tomado en los datos de los archivos de Ragusa

ene.	feb.	mar.	abr.	may.	jun.	jul.	agos.	sept.	oct.	nov.	dic.
x				x							
x				x							
x				x							
x				x							
x				x							
x				x							
x			x	x							
x			x	x							
x			x	x							
x			x	x							
x			x	x							
x			x	x							
x	x		x	x				x		x	x
x	x	x	x	x			x	x		x	x
x	x	x	x	x			x	x	x	x	x
x	x	x	x	x			x	x	x	x	x
x	x	x	x	x	x		x	x	x	x	x
x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x
9	6	5	14	20	2	1	5	6	4	7	6

No creo, sin embargo, que estos documentos nos permitan conocer con toda claridad y de una sola vez las oscilaciones económicas debidas a las estaciones. Las estadísticas de Liorna no nos proporcionan una respuesta tan simple y tan clara, porque son estadísticas del siglo XVI, es decir, imperfectas y basadas en unidades de medida muy diversas. No podríamos, por ejemplo, calcular el tonelaje bruto de mercaderías desembarcadas en uno u otro mes, lo que sería la indicación más válida. Los *portate* de Liorna registran la llegada de barcos de los más diversos tonelajes: barcas, góndolas, galionetti, scafi, leuti, falúas, saetas, navicelloni, caramuzales, tartanas, galeones y naves, categorías, estas dos últimas, que corresponden a los mayores barcos de transporte de la larga lista. Contar cada uno de estos tipos de navíos por unidades nos proporcionaría cifras muy discutibles: sería algo así como sumar kilos y toneladas. Clasificarlos por categorías no conduciría tampoco a nada, salvo en lo que se refiere a las naves y los galeones, cosa que intentaremos hacer.

Dicho esto, he aquí las cifras que podemos obtener desde el punto de vista que nos ocupa. No cabe duda de que si algún historiador se decidiera a estudiarlas con referencia al comercio de Liorna en particular, al desarrollo de

este puerto en las postrimerías del siglo XVI y a las actividades desplegadas por las firmas comerciales de Florencia (generalmente, los documentos indican el nombre del comerciante a quien van destinadas las mercancías), sacaría interesantes conclusiones, de las que, por el momento, prescindimos aquí.

ENTRADAS EN LIORNA EN LOS AÑOS 1578, 1581, 1582, 1583, 1584 Y 1585

Años	*Buques de todas clases * que entraron al puerto del 1 de abril al 30 de septiembre (semestre de verano)*	*Buques de todas clases * que entraron al puerto del 1 de octubre al 31 de marzo (semestre de invierno)*	*Total*
1578	171	126	297
1581	84	107	191 **
1582	199	177	376
1583	171	171	342
1584	286	182	468
1585	147	160	307
Total	1 058	923	1 981

* Galeras no incluidas.

** No 181, como dice, por error, en F. BRAUDEL y R. ROMANO, *op. cit.*, apéndice, cuadro 1.

DATOS MENSUALES DEL TRÁFICO DEL PUERTO DE LIORNA EN LOS MISMOS AÑOS * [I-347

Año	*Ene.*	*Feb.*	*Marzo*	*Abril*	*Mayo*	*Junio*	*Julio*	*Agos.*	*Sept.*	*Oct.*	*Nov.*	*Dic.*
1578	27	40	40	49	24	27	30	26	15	6	7	6
1581	13	4	5	9	7	15	20	23	10	29	27	29
1582	27	27	33	38	29	44	52	19	17	17	37	36
1583	22	18	21	37	22	28	27	33	24	39	38	33
1584	57	36	31	36	46	55	46	72	31	21	30	7
1585	34	27	17	20	33	17	25	28	23	18	37	28
TOTAL	180	152	147	189	161	186	200	201	120	130	176	139

ENTRADAS DE NAVES Y GALEONES EN EL PUERTO DE LIORNA EN LOS MISMOS AÑOS

Año	*Enero*	*Feb.*	*Marzo*	*Abril*	*Mayo*	*Junio*	*Julio*	*Agos.*	*Sept.*	*Oct.*	*Nov.*	*Dic.*	*Total*
1578	9	7	3	3	4	2	1	3	0	4	3	4	41
1581	11	4	3	4	6	3	0	4	2	8	4	3	52
1582	5	1	4	6	0	3	1	1	4	2	4	6	37
1583	0	2	5	1	1	3	0	3	0	2	1	3	21
1584	8	2	6	3	6	2	2	1	2	5	2	2	41
1585	1	7	9	2	0	2	3	0	0	2	2	3	31
TOTAL POR MES .	34	23	30	19	17	15	7	12	8	23	16	21	
TOTAL DE OTROS BARCOS *	146	129	117	170	144	171	193	189	112	107	160	118	

* Galeras no incluidas.

Como se ve, estas cifras son incompletas e imperfectas[178], y no siempre es fácil trabajar sobre la base de los datos que suministran. El determinismo de las estaciones no puede aclararse de golpe a la luz de estos datos, lo cual es de lamentar. Sin embargo, ¡cuántas cosas enseñan y sugieren!

Según las estadísticas mensuales, hay tres meses más activos que los otros: abril, a la salida del invierno, en el momento de la necesaria liquidación de las existencias; julio y agosto, inmediatamente después de las cosechas. Los dos meses menos animados son los de septiembre y octubre. En nuestra escala, abril, 189; julio, 200; agosto, 201; en cambio, septiembre, 120, y octubre, solo 130; la baja salta a la vista.

Los datos sobre las naves y los galeones se refieren a los grandes transportes y a los viajes a larga distancia. La actividad de estos buques se distingue de un modo muy curioso de la de los barcos de menor tonelaje. Estos trabajan en abril, julio y agosto; aquellos, por el contrario (las naves y los galeones), alcanzan su índice más bajo en julio y agosto, y los más elevados en enero, con 34; en marzo, con 30; en febrero y octubre, con 23. La llegada en masa de las naves nórdicas acentúa este desajuste en el tráfico de Liorna[179]. En julio y agosto, las embarcaciones transportaban trigo a corta distancia, como lo indican nuestros *portate*, en tanto que los viajes que

necesitaban mayor tiempo se hacían en grandes transportes. Las mercaderías lejanas recurrían también a sus servicios.

Por lo menos, en el sector occidental del Mediterráneo, cuyas características nos revela el caso de Liorna —y quizá en todo el mar—, el obstáculo del invierno fue en parte superado para las grandes y las pequeñas distancias. Habían pasado a la historia los tiempos en que la ley de Rodas prohibía los seguros marítimos de invierno partiendo de la premisa de que no había o no debía haber viajes durante el invierno. La llegada de la *Kogge* nórdica en el siglo XV parece haber marcado el principio de esta victoria mediterránea sobre el mal tiempo. Las galeras de Venecia osaban ya hacerse a la mar durante el mal tiempo, y esta evolución, continuada a lo largo de todo el siglo XVI, fue acentuándose cada vez más hasta el siglo XVII, a tal punto que Tavernier pudo escribir: «la navegación en los mares de las Indias no se hace en cualquier tiempo, como en nuestros mares de Europa»[180]. En el siglo XVI, solamente la galera y sus afines eran incapaces de navegar con muy mal tiempo. Para los otros barcos, sobre todo para el gran barco redondo de los mercaderes, los riesgos también eran grandes, pero no un obstáculo insuperable. Y los progresos de la técnica iban reduciendo cada día más esos riesgos. Por otra parte, acercábase el momento en que hasta la propia galera iba a desaparecer, para dejar el sitio al buque de línea, capaz de navegar y combatir con mar gruesa. Desde el siglo XVII, los corsarios tripolitanos emplean en invierno *navíos* de alta mar, y solo arman sus galeras en verano[181].

Las *portate* liornesas nos informan muy poco sobre estos importantes problemas. Tienen, además, el inconveniente de darnos solo las entradas de buques en el puerto. Cuando menos la mitad del tráfico escapa a nuestro control: el de las salidas.

Y no seremos más afortunados con las relaciones de los viajes de los peregrinos alemanes a Tierra Santa, vía Venecia, de 1507 a 1608: en total, una treintena de itinerarios descritos por el precioso y erudito estudio de Röhricht[182]: Todos estos viajes pueden compararse entre sí a lo largo de todo el siglo.

Por regla general, la partida de los peregrinos tenía lugar en junio o julio, es decir, en plena estación favorable; en 24 casos precisos, observamos las siguientes partidas: en mayo, una (20 de mayo); en junio, 10; en julio, 11; en agosto, una, y en septiembre, una. Los barcos llegaban a Jaffa o a Trípoli de Siria en julio o en agosto; de 23 casos tenemos: uno en junio, 7 en julio, 11 en agosto, 10 en septiembre, uno en octubre, cero en noviembre y uno en

diciembre. El viaje de ida y vuelta a Jerusalén, incluyendo dos o tres días de estancia en los Santos Lugares, era rapidísimo —la peregrinación completa dura de tres semanas a un mes—; los peregrinos regresaban generalmente en el mismo barco en que habían ido. Los barcos zarpaban de Jaffa, Beirut, Trípoli o Siria, generalmente en agosto (de 12 casos, 1 en junio, 6 en agosto, 2 en septiembre y 3 en octubre) y, por lo general, los peregrinos regresaban a Venecia en el curso del mes de diciembre (de 13 casos, 4 en noviembre, 7 en diciembre, uno en enero y uno en febrero).

Estas escasas cifras nos permiten una comparación interesantísima entre la duración de los viajes en verano y en invierno; viajes todos ellos de ida y vuelta.

Duración de los viajes Venecia-Tierra Santa

IDA		VUELTA	
1507	50	1507	86
1507	46	1507	152
1517	29	1519	79
1520	72	1521	92
1521	43	1523	101
1523	49		
1523	57	(18 días de escala en Chipre)	
1546	39		
1549	33	1523	90
1551	35		
1556	40	(salida contada desde Jerusalén)	
1561	47		
1561	62	1527	80
1563	26	1553	79
1565	40	1561	112
1565	38	1581	118
1583	26	[1587	73]
1587	40	1608	65
1604	49		
1608	44	Promedio, 93 días.	
Promedio, 43 días, en números redondos.			

Duración de los viajes realizados por los mismos barcos a la ida y a la vuelta

	Ida	*Días*	*Días*	*Vuelta*	*Proporción vuelta-ida*
1507	.....	50	86	.....	1.72
1517	.....	29	79	.....	2.7
1521	.....	43	92	.....	2.1
1523	.....	49	101	.....	2.06
1523	.....	57	90	.....	1.57
1608	.....	44	65	.....	1.47
Promedio	.....	45	85.5	.....	1.9

La diferencia de duración entre los viajes de ida y los de vuelta es casi la misma que en los promedios anteriores (43 y 93).

Como se ve, la proporción entre los viajes de ida y vuelta es casi de uno a dos. ¿Se debe ello solamente a las estaciones? ¿No intervendrán también en esto las dificultades surgidas a causa de los vientos dominantes al emprender la ruta en dirección contraria? Esta última explicación es poco convincente. Si consideramos, en efecto, la cifra de 73 días relativa al año de 1587, veremos que esta cifra corresponde a un viaje de ida y no de vuelta, pero un viaje que no se ha efectuado precisamente en verano: el buque en cuestión partió de Venecia el 29 de septiembre de 1597 y no llegó a Trípoli hasta el 11 de diciembre[183]. No queramos sacar demasiadas conclusiones de las magras estadísticas precedentes.

Sería temerario, evidentemente, pedir demasiado a los escasos datos estadísticos transcritos; sin embargo, nos ayudan a comprender que los viajes de invierno eran más lentos que los de estío. En este caso, las cifras responden a las hipótesis y a todas las observaciones que han podido recogerse en los documentos de la gente de la época. Para mayor seguridad, hemos establecido un último cuadro, en el cual solo figuran, por lo menos según todas las apariencias, los viajes de ida y vuelta hechos por los mismos buques.

Determinismo y vida económica

Es obvio que tales cálculos, que aparecieron en la primera edición de este libro, no nos sirven para resolver adecuadamente los problemas que estamos

tratando. Después de aquella fecha he estudiado analíticamente el caso de los *portate* liorneses, sin conseguir añadir nada nuevo al debate[184]. Dudo mucho que un estudio de los registros portuarios cuya existencia conocemos (en Barcelona hay archivos, pero es difícil tener acceso a ellos; en Ragusa-Dubrovnik, solo a partir de 1563[185] están ordenados los datos y resultan fácilmente accesibles; en Génova hay una tal ingente cantidad de documentos que desanima a cualquier investigador)[186], dudo mucho, digo, que un estudio sistemático pueda llevarnos lejos. La impresión que se va imponiendo, sea justa o errada —pero que yo sospecho justa—, de que el determinismo ocasionado por la sucesión de las estaciones, evidente cuando se trata de la vida rural, se ve continuamente contrarrestado por la voluntad del hombre, particularmente en las ciudades. El invierno en el mar es un obstáculo, pero las barcas lo superan en las distancias cortas, y los grandes veleros en los viajes largos, aunque siempre dispuestos a arrojar por la borda, en caso de peligro, las balas de lana o los toneles de trigo, y más de una vez cabalgan sobre una ola, al menos por unos instantes, a *semblanza di veloci delfini*[187]. No hay duda de que el invierno en las montañas era un obstáculo, sobre todo en los Alpes, pero ya hemos visto antes cómo, pese a ello, se las franquea regularmente.

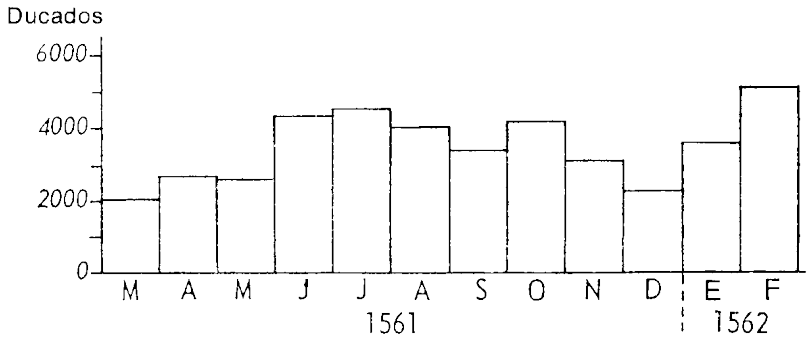


FIGURA 22. *Movimiento de negocios del «Fondaco dei Tedeschi» en Venecia*.
Según los censos pagados a la señoría. Este documento, como otros que podrían señalarse, no muestra las fluctuaciones estacionales que podrían permitirnos sacar conclusiones sobre la casi paralización del comercio en la época invernal. Pequeño detalle: recordamos que el año comienza en Venecia el 1 de marzo.

Abundan pruebas irrebatibles de esta vida invernal replegada. La más inesperada es, probablemente, la que nos proporcionan los bancos napolitanos invirtiendo regularmente durante el invierno en *rentas* el dinero de sus clientes, mientras en verano lo emplean en la compra de gran cantidad de productos agrícolas del reino, lo que les permite provechosas

especulaciones[188]. Pero el invierno era también la gran estación de los trabajos domésticos y de la actividad de los telares. El 8 de diciembre de 1583, Baltasar Suárez, un mercader español de Florencia que se convertirá por matrimonio en pariente del gran duque, se lamenta con su corresponsal en Medina del Campo, Simón Ruiz, de no tener suficiente lana (acababa de recibir un poco y la había vendido a buen precio): «Veo con pena [escribe] perderse muy buenas ocasiones, pues esta es la época del año en que se trabaja más, y, por no tener lana, hemos de permanecer con los brazos cruzados»[189]. Conseguir una buena producción durante el invierno era la preocupación de las autoridades urbanas, cuando estas eran juiciosas. Como dice el *provveditore* del *Arte della Lana*, en Florencia, en octubre de 1604, hay que ayudar a los artesanos, cueste lo que cueste, «ahora que llegan el frío y las noches largas y ellos necesitan luz y ropa, además de comida […]»[190]

De modo que intervienen múltiples excepciones: la vida humana responde a los dictados del medio, pero intenta a la vez evadirse de ellos y controlarlos; al hacer esto último cae en nuevas redes que los historiadores podemos individuar con variada fortuna.

III. ¿HA CAMBIADO EL CLIMA DESDE EL SIGLO XVI?

¿Nos atreveremos a formular semejante pregunta, a sabiendas de que, para poder contestarla, habría que revolver un *dossier* voluminosísimo de documentos no siempre dignos de crédito, y dar oídas a una literatura periodística bastante insegura?

Es evidente que todo cambia, hasta el clima. Nadie cree, hoy día, en la inmutabilidad de los elementos de la geografía física. No hace falta llamar la atención hacia las ínfimas variaciones —pero variaciones, al fin y al cabo— de las longitudes. Gerhard Solle[191] sostiene que la masa de los Alpes del este avanza en dirección a Baviera a una velocidad ridícula (un centímetro por año); pero avance suficiente, con todo, para poder determinar en puntos neurálgicos los desmoronamientos y deslizamientos de tierras, a veces verdaderas catástrofes, que registra la historia alpina. Desde hace mucho tiempo, la atención de los geógrafos se ha parado, en la zona del Mediterráneo, sobre los cambios históricos de la línea de la costa. Algunos de ellos, apoyándose en ejemplos precisos, como el de la isla de Delos, han llegado a la conclusión de su perfecta inmutabilidad[192]. Pero otros, como Th. Fischer, R. T. Günther y Alfred Philippson, opinan lo contrario. El problema

básico estriba en saber si estamos o no ante cambios estrictamente locales. ¿Habrá periodos alternos de retraimiento o de rebalse de las playas marítimas, como sostienen los estudios de Agostino Arrigo[193] y Dina Albam?[194] Cualquiera que sea la conclusión a que se llegue, el hecho es que nos encontramos con fases sucesivas de erosión y sedimentación a lo largo de las costas de Taormina, en la costa oriental de Sicilia, por periodos de quince años. Después de mediados del siglo XIX hubo (con algunas reacciones continentales en sentido contrario y una agravación de conjunto a partir de 1900) un repliegue general ante el mar, y lo mismo sucede a lo largo del litoral norafricano, en las costas del monte Gargano o en el contorno del delta del Nilo. Nada nos dice que un buen día el movimiento no pueda cambiar de sentido. Todo esto evoca variaciones cíclicas análogas a las que Le Danois trata de fijar en lo tocante a la vida compleja del océano Atlántico[195].

Pues bien, tal vez ocurra lo mismo con respecto al clima. No cabe duda de que «todo cambia, los climas al igual que todo lo demás»[196]. Pero estos cambios se deben frecuentemente al hombre; aquí, a causa de las vastas deforestaciones; allá, al suspenderse los riegos o los cultivos —lo que acarrea a veces consecuencias catastróficas en las regiones áridas—[197]. Para Th. Fischer es innegable que el clima de Sicilia es hoy más seco que antes de la conquista musulmana. Pero cabe también la posibilidad de que los responsables hayan sido los elementos, y no el hombre. En su preciosa *Geografía histórica*[198], Goetz habla de un agostamiento de las fuentes superficiales, que precedió a la conquista musulmana; los conquistadores del sur remediaron la escasez de agua con su sabio sistema de riegos.

En todo caso, una abundante literatura actual acepta cambios del clima producidos ayer y que siguen produciéndose todavía ante nuestros propios ojos. En el Ártico, parecen haber retrocedido los bancos de hielo a partir del periodo 1892-1900,[199] mientras que el desierto ha ganado terreno tanto en el sur como en el norte de África[200]. Los libros y estudios de ayer, por el contrario, llevaban todos a la conclusión de la inmutabilidad del clima. No obstante, sus argumentos no son absolutamente convincentes. Desde Partsch[201] se repite constantemente que el lago de Djerid, en el sur tunecino, no ha cambiado apenas de contornos, puesto que las aldeas de Nefta y Tozeur, situadas en sus orillas, corresponden a las antiguas ciudades romanas de Thusurus y Nepta. Y se asegura, asimismo[202], que las crecidas del antiguo Nilo son comparables a sus desbordamientos actuales, y que la flora de la Creta minoica (a juzgar por los testimonios del arte cretense), por ejemplo, los lirios, los jacintos, el azafrán y las clavelinas, pertenecen a la actual flora

primaveral del Mediterráneo[203]. O que la reforestación de pinos en torno de Valladolid en el siglo XVI es en su mayor parte resultado de la iniciativa del hombre[204].

Todas estas afirmaciones, y otras, nada prueban de manera decisiva. Sobre todo, no resuelven el problema. Encontrarse, en tal o cual momento del pasado, con un clima que parece corresponder exactamente al del momento actual, no constituye ninguna prueba ni se contradice en absoluto con las variaciones periódicas del clima. El verdadero problema estriba en saber si hay o no una periodicidad del clima, hipótesis hacia la cual, al parecer, propenden cada vez más los autores. «Una periodicidad de unos treinta años sobre poco más o menos no es, ni mucho menos, inverosímil», concluye un maestro en estos problemas[205]. Sin contar, añadiremos nosotros, otros ciclos e interciclos subyacentes…

Por tanto, el clima cambia y no cambia; varía en relación con posiciones de equilibrio, de las que, por otra parte, nada nos dice que no estén también sujetas a cambios; pero, en tal caso, siguiendo pendientes muy poco inclinadas. Esto nos parece de una gran importancia. Es posible que a las fases A y B de François Simiand[206] tengamos que añadir un día los historiadores fases más o menos secas, y más o menos húmedas, más o menos cálidas o más o menos frías. Veamos lo que, con relación al año 1540, nos dicen Le Danois o Gaston Roupnel, protestando contra «los historiadores [que] niegan la existencia histórica de las graves perturbaciones climáticas que, desde el siglo XIII al XV, han venido a transformar las condiciones de la vida europea»[207].

Así está planteado el problema. Nos limitaremos a unas cuantas indicaciones generales, a una o dos hipótesis, en lo que se refiere al Mediterráneo.

Es probable que haya oscilaciones climáticas. Claro está que habría que establecer su duración y su sentido. En todo caso, sus huellas son visibles en los Alpes. Según U. Monterin[208], esta cadena montañosa se secó y calentó a partir de 1300, y, por el contrario, se enfrió y volvió más húmeda, como consecuencia del descenso de los glaciares, a partir de 1600. En 1900 se inicia una nueva fase: los Alpes se desecan de nuevo y los glaciares retroceden en su conjunto, como se sabe. El actual retroceso en los Hohe Tauern ha dejado al descubierto altas minas de oro, explotadas en la época de los romanos y todavía en la Edad Media[209].

Estamos muy lejos de los periodos de 30 años que aceptaba Emmanuel de Martonne, pero falta ver si esta escueta historia del clima de los Alpes tiene

fundamento científico. No sabríamos decirlo. Los glaciólogos, generalmente, no ven el problema con tanta claridad (incluyendo al viejo Walcher en sus *Nachrichten von den Eisbergen in Tyrol*, Viena, 1773). Por otra parte, ¿podemos aceptar que las variaciones del clima de los Alpes se acusen a su vez en las variaciones del clima de todo el Mediterráneo, o que estas están vinculadas a aquellas? Así parece sugerirlo el tiempo presente, puesto que, tanto en el Cáucaso como en los Alpes, los glaciares retroceden en la actualidad[210], mientras que en el sur de la Pequeña África, el Sahara aumenta poco a poco sus dominios.

Fácil es adivinar las consecuencias que se desprenden de este esquema, en caso de ser aceptado.

Por lo menos, es curioso comprobar que, con el suspenso calentamiento de los Alpes hacia 1300, los colonos alemanes se instalaron en las altísimas laderas meridionales del monte Rosa[211]. Y no es menos curioso hacer notar que, en condiciones análogas, hacia 1900, y sobre todo en estos 20 últimos años, se produce una emigración procedente de las poblaciones montañesas italianas de las alturas superiores de los Alpes y de los Apeninos septentrionales, por ejemplo en los Alpes apuanos y en el Val Venosta, donde se desarrollan nuevas poblaciones fijas situadas entre los 1500 y los 2000 metros, en la zona llamada de los «Stavoli» (*abitazioni di mezza stagioni*) [212].

Con mayor razón aún, si se supone que vivimos sobre un terreno sólido y que allá hacia el 1600 se produjo efectivamente un aumento de la pluviosidad y del frío, ello explica las heladas catastróficas para los olivares[213] y las repetidas inundaciones que asolaron las cosechas de Toscana en 1585 y en 1590; sin contar un aumento de las regiones pantanosas y, por consiguiente, de la malaria, es decir, en conjunto, de condiciones más difíciles para la vida del hombre. Todo el drama social del hambre que domina las postrimerías del siglo puede tener su verdadera causa en la perturbación, aunque ligera, de las condiciones atmosféricas. Llevado esto al extremo límite de la prudencia, ¿qué podría decirse? Acerca de ese drama de fines de siglo no escasean, por cierto, las explicaciones demográficas o económicas, pero nada nos asegura que el clima no haya tenido su parte en tales hechos y que no deba ser considerado, en general, como un factor variable de la historia. Es difícil asegurarlo, pero algunos hechos lo demuestran bastante claramente[214].

En el curso del siglo XVI se producen en la cuenca del Ródano repetidas inundaciones; en julio de 1501 se desborda el mismo Ródano en Lyon; en 1522, el Ardèche; en febrero de 1524, el Drac y el Isère; en agosto de 1525, el

Isère; en octubre de 1544, el Gère en Vienne; en noviembre de 1544, el Ródano y el Durance; en noviembre de 1548, el Durance y el Ródano; el 9 de septiembre de 1557, el Ródano en Lyon; el 25 de agosto de 1566, el Durance y el Ródano inundan las tierras aviñonesas; el 2 de diciembre de 1570 el Ródano conoce, especialmente en Lyon, una de las crecidas más espantosas de toda la época; en 1571 vuelve a desbordarse el Ródano, lo mismo que en octubre de 1573 (inundación de Beaucaire); en septiembre de 1579 se desborda el Isère en Grenoble; el 26 de agosto de 1580 el Ródano inunda Aviñón; en 1578 el Ródano inunda Arlés y las aguas cubren una parte del Bajo Languedoc, desde octubre a febrero; en 1579, inundación de Arlés, que se repite en 1580 (el hombre del Ródano, se dijo entonces, no recuerda ninguna otra mayor que esta); el 5 de enero de 1581, inundación del Ródano en Aviñón y del Durance, que se recrudeció el 6 de febrero; en 1583 el Ródano cubre la Camarga; el 18 de septiembre de 1586, crecida del Ródano en Aviñón; el 6 de noviembre de 1588, inundación del Gère; en 1590, nueva devastadora crecida en Aviñón…

Estos datos dan la impresión de que las cosas se agravan hacia fines del siglo. Pero, desde nuestro punto de vista, estas inundaciones del Ródano no hacen más que acusar las vicisitudes del clima mediterráneo.

Parece, no obstante, que las precipitaciones pluviales aumentaron durante las últimas décadas del siglo, en la medida en que podemos fiarnos, es cierto, de los testimonios de aquel tiempo. En su *République Séquanoise*, de 1592, Louis Gollut trae a cuento las deforestaciones causadas por los herreros y los señores ávidos de contar con nuevos «súbditos […] y nuevos censos». Pero añade que «[…] desde hace veinte años, las lluvias son más frecuentes, más largas y más abundantes[…]»**[215]**. En el mejor de los casos, cabe pensar que esto es aplicable a Dole. Pero henos aquí en Aix, entre los años de 1599 y 1600. El historiador del Haitze dice en su historia manuscrita**[216]**: «el frío y las nieves se hicieron sentir hasta finales de junio (1599), y ya no llovió desde entonces hasta diciembre. Las lluvias cayeron a partir de este mes en tan gran abundancia que la tierra parecía anegarse». Veamos ahora el caso de Calabria, según la pretendida *narrazione* de Campanella: «*ed entrando l'anno 1599, venne nova, che in Roma prodigiosamente aveva inondato il Tevere, e non si potettero celebrar le feste di Natale, e in Lombardia il Po: e in Stilo* [localidad de Calabria] *non si poteron celebrar, la Simana Santa, gli ufficii divini per le molte gran pioggie che allagavano tutte le chiesse[*…]»**[217]** Bastaba con que llegase un hombre de Ferrara que había visto las inundaciones del Tíber**[218]**, para que empezara a hablarse en la montaña de

signos milagrosos, anunciadores del fin del mundo… Sobre todo porque el siglo tocaba entonces a su fin, y esta «*mutazione di secolo*» hacía trabajar hasta las imaginaciones menos calenturientas. Al año siguiente, en junio de 1601, verdaderos diluvios se abatieron sobre los Balcanes asolando las cosechas y provocando catastróficas crecidas, «análogas[dice una noticia] a las del Po y a las de los grandes ríos de Lombardía»[219], «lluvias tan torrenciales», dice otra noticia, que se temía «una corrupción del aire».

Tales son los hechos, pero ¿qué conclusiones se desprenden de ellos? ¿Que el clima del Mediterráneo se trastornó a finales de siglo? Debemos reconocer que entre la hipótesis, las cavilaciones y las pruebas que hemos expuesto, y esa enorme conclusión, la distancia es enorme.

Habría que reexaminar todo el *dossier*, el cual podría suministrarnos hechos precisos, que una investigación más a fondo podría y debería sacar de él. El problema sigue en pie, sin que podamos ignorarlo, aunque, dado el estado actual de nuestros conocimientos, no nos sea dable llegar a resolverlo. Los historiadores no son en modo alguno los únicos que pueden hacerlo. Pero no habríamos perdido el tiempo si nuestros esfuerzos llevaran, por lo menos, a la conclusión de que, aunque no resuelva el problema, el historiador sí tiene algo que decir y alguna responsabilidad que asumir con respecto a él.

Nota complementaria

No he introducido ningún cambio sustancial en el párrafo precedente, el cual, en 1947, al ser publicado por primera vez, había suscitado muy vivas controversias. Al lector le sorprenderá saber que en aquella época fue considerado temerario por algunos críticos. Gustav Utterström, en un reciente artículo (1958)[220], ha sido tan amable como para considerarme tímido, juzgado retrospectivamente. Así es el mundo de la investigación y no seré yo quien se lamente de ello.

Lo importante es que durante estos últimos 15 años se ha continuado investigando acerca de estos problemas decisivos. Muy pocos de otra especie alcanzan pareja importancia. A través de las variaciones del clima, una voluntad ajena al hombre se afirma y reclama la parte que le corresponde en nuestras explicaciones, incluso en las más cotidianas. Nadie pone hoy en duda la importancia de estas variaciones.

Siguiendo el sencillo método al que recurría mi estudio original —que era una colección de detalles descriptivos—, he completado la información que necesitaba. Nos informan ante todo de los crecientes rigores que padece el

final del siglo: lluvias continuas, inundaciones catastróficas y fríos rigurosos e «inusitados». Por ejemplo: la crónica de Luis Cabrera de Córdoba nos dice que durante el invierno de 1602-1603 «los fríos y las heladas han sido tan generales este invierno en toda España, que es imposible encontrar una sola localidad donde no se hayan quejado del rigor del tiempo. Incluso en Sevilla, y en otras ciudades marítimas, pero en especial en Sevilla; han escrito que se ha helado el Guadalquivir, cosa nunca vista anteriormente. ¡Qué diferencia con el año pasado, que en ninguna parte notamos el invierno![…]»[221] En Valencia se sucedieron las heladas con el siguiente orden: 1589, 1592, 1594, 1600 y 1604[222]. En cuanto a las lluvias continuas, inundaciones, nevadas y visiones del fin del mundo hay numerosos testimonios en todo el Mediterráneo tanto en los años finales del siglo como en buen número del siguiente. El reciente estudio de Emmanuel Le Roy Ladurie menciona hechos análogos: el Ródano se hiela totalmente al punto de poder cruzarlo mulas, cañones y carros en 1590, 1595, 1603, posiblemente en 1608, en 1616 y en 1624. El mar se hiela en Marsella en 1595 y en 1638, «cuando se heló el agua en torno de las galeras». Sobre los olivos del Languedoc se repiten las heladas: 1565, 1569, 1571, 1573, 1587, 1595, 1615 y 1624…[223]. «Estos asesinatos de olivos acaban por desanimar a los plantadores»[224] del Languedoc, y, a no dudar, de otros lugares. Parece evidente que durante los últimos años del siglo XVI y los primeros del XVII ha hecho más frío que en tiempos anteriores.

Y también ha llovido más. De 1590 a 1601, un historiador hace notar a propósito del Languedoc: «nieves tardías y persistentes en primavera, grandes fríos en pleno verano, lluvias torrenciales en el Mediterráneo, acompañadas de carestías y la famosa invasión del trigo del norte en el mar interior»[225]. En cambio, de 1602 a 1612, e incluso más tarde, hubo «como una bocanada de calor y luz»[226], una vuelta de la sequía, o al menos una inadecuada distribución de lluvias. En Valladolid se hicieron rogativas pidiendo la lluvia en 1607, 1617 y 1627[227]; en Valencia, en noviembre de 1615, *havia molts mesos que no ploguia*; en octubre y noviembre de 1617[228], *no caiga un solo chaparrón*. No estamos seguros de que, como afirma Ignacio Olagüe, España haya sido entonces víctima de un largo periodo de sequías que han preparado el camino de su decadencia[229]. Pero es más que posible que el paisaje de la Mancha fuera más verde en la época de Cervantes que en tiempos posteriores[230].

En Europa (incluido el Mediterráneo), el mecanismo de las lluvias depende de las rutas que siguen las depresiones atlánticas, sea hacia el norte,

por el canal de la Mancha, el mar del Norte y el Báltico (durante todo el año), sea hacia el sur, por el mar interior, del equinoccio de otoño al equinoccio de primavera. Gustav Utterström sugiere que durante el siglo XVII esta doble circulación resultó bloqueada al norte por fríos intensos y, en consecuencia, por la formación de zonas anticiclónicas de altas presiones. Al quedar obstruida la vía septentrional, quedó, en compensación, más abierta que de costumbre la mediterránea. Pero ¿qué razón puede haber para que una vía se abra cuando la otra queda medio cerrada? ¿Y cuál ha sido la duración de las oscilaciones, si es que las ha habido?

Se trata en realidad de detalles, de explicaciones a corto término. Las nuevas investigaciones van mucho más lejos y obedecen dos tendencias racionales: en primer lugar, establecer largas series de índices; en segundo, ampliar el campo de observación para incluir, además del Mediterráneo, Europa, o mejor aún, el mundo entero. Para lo dicho me apoyo particularmente en los trabajos ejemplares del Dr. P. Shove[231], en Inglaterra; del geógrafo Pierre Pédelaborde[232] y del historiador Emmanuel Le Roy Ladurie[233].

Al extender nuestras informaciones sistematizándolas, agrupando las informaciones dentro de cuadrículas establecidas de antemano —colocando cada pormenor descriptivo en el lugar que le corresponde: humedad, sequedad, frío o calor, según las estaciones y los años—, trascendemos de lo pintoresco para entrar en una consideración genuinamente cuantitativa de la historia. Se trata de agrupar lo análogo: las fechas de las vendimias, la fecha en que llega al mercado el primer aceite nuevo, la del primer trigo, la del primer maíz, las informaciones provenientes de la tala de árboles, el caudal de agua de los ríos, las floraciones, los primeros hielos de un lago, el primer o el último banco de hielo del Báltico, los avances y retrocesos de los glaciares, las variaciones del nivel del mar. Con todo ello podemos reconstruir cronologías de todas las variaciones climáticas, cortas o largas.

El segundo paso consiste en encuadrar todos estos problemas e informaciones dentro de hipótesis y pruebas de conjunto. La hipótesis del *Jet Stream* seguirá posiblemente el mismo destino de tantas otras explicaciones generales: se mantendrá en su puesto durante cierto tiempo, quizá bastante. Según esta hipótesis, existe en torno del hemisferio norte una continua corriente, un anillo de aire en movimiento que, a velocidad variable, gira por encima de la superficie terrestre a una altura de entre 20 y 30 kilómetros. Si su velocidad aumenta, se distiende y se embute en el globo como un sombrero demasiado grande en la cabeza de su propietario; si, por el contrario,

disminuye, forma meandros y se retrae en dirección al Polo Norte. Pues bien, si nuestras observaciones son exactas, el *Jet Stream* aceleró su velocidad a finales del siglo XVI, y, al acercarse al Ecuador, y, por tanto, al Mediterráneo, trajo hacia el sur el frío y la nieve. Es evidente que nuestras hipótesis quedarían plenamente demostradas si contásemos con una serie ininterrumpida de evidencias, lo que, y nadie sería capaz de negarlo, no es el caso. Según los términos admitidos en el estado actual de la presente discusión, a mediados del siglo XVI —sea un poco más pronto o un poco más tarde— habría comenzado lo que se ha llamado, en palabras del doctor Schove, *la pequeña época glaciar*, la cual continuará durante todo el siglo de Luis XIV.

Quedan en suspenso importantes interrogantes. ¿Nos encontramos en presencia de una fase larga? Si es así, el siglo XVI habría iniciado un largo periodo de alza del frío y de la lluvia. Quiero mencionar, sin atribuirle en modo alguno fuerza demostrativa, una curiosa indicación sobre el nivel de la *commune*, en Venecia, es decir, el nivel medio de las aguas que marca con una línea negra la parte baja de las casas al borde de los canales. Un documento afirma que este nivel se ha ido elevando regularmente a partir de 1560, a lo largo de tres siglos**[234]**. Si esta observación es cierta —harían falta pruebas—, queda aún por saber si el nivel del agua en la laguna veneciana está exclusivamente determinado por las precipitaciones atmosféricas, y no por determinadas circunstancias locales. En todo caso, vale la pena tener presente este testimonio.

Otra cuestión: queda también en suspenso la incidencia eventual de esta pequeña época glaciar en la vida de Europa y del Mediterráneo. ¿Declinará el historiador la responsabilidad de asumir una serie de problemas relativos a la vida rural, a la salud pública o a las comunicaciones, consignándolas a una nueva área de investigación? La prudencia requiere que, al tocar estos temas, se recurra a amplias encuestas colectivas: todavía no disponemos de ellas. Por eso no nos precipitaremos a hacer el diagnóstico tentador y decir: ¡a finales del siglo XVI, más cría de ganado y menos trigo!; al visitar el frío y la lluvia con tanta insistencia el Mediterráneo han desorganizado ciertos esquemas, pero las proporciones en que lo han hecho escapan a nuestra consideración. También al hombre le corresponde su parte de responsabilidad, pero el grado de esta no ha sido todavía determinado. Como Le Roy Ladurie ha demostrado, el progresivo desplazamiento de la vendimia a fechas más tardías hay que achacárselo al hombre, que ha preferido arrancar más tarde los

racimos para obtener de estos frutos tan maduros un contenido alcohólico más elevado[235].

Resulta evidente —y ese es el progreso más considerable en este terreno — que la historia del clima es «una y la misma» en todo el hemisferio norte. El caso del Mediterráneo está unido a una constelación de problemas en la misma escala: el retroceso actual de los glaciares de Alaska, que devuelve a nuestros ojos los antiguos bosques que habían echado abajo en su avance original; la serie de datos exactos de la floración de los cerezos en Tokio (cada una marcada por una fiesta ritual), los anillos concéntricos de los árboles de California, «acontecimientos» todos enlazados entre sí por la historia unitaria del clima. Con *Jet Stream* o sin ella, existe una unidad, existe un director de orquesta. La primera mitad del siglo XVI se vio favorecida en todas partes por la bondad del clima; la última sufrió, también en todas partes, a causa de las perturbaciones atmosféricas.

CAPÍTULO V

[I-365]

LA UNIDAD HUMANA: RUTAS Y CIUDADES, CIUDADES Y RUTAS[1]

PASAR del Mediterráneo propiamente dicho, tal como lo define su clima, al Mediterráneo Máximo, sobre el que ejerce su influencia, es pasar de una unidad física a la unidad humana hacia la que se orienta nuestro libro. Unidad humana que no es un simple resultado de la Naturaleza, o más específicamente, de las aguas mediterráneas. El agua es, sin duda, todo lo que se ha dicho que es: unión, transporte, intercambio y acercamiento; pero a condición de que el hombre consienta en ello, y más aún, a condición de que esté dispuesto a pagar lo que cuesta. El mar también es, y lo ha sido durante largo tiempo, una separación, un obstáculo, barrera que ha sido menester franquear. Y esta victoria no es de las que se obtienen de una vez y para siempre; ha representado y sigue representando un esfuerzo continuo, una hazaña sin cesar renovada. El arte de navegar, ¿nació tal vez en época muy remota, en las cuencas de tranquilas aguas entre las islas egeas y la costa del Asia, o en el cercano Mar Rojo? Nunca lo sabremos con certeza; en todo caso, al principio de los tiempos hubo una época larguísima, interminable, en que el mar aún no había sido dominado por el hombre. Poco a poco, las embarcaciones fueron venciéndolo, tendiendo sus líneas, construyendo por grados el conjunto coherente del Mediterráneo del hombre y de la historia. Para ello, hubo de ser construido, entiéndase bien, y construido por la mano del hombre. Todavía en nuestros días, cuando el mar interior ya no es, medido por la escala de las velocidades, más que un simple río sobre el cual se tienden puentes aéreos, no existe un Mediterráneo del hombre sino en la medida en que lo continúa creando su ingenio, su trabajo y su esfuerzo. No es el agua la que une las regiones del Mediterráneo, son los pueblos del mar. Verdad evidente y banal, que, sin embargo, es necesario repetir, ante un tema como este, donde tantas fórmulas e imágenes de una poesía fácil y desorientadora suelen desparramarse tan generosamente.

I. RUTAS TERRESTRES Y RUTAS MARÍTIMAS

Si el Mediterráneo tiene unidad, es gracias a los movimientos de los hombres, a las relaciones que implica, que en torno de él se tejen, a las rutas que lo surcan. Lucien Febvre escribía, hace poco: «El Mediterráneo son las rutas»[2], rutas de tierra y de mar, de arroyos y de ríos, una inmensa red de nexos regulares y fortuitos, de distribución perenne de vida, de cuasi circulación orgánica, vasto contingente de espacio, y victoria del hombre sobre ese espacio… Lo importante no es mostrar lo pintoresco y lo doméstico, por muy vivos que sean sus colores, acompañar a Cervantes por los caminos españoles «de venta en venta», ni navegar leyendo los diarios de a bordo de los barcos mercantes o de los corsarios, ni descender por las aguas del Adigio a bordo de *burchieri* hasta más allá de Verona, o de «hacerse al agua para ir a Venecia», a Fusina, a orillas de la laguna, entre el bagaje de Miguel de Montaigne[3]. Lo importante es ver lo que esta red de comunicaciones significa como acercamiento, como historia coherente, y hasta qué punto el movimiento de los barcos, los animales y la carga, los vehículos y los pueblos, hace del Mediterráneo una unidad, uniforme desde un determinado punto de vista a pesar de las resistencias locales, unánime a pesar de sus genios opuestos. Considerado como un todo, el Mediterráneo es un espacio-movimiento vasto, vivo, eficaz. Cuanto lo aborda (guerras o sombras de guerras, modas, técnicas, epidemias, materiales ligeros o pesados, preciosos o viles), todo es arrastrado por su vida sanguínea, transportado a lo lejos, depositado, expandido de nuevo, desplazado sin fin y hasta arrojado fuera de sus límites… Sin las rutas, ¿cómo sería posible todo esto?

Pero estas no son sencillamente cintas sobre el suelo, surcos en el mar, caravanas que marchan por el camino de Alepo; largas filas de caballos, de acémilas y camellos por el camino de Estambujol (la ruta de Estambul, por la vía del Maritza); o aquellos carros en marcha con que Busbec se encontró en 1555 transportando hacia Constantinopla los hombres, mujeres y niños capturados por los turcos en Hungría[4]. No hay rutas de tierra o de mar sin sus etapas: un abra, una rada abierta, un caravanserrallo o un *han*; en la Europa occidental, un albergue perdido en la montaña y, antaño, un castillo fortificado… La mayor parte de las veces estas paradas, estos refugios sin los que no habría rutas vivas, son ciudades, grandes altos hacia los cuales se marcha con ansia y a los cuales se llega con alegría y con un sentimiento rayano en la gratitud, como Guzmán de Alfarache, el héroe picaresco, cuando entró entusiasmado en Zaragoza[5], maravillándose de los bellos monumentos,

de la buena policía y, quizá más que de todo, de la abundancia de víveres, «tan de buen precio todo que casi daba de sí un olor de Italia». Se tiene prisa en llegar a estas etapas, tanto más cuanto que las rutas mediterráneas no discurren de poblado en poblado, pues estos suelen quedar desviados de ellas. Todavía hoy, en Bulgaria o en Anatolia, el viajero que recorre las grandes rutas atraviesa regiones que le parecen casi desiertas, mucho más desiertas de lo que en realidad son[6]. Debemos imaginarnos la gran ruta mercantil de Oriente un poco a la manera de lo que son las autopistas de nuestros días, grandes vías transversales que solo excepcionalmente pasan por las aldeas y que saltan, dejándolas a un lado, de ciudad en ciudad.

En el Mediterráneo, la unidad humana es, a la vez, esta red de rutas y este espacio urbano, estas líneas y estos centros de fuerza. Ciudades y rutas, rutas y ciudades forman un solo y único aspecto del equipo humano del espacio. Cualesquiera que sean su forma, su arquitectura o la civilización que la ilumine, la ciudad mediterránea es siempre hija del espacio, creadora de rutas y, al mismo tiempo, creada por ellas. Vidal de la Blache lo dice, refiriéndose a la ciudad americana[7]; pero en el siglo XVI el espacio mediterráneo (y hay que tomar esto en toda su extensión, cuando se trata de las ciudades) es también inmenso y desmesurado. En el siglo XVI, ninguna región del mundo ofrecía tan poderosa red urbana. París y Londres están todavía en los umbrales de su modernidad. Las ciudades de los Países Bajos y de la Alta Alemania (estas tan iluminadas por los reflejos del Mediterráneo, y aquellas animadas económicamente por los mercaderes y los marinos meridionales), y más al norte, las ciudades laboriosas pero pequeñas de la Hansa; todos estos centros urbanos, por muy bellos o animados que fuesen, no formaban, con todo, conjuntos urbanos tan densos y complejos como los del mar interior, donde las aglomeraciones urbanas se sucedían en guirnaldas interminables, donde no faltaban los grandes centros: Venecia, Génova, Florencia, Milán, Barcelona, Sevilla, Argel, Nápoles, Constantinopla, El Cairo. Estas tres últimas ciudades estaban incluso superpobladas; Constantinopla, según se dice, contaba a la sazón 700 000 habitantes[8], es decir, el doble que París y cuatro veces más que Venecia. Y a esta lista habría que añadir el cortejo de ciudades menores que también participaban en el juego general de los cambios y tenían bastante más importancia de lo que permite suponer su número de habitantes. Quizá la animación y la actividad aventurera de las pequeñas ciudades mediterráneas hagan comprender por qué el Extremo Oriente, que contaba con ciudades aún más populosas y más pletóricas de hombres que las metrópolis del Mediterráneo, no poseía, en realidad, una red tan dinámica de vida humana.

Estas ciudades limitábanse, a menudo, a aglutinar enormes masas de hombres, pero no estaban animadas por el movimiento de una verdadera urbe; eran, si se quiere, el exponente de la superpoblación de Asia, más bien que el de su organización económica[9].

El Mediterráneo es una región de ciudades: verdad banal y mil veces repetida que nosotros no descubrimos, pero que debemos repetir y enlazar con todas sus consecuencias. El orden de las rutas y el de las ciudades es, por excelencia, el orden humano del Mediterráneo. Todo lo domina. Por muy modesta que sea, la agricultura desemboca siempre en la ciudad, y con mayor razón cuando es de gran aliento. A causa de las ciudades, la vida de los hombres se desenvuelve a un ritmo más precipitado que el requerido por las condiciones naturales. Gracias a aquellas, las actividades comerciales predominan sobre todas las demás… Toda historia, toda civilización del mar, es obra suya. Tiene razón Ferdinand Lot[10] cuando, en contra de Émile-Félix Gautier, atribuye a las ciudades hasta las mismas invasiones musulmanas. Todos los caminos van a aquellas. La historia del Mediterráneo ha resultado, con frecuencia, determinada por el triunfo de una ruta, de una ciudad, a expensas de otra ruta y de otra ciudad, incluso en el siglo XVI, cuando todo parece pertenecer, aunque todavía no pertenece, a los grandes imperios y a los Estados territoriales.

Las rutas nutricias [I-369]

Las rutas del Mediterráneo son, en primer lugar, las del mar, establecidas principalmente, ya lo hemos dicho, a lo largo de las costas[11]. Vienen a continuación las múltiples rutas terrestres: unas, bordeando el litoral, de puerto en puerto, como esa interminable sucesión de rutas, carreteras y caminos estrechos y malos que van sin interrupción de Nápoles a Roma, a Florencia, a Génova, a Marsella y de allí al Languedoc y el Rosellón, a la ruta litoral de España, a Barcelona, a Valencia y Málaga…

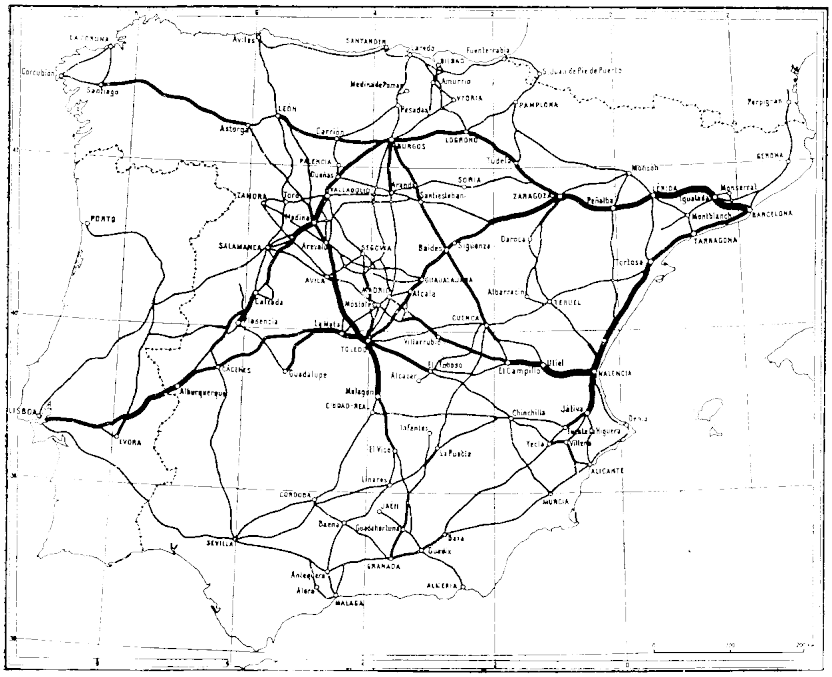


FIGURA 23. *Red de las carreteras de la península ibérica en 1546.*
Según el libro de Gonzalo Menéndez Pidal, *Los caminos en la historia de España*, 1951. Las carreteras están representadas por líneas de trazos más o menos gruesos de acuerdo con el número de veces que aparecen mencionadas en la guía del valenciano Juan Villuga (Medina, 1546). De esta «ponderación» se puede deducir que Toledo era el centro de todo el tráfico y, en consecuencia, la ciudad más heterogénea de la Península. Otras importantes encrucijadas: Barcelona, Valencia, Zaragoza y Medina del Campo. La hora de grandeza de Madrid, capital a partir de 1556, no había sonado aún.

Otras, que corren perpendiculares al litoral, como las vías naturales del Nilo o del valle del Ródano, como los caminos que conducen a los Alpes, o las pistas caravaneras que llevan de Alepo al Éufrates, o del África Menor al Sudán. Y hay, además, las numerosas rutas ístmicas, como las llamó Victor Bérard; por ejemplo, la ruta sur-norte que de Siria atraviesa por la puerta de Cilicia y pasa por el Tauro, surca Anatolia y llega a Constantinopla directamente por Eskischir o rodeando por Ankara; o las vías transversales de los Balcanes, orientadas en general de este a oeste, de Salónica a Dirraquio, a Valona o a Cattaro, de Uskub a Ragusa, de Constantinopla a Spalato (ya tendremos ocasión de referirnos a la brusca expansión económica de esta última ciudad en las postrimerías del siglo XVI). O esa serie de caminos del Adriático al mar Tirreno, que cruzan de un lado a otro de la barrera italiana: la ruta de Barletta a Nápoles y Benevento, la más importante de estas rutas transversales en el sur (por el puerto de Ariano)[12], o, más al norte, lo que podría llamarse el eje comercial toscano —de Ancona a Florencia y a Liorna — y el eje genovés de Ferrara a Génova. Y, para terminar, más al oeste, las transversales españolas de Barcelona al golfo de Gascuña, de Valencia a Portugal, de Alicante a Sevilla. Pero téngase en cuenta que estas rutas del istmo poseen con frecuencia varios caminos a la vez. Así, entre Lombardía y Romaña por un lado, y Toscana por otro, los viajeros de la época pueden elegir entre ocho itinerarios, todos difíciles, dado que todos franquean los Apeninos; el más cómodo, el único accesible a la artillería, era el más meridional, el de Rímini, por el valle de la Marecchia, hasta Arezzo y Sansepolcro[13]. Para que la enumeración sea completa bastará añadir las rutas fluviales, que a menudo se hallan en la periferia del mundo mediterráneo; por ejemplo, los ríos navegables de la planicie del norte de Italia, el Adigio, el Po y sus afluentes, el Adda, el Oglio y el Mincio[14]; los ríos «rusos»; los cursos de agua de Portugal; el Guadalquivir hasta Sevilla y por encima de Sevilla, hasta Córdoba[15]; el Nilo, cuya enorme masa de agua dulce llega hasta más allá del delta «totalmente enturbiado y amarillento»[16] en pleno mar. Y río auténticamente mediterráneo, el Ebro, con sus barcos de fondo plano que llevan viajeros y trigo aragonés hasta Tortosa, y el último tramo de algunos de los ríos valencianos y granadinos[17]. En Italia, el Bajo Tíber, abierto hasta Roma a las embarcaciones del mar, surcado por curiosas barcas fluviales con gobernalle lateral y las dos puntas levantadas que permiten, como si fueran escaleras, desembarcar en las escarpadas márgenes del río[18].

[I-371]

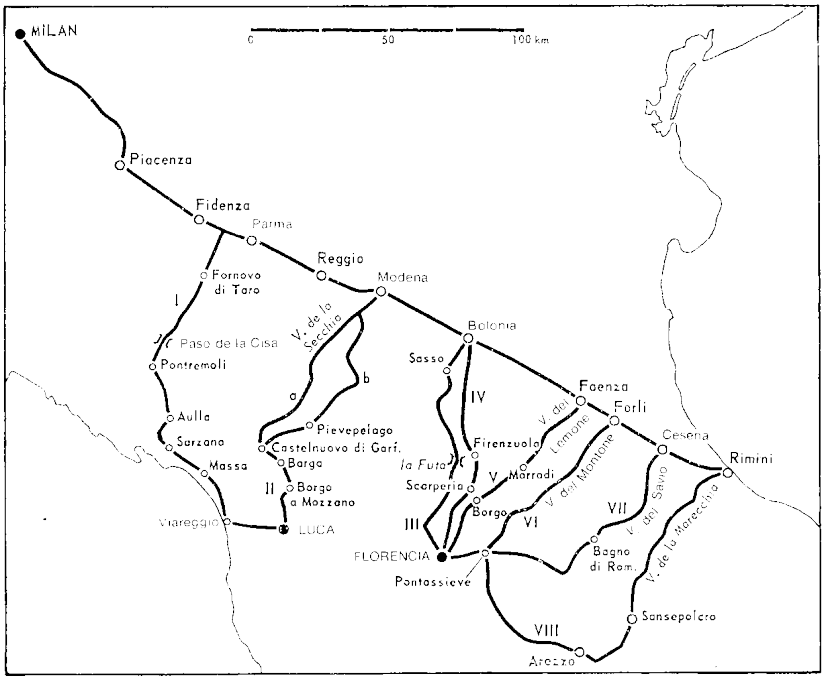


FIGURA 24. *Las rutas a través de los Apeninos toscanos*.
El camino real de Rímini a Milán, la antigua vía Aemilia, bordea el límite este de los Apeninos. Las numerosas rutas perpendiculares a aquel que en este reducido sector de la península van en dirección a Luca y Florencia dan idea de la multiplicidad de rutas que la recorrían transversalmente de extremo a extremo en toda su geografía. La ruta de Bolonia a Florencia, vía la Futa, corresponde a la gran autopista actual. El documento que ha servido para trazar este mapa se limita a enumerar las rutas transapeninas que partían de Florencia y Luca.

Todas estas rutas que podrían señalarse en un mapa siguiendo los itinerarios de Estienne[19], Turquet[20] y Dall'Erba,[21] constituyen la base, la trama, la razón de ser de la vida general del mar. En su conjunto, las rutas del siglo XVI difieren muy poco de las que hicieron posible la expansión de Roma o la del Mediterráneo medieval. Pero, cualquiera que sea su trazado, variable o no a lo largo de los siglos, reflejan siempre, más allá de las costas, el imperio de las economías y de las civilizaciones del mar interior y gobiernan su destino.

La vida de la ruta declina o prospera. Los comercios, las ciudades y los Estados decaen o florecen con ella. Muy justificadamente todas las grandes explicaciones históricas han hecho hincapié en las catástrofes y los accidentes en estas rutas. Para Arthur Philippson[22], la navegación directa abierta a partir del siglo III a. C., en la cuenca oriental, arruinó los países griegos, privándolos de los beneficios de las escalas. En las postrimerías de su grandeza, Roma declinó al perder sus rutas en beneficio de las del Cercano

Oriente, por donde se fugaban los metales preciosos —así se decía antes—, o como consecuencia de la gran actividad del eje comercial Danubio-Rin —así se sostiene hoy—, en detrimento del movimiento general del mar[23]. Tan pronto como este mismo movimiento general se puso al servicio del islam, en los siglos VIII y IX, el centro de gravedad del total de las fuerzas mediterráneas se desplazó, y el Occidente cristiano vióse privado de la red nutricia de las rutas y los caminos del mar o dependientes de él. Finalmente, para circunscribirnos aproximadamente a la época de nuestro libro, los grandes descubrimientos, al abrir las lejanas rutas del Atlántico y del mundo, uniendo el océano Atlántico y el océano Índico por una vía marítima continua, tomaban por la retaguardia las vivas rutas del Mediterráneo, asestando un rudo golpe a todo este mar y empobreciéndolo. En mayor grado aún que cuando escribí la primera edición de este libro estoy convencido de la importancia de estas comunicaciones. Forman la infraestructura de toda historia coherente. Pero nos encontramos con difíciles problemas al tratar de determinar el papel preciso que desempeñaron.

Arcaísmo de los medios de transporte

Desde 1550 a 1560, no parece a primera vista que se haya producido ninguna gran revolución en los transportes marítimos y terrestres; siguen navegando los mismos barcos, circulan los mismos convoyes de bestias de carga, los mismos vehículos rudimentarios; son idénticos los itinerarios e idénticas las mercancías transportadas. Mejoraron los caminos y la navegación, la velocidad y la regularidad de los correos, bajó el coste de los transportes, pero ninguno de estos cambios alcanzó nunca dimensiones revolucionarias. La prueba de ello la tenemos, indudablemente, en que las pequeñas ciudades sobrevivieron a las muy numerosas transformaciones políticas y económicas del siglo; las pequeñas ciudades, es decir, las paradas secundarias. No subsistieron, como creía Stendhal, porque las grandes ciudades, por rara bondad de corazón o por amplitud de espíritu, dejaran que las pequeñas siguiesen viviendo y cumpliendo sus destinos. Si las pequeñas ciudades no fueron exterminadas, se debió a que supieron defenderse oportunamente, y, sobre todo, debido a que las grandes ciudades no podían prescindir de ellas, pues no podía viajarse a lo largo de las rutas sin cambiar de tiros en los relevos y sin albergarse en alguna parte. La vida de estos lugares de parada está unida a la aritmética de las distancias, al promedio de la velocidad a lo largo de las rutas y de las travesías marítimas, realidades

todas ellas que no han cambiado apenas en un siglo todavía mal pertrechado desde el punto de vista técnico, en el que seguían utilizándose las viejísimas rutas (todavía en pleno siglo XVI se sigue viajando por las calzadas de los tiempos de la grandeza romana)[24], y solo se conocían los barcos de escaso tonelaje (los gigantes de los mares no desplazaban, ordinariamente, más de 1000 toneladas), y se recurría con mayor frecuencia a los servicios de las bestias de carga que a los vehículos[25]. Estos se conocían ya en el siglo de Felipe II, pero su progresión es tan lenta que resulta insignificante, si realmente la hubo, entre 1550 y 1600. Pensemos que todavía en 1881 los carruajes eran desconocidos en Marruecos[26]; que en el Peloponeso no aparecieron hasta el siglo XX, y que su empleo supone siempre una revisión, la creación de rutas, es decir, casi una revolución, como lo dice Cvijić refiriéndose a la Turquía del siglo XIX[27].

Así pues, no nos anticipemos: en el siglo XVI, España no era aún el país de las diligencias, con sus pintorescos arreos de mulas tintineantes de campanillas; ni Italia el país de los *vetturini*, los célebres carricoches de la época romántica. Aquí y allá empezaban a verse los vehículos (algunos perfeccionados, otros todavía primitivos) tirados por caballos, por mulas, por bueyes o por búfalos. Los vehículos rodaban por el Estambujol, en la campiña de Brousse[28], en el Constantinois (como lo señala León el Africano)[29], en la ruta del Brennero[30], por casi toda Italia. Las pipas de vino se transportaban sobre ruedas en las cercanías de Florencia[31]; Cervantes se burla de los cocheros de Valladolid[32], y, cuando el duque de Alba invadió Portugal en 1580[33], se aseguró numerosos «carros» para los servicios de su ejército. El traslado de la corte de Felipe III de Valladolid a Madrid, en 1606, se lleva a cabo recurriendo a carros tirados por bueyes[34]. Los vehículos, pues, cumplían su cometido cerca de las ciudades y a la retaguardia de los ejércitos, que exigían transportes en masa. Pero ¿qué ocurría en otros lugares? Cuando en 1560 se proyectó hacer llegar hasta Nápoles el trigo de la Apulia por tierra y no por mar —como se acostumbraba, hasta entonces, a causa de la larga e incierta circunnavegación de la Italia meridional— se pensó que haría falta establecer una línea de carretas entre la ciudad y la región productora —tal era el proyecto de Madrid—, haciendo para ello transitables los caminos de la Apulia. Dice la misiva de Felipe II al duque de Alcalá, virrey de Nápoles: «Procurar de adereçar los caminos que vienen de Pulla cerca de Asculi»[35]. Finalmente, y aquí era donde queríamos llegar, estos caminos serían puestos en buenas condiciones «de manera que pudiéndose carretear como se hace en Alemania y otras partes, se trayga el trigo por ellos a

Nápoles»[36]. Como se hace en Alemania: faltaba mucho, pues, para que los vehículos sean de uso general en el sur de Italia. Para que reinen allí a la moda de Alemania, aunque ya a fines de siglo tomaron posesión, al parecer, de la ruta transversal de Barletta a Nápoles[37], que documentos oficiales de 1599 y 1603[38] califican como imperfecta, y aún no terminada, a pesar o tal vez a causa de los proyectos de la ciudad pontificia de Benevento, ansiosa de apoderarse del tráfico por dicha ruta. Incluso en Francia son poco numerosas las rutas carrozables existentes a fines de siglo[39].

En espacios enormes, la primacía seguía correspondiendo a la bestia de carga. En los siglos XVII y XVIII, la red de caminos del Imperio otomano, que era la admiración de Europa, estaba formada por estrechas cintas pavimentadas de un metro de ancho para los jinetes y, a ambos lados, las calzadas para los rebaños y los peatones, que duplicaban su anchura[40]. Pero, al parecer, por estas vías casi no circulaba ningún vehículo.

¿Aumenta la importancia de las rutas terrestres hacia el año 1600?

Sin embargo, y pese a todo, el tráfico continúa su ir y venir por estas rutas tan deficientes, y lo que es más, aumenta de volumen a finales del siglo XVI. Causa y consecuencia de este auge se produce un aumento bastante general del número de mulas, al menos en las penínsulas europeas; en España, donde un agrónomo contemporáneo de Carlos V, Alonso de Herrera[41], considera el hecho como una lamentable calamidad; en Italia, principalmente en Nápoles, donde, para salvar la cría del caballo —que era un animal de guerra— hubo necesidad de prohibir a los ricos, bajo amenaza de las más severas penas, que engancharan mulas a sus carrozas[42]; en Chipre, donde en 1550 la cría de mulas y muletos provocó una catastrófica disminución del número de caballos[43]; en Andalucía, donde se hicieron necesarias draconianas medidas para proteger a estos[44]; finalmente, en los Balcanes, donde después de la guerra turco-imperial de 1543-1606 los cristianos se apoderan, entre el botín de guerra, de gran cantidad de muletos[45]. Haedo señala que un moro viajó de Argel a Cherchell a lomo de mula[46], y, en 1592, Sicilia envió acémilas para los trabajos de La Goleta[47].

Esta historia merecería por sí sola una investigación; el hecho es que desde entonces —siglo XVI— la victoria del ganado mular es indudable, aunque haya sido vehementemente combatida por los gobiernos en aras de las

necesidades de la guerra. Parece que en el Mediterráneo la multiplicación de los caballos (de labor y de tiro) tuvo la misma importancia que en la Inglaterra isabelina[48]. La mula no es solamente un instrumento agrícola, como lo explica Herrera detalladamente con referencia a España; es también un maravilloso animal de transporte, sufrido y resistente. Rabelais, que por todo se interesaba, lo apunta en el Libro Cuarto: «mulas, bestias muy poderosas y poco delicadas, más resistentes al trabajo que las demás». Herrera calcula que en España se utilizaban 600 000 mulas para el trabajo y 400 000 para la «caballería»[49], esto es, para el transporte. Con un poco de imaginación podemos comparar este triunfo del transporte a lomos de mula con lo que luego ocurriría, en el siglo XVIII, en la América hispanoportuguesa, donde el hombre conquistó un espacio sobrehumano por medio de interminables caravanas de mulas.

Y surge otro interrogante: ¿serán las mulas las responsables del incremento del tráfico terrestre a expensas del marítimo?

Erbalunga, gran burgo marino del cabo Corso, edificado a medias sobre las aguas, era casi una pequeña ciudad en la época en que su misión consistía en asegurar la circunnavegación del cabo con algunos veleros de carga. En el siglo XVII se abrió una ruta hasta el arranque mismo del cabo, y esta vía terrestre, que era más corta, prevaleció rápidamente sobre las largas rutas marítimas. Desde entonces, Erbalunga decayó rápidamente[50]. Si fuera necesario, este minúsculo ejemplo nos pondría en guardia contra la creencia tan general de que las rutas marítimas vencen siempre sobre las terrestres. Esto no es verdad para las noticias y las cartas, que se transportaban generalmente por correos terrestres; solo a título excepcional se recurría a la vía marítima. Y tampoco era verdad en lo tocante a las mercaderías más valiosas, porque los transportes por tierra (transportes de lujo, sin duda) entraban dentro de sus posibilidades. Así vemos que, a finales del siglo XVI, las sedas en bruto de Nápoles llegaban *por tierra* a Liorna, desde donde se despachaban también *por tierra* hacia Alemania[51] y los Países Bajos[52]. Entre 1540 y 1580[53], las telas de Hondschoote llegaban también por tierra a Nápoles, donde más de sesenta casas especializadas en este comercio se ocupaban en redistribuirlas. Finalmente, en el Mediterráneo oriental se advierte muy a finales del siglo un predominio manifiesto de la ruta terrestre en detrimento del mar. Ragusa, que durante todo el siglo XVI había vivido de cien comercios marítimos distintos, unos próximos y otros lejanos (entre estos figuró durante mucho tiempo el del Mar Negro), renuncia a este tráfico en los últimos años del siglo y se repliega al mar Adriático. No es que los cueros y

las lanas de los Balcanes hayan cesado de afluir a Ragusa; lo que ocurre es que a partir de ese momento vendrán del gran centro de Novi-Bazar por los caminos terrestres. Estos habían remplazado las rutas marítimas. En el siglo XVII, igualmente, la fortuna esplendorosa de Esmirna[54], en la extremidad terrestre del Asia Menor, debe interpretarse, en parte, como una victoria de las rutas terrestres. Esmirna atrajo hacia sí, por aquel tiempo, una parte del tráfico nutricio de Alepo (principalmente, el que procedía de Persia), quizá porque pudo desplazar más hacia el oeste el punto de partida del intercambio marítimo con el Occidente.

Este mismo desplazamiento explica la aventura de Spalato que mencionan algunos eruditos venecianos porque guarda íntima relación con ciertos incidentes con Turquía, aunque, por lo demás, no figure en la gran historia[55]. Venecia poseía sobre la *altra sponda* en la región balcánica, una serie de vigías y de ciudades, y dos útiles conexiones comerciales: una, en dirección a Cattaro, por donde se organizaba en invierno el servicio del correo con Constantinopla y Siria; otra, hacia el estuario del Narenta, fuera de las posesiones de la señoría, desde donde multitud de pequeñas embarcaciones conducían a Venecia las mercaderías que las caravanas llevaban hasta aquel estuario: lanas, cueros y ganado de la península de los Balcanes. Lo que, a partir de 1577, y más aún, de 1580, incitó a tomar en consideración los proyectos de Michel Rodríguez, judío instalado en Venecia, famoso por su inteligencia comercial, fue, seguramente, que el comercio entre el Narenta y Venecia se puso en peligro por la piratería de los uscoques, y, más tarde, por la competencia de Ragusa y de Ancona, que, sin hacer caso del monopolio que reclamaba para sí Venecia, se adueñaron regularmente de la línea Narenta-Venecia. Los proyectos de Rodríguez tendían a habilitar a Spalato —ciudad hasta entonces despoblada, aunque provista de un excelente puerto y unida al interior balcánico— como punto de escala y la organización de convoyes protegidos, de Spalato a Venecia. Los proyectos no se realizaron antes de 1591, debido a la oposición de un prestigioso senador, Leonardo Donato, enemigo de las empresas azarosas o que parecían serlo; eso es, al menos, lo que dice Nicolò Contarini, y parece muy posible que sea verdad. Piénsese también que en Venecia no se sintió la urgente necesidad de recurrir a este expediente hasta 1591.

Una vez adoptada esa solución, las consecuencias, muy considerables, no tardaron en hacerse sentir. Los venecianos construyeron en Spalato una ciudad nueva: aduanas, almacenes y hospitales para la cuarentena, «pues las epidemias no pueden ser más frecuentes en el país turco». Repararon también

los muros y las fortificaciones de la ciudad. Por su parte, los turcos vieron con buenos ojos los caminos que iban a Spalato y establecieron fechas fijas para los viajes, a fin de que los mercaderes pudieran hacerlos en grandes grupos, «lo que llaman caravanas», cree necesario añadir Contarini. Inmediatamente surgieron la abundancia y la riqueza en la escala dálmata: con las posibilidades del mar abiertas ante sí, la ruta terrestre atrajo lejanísimas mercancías. De Siria, de Persia y de las Indias, llegaban por mar mercaderías a Spalato, meta de las largas navegaciones continentales. Ello provocó una revolución en los sistemas de comunicaciones. Dice Contarini: «Así, de Spalato a Venecia se veían llegar[…] sedas, perfumes de diversas clases, tapices, ceras, lanas, pieles, camelotes (*cambellotti*), telas de algodón y todo lo que producía o fabricaba para su uso el hombre de los países orientales»[56]. En sentido inverso, Venecia enviaba por la misma ruta sus brocados de oro y plata. Grandes galeras mercantes (más cortas y más planas que las que antes hacían el viaje de Venecia a Southampton[57], pero bien protegidas contra los barcos de los uscoques) asegurarán el corto tráfico marítimo en los dos sentidos entre Spalato y Venecia.

Los competidores y adversarios de Venecia supieron desde entonces que para combatirla había que luchar contra Spalato. Desde el verano de 1593, los ragusinos, que hacían la competencia a los venecianos a lo largo de la nueva ruta, emprendieron una campaña de descrédito contra los venecianos cerca de los turcos. Al embajador enviado por ellos cerca del pachá de Bosnia en mayo de 1593, le recomendaron que denigrase la empresa, «*di biasmarla*», y explicase que «el único fin y el único destino de los venecianos era atraer hacia esta escala a los turcos y a otros barcos del gran señor, con el fin de poder apoderarse de ellos en caso de guerra…». En 1596[58], mientras ocurrían los turbios incidentes de Clissa (pequeña plaza turca de la que por traición se apoderaron los uscoques y que los turcos recuperaron con bastante rapidez, pero a costa de inmovilizar allí grandes medios que les habrían sido necesarios en el norte para luchar contra los húngaros), en el momento en que los imperiales y el papa trataban de arrastrar a Venecia a la guerra contra el turco, y en que se producían múltiples dificultades en los dominios venecianos de Dalmacia a causa de aquella guerra —la de Clissa—, el conde de Olivares, virrey de Nápoles, intrigó para producir una sublevación en Spalato… Este año de Clissa ocasionó en Venecia buen número de inquietudes, y mil inconvenientes al puerto de escala de Spalato. Nada puede revelar mejor lo importante que era para Venecia el apoderarse de la ruta del comercio terrestre con Levante[59].

Nos encontramos ante una relación destinada a perdurar, no ante un éxito fugitivo. Spalato se convierte en el centro de operaciones en todo lo referente a las relaciones entre Dalmacia y Venecia, relaciones acerca de las cuales contamos con algunas indicaciones estadísticas: un promedio de 11 000 *colli* de mercancías se despachan anualmente entre 1586 y 1591; 16 460 de 1592 a 1596[60]; 14 700 de 1614 a 1616; 15 300 de 1634 a 1645[61]. Evidentemente, esos *colli* (palabra que significa simplemente fardos grandes) no se pueden aceptar como unidad regular de medida; también es evidente que el tráfico propio de Spalato no ha sido adecuadamente separado del volumen total de los tráficos dálmatas en dirección a Venecia; aunque los *Cinque Savii* mencionan, en julio de 1607, 12 000 balas [*balla = collo*] de mercancías solo para el puerto de Spalato, «además de sumas de dinero contante», *oltre li contadi in bona suma*[62]. Los documentos cuentan por centenares los caballos de las caravanas y muy pronto llegan los mercaderes a Venecia en tropel: algunos incluso vienen de Brousse[63]; los hay armenios, judíos, griegos, persas, valacos, personas de *Bogdiana* y de Bosnia[64]. Tanto el cuidado que se tomará Venecia en defender estos enlaces próximos, por ejemplo durante la peste que azotó a Spalato en el verano de 1607[65], como el fortalecimiento de un comercio en dirección a Moreanos, indican que la conexión con los Balcanes se ha estabilizado y, dejando de ser un expediente, se convierte en una solución permanente.

En cuanto a las causas exactas de esta captura, gran parte de la responsabilidad recae sobre la piratería de los uscoques, cristianos y musulmanes; ya hablaremos de la agresiva y creciente actividad de los corsarios mediterráneos en las postrimerías del siglo. Nicolò Contarini lo asegura en su historia: el auge de la piratería en las aguas del Mediterráneo determinó el florecimiento de Spalato[66]. Pero, aunque los corsarios fuesen la causa principal de ello, no fueron la única. La creciente e insólita preferencia por la ruta terrestre —«*cosa non più usata*», dice el mismo Contarini— puede y debe tener, además, otras causas. Plantea ante nosotros una cuestión de precios de coste y coyunturas comerciales en un momento en que todo anda trastornado, con el encarecimiento de los precios y posiblemente por el enorme aumento del tráfico. ¿Precios de coste? La seguridad ha tenido que representar aquí su parte, como veremos a fines de siglo, por la incidencia de la prima del seguro marítimo, que tan desventajosa resultaba para los navíos venecianos, pese a sus tripulaciones mal pagadas y sus fletes de bajo costo[67]. ¿Deberíamos considerar la posibilidad de que en el territorio turco fuese bajo el precio de los transportes por caravana, al tratarse de una región donde los

efectos de la subida general de precios se sintieron mucho más tarde que en Occidente?[68] Este es el factor que nos hacen entrever nuestros colegas los historiadores turcos[69]. En cualquier caso, poseemos pruebas, correspondientes al final del siglo y a principios del siguiente, de un aumento de las actividades por las vías terrestres en los Balcanes. En lo que se refiere al tránsito de Ragusa, ciertos documentos mercantiles de 1590-1591 (precisamente en vísperas del florecimiento de Spalato)[70] revelan la actividad de los tráficos con el interior; así lo evidencia también la construcción, junto a la ciudad, de un nuevo bazar para los mercaderes turcos. Y en 1628 se provee, en un extremo del puerto, un edificio de cuarentena más espacioso[71]. Este detalle, insignificante en sí, sugiere, sumado a otros, que estos contactos por tierra han eliminado o, al menos, reducido las paradas en Siria y Egipto y los largos viajes de transporte marítimo entre el este e Italia; han acentuado también el movimiento hacia el oeste de los mercaderes y mercaderías del Levante. En Venecia, el *Fontico dei Turchi*, en San Giovanni Decollato, data de 1621[72]. También Ragusa ve afluir a ella mercaderes judíos y turcos[73]. Si el siglo XVII conoce una recrudescencia de la peste, especialmente en Italia, y según Iorjo Tadić también en los Balcanes[74], hay posiblemente una relación de causa y efecto entre esta recrudescencia y la renovación de los transportes por tierra.

El problema intrínseco de la ruta terrestre

El aumento del tráfico en las rutas de los Balcanes presenta en sí problemas de la mayor relevancia. Problemas que lo son, a la vez, de estructura a la larga y de situación inmediata. Estos problemas se perfilan con claridad a finales del siglo XVI, pero ya existían desde mucho antes y continuaron presentándose mucho después. La competencia entre diferentes medios de transporte es tema de todas las épocas. Pero nosotros, los historiadores del primer periodo moderno, hemos cometido el frecuente error de creer que todo mar o río descalifica automáticamente a la ruta terrestre y se adjudica la prioridad; suponemos que todo camino terrestre confrontado con la competencia de una vía acuática está condenado infaliblemente a desaparecer o a declinar. Pero la realidad demuestra que tanto los vehículos como los animales de carga son muy resistentes cuando se trata de soportar la competencia y que no es tan fácil como pudiera parecer eliminarlos.

Es innegable, por poner un ejemplo, que el istmo alemán debe su prosperidad, entre otras causas, y a partir del siglo XV, al aumento de la

velocidad y la modernización de los vehículos con ruedas. Renée Doehaerd sostiene incluso[75] que la fortuna *terrestre* de Amberes a fines del XV y comienzos del XVI es el resultado de una determinada política de control del tráfico rodado, gracias al cual esta ciudad tuvo acceso al intenso ir y venir de mercancías que ocurría en Alemania y, más allá, en Italia y Polonia… Esta prosperidad de Amberes contrasta radicalmente con la prosperidad *marítima* de Brujas en los siglos precedentes, simple etapa hacia el norte del triunfante navegar de los navíos mediterráneos. Resulta evidente que entre la Europa del Norte y la mediterránea, las rutas marítimas y las rutas terrestres compiten y coexisten unas con otras; la distribución de las mercancías por transportar se hace por lo general, si no siempre, del siguiente modo: lo pesado y barato, para unas, y lo ligero y precioso, para otras[76], operando todo este vasto sistema sobre un tablero inmenso, más amplio pero más fácil de observar que el de los Balcanes. No creo, actualmente, como creía cuando la primera edición de este libro, que la ruta atlántica y la *invasión* de las naves nórdicas —de todo esto volveremos a hablar más adelante— hayan desvalorizado en el acto, a finales del siglo XVI, y de una vez para siempre, las grandes rutas alemanas y francesas que se encaminan al Mediterráneo. En su libro sobre la firma de Amberes de los Della Faille, Wilfrid Brulez[77] nos ofrece la evidencia de lo que acabamos de afirmar. En su comerciar con Italia, de 1574 a 1594, la firma de los Della Faille ha preferido nueve veces de cada diez las rutas de los Alpes a las del mar. No es pequeña cosa que hayan mostrado su preferencia por aquellas en lugar de estas, considerando que basta echar un vistazo a las cifras para comprender que la elección estaba dictada por el más estricto interés. No es que la ruta terrestre estuviera exenta de desventajas —que las tenía—, pero era relativamente segura, y la media de beneficios que procura (16.7 %) supera a la que da la larga ruta marina (12.5 %), con fluctuaciones enormes que van de 0 (o, para ser más precisos, de un balance negativo) a 200 %. La ruta terrestre resulta mucho más regular (con un beneficio máximo del 30 %).

Este ejemplo particular se refiere naturalmente a mercancías de lujo. No hay evidencia alguna de que si hacemos una comparación de conjunto entre la ruta del Atlántico y los caminos transversales que cruzan Europa de norte a sur, resulte que por aquella se movían (o no) más mercancías que por estos (seguramente sí en cantidad de peso, pero ya es más dudoso si en valor). En todo caso, la ruta terrestre mantiene su actividad tanto en los itinerarios de Estambul a Spalato, como en los de Hamburgo a Venecia, o de Lyon a Marsella. Posiblemente solo a partir del siglo XVII la vía marítima vence a la

terrestre, gracias al empuje de los navíos del norte, la generalización de los seguros marítimos y la constitución, en el norte, de poderosas firmas comerciales.

Estas consideraciones generales tienen su importancia, pues si bien no nos resuelven los problemas del Mediterráneo, arrojan, por lo menos, alguna luz sobre ellos.

El doble testimonio de Venecia

De todo lo dicho podemos concluir con certeza que, durante la segunda mitad del siglo XVI, se produjo un incremento de los tráficos terrestres y que algunas de las antiguas rutas, que habían sido abandonadas, volvieron a entrar en uso. Nos queda por saber lo que ocurría en aquella misma época con los tráficos marítimos. Por lo que sabemos, no experimentaron una disminución correlativa al aumento del comercio terrestre; más bien ocurrió lo contrario: parece mantenerse un cierto equilibrio entre ambos a favor del aumento general.

Podemos ilustrar lo dicho con el ejemplo de Venecia. Contemporáneamente a la aventura de Spalato, e incluso con anterioridad, se produce —eso resulta evidente— una notable reducción de la flota veneciana. Sin duda ha sido este uno de los elementos que han llevado a hablar de la decadencia de Venecia. Domenico Sella la fecha alrededor de 1609[78]. Alberto Tenenti considera que los signos precursores se dejan ver ya a la altura de 1592. Ambos son, quizá, de un pesimismo excesivo, pues el tráfico del puerto sigue siendo idéntico en volumen hasta por lo menos el año 1625, si nos atenemos a las cifras que da el propio Sella: 1607-1610, un promedio de 94 973 *colli* (de los cuales unos quince mil aproximadamente venían de los puertos de Dalmacia y de las rutas balcánicas); en 1625, 99 361; en 1680, 83 590; en 1725, 109 497. No hay duda de que naves extranjeras han debido compensar las deficiencias de la flota veneciana. Los estudios de Alberto Tenenti[79] han demostrado que, efectivamente, así ha ocurrido. En su libro analiza los registros de los siniestros marítimos hechos en presencia de dos notarios de Venecia: Andrea Spinelli y Giovan Andrea Catti, uno y otro especialistas en lo referente a los transportes por mar, y reuniendo entre ambos la casi totalidad de los posibles clientes. Tan pronto como se tenía conocimiento de un desastre, las partes interesadas acudían a registrar su póliza de seguro como paso previo para la consiguiente reclamación. Durante un periodo de dieciocho años cruciales (1592-1609) entre siglo y siglo, esta

lista de desgracias registra más de un millar de casos, de los cuales unos 660 (es decir, casi 37 al año) corresponden a naufragios o capturas por los corsarios, y el resto a *accidentes* o desventuras más o menos graves.

Esta relación, de una amplitud francamente inusitada, establece tanto la decadencia de la marina veneciana, que ya conocemos, como el incremento del número de navíos del norte que tocan en Venecia, sea viniendo del Poniente, sea yendo allí, o bien ocupados ya en el ir y venir de los tráficos del Levante. Sin duda podemos hablar del declinar de Venecia como poder marítimo, pero no de disminución del tráfico global de su puerto, realidad que nos ocupa en estos instantes. Un pequeño detalle insólito es que el precio de los seguros continúa siendo el mismo durante todos estos años difíciles[80], al menos hasta 1607, en lo que concierne a los navíos venecianos[81]. Lo que quiere decir que ocurre una de estas dos cosas: o los astutos financieros genoveses y florentinos que controlaban los seguros de Venecia, y que constituían auténticos *lobbies*, eran ciegos a sus propios intereses y aseguraban mercancías, barcos y fletes por pura filantropía, o hay un error en nuestros cálculos. Supongamos, y la hipótesis no carece del todo de razón, que el coste medio de los seguros sea de 5 %. Para que el asegurador compense pérdidas y ganancias necesita que transcurran veinte viajes sin incidente alguno, contra uno en que se produzca un desastre total. En este cálculo, en exceso veloz, se consideran los navíos como equivalentes unos a otros y el desastre acaecido al número veintiuno como total, lo que evidentemente es simplificar demasiado: en primer lugar, porque el desastre nunca resultaba total para el asegurador puesto que este estaba reasegurado; en segundo lugar, es propietario de toda mercancía que se pueda recuperar; en tercer lugar, si reembolsa a la víctima, se beneficia por lo general de una reducción sobre el importe total del seguro; y, finalmente, en cuarto lugar, si hay igualdad entre pérdida y ganancia, habrá entre tanto obtenido los intereses de las sumas recibidas durante todo el tiempo del seguro. Estas circunstancias complican el problema, pero no lo convierten en insoluble… En resumen, y aquí es donde queríamos venir a parar, no es en modo alguno absurdo suponer que los naufragios quedan compensados por los numerosos viajes llevados a término sin contratiempo alguno. Por 37 barcos perdidos se habían cumplido, al parecer, 740 viajes en el mismo año[82]. De hecho, el puerto de Venecia mantiene a fines del siglo XVI una actividad mucho mayor que la calamitosa que generalmente se le supone. Es cierto que Venecia, en 1605, solo posee 27 navíos de gran porte[83], pero si la proporción entre barcos grandes y pequeños es la misma que en otras partes, podemos deducir que contaba con

unos 200 navíos pequeños (la media general era de 10 pequeños por uno grande). En todo caso, en la lista del *ancorazzo* (del 1 de septiembre de 1598 al 1 de septiembre de 1599)[84] he contado 46 *marciliane*, venecianas probablemente, y también naves más pequeñas que estas. Sin duda este *ancorazzo* de 1598-1599 registra solamente la lista de los 200 pagos efectuados, pero cada uno de ellos se puede referir a más de un viaje, y además estaban exentas las barcas. A este respecto, una investigación afortunada y minuciosa resolvería el problema. La cuestión es la siguiente: ¿cuántos viajes puede representar uno solo de estos pagos? Pero incluso en el actual e imperfecto estado de nuestros conocimientos podemos afirmar que no obstante el aumento de la actividad de las grandes rutas de los Balcanes, es del todo falso imaginarse un Adriático y un Mediterráneo inertes, o bien perezosos o vacíos. Muy al contrario, yo creo que a finales de siglo el tráfico del Mediterráneo ha alcanzado un volumen muy importante. Pues, en caso contrario, ¿cómo explicarse la prosperidad que por entonces ha conocido la piratería? En Ragusa ha disminuido sin duda el número de naves ragusinas, pero mirando al azar los registros de la cancillería de esa pequeña ciudad aparecen un inglés, un francés de Marsella, incluso un catalán, este último, al parecer, capitán de barco[85]. Se ha producido un relevo.

No ha habido victoria de uno sobre otro en la competencia entre tráficos terrestres y marítimos; por lo menos hasta el siglo XVI. La prosperidad reinante beneficia a un tiempo a unos y otros. De lo que podemos estar seguros es de la constancia, en líneas generales, de las posiciones adquiridas por cada sistema de transporte, por lo menos en lo referente al valor relativo de las mercancías transportadas.

Venecia nos ofrece otra pequeña evidencia en lo concerniente al tema de la rivalidad entre transportes terrestres y marítimos. El azar ha querido conservarnos el registro de las balas de lana llegadas *del Poniente*, es decir, de España, desde 1508 a 1606[86]. Se hace distinción entre las balas venidas directamente por mar y las que lo han hecho por tierra, a través de los caminos transversales de Italia. La preferencia por la primera ruta se debía a la cuasi franquicia concedida, en 1598, a toda entrada de lanas venidas directamente por mar. Los navíos holandeses se encargaron de estos transportes directos. Y sin embargo, a pesar de estas ventajas y estos navíos de primera, la ruta de tierra, por Génova, y en mayor grado aún por Liorna, no solo se mantiene, sino que aventaja la vía competidora. ¿Por qué? La razón es fácil de adivinar. En primer lugar, la fuerza de la costumbre y los intereses creados. Sabemos que los genoveses y los florentinos poseen el monopolio de

compras en España; que corre toda una línea de pagos (de hecho, una especie de crédito por control remoto) desde Medina del Campo hasta Florencia (y viceversa), como testimonia la correspondencia de Simón Ruiz[87];que los mercaderes venecianos compran lana por el sistema de comisión, es decir, a crédito, sobre Florencia y que esta ciudad gozaba de la facultad de escoger las lanas que más le gustasen, correspondiéndole a Venecia el segundo lugar en dicha elección. El papel de intermediario representado por Venecia explica la frecuente utilización de la ruta de tierra; y es muy posible que la importancia de las cantidades totales que llegan a Venecia a finales del siglo XVI sea resultado del precoz colapso de la industria florentina de la lana, que habría liberado la materia prima.

Nos encontramos, pues, ante un excelente ejemplo, insuficiente por sí solo, eso es evidente, para decidir la cuestión de la no elasticidad competitiva entre las dos categorías de rutas, y de la complejidad de los factores operantes. Pero se puede descubrir una permanencia estructural de las relaciones, válida como hipótesis de trabajo.

Circulación y estadística: el caso de España

Otro ejemplo, que esta vez comprende un espacio mayor, es el de Castilla, que estaba rodeada por una serie de aduanas continentales y marítimas, desperdigadas unas y otras a lo largo de las costas y de las fronteras terrestres, encontrándose algunas de estas últimas en el mismo interior del territorio castellano. Los *puertos secos* (es decir, terrestres) son los 39 puestos aduaneros en las fronteras de Navarra, Aragón y Valencia, por los que se accede a las rutas principales y secundarias de Castilla: los *puertos altos* se hallan en los confines de Navarra y Aragón; los *puertos bajos* controlan los tráficos en dirección a Valencia. Los *puertos de Portugal*, 46 en número, algunos de ellos de menor importancia, controlan los accesos terrestres a Portugal. A lo largo de las dos fronteras marítimas, en el golfo de Vizcaya y en la costa de Valencia a Portugal, se perciben, por una parte, los *diezmos de la mar*, de los que se ha apoderado la autoridad real en 1559[88] (hasta entonces habían correspondido a los descendientes del condestable de Castilla), y, por otra, los múltiples derechos aduaneros derivados del vasto complejo fiscal que es el *Almojarifazgo Mayor* de Sevilla, institución existente desde los tiempos de los reyes moros y que controla todos los accesos por mar, contando algunas veces con puestos aduaneros situados tierra adentro, pero consistiendo más frecuentemente en una serie de puertos

(Sevilla, Cádiz, Sanlúcar de Barrameda, Puerto de Santa María, Málaga…). A estos derechos, que vienen de muy atrás, se suma el *Almojarifazgo de Indias*, que solo se ejerce sobre las mercancías llegadas de Indias, es decir, de América, o sobre las que a ella se encaminan.

Así Castilla se encontraba rodeada de puestos aduaneros, representados, en Simancas, por una enorme masa de papeles y estadísticas cuyo valor ha sido puesto de manifiesto por los recientes trabajos de Ramón Carande[89] y de Modesto Ulloa[90]. ¿Nos ofrecen una balanza donde pesar las proporciones relativas de transporte por tierra y transporte marítimo? La respuesta es sí y no; sí, considerada su relativa continuidad y su gran volumen; la vasta escala de los documentos consiente compensar los errores. No, porque el sistema fiscal castellano trabuca las cifras, con lo que disminuye su posible valor, y sobre todo porque esta Castilla que estamos considerando resulta más útil para el estudio del Atlántico, que dominaba la totalidad de su vida económica, que para el del Mediterráneo, al cual había dado la espalda. En cualquier caso, no buscaremos en estos documentos más que indicaciones comparativas y órdenes de magnitud.

La primera conclusión que sugieren es que esos tráficos —y los derechos aduaneros— han aumentado notablemente. *1*. Si 100 representa los ingresos del *Almojarifazgo de Indias* en 1544, alcanza una media anual de 666 entre 1595 y 1604, es decir, se ha más que sextuplicado en cincuenta años, cálculo este confirmado por los estudios de Huguette y Pierre Chaunu. *2*. Si los del *Almojarifazgo Mayor* los representamos por 100 en 1525, vemos que llegan a casi 300 en 1559, a 1000 en 1586-1592, y (valor de inflación) quizá 1100 en 1602-1604.[91] *3*. Para los *diezmos de la mar*: 100 en 1561, más de 300 en 1571, 250 en 1581, 200 en 1585, un poco más de 200 en 1598. Resulta evidente que es en el sur de España donde se deja sentir, como bien se podía esperar, el gran auge marítimo del siglo. *4*. Los *puertos secos*: 100 en 1556-1566, 277 en 1598. *5*. Los puertos de Portugal muestran una progresión más débil: 100 en 1562, 234 en 1598; pero es cosa sabida que son los caminos por excelencia del contrabando.

Sin embargo, si se quiere medir el aumento comparado de las aduanas de tierra y de mar, es preciso, dado que las series son de longitud variable, aplicar el índice 100 al año 1560. Si hacemos así, vemos que da, en esta fecha, 38 millones de maravedises de ingresos de derechos de aduana para el tráfico terrestre, y 115 millones para el marítimo, o sea, que la relación es de 1 a 3. Si hacemos el mismo cálculo en 1598, nos da 282 millones de maravedises contra 97: se mantiene, pues, la relación de 1 a 3. De modo que,

según todas las apariencias, nada había cambiado estructuralmente en la relación de las circulaciones castellanas en el curso de la segunda mitad del siglo XVI. Habían avanzado al mismo ritmo, siguiendo curvas muy semejantes, para hablar con el lenguaje de las gráficas. Esto nos proporciona una evidencia mayor que la suministrada por los anteriores ejemplos de que hay un cierto equilibrio entre ambas circulaciones consideradas frente a frente: en conjunto variarán muy poco sus proporciones relativas.

A la larga el problema es doble

No se puede llegar a conclusiones, y mucho menos se puede generalizar partiendo de unos cuantos ejemplos particulares dispersos en el tiempo y el espacio. Toda solución en este terreno —en el que la investigación persiste en averiguar no tanto el volumen exacto de cada una de estas circulaciones, como la manera en que evolucionan o parecen evolucionar la una respecto a la otra— procedería solo de una investigación que trabajase sobre un periodo de tiempo mucho más amplio que los 50 años a los que se limita este libro: sería cuestión de considerar varios siglos, al menos del XV al XVII o al XVIII, y que no se limitase únicamente al Mediterráneo, por muy vasto y diverso que este sea. La seductora hipótesis de Hermann van der Wee**[92]** limita muy bien el área de la cuestión. Sugiere que en el siglo XV se produjo en Europa y el Mediterráneo, de Venecia a Brujas, un incremento del volumen de la navegación; y solo a la altura del siglo XVI este impulso exterior dio vida a una economía *transcontinental* que llevó las rutas de tierra y las marítimas a desarrollarse al mismo ritmo. Con el siglo XVII, las áreas donde la vida económica prosperó o continuó prosperando se limitaron predominantemente, una vez más, a las zonas costeras, y solo a partir del siglo siguiente el conjunto de transportes —tierra y mar— reemprenderá su avance simultáneo.

En este aspecto considero muy posibles grandes fluctuaciones. Y en todo caso, nos pueden servir de marcos problemáticos en los que encajar nuestras investigaciones. Nuestro siglo —el XVI— moverá simultáneamente sus piezas en dos tableros. Podemos aceptar como regla general *a priori* el hecho de que todo aumento experimentado por el tráfico terrestre deberá ir acompañado *grosso modo* del equivalente progreso del marítimo, y viceversa. Solo en el siglo XV, con los navíos italianos, predominará la ruta marítima, y lo mismo ocurre en el XVII, esta vez con navíos holandeses. Si dicha hipótesis es correcta, deberá resultar confirmada por las hipótesis locales. Pero es muy

poco probable que estos ritmos se produzcan ineludiblemente en todas partes y al mismo tiempo. La época de la supremacía holandesa no suprime automáticamente la actividad, ni siquiera la posibilidad de incremento, de ciertas rutas terrestres. En los registros de los *Cinque Savii*[93] y con fecha de 8 de mayo de 1636 podemos leer *che molte mercancie che venivano per via di mare habbino preso il camino di terra da Genova a Livorno*. De modo que, a la altura de 1636, los caminos terrestres se mantienen cara a cara con los marítimos. No deberíamos aceptar nunca las grandes teorías simplificadoras, si no presentan pruebas evidentes que las hagan buenas.

II. LA NAVEGACIÓN: TONELAJES Y CIRCUNSTANCIAS CAMBIANTES

Sabemos los nombres, tonelajes aproximados, cargas e itinerarios de miles de navíos del Mediterráneo. Pero no resulta tarea fácil poner en orden y concierto todos estos múltiples testimonios. Espero que el lector sabrá perdonarnos por haber abordado el problema desde diferentes ángulos, y en primer lugar, por haber extendido tan ampliamente el campo cronológico de la observación, yendo con frecuencia del siglo XV al siglo XVII; en segundo lugar, por tratar el Atlántico a la par del Mediterráneo. Las razones que nos han llevado a estas inesperadas actitudes irán emergiendo a lo largo de lo que a continuación exponemos. Para comenzar se impone la presentación de tres o cuatro reglas generales, por el valor que ofrecen de clarificación del problema.

1. *La navegación por el Mediterráneo no es fundamentalmente diferente de la navegación por el Atlántico*. Difieren las prácticas, el precio de los seguros y los intervalos entre viaje y viaje, pero los instrumentos que se usan y el barco de madera movido por los vientos presentan las mismas limitaciones técnicas. No puede exceder de un cierto tamaño, de un determinado número de tripulantes, de una cierta superficie de vela ni de una determinada velocidad. Otra característica unificadora: apenas aparece un nuevo tipo de nave en el Atlántico, vemos muy poco después otras del mismo tipo navegando por el Mediterráneo. Incluso en Venecia, cuyos navíos poseen características propias, y que tan reacia es a introducir cambios en ellos, hay carabelas desde los tiempos de juventud de Marino Sanudo, es decir, desde finales del siglo XV, y galeones y *bertoni* desde mucho antes de finales del XVI. Incluso los turcos usaban en esta época galeones de tipo oceánico[94],

navis gravis, navis oneraria, los más pesados de los navíos mercantes, explica Schweigger, un viajero alemán que los ha visto en Constantinopla y otros lugares en 1581[95].

2. *Tanto en el Atlántico como en el Mediterráneo existe un aplastante predominio de las naves de pequeño tonelaje*. Capaces de cargar rápidamente, se hacen a la vela aprovechando el primer golpe de viento; proletarios del mar, venden, por lo general, sus servicios a bajo precio. Dos capuchinos emprenden en junio de 1633 el viaje de vuelta de Lisboa a Inglaterra: el patrón de una *naviguela* de Honfleeur (35 toneladas), cargada de sal y limones, se ofrece a llevarlos a Calais[96], por ocho libras por pasajero. En abril de 1616, cuando el embajador veneciano Piero Gritti se dirige a España, prefiere embarcarse en Génova en una falúa provenzal, simple barca de dos mástiles; tiene prisa en cumplir su viaje, y reserva plazas a su familia en una gran nave que se dirige a Alicante[97]. La falúa, escribe el R. P. Binet, en 1632, «es la más pequeña de todas las embarcaciones a remos»[98].

Así, pues, mayoría de pequeños tonelajes; sus nombres varían según los puertos, las regiones o las épocas: *grippi* o *marani* o *marciliane*, en el Adriático; falúas o tartanas, en Provenza; barcas como dicen a veces a secas las listas de los puertos… Estas pequeñas embarcaciones, por debajo de las 100 e incluso de las 50 toneladas, animan con su pulular tanto el Atlántico como el Mediterráneo. Según las estadísticas del puerto de Valencia, de 1598 a 1618[99] hay diez de estas naves por cada una de gran tonelaje. Cuando venimos a saber que la Venecia del año 1599[100] posee 31 *navi* (es decir, barcos mercantes de gran tonelaje) nos imaginamos en torno de ellas varios centenares de pequeñas embarcaciones.

3. *Hay que resignarse definitivamente a quedarse sin saber cuáles eran exactamente los tonelajes del siglo XVI*, y más aún, a ignorar ese tonelaje medio que nos permitiría, conociendo el número de entradas y salidas de las naves a puerto, calcular su tonelaje total. Yo he sugerido la cifra media de 75 toneladas[101], basada en las estadísticas de los puertos andaluces. Pero probablemente esta cifra es demasiado elevada. En todo caso, nunca son muy precisos los tonelajes indicados: los expertos los calculaban según las medidas de la nave (largo, ancho, alto…). Cuando se trataba de alquilar un barco a otro Estado, se exageraba la cifra, lo que estaba abiertamente admitido cuando España era el cliente. Pero supongamos todas las honestidades reunidas: nos quedaría todavía la tarea de traducir *salme, stara, botte, cantara y carra* a nuestras medidas actuales. Llegados a ese punto nos encontramos con unas cuantas sorpresas: la conversión de los precios

nominales en gramos de plata nos ofrecería menos dificultades que esta tarea, porque los tonelajes *nominales* del siglo XVI disminuyen automáticamente en cuanto entran en el puerto de Sevilla, circunstancia esta que ha ocasionado no pocos problemas a Huguette y Pierre Chaunu. Yo he tenido la ocasión de estudiar, aunque brevemente, ciertos documentos consulares franceses (A. N. serie B III) que recogen, para una serie de puertos extranjeros, las listas de llegadas de barcos con sus cargamentos, en este caso en el siglo XVIII. Y muchas veces el mismo barco —con el mismo nombre, el mismo patrón, las mismas indicaciones de ruta por seguir y el mismo cargamento transportado — aparece descrito en estos papeles oficiales como de diferente tonelaje de unos a otros puertos y consulados… En resumen: nuestros cálculos no pueden ser sino aproximados, con todas las desventajas que ello implica.

4. *Sin duda, los testimonios más numerosos se refieren a los navíos de tonelajes grandes y gigantes*. Esto nos lleva no a la línea divisoria entre tonelajes medianos y grandes, que se podría establecer alrededor de las 100 toneladas, sino al límite superior, en torno de las 1000 e incluso 2000 toneladas. No es de suponer que los *proveedores* españoles tratasen de embargar una barca bretona de unas 30 toneladas, o una carabela donde pudiesen acomodarse un máximo de 10 caballos, como se hizo en 1541**[102]**, cuando la expedición contra Argel. A ellos les interesan los navíos de gran porte, los cuales aceptan la situación con más calma que puede parecer, pues el Estado español les concede magníficas subvenciones, les proporciona fletes excelentes y los avitualla con liberalidad.

En esta época, un navío de 1000 toneladas es un extraño gigante. El 13 de febrero de 1597, Thomas Platter**[103]**, un médico de Basilea que acaba de completar sus estudios en Montpellier, se encuentra en Marsella. En el puerto solo tiene ojos para un enorme navío genovés que los marselleses acaban de capturar. «Era uno de los mayores bastimentos que jamás haya navegado por el Mediterráneo. Parecía una enorme casa de cinco pisos surgida en medio del mar. Calculo que la carga que llevaba pesaría por lo menos 16 000 quintales [unas 800 toneladas actuales]. Contaba con ocho o 10 velas en dos gruesos mástiles de altura prodigiosa, y a lo alto de los cuales subí por unas escalas de cuerda. Desde aquella altura alcancé a ver muy largo en todas direcciones; vi el castillo de If, y junto a él, un molino de viento semejante a los de la ciudad». Nos basta con este ejemplo, aunque se conservan miles de descripciones de la misma especie.

5. *El problema que se nos presenta, si queremos establecer la media aproximada de los tonelajes para así conseguir una idea de conjunto, es el de*

descubrir la relación exacta de estos gruesos tonelajes respecto a los demás. Será bueno que desde el principio tengamos presente lo siguiente:

a) Que los tonelajes gigantescos no han seguido una progresión continua, a no ser que las cifras impresionantes que nos da el siglo XV y que están a la altura de las realizaciones del siglo XVII, sean falsas, lo que no creo en modo alguno[104].

b) Que los navíos de gran tonelaje se emplean para largas distancias; durante mucho tiempo monopolizan los viajes interminables. Detalle suplementario: detrás de ellos se encuentran siempre los Estados, con sus exigencias y sus recursos, sus ciudades, e, invariablemente, sus ricos armadores.

c) Que estos enormes barcos de carga se dedican generalmente al transporte de mercancías ponderosas y voluminosas, de precio bajo por unidad y que, lógicamente, han de ser llevadas por agua. En esas condiciones son posibles los fletes a bajo precio.

d) Que antes de la revolución que producirá —bastante tardía por lo demás— la artillería naval, estas enormes fortalezas flotantes eran todo un símbolo de la seguridad. Estaban expuestas, igual que la más ligera de las barcas, a los azares del mal tiempo, pero podían afrontar muy bien un ataque enemigo. ¿Qué pirata podía buscar un encuentro con un barco de tan numerosa tripulación, lleno de soldados, honderos y arqueros? El navío de gran tonelaje es el gendarme ideal al servicio de los ricos. Los dos grandes navíos que la señoría está equipando lentamente y a precio de oro, en junio de 1460, se construyen con la intención de que sirvan de *spavento a tutti*, que sean el espanto de los corsarios[105].

e) Que los navíos de gran tonelaje no eliminan la competencia, pese a los favores de los ricos y de las ciudades mercantiles y pese, también, al atractivo que despiertan en los gobiernos despilfarradores (en El Havre, el rey de Francia hace construir en 1532 una nave de *smisurata grandezza tul che si stima dover esser innavigabile*)[106].

f) Que, en determinados momentos, los grandes navíos se adecuaron a todo tipo de transporte. Son las épocas de monopolio de derecho o de hecho que ha conocido la primera parte del siglo XV, y que el siglo XVI reintroducirá en relación con la América española y las Indias portuguesas. Pero, si por una u otra razón se rompían estos monopolios, aparecía inmediatamente un enjambre de naves medianas y pequeñas que se precipitaban alegremente en ese espacio. *Estas revanchas de los navíos de pequeño tonelaje parecen haber ocurrido casi siempre durante periodos de incremento del intercambio*

comercial. Cuando encontramos navíos grandes solos es señal de que los negocios van mal; pero si a los navíos grandes los acompañan otros pequeños las cosas van, sin duda, excelentemente. Aunque este patrón de juicio cuente con todas las probabilidades de ser válido, lo discutiremos más adelante. Ahora pedimos al lector que lo acepte a beneficio de inventario.

Navíos grandes y navíos pequeños en el siglo XVI

La próspera carrera de los grandes tonelajes por el Mediterráneo ha comenzado en el siglo XV. Los barcos mediterráneos cruzan de extremo a extremo el mar interior, y se alejan hasta Londres y Brujas, siendo, por lo general, los viajes más largos patrimonio de Génova. Esto le valió a Génova la primacía en la carrera de los grandes tonelajes[107], y más, considerando que esta ciudad se había virtualmente especializado en el transporte de mercancías pesadas y voluminosas, sobre todo, alumbre de Focea, en el Asia Menor, y los vinos de las islas del Levante, que lleva directamente a Brujas e Inglaterra. La carraca genovesa, que ronda las mil toneladas, y que a veces las rebasa, ha sido durante mucho tiempo la solución racional de un difícil problema técnico.

Venecia sigue este movimiento, pero con enorme retraso. En primer lugar, se encuentra menos alejada que Génova del Levante, que sigue siendo el centro de sus actividades esenciales; en segundo lugar, su sistema de *galere da mercato*[108], eficientemente organizado por el Estado, fracciona el tráfico en viajes particulares: galeras de Tana, de Trebisonda, de Rumania, de Beirut, de Alejandría, de Aiguesmortes, de Flandes, de Berbería y del *trafego* (que incluye las costas de Berbería y las de Egipto). De ese modo se dividen dificultades y riesgos; los viajes directos del Levante a Brujas, es decir, al estilo genovés, fueron prohibidos, para así hacer pasar todas las mercancías por Venecia y percibir esos derechos de los que vive la señoría. Es también posible, finalmente, que la conexión con las rutas del istmo de la Europa de la línea central fuese mucho más vital para Venecia que para Génova. En resumen: si este complicado sistema, constantemente puesto al día, puede sobrevivir, es por el hecho de haber nacido en 1339 de las dificultades de la regresión del siglo XIV, lo que implica, como consecuencia, que muy pronto las rutas más aleatorias recibiesen oportunos subsidios. En cualquier caso, las *galere da mercato* no pasan apenas, a finales del siglo, de las 200 a las 250 toneladas[109]. Por otra parte, solo transportan mercancías de lujo: pimienta, especias, paños valiosos, sedas, vinos de Malvasía… En dichas condiciones,

es mejor repartir los riesgos entre diversos cargamentos. Únicamente las galeras de Flandes, al volver del norte, cargan en Inglaterra, junto a las cariseas y el ámbar, balas de lana, de plomo y de estaño, pues de lo contrario volverían de vacío. Sin embargo, será la práctica lograda en viajes más largos, al Mar Negro por una parte y a Inglaterra por otra lo que lleva a aumentar el tonelaje de las galeras (en el siglo XIV tenían una capacidad de unas 100 toneladas), y, más tarde, a multiplicar su número.

Al margen de las *galere da mercato*, existía en Venecia una navegación privada, o controlada solo a medias. Se hacía por medio de naves grandes, los *cascos*, que se especializaron sobre todo en transportar las voluminosas balas de algodón provenientes de Chipre y Siria[110]. El algodón se había convertido en un tejido importante a partir del siglo XIII, al venir a subsanar la insuficiente producción de la lana; su triunfo se produce con el auge de los *fustanes* (urdimbre de lino y trama de algodón). El algodón se transportaba en dos *mude* anuales: una, la importante, en febrero (alrededor de media docena de navíos), y la otra, en septiembre (limitándose a veces a dos navíos). Las voluminosas balas requieren espaciosos bastimentos. Un documento del *Notatorio di Collegio*[111], con fecha del 1.º de diciembre de 1449, da la lista de los nombres y los tonelajes de los seis navíos redondos que constituirán la *muda* del mes de febrero próximo: 1100, 726, 732, 566, 550 y 495 *botte*, o sea, oscilando entre las 250 y 550 toneladas. Tonelajes muy respetables, incluso para el siglo XV.

Otra ventaja de los navíos gigantes: saben defenderse de los corsarios. Una nave catalana de 2800 *botte* (unas 1400 toneladas), en agosto de 1490[112], da caza a las galeras berberiscas, que se han de refugiar en el puerto de Siracusa. En 1497[113] menciona Sanudo una nave veneciana de 3000 *botte*, una *barque* francesa de 3500 y una nave genovesa, la *Negrona*, de 4000. Dos años más tarde, en 1499[114], anota indicaciones sobre el tonelaje de los navíos venecianos que van a unirse a la flota francesa. El tonelaje medio de los 30 navíos (de ellos siete extranjeros) es de 675 *botte*, o sea, alrededor de las 338 toneladas, media exageradamente alta a ojos de cualquier historiador del siglo XVI. A título de comparación digamos que, en julio de 1541[115], 52 navíos registrados en Cádiz y en Sevilla en vísperas de la expedición de Carlos V contra Argel arrojan un tonelaje total de algo más de 10 000 toneladas, o sea, una media de 200 toneladas por navío. Debemos admitir, por tanto, que el siglo XV ha conocido tonelajes tan elevados como los registrados en el siglo XVI: algunos de los *Indiamen*[116] que practicaban entonces el comercio «con la China» tenían alrededor de las 2000 toneladas.

Las primeras victorias de los barcos de pequeño tonelaje

En un determinado momento (sea un poco más pronto o un poco más tarde), entre los siglos XV y XVI, se produjo una reducción del número de los grandes veleros y un rápido incremento de los barcos de pequeño tonelaje. Este acontecimiento se puede señalar en Venecia a mediados del siglo XV: en 1451, una deliberación senatorial[117] menciona la boga de los pequeños navíos para los viajes a Siria y Cataluña: *et ad viagia Sirie el Cathallonie omnes magis desiderant naves parvas*. Poco después de esta fecha se multiplican por toda la extensión del Mediterráneo los pequeños navíos del Atlántico, esos intrusos vascos, portugueses y españoles *che prima non solevano passar il stretto de Zibilterra*, dice una curiosa deliberación del senado fechada el 21 de octubre del año 1502[118].Texto tan curioso como inesperado a esa altura de los tiempos. Venecia, si hemos de creer lo que dice, está pasando por unos momentos catastróficos: sus grandes navíos, de 300 que eran (eso es una exageración) *dal 1420 sino al 1450*, han quedado reducidos a 16, cada uno de ellos con una capacidad mínima de 400 *botte*, y en su mayor parte aptos solo para el desguace; además de estas grandes naves, había unas cuantas pequeñas, incluidas las carabelas de Dalmacia y las *marani*…

No faltan motivos que explican esta crisis: los gravámenes que agobian la navegación; fletes tan bajos que resultan ridículos; la prohibición de ir a cargar la sal del Languedoc *in mar de Lion*; la autorización dada a los navíos extranjeros para embarcar vinos directamente en Creta, y además, esos intrusos recientes que han franqueado el estrecho de Gibraltar y «se enriquecen a expensas no solo de los *cittadini*, sino también del Estado, al que ponen en situación muy difícil, de las *mude*, de las galeras y de nuestras naves». Los intrusos recientes eran, naturalmente, los pequeños navíos…

Y el proceso es el mismo en el Atlántico, en el canal de la Mancha y en el mar del Norte. Aloys Schulte lo ha descrito en su maravilloso libro sobre la *Grosse Ravensburger Gesellschaft*, donde encontrará cuanta información precise aquel que sepa buscarla[119]. Las grandes naves o *naus* de Génova y otras ciudades mediterráneas resultan derrotadas por las elegantes y ligeras *caravelles*, la nueva y joven esperanza del mundo. Andrea Satler escribe en Brujas, en 1478: *Die kleinen haben die grossen Schiffe ganz vertrieben*. La diferencia entre las dos categorías es enorme; en 1498, cuatro naves cargan en Amberes 9000 quintales de mercancías; 29 carabelas solo consiguen cargar, todas juntas, 1150.

Esta victoria del barco de velas pequeñas sobre los grandes navíos mediterráneos, victoria del más veloz y barato sobre el mastodonte que tanto tiempo requiere cargar y que se ampara en privilegios monopolísticos, marca el comienzo de una enorme transformación tanto en el Atlántico como en el Mediterráneo. Transformación que continúa adelante hasta la década de 1530 para detenerse alrededor de 1550 (al menos en el Mediterráneo), y reemprender su marcha a partir de 1570, continuándola hasta más allá de final de siglo.

El siglo XVI en el Atlántico

El problema de la navegación por el espacio atlántico en el siglo XVI se acostumbra a plantear desde un ángulo equivocado. Para colocarlo en la perspectiva justa deberemos considerar aparte los dos grandes monopolios ibéricos: la *Carrera de Indias*, con su centro en Sevilla, y la larga ruta marítima entre Lisboa y las Indias Orientales.

Los pequeños navíos de los descubridores desaparecen muy pronto de estas rutas privilegiadas. De las tres naves de la flota de Colón, la *Santa María* tenía 280 toneladas; la *Pinta*, 140, y la *Niña*, solamente 100. Cincuenta años más tarde, las Ordenanzas de 1552 no aceptaban en los convoyes de América sino embarcaciones que pasaran de 100 toneladas de desplazamiento y que tuvieran cuando menos una tripulación de 32 hombres; una orden de Felipe II, emitida el 11 de marzo de 1587, elevó a 300 toneladas el tonelaje mínimo[120]. Rara era la embarcación, de las que en el siglo XVI hacían la travesía a las Indias Occidentales, que alcanzara un desplazamiento de 500 toneladas, tanto más cuanto que ya los veleros de 400 toneladas pasaban dificultosamente la barra de Sanlúcar de Barrameda, del Guadalquivir, en la ruta de Sevilla. Hasta la segunda mitad del siglo XVII no empezaron a abundar los galeones de 700 a 1000 toneladas[121], lo que planteó con caracteres agudos la necesidad de trasladar la *Casa de Contratación* y el monopolio del comercio con las Indias de Sevilla —adonde no podían llegar estas embarcaciones— a Cádiz[122].

En Lisboa, donde la entrada del puerto estaba libre de obstáculos, no eran raros los navíos de mayor tonelaje, desde el siglo XVI. En 1558 la nave *Garça*, que transportó a las Indias portuguesas al virrey Constantino de Bragança, desplazaba 1000 toneladas. Claro está que era el mayor barco que jamás había hecho la travesía de las Indias[123].

En 1579, de acuerdo con lo que dice un embajador veneciano, las *navi grandissime* que había en Lisboa son de 2200 *botte* (más de 1100 toneladas) [124]. A fin de siglo se sobrepasa con frecuencia este tonelaje. La carraca *Madre de Deus*, de la que Clifford se apodera en 1592[125] y que lleva al puerto de Darmouth, no puede, al parecer, remontarse hasta Londres a causa de su calado. Sobrepasa los 1800 toneles, y lleva 900 toneladas de mercancía, más 32 piezas de ordenanza y 700 pasajeros. De proa a popa mide 166 pies, y su mayor anchura, en el segundo de sus tres puentes, es de 46 pies y 10 pulgadas; tiene un calado de 31 pies; su quilla alcanza 100 pies de longitud, y su palo mayor, 120 pies de altura y 10 de circunferencia, y la admiración que ha causado entre los ingleses aumentó cuando se hace pública para su subasta, el 15 de septiembre, la interminable lista de sus mercancías. Cuarenta años más tarde, los portugueses seguían construyendo navíos de esta importancia. En 1634, admira un viajero[126] una carraca de 1500 toneladas que se estaba construyendo en el puerto de Lisboa. «Los portugueses —cuenta— tenían antaño la costumbre de hacer navíos de este tamaño y aun mayores. La cantidad de madera que requiere su construcción es increíble: un bosque de varias leguas sería insuficiente para hacer dos de ellos. La construcción de uno solo de estos barcos requiere el trabajo de 300 hombres, quienes necesitan por lo menos un año para terminarlo. El hierro de los clavos y demás partes metálicas necesarias alcanza un peso de 500 toneladas. En otros tiempos las carracas eran de 2000 a 2500 toneladas. Para construir el mástil, escogían ocho pinos de los más altos que encontraban y los montaban en un único fuste por medio de aros de hierro; precisa una tripulación de 400 hombres».

En una fecha tan posterior como la de 1661, Varenios reconoce, en su *Geographia Generalis*, que son los ibéricos quienes construyen los navíos más grandes: *Hodie maximae sunt naves Hispanorum seu Lusitanorum quas vocant carracas*[127]. Pero para esa fecha, hacía ya largo tiempo que estos colosales bastimentos habían perdido la batalla frente a las ligeras naves holandesas.

La disminución del número de estos gigantes y la multiplicación de los pequeños y ligeros veleros habían comenzado en el siglo XVI. Esta segunda circunstancia es la que debemos considerar ahora. Las naves con las que los ingleses consiguieron sus grandes éxitos del siglo XVI, sea en los viajes de descubrimiento o las incursiones de su corso, eran por lo general inferiores a las 100 toneladas[128]. En 1572, Drake navegaba a bordo de la *Pasca*, barco de 70 toneladas solamente[129], y el *Primrose* de Londres[130], en 1585,

desplazaba 150. En 1586, las tres naves de Cavendish tenían, respectivamente, 140, 60 y 40 toneladas[131]. En 1587 llegó a España la noticia de que en las riberas de Londres había 14 barcos ingleses que desplazaban entre 80 y 100 toneladas cada uno[132]. Todavía en 1664, Francia poseía en total algunos millares de embarcaciones de más de 30 toneladas, solo 400 que apenas pasaban de 100 y 60 únicamente de más de 300 toneladas[133]. La parte esencial de los lazos marítimos franceses con el Báltico, por ejemplo, estaba asegurada por unidades que desplazaban entre 30 y 50 toneladas. En el siglo XVI, al igual que en el XVII, debemos imaginarnos los mares y océanos surcados por pequeños veleros. De 1560 a 1600, los arsenales de Lúbeck construyeron 2400 navíos, según estudios y cálculos de Baasch; su tonelaje medio era de 60 lasten, o sea 120 toneladas[134], y, sin embargo, había en Lúbeck grandes navíos: El *Grande Barque*, capitaneado por «Roqueresbart», de 600 toneladas, fondeó en 1595 en la bahía de Cádiz, y *el Josué* de Lúbeck, de 300 toneladas, echó anclas casi al mismo tiempo en Sanlúcar[135]. Las ciudades hanseáticas enviaban a España grandes naves, que los sevillanos arrendaban o compraban para los viajes al Nuevo Mundo, y los portugueses hacían lo mismo para sus travesías al Brasil y al océano Índico. Tal el filibote *La Esperanza*, de 160 toneladas, de matrícula de Hamburgo, capitaneado por Jean «Neve» y armado con 20 piezas de artillería, que pasó por Cádiz en marzo de 1595 destinado al Brasil por «los contratadores de la provisión de la frontera de la Corona de Portugal»[136]. El promedio que da Baasch de 120 toneladas indica que, junto a los grandes navíos, navegaban gran cantidad de pequeños veleros a los que no asustaba el viaje a España. Un censo de 1538 da una lista de cuarenta navíos, barcas y chalupas, surtas en los puertos de Asturias, con un tonelaje medio de 70 toneladas[137]. En 1577, 1578 y 1579 una lista[138] de los barcos extranjeros arribados a Andalucía da la cifra anual de 800 bastimentos, con una capacidad total de 60 000 toneladas, es decir, la modesta media de 75 toneladas por unidad. Naturalmente, las cifras son mucho más elevadas cuando se trata de grandes navíos extranjeros requisados para el transporte de tropas, como los reseñados en 1595 en tres listas hechas en los puertos de Sanlúcar y de Cádiz. En un primer lote de 28 barcos, inscritos el 29 de marzo de 1595[139], el tonelaje medio era de unas 200 toneladas; un segundo lote de 37 barcos registrados el 3 de agosto y en el que figura parte o la totalidad de los que pertenecen al lote precedente[140] arroja un tonelaje global de 7940 toneladas. La artillería de toda esta flota comercial comprende 396 cañones y sus tripulaciones 665 hombres, de lo que se deduce que, por término medio, cada unidad desplazaba

214 toneladas (cifra muy elevada, pero hay que tener en cuenta que se trata de naves extranjeras y escogidas), llevaba 10 piezas de artillería y tenía una tripulación de 18 hombres. Digamos, simplificando, que cada pieza de artillería equivale a 20 toneladas, y cada marinero a 10. En un último lote de 54 navíos[141], el tonelaje global era de 8360, o sea 154 toneladas por unidad (desplazamiento más bajo, no porque se trate del tráfico de otoño, sino porque la lista se extiende esta vez a todos los navíos que entraron a puerto). Este lote incluía las «urcas», grandes navíos de tipo nórdico, y pequeños veleros a los que el texto da el curioso nombre de *filibotes* (palabra, sin duda, de la misma familia que *filibustear*, piratear). Sin meternos en explicaciones lingüísticas, diremos que eran pequeñas embarcaciones destinadas a filibustear por las aguas del océano, tales como el *Chien d'Or* de Estocolmo, de 80 toneladas; la *Fortune* de Dunquerque (60), la *Sainte-Marie* de Estocolmo (80), el *Saint-Pierre* de Koenisberg (80), el *Charité* de Dunquerque (80) y el *Chasseur* de Estocolmo (60), para citar solamente los primeros nombres de esta lista, de barcos del norte, de Noruega, Dinamarca, las ciudades hanseáticas y los Países Bajos fieles, que después habían arribado a Sevilla y a otros puertos anexos desde 1586, a relevar a los barcos ingleses y holandeses que el católico rey ya no quería ver en los puertos de la Península; barcos pacíficos cargados de velas, de madera, de tablones, de planchas, de trigo… y que, para evitar la vigilancia inglesa, daban a veces la vuelta a Escocia por el norte.

Pero los barcos ingleses y holandeses arrojados de la Península se dedicaron todavía con mayor furia a la piratería de una orilla a otra del océano, saqueando las costas mal resguardadas y atacando a los grandes, a los enormes galeones de las Indias. En estos encuentros triunfaban a menudo los pigmeos, gracias a su mejor artillería, a su mayor rapidez, a su gran resistencia contra el mar y el viento, y a causa también de su artillería, pues como explicaría mucho más tarde (1626) un contemporáneo de Richelieu[142], contrariamente a lo que ocurría antaño, un navío de 200 toneladas puede hoy «llevar tantos y tan grandes cañones como un navío de 800…»: esta invención, «la quintaesencia del mar», permite a estos pequeños navíos caer como insectos sobre las unidades excesivamente grandes, torpes y lentas de los ibéricos. Cuando tomaban alguna de estas fortalezas flotantes, la incendiaban, después de desmantelarla por completo. Consultado en 1596 el príncipe Juan Andrea Doria aconseja emplear en adelante barcos más pequeños y más rápidos en la travesía de las Indias[143]. El almirantazgo español, adoctrinado por la experiencia y ya antes de la captura del *Revenge* en 1591[144], ordena la construcción de barcos veleros más ligeros.

Lippomano lo decía en 1589 en su relación al senado de Venecia; el embajador español envía un resumen de ella a Felipe II[145]: «El Rey Católico está resuelto a seguir adelante con la empresa de Inglaterra, confiado en poder triunfar en ella, subsanando las faltas pasadas, construyendo navíos más pequeños, mejor adaptados al océano, provistos de piezas más largas y más ligeras». Felipe II subraya en el informe las palabras «naves más pequeñas y mejor adaptadas al océano», y añade al margen: «creo que se procede al revés y será bueno recordárselo a P.º Menéndez Márquez». Por tanto, si el problema no estaba resuelto a raíz de la Armada Invencible, por lo menos había sido puesto de manifiesto en las altas esferas.

Respecto al plano comercial se produce la misma evolución: los pequeños desplazan a los grandes, pacíficamente o por las malas. En agosto de 1579, el «Govierno» de Vizcaya discutió el problema[146]. Era el suyo un territorio muy pequeño, ampliamente abierto por sus «rías» sobre el océano. Las viejas ordenanzas vizcaínas estatuyen el derecho preferente de carga de los navíos grandes en detrimento de los pequeños, y de los barcos nacionales sobre los extranjeros, provocando largas discusiones en el seno del «Govierno». Esto nos da pie para saber que todo el hierro de Vizcaya se despachaba en pequeños barcos, los cuales podían cargar y descargar en sitios donde los grandes no tenían posibilidad alguna de entrar, «en muchos puertos de Francia y Galicia, por ser pequeños y de poca agua»[147]. Los grandes navíos tardaban en hacerse a la mar, pues la tarea de llenar las bodegas de estos mastodontes era larga y pesada… En cambio, los pequeños permitían partidas más frecuentes. Fraccionan, también, los riesgos. Los navíos de gran tamaño reservan sorpresas desagradables. Después de acaecida una de ellas, Marco Ottobon, secretario de la señoría, que en el verano de 1591 está fletando navíos en Danzig para llevar el trigo a Venecia, da preferencia a los navíos de 120 a 150 *lastri* (de 240 a 300 toneladas), «de los cuales hay una buena cantidad; su capacidad de carga es reducida, pero a consecuencia de ello, el trigo corre menos peligro de perderse en ruta… y, como no estamos asegurados, siempre resultará menor cualquier pérdida eventual»[148]. Y lo más importante es que *questi vaselli di mediocre grandezza espediscono più presto il viaggio che li grandi*[149], «despachan» su viaje con mayor rapidez que los grandes. Otra ventaja importante es que en ellos se puede cargar el trigo directamente en los pañoles, *a rifuso*, lo que elimina la necesidad de sacos o toneles… ¡No eran pocas las ventajas que ofrecían los navíos de pequeño porte![150]

Tal es, en efecto, la verdad del Atlántico. Nos hemos detenido bastante en esto porque era necesario, ya que esta verdad ayuda también a comprender la historia de los transportes en el mar interior, prefigurando o confirmando su evolución.

Para simplificar la cuestión, comencemos con una revolución técnica, que concierne en particular a Venecia. Pero Venecia es Venecia, y su importancia, de primer orden. La galera, que había debido afrontar no poca competencia durante el siglo XV, se verá *prácticamente* eliminada en el curso de los primeros 30 años[151] del siglo XVI por la nave: el gran buque de carga elimina al largo, fino y poderoso barco de remos, no sin que este se mantenga en boga todavía en Venecia, por ejemplo, por razones difíciles de explicar. Las galeras de Beirut eran, en la época de Bandello[152], un elemento característico de la vida veneciana. Las galeras aseguraban las comunicaciones con Berbería hasta 1532, con Egipto[153], por lo menos hasta el año 1569, en que sabemos que dos galeras hacían todavía el viaje hacia Alejandría y Siria[154], y seguramente hasta más tarde. A finales del siglo, la galera seguía en servicio entre Venecia y Spalato[155], ya que había interés en mantener en servicio, en esta corta distancia, a un tipo de barco dueño de su ruta y apto por sus medios de a bordo —cañones y hombres— para vencer las dificultades de los peligrosos corsarios uscoques, que se han mantenido durante largo tiempo como protagonistas de la escena, con una capacidad media de unas 600 toneladas[156], llevando vinos a Inglaterra, transportando cereales y sal por todo el Mediterráneo, y yendo y viniendo a Siria.

El embajador veneciano Navagero hizo en 1525 el viaje entre Génova y España en una nave genovesa nueva, de 15 000 a 16 000 «cantars» (un «cantar» equivalía a 89 kilos), o sea de 1300 a 1400 toneladas[157]; en 1533, una nave ragusina de 1200 *botti* (= 600 toneladas) fue aprehendida y luego dejada en libertad por los turcos en el puerto de Quíos[158]; en 1544, en el puerto de Mesina, se quemó la nave más grande del Mediterráneo (aunque la pretensión no sea forzosamente exacta), que desplazaba también 1200 *botti*[159]; el 8 de marzo de 1565 fue requisada en el puerto de Alicante una gran nave veneciana, un barco de 6500 salmas (alrededor de 975 toneladas), armada con 60 piezas de artillería[160]. Un barco de carga genovés de 450 toneladas y otro carguero portugués de 225[161] fueron requisados al mismo tiempo que la nave veneciana. Una serie de listas de naves, en su mayoría recién construidas, en los registros de la Sommaria[162] en Nápoles, para los

años 1561, 1568 y 1569 nos ofrecen 10 cifras seguras de tonelaje (cinco de las cuales corresponden a navíos ragusinos). Son, en toneladas, y en orden decreciente: 1000, 700, 675, 450, 300, 270 y 190. Una lista de naves del puerto de Liorna en 1579[163] arroja el tonelaje siguiente: una nave marsellesa que iba a Venecia a cargar seda, 90 toneladas; una turca que se dirigía a Nápoles, 195; una nave veneciana, 175; una nave española en viaje hacia Alicante, 165; una nave ragusina, el *Sto. Spirito et Santa Maria di Loreto*, capitaneada por Antonio di Veglia, que iba a Génova a descargar sal y lana, 1125 toneladas. En 1538, en la flota que el marqués de Santa Cruz conduce a las Azores, hay tres naves catalanas, de 733 toneladas cada una; siete naves ragusinas, de 726 toneladas; cuatro venecianas, de 586; dos naves genovesas, de 449 (estas cifras son las de la media obtenida del total de cada uno de los grupos)[164]. En 1591 se hace mención de una nave ragusina de 375 toneladas[165], de una nave de 450, construida en Antibes en 1593[166]; en octubre de 1596 entró en Cartagena una nave ragusina de 750 toneladas[167] cargada de pólvora y mechas de arcabuz; el mismo año los turcos revendieron a los ragusinos por la suma de 60 000 aspros una nave de 350 *botti*, o sea alrededor de 175 toneladas, que Cigala había apresado el año precedente[168]; en 1599 se estacionó en Trapani una nave ragusina de 250 toneladas[169], y en 1601, otra también de Ragusa de 600 toneladas, cargada de sal, la *Santa Maria di Montenegro*[170].

Nos encontramos muy lejos de las cifras tope del siglo XV. Se evidencia la crisis de los grandes tonelajes en Venecia, en Ragusa[171], por todo el Mediterráneo, donde se afianza el éxito de los veleros de pequeño porte. En Venecia, en efecto, la prohibitiva elevación de los precios veda a los particulares, desde el año de 1573, al terminar la espantosa crisis de la guerra turco-veneciana, la construcción de grandes unidades navales. Un documento oficial lo precisa[172]: «Desde 1573 [el documento lleva fecha de 4 de noviembre de 1581] al presente, el precio de las cosas ha subido de tal modo, como todos saben, que ya rara vez se aventura alguien a construir grandes navíos; y en la actualidad solo nos quedan siete». Desde entonces, para fabricar navíos de gran porte, en Venecia había que contar con subvenciones del Estado, las cuales fueron elevándose sin cesar: de 2700 ducados para navíos de más de 500 *botti*, se elevan en 1561 a 3500 ducados y más tarde a 4000 y 4500, cantidades que cubrían el costo de la construcción cuando se trataba de navíos de 400 toneladas. A partir de 1590 se concedían subvenciones hasta de 8000, 9000 y 10 000 ducados para barcos de 800 a 1000 *botti*[173]. Se trata de la ya mencionada antes crisis de fin del siglo. En

Candía sobrevino una crisis análoga, según informa el proveedor Foscarini al salir de su cargo en 1577[174]. Antes, los candiotas navegaban en galeones con velas latinas. Estos grandes navíos requerían una numerosa tripulación: «erano scuole, nelle quali si facevano de buoni marinari»; es decir, eran «escuelas» en las que se formaban buenos marinos, aptos para el manejo de las galeras; no así, en cambio, aquellos *navili* que se habían introducido «*navigando alla vela quadra*» (navegando con vela cuadrada).

TONELAJES MEDIOS DE LOS NAVÍOS REGISTRADOS O REQUISADOS EN LOS PUERTOS DE ESPAÑA, 1551-1554			
PUERTOS	**FECHAS**	**NÚMERO DE NAVÍOS**	**TONELAJE MEDIO EN TONELADAS**
Cádiz[175] expedición contra Argel	27 junio 1541	12	170
Cádiz y Sevilla[176] (naos y urcas) expedición contra Argel	julio 1541	52	202
Málaga[177] expedición contra Argel	14 septiembre 1541	24	170
Cádiz, Sanlucar, Puertode Santa María[178]	(1550) probablemente 1541	27	190
Sevilla[179] las naos que están en el río de Sevilla	abril 1552	23	267
Todos los puertos de Guipuzcoa y Vizcaya[180] (barcos nuevos)	1554	31	237

Estos pequeños navíos no aparecieron solamente en Candía; poco antes o poco después, veíanse en todo el Mediterráneo: por ejemplo, los *vascelli quadri* de Liorna en el siglo XVII, cuyo gran especialista pasaba por ser un capitán inglés, Roberto Torton[181].

El pequeño navío, nunca ausente de los tráficos del mar, asumía las más diversas formas según las regiones. En el Adriático eran los *marciliane*, que eliminaron a los *grippi*, pequeñas galeras que, en tiempo de Sanudo[182], invertían veintidós días en transportar a Venecia el vino nuevo de Candía, o los *marani*, que, en sus orígenes, en el siglo XV, habían transportado la leña y la piedra de Istria, pasando a emplearse después para travesías más largas. Los *marciliane* son más ventrudos que las naves, pero con el mismo velamen; tenían la popa cuadrada y la proa muy maciza. Desde 1550 participan en el comercio de Apulia (aceite, azúcar y trigo). Por su pequeño tonelaje, acapararon el tráfico del Adriático en las postrimerías del siglo XVI, y después salieron de las aguas de aquel mar angosto, para tocar en las islas venecianas… En 1602, Venecia disponía de 78 *marciliane*; algunos tenían cuatro mástiles, y desplazaban de 140 a 150 toneladas[183], y excepcionalmente hasta 250[184]. Era este un signo del triunfo de las embarcaciones de escaso tonelaje en las márgenes del Adriático. Otro signo característico fue que el ducado de Ferrara, cuyos puertos solo eran accesibles a las embarcaciones que los venecianos llamaban *marciliane*, no se

preocupara de agrandarlos[185]. Sin embargo, la señoría puso obstáculos a esta clase de barcos desde 1598[186], y en 1602 prohibió que llegaran hasta Zante… Su número descendió de golpe a 38 en 1619[187]. Esto prueba que Venecia habíase obstinado en mantener a todo trance los grandes tonelajes. Todavía entre los años 1630 y 1632, Stochove, que hizo un viaje a Levante, se refiere a los navíos mercantes de Venecia[188], «tan pesados y tan mal construidos que no podrían navegar con poco viento, lo cual hace que a menudo tarden de tres a cuatro meses en llegar a Constantinopla. Por el contrario, los barcos de Provenza son pequeños y ligeros, de modo que, por poco viento que sople, ganan camino…».

La prosperidad de Marsella, desbordante desde 1570, se explica por mil razones: el aflujo de mercancías francesas, inglesas y alemanas por la ruta del Ródano; el desplazamiento de Venecia, de 1570 a 1573, a causa de su guerra contra los turcos; los privilegios entre el Cristianísimo Rey y los turcos berberiscos. Pero debióse también, entre otras causas, a la ligereza de los barcos de Marsella y de Provenza, naves, galeones, tartanas, saetas o *barcas*, como las enumera la nomenclatura liornesa. Estos nombres no deben sorprendernos, ni siquiera los de naves y galeones: una nave, la *Sante-Marie-Bonaventure*, en 1597[189], desplazaba 700 «cantars» (unas 60 toneladas); un navío del mismo nombre (que era el más corriente de los barcos marselleses), 150 toneladas. Tampoco era una gran «nave» la que capturó Pedro de Leyva en Trapani el 5 de mayo de 1596, «*inventaque sunt in ea coralla… el alia…*»[190]. Se ignora el tonelaje de los «galeones» marselleses que traficaban con Trípoli de Siria en 1591[191]; el del galeón *La Trinidad*, que tenía por capitán a Nicolás Sicart (5 de abril de 1591); el del galeón *La Foy*, capitaneado por George de Bellet (5 de abril de 1591), o el del galeón *Saint-Victor*, que cargó en Alejandreta el 7 de mayo de 1594. Pero seguramente ninguna de estas unidades podía compararse con los gloriosos galeones que de antaño disponía el duque de Provenza[192]. En 1612, un cónsul veneciano en Siria habla de los barcos marselleses de 400 *botti*… Generalmente, como dice un capitán marsellés, no pasan de ser *galeonettos* que navegan cargados de habas, cueros y quesos entre Cagliari y Liorna[193]. En este fin de siglo, las saetas marsellesas desplazaban de 30[194] a 90 toneladas[195]. Una nave de 3000 «salmas» (450 toneladas), construida en Antibes durante el verano de 1593, fue vendida por mitad a un genovés, Giovanni Battista Vivaldo[196].

Las barcas, las tartanas, las saetas, los galeones y *galionetti*, navíos y naves marselleses, fueron poblando poco a poco el ancho mar, en el siglo XVI. No había un puerto del África del Norte donde no anclaran, ni un puerto de

España donde no se peleasen con las autoridades locales, ni un puerto de Italia donde no fueran familiares, inundando los muelles con la muchedumbre de mercaderías que transportaban. En Venecia ofrecieron e impusieron sus servicios desde 1560. Viajaban a todo lo largo del mar en flotillas enteras granjeándose el odio de los grandes navíos. Cuando en 1574[197] una nave mercante ragusina lograba apresar una nave marsellesa, la saqueaba, la hundía y echaba al mar a sus tripulantes, desde el capitán hasta el grumete; y no solo por espíritu de lucro, sino por competencia y por celos. La crisis del transporte afectaba seriamente el comercio de los grandes barcos de carga ragusinos. Todavía surcaban el mar de Levante a Poniente, de Sicilia a España. En pos de las armadas de Felipe II, aventúranse en las aguas del Atlántico y perecen en ellas a fines de siglo. Hasta que, a la vuelta de diez o veinte años, Ragusa se repliega, como Venecia, y más aún que ella, sobre el pequeño marco del Adriático.

Todo ello siguiendo ritmos que no encierran ningún misterio ni tienen nada de excepcional. En todos y cada uno de los casos fueron dictados por la época y las circunstancias. Marsella cuenta con muchos barcos a finales de siglo, pero son de tamaño mediano, aunque, en 1526, en un requerimiento a Francisco I, declara que su puerto estaba equipado con *grosses nefzs, navires, galions*, para comerciar con Siria, Egipto y Berbería[198]. Es evidente que el puerto había cambiado en el transcurso del siglo. Ragusa, que, según un testigo, cuenta en 1574[199] con los navíos de mayor porte del Adriático, después de un largo eclipse que había durado lo que el siglo XVII, renace a una vida marítima apreciable, a partir de los años 1734-1744; lanza entonces, por todas las rutas del Adriático y por otras externas a este, decenas y decenas de barcos pequeños: naves, polacras, fragatas, *marciliane*, falúas, pataches, *vachette, tartanelle, trabaccoli.*… Como era de esperar, han cambiado los nombres, formas, accesorios y navíos[200].

En el siglo XVI los pequeños navíos surgen por todas partes, hijos de la evidente expansión de las actividades comerciales. El archipiélago griego contaba con sus navíos ligeros, y Provenza con sus barcas (no solo las de Marsella). En Venecia pagan en 1599 ocho *caramusali*[201] su *ancorazzo*, de los cuales cinco por lo menos están capitaneados por patrones de Mitilene (Lesbos); y mucha mayor importancia tenían los navíos venidos del norte, los llamados corrientemente *bertoni*. Estos últimos penetraron en el Mediterráneo en dos oleadas, la primera anterior a 1550 y la segunda después de 1570, con el curioso intervalo representado por los 20 años que corren entre la primera invasión y la segunda.

Pero las auténticas dimensiones del problema solo se pueden percibir gradualmente. Todo ha representado un papel: la subida de los precios, el aumento del nivel de vida, los fletes del viaje de vuelta, las oscilaciones de la coyuntura… Así razona un veneciano anónimo[202] en un documento que, aunque sin fecha, debe ser de comienzos del siglo XVII. Sí —dice—, en los viejos tiempos, cuando las buenas personas eran *di modesto guadagno*, todo iba mejor. Hoy es muy diferente: todos obran guiados por el interés. «Lo que hoy cuesta 100 ducados, se obtenía antaño por 25». El resultado es la desaparición de los grandes navíos venecianos: franceses, ingleses y holandeses invaden el puerto con *loro navi minori*; además, pagan más alto por las mercancías y arruinan los negocios de los demás. ¡Si se les pudiese eliminar de Chipre, cuya sal y algodón resultan un lastre providencial, *savorna*, en los viajes de regreso! ¡Ah, aquellos sí que eran tiempos: barcos grandes y viajes que duraban cinco meses! Este discurso —muy abreviado— refleja el modo en que un veneciano podía apreciar, desde su propia ciudad, la pérdida que acababa de sufrir el mar Mediterráneo en todo lo referente a los tráficos a larga distancia y sus monopolios, y estimar además, esa subida general de los precios que continuaba desde hacía tiempo su curso ascendente.

Pero, en realidad, la economía de Venecia no declinó a la par de su marina. Y el enjambre de pequeños barcos que en el siglo XVII invadió el Mediterráneo era, al contrario, un signo de la prosperidad de este mar, una muestra de su capacidad de enrolar a los proletarios del Atlántico y pagar sus servicios. Volveremos más adelante sobre este importante problema[203].

III. LAS FUNCIONES URBANAS

Por muy prestigiosas que puedan ser, las ciudades del Mediterráneo se hallan sometidas a los mismos procesos regulares que experimenta toda comunidad urbana. De modo idéntico que cualquier otra ciudad, viven de un control del espacio que ejercitan gracias a las redes de rutas que de ellas arrancan, del encuentro con otras rutas, de su constante adaptación a condiciones nuevas y de sus evoluciones lentas o bruscas. Son verdaderas colmenas, que enjambran y construyen hasta lejos, muy lejos. Un ragusino aparece en Potosí, otro en Diu[204], y millares de ellos andan repartidos por el mundo. Dice un proverbio, y no se equivoca, que en cualquier rincón del mundo que se vaya, se encontrará siempre un florentino. Encontramos

marselleses en Transilvania[205], venecianos en Ormuz[206], genoveses en el Brasil…[207].

Las ciudades y las rutas

Sin mercados y carreteras no podría haber ciudades: estas se nutren del movimiento. El corazón de Constantinopla era el «basestán»[208], con sus cuatro puertas de ingreso, sus grandes bodegas de ladrillo, sus mercaderías corrientes y sus productos preciosos, y el mercado de hombres, a quienes se palpa como a los animales en la feria: los compradores les escupen a la cara y, luego, los frotan para comprobar si los mercaderes los han maquillado para embellecerlos[209]. Tanto da que el bazar aparezca enclavado en el centro mismo de la aglomeración —situado siempre en la parte más baja, como si todo tuviera que fluir hasta ahí, por ley natural— o de la ciudad, fuera de la aglomeración, como ocurre en la zona dinárica de la colonización turca, donde las ciudades —Mosta, Sarajevo, etcétera— son «exobazares»[210], como ayer todavía era Tánger[211].

[I-415]

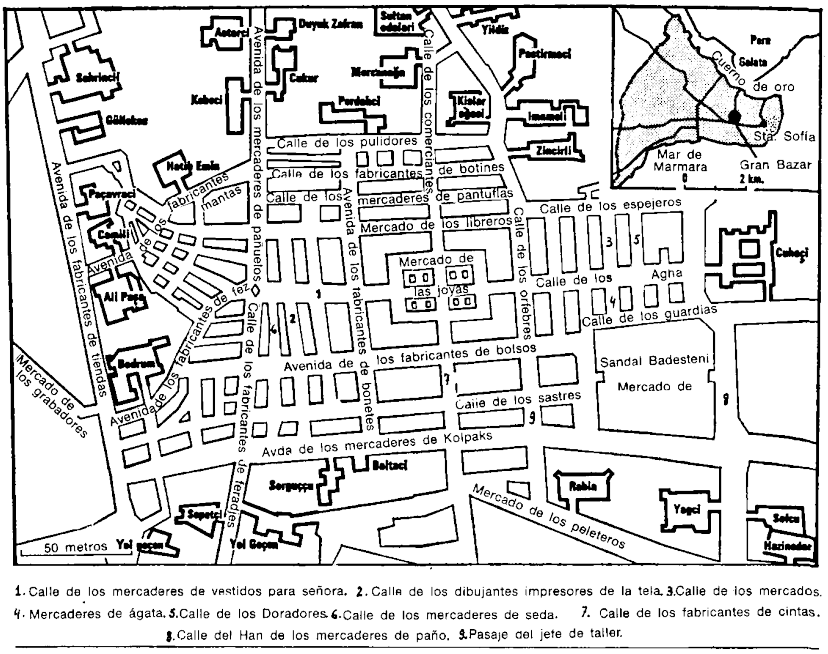
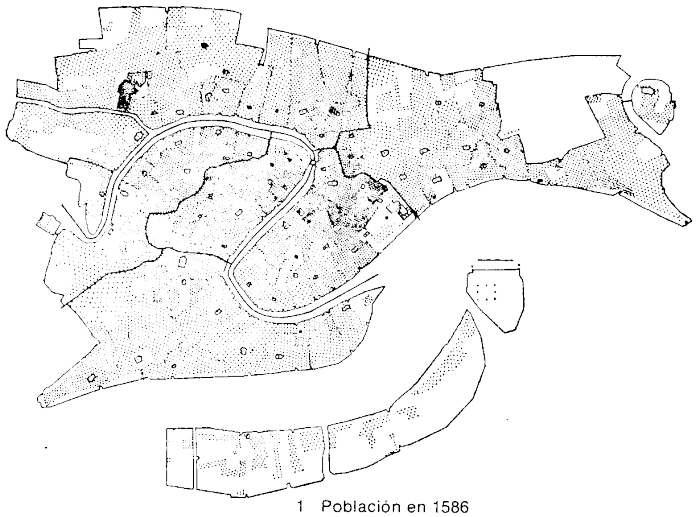
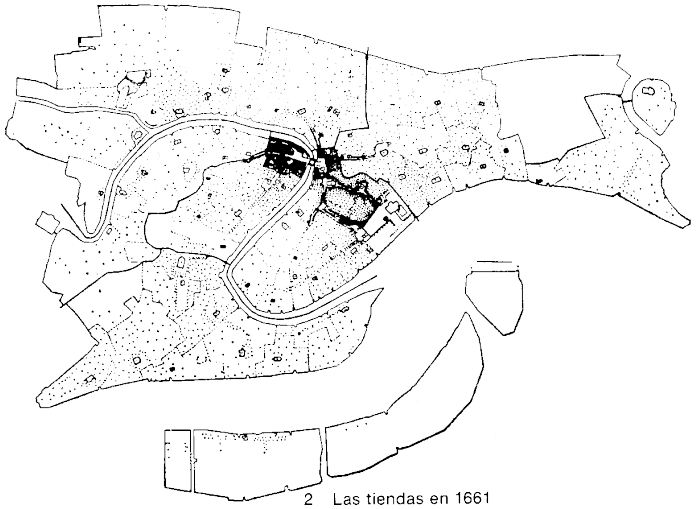


FIGURA 25. *El gran bazar de Estambul en los siglos XVI-XVII.*
El gran bazar era el corazón de las actividades mercantiles de Estambul, estaba emplazado, aproximadamente, en el mismo lugar que el actual bazar. Comprendía en primer lugar dos *Bedesten-s* (la palabra es una corrupción de Bezzazistan, de ahí el frecuente uso de la expresión Bazestán con todas las variaciones ortográficas imaginables; la raíz originaria de la palabra es *bez* —tela—, siendo al principio el bazar de los mercaderes de telas). El primer *Bedesten* había sido construido por Mohamed el Conquistador después de la toma de Constantinopla. Es el edificio central, con cuatro puertas y dos calles principales, en el interior del cual se lee *Mercado de las Joyas*. El nuevo es el *Sandal Bedesteni* (de sandal, un tejido fabricado con 50 % de seda). En torno de estos dos grandes edificios corrían calles comerciales y artesanales. Los nombres impresos con trazos más gruesos indican los patios de los *han-s* (conocidos por lo general en Occidente con el nombre de *Khan*). Se trata de almacenes estrictamente controlados donde se guardaban las reservas de alimentos para abastecer al serrallo y la ciudad; los mercaderes al por mayor vendían allí sus mercancías. El plano ha sido dibujado por Osman Ergin (1945) y reproducido por Robert Mantran en su libro —al que varias veces he hecho referencia— sobre Constantinopla.

Cualesquiera que sean su forma y su emplazamiento, el bazar, el mercado, la ciudad, es siempre el punto en que desemboca una multiplicidad de movimientos. En Argel son los borricos cargados de madera, que casi desaparecen bajo su carga y que llegan del próximo Atlas para ganar Bab-el-Oued, la puerta del norte[212]; los camellos procedentes de Mitidja o del Gran Sur, que se estacionan ante Bab-Azoum, la puerta meridional; los barcos piratas, los barcos de presa, los barcos mercantes que pululan en los muelles, cargados de mantequilla rancia de Bona, de telas, de paños, de madera de Marsella, de aceite de Yerba, de perfumes de España, amén de las mercaderías cristianas, a lo largo y a lo ancho de todo el mar, o del dinero de los rescates, procedente de Valencia, de Génova y otras partes. Todo esto nutre y construye Argel. Cualquier ciudad está, los mismo que esta, hecha de movimientos, que atrae y absorbe, reteniéndolos en beneficio suyo, acumulándolos para expelerlos después en dirección contraria, por las mismas rutas por las que vinieron. Todas las imágenes evocadoras y explicativas de la vida económica son imágenes de movimientos, de rutas y de viajes. Hasta las letras de cambio, que los autores del siglo XVI comparan con barcos o con cargamentos de barcos bogando con mayor o menor seguridad: de ahí el *agio*, una especie de seguro marítimo —tal el símil— proporcionado con el riesgo.



1 Población en 1586
Cada punto representa diez habitantes.



2 Las tiendas en 1661
Cada punto representa una tienda.

FIGURA 26. *El corazón de Venecia*.
Los dos planos de la página de al lado, tomados de D. Beltrami, *Storia della popolazione di Venezia…*, 1954, pp. 39 y 53, nos enfrentan con el mismo problema: el de la organización del espacio urbano. Para orientarse el lector deberá partir del Gran Canal, por medio del cual pasa la línea que divide los diferentes barrios de Venecia; a continuación localizará el puente de Rialto en el minúsculo cuadrado, único puente que cruza el Gran Canal; la plaza de San Marcos; la mancha blanca al noroeste representa el Arsenal; hacia el sur, la isla de San Giorgio y la Giudecca, separadas del resto de la ciudad por el amplio canal de las Zattere; la punta entre el gran canal y las Zattere corresponde a la Aduana. Los seis barrios son: San Marco; San Polo, sobre la orilla derecha del Gran Canal, a la izquierda del puente de Rialto; Castello (el Arsenal); S. Croce (tercer barrio de la orilla derecha); Cannaregio, al lado norte, donde está el *ghetto*; y Dorsoduro. El centro de la ciudad está entre Rialto y San Marcos. Más allá del puente, en medio de la mancha negra de las tiendas del segundo plano, la plaza de Rialto (pequeña superficie blanca) es el lugar de reunión cotidiana de los mercaderes. El *ghetto*, al noroeste de la ciudad, alcanza una enorme densidad de población, resultado de las medidas de segregación. Los barrios se subdividen a su vez en parroquias, cuyos límites resultan más o menos visibles según los casos en uno u otro de ambos planos.

Cuando se ve entorpecida en sus comunicaciones, la ciudad perece o sufre. Así, por ejemplo, Florencia en 1528: sus nexos con el sur quedaron cortados a partir del saqueo de Roma en 1527, y la ciudad perdió por culpa de ello los 8000 ducados semanales que le proporcionaba su clientela romana, además de los 3000 que extraía de las compras de Nápoles[213]. Sufrió también un desastre por la parte del norte, por donde todos los caminos que iban a Francia quedaron cortados por culpa de Génova, y los que conducían a Alemania, por culpa de Venecia. Entonces Florencia se ve obligada a disminuir la fabricación de sus «*panni garbi*[214], *o fini*, *o d'oro*», y a recurrir a las rutas tortuosas y desacostumbradas del contrabando para poder seguir viviendo, y a exportar sus géneros por la vía marítima hacia Francia y Lyon, más allá de Asola, Mantua e incluso Trieste, y por tierra hacia Alemania. Los Estados territoriales ricos en espacio tienen la ventaja de poder bloquear o estorbar a su antojo las relaciones entre las ciudades y comprometer a distancia el equilibrio de estas vidas siempre complicadas. Génova acusó a Francia de dar alas a las revueltas de los corsos, pero, como escribe Fourquevaux en febrero de 1567, si Francia quería hostilizar a Génova, ¿acaso necesitaba recurrir a esos actos indirectos? Habríale bastado con vedar tranquilamente el uso de las sedas y otras mercancías genovesas dentro de su propio territorio, y con prohibir a los provenzales comerciar con Génova y toda su costa, a la que proveían de trigo y de vinos[215]. En 1575, con motivo de los disturbios de Génova, una de las primeras preocupaciones de España, temerosa de que ocurriera lo peor, fue cerrar a aquella ciudad el granero siciliano[216].

Todos los bienes materiales e inmateriales arriban a las ciudades por las rutas. Lo decíamos a propósito de Augsburgo, ciudad medio alemana, medio italiana, y que, desde el punto de vista arquitectónico, tiene incluso su faz genovesa a lo largo del Lech, y su faz veneciana a lo largo del Wertach. El Renacimiento, en Florencia, el aflujo a ella de los artistas de toda la Toscana, y en Roma, la concentración en la Ciudad Eterna de toda suerte de artistas, florentinos los unos, y otros, los más, oriundos de la Umbría. Sin este mundo vagabundo, siempre dispuesto a dispersarse, que va de pueblo en pueblo y de ciudad en ciudad, reanudando aquí un fresco sin acabar y allá un cuadro o un díptico, construyendo la cúpula de una iglesia abandonada por el primer constructor, el Renacimiento italiano jamás habría llegado a ser lo que fue en realidad. Más tarde, los elementos arquitectónicos de lo que se ha convenido en llamar el «barroco» italiano serán llevados al norte por los albañiles y los canteros de los Alpes[217], que llegaron hasta muy lejos, practicando sus artes

y sembrando tras ellos, a lo largo de las rutas, los modelos de ornamentación y decoración en los que posteriormente habrían de inspirarse las generaciones de escultores de las ciudades y las aldeas.

Naturalmente, el mapa de las ciudades mediterráneas en el siglo XVI coincide, en el conjunto y en el detalle, con el mapa de las rutas. El eje que va de Tarento hasta el Po, pasando por Bari, Ancona, Bolonia, Módena, Pavía y Piacenza, constituye una sarta de ciudades. Y lo mismo podemos decir de esa otra vía a la que tantas veces nos hemos referido ya, más curiosa precisamente por menos citada, que une a Medina del Campo con Valladolid, Burgos y Bilbao, ciudades especialmente activas: la ciudad de las ferias, la capital de Felipe II (hasta 1560), la gran plaza de los mercaderes de la lana y, por último, como terminal, la ciudad de los marinos y del transporte. A su paso, la ruta va distribuyendo sus faenas entre estas ciudades, como obreros que trabajasen en cadena.

Se ve claro, en fin, cómo en el Mediterráneo occidental las grandes ciudades se aglomeran junto al mar, que es la ruta universal, mientras que tierra adentro escasean más, porque aquí solo cuentan con las rutas terrestres, de menor rendimiento. Al sur y al este del Mediterráneo, por el contrario, vemos grandes ciudades islámicas replegadas sobre el interior, obedeciendo al reclamo muy preciso de las poderosísimas rutas del desierto.

Un lugar de encuentro de las diferentes rutas de transporte

Las grandes ciudades, todas en el cruce de las grandes rutas, no nacen forzosamente de su confluencia y por el solo hecho de la encrucijada (aunque no cabe duda que Piacenza, por ejemplo, nació del encuentro del Po con la Vía Emilia), pero sí viven de ella. Diremos, siguiendo la fórmula consagrada, que «derivan su importancia de su posición geográfica». Y es que el encuentro de las rutas señala, a veces, un cambio en los medios de transporte, y, por ende, un alto obligatorio. En Arlés, las flotas del Ródano enlazan con los barcos de cabotaje de Martigues, de Bouc y de la costa provenzal, que aseguran los transportes hasta Marsella. De Verona parte la navegación por el Adigio, que, río abajo, se combina con los convoyes de acémilas y de carros del Brennero. En Trípoli de Berbería, en Túnez y en Argel, las caravanas se detienen al llegar al mar. La ciudad de Alepo no debió su nacimiento tanto a los recursos del lugar en que está enclavada, como a la necesidad de un eslabón entre el Mediterráneo y el golfo Pérsico[218]. Es, como dice Jacques Gassot[219], la avanzada de las mercaderías de las Indias «y de las telas, las

sargas y otras mercancías que vienen del Poniente». Las caravanas que venían de Bagdad se detenían allí, delante del macizo del Líbano, relevadas por otras caravanas, formadas principalmente por muletos, caballos o pequeños asnos, los mismos que llevaban y traían a los peregrinos de Occidente en el cercano trayecto de Jerusalén a Jaffa.

Todos los puertos están, por definición, en el cruce de los caminos de mar y tierra, y su misión consiste en asegurar los necesarios transbordos. No hay un solo puerto que no sea al mismo tiempo la terminal de una ruta de tierra o de agua dulce —de tierra sobre todo, pues, en el Mediterráneo, los ríos son peligrosos en su desembocadura, porque azolvan un mar sin mareas—. Además, la tierra que se alza detrás de las costas mediterráneas está bloqueada por las montañas; por eso no hay aquí un solo puerto que no tenga su brecha del lado del continente. Génova está situada frente a los cortes del próximo Apenino, por donde pasan rutas como la de los Giovi; el destino de la ciudad está unido a ese decisivo desfiladero. Sabemos que Génova, situada en una costa accidentada y salvaje, en la que desde el primer día se refugiaron minúsculas aglomeraciones marinas, ha sido durante mucho tiempo una ciudad de segundo orden, por no decir que una aldea. Y es que, aunque bien abrigada en la punta extrema de su golfo, se hallaba aislada del continente, mal soldada a la gran ruta comercial de la Edad Media, aquella *Via Francigena* que serpenteaba hasta Roma desde el norte de los Apeninos. Génova no alcanzó su dignidad hasta el siglo XI; cuando se deteriora la primacía de los sarracenos en el mar; y cuando la gente del norte, interesada desde hacía mucho tiempo en el tráfico de Europa y experta en la práctica de las rutas de la montaña (principalmente la gente de Asti), llega hasta Génova para apoderarse del lucrativo tráfico del mar. Génova nació de esta captura continental, de la valorización del desfiladero de los Giovi**[220]**. La ruta de tierra continuó conservando su importante papel en la vida de esta ciudad. Al lado de las *Venuta di mare* había siempre las *Venuta di terra*, y ambas servían de vehículo a provechosos intercambios. Génova es hija, tanto como de sus navíos, de los convoyes muleteros que, al llegar a las calles de la ciudad, debían seguir el camino de enladrillado que les estaba reservado y que fluía como un sendero en medio de la calzada de piedra…

Todos los puertos presentan este doble rostro. Marsella, por sus enlaces con la ruta del Ródano; Argel, por su solidaridad con el Magreb central; Ragusa, que es, indiscutiblemente, una ciudad creada por el mar, no ha estado jamás ausente ni por un solo instante del vasto mundo balcánico, cuyas costas y cuyo interior fueron explorados por ella. En un tiempo habíase interesado

por las minas de plata de Serbia, donde aseguró el avituallamiento de los centros de extracción y la vida de las ciudades y las ferias vecinas, tales como Uskub, Prilep, Prizen y Pek[221]. En el siglo XVI, su comercio con el este echa un brote innegable[222]. Sus mercaderes avanzan entonces a través de Bosnia y de Serbia, hasta Vidin; ejercen su influencia sobre las provincias danubianas; en Uskub, punto de partida de un camino carretero hacia Constantinopla[223], forman una colonia densa y poderosa; se infiltran en Bulgaria, adonde durante mucho tiempo se les había hecho difícil llegar a causa de los mercaderes genoveses procedentes del Mar Negro; se les puede encontrar en Belgrado vendiendo paños ingleses a los oficiales turcos que vuelven de la guerra de Hungría; se presentan en Adrianópolis, acogiendo a su paso a los embajadores cristianos; y, por supuesto, en Constantinopla. La asombrosa potencia de la ciudad de Ragusa en el siglo XVI está en íntima relación con estas colonias de mercaderes establecidas en el interior de los Balcanes; con los cientos y cientos de tiendas en que los comerciantes revenden a crédito o al contado las cariseas inglesas y las telas venecianas y florentinas; y con los viajes de los mercaderes compradores de cueros que chalanean con los pastores, algunos de cuyos largos y estrechos cuadernos de cuentas se conservan en los archivos de Ragusa.

Toda la vida de Ragusa sería, por tanto, inconcebible sin los espantosos caminos que iban hasta Sarajevo por el norte, y hacia Uskub, parada esencial hacia el este, por las cumbres montenegrinas y albanesas. La ciudad de Ragusa es la conjunción de dos movimientos: uno que se explaya por las rutas de los Balcanes, y otro que se vale de los ilimitados caminos del mar y que, en el siglo XVI, llevaba a los ragusinos a todos los países del Mediterráneo, sin excepción, a veces hasta la India e Inglaterra, y una vez, que sepamos, hasta el Perú.

De la ruta a la banca

Las rutas y los intercambios han permitido la lenta división de trabajo de la cual han ido surgiendo las ciudades, distinguiéndose al principio muy a duras penas de los campos circundantes, individualizándose frente a ellos a costa de ininterrumpidos esfuerzos. Estos esfuerzos producen a su vez unos determinados efectos en el interior de la misma ciudad, organizando sus diferentes actividades, transformándolas internamente, de acuerdo con modelos que, como es natural, solo son regulares tomados en su sentido más amplio.

En este proceso, que conoce mil variantes, todo parte, sin duda alguna, de una actividad mercantil omnipresente, primordial y origen de toda la organización económica. Verdad que resulta evidente tanto en Venecia y Sevilla, como en Génova, Milán o Marsella… La afirmación es innegable en cuanto a esta última, donde solo existen unas cuantas industrias textiles[224] y jaboneras. Pero también con respecto a Venecia, que distribuía en el Oriente sus propias telas y sederías, y las lanas y terciopelos de Florencia, los tejidos de Flandes y las cariseas de Inglaterra, las felpas milanesas y alemanas, y también de Alemania, la quincallería y el cobre… En cuanto a Génova, ya en la Edad Media era proverbial aquello de «*Genuensis, ergo mercator*». No es, pues, abusivo, hablar en nuestra clasificación de un «capitalismo comercial», designando con dicha expresión una forma ágil, ya moderna e indiscutiblemente eficaz de la vida económica del siglo XVI. No todas las actividades contribuyen a su progreso, pero un buen número de cosas dependen de su dinamismo y poder magnético. Los imperativos del comercio a gran escala y a largas distancias, y sus acumulaciones de capital funcionan como fuerzas motrices. Precisamente en el espacio definido por las circunstancias de la economía mercantil se anima la vida industrial de Génova, Florencia, Venecia y Milán, particularmente en las nuevas y revolucionarias industrias textiles del algodón y la seda. La teoría clásica de Paul Mantoux era ya válida en el siglo XVI: el comercio es el que guía, el que lanza la vida industrial. Y más que en ninguna otra parte, en el Mediterráneo, donde la regla es el intercambio, el transporte y la reventa… La vida comercial lo mueve y transporta todo, incluidas las simientes de la actividad industrial, como el viento arrastra lejos las semillas… Pero estos gérmenes, estas semillas, no siempre encuentran en las ciudades el terreno propicio para germinar. En 1490, Piero del Bantella, un florentino, introdujo en Ragusa « *l'arte di fabricare i panni alti di lana*»[225]; en 1525, un hombre del terruño, Nicolò Luccari[226], importó en la ciudad el arte de la seda. Pero ninguna de estas dos industrias tuvo gran fortuna; Ragusa contentábase con producir algunas telas para su consumo propio y con teñir o reteñir algunas de las que transitaban por ella. Los mismos intentos se hicieron en Marsella con la lana y la seda, hacia 1560; en lo que a la seda se refiere, Botero nos dice que fue la falta de agua lo que impidió llevar adelante la industria[227].

En términos muy generales se puede decir que las funciones comerciales e industriales se suceden en el tiempo[228], estas impulsadas y sostenidas por aquellas y a la sombra, por tanto, de cierta antigüedad económica (entre otras muchas condiciones, se entiende). La ciudad industrial del Mediodía francés

es Montpellier[229], que tiene tras sí todo un pasado económico, toda una riqueza adquirida, de capitales disponibles y un contacto vivificante con el exterior. Lo que Colbert quiso hacer en el siglo XVII: desarrollar a la sombra del comercio francés de Levante una industria textil, se habían encargado de crearlo ya por sí mismas, desde hacía mucho tiempo, las circunstancias. La industria de Venecia se desarrolló en el siglo XIII, pero como su actividad comercial crecía paralelamente y a un ritmo más veloz, esta industria medieval no tardó en resultar insignificante en proporción con el volumen del comercio exterior. El gran impulso industrial de Venecia llegó más tarde, en el siglo XV, y sobre todo en el XVI, por medio de la gradual y lenta transición del almacén al taller; tentativa tal vez no deliberada, pero sí guiada, impuesta por la coyuntura del siglo. Venecia tiende entonces a convertirse en un puerto industrial. Y fue tal vez el éxito de Francia y de la Europa del Norte, en el siglo siguiente, lo que impidió que aquel proceso de transformación llegara a culminar[230].

Si la industria en gran escala es la segunda fase de la evolución de la ciudad, ¿debemos considerar la banca como la tercera? Es indudable que desde la misma infancia de una ciudad están en curso todas las actividades económicas, tanto las financieras como las otras. Pero este comercio no se singulariza sino tardíamente; es el último en alcanzar la plena autonomía.

Durante un largo periodo de tiempo todo es confusión: mercancía, taller y banca están en las mismas manos. En Florencia, los Guicciardini Corsi, que adelantan dinero a Galileo, tienen también intereses en el trigo siciliano y en la venta de paños y pimienta; los Capponi, cuyos grandes libros mayores se han conservado hasta nuestros días, se ocupan tanto de transportar vinos, como de asegurar navíos y emitir o aceptar letras de cambio; los Médicis, con más de la mitad de sus intereses en la banca, poseen, en el siglo XV, talleres propios para la elaboración de la seda.

Esta multiplicidad y esta confusión que se da en el mundo de los negocios es una regla antigua; de ese modo se dividen razonablemente los posibles riesgos. El comercio del dinero, es decir, los préstamos a particulares (más o menos encubiertos, pues la Iglesia prohíbe prestar con interés), las sumas de dinero adelantadas abiertamente a ciudades y príncipes, las inversiones (las *accomandite*, como se decía en Florencia), los seguros marítimos, todas estas actividades puramente financieras resultan difícilmente separables de las otras formas de comercio. Solo en la Ámsterdam de finales del siglo XVII se afirmará la actividad financiera como una totalidad particular.

Con todo, ya en el siglo XVI las transacciones financieras alcanzan un alto nivel, apareciendo cada vez en mayor número banqueros cuasi especializados, a quienes se conocerá en España con el nombre de «hombres de negocios». En la Francia de siglo XVIII se les habría más bien llamado «financieros» al servicio del Estado. En cualquier caso, este fenómeno solo se afirma en unas cuantas ciudades, mercantiles desde mucho antes, que alcanzan ahora la plena madurez. En Venecia, donde la existencia de bancas y banqueros se remonta al siglo XIV e incluso al XIII; en Florencia, cuyas grandes casas comerciales han controlado Europa y el Mediterráneo, de Inglaterra al Mar Negro, a partir del siglo XIII; y sobre todo en Génova, la cual, a despecho de lo que ha afirmado Michelet[231], no ha sido «una banca antes de ser una ciudad», pero donde la *Casa di San Giorgio* ha sido el organismo de crédito más perfecto que ha conocido la Edad Media. Un detallado estudio[232] demuestra que la ciudad ya era moderna, que ya iba muy por delante de su tiempo, en el siglo XV; vemos que allí se manejaban a diario endoses de letras de cambio y acuerdos de *ricorsa*, una forma primitiva de obtener dinero en efectivo por medio de letras falsas o cheques sin fondo. El papel que inmediatamente ha representado Génova entre Sevilla y el Nuevo Mundo, y su alianza definitiva con España en 1528, hicieron el resto: se convirtió en la primera ciudad financiera del mundo en el periodo de ascenso de la ola inflacionista y próspera que caracterizó la segunda mitad del siglo XVI —el siglo de Génova, esa ciudad donde dedicarse al comercio comienza a considerarse como una actividad plebeya—. Los *Nobili Vecchi* pueden, ocasionalmente, especular en gran escala con el alumbre, las lanas o las salinas de España, pero el comercio se lo dejan a los *Nobili Nuovi*, dedicando sus esfuerzos a la especulación con el oro y la plata, los bonos del Estado y los préstamos al rey de España.

Sin embargo, y en aparente contradicción con la simple imagen que hemos presentado, surgen múltiples centros financieros, *piazze*, por toda Europa, en ciudades casi nuevas. Pero estas eclosiones bruscas e importantes, ¿qué ocultan detrás? Simplemente, las ramificaciones de la banca italiana, ya entonces con solera. Ya en tiempos de las ferias de Champaña, eran sieneses, luqueses, florentinos o genoveses quienes siempre tenían en sus manos las balanzas de cambios; también habían sido ellos quienes, en el siglo XV, habían hecho la fortuna de Ginebra, y, más tarde, la de Amberes, Lyon y Medina del Campo. Y también están presentes cuando Fráncfort del Maine establece, en 1585, su feria de cambios. A ojos de los no avisados, su oficio tiene, evidentemente, algo de misterioso, e incluso diabólico. Un francés se muestra sorprendido, hacia 1550, ante «estos mercaderes y banqueros extranjeros» (es

decir, italianos) que llegan con las manos vacías, «sin traer de sus respectivas tierras otra cosa sino sus propias personas, amén de un poco de crédito, una pluma, tinta y papel, y su industria en saber traficar, dar la vuelta y combinar los dichos cambios de una región a otra, de acuerdo con las informaciones que reciben acerca de las plazas donde el dinero es más caro»[233].

En resumen: un pequeño grupo de hombres bien informados, que se mantienen en contacto por medio de una activa correspondencia, controlan, en Europa, la entera red de cambios tanto en letras como en numerario, y dominan así todo el campo de la especulación comercial. De manera que no nos debemos dejar sorprender demasiado por esta aparente difusión de las *finanzas*. Hay muchas diferencias y grados entre las *piazze*: algunas son predominantemente comerciales; otras, industriales, y otras, parcialmente financieras. En 1580, cuando Portugal se une a España, los hombres de negocios españoles se asombran a la vista del retraso técnico que muestran los cambios en la entonces íntegramente comercial plaza de Lisboa. Las inversiones en Marsella proceden, todavía a comienzos del siglo XVII, de Lyon, Montpellier y Génova. Ragusa, tan próspera comercialmente, depende financieramente de las ciudades italianas; en el siglo XVII, toda su fortuna se apoyará en los bonos del gobierno de Nápoles, o de Roma, o de Venecia. El ejemplo de Venecia resulta aún más revelador. Un largo informe de los *Cinque Savii*, en enero de 1607[234], indica que toda la actividad *capitalista*, como decimos nosotros ahora, está en manos de los florentinos, los cuales poseen casas en la ciudad, y de los genoveses, proveedores de plata, controlando entre unos y otros todo el movimiento de los cambios. Al *librar* sobre Venecia, genoveses y florentinos pueden especular *en los cambios* (principalmente en las llamadas ferias de Besançon, que tienen lugar en realidad en Plasencia) con el abundante dinero de los inversionistas venecianos. De ese modo *se hacían* con el numerario de que disponía la ciudad. El piamontés Giovanni Botero se da cuenta de esta situación cuando, en 1589, compara Génova con Venecia, mostrando su preferencia por esta última. En Génova han prosperado prodigiosamente los manipuladores de dinero, pero ello va en detrimento de otras beneficiosas actividades de la ciudad. Su industria (tanto la textil como la de construcciones navales) ha experimentado un retroceso; los *arti*, como es natural, eran imprescindibles para que el pueblo bajo genovés, muy pobre en general, pudiese subsistir. En comparación con su gran rival, Venecia aparece como una ciudad menos evolucionada, en la que se ejercen casi todas las funciones económicas. Por

eso sus habitantes son menos desdichados que los de Génova, y las diferencias entre ricos y pobres, menos marcadas[235].

Ciclo urbano y regresión

Si la vida urbana progresa por estadios, también se deteriora por estadios. Las ciudades nacen, progresan y declinan de acuerdo con las pulsaciones de la vida económica. Y cuando declinan, van abandonando sector tras sector los atributos de su pujanza. ¿Será pura casualidad que, en Génova, el primer signo negativo (la presencia de barcos mercantes ragusinos) afecte a los transportes, fuente primera de la riqueza de las grandes ciudades, mientras, al otro extremo de la escala, aquello que resiste más tiempo es precisamente el total de las actividades bancarias, es decir, la forma de riqueza que había aparecido en último lugar durante el proceso evolutivo? En el siglo XVIII, cuando Génova y Venecia alcanzan el punto más bajo de su decadencia, son todavía importantes centros bancarios. Pese a lo que se ha dicho en otros sentidos, el drama de la Barcelona del siglo XVI es consecuencia inevitable de su propio pasado: es el precio que ha de pagar por una prosperidad conseguida con excesiva rapidez y nunca consolidada a nivel bancario. Lo que paralizó a esa ciudad en el siglo XVI fue la falta de numerario, la falta de facilidades de cambio de *giro*, como había hecho ya notar Capmany[236].

¿Será posible concluir, llevando el tema a sus últimas consecuencias, que el desarrollo de la fase industrial indica por lo general que hay deficiencias en la vida comercial de la ciudad, y que la industria es, considerada desde cierto punto de vista, una forma de respuesta a ese declinar del comercio? En todo caso, es sintomático que la industria florezca preferentemente en las ciudades alejadas del mar, es decir, en las que su emplazamiento les impide cumplir todas las funciones que deben ser propias de un centro de comunicaciones; así ocurre en el caso de Luca, patria de los tejedores de la seda, y también en el de Milán, o Como, e incluso en el de la misma Florencia. También florece la industria en todas aquellas ciudades que en el siglo XVI se ven amenazadas en sus transportes o mercancías, como ocurre con Florencia y Venecia. ¿Es lícito ir aún más lejos y afirmar que la actividad bancaria crece en importancia en la exacta medida que el comercio y la industria tropiezan con dificultades? Es decir, que cualquier actividad que surge lo hace en detrimento de otras y no necesariamente en armonía con ellas. Mi intención al decir esto no es la de conseguir explicarlo todo gracias a ello, sino la de indicar, con la mayor

brevedad y rapidez, la totalidad de la problemática que presenta el dinamismo urbano.

Una tipología muy incompleta

La tipología general de las ciudades que acabamos de esbozar es inevitablemente incompleta. Todo se conjuraba para venir a complicar la vida de las ciudades. Cada una de ellas está encajada dentro de un particular marco económico. A nivel local, esto implica relaciones con el campo que la circunda y con las ciudades vecinas, tanto si su papel es de dominadora como si lo es de dominada. A nivel nacional o internacional implica sistemas de relaciones, según distancias dentro del mar interior o incluso dentro del Mediterráneo Máximo. Y además existen las circunstancias que los cambios políticos traen consigo. Estos cambios políticos serán los que arruinarán, en el siglo XVI, la antigua independencia de las ciudades-Estado; cambios que minarán las bases de la economía urbana tradicional, creando e imponiendo nuevas estructuras.

Un historiador[237] que está completando un estudio sobre la tipología de las ciudades de Castilla en el siglo XVI ha establecido la siguiente distinción: ciudades burocráticas, como Granada y Madrid —esta última, creciendo a un ritmo tan rápido que plantea problemas de abastecimiento de una población improductiva; se ha visto, dice una relación de 1615, «faltar el pan durante días y días y algunas personas, por la calle, dinero en mano, tratando de conseguirlo y pidiéndolo *per l'amor di Dio*»—[238]; ciudades comerciales, como Toledo, Burgos y Sevilla; ciudades industriales (en el sentido de que la industria moderna se instala en ellas con las formas capitalistas del *Verlagssystem*, que no era específico de Alemania), como Córdoba y Segovia; ciudades industriales, pero en manos de los artesanos, como Cuenca; ciudades agrícolas, dependientes de la campiña circundante, y no pocas veces invadidas por ella, como Salamanca o Jerez de la Frontera; ciudades clericales, como Guadalajara; una ciudad ovejera, Soria… Había además algunas ciudades militares, que en el siglo XVI resultaban tan difíciles de distinguir de las otras ciudades como los navíos de guerra de los simples barcos mercantes. Esta clasificación nos da ya cierta idea de la complejidad del problema. Y queda por hacer la posible distinción entre ciudades de primera y segunda fila y considerar también (dentro de un contexto específicamente europeo) la interacción entre una ciudad principal y las ciudades de segundo orden vecinas a ella.

Se presenta además otro problema, y es que tan pronto como se logra fijar el marco donde encuadrar una ciudad, se comprueba que esta se ha salido de él. Sevilla, que se incorpora tarde al comercio financiero (aunque posee sus propios bancos), es al mismo tiempo burocrática, rentista y artesana; ciudad de lujo, este reclama sus derechos: para mantenerlo hay un proletariado, que nos podemos imaginar viviendo amontonado en casas compartidas por varias familias pobres, como en el barrio de Triana, donde se manufacturan lejías y jabones[239].

Salamanca es una ciudad rural, pero a la par es el gran centro intelectual que todos saben. Padua, brillante ciudad universitaria, es también una metrópoli rural. En el pasado (antes de 1405), en su lucha contra Venecia, los señores de Carrara, que controlaban la ciudad, «con el fin de encarecer los productos a su rival», habían establecido impuestos sobre todas las gallinas, capones, gansos, huevos, pichones, verduras y frutas que saliesen de la ciudad… Con este conservatismo de las ciudades, del que tenemos pruebas más que abundantes, estos derechos, aunque perjudiciales para Venecia, se mantuvieron hasta 1460[240], es decir, hasta mucho después de que Padua hubiera quedado sometida a la República de San Marcos.

[I-430]

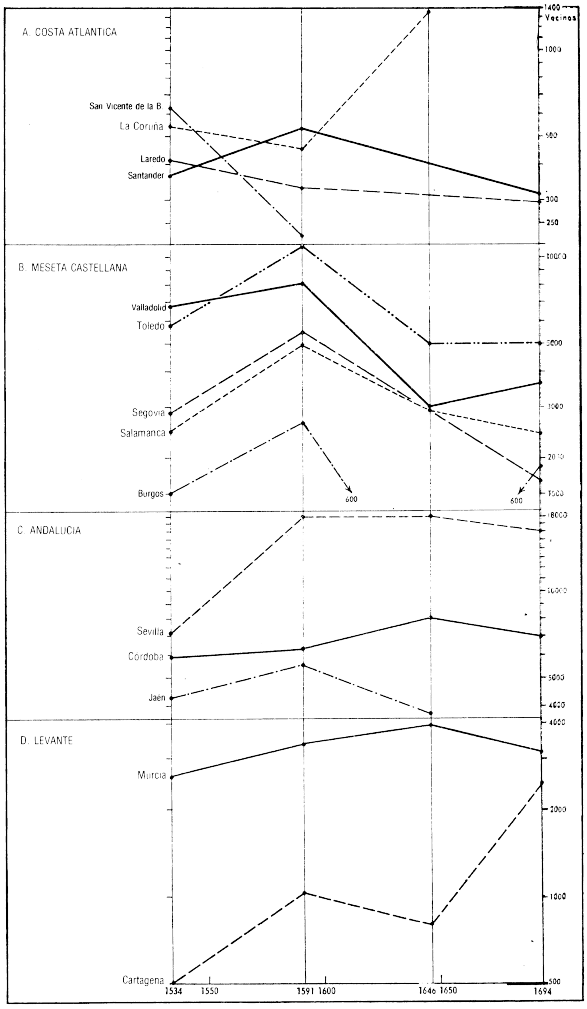


FIGURA 27. *Población de las ciudades de Castilla*.

Sin embargo, Padua se mantenía como inmersa en su clima rural, y Bayardo y sus compañeros, en 1509, la pueden contemplar dedicada de lleno a las tareas agrícolas: «se siega diariamente una gran cantidad de heno [cuenta *Le Loyal Serviteur*] y tienen por costumbre cargar tanto sus carretas, que cuando estas han de cruzar una puerta solo con muchos esfuerzos consiguen franquearla»[241]. Y este mismo espectáculo lo podemos ver en Brescia, donde la puerta de San Stefano, por la que se va al Broletto, presenta una abertura tan estrecha que «*quando vi si trova qualche carro di feno o paglia o legne, per li non ponno transitar gli uomini*»[242]. Situación similar, si no espectáculo idéntico, ofrece Lucera, pequeña ciudad de Apulia que celebra activas ferias. Cuenta también, para su tormento, con capitanes nombrados por el marqués del Vico, los cuales le procuran muchos sinsabores, pues no solo matan, roban y se dan al juego, sino que además avasallan: «han metido antes de la fecha autorizada una gran cantidad de cerdos en el territorio de la ciudad, en detrimento de los demás *cittadini*… por no mencionar el gran daño que los dichos cerdos causan en los campos de grano, aguas y pastizales»[243]. Este episodio nos descubre que se criaban cerdos dentro del mismo recinto urbano. Estas escenas de la vida agrícola, con frecuencia en conflicto con el arte de las defensas militares o con la honestidad de quienes detentan el poder, nos muestran hasta qué punto están abiertas —a cualquier precio— las ciudades del siglo XVI a la zona rural en que están asentadas. Y de no hacer así, ¿cómo podrían subsistir?

IV. LAS CIUDADES, TESTIGOS DE SU SIGLO

A estas ciudades tan diferentes unas de otras, cuyas actividades se dosifican siempre de forma original, las debemos interrogar ahora acerca de los rasgos que todas ellas poseen en *común*; debemos descubrir lo que se *repite* en ellas al estar sometidas a una determinada circunstancia, que es idéntica o casi idéntica en todas las partes del Mediterráneo durante la segunda mitad del siglo XVI. Respecto a las que conocemos bien, las evidencias concuerdan: la población de las ciudades aumenta; pese a los avatares de su vida cotidiana, que no faltan, se puede afirmar que, a *la larga*, siguen adelante, puesto que crecen cada vez más; en todo caso, es evidente que superan todas las crisis y dificultades; sin embargo, todas las ciudades ven —y no hay una sola que se libre de ello— restringidas sus libertades frente a los Estados territoriales, que crecen más velozmente que ellas; estos

las cercan, las subyugan, y hasta las expulsan de las posiciones alcanzadas. Comienza una nueva época de la política y de la economía. Desde este punto de vista el Mediterráneo ha sido precoz.

El crecimiento demográfico[244]

Conocemos apenas una milésima parte de lo que los historiadores podrían descubrir sobre los movimientos de las poblaciones urbanas en el siglo XVI. Basta con lo que tenemos, sin embargo, para poder ofrecer un diagnóstico aceptable. Para dar una idea más precisa reproducimos una gráfica (fig. 27, p. 430) del movimiento de población de las ciudades castellanas[245]. Su mensaje es evidente: todas las curvas —con unas pocas excepciones que confirman la regla— indican claramente un constante crecimiento, hasta los años finales del siglo XVI.

Y esta misma curva presentan —*grosso modo*— las gráficas concernientes a Italia[246] y Turquía[247] (tanto la europea como la asiática). Podemos permitirnos, sin correr grandes riesgos, la afirmación de que —siempre en líneas generales— la situación es idéntica en todo el Mediterráneo, tanto musulmán como cristiano. El aumento de población fue la característica fundamental del *largo siglo XVI*, lo mismo en Europa que en el Mediterráneo; la base de la que todo, o casi todo, depende.

Todas las categorías de ciudades participan en idéntico grado de este movimiento de alza, tanto las modestas y medianas comunidades como las considerables, tanto las artesanales como las industriales, tanto las burocráticas como las comerciales…

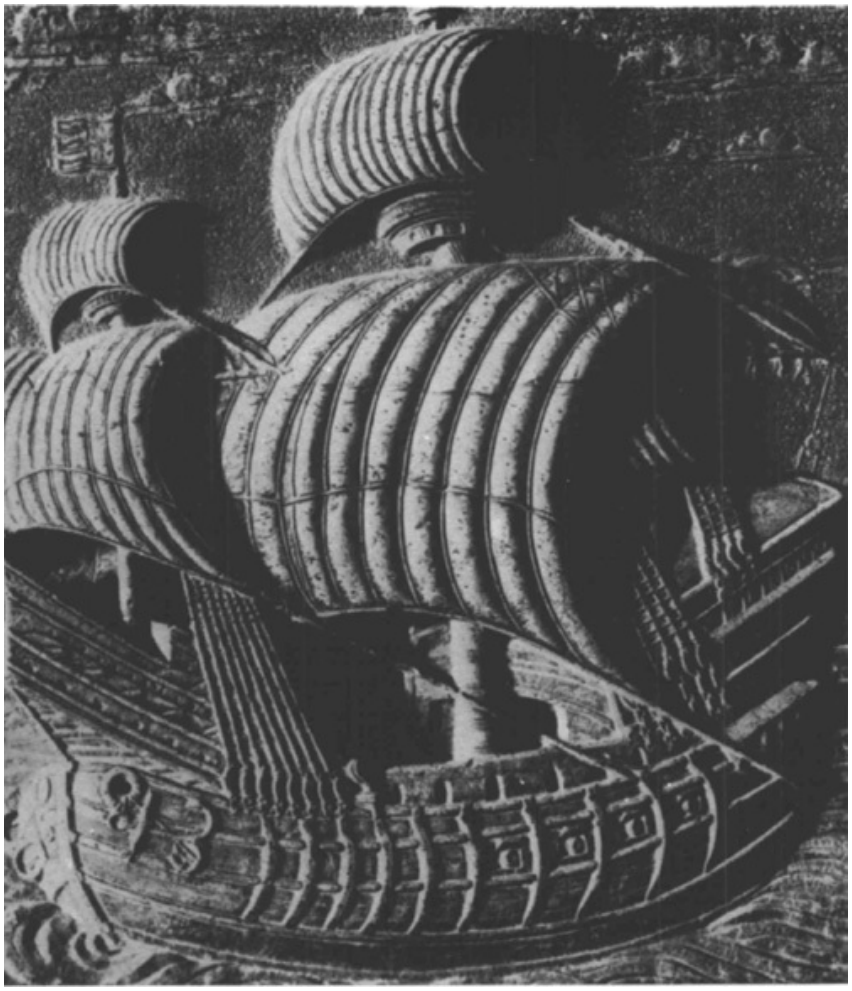
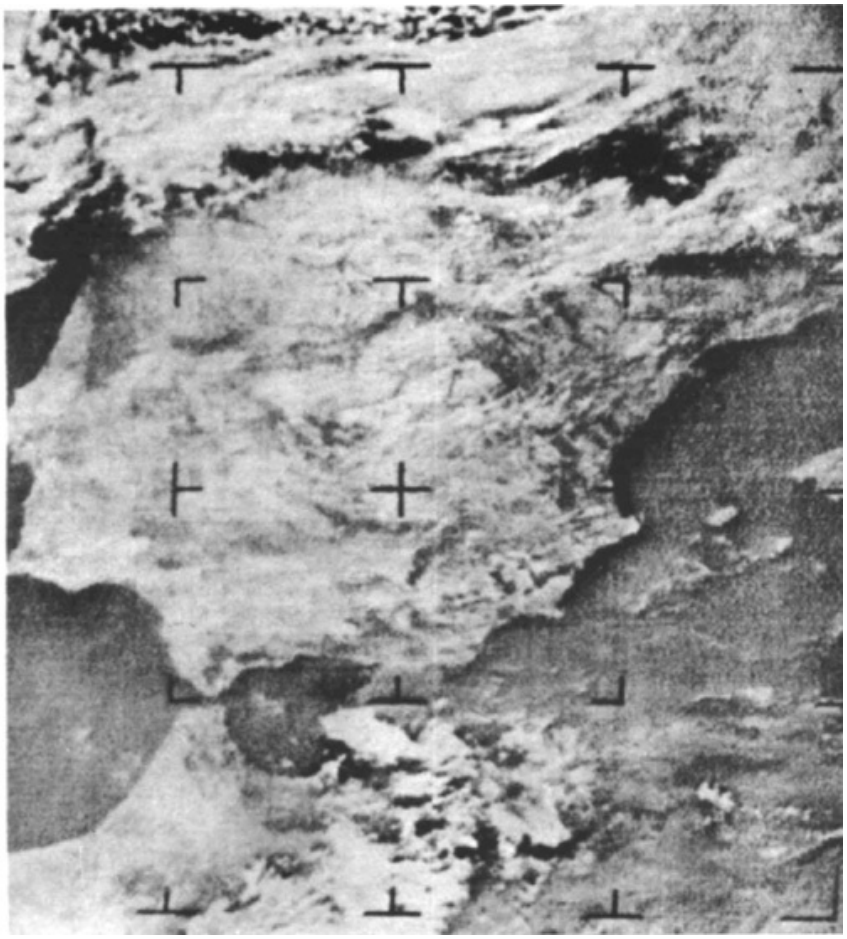
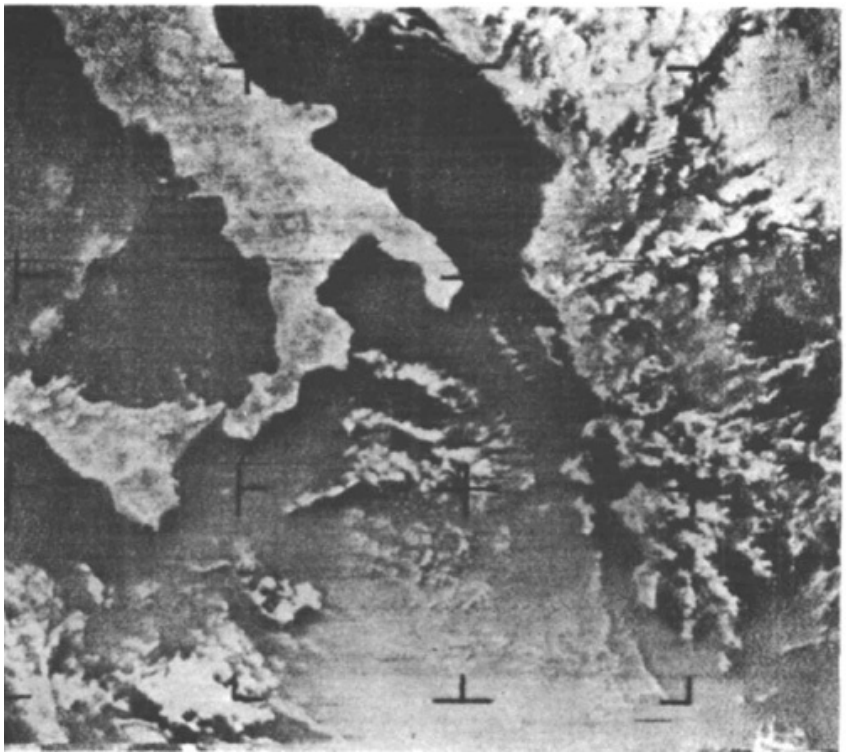


Foto: *O. Böhm*, Venecia.
10. *Navío redondo mercante. Bajorrelieve de la tumba de Alessandro Contarini (1555), en la basílica de San Antonio, Padua.*





Fotos: NASA. Washigton.
11 y 12. *El Atlántico invade el Mediterráneo. Dos fotografías tomadas el 6 y 9 de septiembre, respectivamente, por el satélite americano* Nimbus A. *En la primera se ve España, en la segunda Italia y Grecia. Las nubes se mueven de oeste a este.*



Fotos: *O. Böhm*, Venecia.
13. *Galeón veneciano. Bajorrelieve de la tumba de Alessandro Contarini (1555). Basílica de San Antonio, Padua.*

No hay discriminación, como la hubo más tarde cuando la regresión del siglo XVII[248], momento en que se produjo el auge o la estabilidad de algunas ciudades privilegiadas, París, Londres, Madrid y la misma Estambul, mientras que otras ciudades eran víctimas del vasto reflujo. No nos sorprendemos, pues, si vemos que a lo largo del siglo XVI todas las ciudades aumentan simultáneamente su actividad, si vemos alzarse incontables edificios tanto públicos como privados en Verona, Venecia, Pavía, Milán…; la producción artesana se anima en Cuenca y Segovia; las construcciones marítimas se incrementan simultáneamente en el Mandracchio de Nápoles y las playas de Sorrento y Amalfi. Nos hallamos ante un periodo de prosperidad general de la que participan en una medida u otra *todos* los núcleos urbanos. Las jerarquías de las ciudades, sus comportamientos recíprocos y sus relaciones mutuas, permanecen casi inalterados.

Un cuadro de los niveles de la vida urbana en el reino de Granada en 1591 puede, a pesar de sus imperfecciones habiendo sido construido a partir de los registros fiscales (*millones*), darnos una idea de lo que era esta decisiva geografía interurbana, tan difícil de alterar…[249]. Las grandes ciudades conservan su predominio, con las ventajas que traen consigo los precios elevados, los salarios altos y la amplia variedad de clientes que pueden comprar en sus tiendas; mientras tanto, las ciudades satélites giran en torno de ellas, les sirven y se sirven de ellas. Estos sistemas planetarios, tan típicos de Europa[250] y del Mediterráneo, continuarán funcionando sin contratiempos.

Sin embargo, se producen ruidosos y decisivos cambios que no pueden ser ignorados, y que son, también ellos, inevitablemente lógicos.

En primer lugar: todo crecimiento demográfico jamás actúa en sentido único: es, sucesivamente, fuente de fuerza y de debilidad, de equilibrio y de fragilidad. Muchos de los antiguos males persisten, y, algunas veces, se agravan: el siglo XVI no ha tenido ni el suficiente valor ni la suficiente fuerza para erradicarlos. En segundo lugar: no solo las ciudades dirigen el mundo. Su reinado privilegiado, que se extiende a lo largo del primer momento ascendente de Europa y el Mediterráneo, o sea, del siglo XI al siglo XIV, comienza a ser contestado en el mismo umbral de los tiempos modernos, por los Estados territoriales, los cuales, muy lentos en su evolución durante los siglos anteriores, ocupan bruscamente el centro de la escena en los nuevos tiempos. Y por último: la población rural continuaba siendo mayoría. Es muy posible que hayan progresado durante el siglo XVI menos velozmente que las ciudades que se nutren de ellas. Estas han experimentado un crecimiento que sabemos fue extraordinariamente veloz, aun cuando no conozcamos cifras

exactas[251]. Las ciudades alcanzaron las máximas cotas posibles, y hasta es fácil que las rebasaran. Cuando en el siglo XVII se produzca el reflujo de la población, como en el caso de Venecia, donde gracias al material conservado son posibles algunas estadísticas sólidas[252], las ciudades declinarán más velozmente que la zona rural circundante. ¿Ha cambiado el cuadro en el siglo XVIII? M. Moheau[253] afirma que la Francia rural creció entonces con mayor rapidez que la Francia urbana. Estas rápidas comparaciones nos ayudarán a comprender mejor el destino, decisivo y frágil a un tiempo, de las ciudades del siglo XVI.

Penurias de antaño y penurias nuevas: las carestías y el problema del trigo

No siempre ha sido amable el siglo XVI con las comunidades urbanas. Hambres y epidemias castigan una y otra vez a las ciudades. A causa de la lentitud y el precio muchas veces prohibitivo de los transportes, y la asombrosa irregularidad de las cosechas, toda aglomeración amenaza con provocar la escasez a cada paso, en cualquier día del año. La menor sobrecarga es causa de agobios. Cuando el Concilio de Trento se reunió por tercera y última vez en 1561 (a pesar de reunirse en la gran ruta del Brennero y el Adigio, la ruta del trigo de Baviera, del que la ciudad de Verona se abastecía a veces) los padres del Concilio hubieron de enfrentarse en seguida al difícil problema del abastecimiento, que inquietó a Roma con toda razón. Ejemplo pequeño, pero harto revelador[254].

En el Mediterráneo y hasta fuera de él, la carestía es de hecho un accidente banal. Azota con frecuencia a regiones enteras. En 1521, el hambre de Castilla coincide con los comienzos de la guerra contra Francia y con la sublevación interior de los *Comuneros*. La falta de pan aflige a nobles y villanos en ese año que los portugueses llaman el año de la Gran Penuria. En 1525, una espantosa sequía arruinó la tierra andaluza. En 1528, la escasez provoca en la Toscana hechos abominables: Florencia tuvo que cerrar sus puertas a los campesinos hambrientos de su territorio. En 1540 se repite el drama: nuevamente se proyectaba cerrar las puertas de la ciudad y abandonar el campo a su suerte cuando vinieron a salvar la situación, como por milagro, los navíos que llegaron a Liorna con trigo de Levante[255]. En 1575, el país rumano, a pesar de ser tan rico en granos, también viose desolado por un hambre espantosa; los rebaños murieron en masa y hasta los pájaros caían muertos de inanición, sorprendidos en pleno marzo por las nevadas; los

hombres se mataban por un pedazo de pan[256]. El año de 1583 fue de terrible escasez en toda Italia, y especialmente en el Estado pontificio, donde la gente moría de hambre[257].

Pero de ordinario el hambre no azota regiones enteras, sino que es una plaga urbana. Lo singular de la escasez toscana de 1528 es que se extendió a todo el vecino país de Florencia, forzando a la ciudad a cerrar sus puertas a los campesinos que acuden a ella. En Perusa, en 1529, no se encontraba un solo grano de trigo en 50 millas a la redonda. Pero estas catástrofes eran muy raras. Por lo general, el campesino sacaba de su tierra, por lo menos, lo estrictamente indispensable para vivir. En cambio, las hambres urbanas, circunscritas a los muros de las ciudades, eran frecuentísimas en el siglo XVI. Florencia, que no está situada en modo alguno en una región particularmente pobre, sufrió 111 periodos de hambre o escasez entre los años de 1375 y 1791, a cambio de dieciséis cosechas muy buenas que se registraron en el mismo lapso[258]. Los mismos puertos de redistribución del trigo, como Mesina y Génova[259], veíanse a veces afligidos por terribles hambres. Aún a principios del siglo XVII Venecia gastaba millones en oro en su abastecimiento[260].

A causa de sus necesidades y de sus medios, los grandes compradores de trigo son los centros urbanos. Podría escribirse todo un libro sobre la política del trigo en Venecia o en Génova, ciudad, esta segunda, siempre alerta a todas las oportunidades de abastecimiento y que, en el siglo XV, dirigió sus pasos con este objeto hacia Francia, Sicilia y el norte de África; Venecia, por su parte, interesábase por el comercio de trigo de Levante, y desde 1390 negociaba con el turco a este fin, lo que, desde luego, no le impedía mantener también relaciones con otros proveedores, como eran Apulia y Sicilia. Además Venecia recurre a permanentes regulaciones, así en 1408, 1539, 1607 y 1648, prohíbe formalmente toda exportación de trigo fuera de su «golfo»[261].

En el siglo XVI, todas las ciudades de alguna importancia tenían lo que en Venecia se designaba con el nombre, extrañamente moderno, de «Oficina del Trigo» (desgraciadamente, su documentación relativa a los años que nos interesan se ha perdido). Su organización es verdaderamente maravillosa[262]. La Oficina controlaba las entradas de trigo y de harina y las ventas de estos productos en el propio mercado de la ciudad. La harina solo podía venderse en dos «lugares públicos»: uno cerca de San Marcos y otro en «Rivoalto»[263]. Diariamente, debía informarse al dux del movimiento de las existencias en almacén. En cuanto se calculaba que la ciudad solo tenía trigo para un año u

ocho meses, se prevenía en debida forma al Colegio, e inmediatamente la Oficina del Trigo por una parte, y por otra los mercaderes, a quienes se adelantaba inmediatamente el dinero necesario, adoptaban las providencias oportunas. Los panaderos, únicos que tenían el privilegio de hacer pan, estaban también sujetos a vigilancia, y debían suministrar al público pan «de buen grano», blanco y con un peso que variaba según la abundancia o la escasez del abastecimiento, pero cuyo precio por unidad continúa siendo el mismo, tal como era la regla en todas las ciudades de Europa.

No es que en todas y cada una de las ciudades existiera una reproducción exacta de dicha oficina, que solo funcionaba en Venecia; pero, aunque con nombre y organización distintos, todas poseían organismos o departamentos encargados de velar por el abastecimiento del trigo y la harina. La *Abbondanza* de Florencia fue trasformada por los Médicis (quienes tomaron en sus manos las compras de granos en el extranjero), pero la institución subsiste, por lo menos para funciones de menor cuantía, hasta después del *bando* de 1556, que, según la opinión más corriente, pone fin a sus actividades[264]. En Como desempeñaban esta misión el *Consiglio Generale* de la ciudad, un *Ufficio di Annona* y los *Diputati di provvisione*[265]. Donde no existía un organismo autónomo encargado de estas tareas, incumbía el deber de dirigir la política del trigo a los encargados del gobierno de la ciudad o de su administración. En Ragusa, demasiado mal situada para ignorar la escasez, fiscalizaban la distribución del trigo los mismos rectores de la República. Y en Nápoles, el propio virrey en persona[266].

Cuando amenaza la escasez de trigo se toman idénticas medidas en todas partes. Primer acto: se prohíbe a son de trompeta la salida del grano de la ciudad, se doblan las guardias, se hacen registros y requisas, se levanta un inventario de las reservas. Si el peligro se agrava o se perfila, comienza el segundo acto: se procura reducir todo lo posible el número de bocas: ciérranse las puertas de la ciudad, o bien se expulsa de ella a los extranjeros, que era la medida habitual en Venecia, a menos que se comprometan a introducir en la ciudad una determinada cantidad de trigo, proporcional al número de bocas de su séquito o de su casa[267]. En 1562[268], fueron expulsados de Marsella por este motivo los reformados: doble ganancia para la ciudad, enemiga de los hugonotes. En Nápoles, después de la grave escasez de 1591, fue la Universidad la que pagó las consecuencias del desastre: se cerraron sus puertas y se envió a todos los estudiantes a sus casas[269]. La medida subsiguiente era, por lo general, la de racionar a la población, como aconteció en Marsella en agosto de 1583[270].

Lo primero que se hacía era, naturalmente, lanzarse por todas partes en busca de granos, al precio que fuera; en primer lugar, entre los proveedores habituales Marsella recurre ordinariamente al interior del país, al amparo de la bondad del rey de Francia, o apela a «sus muy caros y amados amigos», los cónsules de Arlés, y a los mercaderes de Lyon. Como una reserva, encima de Lyon, estaba el granero de la Borgoña, de donde se transportaba el grano hasta Marsella cuando los barcos de los ríos «Shomne y Rosne», desbordados, podían pasar «los puentes… sin gran peligro»[271].

Los inquisidores de Barcelona suplicaron a Felipe II, en agosto de 1557, que se les autorizara a solicitar el envío de un poco de trigo de Rosellón, al menos para uso personal[272]. Al año siguiente, los inquisidores de Valencia[273] solicitaron que se les permitiera importar trigo de Castilla, solicitud que renovaron en 1559. Mientras tanto, ante la expectativa de una mala cosecha, Verona pidió a la Serenísima que le permitiera comprar trigo en Baviera[274]. Ragusa se dirigía a Sandjak, la Herzegovina, y Venecia demandaba al gran señor autorización para conseguir cereales en Levante.

Todo esto representaba para las ciudades, cuando ocurría, un cúmulo de negociaciones, expediciones y ajetreos, y, desde luego, grandes gastos. Por no mencionar las promesas y primas a los mercaderes[275].

Y si todo esto fracasa, el gran recurso de las ciudades era volver los ojos hacia el mar proveedor, vigilar el paso de las naves cargadas de granos, apoderarse de ellas y pagar después el cargamento a su verdadero dueño, tras los obligados regateos…

Marsella se apoderó así de dos barcos genoveses que cometieron la imprudencia de atracar en sus muelles; el 8 de noviembre de 1562 las autoridades dieron a una fragata, sin más trámites, la orden de incautarse de todos los navíos cargados de trigo que se encontraran a la altura de la ciudad[276]. En octubre de 1557, las autoridades de Mesina ordenaron descargar a las naves cargadas de trigo de Levante y de Apulia surtas en el puerto[277]. Los Caballeros de Malta, que distaban mucho de estar bien aprovisionados, vigilaban con admirable regularidad las costas de Sicilia, comportándose de un modo que no se diferenciaba en nada del de Dragut y los corsarios de Trípoli. Desde luego, pagaban; pero abordaban los barcos como verdaderos piratas. Solo ellos y Venecia practicaban este detestable método; cuando atravesaban una situación difícil, no había buque cargado de trigo que se sintiera seguro en el Adriático. Todo era buena presa, y los venecianos no tuvieron empacho en situar delante de Ragusa Vecchia una o dos galeras, que ante las mismas narices de los ragusinos se apoderaron de las

naves cargadas de granos destinadas a los rectores de Volo, Salónica y los puertos venecianos de Albania. Otras veces salían en busca de mercantes cargados de trigo a las costas de Apulia, y los llevaban a descargar a Corfú, Spalato o directamente en Venecia… Los venecianos no pudieron mantenerse en la costa de Apulia, donde se habían instalado por dos veces; perdieron, así, este granero provisional de trigo y de aprovisionamiento de vino y aceite. Pero no se resignaron: cuantas veces era necesario, regresaban a las playas de Apulia, donde se aprovisionaban de grado o por fuerza. Todo terminaba, generalmente, por medio de un arreglo con Nápoles, no sin que este, y desde luego España, hubiesen protestado enérgicamente aduciendo razones tan justas y tenaces como inútiles: las naves de las que la ciudad de Venecia se apoderaba, sin otro argumento que su apetito, eran, generalmente, naves que la ciudad de Nápoles había fletado para su uso. En consecuencia, las presas que hacía Venecia amenazaban con provocar una crisis o un motín en Nápoles, donde los pobres formaban un verdadero enjambre[278].

Todo esto resulta, a la larga, financieramente oneroso. Pero ninguna ciudad podía librarse de estas pesadas cargas. En Venecia, la Oficina del Trigo registraba, por lo general, enormes pérdidas, ya que, por una parte, entregaba importantes primas a los mercaderes, y, por otra, revendía con frecuencia a precio inferior del de compra, el trigo y la harina que había adquirido. Y aún era peor la cosa en Nápoles, donde el miedo hacía que las autoridades se sintieran no ya liberales, sino pródigas. En Florencia, al decir de los cronistas, era el gran duque el encargado de saldar la diferencia. En Córcega, la ciudad de Ajaccio tomaba dinero prestado de Génova[279]. Pero, por lo general, las ciudades tenían que arreglárselas por sí solas. Tal era el caso de Marsella, buena administradora de sus dineros. Para sus compras regulares de granos concedía empréstitos. Pero, siempre previsora, en vísperas de la cosecha prohibía la entrada de trigo y liquidaba sus reservas, cuando las tenía. Por lo demás, así procedían muchas otras ciudades.

Políticas difíciles y siempre aleatorias. Traen penalidades y desórdenes como resultado. Penalidades para los pobres, aunque, a veces, para toda la ciudad. Desórdenes para las instituciones y las mismas bases que sustentan la vida urbana. ¿Estaban estas estrechas unidades y economías medievales a la altura de los nuevos tiempos?

Miserias antiguas y miserias nuevas: las epidemias

Sería posible trazar un mapa general, incompleto, pero elocuente, de la incidencia de la peste, ese terrible visitante del Mediterráneo. Si al lado de cada ciudad señalásemos los años en que este azote la había castigado, comprobaríamos que ni una sola ciudad queda sin su cifra correspondiente en este mapa sumario. La peste se nos muestra en él como lo que realmente es: una *estructura* del siglo. Las ciudades del este reciben sus golpes redoblados con mayor frecuencia que las otras. En Constantinopla, la peligrosa puerta por la que se accede a Asia, se instala el azote de modo permanente, convirtiendo la ciudad en el gran foco desde donde las oleadas de la epidemia se extienden hacia occidente.

De 1575 a 1577, Venecia fue azotada por una epidemia tan espantosa que perecieron 50 000 personas, es decir, la cuarta o la tercera parte de la ciudad[280]. Entre 1575 y 1578 hubo en Mesina unos 40 000 muertos. En 1580 se extendió por toda Italia, después de la peste, una mortífera epizootia, el mal del *montone* y del *castrone*[281], que, a su vez, amenazaba la vida del hombre. Las cifras que consignan los contemporáneos de tal desastre sugieren, por su propia exageración, el espanto ocasionado por tanto sufrimiento. Bandello nos habla de 230 000 víctimas en Milán, en tiempo de Ludovico Sforza[282]. Según otro informante, en 1525 desaparecieron las nueve décimas partes de la población de Nápoles y de Roma[283], y en 1550, la mitad de la población de Milán[284]; en 1581, la peste solo dejó con vida en Marsella a 5000 personas[285], y acabó en Roma con 60 000…[286]. Estas cifras distan mucho de ser exactas, evidentemente; pero indican, sin lugar a engaño, cómo hasta la cuarta o la tercera parte de una populosa ciudad podía desaparecer bruscamente, tragada por la peste, en una época como esta, en que los conocimientos en materia de higiene y de medicina le podían ofrecer muy poca defensa contra el contagio[287]. Y concuerdan con los espeluznantes relatos que todos conocemos: los muertos se hacinaban en las calles, por las que circulaba sin cesar el carretón de la muerte con su cargamento de cadáveres, tan numerosos que ya no se les podía dar sepultura… Estos azotes despoblaban las ciudades, pero al mismo tiempo las renovaban. Cuando la peste soltó su presa y se fue de Venecia en 1577, la ciudad era ya otra, otro su personal dirigente. Un inmenso relevo se había operado[288]. Un *frate di San Domenico*, predicando en Nápoles, en marzo de 1584 (¿pura coincidencia?), sostiene que, «desde hace algún tiempo, Venecia se está comportando poco sabiamente, pues los jóvenes han quitado el gobierno a los viejos» (*«poiche i giovanni havevano tolto il governo a vecchi…»*)[289].

Más o menos velozmente, todas estas heridas se van cerrando. Y, si Venecia no vuelve a recuperarse del todo después de 1576[290], ello es a causa de que las circunstancias del siglo XVII son, en general, negativas: La peste y demás epidemias solo resultan graves cuando coinciden con épocas de dificultades materiales y falta de alimentos. Que hambres y epidemias van siempre de la mano es una verdad que Occidente conoce desde antiguo. Y también desde antiguo intenta cada ciudad encontrar el modo de protegerse contra el mal, usando desinfectantes a base de hierbas aromáticas, destruyendo por medio del fuego los objetos pertenecientes a los apestados, obligando a guardar cuarentena a personas y mercancías (en este terreno Venecia ha sido una auténtica iniciadora), reclutando médicos, exigiendo certificados sanitarios, las *cartas de salud* de España, *fedi di sanitā* en Italia. Los ricos buscan siempre salvación en la huida precipitada. En cuanto aparecen los primeros signos de la enfermedad, escapan con rumbo a las ciudades vecinas, o, con mayor frecuencia, a sus preciosas casas de campo. «Nunca había visto una ciudad que como esta estuviese rodeada de tal cantidad de granjas y casas de campo —escribe Thomas Platter[291] al llegar a Marsella en 1587—. Ello se debe a que, llegada la peste (cosa frecuente a causa del gran número de gente que llega de todos los países), sus habitantes buscan refugio en el campo». Por «sus habitantes», debemos entender «sus ricos», pues los pobres se quedan en la ciudad alcanzada por el mal, y desde ese momento, sitiada, mirada con desconfianza y liberalmente provista de cuanto necesita por los de fuera para que los de dentro se mantengan tranquilos. Ahí radica, como ha indicado Rene Baehrel[292], un viejo conflicto, origen de un permanente odio de clases. En junio de 1478[293] sufre Venecia los efectos de la epidemia y en el acto, como siempre ocurría, comienzan los saqueos; la casa de un miembro de la Ca'Balastreo es enteramente saqueada, y la misma suerte corre un almacén de la Ca'Foscar, y, *en Rivoalto*, la Oficina de los cónsules de los mercaderes. Esto porque, *hoc tempore pestis communiter omnes habentes facultatem exeunt civitatem, relictis domibus suis, aut clausis aut cum una serva, vel famulo…* Así dice, literalmente, el Capucin Charitable, del espectáculo que se puede contemplar en la Génova apestada de 1656[294]. Sin embargo, las grandes epidemias de la primera parte del siglo XVII: Milán y Verona en 1630; Florencia en 1630-1631; Venecia en 1631; Génova en 1656, e incluso en Londres, en 1664, parecen haber sido mucho más serias que las del siglo anterior. En comparación con ellas, las que castigaron las ciudades durante la segunda mitad del siglo XVI resultan relativamente menos severas. En el acto nos

vienen a la mente las explicaciones pertinentes: el aumento de la humedad y el frío, y las relaciones más directas que Italia ha establecido con oriente. Pero, entonces, ¿a qué se debe que también en Oriente, en la misma época, aumente la incidencia de la plaga?

Pero la peste no es la única enfermedad que ataca las ciudades del siglo XVI. Las enfermedades venéreas, la fiebre miliar, la tos ferina, la disentería y el tifus también las afligen. Tampoco perdonan a los ejércitos, verdaderas ciudades ambulantes, más vulnerables que las fijas. Durante la guerra de Hungría (1593-1607), una especie de tifus, el llamado *ungarische Krankheit*[295], diezma a los soldados alemanes, pero perdona a los turcos y húngaros; luego se extiende por Europa hasta alcanzar Inglaterra. Las ciudades son los centros naturales de difusión de estas enfermedades contagiosas: en 1588, una gripe que se inicia en Venecia, donde ataca a toda su población, aunque sin destruirla, enviando de golpe a la cama a todos los miembros del Gran Consejo —hazaña que jamás se había podido apuntar la peste— alcanza a Milán, luego a Francia y Cataluña, y a continuación salva de un salto el océano y se planta en América[296].

Este régimen de epidemias tiene su parte de culpa en el clima de inseguridad en que se vivía la existencia ciudadana: verdaderas *matanzas sociales* que no acabarán —y aun entonces no del todo— hasta el siglo XVIII.

El indispensable emigrante [I-444]

Otro rasgo habitual de las ciudades mediterráneas: el proletariado de las ciudades solo podía mantenerse estable, y mucho menos aumentar, gracias a las inmigraciones constantemente renovadas. La ciudad tiene el privilegio y la obligación de atraer a su seno, además del eterno inmigrante de la montaña, candidato a todas las faenas así agrícolas como urbanas, a toda una masa de proletarios y aventureros de todas las procedencias, que casi siempre cubrían su demanda de brazos. Ragusa, por ejemplo, sacaba su mano de obra de las montañas vecinas. En los registros de los *Diversa de Foris* figuran innumerables copias de contratos de aprendices domésticos que se enganchaban por uno, dos, tres o siete años, percibiendo jornales que, en 1550, arrojaban un promedio de tres ducados de oro anuales, pagaderos, por lo general, al expirar el contrato. Un *famulus*, por ejemplo, se obligaba por los términos del contrato a servir a su amo *in parlibus Turcicorum*, en tierras de los turcos. Todos reciben comida y ropa, y algunos la promesa de enseñarles el oficio de su patrono[297] o de recibir una determinada suma, en oro, al

expirar su contrato de cinco, ocho o 10 años[298]. ¿Cuántos entre ellos, aunque los textos no lo digan, eran, junto con los hombres del terruño, hijos de los campesinos del territorio ragusino o de Morlachi, por ejemplo, y, por ende, más o menos súbditos del turco?

En Marsella, el más visible y el más típico de los inmigrantes era el corso, y especialmente el *capocorcino*. En Sevilla, el inmigrante (aparte los que soñaban con ir a las Indias, que afluían de todas partes), el proletario permanente, era el morisco. Procedente de Andalucía, pulula por la ciudad, hasta el punto de que las autoridades, a fines de siglo, llegaron a temer que surgiesen sublevaciones, ya no en la montaña, sino en la propia ciudad, en relación con los desembarcos de los ingleses[299]. En Argel, los recién llegados son cristianos, que vienen a engrosar las filas del corso o el número de cautivos; fugitivos andaluces o aragoneses (que aparecen con los finales del siglo XV y los comienzos del XVI), artesanos y tenderos cuyos nombres encontramos todavía hoy en el barrio de los Tagarinos[300]. Por aquel entonces, como anteriormente, los bajos fondos de la población tangerina los formaban los beréberes de las montañas cercanas de la Cabilia. Haedo nos los pinta llenos de miseria, cavando los huertos y jardines de los ricos, con la única ambición de llegar, si tenían suerte, a sentar plaza de soldado en la milicia; solo entonces podían dar por seguro su sustento. No había en todo el Imperio otomano, pese a los controles y defensas del Estado y las reservas de las corporaciones, una sola ciudad a la que no estuviese afluyendo constantemente una riada de emigrantes procedentes del agro desheredado o superpoblado. «Esta mano de obra clandestina y desesperada redunda en ventaja de los ricos, que obtienen a bajo precio la servidumbre que requieren sus jardines, establos y casas…». Estos desgraciados podían incluso competir con el trabajo esclavo[301].

En Lisboa, donde constantemente afluían los emigrantes, los más miserables son los esclavos negros. En 1633 su número pasa de los 15 000, para una población global de alrededor de 100 000 personas. Todos estos negros desfilan por las calles de la ciudad el día de la fiesta de *Nuestra Señora de las Nieves*, en cuya ocasión llevan taparrabos y telas multicolores. «Sus cuerpos están muy bien hechos y son más bellos que los de los blancos —dice un capuchino—[302], y un negro desnudo tiene un aspecto más hermoso que un blanco vestido».

En Venecia, el inmigrante llegaba de las ciudades vecinas (Cornelio Frangipane, escritor friulano de mediados del siglo[303], cuenta un poco prolijamente cuán desesperante era andar errante por aquellas ciudades,

ignorado en medio de su tráfago), y de los campos y montañas de las inmediaciones (el Tiziano era de Cadore). Si los de Friuli —los *furlani*— son excelentes para los servicios domésticos y las tareas pesadas, lo mismo que para los trabajos agrícolas fuera de la ciudad, los elementos peligrosos, que los hay, vienen todos, o casi todos, de la Romana o de las Marcas. *Tutti li homeni di mala qualità*, dice un informe de mayo de 1587[304], *o la maggior parte di loro che capita in questa città sono Romagnoli e Marchiani*. Visitantes indeseables y generalmente clandestinos, penetran de noche en la ciudad, por los pasos regulares, usando los servicios del primer *barcaroul* que encuentran, quien no puede negar la entrada en su barca a esos hombres, que las más de las veces llevan un arcabuz de chispa, *de roda*, y que por las buenas o por las malas se hacen conducir a la Giudecca, a Murano o a alguna otra isla. Impedir el paso a semejantes visitantes sería el único modo de frenar la criminalidad, pero para ello sería preciso una constante vigilancia y espías locales. El Imperio veneciano y las regiones vecinas también aportan su cosecha de hombres: los albaneses, siempre dispuestos a echar mano del puñal y a dejarse cegar por los sanguinarios celos; los griegos, honorables mercaderes de la «nación griega»[305], o pobres diablos que prostituyen a sus mujeres y a sus hijas para ganar el primer dinero que necesitan para establecerse, y que después le toman el gusto a este fácil comercio[306]; los *morlachi* de las montañas dináricas. El muelle de los esclavonios no es solamente el muelle del que arrancan los barcos… Hacia fines de siglo, Venecia se orientaliza más que nunca con la llegada de persas, armenios[307] y turcos, estos últimos acantonados desde mediados del siglo XVI en una dependencia del palacio de Marco Antonio Barbaro[308], aguardando a que en el siglo XVII se fundara un *Fondaco dei Turchi*. Venecia se convierte también en la etapa más o menos temporal utilizada por las familias judías de origen portugués para trasladarse desde el norte europeo (Flandes o Hamburgo) al Oriente[309].

Venecia era, además, refugio de exiliados y de sus descendientes. Los descendientes del gran Scanderberg vivían todavía allí en 1574: «la raza perdura… en condiciones dignas»[310].

Estos indispensables inmigrantes no siempre eran hombres de poco pelo o de mediana calidad. No pocas veces, traían consigo técnicas nuevas, no menos indispensables que sus personas para la vida urbana. Los judíos, inmigrantes muy especiales a quienes se perseguía por su religión y no por su miseria, representaron un papel excepcional en las innovaciones técnicas de la época. Los judíos expulsados de España, mercaderes al por menor en Salónica

y Constantinopla, fueron desarrollando poco a poco sus negocios hasta competir victoriosamente con los comerciantes ragusinos, armenios y venecianos. Llevaron a las dos grandes metrópolis de Oriente la imprenta, las industrias de la lana y de la seda[311], y, si hacemos caso de ciertos rumores, el secreto de la fabricación de las cureñas de la artillería de campaña[312]. Regalos nada desdeñables, por cierto. Algunos judíos expulsados de Ancona por Pablo IV fueron también los que llevaron la prosperidad —una prosperidad muy relativa, es cierto— a la ciudad de Valona, escala de los turcos[313].

Otros emigrantes de calidad, además de los judíos, son los artistas vagabundos que se sienten irresistiblemente atraídos por las ciudades, a cuyas construcciones y engrandecimiento tanto contribuyen; o los mercaderes, especialmente los mercaderes y banqueros italianos, animadores, cuando no creadores, de Lisboa, Sevilla, Medina del Campo, Lyon y Amberes… Para construir un mundo urbano, todos son necesarios, incluso los ricos. La ciudad los atrae lo mismo que al proletariado, si bien por razones muy distintas. En el gran problema de *l'inurbamento*, tan discutido por los historiadores italianos[314], no son solamente los pobres *contadini* que se agolpan en la ciudad vecina; son también los señores, los ricos terratenientes. A este respecto, y a título de interesante comparación, arrojan gran luz los bellos trabajos del historiador y sociólogo brasileño Gilberto Freyre. Las primeras ciudades del Brasil acaban atrayendo a los *fazendeiros* y hasta a sus propias casas. Es una mudanza completa hacia la ciudad. En el Mediterráneo, también la ciudad parece absorber de golpe castillos y castellanos. Más de un señor sienés tenía su castillo en la Marisma y su palacio, su castillo urbano, en la ciudad de Siena, uno de esos palacios que Bandello nos describe, con su piso bajo rara vez habitado y sus salas de respeto llenas de brocados.

Estos palacios son los grandes testigos de una historia que precede a una nueva emigración de los ricos fuera de las ciudades, a su retorno al campo, a las tierras y a los viñedos; a esa búsqueda *burguesa* del aire libre, tan evidente en Venecia[315], Ragusa[316], Florencia[317] y Sevilla[318], y que llegó a ser general en el siglo XV. Era esta, sin embargo, una emigración de temporada, que no tenía, ni con mucho, el mismo sentido social de la otra; aunque retornase a menudo a su casa de campo, el señor que había construido su palacio en la ciudad era ya un vecino de esta. La casa de campo es un lujo más para el hombre de la ciudad, y, con harta frecuencia, una exigencia de la moda. «Los florentinos —escribía en 1530 Foscari, embajador veneciano— salen al mundo en busca de fortuna; cuando han ahorrado 20 000 ducados, se

gastan 10 000 en un *palazzo* fuera de la ciudad. Cada cual sigue en esto la moda del vecino… Se han construido en las afueras de la ciudad tantos palacios, y tan suntuosos y magníficos, que constituirían por sí solos una segunda Florencia»[319]. Lo mismo podríamos decir en relación con Sevilla: las *novelas* de los siglos XVI y XVII nos hablan con frecuencia de las mansiones construidas en los alrededores de la ciudad y de las magníficas fiestas que en ellas se daban. Y lo dicho vale para las *quintas*, llenas de árboles y fuentes, de los alrededores de Lisboa[320]. Evidentemente estos gustos y caprichos pueden dar paso a decisiones más razonables y de más amplias consecuencias. En el siglo XVII, y en mayor medida en el XVIII, los ciudadanos ricos de Venecia comienzan a mostrar mucho interés por convertirse en hacendados. La Venecia de la época de Goldoni deja que sus palacios urbanos más hermosos amenacen ruina, y concentra todo el lujo en las villas que se levantan a orillas del Brenta. Solo los pobres continúan en la ciudad cuando llega el verano, los ricos están en sus tierras. Modas y caprichos, como siempre que se trata de ricos, no lo explican todo. Villas, casas de campo donde el propietario vive al lado de sus campesinos, *bastides*, como se las llama en Provenza, son también los jalones que marcan la conquista social de las tierras en beneficio del dinero de las ciudades. Es un amplio movimiento que no respeta las tierras fértiles del campesinado. En Ragusa (donde tantos contratos campesinos se conservan en sus archivos oficiales), en el Languedoc y en Provenza, las evidencias no admiten duda alguna a este respecto. El mapa de la *commune* provenzal, a orillas del Durance, que aparece en la tesis de Robert Livet, nos permite comprobarlo al primer golpe de vista. Las tierras que rodean el pueblo de Rognes están desde el siglo XV, y más aún a continuación, salpicadas de *bastides*, cada una con sus respectivas y amplias tierras propias; en el siglo XVI pertenecen «a *forains*, es decir, a propietarios que no viven en Rognes. En su mayor parte son de Aix», los nuevos ricos de Aix de Provenza[321].

De modo que se da un alternativo flujo y reflujo entre la ciudad y el campo. Durante los siglos XVI y XVII el flujo va en sentido campo-ciudad, tanto en el caso de los pobres como en el de los ricos.

Milán, entonces, al convertirse en una ciudad de señores, cambia de tono. Por la misma época, los propietarios turcos de *tschiftliks* abandonan sus aldeas y sus siervos, para ir a instalarse en las ciudades vecinas[322]. A finales del siglo XVI, muchísimos señores españoles dejan también sus campos para irse a vivir a las ciudades castellanas, y especialmente a Madrid[323]. El cambio de clima que se opera en España entre el reinado de Felipe II y el de

Felipe III, imputable a tantas variaciones, está también relacionado con la incorporación de la nobleza española a los marcos urbanos, donde hasta ahora solo moraba de vez en cuando y provisionalmente. Quizá esto explique también la llamada reacción feudal que se produce durante el reinado del sucesor del Rey Prudente.

Las crisis políticas urbanas

Estos problemas de las ciudades, su cotidianidad gris, no tienen el porte dramático de los conflictos políticos en que la evolución del siglo las sumerge despiadadamente una tras otra. Sin embargo, no debemos exagerar demasiado esta historia espectacular. Y lo que debemos evitar especialmente es juzgarla de acuerdo con los sentimientos de la gente de la época, siempre verdugos o víctimas; por ejemplo, debemos guardarnos muy bien de juzgar a Florencia con la rudeza que lo hacían los pisanos, y tratar de comprender el proceso que las aprisiona entre sus engranajes, o parece hacerlo. El hecho es que, aunque triunfen los Estados, las ciudades sobreviven, tan decisivas, después de haber inclinado la cerviz, como lo habían sido antes.

Los cronistas y las historias políticas de la época nos ofrecen una interminable relación de catástrofes urbanas. A veces, catástrofes de grandes proporciones. No afectan solamente las instituciones, los hábitos o las vanidades locales; afectan también la economía, la aptitud del hombre para crear y la misma felicidad de las comunidades urbanas. No obstante, en la mayoría de los casos, lo que se derrumbó carecía en general ya de base, y con frecuencia los conflictos se arreglaron amigablemente sin aparente drama y los nuevos frutos, a veces amargos, tardaron mucho tiempo en madurar.

Para ver los primeros signos de esta larguísima crisis hay que remontarse a comienzos del siglo XV; por lo menos en Italia, que, una vez más, manifiesta en esto una singular precocidad. En unos cuantos años sucumbieron Verona, tomada por los venecianos en abril de 1404[324]; Pisa, que en 1405 pasó a manos de los florentinos[325]; Padua, que en 1406 fue tomada por los venecianos[326]; y en 1426 y 1427, respectivamente, Brescia y Bérgamo, en las lindes del Milanesado, pasaron a ser, hacia el oeste, las avanzadas siempre en guardia de la tierra firme veneciana[327].

Pasan los años, y las crisis interiores, las interminables querellas y las dificultades económicas precedentes y consiguientes hacen vacilar la misma Génova. En los cuarenta años que van de 1403 a 1443 estallan 14 revoluciones[328]. La presa era tentadora, y por fin se apoderó de ella el rey de

Francia en 1458, y más tarde los Sforza, en 1464; Génova se desembarazó de sus ocupantes para volver a llamarlos más tarde: primero a los Sforza y después a los reyes de Francia. Sin embargo, perdió su imperio sobre el Mar Negro. Perdió también, en su propia vecindad, Liorna. Fue un milagro que lograra rehacerse, a pesar de sus dificultades[329], entregándose a medias a la Francia de Francisco I y traicionándola en 1528, con Andrea Doria, en favor de España, con motivo de lo cual se dio una constitución oligárquica[330]. Pero aun antes de esa fecha era ya lo suficientemente fuerte para defender lo suyo y posesionarse de lo ajeno. En 1523, las milicias genovesas se apoderaron de Savona; de 1525 a 1526[331], el vencedor se encarnizó sobre su presa, demolió el dique que protegía el puerto, cegando este, y poco después, en 1528, a raíz de una tentativa de la ciudad para rebelarse y entregarse a los turcos[332], volvió a tomarla por asalto y demolió sus torres con la mira de construir en su lugar fortalezas para vigilarla y hacer frente al peligro saboyano[333]. Pero ya para entonces se habían producido en el Mediterráneo catástrofes mucho mayores.

En 1453 fue la caída de Constantinopla, hecho simbólico en más de un respecto; en 1472 capitulaba Barcelona ante las tropas de Juan II de Aragón. Así caía por tierra una ciudad imperio, y una ciudad dotada de un gran territorio, pues Barcelona venía a ser un Estado dentro del Estado. En 1480, y de una manera amigable, el rey de Francia se posesionó de Provenza y de Marsella. Granada sucumbía en 1492. Había llegado la gran hora de la derrota de estos Estados-ciudades, demasiado angostos para sobrevivir en la lucha contra los grandes Estados. Desde entonces, estos últimos señalan el derrotero. A comienzos de siglo, algunas ciudades se apropiaron de otras, ensanchando su territorio: Venecia constituía la tierra firme, Milán creaba el Milanesado, Florencia se convertía en la Toscana. Los vencedores, en adelante, serán el turco, el aragonés, el rey de Francia y los reyes asociados de Aragón y de Castilla. Los incendios, largo tiempo apagados volvieron a arder, pero brevemente. Pisa, conquistada en 1406, recobra su libertad en 1494; subyugada de nuevo en 1509, es abandonada ahora por sus habitantes que, en masa, se refugian en Cerdeña, Sicilia y otras regiones[334]. Estallaron, incluso, nuevos incendios: en 1521, las vigorosas y orgullosas ciudades de Castilla fueron reducidas al orden en Villalar… El Estado-ciudad, a lo largo de la costa del Mediterráneo, resistíase a morir. En 1540 le llegó la hora a Perusa, que hubo de doblegarse ante el soberano pontífice en el curso de la *Guerra del Sale*, conflicto puramente fiscal y sin gloria…[335]. Por la misma época, en 1543, el catastrófico endeudamiento de las ciudades napolitanas bastó para

dar al traste con sus últimas libertades[336]. La ciudad de Aquila, en los Abruzos, es un cuerpo mutilado, por lo menos desde que Filiberto de Chalon la despojó, en 1529, de sus preciosos *castelli* y peajes, en 40 millas a la redonda[337]. A comienzos del siglo XVII, Alonso de Contreras[338] mandaba la guarnición de soldados españoles allí estacionada; maltrataba imprudentemente a los regidores y atropellaba a sus magistrados. Esta querella de campanario se podría, quizá, considerar como una de las últimas llamaradas de los incendios que ardieron durante casi dos siglos. La historia interior de Roma y de Nápoles ofrecería millares de anécdotas y hechos diversos de la misma mediocre pero significativa importancia.

¿Qué era lo que desaparecía en esta larga crisis? La ciudad, la ciudad medieval, dueña de sus destinos, con una política de puertas adentro, firmemente enclavada entre huertos y jardines, sus viñedos y sus trigales, los litorales y las rutas cercanas y a mano de sus vigías. Esta ciudad desapareció, como suelen desaparecer los paisajes y las realidades históricas, dejando tras sí una estela de recuerdos, testimonios y asombrosas reminiscencias. La *Terraferma* veneciana continúa siendo una federación de ciudades, con sus libertades, sus aduanas y su semiindependencia. Lo dicho vale también para Luca, que podemos contemplar con los ojos de Montaigne, sin sonreír demasiado ante la vigilancia militar de la minúscula República. O, mejor aún, detengámonos ante Ragusa. En pleno siglo XVI, era la imagen viva de la Venecia del siglo XIII, uno de aquellos Estados urbanos de antaño, semejantes a los que pululaban en las costas comerciales de Italia. Las viejas instituciones urbanas estaban en vigor, intactas, bien aceitadas, en pleno funcionamiento, y todavía hoy podemos estudiar los preciosos documentos referentes a ellas. Cuando los historiadores nos quejamos de no encontrar nunca en su sitio los documentos del siglo XVI, culpamos de ello a la negligencia, a los incendios, a las destrucciones y saqueos que a ello contribuyeron. Acusamos también, más aún, el tránsito del Estado urbano al Estado territorial, a estos múltiples desajustes institucionales, que lo embrollan todo. Aquí, el Estado-ciudad, con su meticulosa vigilancia, está ya fuera de sitio, y el Estado territorial aún no ha venido a desplazarlo; salvo quizá en Toscana, donde el «despotismo ilustrado» de los Médicis facilitó el cambio. Pero en la impertérrita Ragusa todo está admirablemente ordenado en el Palacio de los Rectores: los documentos judiciales, los registros de los atestados, los títulos de propiedad, las correspondencias diplomáticas, los seguros marítimos, las copias de las letras de cambio… Si hay alguna posibilidad de llegar a comprender el Mediterráneo del siglo XVI, es en este centro privilegiado y mal investigado,

tanto más cuanto que los barcos mercantes ragusinos recorrían el mar en toda su extensión, entre el islam y la cristiandad, desde el Mar Negro hasta las columnas de Hércules.

Pero ¿estamos ante la realidad o ante una falsa decoración? Ragusa se avino a pagar tributo al turco. Gracias a ello, salvó sus tiendas diseminadas por las ciudades de los Balcanes, su riqueza y la mecánica precisa de sus instituciones… Manteniéndose neutral se aprovechó de las horas indecisas y agitadas del siglo. Neutralidad mantenida, hay que decirlo, con heroísmo y habilidad. Amenazada, sabía erguirse en su defensa. No ceja en la afirmación de su causa y de sus intereses. Sabe suplicar a Roma y a la cristiandad, pues, ¿no es, acaso, una ciudad fervorosamente católica? Pero a los turcos les habla con firmeza y decisión… El capitán de navío ragusino de quien nos habla Haedo, capturado por los argelinos contra toda ley, se queja, chilla, vocifera, hasta que, por último, los de Argel lo arrojan al agua con una piedra atada al cuello[339]. No siempre los neutrales salen bien librados.

Falso decorado, sin duda alguna, el de Luca, protectorado apenas encubierto de los españoles del Milanesado. La única ciudad, dice candorosamente Cervantes, donde los españoles gozan de simpatías en Italia[340].

Pero las excepciones, a lo sumo, no hacen más que confirmar la regla. Las ciudades no han podido sobrevivir intactas a la larga crisis política de los siglos XV y XVI. Han sufrido los embates de la tormenta y no han tenido más remedio que adaptarse, lo que significó, a la vez, ceder, traicionar, discutir, perderse y recuperarse, abandonarse o venderse, como hizo Génova, o luchar, como hizo Florencia, de manera más apasionada que lúcida; o bien luchar, y más aún, resistir y sostenerse, como supo hacerlo Venecia de un modo sobrehumano. De un modo o de otro, adaptarse, único medio de poder sobrevivir.

Las privilegiadas ciudades bancarias

Los Estados victoriosos no pueden controlar y asumir la responsabilidad de todo. Son pesadas máquinas incapaces de llevar a término tantas tareas nuevas y sobrehumanas. La que denominamos *economía territorial* en las clasificaciones de nuestros libros de texto no podía permitirse asfixiar la economía denominada *urbana*. Las ciudades continúan siendo las fuerzas motrices. Los Estados que incluyen estas ciudades en su territorio no tienen más remedio que llegar a acuerdos con ellas y tolerarlas. Estos acuerdos son

perfectamente naturales considerando que las ciudades, incluso las más independientes, necesitan usar un espacio que pertenece a los Estados territoriales.

Toda la Toscana no alcanza por sí sola a sostener a la riquísima Florencia de los Médicis. Esta no produce siquiera un tercio del trigo que consume anualmente. Los aprendices de las tiendas del *Arte della Lana* vienen de las colinas toscanas, pero también de Génova, de Bolonia, de Perusa, de Ferrara, de Faenza y de Mantua[341]. Hasta alrededor de 1581-1585, las inversiones de capital florentino (las *accomandite*) se mueven de punta a punta de Europa, e incluso alcanzan Oriente[342]; las colonias de mercaderes florentinos están presentes en todas las plazas importantes: en España son mucho más influyentes de lo que se piensa normalmente; predominan en Lyon, y a comienzos del siglo XVII[343] ocupan una posición de primera fila en la propia Venecia. A partir del advenimiento del gran duque Ferdinando (1576) se inicia una más precisa búsqueda de nuevos espacios y mercados. Entre estos intentos, no son los menos curiosos los cruceros de las galeras de Saint-Étienne, o las asociaciones con los holandeses para llegar al Brasil y a las Indias[344].

Estas grandes ciudades del siglo XVI, con su capitalismo ágil y peligroso, están en condiciones de controlar y explotar el mundo entero… Venecia no se explica únicamente por su tierra firme, o por su gran imperio de costas y de islas, tenazmente explotado. En realidad, se nutre también de la grasa del Imperio turco. Como la hiedra del árbol a que se agarra.

Tampoco Génova se contenta con nutrir su vida opulenta (la de sus banqueros, se entiende) de las pobres costas de Poniente y de Levante, o de las de Córcega, que era una preciosa y embarazosa propiedad. El drama de su existencia en los siglos XV y XVI no está en sus destinos políticos, que son una resultante y, las más de las veces, una simple apariencia; el drama está en que Génova pierde un imperio y reconstruye otro. Y el segundo en nada se parece al primero.

El primer imperio genovés estaba formado esencialmente por colonias comerciales. Dejemos a un lado, a este respecto, las ideas de Sombart sobre la expansión feudal agrícola de las ciudades italianas en la Edad Media, que conducen a la integración de vastos dominios territoriales, lo cual es verdad, sin duda, en los casos de Siria, Creta, Chipre y Quíos, donde los genoveses permanecieron hasta 1566. Pero lo esencial de la gran prosperidad de Génova, son las colonias plantadas por esta ciudad más allá de Constantinopla, en los límites del Imperio bizantino, en Caffa, Tana, Soldaia y Trebizonda. Son,

todas, factorías. Otra de ellas, Tabarca, organizada por los Lomellini en la costa norafricana, extraña ciudadela comercial, muy viva todavía durante el siglo XVI, de la que fluyen hacia Génova los fabulosos beneficios de la pesca del coral…

El segundo imperio de Génova se vuelve hacia el oeste; se apoya en antiquísimos centros, viejas y potentes colonias comerciales existentes de antemano y que bastaba con sostener, en Milán, Venecia, Nápoles. En Mesina, la colonia genovesa percibe en 1561 su crecida parte alícuota sobre el tráfico del trigo, la seda y las especias; oficialmente, según un documento consular, dicha parte alícuota arrojaba 240 000 escudos por año[345]. Diez, 20, 30 colonias de este tipo se extendían alrededor del Mediterráneo. Pero el imperio con el que Génova se resarció de los desastres de Oriente sobrevenidos a finales del siglo XV no se edificó allí, sino en los dominios hispánicos, en Sevilla, Lisboa, Medina del Campo, Valladolid, Amberes y América… Su carta de fundación hay que buscarla en la convención pacífica de 1493, firmada en Sevilla entre Génova y los Reyes Católicos[346], que reconocía a las colonias genovesas el derecho a elegir un cónsul de su nación, «*consulem subditorum suorum*», y relevarlo a su voluntad. Pero estas colonias occidentales, que habían de modelar tan profunda y duramente la materia financiera y fiscal de España en vísperas de su grandeza americana, estas colonias son algo muy aparte; son, a decir verdad, colonias de banqueros. Génova se rehízo de su desastre comercial en el Oriente con una victoria financiera en el Occidente. Esta fórmula es excesivamente simple, pero dice lo esencial.

Los genoveses crearán los negocios sevillanos hacia América por medio del arte de los *cambios*; por medio de los mismos hilos se apoderarán muy pronto de los grandes monopolios de la sal y de la lana, y tendrán asido por la garganta el mismo gobierno de Felipe II, desde mediados del siglo… ¿Podemos decir que fue esta una victoria genovesa? Sí y no. Este imperio del dinero, cuyas mallas se extendieran en 1579, con la creación de las ferias de Piacenza, sobre todo el mundo occidental, como ayer el poderío de la plaza de Londres, es el imperio de las grandes familias patricias, de los *nobili vecchi*, de los viejos nobles, y no el de la ciudad, que desde 1528 estaba toda ella en manos de aquellas familias, las cuales seguirán dominándola, en realidad, a pesar de los nuevos nobles, de las pasiones populares y de la gran ocasión que se presentó en 1575. Esta extraordinaria aristocracia financiera devorando al mundo es la mayor aventura urbana del siglo XVI. Génova parece subsistir milagrosamente. No tiene flota propia, o no tiene, por lo menos, una flota

suficiente: surgen, en el momento preciso, las naves ragusinas primero y los barcos marselleses después. En 1566, pierde sus colonias en el mar del Norte, y después Quíos, centro de sus operaciones mercantiles en el Levante. Pero el registro de los *caratti del mare*, de 1550 a 1650, demuestra que siguen llegando a ella la seda del Asia Central y las ceras blancas por Rusia y la «Khazaria», igual que durante los siglos XIII y XIV[347]. El turco no le concede el «tratado del trigo», pero se alimenta, cuando le conviene, de trigo turco… El siglo XVII asiste a un repliegue de las economías, pero Génova se mantiene poderosa y agresiva, declaró su puerto libre en 1608[348]. Son simples milagros del dinero, que no es, de por sí, un milagro simple. Todo afluye a esta riquísima ciudad de los hombres. Bastaba con que un genovés comprase algunas acciones de un navío ragusino[349], para que este entrara inmediatamente al servicio de la *Dominante*. Bastaba con que situara un poco de dinero en Marsella para que los barcos de toda la ribera de la Provenza vinieran a ofrecer a Génova sus servicios. ¿Por qué la seda blanca no había de llegar hasta Génova desde las profundidades de Asia? Para lograrlo bastaba entregar a cambio un poco de metal precioso. Y Génova es, a partir de los años 1570-1580, el centro de redistribución de la plata americana, controlada por los señores de las finanzas, los Grimaldi, los Lomellini, los Spinola y otros muchos. El dinero que no emplean en sus altos y maravillosos palacios de Génova lo invierten en compras de tierras o feudos en Milán, en Nápoles o en el *Montferrato inferiore* (las pobres montañas genovesas no eran en modo alguno lugar donde invertir de modo seguro el dinero) o en rentas en España, Roma o Venecia[350]. En España, donde el pueblo detesta por instinto a estos orgullosos mercaderes, y donde Felipe II los trata muchas veces como a criados y llegado el caso, los hace detener[351], está todavía por hacer la lista de sus fechorías. Un historiógrafo marxista[352] ha compilado la lista de los estragos ocasionados por el capitalismo comercial de Núremberg en Bohemia, Sajonia y Silesia, y le atribuye la responsabilidad del retraso económico y social de estas regiones, separadas del mundo exterior y comunicando con él solo a través de estos intermediarios abusivos. Y la misma acusación se puede hacer a los genoveses en España: Han bloqueado el desarrollo de un capitalismo español —los Malvenda de Burgos y los Ruiz de Medina del Campo no son más que personajes de segunda fila, y los responsables de las finanzas de Felipe II, de Eraso y Garnica al marqués de Auñón, con sus recién estrenados títulos, prebendas y prevaricaciones, no pasan de ser personajillos, personas a las que se puede comprar y compradas—.

Así, mientras los Estados territoriales adquieren espacio a manos llenas, son incapaces de explotar sin ayuda ajena las inmensas unidades económicas que resultan de su acción. Esta incapacidad abre de nuevo las puertas a ciudades y mercaderes. Ellas y ellos, ocultos tras la máscara de la subordinación, prosperarán cada vez más. E incluso donde podrían hacerse los amos sin esfuerzo, es decir, en su propio territorio y con sus propios súbditos, vemos a los Estados haciendo concesiones y llegando a compromisos. Sevilla y Burgos[353] serán dos ciudades privilegiadas durante el reinado de los Reyes Católicos, y Marsella y Lyon, en tiempos del Cristianísimo Rey. Y la lista se podría alargar.

Las ciudades reales e imperiales

No puede sorprender, entonces, si pese a estar sometidas a los Estados territoriales, las ciudades del siglo XVI, favorecidas por el auge de la coyuntura económica y por las funciones que el Estado abandona en sus manos, siguen creciendo en población y riqueza, algunas veces en grado desmesurado.

Podríamos detenernos en el caso de Madrid; capital tardía, suplanta a Valladolid en 1560 y le cede de nuevo la primacía —muy de mala gana— de 1601 a 1606. Pero Madrid no conocerá su gran momento hasta el reinado pródigo y poderoso de Felipe IV (1621-1665). También podríamos detenernos a considerar el caso de Roma, sobre la que, por cierto, se acaba de escribir un libro muy iluminador[354], pero Roma es una ciudad que por muchas razones debemos considerar como caso muy aparte. Como perfecto modelo de ciudades que han pactado con el diablo, en este caso el Estado territorial, contamos con los ejemplos de Nápoles y Estambul. Notemos que ambas han pactado muy pronto: Nápoles, desde el nacimiento del *Reame*, sobre todo desde el reinado innovador de Federico II (1197-1250),[355] el primer *déspota ilustrado* que ha conocido Occidente; y Estambul, desde 1453, cuando el mapa de Europa no conocía ni la fuerte Inglaterra de los Tudor, ni la Francia recosida de Luis XI, ni la España explosiva de los Reyes Católicos. El Imperio otomano es el primer Estado territorial que se establece como poder mayor y, en cierto modo —por el saqueo de Otranto en 1480— ha iniciado, 14 años antes de Carlos VIII, las guerras de Italia. Además, Nápoles y Constantinopla eran entonces las dos ciudades más pobladas del Mediterráneo, verdaderos monstruos urbanos y parásitos monumentales.

Faltaba todavía bastante tiempo para que Londres y París emergiesen como ciudades colosales.

Parásitos: un Estado es una concentración de dinero y medios; y las ciudades capitales viven de esta concentración; a medias siervas, y algo más que a medias rentistas. Hacía faltar estar loco, como Sixto V, para pretender que Roma, parásito urbano perfecto, se convierta en una ciudad laboriosa[356]. Prueba evidente de que no era necesaria dicha transformación nos la ofrece el hecho de que la Roma del siglo XVII pudiese continuar llevando su vida ociosa, viviendo de los demás y creciendo sin esfuerzo[357], sin haberse sometido jamás a la ingrata disciplina del trabajo.

Dentro de la cristiandad no había otra ciudad equivalente a Nápoles. Su población —280 000 habitantes en 1595— es el doble de la de Venecia y el triple de la de Roma, cuatro veces mayor que la de Florencia y nueve veces la de Marsella[358]. A ella afluían personas de toda la Italia meridional, tanto los ricos, a veces muy ricos, como los pobres más irremediablemente miserables. La superabundancia de su población explica que se fabricasen entonces en ella tantos artículos de lujo. En el siglo XVI, los artículos de Nápoles eran un poco los del París actual: encajes, cordones, fruslerías, artículos de bisutería, sedas, telas ligeras (tafetanes), lazos y moñas de seda de todos los colores, telas de calidad… Podemos encontrar estas mercancías, y en grandes cantidades, incluso en Colonia[359]. Los venecianos afirman que las cuatro quintas partes de los obreros de Nápoles viven de la industria de la seda, y sabemos que el *Arte di Santa Lucia* gozaba de una reputación que iba mucho más allá de los límites de la ciudad y comarcas vecinas. Piezas de seda denominadas de *Santa Lucia* se revenden incluso en Florencia. En 1624, la amenaza de imposición de leyes suntuarias en España, lo que habría perjudicado las exportaciones napolitanas de sedas y artículos de seda, puso en peligro rentas fiscales que llegaban a los 335 220 ducados[360]. Pero no son estas las únicas industrias: hay muchas más, algunas establecidas sólidamente y otras que tratan de aclimatarse, atraídas por la superabundancia de la mano de obra disponible.

Campesinos de todas las provincias del vasto reino, montañoso y pastoril, afluyen a la ciudad. Vienen atraídos por las *arti* de la lana y la seda; por las obras públicas de la ciudad, comenzadas en la época de Pietro di Toledo y continuadas sin interrupción mucho después de él (a la altura de 1594, algunas de ellas no están todavía terminadas)[361]; por la posibilidad de entrar en el servicio doméstico de las casas nobles, precisamente en el momento que se va afirmando entre los señores la moda de vivir en la ciudad y desplegar el

lujo de que son capaces; y si todas estas posibilidades de trabajo fallan, siempre pueden contar con los innumerables establecimientos eclesiásticos, con sus enjambres de sirvientes y mendigos. Al buscar empleo, fácil de encontrar en «no importa qué estación»[362], los campesinos se libran automáticamente de las gravosas obligaciones feudales debidas a un señor que quizá ha heredado o comprado —como hacían frecuentemente los mercaderes genoveses— su título y tierras, y que, por otra parte, siempre están a disposición del mejor postor que se presente. El proverbio dice que «el aire de la ciudad hace libre», pero esto no quiere decir que haga dichoso o bien comido.

De modo que la ciudad no deja de crecer: «después de estar creciendo durante treinta años —dice una relación de 1594—[363] en casas y habitantes ha aumentado en dos millas su circunferencia y sus barrios nuevos están casi tan llenos de casas como los antiguos». Pero ya en 1551 se interesaban los especuladores por los terrenos sin edificar que había a ambos lados de la muralla nueva que se había construido de la Porta de San Giovanni a Carbonara a Sant'Elmo, al lado de los jardines del príncipe de Alife[364].

El inevitable problema que se presentaba en esta enorme aglomeración era sin duda el del avituallamiento: era el más importante y perenne. Por medio del prefecto de la Annona, al que nombra a partir de 1550 (y que se puede considerar como un verdadero ministro del abastecimiento, encargado de las compras, del mantenimiento de reservas, de las reventas a los panaderos y a los mercaderes ambulantes de aceite), el virrey controla este servicio estrictamente municipal[365]. La ciudad no podría, por sí sola, asumir esta gestión deficitaria. En 1607, un documento digno de crédito indica que la ciudad gasta un mínimo de 45 000 ducados al mes, mientras que sus ingresos no alcanzan los 25 000[366]. Con frecuencia el trigo y el aceite se venden con pérdida. Los préstamos cubren la diferencia, pero, por desgracia, no sabemos en qué condiciones. El secreto de la existencia de Nápoles se esconde en parte en este déficit que era ya de tres millones en 1596, y que alcanzaba los ocho millones en 1607[367]. ¿Era quizá el presupuesto del reino (que no mejoró con el paso de los años) el que liquidaba la diferencia? ¿O las virtudes de una economía todavía sencilla y robusta? ¿O la arribada de navíos del norte[368] que estimulaban la actividad económica de Nápoles y que al traerle trigo y pescado del norte facilitan su vida cotidiana? Esa vida de todos los días estaba llena de problemas: el abastecimiento de agua potable (traída de los manantiales de Formale en 1560)[369], el mantenimiento de las calles, la organización de la circulación del puerto… El malecón que protege los navíos

anclados estaba a finales de siglo tan lleno de inmundicias, de deyecciones del alcantarillado y de la tierra que descargan allí los constructores de casas y edificios públicos, que en 1597 se plantea seriamente la cuestión, no de limpiarlo, sino de sustituirlo por uno nuevo[370]. Nápoles era excesiva en todo: consumía anualmente 40 000 *salme* de trigo de Apulia, y en 1625 importa la increíble cantidad de 30 000 cántaros de azúcar (1500 toneladas) y 10 000 cántaros de miel, reexportando una gran cantidad en forma de *siropate, paste e altre cose di zucaro*, pero, inútil decirlo, nada de esto va a parar a las bocas de los pobres[371].

Nos podemos hacer solo una débil idea de toda esta actividad. Sabemos que las autoridades españolas han tratado de hacer más lento el crecimiento de la enorme ciudad[372], pero sin decidirse jamás a tomar medidas radicales. Y, bien pensado, ¿era conveniente suprimir esta auténtica *válvula de seguridad*, indispensable dada la continua ebullición a que estaba constantemente sometido aquel vasto reino?[373] De modo que Nápoles continuará siendo lo que era: una ciudad superpoblada e inquietante. Nunca se logró mantener el orden en ella, y, llegada la noche, la voluntad del más fuerte o la del más hábil es la ley imperante. Ciertamente, y aun mitigando las fanfarronadas e historias que tan gustosamente salen de las plumas de algunos soldados españoles[374], Nápoles es la ciudad más asombrosa y deliciosamente picaresca del mundo. Es, desde luego, más laboriosa de lo que se deduce de su mala reputación, pero, con todo, la reputación la tiene bien merecida. Tan pronto había que tomar medidas contra los vagabundos que inundaban la ciudad[375], como actuar contra sus cofradías más o menos organizadas y que ofrecían ya el marco en el que se encuadrarían los *lazzaroni*[376].

Nápoles corresponde a las dimensiones de Italia del sur, del *Reame*; Estambul refleja en sí el inmenso Imperio turco, tan velozmente creado. La ciudad ha seguido en su conjunto la curva de esta evolución. En 1478, poco después de haber sido conquistada, cuenta, quizá, con unos 80 000 habitantes; 400 000 entre 1520 y 1535; 700 000, a decir de los occidentales, al finalizar el siglo[377]. Prefigura lo que será el desarrollo de Londres y París en los siglos XVII y XVIII: ciudades privilegiadas cuya preeminencia política les consiente todas las paradojas económicas, siendo la principal de ellas el vivir por encima de lo que sus medios y su propia producción les permiten. Constantinopla no era una ciudad, sino una aglomeración, un monstruo urbano. Su emplazamiento la convierte en una ciudad dividida, y precisamente en esta circunstancia radican a la vez su grandeza y sus

dificultades. De que hace su grandeza no cabe duda: sin el Cuerno de Oro —el único abrigo seguro entre el mar de Mármara, tan frecuentemente expuesto a los temporales, y el Mar Negro, que tan merecida tiene su fama de mar peligroso—, sin el Bósforo, ni Constantinopla ni su heredera Estambul serían concebibles. Pero, como consecuencia, el espacio urbano resulta fraccionado por planos de agua sucesivos y extensos frentes de costas. Una población de marineros y barqueros tripula los miles de barcas, caicas, *perames*, *mahonnes*, barcazas y *barcos de puertas* (para el transporte de animales de Scutari a la costa europea) que por allí transitan. «Rumeli Hisar y Besiktas, al sur del Bósforo, son dos prósperos pueblos de barqueros»[378], este último para las mercancías y el otro para los viajeros. Para esta tarea interminable y agotadora, necesaria para mantener la unidad de una ciudad separada, siempre hay enganche abierto. Pierre Lescalopier, que llega a Constantinopla en la primavera de 1574, lo indica: «en las *parmes (perames* o barcas de tránsito) hay cristianos (esclavos) que con el permiso de sus amos están ganándose el dinero necesario para su rescate»[379].

De las tres aglomeraciones, Constantinopla, o Estambul, o Istanbul, es la más importante. Era la ciudad triangular entre el Cuerno de Oro y el mar de Mármara, defendida por el lado de tierra por murallas dobles, «por cierto, no en muy buenas condiciones»[380] «y a lo largo de las cuales hay bastantes trozos en ruinas»[381]. Tiene un perímetro que oscila entre las 13 y las 15 millas[382], mientras que Venecia no pasa de ocho. Pero este espacio urbano está lleno de árboles, de jardines, de plazas con fuentes[383], de *praderas* y paseos y cuenta con más de 400 mezquitas, todas cubiertas de techos de plomo. Y alrededor de cada una de ellas se extiende un espacio abierto. La mezquita de Solimán el Magnífico, la Suleymania, con «su explanada, sus *medreses*, su biblioteca, su hospital, su *imaret*, sus escuelas y sus jardines, ocupa en conjunto el espacio de un barrio grande»[384]. Finalmente, las casas se apiñan unas contra otras, son bajas y hechas «a la turca», de madera, con «paredes de tierra»[385] y de ladrillos mal cocidos; sus fachadas, «enlucidas con diferentes colores: azul pálido, rosa, amarillo»[386]. Las calles son «estrechas, tortuosas y desiguales»[387], no siempre pavimentadas, y con frecuencia, en pendiente. Se circula a pie o caballo, raramente en vehículos. Los incendios son frecuentes y no respetan ni el mismo Serrallo. En el otoño de 1564 un incendio destruye de un solo golpe 7500 tiendas de madera[388]. Otra ciudad en el interior de esta gran ciudad la constituye el Besestán, «una especie de feria de St.-Germain», dice Lescalopier, que admira allí las «amplias escaleras de noble piedra y las hermosísimas tiendas de los

merceros, en las que se venden tejidos de algodón bordados en oro y seda… y toda suerte de cosas bellas y encantadoras»[389]. Otra ciudad era el *Atbazar*, el mercado de caballos[390]. Y finalmente, la más suntuosa de todas, el Serrallo, situado en el extremo sur de la ciudad; una sucesión de palacios, kioscos y jardines. Estambul era predominantemente una ciudad turca: los turbantes blancos superan ampliamente en cantidad a los otros que se pueden ver; constituyen 58 % de su población, tanto en el siglo XVI como en el XVII. Luego están los griegos, con sus turbantes azules, judíos de turbantes amarillos, y también armenios y zíngaros[391].

Galata, situada al otro extremo del Cuerno de Oro, ocupa el conjunto de orillas meridionales comprendidas entre el Arsenal de Kasim Pasa, que cuenta con alrededor de cien bóvedas de piedra, cada una lo bastante amplia como para poder construir bajo ella una galera…[392]. y, más al sur, el segundo Arsenal de Top Hane, donde hacen la pólvora y la artillería[393]. Galata es el único puerto que visitan los navíos occidentales; allí están los comisionistas judíos, las tiendas, los almacenes y las famosas tabernas donde se sirve vino y *arak*; detrás de las colinas están las Viñas de Pera, lugar en que el primero de todos los representantes de Occidente, el embajador de Francia, había fijado su residencia. Es la ciudad de los ricos, «muy grande, populosa, construida al estilo francés», habitada por mercaderes latinos y griegos, estos últimos por lo general muy ricos, vestidos a la turca, viviendo en casas espaciosas y cubriendo a sus mujeres de seda y joyas… Estas mujeres, excesivamente dadas a la coquetería, parecen más bellas de lo que realmente son, pues se acicalan mucho y gastan todo su haber en vestidos y en múltiples anillos con los que llenarse los dedos y joyas para adornar sus peinados, aunque la mayor parte de estas son falsas[394]. Galata y Pera juntas, que los viajeros confunden, forman «una ciudad comparable a Orleans»[395]. Griegos y latinos no son aquí ni mucho menos los que mandan, pero pueden vivir y practicar sus cultos del modo que mejor les parece. Es notorio que «la religión católica se practica en esta ciudad con toda libertad, incluidas las procesiones italianas de los flagelantes, y el día del Corpus se adornan las calles, bajo la vigilancia de dos o tres jenízaros a los que se les da dos o tres aspros» (monedas de plata)[396].

Emplazada en la orilla asiática, Escútari (Usküdar)[397] es casi una tercera ciudad diferente de las otras dos. Es la estación terminal de las caravanas de Constantinopla, el punto de llegada y partida de las inmensas rutas que atraviesan Asia. Lo demuestra claramente el número de sus caravanserrallos y de sus *hans*, lo mismo que la importancia de su mercado de caballos. Por el lado del mar carece de un solo puerto que sea un buen abrigo: por eso las

mercancías han de pasar por allí apresuradamente, y confiando siempre en la buena suerte. Ciudad turca, Escútari está llena de jardines y residencias principescas. El sultán tiene en ella su palacio y es todo un gran espectáculo verle salir del Serrallo y pasar, en una fragata, al lado asiático «para su esparcimiento»[398].

No sería completa la descripción de la aglomeración si no mencionásemos el arrabal más importante de Constantinopla: Eyüp, situado en el lugar donde las Dulces Aguas de Europa se encuentran con el Cuerno de Oro, y la profusa guirnalda de pueblos griegos, judíos y turcos a ambas orillas del Bósforo, pueblos de jardineros y pescadores, donde los ricos han comenzado muy pronto a construirse sus residencias veraniegas, las *yali-s*, con basamentos de piedra, constituidas por un piso bajo y un primer piso, hechos de madera; sobre el Bósforo, donde, dada la distancia de orilla a orilla, no puede haber vecinos indiscretos, se abren «numerosas ventanas sin celosías»[399]. No es exagerado comparar «estas casas de recreo y jardinería»[400] con las villas de la campiña florentina.

El conjunto de todos los elementos citados formaba un enorme conglomerado urbano. En marzo de 1581, ocho navíos que llegan de Egipto cargados de trigo no le dan de comer más que un solo día[401]. Relaciones de cuentas de 1660-1661 y 1672-1673[402] nos permiten conocer las dimensiones de su apetito, que sigue siendo el mismo del siglo anterior. Cada día la ciudad consume de 300 a 500 toneladas de trigo, elaboradas por sus 133 panaderos (en la Constantinopla propiamente dicha, de 84 panaderos, 12 hacen pan blanco); se consumen anualmente 200 000 bovinos, de los cuales 35 000 se emplean para hacer carne salada o ahumada, la *pastirma*, y (al llegar a este punto hay que leer las cifras dos o tres veces antes de poderlo creer) casi cuatro millones de carneros y tres millones de corderos (para ser exactos 3 965 760 y 2 877 400 respectivamente). Además de esto, barriles de miel, de azúcar, sacos y odres de queso, caviar y 12 904 cántaras de manteca fundida traídos por mar, sumando el total alrededor de las 7000 toneladas.

Estas cifras, demasiado precisas para ser exactas, pero demasiado oficiales para ser enteramente falsas, nos dan idea de cómo procedían las cosas. Es seguro que Constantinopla hace un uso desmesurado de las riquezas, de las inmensas riquezas del imperio, según un sistema organizado por un gobierno tan meticuloso como autoritario y dirigista. Las zonas de avituallamiento se elegían de acuerdo con la conveniencia de los métodos de transporte; se fijaban los precios y, si era preciso, se requisaba. Estrictas regulaciones fijan los puntos donde se deben descargar las mercancías

llegadas a los muelles del puerto de Estambul. Por ejemplo, era obligatorio descargar en Un Kapani el trigo llegado del Mar Negro. Pero como es natural, no todo el comercio discurre por estos cauces oficiales. Por su propio volumen, la ciudad ejercía un enorme poder de atracción. Podemos darnos cuenta del papel que representan en el comercio del trigo los grandes negociantes que se dedican a explotar a los pequeños transportistas del Mar Negro, y el de los capitanes griegos y turcos de Yeni Köy, en la orilla europea del Bósforo, o de Top Hane, muy próxima a los muelles de Galata, dueños de enormes fortunas personales, que se dedicaron a hacer de intermediarios y transportistas, y más de una vez estuvieron envueltos en contrabandos de trigo enviado a Occidente desde las islas del Archipiélago[403].

Constantinopla consume los mil diferentes productos del imperio, y además, paños y objetos de lujo de Occidente; la ciudad no da nada a cambio, nada o casi nada, excepto balas de lana y cueros de carnero, vaca o búfalo que transitan por su puerto. No hay punto de comparación entre esta ciudad y esos grandes puertos, centros de exportación, que son Alejandría, Trípoli de Siria y, más tarde, Esmirna. La capital goza del privilegio de los ricos: otros trabajan por y para ella.

A favor de las capitales

Pero no podemos permitirnos condenar sin más las ciudades gigantescas. Y si lo hacemos, debemos indicar a continuación que, si semejantes conglomerados urbanos han existido, es porque tenían su razón de ser. El historiador puede lanzar un veredicto de no culpabilidad después de haber considerado debidamente estos admirables instrumentos políticos e intelectuales que fueron dichas ciudades: en realidad, el invernadero de toda civilización. Además crean un orden. Y ese orden se echaba dolorosamente en falta en ciertas florecientes regiones de Europa: en Alemania, donde ninguna ciudad era capaz de imponer una dirección en aquel inmenso espacio; en Italia, *descuartizada* entre sus diversos *polos* urbanos. Las ciudades creadas por las unidades nacionales o imperiales crean, a su vez, estas unidades decisivas: Londres y París, por ejemplo, ¿es que no llevaron a término una tarea importante?

En España, la unidad peninsular ha carecido de una capital poderosa. Abandonar Valladolid, en 1560, para irse a Madrid, capital escogida arbitraria y *geométricamente*, no fue, por cierto, una decisión muy sabia. El historiador J. Gounon-Loubens[404] afirmó hace ya mucho tiempo que el error mayor

cometido por Felipe II fue el de no convertir a Lisboa, donde el Rey Prudente había residido de 1580 a 1583, y de la que a continuación se marchó definitivamente, en la capital. Podría haber hecho de la ciudad una especie de Nápoles o de Londres. Este reproche siempre me ha causado una gran impresión. Felipe II, estableciendo su corte en Madrid, es una anticipación de lo que vendrá después: gobiernos que fijarán arbitrariamente sus capitales en *ciudades preferidas*; así el propio Felipe II elegirá El Escorial, y Luis XIV, Versalles… Pero tratar de corregir la historia no pasa de ser un juego, una forma de argumentar y familiarizarse, a falta de algo mejor, con un tema demasiado amplio que escapa a nuestros intentos de hacernos con él.

En el siglo XVI estas ciudades especiales, las capitales, comienzan a emerger, pero habrán de esperar al siglo siguiente para convertirse definitivamente en directoras; quizá porque entonces, en plena regresión económica, el Estado moderno ha sido la única entidad capaz de imponerse y prosperar contra corriente. Desde finales del siglo XVI comienzan a ser visibles ciertos signos de decadencia y comienza a marcarse la distinción entre las ciudades que cuentan con su pan seguro, sean cuales sean las circunstancias que se den, y aquellas otras que viven íntegramente del trabajo propio. Estas últimas habían ya experimentado momentos de estancamiento, resultado de la disminución de la corriente de la vida económica: sus aguas pierden velocidad y sus ruedas giran más despacio.

Coyunturas y cambios

En cualquier caso, la dinámica de las ciudades nos aleja de nuestro propósito original. Teníamos la intención, en este primer libro, de concentrarnos en los rasgos constantes, en lo que es permanente, en las estadísticas bien conocidas y estables, en todo aquello que se repite, en la estructura de la vida mediterránea, en la arcilla que constituye sus fundamentos, en sus aguas tranquilas, o que nos imaginamos tranquilas. Las ciudades son una especie de motores, funcionan, se calientan, se agotan… y vuelven a comenzar de nuevo. Sus averías nos introducen en ese mundo todo-movimiento que va a ser objeto de nuestro segundo libro. Su mensaje nos habla de evolución y de condiciones cambiantes, dejándonos adivinar su destino futuro: la decadencia que tantos signos anuncian a finales del siglo XVI, y que el XVII acentuará. Podríamos decir que entre el 1500 y el 1600 los motores habían funcionado bien, pero que, mucho antes de la llegada del

nuevo siglo, sus aceleradores se habían atascado: se multiplican las averías y los ruidos sospechosos, aunque no obligan todavía a hacer un alto.

SEGUNDA PARTE
DESTINOS COLECTIVOS Y MOVIMIENTOS DE CONJUNTO

[I-469]

EN LA primera parte de este libro hemos tratado de individuar, partiendo del espacio, todo lo que es repetición, lentitud, permanencia.

En nuestra búsqueda de lo inmóvil o lo cuasi inmóvil no hemos vacilado en rebasar los límites cronológicos de un estudio restringido en principio a la segunda mitad del siglo XVI, ni en utilizar testimonios de otras épocas, incluso de la actual. Con sus propios ojos descubrió Victor Bérard los paisajes de la *Odisea*, en el mundo mediterráneo. Pero sucede con frecuencia que, además de Corfú, la isla de los feacios, o Yerba, la isla de los lotófagos, podemos encontrar también al propio Ulises, un tipo de hombre inmutado frente al pasar de las centurias[1].

En contraste con esta perspectiva a larga escala temporal, nuestro segundo libro se propone tratar una historia de ritmo más próximo a lo individual: la historia de los grupos, de los destinos colectivos, de los movimientos de conjunto. Se trata de una *historia social*: todo arranca en ella del hombre, del ser humano, y no de las *cosas* como diría Maurice Halbwachs, o, usando otra expresión, de lo que el hombre ha construido a partir de las cosas.

De hecho, este segundo libro obedece a propósitos contradictorios. Se interesa por las estructuras sociales, las cuales están provistas de mecanismos que soportan bastante bien el paso del tiempo; pero también se interesa por el modo en que se mueven dichas estructuras. Aúna, en consecuencia, lo que en nuestra jerga de especialistas llamamos *estructura* y coyuntura, lo inmóvil y lo animado, la lentitud y el exceso de velocidad. Estas dos realidades, como bien saben los economistas[2] —y de hecho es a ellos a quienes debemos esta distinción—, se presentan asociadas en la vida de todos los días, desgarrada constantemente entre lo que cambia y lo que persiste.

Pero no es fácil abarcar con una sola mirada este complejo espectáculo. Los capítulos que siguen se han repartido entre ellos la dificultad y así abordan por turno sucesivo los problemas relativos a las economías, a los Estados, a las sociedades, a las civilizaciones, a los indispensables intermediarios, y finalmente, a las diferentes formas de guerra. Pero el lector no resultará desviado del objetivo final. Son esfuerzos orientados, uno tras

otro, hacia una visión única y comprensiva del tema, lo que habría sido imposible lograr de un solo golpe.

Estas subdivisiones son tan convenientes como necesarias. No le resultan demasiado satisfactorias al espíritu, pero todo esquema es válido en alguna medida cuando permite la mejor explicación posible con el mínimo de repeticiones.

CAPÍTULO I [I-473]

LAS ECONOMÍAS: LA MEDIDA DEL SIGLO

SE TRATA, antes de nada, de encontrar la medida, las dimensiones económicas del siglo XVI. Nuestra mira se asemeja un poco a la de Lucien Febvre, quien en el último cuadro del tríptico de su *Rabelais*[1] trata de inventariar el utillaje mental del siglo XVI, de tomar, en suma, su medida intelectual, para desembarazar los problemas actuales de las falsas soluciones que los deforman, ya que se hallan en flagrante contradicción con las posibilidades y el nivel intelectual de la época. Nos interesa también indicar a grandes rasgos lo que pudo ser el instrumental económico y los límites del poder del hombre del siglo XVI, antes de estudiar lo que con todo ello construyó, o trató de construir en el Mediterráneo.

I. EL ESPACIO, ENEMIGO NÚMERO UNO

Hoy comienza a faltarnos el espacio: el mundo resulta cada vez más estrecho. Pero en el siglo XVI sobraba, lo que era una ventaja y a la vez una desventaja. De todos los temas que la literatura tamiza en torno del Mediterráneo, el de «el mar a la medida del hombre», es uno de los más huecos. ¡Como si la medida del hombre fuese siempre y donde quiera la misma! Es indudable, de todos modos, que el Mediterráneo no se ajustaba a la medida del hombre del siglo XVI; este hombre dominaba su espacio excesivo tan a duras penas como, hasta hace poco, el hombre del siglo XX la extensión del Pacífico.

Para los que escriben: el tiempo que se pierde en ir y venir

Para darse cuenta de ello, basta con escuchar las quejas de los hombres que consideran las circunstancias en que transcurren sus vidas. El espacio

devora su tiempo y sus esfuerzos: los que escriben piensan con amargura en lo mucho que tardaba el correo, en «lo que se pierde en ir y venir», como escribía la emperatriz a su hermano Felipe II[2]. Dirigiéndose a Del Viso, a quien había tardado en contestar, Calvino confesaba[3]: «… Pensando en el tiempo que mis cartas tardarán en llegar a su destino, no sé cómo no he resistido más todavía al cumplimiento de mi deber…». Cuando una carta llega pronto, el destinatario se asombra: «Para venir de tan lejos como lo es de Valencia a Granada [escribe a un amigo el humanista Antonio de Guevara] vuestra carta ha sido diligente, pues habiendo sido enviada el sábado, ha llegado aquí el lunes». En Valladolid, una carta enviada al condestable de Castilla le llega en un tiempo récord: «si hubiese sido una trucha habría llegado aún fresca». La imagen le persigue, pues varios años más tarde escribe al marqués de Los Vélez: «vuestra carta me llegó con la mayor diligencia, más fresca que el salmón que nos traen aquí de Bayona»[4]. Excepciones que, como es de rigor, confirman la regla. Si observamos de cerca la vida de los embajadores y de los hombres políticos a quienes solemos atribuir grandes y apasionantes pensamientos, descubriremos que lo que más a menudo les preocupa es la llegada de un correo. Don Luis de Requeséns escribía el 24 de febrero de 1575, desde Amberes, a don Diego de Çuñiga, embajador de Felipe II en París: «No sé como le va a V. S. de cartas d'España porque yo no tengo ninguna del rey en materia de negocios destos estados desde xx de noviembre con que padesce harto su servicio»[5].

Es una angustia, una continua ansiedad la que causan los correos que pasan o van a pasar. Ni siquiera los correos ordinarios tenían hora, y a veces, ni aun día fijo. «Esperando de ora en ora passase el ordinario de Flandes», apunta Chantonnay en diciembre de 1561[6]. Esta ansiedad no era, desde luego, privilegio exclusivo de los embajadores del Rey Católico. Sin embargo, los agentes franceses en España, en Italia y en otras partes están mejor relacionados con sus señores, y se mantienen tal vez más en guardia que los españoles para utilizar y despachar correos de a pie o de a caballo, aunque fuese a sus expensas. Razón de más para que echasen pestes contra los retrasos de los despachos que recibían. Estos retardos motivan las quejas del cardenal de Rambouillet a Carlos IX «por la haraganería y el poco celo que ponen los oficiales de posta en despachar a través de Francia los envíos de Vuestra Majestad; tan grande es el descuido, que se da con frecuencia el caso de que los dichos envíos se estén detenidos hasta un mes o seis semanas en Lyon, después de haber salido de la corte. De suerte que cuando llegan a mis manos han pasado ya, muy a mi pesar, el tiempo y la ocasión para

ejecutar los mandatos que en ellos se contienen…»[7]. En parecidos términos se lamenta Fourquevaux: «Cinco o seis correos con las armas del Rey —escribía desde Madrid, en enero de 1567—[8], vecinos del susodicho Lyon, que corren la ruta de Roma, se hacen pasar, a veces, por personas del señor de Nemours, para recibir mejor trato de los postillones». Estos se encargaban de circular el dinero y los despachos de los banqueros de todas las nacionalidades. Sabemos, por ejemplo, que uno de ellos «llegó en diligencia uno de estos últimos días con destino a los *gennevoises*[9], pasando por esta Corte (la de España) con cartas de otros banqueros genoveses residentes en el susodicho Lyon». Sin embargo, los correos del Rey Cristianísimo se quedaban por el camino. Otras veces, la correspondencia sufría por culpa de los «maestres de las Landas»[10], dando como resultado inverosímiles retardos. Longlée, agente de Enrique III en España, escribía en febrero de 1584 que estaba sin noticias de su gobierno desde hacía dos semanas[11], pero que «muchas cartas se hallaban detenidas en Burgos, y llegarían por la ruta de Valladolid». Y así, mil accidentes e incidentes. Unas veces, la correspondencia no alcanzaba el correo ordinario[12]; otras veces, había quedado cortada la ruta normal, o los correos, asustados por los asaltos de los bandoleros, se tornaban de pronto prudentes y decidían no viajar de noche. Y cada vez que estas cosas ocurrían se producían inesperados e importantes retrasos en lugares lejanos: el virrey de Nápoles no sabía qué hacer por falta de instrucciones; el gobierno del Rey Prudente dejaba de saber, de pronto, en qué estado se hallaban los negocios de los Países Bajos; y en Madrid, el embajador veneciano está sin noticias de Italia durante sesenta días[13].

Se trataba, sin duda alguna, de accidentes, de casos anormales, imputables a faltas de los hombres, al azar de las circunstancias o al mal tiempo; pero era una «anormalidad» frecuentemente repetida y que venía, simplemente, a agravar una situación siempre endémica. La lucha contra la distancia es cuestión de vigilancia, de casualidad, de suerte. En el mar, un golpe de viento favorable, una sucesión de días buenos, y en una o dos semanas se lograba lo que de otro modo requería seis meses. Belon du Mans hizo en 13 días la travesía de la Propóntida a Venecia, viaje en el que con frecuencia se invertía medio año[14]. Y otro tanto sucedía en los viajes por tierra, donde los inconvenientes no eran menos grandes: una guerra, una alarma, un temporal de lluvias que destrozaba los caminos, una nevada demasiado fuerte que obstruyera un puerto de montaña, y se producían los retrasos más imprevistos. Esta incertidumbre en las velocidades lo complica todo; indica, con largos razonamientos, hasta qué punto el hombre no era, entonces, dueño de las

distancias. Desde el punto de vista humano, el espacio no tenía una sola extensión: había 10, 100 medidas distintas, y nadie estaba nunca seguro de antemano de los retrasos con que tropezaría al avanzar, al desplazarse, al obrar o querer obrar.

De hecho, los hombres del siglo XVI estaban resignados a todas las lentitudes. Una carta, para llegar de España a Italia, buscaba su camino por Burdeos y Lyon o por Montpellier y Niza. En abril de 1601, una carta dirigida a Enrique IV por M. de Villiers, su embajador en Venecia, llegó a Fontainebleau vía Bruselas[15]. Entre 1550 y 1560, los embajadores del rey de Portugal en Roma recibían con frecuencia sus cartas por la vía de Amberes[16]. Y es que la duración de los trayectos dependía menos de la distancia que se había de recorrer que de la calidad y la frecuencia de los correos. Además, el hábito mandaba: tres o cuatro días más o menos no tenían importancia. A fines de 1587, habiendo ocupado los protestantes del «Príncipe de Béarn» la región del Lemosín, quedó cortada la comunicación normal entre don Bernardino de Mendoza, que se hallaba en París, y el gobierno de Felipe II. Hubo que encaminar los despachos por nuevas rutas a lo largo de las cuales no había, desgraciadamente, postas organizadas («por donde no hay postas»), con los previsibles y consiguientes retrasos. Al margen del despacho en que se le informa de esto a Felipe II, estampa estas palabras: «Mas importaría el venir seguros que no unos pocos quatro dias mas, sino fuese en alguna ocasion que importase mucho la brevedad»[17].

Las dimensiones del mar: algunos récords de velocidad

Las cifras sobre las cuales podemos trabajar difieren mucho unas de otras. Están, además, esparcidas y rara vez forman series completas y homogéneas. Sin embargo, tendremos una idea bastante exacta de las distancias netas deduciéndolas de las velocidades excepcionales señaladas por los contemporáneos y que nos dan, en términos generales, las dimensiones mínimas del mar[18].

Las mayores velocidades, de 200 o más de 200 kilómetros por día, solo se lograban por mar[19], con buen tiempo y, de preferencia, con galeras reforzadas. Por ejemplo, la que envía don Juan de Austria desde Mesina, en junio de 1582, y que alcanza las costas de Cataluña (Palamós) en seis días[20]. El momento era dramático: don Juan trataba de hacer anular a toda costa la orden que le había dado Felipe II de permanecer inactivo en Mesina con la mayor parte de su flota. La galera encargada de llevar el mensaje hizo el viaje

sola, bien armada —según una correspondencia toscana— y navegando *sempre per golfo senza mai toccar terra*[21], es decir, en línea recta. En realidad, la hazaña no era inusitada. Dos años antes, y en invierno (diciembre de 1570), Gian Andrea Doria había hecho en cinco días el trayecto de Génova a Palamós; la distancia y la velocidad son menores, pero las dificultades superadas, comparables[22]. Y 60 años antes el cardenal Cisneros había franqueado en un solo día los 200 kilómetros que separan a Orán de Cartagena, el miércoles 23 de mayo de 1509. Viaje milagroso, «como si tuviera el viento en la manga»[23]. Era más o menos la velocidad de los viajes «prósperos» entre Rodas y Alejandría que, según Belon du Mans[24], se hacían en menos de tres días con sus noches. En simples barcos mercantes, bien entendido.

Por tierra, excepciones aparte, las velocidades eran menores, pero más regulares que por el mar, razón por la cual, para las comunicaciones postales, casi siempre se prefería la ruta terrestre, aunque resultaba mucho más costosa, que la marítima. En Europa, las mayores velocidades las alcanzaron, probablemente, los correos de la organización postal de Gabriel de Tassis, en el recorrido Italia-Bruselas vía Tirol, itinerario cuidadosamente estudiado, en el que los retrasos de estacionamiento se habían reducido al mínimo, y en el que, especialmente en Eifel, se utilizaban, por lo regular, atajos. El mismo trazo de esta ruta postal era ya, en sí mismo, una hazaña. Los 764 kilómetros de extensión se franqueaban en cinco días y medio, a la velocidad de unos 139 kilómetros por día[25]. Velocidad que dista todavía bastante de las grandes velocidades excepcionales por mar, pero muy superior, por otra parte, a las velocidades ordinarias de la ruta continental. Por ejemplo, la sensacional noticia de la Noche de San Bartolomé (24 de agosto de 1572) no viajó ni a 100 kilómetros por día de París a Madrid; llegó a Barcelona el 3 de septiembre y solo el 7 de septiembre por la noche alcanzaba la capital de España[26].

Seguir la pista a la difusión de las grandes noticias es también una manera de medir velocidades excepcionales. Las noticias tienen alas.

La toma de Nicosia, el 9 de septiembre de 1570, se conoció en Constantinopla el 24 del mismo mes; en Venecia, vía Ragusa, el 26 de octubre, y en Madrid, el 19 de diciembre[27].

Las nuevas de la batalla de Lepanto, ocurrida el 7 de octubre de 1571, arribaron a Venecia el 18 de octubre; a Nápoles, el 24; a Lyon, el 25, y a París y a Madrid, el 31[28].

La paz turco-veneciana, concertada secretamente el 7 de marzo de 1573, divulgose en Venecia el 4 de abril[29]; el 6 del mismo mes se conoció en Roma; en Nápoles, el 8, y en Palermo y Madrid, el 17[30]. La noticia de la toma de La Goleta y de Túnez, el 25 de agosto de 1574, llegaba a Viena el 1 de octubre, a la vez que Pierre Lescalopier, quien había salido de Estambul en misión diplomática, y había atravesado Bulgaria, Valaquia y Transilvania para alcanzar, agotado, la capital de los Habsburgo. La noticia le indujo a numerosas reflexiones. Personalmente había asistido a la partida de Constantinopla de esta armada victoriosa del turco, el 15 del mes de mayo precedente, solo dos semanas antes de que él emprendiese su propio viaje[31]. ¡Cuántas cosas había tenido tiempo de llevar esta a cabo mientras él iba de camino!

Estos datos, que revelan las ondas de propagación de los sucesos de Nicosia, Lepanto, Venecia y Túnez, solo nos permiten, como mucho, establecer medidas aproximadas. ¿Diremos, apoyándonos en el primer ejemplo, que el Mediterráneo medía 99 días de largo? La cifra sería excesiva. El hecho es que la noticia de la toma de Nicosia tardó en salir de la isla sitiada; podemos estar bien seguros de que Venecia no mostró ninguna prisa en transmitirla hacia el oeste. En cualquier caso, toda medida debe considerarse con precaución, desde el momento que está confinada en una sola cifra. Y no nos olvidemos de lo que realmente estamos midiendo. La velocidad de las noticias y el ir y venir de las cartas no es más que un capítulo de la lucha contra el espacio.

Las velocidades medias

La dificultad es aún mayor si, dejando de lado las velocidades máximas, buscamos las medias. Aun con los documentos necesarios para calcularlas según las reglas de la estadística, no tendrían demasiado sentido o utilidad, puesto que la duración de un mismo viaje podría variar, supongamos, entre uno y 10 días. Lo esencial que debemos notar aquí es la extrema variedad, la amplitud tan considerable de los tiempos empleados en un mismo trayecto: tiene valor de estructura. La moderna revolución de los transportes no solo ha aumentado extraordinariamente las velocidades, sino que ha suprimido (lo que no es menos importante) el factor de incertidumbre y de variación que los elementos imponían antaño al hombre. En nuestros días el mal tiempo no significa más que un poco más o menos de incomodidad para el viajero, y salvo accidentes excepcionales, no influye en los horarios de nuestros viajes,

pero en el siglo XVI todos los horarios dependían de este factor. La irregularidad era la regla, y nadie se sorprendía a causa de ello. En enero de 1610, un embajador veneciano, en viaje a Inglaterra, deberá esperar durante 14 días en Calais frente a un mar tan amenazador que ningún barco se atreve a afrontarlo[32]. Otro ejemplo, minúsculo: el embajador Francesco Contarini, que Venecia envía a ocupar su puesto en la capital turca en 1618[33], tarda seis horas en franquear el amplio pero poco profundo río Maritza, después de no pocos esfuerzos. En junio de 1609, una nave veneciana que arriba a Constantinopla debe permanecer 16 días al abrigo de la isla de Quíos, en la playa abierta de Santa Anastasia, en espera de que pase el mal tiempo[34].

Así, pues, no pidamos demasiado a estas extrañas medias, tan peligrosamente simples. ¿Cuál es su única ventaja?: ellas hablan a la imaginación y permiten revivir el pasado, dejando a un lado la moderna revolución de los transportes, de cuyas tremendas y radicales consecuencias no siempre nos damos cuenta. La consideración de esas cifras nos ayudará a descubrir lo que representaba la perspectiva de un viaje para un contemporáneo de Felipe II.

La travesía por mar de Constantinopla a Alejandría hacíase en 15 días, incluyendo las escalas, y en ocho días sin contar las paradas[35]. Desde la salida de los castillos del Helesponto a la isla de Quíos había dos días de navegación[36]. En octubre o noviembre de 1560, una nave ragusina va de Mesina a Alejandría *fra novi giorni*, y este tiempo no viene considerado como un récord[37].

La travesía del mar, en su zona central, variaba según las estaciones, los barcos y los itinerarios. El mismo barco que iba en nueve días de Malta a Trípoli tardaba diecisiete en llegar de Trípoli a Mesina[38]. En abril de 1562, una nave hizo en seis días el recorrido de Trípoli a Sciacca, en la costa meridional de Sicilia[39]. De Túnez a Liorna, una serie de viajes (uno en 1600, dos en 1608, ocho en 1609 y dos en 1610) arrojan las siguientes duraciones: seis, siete, ocho, nueve, nueve, nueve, 10, 11, 12, 13, 14, 14 y 20 días, o sea una duración media de alrededor de 11. Los dos viajes más rápidos —seis y siete días—, como para desafiar todas las interpretaciones, hiciéronse en enero de 1600, por una nave, y en julio de 1609, por una «barca»[40].

Poseemos poca información acerca de la duración de las travesías entre Marsella y España, por una parte, y el norte de África por otra. Tratábase a menudo de viajes hechos a escondidas. El embajador del Cristianísimo Monarca, d'Aramon, empleó, viajando en las galeras del rey y con buen tiempo (por lo menos, a partir del segundo día), una semana en cruzar de las

Baleares a Argel[41]. Dos viajes hechos en 1609 y uno en 1610, en el trayecto de Argel a Liorna, duraron, respectivamente, 13, 15 y cinco días[42]; entre cinco y 15 días, o sea una variación de uno a tres.

Las diferencias pueden ser muy grandes en las largas distancias. En octubre-noviembre de 1570[43], una nave veneciana navegó de la isla de Candía a Otranto en 12 días; en mayo-junio de 1561[44], otra atravesó casi todo el mar interior, de Candía a Cádiz, en un mes. En cambio, en julio de 1569, dos galeras argelinas arribaron a Constantinopla después de 72 días de navegación; el 7 de enero de 1564, una nave zarpó de Alejandría, y llegó a Mesina el 5 de abril, después de un viaje de 88 días. Las cifras «normales», en el siglo XV, con respecto al trayecto de Venecia a Jaffa, oscilaban —según asegura un historiador— entre 40 y 50 días[45], pero como ya hemos dicho[46], los viajes entre Venecia y Tierra Santa arrojaban promedios más elevados.

Los *portate* liorneses[47] nos ofrecen la posibilidad de precisar un poco. Cinco viajes hechos de Alejandría a Liorna (dos en 1609, uno en 1610 y dos en 1611) arrojan las siguientes cifras: 23, 26, 29, 32 y 56 días, o sea un promedio de 33. Ocho viajes (cinco en 1609 y tres en 1610) de Cartagena o Alicante a Liorna dan las siguientes duraciones: siete, nueve, nueve, 10, 15, 25, 30 y 49 días, lo que hace un promedio de 19. *En rigor* esto representaría un total de 52 días para el viaje de España-Liorna-Alejandría[48], aunque no podemos considerar esta cifra como una media.

Fijándonos en la duración media de los viajes, podríamos llegar a la conclusión de que, cuando se trataba de atravesar el Mediterráneo en el sentido de los meridianos, había que contar de una a dos semanas, y cuando la travesía era a lo largo, debía calcularse de dos a tres meses. Añadamos que estas dimensiones continuarán siendo las mismas en el siglo XVII, e incluso más tarde.

LA ELASTICIDAD DE LAS NOTICIAS
(*Según Pietro Sardella*)

I	*II*	*III*	*IV*	*V*	*VI*	*VII*	*VIII*
Alejandría	266	19	89	65	55	17	323
Amberes	83	13	36	20	16	8	200
Augsburgo	110	19	21	11	12	5	240
Barcelona	171	16	77	22	19	8	237
Blois	345	53	27	14	10	4 1/2	222
Bruselas	138	24	35	16	10	9	111
Budapest	317	39	35	18	19	7	271
Burgos	79	13	42	27	27	11	245
Calais	62	15	32	18	14	12	116
Candía	56	16	81	38	33	19	163
Constantinopla	365	46	81	37	34	15	226
Corfú	316	39	45	19	15	7	214
Damasco	56	17	102	80	76	28	271
El Cairo	41	13	10	7	8	3	266
Florencia	387	103	13	4	3	1	390
Génova	215	58	15	6	6	2	300
Innsbruck	163	41	16	7	6	4	150
Lisboa	35	9	69	46	43	27	159
Londres	672	78	52	27	24	9	266
Lyon	812	225	25	12	13	4	325
Marsella	26	7	21	14	12	8	150
Milán	871	329	8	3	3	1	300
Nápoles	682	180	20	9	8	4	200
Nauplia	295	56	60	36	34	18	188
Nuremberg	39	11	32	20	21	8	262
Palermo	118	23	48	22	25	8	312
París	473	62	34	12	12	7	171
Ragusa	95	18	26	13	14	5	280
Roma	053	406	9	4	4	1 1/2	266
Trani	94	14	30	12	12	4	300
Trento	205	82	7	3	3	1	300
Udine	552	214	6	2	2	1 1/2	400
Valladolid	124	15	63	29	23	12	191
Viena	145	32	32	14	13	8	162
Zara	153	28	25	8	6	1	600

I indica las localidades en relación con Venecia; II, el número de casos estudiados; III, el número de casos normales; IV, el tiempo máximo (en días); V, el promedio aritmético ponderado (en días); VI, el tiempo normal (en días); VII, el tiempo mínimo (en días); VIII, el tiempo normal, calculado sobre la base del tiempo mínimo = 100, o, en otros términos, la proporción entre el tiempo mínimo y el tiempo normal.

Las cartas: un caso especial [I-484]

Sería mucho mejor que estas aproximaciones poco satisfactorias poder contar con una serie de medidas homogéneas. Es lo que ofrecen las cartas (¡otra vez las cartas!) enviadas por gobiernos, embajadores, mercaderes y particulares. De 1497 a 1532, Marín Sanudo, que está siempre al día de los dichos y hechos de la señoría de Venecia, ha mantenido un fiel registro de la llegada de cartas y noticias, lo que nos provee de un total de 10 000 datos utilizables. Esta enorme masa de material ha sido sometida por Pietro Sardella a las leyes del análisis estadístico[49] y los resultados obtenidos son los que resumimos en el cuadro de la p. 483 y el mapa de la figura 28 (p. 488). Con todo, debemos ser muy prudentes, si queremos interpretar con exactitud el testimonio que ofrecen estas noticias que *llegan a* Venecia, y nunca pedirles más de lo que nos pueden brindar.

Una cosa es cierta: es muy heterogéneo el espacio que comprenden; falta en absoluto la isotropía. Si tomamos la distancia París-Venecia como radio y describimos un círculo teniendo a Venecia como centro, habremos trazado un espacio *isótropo*, circular, en el que las noticias (como la luz, aunque más lentamente) se propagan uniformemente desde todos los puntos de la circunferencia hacia su centro. Pero, como es natural, nada ocurre así en el espacio que estamos considerando: las noticias aflojan el paso al toparse con los obstáculos naturales, como lo son los Alpes, el canal de la Mancha o el mar. Los movimientos rápidos dependen de la buena voluntad de los hombres, de sus cálculos y de sus necesidades. De 1497 a 1532 Venecia está constantemente pendiente de cualquier decisión del rey de Francia, lo mismo que de todo rumor o noticia proveniente de este país, y desde París corren hacia ella estas preciosas mercancías.

Nuestros mapas imponen una regularidad artificial a los viajes realizados por estas noticias en movimiento. En la realidad sus viajes son extremadamente imprevisibles y muy amplias las oscilaciones del tiempo en que los realizan (véase la columna *VII*: relación de tiempos mínimos a normales) y estas serían mayores si comparásemos el mínimo con el máximo. Una pequeña sorpresa: el coeficiente de irregularidad parece estar en razón inversa a la distancia recorrida. Y la cuestión se agrava —aunque era de esperar— cuando entra en juego el mar. Por eso no puede sorprender que Zara establezca una marca (de 1 a 6), considerando que reúne dos condiciones: la primera, estar muy cerca de Venecia; la segunda, estar separada de ella por el imprevisible Adriático.

En resumen: este cuadro nos proporciona una base de conjunto para comparaciones y comprobaciones. Su único defecto (o su virtud, según se

mire) es que todos los tiempos así establecidos son relativamente rápidos. Nos testimonian la vigilancia y los medios de que podía disponer una ciudad tan rica como Venecia. Corresponden a un sistema de comunicaciones en constante alerta. Saber lo que está pasando en París, en Valladolid o en Constantinopla no es para Venecia cuestión de curiosidad, sino de prudencia.

Si pasamos a considerar otros complejos de noticias comprobaremos que la vivacidad es muy diferente. En las oficinas de Felipe II se amontonan las cartas llegadas de todas las ciudades de Europa. Era costumbre escribir al dorso de la última página (la carpeta)[50] las fechas de envío y de llegada y, no menos preciosas pero más raras, las de la respuesta. Cientos de miles de datos se ofrecen así a la paciencia del investigador dedicado al análisis estadístico. Felipe II, salvo algunos viajes a Córdoba, Lisboa, Zaragoza o Valencia, apenas si se ha movido del corazón de Castilla después de su vuelta de los Países Bajos en 1559. Si se producen a veces dudas acerca de sus corresponsales o acerca del trayecto seguido por las cartas, estas dudas por lo general se pueden aclarar.

Era tentador utilizar estos datos encontrando en ellos medidas análogas a las de Pietro Sardella, tomando de nuevo Venecia como centro de coordenadas. Para el trayecto Madrid-Venecia (si admitimos que es equivalente al trayecto Valladolid-Venecia de los cálculos de Sanudo) vemos que, de los 40 casos considerados a finales del siglo XVI, en cuanto a la correspondencia de los representantes de España en Venecia, el tiempo más breve es de 22 días (contra 12 que nos da Sanudo), y el más largo, de 85 (he omitido un caso aberrante de 145 días). La media aritmética, no estadística, es de 40 días (frente a 29, media estadística de P. Sardella). Para la distancia Constantinopla-Venecia, 16 casos registrados durante estos mismos años dan una duración mínima de 29 días y una máxima de 73; la media se establece alrededor de cuarenta y un días y medio[51]. Esta vez nos encontramos más cerca de las cifras de Sardella (establecidas, es cierto, a partir de un número mucho mayor de ejemplos), aunque siempre por encima de ellas. Conclusión: ¿será posible que las comunicaciones a lo largo del eje más ancho del Mediterráneo les resulten a la España y la Venecia de fin de siglo tan difíciles e inseguras como lo habían sido en los primeros tiempos? Necesitamos más pruebas antes de poder contestar con certeza esta pregunta.

En todo caso, tanto en nuestros cálculos como en los de P. Sardella, Venecia resulta estar a mitad de camino (muy a *grosso modo*) entre Madrid (o Valladolid) y Constantinopla: 40 o 41.5 en nuestras medias, 29 y 37 según las de Sanudo, es decir, un universo Mediterráneo cuya longitud máxima oscila

entre los 80 y 66 días, cifra superior en todo caso a la dimensión de 52 días que habíamos obtenido arbitrariamente sumando el tiempo Alejandría-Liorna al tiempo Alejandría-Cartagena[52]. Es evidente que no son estrictamente comparables, puesto que la distancia entre Alejandría y Cartagena no es la misma que la distancia —también reconstruida— Constantinopla-Venecia-Madrid. No nos queda más remedio que resignarnos ante la imposibilidad de medir el mar con un cierto grado de exactitud, pese a contar con la ayuda de la preciosa correspondencia de los políticos y mercaderes.

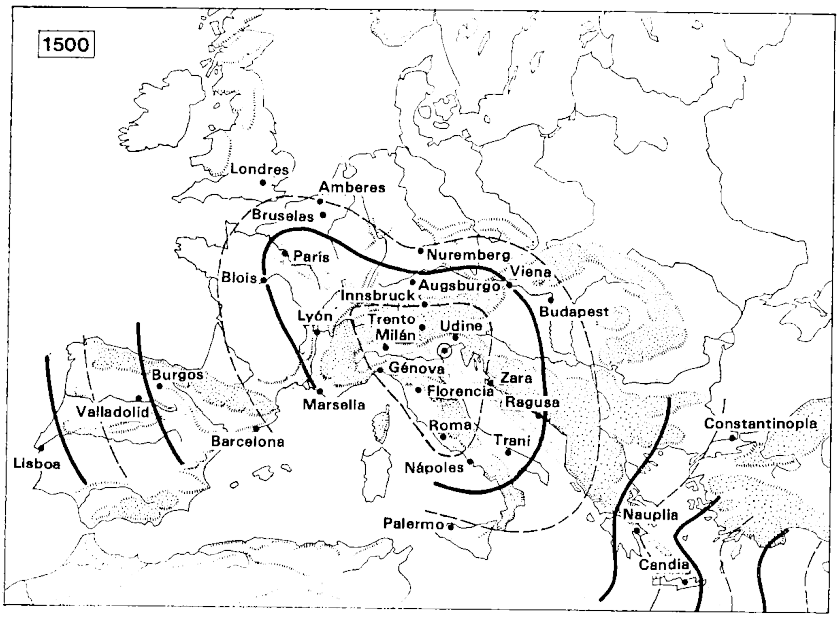
La noticia, mercancía de lujo

La noticia, mercancía de lujo, vale más que su peso en oro. «No se encuentra un solo correo [escribe al duque de Ferrara su agente en Venecia] que nos exija menos de un ducado por carta»[53], y eso entre dos ciudades, Ferrara y Venecia, que están muy cerca una de otra. A comienzos del siglo XVI, las tarifas entre Venecia y Núremberg[54] varían de acuerdo con la mayor o menor brevedad del tiempo requerido en el trayecto: cuatro días, 58 florines; cuatro días y seis horas, 50; cinco días, 48, y seis días, 25 (notemos de pasada que la mayor velocidad registrada por P. Sardella es dos días más larga que esta última). Estas eran, evidentemente, comunicaciones ultrarrápidas que solo se podían permitir los mercaderes ricos, en este inicio del siglo XVI, cuando, si no nos equivocamos mucho, las diferencias de precios entre mercado y mercado eran más grandes que nunca. Compensa gastar sumas de dinero muy elevadas a veces en enviar, cuando la circunstancia lo requiere, las oportunas órdenes del modo más rápido posible. Más adelante la situación se regulariza. La correspondencia de Simón Ruiz durante la segunda mitad del siglo XVI produce la impresión de que, por entonces, ya no era tan importante el envío ultrarrápido de órdenes e informaciones[55]. Solo los grandes banqueros y los gobiernos continúan permitiéndose tales lujos, cuyo precio no ha cesado de aumentar a medida que transcurre el siglo. El 14 de julio de 1560[56], Chantonnay, entonces embajador de Felipe II en la corte de Francia, despacha un correo de Chartres a Toledo y camino de vuelta; este recorre un total de 179 postas y gasta 358 ducados (o sea, seis ducados por posta). Es una suma enorme, muy por encima del salario anual de un profesor de la Universidad de Padua o de Salamanca. Estas postas se debían hallar de 10 a 12 kilómetros unas de otras, y si el correo las ha recorrido a un promedio de 18 leguas[57] diarias nos

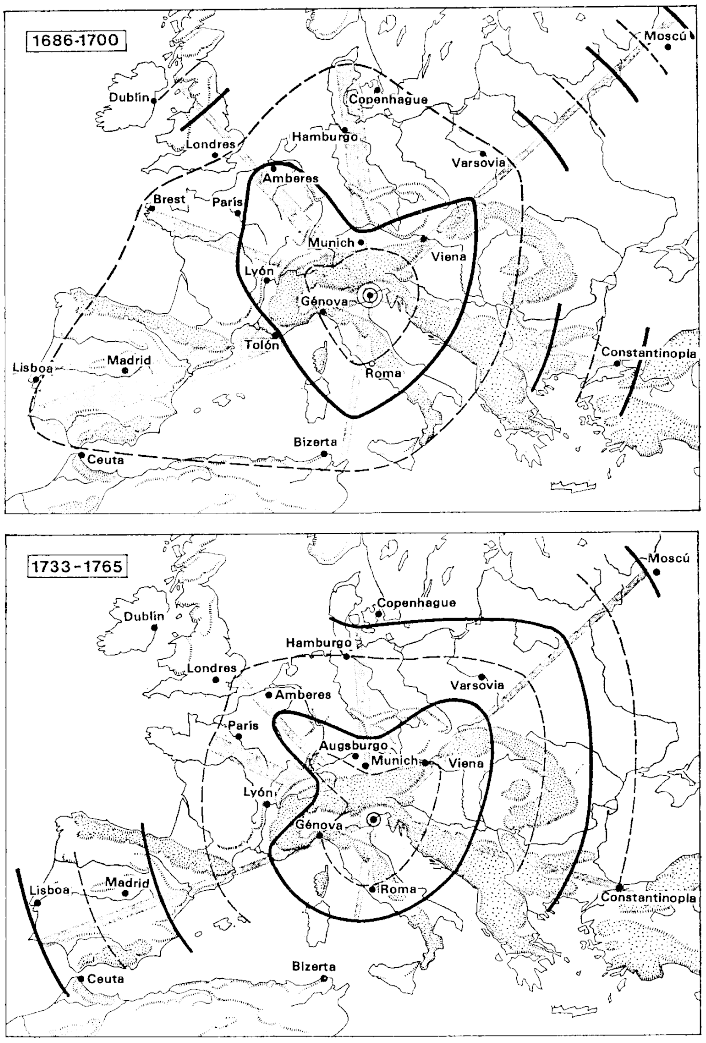
encontramos ante un viaje llevado a término en un tiempo récord… Los ricos pueden pagar estas proezas sobrehumanas.

Para concluir: los resultados son paradójicos si medimos las lentitudes inherentes al espacio a partir del tiempo empleado por quienes llevaban cartas. Incluso cuando se da la circunstancia de que van lentamente, siempre lo hacen más aprisa que los otros viajeros.

[I-488]


1500
Londres
Amberes
Bruselas
París
Blois
Nuremberg
Viena
Augsburgo
Innsbruck
Budapest
Lyón
Trento
Udine
Milán
Génova
Zara
Florencia
Ragusa
Burgos
Valladolid
Marsella
Roma
Barcelona
Trani
Constantinopla
Lisboa
Nápoles
Nauplia
Palermo
Candia

[I-489]



FIGURAS 28, 29 y 30. *Noticias camino de Venecia*.
Las líneas isócronas, que representan intervalos de una semana, indican a grandes rasgos el tiempo requerido para que una carta llegue a su destino. Todas ellas se orientan hacia Venecia.

El primer mapa se basa en las investigaciones de P. Sardella (cfr. n. 49 en la p. 484), 1500, o para ser precisos: 1469-1534. El segundo y el tercer mapas se apoyan en la evidencia suministrada por los *avvisi* conservados en el Record Office de Londres, y analizadas para mí por F. C. Spooner. La anchura de las líneas sombreadas aumenta en relación con la mayor velocidad media de las comunicaciones.

En ciertas direcciones, las diferencias entre mapa y mapa pueden parecer muy marcadas. Son resultado de la variable frecuencia de las comunicaciones, dependientes estas de la urgencia de las circunstancias. Podemos observar, en líneas generales, que las comunicaciones resultan igualmente lentas en los mapas primero y tercero, mientras que las del segundo discurren con mayor velocidad. Pero no debemos considerar esto como una prueba definitiva. En principio, las velocidades se deberían relacionar en distancias definidas por líneas isócronas susceptibles de comparación, pero carecemos de certeza respecto a tales distancias. Sin embargo, si probamos a superponer los mapas, nos resultarán —en líneas generales— muy equivalentes, dado que una extensión en determinada dirección resulta compensada por una reducción en otra. No creo sea necesario advertir que el paso de áreas expresadas en kilómetros cuadrados a velocidades diarias solo se puede dar después de extremas precauciones.

Esto sería ya en sí una razón para abstenernos de hacer un análisis sistemático de los registros postales de la burocracia de Felipe II, o de estudiar las cartas del mercader Simón Ruiz (unas 100 000)[58], pues es más que probable que estas operaciones concluyan sin enseñarnos nada que no supiéramos ya. Las cartas dependen tanto de correos regulares como irregulares, estos últimos menos importantes que aquellos desde un punto de vista estadístico. Estudiar estas cartas es encontrarnos, antes o después, con los correos regulares, cuyos tiempos oficiales ya conocemos. La firma de los Tassis se comprometió a llevar cartas de Roma a Madrid en 24 días, en las fechas comprendidas entre el 1 de abril y el último día de septiembre; y en 26 días durante el otro semestre, es decir, el invernal. Estas cifras son las que realmente nos indican no el tiempo medio empleado por las cartas de los mercaderes y embajadores[59] (pues las promesas de los administradores de las postas muy raramente se cumplían), sino el límite superior de las velocidades normales. A partir de dichos tiempos, podemos, con la ayuda de estudios como el de Valentín Vázquez de Prada[60] (para el trayecto Madrid-Amberes) calcular y predecir la escala de las velocidades reales.

Una segunda y muy importante razón para no lanzarnos a este océano de cálculos: tomando de nuevo como centro a Venecia y usando esos *avvisi* que tan profusamente redacta y distribuye esta ciudad y de los que se nos conservan enormes cantidades manuscritos en el *Archivio di Stato*, la *Marciana* y hasta en el *Record Office* de Londres, se pueden hacer para los siglos XVII y XVIII unos mapas análogos al trazado con los datos suministrados por Sanudo. Dos de estos mapas, establecidos por Frank Spooner para los periodos 1681-1701 y 1733-1735, fijan las zonas de escucha de la curiosidad veneciana[61]. Los tiempos de desplazamientos que en ellos se indican son,

grosso modo, los mismos del periodo 1497-1532, más breves en el siglo XVII que en el XVIII.

La conclusión no consiente ambigüedad alguna. Habíamos esperado encontrar en este material la medida *coyuntural* del espacio físico peculiar al siglo XVI, pero podemos adivinar, antes, incluso, de haber terminado nuestro análisis, que dicho espacio se mantiene constante; nos encontramos, una vez más, en presencia de un rasgo estructural persistente. El hombre puede atacar el espacio como mejor le parezca, hacer saltar en pedazos los remos de las galeras reforzadas, reventar los caballos de las postas, o imaginarse, cuando el viento es favorable, que vuela sobre el mar, pero el tiempo le resiste oponiéndole su inercia y vengándose a diario de sus ocasionales éxitos. Esto no impide que algunos de dichos triunfos despierten nuestra curiosidad del mismo modo que despertaron la de los contemporáneos: La noticia de la muerte de Carlos IX viajó de París a Cracovia en 13 días, según nos informa Sully**[62]**; la noticia del nacimiento de un nieto de Francisco I, en enero de 1544, vuela en dos días de Fontainebleau a Lyon (420 kilómetros)**[63]**, y una estafeta turca irá en cierta ocasión de Estambul a Erzurum en 18 días, reventando un buen número de caballos**[64]**, *con far creppar molti cavalli*. Todas estas hazañas tienen su valor, y lo mismo otras que se podrían citar, y es útil comparar sus tiempos con las medias alcanzadas recurriendo a los sistemas ordinarios**[65]**. Pero no es esto lo esencial: lo importante es que medias y cifras que constituyen una marca son sensiblemente las mismas antes y después del siglo XVI. Mercancías, barcos y gente viajan tan aprisa, o tan lentamente, en la época de los papas de Avignon**[66]**, o en Venecia durante la primera mitad del siglo XV**[67]**, como se viajaba durante el siglo de Luis XIV. No habrá cambio importante alguno hasta los últimos años del siglo XVIII.

Comparaciones actuales

«Si tomamos en cuenta todos los factores [escribe un economista]**[68]**, vemos que el espacio de la economía mundial, en la Antigüedad romana, podía recorrerse de 40 a 60 días, utilizando los mejores medios de transporte; este espacio se extendía entre las Columnas de Hércules y las fronteras del reino de los partos, entre la desembocadura del Rin y la franja del desierto africano. En nuestros días (1939), tardamos también, sobre poco más o menos, de cuarenta a sesenta días en cubrir todo el espacio de la economía

mundial moderna. Esto, suponiendo que se empleen solamente los medios normales de transporte de mercancías y se prescinda de los territorios carentes de importancia económica y desprovistos de medios de transporte».

No suscribo las medidas tan rápidas ni las cifras que da el autor acerca de la velocidad de los medios de transporte en la época romana, cuyo promedio sería, según esto, de unos 50 kilómetros diarios[69]. Pero no se trata de dar medidas exactas; lo más que se puede pretender es descubrir un orden de magnitudes. En este sentido, el Mediterráneo del siglo XVI seguía teniendo, *grosso modo*, las dimensiones «romanas», es decir, las de mil años antes. O, dicho de otra manera, el Mediterráneo del siglo XVI corresponde, *mutatis mutandis*, al mundo de 1939, visto en su conjunto. Es, pues, inmenso, desmesurado. Solo comparativamente merece su reputación de «humano» cuando el hombre del siglo XVI comienza a debatirse con otros monstruos, como el océano Atlántico, para no hablar del Pacífico, junto a los cuales el Mediterráneo parecía un animal doméstico, aunque no era en modo alguno el «lago» del siglo XX: patria sonriente de los turistas y los yates que pueden tocar tierra en todas direcciones en unas cuantas horas y que el Oriente-Express recorría ayer velozmente. Para comprender lo que era entonces este mar necesitamos inflar su espacio todo lo que nos permita la imaginación. Recurrir a las imágenes anacrónicas de aquellos viajes en los que hay que emplear meses y años, y, a veces, toda una vida.

No es difícil descubrir paralelos con el siglo XX: por ejemplo, los viajes de esos mercaderes tártaros, contemporáneos nuestros, y que Aldous Huxley nos describe en su *Vuelta al mundo*, que cruzan el Himalaya para llegar hasta Cachemira y la India, después de haber llenado sus bolsas de monedas de oro (las monedas de 10 rublos de antes de la revolución, precisa Huxley)[70]. Románticos personajes que pueden evocar en nosotros lo que eran, en el siglo XVI, los viajes a Siria, al extremo del Mediterráneo, donde se enfrentaban y relacionaban entre sí mundos diferentes, que no podían confiar el uno en el otro. La letra de cambio no tenía curso allí; todas las operaciones se hacían por medio del trueque y por dinero contante y sonante. Los mercaderes de la época tenían que ir cargados de metal amarillo o blanco, como los tártaros de nuestros días.

¿Se creerá que recurro a una fácil paradoja si pretendo relacionar las guerras de religión de Francia con la China de ayer, con sus monstruosas guerras civiles, sus invasiones extranjeras, sus matanzas, sus hambres y —en medio de vastos espacios— sus ciudades encerradas en sí mismas, rodeadas de murallas cuyas puertas se cierran al caer la noche? Deslizándose entre las

ciudades, un puñado de guerrilleros puede abrirse paso impunemente y llegar desde el alto Setshuem hasta Chantung. Así se agotó la Francia de los últimos Valois, en cuyo territorio se perdían a cada paso las bandas de aventureros, forasteros o autóctonos. No hay riqueza que no se consuma a la larga, y, sin embargo, sabe Dios cuán rica era Francia en el siglo XVI: un auténtico cuerno de la abundancia. Giovanni Botero[71], maravillado, calcula todos los soldados que podían vivir sobre su territorio, oficialmente reclutados o no, como voraces nubes de langostas sobre el inmenso país. ¡La inmensa Francia del siglo XVI!

Un documento veneciano de la misma época (1587) habla «del tropel de extranjeros en armas que están entrando en Francia»[72].

Parecerán extrañas estas digresiones, pero hacen sensible la impresión de espacio desmesurado, para nosotros tan difícilmente imaginable cuando se trata del Mediterráneo. No basta repetir —por muy legítimas que sean— las expresiones empleadas por los historiadores economistas alemanes: *Welttheater y Weltwirtschaft*, «escenario mundial», «economía mundial», con tanta frecuencia empleadas por ellos para referirse al conjunto histórico y vivo del Mediterráneo, queriendo sugerir con ellas que, como un universo en sí mismo, como una economía-mundo, este mar vivió mucho tiempo de sus propios recursos, dentro de su circuito de 60 días, sin entrar en contacto con el resto del mundo y, muy especialmente, con el Extremo Oriente, más que para lo superfluo. Nuestro objetivo es descubrir las dimensiones de ese universo, y de qué modo esas dimensiones han determinado su estructura, tanto política como económica. Para lograrlo será preciso un constante esfuerzo de imaginación.

Imperios y espacio

Comprender la importancia de las distancias es percibir desde un nuevo ángulo los problemas que planteaba la gobernación de los imperios en el siglo XVI.

Y, en primer lugar, el inmenso Imperio español, para aquel tiempo una gigantesca empresa de transportes por mar y tierra. Además de los incesantes desplazamientos de tropas, exigía la transmisión diaria de centenares de órdenes y de noticias; lazos silenciosos, pero vitales. La política de Felipe II exige estos lazos, necesita estos ejércitos en movimiento, estas transferencias de metales preciosos y estas letras de cambio. Son, todas, cosas esenciales capaces de explicar buena parte de los gestos de Felipe II y la razón de la

importancia que tenía para él Francia. Se ha dicho de esta que estaba cercada por las posesiones de los Habsburgo.

Pero si el imperio le amenaza desde fuera, ella, a su vez, lo amenaza desde dentro: ¿quién se atrevería a decir cuál de los dos peligros es más grande? La Francia de Francisco I y Enrique II se había mostrado cerrada a España y hostil; durante toda su vida —y salvo su rápida travesía por el país en 1540— Carlos IV ha circulado alrededor de esa nación sitiada procurando mantenerse en toda ocasión tan apartado de sus fronteras como le fuese posible. Al contrario, y durante 30 años (de 1559 a 1589), el camino de Francia tuvo sus puertas más que entreabiertas a los servicios del Estado Mayor político y a los de la tesorería de Felipe II. Si el Rey Prudente no se movió de España, si pudo permanecer en el centro de su tela de araña, fue por múltiples razones, la de la primacía financiera y económica de Castilla y la de la conexión vital con América, entre otras, pero también porque las fronteras francesas ya no estaban completamente cerradas para él.

Por tanto, sentarse junto a Felipe II y leer con él sus papeles es una de las formas de poder saber cómo era entonces Francia, conocer su maquinaria postal, las rutas en las que había relevos de tiros y las que no los tenían; es registrar, en el movimiento renovado de los correos, las interrupciones y los rodeos que imponían, en uno u otro lugar, las guerras de religión, y medir de este modo su extensión, su duración y su gravedad relativa. Es conocer, por añadidura, todos los incidentes de las rutas del dinero, especialmente las del dinero de las letras de cambio en su viaje hacia las plazas bursátiles.

Un Estado, pues, no libra una sola lucha contra el espacio, sino 10. El Imperio español, mal situado a causa de su dispersión europea y mundial, consagró a ello sus mejores fuerzas. Sin embargo, se había sabido adaptar mejor que otros a estas tareas obligatorias y se había organizado en función de ellas. A pesar de lo que se ha dicho, no cabe duda de que, en materia de transportes, transferencias, enlaces y transmisiones de mensajes, este imperio ha igualado, y aun sobrepasado, a los mejores. Es harto significativo que a partir de los años de 1560 España contara con un funcionario especializado en organizar los transportes de tropas y material de guerra: aquel Francisco de Ibarra, cuya actuación y la de sus émulos sería interesante conocer mejor.

La literatura histórica apenas ha prestado atención a este enorme esfuerzo de la maquinaria española. Nos habla de la «lentitud» del «rey papelero», el monarca burócrata, de pies de plomo, «él mismo señor y secretario, que es gran virtud…», como decía de él ya en 1560 el obispo de Limoges[73]. Y «enteramente dedicado a sus asuntos y que no pierde una sola hora, pasándose

el día entero entre sus papeles»[74]. Un rey abrumado de trabajo y que un cuarto de siglo más tarde no quiere abandonar su tarea sobrehumana, a pesar de las protestas del cardenal Granvella[75], deseoso, en vano, de innovaciones[76]. Debemos saber distinguir entre las diferentes «lentitudes» de España. Está la lentitud de los correos: la lentitud con que llegaban las informaciones, la lentitud con que caminaban las respuestas y las órdenes. Todos los gobiernos del mundo están sometidos a estos contratiempos. Y el español más que cualquier otro. Pero, a igualdad de espacios y de distancias, este, en general, no vale menos que los demás. Sus debilidades eran las mismas. El Imperio turco, por ejemplo, es una asociación de lentitudes, de extremo a extremo. De Constantinopla al Adriático, a Cattaro o a Spalato, el viaje requiere, en el mejor de los casos, 16 o 17 días[77]. En el Mar Negro, el *Mar Maggiore*, eran en extremo impredictibles tanto el itinerario como la duración del viaje. En el mar Egeo, el mar Blanco de los turcos, las velocidades más altas que conocemos resultan ridículamente lentas. A la altura de 1686 se considera noticia digna de mención (bien es cierto que ocurrió en diciembre) el que una galera turca hubiera cubierto en ocho días la distancia entre Estambul y Negroponto[78]. En 1538, la flota de Solimán Pachá[79] emplea dos meses en hacer la travesía del Mar Rojo. Se trata de distancias irreductibles, en las que es imposible hacer mella y que, por así decir, han permanecido inmutables a lo largo de siglos. Pegolotti, en la *Pratica della Mercatura* (1348), señala que el viaje de Trebisonda a Tauris (Tabriz) requiere de 12 a 13 días si el mercader va a caballo, y de 30 a 32 si va en caravana. En 1850, Goedel, cónsul de Austria en Trebisonda, asegura que se requieren de 27 a 30 días para hacer este mismo recorrido «cuando la ruta está en buenas condiciones»[80].

Pero hay otra forma de lentitud: la de las deliberaciones y las decisiones que precedían a la expedición de las órdenes. A este respecto, los testimonios de los contemporáneos son concordantes: franceses e italianos sentíanse de distinto temperamento que aquellos hombres flemáticos, tan lentos para decidirse como hábiles para disimular. Pero no es seguro que semejante retrato de los españoles del siglo XVI, tantas veces trazado por los extranjeros, sea del todo exacto. La imagen que un extranjero suele concebir y expresar de una nación extranjera es, con frecuencia, tan irreductible como falsa. No obstante, parece que la lentitud gubernamental, o, como dice el obispo de Limoges, «la anchura de aquel país»[81], está fuera de discusión. Cuando, en 1587, llegan a Roma las nuevas del éxito de Drake en Cádiz, el papa exclama «que su Majestad era una personalidad de poca envergadura, que solo se

decidía a actuar cuando la ocasión había pasado». En París, «no solo circuló este juicio de boca en boca, sino que ha sido publicado, añadiendo que la rueca de la reina de Inglaterra valía más que la espada del rey de España…»[82].

Maledicencias, sin duda; no obstante, si una vez más nos atenemos a la correspondencia diplomática, parece que el gobierno francés, por ejemplo, era mucho más expeditivo para el despacho de sus asuntos y para contestar las consultas de sus agentes. Pero ¿era siempre por culpa del rey, que, encastillado en su despacho de Madrid, quería leerlo todo, o debía achacarse más bien a las distancias españolas, tan considerables? El español movíase en los ámbitos de una vida imperial mucho más dilatada que la vida francesa o la inglesa; Felipe II, para adoptar sus decisiones, tenía que escuchar voces que le llegaban desde mucho más lejos. Así coadyuvaban las dos causas de lentitud que acabamos de considerar. A sus lentitudes propias, la máquina española asocia las de la navegación a través del Atlántico, el Índico e incluso el Pacífico; está obligada a responder a los requerimientos del primer sistema económico y político que se extiende por todo el mundo conocido. Esta es una de las razones por las que el pulso de España late a un ritmo más lento que el de los otros países. Y aún se hace más lento cuando, en 1580, conquista Portugal. Consideremos lo que escribe Sassetti, un florentino que va a las Indias Occidentales en 1585, y del que se nos ha conservado la preciosa correspondencia. Si la gente se hiciese una idea —escribe desde Cochin, el 27 de enero de 1585, a su amigo Piero Vettori, residente en Florencia— de lo que va a ser este viaje de siete meses «viviendo de galleta y agua salobre, confinados en un reducido espacio con otras 800 o 900 personas, atormentados por el hambre, la sed, el mareo y la incomodidad»[83] habría muy pocas personas interesadas en ir a las Indias. Pero ocurre que, cuando uno ve un barco, siente deseos de navegar en él. Y también las órdenes del rey de España han de sufrir estos siete meses de viaje, cuando no mucho más. No hay duda: la lucha de España contra las distancias era dura, y testimonia mejor que cualquier otra prueba lo que era «la medida del siglo XVI».

Las tres misiones de Claude du Bourg (1576 y 1577)

Lo ilustraremos con un pequeño ejemplo. Se trata de un aventurero francés, Claude du Bourg, personaje famélico y enigmático. ¿Era un genio o simplemente un excéntrico? Lo podrá descubrir quizá quien se decida a estudiar los múltiples documentos inéditos que conserva la Bibliothèque

Nationale. Pero lo que nos interesa ante todo no es la personalidad de este individuo, sino los tres viajes, bastante curiosos, que hizo a España: el primero, en mayo de 1563; el segundo, en septiembre-octubre del mismo año, y el tercero, en julio-agosto de 1577. Las dos primeras veces llegó a la Península como encargado de los intereses del duque de Alençon y, añadiendo a la comisión, sin duda, mucho de su coleto, negoció en nombre del príncipe su posible matrimonio con una de las infantas, hija de Felipe II, quien aportaría como dote a su esposo los Países Bajos; la tercera vez —hay que leer y releer los textos para creerlo—, Claude du Bourg actuó en nombre de Enrique de Béarn, quien solicitaba un empréstito y la intercesión del Rey Católico para que una de sus hermanas se casara con el príncipe de Saboya. Cada una de estas extravagantes misiones plantea los más complicados problemas, y para redondear la comedia, desencadenaron los furores del embajador de Francia, Saint-Gouard.

La primera vez, nuestro personaje regresó con una carta más o menos vaga para su señor, llevándole, además, una cadena de oro que valía 400 ducados. En el segundo viaje, el rey trató de detenerlo; y he aquí lo que escribió a su embajador en París, el 4 de octubre de 1576: «No creía que Claude du Bourg fuese a regresar, sobre todo después de vuestras cartas de 30 de julio y 13 de agosto». Sin embargo, el 2 de septiembre, el indeseable estaba de nuevo en Barcelona. Detenerlo, inmovilizarlo y evitar, por lo menos, serios incidentes con el embajador del rey de Francia, tratándolo todo por escrito, era cuestión de rapidez, de presteza en la expedición de las órdenes oportunas. Çayas escribió, en efecto, dos o tres veces; pero Claude du Bourg no quiso escuchar, se escurrió por entre las mallas, y «cuando me trasladaba de El Escorial a El Pardo —escribe Felipe II— se interpuso en mi camino al llegar a Galapagar, el 22 de septiembre por la mañana, y me mostró una carta manuscrita del duque de Alençon fechada el 19 de agosto, proponiéndome más abiertamente que la primera vez la negociación del matrimonio entre el duque de Alençon y una de las infantas, mis hijas. Le di la respuesta por medio del duque de Alba…». El desarrollo de la intriga deja de interesarnos, a partir de este momento. Solo las lentas y difíciles comunicaciones de la época pueden explicar la hazaña de que un hombre solo —que era, además, un indeseable— pudiera deslizarse subrepticiamente a través de toda España y, a pesar de haber sido señalado por los servicios de vigilancia, escapar a todos los controles y a todas las barreras, para surgir de improviso ante el mismísimo Rey Prudente en el centro mismo de su corte[84].

Espacio y economía

Toda actividad económica tropieza con la resistencia que ofrece el espacio: este la constriñe y la obliga a acomodarse. Condenada a la lentitud, a los preparativos interminables y a los estancamientos inevitables, la economía mediterránea solo se puede considerar adecuadamente desde una perspectiva de las distancias.

Ni las mismas letras de cambio, siempre mercancías privilegiadas, pueden escapar a la ley general de la inercia. Los tiempos empleados en los recorridos se añaden regularmente a los plazos de pago previstos por las letras. A comienzos de siglo, y partiendo de Génova[85], las demoras son: cinco días para Pisa; seis para Milán; 10 para Gaeta, Avignon o Roma; 15 para Ancona; 20 para Barcelona; 30 para Valencia y Montpellier; dos meses para Brujas, y tres meses para Londres. El dinero contante viaja con mayor lentitud. Cuando los arribos de las flotas a Sevilla durante la segunda mitad del siglo XVI se convierten en el elemento predominante de la economía europea, mediterránea y mundial, resulta posible seguir cada año la ruta de cada nuevo envío de plata que viene a incrementar el *stock* monetario y que, de plaza en plaza de Occidente circula según un calendario de etapas muy espaciadas, como los diagramas de José Gentil da Silva[86] nos indican. Las mercancías se encuentran ante dificultades idénticas: se elaboran con lentitud, se eternizan en los almacenes y cambian de mano según diferentes ritmos de lentitud. Por ejemplo, las lanas de España importadas por Florencia: transcurren meses entre el proceso de compra del vellón y el acabado de las prendas fabricadas con él[87], y una vez en esta forma nueva pasarán, quizá, meses o años, antes de que lleguen a sus clientes de Egipto, Núremberg y otros lugares. Ya hemos mencionado anteriormente el caso característico del trigo y el centeno de Polonia, vendidos un año después de haber sido cosechados, y consumidos de seis a 12 meses más tarde, y aún más si se envían por el Mediterráneo[88].

Más aún: las mercancías se han de esperar unas a otras al término de largos recorridos previos. En Aquila, en los Abruzos, el activo comercio del azafrán atrae todos los años gran concurso de mercaderes. Pero el azafrán no acude a esta cita como mercancía única: debe ir empaquetado en sacos de lino (ocho sacos por carga), y estos sacos han de ir a su vez envueltos, de cuatro en cuatro, en cubiertas de cuero. Además, los pagos se hacen en barras de cobre que utiliza la Casa de la Moneda de Aquila, que acuña monedas pequeñas, *cavali* y *cavaluzzi*. De modo que el azafrán dependía (y viceversa) de la llegada de las telas de lino y de las placas de cobre que venían de

Alemania, y de las balas de cuero provenientes de Hungría[89]. Ambas procesiones habían de encontrarse. De idéntico modo las especias, pimienta, drogas, sedas y algodón del Levante acudían a la cita concertada con las monedas de plata y los tejidos de lana de occidente. Respecto a la ruta que va de Ragusa a Venecia y de Venecia a Amberes y Londres se conservan datos discontinuos acerca de los cambios de mercancías, negocio del que viven los Gondola, familia de mercaderes ragusinos instalados en la propia Ragusa y con filiales en Ancona y Venecia (y según parece, se instalaron más tarde en Mesina) y en la misma Londres, que era el centro de operaciones. Se encargaban del trueque de pasas, *uve passe*, o *curanti*, como se las llamaba en un italiano contaminado por el inglés, importadas del Levante, y rosarios (*paternosters*), estos últimos de difícil comercialización, a cambio de cariseas manufacturadas en el campo inglés. El transporte se hace por tierra y por mar, vía Ancona o Venecia, pero las transacciones son tan lentas en llegar a término que en 1545 se hace preciso, para salir del punto muerto en los pagos, que la casa recurra por intermedio de los buenos oficios de los Salviati[90] a los cambios de Lyon.

Esta lentitud en los circuitos es un mal general. Mercancías, dinero contante y letras de cambio viajan en todas direcciones, se cruzan, se pasan o se esperan unas a otras. Cada centro comercial vive de esta compleja y siempre cambiante circulación de mercancías, de numerario y de letras de cambio, o para decirlo de forma más exacta, de sus compensaciones mutuas. Estas lentísimas circulaciones hacen que estén demasiado tiempo en camino mercancías, monedas y letras de cambio. Es natural que todo mercader desease recuperar su capital lo antes posible, apuesta decisiva en un juego que recomienza constantemente. No hay duda de que el colapso de las bancas privadas, en el siglo XVI, es consecuencia de su costumbre de lanzar desconsideradamente el dinero depositado por sus clientes en circuitos comerciales excesivamente lentos. Si sobrevenía un pánico o una emergencia, no había la posibilidad de reembolsar en el plazo de unos cuantos días, puesto que el dinero estaba en el camino, prisionero de las lentitudes mortales del espacio.

Que el tiempo es oro lo sabe muy bien todo mercader con «los dedos manchados de tinta» a fuerza de escribir cartas y cartas. La expresión estaba ya en el aire: en marzo de 1590, Baltasar Suárez, español establecido en Florencia, expresa su exasperación por el retraso de un galeón que le va a salir muy caro «por el tiempo que pierde la mercancía»[91]. La prudencia aconsejaba dividir las partidas (sea en dinero o en mercancías) entre varios

circuitos con itinerarios diferentes, o entre varios navíos que hacen la misma ruta, y, lo más importante de todo, escoger el circuito más breve, es decir, el que restituirá más rápidamente nuestro dinero y beneficios. A comienzos del siglo XVII los mercaderes prefieren las rutas terrestres venecianas antes que la cómoda ruta del Po. «Sí [dice un veneciano][92], la ruta acuática es siempre más cómoda y conveniente que la peligrosa ruta terrestre, incómoda y dispendiosa». Pero sucede que a lo largo del río hay demasiadas jurisdicciones privadas, y que en ellas han de detenerse los barcos para sufrir exámenes y extorsiones, operaciones que requieren tiempo, y es este último factor el que hace desequilibrar la balanza en perjuicio del mercader.

Nadie se podía permitir el lujo de perder tiempo. Si un determinado mercader veneciano del siglo XV prefiere traficar con algodón de Siria[93], ello obedece a que es un negocio que se puede concluir en un plazo máximo de seis o siete meses, tiempo francamente más corto que el requerido por los largos viajes en dirección a Inglaterra o Flandes. Solo los más grandes capitalistas de su época, los más hábiles y afortunados —los genoveses—, han sido capaces de organizar, con Sevilla como centro[94], los pagos a través del Atlántico. Era una operación de inmensa envergadura. Pero para el establecimiento de relaciones comerciales regulares entre Lisboa y el océano Índico —empresa todavía más extraordinaria— ha sido preciso que el Estado portugués intervenga con todo su crédito y que el rey se haga comerciante de pimienta; aun así, se acabará descubriendo que la tarea está por encima de los medios. Es inevitable que cuanto mayor sea la distancia que han de recorrer los productos comerciables, tanto mayor habrá de ser la cantidad de dinero que se deba invertir y tanto mayor tiempo permanecerá ese numerario prisionero de la ruta. El comercio por vía marítima, de Sevilla a América o de Lisboa a Asia, nunca habría sido posible sin las previas concentraciones de capital llevadas a cabo en la Alta Alemania y en la Italia del siglo XV[95].

Cubrir estas distancias comerciales implica siempre una proeza. Proezas de resistencia de quienes emprenden estos viajes: en julio de 1602, un gran navío de los llamados de Indias toca la orilla a pocas millas de Lisboa, con más de dos *millones en oro* a bordo, pero solo quedan 30 hombres vivos del total de su tripulación. Los corsarios ingleses se apoderan sin esfuerzos de esta nave extenuada ante las mismas narices de las galeras de defensa[96]. En septiembre de 1614 ocurre un caso similar (aunque esta vez sin acabar mal): un navío llega a Lisboa de las Indias con *un millón* y 16 supervivientes a bordo, de 300 hombres que eran al embarcar[97]. Un caso extremo, esta vez en el Pacífico: en mayo de 1657 llega a Acapulco un galeón de Manila sin una

sola persona a bordo[98], pero todas las riquezas de su carga están completas y el barco fantasma llega por sí mismo al puerto.

También se requerían grandes proezas económicas, como luego veremos. Había que movilizar inmensos recursos, como nos revelan las enormes fluctuaciones que regularmente se dan en los centros comerciales. Así veremos que Venecia, en marzo de 1464[99] se queda completamente sin numerario al enviar todo el disponible en las galeras que se hacen a la vela hacia Siria. Sus existencias de dinero, todos sus *arzenti*, están desde ese momento sobre las olas, *sono navegati per questi navi di Siria*; la ciudad queda exangüe, repentinamente paralizada. El mismo espectáculo ofrece Sevilla cien años más tarde, aunque en aquel momento la ciudad estaba en la cumbre de su prosperidad. Aún no había partido la flota de Indias (no franqueará la barra de Sanlúcar sino entre el 24 y el 29 de marzo de 1563)[100] y ya le escribe a Simón Ruiz lo que sigue su corresponsal de Sevilla el 15 de febrero[101]: «hace días que nadie ha conseguido en esta plaza el préstamo de un solo real ni aun pagando el precio que sea». Todo el dinero disponible se había gastado en las compras de último momento de mercancías que se querían mandar al extranjero, y habrá que esperar la vuelta de las flotas para que haya de nuevo abundancia, *largezza*, de dinero contante. El año anterior, 1562, como la flota tardase, los mercaderes, ya endeudados, hubieron de pedir nuevos préstamos a no importa qué precio: «desde hace un mes [hace notar una carta oficial][102] la gente está pidiendo a préstamo con interés, con más del 4.5 % de pérdida, redundando la cosa en beneficio de los extranjeros». Y, precisamente, se acerca la hora en que vencen los pagos en la feria de Medina del Campo: ¡Si Su Majestad quisiera graciosamente prorrogar la fecha de vencida y salvar a los mercaderes!

Las ferias: retícula complementaria de la vida económica

Los centros comerciales son los motores decisivos de la vida económica: quebrantan la hostilidad del espacio, lanzan las grandes corrientes de tráfico, las cuales, moviéndose todo lo aprisa que permite la época, triunfan a cualquier precio sobre las distancias. A estas vienen a unirse otras actividades, siendo las más importantes las de las ferias, a las que conviene considerar como cuasi ciudades, centros comerciales temporales, diferentes unas de otras como lo pueden ser entre sí las ciudades, unas menores, otras medianas y algunas excepcionales, evolucionando estas últimas de ser ferias de mercancías a serlo de cambio[103]. Pero nada tiene carácter definitivo en este

terreno. Las ferias de Champaña se extinguen en el siglo XIV, para resucitar en Chalon-sur Saône, en Ginebra, y, más tarde, en Lyon. En la Italia del norte y en los Países Bajos, comarcas en las que existía una intensa actividad urbana, las ferias, todavía esplendorosas en el siglo XVI, comienzan a declinar. Y allí donde subsisten, como en Venecia, son, en el mejor de los casos, simple fachada. Cuando se celebra la Ascensión en la plaza de San Marcos la espectacular feria denominada precisamente de la *Sensa*[104] (por el nombre de la fiesta religiosa), ocasión de grandes festejos y de los célebres desposorios del dux con el mar. Pero ese ya no era el corazón de Venecia: latía ahora en la plaza y puente de Rialto.

En este constante diálogo entre las ciudades (o, si se prefiere, centros comerciales) y las ferias, serán aquellas las que al operar sin interrupción (en Florencia se cotizaban los cambios todos los sábados) se acabarán imponiendo a estas, que no pasan de ser, a fin de cuentas, sino reuniones excepcionales… O mejor dicho, deberían hacerlo, pero nada evoluciona en sentido único. Siempre son posibles las sorpresas y los colapsos. En la Italia del norte el establecimiento en Plasencia, en 1579, de las ferias (de cambios) de Besançon, es, desde el punto de vista de la historia del capitalismo, el acontecimiento más importante del siglo. En Plasencia queda emplazado, y por muchos años, el exigente *corazón* de la economía mediterránea y del Occidente entero. Volveremos luego sobre este importante acontecimiento. De hecho, no es la ciudad de Génova, sino las cuatro discretas reuniones anuales de un centenar de hombres de negocios en Piacenza, las que dictan el ritmo de la vida material de Occidente. Un veneciano nos dice —y exagera apenas—[105] que lo único que allí cambiaba de manos eran los papeles, pero nunca una sola moneda. Y sin embargo, todo —idas y venidas, sangre arterial y sangre venosa— culmina en este *polo* decisivo, que distribuye operaciones de banca y descuentos, deudas y créditos, saldos de cuentas y utilidades, oro y plata y transacciones simétricas y asimétricas, sin todo lo cual los cambios perderían sentido y vigor.

Pero las ferias locales representan también su papel, aunque sea a un nivel más modesto; un papel de la misma especie que el de las más ilustres ferias comerciales, Lyon, Medina del Campo, Fráncfort del Maine, y más tarde, Leipzig. Investigaciones recientes nos han ido proporcionando más detalles sobre la historia de esas innumerables ferias regionales: ferias de Lanciano[106], de Salerno[107], de Aversa, de Lucera, de Reggio de Calabria en el Reino de Nápoles; ferias de Recanati y de Sinigaglia en los Estados pontificios, las ferias conectadas entre sí de Lombardía[108], sin contar las que

Venecia autoriza en Bérgamo o en Brescia, o las de Bolzano, en el Tirol, que tan prósperas llegaron a ser en el siglo XVII[109], o, en Siria, la feria marítima de Djeblé y, tierra adentro, a 100 kilómetros al sur de Damasco, la feria caravanera de Mzerib (El Muzeirib)[110]. Y estaban además las ferias minúsculas, poco más que mercados semanales y que siembran de puntos explosivos todo el espacio de Occidente y el de los Balcanes[111]. Solo en Castilla la Nueva, podemos contar, entre los años 1575-1580, 22 de ellas[112] en plena actividad, y las hay a docenas en Portugal[113]. Todas, hasta las más humildes, eran como ciudades construidas a toda prisa allí donde poco antes solo había —como en Medina del Campo— una calle —la *Rúa*— y una amplia plaza; o bien un vasto terraplén a las afueras de la ciudad, como en Lanciano[114]. Quince días de actividad febril, quizá tres semanas; un mes a lo sumo: eso es lo que supone la celebración de la feria. En Daroca, en Aragón, la feria principal comienzo del día del *Corpus*: con tal ocasión los hermanos de la Trinidad sacan fuera de su iglesia hostias milagrosas antaño transformadas en carne y sangre (*e ciò si vede chiarissimamente*, dicen con convicción unos jóvenes viajeros venecianos, en mayo de 1581). Esta feria, que dura ocho días, reúne una multitud de tratantes de mulas, vendedores de animales de labor, de silla o de tiro, estos últimos capaces de arrastrar esos vehículos que en España son siempre de dos ruedas solamente[115] (notemos, de paso, este detalle).

Pasada la feria, todo vuelve a la normalidad. La decoración de este espectáculo se desmonta y se lleva a otro sitio (algo así como la de los pueblos que Potemkin enseñaba a su emperatriz). Mercaderes, mercancías y bestias de carga pasan de una ciudad a la ciudad vecina. Una feria termina y otra comienza. Los siete u ocho mercaderes flamencos que se marchan de Lanciano en septiembre de 1567, en la feria «de agosto», pueden llegar a tiempo —tal como desean— a la segunda feria de Sorrento, que comienza el 21 de ese mismo mes[116]. En abril de 1567[117] un cierto Speranza della Marca, a quien menciona un documento napolitano, «acompañado de sus agentes», *in giro per il Regno*, visita sin duda todas las ferias, vendiendo artículos de mercería, paños de seda, *zagarelle*[118], hilos de plata y de oro, peines, gorros… Quizá hace felices a sus clientes vendiéndoles esos sombreros españoles que una moda imitadora ha introducido en Nápoles.

Estas ferias eran siempre lugar de cita de importantes mercaderes muy familiarizados con las letras de cambio y el mecanismo de los créditos (en Lanciano se han encontrado montones de paquetes de letras de cambio)[119] y que importan especias, drogas y tejidos. Pero, incluso en Lyon (marzo de

1578)[120], y a decir de los posaderos, «por cada mercader que viene a las ferias a caballo y que puede permitirse gastar dinero y tomar un buen alojamiento, hay 10 que llegan a pie y que se contentan con encontrar acomodo en la más humilde de las posadas». Las ferias atraen también a los vendedores ambulantes más modestos, representantes genuinos de un mundo campesino que pone a la venta sus productos: animales, tocino, barriles de carne salada, cueros, pieles, quesos, toneles nuevos, almendras, higos secos, manzanas, vinos corrientes, y crudos tan famosos como el *mangiaguerra*, barriles de anchoas o de sardinas, seda cruda… Lo importante de estas ferias que tienen lugar en el sólido reino de Nápoles, y cuyo lado pintoresco es el que acabamos de atisbar, es que ponen en contacto las grandes rutas comerciales con los caminos campesinos y senderos de mulas, «capilares» que bajan de la montaña a espaldas de Lanciano «siguiendo las depresiones excavadas por las aguas corrientes». Evidentemente esto da un importante impulso a los cambios y la circulación y también a todo un cortejo de transacciones tanto en dinero como en especies, un vasto movimiento que se beneficia de las exenciones de peajes, pues uno de los obstáculos opuestos por el espacio es ese complejo de puestos aduaneros, derechos de puertas de las ciudades y portazgos[121].

El cuadro es idéntico, dondequiera que miremos. Tendilla[122], una ciudad de Castilla la Nueva, en la provincia de Guadalajara, era, hacia 1580, un lugar muy poco conocido. ¿Qué geógrafo la podía situar, de memoria, al pie de la sierra de la Calderina y a orillas del Guadiana, el cual, después de pasar por delante de ella, sigue su camino hacia Ciudad Real, Badajoz y, finalmente, Portugal? Con sus 700 casas, es en esta época una vasta villa señorial de unos 3000 habitantes. Y una de sus dos ferias, la de San Mateo, que tiene lugar precisamente al final del invierno, es durante todo un mes el escenario de una enorme actividad. Era una feria que acontecía en el momento justo: los artesanos habían trabajado durante todo el invierno tejiendo sus paños y esta era la primera feria del año, «feria de coyuntura que todo el imbierno [*sic*] se han labrado los paños, y ser la primera del año». Llegan a ella mercaderes de todas las ciudades vecinas, e incluso «mercaderes gruesos» de Madrid, de Toledo, de Segovia, de Cuenca, además de mercaderes vizcaínos de telas e hilos, y portugueses, «más numerosos aquí que en ninguna otra feria de Castilla». Este concurso de gente y la abundancia de puestos evocan la Alcaicería[123] de Granada. ¡Cuántas mercancías!: telas de toda especie y de todos los lugares, sedas, especias, drogas, palo del Brasil, marfil, piezas de orfebrería y, junto con ellas, mercancías más cotidianas. Por su parte, el conde

de Tendilla percibe cada año 1 200 000 maravedises en concepto de *alcabala*, muy ligera por cierto: solo 3 %. Esto nos da un volumen de transacciones de unos 40 millones (40 *cuentos*) de maravedises, es decir, más de 100 000 ducados. Con semejantes resultados, las ferias rompían las economías locales, de ordinario replegadas en sí mismas, y hacían posible el establecimiento —o al menos, la formación— de los «mercados nacionales».

Las zonas económicas de escaso radio

El Mediterráneo es, en efecto, un conglomerado de zonas económicas semicerradas, mundos pequeños o grandes organizados para sí mismos, con sus innumerables unidades locales de medidas, sus costumbres y sus dialectos. Su número es impresionante. ¿No están Cerdeña y Córcega, en general, al margen de la gran calzada de relaciones? En Cerdeña[124] nunca se le ha pedido al campesino que produzca más, que se arriesgue en nuevos cultivos o rompa con los viejos moldes de producción; sigue practicando las chamiceras (*narboni*) y no conoce el cultivo de barbechos. Algunas regiones de la isla, como Orosea y Posada, en la costa oriental, y Gallura, al norte, todavía ignoran, a la altura de 1860, los vehículos de ruedas, y el comercio «siempre se hace a lomos de caballos»[125]. Esta isla, más pastoral que agrícola, ignoraba la moneda en el siglo XVI. Los padres jesuitas, instalados en Cagliari desde 1557, se veían colmados de regalos en especie: aves de corral, pan, cabritos, algún que otro capón o cochinillo, pichones, carneros, vinos de calidad, terneras. «Pero —se puede leer en una de sus cartas—[126] las limosnas que recibimos en dinero nunca llegan a los diez escudos». En Córcega, cada *pieve* es por sí mismo una isla y sus relaciones con el valle que se extiende entre los montes son muy poco frecuentes. Más allá del Ajaccio, los habitantes de Cruzzini, de Bocognano y de Bastelica son extraños los unos para los otros[127]; cada grupo se ve obligado a producir para cubrir todas sus necesidades alimenticias (tal vez esto explique por qué cocinan con manteca de cerdo mezclada con aceite de oliva) y de vestimenta. Visten con telas bastas fabricadas en las propias casas de los campesinos. La isla protestaba cuando los mercaderes genoveses trataban de vender estas telas en sus almacenes. Y se quejaban también de que la *Dominante* (cuya culpa no se ve muy clara) no favoreciese el comercio interior «*di luogo a luogo*»[128]. No cabe duda de que la geografía, el terreno, la dificultad de los caminos de montaña, son los principales responsables de estos obstáculos permanentes. La isla permanece casi enteramente fuera de la órbita de la economía

monetaria: los impuestos se pueden pagar en trigo, en castañas, en capullos de gusano de seda, en aceite o en legumbres secas; el maestro que enseña a leer y escribir recibe ordinariamente como paga dos *bacini* de trigo al año (entre 20 y 40 litros). En tales condiciones, un historiador corso del siglo XVI dice, a propósito de la carestía de 1582: «a pesar de semejante escasez, el trigo no pasó de cuatro *scudi* la mera, pues la isla era pobre en dinero; si este hubiera abundado, el precio habría subido a más de *ocho scudi*.…»[129]. Sicilia, pese a sus riquezas, no goza de mejor situación que Córcega, en su zona interior. Paga contribuciones para la construcción de puentes; pero el gobierno se gasta el dinero en otras atenciones, y a ello se debe que el interior de la isla no haya contado con rutas importantes hasta el siglo XVIII. Todavía en 1726 se concedían privilegios a todos los mercaderes que abrieran almacenes tierra adentro[130]. No nos asombremos de que, en el siglo XVI, las telas de consumo popular se fabricaran, como en Córcega, en los hogares campesinos[131]. La región de Jaca, en el Alto Aragón, llevaba también una vida económica confinada. El ideal y la necesidad allí era producirlo todo: el trigo (en las zonas de riego o en los montes), la vid (aunque las condiciones del suelo y, sobre todo, la altitud, no sean las más adecuadas), el olivo, a pesar de las terribles heladas y los granizos de la montaña; las indispensables legumbres, cuya calidad y sabor elogiará dos siglos más tarde el economista Ignacio de Asso. Para el vestido no faltaban las telas campesinas, los *cordelates* aragoneses, cuya reputación tampoco era mala. Todavía en el siglo XVIII, en algunos distritos de la montaña se trocaba trigo por aceite. En el *partido* de Huesca se cocinaba con aceite y con mantequilla de oveja[132].

La misma Castilla, tal como nos la describen las *Relaciones topográficas*[133] —estos preciosos estudios hechos en los años de 1575 y 1577 por orden de Felipe II—, nos ofrece gran profusión de ejemplos de estas economías de radio limitado: para las poblaciones, vivir era comer lo que producían recurriendo lo menos posible al aceite, vino o trigo de la población vecina… Los estudios sobre las estructuras agrarias de Castilla la Vieja dejan entrever en el siglo XVI una pluralidad de cultivos, y cada vez que el suelo o lo abrigado del lugar lo permiten, el olivo hace acto de presencia, a despecho de los rigores del clima[134]: la autarquía es el ideal y el dinero hace solo breves apariciones desvaneciéndose a continuación tan rápidamente como había surgido.

Cuanto más cerradas en sí mismas eran estas economías arcaicas, tanto más altamente eran estimados el oro y la plata en sus raras apariciones.

La vida en Cerdeña, anota un veneciano en 1558, es cuatro o cinco veces menos cara que en Italia[135], evidentemente para quien cuenta con una bolsa bien provista. Del mismo modo, cuando una circunstancia imprevista obliga a una nave veneciana a hacer escala, el día de la Ascensión de 1609, en Fasana, pequeño puerto vecino a Pola, en la costa de Istria, viajeros y marineros bajan a tierra y encuentran provisiones en abundancia: la ternera a tres *soldi* la libra, un cabrito por 40 *soldi*, el aceite a tres *soldi*, el pan y el vino a precios muy bajos, *insomma* —dice un viajero— *buonissimo vivere*[136]. Los países mediterráneos (lo mismo que los de Europa) están punteados de estas regiones baratas, que, en cada caso, constituyen universos al margen de la vida económica general.

En la Europa Occidental estas regiones de precios bajos son de reducidas dimensiones. En el este pueden ser muy grandes, como ocurre con algunas áreas de los Balcanes que viven en su mayor parte de lo que ellas mismas producen, de sus cosechas, de sus salazones, de su carne seca[137]. Refiriéndose al Belgrado del verano de 1555, escribe Busbec[138]: «… Todo en este país es muy barato; el pescado que nos sirvieron habría bastado para dar de comer a cuarenta personas y no pagué por él más que la mitad de un talento…». Este pequeño ejemplo nos demuestra el interés que tenía para los ragusinos, los venecianos y otros extranjeros abastecerse en el enorme mercado de los Balcanes, y la furia que de ellos se apoderaba cuando alguien les importunaba en este tráfico. En enero de 1582, un veneciano, Fabio Canal, se queja enérgicamente ante el Consejo de los Diez de la fuerte alza del precio de los caballos en la región situada detrás de Spalato. La causa de este nuevo y deplorable estado de cosas eran las compras en masa de los franceses (con motivo de las guerras civiles)[139].

La multiplicidad de estas regiones, pequeñas unas y vastas otras, pero todas situadas al margen de la economía o mal encajadas en ella, no eran un privilegio ni una característica del Mediterráneo. En Alemania, en Francia, a orillas del Báltico, en Reval, en Estonia y en Finlandia, la realidad es la misma, a veces incluso más acusada. Un veneciano que se dirige a Polonia en diciembre de 1590 hace en Viena provisión de cuanto necesita, incluidas las velas[140] y tiene sus buenas razones para obrar así[141]. En Francia los viajeros nos suministran ejemplos muy significativos. No existe provincia más retrasada e incómoda que Bretaña: en febrero de 1532, Francisco I proyecta ir allí (e irá) «contra la opinión de toda la corte, que teme a este viaje tanto como al propio Infierno»[142]. En Inglaterra[143], el espectáculo es el mismo: todavía en tiempos de Cromwell bastaba apartarse de los «*main*

highways», de las grandes calzadas, para encontrar una Inglaterra arcaica, forestal o cubierta de maleza, en la que seguía vagabundeando el hombre. ¿Y qué decir de Escocia o de Irlanda?[144] No es al Mediterráneo a quien hay que culpar de ello, sino, mejor dicho, al siglo XVI, a su insuficiente economía monetaria, a la impotencia de sus hombres para coordinarlo todo. Y más que al siglo XVI, a un *ancien régime* de la economía que ni comienza ni acaba a la par de esa centuria.

Sin embargo, las economías más cerradas tenían, en realidad, sus ventanas y sus puertas abiertas; dejaban escapar hacia las regiones vecinas pequeñas corrientes que, unidas unas a otras, permitían y animaban la vida general del conjunto. Desconfiemos, pues —siguiendo el consejo de Marc Bloch—, de afirmaciones o de comprobaciones demasiado rápidas, en lo tocante a las economías cerradas. También los *pievi* corsos, por ejemplo, efectuaban intercambios con el exterior por medio de los pastores, y según las circunstancias, trocaban puercos y castañas por aceite, telas o dinero… Hablando de islas, y con otros motivos, hemos demostrado que la ceñuda Cerdeña no estaba herméticamente cerrada al mundo mediterráneo[145]. Huelga decir que aún menos lo estaba Sicilia, granero de trigo, o Castilla, mercado internacional de la lana.

Sí es útil subrayar que tampoco lo estaban otras regiones, por muy lejanas y perdidas, por perfectamente encerradas dentro de sí mismas que nos parezcan, como la comarca de Huesca y todo el Alto Aragón. No podemos olvidar que por el partido de Huesca pasaba la gran vía de Canfranc, que desde la Edad Media había sido la ruta de los vinos de Guyena y de las telas inglesas[146], ruta que los mercaderes alemanes frecuentaban todavía en los siglos XV y XVI, camino de Zaragoza para el comercio del azafrán. La pera del deanato y la manzana de Api, que los bearneses llaman «la manzana de Dios», llegaron a las huertas de Jaca a través de los Pirineos, probablemente de Béarn[147], y el trigo aragonés bajaba antaño por el Ebro hacia Tortosa y Cataluña, tendencia que aún conservaba en el siglo XVI; durante mucho tiempo, Jaca tuvo su moneda (las libras jaquesas)[148]; los *cordelates*[149] se exportaban hasta más allá de Aragón y, por último —lo que no es menos importante—, Aragón se castellanizó en el siglo XVI y alguno de sus señores, contemporáneo de Felipe II, escribió en lengua castellana su diario[150]. Y así, por caminos que no conocemos enteramente, hasta el pobrísimo y desértico Aragón entreabría su ciudadela al aire de fuera.

Por otra parte, era inevitable el diálogo entre regiones adelantadas y regiones subdesarrolladas. Entonces como ahora no había vida económica sin

diferencias de nivel, o, valga la expresión, de voltaje. El mercader genovés de las ciudades corsas obedece a una ley económica que lo constriñe —a él antes que a nadie— y que al mismo tiempo, y en el fondo, lo excusa. Lo mismo le ocurre al veneciano en Alepo u Ormuz, al ragusino en Uskub, en Sofía, en Temesvar o en Novi Bazar, al mercader de Núremberg en Bohemia o en Sajonia: todos se benefician de una mano de obra y un coste de la vida muy baratos[151]. Las ciudades no pueden pasarse sin estas regiones pobres situadas delante de sus puertas (y que ellas mantienen, deliberadamente o no, en la pobreza). Cada ciudad, por muy brillante que sea —y Florencia es brillante—, debe, para lo esencial, abastecerse dentro de un círculo de unos treinta kilómetros de radio, trazado teniéndola a ella como centro[152]. De ese círculo que la rodea sacará Florencia su madera, su aceite, sus legumbres, sus productos de granja, un fantástico número de toneles de diferentes vinos, caza y pájaros, que los campesinos venden en manojos a sus puertas[153]. Se produce, pues, el contacto entre dos economías, una viva, la otra lenta. Si Valladolid[154] está bien provista se lo debe a la rica Tierra de Campos que tiene ante sus puertas. Segovia hace venir el vino tinto y el vino blanco que necesita de las comarcas vecinas de Medina del Campo, de Coca, de Cebreros, a su mercado de todos los jueves, donde los habitantes urbanos van a aprovisionarse. Y podríamos seguir citando casos y más casos… Si Venecia es una ciudad bien alimentada, lo debe a su red de vías fluviales que le permiten traer la comida de todos los días y los quesos de oveja desde regiones tan alejadas como Casalmaggiore, en Lombardía[155]; también lo debe al hecho de que las rutas marítimas son especialmente cómodas cuando se trata de transportar trigo, aceite, vino, pescado y ganado vivo, y —puesto que el invierno es frío— la leña necesaria; barcas cargadas hasta arriba de esta venían de Istria y del golfo del Quarnero[156].

El cuadrilátero: Génova, Milán, Venecia y Florencia

Hemos mostrado el pro y el contra, los factores que estimulan y a la vez restringen la organización económica de un espacio donde la distancia es un obstáculo. En otras palabras: una división geográfica del trabajo. Y esta división también existe, perfectamente visible, en el Mediterráneo considerado como unidad total.

Ese mundo de 60 días de longitud es, hablando *grosso modo*, una *Weltwirtschaft*, una economía-mundo, un universo en sí. No impera un orden estricto y autoritario, pero se insinúan las líneas generales de un esquema

coherente. Toda economía-mundo acepta un centro, una región decisiva que actúa como estímulo de las demás y establece, por sí misma, la unidad necesaria. Resulta actualmente claro que este centro mediterráneo es durante los siglos XV y XVI un pequeño cuadrilátero urbano constituido por Venecia, Milán, Génova y Florencia, con sus conflictos y su rivalidad entre ciudades, todo ello influido siempre por la importancia relativa alcanzada en determinado momento por cada una de ellas: se puede observar el centro de gravedad desplazándose de Venecia, donde permanece todavía a comienzos del siglo, a Génova, donde se establece brillantemente entre 1550 y 1575.

En el siglo XV Venecia es, sin duda alguna, el centro vigoroso del mar interior[157] y también de esa doble o triple unidad surgida de la vinculación de ciertas zonas de Europa al Mediterráneo. Centro evidente, pero en modo alguno exclusivo. Venecia era secundada en sus actividades por la ciudad de Brujas, otro *polo* decisivo, del que hoy se discute si ha estado o no a la altura de la tarea que le correspondía[158], situado al otro extremo de las rutas acuáticas que llevaban mercancías hacia el norte, hasta el Báltico, el mar del Norte, el *hinterland* de la Alemania del noroeste, y más importante aún, de cara a Inglaterra. Para poder ser soberana, Venecia se apoya también en las poderosas ciudades vecinas, Milán, Génova y Florencia. Y si hiciese falta un documento para probar lo dicho bastaría con el célebre discurso del dux Mocenigo, en 1423[159]: Hacia Levante, donde se encuentran las más prósperas conexiones de la riqueza comercial de Venecia, despacha esta los terciopelos de Génova, las telas de oro de Milán, los paños de lana de alta calidad de Florencia; vive del trabajo industrial de estas ciudades y del comercio que encauzan hacia ella.

Esta colaboración múltiple no va adelante sin dificultades. Celos, rivalidades y guerras desgarran este estrecho espacio que es el centro del mundo. Y la historia ha estudiado paso a paso esas comedias, esos engaños y esas tragedias (no pocos). Hasta abril de 1454[160], hasta el crucial viaje de la paz de Lodi, la Italia aventurera, urbana y principesca ha vivido a su propio estilo esos conflictos económicos y sociales, y a la par, políticos que acostumbramos a agrupar bajo la engañosa etiqueta de guerra de los Cien Años; unos tiempos que la recesión general de todas las actividades ha convertido en sombríos, cuando no en salvajes. Ciudades contra ciudades, Estados contra Estados. Querer interpretar esos conflictos como una búsqueda de una unidad italiana entrevista pero inmediatamente esfumada ante los ojos de los políticos más clarividentes es acordar demasiados honores a una ingloriosa crónica. En todo caso la paz de Lodi ha tenido un mérito: ha

marcado el retorno a una vida más tranquila, y, en consecuencia, ha conducido a un incremento de la actividad comercial. Sus efectos durarán hasta la inoportuna llegada de Carlos VIII y sus tropas, en septiembre de 1494.

Durante esta bonanza continuó ininterrumpidamente la hegemonía de los cuatro *grandes*. Y Venecia era soberana. A la señoría le importan menos la política diplomática que el dinero, las letras de cambio, los tejidos, las telas y las cuestiones de navegación. Su estilo natural de comportarse es casi increíble. En mayo de 1472[161] el Consejo de los Diez se reúne diariamente en Venecia, «con *la zonta* de los 35», para deliberar y discutir largamente como no lo había hecho *gran tempo fa*. El tema que se discute no es el de la guerra turca, reanudada en 1470, sino el de la necesidad de despreciar y finalmente prohibir la circulación de las monedas de plata, *grossetti* y *grossoni*, y en primer lugar las que no habían sido acuñadas en la Zecca de Venecia. Hay que poner término a la invasión de mala moneda: Venecia ya ha conocido y sufrido otras invasiones de la misma especie y ha aprendido a reaccionar frente a ellas de modo despiadado. Se sabe ya en esta época, mucho antes de Thomas Gresham, que la mala moneda ahuyentará la buena, *che la cativa cazarà via la bona*, como escribe el agente de los Gonzaga, en junio de 1472[162]. «Aquí [añade este mismo informador] no hay nada nuevo, excepto que a nadie parecen importarle nada los turcos. No se toma ninguna medida contra ellos». Así, Venecia, que ha perdido Salónica en 1430, y que acaba de abandonar poco antes, en 1470, la isla triguera de Negroponto, permanece encerrada en sí misma, pues se siente segura de sí, de su riqueza y de su superioridad respecto al mundo exterior; la flota turca había copiado el modelo veneciano; sus plazas fuertes, provistas de artillería y regularmente mantenidas y avitualladas por el Arsenal, no conocen otras que se les puedan equiparar. Y sus negocios van viento en popa. A través de la totalidad del espacio mediterráneo, y, más allá, hasta Flandes, el sistema distributivo de las *galere da mercato* funciona en provecho de los patricios que alquilaban estas naves propiedad del Estado.

La señoría ha perdido, bien es cierto, algunas plazas esenciales: Salónica (1430), Constantinopla (1453), «en verdad ciudad nuestra», dice un texto del senado; Negroponto (1470), y La Tana, en el mar de Azov (1475), lugar de donde partían galeras y naves con rumbo a Venecia, una de ellas —según dice un texto tardío— *carga de schiave et salumi*, cargada de esclavas y carne salada[163]. Cada uno de estos golpes hace su mella, pero los flexibles sistemas de tráfico de la señoría transfieren inmediatamente sus bases a otros

puntos, como Creta o Chipre, de la que Venecia es señora indiscutida desde 1479. Aunque los resultados de cualquier comparación son siempre demasiado artificiales, podemos afirmar que la ocupación de Chipre, con la consiguiente expulsión de los genoveses, es, en su época, lo que será la ocupación, o el inicio de la ocupación, de la India por los ingleses a costa de los franceses, después de la batalla de Plassey (1757). Además, las naves y los mercaderes venecianos continúan presentes físicamente a finales de siglo, e incluso más tarde, tanto en Estambul como en el Mar Negro. Y también están en Siria y Egipto, las dos puertas del comercio del Levante; la primera, importante; la segunda, crucial. En 1489 Alejandría le representa posiblemente a Venecia un beneficio de 3 millones de ducados[164]. En 1497, y junto a sus preciosas mercaderías, la señoría envía a Siria y Egipto más de 360 000 ducados en efectivo. En el acto, el marco de plata (pues plata era ya el metal usado) aumenta su precio en más de 5 *grossi* el marco[165]. Venecia se queda así sin plata con el fin de que sus barcos traigan en el viaje de vuelta —y como siempre se hacía— pimienta, especias, drogas, algodón, lino y seda. Era un comercio regular, perfectamente establecido (¿quién podía sospechar la posibilidad del periplo de Vasco de Gama?) y, en cierto modo, políticamente garantizado: Siria y Egipto estaban unidas bajo el Estado de los Mamelucos, y sus tradiciones victoriosas databan de muy antiguo. ¿Cómo podía sospechar nadie las futuras victorias de los turcos contra los sultanes de El Cairo en 1516 y 1517? De modo que Venecia vive en la beatitud de los ricos. Protesta sonoramente contra el lujo excesivo de los vestidos femeninos, contra los despilfarros escandalosos de los festines, contra los trajes bordados de los hombres. Pero ¿quién, en el fondo de su corazón, no admira, como Sanudo, esas dotes suntuosas que se estaban convirtiendo en la regla de los matrimonios patricios, y que nunca están por debajo de los 3000 ducados, pero sí, muchas veces, por encima de los 10 000?[166] Algunos gritos lanzados delante del palacio ducal por marineros de galeras que reclaman sus sueldos[167], alguna que otra queja de los desgraciados del *Arte della Seta* o *della Lana*, y un decreto pesimista emanado por el senado, que habla de la crisis de los grandes tonelajes[168] son las únicas y diminutas notas discordantes en el brillante espectáculo.

Pero el siglo que nace se va a encarnizar con las ciudades demasiado ricas. Venecia se salva milagrosamente después de la derrota de Agnadello en 1509. Por turno sucesivo, Génova, Milán y Florencia sufren desastres irreparables. Si el saqueo de Roma (1527) no hubiera superado todos los horrores anteriores, el saqueo de Génova en 1522[169] tendría la triste fama

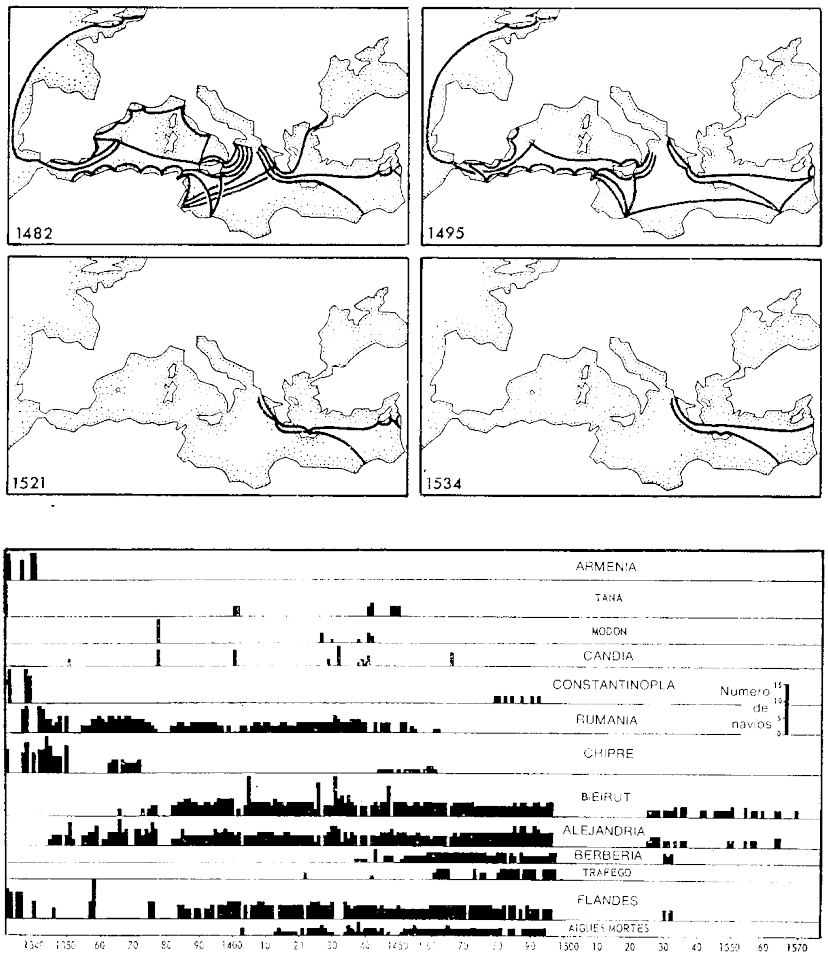
que merece. No se respetó nada en la ciudad conquistada, excepto —detalle significativo— las letras de cambio de los mercaderes, que fueron entregadas por los soldados obedeciendo órdenes superiores. Finalmente, en 1528, Génova se aliaba a Carlos V, sellando de ese modo su destino. Los milaneses, por su parte, supieron gritar, según la coyuntura, viva Francia[170], o viva el Emperador, y finalmente se acomodaron a vivir bajo los españoles, como antes se habían acomodado al señorío de los Sforza, y anteriormente a ellos, al de los Visconti. Además, bajo el control de la autoridad española, una aristocracia local de altos funcionarios se hizo cargo de Milán y la Lombardía[171]. Todo cambia, pero ellos se mantienen en posición segura.

Resumiendo: las ciudades no podían ser fácilmente eliminadas del mundo de los vivos y de los poderosos. Su posición continuará siendo buena al menos hasta 1530. En un nuevo universo donde Sevilla y Lisboa ocupan puestos importantes, un rosario de ciudades que va de Amberes a Venecia domina el mundo, con Venecia manteniendo su supremacía en el Mediterráneo oriental. Supremacía mantenida no sin esfuerzo, pues no habrá paz duradera con el turco sino a partir de 1574. También mantiene sus posiciones en Europa Central. En el África Menor, al contrario, lo pierde todo o casi todo[172] después de las empresas españolas de 1509-1511.[173] Respecto al Atlántico, Venecia, demasiado al este y demasiado metida en el mar interior, nunca llegó a representar un papel de importancia.

El balance sería negativo si Venecia no se hubiera beneficiado de la prosperidad de sus industrias —sedas y manufacturas de lana, artes del vidrio, prensas de imprenta—, prosperidad que durará más que el siglo. Añádase a esto que la ciudad participa —y lo hace de lleno— en el progreso general del *segundo* siglo XVI, como muy bien demuestra la curva de sus presupuestos y las cifras de sus aduanas, hasta 1620[174]. Cada año, la Zecca acuña alrededor de un *million* de monedas de oro y otro *million* de monedas de plata[175]. Sus mercaderes están dispersos por todo el mundo, de Núremberg a Ormuz, es decir, en lugares muy apartados. Proporcionan a su ciudad una especie de *imperio capitalista*, cuya importancia no es fácil valorar, aunque en este terreno nos esperan unas cuantas sorpresas. En 1555, con ocasión de la reorganización de una sociedad, se descubre la actividad de mercaderes venecianos en Sevilla: Antonio Cornovi, Andrea Cornaro, Giovanni Correr, Lorenzo Aliprandi, Donato Rullo y Bald Gabiano[176]. En 1569, un documento napolitano[177] nos da los nombres de los *quinientos* mercaderes venecianos que compraban trigo y aceite en Apulia, y principalmente en Bari; entre los documentos inéditos del consulado francés de Argel, aparece desde

1579[178] un importante prestamista, Bartholomeo Soma, *mercader veneciano*. A la altura del 1600 los cofres del tesoro público veneciano están llenos a rebosar de dinero[179]; en el puerto de la ciudad entran y salen anualmente —si nuestros cálculos son correctos— de siete a 800 barcos[180]. Venecia es, ante todo, una ciudad donde abunda el dinero contante[181]; quizá la mejor provista de toda la cristiandad: *forse* —dice un texto veneciano, y no exagera— *in Europa non si trova altra piazza più commoda*[182]. Naturalmente, los eternos criticones y los perfeccionistas no están satisfechos con la situación. Convendría, dice uno de ellos, establecer impuestos sobre los cambios de moneda, que representan las cuatro quintas partes del tráfico de la plaza, *quali sono li quattro quinti del traffego della piazza*[183]. Por eso no sorprende descubrir que en el transcurso de tres meses, del 24 de mayo al 9 de agosto de 1603, los libros de una banca de cambio, la del veneciano Bernardo Navagero, anoten un movimiento en parte ficticio, pero que llega casi a los tres millones de ducados[184]. Venecia sufre varios reveses, pero continúa siendo opulenta, y en los últimos años del siglo XVI y los primeros del XVII, se abandona, una vez más, a las delicias de la vida y de la mente. Su tardío Renacimiento nos suministra la prueba.

[I-521]



FIGURAS 31 y 32. *Venecia: los viajes de las* galere da mercato.

Los cuatro mapas de la parte superior, procedentes de la larga secuencia publicada por Alberto Tenenti y Corrado Vivanti en *Annales E. S. C.* (1961), resumen las etapas de deterioro del viejo sistema de *galere da mercato* y de sus convoyes (Flandes, Aigues-Morres, Berbería, el *Trafego*, Alejandría, Beirut y Constantinopla). Todas estas líneas funcionaban en 1482. A la altura de 1521 y 1534 solo sobreviven los fructuosos enlaces con el Levante. Para simplificar los mapas, los trayectos se han marcado a partir de la salida del Adriático y no desde la de Venecia.

El cuadro que sigue resume la historia cuantitativa de estos convoyes (una laguna de la documentación interrumpe la secuencia a finales del siglo XV y comienzos del XVI). El deterioro del antiguo sistema de convoyes queda sin embargo compensado por una navegación privada que, aunque siempre había existido, aumenta con el paso del tiempo.

Pero esta brillante fachada no nos puede engañar. Venecia, más rica ahora posiblemente que en el siglo XV, ha declinado en cuanto a importancia *relativa*. Ya no es el centro del mar interior. Al bascular del este al oeste, las actividades comerciales mayores del Mediterráneo han favorecido inexorablemente la cuenca occidental, en detrimento de la oriental, que durante tanto tiempo había sido la esencial distribuidora de riquezas. Este movimiento bascular ha aportado muy pocas ventajas a Milán, pero ha hecho pasar a Florencia y Génova a primer plano. Génova, por su parte, se ha quedado con España y América, es decir, con la parte del león; Florencia ha promocionado a Lyon y se ha quedado con Francia, aunque sin perder su posición en Alemania. Y también está ampliamente representada en España. Estas ciudades serán a partir de ahora las dos fuerzas dominantes del cuadrilátero, y tanto más, cuanto que no limitan su actividad a la simple mercancía, en el más humilde sentido de la transacción, sino que practican en grande la actividad financiera. En la segunda mitad del siglo, Génova toma las riendas. Los geógrafos hablan de capturas fluviales; aquí, los activos ríos de dinero han capturado innumerables comercios, en beneficio de los financieros de Génova y Florencia. En primer lugar, capturas internas: en Florencia —ciudad en la que los historiadores podemos ahora ver con mayor claridad—, el crédito desciende hasta extenderse por los niveles más modestos de la vida cotidiana[185]. Capturas externas (son las más importantes): por medio de ellas Génova y Florencia se hacen con el control de todas las regiones económicamente subdesarrolladas, se encuentren estas en la Europa del Este o en la Italia meridional, en los Balcanes o en Francia[186] o bien en la península ibérica. En este proceso, incluso una ciudad tan invulnerable y poderosa como Venecia acabará envuelta, como vimos antes[187], en las sutiles redes de la explotación extranjera.

Evidentemente, estas actividades no son nuevas; pero la amplitud que alcanzan no conoce precedentes. Nunca había circulado anteriormente en Europa semejante caudal de dinero y de títulos de crédito. Esta circulación domina la segunda mitad del siglo XVI, produciendo un rápido crecimiento y una rápida maduración, a los que sigue un rápido declinar (antes, incluso, de la crisis de 1619-1622),[188] resultado de una especie de explosión estructural, o que a nosotros nos lo parece. En todo caso, con la fundación, en 1579, de las grandes ferias de cambio de Plasencia, los banqueros genoveses se convierten en los amos de todos los pagos internacionales, y de la fortuna tanto de Europa como del mundo; y también a partir de dicha fecha, o quizá ya desde 1577, en los señores discutidos pero inamovibles de la plata política

de España. Todo está a su alcance y pueden tomar lo que les plazca. Y por un momento parece, en 1590, como si quisiesen arrebatar a los portugueses el contrato de la pimienta, que había salido a subasta. Son, en verdad —dice de ellos[189] un mercader español establecido en Florencia y que no les tiene ninguna simpatía—, «una clase de gente a quienes el mundo entero les parece una nadería de la que ellos pueden encargarse». La «época de los Fugger» ha sido corta y ahora ha terminado definitivamente; la de los genoveses comienza tarde y no tocará a su fin hasta los años 1620-1630, cuando la prosperidad de los «nuevos cristianos» portugueses abra paso al capitalismo híbrido de Ámsterdam.

Desde la perspectiva actual[190], estos amplios horizontes de la historia resultan claramente visibles. El capitalismo genovés gana su batalla en el curso de los años decisivos 1575-1579,[191] después de haber soportado con éxito una dramática prueba de fuerza contra Felipe II y sus consejeros. La caída de Amberes (saqueada por los soldados en 1576), las dificultades y los fracasos de las ferias de Medina del Campo, la debilidad creciente de Lyon a partir de 1583, son todos ellos signos que acompañan el triunfo de Génova y el de las ferias de Piacenza. A partir de ese momento, no hay posibilidad de igualdad, ni de equilibrio, entre Venecia y Génova, ni entre Florencia y Génova, y, *a fortiori*, entre Milán y Génova. Génova derriba todos los obstáculos[192] y subyuga a sus vecinas. Y estas no podrán tomarse la revancha —si es que de cumplida revancha se puede hablar— hasta el siglo siguiente.

II. LA POBLACIÓN HUMANA

Es evidente que la cuestión esencial, muy por encima de todas las otras, y que nos da el sentido y la medida del siglo, es la que se refiere al número de hombres. ¿Cuántos son? Es este el primero y más difícil interrogante. ¿Aumenta su número, como todo hace suponerlo? He aquí la segunda pregunta, no menos difícil que la primera, en especial si uno se propone distinguir diferentes etapas y porcentajes de crecimiento y comparar unas poblaciones con otras.

Un mundo de 60 o 70 millones de hombres

No disponemos de cifras seguras a este respecto. Solo algunas aproximaciones son posibles y aceptables en lo que se refiere a Italia y a Portugal, y no demasiado aventuradas en lo tocante a Francia, a España y al Imperio otomano[193]. En cuanto al resto de los países mediterráneos, la ausencia de datos seguros es casi total.

Del lado occidental, las cifras verosímiles, a fines de siglo[194], son las siguientes: España, 8 millones de habitantes; Portugal, un millón; Francia, 16; Italia, de 12 y medio a 13; es decir, un total de 38 millones. Faltan los países del islam. Con respecto a la Turquía europea, Konrad Olbricht[195] cree aceptable un cálculo de 8 millones en el año 1600. Dada la habitual equivalencia de los cuadros asiático y europeo en el Imperio turco (con cierta ventaja del primero)[196], podríamos atribuir también, *grosso modo*, la misma cifra de 8 millones a la parte asiática de Turquía. Quedaría el norte de África en sentido amplio. ¿Podríamos asignar de 2 a 3 millones de habitantes a Egipto y al África del Norte?[197] Tendríamos, entonces, un máximo de 22 millones de habitantes para el islam y los pueblos que de él dependían a orillas del Mediterráneo. Lo que daría una cifra global de población de unos 600 millones para todo el Mediterráneo.

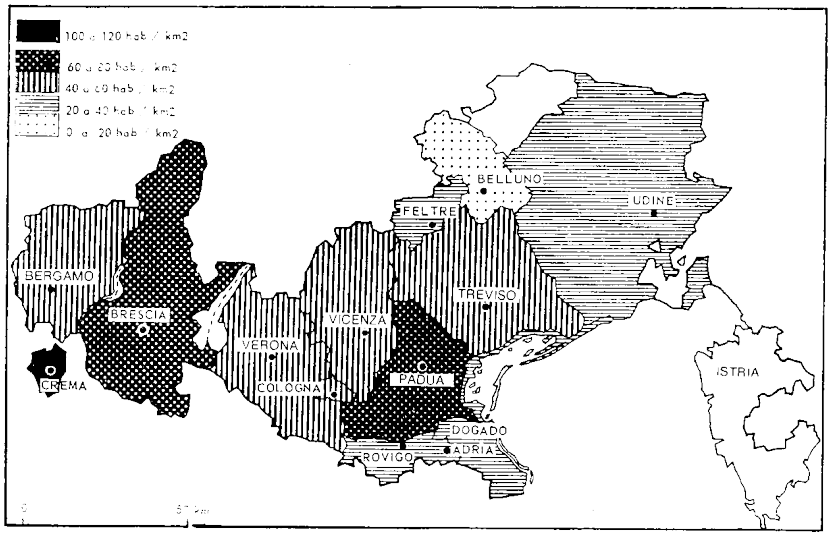


FIGURA 33. *La población de la* Terraferma *veneciana en 1548*.
Según D. Beltrami, *Forze di Lavoro e proprietà fondiaria*, 1961, p. 3. La densidad se ha calculado por regiones muy vastas. El *dogado* es el territorio inmediatamente en torno de Venecia que ella poseía antes de la conquista de su *Terra Ferma*.

En estos cálculos, la primera cifra de 38 millones es relativamente segura; no ocurre lo mismo, por supuesto, con la segunda. Pero la evaluación de conjunto debe considerarse verosímil. Me inclino a disminuir la cifra del primer grupo y aumentar la del segundo. De las comparaciones demográficas a través del tiempo se desprende, en efecto, una proporción válida en términos generales: en el siglo XVI, los pueblos islámicos del Mediterráneo representaban aproximadamente el doble del volumen de la población de Italia. Si la proporción era exacta en 1850[198], cuando el bloque A contaba con 79 y medio millones de habitantes (Francia 35, Italia 25, España 15 y Portugal tres y medio), el islam, o mejor dicho, el islam más los pueblos balcánicos, debería de contar unos 50 millones de habitantes[199]. La breve comprobación que he podido hacer me lleva aproximadamente a estas cifras, pero habría que calcular esto de una manera precisa. En todo caso, en 1930 había de una parte 113 millones (42, 41, 24 y 6) y de la otra 83; se mantenía, pues, la proporción[200]. No hay, evidentemente, ninguna razón para que esta proporción haya sido eternamente la misma, pero, teniendo en cuenta las posibles variaciones, puede llevarnos a una cifra en bruto. Esta medida nos daría para el siglo XVI la cifra de 26 millones de habitantes, que no se aleja mucho de los 22 que ya habíamos calculado para el islam. Es lícito imaginar, como hace Ömer Lutfi Barkan[201] que el islam mediterráneo cuenta con una población de 30 o incluso de 35 millones de habitantes, pero es un cálculo más bien optimista. Pero si disminuimos la primera cifra y aumentamos la segunda, nos encontraremos con un total de 60 millones de habitantes, lo que me parece —admitiendo un margen de error de 10 %— una estimación aceptable para el final del siglo XVI. ¿Qué consecuencias resultan de ello?

En este mundo de 60 millones de habitantes, la densidad de población era de 17 por kilómetro cuadrado, sin incluir dentro del espacio mediterráneo la zona de los desiertos. Cifra sorprendentemente baja. Había, por supuesto, grandes diferencias entre unas y otras regiones. En 1595, la densidad del reino de Nápoles era de 57[202]; la de Campania alrededor del Vesubio, de 160[203]; hacia 1600, la densidad de población en el área comprendida entre el Tesino y el Mincio, auténtico centro de gravedad de la población italiana, era de 100 por kilómetro cuadrado, y algunas veces, mayor (117 en Cremona y su región; 110 en Milán, incluidos sus distritos rurales y Lodi; 108 en la llanura de Bérgamo; 103 en la de Brescia); esta densidad decrece tanto hacia el este como hacia el oeste (49 en el Piamonte; 80 en la todavía rica región de Padua…). La densidad media para toda Italia era de 44[204] —cifra enorme—; en Francia era solamente de 34[205]; en España y Portugal apenas llegaba a

17[206]. Estas son las cifras que dimos en la primera edición de esta obra. Desde entonces se han llevado a cabo detalladas investigaciones y se han podido presentar en cifras las nuevas estimaciones. Pero ellas no obligan a modificar las cifras dadas. La única discusión que permanece abierta concierne, como era de esperar, a los países del islam: creo que no es aceptable estimar en cinco o seis millones la población marroquí en el 1500; rechazo esa cifra, a pesar de la competencia del autor que la propone[207]. Parece razonable un incremento de la cifra total, tal como lo propone Ömer Lutfi Barkan[208], pero sigo sin estar convencido de que ambos grupos, la cristiandad y el islam, fuesen equivalentes. Una pequeña prueba adicional nos la ofrece el hecho de que las cifras a que llegamos son las de los observadores contemporáneos, no solo las de Giovanni Botero[209], sino también las de Rodrigo Vivero, ese espíritu curioso cuyos papeles serán próximamente publicados[210].

Los vacíos mediterráneos[211]

La densidad de población era, en realidad, menor de lo que indican las cifras, pues desde el punto de vista humano, el espacio era entonces mucho más vasto que ahora. Para ponernos en la realidad, tendríamos que imaginarnos una población tres o cuatro veces menos numerosa que la actual y diluida en un espacio mucho más considerable y más difícil de dominar.

En el Mediterráneo había entonces verdaderos desiertos humanos. Con ayuda de la anormal concentración humana y de la aridez natural acaban dando a la población ese carácter de oasis, que sigue siendo uno de los rasgos característicos del Mediterráneo[212]. Inhóspitos y hostiles desiertos, a veces *grandissimi*, separaban los países mediterráneos. Sus orillas, como las costas marinas, eran lugares privilegiados para los centros urbanos, donde, antes de franquear el obstáculo siguiente, el viajero descansaba plácidamente o, por lo menos, tranquilamente en los *fonduks*. El catálogo de estas Arabias desoladas de todas las dimensiones que interceptaban el espacio y la vida en el Mediterráneo sería interminable. Contentémonos con unas pocas imágenes. No lejos del Ebro, de sus cultivos de regadío, de sus filas de árboles y de sus laboriosos *fellahs*, se extiende la estepa miserable que es el rasgo característico de Aragón, proyectando hasta el horizonte sus monótonas extensiones de brezos y romerales. Francesco Guicciardini, enviado por Florencia a la corte de Fernando el Católico, marchó en la primavera de 1512 a través de ese «… *paese disertissimo nel quale non si trova allogiamiento*

alcuno, nè si vede pur un arbore: ma tutto è pieno di rosmarini e salvie, per esser terra aridissima»[213]. Las mismas indicaciones encontramos en otros viajeros, como el veneciano Navagero (1525)[214]. Un libro francés de 1617[215] registra: «En Aragón, cerca de los montes Pirineos, hemos andado jornadas enteras sin encontrar un solo habitante». Y eso que la más pobre de las regiones aragonesas —porque hasta en esto hay grados— no es esta, sino el *partido* de Albarracín[216]. Verdad de Aragón, verdad ibérica. G. Botero[217] observa que España estaba poco cultivada porque estaba poco poblada. Cervantes no inventa nada cuando hace peregrinar normalmente a Don Quijote y Sancho Panza por parajes solitarios. En Portugal vemos que la población va perdiendo densidad a medida que se desciende hacia el sur, en las regiones de Algarve, Alentejo y Beira[218]. En los mismos alrededores de Lisboa hay desiertos, perfumados por el embriagador olor de las hierbas salvajes[219]. Todas las regiones del Mediterráneo tienen sus desiertos; todas suenan a hueco. «En Provenza, los dominios asignados al hombre y los reservados a la Naturaleza se distinguen claramente. Al hombre le pertenece una cuarta parte: los fondos de las depresiones del terreno, oasis de cosechas, de olivares, de viñedos y de cipreses de adorno; la Naturaleza manda sobre las tres cuartas partes restantes del paisaje, masas rocosas de color rojizo o gris plateado»[220]. Y aquí y allá el hombre ha de arrancar a esas rocas la estrecha banda de los *belts* de las colinas, y transformar en terrazas los flancos de las lomas[221], para practicar una agricultura ágil y móvil: es poco, pero aquí, como en tantos otros lugares, el campesino ha de sacar su sustento de terrenos muy reducidos.

A medida que se va hacia el sur o hacia el este, estos vacíos humanos van creciendo como heridas irremediables. Busbec se abrió paso hacia el Asia Menor a través de verdaderos desiertos[222]. León el Africano, viniendo de Marruecos y antes de llegar a Tremecén, atravesó el desierto de la Muluya[223], donde las manadas de gacelas huían ante los viajeros.

La vida animal hace su paraíso de estos territorios sin pueblos ni casas. Se explica que las montañas rebosen literalmente de fieras: En el delfinado, tierra natal de Bayardo, pululan los osos[224]. En la Córcega del siglo XVI, para proteger a los rebaños, había que organizar inmensas batidas de jabalíes, de lobos y de ciervos; la isla exportaba fieras para los cotos de caza de reyes y príncipes en el continente[225]. En España abundan las liebres, las perdices y los conejos, y esta caza es vigilada cuidadosamente por los servidores reales en los bosques de Aranjuez[226]. Pero la caza más importante la constituyen las zorras, los lobos y los osos, incluso alrededor de Toledo[227] y en la sierra

de Guadarrama. Felipe II, en los últimos momentos de su vida, salía a cazar lobos a la sierra de Guadarrama[228]. En Andalucía, para acometer a los señores, los campesinos se avisaban unos a otros con gritos que imitaban los aullidos del lobo[229]. Nada más cotidiano que la desgracia que le ocurre a Diego Suárez, de niño, cuando pastorea rebaños en las marismas del sur español, despobladas por la piratería berberisca y por el temor a ella: un buen día, los lobos devoran el borrico del infortunado pastor y este huye de la heredad antes de que su amo se entere de lo ocurrido[230]. En Granada, la guerra de 1568-1570 agrava la situación general, al crear en esta región, antaño tan próspera, zonas de eriazo donde la caza ha comenzado a multiplicarse de manera increíble[231]: conejos, liebres, jabalíes, ciervos y corzos (estos últimos en *grandes rebaños*), además de lobos y zorras.

Idéntico espectáculo, aunque más vistoso, si pasamos a África del Norte. En octubre de 1573, don Juan de Austria caza leones y toros salvajes en el mismo lugar que antaño se erguía Cartago[232]. Un tránsfuga español que trataba de entrar en el presidio de La Goleta, contó que su compañero de viaje había sido devorado por los leones[233]. En el siglo XVI, los *duars* del norte de África organizaban la defensa común contra las hienas y los chacales por medio de cercas de espinos[234]. Haedo apunta que en los alrededores de Argel se daban grandes batidas de jabalíes…[235]. La misma Italia, prototipo de la riqueza del siglo XVI, estaba aún llena de desiertos, de bosques infestados de bandidos y de fieras, muy abundantes en tiempo de Boccaccio[236]; el cadáver de un personaje de Bandello —un albanés asesinado no sin sus motivos— es abandonado sin sepultura cerca de Mantua a la voracidad de los perros y los lobos[237]. En la Provenza abundaban ordinariamente la liebre, el conejo, el ciervo, el jabalí y el corzo, que andaban «en bandadas», así como el zorro y el lobo[238]. Este último no desapareció de las extensiones semidesérticas de la Crau hasta mediados del siglo XIX[239].

Se podría escribir un libro muy extenso sobre los animales salvajes en el siglo XVI, y no hay duda de que todos los países del mundo se disputarían el primer puesto, que, por cierto, nunca le podría corresponder al espacio mediterráneo. Las miríadas de imágenes que nos ofrece no son ni originales ni exclusivas. En el Mediterráneo, lo mismo que en otros espacios, el hombre era ya el más fuerte, aunque no todavía el señor absoluto que es hoy virtualmente.

Como era de esperar, en el densamente poblado Occidente había menos terreno salvaje que en los países del islam. El islam, con sus vastos desiertos, naturales o creados por el hombre, es el universo animal por excelencia. Junto

a las fronteras de Serbia «el país es desierto [nota Lescalopier en 1574], lo que impide huir a los esclavos cristianos y a los demás»[240]. En estas extensiones vacías la vida animal prolifera generosamente. Durante su estancia en Constantinopla, Busbec se entretendrá en transformar su casa en un jardín zoológico[241]. El vacío humano de los países del islam explica la gran importancia de su ganadería y, por tanto, de su fuerza militar, porque lo que defendía los Balcanes y el norte de África de la Europa cristiana era, en primer término, la inmensidad de aquellas regiones, y también la profusión de caballos y camellos. Los camellos, a la zaga de los turcos, dieron cima a la conquista de las grandes planicies de la península de los Balcanes, desde Constantinopla hasta el reborde de las montañas dináricas al oeste, y por el norte, hasta Umbría. Los camellos abastecieron el ejército de Solimán el Magnífico delante de Viena, en 1529. Naves «especiales» (con «encierros» para el embarque de las bestias) transportaban sin descanso camellos y caballos de Asia a Europa; este ajetreo formaba parte del espectáculo del puerto de Constantinopla[242]. Sabemos también que las caravanas de camellos realizaban inmensos recorridos por el norte de África… Los caballos, los asnos y las mulas superan las dificultades de las montañas, en los Balcanes, Siria, Palestina y las de las rutas de El Cairo a Jerusalén[243].

Frente a Europa, a lo largo de la frontera de Hungría, una de las fuerzas más poderosas del islam y de sus inmediatos vecinos fue, durante largo tiempo, su maravillosa caballería, envidiada y elogiada sin cesar por los cristianos. ¡Qué caballería no parecería lenta y torpe comparada con la de los turcos! De ella decía Giovanni Botero: «si te derrota, no puedes recurrir a la fuga para escapar de ella; si se desbanda ante tu ataque, es inútil que la persigas, pues son como halcones: tan pronto se lanzan sobre ti como se alejan, siempre a gran velocidad»[244].

Calidad y cantidad. Tan conocida era esta doble riqueza, que cuando don Juan de Austria trataba de desembarcar en Morea y en Albania, en diciembre de 1571, fue de opinión de que no había por qué ocuparse de los caballos: bastaba con llevar a bordo de la flota las sillas y los aparejos necesarios, y suficiente dinero para comprar los animales[245]. En cambio, en la cristiandad, hasta en las regiones más famosas por su ganado caballar, como Nápoles y Andalucía, los caballos eran rarezas celosamente cuidadas y mercancías de contrabando por excelencia. Felipe II se reservaba la concesión o denegación de los permisos para exportar caballos andaluces y examinaba personalmente los expedientes con esto relacionados.

Resumiendo: unos tienen demasiados hombres y muy pocos caballos; los otros, demasiados caballos y un número insuficiente de hombres. Es posible que ese desequilibrio explique la tolerancia del islam, ansioso siempre de hombres, vengan de donde vengan, y cualquiera que sea el modo de conseguirlos.

¿Un ascenso demográfico del cien por cien?

En el siglo XVI, el hombre se ha multiplicado en todas partes de modo profuso. Una vez más, Ernst Wagemann[246] tiene razón en sus obstinadas afirmaciones. Todo gran aumento demográfico —afirma— ocurre simultáneamente a nivel de la humanidad entera. No hay duda de que el siglo XVI ha experimentado ese privilegio de universalidad. Es evidente, en todo caso, que la regla es aplicable a la totalidad humana en torno de las orillas del Mediterráneo. A partir de 1450, o lo más tarde, de 1500, comienza a crecer el número de personas en Francia, España, Italia, los Balcanes y el Asia Menor. El reflujo comenzará a partir del año 1600, y no será general y perceptible sino desde 1650 en adelante. Bien entendido, este amplio movimiento presenta, si lo consideramos en sus detalles, roturas de ritmo a nivel particular, avances y retrasos; no es como un chorro continuo: se puede comparar más bien con esas procesiones donde los penitentes dan dos pasos hacia adelante y uno hacia atrás: el resultado es que van cubriendo el recorrido previsto.

Saltando por encima de dudas y prudencias, que en este momento no son buenas consejeras, digamos que, en líneas generales, ha podido muy bien duplicarse la población mediterránea en el periodo comprendido entre el año 1500 y el 1600. Pasa de 30 o 35 millones a 60 o 70, lo que representa una tasa de progresión media anual muy próxima al 7 por 1000. El vivo y revolucionario incremento durante el primer siglo XVI (1450-1550) se atenúa, en general, durante el segundo (1550-1650) (las fechas solo tienen valor aproximativo). Esta es la imagen de conjunto que proponemos, aunque sin garantías, al comienzo de este debate; lo hacemos con la intención de que el lector no corra el peligro de perderla de vista entre tantas pruebas y argumentos imperfectos como vienen a continuación. Debe saber, ya de principio, que el movimiento de incremento de la población ha sido de carácter general, que afectó igualmente las regiones ricas y las pobres, las poblaciones de las llanuras y a las de las montañas y las estepas, así como a todas las ciudades, cualquiera que pudiese ser su tamaño, y a todos los

distritos rurales. Y estará dispuesto a aceptar que esta revolución biológica ha constituido el factor más importante en los sucesos que nos ocupan, más importante que la conquista turca, o que el descubrimiento y colonización de América, o que la vocación imperial de España. Además, ¿podrían haberse escrito todas estas brillantes páginas de la historia si los hombres no se hubieran multiplicado del modo que lo hicieron? La revolución demográfica es mucho más importante que la *revolución* de los precios: posiblemente la ha provocado, antes incluso de las arribadas masivas de la plata americana[247]. Este crecimiento es el responsable de los triunfos y las catástrofes de un siglo al principio del cual el hombre era un obrero eficaz, y en sus últimos años, una carga cada vez más molesta. El año 1550 marca el punto crítico: los hombres son tan numerosos que comienzan a estorbarse unos a otros. Hacia 1600, esta sobrecarga detiene toda expansión y prepara, con el bandidaje[248], crisis social cuyos efectos se dejaron sentir en todas o casi todas partes, los futuros días amargos del siglo XVII. Y una vez dicho esto a guisa de rápido prólogo, pasemos ahora a la evidencia, a los signos de la pleamar.

Niveles e índices

Lo ideal sería poder apoyarse en largas series de cifras, pero no disponemos de ellas. De modo que quedamos reducidos a utilizar el imperfecto material con que contamos y a contentarnos con seis o siete fuentes; son pocas, pero tienen la ventaja de ser claras y coherentes.

1. *La Provenza, del siglo XIV al siglo XVI,* es una de nuestras mejores fuentes de información, aunque presenta lagunas. Provenza, considerada en su sentido más amplio, e incluyendo el condado de Niza —que pasará más tarde a ser un dominio de Saboya—, cuenta a comienzos del siglo XIV con 80 000 vecinos, es decir, de 350 a 400 000 habitantes. Aquí, lo mismo que en el Languedoc, cuyo destino es análogo, la peste negra (1348) incide con la mayor brutalidad: Provenza pierde un tercio o la mitad de sus habitantes. Solo a partir de 1470, o sea, mucho más de un siglo después, comienza a aumentar de nuevo su población. «El número de vecinos creció [entonces] tan rápidamente que en 1540 había triplicado el de 1470»[249]. La población de Provenza vuelve a alcanzar el nivel en que se encontraba la víspera de la epidemia. No sabemos lo que ha ocurrido con esta población durante el segundo siglo XVI y el XVII, pero es posible que, del mismo modo que sucedió en todas partes, creciera y, más tarde, experimentara un movimiento de reflujo; es posible, pero nos falta la certeza: los historiadores medievalistas y

los de la Edad Moderna no han conseguido llenar el hueco. Pero este problema, aunque importante, no es el esencial. El esencial consiste en que la mayor parte de la progresión demográfica del siglo XVI haya sido una recuperación, una compensación, y que su velocidad, grande antes de 1540, comience probablemente a disminuir a partir de la segunda mitad del siglo XVI.

2. *En el Languedoc*, nos encontramos con una evolución idéntica: el siglo XV ofrece el espectáculo de un país despoblado, invadido por la vida salvaje y la proliferación de los árboles; el siglo XVI conoce una primera expansión rápida y revolucionaria, que declina pasado el año 1550; a la altura de 1600 resulta evidente que el proceso se ha detenido, y después del 1650 se inicia un retroceso tan dramático como catastrófico. Esta es la secuencia cronológica que propone el reciente y sólido trabajo de Emmanuel Le Roy Ladurie**[250]**.

POBLACIÓN DE LAS CIUDADES DE LA CORONA DE CASTILLA [I-536

	1530	1541	1591
Burgos	83 440	63 684	96 166
Soria	29 126	32 763	38 234
Valladolid	43 749	43 787	55 605
León	28 788	59 360	97 110
Zamora	31 398	86 278	146 021
Toro	37 117	41 230	51 352
Salamanca	122 980	133 120	176 708
Avila	28 321	31 153	37 756
Segovia	31 878	33 795	41 413
Guadalajara	24 034	26 257	37 901
Madrid	12 399	13 312	31 932
Toledo	53 943	80 957	147 549
Murcia		19 260	28 470
Cuenca	29 740	33 341	65 368
Sevilla	73 522	80 357	114 738
Córdoba	31 735	34 379	46 209
Jaén	24 469	35 167	55 684
Granada		41 800	48 021
Vecinos	686 639	880 000	1 316 237
Habitantes	3 089 875	3 960 000	5 923 066

El número de habitantes se calcula con el índice 4.5. La denominación vecinos *equivale a la nuestra de hogares.*

3. *En Cataluña* se repite la misma secuencia: flujo y reflujo, produciéndose el paso del uno al otro alrededor del 1620[251].

4. *En Valencia*, el avance es lento, poco perceptible entre 1527 y 1563, pero muy marcado de 1563 a 1609 (más de 50 % en su totalidad y casi 70 % entre los prolíficos moriscos)[252].

5. *En Castilla* resulta evidente que durante el siglo XVI se produce un poderoso avance demográfico, avance que resulta más claro todavía si descartamos las cifras exageradas que se daban para la población de la España de los Reyes Católicos (las de Konrad Häbler y Albert Girard entre otros). En

el siglo XVI el incremento de población sigue, por lo que parece, un ritmo ascendente regular. En todo caso, así lo demuestran las cifras que ofrece el viejo estudio de Tomás González[253] para los años que corren entre el 1530 y el 1591, a pesar de las serias críticas que se les pueden hacer[254].

Los errores de los vastos cálculos de González —y ciertamente los hay— no invalidan los resultados de conjunto. En 61 años, la población castellana se habría simplemente duplicado (con una tasa anual de crecimiento por encima del 11 por 1000) y eso pese al obstáculo de las guerras y el de la emigración al Nuevo Mundo, la importancia de la cual no deberíamos exagerar[255]. En cualquier caso, dos evaluaciones globales contemporáneas poco conocidas no contradicen esta evolución de conjunto: la primera, que se basa en el censo de 1541, fija en 1 179 303[256] el número de vecinos castellanos, es decir, una cifra superior a la de Tomás González; la otra, fechada el 13 de enero de 1589, y emanada del Consejo de Guerra, habla de 1 500 000 vecinos[257]. Estas cifras, cuyo valor no es indiscutible, no echan por tierra el cálculo final de Tomás González.

Es evidente que estos resultados no satisfacen nuestra curiosidad ni agotan las enormes posibilidades que siguen ofreciendo los documentos guardados en Simancas y otros lugares. En el curso de nuestras investigaciones en Simancas, hemos encontrado múltiples referencias acerca de un vasto censo realizado en 1561, y que muy probablemente da el *padrón* de todas las ciudades[258] y sus *partidos*. Si conociésemos esas cifras resultaría más fácil trazar la evolución demográfica entre 1530 y 1591. No hay prueba alguna —y Ramón Carande[259] tiene razón *a priori*— de que el flujo haya alcanzado su punto más alto exactamente en 1591; la fecha ha sido fijada a falta de mejor evidencia. Es evidente también que ese momento exacto que no podemos fijar es el instante crucial del destino de España. Y, finalmente, sería muy útil poder saber cómo se repartía la población entre las diferentes provincias de la Península. Se ha afirmado que hubo un movimiento general hacia el sur[260], lo cual es cierto en el caso de la riqueza y (también) en el de gente indeseable, pero no respecto a la población del norte, sólidamente arraigada, y que sigue sin moverse de su espacio cuando el siglo acaba[261].

[I-538]

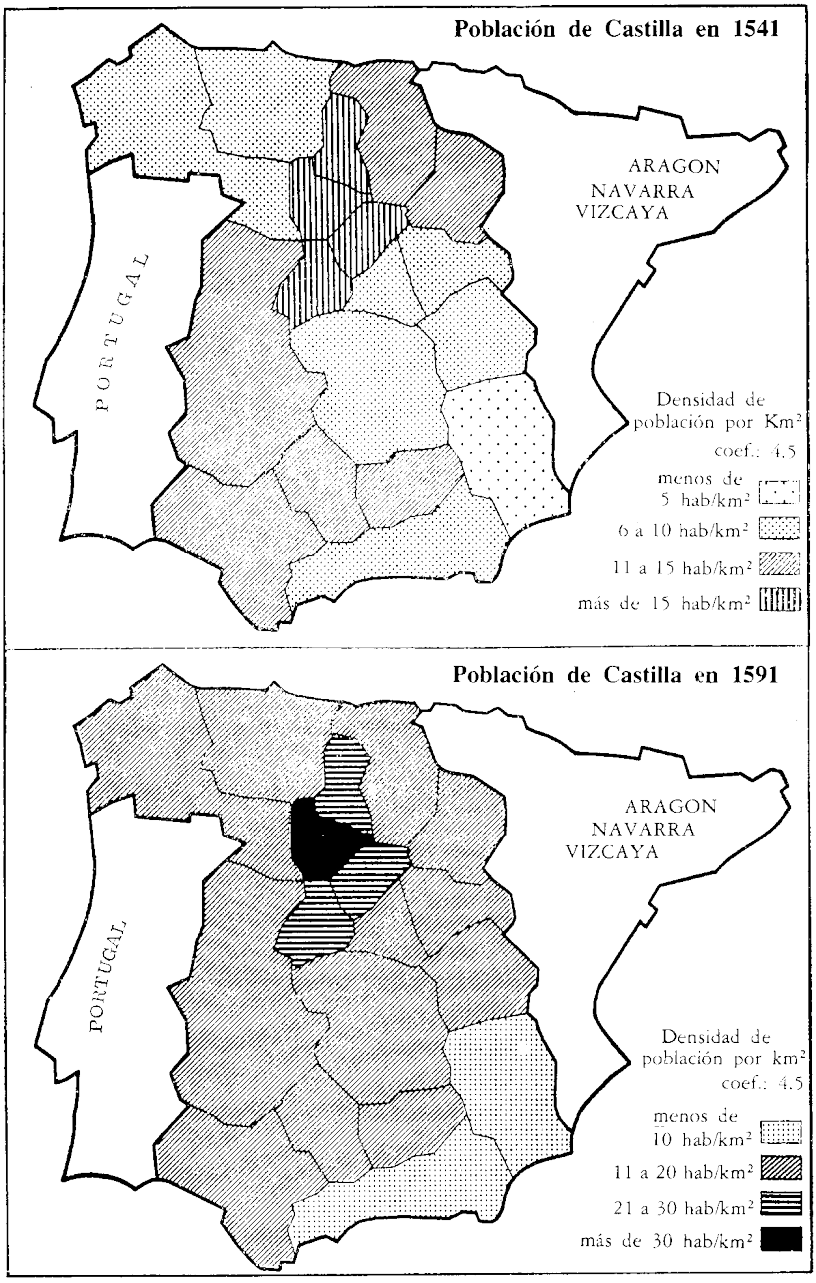


FIGURA 34. *Población de Castilla en 1541 y en 1591*.
Hemos adoptado el coeficiente de 4.5 habitantes por vecino. Estos mapas y los dos siguientes se han tomado del artículo de Álvaro Castillo Pintado, aparecido en *Annales E. S. C.* Las divisiones corresponden a las diferentes provincias de Castilla.

[I-539]

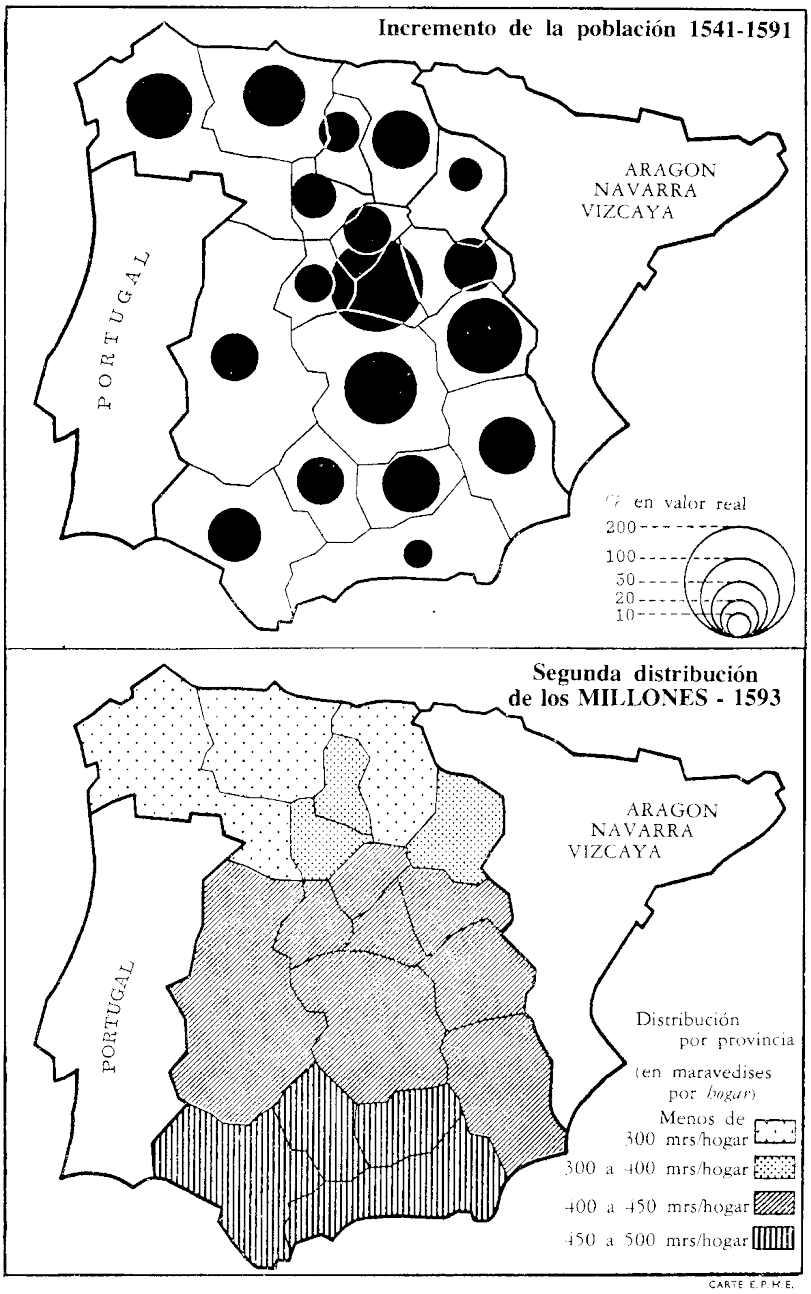


FIGURA 35. *Incremento de la población, 1541-1591, 1593.*
El mayor incremento de población corresponde (mapa superior) al crecimiento de la nueva capital, Madrid. En el segundo mapa, la redistribución de los *millones*, nuevo impuesto sobre el consumo, demuestra, en líneas generales, que las regiones más pobladas son las menos ricas. Más que de *distribución*, como el título indica, se trata aquí de reparto del impuesto.

6. También *Italia* ofrece un testimonio significativo y fácilmente accesible: todas las cifras han sido coleccionadas y criticadas por Karl Julius Beloch en una obra impresionante, cuyo último volumen no salió a la luz hasta 1961, 32 años después de la muerte del autor[1]. Y las cifras, tanto locales como nacionales, concuerdan.

Veamos en primer lugar los censos por regiones. Sicilia, en 1501[2], contaba con una población de poco más de 600 000 habitantes; en 1548 eran 850 000; en 1570 sobrepasaban el millón; en 1583 se registran 1 010 000; en 1607, 1 100 000. La población de Sicilia permanece estacionaria durante el siglo XVII, y en 1713 se eleva a 1 143 000. La curva es análoga en lo que atañe al reino de Nápoles[3]; si nos atenemos a los censos españoles, calculados por hogares, se ve que la población es de 254 823 hogares (es decir, más de 1 000 000 de habitantes) en 1505; de 315 990, en 1532; de 422 080, en 1545; de 481 345, en 1561; de 540 090, en 1595 (que es el censo más seguro de todos); la cifra desciende en 1648 a 500 202[4], y en 1969, a 394 721.

Tomando como 100 la cifra de 1505, vemos que el índice de población del reino pasa sucesivamente a 124 en 1532, a 164.9 en 1545, a 187 en 1561 y a 212 en 1595, para bajar a 190 en 1648 y a 155 en 1669. Con respecto al medio siglo que nos interesa (1545-1595), se acusa, pues, un cambio del índice de 164.9 al de 212, o sea un aumento de más de 28 %, sin que se produzca un descenso demográfico hasta llegar el siglo XVII. En este siglo se registra un estancamiento en Sicilia y un sensible decrecimiento en Nápoles: 190 en 1648 y 156 en 1669, lo que hace retroceder al reino hasta una situación inferior a la de 1545 (el índice baja de 165 a 156). Y el Estado pontificio pasa de 1 700 000 en 1550, a 2 000 000 en 1600[5].

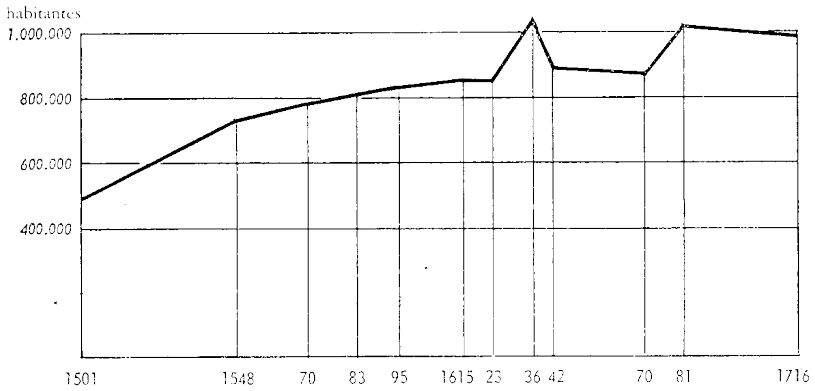


FIGURA 36. *La población de Sicilia, 1501-1716.*
Según Julius Beloch. Las cifras del censo oficial solo indican una breve regresión entre 1636 y 1670.

Florencia, sumando la población de la ciudad y la de su territorio, pasa de 585 918 habitantes en 1551 a 648 798 en 1622[6]. En Milán y el Milanesado el incremento va de 800 000 en 1542, a 1 240 000 en 1600. El Piamonte cuenta con 800 000 habitantes en 1571 y 900 000 en 1612[7]. Para Venecia y sus posesiones italianas las cifras de la progresión son: de 1 588 741 en 1548[8], a 1 850 000 en 1622[9].

Y por último, el caso de Cerdeña: censos levantados con fines fiscales, censos incompletos y con un gran margen de errores y de fraudes, nos dan a pesar de ello una idea del ascenso demográfico. El censo de 1845 arrojó la cifra de 26 163 hogares[10]; las tierras de la Iglesia representaban 742 hogares, las de los feudos 17 431, las del rey 7990. El *donativo* de 15 000 liras se reparte del siguiente modo: 2500 para las tierras eclesiásticas, 7500 para las tierras señoriales y 5000 para las tierras de la Corona; no hay duda que la población total era de 100 000 habitantes y pico, correspondientes, sobre poco más o menos, a la cifra de hogares indicada. Un historiador nos habla de 150 000 habitantes en Córcega; el censo de 1603[11], con sus 66 769 hogares, significó, evidentemente, un enorme aumento, aunque, para computar el número de hogares por el de habitantes, tomemos el coeficiente, muy bajo, de cuatro. Entre 1485 y 1603, el aumento del censo de población, suponiendo que las cifras sean exactas, fue de unos 100 000 habitantes, lo que significó una gran sobrecarga para la isla. Si todas estas cifras indican un aumento general de población, resulta difícil ver cómo este se ha ido desarrollando. Hubo, no hay duda, un crecimiento diferencial, pero no sabemos el curso que siguió ni cuáles fueron sus causas. Al considerar la situación de conjunto, somos conscientes de que aparecen unas cuantas dudas, las mismas que se le presentaron a K. Julius Beloch[12], y que nosotros deberíamos tratar de resolver de modo diferente a como él lo intentó. Es cierto que respecto al 1500 es muy deficiente el material que podemos manejar; de él se deduce que Italia tenía un número muy bajo de habitantes, un total que inquietaba —quizá innecesariamente— a K. Julius Beloch. ¿Nueve millones y medio de personas son muchas o más bien muy pocas para la península que la invasión de Carlos VIII había encontrado desprevenida? Muy pocas, concluye nuestro guía, y sugiere la posibilidad de un mínimo de 10 millones. Hacia 1550, el total sería de 11 591 000 (flujo, a pesar de las llamadas guerras de Italia) y 13 272 000 hacia 1600, bajando a 11 545 000 hacia 1658. Es decir, progresión y, luego, disminución. Pero no nos encontramos ante un caso obedeciendo la regla de la población que se duplica, regla que habíamos propuesto al inicio de nuestras explicaciones. No hay motivo que nos impida pensar que el

crecimiento de la población en Italia fue más lento que en otros lugares. Era ya de comienzo un país más rico que los demás, y la riqueza es, desde este punto de vista, mala consejera. Pero nada nos autoriza tampoco a aceptar esas otras cifras más altas que propone Beloch. Ni sabemos mucho acerca del momento preciso en que comenzó el reflujo. Aceptemos, pues, *mientras carezcamos de más amplia información*, que hubo dos momentos cruciales: el primero, en 1630, cuando las pestes azotan el norte de la península; el segundo, en 1656, el año que la peste castiga cruelmente Génova, Roma y Nápoles. Pero se trata de fechas tardías, elegidas a falta de mejores puntos de referencia.

7. *Los censos del Imperio otomano* son una de las más preciosas conquistas de la investigación histórica de los últimos años[13]. Una población que en la época de Solimán (hacia 1520-1530) era de 12 o 13 millones, pasó a ser de 17 a 18 millones hacia 1580, y posiblemente a 30 o 35 hacia 1600. Estas cifras son discutibles, pero no imposibles. Lo que queda *fuera de toda discusión* es el evidente incremento, incluso cuando no haya alcanzado las revolucionarias proporciones que sugiere nuestro colega de Estambul.

Nos encontramos evidentemente ante evaluaciones aproximativas, pero que se apoyan en censos actualmente en curso de análisis, y cuyos resultados provisionales hemos utilizado con la autorización de los autores. Y una vez más lo esencial es la correspondencia entre Oriente y Occidente. Si sumamos la población de las cinco ciudades mayores hacia 1501-1509 —Venecia, Palermo, Mesina, Catania y Nápoles— obtendremos un total de 349 000 habitantes. Si volvemos a sumarla, pero esta vez en 1570-1574, nos da 641 000 habitantes, o sea un aumento de 83.6 %. Doce ciudades turcas totalizan, antes del 1520, 142 562 habitantes, y 271 494 hacia 1571-1580, o sea un crecimiento de alrededor de 90 %[14]. Los dos movimientos demográficos que ocurren en las dos mitades del Mediterráneo son equiparables.

Reservas y conclusiones

De modo que todas nuestras cifras concuerdan. *Esas cifras, sin embargo, pueden engañarnos*. Ya lo advertía Julius Beloch en un artículo publicado el año 1900: esas cifras cada vez mayores son un poco como las de un sistema fiscal que fuese mejorando su técnica y, en consecuencia, perfeccionase sus listas de contribuyentes y les exigiese cada vez más. Y es evidente que en el siglo XVII se había perfeccionado notablemente el sistema censual[15]. Sin

embargo, una vez expresadas estas reservas y después de aceptar la posibilidad de que errores de semejante naturaleza hayan podido agigantar el crecimiento ocurrido en el siglo XVI, y, al contrario, ocultar el descenso demográfico del XVII, el periodo 1500-1600 continúa siempre bajo el signo de la multiplicación humana. Nos quedan abundantes pruebas, ingenuas unas y singularmente brutales otras. Ejemplo de ingenua: no hay duda de que ha aumentado el número de habitantes de nuestro pueblo —dicen en 1576 unos campesinos toledanos—[16]: la Iglesia se ha quedado demasiado pequeña para el número actual de fieles; y, en los pueblos vecinos: «Si se han multiplicado [dicen unos testigos, hablando de los habitantes de Puerto de San Vicente] es porque han venido al mundo y se han casado»[17]. Ejemplo de prueba brutal lo encontramos en el informe de cierto *provveditore* veneciano (por cierto no muy diferente de algo que dijo Napoleón la víspera de la batalla de Eylau): «Muchos cretenses han sido muertos durante la última guerra [1570-1573], al servicio de la señoría de Venecia —dijo, de vuelta de esta isla—, pero en unos cuantos años se cubrirán las bajas (*sera raiffatto il numero*), pues hay muchos niños de diez a quince años, sin contar los que son aún más jóvenes…»[18].

Son pruebas directas; y las hay en abundancia. Y no son menos importantes las pruebas indirectas. Por lo que sabemos de las regiones mediterráneas entre 1450 y 1550, parece que con el transcurrir de los años se pasa a situaciones cada vez más tensas. Por todas partes, tanto en Castilla como en Provenza, y sin duda en las demás regiones, se multiplican las fundaciones de pueblos y ciudades menores. Castilla puede parecer muy poco poblada aún a la altura del año 1600, pero en ese caso la habremos de considerar desierta entre 1465 y 1467 si la vemos a través de los ojos de un viajero muy observador, un noble bohemio llamado León de Rosmithal[19]. Lo mismo ocurre con el trigo, con la producción general de cereales y con el abastecimiento de víveres de boca de las ciudades: esa constante y fastidiosa carestía, tan común entre 1550 y 1600, no se produce en los años precedentes. Sé muy bien que un tratado de agricultura no merece nunca una fe total y menos aún el escrito por G. Alonso de Herrera, aparecido en 1513[20] y que todavía conoció una nueva impresión en una fecha tan posterior como es la de 1620[21]. ¡Cuánto no debe a los antiguos agrónomos romanos! El autor, además, tiende demasiado a evocar los viejos buenos tiempos. Pero eso de los viejos buenos tiempos no siempre es un mito, pues precisamente en ellos Castilla exportaba su trigo hacia las regiones periféricas, mientras que ahora ha de importarlo. También es cierto que entonces la vida era barata (por lo

menos, hay precios de antes de la inflación). Situación análoga, en lo referente al trigo y los alimentos, se adivina en la Italia anterior al año 1550, o mejor aún, de antes del año 1500; se tiene la impresión de que su población estaba viviendo entonces con un confortable margen de holgura. Es cierto que las ciudades tropiezan con dificultades en la cuestión del avituallamiento, pero esto, a ojos del historiador acostumbrado a los espectáculos dramáticos del segundo siglo XVI, es un problema de menor cuantía…[22].

Confirmaciones y sugerencias

Recientes e importantes estudios sobre Valladolid[23], Palencia[24], Pavía[25], Bolonia[26], Udine[27] y Venecia[28] nos aportan confirmaciones y sugerencias. Confirmaciones: la confirmación más importante concierne obviamente al *trend* de alza: las cifras de bautismos, matrimonios y defunciones concuerdan con nuestras estimaciones. Un historiador, B. Bennassar, ha establecido de modo incuestionable este movimiento ascendente para Valladolid y los pueblos de su campiña, buena parte de ellos fértiles y activos. Pero especifica que los movimientos ascendentes conocen un hiato entre 1540 y 1570, es decir, que se produce una pausa coincidiendo con la mitad del siglo, y que el descenso de la tendencia mayor comenzó sin duda hacia 1580-1590, es decir, antes de la fecha establecida por el estudio ya antiguo de Earl J. Hamilton[29]. Esta década será la que marque el momento de la crisis biológica de la grandeza de España, con anterioridad al episodio de la Armada Invencible, y bastante antes de que comenzase el declinar del comercio sevillano (lo que no ocurre antes de 1610-1620). Esta década de los años 80 resulta ser cada vez con mayor claridad el eje crucial del destino de España, década en la que Portugal se somete a su poderoso vecino, y en la que comienza a declinar la prosperidad de Córdoba, Toledo y Segovia; década también, en la que las *alcabalas* o impuestos sobre el consumo detienen su *auténtico* ritmo de crecimiento, y durante la cual se multiplican las epidemias[30]. Nuestros problemas se solucionarían si se pudiese probar que la situación de Valladolid era característica de toda España, pero esto está por demostrar.

Considerado en sus líneas generales, el cuadro es análogo al que resulta de estudiar Pavía o Bolonia, o la misma Udine[31]. El siglo XVI es testigo de un espectacular aumento: en Pavía, de 1550 a 1600, la población pasa de 12 000 habitantes a 26 000, pero alrededor del 1650 ha bajado hasta 19 000. El número de bautismos en Bolonia es de unos 1000 en 1515 y 3500 en 1585.

Pero ¿para qué seguir multiplicando estos ejemplos concordantes? Mejor será que nos dediquemos a otros problemas generales más importantes.

Algunas certezas

Todas las poblaciones que vamos a considerar pertenecen a lo que ha sido definido como *d' ancien régime*, es decir, anterior a los nuevos equilibrios del siglo XVIII. Todas ellas se caracterizan por agudas fluctuaciones, por tasas de mortalidad terriblemente superiores a las de natalidad, y la vida esforzándose mientras tanto, y pacientemente, en equilibrar lo desequilibrado. La larga curva dibujada por los bautismos de Florencia[32] evidencia con toda claridad las fluctuaciones de la coyuntura biológica *natural*, sometida probablemente a fluctuaciones de orden puramente económico. *Ancien régime*: las tasas de natalidad y mortalidad corresponden, *grosso modo*, en todos los casos que nos son conocidos, a los de las naciones subdesarrolladas de un pasado reciente e incluso de hoy, y que se establecen más o menos en 40 por cada 1000.

[I-547]

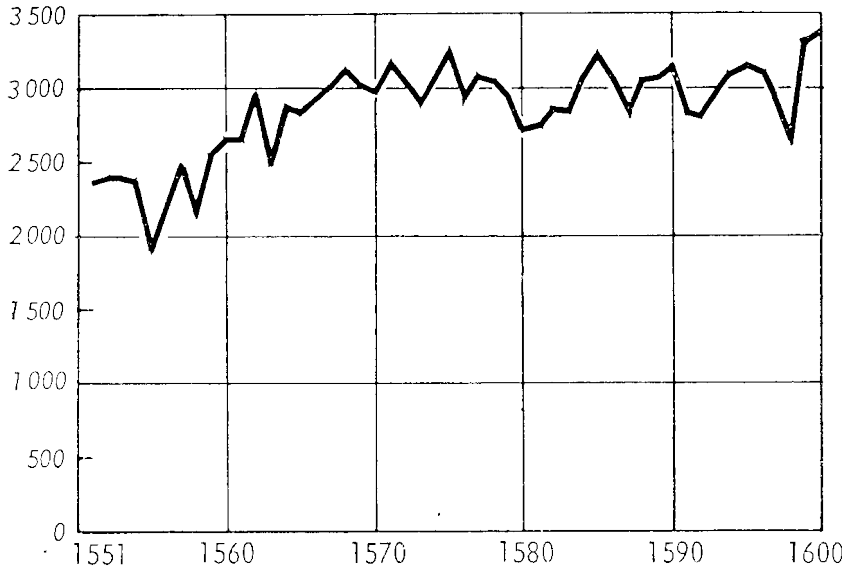


FIGURA 37. *Bautismos en Florencia, 1551-1600.*
La curva asciende hasta 1570; a continuación se produce una cierta estabilidad hasta el año 1600, con una media anual de 3000.

En Tudela del Duero, un gran pueblo vitícola cercano a Valladolid[33], la tasa de natalidad oscila, entre 1531 y 1579 (para los periodos 1531-1542, 1543-1559, 1561-1570, 1572-1578 y 1578-1591), de 42.7 por cada 1000 a 49.4, 44.5, 54.2 y 44.7. El coeficiente récord, 54.2 (para el periodo 1572-1578), es *ficticio*, pero las cifras están muy por encima de la natalidad *natural*, que es de 40 por 1000, cantidad que, por otra parte, no alcanza Palencia[34], ciudad de Castilla, en el periodo comprendido entre 1561 y 1595, en cuyos años la tasa de natalidad oscila entre 34.81 y 37.48 por cada 1000, pero no hay que olvidar que Palencia es una ciudad. Cifras semejantes a las de Palencia las podemos encontrar en Bolonia (1581, 37.6; 1587, 37.8; 1595, 35.8; 1600, 34.7; 1608, 34.6 por cada 1000), y ligeramente inferiores en Venecia (1581, 34.1; 1586, 31.8). Pero evitemos caer en la tentación de decir que el coeficiente de nacimientos crecía en razón inversa al de la riqueza, pues las robustas cifras casi campesinas que ofrece Florencia lo contradicen (1551, 41.1; 1559, 35.6; 1561, 46.7; 1562, 41.9)[35].

Pero volvamos a los pueblos que rodean Valladolid. El porcentaje de matrimonios en Villabáñez (1570-1589) era de 8 por cada 1000, con intervalos de 33 meses entre nacimientos; y la relación entre nacimientos y matrimonios, de 4.2 o *un poco más baja*. En Simancas (1565-1590) el porcentaje de mortalidad era de 38.3 por cada 1000. Sabemos la razón: aquí, como en todas partes, la mortalidad infantil hacía estragos. Durante el periodo 1555-1590 hay 2234 bautismos y 916 entierros de *criaturas*, es decir, de niños de corta edad, lo que representa 41 por cada 100 del total de decesos. La edad que se tiene en el momento de casarse, *indicador* de primer orden, resulta ser en el pueblo de Villabáñez —modelo pequeño pero válido— algo menor de los 20 años para las mujeres, y entre los 30 y los 35 para los hombres. Debo añadir que la edad en que aquí se contrae matrimonio es más temprana que la que se conoce o supone en otras partes, aunque es imposible generalizar partiendo de un estudio que se limita aquí a unos 50 casos[36].

Era un mundo de existencias frágiles, con pocas esperanzas de vida para el individuo que acababa de nacer. Lo sabíamos antes de conocer estas cifras. Sabíamos también que la longevidad femenina era superior a la masculina, esto gracias a los registros de los pueblos castellanos entre 1575 y 1577, donde tantos nombres de viudas aparecen[37]. En Venecia, en julio de 1552[38], había 48 332 hombres y 55 422 mujeres (los niños de ambos sexos se suman juntos y dan la cifra de 49 923). Los demógrafos preferirán sin duda las más detalladas cifras de Zara, con sus cuatro apartados[39] (Zara ciudad; Zara, islas vecinas; Zara tierra firme; y Zara, inmigrantes morlacos, que han

venido *da labrar in aquel contado*): 5648, 5419, 2374, y 2000, o sea, un total de 15 441 *anime*. Solo las tres primeras cifras aparecen subdivididas en *vecchi, homini da fatti, donne, putti e putte*. Escasean los ancianos: 181, 190 y 94, es decir 365 viejos para una población de 13 441 personas. Los niños varones: 1048, 559, 1170; niñas: 893, 553 y 1215. En total 2777 niños y 2261 niñas: como era de esperar, ligera ventaja de aquellos. *Homini da fatti* (de 18 a 50 años): 1156, 1023 y 505; en total 2648 frente a 4854 mujeres (2370, 1821 y 663); la mayoría femenina resulta evidente. La misma situación encontramos en Creta, que nos servirá de ejemplo final[40]: su curva demográfica general es, más o menos, la que ofrecemos a continuación: 1525, 100 000 habitantes (según cálculo de Sanudo, que se queda un poco corto); 1538, 198 844; 1606, 212 000; 1608, 220 000; 1636, 176 684. Pero no tomamos sino una parte de la isla, el territorio propio de la ciudad de Candía. En 1636 cuenta con 98 114 habitantes, de ellos 23 169 hombres (entre los 18 y 50 años), 21 362 muchachos y viejos y 48 873 mujeres. Es evidente que hay que sumar las dos primeras cifras para obtener el número de las personas de sexo masculino. El resultado es 44 531 hombres para 48 873 mujeres. Es más o menos la misma proporción que encontramos en la más antígua *descrittione* de la población de Bolonia, en 1581: 19 083 hombres y 22 531 mujeres. Y la población femenina sigue siendo mayoría 15 años después, en el 1596[41].

Estas cifras indican la alta proporción de población activa. Hombres, mujeres y niños, todos, o casi todos, trabajan. Esta era la única ventaja de estas poblaciones jóvenes, en las que apenas hay lugar para los viejos y los inútiles, sobre todo para los viejos. Cada uno se gana su pan cotidiano.

Pero las pocas indicaciones y cifras en que se apoyan no nos consienten en modo alguno resolver el problema de la proporción existente entre población femenina y población masculina. Podemos aceptar como regla que las mujeres eran en mayoría, pero se presentan excepciones. En Venecia, por ejemplo, comprobamos que la regla se cumple en 1548, pero las cifras del libro ya clásico de Danièle Beltrami[42] vienen inmediatamente a contradecirnos: en 1563, en 1581 y en 1586 hay más hombres que mujeres (51.6, 51.3 y 51 % del total). Sin embargo, en 1643, y posiblemente un poco antes, se vuelven las tornas (49.3). Venecia, ciudad en que el inmigrante joven representa un gran papel, nos ofrece así un testimonio que no sabemos si es específicamente suyo o válido para todas las ciudades donde continuaba creciendo la tasa de nacimientos y que por ello tenían una población predominantemente masculina. Es tentador suponer que esto ocurre a causa de las oscilaciones que se producen alternativamente en un sentido y en otro.

Otro índice: las emigraciones

Si el Mediterráneo hubiera vivido de sí mismo, si no hubiera abierto sus puertas por todas partes, especialmente por el oeste, sobre el Atlántico, habría tenido que resolver por sus propios medios el gran problema del excedente de población; es decir, se habría visto obligado a absorber el exceso de hombres, repartiéndolo a través de su espacio. Algo de esto fue, por lo demás, lo que sucedió.

Una prueba de la superpoblación de la Europa mediterránea la tenemos en las repetidas expulsiones de los judíos desde finales del siglo XV: en 1492 fueron arrojados de Castilla y Portugal; en 1493, de Sicilia; de Nápoles, en 1540 y 1541; de Toscana, en 1571, y por último, de Milán, en 1597[43]. De estos emigrantes involuntarios, los más numerosos, los judíos ibéricos, llegaron hasta Turquía, Salónica, Constantinopla y el norte de África, donde arraigaron. En los países demasiado poblados para sus recursos —y tal era quizá ya el caso de la península ibérica en tiempo de los Reyes Católicos— la religión ha sido el pretexto como la causa de estas persecuciones. Es la misma ley del número que, andando el tiempo, se volvería también contra los moriscos, en la España de Felipe III. Y, más tarde, en Francia, contra los protestantes de la época de Luis XIV, como hace tiempo lo hizo notar Georges Pariset[44].

Otra prueba: los diversos descensos en masa de la población de las regiones montañosas hacia las planicies y hacia las ciudades. Ya hemos tratado ese tema detenidamente. Del mismo modo, los múltiples desplazamientos de los hombres de la cristiandad hacia las tierras del islam tienen todos los caracteres de movimientos compensatorios. La ciudad de Argel, que creció «a la americana», era, en realidad, una ciudad de inmigrantes. Paralelamente, se produce una continua emigración italiana que se desparrama hasta muy lejos, hacia el norte europeo, los países islámicos y hasta las Indias, llevando a las nuevas tierras una mano de obra cualificada de artesanos, artistas, mercaderes y artilleros. En las postrimerías del siglo, sabemos que vivían en el Cercano Oriente de 4000 a 5000 familias venecianas[45]. Aquí y allá se pueden descubrir emigraciones semejantes; por ejemplo, la de los obreros de Como que, a fines del siglo XVI, se establecen en Alemania y en Moravia[46], o la de los peones agrícolas que en 1587 dejan Liguria y se marchan a las planicies corsas[47], o la de los técnicos[48] a quienes nos encontramos casi en todas partes, especialmente en Francia, implantando los procedimientos de fabricación de la península italiana, ya se

trate del arte de tejer la seda para hacer brocados de oro, o los secretos de la vidriería a la moda de Murano[49] o las mayólicas de Albissola[50]. Inventores, artistas, canteros y albañiles italianos esparcidos por todas las rutas de Europa[51]. Pero ¿cómo hacer la lista de estas aventuras, a menudo individuales, o calcular, en sentido contrario, las insistentes emigraciones hacia Italia procedentes de Alemania? Se ha tendido tal vez con exceso a creer que solo se trataba, en uno y otro caso, de un pequeño número de gente. Pero los pequeños números, sumados unos a otros, acaban formando grandes masas, por lo menos, medidas por la escala del siglo XVI. Los 100 000 españoles[52] que en esta época pasan de la Península a las tierras de América constituyen una importantísima emigración, cuyas consecuencias habrán de ser considerables; 100 000 a lo largo de una centuria, es decir, 1000 por año: no muchos, según nuestros patrones actuales. Pero observemos cómo se inquieta, hacia 1632, Rodrigo Vivero: «Tal como van las cosas [escribe], España se va a quedar sin gente», y las Indias corren el riesgo de arruinarse con estos perezosos recién llegados (Vivero había nacido en Nueva España, y padece los prejuicios propios de esa circunstancia). Y en cuanto desembarcan, «los que eran zapateros remendones se creen señores, y los destripaterrones no quieren volver a tomar un pico entre las manos…»[53]. El problema está sin duda analizado desorbitadamente por los contemporáneos y por todos aquellos que, habiendo visto Sevilla, reflexionan acerca del destino de la España de su tiempo.

A la inversa, ha imperado un silencio casi total sobre el tema de la corriente de emigrantes franceses con destino a España; la amplitud de aquella en el siglo XVI ha sido puesta al descubierto por estudios recientes[54]. País típicamente superpoblado, Francia vierte en la península vecina un torrente de artesanos, mercaderes ambulantes, aguadores y braceros agrícolas. Procedían principalmente, pero no en forma exclusiva, del sur de Francia. Cataluña recibe grandes contingentes de estos trabajadores, quienes con frecuencia se asientan definitivamente en ella; ya en agosto de 1536, un bando español señala que más de la mitad de la población de Perpiñán es francesa[55]. Como también lo será la mayoría de la población catalana de comienzos del siglo XVII, «habiendo oído decir que hay un tercio más de franceses que de naturales», comenta un viajero[56] en 1602; Barthélémy Joly —que ese es su nombre— indica además que «todos los días» llegan a Cataluña personas de *Rouergue, Auvernia, Gevaudán y Gascuña*[57]. ¿Procederá quizá del nombre de Gevaudán el apodo de *Gavaches*[58] que los catalanes aplican a esos pobres inmigrantes franceses? Parece poco

probable[59]. Lo que es indudable es que nos encontramos ante un caso importante de emigración. Estos recién llegados van incluso a Aragón: artesanos atraídos por los altos salarios, «porque en España son caras las manufacturas»[60]; gente sin oficio que se alquila como pajes y en el acto «se les viste de librea, pues esos caballeros [sus amos] se huelgan de tal vanidad»[61] —o campesinos, mejor acogidos aún, «a causa de la pereza de los naturales»—; es evidente que quien habla es francés; y añade: «se casan siempre que pueden con las viudas de sus amos»[62]; vienen huyendo de las en exceso abrumadoras *tailles* de Francia, y atraídos por los encantos de las prostitutas españolas, esas hermosas damas, perfumadas con almizcle, cubiertas de afeites y vestidas como princesas de Francia[63].

Pero Cataluña y Aragón no eran las únicas regiones a las que se dirigían. En Valencia[64] hay franceses venidos de no se sabe dónde como pastores y mozos de labranza en los pueblos de los cristianos viejos. En Castilla, la Inquisición nos informa abundantemente acerca de esos artesanos franceses de lengua demasiado atrevida, de los salmos que cantan, de sus andanzas y de las tabernas en que acostumbran a reunirse. Cuando se les mete en prisión se denuncian unos a otros… Con tal motivo se mencionan todos sus oficios: tejedores, tundidores de paños, caldereros, fabricantes de palas, herreros, orfebres, cerrajeros, cocineros, vendedores de carne asada, cirujanos, jardineros, campesinos, marineros, capitanes de barco, mercaderes, o mejor dicho, vendedores ambulantes de libros, mendigos profesionales… Por lo general son gente joven, de menos de 20 años a 25. Resulta asombroso verlos lanzarse a ese viaje, viniendo de todas partes de Francia, como en el caso de esos impresores de cartas de la baraja, que habiendo salido de Ruán encuentran su trágico destino final en Toledo[65].

Aunque esta emigración cese, como se ha supuesto, hacia 1620[66], es seguro que muy pronto ha reemprendido su flujo. «Por Bearne —dice un texto de 1640—[67] pasa cada año una inmensa multitud de segadores de heno y de trigo, castradores de ganado y otros diferentes trabajadores que alivian sus casas de la carga de la nutrición de sus personas y vuelven con algunas ganancias para sus familias…».

Hasta ayer se creía que solo Auvernia[68] había respondido con emigrantes temporales o definitivos al atractivo de los altos salarios de España. Hoy sabemos que no fue así. Y esa multitud de emigrantes ha podido —a mi juicio— cubrir ampliamente los huecos dejados por quienes partían a Italia o hacia las Indias.

III. ¿ES POSIBLE CONSTRUIR UN MODELO DE LA ECONOMÍA MEDITERRÁNEA?

¿Contamos con el material suficiente que nos consienta medir el Mediterráneo considerado como una totalidad y construir un modelo general donde todo quede incluido (y calculado —si ello es posible—) en bloque? La unidad resultante podría entonces compararse con otras economías-mundo que bordean o tocan el espacio mediterráneo.

Un intento a esta escala nos puede proveer en el mejor de los casos de indicaciones de órdenes de magnitud, de líneas generales. A decir verdad, esta es la única forma de presentar el material. Un *modelo* de esta especie —si se logra construir— no pretende representar un año determinado o un periodo particular, sino la totalidad del siglo, por encima de sus crisis y prosperidades. Lo que nos ofrecería —en el caso de ser posible— sería la media, la línea de flotación de las sucesivas experiencias. Es evidente que semejante objetivo no es posible, pero vale la pena de intentar la empresa, pese a las dificultades que implica y la cantidad de obstáculos que previamente se habrá de salvar.

¿Podemos decir que el Mediterráneo es una zona coherente en sí? La respuesta debe ser afirmativa, a pesar de los límites indefinibles y particularmente variables de los volúmenes continentales que lo cierran y de los confines marítimos que lo bordean: Mar Negro, Mar Rojo, golfo Pérsico, estrecho de Gibraltar y océano Atlántico. Cuestiones todas que ya hemos abordado anteriormente sin poder llegar a conclusiones fijas[69].

Yo creía, cuando la primera edición de este libro, que era posible evocar estas diferentes dimensiones del Mediterráneo del siglo XVI multiplicando los ejemplos y seleccionando una serie de detalles importantes y significativos[70]: una ciudad de 700 000 habitantes, Estambul; una flota triguera que unos años con otros ha transportado un millón de quintales de trigo u otros cereales; esas 3000 toneladas —más o menos— de lana almacenadas en 1580 en los muelles de Liorna[71]; los quizá 100 000 hombres entre turcos y cristianos que el 7 de octubre de 1571 combaten en la batalla de Lepanto; esas 600 naves que forman la expedición de Carlos V contra Túnez en 1535 (sumando, quizá, 45 000 toneladas); el tráfico máximo de Liorna (150 000 toneladas de entrada registra su puerto en 1592-1593, cifra probablemente exagerada); o esas cantidades anuales tan diferentes que arrojan los totales de Nápoles: 1 300 000 ducados del negocio de los cambios, contra 60 000 o 70 000 en seguros[72]. Pero esto significaría dejar enormes espacios en blanco entre minúsculas manchas de color; nos podría ofrecer,

como mucho, una leve noción de la distancia que separa nuestro mundo del mundo periclitado del siglo XVI.

El lenguaje que hoy más me atrae es ese que los economistas llaman *contabilidad nacional*. Desearía *echar las cuentas* del Mediterráneo del siglo XVI, no para juzgar su mediocridad o modernidad relativas, sino para determinar las relaciones esenciales entre los diferentes sectores de su actividad; en suma: para captar las estructuras mayores de su vida material. Proyecto tan difícil como azaroso. Los riesgos que comporta resultarán evidentes a cualquier economista que haya estudiado la economía de aquellos países subdesarrollados que no han sido nunca plenamente penetrados por la economía monetaria. Lo mismo ocurría en el siglo XVI. Y la diversidad de monedas, reales y ficticias, haría que todo cálculo fuese complicado aun en el caso de disponer de datos precisos[73], los cuales, naturalmente, nos faltan. Se debería también tener en cuenta la desenvoltura con que los textos de la época barajan ducados o coronas en España y, ducados, escudos o florines en Florencia. Así nos encontramos, en Florencia, con lo siguiente: *Ducati 1000 d 'oro di moneta di lire* 7 *per ciascun scudo*. Lo importante aquí es la referencia a la moneda de siete *lire*[74].

La agricultura es la industria más importante

Está generalmente admitido que el consumo anual de trigo y otros cereales era del orden de dos quintales (actuales) por persona[75]. Esta cifra oculta sin duda amplias oscilaciones de consumo. Pero la podemos aceptar, *grosso modo*, para la totalidad mediterránea del siglo XVI. Si su población es de 60 millones de habitantes, el total del consumo anual es de unos 120 millones de quintales de trigo u otros «cereales panificables». El resto, carne, pescado, aceite y vino, es simple complemento de lo indispensable. Si aceptamos que el precio medio del quintal es, hacia 1600, de cuatro o cinco ducados venecianos[76], el consumo mediterráneo (suponiéndolo igual a la producción) debe haber llegado de los 480 a los 600 millones de ducados al año, es decir, a un nivel que no admite comparación con esos «seis millones en oro» que llegan anualmente a Sevilla[77]. El trigo se basta a sí mismo para establecer de una manera aplastante la superioridad de la producción agrícola sobre cualquier otra. La agricultura es la industria más importante del mar interior, tanto más cuando los cereales solo constituyen una parte de la renta agrícola.

El cálculo precedente no ofrece más que un límite inferior. Las cifras que

se encuentran en el curso de las investigaciones son por lo general más elevadas. Venecia, por ejemplo[78], consume, hacia 1600, sean los años buenos o malos, alrededor de 500 000 *staia* de trigo (aparte de arroz, mijo y centeno). La ciudad tiene en aquellos momentos 140 000 habitantes; pero si contamos los territorios anejos (el *Dogado*) hemos de añadir por lo menos otras 50 000 personas; en resumen, una población de 200 000 habitantes y un consumo individual de cuatro quintales si las cifras se refieren únicamente a Venecia, o de 3.1 quintales si se incluye toda la aglomeración urbana. A dos quintales por cabeza, el avituallamiento podría haber alimentado a 300 000 personas. Es muy posible que detrás de las cifras que hemos dado se esconda este último número de posibles consumidores. También es posible que Venecia, ciudad de altos salarios, consuma más que cualquier otra ciudad.

Consideremos otro ejemplo: cierto corresponsal veneciano en Madrid[79] se hace eco de una noticia según la cual se pagaría una tasa de dos reales por fanega de trigo (*ch'è come un mezzo staio veneziano*) antes de la molienda del grano en los molinos y *fanno conto di cavar da questa impositione nove millioni d'oro l'anno*. Nueve millones de oro, es decir, nueve millones de ducados (un ducado = 350 maravedíes; un real = 35), o sea, 45 millones de fanegas para una población global de 6 000 000 de habitantes, a siete fanegas y media por cabeza, o, digamos, a siete fanegas, ya que la cifra de población es teórica; a 55.50 litros por fanega, nos encontramos con la enorme cifra de 388 litros por persona, lo que demuestra o bien que los cálculos fiscales eran optimistas o bien que los castellanos del año 1621 consumían mucho, en una época en que Castilla no exportaba prácticamente trigo alguno.

Otro ejemplo, también castellano: en 1576[80] diez pueblos toledanos suman, entre todos, 2975 vecinos, o sea que cuentan con un número de habitantes que oscila entre los 12 y los 13 000, en su mayor parte campesinos; la producción de cereales que declaran es de 143 000 fanegas (aproximadamente 64 000 quintales). La media por cabeza es de unos cinco quintales, de modo que debe haber un margen que se exporta a las ciudades, sobre todo considerando que el menos cerealero de estos pueblos (puesto que ha empleado en viñedos buena parte de sus tierras) dispone de dos quintales por habitante.

Los datos que a continuación exponemos nos aportan argumentos más convincentes, pero no decisivos. La primera serie de cifras nos la proporcionan las provincias productoras de cereales del reino de Nápoles que dan al Adriático y al golfo de Tarento, es decir, los Abruzos, la provincia de Bari, la Capitanata y la Basilicata, en enero de 1580; la segunda serie nos la

suministra el célebre *Censo de la riqueza territorial e industrial de España en el año 1799*[81], cuyos números nos pueden servir de patrón retrospectivo de referencia y control para el siglo XVI.

Las provincias napolitanas citadas, y que constituyen una importante porción del reino, nos ofrecen sus cifras en un precioso documento de la Sommaria; vemos que en aquel invierno de 1579-1580 cuentan con 173 634 *hogares* o familias (siendo 475 727 el total de las del reino)[82] y, según el coeficiente adoptado (4 o 4.5) con un número de habitantes oscilando entre los 700 000 y 760 000. En la recolección se han cosechado, según los censos oficiales, más de 100 000 *carra* de trigo. Como hay que descontar 8500 *carra* de *tratte* (permisos de exportación) quedan 92 000 *carra* a disposición de la población, o sea alrededor de 1 200 000 quintales actuales y una cuota individual evidentemente inferior a los dos quintales. Y de esa cantidad hay que restar todavía el grano destinado a la siembra del año siguiente. Sin embargo, al mismo tiempo que nos proporciona estas cifras, la Sommaria nos dice que el consumo individual es de seis *tomoli* al año, es decir unos 220 kilogramos. ¿Se contradice? No, puesto que *per ordinario, non si revela tutto il grano che effettivamente si raccoglie*, y la Sommaria cuenta con este excedente no declarado para completar el abastecimiento necesario[83].

Aunque el Censo de 1799 es muy posterior a la época a que nos estamos refiriendo, los porcentajes son casi idénticos a los del siglo XVI. En una España de 10.5 millones de habitantes, la producción de trigo se eleva a 14 500 000 quintales (en números redondos). Si el consumo se iguala con la producción, la parte que le corresponde a cada individuo es, por año, ligeramente inferior a 1.4 quintales. Y si añadimos los restantes cereales y las legumbres secas, habrá que sumar 13 millones de quintales al total obtenido[84]. Al hacerlo, la cifra se duplica, y si bien no todos estos cereales secundarios los utiliza el hombre para su alimento, resulta con todo evidente que nuestro promedio de dos quintales por persona queda prácticamente cubierto o rebasado. Las legumbres secas eran sin duda muy importantes (más de 600 000 quintales)[85] ya en el siglo XVI. Los documentos venecianos hablan una y otra vez del drama que representa para algunos pueblos perder, a causa de una repentina tormenta de verano, sus plantas de judías y lentejas. Pero basta ya de cifras de esta especie. Y puesto que estamos bastante seguros de que la cantidad total es cierta, vayamos a las consecuencias:

1. El trigo transportado por vía marítima totaliza, como mucho, un millón de quintales, o sea 0.8 % del consumo, lo que representa al mismo tiempo, tanto un enorme tráfico (considerando las posibilidades del siglo) del que

pueden depender un millón de personas, como un tráfico insignificante, si se compara con la totalidad de lo consumido. Gino Luzzatto[86] tiene razón cuando lo minimiza, y yo también cuando en la primera edición de este libro[87] le concedí preeminencia. La dramática crisis del año 1591, sobre la cual volveremos más adelante, hizo arribar a España e Italia, incluida Venecia, entre 100 000 y 200 000 quintales de trigo del Norte, cantidad muy grande si la consideramos en términos de transporte, pero pequeña en relación a lo que se consume cotidianamente. Sin embargo bastó para salvar de la muerte por hambre a ciudades enteras.

Pero antes y después de esta crisis, el Mediterráneo ha vivido siempre y esencialmente de los productos de su propia agricultura. No hay nada aquí que se parezca a lo que ocurre en los Países Bajos con Ámsterdam o, mucho más tarde, en la Inglaterra del libre-cambio. Los universos urbanos no quieren confiar a los de fuera el cuidado de aprovisionarlos. El «trigo del mar» será un expediente, un último recurso, un alimento para los pobres, pues los ricos prefieren el trigo de las campiñas próximas: en Lisboa, el apreciado trigo de Alentejo[88]; en Marsella, el de las llanuras provenzales[89]; en Venecia, el trigo *nostrale*. «Se nos está dando ahora —dicen los panaderos de Venecia, en 1601— ciertos trigos traídos de fuera que no dan tan buen resultado como los nuestros»; se están refiriendo al trigo *padoan*, al *trivisan*, al *polesene* y al *friul*[90]. Y eso que estos trigos *forestieri* proceden, en su mayor parte, del Mediterráneo.

2. La agricultura no solo asegura al mar interior su vida diaria, sino la posibilidad de exportar sus productos a altos precios, a veces en cantidades limitadas, como el azafrán y el comino, pero otras en grandes cantidades, como en el caso de las llamadas pasas de Corinto, *uve passe*, los vinos de calidad como la malvasía, que continuó siendo el vino más apreciado hasta la aparición del Oporto, el Málaga y el Madera; o los vinos de las islas y vinos de mesa corrientes que un sediento mercado alemán iba a buscar cada año, después de la vendimia, al pie de los Alpes meridionales. Y también aguardiente[91], poco después, por no mencionar el aceite, las frutas del sur, naranjas, limones, y sedas crudas… Estos excedentes se combinan con las exportaciones industriales para compensar las compras de trigo, de pescado seco y azúcar procedentes del Atlántico (además de las de plomo, estaño y cobre del norte), y en una fecha tan tardía como la de 1607, la balanza de pagos entre Venecia y Holanda se inclina todavía a favor de aquella, a decir de los *Cinque Savii*[92].

3. De modo que el Mediterráneo continúa siendo un mundo de campesinos y terratenientes, de estructuras rígidas. Los métodos de cultivo, el equilibrio entre los diferentes cereales o entre los cereales y los magros pastizales, viñas y olivos, estos dos últimos haciendo rápidos progresos e invadiéndolo todo en Andalucía, Portugal, Castilla y —aún en mayor grado— Venecia, apenas cambian, a no ser bajo fuertes presiones provenientes del mundo exterior. Las demandas de la América colonial llevan a Andalucía a incrementar su producción de aceite y vino. Y no habrá ninguna revolución *interna* hasta la intrusión del maíz, que, al parecer, llegó muy pronto a las provincias vascas y a Marruecos[93], pero que tardó bastante en alcanzar otros lugares. No hizo su aparición en las campiñas venecianas[94] antes del 1600, y hasta 1615 en el Tirol del norte[95]. La revolución del moral, menos profunda, ha sido más precoz.

4. La tierra continúa siendo la más deseada de las posesiones. Toda campiña, tanto en el Mediterráneo como fuera de él, constituía un confuso laberinto de rentas, *censos*, hipotecas, arrendamientos y alquileres de tierras, con numerosas propiedades sujetas a vínculo, y un continuo ir y venir entre ciudades y campos de dinero prestado y reintegrado. En todas partes se repite monótonamente la misma historia. Contamos con la suficiente evidencia, gracias a estudios recientes, para detectar en las campiñas que rodean a Ginebra[96] una articulación de dinero, a corto término, iniciada en el siglo XV, factor decisivo «en una economía de circuito cerrado y perpetuamente jadeante», donde la usura practicada por los de la ciudad no necesita disimularse (en los países protestantes) bajo la forma de arrendamientos y censos. Un «arbitrista» español del siglo XVI, Miguel Caxa de Leruela[97], señala la natural tendencia a invertir dinero en tierras o viñedos próximos a la ciudad. «Como se vio que 2000 ducados producían 200 por año, y que el capital se podía rembolsar en seis años, se consideró una inversión interesante». Muy raramente ofrecen los hombres de negocios o el Estado tan buenos beneficios a los prestamistas. Así vino la tierra a competir con ellos: la tierra era una garantía sólida y visible (si el campesino no puede pagar los intereses o no devuelve lo prestado se le puede quitar la tierra). Y el prestamista puede ver con sus propios ojos prosperar su dinero en una viña o en una granja. Esta seguridad no tiene precio. Y como la agricultura era la fuente más importante de ingresos que conocía el Mediterráneo, una inmensa cantidad de riqueza dependía de este sector. No hay motivos para dudar de las palabras de Valle de la Cerda en 1618, cuando afirma que, en aquel momento,

había en España más de 100 millones de ducados prestados en *ducados a censos*[98].

La enorme cantidad de 400 a 600 millones de ducados depositada por los cereales en nuestra balanza puede parecer, a la vez, mucho y poco. Los cereales solo representan la mitad del *producto* agrícola, si aceptamos los porcentajes recientemente establecidos respecto a la producción agrícola de Francia (bien es cierto que en el siglo XVIII)[99] y de España en 1799[100]. Sería posible hablar —en términos muy generales— de una producción agrícola general con un valor entre los 800 y los 1200 millones. La estimación está hecha, evidentemente, *muy a la larga*. Los precios del mercado veneciano del que hemos partido son elevados y por lo tanto solo valen como representativos de la economía de una ciudad rica. En segundo lugar, y lo más importante, no todo el trigo consumido ha pasado por la economía del mercado. De manera que nuestra estimación queda muy en el aire, y es lógico que sea así. Volviendo al ejemplo de los pueblos castellanos de 1576, que citamos anteriormente, deben estos haber consumido 26 000 quintales de los 60 000 que producen, es decir, algo más de 50 %; pero la mitad restante no tiene por qué pasar necesariamente por el mercado, y parte de él va directamente a los graneros de los del diezmo o de los propietarios urbanos. Así 60 o 70 % de la producción global del Mediterráneo escapa a la economía de mercado en la que nuestros métodos de *contabilidad* la habían encajado a la fuerza y por las buenas.

6. Este largo porcentaje del producto agrícola que queda fuera del tráfico de la economía monetaria, y en consecuencia, fuera también de la elasticidad relativa que esta procura, viene a acrecer la falta de flexibilidad de la que era, tanto en el Mediterráneo como fuera de él, la actividad económica predominante. Además, tanto las técnicas como el rendimiento son mediocres. Todavía en el siglo XVIII el trigo que se siembra en Provenza[101] da solamente el 5 por 1, y ese es, sin duda, el promedio que se puede encontrar en todas partes. Para obtener sus 120 millones de quintales anuales, el Mediterráneo debe arar y sembrar un mínimo de 24 millones de hectáreas: superficie enorme si uno se detiene a pensar que estos 24 millones anuales suponen en un sistema de rotación bianual la disponibilidad de 48 millones de hectáreas, la mitad de las cuales reposan mientras las otras fructifican. Y en 1600 Francia solo dispone de un total de superficie laborable de 32 millones de hectáreas[102].

Estos cálculos son muy aproximativos y las cifras resultantes muy poco seguras, pues el trigo (y los demás cereales) no en todos los lugares se cultiva

según el sistema de rotación bianual. Hay tierras que solo se siembran cada tres o cuatro, o incluso diez años. Aunque, por otra parte, también hay campos que producen más del cinco por uno.

En Chipre, donde solo se cultiva una vigésima parte de la totalidad de su suelo, el trigo da el 6 por 1 y la cebada el 8 por 1[103]. En Apulia, en las nuevas tierras que resultan del abandono de la vida pastoral, el grano da el 15, y hasta el 20, por 1. Pero es la excepción[104]. Además hay que contar las malas cosechas y las catástrofes. Los accidentes climáticos son los que mandan, y el trabajo de los hombres, por muy tenaz que sea, no puede conjurar su peligrosidad. De modo que la agricultura no es elástica. Las cifras de importaciones agrícolas que conocemos, y que cuando componen series muy largas, mantienen una cierta correlación con la producción, muestran por lo general un nivel constante, sea cuando se trata de la lana exportada de España a Italia, o bien cuando se trata del trigo y la seda de Sicilia enviados a los mercados exteriores[105], representado gráficamente, y muy *grosso modo*, por líneas paralelas al eje de las abscisas.

Era posible a veces algún progreso. Técnicamente considerada, la sustitución, en Castilla, de los bueyes por las mulas[106], como animales de tiro, trae consigo una aceleración del laboreo de las tierras, que ahora se pueden arar más veces, y en consecuencia, producen más grano. Pero esta sustitución ha sido muy imperfecta. El arado del Norte hace su aparición en el siglo XVI, en Languedoc[107], pero el papel que allí representa es más bien modesto; y también se emplea, sin duda, en la Italia septentrional[108]. Pero el arado clásico continúa siendo el útil dominante: un instrumento que no voltea adecuadamente la tierra ni permite una buena ventilación de los suelos.

Ya hemos hablado antes de las bonificaciones[109], auténticas conquistas y mejoras considerables. Es indudable que durante el siglo XV, cuando la población era pequeña, los campesinos del área mediterránea han podido contar con tierras nuevas. Se ha producido una expansión, o mejor dicho, una recuperación de la prosperidad de otros tiempos, la que reinaba en el siglo XIII. Ruggiero Romano tiene razón cuando sostiene que una revolución agrícola ha precedido y sustentado todos los movimientos de expansión del siglo XVI. Pero este impulso hacia delante se ve finalmente detenido a causa de la específica falta de elasticidad de la agricultura, y lo hace exactamente del mismo modo —en las mismas condiciones— que en el siglo XIII. Todas estas tierras nuevas rinden, por lo general, poco. El número de bocas por alimentar aumenta más rápidamente que el alimento, y ya se deja ver la lógica de los argumentos que más tarde presentará Malthus.

El siglo cambia íntegramente de signo quizá hacia 1550, y más ciertamente a la altura del 1580. Se inicia una crisis latente en el mismo momento que se acelera la circulación de la plata (digamos circulación; evitemos por el momento el empleo de la expresión *revolución de la plata*). Historiadores especializados en España se inclinan a pensar que las inversiones agrícolas tropiezan, tarde o temprano, con dificultades: a los campesinos comienza a resultarles más difícil encontrar crédito, los acreedores que no cobran se apoderan de las propiedades[110] e, incluso, los grandes terratenientes se ven afectados por la crisis financiera de los años 1575-1579,[111] cuando, como luego veremos, los genoveses dejaron repercutir las propias pérdidas sobre quienes les prestaban el dinero. Estas explicaciones y las que sugiere el análisis del caso del Languedoc[112] son posibles y válidas. Pero la explicación básica es la de la falta de elasticidad de la producción agrícola, metida ahora en un callejón sin salida. Esta situación en punto muerto ocasionará la *refeudalización* del siglo XVII, o lo que es lo mismo, una revolución agrícola al revés.

Un balance industrial

Hablando de la Europa de comienzos del siglo XVII, John U. Nef[113] sugiere que en su población de 70 millones de habitantes debía haber unos dos o tres millones de artesanos. Un número semejante se podría dar sin duda para ese universo de también 60 o 70 millones de personas que es nuestro Mediterráneo. Si las ciudades representan más o menos 10 % de la población total, es decir, cuentan con un número global de habitantes que oscila entre los seis y siete millones, es imposible que entre ellos haya dos o tres millones de artesanos, o dicho con otras palabras, que uno o dos de cada tres de sus habitantes lo sea. Pero en el caso particular de Venecia comprobamos, si hacemos los cálculos, que esa era la proporción. Veamos: 3000 obreros en el Arsenal[114] más 5000 *lanaioli*[115] y 5000 *setaioli*[116], suman 13 000 artesanos, a los que hay que añadir sus familias: en total, 50 000 personas; y la ciudad tiene en esos momentos 140 000 habitantes. Y no hemos incluido los artesanos de los múltiples arsenales privados de los que conocemos nombres y actividades[117]; tampoco hemos contado el numeroso grupo de los albañiles, los *muratori*: los hay en enorme cantidad en una ciudad que no cesa de construir y reconstruir, ni de remplazar la madera por el ladrillo y la piedra, y que constantemente se debe preocupar de dragar sus *rii*, tan propicios al encenagamiento. Y podríamos incluir los tundidores de paños de

Mestre[118], que está junto a Venecia. Y más allá, el personal de los molinos que muelen el grano para ella o trituran los trapos de los que se hará el papel o que sierran las tablas y tablones que necesita la ciudad. También se podrían incluir los caldereros, los herreros, los orfebres, los especialistas de las refinerías de azúcar, los vidrieros de Murano, los talladores de la piedra y los obreros que trabajan el cuero[119], estos últimos en la Giudecca. Y aún podríamos incluir otros más, por no mencionar a los impresores: la Venecia del siglo XVI produce una parte muy importante de la totalidad de los libros impresos en Europa[120].

Podemos aceptar, quizá, la cifra dada por John U. Nef, si aclaramos que se trata de dos o tres millones de personas en las que están incluidos todos aquellos que *viven* gracias a la actividad artesanal: maestros, obreros, mujeres y niños, es decir, tanto los activos como los no activos en ella. Ese es el modo de hacer los cálculos cuando se trata de Venecia: 20 000 personas —se decía comúnmente a finales de siglo— viven del trabajo múltiple que brinda la lana[121].

Conviene añadir a esta cifra global la masa de artesanos rurales. No hay pueblo, por modestas que sean sus actividades, que no cuente con artesanos propios, o que carezca de sus actividades industriales menores. Pero este es un terreno en el que al historiador cuantitativo se le escapa todo o casi todo. Además, si este historiador ha cedido a los hábitos adquiridos, tendrá tendencia a subestimar el trabajo oscuro y sin embargo decisivo de los distritos rurales pobres, muchas veces, el único modo de tener acceso a las preciosas circulaciones monetarias. Hasta hace muy poco, el historiógrafo se ha sentido exclusivamente atraído por la nobleza de las profesiones urbanas, pero los oficios rurales habían existido desde siempre en Aragón, en los Pirineos, en torno de Segovia[122], en algunos humildísimos pueblos de Castilla[123] y León[124] y en el entorno rural de Valencia[125]. Su presencia es evidente en los alrededores de Génova[126]. Los pueblos que rodean a Alepo[127] trabajan la seda y el algodón. De hecho, no hay una sola ciudad que no haga surgir, más o menos próximas a ella, las industrias que necesita y que, por falta de espacio, materias primas o fuerza motriz no puede instalar dentro de sus muros. Eso explica todas esas fraguas, esos molinos e industrias papeleras en las montañas a espaldas de Génova; y también las múltiples minas, fraguas y fábricas de pólvora diseminadas por el reino de Nápoles y particularmente en las proximidades de Stilo, en Calabria[128]; eso explica la serrería sobre el Adigio, a las mismas puertas de Verona[129], donde los barcos que transportan troncos y tablones se detienen gustosos, por ser un

sitio ideal para el contrabando; y todos esos molinos que muelen el trigo que nutre la ciudad vecina (más de 80 en los alrededores de Venecia) y las hileras de molinos a orillas del Tajo y río abajo de Talavera de la Reina[130] o, al otro extremo del Mediterráneo, los treinta molinos de viento que son visibles desde la ciudad de Candía[131]. El Languedoc cuenta con sus industrias urbanas, pero en los Cévennes y en el Macizo Central encontramos muchos pueblos industriales[132]. Y lo mismo ocurre dentro de un amplio radio en torno de Lyon[133]: la ciudad vive de ese trabajo barato de las campiñas próximas y lejanas.

Es probable, sin embargo, que las industrias rurales del Mediterráneo nunca han llegado a alcanzar nada que se pareciese a la importancia que ya habían adquirido en Inglaterra (la manufactura de cariseas) o en la Europa del Norte; nunca toman la forma de vastos archipiélagos rurales, controlados a distancia por los mercaderes urbanos, como era frecuente en la Francia del siglo XVIII[134]. Creo incluso que la constelación de industrias rurales en torno de Lyon, en el siglo XVI, no encuentra equivalente en el Mediterráneo, o al menos no nos consta por evidencia alguna. Si la observación es correcta puede probar dos cosas: primera, que las campiñas del Mediterráneo poseen un equilibrio interior superior al de buena parte de las zonas rurales del Norte (el cual es sin duda posible porque la viña y el olivo son con frecuencia el equivalente de las industrias rurales de los países septentrionales[135]: la arboricultura reequilibra los presupuestos campesinos); y, segunda: la industria urbana de las ciudades grandes y medianas es capaz de cubrir, en cuanto a lo esencial, los requerimientos de un inmenso mercado. Pero a finales del siglo XVI y comienzos del XVII, nueve veces de cada 10 la industria preferirá instalarse en una ciudad pequeña o en un pueblo en vez de hacerlo en una ciudad grande[136]. Este movimiento subraya las realidades y virtualidades rurales y semirrurales ya presentes al comenzar el siglo XVII: cuando Murat toma posesión del reino de Nápoles, viste a su ejército (con la intención de no tener que recurrir al costoso paño rojo inglés) con el paño negro campesino, el mismo que usaba la gente de campo[137].

Si aceptamos estas proporciones que acabamos de vislumbrar, deberemos considerar la posibilidad de que la industria rural del siglo XVI sea capaz de soportar una comparación en plano de igualdad con la industria urbana, en lo referente al número de personas que requiere, si no en la calidad o en el total de ingresos. No hay nada que lo demuestre, pero tampoco nada que lo contradiga. La totalidad de la comunidad manufacturera al servicio de la economía del mercado mediterráneo debe haberse elevado a un máximo de

tres millones de personas pertenecientes al medio rural y otros tres millones pertenecientes a las clases pobres de la ciudad. De ellos, podemos calcular que 1 500 000 constituían el elemento activo. Supongamos que su salario medio fuese equivalente al de los mineros de las minas de cobre que Venecia poseía en Agordo[138], o sea, 15 *soldi* diarios o 20 ducados al año (no se trabaja los festivos, pero se cobra al día); esto nos da un total de unos 30 millones de ducados en salarios. La cifra es, probablemente, baja, pues los salarios que paga la ciudad son bastante más altos (precisamente a causa de estos salarios excesivamente elevados se hundió más de una industria urbana). En Venecia, a finales de siglo, el artesano del *Arte della Lana* cobra 144 ducados al año y aún pide más[139]. De modo que nuestra cifra debería, o al menos podría, elevarse hasta los 40 o 50 millones. Salto final, prácticamente en el vacío: si consideramos el valor de la producción industrial como el triple o cuádruple de la suma total pagada en salarios, llegaremos a una cifra global máxima de 200 millones[140]. Aun cuando hubiésemos de aumentar esta cifra, seguirá quedando todavía muy lejos de los 860 o 1200 millones atribuidos *teóricamente* a la agricultura. ¿Nos puede sorprender que, en las discusiones del Mercado Común, hayan podido decir los expertos que la comercialización de la carne constituye hoy la mayor industria del mundo?

En cuanto a la industria del siglo XVI, la masa de sus productos era más frecuentemente absorbida en la economía del mercado que los cereales, el aceite y el vino, aunque también aquí se daba un elevado grado de autosuficiencia. Pero esta tendía a disminuir. Thomas Platter[141] nota a propósito de Uzés, en 1597: «Cada familia hila su lana en casa y la lleva luego a tejer y teñir, para emplearla en diferentes usos. Utilizan tornos de hilar como nosotros (en Basilea; Thomas Platter estaba estudiando medicina en Montpellier), y no se ve nunca una rueca, pues solo los pobres hilan cáñamo. Esas telas las compran también los mercaderes y se venden más baratas que las hiladas a mano». Apostaríamos que la expansión de la industria textil y de la venta de tejidos encuentra sus causas tanto en el aumento demográfico como en la concentración de talleres y en un probable declinar de la autarquía.

El Verlagssystem *y la expansión de las industrias urbanas*

A partir de 1520-1540 ha comenzado en el Mediterráneo un decisivo periodo de expansión de las industrias urbanas; es una segunda racha del capitalismo que afecta al mismo tiempo el Mediterráneo y Europa. La

«primera Revolución Industrial», de la que John U. Nef hace a Inglaterra protagonista única a partir de 1540[142], o la expansión del «gran capitalismo industrial», que J. Hartung[143] señala hace ya mucho en la Alemania posterior a 1550[144], son *grosso modo*, dada su insuficiente diferenciación, acontecimientos representativos de aquella Europa y de aquella totalidad mediterránea. Estudios futuros demostrarán probablemente que vinieron a compensar el reflujo terriblemente brutal que más tarde o más temprano había de cercenar la expansión del siglo XVI. Cuando el capitalismo mercantil hubo declinado, tomó el relevo un capitalismo industrial que solo iba a actualizar todas sus potencias en la posterior etapa *metálica* del siglo. En todas partes, la industria compensaba la recesión.

Y casi en todas partes (allí donde la observación es posible) esta industria es de tipo capitalista, conforme al modelo habitual del *Verlagssystem*[145] de los historiadores alemanes, expresión que yo traduciría por *sistema de anticipos*: el mercader, el emprendedor o *Verleger* proporciona al artesano la mercancía que ha de trabajar y le paga un salario. Este sistema no data del siglo XVI, pero durante este periodo llega a lugares donde no era conocido (como parece ser el caso de Castilla) o por donde todavía era poco practicado (como en Venecia). Dondequiera que hace acto de presencia lesiona las corporaciones artesanales, *arti* italianos o gremios españoles, y beneficia a los mercaderes que financian el lento proceso de la producción y se quedan con los beneficios de las ventas y exportaciones. El papel de estos mercaderes *qui faciunt laborare* es todavía más decisivo en el proceso —relativamente reciente— de la seda que en el más antiguo de la fabricación de los tejidos de lana. La concentración de los telares resultaba muy visible en los talleres grandes, por ejemplo, en Génova, aunque nadie hizo, aparentemente, ningún intento de poner fin a dicha concentración[146]; también era evidente en Venecia, pero allí suscitó protestas inmediatas y la intervención del Estado. La Ley del 12 de diciembre de 1497 había prohibido a todo tejedor de la seda tener más de seis *tellari* a su servicio[147]. La cuestión se replantea en 1559, cuando se comprueba que «la avidez de ciertas personas, que tienen funcionando 20 o 25 telares, está causando evidentes perjuicios a otros»[148].

De modo que el mercader adelantaba las materias primas y el dinero de los salarios, y se reservaba la comercialización de los productos. El más nimio detalle resulta significativo y nos consiente reconstruir, por medio de él, la totalidad del sistema. Por ejemplo: encontramos en Venecia, durante el invierno del 1530, a Rodrigo Nino[149], embajador de Carlos V, a quien su señor ha encomendado la tarea de comprar sedas: damascos verdes, azules,

rojos y carmesíes. Nino dice que enviará algunas muestras y que discutirá los precios, pero que, en cualquier caso, hay que adelantar 1000 ducados al hacer el pedido, pagándose el resto de la cantidad establecida una vez que el trabajo esté terminado. El tejedor, en efecto, debe comprar la seda al mercader que la hace venir en madejas de Turquía, y trabajarla a sus expensas. En este caso, el comprador hace las veces de mercader, y a él le corresponde entonces adelantar en forma de dinero la materia prima. En Cattaro, en agosto de 1599, ocurre un pequeño incidente que nos habla con mayor claridad[150]. En este rincón perdido en el mar, los *filatogi* se dedican a trabajar la seda cruda que compran directamente, contraviniendo con ello una ley de 1547 que prohibía trabajar *per conto suo* a los hilanderos. El senado decide restablecer el orden: de ahora en adelante los *filatogi* hilarán las sedas de los mercaderes a fin de que estos no se vean obligados a comprar las hilaturas a los precios que les dé la gana imponer a estos *filatogi* demasiado independientes. La transparencia de este ejemplo es cristalina. Otras imágenes: un artesano de Génova dice, testimoniando acerca de otro[151], en 1582: «Sí, sabe muy bien lo que dice por haber sido compañero de trabajo de Agostino Costa, *filatore*, y por haber visto muchas veces en el taller del dicho Agostino al dicho Battista Montorio [el mercader], que le traía la seda cruda y se llevaba las sedas terminadas». Diez años más tarde, en España, en Segovia, con ocasión de la llegada, en 1570, de la reina Ana (la última esposa de Felipe II) se organiza el desfile de los gremios; en cabeza van los obreros de la Moneda, luego los «tratantes en lana» y a continuación «los fabricantes de paños, a quienes el vulgo llaman impropiamente mercaderes —dice un historiador del siglo XVII—, cuando en realidad son unos verdaderos padres de familia que, en sus casas o fuera de ellas proporcionan a mucha gente el modo de ganarse el pan (a veces a doscientas o trescientas personas), fabricándose así por obra de tantas manos una gran variedad de paños muy finos…»[152].

El sistema resulta próspero

No solo debemos considerar el papel predominante del mercader, sino también el éxito económico del sistema y la resistencia que será capaz de ofrecer cuando las circunstancias dejen de serle favorables. El sistema condujo a la concentración y expansión de la industria, a una división más racional del trabajo y a un incremento de la producción. Esto es lo que evidencian ciudades tan apartadas entre sí como lo son Segovia, Córdoba, Toledo, Venecia, y, naturalmente, Génova. Su vitalidad a finales de siglo

contrasta con ciertos centros industriales al antiguo estilo, como es el caso de Florencia, donde el antiguo arte de los paños de lujo y de la seda da no pocas muestras de esclerosis y *mezquindad*. ¿Nos encontramos ante un problema de estructura? Si es así, nuestros argumentos se habrán enriquecido de golpe con la aportación de un elemento de interés excepcional, como sostiene cierto avisado historiador[153]. O bien —razón obvia que nos viene a la mente *a priori*— Venecia ha resultado víctima del alto coste de vida que impera en ella. Y más que cualquier otra ciudad (si exceptuamos Génova) resulta afectada por la llegada de los metales preciosos y la aguda alza de precios que produjeron. Y además la banca y la tierra, que hacen la competencia a las *arti*, a las cuales, en una Europa desgarrada por la guerra, les es muy difícil —excepto en el caso de España— encontrar quien compre sus productos de lujo. Cualesquiera que fuesen las razones, es evidente que a partir del año 1580 comienza el declinar de la actividad industrial de Florencia.

En cambio, las demás ciudades, y Venecia en particular, continuarán hasta el siglo próximo su impulso ascendente. Todo ha contribuido a ello, la abundancia de la mano de obra y las nuevas técnicas, entre otros factores. Los paños de Venecia son de mediana calidad, manufacturados con lana española de segunda clase, y adaptados a los gustos de sus clientes del Levante, que continúa siendo su principal cliente; del mismo modo los paños de Segovia, las sedas de Toledo y Córdoba se adecuan a los requerimientos del mercado español y del americano. A esto hay que añadir las características de los *hombres nuevos* que controlan la producción en esta época. En Venecia, al menos, estos empresarios son, por lo general, extranjeros, y un buen día, después de quince o veinte años de leales servicios, solicitan de la señoría el derecho de ciudadanía que, en su opinión, se han ganado ampliamente en virtud de haber fabricado cientos y miles de piezas de paño[154]. En suma, han entrado en juego muchos elementos nuevos: novedades en las instalaciones, novedades en los métodos, y hombres nuevos tanto a nivel empresarial como artesanal. Nada más móvil que la mano de obra industrial.

Una mano de obra itinerante

La comunidad artesana del siglo XVI está compuesta por gente procedente de los más diversos lugares, y solo muy raramente es autóctona. Los gremios florentinos empleaban, ya en el siglo XIV, obreros de Flandes y Brabante[155]. En el siglo XVI, los lugares de procedencia de los aprendices del *Arte della Lana*, en Florencia, se inscriben en una amplia área de reclutamiento que,

como ya hemos dicho, rebasa los límites de la Toscana[156]. En Verona, que ha obtenido de la señoría de Venecia el derecho de la fabricación de los *velluti neri*, había, en 1561, 25 maestros[157]; ni uno solo de ellos es veneciano (algo que la señoría no habría tolerado); 14 son de Génova, tres de Mantua, dos de Verona, dos de Brescia, uno de Vicenza y uno de Ferrara. En cuanto a los mercaderes *che li fanno lavorare*, solo son cuatro, dos de Verona y dos de Génova. Consideremos estos ejemplos citados como un pequeño tragaluz abierto sobre la movilidad de la vida artesanal y mercantil.

También Brescia nos ofrece el mismo espectáculo: el *Arte della Ferrarezza*, que manufacturaba armaduras, armas blancas y arcabuces, no cesaba de dilatarse o contraerse de acuerdo con las circunstancias, perdiendo sus obreros en beneficio de las ciudades vecinas, y recuperándolos más tarde… para volverlos a perder de nuevo. Y así sucesivamente. A finales de siglo, y por iniciativa de Francesco Molino[158], nuevo *Capitano* de la ciudad, recupera esta uno de sus maestros armeros que se había marchado a Saluzzo llevándose consigo mucho *latoranti*; también se recuperan obreros que estaban en Pistoia y Milán (31 a expensas de esta última ciudad) y el número de *botteghe* de estos maestros sube inmediatamente a 23. A continuación se produce una nueva crisis a causa de las dificultades que encuentran para aprovisionarse de hierro y porque el número de mercaderes es escaso: harían falta uno o dos más.

La industria depende de los mercaderes, es decir, de sus capitales: en la primavera de 1610[159], Tommaso Contarini, en viaje a Inglaterra, adonde se dirige como embajador de Venecia, hace un primer alto en Verona, y luego, en su camino hacia Trento, pasa por Roveretto. Cuál no sería su sorpresa al encontrar en esta pequeña localidad un activo *negocio delle sede*, que ocupa a un buen número de *filatogi*, y más de 300 *telleri che lavorano ormesini*: estos obreros se habían marchado poco antes de Verona. Cuatro años más tarde, en mayo de 1614, la señoría de Venecia acepta[160] la singular proposición que a continuación referimos: de una persona que mantiene el anónimo, y que se ofrece a dar a la justicia los nombres de los obreros y maestros de importantes sectores de la industria y en particular del Arte de la Seda *che intendono partire*, obtendrá a cambio de este servicio la libertad de un *bandito*, que estaba en la cárcel. Y, por la misma época, Venecia amenaza con represalias sobre sus personas y sus bienes a todo obrero o maestro de sus refinerías de azúcar (*pratico o professore di raffinare zuccari*) que se marche de la ciudad para ir a ejercer su oficio en otro lugar[161].

Estos viajes o fugas de los artesanos obedecían a la coyuntura. Una mano de obra desplazándose a distancias más o menos largas respondía constantemente a las oscilaciones de la demanda. Este movimiento que va de las ciudades grandes a las medianas o a las pequeñas será moneda corriente a finales del siglo XVI. Y en un área más extensa contamos con el ejemplo de la difusión de la industria de la seda por toda Europa durante el siglo XV y a lo largo del siglo XVI. En la Italia del siglo XVII se produce la expansión de la industria de la seda en el *Mezzogiorno*, que conoce así una segunda juventud industrial. Pero en la década de 1630[162] cesa de golpe esta prosperidad: la fortuna sonríe ahora a las pequeñas ciudades del norte, que sustituyen a las ciudades meridionales en el trabajo de la seda. Este cambio brusco habrá de ir inevitablemente acompañado de emigración artesana.

Movimientos generales y movimientos locales

No podemos saber *a priori* si todas estas actividades en rápida evolución admiten los mismos ritmos de conjunto. Es posible, aunque a condición de imaginar que existían compensaciones y excepciones. En realidad, el conjunto de estas actividades continúa siendo un misterio para nosotros. En lo concerniente a las industrias textiles —las más importantes junto o inmediatamente después de las de la construcción, pero en modo alguno las únicas— contamos con una evidencia de carácter comprensivo, dado que conocemos la cantidad de alumbre que se exportaba a partir de España y de los Estados pontificios, y en consecuencia, las cantidades totales de este mordiente, indispensable para el teñido de los tejidos, o mejor dicho, para la preparación del tinte. Es una guía infalible, y su respuesta, clara: las oscilaciones son las de la coyuntura general, alcanzando su nivel más alto entre 1590 y 1602[163]. Pero queda por saber si todas las industrias obedecen a estos ritmos generales (lo que es posible e incluso probable). Los historiadores ansiosos de señalar las conexiones entre la actividad industrial y las demandas de los mercaderes[164] nos han instado a que así lo creamos, a que consideremos a los mercaderes como los directores de escena. Pero aceptemos que a la corta o a la larga se deben haber producido excepciones, pues la industria también podía ser una forma de compensación o de sustitución. La industria de la construcción, por ejemplo, podía ir *a veces* a contracorriente de estos movimientos de conjunto[165]. Y comenzamos a contar con evidencias de primera mano de que se producen peculiares coyunturas locales. Conocemos, por ejemplo, unas cuantas curvas de la

producción textil. Lo curioso del caso es que, cualquiera que sea la fecha, se parecen mucho unas a otras. Todas las curvas de expansión industrial siguen una trayectoria de flecha: suben derechas y, una vez alcanzado el punto más alto, se lanzan hacia abajo tan dramáticamente como ascendieron. En Hondschoote[166] la curva de la producción de estameñas sigue la trayectoria de un cohete: sube casi verticalmente y, en determinado momento, se precipita hacia abajo; en Leyde la producción textil sigue una doble curva claramente discernible; en Venecia (según Pietro Sardella[167] y Domenico Sella)[168] toma la forma clásica de parábola. En Florencia las cifras que poseemos se ordenan, pese a su insuficiencia, en una curva análoga[169]. En Mantua[170], ejemplo menor, se confirma la regla; y es probable en el caso de las industrias laneras de Brescia y del Val Camónica[171]. Resulta evidente en Segovia, Córdoba, Toledo[172] y Cuenca… ¿Será una regla general?

En todo caso, parece suceder lo mismo incluso en las industrias más modestas. Venecia, por ejemplo, puso especial empeño en eliminar toda suerte de competencia en la costa este del Adriático, tanto si se trataba de navíos como de manufacturas o comercio; aunque no siempre lo consiguió. Las *galere da mercato* y otras naves procedentes de Venecia tenían por costumbre hacer escala en el pequeño puerto de Pola, en Istria, para completar allí sus tripulaciones, sus remeros y sus provisiones. Y a estos hombres ya embarcados o a punto de hacerlo, Pola les resultó el mercado mejor provisto de tejidos fabricados a partir de la lana ordinaria de las islas, esas *rascie y grigie* de las que ya hemos hablado[173], provenientes de las zonas del interior de Istria y Dalmacia. Hacia 1512 estos tejidos hacen acto de presencia en las ferias del *Sottovento*, Sinigaglia, Recanati y Lanciano, donde se hacen tan populares que Pola acaba quedándose sin la que había sido su mercancía habitual y característica. La situación se prolongará unos 10 o 15 años, hasta el día en que, hacia 1525, la señoría intervenga para restablecer el orden. En el intervalo ha habido tiempo suficiente para que se haya producido una expansión y un descenso.

También en el Imperio otomano se pueden descubrir movimientos análogos. Su industria estaba, por lo general, en manos de los inmigrados, cautivos cristianos que, en Constantinopla y demás lugares del imperio, se convierten casi siempre en maestros[174] y fabrican paños preciosos[175]; y, en mayor grado aún en las de artesanos judíos. Estos últimos habían introducido la industria de paños en Constantinopla y Salónica[176]. Sabemos que en Salónica la producción de paños de algodón comenzó a declinar a partir de 1564, y que los rabinos, verdaderos amos de la comunidad judía, tomaron

múltiples medidas, encaminadas a evitar la decadencia (prohibición de poder comprar lana libremente, obligación de vestirse con productos fabricados en la ciudad…). Los datos que poseemos nos permiten fijar alrededor del 1564 el punto más alto de la producción. Y nos lo confirma Safedo, capital de Galilea, pequeña ciudad a orillas del lago Tiberiades, que, gracias a los inmigrantes judíos y a los telares que trajeron consigo[177], conocerá una rápida prosperidad lanera de 1520 a 1560-1580. En 1536, escribe un viajero: «La industria textil prospera de día en día. Se dice que este año se han fabricado en Safed más de 15 000 cariseas, sin contar otros tejidos menos ligeros. Algunos son de tan buena calidad como los de Venecia. Todo aquel que se ocupa, hombre o mujer, de una tarea que tenga que ver con la lana, se gana muy bien la vida… Yo he comprado algunas pocas cariseas y otros tejidos y los he revendido con buenos beneficios…». La fiscalización turca nos confirma la prosperidad de la pequeña ciudad: en 1525-1526, los tintoreros pagan un impuesto de 300 aspros; hacia 1533 ha subido a 1000, y en 1555-1556 hay cuatro tintorerías que han de pagar 2236 aspros. Se inicia muy poco después de esta última fecha la decadencia, de modo que, en líneas generales, hay coincidencia entre el declinar de Safed y la crisis de Salónica. En 1584 los judíos abandonan Safed, y la industria sufre un inmediato colapso (en 1587 se cierra un taller de impresión que había sido fundado diez años antes). Y a la altura de 1602 no queda en el lugar una sola manufactura.

Este testimonio es una evidencia más que añadir al probable proceso de pauperización que afecta las comunidades judías del Próximo Oriente, como un índice de la salud general del Imperio otomano después de transcurrida la primera mitad del siglo. Entre las circunstancias causantes de esta decadencia podemos incluir el hecho de la dificultad cada vez mayor de proveerse de lana, y la llegada, durante la década de 1580, de los tejidos ingleses traídos directamente al Levante por barcos ingleses. También hay que tener en cuenta la expansión de la industria italiana, y, en mayor grado, la crisis monetaria y económica que va a sumergir al Imperio otomano en los infortunios en cadena que provoca la inflación[178].

En todo caso, los vértices de las curvas de la actividad industrial tienen su propio y particular interés. Y nos permiten descubrir:

1. Que entre 1520 y 1540 comienza casi en todas partes un periodo de expansión general.

2. Que los vértices de las curvas ocurren hacia 1564, 1580 y 1600.

3. Que, si bien la industria no es todavía esa potencia sin rival que llevaba camino de ser en el siglo XVIII y que definitivamente será en el XIX, posee ya

una vivacidad excepcional. Su progreso es veloz.

4. Que su declinar es tan espectacular y relativamente más fácil de observar que el tiempo del impulso ascendente. En Venecia, por ejemplo, parece ser que la industria de la lana se inició triunfalmente hacia 1458[179]; que se produjo un evidente marasmo hacia 1506[180] —al menos en el territorio continental—, y que, a partir de 1520[181], tuvo lugar una recuperación que conocería una larga vida, pues solo a la altura de los años 1600-1610 se observan los síntomas del agotamiento de este enorme impulso[182], precisamente en el mismo momento en que se inicia —1604— el periodo de expansión de las industrias textiles en los Países Bajos protestantes[183].

Expansiones y decadencias se responden en el espacio entre lugares que con frecuencia pueden estar muy lejos unos de otros. La industria —o mejor aún, la pre-industria— está sometida a un continuo ir y venir; se convierte en el espacio de un continuo *new deal*, de una incesante redistribución de las cartas. Cuando se ha jugado una mano, vuelve a comenzar el juego. El perdedor puede tener suerte en la próxima partida, y Venecia parece probarlo. Pero el último llegado a la mesa de juego será siempre el favorito. La victoria de las nuevas ciudades de Italia y España, en el siglo XVI, así lo prueba. Y la victoria del Norte, en el siglo XVII, sea cual fuere la antigüedad de las actividades textiles en la encrucijada de los Países Bajos, es la de un joven rival.

Las industrias surgen por todas partes instalándose en cualquier lugar, incluso en ciudades tan humildes que ningún historiador habría podido sospechar previamente que tal cosa pudiese ocurrir; y también en ciudades tenidas siempre por ociosas, ciudades que, como Nápoles, caldea el sol[184]. Son como innumerables pequeños fuegos, encendidos en una vasta llanura de hierba seca[185]. Son fuegos que se propagan fácilmente o que a veces se apagan, para reavivarse más allá. Un golpe de viento en una determinada dirección y la llama prende en hierbas intactas hasta el momento. Y todavía hoy, en 1966, sucede, con frecuencia, lo mismo[186].

El volumen de las transacciones comerciales

El comercio es una actividad múltiple que escapa a cualquier control o cálculo. *Comercio* puede ser la fruta que una campesina vende en el mercado o el vaso de vino que se toma un pobre a la puerta de la bodega de un rico (pues los ricos practican con frecuencia este tipo de comercialización al por

menor), o los tráficos de las *galere da mercato* en Venecia, o los de la *Casa de la Contratación* en Sevilla. Es inmensa la cantidad de actividades que puede abarcar. Además no todo está comercializado en el siglo XVI, sino muy al contrario. La economía de mercado es solo una fracción de la vida económica, que se ve desbordada en todas partes por formas más primitivas, como lo son el trueque y la autarquía. Si se acepta la definición[187] de que el comercio es el estadio final del proceso de producción, o, dicho con otras palabras, si se acepta que añade un valor suplementario a las mercancías que mueve, se habrá de reconocer que esta plusvalía, y especialmente el beneficio, resultan difíciles de calcular, incluso cuando se trata de un caso del que —aparentemente— estamos bien informados. Por los años de la década de 1560 llegaban anualmente a Europa unos 20 000 quintales de pimienta, procedentes de la India e Insulindia. En Calicut se podía comprar la pimienta a cinco *cruzados* el quintal ligero (unos 50 kilogramos), y se vendía en Lisboa a más de 64, es decir, a más de 12 veces el precio de compra. Pero es evidente que no es el mismo individuo quien hace la compra y quien se beneficia más tarde de la venta: los gastos de transporte, los impuestos y los riesgos de la operación eran tan grandes y complejos que no podemos saber con mediana seguridad cuántos de esos 1 300 000 *cruzados* que se obtenían al vender el producto iban a parar a la bolsa del mercader.

Más aún: la mercancía no es sino una de las múltiples ocupaciones del *mercader* del siglo XVI; así nos lo demuestran sus libros, y, mejor aún, los interminables balances de quiebra. Todas las operaciones y especulaciones aparecen entremezcladas: compras de tierras o casas, inversiones en empresas industriales, actividades bancarias, seguros marítimos, loterías[188], rentas urbanas y rurales, cría de ganado, anticipos de los *Monti di Pietà*, especulación con los cambios… Auténticas transacciones de mercancías aparecen anotadas junto con las transacciones ficticias del dinero. La importancia de lo ficticio y todas sus posibles sofisticaciones no cesa de aumentar en la misma medida que el mercader es importante, y según transcurren los años, relativamente prósperos, de finales del siglo XVI. Era cosa sabida que se podían resolver las operaciones mercantiles en las ferias de un modo casi *milagroso*. Hablando de las ferias de Lyon, dice De Rubis en 1550: «a veces se paga… sin desembolsar una sola moneda, un millón de libras en una mañana»[189]. Cincuenta años más tarde, Giovan Battista Pereti, que lleva el *giornale* de cambios del Banco de Rialto, explica en un informe a la señoría de Venecia que en cada feria de Plasencia se negocia por valor de tres o cuatro millones de escudos y que, la mayor parte de las veces, *no vi è*

un quatrino de contanti[190]. El cambio y el re-cambio, los convenios de *ricorsa*[191] que en el siglo XVII extienden y multiplican sus buenos y no siempre leales servicios, habían comenzado su carrera en una fecha mucho más temprana: en el siglo XV en Génova[192]; y a finales del XVI se habían difundido más o menos por todas partes[193]; Lyon nos brinda, a la altura de 1584[194], un ejemplo típico: dos mercaderes italianos consienten en adelantar dinero al obispo de Langes y sus dos hermanos; un tercer mercader, un tal *sieur Guicciardini*, toma la suma *as cambium et recambium*. Y ahora, intentemos una estimación. Los resultados serán, sin duda, falsos, pero el ejercicio resultará instructivo.

Y la primera puerta que se nos abre es la de los documentos fiscales de Castilla. No hace falta que nos detengamos a explicar hasta qué punto son imperfectos. Pero las *alcabalas* fluctuaban de acuerdo con las circunstancias reinantes, y por ello nos resultan guías nada despreciables. Indican además los diferentes grados de actividad, riqueza e ingresos en las diferentes ciudades y regiones. En Valladolid, en 1576[195], el ingreso de 22 millones de *maravedís* (la alcabala representaba en principio la décima parte de todas las ventas) debe corresponder aproximadamente a un volumen de negocios de 220 millones de maravedises, y, para cada uno de los 40 000 habitantes que tenía la ciudad entonces, 5000 maravedises (o sea, algo más de 15 ducados), lo que no significa, dicho sea de paso, que cada habitante se haya beneficiado de su teórica alícuota en los beneficios obtenidos en las transacciones. Era el *flux* de los negocios efectuados en la ciudad. Como el lector adivinará muy bien, la actividad comercial, que con frecuencia ocurría en circuito cerrado, abarcaba una amplia escala de transacciones compensatorias unas veces, especulativas otras y falaces unas terceras. Y es posible que la cifra de 220 millones se quede muy por debajo de la real, porque las ciudades estaban *abonadas* a los impuestos: pagan una cifra anual previamente establecida, y, luego, se rembolsan, a veces con beneficios. Pero pasada la década de 1580, las ciudades dejan de pagar así los impuestos, y las *alcabalas*, que ya no dan los beneficios de antaño, se someten al control central[196]. En todo caso, las cifras de 220 millones y de 15 ducados por cabeza, en 1576, denotan un nivel relativamente elevado. Y encontraremos cifras más altas en la Sevilla de 1597[197], pues la ciudad era más rica que Valladolid y entre 1576 y 1598 la inflación ha hecho su labor. La cifra resultante es de 15 000 maravedises por sevillano (100 000 habitantes, y alcabalas de 159 millones de maravedises), es decir, el triple de la cifra de Valladolid en 1576.

Pero dejemos ya estas cifras locales (que nos proporcionan una reveladora imagen geográfica de la riqueza castellana)[198] y pasemos a la cuestión más general de la evaluación del volumen total del movimiento del comercio. En 1598, y a la escala de Castilla, el volumen de la alcabala (con el que se incluyen, por desgracia, el de las *tercias*) se eleva a mil millones de maravedises (las tercias representan los 2/3 de ciertos diezmos pagados a la Iglesia; como es natural, deberían ser excluidas de nuestros cálculos). Pero nuestra hipotética cifra de 10 000 millones de maravedises nos da una idea de la escala del volumen total alcanzado por los cambios del comercio interior. Si lo repartimos per cápita, obtendremos 1500 maravedises por habitante, es decir, exactamente cuatro ducados. La cifra es inferior a la que arroja Valladolid en 1576 y a la de Sevilla en 1598, pero el hecho no debe sorprendernos: las economías urbanas son siempre las más dinámicas.

Las aduanas para el comercio exterior nos pueden servir de base para algunos cálculos (aunque no permitan conclusiones seguras). Calculando arbitrariamente dicho comercio según la base de uno a 10 entre derechos de aduana y valor de los tráficos, se llega a una cifra de 3.63 miles de millones de maravedises (importaciones). Y aunque la balanza de pagos sea desfavorable a España, no resulta arbitrario suponer 3.63 miles de millones en exportaciones: añadamos 700 millones para las entradas de metales preciosos, y —sin justificarnos en exceso— sumemos los 10 000 millones correspondientes a las alcabalas y los 7960 millones del comercio exterior, con lo que alcanzaremos un total de unos 18 000 millones de maravedises, o nueve ducados por cabeza (en una Castilla de cinco millones de habitantes). Ya habrá notado el lector que la relación entre comercio exterior (importación) y comercio interior es, aproximadamente, de uno a tres.

Segunda puerta que se nos abre: la Francia de los años 1551-1556. En este caso conocemos una cifra segura: el valor total de sus importaciones[199] es de 36 millones de *livres tournois*, de las cuales, dice la fuente de estas cifras, 14 o 15 millones representan artículos de lujo, inútiles *bifferies*, como los llama. Estos 36 millones (a dos *livres* y seis *sous* el écu) equivalen a 15.7 millones de écus. Doblaremos esta cifra para obtener el total de las importaciones y exportaciones, con lo que obtenemos 31.4 millones, los que multiplicaremos por tres para obtener el volumen del comercio interno (47.1 millones). El total se eleva entonces a 78 millones y medio de écus. Si Francia tiene en ese momento 16 millones de habitantes (cifra que, como es bien sabido, aceptan todos los historiadores, pero para la que se carece de pruebas), le corresponderán cinco écus a cada habitante. Si expresamos esta cifra en

ducados españoles, nos da alrededor de 5.6. Esta cifra, aplicable únicamente al periodo 1551-1556, es, como era de esperar, más baja que la española de finales de siglo. Pero Castilla es más rica que Francia; además la cifra española de 1598 está afectada por la inflación, y por lo que respecta al divisor del caso francés, 16 millones, no tenemos certeza definitiva. Pero todas estas incertidumbres juntas no nos pueden privar de la satisfacción de ver cómo estos dos *índices* soportan una confrontación.

¿Se puede usar el más débil de ambos como baremo a escala del Mediterráneo, considerado este como un todo? Hay buenas razones en pro y en contra. Solucionemos la cuestión redondeando la cifra del índice francés, y concluyamos diciendo, *sin la menor garantía de certeza*, que el volumen total de las transacciones comerciales es, para los 60 millones de mediterráneos, de unos 300 *millones en oro*.

Esta cifra es tan poco sólida que ningún economista la aceptaría. Sin embargo podemos decir: *1*. que este volumen es muy superior al beneficio, a la renta del mercader, que puede elevarse muy bien a 10, 20 o 30 % del volumen de negocios efectuados; *2*. que la puesta en juego de las transacciones comerciales —suponiendo que nuestra cifra sea exacta— solo asciende, y apenas, a un tercio de la producción; *3*. que en este contexto, imperfecto sin duda, pero revelador, es importante descubrir la parte que representa el comercio a largas distancias, el *Fernhandeln*, auténtico corazón del capitalismo comercial. La cuestión merece, como es natural, algunos comentarios.

Significado y limitación del comercio a largas distancias

La razón de ser del comercio a largas distancias es que pone en contacto, y a veces con no pocas dificultades, regiones donde determinados productos se pueden comprar a precios bajos con otras donde se pueden vender a precios elevados. Citemos unos ejemplos conocidos: comprar cariseas o mandarlas hacer en los Costwolds ingleses y venderlas en Alepo o en Persia, o comprar telas en Bohemia y revenderlas en el Brasil, o comprar pimienta en Calicut y revenderla en Lisboa, Venecia o Lúbeck. Estas largas rutas suponen amplias diferencias de voltaje, enormes en verdad a comienzos del siglo XVI, particularmente en Lisboa, donde los beneficios comerciales crecieron como plantas tropicales. B. Porchnev[200] tiene razón en lo que afirma acerca del comercio báltico en el siglo XVII: lo que cuenta no es tanto el volumen de los tráficos como el tanto por ciento final de los beneficios. El capitalismo,

dotado entonces de la agilidad propia de todo cuerpo joven (pues en ese momento era la fuerza económica más moderna y alerta), se sentía atraído por esos elevados beneficios y sus rápidas *acumulaciones*. Resulta evidente a la larga que todas las diferencias de niveles de precios tendían a ser eliminadas, particularmente cuando los negocios iban bien. El comercio a largas distancias debió entonces cambiar sus opciones. Así conocerá periodos más o menos fastos: muy fasto, la primera mitad del siglo XVI[201]; en su segunda mitad se estabilizan los beneficios; y en el siglo XVII se produce una renovada prosperidad. Ha sido posiblemente la baja relativa del comercio lo que ha decidido a un gran número de hombres de negocios a invertir en préstamos al gobierno y en los cambios; esto acabó culminando en una especie de capitalismo financiero. Entendámonos: no se trata de diagnosticar un descenso en el volumen del comercio, pues continuó creciendo durante ese periodo. Nos referimos exclusivamente a los *beneficios* obtenidos por los mercaderes importantes.

El historiador Jacques Heers[202] protesta contra la excesiva importancia generalmente atribuida al comercio de especias y drogas, como si en el siglo XVI fuese este más importante que el de cualquier otro producto. Y añade: «Cuando, después de la historia del alumbre[203], se escriba la del comercio de vinos y granos, la de la sal, la del algodón y hasta la del azúcar y la seda, surgirá ante nosotros una historia económica del mundo mediterráneo muy diferente, en la que la pimienta y las drogas ocuparán un lugar menos importante, en particular del siglo XIV…». Todo depende del punto de vista. No hay duda de que Jacques Heers tiene razón en el plano de una geografía económica. Pero está equivocado si se trata de un estudio sobre el primer gran capitalismo. Deberíamos tener *in mente* la observación de B. Porchnev: Lo que verdaderamente cuenta en este terreno son los porcentajes y los beneficios fáciles, es decir, la acumulación de capital. No cabe duda de que el volumen del comercio del grano es mucho más importante que el de la pimienta. Con todo, Simón Ruiz no se sentía muy animado a comprar trigo, porque la operación conlleva no pocos riesgos para el mercader. El trigo no es, como la pimienta o como la cochinilla, una *mercancía real*, relativamente exenta de riesgos. Quien negocia en trigo ha de contar con las exigencias de los transportistas, y también con la vigilancia de las ciudades y los Estados. Excepto cuando estaban en juego enormes cantidades de dinero, como ocurrió en 1521[204] y en 1583[205], o con ocasión de las compras masivas de los años 1590-1591, el capitalismo de altura no participa de modo continuo en el

comercio de cereales[206], al menos durante la segunda mitad del siglo; ni tampoco en el vigiladísimo comercio de la sal.

Vemos, pues, que el comercio a largas distancias depende siempre de coyunturas muy precisas. Toda la historia económica de Castilla bajo la influencia genovesa lo evidencia claramente desde que Felipe Ruiz Martín[207] ha analizado el funcionamiento de sus mecanismos. Solo cuando encuentran dificultades en exportar de España la plata de América, compran los genoveses alumbre, lana, aceite e incluso vinos andaluces, para obtener por estas mercancías el dinero contante que necesitan tanto en los Países Bajos como en Italia. El último *boom* de la lana en Venecia parece haber sido resultado de una de estas operaciones[208]. Estoy seguro que un sistema semejante, dirigido desde arriba, funcionaba en el reino de Nápoles para cualquier compra eventual de azafrán, seda, aceite o del mismo trigo de Apulia. Todo un ejército de mercaderes milaneses, florentinos, genoveses y venecianos (en especial bergamascos) se asienta en las ciudades del reino de Nápoles; son en su mayor parte, pese a los aires que se dan y la cantidad de mercancías que contienen sus almacenes, comerciantes de poca monta; su tarea consistía en permitir beneficiarse a sus amos o a sus corresponsales de los privilegios y franquicias adquiridas localmente en el transcurso de los años. Operan solamente obedeciendo órdenes, del mismo modo que los mercaderes marselleses que compran de golpe grandes cantidades de moneda contante[209] en Alepo o Alejandría se están limitando a ejecutar las órdenes de los mercaderes lioneses, que eran quienes movían estos largos hilos de acuerdo con las oscilaciones del mercado. Y de manera idéntica los mercaderes españoles estaban al servicio de los grandes negociantes extranjeros[210].

De modo que el alto capitalismo mercantil era el resultado de una serie de atentas elecciones; o si se quiere, un sistema de vigilancia y control que solo interviene cuando hay esperanzas de ganar mucho, y sin riesgo. Se adivina toda una *estrategia* (es más: a veces se nos presenta a plena luz) que interviene tan pronto en un lugar como en otro de acuerdo con la variación del precio de las mercancías y con el grado de riesgo posible. Se puede ganar más con la mercancía pura que con los cambios, pero también se pueden sufrir pérdidas mayores. Giovanni Domenico Peri, informador seguro, nos lo dice: «por lo general hay más posibilidades de ganar con 1000 escudos en mercancías que con 10 000 en cambios»[211]. Pero sabemos que en los cambios los hombres de negocios comprometen más el dinero ajeno que el propio y que el movimiento de esas enormes sumas estaba concentrado en

muy pocas manos. Tampoco hay duda de que se podían conseguir mayores ganancias generales con los cinco millones de ducados que pueden representar el tráfico marítimo de los granos del Mediterráneo a finales del siglo que el millón en oro que pueda valer la pimienta asiática a su llegada a Europa. Pero en el primer caso hay comprometidas muchas partes, mientras que en el segundo unas pocas firmas poderosas dominan el juego del mercado. Y la acumulación de capital operada funciona a su favor. Los *marranos* portugueses que en 1627 desplazan a los banqueros genoveses son, en su origen, mercaderes de pimienta y especias.

Y, del mismo modo, los todopoderosos banqueros y financieros genoveses solo llegan a controlar, en los días de su mayor esplendor, un sector, en modo alguno mayoritario, de la vida económica de la España imperial. Pero consiguen grandes beneficios gracias a ser ellos muy pocos. Los contemporáneos se dan cuenta con frecuencia de su importancia relativa. En junio de 1598 vemos a los *financieros* genoveses tratando de conseguir que se prorroguen las ferias de Medina del Campo, ocasión para ellos de conservar más tiempo en sus manos el dinero que les habían confiado los inversores. Pero los mercaderes de Burgos, antaño sus leales secuaces y ahora sus más encarnizados enemigos, se niegan a cooperar. Y explican que en el volumen total de los negocios que se han hecho en la feria, los de los *asentistas* que prestaban dinero al rey son inferiores a los tratos de los mercaderes ordinarios y en ningún modo comparable con estos. «A decir verdad [explican los demandantes] podemos asegurar a Vuestra Majestad que las cantidades que deben de pagar en las ferias los que no están incluidos en el decreto son muy superiores a lo que deben pagar los mercaderes mencionados en el mismo.»[212] (El decreto mencionado es el del 29 de noviembre de 1596). El testimonio es claro, pero no liquida el problema que nos preocupa. El hecho esencial es que en ciertos sectores se ha establecido la concentración de negocios como característica permanente.

Las concentraciones capitalistas

Esta concentración de empresas ha sido un proceso muy frecuente a lo largo del siglo XVI. Pero según las diferentes coyunturas ha experimentado retrasos o aceleraciones bruscas. Durante el *primer* siglo XVI, ese momento que todo va tan aprisa, surgen las grandes empresas familiares, los imperios de los Fugger, Welser, Hochstätters y Affaitati[213]. Después de la recesión de mediados del siglo comienza a presentarse una situación diferente que

favorece la aparición en grandes cantidades de pequeñas empresas. Desde ese momento aumentan la difusión de la información y las posibilidades de especulación, como Wilfrid Brulez[214] ha demostrado en su estudio sobre Flandes. Para integrar estas pequeñas empresas en el vasto mundo, es preciso que el transporte se haga autónomo, que se generalice el trabajo a comisión, que se normalice y se extienda el papel del corredor, y que el crédito resulte más fácil de conseguir y en consecuencia más peligroso. Y sucesivas rachas de quiebras irán marcando, a partir de 1550, todo cambio brusco de la coyuntura.

Muy poco sabemos de lo que pasaba en las altas esferas del capitalismo mediterráneo. El silencio de los archivos genoveses nos condena a explicaciones incompletas. Sería interesante poder ver cómo estos altos sectores del comercio, las finanzas y la banca se apoyan en los estratos más bajos, es decir, dependen de los pequeños mercaderes y de una gran cantidad de inversores más o menos ingenuos. Sin los pequeños negocios, verdadero campo de cultivo de la vida económica, los bancos, tanto en Nápoles como en cualquier otro lugar, no habrían podido subsistir. Y sin los cargamentos a cuenta de clientes muy modestos, las mismas flotas del Nuevo Mundo habrían encontrado no pocas dificultades. Y, para terminar, sin el ahorro español e italiano, que ellos fueron los primeros en movilizar, los *asentistas* de Felipe II nunca habrían podido llevar a término sus enormes operaciones financieras.

La firma familiar, tanto a altos como a bajos niveles, y las asociaciones a corto término, raramente renovadas, son las características del capitalismo mediterráneo. El codo con codo, los divorcios y los nuevos matrimonios son eficaces a cierta escala. Así los genoveses que prestan dinero al Rey Católico constituían ya una asociación permanente, sin que ninguna fórmula jurídica les una formalmente antes del *medio general* de 1597: operan de dos en dos o de tres en tres, y con frecuencia todos juntos en tiempos de crisis o cuando hay buenas operaciones a la vista. Su pequeño número y su solidaridad de clase los mantienen firmemente unidos. Se les conoce comúnmente bajo el nombre genérico de *la contratación*, lo que demuestra, si hiciera falta probarlo, que constituyen un grupo. Las casas que no estaban unidas por la necesidad constituían *ententes* que podían resultar muy beneficiosas, como claramente demuestran los estudios genealógicos que tan minuciosamente ha realizado Hermann Kellenbenz, los cuales arrojan una luz muy viva sobre la compleja red de matrimonios, lazos familiares, amistades y complicidades que se extiende de Ámsterdam a Lisboa, Venecia y las Indias portuguesas, y

que preparan —o se integran en él— el gran vuelco geográfico de la riqueza mundial que marca la transición del siglo XVI al XVII[215].

Es muy posible que basten estas costumbres y estas soluciones para explicar la razón por la cual el Mediterráneo nunca ha sentido, como el Norte, la necesidad de las grandes compañías, las *Joint Stock Companies*, a quienes acabará perteneciendo el futuro.

El tonelaje real de las flotas mediterráneas[216]

En nuestro intento de calcular el tonelaje total de las flotas mediterráneas vamos a contar con cifras que valen muy poca cosa. Inglaterra, Francia, los rebeldes Países Bajos y España tenían cada uno, en la década del 1580, 200 000 toneladas de navíos, siendo seguramente los Países Bajos[217] quienes poseían más (unas 225 000 toneladas en 1570), y estando las otras tres naciones muy por debajo de ellos: España con unas 175 000 (cálculo para el año 1584)[218], y Francia e Inglaterra muy por debajo de esta cifra, aunque no sabemos con cuántas toneladas contaban. Si se acepta el total de 4000 navíos que da Saint-Gouard[219] (quien, para ser exactos, dice: de 4000 a 5000 navíos) como efectivo de la flota francesa y se acepta un tonelaje medio por navío de 40 o 50 toneladas, el resultado —contando por lo bajo— se coloca en las 160 000 toneladas. Si aceptamos que la flota inglesa contaba con 2000 navíos en 1588[220], la cifra más elevada a que llegaremos será la de 100 000 toneladas. Y, según el mismo baremo, habrá que aceptar para 1629[221] la cifra de 200 000 toneladas, teniendo en cuenta la prosperidad marítima de Inglaterra. Así que en el Atlántico se movían unas 600 o 700 000 toneladas de barcos, cifra obtenida sin contar las de las otras marinas del Norte, pero tampoco sin restar los que pertenecían a los puertos mediterráneos de Francia y España. Pero poco importan, porque estas cifras relativas al Atlántico solo tienen un interés marginal en relación con el problema que nos ocupa.

Si intentamos ahora calcular el tonelaje mediterráneo durante los 30 últimos años del siglo, podemos comenzar concediéndole un máximo del tercio de la flota española, o sea, 60 000 toneladas. Venecia cuenta, en 1605[222], y de acuerdo con cifras bastante dignas de confianza, con 19 100 toneladas contando solo los barcos grandes, y de 30 a 40 000 toneladas si incluimos también los pequeños. Concedamos esta misma cifra de 40 000 toneladas a Ragusa, Génova y Marsella respectivamente, y también esta a las marinas de Nápoles y Sicilia; si, para terminar, añadimos la turca, concediéndole el doble que a cada una de estas últimas, tendremos un

máximo de 280 000 toneladas, que, sumadas a las 60 000 de España, dan una cifra total mediterránea inferior a las 350 000 toneladas. Aun así, la diferencia entre el Mediterráneo y el océano no es exagerada: 300 o 350 000 toneladas el primero frente a las 600 o 700 000 el segundo, es decir, una proporción de uno a dos. Por una parte el nada insignificante Mediterráneo y por otra el Atlántico y los Siete Mares. Y los viajes por el Mediterráneo eran, como es natural, más numerosos que los de los largos itinerarios oceánicos: es muy corriente que una nave ragusina haga dos o tres viajes por año.

¿Deberíamos incluir en el activo del Mediterráneo los barcos del Norte que comienzan a irrumpir en sus aguas a partir de 1570? Posiblemente suman un centenar de unidades, y si calculamos para cada uno de 100 a 200 toneladas, nos encontramos con 10 o 20 000 toneladas más que añadir a la cifra dada anteriormente para el Mediterráneo. Pero, puesto que este tonelaje está en la proporción de uno a 15, o de uno a 35 con el total del de dicho mar, la cifra final no varía de modo significativo. Tampoco hemos contado el centenar de naves redondas de los corsarios berberiscos —unas 10 000 toneladas quizá a comienzos del siglo XVII—.

En resumen, pese a la incertidumbre respecto a nuestras 300 o 350 000 toneladas, nuestros cálculos establecen: *1)* que el Mediterráneo pertenece prioritariamente a los barcos y tripulaciones mediterráneas; *2)* que los barcos del Norte son un accidente y que su presencia no altera drásticamente las estructuras de la navegación mediterránea, que como hemos visto estaban sólidamente establecidas; *3)* que la mitad al menos de estos barcos del Norte estaban al servicio de las ciudades y la economía mediterráneas, navegando en torno del mar, de puerto en puerto, cargando fletes, cruzando una o dos veces el estrecho de Gibraltar para volver en seguida sobre sus pasos. No debemos, pues, exagerar, ni tampoco minimizar, el papel de estos navíos, al servicio —de hecho— de ciudades demasiado ricas para poder permitirse el ser autosuficientes.

Un historiador[223] nos ofrece una serie de cifras seguras sobre el tonelaje de la flota de Ragusa: 55 000 toneladas hacia 1570, 32 000 hacia 1600; sobre el número de hombres que las tripulaban: de 3000 a 5000; sobre su valor total: 200 000 ducados hacia 1540, 700 000 hacia 1570, 650 000 hacia 1600; y, finalmente, su renta anual: de 180 a 270 000 ducados. ¿Podemos extender estas cifras, basadas en una sólida documentación, a todo el Mediterráneo? Si hacemos así, el valor total en dinero de este conjunto de cuerpos flotantes alcanza *grosso modo* unos seis millones de ducados, su renta se aproxima a los dos millones y el total de sus tripulaciones a 30 000 hombres. Si, como en

el caso de Ragusa, por lo menos la mitad del beneficio de los fletes es para pagar a la tripulación, y el resto va a las manos de los propietarios de las *partes*, los ingresos anuales de un marinero son de unos 30 ducados al año, suma modesta. Estos salarios, sin embargo, inciden seriamente en el beneficio de los propietarios, a cuyo cargo corre entretener un navío que requiere cuidados y reparaciones: una vez será un gobernalle, otra un mástil (siempre difíciles de conseguir), otra unos simples barriles o un esquife… Y hay que proveer las mesas de los oficiales y la marinería. Además los seguros sobre *casco* y *flete* son por lo general de 5 % o más del capital invertido. Basta que aumenten los salarios de los marineros y de los oficiales, o que aumente el precio unitario de la tonelada de construcción (o de venta), sea en Lisboa[224] o en Venecia[225], para que el mercader *capitalista* comience a pensar si no será mejor abandonar esta poco rentable actividad: dos o tres millones de ducados de renta es, desde luego, mucho, pero repartidos entre 10 000 navíos, significan muy poco para el propietario de un barco. En Venecia, si el módulo en que apoyamos nuestros cálculos es exacto, los barcos dejan de 180 000 a 200 000 ducados: una buena rebanada de pan y nada más.

Pero todo esto no pasa de ser un ejercicio conjetural. Sabemos muy poco acerca de las cuentas de las naves: unas hojas a todas luces insuficientes, un cuaderno en el *Archivio di Stato* de Venecia[226], un documento muy posterior (1638) concerniente al gran galeón veneciano *Santa María Torre di Mar*…[227]. Deben existir bastantes documentos, pero hay que dar con ellos. Y, para terminar, es muy probable que nuestros cálculos sean más indicativos de los movimientos a largas distancias que del puerto a puerto del cabotaje: importante omisión. Pero una cosa es cierta: a finales del siglo XVI los enlaces marítimos son un trabajo abandonado (excepto en el caso de algunos ricos propietarios) en manos de hombres de negocios de inferior o mínima categoría. Si se están armando unos galeones en Nápoles, bastará enviar unos pocos reclutadores a los puertos de Apulia para encontrar los marineros necesarios[228]. Y cuando un navío llega al final de su carrera después de más de veinte años de buenos servicios, vendrá otro más pobre y pequeño a ocupar el puesto que deja vacante.

Los transportes terrestres [I-594]

Ya hemos indicado[229], de acuerdo con las cifras españolas, que la relación de tráficos entre vías terrestres y marítimas podía ser, más o menos, de una a tres. Si tres millones representan el volumen del transporte marítimo,

el tráfico terrestre sería, por sí solo y a escala del Mediterráneo, de un millón de ducados. No creo en absoluto en la validez general de esta proporción. Pero aun en el caso de que supongamos igualdad de tráfico entre ambas circulaciones, el valor que resulta, seis millones de ducados, aparece como muy insuficiente y casi absurdo. Debemos conseguir, en efecto, encuadrar dentro de este magro espesor monetario la múltiple agitación de las rutas mediterráneas, que, como ya hemos visto, es una de las características esenciales (entre otras tantas) del mar interior.

Es inevitable que se deslicen errores en nuestros cálculos. Pero de lo que no cabe duda es de la pobreza, de la modesta vida de los transportistas, marineros unos y campesinos otros; estos últimos dividen su tiempo haciendo unas veces de arrieros, y cultivando las tierras, criando animales, ejerciendo de artesanos otras. Contamos, por ejemplo, con algunas informaciones circunstanciales, de finales del siglo XVI, sobre los arrieros de la Maragatería, la región de Astorga, en el reino de León[230]. Los maragatos eran verdaderamente indigentes y externamente lo seguirán pareciendo aún después de haber hecho fortuna, más adelante, en los siglos XVIII y XIX. A finales del reinado de Felipe II, su ocupación consiste en cargar pescado, especialmente sardinas, en los puertos del Cantábrico, y traerlo a Castilla, además de trigo y vino. Eran los camioneros de aquella época, y la distribución del pescado que realizaban por todas las ciudades de Castilla[231] era ya notable en el siglo XVI. El problema de cómo se ganaban la vida se aclara al estudiar los detallados censos de 1561 y 1597, cuando nos damos cuenta de que el *traginero* asocia a estas actividades los recursos de la cría de ganado, la agricultura, el artesanado y el comercio. El que se limite solo al transporte será sempiternamente pobre, como es el caso del joven Juan Nieto, que transporta pescado «e mas vezes traia alquilado que por sus dineros». Quien vive mejor es el *traginero* que compra y revende el pescado que transporta.

Siempre al borde de la miseria, el transportista no era solo transportista, sino también campesino o artesano. Lo mismo ocurre en toda Europa hasta mucho después del siglo XVI. Las embarcaciones que llevan la sal Ródano arriba, en el siglo XVII, desde las salinas de Peccais hasta los cantones suizos, no pueden ir más allá de Seyssel. Desde allí se transportaba la sal en carros a Ginebra. Pero estos transportes se han de supeditar a hacerse fuera de la época de la siembra o de la recolección, pues los campesinos solo están dispuestos a transportar mercancías durante las pausas de sus propias faenas agrícolas[232]. La industria del transporte no se puede separar fácilmente de la vida

campesina que la anima y tampoco de la vida de las pequeñas ciudades que de él derivan buena parte de sus ingresos. Cartagena, a comienzos del reinado de Felipe II, resulta ser esencialmente una ciudad especializada en transportes, en *acarateo*[233].

De manera que la circulación de mercancías estaba asegurada por múltiples actividades, mal retribuidas tanto en mar como en tierra, que resultaban atractivas a marineros y arrieros por los pequeños beneficios que se obtenían con el constante cambio, puesto que cada uno acarrea las mercancías por cuenta y riesgo propios. De este modo, el transportista, con frecuencia en contacto con una economía primitiva, entraba en relación con la economía monetaria; su posición de intermediario tiene necesariamente sus ventajas cuando, de vuelta en su pueblo, lleva a término sus transacciones. Sin embargo, desde un contexto general, los transportes eran baratos en el siglo XVI, y esa baratura relativa se fue acentuando con el paso de los años, yendo la retribución de los transportistas muy por detrás del movimiento de los precios[234]. Circunstancia que sin duda ha servido de estímulo a la actividad comercial.

El Estado, principal empresario del siglo

Los Estados del siglo XVI se afirman cada vez más como grandes recaudadores y redistribuidores de rentas; por medio de impuestos, venta de servicios, rentas y confiscaciones, se apoderan de una enorme parte de los diferentes *productos nacionales*. Este múltiple acaparamiento de fondos resulta muy efectivo porque el conjunto de los presupuestos estatales fluctúa a la par de la coyuntura general y sigue la marea de los precios[235]. La irrupción de los Estados en el centro mismo de la vida económica no es un accidente, ni tampoco una fuerza intempestiva, como ha pensado, quizá un poco precipitadamente, Joseph A. Schumpeter[236]. Lo haya pretendido o no, el Estado se ha convertido en el empresario más importante del siglo. De los Estados dependen las guerras modernas, con su constante y creciente requerimiento de efectivos humanos y dinero; y lo mismo ocurre con las mayores empresas económicas: la *Carrera de Indias*, con base en Sevilla, la ruta entre Lisboa y las Indias Orientales, a cargo de la Casa de Indias, es decir, del rey de Portugal.

La *Carrera de Indias* es *mutatis mutandis* el sistema veneciano de las *galere da mercato*, prueba evidente de que este capitalismo de Estado ha rebasado su estadio inicial. Permanece muy activo: en el Mediterráneo, el

Arsenal de Venecia[237] y su copia, el doble arsenal de Gálata son los mayores centros manufactureros del mundo de entonces. También dependen del Estado todas esas Casas de la Moneda[238] activas tanto en la cristiandad como en el islam, en la cristiandad frecuentemente bajo el directo control del Estado, y cedidas por contrato en el Imperio turco y en la regencia de Argel, pero estrictamente supervisadas por el Estado. También dependen del Estado —y volveremos más adelante sobre el tema— las bancas públicas, cuyo momento de gloria llegará con el final del siglo. Pero aquí eran los Estados urbanos, o, si se prefiere, de carácter esencialmente urbano, los que dirigían la marcha. Los Estados territoriales habrán de esperar todavía largo tiempo, y la primera de sus bancas será la de Inglaterra (1694)[239]. Felipe II no prestará atención, en 1583, a los consejos del flamenco Peter van Oudegherste[240], que en vano tratará de persuadirle a crear una banca de Estado.

Estas ausencias no impiden que sea larga la lista de las *operaciones* públicas. Como dice un historiador, las grandes instalaciones puestas a punto por el gobierno pontificio en Tolfa y Alumiere para la explotación de las minas de alumbre representan un verdadero *complejo industrial*[241]. El mismo gobierno turco, más dirigista que cualquier otro, cuenta en su activo con múltiples creaciones; la rápida construcción de la mezquita Suleimaniya[242] (y contamos ahora con un reciente y magnífico estudio sobre las obras *in situ* de la construcción) nos ofrece un excelente ejemplo. Y si ampliásemos lo que llamamos capitalismo de Estado en Occidente a ciertas operaciones mixtas, capitalistas y públicas, como lo es la construcción de El Escorial[243], obra tan notable por lo que se refiere a las técnicas de construcción empleadas, alargaríamos notablemente la lista de semejantes realizaciones. Por medio de todas estas actividades, el Estado reintegra al torrente circulatorio el dinero llegado a sus arcas, y, en caso de guerra y si las circunstancias lo requieren, gasta sumas superiores a las de sus ingresos. Guerras, obras públicas y empresas son, en grado mayor de lo que se puede suponer, incitaciones económicas. Lo verdaderamente desastroso para la economía es que el dinero se vaya amontonando en los cofres, en el tesoro que amasa Sixto V en el Castillo Sant'Angelo,[244] en las arcas de la Zecca de Venecia o en las de Sully en el Arsenal…

Una vez dicho esto, no nos resultará muy difícil calcular la riqueza de los Estados. Sabemos hoy muchas cosas sobre sus presupuestos y podríamos, sin esfuerzo, saber muchas más. Si aceptamos para finales del siglo XVI las cifras que vienen a continuación, y que son las de los presupuestos que conocemos, nueve millones de ducados para Castilla[245], 5 millones para la Francia de

Enrique IV[246], 3.9 millones para Venecia y su imperio[247], seis millones para el Imperio turco[248], es decir, un total de 24 millones para una población de unos 30 millones, y si multiplicamos esta cifra por dos de acuerdo con los 60 millones de personas que pueblan la totalidad del mundo mediterráneo, llegaremos a una cifra final, indudablemente artificiosa, de 48 millones de ducados. Según este baremo, cada hombre proporciona menos de un ducado anual a su príncipe (y otro ducado, sin duda, a su señor…).

Estoy seguro que después de las elevadas cantidades que hemos estado barajando antes, esta cifra parecerá muy baja. Los Estados, tan agobiantes, reclaman exclusivamente para sí todo el escenario de la historia, ¡y si solo se conformasen con eso! Es posible, sin embargo, que estas cifras sean las más exactas de todas las que hemos ofrecido hasta ahora. Pero no estará de más tener presente que los Estados, incluido el Imperio turco, han ido más allá del estadio de la economía no monetaria. Los tributos anuales exigidos por ellos se pagan con la *sangre velocísima* de la circulación de las monedas *contantes y sonantes*, mientras que las evaluaciones que habíamos efectuado hasta aquí eran una traducción en lenguaje monetario de transacciones que escapan en buena parte a la economía de mercado. Así, esos Estados poseen la agilidad de la economía moderna. Acaba de nacer el Estado moderno, armado hasta los dientes y, a la vez, indefenso, puesto que no es autosuficiente para llevar a cabo sus tareas: para hacer la guerra, percibir los impuestos, administrar sus propios intereses y hacer justicia, debe supeditarse a los hombres de negocios y a una burguesía hambrienta de promoción social. Pero esto es a la vez clara señal de su original energía. En Castilla (que nos provee de un ejemplo particularmente claro) mercaderes, grandes señores, letrados, todo el mundo participa en empresas estatales. Había comenzado la escalada de honores y beneficios. Tarea laboriosa: incluso de los más modestos secretarios del Consejo de Hacienda y Junta de Hacienda conservamos informes, cartas, pruebas de devoción al rey y al bien público, pero junto con ello, también peticiones y denuncias dictadas por el interés personal.

Queda abierto el debate para saber si ha sido o no beneficiosa esta expansión del Estado. En cualquier caso, era tan inevitable como el capitalismo vigilante de los grandes mercaderes. Se opera en beneficio del príncipe una concentración de medios de una envergadura hasta entonces desconocida. Cuarenta o 50 millones de ducados (no *supuestos* con el fin de permitir nuestros cálculos, sino *reales*) funcionan como una excelente palanca de mando.

Tanto en el campo de la historia, como en el de las otras disciplinas científicas, las explicaciones clásicas pierden su fuerza, se gastan, a fuerza de ser repetidas. Y hoy ya no vemos el siglo XVI como el siglo tumultuoso de los metales preciosos y los precios incontrolables que nos presentaba François Simiand[249]. Frank Spooner y yo[250] hemos tratado de calcular el volumen total de moneda en circulación en Europa y el Mediterráneo *antes del descubrimiento de América*. Nuestra cifra, obtenida a partir de ecuaciones simples pero no seguras, ronda un total de 5000 toneladas de oro y 60 000 de plata. La llegada de lingotes de América durante el siglo y medio que va del 1500 al 1650 representa, según los cálculos de Earl J. Hamilton[251], 16 000 toneladas de metal blanco y 180 de metal amarillo. Si suponemos por el momento que, muy en líneas generales, todas estas cifras son correctas, veremos que alteran ciertos problemas y confirman otros. Es decir:

1.º Nos ofrecen un cuadro más optimista de la situación anterior al 1500, y, en consecuencia, del siglo XV, punto de vista que entre nosotros, los historiadores[252], cuenta con sus defensores. Podemos anotar en su activo el enorme avance experimentado *en Occidente* por la economía monetaria: a la altura del 1500 ya había conquistado toda la esfera de los impuestos debidos al príncipe, y una parte de lo que se había de pagar a los señores de las tierras y a la Iglesia.

2.º François Simiand creía que los minerales americanos habían representado el factor decisivo. Según él el *stock* monetario se habría duplicado de 1500 a 1520, duplicado de nuevo de 1520 a 1550, y finalmente, más que duplicado de 1550 a 1600. «Lo que da, para el total del siglo XVI [escribía] un aumento del *stock* superior a las cinco veces. En el siglo XVII, en el siglo XVIII y en la primera mitad del XIX, vemos, al contrario, que incluso considerando periodos de 100 años apenas si se llega a una duplicación del *stock*»[253]. Hoy ya no podemos aceptar semejante interpretación. El siglo XVI no ha conocido una marea de riquezas sin precedentes en la historia. El crecimiento demográfico, las devaluaciones monetarias, la relativa expansión de la vida económica, y, sin duda, la acelerada circulación del dinero contante y otros medios de pago pueden valer también para explicar esas altas cotas y esas revoluciones o pseudorevoluciones del siglo XVI[254]. Pero ya volveremos luego sobre este problema.

3.º En cualquier caso, el Mediterráneo, pese a la expansión del crédito, no contaba en el siglo XVI ni con el numerario ni con el papel equivalente que le

consintiera contabilizar cada año, aunque fuese por un solo instante, los cambios y salarios de una masa de 60 millones de seres. Insuficiencia que era endémica. En Venecia, en 1603, y aunque los cofres de la ciudad están repletos, llega un momento en que no hay monedas de plata para pagar el salario de los obreros[255]. Cuánto mayor no sería su carencia en las regiones de economías retrasadas, donde el trueque omnipresente colma esta deficiencia. Por otra parte, hay que reconocerle al trueque no poca agilidad: fue él quien preparó el camino a la economía monetaria, pero esta solo puede animarse y prosperar con los pagos en contante. A orillas del Báltico, las pequeñas cantidades de dinero que invierten mercaderes hanseáticos y occidentales ayuda a acelerar una economía todavía primitiva. A finales de siglo se generalizan las letras de cambio, y quizá compensan el retraso (si es que lo ha habido)[256] con que llegan de América los metales preciosos durante la segunda y tercera décadas del siglo XVII. En 1604[257], un veneciano nos habla de un tráfico anual de 12 a 16 millones de escudos en las ferias de Plasencia. Domenico Peri indica un tráfico de 30 millones hacia 1630[258]. Pero no son cifras seguras. Y estos cambios solo animan la circulación en las cotas más altas de la vida económica.

4.º No hay duda de que la economía monetaria hizo progresos. En el Imperio turco este progreso va acompañado de una serie de depreciaciones monetarias en marea creciente que alcanzan, virtualmente, dimensiones revolucionarias. A diario descubren los historiadores evidencias de todas estas realidades. Todos los precios suben. Se rompen todos los antiguos modelos sociales y los dramáticos cataclismos de Occidente se prolongan aquí casi de modo independiente: mismas causas e idénticos efectos[259].

5.º Pero la importante y nada sorprendente conclusión es la que sigue: La circulación monetaria (y para mí existe con cualquier tipo de moneda, por muy baja que sea) solo penetra determinadas áreas de la vida humana. La viva circulación de los ríos sufre el efecto de la ley de la gravedad y desciende hacia las regiones bajas. Pero la circulación monetaria se encaminó, mejor dicho, hacia las altas regiones de la vida económica. Y eso ha ocasionado enormes disparidades: desigualdades entre las regiones de alto voltaje —las ciudades— y las regiones con poca o ninguna moneda —las rurales—; disparidades entre zonas modernas y zonas arcaicas; entre países desarrollados y países subdesarrollados (porque ya existe entonces esta distinción, los primeros avanzando sin descanso, y los segundos, aunque haciendo progresos —como era el caso de Turquía—, sin poder alcanzar el pelotón de cabeza); desigualdad entre las diferentes formas de la actividad

humana, pues solo el transporte, la industria, y, sobre todo, el comercio y la fiscalidad estatal tienen acceso a la circulación del dinero; desigualdad entre el pequeño número de ricos (*quizá* 5 %) y la gran masa de pobres y muy pobres, aumentando cada vez más la distancia que separa a aquella minoría de esta aplastante mayoría. Yo creo que si los evidentes intentos de revolución social han fracasado —es más, ni han llegado a formularse claramente— ello se debe a la intensa pauperización relativa de la mayor parte de la población.

¿Constituían los pobres de solemnidad un quinto de la población?

En Málaga[260], ciudad que tomaremos como ejemplo (y de los más favorables), una evaluación llevada a cabo con la ayuda de los curas de las parroquias da, en 1559, 3096 vecinos, es decir, a cuatro personas por hogar, un poco más de 12 000 habitantes. Según los ingresos podemos distinguir tres clases: *razonables*, *pequeños y pobres*. Entre estos últimos más de 700 viudas y 300 trabajadores (contándose como medio vecino las viudas y como uno los trabajadores), lo que da un total aproximado de 2600 personas muy pobres, o, dicho de otra forma, más de 20 % de la ciudad. Los *razonables* (lo que no quiere decir ricos) eran unos 300 vecinos, es decir, 1200 personas (10 %). Los *pequeños* constituyen la enorme mayoría, 70 %, o sea unas 8500 personas. La exactitud de estas proporciones es más que probable. Veinte por ciento de la población viviendo en la más extrema miseria, representa un margen muy amplio, pero perfectamente posible sea en el Mediterráneo o fuera de él[261]. Observadores contemporáneos señalan, además, las más espantosas miserias en el corazón mismo de las ciudades más ricas: en Génova, el invierno agrava la vida de pobreza[262]; en Ragusa, tan próspera y sin embargo tan mal equilibrada socialmente, donde en 1595, según nos dice un testimonio, «hay también mucha miseria…»[263]. Carecemos de pruebas que nos consientan saber si las cifras de Málaga pueden también valer para ciudades más o menos favorecidas que ella, y sobre todo, si esta escala de medidas se puede aplicar a las comunidades campesinas, donde los ingresos, estimados en moneda, son magros, pero donde la vida, aunque más ruda que en la ciudad, está más equilibrada. Si aceptamos esta proporción, ello significaría que de 12 a 14 millones de habitantes del Mediterráneo estaban viviendo en la más extrema miseria: una cifra que aunque enorme no es de descartar[264].

El hecho es que no nos hallamos ante economías donde la totalidad de la mano de obra disponible tenga la posibilidad de encontrar trabajo. Sobre el

mercado laboral pesa toda una masa de trabajadores mal utilizados, vagabundos o semivagabundos que son una de las constantes —podríamos decir mejor: una de las estructuras— de la vida europea y mediterránea desde al menos el siglo XII[265]. En cuanto al nivel de vida del campesinado, apenas sabemos nada. Nos permitiremos, en consecuencia, algunas incursiones en ese terreno aunque los resultados no pueden evidentemente pretender valor general alguno…

El día 8 de mayo de 1555[266], un pueblo de la región bresciana resulta destruido por un violento incendio. Dependiendo de la comuna alpina de Collio de Valnopia, el pequeño asentamiento de Tizzo mide nada menos que media milla de circunferencia y cuenta con 260 casas, que resultan todas tan afectadas por las llamas que el encargado del informe solo encuentra las paredes en pie; y detalle final: paga 200 ducados en impuestos a la señoría de Venecia. En estas 260 casas, 274 familias suman un total de 2000 personas, lo que significa (si las cifras son exactas, y tenemos motivos sobrados para creerlo así) que en cada *hogar* había más de siete personas. Sin incluir el precio de las casas, se valoran las pérdidas en 60 000 ducados, o sea, 30 por persona. En julio de ese mismo año, un incendio destruye dos casas campesinas del Trevisano, una región de la planicie; una de ellas se valora en 250 ducados y la otra en 150. En la primera, muebles, forrajes y grano ascienden a 200 ducados, y en la segunda, el heno y los cereales valen unos 90, sin contar los muebles (¿han podido salvarlos?). Las dos víctimas de los siniestros se describen a sí mismos, al presentar su súplica, como *poveri*, y dicen que se han quedado *nudi*, expresiones, sin duda, naturales en quienes están pidiendo dinero, pero que, en todo caso, no debían estar en contradicción con la valoración oficial de lo perdido. Permitámonos, pues, suponer que estas cifras particulares pueden servirnos como unidad de medida. Y, volviendo a Tizzo, completemos el balance del desastre: cada casa, unas con otras, se estima como valiendo 200 ducados, lo que añade 52 000 ducados suplementarios al activo, con lo cual se llega a un total de 112 000, y el capital acumulado es de 56 ducados, en vez de 30, per cápita. Y si suponemos que cada familia recoge una cosecha análoga a la del menos favorecido de nuestros dos siniestrados, es decir, de unos 100 ducados, el ingreso total del pueblo se establece entonces en 27 400 ducados, es decir a 13 ducados y 7/10 por cabeza. Esta serie de cálculos nos conduce al borde mismo de la pobreza, por no decir —aunque sería más justo— de la miseria absoluta. Pero no podemos saber con certeza por dónde corre esta línea divisoria.

He descubierto, demasiado tarde para poder explotar plenamente su extraordinaria riqueza, los documentos de la Sommaria, la Oficina de Contabilidad de Nápoles. Pues bien, todos estos documentos fiscales nos conducen por veinte mil caminos diferentes a un mundo de miseria y de vida difícil. Pescara[267], en la orilla adriática, es una pequeña y miserable ciudad de 200 a 250 *hogares*, y unos 1000 habitantes, todos ellos forasteros o extranjeros, *tomagnuoli, ferraresi, comachiesi, mantovani, milanesi et slavoni*. De este millar de emigrantes solo «cincuenta familias [200 personas] poseen casa propia, viñas y practican alguna industria; los demás no poseen absolutamente nada si no es sus cabañas, o mejor dicho, sus chozas de paja; viven al día, trabajando en las salinas o cavando la tierra». El texto añade que todo iría mejor si los campesinos propietarios tuvieran bueyes con que arar el suelo, prueba evidente de que carecían de ellos. Nos encontramos ante un claro ejemplo de miseria. Y sin embargo, esta pequeña ciudad tiene su puerto, sus tiendas e incluso una feria, la de la *Annunziata*, en marzo.

La Sommaria suministra también detalles acerca de los pueblos que vende y revende, de acuerdo con los azares de las sucesiones, a compradores de rentas señoriales. Lo general es que cada habitante pague un ducado al propietario de la tierra —ducado que abona bajo formas muy diferentes— y esta renta señorial se vende «al cinco o 10 %», es decir a 10 o 20 ducados por cada ducado de renta. Esta regla del ducado por cabeza, que he deducido un poco precipitadamente, vale lo que vale. Otra regla: la renta per cápita del campesino es del orden de los 10 ducados. Pero veamos un caso particular: Supertino[268], en el territorio de Otranto, es, en mayo de 1549, un pueblo de 395 *hogares*, es decir, un pueblo grande, casi una ciudad pequeña. Tiene más habitantes que Pescara. Su riqueza la constituyen principalmente los olivos. Aquí la regla del ducado de renta señorial por cabeza funciona muy mal: había unos 1600 habitantes, y el señor percibía 900 ducados. Pero en este caso particular sabemos el diezmo que se pagaba en especies al señor y con ello tenemos la oportunidad de calcular la producción y los ingresos en moneda del pueblo: 3000 barriles de vino, 11 000 *tomola* de trigo, 4000 *tomola* de cebada, 1000 *tomola* de avena, 1250 *tomola* de habas, 50 *tomola* de garbanzos y lentejas, 550 *galatri* de lino y 2500 *staia* de aceite, lo que representa 8400 ducados en dinero. La renta, si la lista de nuestros ingresos es completa y si el diezmo era efectivamente una décima parte, resulta ser algo superior a los cinco ducados por habitante.

Sin embargo, los pueblos de Castilla, y según las *Relaciones Topográficas*[269] de las averiguaciones de 1576 y 1578, nos ofrecen cifras

más altas. El nivel de vida calculado por medio de una selección[270] es de 15 522 maravedises o 44 ducados por familia; de modo que, si suponemos que cada familia se compone de cuatro miembros, la renta per cápita es de 11 ducados.

Podríamos seguir haciendo cálculos. Los copiosos archivos de los gremios no han sido todavía investigados seriamente. Sin duda, las contabilidades fiscales nos permitirían calcular en más vasta escala el *producto nacional* de cada una de las islas venecianas: Corfú, Creta y Chipre. Por lo que respecta a Sicilia, contamos con excepcionales series de documentos tanto en Palermo como en Simancas. Creo que se podría (con dificultad, pero se podría) calcular el producto bruto del Estado veneciano o del Estado toscano.

Hubo un tiempo en que creí poder resolver estos problemas tomando como límite mínimo el precio de los esclavos o de los galeotes, o el salario de los forzados voluntarios, o incluso el de los soldados o los sirvientes domésticos. Pero no estoy ahora seguro de que los precios puestos al hombre sean realmente *marginales*. Los esclavos se venden, en Sicilia y Nápoles, unos con otros, a 30 ducados por cabeza[271] en la primera mitad del siglo; pero se dobla su precio después de 1550[272]. No se pueden sacar conclusiones de esto, porque el mercado de esclavos era muy restringido, y los precios se iban abajo cuando se producía un flujo temporal de esclavos: en junio de 1587, a la vuelta de una expedición de pillaje con sus galeras, Pietro di Toledo (hijo del célebre virrey de Nápoles) vende los esclavos obtenidos a 30 ducados por unidad[273]. Añadamos que con frecuencia era posible procurarse mano de obra servil sin apenas aligerar la propia bolsa. A finales del siglo XVI, nos enteramos, con motivo de la liberación de los esclavos-galeotos *ponentini*, que habían estado amarrados al banco durante 12 años, que habían sido enviados a galeras por el *Provveditore* de Cefalonia sin haber mediado forma alguna de proceso, y que desde ese momento habían ido pasando de galera en galera, *strabalzati di galera in galera*[274]. Idéntica decepción en lo referente a los rescates pagados por los cautivos[275]. Los documentos que se conservan son los relativos a personas ricas e influyentes: el rescate no refleja el precio corriente del hombre, sino los recursos económicos que su amo le supone. En cuanto a los forzados voluntarios que eran pagados y alimentados a bordo de las galeras, un comentario del comendador Girón[276] nos aclara cuál era la situación. Se da también el nombre de *forzados voluntarios* o voluntarios a medias a los desgraciados que después de haber cumplido su condena continúan sirviendo en galeras; se les

paga un ducado al mes, dice nuestro informador, mientras que en Italia se les da el doble. ¡Con tan alto salario, añade, sería muy fácil encontrar voluntarios en España! Es evidente que los soldados estaban muy bien pagados —los sueldos les atraían—, puesto que un soldado recibía, ya en 1487, tres ducados al mes[277]. En resumen, llego a la conclusión de que los remeros voluntarios, e incluso los esclavos, y en mayor grado aún los soldados y los sirvientes domésticos (en Ragusa, por ejemplo)[278], podían llamarse afortunados, pues la sociedad los consideraba sus servidores y se encargaba puntualmente de que no les faltase de qué vivir —aunque fuese magramente—; la parte terrible de la vida les tocaba a los otros pobres: los no incluidos en el funcionamiento del sistema.

Un encasillado provisional

Cualquiera que sea la exactitud de los cálculos y medidas precedentes y de la de los que podamos hacer más adelante, no erraremos mucho en la escala de valores retrospectivos, si fijamos para los miembros *activos* de la población las siguientes cotas: un ingreso por debajo de los 20 ducados anuales es miserable; de 20 a 40, *pequeño*, y de 40 a 150, *razonable*. Esta escala no tiene en cuenta ni las variaciones locales entre zonas de precios diferentes, ni las variaciones con los años, que son muy importantes en tiempos de inflación. Considerémosla como una clasificación muy en líneas generales[279].

Cuando nos enteramos de que un profesor de la Universidad de Padua percibe un salario de 600 florines al año lo podemos clasificar *ipso facto* como miembro de la clase privilegiada, sin necesidad de saber que se trata de la primera cátedra de derecho civil *primus locus lectionis ordinarie juris civilis* y que el hombre en cuestión es nada menos que Corrado del Buscio, y prescindiendo también de cuál era el nivel medio de los salarios en aquel verano de 1506[280]. Este casillero elemental nos va a resultar muy útil para ir contrastando los innumerables salarios que se citan en nuestros documentos: observar, por ejemplo, que en la Zecca de Venecia la pirámide de salarios comienza en su parte baja con la miserable remuneración de los muchachos encargados de la vigilancia (20 ducados anuales, en 1554)[281], y se eleva a 60 ducados cuando se trata del salario de un *partidor* (1557)[282], es decir el empleado encargado de separar el oro de la plata; la remuneración resulta decente a la altura de 180 ducados, que es lo que gana un contable[283] (aunque este dato corresponde a 1590, es decir, después de haber ocurrido la

ya conocida subida de salarios)[284]; ver que en el Arsenal un obrero recibía en 1534[285] el modestísimo salario de 24 *soldi* diarios del 1 de marzo al 31 de agosto, y 20 *soldi* del 1 de septiembre al último día de febrero; el calafateador, obrero cualificado, percibe, este mismo año, 40 *soldi* en verano y 30 en invierno. De modo que el Arsenal y la Zecca[286], los dos centros de que dependía la pujanza de Venecia, se sustentan de una mano de obra modestamente retribuida. Incluso los secretarios nombrados por el Consejo de los Diez solo ganan una media de 100 ducados anuales[287]. En comparación, ese *inzegner* al servicio de la señoría, Zuan Hieronimo de Sam Michel, que interpela a esta en marzo de 1556 para que su salario de 20 ducados mensuales lo aumente a 25, nos parece envidiable: gana en un mes lo que un obrero en un año[288].

En resumidas cuentas: demasiados pobres, demasiados indigentes. Globalmente forman un vasto proletariado cuya existencia están empezando a conocer gradualmente los historiadores a fuerza de investigaciones sobre un material tan fragmentario como difícil. Un proletariado cuya presencia se deja sentir en todos los sectores de la actividad del siglo, y cada vez en mayor grado a medida que sus años transcurren. Alimentará un persistente bandidaje, auténtica revolución social, larga e inútil. La miseria general reinante solucionará el conflicto, empujando despiadadamente a los pobres y desheredados de la fortuna hacia la cota cero de la vida social. En España, la supervivencia de riquezas heredadas de antaño de modo persistente y un acentuado retroceso demográfico contribuyen en el siglo XVII a la creación de una extraña categoría social, un proletariado similar a la plebe de la Roma imperial. Pobres auténticos, bribones urbanos que la novela picaresca ha hecho famosos, salteadores de caminos, mendigos falsos y auténticos, toda esta gente del hampa, todos estos hampones, han roto con el trabajo, pero antes el trabajo había roto con ellos. Como los pobres de Moscú en tiempos de los zares, se han instalado en su ociosidad menesterosa. ¿Cómo podrían haber seguido vivos sin la sopa que se distribuía a las puertas de los conventos? Son «sopistas», viven de la «sopa boba». Personas harapientas que juegan a las cartas o a los dados en las esquinas de las calles, pero que también nutren las filas del superabundante servicio doméstico de las casas ricas. El joven conde Olivares tiene, cuando está estudiando en Salamanca, un tutor, 21 sirvientes y una mula para que le lleve los libros de su domicilio a la Universidad[289].

Así ocurría en España y así ocurría también en la Francia de las guerras de religión, y en la Italia de Sixto Quinto e incluso en la Turquía de final de

siglo. El peso muerto de la carga de tanto pobre bastaba por sí solo para anunciar un cambio brutal de la coyuntura económica, cambio con el que los pobres del Mediterráneo no iban a obtener beneficio alguno.

Lo que se come no puede servir de criterio adecuado: oficialmente la sopa es siempre buena y suficiente

Todos estos cálculos y medidas requieren revisión: pueden resultar muy mejorados. Por el contrario, y en lo que respecta a los estudios sobre las dietas alimenticias del siglo XVI, no debemos hacernos demasiadas ilusiones en cuanto a lo que nos pueden revelar[290]. Y no es que carezcamos de documentos sobre el tema, porque basta buscarlos para encontrarlos; pero lo que nos dicen resulta sospechoso cuando se refiere a los niveles inferiores de vida. Si hemos de creerlos todo iba perfectamente. Que la mesa de la familia Spinola fuese variada y abundante es algo que no puede sorprender a nadie; ni tampoco que el menú de los pobres consista en buena parte en alimentos baratos como el pan o el bizcocho. También se comía queso, carne y pescado. La lenta evolución que en toda Europa, y sin duda también en el Mediterráneo, ha ido reduciendo el consumo de carne, se había ya iniciado, aunque todavía muy débilmente. Pero estas investigaciones retrospectivas nos asombran cuando pesamos en la balanza de las calorías las raciones destinadas a los esclavos, marineros, galeotes y pobres de los hospicios: arrojan unas 4000 calorías diarias por ración.

De modo que nos encontraríamos en el mejor de los mundos, si no supiéramos que los menús oficiales eran siempre y sin excepción posible *oficialmente* buenos. Todo está muy bien en estos menús impresos o enviados a las autoridades responsables. Pero la duda surge en nuestros espíritus aun sin la evidencia de las innumerables disputas que estallan en las galeras a causa de la distribución de la comida. Sin embargo, podemos consultar las cifras, y también los comentarios de ese *veedor* de las galeras de Nápoles que lleva años dedicado a abastecerlas y que se expresa libremente ante los investigadores de la Sommaria[291]. Incluso a bordo de las galeras turcas, las raciones diarias incluyen generosas cantidades de bizcocho[292]. Resignémonos pues a aceptar lo esencial: la realidad de esa dieta equilibrada que describen y confirman tantos y tantos documentos; eso quiere decir que se considera a galeotes y soldados como servidores demasiado preciosos con cuya salud no se puede jugar. Y digamos también, y con énfasis, algo que nada de lo descrito hasta ahora podía advertirnos: son menús de privilegiados.

Todo hombre que dispone de una ración regular de sopa, vaca salada, bizcocho, vino y vinagre… sabe que tiene la existencia asegurada. Siendo muy joven, Diego Suárez había trabajado en la obra de El Escorial y nos dice que allí era «el plato bueno». Los auténticos pobres son los que no han encontrado una intendencia oficial, sea belicosa o pía, que les asegure un sustento regular. Y forman legión. Son el dramático mundo entre bastidores de la escena del siglo, mundo que a veces irrumpe en ella —solo un instante — de manera violenta: en Aix de Provenza, el 27 de mayo de 1597 —según nos cuenta una crónica—, los rectores y procuradores de la iglesia del Espíritu Santo «hacen un reparto de pan a los pobres, y por la precipitación de los dichos pobres, murieron seis o siete personas, niños, niñas y una mujer, habiendo caído a tierra a causa de los empujones, y resultando pateados y asfixiados, pues había allí más de mil doscientos pobres»[293].

El valor de nuestros cálculos

Si sumamos todas las diferentes fuentes de ingresos (aunque sean aleatorias y parcialmente solapadas), el producto bruto anual del Mediterráneo oscila entre los 1200 y 1500 millones de ducados, es decir, corresponden de 20 a 25 ducados per cápita. Estas cifras no son dignas de confianza y ya en principio, demasiado altas. Es imposible que el nivel medio de ingresos haya alcanzado semejantes cotas. El error radica en que hemos abusado del sistema de calcularlo todo en términos de dinero, pero, por otra parte, no hemos tenido más remedio que proceder así, porque esa era la única posibilidad. El nivel medio *sería* el que hemos establecido, si todo pasase por la economía de mercado, lo que naturalmente no es el caso. Con todo, estas cifras teóricas no son absurdas, y mucho menos inútiles. Nuestro objeto ha sido trazar un esquema general, en el que podamos relacionar las grandes regiones del Mediterráneo. Y dicho esto, demos vuelta a la página y abandonemos este modo de contar tan decepcionante, en el que jamás una estadística auténticamente válida se presenta a nuestros ojos. De aquí a diez años, si los senderos sugeridos se recorren e investigan de modo fructífero, será necesario volver a escribir de arriba abajo este capítulo.

[I-611]

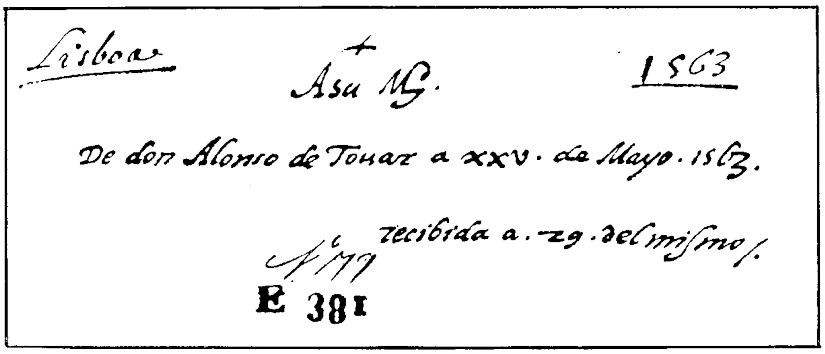


FIGURA 37 bis. *Facsímil de la carpeta de una carta del embajador de Felipe II en Lisboa, con fechas de envío y llegada* (Cf. *p. 485, n. 50).*

CAPÍTULO II [I-612]

LAS ECONOMÍAS: LOS METALES PRECIOSOS, LAS MONEDAS Y LOS PRECIOS

NUNCA como en el siglo XVI ha parecido tan importante el papel de los metales preciosos. Los contemporáneos no vacilan en asignarles el primer puesto y los economistas del siglo XVII son aún más enfáticos. Uno los considera «el caudal» del pueblo[1]; según otro, «no vivimos tanto del comercio de mercancías como del oro y la plata». Y un veneciano llega a decir que el metal precioso, amarillo o blanco, es «el sostén de todo gobierno; le da pulso, movimiento, cerebro y alma; es su ser y su vida [*lesser et la vita*] … Vence todas las dificultades, pues es el amo y patrón de todo: lleva consigo la necesidad de toda cosa; sin él todo permanece inerme e inmóvil»[2].

Patron del tutto: afirmación que hoy nos parece discutible. El dinero no es ese motor universal que en general se supone. El papel desempeñado por los metales preciosos depende no solo de las reservas heredadas de épocas anteriores, sino también de las contingencias del pasado y, en igual grado, de la velocidad de circulación de las monedas, de las relaciones internacionales, de la competencia entre economías, del deliberado juego de los Estados y comunidades mercantiles e incluso «de las opiniones del hombre de la calle»[3]. Con bastante frecuencia el dinero no es más que una pantalla —para emplear el lenguaje de los economistas— detrás de la cual se esconden las realidades, bienes, servicios y cambios… Por último, el oro y la plata (y lo mismo se puede decir del cobre) no se suman simplemente el uno a la otra para constituir una reserva metálica homogénea. Los metales usados para acuñar moneda colisionan unos con otros y se hacen competencia[4].

Así toda alza de precio de las monedas de oro (en relación con las de plata) produce una gran demanda de oro, estas desempeñan entonces el papel de *moneda mala* favorecida arbitrariamente, desplazando la buena, en este caso las piezas de plata. Pero nunca ocurre esto de manera fortuita. Si, por ejemplo, se repite con obstinación en Venecia, ¿no será para facilitar la

exportación masiva de plata, que era uno de los pilares esenciales del comercio de la señoría con Levante? Nos encontramos ante un intento deliberado de forzar[5] el mercado con todas las consecuencias y límites que ello trae consigo: el alza del oro produce automáticamente el alza de los precios de los cambios y, también, el aumento del coste de la vida. Entre sus consecuencias podemos citar, por ejemplo, el hecho tan anormal de la vuelta de 250 000 cequíes[6] provenientes del Imperio turco; o, por la misma época, la especulación del gran duque de Toscana, quien, ocultándose tras un testaferro, vendió 200 000 escudos de oro a la *Zecca* de Venecia, obteniendo un beneficio neto de 12 000 escudos, «a consecuencia de nuestra ignorancia», dice un veneciano deseoso de que en su ciudad se fijase de una buena vez el valor del oro en relación con el de la plata, del mismo modo que lo estaba el de la harina respecto al del trigo[7]. Es fácil de adivinar el resto de la historia: la escasez relativa de piezas de plata abre las puertas más ampliamente que de costumbre a las monedas de plata rebajadas, de poco peso y mala aleación; Venecia se verá obligada, entonces, y con no pocas dificultades, a eliminarlas de la circulación[8]. ¿Vienen todos estos males —por lo menos en parte— de la necesidad de exportar plata a Levante?

Esta explicación, que no es la propuesta por los contemporáneos, puede, sin embargo, dar sentido a la extraña situación por la que estaba pasando Sicilia, donde, desde por lo menos 1531, el oro había sido sistemáticamente sobrevalorado respecto a la plata (1 a 15). Como consecuencia de esta *desproporción*, Sicilia padecía una constante pérdida de piezas de plata, que resultaba conveniente comprar a cambio de oro para refundirlas de nuevo, como hizo con frecuencia y con beneficios la Casa de la Moneda de Nápoles[9]. Pero queda aún bastante por esclarecer en lo tocante a este permanente escándalo: saber a quién en particular beneficia y por qué se permitía que siguiese ocurriendo.

En otras partes la relación entre oro y plata era más variada[10] en sus efectos, pero no escapaba a la observación una vez que los hombres se habían dado cuenta de la naturaleza y la acción recíproca de las diferentes monedas; las fuertes contra las débiles, las buenas contra las malas, las amarillas contra las blancas o incluso contra las *negras* (vellón y muy poco después las de puro cobre), y más tarde el metal contra el papel. El *dinero*, en el sentido general de riqueza o fortuna, nunca ha sido de una sola y misma naturaleza.

I. EL MEDITERRÁNEO Y EL ORO DEL SUDÁN

Las salidas de metales preciosos hacia el este

Sin embargo nada tan sencillo, a primera vista, como la circulación de los metales preciosos en el Mediterráneo. Pasan los siglos sin que ella cambie nada, por lo menos en principio. De dondequiera que vengan los metales preciosos, según el siglo de que se trate: de las minas de plata de la vieja Serbia, de los Alpes, de Cerdeña, de los lavaderos del Sudán o de Etiopía, o hasta de Sofala a través del norte de África y de Egipto; de las minas de plata de Schwaz, a un lado del valle del Inn; de Neuschl, en Hungría; de Manzfeld, en Sajonia; de Kutemberg, cerca de Praga; de las minas del Erz Gebirge, en Sajonia[11]; o de las minas del Nuevo Mundo, a partir de los primeros años del siglo XVI… De dondequiera que vengan los metales preciosos, tan pronto como entran en la órbita de la vida mediterránea, alimentan una perenne evasión hacia el este. En el Mar Negro, en Siria o en Egipto, el comercio mediterráneo arroja siempre un balance deficitario; solo logran llegar hasta el Extremo Oriente gracias a los envíos de oro y de plata en detrimento de su propia sustancia metálica. Hasta ha llegado a decirse que esta sangría de metales preciosos había desorganizado el Imperio romano, lo cual, aunque discutible, no es imposible. El hecho es que las monedas de la época julio-claudia se han encontrado hasta en Ceilán[12].

Sin embargo, el Mediterráneo trató constantemente de poner coto a estas ruinosas exportaciones. En la época del Imperio romano, Alejandría saldaba, en parte, con vidriería sus compras en el Extremo Oriente[13]. En la Edad Media, la Europa Occidental expedía esclavos en vez de oro y plata. Bizancio logró restringir las exportaciones de monedas hacia el Oriente, montando en su propio territorio la sericultura, en la época de Justiniano[14]. Todos estos ensayos no hacen más que subrayar la necesidad, constantemente renovada y a la larga agotadora, de hacer repetidos pagos en el Extremo Oriente, que tanto exportaba al Mediterráneo, importando a cambio de ello comparativamente poco.

Así, en los siglos XVI y siguiente circulan por el vasto espacio asiático productor de especias, de drogas y de seda las preciosas monedas de oro y, sobre todo, de plata acuñadas en Venecia, en Génova, en Florencia y, más tarde, las célebres piezas españolas de a ocho, de plata. Esas monedas salen por el este del circuito mediterráneo, a pesar de la paciencia, el trabajo y la habilidad que muchas veces han sido necesarios para obtenerlas. Visto a grandes rasgos, el Mediterráneo se nos aparece como una máquina de recolectar metales preciosos, de los que, por lo demás, nunca dispone en

cantidad suficiente[15]. Los ahorra para acabar desprendiéndose de ellos en beneficio de la India, de la China o de Oceanía. Los grandes descubrimientos hacen variar las rutas y los precios, pero no alteran esta realidad fundamental. Sin duda porque los occidentales salen ganando más al procurarse los preciosos artículos del Oriente, y, sobre todo, la pimienta, que, según un veneciano, «lleva consigo todas las demás especias»; y también, evidentemente, porque en el siglo XVI, lo mismo que antes, el poder adquisitivo de los metales preciosos es mayor cuando se cruzan los umbrales del Oriente que en los países cristianos. Según Antonio Serra, hacia 1613 Venecia exportaba todavía, cada año, más de cinco millones en metálico a Levante[16], aunque, en un esfuerzo por ahorrar sus reservas metálicas, también envíe telas, vidriería, espejos, quincalla o cobre… De los factores y agentes que los mercaderes venecianos mantenían en todas las ciudades de importancia, «en los puertos» de Levante[17] y de Siria hasta el golfo Pérsico, era la de estar al tanto, «husmear»[18], descubrir los buenos negocios, para también, día tras día, vender unas mercaderías por otras, *dar a baratto* o *barattare*, según la expresión usual; es decir, vender y comprar sin soltar la bolsa. Pero siempre era grande la tentación de abreviar este proceso y de recurrir a pagar en contante cuando la operación resultaba provechosa. El experto de la Banca de Rialto puede escribir todavía en 1603[19]: «*di Levante è venuto sempre li capitali in mercancie*». «No es corriente [dice Tavernier hacia 1560] volverse con dinero de Levante, sino más bien emplearlo en buenas mercancías de las que se podrán obtener beneficios»[20]. Una relación veneciana de 1668 precisa que quien introduce en Egipto *pezze da otto di Spagna*[21] puede ganar hasta 30 %.

Estas prácticas comerciales, muy similares en líneas generales durante los siglos XVI y XVII, revelan la permanente preocupación del mundo mediterráneo ante las exigencias de los revendedores de especias y de seda… Nos permiten medir el peso de una situación unilateral y, por añadidura, llena de desconfianza. La letra de cambio[22], que circula incesantemente de un lugar a otro a través de toda la cristiandad, rara vez viaja hacia el islam, y más rara vez todavía, hacia el Oriente; hasta el punto que casi podemos decir que, prácticamente, este medio de pago no circulaba allí. El mercader cristiano no encontraba en Levante, acosado siempre por la necesidad de hacer pagos, quien le prestase más que con intereses usurarios, que iban muchas veces hasta 40 %. Documentos ragusinos de 1573[23] registran préstamos concertados sobre estas bases por judíos portugueses de Egipto. También en Siria, en 1596, vemos a los mercaderes venecianos rivalizar enconadamente

entre sí, precipitándose a comprar a cualquier precio, y, finalmente, tomando dinero prestado de los «turcos» a 30 y a 40 %. De aquí las quiebras y las bancarrotas, para deshonor de la nación entera[24]. Además, desde un principio existió en las ciudades del Occidente el mercado negro de monedas. En Venecia, pequeños bancos —*banchetti*— comerciaban clandestinamente, a puertas y ventanas cerradas, con las monedas[25], a despecho de las intermitentes medidas primitivas del Consejo de los Diez[26].

Con el último cuarto de siglo, los franceses, los ingleses y los flamencos (es decir, los holandeses) vinieron a ocupar un lugar preeminente en el antiguo comercio de Levante, pues pagaban siempre al contado. Echaron por tierra los métodos tradicionales, crearon dificultades a las antiguas casas venecianas y, sobre todo, hicieron subir los precios vertiginosamente. Personas inexpertas, estos recién llegados. Por lo demás, los franceses mantuviéronse siempre fieles a su sistema de comercio al contado[27], pero los ingleses y los holandeses, en cambio, lograron imponer rápidamente en trueque sus mercaderías, la carisea, el plomo, el cobre y el estaño; en 1583, los ingleses solo hacían la cuarta parte de sus compras con dinero contante[28].

Tenían, a pesar de todo, que procurárselas. Las grandes plazas comerciales del Mediterráneo, tales como Génova, Liorna, Venecia, Ancona y por un instante Nápoles, suministraban a cambio de mercaderías o servicios algunas de las preciosas divisas… Pero, de hecho, todas ellas eran solo fuentes secundarias, cuya plata procedía más o menos directamente de España, es decir, de Sevilla. Y si los ingleses preferían aprovisionarse de moneda en los puertos italianos, era porque, entre 1586 y 1604, no eran bienvenidos en España.

Es, en efecto, Sevilla, es la España rica en oro y en metal blanco, que pretende cerrarse con candados, pero que deja escapar en abundancia los metales preciosos; es este mercado privilegiado el que infunde vida y animación a todo el comercio del Mediterráneo y del mundo en general. Este aprovisionamiento es un hecho nuevo, que viene a revolucionar toda la economía mediterránea; más reciente, en verdad, de lo que llevaría a pensar la cronología de los grandes descubrimientos.

El oro sudanés: precedentes

Antes del siglo XVI —antes del oro y la plata de América—, el Mediterráneo había encontrado aquí o allá, más o menos cerca de sus playas (generalmente, bastantes lejos), los metales preciosos indispensables para su

tráfico. Es una historia larga, harto conocida en sus rasgos principales. Solo el último capítulo, que culmina en sus líneas generales a mediados del siglo XVI y que nosotros denominaremos, para abreviar, capítulo del oro sudanés, es, quizá —o era hasta hace poco—, el menos conocido[29].

Los intrépidos sitúan en el siglo X el comienzo de los grandes tráficos saharianos. En realidad, todo permite suponer que comenzaron mucho antes precediendo, incluso, a la llegada del camello al desierto en el siglo II de nuestra Era, pues antes de esa fecha existía ya la conexión: «los caballos y los bueyes de los Guaramantes tiraban de los carros en el desierto de Libia»[30]. Es probable que el oro en polvo procedente del Sudán llegara al África Menor ya antes del siglo X, y fuese la causa después del año 1000[31] de la formación en el sur de Estados coherentes y brillantes en la curva del Níger, mientras que, más hacia el norte, en el Magreb, el metal precioso ayudaba al nacimiento de nuevas ciudades como Argel y Orán, y engrandecía los antiguos centros… La España islámica, cuyos dueños, en el siglo X, habíanse instalado en el importante puerto de Ceuta[32], encontró también en el norte de África el metal para sus *dirhems* de oro.

Pero el oro del Sudán no fue tan solo la base de la prosperidad del norte de África y de la España musulmana, de este bloque del islam occidental que, aislado en parte de las grandes rutas del mar en el siglo XII, se ve desde entonces obligado a vivir de sus propios recursos. Este oro se enlaza con la gran historia del Mediterráneo: entra en la circulación general de este mar a partir del siglo XIV, quizá a partir de la espectacular peregrinación a La Meca de Mansa Musa, rey de Mali, en 1324[33]. Poco a poco el norte de África proveedor del metal amarillo se convierte en el motor de todo el Mediterráneo. Los mercaderes cristianos lo invaden en el siglo XV[34] y se instalan a sus anchas: los encontramos en Tremecén[35], en Bugía, en Constantina[36], en Túnez, en Ceuta, en Tánger, en Orán y en Fez. Los siglos anteriores habían visto llegar al África soldados aventureros (aún quedaban algunos en el siglo XV). Habían visto *raids* de piratería como el de Felipe Doria en 1354, contra Trípoli, «la ciudad rica en oro»[37]. Habían visto también grandes proyectos de conquista, los de los aragoneses y los castellanos[38]. Pero, en el siglo XV, todo cae en manos de los mercaderes, en una historia que solo nos habla de penetraciones pacíficas, de tratados comerciales, de privilegios, de compras y de cambios. Entorpecidos en el Oriente por la expansión turca, los mercaderes cristianos encuentran aquí una compensación a sus dificultades y a sus desembolsos[39]. El Magreb tenía la

ventaja de estar abierto a todos: a los catalanes, a los marselleses, a los provenzales[40], a los ragusinos[41],a los sicilianos[42] y a los venecianos, que en sus viajes regulares hacían escala en Trípoli, Túnez, Argel, Bona y Orán; a los genoveses, cuyas antiguas cisternas, no el *fonduk*, encuentran en Túnez, en 1573, los españoles victoriosos. Todas las naciones de la cristiandad se hallan representadas en Tremecén, «la ciudad de los mercaderes honestos». Los agentes de los Gonzaga, compradores de caballos de raza, se encontraban tan en su casa en Túnez y Orán como podían estarlo en Génova y Venecia, yendo y viniendo con letras de cambio sobre Berbería (a crédito de los mercaderes cristianos allí establecidos), o volviendo con sus caballos, incómodos compañeros de viaje, a bordo de las galeras venecianas[43]. En 1438, Alfonso el Magnánimo, que ha abastecido Trípoli y Túnez con trigo siciliano durante una época de hambre, usó el oro que había recibido en pago para hacer acuñar 24 000 ducados *venecianos*, que le servirían para financiar su lucha contra Nápoles[44].

Con la ayuda del oro y el comercio de los esclavos la penetración de los mercaderes alcanza puntos muy lejanos en su expansión hacia el sur: hasta Tuat y el Níger[45]. Todo lo que puede ofrecer la cristiandad, y que figura en las calles de los mercaderes del norte de África, atraviesa el Sahara: telas, cariseas, quincallería, pacotilla, prestándose el Magreb con tanta mayor facilidad a esta invasión y a este tránsito cuanto que es una región poco coherente políticamente. En principio, se divide en tres zonas (las tres zonas geográficas, culturales y políticas de su historia): el Marruecos de los merínidas, la Tremecenia de los wahabitas y la Ifriqya (la Tunicia) de los hafsidas. Pero cada uno de estos espacios está lleno de autonomías, de disidencias, de montañas salvajes y de ciudades independientes; Orán y Ceuta son, de hecho, repúblicas. Sería un error (y hasta los mejor informados lo cometen) considerar al África Menor como un conjunto de países rústicos. En los siglos XIV y XV se desarrollan aquí las ciudades a veces sin guardar la menor proporción con los países que las rodean. Pero estas no viven vueltas únicamente hacia el mar interior, también lo están hacia el sur, el País de los Negros, el *Bled es Sudán*. De los confines saharianos a las orillas del golfo de Guinea estos enlaces constituyen un antiguo sistema, *estructurado*, «de condiciones geoeconómicas inmutables», según palabras de Vitorino Magalhães Godinho[46].

Cinco mercancías eran las señoras de las rutas comerciales: el oro en polvo (*tibar*)[47], los esclavos negros, el cobre, la sal y los tejidos. Los negros africanos son los dueños de las dos primeras. Los cambios se efectuaban allí

donde las caravanas camelleras del norte se encontraban con las procesiones de porteadores o de piraguas del sur. En líneas generales, el norte, es decir el islam, y detrás de este los mercaderes de Occidente, es el más beneficiado en estos tráficos. Se decía que en Mali, en 1450, se cambiaba la sal por su peso en oro[48]. En todo caso, a la altura de 1515, y según nos cuenta León el Africano, los tejidos venecianos se vendían en Tombuctú a precios exorbitantes y la aristocracia local estaba seriamente endeudada con los mercaderes levantinos y magrebitas[49]. Así era la coyuntura económica general, pero la coyuntura económica local también representaba su parte: en última instancia la reserva de oro dependía de la elasticidad de la producción en las tres zonas donde se buscaban pepitas de oro por el procedimiento del lavado, zonas nada misteriosas que siguen siendo notorias en la actualidad[50]: el Alto Senegal, el Alto Níger y la costa guineana.

Los portugueses en Guinea: continúa llegando oro al Mediterráneo [I-622]

El avance de los portugueses a lo largo de la costa atlántica africana fue un acontecimiento de la mayor importancia. Al llegar a cabo Blanco se produjo el primer contacto entre los descubridores y los *Mouros Brancos* de Berbería, y un poco de oro en polvo emprende la ruta del océano. Hacia 1440 llegan al golfo de Guinea, y el *resgate* de esclavos, del oro y del marfil tiene lugar en las desembocaduras de los ríos, en las ferias locales, a cambio de tejidos de colores vistosos, casi siempre de mala calidad, a cambio de anillos, brazaletes y escudillas de cobre, a cambio de tejidos de lana ordinaria, amén de trigo y caballos. En 1444 el primer convoy de esclavos negros pisaba en Lagos la tierra portuguesa. En 1447 se creaba el *cruzado*, la primera moneda de oro nacional de los portugueses. En 1460, fecha de la muerte de Enrique el Navegante, se podía considerar virtualmente cumplida la colonización de la costa de Guinea. La conquista se corona en enero de 1482 con la inesperada edificación, en el espacio de unas pocas semanas, del castillo de San Jorge da Mina, construido con materiales traídos de Portugal, en particular piedras ya talladas.

La inmediata prosperidad de los cambios (oro, esclavos, marfil y sustitutos de la pimienta, entre ellos la *malaguetta*) es evidente. En lo concerniente al oro, las explotaciones se llevaban a cabo tanto en nombre del rey como en el de particulares. Es probable que durante el periodo 1500-1520 se hayan exportado unos 700 kilogramos de oro al año[51]. Se produce un

evidente declive a partir de 1520, y hacia 1550 se inicia una larga crisis que va a durar por lo menos hasta 1580, o, para ser más exactos, hasta 1600. A partir de 1605 se inicia la explotación holandesa. De modo que podemos distinguir tres periodos en el comercio del oro africano: uno de conspicua actividad que va de 1440 a 1520-1550, al que le sigue una larga recesión entre 1550-1600, y, finalmente, un nuevo ímpetu que comienza con el nuevo siglo[52].

Ese largo periodo de recesión que va de 1520 a 1600 resulta muy difícil de explicar. Hay tres causas plausibles: en primer lugar, la competencia inglesa, francesa y española durante estos años de declive (contamos con pruebas evidentes y numerosas); en segundo lugar, el aumento de los gastos de explotación que repercute en las armadas y guarniciones portuguesas, lo que convierte al oro en demasiado caro (argumento perfectamente plausible); y por último, la competencia del oro americano: el oro ha sido la primera exportación del Nuevo Mundo a Europa: 43 toneladas de oro desembarcadas *oficialmente* en Sevilla entre 1551 y 1560, es decir, más de cuatro toneladas al año frente a un máximo de 700 kilogramos suministrado por el África de las costas atlánticas.

Pero lo más importante que debemos tener en cuenta es que la ruta atlántica del oro no ha interrumpido los viajes saharianos del oro a través del Sahara y el norte de África hasta el Mediterráneo. Prueba evidente nos la proporcionan las monedas acuñadas en Sicilia y las reexportaciones de oro tanto en moneda como en lingotes desde la propia isla. En 1489[53], lo mismo que en 1455, los envíos masivos de trigo siciliano a África (75 000 quintales) traen como contrapartida la llegada de casi media tonelada de oro. La actividad de los venecianos nos proporciona más pruebas: las *galere di Barberia* continuaban frecuentando los puertos del Magreb y cargando allí oro. En diciembre de 1484 son capturadas dos de estas galeras por la flota de los Reyes Católicos, *et una cum ingenti auri quantitate*, se lamentan en Venecia[54]. En 1505 y 1506, Michiel da Leze, mercader veneciano[55], da sus instrucciones a su agente a bordo de las galeras de Berbería. En cada uno de los dos viajes le confía monedas de plata y tejidos (la primera vez, 2000 ducados en piezas de plata, *di moneda di Zeccha*, y paños escarlata; la segunda 3000 ducados *in macenigi di Zecchia*, camelotes de Alepo y cariseas). Todo ello debía ser cambiado por *tanti hori boni, orj che sieno boni*. Se trata de oro en polvo que el agente hará fundir en la Casa de la Moneda de Valencia una vez que las galeras toquen en España, y que usará en lo posible para comprar lana.

Vemos que 10 años más tarde el tráfico continúa manteniéndose. El 15 de julio de 1519 se da la orden de que tres galeras ligeras salgan de Corfú para llevar de Túnez a Zara *li ori de li mercadanti de le galie nostre de Barberia et altro haver sottile*, oro y mercancías preciosas[56]. Indicación similar en junio de 1521: los mercaderes piden que se lleve a Venecia *li ori che se trovarono haver de Tunis*[57]. Los archivos conservan otras muchas relaciones de semejantes viajes[58]. ¿Supervivencias de un tráfico agonizante? Pero ya hacía casi tres cuartos de siglo que los portugueses habían abierto una brecha en el Atlántico en beneficio de su comercio. La cronología es poco más o menos la misma en el caso de Francia: *Le traficq de la Barbarie est fort perdu*, se dice en la Casa de la Moneda de Montpellier, pero en 1518 se añade: «las *pailloles* (el oro en polvo) no vienen a parar a esta Casa sino a otras partes». «Ya no se trae oro de la región de Berbería a causa de las guerras», nos dice otra persona, pero esta afirmación tiene fecha del 10 de octubre de 1526[59]. En 1525 tendrá lugar el último viaje de las *galere di Barbaria*. Debió ser en las proximidades de estas fechas (precisando, hacia 1524), si es correcta nuestra interpretación de una decisión posterior del Consejo de los Diez[60], cuando Venecia vio declinar las arribadas de oro o de monedas de oro con destino a ser fundidas. Sin embargo, de 1524 a 1531[61] se acuñarán 29 617 marcos, es decir 4231 al año: el triple del volumen del oro de la explotación del Sudán. Es evidente que Venecia no dependía únicamente de los mercados de oro del África del Norte.

Sin embargo, y en ausencia de documentos claros, uno se puede preguntar qué es lo que se oculta exactamente tras los avatares del ducado. Este cesa de ser una pieza de oro real en 1517, y se convierte en una moneda de cuenta sometida desde ese momento a la invariable tasa de seis *lire* y cuatro *soldi*.



Foto: *B. N. París*

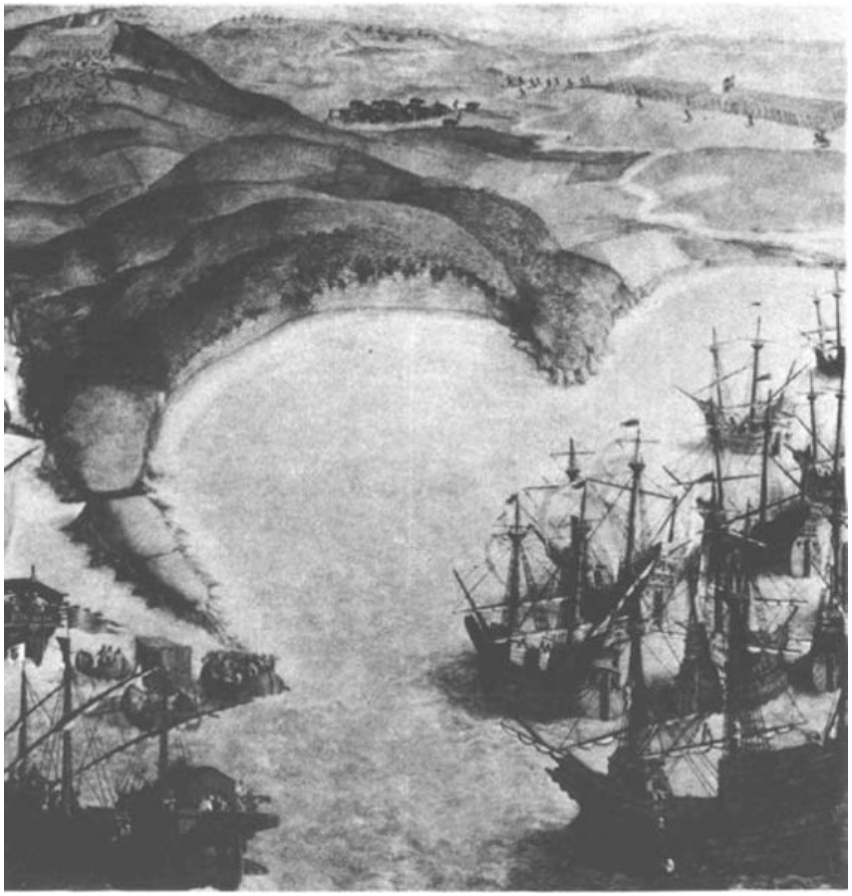
14. *Velero del Atlántico. Posiblemente el pequeño navío* La Cordelière *o, quizás,* La Mareschalle *que se incendió el 10 de agosto de 1512 en la estrecha entrada* (le Goulet) *del puerto de Brest. B. N. Fr. 1672, f. 9 v.*



Foto: *B. N. París*.
15. *Toma de Cádiz por los ingleses, 1596 B. N. París, 13 702*.



16. *Veleros grandes y veleros pequeños. Al largo de Malaca un enorme navío portugués se ve atacado por pequeños veleros ingleses y holandeses (14 de octubre de 1602). J. Th. de Bry,* Indiae orientalis pars septima, *Fráncfort, 1606, pl. XII. B. N., Res. G 412.*



17. *Galeras y navíos redondos en el océano Atlántico. La expedición de 1585 contra las Azores. Fresco mural en la Sala de Batallas de El Escorial. En tierra, tropas desembarcadas.*



Foto del Museo

18. *Navío redondo. Modelo que reproduce con gran fidelidad el navío que condujo a Carlos V a Argel (1541). Museo Nacional de Baviera, Múnich.*

Pero evitemos llegar a la conclusión —creyendo que la moneda de cuenta se puede parangonar con nuestros billetes de banco (aunque la comparación resulta aceptablemente valiosa por lo que ayuda a la comprensión) imaginándonos que la situación de 1517 es comparable con una de las múltiples inflaciones de nuestra época—, evitemos llegar a la conclusión, repito, de que la moneda veneciana se ha separado del *standard* oro.
El ducado, moneda viva, se limitó a alinearse en la misma categoría —y a encabezarla— que las monedas ficticias como el *soldo* y la *lira*. El cequí, moneda real, vale seis *lire* y 10 *soldi* en 1517 (es decir seis *soldi* más que el ducado); 10 años más tarde, en 1526, vale siete *lire* y 10 *soldi*[62]. ¿Se trata simplemente de una prima para atraer el oro?

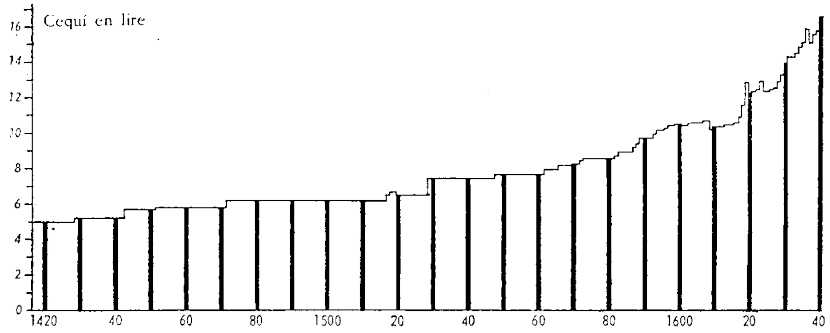


FIGURA 38. *El curso del cequí veneciano.*

Las responsabilidades de la coyuntura

Estas prosperidades y estas crisis del oro están relacionadas unas con otras. El oro guineano ingresa en los grandes circuitos comerciales apenas llegado a Lisboa: en Amberes coincide con la plata de las minas alemanas[63], y en el Mediterráneo reequilibra las balanzas de pagos. Del mismo modo, el oro de los primeros envíos americanos que llegan a Sevilla ingresa en estos circuitos obligatorios, y el Mediterráneo recibe su parte correspondiente. Ya antes del descubrimiento del Nuevo Mundo los mercaderes genoveses se abastecían en Sevilla de oro africano; más tarde harán lo mismo con el oro americano. Es probable que la crisis del oro sudanés durante la década de 1520, sensible en ambas costas, la atlántica y la mediterránea, sea una consecuencia de las importaciones americanas. El oro de Bambuk perdió entonces parte de su clientela exterior, conservando únicamente el mercado de África del Norte (*latu sensu*), circunstancia esta de la que se conservan documentos que la atestiguan a todo lo largo del siglo.

Pero la extracción de oro en América —tema del que hoy sabemos mucho más que ayer gracias a dos excelentes estudios, uno de ellos publicado[64] y el otro todavía inédito—[65] era empresa que no podía mantenerse largo tiempo a la altura de los requerimientos y se viene abajo, posiblemente en unas fechas tan tempranas como son los años comprendidos entre 1530 y 1534. Consecuencia probable de tal derrumbamiento es la devaluación que se produce en Castilla en 1537, cuando se sustituye el *excellente* de Granada por el escudo (o corona o pistolete)[66]. El ducado castellano se convierte en moneda de cuenta como 20 años antes le había ocurrido al ducado veneciano. De este modo la crisis cuyos primeros signos se habían manifestado durante la década de 1520 se confirma 10 o 20 años más tarde. Ahora bien, en ese mismo momento, si hemos de creer a John U. Nef[67], la producción de plata —en Alemania esta vez— alcanza su cota más alta hacia 1540. Por lo que parece, todas estas actividades mineras funcionan a la par, juntas se elevan y juntas declinan. ¿Qué ha sucedido? Hasta aquel momento —parafraseamos las imágenes y argumentos de Frank C. Spooner—[68] la economía se había sentido estimulada por una inflación del oro *relativa*. Su misma abundancia favorecía indirectamente la prosperidad de las minas de plata y de cobre, puesto que el valor de la plata y el cobre crecía en relación con el del oro. Extraña inflación (el historiador deberá a propia cuenta y riesgo tratar de construir el *modelo*) que beneficia únicamente a los ricos, a los privilegiados,

a los poderosos, es decir, a la cúspide de la pirámide social y económica. Pero esta fase durante la cual el oro fue relativamente abundante tocará a su fin durante los difíciles años que comienzan a partir de 1530 o 1540 y que van hasta el 1560. Se producen largos periodos vacilantes hasta el momento en que se llega a una enorme inflación de la plata acompañada de una serie de previsibles cataclismos. A una «economía dominada por el oro»[69] le va a seguir, si se nos permite la expresión, «una economía dominada por la plata», destinada a durar hasta la década que se inicia en 1680[70], momento en que entra en escena el oro brasileño[71].

[I-627]

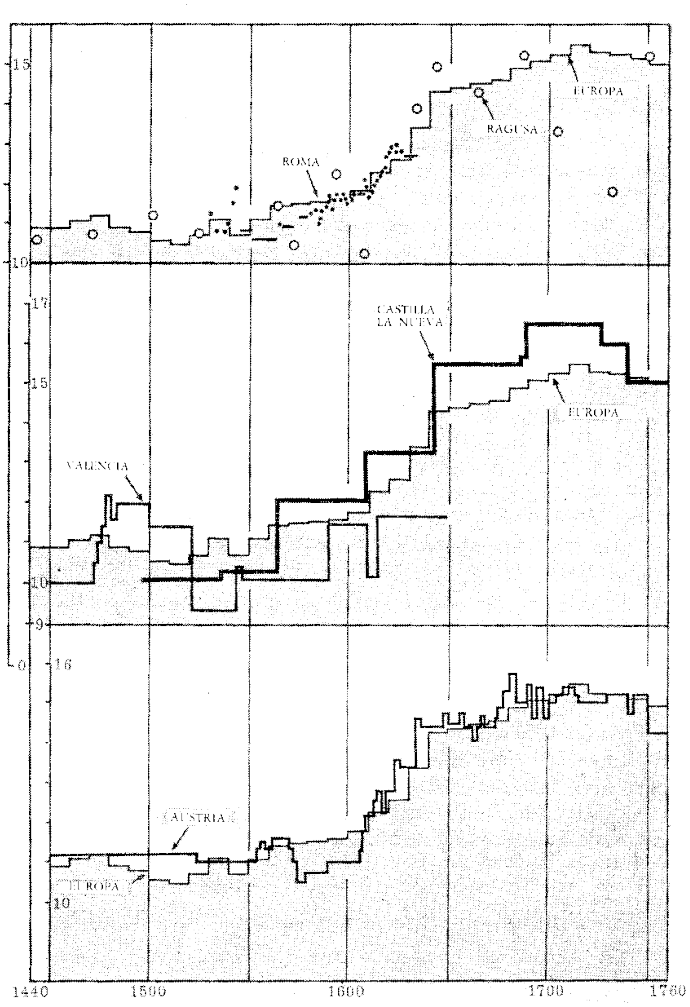


FIGURA 39. *El oro contra la plata*.
Esta gráfica aparece en el tomo IV de la *Cambridge Economic History* (contribución de F. Braudel y F. C. Spooner). La *media* europea de la *ratio* metálica (relación oro-plata) no interrumpe su proceso de deterioración general hasta comienzos del siglo XVIII, como indica la línea que limita la zona gris de la gráfica. Las variaciones entre las diferentes cotizaciones hay que verlas en relación con esta línea media (Europa); en la primera gráfica, la que hace referencia a Roma y Ragusa (pocos datos y dispersos), en la segunda se trata de Valencia y Castilla la Nueva, y de Austria en la tercera. Estas diferencias de nivel, sean espontáneas o provocadas, traían consigo movimientos de moneda, oro o plata según los casos. Nótese la fuerte subida del oro en el siglo XVII.

El oro sudanés en África del Norte [I-628]

Abramos un paréntesis. No sabemos exactamente lo que ha podido ocurrir en África del Norte durante los años cruciales de 1520-1540, ni cuáles han podido ser las causas exactas de la crisis de los tráficos entre Occidente y Berbería. La irrupción española[72] (toma de Orán en 1509, de Trípoli en 1510

y de Tremecén en 1518)[73] se puede considerar como un posible factor. Y una causa todavía más convincente la podemos encontrar en ese impulso de reconquista islámica que, procedente de Turquía y Egipto, impide que el Magreb pueda convertirse, lo que entonces era realmente posible, en un *mercado europeo*[74]. En cualquier caso, si las exportaciones de oro al Mediterráneo occidental se pueden considerar como prácticamente suprimidas[75], el oro del Sudán continuará alimentando a las ciudades del norte de África, particularmente una vez que se restablece allí un cierto orden favorable a los turcos y a los jerifes.

Las *rubias*, las *zianas*, las *doblas* y las *soltaninas* (o zequíes) de que nos habla Haedo, a finales del siglo XVI acuñábanse con el oro del Sahara[76]. Estas últimas monedas se fabricaban en Argel con metal fino; las otras en Tremecén, con oro de ley bastante baja, *of course gold*, apunta un observador inglés[77], el mismo *oro baxo con liga*[78], de que se hacían los brazaletes de las argelinas. El oro de Tremecén tenía curso al este hasta Túnez, por el sur hasta los países negros; penetró también en los macizos de las cabilias; circulaba en «Orania», en las provincias de Tremecén: «cuya moneda de oro [escribía Diego Suárez a fines de siglo] en aquellas provincias de Tremecén solía ser antiguamente más fina de quilates que aora después que los turcos ocuparon aquel Reyno»[79]. El oro del Sudán servía también para acuñar los *moticals* marroquíes, que, hacia 1580, tenían prima en los abigarrados mercados monetarios de Argel[80]. En octubre de 1573, don Juan se apoderó de Túnez. Como estaba resuelto a mantenerse allí, envió a Madrid un largo informe, en el que se enumeraban de una manera bastante curiosa todas las antiguas rentas que percibían los soberanos hafsidas de Túnez. Además de los derechos de aduanas, de los impuestos y los peajes, mencionaba el polvo de oro de Tivar; el pleonasmo de la expresión importa poco, y seguramente no debemos tomar al pie de la letra esta argumentación del alegato de don Juan, deseoso de presentar a Túnez adornado de todas sus ventajas. Pero es poco probable que el detalle fuese inventado de los pies a la cabeza[81]. En todo caso, podemos estar seguros de que el polvo de oro llegaba a Trípoli, al mismo tiempo que los esclavos negros, que seguían afluyendo a aquella plaza gracias al tráfico sahariano (tenemos pruebas de que así sucedía en 1568)[82]. [83]

No hay razón para suponer que en el siglo XVII el oro en polvo no llegase a Túnez, ciudad de enlaces fructuosos, verdadera *Shangai*[84] del Mediterráneo.

Una última prueba: expediciones al Sahara, como las de los jerifes en 1543, 1583 y 1591[85] (esta última culmina, como es bien sabido, con la toma de Tombuctú) o la de Salah Reis en 1552 contra Ouargla[86], serían difícilmente comprensibles sin el incentivo del oro y los esclavos provenientes del África Negra. Son de mucho peso los argumentos de V. Magalhães Godinho acerca de que el apogeo de los *Chorfa* marroquíes está en relación directa con el renacimiento del comercio del oro. En el mismo momento que el siglo XVI toca a su fin, el oro del Sudán reaparece en las rutas atlánticas[87] y en las del Magreb. Este último encuentra así una razón extra para incrementar sus relaciones con los países de la cristiandad, y experimenta entonces, si es que no nos engañamos al interpretar las evidencias, un estado de recuperación económica[88].

II. LA PLATA DE AMÉRICA

América, que ha remplazado en el Mediterráneo las fuentes de abastecimiento del oro africano, ha sustituido aún en mayor grado las minas de plata alemanas.

Los tesoros de América y de España

Todo lo que las cifras y los documentos oficiales pueden enseñarnos acerca de la llegada a España de los metales preciosos de América ha sido recogido y estudiado en los trabajos del economista Earl J. Hamilton. Los primeros embarques, bastante modestos, comienzan con el siglo XVI. Hasta 1550, los cargamentos eran mixtos de oro y plata. Pero desde mediados de siglo pierde toda importancia relativa el metal amarillo. A partir de entonces, los galeones transportaban a Sevilla solamente plata, en enormes masas, es cierto. Los mineros americanos habían comenzado a aplicar los nuevos métodos, tratando el mineral de plata con mercurio. Esta técnica de la amalgama, introducida en las minas de la Nueva España, en 1557, por el español Bartolomé de Medina, se aplica desde 1571 en el Potosí[89]. Esta revolución técnica decuplicó las explotaciones, que alcanzaron su máximo entre los años 1580 y 1630, coincidiendo con la gran época del imperialismo español[90]. En enero de 1580, don Juan de Idiáquez[91] escribió al cardenal Granvella: «Razón tiene su Magestad de dezir… que el Emperador… jamás

tuvo tanto dinero junto para emprender cosas». Las Indias comenzaron a «vomitar» sus riquezas, según la frase de Montchrestien[92].

Este río de oro, y después de plata, se volcaba sobre un país singularmente proteccionista, atrincherado de aduanas por todas partes. Nada salía de España y nada en ella entraba —teóricamente al menos— sin la aquiescencia de un gobierno suspicaz, que vigilaba con cien ojos las entradas y salidas de los metales preciosos. En principio, la fabulosa fortuna americana se vertía, pues, en un vaso cerrado. Pero la oclusión distaba mucho de ser perfecta. De otro modo no se explican las frecuentes quejas de las Cortes en 1527, en 1548, en 1552, en 1559 y todavía en 1563[93], sobre las salidas de metales preciosos, que no cesaban, a su juicio, de empobrecer el país. Ni se diría con tanta frecuencia que los reinos de España eran «las Indias» de otros reinos extranjeros[94].

La verdad es que los metales preciosos se escapan a todas horas de los cofres españoles, para circular por todo el mundo, con tanta mayor razón cuanto que cada salida de estas representa una valorización inmediata de dichos metales[95]. Además, ciertos vendedores tienen sus exigencias… En pleno siglo XVII, Montchrestien escribía refiriéndose a la necesidad en que los españoles se veían de comprar a Francia las preciosas telas para las velas de sus barcos: «ellos tienen los navíos, pero nosotros tenemos las alas»[96]. Las telas para los velámenes y el trigo, para no citar otras, eran preciosas mercaderías, que no podían obtenerse más que pagando al contado. Dado que los mercaderes mediterráneos y los no mediterráneos necesitaban apremiantemente monedas, no es de extrañar, pues, que los fraudes de divisas fuesen innumerables.

[I-632]

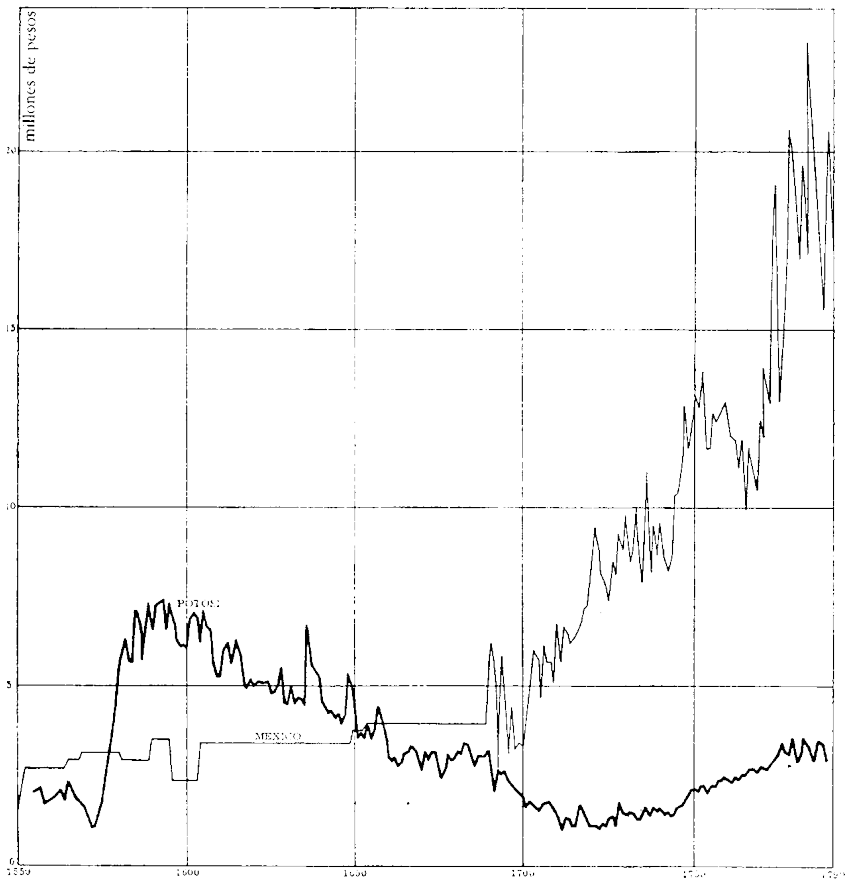


FIGURA 40. *Las dos épocas de la plata americana*.
La curva de Potosí, tomada de M. Moreyra Paz-Soldán, «Cálculo de los impuestos del Quinto et del Ensayamiento en la Minería Colonial», en *Historia*, IX, 1945.
La curva de las acuñaciones de moneda en México está tomada de W. Howe, *The mining guild of New Spain, 1770-1821*, 1949, pp. 453 y ss.
Potosí fue la primera fuente importante de plata americana. La producción de las minas mexicanas alcanzó a finales del siglo XVIII alturas nunca logradas hasta entonces.

Un día, en el barco francés *Le Croissant*, de Saint-Malo, capturado en las costas andaluzas[97] por contrabando de plata; otro día, dos barcas marsellesas detenidas en el golfo de León, con un cargamento de monedas españolas[98]. Francés de Alava señalaba, en 1567, grandes evasiones de dinero hacia Francia[99]: «Escribenme de León que por el libro del aduana han visto una persona que ha entrado en aquella villa este año, de España, más de novecientos mil ducados y los quatrocientos dellos en oro, que estos han passado todos por Aragón entre los cueros de aca… Todo passa por Canfranc y aqui y a Ruan llegan sin licencia de Vuestra Magestad». En 1556, el veneciano Soranzo calculaba que todos los años se evadían a Francia hasta 5 500 000 escudos de oro[100].

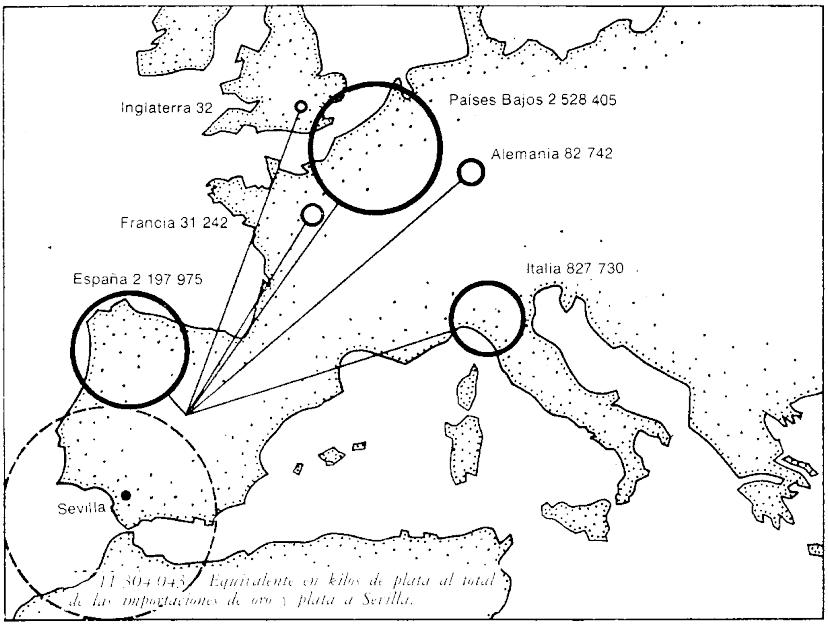


FIGURA 41. *La plata «política» española en Europa*, 1580-1626.
Se trata del dinero gastado por el Rey Católico pur medio de los *asientos* concluidos con los mercaderes. Este diagrama nos muestra que los gastos más grandes se hicieron —como era previsible— en los Países Bajos. Menos conocido —y en orden de importacia— es lo que sigue: gastos de la corte y para la defensa de España (1580 vio el comienzo de la guerra en la vertiente atlántica; hay que defender las costas amenazadas de la Península), los gastos relativamente módicos en Italia y los gastos casi inexistentes en lo concerniente a Francia. Francia no se vendió a España, estaba ocupada en sus propias luchas interiores. Como es natural, estos pagos son los del gobierno español y no representan el volumen total de los metales preciosos que abandonaban España en dirección a Europa. Mapa de F. C. Spooner, de acuerdo con las cifras y cálculos de Álvaro Castillo Pintado.

Algunos mercaderes extranjeros establecidos en España dedicábanse a repatriar las especies monetarias evadidas[101]. El embajador portugués refería, en 1554[102], que, cumpliendo una orden del príncipe Felipe —se había mantenido en secreto durante algún tiempo—, don Juan de Mendoza procedió a registrar a los pasajeros que viajaban en sus galeras de Cataluña a Italia. Resultado de ello: 70 000 ducados, confiscados, la mayor parte, a mercaderes genoveses. Así pues, los tesoros de España no estaban demasiado bien custodiados. Y la vigilancia oficial (la única que, por lo general, facilita los datos a los historiadores) no nos dice todo lo que necesitamos saber.

Además de la exportación clandestina, existían las salidas lícitas[103]. Toda entrada de cereales a España implicaba para el proveedor el derecho explícito a recibir en pago monedas libremente exportables. Pero las mayores exportaciones de plata debíanse al propio rey y a la política universal de España. En vez de gastar la plata dentro del país y hacerla fructificar en diversas creaciones —como los Fugger, que invirtieron en Augsburgo la plata de sus minas de Schwaz—, los Habsburgo dejábanse arrastrar cada vez más a los gastos exteriores, ya considerables en la época de Carlos V y fabulosos en la de Felipe II… Política desastrosa e insensata, se ha dicho muchas veces. Pero habría que saber —cosa que tantos críticos olvidan— si no era precisamente gracias a ello y a costa de semejantes sacrificios, como lograba mantener en pie el Imperio español, si no condicionaba eso su defensa y su integridad. El historiador Carlos Pereyra nos habla de la locura española en los Países Bajos, que devoraron una parte tan grande de los tesoros de América. Pero España, aunque hubiera querido, no podía abandonar aquellos dominios, pues eso habría sido lo mismo que traerse la guerra más cerca de casa.

Sea de ello lo que quiera, lo cierto es que la Península, agobiada de tesoros, desempeñó —queriéndolo o sin quererlo— el papel de cauce de irrigación de los metales preciosos… Lo que interesa al historiador, sabiendo ya cómo llegaban los metales preciosos del Nuevo Mundo a España, es ver cómo se distribuían.

Los tesoros de América, camino de Amberes [I-635]

Durante la primera mitad del siglo XVI, los metales preciosos de España salían hacia Amberes, verdadera capital del Atlántico, en la misma medida, si es que no mayor, que la de Lisboa o Sevilla. Los documentos de Amberes

señalan los vínculos existentes entre la ciudad del Escalda y las lejanas regiones del océano: el África occidental y el naciente Brasil.

Los Schetz poseían un *engenho* —un ingenio de azúcar— cerca de São Vicente. En 1531 se creó la bolsa de Amberes. Desde entonces, el numerario de España llegó a Amberes y a Brujas a bordo de las grandes *zabras* de Vizcaya. En 1544[104], sigue utilizando los servicios de las naves vizcaínas, que ese año transportaron, además, infantería española[105], y otro tanto ocurrió en 1546-1548[106] y en 1550-1552.[107]

Era en aquella época un hecho público y notorio: en la primavera de 1551, los embajadores venecianos informan a la señoría que en los Países Bajos van a acuñarse 800 000 ducados venidos del Perú con 15 % de beneficio. A cambio de ello, los Países Bajos proveerían a España de artillería y pólvora[108]. En 1552, el año de la sorpresa de Innsbruck, la trágica situación de Carlos V abre de par en par las cautelosas compuertas de España[109]. Se reducen entonces las exportaciones de moneda de los particulares, pero se aumentan considerablemente las del tesoro público. Lo que, a la verdad, no impide a las firmas extranjeras establecidas en España, para las que la salida de monedas era cuestión de vida o muerte, proseguir sus envíos, valiéndose no pocas veces hasta de los propios agentes de exportaciones del gobierno[110]. En 1553 se recibió en Amberes un envío oficial de plata con destino a los Fugger[111].

En cierta ocasión, por azar, hasta Inglaterra logró su parte. El viaje del futuro Felipe II, en 1554, hizo fluir a la isla importantes cantidades de plata, que ayudaron a la recuperación de la moneda inglesa, la cual había llegado, en 1550, al nivel más bajo de su cotización[112]. Entre aquel año de 1554 y el de su regreso a España en 1559, Felipe II, estando en Inglaterra y en los Países Bajos, fue constantemente abastecido de plata por la vía oceánica[113]. Este aprovisionamiento fue decisivo durante los aciagos años de la guerra de 1557-1558. La llegada de los navíos cargados de metales era el gran acontecimiento en el puerto de Amberes. Hoy, 20 de marzo de 1558 —decía un aviso—, llegarán a Amberes cuatro barcos de España, después de un viaje de 10 días; traen a bordo 200 000 escudos en plata contante y 300 000 en letras de cambio[114]. «El dinero último que de ella ha venido en las zabras de Pero Menendez llego a muy buen tiempo para poder dar una paga a la infantería y caballería alemana que levantamos a nuestra cuenta», escribía Eraso a Carlos V el 13 de junio[115].

Podrían citarse miles de documentos a propósito de la circulación de los metales preciosos; los más instructivos son sin duda los *asientos*

—«partidos», dirían los franceses del siglo XVI— que Carlos V y Felipe II concluyen con sus prestamistas. A partir de la crisis de Innsbruck, los Fugger y más tarde los banqueros genoveses consiguen que sus contratos vayan acompañados de *licencias de saca*, es decir, del permiso para exportar de España el numerario equivalente a las sumas que habían adelantado. Por ejemplo los dos *asientos* concluidos en mayo de 1558[116] con los banqueros genoveses Nicolò Grimaldi y Gentile, estipulan, entre otras condiciones, la transferencia de plata de Laredo a Flandes.

Esta circulación de monedas y lingotes por la vía marítima, a considerable distancia de la Francia hostil, no ofrece gran interés solamente para el historiador que quiera reconstruir las grandes luchas del siglo XVI entre los Valois y la Casa de Austria. Indica también que los Países Bajos no eran simplemente una plaza de armas para el imperio de Carlos V, sino también un gran centro monetario a través del cual el metal americano pasaba a Alemania, el norte de Europa y las islas Británicas. El papel de esta redistribución de monedas es decisivo en las actividades europeas, que en modo alguno se engendraron a sí mismas. Se organiza todo un sistema de cambios, de circulación, de operaciones bancarias a partir del gran puerto del Escalda, hacia la Alta Alemania e Inglaterra, llegando hasta Lyon, ciudad que ha vivido durante años actuando en combinación con la gran plaza del norte.

Ahora bien, para señalar bien el papel de Amberes sería necesario seguir de cerca ese aprovisionamiento de metales preciosos, más o menos importante según los casos, y que no siempre llegaba a tiempo. En 1554[117] se produce en Amberes una sensible escasez de plata, pues también andaba corta de este metal la Península, de la que dependía el puerto del norte. Y no era la guerra la única responsable. Thomas Gresham, la eminencia gris de las finanzas inglesas, hizo en 1554 un curioso viaje a España, que recuerda el que Antonio Malfane, el genovés, había emprendido un siglo antes a Tuat, pues Gresham fue a la Península en busca precisamente de metales preciosos. Desgraciadamente, sus exigencias y tal vez también sus maniobras contribuyeron a quebrantar un crédito ya de suyo bastante comprometido. Los bancos de Sevilla llegaron hasta a suspender sus pagos. «Llegué a temer [escribe Gresham] que pudiera ser responsable de la quiebra de todos»[118]. Pero no es Gresham el verdadero culpable, sino la coyuntura económica general. En todo caso, perfecta o no, esta circulación, indispensable para la economía inglesa y la de los Países Bajos, tal vez explica por qué las relaciones entre España y los países nórdicos han sido durante largo tiempo anormalmente pacíficas. La política de reservas y de inteligencia entre

Felipe II e Isabel fue posible mientras la reina y los mercaderes de Inglaterra conseguían participar de las riquezas de América por medio de los préstamos concertados en Amberes[119]. Pero todo este orden y este equilibrio quedan en suspenso con la crisis de 1566 y con la retadora llegada del duque de Alba a los Países Bajos, en 1567. En 1568, Gresham, el «mercader de la reina», partió de Amberes, su residencia habitual. Todo cambió ahora en un enorme sector, ni más ni menos que el del Atlántico. Hasta entonces los piratas ingleses habían atacado frecuentemente los navíos y las posesiones españolas; pero generalmente contentábanse con lo que podríamos llamar una piratería amigable, que era más bien un comercio fraudulento que una verdadera piratería: Hawkins[120] operaba a menudo más o menos de acuerdo con las autoridades locales españolas. Pero a partir de 1568 comienza una época de piratería brutal y sin cuartel[121]. Los corsarios ingleses atacan sistemáticamente las zabras vizcaínas, cargadas de plata con destino al duque de Alba[122]. Por supuesto, a partir de ese momento la reina Isabel ha debido renunciar a cualquier intento de préstamos en Amberes, donde su crédito se derrumba de la noche a la mañana, y adoptar, con la ayuda de los mercaderes de su país, una nueva organización financiera[123]. Pero ¿quién podría decir hasta qué punto esta política nacionalista[124] fue, de una parte, deliberada, especialmente en cuanto a Gresham, y de otra parte, una política impuesta por las circunstancias[125]?

La captura de las zabras vizcaínas no condujo, sin embargo, a la guerra. Inglaterra destinó el metal precioso conseguido en los navíos apresados a la fabricación de nuevas monedas[126]. Se aprovechó, incluso, del fraude de los mercaderes españoles que enviaban plata de contrabando en navíos supuestamente cargados de lana. Este comercio fraudulento fue una ganancia suplementaria para los ingleses[127]. Podríamos seguir hasta en sus menores detalles este feo negocio, pero lo que nos interesa del caso no son las responsabilidades de William Cecil, ni las subsiguientes e inútiles discusiones y recriminaciones que prolongaron la querella[128], ni las decisiones de Felipe II, por un instante, en 1570, cargadas de intenciones belicosas, y que logró suavizar la prudencia del duque de Alba[129]. La alarma diplomática no debe impedirnos ver el alcance económico de la disputa.

Trastornado tal vez desde 1566[130], con el comienzo de las revueltas en los Países Bajos, el tráfico de metales preciosos entre España y aquella región por la vía del Atlántico quedó prácticamente bloqueado a partir de los años 1568-1569, lo que no quiere decir que la moneda española dejara de circular totalmente por esta antigua ruta. Sin embargo, los transportes perdieron

importancia y dejaron de hacerse en condiciones fáciles. Solo se efectuarán mediante flotas en toda regla, como la que en 1572 condujo al duque de Medinaceli, es decir, casi quebrantando un bloqueo. La comunicación por mar se había vuelto peligrosa, según escribían a la República genovesa, en julio de 1572, Lázaro Spínola, cónsul genovés en Amberes, y sus consejeros Gregorio Difranchi y Nicolò Lomellini[131]. La nación, decían, tiene deudas y no sabe cómo saldarlas, *attento il cativo temporale che corre alle mercantie per questi movimenti di guerra* (se trataba, muy especialmente, de la tensión con Francia), *con quali non si può tratar in Spagna restando chiusa la navigazione, e per Italia dificilmente…*

La flota de Medinaceli en 1572 era relativamente modesta; proyectábase formar otra mucho más importante en Vizcaya en 1573-1574. Apenas exageraríamos su importancia si la llamásemos la primera Armada Invencible. Fue confiada al mando de un jefe prestigioso: Pedro Menéndez, pero este murió en 1574. La falta de créditos y las epidemias que luego se presentaron hicieron que la flota se desintegrase antes de hacerse a la mar[132]. Así el año 1574 asestó un decisivo golpe al vigor de España del golfo de Gascuña a los lejanos Países Bajos. Cierto que siguieron manteniéndose las comunicaciones marítimas entre la Península y los países del Escalda. En 1575, por ejemplo, salió de Santander una pequeña flota al mando del comandante Recalde, rumbo a Dunquerque, adonde llegó el 26 de noviembre. Hizo escala en la isla de Wight, lo cual indica que aún no estaban del todo rotas las relaciones con Inglaterra; pero nada nos asegura, por lo demás, que la flota de Recalde llevara a bordo dinero metálico[133].

De todos modos, aunque así hubiera sido, no habría podido hacer frente a la tarea. Es fácil comprobar el carácter anormal de algunos envíos de dinero efectuados por la vía atlántica. A raíz de la bancarrota de 1575, Felipe II —que la había provocado en su propio beneficio— disponía de varios millones de escudos de plata. Nada más sencillo, en apariencia —puesto que la demanda de los Países Bajos seguía en pie—, que embarcar el dinero en Laredo o en Santander y expedirlo hacia el norte. Pero ningún mercader quería encargarse de la empresa. Hubo que suplicar a los Fugger para que accedieran a hacer llegar 70 000 escudos (que les fueron entregados en cajas selladas con el cuño real, para que no las detuvieran en la aduana) a Lisboa, donde obtuvieron de ciertos negociantes *marranos* de la plaza, a cambio de ello, letras de cambio libradas sobre Amberes, ya que dichos negociantes necesitaban aquel numerario para comerciar con las Indias portuguesas. Thomas Müller, el factor de los Fugger, tratándose de cantidades poco

importantes como estas, ha preferido utilizar el rodeo de Portugal y la semineutralidad de sus mercaderes ante las disputas de los países del norte. Gracias a este subterfugio se podía transferir dinero sin que este abandonase la Península[134]. Pero a veces sale de ella. En otoño de 1588, Baltasar Lomellini y Agustín Spínola arriesgaron, para asegurar los pagos en Flandes que debían hacer al duque de Parma, «una suma de dineros que ambian en tres zabras que han armado»[135].

Un año después, en 1589, los Malvenda, mercaderes españoles de Burgos[136], envían al puerto de El Havre[137] en una galeaza un crédito de 20 000 escudos. Ese mismo año y también por el océano, Agustín Spínola repitió la hazaña del año precedente, despachando dos pequeñas galeazas que había armado personalmente y que transportaron por su cuenta un cargamento de plata hasta los Países Bajos[138]. Pero estas excepciones confirman la regla: lo cierto es que, como lo señala una gaceta veneciana[139] en 1586, la ruta oceánica se había vuelto extremadamente difícil y su rendimiento era ya muy escaso. Ahora bien, para España esta ruta era esencial.

El rodeo francés

La ruta de Laredo o Santander a Amberes había quedado inutilizada y había que sustituirla a toda costa. Felipe II tuvo que recurrir, para ello, a las rutas de Francia. Aunque eran cortas, estaban expuestas al peligro de quedar interrumpidas por las dificultades interiores; los transportes requerían largos convoyes y numerosas escoltas. Diremos, a título de ejemplo, que el transporte de 100 000 escudos de Florencia a París[140] requirió, hacia fines de siglo, 17 carros, escoltados por cinco escuadrones de caballería y 200 hombres de infantería… Para disminuir el peso, quedaba, en caso extremo, el recurso de transportar exclusivamente oro. Así lo hicieron, en muchas ocasiones, hacia 1576, algunas personas seguras al servicio de España que, viajando de Génova a los Países Bajos, llevaban cosidos a sus ropas hasta 1000 escudos de oro cada una[141]. Pero estas no eran, ni podían ser, más que soluciones excepcionales, desesperadas y peligrosas[142].

El primer gran envío de metales preciosos a través de Francia, por cuenta de España, se efectuó en 1572, es decir, después de la Noche de San Bartolomé[143]. El duque de Alba, que desde su llegada a los Países Bajos se vio muy corto de dinero, se encontraba en situación desesperada. A comienzos de 1569 corrió el rumor de que había gastado ya cinco millones[144]. Dos años después, en 1571, la crisis era aún más palpable;

algunos documentos hablan insistentemente de la *estrechez de dinero* de que padecía el duque. Los mercaderes ya no querían negociar con él, aunque siguieran abundando las asignaciones para atraérselos[145]. Pero ¿de qué servían las asignaciones cuando los mercaderes sabían que era de todo punto imposible pagarles en metálico? Sin dinero líquido y con el crédito recortado, el duque veía reducidas las posibilidades de recurrir a las letras de cambio, al igual que un banco, que nunca necesita más de sus reservas que cuando sus clientes sospechan que no cuenta con ellas. En 1572, la situación era tan grave[146] que en abril el duque de Alba se decidió a apelar al crédito del gran duque de Toscana. La solicitud fue coronada por el éxito, pero el gobierno español, que tenía dificultades con el gran duque, sospechando que intrigaba en Francia y fuera de Francia contra la causa española, desautorizó la gestión del duque de Alba y el crédito concedido no llegó a utilizarse[147]. Entre tanto, Felipe II había hecho pasar por Francia 500 000 ducados en dinero contante. El monarca escribía a su embajador Diego de Zúñiga[148]: «… Queríamos enviarle (al duque de Alba) destos Reynos hasta en quantidad de quinientos mill ducados de contado en oro y plata y no se pudiendo llevar al presente por mar sin mucho riesgo por estar el passo tan cerrado, ha parescido que el medio más cierto y más commodo sería embiarlos por esse reyno si el christianissimo rey, mi hermano, tuviese por bien de permitir y dar orden que passasse con la seguridad que conviene, como espero que lo permitirá». La autorización fue concedida y el dinero se transportó en varios viajes. El 25 de diciembre de 1572 Zayas previno al embajador de Francia, Saint-Gouard[149], que, en virtud de la licencia concedida para el tránsito de los 500 000 escudos, Nicolás Grimaldi transportaría 70 000 en reales (es decir, en plata) y Lorenzo Spínola otros 40 000 en escudos castellanos (es decir, en oro). Desde luego, estos envíos oficiales no fueron los únicos. En 1574, Mondoucet escribía desde los Países Bajos: «A creer lo que aquí se dice públicamente…, los ducados de Castilla trotan por Francia para romper todos los buenos designios»[150]. El dinero *político* no era el único que transitaba por los caminos de Francia; por las mismas rutas circulaba también el dinero de los mercaderes y el del contrabando, que eran, a menudo, una y la misma cosa.

En 1576, Felipe II y sus servidores examinaron las ventajas que reportaría la ruta de Nantes, donde el sólido crédito del mercader español Andrés Ruiz podía servir de pivote para transportar el dinero a través de «Normandía y de Francia». Diego de Zúñiga, que hizo esta proposición, aprovechó el momento para indicar, de paso, las pretensiones francesas sobre el tránsito de divisas, y, principalmente, el propósito que tenían de «congelar», como diríamos hoy, un

tercio del dinero en tránsito. El embajador español deploraba también, con este motivo, la mala organización francesa del *crédito*, del *trato* y del *comercio*[151], lo cual era cierto.

Por esta misma época, según nos dice Richard Ehrenberg —aunque sin ofrecer pruebas—, pasaba el dinero de Zaragoza a Flandes, vía Lyon[152]. Thomas Müller, el factor de los Fugger, utilizaba también para sus envíos el camino de Florencia y Lyon. Una carta veneciana de 1577[153] se refiere al envío de 200 000 coronas a Juan de Austria, vía París. Ese mismo año, los Malvenda de Burgos hicieron una remisión de 130 000 escudos, parte por Milán y parte por París, todo por cuenta de Felipe II[154]. No es de extrañar que ese mismo año de 1577 se pudiera hablar de que había en Francia una verdadera invasión de piezas españolas de oro y plata —«escudos de oro, doblones y reales de plata de España»—. A tal punto, que el gobierno francés llegó a pensar, para sacar algún provecho de ello, en valorizar esta moneda extranjera[155], lo que sería una manera de retenerla en tránsito.

El tránsito de las monedas españolas prosiguió al año siguiente. En julio de 1578, Enrique II accedió a dar paso por Francia a un contingente de soldados y una cantidad de dinero español (150 000 ducados)[156]. En julio de ese mismo año, el embajador Vargas se preguntaba —muy de acuerdo con la preocupación de la época— si estos envíos eran prudentes[157], ya que los bandidos a sueldo del duque de Alençon merodeaban a lo largo de la ruta. Y añadía que sería mejor recurrir a «poliças de mercaderes»[158]. Las monedas de España continuaron circulando en Francia después de ese año de 1578, aunque solo fuesen las destinadas por el Rey Católico a los propios franceses, como era el caso del dinero destinado a ser distribuido entre los Guisas[159] y otros. Un documento de 1582[160] revela que Philippe Adorne situó 100 000 escudos en Lyon y en París a disposición de Alejandro Farnesio. En 1585, Bartolomeo Calvo y Battista Lomellini remitieron 200 000 escudos a Lyon[161]; pero nada permite afirmar que este dinero fuera contante y llegara más allá de Lyon, hasta Flandes. A falta de mejores informes, consideremos que la ruta francesa no se empleó después de 1578, que se recurría a ella en último extremo. Y quizá se habría abandonado antes si no hubiese sido por las dificultades que surgieron, entre 1575 y 1577, entre Felipe II y sus acreedores genoveses. El acuerdo que firmaron en 1577 —el *medio general*— iba a dar la primacía a la ruta marítima de Barcelona a Génova.

La gran ruta de Barcelona a Génova y el segundo ciclo de los metales preciosos de América

No se podría precisar la fecha en que esta nueva ruta adquirió importancia. Quizá fue por la década de 1570, que coincide con el inicio de la enconada guerra contra los turcos en el Mediterráneo; como consecuencia lógica, los capitales españoles se desvían hacia Italia. No se trataba, evidentemente, de una creación *ex nihilo*. El oro y la plata de América ya habían llegado al centro del Mediterráneo en 1570, aunque nunca en cantidades comparables a la gran corriente que desembocara antes en Amberes. En octubre de 1532 llegan a Mónaco galeras españolas con 400 000 escudos, destinados a Génova[162]. En 1516, Carlos V obtuvo de los genoveses un préstamo de 150 000 ducados[163]. Es probable que este anticipo representara, en compensación, una salida de metales preciosos hacia la Dominante. Una correspondencia portuguesa[164] indica, esta vez sin equívocos, que en 1551 se hizo un envío de dinero contante a Génova, a beneficio del papa. Señala Ehrenberg —aunque sin las referencias precisas que serían de desear— que en 1552 llegaban a Génova grandes cantidades de dinero, al mismo tiempo que a Amberes[165]. Una carta dirigida por Baltasar Lomellini a Eraso en enero de 1564 habla de un pago efectuado por orden de Felipe II, en noviembre del año anterior, por 18 000 ducados, sobre Milán, a la cuenta de Nicolò Grimaldi, suegro de B. Lomellini[166]. En 1565 encontramos mención de un préstamo de 400 000 ducados aprobado por mercaderes florentinos y pagadero en Flandes. ¿Envolvían estos préstamos envíos de metales preciosos a la propia Florencia?[167] En 1566, Fourquevaux, embajador de Francia en España, registra dos préstamos genoveses, uno de 150 000 escudos y otro de 450 000[168], y el embajador toscano Nobili habla en mayo de un envío de 100 000 escudos a Génova[169]. El viaje del duque de Alba de España a Génova en 1567 fue acompañado de un transporte de tropas y de dinero[170]. Y de tiempo en tiempo era necesario proveer de dinero a Sicilia y a Nápoles, a menudo por medio de *cambios* sobre las plazas de Génova y de Florencia, las cuales atraían forzosamente, en contrapartida, un bocado de los tesoros de América[171]. Podemos, por lo menos, presumirlo, y a veces existe la certidumbre de que así ocurrió. «En estos días pasados se han llevado 18 cargas de dinero a Barcelona destinadas a Italia», escribía Fourquevaux en diciembre de 1566[172]. Durante el verano de 1567, el representante toscano de España, Nobili, logró enviar una parte del dinero destinado a pagar la soldada de las galeras toscanas al servicio del Rey

Católico. Tarea trabajosa, ya que la asignación prometida de los pagos sobre las rentas de la Iglesia se había dispersado a través de toda España[173]. De cualquier modo, Nobili proponíase, en mayo, enviar 25 000 «escudi»[174]de lo que había percibido; en junio anuncia la expedición de ocho malas con un cargamento de 280 000 «reali»[175]; finalmente, en septiembre —aunque sobre este punto carecemos de datos precisos— suponía que todo estuviera bien embarcado en las galeras[176].

Todos estos ejemplos, engarzados, no dan la impresión de una corriente regular: el *dinero de contado* ha seguido la ruta flamenca (que era la utilizada por los prestamistas genoveses en 90 % de las veces) y ha alimentado poco y mal al Mediterráneo. Contamos con abundante evidencia negativa. Así tenemos la posibilidad de localizar las monedas que circulaban en Ragusa, donde las casas de comercio consignaban en los registros oficiales —algunos de los cuales obran en los *Diversa di Cancellaria*— las cantidades de monedas confiadas a sus agentes encargados de ir a hacer compras por su cuenta en los Balcanes o en Levante, o las que dichas casas comerciales desembolsan para pagar sus deudas o para la constitución del capital de una determinada sociedad. Las piezas de oro representarán durante muchos años un papel exclusivo, tanto si están acuñadas en Venecia, en Hungría, en Rodas o en Quíos o Alepo. Esto plantea de un modo muy peculiar el problema monetario de las relaciones de Ragusa con el Levante en lo referente al oro[177]. Giugliano di Florio confiaba, el 5 de junio de 1551, 650 escudos *d'oro in oro* al capitán de una nave, Antonio Parapagno. Estos 650 ducados se descomponían en 400 *sultanini*, es decir, cequíes turcos, y 250 *veneciano* o cequíes de Venecia[178]. Otros cien escudos *auri in auro* se entregan a un ragusino, Johannes de Stephano, en noviembre de 1558, para un viaje de Nápoles a Alejandría y de Alejandría a Génova[179]. Hieronimus Johannes de Babalis recibe 500, en oro, para un viaje a Alejandría[180]. Con frecuencia estas monedas de oro eran cequíes turcos. Cuando la plata ocupa finalmente el lugar que le corresponde, vemos a un tal Giovanni di Milo, socio de Andrea del Sorgo[181], recibiendo aspros turcos: estamos en agosto de 1560 y Giovanni de Milo, que parte para el Levante, llevará consigo *mille quinquegentos aspros*, 1500 piezas pequeñas. Las monedas corrientes de plata, especialmente a partir de 1564, serán los *talleri* turcos o húngaros[182], los reales españoles, los *reali da otto* no llegarán a Ragusa hasta mucho más tarde, entre 1565 y 1570[183]. Henos aquí en Barcelona, en el año 1561. Por carta fechada el 26 de marzo, Felipe II acaba de pedir al virrey de Cataluña, don García de Toledo, que le procure 10 000 ducados para las ferias de

octubre y de mayo. Imposible encontrar semejante suma, responde el virrey el 5 de mayo[184]. Razón: «… el ser esta plaça tan estrecha y tener los mercaderes tan poco caudal…». A esto hay que añadir la falta de audacia, la excesiva prudencia de los hombres… «y crea V. M. que por ocho o diez mil ducados que yo he hallado aquí algunas vezes para socorrer a los soldados, ha sido menester dar fianças de mercaderes de la mesma tierra y tras esto poner yo mi plata en prenda y con todo esto me llevavan nueve o 10 % de intereses a razón de año».

Pasemos ahora a Nápoles, en 1566, teniendo ante nuestros ojos el *partido* de los 100 000 ducados «*de oro di Italia*», concertado en Génova en abril[185]. Se trata de un asiento de tipo corriente, o más exactamente, si no me equivoco, de un capítulo de uno de aquellos arreglos con cláusulas múltiples que la monarquía concluía con los banqueros. A cambio de los 100 000 ducados pagaderos sobre la plaza de Génova, Felipe II concedía una asignación sobre el *donativo* de Nápoles y, en su defecto, sobre un impuesto del reino, para rembolsar la suma adeudada al año siguiente. Nápoles actuaba, pues, en este caso, de caja de rembolso. El *partido*, concertado en Génova gracias al celo del embajador español Figueroa, se envía al virrey de Nápoles para que lo firme. Este examina, o mejor dicho, hace examinar por su tesorero y un experto, las cláusulas y modalidades del rembolso. Comprobado todo esto a satisfacción, el dinero se presta a la elevada tasa de 21 % de interés. «No he dejado de firmar la capitulación», escribe el duque de Alcalá, «a pesar de que el interés me parece demasiado gravoso». ¿No es esta una prueba de la «estrechez» de la plaza de Génova? Un detalle de esta exposición indica, además, que el dinero contante era más caro en Génova que en España, lo cual explica la prima de 2 % a deducir de los beneficios de los mercaderes —añaden los comentaristas—, puesto que el pago se hacía en Génova. Esta valorización solo representa un poco más que los gastos de transporte y seguro[186].

Así, pues, en 1566, estrechez de crédito en la plaza de Génova. En Nápoles, hacia la misma época, la situación era todavía peor. A comienzos de ese año de 1566 se había tratado de concertar un *asiento* de 400 000 a 500 000 ducados[187] para asignarlos al *donativo* de Nápoles y fue esta negociación la que —si no me equivoco— llevó al *cambio* de los 100 000 ducados de que hemos hablado hace poco. A este respecto, el duque de Alcalá solo recomendaba una cosa: que, por lo menos, el cambio no se efectuara en Nápoles, porque la plaza no era apta para proporcionar préstamos, ni siquiera de 100 000 ducados, y los mercaderes, aprovechándose de ello, elevaban

abusivamente sus exigencias; era preferible cerrar la operación en España o en Génova.

Pero con los años 1570 y siguientes, aparece una situación nueva; en vista de los grandes armamentos del Mediterráneo, la maquinaria española veíase obligada a cambiar de orientación en cuanto a sus envíos de dinero en letras de cambio o en moneda contante[188]. En abril de 1572, Juan Andrea Doria indica a la República de Génova que se trasladará a Cartagena a recoger el dinero que los mercaderes genoveses preferían embarcar en este puerto, en vez de transportarlo por tierra hasta Barcelona, pues los caminos no eran seguros[189]. Los envíos no se interrumpieron ni siquiera con la segunda bancarrota del Estado español en 1575; bancarrota que sacudió a Génova hasta sus cimientos, pero que, si no nos equivocamos, contribuyó también a abatir lo que aún quedaba en pie del ciclo de Amberes. En abril de 1576, Felipe II quiso enviar 650 000 ducados de *contado* a Genova[190]. Ese mismo año ofreció a los Fugger transportar para ellos 100 000 escudos «de oro en oro» en sus galeras, hasta Italia[191]. Por esta misma nueva ruta el factor de los Fugger pasará entre 1575 y 1578 hasta 2 000 000 de coronas destinadas a los Países Bajos[192]. En julio de 1577 Felipe II dio a Juan Andrea Doria orden de trasladarse inmediatamente a Barcelona, para embarcar allí el dinero destinado a Italia. La nave capitana, después de completar su cargamento, debió partir rápidamente, con o sin el almirante de Castilla, que tenía que incorporarse al viaje. Importaba mucho, en efecto, que la galera apresurara su partida, pues la necesidad de dinero era urgente en Italia e importaba «que los corsarios no vengan a saber que se embia el dinero en una sola galera»[193]. Dicho más claramente: la nueva ruta del dinero no termina en Italia. Génova había pasado a ser la estación reguladora de los movimientos de oro y letras de cambio hacia el norte. Lo cual no impedía, antes al contrario, que Italia entera recibiera su parte, comenzando por el gran duque de Toscana, que después de 1576 mereció la gracia de España y a quien Felipe II solicitó en 1582 un crédito de 400 000 ducados para la campaña de Flandes[194].

Con el incremento de la llegada de plata a Sevilla después de 1580, toda esta circulación esencial se infló. Nada nos da mejor la medida exacta de lo que ocurría entre 1584 y 1586 —si no queremos perdernos en una enorme masa de documentos conocidos—[195] que las cartas, tan llenas de observaciones, del encargado de negocios francés en España, el secretario Longlée.

Año de 1584, 18 de enero[196]: dos galeras se disponen a zarpar de Barcelona transportando plata a Génova; 12 de enero: se envía un millón de

oro «a Milán para Flandes» y, tras esto, otro millón para tenerlo en reserva en el castillo de Milán[197]; 22 de marzo: se expide una gran cantidad de plata a Italia para los negocios de Flandes[198]; 26 de mayo: Juan Andrea Doria embarca en Barcelona, entre el 18 y 20 de junio, al mando de 20 galeras y algunos otros barcos; a bordo de la flota van dos millones para el Rey Católico, uno en «escudos-pistolas» y otro en «reales», y alrededor de un millón más en letras de cambio de los «Fucres» y de mercaderes genoveses. El 1.º de junio: los genoveses conciertan «otro partido de 400 000 escudos pagaderos en Italia» en un plazo de cuatro o cinco meses[199]; Juan Andrea Doria, en sus galeras, carga más de 2 500 000 para el Rey Católico, «y alrededor de un millón» perteneciente a particulares, entre ellos el duque de Florencia, además de 300 000 escudos propiedad del mismo Doria, y de 300 000 a 400 000 escudos que lleva por cuenta de otros genoveses, y lo que «treinta a cuarenta señores y gentileshombres de Italia han retirado y llevado consigo al retirarse a Italia con el pasaje de las galeras. Además, 500 000 escudos para la casa de los Fucres en Alemania embarcados por cuenta y orden del rey, según lo he visto en la memoria del dinero que sale de España»[200]. El 30 de junio se sabe que este dinero de los Fugger les pertenece, en efecto: «el Rey Católico les ha prestado su nombre para hacerlo salir de España»[201]. El fondo de reserva para Milán ascendía a 1 200 000 escudos. 17 de agosto: los banqueros italianos, J. B. Corbati, conceden un crédito de 80 000 escudos por cuenta del embajador J. B. de Tassis[202].

Año de 1585, 4 de abril: gran envío de plata a Milán y a Génova, de orden del rey[203]. El 25 de abril: 400 000 escudos son embarcados en Barcelona para Italia y sin duda para otras partes[204]. El 14 de mayo: 19 galeras de Génova y de Saboya, ocho de Nápoles y 25 de España, mal equipadas, embarcan en Barcelona 5000 hombres de tropa. Llevarán además, a Italia, 1 200 000 escudos; 76 cargas de plata pasan por Zaragoza hacia Barcelona[205]. 9 de junio: una flota de galeras lleva 500 000 escudos al duque de Saboya[206]. 15 de junio: la flota zarpa con 1 883 000 escudos para Italia, además de un millón no registrado[207]. El 20 de septiembre: nueva partida de galeras con 400 000 escudos para Italia; 300 000 escudos llegan a Monçon, donde a la sazón se encuentra Felipe II[208]; 18 de septiembre: se concierta un «partido» con los Fugger para «obtener 500 000 escudos en Alemania».

Año de 1586, 25 de marzo: envío de 1 200 000 escudos a Italia para los negocios de Flandes[209]. El 31 de mayo: siete galeras transportan 600 000 a Génova, siempre para los negocios de Flandes[210]. El 29 de septiembre: «un partido» se ha concertado hace ocho días con los «Fucres», 1 500 000

pagaderos en Fráncfort, 250 000 en Besançon y 250 000 en Milán[211]. El 11 de octubre: se negocia otro «partido» para pagar de 700 000 a 800 000 en Italia…[212].

En los años sucesivos, la corriente de metales preciosos aumenta todavía más; para comprobarlo, basta ver hasta qué altura se elevan los *cambios* durante los 12 últimos años del reinado de Felipe II. En 1586, los Fugger le prestan, sin duda alguna, 1 500 000 en oro, pagaderos en Italia y en Alemania[213];en 1587, Agostino Spínola le adelanta un millón de escudos; en 1589, los florentinos le proporcionan 600 000 escudos[214]; este mismo año algunos mercaderes genoveses contratan un *cambio* de 2 000 000 destinado a los Países Bajos. Al año siguiente, Ambrosio Spínola paga a los Países Bajos 2 500 000[215]. En 1602, Octavio Centurione adelanta nueve millones, y más, incluso —suma elevada que han puesto en duda prudentes historiadores —[216], aunque sin motivo justificado[217]. Encuentro también la indicación de un «partido» concertado en 1587 con Agostino Spínola por 930 521 *escudos*, aunque, al contrario de lo que afirma Ehrenberg, la deuda no habrá de liquidarse en Italia, sino en los Países Bajos, bajo la forma de una letra de cambio extendida a la orden del duque de Parma[218].

Los detalles importan poco en esta ocasión; lo que interesa retener es la enorme inflación del tráfico de especies monetarias y de créditos a través del Mediterráneo occidental, elevado al rango de ruta imperial del dinero. Nadie se atrevería a negar la importancia histórica de estos incesantes viajes de galeras cargadas de cajas o barriles de monedas. Cuando se habla del oro y la plata de América, no se debe olvidar que, además de los celebérrimos galeones de las flotas de Indias, existían también las no menos importantes zabras y *naves* vizcaínas y unas galeras que, en cuanto volvía a reinar la paz en el Mediterráneo, se ocupaban con la mayor eficiencia en transportar, no combatientes, sino viajeros y montañas de monedas de plata[219]. Ocurren los inevitables accidentes. En abril de 1582 una galera procedente de Barcelona, con destino a Génova, sorprendida por el mal tiempo, se ve forzada a arrojar por la borda parte de su preciosa carga: el mar se traga 56 cajas de reales, además de otra caja llena de escudos y otras monedas de oro[220]. Pero eran raros los accidentes de esta especie: la prima de 15 % del seguro nos lo testimonia por sí sola. Los accidentes por tierra registraban la misma frecuencia, si no, mayor. En enero de 1614[221] y a seis leguas de Barcelona, 140 000 escudos propiedad de banqueros genoveses caían en manos de un grupo compuesto por alrededor de 100 ladrones.

El Mediterráneo, invadido por las monedas españolas

Esta prosperidad mediterránea es la exacta contrapartida del agotamiento de los tráficos atlánticos, de la decadencia de Amberes y, con ella, de todas las actividades que dependían del buen funcionamiento del centro del Escalda. Yo me inclinaría a creer que la caída de Amberes y de los Países Bajos ocurrió, pues, mucho antes del periodo decisivo de 1584-1585, cuya importancia no puede negarse, y aun antes del saqueo de Amberes en 1576 y de la segunda bancarrota española de 1575. Creo que podría fijarse en 1567, como lo ha hecho A. Goris[222], y mejor aún en 1569. En este último año ocurren parálisis muy claras, como la del centro lanar de Hondschoote, a pesar de hallarse en plena prosperidad y de tener una importancia mundial[223]. A la llegada del duque de Alba, la industria textil estaba ya tan quebrantada que el capitán español no encontró en plaza suficiente paño azul para vestir al personal de su palacio[224]. Es indudable que los saqueos de noviembre de 1576 no destruyeron, en Amberes, una ciudad en plena lozanía[225]. Una afirmación portuguesa que data de 1573 indica que todo el comercio de Flandes estaba arruinado desde el año anterior[226]. Pero ya en 1571[227] un mercader español tiene la impresión, a su vuelta a Amberes, de encontrarse en otra ciudad. Incluso la Bolsa «no es… lo que solía».

La decadencia de Lyon data, sobre poco más o menos, de la misma fecha. Lo que quedaba de sus grandes funciones monetarias se transfirió a París en la década del setenta al ochenta[228]. El auge de la gran plaza francesa había terminado, indudablemente, en 1577. En la plaza de los Cambios, verdadera ciudadela urbana, empezó a brotar la yerba[229].

Hacia la misma época se produce también el fin de las grandes ferias de cambio de Medina del Campo, ritualmente considerado por los historiadores como contemporáneo de la segunda bancarrota que desorganiza el Estado español (1575). Menos frecuente es citar, al norte de Medina del Campo, la doble caída, casi concomitante, de Burgos y de Bilbao. Se cerraron entonces, prácticamente, los importantes registros de seguros marítimos[230] del consulado de Burgos. Todo esto viene a romper el gran eje Medina-Bilbao-Flandes, una de las grandes líneas directrices del Imperio español al comienzo del reinado de Felipe II.

Sin embargo, el Mediterráneo se enriquece, al desviarse en su provecho una gran parte de la circulación monetaria del mundo. Como signo de los nuevos tiempos, vemos a Barcelona renaciente, con una vida próspera, reorganizar sus ferias de cambio en 1592, y a finales del siglo, reexpedir sus

veleros hasta Ragusa y Alejandría de Egipto, más allá de Cerdeña, de Nápoles y de Sicilia, que parecían señalar los límites extremos de su zona comercial[231]. Más aún; los metales preciosos invaden Italia entera. El embajador Du Ferrier, durante tantos años representante de Francia en Venecia y que estaba al corriente de los negocios de Italia y de Levante, se inquieta en 1575[232] por las amenazas de guerra que pesan sobre la Península: teme que los españoles se aprovechen de las querellas civiles de Génova para apoderarse de la ciudad y con ella de toda Italia. Esta Italia en la que «nunca ha abundado el dinero», escribe en una carta al rey de Francia. ¿Qué decir, entonces, de la Italia de las décadas que se avecinaban? Un hombre tan sensato como lo era el duque de Feria escribía, en un largo informe, en 1595, que lo mejor que podía hacer Inglaterra era someterse a la autoridad de España, «siguiendo el ejemplo de Nápoles, de Sicilia y de Milán, que bajo su actual gobierno florecen más que nunca»[233]. Brindemos este párrafo a quienes se obstinan en hablar de la decadencia del Mediterráneo ya a principios del siglo XVI.

La invasión de monedas españolas a través de todo el espacio del mar no disminuía. Pronto formaron parte de lo cotidiano. Veamos, por ejemplo, el caso de Argel, en 1580. En el mercado de la ciudad las monedas corrientes son el ducado español, el escudo español, de oro en oro, el real de plata, las monedas de a ocho, seis y cuatro, sobre todo las «de a ocho reales». Todas estas monedas tienen prima en el mercado, y son una de las grandes mercancías que se enviaban a Turquía, adonde se expiden por cajas enteras los reales de España[234]. Los registros del consulado francés en Argel, que acaban de descubrirse y que se remontan hasta 1579[235]; los del consulado francés en Túnez[236], que comienzan en 1574, indican en un 90 por 100 de casos la primacía de las monedas españolas. Los precios de los rescates se fijaban, por lo general, en esa moneda. En febrero de 1577 algunos cautivos se insubordinan en Tetuán, a bordo de un navío argelino. Los turcos, asustados, se arrojan al agua precipitadamente, y bastantes de ellos, cargados de sacos de reales de oro, son arrastrados hasta el fondo por no querer soltar los pesados fardos[237].

En Liorna, además de los grandes arribos oficiales, las barcas que vienen directamente de Génova o España llevan entre los bultos de mercancías cajas de «reali»[238].

En Ragusa, ya en vísperas de finalizar el siglo, en 1599, de dos registros de monedas destinadas a Rodosto y a Alejandría, el primero menciona *talleri* y *reali*[239], el segundo únicamente «*reali d'argento di Spagna a reali otto per*

pezza»[240]. El año anterior[241] una nave ragusina es abandonada en Cérigo por su tripulación, que prefiere alcanzar la tierra en una barca que caer en manos de la flota de Cigala. El capitán y los fugitivos llevan en su barca 17 000 «reales de a ocho». Otro detalle: en mayo de 1604 un marsellés reconoce en Ragusa que debe a un florentino *duo centum sexaginta tres peggias regaliorum de 8 regaliis pro qualumque pezzia*[242]. Ragusa estaba, pues, en esta época, tan invadida de moneda española como, en general, el resto del Mediterráneo.

Pero ¿qué ciudad podía librarse de ella? Como ya vimos antes, los reales llegaron a Turquía, incluso desde Polonia, en los pesados vehículos que comunican Leópolis con Estambul[243]. No es necesario ir a buscar ejemplos a Levante, donde la correspondencia comercial de los ragusinos, italianos, franceses e ingleses nos describe un espectáculo que ya nos figuramos de antemano.

Pero estos ejemplos, fáciles de multiplicar, no nos deben hacer perder de vista lo esencial. Todo resultará más claro si aceptamos que a partir de 1580 ya no será España el centro real de dispersión de la plata, sino la Italia de las grandes ciudades. Italia obtiene enormes beneficios gracias a ese papel y se encarga de exportar al Levante (tarea tan cómoda como rentable) una parte de las superabundantes monedas de plata españolas; se encarga también de abastecer de monedas de oro —más difíciles de conseguir— y de letras de cambio a ese reducido espacio que son los Países Bajos, lugar donde España lucha para defender su imperio y los futuros destinos del catolicismo: el flujo de monedas contantes y sonantes que entra en el país sirve tanto para sostener a los rebeldes como a las tropas españolas y los súbditos fieles. Italia se ha convertido en el centro de un sistema que crea enlaces, sincronismos y también asimetrías evidentes.

Italia, víctima de la moneda larga

A partir de 1580 se incrementan las cantidades de metal precioso traído a Génova por las galeras de España. En junio de 1598[244] se alcanza la que sin duda es la cifra récord: 2 200 000 escudos (200 000 en oro, 1 300 000 en lingotes de plata y 700 000 en reales) en un solo convoy. Es posible que este récord sea inferior al establecido el 20 de junio de 1584, fecha en la que llegaron a Génova 20 galeras, que a las órdenes de Gian Andrea Doria, transportaban, parece ser, de 3 a 4 millones de escudos, pero los datos que poseemos no son lo suficientemente precisos para permitirnos afirmarlo[245].

Una cosa es evidente: se efectuaban envíos masivos. De acuerdo con un cálculo realizado por la Contaduría Mayor en 1594, llegan anualmente a España 10 millones de ducados, de los cuales se exportan seis millones, tres por el rey y los otros tres por particulares. Los cuatro millones restantes o bien se quedan en España o bien se exportan clandestinamente por correos, viajeros o marinos. Un historiador[246] supone que cada año, a finales de siglo, seis millones de ducados llegaban a Italia para dispersarse a continuación en todas direcciones dentro y fuera de ella. Estas masas de dinero resultan operantes aun antes de tocar Génova (ya Villefranche, ya Portofino, ya Savona, ya Liorna). Bastaba la simple noticia de su próxima arribada para crear *largezza* en las plazas italianas, del mismo modo que ocurría en Sevilla, Madrid y Medina del Campo en cuanto se anunciaba que la flota de Indias estaba en puertas, estas galeras son una segunda flota de Indias. Abunda por todas partes el contante barato, esa *moneda larga* que tantos cálculos hizo fracasar, pues las operaciones propias del crédito sufren siempre que se produce un prolongado periodo de moneda barata, ya que viven del flujo y reflujo. Las letras de cambio se venden a quienes necesitan préstamos, pero ¿quién recurrirá a ellos cuando el dinero abunda? Expliquemos cómo funciona este simple mecanismo: abunda el dinero contante, lo que quiere decir que, quien más quien menos, todos tienen su parte, de modo que el prestamista, es decir, el vendedor de letras de cambio, desaparece o a lo sumo es poco frecuente. Las letras de cambio escasean y su precio, en consecuencia, sube. En la situación inversa, es decir, cuando falta el contante, las letras de cambio se multiplican por todas partes y el prestamista las puede comprar a precios muy bajos. Simón Ruiz se muestra perplejo e insatisfecho durante estos años en apariencia tan fáciles. A su habitual ocupación de corredor de grandes negocios, añade el de prestamista y comprador de letras de cambio en la plaza de Medina del Campo. Esas letras se las venden usualmente los mercaderes de lanas que no podían llevar adelante sus negocios si no podían contar con anticipos, pues la lana comprada en España no se pagaba hasta dos meses más tarde en Florencia. Simón Ruiz compraba a bajo precio el papel que representaba su crédito, y lo expedía a su amigo y compatriota en Florencia, Baltasar Suárez, quien se convertirá por matrimonio en cuñado del gran duque de Toscana. Una vez llegado a su destino, la letra de cambio se transforma en dinero con beneficio. Pero este dinero hay que reexpedirlo a Medina del Campo por medio de una nueva letra de cambio, adquirida en Florencia. Si en el lugar reina la *largezza* en ese momento, la letra resultará muy cara y Simón Ruiz no podrá obtener

beneficio de esta segunda operación. En pocas palabras, el banquero pierde en este juego, o, para ser más precisos, no consigue ganar en seis meses ese 5 % al que está ya tan acostumbrado. No ganar es lo mismo que perder; es especular peligrosamente con «el dinero de la propia firma». Nada nos lo puede corroborar mejor que las quejas del anciano de Medina del Campo o las explicaciones y disculpas del amigo de Florencia[247]. «Tal como están las cosas actualmente [escribe este último], quien tiene el dinero debe venderlo al precio que impone el comprador…»[248]. Nada sería más peligroso, aclara el viejo amigo de Florencia, que tratar de nadar contra la corriente; «los que han intentado forzar el mercado florentino ("violentar la plaza") han obtenido ganancias mínimas», escribe el 9 de septiembre de 1591[249]. ¿Qué hacer frente a esa marea de monedas y lingotes de plata? Las reglas fundamentales a partir de las cuales tenía lugar el ejercicio del cambio habían resultado alteradas. Para que este funcione adecuadamente se requieren fluctuaciones en el precio de las monedas; fluctuaciones que crean fructuosas diferencias de nivel.

Esta inundación de Italia por el *contado* se puede considerar desde otro ángulo. Basta simplemente con estudiar las monedas que se acuñan en las diferentes Casas de Moneda de la Península. Ni una sola permanece ociosa. Es indudable que con la ayuda de los documentos existentes en la Sommaria se podría reconstruir algunas de las compras efectuadas por la *Regia Zecca* de Nápoles[250]. Entre 1599 y 1628[251] se acuñará allí moneda por valor de 13 millones de ducados. Actividad similar en Palermo, Mesina[252] o Génova[253]. Las monedas comenzaban a circular apenas acuñadas y, sobre todo en el siglo XVII, abandonaban rápidamente su lugar de origen. La *Zecca* de Venecia[254] acuña sin pausa: va en ello la prosperidad de la ciudad. Se acuña a un promedio anual de un millón en oro y otro en plata. Como el cauce corriente de aprovisionamiento —es decir el que recurre a la mediación de los mercaderes que traen moneda circulante o *verghe* a sus mostradores— resulta insuficiente, la *Zecca* comienza a comprar bajo contrato. Con frecuencia estos contratos son muy altos: en 1584, 500 000 ducados (2 de junio) con los Capponi, 140 000 marcos con los Ott, agentes de los Fugger en Venecia; en 1585, otro millón con los Ott; un millón en 1592 con Agostino Senestraro, Marcantonio y Giovanni Battista Giudici; 1 200 000 ducados en diciembre de 1595 con Oliviero Marini y Vicenzo Centurione; un millón el 26 de marzo de 1597, a cargo de Hieronimo y Christoforo Ott… A partir de esta última fecha los contratos son menores, pero en marzo de 1605 se firma un contrato de 1 200 000 ducados con Giovanni Baolo Maruffo, Michel Angelo y Gio

Steffano Borlotti. No trataré ahora de establecer la lista de las compras efectuadas por la *Zecca* de Venecia, sino de demostrar el insaciable apetito de las Cecas italianas, satisfecho en lo esencial por el dinero de la América española.

Sería inútil, por otra parte, intentar descubrir *a posteriori*, por la simple adición de los totales de monedas acuñadas, el volumen de la producción americana. La cosa no es tan simple: monedas que se funden en un determinado lugar pueden luego refundirse en otro diferente; unos meses o unos años más tarde pueden descansar en el mostrador de otra Ceca. De 1548 a comienzos de 1587 la *Zecca* de Nápoles acuñó unos 10 millones y medio de ducados, y después de ello *in tutto il regno non se siano settecento millia ducati*, quedaban apenas 700 000[255]. De todos modos el hecho de haber circulado con tanta rapidez contribuyó a la abundancia de metal en Italia.

Es evidente que Italia no debe este privilegio al simple hecho de encontrarse en el derrotero imperial de la plata española. Esta coincidencia le resulta provechosa, pero su activa economía constituye un factor más importante, actividad que los historiadores se obstinan en subestimar y que es tan vigorosa durante los últimos años del siglo como para mantener un equilibrio positivo en sus cambios con Alemania, el este europeo, los Países Bajos, Francia y España[256] (a excepción de un balance desfavorable para Florencia a causa de sus compras de lana castellana). Estos saldos positivos permiten a Italia acumular riqueza y liquidar ese déficit respecto a Levante y Turquía del que ya hemos hablado antes largamente, y cuyos provechosos resultados estimulan toda la actividad comercial e industrial de la Península. Esta se convierte en el centro de un tráfico de metales preciosos y letras de cambio, dueña y señora de un circuito donde todo se interrelaciona. Cuando hay inflación de la plata, el oro se convierte en un valor seguro: el de la tesaurización y el de los pagos internacionales. Salvo en los casos en que se especifica lo contrario, las letras de cambio son pagaderas en oro. Y los soldados de Flandes exigen su paga precisamente en oro, si no la totalidad de su sueldo, al menos una parte. Finalmente, y como ya dijimos, el oro es el único metal que pueden transportar los correos. De modo que si Italia depende de España, esta depende de aquella para realizar los pagos de sur a norte, que con frecuencia hay que efectuar en oro cuando se trata de Flandes: se hacen a partir de Génova… Solo las plazas monetarias italianas eran capaces de proveer las monedas de oro y letras de cambio que acaban en Amberes entre las manos de los tesoreros-pagadores de los ejércitos españoles en Flandes. De modo que Italia se encontraba en la encrucijada de dos ejes: de

una parte, el eje sur-norte mantenido por la política española y los *asientos* genoveses, y de otra, el eje según los paralelos, que llega hasta el Levante y el Lejano Oriente; una ruta del oro que va de Génova a Amberes se cruza con una ruta de la plata que llega hasta la remota China.

No se producen sorpresas en este último eje: la plata circula prioritariamente, aumentando su valor en cuanto llegaba al Levante (el Imperio turco era una zona áurea producida por Egipto y su fuente de abastecimiento africana); su valor aumenta a medida que se desplaza hacia el Este; cruza Persia y la India para llegar a veces a la encrucijada de las Filipinas o a la China: el oro chino se cambia a razón de «dos marcos de oro por ocho marcos de plata», es decir, la proporción es de uno a cuatro, mientras que en Europa es, al menos, de uno a 12. Este eje Italia-China, que arranca de América y da la vuelta al mundo sea por el Mediterráneo, sea por el cabo de Buena Esperanza, se puede considerar como una *estructura*, un rasgo permanente y primordial de la economía mundial que continuará en primer plano hasta el comienzo del siglo XX. El eje Génova-Amberes, al contrario, debía su existencia a una particular coyuntura. Durará todo el tiempo que España mantenga en su poder los Países Bajos, es decir, hasta 1714, o mientras persista la inflación de la plata controlada por ella, o sea hasta 1680[257]. En resumen: Italia es el punto de intersección de ambos ejes a lo largo de todo el siglo XVII. De la bahía de Cádiz, veleros ingleses y holandeses, barcos de Saint-Malo y a veces de Génova, «navíos de guerra» o no de guerra, transportan a Génova y Liorna las piezas de a ocho, comúnmente conocidas entonces con el nombre de *piastras*[258]. Todo este tráfico llega a «Alejandría, el Gran Cairo, Esmirna, Alepo y otros lugares del Levante». Las piastras «son muy buscadas en todos los dichos lugares e incluso en la misma Persia…», escribe Samuel Ricard[259], (abuelo del famoso Ricardo), cuyo libro todavía se seguía imprimiendo en 1706. Monedas de plata, no de oro. Uno puede ciertamente (dice una relación veneciana de fecha muy anterior —1668—)[260] gastar en Egipto *ungari* o *zechini senza perdervi cosa veruna: ma bisogna esser pratico*, sin perder nada con ello, pero hay que saber el oficio. Por lo que respecta a la plata, se puede ganar hasta 30 % con las piezas de a ocho. Por su parte, el eje sur-norte mantuvo su posición todo a lo largo de este periodo, y si es indudable que la preponderancia de Génova disminuye a partir de 1627[261], todavía en 1650 vemos a sus banqueros efectuando pagos en los Países Bajos por cuenta de España[262].

El siglo de los genoveses[263]

Estas observaciones preliminares nos ayudarán a entender mejor la época de los banqueros genoveses, que se intercala de 1557 a 1627 en la historia del capitalismo, inmediatamente después del breve periodo de los Fugger y precediendo la aparición del capitalismo híbrido de Ámsterdam. Confieso que preferiría dar la fecha de 1640 o la de 1650 con preferencia a la de 1627[264], pero en cualquier caso la cuestión no es crucial. Es evidente que la fortuna de los genoveses no resulta de un simple golpe de varita mágica propinado en 1557, es decir, inmediatamente después de la extraordinaria bancarrota del Estado español, ni tampoco acaba de repente en 1627, coincidiendo con la quinta o sexta suspensión de pagos en Castilla cuando el conde-duque de Olivares eleva a los *marranos* portugueses al rango de principales prestamistas de la Corona de Castilla. Génova aún continuará siendo durante mucho tiempo uno de los pilares básicos de las finanzas internacionales.

La riqueza de que disfrutaba Génova desde mucho antes y el radical cambio de frente político que decide en 1528 han allanado el camino de su futura prosperidad, añádase a ello su implantación precoz en Andalucía y Sevilla[265] y su participación no solo en el comercio entre España y las Indias —actividad hoy muy bien conocida gracias a los trabajos de André E. Sayous —, sino también en el de Sevilla con los Países Bajos, nutriendo un comercio al otro. Según Richard Ehrenberg[266], los genoveses no consiguieron hasta 1555 el control sobre Amberes, pero ya estaban allí desde comienzos de siglo, siendo entre 1488 y 1514 los más importantes entre todos los mercaderes italianos del Escalda[267]. Es más que probable que hayan sido ellos quienes, a continuación, han financiado los enlaces norte-sur hasta al menos 1566.

En todo caso supieron aprovechar la oportunidad cuando los Fugger y sus acólitos, fuertemente castigados por la dura recesión de mediados del siglo, dan claras muestras de debilidad y fatiga y abandonan (salvo cortas reapariciones en 1575 y 1595) el peligroso juego de los *asientos*.

Los *asientos* son contratos de cláusulas múltiples cerrados entre el gobierno castellano y los *hombres de negocios*. Consisten en préstamos a corto plazo, rembolsables principalmente con los metales preciosos que llegan a Sevilla: las arribadas de este tesoro son intermitentes, y el rey se ve necesitado de la alternativa de una tesorería regular que permita el pago mensual, *usualmente en oro*, de los sueldos y otros gastos de las tropas españolas en los Países Bajos. Los genoveses serán lo bastante hábiles —desde 1557— no solo para recurrir a los múltiples medios con que cuenta el

católico monarca tanto en Castilla como fuera de ella, sino también para servirse —con la intención de agrupar y garantizar sus cuantiosos anticipos— de la economía pública, tanto española como italiana. Y el rey (de 1561 a 1575) les concede *juros de resguardo*[268], en teoría títulos de la renta pública, confiados como garantía del préstamo acordado, pero que los asentistas son libres de usar como mejor les plazca. Y venden estos títulos no solo a amigos y conocidos sino también a los suscriptores, los cuales se apresuran a adquirirlos. Bien entendido que los genoveses habrán de volver a comprar esos *juros* para devolvérselos al rey, pero no antes de que este haya rembolsado el préstamo. Segunda astucia: se han prohibido de 1559 a 1566[269] las *sacas* de numerario, es decir durante los años de restauración de las finanzas castellanas: todas las deudas anteriores revertían sobre la *Casa de la Contratación*, la cual se convierte en una especie de *Casa di San Giorgio*[270], usando sus recursos para asegurar el pago de los juros *colocados* sobre la *Casa*. Este era el objeto del importante saldo de cuentas que tiene lugar en Toledo en noviembre de 1560[271] y que los historiadores consideran como una bancarrota adicional, decidida como lo había sido la primera en 1557, con el tácito consentimiento de los hombres de negocios. Estos han recibido en *juros* el equivalente de buena parte de sus antiguas deudas, pero pueden pagar a sus propios acreedores con esa misma moneda. Con semejantes ajustes de cuentas, los genoveses se resienten menos que los Fugger. Si no pueden exportar sus beneficios en forma de numerario, sí pueden invertir estos fácilmente en mercancías españolas (alumbres, lana, aceite, seda, etc.), las cuales, exportadas a Italia o a los Países Bajos, les proporcionarán el activo líquido que necesitan en estas plazas distantes. Es evidente que todo resultará mucho más cómodo cuando, a partir de 1566[272] y a causa de los disturbios en Flandes, se les autorice de nuevo a exportar monedas y lingotes de plata en cantidades que ellos mismos decidirán.

Pero el problema esencial continuaba siendo el de las transferencias y pagos desde o hacia los Países Bajos. Para resolverlo, el Rey Católico se ve obligado a recurrir a los capitalistas internacionales, los banqueros de la Alta Alemania antes de mediados de siglo, y a los genoveses a partir de 1557. Felipe II se verá forzado a semejante recurso con mayor frecuencia que Carlos V. Él es el señor de la plata que corre en el mercado internacional, pero no lo es del cobre, ni de las letras de cambio, ni tampoco del oro. El cobre era en realidad una simple comparsa. Pero este humilde metal monetario era desconocido en la península ibérica, que lo obtiene de Alemania, al principio, y de Suecia y el Japón, más tarde (siglo XVII). España

lo podía conseguir fácilmente pagándolo, y la situación solo se hará difícil en Portugal, donde el alza del cobre alcanzará cotas fabulosas hasta 1550[273], a causa de la demanda que de él había en las Indias Orientales. Todavía en 1640 se contaba que en tiempos del rey don Manuel, las monedas de cobre eran más caras que el oro en Portugal[274]. En cuanto a las letras de cambio hay que establecer una distinción entre las que funcionaban como instrumento de crédito —pasándose a veces de la raya— y esas otras letras que tratan de compensar las demasías de las balanzas comerciales. España, abrumada bajo el peso de sus riquezas americanas, tiene en todas partes una balanza comercial deficitaria; los países con excedente son (o habían sido) los Países Bajos y las plazas de Italia (donde continúa). Habrá que comprar el papel de estas últimas. Pues las letras de cambio, teóricamente pagaderas en oro, controlan los complicados circuitos de las monedas de oro. Pero, como el abastecimiento de oro de Europa se hace mal a partir del Nuevo Mundo, estos pagamentos dependerán con frecuencia de las reservas existentes.

En todas estas direcciones iba a establecer rápidamente su primacía el capitalismo genovés, pero esta nunca habría sido alcanzada —conviene recalcarlo— sin la ayuda de toda Italia. Los genoveses, vendedores de plata, encuentran en su ciudad nativa y en mayor grado en el resto de Italia las monedas de oro y las letras de cambio que necesitan. En 1607[275], los *Cinque Savii* hacen una breve alusión a este fenómeno, que se consideraba del todo normal: los genoveses, dado que son los proveedores de plata (y también de créditos para las compras de azúcar y pimiemta en Lisboa), *hanno sicuro modo di estrazer da questa città quanto oro voglino*; están seguros de poder extraer de Venecia todo el oro que quieran. Y lo mismo pueden hacer respecto a las letras de cambio sobre Alemania y los Países Bajos. Cuando Ambrosio Spínola y Giovanni Jacomo Grimaldi exponen a la República de Génova la situación reinante después de la bancarrota de 1596, dicen que el problema del dinero que ellos han prometido entregar en los Países Bajos (a petición de Felipe II y en nombre de los otros mercaderes genoveses de la *Contratación* —del Sindicato diríamos nosotros—) radica en «que las plazas de Florencia y Venecia, por el intermedio de las cuales se solventaban ordinariamente tales provisiones, han sido afectadas por trastornos que las han conmovido casi de arriba abajo»[276] por las violentas consecuencias de la bancarrota. Sin ellas resulta imposible encontrar compradores regulares para los reales y los lingotes de plata, o proveedores de oro y créditos que harían posible evitar el envío hacia el norte de cantidades demasiado grandes de engorrosas monedas de plata —y a la vez la expedición del oro indispensable,

repitámoslo—. Los soldados estacionados en los Países Bajos exigen siempre que buena parte de sus sueldos sea pagada en moneda de oro, lo que les resultaba tan provechoso como conveniente. Las monedas de oro eran muy buscadas y permiten transportes fáciles debido a su pequeño volumen. Tenía lugar un continuo cambiar monedas de plata por otras de oro. Los mercaderes intentaron, eso es cierto, liberarse de esta onerosa obligación y para ello intentaron imponer las monedas de plata, o mejor aún, piezas de tela como parte de la paga de los soldados. En este respecto la evolución fue muy lenta y la plata no logrará imponerse en la paga de los soldados hasta el reinado de Felipe III y con las inflaciones del vellón que jalonaron sus primeros años; no antes, desde luego, de la lenta promoción al rango de moneda internacional aceptada por todos de los reales españoles. Para ser más precisos, este cambio no llegó a término hasta que no reinó una situación de paz internacional a finales del siglo y comienzos del siguiente, lo que desvalorizó las exigencias de los soldados y puso término a cualquier posibilidad de amenaza eficaz por su parte.

Pero mientras llegaba ese momento, exigían monedas de oro, y la vehemencia con que las reclaman se convierte en uno de los rasgos esenciales de la gran circulación monetaria del siglo: característica estructural, como ha demostrado convincentemente Felipe Ruiz Martín[277]. Incidentes que de vez en cuando ocurren nos lo evidencian. En febrero de 1569, el duque de Alba, preparando una fuerza expedicionaria al mando de Mansfeld para ayudar a los católicos de Francia[278]. Para aprovisionar de monedas de oro el carruaje tirado por tres caballos de Diego de Gueines, pagador de las tropas, se hubo de recurrir a los mercaderes de Ruán, París y Lyon, y cambiar, no sin gastos, las «monedas de plata como se recibieron de los mercaderes a escudos de oro en oro». Este pequeño episodio tiene la ventaja de dejarnos tocar con nuestras propias manos una determinada realidad cotidiana que nos permite atisbar un contexto mucho más comprensivo. El sistema general de los banqueros genoveses, que recibe su toque final en 1579 con la creación de las ferias de Plasencia y que habría de durar hasta más allá del final de aquel siglo, representa, visto desde los Países Bajos, una vasta operación de drenaje del oro que supone la existencia de una serie de circuitos anteriores para la circulación de mercancías, plata y letras de cambio: en una palabra, para todas las riquezas de Occidente. Era un juego en el que se salía ganando, pero que requería el respeto a ciertas reglas imperiosas.

Las ferias de Plasencia

La victoria de los genoveses no resultó manifiesta sino a partir del 21 de noviembre de 1579[279], cuando por obra suya las llamadas ferias de Besançon se desplazan a Plasencia, donde permanecerán, salvo muy raras interrupciones, hasta 1621[280] bajo total control genovés. Es muy posible que el origen de las ferias de Besançon se remonte a la fecha de 1534[281]. Los mercaderes genoveses habían encontrado tales dificultades en Lyon, provocadas por el rey de Francia, que no les había perdonado la traición de 1528, y, posteriormente cuando se retiraron a Chambéry, tales fueron las dificultades con el duque de Saboya, quien, instigado por el rey de Francia, los expulsó de sus Estados, que no les quedó más remedio que fijar otro lugar de cita a sus hombres de negocios y sus respectivos corresponsales: el primero fue Lons-le-Saunier, a comienzos de 1536, en la Feria de los Reyes; el segundo, Besançon, con ocasión de la consecutiva feria de Pascua: aquí se iba a suceder una larga serie de ferias. No fue Carlos V, sino la República de Génova, quien fijó este emplazamiento, aficionándose inmediatamente a este lugar de citas, tanto más cuanto los franceses ocuparon en 1536 Saboya y el Piamonte y se podía ir directamente a Besançon por Lombardía, los Cantones suizos y el Franco-Condado; además, este distante punto de reunión, a pesar de ser *inconveniente y fastidioso*, tenía sin embargo la ventaja de su proximidad a Lyon y, en consecuencia, a las grandes cantidades de dinero y mercancías que sus ferias atraían y cuyos ritmos serán seguidos muy de cerca, durante largo tiempo, por Besançon[282]. Lyon por aquel entonces continuaba siendo la verdadera capital de las riquezas del mundo, a mitad de camino entre el Mediterráneo y Amberes, lo que explica el hecho de que los genoveses, siempre que tropiezan en Besançon con dificultades (de las que por cierto estamos muy poco enterados), transfieran sus ferias a Poligny, como probablemente hacen en 1568[283], y más tarde a Chambéry, moviéndose siempre hacia el sur, pero permaneciendo dentro de la órbita lionesa. La proximidad a esta ciudad era vital, como bien nos lo demuestran una gran cantidad de pagos efectuados en Montluel, el primer centro de población importante que se encuentra en la ruta que va de Lyon a Savoya[284].

Así pues, la transferencia de las ferias a Plasencia, en el territorio del duque de Toscana, representa un paso decisivo. Es la ruptura con Lyon, separada ahora por el obstáculo de los Alpes del nuevo lugar de cita. Esta instalación en Plasencia es también el último acto de una larga crisis que había ocupado los cuatro años precedentes y cuyas verdaderas causas solo

ahora los historiadores están comenzando a vislumbrar[285]. Nos encontramos ante el episodio más importante de la fortuna genovesa.

El sistema de los *asientos* asociados a los *juros de resguardo* (véase la gráfica de la fig. 60 en el volumen II de esta obra) se había desarrollado ampliamente como resultado de la inestable situación de Flandes a partir de 1566 y la multiplicación de *licencias de saca*[286], a pesar de la ruptura de la ruta oceánica. Este insolente éxito de los genoveses, instalados ahora abiertamente en Madrid, la nueva capital, lugar obligado de firma de los grandes contratos, y donde organizan una plaza de cambio en conexión con Alcalá de Henares, no puede por menos que provocar violentos sentimientos de envidia en la opinión pública española y, lo que es más grave, entre las personas que rodean a Felipe II. De 1573 a 1575 las Cortes reaccionan vivamente contra estos extranjeros[287]. Pero una cosa era atacarlos y otra sustituirlos. Los consejeros de Felipe II, e incluso él mismo, han supuesto demasiado precipitadamente que se podía recurrir a los mercaderes españoles y a los de otras plazas extranjeras. El decreto del 1 de septiembre de 1575 es un golpe lanzado contra la fortuna de los genoveses. Se anulaban todos los contratos concluidos a partir del 14 de noviembre de 1560, considerándolos *ilegales* y fraudulentos. Todas las cuentas se deberían reemprender según las normas fijadas de manera unilateral por la Pragmática que aparece en diciembre de 1575 (aunque llevando fecha del 1 de septiembre). Esto ocasionó cuantiosas pérdidas a los genoveses. Protestaron y apelaron a recursos legales ante la jurisdicción de la *Cámara* de Castilla, pero sobre todo, bloquearon de modo eficaz el sistema de pagos en oro en dirección a Flandes. Y es probable que apoyasen a los rebeldes protestantes de los Países Bajos. Pero, en diciembre de este dramático año, Génova se alzaba, en el curso de una revolución política y social de carácter extremadamente violento (por desgracia muy mal conocida en lo referente a sus resortes más profundos): frente a los *Nobili Vecchi*, ocupados exclusivamente de las finanzas, se alzan los *Nobili Novi (di San Pietro),* mercaderes comunes, apoyados por los *arti*, los gremios. Triunfan los rebeldes y se apoderan de las palancas de mando y suben los salarios. Los banqueros se retiran a los alrededores de la ciudad, algunos a las tierras de Battista Spínola, en torno de Serravalle, junto a Novi, al lado de la ruta de Milán[288], o a Saboya. Pero el partido vencedor se demuestra incapaz de dirigir la ciudad y menos aún de volver a poner en marcha la amplia máquina financiera, atascada por el decreto de septiembre de Felipe II, hasta el punto de que los Buonvisi se preguntaban inquietos en Lyon, en octubre de 1575, si se celebraría o no la

feria de Pascua de Besançon[289]. A finales de 1575 ninguno de ambos adversarios conseguía ventaja sobre el otro en la partida. La lucha en Génova, la lucha en España, la competencia entre mercaderes genoveses y no genoveses en todas las plazas comerciales de Europa son episodios de una misma campaña.

La victoria total no la alcanzaron los banqueros genoveses hasta dos años más tarde: se la proporcionó un acuerdo, el *medio general*, firmado con el rey de España, el 5 de diciembre de 1577, que abrogaba las medidas draconianas del año 1575. Era una victoria debida enteramente a la incompetencia e inexperiencia de los mercaderes castellanos y de todos los *servidores incondicionales de los Habsburgo*, incluidos los Fugger, quienes también se habían arrojado al combate. El capital que adelantaron resultó insuficiente y trataron de rembolsarlo demasiado rápidamente, sin tener en cuenta que, además, se había movido con excesiva lentitud. Por otra parte, el embargo de las letras de cambio y el oro efectuado por los genoveses resultó muy eficaz. Estos tenían en sus manos las mejores cartas, y apenas les quedaba a sus competidores espacio donde maniobrar: se enviase por Florencia, Lisboa, Lyon o incluso París, el dinero de sus rivales nunca conseguía viajar con la velocidad requerida. Resultado: las tropas españolas no perciben sus sueldos y se amotinan, y después de una larga serie de incidentes saquean vergonzosamente la ciudad de Amberes en noviembre de 1576[290]. Estos dramáticos acontecimientos —sería tan ingenuo pensar que los hombres de negocios genoveses no hayan echado leña al fuego en estas circunstancias como suponer que los españoles no habían tenido nada que ver con el levantamiento de diciembre de 1575 en Génova— fuerzan al rey a la reconciliación. Hasta aquel momento había manifestado *poco voluntà di mitigare il rigore dil decreto*, como dice un corresponsal genovés[291]. Pero ¿cómo proseguir con esa política rigurosa, cuando en el fondo de su corazón había secretas preferencias? En marzo de 1577 se inician conversaciones muy serias, que no cristalizarán en un acuerdo hasta el 5 de diciembre del mismo año: inmediatamente, los *hombres de negocios* ponen cinco millones de escudos de oro en oro a disposición del monarca, pagaderos en Génova, Milán y —si ello fuera necesario— en Nápoles o Sicilia.

Mientras tanto se restablecía el orden en Génova y con el apoyo de los banqueros del Milanesado y la Toscana se perfilaba una nueva solución: la de instalar ferias en Plasencia, en el territorio del duque de Parma. Salvo algunas interrupciones (en la Pascua de 1580 tienen lugar en Montluel, Saboya, muy cerca de Lyon) se mantendrán —lo mismo que el sistema que encarnan, y

bajo control genovés— hasta 1621. Por medio de Génova el Mediterráneo se adjudicó durante largo tiempo el control de las riquezas del mundo.

En Plasencia[292], el espectáculo de esta victoria reviste una modesta apariencia. Estas ferias no se parecen en nada a las aglomeraciones que se producen en Lyon o en las ferias populares de Fráncfort y Leipzig. La discreción era el lema de Plasencia.

Cuatro veces al año —en las ferias de la Anunciación (1 de febrero); de Pascua (2 de mayo); de agosto (1 de agosto) y la de Todos los Santos (2 de noviembre)— se reunían unos 60 hombres de negocios. Eran los *banchieri di conto*, unos cuantos genoveses, milaneses y florentinos, miembros todos ellos de una especie de club, para ingresar en el cual se requería el voto de los miembros presentes y una fuerte cantidad de dinero (4000 escudos) en concepto de fianza. Estos eran los hombres que llegado el tercer día de la feria fijaban el *conto*, es decir, el curso de los cambios, decisión cuya importancia no es necesario subrayar. Al lado de estos *banquieri di conto* figuran mercaderes-cambistas, o *cambiatori*, como se les denomina con frecuencia, autorizados bajo fianza (2000 escudos) a seguir las ferias y presentar en ellas sus pagos (o *bilanci*). En la tercera categoría estaban los *heroldi* (o *trattanti*), representantes de las ferias o corredores. En total un máximo de 200 personas, sometidas a la disciplina de un estricto reglamento; en caso de disputa la decisión final correspondía al todopoderoso senado de Génova.

Estas ferias funcionaban como un centro distribuidor —*de virement ou de rencontre*, dice Savary[293], y de *riscontro* los italianos—. Cada uno de los mercaderes se presenta allí llevando un libro encuadernado —el *scartafaccio* —, que contiene la relación de todas las letras de cambio que deben pagar o cobrar. Lo primero que hacen es poner en orden todas estas cuentas y obtener el reconocimiento de las sumas en cuestión; luego, una vez confrontadas todas las operaciones de la feria, se llegaba a una serie de compensaciones y anulaciones. El resultado final era un pasivo o un activo que no tiene nada que ver con las fantásticas sumas originales: estas se han fundido como la nieve con el calor del sol. El reglamento de las ferias estipulaba que todas las diferencias debían saldarse en oro, pero por lo general se movilizaba muy poco contante y el acreedor aceptaba una extensión de crédito aplicable en otra feria o plaza de cambio. De este modo la máquina creadora de crédito funcionaba en beneficio de los deudores. Como es natural, los mecanismos de estas operaciones eran mucho más complicados y para darse buena cuenta de ello basta consultar el libro clásico del genovés Domenico Pieri, que con el título de *Il Negociante*, vio la luz pública en Génova en 1638[294]; notaremos

que la puesta en práctica de lo dicho tropezaba con dificultades numerosas y serias, a pesar de las tablas de cambios preparadas de antemano. Abundaban los litigios. Para ayudar a los participantes no familiarizados con las reglas, los responsables de las ferias repartían, a partir del quinto día, modelos de letras de cambio en las que al mercader le bastaba con rellenar los espacios en blanco.

Enormes cantidades de dinero cambiaban de mano en estas ferias. Según Davanzati[295], a partir de 1588 se producía un movimiento de más de 37 000 000 de *escudos de marco*, y unos años más tarde, si hemos de creer a Domenico Peri[296], la cifra se elevaba hasta los 48 000 000. Las cotizaciones del cambio se pueden reconstruir gracias a la correspondencia comercial que ha sobrevivido. Pero mientras no se consigan encontrar las cuentas y correspondencia de al menos uno solo de los banqueros genoveses, únicamente podremos tener una visión *desde fuera* de lo que ocurría en las ferias. Toda la fortuna de los genoveses se apoya en un mecanismo tan sutil como sutilmente utilizado. Su imperio es el del papel, como comentaba humorísticamente un agente de los Fugger en España, cuando les acusaba en 1577 «de tener más papel que dinero contante»: *mehr Papier als Baargeld*[297].

El reino del papel

La época del papel moneda negociable no comenzó en Plasencia en 1579, con la primera de sus ferias. Todo aquel siglo había preparado su advenimiento. Pero, a partir de 1566, o mejor aún de 1579, asume una importancia tan grande que todos aquellos que en mayor o menos grado intervengan en el juego del mundo de los negocios lo advertirán. Desde el momento que comenzaron a diferenciarse las tareas específicas comenzó a distinguirse la ocupación de banquero de las otras actividades comerciales: banquero, o mejor aún, *financiero*, puesto que desde el primer momento las operaciones bancarias se ejercían con el dinero de los príncipes. Nosotros los historiadores debemos tratar de comprender lo nueva y extraña que les parecía a los contemporáneos semejante profesión, si queremos entender el asombro que les producía. Las personas sabias y honestas habían dado siempre por supuesto que el dinero sigue a las mercancías; para ellos, un *cambio real* es el que resulta de ese comercio leal. Pero que el dinero pueda permitirse una existencia propia, separado de las mercancías, o que —como ocurría en Plasencia— todo termine en un juego de papeles escritos, era algo que les

resultaba muy difícil de aceptar. El propio Felipe II confesaba no entender nada en lo referente a los cambios[298]; ello puede haber contribuido en no pequeña medida a la hostilidad que demostró a los genoveses.

En Venecia, todavía inmersa a medias en su propio pasado, el papel será durante mucho tiempo un discreto visitante. Un documento veneciano de 1575[299] calcula el total de los enormes préstamos de guerra concedidos en el periodo de la lucha contra los turcos en más de 5 500 000 de ducados. De esta cantidad, solo 216 821 ducados, es decir, menos de 4 % se habían suscrito en *lettere di cambio*. Pero este dato no es en sí conclusivo: los préstamos se hacían en plaza y era lógico pagarlos en lingotes de oro (57 772) o de plata (1 872 342) o en monedas (3 198 420). Pero nunca faltará un veneciano dispuesto a protestar siempre que haya una ocasión propicia contra la multiplicación del papel y las operaciones, honestas o no, que permite. Se convierten a veces en jueces muy severos, como en el caso de ese embajador veneciano que escribe desde Madrid a la señoría, en 1573[300], que los *asentistas* genoveses desprecian el auténtico y honesto comercio de las mercancías, y solo se ocupan de la *negoziatione dei cambi*, declarando que ocuparse de mercancías sería *cosa da bezarioto et da gente più bassa*, buena para quienes no tienen zapatos que ponerse y personas de la más baja condición. Son comprensibles estos sentimientos a la altura del año 1573. Pero 30 años más tarde, en una Venecia que pasaba en aquellos momentos por un breve *siglo de las luces* —y que se desvanece con excesiva rapidez—, aparecen muchos espíritus interesados en cuestiones económicas: Leonardo Donà, por ejemplo, del que conocemos excelentes *discursos* —un poco floridos a veces, pero muy claros— sobre el comercio, la política y el dinero. Por eso resulta difícil comprender que siga habiendo gente atónita ante la proliferación del papel, ante la novedad de estos pagos que ahora se hacen a través del cambio en lugar *di farsi con denari* (en lugar de hacerse con numerario). En cuanto al *re-cambio* con su secuela de saltos y fugas de control, que se acaba de introducir en Venecia por iniciativa de los banqueros extranjeros, florentinos y genoveses, les parece un *pernicioso et perpetuo ziro tramercante e mercante, godendo quali banchieri particolari la facultà de infiniti négocianti*[301]. En resumen: los mercaderes y ricos de Venecia solo a la fuerza han sido empujados dentro del mundo, para ellos aberrante, de las *fieri di Bizensone*.

Pero, pese a ellos, ese mundo era un mundo *razonable* que poseía la llave del futuro, y las operaciones que en ese mundo se realizaban eran operaciones inteligentes, a despecho de las críticas de quienes no comprendían el juego.

Este acontecimiento del papel, su difusión, si no su primera aparición, marcan el comienzo de una nueva estructuración de la vida económica de una nueva dimensión suplementaria con la que habrá que contar a partir de ese momento. Los genoveses han sido los precursores a este respecto y muy pronto han disfrutado de todas las ventajas que traen consigo esas novísimas técnicas. Su error ha radicado en confiar en exceso en la superioridad obtenida en este campo y —lanzándose a proezas financieras— en abandonar el comercio atlántico —en el que estaban tan ventajosamente situados— en 1566. La economía atlántica, más o menos abandonada a sí misma[302], se va a desarrollar y madurar, generando sus propios mercaderes y —muy pronto— sus propios financieros. La derrota de los genoveses no representa, como se ha afirmado con excesiva precipitación, el hundimiento de la finanza pura y del papel moneda y el triunfo del mercader que había permanecido fiel al comercio tradicional, sino la aparición de otro capitalismo con un centro de gravedad geográfico diferente, capitalismo que ya había apuntado desde el mismo momento del descubrimiento de América y que necesitará algo más de un siglo para alcanzar su madurez. Marca en última instancia el triunfo de los nuevos financieros, los prestamistas portugueses que van a operar en Madrid en 1627, teniendo a sus espaldas a los importantes prestamistas del norte. Etapa que es de hecho una de las del capitalismo holandés, el cual posee, desde por lo menos 1609, sus propias superestructuras, incluidas entre ellas las formas más modernas del mecanismo del crédito. Este capitalismo será el que remplace al capitalismo mediterráneo, pero este último, tan pacientemente construido, le servirá de modelo en todos y cada uno de sus aspectos.

De la última bancarrota de Felipe II a la primera de Felipe III

La última bancarrota de Felipe II, en 1596, y la primera de Felipe III, en 1607, nos colocan frente a frente a estos problemas de magnitud colosal. No es nuestra intención describir las peripecias de estos cambios, sino descubrir las causas subyacentes, los factores que actúan permanentemente; esto nos permitirá contrastar nuestros esquemas explicativos, que gracias a recientes investigaciones hemos podido mejorar de modo notable.

En nuestra búsqueda de la perspectiva justa debemos evitar dejarnos deslumbrar por la dramática historia de los acontecimientos, que por lo general ha sido observada desde muy de cerca. Debemos tener siempre *in mente* que toda supremacía, sea política, económica, social o cultural, conoce

un momento inicial, al que le sigue el apogeo y más tarde la decadencia, y que las etapas del capitalismo, es decir, los momentos de su proceso en que ha sufrido interrupciones o alteraciones, encuentran paralelos en otras mutaciones. Como la época de los Fugger, como la de los genoveses más tarde, la de Ámsterdam iba a durar apenas el tiempo equivalente a dos o tres generaciones humanas.

Una vez dicho esto, y con la intención de ir directamente al grano, es conveniente especificar cuanto antes lo que sigue:

1. Que los conflictos entre el Estado castellano y los hombres de negocios ocurren siempre en dos etapas: primero se disputa y luego viene la reconciliación; en invierno se disputa largamente (nada apremia), y eso es lo que ocurrió en 1596-1597; después, con la llegada del verano, pasan al primer plano las necesidades urgentes del Estado, y las partes litigantes se apresuran a llegar a un acuerdo: el compromiso resultante es lo que se conocía con el nombre de *medio general*. Hubo un *medio general* en 1577, otro en 1597, dos en 1607 y uno en 1627. La querella, o para ser precisos, la suspensión de pagos, recibe el nombre de *decreto*.

2. Que si el Estado castellano acababa siempre derrotado es porque como enemigo no estaba a la altura de los *hombres de negocios*, que le llevaban siglos de ventaja. El odio que Felipe II sentía hacia los genoveses nos habla de su obstinación y de su voluntad contrariada, pero nunca de su lucidez. Habría sido lúcido si hubiera organizado una Banca de Estado como se le propuso en 1582, o un cierto número de *Monti* al estilo italiano como se le sugirió en 1596; habría sido lúcido si se hubiese embarcado de modo deliberado en una política inflacionista (pero ¿habría sido capaz de controlarla?). Para terminar: me parece que Felipe II siempre se encontró en idéntica posición a la de los gobiernos sudamericanos del siglo XIX: cuentan con una gran riqueza de productos y minas, cuentan con la riqueza de sus plantaciones, pero se encuentran desarmados en el mundo de las finanzas internacionales. Un gobierno de esta especie puede evidentemente enfadarse, puede incluso pasar a la ofensiva, pero al final ha de acabar sometiéndose, entregar sus recursos y puestos de mando y ser *comprensivo*.

3. Que cada vez que el Estado se declara en bancarrota —solventando violentamente los contratos pendientes— hay siempre jugadores comprometidos en la gran baza que pierden, desaparecen por el escotillón o hacen mutis discretamente; en 1557, los mercaderes de la Alta Alemania; en 1575, los mercaderes italianos no genoveses; en 1596 y 1607, los mercaderes españoles; en 1627 les toca a los mismos genoveses, aunque estos, del mismo

modo que los Fugger en 1577, no se han retirado inmediatamente de escena. Pero es evidente que la regla se cumple.

4. Que, cada vez, las pérdidas repercuten larga y negativamente en los contribuyentes castellanos, materialmente aplastados bajo las cargas fiscales, y en detrimento de los pequeños ahorradores e inversores de España e Italia.

Todo permite prever en 1590, y con mayor precisión en 1593 y 1595, la próxima bancarrota del Estado castellano. Sus gastos continúan aumentando sin límites a la par que sus ingresos declinan y decrecen visiblemente los impuestos fiscales. La depresión económica general es la causa de muchas bancarrotas y encarcelamientos por deudas. En medio de todas estas dificultades solo se mantienen en alza las arribadas de la plata americana; en tan alto grado que toda la circulación metálica en Sevilla y Barcelona, Génova y Venecia, y a todo lo largo del Rin, que se utilizaba para los transportes a los Países Bajos, no resultó afectada y siguió moviéndose normalmente. La abundancia de dinero puede alimentar —y alimenta de hecho— ilusiones y falsas tranquilidades incluso en los más curtidos hombres de negocios, pese a la envergadura de la lucha en que España está metida contra buena parte del resto de Europa, y pese a su habitual prudencia y las dificultades que provoca, una vez más, la suspensión de las *sacas* de plata a partir de 1589. El signo más alarmante es sin duda la tensión fiscal de Castilla, que en aquellos momentos estaba alcanzando el grado de insoportable. Todos los contribuyentes se ven atosigados: los grandes, la nobleza, la Iglesia, las ciudades, incluso los mercaderes si no los *hombres de negocios*, y se lanzan enormes sumas en *juros* sobre un mercado aún relativamente ansioso de comprar. Es decir, una situación que se presenta más explosiva ante los ojos de los historiadores sabedores de lo que ocurrió después que ante los de los grandes financieros de la época. Estos se quedaron literalmente atónitos[303] a la vista del *decreto* real aparecido a mediados de noviembre, por el cual Felipe II suspende todos los pagos y de un solo golpe recupera las rentas y sumas de dinero que estaban manejando los hombres de negocios[304]. Decisión imprevisible, se opinaba en Lyon[305] en los últimos días de noviembre, puesto que acababan de llegar las flotas de Indias, después de haber atravesado el Atlántico con una velocidad mayor que nunca[306]. Previsible o no, la medida tuvo repercusiones inmediatas en todas las plazas, comenzando por las de España; en Europa miedos y errores de juicio vinieron a complicar más de lo que estaba la situación. «Con esta suspensión [escribía a Felipe II su embajador en Venecia, don Íñigo de Mendoza][307] Vuestra Majestad, sin tener que echar mano a la espada, va a vencer a todos sus

enemigos, cuya vitalidad y fuerza provenía de la plata que Vuestra Majestad derramaba fuera de su casa… Este mismo dinero es, como demuestra la experiencia… el que usan los turcos, los franceses y todas las otras naciones…». Pero la situación real era mucho menos favorable a Felipe II de lo que estas palabras invitan a suponer, y desde luego en modo alguno tan simple como la describen. El rey, por sus propios medios, ha enviado a Italia enormes cantidades de dinero contante (posiblemente unos cuatro o cinco millones de ducados)[308], pero no sin enormes dificultades y no sin los accidentes a que tales transportes están expuestos. Dificultades que aunque a veces parezcan cómicas, no dejaban por ello de ser menos reales. Así vemos, por ejemplo, que las autoridades valencianas se oponen, en determinado momento, al embarque de un millón de ducados pertenecientes al monarca en las galeras que parten para Italia, aduciendo que todavía no ha llegado a sus manos el pasaporte regio, y este hubo de ser enviado a toda prisa[309]. La prisa es una componente crucial si se quiere que no se desarticule el sistema de pagos en la explosiva región de los Países Bajos. Todo ello le produce al rey problemas que no puede resolver pese a esa obstinación tan reveladora de su carácter que le lleva a embestir de nuevo contra los odiados hombres de negocios. Pero también a estos les ocasiona la situación graves problemas. El decreto les refresca en la memoria las duras consecuencias que produjo en Génova el decreto de 1575 y lo que vino después de él: la «antigua nobleza» se vio obligada a vender «la cubertería de plata de sus mesas, el oro, las perlas y todas las alhajas» de sus esposas…[310].. Y este final de año de 1596 cada «asentista» tenía sus buenos motivos para temer que fuesen cuestionadas todas sus operaciones llevadas a cabo en los últimos veinte años y que se vería obligado a pasar por la tragedia de afanarse diariamente en hallar modo de cubrir sus pagos o de que quienes le debían lo hiciesen: retrasos semana tras semana, *prolongación* de las ferias de Medina del Campo y las de otros lugares (era imposible encontrar quien prestase un solo real)[311] eran soluciones temporales con las que se salía del paso pero que dejaban todo como antes.

Al iniciarse esta prueba de fuerza, el gobierno de Felipe II no puede evitar contactos, presiones y conversaciones, pero se defiende eludiendo cualquier tipo de compromiso. «No se toma la más simple decisión [nota un florentino], y todo continúa en suspenso y muy confuso», *molto confuso*[312]. «Hasta el momento —escribe a su vez el embajador de Génova en Madrid— [se han tenido contactos] pero todavía no podemos dar buenas noticias…»[313]. Resulta evidente que el rey y sus consejeros no deseaban *metter per terra la*

contratatione[314], es decir, echar abajo el sistema de *asientos* y ese grupo de poderosos hombres de negocios conocido bajo el nombre genérico de la *contratación*. Lo que pretenden, y eso ya se sabía antes del decreto, es limitar las exigencias de los hombres de negocios, limitar los beneficios de los *asentistas* y obtener importantes préstamos a largo plazo, al menos por tres años, válidos incluso en el caso de que las «flotas de Indias no llegasen nunca»[315], lo que es evidentemente demasiado pedir, pues la circulación de las letras de cambio y de las cajas de plata solo podía ser posible contando con este imprescindible suministro. El banquero pone en movimiento, anticipa y precipita esta circulación, operaciones todas ellas que resultan caras. Los interventores, los *contadori* reales que han revisado las cuentas (en español, tanteos) afirman que un asiento de 400 000 escudos sobre Flandes concluido con Ambrogio Spínola ha costado al rey 35 % en gastos[316]. La réplica de los asentistas, aunque no aceptan la cifra resultante del tanteo, reconoce en cambio que semejantes operaciones pueden ser muy costosas, pero niega que lo que el rey pierde vaya a parar a los bolsillos de los mercaderes: será mejor que solo creamos a medias esta afirmación de los financieros.

En resumen: se habría acabado por restablecer las relaciones, poco sinceras sin duda (pero ¿podrían serlo de otro modo entre el rey y quienes le prestan dinero?) si no hubiesen intervenido los Fugger. Estos siguieron entonces, si nuestra cronología es correcta, o por lo menos acompañaron a los portugueses —los nuevos cristianos— que han adelantado en los Países Bajos 250 000 escudos[317] a Felipe II, sobre sus haberes en mercancías. Probablemente ofrecieron —se dijo— más de 4 millones de escudos, pero las negociaciones no cristalizaron en un acuerdo, quizá porque realmente no poseían esa cantidad (su hora llegará más tarde) o porque sus exigencias han parecido excesivas[318]. Los Fugger acudieron entonces en socorro del monarca, o para ser más exactos, a principios de diciembre uno de sus tres agentes en España, Thomas Carg, sin consultar con los otros dos, concluía un acuerdo con Felipe II: doce mensualidades de 300 000 escudos, pagadera cada una de ellas «a través de la rama local» en los Países Bajos, contra el adelanto, en contante, de la mitad del total, más las correspondientes asignaciones[319], y la promesa de que sería pagado todo el monumental conjunto de deudas retrasadas. Los genoveses al principio no se tomaron en serio esta maniobra. Lo consideraron un *artificio*, un asiento *aéreo*, es decir, algo en el aire[320]. Además ellos ofrecían al rey condiciones mejores y por un lapso de tiempo superior, al menos eso sostenían con aparente sinceridad[321].

A la altura de febrero los genoveses comprendieron que el *artificio* no era tal, sino cosa seria, y que lo único que faltaba para que se convirtiese en un hecho cumplido era la aquiescencia de los Fugger de Augsburgo[322]. Las subsecuentes disputas y disensiones que ocurrieron en el seno de esta gran familia de banqueros, dividida en contra de sí misma, y el viaje lleno de acontecimientos de Anton Fugger a Madrid en abril de 1597[323] ofrecerían no poco material apasionante a los amantes de la pequeña historia. En lo referente a la cuestión que nos ocupa, la intervención de los Fugger le concedió a Felipe II un año de respiro, y explica el porqué de una descorazonadora serie de conversaciones estériles, traiciones entre sí de los *trattanti*, proyectadas unas y llevadas a término otras como, por ejemplo, en el caso de Battista Serra[324]. Pero con el final del año 1597 acaba también el entreacto de los Fugger y se llega, con bastante rapidez, a un acuerdo. El gobierno de Castilla no se podía permitir el lujo de seguir posponiendo y esperando.

Concluido entre dos *ministros* de Felipe II y cuatro representantes de los hombres de negocios, el acuerdo firmado el 13 de noviembre de 1597 se convertía en *medio general* el 29 del mismo mes. Las víctimas del decreto de 1596, los *decretados*, adelantaban al rey, en 18 pagos mensuales, 4 500 000 escudos en Flandes y 2 500 000 en España, entre final de enero de 1598 a final de junio de 1599. El rey, por su parte, les concedía una serie de ventajas sustanciales, y en particular les garantizaba una fuerte suma en *juros*: más de siete millones de ducados. Precisamente acerca de estos *juros* había sido muy viva la discusión respecto a si habrían de ser perpetuos o vitalicios, y en mayor grado respecto a sus tasas de interés, que los hombres de negocios de muy buena gana habrían querido elevar para poder luego revender mejor estos títulos y otras *libranzas* al público español. Así se verían todavía más comprometidos, si ello era posible, en la complicada especulación de los *juros*; de estos se conocían mejor las reglas de conjunto que los pormenores: comprar a bajo precio y revender caro es más fácil de decir que de hacer. La relativa estabilidad del mercado (acompañada, con todo, de pérdidas que según sabemos eran del orden de 14 % en ciertos títulos de tasas revisadas) facilitó la gigantesca operación[325]. Como es natural, los genoveses y sus financieros han pagado a sus acreedores con esos papeles, a despecho de las protestas de estos: habiendo pagado con dinero contante deseaban que se les devolviese del mismo modo. Pero desde el primer momento, los banqueros se negaron a pagar *di altra moneta che di quella che li dará S. Mtà*[326]. Una crisis banal, pensará posiblemente el lector, y que no se puede comparar con

las violencias de 1575. Pero sería equivocado pensar que este penoso año (casi día a día) de dificultades no ha tenido consecuencias. El resultado final se concretaba en un cerrar filas de los hombres de negocios, de ese sindicato, diríamos nosotros, de *decretados* de 1596, una auténtica sociedad constituida y regida durante varios años por un directorio de cuatro mercaderes, tres genoveses (Hector Piccamiglio, Ambrogio Spínola y Juan Jacomo de Grimaldi) y un español, Francisco de Malvenda. Es indudable que esto llevó a una concentración de los negocios en beneficio de los *decretados*, en especial de los más ricos entre ellos. Los créditos a los que se refería el propio decreto, en 1596, estaban divididos del siguiente modo: para los genoveses, en millones de maravedises, 2050; para los florentinos, 94; para los alemanes, 4.5; y para los españoles, 2523; con otras palabras, una gran parte, la mayor de todas, correspondía a los españoles. En consecuencia, han sufrido más que los demás y muy posiblemente no han logrado descargar sus pérdidas sobre otros, como hicieron los genoveses en detrimento —sobre todo— de los inversores venecianos, seducidos estos por las fáciles ganancias que se podían obtener con los *cambii*. Después del *medio general* las nuevas reparticiones fueron las siguientes (en escudos o ducados): para los genoveses, 5 581 000; para los florentinos, 256 000; para los alemanes, 13 000, y para los españoles, 2 200 000. La repartición refleja a la perfección la composición del directorio: tres para los genoveses, una para los españoles… Los primeros se quedaban con la parte del león[327].

Alrededor de 10 años más tarde recomenzaba de nuevo todo el proceso, como si el sistema implicase estructuralmente la necesidad de bancarrotas a intervalos más o menos largos. Me parece perfectamente inútil exponer aquí en detalle el decreto del 9 de noviembre de 1607 y el *medio general* del 14 de mayo de 1608, o detallar cómo España padeció una nueva crisis solo 10 años después de la última suspensión de pagos ordenada por Felipe II, a pesar de la política pacífica del duque de Lerma, y a causa del lujo del nuevo monarca, del saqueo de los fondos públicos y de la regresión general de la economía a partir de 1595. La resolución de 1608 creaba, en beneficio exclusivo de los genoveses, un sistema complicado pero sólido de amortización de la deuda flotante cuyos títulos estaban en manos de sus financieros. Estos últimos formaron un nuevo sindicato, bajo el nombre de Diputación del Medio General de 1608. Lo más importante es que entre bancarrota y bancarrota se iba acentuando la concentración. Los mercaderes españoles han desaparecido de la contratación después de una serie de espectaculares bancarrotas: en 1601[328], las de Aguilar y de Cosme Ruiz Embito, sobrino y sucesor de

Simón Ruiz[329]; en 1607, la de Pedro de Malvenda[330]. De modo que los genoveses quedan como únicos dueños del campo: se los detesta y se los desprecia. Y hubieron de soportar completamente solos el ataque, montado por el conde-duque de Olivares, de los financieros portugueses, quienes ya se habían hecho presentes en 1596, se habían visto solicitados en 1607, y ahora, en 1627, habían entrado en combate, en un momento en que ya habían conseguido ocupar una serie de importantes posiciones comerciales en las diversas ciudades de Castilla (y en particular en Sevilla). Su victoria coronará sus anteriores éxitos y marcará un cambio de dirección decisivo en la historia del capitalismo internacional, pero a la vez será el preludio de dificultades sin cuento con la altiva e implacable Inquisición[331].

III. El alza de los precios

El alza de los precios, general en el siglo XVI, ha afectado profundamente a los países mediterráneos, sobre todo a partir de 1570. Desencadena en ellos sus múltiples y habituales consecuencias. La violencia y la duración de esta revolución —que se desborda ampliamente sobre el siglo XVII— han llamado forzosamente la atención de los contemporáneos. Les dan ocasión para reflexionar sobre el complejo problema de la moneda, sobre el nuevo y revolucionario poder de la plata, y hasta sobre el destino general de los hombres y los Estados… Los historiadores, por su parte, han tratado de encontrar *el* culpable o *los* culpables, y han creído con frecuencia haber encontrado la respuesta, pero el problema se complica a medida que van apareciendo casi a diario nuevos datos y a medida que la historia económica se está convirtiendo —es evidente— en una disciplina cada vez más científica.

Pese a tantas reservas como ha suscitado[332], continuaré usando, siempre que se presente la ocasión, el término *revolución de los precios*.

[I-684]

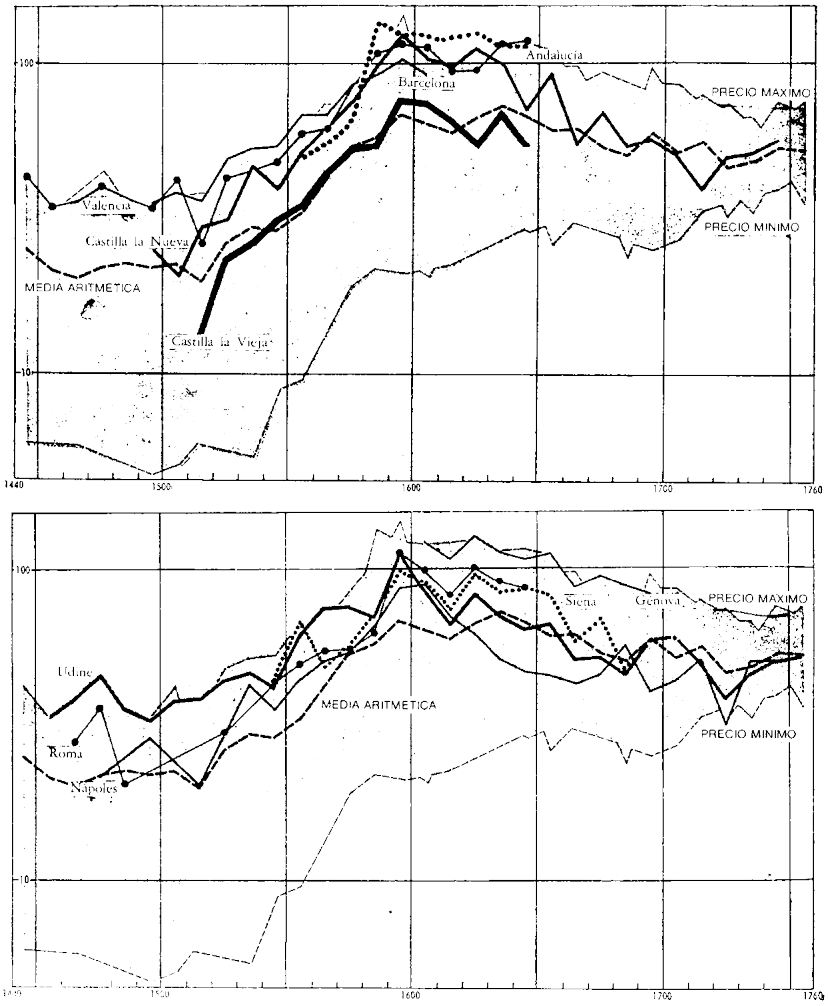


FIGURA 42. *Los precios del trigo en el Mediterráneo y Europa*.
Según F. Braudel y F. C. Spooner, tomo IV de la *Cambridge Economic History*. Utilizando unas 50 curvas del precio del trigo calculado en gramos de plata y en hectolitros, ha sido posible construir —para la totalidad de Europa— la escala de las variaciones del cereal (línea máxima y línea mínima que delimitan la zona en gris), y trazar la media aritmética (línea de puntos) de todos esos precios. Bien entendido que la subida de precios fue de carácter universal todo a lo largo del siglo XVI. Sobre este fondo he superpuesto, en dos gráficos sucesivos con el fin de facilitar la lectura, varias curvas de precios mediterráneos. Nótese la coincidencia de la media aritmética de los precios europeos con la curva de Castilla la Vieja. Todas las demás curvas mediterráneas están muy por encima de la media, por lo menos hasta 1620, y en algunos casos, incluso más tarde. El Mediterráneo, o al menos el Mediterráneo cristiano (puesto que no disponemos de series de precios en lo referente a la parte oriental de este mar, aunque sabemos que eran más bajos), era una zona de pan caro, llegando casi su precio a los niveles superiores. A partir de mediados del siglo XVII los precios mediterráneos se aproximan en mayor grado a la media, pero se debe hacer notar que en general y durante este periodo los precios europeos tendían hacia la convergencia, como lo indica con toda claridad el pronunciado estrechamiento de la zona sombreada. La distancia entre el máximo y el mínimo seguirá disminuyendo a medida que vaya avanzando el siglo XVIII

[I-685]

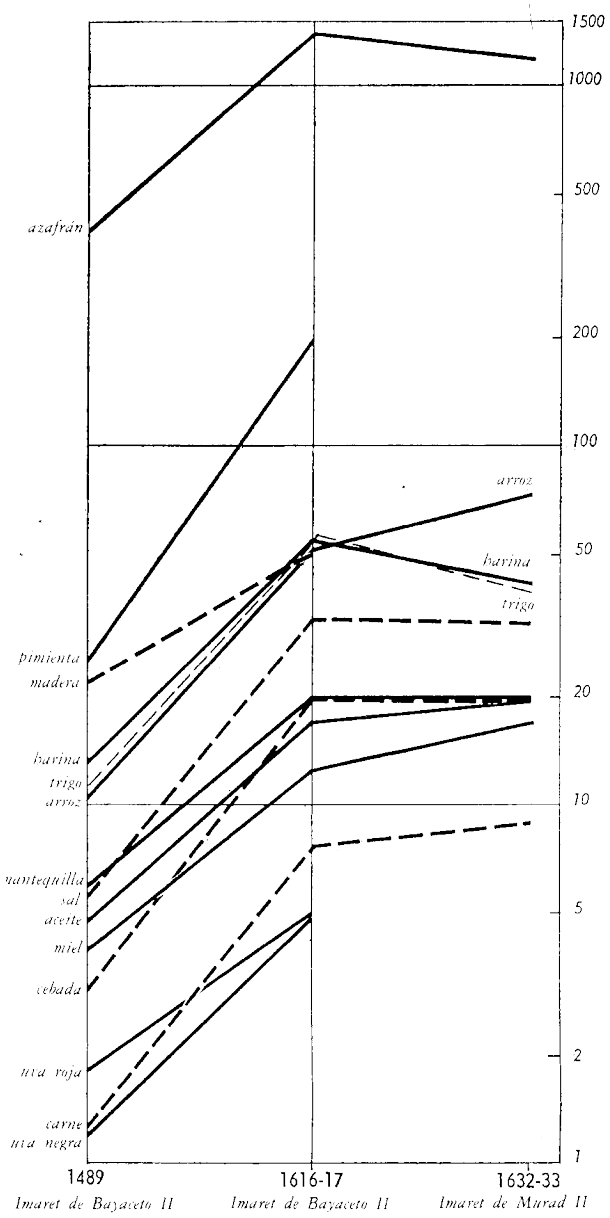


FIGURA 43. *Los precios en Brusa, 1489-1633*.
Debo a Omer Lutfi Barkan estos precios turcos, los cuales confirman que la subida de precios del siglo XVI también ha afectado a Turquía. Los *imaretos* son fundaciones piadosas donde se da de comer a pobres y estudiantes. Los precios se indican en aspros. Todavía no hemos perdido la esperanza de encontrar en los archivos turcos las series de precios que podrían ser decisivas para el conocimiento de los movimientos generales del mundo mediterráneo. Nótese que estos precios nominales no tienen en cuenta la devaluación del aspro.

Pueden diferir las opiniones respecto a sus causas, a sus auténticos motores y a su amplitud, pero no respecto al nuevo aspecto de brutalidad de su carácter. Un historiador[333] ha afirmado que *nosotros*, los hombres del siglo XX, hemos sido contemporáneos de una revolución de precios de mayor envergadura. Pero no es esta la manera adecuada de acercarse a la cuestión. Lo que cuenta es el asombro de los contemporáneos de Felipe II a lo largo de un siglo que se inicia bastante antes del año 1500 y durante el cual no cesan los precios de dispararse hacia arriba. Tienen la impresión de estar viviendo una época sin precedente. A los buenos tiempos de antaño, donde nada costaba casi nada, les suceden ahora los durísimos años en que el costo de la vida se incrementa cada vez más. Emplear la palabra revolución para describir la situación en Italia, país muy curtido en las cuestiones de dinero y que cuenta con una economía aplicada, puede resultar cuestionable, pero en el caso de los Balcanes, de Anatolia, o mejor, de todo el Imperio turco, ¿cómo no hablar, ante tantos cambios violentos en cadena, de una *revolución de los precios*? Las situaciones dramáticas requieren expresiones dramáticas.

Las quejas de los contemporáneos

Son innumerables los testimonios sobre la subida de los precios. Su factor común lo constituye la estupefacción de los testigos y su incapacidad de comprender un fenómeno que solo les resulta evidente en sus manifestaciones locales; una y otra vez lo oponen a los viejos tiempos: los salarios eran altos a finales del siglo XV, y el primer tercio del siglo XVI ha sido un periodo afortunado de vida relativamente barata, incluso en la misma Polonia[334].

Otros se pasaban el tiempo añorando los buenos tiempos pasados. «En tiempos de mi padre [escribe en 1560 en Francia un contemporáneo de Carlos IX] todos los días había carne, los víveres abundaban y se bebía vino como agua»[335]. Y quejas semejantes brotan de la pluma crítica del agrónomo español G. Alonso Herrera: «Actualmente [1513] una libra de cordero vale lo que antes un cordero entero, un pan lo que una fanega de trigo, una libra de cera o de aceite tanto como una arroba ayer, y lo mismo se puede decir de todo lo demás…»[336].

A lo largo de todo el siglo se reiteran las quejas de las Cortes de Castilla. Pero su voz, poderosa aunque a la vez recoleta, solo muy raras veces denunció la situación general. Es una voz que se lamenta sin cesar a causa del alto precio de los granos, a causa de la catastrófica exportación del oro, a causa del indiscriminado sacrificio de terneras y corderos, es una voz que

protesta contra la exportación de cueros al extranjero, porque ello ha traído como consecuencia el aumento del precio del calzado… Truena también contra los especuladores extranjeros: ellos tienen la culpa de que haya subido el precio de la carne, de los caballos, de la lana y de los tejidos y las sedas… [337]. Las Cortes de 1548, alarmadas por la demanda americana, llegan a proponer al emperador[338] que estimule el desarrollo de las industrias coloniales y que detenga las exportaciones —consideradas desastrosas para la economía española— de la Península al Nuevo Mundo. Las Cortes de 1586 (en Valladolid) le piden al rey «que no se tolere en adelante la importación de velas, cristalería, joyas, cuchillería y objetos análogos que llegan del extranjero: lujos inútiles que se cambian por oro, como si los españoles fuesen Indios…»[339]. Así pensaban las personas razonables, y no siempre sin razón[340]. En 1580, un veneciano hace notar que en Nápoles los precios han subido en más de dos tercios, atribuyéndolo, naturalmente, a las exacciones de los funcionarios, a las compras en masa y a los enormes aprovisionamientos del Rey Católico para la conquista de Portugal[341]. En Vizcaya, la explicación que se da es más divertida: si los precios suben, dice un documento oficial de 1588, es porque la gente de la *tierra llana* bebe y come sin tasa en las tabernas, adquiriendo hábitos viciosos de pereza, sin cultivar sus campos ni cuidar las frutas de sus huertos. En estas condiciones, no hay que asombrarse de que escasee la sidra y se venda a precios exagerados… Es decir, que, según esta explicación, la carestía era culpa de los pobres…[342].

[I-688]

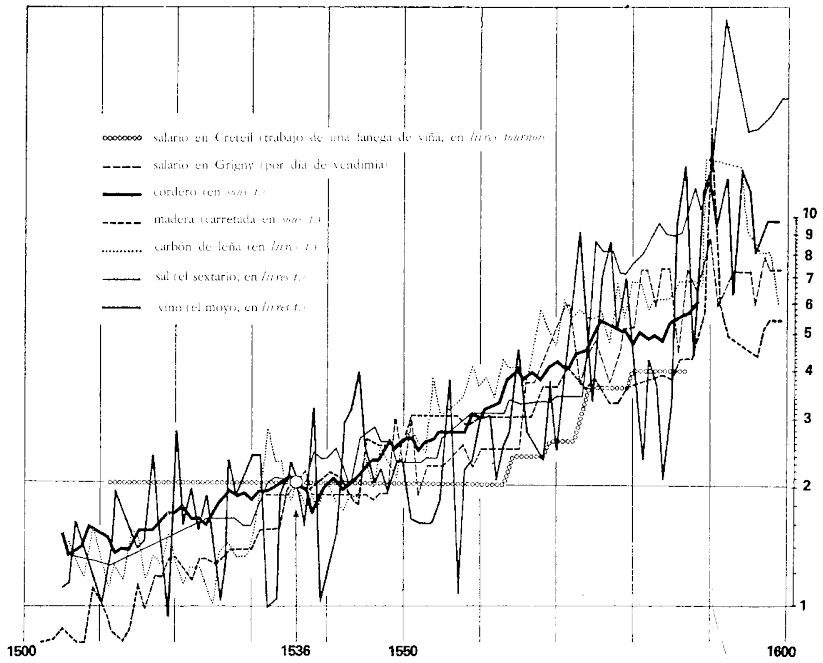


FIGURA 44. *El movimiento de los precios en París, según los archivos de las instituciones de caridad*.
Obsérvese la discrepancia entre salarios y movimentos de precios; las alzas verticales de la sal; el precio del cordero representa la tasa media general de crecimiento. Según los archivos de los *hopitaux* parisinos. Trabajo inédito de Micheline Baulant.

En su obra, vieja, pero siempre útil, Soetbeer[343] cita no menos de 33 autores antes de 1600 y 31 entre los años 1600 y 1621, que discuten con mayor o menor fortuna el fenómeno del alza general de los precios, de que fueron a la vez testigos y víctimas. Sería fastidioso darles la palabra a uno tras otro… Prolongar la lista, lo cual no resultaría difícil, tendría al menos la ventaja de establecer la evidencia de que se trataba de una inmensa y patética toma de conciencia.

¿Provocaron la situación las riquezas de América?

Por lo que sabemos, no se propone antes de la segunda mitad del siglo XVI explicación general alguna. Las dos primeras exposiciones de la *teoría cuantitativa* (en 1556 y 1558) fueron prácticamente ignoradas por los contemporáneos: las obras de Martín de Azpilcueta, catedrático de la Universidad de Salamanca y alumno de Vitoria, no fueron publicadas hasta el año 1590, es decir, cuatro después de su muerte, en Roma[344]. El mismo destino sufrieron los trabajos de Francisco López de Gómara, historiógrafo de Carlos V, quien había sospechado que existiese una correlación entre la subida de los precios y la llegada de metales preciosos de América[345]. Pero su libro ha tenido que esperar hasta el año 1912 para encontrar quien lo publicase.

El problema no se hizo público hasta la controversia que enfrentó a Jean Bodin y M. de Malestroit, de 1566 a 1568[346]. La mayoría de los contemporáneos se pusieron de parte de Bodin, subestimando quizá un poco precipitadamente las devaluaciones de la moneda de cuenta sobre las que insistía su oponente. A partir de aquel momento la explicación según la teoría cuantitativa se convirtió en un lugar común. En 1585, Noël du Fail, en sus *Contes et Discours d'Eutrapel*[347], lo explica en forma resumida: «y ocurre a causa de los países recientemente descubiertos y las minas de oro y plata, que los españoles y portugueses se traen a casa, y que dejan marchar a esa perpetua mina que es Francia, pues no pueden prescindir del trigo y mercancías de esta». Marc Lescarbot, en su *Histoire de la Nouvelle France* (1612), se expresa en términos aún más concretos[348]: «Antes de los viajes al Perú se podía guardar mucha riqueza en poco espacio, pero ahora que su misma abundancia ha abaratado el oro y la plata, se precisan enormes cofres para transportar lo que antaño se podía haber llevado envuelto en una pieza de tela de druguete. Se podía hacer un largo viaje con una simple bolsa en la manga, mientras que ahora hay que llevar un baúl y un caballo». Por parte,

Gérard Malynes (1586-1641), un mercader inglés experto en cuestiones comerciales, dice en 1601[349]: la subida general de los precios se debe «a los mares de monedas» llegadas de las Indias; «ellos han originado una disminución de la medida, lo que a su vez hace crecer las cifras con el fin de restablecer el equilibrio».

La teoría cuantitativa nos ha llegado relativamente intacta. Fue restaurada en su forma moderna por el monumental trabajo de Earl J. Hamilton, quien continúa defendiendo la validez de sus bases; más recientemente ha sido defendida por Alexandre Chabert[350], el cual la considera capaz de explicar los fenómenos monetarios en los países subdesarrollados de hoy, dado que conservan una cierta semejanza con las economías de antaño. A su juicio, el argumento más importante es el de la correlación entre las llegadas de metales preciosos a Sevilla y la subida de los precios tanto en España como fuera de ella. Teóricamente hablando, François Simiand[351] tenía razón cuando afirmaba que era mejor una curva acumulativa, y no las medias quinquenales, de las arribadas de metales preciosos —afirmación que implica una consideración del problema desde un diferente ángulo—. Pero el hecho de que coincidan los precios y las medias quinquenales demuestra que estas llegadas de metales han actuado como estímulos sucesivos que han sacudido la masa de circulación de las monedas, acelerando su movimiento, hasta el día en que esa masa ha llegado a ser excesiva y el impulso insuficiente para empujarla hacia arriba. Cada consigna de metal americano se dispersa en todas direcciones con enorme rapidez, casi como una explosión.

Algunos argumentos en pro y en contra de la responsabilidad de las riquezas americanas

El presidente Luigi Einaudi[352], en el trabajo que ha consagrado a M. de Malestroit, dice que 299.4 % del total aumento de precios, calculado en Francia de 1471 a 1598 como siendo de 627 %, se puede atribuir al aflujo de los metales preciosos. Es imposible demostrar la exactitud de semejante cálculo. Pero lo que no se puede negar, por ser evidente, es la afluencia de esos metales preciosos. Permítasenos, sin embargo, manifestar algunas reservas.

1.º La producción minera americana, instrumento de la inflación, no es necesariamente un *primus movens*. No funciona por sí misma. Fue el desarrollo económico de Europa y las exigencias que ocasionó lo que estimuló y dictó la actividad de los buscadores de oro y de los indios de las

minas de plata. Veamos lo que dice a propósito de estas enormes masas de oro y, especialmente de plata, un documento de la segunda mitad del siglo XVIII: «Es un fruto de América que habría continuado bajo tierra si el comercio [europeo] no hubiese forzado a los americanos, vendiéndoles mercancías, a sacarlo de las entrañas de la tierra»[353]. En este aspecto, y en último análisis, es posible afirmar que la coyuntura europea ha sido la responsable de la revolución de los precios.

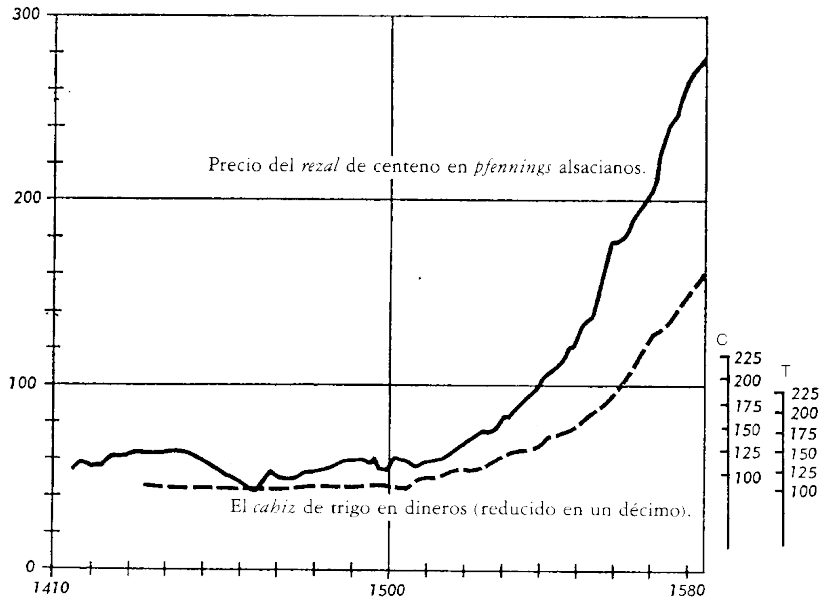


FIGURA 45. *Estrasburgo conoció la subida de precios antes que Valencia*.
Según René Grandamy en: J. Fourastie *Prix de vente et prix de revient* (serie 13, p. 26).
La línea de trazo continuo representa la curva del precio del centeno en Estrasburgo, y la línea de puntos el del precio del trigo en Valencia (medias móviles de treinta años, 1451-1500= 100). A la derecha, escala de porcentajes. Se observa que la curva de Estrasburgo asciende con mayor rapidez que la de Valencia. Resulta evidente que si la plata americana hubiese sido la causa única de la subida de precios, habría debido establecer un orden inverso.

2.º Es preciso admitir la existencia, antes del año 1500, de una reserva monetaria europea mucho más considerable de lo que se había supuesto hasta ayer. En el siglo XV emergen los Estados modernos con sus ejércitos a sueldo, sus *funcionarios* asalariados y sus impuestos en numerario; y estos Estados modernos desarrollan una economía monetaria que llega a la madurez en ciertos lugares privilegiados (sobre todo en los países marítimos, Italia, España, Portugal, Inglaterra, los Países Bajos, en otras palabras, la orla activa del continente). Todo lo dicho presupone una sustanciosa circulación monetaria. Yo propongo, aunque sin creérmelas demasiado, las cifras de 5000 toneladas de oro y 60 000 de plata, fundándome para este cálculo en el supuesto equilibrio existente entre el oro y la plata y en el débil descenso de 12 a 15 de la *ratio* metálica[354] de 1500 a 1650. Si se calcula, dentro de lo posible, a partir de las circulaciones conocidas o al menos supuestas hacia 1600, la reserva metálica heredada de los siglos precedentes, se encontrarán órdenes de magnitud considerables[355], a las que debía adecuarse la teoría cuantitativa. En cambio, el metal americano, *inversión gratuita*, aceleró la

circulación monetaria a un ritmo equivalente al de la subida de los precios. La llegada del nuevo metal produjo un efecto multiplicador[356].

3.º Pero la cuestión queda abierta a otras explicaciones. Las devaluaciones de las monedas de cuenta tuvieron su parte responsable, como el lector puede ver en nuestro cuadro de la página 699. Una evidencia de diferente especie se la debemos a Jean Fourastié y sus alumnos[357]: los precios comenzaron a subir en Alemania en 1470, y en numerosas regiones francesas antes de que acabase el siglo XV, es decir, más pronto que en los países privilegiados, Italia, la península ibérica, los Países Bajos e Inglaterra. Si nos atenemos a las curvas de los precios nominales se desvanece cualquier duda que pudiera existir a este respecto; por lo que parece, los países pobres avanzaron demográficamente con mayor rapidez que los otros, en especial con mayor rapidez que los del Mediterráneo. En el corazón de Europa la revolución de los precios había comenzado antes de que Colón navegase hacia América. La revolución no llega al Mediterráneo hasta alrededor de 1520 y no se afinca allí hasta 1550.

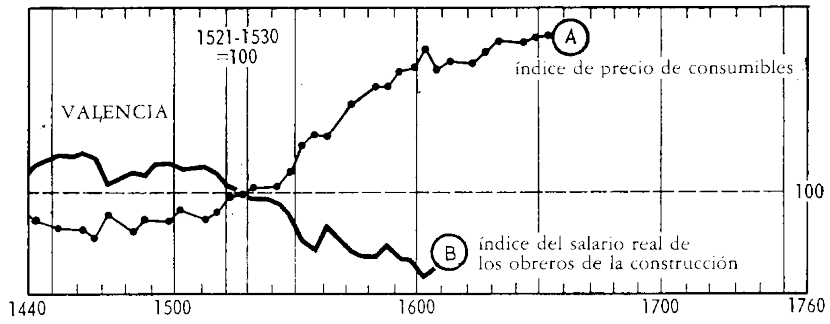


FIGURA 46. *Precios y salarios reales en Valencia.*
Según E. H. Phelps Brown y Sheila Hopkins: subida del coste de la *cesta de la compra* y baja concomitante del salario real.

4.º La curva de las llegadas de plata a Sevilla toma la forma típica de las curvas de producción industrial, muy semejante a la de Potosí, de acuerdo con las cifras de Paz y Soldán. Sube velozmente, desciende velozmente y culmina en 1601-1610: esos años marcan un cambio en el destino del mundo, y no simplemente en la historia del Mediterráneo.

Los salarios

El alza, presente en todas partes, produce por doquier sus consecuencias habituales.

El rápido movimiento de los precios deja atrás la lenta carreta de los salarios, que a veces sigue a los precios remolonamente y a veces se para en seco. Ya hemos comprobado cuán difícilmente vivían los pobres. En Venecia, los obreros de las vidrierías de Murano ganaban jornales bajísimos.

[I-694]

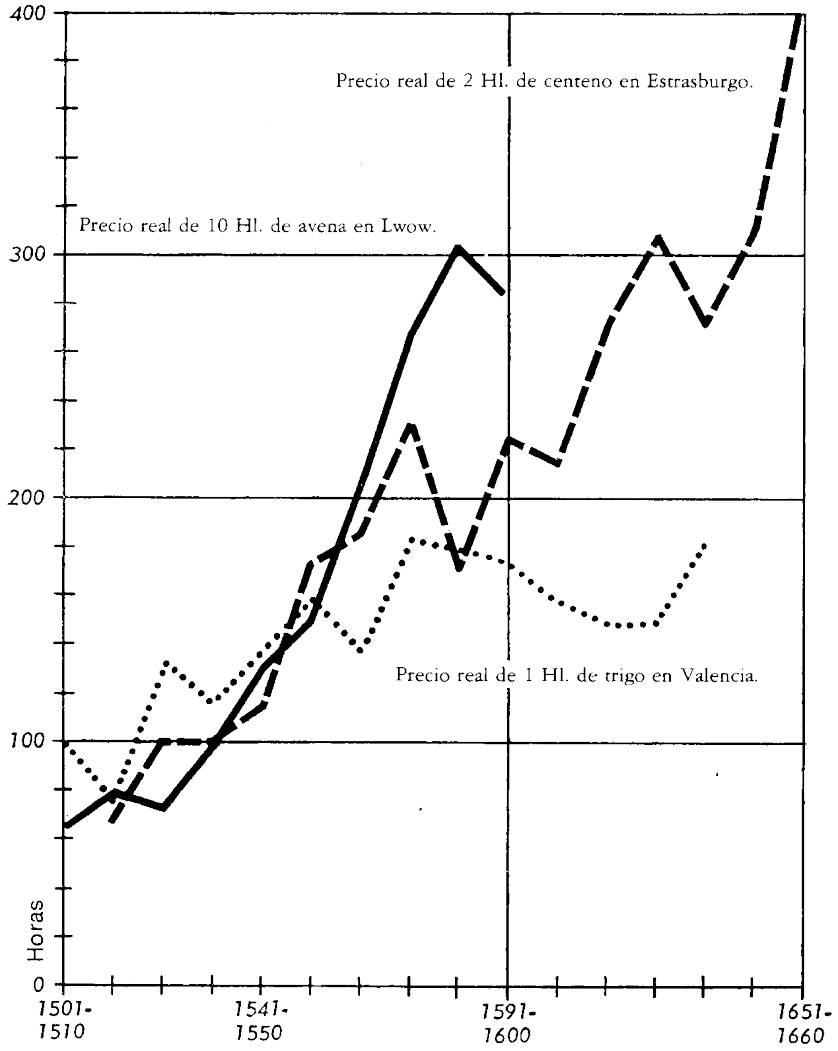


FIGURA 47. *Precios reales de los cereales en Estrasburgo, Leópolis y Valencia.*
Según Rene Garandamy, en J. Folrastie, *Prix de vente et prix de revient*, serie 13, p. 31. Los precios están calculados en horas de trabajo de los peones de albañil. El descenso del nivel de vida es menos fuerte en Valencia que en las otras ciudades continentales.

Los salarios nominales suben más o menos rápidamente con el alza de los precios, y en algún momento, durante algunas depresiones, parecen incluso altos; pero traducidas a salarios reales, todas las cifras hablan el mismo lenguaje y nos dicen de la espantosa miseria de los pobres. En España, sobre la base de 1571-1580 = 100, los salarios, que en 1510 acusaban un índice de 127.84, descienden en 1530 a 91.35; en 1550 llegan a 97.61; en 1560 a 110.75; en 1570 a 105.76; en 1580 a 102.86; en 1590 a 105.85, y en 1600 bajan a 91.31. Hasta después de la crisis de 1600 y de las grandes epidemias que reducen considerablemente la población de la Península, no suben vertiginosamente los salarios, con la inflación del vellón, a 125.49 en 1610 y a 130.56 en 1611. La revolución de los precios no hace aumentar los salarios en España; significa, para ellos, una regresión económica[358], aunque les favorezca, es cierto, más que a los artesanos de Francia, Inglaterra, Alemania y Polonia[359]. La misma situación adversa se produce en Florencia[360], donde el salario real disminuye como consecuencia del alza de los precios.

Son visibles los signos monetarios de esto, pues el salario de los pobres, sus gastos y su vida cotidiana no dependían nunca de las monedas de oro y poquísimas veces de las monedas de plata y se tasaban casi siempre en vellón y cobre, en la moneda que, por oposición a la moneda blanca de plata, llamaban en Venecia *moneta nera*. La moneda que interesaba a los pobres era la de cobre, explica Davanzati, y el agrónomo Alonso de Herrera precisa a su manera voluntariamente simple, «vengamos a las monedas de metales baxos, que en estas se conoce y entiende mejor la fertilidad y abundancia, pues con ella se compra por menudo lo necesario y cotidiano cada hora»[361]. A continuación explica su teoría de la moneda baja, que nos llevaría muy lejos de nuestro tema. Habría que hablar en realidad de trimetalismo, y no de bimetalismo. Para reajustar las monedas de cobre o de vellón, se las retira continuamente de la circulación y se ordena que sean llevadas a las Casas de la Moneda… Se las acuñaba cada vez de menos peso y se las ponía de nuevo en circulación. Con frecuencia, esta constante devaluación del cobre no guarda proporción con la necesaria armonía de las monedas. En todo esto, el que salía ganando era el Estado y no el público, y menos aún los pobres. Esta manipulación comenzó temprano en el caso de España y de Sicilia, donde los *piccioli* se refunden y reacuñan desde 1563 y 1568[362].

Las rentas sobre tierras [I-696]

La inflación afecta por igual a los ricos y a los pobres, pero no a *todos* los ricos. Afecta a los «industriales», a los mercaderes, a los financieros (y que se nos excuse el empleo de estas palabras cómodas, aunque sean anacrónicas). Afecta a cuantos, directa o indirectamente, se ven envueltos en los peligrosos y falaces remolinos de la moneda. Menos a los señores, a los terratenientes. Así lo evidencia el preciso estudio de Carlo M. Cipolla sobre las *Finanze dei Borghi e Castelli sotto il dominio spagnuolo*[363], sustancial artículo que se refiere al castillo de Tegiole, cerca de Alejandría, antiguo feudo del obispo de Pavía, a fines del siglo XVI y comienzos del XVII. Sobre el particular, comprueba que no todos los tributos en especie y censos se convierten en rentas en dinero (además, cuando los pagos se hacían en dinero, dependía siempre del señor o de su mayordomo la estimación del importe); y, finalmente, que junto con las rentas de carácter feudal, de valor bastante escaso, el *castello* contaba con otras modernas, podríamos decir, correspondientes a los arrendamientos y que obligaban a los *contadini* a entregar al señor sacos de trigo, avena, habas y frijoles, barricas de vino, carretadas de heno, etc., rentas que representaban, en realidad, los ingresos esenciales del *castello*.

Si, partiendo de estos pocos detalles, recordamos al embajador español Bernardino de Mendoza[364], cuya hermana administraba sus tierras en ausencia del señor, procediendo cada verano a vender el trigo de la cosecha, o si evocamos al duque de Alcalá, virrey de Nápoles, que en 1559 adquirió 1500 vasallos de los dominios reales[365]; si rememoramos a los señores de Aragón, dueños de pequeños Estados, o a los grandes de Castilla, poseedores de grandes extensiones de tierras, rebaños y campos de trigo, o, por último, a los señores de Sicilia, vendedores de cereales, vino o seda, la impresión sigue siendo la misma: la tierra confiere a estos señores, tan diferentes los unos de los otros, un apoyo regular; en los periodos inestables de alza de precios, los mantiene al margen, fuera del torbellino de la inflación. Si este mundo señorial y terrateniente domina Europa a comienzos del siglo XVII es porque su férula se ha aflojado mucho menos de lo que generalmente se piensa. La tierra había sido, una vez más, para quienes supieron aprovecharla, una fuente de riqueza. No andaban, pues, descaminados los mercaderes y los ricos de las ciudades que compraban con sus ganancias tierras o señoríos, ni al hacerlo obraban solamente por móviles de vanidad. Recordemos la voracidad con que los ricos toscanos y los riquísimos genoveses compraban señoríos y títulos en Nápoles. Vanidad, tal vez, pero también prudencia, y cálculo, sabiduría de padres de familia.

Hasta los menos afortunados se sentían atraídos por estos valores seguros. En el ocaso de su vida (muere en 1570), Benvenuto Cellini se hace propietario de un pequeño dominio cerca de Florencia, que compra en marzo de 1560, en usufructo, a campesinos más o menos honestos. Podemos creer o no creer que estos hayan pretendido, en realidad, envenenarlo. Benvenuto Cellini era hombre de imaginación viva y bastante exaltada. Lo que aquí nos interesa es el hecho de que el artista quiso asegurar la paz de sus últimos años, acogiéndose a la tierra[366].

Bancas e inflación

Excepto la tierra, todos los sectores del mundo de los negocios se vieron sacudidos por la dura revolución de los precios, particularmente los bancos[367]. Todas las operaciones bancarias, que se hacían en moneda de cuenta y no en moneda real, estaban expuestas a las vicisitudes de la inflación. Pues estas monedas ficticias, *lire* venecianas y genovesas, *oncie* o *tari* de Sicilia, maravedises y ducados de España y *livres tournois* francesas, estaban perdiendo constantemente su valor intrínseco. La onza siciliana, que ya en 1546 equivalía a 91.09 liras italianas de las de 1866, no llegó a valer más que 20.40 en 1572-1573. Lo mismo la libra tornesa, que traducida a francos Germinal, pasa de 4 en 1515 a 3.65 en 1521 (devaluación que era un modo de atraer hacia Francia, con una especie de prima, el numerario extranjero, y especialmente el oro de Castilla), a 3.19 en 1561, a 2.94 en 1573, a 2.64 en 1575 y a 2.46 en 1602[368]. De modo que hay un diálogo continuo entre las monedas reales y las monedas de cuenta, y de ambas, siempre eran las primeras las que quedaban mejor situadas. Queda por averiguar en qué pasivo se inscriben las pérdidas. Si se paga, a varios años de distancia, un depósito bancario registrado en moneda de cuenta, de acuerdo con la misma tarifa del depósito antiguo, pierde el depositario. El tiempo trabaja contra el dinero contabilizado a poco que se le deje ocioso.

Mario Siri cree que se producía un constante proceso de desgaste en todas las bancas y en todos los negocios del siglo XV. Desde un punto de vista teórico tiene razón: las pérdidas, tanto las sufridas por una parte como por la otra, se inscriben siempre dentro de un mismo sector: el de los negocios comerciales y financieros. Pero ya es otra cuestión saber si, a nivel individual, llegaban a equilibrarse beneficios y pérdidas. En todo caso, dado el habitual ritmo de los negocios (estoy pensando en los cambios de las ferias, oscilando cada tres meses) y dado también el tipo de cambio y la siempre creciente

espiral de la inflación, es poco probable que se produjesen signos visibles del proceso diario de usura interna que pudiesen trascender al exterior. Ningún libro de ningún mercader habla de ella, lo que no quiere decir que este lento y continuo proceso de desgaste no haya producido a la larga sus efectos. Pero, por lo general, la quiebra de un mercader o de un banco está relacionada con las fluctuaciones a corto término de la coyuntura. Las bancas son numerosas y, en apariencia, gozan de una espléndida salud: la banca Pisani-Tiepolo, en marzo de 1583[369], el año anterior al de su quiebra, trae a Venecia, de una sola vez, 200 000 ducados en reales españoles. Pero todas ellas cometían el mismo error: hacer anticipos y, lo que es peor, emplear una parte del dinero depositado en ellas en negocios de lenta conclusión. De modo que si se producía una recesión a corto plazo, como ocurrió en 1584, los préstamos no se pagan, se retiran los depósitos y la crisis resulta irremediable. Así fue como quebró la banca Pisani-Tiepolo el 17 de marzo de 1584[370]. El historiador que desee adentrarse seriamente en esta cuestión deberá estudiar los enormes libros de contabilidad de los *banchieri antichi* que se conservan en el *Archivio di State* de Nápoles, continuar y analizar los importantes estudios iniciados por A. Silvestri[371], es decir, una ingente labor.

En todo caso, las quiebras bancarias se multiplican a partir de 1550-1570, agravadas por el periodo máximo del dinero, que es también el periodo máximo de inflación. La enfermedad es tan grave que el remedio llegó con las bancas de Estado, las cuales comienzan a aparecer una tras otra precisamente a causa de aquella coyuntura. De estos establecimientos públicos, el único que nace precozmente, en 1551[372], es el Banco de Palermo, organizado bajo los auspicios y la garantía del senado de la ciudad. Se instaló en el lugar llamado *La Loggia*[373]. Por sus orígenes, guardaba sin duda cierta relación con la *Tavola Communale* o *della Prefetia* de Trapani, que se remonta a fines del siglo XV[374]. Esto explica, evidentemente, por qué el Banco de Palermo, institución excepcional por la fecha en que se funda, lo era también por su naturaleza: como los bancos públicos del Mediodía de Italia, a los que sirvió con frecuencia de modelo, se especializó en la cobranza, en el manejo de los dineros y en los pagos públicos. Acabó, por lo demás, aplastado bajo el peso de sus tareas políticas y administrativas, cuando, bajo el reinado de Felipe III, se le encomendó la obra, muy poco lucrativa, de sanear la moneda siciliana.

El gran periodo de creación de los bancos públicos comienza como unos 30 años después de la fundación del Banco de Palermo. La *Casa di San Giorgio* reanudó en 1586 las actividades bancarias, a las que había renunciado más de un siglo antes, en 1444, durante la crisis del oro. El 23 de septiembre

de 1587 se funda la *Tavola della città di Messina*, cuyos estatutos no fueron sancionados por Felipe II sino hasta el 1 de julio de 1596. Por medio de este banco esperábase, y no sin razón, que sería posible poner término a las repetidas quiebras y a los fraudes de los *colletori* o recaudadores de contribuciones. El nuevo banco tenía el privilegio de recibir en depósito el dinero de todos los departamentos públicos. Operaba con la garantía y bajo el control de la ciudad de Mesina[375]. En 1587[376] se funda el célebre *Banco della Piazza di Rialto*, en Venecia, que en 1619 asume el nombre, no tan célebre ya, de *Banco Giro*. En 1593 se constituye en Milán el *Banco di S. Ambrosio*, con una administración autónoma, como «*banco giro*».

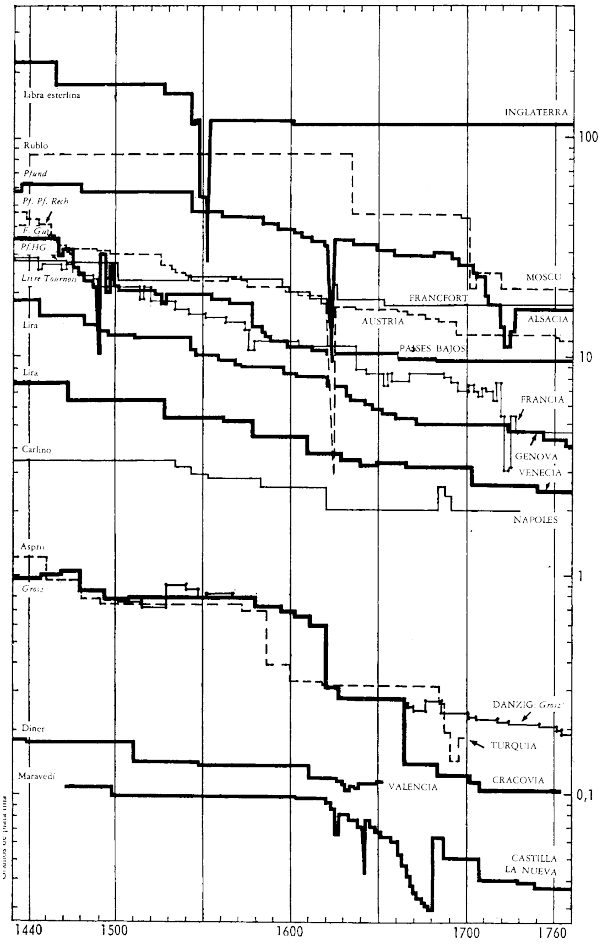


FIGURA 48. *Devaluaciones de las monedas de cuenta*.
Esta gráfica aparece en el capítulo escrito por F. Braudel y F. C. Spooner en el vol. IV de la *Cambridge Economic History*. Se han clasificado las diferentes monedas de acuerdo con su valor intrínseco estimado en gramos de plata. Hay monedas ligeras y monedas pesadas. Algunas son relativamente estables, como la libra esterlina; otras, muy inestables, como el *grosz* polaco, el aspro turco e incluso la *livre tournois*. Las cifras para el rublo y el aspro son solo aproximativas.
Pf. Pf. Rech = Pfund Pfennig Rechengulden.
Fl. Gu. = florín, a partir de 1579, *gulder*.
Pf. HG = Pfund Heller Gulden.

Finalmente, por los mismos años, se organiza en Nápoles la banca aneja al Monte de Piedad y al Hospital de la *Santa Casa dell'Annunziata*, en Roma la banca incorporada al Hospital del Espíritu Santo, etc. El movimiento, bastante amplio y bien agrupado en el tiempo, tiene valor de testimonio.

La interpretación de este testimonio no es, sin embargo, tan fácil como parece. En el norte, sobre todo, las funciones de los bancos de Estado se salen rápidamente de los marcos estrictos de las finanzas públicas… Por ejemplo, el *Banco de la plaza de Rialto*, a pesar de las prohibiciones en contra, se puso a prestar inmediatamente al descubierto, recurriendo para ello a los depósitos de los clientes, y difundió ampliamente una verdadera moneda bancaria para la que había mayor demanda que para la moneda metálica. Los bancos no innovaban nada al obrar de ese modo: se limitaban a copiar los métodos de los bancos privados. Su originalidad consistía, sobre todo, en conceder adelantos en una escala hasta entonces desconocida.

Pero lo que nos interesa en la aparición de estos bancos y en las funciones desempeñadas por ellos es su papel con respecto a la historia de la inflación. ¿No habían sido las quiebras, la imperfección y la incertidumbre de los bancos privados las que provocaron esta brusca generación de bancos públicos? Gino Luzzatto, en cuyos estudios nos hemos apoyado mucho para redactar las líneas que preceden, concluye con razón: «Aunque esos bancos públicos no creasen nada, por lo menos aseguraron a los clientes que en tan gran número acudían a ellos la tranquilidad y la seguridad que con tanta frecuencia les negaban los bancos privados…»[377]. Basta pensar, para comprender esto, en la larga serie de quiebras bancarias producidas en Venecia: en la bancarrota de Priuli en 1552, en la del segundo banco Pisani en 1584[378], o en la larga serie de los derrumbes financieros napolitanos que siguieron al *crac* del genovés Ravasquez (que no pasó de ser, en verdad, una quiebra a medias); todo lo cual redujo el número de bancos de once a cuatro alrededor de 1580[379]. Seguramente que en Nápoles, lo mismo que en Venecia, estas quiebras fueron debidas, en muchos casos, a las intervenciones intempestivas de las autoridades públicas. Por ejemplo, en Nápoles, el virrey se incautó, en 1552[380], de las reservas de oro de Ravasquez sustituyéndolas por monedas nuevas, de valor inferior, que acababa de acuñar. En Venecia, la señoría había obligado siempre a los bancos a concesiones y complacencias patrióticas, aunque solo fuese para cubrir los empréstitos que necesitaba. Pero sin duda, en todos estos casos, el gran mal secreto era la inflación, que acarreaba siempre la ruina y la necesaria intervención del Estado. Un detalle de la nueva organización bancaria de la *Casa di San Giorgio* deja entrever

algo de esto. En 1586, el banco abre a sus depositantes su *cartulario-oro*, su cuenta en oro; en 1606, su *cartulario-argento*, y en 1625, la más curiosa de todas las cuentas: una cuenta en monedas españolas de a ocho. ¿Qué quería decir esto? Sencillamente, que se abría crédito al depositante en la misma moneda de su depósito, que se le pagaba en la misma moneda, poniéndola a cubierto contra las devaluaciones mediante una garantía en oro o en plata[381]. De este modo, tanto la banca como los depositantes se precavían contra los peligros de la moneda de cuenta, apoyándose en las fuertes posiciones de las monedas metálicas reales.

Los «industriales»

Otras víctimas del alza de los precios fueron los «industriales». El hermoso libro de Giuseppe Parenti ha venido a disipar un poco de nuestra ignorancia acerca de este punto. Lo que este autor nos dice de Florencia, haciéndolo extensivo a toda Italia, a fines del siglo XVI y comienzos del XVII, no pasa de ser un ensayo, pero de un valor evidente. El alza de los precios en Florencia y en todas las ciudades industriales de Italia produjo una inflación de los salarios nominales de los artesanos. En Florencia, del índice 100 para el periodo 1520-1529 se pasó al índice 99.43 en 1550-1559, para alcanzar el de 162.63 en 1590-1599 y el 178.95 en 1610-1619. Alza muy inferior, ciertamente, a la de los salarios españoles (de 100 en 1520-1529, a 309.45 en 1610-1619), pero que está muy por encima de la subida de los salarios en Francia (100 en 1550-1559, 107.4 en 1610-1619) e incluso en Inglaterra (100 en 1520-1529; 144 en 1610-1619), y que rebasa también mucho, indudablemente, el alza de los salarios en Holanda. En Florencia, el alza de los salarios, que, sin embargo, no significó mayor bienestar para los trabajadores, restringió considerablemente los beneficios industriales o los mantuvo estacionarios en plena alza general[382]. Aunque fuesen mayores que las ganancias españolas —extraordinariamente bajas—, no podían compararse, ni de lejos, con las ganancias francesas o inglesas del mismo periodo. El alza de los precios vino a introducir, así, un elemento de debilidad hasta en el propio corazón de la industria italiana. ¿Fue esta la razón de que no estuviera, a comienzos del siglo XVII, en condiciones de hacer frente a la victoriosa competencia de los Países Bajos y después a la concurrencia no menos peligrosa de Francia?

Los Estados y el alza de los precios

Los Estados, por su parte, afrontan la situación con menor quebranto. Su vida financiera incluye, en efecto, tres partidas: los ingresos, los gastos ordinarios y las deudas. Automáticamente, la tercera partida, que no era la menos importante, veíase aligerada por la marea creciente de los precios. Los gastos y los ingresos aumentaban, mientras tanto, al mismo ritmo. Todos los Estados logran inflar, multiplicar sus ingresos, manteniéndose así dentro del flujo vivo del alza de los precios. Los gastos eran grandes, enormes; pero también los recursos para hacer frente a ellos eran enormes, medidos por la escala del siglo, y crecían sin cesar. Hace mucho tiempo que Richard Ehrenberg daba a los historiadores el consejo —que, por cierto, no han seguido— de que no se fiasen demasiado de los cálculos presupuestarios que con tanta frecuencia establecen los embajadores; ni de otros cálculos por el estilo, añadiríamos nosotros, por nuestra cuenta. La palabra presupuesto, cargada de sentido y de precisión en nuestro tiempo, no encajaba en las realidades del siglo XVI.

Sin embargo, las cifras, aunque sean inexactas, pueden dar, por lo menos, una idea del volumen y revelan bastante bien el alza general de las partidas de los presupuestos. He aquí dos presupuestos sicilianos en un cuarto de siglo. En 1546, los ingresos ascienden a 340 000 *scudi*, los gastos a 166 000, lo que arroja un amplio saldo favorable, aunque hubiese que amortizar, por otra parte, antiguas deudas. En 1573, ingresos por valor de 750 194; gastos, 211 032. Sobre el saldo positivo que arroja este «balance» recaen gran número de gastos extraordinarios, hasta el punto de que los ministros españoles en Sicilia se ven obligados a conseguir préstamos a 14 y 16 %, para mantener la balanza en equilibrio[383]. En Nápoles encontramos progresiones parecidas a esta[384]. En España, los historiadores nos dicen que las rentas de la Corona se triplicaron durante el reinado de Carlos V[385] y que las de Felipe II se duplicaron en 1556 a 1573[386]. En 1556 eran de 10 943 000 ducados[387];en 1577, de 13 048 000 ducados[388]. Después de medio siglo, hacia 1619, las rentas de Felipe III serían de unos 26 000 000 de ducados[389].

En los presupuestos de Felipe II podemos deducir y medir el enorme aumento de las deudas, consolidadas o no. En un presupuesto de 1562[390], del cual no debemos fiarnos ciegamente, por supuesto, encontramos los siguientes apartados: para pagar los intereses de los *juros* de Castilla, 500 000 ducados; para los intereses de los *juros* de Flandes, 300 000 ducados; para los de Aragón, 50 000; para los de Sicilia, 150 000; para los de Milán, 200 000;

para los de las islas atlánticas, 30 000; o sea un total de 1 230 000 ducados de intereses, correspondientes a un capital nominal que debía de elevarse de 12 000 000 a 24 000 000 de ducados, según que el interés global se calcule a 10 o a 5 %[391]. Fijemos este capital en una veintena de millones. Y en 1571-1573, las deudas eran[392] de 50 000 000, sin que esta suma global pueda descomponerse entre las diferentes deudas integrantes. En 1581[393], un veneciano habla de 80 000 000 de deudas; es decir, que en menos de 20 años la deuda de Felipe II se había cuadruplicado.

Habría que buscar cifras más abundantes y más exactas en la superabundante riqueza documental de Simancas. Con base en este material, habría que calcular de un modo más exacto, con las cuentas del Rey Prudente a la vista, sus rentas, sus gastos, sus deudas y los intereses de estas, y hasta sería, tal vez, posible llegar a trazar curvas de presupuestos-índices y, por último, presupuestos reales. Es evidente que, en este caso, lo mismo que en el de los salarios, la inflación de las cifras induce a error. Con respecto a los presupuestos de Sicilia, a que ya nos hemos referido, Mario Siri ha demostrado, reduciendo las cifras a cantidades de metal fino, que no había, en realidad, aumento sino disminución de un presupuesto a otro.

Huelga decir que todo estudio descriptivo de los presupuestos deja de lado los verdaderos problemas, todos los cuales implican una medida del alza de los precios. En general, el creciente costo de la vida en esta época conduce al desarme progresivo de los Estados. De ahí su avidez en procurarse recursos, en remontar la corriente de los precios. Lo más claro de la historia de los Estados, en el siglo XVI, son sus luchas fiscales. La guerra de los Países Bajos, por ejemplo, no fue solo un drama en torno de la libertad de conciencia y en defensa de las libertades; fue también una tentativa, por cierto fracasada, para asociar lucrativamente al Estado español la prosperidad económica de aquella encrucijada comercial del norte.

Es un hecho que el imperio de Felipe II vio cómo todas sus posesiones europeas, una tras otra, iban dejando de ser fuentes positivas de rentas para él. En los Países Bajos, en Milán, Nápoles o Sicilia, las «buenas rentas», como se decía en Francia, fueron viéndose progresivamente absorbidas en el mismo lugar en que se producían. Quedaba España, o más bien Castilla. La presencia de Felipe II en la Península permitió, con ayuda de la paz interior, mantenida hasta 1569, presionar a los contribuyentes, incluyendo a los nobles. «El Rey Católico [escribía el obispo de Limoges en 1561][394], se vuelve cada vez más ahorrativo, más preocupado por el porvenir, cuidándose de todo lo que atañe a sus finanzas y a sus dominios; es tal el celo que pone en estos asuntos que, a

la postre, puede exponerse al peligro de que se le tache de avaro…». El rey no se cansaba de consultar a sus expertos y especialistas en finanzas, de recabar su parecer… Estos consejos no habrían de faltarle nunca durante su largo reinado, tan dramático en lo tocante a la hacienda pública. Ya me he referido a la gran asamblea de Toledo y sus decisiones del 14 de noviembre de 1560[395]. A partir de ese momento la lista de los impuestos de Castilla aumenta sin cesar, y a medida que esto ocurre va deformándose también, por la creación de nuevas cargas y las modificaciones internas de los impuestos existentes. Las *alcabalas*, impuestos de consumo que las ciudades pagaban, ajustándose en cantidades fijas, representaban, en principio, la décima parte del precio percibido en todas las ventas. Se las sobrecargaba con cuatro adiciones de una centésima, con lo cual el porcentaje aumentaba a 14 %. El importe global de las alcabalas, que en 1561 ascendía a 1 200 000 ducados, alcanzó de este modo, en 1574, 3 700 000 ducados[396]. En 1577 hubo necesidad de disminuirlo en un millón.

Como es natural, los contribuyentes gemían y Castilla se quejaba. Había quejas parciales, como la de Cádiz, por ejemplo, que en 1563[397] declaró que su comercio se había arruinado a consecuencia de los impuestos decretados en 1560, y quejas de carácter general, cien veces presentadas ante las Cortes, las cuales, ante la inquietante alza de los precios, no piensan en relacionar la situación con el numerario de América, sino que solo ven lo que tienen delante de los ojos, es decir, la creciente, abrumadora y monstruosa carga de impuestos del gobierno real. Este aumentaba las contribuciones sin consultar siquiera las Cortes. «Hay tales cargas y tan gran carestía de todas las cosas necesarias a la existencia de los hombres [dicen las Cortes de 1571][398], que son muy pocos los que pueden vivir sin dificultades…».

Estos enormes impuestos, mal repartidos, se perciben con los medios propios de aquel tiempo, lo que vale tanto como decir que solo una parte de ellos va a parar a las cajas del Estado. Castilla es, sin duda alguna, el mejor contribuyente del imperio, a veces por actos voluntarios de generosidad —los gestos patrióticos de las Cortes abundan—, producto en buena parte de la voluntad del rey, demasiado próximo para ser desobedecido. ¿Cómo extrañarnos, a la vista de todo esto, de que la vida castellana se vea entorpecida, su industria embarazada, que el coste real de la vida aumente sin cesar?[399] Lo sorprendente sería que ocurriese lo contrario. Ahora bien, ¿cuál era el resultado de todos estos esfuerzos, de estos actos generosos y de todos estos enredos fiscales? Un superávit muy pobre y a menudo incierto, que se perdía dentro del déficit general del imperio. Superávit que, por otra parte, no

siempre se producía: en Castilla, lo mismo que en el resto de Europa sometido a la férula de Felipe II, el déficit acabará convirtiéndose en lo normal[400].

Las tesorerías de Estado vivían todas en la mayor zozobra: en Florencia, país que de buena gana tomaríamos como modelo de administración, la explotación fiscal era tal en 1582, que, según algunas personas de la época, provocó un éxodo de la población[401]. En Portugal, en vísperas de la conquista filipina, cobrábanse impuestos hasta de 20 % sobre las ventas y de 50 % sobre los productos de la pesca[402]. También en Francia se entregaba la Corona, huelga decirlo, a todas las locuras fiscales. A comienzos de 1587, el gobierno francés proyectaba en serio doblar todos los impuestos de París, medida que después se haría extensiva a todas las ciudades del reino, a pesar del hambre espantosa que lo asolaba[403]. Eran, reconozcámoslo, los mismos procedimientos empleados por los turcos y los persas.

Y es que en su forcejeo con un siglo hostil, los Estados no tenían mucho en qué escoger. Volviendo al ejemplo de España, vemos que el gobierno modificó tres veces por lo menos, en beneficio suyo, la tasa de las rentas: en 1563, en 1608 y en 1621[404]. En 90 % de los casos, prorrogaba los plazos de vencimiento de pagos, o como se decía en los Países Bajos, «alargaba las ferias»[405]; en 1566 valorizó el oro, el escudo de oro en oro creado por Carlos V en 1537, haciendo subir su valor de 350 a 400 maravedises[406]. En 1609 volvió a aumentar de 400 a 440 maravedises[407]. Por lo demás el Estado español recurre a toda una serie de bancarrotas sobre la deuda a corto plazo, en los años de 1557, 1575, 1596, 1607, 1627 y 1647. Se dedica a un constante saqueo de las fortunas de las ciudades, de los grandes, de la Iglesia, sin retroceder ante ninguna exacción que considerara provechosa.

Un estudio completo de los presupuestos del siglo XVI, comparable a lo que conocemos de los gastos y los ingresos en Inglaterra en la misma época, permitiría tal vez dar una respuesta a la importante pregunta de si este torbellino de los precios sacudió los Estados del Mediterráneo o a sus aledaños más o menos que a los otros. La afirmativa nos parece probable en lo que se refiere a España; particularmente si pensamos en los enormes gastos que la guerra impone al vasto imperio. Un libelo francés de 1597[408] decía: «La guerra le resulta (a Felipe II) extraordinariamente gravosa, mucho más que a ningún otro príncipe; le impone, por ejemplo, la necesidad de una armada, y se ve obligado a sacar la mayor parte de las tripulaciones de los países extranjeros, distantes del suyo, las cuales le devoran una parte inmensa de sus recursos. Y las guerras terrestres, como la de los Países Bajos, que es la principal de todas, le salen seis veces más caras que a sus enemigos, pues

antes de que pueda levantar en España un soldado y colocarlo en la frontera de Artois, presto a combatir contra un francés, le ha costado ya cien ducados, en tanto que el soldado francés no costará a su rey más de diez…».

Y lo mismo se puede decir de su dotación marítima, que debe responder a los requerimientos tanto de las luchas atlánticas como de los combates mediterráneos: una vez más, le toca a España la peor parte; pues los precios del material naval no cesan de subir. Tomás Cano explica en su *Arte de Navegar*[409] cómo un navío de 500 toneladas, que en tiempo de Carlos V habría valido 4000 ducados, vale hoy, en 1612, 15 000; un quintal de lona para confeccionar velas, de Flandes, que valía antes dos ducados y medio, cuesta ahora ocho ducados. Yo he llevado —añade— mercancías de Cartagena de Indias a 14 ducados la tonelada: hoy cuesta 52 «y, pese a ello, los navíos ganan menos que ganaban antes». Con todos estos movimientos de precios, los salarios, y con mucha frecuencia los beneficios, resultaban muy bajos. Esto explica, al menos en parte, las dificultades de la marina atlántica española a finales del siglo XVI. Y lo dicho respecto a los grandes navíos del Atlántico vale también para las delgadas galeras mediterráneas. En 1538[410] le costaba a España 2253 ducados equipar una simple galera sin artillería (la galera propiamente dicha valía unos 1000 ducados). En 1528 se habla de la posibilidad de que Gian Andrea Doria venda sus galeras a 15 000 escudos por unidad. Se trata meramente de una cantidad lanzada al aire, y no sabemos, por lo demás, si se refiere o no a galeras completas, es decir, con sus correspondientes tripulaciones y artillerías, pero la diferencia de precios es, con todo, enorme.

La consunción de los «tesoros» de América

Las importaciones de los *tesoros* de América se hicieron más espaciadas a partir del primer decenio —y en mayor grado a partir del segundo— del siglo XVII. Fuese un síntoma, una consecuencia o una causa, lo cierto es que esta circunstancia marca un cambio de dirección en la historia del mundo. Se puede decir, de modo general, que es un error explicar este *acontecimiento* recurriendo a causas exclusivamente americanas, como si América hubiese sido el *primus movens* en esta instancia. Se dice, por ejemplo, que sin duda habían aumentado los gastos inherentes a las explotaciones mineras, en concordancia con la regla de rendimientos decrecientes; la propia América, fraudulentamente y debido a sus propias necesidades monetarias, se había quedado con la mayor parte de su producción[411]. Los especuladores habían

distraído buena parte del metal de la Nueva España en dirección al Extremo Oriente y China, en el galeón de Manila[412]. Y una disminución catastrófica de la población indígena americana había hecho difícil y lenta la operación de reclutar mano de obra india, indispensable para la extracción de la plata[413].

No les falta su parte de verdad a todas estas explicaciones, pero han sido propuestas sin el posible apoyo que aportarían investigaciones que todavía están por hacer, no solo en los archivos de Sevilla, sino también en Simancas y, sobre todo, en los archivos americanos. No existen razones *a priori* para asumir que una población en recesión no pueda ofrecer mano de obra a un sector particular tan privilegiado como el de las minas; respecto a los fraudes que hemos mencionado antes, parece evidente que en el Río de la Plata cesó toda actividad fraudulenta de importancia en simultaneidad con la recesión minera de carácter general que se inició alrededor de 1623[414]; y la fuga de metales preciosos en el galeón de Manila se interrumpe a partir aproximadamente de 1635[415]. Pero el defecto básico de estas explicaciones es obvio: se concentran esencialmente en América, como si el fraude, por ejemplo, no se produjese tanto a la partida como a la llegada. Y sobre todo, estos argumentos no tienen en cuenta los lazos económicos que unen, a través del Imperio español, la actividad motriz de Europa con la del Nuevo Mundo. O, dicho con otras palabras: no hacen alusión a la situación económica considerada en su totalidad, es decir, a esa recesión general que se observa en Europa a continuación de 1580, 1595 y 1619-1622, hasta llegar a la gran fractura de la década de 1640 y los subsiguientes problemas de España primero en Cataluña y Portugal, más tarde en Nápoles, en 1647, y la supresión este mismo año de la flota de Barlovento[416], que hasta aquel momento había servido de protección a las Antillas.

Cualquier mención de la situación económica general lleva a hablar de los precios, de los costos, de los salarios y de los beneficios. Rodrigo Vivero[417], buen conocedor del Nuevo Mundo, no cree, en 1632, que la máquina americana se haya averiado, y se equivoca de parte a parte; también yerra cuando habla de una producción anual de 24 millones de oro, de los cuales se enviaban 20 a Sevilla, pero tiene razón cuando describe a los propietarios de las minas como víctimas de la recesión general, «todos ellos endeudados, pues la sal y el maíz han subido de precio, se ha doblado el sueldo de los obreros indios, y aun así, los amos han de suplicar de rodillas para conseguirlos y obtener sus *repartimientos*, y es una mano de obra muy poco a propósito para el trabajo de la mina». Luego estaban las mesas de juego y los prestamistas, «sanguijuelas de los mineros», quienes en vez de pagar con

plata lo hacen «con telas y otros géneros de mercancías con las que puedan obtener más beneficio, o lo que es peor, con vino». Pero para ver más claro, habría que mirar también hacia España y Europa y considerar el problema en su contexto más amplio.

Las monedas devaluadas y la falsa moneda

En todo caso, a mediados del siglo XVII se cierra el gran capítulo, de importancia mundial, de la plata americana. Hace entonces su aparición, en gran escala, la moneda falsa. No queremos decir con ello que fuese desconocida en el siglo XVI. Pero al llegar al XVII, las piezas de aleación adulterada penetran en los canales de la circulación esencial del Mediterráneo, y son arrastradas por el torrente del comercio hasta Levante, mientras que en los 50 años anteriores había sido cuidadosamente descartada de esta animada zona.

Por aquel entonces la mala moneda solo circulaba a sus anchas por el norte europeo y las regiones islámicas, al margen del mar interior, e incluso en esas dos zonas aparece tardíamente. En el norte, mientras la moneda inglesa restablecida por la reina Isabel no se movería ya del sitio, la moneda de los rebeldes Países Bajos pasa por incontables altibajos, hasta su devaluación en noviembre de 1585[418]. Pero ya antes de esta medida, de tan graves consecuencias, habían estado operando los fabricantes de moneda falsa, especialmente en Lieja, por lo menos desde 1574[419], año en el cual esas monedas llegan hasta los propios puertos de España y se truecan fraudulentamente por las buenas. El cambio fraudulento por moneda buena[420] era una manera tan útil como cualquiera otra de abrir una brecha en el monopolio español y tener acceso a una parte de los metales preciosos americanos. Este tráfico realizado en los propios puertos llegó a alcanzar un enorme desarrollo después de la firma de la tregua de 12 años, en 1609. Los holandeses aportan entonces enormes cantidades de moneda fraccionaria, haciendo directamente lo que antes solo habían podido hacer a través de intermediarios y gracias a las complacencias de los navíos de Lúbeck o de Hamburgo, o por medio de los mercaderes ingleses (Inglaterra firmó su paz con España en 1604)[421] o franceses. Estas pequeñas monedas, de baja aleación, llegaban ilícitamente y en cofres y barriles enteros. A la vuelta, las piezas de oro o de plata se escondían entre la sal. En 1607 había en y alrededor de Burdeos cuatro «Casas de la moneda» ocupadas en refundir las

piezas españolas obtenidas por los medios más diversos y que, simplemente al pasar por los crisoles, reportaban un beneficio de más de 18 %[422].

En la época a que nos referimos, este comercio era, además, casi legal. Pero duró poco tiempo en este plano de relativa honestidad. A partir de 1613 se falsifican las monedas de vellón, sin duda imitando las monedas españolas. Fabricábanse, por este procedimiento, más de dos millones de *pesos* al año, y la producción aumentó más tarde. Según ciertos informes, estas falsificaciones arrojaban ganancias de más de 500 %. Fuera de los Países Bajos, este fraude florecía en Dinamarca, en Inglaterra y, más tarde, en Italia. Barcos enteros cargados de *quartillos falsos* llegaban por aquel entonces a la costa cantábrica o a Sanlúcar de Barrameda[423].

La moneda falsa, que ya circulaba a sus anchas en el tráfico del Atlántico, invade luego el mismo Mediterráneo. En 1595, por ejemplo, sabemos que la duquesa de Piombino mandó acuñar en su minúsculo Estado monedas de *muy baxo quilate*[424]. En la primera década del siglo XVII, la mala moneda (o si se prefiere, la «moneda baja») llegó por fin a los puertos de Levante; la intoxicación del mar es, entonces, completa. Una relación veneciana de 1611[425] indica que, en medio del tremendo desorden monetario de Alepo, las buenas monedas, que de ordinario tenían una prima de 4 a 5 % sobre la moneda, estaban llegando ese año a un alza de 30 a 35 %. Las proyecciones de esta historia de la moneda falsa, que se salen de los marcos cronológicos de este libro, pueden estudiarse en la obra de Paul Masson *Le commerce français dans le Levant au XVIIe siècle*.[426]

Durante nuestro periodo, vemos que el tráfico estrictamente mediterráneo resulta poco afectado por estas extraordinarias convulsiones, pero una grave crisis castiga a los territorios turcos, desde Argel, por el oeste, hasta Egipto y Constantinopla, por el este. Se ha hablado demasiado de las magníficas e inalterables finanzas turcas. Tal vez lo fueran durante el largo reinado de Solimán el Magnífico (1522-1566), pero el mismo año en que termina este glorioso reinado, es decir, al día siguiente del desastre turco en Malta, se produce en El Cairo, si los datos del viejo libro de Hammer[427] son exactos, una devaluación de 30 % en cuanto a la única moneda de oro acuñada por los turcos. Es posible que fuese un reajuste impuesto por la depreciación de la plata. Sin embargo, los documentos que he tenido a la vista no permiten confirmar el hecho. Sería interesante averiguarlo y saber si se produjo o no una devaluación después del gran esfuerzo de Malta en 1566, primer signo de fatiga del Imperio turco.

De cualquier modo, en 1584 ya no hay duda posible; en este año se desencadena una gravísima crisis monetaria[428]. La moneda corriente en Turquía era una pequeña pieza de plata más cuadrada que redonda[429], el aspro (en turco, akce), hecha de plata pura «no mezclada, sino purificada», precisa Belon du Mans[430]. Se probaba, dice un viajero[431], arrojándola sobre una estufa al rojo. En peso, representaba la cuarta parte de un dracma de plata; su valor era de 10 a 11 denarios torneses[432], de 7½ *quattrini* venecianos y de 2 a 2½ *kreuzer* alemanes, y el equivalente a un *bajocco* romano o al antiguo *marchetto* veneciano[433]. «El aspro vale tanto como uno de nuestros carolus», dice Belon[434]. A comienzos de siglo representaba la 135.ª parte del cequí o sultanino, hecho de oro fino puro[435], ligeramente inferior, aunque apenas, «*di bontà*», al ducado de Venecia, pero igual y muchas veces superior a los mejores *ongari* de Alemania[436]. Al advenimiento de Selim I, el sultanino valía 60 aspros, según el cambio oficial, que al parecer no se modificó hasta 1584. Por tanto, si hubo devaluación en 1566, no afectó a la equivalencia de plata de la nueva fórmula del zequí. El tálero turco, moneda de plata ligeramente inferior al *Kronenthaler* austriaco y al *escudo* de Italia, valía 40 aspros (el *Kronenthaler* y el *escudo* valían 50). Varios documentos confirman estos valores[437]: en 1547, 300 aspros valían seis escudos[438]. El baile de Venecia indicaba, en 1564, que sus gastos ordinarios por tres meses se elevaban a 34 487 aspros, o sea 574 ducados y 47 aspros; lo que arroja, para el ducado, un cambio habitual de 60. Habiendo necesitado librar una letra de cambio por 9170 escudos, obtuvo una equivalencia de 50 aspros por escudo[439]. En 1561, otro baile no pudo obtener, en vista de la escasez de plata en aquel momento, sino un cambio de 47 aspros por escudo[440]; en 1580 el cambio manteníase ya invariable en 50 aspros[441].

Para completar el cuadro de las monedas otomanas debemos referirnos a la última de ellas, la árabe, que circulaba en Egipto y en Siria y ocupaba el espacio situado entre el Mediterráneo, el golfo Pérsico y el Mar Rojo: el *maidin*, especie de aspro que contenía una vez y media más metal fino. Cuarenta *maidins* equivalían a un zequí[442], y 35 a un escudo o a un *Kronenthaler*[443]. Como dice el viajero inglés Newberie en 1583[444], «40 medins maketh a ducakt».

La gran devaluación de 1584[445] se produce a raíz de otra devaluación análoga efectuada en Persia, como consecuencia de los enormes gastos ocasionados por la guerra y por el aumento de tropas a sueldo. El sultán, a quien Egipto cedió en 1584 zequíes de oro al cambio de 43 maidines, los

imponía, para sus pagos, a 85 maidines. El zequí permaneció invariable, y su valor pasó de 60 a 120 aspros. Claro está que al mantenerse intacto el zequí, se alteró la aleación del aspro, sustituyéndose por cobre una parte de su metal fino. En 1597, un dracma de plata ya no valía cuatro aspros, sino 10 o 12. Después de las dificultades de 1590, el zequí continúa variando y sube de 120 a 220 aspros. Según esto, nos encontramos en Turquía, a consecuencia de esta moneda de mala ley, con la equivalencia exacta de la inflación del vellón de Castilla, cuyos mecanismos y estragos entre 1600 y 1650 estudia Earl J. Hamilton[446]. Pero advirtamos que, en este caso, la crisis, que duró hasta mediados del siglo XVII, comenzó unos 20 años antes. Resultó difícil contenerla. Se produce una nueva inflación hacia 1625-1630: el zequí llega a los 240 aspros, y el *thaler* a 120; en 1642 una autoritaria devaluación de 50 % llevó al zequí a valer entre 151 y 157 aspros (no 120), pero volvió a haber alza a partir de 1561, y la larga guerra de Candía contra Venecia produjo el más profundo caos. Si en 1660 el zequí sigue valiendo 240 aspros en Serbia, lo encontramos a 310 aspros en Sofía en 1663[447].

Estas devaluaciones repercutieron prodigiosamente sobre la salud económica del Imperio turco, donde el aspro hace a la vez de moneda real y de moneda de cuenta[448].

Tales son los aspectos más visibles de los desórdenes monetarios turcos; pero hay, además, otros. Tenemos, principalmente, la política de moneda baja de los argelinos, impuesta por la necesidad. El oro y la plata de España conseguían prima, automáticamente, en sus mercados. Era un modo de atraer, de acaparar las indispensables monedas extranjeras; había hasta una especie de escala móvil, y, en 1580, Iafer Pachá, considerando insuficiente la tasa, subió el escudo de España de 125 aspros argelinos a 130[449]. Como cree el erudito español Manuel Gallardo y Víctor, es posible que esta devaluación afectara al rescate de Cervantes en 1580[450]. Pero antes de la devaluación del zequí turco de Constantinopla, que se cotizaba a 66 aspros turcos, valía 150 en Argel, lo que indica, en aquel entonces, una asombrosa prima pagada por la moneda de oro de los sultanes, atraída así hacia Argel del mismo modo que el escudo de España[451]. Si nuestros cálculos son exactos, este obtendría casi siempre una prima de 30 % en el mercado de cambios de Argel.

Tres edades metálicas

Se nos relevará de entrar aquí en más amplias explicaciones. Los diagramas y las gráficas completan una exposición que, a pesar de estar muy

abreviada, peca de larga; tendremos ocasión de volver luego sobre los difíciles problemas de la situación económica general. En cualquier caso, resulta claro un esquema que se puede enunciar como sigue: Los historiadores atentos al pasado mediterráneo se hallan en presencia de tres estratos, de tres edades metálicas superpuestas: la del oro del Sudán, la del oro y la plata de América y, a continuación, lo que podemos llamar la era de la inflación del vellón, de la moneda falsa, autorizada o no, que aparece tímidamente a fines del siglo XVI y que luego lo invade todo, en las primeras décadas del siglo XVII. Esquema simple, por supuesto, pues estas épocas monetarias no se disponen nítidamente, como algunos piensan, superponiéndose limpiamente unas a otras, sino entremezcladas y confundidas muchas veces, combinaciones que sería necesario estudiar y exponer con toda precisión.

Periodo del oro: todos los pagos se hacen preferentemente en oro. En 1503, Bayardo captura, junto a Barletta, a un pagador del ejército español: Una vez de vuelta —escribe el Leal Servidor— se procedió a abrir sus cajas y se encontraron hermosos ducados —otra confirmación de la regla—[452]. Más aún: el rey de Francia pagando a sus soldados (en 1524) «con oro de España»[453]. Todas estas batallas de los primeros tiempos del conflicto entre los Habsburgo y los Valois se combatían con monedas de oro. Basta el desplazamiento de un simple correo para que se pudiesen realizar pagos trascendentales. En mayo de 1526, el embajador de Carlos V se muestra inquieto: habían pasado por Mirandola «cuatro jinetes que llevan el numerario del Papa…»; tenía buenos motivos para sentirse alarmado.

Más tarde, durante el largo reinado de la plata (de —quizá— 1550 a 1560 o 1680), resultaron muy visibles los desplazamientos de la plata, pues el metal blanco es un viajero muy conspicuo: necesita de carros, barcos, animales de carga… por no contar las personas que deben darle escolta —un mínimo de 50 arcabuceros cuando hay que transportar plata de Génova a Flandes, en diciembre de 1551—[454]. Los movimientos de grandes cantidades de oro pasan por lo general inadvertidos —fuera de los interesados nadie llega a enterarse—. Pero cuando se viene a saber, en septiembre de 1586, que Felipe II ha enviado a Italia 100 000 escudos en monedas de oro, todos comienzan a discutir, especulando acerca de cuál ha podido ser la urgencia interior que le ha forzado a este gesto tan desacostumbrado, pues, por lo general, el oro no sale de la Península[455]. Dada su rareza, era altamente estimado, y cada vez que entraba en juego, «dictaba señorialmente sus propias reglas». Los amos de las cecas y otros expertos llenan páginas y más páginas explicando a quien quiera prestarles atención que todo se arreglaría si el

marco de oro valiese doce marcos de plata, tal y como decretaba la sabiduría tradicional, pero en Venecia, donde el oro se veía revalorizado constantemente, cálculos precisos demuestran que la proporción de antaño resulta anticuada. Así lo explican, sin ningún entusiasmo, los responsables de la *Zecca* veneciana en noviembre de 1593[456]. Un marco de oro —explican— vale 674 *lire* y nueve *soldi*, doce marcos de plata 633 *lire* y 16 *soldi*, o sea, ventaja de 40 *lire* y 13 *soldi* del oro respecto a la plata: no es mucho, pero no deja de ser una indiscutible ventaja.

Pasan los años y las monedas de cobre hacen su entrada en el calendario monetario de Europa. El triunfo de este metal coincide con el desarrollo de las minas de cobre de Hungría, Sajonia, Alemania, Suecia y el Japón. Portugal, vecino de una España donde la inflación alcanza sus cotas máximas, se ve inundado por las monedas de cobre, pero Portugal contaba con el exuterio de las Indias; incluso durante estos desastrosos años estuvo Portugal a corto de cobre: estaba en realidad tan altamente valorado allí el tercer metal que en 1622 había que dar no 12 sino 13 reales por un ducado pagado en pequeñas monedas de cobre[457].

Pero muy pronto volvería el oro a mostrar su rostro. Procedente del Brasil, reaparecerá a finales del XVII, en Lisboa, en Inglaterra, en Europa… También al Mediterráneo le tocará su parte, pero no hasta el punto de convertirse en el centro de la inflación del oro, como lo había sido durante largo tiempo de la inflación de la plata.

CAPÍTULO III [I-718]

LAS ECONOMÍAS: EL COMERCIO Y EL TRANSPORTE

NO ES nuestra intención describir, en toda su complejidad, el comercio del Mediterráneo. Lo que aquí nos interesa es el panorama de conjunto. A la postre, solo hemos retenido tres problemas: la crisis de la pimienta, la crisis del trigo y la invasión del Mediterráneo por los navíos del Atlántico. Estos problemas atañen a todas las dimensiones de la vida económica del mar: considerados en conjunto nos ofrecen una idea bastante clara de lo que era este vasto espacio: de un lado, hasta el océano Índico, y del otro, hasta el Atlántico y esos otros Mediterráneos nórdicos que son el canal de la Mancha, el mar del Norte y el Báltico…

I. EL COMERCIO DE LA PIMIENTA

El periplo del cabo de Buena Esperanza no puso fin bruscamente, de golpe y porrazo, como con tanta frecuencia se tiende a pensar y a sostener, al comercio mediterráneo de la pimienta. Han sido los historiadores alemanes los primeros en aclarar este punto, ya definitivamente incorporado a la historia[1]. Y es natural que fuesen ellos. Forzosamente tuvieron que darse cuenta de que Alemania no había dejado de recibir las especias y la pimienta de Venecia, y de que los portugueses, por consiguiente, no se habían hecho con el monopolio de todas las corrientes de tan precioso tráfico.

Después de los éxitos de Portugal se produjo, sin duda, una terrible crisis en Venecia, y cundió en esta ciudad la moda de las profecías pesimistas. Imaginábanse las consecuencias de los descubrimientos portugueses, y la catástrofe parecía irremediable… Para la ciudad de San Marcos, la pérdida de las especias era «como si un niño de pecho se viese privado de la leche y el alimento», escribía Girolamo Priuli en su diario, en julio de 1501[2]. Inmediatamente se producen pasmosas fluctuaciones de precios, quiebras e

innumerables dificultades, sobre todo cuando el rey de Portugal, Dom Manuel, en 1504, fija el precio oficial de la pimienta y, dos años después, convierte «la especiería», concentrada en Lisboa, en monopolio de la Corona[3]. En 1504, las galeras venecianas, en su travesía acostumbrada, ya no encuentran especias ni en Alejandría ni en Beirut[4].

El nuevo proveedor se apodera rápidamente de una parte considerable de los mercados europeos. Triunfó sin dificultad en la parte atlántica del continente: en los Países Bajos, ya desde 1501[5];en Inglaterra, desde enero de 1504, con la llegada a Falmouth de cinco navíos portugueses con un cargamento de 380 toneladas de pimienta y especias de Calicut[6]. Se introduce también en la Baja y en la Alta Alemania: la poderosa casa de Anton Welser y Konrad Vöhling, de Augsburgo, se vuelve en 1503 hacia el sol naciente de Lisboa[7]; la *Magna Societas* de Ravensburgo se decide, en 1507, a hacer sus compras de pimienta y especias en Amberes, estación de tránsito del mercado portugués[8]; los negociantes de Viena, en 1512-1513, se quejan de no poder conseguir en Venecia las cantidades necesarias de pimienta y de especias y piden al emperador que autorice a mercaderes extranjeros a surtirse de estos artículos en Amberes, Fráncfort o Núremberg[9]. El nuevo proveedor triunfa también indiscutiblemente en el oeste de Francia y en Castilla, donde en 1524 —según un testigo— se vendía pimienta portuguesa en Medina del Campo[10]. No cabe ninguna duda de que esta misma pimienta penetró muy pronto en el Mediterráneo, donde los veleros portugueses ocupan en esta época un puesto prominente. Tal vez ya desde 1503, en Génova: Venecia cierra su frontera de tierra firme, en junio de ese año[11], a los productos procedentes de Génova (tejidos de oro y plata, lanas, *especias*, azúcar…, se estipulaba concretamente) o de otras plazas extranjeras, y ordena que las ciudades de tierra firme vayan a aprovisionarse a la propia Venecia. Para incrementar las importaciones de pimienta y de especias de Levante, autorizó, en mayo de 1514[12], su transporte en toda clase de barcos y no, como en el pasado, exclusivamente en las *galere da mercato*, las cuales, desde ese momento, hubieron de soportar una muy seria competencia[13]; suprimió, además, los derechos de aduana que habían de satisfacer a su entrada en Venecia. Pese a estas medidas, la señoría se vio obligada, al año siguiente —1515— a ir a cargar a Lisboa el suplemento indispensable para su aprovisionamiento[14]. En 1527, el senado veneciano propone al rey de Portugal, Juan III, comprarle en firme toda la pimienta que llegara de Lisboa, separando la parte necesaria para el consumo de los portugueses. El proyecto no prosperó; pero demuestra en qué situación tan

precaria se encontraba Venecia por aquel entonces y la marcha triunfal del mercado de Lisboa[15].

Revancha mediterránea: la prosperidad del Mar Rojo a partir de 1550

¿Cuándo, cómo y por qué razones se restableció la situación —como, en efecto, se restableció— en beneficio de Venecia y del Mediterráneo?[16] Es difícil decirlo. ¿Tendrá esto algo que ver con el reflujo de los precios después de los años de 1540? ¿Sería esto lo que vino a entorpecer el próspero comercio de Lisboa? ¿Influiría también la calidad inferior de la mercancía portuguesa, a la que el largo viaje por mar hacía perder parte de su aroma, al decir de los conocedores? El rumor, esparcido por Venecia, no debía carecer de fundamento, pues lo encontramos recogido en un documento español de 1574 que no transpira ninguna simpatía por Venecia[17]. También es probable que el comercio mediterráneo, vinculado a los intermediarios árabes, haya sabido reservarse, pagándolos más caros en los puntos de embarque, Goa, Cochin y otros lugares, los productos de mejor calidad. ¿No habrán exagerado notablemente los portugueses al mantener en Asia precios de compra extremadamente bajos?[18] Es verdad que tenían que cubrir los gastos de la larga travesía, las frecuentes pérdidas de navíos y, finalmente, los quebrantos de los propios cargamentos que con frecuencia se averiaban por el camino. En cambio, el comercio por el Mediterráneo, con su espesa red de intermediarios, con sus trayectos más cortos y bien explorados desde hacía siglos, envolvía menores contratiempos e irregularidades. Para los venecianos, el riesgo se reducía al de la travesía de Egipto, y estaba compensado por jugosos beneficios, en vista de las enormes diferencias de precio entre el oriente y el occidente del Mediterráneo. En 1512, apuntaba Thénaud: «Ganan el ciento por ciento y aún más en mercaderías que son aquí de poco valor»[19]. Incluso en el caso de que faltase la pimienta (la única mercancía que dio lugar a un comercio masivo y que los portugueses se mostraron especialmente interesados en controlar), era posible traficar en especias de lujo, drogas y otros productos de Levante. Por su parte, los mercaderes orientales sentían una apremiante necesidad de los metales preciosos: el oro de Egipto o la plata de Occidente llegaban hasta el océano Índico gracias a las especias y a todo lo que las acompañaba por las rutas que desembocaban en el Mediterráneo. La India y el Extremo Oriente apreciaban altamente el coral, el azafrán del Mediterráneo, el opio de Egipto, los paños de lana de Occidente y el mercurio

y la granza del Mar Rojo. Apuntalando estos tráficos antiquísimos, había siempre en torno del océano Índico poderosas y bien organizadas sociedades comerciales, que el auge del comercio portugués había quebrantado, pero no suprimido, y que fueron capaces de reaccionar con enorme rapidez.

Y, no habiendo perdido el comercio mediterráneo hacia el Oriente nada de su interés por los habituales intermediarios, es evidente que habría podido descartarlo la fuerza, es decir, una vigilancia ejercida en las mismas fuentes de aprovisionamiento. Y los portugueses lo consiguieron en varias ocasiones; de hecho, cada vez que lo han intentado, tanto en el momento inicial de su penetración, propinando un duro golpe a los privilegiados tráficos del Mar Rojo[20], como en fechas mucho más tardías; por ejemplo, durante el invierno de 1545-1546, al largo de las costas de Malabar, «la escuadra portuguesa patrulla de modo tan efectivo que consigue evitar toda salida clandestina de pimienta»[21], o, por lo menos, logra reducir notablemente ese contrabando. Pero esta atenta vigilancia se relaja muy pronto, por decisión de los mismos portugueses. La presencia portuguesa, que tan rápidamente se había extendido por una inmensa área, a través del océano Índico y más allá, a causa, no solo, de la necesidad de crear tráficos interregionales, sino también del espíritu de aventura o de lucro, había culminado en la creación de un imperio inmenso y frágil. Por sí mismo, Portugal no era lo bastante rico para mantener esa vasta red, sus fortalezas, sus costosas escuadras y sus funcionarios. El imperio tiene que alimentarse siempre del imperio. Esta inferioridad financiera convirtió muy pronto a los portugueses en aduaneros; pero las aduanas no son provechosas más que cuando pasan por ellas torrentes de preciosas mercaderías. En estas condiciones, el fraude, o lo que podemos llamar fraude (y que en realidad era necesidad), ha encontrado campo abonado. Era necesidad, en primer lugar, porque era imposible ocupar Ormuz, encrucijada esencial (1506), y cerrarlo inmediatamente a todo tráfico; en segundo lugar, porque los turcos se estaban instalando en Siria (1516), en Egipto (1517) y en Irak (1534). Para hacerles frente, los portugueses han tenido que buscar el apoyo de Persia, y, en consecuencia, mantener las comunicaciones esenciales entre India y Persia, y salvaguardar, en la medida que eso fuese posible, los tráficos comerciales que esta mantenía con Siria y el Mediterráneo. La cuestión no puede reducirse al simple hecho de la corrupción de los funcionarios portugueses, ansiosos de enriquecerse lo más rapidamente posible y sordos a las órdenes que desde muy lejos les daba su gobierno. Es evidente que esa corrupción ha existido, pero no funcionó como factor determinante: había mucho más detrás.

Sin embargo, estas prudencias y estas políticas realistas no triunfaron de la noche a la mañana. El Imperio portugués necesitó tiempo para cimentarse sólidamente, y también al Imperio turco le costó su tiempo saber sus debilidades y sus limitaciones, comprender cuáles podían ser sus intereses razonables respecto al océano Índico, renunciar a sus proyectos iniciales de concentrar en Constantinopla todo el comercio de Levante, y por último, preparar un serio avance hacia el sur y hacia el este, al que se renunciaría, prácticamente, poco después, mientras que los portugueses, por su parte, hacían cuanto estaba en sus manos para evitar convertirse en blanco de tan formidable enemigo. Diez años dejaría pasar el turco antes de lanzar otra ofensiva desde el conquistado Egipto. Solo en 1529 comienzan los trabajos para excavar un canal que habría de unir el Nilo con el Mar Rojo, pero estos preparativos se han de interrumpir ante la necesidad de presentar batalla al enemigo en el Mediterráneo: 1532 es el año de Corón[22]. Nueva pausa de seis años hasta la expedición de la flota de Solimán Pachá que se apodera de Adén en 1538, pero que fracasa ante Diu ese mismo año[23].

En 1542[24], los portugueses consiguen a duras penas mantener la Etiopía cristiana, y en 1546[25] salvan milagrosamente Diu, su fortaleza en la península de Gujarat. De todos los rincones de la India, de la lejana Sumatra, llegaban constantemente embajadores a Constantinopla, implorando la ayuda del sultán contra los portugueses, y aportándole los más raros presentes: loros y cacatúas de maravillosos colores, especias, finísimos perfumes, bálsamos, esclavos negros, eunucos…[26]. Sin duda que, en 1551, a la salida del Mar Rojo, se produjo el fracaso de las galeras que mandaba Piri Reis[27], y en 1553, un nuevo revés, el de la flota de Sidi Ali, el poeta del *Espejo de los Países*, que salió del golfo Pérsico[28]. Sin embargo, después de la década de 1550 se registra un cierto aflojamiento en la tensión entre los portugueses y los turcos que contribuyó, probablemente, a favorecer el comercio hacia el Mediterráneo.

El hecho es que la antigua ruta de las especias se reanima y prospera a partir de mediados de siglo. Desde ese momento la zona de la pimienta mediterránea progresa en los bordes del mar occidental, rechazando hacia el Atlántico a la pimienta del rey-mercader de Lisboa, sin que se llegue, por lo demás, a una línea clara de demarcación. Así, la pimienta del Mediterráneo jamás deja de llegar a Amberes durante la primera mitad del siglo XVI[29], y tal vez aún más tarde. En 1510, un buque establecía la comunicación entre Alejandría y Amberes[30]. Hacia 1540, la pimienta mediterránea influye sobre los precios del mercado del Escalda. Y el mismo año, al intentar un bloqueo

de la pimienta contra Francia[31], los ibéricos favorecen el tráfico rival de Marsella, que Francisco I parecía deseoso de proteger, puesto que rechaza, en mayo de 1541, todas las propuestas y promesas portuguesas en lo tocante a las especias, queriendo dar satisfacción, nota un veneciano «*al signor Turco*» y no queriendo ayudar a Flandes, «donde, por lo que parece, Amberes se había convertido en la primera ciudad del mundo»[32]. En todo caso, los datos de las exportaciones marsellesas referentes al año 1543 acusan envíos hasta Lyon —y probablemente hasta más allá—, así como también en dirección a Tolosa[33]. En 1565, estos envíos llegaban a Ruán y competían en Tolosa con la pimienta de Lisboa, revendida por Burdeos[34]. Hacia mediados de siglo, vemos a los franceses y los ingleses cambiar pimienta, principalmente en Ruán, La Rochela y Burdeos[35]. Tratábase, evidentemente, de productos distintos, procedentes de una y otra fuente. Las circunstancias favorecían tan pronto a la una como a la otra. Así, la implantación de derechos de aduana de 10 % *ad valorem* en 1559 perjudica en el mercado castellano a la pimienta lusitana, pero sin que esta fuese eliminada, al parecer, de la Península, gracias, sin duda, a su proximidad[36]. Las importaciones liornesas de fines de siglo producen la misma impresión que los intercambios franco-ingleses; es decir, probablemente se trataba de dos pimientas distintas, que no compiten entre sí ni se eliminan forzosamente la una a la otra. De hecho y hasta finales del siglo XVI, e incluso más tarde, solo hay un único mercado de pimienta[37]. Consideremos, por ejemplo, unas palabras al azar de un mercader español (29 de noviembre de 1591) establecido en Florencia: al saberse la noticia de que las «naos de Yndias» no vendrán este año a Lisboa, las especias han subido de precio. «El único precio que no ha variado ha sido el de la pimienta [observa], pues desde Levante ha llegado a Venecia en grandes cantidades»[38].

Lo innegable es que el Mediterráneo recupera una buena parte, sin duda la mayor, del tráfico de la pimienta. El comercio de Levante prospera; numerosas caravanas lo animan, unas procedentes del golfo Pérsico, otras del Mar Rojo. Al término de estas rutas continentales, mirando hacia el Mediterráneo, florecen dos dobles ciudades: de una parte, Alepo y la activa escala de Trípoli; de la otra, El Cairo y su puerto, Alejandría, que parecía haber quedado vaciado de su contenido por la vecindad de la desmesurada, enorme capital. Por el Occidente, el nuevo brote del tráfico favorece sobre todo a los venecianos, que siguen siendo los grandes señores del momento y al lado de los cuales los marselleses y los ragusinos aparecen muy en segundo plano. Sus mercaderes penetran curiosamente desde las tierras del interior de Alejandría a El Cairo (1552)[39], y desde Damasco, ciudad en decadencia y

donde las intrigas individuales, los *garbugli*, dejan malparados los negocios de la colonia veneciana[40], hasta Alepo, en la desembocadura de la ruta de caravanas de Babilonia. En Egipto, el desplazamiento obedece al deseo de desembarazarse de los intermediarios, negociantes y mercaderes de El Cairo, riquísimos competidores que, si no se les ponía coto, no se contentarían con ser dueños indiscutibles del comercio en las grandes ciudades de las caravanas, sino que se apoderarían también del tráfico marítimo de la cristiandad. Por lo demás, los negociantes europeos se verán con mucha frecuencia obligados a trabajar en colaboración con ellos[41]. Pero, independientemente de estos problemas de organización local, la llegada de mercaderías venecianas, tanto a El Cairo como a Alepo, significa la prosperidad de estos mercados interiores, de sus capitalistas, de sus comunicaciones por medio de caravanas, y por encima de estas relaciones, eficaces compras de los mercaderes árabes en la India y en Oceanía. El Mediterráneo ha arrebatado al océano sus tesoros.

Las rutas del comercio del Levante

Mil documentos prueban indiscutiblemente esta recuperación. Señalemos aquí, sin embargo, ya que generalmente prevalece la opinión contraria, que ciertos detalles se prestan a confusión. Para no caer en error hay que saber que las dos rutas que llegaban de Alepo y El Cairo mantenían una rivalidad permanente. Con frecuencia, cuando la una se cierra, se abre la otra. Ahora bien, en estos años de recuperación general, Alepo tiene la mala fortuna de levantarse en el camino estratégico de Persia —lo que le perjudica, especialmente, durante la guerra de 1548 a 1555— y en el camino de Ormuz, es decir, de la guerra portuguesa. Con ocasión de la guerra turco-portuguesa de 1560 a 1563, también quedarán reducidas a su mínima expresión las caravanas de Basora[42]. No es, pues, de extrañar que la ciudad de Alepo florezca un buen día[43] y que al día siguiente se vea asolada por un alza anormal de los precios[44]. En julio de 1557, Christófano Allegretti, agente ragusino, se siente descorazonado y decide marcharse a Egipto. «Creo que ese país de Alepo nunca ha estado tan desprovisto de mercaderías, hasta el punto de que no se encuentra nada en él, como no sea jabón y ceniza. Las agallas de roble valen allí de 13 a 14 ducados, y con la llegada (a Trípoli) de cuatro navíos franceses, creo que los precios subirán hasta las nubes. Hay más de ocho navíos franceses que, en este momento, arruinan a todo el mundo, poniéndose a comprar a cualquier precio»[45]. Dos años antes, en 1555, y

quizá a consecuencia de haber terminado las guerras turco-persas, numerosos mercaderes moros y venecianos de Alepo *son passati in le Indie*[46], se han marchado a las Indias. Es verdad que no todos los mercaderes hacen como este ragusino y estos viajeros que abandonan la plaza. Cuando Lorenzo Tiepolo llega a Alepo en 1560[47], es recibido por 250 mercaderes a caballo. En noviembre de 1563, el baile veneciano anunció, desde Pera, que las *galee grosse* han partido de Siria para Venecia[48]. El año anterior, un informe veneciano indica que Alepo alberga a 5000 obreros tejedores[49]. A pesar de todas sus crisis, la ciudad seguía siendo un gran centro comercial e industrial; sus dificultades, en todo caso, eran puramente locales. No afectaban para nada al conjunto del Mediterráneo oriental.

Y, sobre todo, no afectaban al Mar Rojo, que seguía siendo casi el camino único, pero importantísimo, del comercio con el Extremo Oriente. «Este Mar Rojo [escribe Belon du Mans, que veía sus orillas hacia mediados de siglo][50] no pasa de ser ahora un estrecho canal, no mayor que el Sena entre Harfleur y Honfleur, donde se navega con dificultad y gran peligro, pues las rocas son aquí muy frecuentes». Surcan sus aguas multitud de pequeños veleros, extrañas embarcaciones de planchas mal clavadas, o «ensambladas con cuerdas de fibra de cocotero y calafateadas con fibras de palma datilera empapadas en aceite de pescado»[51]. Veíanse también grandes «hulcas» y galeras[52], estas últimas transportadas en piezas sueltas de El Cairo a Suez, puerto malo e «incómodo»[53], en medio de la arena y mal abrigado de los vientos[54]. Pequeños y grandes navíos llevan hacia el norte, por Adén o por las costas de Abisinia, los tesoros de las Indias, de Sumatra y de las Molucas, además de los peregrinos de todo el islam asiático. La necesidad de refugiarse de los temporales, catastróficos en estas difíciles costas, hace que se multipliquen en ellas los puertos: Suakin, Adén, Djedda —el puerto de La Meca—, y Toŕ, rival de Suez. En Djedda —«Juda», o también Ziden, como la llaman a menudo los textos— se congrega el mayor número de aquellos navíos. De ahí que cerca de La Meca se reúnan enormes aglomeraciones de caravanas, hasta de 200 000 personas y 300 000 bestias a un tiempo. Aunque a veces faltase el trigo en la ciudad santa, siempre abundaba en ella la carne[55]. De Djedda, los navíos y barcas parten de nuevo hacia Tor, desde donde las caravanas alcanzan El Cairo en nueve o diez jornadas[56]. Según el punto de partida de los grandes convoyes marítimos del océano Índico, Sumatra, Camboya (en la desembocadura de los países del Indo), la costa Malabar, Calicut, Bul, Cananor y otras regiones de sotavento, las especias llegan al Mar Rojo en noviembre o en mayo de cada año[57].

La puerta, la difícil puerta del Mar Rojo, estaba, pues, abierta de par en par sobre las Indias y el océano Índico, dando paso a un inmenso comercio. Bastaría para demostrarlo la presencia de porcelanas bastante costosas, sin duda procedentes de China, aunque Belon se niegue a creer que procedieran realmente de las lejanas «Indias»[58], ya que estos frágiles objetos acompañan siempre un torrente de otras mercancías. En lo que se refiere a las especias, entre las que la pimienta ocupaba indiscutiblemente el primer lugar, vemos que, de 1554 a 1564, por ejemplo, el volumen de los cargamentos anuales es de 20 000 a 40 000 quintales ligeros[59]. En 1554, solamente los venecianos transportaron a Alejandría 600 *colli* de especias[60], o sea unos 6000 quintales. Y eso que los venecianos no absorben a lo sumo más que la mitad del comercio de Alejandría, y al comercio occidental hay que añadir el consumo de los países orientales, que ha sido siempre importante. Gran cantidad de documentos consulares de El Cairo indican la cifra anual de 12 000 quintales para las compras hechas por los venecianos entre los años 1560 y 1564[61], cifra tan elevada como lo era en otro tiempo antes de Vasco de Gama, y que cuadra bastante bien con los cálculos del embajador portugués en Roma, quien evalúa en 40 000 quintales la cifra global del tráfico de Alejandría en especias[62]. En octubre de 1564, un espía al servicio de Portugal estimó ese mismo tráfico en 30 000 quintales, de los cuales 25 000 corresponden a la pimienta[63]. Y en mayo de 1565, el cónsul veneciano en El Cairo habla de 20 000 quintales de pimienta recibidos de Djedda[64]. En esa fecha aún no habían arribado los convoyes de Gujarat, de Calicut y de otras partes (los cuales llegaban, ordinariamente, en invierno), y 23 navíos descargaban en el puerto de Djedda, en agosto[65]. Volvemos a parar, pues, a las cifras de 30 000 y 40 000 quintales, las cuales, recordémoslo, solo incluyen el comercio egipcio, sin tener en cuenta para nada el de Siria.

De 30 000 a 40 000 quintales, decimos. Estas cifras no poseen ningún valor estadístico. Nos llevan, simplemente, a la conclusión de que por el Mar Rojo pasaba un volumen de especias y pimienta mayor que nunca o, al menos, igual; trátase de cantidades iguales, por lo menos —superiores, afirma C. Lane—, a las que llegaban a Lisboa por la misma época[66]. Podemos asegurar, en todo caso, que las especias desembocan en el Mediterráneo, durante este siglo, en enormes cantidades. Representan «millones de oro», como dicen las personas del tiempo. Y con la pimienta y las especias, llegaban al Mediterráneo drogas medicinales, tales como el opio, el bálsamo de Mitrídates, greda, perfumes y objetos de tocador, las «piedras de jaspe» o «lágrimas de ciervo», de que nos habla Belon[67], piedras preciosas, perlas,

etc. Comercio de lujo y de objetos superfluos, se le ha llamado; pero ¿no es lo superfluo lo que el hombre, por instinto, estima como «lo más necesario»?[68] El comercio de especias seguirá siendo el primero de todos los tráficos mundiales en el siglo XVII, y, muy posiblemente, en el XVIII[69].

A partir de aquel momento grandes navíos cargados de monedas o de mercancías de fácil salida se apresuran también hacia Alejandría y Siria. En enero de 1552, tres naves venecianas arriban a Trípoli con 25 000 *doblas* y 100 000 y pico de escudos. Este ruido de monedas pone sobre aviso al embajador portugués en Roma[70]. No abriga la menor duda acerca del empleo que se dará a esta riqueza. En la primavera de 1554 se apercibe en Alejandría un navío ragusino[71]. En el otoño de 1559, una nave ragusina, otra de Quíos y dos venecianas, todas cargadas de especias, son incautadas por el capitán de Alejandría[72]. Una de ellas, la *Contarina*, regresa a Venecia, en enero, cargada de especias y pimienta[73]. Podemos calcular sobre poco más o menos lo que transportaban todas esas embarcaciones y las que les seguían en las rutas de Egipto, a juzgar por el cargamento del *Crose*, navío veneciano de 540 toneladas, que en 1561 transportó hacia Oriente cobre en bruto, en barras o elaborado, telas, lanas y sedas, cariseas, birretes, coral, ámbar, juguetería, papel y, por último, dinero contante. De regreso, cargó pimienta, jengibre de diversas clases y orígenes, canela, nuez moscada, clavo, incienso, goma arábiga, azúcar, madera de sándalo y otras mil mercancías[74].

En Lisboa, adonde llegaban en abundancia noticias tanto verdaderas como falsas, cundió muy pronto la inquietud. Se supo que aquel mismo año de 1561, los turcos, como si esta corriente natural del tráfico hacia sus puertos no fuera suficiente, habíanse apoderado en el océano Índico de veinte mil quintales de pimienta portuguesa, dirigiéndolos, por supuesto, hacia Alejandría[75]. De pronto corrió el rumor de que el virrey de las Indias portuguesas se había levantado contra su soberano y había despachado hacia Egipto la pimienta de las flotas reales[76]. La situación, catastrófica, fue apreciada en todo su valor por las personas de Lisboa, donde convergían las noticias-mensajes del servicio de información en Siria y en Egipto, y que tenía sus contactos en Chipre, Venecia y Roma[77]. Según los datos de sus informantes, el embajador portugués en Roma, experto en estos problemas, dedujo en noviembre de 1560 que, en vista de la enorme cantidad de pimienta y especias que llegaban a Alejandría, nada tenía de extraño que afluyese una cantidad tan exigua de esos productos a Lisboa. El embajador francés en Portugal, Nicot, se regocijaba abiertamente de ello en abril de 1561[78]: «Si ese tránsito por el Mar Rojo se impone, los almacenes del rey de Portugal se

verán muy mermados, que es la cosa que él más teme, y para impedir la cual han combatido tanto sus armas». Lo que se temía, lo que se esperaba, era casi una revolución económica.

Una auténtica penuria de pimienta se declara por estos años en todos los países que constituyen la clientela portuguesa. Aun a riesgo de exagerar la nota, recordemos la tentativa de los ingleses de empujar desde Moscú hacia el mar Caspio y aun más allá, hasta Persia. El primer viaje de Jenkinsom data de 1561[79]. Los franceses, ante la imposibilidad de forzar las puertas del «almacén» portugués, que se les cerraron herméticamente[80], recibieron de Nicot el consejo de ir a la costa de Guinea a cargar malagueta, la falsa pimienta que aún siguió vendiéndose durante largo tiempo, principalmente en Amberes[81]. A partir de 1559, los Fugger organizan vía Fiume y Ragusa una conexión con Alejandría, adonde despacharon un factor[82]. En España se desencadenó una brusca subida de los precios de las especias. Estos precios, relativamente estables entre 1520 y 1545, regularmente aumentados más tarde, a consecuencia del alza general de 1545 a 1558, se elevaron vertiginosamente, a un ritmo mucho más rápido que el de los otros artículos, hasta llegar a triplicarse en Castilla la Nueva entre 1558 y 1561[83]. Earl J. Hamilton comprobó antes que nadie estas alzas anormales, señalando la probable incidencia de los altos precios de la pimienta sobre las premisas de la expedición de Legazpi a las Filipinas, en 1564[84]. Ahora bien, ya en 1558 se quejaban en Génova de los precios excesivamente altos de las «drogas» de Portugal[85].

La guerra turco-portuguesa (1560-1563), ¿fue una reacción de Portugal contra este estado de cosas?, ¿o fue, por el contrario, un signo de su debilidad? En vano buscaremos respuesta a estas preguntas en las historias habituales. La guerra, otra vez más muy deshilvanada, se desarrolló frente a Bab el Mandeb y Ormuz, a la salida de los dos golfos que los turcos dominaban con sus galeras. Pero Turquía dirigió sus esfuerzos, principalmente, sobre el golfo Pérsico[86], cuando corrían rumores de traiciones de agentes turcos al servicio de los portugueses, en el Yemen[87]. Mientras tanto, en Constantinopla —sin que sepamos por qué— se suceden los embajadores de la India y del reino de Assi (Sumatra) con las manos cargadas de raras perlas[88]. Una de estas delegaciones viniendo por la ruta de Egipto llega a la capital de Turquía en las galeras turcas[89].

No es fácil encontrar los nexos que existen entre estos detalles. Es cierto que la guerra turco-portuguesa no fue tal vez, en realidad, una auténtica guerra con un comienzo y un final. En aquellos lejanos y enormes confines

hacen falta meses y hasta años para descargar un golpe, y varios meses más para conocer el resultado. Tal vez estuviera en lo cierto Giovanni Agustino Gilli, agente secreto de Génova en Constantinopla, cuando señalaba que el sultán no tenía ningún deseo de inmiscuirse en aquellos lejanos asuntos. Regaló a cada uno de los jefes hindúes una túnica de oro y 20 000 aspros, pero no les dio artillería ni los maestros artilleros que necesitaban[90]. En las postrimerías de 1563 se hablaba ya seriamente de paz con los portugueses. Hay cartas que así lo confirman, enviadas el 7 y el 8 de diciembre de 1563 al virrey de Nápoles por un agente de los servicios de espionaje español en Constantinopla, «una persona que tiene por costumbre escribir la verdad», precisa el documento que nosotros hemos consultado. «El embajador de Portugal [precisa el informante] ha negociado la paz con el turco, esforzándose en obtener para los portugueses el derecho de pasar sus mercancías de la India por el Mar Rojo, desde donde podrían llevarlas por tierra a El Cairo, Alejandría y Siria, para venderlas. Pero nada ha sido concertado todavía». El embajador, en efecto, pidió que se le dispensara de la inspección de aduana, «lo que hasta la fecha no le ha sido concedido»[91].

Aunque no llegase a prosperar, vale la pena fijarse un poco en esta negociación. En este fin de año de 1563, cuando apenas han pasado sesenta y cinco del periplo triunfal de Vasco de Gama, parece repetirse aquí la historia de la también infructuosa tentativa veneciana de 1527. Significa el triunfo del Mar Rojo, la revancha de Venecia y del Mediterráneo.

Recuperación de la pimienta portuguesa [I-733]

No sabemos en qué condiciones se terminó la guerra del océano Índico. Tal vez la respuesta se encuentre en Lisboa. De todos modos, no terminaron en esta guerra, ni mucho menos, las desventuras del comercio portugués.

En Europa, las revueltas de los Países Bajos alrededor de Amberes causaron a Portugal, forzosamente, enormes perjuicios. A partir de 1566, la casa de los Welser, en relaciones con este reino, sufre grandes trastornos a causa de las especulaciones, principalmente en torno de la pimienta y al comercio con las Indias en general. Los Fugger pagan las consecuencias de ello, con Rovalesca, su socio italiano[92]. Curiosas negociaciones se emprenden en 1569, cuya verdadera significación no se alcanza, para transferir el comercio de las especias portuguesas de Amberes a Londres[93].

Al mismo tiempo las riberas del océano Índico se hallan también agitadas, pero esta vez la intranquilidad parece afectar tanto a los turcos como a sus

adversarios. En 1567, cuando se entera de que 40 galeras se están armando en Suez, Fourquevaux, desde Madrid, las ve ya navegando rumbo a Sumatra[94]. Si el turco logra romper la navegación de las Indias Orientales, «ello afectaría la soberbia portuguesa, y Francia obtendría las especias a mejor precio en Alejandría y en otros puertos de Surya (*sic*), si no siguieran enviándose a Portugal». En 1568 se anuncia desde Venecia que 20 galeras turcas se aprestan a lanzarse, partiendo de Basora, sobre los portugueses y arrebatarles la isla de Barheim y sus pesquerías de perlas[95]. Pero ese mismo año de 1558 se subleva Arabia. Se desencadenan largos conflictos, especialmente en el Yemen[96]. Saltando por encima de los inverosímiles detalles políticos que en torno de este caso se nos brindan, ni siquiera llegamos a saber qué ocurre con Adén, la puerta del Mar Rojo. Hasta 1573 no se restablece el orden, gracias a aquel Sinan Pachá, a quien veremos más tarde convertido en gran visir…[97]. No cabe duda de que Portugal se aprovechó entonces de las dificultades turcas. Aunque tuviese también las suyas (Goa fue sitiada durante catorce meses, en 1570[98], y la fortaleza de Ternate se perdió en 1575), vio tal vez disminuir la amenaza de las galeras del sultán. También la importante transformación de la organización portuguesa del comercio de las especias, en 1570, pudo desempeñar, por su parte, un importante papel. En efecto, por el *regimento* de 1 de marzo de 1570[99], el rey Dom Sebastián abandona el monopolio de la Corona en favor de sus vasallos, reforma que algunos, y principalmente Pires, venían reclamando desde hacía tiempo[100]. Este mismo año, el virrey Luis de Ataide se vanagloria de haber montado tan bien la policía de los mares, que solamente dos naves, y no 16 o 18, como los otros años, habían podido llegar de Calicut a La Meca[101].

Quizá se inicia un nuevo movimiento de báscula con la medida que adopta Venecia el 25 de noviembre de 1570, autorizando a los extranjeros a llevar especias a Venecia tanto en embarcaciones nacionales como extranjeras[102]. Pero esta medida pudo haber tenido muchas otras significaciones y es, desde luego, bastante anodina. Pero, muy pronto, la situación se vuelve contra Venecia. La guerra contra Turquía (1570-1573) es, para ella, una dura prueba. Todos sus rivales, los ragusinos, los anconitanos y hasta los marselleses, se aprovecharon de tal contingencia. Las pólizas de embarque expedidas de julio a septiembre de 1573 nos muestran a estos (una vez por lo menos, para Mannlich el Viejo) transportando, de Alejandría a Egipto, cargamentos enteros de «zimbre» y de pimienta «d'assy».[103] Lo alarmante, decía un cónsul veneciano en abril de 1574[104], no es tanto la baja de los fardos de seda que llegan a Alepo (a causa de la guerra o, mejor dicho,

de la amenaza de guerra con Persia), sino la ruinosa competencia de los mercaderes franceses que pululan después de la guerra. En cambio, no encontramos ninguna queja acerca del comercio de las especias, cuya gran ruta parece que vuelve a ser ahora la de Siria. En octubre de 1574, parte de Venecia una rica nave, la *Ludovica*, llevando a bordo 150 000 ducados en mercancías. Una tempestad la obliga a refugiarse en Ancona, y los gobernadores de la ciudad, después de inspeccionarla y descubrir su cargamento de cobre, la declaran buena presa, por transportar mercancías de contrabando; se apoderan del barco y de su cargamento y ponen en prisión a patrones y marineros[105]. Por algunas cartas comerciales de 1574[106], se ve —aunque sin que poseamos gran información al respecto— que partieron de Siria o anclaron allí varios navíos franceses (30 de enero de 1574), una barca francesa (3 de abril), una nave veneciana, la *Moceniga*, que se encuentra en Trípoli, primero en marzo y después en noviembre, y la saeta *Altana*, sin duda de matrícula de Venecia… Todas llevan a bordo corteza de nuez moscada, *chotoni*, arsénico, algodón hilado, especias, jengibre y alguna que otra caja de *microbolani*. El 12 de mayo de 1575[107], la nave *Girarda* navega con algodón, *peladi*, sedas, drogas y especias.

Así, pues, los tráficos de Levante no se interrumpieron, ni en dirección de Siria ni en dirección de Egipto. Sin embargo la pimienta portuguesa gana terreno en el Mediterráneo. Así se desprende con claridad de una deliberación del Consejo de Pregadi el 13 de septiembre de 1577[108]. Por informes de los *Cinque Savii alla Mercanzia*, el Consejo se entera de que cuatro navíos han cargado en Lisboa, con destino a Venecia, «*una buona suma di pevere*» (pimienta), pero cambian de parecer, al enterarse de que deberán pagar en Venecia una tasa de 3 %, conforme a una vieja decisión que data de 1519 (la fecha tiene su importancia), y que gravaba tan solo a las especias importadas de Poniente, pero no a las de Levante. Los navíos juzgaron oportuno demorar el viaje, en la esperanza de lograr la suspensión de este tributo, que fue acordada, a la postre, por un periodo de dos años «considerando que esta mercancía (la pimienta portuguesa) —dicen los expertos— podría tomar el camino de otras plazas en detrimento de esta y de los derechos de salida. Mejor será, pues, *en vista de que se recibe poca pimienta de Alejandría*, que se otorgue libre entrada a la pimienta del Poniente». Dos años más tarde, Cristóbal de Salazar escribe a Felipe II: «En Alejandría está destruido el negocio y tráfico, particularmente el de la especiería, *porque se ha dexado el camino…*»[109].

Esto ayuda a esclarecer tres intentos hechos con el objetivo de apoderarse de los beneficios del comercio de pimienta.

El primero de los tres es la tentativa portuguesa, esbozada en una carta que, con fecha de 10 de noviembre de 1575, escribe a Felipe II el hermano Mariano Azaro, carmelita descalzo y antiguo estudiante de la Universidad de Padua, muy versado en estas cuestiones[110]. Trátase de un proyecto para introducir la pimienta portuguesa en los dominios españoles de Italia, Milán, Nápoles, Sicilia y Cerdeña, y eliminar de ellos la pimienta veneciana, que solía venderse allí; para tratar de envolver en el movimiento al soberano pontífice y a los otros potentados de Italia, y organizar en el Puerto de Santa María, en Cartagena, o en cualquier otro de la península, un centro de redistribución para Italia y, si se quiere, otro en Amberes. El transporte, dice la carta, se hará muy fácilmente en las galeras del rey. El hecho de que tal proyecto indique de paso que la pimienta portuguesa conquista los reinos de España a partir de 1516 no aumenta mucho su valor. ¡Cuántas otras fantasías podríamos citar si tuviéramos a mano todos los libelos de los *arbitristas* de España! Tras el proyecto del carmelita descalzo encontrábanse dos y quizá tres personajes de importancia: en primer término, Ruy Gómez de Silva, portugués, quien «poco antes que muriesse avia tomado a su cargo proponer a su Mag. cierto aviso que yo le di sobre las especierías de Levante»; el secretario Antonio Graciano, a quien ya había escrito el fraile, y el propio rey, preocupado en aquel entonces por el comercio de la pimienta y por el monopolio portugués, quien, informado por el secretario, había solicitado un segundo informe, este a que aquí nos referimos. Era, pues, un proyecto más serio que el del ataque en gran escala previsto contra Venecia. Puesto que el turco la dominaba por su trigo y sus especias, y traicionaba a la cristiandad por vil interés, justo era que se la castigara en nombre de la moral y en mayor honra y provecho de la pimienta portuguesa, de procedencia mucho más honesta… ¿Acaso no se sabe, por lo demás (y esto era, indudablemente, la respuesta a los reproches de mala calidad que se hacían contra la mercancía de Lisboa), que el turco, después de servirse de las especias en cocciones para sus brebajes y sus aguas de hidromiel, las revende sin ninguna clase de escrúpulos en las ferias de Siria?

La segunda tentativa es la toscana, o, mejor dicho, la de los Médicis. Entre los años 1576 y 1578[111], el gran duque Francisco se esfuerza en obtener *l'appalto* de las especias que llegan de las Indias y de Portugal. A este efecto especula con la promesa de créditos para aquel extraño descendiente de

los reyes de Lisboa, para aquel auténtico cruzado Dom Sebastián, quien, obsesionado con la idea de combatir al infiel en Marruecos, tenía mucha prisa por conseguir el dinero necesario para lo que habría de ser su suicidio, el de su nobleza y el de su reino… Por lo demás, parece que el gran duque tenía, en aquel entonces, miras muy ambiciosas: negociaba al mismo tiempo con el sultán, y lo que estaba en juego era nada menos que el monopolio mundial de la pimienta, según los venecianos, que eran, en esto, tan buenos juicios como malas lenguas[112]. Estos ambiciosos proyectos quedaron, a la postre, reducidos a la simple negociación para un préstamo de 200 000 escudos entre los mercaderes de Florencia, los Médicis y un embajador portugués, Antonio Pinto[113], que dio pie, a buen seguro, para una importación en masa de pimienta portuguesa en Liorna, como contrapartida. Sin embargo, y aunque por un pequeño margen, el monopolio de especias escapó de manos del gran duque, en 1578[114];lo cierto es que después de estos tratos y negociaciones se estrecharon las relaciones entre Florencia y Lisboa.

La tercera y última tentativa corrió a cargo del propio Felipe II. Para él se trata, a la vez, de mantener bajo su tutela al reino vecino, de bloquear a los rebeldes de los Países Bajos (privándolos de la sal, el trigo y las especias) y de organizar un activo comercio hispano-portugués de sal y especiería[115]. Y también de rendirse a las razones de los grandes hombres de negocios, deseosos de apoderarse desde lejos de la inmensa Asia, de un Roth o un Nathaniel Jung, ambos alemanes, y que desde 1575 venían soñando con lograr la contrata de la pimienta portuguesa.

Ahora bien, lo que no era más que un proyecto se convierte bruscamente en realidad al apoderarse Felipe II de Portugal. El año 1580 marca para él, como el de 1547 para Carlos V, el apogeo de su poder. El reino de Portugal se le entregó para obtener la triple protección del dinero, de los ejércitos y de las flotas de Felipe II, y reforzar con estos tres lazos la dominación portuguesa sobre el océano Índico. Después de 1580 era lógico que Felipe II sintiera el deseo de cerrar las brechas por las que se alimentaba aún el comercio de Levante, destruyendo así de un solo golpe la fortuna de turcos y venecianos, en beneficio de su propio imperio. Pero decidido a organizar y a enlazar entre sí Asia y el Nuevo Mundo, Felipe II encontró muchos menos obstáculos en el océano Índico que en el Atlántico, especialmente en el Atlántico del norte. Tenía que luchar tan pronto con los protestantes como con los levantiscos Países Bajos y contra Inglaterra, en mayor grado que contra los turcos, con los cuales se mantenía en estado de paz latente, oficiosa… De aquí la extraña política del Rey Prudente, quien tan pronto se convirtió en señor de Portugal,

trató de desarrollar y establecer en el Mediterráneo el negocio de la pimienta, que acababa de conquistar. Contaba con distribuir así el precioso maná por rutas mucho más seguras que los peligrosos caminos del Atlántico; y, sobre todo, con frustrar los esfuerzos de sus enemigos. Esta política, que va destacándose muy lentamente sobre los proyectos y las vacilaciones, solo llegará a concretarse en el año 1586. Significa nada menos que la movilización de las fuerzas hispánicas hacia el Atlántico y hacia el norte; un lento y poderoso movimiento encaminado a desplazar toda una masa de historia que, movida con precaución, se derrumbará luego brutalmente.

La pimienta portuguesa, ofrecida en Venecia

La proposición hecha a Venecia a fines de 1585 para quedarse con la contrata de reventa de la pimienta portuguesa no era un golpe teatral. Desde hacía cuatro o cinco años el asunto flotaba en el ambiente. Su primera forma fue la oferta, sin duda española, transmitida a la señoría a finales de 1581 por el embajador veneciano Morosino y por el cónsul veneciano en Lisboa, Dall'Olmo, de una expedición de «galeas a la capital portuguesa»[116]. En diciembre, el Colegio deliberó sobre esta propuesta con todos los documentos en la mano. ¿Convenía enviar los barcos? Sí; pero la primera dificultad estaba en saber quién armaría las galeras. Ningún particular disponía de las sumas necesarias para ello y para las compras a Portugal. «Los venecianos no contaban con ningún crédito» en aquel país, con el cual no negociaban habitualmente, y no podían, por tanto, valerse de letras de cambio. La segunda dificultad estribaba en las mercaderías que podían enviar a cambio, puesto que la vidriería, la cristalería, la cerámica y otros artículos análogos estaban prohibidos en Portugal. Finalmente, como la situación de Portugal no estaba aún estabilizada, los barcos se expondrían a los ataques de los corsarios ingleses, «normandos» y demás enemigos de Felipe II. Los partidarios de la aventura contestaban a estas objeciones diciendo que el crédito se encontraría, que la señoría otorgara su aval, que el Rey Católico autorizaría la importación de las mercancías de intercambio, y, finalmente, que con dos o tres galeras de escolta, se garantizaría la seguridad del convoy. A la postre se decidió que, antes de ir más lejos, convenía esperar una relación más circunstanciada de Morosino… Tal es el resumen que del asunto hace el embajador español en Venecia, Cristóbal de Salazar, en su carta del 8 de septiembre de 1581[117].

Todavía en 1584 se continuaba discutiendo sobre el tema, puesto que ese mismo año el cónsul veneciano Dall'Olmo enviaba a Venecia un voluminoso

informe sobre los medios de restaurar el comercio de la señoría en Lisboa[118].

De modo que habían precedido largas conversaciones a la proposición hecha a la señoría en 1585. La proposición en sí no es menos singular y señala una repetición bastante curiosa del destino. Nada mejor para examinarla que el informe que rindieron en las postrimerías de 1585 los «expertos» Antonio Bragadino y Jacopo Foscarini[119]. ¿Cuáles eran las proposiciones de España? Nada menos que la cesión a Lisboa de 30 000 «cantares» (unos 15 000 quintales ligeros) de pimienta cada año, a razón de 30 ducados el «cantar», pagaderos un tercio al contado y el resto escalonado en seis meses. Además de algunas otras ventajas no despreciables: la escolta de las galeras del rey de España desde la Península hasta Sicilia; *tratas* de trigo concedidas a las galeas a su llegada a la isla; por último, la rebaja en favor de la señoría de las *gabelas*, tan pesadas en Portugal…

Pero existen también ciertos inconvenientes. Acceder a entrar en las combinaciones de España, dicen unos, es colaborar en la ruina del comercio de Levante, del que ha vivido y sigue viviendo aún la República; es asestar un golpe demoledor a las artes de la lana y de la seda, interesadas en ese tráfico y que dan de comer a numerosas familias. Era, por tanto, exponerse a ir a pique bajo el peso de aquellos 30 000 «cantares». ¿No era mucha pimienta, demasiada pimienta, de la que Venecia no sabía qué hacer? El precio mismo (30 ducados en vez de 36-38, que habitualmente se señalaba a los «contrattori») podía ser un señuelo. Tales eran los argumentos contra el proyecto que los informantes exponen para mejor rebatirlos.

El tráfico del Levante se suspendería; bien. Pero ¿acaso no estaba ya suspendido en lo tocante a la pimienta y las especias? «Se ve claramente que cada día disminuyen los tráficos de Levante… No solo nuestros navíos que vienen de Siria y de Alejandría no traen especias, sino que se sabe que, para su consumo, el propio Levante, en especial Constantinopla, tiene necesidad de aprovisionarse en Venecia de la pimienta y de las especias que llegan de Lisboa»[120]. Además, ¿acaso no está el Rey Católico en condiciones de establecer un bloqueo eficaz que aísle las fuentes de aprovisionamiento de Levante? ¿Y no llevará adonde le convenga las especias de que dispone? Pero, si Venecia no acepta las proposiciones, se las puede hacer a Toscana. Por otra parte, aunque las especias escaseen en Siria y en Egipto, el comercio de Levante aún no se ha estancado; los viajes continúan; las telas venecianas se cambian por sedas, camelotes, algodones, agallas de roble, ceniza[121]. Y, en cuanto a la cantidad, es muy poco probable que fuera excesiva en una

época en que la pimienta había doblado el precio[122] y en que los concesionarios vendían, no a 100 ducados, precio habitual, sino a 180[123]. Y los informantes concluyen recomendando que se haga la operación…

Más que un dictamen, se trata, como se ve, de un alegato parcial y poco objetivo. Es verdad que la situación del comercio de especias y de pimienta en los mercados habituales de Levante era difícil y casi catastrófica en 1585. Pero este comercio subsistía, a pesar de todo. También la pimienta portuguesa pasaba por un trance difícil. En el propio alegato de los «informantes» decíase que Felipe II buscaba nuevos *contrattori*, porque los anteriores ya no cumplían, porque no habían transportado las cantidades señaladas y habían subido abusivamente los precios. Por su parte, los que habían ido a las Indias habían dejado allí *stocks* de mercancías «expuestos al contrabando y a la ruta del Levante»[124].

Por lo demás, el mirífico negocio no se llevó nunca a cabo. Pero no solo por culpa de las minucias de Venecia, de las pasiones políticas y de su furioso y suspicaz antiespañolismo; aunque resulta evidente que todos esos factores han contribuido: desde los años de 1582-1583, el senado era particularmente hostil a Felipe II[125],a su poderío, acrecentado demasiado aprisa. ¿Fue error político lo que llevó a Venecia a rehusar la fortuna que se le brindaba? Así lo creen algunos, como el embajador Lippomano, quien, después de la negativa de la señoría, se obstinaba en desarrollar el comercio entre Lisboa y Venecia[126]. ¿Era una locura o un intento de eludir una venganza turca y proteger los intereses de 4000 familias venecianas arraigadas en Levante, en Damasco, en Alepo, en Alejandría, en El Cairo y hasta en Bagdad?[127] A mi parecer, este argumento peca un poco de exagerado, aunque es cierto que poseemos documentos que atestiguan la presencia de mercaderes venecianos en un punto tan lejano como Ormuz[128]. Por otra parte, no fue solamente Venecia la que rechazó el contrato. Tampoco lo aceptaron Milán, Génova y Florencia[129], igualmente solicitadas. No; esta negativa general de Italia, a primera vista tan explicable, no puede interpretarse como una locura colectiva. El capitalismo desaprueba la empresa. El motivo de semejante actitud resulta evidente a la luz del gran contrato de los Welser y de los Fugger, entre 1586 y 1591, y de la doble historia del comercio de Portugal y Levante, es decir, la historia de esos ríos de pimienta y de especias que, por las más diversas rutas, desde las Molucas, las islas de la Sonda o la costa de Malabar, llegan a los países de Europa y del Mediterráneo.

El contrato de los Welser y de los Fugger: 1586-1591

La pimienta portuguesa constituía dos grandes negocios y otro muy mediocre. El mediocre es su reventa en el propio Portugal. Los dos grandes negocios, el contrato de Asia y el contrato de Europa. El primero envuelve la compra de las especias y de la pimienta en las Indias, y su transporte hasta Lisboa. El segundo versa sobre la reventa de las mercancías. El reino, con sus enormes almacenes de la *Casa de India*, se encuentra en el punto de confluencia de los dos contratos: se pagaba a los concesionarios de Asia un precio por la pimienta, y se la vendía al doble a los concesionarios de Europa.

Lo que Felipe II había propuesto con tanta obstinación a los italianos era el contrato de Europa, con la mira principal de privar de especias a los holandeses y a los ingleses, habituados a comprar estos artículos en Lisboa. El proyecto relativo al contrato de Asia se lo presentó a Felipe II en Monçon un alemán, Giraldo Paris, el 29 de noviembre de 1585. El rey lo firmó en Valencia, el 15 de febrero de 1586[130], y lo tomaron a su cargo varios capitalistas, entre ellos los Welser y los Fugger. Los detalles del convenio no hacen al caso. Finalmente, la pimienta, transportada por cuenta y riesgo de los concesionarios, se le vendía al rey a 16 cruzados, y este la revendía a 37. Matthäus Welser, que en 1587 aparece negociando en Madrid, se entrega a fondo a este negocio. Había aceptado también el contrato de Europa, con la mira de interesar a los Fugger, quienes habían rechazado el negocio, al igual que los italianos. «No es un negocio para nosotros [manifiestan en noviembre de 1587]; ¿qué haríamos en semejante laberinto?»[131]. No obstante, en 1591, con la esperanza —bastante vana, por cierto— de arreglar mejor sus difíciles asuntos en España, se dejan envolver en el contrato de Europa[132]. Este queda, pues, en manos de un vasto consorcio internacional: los Welser y los Fugger, por Alemania; los Rovalesca y Giraldo Paris, por Italia; Francisco y Pedro Malvenda, por España; Andrés y Tomás Ximenes, por Portugal. La asociación comprende 31 partes: siete de los Fugger, cinco de los Welser, cuatro de Rovalesca y su socio; cuatro de los Malvenda y 11 de Ximenes y sus asociados. Tiene representaciones en Amberes, Middelbourg, Seeland, Hamburgo, Lúbeck y Venecia, donde los Welser abren una activa sucursal en 1588. Desde 1591 distribuyó enormes cantidades de pimienta; 14 000 quintales, por ejemplo, se embarcaron con destino a Lúbeck. Grandes cargamentos se encaminaron hacia Venecia, y la señoría se obligaba a proteger las mercaderías que se le despacharan y a obtener salvoconductos de los ingleses[133]. Sin embargo, esta enorme movilización de capitales y de

capitalistas no llegó a ser un buen negocio. Solo salió beneficiado con ella el Rey Católico. Y en 1591, es decir, en el mismo año de su fundación, los Fugger se separaron prudentemente de la empresa y revendieron sus partes el 7 de julio a los Evora, *marranos* portugueses, asociados a los Ximenes y a los Caldeira[134].

Y es que la navegación por el Atlántico se había vuelto más difícil y peligrosa que nunca después del desastre de la Armada Invencible. La derrota de España significaba también la de sus asociados en el comercio de la pimienta. En más de un aspecto, esto implicaba un retroceso de la pimienta del Atlántico. Con el alza de los precios de venta, la pimienta del consorcio llegó a valer más que la de Levante en Venecia. Una carta de los Fugger a su factoría en Lisboa, fechada el 9 de noviembre y el 7 de diciembre de 1587, comprueba esta asombrosa verdad[135]. En vista de ello, muchos clientes del consorcio se vuelven de nuevo hacia el mercado veneciano.

En suma: si Italia se negó sistemáticamente a aceptar las condiciones de Felipe II —convertido bajo el nombre de Felipe I en el rey-mercader de Lisboa— fue porque había encontrado la forma de abastecerse, hasta cierto punto, por las rutas de Egipto y Siria. Y, por lo demás, ¿cómo las dificultades de la circulación por el océano Atlántico no habían de provocar, por segunda vez, un retorno a las actividades por los atajos del Cercano Oriente? Incluso la pimienta atlántica se ve obligada a pasar por Florencia. Así lo especifica un poco más tarde un mercader de Florencia en una carta que envía a Simón Ruiz, el 4 de mayo de 1589, y lo que dice vale también para los años precedentes: «como resulta imposible enviar pimienta a Flandes, Inglaterra y Alemania a partir de Lisboa, los mercaderes se van a ver obligados a enviarla a Italia en todos los barcos de que pueden disponer, puesto que los alemanes se aprovisionan de ella en Florencia y en Venecia…»[136]. Incluso la pimienta atlántica toma el camino del Mediterráneo.

La permanencia de las rutas levantinas de las especias

Desde 1580 hasta finales de siglo, el Cercano Oriente permanece abierto al comercio de las especias hasta que los holandeses ejercen su completo dominio sobre el océano Índico. Los holandeses llegaron allí por primera vez, con Cornelius Houtman, en 1596; en 1625 ya se habían señoreado de la región y proyectaban sobre América sus esfuerzos de conquista. Hacia 1625, sobre poco más o menos[137], todo el negocio de Levante se ve irremediablemente afectado por este hecho. Un jalón anterior lo habían

marcado ya el año 1609 y la Tregua de los Doce Años, que abrió oficialmente el océano Índico a la aventura comercial de los recién llegados. En 1614 se coloca otro jalón de esta decadencia con la aparición en el Mar Rojo del primer gran navío holandés[138]. Estas capturas por la retaguardia, semiterrestres, semimarítimas, del tráfico de Oriente (entre otras cosas, de la seda de Persia)[139], la sangría abierta en Goa para captar la antigua circulación, y, por último, la difusión en este espacio de las telas holandesas y la llegada batalladora de los ingleses[140] y los franceses[141], marcan el comienzo de la segunda era europea del océano Índico, inmediatamente más catastrófica para Levante que la imperfecta dominación de los portugueses.

Dentro de este amplio contexto, y con la ayuda imperfecta que nos suministran nuestros documentos, trataremos de seguir, año tras año, el hilo de la crónica de, al menos, los 20 últimos años del siglo. Los ejemplos particulares que vamos a encontrar no siempre serán decisivos, pero sirven para apoyar (y esto es lo esencial) la conclusión de que el comercio tradicional ha sobrevivido, pese a haber conocido evidentes altibajos.

Documentos marselleses del verano de 1578 hablan de compras de nuez moscada en Siria[142]. Aún en enero de 1579, alguna carta comercial de Alepo[143] señala la partida de dos naves venecianas (recordemos de paso que las naves venecianas eran siempre de gran tonelaje y, hacia fines de siglo, transportaban corrientemente 500 000 ducados de mercancías), la *Balbiana y Constantina*, capitaneada por Marcho Fachinetto, y la *Gratarola*, al mando de Candido di Barbari. Una tercera invernó en Salinas de Chipre y se proponía arribar a las playas de Trípoli en el curso del mes de enero. Se indica que la abundancia de estos barcos en aquellas aguas había hecho bajar los precios de los textiles, como es de rigor, y creció la demanda de buenas telas, principalmente las telas de Bérgamo, además de los *perlete* y *paternostri* de Murano, además de un «gropo» de moneda veneciana… Tenemos noticia, ese mismo año, de otra nave veneciana que, rumbo a Alejandría, tiene un mal encuentro con las galeras turcas de Modon[144]. Una carta fechada en Alepo el 12 de mayo anuncia la llegada de una caravana con 200 cargas de seda y 250 cargas de especiería, acompañada por mercaderes persas y cristianos, súbditos del sofí. El Sábado de Gloria se celebra un gran mercado[145]. En agosto, el cónsul veneciano en Siria anuncia la partida de dos naves venecianas, «ricamente cargadas de seda y especiería»[146]. Finalmente, el 4 de julio del mismo año, las galeras toscanas de Saint-Étienne, haciendo un inventario de sus presas, enumeran 17 piezas de ébano (205 libras de peso), azúcar (936 libras), 1 *balleta* de seda (102 libras), incienso (1185 libras), jengibre (150),

clavo (1114), nuez moscada (236) y, por último, pimienta (7706 libras, en diferentes envases cuyo peso oscilaba entre 260 y 522 libras). Y los barcos turcos no iban menos cargados que los venecianos[147].

Después de esto, sobreviene una crisis bastante acusada durante los años de 1582-1583. En diciembre de 1582, una carta comercial de Alepo habla del pequeño volumen de negocios y lo calamitoso de los pocos que se hacían[148]. Solo la seda mantenía sus posiciones. En julio de 1583 llegan a Venecia, vía Constantinopla, una serie de cartas no menos alarmantes. En Alepo, la situación era catastrófica; las cosas iban tan mal, que los capitales, en vez de fructiferar, se rembolsaban con una pérdida de 8 %, y, según las últimas informaciones procedentes de Egipto, en Alejandría ocurría otro tanto[149]. El inglés Newberie escribe desde Bagdad, en julio de 1583: «Creo que jamás las telas, los *kerseys* y el estaño han estado aquí a un precio más bajo que el actual»[150].

Sin embargo, desde 1583 soplan otros aires. Un negociante marsellés escribe a su hermano, el 10 de abril de dicho año, que el precio de la pimienta está subiendo demasiado, «aunque hay en Alepo muchas especias». Es incomprensible, añade, «y os aseguro que no hay un hábil mercader en todo el país que no se halle sumido en la confusión»[151]. En cuanto a él, proyectaba irse a las Indias en compañía de un negociante veneciano, para arriesgar 2000 escudos «de lo nuestro». ¿Signo de crisis? En 1583, John Eldred describía Trípoli de Siria como el puerto más frecuentado por los comerciantes cristianos[152], y Alepo como muy populoso. Entre Bagdad y Alepo hay, nos dice, un enorme tránsito. A Basora, donde advierte la presencia de 25 hermosas galeras turcas, llegaban todos los meses muchos navíos de Ormuz, desplazando 40 a 60 toneladas, «cargados de mercaderías de las Indias, especias, drogas, índigo y tejidos de Calicut». No entra en mayores detalles. Sin embargo, cuando John Eldred regresa a Alepo en el verano de 1584, se une a una caravana de 4000 camellos, «cargada de especias y de otras ricas mercancías». En Alejandría, hacia 1584, podían obtenerse «all sortes of spices»[153]. Según otra información, en 1587 partían anualmente de Sumatra muchos navíos hacia La Meca[154]. En 1586, la aduana de La Meca produjo 150 000 ducados (la mitad para el sultán, la otra mitad para el cherife de la ciudad); todos los años llegaban al puerto de 40 a 50 grandes embarcaciones cargadas de especias. Aún más: a las maniobras portuguesas en el océano Índico, correspondió, después de 1590, un desarrollo de las plazas comerciales que escapan a su control. Así fue como se engrandeció la escala de Chaul, en detrimento de Diu y de Goa. Todos los mercaderes que

traficaban con La Meca y Ormuz estaban establecidos allí por su cuenta, lo cual significaba, para las aduanas del rey de Portugal, una pérdida hasta de 150 000 *fardãos* por año[155]. Poseemos otro testimonio[156], decisivo, de un padre agustino, fray Agustinho d'Azevedo, portugués, que regresa de las Indias por tierra y rinde su informe a Felipe II entre 1584 y 1587, según me indican los historiadores[157] que han descubierto este hermoso texto; la fecha podría ser también el año 1593, diría yo, por mi parte[158]. Pero no cabe duda de que este documento pertenece a las últimas décadas del siglo XVI, y tiene un valor extraordinario. Nos traza una imagen inolvidable de Ormuz, lugar abierto a todas las inmigraciones, a todos los negocios, a todos los contrabandos, los de venecianos, los de armenios, los de los propios turcos y los renegados portugueses, que nos asombra ver partir en gran número hacia Turquía y cuyo precioso conocimiento de las Indias sirve magníficamente al comercio de contrabando de todas clases: especias, perlas, ruibarbo, benjuí y madera de sándalo en un sentido, y en otro municiones y armas modernas. O *melhor da India* pasaba de este modo a Venecia, que, a cambio, pagaba sus compras con pacotilla, vidriería, espejos, perlas falsas y papeles pintados… ¡Y pensar que el piadoso agustino vio partir hacia Venecia, siempre dispuesta a entrar en relaciones con los turcos y con los heréticos ingleses, hasta 6000 camellos cargados de tesoros, y que ante sus propios ojos zarparon de Alejandría cinco grandes navíos de venecianos! ¿Puede llegarse a la conclusión de que, tras las dificultades de los años posteriores a 1580, especialmente ostensibles en el sector veneciano, sobrevino un periodo de bonanza?

En el sector de Levante, a finales de siglo, se restablece la ruta de Alepo, sin duda a causa de su corta extensión, de su carácter continental (la piratería arrasó el océano Índico después de 1590) y, sobre todo, a causa de la seda y de su creciente importancia para la economía europea. No hay una carta veneciana o marsellesa fechada en Alepo, Trípoli o Alejandreta, que no hable de las sedas[159], las sedas locales de los alrededores de Trípoli o las maravillosas sedas de Persia, que llegaban a Alepo acompañadas por los habituales mercaderes armenios o tártaros. Durante muchos años, la guerra turco-persa (que terminó en 1590) perjudicó a Alepo. Es verdad que dicha guerra se desarrolló en el norte, alrededor del nudo de rutas de Tabriz, a lo largo de los caminos que, a ambos lados del Cáucaso, iban hacia el mar Caspio; pero llegó un momento en que descendió brutalmente hacia el sur, hasta Bagdad. En todo caso, desencadenó crisis monetarias en Turquía y en Persia, que forzosamente repercutieron sobre la plaza de Alepo[160]. Las

dificultades para conseguir dinero habían aumentado, tanto que, en junio de 1586, se hizo necesario elevar de 1 a 1.5 % en beneficio del *cottimo*, los derechos de aduana de las mercancías que llegaban de Siria a Venecia[161]. A pesar de estas dificultades, el comercio se mantuvo en parte, como ya hemos dicho. Venecia, que en 1593 confiesa comerciar con Siria por valor de un millón en oro[162], alcanza la cifra de dos millones en 1596[163]. Las mercaderías principales, añade el informe consular, eran las sedas y las especias. Precisemos que la cifra de dos millones se refiere a las exportaciones: telas, sedas, juguetería y cristalería descargadas en los *suks* de Alepo; los cargamentos que se habían obtenido en el intercambio se embarcaron en cuatro o cinco navíos y aumentaron milagrosamente de precio al llegar a Venecia. Después de 1593, los barcos ya no partían de Trípoli, sino de Alejandreta, a donde los venecianos habían cambiado su escala, seguidos por los demás navíos cristianos. La nueva escala no tenía los mismos inconvenientes que la antigua. Era más malsana, no cabe duda, pero estaba más próxima a Alepo. No obstante, la falta de almacenes para guardar las existencias de mercancías era un gran inconveniente, más para los venecianos (siempre fieles a su comercio *a baratto* y, por ello, cargados de pesados bagajes) que para los marselleses, que ordinariamente llevaban especias finas[164]. El auge del tráfico, esplendoroso en el caso de Venecia, no se debió, evidentemente, al cambio de ruta, sino, mejor dicho, a la paz turco-persa.

Quizá se debiera también, en parte, al término de la guerra turco-portuguesa, que de 1584 a 1589 fue mucho menos una guerra por la pimienta que por el oro de la costa africana del este, la *Contra Costa* de los portugueses. Le puso fin la derrota de la flota de Alí Bey en 1589[165]. Las Indias Orientales conocieron entonces una paz relativa solo turbada por los príncipes indígenas y por los corsarios. Todo un servicio de informaciones, de relaciones directas entre España —mejor dicho, el gobierno portugués— y las Indias, pasaba por la gran organización de la embajada española en Venecia, lo que un documento llama «las nuevas de India por Tierra»[166]. Servían de intermediarios los judíos, los agentes de las casas comerciales, los factores de los Welser, por ejemplo[167], o aquellos hermanos Bontempelli, Antonio y Hieronymo, que estaban al servicio del gran comerciante veneciano Agustín del Ponte[168]. Después de 1589, la cantinela de todas las noticias era la paz, la quietud de las Indias, y eso pese a la aparición de los corsarios malabares en el centro y en los bordes del océano[169]. Todo se alterará, pocos años después —a partir de 1596—, con la brutal invasión holandesa.

Otra causa determinante: si las viejas rutas de las especias tenían importancia, era porque el Atlántico se había convertido en una ruta difícil, si no imposible. Los corsarios ingleses rondaban en torno de las islas clave —las del Cabo Verde, las Canarias y las Azores—, y a veces llegaban hasta Santa Elena, donde a menudo recalaban los navíos que volvían de Indias para hacer aguada y cazar cabras monteses, para variar un poco la comida de la tripulación. Una crisis de transporte se cernía sobre el océano. Y a los barcos capturados por los corsarios se añadían los numerosos naufragios. Los barcos de las Indias, demasiado grandes y demasiado pesados, se habían convertido, con el alza de los precios, en objeto de lujo; de ahí que se hicieran economías en la calidad de las maderas utilizadas en su construcción y también en la calidad de las tripulaciones. Los buques llevaban siempre exceso de peso. Navegaban con velamen insuficiente y con gobernalles carcomidos; igual que en el Mediterráneo, los navíos se carenaban a la italiana, es decir, sin sacar los elefantiásicos barcos a tierra. De ahí que, a lo largo de las activas rutas, se multiplicaran aquellas «tragedias del mar», cuya larga lista, recogida por G. de Brito, marca la curva de la caída, bien pronto inexorable, de Portugal, después de 1580: entre 1582 y 1602 se perdieron por vías de agua u otros accidentes técnicos, a veces en plena bonanza, 38 naves de las Indias[170]. Lo cual, al precio en que estimamos las naves venecianas, representa una pérdida de 20 o más millones en oro.

Esas enormes pérdidas, los repetidos bloqueos de Lisboa (por ejemplo, el del invierno de 1597-1598) y las presas que por añadidura hacían los corsarios argelinos, dificultan el tráfico de la pimienta portuguesa. En Castilla la Nueva, entre 1595 y 1599, el precio de la pimienta casi se duplicó[171]. Estas calamidades y alzas de precios contribuyeron a abrir las brechas en la retaguardia del viejo Mediterráneo. Una carta escrita por unos mercaderes alemanes, el 17 de febrero de 1593, anunciaba que había llegado la *muda de Suez* con 30 000 cantares, «lo que significa [escribe un historiador] que el mercado de Alejandría proveía la misma cantidad de pimienta que Lisboa»[172].

Es cierto que el comercio de Levante era entonces muy activo; ya hemos citado los progresos de los venecianos. Esto se acusa claramente en 1586, al reducirse los impuestos del *cottimo* de 5 a 2 %[173]. Tres años después, en 1599, se registró una baja; pero el comercio veneciano alcanza todavía la respetable cifra de un millón y medio en oro, y el volumen de operaciones de toda la cristiandad arroja cerca de tres millones, correspondiendo medio millón a los franceses o a los mercaderes que traficaban bajo la bandera de la

flor de lis[174]. Ese mismo año, después de enconadas luchas, los venecianos obtuvieron en Egipto muchos privilegios, entre otros la libertad de cargar linos y cueros, y, encubierta bajo otras palabras, la libertad del contrabando de trigo en Damieta y en Roseta, providencia del abastecimiento de Candía[175]. En 1600, las 16 casas venecianas de Alepo enumeradas en el informe consular de 1593 estaban en continua actividad[176]. En 1603, el comercio veneciano aún era en la ciudad de un millón y medio oro[177]. En 1599 —un signo más —, policías de aduanas marselleses informaban de la llegada a Alejandreta de remesas de índigo, nuez moscada y clavo.

Concluyendo: en 1600, y en lo referente a la pimienta y las especias, el triunfo de la ruta oceánica dista mucho de ser completo. La lucha entre las dos rutas rivales duró más de un siglo, con sus altibajos en cada una de ellas, con sus crisis y sus periodos de florecimiento. Su desenlace se sale de los límites de las investigaciones de este libro, que no van más allá del año 1600, aproximadamente. Sería necesario precisar las fechas exactas y las circunstancias de la derrota del Mediterráneo. No estaba ya muy lejana cuando empezó el siglo XVII; pero aún no se había consumado 100 años después de la fecha que oficialmente señalan la mayor parte de las historias generales como la de la muerte del viejo reino mediterráneo, destronado por el nuevo rey del mundo: el océano…

Explicaciones posibles

Lo que acabamos de decir no resuelve todos los problemas. Es incompleto y, como toda relación cronológica, tiende a confundir apariencias y realidades. Recientemente han aparecido tres o cuatro libros que nos facilitan la tarea de comprender lo que en realidad ocurrió en el Extremo Oriente[178], es decir, en la otra punta del interminable camino de Indias. La capacidad y la falta de previsión de los portugueses en Insulindia, en las *islas de las drogas*, han desviado la corriente de las especias de lujo, que hasta entonces pasaba por Malaca. Los juncos javaneses establecen una corriente independiente, junto con las drogas de Insulindia y la pimienta de alta calidad de las islas de Java y Sumatra. Durante los últimos 20 años del siglo, estas corrientes, liberadas del control portugués, se centran en torno de Atjeh, en la isla de Sumatra, lugar de encuentro de los navíos musulmanes, que a continuación saldrán de allí rumbo al golfo Pérsico o al Mar Rojo. Incluso la canela fina que produce la isla de Ceilán ha de transportarse a Atjeh y una vez allí se carga en naves que harán las rutas del Mediterráneo. Esta fortuna de Atjeh,

donde existirá una riquísima factoría turca a comienzos del siglo XVII, resulta más evidente si recordamos que, durante ese mismo periodo, las compras de especias de China, Indochina y de la India (aparte de la costa de Malabar) aumentan de modo considerable y reducen, en consecuencia, las posibles exportaciones de los portugueses por la ruta del cabo de Buena Esperanza. Esto no quiere decir que las exportaciones portuguesas no fuesen importantes, incluso durante los primeros años del siglo XVII, pero sirve como explicación que justifica la continua prosperidad de la ruta mediterránea.

Pero lo dicho no nos autoriza a exclamar, al estilo de los matemáticos: ¡queda demostrado lo que se quería demostrar! Pues, de hecho, todas estas explicaciones que tan pacientemente hemos ido coleccionando, a saber: la ingenuidad de los portugueses; la sagacidad de los turcos; las guerras de Persia y las del Atlántico; la gran expansión del islam en Insulindia, y con él, la de un comercio de especias y pimienta; las dentelladas tremendas de las escuadras portuguesas a comienzos del siglo, o esa guerra turco-veneciana de 1570-1573, que a la vez promocionó a Marsella y animó la ruta secundaria entre Tabriz y Polonia, Leópolis y Danzig, todos estos *événements* de la guerra de la pimienta y las especias, tienden, de hecho, a oscurecer la visión de conjunto del problema, visible a escala mundial, de las minas de plata de América a las Molucas o a la punta oeste de la isla de Sumatra. Considerado en este contexto, ¿qué vemos?: En primer lugar, una circulación heteróclita, pero constante, de monedas de oro y plata moviéndose en dirección oeste a este, en el mismo sentido de la rotación de la tierra, arrastrando con ellas las más diversas mercancías que funcionan como una especie de moneda suplementaria, y poniendo en marcha, en sentido contrario, un múltiple movimiento de variadas mercancías y bienes preciosos. En este sistema circulatorio cerrado que riega el Mediterráneo en ambas direcciones, todo cambio produce sus repercusiones. Y, si entre 1550 y 1620 —fechas fijadas muy en líneas generales— la pimienta y las especias pasan por el Mediterráneo, ¿no será porque este mar ha sido durante muchos años el lugar de destino de la plata americana? Esta circunstancia fue el estímulo que puso el comercio en movimiento. En 1530, Piero Zen, un veneciano, hacía notar a los turcos, en Constantinopla, que *l'arzento va dove è il piper* —la plata va donde hay pimienta—**[179]**. Pero la recíproca es igualmente cierta. En este contexto los detalles tienen su importancia; por eso los historiadores —a falta de cifras precisas— discutimos acerca de cuál pudo ser la fecha inicial del renacimiento del comercio de Levante. Hermann Kellenbenz propone la del año 1540; yo dije y repito ahora 1550, y Vitorino Magalhães Godinho está de

acuerdo conmigo[180]. Pero, a decir verdad, ni unos ni otros podemos afirmar nada con certeza: nos limitamos a suponer…





19 y 20. *Génova en el siglo XV. Encallejonada entre el mar y la montaña, la ciudad crece hacia arriba. Detalles del dibujo de Cristoforo Grassi,* Veduta di Genova*, 1485, Civico Museo Navale de Pegli (Génova).*



21. *El arsenal de Venecia. (1500) Detalle del gran plano de Jaropo di Barbaro.*

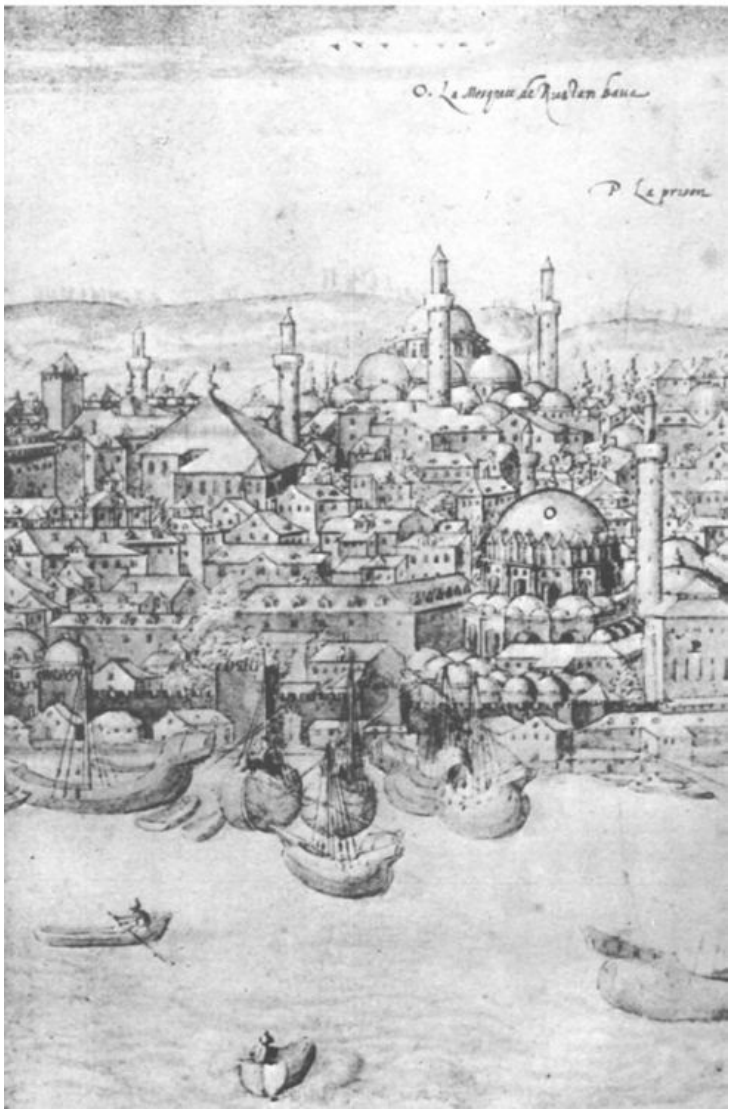


Foto. *B. N. P.*

22. *Constantinopla. Vista parcial de la ciudad desde el Cuerno de Oro (siglo XVI). B. N. París. C 4 093.*



Foto: *B. N. París.*
23. *El Cairo. Una representación discretamente exacta. Nótese la orientación: arriba el este, abajo el oeste. Las pirámides están, pues, correctamente emplazadas. Según Giulio Balbino,* De' desegni dell piu illustri citá e fortezze del mondo. *Venecia, 1569.*

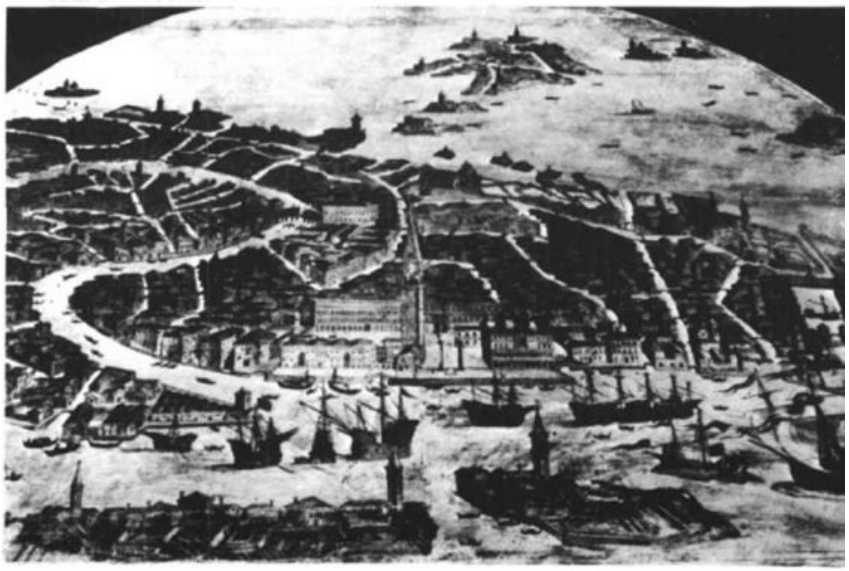


Foto: Más. Barcelona.
24. *Plano de Venecia (siglo XVI). Palacio de los marqueses de Santa Cruz, Ciudad Real. Nótese el puente de Rialto, todavía de madera en aquella época, el principio del Arsenal, la isla de San Jorge, la Giudecca y las Sattere.*

Tengo la impresión de que la fecha exacta resultaría evidente el día que pudiésemos saber con precisión cuándo la escasez crónica de numerario en el Mediterráneo de comienzos del siglo XVI ha dado paso a la relativa abundancia que existe durante su segunda mitad[181] (y en algunas ocasiones, por ejemplo en 1583-1584, se produce tal abundancia que no se sabe dónde invertir el dinero). Yo creo que si miramos —pongo por ejemplo— la perspectiva desde el punto de vista veneciano, se puede fijar el momento de la transición entre 1545 y 1560: el 9 de junio de 1545[182] los obreros de la *Zecca* están en paro forzoso porque llegan muy poco oro y plata a la ciudad. Para remediar su *grandissima povertá* y darles trabajo, se hace acuñar mil ducados en monedas muy pequeñas. En 1551[183] se ofrecen ciertas ventajas a aquellos que lleven oro a la *Zecca*: no tendrán que pagar el acostumbrado 3.5 % de derechos de acuñación. En 1554[184] los que querían *cechini per navegar* son tan numerosos que se restablece el derecho de 3 %. En 1561[185] hay tanta plata (no oro) almacenada en la *Zecca* que es imposible acuñarla en la forma de las pequeñas monedas al uso porque ello habría requerido más de un año de trabajo. Entonces se decide hacer lo que nunca se había hecho: acuñar monedas de plata de gran tamaño, *ducati d'argento*. Finalmente, en 1566, cualquier persona que desee acuñar oro en la *Zecca* ¡se ve obligada a someterse a toda una serie de condiciones![186] En resumen, sería preciso localizar el momento en que la plata americana, que, por ejemplo, afluye masivamente en Amberes a partir de 1550[187], llega a la zona del Mediterráneo italiano en suficiente cantidad como para restablecer el tráfico con Levante. Las coincidencias tienen su valor: la crisis de los años de la década iniciada en 1580 por la que pasa Levante, corresponde, a mi entender, a una fluctuación a corto término de la coyuntura económica general, con una clara recesión en todo el Mediterráneo en el momento que la plata española bascula hacia el Atlántico, coincidiendo con la anexión de Portugal y la gran crisis de cereales que sufre entonces la Península.

II. EQUILIBRIOS Y CRISIS EN EL COMERCIO DEL GRANO MEDITERRÁNEO

El Mediterráneo no ha vivido jamás bajo el signo de la superabundancia de granos: su escasez y la constante búsqueda del modo de remediarla le han obligado a desarrollar ciertas habilidades. Estudiar los problemas del trigo, por ejemplo, equivale a fijarse en una de las debilidades permanentes de la

vida del Mediterráneo y, al mismo tiempo, a abarcar esa vida en todo su espesor. La pimienta y las especias dieron vida e impulso a un comercio de lujo, y al pensar en él acuden a nuestra mente los nombres de los grandes mercaderes del siglo XVI: los Affaitati, los Ximenes, los Malvenda, los Welser y los Fugger. El trigo, por su parte, no está rodeado de un nimbo tan brillante, pero fue objeto de un inmenso comercio: junto con algunos grandes intercambios, alimentaba toda una circulación de arterias y de arteriolas secundarias, que sería un error no tomar en cuenta.

La parte principal del suministro de trigo se llevaba a cabo en los propios lugares de su producción, en economía cerrada o, a lo sumo, a pequeñas distancias. Las ciudades crecían a la sombra de los graneros que estaban a sus puertas. Solo las grandes ciudades se podían permitir el lujo de importar de lejos una mercancía tan ponderosa.

Los cereales

Advirtamos que esos tráficos —tanto si son a corta como a larga distancia — no se reducían al trigo candeal o a los trigos de gran calidad, los que en Sicilia se llamaban *grani forti* o *grani di Roccella*[188], trigos especialmente densos. En Florencia se distinguían tres calidades: *cima delle cime*, *mezzano* y *debole*. El grano *di cima* no tenía impureza alguna y pesaba 52 libras por *staio*, o sea 72.50 kilogramos por hectolitro. El precio, según la categoría, era de 7, 6 y 5 libras el *staio*, según la tarifa de 1590[189]. Los *deboli* eran trigos débiles del Levante —de ordinario bastante malos—, de los Abruzos[190] o del ducado de Urbino, un poco mejores, aunque la propia Venecia no los usaba; o el trigo que se producía en España y en otras partes en tierras de regadío, agotadas de tanto rendir.

Al lado del trigo, los otros cereales eran pan cotidiano en las mesas mediterráneas; sobre todo, la cebada y el mijo. En 1550 llegaron de la Apulia a Nápoles 10 navíos cargados de cebada y de trigo[191]. Verona se quejaba en 1559 de una cosecha desastrosa de mijo[192], y proponía vender el que guardaba en reserva a un ducado el *staro* veneciano. En 1562, a causa de una terrible sequía, se produjo otra cosecha mala; se perdió todo «el mijo, y otros menudos con que se mantiene la pobre gente», explicaba el embajador español[193]. En los pueblos de Zante solo se comía pan negro hecho con cebada[194]. Philippe de Canaye comprobó que cerca de Troya, en el Asia Menor, en las poblaciones turcas, se comía pan de avena, a falta de trigo[195], lo cual, por otra parte, dada la rareza de la avena en el Mediterráneo, era

también un lujo. En Córcega, el sustitutivo era el pan de castañas, que la gente llamaba pan de árbol. El arroz, que en el Oriente, lo mismo que en la llanura del Po y en Valencia, ocupaba el lugar que conocemos, era un sustitutivo ocasional. Las legumbres secas, los garbanzos de la intendencia española, o las habas, en especial las de Egipto, de que con tanta frecuencia hablan los documentos de la época, eran considerados también, en el siglo XVI, como un pan de socorro. Alonso de Pimentel, el nuevo capitán de La Goleta, al recibir una cantidad de trigo y de cebada, se lamenta: «¡Qué lástima que no nos hayan mandado garbanzos!»[196].

No todo el trigo es, pues, igual, y muchas cosas pueden colegirse del plural *los panes*, que con tanta frecuencia figura en los documentos españoles. Había un pan para los pobres y otro para los ricos, y solo este último era de trigo candeal. En Lisboa, el trigo nórdico, cuando es para los ricos, se selecciona cuidadosamente y se le quitan las piedras y otras impurezas, faena de la cual se ocupan las mujeres de Lisboa, a las puertas de sus casas[197].

Algunas reglas del comercio de granos

Los historiadores acostumbramos a abordar el complicado juego de los mercaderes de granos partiendo de pequeños detalles: una determinada compra, el abastecimiento de cierta ciudad, una especulación aislada o un libro de cuentas particular. Y todo se confabula para hacer el juego aleatorio: la incertidumbre de las cosechas; las vigilancias de los Estados, en especial las de las ciudades; las especulaciones de los mercaderes, incluidos los más humildes revendedores; la enormidad de las sumas puestas en juego; el riesgo de perder toda la carga, si los marineros son poco escrupulosos… Y eso sin contar los innumerables intermediarios. Y, para complicar más las cosas, esta profesión no se ejerce sola, sino asociada a otras actividades comerciales.

Los registros de Jacopo y Bardo Corsi nos revelan a estos grandes mercaderes florentinos preocupados lo mismo por adelantar dinero a Galilea que por revender a crédito pimienta y sedería, o por concertar en Palermo importantes operaciones de trigo para el gran duque de Toscana. Bartolomeo Corsini, que había trabajado bajo sus órdenes, hace el balance de las operaciones terminadas y pendientes. Por una serie de compras efectuada en 1595, los florentinos adeudaban 11 766 ducados, 9.4. Habían negociado nuevos contratos en 1595, para la compra de 3500 salmas de trigo en Palermo, a embarcar en los *caricatori* de Girgenti en dos naves ragusinas. Los gastos ascendían a 10 085 ducados, 12.12, o sea un poco menos de tres

ducados por salma de trigo, puesto en Liorna. Sigue una serie de cuentas no menos interesante, referentes a 2000, 7000 y 6000 salmas de trigo, almacenadas en diversos *caricatori* y listas para el embarque, y diversos detalles financieros relacionados con los reglamentos y los cambios, aparte de varias cuentas «deudoras» y «acreedoras»[198].

Se comprendería mejor las especulaciones sobre el trigo, si se pudiera desentrañar el sentido de operaciones como las que explica el agente de los Corsi en 1598. Por razones no precisadas, una nave cargada de cereales pertenecientes a los Corsi descargó en Mesina 3700 salmas, una hermosa cantidad, a la que se trataba de encontrar salida. Este trigo procedía de compras efectuadas en 1595, y se corría el riesgo no solo de no poder amasarlo como pan, sino de que tampoco sirviera para fabricar galletas y de que hubiera que dárselo a las gallinas. Se vendió, entonces, una parte de este trigo a crédito y el resto transformado en galletas, de difícil venta. De 2500 cantares, se cargaron en junio 564; en agosto, 620 en las galeras toscanas, y aún quedaban 1316 en almacén… Los precios bajan paulatinamente, de 37 taris a 30 y a 16[199]; el agente se queja de la mala fe de los compradores y de los panaderos encargados de fabricar las galletas[200]. Pone el grito en el cielo. Pero los napolitanos, que en tiempos de Osuna habían asesinado a un acaparador de trigo —o acusado de serlo—, un tal Starace[201], no tenían, al parecer, la misma opinión acerca de los negociantes en grano.

De todas las codicias y atenciones que concita el trigo, no es la menor la de los gobernantes. Todos los Estados intervienen en esto, aun los pequeños, como el ducado de Saboya y la Transilvania. Dice el historiador Bianchini que el trigo estaba rodeado de más vigilancia y espionaje que las causas de la Inquisición. Sobraban razones para ello. Lo mismo que con respecto a la sal, la avidez del fisco en lo concerniente al trigo era insaciable. Además, el comercio del trigo abría la puerta a una serie de favores y de gracias. Era una palanca de mando y un medio de presión; una manera de pagar servicios y de conferir privilegios. Recordemos aquel cónsul de la nación española en Venecia, llamado Tomás Cornoza, que, al decir de un experto, cumplía muy bien su cometido, y a quien los documentos portugueses nos presentan como un instrumento al servicio del rey-mercader de Lisboa pidiendo como recompensa, en 1573, una franquicia para llevar trigo de Piamonte a Grisón, a través del Estado de Milán. Era solo un pequeño favor entre la muchedumbre de los que se otorgaban[202]. En Sicilia, las gratificaciones a base de trigo eran cosa aceptada[203]. Un recuento de las *tratas* de 1578 revela que J. A. Doria gozaba de «6000 tratte», es decir, del derecho de exportar 6000 salmas de

trigo siciliano, lo que representaba, a razón de dos escudos la trata, una renta de 12 000 escudos[204], además de las 4500 salmas que se le habían concedido solamente en 1566[205]. Para el abastecimiento de las plazas fuertes de Niza y de Villafranca, donde había guarniciones españolas y galeras saboyanas al servicio de España, el duque de Saboya solicitó de Felipe II, en 1566, una «tratta perpetua» de 6000 salmas de trigo siciliano[206]; el rey se dignó otorgarle una trata de 1500 salmas por una sola vez. Sabemos —aunque sin mucha precisión— que Emanuel Filiberto traficó con el trigo siciliano supuestamente destinado a los españoles y que se le había confiado[207]. Política idéntica sigue el «señor de Mónaco», Carlo Grimaldi, quien se beneficiaba desde hacía mucho tiempo con una trata de 6000 salmas en Sicilia. Una carta de Felipe II, fechada el 13 de octubre de 1584, le retira esta gracia porque, en vez de servirse de sus licencias para aprovisionar Mónaco, las había vendido, burlando el impuesto siciliano[208]. Los mismos turbios manejos ocurrían en otras partes: con motivo de una autorización para exportar otorgada en 1562 a los ragusinos, por 1600 salmas aproximadamente, a embarcar en Valona, nos enteramos de que era este un dominio particular de la Sultana Madre[209].

Pequeños detalles, sin duda, y pequeña historia. Pero nada vinculaba tan estrechamente los gobiernos con el tráfico de trigo —sin que ello diera nunca como resultado el simplificar este tráfico, ni en Turquía ni en la cristiandad—, como el hecho de que las «tratas» de exportación fuesen, en manos de los gobiernos, una fuente de rentas y una moneda de pago. Y la vigilancia de los Estados era cosa de nada en comparación con la obsesiva vigilancia de las ciudades[210].

Si se pensaba tanto en el trigo, era, naturalmente, porque escaseaba: las cosechas mediterráneas rondaban generalmente las cotas de la insuficiencia. Los cultivos de alto rendimiento, como la viticultura, y la ganadería, hacían una constante competencia a los cereales[211]. Primera razón, que no era, sin embargo, la única. El trigo, en el Mediterráneo, era un cultivo extensivo; requería grandes superficies para rendimientos que no siempre eran elevados, tanto más cuanto que no se podía sembrar el mismo terreno todos los años. En Sicilia la regla era el cultivo bienal (trigo y barbecho)[212], y otro tanto ocurría en la región de la *Tavogliere* de la Apulia[213]. En España, el ideal era el suelo de tres *hojas*, con cultivo alterno cada dos años. Hay que añadir que las prácticas del cultivo de secano exigían labores superpuestas, unas profundas y otras superficiales, que suplían las escasas lluvias[214]. Finalmente, todas las medidas gubernamentales para gravar el trigo con impuestos y reglamentar

las ventas abrumaban a los campesinos, a quienes no quedaba más recurso que gemir o, en España, dejarse arrastrar a la vida del muletero o a la aventura americana.

Añadamos el drama de las inundaciones de invierno y el drama de las sequías estivales, que no lograban conjurar ni las fanáticas procesiones[215]. El resultado más tangible era una extraordinaria variación en los precios, que oscilaban al conjuro de la menor noticia. Solamente al llegar el siglo XVII se buscó una explicación para comprender el mecanismo de esas variaciones, y pocos libros son más esclarecedores sobre este punto que uno anónimo (tal vez de Sestrini) que apareció en Florencia en 1793[216]. Este libro abunda en inteligentes reflexiones sobre la disparidad de los precios del trigo entre las distintas regiones del Mediterráneo, y se pone de manifiesto que lo mismo entonces que en el siglo XVI había una marcada diferencia entre el Oriente, con su pan barato, y el Occidente, donde el pan era caro. Explica también cómo una mala cosecha en tal o cual punto crea una zona de trigo caro, con la particularidad de que los precios se elevan más en la periferia que en el centro[217]. Así ocurría ya en el siglo XVI. Tan pronto se burruntaba la escasez en alguna zona, los mercaderes caían sobre ella con sus barcos y liquidaban sus existencias. El resultado era que los precios, muchas veces lejos de la zona de escasez, se elevaban, como consecuencia de esta marejada. Pero acontecía también que la afluencia de navíos en el país de la carestía y el aflujo de granos hicieran bajar allí los precios… Curioso esquema para un curso de economía política.

Fue lo que sucedió en Constantinopla en 1561, año por lo demás bastante malo para todo el mar; en Portugal, donde la primavera había sido de una «inusitada sequía»[218]; en España, donde la cosecha fue catastrófica[219], y en Sicilia, donde el precio de la salma después de la cosecha subió a 2½ ducados[220]. En el Oriente, la situación fue menos mala, aunque desde la primavera cundió cierta inquietud[221]. Se obligó a una nave veneciana, la *Colomba*, a cambiar de rumbo en Nicomedia para llevar trigo desde allí a la capital[222]. Otras cuatro naves, también venecianas, que cargaban trigo en Volo, fueron capturadas por las galeras de la guardia de Salónica y enviadas a Constantinopla[223]. Pero la afluencia en masa de naves a ese centro de atracción pronto compensó el déficit y los precios bajaron: el «chilo» (que equivale a la novena parte de una salma) descendió a 17½ aspros, o sea, según la proporción de 1 ducado = 60 aspros, a poco menos de tres ducados[224]. Al año siguiente el precio del trigo bajó, en los puertos griegos, a 12 aspros el «chilo», es decir, a menos de dos ducados la salma.

Otro ejemplo: en 1578, una tremenda escasez asoló España. El virrey de Sicilia, Marco Antonio Colonna, procuró despachar lo más rápidamente posible navíos de socorro. Mercaderes que disponen de 24 000 salmas se comprometen a llevar a España 6000; en cuanto al resto, no quieren aventurarse demasiado, «[…] diciendo que acontece muchas vezes concurrir todos a donde piensan que hay ganancia y resultar desto grande abundancia de trigo» (Marcantonio Colonna a S.M., Mesina, 23 de agosto de 1578) y otras catástrofes comerciales[225]. Es el caso que contemplaba en 1584 el redactor del informe que hemos citado. Ponía muy en guardia a las autoridades gubernamentales que iban a encargarse del transporte, contra el riesgo que corrían, si los mercaderes se precipitaban hacia España, atraídos por el «olor de la ganancia»[226].

La gran catástrofe, para un mercader, era que el navío fletado por él hacia el país en que existían dificultades de aprovisionamiento cayera en poder de cualesquiera de las ciudades por donde pasaba y que siempre imponían su precio —naturalmente mucho más bajo—. Fácilmente comprendemos el furor de aquellos negociantes genoveses cuyo navío, cargado de trigo en la Apulia, navegaba en 1578 hacia los precios *altissimi* de España cuando fue secuestrado por la República de Génova[227].

En teoría, el juego del mercader es fácil de comprender: consistía en conocer cuándo el año era bueno o malo, y mejor aún (porque en aquella época los granos se conservaban mal y no podían almacenarse mucho tiempo), en cuál región se esperaba una buena cosecha, y en cuál otra, una cosecha mala, para saber dónde y cuándo podían comprarse los excedentes de trigo. De este modo, las corrientes de intercambio variaban y se invertían según el capricho de las cosechas. Todo podía verse y todo se vio, en efecto, en materia de comercio de granos, durante el siglo XVI. No había una región costeña o próxima a las costas, ni un puerto que un buen día no ofreciera un excedente de cereales. Basta remontarse al siglo XV para descubrir que Corfú exportaba en aquel tiempo *formento grosso*[228], y a la primera mitad del XVI para ver a Chipre mandando trigo y, sobre todo, cebada a Venecia[229]. En 1570, el trigo turco de los alrededores afluyó a Spalato, que lo dejó partir hacia Venecia en el momento en que se apercibió de los armamentos del turco[230], y, comprendiendo bruscamente el error cometido, retuvo todo el trigo que aún quedaba dentro de sus muros. Algunos años producíanse sorprendentes anomalías: en 1555, envíos de trigo español a Roma[231], y en 1564, envíos de trigo andaluz a Génova, con una autorización del Rey Católico[232] otorgada en buena y debida forma; o el caso de Castilla, que

abrió sus compuertas en 1571[233]. En 1587, el rey de Cerdeña se felicitó de sus hazañas: 4000 salmas de trigo habían sido enviadas a Génova durante su gobierno[234]. Todo era posible… Hasta que Orán se convirtiera en puerta de salida del trigo africano[235]; Diego Suárez nos lo explica: alrededor del presidio de Orán el trigo indígena valía a menudo cuatro o cinco veces menos que el de España[236]. El beneficio era apreciable, con tal de que hubiera trigo…, lo que no siempre ocurría, por cierto[237]. También Argel se encontraba alternativamente riquísimo o muy pobre, según las cosechas[238].

Desgraciadamente, los graneros atestados no siempre bastaban para colmar las lagunas producidas por épocas de escasez tan frecuentes como violentas y homicidas. En 1554 hubo una «horribilissima in tutta Italia»[239], y cuando llegó la ayuda del extranjero ya habían muerto decenas de miles de personas, y el trigo de Florencia alcanzaba el precio de ocho liras el stagio[240].

El comercio del trigo, vinculado a las rutas marítimas

El trigo es una mercancía ideal para el transporte, pero tiene el gran inconveniente de ser muy pesada. No obstante ser tan preciosa, soporta mal los grandes gastos de transporte que impone. Por las rutas terrestres, salvo, claro está, en caso de escasez o de un alza extrema de los precios, el trigo solo hace trayectos cortos.

He aquí, por ejemplo, un proyecto bien estudiado sobre el envío de granos de Italia a España, en 1584[241]. El embarque se llevaría a cabo en los presidios de Toscana, Orbitello y Talamone o «Puerto Hércules». Las compras (70 000 fanegas, medida castellana) haríanse en Corneto y Toscanela, en territorio pontificio; en Grossetto y en la marisma sienesa, que dependían del gran duque de Toscana; en Castro y Montalto, posesiones del duque de Parma. O sea, a 15, 25 y 30 millas, respectivamente, tierra adentro. Consecuencia: al precio de compra, es decir, 10 reales de España la fanega, había que añadir, en concepto de transporte por vía terrestre hasta el puerto de embarque, tres escudos por *mogio*, o sea tres reales por fanega. De modo que el precio de ese trigo aumentaba en 30 % después de un viaje relativamente corto. Son explicables las reflexiones del virrey de Nápoles a propósito del proyecto español de 1560 de hacer transitable el camino que iba de Apulia a Nápoles. El 29 de julio de 1562 escribía, no sin cierto humorismo, tal vez involuntario: «… ni quiero tractar en lo que toca a abrir los caminos para poder por ellos acarrear la victualla a esta ciudad, a lo cual se atiende con toda

la diligencia possible, pero diré bien que hecho la queta de lo que costará la conducta del trigo que aquí se podrá acarrear desde Pulla, será tan caro que pocas personas emprenderán el traerlo»[242]. No; el trigo no podía circular de una a otra parte de la península italiana por la vía terrestre. El grano pasaba, a veces, por la ruta napolitana; pero nada nos indica que hiciera todo el camino entre el Adriático y el Tirreno. Es poco probable que así fuera, puesto que, en torno de Florencia, y solamente dentro de un círculo de cuatro a 13 millas alrededor de la ciudad, los gastos de transporte bastaron para subir el precio del trigo en 4.24 % en 1570, y en 3.35 % en 1600[243] (lo que parece indicar que el precio de la mercancía propiamente dicha aumentó más que el del transporte terrestre; aunque sería arriesgado deducir de este ejemplo puntos de vista generales, que desmentirían otros porcentajes obtenidos en la misma Florencia). En enero de 1559 se renunció a enviar hasta Málaga la cebada de las aldeas de Santa Ella y de la Rambla, porque el precio del transporte por carro valía tanto como la cebada misma, vendida en la ciudad…[244].

El secretario veneciano Marco Ottobon[245], que viaja por Polonia durante el invierno de 1590-1591, se informa en camino, tanto en Innsbruck como en Viena, de los eventuales precios del grano en Cracovia o Hungría, y luego calcula, para los *Provveditori alle Biave*, a cuánto habría ascendido el precio de un *staio* en el momento de su llegada a Venecia. Para obtener los resultados hubo de convertir monedas y medidas, sin olvidar, además, las correspondientes tasas y comisiones. La conclusión a la que llega es que, en la mayoría de los casos, la operación resultaba imposible. Comprado en Cracovia, el equivalente de un *staio* veneciano cuesta ocho *lire* venecianas. El transporte entre Cracovia y Viena asciende a siete *lire* y 12 *soldi*; de Viena a Villach, siete *lire* 10; de Villach a Venzon, tres *lire*; de Venzon a Porto Gruaro, una *lire* cuatro; de Porto Gruaro (en barca) a Venecia, tres *soldi*. A esto hay que añadir las tasas y comisiones y el precio de los sacos o toneles. Total: 30 *lire* 19 *soldi*. Treinta y una *lire* en números redondos: en el curso del viaje la mercancía ha cuadruplicado su precio. El costo de los transportes es el factor singular más importante que origina variaciones en el precio del trigo comercializado[246]. Se comprende sin dificultad que las rutas predilectas del trigo hayan sido las del agua. La expansión del trigo de Borgoña hacia el sur no hubiese sido posible a no ser gracias a la ruta del Ródano. Los cereales extranjeros, necesariamente costosos, se enviaban a Florencia subiendo por el Arno lo más posible, hasta Signa, verdadero puerto fluvial de la capital[247]. La riqueza del territorio de Lentini (Leontino), en Sicilia, procedía de sus recursos agrícolas, pero también de una suerte suplementaria: no estaba

demasiado lejos de la costa, y su *fiume grande*, el San Leonardo, era navegable hasta unas cuantas leguas de la ciudad; por lo menos, antes de 1483[248].

El transporte por mar era también relativamente barato. En el ejemplo que hemos puesto más arriba, del trigo italiano que se intentaba transportar a España, el precio de compra de la fanega ascendía a 10 reales de Castilla, los fletes por mar a tres reales, la tasa de exportación a cinco reales, y el transporte en una buena nave ragusina a 3½ reales solamente. Es verdad que había que añadir los gastos de un seguro bastante alto, en vista de la época avanzada del año (9 % *ad valorem*), o sea 30 maravedís más por fanega de trigo. El precio del transporte marítimo se elevaba, así, a unos cuatro reales la fanega, y el precio de esta, en Alicante o Cartagena, a 22 reales y tres maravedís (el real se calculaba a 54 maravedís). En el desplazamiento del trigo, el transporte marítimo costaba menos, relativamente, que todas las demás operaciones: carretas, transporte en acémilas o autorización para exportar. Tanto más cuanto que en este precio no se tiene muy en cuenta la distancia exacta: es el mismo para los envíos a Italia o a Valencia y ya partiera el cargamento de Sicilia o de Toscana. Los capitanes de los navíos estimaban que para ir a España era más ventajoso cruzar el «golfo», partiendo de Sicilia, que atravesarlo por el norte a la altura de los presidios de Toscana; zarpar de Sicilia, según declaraban, era «tener el golfo, más lançado», estar en mejor posición para «engolfarse».

Es, por tanto, la parte interior del mundo mediterráneo, alcanzada fácilmente por la vía marítima, la que puede permitirse el lujo de un gran comercio de granos. Comprobación que bastaría para explicar que solamente las ciudades que se hallan en comunicación directa con el mar pueden crecer (a excepción de ciertas ciudades privilegiadas, como Milán). Si las islas del Mediterráneo podían dedicarse tan a menudo a un monocultivo rico, que lo invadía todo, era porque contaban con el mar, por el que les llegaban los navíos cargados de grano. Pasaban constantemente por dificultades alimenticias, pero con la misma frecuencia restablecían el equilibrio de su vida, importando trigo. Ritmo peligroso, que solo el mar autorizaba o provocaba. Por agua, el trigo seguía rumbos inverosímiles. En Valencia, España[249]; en Génova o en Roma, se amasaba harina con el trigo de Egipto o del mar Egeo. En enero de 1572, el obispo de Dax escribió a Carlos IX, desde Ragusa: «En esta ciudad no se come un solo grano de trigo que no haya habido que ir a buscar a quinientas millas de aquí»[250]. Verdad mucho más vieja que el siglo XVI. Lo mismo viajaba el trigo aragonés por el Ebro, y

luego, más allá de Tortosa, siguiendo la larga diagonal del mar, iba a socorrer la extrema penuria de los habitantes de Siria[251].

Puertos y países exportadores de granos

Todos los mercados del comercio de granos, sin excepción, estaban situados a orillas del mar o de los cursos de agua. Tal es el caso de los pequeños puertos cuyas barcas convergen en Liorna: Grossetto, Montalto, Corneta[252], o el de las abras de los Abruzos, donde una policía de seguridad vigilaba el activo tráfico hacia Venecia: Grottammare, Senigallia[253]. Y, con mayor razón, el de los grandes mercados: los de las llanuras danubianas, comunicadas por el gran río con el Mar Negro (un aviso de Levante que llegó a Venecia en diciembre de 1575[254] indica que el trigo suministrado por Valaquia y Bogdiana, por orden de los turcos, debía transformarse en galletas y depositarse después en las márgenes del Danubio, donde sería inspeccionado); los del mar Egeo, vinculados a las grandes regiones del litoral productoras de trigo, como lo indica el emplazamiento de las escalas frecuentadas: la de Gallipoli, vinculada a Tracia; la de Patmos, cerca de la costa de Asia; la de Salónica, a la entrada de Macedonia[255], y más aún la de Volo, gran centro abastecedor de los compradores del Poniente, que exportaba el trigo de la llanura tesálica[256]. En Egipto, el Nilo —igual que el Danubio— arrojaba hacia el mar enormes masas de trigo y de arroz, habas y garbanzos. En el Occidente, la geografía condicionaba el progreso de los grandes mercados exportadores: Apulia y Sicilia; esta última isla era el típico gran mercado, una especie de Canadá o Argentina, tal vez más bien un Canadá del siglo XVI.

El caso de Sicilia merece, por ello, nuestro interés. Tiene, además, la ventaja de ser más claro que cualquier otro. Para los virreyes españoles, administrar, gobernar Sicilia, era, ante todo, ocuparse de la exportación del trigo. No hay una sola de sus cartas oficiales que no hable de las cosechas, de los precios, de las licencias de exportación, de las compras hechas por mediación de los negociantes extranjeros establecidos en Palermo, donde también vivían los señores sicilianos, enriquecidos por la gran producción triguera de la isla[257]. Este papel esencial de abastecedor correspondió a Sicilia en la cuenca occidental durante siglos, desde la Antigüedad, desde siempre y sin interrupción, aunque con sus altibajos. El contrato firmado por Génova en 1261 con el rey de Sicilia Manfredo, para la exportación de 10 000 salmas anuales (20 000 quintales), podría confundirse con un contrato del

siglo XVI, si la cifra fuese más elevada[258]. Todo el Occidente soñaba con el trigo de Sicilia, y más que nadie, la vecina costa berberisca. Cuenta León el Africano que los árabes daban a sus hijos en prenda para obtener trigo siciliano[259]. Tan pronto los cristianos recuperaron Trípoli, se preocuparon en Sicilia de los impuestos que debería pagar el trigo destinado a África: solo gozarían de exención las 2500 salmas destinadas a la fortaleza[260].

Desde la época de Fernando el Católico estaba establecida la lista de los *caricatori*, o sea los embarcaderos de grano de la isla: Solunto, Termini, Roccella, Catania, Bruca, Terranova, Licata, Girgenti, Siculiano, Mazzara, Castellammare.

[I-767]

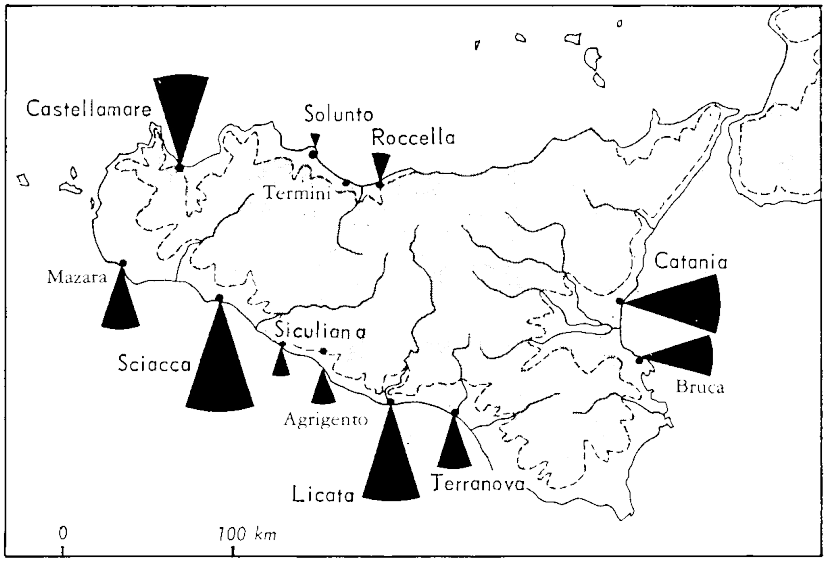


FIGURA 49. *Los* caricatori *sicilianos en 1532*.
Según L. Bianchini, *op. cit.*, I, p. 241.
Los puertos exportadores de trigo corresponden a las llanuras y colinas de la isla. Salvo Castellamare, no había ningún puerto exportador en la costa norte, estos se encontraban a lo largo de la costa sur. Sciacca detentaba el récord de exportaciones (40 000 *salme* exportadas, de un total de 260 000, es decir, 520 000 quintales actuales).

Un recuento de las exportaciones de 1532[261] revela la primacía del sur siciliano y de sus colinas terciarias. La exportación oficial, en ese año de 1532, ascendió a casi 260 000 salmas, o sea 520 000 quintales de trigo, cantidad cuatro veces superior a la que se requería para abastecer Génova, según un cálculo de 1577[262]. Génova importaba anualmente de 60 000 a 70 000 salmas de trigo siciliano[263]. Pero desde hacía siglos no había ciudad en el oeste mediterráneo donde no se comiera el excelente grano isleño.

Este viejo mercado de trigo estaba muy bien organizado. Comercialmente, se concentra en Palermo, que, aunque no participaba en los cargamentos ni en los transportes, era el lugar donde se trataba todo lo relacionado con el «*negozio frumentario*»[264], sin duda porque allí vivían los propietarios vendedores del grano, y, además, porque los agentes de los grandes mercados de Florencia y de Génova necesitaban estar cerca del virrey (quien residía tan pronto en Mesina como en Palermo), o, en todo caso cerca de sus oficinas y del *portolano*, funcionario que complicaba aún más el papeleo y las diligencias y gestiones necesarias para conseguir las *tratas*, las preciosas licencias de exportación. Licencias que, naturalmente, no eran gratuitas; su precio variaba según los baremos de una escala móvil, que Mario Siri[265] ha reconstruido en el siguiente cuadro, tomado de su libro.

ESCALA MOVIL SICILIANA PARA LA EXPORTACION

(Según Mario Siri)

Precio por salma	*Impuesto por salma*
18 a 22 tari	6 tari
22 a 26 »	10 »
22 a 30 »	12 »
Más de 30 tari	16 »

Estos gravámenes aumentaban considerablemente los precios del trigo siciliano. ¿Fue esta, acaso, una de las razones de que, hacia 1550[266], sobreviniera la fortuna del trigo del Levante, que era más barato, según Bianchini, historiador del XIX? ¿Se debió a ello la ruina de la flota siciliana de transporte de grano? ¿O bien, como parece más probable, coincidió esta ruina con el papel cada vez más importante que desempeñaban los pesados barcos de carga venecianos y ragusinos, especialmente capaces de transportar el trigo por millones de salmas? En 1573, los navíos que cargaban en Sicilia por cuenta de Venecia transportaron 4000, 4000, 4000, 2500, 2000, 1800, 1500,

1000 y 1000 salmas, respectivamente[267]. Había nacido una flota, especializada en el transporte de productos pesados, como trigo, sal y lana, y que venía a completar el equipo, curiosamente perfeccionado, hasta en los más nimios detalles, del mercado siciliano. Este último poseía también grandes almacenes en los *caricatori* (*elevadores*, diríamos hoy), que, además, funcionaban como almacenes de depósito, con certificados que se entregaban al depositante. Aún no se ha escrito la historia de la *cedola*, el recibo que se daba al propietario deseoso de no vender inmediatamente su trigo, y que, sin embargo, necesitaba obtener un adelanto en dinero. ¿A quién vendía *cedola* en caso de necesidad?

Todo tiene, como se ve, un curioso tinte moderno; pero, para juzgarlo, sería preciso conocer mejor esos almacenes, sus escrituras y documentos, y los proveedores de fondos o «capitalistas» que aceptaban las *cedole*, cosas todas que no aclara suficientemente el viejo libro de Bianchini[268]. También haría falta conocer mejor este sistema administrativo y capitalista que comprende tanto la producción como la comercialización del grano, sistema que deja ambos procesos en manos de quienes controlan los movimientos monetarios. Si bajan los precios del trigo, los campesinos (a quienes, cosa curiosa hoy, se designaba con el nombre de *borghesi*, es decir, personas del burgo) no podían pagar a sus acreedores y habían de vender sus bueyes e incluso irse de sus tierras. En efecto, los campesinos pedían dinero al comenzar el año para comprar las simientes, los animales que habían de tirar del arado, y, también, para probar fortuna roturando tierras nuevas. «Incluso los mismos señores y los caballeros [dice un informe español de comienzos del siglo XVII] piden dinero con las mismas intenciones, dispuestos a rembolsarlo en trigo, y si no lo pueden pagar, se les cargan intereses muy altos, en cuyo caso se apresuran a ir a ver al virrey y pedirle que se les conceda una atenuación de dichos intereses, y algunas veces obtienen lo pedido…»[269]. Esta es la situación, campesina y señorial, que impera en Castilla, en torno de Valladolid, a comienzos del siglo XVII[270]. Tenemos, además, la impresión de que, a la par, con el transcurrir del siglo XVI, este sistema caminaba hacia su destrucción. Extrañas especulaciones se urdían, en efecto, en torno de las cédulas o certificados de depósito. Se pusieron en circulación falsos documentos con la complicidad de los *magazinieri*: se vendía, de este modo, trigo inexistente, y en el momento de entregarlo, pretextábase averías y robos en los *caricatori*. Varios almacenes quebraron. En vano el gobierno trataba de restaurar la fe del público, amenazando con la pena de galeras a los contraventores, exigiendo registros locales, prohibiendo

las compras y ventas anticipadas de granos y los contratos usurarios, llamados *alla voce e secondo le mete*, o las apuestas sobre el precio de las mercancías[271]. El escándalo continuó, y ciertos propietarios preferían dejar que se pudriera su trigo en los fosos donde lo almacenaban antes que entregarlo a los especuladores y estafadores de los puertos. A menos que se tratara también de un modo de especular con un artículo que, en la propia Sicilia, comenzaba a escasear en el siglo XVI. La situación era tal que las autoridades locales, y hasta el propio gobierno, no vacilaban en incautarse del trigo de los *caricatori*[272].

En Apulia, donde había un floreciente comercio de exportación apoyado en los puertos de Manfredonia, Foggia y Trani, en dirección a Ragusa, Nápoles y Venecia, funcionaba un sistema muy similar: las *trate*, permisos de exportación que se debían exhibir en las aduanas, las vendía el fisco real por adelantado y sin demasiado control en cuanto a su número. Estas licencias se depreciaban pudiéndose adquirir, entonces, a precios muy bajos. Según decían los mercaderes, de este modo Venecia lograba economizar hasta 32 % en los pagos aduaneros[273].

Los granos del este

Pero occidente no podía sobrevivir recurriendo solo a sus propios cambios y, en particular, a mediados de siglo, las reservas occidentales hubieron de completarse con envíos del Levante, menos poblado este, aunque más rico en granos exportables, por lo general a menor precio. El oriente disponía de tres inmensos graneros: Egipto, las llanuras de Tesalia, Macedonia, Tracia y Bulgaria, y las Tierras Bajas de Rumania. El trigo rumano desapareció muy pronto de los circuitos mediterráneos, pues el enorme vientre de Constantinopla se tragaba todo su grano. Quedaban los mercados griego y búlgaro y la espaciosa alacena de Egipto. El cónsul Lorenzo Tiepolo estimó en 1554 que la Gran señoría sacaba de Egipto 600 000 *ribebe* de trigo, cebada y habas (sin mencionar el arroz)[274]. Estos 600 000 *ribebe* (sobre la base de 100 salmas sicilianas = 165 *ribebe*)[275] correspondían a 363 636 salmas, y a 720 000 quintales. Era un enorme bocado, mayor que el que se sacaba de Sicilia[276]. Gran parte de este abastecimiento iba a Constantinopla; otra parte se quedaba en el país, destinada a los soldados turcos, y se concentraba en La Meca; además, el trigo del sultán no era solamente el de Egipto, pues las cifras que proporcionaba Tiepolo (incluyendo los 1 200 000 ducados que este comercio representaba para el sultán) apenas si tienen el valor de una

indicación general. Él mismo añade que todo variaba según las crecientes del Nilo, las epidemias y lo que podía llamarse la coyuntura de los precios. El informe incluye dos precios de la *ribeba* de habas y tres de la de trigo[277].

En todo caso, el trigo turco se embarcaba hacia el Occidente lícitamente y con la autorización de la Gran señoría, desde Alejandría, Volo, Salónica, Valona, La Prevesa o Santa Maura. Nueve de cada diez documentos ragusinos o venecianos lo confirman. Y en Constantinopla se escucha continuamente el eco de las demandas occidentales; desde 1528, las de Toscana[278], y en 1563, las de Génova[279], rechazadas, como todas las demandas formuladas en 1580, incluyendo las de Francia[280]. Es verdad que el mercado oficial contaba poco junto al activo mercado negro, que no cesaba de evacuar hacia el oeste el gran turco, aun en periodos de prohibición. El centro de este mercado era el Archipiélago, algunas de cuyas islas, como Patmos[281], cultivaban un trigo excelente; por lo general, se encontraban aquí granos de contrabando, procedentes de tierra firme, principalmente de Grecia, y transportados en ligeros caramuzales, estas embarcaciones merodeadoras, sin las cuales nunca habrían podido saciar su hambre. Era a menudo difícil aprovechar los servicios de estos proveedores[282], y había que desembolsar fuertes cantidades; pero en los años de buenas cosechas, revendían grandes cantidades de granos. Así fue como en 1564 los cargamentos de los caramuzales comprados por los administradores venecianos de Candía proveyeron de más trigo que el que se necesitaba para la población de la isla; todo el excedente, una parte de él convertida en galletas, se transportó a Venecia[283].

Sin embargo, el comercio de granos en el Archipiélago era siempre peligroso y aleatorio, pues dependía de la cólera y de las exigencias del Sandjac, o de la brusca aparición de las galeras turcas, que solían merodear a lo largo de las escalas del trigo[284]. Para Venecia eran también un acontecimiento de importancia los nombramientos de «oficiales» turcos en el Archipiélago. En marzo de 1562, un tal Suil Pachá (no estoy muy seguro de la caligrafía) fue nombrado para el sandjacato de Mitilene por el favor del sultán y de Mehemet Pachá, y estaba dispuesto a hacer honor a su cargo; «tengo ciertos deseos de no hacerle el presente habitual», comentaba el *baile* veneciano Andrea Dandolo, «en razón de los daños que últimamente ha causado a Vuestra señoría; más, pensando que media poco camino de ese sandjacato a las escalas del trigo, donde los mejores granos valen actualmente 12 aspros el chilo, temo que se cobre por sí mismo…». Y el *baile* prefirió pagar[285]. Es curioso comprobar, que, en pleno siglo XVII, el Archipiélago

seguía siendo un mercado de trigo de contrabando con los mismos navíos griegos y merodeadores[286].

Equilibrios, crisis y vicisitudes

Esta introducción, más bien larga, nos permite abordar mejor el estudio de las vicisitudes por que pasó el comercio de granos del siglo XVI. Existe el peligro de dramatizar en exceso en un terreno donde los juicios de los contemporáneos solo muy raras veces son desapasionados. Sin embargo, podemos afirmar, en líneas generales, que el problema de la alimentación fue empeorando progresivamente a medida que el siglo avanzaba, y que la *situación campesina* se hizo cada vez más alarmante. La escasez aumentaba no en frecuencia —siempre había sido frecuente—, sino en intensidad. Las consecuencias eran tremendas. Seis *carestie* asolaron Nápoles entre 1560 y 1600: en 1560, 1565, 1570, 1584, 1585 y 1591. Las tres últimas fueron más graves que las tres primeras[287]. «No procede de que sean peores los años que entonces —escribió un buen conocedor de las realidades napolitanas hacia 1600—[288], sino de la multiplicación de la gente de que consta por las numeraciones, pues la del año 1545 cresció 95 641 fuegos; la de 1561 cresció 53 739 fuegos y esta presente se juzga crescera 100 000 y quando el grano es al justo, o con poca sobra del necessário, todos proveran de esconderlo». Desgraciadamente, el mal no limitaba su reino a la ciudad de Nápoles. En todas partes del Mediterráneo el hombre se había multiplicado excesivamente para los recursos de que disponía el mar. En consecuencia, resulta tentador hablar de *una* coyuntura mediterránea, de una crisis del trigo; pero eso sería simplificar, o, al menos, llegar a conclusiones con excesiva precipitación. En realidad, los únicos criterios de que disponemos para considerar la situación general son los concernientes al comercio internacional de los granos. Ocurrían importantes desplazamientos de granos, pero:

1. Como ya hemos visto, estos cambios solo se producen en el contexto de una determinada vía *minoritaria*[289].

2. Estudiada a fondo, la privilegiada historia del trigo específicamente comercializado nos revela por lo menos cuatro grandes crisis: la llegada desde el comienzo y a lo largo de todo el siglo XVI del trigo del norte a los puertos y ciudades de la costa atlántica de la península ibérica; el *boom* del trigo turco entre 1548 y 1564, testimonio, de hecho, de la crisis de la producción de granos italiana; la autosuficiencia italiana, milagro agrícola de las campiñas

de esa península, entre 1564 y 1590; finalmente, la llegada a Italia, de 1590 a 1600 y aun más tarde, de cargamentos de trigo del norte.

3. Debemos hacer notar que estas crisis conducen a soluciones o compromisos, incluso la última de ellas, de la cual no debemos interpretar mal ni la amplitud ni el carácter relativo.

Hablar, incluso, de crisis o de equilibrios es una forma de simplificar en exceso. Se produjo lo que los economistas llamarían una crisis marginal, cuyos equilibrios subyacentes —en profundidad— limitan la intensidad de catástrofes y tensiones. En plena crisis, el senado veneciano puede decir, y con razón, el 16 de junio de 1591: «la experiencia ha demostrado que la cosecha habitual de trigo y granos en nuestro Estado es algo inferior a la requerida para cubrir nuestras necesidades», *un poco men che bastevoli al bisogno*[290].

Creo, pues, que para empezar debemos estudiar estas cuatro crisis una a una, y —segunda precaución— no cargar nunca las tintas de un cuadro ya de por sí poco alegre. El drama de la importación del trigo, sea de lejos o de más lejos, nos da la medida del hambre de los hombres y —también— de la riqueza de los compradores.

Primeras crisis: el trigo del norte en Lisboa y Sevilla

Las evidencian la llegada de trigo del norte a Portugal y Andalucía. Portugal comenzó a importar muy pronto, ya a comienzos del siglo XVI; Andalucía, rica todavía en trigo propio, tardó mucho más en sentirse afectada, lo que ocurrió a partir de 1550, o, con mayor seguridad, a partir de 1570-1580. Nos encontramos en presencia, no de una crisis, sino de dos, la portuguesa y la española, análogas en sus procesos, y que dan, de antemano, el modelo evolutivo de la que más tarde padecerá Italia.

En Portugal la expansion marítima ha creado un curioso Estado moderno. Podríamos decir, exagerando un poco, que era una versión temprana de Inglaterra, centrada como esta en su capital, Lisboa, que, muy por encima de una miríada de pequeñas ciudades y villas grandes, las mantiene a todas —en particular después del advenimiento, en 1386, de la casa de Avis— en activa servidumbre. Un Portugal patriarcal, muy poco poblado, que produce los cereales necesarios para cubrir sus necesidades y aún le sobra para exportar a Inglaterra[291], un Portugal que consume sus propios vinos, va poco a poco cediendo el puesto a un Portugal cada vez menos seguro de su pan cotidiano. Los árboles frutales, la viña y el olivo comienzan a conquistar espacio.

Adivinamos que se hacen no pocos esfuerzos para aumentar la producción de cereales, como, por ejemplo, ocurre en el Alemtejo, donde se aclimatan nuevas especies de trigo. Esta necesidad de trigo, este *imperialismo*[292] del trigo, impulsa a los portugueses a hacerse con el control de los mercados de las anchas llanuras marroquíes, y a introducir, aunque sea por breve tiempo, el cultivo de los cereales en Madera, y a implantarlos más tarde con total éxito en las Azores. Pero la solución mejor consiste en comprar fuera el trigo, y abandonar una actividad doméstica que había demostrado ser muy poco provechosa.

Lisboa consumió muy pronto trigos extranjeros, importados durante largo tiempo de Andalucía y Castilla, y expedidos (aunque no siempre) desde Sicilia. Y a la altura del año 1546, Simão de Veiga, embajador del rey de Portugal en Roma, hace a Palermo[293] un viaje tan apresurado como inútil. Los portugueses, en relación desde mucho antes con Brujas y, más tarde, con Amberes, recurren también a Flandes, posiblemente desde el siglo XV; en todo caso están comprando allí, en 1509, trigo muy bueno, *o muito bom*, a 10 *pataques*, y el mejor, *o melhor*, a 11[294]. Estas compras continuarán a todo lo largo del siglo. Este trigo del norte, provenga del Báltico o de otros lugares, se transporta por lo general en minúsculas barcas de Bretaña que llegaban a Lisboa en grupos de varios cientos. Siendo pobrísimos, ¿cómo los marinos de Bretaña no iban a sentirse tentados por los pagos en oro que recibían en Portugal, y que podían llevarse lícitamente? «Llegan aquí a diario [escribe desde Lisboa, el 4 de septiembre de 1559, el embajador frances Jean Nicot] trayendo grandes cantidades de trigo y sin ningún permiso [del rey de Francia]. Yo estoy tratando de poner orden en la cuestión»[295]. Pero a decir verdad no tuvo mucho éxito en su intento. Pues, ¿no es Portugal, según sus propias palabras, «un país… portentosamente desprovisto de toda especie de cereal»? Y, casi un siglo más tarde, en 1633, encontramos noticia de un centenar de estas mismas barcas, secuestradas primero y luego liberadas por el gobierno portugués. Para sobrevivir, los marineros venderían las velas, el gobernalle, incluso la misma barca, y aun así, acabarían muriendo de hambre[296]. Este tráfico medio ilícito de las barcas bretonas hace pesar un yugo, *el qual es muy fuerte*[297], sobre la economía y la política portuguesas. Recurre a circuitos comerciales sin los cuales no sería posible este tráfico en apariencia tan espontáneo. En realidad, estos movimientos son posibles gracias a que los mercaderes de Bilbao, los de Burgos y Simón Ruiz en Medina del Campo los hacen posibles en este año de 1558[298].

Por esa fecha ya ha llegado a Castilla el trigo que transportan las barcas bretonas, lo que le resulta *harto dañoso* a la economía castellana[299]. Por Castilla debemos entender —aunque la cosa no sea exacta— los puertos de Vizcaya y Galicia. Estamos mal informados acerca de la primera llegada a Andalucía. Es, sin embargo, muy posible que Guion Soliman, un francés que, en agosto de 1557, vende el barco en el que había traído trigo a Cádiz, sea bretón[300]. En todo caso, a partir de aquellos años comenzaron a hacerse más frecuentes los viajes de las barcas bretonas, las cuales volvían a sus puertos de origen con *oro rojo* de Portugal, o plata de España, según hubieran sido sus escalas.

En la medida que la riqueza americana arriba a Sevilla se produce en Cádiz, Sevilla, Andalucía y en el sur de España, hasta Málaga y Alicante, un modelo evolutivo similar al portugués. Esta riqueza recientemente conseguida estimula a plantar viñas y olivares. Pero la evolución ocurre con mucha lentitud a causa de que la región es muy rica en trigo. Mientras Sevilla se ve a corto de este cereal, las ciudades vecinas, Puerto de Santa María, la riquísima Jerez de la Frontera y, en mayor grado, la más lejana Málaga, no conocen dificultad alguna a este respecto. Durante largo tiempo los proveedores de las armadas encontrarán fácil su tarea: les bastaba con pagar uno o dos reales más por fanega[301] para obtener cuanto trigo quisiesen. Los precios eran mucho más bajos que en Cataluña[302] y casi tan bajos como en Nápoles y Sicilia[303]. No era el grano lo que faltaba, sino los animales de carga para transportarlo. Le bastaba al gobierno con requisar los animales para que el precio del trigo quedase a merced de los funcionarios[304]. Así las cosas, todo marchó bien hasta mediados del siglo. Todavía a la altura de 1551, los Fugger obtienen licencia para exportar de Andalucía y del *partido* de Calatrava 36 000 fanegas, de las que 16 000 eran para Barcelona[305]. Dos años más tarde, en agosto de 1553, el conde de Tendilla[306] reclama la concesión (ayuda de costa) de una licencia de exportación de 4000 a 5000 *cahizes* de trigo desde Málaga. Pero, dada la plétora del mercado, se le podría haber concedido una cantidad mayor, «sin poner en ello más que tinta y papel», y se habría descargado a los campesinos del molesto excedente de sus cosechas. «Hemos tenido [escribe uno de los proveedores de Málaga[307] el 23 de noviembre de 1555] seis o siete años fértiles… Es de esperar que no lo sean tanto los venideros».

La situación no se deteriorará sino a partir de los años de la década de 1560[308]. En 1561, Sevilla protesta a grandes voces contra los genoveses, que controlan sus aduanas y la presionan para que pague los cereales (trigo y

cebada) que la ciudad ha importado en grandes cantidades de Francia, Flandes y las islas Canarias. ¿Quieren, acaso, que los pobres se mueran de hambre? No son estos, sin duda, los primeros cargamentos de trigo extranjero que llegan a Sevilla, pero todavía no se inicia con ellos el gran viraje; en 1564[309], por poner un ejemplo, se hacen planes para exportar trigo andaluz a Génova (aunque no se llevó a efecto, el proyecto llegó a un estadio muy avanzado). La transformación se debe haber producido en un determinado momento entre el 1561 y el 1569, año de vacas flacas. Andalucía, que tiene más aceite, vino y plata que pueda necesitar, comienza ahora, de modo habitual, a importar trigo extranjero. Lo más tarde hacia 1560[310] la transformación se ha completado. La harina andaluza resulta insuficiente para la fabricación del bizcocho que necesitan las flotas. Y todos los años, sean buenos o malos, la Corona de España se ha de procurar 100 000 fanegas de trigo del norte (55 000 quintales), cantidad que es demasiada y poca al mismo tiempo. En 1583, la penuria se extiende por toda España y trastorna su vida económica[311].

El problema reside en saber si este déficit (desde entonces, permanente) se puede o no considerar como una característica fundamental de la economía española y de su *coyuntura campesina*. Pedir respuesta a esta cuestión es pedir al historiador algo que está más allá de sus posibilidades reales, dado que no dispone siquiera, en lo referente a la múltiple realidad de las agriculturas de la Península (incluidas las portuguesas) de un esquema de conjunto comparable siquiera remotamente al libro de Marc Bloch sobre las características originales de la agricultura francesa[312] o a la reciente descripción de Emilio Sereni[313] de la Italia rural. Es muy pequeña la suma de nuestros conocimientos. La Península se ha caracterizado siempre por su extrema diversidad; posee múltiples regiones pobres y retrasadas. Durante la invasión de Navarra, en 1522, los soldados franceses mueren de hambre en esta región donde se come pan de mijo, y, de vuelta en Bayona, después de su derrota, mueren algunos de ellos a consecuencia de un hartazgo[314]. Y la Galicia de 1581 es una tierra desheredada donde se come un rústico pan de centeno que a un acomodado viajero veneciano le parece indigno de humanas bocas[315]. Pese a ello, hoy sabemos que en aquellos momentos se estaba produciendo un renacimiento general de la agricultura; las raíces de este renacer venían de muy lejos, y el impulso se siguió extendiendo a lo largo de la primera mitad del siglo. El incremento del número de pares de mulas, la relativa baratura de las bestias[316], la energía con la que estas tiran del ligero arado que se usa en las labores superficiales[317], el desbrozado y cultivo de

nuevas tierras, la extensión de olivares y viñedos (especialmente estos últimos, cuando el suelo y clima los permiten o toleran), la evidente disminución en múltiples espacios de la cría de corderos (incluso de los que producen lana de primera clase), son hechos que nos hablan claramente de la expansión y progreso de la agricultura. Investigaciones llevadas a cabo en las actas notariales en Valladolid[318] han sacado a la luz *censos* redactados con ocasión de compras de tierras. El capitalismo usurero de las ciudades y de las grandes villas resultó instrumental en esta coyuntura del renacimiento de la agricultura.

La expansión se efectuó en detrimento de los *montes blancos* o *albales*, montes despojados de sus árboles y destinados a cultivos, a plantaciones o a recintos provisionales donde encerrar animales. Del día de la Candelaria al día de San Juan, todo campesino que lo desee se puede apropiar de una porción de esta tierra de nadie (y lo que al principio se consideró provisional, acabó convertido en permanente) y plantar árboles en ella, incluso olivos o pies de viña, y hasta cerrar una parte de pastizal para sus animales. Incontables documentos nos ofrecen testimonio de este largo combate contra el vacío de tierras hostiles y pedregosas, y también una serie de palabras procedentes del pasado (*escaliar*, roturar; *artigar*, desbrozar; *presuras*, tomas de posesión; *baldíos*, tierras sin cultivar; *dehesas*, pastizales comunales; *ejidos*, bienes comunales y terrenos sin cultivar a las puertas de la ciudad, en los que todos los campesinos tienen derecho a trillar sus cosechas…), palabras procedentes, todas ellas, del bajo latín y que volvemos a encontrar con variantes en Cataluña, en Andalucía y en Castilla, su lugar de origen, y que nos introducen, al parecer, en un núcleo de problemas que son poco más o menos los mismos de todas las comunidades rurales de Occidente. Nos introducen, al parecer… Pero valdría la pena tratar de medir esta expansión y ver si se mantiene (pues en España el crecimiento demográfico alcanza su cota más elevada antes de que termine el siglo), tratar también de calibrar esa prosperidad de la comunidad campesina que tanto han exagerado los estudiosos. La tan cacareada *burguesía rural* solo fue un frágil fenómeno[319]. La crisis afectó a la zona rural apenas superada la primera mitad del siglo XVI. ¿Estaban agotadas las tierras? Una curiosa carta de Felipe II, con fecha del 12 de octubre de 1560 afirma exactamente lo contrario[320]. Lo que más abruma al campesino no es quizá el todavía pesado yugo del régimen feudal, sino el del régimen usurero; este le ha sido útil durante el *primer* siglo XVI, pero a partir de 1550 se vuelve contra él y comienza a expulsarlo de su propiedad: las horas tristes de semejante coyuntura llegarán muy pronto. En 1571, sobre

las tierras de los moriscos expulsados de Granada, 12 542 familias, reclutadas en Asturias, Galicia, Burgos y León, son instaladas en 400 pueblos que antes habían pertenecido a los moriscos. Veinte años más tarde, el informe oficial de 1593 nos revela el poco éxito de la operación: algunos campesinos han vendido su parte, otros han dejado la suya en manos de acreedores y emigrado Dios sabe adónde; solo unos pocos privilegiados han sacado provecho de estas desventuras y comprado los olivos de uno, la mitad de las tierras de otro y ahora son *villanos ricos*[321]. Los informes sobre los pueblos de Castilla la Nueva (1575-1580) han hecho que un historiador[322] que ha estudiado a fondo este extraordinario *dossier*, haya sacado la conclusión de que las sombras aumentan cada vez más en estos pueblos tan laboriosos: hay demasiada gente para trabajar unas tierras que ya no pueden crecer más, demasiados jornaleros (braceros) muy mal pagados, y comienza la emigración a las ciudades y a las Indias; los pueblos comienzan a declinar.

Resulta evidente que la totalidad de la economía española hace un viraje a la altura de los años 1580-1590,[323] y que la agricultura fue el primer sector que dio señales de ir por mal camino, sin que nosotros sepamos cómo ni por qué, ni cuándo exactamente resultó claro que se había entrado en la vía de la recesión. Sí nos resultan evidentes los participantes y los elementos del problema: los rebaños trashumantes, los ganados estabulantes, el cultivo regular de los regadíos, los huertos irrigados, con sus naranjos, sus morales y otros árboles frutales; los secanos, tierras no irrigadas donde se asientan las viñas, los olivares, las siembras (un año cada dos o tres, mitad de trigo y mitad de cebada), los barbechos, sembrados de habas. Pero es frecuente que los campesinos se arriesguen a sembrar de todo en los *montes*: «algunos años lábrase aqui algo» dice una antigua relación de 1492, refiriéndose a ciertas partes de Gibraltar[324]. Hacia finales del siglo XVI la batalla está perdida[325].

Y de ello no se puede culpar al trigo extranjero, que no es, en realidad, sino el síntoma precoz de un mal estado de salud. En Portugal, donde el mal tiene profundas raíces, los contemporáneos señalan extrañas consecuencias. El embajador español en Lisboa nota, el 1 de octubre de 1556: «el país está muy enfermo, y según se dice, en muchas de sus regiones mueren muchas personas a causa de las enfermedades que provocan los execrables alimentos que comían y siguen comiendo. Hay menos pan este año que el pasado, y todos se asustan cuando piensan en el futuro, a no ser que Dios ponga remedio. Aquí, en Lisboa, hay un poco de pan que se hace con el trigo que llegó por mar de Francia, pero se consume y desaparece en seguida…»[326].

Es un país podrido por dentro, un enorme peso muerto del que Felipe II se encontrará dueño y señor en 1580, cuando lo conquista. Tengamos particularmente presente la relación que existe entre subalimentación y enfermedades, porque no es casual. Las epidemias que van a castigar a España a finales del siglo —antes de que la regresión alcance otros lugares de Europa— encuentran su explicación en dicha relación. Se produjo la crisis de los equilibrios subyacentes.

El boom del trigo turco: 1548-1564

La crisis de la producción agrícola italiana estalla a mediados del siglo[327]. La Península conoce un periodo de malas cosechas, de evidentes penurias de abastecimiento de víveres de boca y de subida de precios. Las causas de estas dificultades no resultan claras: superpoblación, malas condiciones meteorológicas, disminución de las inversiones agrícolas, guerras en el extranjero: causas todas posibles, o para ser más exactos, causas que se suman y contribuyen a agravar más aún la situación cada vez que se produce *una carestía di formento et altri grani* que no perdona ni siquiera a una ciudad tan bien protegida como Venecia[328]. En cualquier caso, Italia ha encontrado muy pronto fácil remedio a sus dificultades, con frecuencia tan serias: basta con unos pocos pagos en plata y sus espaciosos barcos cerealeros, o los ragusinos, ponen rumbo a los puertos de Levante y el mercado turco.

El tráfico era lo suficientemente importante como para conducir a un aumento de los tonelajes medios, que suben ahora a unas 600 toneladas e incluso más. Es característico encontrar entre estos grandes navíos ciertas naves turcas especializadas en el largo viaje de Constantinopla a Alejandría de Egipto. Una de ellas, propiedad del gran visir Rustem Pachá, llegaba a Venecia, en diciembre de 1551, con una carga por cuenta de Zuan Priuli, y la señoría le exime del pago de derecho de anclaje[329]. Es evidente que durante estos años hubo una activa complicidad por parte de los grandes dignatarios turcos, poseedores de tierras y granos, ávidos de plata en contante. Turquía —especialmente al comienzo— se encuentra en la posición de quien suplica, como quien no sabe qué hacer con sus excedentes. Cuanto más reservados se muestren nuestros mercaderes —escribe el baile veneciano el 4 de septiembre de 1551— más fácil les será conseguir condiciones ventajosas, pues hay trigo en enormes cantidades, perteneciente tanto a los señores como al pueblo, y

que a causa de la guerra con el emperador, no encuentra otros compradores posibles que los venecianos y los ragusinos.

En ese mismo año de 1551, testigo de la victoriosa expedición de Sinan Pachá contra Trípoli, Venecia importa de esos puertos cerealeros entre 300 000 y 400 000 *staia* (de 240 000 a 320 000 hl o de 180 000 a 240 000 quintales). Si a esa suma se añaden los otros cargamentos, en especial los de las naves genovesas, acerca de las cuales no tenemos, por desgracia, informaciones precisas, nos encontraremos, posiblemente, con 500 000 quintales de trigo importados ese año de Turquía. Todos los puertos del Imperio turco han contribuido con su trigo, los de Egipto con cantidades pequeñas, los de Grecia en grandes cantidades, discretamente los del mar de Mármara, e incluso Varna, puerto del Mar Negro. Barcos de carga ragusinos que, en principio, van a Rodosto a cargar cueros o lanas, se detienen clandestinamente en Volo para cargar trigo. Todo esto permite hacer muy buenos negocios, en especial a unos cuantos mercaderes venecianos establecidos en Constantinopla y, a la cabeza de ellos a Antonio Priuli. Era tan grande la diferencia entre los precios de compra en Levante y los de venta en Italia —que puede ser el doble, el doble y medio, y hasta el triple— que los mercaderes están seguros de «no poder perder nunca».

Sin embargo, sea en Venecia, sea en Ragusa —y sin duda en otras partes —, ese comercio privilegiado, provisto por las ciudades italianas de adelantos en plata y de primas a los mercaderes, con precios de venta garantizados (prueba de que al comienzo se tropezó con grandes dificultades para reunir el dinero contante necesario para las compras) ocasiona no pocas veces sorpresas muy desagradables. En los puertos turcos sube muy pronto el precio de este trigo tan demandado; continúa siendo un buen negocio, pero es posible que atraiga ahora a menor número de compradores venecianos, puesto que el 24 de octubre de 1554, el senado exime a las naves extranjeras de pagar un derecho de anclaje superior al de las naves nacionales, a condición de que su cargamento consista únicamente en trigo[330]. Esta medida nos indica, en el mejor de los casos, que Venecia, pese a la amplitud de su flota, tropieza con dificultades cuando quiere asegurar los transportes de cereales procedentes de Levante.

Después de 1555 comienzan a producirse escaseces locales de trigo, unas veces en Egipto, otras en Constantinopla o en Siria. Los precios siguen subiendo: de 51-55 aspros el *chilo*, en 1550-1551, pasan a 63-65, en 1554-1555, y llegarán a 100 en 1557-1559.[331] Y en 1555 los turcos promulgan la primera interdicción de exportar; esto explica los frecuentes

ataques de las galeras turcas a los veleros occidentales en los alrededores de sus lugares de embarque habituales[332]. Inmediatamente aparece el contrabando, que pasa al ataque abriendo brecha en el cordón policial a la altura de La Canea, en la isla de Creta, donde se instala un activo comercio de contrabando, que cuenta con especialistas propios, tales como Tarabotto o Marchio di Poggio. Caicas y *caramusalis* llevan el trigo de contrabando a las grandes naves de los occidentales. Las monedas de oro y plata son capaces de resolver problemas que a primera vista parecían sin solución. La cosa llega al punto de que Piero de Medici puede escribir a Cosme I, el 14 de octubre de 1559, que «se ha enterado por una fuente digna de crédito que estos *Signori* [los venecianos] están a punto, gracias a sus manejos, de recibir como feudo Negroponto, de los turcos: se ofrecen a pagar un elevado tributo, tan alto que es muy dudoso que la isla pueda rendir tanto. Y lo hacen con el fin de tener grano bastante para sus necesidades, sin tener que pasar por Francia o por España»[333]. Decir esto después de Cateau-Cambrésis, en el momento que el turco lanza por segunda vez la prohibición de exportar —«disparo intimidatorio al aire» que no impide la prosecución de las actividades de contrabando—, es calumniar deliberadamente. En 1562, 1563 y 1564, los mercaderes venecianos, respaldados la mayoría de las veces por una señoría preocupada por los intereses comunes y por los de sus hombres de negocios, continúan viajando a Levante con fines comerciales, incluso «con peligro de sus propias vidas»[334].

Sin embargo, y por lo que parece, estas dificultades han aumentado a partir de 1561; se producen incidentes: capturas de barcos cargados o todavía vacíos, y regresos sin carga. En 1564, la señoría envía a Stefano Tarabotto a La Canea para organizar los tráficos clandestinos, pero no se llega a grandes resultados. Las galeras venecianas, a falta de algo mejor, se apoderan de barcos de carga ragusinos (diciembre de 1563, marzo de 1565, enero de 1566). Seis capturas de las que estamos informados representan un total ligeramente inferior a las 37 000 *staia*, es decir, alrededor de 22 000 quintales en un periodo de tiempo superior a los dos años[335]. Pero estos botines carecen de la envergadura suficiente para resolver una situación comprometida. El *boom* del trigo turco había tenido una vida muy breve.

Si Italia se ve obligada, a partir de ese momento, a buscar en otra parte su pan cotidiano, se debe a que en Turquía han comenzado los años difíciles. Un historiador ha clasificado ciertos periodos como catastróficos: de 1564 a 1568, de 1572 a 1581, y de 1585 a 1590; esto no significa que los periodos intermedios hayan sido de abundancia. Todos los males se dan cita en la

enorme Estambul: penurias, subidas de precios, carestías espectaculares y, para redondear, la peste. «Entre 1561 y 1598 se cuentan, según la correspondencia del baile veneciano, 94 meses de peste (es decir, un total de casi ocho años), y es probable que la cifra sea inferior a la real»[336]. Estos testimonios son importantes, pero pueden, a veces, ocultarnos lo esencial de la situación real. Como consecuencia de sus victorias militares, que le han puesto en estrecho contacto con el resto del mundo (Siria, 1516; Egipto, 1517; Rodas, 1522; Belgrado, 1540; Hungría, 1541), y como consecuencia, también, de ese *boom* del trigo que duró un cierto número de años, un país, anteriormente retrasado, cuyas estructuras sociales, casi *carolingias*, se apoyan sobre un sistema de propiedad vitalicia (una especie de *beneficia*), se ve lanzado dentro de la órbita de una poderosa economía monetaria, lo suficientemente fuerte en ese momento como para hacer saltar los antiguos modelos, pero demasiado débil, a su vez, para crear estructuras verdaderamente modernas. Esta economía monetaria, con sus devaluaciones, sus alzas de precios, sus acumulaciones arbitrarias, y que se permite el lujo de la importación, se superpone a una economía arcaica, estableciendo en el interior de ella islas e islotes aberrantes.

La crisis del trigo combinada con la crisis monetaria es, en larga medida, responsable de haber estimulado el desarrollo de la propiedad por herencia, es decir, de la transición del *beneficium* al feudo, el paso —como diríamos en Occidente— de una propiedad precaria dependiente de la buena voluntad del Estado a una propiedad total, como la que existía en los Estados contemporáneos de Hungría y Polonia. Los historiadores, al considerar Occidente entre los siglos XVI y XVII, hablan de una refeudalización, palabra ambigua que, por otra parte, es la mejor de que podemos echar mano; pues bien, algo muy semejante está sucediendo en Turquía, aunque no sabremos cómo designar ese *algo* hasta que no conozcamos los resultados de estudios todavía por hacer. El primero en abrir brecha en este aspecto es el libro de Busch-Zantner[337]. El autor describe en él (aunque solo para el periodo comprendido entre los ultimísimos años del siglo XVI y los primeros del XVII) lo que fueron los *tschiftliks*, propiedades creadas —piensa— a la par con el ímpetu de las bonificaciones de tierras y particularmente en las regiones productoras de cereales. Ömer Lutfi Barkan y sus alumnos han podido comprobar, a lo largo del inmenso trabajo de investigación que han emprendido, ese crecimiento de la propiedad moderna en provecho de esos sultanes y esos pachás que, como ya dijimos, se estaban beneficiando del *boom* cerealero; salvo excepciones que confirman la regla, se han reservado

para sí la venta del trigo a los compradores de Occidente, prohibiendo al *pueblo* el derecho a este tráfico. Es fácil suponer que esta transformación tuvo amplias consecuencias. Turquía conoce entonces lo que Europa occidental conoció cuando sonó la hora de la *evolución* de los precios y la revolución agrícola: un crecimiento demográfico.

Estas implicaciones son tan importantes para una historia comparativa que no nos atrevemos a llegar a una conclusión general aplicable al Mediterráneo como un todo, antes de que los problemas específicamente turcos no hayan sido concienzudamente estudiados. Hasta entonces, continuaremos sabiendo poco y mal acerca de las razones que ocasionaron la apertura, primero, y el cierre, más tarde, de los mercados turcos de cara a Occidente. Es evidente que hubo un crecimiento de población, y que las guerras a lo largo de sus fronteras hacen que los ejércitos, lo mismo que las ciudades, devoren los excedentes de cereal[338]; hubo también agitaciones económicas y sociales. Los estudios todavía por hacer serán los que decidan. Pero es evidente que a partir de 1560 comienzan a iniciarse los grandes cambios[339].

Comer pan propio: la situación en Italia entre 1564 y 1590 [I-786]

«Virtualmente evidente a la altura de 1560 y definitiva en 1570, la prohibición de los puertos de Levante deja a Italia abandonada a sus propios recursos y condenada a nutrir una población en aumento»[340]. Ahora bien: pese a los ejemplos dramáticos y dramatizados registrados entre 1564 y 1590, Italia ha sido capaz de sobrevivir; Italia, o mejor dicho, una cierta Italia: la de las grandes ciudades parásitas —Roma, Génova, Florencia y Venecia—, que siendo las únicas amenazadas, o, diríamos mejor, las más amenazadas, han logrado superar la prueba. Hay tres posibles explicaciones:

1. Esta Italia ha dispuesto de los excedentes de otra Italia todavía pródiga: Sicilia, Apulia, la Romañola, las Romanas, los Abruzos, Córcega[341] y —alguna que otra vez— Cerdeña. Es la Italia arcaica, todavía no explotada bien por los mercaderes. Los casos de Génova, Roma y Venecia prueban la exactitud de esta explicación. Venecia podía recurrir a pequeñas soluciones suplementarias: la posibilidad de adquirir trigo de Baviera; las compras en los puertos turcos del Adriático; la pequeña, pero providencial, contribución de Albania, providencial pese a la exigüidad del mercado y la calidad inferior de un trigo, al que se le reprocha su sabor azucarado: en Albania, los compradores pueden hacer sin dificultad alguna de sus adquisiciones; la

nobleza local representa un papel similar al de los terratenientes polacos, y, puesto que la economía monetaria solo muy débilmente ha hecho irrupción en la región, los precios se mantienen estables: una característica clásica del cambio colonial.

2. Se usan, en mayor grado que antaño, cereales diferentes del trigo. Esta afirmación revestiría la mayor importancia, si fuésemos capaces de documentarla, pero es difícil dar con evidencias precisas. En la historia descriptiva se mencionan con frecuencia cereales funcionando como sustitutivos del trigo: por ejemplo, en Venecia, en julio de 1604, en vísperas de la nueva cosecha, hay almacenado en los depósitos de la ciudad tanto mijo como trigo[342]. Alimento de pobres, lo mismo que la carne importada de Hungría y que venía por propio pie, las legumbres secas, habas, guisantes, lentejas, o el centeno, ese cereal, auténtico paño de muchas lágrimas a lo largo de siglos. Por otra parte, dado que el mijo se conserva mejor que el trigo (con frecuencia más de 10 años)[343], es el cereal por excelencia de los depósitos militares, en tierra firme, en Dalmacia o en Levante. Y ha sido cultivado a lo largo de centurias en el norte de Italia. En 1372[344], durante la dramática guerra de Chioggia, Venecia, duramente acosada por Génova, se salva gracias a las 10 000 *staia* de mijo almacenadas en sus depósitos. En el siglo XVI, más que un cereal sustitutivo, el mijo es el único pan de los pobres. Durante el invierno de 1564-1565, en Vicenza, ciudad muy vecina a Venecia, no habiéndose recogido aquel año cosecha alguna de trigo, «casi toda su población vive gracias al mijo»[345]. En Venecia durante la carestía que se inicia en octubre de 1569 y que durará hasta la cosecha, por fortuna abundante, de 1570, el *Fondego* de las Harinas, en San Marcos, y el del Rialto distribuyen a diario harina procedente de las reservas municipales. Los tickets de racionamiento prevén dos panes al día por cabeza, *mezo fermento, mezo miglio*[346]. Veinte años más tarde, también en Venecia, el trigo, inmediatamente después de la cosecha de 1589, sube rápidamente a cinco, seis y siete ducados. Se autoriza a los panaderos a hacer pan de arroz, a razón de tres partes de trigo por una de arroz. Pero «muy pronto se renunció a esta solución, porque este pan demasiado sabroso aguzaba el apetito». Con la intención de salvaguardar los auténticos intereses de los necesitados, la señoría da la orden de cocer pan de mijo y venderlo a los pobres: era pésimo…[347]. En 1590-1591 la situación se hace aún más tensa y en 1592 habrá que traer trigo de Levante, Inglaterra y Baviera para poder salvar la emergencia. Y sin embargo, la emergencia había sido menos aguda aquel año, puesto que, ya de principio, la señoría, aleccionada por la experiencia de años

anteriores, ha permitido a los panaderos hacer pan con no importa cuál cereal, «mijo, centeno y otras mezclas, sin ninguna limitación en los pesos… de modo que se vendían por la ciudad panes hechos con las más diversas clases de mezclas y de las más variadas dimensiones, pues cada panadero se esforzaba en hacerlos buenos y grandes para así poder venderlos mejor»[348].

[I-788]

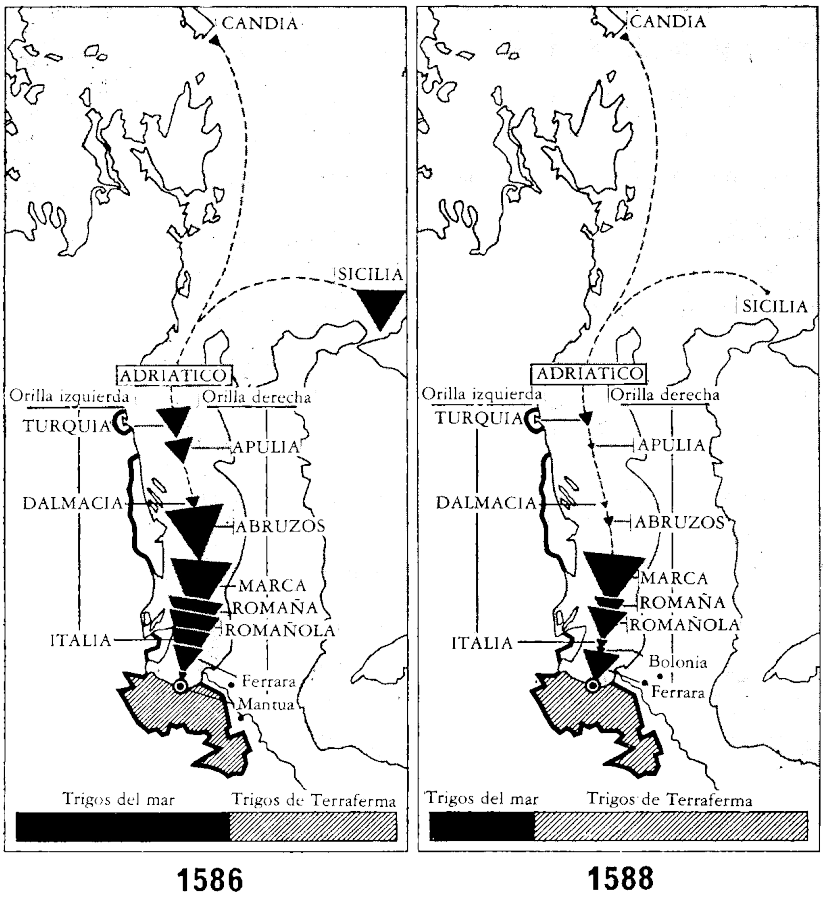


FIGURA 50. *Venecia: trigo del mar y trigo de* Terraferma.
Según Museo Correr, 217. Venecia siempre se ha alimentado a un tiempo de su propio trigo y de trigo traído por mar. A finales del siglo XVI cesa el segundo de ser prioritario (por ejemplo en 1588). No hay duda de que este esfuerzo en la producción cerealera del territorio continental, esfuerzo que continuará durante el siglo XVII, es uno de los rasgos esenciales de la economía veneciana. Es de destacar también la importancia, entre los trigos venidos por el mar, del trigo italiano procedente de los Abruzos y de las regiones al norte de estos. Disminuye progresivamente el papel representado por el trigo procedente de Nápoles y Sicilia. Por esas fechas ya no se trae consigo de Levante ni del Mediterráneo occidental. (La Romañola es el norte de Romaña, más exactamente la *Romagna estense*, el territorio de Lugo y Bagnacavallo).

De modo que los cereales secundarios se consumían en Venecia cuando llegaban las vacas flacas. ¿Será demasiado atrevido suponer que entre los pobres existía un mercado más o menos permanente de ellos? *Suponer* que este mercado estaba en alza ayudaría a reconciliar algunas cifras que nos han llegado concernientes a los abastecimientos venecianos, y que aunque contradictorias en apariencia, tienen muchas posibilidades de ser correctas. Marino Sanudo es la fuente de la primera de ellas: de octubre de 1511 a finales de agosto de 1512, es decir, durante once meses, Venecia ha metido en sus almacenes de grano más de un millón de *staia* de trigo (exactamente 1 080 721); si se suma la media mensual de estos once meses hasta hacer un año completo, la cifra ronda los 1 200 000 *staia*. En total, casi 700 000 quintales, *che è sta un grandissimo numero*[1]. Pero documentos que hablan de los años 1548, 1552, 1555 y 1556 dan la cifra anual, años buenos con años malos, de 656 970 *staia* de harina (lo que en trigo daría una cifra mucho más elevada) y, en 1604, el consumo de la ciudad fue, según parece, de 515 257 *staia* de trigo[2]. Como la población no ha disminuido durante ese tiempo, sino al contrario, ha crecido, solo caben dos explicaciones posibles: o disminución relativa del consumo de pan, o disminución de la alícuota del trigo en los cereales panificables. Por mi parte me inclino por esta segunda explicación.

3. Y, finalmente, la explicación de conjunto más importante: Italia se salvó porque incrementó su propia producción. Se trata de un fenómeno a largo término, que posiblemente se inició en una fecha tan temprana como la de 1450. Este incremento fue resultado de métodos que ya hemos estudiado: cultivo de las colinas, conquista de las pendientes montañosas, saneamiento de toda especie de llanuras, división neta entre campos de cultivo y pastizales, desplazando cada vez más aquellos a estos y a los ganados que mantienen, en la medida que cada vez hace falta mayor espacio para los hombres. Esta necesidad entraña la destrucción de los árboles, de los animales salvajes y la reducción de los rebaños domésticos. Era un viejo proceso: en Lombardía las roturaciones del siglo XIII habían extendido los campos de trigo y, a la vez, causado la disminución del número de corderos. Franco Borlandi[3] tiene razón cuando considera esta como una de las causas de la crisis de la lana y del éxito de los fustanes —mezcla de lana y algodón—: se trata de uno de los primeros sucedáneos.

[I-790]

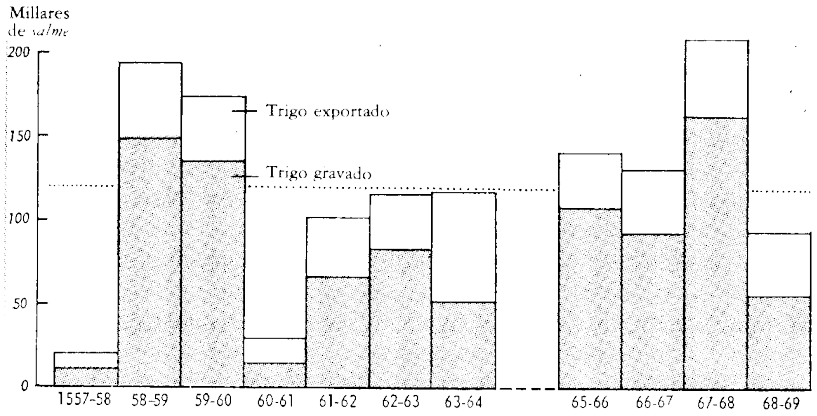


FIGURA 51. *Las exportaciones sicilianas*.
Según documentos en los archivos, Simancas. En gris, el trigo exportado que ha pagado las *tratte*; en blanco el que no las ha pagado. La media de estas cifras (indicada por la línea de puntos) es de unas 120 000 *salme*. Las variaciones se deben más a las diferencias de las cosechas que a las oscilaciones de la demanda. Cada tres o cuatro años Sicilia sufre una mala cosecha. Las exportaciones se mantendrán al mismo nivel durante el siglo XVII, y con las mismas fluctuaciones periódicas.

En el curso de este movimiento hacia delante[4], el paisaje agrario se transforma. Las colinas, que la Antigüedad había dejado en manos de la Naturaleza y que solo había usado como terreno de pastos, se convierten durante la explosión rural de la época medieval en series de terrazas sucesivas, cubiertas de árboles y viñas, cuyas hojas servirán de forraje a los ganados. La conquista prosigue en el siglo XVI, extendiéndose en altitud. Ya hemos citado antes el comentario de Francesco Guicciardini a propósito de una Italia cultivada hasta las cumbres de sus montañas[5]. En 1580, Michel de Montaigne se maravilla al considerar el espectáculo que aparece ante sus ojos, en los baños de Luca: «montañas… todas muy bien cultivadas y verdes hasta la cima, pobladas de castaños y olivos, y otras de viñas que esas personas plantan en torno de las montañas, en forma de anillos o terrazas. El borde externo de la terraza —un poco levantado— está ocupado por la viña, y en la depresión interior crece el trigo…»[6]. Pero los italianos han extendido también a las llanuras bajas y pantanosas sus esfuerzos metódicos encaminados a mejorar la agricultura.

Era un proceso que cada vez requería más hombres y más dinero, y que ha conducido a notables inversiones por parte de las ciudades. Los terratenientes urbanos, de nobleza recién estrenada, han encontrado en la tierra ocasión de hacer fructificar su dinero, o de ponerlo al abrigo de sorpresas. Al obrar así han tropezado con un problema esencial: disciplinar y utilizar las masas campesinas, obtener lo que en lenguaje actual llamaríamos la *plusvalía* de su trabajo. Por desgracia, estamos muy mal informados acerca de este movimiento multiforme. En su explicación general —de la que nosotros hemos tomado mucho—, Ruggiero Romano[7] sostiene que las inversiones en tierras en el siglo XV y comienzos del XVI produjeron beneficios muy elevados. Se trata, en los primeros momentos, de pequeñas inversiones que producen muy altos rendimientos, es decir, nos encontramos con un modelo muy similar al de los comienzos del gran capitalismo mercantil de Lisboa, después del regreso de Vasco de Gama[8]. Eran los días dichosos de la juventud del capitalismo territorial, contemporáneo de un primer capitalismo mercantil que alcanza su auge máximo en la época de los Welser y los Fugger. Más tarde se deteriora esta situación.

Lo dicho es, naturalmente, hipotético. En el caso de Venecia (pero es muy posible que Venecia, donde la evidencia es más manifiesta que en otras partes, se haya quedado a la zaga del resto de Italia) las grandes inversiones en el área de los *beni inculti*, especialmente tierras bajas y pantanosas, no comienzan, si nuestros documentos no nos engañan, antes de 1550… Solo

entonces las tensiones sociales entre campesinos y terratenientes comienzan a manifestarse. A los crímenes políticos, obra de los de arriba, suceden los crímenes agrarios, obra de los de abajo. Antes de que el siglo llegue a su fin, estas tensiones degeneran en revolución social larvada pues eso es en realidad, la auténtica naturaleza del bandidismo (volveremos sobre el problema más adelante)[9], cuya crónica va progresivamente aumentando sus proporciones a medida que el siglo se encamina a su fin. Llegados a este punto, uno tiene la impresión de que la gran fortuna de Venecia se está separando de la aventura comercial y se compromete, para bien o para mal, en los préstamos usureros de los cambios de Besançon y aún en mayor grado en el campo y sus costosas bonificaciones. Con esto caminaba hacia su fin un ciclo clásico del precapitalismo.

Todo lo dicho, probable pero no probado, nos sirve como fondo provisional sobre el que pintar la historia del trigo italiano, pues nos da una cierta perspectiva del problema y nos sugiere posibles líneas de prolongación. Por desgracia, nuestra información nos abandona en los momentos cruciales. El momento crucial de la coyuntura económica campesina se produjo, sin duda, pasado 1550, y con mayor probabilidad no antes de 1600. Y la situación de los propietarios de tierras era muy diferente. Triunfaban porque los campesinos perdían: todo ocurría un poco como en Castilla. Resulta, sin embargo, fuera de toda duda, que los amplios y múltiples esfuerzos de los campesinos italianos y la codicia de los propietarios han permitido, pese a múltiples sobresaltos, el equilibrio, real o aparente, de las reservas de trigo durante los años 1564-1590.

La última vicisitud: las importaciones de trigo del norte a partir de 1590

De antemano, y durante largo tiempo, todos esos problemas del abastecimiento mediterráneo han ido preparando el camino a las importaciones masivas de trigo del norte, que los veleros holandeses, hanseáticos e ingleses transportan del Báltico al Mediterráneo a partir de 1590. Pero este trigo no era el primero que venía del norte. Además de la península ibérica, Génova estaba importando grano desde mediados del siglo XV[10]. En 1527, Venecia recibía grano traído de Flandes o Inglaterra[11]. Y según parece, lo mismo hicieron los Strozzi hacia 1530 para abastecer Roma[12]. En octubre de 1539, un corresponsal de los Gonzaga en Amberes señala la salida hacia Italia (Génova, Florencia, Lucca) de 16 *nave grosse*

cargadas de trigo, que él predice se va a estropear[13], Es probable que ya desde la década de 1540, Cosme de Médicis haya importado trigo de Flandes, y que en 1575 Toscana haya tratado —por lo menos— de comprar trigo bretón[14]. Por cada cargamento de que tenemos noticia hay, sin duda, otros 10 o 20 de los que no ha quedado testimonio escrito.

Pero el movimiento no ha crecido en amplitud hasta que no ha habido toda una serie de malas cosechas que han castigado Italia, en particular a partir de 1586[15], y que han producido efectos acumulativos. La situación era desesperada a la altura de 1590: el gran duque de Toscana fue el primer imperante italiano que despachó agentes a Danzig[16], y Venecia hizo lo mismo en cuanto llegó el invierno[17]. Existen datos *indudables* de la llegada, a partir de 1590-1591, de barcos a Liorna[18] y a Génova[19]. En 1591, el secretario veneciano Ottobon envía cinco desde Danzig. En junio del mismo año, «llueve tanto [escribe un mercader de Florencia] que se teme que la cosecha será tan mala como la del año pasado: el trigo, por lo menos el de las llanuras, ha quedado tumbado, y hay tanta humedad que, en lugar de madurar, se pudre»[20]. Notemos, una vez más, la parte de responsabilidad que le corresponde a la circunstancia meteorológica. En septiembre, este mismo mercader escribe categóricamente: «estamos teniendo un año difícil a causa de la falta de trigo; el remedio mejor y más seguro lo esperamos de Hamburgo y Danzig»[21].

De este modo se inician los viajes de los barcos trigueros del norte. Los cargamentos realmente importantes no comienzan a llegar antes del invierno de 1592-1593. Los registros portuarios de Liorna indican, en 1593, una importación de casi 16 000 toneladas de trigo y centeno del norte[22], casi la mitad de las cuales había venido por cuenta del gran duque y el resto por la de los mercaderes, los Buonvisi de Lucca, los Lucchini de Bolonia, los Vernagalli, Buonacorsi, Biachorali, Biachinelli, Capponi, Lanfranchi, Berzighelli, Orlandini, Mendes, Ximenes, Ricasoli, Melinchi, Bardi, Guardi, Taddi y Massei…, de Florencia. Si fuera necesario, esta enumeración, sacada de los registros portuarios[23] (con algunas posibles faltas de ortografía) confirmaría la dispersión del comercio de granos. De 1590 a 1594, la demanda liornesa llegó a ser tan importante que los pagos a Inglaterra, Danzig y Holanda ascendieron a más de dos millones de escudos[24]. En 1596, continuando activa la demanda, el gran duque envía otro representante más a Polonia y Danzig y trata de hacerse con el control de todas las compras en el norte[25]. Así se instauraba un inmenso tráfico, del que el gran duque fue haciéndose el amo, poco a poco, gracias a los enormes recursos económicos

de que disponía. Liorna debió su evidente prosperidad a este aflujo del grano; como puerto tenía muchas ventajas sobre los demás de Italia: se encontraba a solo una semana de distancia de Gibraltar, decían los marinos de Danzig, y estaba en la misma línea del viento que les permitía atravesar el estrecho; allí podían cargar ellos alumbre, en el viaje de vuelta, y una o dos semanas más tarde, sal en España. Ir a Venecia era harina de otro costal.

Pero el viaje a Liorna, emprendido por flotas enteras, no estaba exento de peligros, ni de obstáculos, ni tampoco de tentaciones. Bajar por el canal de la Mancha o contornear las islas británicas por Escocia podía significar un encuentro con los ingleses, quienes les consentirían o no pasar, o un encuentro con el mal tiempo; en los puertos españoles existía el riesgo de embargo; en el Mediterráneo pululaban los piratas berberiscos. Además, era muy tentador, en Lisboa, Cádiz o Sevilla, a poco que el trigo presentase síntomas de deterioro, y cuando lo consentían las autoridades consulares competentes, descargar y vender el grano, y volver a casa lo antes posible. Finalmente, era la plata, la mitad del precio pagado de antemano, lo que hacía que Liorna y las otras ciudades italianas pudiesen contar con las pobres ciudades del norte. Bien entendido que la Toscana y las regiones vecinas no fueron las únicas necesitadas de este nuevo beneficio. Muy pronto toda Italia se había acostumbrado a ello, y según las necesidades y los puertos, también todo el Mediterráneo occidental, incluida África del Norte.

Este comercio, nacido de la necesidad, se reveló pronto como una actividad muy provechosa. Simón Ruiz, el mercader de Medina del Campo, se mostraba muy escéptico al comienzo: «Deploro —escribía el 24 de abril de 1591, a su agente en Florencia— la falta de pan que hay en Italia. ¡Quiera Dios poner remedio a semejante situación! El trigo que se trae de Flandes y de Danzig no puede, creo yo, llegar en buen estado, dado que ya en Sevilla se encuentra en malas condiciones. ¡Cómo estará al llegar a Italia! No me parece que, por lo general, sea un buen negocio transportar el trigo por mar. Hablo por experiencia, que he pagado bastante cara. Si alguien se beneficia de ello —caso de que se beneficien— son los marineros que viajan en los mismos barcos que el trigo. He visto a bastantes hombres perder mucho dinero en semejantes negocios»[26]. Es evidente que Simón Ruiz habla por experiencia propia, puesto que, de joven, había participado en el abastecimiento de trigo a Lisboa. Pero en esta ocasión se equivoca. De los cinco barcos que Ottobon envía a Venecia, solo tres llegan a su destino[27], el cuarto ha tenido que descargar en Lisboa y el quinto se ha perdido. Y, sin embargo, desde el punto de vista comercial, la operación se ha cerrado con un ligero beneficio. En los

grandes contratos, los Ximenes —y en particular Fernando Ximenes de Amberes, quien asegura que sus socios, los Veiga y los Andrade, se limitan a los contratos negociados por el gran duque de Toscana— pueden obtener, en los primeros tiempos, beneficios que llegan a 300 %[28]. Es que el transporte de granos del norte no es solamente una cuestión de barcos, fletes y compras de trigo, sino también de enormes transferencias de fondos sobre Amberes (al principio) y otras plazas del norte, que ya hemos señalado en relación con el viaje de Marco Ottobon, y que testimonian las copias de las letras de cambio realizadas por la *Abbondanza* de Génova. Todas estas operaciones brindan la posibilidad de obtener beneficios[29].

Pero la crisis iniciada en 1590 no duró indefinidamente. Se tiene la impresión de que, a medida que se penetra en el nuevo siglo, se atenúa, y que Italia y el Mediterráneo, que han recurrido al trigo del norte en el momento de emergencia, vuelven a ser autosuficientes: a partir del año 1600, el maíz les será de preciosa ayuda[30]. Sin embargo, el problema sigue sin resolver. El asunto del trigo del norte requiere nuevos estudios. Habría que seguirle el rastro a la historia hasta muy entrado el siglo XVII y trazar la totalidad de su curva, que yo *imagino* declinante quizá a partir de 1607-1608; solo así se podría situar dentro de un contexto histórico, lo cual vamos a hacer en cierta medida, a continuación, pues el trigo no es la única importación que se ha hecho venir del norte.

Sicilia continúa siendo el granero del Mediterráneo

No es el trigo del norte en sí lo que debe retener nuestra atención, sino el Mediterráneo mismo: su estructura y su centro vital —Italia— y no la coyuntura, que es episódica. En la primera edición de este libro[31] yo estaba persuadido, tanto por la evidencia documental como por las afirmaciones de los historiadores, de que este episodio era nada menos que un síntoma de la decadencia del Mediterráneo, pero ahora me parece que esta decadencia —y en especial, en Italia— ha comenzado mucho más tarde. Las grandes crisis económicas no comienzan hasta 1620-1621 y la gran crisis biológica no antes de 1630[32].

Cuando escribí la primera edición del presente libro, el argumento decisivo había sido, a mi modo de ver, lo que denominé la deficiencia del trigo siciliano. En aquellos momentos contaba con todas las razones necesarias para pensar así. Ahora bien, el trigo siciliano no faltó en el Mediterráneo.

Dos series de argumentos me habían hecho pensar su posible falta. En primer lugar las malas cosechas y las carestías que sufre Sicilia después de 1590. Hay evidencia incontrovertible de que, a la altura de 1591, en la isla se pasaba hambre. Los precios se disparan a alturas increíbles, y el trigo se vende a 78 *tari* 10 en Palermo; por todas partes *si trovanno le persone morte nelle strade per la fame*. Este era el resultado, según los contemporáneos tanto de los desconsiderados impuestos como de las malas cosechas. La *salma* llegó a valer 40 escudos, precio al que, en memoria humana, nunca había llegado. Había ricos que vendían el trigo a precio de oro —a precio de sangre, como se dijo por entonces—. Palermo y Mesina, que han vendido trigo a precios por debajo del curso de la inflación, se endeudan muy seriamente, Mesina, por una cantidad que pasa de los 100 000 ducados[33]. La situación no mejorará hasta 1595.

He ahí una razón que incitaba a dramatizar. Pero, en un determinado punto de mis investigaciones, encontré un artículo de Hans Hochholzer, combinando, según es su costumbre, historia y geografía y consagrado a Sicilia[34]. En dicho estudio ofrecía material que arrojaba luz sobre la cuestión: una estadística retrospectiva encontrada en los archivos de Viena y con fecha de 1724, es decir, de cuando la isla había sido, por breve tiempo, posesión de Austria. Concierne a las entradas de trigo en Mesina: el movimiento, iniciado en 1592, culminaba en 1640, y declinaba, después, para llegar a su casi desaparición, en 1724. El documento resolvía el problema: Sicilia importaba cereales regularmente desde finales del siglo XVI; eso significaba que había cesado de ser el granero del Mediterráneo occidental. Pero los documentos sicilianos —y de ello he tenido la prueba gracias a la publicación, en 1951, del Catálogo de Simancas consagrado a la serie *Sicilia* — indican lo contrario. Un estudio de los documentos[35] relativos al siglo XVI nos da resultados categóricos: Sicilia continuaba exportando trigo en el siglo XVII. Solo quedaba una solución posible: encontrar y examinar con detalle, el documento clave de Viena[36]. Su fotocopia me ha deparado una amarga sorpresa. La interpretación de esta lista de cifras se apoya en una casi increíble cantidad de errores garrafales: la palabra *introyte*, que significa ingresos, entradas de dinero —y en este caso, derechos de aduana—, se ha interpretado como designando la entrada de mercancías; mientras que la palabra *grani* (que en este contexto significa una subdivisión monetaria del *taro*) ha sido traducida como significando cereales; de modo que se dedujo que estaba entrando trigo en Sicilia, cuando en realidad el documento se está

refiriendo a *exportaciones* de *sedas*, crudas o blanqueadas, como muy bien lo especifica el facsímil, ya en sus primeras líneas.

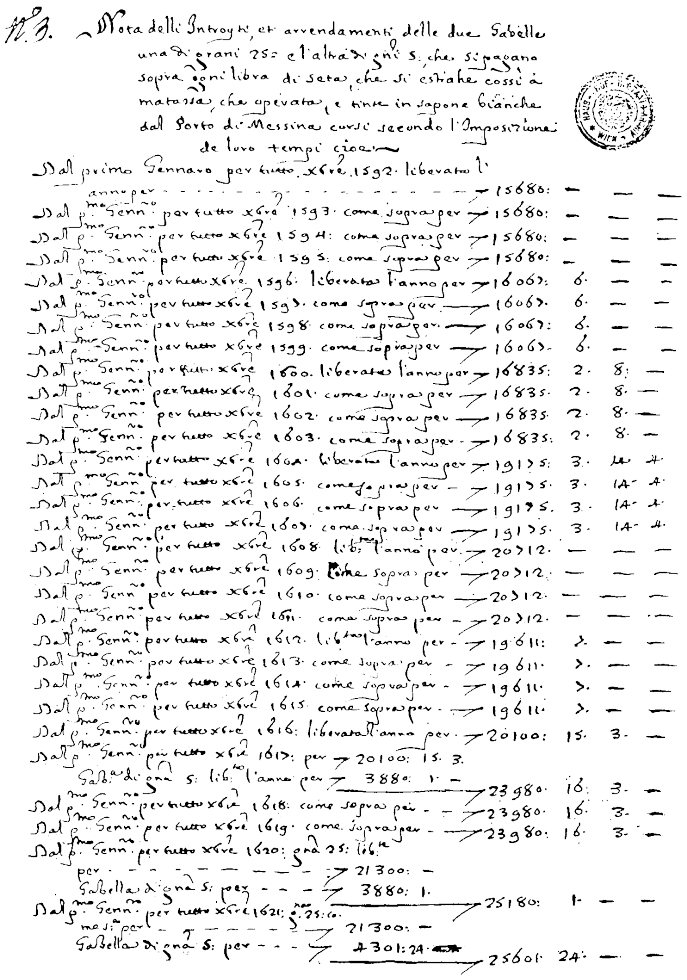


FIGURA 52. *Sicilia después del 1593: un documento que no habla de importaciones de trigo, sino de exportaciones de seda*.
Documento de los Archivos de Viena (Haus-Hof-und Staats-Archiv), col. Siciliana 6, Dogana di Messina, Mesina, 1 de enero de 1724.

Resuelta esta duda, todos los problemas se aclaran. Incluso durante la época de su máxima prosperidad, el mercado siciliano ha experimentado fuertes oscilaciones, dependientes estas de la calidad de las cosechas. De 1590 a 1677 hubo varios periodos malos: 1550-1554, 1575-1580, 1605-1608, 1634-1641 y 1668-1677.[37] En este contexto, el periodo de depresión que va de 1550 a 1595 no pasa de ser más que uno de estos accidentes *regulares*. Aparte de estos baches, de ningún modo habituales, el trigo siciliano se ha continuado exportando al mismo tiempo al Mediterráneo occidental y al Adriático, y, si no me equivoco, las exportaciones se mantuvieron durante mucho tiempo a la misma altura que las de antaño, es decir, 1 500 000 *salme* por año (unos 300 000 quintales). La totalidad de las cifras exactas debe estar en algún lugar de los archivos sicilianos. En Simancas, por desgracia, solo aparecen de manera intermitente.

Pero por lo menos hemos podido resolver este problema. Sicilia —la totalidad de Sicilia— sigue siendo, en el siglo XVII, la isla del trigo, bajo el control de sus comerciantes, que no le consienten abandonar el cultivo de los cereales (la cebada, que no ha sido mencionada, se exportaba tanto a Nápoles como a España, usándose como alimento de los caballos y, a veces, de los hombres) ni tampoco ocupar demasiado terreno para la cría de animales o para huertas y árboles frutales. En Sicilia, los campos estaban protegidos por un sistema de tutela administrativa y capitalista del cual hemos descrito únicamente sus rasgos más generales, y que en sí mismo ofrece material lo bastante interesante como para tentar un día a algún historiador. No creo que exista mejor ejemplo, si se quiere hacer un estudio sobre la *renta nacional* en los siglos XVI y XVII, que el de Sicilia; se nos da todo en cifras: habitantes, animales de labor, rentas, tasas fiscales… En 1694, de enero a junio, un documento nos informa de todas las exportaciones de trigo de Sicilia, detallando, *caricatore* por *caricatore*, sus puertos de destino, el nombre de los barcos de transporte, los precios, los derechos de aduanas y los nombres de los mercaderes, ocasión que nos permite observar que la concentración del comercio ha funcionado en provecho de algunos entre ellos. Había quien llegaba a controlar un puerto como si fuera de su propiedad exclusiva. Eran unos auténticos señores del trigo. Resulta irónico el que en 1699 se exportase a Francia trigo siciliano; pero que ese mismo año se exportase también a Flandes, todavía lo es más[38].

Pero dejemos los meros detalles: Sicilia entera, tanto en el siglo XVI como durante buena parte del siglo siguiente, cuenta con una sana balanza comercial pese a los avatares inherentes a toda existencia material durante el

ancien régime. En el siglo XVII las exportaciones de seda no declinarán sino a partir de 1619[39]: el trigo continúa siendo la mercancía principal; una navegación activa frecuenta las costas sicilianas, se dirige a Levante, e incluso más usualmente a la vecina Túnez, dejando en sus puertos, al menos hasta 1664, una parte de las considerables cantidades de plata que transporta; además, en Mesina y en Catania florece, o, para ser más precisos, revive, la industria de la seda. En resumen: en Sicilia, el declinar del Mediterráneo ha sido, en el peor de los casos, más bien tardío.

Sobre las crisis del trigo

Resumiendo: todas las crisis del trigo presentan una gran similitud de características. Y todavía se asemejarían más si hubiera mayor evidencia documental en lo concerniente a los países del islam, donde nos son desconocidas en su mayor parte, puesto que su progresión escapa a nuestra observación. Obedecen sin duda a un modelo de crecimiento demográfico benéfico hasta 1550 o 1560: cuanta más gente había, tanto más trigo se producía. Pero se llega a un momento en que comienza a funcionar la ley de rendimientos decrecientes. A un siglo XV y un primer siglo XVI de tranquila abundancia, siguen, antes o después, tiempos de dificultades crecientes. En Occidente eran, en parte, resultado de la competencia que le hacen al trigo los cultivos más seguros y más provechosos, la viña, el olivo… Otras causas responsables son el crecimiento del comercio, el aumento de las demandas de la población, la subida de los precios diferenciales y —algunas veces— ciertos factores sociales[40]. Para enfrentarse con tales problemas, «jamás encontrados hasta aquel momento», dice un documento a propósito de Siria[41], las soluciones consideradas estarán en relación con las riquezas disponibles. La compra de trigo procedente de lugares lejanos es, no hace falta acentuarlo, un síntoma evidente de prosperidad general, pese a que al mismo tiempo el hecho resulte catastrófico para los pobres.

III. COMERCIO Y TRANSPORTE: LOS VELEROS DEL ATLÁNTICO

El mejor calibre del comercio Mediterráneo como un todo es el que nos ofrecen las dos arribadas sucesivas de los veleros atlánticos. Pues hubo (con sus diferencias y sus analogías) dos invasiones masivas: la primera, que en

líneas generales podemos fechar como ocurriendo de 1450 a 1552, y la segunda, a partir de 1570, o mejor aún, de 1572-1573; con la segunda invasión, llevada a cabo exclusivamente por naves del norte, quedará abierta permanentemente al norte —con todas sus ventajas— la ruta del mar interior.

Ya hemos presentado antes estos problemas y propuesto una explicación[42]: la llegada de naves extranjeras al Mediterráneo responde a la creación de nuevas oportunidades como resultado de un renacimiento económico, tanto o en mayor grado que lo que haya podido influir la competencia (que, como es obvio, hubo de existir). Resumiendo: la llegada de estos barcos testimonia un cierto nivel de prosperidad. Cuando se encuentra en un periodo de expansión económica, el Mediterráneo tiene tareas más importantes que la de transportar mercancías, en particular si son pesadas. Si este es el caso con que nos encontramos, la presencia de estas naves extranjeras será, entonces, un magnífico patrón de medidas que la historia narrativa ofrece a quien se dedica a las estadísticas. Y se suspenden las procesiones de navíos oceánicos durante un periodo de 20 años. ¿Significa esto que la prosperidad del Mediterráneo se interrumpe a mediados de siglo?

1. ANTES DE 1550: LLEGAN LAS PRIMERAS NAVES [I-802]

No es fácil descubrir las rutas tomadas por los veleros atlánticos cuando la primera invasión del Mediterráneo, en parte porque se trata, con frecuencia, de barcos de mala muerte que no dejan en lugar alguno señal de su paso, y en parte, también, porque se trata de flotas mixtas donde van juntos ibéricos y nórdicos, lo que hace difícil distinguir unos de otros y establecer la fecha exacta de cada viaje.

Naves vascas, naves vizcaínas e incluso naves gallegas

Es muy posible que ya desde finales del siglo XIII los marinos del Atlántico ibérico hayan entrado en aguas mediterráneas. Cuando crece su presencia, pasado el año 1450, ya son familiares en el mar interior, por sus servicios prestados a Barcelona y Génova y por sus frecuentes visitas al sur y al norte de la cuenca occidental. Son unos simples transportistas: ni más ni menos[43]. Los pocos mercaderes vascos conocidos en Génova se contentan con la realización de modestas transacciones (por su mayor parte, en lana); su principal función consiste en responder por los patrones de los barcos, gente

cuya reputación nunca ha sido buena, y en prestarles las sumas necesarias para armar sus naves.

Así las cosas, un buen día estos enormes veleros sobrepasan sus horizontes habituales y, al servicio de una u otra ciudad, entran en las aguas del Mediterráneo Oriental. Hacia 1495 cumplen viajes directos desde Génova, Málaga y, con más frecuencia, desde Cádiz, a Quíos, llevando a la isla el azúcar atlántico[44]. Y así continuarán durante muchos años. Tampoco debemos olvidar sus viajes a Inglaterra y —en particular— a Flandes. En 1532[45], un veneciano insiste en que Vizcaya (entendida la palabra en su sentido más amplio) es el florón de la corona de la potencia marítima de Carlos V, «pues de Vizcaya puede sacar tantos barcos como necesite». De hecho, estos barcos monopolizarán, hasta 1569, la ruta de Flandes[46], y desde antes de esa fecha serán los animadores, con sus galeones, de la larga *Carrera de Indias*[47]. Durante muchos años, estos *vagabundos* estarán mezclados en todos los tráficos del Mediterráneo, y se les ve también, de 1480 a 1515, «llevando vino marsellés a Londres y cueros de Irlanda a Marsella»[48].

Habiendo sido los primeros que cruzan el estrecho de Gibraltar, se entretienen largo tiempo en el Mediterráneo, concentrándose preferentemente en torno de Génova, Marsella y Barcelona[49] y a lo largo de la extensa costa española. Siguen apareciendo en documentos del siglo XVI, cuando se les podría creer poco frecuentes o ya ausentes: un vizcaíno ancla su nave en Marsella en febrero de 1507 y se apresta a transportar vino a Flandes e Inglaterra[50]; otro, en 1510, que va, al servicio de Hans Paumgartner, de Bari a Amberes[51] en 1511, lleva cariseas a Ragusa[52]; en 1521, durante la grave carestía de trigo que padece España, los documentos napolitanos nos hablan de mercaderes y marinos de Vizcaya entre aquellos que abastecen la Península con trigo de Apulia[53]; los volvemos a encontrar en 1526[54]; en enero de 1527, haciendo la ruta de Mesina con un cargamento de sardinas y atún procedente de Portugal[55]; en 1530, dos naves vizcaínas cargadas de sal son echadas a pique por Barbarroja[56]; en 1532, maltratado por los corsarios berberiscos, uno de sus veleros llega a Alicante[57]. En ruta de España a Italia, en 1531, 1535 y 1537, momento en que uno podría pensar que habían terminado de representar su papel en el Mediterráneo, un registro portuario contiene mención de nada menos que 12 naves vizcaínas[58]; y no serían estas las últimas[59]. Es muy posible que solo a mediados del siglo XVI, y con el final de la primera invasión de las naves atlánticas, dejen definitivamente de hacer acto de presencia en las activas rutas del Mediterráneo.

Después de la toma de Ceuta, que les ha abierto de par en par la puerta de ingreso al Mediterráneo, los barcos portugueses se hacen tan numerosos y, muy en breve, tan activos como los de Vizcaya. Aun antes de la llegada de sus armadas[60], los barcos mercantes portugueses han ofrecido sus servicios y los corsarios portugueses impuesto los suyos: estos últimos se apoderan de una nave veneciana cargada con vino de Candía en noviembre de 1498[61]; en octubre de 1501 capturan una nave genovesa al largo de las costas de Berbería; los pasajeros moros que van en ella habrán de dejar un rico botín en las manos de sus captores, en concepto de rescate[62]. Como es natural, entran al servicio de las grandes ciudades comerciales; se los encuentra en torno de Valencia y las Baleares, en Marsella, utilizados por Florencia más que por Génova, aunque en modo alguno los rechaza esta cuando le ofrecen sus servicios[63]. En toda la cuenca occidental del Mediterráneo vemos muy pronto los veleros portugueses transportando cueros cargados en Lisboa —un signo de que la economía portuguesa todavía se encuentra en un estadio muy arcaico—, trigo andaluz, sal de Ibiza, alumbre de España e Italia, azúcar de Madera y de otras islas atlánticas a partir de los años 1480 o 1490, en mayor grado después de una ordenanza del rey Dom Manuel, del 21 de agosto de 1498, que prohíbe dedicarse al comercio del azúcar a todo aquel que no sea súbdito portugués[64]. A finales del siglo XV se exportan todos los años, de acuerdo con las concesiones oficiales, 40 000 arrobas de azúcar portuguesa a Flandes, 7000 a Inglaterra, 6000 a Liorna, 13 000 a Génova, 2000 a Roma, 15 000 a Venecia y 25 000 a Constantinopla y Quíos[65]. El azúcar llega a Venecia en *caravelle grosse*[66]. Según parece, los portugueses comenzaron a construir naves cada vez mayores con la intención de hacerse con el comercio de todo el Mediterráneo, y muy pronto se han encaminado a Quíos, Constantinopla, Levante y Egipto. El azúcar y la ligereza de las naves explican el éxito portugués en el Mediterráneo, mucho antes del periplo de Vasco de Gama.

Como en el caso de los vizcaínos, tampoco sabemos con exactitud en qué momento desaparecen los portugueses del Mediterráneo. Debido a algunas menciones fortuitas sabemos, por ejemplo, que en una fecha tan tardía como es el año 1533 se señalan dos de sus carabelas al largo de Menorca; una de ellas cae en manos de Barbarroja, y es muy probable que la otra se perdiese con toda su carga y tripulación[67]. En Marsella, el 15 de enero de 1536, un mercader inglés compra su navío al ciudadano portugués Jean Ribere[68]; en

1549 llegan a Venecia dos navíos portugueses[69]. Pero no dejemos que estos episodios y otros semejantes nos confundan. La aventura portuguesa estaba indudablemente en sus últimos instantes a mediados del siglo XVI. Otros barcos y otros marinos han llegado a ofrecer sus servicios, y yo creo que los transportes portugueses comienzan a resultar más lucrativos al oeste de las Columnas de Hércules que lo son al este. A no ser que hayan disminuido las oportunidades que ofrece el Mediterráneo.

Normandos y bretones

Los normandos y los bretones no tomarán inmediatamente el relevo; tardarán en entrar en escena, aunque unos y otros habían aparecido muy temprano en las costas atlánticas de España y Portugal. Es muy posible que desde 1466 haya existido un barrio bretón en Sanlúcar de Barrameda[70] (con la salvedad de que la palabra *berton*, en español, lo mismo que *bertone* en italiano, se usa durante todo el siglo XVI para designar a las personas del norte en general). Sin embargo, si la piratería es síntoma de reciente arribada, no hay duda que se han presentado siguiendo la estela de las guerras de Italia, en 1496-1497, por ejemplo, o en 1502[71]. En enero de 1497, ciertas *nave bertone* piratean activamente en torno de Mallorca[72]. Pero por lo que parece, el comercio no vino a continuación, sobre todo en el caso de los bretones que, preguntados acerca de Venecia, en 1500, responden que «ellos apenas habían navegado por aquellas aguas»[73]. Habrán de pasar todavía 40 años hasta encontrar una referencia a dos de sus navíos en Gibraltar, en 1540[74]; un golpe de viento los había empujado dentro del Mediterráneo, pero no entrarían en él hasta poco antes de iniciarse la segunda invasión de naves atlánticas, y, por los datos que poseemos, no pasarán más allá de los puertos del Levante español. En 1567 hay un barco bretón en Alicante[75]; en noviembre de 1570 o 1571 hay otro en Málaga: se llama el *Baron*, y lleva a bordo al maestro Guillaume Potier y los mercaderes Étienne Chaton y François Pin, además de un cargamento de telas de lona y unos pocos miles de quintales de pescado. Una vez vendido todo, compran uvas secas y otras mercancías por un valor total de 4000 escudos, y están apresurando los preparativos para volver a Bretaña, cuando el *proveedor* de Málaga embarga la nave, mete en prisión a uno de los mercaderes y decide que el barco, puesto ahora al servicio del rey, irá a Orán o al peñón de Vélez. Nos encontramos ante un caso de flagrante contravención del tratado firmado por ambos países, explica el embajador francés; y añade: «y no es la primera vez que un navío

francés de la especie ha sido requisado en Málaga»[76]. Y hasta 1571 no llegará a Civitavecchia el primer navío de Saint-Malo[77].

Entre estos humildes y discretos visitantes, los más mencionados son los normandos. En 1499, uno de sus grandes navíos, el *Magdeleine*, fue capturado en Almería por un corsario portugués[78]. Diez años más tarde, los veleros normandos van a cargar regularmente en el Mediterráneo los alumbres necesarios para la industria textil de Ruán; este mineral viene de España, en cuyo caso procede de Mazarrón, o de los Estados pontificios, y entonces se carga en Civitavecchia. De sus visitas al Mediterráneo en 1522, 1523, 1527, 1531, 1532, 1534, 1535, 1536 y 1539[79] estamos muy bien informados: decenas de estos pequeños veleros figuran en los registros de los *tabellions* (funcionarios públicos que hacían el papel de notario) normandos y en las listas del puerto de Civitavecchia. No faltan los incidentes en los puertos: por ejemplo, el 3 de febrero de 1535 se requisan en Cartagena tres pequeñas naves normandas cargadas de arenques, pescado salado *et otras muchas mercaderías*, en el mismo momento que van a levar anclas con rumbo a Liorna y Civitavecchia. Dos de ellas se llaman *María*, y una es de Dieppe y la otra de Saint-Valéry-en-Caux; la tercera, también de Dieppe, es *La Louve*[80]. La ruta más usual es la que toma *La Fleur de Lys* de Dieppe[81] (80 toneladas, 22 de mayo de 1536), que va a *Ligorne et Civitegie* (Liorna y Civitavecchia), y que descarga alumbre en Havre de Grâce, Londres, Amberes o Ruán; o también la seguida por *La Françoise* de Ruán (2 de octubre de 1535), que toca en Marsella, Villefranche, Liorna, Nápoles, Mesina y Palermo[82].

Inevitablemente, los navíos normandos acaban, a la larga, integrándose en otros tráficos, unas veces por contrato y otras por accidente: por ejemplo, en los de África del Norte, donde cargarán coral en las cercanías de cabo Negro, y finalmente, aunque no antes de 1535 o 1536, alcanzan el Mediterráneo Oriental, última etapa que más tarde o más temprano habrán de cubrir, en su normal progresión, todos los navíos. En 1539[83], *La Grande Martine* de Dieppe hacía el trayecto de Marsella, Chipre, Constantinopla y Salónica.

Llegados comparativamente tarde, los normandos prolongan su presencia en el Mediterráneo. Civitavecchia les proporciona abundancia de cargamentos en el periodo comprendido entre 1545 y 1552. Y viajes de mayor envergadura los llevan hacia el este y hacia el sur. En 1560 una nave de Dieppe cayó en poder de Euldj Alí[84]; reapareció luego en el Mar Negro, indudablemente al servicio de los turcos, y allí se hundió. En 1561, otra desventurada nave de Dieppe fue devorada por el ogro, esta vez el español, cerca de las Baleares;

había zarpado del puerto nórdico hacia Berbería con un piloto enganchado en Tolón, quien, a la vista de todo el mundo —esta era, por lo menos, la versión francesa—, cargó remos, mercancía que en los países del islam se consideraba como contrabando; a bordo de la nave iban también plomo y balas, según el almirante de Francia, destinadas a Dieppe y no al África, lo que le pareció inverosímil al maldicente y áspero Chantonnay, aunque parece que esta vez tenía razón[85]. Otra nave de Dieppe, más afortunada, arribó a Liorna el 4 de enero de 1574: *Le Coq*, capitaneada por Le Prieur, con cargamento de plomo, barricas de arenques, cueros, estaño, algunas *cariseas* y, como una evocación de las glorias navales de Dieppe, 20 880 troncos de palo del Brasil[86]; o la nave *Saint-Paul*, capitaneada por Gérard, que llegó a Liorna el 22 de febrero de 1578, llevando consignadas a varios mercaderes de Luca barricas de arenques, guisantes, salmón, lino, cáñamo, tejidos y, una vez más, palo del Brasil (4700 troncos). Pero se trata de viajes tardíos, excepcionales. No podrán resistir *la segunda* invasión inglesa, que como es natural no podremos comprender adecuadamente sino después de haber considerado cómo fue la primera e impresionante entrada de los ingleses en el Mediterráneo[87].

Los navíos flamencos

Bastarán unas pocas palabras para tratar la cuestión de los navíos *flamencos* —que, por cierto, nueve de cada 10 veces son holandeses— que llegan en gran número al Mediterráneo en las armadas enviadas por Carlos V contra Túnez (1535) y contra Argel (1541). En 1535 se menciona en Barcelona uno de sus navíos. Se hacen raros a partir de 1550. En junio de 1560 se vende a Venecia una *urca*, la *Santa Pietà*, que se encuentra en su puerto: no puede haber venido sola[88]. En junio de 1566 una nave *flamenca* (¿u holandesa?) llegó a Cartagena con cien piezas de artillería[89]. En 1571 una nave holandesa —por lo menos el capitán, Joan Giles, era «natural de Holanda»— zarpó de Amberes para Cádiz y Liorna, llevando a bordo mercancías y negociantes italianos (la mayor parte, si no todos, florentinos); de su propia voluntad, el capitán se dirigió a La Rochela y, robándose en definitiva a sí mismo, vendió su cargamento[90].

Los primeros veleros ingleses

Siguiendo a Richard Hakluyt, siempre se ha dado la fecha de 1511 como la de la entrada de los primeros ingleses en el Mediterráneo. De hecho, ese año ve el comienzo de una sucesión de viajes prósperos a Levante, pero antes ha habido una etapa de aprendizaje larga y no siempre brillante. El navío inglés citado por dos documentos notariales[91] (30 de agosto y 6-7 de octubre de 1412) no tiene que significar necesariamente el inicio de una aventura que va a durar unos cuantos siglos, y lo mismo cabe decir de las dos empresas de Robert Sturmy[92], mercader de Bristol, en 1446 la primera, y en 1456 —hay un intervalo de diez años— la segunda. En la primera ocasión, la *Cog Ann*, fletada por él, conduce, además de un cargamento de lana, paños y objetos de estaño, 160 peregrinos que van a Tierra Santa. Llegada la nave a Jaffa, desembarcan allí los peregrinos, quienes piensan hacer el viaje de vuelta por tierra o bien en otra nave. El 23 de diciembre, la *Cog Ann*, sorprendida por una tempestad, naufraga al largo de Modon y su tripulación de 37 hombres desaparece con ella. Diez años más tarde, Robert Sturmy, en persona, parte hacia Levante a bordo de la *Katharine Sturmy*. Su viaje iba a durar más de un año. En 1457, después de haberse detenido en «diferentes partes de Levante» (no tenemos detalles más concretos), se procura, por lo que parece, *some green pepper and other spices to have set and sown in England (as the fame want).* Pero la expedición termina trágicamente, esta vez no a causa de la tempestad, sino como resultado de la envidia de los genoveses[93]. Estos esperan al inglés a la altura de Malta y asaltan su nave. El propio Sturmy desaparece durante la refriega.

En 1461, los ingleses, en común con los franceses y los alemanes, abren un consulado en Nápoles[94]; y ese mismo año inauguran otro, esta vez por cuenta propia, en Marsella[95]. Veinte años más tarde los encontramos instalando en Pisa el que va a ser un consulado esencial, prueba indudable de que tratan, usando Pisa, Florencia y la Toscana en general como bases, de presentar batalla al doble monopolio ejercido en Levante por Génova y Venecia. Es de notar que también Robert Sturmy había utilizado la escala de Pisa en su viaje de 1446[96].

Con todo, los progresos ingleses fueron lentos; y, sin duda, tuvieron que ponerse al servicio de otros Estados, lo mismo que hubieron de hacer todos los recién llegados: las preciosas anotaciones de los *Caratorum Maris* de Génova así parecen indicarlo[97]. Pero nos faltan pruebas suficientes para poder documentar la lenta progresión, los múltiples servicios prestados a lo largo de los dilatados recorridos transportando mercancías ponderosas y baratas. Es posible que los ingleses hayan tenido acceso más rápidamente y

con menos gastos que los otros recién llegados al Levante y sus especias, y a Candía y sus preciados vinos. Pero todo esto no se logró de la noche a la mañana; en Barcelona, por ejemplo, no harán acto de presencia hasta 1535[98]; y solo a comienzos del siglo XVI las mercancías inglesas —plomo, estaño, pescado en sal, paños campesinos— penetran realmente en el Mediterráneo, y en mayores cantidades que hasta ahora se ha supuesto[99].

El periodo de prosperidad (1511-1534)

Conocemos muy bien tanto los nombres e historia de los navíos como los incidentes de los viajes a Levante en el periodo comprendido entre el año 1511 y el 1534[100]. El *Christofer Campion*, el *Mary Georg*, el *Mary Grace*, el *Trinidad*, el *Mathew of London* y algunos otros navíos de Bristol y de Southampton tenían un tráfico regular con Sicilia, Candía, la isla de Quíos, y a veces con Chipre, Trípoli de Siria y Beirut. Llevaban al Mediterráneo tejidos, *cariseas* de todos los colores, y retornaban cargados de pimienta, especias, sedas, camelotes, malvasia, moscatel, aceites sin refinar, algodón, tapices, etc. Sus viajes eran frecuentes: por fortuna, escriben en Génova los dueños de la *Mahonna* de Quíos, en enero y febrero de 1531 hemos recibido algunas mercancías de Egipto y Siria, traídas por una nave inglesa (mercancías que, dicho sea de paso, no se encontraban en demasiado buenas condiciones)[101]. Evidentemente los ingleses no se limitaban a sus propios navíos para el tráfico de Levante: todo este comercio no se hacía solo por medio de las naves inglesas; los insulares confiaban a menudo sus mercancías a las galeras venecianas y a los navíos ragusinos, candiotas, españoles o portugueses[102].

En Quíos, su punto de reunión al otro extremo del mar, los ingleses mantuvieron un «factor» hasta 1552[103]. En 1592[104], Richard Hakluyt, el coleccionador de relatos de viajes y de descubrimientos, todavía escuchó de labios de John Williamson, enganchado como tonelero, en 1534, a bordo del *Mathew Gonson* de Londres, el relato de un viaje que hizo en dicho año a Candía y a Quíos. Su navío (300 toneladas y 100 hombres) pasaba entonces por una embarcación de importancia y viajaba en conserva con el *Holy Cross*, un *short ship* de 160 toneladas. Ambos regresaron del largo viaje al cabo de un año cargados de aceite y de vino en toneles tan descalabrados que fue necesario envasar de nuevo los líquidos antes de desembarcar. La mercancía era excelente, en especial cierta malvasía roja que (y era un viejo quien así hablaba) raramente se había visto en Inglaterra; además, la carga incluía

tapices turcos, especias y algodón. El *Holy Cross* sufrió tales sacudidas durante su viaje de regreso, que después se le dejó pudrir en el puerto.

La abundancia de documentos y cartas que Hakluyt pudo reunir, y la habitual precisión de sus observaciones, nos garantizan que el tráfico inglés era frecuente en la época del Renacimiento en el Mediterráneo, hasta los puertos del Oriente. Prosperó entre 1511 y 1534, prosiguió hasta 1552 «*and somewhat longer*», añade R. Hakluyt. Mas luego se interrumpió bastante bruscamente; fue «*giben over*», nos dice el citado autor[105]. El último viaje que podemos seguir en la recopilación de Hakluyt es el de la «barca» *Aucher* (1551), narrado por su capitán, Roger Bodenham[106], viaje bastante accidentado, por cierto. Partió de Inglaterra en enero y hacia la primavera estaba a las puertas de Candía, adonde llegaban numerosos veleros «turcos» cargados de trigo. Acompañado de barcas que llevaban su carga a Quíos, el navío inglés llegó a la isla, que todavía era uno de los centros más activos del Oriente, con sus mercaderes genoveses, sus plantaciones de mastique, sus industrias de mantas de seda y sus múltiples navíos. Zarpó precipitadamente de la hospitalaria isla, escapando a duras penas de las galeras turcas, avanzada de la flota victoriosa que regresaba de Trípoli y de Berbería. El barco inglés prosiguió hacia Candía, donde al pasar vio «bandidos» de la montaña convertidos en soldados para defender la isla, con botas hasta las rodillas, empuñando puñales, arcos y flechas, y borrachos como cubas. Después tocó en Zante, Mesina, Cádiz y arribó a Inglaterra. En relación con este viaje es interesante mencionar que iba en él Richard Chancellor, quien dos años después, en 1553, se aventuró hasta la desembocadura del Duina, en el norte de Rusia… No hay en todo el relato una sola explicación válida sobre la suspensión de los viajes ingleses. Poco es lo que sabemos acerca del viaje del *Jesus* de Lúbeck y del *Mary Gonson*, fletados en 1552 para un viaje a Levante[107]. El relato del viaje de John Locke a Jerusalén en 1553, de un interés apasionante, se refiere solamente a un hombre que, abandonado por un navío inglés en Cádiz, logró llegar a Venecia, donde se incorporó a una nave de peregrinos venecianos que lo condujo, en septiembre, a Tierra Santa. En el viaje de regreso hizo numerosas escalas, de las que nos traza vívidas descripciones, así como del grupo de peregrinos nórdicos, flamencos y alemanes, que soportaban mal el vino del mar interior y se peleaban de continuo, terminando a cuchilladas[108].

Para explicar el repliegue inglés en el Mediterráneo, Richard Hakluyt cita el doble fin de Quíos en 1566 y de Chipre en 1571, explicación que adoptan los historiadores ingleses[109]. Pero ¿cómo explicar la suspensión de ese

tráfico en 1552 y en 1566? En efecto, la suspensión de los viajes ingleses coincide, en líneas generales, con el empuje de los turcos (1538-1571), pero no es necesariamente resultado de este.

Las razones más importantes que llevan a la suspensión de los viajes ingleses son de orden económico. Recordemos la depresión de la economía mundial entre 1530 y 1540 y la crisis inglesa que era innegable a mediados de siglo y que de sobra se conocía, puesto que se citaba cada vez que había necesidad de explicar la formación de la entidad de los *Merchant Adventurers*, en gestación desde mediados del siglo, y que se constituyó probablemente en 1552[110], como consecuencia del viaje de descubrimientos de Chancellor. Este viaje fue, como es sabido, una gran empresa, dirigida originalmente hacia Cathay en busca de las especias, por los peligrosos caminos del norte. El azar quiso que esta aventura diera por resultado el comercio con Rusia[111]; se alimentó entonces la esperanza de cambiar, gracias a esta, la dirección del comercio con Levante. Desde sus comienzos la empresa iba encaminada a luchar contra el malestar económico, la baja de precios en los mercados ingleses y el descenso de la demanda extranjera, y, por tanto, contra la rigidez de los cambios y contra la insuficiente importación de los preciosos artículos coloniales. Examinando cuidadosamente en los propios mercados ingleses las condiciones del comercio de la época, quizá se encontrase la razón de por qué el viaje del Mediterráneo ya no era costeable para un mercader de Londres, lo cual, evidentemente, fue la causa de su abandono. No es muy lógico acusar de ello a los turcos. El obstáculo provino más bien de la competencia de los transportadores del Mediterráneo, de las rutas interiores de Europa y de la desfavorable coyuntura general durante esos años difíciles.

2. DE 1550 A 1573

El Mediterráneo para los mediterráneos

A la par de los ingleses, todos los demás intrusos del más allá-de-Gibraltar han desaparecido del Mediterráneo. Se tiene la impresión de que se hubiese dado un gigantesco escobazo, y que pese a que después pueda quedar algo de polvo —una nave de Dieppe, un pequeño barco bretón o un velero de Saint-Malo—, no cabe duda alguna de que ese espacio ha quedado limpio de barcos del norte. El Mediterráneo se encarga de nuevo de resolver sus propias

necesidades en cuanto al transporte, y lo hace durante una buena veintena de años, exactamente los que van de 1553 a 1573. Todas las mercancías voluminosas —sal, trigo, lanas y los embarazosos cueros— se transportan en navíos ragusinos, cuya importancia aumenta por entonces, por ejemplo, en 1535 y 1541, en las flotas que Carlos V dirige contra Túnez y Argel; por las naves venecianas, cuyo número es evidente que aumenta (sabemos su tonelaje: 26 000 *botti* en 1498; 29 000, en 1560; 53 400, en 1567)[112]. Estas cifras resultan elocuentes: Venecia ha llenado el vacío ocasionado por la marcha de la mano de obra atlántica. Y lo mismo comprobamos en Ragusa: la flota mercante totaliza, hacia 1540, 20 000 *carri*; y entre 1560 y 1570 —la década en que alcanza su apogeo— llega a los 35 000 *carri*[113]. Todos estos nuevos barcos de carga aparecen en el momento que las circunstancias así lo requieren; esto explica también que se vuelvan a ver grandes navíos mediterráneos en el distante Atlántico y hasta en el mar del Norte.

En realidad, los barcos de los meridionales[114] nunca habían abandonado del todo estas rutas. El año 1533 representa el final de los viajes oficiales en Venecia, pero en modo alguno el de los particulares. Un documento francés anticipa, en diciembre de 1547, la próxima salida de «grandes naves venecianas»[115]. En marzo de 1548 el mismo documento anuncia la llegada a Antonne (Southampton) de «algunas naves aragonesas (ragusinas) y venecianas»[116]. Después de 1550, o, mejor aún, de la década de 1560, se hacen mucho más frecuentes las referencias a estos viajes. Hacia 1551[117] «algunos de los gentileshombres de Venecia», Alessandro y Giustiniano Contarini y Alvise Foscarini, se lamentan de que el rey de Francia se haya apoderado de uno de sus navíos que iba camino de Inglaterra.

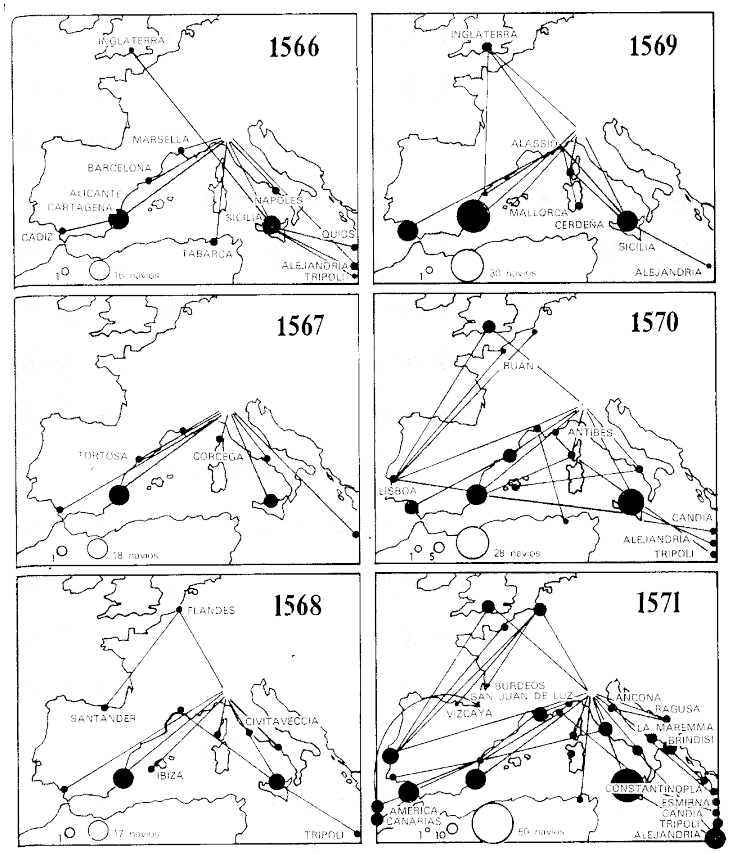


FIGURA 53. *Lista de todos los seguros marítimos registrados en Génova*.
Para todos los trayectos que parten de Génova, Liorna y Venecia se adopta un origen común.
Según el registro del A. d. S. Génova, San Giorgio Securitatum 1565-1571.
Esta lista de todos los seguros marítimos registrados en Génova ha proporcionado los elementos para los seis mapas consecutivos (1566-1571), uno para cada año. Impresión inmediata: aumenta el volumen de los tráficos. Los aseguradores genoveses aumentan su clientela, particularmente en 1571; la guerra de Chipre y otras dificultades que padecen los venecianos permiten a los genoveses apoderarse de parte de los tráficos de su antigua rival. El mapa de 1571 resulta impresionante: muestra el tráfico de Génova y una parte del de Venecia y evidencia viajes al Adriático, al Levante y hacia el Atlántico, canal de la Mancha y mar del Norte. No se deje de tener en cuenta que estos seguros representan más y menos de lo que es el volumen total del tráfico procedente de Génova, del que vemos, además, los puntos de apoyo, Alicante y Palermo, y las rutas, estas menos activas, en dirección al Levante. La necesidad de simplificar las múltiples indicaciones del registro ha hecho necesario fundir en un solo espacio los tres puertos de partida (Génova, Liorna y Venecia). Dos cosas que merecen destacarse: el progreso hecho por el capitalismo genovés en el sector de los seguros marítimos de Venecia, y esos navíos mediterráneos que enlazan Génova, Venecia y Liorna con la Europa atlántica y septentrional. La Maremma del último mapa es la parte toscana de La Maremma.

En los Países Bajos, en mayo de 1522, «diez o doce naves, en parte vizcaínas, en parte portuguesas y ragusinas, en buen orden y equipadas…» se unirán a la flota principal, que entonces se estaba preparando[118]. El 17 de octubre de 1552 hay buenas noticias de los *consoli veneziani a Londra*[119]. De 1553 a 1565, trece barcos genoveses (algunos de los cuales tienen una capacidad de 500 toneladas) transportan alumbre de Civitavecchia a Flandes[120]. En Venecia, el 20 de junio de 1556, se convoca a aquellos mercaderes *que hacen el viaje de Londres*, para discutir el modo mejor de elegir cónsul[121]. El 3 de diciembre de 1557, la propia Génova se lamenta de las raterías de un genovés, patrón de una urca, que viniendo del oeste a Cádiz, se ha dirigido en derechura a Nápoles, en lugar de a Liorna y Génova, como se había estipulado[122]. En mayo de 1558, los franceses se apoderan, al largo de El Havre, de una nave veneciana[123]. Del 18 de diciembre de 1562 al 15 de febrero de 1563, una nave florentina, la *Santa Maria de la Nunziata* va de Amberes a Liorna[124]. El diario, inédito, de Francesco de Molin nos lo presenta partiendo de Venecia el 21 de marzo de 1566, a bordo de un gran navío de Jacomo Foscarini y Jacomo Ragazoni; el barco hace escala en Zante, donde carga completa y exclusivamente uvas pasas; «y me pareció cosa notable [dice] cargar de semejante mercancía todo un navío de mil *botte*». El viaje prosigue por Malta, Mallorca, Málaga, Cádiz y Lisboa, y finaliza en *Margata*[125], donde se descarga la mercancía y se expide a Londres; en octubre, el navío emprende el viaje de regreso. Sus desventuras en el mar, en particular al servicio de España, la cual se adueña del navío por medio de un embargo y lo manda a Flandes a su servicio, es tema que no consideraremos, por no tener relación alguna con el que ahora estamos tratando. En julio de 1567, en Málaga, una «gran nave veneciana» cargada de mercancías para Cádiz y de vinos candiotas para Inglaterra está también a punto de ser requisada.

En 1569 se señalan seis naves venecianas viajando simultáneamente por la ruta del norte[126]; por lo que sabemos acerca de su tonelaje, podemos formarnos una idea de la importancia de este tráfico meridional. El mismo año (1569) los corsarios hugonotes de La Rochela se apoderaron de dos navíos (el *Justiniana*, de 1200 toneladas, que llevaba a bordo un cargamento de 130 000 escudos, más 70 piezas de artillería disimuladas bajo la sal, y una pequeña unidad, el *Vergi*)[127], dando origen con ello a reclamaciones e intercambio de notas, lo que, de paso, nos suministra indicaciones suplementarias acerca del tráfico ininterrumpido entre la señoría y la isla del norte. Las cariseas, por ejemplo, figuraban entre las mercancías que los

barcos mediterráneos traían de regreso, lo cual se ha llegado a dudar[128]; este detalle no escapó al espionaje del duque de Alba en los Países Bajos[129], como lo demuestra la carta que dicho personaje escribió en agosto, manifestando que, en vista de la amenaza de guerra con España, los ingleses estaban exportando sus paños en naves ragusinas y venecianas. ¿Gozaban estas naves del privilegio de la neutralidad en el océano y en el Mediterráneo, aparte, desde luego, de los accidentes y de las sorpresas del corso? El embajador español en Londres presionó, en mayo de 1569, las naves venecianas para que se alejaran cuanto antes de Inglaterra[130], con la idea de que, para aleccionar a los ingleses y hacerlos entrar en razón, era necesario suspender los viajes que hasta allí hacían las naves de Venecia y de Ragusa. Es muy extraño que los hugonetes hayan apoyado este plan[131].

Pero este renacimiento del tráfico mediterráneo es una consecuencia de la coyuntura. De 1550 (redondeando la fecha) a 1570, o más exactamente a 1575, se produce una evidente regresión. A todos les van mal los negocios. Pero cada Estado está obligado a asegurar sus propios servicios. Y si los Estados ricos presentan aspecto próspero, ello se debe únicamente a que han logrado capear el temporal mientras los otros se iban a pique. Pese a los habituales y desastrosos accidentes de que son víctimas, los grandes cuerpos flotantes del Mediterráneo consiguen cumplir su cometido y asegurar las comunicaciones tanto interiores como exteriores. Luego vuelven a soplar buenos vientos económicos. Si no nos dejamos llevar por el deseo de simplificar en exceso, podremos insinuar que la vuelta de la prosperidad es lo que ha puesto fin a los viajes mediterráneos hacia el norte, o si no fin, al menos los ha espaciado. En el prodigioso *boom* que se produce a finales de siglo, los ricos pueden permitirse, una vez más, el lujo de delegar en otros ciertas tareas. Y los navíos ingleses, primero, y luego los holandeses, reemprenden el camino del Mediterráneo, esta vez en mayor número que durante la primera mitad del siglo.

La vuelta de los ingleses en 1572-1573

Los navíos ingleses reaparecieron en el Mediterráneo por lo menos a partir de 1573; al menos en esta fecha registran la que para nosotros es su primera llegada a Liorna, aunque quizá hubieran tocado ya antes en algún punto del oeste. Por ejemplo, en 1572 llegaba a Civitavecchia un barco inglés de los que se dedicaban a la pesca del bacalao en los bancos de Terranova[132]. Y *La Rondine*[133], capitaneada por «*Giovanni Scotto,*

inglese», entró en Liorna el 25 de junio de 1573, procedente de Londres y de Southampton, donde había cargado tres fardos de *carisea*, dos barriles de estaño elaborado, algunas telas de algodón, 37 toneladas de campanas rotas, cinco campanas enteras, 380 barras de plomo y un barril de lengua salada; cargamento modesto, como se ve. Al mismo puerto llegó el 20 de julio la *Sainte Marie de la Douleur*, capitaneada por Sterlich, con mercancías que había cargado en Cádiz. *Le Cerf Volant*, que tocó Liorna el 16 de diciembre de 1573, llevaba de Londres plomo, sosa, telas y estaño, todo destinado —detalle de algún valor— a mercaderes genoveses. Por sí solos, estos tres modestos navíos anticipan lo que iba a ser el tráfico inglés a fines de siglo y aún más tarde: paños, plomo, estaño, etc. En el porvenir añadirían a esto innumerables barricas de arenques, bacalao y salmón en conserva. En todo caso, la nueva comunicación marítima ya no se interrumpió. Las entradas portuarias liornesas revelan la llegada de los siguientes navíos ingleses: tres en 1573; nueve en 1574; dos (los datos relativos a este año son muy defectuosos) en 1575; tres en 1576; cinco en 1578; nueve en 1579; dos en 1580; 13 en 1581; 10 en 1582; cuatro en 1583; seis en 1584; ocho en 1585; seis en 1590-1591; tres en 1591-1592, y 16 en 1592-1593. Los ingleses habían encontrado de nuevo el camino del mar interior.

No es fácil explicar este retorno, el cual implica una comunicación marítima con regiones interiores del Mediterráneo, bastante alejadas de la puerta de entrada, que era dominio español. Quizá haya que traer a cuento los progresos de los velámenes y aparejos de los navíos redondos, logrados hacia la mitad del siglo XVI, y que los hacía más fáciles de manejar en aguas tan bruscamente cambiantes. O la razón que se deduce de los *portate* de Liorna (los desembarcos de barricas de arenques blancos, de plomo y de estaño), o bien porque el Mediterráneo necesitara cada vez más de los recursos ingleses para calmar el hambre, estimulada por días de ayuno y de abstinencia, y para multiplicar sus armamentos. Fue por esta época cuando las piezas de artillería de bronce comenzaron a remplazar a las piezas de hierro fundido. En todo caso es indudable que la demanda de estaño y de plomo se había generalizado en el Mediterráneo, en los países musulmanes y en Rusia. Desde 1580 se sospechaba que los navíos ingleses que hacían escala en Sicilia llevaban a Constantinopla el estaño que las fundiciones de metal necesitaban para la artillería[134]. También aprovisionaban Nápoles[135] y hasta en Malta se les recibía bien, después del tratamiento un tanto rudo que habían tenido que soportar, por ejemplo, en 1581, la barca inglesa *The Roe*, capitaneada por Peter Baker, cargada de hierro, bronce y estaño, y en 1582 la barca

Reynolds[136]. En julio de este año los Caballeros de Malta concedieron a los ingleses la libertad de traficar en la isla y de seguir rumbo a Levante, a condición de que no se dedicaran al contrabando. Pero este favor dio pie, naturalmente, para introducir pedidos de pólvora de cañón, arcabuces, salitre, estaño, acero, hierro, cobre, *cariseas* blancas ordinarias, paños bastos, balas y granadas de hierro, muelas finas de molino, mástiles y antenas para las galeras, etc., y también carbón de piedra, «rosetta», lo que los mercaderes llamaban *coal of Newcastle*. Es algo que viene a añadir un detalle más a la historia del carbón inglés. Pero el retorno de los ingleses al mar interior se presenta, sobre todo, como una respuesta a demandas precisas, como la del gran duque de Toscana, que, entre 1576 y 1578, llamó a los ingleses a Liorna[137].

Estas solicitudes y otras parecidas, como la de Horacio Pallavicino en 1578-1579, pudieron influir en los resultados. Pallavicino era un genovés, el último de los grandes banqueros y hombres de negocios italianos[138], que había estado en Inglaterra y abrazó la Reforma. En 1578, de acuerdo con otro genovés, Battista Spinola, de Amberes, había proporcionado a los Estados flamencos (que por aquel entonces rompieron de hecho con Felipe II) un préstamo de 350 000 florines, garantizado u avalado —si se prefiere— por la ciudad de Londres; a cambio de ello, Pallavicino obtuvo el monopolio de la importación de alumbre por seis años, en evidente perjuicio de los alumbres que vendían los dominios de Felipe II. España tenía, pues, un doble interés en hacer algo a este respecto, pues se trataba, a la vez, de salvar su propio tráfico y de impedir las revueltas. De aquí que Pallavicino, previendo posibles dificultades, procurara trasladar inmediatamente hacia el norte el alumbre que poseía Génova en Milán y en los puertos de España. A fines de verano despachó hacia el sur una nave, la *Santa Maria Incoronata*, con 7000 «cantares», hasta Alicante, Cartagena y Cádiz, para recoger una parte de sus existencias[139]. Prevenido, el Rey Católico se aprestó a requisar en Milán y a secuestrar a su paso por España las naves cargadas de alumbre[140]. La trampa estaba dispuesta, pero el genovés recibió aviso del peligro desde el propio Alicante y así decidió confiar a las naves inglesas el cuidado de transportar el precioso alumbre. Las naves tocaron Alicante en su viaje de regreso sin sufrir daños, y en número de siete llevaron a Londres, en 1597, 14 000 «cantares» (lo que da un promedio de 2000 «cantares» y un calado de 200 toneladas por barco). La operación representaba, en total, la bonita suma de 60 000 escudos. Además, si no exageramos el sentido de otro documento, parece que Pallavicino expidió, vía Alemania, a Flandes, otros 2000 «cantares»[141].

Otra evidencia sobre las arribadas inglesas nos la proporciona un documento de 1580[142]: se trata de un decreto del senado veneciano dado el 26 de enero, que revela una vez más la crisis de Lepanto. «Antes de la última guerra [decían los senadores] nuestros mercaderes de Venecia tenían la costumbre de fletar nuestros barcos para el comercio y el tráfico del Poniente (es decir, de Inglaterra) y los despachaban a Cefalónica, Zante y Candía, donde cargaban pasas y vinos para el viaje del Poniente, y, de regreso, traían a esta ciudad *carisea*, paños de lana, estaño y otras mercancías», todo en gran beneficio de los mercaderes, armadores y de la gente de mar que, embarcada en cinco o seis naves, iban un año tras otro, con buen o mal tiempo, al mar del Norte. Pero después de la guerra (es decir, después de 1571-1573) «*il detto viaggio è del tutto levato*» —dicho viaje se interrumpió por completo—. Y si no se reanudó fue porque navíos «extranjeros» iban directamente hasta las islas venecianas, donde cargaban pasas y vinos nuevos, con la complicidad de ciertos ciudadanos de Venecia que allí vivían, y, en cambio, dejaban *cariseas*, paños, estaños y monedas del norte…

Esto indica que hay que volver siempre a la crisis veneciana de 1571-1573, la cual, así como asegura en el Oriente la fortuna tan evidente como breve de los marselleses, provocó el retorno de los ingleses al Mediterráneo. Pero aquí, lo mismo que en Levante, Venecia habría podido recobrar muy rápidamente su posición. Si no lo ha hecho, es porque a la altura de 1575 la coyuntura económica volvía a ser, una vez más, favorable, y, en consecuencia, las responsabilidades se delegaban con la mayor presteza. Es cierto que hasta finales del siglo se seguirán viendo algunos navíos venecianos por las aguas del norte. En 1582, por ejemplo, en el trivial incidente de la repatriación de unos pobres portugueses que en número de unos cien «han venido casi desnudos» de Terceira a Inglaterra, se mencionan dos *navi* venecianas[143]. En octubre de 1589, la nave *Santa Maria di Gracia* (veneciana o ragusina) continúa cargando vino para Inglaterra en Creta y en Rétimo —al menos eso es lo que consta en su contrato de flete—[144]. Pero, en líneas generales, y como ya dijimos, Venecia, lo mismo que la mayor parte de las grandes ciudades mediterráneas, va a recurrir cada vez más a barcos y marinos *extranjeros*. Esta actitud explica mejor que nada el regreso de los navíos del norte al Mediterráneo[145].

Las negociaciones angloturcas: 1578-1583[146]

A los ingleses les faltaba todavía por conquistar los mercados de Levante. Richard Hakluyt pretende que esa conquista fue obra de dos mercaderes de Londres, Edward Osborne y Richard Staper, quienes en 1575 decidieron llevarla a término. Para ello, y a su costa, despacharon dos agentes a Constantinopla, John Wight y Joseph Clements, los cuales siguieron el camino de Polonia, y en Leópolis —septiembre de 1578— se unieron al cortejo del embajador turco, Achmet Chaouch, que los condujo a buen puerto el 28 de octubre. El 15 de marzo de 1579 obtuvieron una carta del sultán para la reina de Inglaterra. Bernardino de Mendoza, quien desde Londres seguía la negociación mejor que Giovanni Margliani, el agente español en Constantinopla, hace notar en noviembre de 1579 que la reina recibió, por la vía de Francia, una carta del sultán donde se le hacían mil promesas y se le pedía que conservara y estrechara aún más su buena armonía con el Rey Cristianísimo, casándose con el duque de Anjou. La carta añadía que les sería dispensada a los mercaderes ingleses la mejor acogida, ya llegaran por tierra o por mar. «En realidad [escribía Mendoza], los turcos se burlaban del propuesto matrimonio»; lo que les interesaba era el estaño, «que los ingleses han comenzado a llevar a Levante desde hace algunos años», sin el cual no podrían «fundir su artillería». Cinco navíos, con más de 20 000 escudos de estaño, estaban a punto de zarpar de Londres rumbo a Levante[147]. ¿Fue esta traición a la cristiandad el motivo del éxito de las negociaciones inglesas? Debió de ser, en efecto, el estaño, más que los respetables mercaderes Edward Osborne y Richard Staper, a menos que las dos cosas no fueran sino una sola y que también ellos estuvieran interesados (Hakluyt no lo dice) en el «contrabando» del estaño… La reina confió su respuesta, fechada el 25 de septiembre de 1579, a Richard Stanley y al barco *Le Prudent*[148].

El momento era favorable para las negociaciones. Políticamente se abría la sucesión de Portugal; Felipe II estaba ocupado en enormes preparativos. La reina Isabel estaba más inquieta que nadie; no tenía más remedio que apoyarse en el turco. Durante el curso de las negociaciones llegó incluso a pedir que la armada otomana hiciera una salida. En todo caso, Inglaterra obtuvo en junio de 1580 los 35 artículos de sus primeras capitulaciones, entre las cuales se hallaba el libre comercio para sus súbditos bajo su propia bandera, todo logrado a pesar de los franceses, cuyo prestigio e influencia disminuían en Levante, al decir de los ingleses, y después de haber sobornado al «difunto Mehemet Pachá», según el testimonio de los franceses[149], quienes se dejaron embaucar[150] creyendo que, según ciertas promesas del turco, los recién llegados navegarían bajo la bandera de Francia. Los ingleses

mantuvieron firmemente sus privilegios. En noviembre de 1580 un embajador turco, renegado italiano sin duda[151], llegó a Inglaterra. El 11 de septiembre de 1581 fue organizada por Isabel la *Levant Company*, en beneficio de Edward Osborne, Richard Staper, Thomas Smith, William Garret y algunos otros. Su constitución no se logró sin causar serias fricciones con los ingleses más o menos libres que se habían embarcado en la aventura del Levante, y que, asociados en lo que era casi una compañía, comerciaban con Venecia. Pero los beneficios del nuevo tráfico organizado en gran escala no se tocaron inmediatamente, pues los asuntos moscovitas se embrollaron y se paralizaron, y las naves danesas impidieron por la fuerza, en 1582, el comercio en la bahía de San Nicolás[152]. En noviembre de 1582 la *Susanna*, de Londres, zarpó rumbo a Constantinopla con presentes y una carta de la reina para el sultán[153]. La carta la llevaba el nuevo embajador que Isabel acababa de nombrar en Turquía, William Hareborne[154], el Guillaume Harbron de los avisos franceses[155], que resultó ser un firme pionero de la causa inglesa. En Sicilia no se enteraron del paso del navío sino hasta el 15 de marzo de 1583[156], cuando ya había llegado al Archipiélago.

El 3 de mayo, William Hareborne besó las manos del sultán, «quien le honró más que a cualquier otro embajador de rey que hubiera tenido en su presencia», dice Maisse[157]. Ni contra él, ni contra los cónsules que nombró en el Oriente, pudieron hacer, a la postre, absolutamente nada los franceses ni los venecianos, esos «*malicious and dissembling peoples*», de quienes, según Hareborne, había que desconfiar[158].

El éxito de la navegación inglesa

La *Levant Company* hizo desde un principio abundantes y magníficos negocios. Bajo su primera forma, es decir, según el régimen de la patente del 11 de septiembre de 1581, realizó beneficios hasta de 300 %[159]. Los progresos fueron aún superiores a partir de 1592, bajo la segunda forma que adoptó la compañía, después de su fusión en enero con la pseudo-*Venice Company*, fundada en 1583[160]. Desde 1595 la *Levant Company* disponía de 15 navíos y de 790 marinos[161]. Frecuentaba especialmente las plazas de Alejandreta, Chipre, Quíos y Zante, y con menos frecuencia las de Venecia y Argel[162]. En 1599 contaba solamente en aguas italianas con 20 navíos. En 1600 añadió a su flota ordinaria 16 navíos suplementarios[163]. Estos éxitos no eran obstáculo para que se lamentara de su pobreza y de innúmeras dificultades, como las que le ocurrieron casualmente en vísperas de la

renovación de sus privilegios, el 31 de diciembre de 1600[164], cuando aún vivía Isabel, y el 14 de diciembre de 1605[165], a comienzos del reinado de su sucesor, Jaime I. Algunas dificultades existían en realidad: la longitud de los viajes, la hostilidad de España hasta 1604, los peligros del corso berberisco, la violenta defensa de venecianos y marselleses, que no abandonaron sus posiciones sin lucha, amén de las extorsiones de los turcos y la pesada carga que significaba para la compañía tener un embajador en Constantinopla y una serie de cónsules en Berbería y en Levante. Sin embargo, el éxito recompensó el tesón de los mercaderes ingleses, la excelencia de sus navíos, los bajos precios de sus telas y su buena organización. Unas cuantas decenas de navíos de esta empresa lograron en Levante y en el Mediterráneo lo que difícilmente podían conseguir los marselleses con sus cientos de cascarones de nuez[166]. Entre las causas de su éxito hay que destacar el ingenioso sistema de convoyes que los ingleses pusieron en práctica en 1591, el dinero que les procuraba la balanza favorable de sus compras en Constantinopla y la mayor honestidad de sus mercaderes (con relación a venecianos y franceses, siempre dispuestos a engañar sobre la calidad o sobre la cantidad de sus tejidos). Todos estos argumentos, que ya aparecen en Hakluyt y que repiten historiadores posteriores, merecen ser tenidos en cuenta. Pero también debe señalarse que a los ingleses se debió la renovación del comercio con Levante, ya iniciado con motivo de las especias, y que el viejo mercado del Mediterráneo se aprovechó una vez más de las terribles luchas en el Atlántico[167]. No fue pura casualidad el que, de 1583 a 1591, los agentes ingleses se abrieran paso por las rutas de Siria hasta el océano Índico, Persia, la India y Sumatra. Debemos a estos aventureros admirables descripciones de todas las rutas del Cercano y del Lejano Oriente. En Egipto, país cálido, los ingleses, comerciantes en paños gruesos, no pudieron lograr beneficios en dinero contante; además, tropezaban allí con la tenaz y hábil competencia francesa[168]. Era, pues, por Siria y sus rutas terrestres, por donde los ingleses pensaban organizar un comercio de trueque de mercancías, que se impuso, sin que lo destruyera de golpe el segundo descubrimiento del cabo de Buena Esperanza por los holandeses. Señalemos, de paso, que la *East India Company*, fundada en 1600, era hija o hermana de la *Levant Company*[169].

En pleno Mediterráneo, en Liorna, las cifras nos hablan del creciente éxito de los marinos del norte; por ejemplo, el registro de las *portate* de naves venidas del *Ponant* (el texto no da detalles más precisos, y mezcla los barcos ingleses con los holandeses)[170]: en el periodo comprendido entre octubre y

diciembre de 1598 llegaron más de 5000 barriles de plomo, 5613 barriles de arenque ahumado, 268 645 *pesei merluzzi*, y 513 *fardi* de *pesci stockfiss*.

La situación al finalizar el siglo

A fines de siglo, los ingleses estaban en todas partes del Mediterráneo musulmán y cristiano, a lo largo de todas las rutas terrestres que comunicaban a la región con Europa o con el océano Índico. Desde 1588, les llamaban Moldavia y Valaquia[171]. Pero, ya desde mucho antes se maduraban en Londres grandes proyectos[172]. En 1583, el *Hércules* llevó de Trípoli el cargamento más rico que mercader inglés hubiese embarcado en un puerto de la isla[173]; este viaje, que era por lo menos el segundo del *Hércules*, fue un éxito simbólico. Pilotos españoles, griegos y marselleses ayudaron a los recién llegados a lograr, escala por escala, la conquista del mar entero, aunque no siempre sea posible fechar estas victorias sucesivas, dado que las primeras entradas a puerto fueron, generalmente, circunspectas y precavidas, y los documentos no las registran hasta que adquieren carácter de oficiales. El 26 de noviembre de 1590, Marsella decide recibir en su puerto a dos barcos ingleses: «se ha resuelto y ordenado que mientras la ciudad tenga necesidad de plomo y de estaño, dados los calamitosos tiempos en que vivimos, las mercaderías cargadas a bordo de los dos barcos entrarán en esta ciudad, junto con los capitanes que los mandan y los escribanos, para que vendan, truequen y negocien libremente con los comerciantes y habitantes de la susodicha plaza y compren otras mercaderías, si así les place, para cargar los dichos barcos, siempre que se trate de artículos no prohibidos»[174]. No era la primera vez, por cierto, que los ingleses entraban en Marsella, ciudad con la que mantenían relaciones desde 1574; pero ahora sabemos que entraron en la plaza oficialmente.

En unos pocos años cubrieron todas las rutas. Desde 1589, según un documento genovés[175], poseían una amplia red de *Intelligence Service*, que cubría todos los sectores del mar: en Constantinopla ocupábase de esto William Hareborne (quien por esa época se hallaba en Londres)[176]; en Argel, John Tipton; en Malta, John Lucas; en Génova, Richard Hunto. Este último, cuyo nombre seguramente está italianizado, daba a los genoveses la impresión de ser enemigo de los católicos, «un enemigo muy malicioso y perverso», y tenía reputación de espía (*«l'inteligencero»*, dice el documento que consultamos, redactado en español) de Horacio Pallavicino.

En enero de 1590, los ingleses se regocijaron abiertamente de haber impedido al nuevo agente español, Juan Estéfano Ferrari, que llevase a cabo su negociación. Estaban demasiado metidos en la vida del Mediterráneo para no llevar a ella su política. No era todavía una política de poder y de fuerza, pues los ingleses obraban con mucha suavidad y no pocas trapacerías (pero ¿quién había que no obrase así?). Era un juego sobre dos tableros, el islam y la cristiandad, y hasta en tres, pues el otro era el tablero corso.

Los ingleses habían sido corsarios desde los comienzos de sus andanzas en el océano, y los peores de los corsarios, que nada tenían que envidiar a las más reprobables costumbres del Mediterráneo[177]. Ya en 1581 uno de los veleros pirateaba contra los turcos[178]. Veinte años después, en 1601, un aviso de Londres refiere las lamentaciones de venecianos, genoveses y otros, con motivo de los saqueos de los veleros ingleses, y de las ventas de sus botines en las ciudades de Berbería[179]. Después de la paz hispano-inglesa de 1604, Liorna se convierte en el refugio favorito de los corsarios ingleses retirados de sus negocios[180].

Es cierto que el corso constituye el arma de los débiles. El de los ingleses, en las postrimerías del siglo, revela lo poco que aún eran, por aquel entonces, en el mar de los grandes navíos y las grandes ciudades. Habrán de pasar varios siglos para que se realice lo paradójico: un Mediterráneo inglés. La primera flota de guerra británica entra en este mar el año 1620; en 1630-1640 se abrirán en Génova diversas casas de comercio[181] filiales de las de la isla.

Llegan los hanseáticos y los holandeses

El retorno de los ingleses aparece vinculado al comercio del estaño. La primera entrada en escena de los hanseáticos y de los holandeses depende de las compras masivas de trigo efectuadas por los mediterráneos. Se debe, pues, al trigo, en mucho mayor grado que a la política torpe e ineficaz de aquellos pésimos guardianes de las puertas del Mediterráneo que eran los españoles, aunque también esta ha tenido su parte de responsabilidad.

Las malas cosechas que ha padecido Italia de 1586 a 1590[182] alertaron a los holandeses y los hanseáticos, asistidos posiblemente por negociantes e intermediarios judíos, como han supuesto, no sin razón, Luzac[183], De Jonge[184] y Wätjen[185]. Pero eso únicamente atañe a los detalles de ejecución, lo mismo que el hecho de que las iniciativas vinieran de Danzig, Lúbeck y Hamburgo.

Es muy natural que estas ciudades hanseáticas, situadas a las puertas de los grandes mercados de trigo, por largo tiempo especializadas en el comercio con cereales en gran escala, atendieran la llamada del Mediterráneo. El gran duque de Toscana envió precisamente a Danzig, en 1590, a su agente Ricardo, acompañado de una comitiva, con el encargo de pasar del «*granajo della Pollonia*» a Lúbeck y después a Holanda, Francia e Inglaterra[186]. Es indudable que el enorme pedido que el gran duque hizo al norte ese mismo año —se dice que por un millón en oro— provocara por sí mismo la llegada de las flotas nórdicas del trigo.

Lista de navíos transportados (según *Mediceo* 2079, ff. 150 v. a 169 v.)

	Amsterdam y Zelanda	*Inglaterra*	*Ciudades hanseáticas*				*Amberes y Flandes*	*Noruega*	*Riga*	*Localización dudosa*
			Lubeck	*Emden*	*Hamburgo*	*Danzig*				
Navíos procedentes de	12	7	4	5	16	9	4	2	1	13
					34					
Navíos cargados en ...	28 uno solo de ellos en Zelanda	7	3	3	12	11	0	0	1	8
					29					

Los 73 navíos llegaron a Liorna como sigue: 6 de enero (dos), 9 de enero (uno), 12 de enero (cinco), 13 de enero (37), 14 de enero (cuatro), 16 de enero (uno), 12 de enero (cinco), 13 de enero (37), 14 de enero (cuatro), 16 de marzo (uno), 14 de marzo (dos), 1 de abril (uno), 29 de abril (uno), 3 de mayo (uno), 5 de mayo (uno), 6 de mayo (dos), 12 de mayo (uno), 15 de mayo (uno). Nada se indica a propósito de los retrasos en ruta sobre estos navíos de 1593, pero en 1609-1611 (Mediceo 2079), la duración de los viajes reales, en semanas, era la siguiente: *A)* Ámsterdam-Liorna (12, seis, cinco, cinco, ocho, cinco, 32 días, 16). *B)* Danzig-Liorna (14). *C)* Londres-Liorna (cuatro, ocho). *D)* Bristol-Liorna (12). *E)* Plymourh-Liorna, 28 días.

Dejaremos que el lector deduzca de este cuadro las observaciones que sugiere (variación en la duración de los viajes, predominio de los viajes en invierno, indicación visible del papel de Ámsterdam como centro de redistribución de cereales). Añadamos, sin embargo: 1.º, que en el año de 1593, seis navíos ingleses aportaron sus cargamentos habituales de plomo, de estaño y de arenques, pero que en su convoy se deslizaron un navío holandés (cargado en Inglaterra) y un navío de Emden, el *Aigle Noir*, cargado en Lisboa; 2.º, que, en total, sumado el centeno y el trigo, los nórdicos desembarcaron ese año en Liorna poco más de 15 000 toneladas de cereales, lo que da para esos veleros del norte un tonelaje medio de unas 200 toneladas; 3.º, la lista de los nombres de esos navíos indica que entre ellos predominaban en gran mayoría los no religiosos.

Los historiadores pretenden que en 1591 trece veleros fueron secuestrados a su paso por España, a pesar del salvoconducto expedido por el Rey Católico[187]. Cuarenta llegaron a Liorna[188]. Habida cuenta de la cuantía de las demandas toscanas, nada tiene de extraño, como decimos, que los países nórdicos[189] respondieran a la llamada del Mediterráneo. Holandeses, hanseáticos e ingleses se mezclaron entre la flota triguera, como se desprende claramente de la lista de los *portate* liorneses de 1593.

Del trigo a las especias: los holandeses conquistan el Mediterráneo

A pesar de que los hanseáticos y holandeses llegaron al Mediterráneo al mismo tiempo, solo los últimos lograron conquistar el mar. El hermoso libro de Ludwig Beutin[190] lo explica por la competencia establecida entre los dos pueblos nórdicos. A principios del siglo XVII, los hanseáticos fueron eliminados, y sus navíos ya no pasaron de la escala de Málaga[191].

Hay que establecer las causas de esta derrota. Sin duda, los hanseáticos, que durante las guerras entre los ibéricos y los nórdicos conservaron la ventajosa posición de neutrales, empezaron a perder sus ventajas después de los acuerdos de 1604 y de 1609. En el siglo XVIII, a favor de las guerras europeas, nuevamente los hanseáticos extendieron su comercio por el mar interior; pero a finales del siglo XVI mediaban otras circunstancias: tal vez el hecho de que los hanseáticos estaban vinculados a España y a las empresas oceánicas que esta les proponía, y, por consiguiente, no carecían de las especias y de la pimienta que hubiesen podido atraerles hasta Levante; o el hecho de que, detrás de las ciudades marítimas, no se hallaba una industria poderosa y de que, por consiguiente, la Alemania del sur mantenía relaciones con Génova y con Venecia; o tal vez la falta de numerario. Por una paradoja a la cual, sin embargo, debemos encontrar explicación, fueron los holandeses quienes, en 1615, y sin duda desde antes[192], llevaron a Siria algunas mercancías alemanas, ámbar, mercurio, cinabrio, alambre de cobre, hierro, etc. No creo que esto deba atribuirse a una organización especialmente buena de la Hansa: la multiplicidad de propietarios de sus naves y la de sus aseguradores, bien puntualizada por Beutin, eran iguales a las que se observaban en todo el Mediterráneo. Tampoco era problema de barcos, porque los hanseáticos los tenían de todos los tonelajes. Quizá se debiera a la decadencia de los Estados-ciudades, en comparación con un Estado territorial mejor agrupado.

De cualquier modo, es lo cierto que los holandeses fueron los únicos que triunfaron. Solo ellos lograron llegar, en 1597, a la extremidad oriental del mar. Ese año, Balthasar Moucheron, enemigo de España, envió un navío a Trípoli de Siria, bajo pabellón francés[193]. Al año siguiente, todos los navíos holandeses obtuvieron del rey Enrique IV autorización para traficar bajo esta bandera en los puertos turcos[194] (las primeras capitulaciones no las tuvieron sino hasta 1612). En 1599, el cónsul veneciano señaló que, en ese año[195], «todavía llegó» un navío «flamenco» con más de 100 000 escudos en dinero contante, que causó no poco daño al comercio veneciano. El veneciano tenía interés en averiguar si los mercaderes de los Países Bajos se quedarían en Siria, y el «cónsul» holandés le declaró que de ninguna manera, siempre y cuando que continuaran en el océano Índico los progresos de sus compatriotas. Los venecianos los habrían despedido con el mayor gusto; pero los holandeses se quedaron, a pesar del viaje triunfal de Houtman (1595), de la ocupación de Java (1597), del reconocimiento de las Comores y la toma de la isla de Mauricio (1598)[196] y del regreso de la flota (1598). Se necesitaban muchos años para conquistar eficazmente el océano Índico y para que, al acomodarse las corrientes comerciales que esto traía consigo, de la Compañía de las Lejanas Tierras (*Van Verne*) se desprendiera, en 1602, la victoriosa Compañía de las Indias Orientales.

Por otra parte, ¿habrían sido capaces de interrumpir el precioso tráfico de las drogas, aunque hubiesen sido atraídos a Levante por el comercio de la seda (que pronto intentarían, sin éxito, desviar hacia el golfo Pérsico) y del algodón hilado?…

[I-832]

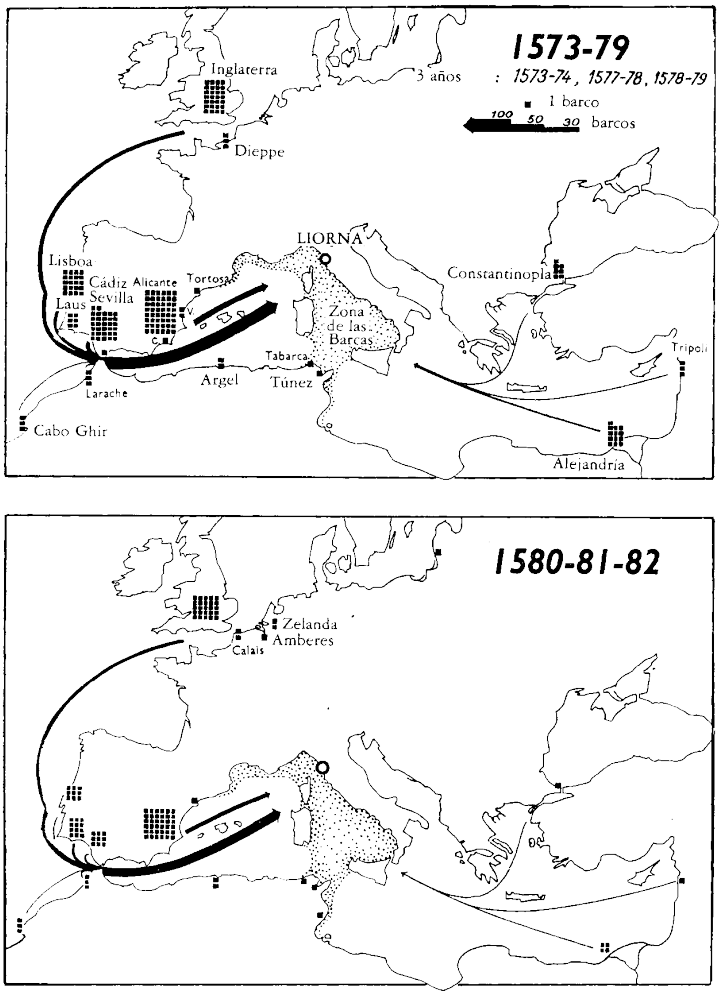
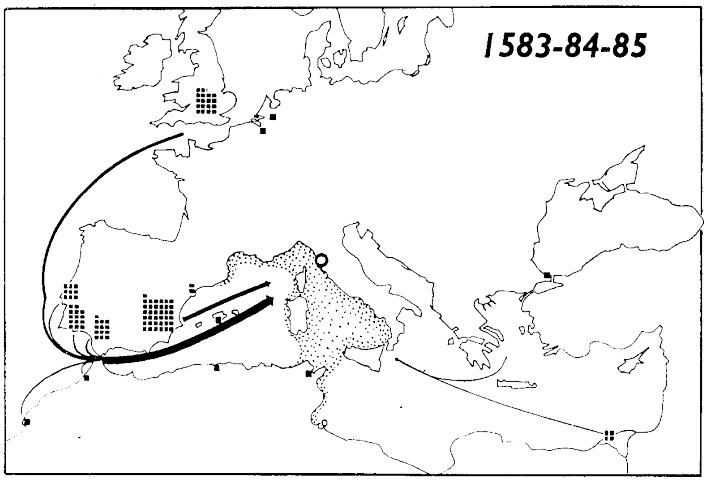
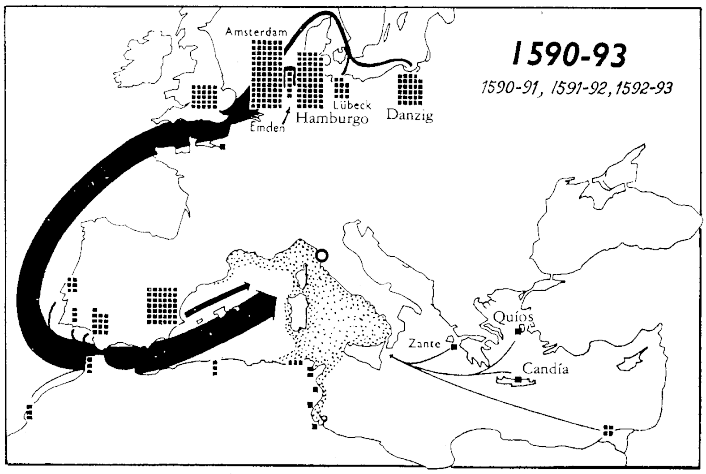


FIGURA 54. *Incremento de los navíos del norte en Liorna: 1573-1593*.
Según F. Braudel y R. Romano, *Navires et marchandises à l'entrée du port de Livourne*.
Estos cuatro mapas muestran el rápido crecimiento de los tráficos con punto de destino en Liorna (cada mapa muestra la suma de los tráficos de tres años).

[I-833]





La importancia de Levante, que nunca ha sido muy grande, va a disminuir más (pese al gran valor de algunos cargamentos).
El tráfico mayoritario que viene del oeste es, sobre todo al principio, el de España y Portugal, y a él se suman unos pocos barcos procedentes de la zona del canal de la Mancha y del mar del Norte. Este estado de cosas cambia radicalmente con la llegada masiva, en 1590-1593, de navíos del norte, cargados de trigo.

Así, pues, los holandeses se instalaron en el mar interior como abejorros, y un tanto pesados, tan pesados, que cuando topaban con un vidrio lo hacían saltar en añicos. Su entrada es estrepitosa, brutal. ¿Podía esperarse otra cosa de quienes habían dado al mundo los piratas más crueles, al decir de los portugueses, quienes, después del saqueo «*da nossa cidade*» de Faro[197], tenían sus razones para saberlo? Pero este modo de comportarse, ¿no se debería también al hecho de que, tanto en el Mediterráneo como en el océano, tenían que abrirse paso a codazos, conquistando el terreno que ya pertenecía a otros? Así habían procedido en los siglos XIII y XIV los catalanes, que también llegaron tarde y tuvieron que abrirse paso pirateando y saqueando. ¿Y qué otra cosa habían hecho los ingleses? Sus cañones no les servían solo para forzar la entrada de Gibraltar y para defenderse contra las galeras españolas; disparaban tranquilamente contra todo lo que se oponía a su codicia: navíos turcos, franceses, italianos, poco importaba; y pronto se ganaron una bien merecida fama como piratas. También los holandeses merecieron que se les inscribiera en las listas de los filibusteros[198]. Muy pronto se asociaron al corso berberisco, y yo añadiría (insistiré más tarde sobre esto) que lo transformaron, atrayéndolo, igual que al comercio oceánico, hacia el gran puerto de Liorna[199]. En todo caso, en 1610[200] desembarcan en el puerto toscano dos naves procedentes del océano Índico. No se precisa si eran mediterráneas u holandesas; pero el escribano pergeña toda una página para describir sus riquezas. Además, se cimentan relaciones bastante curiosas entre la señoría de Venecia y Ámsterdam, a veces por medio del rey de Francia, de una naturaleza tan complicada que no es fácil desentrañar. En Venecia se hacían entonces seguros marítimos para todas las regiones del mundo, incluyendo las Indias[201]. Podríamos decir que en esto intervenía el trabajo de los holandeses; pero no disponemos de pruebas.

Falta mucho, por lo demás, para que la historia de Holanda en el siglo XVI, y con respecto al pequeño sector del Mediterráneo, sea enteramente inteligible. La hora de su triunfo en el cuadrante del mundo comienza a sonar en las postrimerías del siglo. ¿Por qué la victoria de los navíos de Isabel sobre las pesadas flotas de Felipe II no fue seguida por un triunfo que parecía lógico? Inglaterra había ganado, y Holanda envió inmediatamente sus hombres, su tráfico, sus navíos hasta la lejana Oceanía y China, y en el mundo entero. Y así siguieron las cosas hasta mediados del siglo XVII. Solo hay una explicación plausible: por ser vecina de los Países Bajos católicos, por su tenacidad en forzar las puertas de España, y por la habilidad con que supo sortear las guerras, los saqueos y la violencia, Holanda permaneció en mayor

grado que Inglaterra asociada a la península ibérica y a sus tesoros de América, sin los cuales no habría podido animar su propio comercio. Pues sin dinero, sin los doblones tan pacientemente extraídos de España, el comercio holandés por los siete mares del mundo habría sido imposible. A comienzos del siglo XVII se estimaba en Inglaterra que era más ventajoso el comercio de la *Levant Company*, fácilmente equilibrado por las abundantes exportaciones hacia Turquía, que el de la *East India Company*, que no se concebía sin una considerable evasión de moneda[202]. ¿Existía entre España y Holanda una relación monetaria, reforzada por la paz de 1609-1621 y rota, como toda la fuerza de España, a mediados del siglo XVII, precisamente —y tal vez no por una simple coincidencia— en el momento en que la rueda de la fortuna iba a girar contra Holanda?

De cómo los holandeses se apoderaron de Sevilla, a partir de 1570, sin hacer un solo disparo

La brillante victoria de los ingleses y los holandeses en el siglo XVII solo a escala mundial se puede interpretar correctamente. Fue, ante todo, resultado de una serie de mejoras técnicas en el arte de construir y hacer navegar los navíos; de esto hemos hablado ya anteriormente[203]. La aparición del velero nórdico de 100 a 200 toneladas, bien armado y fácilmente maniobrable, marca un punto crítico en la historia marítima del mundo. De 1500 a 1600 la navegación ha hecho más progresos en los mares del norte que del año de la derrota de la Armada Invencible al año de Trafalgar[204]. Los marinos del norte aumentaron la capacidad defensiva de sus veleros, incrementando el número de sus tripulantes, multiplicando su artillería y despejando los puentes superiores, lográndose, en consecuencia, mayor capacidad de maniobra, como Ralph Davis ha demostrado de una manera, a mi entender, decisiva[205]. Siempre que contamos con registros de cifras, comprobamos que el número medio de hombres que componen la tripulación (en relación con el tonelaje del navío), es superior en el norte que en el mar interior[206]. La desventaja que representa la menor carga queda compensada por una mayor seguridad y, por tanto, unos seguros más baratos[207]. Evidentemente las costosas galeras del Mediterráneo podrán, algunas veces, e incluso en el siglo XVII, lograr sensacionales revanchas: un barco de vela solo es rey cuando el viento hincha sus velas y le permite evolucionar[208]. Pero cuando hay calma chicha, la galera, gracias a su agilidad, puede acercarse, aprovechando los puntos ciegos, a la inmóvil fortaleza, y apuntarse la victoria.

Pero la excepción confirma la regla. La superioridad bélica y mercantil del norte es algo que no se puede cuestionar seriamente. Y los ingleses y holandeses han tenido muy pronto conciencia de ello, mucho antes de 1588. Ellos consideran «gallinas en remojo» a los navegantes portugueses[209]. Los portugueses, por su parte, describen a los vencedores como la hez de la tierra. Estos holandeses —dicen, todavía a la altura de 1608—[210] se contentan, cuando navegan, «con un mordisco de bizcocho, unas raspaduras de mantequilla, tocino, pescado y cerveza; así pasan meses y meses en alta mar». Los meridionales son mucho más exigentes a bordo, «porque no estamos, como ellos, criados en la miseria». Como es natural, son muy otras las razones que explican el éxito de los navíos del norte.

Pasemos ahora una rápida revista a las razones frecuentemente aducidas: que los ibéricos han sido unos pésimos guardianes de las puertas del Mediterráneo; que tratando de conjurar la tormenta, la han desencadenado al adoptar, en el Atlántico y frente al norte, una política cuya puesta en práctica estaba muy por encima de sus posibilidades. No hay duda de que esta explicación contiene una parte de verdad. En 1586, los españoles, que eran ahora tan señores de Lisboa como de Sevilla, multiplican los embargos y las prohibiciones contra los navíos del norte[211]. Pero estas medidas no impiden que los ibéricos mantengan un activo comercio con el enemigo: el *bloqueo continental* resultó francamente inefectivo[212]. Y todo continúa, poco más o poco menos, como antes. Pero la cronología nos pone inmediatamente en guardia. Los ingleses vuelven al Mediterráneo en 1572-1573, con más de 10 años de antelación sobre los embargos españoles, y los holandeses en 1590-1593, es decir, con varios años de retraso respecto a aquellos… Con toda la evidencia, la gran explicación de un vuelco económico de esta magnitud solo nos la puede proporcionar, o al menos dejarla entrever, la situación económica general.

El norte y el sur se han enfrentado como enemigos bastante antes del final del siglo: los Países Bajos se rebelan en 1566; los ingleses cortan las rutas marítimas españolas a partir de 1569. Pero estos *enemigos complementarios*[213] no podrían vivir los unos sin los otros. Luchan, pero luego llegan a un acuerdo o a un acomodo, según la *entente* establecida sea de carácter oficial o bajo cuerda. En consecuencia, la hoguera de la guerra en el Atlántico se enciende, se apaga, se vuelve a encender, siempre atemperada por interrupciones decididas entre bastidores. Y entre 1566 y 1570 se produce un importante *turning point*. Hasta entonces, el comercio oceánico había sido triple: los del norte (holandeses en primera fila[214], bretones muy pronto en

segunda posición[215], ingleses, y más tarde hanseáticos y pescadores escandinavos[216]; todos ellos aseguran los enlaces entre el norte y la Península, abasteciéndola de trigo, madera, pescados secos o en salazón, plomo, estaño, cobre, lienzo, paños y quincallería); los ibéricos, que han organizado a partir de España la Carrera de Indias y, a partir de Portugal, el enlace oceánico con las Indias Orientales; y finalmente los italianos y más en particular los genoveses de Sevilla, quienes financian este comercio de mercancías, encargándose la plata americana de nivelar, aunque siempre con un cierto retraso, los desequilibrios que se producen en las balanzas comerciales.

El sistema recibe, entonces, dos duros golpes: a partir de 1566, los mercaderes genoveses, que están obteniendo del rey *sacas de plata*, se desinteresan de la exportación de mercancías que hasta aquel momento habían facilitado sus pagos al norte. Y el movimiento de plata de Laredo a Amberes se interrumpe después de 1569[217]. Pero no por ello cesa el comercio atlántico; es más, incluso prospera y este sorprendente hecho es en sí una explicación clave.

No se trata de interrumpir este comercio de manera total, dicen los expertos en economía españoles a los consejeros del rey, pues eso traería consigo la ruina de la navegación y del comercio de Indias y disminuiría las reservas del tesoro. Así se dice en un largo informe de 1575[218]. Abandonado por el gran capitalismo genovés, el comercio de exportación de Sevilla encuentra nuevos patrocinadores. Las firmas de los Países Bajos, enriquecidas durante los años anteriores, adelantan sus propias mercancías y esperan para ser pagados que las flotas de Indias vuelvan con numerario. Dicho con otras palabras, los mercaderes sevillanos se convierten ahora en unos meros agentes con comisión: ven pasar las mercancías por delante y cobran sus porcentajes, pero, prácticamente nunca arriesgan lo suyo. Sus capitales van a servir para comprar tierras y pueblos, *juros*, o para constituir mayorazgos. De este papel pasivo a la completa inactividad solo había un paso y ellos contemplan tranquilamente tal perspectiva. Así fue como se conquistó Sevilla, devorada desde dentro por las ocultas bocas de los termes, todo ello en beneficio de Holanda. En la interminable guerra que comienza en 1572, Amberes continuará siendo la capital del dinero político, como Saigón antes de 1953, durante el tráfico de las piastras. Pero Ámsterdam atrae a los mercaderes de Amberes y, apoyándose en Sevilla, lanza su red sobre la inmensa América española. Es una victoria que nunca se habría conseguido sin mediar antes años de paciente trabajo, complicidades, hombres de paja, la lenta

desintegración del mercado sevillano y la cooperación —por ejemplo— del duque de Medina Sidonia en lo tocante a la transmisión de plata desde su feudo, Sanlúcar de Barrameda[219].

Hacia finales de la centuria esta infiltración del tráfico sevillano se hace manifiesta y, durante el verano de 1595, el rey decide asestar un golpe a este comercio clandestino, demasiado desarrollado como para pasar inadvertido a una atenta inspección oficial. La orden fue ejecutada por el licenciado Diego de Armenteros, asistido por Luis Gaytán de Ayala. Visitaron sesenta y tres casas comerciales de Sevilla, pertenecientes a castellanos, portugueses, flamencos, franceses y alemanes, sospechosos todos ellos a causa de sus relaciones con Holanda, Zelanda e Inglaterra[220]. No hará falta decir que en ninguno de esos lugares se pudo encontrar un solo holandés, inglés o zelandés. «Es cosa harto sabida [escribe Armenteros] que ellos solo trafican en España por medio de intermediarios de su confianza». Los dos visitadores confiscaban papeles y libros de cuentas, cuando encontraban tales libros, dado que algunos mercaderes habían recurrido al extremo de esconder los suyos debajo de los colchones de sus camas. Todos estos papeles fueron examinados por los cinco *contadores*, expertos contables puestos al servicio de los investigadores. La gran cantidad de evidencias, las complicaciones y las oscuridades hicieron difícil y complicada su tarea: no era nada fácil descubrir quiénes eran los verdaderos propietarios de las mercancías, resultaba que en los Países Bajos, las provincias fieles a España traficaban con las zonas rebeldes. Y, a menos de instituir salvoconductos especiales concedidos por el gobernador de los Países Bajos, o hacer obligatorio y general este sistema entre las dos zonas en guerra de Flandes, era difícil saber si una determinada mercancía pertenecía a unos o a otros. La confusión procedía de que era imposible hacer pasar por Dunkerque o Gravelinas el tráfico de las provincias leales. Con los rebeldes al lado y Dóver enfrente, ¿cuánto tiempo habría requerido? Y además, allí no había navíos del rey. ¿Se debía en tal caso proceder a una investigación y buscar testigos? Nadie podría ni querría decir la verdad. Un mercader que, sometido a interrogatorio, permitiese que se le confiscasen ciertas mercancías, podía estar bien seguro de que su corresponsal se rembolsaría a expensas de mercancías suyas. Tales son las conclusiones que expone la carta colectiva enviada el 12 de julio, por el duque de Medina Sidonia y los dos inspectores, escrita de puño y letra de Diego Armenteros[221].

La situación resulta todavía más clara en otra carta del mismo Armenteros, escrita, un mes más tarde, probablemente a uno de los secretarios

de Felipe II, amigo o protector suyo, y en todo caso figura política importante[222]. En los papeles confiscados, Armenteros ha encontrado numerosas pruebas de que los mercaderes incriminados comercian tranquilamente con los rebeldes de los Países Bajos y con los ingleses y que mantienen correspondencia con ellos y les envían sumas de dinero. Entre otros hay todo un lote de papeles concernientes a Francisco de Conique, Pedro Leymieri y Nicolás Baudaert, los tres residentes en Inglaterra, y David Leymieri, este último establecido en Ámsterdam. Una carta enviada a Pedro Leymieri, que está en Inglaterra, le informa de «que nuestra flota ha regresado en un tal desorden que si ahora quisiera volver a salir se la podría capturar con toda facilidad con solo unos pocos navíos». Esta compañía (Leymieri y sus socios) es, según se le ha informado, la más rica de las establecidas en Sevilla. Seis navíos con mercancías pertenecientes a esta firma han llegado a Sanlúcar de Barrameda y el duque de Medina Sidona ha permitido desembarcarlas. También es cierto —añade Armenteros— que el duque gana en la operación 12 000 ducados. «No hay un solo extranjero que entre en Sanlúcar [sigue diciendo] que no sea festejado y favorecido, e incluso ayudado para que se lleve plata». Cuando encuentre una persona en quien se pueda confiar plenamente, le enviará los papeles concernientes al asunto Leymieri. Pero hasta ese momento lo mejor será —insta— guardar secreto: «Que no aumente el número de enemigos que me he procurado por servir a Su Majestad…».

Existen evidencias de claridad todavía más cruda. Durante el año siguiente, 1596[223], 60 navíos cargados para las Indias son sorprendidos en la bahía de Cádiz por la flota inglesa, cuando el saqueo de la ciudad. El valor total de las mercancías contenidas en ellos alcanza los 11 millones de ducados. Los ingleses proponen no quemarlos si se les pagan dos millones. El duque de Medina Sidonia rechaza la proposición, y los navíos arden… pero no son los españoles quienes sufren la enorme pérdida, puesto que las mercancías no son suyas. Se podría escribir todo un libro sobre esa Sevilla: una ciudad donde la corrupción, las denuncias infames y los funcionarios prevaricadores están al orden del día; una ciudad donde la plata destruye las conciencias.

Todas estas crudas realidades nos ayudan, si no a llegar a conclusiones, sí al menos a vislumbrar las explicaciones esenciales. Lo que hace bascular la historia del mundo no es la incompetencia de los agentes de Felipe II, ni la evidente eficiencia con que se guarda el estrecho de Gibraltar, sino, con toda evidencia, la bancarrota del Estado español, patente en 1596, y que aun antes de ser un hecho firmemente establecido, plantea de nuevo los problemas

inherentes a la circulación de la plata y la repartición de las riquezas del mundo. Holanda, ahora en un momento de brusca expansión, busca y encuentra compensación en el Mediterráneo, por una parte, con el trigo y otros tráficos, y por otra, en las islas de la Sonda, gracias a sus especias.

Detalle curioso: el avance de los holandeses, en especial en el Mediterráneo, aunque también hacia las Indias y América, fue precedido por la llegada de mercaderes portugueses, en su mayor parte cristianos nuevos, que vienen tanto de Lisboa como de las ciudades del norte donde habían encontrado refugio. ¿Se produjo una *conquista* de Lisboa similar a la de Sevilla? He aquí una nueva y muy importante cuestión.

Cristianos nuevos en el Mediterráneo

Esta inmensa infiltración de un capitalismo del norte, atlántico e internacional, con sede en Ámsterdam, no podía ignorar el rico Mediterráneo. Lo mismo que España, ignominiosamente saqueada, el Mediterráneo era un fruto muy tentador para un capitalismo joven y de buena dentadura, un capitalismo que muy pronto ha sabido lo que hay que hacer para encontrar cómplices sobre el propio terreno. Los ricos *marranos* portugueses entran en juego para preparar y facilitar —muchas veces sin pretenderlo— el camino a los holandeses: los Ximenes de Lisboa y de Amberes, por ejemplo, y sus asociados, los Andrade y los Veiga, que han organizado, para el gran duque de Toscana, los envíos de trigo del norte a partir de la década de 1590, consiguiendo considerables beneficios, y que también han participado en el comercio de la pimienta en dirección a Italia. Desde 1589 envían remesas de especias a Baltasar Suárez, a Florencia. Más adelante preferirán a Antonio Gutiérrez, un castellano que se acaba de establecer en Florencia, y que, siendo, en realidad, portugués no tarda en ponerse en relación con otros mercaderes de su país, como, por ejemplo, ese Manuel da Costa que le envía cajas de azúcar en mayo de 1591[224]. La correspondencia de Simón Ruiz con Florencia nos informa sobre esos portugueses que *en esto de especierías*[225] lo controlan todo, según dice Baltasar Suárez, quien espera la intervención de un amigo, en favor suyo, ante los poderosos Ximenes. Estos últimos han enviado, en 1591, 500 quintales de pimienta a Italia, en un solo viaje[226]. El año anterior habían hecho venir un navío de Brasil a Liorna, con 600 cajas de azúcar[227]. Todo lo que intentan les sale bien. La pimienta de Alejandría falla en el momento justo. «Son afortunados en cuanto ponen la mano», exclama Baltasar Suárez[228].

Tras sus huellas llegan a Italia otros portugueses. En febrero de 1591, dos de ellos, Fernández y Jorge Francisco consideran la idea de establecerse en Pisa. Si así lo hacen «no hay duda de que atraerán hacia ellos todos los negocios de Portugal»[229]. En agosto de ese mismo año, «si es cierto lo que he oído decir [escribe Baltasar Suárez] los Ximenes han enviado a una persona para que abra negocio en su nombre e incluso han mandado a Pisa a Sebastián Ximenes Penetiques, su actual agente en Cádiz. De Amberes viene un hijo de Rui Núñez y, como se trata de personas ricas, el gran duque desea atraérselos y se apresta a ofrecerles privilegios[230] en abundancia».

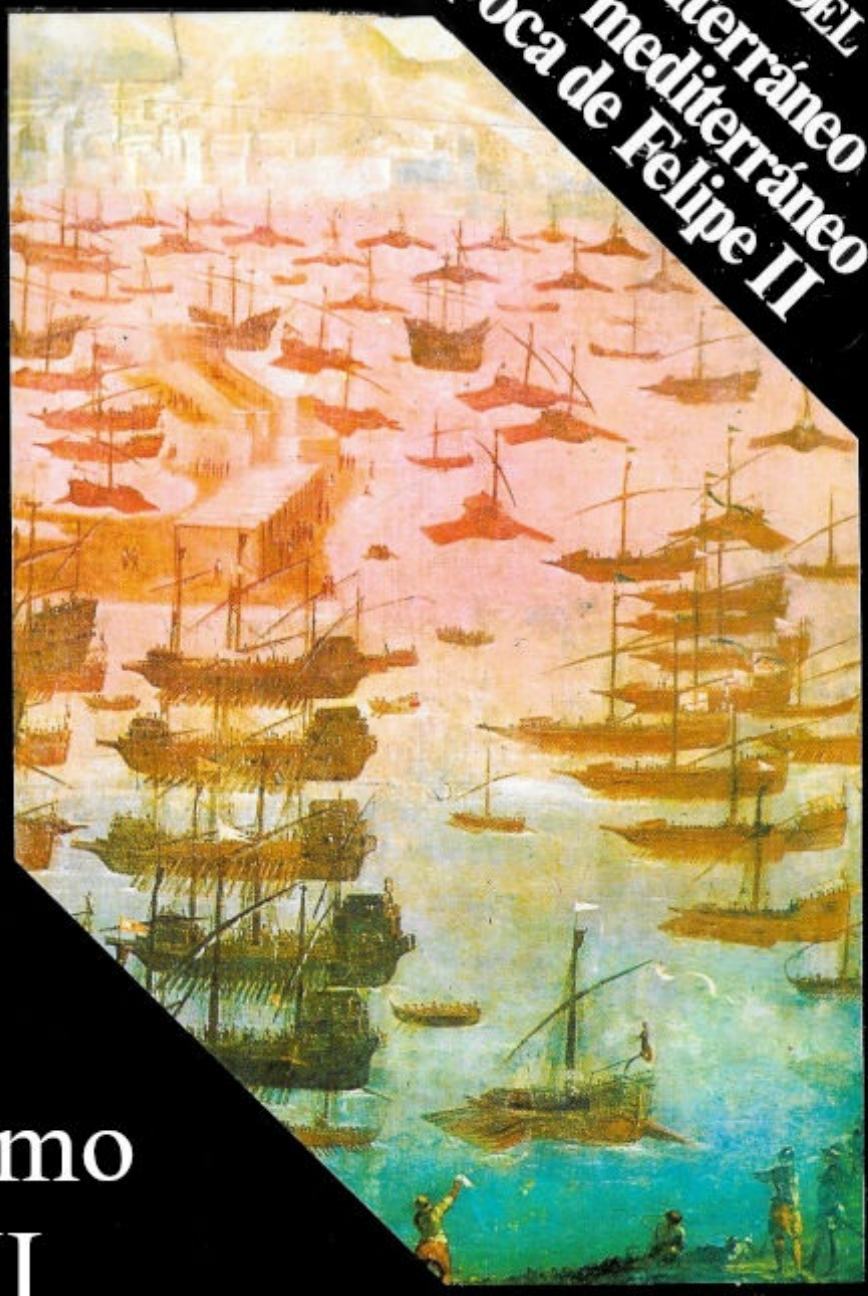
Estos detalles nos revelan un cierto cambio en la situación económica general: desde que comienza a ser difícil vender pimienta por las rutas del Atlántico, se difunde casi espontáneamente hacia Italia y Alemania, y, en consecuencia, durante cierto tiempo la emigración portuguesa se dirigirá hacia Italia. En Venecia, el embajador de Felipe II habla de esos judíos portugueses que vestidos como los cristianos se declaran «por judíos y se ponen el sombrero rojo que es el signo distintivo que llevan en este Estado»[231]. Venecia se muestra cada vez más tolerante con ellos: los acoge, los ayuda, los protege y se beneficia de su competencia. Destacan algunos nombres, algunos de ellos poco conocidos: dos hermanos, *Rui Loppes* y *Diego Rodrighes*, quienes en 1602, después de veinticuatro años de residencia en la ciudad, piden se les conceda la *cittadinanza* veneciana[232]; o ese Rodrigo di Marchiano, judío de Portugal, iniciador del comercio del azúcar con base en el cabo Ghir, en Berbería[233], o esos otros *marranos* venidos de Flandes y Hamburgo, que pasan por Venecia camino de Levante. Por lo que parece, se insinúa entonces, discreta o no, eficaz o aparente, la prosperidad de ciertos mercaderes judíos, levantinos y occidentales que puestos de acuerdo entre sí trabajan juntos de Estambul a Salónica, Valona y Venecia, y por el oeste, hasta Sevilla, Lisboa y Ámsterdam. No es pura casualidad que durante esos años los piratas españoles, toscanos y malteses se preocupen seriamente de *limpiar* los barcos mercantes, apoderándose de toda mercancía que pertenezca a los judíos, la *ropa de judíos* mencionada en los documentos españoles. Son cargamentos que, por lo general, valen la pena[234].

Y se impone la pregunta: esta prosperidad, ¿es el resultado de una *entente*, más o menos formal, entre holandeses y cristianos nuevos portugueses? Si es así, el Atlántico ha sido el responsable. No tenemos suficientes pruebas para afirmarlo categóricamente, pero es muy probable. Publicado en 1778 sin el nombre de su autor, *La Richesse de Hollande* es un libro muy hermoso, aunque no necesariamente muy veraz. Envueltas entre unos cuantos errores

podemos leer las afirmaciones siguientes: «solo a partir de 1612, y a imitación de ciertos judíos que se habían refugiado entre ellos, y de quienes se dijo habían establecido por todas partes oficinas de contaduría, los holandeses comenzaron a abrir las propias y a navegar por todo el Mediterráneo»[235].

Fernand BRAUDEL

El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II



Naves de vuelta de Lepanto en Mesina. Monasterio del Escorial.

Tomo II

CAPÍTULO IV [II-9]
LOS IMPERIOS

NO SERÍA posible trazar un panorama político exacto del siglo XVI sin remontarse hasta bastante lejos en el pasado para captar en él el sentido de una larga evolución.

A finales del siglo XIV el mar interior pertenecía indiscutiblemente a las ciudades, a los Estados urbanos plantados en sus orillas. Había, cierto es, algunos Estados territoriales más o menos homogéneos y relativamente extensos, hasta los que llegaban, a veces, las mismas olas del mar. Tal, por ejemplo, el reino de Nápoles —*il Reame*—, el reino por antonomasia; el Imperio bizantino; los países unidos bajo la Corona de Aragón… Pero estos Estados no eran, las más de las veces, más que el amplio ropaje de ciudades poderosas; el reino de Aragón era, *lato sensu*, obra del dinamismo de Barcelona; el imperio de Oriente venía a constituir, en cierto modo, el doble extrarradio de Constantinopla y de Tesalónica.

Pero en el siglo XV la ciudad no estaba ya a la altura de las circunstancias; la crisis de las ciudades se abre paso, antes que en ningún otro sitio, en Italia, donde despunta con el siglo. En los próximos cincuenta años va a dibujarse un nuevo mapa de la península en beneficio de unas ciudades y en detrimento de otras. Una crisis mesurada, por lo demás, puesto que no llegará a realizar lo que quizá estaba —aunque yo lo dudo— sobre el tapete: la unidad de la península. Una ciudad tras otra, Nápoles, Venecia, Milán, van fracasando en la empresa apenas entrevista. Desde luego, el momento era prematuro: demasiados particularismos se interponían en el camino; demasiadas ciudades, ansiosas de vivir su propia vida, frenaban el difícil alumbramiento. Esto hace que la crisis urbana se desarrolle solamente a medias. La paz de Lodi, en 1454, no hace más que consagrar un equilibrio y un fiasco: la península había simplificado su mapa político, es cierto, pero seguía desintegrada.

Entre tanto, una crisis análoga iba a minar todo el ámbito mediterráneo. Por doquier, en efecto, la ciudad-Estado, demasiado frágil, demasiado

angosta, se revelaba por debajo de los problemas políticos y financieros de la hora. Era, ostensiblemente, una forma superada, condenada a desaparecer: la toma de Constantinopla en 1453, la caída de Barcelona en 1472 y la reconquista de Granada en 1492 nos ofrecen otras tantas pruebas palmarias de ello.[1]

Sólo el rival del Estado urbano, el Estado territorial,[2] rico en espacio y en hombres, demuestra ser capaz de hacer frente a los enormes gastos de la guerra moderna; sostiene ejércitos de mercenarios y se procura el costoso material de artillería; y pronto podrá darse el lujo de afrontar grandes guerras marítimas. Su auge ha sido durante largo tiempo un fenómeno irreversible. Los nuevos Estados de las postrimerías del siglo XV son el Aragón de Juan II, el reino transpirenaico de Luis XI o la Turquía de Mehmed II, el vencedor de Constantinopla; será también, en seguida, la Francia de Carlos VIII, con sus aventuras italianas, o la España de los Reyes Católicos. Todos ellos habían desarrollado sus fuerzas iniciales tierra adentro, lejos de las orillas mediterráneas,[3] casi siempre en espacios pobres, donde no abundaban las ciudades-obstáculos. Al paso que en Italia la riqueza y la densidad de las ciudades mantenían en pie las divisiones y debilidades, las rivalidades y la modernidad tropezaban con grandes obstáculos para emerger del pasado en la medida en que este pasado conservaba su brillo y su vida. El pasado convertíase, así, en una insigne debilidad. Esto se vio con motivo de la primera guerra turco-veneciana, de 1463 a 1479, durante la cual la señoría, mal resguardada por sus territorios demasiado endebles, a pesar de la superioridad de sus técnicas, tuvo que abandonar la partida;[4] y de nuevo cuando la trágica ocupación de Otranto por los turcos, en 1480;[5] y mejor aún en 1494, cuando comenzó el huracán desencadenado por la irrupción de Carlos VIII en Italia. ¿Ha habido nunca un paseo militar más sorprendente que este raudo viaje a Nápoles, donde, para decirlo con las palabras de Maquiavelo, lo único que tuvo que hacer el invasor fue mandar a sus furrieles marcar con tiza los alojamientos para sus tropas? Una vez pasada la alarma se podía tomar a broma lo ocurrido o burlarse de Philippe de Commynes, el embajador francés, como lo hacía a fines de julio de 1495 Filippo Tron, patricio veneciano. Y añadía que nunca se había dejado engañar por las intenciones que se le atribuían al rey de Francia, “deseoso de ir a Tierra Santa, cuando lo que en realidad quería era nada menos que convertirse en *signore di tutta l’Italia*”.[6]

Hermosa baladronada, pero el hecho es que comienza entonces para la península toda una cadena de desgracias, lógica consecuencia de su riqueza y

su posición en el centro del ciclón de la política europea, y, como clave de todo, la fragilidad de sus sabias estructuras políticas, de todo aquel mecanismo de relojería que era el "equilibrio italiano"… Sus pensadores, aleccionados por el infortunio y por la enseñanza cotidiana de los hechos, se paran a meditar sobre la política y el destino de los Estados, desde Maquiavelo y Guicciardini, a comienzos de siglo, hasta Parutta, Giovanni Botero y Ammirato, ya en sus postrimerías. Italia: extraño laboratorio para hombres de Estado: el pueblo entero discute allí de política; la política es su pasión, la del mozo de cuerda de la plaza pública y la del barbero en la peluquería, la del artesano en la taberna.[7] La razón de Estado,[8] este redescubrimiento italiano, no es el fruto de reflexiones solitarias, sino de una experiencia colectiva. Y también la crueldad, que con tanta frecuencia acompaña en Italia a la política, la traición, las hogueras sin cesar reavivadas de la venganza privada, son otros tantos signos de una época en que se rompen los viejos moldes gubernamentales, y las nuevas formas se suceden y precipitan a merced de las circunstancias sobre las que no manda el hombre. La justicia brilla a menudo por su ausencia y los gobiernos son demasiado nuevos para escatimar improvisaciones y violencias. El terror se ha convertido en un medio de gobierno. *El príncipe* enseña el arte de vivir, de sobrevivir día a día.[9]

Pero en el siglo XV y con toda seguridad en el XVI no podemos hablar ya ni siquiera de simples Estados territoriales, de Estados-naciones. Vemos surgir y crecer grupos más extensos y desmesurados que son resultado de acumulaciones, herencias, federaciones, coaliciones de Estados particulares; imperios, podríamos decir, si vale emplear en su sentido actual y pese a su anacronismo, esta cómoda fórmula. Pues ¿cómo designar, si no, a estos monstruos? Así pues, en 1494 ya no interviene más allá de los montes solamente el reino de Francia, sino un Imperio francés, siquiera sea un imperio puramente imaginario. Su primer objetivo es instalarse en Nápoles. Pero aspira también, sin inmovilizarse en el corazón del mar interior, a marchar hacia el Oriente, sostener allí a defensa cristiana, responder a las reiteradas y concretas llamadas de auxilio de los Caballeros de Rodas, liberar la Tierra Santa… Tal es la compleja política de Carlos VIII, a pesar de lo que piense un Filippo Tron: política de cruzada, concebida con la intención de bloquear el Mediterráneo de un solo golpe. Ahora bien, todo imperio supone una mística, y en la Europa occidental no hay imperio posible sin esa mística prestigiosa de la cruzada, de su política que flota entre el cielo y la tierra. Pronto habrá de evidenciarlo el ejemplo de Carlos V.

Tampoco la España de los Reyes Católicos es ya un "simple Estado nacional", sino una asociación de reinos, Estados y pueblos, sin otro lazo de unión que la persona de los soberanos. También los sultanes gobiernan un conglomerado de pueblos conquistados, asociados a su fortuna o sometidos a su yugo. Entre tanto, la aventura marítima comienza a crear, en provecho de Portugal y de Castilla, los primeros imperios coloniales modernos, cuya importancia no alcanzan a comprender, en un principio, ni los más perspicaces observadores de la época. El propio Maquiavelo observa tan de cerca el espectáculo de una Italia agitada políticamente que no alcanza a mirar tan lejos, defecto bien grave, no cabe duda, en un observador generalmente tan lúcido como él lo era.**[10]**

El drama del Mediterráneo en el siglo XVI es ante todo un drama de crecimiento que brota de los esfuerzos de los colosos políticos de la época por acomodarse. Sabido es cómo Francia frustra entonces su carrera imperial, apenas esbozada, por culpa de las circunstancias: sí, no cabe duda, pero también por culpa de su temperamento, de su prudencia, de su gusto por las cosas seguras, de su horror a lo arriesgado y a lo grandioso… Pero lo que no sucedió podía muy bien haber ocurrido. No es de ningún modo absurdo imaginarse un Imperio francés apoyado en Florencia de modo semejante a como el Imperio español (aunque no en sus primeros momentos) se ha apoyado en Génova. Y sabemos también cómo Portugal, ya un casi extranjero en el Mediterráneo, se desarrolla en esta época, salvo algunas posiciones que pierde en Marruecos, fuera del ámbito mediterráneo propiamente dicho. El auge de los imperios en el mar interior es, pues, el auge de los Osmanlíes por el este y el de los Habsburgo por el oeste. Ya lo señalaba, hace tiempo, Leopoldo Ranke: esta doble carrera ascendente es una sola y la misma historia, y apresurémonos a afirmar que no son solamente el azar y las circunstancias las que determinaron el nacimiento de esta gran historia simultánea. No es posible creer, si no se nos demuestra, que Solimán el Magnífico y Carlos V fueran simples accidentes (así lo ha sostenido, entre otros, el propio Pirenne); sus personas, sí, indudablemente, pero no sus imperios. Ni creo tampoco en la influencia preponderante de Wolsey,**[11]** el orador de la política inglesa del *Balance of Power*, que, contraviniendo a sus principios, apoya en 1521 a Carlos V, dueño de los Países Bajos y de Alemania, es decir, que, respaldando al más fuerte, en vez de sostener al rey Francisco, que era la parte más débil, abre las puertas a la brusca victoria de Carlos V en Pavía y se hace, con ello, responsable de que sea abandonada Italia por espacio de dos siglos a la dominación española…

Sin negar por ello el papel del individuo y de las circunstancias, creo que el auge económico de los siglos XV y XVI trae consigo una coyuntura tenazmente favorable a los grandes y aun a los grandísimos Estados, a esos "extensos Estados" a quienes vuelve a decírsenos que pertenece el porvenir, como a comienzos del siglo XVIII, en el momento en que crecía la Rusia de Pedro el Grande y se perfilaba la unión, por lo menos dinástica, de la Francia de Luis XIV y la España de Felipe V.[12] Lo que ocurre en Occidente ocurre también, *mutatis mutandis*, en Oriente. En 1516 el sultán de Egipto sitia Aden, ciudad libre, y se apodera de ella, de acuerdo con las lógicas leyes de la expansión. Pero —y también obedeciendo a idéntica lógica—, el sultán turco, en 1517, se apodera de todo Egipto.[13] El pez chico siempre corre peligro de ser devorado por el grande. En realidad, la historia es, por turnos, favorable o desfavorable a las vastas formaciones políticas. Tan pronto conspira a su expansión y a su desarrollo como a su desgaste y a su dislocación. La evolución no se orienta políticamente de una vez para siempre, de un modo simplista; no existen Estados irremisiblemente condenados a morir ni Estados predestinados a engrandecerse a toda costa, indefinidamente, como si el destino les encomendara la misión de "engullir territorios y devorar a sus semejantes".[14] Dos imperios, en el siglo XVI, dan pruebas de su temible poderío. Pero entre los años de 1550 y 1600 se vislumbra ya, y en el siglo XVII se perfila y se precisa, el momento no menos inexorable de su ocaso.

I. En los orígenes de los imperios

Tal vez, pues, cuando hablamos de los imperios, de su auge o de su decadencia, debemos estar atentos al destino general que los empuja: no confundir los periodos, no ver demasiado pronto la grandeza de lo que un día, con la ayuda del tiempo, llegará a ser grande, ni anunciar prematuramente la caída de lo que, con los años, dejará otro día de serlo. Nada más difícil que esta cronología, la cual no es simplemente una relación de hechos, sino un simple diagnóstico, una auscultación, expuestos a los habituales y evidentes errores de toda exploración médica.

La grandeza turca:[15] *del Asia Menor a los Balcanes*

Con anterioridad a la eclosión de la grandeza turca hay tres siglos, por lo menos, de esfuerzos repetidos, de largas luchas, de milagros. Los

historiadores occidentales de los siglos XVI, XVII y XVIII se fijan, incluso, de preferencia en este lado de lo "milagroso". ¡Y cuán extraordinaria es, en efecto, la historia de esta familia de los Osmanlíes, engrandecida al azar de los combates a lo largo de las inciertas fronteras del Asia Menor, lugar de cita de aventureros y de pasiones religiosas![16] Porque el Asia Menor es, como pocas, una tierra de transportes místicos: la guerra y la religión van aquí de consuno y las cofradías belicosas pululan por estas tierras, donde, como es sabido, los jenízaros se enlazan a la importante y poderosa secta de los becktachis. El Estado osmanlí debe a estos orígenes su belicosidad, sus bases, sus primeras exaltaciones. Es un verdadero milagro que este pequeño Estado haya podido sobrevivir a los múltiples remolinos, a las catástrofes inherentes a su posición geográfica.

Habiendo sobrevivido, logra aprovecharse de las lentas transformaciones de los países anatolios. La prosperidad otomana va unida en sus raíces a esos poderosos movimientos de invasión, muchas veces silenciosos, que empujan los pueblos del Turquestán hacia el oeste. Es el fruto de esta transformación interna del Asia Menor,[17] que, griega y ortodoxa en el siglo XIII, se torna turca y musulmana por efecto de repetidas infiltraciones y de completas rupturas sociales, y también como resultado de una asombrosa propaganda religiosa de las órdenes musulmanas, "las unas, revolucionarias, comunistas, como los babais, los ajais y los abdal; las otras, más pacíficamente místicas, como los mevlevis de Quonié. Según G. Huart, Koprilizadé ha esclarecido recientemente su apostolado".[18] Su poesía —su propaganda— marca la aurora de la literatura turca occidental…

También del otro lado de los estrechos se ve la conquista turca ampliamente favorecida por las circunstancias. La península de los Balcanes dista mucho de ser pobre, y en los siglos XIV y XV era más bien rica. Pero estaba dividida: bizantinos, serbios, búlgaros, albaneses, venecianos y genoveses luchan allí unos contra otros. Ortodoxos y latinos andan a la greña, en constantes querellas religiosas. Por último, socialmente, el mundo balcánico es de una extrema fragilidad, un verdadero castillo de naipes. No hay que olvidarlo: la conquista turca de los Balcanes pudo llevarse a cabo porque se aprovechó de una pasmosa revolución social. Una sociedad señorial, inexorable para el campesino, viose sorprendida por el choque y acabó derrumbándose por sí sola. La conquista, que marca el fin de los grandes terratenientes, señores absolutos en sus tierras, es también, desde ciertos puntos de vista, la "liberación de los pobres".[19] El Asia Menor fue conquistada pacientemente, lentamente, al cabo de siglos de oscuros

esfuerzos; la península de los Balcanes no resistió, *parece ser*, al invasor. En Bulgaria, donde los turcos lograron tan rápidos progresos, el país estaba minado, desde mucho antes de la llegada del invasor, por violentas revueltas agrarias.**[20]**

[II-16]

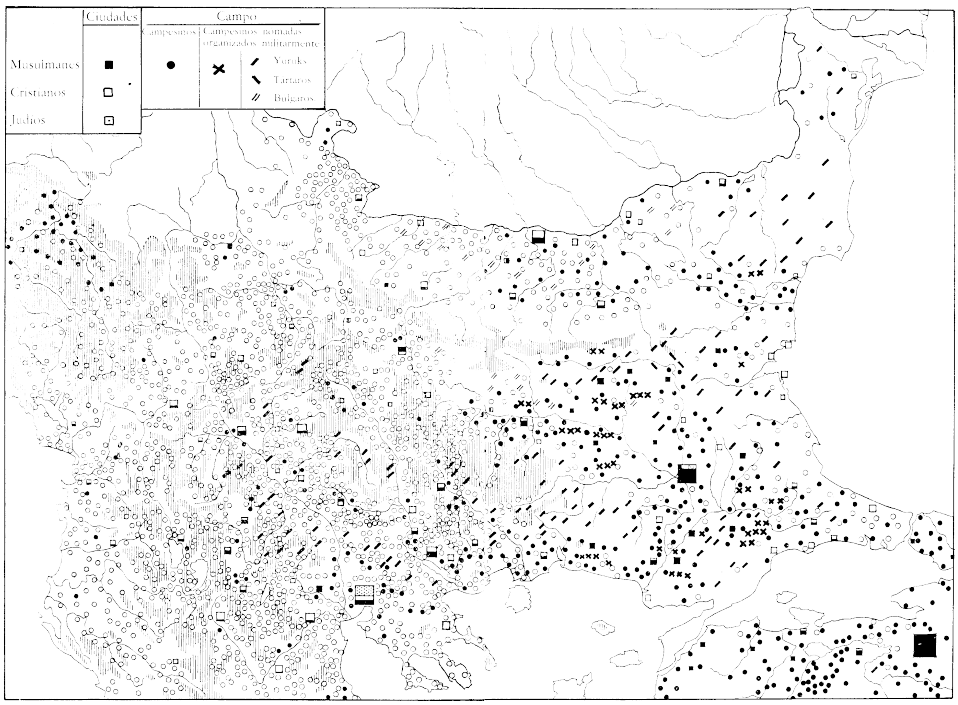


FIGURA 55. *Población de la península de los Balcanes al comienzo del siglo XVI.*
A este mapa, trazado por Ömer Lutfi Barkan apoyándose en los censos otomanos, le faltan las cifras concernientes a Estambul, que, por lo que parece, se han perdido. Los turcos controlaban sus adquisiciones por medio de puestos fronterizos y, en mayor grado, por medio de ciudades-clave. Nótese la importancia masiva de las implantaciones de los nómadas yuruks en las llanuras, y también en las zonas altas, por ejemplo en la región de los montes Ródope y en las montañas al este del río Struma y del Vardar. Trazar una línea más o menos precisa que, arrancando de la isla de Tasos y pasando por Sofía, separa una zona predominantemente cristiana, sólo parcialmente colonizada por los turcos, de una zona de fuerte implantación musulmana en Tracia y a través de Bulgaria. Posteriores investigaciones realizadas por Ömer Lufti Barkan y sus alumnos han analizado prácticamente todos los censos del siglo XVI; éstos revelan un fuerte incremento de la población y evidencian algo que ya se sabía antes: los musulmanes eran el elemento predominante de la población anatolia. Cada signo de este mapa representa 250 familias. Nótese la densidad de población musulmana en Bosnia y la importante colonia judía de Salónica.

En la misma Grecia había un proceso de revolución social. En Serbia desaparecen los señores nacionales y una parte de las aldeas se incorpora a las tierras *wakuf* (a las tierras de las mezquitas) o es repartida entre los *spahis*.[21] Ahora bien, estos *spahis*, soldados y señores vitalicios, reclamaron desde el primer momento que se les pagasen las rentas en dinero y no en trabajo. Pasará algún tiempo antes de que la situación de los campesinos vuelva a ser dura. Además, en la región bosniana, alrededor de Sarajevo, se producen conversiones en masa, debidas en parte, como es sabido, a la persistente herejía de los *bogumiles*.[22] La situación es aún más complicada en Albania.[23] Aquí, los terratenientes logran refugiarse en los presidios venecianos; tal es, por ejemplo, el caso de Dirraquio, que perteneció a la señoría hasta 1501. Cuando estas fortalezas caen en manos de los turcos, la nobleza de Albania busca refugio en Italia, donde viven aún algunos de sus descendientes. No hablamos de la familia de los Musachi, que se extingue en Nápoles hacia el año 1600. Pero poseemos una preciosa *Historia della Casa Musachi*, publicada en 1510 por uno de sus vástagos, Giovanni Musachi, que ilumina de un modo muy interesante el destino de una casa, de un país y de una casta. El nombre de esta antigua familia se ha conservado en Albania en la región llamada de los Musekie,[24] donde el linaje poseía en otro tiempo inmensas propiedades.[25] La historia de estos exilios y transplantaciones es asombrosa. No vale, es cierto, para todos los señores y terratenientes balcánicos. Pero, cualquiera que haya sido el final, y aunque algunos de ellos consiguieran salvarse momentáneamente renegando o no de su fe religiosa, el problema de conjunto no cambia: a la llegada de los turcos, todo un mundo social se derrumba por sí solo, confirmando con ello, una vez más, la sentencia de Albert Grenier: “sólo son conquistados los pueblos que quieren serlo”.

Esta realidad social explica los estragos y los éxitos fulgurantes de los invasores. Su caballería, lanzada a lo lejos y al galope, cortando los lejanos caminos, destruyendo las cosechas, desorganizando la vida económica, preparaba al grueso del ejército fáciles conquistas. Sólo las regiones montañosas pudieron protegerse durante algún tiempo contra el invencible invasor. Éste, sabiendo plegarse a las realidades de la geografía balcánica, se adueña primeramente de las grandes rutas que, a lo largo de las cuencas fluviales, conducen al Danubio: de los valles del Maritza, el Vardar, el Drin, el Morava… En 1371 triunfa en Cernomen, sobre el Maritza; en 1389, en el campo de Merles, en el Kossovo Polje, de donde fluyen el Maritza, el Vardar y el Morava. En 1459, esta vez al norte de la Puerta de Hierro, triunfa en Sneredovo, “en el punto mismo en que confluyen el Morava y el Danubio,

dominando Belgrado y las tierras que abren paso a la planicie húngara".[26] Triunfa también sin pérdida de tiempo en la vasta extensión de las llanuras del este.[27] En 1365 instala su capital en Adrianópolis; en 1386 ha conquistado toda Bulgaria y, en seguida, toda la Tesalia.[28] La conquista es más lenta en el montañoso oeste, y también, a veces, más aparente que real. En Grecia, Atenas es ocupada en 1456, Morea en 1460, Bosnia en 1462-1466[29] y Herzegovina en 1481,[30] a pesar de la resistencia de ciertos "reyes de las montañas". La misma Venecia se ve incapacitada para cerrarles durante largo tiempo el acceso al Adriático: en 1479 ocupan Scutari, y en 1501, Dirraquio. Habría que señalar, además, otra conquista, más lenta, pero más eficaz: la construcción de caminos y puntos fortificados, la organización de caravanas de camellos, la acción de todos los convoyes de aprovisionamiento y los transportes confiados a los arrieros búlgaros, y, por último y sobre todo, esa conquista tan eficiente que organizan en las ciudades sometidas por los turcos y fortificadas o construidas por ellos. Estas ciudades se convierten en verdaderos focos de donde irradia la civilización turca; pacifican, domestican o, por lo menos, amansan los países vencidos, donde no debemos imaginarnos que imperaba un régimen de continuas violencias.

Y, no obstante, no cabe duda de que, en sus comienzos, la conquista turca se nutre en detrimento de los pueblos sometidos: después de la batalla de Kossovo, millares de serbios son vendidos como esclavos hasta en los mercados de la cristiandad[31] o reclutados como mercenarios. Pero el conquistador no carece de sentido político. Así lo demuestran las concesiones que Mehmed II hizo a los griegos llamados a Constantinopla desde 1453. Turquía acaba creando los cuadros en los que van acomodándose, uno por uno, los pueblos de la península para colaborar con el vencedor y reanimar, aquí y allí, el fasto del Imperio bizantino. Esta conquista recrea un orden: es una *pax turcica*. No debemos creer que andaba descaminado aquel francés anónimo que en 1528 escribía: "el país es seguro, y no hay noticias de nuevos raptores[…] ni salteadores de caminos[…] El emperador no los tolera[…]"[32] ¿Podría afirmarse otro tanto, en aquel tiempo, de Cataluña o de Calabria? Algo de verdad tenía que haber, necesariamente, en este cuadro optimista, puesto que, a los ojos de los cristianos, el Imperio turco aparece durante mucho tiempo como algo admirable, incomprensible y desconcertante por el orden que en él reina; su ejército causa la maravilla de los occidentales por su disciplina y su silencio, tanto como por su valentía, por la abundancia de sus municiones y el arrojo y la sobriedad de sus soldados… Lo que no impide,

antes al contrario, que los cristianos aborrezcan a estos infieles, “mucho peores que los perros en todas sus obras”: frase escrita en 1526.[33]

Sin embargo, poco a poco los juicios van cobrando mayor objetividad. Los turcos eran, sin duda, el azote de Dios; Pierre Viret, el reformador protestante de la Suiza francesa, dice, refiriéndose a ellos, en 1560: “no podemos maravillarnos de que Dios castigue a los cristianos con los turcos, como en otro tiempo castigó a los judíos, cuando abjuraron de su fe[…], porque los turcos son hoy los asirios y los babilonios de los cristianos, y el flagelo, la plaga y el furor de Dios”.[34] A mediados del siglo hay algunos que, como Belon du Mans, reconocen sus virtudes; de ahora en adelante, los europeos comenzarán a soñar con este exótico país, reverso de los de Europa y ocasión propicia para evadirse de la sociedad occidental y de sus pesados lazos. Era ya un paso hacia delante tratar de explicarse lo que eran los turcos con base en los defectos y las flaquezas de Europa.[35] Un ragusino se lo decía a Maximiliano I:[36] mientras que los países europeos se dividen, “el imperio de los turcos está en manos de un solo hombre, y todos obedecen al sultán, que es el único; a él van a parar todas las rentas; en una palabra, es el dueño y señor, y todos los demás, sus esclavos”. Era lo mismo que, en esencia, explicaba en 1533 a los embajadores de Fernando, Aloysius Gritti, curioso personaje, hijo de un veneciano y de una esclava, y durante largos años favorito del gran visir Ibrahim Pachá. Carlos V no debía arriesgar su poder contra el de Solimán. “*Verum esse Carolum Cesarem potentem sed cui omnes obediant, exemplo esse Germanian et lutheranorum pervicaciam*.”[37]

Es cierto que la fuerza de los turcos veíase hasta cierto punto prisionera de este complejo de las flaquezas europeas por una especie de acción mecánica. Las grandes querellas de Europa favorecen y aun provocan la expansión turca hasta Hungría. Busbec escribe, con razón:[38] «La toma de Belgrado (el 29 de agosto de 1521) ha dado pie a toda esa muchedumbre de males que han sobrevenido de poco tiempo a esta parte y bajo cuyo peso todavía gemimos. Por esta funesta puerta entraron los bárbaros para arrasar a Hungría; y ello ha traído también como consecuencia la muerte del rey Luis, y, más tarde, la pérdida de Buda y la enajenación de la Transilvania. Finalmente, si los turcos no hubiesen tomado Belgrado, jamás habrían entrado en Hungría, este reino por ellos asolado y que antes era uno de los más florecientes de Europa.»

No olvidemos que el año 1521, el año de la caída de Belgrado, marca el comienzo del gran conflicto entre Francisco I y Carlos V. Sus consecuencias fueron Mohacs, en 1526, y el sitio de Viena, en 1529. Bandello, que escribe

sus *Novelas* a raíz de este gran acontecimiento,[39] nos pinta una cristiandad preparada para lo peor, "reducida a un cantón de Europa, a causa de las continuas discordias entre los príncipes cristianos[…]" A menos que Europa, en vez de esforzarse en poner coto a los avances del Imperio otomano,[40] se deje arrastrar a otras aventuras como la del Atlántico y la del vasto mundo, como los historiadores han puesto de relieve desde hace mucho tiempo,[41] tal vez haya que invertir la vieja explicación, errónea, pero no completamente desechada todavía, de que fueron las conquistas turcas las que provocaron los grandes descubrimientos, cuando en realidad fueron, por el contrario, no cabe duda, los grandes descubrimientos los que hicieron que decreciera el interés por la zona de Levante, permitiendo con ello a los turcos extenderse e instalarse en ella sin mayores dificultades. Cuando los turcos ocuparon Egipto, en enero de 1517, hacía ya veinte años que Vasco de Gama había dado la vuelta al cabo de Buena Esperanza.

Los turcos en Siria y en Egipto

Ahora bien, si no andamos descaminados, el acontecimiento decisivo para la grandeza otomana, más aún que la toma de Constantinopla —"ese episodio", como lo ha llamado, con alguna exageración, Richard Busch Zantner—,[42] fue la conquista de Siria, en 1516, y la de Egipto, en 1517, hazañas ambas logradas de un solo golpe. A partir de entonces se perfila la formidable historia otomana.[43] Obsérvese que la conquista, en sí misma, no tuvo nada de particularmente grandioso y se llevó a cabo sin verdaderas dificultades. Ciertas reclamaciones de fronteras al norte de Siria y, más todavía, la tentativa del Sudán de intervenir como mediador entre los turcos y los persas suministraron, llegado el momento, el pretexto necesario…

Los mamelucos, que consideraban la artillería como un arma desleal, no pudieron resistir contra los cañones de Selim, el 24 de agosto de 1516, cerca de Alepo. Siria cayó de golpe en manos del vencedor, que entró el 26 de septiembre en Damasco. Como el nuevo Sudán se negara a reconocer la soberanía otomana, Selim llevó su ejército hasta Egipto. De nuevo fueron barridos los mamelucos por el cañón turco,[44] en enero de 1517, cerca de El Cairo. La artillería creaba un gran poder político. Como en Francia, como en Moscovia,[45] como en Granada en 1492.[46]

Egipto fue, pues, conquistado casi sin sangre y sin que apenas el orden se perturbara. Rápidamente y apoyados en sus grandes propiedades, los mamelucos rehicieron la parte esencial de su poder: Bonaparte los encontrará

allí tres siglos después. El barón Tott tiene, sin duda, razón cuando escribe: Estudiando el Código del sultán Selim, llegamos a la conclusión de que este príncipe capituló con los mamelucos, en vez de conquistar el Egipto. Nos damos cuenta, en efecto, de que, al dejar en sus puestos a los 24 beys que gobernaban el reino, sólo trataba de contrabalancear su autoridad con la de un pachá, instaurado como gobernador general y presidente del consejo[47] Estas reflexiones nos invitan, con toda razón, a no dramatizar el carácter de la conquista de 1517.

Y, sin embargo, ¡qué gran acontecimiento! Selim obtuvo de los egipcios resultados muy considerables. En primer lugar, los tributos, moderados en un principio,[48] fueron en constante aumento. A través de Egipto se organizó la participación del Imperio otomano en el tráfico del oro africano procedente de Etiopía y del Sudán, y después en el comercio de las especias con la cristiandad. Ya nos hemos referido al comercio del oro y a la importancia que la ruta del Mar Rojo adquiere de nuevo en el tráfico general de Levante. En el momento en que los turcos se instalaron en Egipto y en Siria, es decir, mucho antes del periplo de Vasco de Gama, estos dos países, aunque no eran ya las únicas puertas del Extremo Oriente, seguían siendo, desde luego, las más importantes. De este modo se remata y consolida el dique turco entre la cristiandad mediterránea y el océano Índico,[49] al paso que se establece, con ello mismo, el enlace entre la enorme ciudad de Constantinopla y una región productora de trigo, de arroz y de habas. Desde entonces y con mucha frecuencia, Egipto será el factor determinante de la evolución turca, la región nutritiva y, si se quiere, el elemento corruptor. Según se ha sostenido, con ciertos visos de verosimilitud, del Egipto se extiende hasta los confines del Imperio otomano la venalidad de los cargos,[50] tendencia ésta que tan frecuentemente mina el orden político.

Pero su conquista le valió a Selim un bien tan precioso como el oro o el trigo. Es cierto que ya mucho antes de ser dueño del país del Nilo había ordenado que se orase en su nombre, asumiendo, por tanto, el papel de califa, [51] de príncipe de los creyentes. En esta dignidad, el Egipto fue, para él, una consagración. Cuenta la leyenda —es una leyenda, ya lo sabemos, pero no importa— que el último de los Abasidas, a quien los mamelucos dieron refugio en Egipto, confirió a Selim el califato sobre todos los verdaderos musulmanes. Leyenda o no, lo cierto es que el sultán volvió de Egipto aureolado con un prestigio inmenso. En agosto de 1517 recibió del hijo del jeque de La Meca las llaves de la Kaaba.[52] A partir de dicha fecha, habría de confiarse a una guardia de caballeros escogidos la custodia de la bandera

verde del profeta.[53] No cabe duda de que la exaltación de Selim a la dignidad de supremo jefe de todos los creyentes, en 1517, produjo en todo el islam una conmoción parecida a la que provocó dos años más tarde, en la cristiandad, la célebre elección de Carlos, rey de España, a la corona del imperio. Aquella fecha marca, en plena primavera del siglo XVI, el advenimiento de la gran potencia otomana y (puesto que se paga) de una oleada de intolerancia religiosa.[54] Selim muere poco después de estas victorias, en 1518, en el camino de Adrianópolis. Su hijo, Solimán, hereda al padre, sin que nadie le dispute la sucesión. Le correspondió el inmenso honor de asegurar la grandeza otomana, pese a los pesimistas pronósticos que por entonces se hacían en torno de su persona. No cabe duda de que el hombre estaba a la altura de su misión. Pero hay que reconocer que subió al trono en una hora particularmente favorable. En 1521 se apodera de Belgrado, puerta de Hungría; en julio de 1522 pone sitio a Rodas, y toma la plaza en diciembre del mismo año; habiendo caído en sus manos la terrible y potente fortaleza de los Caballeros de San Juan, todo el Mediterráneo oriental quedaba a merced de sus juveniles ambiciones. Nada se oponía ya a que el dueño de tantas costas en el Mediterráneo dispusiera también de una flota. Sus súbditos y los griegos, incluidos los de las islas venecianas,[55] habrían de suministrarle el indispensable material humano. Pero el gran reinado de Solimán, que se abre con esa ruidosa victoria, ¿habría podido ser tan brillante como fue sin la conquista previa de Siria y de Egipto?

El Imperio turco visto desde dentro

Nosotros, los historiadores occidentales, hemos visto sólo desde fuera este Imperio turco. Y eso es verlo a medias o menos aún que a medias, y, en consecuencia, lo hemos tratado desde un punto de vista unilateral. Esta estrecha y anticuada perspectiva va cambiando gradualmente a medida que estudiamos los riquísimos archivos de Estambul y del resto de Turquía. Para comprender la potencia de esa enorme máquina; para comprender también sus debilidades[56] —que se manifiestan muy precozmente— y sus oscilaciones, hay que observarla desde su interior. Y, para hacerlo, hay que reconsiderar una forma de gobierno que también lo era de vida, una herencia mixta y compleja, un orden religioso y un orden social y diferentes periodos económicos. La carrera imperial de los Osmanlíes cubre varios siglos de la historia y, en consecuencia, una serie de experiencias sucesivas, diferentes y contradictorias. Es un Asia Menor *feudal* que se abre paso hacia los Balcanes

(1360) pocos años después de la batalla de Poitiers, en los primeros momentos de la que llamamos la guerra de los Cien Años; es un sistema feudal (beneficios y feudos) que se instaura en las tierras conquistadas de Europa y que crea una aristocracia terrateniente controlada con muy varia fortuna por los sultanes en los primeros tiempos, y contra la cual lucharán en adelante con perseverancia y efectividad. Pero la clase dominante en la sociedad otomana, los esclavos del sultán, se reclutará en las más variadas y cambiantes fuentes. Sus luchas por el poder puntuarán el ritmo interior de la gran historia imperial. Volveremos luego sobre el tema.

La unidad española: los Reyes Católicos

De un lado los Osmanlíes, del otro los Habsburgo. Pero antes de éstos, los Reyes Católicos, artífices primeros de la unidad española, pesan, en el plano de esta historia imperial, tanto, si no más, como los sultanes de Brusa o de Adrianópolis en la génesis de la fortuna otomana. Es cierto que su obra se vio favorecida por todo el empuje del siglo XV después de la guerra llamada de los Cien Años. En verdad no debemos aceptar candorosamente todo lo que los historiógrafos nos dicen de Fernando e Isabel… La obra de los Reyes Católicos, que no tratamos de rebajar, contó, no puede desconocerse, con la sólida colaboración del tiempo y de los hombres. Fue querida e incluso exigida por las burguesías de las ciudades, cansadas de las guerras civiles y las interrupciones de los caminos, ávidas de paz interior, de tranquilidad para sus negocios, de seguridad para sus personas. La primera *Hermandad* fue un amplio movimiento urbano: el toque de alarma de sus campanas anunciaba de ciudad en ciudad el advenimiento de los nuevos tiempos. Las ciudades, con sus asombrosas reservas de vida democrática, son las que han asegurado el triunfo a los Reyes Católicos.

Así que será conveniente no exagerar demasiado la importancia, sin duda considerable, de los grandes actores de este drama. Algunos historiadores llegan, incluso, a pensar que la unión de Castilla y de Aragón, realizada, cuando menos en potencia, por las bodas reales de 1469, habría podido ser una realidad entre Portugal y Castilla.[57] Isabel ha tenido la oportunidad de escoger entre un marido portugués o uno aragonés, entre el Atlántico y el Mediterráneo… En realidad, la unificación de la península ibérica estaba en el aire y eso armonizaba con la lógica de la coyuntura histórica. Se trataba de elegir entre una fórmula portuguesa y una fórmula aragonesa. Ninguna de ellas era superior a la otra y ambas resultaban igualmente asequibles. La

fórmula que se escogió, y que comienza a funcionar a partir de 1469, equivalía al viraje de Castilla hacia el Mediterráneo, operación harto llena de dificultades y de deformaciones, dadas la tradición, la política y los intereses del reino, pero que, con todo, se pudo llevar a término en el corto espacio de una generación. Fernando e Isabel se casan en 1469; el advenimiento de Isabel al trono de Castilla ocurre en 1474; el de Fernando al solio de Aragón, en 1479, y el desplazamiento de los portugueses se logra en 1483; la conquista de Granada se consuma en 1492, y la incorporación de la Navarra española, en 1512. No comparemos, pues, ni por un momento, esta rápida unificación con la lenta y penosa integración de Francia, arrancando de los países enclavados entre el Loira y el Sena. No se trata simplemente de otros lugares; trátase de distintos tiempos, de diferentes realidades.

Es natural que esta rápida unidad de España haya creado la necesidad de una mística imperial. Lo asombroso habría sido lo contrario. La España del cardenal Jiménez, influida por el impulso religioso de fines del siglo XV, vive un espíritu de cruzada; de ahí la innegable importancia de la conquista de Granada y de los inicios, unos pocos años después, de la expansión hacia el norte de África. La ocupación del sur de España no corona solamente la reconquista del suelo ibérico, no se limita a poner a disposición del Rey Católico una comarca de feraces tierras y de ciudades industriosas y ricamente pobladas, sino que, además, deja en libertad para las aventuras exteriores a las fuerzas de Castilla, entregadas a un combate sin fin contra lo que se resiste a morir del Islam español: unas fuerzas en pleno vigor juvenil. **[58]**

Sin embargo, casi inmediatamente España se desvía del África. En 1492, América es descubierta por Cristóbal Colón. Tres años después, Fernando el Católico se compromete en las complicaciones italianas. Carlos Pereyra,**[59]** historiador apasionado, reprocha a Fernando, el astuto y habilidosísimo aragonés, esta desviación hacia el Mediterráneo, que lo lleva a volverse de espaldas al verdadero futuro de España, inscrito fuera de los marcos de Europa, en las tierras ásperas, desnudas y pobres de África, y en América, este mundo ignoto, abandonado en sus comienzos por los dueños de España al azar de la aventura bajo las peores formas. Pero las maravillosas aventuras de los conquistadores se debieron precisamente a este abandono del mundo de ultramar en manos de la iniciativa privada. Hemos acusado a Maquiavelo de no haberse apercibido de los inmensos cambios que los descubrimientos marítimos traían consigo; ahora bien, pensemos que, en pleno siglo XVII, aún no había llegado a captar la gran importancia histórica de las Indias un

estadista como el conde-duque de Olivares, este cuasi grande hombre, rival no siempre desafortunado de Richelieu.[60]

En estas condiciones, nada más natural que la política aragonesa, firme en sus tradiciones, orientada hacia el Mediterráneo por todo su pasado y por toda su experiencia, vinculada a él por sus costas, su navegación y sus posesiones (las Baleares, Cerdeña y Sicilia), y lógicamente atraída, lo mismo que el resto de Europa y del Mediterráneo, por los ricos países de Italia. Cuando, en 1503, Fernando el Católico se apoderó de Nápoles, gracias a la espada de Gonzalo de Córdoba, adquiere una gran posición y un opulento reino; logra un éxito que lleva consigo el triunfo de la flota aragonesa y, con el Gran Capitán, la aparición ni más ni menos que del *Tercio* español, de algo que equivale en la historia universal al nacimiento de la falange macedonia o de la legión romana.[61] Para comprender bien esta atracción que el mar interior ejercía sobre España, debemos guardarnos mucho de juzgar a Nápoles, en estos albores del siglo XVI, por las imágenes que los finales del siglo nos ofrecen de un país situado al borde de la ruina, comido de deudas. Poseer Nápoles era, entonces, una carga. Pero en 1503, y todavía en 1530,[62] el reino brindaba a quien lo poseyera las grandes ventajas de su posición estratégica y recursos agrícolas y rentas muy considerables.

No olvidemos, finalmente, que la política aragonesa, que lleva en pos de sí a España, tiende también, en su curso, a levantarse contra el empuje del Islam; que España se adelanta a los turcos en el África del Norte, y que, dueña de Sicilia y de Nápoles, afirma sus dominios en uno de los baluartes avanzados de la cristiandad. Luis XII podía decir y repetir sin cansarse: "Yo soy el moro contra quien se arma el Rey Católico";[63] ello no impide que este Rey Católico se convierta cada vez más, aunque sólo sea por las posiciones que ocupaba, en el campeón de la cruzada, con todas las cargas que esto implica, pero también con todos los privilegios y ventajas que reporta. En otros términos, con Fernando la cruzada española sale de la Península, no para hundirse deliberadamente en las míseras tierras de África, frente a sus costas, ni para perderse en las inmensidades del Nuevo Mundo, sino para situarse, a la vista de todo el mundo, en el corazón mismo de la cristiandad de entonces, en su corazón amenazado: en Italia. Una política tan tradicional como prestigiosa.

Carlos V

Con Carlos V, que sucedió en España a Fernando el Católico —era a la sazón Carlos de Gante y habría de convertirse, en 1516, en Carlos I de España —, todo se complicó y se amplió, como con el advenimiento de Solimán el Magnífico, al otro extremo del mar. España queda relegada a segundo plano en la relumbrante historia del emperador. En 1519, Carlos de Gante se convierte en Carlos V: no tendrá tiempo para ser, en realidad, Carlos de España. Sólo lo será, de un modo bastante curioso, hacia el final de su vida, por razones sentimentales y de salud. No; España no fue el gran personaje de la historia de Carlos V, aunque contribuyera poderosamente a su grandeza.

Verdad es que sería injusto ignorar todo lo que la fuerza viva de España aportó a la gran aventura imperial. Los Reyes Católicos habían preparado cuidadosamente la próspera carrera de su nieto. ¿No habían actuado ya ellos en todas las direcciones útiles: la de Inglaterra, la de Portugal, la de Austria y la de los Países Bajos? ¿No jugaron una y otra vez a la lotería de los matrimonios? La idea de cercar a Francia, de domeñar este peligroso vecino, sigue modelando, como al principio, la política del curioso imperio —perforado en su mismo centro— de los Habsburgo. Carlos de Gante fue una carta calculada, preparada, querida por España. No cabe duda de que un accidente imprevisto habría podido cambiar el curso de este proceso dinástico. España habría podido, por ejemplo, no reconocer a Carlos en vida de su madre Juana la Loca, que no morirá, en Tordesillas, hasta el año 1555; pudo también haberse pronunciado en favor de su hermano Fernando, criado en la Península. Prosigamos: Carlos habría podido no triunfar en la elección imperial de 1519. Es evidente que la Europa de entonces estaba inevitablemente abocada a una gran experiencia imperial. Francia, que en 1494 marchaba por los rumbos de esta aventura, podía reiniciarla y triunfar en ella. No olvidemos tampoco que detrás de la fortuna de Carlos V estaba desde hacía mucho tiempo el incansable poderío económico de los Países Bajos, asociado a la nueva vida del Atlántico, encrucijada de Europa, poderoso centro industrial y comercial, ávido de mercados y de salidas y necesitado de una seguridad política que el desorganizado Imperio alemán no podía ofrecerle.

Así pues, Europa se encaminaba de propia voluntad a la construcción de un vasto Estado; lo que habría podido cambiar, si el destino de Carlos V hubiese sido otro, habrían sido los *dramatis personae* del juego imperial, pero no el juego. Los electores de Fráncfort, en 1519, mal podían decidirse en favor de un candidato nacional; los historiadores alemanes lo han comprendido bien: Alemania no estaba en condiciones de soportar el peso de

semejante candidatura; para ello, habría tenido que oponerse a los dos candidatos a la vez, a Francisco I y a Carlos de Gante. Al elegir a Carlos optó por el mal menor, y no sólo, por más que otra cosa se diga, porque el flamenco fuese el que, dominando a Viena, guardaba sus fronteras orientales amenazadas. Tampoco hay que olvidar que en 1519 Belgrado seguía siendo una plaza cristiana y que entre Belgrado y Viena se extendía entonces la extensa faja protectora del reino de Hungría. La frontera húngara no se romperá hasta 1526. Todo cambiará entonces, pero no antes. Las historias de los Habsburgo y los Osmanlíes aparecen ya lo bastante entrelazadas por la realidad, para que nos empeñemos en mezclarlas todavía más a capricho. En 1519 no habría podido circular acerca del emperador esta copla popular:

Das hat er als getane
Allein für vatterland
Auf das die römische Krone
Nit komm in Turkenhand,

(Toda esto lo ha hecho
por servir a la patria,
porque el turco no ciña
la corona romana)

Por lo demás, Alemania nunca le servirá a Carlos V como punto de apoyo. Lutero se cruza en su camino, a partir de 1521. Al día siguiente de su coronación, en Aquisgrán, en septiembre de 1520, el emperador renuncia en favor de su hermano Fernando a su matrimonio con la princesa Ana de Hungría, y el 7 de febrero de 1522 cede secretamente a su hermano el país heredado de sus mayores.**[64]** Lo que equivale, en rigor, a renunciar a toda acción personal importante sobre Alemania. Advirtamos también que, por la fuerza de las cosas, no podía apoyarse directamente en España, país excéntrico en relación con Europa y que todavía no podía ofrecer la ventajosa compensación de los generosos tesoros llegados del Nuevo Mundo; no los recibirá, de modo regular e importante, hasta 1535. En su lucha contra Francia, que fue el pan de cada día de su vida imperial a partir de 1521, las dos posiciones de Carlos V fueron, y no podían ser otras, Italia y los Países Bajos. Sobre esta bisagra de Europa recaían todos los esfuerzos del emperador. El gran canciller Gattinara aconsejó a Carlos sostenerse en Italia por encima de todo… De los Países Bajos sacaba Carlos V, por lo menos en tiempo de paz, cuantiosas rentas, posibilidades de obtener empréstitos, como

en 1529, y excedentes presupuestarios. Era de rigor, bajo su reinado, repetir una y otra vez que todas las cargas del imperio recaían sobre los Países Bajos, afirmación que escuchamos con más frecuencia que nunca durante las últimas guerras, después de 1552. Los Países Bajos sufrieron entonces el mismo revés que ya castigaba a Sicilia, a Nápoles e incluso a Milán, a pesar de su manifiesta riqueza: los excedentes de las ventas sobre los gastos casi se agotaron. Contribuyó tal vez a precipitar este rumbo de las cosas el hecho de que Carlos y Felipe II concertaran por entonces todos los esfuerzos militares sobre los Países Bajos, con el consiguiente quebranto que ello tenía que causar al comercio de estas provincias. Es cierto que llegaban de España grandes cantidades de dinero. Felipe II lo subraya. Pero la discusión no había terminado todavía en 1560. Los Países Bajos pretendían haber sufrido mucho más que España, pues "[…] que, en la guerra, España ha quedado solevada de todo daño, teniendo sus comercios por salvoconductos en Francia".**[65]** España no podía quejarse de haber sufrido graves daños y quebrantos de esta guerra, en la que decía haberse empeñado solamente para permitir al Rey Católico "tener pie en Italia".**[66]** Discusión estéril, pero que irá, a la postre, en perjuicio de Flandes. Felipe II se estableció en España y, en 1567, uno de los objetivos del duque de Alba era obligar a rendirse a las provincias sublevadas. No cabe duda de que sería muy útil poseer una historia segura de las finanzas de los Países Bajos.**[67]** Los venecianos nos los pintan, en 1559, como una región muy rica y muy poblada, pero donde la vida es horriblemente cara; "lo que vale dos en Italia y tres en Germania, cuesta cuatro y hasta cinco en Flandes".**[68]** ¿No sería el alza de precios producida a raíz de la llegada de la plata americana, y luego a causa de la guerra, lo que acabó quebrantando el mecanismo fiscal productor de los Países Bajos? Soriano dice bien en sus *Relazione*, escritas en 1559: "esos países son el tesoro del rey de España, sus minas, sus Indias; han sostenido las empresas del emperador durante muchos años, en sus guerras de Francia, de Italia y de Alemania[…]"**[69]** El único error de Soriano es hablar en presente…

Italia y los Países Bajos: tal fue, pues, la fórmula doble y viva del imperio de Carlos V, con algunas escapadas hacia Alemania y España. Para un historiador de Felipe II, este imperio puede parecer cosmopolita, por hallarse abierto a los italianos, a los flamencos y a los pobladores del condado, que podían, en el séquito del emperador, claro está, codearse con los españoles. Una perentoria geografía financiera, política y militar impuso durante mucho tiempo estas mescolanzas de gente.

Todo esto explica por qué, entre la España de los Reyes Católicos y la de Felipe II, la época de Carlos V aparece cargada de un sentido más universal. Hasta la idea de la cruzada se modifica entonces.[70] Pierde su carácter ibérico y se aleja de los ideales de la reconquista, cuya base popular tenía todavía, por aquel entonces, una gran lozanía. Después de la elección de 1519, la política de Carlos V se desgaja del suelo, se infla, se vuelve desmesurada, se pierde en los sueños de una monarquía universal… «Señor [le escribe Gattinara a raíz de su elección como emperador], ahora que Dios os ha hecho la prodigiosa gracia de elevaros sobre todos los reyes y todos los príncipes de la cristiandad, a tal grado de poder como hasta ahora sólo había conocido vuestro predecesor Carlomagno, estáis en el camino de la monarquía universal, podéis congregar a toda la cristiandad bajo el cayado de un sólo pastor[71]». Esta idea de *la monarquía universal* iba a inspirar la política de Carlos V, la cual viose arrastrada, de añadidura, por la gran corriente de la época. Un alemán, Georg Sauermann, quien se encontraba en España en 1520, dirigió al secretario imperial Pedro Ruiz de la Mota su *Hispaniae Consolatio*, memorial en que se esfuerza por convertir a España a la idea de una monarquía universal pacificadora, llamada a unificar la cristiandad contra el turco. En un libro reciente, Marcel Bataillon ha señalado cuán cara les era a Erasmo y a sus discípulos y amigos esta idea de la unidad cristiana.[72] En 1527, después del saco de Roma, Vives escribía a Erasmo: “Cristo ha brindado a nuestra época la extraordinaria ocasión de realizar ese ideal, gracias a la gran victoria del emperador y al cautiverio del papa”.[73] Pocas frases tan elocuentes como ésta, que, incluso, podría infundir su verdadero color a la humareda ideológica, al sueño que rodea la política del emperador, y del que éste extrae a menudo los verdaderos motivos de sus actos… No es éste, por cierto, el lado menos apasionante de lo que fue el mayor drama político del siglo.

El imperio político de Felipe II

La obra de Carlos V cede el puesto, en la segunda mitad del siglo XVI, a la de Felipe II, dueño también de un imperio, pero ¡cuán distinto del de su antecesor! Definitivamente desgajado de la herencia del emperador durante los años cruciales de 1558 y 1559, este imperio es, incluso, más dilatado, más coherente, más sólido que el de Carlos V; pero menos adentrado en Europa, más centrado sobre España, más proyectado hacia el océano. Tiene de imperio la sustancia, la extensión, las dispares realidades y las riquezas,

aunque su dueño y señor no ostente el prestigioso título, que tan bien habría resumido y hasta coronado las innumerables advocaciones que adornaban a Felipe II. El hijo de Carlos V fue descartado, Dios sabe después de cuántas negociaciones y vacilaciones, de la sucesión imperial que, en principio, pero solamente en principio, se le reservara en Augsburgo, en 1551.[74] ¡Y cuán de menos echaba este título imperial, aunque sólo fuese en la batalla diplomática por las precedencias que se libraba con los embajadores franceses en la corte de Roma, en aquel descollante escenario en el que estaban fijos todos los ojos de la cristiandad! En 1562, el Rey Prudente llegó a pensar en conseguir por el soborno la corona imperial. En enero de 1563 corrió el rumor de que sería proclamado emperador de las Indias.[75] El mismo rumor vuelve a circular en abril de 1563: decíase que Felipe II iba a ser proclamado "rey de las Indias y del Nuevo Mundo";[76] y en enero de 1564, de nuevo se hablaba de hacerlo emperador de las Indias.[77] Como 20 años después, en 1583, corría por Venecia la especie de que Felipe II aspiraba una vez más al famoso título. El embajador de Francia escribía a Enrique III: "Sire, he sabido por estos señores que el cardenal De Granvelle viene a Roma, en este mes de septiembre, a conseguir el título de emperador para su rey".[78]

¿Chismes de Venecia? De cualquier modo, la información no deja de ser curiosa. También Felipe III será candidato al imperio, ya que las mismas causas producen los mismos efectos. Y no creamos que se trataba simplemente de una cuestión de vanidad. En un siglo como éste, que vive del prestigio y lo sacrifica todo a las apariencias, una guerra sin cuartel por las precedencias enfrenta a los embajadores del Rey Cristianísimo y a los del Rey Católico. En 1560, para cortar por lo sano de una vez una lucha que se encamina a un callejón sin salida, Felipe II llega a proponer al emperador el nombramiento del mismo embajador que él para el Concilio de Trento. No cabe duda de que, por no poseer el título de emperador, Felipe II no llega a ocupar, en el mundo honorífico de las apariencias, el primer rango que sin disputa le pertenecía dentro de la cristiandad, y que nadie había podido disputar, mientras vivió, a Carlos V. Tal vez habrá quien piense que esto no pasaba de ser una insignificancia. Y, sin embargo, el prestigio es, no pocas veces, en el siglo XVI, una lucrativa e importante realidad.

El carácter esencial del imperio de Felipe II es, sin duda alguna, su hispanidad —aunque más exacto sería decir su castellanidad—. Esta verdad no escapó a la atención de las personas de su tiempo, amigos o adversarios del Rey Prudente, que lo veían, impertérrito, como una araña en el centro de su tela. Pero, si Felipe II, a partir de septiembre de 1559, después de regresar de

Flandes, no abandona ya la Península, ¿es solamente porque le lleva a ello su pasión, su preferencia por España?, ¿no será también, y en larga medida, por necesidad? Hemos visto cómo los Estados del imperio de Carlos V se negaban, uno tras otro, sin decir palabra, a subvenir a los gastos de su política. El déficit de los presupuestos hace de Sicilia, de Nápoles, de Milán y de los Países Bajos países a remolque y residencias imposibles para el soberano. Felipe II pasó por esta amarga experiencia personal en los Países Bajos, de 1555 a 1559, en que sólo pudo vivir gracias a los socorros en dinero enviados desde España o a la esperanza de recibirlos. Ahora bien, al soberano se le hace cada vez más difícil obtener ayudas sin sentar sus reales en el sitio mismo llamado a suministrarlas. El repliegue de Felipe II hacia España, ¿no sería un repliegue impuesto por la plata y el oro de América? El error —si es que lo hubo— fue no haberse adelantado lo más posible para salir al encuentro de este dinero hasta el mismo Atlántico, hasta Sevilla o, más tarde, hasta Lisboa.[79] ¿O sería la atracción de Europa, la necesidad de saber lo mejor y lo antes posible lo que sucedía en la gran colmena rumorosa, lo que retenía al rey clavado en el centro geométrico de la Península, inmovilizado en aquella Tebaida de Castilla, donde, además, le placía instintivamente vivir?

El hecho de que el centro de la gran tela de araña se fijara en España tuvo de por sí importantes consecuencias. La primera de todas, la creciente y ciega devoción de los españoles hacia el rey, que había fijado su residencia entre ellos. Los castellanos amaban a Felipe II como las buenas personas de los Países Bajos habían amado al padre de éste, Carlos de Gante. Otra de las consecuencias de ello fue el predominio, bastante lógico, de los hombres, los intereses y las pasiones peninsulares. De aquellos hombres duros, altivos, grandes señores intransigentes que Castilla fabricaba y que Felipe II utilizaba en el extranjero, pues dentro del país, para el despacho de los asuntos y de las tareas burocráticas, sentía una marcada predilección por las personas modestas… En un imperio dislocado en diversas patrias, Carlos V había tenido por fuerza que moverse constantemente de un sitio a otro: tenía que dar una serie de rodeos y eludir a la Francia hostil, para poder llevar a sus reinos, uno tras otro, el calor de su presencia. La inmovilidad de Felipe II favorece la pesadez de una administración sedentaria, cuyos bagajes ya no aligera la necesidad de viajar. El río de papeles fluye más copioso que nunca. Los diferentes países del imperio van cayendo imperceptiblemente en la situación de zonas secundarias y Castilla va elevándose al rango de metrópoli. Esta evolución es clara y nítida en las provincias italianas. El odio contra el

español va ganando terreno en todas partes. Es un signo de los tiempos y anuncia tormentas.

Es cierto que Felipe II no se daba cuenta de estos cambios, y creía proseguir celosamente la política de Carlos V, como fiel discípulo suyo, y no cabe duda de que, en su celo de discípulo, se aprendió demasiado bien las lecciones recibidas, torturándose en exceso con los precedentes de los asuntos que tenía que resolver. Le ayudaban en ello, además, sus consejeros, personas como el duque de Alba y el cardenal De Granvella, que eran como un legajo viviente, como sombras redivivas de la difunta política imperial. Es evidente que Felipe II se encontró a menudo en condiciones análogas, o que parecían análogas, a las que había tenido que afrontar el emperador. ¿Por qué, entonces, siendo dueño, como Carlos V, de los Países Bajos, no trató con mayor cuidado a Inglaterra, como país indispensable para la seguridad de aquella encrucijada del norte?, ¿y por qué, cargado de dominios como lo estuviera su padre, no fue, a su imagen y semejanza, prudente y contemporizador; por qué no se preocupó de armonizar todas aquellas historias lejanas y dispares, nunca bien acordadas?

Sin embargo, las circunstancias eran otras e imponían cambios radicales. Del pasado sólo subsiste la decoración. La grande, la desmesuradamente grande política de Carlos V, ¿no está ya desde el comienzo mismo del reinado de Felipe II, ya desde antes de la paz de 1559, condenada a desaparecer, brutalmente liquidada por el desastre financiero de 1557? En estas condiciones, había que reparar, que reconstruir, que volver a ponerlo todo lentamente en marcha. En su desbocada carrera, Carlos V jamás conoció tales frenazos; el potente retorno a la paz de los primeros años del reinado de Felipe II es, en cierto modo, el signo de una debilidad nueva. La gran política no se despertará hasta mucho más tarde y no tanto a causa de las pasiones del soberano como bajo la presión de las circunstancias. Poco a poco va entronizándose y ganando continuamente terreno ese poderoso movimiento de la Reforma católica, al que, abusivamente, damos el nombre de Contrarreforma. Este movimiento, nacido de una serie de esfuerzos y lentos preparativos, que ya en 1560 revela su fuerza, capaz de torcer la política del Rey Prudente, explota brutalmente frente al norte protestante, en la década de los ochenta. Este movimiento es el que empuja a España a las grandes luchas de finales del reinado de Felipe II, convirtiendo a este monarca en el campeón del catolicismo, en el defensor de la fe. Las pasiones religiosas lo impulsan y lo sostienen en estas luchas mucho más que en la cruzada contra los turcos, esta guerra empeñada como a regañadientes en el Mediterráneo y de la que la

batalla de Lepanto no parece haber sido más que un episodio sin consecuencias.

Otro factor impulsor de esta gran política: a partir de 1580, la llegada de metales preciosos del Nuevo Mundo alcanza un volumen hasta entonces desconocido. Granvella pudo triunfar entonces en la corte de España; la hora le era singularmente propicia. Pero confesemos que el imperialismo de los finales del reinado no se debió a la sola presencia de este consejero. La gran guerra de los años posteriores a 1580 perseguía, en realidad, la dominación del océano Atlántico, que había pasado a ser el centro de la Tierra. Ventilábase en ella el problema de si este mar pertenecería a la Reforma o a los españoles, a la gente del norte o a los ibéricos. El Imperio hispánico bascula hacia el oeste, hacia este inmenso campo de batalla, con todo su dinero, sus armas, sus barcos, sus recursos y sus ideas políticas. En este mismo momento, los Osmanlíes vuelven resueltamente la espalda al mar interior, para enredarse en las luchas asiáticas… Una nueva prueba, si hiciese falta, de que los dos grandes imperios del Mediterráneo viven al mismo ritmo y de que, al menos durante los últimos 20 años del siglo, el mar interior no es ya esencial para sus ambiciones y su codicia. ¿No sonaría en el Mediterráneo antes que en ningún otro sitio la hora del repliegue de los imperios?

Azar y razones políticas

Que un historiador combine política y economía en sus argumentos es algo que hoy parece una actitud muy razonable. Buen número de cosas —aunque, evidentemente, no todas— han sido dictadas por el incremento de la población, por la obvia aceleración del comercio y, más tarde, por la recesión económica. Mi tesis establece una correlación entre el desmoronamiento de la tendencia secular y las dificultades en cadena con que tendrán que enfrentarse los grandes aparatos políticos construidos por los Habsburgo y los Osmanlíes. Para hacer más clara esta conexión, hemos descartado las explicaciones dadas por aquellos historiadores atentos sólo a los grandes actores y a los grandes acontecimientos del drama histórico, explicaciones que todo lo deforman y tergiversan si únicamente nos atenemos a ellas. Del mismo modo hemos dejado en la sombra los razonamientos políticos a largo plazo, que a nuestro entender son los más importantes de todos: también la política y las instituciones son capaces de contribuir a la comprensión de la política y de las instituciones.

La controversia aparece curiosamente expuesta —y, en parte, a la inversa de nuestros puntos de vista— en un corto párrafo del último libro del gran economista Josef A. Schumpeter.[80] Según él, sólo existe una constante: la evolución progresiva del capitalismo. Todo lo demás que pueda ocurrir en la economía y la política es azar, sorpresa, circunstancias o pormenor. Es accidental el "que la conquista de América haya producido un torrente de metales preciosos", sin el cual habría resultado impensable el triunfo de los Habsburgo. Es un azar "esa revolución de los precios", que convierte en explosivas las tensiones sociales y políticas. Y también es un azar el que los Estados (y yo añado: naturalmente, también los imperios) encuentren vía libre en el siglo XVI. ¿Azar? Sí, porque los grandes poderes políticos del pasado se vienen abajo por su propio peso; el Sacro imperio Romano Germánico, a la muerte de Federico II, en 1250; el papado, más o menos por la misma fecha, pues su triunfo había resultado ser una victoria pírrica…, y ya mucho antes de 1453, el Imperio bizantino había entrado en decadencia.

Una visión semejante de la historia (aunque el pasaje de Schumpeter es muy corto) merecería ser discutida punto por punto, si el historiador quisiera ser equitativo en lugar de limitarse a rechazar tajantemente. Pero, en honor de la brevedad, me limitaré a decir que el desmoronamiento natural del papado y del imperio que se producen en el siglo XIII no son un mero azar, no son el resultado final de una ciega política de autodestrucción. El auge económico del siglo XIII hizo posibles determinadas evoluciones políticas, del mismo modo que provocaría en el siglo XVI las grandes mutaciones políticas. Siguió luego un periodo de recesión cuyos efectos se hicieron sentir en todas partes. Las series de colapsos sucesivos que ocurren a lo largo del siglo siguiente se deben inscribir en el pasivo de una coyuntura de depresión económica de muy larga duración: el responsable es "el otoño de la Edad Media", que marcó todos los árboles débiles que habían de abatirse, desde el Imperio bizantino hasta el reino de Granada, sin olvidar el propio Sacro imperio Romano Germánico. Desde su inicio hasta su final fue un proceso lento y natural.

Con la mejoría que empieza a resultar evidente a mediados del siglo XV, se preparan las condiciones para un nuevo espectáculo de catástrofes, innovaciones y renovaciones. El papado no quedará seriamente quebrantado hasta la revuelta luterana y el fracaso de la Dieta de Augsburgo (1530). A Roma le hubiera sido factible realizar una política diferente, pacífica y conciliatoria. En todo caso es conveniente recordar que el papado continuó siendo una gran fuerza, incluso en el plano político y a lo largo de todo el siglo XVI, o mejor aún, hasta el Tratado de Westfalia (1648).

Y volviendo a los otros argumentos, notemos que la revolución de los precios —y el propio Schumpeter lo indica—[81] es anterior a las llegadas masivas de metales preciosos del Nuevo Mundo. También la expansión de los Estados territoriales (Luis XI, Enrique VII de Lancaster, Juan de Aragón, Mehmed II) es anterior al descubrimiento de América. Y, por último, si las minas del Nuevo Mundo entran en el juego, se debe a que Europa cuenta con los medios requeridos para su aprovechamiento, pues la operación de explotarlas no era ni mucho menos gratuita. Se afirma que Castilla ganó América a la lotería. Es un decir, porque inmediatamente después de que fue suya tuvo que hacerla rendir, operación que nos introduce en el acto en el mundo del deber y del haber y sus leyes de equilibrio. Además, aun suponiendo que el Nuevo Mundo no hubiera brindado minas de fácil acceso, la necesidad de expansión a la que se veía forzada Europa la habría llevado a buscar en otras partes. En su reciente tesis, Louis Dermigny[82] se pregunta si Occidente, al elegir el Nuevo Mundo, donde se podía encontrar todo aquello que necesitaba el Viejo, no habrá desperdiciado una opción posible, la del Extremo Oriente, que ofrecía tantas cosas al alcance de la mano, y quizá otras opciones: el oro africano, la plata de la Europa Central, naipes todos ellos que había descartado demasiado aprisa… El motor, es decir, Occidente, era el elemento decisivo.

A decir verdad, la tesis de Schumpeter se limita a una mera repetición de viejas lecciones y antiguas lecturas, procedentes todas ellas de una época en que el azar estaba en boga entre los historiadores. Es una tesis que ignora o subestima la importancia del papel del Estado, el cual, lo mismo que el capitalismo, es producto de un complicado proceso evolutivo. En realidad, la circunstancia histórica, en el sentido amplio de la expresión, lleva en su seno los fundamentos de todo poder político y les insufla vida o les da muerte. Y cuando comienza una nueva baza en el juego, los ganadores no son jamás los antiguos vencedores.

II. RECURSOS Y DEBILIDADES DE LOS ESTADOS

En el auge de los Estados y los imperios, con las coyunturas del siglo, son los efectos, mejor todavía que las causas, los que saltan a la vista. El Estado moderno ocupa su sitio, aunque a costa de dificultades inmensas. Se ve obligado —y es el más claro y el más ostensible de los nuevos fenómenos— a multiplicar los instrumentos y los agentes de su grandeza. Problema grave, pero no el único, ni mucho menos.

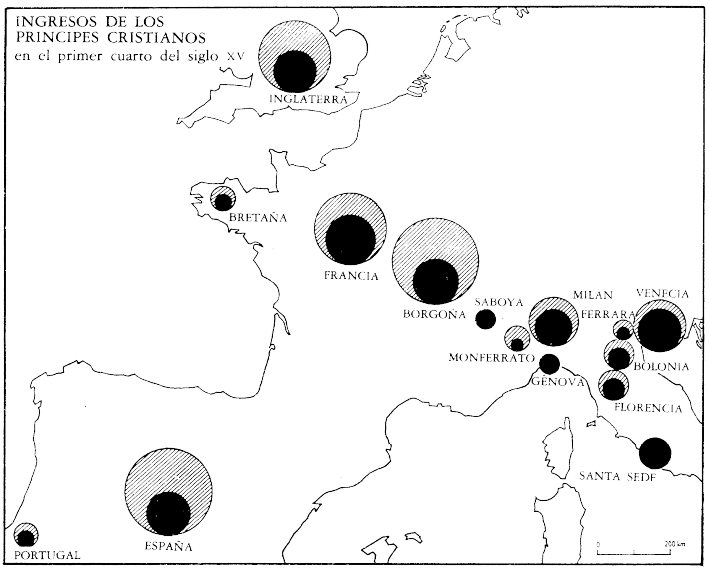


FIGURA 56. *Las finanzas del Estado se adecúan a la coyuntura económica.*
Estos curiosos cálculos venecianos (*Bilanci generali*, vol. I, t. I, Venecia, 1912, pp. 98-99), que no son en modo alguno estrictamente exactos, nos pueden dar de todos modos una idea del repliegue general de los recursos financieros de los Estados europeos entre 1410 y 1423 (la primera cifra representada por el círculo rayado y la segunda por el negro). En Inglaterra la cifra desciende de 2 millones de ducados a 700 000; en Francia, de 2 millones a 1 millón; en España, de 3 millones a 800 000, etc. Sería preciso, si las cifras fuesen exactas, calcular los ingresos reales como se calculan los salarios reales. Se puede decir que, en general, el Estado siempre lleva un poco de retraso respecto a la coyuntura, tanto durante los periodos de alza como durante los de baja, es decir, que durante la depresión sus reservas disminuyen más despacio que las otras —lo cual era una ventaja— y progresan menos rápidamente durante los periodos de crecimiento. Por desgracia, no se puede probar esta hipótesis ni por medio de los documentos que han servido para trazar este mapa, ni por otros que luego citaremos. Una cosa es segura, sin embargo: los recursos del Estado fluctúan de acuerdo con la coyuntura económica.

El funcionario[83] [II-41]

Aparecen entonces por doquier, en cerradas filas, esos personajes que llamaremos, por comodidad y no por exceso de modernismo, los “funcionarios públicos”. Los vemos ocupando todas las avenidas de la historia política. Con ellos, se opera una revolución política que es, al mismo tiempo, una revolución social.

Llamado al poder, el funcionario no tarda en adjudicarse una parte de la autoridad pública. En todas partes tiene, por lo menos en el siglo XVI, un origen más bien modesto. En Turquía —tara suplementaria— es, por lo general, de origen cristiano, pertenece a la raza de los vencidos, y con no menor frecuencia, judío. Según H. Gelzer,[84] de los 48 grandes visires que

gobernaron entre 1453 y 1623, cinco eran de raza turca, si puede hablarse así, y uno de ellos, tcherkeso; 10 de origen desconocido y 33 renegados, de ellos seis griegos, albaneses y yugoslavos, uno italiano, uno armenio y uno georgiano. El número de cristianos que logran ascender hasta la cúspide de la jerarquía turca indica la importancia de su invasión dentro de los cuadros del Imperio otomano. Si, a la postre, este imperio se asemeja más al bizantino que a cualquier Imperio mongol,[85] es, indudablemente, por razón de este nutrido contingente de funcionarios.

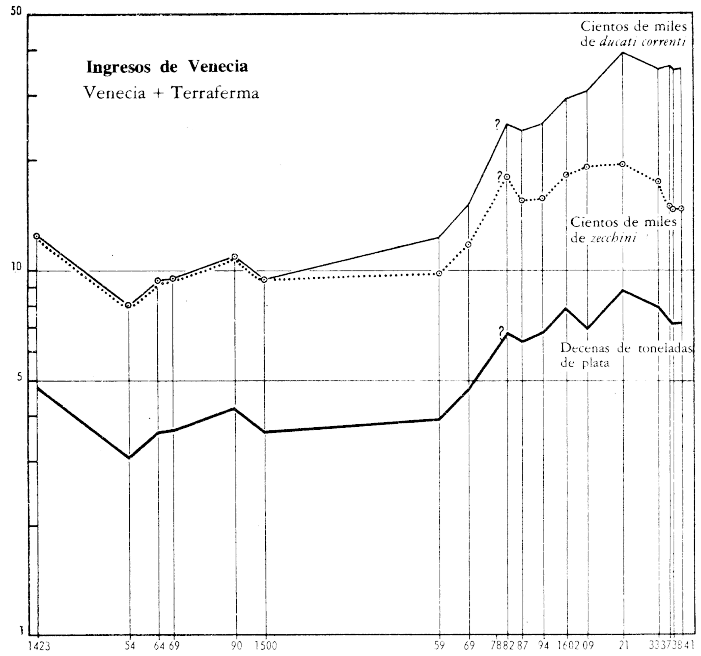
En España, donde disponemos de mejores datos acerca de esto que en ninguna otra parte, los funcionarios reclutábanse entre las personas modestas de las aldeas, incluso entre las campesinas, lo que no impide, antes al contrario, que se jactaran de descender de linajes de hidalgos: ¿quién no se jacta de ello en España? En todo caso, su ascensión social resulta notoria a todos y muy particularmente a uno de sus enemigos jurados, el diplomático y soldado Diego Hurtado de Mendoza, quien dice en su *Guerra de Granada:*[86] "Los Reyes Católicos han puesto el gobierno de la justicia y de los negocios públicos en manos de los letrados, hombres de condición media, entre grandes y pequeños, para no ofender a unos ni a otros, y cuya profesión eran letras legales". Estos "letrados" son hermanos de los *dottori in legge* de que nos hablan los documentos italianos y, si se quiere, de los legistas franceses del siglo XVI, salidos de la Universidad de Tolosa, que, con sus ideas romanas, tanto contribuyeron al absolutismo de los Valois. Con un odio lúcido, Hurtado de Mendoza enumera los componentes del clan, oidores de las causas civiles, alcaldes de las causas criminales, presidentes, miembros de las Audiencias (muy semejantes a los Parlamentos franceses) y, en la cúspide, la congregación suprema del Consejo Real. Según afirman los hombres que la componen, su competencia se extiende a todas las materias: es una especie de *ciencia de lo que es justo o injusto*. Envidiosos de los puestos ajenos están siempre dispuestos a invadir el territorio que cae dentro de la competencia de la autoridad militar (con otras palabras: las grandes familias aristocráticas). Y esta peste no se circunscribe tan sólo a España: "Esta forma de gobernar se ha extendido por toda la cristiandad y se encuentra hoy en el ápice de su poderío y autoridad".[87] No se equivocaba Hurtado de Mendoza en cuanto a esto se refiere. Además de aquellos letrados que ya habían conseguido puestos de autoridad, podemos muy bien imaginarnos la legión de los que se aprestan a embarcarse en una carrera gubernamental y que, cada vez en mayor número, invaden las universidades españolas (y a no mucho tardar, las del Nuevo Mundo): un mínimo de 70 000 estudiantes de pésimo humor, calcula, a

principios del siglo siguiente, Rodrigo de Vivero, marqués del Valle,[88] otro noble y criollo de la Nueva España; ¡y entre ellos hay hijos de zapateros remendones y de braceros agrícolas! ¿De quién es la culpa sino del Estado y de la Iglesia que, ofreciendo puestos y prebendas, atraen a las universidades más estudiantes que jamás llevó el deseo de saber? La mayor parte de estos letrados han cursado sus estudios en Alcalá de Henares o en Salamanca. Comoquiera que sea, e incluso si consideramos que 70 000 estudiantes, cantidad enorme a ojos de Rodrigo Vivero, es insignificante en relación con el número de habitantes que tenía entonces España, lo cierto es que este surgir de una nueva categoría social tiene un inmenso significado político, a partir de la época constructiva de los Reyes Católicos. Aparecen entonces los "comisarios reales" de modestísmo origen, como aquel Palacios Rubios,[89] redactor de las *Leyes de Indias*, y que ni siquiera era hijo de hidalgo. Tal fue también, más tarde, bajo el reinado de Carlos V, el caso del secretario Gonzalo Pérez, hombre humilde, de quien se recelaba que era de ascendencia judía.[90] Y en la época de Felipe II, el cardenal Espinosa, que murió de un ataque de apoplejía en 1572, cargado de títulos, de honores y de numerosos empleos, dejando su casa llena de legajos y de papeles apilados que no había tenido tiempo de despachar y muchos de los cuales llevaban tal vez años enteros aguardando su hora… Gonzalo Pérez era hombre de iglesia, como el cardenal Espinosa y como don Diego de Covarrubias de Leyva, de quien su pariente Sebastián de Covarrubias de Leyva dejó en 1594 una noticia retrospectiva bastante extensa.[91] Sabemos, por ella, que don Diego nació en Toledo, de padres nobles, que era oriundo de Vizcaya, que cursó varios años de estudios en Salamanca, fue profesor en el Colegio de Oviedo, después magistrado de la Audiencia de Granada, obispo de Ciudad Rodrigo, arzobispo de Santo Domingo "en las Indias" y, por último, presidente del Consejo de Castilla y titular del obispado de Cuenca (murió en Madrid el 27 de septiembre de 1577, a la edad de 67 años, y antes de haber tomado posesión de su último cargo). Su vida es una prueba más, entre tantas, de que se podían simultanear la carrera eclesiástica y la civil; y la Iglesia, en España, estaba más abierta a los pobres que en ninguna otra parte.

En Turquía el reinado de Solimán fue a la vez un periodo de guerras victoriosas, de múltiples construcciones y de gran actividad legislativa. A Solimán se le conoce como Solimán el Kanuni, el Legislador, lo que supone en sus Estados, y especialmente en Constantinopla un resurgimiento de los estudios jurídicos y la existencia de una clase especial de juristas. Su código era una reglamentación tan acabada del aparato judicial que, según se dice, el

rey Enrique VIII de Inglaterra envió a Constantinopla una comisión de expertos para estudiar su funcionamiento.[92] En efecto, el *Kânoum Nâme* es, en Oriente, tan célebre como el *Codex Justinianus* en el Occidente[93] o como la *Recopilación de las leyes* en España. Toda la obra legislativa de Solimán en Hungría corrió a cargo del jurista Abul's-Su'ud; y fue tan importante en lo referente a la propiedad, que muchos de sus detalles han sobrevivido hasta nuestros días.

I.—El caso de Venecia.



II.—El caso de Francia

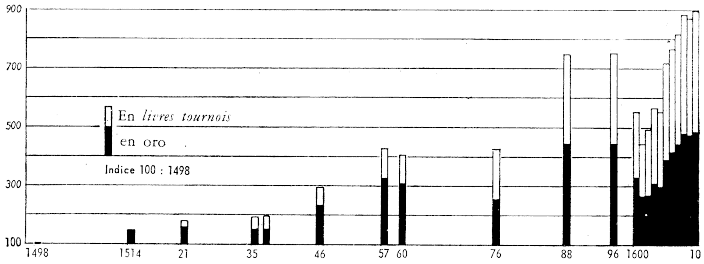


FIGURA 57. *Las finanzas del Estado se adecúan a la coyuntura económica.*
La fuente de ingresos de Venecia es triple: la ciudad, la terraferma y el imperio. En esta gráfica hemos omitido el imperio, debido a que las cifras resultan con frecuencia imposibles de respaldar con nada. La gráfica ha sido construida por la señorita Gemma Miani, recurriendo principalmente a los *Bilanci Generali*. Las tres curvas corresponden al total de las recaudaciones de Venecia y Terraferma: las cifras nominales (en *ducati correnti*), las cifras en oro (expresadas en *zecchini*) y las cifras en plata (en decenas de toneladas de plata). Las cifras correspondientes a Francia (establecidas por F. C. Spooner) están, por desgracia, muy lejos de ser completas. Cifras nominales en *livres tournois*, y cifras calculadas en oro. A pesar de sus lagunas, estas curvas indican que las fluctuaciones en los ingresos estatales se corresponden con las fluctuaciones en el sector precios.

También el nombre del jurista Hibrain Halebi, autor de un libro de derecho usual, el *Multekâ*,[94] se puede parangonar con los de los grandes juristas del Occidente en el siglo XVI.

Mientras más se reflexiona en ello, más parecen acusarse entre el Oriente y el Occidente extrañas analogías que van más allá de las palabras, de los términos y las apariencias políticas; mundos diferentes, sin duda, pero no siempre contradictorios. Legistas de tradición romana y legistas exegetas de los textos coránicos forman un único inmenso ejército que, tanto en el Oriente como en el Occidente, trabaja incansablemente por afirmar la idea de la monarquía y desprender de ella las consecuencias de las prerrogativas del príncipe. Claro está que sería temerario y falso pretender atribuírselo todo, en esta alza de las instituciones monárquicas, a su celo, a su devoción o a sus cálculos. El poder tenía, naturalmente, más fuentes que las jurídicas. Las monarquías continuaron siendo carismáticas. Y la economía representó su papel. De todos modos, no cabe duda de que este ejército de legistas, desde los más célebres hasta los más modestos, trabaja incansablemente por el desarrollo de los grandes Estados. Detestaba y destruía cuanto se oponía a su expansión. En la misma América, donde tanto pululan los funcionarios españoles que abusan de sus cargos, ¿quién podría negar los servicios de estas personas modestas, tan devotas a su príncipe? En Turquía, el Estado, que se moderniza muy a su pesar, multiplica los colonos en régimen de medianería en las provincias conquistadas en el este asiático: viven de las rentas que administran, pero envían la mayor parte a Estambul; multiplica también a los funcionarios asalariados; éstos, por sus servicios específicos —preferiblemente en ciudades de fácil administración— perciben un salario pagado por el tesoro imperial. Con mayor frecuencia cada vez estos funcionarios son cristianos renegados, y así se van infiltrando poco a poco en la clase dominante. Procede de la *devschirme*, una especie "de tributo que consiste en llevarse de sus hogares en los Balcanes a un cierto número de niños, por lo general menores de cinco años".[95] Y la palabra *devschirme* designa a la vez una categoría política y una categoría social. Estos nuevos agentes del Estado otomano van a debilitar y casi arruinar a los *timariotas* de los Balcanes (titulares de los *timars* o beneficios señoriales) y sostener durante un largo periodo el renovado vigor del imperio.[96]

Sin proponérselo siempre claramente, no cabe duda de que el Estado, en el siglo XVI, desplazaba constantemente a sus "funcionarios";[97] los desarraigaba a su antojo. Los grandes Estados, más todavía que los otros. Un desplazado o desarraigado era, por ejemplo, no cabe duda, aquel cardenal

Granvella, nacido en el condado, pero que, según decía él mismo, no era de ninguna parte. Ejemplo excepcional, se dirá, pero en España tenemos pruebas a montones de estos desplazamientos. Tal, por ejemplo, el caso del licenciado Palomares, destinado a la Audiencia de la Gran Canaria y que acaba su carrera en la de Valladolid.[98] Así ambulaban, también, más todavía que los funcionarios civiles, los militares al servicio del rey, unas veces dentro y otras fuera de los cuadros del ejército. Desde Nantes, donde era a fines de siglo un agente eficiente, el representante de España don Diego Mendo de Ledesma envía a Felipe II[99] un memorial con la larga lista de sus leales servicios, para implorar del soberano alguna ayuda en sus apuros financieros. Descendiente de una familia seguramente noble, había sido admitido, siendo muy joven, en unión de su hermano, como paje de la reina Isabel (la reina de la Paz, hija de Catalina de Médicis y tercera esposa de Felipe II). Siendo todavía un niño, había servido en la guerra de Granada, para seguir después a Italia a don Juan de Austria. En 1580, cuando la conquista de Portugal, y, juntamente con sus dos hermanos, convenció a los vecinos de Zamora a enrolarse a las banderas del Rey Católico, uniendo a las milicias de la villa las mesnadas de sus propios vasallos. Más tarde, como los zamoranos se resistieran a aceptar el aumento de sus alcabalas, dando mal ejemplo a otras villas, el gobierno envió a don Diego para ayudarlos a recapacitar… “Y luego que entré en el ayuntamiento, facilité y eché de los ánimos la perplexidad en que estavan algunos”. No habría podido encontrar mejor modo de darse a valer. Poco después lo encontramos de corregidor en Málaga.

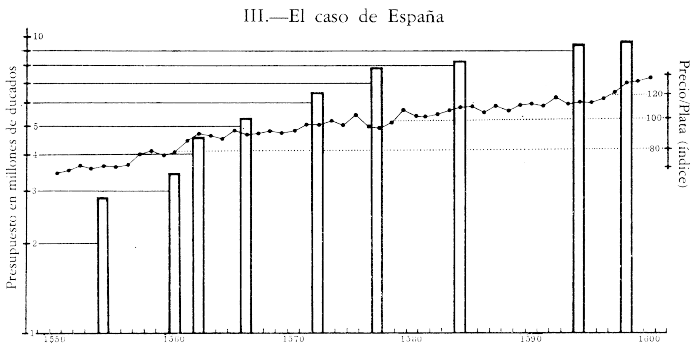


FIGURA 58. *Las finanzas del Estado se adecúan a la coyuntura económica.*
El índice de los precios de la plata se ha tomado de Earl J. Hamilton. Los presupuestos están evaluados en millones de ducados castellanos, la moneda de cuenta que no ha variado durante el periodo considerado. El presupuesto se ha evaluado según las indicaciones de un trabajo inédito de Álvaro Castillo Pintado. Esta vez, y a pesar del imperfecto cálculo de las recaudaciones, la coincidencia entre la coyuntura de los precios y el movimiento de las rentas fiscales es mucho más perfecta que en los casos precedentes. Usamos el término presupuestos, pero en realidad no es correcto estrictamente hablando: nunca sabemos de modo seguro qué gastos había. Que yo sepa, sólo los archivos de Simancas y, posiblemente, los archivos ingleses contienen suficiente material para reconstruir auténticos presupuestos. Gráficas provisorias similares a las que damos aquí son fáciles de calcular en relación con Sicilia y el reino de Nápoles, e incluso al Imperio otomano; proyecto que Ömer Lutfi Barkan y su grupo de investigadores han iniciado ya por cuenta propia.

Esos corregidores, dueños de las ciudades y poderosos personajes, ayudaban al Estado a manejar a sus súbditos. Los corregidores fueron el equivalente de los *intendents* en Francia. En su nuevo cargo, don Diego se ocupó de la construcción del muelle del puerto. Requerido para ello, acudió sin tardanza en socorro de las plazas de Tánger y Ceuta, amenazadas por Drake, sin que ello costara al rey —¡oh milagro!— ni un real. Es verdad que ello le costó a don Diego, según él mismo aseguraba, quedar arruinado, con la bolsa vacía, pues su cargo, con motivo del socorro aportado a los presidios de la costa africana, lo obligaba a sentar a su mesa a más de 60 caballeros y a otras personas de calidad… Luego lo hicieron gobernador de Ceuta y, desempeñando este cargo, hubo de investigar la gestión de su predecesor y se vanagloria de haber sido tan buen juez, que el anterior gobernador fue reintegrado a su puesto. Satisfecho de sí mismo, pero sin empleo y metido de nuevo en su casa, cerca de Zamora, lo vemos agobiado por las justificadas quejas de su mujer y de sus hijos, comidos de miseria. En estas condiciones, acepta partir por seis meses a la Bretaña; pero esos seis meses se convierten en cinco largos años. Durante su ausencia, pasan a mejor vida su hermano mayor y la mujer de éste, sin que don Diego pueda reclamar la parte que por derecho le corresponde de la herencia. Como los ausentes llevan siempre las de perder, no logra que se le haga justicia en ninguno de los dos procesos entablados con este motivo. Es verdad que, al destinarlo a la Bretaña, el rey le había concedido una encomienda de 1 500 ducados de renta, pagándole cuatro anualidades anticipadas; pero ¿qué representaba esto al lado de sus enormes gastos, de su miseria y de la miseria de su familia?

En los archivos españoles se conservan millares de quejas y de noticias por este tenor. El historiador no debe creer a pie juntillas todas las lamentaciones que en estos papeles se exponen; pero no cabe duda de que a los “funcionarios” de la España moderna se les paga poco y mal, moviéndolos a cada paso, como peones, por el vasto tablero del Imperio español, donde los vemos, como a gente desarraigada y cortada de sus amarras locales… No cabe tampoco la menor duda de que esta gente se sentía, a menudo, desgraciada. En Madrid vive toda una población sin oficio ni beneficio, a caza de cargos, de pensiones y pago de atrasos; una muchedumbre de militares enfermos, que aguardan pacientemente, interminablemente, en las antesalas. Mientras tanto, que las mujeres y las hijas se las compongan para vivir… Dolorosa historia, la de estos funcionarios sin trabajo, que vagan a lo largo de la Calle Mayor, la calle de los ricos mercaderes, o van a buscar el fresco o el sol, según la estación del año, al Prado de San Jerónimo, donde, a veces, los

vemos también confundidos con las apretadas filas de los paseantes nocturnos.[100]

Derechos de sucesión y venalidades

Todos estos servidores se sienten unidos en sus cargos, no sólo por interés, sino también por lealtad y por un puntillo de honor. Poco a poco, nace en ellos el deseo de perpetuarse en sus puestos. La cosa va haciéndose cada vez más clara, con los años. La venalidad de los cargos es una enfermedad general. Francia, donde el mal hace tantos estragos, no es una excepción. ¿No sería la baja de las rentas de la Corona lo que obligó a los Estados, durante los siglos XVI y XVII, a dejar en todas partes que este mal prosperara? La *Recopilación de las leyes*[101] nos permite, en lo que se refiere a España, seguir la trayectoria de este abandono progresivo de los atributos del Estado en beneficio de los particulares, con la consiguiente formación de una nueva casta de privilegiados. Para conocer los detalles y la realidad, habría que espigar, en Simancas, la enorme masa de papeles relativos a las "Renuncias".[102] "Renunciar" es dar a alguien la oportunidad de mantenerse en su cargo, que es lo que pide —un ejemplo entre mil— aquel alguacil de la Inquisición de Barcelona, en junio de 1558, en favor de su hijo.[103] Otro ejemplo, del mismo año: el gobierno acepta, de un modo bastante curioso, las pretensiones de los regidores o concejales, a quienes se concede, a partir de entonces, el derecho de "renunciar" en favor de quienes mejor les pareciera, aunque el beneficiario tuviera menos de 18 años, pudiendo ejercer este derecho de designación en vida, en el lecho de muerte o en el testamento. La renuncia era válida aunque el renunciante muriese dentro del plazo habitual de los 20 días.[104] Estos detalles, tan evocadores de las realidades francesas de la misma época, plantean por lo menos el problema, aunque no lo resuelvan. No cabe duda de que un estudio sistemático del tema revelará algún día, con respecto a la península ibérica, lo mismo que los historiadores franceses han logrado poner en claro a propósito de Francia. El hecho que me parece más curioso, en España, es la precocidad con que surge este movimiento. Ya antes de los Reyes Católicos, durante los tormentosos reinados de Juan II y Enrique IV,[105] y sin duda a comienzos del siglo XV,[106] aparecen los primeros síntomas del mal, por lo menos en los cargos municipales, muchos de los cuales eran ya "renunciables" en aquella época. Es cierto que la monarquía reivindicaba con frecuencia sus derechos por la fuerza o recurriendo simplemente al juego de dar largas a las "renuncias", lo que valía tanto para el que renunciaba

(quien debía vivir, por lo menos, 20 días después de "renunciar"),[107] como para el nuevo titular, quien tenía que presentarse, es decir, solicitar el reconocimiento de sus derechos en los 30 días siguientes a la "renuncia".[108] En 1563, las cortes pidieron a Felipe II —en vano, por cierto— que elevara los plazos a 30 y 60 días, respectivamente,[109] prueba de que el antiguo procedimiento seguía en vigor y era como una amenaza constante y un drama familiar en potencia, ya que los compradores de cargos públicos empleaban frecuentemente, para pagar, las cantidades convenidas en los sagrados dineros de las dotes…[110] Poco a poco, fueron declarándose "renunciables" muchísimos cargos. Prohibiciones, como las de renunciar no siendo de padres a hijos[111] o las de negociar judicaturas u otros cargos,[112] ponen de manifiesto de manera muy característica los progresos del mal.[113] Y el rey contribuyó a ello a medida que multiplicaba y vendía los cargos públicos.[114] Suele acusarse a Antonio Pérez[115] de haber favorecido estas ventas en masa; pero, más que al secretario del rey, ¿no habría que culpar de ello a la época en que se vivía? Acabaron siendo "renunciables" hasta los cargos de alcalde municipal y las "escribanías" de las Cancillerías y del Consejo real.[116] Y, lo mismo que en Francia, esta creciente venalidad de los cargos públicos desarrollábase en una especie de atmósfera feudal; para decirlo con Georg Friederici,[117] burocracia y paternalismo marchaban entonces del brazo. Es evidente que era la monarquía quien perdía con este juego de ventas y las corrupciones que lógicamente trae consigo. Tales abusos creaban constantes obstáculos al ejercicio de su autoridad, que en tiempos de Felipe II estaba muy lejos de parecerse a un poder absoluto a lo Luis XIV. También es cierto que en Castilla la venalidad se mantuvo casi siempre dentro de los límites del marco municipal. Precisamente a este nivel floreció un vivaz patriciado urbano, apoyado por las cortes, atento a sus intereses locales y al que los corregidores no pueden fácilmente llamar al orden. Pero ¿qué importancia real tenían las ciudades? Cualquier estudio serio sobre la historia fiscal deberá siempre enfocarse desde la esencial óptica de la situación urbana.[118] Una venalidad nociva para el Estado se abre paso a través de la historia de las instituciones turcas. Ya he citado la observación según la cual el arrendamiento de los cargos públicos en toda Turquía se inspiraba en el ejemplo de los egipcios.[119] La necesidad de *corteggiare* a los superiores, de hacerles sustanciales regalos, obliga a todo servidor del Estado, cualquiera que sea el puesto que ocupe en el escalafón, a resarcirse, regularmente, en detrimento de sus inferiores y del público. Un inmenso pillaje se organizó a lo largo de la jerarquía, de arriba abajo. El Imperio otomano es el botín de estos

voraces detentadores de los cargos públicos, a quienes la tiranía de las costumbres obliga, por demás, a ser insaciables. El usufructuario de este saqueo general es el gran visir, como lo afirman y lo repiten sin cansarse los venecianos, y como lo sostiene Gerlach en su *Diario*, refiriéndose a Mehemet Sokobi, oscuro hijo de los alrededores de Ragusa, capturado a los 18 años por los reclutadores del sultán y a quien, mucho tiempo después, en junio de 1565, encontramos convertido en gran visir, cargo que ocupa hasta que muere asesinado en 1579. Enormes rentas afluyen a él con los continuos regalos que le hacen los candidatos a las funciones públicas. "Un año con otro [dice el veneciano Garzoni] junta un millón en oro, como me lo han afirmado personas dignas de crédito."**[120]** Gerlach anota, por su parte: "Mehemet Pachá posee un increíble tesoro en oro y en piedras preciosas[…] Quien desee obtener un cargo, debe regalarle caballos o niños[…]" Mehemet Sokobi era, por lo demás, un auténtico gran hombre; lo que ocurre es que, en lo tocante al dinero de los demás, al de sus inferiores o al de las potencias extranjeras, se atenía fielmente a las costumbres de su tiempo y de su medio.

Sin embargo, en Turquía, la enorme fortuna de un visir está siempre a disposición del sultán, quien se apodera de ella a la muerte de su ministro, sea o no natural. De este modo, el Estado turco participa de la rapiña de sus funcionarios. Es claro que las fortunas amasadas por éstos no se recuperaban en su totalidad por medio de estos métodos tan simples; a las fortunas acumuladas por los ministros se abría la posibilidad de la inversión en obras piadosas, de las cuales han llegado hasta nuestros días numerosas pruebas arquitectónicas. Este rodeo brindaba la oportunidad de poner a buen recaudo una parte del oro reunido por los prevaricadores, para asegurar el porvenir de sus familias.**[121]** Reconozcamos que el sistema occidental usaba, por lo general, métodos menos rigurosos que los empleados en Oriente; pero aquí, como en todas partes, encontramos, en lo tocante a la venalidad, una curiosa desorganización del Estado. Sería necesario, pero no es fácil, señalar con más o menos exactitud la fecha en que comienza a manifestarse esta desorganización, tan reveladora. Los signos que se observan en el siglo XVI, ¿no serán, desde este punto de vista, simples anticipaciones?

En todo caso, es innegable que tanto el Imperio turco como los demás Estados europeos**[122]** acusan, en el siglo XVI, un notable aumento del número de funcionarios. En 1534, el Imperio otomano tenía en la Turquía europea, a la cabeza de todas las jerarquías, un beglerbey, bajo cuyas órdenes estaban 30 sandjacs, y en Asia, seis beglerbeys y 63 sandjacs. Un poco fuera de estos cuadros, creóse en 1533 un nuevo beglerbey, el Kapudan Pachá, al que los

documentos españoles llaman el “General de la Mar”. Este “almirantazgo”, además del mando de la flota, tenía a su cargo la administración de los puertos de Galípoli, Cavalla y Alejandría. Con el beglerbey de El Cairo, creado en 1534, existen, pues, nueve beglerbeys de rango superior. Después de 40 años, en 1574, se habla ya de 20 “gobiernos”: tres en Europa (Sofía, Temesbar y Buda); 13 en Asia, y más tarde cuatro en África (El Cairo, Trípoli, Argel y luego Túnez); además del “General de la Mar”. Esto prueba la preponderancia que los turcos daban al Asia, centro de sus preocupaciones y de sus fuerzas. Por lo demás, la progresión seguirá su curso. Bajo el reinado de Murad III, la cifra total pasa de 21 a 40 gobiernos, 21 de los cuales existían solamente en el Asia, adonde llevó la conquista la guerra contra Persia, exigiendo la organización de vastas zonas fronterizas. Estos aumentos responden, pues, siempre, a las necesidades. Pero tampoco en Turquía debemos perder de vista la voraz y creciente ambición de títulos y el gusto cada vez más pronunciado por los cargos públicos. El subadji soñaba con ser sandjac, éste con llegar a ser beglerbey…, etc., y, por lo regular, cada cual vive por encima de su rango.

Si no estamos equivocados, una evolución análoga a la que se opera en España mina muy pronto Turquía, e incluso en mayor grado que a la lejana península ibérica. En efecto, España, para que la afición al lujo se despliegue y pueda darse rienda suelta a la vida placentera y ostentosa, tendrá que aguardar a que acabe el ascético reinado de Felipe II. En cambio, en Oriente todo había cambiado con la muerte de Solimán, en 1566. Las túnicas de seda, de plata y de oro, proscritas por el viejo emperador, quien se vestía de algodón, reaparecieron bruscamente. Al finalizar el siglo, Constantinopla vivía las más suntuosas fiestas, que iluminan con sus vivos y sensuales resplandores los relatos, bastante pálidos, del viejo Hammer. El lujo del serrallo es algo inusitado; sus divanes se cubren con telas de oro; en verano, es costumbre dormir en las más finas sedas. Exageran muy poco las personas de la época cuando nos dicen que la zapatilla de una mujer turca valía más que todas las joyas de una princesa cristiana… En invierno, los ricos se cubrían de costosas pieles. Hasta el lujo de las mesas de Italia fue rebasado. **[123]** Podemos creer sin reparos en la evidencia que nos brinda el primer embajador holandés en Constantinopla, Cornelius Haga, cuando comenta con encantadora ingenuidad la recepción a la que asistió en mayo de 1612: “parecía que se celebrase un día de triunfo”.**[124]** ¿Y qué no podría decirse de las fastuosas fiestas del tiempo de Murad IV, en un país ya para aquel entonces exangüe, torturado por la guerra y por el hambre? Es curioso ver a

Turquía, casi al mismo tiempo que España, agitarse en los torbellinos y en las fiestas de un "Siglo de Oro", en momentos en que estos fuegos de artificio pugnan tan abiertamente con las reglas de una casa sabiamente administrada y con las imperiosas exigencias del deber y el haber.

Las autonomías locales [II-54]

El espectáculo de estas grandes maquinarias políticas nos puede inducir fácilmente a error. Comparando las del siglo XVI con las del siglo XV, las vemos crecer desmesuradamente, hasta hacerse desproporcionadas para la época. Pero todo es cuestión de proporciones. Si pensamos en las enormes masas de funcionarios que el Estado tiene a su servicio en la actualidad, el número de empleados y funcionarios públicos del siglo XVI resulta irrisorio. Aquel personal era insuficiente para que los grandes Estados dotados de poderes "absolutos" pudieran ejercer un control perfecto sobre sus súbditos. En su base, el personal de los funcionarios es incompleto e ineficiente. Choca con mil autonomías subyacentes y a las que no puede meter en cintura. Las ciudades y villas del enorme Imperio hispánico conservan a menudo una asombrosa libertad de movimientos. Para sus pagos fiscales, se hallan bajo el control de los impuestos indirectos que deben rendir a la Corona. Sevilla y Burgos, cuyas instituciones conocemos bastante bien, gozan de amplias franquicias. Un embajador veneciano lo indica con claridad, en 1557:**[125]** en España "*si governa poi ciascuna signoria e comunità di Spagna da se stessa, secondo le particolari leggi[…]*" Lo mismo ocurría fuera de la Península, pero siempre dentro del Imperio español; hasta 1675, Mesina sigue siendo una república de hecho, un oasis inquietante para todos los virreyes que gobiernan la isla, como Marcantonio Colonna en 1577. «Vuestra Majestad sabe [escribía Colonna**[126]**, en julio de dicho año] de quanta importancia son los privilegios de Mecina, quantos foragidos y bellacos[…] ay en aquella tierra por las comodidades que tienen también de passarse a la Calabria. Por lo qual es de muy grande importancia quel stratico de aquella ciudad [el magistrado que la administra] haga aquel officio como conviene. Porque ha venido ya el negocio a que vale más aquel cargo de provecho en dos años que el ser virrey en diez y dizenme que entre las otras cosas no hay hombre que esté preso por causa capital que no le dexen con muy buenas pleguerías a posta para que se rompan y ellas gane y agora está aquella ciudad tan rodeada de ladrones que dentro de ella misma se toman los hombres y les hazem hazer rescate.»

Dentro de la Península y fuera de ella, regiones enteras, ciudades y a veces zonas que gozan de privilegios o fueros, escapan a la férula del Estado español. Así ocurre con todas las zonas alejadas y periféricas. Tal era el caso del reino de Granada hasta 1570; a partir de 1580 y hasta la ruptura de 1640, sucede lo mismo con Portugal, verdadero "dominio", con sus franquicias y sus libertades, que el vencedor no se atrevía a tocar. Es también el caso permanente de las minúsculas provincias vascas, y también el de los países de la Corona de Aragón, a cuyos privilegios, aun después de la sublevación y de las revueltas de 1591, no osó tocar Felipe II para no cometer un sacrilegio. Dadas esas circunstancias, no era extraño que, simplemente al cruzar la frontera aragonesa, saliendo de Castilla, se le ofreciese al viajero menos observador la revelación de un mundo social nuevo, con sus señores semiindependientes que ejercían numerosos derechos en detrimento de sus vasallos, y cuyos castillos, bien armados de artillería, contrastaban con la vecina Castilla, sumisa y desarmada. Privilegios sociales, privilegios políticos y privilegios fiscales: el bloque aragonés se gobernaba a su albedrío y eludía a medias el impuesto real. Esto se debía, en parte, a la proximidad de Francia, que permitía que, a la menor violencia, el extranjero saliese al vecino país, franqueando la puerta mal cerrada que lo separaba de España.**[127]**

Por razones análogas, aminorábase la autoridad del sultán en la parte europea de su imperio, en sus confines septentrionales, en Moldavia, Valaquia, Transilvania y en el reino tártaro de Crimea. Ya hemos señalado, como una consecuencia de la geografía, las múltiples autonomías montañesas de la región balcánica, por ejemplo, las de Morea y Albania.

La resistencia al Estado reviste, por lo demás, las más diversas formas. En el reino de Nápoles, junto a la Calabria siempre insumisa, las asociaciones de pastores y la enorme ciudad de Nápoles desempeñan un papel de importancia. Acogiéndose a las asociaciones de pastores, el campesino elude la autoridad de los señores y del rey. O bien se instala en Nápoles, donde, según el proverbio, el aire de la ciudad hace al hombre libre. Hacia el sur, en Sicilia, se huía de las autoridades uniéndose a la Inquisición siciliana, que adquiere de este modo una extensión singular. ¿La monstruosa inflación de la capital turca obedecería también, tal vez, a causas análogas? En las provincias de Turquía nada protegía al individuo contra la rapacidad de los beglerbeys, los sandjacs y los subadjis locales, o de sus agentes ejecutores, los voivodas, aún más voraces. En Constantinopla se gozaba de cierta justicia y de una relativa tranquilidad.

No hay duda alguna de que en el siglo XVI la corrupción de los funcionarios oficiales era muy general, tanto en el islam como en el cristianismo, tanto en el sur como en el norte de Europa. “No hay causa alguna, sea civil o criminal [escribía el duque de Alba desde Flandes, en 1573],[128] que no se venda como la carne en la carnicería[…] la mayoría de los consejeros se venden a diario a quienes los quieran comprar.” Esta corrupción omnipresente obstaculizaba el ejercicio de la voluntad de los gobernantes y su erradicación no resultaba tarea fácil. La corrupción se había convertido en una fuerza múltiple e insidiosa, poderosa por sí misma;[129] uno de esos poderes detrás de los cuales un individuo se puede amparar para escapar a la acción de la ley. Se trataba de la vieja combinación de fuerza y astucia. “Las leyes de España [escribe, hacia 1632, el anciano Rodrigo Vivero][130] son telas de araña que sólo atrapan moscas y mosquitos.” Los ricos y los poderosos escapan de sus redes, en las que sólo quedan presos “los desfavorecidos y los pobres”. Pero ¿es que eso sólo ocurría en los siglos XVI y XVII? En realidad es un hecho que se produce en todas las épocas.

Las finanzas y el crédito al servicio del Estado

Otro signo de su debilidad es que los grandes Estados no se hallan en perfecto contacto con la masa de los contribuyentes, lo que los incapacita para explotarlos a su antojo; y ello da origen a singularidades fiscales primero, y luego a dificultades financieras. Salvo los ejemplos que hemos señalado al hablar de las ciudades italianas, en las postrimerías del siglo XVI los Estados no disponen de una tesorería ni una banca propias. En 1583 se pensó en crear un banco del Estado,[131] pero el proyecto no llegó a concretarse. Ello hacía que el centro metropolitano del Imperio español se viese muchas veces forzado a recurrir a los prestamistas, a los que en el lenguaje actual llamamos banqueros.

[II-57]

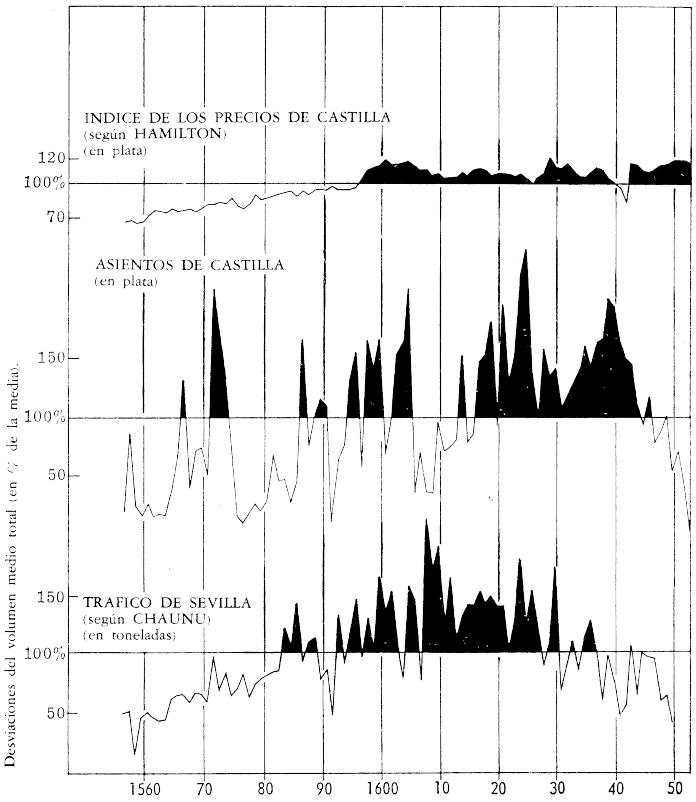


FIGURA 59. *Los "asientos" y la vida económica castellana 1550-1650.*
Comparada con las variaciones del índice de precios, según Earl J. Hamilton, que como se puede ver son de muy modesta amplitud, comparada con el enorme auge, seguido de una amplia recesión del tráfico de Sevilla, la curva de los *asientos*, es decir, la curva de la deuda nacional a corto plazo, ofrece la frenética apariencia de las oscilaciones de un sismógrafo. Sin embargo, considerada en su totalidad, admite ciertas analogías con el movimiento de la curva de los precios, sobre todo en la de Sevilla, lo que es muy natural, ya que el entero sistema de anticipos y reembolsos de asientos dependía de la plata que se traía de América. De una manera general, la curva se eleva por encima de 100% en tiempo de guerra y cae por debajo de la línea en los periodos de paz o cuando se abandona terreno (excepto en el caso de la conquista de Portugal). Nótese el enorme esfuerzo realizado durante el periodo de la guerra llamada de los Treinta Años. La gráfica de los *asientos* ha sido construida por Álvaro Castillo Pintado.

El rey no podía prescindir de ellos. Cuando Felipe II comienza su reinado en España, en septiembre de 1559, su mayor preocupación, durante los 10 años siguientes, fue poner orden en sus finanzas. De todas partes le llegaban consejos; pero todos coincidían, a la postre, en lo mismo: dirigirse ya a los Affaittati, ya a los Fugger, ya a los genoveses, o bien, como en sus crisis de nacionalismo sugería Eraso, a los banqueros españoles, los Malvenda, de Burgos.

La dispersión de los Estados de Felipe II, herencia de Carlos V, entrañando forzosamente la dispersión de las rentas y de los pagos, incitaba a recurrir a los servicios de casas de comercio internacionales. Las transferencias de dinero, una de las grandes necesidades de la España imperial, exigían por sí solas el concurso de los mercaderes, pero éstos desempeñaban también otro cometido: adelantaban y movilizaban antes de tiempo las rentas aún no percibidas. Este cometido implicaba, con mucha frecuencia, la percepción directa de los impuestos y, por tanto, el contacto con los contribuyentes. Fueron los prestamistas quienes organizaron en su beneficio las cobranzas fiscales españolas. En 1564, Felipe II cede a los genoveses el monopolio de la venta de los juegos de naipes. Otra vez les concede la explotación de las salinas de Andalucía. O bien, renovando las decisiones de su padre, confiere a los Fugger el laboreo de las minas de Almadén y la administración de los bienes de las Órdenes Militares, lo que lleva aparejada la decisión de poner grandes extensiones de tierras de trigo y de terrenos de pastos, de peajes y de tributos campesinos bajo el control extranjero. Los Fugger llenaron España de factores y de agentes, alemanes concienzudos, metódicos y celosos. Cuando no era una firma extranjera la encargada de percibir las rentas, eran poderes intermediarios, como las villas y las cortes… ¿Qué significaba sino que el Estado, en el plano financiero, era todavía un mecanismo muy imperfecto?

En Francia, donde la transferencia de dinero no era una necesidad tan vital como en España, banqueros y prestamistas desempeñan también un papel importante. Y lo mismo en Turquía, donde los hombres de negocios tenían el campo por suyo hasta en lo relacionado con la hacienda pública. Gerlach lo hace constar en su *Diario*:[132] "En Constantinopla hay numerosos griegos que se han enriquecido fabulosamente con los negocios y por otros medios; sin embargo, siempre andan miserablemente vestidos, para que los turcos no se aperciban de sus riquezas y se las roben[…]" El más rico de todos era un tal Miguel Cantacuceno. Hijo del diablo, al decir de los turcos, este pseudogriego era, según un rumor absurdo, de ascendencia inglesa. Poseía

una fortuna inmensa, que estaba curiosamente vinculada a los servicios que prestaba al Estado turco. Cantacuceno era dueño de todas las salinas del imperio, concesionario de innumerables aduanas, traficante de cargos públicos, y, como un visir, deponía patriarcas o metropolitanos griegos a su antojo. Disponía de las rentas de provincias enteras, como Moldavia y Valaquia, y era señor de muchas villas, capaz de armar por sus propios medios de 20 a 30 galeras. Su palacio de Anchioli rivalizaba en lujo con el palacio imperial. No debemos confundir, pues, a este nuevo rico, pletórico de poder y de riqueza, con los modestos comparsas griegos de Gálata y de otras partes, a quienes, como a sus contemporáneos en general, asombraba y fascinaba con su lujo. Por falta de prudencia, su carrera se truncó en julio de 1576, y a no ser por la intervención de Mehemet Sokobi, que vino en su ayuda en el último momento, le habrían cortado la cabeza. Apenas recobró la libertad, empezó de nuevo; esta vez se dedicó al comercio de pieles, e, igual que antes, intrigó en Moldavia y en Valaquia. Hasta que, por último, sucedió lo que tenía que suceder: el 13 de marzo de 1578, por órdenes del sultán, fue colgado sin formación de causa, a las puertas de su propio palacio de Anchioli, y su fortuna, por supuesto, confiscada.[133]

Otro destino, más extraordinario aún, aunque de una naturaleza semejante, es el del judío portugués Joseph Nasi, personaje enigmático por más de una razón, conocido bajo el nombre de Miques o Micas, que, al final de su vida, ostentaba el pomposo título de duque de Naxos. Vagó durante mucho tiempo sin saber qué hacer. Estuvo en los Países Bajos y en Besançon —según lo atestiguan ciertos datos—;[134] se estableció en Venecia, y, por último, llegó a Constantinopla, en 1550. Ya muy rico, celebró unas fastuosas bodas y volvió a abrazar el judaísmo. Amigo y confidente del sultán Selim desde antes de su advenimiento, y proveedor de los mejores vinos de su bodega, consiguió el diezmo de los vinos de las islas. Fue él quien impulsó al sultán a atacar la isla de Chipre, en 1570. Pero quizá lo más extraordinario de todo es que murió de muerte natural, en 1579, y en plena posesión de sus inmensas riquezas. En vano se ha tratado de esclarecer la vida de tan fabuloso personaje; es muy poco lo que sabemos acerca de este Fugger del Oriente.[135] Los documentos españoles lo presentan como adicto de España, y un poco en complicidad con el Rey Católico; pero no era hombre a quien se pudiera clasificar de una vez por todas como amigo de los españoles o enemigo de los franceses; ello sería tanto como olvidar cuán movediza era la realidad política en Constantinopla… Nos gustaría conocer algo más acerca de este singular

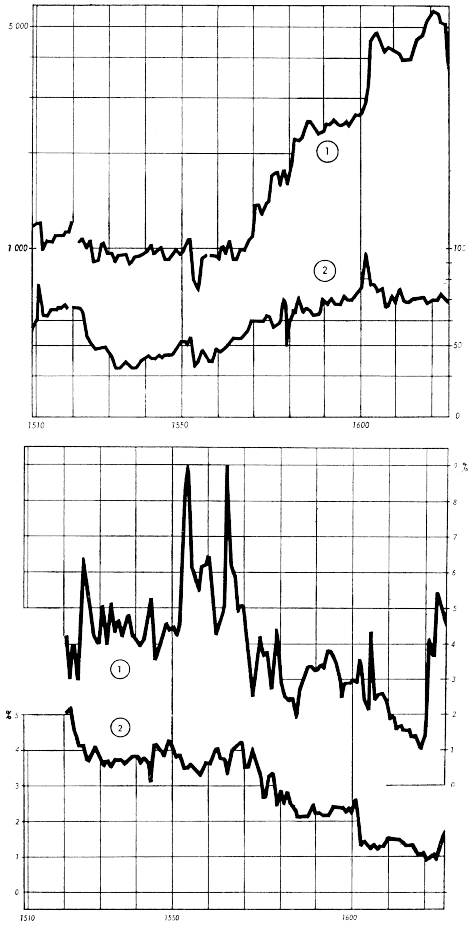
personaje y, como en el caso de Cantacuceno, el papel exacto que llegó a desempeñar en las finanzas turcas. ¿Llegaremos a saberlo algún día?

Lo que le faltaba a la hacienda pública de los turcos y lo que, en cambio, es la característica más acusada de las finanzas de los Estados cristianos del siglo XVI es el recurso del crédito público, a largo o a corto plazo; los empréstitos, manera elegante y eficaz de incautarse, sin demasiado dolor, del dinero de los particulares, tanto el de los pequeños como el de los grandes prestamistas. En este sutil juego occidental, que se practicaba en todas partes, cada Estado de Occidente sabía encontrar las fórmulas más expeditas para atrapar el dinero del ahorro. En Francia, las rentas sobre el Hôtel de Ville**[136]** son bien conocidas. En España, conocemos los "juros" que, a finales del reinado de Felipe II, representaban la enorme suma de 80 millones de ducados.**[137]** Ya he indicado que estos títulos de la deuda se depreciaban rápidamente y daban pie a desenfrenadas especulaciones. El Estado acabó pagando, en vista del curso de estos títulos, intereses hasta de 70%. En *La Gitanilla*, la novela de Cervantes,**[138]** encontramos esta elocuente observación: conservar el dinero, dice un personaje, es tenerlo "como quien tiene un juro sobre las yerbas de Extremadura" (presumiblemente una buena inversión, pues los hay buenos y malos). En Italia, la apelación al público y al ahorro se canalizaba por medio de los Montes de Piedad. Guicciardini decía: "O Florencia acaba con el Monte de Piedad, o el Monte de Piedad acabará con Florencia".**[139]** Palabras que tienen todavía mayor valor de verdad en el siglo XVII que en el XVI.**[140]** En su historia económica de Italia, A. Doren sostiene que estas inversiones en masa de fondos del Estado fueron una de las razones y uno de los signos del repliegue de Italia, a comienzos del siglo XVI. El dinero rehúye siempre los riesgos de la aventura…

Quizá en ninguna parte se repitiera tanto la apelación al crédito como en la propia Roma, en el centro de ese Estado peculiar, muy restringido en el espacio y al mismo tiempo inmensamente extenso, que es el Estado pontificio. En el siglo XV, después de Constanza, la Santa Sede, víctima de la expansión de diversos países, viose reducida en lo esencial a los propios recursos que el Estado pontificio tenía a mano. Procuró, sin embargo, vivamente, extenderse y recuperar lo perdido. En los últimos años del siglo XV y en los primeros del XVI, los soberanos pontífices, no sin su cuenta y razón, tuvieron menos de pontífices que de príncipes temporales: la finanza obliga. La situación no había variado hacia mediados del siglo XVI: cerca de 80% de las rentas pontificias provenían de su propio patrimonio. De aquí que se desencadenara una encarnizada lucha contra las inmunidades financieras.

El gran éxito logrado por el Estado pontificio en esta lucha se debió a la absorción de finanzas urbanas como las de Viterbo, Perusa y Orvieto, y las de algunas ciudades medianas de Umbría. Sólo Bolonia logró conservar su autonomía. No obstante, estas victorias no modificaron los viejos sistemas de percepción de impuestos, en general muy arcaicos; las fuentes de ingresos estaban bien diferenciadas, pero, como lo dice un historiador,[141] "sólo excepcionalmente lograba el Estado pontificio entrar en contacto directo con los contribuyentes".

No menos importante que esta guerra fiscal librada en el estrecho territorio de San Pedro fue la apelación al crédito público. Clemens Bauer, de quien tomamos estos detalles bastante nuevos, dice, con razón, que la historia de las finanzas pontificias se transforma entonces en "una historia del crédito";[142] crédito a corto plazo, que reviste la forma banal de empréstitos de banqueros, y crédito a largo plazo, cuya amortización se encomendaba a la Cámara Apostólica.



[II-62]

FIGURA 60. *Los "luoghi" de la Casa di San Giorgio. 1509-1625.*
Estas cuatro gráficas resumen los hallazgos del importante artículo de Carlo M. Cipolla (*cf.* nota 145). Los *luoghi* son títulos de la deuda pública de la República de Génova, emitidos con un valor nominal de 100 *lire* (2 000 *soldi*). Son títulos de rentas perpetuas. El interés varía (al contrario que en Venecia, donde es fijo); dependía de los beneficios conseguidos por la Casa di San Giorgio, la cual retiene como garantía los impuestos que cobra en nombre de la señoría. Aumentó mucho el número de *luoghi* entre 1550 (193 185) y 1554 (477 112) y eso explica la caída de los precios; esta última cifra se estabiliza a continuación (437 708, en 1597; 476 706, en 1681). La primera curva representa el precio de los *luoghi* negociables en el mercado (escala de la izquierda, de 1 000 a 5 000 *soldi*). La segunda da el interés, el *reddito*, de los *luoghi* (escala de la derecha, de 40 a 100 *soldi*). Se produce un evidente ascenso durante la segunda mitad del siglo XVI, y un descenso durante el siglo siguiente. El interés de los *luoghi* nunca se pagaba inmediatamente, sino una mitad cuatro años más tarde, y la otra tras el intervalo de otro año. Si el titular desea ser pagado en el acto, tiene que hacer descontar su dividendo, de modo que entonces el *sentio* varía en el mercado (primera curva de la segunda gráfica). Por tanto, resulta posible, teniendo en cuenta el retardo y el *sentio*, calcular el interés real de los *luoghi*, y esto es lo que nos muestra la última curva: revela un claro declive a partir de 1570, declinar que resulta más marcado después del año 1600. "De modo que [concluye nuestro autor] por una razón u otra, en la Génova de comienzos del siglo XVII había capitales prestados al 1.2%." Lo que no sabemos es si esta situación anormal es o no un síntoma de buena salud del centro financiero.

El origen es tanto más curioso cuanto que pone también de manifiesto la venalidad de los que desempeñaban empleos reservados a los seglares. Al principio reinaba cierta confusión entre los funcionarios y los acreedores de la Santa Sede. Los funcionarios-acreedores formaban legión; a título de interés se les garantizaban rentas fijas. Así, en el colegio de los *Presidentes annonae*, fundado en 1509 y que incluía 141 cargos vendidos por la cantidad total de 91 000 ducados, se preveía un servicio-interés de 10 000 ducados sobre las rentas de los *Salara di Roma*. Más tarde, con la creación de la *Societates officiorum*, se logró dividir estas verdaderas rentas entre los pequeños acreedores, y desde entonces el carácter de funcionario ya no se confirió a los acreedores, sino a título puramente honorífico. Lo mismo ocurría ya con la serie de los Colegios de Caballeros, abierta en 1520 con la fundación de los Caballeros de San Pedro; después vinieron los Caballeros de San Pablo y los de San Jorge. Hasta que, por último, se pasó a las verdaderas rentas, por medio de los *Monti* creados por Clemente VII, un Médicis, probablemente, siguiendo el modelo florentino. Su mecanismo era idéntico al francés de las *rentes sur l'Hôtel-de-Ville;* se otorga una renta fija y garantizada a cambio de la entrega de un capital. Las acciones del préstamo se llamaron *luoghi di monti*, y eran unos títulos negociables, que de hecho se comerciaban tanto en Roma como fuera de ella, y por lo general, sobre la par. Así se fueron creando, a medida en que las circunstancias o las necesidades lo requerían, el *Monte Allumiere*, garantizado por las minas de alumbre de Tolfa, el *Monte S. Buononaventura*, el *Monte della Carne*, el *Monte della Fede* y otros muchos: sabemos de más de una treintena de ellos.

Por lo general eran préstamos reembolsables; el Monte Novennale, por ejemplo, creado en 1555, debía *en principio* reintegrarse a los nueve años. Pero también había préstamos a perpetuidad, cuyos títulos eran transmisibles por testamento. De hecho, uno de los sistemas que empleaban las finanzas pontificias para obtener beneficios a corto término consistía en transformar los títulos vitalicios en títulos perpetuos, los préstamos *vacabili* en *non vacabili*, lo que traía consigo una disminución del porcentaje del interés. Todos estos detalles y otros más evidencian la modernidad con que estaban concebidos los *Monti* romanos. No tienen nada que envidiar a los de Florencia o Venecia, ni tampoco a la Casa di San Giorgio o, *a fortiori*, a los juros de Castilla. Cualquier cálculo resulta difícil en este terreno: parece ser que de 1526 a 1601, el papado ha tomado en préstamo, para uso propio (y a veces para los representantes de la nobleza romana) 13 millones de escudos. Como es posible que esta cifra no logre impresionar al lector de hoy, quiero añadir

que Sixto V fue capaz de distraer de las sumas persistentemente extraídas a particulares, 26 toneladas de plata y más de tres de oro, para guardarlas en su tesoro del Castel Sant'Angelo: extraña política campesina satisfecha por medios muy modernos. Puesto que estos *Monti* estaban concebidos para atender a una clientela internacional, no puede sorprendernos que la deuda pública disminuyese notablemente su pauta de crecimiento "en el momento mismo que alcanzaba proporciones impresionantes en Roma".[143] ¿Habremos de decir, con Leopold von Ranke, que la Roma de entonces "fue quizá el principal mercado monetario de Europa",[144] al menos en lo referente al dinero de los inversionistas? Es bastante posible, pero no se puede afirmar con seguridad. No es ahí donde debemos buscar el hecho decisivo, sino en la enorme expansión del mercado crediticio, donde todos los Estados, sean prudentes o temerarios, y también los innumerables accionistas, obtienen muy sustanciosas ganancias. Esta circunstancia no se puede explicar recurriendo simplemente a la coyuntura económica (por lo menos de acuerdo con nuestros cánones económicos). ¿Resultará explicable en términos de psicología colectiva, en la búsqueda apremiante de seguridad? En Génova, donde, de 1570 a 1620, la inflación "alcanzó un punto [escribe Carlo M. Cipolla][145] que ha sido calificado por los historiadores como el de revolución de los precios, se descubre a simple vista la paradójica disminución de las tasas de interés", que, desde 1522, habían oscilado entre 4 y 6%, y que ahora pasan a 2 e incluso a 1.2%, al menos durante el periodo más fuerte de la depresión, el comprendido entre 1575 y 1588. Esta disminución ocurre a la par de la afluencia a Génova de numerario en plata y oro, en esta época difíciles de invertir: "Es la primera vez en la historia de Europa desde la caída del Imperio romano que se ofrecen capitales con una tasa tan baja, y esto es en verdad una auténtica revolución". Faltaría analizar, si fuera posible, la situación de los otros mercados, y descubrir si las tasas de interés no han ocasionado —como es probable— saltos hacia delante en algunos negocios y hacia atrás en otros, como ocurre en las bolsas de hoy. En cualquier caso, este *boom* de las rentas, esta popularidad del papel de Estado, favoreció a los gobiernos del siglo XVI y les facilitó su tarea.

Tal como están las cosas, cabe pensar que las brutales exacciones del Estado turco en materia de beneficios y de concesiones de empleos proceden en buena parte del hecho de que, en Turquía, la apelación al crédito del pequeño y el grande ahorro no pudo llegar a practicarse como en el Occidente en beneficio del Estado. El crédito, sin embargo, existe en los países otomanos: ya hemos hablado antes del reconocimiento de las deudas de los

mercaderes ante los cadíes[146] y de las letras de cambio entre los mercaderes súbditos del gran turco. Recientes publicaciones han demostrado —si es que todavía quedaban dudas— que los mercaderes judíos[147] usaban entre ellos las letras de cambio, y a veces también lo hacían con sus correligionarios o sus agentes de Occidente. A mediados de siglo corrió incluso el rumor —recogido por Jean Bodin—[148] de que pachás turcos habían participado en las especulaciones lionesas del *Grand Party*. Es posible, pero en Turquía no existía un crédito público.

1600-1610: la hora propicia para los Estados medianos [II-66]

¿Pasaron los grandes Estados por un periodo de enfermedad, o al menos de fatiga, durante los últimos años del siglo XVI y los primeros del siguiente? Tal es la impresión que nos han dejado los contemporáneos, que se apresuran, cual médicos bondadosos, a ocupar sus puestos a la cabecera del lecho de los ilustres enfermos. Cada cual propone sus explicaciones, su diagnóstico y, por supuesto, sus remedios. En España, los "arbitristas", los suministradores de consejos, nacionales o extranjeros,[149] a veces sin que nadie se los pida, han abundado siempre; forman una verdadera categoría social. A poco que revisemos los primeros años del siglo XVII, encontraremos que su número aumenta en este periodo y su voz sube de tono. Apretando filas se presentan ante el benévolo tribunal de la historia. En Portugal nos encontramos con las mismas discusiones y el mismo proceso. ¿Cómo no creer, a la vista de todos estos discursos, en la decadencia de la monarquía española? Todo lo proclama: los hechos y los testimonios, los sombríos cuadros que nos pinta Tomé Cano en 1612,[150] o ese relato de tan apasionante interés que es la *Histoire trágico-maritime*,[151] meticulosa enumeración de las catástrofes de la navegación portuguesa al Brasil y a las Indias. Documentos que sólo hablan de infortunios y reveses, de decadencia, de desgaste, de victorias enemigas, de los "azares del mar", de encalladuras en los bancos de Mozambique, de barcos naufragados o desaparecidos a lo largo del periplo del cabo de Buena Esperanza. Decadencia, desfallecimiento del gran cuerpo hispánico: ¿podemos dudar de ello cuando, además, recordamos que los bandidos infestaban las rutas de la Península, y que la peste diezmaba la población? En el exterior, España hace todavía, ciertamente, un gran papel; amenazada, parece erguirse todavía amenazante. Y en Madrid, por lo menos, la vida más ostentosa de la Europa del siglo XVII sigue desarrollando una serie interminable de fastuosas celebraciones. Contemporáneamente, el lujo del

Serrallo de Estambul era increíble. Y también aquí comienzan a aparecer grietas por todas partes, y se manifiestan numerosos síntomas de fatiga.

El Imperio otomano se desencuadernaba, como un barco con las planchas mal ensambladas. Una serie de revueltas, abiertas o subrepticias, minaban el imperio, desde Argel hasta los dominios de Persia, y desde el país de los tártaros hasta el sur de Egipto. Para los observadores europeos, siempre dispuestos a llegar a conclusiones cortadas a la medida de sus deseos, la maquinaria otomana estaba irremediablemente rota. Jesuitas y capuchinos se lanzaron con inusitado celo a la conquista espiritual de este mundo a la deriva. ¿No había llegado el momento de arrojar de Europa a esos herejes y de repartirse sus territorios? Íñigo de Mendoza, embajador de España en Venecia, lo repetía a todas horas. Es verdad que este personaje de corazón exaltado se disponía a abandonar la carrera diplomática para ingresar en la Compañía de Jesús. Pero no fue el único de los visionarios que, en la interminable ruta de la historia, va a engrosar las filas del primer batallón de partidarios del reparto del Imperio otomano. Otros seguirán: el padre Carlo Lucio, en 1600; un francés, Jean Aimé Chavigny, en 1606; otro francés, Jacques Espinchard, en 1609; Giovanni Miotti, en octubre de 1609; un italiano anónimo, en diciembre del mismo año; un capuchino, Francesco Antonio Bertucci, en 1611… Sin hablar del "Gran Diseño" de Sulli y del no menos ambicioso proyecto de Charles Gonzague, duque de Nevers, y del padre José (1613-1618). Por cada nombre que podamos citar, una investigación erudita, con un poco de buena voluntad, encontraría 10; en realidad, habría que multiplicar cada nombre por 100 o por 1 000; con ayuda de la pasión religiosa, Europa daba por descontada, desde comienzos del siglo XVI, la sucesión del "hombre enfermo". Pero los impacientes se equivocaban: el enfermo no moriría tan pronto; seguiría viviendo durante mucho tiempo, aunque sin recobrar su antiguo vigor. Turquía triunfó contra Persia en 1590, y en 1606, después de una guerra agotadora, tuvo que avenirse a una paz blanca con Alemania, es decir con Occidente.

La rueda de la fortuna había girado. El siglo XVI, en sus comienzos, favorece a las grandes listas, que representaban por aquel entonces una empresa política de dimensiones óptimas, como dirían los economistas. Pero, conforme avanzaba el siglo, y por razones complejas que no podemos determinar con la precisión apetecida, estos grandes organismos fueron viéndose paulatinamente traicionados por las circunstancias. ¿Era una crisis pasajera o una crisis de estructura? ¿Debilidad o decadencia? Sea de ello lo que quiera, lo cierto es que a comienzos del siglo XVII sólo se mantenían

vigorosos los Estados de medianas dimensiones. Por ejemplo, la Francia de Enrique IV, que gozaba ahora de un brusco esplendor; la pequeña Inglaterra, tenaz y expansiva, de Isabel; la Holanda concentrada en torno de Ámsterdam; la Alemania, invadida de quietud material desde 1555 hasta los pródromos de la guerra de los Treinta Años, que habría de ensombrecer su alma y su cuerpo. En el Mediterráneo, Marruecos, de nuevo rico en oro, o la Regencia de Argel, ciudad que se convierte ahora en Estado territorial. Y también Venecia, que mantenía su espíritu expansivo y seguía pletórica de vida, resplandeciente de lujo, de belleza y de inteligencia. O la Toscana del gran duque Ferdinando. Tal parecía como si el nuevo siglo naciera dispuesto a ayudar en su economía a los Estados de limitado alcance, capaces de cuidarse de su propia casa. Numerosos pequeños Colberts *avant la lettre*[152] brillan en esos Estados modestos y demuestran su habilidad en auscultar el pulso de las economías, en fomentar los aranceles y en estimular la iniciativa privada, aunque sin perder nunca el control sobre ella. En mayor grado que la gran historia compleja y poco clara de los imperios, la serie de auges de los Estados medianos nos indica que la rueda de la historia ha cumplido un giro.

Con otras palabras, los imperios sufrieron en mayor medida que los Estados de medianas dimensiones las consecuencias de la larga depresión que corre de 1595 a 1621; y estos vastos complejos políticos no han sido luego capaces de aprovechar la marea creciente para salir de su situación de varado en seco con la misma agilidad y prisa que sus adversarios menos voluminosos, aunque, a decir verdad, fue una pleamar de poca altura y de corta duración: desde mediados del siglo XVII Europa entrará en una crisis política de duración secular. Es cierto que las potencias que surgirán de ella, en el siglo XVIII, y que aprovecharán plenamente el Renacimiento no serán ya las del XVI: ni turcos ni españoles. ¿Declina el Mediterráneo? Sí, sin duda, pero hay más, porque ahora se le presentaba a España la oportunidad de orientarse decidida y vigorosamente hacia el Atlántico. ¿Por qué no lo hizo?

CAPÍTULO V
LAS SOCIEDADES

[II-69]

EN EL amplio espacio del Mediterráneo la evolución de las sociedades sigue, en el siglo XVI, un curso aparentemente muy simple; esto, siempre y cuando nos limitemos a una visión de conjunto, dando de lado, por el momento, los detalles: circunstancias locales, anomalías, ocasiones perdidas (que fueron numerosas) y convulsiones más espectaculares que profundas: sus burbujas salen a la superficie y desaparecen al romperse.

Todas estas convulsiones tienen desde luego su importancia y no debemos ignorarlas. Pero las sociedades de entonces, basadas en la propiedad de la tierra, evolucionan con lentitud y van siempre con retraso en relación con la marcha de la política y de la economía. Además, las coyunturas sociales, lo mismo que las demás coyunturas, tan pronto se mueven en un sentido como en otro; acaban casi siempre por neutralizarse, y a la larga resulta muy difícil apreciar cuál ha sido la evolución real. Es fácil, por ejemplo, decir que en Francia se ha producido un fuerte movimiento pendular: el primer siglo XVI ha transcurrido íntegramente bajo el signo de la movilidad social; los pobres se desplazan de un punto a otro, de una región a otra, sin sucumbir en el curso de la aventura;[1] al mismo tiempo se producía un movimiento vertical, a la larga de toda la escala social: los ricos pierden sus riquezas y se ven sustituidos por nuevos ricos. Entre 1550 y 1560, el movimiento se hace más lento, acelerando a continuación y entrando de nuevo en punto muerto, quizá en una fecha tan temprana como 1587 en Borgoña,[2] o hacia 1595,[3] precisamente en el momento en que en todas partes se venía abajo la tendencia secular. El cambio social pasa por sucesivas fases de aceleración, retraso, recuperación y estancamiento, culminando todo ello —aunque sólo momentáneamente— en una victoria manifiesta de las aristocracias y en una cuasi inmovilización de las sociedades, en los postreros años del siglo. Pero este resultado no pasaba de ser sino un simple episodio de la especie de aquellos que se pueden cancelar o neutralizar en la próxima oscilación del péndulo.

Resumiendo: el siglo XVI, pese a sus titubeos, o precisamente a causa de ellos, no se ha cuestionado acerca de los pilares de aquella sociedad. En líneas generales los acepta tal como los ha recibido elaborados de las épocas anteriores; y lo mismo hará el siglo XVII. Antonio Domínguez Ortiz, en su reciente y magnífico libro *La sociedad española en el siglo XVIII*,[4] describe una realidad social cuya existencia hacía tiempo que sospechaban los historiadores: una nobleza en pugna con continuas dificultades financieras, pero que, pese a ello, consigue sobrevivir; un Estado moderno que no consigue cumplir su misión ni afirmarse como representante de una revolución social (se contenta con el compromiso; su aspiración mayor es la de la coexistencia); una burguesía que traiciona constantemente, pero ¿es acaso consciente de sí misma en cuanto clase social?; y, finalmente, la masa del pueblo, inquieto, descontento, agitado, pero sin una auténtica conciencia revolucionaria.

I. Reacción señorial

En el cristianismo, lo mismo que en el islam, la nobleza ocupa los primeros puestos y no está dispuesta a renunciar a ellos. En Francia, en España, en todas partes, la aristocracia constituye el grupo social más conspicuo. En todas partes monopoliza las vanidades sociales: privilegio de precedencia, trajes lujosos, seda tejida con hilos de oro y de plata, satines y terciopelos, tapicerías de Flandes, caballos de lujo, moradas suntuosas, servidumbre numerosa y, a partir de los últimos años del siglo, carrozas. Todas ellas, estas vanidades son, a decir verdad, otros tantos caminos que pueden conducir a la ruina. Se decía que en tiempos de Enrique II la nobleza francesa importaba vestidos de Italia por valor de cuatro millones de *livres*.[5] Pero no siempre son engañosas las apariencias, y no pocas veces son el signo de un poder y una riqueza muy sólidamente asentados. Ocupando áreas muy extensas, estas noblezas se alimentan gracias a sus vigorosas raíces y a la savia feudal. Un orden antiguo había colocado a estas personas en la cima y las continuaba manteniendo allí. Las únicas excepciones ocurren en torno y en el interior de las grandes ciudades —auténticas corruptoras de las jerarquías tradicionales—, en los centros comerciales (aunque en mucho menor grado del que se podía esperar), y en las regiones enriquecidas muy repentinamente, como los Países Bajos y sobre todo Italia, pero —y esto nos lo podemos figurar de antemano— no toda Italia.

Estas excepciones sólo cubren puntos minúsculos o zonas reducidas del mapa. A escala del Mediterráneo y de Europa representan una historia evidentemente minoritaria. Del vasto conjunto podemos decir lo mismo que Lucien Romier afirmaba a propósito de la Francia de Catalina de Médicis, donde todo aparece claro "desde el momento que se sitúa en su marco natural: un amplio reino semifeudal".[6] El Estado, tanto revolución social (entonces apenas insinuada) como política, tiene que luchar en todas partes contra estos "detentadores de feudos, amos de pueblos, campos y caminos, y custodios de la inmensa población rural".[7] Luchar contra ellos quiere decir pactar y llegar a componendas con ellos, dividirlos y, a la vez, preservarlos, porque es imposible controlar una sociedad sin la complicidad de una clase dominante. El Estado moderno toma estos útiles en sus manos a medida que se ponen a su alcance, pues en caso de destruir la nobleza se habría encontrado con la tarea de tener que rehacerlo todo partiendo de cero. Y recrear un orden social no es empeño fácil. En realidad, nadie pensó seriamente en ello durante el siglo XVI.

Así, noblezas y feudalidades siguieron conservando los poderes que les garantizaban la fuerza de la costumbre y el peso de las posiciones que desde hacía tanto tiempo ocupaban, por no hablar de la relativa debilidad de los Estados o de la carencia de imaginación revolucionaria característica de ese siglo.

Señores y campesinos

Si damos crédito a testimonios múltiples veces citados, el siglo XVI habría reducido a los señores a la miseria. Son testimonios verdaderos la mayor parte de las veces, pero eso no quiere decir que todos los nobles padecieran esta desgracia, ni que fueran regularmente y sin excepción víctimas de las guerras o del rey o de la paz y de las desmovilizaciones que trae consigo,[8] ni tampoco de un lujo desmesurado. Decir, como han hecho muchos historiadores que "el régimen feudal se vino abajo a causa de la depreciación de las monedas que trae consigo el descubrimiento de metales preciosos en las Américas"[9] es simplificar en exceso: algo así como decir que el capitalismo[10] "con sus ácidos" ha disuelto, o al menos alterado profundamente, todas las estructuras de la sociedad; o que el feudalismo acaba en Castilla el mismo día que Fernando el Católico asumió la autoridad de las grandes órdenes militares; o que el feudalismo corso recibió el golpe de gracia en 1511,[11] con la derrota de Giovanni Paolo de Lecca y la muerte de Renuccio della Rocca (caído en la emboscada que le habían tendido sus

propios parientes).[12] Es ilusorio esperarse explicaciones o cronologías precisas, tan ilusorio como confiar en que las palabras puedan encerrar significados precisos: la misma palabra feudalismo —por presentar un ejemplo— está llena de trampas que pueden llevar a los más variados equívocos. Sólo el tiempo puede colaborar en estas transformaciones, que raramente se cumplen en línea recta o de manera unívoca.

En todo caso, si en el diálogo esencial entre señores y campesinos han podido éstos llevar la voz cantante en el Languedoc durante el periodo que va de 1480 a 1500,[13] y si, quizá, también lo han conseguido en la Cataluña del siglo XV (al menos algunos campesinos acomodados), deberemos considerar tales casos como excepciones que confirman la regla.[14] De ordinario el señor dice la última palabra, a la corta o a la larga, y en algunos lugares (como Aragón y Sicilia) siempre la ha dicho. Esa revolución de los precios que con tanta frecuencia se invoca no ha sido, como por arte de magia, obstinadamente democrática. Ha aligerado las cargas y deudas campesinas pagaderas en moneda y fijadas bastante antes de que se descubriese América. En la práctica, los derechos feudales sobre las tenencias de tierra campesinas son con frecuencia muy leves, a veces poco menos que nada. Pero no siempre, desde luego. Y, cosa importante, el señor percibe también rentas *en natura* valoradas de acuerdo con el curso de los precios en el mercado. Un registro de los ingresos del cardenal duque de Lerma, en marzo de 1622, habla de sus aves de corral, de su trigo y de su vino; *el pan a la tasa*, *el vino a quatro reales*.[15] Además, tanto en el Mediterráneo como en Europa, la partición de las tierras no se hizo de una vez para siempre. A la astucia del campesino se oponen la astucia y —si la ocasión lo requiere— la brutalidad del señor. Los señores dispensan justicia y detentan los supremos derechos sobre las tierras de los campesinos y sobre aquellas otras que los separan o los circundan. Los últimos años del siglo XV y todo el siglo XVI ofrecen el espectáculo de la construcción o reconstrucción de pueblos enteros, siempre de acuerdo con la voluntad de los señores. Así ocurrió en la Gâtine, en Poitou, [16] en el Jura,[17] donde se fundaron *granges*, en el Alto-Poitou,[18] donde una familia señorial en apuros restableció su situación financiera dividiendo en lotes vastas extensiones de terreno baldío, nunca ocupadas previamente, e instalando allí campesinos. En España se fundan pueblos por medio de cartas, las *cartas pueblas*,[19] y es frecuente que en tales casos las tierras ocupadas durante muchos años por los campesinos pasen a manos de los señores. En Provenza, las cartas de franquicia y de ocupación se multiplican a partir de 1450: se trata las más de las veces del restablecimiento de pueblos, destruidos

o abandonados, en sus antiguos emplazamientos y sólo muy raramente de creación de pueblos completamente nuevos (Vallauris, 1501, Mouans-Sartoux, 1504, Valbonne, 1519). En todos los casos, la iniciativa partía del señor del lugar "ansioso de ver repobladas y cultivadas de nuevo las tierras abandonadas";[20] para ello reclutaba "en los alrededores, o con mayor frecuencia en comarcas más lejanas, Liguria, Riviera genovesa, Piamonte, campesinos deseosos de establecerse[…] en sus tierras".[21] Aunque les ofrecía condiciones ventajosas, no por eso dejaba él de beneficiarse.[22]

Estas "colonizaciones" son la consecuencia evidente de desarrollos económicos y de la superpoblación endémica. Así, en el reino de Nápoles, donde cada Estado señorial (algunos de ellos muy extensos, principalmente los condados de Albi y de Tagliacozzo, en los Abruzos) abarca cierto número de comunidades rurales y urbanas, cada una con sus privilegios, y, por tanto, nunca totalmente abiertas a la explotación, los señores adoptan la costumbre de crear nuevas aldeas y de llamar a ellas a los colonos. En vano las autoridades españolas de Nápoles tratan de frenar este movimiento, decretando a través de una ley en 1559, seguida de otra, un siglo después, en 1653, que las nuevas villas fundadas sin permiso del gobierno serán incorporadas sin más trámites a los dominios reales. Pero no cabe duda de que era fácil burlar estas leyes, u obtener la autorización requerida, puesto que las aldeas y los pueblos del reino aumentan sin cesar de número: de 1 563, en tiempo de Carlos V, ascienden a 1 619, en 1579; y a 1 973, en 1586. Y los pueblos y aldeas eclesiásticos y señoriales, es decir, la mayoría (1 566 en 1579; 1 904 en 1586), aumentan al mismo ritmo que el magro dominio real, el cual durante ese lapso, pasa de 53 a 69 (cifras que copiamos del viejo libro de Bianchini). En resumen: la política oficial de España nada pudo contra la expansión de los señoríos, ni en Nápoles ni en Sicilia. Es, por lo demás, una política muy incoherente, ya que las villas, aldeas y tierras incluidas en los dominios de la Corona o que se reintegraban a ellos se ofrecen constantemente en venta a nuevos compradores.[23]

El señor, antiguo o nuevo en el oficio, será un propietario que extraerá todo el provecho posible a sus derechos y rentas, a sus molinos, a sus terrenos de caza…, a todas aquellas cosas que en su juego múltiple le oponen al campesino, el cual, por su parte, será consciente de las posibilidades de comercialización del trigo, la lana, el ganado… Bernardino de Mendoza, embajador de Felipe II en París —abrumado por sus apuros de dinero, aunque sólo fuese por razón de su cargo—, confiaba en vender, desde tan distante lugar, el trigo de su cosecha anterior.[24] Este noble es, por tanto, productor y

hasta almacenador de trigo. Otro ejemplo: la cría de la gran ganadería estaba con frecuencia en manos de los grandes propietarios, en la campiña romana y en otras partes.[25] Julius Klein ha puesto de manifiesto, asimismo, el papel que desempeñaron ciertos y grandes señores, además, en la ganadería lanar de la Mesta.[26] En la Andalucía del siglo XVII, los nobles y la Iglesia se adueñan de enormes superficies y su agricultura extensiva trae consigo la despoblación de las tierras llanas.[27] Existen abundantes archivos que contienen material referente a estas explotaciones señoriales a la espera de que los historiadores se interesen por ellos: se han hecho ya estudios precisos que dan buena muestra de las riquezas que encierran.[28] Los maravillosos documentos de la Sommaria, en Nápoles, bastan por sí solos para descubrirnos las actividades y especulaciones de estos grandes propietarios que producen y comercian el trigo, la lana, el aceite y la madera[29] y que no se sienten rebajados por tener que cultivar sus tierras y vender sus productos, antes al contrario.

En esta vida de las clases aristocráticas, hasta las antiguas rentas de carácter feudal, aunque reducidas, siguen teniendo una cierta importancia.[30] Es posible aumentarlas o tratar de hacerlo. Ello provoca, por supuesto, disputas, procesos, sediciones, y a menudo conocemos mucho mejor, desgraciadamente, estas protestas que las razones concretas que las motivan. Habría que examinar con lupa, en cada caso, los nuevos convenios que las terminan o las previenen. En 1559, por ejemplo, la comuna de Villarfocchiardo, en el Piamonte, llega a un acuerdo con sus señores acerca de los derechos feudales de éstos.[31] Sería necesario saber cuáles fueron los resultados reales de este convenio y a quién favoreció; y lo mismo podemos decir de muchos otros. Porque es indudable que hubo en esta época numerosos reajustes. Controversias y procesos dejaron su huella en incontables documentos. Por lo general, los vasallos reclaman que se les reincorpore a los dominios de la Corona, lo mismo en Sicilia y en Nápoles que en Castilla y Aragón. Probablemente porque el Estado monárquico prestaba menos atención y tardaba más en revisar los viejos contratos, bajo el pretexto, válido o no, de que así lo exigían los cambios de la situación económica.

Pero la subida de los precios basta para indicar el sentido general de los pleitos entre los señores y sus labriegos. Durante el verano de 1558, los campesinos del marqués de Final, cerca de Génova, se rebelan contra las exacciones de su señor, Alfonso de Carreto. Pero ¿cuáles exacciones? ¿Tal vez porque, como lo dice el propio Carreto, había procedido a una nueva evaluación de los bienes de sus vasallos, con la pretensión de elevarles las

rentas? Al escapar el asunto de Final, bien rápidamente, de las manos del marqués (pues Génova y España estaban demasiado interesadas por este territorio decisivo, para no aprovecharse de la ocasión que se les brindaba),[32] acaban olvidándose los modestos orígenes de la cuestión.

Hubo muchos nobles que consiguieron conservar un contacto directo con sus tierras y las rentas que ellas proporcionaban, y que gracias a ello han logrado capear —no siempre completamente incólumes, desde luego—[33] la tormenta de la revolución de los precios. Además, estas defensas y estas soluciones no fueron los únicos medios con que contaron.

En Castilla: grandes y títulos frente al rey

Se ha dicho, y con toda razón, que el Estado moderno ha sido el enemigo de los poderes noble y feudal. Pero no es eso todo: era a la vez su enemigo y su protector, e incluso su asociado. La primera tarea consistió en reducirlos a la obediencia, objetivo que nunca logró plenamente. La segunda, utilizarlos, a continuación, como instrumentos de gobierno, es decir por encima de ellos y por medio de ellos controlar el *peuple vulgaire,* como se decía en Borgoña.[34] El Estado contaba con estos poderes para el mantenimiento del orden público, la defensa de las regiones donde estaban sus tierras y sus castillos, y para el encuadramiento y mando de las reclutas de los *ban* y *arrière-ban,* que seguían siendo importantes en la España de entonces; en 1542, para el sitio de Perpiñán; en 1569, para la guerra de Granada; en 1580, para la invasión de Portugal. Era más frecuente, sin embargo, que el rey se contentase con alertar a sus vasallos cuando amenazaba un peligro, por ejemplo en 1562[35] o en 1567.[36] En 1580, los señores de la frontera portuguesa pusieron en pie, a expensas propias, pequeños ejércitos (un total de 30 000 hombres)[37] que apenas fueron utilizados. Se trataba casi siempre de levas fronterizas, que requerían el concurso de múltiples fuentes y que indudablemente resultaban muy onerosas.

El rey mantenía constantemente informados a los señores importantes en cuanto a sus intenciones, a sus órdenes y a las noticias decisivas; solicitaba su opinión y los obligaba a prestarle gruesas sumas de dinero. Pero es evidente que las ventajas que les ofrecía a cambio no eran nada despreciables. Cuando estudiamos el Estado español, debemos considerar siempre en primer lugar a los *grandes* y los *títulos*,[38] que son sus interlocutores; es una reducida minoría de privilegiados por medio de la cual la monarquía gobierna de vez en cuando e indirectamente, para evitar la pérdida del control sobre

manifestaciones potenciales de disidencias regionales, pues detrás de cada uno de estos grandes señores existe una numerosa clientela, como en Francia detrás de los Guisas o los Montmorency. Un ejemplo, cuando un juez real (bien es cierto que en 1664) se apresta a arrestar al corregidor de Jerez, interviene el duque de Arcos,[39] quien ni siquiera se molesta en verse con el juez, sino que se limita a ordenar a su secretario: "Dile que el corregidor de Jerez pertenece a mi casa; bastará con eso". La nobleza se ha eclipsado como las estrellas al levantarse el sol de la monarquía (así dirá la fraseología de la época), pero las estrellas continúan brillando en el firmamento.

Castilla nos ofrece el ejemplo más claro. El conflicto evidente adopta múltiples formas diferentes. Y no es la menos eficaz la que consiste en la hostilidad permanente de los funcionarios de la justicia real hacia las pretensiones de la justicia señorial y hacia la persona misma de los señores. Nada más fácil, por ejemplo, que enfrentar a los señores unos con otros con ocasión de herencias o disputas sobre propiedades. Era el momento ideal para instrumentalizarlos. En 1572, Ruy Gómez siente que le desborda la alegría al saber la noticia de que el duque de Medina Sidonia ha ganado su proceso contra el conde de Alba, un sobrino del prior don Antonio. En dicho proceso se ventilaba el condado de Niebla una propiedad que vale —a decir de los embajadores toscanos—[40] más de 60 000 ducados de renta. Después de su victoria, el duque de Medina Sidonia se casa con la hija de Ruy Gomez, ¿pura coincidencia? Y también ocurre —no con frecuencia, pero ocurre— que la justicia regia apoye a los vasallos contra sus señores. En julio de 1568 llegaba a la corte el duque del infantado. Durante largo tiempo había sido el más rico de los señores castellanos (hasta 1560, por lo menos)[41] y había cedido esta distinción al duque de Medina Sidonia, quizá a causa de que, al exponerle su preeminencia a especiales ataques, su prudencia le había llevado a la cauta decisión de eclipsarse un tanto. En todo caso, en 1568 vino a la corte con motivo del proceso promovido contra él por sus súbditos del marquesado de Santillana, los cuales querían depender directamente del poder de la Corona. Fourquevaux, nuestra fuente de información en este caso,[42] añade: "Hay otros grandes de este reino que se encuentran enredados en procesos semejantes; algunos de ellos ya han perdido valiosas señorías y otros están en trance de perderlas".

La justicia que administran estos señores feudales está estrictamente supervisada desde arriba, mantenida siempre bajo perfecta observación. Sus sentencias —nota un veneciano en 1558— han de sufrir siempre por los retoques de las Cancillerías.[43] Paolo Tiepolo nos lo vuelve a confirmar en

1563: “Los nobles de Castilla poseen amplios territorios y tierras excelentes, pero su jurisdicción y su poder están fuertemente limitados; no son ellos, en definitiva, quienes administran justicia; no pueden imponer ningún tributo a sus pueblos y no tienen ni fortalezas, ni soldados, ni armas en cantidad[…] a diferencia de los señores de Aragón, quienes, aunque de menor rango, se irrogan, sin embargo, una mayor autoridad”.[44]

Estas pequeñas victorias de la monarquía —y también algún importante éxito, como el de la recuperación por parte del rey, en 1559, de los *diezmos de la mar* (una serie de aduanas a lo largo de la costa cantábrica) a la muerte del almirante de Castilla, el cual las poseía a título de concesión hereditaria—[45] no resultan tan importantes como se podría imaginar. En realidad, el vigor de la nobleza disminuye muy poco. En 1538, Carlos V, pese a todo su poder,[46] no puede obtener en las Cortes, a causa de la resistencia de los representantes de la nobleza, el establecimiento de un impuesto general sobre el consumo. “Cuando Carlos V ha querido destruir sus privilegios [contará más tarde Michel Suriano][47] todos los grandes se han puesto en contra suya, y el que más, el gran condestable de Castilla, a pesar de lo muy afecto que es a Su Majestad.” En 1548, en ausencia de Carlos V, y de nuevo en 1555, en ausencia de Felipe II, los grandes de España intentan ponerse de acuerdo para llevar adelante una acción concertada que les pueda hacer recuperar el terreno perdido; en 1558-1559,[48] la princesa Juana, obrando en nombre de Felipe II, procede a enajenar ciertos *lugares* (pueblos) pertenecientes a las ciudades. Éstas se defienden, unas con éxito y otras no. Pero todos los nombres de compradores que han llegado hasta nosotros lo son de prominentes nobles, precisamente de aquellos que, por ser demasiado poderosos, la Corona trataba de eliminar. La Corona no quería, por ejemplo, que el almirante de Castilla comprase Tordesillas; ni que el marqués de las Navas se quedase con una sustanciosa porción del dominio de Segovia;[49] ni que el duque de Alcalá se haga señor de 1 500 vasallos de Sevilla,[50] vendidos por 150 000 ducados (o sea, a 100 ducados el vasallo y su familia). Pero por cada uno que logra eliminar hay 10 que consiguen su objetivo, y, en el caso de que no haya en venta vasallos de ciudades, comprarán vasallos de la Iglesia, pues también a éstos sacaba a pública subasta la Corona. La gran nobleza española se lanzó a la compra —y los archivos dan fe de ello— de tierras, rentas, feudos e incluso casas urbanas.

Sin embargo, a medida que pasan los años, la autoridad real gana en eficacia y resulta más temible. Tenemos buenas pruebas de ello: el rey hace arrestar al hijo de Hernán Cortés, marqués del Valle,[51] acusado de haberse

querido declarar independiente en Nueva España; en 1572, y valiéndose de la Inquisición, el rey arresta en Valencia al gran maestre de Montesa,[52] no se sabe si acusado de herejía o de sodomía, la opinión pública se mostraba incierta respecto a la causa; en 1579 destierra al duque de Alba a sus propiedades. Más casos: la desgracia y castigo, en 1580[53] de la gran dama e influyente personalidad que es la viuda de Ruy Gómez, la princesa de Éboli, aunque bien es verdad que sólo después de muchas vacilaciones; más tarde, en abril de 1582,[54] el arresto en casa de su padre, el almirante de Castilla, del conde de Modica, culpable del delito de haber asesinado a su rival amoroso ("esta acción —dice un corresponsal veneciano— ha afligido mucho a todos los nobles y en particular a los grandes de España, pues ahora ya no se sienten respetados por encima del común de los mortales"); y en septiembre de 1586[55] el Rey Prudente, sin recurrir a forma alguna de proceso, mete en vereda a la extravagante *jeunesse dorée* de Madrid. En tiempos de Felipe III y de Felipe IV se repiten estos actos de autoridad y su enumeración resultaría larga. En diciembre de 1608, el duque de Maqueda y su hermano don Jaime son condenados a muerte por haber golpeado a un notario y alcalde del Consejo Real. El furor se aplacará más tarde, pero en los primeros momentos fue muy viva la emoción que produjo,[56] lo mismo que en abril de 1621, cuando se produjo la súbita desgracia de los duques de Osuna, Lerma y Uceda, hecho que asombró al embajador de Francia.

De modo que la nobleza fue reducida a la obediencia, a veces con el propio y devoto consentimiento. De hecho, grandes familias habían comenzado a vivir en la corte durante el reinado de Felipe II; se instalan en Madrid, aunque no sin titubeos y una cierta repugnancia al principio. Se acomodan en casas *che sono infelice rispetto a quelle d'Italia*, como hace notar el cardenal Borghese en 1597.[57] La suntuosidad de sus tapicerías y el lujo de sus vajillas de plata no es óbice para que *vivan porcamente senza una minima pollitia, che entrare nelle case loro par propio d'entrare in tante stalle*. Sería inútil tratar de defenderlos de cara a estos despectivos juicios italianos; a decir verdad, viven como lo que son: unos campesinos con frecuencia violentos y toscos, aunque haya entre ellos brillantes excepciones. Y, por otra parte, sus casas de Madrid no eran más que residencias temporales, una especie de apeaderos. Todas las fiestas y ceremonias importantes[58] se celebran en sus dominios. Los riquísimos duques del infantado poseen un magnífico palacio en Guadalajara —el más bello de España, afirma Navagero en 1525—[59] y allí será donde se celebre el matrimonio de Felipe II con Isabel de Francia. La mayor parte de los palacios

señoriales se alza en el corazón de sus tierras. El castillo de los duques de Frías se alza en Lagartera, una región de la sierra de Gredos, no lejos de Oropesa,[60] un pueblo donde hasta no hace mucho "las campesinas llevaban todavía sus trajes tradicionales, con medias en forma de polainas y sus pesadas faldas cubiertas de bordados";[61] en las espesas paredes del castillo se abren las ventanas Renacimiento; los patios son espaciosos; hay amplias escalinatas; sus techos están tallados, sus vigas labradas y sus chimeneas son gigantescas.

Los señores van cediendo gradualmente a la llamada de la ciudad. El duque del infantado vive ya en la ciudad de Guadalajara. En el siglo XVI, Sevilla ve multiplicarse los palacios urbanos. En Burgos, unas cuantas de estas casas se han conservado hasta nuestros días: ventanas y pórticos con decoración Renacimiento, y gigantescos escudos de armas soportados por figuras.[62] Pedro de Medina admira en 1545 el número y la riqueza de las casas nobles que se alzan en Valladolid.[63]

Por la época en que el reinado de Felipe II toca a su fin, los señores corren en tropel a Madrid y más tarde a Valladolid, que de nuevo, y por un corto periodo, es capital de España: les atrae la vida de ostentación de la corte, sus fiestas y las corridas de toros en la Plaza Mayor. Y esta nobleza que se irá espesando en torno del monarca creará un muro que, cada vez más, irá separando a éste de su pueblo.[64] Aprovechando la debilidad de Felipe III, la nobleza irá ocupando los puestos claves del gobierno, y sus camarillas y pasiones acabarán dando el tono a la vida de Madrid. Será la época de los favoritos, de los validos. Los nobles comienzan a gustar del lujo de la capital, de sus costumbres, de los largos paseos por sus calles, y de su vida nocturna: teatros, viudas complacientes y mujeres alegres que comienzan a vestirse de seda para entonar con sus finos compañeros y que escandalizan a las personas virtuosas. La nobleza experimenta, embriagada como está por este cambio de vida, una cierta voluptuosidad en encanallarse, en descender al nivel de la gente baja y mezclarse con la multitud adulterada que puebla la gran ciudad. La tradición quiere que el duque de Medina Sidonia, el infortunado héroe de la Armada Invencible, haya sido el fundador de la taberna de los Siete Diablos.[65] Una cosa resulta, en todo caso, evidente: Madrid no es sólo la ciudad del rey, de los comediantes y del hampa; lo es también de los nobles, el escenario de sus vanidades, de sus fastos y de sus querellas, tanto las que ventilan personalmente como las que resuelven sus rufianes a la vuelta de una esquina: según varios testimonios, en la villa se asesina a un promedio de más de un hombre al día.[66]

Pero uno de los motivos por los que los nobles corren presurosos a Madrid es que desde dicho lugar se está muy cerca del poder real y se puede obtener provecho de él. Habiendo sido mantenida lejos del ejercicio del poder durante el interminable reinado de Felipe II, esta ciudad se venga ahora imponiendo su voluntad a su sucesor. Los menos importantes entre ellos continuarán ocupando puestos de chupatintas en los consejos y avanzando lentamente por el camino de los honores. Por su parte, los grandes y los títulos se esfuerzan en lograr el favor real: gracias, donaciones sustanciosas, nombramientos provechosos, *ayudas de costa* y concesiones de encomiendas de diferentes Órdenes. Piden para ellos y para los suyos. Ser designado para ocupar un puesto a la cabeza de un virreinato de Italia o de América es lo mismo que tener asegurada la fortuna. Nominalmente, los ingresos de la gran nobleza no cesan de crecer a medida que las herencias y propiedades se van concentrando en unas pocas manos. Su prosperidad camina a la par de la coyuntura. La renta total de que disponen en 1525 grandes y señores con título asciende a 1 100 000 ducados; y a decir de los venecianos,[67] el duque de Medina Sidonia goza de una renta anual de 50 000 ducados. En 1558[68] los ingresos del duque han subido a 80 000; en 1581, 22 duques, 47 condes y 36 marqueses disponen de 3 millones de ducados, y el duque de Medina Sidonia, de 150 000.[69]

Hasta aquí las apariencias. Pero la realidad es otra: detrás de tan brillantes situaciones se amontonan las deudas; incluso en tiempos de Felipe II hay ya familias nobles catastróficamente endeudadas, y las rentas de los nobles, lo mismo que las del rey, están ya asignadas para satisfacer deudas pasadas. Sabemos de la firma que bajo el nombre de Francisco Lotti y Carlo Martelli fundan en 1552 los Martelli[70] de Florencia, y que se especializará, hasta 1590, en el préstamo usurario a grandes señores (malos pagadores) y también a más humildes personas (que pagan con escrupulosa exactitud). La lista de los malos pagadores es de muchas campanillas: «Alonso Osorio, hijo del marqués de Astorga, don Miguel de Velasco, don Juan de Saavedra, don Gabriel de Zapata, don Diego Hurtado de Mendoza, don Luis de la Cerda, don Francisco de Velasco, don Juan de Acuña, don Luis de Toledo, hijo del virrey de Nápoles, don Bernardino de Mendoza, don Ruy Gómez da Silva, don Bernardino Manrique de Lara, don Garcilaso de la Vega, padre del conde de Palma, el marqués de las Navas, el conde de Niebla[…]» Una clientela exclusiva. Habiendo sido contraídas muchas veces estas deudas en actos de servicio al rey (por sus embajadores, por ejemplo) se comprende que el monarca pueda intervenir en un determinado momento para obligar a los

acreedores a ser razonables.[71] Durante el siglo siguiente (del que nos ha llegado mucha información respecto a estos magníficos tesoros en bancarrota) continúan existiendo idénticas dificultades. Un don real, una herencia, una dote sustanciosa o un préstamo autorizado por el monarca sobre un mayorazgo pueden restaurar un presupuesto precario.[72] Pero inmediatamente después comienzan de nuevo los equilibrios sobre la cuerda floja. Y será el rey quien saldrá ganando. Excluida de la vida económica activa, la nobleza no tiene más remedio que recurrir —e incluso se excede— a los prestamistas.

El rey dispone, además, de otro medio de presión. Alrededor de 1520 se delimitan claramente las diferentes categorías de una nobleza alta y exclusiva: los grandes y los títulos. Hay 20 grandes y 35 títulos. En 1525 son ya unos 60, y 99 a finales del reinado de Felipe II (18 duques, 38 marqueses y 43 condes); Felipe III crea 67 marqueses y 25 condes…;[73] se producen, pues, promociones en cadena. En 1533 y 1539, por ejemplo, los Navas y los Olivares, familias recientemente ennoblecidas, suben de categoría. Y más tarde se dividirá en tres clases a la alta nobleza. Gracias a este procedimiento podrá el rey gobernar sin temer atentados a su poder.

Hidalgos y regidores de Castilla

Cien personas componen la alta nobleza a fines del reinado de Felipe II; incluidos mujeres y niños suman 400, lo más 500. Cualquier cálculo relativo al número total de nobles en Castilla puede ser sólo aproximativo. Es probable que fuesen unos 130 000,[74] o sea, medio millón más o menos, si incluimos sus familias. Esta cifra, en una España que cuenta con seis o siete millones de habitantes, ha de incluir necesariamente, a causa de su volumen, aristócratas pobres y aristócratas en la miseria. En miles y miles de casas, a veces destartaladas o amenazando ruina, y ornadas con frecuencia con "gigantescos escudos esculpidos en piedra"[75] habita una casta empeñada en vivir "noblemente" (es decir, sin tener que deshonrarse trabajando con las manos), sirviendo al rey o a la Iglesia, y sacrificándolo todo, a veces la vida misma, a este ideal. En Castilla la locura nobiliaria llega a los desvaríos más exaltados, y eso pese a la miseria que tal actitud puede traer y de hecho trae consigo y pese a resultar blanco del desprecio del pueblo, desprecio que cristaliza en proverbios:[76] "si quieres recuperar lo que te debe un hidalgo, échale un galgo"; "en la mesa del hidalgo, mucho mantel y poco plato"; "¡que Dios te guarde del hidalgo pobre y del villano rico!"

Hay pie para semejantes frases: es contradictorio querer vivir como un noble sin contar con medios para ello al carecer de ese dinero que consiente la justificación de casi todo. Algunas ciudades llegan hasta el punto de negar la entrada en ellas a esos hidalgos que no participan en el pago de las cargas fiscales comunes a todos. Se dice que en el Ayuntamiento de Gascueña, un pueblo de la provincia de Cuenca, se podía leer, escrito con letras de oro, el siguiente aviso: "No consienten nuestras leyes hidalgos, frailes ni bueyes";[77] la palabra bueyes —a no ser que significase "zopencos"— está, quizá, incluida por motivos de rima. Y un buen número de ciudades y pueblos se negaban a cualquier distinción entre hidalgos y pecheros, es decir, entre pequeña nobleza y personas comunes. Sin embargo, la mayoría de las veces ambos grupos se repartían mitad por mitad los oficios y cargos municipales,[78] lo que evidentemente redundaba en beneficio del grupo menor. Y en buen número de ciudades importantes —entre ellas el vital puerto de Sevilla—[79] la nobleza se había apoderado de todos los puestos de mando. Ya hemos señalado la venalidad que tan provechosos resultados produjo a familias que ya ocupaban posiciones elevadas: éstas se apoderaron de las plazas de regidores, las cuales, vendidas por la Corona, eran revendidas por los titulares. Nunca era cuestión de vanidad, sino de apremiante y a veces sórdida necesidad. No pudiendo, como los grandes hacían, saquear Castilla entera, la nobleza local saqueaba las rentas de las ciudades y los pueblos que se pusieran a su alcance, y basaba en ellas su tren de vida. Disputas, tensiones y luchas de clases serán las constantes de estos inquietos microcosmos. Cualquier incidente que se produce en ellos, tanto si es trágico como cómico, está cargado de sentido.

A la alta aristocracia no le interesan los huesos, y se los deja roer a los pequeños nobles. Por eso, en la corte, y con mucha anterioridad al cambio social que se produce a la muerte de Felipe II, las pequeñas funciones y los cargos modestos resultan accesibles a los hidalgos. No es cierto que, como se ha dicho, el Rey Prudente tuviese preferencia por los plebeyos o los burgueses. Su número, incluso en el Consejo de Hacienda, era muy limitado (si exceptuamos a la persona de Iglesia). Felipe II en sus elecciones nunca se salió del marco de la nobleza, sólo que prefería la pequeña a la grande. Éste es un hecho que las modernas investigaciones están confirmando y que, evidentemente, afecta a las explicaciones de carácter general que hasta ahora se habían dado.[80] De modo que la reacción señorial comenzó con el siglo XVI, aunque, como es natural, no todas las familias nobles consiguieron de inmediato una posición confortable. Un buen número de nobles sin dinero se

sienten dichosos de engrosar las filas de los servidores, es decir, de ganarse la vida como criados de los grandes señores, aunque sin dejar por eso de ostentar, cuando la ocasión lo requiere, sus rojas cruces de Santiago o de Calatrava.[81]

Frente a este movimiento general y profundo se producen muy pocas reacciones. Analizadas, resultan ejemplarmente significativas. Así Medina del Campo, la antigua ciudad comercial, se niega a ceder a los hidalgos la mitad de sus *oficios*. Después de una decisión judicial (en 1598) que le es adversa, obtiene una suspensión temporal de ésta, y, finalmente, en 1635, gana la causa, aunque ha de pagar la suma de 25 000 ducados.[82] También en las mismas condiciones, Medina de Río Seco se defenderá y conseguirá el triunfo, en 1632, a cambio, eso sí, de una enorme suma de dinero.[83] Ambos ejemplos ilustran una evidencia: la comunidad mercantil continúa haciendo frente a la nobleza.

Otros testimonios

Mutatis mutandis, lo que hemos visto que sucede en Castilla ocurre también en otras partes; en Francia, por ejemplo.[84] Y también en Cataluña[85] y Valencia. En estas dos peculiares provincias de España la autoridad real era muy débil, y los nobles aprovechan dicha circunstancia tan desaforadamente que los observadores extranjeros les atribuyen intenciones más subversivas de las que realmente los movían. En agosto de 1575, con motivo de que Escovedo debía ir a Flandes acompañado del duque de Gandía (lo que no parecía factible, ya que en ese momento estaba enfermo) o del conde de Aytona, el genovés Sauli dice que ambos pueden pretender el título de "*huomo di Repubblica*, dado que el uno era valenciano y el otro de Barcelona".[86] *¡Huomo di Repubblica!* ¡Excelente publicidad! Un detalle aún más significativo: en Valencia, en abril de 1616, el virrey, duque de Feria, para castigar a un noble por una broma pesada de éste, lo hace pasear a lomos de una mula por las calles de la ciudad. La reacción de los nobles es inmediata: cierran puertas y ventanas de sus casas y se visten de luto. Incluso unos cuantos de ellos van a Madrid a presentar su protesta al rey.[87]

En Nápoles las violentas invasiones de Carlos VII y Luis XII habían producido una serie en cadena de catástrofes nobiliarias. Desaparecieron grandes magnates, como los príncipes de Salerno y Tarento, y el duque de Bari, y sus *Estados* fueron divididos. Pero durante este proceso los nobles de menor categoría vieron engrandecerse sus propiedades, y así sobrevivieron,

aumentados, los condados de Albi y Tagliacozzo, Matera y Cellano. Una relación veneciana de 1558[88] nos ofrece la lista de los nobles del reino de Nápoles. Son: 24 duques, 25 marqueses, 90 condes, y unos 800 barones; entre ellos hay 13 señores cuyas rentas oscilan entre los 16 000 y 45 000 escudos (cifras que crecerán más tarde). En 1580 hay 11 príncipes, 25 duques y 37 marqueses;[89] en 1597 hay 213 *titolati*, a saber: 25 príncipes, 41 duques, 75 marqueses y 72 condes, a los que debemos sumar más de 600 barones.[90] De ahora en adelante se irá olvidando cada vez con mayor frecuencia incluir en las relaciones a estos peces chicos de la nobleza. En 1594 hay señores que disponen de rentas que van de los 50 000 a los 100 000 ducados.[91] ¿Cómo podía el Estado, cuando él mismo vendía títulos de nobleza por intermedio de la Sommaria, ponerse a la cabeza de una lucha contra sus propios clientes?

Sin embargo, se enfrenta con ellos, pero nunca de modo radical. En 1538, y de nuevo en fechas posteriores, Carlos V hace saber que no permitirá a sus feudatarios de Nápoles ejercer el *mero* y el *misto impero*,[92] a no ser que tal derecho aparezca debidamente especificado en sus privilegios o esté establecido por una prescripción legítima; cualquier feudatario que infrinja esta orden será acusado de usurpación de derechos de jurisdicción. También el emperador tratará de impedir que los bienes de las comunidades y la libertad de los vasallos estén a merced del capricho de sus señores; con tal objeto trata de limitar el número de los *servicios* a aquellos fijados por la costumbre. Sus esfuerzos fueron vanos. Para los barones todo era libre terreno de caza: los bosques, los pastizales comunes, las *corvées* de sus vasallos (sobre los que consideraban tener todos los derechos; Bianchini habla incluso de asientos tapizados con piel humana),[93] los derechos del soberano, y, no pocas veces, el dinero de los impuestos debidos al rey. Pero también es cierto que el monarca renunciaba muchas veces a sus derechos e ingresos fiscales, vendiéndolos de antemano y volviéndolos a vender en caso necesario. En consecuencia, la mayor parte de los feudatarios poseen derechos casi soberanos en materia de justicia y rentas. Es posible que lo único que les falte sea el privilegio de acuñar moneda. En el caso de los nobles napolitanos, sólo su prodigalidad, su costumbre de vivir cerca del virrey y en el ambiente de la gran ciudad, su vanidad y la necesidad de apoyarse en España en la lucha contra el turco y contra la *plebe*, les impide crear dificultades excesivas. Añádase también el hecho de que entre ellos hay extranjeros; españoles y genoveses, que, en el reinante clima de venalidad, han adquirido feudos.

Mientras tanto la clase de los barones continúa creciendo. Los desastrosos últimos años del siglo arruinan a más de un señor, particularmente en las

ciudades. Deudas escandalosas hacen que la Sommaria intervenga procediendo a ventas y secuestros de propiedades. Son hechos cotidianos, accidentes banales en la vida de la aristocracia; riesgos, en Nápoles y fuera de ella, inherentes a la condición de noble. Los nobles sobreviven a estos incidentes. Aunque uno de sus individuos se arruine y pierda cuanto posee, la clase nobiliaria continúa creciendo y prosperando. Si de un salto nos plantamos en la dramática escena del siglo XVII, podremos ver, detrás de las imágenes pintorescas y las intervenciones individuales de la revolución de Nápoles en tiempos de Masaniello (1647), el momento triunfal de una innegable revolución social: la clase reaccionaria de los señores feudales ha alcanzado la victoria decisiva.[94]

La nobleza ha ganado la partida, por muchos años, y no solamente en Nápoles. La ha ganado en Milán,[95] en Toscana,[96] en Ginebra,[97] en Venecia,[98] en Roma…[99] Contamos con sobrado material para describir cada uno de estos casos, pero no lo vamos a utilizar aquí porque en todos se repite la historia.

Las sucesivas noblezas de Turquía

Pero el más sorprendente de los *dossiers* es el del Imperio turco. Mientras que no tenemos ningún, o muy poco, conocimiento directo de lo que ocurre en el islam, estamos razonablemente bien informados acerca de la situación social de Anatolia, y perfectamente enterados de la que impera en los Balcanes. Y esta realidad, al contrario de lo que tantas veces se ha repetido, [100] no es en modo alguno el reverso de la de Occidente. Inmediatamente saltan a la vista parecidos y analogías. Podríamos decir que las mismas causas producen los mismos efectos, en la medida en que un orden social no puede presentar, en cuanto a sus estructuras, ilimitadas soluciones posibles, y considerando, además, que en ambos casos nos encontramos ante sociedades evidentemente basadas en la propiedad territorial, Estados que, pese a su esplendor, se hallan todavía en el estadio infantil y que, al menos, en lo tocante a inmadurez se parecen mucho el uno al otro.

Los estudios realizados durante los 15 últimos años, aunque no nos han aclarado todo, sí nos consienten discernir ciertas constantes y la construcción de algunos *modelos* válidos, muy útiles para conseguir lo más esencial: establecer cuidadosamente las diferencias entre periodo y periodo. Sucede que, en lo referente a Turquía, hay muchos historiadores occidentales que tienden a confundir perspectivas que resultan de un proceso evolutivo de

varios siglos de duración: sólo muy raras veces las sociedades avanzan a pasos de gigante, y las transformaciones importantes necesitan del paso del tiempo para poder realizarse. En lo tocante a Turquía no se debe hablar de una nobleza turca sino de tres (quizá cuatro). La última de ellas, que se hace osadamente con el poder a finales del siglo XVI, será la más abusiva; agrietará y debilitará al totalitario Imperio otomano, es más: es muy posible que haya sido ella la culpable exclusiva de su ruina total. Es evidente que si las mismas causas y los mismos efectos son visibles en todas partes, las condiciones económicas generales —la coyuntura económica— no sólo tendrán la mayor responsabilidad, sino que serán el instrumento esencial del cambio.

Para dar con la primera nobleza turca hay que remontar el curso del tiempo y explorar las oscuridades del siglo XIV; esta nobleza se instala en Anatolia, más o menos poco antes o poco después de las primeras victorias importantes de los otomanos (periodo que va del 1326, año de la toma de Bursa, al de la de Adrianópolis, posiblemente en 1360). Los historiadores**[101]** nos describen a esta clase dominante como opresiva y a sus componentes cerrando filas de un modo inquietante. Es una clase esclavista, feudal y señorial, pero al mismo tiempo libre, de hecho demasiado libre *vis-à-vis* del sultán (que no es en realidad sino un *primus inter pares*). Las tierras se compran y se venden constantemente sin el menor control del Estado. Es una sociedad que reconoce lo que nosotros llamaríamos propiedades privadas alodiales *(mulks)* y las familiares *(waksf)* o, para ser más precisos, fundaciones piadosas, sobre las cuales el fundador y sus descendientes conservan la dirección y los beneficios, de modo que en más de un aspecto resultan depósitos de riqueza muy estables, como ocurre también en el caso de los mayorazgos de Occidente.

La segunda nobleza turca no aparece exclusivamente en las posesiones otomanas de Europa durante el siglo XV, pero es en ese espacio donde nos ofrece la más clara imagen de su proceso de enraizamiento y floración.

Teniendo como telón de fondo la rápida conquista turca de los Balcanes, una sociedad está llegando muy rápidamente a su ruina a causa de una serie de violentas revueltas campesinas. Antes de que se inicie el asalto final, de la toma de Belgrado, en 1521, a la invasión de Hungría (Mohacs, 1526), se sublevan los campesinos húngaros. La nobleza cristiana conseguirá reducirlos, pero pagará un precio muy elevado por la victoria:**[102]** una serie de antiguos regímenes feudales se hunden, casi a causa de su propio peso. Eran, todos ellos, regímenes caducos compuestos de elementos heterogéneos (griegos, eslavos, y hasta occidentales). Por su riqueza y también por

bastantes características, como, por ejemplo, el hecho de que los nobles comiencen a instalarse en las ciudades próximas a sus dominios (un *inurbamento* semejante al italiano), podemos afirmar que los Balcanes, en su aspecto social, evolucionan a la par de Occidente. Los Musachi, una gran familia señorial albanesa, se establecen en Dirraquio, en palacios fortificados similares a los de Bolonia y Florencia. Y más de una ciudad de las de tierra adentro ven llenarse sus calles de moradas nobiliarias: Tirnovo tendrá su bojarska mahala y Vidin su bojarska ulika.[103] El lujo que despliegan estos señores está íntimamente relacionado con la existencia de latifundios y con la despiadada explotación de los campesinos. Éste es el sistema que, como un decorado teatral, se viene abajo ante el avance de los turcos. Secuela inevitable de la conquista son las devastaciones y la fuga de las poblaciones nativas a las ingratas montañas, pero también, en no pequeño grado, la relativa liberación de los campesinos. Continuarán éstos agrupados en sus comunidades, dueños de sus tierras, aunque no enteramente libres, pues están sujetos al pago de impuestos, de los que nadie está eximido, y encuadrados en señoríos nuevos, los *timars*, modelados a imagen de los antiguos feudos, o más exactamente, beneficios; y la población y el suelo conquistados se reparten en *timars*. También ahora los campesinos seguirán pagando rentas en dinero y rentas en especias, mucho menos importantes éstas que aquéllas, pero será liberado de las pesadas cargas tradicionales. Durante estos primeros años los turcos se esfuerzan en mostrarse amables, puesto que todavía no se había terminado la conquista y les interesaba que los campesinos creasen situaciones conflictivas en las regiones todavía no sometidas; añádase a ello que los sultanes empezaban ya a desconfiar de la antigua nobleza anatolia, enriquecida ahora por la distribución de feudos en la parte europea del Imperio otomano. Las grandes familias anatolias, especialmente la de los Jandarli,[104] estaban intentando apoderarse de la dirección del tinglado. La desconfianza que al gobierno central le producían sus barones feudales nunca llegó a disiparse; eso explica la abundancia de medidas de seguridad que toma: para empezar, la de acordar favores a la nobleza cristiana de los Balcanes, a la que provee de *timars* de un modo francamente generoso, botón de muestra evidente de esa política.[105]

Los *timars*, pese a sus semejanzas con los señoríos de Occidente, no eran feudos ordinarios. Igual que éstos, consisten en pueblos, tierras, espacios sin cultivar, aguas corrientes, peajes y, a veces, derechos sobre el mercado de la ciudad vecina, como en el caso de Kostur, una pequeña ciudad búlgara.[106] Estos feudos servían, además, para mantener soldados de a pie y de caballería,

los *sipahis*, tarea tan esencial que los *timars* son con frecuencia designados con el nombre de *sipahiliks*. En resumen: los *timars* eran una especie de feudos bajo condición, una suerte de salario, a cambio del cual el poseedor estaba obligado a contribuir cuando se le requería, con una partida de caballería proporcional a las dimensiones e importancia del *timar*, partida que se ponía a las órdenes del *sandjak-beg* de la provincia. Si un señor no respondía adecuadamente al requerimiento, perdía su *timar*. Estas señorías temporales, concedidas a título vitalicio, eran, más que feudos, *beneficia* en el sentido carolingio de la palabra. Pero muy en breve los *timars* comenzaron a pasar de padres a hijos, y los *beneficia* acaban convirtiéndose en feudos hereditarios. Finalmente, en 1375, una disposición legal reconoce el derecho de sucesión a los hijos de los timariotas.**[107]**

La renta normal de un *timar* era generalmente modesta, sin pasar nunca de los 20 000 aspros, límite muy pocas veces alcanzado. Registros de la región de Vidin y Berkovitsa señalan, entre 1454 y 1479, 21 *timars* cuyas rentas van de los 1 416 a los 10 587 aspros, o expresado en ducados, de 20 a 180, oscilando las de la mayoría de ellos entre 2 500 y 8 000 aspros. Sin embargo, estas modestas sumas son las que se perciben en el mejor momento del sistema. El timariota, vigilado siempre por las autoridades locales, no puede aumentar su renta tirando de los magros ingresos de sus campesinos; si quiere enriquecerse sólo dispone de un recurso: el botín de guerra, la recompensa obtenida en aquella provechosa guerra de conquista que los Osmanlíes proseguirán hasta mediados del siglo XVI.**[108]**

La modestia de las rentas de los timariotas es algo que cualquiera habría podido adivinar de antemano con sólo saber su número: a finales del siglo había unas 200 000,**[109]** que, con sus familias, suman más o menos un millón de personas, y la población total oscila entre 16 y 20 millones. Es una nobleza demasiado numerosa para poder ser rica. Pero hay privilegiados entre ellos y muy pronto se constituye una alta nobleza. De hecho, había tres categorías de *timars*:**[110]** los ordinarios, con un máximo de 20 000 aspros de ingresos; los medianos o *ziamets*, hasta 100 000; y los *has*, por encima de esta cifra. En 1530 el gran visir Ibrahim Pachá posee, en Rumelia, un *has* de 116 732 aspros de renta; Ayas Pachá, uno de 407 309; Kassim Pachá, otro de 432 990… Además de los wakufs y de los mulks (a estos últimos se los llamaba *hassa* o *hassa tschiftliks* en oposición y para distinguirlos de las *raia tschiftliks* o propiedades campesinas) existían también inmensas propiedades que quizá podríamos llamar propiedades privadas señoriales. Algunas de estas reservas poseen, en la Grecia de la segunda mitad del siglo XV, olivares, viñedos,

huertos, molinos…[111] En mayor o menor escala, la propiedad privada apareció muy pronto, casi siempre en beneficio de los grandes feudatarios, amenazando minar el vasto edificio de una aristocracia terrateniente que funciona bajo el signo tradicional del servicio público y de acuerdo con la doctrina básica del Estado turco que exige que *toda* la riqueza nacional sea propiedad exclusiva del sultán.

Que éste se ha dado cuenta de la amenaza que representa la gran nobleza, demasiado rica y ahora demasiado libre, lo evidencian reacciones precoces como las de Mehmed II, o tardías como las de Solimán el Magnífico, a favor de una decisiva centralización de un sistema amenazado por posibles separatismos y autonomías locales. Lo que intenta el *Fatih*, el conquistador de Constantinopla, es disolver todas las propiedades *wakufs* y *mulks* para reintroducirlas dentro del esquema de los *sipahilis*.[112]

La gran ordenanza de Solimán de 1530[113] es una reorganización general, característica de la época del *Legislador*. A partir de ese momento y de modo prácticamente exclusivo, los feudos militares deben ser distribuidos en la capital (no conservando los *beglerbeys* provinciales más derecho que el de nombramiento, en caso de tratarse de propiedades de poca importancia). Quedan ahora fijadas las compensaciones que les corresponden a los hijos de los sipahis, las cuales variarán según si el padre ha muerto en el campo de batalla o en su cama, y de acuerdo a si el heredero ya poseía o no feudo propio. Pero estas medidas, como todas las medidas autoritarias que traten de legislar en materia social, conducirán a resultados ambiguos, sobre todo considerando que, al estar centrado en Estambul, el sistema dependerá más de las intrigas del Serrallo que de sus virtudes propias. En cualquier caso, la gran propiedad, ahora firmemente arraigada, no retrocederá un solo paso, es más, se verá favorecida por la colonización interior de los Balcanes, por el crecimiento demográfico y por la prosperidad de las exportaciones de materias primas a Occidente. Entre 1560 y 1570, muchos grandes propietarios se enriquecen con el comercio del trigo: hasta el gran visir Rustem Pachá trafica con trigo.[114]

El tercer periodo de la nobleza turca (aproximadamente después de 1550-1570, fechas aproximativas) no es algo tan nuevo como a veces se pretende. Se caracteriza por el desarrollo de la gran propiedad, pero ésta data de antes de mediados del siglo. La novedad la constituye el hecho de terminarse la época de las conquistas turcas provechosas, lo que ocurre antes de que termine el reinado excesivamente glorioso de Solimán el Magnífico (1566), y la consecuente obligación en que se ven los señores, cualquiera que sea su

grandeza u origen, de volver sus miradas al mundo campesino y de explotarlo, sin vergüenza ni mesura, dado que las rentas en dinero se convierten en nada con las repetidas devaluaciones del aspro.[115] De pronto el Estado otomano se encuentra en una difícil situación: "los ingresos del tesoro público no consiguen cubrir los gastos", dice el cronista otomano Mustafá Selaniki a finales del siglo XVI.[116] Las medidas fiscales y las enajenaciones de ingresos serán la consecuencia lógica de ese estado de cosas. Y la subida de los precios propina el golpe de gracia al antiguo orden. Los contemporáneos considerarán al gobierno culpable de cuanto ocurre, por su moral relajada, por sus favores a la aristocracia cortesana y a los servidores y clientes de ésta. Y es cierto que el Serrallo se ha convertido en el centro distribuidor de los *timars* y que los reserva a los cortesanos y servidores que rodean al sultán y sus ministros, *tchauches*, escribientes, inspectores de tasas sobre cultivos de tierras *(muteferrikas)* criados de dignatarios y pajes de palacio,[117] por no mencionar a los visires o la Walide Sultán (la sultana madre). Este reparto caprichoso de feudos supera en mucho a todo lo que Occidente hizo o inventó en este terreno. Las cartas de nobleza que se repartían en Francia no son nada comparadas con esas *firmans* que a menudo se distribuían dos veces con mayor frecuencia que una y que, sin el menor reparo, conceden privilegio de nobleza incluso a los *ecnebi*, es decir a los *intrusos*[118] (así se denomina a quienes no pertenecen a la clase dominante otomana). "Vagabundos, bandidos, gitanos, judíos, gandules, rusos y gente de las ciudades": así es como describe un cronista otomano[119] lo que en Occidente llamaríamos la nueva nobleza. Los tiempos de la "ignominia"[120] han llegado y durarán; y para hacerlo pisotearán todos los valores tradicionales. Impulsadas por la economía monetaria, las grandes propiedades continuarán creciendo semejantes a plantas venenosas contra las que no vale remedio alguno. Habrá timariotas que, utilizando nombres falsos, se harán con 20 o 30 señoríos.[121] Los señores pequeños serán engullidos por los grandes, y señores disminuidos de rango o amenazados con serlo figurarán muy pronto, en puestos prominentes, en los levantamientos campesinos de finales del siglo y comienzos del siguiente.

Tanto como la época de los nobles improvisados, este tercer periodo lo es también de los usureros, de los *financieros* que simultáneamente explotan al Estado, a la nobleza y a los campesinos. En efecto, a partir del año 1550 el Estado otomano recurre al viejo procedimiento de vender rentas fiscales, el llamado sistema de las *mukata* y del *iltizan* (arriendo) que ya practicaban los turcos selyúcidas y Bizancio.[122] En realidad, es un procedimiento muy

corriente: se echa mano de él tanto en Nápoles y Venecia como en París o en España. En Nápoles se venden las rentas fiscales, en Venecia se arriendan tasas o derechos de aduana por periodos de dos y tres años… El Estado turco seguirá el ejemplo y pedirá a sus arrendatarios que le anticipen inmediatamente la cantidad de dinero correspondiente a las tasas que debería percibir más adelante. Pero el arrendatario, pese a la vigilancia de los inspectores, no tardará en reembolsarse con largueza. En el peaje, por ejemplo, los corderos deben pagar un aspro por cada dos cabezas, pero se llegarán a percibir ocho aspros por animal. Más aún: el arrendatario, antes de cerrar el contrato, pondrá sus condiciones y multiplicará sus exigencias. Y muy frecuentemente también los grandes señores cederán sus dominios por contrato y así se irá extendiendo sin obstáculos toda una red de prestamistas judíos y griegos.[123] Estos hombres tardarán muy poco en tener Turquía a su merced: la economía monetaria y la inflación los colocan en los puestos de mando. No es sorprendente que en tales condiciones deje de funcionar el antiguo sistema militar de los *sipahis;* lo extraño sería que ocurriese lo contrario. Eluden la prestación militar y neutralizan los controles que ordena el gobierno central.

A este respecto resulta muy explícito el testimonio de Aini Ali, intendente de las finanzas del sultán Ahmed:[124] "Actualmente, la mayoría de los señores feudales [escribe] se eximen a sí mismos de sus obligaciones militares, de modo que cuando se requiere, en campaña, la prestación militar, ocurre que de un total de diez *timars* no se presenta un solo hombre". El espíritu caballeresco que había dado solidez a esta institución había dejado de existir. Koci Beg, nativo de Coriza, en el sur de Albania, da fe de esto en sus escritos publicados en 1630.[125] Pero ya antes de esta fecha, en 1596, Mallah Hassan Elkjadi, un oscuro bosnio, había lanzado un grito[126] de alarma muy similar. Hasta a los mismos extranjeros les resulta evidente la decadencia.[127] En el siglo XVII, los *sipahis* abandonan sus moradas campestres y se instalan en las ciudades. Es en esta época cuando la familia albanesa de los Toptani deja el castillo fortaleza de Krujë, por la ciudad abierta, y rodeada de jardines, de Tirana.[128] Esta migración hacia las ciudades es un signo evidente, entre otros varios, de la formación de una aristocracia con fuertes raíces locales, que mira con confianza su futuro.

Los tschiftliks

De acuerdo con las investigaciones de Richard Busch Zantner, en el siglo XVII se produce otro cambio no menos importante.[129] Los eruditos[130] han acogido su estimulante libro con muchas reservas. Pero ¿es justa esta actitud de los eruditos? Busch Zantner, es cierto, está muy influido por la literatura y el ejemplo de las reformas agrarias que siguen a la primera Guerra Mundial, por las obras yugoslavas de Franges y de Iusic, pero ¿es esto necesariamente un defecto? Se le reprocha también su terminología imprecisa, pero eso es algo que a mí me parece inevitable. Cuando un historiador occidental aborda el mundo del Este, todas las palabras de que dispone se convierten en ambiguas y las definiciones del pasado (por ejemplo la categórica oposición que establece Ch. Beckers entre feudo turco y feudo occidental) o las explicaciones generales (como las de J. Cvijić) no son de ningún modo el mejor punto de partida. El creciente uso de fuentes turcas originales obliga a una profunda revisión de nuestras ideas acerca de los problemas de la historia turca.

Desde esta perspectiva parece probable que el *tschiftlik* represente un nuevo e importante fenómeno. En su origen la palabra debió seguramente designar la superficie que un arado puede levantar en un día[131] (y equivale a la palabra bizantina *zeugarion,* a las alemanas *Morgen* o *Joch* y a las francesas *jour* o *journal* empleadas en algunas regiones de Francia). Y, con toda evidencia, designó más adelante la propiedad privada, tanto la de los campesinos *(raia tschiftlik)* como la de los grandes señores *(hassa tschiftlik)* y, por último, la gran propiedad moderna, una especie de plantación colonial o *Gutsherrschaft.* No podemos explicar adecuadamente esta evolución, pero sabemos que, desde 1609-1610,[132] la palabra se utiliza con este sentido.

La existencia de estas propiedades, tiránicamente organizadas, pero modernas en el aspecto productivo, nos obliga a tener en cuenta, en el proceso evolutivo de la nobleza turca, otros factores, además de los sociales y políticos. Por otra parte, tampoco ha sido todo deterioro y destrucción, como las pesimistas relaciones de los cronistas nos podrían hacer creer. Estas propiedades evocan las productivas plantaciones coloniales o los hermosos dominios de la Ostelbien[133] o de Polonia. La casa del amo se alza en el centro, y está construida en piedra como las de la llanura sudalbanesa de Coriza. Tiene aspecto de torre: se parece mucho a la *kula,* la casa-fortaleza, siempre de varios pisos,[134] y se levanta por encima de los miserables chamizos de arcilla de los campesinos. Por lo general, los *tschiftliks* benefician las hondonadas de las llanuras; por ejemplo las ciénagas entre Larisa y Volo, las orillas fangosas del lago Jezero[135] o los húmedos valles de

los ríos. Era una especie de agricultura conquistadora. Los *tschiftliks* producen sobre todo cereales. Y el trigo, en Turquía, como en las provincias danubianas o en Polonia, cuando se integra en un vasto comercio de exportación, crea ya desde el primer momento las condiciones que llevan a una *nueva servidumbre*,[136] que observamos en Turquía. Estas grandes propiedades originan en todas partes un ambiente que degrada la situación campesina y sacan provecho de semejante circunstancia. Y, al mismo tiempo, económicamente hablando, son eficaces y producen en primer lugar trigo, luego arroz, un poco más tarde maíz, después algodón. Desde el principio se caracterizaron por recurrir a técnicas de irrigación muy perfectas y por la difusión de las yuntas de búfalos.[137] La transformación de las llanuras de los Balcanes se parece mucho a la que se estaba llevando a cabo en Occidente, por ejemplo, en Venecia. Se trata, no hay duda, de bonificaciones vastas y masivas. Como en Occidente, los grandes propietarios han puesto en servicio zonas despobladas cuyas posibilidades nunca habían sido explotadas a fondo. El precio del progreso, aquí como en otras partes, se paga en opresión social. Sólo los pobres no han ganado nada, ni podrán esperar nada de este progreso.

II. LA TRAICIÓN DE LA BURGUESÍA

La burguesía del siglo XVI, dedicada al comercio y al servicio del rey, está siempre al borde de la desaparición. La ruina financiera no era la única causa. Si se enriquece mucho o se cansa de correr los riesgos inherentes a la vida comercial, la burguesía comienza a comprar cargos, rentas del Estado, títulos o feudos, y sucumbe a las tentaciones de la vida nobiliaria, a su prestigio y a su tranquila indolencia. El servicio del rey era el camino más corto hacia la nobleza; este camino, que no excluye los otros, será uno de los agentes que aclararán las filas de la burguesía. La nobleza reniega de sí misma con tanta mayor rapidez en idéntica medida que el dinero que distingue al rico del pobre, en el siglo XVI, resulta ser un atributo de nobleza.[138] Además, en el paso del siglo XVI al XVII declina el comercio y las personas prudentes consideran que las tierras son la forma más segura de inversión. Y las tierras son aristocráticas por vocación.

«Entre los principales mercaderes florentinos diseminados a través de las plazas de Europa [cuenta el historiador Galluzzi][139] fueron muchos los que a finales del siglo XVI repatriaron sus fondos en la Toscana para invertirlos en la agricultura. Señalemos a los Corsini y los Gerini, que regresaron de Londres;

a los Torrigiani, que abandonaron la ciudad de Núremberg, y a los Ximenes, mercaderes portugueses, que se hicieron florentinos.» ¡Qué estampa tan expresiva ésta de los grandes mercaderes que se reintegran a su tierra toscana apenas un siglo después de Lorenzo el Magnífico! Pasemos unas páginas, y al llegar al año 1637, con motivo de un cambio de reinado, surge una Toscana nueva, estirada, nobiliaria, cortesana…[140] Es la Italia de Stendhal, que se anunciaba de largo atrás y que, sin embargo, causa sorpresa, en esta ciudad donde con tanta fuerza había latido el corazón libre del Renacimiento… Todo un decorado antiguo y burgués se había venido a tierra, entre tanto.

No creemos que sea exagerado, en efecto, hablar de la bancarrota de la burguesía. Ésta estaba vinculada a las ciudades; y las ciudades habían conocido desde muy pronto una serie de crisis políticas, como la revuelta de los Comuneros en 1521 o la toma de Florencia en 1530. Las libertades urbanas salieron muy quebrantadas de estos embates. Vinieron luego las crisis económicas, pasajeras al principio, pero que con el siglo XVII se hacen persistentes y afectan profundamente la prosperidad de las ciudades. El cambio era inevitable y ya estaba en camino.

Burguesías mediterráneas

Por lo demás, en España, lo que esa crisis social acaba de destruir apenas existía. G. Schnürer[141] sostiene que España, o por lo menos Castilla, perdió su burguesía con la revuelta de los Comuneros; creemos que eso es ir demasiado lejos, aunque el argumento es sustancialmente cierto. En realidad, la Península, insuficientemente urbanizada pese a todo, apenas dispone, para las faenas del comercio, más que de intermediarios, extraños a los intereses reales del país, y que, sin embargo, desempeñan en él un papel necesario, como en tal o cual país sudamericano de nuestros días o, mejor, de ayer. En la Edad Media este papel lo habían desempeñado las comunidades judías, de donde salían en aquel tiempo los mercaderes, los usureros y los recaudadores de contribuciones. Por eso la expulsión de los judíos abre, en España, un vacío que vuelve a llenarse con elementos no españoles. ¿Quiénes son los que, en el siglo XVI, se ocupan con tanta frecuencia del comercio al por menor, en ciudades y aldeas? Son los moriscos, los cristianos nuevos, a quienes pronto se acusará de conspirar contra la paz pública, de acaparar y de dedicarse al comercio de armas. El comercio al por mayor estaba representado, en su mayor parte, principalmente en Burgos, por judíos conversos.[142]

Es verdad que estas quejas y estas pasiones parecen indicar, a falta de otras pruebas, que todavía quedan, aquí o allá, burguesías españolas en Sevilla, en Burgos o en Barcelona (ciudad que saldrá de su largo letargo a fines del siglo). Existen, en efecto, ricos mercaderes españoles, como los Malvenda de Burgos, o aquel Simón Ruiz de Medina del Campo. Por otra parte, no podemos aplicar el término de "burgueses" a aquella legión de funcionarios, a aquellos "letrados"[143] al servicio del rey, tan dados a anteponerse el "don" a su nombre y que aspiran más a pasar por nobles o por pequeños nobles que por burgueses. Es curioso, en este curioso país que es España, ver también a los bastardos de eclesiásticos obtener u ostentar el título de hidalgos. No tan curioso, sin embargo, si se repara en el desprecio que los españoles sienten por el trabajo manual y por los negocios, y en las innumerables violaciones de la tenue frontera que separa a la nobleza menor de la gente común: entre los 700 hidalgos de una modesta ciudad vecina a Portugal, sólo hay quizá 300 auténticos, dice una protesta de 1651,[144] sin contar los "hidalgos de gotera" o esos padres de 12 hijos, que, sin ser nobles, disfrutaban de exenciones fiscales y a quienes el pueblo llama crudamente "hidalgos de bragueta".[145] En España, la burguesía se ve circundada y atacada en todas sus fronteras por esta nobleza que tan rápidamente prolifera.

En Turquía, las burguesías urbanas —esencialmente comerciales— son extrañas al Islam: son ragusinas, armenias, judías, griegas y, algo peor, occidentales. Subsistían en Gálata y en las islas de la "Latinidad". Ahora bien, es sintomático observar la rápida decadencia, de los que podríamos llamar los grandes mercaderes del imperio, ragusinos, venecianos y genoveses. Descubrimos dos grandes hombres de negocios cerca del sultán: uno de ellos, Michel Cantacuceno,[146] griego; el otro, Micas, judío.[147] Los judíos ibéricos (españoles o portugueses) inmigrados a fines del siglo XV van ocupando poco a poco los altos puestos de los negocios en El Cairo, en Alejandría, en Alepo, en Trípoli de Siria, en Salónica y en Constantinopla. Ocupan un lugar preeminente entre los arrendatarios (incluso los burócratas) del imperio. Los venecianos no cesan de quejarse de la mala fe de los judíos, revendedores de las mercancías de Venecia. Pero pronto vemos que los judíos no se contentan ya con el papel de redistribuidores y hacen la competencia abierta a ragusinos y venecianos. A partir del siglo XVI practican el comercio marítimo en gran escala con Mesina, Ragusa, Ancona y Venecia. Una de las lucrativas ramas del corso cristiano en Levante era, por aquel entonces, la caza de las mercancías judías embarcadas en navíos venecianos, ragusinos o marselleses, la "ropa de judíos", como la llamaban los españoles, asimilada por ellos a la

mercadería de contrabando, pretexto bien fácil cuando se trata de justificar cualquier incautación arbitraria.[148] Los armenios seguían los pasos a los judíos, y pronto fueron sus competidores; en el siglo XVI fletaban navíos para el Occidente, los tripulaban ellos mismos y se convertirán, con el tiempo, en los corredores de la expansión comercial del Shah Abbas.[149] He aquí a los sucesores, en Levante, de la rica burguesía de los mercaderes italianos, dueña en un tiempo de todo el Mediterráneo.

En la misma Italia, la situación es mucho más compleja. Y es aquí donde, una vez más, se halla el meollo del problema, por ser en Italia donde surgen las ciudades más importantes y viven, en el pasado, las burguesías más activas. El esplendor de Florencia en tiempo de Lorenzo el Magnífico coincide con el de una gran burguesía opulenta y cultivada. Es la confirmación de la tesis de Hermann Hefele sobre el Renacimiento,[150] acerca de la coincidencia entre la eclosión intelectual y artística y una poderosa evolución social que dará origen a una sociedad florentina diferente y más abierta. El Renacimiento corresponde en todo caso a la coronación del orden burgués: el de las *Arti Maggiori*,[151] que ocupa todas las avenidas del poder y no desdeña ninguna de las tareas del comercio, de la industria o de la banca; además rinde homenaje a los refinamientos del lujo, de la inteligencia o del arte. Vemos a la Italia revivir ante nuestros ojos perpetuada por los pinceles de sus amigos, los pintores, en la serie interminable de retratos que Florencia nos ha legado, como testimonio revelador por sí sólo de una burguesía en su apogeo…[152] Pero un poco más allá, en la galería de los Uffizi, el visitante se encuentra frente al cuadro de Bronzino: Cosme de Médicis, envuelto en su túnica roja… Se trata de una nueva época, con sus príncipes y su nobleza cortesana. Sin embargo, un mercader español establecido en Florencia puede todavía escribir en marzo de 1572: “en esta ciudad existe la costumbre muy antigua de tener en alta estima a los hombres de negocios”.[153] Bien es cierto que se está refiriendo a la más alta categoría de mercaderes, los *hombres de negocios*, la mayoría de los cuales pertenecía a la nobleza; para que todo estuviese en orden, les bastaría con abandonar sus actividades comerciales y vivir de sus tierras y sus rentas.

También en otras partes cambia el decorado. En 1528, Génova recibió la constitución aristocrática que se mantendrá vigente hasta los disturbios de 1575-1576. En la Venecia de fin de siglo vemos a la nobleza mercantil volver la espalda a los negocios. En el centro y en el sur de Italia algunos testimonios revelan una evolución análoga. En Roma la burguesía se pone al paso y su gran época termina en 1527. En Nápoles sólo hay cabida para ella en el

ejercicio del derecho… Los pleitos la nutren.[154] Su papel va reduciéndose por doquier. En Lentini, Sicilia, los magistrados de la ciudad, en el siglo XVI, se reclutan exclusivamente entre la nobleza.[155] Nobles son, por ejemplo, Francesco Grimaldi y Antonio Scammacca, síndicos de la ciudad, que en 1517 logran que ésta se reintegre a la Corona, o aquel Sebastián Falcone, que, desempeñando el cargo de "giurato e sindaco", consigue en 1537, a cambio de un pago de 20 000 escudos oro a Carlos V, que la ciudad no sea enajenada a grandes feudatarios, y que, refrendando una vieja costumbre, se confirme el antiguo privilegio que reserva a la nobleza de la ciudad el derecho a regentarla. No creamos, sin embargo, que se librará una lucha sin cuartel entre los señores y las ciudades realengas de Sicilia. Aun allí donde éstas se hallan en manos de los burgueses, la burguesía tiende invariablemente a entenderse con los nobles y sus clientelas. Estamos ya lejos de los días en que los *consoli* y los *sindaci* de los gremios luchaban contra ella por el gobierno de las ciudades. Y aún más: en Aquila, al norte del reino de Nápoles, vemos cómo el cargo de *sindaco dell'Arte della lana* se convierte, virtualmente, a partir de 1550, en una prerrogativa de la nobleza.[156] Si consideramos uno a uno estos jalones cronológicos, resulta evidente que el proceso había comenzado muy temprano.

La traición de la burguesía

Aunque el orden social parece modificarse, el cambio es, de hecho, más aparente que real. La burguesía no siempre es eliminada o descartada brutalmente; es ella misma la que traiciona su destino.

Traición inconsciente, pues no existe todavía, en realidad, una clase burguesa que verdaderamente se sienta tal. Tal vez porque es todavía muy poco numerosa. Incluso en Venecia vemos que los *cittadini* representan, como mucho, a fines de siglo, 5 o 6% de la población total de la ciudad.[157] Por todas partes ricos burgueses de la más diversa extracción se sienten atraídos hacia la nobleza: ésta es su sol. Podemos ver reflejadas en sus cartas las curiosas actitudes de Simón Ruiz y Baltasar Suárez con respecto a aquellos que viven como nobles y que aprovechan las ocasiones que se presentan, para explotar a estos prudentes mercaderes siempre preocupados por sus intereses.[158] La ambición de estos pseudoburgueses es entrar en las filas de dicha nobleza, fundirse con ella o, por lo menos, casar a sus hijas, ricamente dotadas, con maridos nobles. Desde comienzos del siglo XVI, en Milán, estos matrimonios causan asombro y escándalo, pero no por eso dejan

de ocurrir. Y nuestro guía, Bandello, a pesar de ser un hombre liberal, se escandaliza. Una mujer noble se desposa con un mercader sin antepasados distinguidos; al quedar viuda, retira a su hijo de los negocios de su marido y se esfuerza por que recupere su rango en la nobleza.[159] Su conducta no invita a la burla: en esa época se considera perfectamente razonable. En cambio, abundan los comentarios malignos ante una serie de casamientos desiguales y de manchas deshonrosas sobre blasones, que tratan, sin embargo, de sobredorarse con las talegas de la dote. Un pariente de Azzo Vesconte casa, por 12 000 ducados de dote, con la hija de un carnicero. El narrador no ha querido asistir a la boda: "He visto al suegro [añade] vestido con la blusa blanca de carnicero a la espalda, sangrando a una ternera, con los brazos rojos de sangre hasta el codo[…] Si yo tuviera a su hija por esposa, creería estar oliendo siempre a carnicero. No me atrevería a levantar nunca más la cabeza".[160] Y no es, ni mucho menos, un hecho aislado. Uno de los Marescotto toma por esposa a la hija de un jardinero (por lo menos, éste tiene la disculpa de estar enamorado). Lodovico, uno de los condes de Borromeo, grandes feudatarios del imperio, lleva al altar a la hija de un panadero, y el marqués de Saluces da su nombre a una vulgar campesina. El amor, sí: pero también el dinero santifica estos casamientos desiguales. "He oído decir varias veces al conde Andrea Mandello di Caorsi [prosigue el narrador] que cuando una mujer tiene más de 4 000 escudos de dote, se la puede desposar sin pensarlo mucho, aunque sea de las que prostituyen su cuerpo detrás del Domo de Milán. Creedme: quien está forrado de dinero, siempre y cuando que esté bien forrado, es noble; sólo la pobreza es plebeya."[161]

Lo mismo observamos en Milán, que pasa a ser, a comienzos de este siglo, una ciudad liberal; las alianzas entre personas de distintas clases sociales podían ser, por un instante, temas cómicos, pero la cosa sube pronto de tono y la tragedia se puede producir en cualquier momento, como en Ancona, en 1566. Se llama a un médico,[162] hijo de un humilde sastre, para atender a la hija de una joven viuda noble (con siete hijos y 5 000 escudos). Cuando ella anuncia que quiere casarse con el doctor, Mastro Hercule, se desencadena el drama; el médico es detenido y salva su vida por los pelos —después de pagar 200 ducados de multa—, gracias a la decisiva intervención de un protector suyo que, desde Ravena, viene en su rescate a la cabeza de un grupo de hombres a caballo. En España, el tono es siempre muy alto, pues aparece situado en el plano trágico de la honra y el deshonor. Leamos el *Tizón de la nobleza*,[163] en el que Barres posa la vista para soñar con la España toledana. La obra se ha atribuido falsamente al cardenal de Mendoza. Sin

creer a pie juntillas todo lo que dice —ni lo que dicen otros *libros verdes*—, [164] tampoco hay que desecharlo todo. Ni negarse a creer en estos dramas, en estos crímenes contra la "limpieza de la sangre",[165] que llegan hasta las mismas cúspides de la sociedad. Los matrimonios con las hijas de acaudalados *marranos*, el drama banal de los casorios desiguales, cobra en la formalista y puntillosa España un valor trágico. Pero no por ello dejan de ocurrir.

Nobleza en venta

Para quien sueña con un título de nobleza, hay otros medios más rápidos de prosperar, que van multiplicándose a medida que avanza el siglo. El secreto consiste siempre, por supuesto, en desembolsar buenos dineros. Los títulos y los bienes de la nobleza pueden, ahora, adquirirse, lo mismo en Suabia, donde estos bienes reportan muy poco, que en Nápoles, donde son, generalmente, una carga y se convierten no pocas veces, cuando quien los adquiere no sabe administrarlos, en causa de estrepitosas ruinas. Pero, al fin, siempre será la vanidad quien decida: en Boisseron, cerca de Lunel, lugar por donde pasa Thomas Platter[166] el 3 de agosto de 1598, hay un castillo y un pueblo, pertenecientes ambos a "M. Carsan, un simple ciudadano de Uzès, el cual acaba de regalárselos a su hijo, quien por esta causa se convierte en barón de Boisseron, pues es una tierra con título". Conocemos miles de ejemplos como éste. En Provenza, a partir del siglo XV, la compra de tierra por parte de una burguesía enriquecida por "el comercio, el tráfico marítimo, el ejercicio de la ley y los más diversos cargos" constituye, "al mismo tiempo, una inversión provechosa y segura, la creación de un patrimonio familiar, una prueba de éxito y, finalmente, pretexto para un ennoblecimiento por lo general rápidamente obtenido". Los Guadagni, mercaderes italianos establecidos en Lyon, poseían, hacia 1560, una veintena de señoríos entre Borgoña, la región de Lyon, delfinado y Languedoc.[167] En octubre de ese mismo año, el abogado François Grimaudet declaraba a la asamblea del Estado General de Angers:[168] "Es infinito el número de falsos nobles, cuyos padres y antepasados han hecho sus armas y sus actos de caballería en las tiendas de los vendedores de harina de maíz, en las vinaterías y pañerías, y en los molinos y tierras de los nobles". "Son muchos los que se han introducido entre los nobles [dice otro contemporáneo], mercaderes que imitan y se esfuerzan por lograr los modales tradicionales de los nobles."[169] En el siglo XVI, apenas hay un Estado ni un príncipe que no estén dispuestos a vender por

dinero contante y sonante títulos de nobleza. En Sicilia, desde 1600, se venden a alto precio marquesados, condados y principados a quien los solicitara, mientras que hasta entonces rara vez se concedían tales títulos.[170] La época de la moneda falsa es también la época de los títulos falsos. Un largo memorial español, escrito hacia 1600,[171] indica que el número de títulos nobiliarios, en Nápoles, se ha multiplicado extraordinariamente. Como ocurre con toda mercancía cuando crece demasiado la oferta, los títulos se deprecian de golpe y porrazo, si no los de conde, por lo menos los de marqués. Hasta "se han creado algunos duques y príncipes que habría sido mejor evitar". En todas partes se compra la nobleza como mercancía de feria: en Roma, en Milán, en todo el imperio, en el Franco Condado,[172] en Francia, en Polonia,[173] e incluso en Transilvania, pululan los "gentileshombres de pergamino".[174] En Portugal[175] las concesiones habían comenzado en el siglo XV, siguiendo el ejemplo de los ingleses. Los primeros duques aparecen en 1415; el primer marqués, en 1541, y el primer barón, en 1475.

En España, la Corona, que desde muy temprano incrementó el número de sus grandes, no indiscriminó a bajos niveles, es mucho menos diligente en cuanto a la baja nobleza. Su incesante penuria de dinero la lleva a vender a todas horas pergaminos de "hijosdalgo" y hábitos de las Órdenes a quienes pueden pagarlos, a los "indianos" o "peruleros" enriquecidos en las Indias o, peor aún, con la usura.[176] ¿Qué otra cosa se podía hacer? Si la Corona está corta de dinero —aconseja el conde de Orgaz al secretario Mateo Vázquez, en una carta que le escribe desde Sevilla el 16 de abril de 1586— se habrá de resignar a vender hidalguías, aun a precio de faltar a las promesas hechas de nunca más sacarlas a subasta.[177] Evidentemente, como es de suponer, las cortes de Castilla se quejan de ello,[178] pero nadie les hace caso ni puede hacérselo. Seguirán las ventas y se llegará a tal extremo, que en 1573 el gobierno de Felipe II se verá obligado a promulgar ordenanzas sobre los "feudos nuevos".[179]

Muchas veces se ha dicho que esta moda de los títulos, llevada hasta la locura, viene de España, que es uno de sus artículos de exportación, como los trajes ajustados de los hombres, los bigotes, los guantes perfumados o los temas de la comedia… Pero la nueva moda no es simple y pura vanidad. La burguesía sabe sacar ventajas de sus compras, y en éstas entraba una buena parte de cálculos razonables. La burguesía, en esta época, se orienta hacia la tierra como hacia un valor seguro, y ello refuerza el nuevo orden social, que se instaura y se desarrolla sobre bases señoriales. Es indiscutible, sin embargo, que la envidia, el deseo de ascender en la escala social, animan a

todo este mundo en trance de ascensión. Aparentar… La política no siempre es locura, aunque no sea siempre razonable. Los hombres son como los Estados, con sus disputas de rango y de precedencia, vanas querellas que ocultan, no pocas veces, pretensiones muy precisas y con los pies bien plantados sobre el suelo. En 1560, Nicot, embajador del Rey Cristianísimo en Lisboa,[180] observa acerca de los señores portugueses: "La gente de aquí tiene tal abundancia de criados superfluos, que el escudero quiere parecer un duque y el duque rodearse del boato de un rey; y ello hace que den de bruces a todas horas". Y el obispo de Limoges hace la misma observación a propósito de España en 1561,[181] con motivo de la concesión de la nobleza a 500 hombres "ricos y aguerridos", a condición de que se armaran y sirvieran tres meses cada año, en las fronteras españolas. El obispo se asombra de "que abunde tanto la vanidad entre las personas de ese país, que pasa hambre con tal de darse aires de nobleza y de poder vestirse y aparentar como si fuesen nobles".

Pero el espectáculo con el que nos encontramos en la Francia del año 1615 es idéntico. «Es imposible, al presente [escribe Montchrestien[182] a propósito de su país] distinguir por las apariencias. El tendero se viste como el gentilhombre. Por lo demás, ¿quién no se da cuenta de que esta igualdad en el modo de vestir introduce la corrupción en nuestras antiguas costumbres?… La insolencia crecerá en las ciudades y la tiranía en el campo. Los hombres se afeminarán con la excesiva molicie y las mujeres, en su afán de emperifollarse, perderán, con su castidad, el gusto por atender a su casa.» Discurso digno de un predicador, pero también testimonio de una época descontenta, al menos en Francia, del orden social existente.

Hostilidad hacia los nuevos nobles

Como ya han dejado ver varias citas anteriores, nadie celebra la fortuna de los nuevos ricos. Todo podía servir de pretexto para buscarles las cosquillas y no se dejaba pasar, siempre que se presentaba, la oportunidad de humillarlos. En 1559 se dio la orden, en los Estados de Languedoc, de que los barones no podían hacerse representar más que por "gentileshommes de raza y de toga corta".[183] Siempre que se presenta la ocasión los enemigos se vengan, descargan su bilis: así ocurre en Francia durante todo el tiempo del *Ancien Régime* e incluso más tarde, y así ocurre por todas partes en el siglo XVII, pues la barrera de clase no cesa de franquearse y la censura social no desmayaba en su vigilancia. Un incidente ocurrido en Nápoles ilustra muy bien la

circunstancia:[184] Bartolomeo d'Aquino, un financiero de la ciudad, riquísimo pero de modesto origen, desea casarse, en 1640 (contando con la aprobación del virrey), con Anna Acquaviva, hermana del duque de Conversano. Un grupo de jinetes armados, pertenecientes a la nobleza, raptan a la novia, decididos a impedir por la fuerza que *a mano di vile uomo la gentil giovina pervenisse*. La conducen a un convento en Benevento, donde estará más que segura por ser la ciudad posesión papal. A lo largo de las crónicas encontramos superabundancia de hechos semejantes, pero aun así, el curso de la evolución no se detiene. Con la sola excepción de la nobleza veneciana, que se parapeta detrás de siete muros, todas las aristocracias de Europa serán invadidas por intrusos y recibirán sangre nueva. En Roma, en el corazón de la Iglesia (indudablemente la más liberal de todas las sociedades de Occidente), la nobleza romana evoluciona más rápidamente que las otras a causa de la regular promoción a la nobleza, e incluso a la alta nobleza, de los parientes de cada nuevo papa, el cual no era necesariamente de ilustre extracción.[185] Todas las noblezas iban evolucionando conforme pasaba el tiempo, y librándose de buena cantidad de peso muerto aceptan a estos nuevos ricos que aportan sus sólidas piedras a la construcción del edificio social. Y una gran ventaja: la nobleza no tendrá ya que luchar contra el Tercer Estado, y se encontrará a los representantes de éste dispuestos a compartir con ella su riqueza con tal de ser admitidos en su seno.

Este movimiento continuo puede, como es natural, acelerar su paso. El papado, en Roma, contribuye al rejuvenecimiento de la nobleza. En Inglaterra, después de la revuelta de los barones del norte, vencida en 1569, las antiguas familias dirigentes fueron en cierta medida remplazadas por una nobleza más reciente destinada a gobernar Inglaterra hasta nuestros días, los Russell, los Cavendish, los Cecil…[186] En Francia, dos series de guerras, terminada la primera por la paz de Cateau-Cambrésis (1-3 de abril de 1559), y la segunda, por la paz de Vervins (2 de mayo de 1598), aceleran el hundimiento de la vieja nobleza y abren a los nuevos ricos el camino hacia el poder social.[187] Veamos cómo un consejero de Felipe II describe la situación de la nobleza francesa. Dice: «la mayor parte de estos señores, estando privados de sus rentas y tasas (que han cedido a otros), no tienen dinero para mantener su estado y se hallan profundamente endeudados: casi toda la nobleza se encuentra en semejante situación, y en grado tal, que, por una parte, no se les puede emplear sin darles grandes recompensas y retribuciones, lo cual es imposible, y por otra, es de temer que si ellos no logran algún alivio

en lo tocante a los males y ruina de la guerra se verán forzados a alguna forma de protesta[…][188]»

III. MISERIA Y BANDIDAJE

La historia ofrece muy poca información sobre la vida de los pobres, pero éstos tienen sus modos peculiares de llamar la atención de los poderosos contemporáneos, y a través de estos últimos nos llega. Disturbios, levantamientos, revueltas, alarmante multiplicación de *vagabundos y maleantes*, así como repetidos desafueros de los bandidos son los rumores de fondo que, aunque con frecuencia en sordina, nos hacen saber del extraordinario aumento de la miseria hacia fines del siglo XVI, miseria que todavía se hará mayor durante el siglo siguiente.

El punto más bajo de esta miseria colectiva se puede probablemente localizar alrededor del año 1650. Así por lo menos se deduce de la lectura del diario inédito de G. Baldinucci,[189] al que ya nos hemos referido más de una vez: en abril de 1650 es tal la pobreza reinante en Florencia, que es ya imposible oír misa *in pace*, de tanto que se ve uno importunado durante su celebración por desgraciados, *ignudi et pieni di scabbia* (desnudos y llenos de sarna). En la ciudad los precios son tremendamente altos "y los telares permanecen ociosos"; y, para colmo de infortunios, el Lunes de Carnaval una tormenta destruye olivos, morales y otros árboles frutales.

Revoluciones imperfectas

La pauperización siempre va a la par con la opresión ejercida por los ricos y los poderosos. La razón esencial de ello no hay que buscarla muy lejos. Y la causa subyacente también resulta fácil de descubrir: la correlación existente entre superpoblación y regresión económica; esta doble carga, que crece sin cesar, dicta la totalidad de las condiciones sociales. En un artículo escrito en 1935, Américo Castro[190] afirmaba que España no había experimentado nunca una revolución; es una aseveración demasiado atrevida, si la consideramos en el plano de las afirmaciones generales, pero no inexacta, si la restringimos a la España del siglo XVI. Esta centuria ha conocido más aspiraciones a la revolución social que auténticas revoluciones. Sólo la breve llamarada de los Comuneros se puede considerar una excepción; e incluso ésta se ha discutido[191] y, sin duda, seguirá siendo discutida.[192]

En realidad, a diferencia del norte de Europa, donde las llamadas guerras de religión enmascaran una serie en cadena de revoluciones sociales, el Mediterráneo del siglo XVI no consigue, pese a que le hierve la sangre, poner en pie una revolución victoriosa. Y no será porque no lo haya intentado. Pero el Mediterráneo parece víctima de una especie de encantamiento mágico. ¿Será el hecho de que las ciudades hubiesen sido vencidas tan pronto lo que habrá conducido ineludiblemente al poderoso Estado a asumir la función de guardián de la paz? En todo caso, el resultado es claro: nos podemos imaginar un libro de enormes dimensiones donde disturbios, levantamientos, asesinatos, medidas policiacas y revueltas se suceden y testimonian una perpetua y múltiple tensión social. Pero al final no se produce cataclismo alguno. Sí, un libro que contuviese la historia de las revoluciones en el Mediterráneo tendría una enorme cantidad de páginas, pero los capítulos carecerían de relación unos con otros, y el libro, considerado en sí mismo, resultaría cuestionable;[193] es más, también sería cuestionable si merece su título.

Y es que estos desórdenes estallan con regularidad, cada año, incluso cada día, como simples accidentes de carretera que no merecen la atención de nadie, ni de los actores, ni de las víctimas, ni de los testigos, ni de los cronistas y ni siquiera de los mismos Estados. Es como si todos se hubiesen resignado a soportar estos accidentes endémicos, tanto si se trata del bandolerismo de Cataluña como si es el de Calabria o el de los Abruzos.

Por cada hecho citado se nos escaparían 10 o 100 más, de algunos de los cuales no sabremos nunca. ¡Hasta los más importantes son tan menudos, tan mal esclarecidos y tan difíciles de interpretar…! ¿Qué fue, en realidad, la revuelta de Terranova en Sicilia, en 1516?[194] ¿Qué lugar podríamos asignar a la llamada revuelta protestante de Nápoles, en 1561-1562, que no fue otra cosa que ocasión para una expedición punitiva de las autoridades españolas contra los valdenses de la montaña calabresa: unos cuantos cientos de hombres degollados como si fuesen animales?[195] ¿O la guerra de Córcega (1564-1569), a todo lo largo de ella, y la guerra de Granada hacia el final, fueron también una cadena de episodios indecisos, guerras de la miseria en mayor medida que guerras extranjeras o religiosas? ¿Qué sabemos, en realidad, de los disturbios de Palermo, en 1560,[196] o de las conspiraciones “protestantes” de Mantua, en 1569?[197] En 1571, los súbditos del duque de Urbino se rebelan contra las exacciones de su señor, Francesco María; pero es un episodio mal conocido,[198] e indudablemente difícil de explicar (el ducado de Urbino es tierra de soldados mercenarios; ¿quién es, entonces, el que

mueve los hilos?), y que, además, duró poco. No es mucho más clara tampoco la crisis interna de Génova en los años de 1575-1576. En 1579 se produce la revuelta de los campesinos insurrectos de la Provenza —los *razas*—, que toman el castillo de Villeneuve y dan muerte al señor del lugar, Claudio Villeneuve,[199] pero estos hechos se pierden en la confusa trama de las guerras de religión de Francia, al igual que tantas otras agitaciones sociales, como las reivindicaciones presentadas en 1580 por aquella otra revuelta del delfinado, protestante ésta y de carácter democrático, inspirada en ejemplos de los cantones suizos, y que se alza violentamente contra la nobleza, al modo de las intentonas revolucionarias y expoliadoras de los protestantes de Gascuña, algunos años antes, en tiempos de Montluc, o de los disturbios que, años después, estallan en el lejano Cotentin (1587).[200] Y lo mismo, hacia 1590, la revuelta de los campesinos aragoneses del conde de Ribagorza, que finalmente les valdrá la adscripción a los dominios de la Corona. Un año antes se sublevan también los súbditos del duque de Piombino, en la costa toscana.[201] En 1599 se produce, y no es tampoco más que un hecho menudo, la insurrección de la Calabria, con motivo de la cual cae preso Campanella.[202] Son también numerosas las revueltas acaecidas a lo largo del Imperio turco entre los años de 1590 y 1600, sin contar las sublevaciones endémicas de los árabes y los nómadas en el norte de África y en Egipto, las sublevaciones, bastante potentes, del "Escribano" y de sus partidarios, en el Asia Menor, en las que la cristiandad llegó a cifrar insensatas esperanzas; los motines de los campesinos serbios en 1594 en Banat, en 1595 en la Bosnia Herzegovina, y otra vez en Herzegovina en 1597.[203] Si a esta lista, muy incompleta, añadimos la fantástica cantidad de incidentes relativos al bandolerismo, no conseguiremos construir un libro, pero sí reunir una enorme colección de informes.

Pero, aun siendo así, uno se pregunta si todos esos incidentes y accidentes, que en sí mismos no pasan de ser hechos triviales, no serán los signos que afloran a la superficie de una historia social válida y que, a falta de mejores medios de expresión, se ve forzada a comunicarse en esta lengua confusa, torpe y, posiblemente, engañosa. ¿Nos encontramos ante un testimonio coherente, si lo consideramos a nivel más profundo? He ahí el problema que se le plantea al historiador. Responder afirmativamente, como yo voy a hacer, significa querer encontrar correlaciones, regularidad y movimientos de conjunto allí donde a primera vista no hay sino anarquía, incoherencia y absurdo evidente. Es admitir, por ejemplo, que Nápoles, "donde ocurren robos y peleas a espada (a diario) en cuanto oscurece", es

escenario de una interminable guerra social, algo que trasciende los límites del puro crimen. Y es admitir lo mismo en el caso de París, por entonces escenario de los actos de fanatismo político (y también social) de la primavera de 1588. El embajador veneciano cuenta que «el duque de Guisa ha entrado en la ciudad con la sola compañía de diez de sus hombres, que cada vez iba resultando más evidente que el príncipe no tiene dinero, que se encuentra fuertemente endeudado y que, no pudiendo sostener una guerra a campo abierto con fuerzas numerosas (que evidentemente habría que pagar), ha considerado que sería más seguro aprovechar la buena ocasión que se le brinda en esta ciudad tan profundamente agitada por tantas emociones[204]». Una guerra social, pues, y, en consecuencia, cruel y barata, alimentada por antinomias y pasiones cuyas raíces se hunden en épocas anteriores.

Todos los hechos diversos que antes hemos mencionado llevan también el sello de una crueldad implacable, tanto por parte de un bando como por la del otro. Los crímenes rurales que se consuman en torno de Venecia, coincidiendo con el inicio del siglo, son tan despiadados como las represiones que les siguen. Inevitablemente, los cronistas o quienes anotaban estos acontecimientos en los informes públicos se manifiestan en contra de estos camorristas y los pintan, por lo regular, con los más negros colores. En la región de Crema, durante el invierno de 1506-1507, una pandilla entró en la casa de una cierta Catherine de Revoglara, y *per vim ingressi, fractis foribus, ipsam invitam violaverunt et cum ea rem contra naturam habuere,*[205] cuenta el escribiente del senado. En todas estas relaciones, estos adversarios mal identificados son considerados culpables antes de haber sido juzgados. Estos hombres son *ladri,* de una "malignidad y una iniquidad cada vez mayores", son perversos, y en especial esos campesinos que un día, durante el invierno de 1507, fracasados en su intento de matar al patricio Leonardo Mauroceno en su propia morada campestre, se vengan en los árboles de su propiedad.[206] Seguirán pasando los años, pero el tono de los documentos continuará siendo el mismo. Unos "malditos del Señor", cerca de Portogruaro, en la primavera de 1562,[207] saquean las propiedades y talan árboles y viñas. ¿Es que no sienten temor de Dios? ¿Es que no conocen lo que es piedad? Un *avviso,* de finales de septiembre de 1585, informa sin ambages: "En Roma hemos visto este año más cabezas (cortadas, de bandidos) en el Puente Sant'Angelo que melones en el mercado".[208] Éste es el tono que emplea eso que podríamos llamar periodismo en su fase inicial. Cuando un célebre jefe de bandidos, el sienés Alfonso Piccolomini, víctima de una traición, cae en manos de los hombres del gran duque de Toscana el 5 de enero de 1591[209] (será colgado

el 16 de marzo *al faro solito del palagio del Podestá*),[210] se aprovecha la ocasión para denigrarlo diciendo que el bandido *si lasció vilmente far prigione*, sin ofrecer resistencia alguna.[211] Estas pasiones consignadas por escrito, la crueldad de lo que se hace y cómo se reprime, son el testimonio más fehaciente de la autenticidad de los hechos narrados, y los convierten en significativos episodios de la interminable revolución larvada que marca la totalidad de los siglos XVI y XVII.

¿Lucha de clases?

¿Se trata de una lucha de clases? Creo que Boris Porchnev,[212] el admirable historiador de las agitaciones populares de la Francia del siglo XVII, no dudaría un solo instante en usar esta expresión. Después de todo, los historiadores hemos estado constantemente empleando términos forjados por nosotros mismos: feudalismo, burguesía, capitalismo…, sin tener siempre en cuenta el exacto significado de las diferentes realidades que designan a lo largo de los siglos. Es una cuestión de terminología. Si por lucha de clases entendemos, sin más, las venganzas fratricidas, las mentiras y las pseudojusticias, no hay nada que nos impida el uso de semejante expresión, que en este caso valdrá lo mismo que la de *tensiones sociales* que nos sugieren los sociólogos. Pero, si el término implica, como yo creo, una cierta toma de conciencia, el historiador deberá recordar que está contemplando una época pasada con ojos del siglo XX, y que los hombres del XVI estaban muy lejos de la conciencia lúcida que hoy se tiene sobre esta cuestión.

El fichero de los ejemplos anotados por un solo historiador en el curso de sus investigaciones personales proporciona un material forzosamente insuficiente; solamente he encontrado algunos destellos de conciencia de clase en el periodo correspondiente a la primera mitad del siglo XVI. Un ejemplo de ello lo tenemos en las sorprendentes palabras de Bayardo (del *Loyal Serviteur*) ante los muros de la sitiada Padua, en 1509;[213] otro, en octubre de 1525, en el Friuli, contaminado por la revuelta de los campesinos alemanes: hay una relación que habla de los *nobeli* tomando las armas *contra li villani;*[214] otro más, en diciembre de 1528: unos campesinos de los alrededores de Aquila, en los Abruzos, que, muertos de hambre y de rabia, intentan alzarse contra los "traidores" y los "tiranos" al grito de *¡Viva la povertà!*, sin estar por lo demás muy seguros (según la sospechosa explicación del cronista) de quiénes eran exactamente los tiranos a los que

habían de castigar;[215] finalmente, en Luca, en 1531-1532, la insurrección llamada de los *Straccioni* (los harapientos), que es descrita como una *battaglia di popolo contra la nobiltà*.[216] Y esto es todo, por lo menos que yo sepa. De modo que, si este sondeo imperfecto es exacto, podemos llegar a la conclusión de que desde la primera hasta la segunda mitad del siglo XVI ha habido un declinar, si es que aceptamos la expresión exactamente en lo que vale, de la conciencia revolucionaria; y sin ella no puede haber revolución significativa con un mínimo de posibilidades de éxito.

Ciertamente, esta primera parte, esta primavera del siglo, cuya floración truncaría el periodo de años difíciles que va de 1540 a 1560, parece haber sido particularmente agitada: los Comuneros, en 1521; las Germanías de Valencia, de 1525 a 1526; las revueltas de Florencia y la crisis de Génova, en 1528; el levantamiento campesino en Guyena, en 1548. Sólo mucho, mucho más tarde, en el siglo XVII, ocurrirán las revueltas interiores del Imperio otomano, las agitaciones francesas estudiadas por Porchnev, la secesión de Cataluña y Portugal, la gran rebelión de Nápoles en 1647, el alzamiento de Mesina en 1674…[217] Entre estas dos series de importantes disturbios sociales, el largo medio siglo que va de 1550 a 1600 (incluso hasta 1620, o mejor aún, hasta el 1630) hace un triste papel con esas revoluciones suyas que sólo muy a duras penas alcanzan el punto de ebullición y que es preciso detectar como si fuesen corrientes de agua subterráneas. De hecho, y esto complica el análisis, estas revueltas y revoluciones no apuntan directa y exclusivamente contra los representantes de las clases privilegiadas, sino contra el Estado, amigo de los grandes y despiadado recaudador de impuestos, ese Estado que era a la vez una realidad social y un edificio social. Es más, el Estado tendrá prioridad, primer puesto, como objeto del odio popular. De modo que es posible (y esto nos llevaría de nuevo a las antiguas indicaciones de orden general de Hans Delbrück[218] y a las afirmaciones de los historiadores de la política) que la solidez de los Estados en tiempos de Felipe II explique este tono de sordina, esta discreción popular. El guardián del orden ha logrado resistir, aunque ha sufrido lesiones y burlas y se ha demostrado algunas veces ineficaz y muchas más cómplice.

Contra los maleantes y vagabundos

Forma silenciosa, pero insistente, de la miseria, es la multiplicación, en esta época, de los “maleantes y vagabundos”, para emplear la expresión de los cónsules y los síndicos de Marsella, quienes, en sesión del Consejo celebrada

el 2 de abril de 1566,[219] acuerdan visitar los barrios de la ciudad para expulsar de ellos toda esta gente ociosa y nociva. Esta decisión, interpretada con el espíritu de la época, es perfectamente normal y nada tiene de inhumana. Las ciudades veíanse obligadas a velar por el orden, por su orden, y a desembarazarse, por motivos de higiene pública, de los pobres que en ellas pululaban: los mendigos, los locos, los lisiados reales o fingidos, la gente sin oficio ni beneficio que se hacinaba en plazas, tabernas y puertas de los conventos que distribuyen sopas. Se les expulsa, pero vuelven o vienen otros a sustituirlos. Las expulsiones, gestos de rabia, nos dan la medida de la impotencia de las ciudades respetables frente a esta invasión constante.

En España, los vagabundos infestan todos los caminos, acampan en todas las ciudades. Los hay de las más diversas clases: estudiantes prófugos que acompañan a su preceptor para unirse al mundo sin cesar creciente de la "picardía"; aventureros de todo pelaje; mendigos y arrebatacapas. Esta tropa tiene sus ciudades preferidas y sus plazas fuertes: Sanlúcar de Barrameda, cerca de Sevilla; el Matadero, en la propia Sevilla; la Puerta del Sol, en Madrid… Los mendigos formaban una especie de cofradía, un Estado propio, con sus "ferias", donde a veces se congregan en cantidades fabulosas.[220] A lo largo de las rutas que confluyen en Madrid circula una incesante procesión de pobres,[221] funcionarios sin empleo, capitanes sin soldados, gente humilde en busca de trabajo caminando detrás de un borrico sin carga y que se mueren de hambre, esperando en la villa y en la corte a que se decida acerca de su situación. Hacia Sevilla converge la muchedumbre famélica de los que quieren emigrar a América: miserables hidalgos, ávidos de sobredorar sus blasones; soldados en busca de aventuras; jóvenes sin fortuna que quieren conseguirla;[222] amén de toda la hez de España: ladrones marcados con el hierro, bandidos y vagabundos que esperan encontrar al otro lado del océano un negocio lucrativo; deudores que huyen de sus acreedores; maridos que desean perder de vista a sus pendencieras mujeres…[223] Para todos ellos las Indias son el sueño, el "refugio y amparo de los desesperados de España, iglesia de los alzados, salvoconducto de los homicidas". Así las describe Cervantes en una de sus más deliciosas novelas, *El celoso extremeño*, la historia de uno de aquellos raros emigrantes enriquecidos que, al volver de la India, coloca su dinero, compra una casa, organiza cómodamente su vida y toma mujer.[224]

Otros habituales de los caminos son los soldados, veteranos o bisoños, picarescos personajes cuya vida vagabundea y los encuentros casuales pueden conducirlos a perderse en las "casas de carne", llevando a veces tras ellos

alguna joven sumisa. Un buen día, marchan detrás del tambor de reclutamiento y, por Málaga o por cualquier otro puerto, una procesión de hombres, en la que se mezclan y confunden los muchachos inexpertos, los viejos soldados, los prófugos y los homicidas, los sacerdotes y las mozas de partido, se embarca, siguiendo las órdenes de la intendencia, ya hacia las bellas tierras de Italia, ya hacia las mazmorras de los presidios africanos. Entre ellos, personas honradas, como aquel Diego Suárez, que, siendo todavía un muchacho, atraviesa toda España, sirviendo en cada parte a un amo, desde los alrededores de Oviedo hasta Cartagena, donde embarca para Orán en 1575; y aquí permanece casi un tercio de siglo, prueba, si fuera necesaria, de que era más fácil ganar estas prisiones de África que salir de ellas.[225]

El vagabundaje, peligro universal, amenaza en España los campos y las ciudades. En el norte de la Península, en Vizcaya, todo el mundo se inquieta con los vagabundos que llegan continuamente al señorío. Desde 1579,[226] las autoridades tratan de proceder contra los que se esconden entre la muchedumbre de los peregrinos: "y como no fuesen muy viejos o enfermos que tuviesen legítimo impedimento, los envíen a las cárceles del señorío y los reconozcan los médicos y cirujanos". Pero, como ocurre siempre, tales disposiciones jamás se cumplen. Al agravarse el mal con los años, las medidas para combatirlo van haciéndose más severas. En Valencia, el 21 de marzo de 1576 —y la medida vale, no sólo para esta ciudad, sino para todas las ciudades y pueblos del reino—, el virrey toma serias providencias contra los desocupados.[227] Se les concede un plazo de tres días para encontrar amo, como apercibimiento de expulsión.[228] La orden va dirigida especialmente contra los *brivones y vagamundos* que se pasan las horas muertas en los días laborables jugando en las plazas públicas y negándose a aceptar todo trabajo, so pretexto de que no lo encuentran. Son, en realidad, dice la orden, eternos ladrones y delincuentes, *"dels quals lo dit Regne resta greumt inquiet"*. El virrey hace saber también a los jornaleros sin domicilio propio que, si se los encuentra jugando a lo que sea, se procederá contra ellos.[229] Y, asimismo, contra los falsos mendigos y los extranjeros, gente toda que trata de vivir sin trabajar. Y cosa increíble: esta cólera valenciana dará sus frutos. En torno de Zaragoza, nos dice una carta veneciana del 24 de julio de 1586 «se viaja soportando un grandísimo calor y con gran peligro a causa de los asesinos que rondan en gran número por los campos. Y esto porque, en Valencia, al expulsar del reino a todos los vagabundos, y habiéndoseles concedido para ello un plazo de cierto número de días, con la amenaza de grandes castigos,

algunos se han venido a Aragón, y otros se han ido a Cataluña. ¡Razón sobrada para viajar sólo de día y con buena escolta![230]».

Ésta es la prueba, si fuese necesaria, de que vagabundos y bandidos son hermanos en la adversidad, y que fácilmente pueden intercambiar puesto. Y también es la prueba de que expulsar a los pobres de un sitio es lo mismo que empujarlos hacia otro; a no ser que se proceda como en Sevilla, en octubre de 1581: todos los vagabundos capturados en una redada de la policía son embarcados a la fuerza en las naves de Sotomayor que parten para el estrecho de Magallanes. Se les destinaba a que, una vez arribados, trabajasen como braceros, *guastatori;* pero se fueron cuatro barcos a pique y un millar de ellos se ahogó.[231]

Evidentemente, todos estos dramas nos ponen frente al problema de los bajos fondos urbanos; toda ciudad cuenta con su *Corte de los Milagros*. En *Rinconete y Cortadillo*,[232] esa novela ejemplar que no lo es, podemos, con la ayuda de comentarios eruditos, descubrir con una cierta claridad no pocas cosas acerca de los bajos fondos sevillanos: mujeres de vida alegre, viudas complacientes, alguaciles que juegan con dos o tres barajas, pícaros auténticos, dignos de entrar en la literatura, peruleros, cándidos de comedia; una escena a la que no le falta un solo personaje. Y el panorama es el mismo en todas partes, sea en Madrid o sea en París. Italia rebosa de delincuentes, vagabundos, mendigos… tipos destinados, todos ellos, a la fama literaria.[233] Se les echa de todas partes, pero ellos, una y otra vez, vuelven. Sólo las autoridades responsables siguen creyendo en la eficacia de las medidas oficiales, las cuales siguen siempre el mismo invariable curso.

En febrero de 1590 se adoptan en Palermo enérgicas medidas contra "bagamundos, esbrios, espias *[sic]*, jugadores y otros hombres de ruyn vida".[234] Dos censores incorruptibles, con un salario anual de 200 escudos, se dividen entre sí la jurisdicción de la ciudad. Su misión es perseguir a esta gente ociosa y perezosa que se pasa los días de trabajo jugando y arrastrándose por todos los vicios, "con que no solo destruyen el caudal que tienen, pero también de las almas". ¿Y quién hay que no juegue? Todo es buen pretexto para jugar, y no solamente a las cartas: en Palermo se apuesta sobre el precio del trigo, sobre el sexo de los niños que van a nacer y, allí y en todas partes, sobre el número de cardenales que nombrará el Santo Padre. En un legajo de correspondencia mercantil encontré, en los archivos de Venecia, un billete de lotería, deslizado allí, sin duda, por casualidad. Para luchar contra la amalgama del juego, el vino y la holgazanería, las autoridades de Palermo organizan visitas policiacas a las hosterías, los *fonduks*, las tabernas

y las casas de huéspedes, para averiguar quiénes son las personas sospechosas que las frecuentan: jugadores, vagabundos, borrachos y personas de mal vivir… Hay que poner en claro de dónde han venido, a qué nación pertenecen, etcétera.

Este juego de guardias y ladrones, de la ciudad respetable contra el vagabundo, no acaba nunca: es un espectáculo permanente, una *estructura* de la época. Después de cada redada de la policía retorna la calma durante un cierto tiempo; luego comienzan de nuevo y se multiplican los robos, los ataques a los viandantes y los asesinatos. En abril de 1585,[235] en Venecia, el propio Consejo de los Diez amenaza con intervenir. En julio de 1606 vuelven a ocurrir en Nápoles una excesiva cantidad de delitos, y las autoridades emprenden una serie de redadas nocturnas en posadas y hosterías; el resultado final asciende a un total de 400 detenciones; muchos de los detenidos son soldados de Flandes, *avvantaggiati*, es decir, pagados demasiado generosamente.[236] En marzo de 1590 se expulsa de Roma, en el término de una sola semana, *li vagabondi, zingari, sgherri e bravazzi* (vagabundos, gitanos, asesinos y matones).[237]

Sería interesante hacer un esquema con todas estas expulsiones y ver si están relacionadas entre sí como las fechas de las ferias comerciales, pues ¿de dónde venían esos vagabundos que las ciudades se apresuraban a arrojar de su espacio?, ¿y adónde iban a continuación? A Venecia llegaban de muy lejos, incluso del Piamonte. En marzo de 1545 más de 6 000, *di molte natione*, invaden la ciudad. Algunos vuelven luego a sus lugares de origen, otros se embarcan, *lo resto per esser furfanti, giotti, sari, piemontesi et de altre terre et loci alieni sono stati mandati fuora della città:* el resto ha sido expulsado por tratarse de bribones, glotones y haraganes, venidos del Piamonte y de otras ciudades y lugares extranjeros.[238] Cinco años antes, en 1540, año de mucha hambre, la ciudad había sido invadida por una multitud de infortunados padres de familia, *assaissimi poveri capi di caxa* que habían llegado en barcas, con sus mujeres e hijos, y que vivían bajo los puentes o sobre los bordes de los canales…[239]

Poco después, el problema de los pobres sin techo y sin comida no se planteará solamente dentro del estrecho marco de las implacables ciudades. La situación se complicará hasta cobrar las dimensiones de los Estados y de Europa entera. En los comienzos del siglo XVII, hombres como Montchrestien se indignan al verlos pulular. La apología que Montchrestien y otros hacen del colonialismo en la Francia de esta época no se debe sino al deseo de desembarazarse de este silencioso y abrumador ejército de proletarios.[240] En

todos los países demasiado poblados para sus recursos, en toda Europa, donde ya no se alza un empuje económico compensador, y hasta en Turquía, se prepara en estos años la proletarización, la pauperización de masas considerables de hombres endurecidos y desgraciados, atormentados por la necesidad del pan de cada día, la humanidad que va a precipitarse hacia los atroces conflictos de la guerra de los Treinta Años, esa humanidad que, en un grabado, dibuja Callot, testigo implacable,[241] y de la que Grimmelhausen será minucioso cronista.

Ubicuidad del bandidaje

Pero estos testimonios policiacos de la vida de las ciudades resultan pálidos al lado de la historia trágica y sangrienta del bandidaje en el Mediterráneo, refiriéndonos, bien entendido, al bandidaje terrestre, hermano de la piratería marítima y con la que presenta muchas afinidades, pues, aunque sea como ella, y tal vez tanto como ella, conserva un viejo rasgo característico de las costumbres mediterráneas. Por sus orígenes, el bandidaje del Mediterráneo se pierde en la noche de los tiempos. Desde que este mar sirvió de refugio a sociedades coherentes, el bandidaje irrumpe en él para no desaparecer ya nunca. ¿Acaso no existe aún en nuestros días,[242] como algo vivo, terriblemente vivo? No digamos, pues, como esos historiadores que no quieren salir por nada del mundo de "su" siglo, quiero decir, del siglo que estudian, que el bandidaje apareció en Córcega en el siglo XV y en Nápoles en el XVI. No creamos demasiado aprisa en la novedad de lo que vemos surgir por todas partes, en el siglo XVI, con una fuerza, eso sí, nueva o remozada. Instrucciones como las que la reina Juana de Nápoles da el 1º de agosto de 1343 a la capitanía de Aquila[243] para *procedere rigorosamente contro i malandrini* podrían muy bien datar del siglo XVI y ser atribuidas al duque de Alcalá o al cardenal Granvella. Según las épocas y las circunstancias, el bandolerismo puede cambiar de nombre o de forma, pero ya se hable de *malandrini*, *masnadiere*, *ladri*, *fuorisciti* (y los *banditi* prófugos), se trata siempre de bandoleros, o, como los llamaríamos nosotros, de inadaptados sociales.

Por otra parte, no debe olvidarse que ninguna región del Mediterráneo está libre de este mal. Ni Cataluña, ni Calabria, ni Albania, para citar tan sólo las regiones más célebres a este título, tienen el monopolio del bandidaje. Lo encontramos en todas partes y bajo los más diversos rostros: el político, el social, el económico, el terrorista… Lo mismo actúa a las puertas de

Alejandría de Egipto que a la entrada de Damasco o de Alepo; en la campiña napolitana, donde se edifican torres de vigía contra los bandoleros,[244] o en la campiña romana, donde se hace necesario, de vez en cuando, proceder a pegar fuego a los bosques y matorrales para expulsar de sus refugios a las bandas de malhechores, o en un Estado aparentemente tan ordenado como Venecia.[245] Cuando el ejército del sultán, en 1566, se encaminó por Estambul hacia Adrianópolis, Nich, Belgrado y luego Hungría, fue colgando a lo largo de su itinerario infinidad de bandidos a quienes la gran marcha hacía salir de sus escondites y de sus cuevas.[246] Hay, evidentemente, bandidos y bandidos. Su presencia en la gran ruta del Imperio turco, cuya seguridad tanto se encomia, habla elocuentemente de lo que era la paz pública en aquel tiempo.

En la otra punta del Mediterráneo, en España, el espectáculo es el mismo. Varias veces nos hemos referido a la plaga del bandolerismo en las rutas de Aragón y Cataluña. Un florentino escribía en 1567 que era inútil tratar de ir de Barcelona a Zaragoza por la posta. Más allá de Zaragoza, sí, pero no entre las dos ciudades. El viajero que nos cuenta esto se unió a una caravana de señores armados, para poder hacer el viaje.[247] En una de sus novelas, Cervantes imagina que la tropilla de sus héroes es asaltada cerca de Barcelona por los bandoleros. Tratábase, por tanto, de un incidente perfectamente cotidiano. Por Barcelona pasaba una de las mayores rutas de la España imperial, que ponía al país en contacto con el Mediterráneo y con Europa. Los correos oficiales que circulaban por esta ruta eran desvalijados con frecuencia e incluso interceptados. Tal ocurrió en junio de 1565,[248] el mismo año en que la ruta de Madrid a Burgos, el otro brazo que España lanza hacia Europa y hacia el océano, se interrumpe a causa de la peste.[249] He ahí, patente, una de las mil debilidades de que adolece el demasiado extenso Imperio español. Pero hay tantos *bandouliers* del lado de Languedoc, como bandoleros del lado de Cataluña. Todas las casas de campo del Bajo Ródano son casas fortificadas, a semejanza de las fortalezas campesinas de Cataluña, a que ya nos hemos referido.[250] En Portugal,[251] como en Valencia, en la propia Venecia, en toda Italia y a lo largo de todo el Imperio otomano, minúsculos estados móviles de bandoleros —su ubicuidad era su fuerza— eran capaces de cruzar silenciosamente los Pirineos catalanes hasta Granada, de pasar de Granada a Cataluña o de vagar como nómadas por los Alpes, cerca de Verona, hasta Calabria, o de Albania al mar Negro. A la larga, estos grupos insignificantes mortifican y provocan a los Estados constituidos y los desgastan. Como en el caso de las fuerzas guerrilleras de nuestras modernas guerras, el pueblo, invariablemente, está de su parte.

Entre los años de 1550 y 1600, el Mediterráneo, de apariencia tan tranquila, se consume en esta guerra, ágil, cruel y diaria. Una guerra a la que no quiere prestar atención la gran historia, que deja como algo secundario, al cuidado de los ensayistas. Por lo que a Italia se refiere, sólo Stendhal deja escritas, acerca de esto, cosas sutiles y pertinentes.

El bandolerismo y los Estados

El bandolerismo es, ante todo, una revancha contra los Estados organizados, defensores del orden político y, también, del social. «Naturalmente, el pueblo, vejado por los Baglioni y los Malatesta, por los Bentivoglio y los Médicis, amaba y respetaba a los enemigos de los señores. La crueldad de los pequeños tiranos que suceden a los primeros usurpadores, por ejemplo, las crueldades de un Cosme, el primer gran duque (de Toscana), [252] que mandaba asesinar a los republicanos refugiados hasta en Venecia y en París, reforzaron las filas de los bandidos[253]». «Estos bandidos eran la oposición levantada contra los gobiernos atroces que sucedieron a las Repúblicas en la Edad Media».[254] Así se expresa Stendhal. Pero ¿no le inducirá a formar tales juicios el espectáculo del bandolerismo que florecía bajo sus ojos en la Italia de su tiempo?: «Todavía en nuestros días [escribe] todo el mundo teme encontrarse con los bandoleros, pero si los apresan y los castigan, todos los compadecen. Y es que este pueblo tan fino, tan burlón, al que hacen reír todos los escritos publicados bajo la censura de quienes le gobiernan, tiene por lectura habitual los romances populares que narran con todo calor la vida y las aventuras de los más famosos bandidos. Lo que cree encontrar de heroico en estos relatos hace vibrar la fibra artística que vive siempre en las masas[…] El corazón del pueblo está con ellos y los ojos de las muchachas de la aldea se van de preferencia detrás del mozo que en algún momento de su vida se ha visto obligado *d'andar alla macchia*.[255]»

En Sicilia, las hazañas de los bandoleros eran ensalzadas por los *urvi*, aquellos bardos ciegos y errantes que se acompañan con los sones "de una especie de mugriento violín",[256] ávidamente rodeados por la multitud bajo los árboles de los paseos. España, y sobre todo Andalucía, nos dice Teófilo Gautier,[257] "sigue siendo árabe en este punto, y los bandidos pasan allí fácilmente por héroes". Todo el folclor yugoslavo y rumano está lleno de las historias de los *haiduks*, los bandoleros y los prófugos… El bandolerismo, como una especie de venganza contra el señor y contra su vejatoria justicia, es considerado en todas partes y en todos los tiempos como el enderezador de

entuertos. Como ese bandido de Calabria, que todavía ayer "se defendía ante los jueces presentándose como el protector de los menesterosos y el vengador de las injusticias. Todos los días desgranaba su rosario y recibía la bendición de los curas de la aldea. Para imponer esta justicia social, tal como él la concebía, había matado ya, a la edad de 30 años, a unas 30 personas".[258]

Alzado contra el poder, el bandolerismo se aloja siempre en las zonas más débiles de los Estados. En las montañas, por ejemplo, donde las tropas no pueden maniobrar con toda su fuerza y donde el Estado pierde sus derechos. Y también, a veces, en los confines, en las zonas fronterizas: a lo largo del alto país dálmata, entre Venecia y Turquía; en la vasta región limítrofe de Hungría, una de las zonas de mayor bandolerismo en el siglo XVI;[259] en Cataluña, en la región pirenaica colindante con Francia; en Mesina, que también es una frontera, en la medida en que, como ciudad libre, brinda un verdadero refugio; alrededor de Benevento, dominio pontificio, enclavado en el reino de Nápoles, por donde se puede pasar de una jurisdicción a otra, burlando a los perseguidores; entre el Estado pontificio y la Toscana; entre Milán y Venecia; entre Venecia y los Estados hereditarios de los archiduques. Todas estas junturas son admirables acantonamientos. Más tarde, aunque con miras nada sanguinarias, Voltaire se refugiará en Ferney para hostilizar desde allí a sus enemigos. Es cierto que los Estados coordinaban a veces sus esfuerzos; pero, de ordinario, la inteligencia dura poco. En 1561, el rey de Francia propone a Felipe II[260] emprender una acción común contra los bandidos de los Pirineos, pero fue sólo la cordura de un instante. Tampoco fueron más útiles los acuerdos concertados entre Nápoles y Roma acerca de Benevento. En 1570, Venecia se entendió formalmente con Nápoles,[261] y en 1572 firmó un acuerdo con Milán, acuerdo renovado en 1580,[262] en los momentos en que las incursiones de los bandoleros hacían cundir una inseguridad general en todo el Estado veneciano.[263] Cada uno de ambos gobiernos quedaba autorizado a perseguir a los delincuentes hasta seis millas más allá de sus fronteras. Cuando el marqués de Mondéjar trató de atacar a los *fuorisciti* calabreses en 1578, puso sobre las armas a todos los vecinos de Calabria, incluyendo Malta y las islas Lipari.[264] Y lo mismo hizo Sixto V en 1585, en vísperas de su campaña contra los bandidos del Estado pontificio.[265]

Pero esas negociaciones, que ponen en tela de juicio la soberanía de los Estados, son lentas, difíciles, aleatorias y, a menudo, conducidas con bastante mala fe. ¿Qué soberano de Italia no se regocija, en el fondo de su corazón, con las dificultades de su vecino? Las extradiciones eran rarísimas, salvo por

la vía del canje. Cuando Marcantonio Colonna, virrey de Sicilia, obtiene de Cosme la liberación de un bandolero de mucha cuenta (Rizzo di Saponara, quien durante 25 años merodeó por Nápoles y Sicilia) se le entrega en canje un caballero de la casa Martelli, acusado de haber conspirado contra el gran duque; el bandido iba a ser envenenado por el camino, pero al cabo llegó a Palermo, escoltado por dos galeras.

Ordinariamente, cada Estado tiene que organizar por sí mismo su policía, lo cual no es fácil. La tarea es cuento de nunca acabar en las grandes patrias del bandolerismo. En 1578, el duque de Mondéjar, virrey de Nápoles, emprendió una nueva operación contra los *fuorisciti* de Calabria. A su llegada al reino le habían puesto al corriente de los crímenes perpetrados, las tierras saqueadas, las rutas cortadas, los viajeros asesinados, las iglesias profanadas, los incendios, la gente capturada y rescatada, sin contar "[…] otros muchos graves y enormes y atroces delitos[…]" Las medidas empleadas contra los bandoleros por el cardenal Granvella habían resultado ineficaces y, según escribía el virrey: "mas se havian aumentado el numero de los dichos foraxidos y multiplicadose los delitos y crecido su poder y insolencia tanto que en ninguna parte del Reyno podía caminarse sin mucho riesgo y peligro". ¿Dónde podía atacárseles mejor que en Calabria, en las dos provincias de Calabria, la interior y la exterior? (Si nuestros documentos son exactos, 10 años antes las quejas se habrían concentrado más bien sobre los Abruzos.) En Calabria, si nuestros documentos son exactos,**[266]** pululaban los fuera de la ley, favorecidos por las circunstancias y por la naturaleza del terreno. Sus crímenes eran más numerosos y más atroces que en otras partes; su audacia era ilimitada, a tal punto que, cierta vez, "[…] llegó su insolencia a términos que entraron en medio del día en la ciudad de Rigoles con artilleria y bastiron una casa y la tomaron por fuerça y mataron los questavan dentro en ella, sin que el governador de la dicha ciudad que se hallo en ella fuese parte para estorvarselo, por no obedescelle ni acudille los vezinos de la dicha ciudad". Pero una operación contra Calabria no era cosa de poca monta. Mondéjar pudo convencerse de ello a sus expensas. Después del incidente de Reggio, cuya fecha exacta desconozco, los esfuerzos del gobernador de la ciudad, reforzados para este fin por un juez comisario, sólo sirvieron para recrudecer el poder y la actividad de los bandoleros. El mismo resultado tuvieron los esfuerzos desplegados después contra el bandidaje por el conde Briatico, al ser nombrado gobernador provisional de las dos provincias calabresas: las medidas represivas exasperaron todavía más a los bandidos. Asaltaban los castillos, entraban a pleno día en las grandes ciudades, atrevíanse a "matar

dentro de las iglesias a sus enemigos y llevar otros presos y rescatallos". Sus fechorías sembraban el terror; "tallar y debastar las heredades y matar los ganados de los que hazian resistencia o yvan en su persecución por orden y mandado de los governadores que no osaban hazello". En resumen, "tenían de todo punto perdido el respecto temor y obediencia a la justicia". Como conclusión del informe del que tomamos estas citas, el virrey señala que se ha organizado contra los bandidos una expedición militar al mando de su hijo don Pedro de Mendoza, maestre de campo de la infantería del reino. Don Pedro demoró la acción cuanto le fue posible, para evitar a las provincias los estragos que siempre causa la gente de guerra, por muy disciplinadas que ellas sean. Temíase, sin embargo, que el retraso pudiera ser culpable de que, al llegar la primavera, fuera necesario reunir todo un ejército para dar la batida a los bandoleros, cuando, por el momento, podría bastar con un pequeño cuerpo expedicionario.[267]

Formaban este cuerpo expedicionario nueve compañías de españoles[268] (destinadas a acampar en las poblaciones de las que se sospechaba que estaban ayudando a los "foragidos") y tres escuadrones de caballería ligera; tres fragatas operarían, al mismo tiempo, en la costa. Fueron bloqueadas, por mar y tierra, las tres provincias sospechosas. Como de costumbre, se pregonaron las cabezas de los jefes de los bandidos, a razón de 200 ducados cada una; por los demás, se ofrecían 30 ducados. Por fin, Pedro salió de Nápoles el 8 de enero, y el 9 de abril el virrey anunció que su misión había sido coronada por el éxito.[269] Se remitieron a Nápoles, ya en febrero, 17 cabezas de bandoleros, que fueron clavadas a las puertas de la ciudad, para satisfacción —así se dijo— de unos y escarmiento de otros.[270] Fueron hechos cierto número de prisioneros, que don Pedro, al regresar a Nápoles, entregó a la justicia.

Pero la operación ¿había sido, en realidad, un éxito tan grande como lo declaran las palabras oficiales y paternales del virrey? De hecho, esta región de Calabria, poblada en exceso, desgraciada, más productora de bandidos que de seda, siguió llevando casi la misma vida de antes. La operación punitiva, organizada con pequeños efectivos y que sólo duró los tres meses del invierno, no pudo haber sido muy eficaz. Un agente veneciano[271] señalaba, en 1580, que todo el reino estaba infestado de bandidos y que los salteadores de caminos eran los dueños de la Apulia y, sobre todo, de la Calabria. La dificultad estribaba en que, por querer sortear estas peligrosas rutas, se exponían a caer en manos de los bandoleros del mar, porque los corsarios

infestaban por aquel entonces las costas hasta las playas romanas del Adriático.

Como 20 años más tarde, la situación, lejos de haber mejorado, era todavía peor.[272] Los bandoleros llegaban en sus incursiones hasta el puerto de Nápoles. Las autoridades prefirieron entenderse con los bandidos o emplear la astucia, a luchar contra ellos. La numerosa banda de Angelo Ferro, célebre salteador, que tenía aterrorizada la tierra de labor, fue enviada a Flandes para combatir bajo las banderas españolas. Se procuraba enfrentar unas bandas contra otras; la de Sessa, por ejemplo, devoró a otra, rival suya. El ejército aceptaba en sus filas a los *fuorisciti,* a condición de que ayudaran al gobierno a luchar contra sus émulos. Por último, se recurría al método de los alojados. Como los bandoleros mantenían siempre relaciones con una aldea, en la que tenían sus parientes y sus centros de avituallamiento, se comenzaba por sugerir a dichos parientes que "procuraran el remedio", es decir, que entregaran a su familiar bandido. Si se negaban, venía a alojarse en la aldea, a discreción, una compañía de españoles y los soldados instalábanse de preferencia en las casas de los parientes de los bandoleros y las de los vecinos más acomodados. Éstos, por la cuenta que les traía, se las arreglaban con aquéllos para encontrar el remedio. Y, como eran ricos e influyentes, por lo general se conseguía que los parientes entregaran al culpable o encontraran el modo de hacerlo salir del reino. Las autoridades exigían una indemnización por los daños ocasionados por el malhechor y otros gastos. Logrado esto, se retiraba la compañía y volvía a reinar el orden. Por lo menos así lo asegura el optimista informe en que se exponen estos métodos, como un ejemplo del arte de gobernar de los napolitanos.

En realidad, no había en ello nada nuevo. Eran, por el contrario, métodos viejos y archisabidos. Un documento veneciano nos indica que se habían empleado ya en Candía en 1555:[273] se otorgaba el perdón a todo bandido (había entonces unos 200 en aquella isla, según los informes) que diera muerte a alguno de sus compañeros… Sixto V recurrió a métodos parecidos a éstos con motivo de su gran tentativa de 1585 contra los bandidos romanos. Era un modo de deshacer las bandas desde dentro. Perdones y recompensas *fanno il loro frutto,* observa un agente de los Gonzaga en Roma.[274] Génova perdonaba a todos los bandidos de Córcega (salvo algunos autores de crímenes excepcionalmente atroces) que se enrolaban en sus tropas. La solución tenía sus ventajas: desembarazaba a la inquieta isla de malhechores, y los indultados dejaban de ser, por el momento, enemigos de Génova para pasar a su servicio.[275] Y lo mismo hicieron los turcos en Anatolia.[276]

No debemos, sin embargo, exagerar los éxitos de estos procedimientos, que dan la medida de lo débiles que eran los gobiernos, más bien que la de su astucia, y que no podían ser nunca radicales. En realidad, ni la mano dura, ni las astucias policiacas, ni el dinero, ni la decisión y la tenacidad apasionadas de un Sixto V, que se lanza a la lucha con ardor de campesino, consiguen acabar con este enemigo dinámico e inaprehensible que, por otra parte, dispone no pocas veces de apoyos muy poderosos.

El bandolerismo y los señores

Detrás de la piratería marina estaban las ciudades, los Estados urbanos. Detrás de esta piratería terrestre, que es el bandolerismo, se descubre, apuntalando la aventura múltiple de los hombres, otra ayuda, la de los señores. Conviene subrayar con toda fuerza este trazo característico, que explica muchas cosas. Un auténtico señor dirige a menudo, desde lejos o de cerca, las acciones de los bandidos. He ahí, por ejemplo, al conde Ottavio Avogadro, a quien una correspondencia francesa, de Venecia, presenta operando al frente de su banda contra los venecianos, en junio de 1583:**[277]** "El conde Ottavio, Sire, siempre haciendo de las suyas en Sanguene, a donde después de lo que escribí a Vuestra Majestad, volvió dos veces, habiendo quemado varias casas en el Veronesado". Los venecianos lo persiguen, logran que Ferrara y Mantua, donde de ordinario se refugia el conde, le nieguen asilo.**[278]** No consiguen, sin embargo, apoderarse de él; dos años más tarde lo encontramos en la corte de Fernando de Tirol.**[279]** Otro ejemplo: entre los bandoleros que asolaban el Estado pontificio (lugar de cita de ladrones y asesinos del norte y del sur de Italia, sin contar los del país, que eran legión) uno de los más sanguinarios, en la época de Gregorio XIII, era el duque de Montemarciano, Alfonso Piccolomini, de quien ya hemos hablado antes.**[280]** El gran duque de Toscana lo salvó *in extremis*, después de haber estado manipulando durante mucho tiempo, bajo cuerda, al aristócrata salteador. Salvado de la horca en el último momento, pasó a Francia; se encontró, entonces, allí con la verdadera guerra, y no con una guerra de guerrillas: la guerra no le gustó al capitán de los *masnadieri*, el cual, haciéndose eco de promesas e invitaciones, regresó a Italia, esta vez a Toscana, donde se echó de nuevo al campo, sin piedad y sin prudencia, en contra del gran duque. Operaba desde las montañas de Pistoia, lejos de fortalezas y de guarniciones, y se dedicaba a *sollevare i popoli*, y a hacer *delle scorrerie*, con gran éxito, tanto más cuanto que en aquel año de 1590 escaseaba en esta región el trigo y

la miseria *potea più facilmente indurre gli uomini a tentare di variar condizione*. Palabras sorprendentes por su clarividencia.[281] Con la llegada al corazón del país toscano de ese avezado conductor de hombres, todo podía temerse, tanto más cuanto que estaba en relaciones con los presidios españoles y con todos los enemigos de la *casa de los Médicis*. Si hubiera avanzado sobre Siena y su marisma, se habría creado una bonita situación. Pero estas bandas no saben hacer una guerra organizada, no se atreven a atacar a las plazas-clave, se repliegan ante los gendarmes de Toscana y de Roma, y, por último, el príncipe gana la partida: el 16 de marzo de 1591, Piccolomini es ejecutado en Florencia.[282] Así acababa esta curiosa guerra intestina, seguida con interés desde fuera, pues los hilos de estas aventuras van a parar, generalmente, a manos extranjeras, unas veces a El Escorial y otras a Lesdiguières, en el delfinado.[283]

Son, como se ve, grandes ejemplos, que afectan la gran política. Otros casos más simples convendrían más a nuestro estudio. Pero son los menos fáciles de ver. Existían, sin embargo, vínculos innegables entre la nobleza catalana y el bandolerismo de los Pirineos, entre la nobleza napolitana o siciliana[284] y el bandidaje del sur de Italia, entre los *signori* y los *signoretti* del Estado pontificio y los salteadores romanos. La nobleza representa su papel en todas partes, sea política o socialmente. El dinero es la clave: con frecuencia la aristocracia está, económicamente hablando, enferma. Los gentileshombres pobres, arruinados unos, segundones de familias sin fortuna, otros, son con mucha frecuencia los cuadros directivos de esta guerra social larvada que renace sin cesar, "semejante a las cabezas de la hidra".[285] No les queda más remedio que vivir sobre la marcha, recurriendo a toda clase de expedientes y rapiñas; no les queda otro remedio que (como dice La Noue de la Francia de entonces, donde el espectáculo es idéntico) lanzarse "a la desesperada".[286] También en tiempos muy posteriores se podrá ver en movimiento con bastante frecuencia el mismo mecanismo social. Los señores que en el siglo XVIII perturban la paz en el Imperio turco, los *Krdzalsen* de Bulgaria, son demasiado numerosos para pertenecer todos a la nobleza diplomada.[287] A comienzos del siglo XIX, los bandidos del Brasil eran, generalmente, braceros y peones, los *cabras* de los grandes terratenientes, más o menos maltratados por los tiempos nuevos y que tenían que defenderse.[288]

Pero guardémonos de simplificar en exceso: múltiple y polivalente, el bandolerismo, al servicio de ciertos nobles, va también dirigido contra otros. Así lo revela una noticia acerca de las hazañas, en la Lombardía, de un tal

Alexio Bertholoti, “famoso bandido y rebelde del marqués de Castellón”. El 17 de agosto de 1597, capitaneando a más de 200 hombres, escala los muros del castillo de Solferino y secuestra a la madre del marqués y al hijo de éste, muchacho de unos 13 años. Conduce a sus prisioneros al pueblo y trata de hacerse franquear las puertas del castillo valiéndose de la vieja marquesa, su cautiva, con la esperanza de apoderarse del marqués en persona. No lo logra o la marquesa se niega a plegarse a sus exigencias, y él la apuñala ferozmente y mata al muchacho. Después de lo cual se entregó al pillaje e “hizo otras crueldades de bárbaro”, según el informe del gobernador de Milán.[289] Es evidente que el bandidismo nace de más orígenes que el de la crisis de una cierta nobleza: es campesino y popular. Marea social —“inundación”, lo llama un historiador del siglo XVII—,[290] que remueve y agita las aguas más diversas. Reivindicación política y social (aunque no religiosa)[291] que es, a la vez, aristocrática y popular (los reyes de las montañas, los del campo romano o los de la campiña napolitana son, por lo general, campesinos y gente humilde). Es una rebelión latente, hija de la miseria y de la superpoblación, el resurgir de viejas tradiciones; pero es, también, con frecuencia, bandolerismo puro, la aventura feroz del hombre contra el hombre. Pero no hay que creer que fuera exclusivamente esto último, y dar crédito sin reservas a lo que afirman los poderosos y los ricos, que tiemblan por sus bienes, sus puestos o sus vidas. Sin embargo, y después de descontar todo lo que pueda haber de exageración, no es posible olvidar tantas ferocidades y fechorías, relatadas con insistencia por la gente de la época.

Cierto es que la vida del hombre, en el siglo XVI, vale muy poco. Juzguemos de ello, para poner un solo ejemplo, la vida de Alonso de Contreras, contada por él mismo, que es la novela picaresca más bella que se conoce, por haber sido vivida, y por la que vemos desfilar una buena decena de asesinatos. La de Benvenuto Cellini, de haber ocurrido en nuestros días, lo habría llevado al presidio y al cadalso… Con estos ejemplos ante nuestros ojos, podemos imaginarnos cuáles serían los escrúpulos de quienes se habían hecho una profesión del arte de matar. ¿Y qué decir de las reflexiones atribuidas a Carlos V, con ocasión del sitio de Metz, por Ambrosio Paré, médico de los sitiados? El emperador preguntó qué personas estaban muriendo, si eran caballeros y personas de nota; se le contestó que eran pobres soldados. Respondió entonces que no tenía importancia que muriesen, y los comparó con las orugas, saltamontes y abejorros que se comen los brotes y otros frutos de la tierra, y que, si hubieran sido gente de bien, no estaría en su campo por seis *livres* al mes.[292]

Sea de ello lo que quiera, todo parece indicar que, a fines del siglo XVI, se acusa una sensible agravación del bandolerismo. Los bandidos se paseaban a sus anchas de una punta a otra de Italia, mosaico de Estados: perseguidos en unos lugares, se refugiaban en otros y reaparecían más allá, reforzados por las conexiones de este inmenso *maquis*, aunque debilitados, a su vez, por sus inextinguibles odios. Mecatti, este buen historiador del siglo XVIII, nos cuenta hasta qué punto, hacia 1590, estaba afligida Italia por aquellas bandas de salteadores que, para ventilar sus querellas, se cubrían muchas veces con la máscara mentirosa de los güelfos y los gibelinos.[293] Y como inmutable telón de fondo de todos estos hechos, el hambre. Algunas de las bandas que bajan de la montaña no son otra cosa que *rezzous*, muy parecidas a las que, no hace mucho tiempo, se descolgaban de las montañas insumisas de Marruecos sobre las planicies ricas en trigo y en ganado. Eso es lo que da a la Italia de las postrimerías de siglo un clima humano tan curioso. El hambre castiga a regiones enteras.[294] El bandolerismo brota en todas partes: desde Sicilia hasta los Alpes y del Tirreno al Adriático, largas series de robos, incendios, secuestros, asesinatos y atrocidades análogas a las de la piratería marítima. El horror y la desolación son generales. El economista napolitano Antonio Serra reconoce, en 1613, que hay en Nápoles más crímenes, robos y asesinatos que en ninguna otra región de Italia.[295] Pero otro tanto sucede en Sicilia y, sobre todo, en el Estado pontificio, donde, durante los interregnos, se recrudece el bandolerismo.[296] Los confines de Nápoles y de las tierras romanas le brindan campos privilegiados de acción.[297] Toda una turba heterogénea se lanza a la aventura: asesinos de profesión, campesinos, nobles, curas que cuelgan los hábitos y empuñan el trabuco, frailes que se rebelan contra las órdenes de la Santa Sede… Podemos imaginarnos lo que era esa turba, sin gran miedo a equivocarnos, por las cadenas de galeotes que el Estado pontificio entregó durante mucho tiempo a Juan Andrea Doria y de las que algunas veces poseemos las listas. También el número de bandidos en Córcega y Cerdeña era considerable al finalizar el siglo. Obra suya son las dificultades de la Toscana durante el reinado de Francesco (1574-1587).[298] En los años 1592 y 1593, Italia tratará de desembarazarse de estos enojosos personajes por medio de un indulto en masa, a condición de que pasaran a la Dalmacia y entraran al servicio de Venecia.[299]

Por lo demás, no es Italia la única que lucha contra este azote. En el norte de África, donde nunca faltaron los salteadores de caminos, los viajeros

prudentes (los mercaderes de Constantina, por ejemplo) se trasladaban de un sitio a otro en grupos; los más listos, nos dice Haedo, se hacían acompañar por marabúes.[300] En Turquía pululaban los ladrones y los bandoleros. En el siglo XVII, según Tavernier,[301] "toda Turquía está llena de salteadores que andan en grandes bandas y acechan a los mercaderes en los caminos". Ya desde el siglo XVI, los mercaderes ambulantes que comerciaban en Moldavia y en Valaquia formaban, para protegerse, largos convoyes de vehículos y acampaban en grupos cuyas grandes hogueras se vislumbraban desde lejos.[302] Como vemos, el comerciante, rodeado de sus fardos de mercancías, corría en tierra tantos peligros como los barcos redondos en el mar…

Pero ningún país nos brindaría una imagen mejor del auge del bandolerismo durante los últimos años del siglo XVI y los primeros del XVII que España; esta España que, después de morir el viejo rey en El Escorial, alcanzará, a pesar de todo, aquel asombroso apogeo del lujo y las fiestas, el arte y la cultura que fue el Siglo de Oro, a la que sirve de marco Madrid, la nueva ciudad que crece a ojos vistas, el Madrid de Velázquez y de Lope de Vega, la doble ciudad de los ricos riquísimos y de los pobres miserables, con sus mendigos durmiendo en los rincones de las plazas arrebujados en sus andrajosas capas, mientras los señores embozados van en busca de galantes aventuras; con sus "serenos", velando a la puerta de las ricas mansiones, mundo inquietante de rufianes, de capitanes, de criados famélicos, de jugadores tramposos y de mozas de partido, siempre dispuestas a cazar y desplumar a su presa, de estudiantes tocadores de guitarra que han olvidado el camino de la universidad, mundo revuelto y abigarrado que se nutre de España entera y que invaden todas las mañanas los campesinos y campesinas de la comarca circundante que vienen a vender el pan. Durante la mayor parte del reinado del Rey Prudente, el país, fuera de la seria conmoción de Granada y de los ataques ingleses a los puertos, había gozado de relativa calma y de una tranquilidad muchas veces envidia del extranjero. Los bandoleros sólo campaban por sus respetos, en crecido número, allá por los Pirineos orientales, en connivencia con la pequeña nobleza catalana y con la vecina Francia. Pero, al llegar los últimos años del reinado, el bandolerismo se generaliza en toda la Península. Aparecen bandidos en el camino de Badajoz, a la sombra, sin duda, de la campaña contra Portugal[303] en 1580. En Valencia estallan las grandes y violentas disputas, en las que luchan hasta la muerte, unas con otras, las grandes familias señoriales. En 1577 el peligro llega a ser tan grave, que hace necesaria una nueva "real pragmática".[304]

Pero tampoco en España, igual que en otras partes, daban resultados los remedios. Tan poco eficaces son, que hay que aplicarlos una y otra vez. En 1599, 1603 y 1605,[305] se emiten nuevas pragmáticas contra los *bandolers de les villes* del reino *que van divagant per le present regne amb armes prohibides perturbant la quietud de aquell*. El problema de los "malhechores"[306] está a la orden del día, pocos días antes de la gran expulsión de los moriscos en 1609-1614, que tantas magníficas ocasiones de actuar les va a ofrecer.[307] La corrupción de los pequeños funcionarios será otro factor y los veremos con frecuencia en connivencia con los malandrines. [308]

Los esclavos

Hay, por último, una característica que singulariza estas sociedades del Mediterráneo: pese a su pretensión de modernidad, seguirán siendo, tanto en Occidente como en Oriente, esclavistas. Es el signo de una curiosa fidelidad al pasado y quizá también de un relativo grado de riqueza, pues los esclavos resultan caros, comportan responsabilidades y hacen la competencia a los pobres y a los miserables, incluso en la propia Estambul. Será la escasez de mano de obra y el rendimiento de las minas y plantaciones de caña de azúcar lo que permitirá ese amplio y traumático paso hacia atrás que es la esclavitud, a la antigua, en el Nuevo Mundo. En cualquier caso, la esclavitud, prácticamente desaparecida de la Europa del Norte y de Francia, sobrevive en el Occidente mediterráneo,[309] en Italia, en España, bajo la forma de una esclavitud doméstica bastante arraigada. Las ordenanzas del Consulado de Burgos fijan, en 1572, las condiciones para hacer el seguro de los esclavos negros que se han de transportar al Nuevo Mundo, y también las de aquellos destinados a Portugal y *a estos Reynos*, es decir, a España.[310] Guzmán, un héroe de la picaresca al servicio de una dama cuyo marido está en las Indias, se enamora locamente, para su vergüenza y deshonra, de una esclava blanca perteneciente a dicha señora, "una esclava blanca que yo mucho tiempo creí ser libre".[311] Hacia 1555, en Valladolid, entonces capital de Castilla, los esclavos sirven las mesas de las grandes casas, y están "bien comidos con lo que sobra en las cocinas" y es frecuente que obtengan la libertad por decisión testamentaria de los amos.[312] En 1539, en el Rosellón, se descubre a un turco robando, quien no tiene amo alguno: se le prende y se le vende como esclavo a un notario.[313] En Italia hay una serie de actas que indican la supervivencia de la esclavitud doméstica, principalmente en el Mezzogiorno,

pero también en otras partes. En Nápoles los documentos notariales[314] especifican ventas de esclavos (de ordinario a 35 ducados la *pieza* durante la primera mitad del siglo XVI); referencias similares las encontramos en los registros de los originales notariales de Venecia,[315] y también en la correspondencia de los Gonzaga, que compraban niños negros,[316] presumiblemente para la diversión de su corte. En Liorna las *portate* mencionan, de vez en cuando, la llegada de unos cuantos esclavos negros a bordo de un navío.[317]

Este ininterrumpido comercio sólo se ejerce a gran escala con motivo de acontecimientos excepcionales; por ejemplo, la conquista de Trípoli, en 1510, [318] amontona tantos esclavos en el mercado siciliano que no queda más solución que venderlos muy baratos; el precio por unidad oscila entre los tres y los 25 ducados, y las galeras de Occidente renuevan, de golpe, sus remeros. En 1549, el gran duque de Toscana —y no será éste el único— envía un agente a Segna para comprar esclavos turcos o *morlachi*.[319] La esclavitud es una realidad de esta sociedad mediterránea, dura con los pobres a pesar del gran movimiento de piedad y caridad religiosas que aumentará a finales de siglo. En todo caso, no es en modo alguno exclusiva del Atlántico y del Nuevo Mundo.

Conclusiones posibles

Así, pues, un lento y poderoso proceso en profundidad agita y transforma poco a poco las sociedades del Mediterráneo en los años de 1550 y 1600. Fue una metamorfosis lenta y dolorosa. El malestar es creciente y general, y, si no llega a traducirse en revueltas y brutales reacciones, no es menos cierto que va modificando profundamente el paisaje social. Se trata, innegablemente, de un drama de carácter social. Todas las dudas a este respecto se desvanecen después de la lectura del tan preciso estudio de Jean Delumeau sobre Roma y la Campagna romana en el siglo XVI, trabajo que tiene el mérito de utilizar los abundantes *avvisi* de los *articulistas*, los *fogliottanti* de la Ciudad Eterna. Constituyen una evidencia que confirma ampliamente lo que ya hemos dicho.

Todo tiende a irse polarizando poco a poco: de una parte, una nobleza rica, vigorosamente rehecha en torno de familias poderosas y combativas, apoyadas en enormes bienes inmuebles; de otra parte, una masa de pobres cada vez más numerosos y más miserables, orugas o saltamontes, verdaderas nubes de insectos humanos. Una inmensa grieta parte en dos las sociedades humanas, abriendo en ellas un profundo abismo que ya nada podrá cerrar, ni

siquiera la poderosa caridad católica de fines de siglo. En Inglaterra, en Francia, en Italia, en España, en el islam, se halla todo movido por este drama, que viene manifestándose de largo tiempo atrás y cuyas llagas incurables se abren a los ojos de todos en el siglo XVII. El mal lo invade todo, progresivamente: los Estados, las sociedades, las civilizaciones. Esta crisis tiñe de sus colores contradictorios la vida de los hombres. Los ricos se encanallan y tienden a mezclarse y confundirse, aunque parezca paradójico, con la chusma, a la que desprecian, y es que las dos márgenes del río de la vida no están, en esta época, tan distantes la una de la otra: de un lado, las casas nobles, abarrotadas de criados; del otro, la "picardía", el mundo del mercado negro, del robo, de la licencia y la aventura, pero, sobre todo, de la miseria. Lo mismo que la más pura y exaltada pasión religiosa coexiste y se da el brazo, en España, con la más asombrosa bajeza y el salvajismo más cruel. Son las sorprendentes y maravillosas contradicciones del "Barroco", se ha dicho. No del Barroco, sino de la sociedad en que se apoya y que el ropaje del Barroco apenas encubre. Y por todas partes, en el corazón de estas sociedades, angustia y desesperación.

¿Cuál es la razón de todo esto?; ¿es, acaso, que el mar ha fallado, una vez más, en su misión nutricia de distribuidor de bienes, de servicios, de riquezas, y hasta de alegría de vivir?; ¿es, acaso, que hemos llegado al ocaso de la gloria y la prosperidad de los tiempos antiguos, y que los pueblos del mar agotan sus últimas reservas de riqueza?, ¿o es —cansino y monótono interrogante de nuestra investigación— que el mundo entero, incluso el Mediterráneo, se precipita ahora hacia ese pasmoso reflujo de vida que habrá de ser el siglo XVII más pronto o más tarde?; ¿tendrá, puede tener razón, François Simiand,**[320]** cuando afirma esto?

CAPÍTULO VI [II-141]

LAS CIVILIZACIONES

LAS CIVILIZACIONES son los personajes más complejos y contradictorios del mundo mediterráneo. Apenas se les reconoce una característica, cuando se manifiesta, inmediatamente, la contraria. Las civilizaciones son fraternales, liberales, pero son, al mismo tiempo, cerradas, exclusivistas, ásperas; reciben las visitas de las otras y las devuelven. Son pacíficas y son también, al mismo tiempo, guerreras; revelan una fijeza asombrosa, pero son, a la vez, móviles, vagabundas, se agitan por reflujos y torbellinos, presas hasta en el detalle de absurdos movimientos brownianos. Algo así como las dunas, firmemente adheridas a los accidentes ocultos del suelo: sus arenas van y vienen, vuelven y se aglomeran a merced de los vientos; pero la duna permanece siempre en su sitio como una suma inmóvil de innumerables movimientos.

El mérito de los esbozos de Marcel Mauss[1] es, no cabe duda, el haber devuelto a las civilizaciones sus cualidades de movimiento, de luz activa. Lo que tal vez no subraye con bastante fuerza este autor son sus características de permanencia. Lo que cambia, lo que se mueve en la vida de las civilizaciones, ¿es acaso lo mejor y no es la totalidad de esa vida misma? Indudablemente, no. Y de nuevo nos encontramos con el diálogo entre estructura y coyuntura, entre instante y duración, que, a veces, puede ser a muy largo término.

Ni por la fuerza brutal, consciente o no de sus actos; ni por la fuerza indolente que se abandona al azar y a la benevolencia de la historia; ni por la enseñanza más generosamente repartida y más vorazmente engullida, una civilización no llega nunca a hacer mella sensiblemente en los dominios de la otra. En lo tocante a lo esencial, las suertes están siempre adjudicadas de antemano. Si África del Norte ha *traicionado* a Occidente, no ha sido en marzo de 1962,[2] sino mucho antes, a mediados del siglo VIII[3] y es muy posible, incluso, que la traición se remonte a una fecha anterior al nacimiento de Cristo: la fundación de Cartago, ciudad del Oriente.

I. MOVILIDAD Y ESTABILIDAD DE LAS CIVILIZACIONES

Movimiento e inmovilidad se complementan y explican uno a otro. No se corre riesgo alguno al abordar por uno u otro camino las civilizaciones del Mediterráneo, incluso si comenzamos por lo que a primera vista se puede considerar su aspecto menos significativo: la miscelánea de eventos triviales y cotidianos que, como una nube de polvo, se levantan de toda civilización viviente.

La lección de los hechos

Estos hechos aparentemente triviales[4] nos descubren más cosas que cualquier descripción formal de la vida del hombre mediterráneo, vida tornadiza, empujada en todas direcciones por los vientos de la aventura. El patrón de un barco ragusino que navega por las aguas de un paraje cualquiera del Mediterráneo, en 1598, recibe las confidencias de un pasajero de su barco, un genovés de Santa Margarita, fideicomisario de un vecino de Ragusa, que ha muerto rico en el Potosí, dejándoles encargados de buscar a sus herederos en Mezzo, el islote que emerge frente a la costa ragusina, semillero de marinos y de capitanes de alta mar. Y sucede lo inverosímil: hechas las averiguaciones, aparecen los herederos.[5] Sabemos menos sobre otro ragusino, un tal Blas Francisco Conich, también él establecido en el Perú, y por quien se interesa Venecia debido a que posee —estamos a finales del año 1611—[6] la mitad de una nave, la *Santa María del Rosario e quatr'occhi*, de la que la señoría se ha apoderado en un acto de represalia. Otro hecho menudo: en Ragusa se practican las diligencias para comprobar una defunción. El muerto, capitán de una nave, había desaparecido en una de las armadas lanzadas por Felipe II contra Inglaterra, en 1596. En el legajo aparece una carta que el marino desaparecido escribió a su mujer antes de emprender el gran viaje. Está fechada en Lisboa el 15 de octubre, y es un verdadero testamento; encontramos en ella esta frase: "Hoy partimos para Irlanda. Dios sabe quién regresará…"[7] Él, desde luego, no regresó. Otro incidente, esta vez en Génova: el 8 de junio de 1601, el capitán *Pompeus Vassalus quondam Jacobi*, cuyo nombre latiniza el escribano, según el rito, testifica ante el magnífico *Magistrato del Riscatto dei Schiavi* de Génova con motivo de la presunta muerte de Matteo Forte de Portofino. "Estando en Egipto el año pasado [dice el testigo], del mes de mayo al 11 de septiembre,

inquirí en el dicho lugar a diversas personas sobre si Matteo Forte, antiguo esclavo en las galeras del baile de Alejandría, vivía… pues el dicho Matteo posee cerca de la mía una casa, que yo quería comprar." Pero "todas las personas que lo conocían me dijeron que había muerto hacía varios meses, y que había allí esclavos de Rapallo que lo habían conocido".[8]

Comparada con éstas, la aventura de un genovés de Bogiascho, Gieronimo Campodimeglio, cautivo en Argel, es una menudencia casi trivial. El cautivo tiene 50 años en 1598, y no se precisa la fecha en que fue capturado, ni el nombre de su antiguo patrono en Argel, quien, al morir, le dejó su tienda. De vez en cuando, se le veía por las calles "vestido de turcho"; alguien afirma que se ha casado con una musulmana. "Creo que ha renegado y que ya no regresará":[9] conclusión de una historia banal y más frecuente de lo que se cree. Al decir de una persona de la época,[10] los cristianos se pasaban a los turcos y al Islam por cientos de miles. Las grandes civilizaciones —o los gobiernos fuertes— ofrecen resistencia, luchan, rescatan a sus hijos perdidos; los individuos, a veces, son más acomodaticios. Los legajos del siglo XVI referentes a los renegados formarían volúmenes enteros. Poco a poco, más tarde, fue elaborándose un estatuto contra ellos. En el siglo XVI no se les aplica todavía la muerte civil. Aunque abjurasen. Así, vemos que un renegado de Túnez dispuso de su herencia a favor de un hermano suyo, que vivía en Siracusa.[11] Se puede ver incluso, en 1568, a un tal fray Luis de Sandoval[12] tomar la iniciativa de una gran operación de redención que propone a los príncipes cristianos del Mediterráneo: se brindará el perdón a estos extraviados, y así se podrá poner fin a los innumerables males que están inflingiendo a la cristiandad. Mientras tanto, todo renegado podía volver sin peligro, como lo hizo Gabriel Zucato, un veneciano que había sido capturado y hecho esclavo, en 1572, por los conquistadores de Chipre y que se presenta en Venecia 35 años después, en 1607; reingresa, a continuación, en la *sanctissima fede*, y pide un puesto de corredor *(sansaro)*, petición que es favorablemente atendida por los *Cinque Savii*, vista su miseria y su conocimiento del griego, árabe y turco, "que incluso los sabe escribir". No se tiene en cuenta que *si feci turco*, es decir, que, en un determinado momento había renegado de su fe.[13]

En todo caso, las dos grandes civilizaciones mediterráneas, hostiles y vecinas, no cesan de confraternizar, de acuerdo con las circunstancias y los contactos imprevistos.

A raíz del frustrado ataque de los argelinos contra Gibraltar, en 1540, 80 cristianos caen, a pesar de todo, en manos de los corsarios. Pasado el susto, se

entablan las conversaciones, como es de rigor en tales casos. Se concierta una especie de armisticio, y se inician las negociaciones. ¿Qué vemos, entonces? Los navíos argelinos entran en el puerto, sus tripulantes bajan a tierra, se pasean por las calles, saludan a sus conocidos, viejos cautivos o viejos patrones, y después se van a comer a los bodegones de la ciudad. Mientras tanto, la población civil ayuda a transportar los toneles de agua dulce para el aprovisionamiento de la flota.[14] Intercambio de cortesías, familiaridad, casi diríamos "confraternización", como en los tiempos de las trincheras… No; entre las dos religiones enemigas no se alza una muralla infranqueable, por más que algunos se empeñen en creerlo. Los hombres van y vienen, indiferentes no pocas veces a las fronteras y a los credos. Mandan las necesidades de la navegación y del comercio, los azares del corso y de la guerra, las connivencias, la traición de las circunstancias, y el hecho de que el Mediterráneo agite y mezcle sin cesar los elementos móviles de sus pueblos. Y esto da origen a múltiples aventuras, como la de aquel Melek Jasa, ragusino que se pasa al Islam y a quien encontramos en la India, a comienzos del siglo XVI, encargado (desde un puesto que ocupará durante años) de defender Diu contra los portugueses.[15] O la de los tres españoles que, en 1581, se apoderan en Derbent, en el mar Caspio, del pequeño navío inglés fletado cada dos o tres años por la *Moscovia Companie,* y que venía de Astrakán. Los tres españoles eran, sin duda, tres renegados, puesto que habían desertado del ejército turco y habían caído prisioneros en La Goleta siete años antes.[16] ¿Quién no soñaría un instante con esta aventura? O con esta otra, rigurosamente simétrica: en 1586, el barco inglés *Hércules* devolvió a Turquía 20 turcos a quienes Drake había libertado en las Indias Occidentales; el detalle aparece indicado de pasada en una incidencia del relato de viaje del citado velero a las costas de Levante.[17]

Aventuras de la misma especie ocurren a comienzos del siglo XVII. En 1608 está encerrado en el castillo de S. Julião da Barra, en Lisboa, un tal Francisco Julião, que había recibido el bautismo y que mandaba las galeras turcas al lago de Malindi en el momento de ser capturado.[18] Más adelante, en 1611, se capturaba, entre personas de la armada turca mandada por el gran visir Murad Pachá, tres franceses y un alemán, llegados allí Dios sabe cómo (seguramente, por Constantinopla), además de un griego originario de Chipre; el vencedor les perdonó a todos la vida, y, más tarde, fueron recogidos por los padres capuchinos de Ispahan.[19]

Un último ejemplo: hacia finales del siglo XVII hay un aventurero griego, Constantin Phaulkon, natural de Cefalonia, que afirma ser hijo de un noble

veneciano, y que acaba convirtiéndose en el favorito del rey de Siam: “todo debía pasar por sus manos”.[20]

Cómo viajan los bienes culturales

Viajes de hombres; pero con ellos viajaban también sus bienes, los bienes culturales, los de uso diario y los más inesperados. No cesan de desplazarse, acompañando al hombre. Traídos aquí por los unos este año, son recogidos por los otros al año siguiente o pasado un siglo, y los vemos incesantemente transportados, abandonados y recuperados, a veces hasta por manos ignorantes. Las primeras imprentas transportadas a los países del Danubio para la reproducción de libros piadosos ortodoxos fueron llevadas allí a comienzos del siglo XVI por buhoneros montenegrinos de Venecia o de las posesiones venecianas.[21] Los judíos expulsados de España en 1492 comprendieron inmediatamente los beneficios que podía reportarles organizar en Salónica y en Constantinopla el comercio de todo lo que allí faltaba: abrieron tiendas de quincallería,[22] instalaron las primeras imprentas de caracteres latinos, griegos y hebraicos (las primeras imprentas de caracteres árabes no se fundaron hasta el siglo XVIII),[23] instalaron telares de lana[24] y de brocados y construyeron también, según se dice, las primeras cureñas movibles,[25] que dotaron al ejército de Solimán el Magnífico de su eficaz artillería de campaña, una de las razones de su éxito. Los judíos tomaron de modelo para ello, al parecer, la artillería de Carlos VIII en Italia (1494)…[26]

Pero la mayor parte de las transferencias culturales lleváronse a cabo sin que conozcamos los vehículos. Éstos, en el Mediterráneo, son tan numerosos, unos más rápidos y otros lentos, y proceden en direcciones tan distintas, que no siempre es posible localizarlos en esta inmensa estación de mercancías donde nada permanece en su sitio. Reconocemos un equipaje y se nos escapan mil; faltan direcciones y etiquetas, y otras veces faltan el contenido o el embalaje… Es relativamente fácil poner las cosas en orden cuando se trata de obras de arte, de las rinconeras de la catedral de Bayeux,[27] de una pintura catalana descubierta en el Sinaí,[28] de un herraje de arte barcelonés identificado en Egipto, o de las curiosas pinturas de inspiración italiana o alemana que se ejecutaban en el siglo XVI en los monasterios del monte Athos. Lo es también cuando se trata de bienes tangibles, como las palabras, sean las del vocabulario o las de la geografía; en estos casos, el control es posible, aunque no siempre absolutamente seguro. Pero, cuando se trata de

ideas, de sentimientos, incluso de técnicas, toda clase de errores son posibles. ¿Podríamos imaginarnos, por ejemplo, el misticismo español del siglo XVI como derivado del sufismo musulmán, a través de hipotéticas influencias o del inquieto pensamiento de Raimundo Lulio?[29] ¿Podríamos decir que la rima, en Occidente, viene de los poetas musulmanes de España?[30] ¿Que las canciones de gesta (lo que es bastante probable, por lo demás) se hallan influidas por el islam? Desconfiemos de quienes creen reconocer sin vacilar los equipajes (por ejemplo, los equipajes árabes de nuestros trovadores)[31] o de quienes, reaccionando contra aquéllos, niegan en bloque todo empréstito de unas civilizaciones a otras, siendo así que, en el Mediterráneo todo se intercambia: hombres y pensamientos, artes de vivir, creencias y maneras de amar…

Lucien Febvre[32] se ha divertido en imaginar la estupefacción de Herodoto si, resucitando, volviera a hacer su periplo, ante la flora que hoy se nos antoja característica de los países del Mediterráneo: naranjos, limoneros, mandarinos, árboles todos traídos del Extremo Oriente por los árabes; cactus oriundos de América; eucaliptus originarios de Australia y que han conquistado todo el espacio enclavado entre Portugal y Siria (como nos dicen los aviadores, que reconocen a Creta por sus bosques de eucaliptus); sin hablarnos de todos esos otros productos de importación: el ciprés, que es persa; el tomate, peruano; el pimiento, de las Guayanas; el maíz, mexicano; el arroz, “esta bendición de los árabes”; el durazno “hijo de las montañas de China, aclimatado luego en el Irán”, y el albaricoque, y la patata, y el higo de Berbería, y el tabaco… La lista sería interminable; habría que dedicar todo un capítulo a las migraciones del algodonero, autóctono en Egipto,[33] de donde salió, para recorrer el mundo por el mar. Cuán útil sería también un estudio detallado sobre la llegada del maíz en el siglo XVI, de este hijo de América en el que Ignacio de Asso, en el XVIII, suponía erradamente que era una planta de doble origen que, según él, llegó al Mediterráneo procedente del Nuevo Mundo, pero que ya en el siglo XII había sido traído por los árabes desde las Indias Orientales.[34] El cafeto se cultivaba en Egipto desde 1550; el café, como tal, llegó al Oriente a mediados del siglo XV: algunas tribus africanas comían los granos tostados. Como bebida, era conocido en Egipto y en Siria ya en aquella época. Dícese que en 1556 fue prohibido su uso en La Meca, por tratarse de una bebida de derviches. El café llegó a Constantinopla hacia 1550. Los venecianos lo introdujeron en Italia en 1580; entre 1640 y 1660 aparece en Inglaterra; en Francia entró por Marsella en 1646, haciendo su aparición en la corte hacia 1670.[35] El tabaco, por su parte, llegó de Santo

Domingo a España a través de Portugal; la “exquisita yerba nicotinada” invadió Francia[36] en 1559, y tal vez ya a partir de 1556, gracias a Thevet. En 1561, Nicot enviaba a Catalina de Médicis, desde Lisboa, polvo de tabaco como remedio para la jaqueca.[37] La preciosa planta no tardó en recorrer, victoriosa, todo el ámbito mediterráneo; hacia 1605 alcanza la India.[38] Fue prohibida con mucha frecuencia en los países musulmanes, pero en 1604, Tavernier vio al mismo sofí fumando su pipa…[39]

Podríamos alargar hasta el infinito la lista de estos hechos menudos, tan amenos. Recordar, por ejemplo, que el plátano del Asia Menor hizo su aparición en Italia en el siglo XVI;[40] que el cultivo del arroz se implanta en el mismo siglo en la región de Niza y a lo largo de las marismas provenzales;[41] que la lechuga, que nosotros llamamos “romana”, fue traída a Francia por un viajero de nombre Rabelais; y que aquel Busbec, cuyas cartas hemos citado con harta frecuencia, fue quien llevó las primeras lilas de Adrianópolis a Viena, donde, con la complicidad del viento, no tardaron en extenderse por toda la campiña. Ahora bien, ¿qué añadiría toda esta nomenclatura a lo único que, en realidad, importa, que es la amplitud, la receptividad del gran crisol del Mediterráneo, tanto más rico en consecuencias cuanto más numerosos son desde el principio los grupos de civilizaciones en esa zona de fusiones? Tan pronto los vemos diferenciarse claramente, aunque con empréstitos e intercambios a intervalos más o menos frecuentes, como los vemos mezclarse en extraordinaria barahúnda, evocando, si se quiere, aquellos puertos del Oriente que nos pintan nuestros románticos: lugares de cita de todas las razas, de todas las religiones, de todos los tipos de hombres, de todo lo que puede encerrar en materia de peinados, modas, cocinas y costumbres: el mundo mediterráneo.

En su *Viaje a Constantinopla*, Teófilo Gautier va describiendo minuciosamente, en cada uno de los puertos en que hace escala el barco, el espectáculo de lo que se le antoja a la fantasía del escritor un inmenso baile de máscaras. Al principio, la descripción nos divierte, pero luego la saltamos sin darnos cuenta, ya un poco aburridos, pues es siempre, inevitablemente, la misma. Por doquier, los mismos griegos, los mismos armenios, los mismos albaneses, los mismos levantinos, judíos, turcos e italianos… Cuando hoy contemplamos este mismo espectáculo, todavía vivo, pero menos pintoresco, en los barrios del puerto de Génova, Argel, Marsella, Barcelona o Alejandría, tenemos la impresión de la evidente inestabilidad de las civilizaciones. Nada más fácil que exponerse a error, si nos empeñamos en desenredar, para comprenderla, toda esta maraña. El historiador creía que la zarabanda era una

vieja realidad de las danzas españolas; ¿se da cuenta de que acababa de aparecer en la época de Cervantes?[42] Consideraba que la pesca del atún era una actividad casi específica de los marinos genoveses, napolitanos y marselleses, o de los pescadores de cabo Corso, cuando en realidad ya la practicaban los árabes y la transmitieron en el siglo X.[43] En resumen: casi nos sentiríamos tentados a seguir a Gabriel Audisio,[44] y a pensar que la verdadera raza mediterránea es la que puebla estos puertos abigarrados y cosmopolitas: Venecia, Argel, Liorna, Marsella, Salónica, Alejandría, Barcelona o Constantinopla, para no citar sino los más importantes. Raza única, que las reúne a todas en una sola. Pero ¿no es absurdo esto? Toda mezcla supone diversidad de elementos. El abigarramiento indica que los elementos dispares no han llegado a fundirse en una sola masa homogénea; que subsisten elementos muy diferentes de civilización, los cuales aparecen de nuevo aislados y fácilmente identificables cuando nos alejamos de los grandes centros donde se entremezclan y se confunden a placer.

Irradiaciones y rechazos de influencias

La irradiación, la exportación, no es una manifestación, entre tantas, de la vida de las civilizaciones. Aunque es evidente que sólo son civilizaciones vivas las capaces de exportar sus bienes a distancia, de irradiar. Sería inconcebible una civilización que no exportase con sus hombres sus maneras de pensar y de vivir. Ha habido una civilización árabe y conocemos su importancia y la posterior pérdida de ella. Ha habido una civilización griega que, por lo menos, ha podido salvar su esencia. En el siglo XVI hubo una civilización latina (no digo solamente cristiana), la más resistente de todas las civilizaciones en lucha con el mar; esta civilización, irradiante como ninguna otra, avanzó por todo el ámbito mediterráneo y hasta más allá, hasta las profundidades de Europa, hasta el Atlántico y el Ultramar ibérico. Esta irradiación, que databa de muchos siglos antes, fue también la de las construcciones navales que los italianos, maestros antaño en el arte, fueron a enseñar a los habitantes de Portugal e incluso a los del Báltico; la de la sedería, de la que los italianos se hicieron primero depositarios y después maestros; la de las técnicas de contabilidad, que los genoveses, los venecianos y los florentinos, comerciantes de toda la vida, dominaron mucho antes que los nórdicos. Es, en fin, la enorme repercusión del Renacimiento, hijo de Italia y del Mediterráneo; es —ejemplo bien elocuente, cuyas etapas podemos

seguir todavía hoy— el viaje a través de Europa de los ornamentos y las construcciones renacentistas tan italianas como antiguas.

Para una civilización, vivir es, a la vez ser capaz de dar algo y de recibir, de tomar prestado algo. Tomar prestado es más difícil de lo que parece; no todos pueden tomar prestado de manera sabia y servirse del instrumento adoptado tan hábilmente como su dueño original. Uno de los grandes empréstitos de la civilización mediterránea es, indudablemente, la imprenta, que los maestros alemanes instalaron en Italia, en España, en Portugal y hasta en Goa.

Pero no cabe duda de que son también grandes civilizaciones las que se niegan a tomar nada prestado y las que se oponen con vehemencia a marchar al paso, las que seleccionan cuidadosamente lo que los poderosos de fuera les proponen y les impondrían no pocas veces, si no tropezaran con la vigilancia del destinatario o simplemente con incompatibilidades de humor y de gusto. Sólo los utopistas (algunos de ellos, en el siglo XVI, verdaderamente admirables, como Guillaume Postel, por ejemplo) sueñan con fundir las religiones, lo más personal, lo que más resistencia ofrece de todos los bienes, fuerzas y sistemas que integran cualquier civilización. Es posible mezclarlas parcialmente, desplazar de una a otra tal o cual idea, un dogma, un rito; pero de eso a fundirlas, hay una distancia inmensa, infranqueable.

¿Rechazo de influencias? ¿Acaso el siglo XVI nos brinda un ejemplo verdaderamente palmario de ello? A raíz de la guerra de los Cien Años, la catolicidad se ve amenazada por una crecida de las aguas religiosas. Bajo el peso de estas aguas, se parte en dos, como un árbol cuya corteza saltase. En el norte, la Reforma se expande a través de Alemania, Polonia, Hungría, los países escandinavos, Inglaterra y Escocia. En el sur, se extienden la Contrarreforma católica, para emplear el viejo termino tradicional, y la civilización que algunos llaman barroca.

Naturalmente, siempre habían existido un norte y un Mediterráneo. Dos mundos bastante bien acoplados el uno al otro, pero distintos, cada uno de ellos con su cielo, su corazón y sus ojos, muy suyos religiosamente hablando, cada uno de ellos con su alma propia. La gente del Mediterráneo emplea cierta manera de expresar los sentimientos religiosos que todavía hoy día produce extrañeza al hombre del norte, como se la producía a Montaigne en Italia,[45] al embajador Saint-Gouard en España,[46] como toda la Europa occidental produce extrañeza a los jesuitas y a los capuchinos (los jesuitas de los pobres), cuando la recorren en sus misiones. Hasta en un país tan profundamente católico como el Franco-Condado, las procesiones de

penitentes, las nuevas devociones, todo lo que había de sensual, de dramático, de excesivo, para el gusto francés, en la piedad meridional, escandalizaba a muchos hombres ponderados, reflexivos y razonables.[47]

El protestantismo logró meter algunas recias cuñas hasta en los Alpes austriacos,[48] el macizo central y los Alpes franceses, hasta en los Pirineos bearneses; pero en todas partes se estrella a la postre contra las fronteras inmediatas al Mediterráneo. Después de vacilaciones y de impulsos que hacen su negativa todavía más elocuente, la latinidad rechazó la Reforma, la Reforma de más allá de los Alpes, como se decía en Italia. Si ciertas ideas luteranas y más tarde calvinistas pudieron ganar adeptos en Italia y en España, nunca llegaron a interesar sino a unas cuantas personas sueltas y a grupos muy reducidos; y casi siempre a hombres que habían vivido largo tiempo en el extranjero: gente de iglesia, estudiantes, libreros y mercaderes que introducían escondidas en fardos de artículos inofensivos las obras prohibidas; o bien (como Marcel Bataillon lo ha demostrado en su *Erasmo en España*) hombres que tenían las raíces de su fe enterradas en un suelo muy propio, que no habían tomado prestado de nadie el suelo que trabajaron en España los erasmistas y en Italia los valdesianos.

Ahora bien, ¿el fracaso de la Reforma al sur de los Pirineos y de los Alpes fue, como con frecuencia se asegura, un asunto de gobierno, el efecto de una represión bien organizada? No se debe subestimar, desde luego, la acción de las persecuciones sistemáticas, largamente sostenidas. El ejemplo de los Países Bajos, en gran parte devueltos al catolicismo por los rigores del duque de Alba y de sus sucesores, nos libraría, si fuera necesario, de caer en tal error. Pero no exageremos tampoco, cayendo en el error contrario: el alcance de las "herejías" española e italiana; no se las podría comparar, evidentemente, con los poderosos movimientos nórdicos. Aunque no existiera más que esta importante diferencia: en el Mediterráneo, el protestantismo apenas prendió en las masas, sólo afectó a una minoría escogida. Además, la Reforma, en España, se mantuvo dentro de los marcos de la propia Iglesia. Los erasmistas españoles, como el pequeño grupo de los valdesianos de Nápoles, no querían la ruptura, como tampoco la quería, en Francia, el grupo de Margarita de Navarra.

Si la reforma italiana, como dice Rodocanaschi, "no fue una verdadera rebelión religiosa"; si se mantuvo "siempre humilde, meditativa, sin asomo de espíritu agresivo en contra de la Santa Sede"; si se mostró enemiga de la violencia,[49] ello se debió a que, mucho más que una "Reforma", era un rebrote cristiano. La palabra "Reforma" no tiene aplicación aquí. Sólo en el

Piamonte, a causa de los valdenses, llegó a existir algún peligro o apariencia de tal[50] (pero el Piamonte apenas es Italia) o en Ferrara, en la corte de Renato de Francia; en Luca, donde la riquísima aristocracia de los fabricantes de sedas abrió los brazos a la Reforma ya en 1525;[51] en Cremona, donde por la misma época se reunieron algunas asambleas tan acogedoras para los nórdicos;[52] o de Venecia, donde algunos monjes franciscanos y agustinos fundaron, en 1529, pequeños grupos reformados en los que predominaban los artesanos.[53] Fuera de estos casos, en Italia la Reforma fue siempre obra de unos cuantos individuos y su historia es una historia escandalosa, como la de aquel "senyor" Occhino, que habiendo sido un grande y elocuente predicador católico en Italia, llegó de Inglaterra en 1547 —nota Selve—,[54] convertido "a las nuevas opiniones de los alemanes". Quienes la sostenían eran, casi siempre, predicadores ambulantes[55] que sembraban a su paso y seguían adelante, pero la cosecha resultó decepcionante. Sus adeptos eran gente aislada y retraída, al margen de la sociedad. Gente oscura las unas, como aquel vecino de Umbría llamado Bartolomeo Bartoccio,[56] que se estableció como comerciante en Ginebra, a quien hicieron preso en uno de sus viajes a Génova y que fue entregado a la Inquisición romana y quemado el 25 de mayo de 1569; otras víctimas ilustres, como Giordano Bruno,[57] entregado a la hoguera en el Campo dei Fiori, el año de 1600.[58]

Y, sobre todo, no juzguemos el peligro protestante en Italia por las inquietudes católicas, pontificias y españolas, siempre dispuestas a exagerar. Inquietudes tan vivas, que en el verano de 1568 llegó a temerse que bajaran sobre Italia los hugonotes franceses, quienes, decíase, se encontrarían la península peligrosamente propicia, ya minada desde dentro.[59] Sería tanto como juzgar los peligros del protestantismo en España o los méritos y los crímenes de la Inquisición, dejándose llevar de las obras de Gonzalo de Illescas, de Páramo, de Llorente, de Castro o de Thomas Mac Crie.[60]

La Reforma en España, si es que realmente llegó a haberla, se localizó en dos puntos: Sevilla y Valladolid. Después de las represiones de 1557-1558, hubo solamente casos aislados. Verdaderos locos, tal vez; como aquel Hernández Díaz, a quien los pastores de la sierra Morena hablaron de los protestantes de Sevilla, conservando de ello el recuerdo suficiente para que, en 1563, lo prendiera la Inquisición de Toledo;[61] un loco, por lo demás, contento de su hazaña, al darse cuenta de que en la prisión comía más carne que en su casa… Hubo también, es cierto, algunos auténticos protestantes españoles que recorrieron Europa de un refugio en otro, como el célebre Miguel Servet o la docena de exiliados que, en 1578, "estudiaban la secta" en

Ginebra, siendo denunciados al embajador Juan de Vargas Mejía porque, al parecer, disponíanse a ir a predicar a España y a expedir libros de propaganda hacia las Indias.[62]

La verdad es que toda España se confabulaba contra estas ovejas descarriadas y las abominaba. La Inquisición era popular en la lucha desatada contra ellas. El proceso por contumacia entablado contra Miguel Servet era seguido con apasionada atención, como si en él se ventilase el honor de la nación.[63] El mismo sentimiento impulsó a Alonso Díaz cuando, en Neuburgo, junto al Danubio, ordenó a un criado, en 1547, que matara a su propio hermano Juan, un herético, deshonor de la familia y de España…[64] No; no puede hablarse de una Reforma española. Es, sobre poco más o menos, como si habláramos (las proporciones son las mismas) de la "Reforma" ragusina tomando pie de aquel hereje de la ciudad de San Blas, Francisco Zaceo, que en 1540 se negaba a creer en el infierno y en el paraíso, o de las "tendencias al protestantismo" que, según el continuador de Razzi, el historiador de Ragusa, se manifestaron en la ciudad en 1570.[65] No se trata, en estos casos, de verdadera medicina ordinaria, sino simplemente de homeopatía.

Un historiador, Delio Cantimori,[66] se pregunta si la historia de la Reforma italiana, estudiada hasta ahora en sus detalles biográficos, no llegará a esclarecerse el día en que, a semejanza de lo que se ha hecho en Francia y en Inglaterra, se la sitúe en el medio social que la vio nacer. Hace mucho tiempo, es cierto, Edgar Quinet[67] se había hecho las mismas reflexiones. Pero el problema se aclara mejor aún en el plano cultural. La actitud negativa de Italia ante la Reforma, análoga a la de España, ¿no sería, vista en un sentido etnográfico, la resistencia a dejarse influir, un rasgo característico de la civilización? No es que Italia fuera "pagana", como creen haber descubierto tantos observadores superficiales, pero la savia que sube de Italia y de las márgenes cristianas del Mediterráneo a los viejos árboles de la catolicidad hace brotar las flores y los frutos italianos. De Italia, y no de Alemania. Lo que se llama falsamente la Contrarreforma es, si se quiere, *su* Reforma. Se ha hecho observar que los países del Mediodía sentíanse menos atraídos que los del norte por la lectura del Antiguo Testamento,[68] y que, a diferencia de éstos, no vivían sumergidos en la espesa nube de la hechicería que, al finalizar el siglo XVI, envolvía toda Alemania y se desbordaba de ella hasta los Alpes y hasta el norte de España. Tal vez a causa de un viejo politeísmo subyacente, la cristiandad mediterránea permaneció fiel al culto a los santos, hasta en sus mismas supersticiones. No es ningún azar el que la

devoción por los santos y por la virgen sintiese recrudecido su fervor en el momento mismo en que se la atacaba con más fuerza.[69] Es pura vanidad empeñarse en ver en ello alguna maniobra de Roma o de los jesuitas. En España, fueron los carmelitas quienes propagaron el culto de San José; las cofradías populares del Rosario sostenían y exaltaban por doquier la adoración de la madre de Jesús, culto extraordinariamente profundo y apasionado. Valga, en apoyo de ello, el testimonio de aquel hereje napolitano, Giovanni Micro, que, en 1564, declaraba su incredulidad para mil cosas, entre ellas los santos y las reliquias, pero que seguía creyendo en la Virgen.[70] Y esto sucedía en el mismo momento en que España acababa de fabricar el culto de varios santos rutilantes y combativos, como San Jorge y Santiago.[71] Tras de los cuales vinieron otros: San Emiliano, San Sebastián y San Isidro, el santo campesino cuyo culto llegó hasta Cataluña.[72]

El rechazo, pues, fue voluntario, categórico. Alguien ha dicho que la Reforma "irrumpió en la teología platónica y aristotélica de la Edad Media como los bárbaros germanos irrumpieron en la civilización greco-romana".[73] La fórmula es exagerada. En todo caso, lo que aún quedaba del Imperio romano en las márgenes del mar latino resistió bastante mejor en el siglo XVI que en el V.

¿Sobrevive la civilización griega?

La misma civilización griega no había muerto todavía en esta época. La prueba es que también ella se sentía capaz de "rechazos" no menos categóricos y no menos dramáticos. Moribunda, o por mejor decir, amenazada de muerte, en el siglo XV, rehusó unirse a la Iglesia latina. El problema volvió a plantearse en el siglo XVI: nuevo rechazo, no menos enérgico. Desgraciadamente, conocemos tan mal como Turquía los países ortodoxos de aquella época. Pero una serie de textos muy curiosos descubiertos en Venecia y publicados por Lamansky en una colección que todavía sigue esperando, después de tantos años, a que algún historiador saque de ella todo lo que contiene, aclara la asombrosa posición que los griegos del siglo XVI mantenían ante el catolicismo romano.[74]

En 1570, un griego, gentilhombre de la isla de Candía y de Morea, dirigió a Venecia varios largos memoriales. Ofrecía sus servicios diciendo que había llegado la hora de que los países griegos se rebelasen contra los turcos. Rebelión que sólo podía apoyarse en los países cristianos y, principalmente,

en Venecia. Pero lo primero que hacía falta era que la cristiandad comprendiera lo que jamás había comprendido. ¡Cuántas estúpidas vejaciones habían tenido que soportar los obispos griegos! El clero católico de las posesiones venecianas había adoptado siempre hacia ellos una actitud despectiva; no había procurado sacarlos de su "error" la mayor parte de las veces, más que por medio de la violencia, prohibiéndoles o imponiéndoles tal o cual rito, tratando de desterrar la lengua griega de las iglesias, etc. Era natural que los griegos prefirieran entregarse a los turcos antes que someterse al culto católico.

Eso fue, sobre poco más o menos, lo que en efecto hicieron. Se aliaron casi siempre a los turcos contra los venecianos o contra los corsarios de Poniente. ¿Por qué? Porque los turcos, en líneas generales, habían sido tolerantes, porque no trataban nunca de hacer prosélitos ni entorpecían sistemáticamente el ejercicio del culto ortodoxo. A ello se debe el que, por lo regular, el clero griego figurase entre los adversarios más obstinados de Venecia y de los occidentales en general. Cada vez que se preparaba algún levantamiento contra el señor de Constantinopla, el clero ortodoxo hacía todo lo posible por calmar los ánimos y hacerles comprender que de ello dependía la supervivencia del pueblo griego.

Si por entonces el estandarte de la rebelión estaba a punto de levantarse, continúa nuestro informador, se debía a que, de algunos años a esta parte, desde el año 1570 aproximadamente, una ola de intolerancia comenzaba a inundar los países turcos. Los otomanos saqueaban iglesias, quemaban monasterios, perseguían a los sacerdotes, etc.[75] Había llegado para Venecia el momento de obrar; pero si quería salir victoriosa, no tenía más que un camino: entenderse con los metropolitanos, darles seguridades de que el clero católico recibiría órdenes de no molestar en lo futuro al clero griego. El gentilhombre de Candía ofrecíase para llevar a buen término estas negociaciones, pero insistiendo hasta la saciedad en saber si Venecia estaba verdaderamente dispuesta a cumplir sus promesas; en este caso, el éxito, según él, era seguro.

Basta leer en la colección de Lamansky los documentos relativos a los numerosos incidentes provocados en Candía o en Chipre por el exceso de celo de los sacerdotes y monjes venecianos, para llegar a la conclusión de que las quejas de la Iglesia ortodoxa no carecían de fundamento, para explicarse los manejos y las "traiciones" que tan a menudo se echan en cara a los candiotas y a otros griegos del Archipiélago. Caben, por lo demás, otras explicaciones: el marino griego que, desembarcando de una nave turca bajaba a tierra a ver a

su familia, se enteraba por ella de todos los detalles acerca de la flota veneciana que acababa de pasar o del corsario turco que, el día antes, había anclado allí, aunque el barco turco fuese un barco pirata, y el puerto de escala, una posesión veneciana (como a menudo sucede). Pero la razón esencial es la falta total de solidaridad, por no decir la hostilidad, que separa a la civilización ortodoxa de la latina.

Supervivencias y fronteras culturales

Resulta evidente que se revelan asombrosas permanencias, bajo los cambios que parecen alterar o transformar la civilización. Los hombres, los individuos, pueden traicionarlas, y las traicionan en efecto, a cada instante; pero las civilizaciones siguen viviendo su propia vida aterradas a algunos puntos fijos y casi inalterables.

Pensando en el obstáculo que es la montaña, Cvijić declara que ésta se opone "menos a la penetración étnica que a los movimientos resultantes de la actividad humana, y a las corrientes de la civilización".[76] Interpretada y acaso modificada, esta idea nos parece certera. Al hombre le están permitidas todas las escalas y todas las transferencias. Nada puede detenerlos, ni a él ni a los bienes materiales o espirituales que lleva consigo cuando procede por sí solo y en su nombre. El desplazamiento se torna difícil, en cambio, cuando se trata de un grupo, de una masa social. Una civilización no se desplaza nunca con la totalidad de sus grandes bagajes. Al cruzar la frontera, el individuo se expatria. "Traiciona." Deja tras él *su* civilización.

Y es que ésta, de hecho, se aferra a un espacio determinado, que es uno de los indispensables componentes de su realidad. Antes de llegar a ser esa unidad en las manifestaciones del arte, en las que Nietzsche veía su verdad más importante (quizá porque, de acuerdo con su época, consideraba el arte como sinónimo de la calidad), una civilización es, en su base, un espacio trabajado, organizado por los hombres y por la historia. Por eso hay límites culturales, espacios culturales, de una extraordinaria perennidad; nada pueden contra ellos todas las confusiones y mezclas del mundo.

También el Mediterráneo se halla segmentado por fronteras culturales, fronteras principales y fronteras secundarias, cicatrices que no se cierran y representan su papel. En los Balcanes, J. Cvijić distingue tres zonas culturales,[77] ¿y quién puede dejar de notar, en España, el agudo contraste entre las partes al norte y al sur del paralelo que pasa por Toledo, ciudad donde se encuentra el corazón de la Península? Al norte, la España dura de los

pequeños campesinos semiindependientes y de los nobles recluidos en sus ciudades provinciales, y hacia el sur, la colonia de los explotadores, la única España que quiere verse, por lo general, donde el cristiano encuentra una sabia agricultura y vastas propiedades organizadas, una masa de laboriosos *fellahs*, ¿un extraordinario legado que se guarda mucho de destruir?

Pero en los bordes y en el interior del mundo mediterráneo podemos encontrar divisiones todavía mayores. Sigue siendo una bisagra esencial del mundo mediterráneo el antiguo confín europeo del Imperio romano, la línea del Rin y del Danubio, donde el avance católico encuentra en el siglo XVI su línea fuerte, el nuevo *limes* que los jesuitas vuelven a ocupar con sus colegios y con las características cúpulas de sus iglesias, llenas de molduras ornamentales. La ruptura entre Roma y la Reforma se produce precisamente a lo largo de esta vieja cicatriz. Esto, más aún que las querellas entre los Estados, es lo que confiere su "solemnidad"[78] a la frontera del Rin. La Francia del siglo XVI, enclavada entre esta línea avanzada de Roma y la línea de los Pirineos, punto extremo del avance protestante, la Francia desgarrada entre los dos bandos sufrirá una vez más el destino de su posición geográfica.

Pero la más asombrosa cicatriz de los países mediterráneos es, tal vez, la que entre Oriente y Occidente pasa más allá de las barreras marítimas y de la que ya hemos hablado: esa precisa e inmutable barrera terrestre que corre entre Zagreb y Belgrado, asomándose al Adriático en Alessio (Ljes), en la desembocadura del Drin y en la articulación de las costas dálmata y albanesa,[79] y que, por las antiguas ciudades de Naissus, Remesiana y Ratiara, llega hasta el Danubio.[80] Todo el bloque dinárico fue latinizado, desde las llanuras panónicas abrazadas al oeste por la parte occidental del imperio y en las cuales desembocan los amplios valles de las regiones altas,[81] hasta las franjas litorales e insulares vueltas hacia Italia. "La última familia que hablaba un dialecto latino en la isla de Beglia" (¡siempre las islas!…) se extinguió en la primera década del siglo XX.[82] En Croacia se perpetúa hasta nuestros días, unido a muchas otras herencias, un arte de vivir a la moda italiana.[83] De una Italia muy antigua, desde luego.

Un ejemplo de frontera secundaria: Ifriqya

Un ejemplo menos ilustre, el de una subdivisión cultural, merece que le dediquemos alguna atención. Recordemos que las tres grandes civilizaciones mediterráneas —la latinidad, el islam y el mundo griego— son, en realidad, grupos de civilizaciones, yuxtaposiciones de estructuras autónomas, más bien

que unidas por un destino común. En el norte de África no hay estructura más claramente delimitada que el viejo país urbano de la antigua Ifriqya de los árabes, la actual Tunicia.

La naturaleza se ha encargado de preparar el alojamiento. Por el norte y por el este, el mar bordea las tierras bajas tunecinas; por el sur, ampliamente abierto sobre el Sahara, prolonga los paisajes de esparto y de artemisa, acogiendo también en sus tierras a las poblaciones nómadas, pastoriles y desordenadas que las ciudades tratan de domesticar lo mejor que pueden. Pero donde el marco físico es verdaderamente característico, desde nuestro punto de vista, es en el oeste. Aquí, sobre las llanuras secas y cálidas de la Tunicia, surge una serie de relieves ásperos y hostiles,[84] de colinas y de altiplanos, de macizos y de montañas que llegan hasta la antigua Numidia, hasta la fría Constantina de nuestros días,[85] que evoca en nosotros, con un poco de imaginación, el centro de Sicilia, la parte montañosa de Andalucía o el interior de Cerdeña.

La bisagra montañesa, entre Túnez y el Magreb central, aparece situada, *grosso modo*, a lo largo de una línea que, partiendo del cabo Takuch, pasa por Ued el Kebir, Ued Cherif, Ain Beida, Djebel Tafrent y Guentia. El malogrado Charles Monchicourt se complacía en mostrar los cambios que se advierten a uno y otro lado de esta amplia articulación: hacia el oeste, cigüeñas, fresnos, olmos y techos de gruesas tejas oscuras bajo un cielo severo de montaña; más allá, por el oeste, los techos en forma de terraza, las bóvedas blancas de los *quovvas*, anuncio de esa fraternidad que une a las ciudades de Tunicia con las del Oriente, El Cairo o Beirut. “Kai-ruan no es sino un gran cubo blanco…, la antítesis de Constantina”; y es todavía, en más de un aspecto, una gran aldea *chauia*, con casas rústicas y descoloridas.[86] La historia nos revela que Ifriqya, hoy como ayer y como siempre, ha encontrado aquí su término, su frontera occidental, un poco mas acá o un poco más allá de los obstáculos que a veces detienen y a veces dejan filtrar, pero estorbándoles siempre el paso, los mil imperialismos de su planicie feliz y atrayente.[87]

Este complicado y rústico país opone hacia el oeste una cortina a la refinada civilización de la Tunicia. El mercader de Constantina[88] que en el siglo XVI descendía hacia Túnez encontraba, al mismo tiempo que las blancas casas de techo plano y las ciudades que brillaban bajo el sol, un país rico, todavía bien comunicado con el Oriente y que comerciaba regularmente con Alejandría y Constantinopla; país en que reinaba un orden relativo y donde la lengua árabe dominaba lo mismo en las ciudades que en el campo.

Por la misma época, el Magreb central, hasta Tremecén (ciudad marroquí y a la vez sahariana) era una región sumamente inculta. Argel se extendió sobre un país donde la civilización no había depositado aún ninguna levadura; un verdadero país nuevo, poblado de conductores de camellos y de pastores de ovejas y de cabras. Por el contrario, los países de Levante tenían viejas tradiciones de refinamiento y de cultura. El rey de Túnez, Muley Hacén, uno de los últimos hafsidas, destronado por su hijo, quien le sacó los ojos, fue a refugiarse a Sicilia y a Nápoles en 1540 y dejó en cuantos lo conocieron el recuerdo de un príncipe lleno de distinción, aficionado a las cosas bellas, amante de los perfumes…, como buen oriental, y de la filosofía (un "averroísta", nos dice de él Bandello,[89] su contemporáneo). ¿Un príncipe filosofo? En vano buscaremos otro en el Magreb central o incluso en Argel, esta ciudad de nuevos ricos y de patanes… No cabe duda de que el horror que Túnez sentía por los turcos, instalados allí provisionalmente en 1531, después en 1569, y por fin, definitivamente, en 1574, era la rebelión de una vieja ciudad, piadosa y bien organizada, contra la irrupción de los bárbaros.

¿Qué hemos de concluir de todo esto, sino que la primera realidad de una civilización es el espacio que le impone su crecimiento vegetativo y, a veces, con gran rigor, sus límites? Las civilizaciones son, ante todo, espacios, zonas y no solamente en el sentido en que lo entienden los etnógrafos cuando nos hablan de la zona del hacha de dos filos o de la flecha emplumada, sino, digamos, de los espacios que constriñen al hombre a quien nutren y que son interminablemente trabajados por él. ¿Acaso el ejemplo de la "Tunicia" es, en verdad, otra cosa que la oposición de un complejo de planicies a un complejo montañoso de signo opuesto?

Lentitud de los cambios y de las transferencias [II-163]

La fuerza de resistencia y de rechazo espontáneo de estas civilizaciones apegadas a su suelo explica la excepcional lentitud de sus movimientos. No absorben ni se transforman sino al cabo de mucho tiempo y de procesos insensibles, a pesar de las aparentes roturas. Les llegan luces de astros muy lejanos y, con relevos, pausas de una duración inverosímil. Así, de la China al Mediterráneo, y del Mediterráneo a la China; así, de la India y de Persia al mar interior.

¿Quién podría decir con exactitud el tiempo que necesitaron los números de la India, los que llamamos números arábigos, para llegar desde su patria de origen al Mediterráneo occidental, pasando por Siria y por las etapas del

mundo árabe, por el norte de África y España?[90] ¿Y cuánto tiempo tardaron en triunfar sobre los números romanos, que se consideraban más difíciles de falsificar? En 1299, *l'Arte di Calimala* prohibía su empleo en Florencia; todavía en 1520, los "números nuevos" estaban prohibidos en Friburgo; en Amberes no empezaron a usarse hasta fines del siglo XVI.[91] ¿Quién nos contaría el viaje que necesitaron hacer los apólogos, surgidos en Persia o en la India, reproducidos más tarde por la fábula griega y por la fábula latina, de donde los tomará La Fontaine y que todavía hoy día florecen como en una perenne primavera en la Mauritania atlántica? ¿Quién nos dirá el tiempo, los años, los siglos que fueron necesarios para que la campana, nacida en China, se hiciera cristiana en el siglo VII, hasta escalar las torres de las iglesias?[92] Según sostienen algunos, hubo que aguardar a que los mismos campanarios pasaran del Asia Menor a Occidente. No menos largo fue el camino recorrido por el papel. Inventado en China en el año 105 d. C, bajo su forma de papel vegetal,[93] el secreto de su fabricación fue revelado en el año 757 por unos chinos prisioneros en Samarcanda. Más tarde, los árabes sustituyeron las plantas por trapos y el papel de trapo comenzó su carrera en Bagdad a partir de 794.[94] Desde allí se extendió lentamente por el resto del mundo musulmán. En el siglo XI aparece en Arabia[95] y en España; pero la primera fábrica de Játiva (hoy San Felipe, en Valencia) no parece que fuera anterior a mediados del siglo XII.[96] En el XI, el papel de trapo se conocía ya en Grecia,[97] y hacia el 1350 suplantaba al pergamino en Occidente.[98]

Ya hemos dicho más arriba, basándonos en Bratianu,[99] que las bruscas transformaciones del traje en Francia, en 1340, la sustitución de la túnica de vuelo de las Cruzadas por el jubón corto y ajustado de los hombres, completado por las calzas ceñidas y las puntas alargadas de las polainas, novedades todas procedentes de Cataluña, al igual que la perilla y el mostacho a la española del Trecento, vinieron, en realidad, de mucho más lejos: del Oriente, muy frecuentado por los catalanes, y por el Oriente, de los búlgaros y hasta de los siberianos, mientras que el vestido femenino, especialmente el atavío de tocas, provenía de la corte de los Lusignan de Chipre, adonde había llegado a través del tiempo y del espacio, desde la China de los Tang…

Fueron necesarias inverosímiles cantidades de tiempo para que estos viajes pudieran llevarse a cabo y para que luego estas novedades se implantaran y echaran raíces y tallos… Las viejas cepas se mantienen, por el contrario, asombrosamente firmes y resistentes. Cuando É.-F. Gautier, en contra del criterio de los especialistas,[100] sostiene que el islam volvió a encontrarse en el norte de África y en España con las antiguas bases púnicas,

y que esta primera civilización preparó el terreno a la expansión musulmana, se mantiene, a mi modo de ver, dentro de los límites lícitos de la hipótesis. ¿Acaso no vemos, en el Mediterráneo y en torno de él por todas partes, antiguas supervivencias y antiguos resurgimientos culturales? ¿Las cristiandades de Abisinia y las de los nestorianos, en el siglo XVI, son todavía irradiaciones de las metrópolis religiosas de la primera cristiandad, en Alejandría y en Antioquía?… Según Edrisi, el latín de África se hablaba todavía en el siglo XII en el norte de África, en Gafsa. Hasta 1159, con la persecución de Abdalmu'min,[101] es decir, con cuatro o cinco siglos de retardo sobre la conquista musulmana, no desaparecen las cristiandades autóctonas del norte de África. Pero en esta misma África del Norte, ¿no nos señala Ibn Jaldún la existencia de "idólatras" todavía en el siglo XIV?[102] Y el estudio antropológico realizado por Jean Servier en Cabilia (1962), en el valle del río Soummam y otras zonas, confirma, a mil años de distancia, la tardía llegada del Islam, que viene "no con la caballería militar de Okba sino, más de dos siglos después, en el siglo IX, con los fatimitas chiítas asentados en Bujía, un Islam espiritualizado por el Irán, enriquecido por corrientes iniciáticas y que debía entrar en inevitable contacto con el simbolismo místico de las tradiciones populares".[103] Este libro, muy *actual*, anclado en la realidad concreta, nos abre una amplia perspectiva sobre estas tradiciones populares, sobre esa religión de base que, siglo tras siglo, sobrevive y llega viva a nuestros días. No hay sacerdotes: cada jefe de familia, "cada ama de casa" tiene "poder para cumplir los ritos, que consolidan en la tierra al grupo humano que está a su cargo".[104] Se caracteriza principalmente por ser una religión que rinde culto a los muertos y a los santos patronos. Cuando San Agustín exclama: "¿No está nuestra África sembrada de cuerpos de Santos Mártires?", está reconociendo la existencia de esas tumbas blancas, esos silenciosos guardianes de los pasos de las montañas que más tarde se convertirán en los santos oficiales del Islam magrebita.[105]

Desde lo alto del observatorio de las civilizaciones, la vista alcanza, debe alcanzar, muy lejos, hasta las regiones de la noche de la historia e incluso más allá. Un ejemplo: como historiador del siglo XVI considero de enorme importancia para mis estudios la nueva revista de protohistoria *Chthonia*,[106] dedicada, entre otras cosas, al estudio de los remotos sustratos mediterráneos, alpinos y nórdicos, y atenta a señalar las reminiscencias arcaicas en el culto a los muertos. Lo que llamamos civilización es también un pasado lejano, muy lejano, que se obstina en seguir vivo y en imponerse sobre el hábitat y las prácticas agrarias del hombre en la misma medida que el relieve, el suelo, las

reservas de agua o el clima, cosas todas ellas evidentemente importantes. Esto es lo que establece el admirable libro que un geógrafo ha escrito sobre Provenza. Para Robert Livet, apasionado por una *genética geográfica*, donde la historia ocupa lugar primordial, el característico hábitat de Provenza, encaramado en una altura, tan inadecuadamente considerado por las explicaciones convencionales, especialmente por la teoría del emplazamiento defensivo, está incuestionablemente ligado a *una civilisation du rocher* (de los peñones), cuyos fundamentos y tradiciones se remontarían "a las antiguas civilizaciones mediterráneas que precedieron al asentamiento romano". Sufrió un eclipse durante la época de Roma y se despertó de nuevo a una existencia muy activa en los albores del siglo XVI, momentos en que tantos cataclismos afectan a la población provenzal.**[107]** Nos encontramos, pues, ante un tema que nos lleva muy lejos del siglo XVI, pero no fuera de sus realidades.

¿Qué conclusión debemos sacar? Una negativa, de eso no hay duda; no debemos repetir, con tantos otros, esa expresión tan manida que asegura que "las civilizaciones son mortales". Pueden morir sus flores, sus creaciones momentáneas, las más complicadas, sus victorias económicas y sus pruebas sociales, a corto término. Pero los cimientos profundos permanecen. No son, es verdad, absolutamente indestructibles, pero sí mil veces más perdurables de lo que generalmente se cree. Han resistido a mil supuestas muertes. Sus masas se mantienen incólumes al paso monótono de los siglos.

II. RECUPERACIÓN DE LAS CIVILIZACIONES

Si deseamos volver ahora la espalda a esas perspectivas tan vastas de la historia de la civilización, para interesarnos por la historia a corto término (una historia en la que se producen cambios muy rápidos pero por eso no menos importantes, una historia más a la medida del hombre), el ideal es comenzar considerando los conflictos violentos entre civilizaciones vecinas, de las cuales una de ellas es la victoriosa (o cree serlo), y la otra, la subyugada (y que sueña con la liberación). No han faltado estos conflictos en el Mediterráneo del siglo XVI: el islam, por medio de sus mandatarios los turcos, se apoderó de las cristiandades de los Balcanes. Al oeste, la España de los Reyes Católicos se adueñó, con la conquista de Granada, del último reducto del Islam ibérico. ¿Qué harán de sus conquistas los unos y los otros?

En el este, los turcos se mantendrán en los Balcanes con unos cuantos hombres, como ayer todavía retenían la India los ingleses. En el oeste, los

españoles aplastarían sin piedad a sus súbditos musulmanes. Unos y otros obedecen, en ello, más de lo que parece, a los propios imperativos de sus civilizaciones: una, la cristiana, demasido poblada; otra, la turca, escasa de hombres.

Los turcos en las planicies del este balcánico

El Islam recobra en los Balcanes el área ocupada directa o indirectamente por la civilización bizantina. Por el norte, domina el Danubio. Por el oeste toca, de un lado, los confines latinos, en Ragusa, en Dalmacia y en Croacia, cerca de Zagreb; de otro lado, se expande sobre los extensos cantones montañosos de una civilización de tipo patriarcal, para emplear una de las más felices expresiones de Cvijić. Se extiende, pues, ampliamente en el espacio y está llamado a durar medio milenio: ¿podríamos imaginarnos una experiencia *colonial* más amplia y más rica?

Por desgracia, sabemos todavía muy poco sobre el pasado turco. Para juzgarlo, los historiadores y los geógrafos balcánicos no siempre se dejan guiar por preocupaciones puramente científicas. Ni siquiera un Cvijić. Y si las historias generales de Hammer y de Zinkeisen son anticuadas, la de N. Iorga es confusa. No cabe duda, por lo demás, que los siglos del auge turco no son vistos con buenos ojos, no se sabe por qué, como ocurría, hasta hace poco, en España, con la dominación musulmana. Todo ello no contribuye, en lo más mínimo, a ayudarnos a los occidentales a ver claro en un mundo (pues se trata, realmente, de un mundo) en el que, en el mejor de los casos, nos sentimos descuadrados.

No se puede, sin embargo, subestimar la poderosa experiencia turca, ignorar lo que esta experiencia aportó al vasto conjunto balcánico, colmado por ella de bienes de todas las procedencias.[108] Al Islam turco se deben este ambiente, estos colores de Asia, tan nítidos a través de los Balcanes. El Islam difundió aquí los bienes recibidos por él del Extremo Oriente. Gracias a él van orientalizándose profundamente las ciudades y el campo. Es significativo el hecho de que en una isla católica como Ragusa (de un ardiente catolicismo), las mujeres, en el siglo XVI, vivieran todavía cubiertas por el velo y secuestradas, sin que el novio pudiera ver el rostro de la novia antes del matrimonio.[109] Los viajeros occidentales que desembarcaban en el angosto promontorio lo percibían inmediatamente: comenzaba allí otro mundo. Y, ¿no tenía la misma impresión el turco que ponía el pie en los Balcanes?

Es evidente que al estudiar la acción de los turcos en los Balcanes deberemos distinguir dos zonas. La primera comprende un Occidente eslavo, bloqueado por montañas, y un Mediodía griego, también montañoso; su ocupación efectiva limitada fue bastante diluida. En los países dináricos ha podido sostenerse (y el hecho no parece inexacto) que los propios musulmanes no eran turcos de sangre turca, sino eslavos islamizados.[110] En realidad, no parece que todo este bloque occidental de los Balcanes haya sido modificado profundamente por la civilización islámica. Nada tiene ello de extraño, puesto que se trata de un bloque montañoso, poco accesible a las invasiones "civilizadoras", de donde quiera que viniesen. Y, por lo que a su islamización religiosa se refiere, ya sabemos lo que hay que pensar de ciertas "conversiones" montañesas.[111]

Por el contrario, al este, en las dilatadas llanuras de Tracia, de Rumelia y de Bulgaria, los turcos esparcieron muchos hombres, sembrando en densas capas su propia civilización. Estas regiones, del Danubio al Egeo, tanto al norte como al sur, son regiones abiertas, por las que se desbordaron en ambos sentidos los invasores. Para poder formarnos un juicio del esfuerzo turco —como un éxito o como un fracaso—, hay que fijarse precisamente en estas tierras que, en la medida de lo posible, hizo suyas.

Encontró en ellas una masa ya homogénea, a pesar de estar formada por grupos étnicos de muy diverso origen. Los últimos invasores, búlgaros, petchenegas y kumanos, procedentes del norte, mezcláronse aquí con tracios, eslavos, griegos, aromunes y armenios, establecidos en estas tierras desde mucho antes. Todos estos elementos llegaron a fundirse bastante bien y el paso a la religión ortodoxa fue frecuentemente, para los recién llegados, la etapa decisiva de la asimilación; no podemos extrañarnos de ello, en esta zona, donde también Bizancio ha ejercido una profunda influencia. Todo este espacio está formado por planicies, grandes planicies sometidas a las leyes de servidumbre propias de las tierras llanas. Solamente en los macizos de Rodopo y en la cadena de los Balcanes, sobre todo las serranías de la Srednja Gora, se preserva un islote de vida montañesa independiente, la de los baljandjis, que siguen siendo todavía hoy un pueblo vivo de emigrantes y de viajeros, uno de los más originales de Bulgaria.[112]

Al amparo de estas montañas, en las regiones de Kustendil y de Kratovo, fueron a refugiarse, naturalmente, algunos señores búlgaros en el momento de la conquista turca, para escapar a la esclavitud de sus congéneres de las llanuras, hasta que, a la postre, y a fuerza de resistencia, se les reconocieron, mediante el pago de un tributo, sus antiguos privilegios.[113] Se trata de una

excepción, bien minúscula, por lo demás, a la regla general, pues la conquista turca sojuzgó a las tierras de abajo, destruyendo todo lo que podía salvaguardar una comunidad búlgara, matando o deportando al Asia a los nobles, incendiando las iglesias e incrustando en la propia carne de este pueblo campesino, casi inmediatamente, el sistema del *sipahinik*, de la nobleza de servicio de los turcos, pronto transformada en aristocracia terrateniente… Aristocracia que vivía a sus anchas sobre las espaldas de ese animal paciente y laborioso, dispuesto a soportarlo todo, que era el campesino búlgaro, tal vez el verdadero tipo del hombre de la llanura, esclavo de los grandes, disciplinado, embrutecido por el trabajo, preocupado por la comida; en fin, el tipo que sus compatriotas nos pintan en la figura prototípica de Baba Ganje, el "Juan Lanas" de Bulgaria. Alejo Konstantinov nos lo pinta como un hombre zafio y "brutal hasta la médula". "Los búlgaros [dice este autor] comen vorazmente y no se preocupan más que de lo que ingieren. No se inmutarían aunque viesen matarse junto a ellos a 300 perros. El sudor que corre por su frente amenaza con caer sobre el plato en que están comiendo."**[114]** En 1917, un corresponsal de guerra trazaba de ellos esta semblanza, no mucho mas lisonjera: «Son soldados excelentes, disciplinados; muy valientes, pero sin temeridad; tenaces, pero sin entusiasmo. Es el único ejército que no canta en las marchas. Los soldados búlgaros avanzan tercos, silenciosos, indiferentes al dolor, crueles sin violencia y vencedores sin alegría; no cantan. En su estructura general, en su manera de comportarse, se nota en seguida un no sé qué de espeso, de pesado, de torpe. Diríanse hombres inacabados. Parece como si no hubiesen sido hechos uno por uno, sino en bloque, por batallones. Lentos para comprender, son laboriosos, pacientes en el esfuerzo, ásperos para la financia y muy ahorrativos…**[115]**»

Podríamos multiplicar estas citas tendenciosas y añadir muchos rasgos nuevos a estas estampas abocetadas y forzosamente injustas, yendo a los pueblos de las montañas del oeste en busca de chistes y frases ingeniosas sobre los campesinos de las tierras bajas.

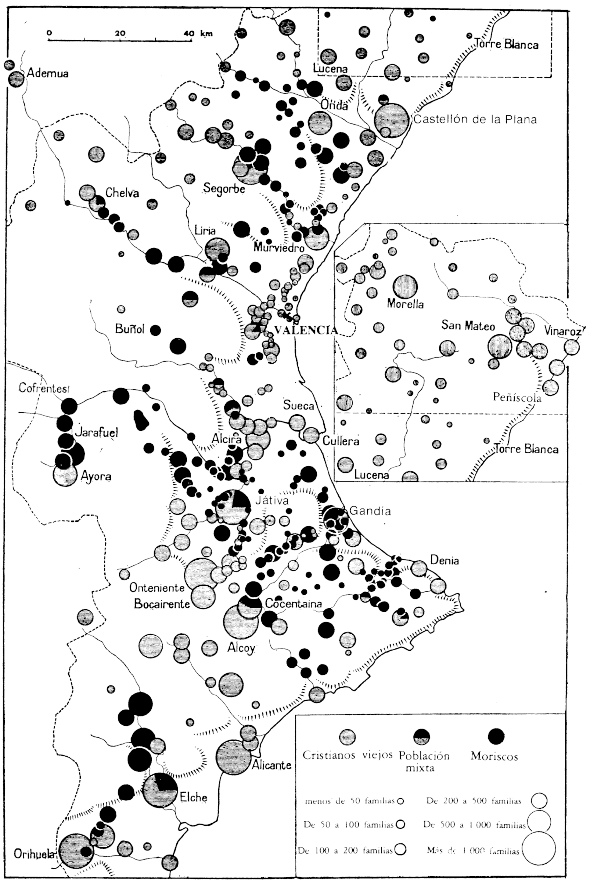


FIGURA 61. *Moriscos y cristianos en Valencia, en 1609.*
Según T. Halpérin Donghi, "Les morisques du royaume de Valence", en *Annales E. S. C.*, abril-junio 1956.
El mapa pequeño insertado en el grande es la continuación, hacia el norte, de la región valenciana. El gran interés de este mapa estriba en que nos muestra la extraordinaria mezcla de dos poblaciones. Todo ello dentro de un contexto general de crecimiento demográfico, como nos muestra el mapa siguiente sobre la evolución de la población entre 1565 y 1609.

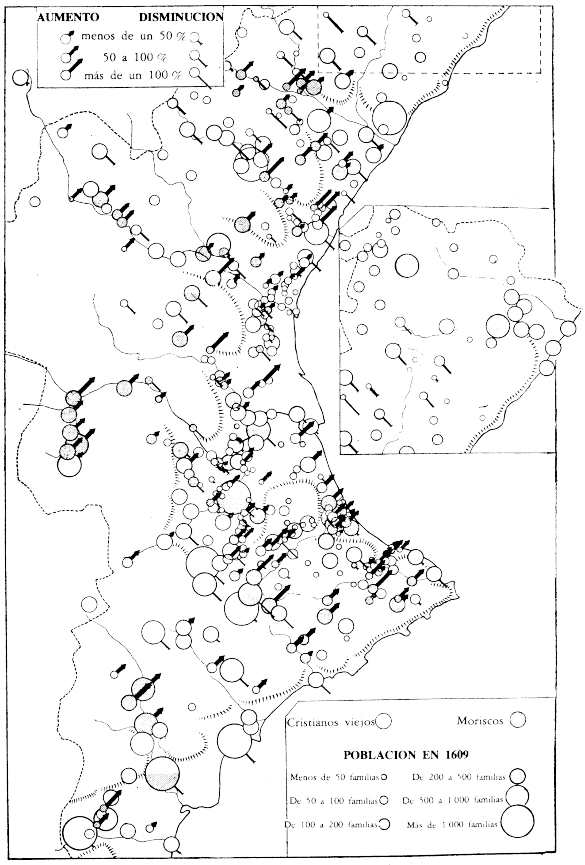


FIGURA 62. *La evolución de la población valenciana de 1565 a 1609.*

También las personas del oeste se burlan despectivamente de este zafio campesino vestido de paño burdo, que vive a ras de tierra, con los pies clavados firmemente en su suelo y acostumbrado desde siempre a marchar codo a codo con los demás. Un hombre a quien siempre le han estado prohibidos el individualismo, la fantasía, el gusto de la vida libre… En el norte, la planicie rumana habría caído bajo la misma servidumbre, si el alejamiento no la hubiese preservado del turco; si las incursiones de los nómadas tártaros no la hubiesen mantenido en estado de alerta y, si, sobre todo, el fermento de la inmigración procedente de las grandes montañas cárpatas y transilvanas no hubiera levantado la pasta humana en estas regiones…

Es cierto que en Bulgaria la conquista turca no necesitó siquiera humillar a estos campesinos, avasallados desde hacía mucho tiempo y dispuestos a obedecer a cualquier nuevo dueño y a seguir trabajando, como lo habían hecho siempre. Los viajeros de los siglos XVI y XVII nos describen Bulgaria como un país rico.**[116]** Paolo Giorgiu afirma, en 1595, que es el granero de trigo de Turquía.**[117]** Sin embargo, los estragos de los bandidos, más crueles aquí que en ninguna otra parte, las exacciones de los señores y del Estado, y no, evidentemente, la indolencia, sino la pobreza del campesino y su rudimentaria herramienta (pues trabaja la tierra con el *rolo*, pequeño arado de madera), hacen que entre los cultivos se extiendan amplios desiertos. Sólo en las grandes explotaciones se emplea el arado grande. Según los casos, se dedican estas tierras a la ganadería extensiva o a cultivos de trigo tierno y duro. El arroz, que llega a esta región con los turcos, en el siglo XV, prospera en los distritos del Filípoli y de Tatar Pazardzik, y, menos bien, en el cantón de Caribrod. La producción búlgara, en el siglo XVI, calculábase en unas 3 000 toneladas. El sésamo, introducido en la planicie de Maritza, y el algodón en las regiones de Adrianópolis, Kustendil y Macedonia, alrededor de Seres, fueron también aportaciones turcas del siglo XVI.**[118]** A esta rica variedad de cultivos habría que añadir un poco de vino malo, los huertos de hortalizas y legumbres en torno de las aldeas,**[119]** el cáñamo, las rosas y los jardines de los alrededores de Uskub… Y, por último, otros dos cultivos nuevos, el tabaco y el maíz, están a punto de hacer su aparición (la fecha exacta no la sabemos).

La mayor parte de estos cultivos hacíase en grandes explotaciones. Éstas, organizadas a la turca (en *tschiftliks*, la más despiadada y dura para el hombre de todas las formas rurales balcánicas), se hallan, pues, vinculadas a la deformación de la gran propiedad otomana. Ello trajo consigo, para la población rural, ciertas vicisitudes y desplazamientos hacia el fondo de las

llanuras, desplazamientos que habrán de anularse cuando, en el siglo XIX, suelte su presa este régimen de gran propiedad.[120] Ello traerá como consecuencia la dominación absoluta del turco, apoyada en una sólida administración, que la cercanía de la capital hacía aún más recia.

Junto con esta sociedad rural, bien enraizada y firmemente estructurada, parecería que gozasen de cierta independencia los pocos grupos —los valacos y los "arbanassi", entre otros— que, en las tierras incultas, llevan una vida pastoril y agrícola seminómada, en aldeas provisionales de construcciones ligeras, muy diferentes de las aldeas fijas de los eslavos.[121] Pero con mucha frecuencia viene a unirse a ellos el Asia, bajo la forma de los nómadas que se mezclan con ellos. El caso más claro es el de los yurukos, que, franqueando los estrechos, llegan periódicamente a ocupar los extensos y feraces pastos de Rodopo; fueron ellos quienes ganaron para el islam a estos extraños pomacos, pobres búlgaros islamizados, arrastrados por el torrente del nomadismo asiático.

Parece, pues, que el Asia no perdonara nada del país búlgaro, que asentara por doquier la pesada planta de sus hombres, de sus búfalos y de sus camellos, anegando (con ayuda de algunos cómplices; sobre todo, los usureros, aquellos *corbazi* de siniestra reputación, delatores no pocas veces) a un pueblo que, por su sangre, por sus orígenes y por su propia tierra, estaba peor defendido que cualquier otro.

En Bulgaria sigue siendo aún hoy bien visible la impregnación de una civilización exótica, de penetrante perfume. Todavía hoy nos dicen bastante bien sus ciudades cuál fue este proceso de maceración: ciudades del Oriente, con sus largas callejuelas flanqueadas por muros sin ventanas, con su inevitable bazar de estrechas tiendas, cerradas con montantes de madera; sentado sobre el bajo mostrador, el mercader encorvado aguarda a su cliente junto al *mangal* el brasero, tan indispensable en estos países fríos, batidos por los grandes vientos helados del norte y del este… En el siglo XVI, una multitud de pequeños artesanos trabajaban en estos tenduchos para las caravanas: herreros, carpinteros, fabricantes de albardas y de arneses. Delante de las puertas, junto a las fuentes, bajo los álamos, acampaban los camellos y los caballos en los días de feria, entre la batahola de trajes, de mercancías y de hombres: los turcos, los señores de los *tschiftliks* que venían por un instante a visitar sus tierras, los griegos de Fanar, de paso hacia los países danubianos, confundidos con los especieros, los conductores de las caravanas, con los aromunes y los chalanes tzíganos, de quienes nadie podía fiarse…

Vivir era, para el pueblo búlgaro, someterse a estas invasiones. Y, sin embargo, ¿el búlgaro no ha sabido conservar lo esencial, puesto que ha seguido siendo él mismo? Por mucho que haya tomado de ella durante esta larga convivencia, ha llegado a disolverse, sin embargo, en la masa turca y ha sabido salvaguardar cabalmente lo que le preservaba de esta disolución: su religión y su lengua, prendas de su resurrección en el futuro. Aferrado a su suelo, defendió y conservó estos bienes tenazmente. ¿No siguió poseyendo, acaso, las mejores regiones de su tierra negra? Cuando el campesino turco procedente del Asia Menor se instaló cerca de él, ¿no se vio obligado a contentarse con las laderas boscosas o con las tierras pantanosas, bordeadas de sauces, en el fondo de los valles, con el único suelo que el *raia* no había ocupado?[122] Y, al desaparecer el turco, ¿el búlgaro no siguió siendo búlgaro, es decir, el mismo campesino que, cinco siglos antes, hablaba la misma lengua, oraba en las mismas iglesias y cultivaba las mismas tierras, bajo el mismo cielo?

El Islam morisco

Al otro extremo del Mediterráneo, los españoles debatíanse también con uno de estos pueblos inasimilables, y tomaban la cosa por lo trágico. Pocos problemas habrán dejado una huella tan profunda como éste en la Península.

Su mismo nombre indica que el problema morisco es un conflicto de religiones; dicho de otro modo y en un sentido más profundo, un conflicto de civilizaciones, difícil, por tanto, de resolver y llamado a perdurar. Se llama moriscos, en efecto, a los descendientes de los musulmanes de España, convertidos al cristianismo en 1501, en las tierras de Castilla, y en 1526, en los dominios de la Corona de Aragón. A las veces mimados, adoctrinados, favorecidos y siempre temidos, fueron por último arrojados de España en las grandes expulsiones de los años 1609 a 1611.

Estudiar este problema equivale, en realidad, a poner en claro, desde mucho antes de la conquista de Granada en 1492, la larga supervivencia y lento naufragio del Islam ibérico. De este naufragio quedan sobrenadando muchas cosas, incluso hasta más allá de la fatídica fecha de 1609.[123]

Problemas moriscos

No hay un solo problema morisco, sino varios. Tantos como sociedades y civilizaciones desesperadas, en vías de perdición. Ninguna de ellas se

encontraba, en efecto, en el mismo punto de desgaste y decadencia: la cronología de la Reconquista y de la conversión lo explica de antemano.

La España musulmana en la época de su máxima expansión no llegó a tener bajo su dominio más que parte de la Península: las costas mediterráneas, Andalucía, el valle del Tajo, el valle del Ebro y el sur y el centro de Portugal. No se cuidó de las regiones de Castilla la Vieja y jamás llegó a penetrar de manera perdurable en los Pirineos ni en sus estribaciones cantábricas hacia el oeste. La Reconquista se desarrolló durante mucho tiempo en los semidesiertos de Castilla la Vieja, donde el cristiano tuvo que conquistar y poblar, edificar sus villas vigilantes y guerreras, llevándolo y constituyéndolo todo. Solamente en el siglo XI, ya victorioso, empieza a hacer mella en la parte viva del Islam ibérico: la toma de Toledo (1085) abre ante él este mundo codiciado. Y, sin embargo, Toledo no era, para el islam, más que la avanzada que se alzaba en el corazón continental de la Península.

Sólo gradualmente los reinos cristianos van tomando posesión de los poblados y fértiles valles de Aragón, Valencia, Murcia y Andalucía. Zaragoza cae en 1118; Córdoba, en 1236; Valencia, en 1238; Sevilla, en 1248, y Granada mucho después, en 1492. Varios siglos separan, por tanto, las etapas sucesivas de la Reconquista.

Ésta, ya desde antes de 1085 asienta en las zonas sin ocupar a su población cristiana, pero después de esta fecha comienza a incorporar las tierras habitadas por *fellahs*, musulmanes o cristianos, y por vecinos de las ciudades, más o menos islamizados. Se pasa, por tanto —paso henchido de consecuencias—, de una colonización pobladora a una colonización explotadora; inmediatamente surge, con sus mil variantes, el problema de las complejas relaciones entre vencedores y vencidos y, por encima de ellas, entre dos civilizaciones.

Pero, como el debate no comienza simultáneamente en las diversas partes de esta España musulmana primero recobrada y después remodelada por el cristiano, los problemas que se perfilan en el siglo XVI no son en todas partes los mismos, ni mucho menos. Es, pues, una gran serie de casos diversos lo que nos ofrece esta España, todavía petrificada, aunque en distinto grado según los lugares, de vida musulmana. Casos inseparables, por lo demás, unos de otros y que se esclarecen mutuamente al relacionarse.

Sus mismas diferencias son otras tantas explicaciones. Por ejemplo, los moros de Granada son convertidos en 1499 por orden del gobierno. El cardenal Cisneros se decidió a ello contra el parecer de las autoridades locales, dando al traste con la promesa de los Reyes Católicos, que, en 1492,

al capitular la ciudad, habían asegurado a ésta la libertad religiosa. El acto del cardenal, preparado con la complicidad de algunos conversos, fue precedido y acompañado por grandes manifestaciones, incluyendo el auto de fe de numerosos Coranes y manuscritos árabes… Ello trajo como resultado el levantamiento del Albaicín, el barrio indígena de Granada, y, después, la revuelta de la sierra Bermeja, que costó mucho sofocar. En 1502, habiéndose extinguido esta revuelta, no sin dificultad, los moros tuvieron que elegir entre convertirse o salir de España. No cabe duda de que, a pesar de los alegatos y las versiones oficiales, los Reyes Católicos, pese a la sorpresa que aparentaban, estaban perfectamente de acuerdo con el arzobispo de Toledo: la responsabilidad es común y compartida.[124]

Las conversiones a la fuerza comenzaron en España. La medida adoptada en Granada hízose extensiva a toda Castilla. Pero no tenía, advirtámoslo, el mismo sentido aplicada a los granadinos, personas conquistadas la víspera, que aplicada a los moros de Castilla, que llevaban ya mucho tiempo viviendo en medio de los cristianos y practicando libremente hasta entonces su culto. La cosa variaba también en las tierras de la Corona de Aragón (Aragón, Cataluña y Valencia). La conversión más tardía de todas, y también frustrada, por lo demás, no fue ordenada por el Estado. Los viejos cristianos, entre los que vivían diseminados los moros, bautizaron por la fuerza y en masa a sus compatriotas musulmanes durante la crisis de las "Germanías", en 1525-1526. ¿Esos bautismos, hechos a la fuerza, eran válidos? Fue un problema muy discutido, hasta en Roma, donde las soluciones eclécticas encontraban, con frecuencia, más partidarios que en España.[125] En 1526, Carlos V, a quien se pidió parecer, optó en favor de la conversión, a la vez para seguir el ejemplo de Granada y para dar gracias a Dios por su victoria de Pavía.[126] Pero la intervención del emperador en este pleito no fue grande. Es cierto que Granada y Valencia, las dos vertientes de España (aragonesa la una, la otra castellana) no se hicieron "cristianas" (o, como se diría después, moriscas) en las mismas condiciones ni en la misma atmósfera. Y ello distingue, por lo menos, dos zonas de problemas moriscos.

Una geografía de la España morisca

Pero, mirada la cosa un poco más cerca, encontramos otras distinciones y otras zonas, según que los moriscos abunden más o menos y se hallen más o menos encuadrados en la civilización de los vencedores y engarzados en ella desde un tiempo más o menos largo. En Asturias, en Vizcaya y en Navarra, el

morisco no es un personaje desconocido. Es el artesano o, en las rutas, el vendedor ambulante y hasta, a veces, revendedor de pólvora para arcabuz.[127] Pero abunda poco, a pesar de todo, excepto en el valle navarro del Ebro, donde cuenta con un cierto número de descendientes de moros. En Castilla abundan más y su número parece ir en aumento a medida que se desciende hacia el sur. Cada ciudad tiene los suyos.[128] A fines del siglo XV, el doctor Hieronymus Münze, un viajero, señala que en Madrid, ciudad "no más grande que Biberach", hay dos morerías, dos *ghettos* musulmanes.[129] La proporción es mucho mayor aún, sin duda, en Toledo, y, más abajo, Andalucía hierve de moriscos, campesinos o proletarios al servicio de todas las grandes ciudades. En el Aragón propiamente dicho los vemos alojados como artesanos, en las aglomeraciones urbanas (en Zaragoza trabajan el cuero y fabrican armas y pólvora),[130] y aún son más numerosos en las regiones altas, entre el Ebro y los Pirineos,[131] donde forman activas comunidades agrícolas y pastorales.[132] En otras partes, algunos grandes señores retienen en sus "lugares de moriscos" a la mayor parte de los que siguen dedicados al cultivo de la tierra; por ejemplo, el conde de Fuentes, en Exca, una de las regiones más aceitíferas del Aragón morisco; o el conde de Aranda, en Almonacid; o el duque de Aranda, en Torellas…[133]

En Cataluña, por el contrario, apenas encontramos moriscos, si acaso alguna que otra huella de aquella Iberia musulmana que en todas partes vemos mezclada con la España del siglo XVI. La vieja Cataluña vivió siempre al margen del Islam, que sólo toca sus territorios por el sur, a la altura de Tarragona y el Ebro. En 1516 expulsa a los moriscos residentes en Tortosa.[134] Rara vez la Inquisición de Barcelona es llamada a juzgar a uno de estos infieles.[135]

Más hacia el sur, la tierra valenciana es un típico dominio colonial del que, en el siglo XIII, se hacen cargo los mercaderes catalanes y los señores de Aragón y que, a partir de entonces, se verá sacudido por mil movimientos y mil inmigraciones sucesivas. Henri Lapeyre[136] establece un paralelo entre la situación de Valencia y la de Argelia antes de marzo de 1962. Las proporciones no son las mismas, pero las dos poblaciones están imbricadas una en otra, como muy bien lo ilustran los mapas de Tulio Halpérin Donghi.[137] Resultan muy claras las características generales de la distribución geográfica: las ciudades son predominantemente cristianas, y los moriscos tienden a vivir —aunque pocos de ellos— en los suburbios; también las regiones de regadío son fundamentalmente cristianas, salvo las zonas de Játiva y Gandía; las regiones de secano, con la excepción de algunos macizos,

están pobladas por los moriscos: a ellos les tocan las tierras pobres de las regiones altas. No es por tanto sorprendente que se hayan producido en las montañas las dos rebeliones más importantes: en 1526, en la sierra de Espadán; en 1609, en la región de Mucla de Cortes, en la orilla derecha del Júcar y en el valle de Laguar, al sur de Gandía.[138]

En 1609, los moriscos representan aproximadamente un tercio del total de la población valenciana: 31 715 familias, frente a 65 016 de cristianos viejos, [139] pero éstos ocupan todos los puestos de mando y controlan totalmente Valencia y su feraz huerta.

Todo ello era, evidentemente, fruto de una larga evolución que había durado varios siglos. La sociedad vencida sigue viva, pero, reducida a llevar una magra existencia, es como un traje desgastado y, a menudo, desgarrado. No hay aristocracia ni minoría selecta musulmana por encima de la gran masa proletaria de los vencidos; no hay, por tanto, resistencia organizada y sabiamente armonizada. Por doquier, en ciudades y campos, el morisco está bajo el poder de la sociedad victoriosa. Los defensores de los *fellahs* son los propios señores.[140] Apoyan a los moriscos, como más tarde, en los Estados Unidos, apoyarán los colonos del sur a sus esclavos. Por lo demás, no forman una masa homogénea: junto con ellos, fruto de muchos siglos de victorias cristianas, vive un proletariado de cristianos viejos, fanático y duro, rural y urbano, que evoca bastante bien, una vez más, a los blancos pobres del sur de los Estados Unidos.

Valencia debió de ser, en el siglo XIII, algo muy parecido a la Granada del siglo XVI. Granada, donde la victoria cristiana es muy reciente y se ha logrado en detrimento de otro país también rico, también poblado y cuya derrota se debió más a su falta de artillería que a sus debilidades intestinas.[141] La sociedad musulmana no se mantiene, aquí, inalterable —la conquista no pudo por menos de acarrear estragos inmediatos—, pero todavía se la reconoce, en un país dominado y disciplinado por el hombre, cultivado hasta en sus más altos bancales, rico en vegas de una pasmosa fertilidad, que son como oasis tropicales en medio de tierras ya semiafricanas. El español se apodera de esta herencia; los señores cristianos se instalan en estas ricas tierras, como aquel Juan Henríquez,[142] defensor de los moriscos en 1568, quien tiene sus bienes en el valle de Granada. Llevando consigo por doquier a funcionarios y eclesiásticos, más o menos honestos unos y otros, con frecuencia prevaricadores y dispuestos a aprovecharse sin vergüenza de las ventajas del país. Cuanto haya podido decirse del “colonialismo” en cualquier país y en cualquier época es aplicable con extraña veracidad al conquistado reino de

Granada. Los propios documentos oficiales hablan un lenguaje que no deja lugar a dudas. Por ejemplo, el licenciado Hurtado,[143] encargado de hacer averiguaciones en la Alpujarra, en la primavera de 1561, señala algunos méritos entre la "gente morisca", muy pacífica y tranquila, mientras que desde hace 20 años no se conoce en la provincia verdadera justicia, sino solamente malversaciones, delitos, tropelías y robos sin cuento, cometidos a su costa. Si los verdaderos culpables, a quienes habría que ajustar las cuentas, repiten a todas horas que los moriscos son gente peligrosa, que acaparan los víveres, la harina, el trigo y las armas, con la intención de levantarse un buen día, lo hacen únicamente para tratar de excusar su inexcusable conducta, continúa informando el pesquisidor.

¿Acaso se dejó engañar? Sin embargo, cuando Granada se subleva en la Navidad de 1568, el embajador de Felipe II en Francia, Francés de Alava, siente en seguida, como para descargar su conciencia, la necesidad de consignar puntos de vista muy parecidos. En octubre de 1569 escribe largamente al secretario Zayas,[144] y el embajador, que suele ser un observador meticuloso, se cuida de precisarle desde las primeras líneas que, en el curso de los últimos 12 años, ha estado siete u ocho veces en Granada y que conoce a las autoridades civiles, militares y religiosas, responsables de los hechos. ¿Qué razones tendríamos nosotros para poner en duda sus palabras? ¿Qué razones podía tener un hombre como éste para acudir en defensa de aquellos pobres diablos de quienes a la sazón se encontraba tan alejado, como no fuese la de dar a conocer la verdad, para hacer algún bien con ello?

Los moriscos se han lanzado a la rebelión, nos dice, es cierto, pero son los cristianos viejos quienes los empujan a la desesperación, con su arrogancia, sus latrocinios y la insolencia con que se apoderan de sus mujeres. Los propios sacerdotes se comportan del mismo modo, y en prueba de ello cuenta esta anécdota precisa. Como toda una aldea morisca se hubiese quejado ante el arzobispo de su pastor, se mandó averiguar el motivo de la queja. Que se lo lleven de aquí, pedían los feligreses… O, si no, "que se le case, pues todos nuestros hijos nacen con ojos tan azules como los suyos". El embajador no se contenta con referir esta pintoresca historia, que él tiene por estrictamente verídica. Desolado, furioso, él mismo en persona hace averiguaciones y logra comprobar todas las malversaciones de los pequeños funcionarios, incluso de aquellos que, no por ser moriscos de origen, explotan menos a sus administrados. Entró en las iglesias en un día de fiesta para convencerse de lo poco que se respetaba la religión. Vio cómo, en el momento de la

consagración, entre la hostia y el cáliz, el sacerdote se volvía para espiar si toda la feligresía indígena, hombres y mujeres, estaban bien arrodillados, y oyó cómo reconvenía y cubría de insultos a sus ovejas —cosa "tan contraria al servicio de Dios [observa Francés], que me temblavan las carnes"—.

Rapiñas, robos, injusticias, asesinatos y condenas ilegales en masa: materia bastante para inculpar a la España cristiana. Pero ¿sabía ésta, acaso, las tropelías que en su nombre o al amparo de él se cometían, a veces sin que nadie se enterara, en aquellas tierras del sur, demasiado ricas y pobladas, a las que todo el mundo llegaba buscando algo beneficioso: tierras o empleos, donde ni los flamencos y los franceses desdeñaban instalarse como artesanos, según lo señala un documento inquisitorial, fechado en Granada en 1572?**[145]** Es algo así como la física de la historia, la ley inexorable del más fuerte. Junto a la ciudad indígena,**[146]** y separada de ella desde 1498,**[147]** crece y se desarrolla la ciudad oficial y cristiana en la Alhambra, residencia del capitán general; en la Universidad, fundada en 1537, y en la cancillería creada en 1505, y ya todopoderosa y agresiva en 1540.**[148]** Si queremos comprenderlo, y no digo juzgarlo, no olvidemos que el español se encontraba allí, como el francés en Argel, el holandés en Batavia o el inglés en Calcuta, en el corazón de una empresa colonial, como ayer se decía, en un remolino de civilizaciones contrapuestas, cuyas furiosas aguas se negaban a mezclarse.

Frente a este colonialismo español, no siempre, ni mucho menos, honesto, inteligente ni sagaz, se alza una sociedad indígena que aún sigue siendo coherente, con una clase dirigente (que no existía o que había desaparecido en Valencia), los ricos del Albaicín, esta masa de notables vestidos de seda, ricos, prudentes, misteriosos, que reinan sobre un pueblo de horticultores y de criadores de gusanos de seda, campesinos sabios en el arte de canalizar las corrientes de agua fertilizadora y el de entretener las paredes de contención de los cultivos en terraza; reinan también sobre un pueblo de arrieros, modestos vendedores y revendedores, artesanos tejedores, tintoreros, zapateros, albañiles y fontaneros, todos ellos, muchas veces, en competencia con los artesanos venidos del norte, unos y otros con sus métodos y sus normas. Todas estas pobres y humildes personas van vestidas de algodón. Que los nobles del Albaicín no brillan por su valentía es algo que, más tarde, quedará demostrado de una manera espectacular: temen comprometerse, temen perder sus *cármenes*. Además, una parte de la nobleza granadina, al menos sus más ilustres miembros, había abandonado España poco después de la caída de Granada. Sin embargo, esta clase dirigente ha conservado sus cuadros, sus tradiciones y también su desmedido respeto por los linajes y las grandes

dinastías; la rebelión de 1568 traerá consigo un renacimiento de los conflictos entre diferentes clanes, muy similares a los que habían precipitado la caída de Granada.

Esta aristocracia superviviente ha visto crecer a su alrededor y por encima de ella una aristocracia cristiana de reciente importación, generosamente favorecida (quizá tan largamente como la de Valencia), que vive sin pudor alguno del trabajo de sus campesinos moriscos, raza sobria y, en consecuencia, fácil de explotar. Se estimaba que un morisco consumía la mitad que un cristiano, y así nos lo confirman también los proverbios: *quien tiene Moro, tiene oro; a más Moros, más ganancias, a más Moros, más despojos*.[149]

Los nobles cristianos son los protectores de los campesinos moriscos; y se les ha reconocido durante largo tiempo el derecho de ofrecer asilo en sus dominios a los delincuentes de las tierras vecinas. Pero el Estado, en su deseo de restaurar el orden en Granada, ha suprimido este derecho y ha limitado a sólo unos días el asilo en las iglesias. Además, desde 1540 de modo manifiesto, pero ya desde antes, los letrados de la Audiencia de Granada han tratado de recortar los derechos de la gran nobleza y de su cabeza principal, el capitán general del reino, o dicho con otras palabras, de la poderosa familia de los Mendoza. Así se va esbozando un gobierno civil que se apoya en las ciudades cristianas y en la población inmigrante, en oposición al gobierno militar y señorial de los Mendoza. Esta crisis política y social no ha sido por sí sola causa del estallido de la guerra, pero ha agravado las tensiones y el desorden. Al mismo tiempo, el gobierno de Felipe II, en su busca de recursos fiscales, ha comenzado a cuestionar los títulos de propiedad, en una fecha que, por lo menos, se remonta al 1559. Además, en Granada como en Valencia, la población crece; al aparecer las dificultades económicas aparece también el bandolerismo. Los bandidos —los *monfíes*—, que ya no pueden encontrar refugio en las tierras de los señores o en las iglesias, se echan al monte, del que bajan para hacer incursiones de pillaje, en connivencia con los *gandules*, sus cómplices urbanos o con los corsarios berberiscos o turcos.[150] En 1569, unos meses después del estallido de la revuelta, e inmediatamente después de la expedición punitiva del marqués de Mondéjar contra las Alpujarras, habría sido todavía factible llegar a una solución pacífica gracias a los buenos oficios de los nobles. Así se expresa Caro Baroja en su magnífico libro sobre los moriscos,[151] y no hay duda de que tiene razón. Pero ¿habría traído eso una auténtica paz? Además, las civilizaciones son menos elásticas que las sociedades, y sus cóleras, crueles e intransigentes, son duraderas. Lo

que aquí debemos tratar de percibir es toda la crueldad e incomprensión que rodea a la cuestión, desentendiéndonos por el momento de las vicisitudes de una guerra de la que más adelante tendremos ocasión de hablar.[152]

El drama de Granada [II-184]

Toda guerra *colonial* implica inevitablemente el choque entre dos civilizaciones y la intromisión de pasiones ciegas, violentas e insidiosas. Es inútil cualquier intento de cálculo razonable, tanto más cuanto la política española va de triunfo en triunfo, primero en Granada desde 1502, en Valencia desde 1526 y desde siempre en Aragón. Sin el menor contratiempo ha dividido a sus enemigos e impedido que la sedición pase de la región en que se ha producido a la vecina. Nunca ha tenido que enfrentarse con más de una cuestión morisca a la vez: la de Granada, en 1499-1502; la de Valencia, en 1525-1526 (y, de nuevo, aunque brevemente, en 1563);[153] la de Aragón, en 1575[154] (pero el peligro nunca fue serio); la de Castilla, en 1580;[155] la de Granada, en 1584;[156] de nuevo en Valencia, en 1609;[157] otra en Castilla, en 1610, y en Aragón, en 1614. El gobierno español vigila también muy cuidadosamente las fronteras exteriores y trata de cerrarlas a los moriscos fugitivos, tanto por los Pirineos como por el Mediterráneo. Pero esta vigilancia no impide las evasiones, aunque las hace más difíciles, como ocurre, por ejemplo, a todo lo largo de las costas valencianas, a partir de 1550.[158] Son gestos y prácticas razonables bajo el signo de la sabiduría política y de la experiencia. Y también demostraba sabiduría política el hecho de escuchar de buena gana los consejos de los nobles señores de los campesinos moriscos tanto en el Consejo de Guerra como en el Consejo de Estado.[159] España se ve obligada, tanto en territorio morisco como en el resto de ella, a recurrir a la nobleza como intermediaria.

Pero estas reglas de buen gobierno se arrojan por la borda en los momentos de emergencia. Y así, en 1568 y 1569 no se seguirán los consejos del marqués de Mondéjar sino los apasionados puntos de vista del cardenal Espinosa y de don Pedro de Deza, fanático presidente de la Audiencia de Granada, representantes uno y otro de los *letrados*, esos *bonetes* que, si no se les sale al paso, impondrán muy pronto su ley a España. El testarudo cardenal, "resoluto en lo que no era de su profesión", dice una cronista,[160] se decide por una operación militar. Durante más de 40 años, desde las Germanías de 1526, los moriscos vivían del modo más apacible. La pragmática que iba a encender la mecha es del 17 de noviembre de 1566, y se promulga el 1 de

enero de 1567; a partir de ese momento y por espacio de más de dos años, será objeto de discusiones, durante las cuales los moriscos y sus protectores tienen la impresión de que todavía es posible un compromiso y que la cuestión puede sobreseerse, llegado el caso, a cambio, naturalmente, de un sustancioso donativo. Pero los consejeros de Felipe II han condenado en este documento —condena sin apelación— a toda una civilización y todo un estilo de vida: se prohíben a hombres y mujeres los vestidos moriscos (ellas deberán renunciar a usar el velo por la calle) y se cierran aquellas casas donde se celebraban ceremonias islámicas clandestinas; se prohíbe también el uso de los baños públicos y el empleo de la lengua árabe. Se trata, en resumen, de acabar con todo lo islámico que pueda existir en Granada, o quizá de intimidar lo más posible a la población morisca. Como las discusiones y las componendas se eternizaban, los inclinados a la solución por la vía violenta contaron con tiempo y oportunidades suficientes para conspirar y preparar su acción, bajo el pretexto que les ofrecían las reuniones del Hospital y la Cofradía de la Resurrección que los moriscos celebraban en Granada.[161]

Finalmente, la noche de Navidad de 1568, los *monfíes* penetraron en el Albaicín y trataron de provocar un levantamiento. La Alhambra, que está exactamente enfrente, no contaba con más de 50 defensores, pero no fue atacada y el barrio indígena no se levantó. Para que estalle la guerra será preciso que estallen antes las pasiones populares y se cometan crueldades; hará falta que ocurran las matanzas de cristianos, y, entre ellos, sus sacerdotes, en la Alpujarra; serán precisas las incursiones por las llanuras y la caza al hombre que emprenderán muy pronto una y otra parte… Comienza entonces una gigantesca orgía de sangre, indecisa en sus movimientos, perdida en un espacio inmenso, salvaje y sin caminos. Y cuando el rey consiente finalmente a los cristianos viejos el derecho de saqueo a mansalva, concediéndoles *campo franco*,[162] da nuevo impulso a esta guerra y la lleva a sus más extremos límites. Robos de ganado, de balas de seda, de tesoros escondidos, de joyas y la caza de esclavos, se convierten en realidad cotidiana de esta guerra, por no mencionar el constante merodeo de soldados y oficiales del servicio de intendencia. En Saldas, localidad próxima a Almería, los moriscos venden a los berberiscos sus prisioneros cristianos: “un hombre a cambio de un trabuco”;[163] en Granada, en cambio, no se sabe qué hacer con tantos esclavos moriscos como se amontonan en el mercado, y la población cristiana vive soñando con el momento en que puedan lanzarse sobre el barrio indígena y saquearlo a placer.[164] Pasiones, espantos, pánicos y sospechas se mezclan proporcionalmente. La España cristiana, victoriosa, pero no

tranquila, vive en el constante terror de una intervención turca, proyecto, por otra parte, realmente discutido en Estambul.[165] España, tanto antes como después de 1568, no ha dejado nunca de valorar en más de lo real la amenaza del Islam.

En su propósito de reconstruir el reino de Granada, los rebeldes no hicieron sino tratar de insuflar vida a un fantasma. Pero su modo de obrar, toda la tentativa en sí, las ceremonias de coronación del primer rey de la rebelión, la construcción de una mezquita en la Alpujarra y la profanación de iglesias resultan muy significativas desde el punto de vista que nos ocupa. Se trata, en realidad, de una civilización que se esfuerza en renacer de sus cenizas y que de nuevo se viene a tierra.

Después de las victorias, pagadas a muy alto precio, de don Juan de Austria (que el 13 de abril de 1569[166] sustituye al marqués de Mondéjar como comandante en jefe de las tropas), prevalecen los partidarios de las medidas radicales. Las rendiciones en masa de los insurgentes habían comenzado en abril de 1570. Desde el punto de vista práctico se podía considerar terminada la guerra: la revuelta se había podrido desde dentro. Las expulsiones habían ya comenzado el año antes, en junio de 1569: 3 500 moriscos de Granada (de edades comprendidas entre los 10 y los 60 años) habían sido sacados de la capital y llevados a la vecina provincia de la Mancha.[167] El 28 de octubre de 1570,[168] se dio la orden de expulsión de todos los moriscos; el día primero de noviembre se organizó a estos desgraciados en largos convoyes y, encadenados, se les exilió a Castilla. A partir de este momento la rebelión quedaba condenada al fracaso, al no poder contar con el apoyo de la población local, en apariencia pacífica, pero en realidad cómplice de los soldados de la rebelión, a los que, además, avituallaba.[169] De ahora en adelante, la rebelión de la zona montañosa está representada por algunos cientos de salteadores, que llevan adelante una guerra en miniatura *a guisa di ladroni*, como dirá un agente genovés.[170] Parecía que todo hubiera terminado de una vez para siempre. Una multitud de inmigrantes gallegos, asturianos o castellanos, en total unas 12 000 familias campesinas, ocupa los pueblos vacíos de Granada. Mientras tanto se vendían a nobles, monasterios e iglesias las que habían sido propiedades del pueblo conquistado; el rey —así se decía— obtuvo sumas enormes gracias a esta operación. La guerra, de hecho, no había resuelto absolutamente nada y la colonización campesina acabaría en el mayor de los fracasos;[171] además, no todos los moriscos habían abandonado el infortunado reino, y, también, hubo

algunos que volvieron a él. Fue preciso, en 1584,[172] proceder a nuevas expulsiones, y todavía a otras en 1610.[173]

Granada después de Granada

Se había limpiado Granada de moriscos, pero a costa de llenar de ellos a Castilla, sobre todo Castilla la Nueva. Se cerraba un capítulo y se abría otro. Los refugiados granadinos, plantados aquí y allá como otros tantos injertos, no tardaron en retoñar, en proliferar[174] y en enriquecerse. Pronto renació su inquietud. ¿Acaso estos infelices no estaban condenados a la riqueza, por la fuerza de su industriosidad, en medio de un país inundado de metales preciosos, pero lleno de hidalgos que consideraban denigrante trabajar? Entre 1580 y 1590, es decir, muy rápidamente, en menos de 20 años, la cuestión de Granada convertíase, de un modo harto curioso, en la cuestión de Castilla y de Andalucía: el peligro se acercaba ahora al corazón de España. No era ya tanto en Granada —donde, desde luego, aún había moriscos— como en Sevilla, en Toledo y en Ávila, donde se multiplicaban los temores y se cavilaban, de nuevo, soluciones radicales. Durante el verano de 1580, descubrióse en Sevilla una vasta conspiración con hilos en Marruecos; los propios embajadores del cherif, deseosos en aquel entonces de congraciarse con España, revelaron todos los pormenores del complot.[175] En la primavera de 1588 comenzaron los disturbios, esta vez en Aragón.[176] En julio, se reunió a deliberar sobre el asunto el Consejo de Estado.[177] Los consejeros examinaron el peligro que representaba para España la presencia de enemigos domésticos, cuyo número aumentaba sin cesar. Recordaban a Su Majestad el error cometido en Granada en 1568, aconsejándole atacar sin más dilaciones. Toda esta alarma provenía, en los primeros momentos, del levantamiento de varios centenares de moriscos, después de las pendencias en que se habían enredado con los cristianos viejos.[178] Pero pronto se aplacó la agitación y el virrey de Nápoles, por su parte, le daba tan poco crédito, que no vaciló en declarar, en mayo de dicho año, que se trataba de rumores difundidos por la propaganda inglesa.[179]

Es posible que todo ello no fuera, aparte del evidente nerviosismo, más que un pretexto. En noviembre del mismo año, vemos que la Iglesia de España interviene una vez más. Su intérprete es el cardenal de Toledo, quien ocupa un sitial en el Consejo de Estado y se apoya en los informes del comisario de la Inquisición en Toledo, Juan de Carrillo.[180] Parece ser que en esta ciudad, donde la antigua colonia de moriscos “mudéjares” se había

reforzado en 1570 con una colonia de moriscos granadinos, éstos, los deportados, hablaban todavía árabe entre ellos, mientras que los mudéjares, escribanos públicos y perfectos conocedores de la lengua española, trataban de apoderarse de los buenos cargos. Muchos de ellos, tanto de una como de otra clase, enriquecíanse en el comercio. Eran todos ellos personas réprobas, que no iban nunca a misa ni acompañaban al Santo Sacramento en la calle y, si se confesaban, era tan sólo por temor al castigo. Se casaban entre ellos, escondían a los hijos para no bautizarlos y, cuando los bautizaban, tomaban por padrino al primero que acertaba a pasar por delante de la iglesia. Sólo solicitaban la extremaunción para los moribundos que no estaban ya en condiciones de recibirla. Y como los encargados de vigilar y educar a estos herejes no se ocupaban de ellos, vagaban a su antojo. Era deber del Consejo de Estado ocuparse de este problema sin demora.

Así lo hizo, en efecto, el martes 29 de noviembre de 1588, a propuesta del cardenal y escuchados sus argumentos.[181] ¿Podía permanecerse impasible ante la alarmante multiplicación de los moriscos en Castilla, y especialmente en Toledo, que era su "alcázar y fortaleza", mientras que los cristianos viejos, enganchados en las "milicias", eran cada vez menos y mal armados y corrían el peligro de verse, un buen día, ante una desagradable sorpresa? Por lo menos —y el Consejo estuvo unánime en este punto— debía ordenarse a los inquisidores que abriesen averiguaciones dentro de su jurisdicción y levantasen un censo de los moriscos.

De este modo, el temor, que es siempre mal consejero, penetraba en el corazón de España. Al año siguiente, en 1589, con las incursiones inglesas se temió que los moriscos, tan numerosos en Sevilla, auxiliasen a los asaltantes.[182] En 1596 cundió la alarma en Valencia, por miedo a las mismas conexiones.[183] Es la presencia del enemigo dentro de casa lo que preocupa a la política española y va a pesar sobre ella.[184] El enemigo está enquistado en pleno corazón, diríamos nosotros, en el riñón de España, diría un español castizo. En 1589, el Consejo de Estado seguía hablando de la necesidad de levantar un censo de moriscos. Pero los acontecimientos marchaban de prisa. Al año siguiente, el rey propone al Consejo medidas violentas: obligar a los moriscos a servir durante algún tiempo en las galeras, pagándoles su sueldo, lo que contribuiría, por lo menos, a frenar su procreación; separar a los niños de sus familias, confiándolos a señores españoles, a sacerdotes o artesanos que se encargaran de su educación; ejecutar a los más peligrosos; concentrar a los granadinos instalados en Castilla en su antiguo barrio, sacándolos así del famoso "riñón" del país; arrojarlos de las ciudades al campo.[185] Desde el 5

de mayo se hablaba ya, lisa y llanamente, de expulsión: los Reyes Católicos habían expulsado ya a los judíos y con ello habían conquistado su santo nombre.[186] No cabe duda de que todos los miembros del Consejo condenaban en espíritu a los indeseables moriscos. Pero, a pesar de todo, los condenados gozarán todavía de un respiro bastante largo.

España, absorbida por el conflicto de los Países Bajos, empeñada en una lucha contra Francia y enfrentada a Inglaterra, tenía entre manos demasiadas preocupaciones para poder ajustar sus cuentas con los enemigos del interior. No es la mansedumbre, sino la impotencia —curioso resultado de su política imperialista— lo que salva a los moriscos, claro está que al modo como la cuerda sostiene al ahorcado. Alrededor de ellos iban creciendo incesantemente la cólera y el odio. Un informe dirigido al rey, en febrero de 1596,[187] se queja de la pasividad de la política del gobierno para con estos herejes y señalaba su inmensa riqueza: pasaban de 20 000 los que, en Andalucía y en el reino de Toledo, poseían rentas superiores a los 20 000 ducados. ¿Podía tolerarse esto? El memorial denunciaba a un tal Francisco Toledano, morisco de Toledo, que vivía en Madrid, y era el mas rico comerciante de hierro de la plaza, el cual, por razones de su negocio, traficaba en Vizcaya y en Vitoria, aprovechándose para comerciar con armas y arcabuces. Por fortuna, conocíanse todas sus andanzas, sus clientes y sus cómplices.

El Consejo reanuda sus interminables discusiones en 1599. Pero sin que nadie encuentre gusto en ellas. Todas las recomendaciones de los consejeros conducían a la misma conclusión: el rey debía obrar, y obrar sin tardanza. Entre los signatarios seguimos encontrando todavía el nombre del cardenal de Toledo; pero los otros cuatro, J. de Borja, J. de Idiáquez, el conde de Chinchón y Pedro de Guevara,[188] son de un mismo parecer. Entre los voluminosos legajos del Archivo de Simancas referentes a estas deliberaciones no se encontrará, seguramente, un solo alegato en pro de los moriscos.[189]

El epílogo fue la expulsión de 1609-1611. Para poder llevarla a cabo, hubo de concurrir un cúmulo de circunstancias, la vuelta a la paz (1598, 1604, 1609), y la silenciosa movilización de toda la flota de guerra de España, galeras y galeones,[190] capaz de asegurar los embarques y garantizar, al mismo tiempo, la seguridad de la operación. Julio Caro Baroja piensa que las victorias del sultán de Marraquech sobre el *rey* de Fez, en la primavera del año 1609, pueden haber llevado a España a tomar estas radicales decisiones, y la cosa es muy posible.[191]

Así se cerraba con un fracaso la larga tentativa de asimilación del Islam ibérico, fracaso agudamente sentido en aquellos momentos. No cabe duda de que España, en un principio, intentó asimilarse a estos elementos, que le eran útiles. "¿Quién nos hará nuestros zapatos?", decía el arzobispo de Valencia en el momento de la expulsión, con la que, por lo demás, estaba de acuerdo. ¿Quién cultivará nuestras tierras?, pensaban los señores de los "lugares moriscos". En realidad, la expulsión, ya se sabía de antemano, iba a abrir heridas bastante graves en el cuerpo de España. Los diputados del reino de Aragón se pronuncian contra ella. En 1613-1614, Juan Bautista Lobana, quien recorría el reino levantando una carta geográfica, consigna continuamente en sus notas la desolación de las aldeas abandonadas: en Longares quedaban 16 habitantes, de 1 000 que había; en Miedas, 80, de 700; en Alfamen, 3, de 120; en Clanda, 100, de 300…**[192]** Los historiadores han repetido que todas estas heridas acaban, a la larga, cicatrizando, y tienen razón,**[193]** Henri Lapeyre ha demostrado que la expulsión ha afectado a un máximo de 300 000 personas entre una posible población total de 8 millones.**[194]** Pero, para la época y para España, era una proporción excesiva, aunque la cifra esté muy por debajo de aquellas exageradas que se han propuesto en el pasado. Al mismo tiempo, Henri Lapeyre**[195]** piensa que fueron graves los efectos inmediatos de las heridas, y que el descenso demográfico del siglo XVII ha retrasado la curación.

Pero la cuestión más difícil de resolver no es la de saber si España ha pagado o no un alto precio por la expulsión y por la política de violencia que ello implica, o si ella ha hecho bien o mal procediendo como lo hizo. No se trata, ahora, de juzgar a España a la luz de nuestros sentimientos actuales, aunque no hay duda de que todos los historiadores están de parte de los moriscos. En estos momentos no nos importa la consideración de si España ha hecho bien o mal privándose de su laboriosa y prolífica población morisca, sino la de descubrir por qué lo ha hecho.

En primer lugar, porque el morisco resultaba inasimilable. A España no le ha movido el odio racial al tomar su actitud (el odio racial parece haber estado casi del todo ausente del conflicto), sino el odio religioso y cultural. Y la explosión de su odio, es decir, la expulsión, es su confesión de impotencia: la prueba de que el morisco, después de uno, dos o tres siglos, según los casos, continuaba siendo el moro de siempre, con sus vestidos, su religión, su lengua, sus casas enclaustradas y sus baños moros. Lo había conservado todo; había rechazado la civilización occidental, y éste era su delito principal. Algunas espectaculares excepciones, en el plano religioso, o el hecho innegable de que los moriscos de las ciudades tendían a adoptar, cada vez

más, el modo de vestir de los vencedores, no pueden alterar el cuadro general. [196] En España se sabía muy bien que el corazón del morisco pertenecía a un inmenso universo que se extendía hasta la remota Persia,[197] un universo poblado de casas iguales, donde imperaban costumbres análogas y creencias idénticas.

Todas las diatribas antimoriscas de la época se resumen en esta declaración del cardenal de Toledo, "que éstos son mahometanos como los de Argel".[198] En este punto podemos reprochar al cardenal su intolerancia, pero no su injusticia. No cabe duda de que los moriscos seguían siendo, desde el punto de vista religioso y cultural, verdaderos mahometanos. Así lo demuestran las mismas resoluciones propuestas por el Consejo. No se trataba de destruir una raza aborrecida, pero parecía imposible conservar, en el mismo corazón de España, un irreductible núcleo del Islam. No había, pues, más camino que arrancarlo de cuajo, suprimiendo el soporte mismo de toda civilización: la materia humana. Tal es la solución que acaba imponiéndose: la expulsión. Había otro camino: obtener a toda costa la asimilación que el bautismo forzado no había conseguido. Uno propone quedarse solamente con los niños, materia maleable, y favorecer el desplazamiento de los adultos hacia la Berbería, siempre y cuando se haga sin armar ruido.[199] Otro, el marqués de Denia, piensa, asimismo, que se debe proceder a educar cristianamente a los niños, enviando a los hombres de los quince a los sesenta años a galeras de por vida, y a las mujeres y los ancianos a la Berbería.[200] Un tercero opina que bastaría con repartir a los moriscos entre diversas poblaciones a razón de una familia morisca por cada 50 cristianos viejos, prohibiéndoles cambiar de residencia y dedicarse a otra ocupación que la agricultura, ya que la industria, el transporte y el comercio tendían a favorecer los desplazamientos y las relaciones con el exterior.[201]

De todas estas soluciones, España elige la más radical: la deportación, descuajando de raíz la planta de su suelo.

Pero ¿desapareció realmente de España toda la población morisca? Ciertamente, no. En primer lugar, no era fácil distinguir entre los moriscos y los que no lo eran. La gran abundancia de matrimonios mixtos impedía que el edicto de expulsión los incluyera.[202] En segundo lugar, interferíanse ciertos intereses —ya nos hemos referido a los de Aragón—, intereses de cristianos que protegían y salvaban de la expulsión a gran número de aquellos a quienes debía afectar la nueva ley. Fueron expulsados, ciertamente, la casi totalidad de los moriscos de las ciudades; pero en menor proporción, indudablemente, los que poblaban los realengos, las tierras de la Corona, y en medida mucho

menor aún, los moriscos de las tierras señoriales, los montañeses y los campesinos aislados…[203]

En no pocos casos, el morisco siguió enquistado en España, pero confundido entre la masa, aunque estampando en ella su huella indeleble.[204] ¿Acaso la población cristiana, incluso la aristocracia, no estaba ya teñida de sangre mora? Ya en el siglo XVI se hablaba mucho de ello en el extranjero. Los historiadores de América afirman, en todos los tonos, que el morisco tomó parte en la población de América.[205] Podemos, en todo caso, afirmar que la civilización musulmana, apoyada en los mismos residuos moriscos y en todo lo que España había absorbido del Islam en el curso de los siglos, no dejó de desempeñar su papel en la compleja civilización de la Península, incluso después de la operación quirúrgica de 1609-1614.

Pero la oleada de fondo no pudo arrastrarlo todo. No pudo arrastrar lo que se hallaba ya adherido para siempre al suelo español: los ojos negros de los andaluces, ni las mil toponimias árabes, ni los millares de palabras engarzadas en el vocabulario de los antiguos vencidos, transformados en los nuevos vencedores. Herencia muerta, se dirá, cerrando los ojos ante las realidades vivas de las recetas culinarias,[206] de los oficios y de muchísimas otras actividades de la vida diaria, que nos siguen hablando del Islam, en España y en Portugal. Y, sin embargo, en pleno siglo XVIII, en la época de la preponderancia francesa, la Península conserva todavía un arte vivo, un verdadero arte mudéjar, con sus estucos, sus cerámicas y la suavidad de sus azulejos.[207]

La supremacía del Occidente [II-195]

Pero la cuestión morisca no es más que un episodio de un conflicto mucho más amplio. El gran debate del Mediterráneo se ha ventilado siempre entre el Oriente y el Occidente, es esa eterna “cuestión de Oriente”, que sólo en un plano secundario atañe a los diplomáticos, pues es, en lo sustancial, un conflicto cultural, sin cesar reavivado al calor de las ventajas que alternativamente obtienen uno u otro contendiente. Las cartas buenas pasan de una a otra mano y, según quien sea el ganador, se abren paso importantes corrientes culturales más ricas o más pobres, de Occidente a Oriente o a la inversa.[208]

El Oriente dominó hasta el siglo VI a. C. Después, se establece cierto equilibrio. El primer desplazamiento en favor del Occidente es obra de Alejandro de Macedonia: el helenismo representa la primera “europeización”

del Cercano Oriente y de Egipto, llamada a perdurar hasta la época bizantina. [209] Con el fin del Imperio romano y de las grandes invasiones del siglo V, el Occidente y la herencia de la Antigüedad se derrumban, y es el Oriente bizantino y musulmán el que conserva y recoge sus riquezas, proyectándolas durante siglos hacia el Occidente bárbaro. Toda nuestra Edad Media está saturada, iluminada por el Oriente, antes de las Cruzadas, durante, y después de ellas. «Las civilizaciones se habían mezclado por medio de sus ejércitos; pusiéronse en circulación infinidad de historias y relatos que hablaban de aquellos mundos lejanos: la Leyenda Dorada espiga estos cuentos; la historia de San Eustaquio y las de San Cristóbal, Thaïs, los Siete Durmientes de Efeso, de Barlaam y de Josafat, son fábulas orientales. La leyenda del Santo Grial está calcada sobre el recuerdo de José de Arimatea; el romance de Huón de Burdeos es una refulgente fantasmagoría de los encantamientos de Oberón, el genio del alba y de la aurora; la odisea de San Brandán, una versión irlandesa de las aventuras de Simbad el Marino[210]». m

Y estos préstamos espirituales son solamente una parte de la voluminosa y sustancial corriente de los intercambios:[211] "Obras compuestas en Marruecos o en El Cairo —dice Renán— se conocían en París o en Colonia en menos tiempo del que un libro fundamental publicado en Alemania necesitaría para atravesar el Rin en nuestros días. La historia de la Edad Media sólo será completa cuando poseamos la estadística de las obras árabes que leían los doctores de los siglos XIII y XIV". Nada tiene, pues, de extraño que se hayan encontrado influencias musulmanas en la *Divina Comedia;* ya que, para Dante, los árabes fueron grandes modelos dignos de ser imitados, [212] o que San Juan de la Cruz tenga curiosos precursores musulmanes, uno de los cuales, Ibn Abbad, el poeta de Ronda, había tratado ya, mucho antes que él, el tema de la "Noche oscura".[213]

Pero, a partir de la época de las Cruzadas, se perfila ya un gran viraje. El cristiano se ha apoderado del mar. Le pertenecen, a partir de ahora, la superioridad y las riquezas que el dominio de las rutas y del tráfico lleva consigo. El viraje se acentúa con el siglo XV y se hace ostensible en el XVI. Alfred Hettner ha visto claras estas alternativas; pero se equivoca, evidentemente, cuando afirma que los contactos entre Occidente y Oriente disminuyen en los siglos XVI, XVII y XVIII.[214] Muy por el contrario. "De mediados del siglo XVII a mediados del siglo XVIII se multiplican en todas las lenguas de Europa los relatos de viajes europeos." Ello se debe a que el mundo de Oriente "se ha abierto a las embajadas permanentes, a los cónsules, a las colonias de comerciantes, a las misiones de estudios económicos, a las

misiones científicas y a las misiones católicas…, y a los aventureros que entraron al servicio del gran turco”.[215] El Occidente invade, en estos siglos, el Oriente, invasión que entraña los elementos de una verdadera dominación.

Pero volvamos al Occidente del siglo XVI: en esta época se pone por delante del Oriente y lleva a éste a la zaga. No hay duda alguna a este respecto, a pesar de los alegatos de Fernand Grenard. Poner esto de manifiesto no significa, por lo demás, en modo alguno, emitir un juicio valorativo sobre las dos civilizaciones que se enfrentan, sino simplemente registrar la alternativa, la cual favorece al Occidente, cuya civilización, más vigorosa por el momento, pone bajo su dependencia la del Islam.

Bastaría para demostrarlo el movimiento de los hombres. Éstos pasan en apretadas filas de la cristiandad al Islam. El Islam los atrae por sus perspectivas de aventura y de fortuna; y los atrae y los paga, porque los necesita. Pasan a Turquía por centenares de miles, al decir de un contemporáneo, y no solamente para renegar allí de su fe. El gran turco necesita artesanos, tejedores, constructores navales, marinos expertos, fundidores de piezas de artillería y esos obreros de “quincallería” (o sea, obreros metalúrgicos), que son la fuerza principal de un Estado: “lo saben bien [dice Montchrestien][216] los turcos y otros pueblos que los retienen cuando logran atraparlos”. Una curiosa correspondencia entre un mercader judío (?) de Constantinopla y el Morat Aga de Trípoli nos presenta al primero a la busca y captura de esclavos cristianos que sepan tejer terciopelos y damascos.[217] Pues los cautivos desempeñan también su papel en este suministro de mano de obra.

¿Por qué la cristiandad no se cuida de poner coto a sus remesas de hombres hacia el Oriente? ¿Acaso porque está excesivamente poblada y poco abierta todavía a las aventuras del Nuevo Mundo? El cristiano, en contacto con los países del Islam, se ve arrastrado por el vértigo de la abjuración. En el África, en los presidios, verdaderas epidemias de deserción diezman las guarniciones españolas. En Yerba, en 1560, antes de que el fuerte se rindiera a los turcos, muchos españoles se habían pasado ya al enemigo, “abandonando su fe y a sus compañeros”.[218] Poco tiempo después se descubre en La Goleta un complot para entregar la plaza a los infieles.[219] De Sicilia salen frecuentemente barcas cargadas de candidatos a la apostasía.[220] En Goa se observaba el mismo fenómeno entre los portugueses.[221] La tentación es tan fuerte, que no se libra de ella el mismo clero. Aquel “turco” que acompañó a Francia a un embajador del Rey Cristianísimo, y que se aconsejaba a las autoridades españolas que tomaran preso a su paso por

España, era un antiguo sacerdote húngaro.[222] Y el caso no debía de ser tan raro: en 1630 se insiste cerca del padre José para que llame a los capuchinos que andan perdidos por Levante, "por miedo a que se hagan turcos".[223] El Islam está lleno de renegados procedentes de Córcega, de Cerdeña, de Sicilia, de Calabria, de Génova, de Venecia, de España, de todo el mundo mediterráneo. Nada parecido se observa en el sentido inverso.

Y es que —tal vez inconscientemente— el turco abría sus puertas, mientras que el cristiano cerraba las suyas. La intolerancia cristiana, hija del número, no atrae a los hombres, sino que, por el contrario, los rechaza y los persigue. Y a todos los expulsados de sus dominios —los judíos, en 1492; los moriscos, en el siglo XVI y en 1609-1614— viene a incorporarse, en seguida, el contingente de los voluntarios. Todos parten hacia el islam, donde hay sitio y ganancias para todos. El mejor signo de esto es la corriente de emigración judía que, sobre todo en la segunda mitad del siglo XVI, se encauza de Italia y los Países Bajos hacia Levante. Corriente lo bastante fuerte para que no pase inadvertida a los agentes españoles de Venecia, que es el puerto del que zarpan tan curiosas emigraciones.[224]

Por medio de estos hombres la Turquía del siglo XVI completa su educación occidental. "Los turcos [escribe Philippe de Canaye en 1573] han adquirido, gracias a los renegados, todas las superioridades del mundo cristiano."[225] Claro está que exagera al decir "todas". La superioridad del cristiano se mantiene, a pesar de todo, pues apenas adquiere el turco una cualquiera de ellas, surge inmediatamente otra que aún no posee. La civilización occidental sigue progresando y, en la carrera empeñada, el turco es como un corredor rezagado que jamás llegará a alcanzar al que va adelante.

Extraña carrera, o extraña guerra, en verdad, en la que se emplean todos los medios, los pequeños y los grandes. Un día, los turcos luchan por ganarse un médico; otro día, por captarse a un bombardero de las sabias escuelas de artillería; otro, por enrolar a un cartógrafo o a un pintor.[226] O por lograr preciosos productos, tales como la pólvora, madera de tejo para la fabricación de arcos, que hay que ir a buscar al mar Negro (de donde la había sacado antes, para revendérsela a los ingleses),[227] pero que no basta para el consumo del ejército turco en el siglo XVI, por lo cual se importa de la Alemania del sur.[228] En 1580 se acusa a Ragusa —y a Venecia, ¡oh ironía! — de haber entregado a los turcos pólvora, remos y, además, a un cirujano judío;[229] a Ragusa, que se azacanaba con frecuencia en busca de médicos italianos.[230] A finales de siglo, uno de los más importantes comercios ingleses en Oriente es el del plomo, el estaño y el cobre.

Es muy posible que los turcos hayan recibido piezas de artillería fundidas en Núremberg. Constantinopla también se abastece en sus zonas fronterizas, por Ragusa o por las ciudades sajonas de la Transilvania, ya se trate de armas, de hombres o, como lo señala la carta de un príncipe de Valaquia a la gente de Kronstadt, de médicos y de productos farmacéuticos.[231] Y los mismos servicios inapreciables le prestan los Estados berberiscos, que, a pesar de su pobreza, de su atraso y del positivo estado de "barbarie", se encuentran, por curiosa coincidencia, en la punta del progreso, dentro del mundo musulmán y refiriéndonos, concretamente, al progreso occidental, pues gracias a su reclutamiento, a su posición en el mar occidental y a los lazos que los unen con los holandeses, son, generalmente los primeros en informarse de las innovaciones técnicas. Cuentan con obreros: la abundante cosecha de cautivos que hacen, año tras año, los corsarios de Argel, y la de los andaluces, artesanos extraordinariamente hábiles, aptos algunos para la industria de fabricación y otros para el manejo del trabuco.[232] No fue un azar que la reconstrucción de la armada turca después de 1571 y la adaptación a ella del armamento occidental (arcabuces en vez de arcos, y artillería considerablemente reforzada a bordo de las galeras) se debiera a un napolitano, Euldj Alí, un renegado formado en la escuela de los corsarios argelinos.

Pero los empréstitos culturales son injertos que no siempre prenden. Ya en 1548 habían intentado los turcos, en su campaña contra Persia, transformar el armamento de los *spahis*, dotándolos especialmente de pistolas (*"minores sclopetos quorum ex equis usus est"*, precisa Busbec);[233] la tentativa cayó en ridículo y los *spahis*, en Lepanto y mucho tiempo después, seguirán armados de arco y flechas.[234] Este ejemplo de orden menor revela por sí solo las dificultades con que tropezaban los turcos, no digamos para alcanzar, sino incluso para seguir de lejos a sus adversarios. Sin las divisiones, las querellas y las traiciones entre éstos, los turcos jamás habrían podido enfrentarse contra el Occidente, a pesar de su número, su disciplina, su fanatismo y la excelencia de su caballería y de sus unidades militares.

Todas las aportaciones recibidas de fuera no bastaban, en efecto, para mantener a flote el mundo turco: desde fines del siglo XVI hace agua y amenaza con irse a pique.[235] Hasta entonces, la guerra le había ayudado en gran medida a obtener los bienes que necesitaba: los hombres, las técnicas o los productos de éstas, y a apoderarse por tierra, por mar o a lo largo de la zona ruso-polaco-húngara, de jugosos bocados de la cristiandad. Gassot vio en el arsenal de Constantinopla un amontonamiento de piezas de artillería,

llevadas allí como despojos de victoriosas guerras, más que por medio de hábiles compras o como producto de la fabricación sobre el terreno.[236] La guerra, como equilibradora de civilizaciones: toda una tesis por sostener y desarrollar. Pero, a partir del año 1574, esta guerra en el Mediterráneo conduce a un callejón sin salida, y en 1606, en los campos de batalla de Hungría, a una posición de equilibrio imposible de romper. E inmediatamente se manifiesta una inferioridad, que no tardará en acentuarse.

En estos primeros años del siglo XVII, fértiles de nuevo en proyectos de cruzadas, son muchos, es verdad, los cristianos que se equivocan, al creer en el porvenir otomano.[237] Pero ¿no son, una vez más, la división interna de Europa y los comienzos de la guerra de los Treinta Años los que crean la ilusión de la fuerza de los otomanos y los que contribuyen a salvar su vasto imperio?

III. UNA CIVILIZACIÓN CONTRA TODAS LAS DEMÁS: EL DESTINO DE LOS JUDÍOS[238] [II-201]

Todos los conflictos considerados hasta ahora se han limitado al diálogo entre dos civilizaciones. En el caso de los judíos, están implicadas todas las civilizaciones, y también todas, en condiciones de aplastante superioridad. Frente a tanto poderío y tan ingente número de hombres, los judíos no son sino unos minúsculos adversarios.

Pero estos adversarios cuentan con extraños recursos: si un príncipe los persigue, otro hay que los protege; si una economía los arruina, otra hace su fortuna. España los expulsa en 1492, y Turquía los acoge, dichosa, quizá con la esperanza de poderlos usar contra los griegos. Existe también la posibilidad de ejercer presión y la de la acción indirecta, como los judíos de Portugal demostrarán ampliamente.[239] Cuentan con todas las complicidades que puede comprar el dinero y disponen, en Roma, de un embajador general que simpatiza con su causa. Por eso les resultó relativamente simple convertir en letra muerta las medidas dictadas contra ellos por el gobierno de Lisboa: acababan inevitablemente siendo anuladas o convertidas en inofensivas, como Luis Sarmiento[240] explica a Carlos V, en diciembre de 1535: los *conversos*, o judíos convertidos, han obtenido una bula pontificia que los absuelve de todos sus errores anteriores, la cual va a impedir al gobierno cualquier acción contra ellos, tanto más cuanto estos *conversos* han prestado dinero al terriblemente endeudado rey de Portugal: 500 000 ducados sin contar lo que

debe en Flandes, “y que pesan sobre los cambios”. Pero el vulgo murmura sin cesar contra estos traficantes de *peixe seco* —el pescado seco con que se alimentan los pobres— y gruñe con aspereza, *fieramente*, como dice una carta veneciana de fecha muy posterior (octubre de 1604), es decir, más de medio siglo después del establecimiento (1536) de la Inquisición portuguesa.[241]

Cuentan también los judíos con las perennes armas del más débil: la resignación, las sutiles distinciones que se aprenden en el Talmud, la astucia, la obstinación, el valor y, cuando llega el caso, el heroísmo. Y, para complicar aún más su caso a ojos del historiador, los judíos, donde quiera que se encuentren, se han mostrado siempre excelentemente dotados para adaptarse al medio ambiente. Resultan ser los mejores alumnos de cualquier aculturación, sea ésta duradera o de corta vida. Y los artistas y escritores judíos se convierten, cuando la ocasión se presenta, en los auténticos representantes, a nivel artístico, de Castilla, Aragón o cualquier otro lugar. Se adaptan rápidamente a las situaciones sociales que se les imponen o brindan, de las más humildes a las más brillantes. Los vemos muchas veces al borde del naufragio cultural, a punto de perder su identidad, pero, por lo general, siempre son capaces de salvaguardar lo que los sociólogos y los antropólogos llaman su *personalidad básica*. Continúan fieles a sus creencias, en el centro de un universo del que nada ni nadie los puede expulsar. Su obstinación y su forma decidida de decir no constituyen los rasgos esenciales de su destino. No se equivocaban los cristianos cuando se quejaban de la obstinación con que los *marranos* (nombre peyorativo que se daba a los judíos conversos)[242] persistían en practicar su religión en secreto. Nos encontramos, en este caso, ante una indudable civilización judía, tan particular que no siempre se le reconoce su carácter de civilización auténtica. Y sin embargo, irradia su influencia, transmite valores culturales, aceptando unas veces, y rechazando otras. Posee todos los rasgos que hemos señalado al definir las civilizaciones. Por otra parte, también es cierto que no echa raíces, o mejor dicho, las echa mal: escapa a los imperativos geográficos estables. Y ése es su rasgo más original, aunque no el único.

No hay duda de que se trata de una civilización [II-203]

La materia que compone esta civilización aparece dispersa; rociada y dispersa como múltiples finas gotas de aceite sobre las aguas profundas de otras civilizaciones; nunca se mezcla, aunque siempre depende de ellas, de suerte que sus movimientos son siempre comunes, y, en consecuencia,

funcionan como indicadores de excepcional sensibilidad. Émile-Félix Gautier, tratando de encontrar un equivalente a la *diáspora* judía, proponía el muy humilde ejemplo de los mozabitas de África del Norte, diseminados, también ellos, en colonias muy pequeñas.[243] Existe otro paralelo posible en el caso de los armenios, campesinos montañeses que, en la época de nuestro Renacimiento, se convierten en mercaderes internacionales y se extienden por un espacio que va de Ámsterdam a las islas Filipinas; y tenemos también el caso de los parsis en la India y los cristianos nestorianos en Asia. Es esencial aceptar, por tanto, que existen civilizaciones del tipo de la diáspora, con una infinidad de islas perdidas en medio de aguas extranjeras, civilizaciones más numerosas de lo que se podría suponer a primera vista: por ejemplo, las comunidades cristianas de África del Norte, desde el siglo VIII hasta las persecuciones almohades, en el siglo XIII, que prácticamente ponen punto final a su existencia. Y, en cierto sentido, lo mismo ocurre en el caso de esas colonias europeas en los países del Tercer Mundo tanto antes como después de su independencia, por no mencionar a los moriscos, herederos de la civilización musulmana y de quienes España, como ya hemos visto, se desembaraza brutalmente con gesto de fría cólera.

Cuando estos islotes logran entrar en contacto unos con otros, la situación general cambia totalmente. En la España medieval, por ejemplo, hasta el momento de las feroces persecuciones de los siglos XIV y XV, las comunidades judías tienden a formar un retículo relativamente continuo, una especie de nación confesional,[244] ese complejo que los turcos llaman un *millet*, y los habitantes de África del Norte, un *mellah*. El Portugal de 1492 debe su originalidad al hecho de que su población judía se haya visto masivamente reforzada por los refugiados llegados de España. La peculiaridad de Levante es del mismo orden y obedece a idénticas razones. Lo mismo ocurre en el caso de la Polonia de la primera Modernidad, a partir del siglo XV, incrementada bruscamente por la cada vez más creciente presencia judía, que acaba constituyendo lo que casi se podría llamar una nación judía; es decir, un Estado dentro del Estado polaco que iba a ser destruido a consecuencia de las dificultades económicas y la despiadada persecución del siglo XVII (el Gran Diluvio, o matanza de 1648).[245] Y en el Brasil naciente, todavía muy poco poblado, los judíos se ven menos amenazados que en cualquier otro lugar hasta los últimos años del siglo XVI.[246] La densidad relativa de los judíos será siempre un factor significativo.

Pero, incluso cuando el número es insuficiente para jugar a su favor o exagerar su presencia, estas células elementales están vinculadas entre sí por

educación, creencias, incesantes y regulares viajes de los mercaderes, rabinos y —también— mendigos (que son legión); vinculadas también por el ininterrumpido carteo comercial, amistoso o familiar y por los libros que imprimen.[247] La imprenta, además de servirles para sus disputas, sirvió a los judíos como elemento de unión. Quemar o secuestrar todos esos libros, tan decisivos y tan fácilmente multiplicables, resultaba tarea prácticamente imposible. Las historias de las vidas de algunos vagabundos ilustran ejemplarmente estos movimientos vitales y unificadores. Jacob Sasportas nació en Orán —que entonces estaba en poder de los españoles—, a comienzos del siglo XVII; lo encontramos de rabino en Tremecén, y más tarde en Marraquech y Fez; encerrado en una prisión, se fuga y huye a Ámsterdam, donde es profesor en la Academia de los Pinto; vuelve a África y, en 1635, acompaña a Menasse ben Israel en su viaje de embajada a Londres; oficia de nuevo como rabino, en particular en Hamburgo, de 1666 a 1673; vuelve luego a Ámsterdam; pasa después a Liorna, donde le habían llamado; regresa de nuevo a Ámsterdam, y allí morirá.[248] Estos lazos múltiples explican y refuerzan la coherencia del destino judío. Johann Gottfried von Herder, en su *Ideen zur Philosophie der Geschichte der Menschheit* (1785-1792), decía ya que "los judíos continúan siendo un pueblo asiático en Europa, extraño a nuestro mundo e inevitablemente prisionero de una antigua ley que les fue dada bajo un cielo lejano".[249]

Pero los judíos no son una raza:[250] todos los estudios científicos prueban lo contrario. Sus colonias dependen, biológicamente, de los países y pueblos en los que han vivido durante centurias. Los judíos de Alemania o askenazis y los judíos españoles o sefardíes son medio alemanes y medio españoles desde el punto de vista biológico, pues han sido frecuentes las mezclas de sangre, y las juderías han surgido, con frecuencia, de conversiones locales al judaísmo; jamás se han cerrado al mundo que las circunda; muy al contrario: muchas veces se han abierto a él de manera francamente amplia. En todo caso, sería sorprendente que la acumulación de centuria tras centuria no hubiese conducido a la mezcla de poblaciones diferentes. Los judíos que en 1492 salen para siempre de Sicilia llevaban viviendo allí más de mil quinientos años.[251]

Hay que tener, además, en cuenta que los judíos no siempre han vivido aparte, ni llevado vestidos particulares o signos distintivos, como el gorro amarillo o la *rotella*, ese *segno de tela zala in mezo el pecto*, como la describe un texto veneciano de 1496.[252] Los judíos no siempre han vivido en un barrio especial, el *ghetto* (el nombre viene del barrio que les fue asignado en

Venecia) se supone que deriva de que allí antaño se vertía en los moldes (*ghettare* = verter) el hierro fundido para hacer cañones.[253] Vemos, por ejemplo, que en agosto de 1540, los judíos de Nápoles, batallando contra una hostilidad impenitente que acabará derrotándolos un año más tarde, protestan contra las órdenes dadas que los obligan a "habitar junto y traer señal", por ser contrarias a sus privilegios.[254] Y, cuando la segregación era una imposición oficial, se veía con frecuencia infringida o francamente desobedecida. En Venecia, una deliberación senatorial de marzo de 1556 nos informa de que tanto los judíos de paso por la ciudad como los permanentes "están últimamente extendiéndose por todo el ámbito de la ciudad, instalándose en casas cristianas, y yendo y viniendo día y noche por donde les place". Es preciso poner fin a este escandaloso estado de cosas: hay que obligarlos a habitar en el *ghetto* "y que no puedan tomar albergue o posada en otro lugar de la ciudad salvo en éste".[255] Por esa misma época llegan a Italia judíos de Turquía, tocados con turbantes blancos (privilegio exclusivo de los turcos), cuando los suyos deberían ser amarillos. Cometen un deliberado fraude, asegura Belon du Mans,[256] pues así usurpan la confianza que en Occidente se tiene en los turcos, confianza infinitamente superior a la que inspiran los judíos. En 1566 —y no fue ésta la primera alarma— se obliga a los judíos de Milán a llevar un gorro rojo.[257]

Es frecuente que la segregación se imponga tarde y mal. En Verona, en 1599 (aunque se había comenzado a hablar de ello por lo menos desde 1593), los judíos que "viven dispersos, uno aquí y otro allá", deben fijar su residencia "cerca de la plaza principal de la ciudad",[258] allí "donde se vende el vino", a lo largo de esa calle que llega hasta la iglesia de San Sebastiano, y que a partir de entonces será vulgarmente conocida con el nombre de *via delli Hebrei*.[259] Habrá que esperar hasta 1602 para que se tome una medida semejante en Padua, donde hasta entonces los "israelitas vivían en su mayor parte diseminados por los cuatro vientos de la ciudad".[260] Y en ese mismo 1602 se producen incidentes en Mantua, en agosto, a causa de que los judíos se paseaban por todos los lugares que les venía en gana tocados con sus gorros negros.[261]

En España y Portugal, la coexistencia ha sido la regla durante siglos. En Portugal, una de las exigencias populares que con mayor frecuencia se repite es la de que los judíos obedezcan —que no lo hacen— la orden del papa de llevar signos distintivos sobre sus vestidos, para impedir, como en las mismas Cortes de 1481 se especifica, las tentativas de seducción de mujeres cristianas, tan habituales en los judíos. Zapateros y sastres judíos se ven

frecuentemente acusados de seducir a las mujeres e hijas de aquellos campesinos a cuyas casas se les llama a ejercer sus respectivos oficios.[262] Pero el hecho es que, en Portugal, los judíos se han rozado más con la aristocracia que con el pueblo. En Turquía, los judíos poseen esclavos, cristianos y cristianas, y "usan de las esclavas cristianas mezclándose con ellas ni más ni menos que si se tratase de mujeres judías".[263] No, cualesquiera que sean las prohiciones, el aislamiento de las comunidades judías no es, como con frecuencia se ha sostenido, consecuencia de la incompatibilidad racial, sino resultado de la hostilidad que provocan en otros y de la propia respecto a esos otros. La raíz de todo ello hay que buscarla y encontrarla en la religión: el aislamiento es la consecuencia de una compleja constelación de creencias y costumbres, de rasgos heredados de las más diversas fuentes y hasta de los hábitos culinarios. Hablando de los judíos renegados, Bernáldez, historiador de los Reyes Católicos,[264] dice que "nunca perdieron su costumbre de comer a estilo judío y preparan sus platos con cebolla y ajo, que fríen en el aceite, el cual usan en lugar del tocino". Estos ingredientes los podemos encontrar en cualquier libro de cocina española actual. Pero el uso del tocino, de la grasa de cerdo, para freír los alimentos era propio de los cristianos viejos, y, como dice Salvador de Madariaga, el triunfo final del aceite sobre la grasa animal es un legado de los judíos, una sustitución cultural.[265] También se delataba el convertido, el marrano, cuando los sábados renunciaba deliberadamente a encender fuego en su casa. Un inquisidor le dice un día al gobernador de Sevilla: "Señor, si quieres saber cuántos son los conversos que festejan el *sabbat*, sube conmigo a la torre". Y una vez ambos en lo alto de ella, tiende su brazo, señalando, y continúa: "Extiende tu mirada y observa cuántas son las casas habitadas por conversos; por sus chimeneas nunca verás salir humo los sábados, por mucho frío que haga".[266] Esta anécdota, recogida por Ibn Verga (alrededor del año 1500), posee el profundo sabor de todo lo que es auténtico: los pormenores son tan reales como las olas de frío que azotan a Sevilla durante los inviernos. Más detalles, pequeños pero reveladores: los judíos de Levante "nunca comerán carne cocinada por turco, griego o germánico y no quieren comer grasa alguna de cristianos o turcos, ni beber vinos vendidos por turcos o cristianos".[267]

Pero todas las comunidades judías están inevitablemente condenadas al diálogo, que a veces tiene lugar en condiciones dramáticas, cuando en torno de ellas se cambia totalmente el paisaje de la civilización dominante. En España los musulmanes sustituyen a los cristianos y, después, con los triunfos

de la Reconquista, vuelven éstos. Los judíos, que hasta ese momento habían hablado árabe, comienzan a aprender el español. Y también en Hungría se encontrarán en idéntica y desafortunada posición cuando, con el avance imperial, que ocurre entre 1593 y 1606, los judíos de Buda se ven cogidos entre dos fuegos, igualmente peligrosos para ellos: el imperial y el turco.[268] Todas estas circunstancias los convierten en herederos involuntarios de civilizaciones antaño poderosas cuyos dones han propagado ellos en todas direcciones. Sin pretenderlo, han sido respecto a Occidente, hasta el siglo XIII e incluso más tarde, los intermediarios del pensamiento y la ciencia árabes: son filósofos, matemáticos, médicos, cosmógrafos… En el siglo XV se entusiasman rápidamente por la imprenta: en Portugal será el Pentateuco el primer libro que se imprima (en 1487, en Faro, a cura de Samuel Gacon). Sólo 10 años más tarde aparecerán en Portugal los primeros impresores alemanes.[269] Si se recuerda que la imprenta no fue introducida en España hasta el año 1475, por los alemanes, nos daremos cuenta de la rapidez con que los judíos habían emprendido la impresión de sus textos sagrados. Y, expulsados de España en 1492, los judíos llevan la imprenta a Turquía. Hacia 1550 han "traducido toda suerte de libros a su lengua hebrea".[270] Consideraban obra piadosa la fundación de una imprenta, y eso es lo que hace la viuda de Jean Micas, duque de Naxos, en la zona rural de Koregismi, cerca de Constantinopla.[271]

En 1573, Venecia, de acuerdo con la decisión a la que se ha llegado el 14 de diciembre de 1571,[272] se apresta a expulsar a sus judíos. Pero las cosas han cambiado mucho desde la ocasión de Lepanto, y he aquí que llega Soranzo de Constantinopla, ciudad en la que se ejercía las funciones de baile. Según un cronista judío,[273] se dirige al Consejo de los Diez en los siguientes términos: "¿Sabéis lo pernicioso que es expulsar a los judíos? ¿Os imagináis lo caro que os puede costar en el futuro? ¿De dónde creéis que saca el turco sus fuerzas? ¿Y dónde habría podido encontrar tantos hábiles artesanos como los que le fabrican cañones, arcos, balas de cañón, espadas, escudos y tarjas que le permiten medirse con los otros pueblos, si no es entre los judíos expulsados por los reyes de España?". Hacia 1550, una descripción francesa de Constantinopla[274] explica que "éstos [los *marranos*] son quienes han dado a conocer a los dichos turcos tanto las maneras de traficar como las de manejar sus negocios, es decir, todo aquello que nosotros usamos mecánicamente".

Otro privilegio: los judíos son, en Oriente, los intérpretes imprescindibles de todas las conversaciones, y sin ellos muchos asuntos habrían resultado

imposibles o al menos nada fáciles de llevar a puerto. Dice Belon du Mans: [275] "los que se fueron de España, Alemania, Hungría o Bohemia han enseñado la lengua [de estos países] a sus hijos, y sus hijos han aprendido las lenguas de las naciones en las que deben vivir y hablar, como el griego, el eslavo, el turco, el árabe, el armenio y el italiano… Los judíos que viven en Turquía hablan generalmente cuatro o cinco lenguas, y hay bastantes entre ellos que saben 10 o 12". Vuelve a hacer una observación similar en Rosetta, Egipto, donde los judíos "se han multiplicado tanto por todas las partes en que domina el turco, que no existe ciudad ni pueblo en el que no vivan y no cesen de aumentar en número. Así que hablan todas las lenguas, lo que nos ha rendido muy buenos servicios no solamente como intérpretes nuestros, sino también porque nos han explicado cómo van las cosas en esa nación".[276]

Resulta curioso, en el plano lingüístico, el que los judíos expulsados de Alemania durante los siglos XIV y XV, e incluso en el XVI —gente que va a contribuir mucho a la prosperidad de la Polonia judía— introduzcan su lengua en este país: el *yiddisch*,[277] una forma peculiar del alemán. E idéntico es el caso de los judíos españoles que, después del 1492, formarán las densas colonias de Constantinopla y —sobre todo— Salónica, y que traerán con ellos su lengua, el ladino, el español de la España del Renacimiento, y que conservarán profundos sentimientos de afecto a España. De esta actitud emocional nos han quedado abundantes testimonios[278] que prueban que un hombre se puede llevar su patria adherida a las suelas de los zapatos. Conocemos infinidad de pequeños detalles cargados de inmenso significado: un hispanista de nuestros días ha descubierto entre los judíos de Marruecos gente que conoce los textos y músicas de los romances medievales españoles, [279] y un historiador nos informa de la lentitud y reluctancia con que los sefardíes de Hamburgo aprenden la lengua alemana.[280] También los nombres de las comunidades judías de Salónica —Messina, Sicilia, Apulia, Calabria…— son muestras evidentes de la lealtad de esos hombres hacia sus lugares de origen.[281]

Fidelidades que no dejan de tener sus inconvenientes: crean categorías. Se delinean diversas naciones judías y, a veces, se producen conflictos entre ellas. En Venecia, de 1516 a 1633, se perfilan y concretan, uno junto a otro, tres *ghettos:* el *vecchio*, el *nuovo* y el *nuovissimo*, islotes codo con codo donde las casas alcanzan a veces una altura de siete pisos, pues el espacio escasea y la densidad de población alcanza aquí la cota más elevada de la ciudad. El *vecchio*, el de los judíos levantinos, está, desde 1541, bajo el control de los *Cinque Savii alla Mercanzia;* el *nuovo*, bajo el control de los

Cattaveri alberga a los judíos alemanes, los *todeschi*, algunos de los cuales, a causa de que no hay sitio bastante para todos, se han de ir a vivir al *vecchio*. Estos *todeschi*, admitidos en la ciudad en la época de la Liga de Cambrai, son judíos pobres que se dedican al comercio de ropas usadas y al préstamo sobre prendas y alhajas; será a ellos a quienes se confiará el Monte de Piedad de Venecia —li *banchi della povertà*—. Mientras tanto, ciertos judíos que se han especializado en el comercio a gran escala —portugueses y levantinos— y que la señoría tan pronto ama como odia, obtienen, a partir quizá de 1581, un estatuto especial.[282] Pero en 1633 se confina a todos los judíos, incluidos los *Ponentini*, en los mismos *ghettos*, lo que provoca en este pequeño universo concentracionario artificial no pocos conflictos sociales, religiosos y culturales.

Pero todas estas diferencias no impiden la real existencia de una civilización auténticamente judía, llena de vitalidad y movimiento, y de ningún modo inerte o *fosilizada*, como sostiene Arnold Toynbee;[283] muy al contrario, vigilante y agresiva, conmovida de vez en cuando por extrañas erupciones mesiánicas, particularmente en los primeros momentos de la época moderna, cuando esta civilización judía se ve dividida entre, por una parte, un racionalismo que llevará a algunos bastante antes de Spinoza al escepticismo y al ateísmo, y, por otra, una propensión de las masas a exaltarse gratuitamente y a toda suerte de supersticiones irracionales. Toda persecución produce, por su impacto o de rebote, movimientos mesiánicos: en tiempos de Carlos V aparecen David Rubeni y Diogo Pires, pseudomesías que sublevan a los judíos portugueses;[284] en el siglo XVII la propaganda mesiánica de Sabbatai Zevi provocará una inmensa oleada de sentimientos populares en Oriente, Polonia e incluso más acá.[285]

Pero sería erróneo suponer que, aparte de estas crisis agudas, haya sido, por lo general, pacífica y tolerante la actitud judía. Los judíos siempre se mostraron activos y dispuestos al proselitismo y al combate. No debemos ver el *ghetto* únicamente como símbolo de la prisión en que se ha encerrado a los judíos, sino también como la ciudadela a la que se han retirado por voluntad propia para defender sus creencias y la continuidad del Talmud. Un historiador cuya simpatía por la causa judía es evidente, el gran Lucio de Azevedo, ha mantenido que la intolerancia judía en los primeros años del siglo XVI "fue ciertamente mucho mayor que la de los cristianos",[286] una afirmación que probablemente es exagerada, aunque el hecho de su intolerancia es evidente. Hacia 1532 corrió, incluso, el rumor —absurdo,

desde luego, pero corrió— de que los judíos habían tratado de convertir a Carlos V a la fe mosaica, durante su estancia en Mantua.[287]

La ubicuidad de las colonias judías

Quisieran o no los judíos se veían obligatoriamente condenados al papel de agentes del intercambio cultural. Estaban o habían estado en todas partes; pese a las órdenes de expulsión, no siempre abandonaban el país prohibido, o bien volvían a él. Oficialmente, no había judíos en Inglaterra desde 1290 hasta 1655, fecha de su pseudorreadmisión durante el gobierno de Cromwell, pero en realidad ya había mercaderes judíos en Londres desde comienzos de aquel siglo, o incluso antes. Francia, por su parte, los expulsa definitivamente en 1394, pero tardan muy poco en estar de vuelta (naturalmente, como *marranos*, con todas las apariencias de cristianos) en Ruán, Nantes, Burdeos y Bayona, es decir, en las ciudades-etapa que jalonan la ruta a Amberes y Ámsterdam de los judíos portugueses. Enrique II, "rey de Francia, permite a los mercaderes judíos de Mantua entrar en las ciudades de su reino y comerciar en el país. Y no sólo eso: también los exime del pago de impuestos y cuando ellos se presentan ante él para darle las gracias y rendirle homenaje, se muestra propicio con relación a ellos".[288] Esto debió probablemente ocurrir en el año 1547. Resulta más curioso, si no más importante, el rumor que circula por París, y posiblemente por Nantes, durante la primavera de 1597, y que recoge el servicio de información español: el rey de Francia contempla la posibilidad de "hacer volver a los judíos que el Cristianísimo Rey San Luis había expulsado".[289] Se repite el rumor cuatro años más tarde (1601). "Un judío principal (de Portugal) me ha dicho —cuenta a Enrique IV el embajador Philippe de Canaye— que si Vuestra Majestad permitiera a su nación vivir en Francia, obtendría con ello mucho provecho y vería aumentado su reino con más de 50 000 familias de personas avisadas e industriosas."[290] Hacia 1610, entre los moriscos que entran en Francia, por lo general de paso hacia otros lugares, va un considerable número de judíos y *marranos* portugueses que confundidos entre los exiliados "probablemente se establecieron en Francia, y en particular en Auvernia, ocultos siempre tras la máscara cristiana".[291]

En el Midi francés los judíos fueron poco numerosos. Hacia 1568-1570 se ven expulsados de las ciudades de Provenza y se refugian en Saboya, que los recibe con grandes muestras de amistad.[292] En Marsella, donde la política municipal se muestra muy variable, encontramos muy pocos judíos a

comienzos del siglo XVII.[293] Judíos, de los expulsados de España en 1492, se establecen en el Languedoc y "habitúan [a los franceses] a comerciar con Berbería".[294] Bajo la máscara de cristianos nuevos ejercen en Montpellier las profesiones de boticarios y médicos; Félix Platter se aloja en casa de uno de ellos. Y cuando su hermano Thomas visita Aviñón a finales de siglo, hay unos 500 en la ciudad, protegidos por el papa, pero sin derecho "a comprar ni casa, ni huerto, ni campo, ni prado dentro o fuera de la ciudad", viéndose limitados al oficio de sastres o vendedores de ropa usada.[295]

Naturalmente, Alemania e Italia se hallan demasiado divididas como para poder expulsar a los judíos de todas sus regiones y al mismo tiempo, a pesar de que una y mil veces se los molesta. Si una ciudad les cierra sus puertas, hay siempre otra que les abre las propias. Cuando en 1597, Milán, después de muchos titubeos, se desembaraza de sus hebreos —por lo demás, muy poco numerosos— éstos se marchan, según estamos informados, a Verceil, Mantua, Módena, Verona, Padua "y las localidades vecinas".[296] Se les ve deambular de un lado para otro, representando la comedia de la expulsión (comedia, aun cuando a veces acabe mal). Comedia en Génova, adonde, expulsados solemnemente en 1516, volverán al año siguiente.[297] Comedia en Venecia y en Ragusa, puesto que todo acaba arreglándose: Ragusa, por ejemplo, inflamada por los discursos de un fraile franciscano, expulsa a sus judíos en mayo de 1515; éstos organizan en el acto, en Apulia y Morea, un bloqueo del trigo contra la República de San Blas (prueba de que el abastecimiento está en sus manos) y la ciudad se ve obligada a abrirles de nuevo sus puertas; y en 1545, apenas se insinúa en las mentes de los ragusinos la idea de volver a expulsar a los judíos, el sultán les hace una rápida llamada al orden.[298] En 1550 le toca a Venecia el turno de querer expulsar a sus judíos, pero en el acto se da cuenta de que su comercio —lana, sedas, azúcar, especias…— está prácticamente en manos de ellos y de que los venecianos se limitan y contentan, la mayoría de las veces con la reventa al por menor de esas mercancías, *quadagnando le nostre solite provizionie*, ganando sólo las comisiones de costumbre.[299] A causa de las sucesivas y masivas expulsiones de Francia, España y Portugal, Italia se llenó de judíos, en especial los Estados pontificios, su lugar de refugio preferido. En Ancona prosperaron notablemente: antes de las persecuciones violentas emprendidas contra ellos por Pablo IV en 1555 y 1556, suman 1 770 cabezas de familia, que compran cuantos bienes inmuebles desean, casas, viñas y "no llevan signo alguno que permita distinguirlos de los cristianos".[300] Sabemos que en 1492 la expulsión de los judíos de Sicilia afectó a más de 40 000 personas,

[301] en su mayor parte modestos artesanos cuya marcha era un gasto que la isla no se podía permitir. En cambio, en Nápoles —que no cayó hasta 10 años más tarde bajo el control del católico monarca— se permite quedarse a los judíos: son poco numerosos, desde luego, pero incluyen familias tan ricas y activas como la de los Abravanel; y allí se mantendrán hasta 1541.[302]

Aunque pueda parecer inadecuado comparar a estos judíos fugitivos con las avisadas bandas de los fuera de la ley, resulta evidente que tanto los judíos como los bandidos han sabido aprovechar, lo mismo en Italia que en Alemania, las facilidades que brindaban sus complicados mapas políticos. Y Alemania tiene al lado el cómodo refugio de Polonia, a la que, en caso de necesidad, se dirigen los fugitivos en carromatos donde se amontonan sus pertenencias. E Italia ofrece convenientes medios de escape por mar y hacia Levante. Cuando, en 1571, Venecia se está decidiendo a expulsar a sus judíos y ya algunos de ellos están a bordo de naves prontas a hacerse a la vela, llega la radical revocación de dicha orden.[303] La fuga por mar no estaba exenta de peligros: quedarse con las pertenencias y vender a las personas es siempre una tentación muy grande para el patrón de la nave. En 1540, el capitán de una nave ragusina despoja a sus pasajeros, judíos que huían de Nápoles, y los abandona en Marsella; el rey de Francia, Francisco I, se compadece de ellos y los envía a Levante a bordo de unos navíos pertenecientes al propio monarca.[304] En 1558, judíos fugitivos de Pesaro[305] hacen escala en Ragusa, y a continuación se hacen a la vela rumbo a Levante. La tripulación del barco, probablemente ragusina, se apodera de ellos y los vende como esclavos en Apulia. En 1583, una tripulación griega asesina a 52 de sus 53 pasajeros judíos.[306]

En constante búsqueda de una ciudad “donde sus cansados pies pudieran encontrar reposo”,[307] los judíos acaban fatalmente diseminándose por todas partes. Sabemos que están en Chipre en 1514, pues las autoridades de la isla reciben de la señoría de Venecia la orden de no autorizar a ninguno de estos judíos a llevar gorro negro en lugar del amarillo.[308] En Estambul, con ocasión de que 12 judíos candiotas se encuentran metidos en una difícil situación, nos enteramos de que, en su isla, los judíos “son más de 500”.[309] En otra isla veneciana, Corfú, hay 400 en 1588, *sparsi per la cittá con le lor case conggionte con quelle de Christiane*, esparcidos por la ciudad y con sus casas confundidas con las de los cristianos: sería buena cosa, dice nuestro documento, separar a unos de otros, para bien y satisfacción de las dos partes.[310] Los judíos de Corfú contaron, en la práctica, con no pocas ventajas evidentes en sus relaciones con las autoridades venecianas.[311]

Si quisiésemos continuar siguiendo la pista de la dispersión judía a escala del Mediterráneo Máximo, y más aún, del mundo, los encontraríamos, sin tener que investigar mucho, en Goa, en Adén y en Persia “a la sombra del bastón, bajo la cual transcurren sus miserables vidas en todo Levante”, comentario éste —tengámoslo en cuenta— que data del 1660,[312] cuando la rueda de su destino ha girado ampliamente (y seguirá girando): así, un documento francés fechado en 1693 nos habla de judíos portugueses e italianos establecidos en Levante “desde hace 40 años”, y que se las han ingeniado para ponerse bajo la protección de los cónsules de Francia *en Esmirna*. También se las habían arreglado para introducirse en Marsella, donde “poco a poco se habían ido apoderando de buena parte del comercio con Levante, lo que obligó al difunto M. de Seignelay a expulsarlos de Marsella por medio de una ordenanza real”.[313] Pero los vemos muy pronto controlando el otro extremo de este tráfico, es decir, en el mismo Levante. También hay judíos en Madera, y son tan numerosos en la isla de São Tomé (se trata evidentemente de cristianos nuevos), que practican el judaísmo *abiertamente*;[314] los judíos llegan a América en los primerísimos tiempos y serán, a partir de 1515, en Cuba, los primeros mártires víctimas de la Inquisición española;[315] ésta no se detendrá ahí: en 1543, Felipe II, regente entonces de los reinos de España, los expulsa de las Indias de Castilla:[316] es un gesto puramente teórico. También en África del Norte y hasta el Sahara, al sur, eran numerosos los judíos.

Judaísmo y capitalismo

Tanto los judíos como los armenios, originariamente campesinos ambos, hacía ya muchos siglos que habían abandonado el trabajo de la tierra. Ahora el judío es invariablemente financiero, proveedor, prestamista sobre ropas y joyas, médico, artesano, sastre, tejedor e incluso herrero. Es, con frecuencia, muy pobre, a veces, prestamista modestísimo. Y entre los más pobres podemos contar a esas mujeres judías que venden artículos de mercería, pañuelos, paños de tocador y pabellones de cama en los mercados de Turquía, [317] y a todos esos judíos diseminados por montes y valles de los Balcanes, cuyas disputas y ocupaciones, modestas por lo general, conocemos gracias a los registros de los decretos rabínicos.[318] Los prestamistas, incluso los más humildes, constituyen una especie de burguesía en estas colonias, muchas veces famélicas. En Italia es muy elevado el número de estos modestos prestamistas, y sus servicios eran muy apreciados, tanto en el campo como en

los mercados de las ciudades pequeñas. En septiembre de 1573, el *podestà* de Capodistria[319] pide que se envíe a la ciudad un banquero judío, pues sus habitantes, víctimas del constante aumento de los precios, se están viendo obligados a recurrir a usureros de Trieste que prestan dinero a 30 y 40%. Se podrá evitar recurrir a estos prestamistas abusivos en cuanto la ciudad tenga un prestamista local judío. Al año siguiente, en 1574, la *povera communità* de Castelfranco pide a la señoría de Venecia —y ésta se lo concede el 6 de abril — que permita a *Josef ebreo… di tener banco nella cittadina, col divieto pero di poter prestare salvo che sopra beni mobili* (sólo podrá prestar dinero sobre bienes muebles).[320] Asimismo, en 1575, la *communità* de Pordenone suplicaba, "en beneficio de numerosos pobres", que se autorizase a *un ebreo a tener banco*.[321] Todo esto no implica necesariamente que las relaciones entre los prestamistas judíos y sus clientes cristianos fueran siempre excelentes. En 1573, por ejemplo, la *communità* de Cividale del Friuli[322] ha pedido "que se la libere de la voracidad hebrea que continuamente devora y consume a los pobres de esta ciudad". En julio de 1607, unos *fuorusciti* (bandidos de caminos) desvalijan en Conegliano un *monte di hebrei*. Los *capelletti* de la señoría (que son los *carabinieri* del siglo XVII) salen tras ellos, recobran lo robado (5 000 ducados entre alhajas y otras prendas), matan a cuatro de los bandidos, cuyas cabezas envían a Treviso, y vuelven con dos prisioneros vivos.[323]

Pero, además de estos prestamistas de poca monta y de estos usureros, había grandes familias de mercaderes judíos, expulsadas con frecuencia sólo para volver a ser llamadas con toda solicitud. Los descubrimos en Lisboa, disfrazados de cristianos nuevos o, si son francamente ricos, de perfectos cristianos; son los Ximenes, los Caldeira, los Evora… Se puede observar su acción innovadora: por ejemplo, el caso de Michael Rodríguez o, para ser más exactos, Rodrigua, judío levantino de Venecia que tuvo la idea de crear el puerto de escala de Spalato;[324] pueden ser portentosamente ricos, como Samuel Abravanel y su familia: de ellos, de sus relaciones dependerán durante años las fortunas de los judíos de Nápoles; prestan dinero al rey, y tienen intereses en el comercio del azúcar de Madeira, en las ferias de Lanciano y en el tráfico de cereales.[325] Es fácil suponer sus fabulosos éxitos, cuando se conoce la carrera sin igual de la familia portuguesa de los Mendes y la de su sobrino Juan Minguez o Miquez, el Juan Micas de los *avisos* españoles de Levante.[326] Este Juan, *marrano*, retorna al judaísmo en Constantinopla, donde se convierte en una especie de Fugger del Oriente: personaje todopoderoso hasta casi el día de su muerte (1579), sueña en

convertirse en *rey de los judíos* y constituir un Estado en Tierra Santa (explora las ruinas de Tiberíades), o bien ser rey de *Chipre*, aunque acabará contentándose, a falta de algo mejor, con el título de duque de Naxos, nombre por el que es conocido entre los historiadores, con vocación de hagiógrafos, que se han ocupado de él.

Pero hasta un éxito de tan magnas proporciones depende siempre de la coyuntura económica general. Los historiadores que se ocupan de la Turquía del siglo XVII han hecho hincapié (demasiado tarde, quizá) en el triunfo de los mercaderes judíos.[327] Serán ellos, junto con los mercaderes griegos, quienes muy pronto arrendarán las rentas fiscales e incluso las rentas de los ricos terratenientes; y la red de sus intereses se extiende a lo largo y lo ancho de todo el imperio. Belon du Mans, que, hacia 1550, tiene ocasión de observarlos de cerca, dice de ellos: "Se han hecho de tal modo con el comercio de las mercancías de Turquía, que la riqueza y los ingresos del turco están entre sus manos, pues ellos ponen el más alto empeño en ser los recaudadores de los tributos de la provincia; arriendan las gabelas (impuestos sobre la sal), los impuestos sobre los vinos embarcados y otras cosas de Turquía." Y, concluye, "puesto que con frecuencia me he visto obligado a usar de los servicios de los judíos y a frecuentarlos, he podido muy pronto apreciar que son la más inteligente de las naciones y también la más maliciosa".[328] Si no hubiese sido por esta prosperidad general, habrían sido imposibles carreras como la del duque de Naxos. Pienso igualmente que la fortuna de los financieros judíos alemanes a partir de la guerra de los Treinta Años, los denominados *hofjuden* (judíos de Corte),[329] resulta inconcebible sin la acumulación de dinero que se produce durante esos años pacíficos que siguen a la Paz de Augsburgo (1555), y que ha preparado el camino para la futura revancha de las juderías alemanas. De modo semejante, la conexión que a finales del siglo XVI mantienen entre sí los judíos portugueses, poseedores de grandes capitales que controlan el comercio del azúcar y de las especias, ha sido factor decisivo en el crecimiento de la prosperidad de Ámsterdam. Y también toda América queda cubierta por su red de relaciones.

Esto no quiere decir que todos los mercaderes judíos sean ricos y se vean libres de cualquier preocupación, ni tampoco que el judaísmo sea responsable, a causa de su vocación especulativa o de su ética, de eso que hoy llamamos el capitalismo, o mejor dicho, el precapitalismo del siglo XVI. Tampoco quiere decir que "Israel pasa sobre Europa como si fuera el sol, y que donde brilla brota vida nueva, mientras que en las regiones que abandona, todo lo que había florecido se marchita".[330] Lo que realmente ocurrió fue que los judíos

supieron adaptarse a la geografía con idéntica habilidad que lo hicieron en relación con las cambiantes circunstancias del mundo de los negocios. Si Israel fue un sol, no hay duda alguna de que fue un sol teledirigido desde la tierra. Los mercaderes judíos van hacia las regiones en crecimiento, se aprovechan de él y contribuyen a su progresión. Hay un mutuo intercambio de servicios. El capitalismo implica muchas cosas a la vez e implica un sistema de cálculos y el uso de ciertas técnicas relativas al dinero y al crédito: ya antes de que en el 1099 Jerusalén cayese en manos de los cruzados, los judíos estaban familiarizados con la letra de cambio —la *suftaya*— y el cheque —*sakn*—,[331] que eran de uso corriente en el mundo musulmán. Esta adquisición se pudo conservar pese a todas las migraciones forzadas que afectaron las comunidades judías.

Además de esto, todo capitalismo presupone, si quiere triunfar, una red, una serie de confianzas y complicidades colocadas adecuadamente en los puntos precisos del tablero del mundo. La revocación del Edicto de Nantes (1685) no llevó automáticamente al triunfo de la banca protestante, que había iniciado su actividad en el siglo XVI, pero le abre las puertas de un periodo de esplendor, al contar los protestantes entre Francia, Ginebra, Países Bajos e Inglaterra con una red de vigilancias y colaboraciones. Y lo mismo ha ocurrido durante siglos en el caso de los mercaderes judíos. Constituyen ellos la primera red mercantil del mundo con representantes en todas partes: en las zonas retrasadas o subdesarrolladas desempeñando los papeles de artesanos, boticarios o pequeños prestamistas, y en las ciudades clave participando de la prosperidad y los buenos negocios. A veces, puede ser muy pequeño su número: sólo son 1 424 en la Venecia de 1586;[332] en Hamburgo,[333] a comienzos del siglo XVII, apenas hay un centenar de ellos; un máximo de 2 000 en Ámsterdam, y 400 en Amberes en 1570.[334] A finales del siglo XVI, Giovanni Botero[335] habla de 1 600 000 judíos en Constantinopla y Salónica[336] —esta última ciudad era el refugio por excelencia de los exiliados—, pero señala apenas 160 familias en Valona y otras tantas en Santa Maura, 500 en Rodas, y 2 500 personas entre El Cairo, Alejandría, Trípoli de Siria, Alepo y Ankara. Todas estas cifras merecen sólo una confianza moderada. Pero podemos afirmar sin vacilación que donde la población es más densa, en Constantinopla y Salónica, por ejemplo, se presentaba difícil la situación y los exiliados debían ir preparados y dispuestos a ejercer cualquier oficio que se les pidiese, incluso aquellos peor retribuidos. Serán así tejedores de lana y tintoreros en Salónica, en Constantinopla y en donde se les presente la ocasión; serán también mercaderes itinerantes en las ferias campesinas,

comprarán vellón y cueros… En cambio, las pequeñas colonias están por lo general constituidas por opulentos mercaderes, beneficiados por la concentración de varios comercios provechosos, y con frecuencia atraídos por estos comercios, y, en consecuencia, recién llegados.

En el siglo XIII, las ferias de Champaña son el centro de la economía mercantil de Occidente. A ellas llegan y de ellas salen las más diversas mercancías. Los judíos no faltan nunca a estas citas, concertadas en las ciudades y pueblos de Champaña.[337] Un cierto número de ellos está comprometido en la vida agrícola y —en mayor medida— artesana de la región; poseen prados, viñas, bienes raíces y casas que compran o venden, pero son ya, y ante todo, mercaderes y prestamistas: "por lo que parece les gusta más prestar que comerciar". Prestan a los nobles, particularmente a los condes de Champaña, y a los monasterios. Aunque atraídos por las ferias de Champaña y la prosperidad que éstas dispensan, los judíos no tienen en ellas un papel directo (con muy pocas excepciones que confirman la regla) y menos aún preponderante, pero controlan algunos de sus canales.

Con la recesión general que se produce en el siglo XIV será Italia la única región de Occidente que no resultará amenazada económicamente, y los mercaderes judíos se multiplican allí a placer. Un estudio reciente[338] nos los muestra infiltrándose en los más bajos puestos de la usura y desalojando a sus competidores de este plano elemental de la vida comercial.

Las grandes corrientes del comercio mediterráneo en los siglos XV y XVI tienen su eje en el África del Norte y Levante. Cuando, en 1509, la intervención española provoca la matanza de mercaderes cristianos en Tremecén, a manos del pueblo, los judíos comparten sus suerte.[339] Los encontramos también en Bujía y en Trípoli cuando los españoles se instalan allí en 1510.[340] Están de nuevo en Tremecén en 1541, cuando las tropas españolas entran en la ciudad: "los judíos que en gran número allí había fueron hechos prisioneros y vendidos por el vencedor como esclavos… Parte de ellos rescatados en Orán y Fez, otros fueron llevados cautivos a España y allí se les forzó a abjurar del Eterno Dios de Israel".[341] Un espectáculo muy similar se había podido contemplar unos años antes, en 1535, cuando Carlos V toma Túnez: los judíos "fueron vendidos, tanto hombres como mujeres [cuenta el médico Joseph Ha Cohen][342] en las más diversas regiones, pero en Nápoles y Génova, las comunidades italianas compraron la libertad de muchos de ellos. ¡Que Dios se lo premie!".

En el África del Norte, según testimonio de León el Africano, las colonias judías continúan vivas y combativas a comienzos del siglo XVI, tan capaces de

resistir, que en el mismo centro del ingrato *presidio* español de Orán consiguen sobrevivir hasta el año 1668,[343] siempre teniendo que ver con todos los negocios. Una indagación realizada en el *presidio* oranés en 1626[344] menciona la llegada de caravanas camelleras provenientes del Sahara; una de ellas, que viene de Tafilalet y Figuig, trae compañía de "judíos de guerra", en realidad simples mercaderes, pues del mismo modo que en España y en las regiones islámicas se hace distinción entre moros de paz, o súbditos que viven en las cercanías de la ciudadela, y los todavía insumisos *moros de guerra*, hay también judíos de *paz* y de *guerra*. Pero la presencia de mercaderes judíos en este antiguo eje comercial, aunque no sea un dato importante, no por eso deja de tener interés.

En Levante, nuestros testimonios insisten en la enorme participación de los mercaderes judíos; controlan el mercado de Alepo, y aún en mayor grado el de El Cairo (los judíos portugueses, en este caso): son unos prestamistas de contante a quienes los cristianos recurren con frecuencia y en cuyas manos se concentra con toda evidencia la actividad caravanera.

¿Qué más se puede decir? Pues, que en Venecia fue continua la presencia judía pese a no pocas tensiones y disputas, seguidas siempre de acuerdos y reconciliaciones. Hubo, es cierto, un caso de expulsión: la de los marranos ricos, en 1497[345] —provocada por su conducta al especular con el trigo siciliano que nutría Venecia—, pero se trata de una pequeña fracción de la población judía. Además, todo hace pensar que han vuelto de nuevo, puesto que en 1550[346] se está hablando otra vez de expulsarlos y puesto que los seguimos encontrando en Venecia hasta finales de siglo e incluso más tarde. También hemos visto presentes a los judíos en Milán y el milanesado hasta 1597. En Roma llevan una existencia más bien gris, pero prosperan en Ancona todo el tiempo que la ciudad sigue viva, es decir, hasta los primeros años del siglo XVII; en Liorna son los auténticos artífices del resurgir de los Médicis, que se inicia a partir de 1593.[347]

Sería interesante saber cómo les iba a los judíos en Génova, capital de las finanzas mundiales, pero poseemos muy poca información sobre ese tema. De una sola cosa podemos estar bien seguros: el entorno les era hostil. La envidia que producen a artesanos y médicos locales sus competidores judíos se traduce en la expulsión de la comunidad, el 2 de abril de 1550; "el decreto —dice un testigo— se lee a son de trompeta, igual que se había hecho en tiempo de mi padre, el Rabbi Josúa Ha-Cohen", en 1516. Este mismo testigo, el médico Joseph Ha Cohen, se marcha a vivir no lejos de la ciudad, y todavía dentro del territorio de la Dominante, a Voltaggio, donde continúa ejerciendo

su profesión.[348] Asistimos en 1559 a un rebrote de la hostilidad genovesa, o al menos, de la de un genovés importante, un tal Negron de Negri, "hombre perverso que era como un aguijón en la carne" de los judíos;[349] trata de expulsarlos del Piamonte, pero sus esfuerzos resultan vanos. En junio de 1567, los genoveses los arrojan fuera de su *Dominio*, donde los habían tolerado después de la expulsión que los había desalojado de la ciudad de Génova. Joseph Ha Cohen abandona entonces Voltaggio y va a establecerse "a Castelleto, en el territorio de Montferrato, donde todos me acogieron con alegría".[350] Es desesperante carecer de informaciones más precisas. ¿Estoy en lo cierto o me equivoco al pensar que los más ricos entre los mercaderes judíos tuvieron acceso a las ferias de Plasencia?

Una última puntualización, muy importante: la difusión de los *marranos* por todo el Mediterráneo prepara el camino a los holandeses y señala en el reloj de la historia mundial la hora inicial del siglo de Ámsterdam. En 1627, el conde-duque de Olivares introduce a los *marranos* portugueses en el tan vital negocio de los *asientos*, dando reconocimiento formal a una nueva era financiera, una era que, en realidad, había comenzado bastante antes de esta fecha,[351] y que no pocos signos permitían discernir. Ya en 1605 se había considerado la conveniencia de conceder a 10 000 judíos licencia para establecerse en España, para que éstos ayudasen a organizar las finanzas del Rey Católico mejor que lo habían hecho los *asentistas* cristianos.[352] Podríamos, sin ningún esfuerzo, prolongar la lista y señalar la presencia judía en el siglo XVII, tanto en Marsella, Liorna y Esmirna, las tres ciudades más vivas del Mediterráneo, como en Sevilla, Madrid y Lisboa, que todavía seguían siendo importantes, y, finalmente, en Ámsterdam e incluso Londres, ciudad en la que Antonio Fernández Carvajal, *the great Jew*, se instaló entre 1630 y 1635.[353] Pero creo que ya hemos demostrado sobradamente lo que pretendíamos.

Los judíos y la situación económica general

Si confeccionamos un cuadro cronológico con la lista de persecuciones, matanzas, expulsiones y conversiones forzadas que constituyen el martirologio de la historia judía, se descubre una correlación entre los movimientos de la situación económica inmediata y estas feroces medidas antijudías. La persecución está siempre determinada y acompañada por las intemperancias de la vida económica. Y no serán solamente los hombres, los príncipes o los *perversos* —cuya contribución no queremos negar—, quienes

ponen fin a la felicidad y prosperidad de las juderías occidentales en Inglaterra (1290), Alemania (1348-1375), España (el *pogrom* de Sevilla y las conversiones forzadas de 1391) y Francia (expulsión definitiva, en 1394, de los judíos de París). La culpa principal recae sobre la recesión general que se produce en Occidente. No creo que quede lugar a discusión posible respecto a este punto. Del mismo modo, tomando como ejemplo la expulsión de los judíos de España (1492), Werner Sombart[354] considera que este acontecimiento, de repercusión a escala mundial, ocurre en un momento tardío de un largo periodo de depresión que había comenzado con el reinado de los Reyes Católicos y que durará, por lo menos, hasta 1509 o, muy posiblemente, hasta 1520.

Del mismo modo que la recesión secular de 1350-1450 ha lanzado a los mercaderes judíos hacia Italia y su segura economía,[355] así la crisis de 1600-1650 los encuentra en el igualmente seguro sector económico del mar del Norte. En esa ocasión el mundo protestante los ha salvado y los ha mimado; los judíos, inmediatamente, pagan con la misma moneda y salvan y miman el mundo protestante. Al fin y al cabo, como señala Werner Sombart, Génova gozaba de un emplazamiento tan bueno como el de Hamburgo o Ámsterdam respecto a las rutas marítimas que se dirigen a América, la India o China.[356]

Pero este paralelismo entre la coyuntura económica y las vicisitudes del pueblo judío es algo que resulta evidente no sólo en los grandes acontecimientos y en las largas fases temporales, sino que también existe en el caso de crisis menores al hilo de los años y casi al de los días. Es natural —y retomamos un minúsculo ejemplo citado antes— que en 1545 Ragusa haya acariciado la idea de librarse de sus judíos, pues, precisamente por aquellas fechas la República estaba pasando por momentos económicos muy difíciles. Motivos similares originan las medidas que tan perentoriamente toma Venecia contra sus judíos, tanto los de la ciudad como los de Terraferma: son los años que van de 1559 a 1575, durante los cuales se produce una profunda recesión, agravada entre 1570 y 1573 por la guerra contra los turcos.[357] Se arresta a judíos levantinos, se confiscan mercancías judías, se regula severamente la vida de la colonia judía en Venecia (18 de diciembre de 1571), se proyecta la expulsión de los judíos de Brescia e incluso de los de la propia Venecia, se captura a jóvenes judíos y se les envía a galeras, "hasta el término de la *guerra"*. *Jacob* supo entonces de tiempos difíciles.[358] Medidas todas dictadas, es evidente, por la situación económica. Y también lo son las persecuciones violentas que sufren los judíos de Ferrara en 1581, otro

capítulo que podemos añadir al ya abultado expediente de la aguda crisis cíclica que se extiende de 1580 a 1584.[359]

Pero cuando, entre 1575 y 1595, la coyuntura a largo término se reafirma y el cielo económico se serena, mejora la vida económica del mar, en general, y la de las colonias judías, en particular, cualesquiera que sean los lugares donde se hallan asentadas. En Roma, Sixto V (1585-1590) los protege…[360] Todo parece indicar que a partir de ese momento la participación del capitalismo judío en los comercios marítimos no cesa de aumentar. Y el capital judío será en Ancona la fuerza dominante,[361] lo mismo que en Ferrara,[362] y muy posiblemente también en la propia Venecia. Todos estos triunfos *levantinos* y *portugueses*; la relación con el Sous marroquí y sus ingenios azucareros;[363] la creación del puerto de Spalato;[364] la propuesta que hace en marzo de 1587[365] ese influyente personaje que es Daniel Rodriga, de constituir en Constantinopla un depósito de 20 000 ducados a disposición del baile, contra un anticipo equivalente sobre las aduanas de Venecia; o la sugerencia hecha alrededor del 1589 de que la ciudad debería acoger a los judíos de Ferrara,[366] son formas de libertad de proyectar y llevar a cabo que claramente indican un cambio de clima. El régimen acordado, en 1598, a los judíos *levantini* y *ponentini* es francamente liberal: se les conceden salvoconductos valederos por 10 años, y renovables *ipso facto* en el momento de su caducidad, salvo que el titular renuncie a ello; las condiciones son exactamente las mismas que se les habían concedido 10 años antes (en 1589). Y se añade una pequeña gentileza: "en viaje, podrán llevar el gorro y las armas de costumbre, pero no en Venecia".[367] En realidad, Venecia se convierte entonces —en detrimento de Ferrara— en el gran centro de reunión de los *marranos* en Italia, el punto donde entran en contacto con los judíos de Alemania y de Levante; nos lo demuestra un signo inequívoco: Venecia se convierte en una capital intelectual; la literatura *marrana*, tanto la española como la portuguesa, se imprimirá en prensas venecianas hasta que les llegue su momento a los impresores de Ámsterdam y Hamburgo.[368]

Así, de Ámsterdam a Lisboa y de Venecia a Constantinopla, las colonias judías inician un periodo triunfal, o al menos conocen circunstancias más favorables. El asalto, en el Mediterráneo, a los barcos cargados con mercancías judías no fue una actividad poco provechosa ni se debe considerar como un síntoma insignificante, sino como índice de una cierta prosperidad que excita la envidia de múltiples enemigos. Este asedio a las mercancías judías había comenzado bastantes años antes. Ya en 1552,[369] y de nuevo en 1565,[370] oímos quejas judías acerca de las naves de los "muy malvados

monjes” de Malta, “esa trampa y red que se queda con todo el botín hecho a expensas de los judíos”.[371] A las galeras piratas de los Caballeros de Malta se vienen a sumar, a finales de siglo, las de los toscanos, sicilianos, napolitanos y griegos de las islas:[372] esto indica con toda probabilidad que ha aumentado el botín posible. Hay otros signos del renacimiento de la fortuna judía, por ejemplo, la reapertura —en beneficio suyo— de las relaciones comerciales con Nápoles. Parece ser que después de su expulsión en 1541 sólo se les había consentido acceso a las ferias de Lanciano y de Lucera; pero a partir de 1590 se habla de un restablecimiento de las relaciones comerciales,[373] lo que finalmente ocurre en septiembre de 1613.[374]

Forzando los términos y dado que los historiadores hablan corrientemente de una *época* de los Fugger y de una *época* de los genoveses, no resulta del todo infundado, en el estado actual de nuestros estudios, hablar de una *época* de los grandes mercaderes judíos, época que comenzaría a partir de los años 1590-1600 y que duraría hasta por lo menos 1621 o, muy posiblemente, hasta 1650. Y será una época que irradiará vivos colores de luz intelectual.

Para comprender España

El destino de los judíos no se puede estudiar separado del contexto de la historia mundial, en particular del de la historia del capitalismo (se ha afirmado demasiado precipitadamente que los judíos no han inventado el capitalismo, lo cual puede muy bien ser verdad, pero ¿es que puede algún grupo singular reclamar ese derecho? Lo indudable es que participaron, de todo corazón, a su gestación). Puede ser muy útil, al aproximarnos a este problema tan complicado, limitarnos a considerar el único y espectacular caso de España. La imagen del destino judío se refleja y, refleja en sí, el espejo multifacético de la historia española.

La dificultad mayor en esta discusión tan llena de carga emocional consiste en evitar que las emociones, el vocabulario y la polémica de nuestra época se deslicen en ella y en negarse a aceptar ese lenguaje de los moralistas que separa rígidamente el blanco del negro y el bien del mal. Me niego a considerar España como culpable del asesinato de Israel. ¿Es que ha habido alguna vez en el pasado una civilización que haya sacrificado su propia existencia en beneficio de otra? Jamás, e incluyo tanto la hebrea como la islámica. Mi afirmación es desapasionada, pues comparto los sentimientos de mi época y mis simpatías están con los que sufren violencia sobre su libertad, sus personas, sus pertenencias o sus convicciones. En el caso de España,

estoy, naturalmente, del lado de los judíos, de los *conversos*, de los protestantes, de los *alumbrados*, de los moriscos… Pero estos sentimientos, de los que no puedo escapar, no tienen nada que ver con el verdadero problema. Y hablar de la España del siglo XVI como de un *país totalitario* o racista, me parece muy poco razonable. Ciertamente, las escenas que se nos presentan son tristes, pero también Francia, Alemania, Inglaterra o Venecia nos ofrecen por entonces espectáculos semejantes (como se puede comprobar a través de sus archivos judiciales).

Permítaseme hacer hincapié otra vez en que la situación económica, una fuerza ciega en España, tanto como lo es en Turquía o en ese Nuevo Mundo que entra entonces en la historia universal, tiene su buena parte de responsabilidad. Cuando los Reyes Católicos expulsan a los judíos, en 1492, no actúan impulsados por móviles individuales, sugeridos por la conquista de Granada, que, como sucede siempre con una victoria, es mala consejera, sino que su acto está estimulado por el deplorable ambiente económico y la resistencia que ciertas heridas ofrecen al proceso de cicatrización. Las civilizaciones, lo mismo que las economías, tienen sus coyunturas a largo término: son propensas a los movimientos de masas, como si el peso de la historia les empujase a deslizarse por secretas pendientes, declives por los que se desciende de un modo tan particularmente gradual que nadie toma conciencia de ese movimiento y a nadie se puede considerar responsable. Es también destino de las civilizaciones *aligerarse* a sí mismas,**[375]** operar sobre sí mismas y, conforme avanzan, ir dejando detrás parte de sus herencias y de sus bagajes. Continuamente, toda civilización hereda de su propio pasado y elige entre los bienes que los padres dejan a los hijos. Y deberá irse deshaciendo de algunos bagajes tirándolos a lo largo de la ruta. Pero no ha habido nunca una civilización que se haya visto obligada a infligirse a sí misma tantos cambios, a dejar tantas cosas por el camino, como la civilización ibérica en la época de su esplendor, es decir en el periodo que va de los Reyes Católicos a Felipe IV. He empleado deliberadamente la expresión *civilización ibérica*, puesto que se trata de una variedad particular de la civilización occidental, una avanzadilla o promontorio suyo que antaño había estado, durante cierto tiempo, casi enteramente cubierto por aguas extrañas. Durante el *largo* siglo XVI, la Península, para volver a ser Europa, se ha tenido que convertir en cristiandad militante; y para ello, ha debido comenzar por quitarse de encima esas dos religiones, la musulmana y la hebrea, que le están estorbando. Se niega a convertirse en africana u oriental, recurriendo para ello a un proceso en cierto modo semejante a los actuales

procesos de descolonización. Podríamos discurrir a placer acerca de los diferentes destinos que le eran posibles a Iberia: podía haberse convertido en puente entre Europa y África, de acuerdo con su destino geográfico y con lo que durante siglos fue su vocación histórica. Hubiera podido… Pero todo puente implica una doble circulación. Europa conquistó la Península por la ruta terrestre de los Pirineos y por las rutas marineras del Atlántico y del Mediterráneo; a todo lo largo de esta zona fronteriza derrota al Islam con esas victorias de la Reconquista, que lo son también de Europa. Esto es algo que saben muy bien los historiadores de la Península, tanto Américo Castro como Sánchez Albornoz: la victoria se inclina por los *ultramontanos*, y la Reconquista de España por Europa avanza a la par de la Reconquista española del suelo musulmán. Los grandes descubrimientos de más tarde harán el resto y colocarán a España en el centro del mundo moderno, que es lo mismo que decir de la conquista del mundo por Europa.

Afirmar que España no debería haberse convertido en parte de Europa es presentar una tesis; y ha habido quienes la han sostenido.**[376]** Pero ¿le habría sido factible evitar su incorporación a Europa? Las consideraciones de orden político no han sido el único elemento determinante de la expulsión de los heterodoxos o de la creación de la Inquisición española en 1478 y de la portuguesa en 1536; existía también la presión popular, la intolerancia de las masas. Hoy, la Inquisición nos resulta odiosa, no tanto por el número relativamente pequeño de sus víctimas,**[377]** como por sus procedimientos. Pero la responsabilidad de esta institución, la responsabilidad de los Reyes Católicos, la de los dirigentes de España y Portugal, ¿serán las fuerzas sustantivas de un combate empeñado porque ése es el hondo deseo de las masas?

Con anterioridad a los nacionalismos, forjados por el siglo XIX, el único vínculo capaz de atar los pueblos era el del sentimiento de pertenencia a la misma creencia religiosa. Y lo dicho vale también para las civilizaciones. La masiva cohesión de la España del siglo XV es la de un pueblo que durante mucho tiempo se ha visto frente a otra civilización como más débil, menos brillante, menos rico y que, de repente, se ve libre. Y convertido ya en el más fuerte, no ha adquirido ni la certeza íntima de serlo ni los reflejos adecuados a ese estado. Continúa combatiendo. El hecho de que la terrible Inquisición haya causado a fin de cuentas tan pocas víctimas hay que achacarlo a que este combate ocurre un poco en el vacío. Había en España demasiado miedo subconsciente y demasiada militancia como para que la heterodoxia pudiera encontrar un terreno lo más mínimamente abonado. En España no habrá lugar

para el erasmismo, ni tampoco para el converso de corazón dudoso o para el protestante.

En esta perspectiva de conflictos entre civilizaciones, los apasionados y seductores argumentos de Léon Poliakov no llegan a satisfacerme demasiado. Él ha visto solamente uno de los dos aspectos de la tragedia, las quejas de Israel, sin tener en cuenta las de España, las cuales no eran de ningún modo ilusorias, falaces o diabólicas. Había una España cristiana esforzándose en realizarse. El glaciar que en esta emergencia se pone en movimiento derriba los árboles y las casas que encuentra a su paso. Y no diremos, con la doble intención de moralizar y distraer la cuestión, que España ha sufrido el justo castigo merecido por sus fechorías, por la expulsión de 1492, por la persecución infligida a múltiples conversos y por sus coléricas medidas contra los moriscos en el periodo que va de 1609 a 1614. Y se ha dicho que estos crímenes y estas pasiones le han costado su grandeza. Pero la grandeza española comienza, precisamente, en 1492, y perdura, inmaculada, hasta Rocroi (1643) o, para ser más precisos, hasta mediado el siglo XVII. El castigo ha tardado en llegar (según elijamos fecha), más de un siglo o más de 40 años. Es más: tampoco acepto que la expulsión de los judíos privase a España de una vigorosa burguesía. La verdad es que en España no llegó nunca a desarrollarse una burguesía. Felipe Ruiz Martín acaba de demostrar que eso se debió al hecho de haberse implantado en este país un nocivo capitalismo internacional, el de los banqueros genoveses y congéneres equivalentes. Otro argumento que se oye con frecuencia es que el drama de la *limpieza de sangre* se acabó convirtiendo en tormento y castigo de España. Nadie puede negar este tormento ni sus terribles secuelas, pero tampoco que todas las sociedades de Occidente levantaron sus correspondientes barreras durante el siglo XVII, y sacralizaron los privilegios sociales, sin poder invocar, a cambio, las razones que aducía España.

Aceptemos más bien que toda civilización se encamina a su destino, tanto si quiere como si no. Si el tren inmóvil en la estación en que me encuentro se pone en marcha, el vecino del tren de al lado tiene la impresión de que éste se mueve en dirección contraria. Y recíprocamente, los trenes de las civilizaciones cruzan sus destinos: ¿se comprenden entre sí? No estoy seguro de que lo logren. En el siglo XVI, España va de camino hacia una unidad política que, dada la época, sólo se puede concebir como una unidad religiosa. Israel, por su parte, se movía hacia el destino de la diáspora, destino unitario también, pero que, en su caso, tiene el mundo entero como escenario: se extenderá allende océanos y mares, y se introducirá tanto en las naciones

nacientes como en las civilizaciones antiguas, burlándose y desafiando estas últimas. Encarna un destino moderno muy por delante de su tiempo… Incluso un espíritu tan lúcido como lo fue Francisco de Quevedo ve esta civilización bajo rasgos diabólicos. El demonio es siempre el Otro, en este caso la otra civilización: *La Isla de los Monopantes* (1639) es un panfleto dirigido contra el conde-duque de Olivares y los banqueros *marranos* de su entorno (aunque muy posiblemente no fue Quevedo su autor). «En Ruán —dicen los judíos de la isla de los Monopantes— somos los cordones de la bolsa de Francia contra España y al mismo tiempo los de España contra Francia; y en España, bajo un hábito que oculta nuestra circuncisión, ayudamos al monarca [en este caso, Felipe IV] con las riquezas que poseemos en Ámsterdam, el país de sus mortales enemigos… Y hacemos lo mismo en Alemania, Italia y Constantinopla. Creamos toda esta complicada intriga y esta fuente de guerras socorriendo a cada uno con el dinero sacado del bolsillo de su mayor enemigo, pues nuestra ayuda es como la del banquero que presta dinero, con muy alto interés, a aquel jugador que está perdiendo para que así pueda perder más[378]». En resumen: la crítica del proceso capitalista.

De civilización a civilización cada una da la propia versión de la verdad, y nunca se considera válida la versión del vecino. La única cosa de que podemos estar seguros es de que el destino de Israel, su fuerza, su supervivencia y sus desventuras son la consecuencia directa del hecho de que este pueblo haya permanecido irreductible, negándose obstinadamente a diluirse en su contorno, es decir, una civilización fiel a sí misma. Toda civilización contiene en sí su paraíso y su infierno.[379]

IV. LA PROPAGACIÓN DE LA CIVILIZACIÓN

Quien irradia, da, y quien da, domina. La teoría del donante no sólo es válida a nivel de individuos, sino también al de sociedades, e incluso al de civilizaciones. Es posible también que este dar pueda ser a la larga causa de empobrecimiento. Pero mientras dura es un signo de superioridad y esta realidad completa la tesis central de la segunda parte de este libro: el Mediterráneo será, durante los 100 años siguientes a Cristóbal Colón y Vasco de Gama, el centro del mundo, un universo poderoso y brillante. La prueba nos la suministra el hecho de que este mundo del mar interior eduque a otros y les enseñe su estilo de vida. También debemos hacer hincapié en que es *todo* el Mediterráneo, tanto el musulmán como el cristiano, el que lanza esos rayos de luz que saltan por encima de sus fronteras. Incluso ese Islam

norteafricano, tratado por los historiadores como el hermano pobre, es capaz de irradiar hacia el sur, hacia los bordes del Sahara y, a través de todo el desierto, hasta el *Bled es Sudán*. En cuanto al Islam turco, éste ilumina toda un área cultural, que sólo a medias le pertenece, desde los Balcanes hasta las tierras árabes, hasta las profundidades de Asia y hasta el océano Índico. Un arte imperial turco, cuya obra cumbre es la mezquita de Solimán en Constantinopla, irradia muy lejos su luz y afirma su supremacía; y la arquitectura era sólo un elemento entre otros de esta vasta expansión cultural.

Mucho más visible a nuestros ojos resulta la intensa irradiación del Occidente mediterráneo. Se difunde, de hecho, a contracorriente de la historia, e ilumina ese norte europeo que muy pronto se va a convertir en el centro del poder mundial: la cultura latina ha sido a la protestante lo que Grecia a Roma. Cruza rápidamente, en los siglos XVI y XVII, el Atlántico y, con esta ampliación geográfica al otro lado del océano, se completa la esfera de influencia del Mediterráneo, comprendiendo la vasta América hispano-portuguesa, la más brillante de las Américas de entonces. Y para colmo de comodidades, para hacer más fácil la identificación, la palabra "Barroco", lanzada a la circulación por Jacob Burckhardt, sirve para designar adecuadamente la civilización del Mediterráneo cristiano: dondequiera que encontremos el Barroco podremos reconocer la impronta cultural del mar interior. La influencia del Renacimiento —juicios de valor aparte— no se puede comparar, en peso y volumen, con la enorme explosión del Barroco. El Renacimiento era hijo de las ciudades italianas. El Barroco se apoya simultáneamente en la enorme fuerza espiritual de Roma y en la enorme fuerza temporal del Imperio español. Con el Barroco comenzaba a brillar una nueva luz: desde 1527 y 1530, desde el trágico final de Florencia y Roma, las grandes ciudades nutricias del Renacimiento, cambian de color los rayos: como en los teatros, cuando la luz de los proyectores pasa bruscamente del blanco al verde o del rojo al azul.

Una vez expuesto lo anterior, espero que el lector comprenda cuál es mi intención. No podemos de ningún modo, al escribir un libro como el presente, sobre el Mediterráneo, describir esta enorme metamorfosis en todos sus aspectos, porque para ello habría que escribir un libro sobre el mundo. He considerado, por eso, que bastaría, como demostración, con un solo ejemplo, que servirá tanto a la gloria del Mediterráneo como al equilibrio del presente libro. Con harto sentimiento, dejaremos a un lado el islam, y con no poco dolor la América hispano-portuguesa y los esplendores tardíos, pero sin par, de ese Ouro-Preto, enclavado en el corazón minero del Brasil.

Las etapas del Barroco

Según Jacob Burckhardt, son los historiadores alemanes, H. Wolfflin, A. Tiegl, A. E. Brinckmann, W. Weisbach…, quienes imponen y hacen triunfar el concepto del "Barroco".[380] En la nave botada por ellos viajan luego muchos otros. El intento representa, en sus principios, un útil ensayo de clasificación, el reconocimiento de una capa de arte, si se quiere, a la manera de una capa geológica. A la cadena del romano, el Gótico y el Renacimiento se añade un cuarto eslabón, el del Barroco,[381] inmediatamente antes del Clasicismo, de inspiración francesa. Palabra que tal vez no responda a un concepto muy claro y simple, puesto que se nos describe el Barroco como un edificio de tres y hasta de cuatro pisos.

Generalmente, se disciernen sus orígenes en la *Pietà* que Miguel Ángel esculpió para la basílica de San Pedro entre los años de 1497 y 1499, y también las *Stanze* de Rafael, los tumultuosos movimientos del *Incendio de Borgo* y del *Heliodoro expulsado del templo*, y hasta la *Santa Cecilia* de Bolonia, en la que, según Émile Mâle, se percibe ya algo del genio de los nuevos tiempos.[382] Y aún se añade que podríamos encontrar también los orígenes "del lenguaje gestual del Barroco" (la horrenda expresión no es nuestra)[383] en el boceto de la *Batalla de Anghiari* o (ahora, fuera de Italia) en ciertos grabados de Alberto Durero… Todo lo cual forma, a la verdad, una extraña mescolanza. Se precisa que uno de los padres indiscutibles del Barroco es Correggio, el Correggio de la *Ascensión de la Virgen*, en Parma. [384] Para ser un Barroco completo sólo le falta una cosa: expresar un mayor desdén hacia los goces terrenales y hacia la belleza del desnudo. Ese desnudo por el que Miguel Ángel siente tanta predilección; pero, en cambio, su gusto por lo grandioso y por lo patético, su *terribilità* son, se nos dice, lo mismo que la *grazia* de Rafael y el movimiento y los juegos de luces de Correggio, los primeros dones que las hadas benéficas ponen en la cuna del Barroco. El recién nacido, adornado con tales dotes, no tardará en crecer. Es casi adulto al morir Correggio, en 1534, y ya en toda su talla cuando Miguel Ángel, después de siete años de agotadora labor, da cima, en 1541, a su *Juicio final*, en el que reviven "los terrores de la Edad Media".[385]

Después del saqueo de Roma, en 1527, y de la toma de Florencia, en 1530, había caído bruscamente el telón sobre los esplendores del Renacimiento. "El espantoso saqueo de Roma"[386] se les antojó a las personas de la época como un juicio de Dios. Recordó a la ciudad, de pronto, su misión cristiana. Mientras Clemente VII resistía a los asaltantes en el

castillo de San Ángel, la ciudad fue, durante meses, presa de la soldadesca y del saqueo de los campesinos. Nada fue respetado. Los discípulos de Rafael se dispersaron: Penni se trasladó a Nápoles, Pierino de Vaga pasó a Génova, Julio Romano a Mantua, de donde ya no quiso salir. “Los discípulos de Rafael no tuvieron, pues, discípulos”, concluye Stendhal quizá demasiado precipitadamente.[387] Demostrábase así, una vez más, la fragilidad de la vida artística, de la vida del espíritu. “Un segundo juicio de Dios”, fueron el sitio y la toma de Florencia, cuya violenta acción sobre la vida económica, según ha demostrado Parenti, vino a renovar en 1530 el desastre de 1527. “Algo murió —entonces—, y muy de prisa.”[388] Surge una nueva generación, que sería, según Juliano de Médicis, más espartana que ateniense;[389] nuevas modas se imponen. Muere el Renacimiento, y tal vez la misma Italia. Triunfan la *maniera*, el amaneramiento, la imitación, el énfasis, la ampulosidad, que dan sus rasgos característicos a la obra de los alumnos supervivientes de Rafael, y su academismo hará escuela.[390]

La pintura es el primer arte que recibe esta fuerte ráfaga de viento. Comienza la época de los “Amanerados”, a la que Ludovico Dolce dará, en 1557, su definición y su programa, en un alegato en toda forma en pro de la *maniera*. Toda Italia se impregna del nuevo estilo, a partir de 1530-1540,[391] salvo Venecia, donde hay, desde luego, algunos *manieristi*, pero donde sigue pintando todavía, durante largo tiempo, el irreductible Tiziano.

El siglo XX rebautiza ese “Manierismo” con el nombre de pre-Barroco: es el largo periodo ilustrado por Tintoretto y que muere con él, en 1590.[392] La última obra maestra de esta época es el inmenso *Paraíso*, pintado entre 1589 y 1590 en la sala del Gran Consejo de Venecia. Y casi en seguida entra en escena el Barroco I, cuyo introductor fue, según G. Schnürer, aquel Federico Baroccio, de Urbino, cuya célebre *Madonna del Popolo* aparece colgada en los *Uffizi*.[393] Baroccio hizo escuela en Italia, hasta 1630, aproximadamente. ¿Era el fin de la tendencia? No, pues de este Barroco italiano se deriva en línea directa el vigoroso arte llamado a imponerse en Suiza, en la Alta Alemania, en Austria y en Bohemia, hasta los siglos XVIII y XIX, apoyado en una inspiración popular bastante espesa, que le infunde una savia que jamás había llegado a tener en el momento de su gran época italiana. Es aquí, por lo demás, en los territorios de la Europa Central, donde la palabra “Barroco” (cualquiera que fuera su origen) comienza a aplicarse en el siglo XVIII a un arte ya próximo a extinguirse. De aquí, según declaran los eruditos alemanes, la ecuación barroco = alemán. Ecuación falsa, si nos atenemos a las fuentes.

¿Damos por sentado lo que queda por probar?

Se podría discutir y nunca acabar sobre esta cronología y las intenciones que lleva: es evidente que valoriza y extiende el significado del Barroco. Se podría discutir, también interminablemente, acerca de lo que es o no es el Barroco, ese Barroco que Gustav Schnürer considera como una civilización en sí misma, la última civilización ecuménica propuesta e impuesta por Europa. ¿La última? He ahí otro tema sobre el que argumentar indefinidamente, y al que me he abandonado a placer en la primera edición de este libro. Pero tales problemas son muy ajenos al que ahora nos preocupa, a saber, que cualquiera que sea el color exacto de esta civilización, cualquiera que pueda ser su naturaleza precisa, tiene su origen e irradia desde el Mediterráneo. Hay don, transmisión y superioridad del Mediterráneo. Sus lecciones, su estilo de vida y sus preferencias son ley y hacen ley en zonas muy alejadas de sus orillas. Esta evidencia de salud, sus razones y sus recursos, van a ser los puntos que nos van a ocupar a continuación.

Un gran centro de irradiación mediterránea: Roma[394]

Roma fue uno de los grandes centros de esa irradiación. No el único, pero sí, evidentemente, el más importante. A comienzos del siglo XVI era todavía una ciudad muy pobre. Así la conoció Rabelais, en su primer viaje del año 1532; así nos la describen la *Topographie* de Marliane y otras muchas guías. Ciudad estrecha, cercada por la vida pastoral; sembrada, jalonada de monumentos antiguos, muchos de ellos semiderruidos, horriblemente desfigurados, y otros, los más, sepultados hasta los cimientos bajo la tierra y los escombros. La ciudad viviente, hecha de casas de ladrillo, de callejuelas estrechas y sórdidas, y de amplios espacios vacíos.

Pero, al llegar el siglo XVI, esta ciudad se transforma, se colma, levanta palacios e iglesias; su población crece y sigue manteniéndose en pleno siglo XVII, es decir, en una época poco propicia para las ciudades mediterráneas. Roma se convierte, pues, en una inmensa cantera. Todos los artistas encuentran en ella empleo. Ante todo, un ejército de arquitectos canteros: Baltasar Peruzzi, de Siena († en 1536); Sammicheli, de Verona († en 1549); Sanssovino, de Florencia († en 1570); Vignole († en 1573), oriundo del norte de la península (de donde proceden casi todos los arquitectos italianos); Ligorio, de Nápoles († en 1580); Andrés Palladio, de Vicenza († en 1580), y Pellegrini, de Bolonia († en 1592). Uno, Olivieri, rara excepción, romano (†

en 1599). Detrás de estos artesanos, arquitectos y canteros, están las apretadas filas, no menos importantes, de los pintores, indispensables para un arte en que triunfa la pintura ornamental. Bóvedas y techos brindan a los pintores un espacio ilimitado, aunque imponiéndoles temas, a veces, muy estrictamente definidos. La pintura religiosa del Barroco es, ante todo, hija de su arquitectura.

Esta época, mientras se acaba de construir la basílica de San Pedro, ve levantarse la iglesia de Jesús, entre los años 1568 y 1575, obra de Giacomo Vignole, que muere en 1573, sin tiempo a terminarla. Nació así la primera iglesia jesuita, la que, si no siempre, va a servir con mucha frecuencia de modelo a toda la cristiandad. Cada orden quiere poseer, y va a poseer, en Roma y fuera de Roma, sus iglesias propias, con su decoración especial, y las imágenes de sus cultos y devociones. Así surgen en la Ciudad Eterna primero, y en todo el mundo cristiano después, esas primeras iglesias, con sus molduras ornamentales y sus cúpulas, de una sobria geometría, una imagen clara de cuyo estilo —aunque tardío— es, en Francia, la iglesia de Val-de-Grâce…

Este prodigioso crecimiento de Roma exige enormes recursos, Stendhal vio claramente el problema, al escribir que "los países que no tenían por qué temblar por su autoridad" eran los que llevaban a cabo los más importantes trabajos de pintura, escultura y arquitectura de los tiempos modernos.[395] Lo cual nos lleva de la mano, bastante oportunamente, a la historia de las finanzas de la Santa Sede; cuyas bases ha establecido Clemens Bauer en un notable estudio.[396] Es un hecho comprobado que los papas supieron extraer grandes recursos de su Estado; su política financiera recurre con gran éxito al crédito público. Emprenden su política religiosa y su política toda en la cristiandad, generalmente, no tanto a costa suya como a costa de las iglesias nacionales: las Iglesias de Francia y España se ven, así, entregadas, de vez en cuando, a la codicia y a las necesidades financieras del Rey Católico y del Rey Cristianísimo. Durante los 50 años que nos ocupan, el Estado pontificio muy rara vez (en 1557 y durante los tres años de la Santa Alianza) tiene que hacer frente a grandes gastos de guerra. Gracias a ello, la Santa Sede puede disponer de un considerable presupuesto para las Bellas Artes. A partir de los años 1560-1570, la invasión del Mediterráneo por las riquezas de América facilitará todavía más esta política suntuaria. A contar de los años decisivos 1560-1570 se construye todo lo que habían soñado y en parte realizado León X y Julio II. Además, las Órdenes religiosas, multiplicadas por la piedad católica, suman sus esfuerzos a los del pontificado. Y como Roma es la

capital de esos pequeños Estados dentro del Estado, su capital ostentatoria, jesuitas, dominicos, carmelitas y franciscanos aportan, cada cual por su parte, su esfuerzo financiero y de emulación artística y copian, fuera de Roma, las enseñanzas de la capital. La expansión artística y religiosa del Barroco se debió precisamente a estas Órdenes, y sobre todo a la de San Ignacio. Por eso, consideramos que el calificativo de "jesuítico" sería mucho más adecuado que el de "Barroco", para designar esta expansión, pese a todas las reservas que hayan podido oponérsele.

No creo necesario detenernos aquí a hacer el estudio del poderoso y múltiple empuje de las Órdenes monásticas. ¿Hace falta pararse a demostrar cómo precedió, muy de lejos, al éxito del Concilio de Trento esta primera victoria de las nuevas generaciones? Ya en 1517 se implanta en Roma el Oratorio del Amor Divino, fundado en Génova un siglo antes por Bernardino de Feltre. En el mismo año de 1517, León X accede a que los franciscanos se separen de la observancia de los conventuales. De las filas de estos franciscanos reformados sale, en 1528, entre otras Órdenes, la de los capuchinos. Pero el movimiento se afianzará sobre todo y se consolidará definitivamente en 1540, el año de la fundación de la Orden de los jesuitas.

Tres años antes, en 1537, la comisión de cardenales, reunida por Paulo III, se había mostrado bastante pesimista. Llegó, incluso, a admitir la posibilidad de dejar extinguirse las congregaciones corrompidas, para renovarlas más tarde con nuevos monjes. Pero, en el curso de la década de 1540, el horizonte se aclara. Habíase ganado la primera partida: la creación y reforma de las Órdenes sigue su curso y el movimiento de renovación monástica gana terreno. Después del Concilio de Trento, este movimiento se precipita: el Oratorio de San Felipe Neri data de 1564; los oblatos de San Carlos Borromeo, de 1578; los hermanos menores del genovés Juan Adorno y de San Francisco Caracciolo, de 1588 (su primera fundación en Nápoles surge en 1589). Tres años más tarde, en 1592, se instalan en Aviñón los padres de la Doctrina Cristiana.

¿Quién dirá todo lo que las Órdenes, no pocas veces desembarazadas por las necesidades de la lucha de las viejas trabas de la vida coral y de la observancia monástica, convertidas en "verdaderos cleros regulares", contribuyeron a vigorizar el pontificado? Gracias a ellas se salvó la Iglesia, y ésta pudo, desde Roma, llevar a cabo una de las más asombrosas revoluciones desde arriba que conoce la historia. La batalla, conducida por ella, se libró de un modo reflexivo, consciente, calculado. La civilización propagada por la

Iglesia —su nombre importa poco— es una civilización combativa. Y su arte no es un fin en sí, sino un medio más, junto con otros.

Ese arte es también, casi siempre, un arte de propaganda. Es, si se quiere, en lo bueno y en lo malo, un arte dirigido. Religiosos y teólogos, que sabían lo que querían, encargaban a Rubens o a Caracciolo, al Dominiquino o a Ribera, a Zurbarán o a Murillo, la ejecución de los cuadros previamente compuestos por aquéllos en espíritu, reservándose el derecho a rechazarlos de plano, si encontraban defectuosa su ejecución. Frente al protestantismo, enemigo de los templos suntuosos y de las imágenes, la Iglesia, conscientemente, quiso erigir las más bellas mansiones que Dios tuviera sobre la tierra, imágenes del paraíso, trozos de cielo. El arte es un arma poderosa para combatir y un medio eficaz para instruir. Un medio de afirmar, por el poder repetido de la imagen, la santidad inmaculada de la Madre de Dios, el valor eficaz de los santos, la potente realidad de la Eucaristía, la eminencia de San Pedro; un medio de representar, de modo convincente, las visiones y los éxtasis de los santos. Pacientemente concebidos y enseñados, temas iconográficos idénticos recorren así toda Europa. Si el Barroco exagera la nota, si siente gusto por la muerte y por el sufrimiento, por los mártires representados plásticamente con un realismo sin concesiones; si parece entregarse al pesimismo, al "desengaño" español del siglo XVII, es porque quiere y debe demostrar que busca el detalle dramático que conmueve y sobrecoge. Es un arte cortado a la medida de los fieles a quienes se trata de convencer y adiestrar, a quienes se quiere enseñar, por medio de la acción, una especie de verismo, la exactitud de tantas ideas controvertidas, como la del Purgatorio o la Inmaculada Concepción. Arte teatral, conscientemente teatral. ¿Acaso el teatro no ha servido de arma a los jesuitas, principalmente para la conquista de Alemania, en una época en que —señalémoslo— el teatro tenía en todas partes sus derechos y sus exigencias, sus farándulas ambulantes, tras las que pronto vendrán los escenarios fijos?

Sí, un arte de vivir, una manera de creer se encaminan desde las riberas del Mediterráneo hacia el norte, hacia las rutas del Danubio y del Rin, y hacia el corazón de Francia, hacia París, donde en los primeros años del siglo XVII empiezan a levantarse tantas iglesias y tantos conventos. Un arte de vivir y de creer específicamente mediterráneo: ver lo que Jacob Burckhardt nos dice ya de Pío II, cruzando las calles de Viterbo con el Santo Sacramento, "rodeado de cuadros vivos representando la Cena, la lucha de San Miguel contra el diablo, la Resurrección del Señor, el triunfo de la Virgen arrebatada al cielo por los ángeles".**[397]** Piensa uno en las procesiones españolas con los "pasos",

donde figuran los personajes de la Pasión. Lo que no excluye, allí como en Italia, los autos sacramentales.[398] En resumen, un cristianismo voluntariamente dramático, asombroso, incomprensible para las personas del norte. Las devociones y las flagelaciones de los españoles sorprendían y escandalizaban a los de Flandes.[399] El arte del Barroco se nutre de esta religiosidad meridional y sirve de vehículo a una parte de ella. Podría escribirse un libro entero sobre estas devociones de importación a través de Europa, y sobre la parte que cabe al hombre del Mediterráneo en la vehemente recuperación de las debatidas tierras del norte devueltas al seno de Roma. Pensando en esto, ¿cómo puede hablarse de decadencia mediterránea? A menos que podamos atribuir a las decadencias, y a las desintegraciones que llevan consigo, un sutil y eficaz poder de irradiación.

Otro centro de irradiación: España

Si pasamos en el cuadrante occidental, de Viena a Lyon y en seguida a Tolosa y a Bayona, supongamos, vemos afirmarse otra irradiación: la de España. En Viena y en Múnich triunfan Roma e Italia (todas las Italias). También a través de Francia se acusa, es cierto, la presencia de Roma e Italia, en sus hombres, en sus modas y en sus lecciones; pero la influencia española se hace sentir, asimismo, con gran pujanza.

Uno de los dramas, si así podemos expresarnos, de los Pirineos, es que sus puertas nunca han funcionado en ambos sentidos a la vez. Cuando la educadora es Francia, todo transita de norte a sur, que es lo que ocurre desde el siglo XIII hasta el XV. Cuando la antorcha pasa a España, circula todo de sur a norte, como sucede en los siglos XVI y XVII. El viejo diálogo entre Francia y España cambia, pues, bruscamente de sentido al llegar esta época; y aún volverá a cambiar en el siglo XVII. En tiempos de Cervantes, es Francia quien busca las modas y las lecciones del país vecino, ridiculizado, maldecido, temido y admirado, todo a un tiempo. España, por su parte, rompe las amarras. Vigila las fronteras, prohíbe celosamente a sus súbditos de los Países Bajos ir a estudiar a las universidades de Francia, o retira de Montpellier a sus aprendices médicos.[400]

Extraño diálogo, como vemos, una vez más carente de todo afecto. ¿Qué país, fuera de los Países Bajos, se ha burlado más del español que Francia? Conocemos, en su traducción francesa de 1608, la fantasía satírica de Simón Molard, editada en Middelbourg: *Emblemas sobre las acciones, perfecciones y costumbres del Señor español*.[401] ¡Pobre señor español! Se le compara a

todas las bestias habidas y por haber: diablo en su casa, lobo en la mesa, cerdo en la alcoba, pavo real en la calle, zorro con las mujeres… y, ¿a qué seguir? "Guardaos, pues, del señor en todas partes", concluye el panfleto. Pero a ese señor, del que se hace mofa, se le envidia y se le imita. La irradiación de España es la de un pueblo fuerte, la de un imperio inmenso, sin crepúsculo, la de una civilización con frecuencia más refinada que la nuestra. Todo francés que se estime en algo debe saber y sabe español; gracias a ello, algunos peninsulares, como el "murciano" Ambrosio de Salazar, llegarán a hacer, en Francia, una hermosa carrera de gramático y profesor en tiempos de María de Médicis. El vocabulario castellano coloniza entonces la lengua francesa. Brantôme es, por esta época, el príncipe de nuestros españolizantes.[402] No discute, "blasona", "dice burlas", "busca fortuna", "habla", no lanza una piedra, sino que la "tira", "trepa" en vez de subir, se da un "garbo" (en vez de aires), marcha "bizarramente", como "soldado".[403] Es moda salpicar la conversación de palabras españolas,[404] tan abundantes en esta época como los italianismos, y esta moda exige empeñosos estudios, numerosos profesores y libros importados. El padre de Montaigne había leído las *Epístolas familiares*, el *Libro de oro de Marco Aurelio*, el *Reloj de príncipes* y el *Despertador de cortesanos*, obras todas del célebre obispo de Mondoñedo, Antonio de Guevara.[405] Pululan las traducciones. "Hay en París una verdadera agencia de traductores del castellano."[406] Es la hora de Cervantes. En 1617, su gran libro *Los trabajos de Persiles y Segismunda* se reedita inmediatamente en París en castellano y se traduce en seguida al francés.[407] También la novela picaresca tiene sus lectores asiduos. Más tarde vendrán las adaptaciones de las comedias españolas a la escena francesa… También en Inglaterra son traducidos e incorporados a la sustancia intelectual del país los libros italianos y españoles.

Al lado de las influencias habría que evaluar otros mil pequeños empréstitos culturales. La corte de Luis XIII, de la que ha podido decirse que era tan española como francesa, daba la pauta en este terreno. Todo lo español estaba de moda. Las mujeres se untaban con "blanco de España" y con "bermellón español", productos que, por lo demás, no siempre venían de tan lejos. Se rociaban —y los hombres también— de perfumes traídos algunos de Niza y de Florencia, pero la mayor parte, y, desde luego, los más preciosos, cuyo uso estaba vedado a los "palurdos",[408] procedían de España o de Italia. Si hemos de creer a Brantôme, las mujeres, en estos dos países, "siempre han sido más curiosas y exquisitas en perfumes que las grandes damas de Francia".[409] Las personas distinguidas se arrancaban unas a otras los

secretos de sabias esencias y de recetas de belleza, tan complicadas, por lo menos, como las de las "preciosas" de Molière. Un galán promete a su dama calzar su blanca mano con "cuero de España"; y, en efecto, aunque ya por esta época se fabrican en Francia excelentes productos y comienzan a abrirse paso la fama de la moda y la elegancia francesas, los guantes españoles de pieles especialmente suaves y finas, el agua de Córdoba, los guadameciles, es decir, los cueros repujados que se emplean como tapices, gozan por estos años del mismo prestigio que en nuestros días los "artículos de París"… Y, como éstos, eran muy caros. Cuando a la mujer de Simón Ruiz se le mete en la cabeza *hacer negocio*, y expide de España a Florencia *guantes perfumados*, que se deberán cambiar por mercancías italianas, el socio de su marido, Baltasar Suárez, dice que en esta ciudad de respetables burgueses nadie querrá comprar un artículo tan caro y frívolo (tres escudos el par). Pero esto ocurría en 1584.**[410]** Nos gustaría saber lo que habrían pensado los florentinos algunos lustros más tarde.

Si nos limitamos a las importaciones literarias —las que mejor se conocen —, la influencia española apenas declina hasta finales del reinado de Luis XIII, **[411]** lo que nos lleva una vez más a los años 1630-1640, un jalón de la historia financiera y económica, una gran fecha de la riqueza mundial. Comprobaremos, asimismo, que el mejor periodo de la irradiación española es, en general, la primera mitad del siglo XVII. En el XVI se establecen mil contactos, y Francia comprende que el cerco geográfico a que está sometida por el Imperio español no se puede soportar sin consecuencias. Pero es en la gran vuelta a la paz de fines de siglo y de las primeras décadas del XVII cuando la simiente depositada comienza a dar plantas y flores. El retorno a la paz pasea a través de Europa los "triunfos" del Barroco.

La supuesta decadencia del Mediterráneo

Si no se hubiera creído durante mucho tiempo que el Mediterráneo estaba agotado a raíz del Renacimiento y era ya, de allí en adelante, un valor despreciable, no cabe duda de que se habría estudiado antes y con mayor detenimiento la influencia ejercida por él a fines del siglo XVI y comienzos del XVII. Yo no he intentado exagerar su valor, su duración o su eficacia, y, sin embargo, el nimbo proyectado a lo lejos por el Barroco llegó a ser, tal vez, más denso y más espeso, más sostenido que el del propio Renacimiento. El Barroco fue obra de civilizaciones imperiales macizas, como la de Roma o la de España. Pero ¿cómo comprobarlo y, sobre todo, cómo seguir su expansión,

su tumultuosa vida exterior, sin poseer los mapas que son indispensables para ello y que no tenemos? Poseemos catálogos de museos, pero no atlas artísticos. Historias del arte o de las letras, pero no historias de la civilización.

Una vez más el destino del Mediterráneo se anuncia o se descifra, más que en su corazón tumultuoso, en estas regiones marginales. Estas desbordantes influencias mediterráneas nos hablan por sí solas de su presencia y de su fuerza en los intercambios y en las rivalidades de que está hecha la gran vida del mundo. Dichas influencias subrayan vigorosamente, en los albores del siglo XVII, el lugar eminente que el Mediterráneo, vieja cuna de viejas civilizaciones, ocupa todavía en la formación del mundo moderno, al que, por modo tan amplio, imprime su huella.

CAPÍTULO VII [II-246]

LAS FORMAS DE LA GUERRA

LA GUERRA no es simplemente la contracivilización.

Los historiadores la llamamos constantemente a debate, aunque sin conocer ni preocuparnos por conocer *su* naturaleza o *sus* naturalezas. No es mayor la ignorancia del físico en cuanto a la constitución secreta de la materia… La traemos constantemente a colación, y es necesario, porque la guerra no deja de actuar sobre la vida del hombre. Los cronistas la sitúan en el primer plano de sus relatos y de sus cronologías. Las personas de la época no dejan de formular cuidadosas conclusiones acerca de ella, apuntando responsabilidades y desprendiendo consecuencias.

Por nuestra parte, aunque firmemente decididos a no exagerar la importancia de la historia de las batallas, que versa exclusivamente sobre los sucesos externos, no pensamos ni por un momento en dar de lado a la historia misma, a la poderosa historia de la guerra, esta formidable y perpetua conmoción de la vida de los hombres. En el medio siglo que nos ocupa, la guerra marca los ritmos y las estaciones, abre y cierra las pesadas puertas del tiempo. Y aun cuando parece calmada su tenaz presión, sigue pesando sobre todas las cosas. Nada más lejos de nuestro ánimo que la pretensión de sacar, a propósito de estos dramas, conclusiones filosóficas sobre la "naturaleza" de la guerra. La *polemología*, aunque es una ciencia, está todavía en su infancia. Necesita aprender a identificar, yendo más allá de los incidentes, los ritmos largos, las regularidades y las correlaciones. No hemos llegado aún a ese estadio.

I. LA GUERRA DE LAS ESCUADRAS Y DE LAS FRONTERAS FORTIFICADAS

Cuando hablamos de la guerra grande en el Mediterráneo, surgen indirectamente ante nosotros las imágenes familiares: las esbeltas y poderosas

siluetas de las galeras, su sueño invernal, sus navegaciones estivales a lo largo de las costas.

[II-247]

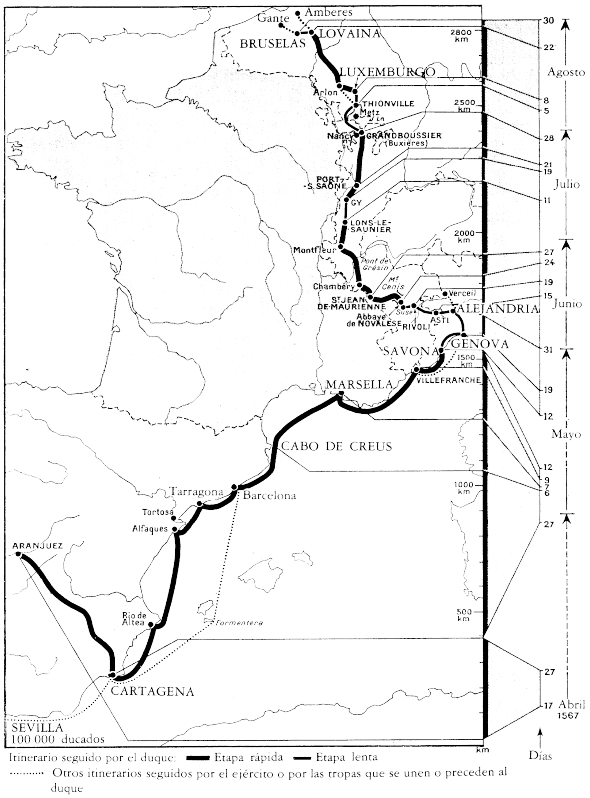


FIGURA 63. *El duque de Alba conduce sus tropas a Flandes, abril-agosto 1567.*
Trasladar un ejército a lo largo de 3 000 kilómetros es una hazaña, aun cuando se realice en tiempo de paz. Nótese la rapidez con que se han cubierto las etapas marítimas y el tiempo requerido para cruzar los Alpes. La necesidad de evitar Francia obligó a un largo rodeo. Cálculos y verificaciones por J. J. Hémardinquer.

Los documentos políticos abundan en detalles sobre sus desplazamientos o su manutención; son una preocupación constante, un lujo muy costoso. Se nos han conservado cientos de estimaciones hechas por expertos, que nos hablan de cuánto cuestan en entretenimiento, aprovisionamiento, equipo y dinero. Y la experiencia demostró muy pronto lo difícil que resultaba reunirlas para llevar a cabo movimientos conjuntos, dado que, para navegar en grandes formaciones, necesitaban ir acompañadas de navíos redondos que llevasen su voluminoso aprovisionamiento. Terminados los lentos preparativos, se hacían rápidamente a la mar y los viajes se cumplían, por lo general, con rapidez. Podían alcanzar cualquier punto de la costa. Sin embargo, debemos cuidarnos de no exagerar la cantidad de daño que los golpes de las escuadras de galeras podían infligir. Las tropas que desembarcan, si el caso lo requiere, apenas se alejan de las orillas. En 1535, Carlos V se apodera de Túnez y no va más lejos; en 1541 intenta sin éxito tomar Argel: su campaña apenas lo llevó más que del cabo Matifú a las alturas que dominan la ciudad. En 1565 se repite la historia, cuando la armada turca pone sitio a Malta y allí se inmoviliza. En cuanto hablamos de guerra evocamos en el acto armadas numerosas que, en el siglo XVI, nos sorprenden por la enorme cantidad de sus efectivos. Moverlas de un lugar a otro, y, antes de eso, reunir sus unidades, eran tareas que presentaban ingentes problemas. Se requieren meses y meses para que el rey de Francia reúna, en Lyon, mercenarios y cañones, con los que, un buen día "salte de improviso por encima de las montañas".[1] En 1567, el duque de Alba realiza la hazaña de llevar sus tropas de Génova a Bruselas, pero se trataba de un movimiento pacífico, no de una serie de operaciones guerreras. Igualmente, se requerirán todas las fuerzas del enorme potencial turco para que las armadas del sultán salgan de Constantinopla, alcancen sus puntos de destino en el Danubio y Armenia y luchen en esos lugares tan alejados de su punto de partida. Se trata de proezas costosas, fuera de lo común. Es evidente que siempre que hay que oponerse al enemigo, todo movimiento hacia un punto un poco lejano está por encima de las posibilidades normales. Frente a los turcos y a los corsarios, la cristiandad se eriza de fortalezas; se refugia detrás del arte de los ingenieros y del trabajo de la pala y el pico. Todo este vasto sistema de fortificaciones es un testimonio singular acerca de la mentalidad de un mundo. Pues, tanto los *limes* como las murallas de la China son siempre signos de un estado de espíritu. Que la cristiandad (y no el islam) se rodee de puntos fortificados es un hecho nada desdeñable, un síntoma importante sobre el que volveremos.

Pero estas imágenes familiares y esenciales no nos ponen frente a todos los problemas que la guerra plantea en el Mediterráneo. Las escenas que nos ofrecen son las de la guerra oficial. Pero tan pronto como se suspende la guerra regular, vienen a ocupar su lugar conflictos secundarios: corso marítimo y bandolerismo terrestre; se trata en realidad de formas de guerra que ya existían con anterioridad al conflicto mayor, pero que ahora proliferan hasta ocupar el lugar vacío, de manera idéntica a como un bosque talado ve sustituidos sus altos troncos por una vegetación degradada de arbustos y matorrales. Hay, pues, diferentes niveles de guerra, y sólo estudiando sus contrastes pueden historiadores y sociólogos mejorar la exposición de los conflictos bélicos. Esta dialéctica es esencial.

Guerras y técnicas

Las guerras siempre han sido cuestión de armas y de técnicas. El mejoramiento de estas últimas puede cambiar radicalmente el curso de los acontecimientos. Así, vemos que la artillería revoluciona bruscamente las condiciones de la guerra en el Mediterráneo y en todas partes. Por su modo de aparecer y propagarse, por sus modificaciones —pues la artillería no cesa de cambiar—, son una cadena de revoluciones técnicas. El problema está en fecharlas. ¿Cuándo y de qué modo toma posesión la artillería del exiguo sitio que le dejan los estrechos puentes de las galeras?, ¿cuándo da el triunfo a las grandes galeras o galeazos, con su enorme potencia de fuego, primero, y más tarde a los galeones y a los barcos redondos de altas bordas?, ¿cuándo y cómo se emplaza en las murallas y en las plataformas de las fortalezas?, ¿cómo sigue los movimientos de los ejércitos? Se ha producido, sin duda, con la incursión de Carlos VIII en 1494 o con las campañas de Solimán el Magnífico, una brusca y larga fortuna de la artillería de campaña. Se adivinan diferentes edades de la artillería: la de la artillería de hierro, la de la artillería de bronce, la de la artillería reforzada; o, por mejor decir, diversas épocas geográficas de la artillería, según la localización de las industrias productoras. La política de Fernando el Católico se apoya en las fundiciones de Málaga y de Medina del Campo, creadas en 1499 y en 1495, respectivamente, pero llamadas ambas a declinar rápidamente: todo el material construido por ellas es empleado en Italia o queda inmovilizado en África o en las fronteras, frente a Francia.[2] El reinado de las fundiciones de Milán y de Ferrara será mucho más duradero.[3] Pero pronto corresponderá la primacía a las fundiciones alemanas y a las francesas, y más aún, en lo que se refiere al abastecimiento

de España y de Portugal, a las de Flandes. Desde las primeras décadas del siglo XVI se perfila ya la supremacía de la artillería y quizá de la pólvora nórdicas.[4] Son todos problemas de importancia. La llegada de un centenar de piezas de artillería de Flandes a Málaga, en 1566,[5] por ejemplo, es un acontecimiento que inmediatamente registra la correspondencia diplomática. La noticia del envío de 40 piezas de Málaga a Mesina es interpretado por el embajador toscano en España como el anuncio de una expedición contra Argel o contra Trípoli de Berbería.[6] En 1567, Fourquevaux declara que bastarían 15 000 granadas para romper el cerco de Argel.[7] Lo que no debe parecernos excesivo, si se acepta —dando de lado a la enconada controversia suscitada por el tema— que esta isla fue salvada, en 1565, simplemente porque el duque de Florencia había mandado entregar a los Caballeros de Malta, un año antes, 200 barriles de pólvora; así opina, por lo menos, un informador español.[8] De donde se desprende la gran importancia de la Toscana en la fabricación de pólvora para cañones y de balas y mechas para arcabuces.

Pero la dificultad estriba en poder datar las transformaciones y sus incidencias. Esta historia profunda escapa en gran parte a nuestro conocimiento; todo lo que podemos percibir son unos cuantos trazos, algunas vagas perspectivas. Aunque podamos fijar en el año 1550[9] la aparición en la flota veneciana de las temibles galeas provistas de artillería (las *galeazas*, a las que indudablemente se debió, técnicamente hablando, la victoria de Lepanto), sólo podemos seguir de un modo muy vago el desarrollo en el Mediterráneo de los galeones armados que, ya a fines del siglo, vemos emplear a los turcos en el trayecto de Constantinopla a Alejandría.[10] Pues, cuando la cristiandad logra un claro avance, las técnicas pasan de una orilla a otra del mar, los materiales tienden a unificarse y a limitar con ello, en consecuencia, el alcance político de estas innovaciones. La artillería sirve lo mismo al empuje de los cristianos contra Granada y el norte de África, que a las victorias de los turcos en los Balcanes, cuando la decisiva batalla de Mohaes,[11] por ejemplo, en Persia o en el mismo norte de África.[12]

La guerra y los Estados

La guerra es un gasto, un derroche. Ya Rabelais decía que “el dinero es el nervio de la guerra”, y seguramente no era el inventor de la frase.

Decidir la guerra o la paz cuando uno quiere y, no cuando los demás, es, en principio, privilegio del fuerte; pero siempre es posible la sorpresa. En

torno de cada imperante y en el mismo ánimo de éste, viven en difícil equilibrio ambas posiciones. El conflicto encarna, por lo general, en dos grupos de eternos antagonistas: los partidarios de la guerra y los partidarios de la paz. El ejemplo clásico de esto nos lo ofrece, hasta 1580, la España de Felipe II. Durante años se plantea en la corte este problema: ¿quién ganará el ánimo del Rey Prudente, los amigos de Ruy Gómez el pacífico (que siguen agrupados incluso después de la muerte de su conductor) o los partidarios del duque de Alba, el belicista, siempre dispuesto a recurrir a la fuerza para imponerse? Pero ¿qué príncipe, qué estadista no ha tenido que enfrentarse siempre con estas dos tendencias, representadas cada una de ellas por una serie de hombres? ¿No se alza frente al propio Richelieu, al final del dramático año de 1629, el pacífico ministro Marillac?[13] Y son muchas veces los acontecimientos los que se encargan de forzar la elección entre los dos partidos, destacando al "hombre impuesto por las circunstancias".

Invocar los Estados es también, o debiera serlo, invocar los presupuestos, los gastos de la guerra. Vemos la miserable y costosa guerra de Irlanda, por ejemplo, arruinar las finanzas de la reina Isabel en los finales de su glorioso reinado, y preparar por adelantado, más que cualquier otra razón, el advenimiento de la paz de 1604. En el Mediterráneo, la guerra es tan gravosa que provoca toda una serie de bancarrotas, lo mismo en España que en Turquía. Los gastos de Felipe II son enormes. En 1571 se calculaba en Madrid que el sostenimiento de una flota aliada (la de Venecia, el papado y España), formada por 200 galeras, 100 navíos redondos y 50 000 soldados, costaría más de cuatro millones de ducados al año.[14] Estas flotas son verdaderas ciudades flotantes que devoran créditos y provisiones. Calculábase que el sostenimiento anual de una galera costaba tanto como su construcción, o sea, 6 000 ducados,[15] hacia 1560, cifra que pronto habría de aumentar considerablemente. Podemos decir, calculando por lo bajo, que, de 1534 a 1573, los armamentos marítimos se han triplicado. En el momento de Lepanto hay entre 500 y 600 galeras activas en el Mediterráneo (entre cristianas y musulmanas), es decir (y de acuerdo con las cifras dadas en nota),[16] de 150 000 a 200 000 hombres, entre remeros, marinos y soldados, todos unidos por los azares de la navegación, o, como dijo García de Toledo, a la merced de los elementos —agua, fuego, tierra y aire—, pues todos los elementos amenazan la precaria existencia del hombre en el mar. Un estado de cuentas siciliano por diversos suministros hechos a la flota en 1573 (galletas, vino, carne salada, arroz, aceite, sal y cebada) asciende a unos 500 000 ducados.[17] Así, pues, la guerra de escuadras dependía de la movilización de grandes

cantidades de dinero y hombres: soldados harapientos reclutados en España y a los que se vestirá en ruta —cuando se les viste—; lansquenetes que, por Bolzano, llegan a pie a Italia y hacen cola en La Spezia, esperando la llegada de las galeras; italianos aventureros reclutados o aceptados para llenar los huecos que producen las deserciones y las epidemias; y, sobre todo, las largas filas de galeotes camino de los puertos, nunca en suficiente cantidad para empuñar todos los numerosos remos rojos de las galeras… De ahí la necesidad de hacer violencia a los pobres,[18] de capturar esclavos y de reclutar remeros voluntarios. Venecia irá a buscarlos a puntos tan lejanos como Bohemia. En Turquía y en Egipto, enormes levas forzosas agotan los recursos de la población. Voluntariamente o a la fuerza, una enorme masa de hombres avanza hacia las orillas del mar. Si añadimos a esto que los ejércitos de tierra son costosísimos —un tercio español (alrededor de 5 000 combatientes) salía para una campaña, incluyendo soldada, sustento y transporte, por un millón doscientos mil ducados, según los cálculos de fines de siglo—,[19] comprenderemos entonces la correlación que se establece entre ese desembolso prodigioso que es la guerra y los ingresos de los príncipes. A través de esas rentas, la guerra acaba vinculándose con todas las actividades del hombre. Pero su rápida evolución y su modernización hacen que la guerra acabe rompiendo las estructuras y resortes tradicionales más sólidos, lo que, eventualmente, la condena a ponerse punto final a sí misma. La paz es el resultado de esta inadecuación crónica, de los repetidos retrasos en el pago de las soldadas, del armamento insuficiente; en suma, de todas esas desgracias que tanto temen sufrir los gobiernos, pero que tienen que aceptar como hechos tan inevitables como el mal tiempo o el temporal.

La guerra y las civilizaciones

Todas las naciones experimentan estos conflictos. Pero hay que distinguir entre guerras y guerras. Si pensamos en términos de civilizaciones, personajes principales de los conflictos mediterráneos, habremos de hacer una distinción entre *guerras domésticas* de una determinada civilización y *guerras externas*, entre dos mundos mutuamente hostiles. Dicho con otras palabras: distinguir entre —por una parte— las Cruzadas o Yihads, y los conflictos internos de la cristiandad o del Islam, por otra, pues estas grandes civilizaciones se consumen por dentro en interminables guerras civiles, fratricidas, luchas entre el protestante y el católico, entre el sunnita y el chiíta.

Estas distinciones son de gran importancia. En primer lugar, consienten una delimitación geográfica regular, pues cristiandad e Islam corresponden a espacios determinados, con fronteras conocidas, sean continentales o líquidas. Todo esto resulta obvio. Pero también nos ofrecen una interesante cronología. Al hilo de los años se observa que a una época de guerras *externas* le sigue otra de guerras *interiores*. No existe, desde luego, una clara línea divisoria, pero es fácil, en cambio, observar la transición; y ésta brinda una nueva perspectiva en medio de un confuso periodo de la historia, iluminándolo de una forma que no es ni artificial ni ilusoria. Difícilmente se puede evitar llegar a la convicción de que determinadas ideologías de signo contrario se establecen firmemente y luego se ven sustituidas. Por el lado cristiano, donde la evidencia documental es más rica, la Cruzada, es decir la guerra exterior, será la fuerza dominante hasta, más o menos, 1570-1575.

Se clamaba por ella con más o menos fervor, con muchos circunloquios y habilidades, con tibieza, si se quiere, y a la que, a veces, se oponían rotundamente los contribuyentes o las mentes frías. Pero ¿acaso la Cruzada no había tenido siempre sus fervorosos partidarios y sus derrotistas? A pesar de las notas disonantes, es indudable que predominaba en la cristiandad del siglo XVI un sentimiento general de religión combativa y apasionada. En España, esto era natural. Pero también lo observamos en Francia, a pesar de todas las habilidades y compromisos de la política real. En Ronsard encontraríamos fácilmente pruebas de este espíritu de Cruzada teñido de helenismo. Salvar Grecia, “ojo del mundo habitable”, y hacer algo por Cristo, nos dice el poeta… Este mismo sentimiento persiste, incluso, en los países del norte que se han pasado o están a punto de pasarse al protestantismo. Cantábanse por toda Alemania aquellos *Türkenlieder* (canciones contra los turcos), venidos de los lejanos campos de batalla del sureste. Al mismo tiempo que pide que se libere Alemania de la explotación romana, Ulrico de Hutten sostiene que con el dinero recuperado de este modo se fortifique el país y se ensanche a costa de los turcos. También Lutero defendió siempre la necesidad de guerrear contra los dueños de Constantinopla. Y recordemos, asimismo, que en Amberes se hablaba también de romper con el infiel y, mejor aún, que en Inglaterra, donde tanta inquietud causaban los triunfos católicos en el Mediterráneo, producían el mismo regocijo las derrotas de los turcos: Lepanto, por ejemplo, llenó a la vez de duelo y alegría los corazones de los ingleses.**[20]**

Pero Lepanto es una conclusión. Venía anunciándose desde hacía mucho tiempo un eclipse de la Cruzada, aunque sólo fuese en España, por una

morofilia literaria bastante curiosa. El brillo de la victoria de 1571 crea una ilusión: apenas nos damos cuenta de que uno de los dramas de Lepanto es el aislamiento de don Juan de Austria, cruzado tardío, como más tarde lo será su sobrino, don Sebastián, el héroe de Alcazarquivir. El sueño de estos dos personajes ya no cuadra con su época. La razón de ello es, en parte, el auge de la reacción católica contra la Reforma, por lo menos a partir de 1550, verdadero cambio de frente ideológico. La cristiandad mediterránea renuncia a una guerra para emprender otra; su pasión religiosa ha cambiado de sentido.

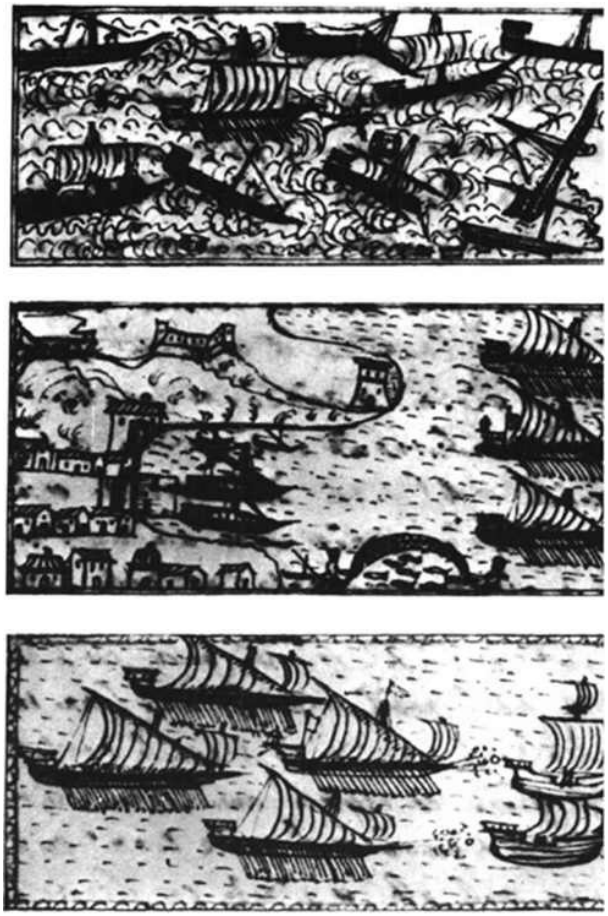
En Roma, el viraje se manifiesta con los inicios del pontificado de Gregorio XIII (1572-1585), que se inauguró, en efecto, con una brusca hostilidad contra la Alemania protestante. Tal es la grande, la nueva tarea del soberano pontífice, y no aquella moribunda Santa Alianza a la que había heredado y que se rompe, en abril de 1573, por la traición de los venecianos… Toda la política romana va a bascular hacia el norte, en el momento oportuno, por lo demás, para el éxito de las negociaciones hispano-turcas. Los allegados a Felipe II mostráronse más de una vez recelosos ante las treguas con el sultán, que se concluían año tras año entre 1578 y 1581. Pero la Santa Sede permanece en silencio. Lo que ahora le preocupa es la lucha contra el norte protestante, involucrar al Rey Católico en los negocios de Irlanda y, con ello, contra Inglaterra, lo que da ocasión para ver al Rey Prudente no adelantándose a las tropas de la Contrarreforma, sino marchando en pos de ellas…

Es muy natural que, con este cambio de viento, en el último tercio del siglo XVI pierda su fuerza la idea de la Cruzada contra el islam. En 1581, la Iglesia de España protesta, no contra el abandono de la guerra turca, sino tan sólo contra el pago de impuestos que ya no tienen, ahora, razón de ser.

Sin embargo, después de 1600, con el amortiguamiento de las guerras protestantes y el lento retorno a la paz de la Europa cristiana, la vieja idea de la Cruzada cobra nueva vida en las márgenes del Mediterráneo, lo mismo que en Francia con motivo de la guerra turco-imperial de 1593 a 1606. “Después de 1610—anota un historiador—,[21] la turcofobia que había hecho mella en la opinión pública degeneró en una verdadera manía.” Se enciende todo un sistema de fuegos de artificio, hecho de proyectos y esperanzas; hasta que, una vez más, la guerra protestante viene a echar todo esto por tierra, en 1618.



25. *El sitio de una plaza de África*, por Vicente Carducho.
Se trata posiblemente del peñón de Vélez (1564). Obsérvense las elegantes líneas de los diferentes tipos de navíos. Madrid, Academia de San Fernando. Foto: *Más*, Barcelona.



26, 27 y 28. Galeras durante un temporal, en el puerto, y en combate. Dibujo a pluma de un galeote toscano, hacia 1560. Manuscrito de la Biblioteca Marciana de Venecia.

Estas interpretaciones de conjunto resultan prácticamente irrefutables, aun cuando carezcamos de la suficiente evidencia cronológica que nos permitiría ver si las pasiones siguen o preceden —como yo creo, preceden y siguen— a estos cambios radicales, provocándolos, alimentándolos y, finalmente, consumiéndolos en el curso de la acción emprendida. Pero una explicación que sólo toma en cuenta a uno de los beligerantes es siempre insuficiente. Los occidentales tendemos a razonar de una manera bastante elemental. Y la otra mitad del Mediterráneo tenía una vida propia que vivir y una historia propia que hacer. Un reciente estudio (tan ejemplar como conciso)[22] afirma que también en el lado turco se produjeron fases análogas, coyunturas sincrónicas. El cristiano abandona la lucha, se ha hartado del Mediterráneo, pero el turco hace exactamente lo mismo, y en el mismo momento. Es cierto que seguían interesados en la frontera húngara y la guerra marítima en el Mediterráneo, pero no lo es menos que, en idéntica medida, reclaman su atención el mar Rojo, el Indo, el Volga… Los centros de gravedad y las líneas de acción del turco se van desplazando en correlación con las modalidades de una guerra *mundial* (una idea sobre la que Frederic C. Lane me insistió mucho en el curso de conversaciones privadas). Es como si en esta historia bélica que abarca desde Gibraltar y los canales de Holanda hasta Siria y el Turquestán, todo estuviese en correlación. Se trata de una historia que, hablando en términos de electricidad, tiene en todas partes el mismo voltaje: sus variaciones eléctricas son idénticas. En un determinado momento, cristianos y musulmanes se enfrentan en forma de Yihad y Cruzada, pero luego se vuelven la espalda para dedicarse a descubrir conflictos internos. Pero esa álgebra de las pasiones confluyentes era también, y esto es lo que trataré de demostrar al final de este segundo libro,[23] una consecuencia de las lentas pulsaciones de la coyuntura material, idéntica a lo largo y lo ancho de todo ese mundo conocido que, en el siglo XVI, ha inaugurado su existencia como una unidad.

La guerra defensiva frente a los Balcanes

Frente a los turcos, el Mediterráneo cristiano se eriza de fortalezas. Es una de las formas constantes de su guerra. Al tiempo que combate, inspecciona y extiende sus líneas de contención y de protección, cubre y acoraza su cuerpo, siguiendo una política instintiva y unilateral. Por su parte, los turcos fortifican poco y mal, y lo mismo los argelinos y el cherif. ¿Se trata de diferencias de técnicas o de actitudes? ¿Es que los unos, los turcos, confian en la fuerza viva

de los jenízaros, los *spahis* y las galeras, mientras que los otros, los cristianos, sienten la necesidad de asegurarse, y, hasta en los grandes años de la lucha, cierta preocupación por economizar elementos y recursos? Si los Estados cristianos del Mediterráneo sostienen en Levante servicios de espionaje tan complicados, no lo hacen solamente por el miedo a los movimientos de un enemigo temido, sino también muchas veces para poder pulsar con exactitud el peligro que amenaza y adaptar a él la magnitud de la defensa. ¿No hay peligro de que el turco ataque? Pues se desmoviliza a prisa y corriendo todo lo desmovilizable y se dejan sin efecto los pedidos y preparativos pendientes. Es un juego ridículo, dice Bandello,[24] andarse quebrando la cabeza para saber lo que harán o dejarán de hacer el turco o el sofí; y tiene razón, pues los eternos discutidores en quienes él piensa escribir esto nada saben acerca de los proyectos y los secretos de estos poderosos personajes, aunque pierdan el tiempo hablando de ellos. Pero no ocurre lo mismo con los príncipes: para éstos, el juego es muy útil, y determina muchas veces la envergadura de los medios de defensa que habrán de emplearse.

La cristiandad mediterránea levanta, pues, contra el islam una serie de "cortinas", de frentes fortificados, de largas líneas defensivas, detrás de las cuales, consciente de su superioridad técnica, se sentía más segura. Estas líneas se extienden desde Hungría hasta las fronteras mediterráneas, en una serie de zonas fortificadas que separaban una de otra a las dos civilizaciones.

El limes *veneciano*

La vigilancia ejercida por Venecia en los bordes del mar occidental y en los del mar oriental es ya una precaución vieja. Frente a los turcos, la señoría estira sus presidios, atalayas litorales, en las costas de Istria, de Dalmacia y de Albania, y hasta las islas Jónicas y aún más allá, para unir a Candía con Chipre; Venecia adquiere este último punto de apoyo de su poder en 1479, y lo conserva hasta 1571. Pero los sucesivos avances de los turcos habían ido cercenando de continuo este largo y angosto imperio marítimo, que vivía como una planta parásita. Así, para no remontarnos más lejos, la paz del 12 de octubre de 1540[25] le amputó a Venecia algunas preciosas posiciones de la costa dálmata —Nadino y Laurana—, ciertas "isolette" del Archipiélago, Quíos, Patmos y Casino, y las islas "feudales", como Nío, feudo de los Pisani; Stampaglia, feudo de los Quirini, y Paros, dominio señorial de los Veniero. Venecia hubo de abandonar también, en Grecia, las importantes posiciones de Malvasía y Nápoles de Romania. Pasados 33 años, por la paz separada

concertada en abril de 1573 y complementada con los difíciles acuerdos de 1575,[26] viose obligada a ceder otras posiciones en Dalmacia, a pagar una indemnización de guerra y a renunciar a Chipre, que, de hecho, había perdido ya en 1571. Muchas veces se ha comparado Venecia con el Imperio británico; aceptando la comparación, la Venecia del siglo XVI vendría a ser algo así como un Impero británico que no llegase a la India. Pero, no nos llame a engaño la comparación: estas tierras frontales de Venecia están formadas por elementos minúsculos y plazas fuertes, casi siempre arcaicas… Rara vez las ciudades o las islas cuentan varios millares de habitantes. En 1576, Zara registra un poco más de 7 000;[27] Spalato, un poco menos de 4 000;[28] Cattaro, solamente un millar, a causa de la epidemia de 1572; Cefalónica, apenas 20 000,[29] Zante no pasa de 15 000,[30] y Corfú cuenta, exactamente, 17 517.[31] Sólo Creta, con sus 200 000 habitantes, tiene un cierto peso y es el eslabón más importante de la nueva cadena. Pero también se sabe que esta isla griega no es segura, como se ha visto en 1571 y como se volverá a ver en 1669. En su conjunto, y tal cual es, este imperio apenas cuenta demográficamente en relación con Venecia y su tierra firme, cuya población global se calcula por esta misma época en un millón y medio de habitantes.[32]

Es, pues, milagroso, que un dique tan frágil como éste resista a lo largo de las costas turcas. Recordemos que en 1539 los españoles no pudieron sostenerse en la cabeza de puente de Castelnuovo, en las costas balcánicas.[33] Esta sorprendente solidez veneciana es un triunfo de adaptación, resultado de constantes cálculos, al meticuloso cuidado con que se mantenían los puestos y al incesante paso de naves y galeras. A lo cual hay que añadir el adiestramiento y la lealtad de las poblaciones fronterizas, el valor de los hombres que las gobiernan para la señoría y la valentía de los deportados que purgan allí sus condenas. Sin hablar de la eficacia de las escuelas prácticas de artillería y de la facilidad de reclutar soldados entre los albaneses, los dálmatas y los griegos de estos confines perpetuamente agitados.

Sin embargo, Venecia tropieza con dificultades en las dos extremidades de su cadena de puestos fronterizos. Por el este, la isla de Chipre, que ocupa una posición avanzada poco defendible y con una población no muy segura. Tiene, como Rodas, el inconveniente de estar demasiado próxima al Asia Menor y, por tanto, a merced de los zarpazos turcos. La derrota de 1571 obliga a replegar la antena veneciana hasta Candía, salvada milagrosamente en 1572, y que la señoría sintió desde entonces continuamente amenazada por la codicia de su vencedor. En el otro extremo de la cadena, por el norte, en las fronteras de Istria y Friul, Venecia linda con las tierras habsburguesas y casi

con las turcas; de ahí un doble peligro, tanto más grave cuanto que amenazaba la tierra firme, la vida misma de Venecia. Ya en los años 1463 a 1479 los turcos penetraron en sus incursiones hasta el Piave;[34] y en la linde con los dominios habsburgueses, las fronteras, estabilizadas de hecho desde 1518[35] aún no lo estaban de derecho, es decir, sin que nadie las discutiese. Precisamente para hacer frente a tantos peligros, Venecia construirá a fin de siglo la costosa y sólida plaza fuerte de Palma.

El Imperio veneciano, que no pasa de ser un hilo, un collar de posiciones avanzadas, no circunda, pues, los enormes dominios de los turcos, pero los entorpece. Los venecianos no desconocen, ni mucho menos, la gran fragilidad de estas posiciones. Los embajadores y los bailes de la señoría se esfuerzan incesantemente por defenderlo en Constantinopla contra la posibilidad de un ataque. Sin cesar, en efecto, por razones políticas o por razones comerciales, por conflictos de vecindad, por un navío que carga granos sin autorización, por un corsario que obra a su antojo o por una galera veneciana que ejerce sus funciones de vigilancia con demasiada rudeza, surgen y se enconan los incidentes. En 1582, Sinan Pachá trata de provocar a la señoría, con toda premeditación y el mayor encono: insulta a los venecianos y se mofa de ellos, "… y el menor vituperio que dezia a Venecianos es llamarlos asnos… y que es menester que dexen todas las islas por que son los pies del cuerpo del estado del señor".[36]

Tal vez la línea veneciana se sostuviera durante tanto tiempo gracias precisamente a su debilidad y porque los turcos se preocupan tan sólo de las grandes salidas, de las puertas y ventanas abiertas sobre el Occidente: Modon, que, a pesar de sus malas fortificaciones, resistirá el dramático sitio de 1572, y que ya en 1550 consideraba Belon du Mans como "la llave de Turquía"; más al norte, Navarino fue fortificada a partir de 1573,[37] y, por último, Valona, en Albania, rodeada por desgracia de un país incesantemente agitado, pero que era, a pesar de ello, una excelente base, punto de partida hacia alta mar y hacia la cristiandad. ¿Podríamos afirmar que esta desgarradura del *limes* veneciano, haciéndolo menos molesto, le haya permitido mantenerse por más tiempo?

En el Danubio

En el continente, al norte de los Balcanes,[38] el Imperio turco alcanza y sobrepasa el Danubio, importante, pero frágil frontera. Se apodera a medias de las provincias danubianas, aunque no llega nunca a apoderarse, por lo

menos por completo, de la boscosa y montañosa Transilvania. Por el oeste, alcanza a través de los valles longitudinales de la Croacia, más allá de Zagreb, hasta los cortes estratégicos del Kulpa, del Alto Save y del Drave, frente a las regiones pobres, montañosas y de difícil acceso, medio desprovistas de hombres, que engarzan la cadena dinárica a la poderosa masa de los Alpes. De este modo, la frontera turca al norte de los Balcanes queda pronto inmovilizada, tanto al oeste como al este, entorpecida en ambos extremos por la hostilidad de las montañas. Claro está que también contribuyen a ello los hombres: por el este moldavo y válaco se producen, devastadores y difíciles de contener o de orientar, los grandes avances tártaros. Por el oeste se organiza una frontera alemana, por lo menos en la comarca de Windisch, entre el Save medio y el Drave central, bajo el mando del capitán general de Laybach. La ordenanza imperial que organizaba esta frontera se dio en Linz, en 1538. En la época de Carlos V y de Fernando, diversas instituciones militares fronterizas brotan por su propia iniciativa en Windisch y después en Croacia. Un reglamento de 1542 establece la organización de toda esta zona. Como dice Nicolás Zriny en 1555, esta comarca es el baluarte, el *Vormauer* de Estiria y, por tanto, de todo el país hereditario austriaco. ¿No es precisamente esta defensa en común, necesaria y sufragada por sí misma, la que, con el tiempo, va a cimentar en una unidad bastante real este *Erbland* austriaco, hasta entonces subdividido en pequeños Estados y en diversas patrias?**[39]** En 1578 se eleva sobre la región del Kulpa la sólida fortaleza de Karlstadt; en la misma época, Hans Lenkowitch ejerce mando sobre la frontera croata y eslovenia, cuya organización fue definida nuevamente por el *Brucker Libell* (1578). El rasgo más original de este sistema es el asentamiento, a lo largo de la frontera, de numerosos campesinos serbios que huyen de la autoridad y del territorio de los turcos y a quienes se conceden tierras y franquicias. Estaban agrupados en grandes familias, verdaderas agrupaciones patriarcales y democráticas regentadas por el anciano encargado de distribuir las tareas militares y económicas.

Con los años había ido fortaleciéndose, por tanto, la organización de estos confines militares; y cabe pensar, a la vista de una nota de Busbec,**[40]** que si esta frontera pudo estabilizarse, fue porque, durante mucho tiempo, por lo menos hasta 1566, permaneció tranquila. Tranquilidad e inmovilidad parciales ciertamente, pues si la resistencia era posible en las alas, constituía una empresa mucho más aleatoria y arriesgada en el centro de la frontera, a través de la enorme región descubierta de Hungría. Ya hemos hablado muchas veces de los desastres de este desgraciado país, de la horrible

confusión que trajo consigo su reparto después de 1526, de sus querellas y sus divisiones fratricidas, de su sometimiento casi completo al orden turco, en 1541. No es necesario volver sobre ello. Incorporada al mundo turco, Hungría sólo dejó en manos de la cristiandad una angosta y aleatoria franja fronteriza. El vasto camino de sus planicies y sus ríos, principalmente el Danubio, quedaba abierto de par en par a las invasiones. Después del avance turco sobre Viena, en 1526, fue necesario, para defender lo que habría de convertirse en la saliente del mundo alemán, multiplicar los obstáculos artificiales a lo largo de los caminos y de los ríos; crear y mantener una flota danubiana que, en 1532, calculaba en un centenar de navíos Jerónimo de Zara, *Generaloberst* del arsenal de Viena. El *Salzamt* de Gmünden recibió la orden de construir estos barcos, además de las barcazas que transportaban la sal. Recibían el nombre de *Nassarnschiffe* y *Nassadistenschiffe;* en el francés del siglo XVI se les llamaba *nassades*, pero el nombre que por último conservan es el de *Tscheiken*, derivado de la palabra turca *Caikue*. Por el Danubio navegaron las *Tscheiken* hasta el siglo XIX, y a sus tripulantes los llamaban los *Tscheikisten*. En 1930, con motivo de una fiesta histórica que se celebró en Klosterneuberg, se expusieron algunas *Tscheiken* de tiempos del príncipe Eugenio.

La frontera húngara se estabilizó a finales del siglo XVI. Sin llegar a apaciguarse nunca, por lo demás. Pero la pequeña guerra, con sus incesantes incursiones, con sus cazas de esclavos o de impuestos, en estas tierras medio deshabitadas, ya no desplazó su trazado. Fue levantándose aquí toda una zona de atalayas, fuertes, castillos y fortalezas, que, poco a poco, se convirtió en una especie de red fortificada, de mallas más o menos apretadas, que dejaba pasar fácilmente a grupos armados que trataban de dar un golpe de mano, pero que cerraba el paso y aprisionaba a los ejércitos compactos, para los que precisamente se había tendido la red. Aquí, como en todas partes, como en Croacia y en Eslovenia, la paz trajo resultados organizadores, sobre todo a partir de 1568 y después de la tregua de Adrianópolis, renovada en 1574-1576 y en 1584. Esta relativa paz no se rompió sino hasta 1593; pero veinte años de calma bastaron para incrustar en el suelo la larga y tanto tiempo flexible frontera. En 1567, no cabe duda de que era todavía muy frágil; “ciertamente, por este lado, la cristiandad está mal cubierta”, escribía Chantonnay desde Viena.**[41]** Y Fourquevaux añadía que los soldados alemanes de Hungría eran bastante malos. Los turcos “no sienten por ellos más respeto que si fuesen mujeres y los han derrotado cuantas veces se han batido”.**[42]** Esto era exacto en 1567, y aún lo era más en 1593 al reanudarse la guerra contra los turcos. El

francés Jacques Bongars[43] que visitó esta zona fronteriza desde Raab hasta Neutra, en la primavera de 1585, anota en su *Diario* las múltiples precauciones de la defensa cristiana: solamente en el distrito de Raab se alzan doce fortalezas —y esto en tiempo de paz—, con una guarnición de más de 5 000 soldados de infantería y 300 de caballería. En Comorn, como una precaución complementaria, hay un taller que fabrica balas y pólvora, en el interior mismo de la plaza. Las escaramuzas y los choques son cotidianos a lo largo de todo este *limes*.[44]

Por el centro del mar: en las costas de Nápoles y Sicilia

Un sector muy diferente se presenta ante nosotros en las costas de Nápoles y Sicilia, a las que podemos añadir las de Malta, el eslabón con el Magreb. Deben su valor estratégico a su posición en la bisagra central del mar. "Es el frente marítimo de Italia contra el peligro turco",[45] es decir, frente a las avanzadas del Islam en Albania y en Grecia. Se halla expuesto, además, como todas las costas, a los ataques de los corsarios. Su misión es triple: ofrecer una base a las flotas españolas, resistir las armadas turcas y defender su propio territorio contra los asaltos de los piratas.

Brindisi, Tarento, Augusta, Mesina, Palermo y Nápoles pueden servir de puntos de concentración para las galeras cristianas; Brindisi y Tarento, tal vez demasiado al este; Palermo y Augusta, mucho más enfilados sobre el África que sobre Levante; Nápoles, demasiado dentro de la retaguardia. La posición de Mesina es, desde luego, la mejor de todas. Fue la plaza marítima esencial del Occidente en las horas de mayor peligro. Su posición, resguardada detrás del canal, sus facilidades para abastecerse de trigo siciliano y extranjero, y su proximidad a Nápoles han hecho su fortuna. De Nápoles recibe fácilmente hombres, velámenes, galletas, barricas de vino y de vinagre, pólvora "sutil", mecha para arcabuces, "cañas" de arcabuces, balas de hierro… Para poder juzgar la posición estratégica de esta ciudad, en aquel entonces, no debemos dejarnos llevar de nuestras ideas actuales: en tiempos de la primacía turca a las escuadras musulmanas les era fácil forzar el paso del estrecho, hazaña que, llegado el caso y con sus riesgos y peligros, podían lograr también las galeras aisladas o las flotillas de los corsarios. La estrecha vía de agua era, sin embargo, inmensa para el tiro de la artillería de la época; inmensa y difícil de vigilar.

A comienzos del siglo XVI, Nápoles y Sicilia estaban, desde las costas hasta el interior, sembradas de fortalezas y fortificaciones, casi siempre

antiguas y cuyos muros se caían en ruinas. Rara vez tenían en cuenta las necesidades de la artillería, con caminos para mover las piezas y sus caballerías, ni reforzaban sus muros y sus terraplenes o mantenían las obras a flor de tierra, en previsión de la necesidad de defenderse contra el enemigo. La destrucción o la adaptación de esas fortalezas anticuadas y la construcción de nuevos elementos representan el trabajo de varias generaciones. En 1541[46] comienza a reforzarse la muralla medieval de Catania, dotándola de bastiones capaces de resistir el fuego de la artillería. Las obras no se terminan sino en 1617, al cabo de tres cuartos de siglo de trabajos y de gastos.

Obras parecidas se emprenden en 1538 en Mezzogiorno y en Nápoles, impulsadas por Pedro de Toledo, y, en Sicilia, gracias al celo de Ferrante Gonzaga. Y es que 1538 fue el año de La Prevesa y las flotas turcas llegan desde entonces a descargar sus poderosos golpes contra las costas de Nápoles y de Sicilia, sin que sea posible detenerlas en el mar. La anónima *Vita di Pietro di Toledo*[47] indica que el virrey ordenó comenzar entonces las fortificaciones de Reggio, Castro, Otranto, Lecca, Galípoli, Brindisi, Trani, Barletta, Manfredonia y Viesti, así como las de Nápoles. Parece que a partir de esta época se construyen también torres de atalaya en las costas napolitanas. En 1567 sabemos que había 313 torres de éstas en el reino.[48] Lo que Pedro de Toledo hizo en Nápoles, lo llevó a cabo Ferrante Gonzaga en Sicilia entre los años 1535 y 1543.[49] Ordenó construir 137 torres[50] en el litoral del este y del sur, este último defendido un poco por la naturaleza y aquél expuesto a las acometidas de los turcos y que pronto había de convertirse, "frente al Imperio otomano, en una simple frontera militar".[51] En 1532 empezó a fortificarse Siracusa,[52] que estaba también en esta línea neurálgica. Como dice Ferrante Gonzaga en un informe al rey,[53] era ésta la única costa expuesta de la isla. El lado norte era montañoso, el lado sur, *"la più cattiva e più fluttuosa spiaggia di quei mari"*,[54] y no ofrecía abrigo alguno para que una flota enemiga pudiera abrigarse en él y, mucho menos, operar. No pasaba lo mismo en el este, con sus costas bajas, fértiles y de fácil acceso. De ahí la necesidad de fortificar —además de Siracusa—, Catania y Mesina, que, a su llegada al país, en 1535, había encontrado Gonzaga *"abandonate et senza alcuno pensamento di defenderle"*.[55] Y no estaban aún fortificadas, cuando él partió de allí.

No era posible cambiarlo todo en un día, ni aun durante el efímero gobierno de un virrey. En Sicilia prosiguieron los trabajos de fortificación bajo los sucesores de Ferrante, y en Nápoles, bajo los de don Pedro de Toledo. Sin que la tarea, tan pronto abandonada como reiniciada, terminase

nunca,[56] interrumpida por órdenes y contraórdenes. Decíase en Nápoles que cada virrey, debatiéndose con 20 fortalezas del reino (19, exactamente, en 1594), deshacía todo lo que su predecesor había hecho.[57] Es mucho decir y no reconocer las dificultades. Los responsables veíanse atados de pies y manos por la falta de créditos y obligados a parar a cada paso los trabajos en un sitio para emprenderlos en otro o reparar lo que se caía (las torres de atalaya de Sicilia, terminadas en 1553, hubieron de ser reconstruidas entre 1583 y 1594) y rehabilitar y modernizar, una a una, todas las fortalezas. Por último, era necesario extender las obras cada vez más lejos por el oeste, prueba de que el peligro avanzaba, sembrando a su paso la angustia y la desolación. Los corsarios berberiscos y los grandes viajes turcos anteriores a 1558 habían tomado por la retaguardia las posiciones sicilianas y napolitanas, y ello hizo necesario ocuparse, en lo sucesivo, de la costa del mar Tirreno, de Palermo,[58] de Marsala,[59] de Trapani,[60] de Sorrento,[61] de Nápoles,[62] de Gaeta…

El gran peligro pesaba también sobre el este. En esta dirección funcionaba, sobre todo, el sistema defensivo. Henos aquí en Nápoles, año de 1560. Un año llevan en curso las obras para fortificar Pescara,[63] la isla de Brindisi y la gran plaza de Tarento.[64] Después de muchas discusiones, se ha revocado definitivamente la orden dada y luego anulada por el duque de Alba (siendo virrey de Nápoles en 1557) de desmantelar una serie de pequeñas plazas del cabo de Otranto y de la tierra de Bari: Nolseta, Sodenazo, Vigella, Calignano y Nola, a condición de que estas pequeñas villas se fortificasen y defendiesen por sí mismas, detalles todos que indican sobradamente la dificultad de las obras y la imperfección de la línea defensiva. A la entrada del verano se refuerzan las distintas plazas fuertes con gente de milicias. La milicia de Nápoles suministra de 8 000 a 10 000 hombres y podría llegar hasta los 20 000. Y como esta milicia tiene que atravesar el reino y acantonarse en distintas regiones, se aplaudía que los soldados fuesen gente del país, y no extranjeros.[65] En mayo de 1560 se estacionan 500 infantes en Manfredonia, 700 en Barletta, 600 en Brindisi, amén de tres compañías de españoles en el fuerte, 500 milicianos en Tarento, 800 en Otranto y 800 en Cotrone. Además, se acantonan en la Apulia 1 000 hombres de armas, 200 de caballería ligera y 6 000 italianos reclutados como reserva, para enviarlos de refuerzo al punto donde se produzca el ataque.[66] Al mismo tiempo que se ocupa el litoral y se refuerzan las plazas fuertes, se vela por la evacuación de los “lugares abiertos”, es decir, las ciudades y aldeas de la costa. En 1573, no pudiendo extenderse la cortina defensiva a Sicilia entera,[67] la protección

tiene que limitarse a Mesina, Augusta, Siracusa, Trapani y Melasso; y se abandonan momentáneamente, como puntos demasiado débiles, Taormina, Catania, Terranova, Licata, Girgenti, Siacca, Mazzara, Marsala, Castellammare, Termini, Cefalú y Patti…

En esto ocupaban los veranos (a la llegada del invierno todo el sistema se repliega) los virreyes de Nápoles y Sicilia hasta 1580, y aún más allá. Al ser en esta época menos viva la amenaza turca, se siente con más fuerza el peso de los gastos militares, principalmente en Sicilia, donde la caballería (que es la guardia esencial de la montañosa isla) devora literalmente las rentas del reino. Pero, si nos fijamos por un instante en este sabio sistema de defensa de las costas, la muchedumbre de hombres que a él se destina y el complicado engranaje de estafetas, enlaces y señales ópticas que lleva aparejado, no nos sorprenderá que los turcos se llevasen chascos a veces muy desagradables, al tropezar con esta defensa dúctil y obstinada. En general, puede decirse que el año de 1538 marca el comienzo de este flexible sistema de defensas, pero que no alcanza su punto culminante hasta después de 1558.[68] Su eficacia nos es señalada por los venecianos. En 1583, el proveedor de la flota, Niccolò Suriano, informa: «Hasta hace poco tiempo, toda la costa de la Apulia, desde el cabo Santa María hasta Tronto, contaba con muy pocas torres de vigía. Las fustas turcas costeaban sin cesar estas orillas, causando grandes daños a la población y a los territorios, y, contentándose con estas buenas ocasiones, no penetraban hasta el centro del golfo. Ahora, gracias a esas torres, parece que la gente de tierra se encuentra defendida… y los barcos pequeños navegan con mucha mayor seguridad durante el día. Si se presenta un barco enemigo, pueden guarecerse al amparo de las torres con toda seguridad, pues se hallan airosamente defendidas por suficientes piezas de artillería. Hasta el punto de que, en la actualidad, las fustas pueden franquear el promontorio de Ancona, seguras de encontrar buenas presas sin gran riesgo.» Y como en estas aguas son los barcos venecianos los que caen en poder de los corsarios, y no los españoles que navegan rumbo a Nápoles, es fácil comprender el sentido del informe de Suriano y sus conclusiones, a saber: que el papa y los duques de Ferrara y Urbino harían bien en construir torres de vigía semejantes a las del reino de Nápoles.[69] Como se ve, la labor de los virreyes españoles no era, ni mucho menos, desdeñable.

Las defensas de las costas de Italia y de España

Las armadas turcas no suelen rebasar la línea napolitana y siciliana, prolongada por el poderoso eslabón de Malta hasta la costa de Berbería, donde el presidio de La Goleta quedará sólidamente hincado a partir de 1574. Y no precisamente porque esta línea sea capaz de detenerlas, sino porque los turcos, después de apoderarse del botín, rara vez se aventuran a seguir adelante. Pero nada les impide hacerlo, cuando les viene en gana, del mismo modo que no tropieza con obstáculos la navegación entre Turquía y los puertos berberiscos. Por otra parte, sigue su acción el corso argelino. La cristiandad se ve, pues, obligada a defender sus costas, a equiparlas de torres y fortalezas hasta muy lejos, organizándose en profundidad. Y se apresta a parapetarse y defenderse con la tenacidad y la rabia del campesino dispuesto a defender sus bienes cueste lo que cueste.

Al igual que las obras de defensa de Sicilia, esta muralla no surgió en un día: fue necesario levantarla, desplazarla, modernizarla. ¿Cuándo y cómo? No es fácil precisarlo, pues sólo queda el recuerdo de unos cuantos detalles de esta lenta historia. En 1563,[70] los gobernantes dan en la conclusión de que sería bueno sustituir las viejas torres de Valencia por otras de tipo nuevo, en que quedara sitio para la artillería. En Barcelona, se trata de saber quién pagará, si el rey, la ciudad o la Lonja.[71] En agosto de 1536,[72] los vigías de Mallorca señalan la presencia de velas enemigas desde lo alto de las atalayas. Es decir, ya en aquel entonces había torres en la isla. Pero ¿de cuándo databan? En 1543 comenzaron a levantarse las fortificaciones de Alcudia, pero ¿cuáles fortificaciones? Tampoco sabemos cuándo se construyeron en Córcega las atalayas redondas, que no deben confundirse con las torres cuadradas de las fortificaciones aldeanas.[73] ¿Fue a partir de 1519-1520 cuando se organizó en Valencia una guardia de costas, calcada sobre el modelo de la Santa Hermandad,[74] con relojes y servicios de alerta? No debió de ser gran cosa, por lo demás, puesto que, en 1559, Felipe II, desde Bruselas, [75] muestra su extrañeza ante el hecho de que no hubiese en la fortaleza de Alicante más que seis hombres. En 1576 se trazan nuevos proyectos sobre la fortificación de Cartagena.[76] En cambio, en 1579 encontramos ya en Granada un servicio de vigilancia de las costas al mando de Sancho Dávila, “capitán general de la costa”.[77] Tal vez porque este sector despertara especiales temores. Y también Cerdeña, siempre obligada a pensar en su defensa (existen los proyectos detallados de la fortificación de la isla en 1574),[78] construye sus torres, bajo el gobierno del virrey Miguel de Moneada, en 1587.[79] Junto a los bancos de coral de la isla, los pescadores se refugian detrás de esas torres y emplean la artillería para defenderse.[80]

Huelga decir que estos trabajos no llegaron a terminarse nunca. Siempre había algo que hacer o algo que completar para asegurar la protección de los *poveri naviganti*[81] y de los moradores de las costas. Y eso que se trata, en su conjunto, de trabajos mucho menos importantes que los citados más arriba… Las costas de España reciben con frecuencia la visita de los corsarios, especialmente los berberiscos, pero tienen poco que temer de las escuadras de Constantinopla. La cosa, naturalmente, varía.

En las costas de África del Norte

En el norte de África el problema defensivo se plantea con más claridad que en otras partes.[82] No es que sea más simple, pero sí mejor conocido. Por angosta que sea la cadena de los presidios aparece enlazada a las historias de las distintas regiones que delimita: es una confluencia; de ahí las múltiples luces que iluminan y precisan los detalles y el conjunto del problema. Estas "fronteras" establecidas en tiempo de Fernando el Católico, sobre todo en los años de 1509 a 1511, se plantaron entonces en los bordes de un país arcaico, inconsistente, incapaz de defenderse. Tal vez fueran solamente preocupaciones del aragonés, demasiado tentado por las riquezas de Italia, las que impidieron a España apoderarse del interior del país del Magreb; y una vez perdida, la ocasión ya no volvió a presentarse. Desde 1516 vemos a los Barbarroja instalados en Argel; en 1518 se colocan bajo la protección del sultán; en 1529 su ciudad se libera de la pequeña y molesta fortaleza del Peñón, en manos de los españoles desde 1510. Ya antes de esta fecha, la acción de Argel se proyectaba a través de toda esta arisca región del Magreb central, lanzando sobre ella sus rápidas columnas, instalando allí sus guarniciones y atrayendo hacia sí el tráfico de esa vasta zona intermediaria. Desde entonces, un país manejado desde dentro se enfrenta a los españoles y los amenaza. Las grandes expediciones de Carlos V contra Túnez, en 1535, y contra Argel, en 1541, y las de sus subordinados de Orán contra Tremecén, en 1543, y contra Mostaganem, en 1558, no cambian en nada la situación. Por lo demás, después del fracaso de la acción contra Mostaganem, que acarreó el abandono de vastos proyectos de alianza marroquí, comenzó una tercera época de los presidios.

Esta época, inaugurada por Felipe II, se halla bajo el signo de la prudencia y del cálculo, no bajo el signo de la aventura. Es cierto que no cesan de brotar, en documentos y en deliberaciones, los grandes proyectos de expediciones africanas, pero se discute mucho y se hace poco, a pesar de tratarse de puntos

cuya extrema debilidad era conocida, o, por lo menos, barruntada. Así, la expedición de Trípoli terminó con el desastre de Yerba, en 1560. Fue obra, más que del soberano, del virrey de Sicilia, del duque de Medinaceli y del gran maestre de Malta. La gran tentativa contra el peñón de Vélez, emprendida en 1564 con más de 100 galeras, fue como el parto de los montes. La recuperación de Túnez, en 1573, por don Juan de Austria y la obstinación de éste en conservar la plaza, contra la opinión de su hermano y la de sus consejeros —que sólo deseaban su evacuación y desmantelamiento—, fue un arrebato de megalomanía, una breve recaída en los tiempos de Carlos V, de las que hubo varias durante el reinado del Rey Prudente.

Entre los años de 1560 y 1570, mediante una política paciente y tenaz, sin brillo pero eficaz a la larga, se desarrolló y se reforzó la línea de los presidios. La mayoría de las cartas que llegan de éstos sólo hablan de cal y argamasa, de ladrillos, vigas y maderas, piedras, cestos para la tierra, palas, picos y azadones. Junto con la autoridad del capitán de la plaza, aparece y va creciendo en importancia el "veedor", una especie de administrador y tesorero. Y también el ingeniero, hombre civil. No siempre marchaban las cosas como una seda. A Giovanni Battista Antonelli se le encomendaron, por ejemplo, los trabajos de Mers el Kebir,[83] y a otro italiano, *il Fratino* (a quien Felipe II empleó también en Navarra), se le encargó de desplazar en bloque el viejo presidio de Melilla, para reconstruirlo cerca de su laguna. Dos dibujos suyos, que se conservan en el archivo de Simancas, dan la perspectiva de la pequeña plaza en su nueva situación: es un bloque minúsculo de casas apiñadas, alrededor de la iglesia, frente a la inmensa costa abrupta. Il Fratino trabajó también en La Goleta,[84] donde tuvo una serie de violentos conflictos con el gobernador Alonso Pimentel, la típica querella entre personas recluidas, enconada y envenenada hasta el furor por recíprocas denuncias…[85] Pero ello no impidió que el presidio creciera; las estampas de 1573 y 1574 nos muestran, alrededor del primitivo rectángulo fortificado de la "vieja Goleta", todo un festón de nuevas fortificaciones, terminadas ya en el verano de 1573.[86] En los grabados vemos, además, un molino de viento, almacenes, cisternas y "caballetes" sobre los cuales se emplazan poderosos cañones de bronce. La artillería es la fuerza, la razón de ser de las fortalezas africanas.

Así, pues, en tiempo de Felipe II, los presidios africanos crecen y se erizan de nuevas fortificaciones, devoran los materiales de construcción, acarreados con frecuencia desde muy lejos (sabemos que un barco transporta a Mers el Kebir cal de Nápoles), y reclaman sin cesar nuevos peones, los "gastadores". Orán y su anexo de Mers el Kebir —que en 1580 se convertirá

en una obra maestra en su género— son un hormiguero. A fines de siglo, esta plaza ha dejado de ser una simple fortaleza, para convertirse, a costa de grandes gastos y de un trabajo agotador, en una verdadera zona fortificada. El soldado maneja aquí la pala y el pico igual que el vulgar "gastador". Diego Suárez, el soldado cronista de Orán, que en su juventud había trabajado en las obras del monasterio de El Escorial, no tenía palabras para encomiar los trabajos allí realizados. Esta obra es tan bella como la de El Escorial, dice su resumen. Pero esta extraordinaria obra maestra que son las fortificaciones de Orán no se construyó hasta finales del reinado de Felipe II, y corrió un riesgo muy singular en 1574. El gobierno español hallábase entonces al borde de la segunda bancarrota, la de 1575. Don Juan de Austria acababa de apoderarse de Túnez, donde se mantenía a pesar de las instrucciones en contra que había recibido.[87] Su obstinación provocó el desastre de agosto-septiembre de 1574, que permitió a los turcos apoderarse, a la vez, de La Goleta y de Túnez. Ese doble fracaso demostró que, compartiendo ambas fortalezas el abastecimiento de la metrópoli, habían terminado perjudicándose mutuamente. De aquí a pensar que el doble presidio de Orán y de Mers el Kebir, unidos por un camino de una legua, impracticable para la artillería, era una concepción errónea, no había más que un paso. El informe del príncipe Vespasiano Gonzaga, redactado sobre el terreno en diciembre de 1574,[88] concluía señalando la necesidad de abandonar Orán, una vez desmantelado y arrasado, para dedicar todos los esfuerzos al presidio de Mers el Kebir, mejor situado y que contaba con un buen puerto. "La Goleta —escribe el informante — se perdió el día en que nos hicimos dueños de Túnez." ¿Fortificar Orán? Todos los ingenieros del mundo fracasarían en el empeño, a menos de levantar una enorme ciudad. Esta "enorme" ciudad fue precisamente la que los españoles, con paciencia, tallaron en la roca,[89] tan pronto pasó la alarma, disponiendo así el marco de seguridad donde más tarde habría de florecer la "corte chica", el pequeño Madrid oranés, como se le llamará en el siglo XVIII, no sin cierta exageración.

El derrumbe de los puntos de apoyo de Túnez, en 1574, no tuvo las consecuencias que eran de temer. No se siguió de ello ninguna catástrofe, ni para Sicilia ni para Nápoles. Verdad es que recurrieron a la única arma que les quedaba: sus escuadras de galeras.[90] En 1576, el marqués de Santa Cruz capitaneó una expedición punitiva a las costas del Sahel tunecino, con las galeras de Nápoles y de Malta. Saqueó las islas Kerkena, se apoderó de muchos indígenas y bestias, quemó las casas y ocasionó daños por más de 20 000 ducados. Inmediatamente, todas las costas del Sahel quedaron vacías de

habitantes, y una barca reforzada llevó la alarma a Constantinopla.[91] Las escuadras móviles daban buen resultado; parece que los españoles lo comprendieron, por fin, observando que la mejor defensa para las costas amenazadas era lanzar al mar las galeras, en vez de encerrarlas cautelosamente en Mesina, como lo habían hecho con frecuencia antes de 1570, cada vez que los turcos atacaban. Después de la caída de Túnez se elaboraron muchos proyectos de reconquista. Uno de ellos, trazado en 1581, plantea en principio y como lo primero de todo la necesidad de ser fuertes en el mar…[92] Era, por fin, después de muchas vueltas, lo que se llama comenzar por el principio.

Este nuevo modo de defenderse, atacando, tenía, además, la ventaja de resultar más beneficioso que el otro, en vista del restablecimiento económico del Magreb. Una relación española de 1581[93] presenta a Bona como una ciudad populosa, en que se fabrica una excelente loza y que exporta mantequilla, lana, miel y cera; y a Bujía y Cherchell como puertos de salida para los productos agrícolas del interior, no absorbidos en su totalidad por la enorme plaza comercial de Argel; por encontrarse más cerca de las radas, en el estuario del Ued el Harrach y del cabo Matifú, las barcas venían hasta estos puertos a cargar lana, trigo y aves de corral para Francia, Valencia y Barcelona. Esos detalles confirman lo que nos dice Haedo acerca de las actividades del puerto de Argel, por la misma época de 1580… Había, pues, a diferencia de lo que ocurría antes, numerosas y lucrativas presas a lo largo de las rudas e inhóspitas costas del Magreb. El método que ahora se aplicaba resultaba, además, menos gravoso que el de los presidios. Un informe financiero,[94] que podremos situar entre los años de 1564 y 1568, contiene una especie de balance de gastos de los presidios, desde el peñón de Vélez, recuperado por el oeste en 1564, hasta La Goleta (Trípoli, perdido en 1551, y Bujía, tomado por los argelinos en 1555, no figuran en el informe). Las soldadas de las guarniciones eran éstas: el Peñón, 12 000 ducados; Melilla, 19 000; Orán y Mers el Kebir, 90 000, y La Goleta, 88 000; en total, 209 000 ducados.[95] Adviértase el gasto relativamente grande de La Goleta; su guarnición, con un efectivo ordinario de un millar de hombres, además de una dotación extraordinaria de otro millar, costaba casi el doble que el presidio oranés, cuya guarnición se componía entonces de 2 700 soldados de infantería y 90 de caballería ligera. La explicación es que la soldada pagada a los infantes en Orán (1 000 maravedíes por mes) era más baja, “por ser la tierra muy barata”.[96] En el oeste, solamente la guarnición del Peñón percibía soldadas tan altas como en Italia.[97]

La citada cifra de 200 000 ducados referíase exclusivamente a los gastos de personal, a los que había que añadir muchísimos otros. Por ejemplo, los gastos de conservación y construcción de las fortificaciones: para las obras de la nueva Goleta, Felipe II envió 50 000 ducados en 1566, y otros 50 000 dos años más tarde, y seguramente que estos dos envíos no serían los únicos. Había, además, el aprovisionamiento de municiones, que era muy gravoso. En 1565, por ejemplo, un solo envío de municiones para La Goleta[98] incluía 200 quintales de plomo, 150 de cuerda para arcabuces, 100 de pólvora sutil (a razón de 20 ducados el quintal), 1 000 cestos terreros, 1 000 palas con sus mangos, habiendo ascendido el costo de todo a 4 665 ducados, sin contar los gastos de transporte. En 1560, para transportar un envío de la misma magnitud, habría sido necesario movilizar ocho galeras. Para las construcciones, cada presidio contaba con su caja propia, de la que se tomaba el dinero, llegado el caso, para reembolsarlo después. Valdría la pena estudiar con precisión estos presupuestos. Podríamos averiguar, así (independientemente de la primera inversión de fondos necesaria para la conquista propiamente dicha, de 500 000 ducados, por ejemplo, para la toma del Peñón en 1564, sin incluir los gastos de la flota), la pesada carga financiera que representaban estas minúsculas fortalezas, que constantemente había que remendar, consolidar o extender, avituallar y pertrechar…

Para establecer una comparación, diremos que, en la misma época, la salvaguardia de las Baleares (a pesar de estar bastante amenazadas) sólo costaba 36 000 ducados, y otro tanto, sobre poco más o menos, la vigilancia de las costas entre Cartagena y Cádiz. El sostenimiento anual de una galera costaba 7 000 ducados. La guardia de los presidios, entre 1564 y 1568, inmovilizaba, aproximadamente, 2 500 hombres en concepto de guarnición normal, y 2 700 como guarnición extraordinaria (la que se trasladaba allí en la primavera para retirarse al comenzar el invierno; por lo menos, ésta era la regla, pues los retrasos en las llegadas y, más todavía, en los relevos de estas guardias, eran frecuentes). Cinco mil hombres, es decir, más de los efectivos que el Rey Católico mantenía en todo el reino de Nápoles.[99] Sin querer entrar en los cálculos y consideraciones dignos de aquellos *speculativi* de que nos habla un agente genovés, podemos decir que habría valido más, tal vez, mantener 30 galeras que sostener los presidios africanos. En todo caso, lo importante de estas cifras es que demuestran, sin dejar lugar a dudas, el enorme esfuerzo desplegado por España en las costas berberiscas.

Los presidios: un expediente para salir del paso

También Ricard[100] se pregunta si esta solución, que era un expediente "para salir del paso", no se prolongaría más tiempo del aconsejable. Al desembarcar en México, Cortés quemó sus naves: estaba dispuesto a triunfar o a morir. Las guarniciones del norte de África podían contar siempre con la llegada del barco que les llevaba el agua, el pescado, las telas y los garbanzos. La intendencia se encargaba de abastecer y alimentar a sus soldados… ¿Acaso la superioridad técnica del cristiano, que le permitía establecer y mantener en las costas africanas fortalezas en que "se defendía con los cañones", le relevaba de un esfuerzo más directo y más rentable? No cabe duda de que así era, hasta cierto punto. Pero el país se defendía también gracias a su inmensidad y a su aridez. Allí no era posible vivir como los conquistadores de América, que avanzaban arreando por delante sus manadas de bueyes o sus piaras. También se pensó en plantar hombres allí; ya en la época de Fernando el Católico se tenía el propósito de poblar las ciudades africanas con moriscos castellanos; hacia 1543 se hablaba de colonizar el cabo Bon.[101] Pero ¿cómo hacer que vivieran los hombres trasplantados? ¿Y dónde encontrar los hombres en aquella España aventurera, atraída por las riquezas de América y las buenas posadas de Italia? Se pensó también en infundir vida económica a aquellas plazas fuertes, en incorporar a ellas, como se pudiera, las vastas regiones interiores, de las que habrían podido vivir. En la época de Fernando el Católico, y más tarde en la de Carlos V, se suscitó una curiosa polémica económica[102] en torno al fomento de los puntos de escala del norte de África, con el fin de abrir campo allí a los navíos catalanes y obligar a las galeras venecianas a tocar en aquellos puertos… Pero todo fue en vano… En 1516,[103] la duplicación de los aranceles aduaneros en los puertos mediterráneos de la Península no consiguió obligar a los barcos venecianos a concentrar su comercio africano en Orán. Las corrientes comerciales del Magreb se retiraron, por sí mismas, de los presidios españoles y prefirieron utilizar como puntos de salida Tadjura, Misurata, Argel, Bona, puertos todos que escapaban al control de los cristianos. El tráfico de estos puertos libres marca, a su modo, el fracaso de las "fronteras" españolas; al igual que en Marruecos, a finales del siglo XVI, el auge de los puertos marroquíes de Larache, Salé y el cabo Gué subraya el hundimiento de los puntos de apoyo portugueses, cuya prosperidad se mantuvo durante mucho tiempo. El comercio entre España y el norte de África[104] —si no nos equivocamos, más inclinado hacia el Atlántico marroquí que hacia la Berbería mediterránea— vuelve a animarse después de 1580; llegaban a las costas africanas tejidos (paños, sedas, terciopelos, tafetanes y telas varias),

cochinilla, sal, perfumes, laca, coral, azafrán, y, por millares de docenas, los bonetes simples o dobles de Córdoba y de Toledo; y los barcos se llevaban del país berberisco azúcar, sebo, cueros de vaca y de cabra y oro. Todos estos intercambios (salvo algunas transacciones efectuadas en Ceuta y en Tánger) se hacían al margen de los presidios. Éstos habían quedado fuera de los grandes circuitos comerciales. En estas condiciones, no era extraño que los presidios, cuyo único comercio se hallaba en manos de buhoneros y pequeños tenderos, no prosperaran ni se expandieran. Contentábanse, sencillamente, con no morir.

La vida de los presidios tiene que haber sido miserable. Los víveres se pudrían con la humedad y la gente era diezmada por las fiebres.[105] Los soldados pasaban hambre todo el año. Durante mucho tiempo las vituallas sólo llegaban por el mar; a partir de entonces, pero sólo en Orán, las regiones de los alrededores suministraban la carne y el trigo, abastecimiento que casi se regularizó al finalizar el siglo.[106] Las guarniciones vivían, pues, casi como las tripulaciones de los barcos, sin saber lo que comerían al día siguiente.

La estación reguladora de Málaga, con sus "proveedores",[107] y ayudada a veces por los servicios de Cartagena, aseguraba el abastecimiento del sector oeste: Orán, Mers el Kebir y Melilla. Poseemos pruebas de que los servicios adolecían de fallas, de que había fraudes y prevaricaciones, y no podía ser de otro modo. No debemos, sin embargo, exagerar estas venalidades. El tráfico de Málaga era considerable, y por esta vía llegaban al África municiones, víveres, materiales de construcción, soldados, forzados, peones y mujeres de mala nota.[108] El aprovisionamiento y el transporte planteaban serios problemas. El trigo, por ejemplo, había que comprarlo, hacerlo venir del interior en recuas de burros, medio de transporte que resultaba demasiado oneroso.[109] De los almacenes de la intendencia a los muelles del puerto y de éstos a los presidios, nuevas tareas y nuevas dilaciones. El mar estaba infestado de piratas. En invierno, cuando el corso daba alguna tregua, podía despacharse a Orán, si acaso, un "corchapín", dos o tres barcas, una tartana y hasta algún que otro galeón marsellés o veneciano[110] requisado, al que se obligaba a transportar los víveres o las municiones. Más de una vez, las barcas caían en manos de los galeones de Tetuán o de Argel y, con un poco de suerte, podía rescatárselas, por dinero, de manos de los corsarios, en el momento en que, según su costumbre, anclaban al abrigo del cabo Falcón. Los piratas, y con ellos la indolente intendencia, eran los culpables de las continuas hambres que asolaban los presidios del oeste.

Los de La Goleta no lo pasaban mejor, a pesar de encontrarse cerca de los inagotables graneros de pan, vino, queso y garbanzos de Nápoles y de Sicilia. Es verdad que no se podía atravesar cuando se quería el estrecho canal de Sicilia. Cuando, en 1569, Pimentel tomó el mando de La Goleta, la plaza no contaba para su consumo diario más que con sus reservas de queso. No había ni pan ni vino. Andaba aquí, en parte, naturalmente, la mano de las intendencias de Italia. ¿Fue de ellas o de España de donde la guarnición de La Goleta recibió 2 000 pares de zapatos de buen cuero español, pero de la talla de un pie de muchacha?[111]

Tampoco la organización interior favorecía la buena marcha de los presidios africanos. Así se desprende del reglamento de 1564, en Mers el Kebir.[112] Los almacenes surtían de víveres a los soldados al precio fijado por las facturas de envío de las mercancías,[113] y muchas veces, a crédito; era el peligroso sistema de adelantos sobre la soldada, que hacía que los soldados, que además compraban a crédito a los mercaderes en tránsito, estuvieran comidos de deudas. A veces, cuando había dificultades, o con la complicidad de las autoridades locales, subían desmesuradamente los precios. Para no tener que pagar sus insoportables deudas, los soldados desertaban y se pasaban al Islam, y aún contribuía a agravar la situación el hecho de que las soldadas fueran menos elevadas en África que en Italia. Razón de más, cuando se hacían embarques de tropas destinadas a los presidios, para no anunciarles de antemano el lugar de destino y, una vez en él, para no relevarlas. Diego Suárez pasó 22 años en Orán, a pesar de haber intentado varias veces huir como polizón a bordo de las galeras. Sólo los enfermos —y a veces, ni ellos— podían salir de esta malhadada zona hacia los hospitales de Sicilia y de España. Los presidios eran también lugares de deportación, adonde se enviaba a purgar sus penas a gente noble y rica. El nieto de Colón, Luis, apresado en Valladolid por trigamia y condenado a 10 años de destierro, llegó en 1563 a Orán, donde murió, el 3 de febrero de 1573.[114]

Por y contra las razzias

Representémonos el ambiente que reinaba en estas guarniciones. Cada una de estas plazas era el feudo de su capitán general: Melilla lo fue durante mucho tiempo de los Medina Sidonia; Orán, también por largos años, el de la familia de los Alcaudete; la plaza de Trípoli era patrimonio vitalicio de Hugo de Moncada, por concesión de 1513.[115] El gobernador reinaba allí con su familia y la corte de los señores que le rodeaban. Ahora bien, la guerra de los

señores era la guerra de las *razzias*, salidas bien calculadas que tenían algo de deporte, de industria, y que respondían también —fuerza es reconocerlo— a una estricta necesidad: había que patrullar en torno de la fortaleza, dispersar a los unos y proteger a los otros, tomar rehenes, obtener informes y apoderarse de víveres. Pero, aparte de la necesidad, también desempeñaban un gran papel en esta pequeña guerra la tentación de emboscarse en los huertos de las cercanías de Túnez y apoderarse de los pacíficos propietarios que iban allí a recoger sus frutos o a cosechar algún campo de cebada; o, cerca de Orán, la de sorprender más allá de la *sebka*, unas veces resplandeciente y otras veces cubierta por las aguas, algún aduar donde los espías habían localizado los posibles rehenes. Era una caza más apasionante, más peligrosa y más lucrativa que la de las fieras. Todos sacaban su parte del botín, hasta el capitán general, quien, a veces, retiraba "el quinto" o privilegio real,**[116]** ya se tratase de trigo, de ganado o de gente. A veces, unos cuantos soldados, para romper el tedio, partían por su cuenta a la aventura en busca de ganancias, de alimentos frescos o de simple distracción. Estas incursiones impedían el indispensable contacto pacífico entre las regiones interiores y la fortaleza, difundiendo hasta muy lejos el terror del nombre español, que tal vez era lo que se buscaba. Los juicios de los contemporáneos a este respecto están muy lejos de ser unánimes. Diego Suárez opina que había que atacar, pero al mismo tiempo procurar entenderse con las personas del país, a fin de aumentar el número de los "moros de paz" o indígenas sumisos que se acogían al amparo de las fortalezas y que, a su vez, las protegían. "Cuantos más moros, más ganancia", escribe el soldado cronista; es decir, más trigo, "víveres menudos", ganado…**[117]** Pero ¿podían los ocupantes, a pesar de todo, abstenerse de aterrorizar, de atacar y de espantar con ello a los preciosos proveedores, sin romper con lo que era, para los presidios, un sistema tradicional de vida y de defensa: el desarrollo, por las buenas o las malas, de una zona de influencia y de protección, indispensable a los presidios españoles, lo mismo que a los portugueses, en Marruecos? Sin ello, estas plazas no podrían ni respirar.

Este sistema no dejaba de tener defectos graves ni de provocar lamentables incidentes. En agosto o septiembre de 1564 llegó de España la orden superior de suspender las incursiones; los indígenas, oportunamente prevenidos, se apresuraron a llevar su trigo y sus víveres a Orán. Entretanto, el oranés Andrés Ponze organizó una incursión y volvió a la ciudad con 11 prisioneros; el golpe de mano le había valido un buen millar de ducados, a los precios en vigor, suma importante. Pero Francisco de Valencia, que a la sazón

mandaba la plaza de Mers el Kebir, se negó a tomar parte en él. No necesitamos estar muy informados para suponer que el tal Valencia no sentía grandes simpatías por la gente de Orán. No sólo se negó a participar en el golpe de mano, sino que informó acerca de lo ocurrido. La desobediencia de Ponze a las órdenes superiores privaba a Orán de su abastecimiento de trigo y cebada, pues los indígenas ya no siguieron yendo a vender estos productos al presidio. Y algo más importante todavía: "Digo a Vuestra Majestad, que las incursiones hechas hasta ahora, a mi entender, han traído a los turcos al reino de Tremecén".[118]

Afirmación, esta última, evidentemente exagerada. Aunque las *razzias* contribuyeron a complicar las dificultades y el aislamiento de los presidios, no explican, ni mucho menos, el fracaso final de España en la áspera y dura tierra africana. Como tampoco lo explican el hambre de los harapientos soldados ni los extraños sacerdotes que se ocupan de su alimento espiritual (por el estilo de aquel francés que se hace pasar por cura en Melilla, tal vez sin haber recibido jamás las órdenes, y que, por lo demás, no se separaba nunca de la botella),[119] ni la mala fe de los indígenas, "los mayores mentirosos del mundo", según el juicio de un italiano… Estas razones, muy importantes a los ojos de la gente de la época, se empequeñecen a los ojos de la historia. El mal uso que España hizo de los presidios africanos no es más que uno de tantos aspectos de la política de los Habsburgo, o, por mejor decir, de la política de la catolicidad.

Psicología de la actitud defensiva

Este amplio espectáculo de un mundo, la cristiandad, erizado de defensas frente al Islam, ¿no es, acaso, un signo, un importante testimonio? El Islam, especialista en guerras ofensivas, llevadas con grandes masas de caballería, no adoptaba tales precauciones. Vive, como dice Guillaume du Vair, refiriéndose a los turcos, "siempre en el aire", dispuesto a lanzarse sobre sus enemigos.[120] Trátase, en suma, de dos actitudes. ¿Cómo explicarlas? Émile Bourgeois[121]hacía notar hace tiempo con qué desembarazo la cristiandad abandonó al Islam tantos espacios, principalmente los Balcanes y Constantinopla, llevada de la obsesión a extenderse más allá del Atlántico. En estas condiciones, es lógico tratar de defenderse contra el islam de un modo científico, reduciendo los gastos, con sus cañones y sus sabias fortalezas. Un modo como otro cualquiera de volverle la espalda.

Si el islam, por su parte, busca a todo trance y dondequiera el contacto, aunque sea el contacto desesperado, de la pelea, ¿no será, por el contrario, porque quiera, cueste lo que cueste, llevar adelante su obra de conversión o imponerla, porque necesita participar de las técnicas superiores de su adversario? Sin éstas, no habría grandeza posible. Sin ellas, imposible representar en el Asia el papel que la cristiandad representa para con el propio Islam. Desde este punto de vista, ¿no es altamente significativo ver cómo después de haberlo experimentado sobre sus costillas, en la frontera de Carniola, los turcos intentan, aunque en balde, luchar a pistoletazos contra los persas por medio de sus *spahis*?[122] Y algo todavía más concluyente: el cotejo del vocabulario náutico de los turcos y el de los cristianos: *kadriga* (galera), *kaliota* (galeote), *kalium* (galeón), etcétera.[123] Los discípulos del este no sólo asimilan las palabras; asimilan también las cosas expresadas por ellas. A fines de siglo, los vemos construir mahonas para el mar Negro, a imagen y semejanza de las galeras de Occidente, y más tarde copian los galeones de la cristiandad.[124] Poseían como unos 20 de gran tonelaje, con un calado de 1 500 *botti*, que durante el último cuarto de siglo aseguran las comunicaciones entre Egipto y Constantinopla, transportando peregrinos, azúcar y arroz.[125] Y, además, oro, aunque este metal se transportaba también por tierra.

Los turcos, por su parte, levantan un *limes* dando cara a Persia. Siempre se es rico con respecto a alguien más pobre que uno.

II. LA PIRATERÍA, FORMA COMPLEMENTARIA DE LA GRAN GUERRA

Después de 1574, la guerra de las armadas, de los cuerpos expedicionarios y de los grandes asedios está prácticamente terminada. Intentará tímidamente retornar en 1593, pero sólo será efectiva en la frontera de Hungría, fuera del Mediterráneo. Ahora bien, descartada la gran guerra, ¿reina la paz? No en absoluto, pues por una ley, sin duda general, surgen, prosperan y se expanden otras formas de guerra. En Francia, los grandes licenciamientos de tropas que siguen a la paz de Cateau-Cambrésis contribuyen poderosamente a desencadenar las guerras de religión, trastornos menores, sin duda, pero cien veces más graves, a la larga, que las guerras mayores. Y, si Alemania, por su parte, se mantiene tranquila, entre 1555 y 1618 (desde luego, hasta fines del siglo XVI), se debe, indudablemente, a que

fue enviado fuera del país, hacia Hungría e Italia y especialmente hacia Francia y los Países Bajos, el sobrante de sus fuerzas aventureras. El fin de las guerras será mortal para ella. Giovanni Botero presentía sagazmente estas verdades cuando, en su tiempo, contraponía la guerra francesa a la paz española, diciendo que Francia pagaba las consecuencias de su inactividad en el exterior, mientras que España, por su parte, salía beneficiada por el hecho de verse empeñada en todas las guerras del mundo al mismo tiempo.[126] Paz en casa, a condición de llevar la guerra a las ajenas.

La suspensión de la guerra mediterránea, después de 1574, ha sido, sin duda, una de las razones de la serie de perturbaciones políticas y sociales que ahora se producen casi en todas partes, incluido el bandolerismo. Lo que desde luego puede asegurarse es que el fin de la lucha entre los grandes Estados hace que pase a primer plano, en la historia del mar, la piratería, esta guerra de segunda clase.[127] Ya en los años de 1550 a 1574 ocupaba, como hemos visto, un lugar importante, desplegándose y pavoneándose en los intervalos de la guerra oficial. Pero desde 1574 a 1580 su actitud crece y se extiende más que nunca, y domina, a partir de entonces, la ahora más modesta historia del Mediterráneo. Las capitales de la guerra, ahora, no son ya Constantinopla ni Madrid o Mesina, sino Argel, Malta, Liorna y Pisa. Los advenedizos desplazan y sustituyen las grandes potencias del día antes y los conflictos internacionales degeneran en contienda general.[128]

La piratería, industria antigua y generalizada

La piratería en el Mediterráneo es una industria tan vieja como la historia. Aparece entremezclada desde el primer día con la vida y con la literatura: está en Boccaccio,[129] estará más tarde en Cervantes,[130] y estaba ya en Homero. A esta veteranía debe, sin duda, el que su carácter sea más natural (¿más humano?) que en otras partes. El igualmente inquieto Atlántico se ve frecuentado, en el siglo XVI, por piratas indudablemente más crueles que los del Mediterráneo. En realidad, en el Mediterráneo apenas se usan las palabras *piratería* y *piratas*, por lo menos antes de los comienzos del siglo XVII; *corso* y *corsarios* son las expresiones habitualmente usadas, distinción que, sin cambiar en lo fundamental los elementos del problema, resulta muy clara a nivel jurídico, y tiene su importancia. El corso es una forma lícita de guerra, legalizada, bien por una declaración de guerra formal, o bien por patente de corso,[131] salvoconductos, misiones, órdenes… Por muy extraño que ahora nos pueda parecer, el corso tenía “sus leyes, sus reglas y sus eficaces

costumbres y tradiciones".[132] La partida de Drake hacia el Nuevo Mundo sin una misión será considerada como un acto ilegal por buena parte de sus compatriotas.[133] Sería erróneo creer que en el siglo XVI no existía aún un Derecho internacional con sus convenciones y con una cierta fuerza para obligar. El Islam y la cristiandad intercambian embajadores, firman tratados y, con frecuencia, respetan sus cláusulas. En la medida en que el espacio mediterráneo es una zona de conflictos continuos entre universos adyacentes y fratricidas, la guerra, afirmándose como realidad permanente, excusa y justifica la piratería. Ahora bien, en cuanto la justificamos, la estamos clasificando en esa categoría vecina, y noble a su manera, que es el corso. Los españoles del siglo XVI usarán ambos términos: hablan de corsarios berberiscos en el Mediterráneo y de piratas franceses, ingleses y holandeses en el Atlántico.[134] Y, si la palabra piratería se extendió en el siglo XVII hasta llegar a designar actividades en el Mediterráneo, se debe a que España quiere marcar con el hierro de la palabra infame las depredaciones del mar interior, al darse cuenta de que el corso de antaño ha degenerado, pasando a ser una guerra encubierta e ilícita con la que las potencias cristianas atentan contra su comercio, su grandeza y sus riquezas. Según nos dice un historiador,[135] la palabra piratería sólo comenzará a aplicarse a los corsarios argelinos a partir de la toma de Marmora por los españoles (1614), cuando los corsarios de la ciudad, expulsados de su base, se refugian en Argel. Es probable que la palabra haya cruzado el estrecho de Gibraltar a bordo de los navíos atlánticos; probable, pero no seguro: no pasa de ser una simple conjetura.

Pero el lector puede estar pensando que corso y piratería son, a fin de cuentas, la misma cosa: crueldades análogas, exigencias que se imponen, monótonas, en función del curso de las operaciones y de la venta de esclavos y mercancías capturados. Sí, es cierto, es lo mismo, pero con una diferencia: el corso es una antigua forma de piratería originaria del Mediterráneo y crecida sobre sus mismas aguas, con sus usos, compromisos y negociaciones. Ladrones y despojados no están de acuerdo, como en una perfecta *Commedia dell'Arte*, antes del hecho, pero siempre están dispuestos a la negociación y a llegar a un resultado práctico; de ahí la compleja red de connivencias y complicidades (sin la complicidad de Liorna y su puerto franco, las mercancías robadas se pudrirían o apolillarían en los puertos de la Berbería). De ahí también la cantidad de falsos problemas y de peligrosas simplificaciones en que se enreda el historiador poco avisado. El corso no es actividad privativa de un solo grupo, y no conoce un solo responsable o culpable. Es endémico. Todos, miserables y poderosos,[136] ricos y pobres,

ciudades, nobles, Estados… están enredados en las mallas de una red tendida de extremo a extremo del Mediterráneo, por todas sus orillas. Los historiadores occidentales de ayer nos enseñaron y acostumbraron a no ver sobre estas aguas sino musulmanes, en especial berberiscos. La prosperidad de Argel deja en la sombra el resto de la panorámica. Pero su auge no fue, ni mucho menos, único: Malta y Liorna son réplicas cristianas de Argel, y, como ella, tienen sus baños, sus mercados de hombres, sus sórdidas transacciones… Además, sólo con muchas reservas podemos aceptar esa prosperidad argelina, ¿quién o qué hay detrás de su creciente actividad, sobre todo en el siglo XVII? Godfrey Fisher, en su excelente libro *Barbary Legend* nos previene una y mil veces contra semejante mito. No son los argelinos los únicos que se dedican a la caza, captura, prisión, venta y tortura del hombre: todas las personas del Mediterráneo multiplican en este mar las miserias, horrores y grandezas propios de los *universos concentracionarios*.

Con frecuencia la aventura no tiene patria ni religión; es sólo un oficio, un *modus vivendi*. Si los corsarios vuelven de vacío, el hambre se apodera de Argel.**[137]** La piratería nada tiene que ver, pues, ni con las personas, ni con la nacionalidad, ni con el credo religioso. Es típico bandolerismo. Los uscoques de Segna y de Fiume despojan lo mismo a turcos que a cristianos. Las galeras y los galeones de los corsarios *ponentini* —así se llamaba a los occidentales en los mares de Levante— hacían lo mismo.**[138]** Se apoderaban de cuanto les salía al paso, incluso navíos venecianos o marselleses, so pretexto de confiscar las mercaderías de judíos o de turcos que pudieran llevar a bordo. De nada sirven las protestas de la señoría y de la Santa Sede, protectora de Ancona, quien desearía que, de una vez por todas, el pabellón cubriera la mercancía. Pero, abusivo o no, los corsarios cristianos se reservan el derecho de visita. También los turcos hacen uso de él contra sus propias galeras, para apoderarse de las mercancías sicilianas o napolitanas que transportan. El derecho de visita es sólo un buen pretexto para ambas partes. Y se aferran porfiadamente a él, a pesar de los duros golpes que las galeras venecianas asestan, de tiempo en tiempo, a los corsarios de todo pelaje.

¿Fueron turcos o fueron franceses los navíos que saquearon Ibiza en agosto de 1536?**[139]** ¿Cómo saberlo exactamente? Probablemente fueran franceses, puesto que entre los objetos que robaron figuraban algunos cuartos de tocino. Pero los corsarios, sean cristianos o musulmanes, se devoran también entre sí. Es la ley de la jungla. Así, por ejemplo, en el verano de 1588, un puñado de soldados de Montmorency (que no cobraban soldada, o por lo menos eso dicen ellos) se lanzan a la mar como piratas en un bergantín

y se apoderan del golfo de Agde.[140] En 1590, los corsarios de Cassis saquean dos barcos provenzales.[141] En 1593, el príncipe Doria se apodera del navío francés *Jehan Baptiste*, vende las mercancías de sus bodegas y encadena a la tripulación, a pesar de que el barco (que venía probablemente de Bretaña) navegaba con todos sus papeles en regla, con los certificados y salvoconductos extendidos por el duque de Mercoeur y por el agente español en Nantes, Juan de Águila.[142]

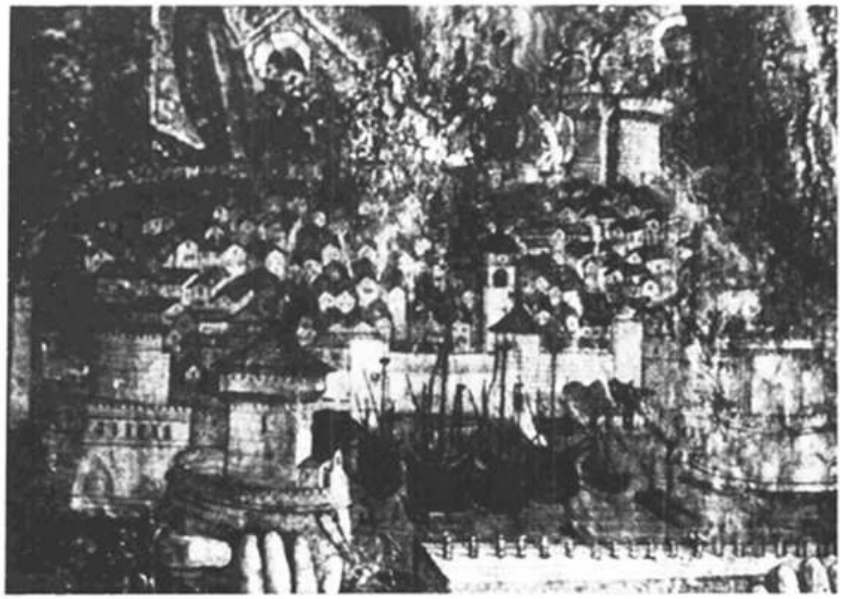


Foto: *A. C. L.*, Bruselas.

29. A la vista de Túnez (1535). Tapicería de Vermeyen. Al fondo, La Goleta y su canal, el lago de Túnez y la ciudad. En primer término, las galeras.



30. Argel en 1563. Representación ingenua pero muy exacta: el muelle, la roca a la entrada del puerto, la atalaya (el " *cavalier*" construido por los franceses), el Arsenal, la mezquita del puerto, el Zoco, la Casbah y las murallas. A. General de Simancas, Eo. 487, mapas, planos y dibujos, VII, 131.



31. Ragusa en 1499-1501, de una pintura de Nicolás Bozidarevitch. San Blas, cuyas manos se ven en primer término, presenta el plano de la ciudad. Nótese el puerto con su cadena, sus amarraderos y las murallas de la ciudad. Convento de los dominicos de Dubrovnik (Ragusa).

En 1596, algunas tartanas francesas, especialmente provenzales, se dedican al saqueo a lo largo de las costas de Nápoles y de Sicilia.[143] Unos 20 años antes, en el verano de 1572,[144] un barco marsellés, el *Sainte-Marie et Saint-Jean*, capitaneado por Antoine Banduf, regresa de Alejandría trayendo a bordo un rico cargamento. El temporal lo separa de la flotilla de los navíos marselleses con los que navega en conserva y encuentra un navío mercante ragusino procedente de Candía, y que va a cargar trigo en Sicilia para Valencia. El buque de carga apresa a la barca marsellesa y "la echa a pique, ahogando al dicho capitán, a sus oficiales y marineros, después de apoderarse de todas sus mercancías". Son episodios frecuentes en este mundo del mar. En 1576, un capitán de barco francés se encontró en apuros en Alicante, y bien sabe Dios lo expertos que los españoles eran, si hemos de creer las interminables quejas de los marinos franceses, en crear a otros apuros y dificultades cuando querían. Pero el capitán es atrevido, toma presa a la gente que han subido a bordo y, no contento con ello, lanza la escala a las murallas de la ciudad.[145] ¿No estaba todo permitido, con tal de tener éxito? En 1575, una nave francesa cargó en Trípoli pasajeros moros y judíos con destino a Alejandría, "personas de todas las edades y de ambos sexos". El capitán no tiene empacho en conducir el barco, con carga y pasajeros, al puerto de Nápoles, donde lo vende todo.[146] Un hecho aislado, sin duda, pero que se repetirá en 1592: un tal Couture de Martigues, habiendo embarcado turcos en Rodas para Egipto, los transporta a Mesina para venderlos como esclavos.[147] Puro bandolerismo: durante el verano de 1597, unos bandidos han armado unos cuantos *leuti* y se dedican a piratear a lo largo de la costa genovesa, sin plan alguno, fiados en lo que les pueda salir al paso.[148] ¿Cómo se nos ha contado la historia para que hechos como éstos, tan familiares a los marinos de todas las nacionalidades, nos llenen, pese a todo, de estupor?

La piratería, vinculada a las ciudades [II-290]

Como monsieur Jourdain, el personaje de Molière, ¡cuántos marinos que navegan *more piratico* se quedarían estupefactos si oyeran que se les calificaba de corsarios por no decir piratas! En 1573, Sancho de Leyva propone hacerse a la mar con algunas galeras de Sicilia, rumbo a las costas de Berbería, "para ver si se puede haver algunos esclavos"[149] destinados al remo. ¿Cómo clasificaremos este proceder? De vez en cuando, las escuadras destacan algunas galeras para que vayan a recoger informes y, desde luego, para piratear, si se presentaba la ocasión. Pues también piratear es hacer la

guerra, la inevitable guerra contra los hombres, las embarcaciones, las aldeas y los rebaños; es comerse los bienes del enemigo, nutrirse de ellos para estar más fuerte. En 1576, el marqués de Santa Cruz se va a patrullar las costas de Tunicia. Podríamos decirlo también de otro modo, con menos miramientos: va a saquear las pobres islas Kerkena…[150] Cualquiera está habilitado para merodear; después de 1580, tampoco se privan de ello los navíos mercantes ingleses, y hasta ganan la reputación (los mediterráneos se la fabrican) de despiadados y carentes de escrúpulos. Pero el corso, rozando la piratería, formaba parte de la tradición del mar, *l'usanza del mare*.[151] La oficialidad naval de los Estados abre a ella sus filas, vive de ella y, a veces, proviene, incluso, de ella: el poderío turco comienza su carrera ascendente con las hazañas de los corsarios en las costas del Asia Menor.[152] Y la misma flota turca, en sus andanzas por el oeste, ¿qué hacía sino piratear, en misión oficial y en grandísima escala?

La piratería —¿diríamos, la verdadera piratería?— casi siempre es obra de una ciudad que actúa por su cuenta, o, por lo menos, al margen de un gran Estado. Tal ocurre en el siglo XVI, y hasta en tiempo de Luis XIV. Cuando el Rey Sol no pudo seguir sosteniendo la guerra de escuadras contra Inglaterra y sus aliados, practicó o dejó que se practicara la guerra del corso. Saint-Malo y Dunquerque suplantan, para estos efectos, a Francia. En el siglo XVI, Dieppe y más aún La Rochela son ya centros de piratería, el segundo de estos puertos dentro del marco de una verdadera república municipal. Enumerar los centros de piratería del Mediterráneo equivaldría a enumerar una serie de ciudades decisivas. En el campo cristiano, La Valeta, Liorna y Pisa, Nápoles, Mesina, Palermo, Trapani, Malta, Palma de Mallorca, Almería, Valencia, Segna y Fiume; en el campo musulmán, Valona, Dirraquio, Trípoli de Berbería, Túnez y La Goleta, Bizerta, Argel, Tetuán, Larache y Salé:[153] he ahí los centros de la industria corsaria. Tres ciudades nuevas se destacan en esta lista: La Valeta, construida por los Caballeros de Malta, en 1566; Liorna, que hasta cierto punto vuelve a fundar Cosme de Médicis y, sobre todo, Argel, ciudad que descuella sobre todas las otras por su pasmosa prosperidad.

No es ya, ciertamente, el Argel beréber de comienzos de siglo, sino una ciudad nueva, que ha surgido "a la americana", flamante, con su muelle, su faro, sus arcaicas pero sólidas murallas y, además, las grandes obras de ingeniería militar que completan y refuerzan su defensa. Los corsarios encuentran aquí amparo y avituallamiento, mano de obra calificada, calafates, fundidores, carpinteros, velas, remos, un activo mercado para colocar su botín, hombres que se dejan alucinar por la aventura del mar, y, finalmente,

los placeres de los puertos en que se hace escala, sin los cuales carecería de sus compensaciones la vida de violentos contrastes de los corsarios. Tan pronto como regresa de uno de sus viajes de piratería, Alonso de Contreras se va corriendo a La Valeta, que no es sólo la ciudad de los duelos y las plegarias, sino también el lugar ideal para gastarse las monedas de oro con las *quiracas*, las mujeres de vida galante. En Argel, en cuanto entraba al puerto alguna flotilla, los corsarios celebraban sus festines con la mesa cubierta para todos en las casas de la ciudad y en las casas de campo del Sahel, cuyos jardines son los más bellos del mundo.

La piratería exige necesariamente un circuito de intercambio: es inseparable del comercio. Argel no habría llegado a convertirse en un gran centro de corsarios sin llegar a ser, al mismo tiempo, un activo centro comercial. Lo es ya en 1580, cuando Haedo observa la ciudad, con su lúcida mirada. Para avituallarse, para alimentarse, a veces, y para revender las presas, la ciudad necesita que lleguen a ella caravanas y naves extranjeras, barcos que vienen a rescatar a los cautivos y que proceden de toda la cristiandad: marselleses, catalanes, valencianos, corsos, italianos de todas partes de la Península, ingleses, holandeses. Y necesita que afluyan también, atraídos por el apetitoso olor de las tabernas y hosterías, los *rais* de todas las nacionalidades: musulmanes o semimusulmanes, incluso nórdicos a veces, con sus galeras o sus finos veleros corsarios.

Por tanto, una ciudad poderosa, libre de trabas: no hay terreno más propicio para la gente de la piratería. En el siglo XVI todo Estado se halla profundamente obligado, a pesar de todo, en el Derecho de personas y se le considera, al menos en teoría, obligado a respetarlo. Pero las ciudades de corsarios no tienen más remedio que mofarse abiertamente del Derecho de personas. Son mundos marginales. Argel, por ejemplo, en el apogeo de su prosperidad, de 1580 a 1620, obedece o no las órdenes del sultán, según sus conveniencias, y Constantinopla queda muy lejos de Argel. También Malta es un mundo aparte, una encrucijada de la cristiandad que quiere administrarse y se administra por sí misma, sin que nadie le dicte reglas. Nada más revelador, en 1577-1578, por ejemplo,**[154]** que los esfuerzos del gran duque de Toscana, maestre de los Caballeros de San Esteban, en sus negociaciones con los turcos, para distinguir entre su causa y la de los Caballeros. ¡Caso curioso el de este príncipe, que niega su propia autoridad, por cierto muy real y efectiva! Y es que la piratería exige cierta libertad de acción, y hay que dársela, cueste lo que cueste, aun a costa de cierta hipocresía.

Pero el papel de la ciudad, con ser esencial, no lo es todo, sin embargo. Por debajo de la piratería urbana, de la gran piratería, existe un rango inferior, que linda muchas veces con el más vil merodeo. Son las pequeñas bestias de presa, que infestan los mares, que rondan entre las islas del Archipiélago y a lo largo de las costas griegas del oeste, en busca de un botín proporcionado a su tamaño. La simple contemplación de las torres de vigía que se alzan en el litoral de la Apulia las arroja de estos parajes malsanos hacia las costas y las islas del este. Gente de poca monta y con mínimas ambiciones: apoderarse de un barco de pesca, saquear un granero, apresar unos cuantos labriegos e internarse tierra adentro, sin alejarse demasiado de las playas, para robar algunas medidas de sal en las salinas turcas y ragusinas de Narenta… En ellos piensa Belon du Mans, quien tuvo ocasión de verlos operar en el Archipiélago, cuando escribe:**[155]** imaginémonos, para empezar, «tres o cuatro hombres duchos en las artes de la marinería, ansiosos de lanzarse a la aventura, personas pobres que sólo tienen una pequeña barca, una fragata o un bergantín mal equipado, y que llevan a bordo, si acaso, un cuadrante de navegar llamado *bussolo*, algunos artefactos de guerra y unas cuantas armas ligeras para combatir desde más lejos. Para poder vivir, un saco de harina y unas cuantas galletas, una barrica de aceite, otra de miel, unas cuantas ristras de ajos y cebollas y un poco de sal, que son todas las provisiones para un mes. Reunido todo esto, se lanzan a la aventura. Cuando el viento les impide navegar, sacan la barca a tierra, cubriéndola con ramas de árboles, cortan leña con sus cuchillos y hacen fuego… para calentar una torta de harina, que cuecen del mismo modo que lo hacían los soldados romanos en tiempo de guerra». Así comenzaron también los bucaneros del mar de las Antillas, en el siglo XVII.**[156]**

Pero no se crea que estas pequeñas bestias carniceras son las que tienen las mandíbulas menos recias, o quienes, andando el tiempo, amasan las menores fortunas. Nada de eso, el viento tiene sus rachas y sus caprichos. La piratería es un mundo “a la americana”. Un pastor de rebaños puede llegar, con el tiempo y la suerte, a rey de Argel. Las biografías de los corsarios más afortunados están llenas de cambios maravillosos. Lo que no impedía, por lo demás, que Argel sea una ciudad de personas rústicas, de advenedizos toscos y endurecidos por las privaciones y entregados a todos los vicios. Cuando, en 1569, los españoles tratan de atraerse a Euldj Alí —el pequeño pescador calabrés convertido en “rey” de la ciudad, que pronto asombrará al mundo, levantando la poderosa marina del sultán—, le ofrecen un marquesado… La oferta que consideraban más tentadora para un villano.

La piratería y el botín

No hay piratería sin botín, sea grande o pequeño, sin navíos ricos o pobres que apresar, sin litorales que saquear. A veces, los beneficios son bien exiguos: en 1536 se explica en el senado veneciano[157] que si de Corfú no se llevara sal a Albania para traer de allí agallas de roble, la isla no sufriría la incesante piratería albanesa. Entre saqueadores y saqueados, entre el corsario y la riqueza, se establece forzosamente un nexo que varía, ya que las víctimas procuran defenderse. La artillería pronto escala los flancos de las galeras, y se instala a bordo de ellas, aunque sin poder moverse apenas. Se instala, incluso, en las naves mercantes. La operación se termina, con creces, para mediados de siglo.[158] En 1577, aun los más pequeños barcos que entran hasta Sevilla llevan a bordo sus piezas artilleras de hierro o de bronce, y el número de ellas guarda una proporción bastante exacta con su tonelaje.[159] También las costas se defendían y cada vez con más eficacia. Nada tiene, pues, de extraño, que, según los años, el corsario se alimente de navíos o saquee el litoral. Todo es cuestión de provisiones de boca y de oportunidad.

Entre 1560 y 1565, la piratería berberisca asoló todo el mar occidental. Durante esos años, sería casi lícito hablar del cierre del mar de Poniente. El cúmulo de quejas de la cristiandad lo indica claramente: los piratas berberiscos atacaban entonces las costas de Francia, el Languedoc y la Provenza.[160] El mismo éxito de la piratería reduce los botines, lo que hace que, para vivir, tenga que atacar hasta a sus amigos. Tanto peor para los súbditos del rey de Francia… Argel continúa extendiéndose a comienzos del siglo XVII. ¿A qué se debe? A que el corso argelino se aventura entonces en Oriente (aunque quizá en menor medida de lo que se supone);[161] se precipita hacia el Adriático; da caza a las barcas marsellesas y luego cruza el estrecho de Gibraltar y, reclutando elementos nórdicos, extiende sus empresas a través del océano; toca las costas inglesas, a partir de 1631; persigue a las pesadas carracas portuguesas, y llega hasta Islandia, Terranova y el Báltico… ¿Será que el botín normal del Mediterráneo escasea y se hace difícil? En sus movimientos y en sus transformaciones la piratería acusa, pues, a su modo, es decir, de una manera rápida y directa, los grandes movimientos de la vida mediterránea. El cazador debe seguir siempre a la pieza. Su valor como *indicador* resulta, por desgracia, disminuido por la carencia de evidencia estadística sólida. Descripciones, quejas, rumores y noticias falsas constituyen una base inadecuada para cualquier intento de cálculo serio.

Cronología de la piratería [II-295]

Algunas fechas jalonan, puntúan la historia de la piratería. Son, en cifras escuetas, los años de 1508, 1522, 1538, 1571, 1580 y 1600. Hacia 1500, los cautivos y los forzados son sustituidos por remeros voluntarios, que hasta ahora casi exclusivamente trabajaban en los bancos de las galeras.[162] Año de 1522: la caída de Rodas rompe el dique que todavía se oponía hacia el este a la gran piratería musulmana.[163] Año de 1538: La Prevesa da al Islam el dominio del mar, que le arrebata de nuevo por un instante la victoria cristiana de Lepanto en 1571. Entre estas dos fechas (1538-1571) experimenta la piratería berberisca su primer gran auge, sobre todo de 1560 (después de Yerba) a 1570, periodo durante el cual el sitio de Malta y la guerra de las armadas quedan casi interrumpidos. Después de 1580 registran el mismo impulso la piratería cristiana y la musulmana, ante la inactividad de las grandes flotas. De 1600 en adelante, la piratería argelina, completamente renovada en sus técnicas, se desborda sobre el Atlántico.

La piratería cristiana

El Mediterráneo conoció siempre una activa piratería cristiana, más o menos fructífera y que no permanece ociosa nunca, ni en las horas más sombrías. La historia no ha registrado bien este fenómeno, y ello se debe, en parte, a razones psicológicas, y en parte, a que estos corsarios tripulaban unidades muy pequeñas, bergantines, fragatas, "fragatillas", barcas y hasta, no pocas veces, minúsculas lanchas. Lo permitían así las distancias tan cortas que separaban las costas de Sicilia o España de las riberas del África, y lo exigía, además, la naturaleza del botín. La costa del Magreb, bien resguardada por los turcos, era quebrada y estaba casi desierta. Tal vez antes, en el siglo XV, fuese lucrativa la piratería por aquellos parajes. "*Non si può corseggiare la riviera di Barberia, come già si soleva*", dice una relación veneciana de 1559.[164] Pero ¿qué podía capturarse a lo largo de estas costas, hacia 1560? Unos cuantos indígenas, una barca, tal vez un bergantín cargado de *barakans*, es decir, de paño tosco de lana o mantequilla rancia. A tan raquítico botín, corresponde una piratería no menos raquítica. Nuestros documentos apenas hablan de ella, salvo en casos muy excepcionales. Haedo, por ejemplo, proyecta un pequeño rayo de luz sobre las andanzas del valenciano Juan Canete,[165] dueño de un bergantín de 14 bancos, con base en Mallorca, asiduo cazador de las costas de Berbería y que, protegido por la noche,

llegaba hasta las mismas puertas de Argel y se apoderaba de los indígenas dormidos bajo las murallas de la ciudad. En la primavera de 1550[166] se aventuró hasta el puerto al caer la noche, con el proyecto de incendiar las fustas y los galeones mal vigilados. Pero la tentativa fracasó. Nueve años después, Canete fue ejecutado en el "baño", por sus guardianes… En 1567 hizo revivir su proyecto un tal Juan Gascón, también valenciano, que se dedicaba con su bergantín a llevar provisiones y correo a Orán y, de vez en cuando, a la piratería.[167] Tuvo más suerte que su paisano y antecesor: logró entrar al puerto e incendió algunos navíos, pero fue capturado en seguida en alta mar por los *rais*…

Estos hechos aislados apenas nos dejan entrever como por un agujerito los activos sectores marítimos del sur de España. Tenemos, sin embargo, la impresión de que cobran mayor animación en 1580, porque aparecen en los documentos de esta época con mayores detalles, pero es seguro que no quedaron nunca totalmente inactivos. Cuando comenzamos a percibirlos mejor, siguen empleando las mismas lanchas ligeras de altas velas, y dando pruebas de la misma audacia. Lo atestigua, entre otros, el relato del tercer viaje de un tal Juan Felipe Romano, "pasador" de evadidos de Argel.[168] Zarpa del Grao de Valencia, el 23 de mayo de 1595, a bordo seguramente de una fragata berberisca capturada el año anterior.[169] El 7 de junio ancla cerca de Argel, en una ensenada, bordeando un huerto. Era un lugar de cita convenido. Pero nadie lo esperaba la primera noche. En vista de ello, Romano se queda en tierra y despacha a bordo a su compañero, con órdenes de salir de nuevo a alta mar, aguardando allí una señal para volver a la playa. Al día siguiente llega el dueño del huerto con su mujer, gente con quien Romano estaba en connivencia desde hacía tiempo. Él se llama Juan Amador, es de Madrid, y había caído prisionero en Mostaganem allá por el año 1558 (es decir, hace la friolera de 40 años). Entre tanto, había renegado, pero ahora deseaba tornar a España con su mujer y un nieto de siete meses… A la fragata en que embarcan esa noche suben también una "princesa", la *soldina*, hija de Mustafá, y dos esclavos negros de su propiedad; diez cautivos cristianos y una joven morisca de veintidós años; una mujer del *rais* Mami, hija de un teniente de Menorca, también con varios esclavos, cuatro cristianos y una cristiana; un portugués, maestro cerrajero en Argel, su mujer y sus dos hijos; y, por último, algunos cuantos cristianos que aciertan a encontrarse por allí y que aprovechan la ocasión para embarcarse. En total 32 pasajeros, a quienes Romano logra conducir sin tropiezos hasta Valencia.

Una bonita historia, en verdad. Pero estos golpes de fortuna son excepcionales. Esta piratería artesanal revestía siempre modestas proporciones, como la de los pescadores de Trapani a bordo de sus *liutelli*[170] o la que, en 1614, tal vez antes, organizó el gobierno español de Cerdeña en beneficio de los particulares.[171] La única presa importante, en el lado occidental del mar, eran los corsarios argelinos, pero sólo las grandes galeras de las escuadras podían atreverse con estas presas, especialmente temibles. Por su parte, hacia 1580, las barcas de pescadores no se atrevían a alejarse de Argel más allá de media legua, por miedo a las fragatas cristianas.[172]

Es en Oriente donde la piratería cristiana encuentra su coto de caza más fructífero. Enviaba a esas aguas sus galeras reforzadas, sus bergantines, sus galeones, sus fragatas,[173] sus veleros corsarios, aptos para surcar victoriosamente las agitadas aguas del mar, al final del invierno o en la primavera. La razón es siempre la misma, evidentemente: el Oriente es, para los corsarios, el mar de las más ricas presas, las del Archipiélago y, además, las que siguen la ruta de Rodas a Alejandría, la ruta de los peregrinos, de los cargamentos de especias, seda, madera, arroz, trigo y azúcar. Claro está que estos barcos navegaban bien defendidos; al comenzar cada primavera, los turcos mandan sus galeras a patrullar no tanto para defender sus costas como para vigilar sus mares.

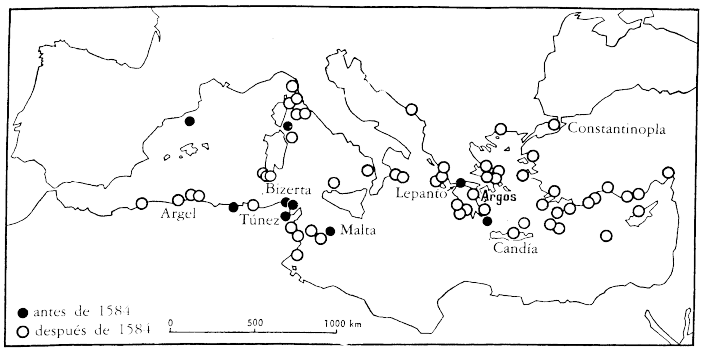


FIGURA 64. *El corso toscano*
Según G. G. Guarnueri, *op. cit.*, entre las páginas 336 y 337. El mapa indica los grandes éxitos de las galeras florentinas de la Orden de San Stefano, entre 1563 y 1688. Sin atribuir demasiada relevancia al dato, notemos, de pasada, que con anterioridad al año 1584, las acciones toscanas ocurren preferentemente en el oeste del mar. Después de esta fecha se generalizan en toda su extensión.

A mediados de siglo, sólo operan en aguas de Levante las galeras de Malta, algunas galeras toscanas y unos pocos veleros corsarios, como el galeón del genovés Cigala, puesto fuera de combate en 1561,[174] y algún que otro navío siciliano, como el galeón armado por el propio virrey en 1559, o el queche equipado el año anterior por el capitán Joseph Santo.[175] Dicho capitán, habiendo apresado en Alessio un navío turco que valía más de 15 000 ducados, viose obligado por el mal tiempo a recalar entre los venecianos, quienes no vacilaron en incautarse, a su vez, de su presa. En 1559, una galera toscana, la *Lupa*, y un queche de Andrea Doria se lanzaron igualmente a la aventura; tras de diversas peripecias, la primera acabó por caer extenuada en manos de los venecianos de Chipre,[176] y el segundo se dejó atrapar por la guardia de Rodas. Podemos imaginarnos fácilmente la indignación que en el Occidente provocaban estos medio-turcos de la señoría. Según el duque de Florencia, los venecianos no tenían derecho a impedir que un cristiano atacara a los infieles, si no entraba en sus puertos. "¿El mar no es, acaso, de todos?"[177] Los venecianos llevan los palos de las dos partes… Los turcos, por la suya, los acusan de no montar bien la guardia contra los *ponentini*[178] y de que sus represalias, a menudo anunciadas y hechas a veces efectivas, no amenazaban a todos los viajeros y a todos los cristianos que viajan y comercian pacíficamente por el Oriente.[179]

En estos mediados de siglo, los corsarios más audaces del oeste eran los Caballeros de Malta, conducidos por La Valette, hacia los años de 1554-1555, [180] y por Romegas hacia 1560. En 1561, el segundo capturó 300 esclavos en las bocas del Nilo y algunos buenos cargamentos;[181] en 1563 partió con dos galeras[182] y regresó al cabo Passaro[183] con más de 500 esclavos, negros y blancos, y con los cargamentos de ocho barcos saqueados por él y amontonados en dos navíos (los demás se habían ido a pique). Estas presas, añaden las cartas, "no pueden ser sino muy ricas, viniendo de Alejandría". En 1564, Romegas apoderóse del cargamento de tres corchapines que llevaban remos, estopa y municiones a Trípoli de Berbería, y apresó una nave turca de 1 300 salmas, que navegaba de Trípoli a Constantinopla, llevando a bordo 113 negros… La nave fue conducida a Siracusa y los corchapines llevados a Nápoles.[184]

Por estos años ocupan ya el segundo lugar en el negocio los toscanos, quienes poco después disputarán la primacía a los propios Caballeros de Malta. En 1562, Baccio Martelli[185] se aventura hasta Rodas, recorre el mar entre Siria y Berbería y se apodera de un barco lleno de turcos y moros etíopes, estos últimos cargados de presentes para el sultán: piedras preciosas,

una cruz de oro, estandartes conquistados a los cristianos y una ristra de narices cristianas cortadas en toda regla. En 1564,[186] los Caballeros de San Esteban hacen, con cuatro galeras, su primera salida *"in forma di religione"* y van hasta Levante, donde se apoderan de dos ricos navíos turcos.

Es evidente que este inventario de presas dista mucho de ser completo. Sin embargo, en esta época todavía no son saqueadas de un modo inmisericorde las costas de Levante. Un informe veneciano de comienzos de la primavera de 1564 señala la presencia de 12 galeras "ponentinas" en el Archipiélago.[187] Cifra nada desdeñable, es cierto; pero por los mismos años la piratería musulmana clava todos sus dientes en las riquezas occidentales con veintenas y treintenas de fustas y de queches. No guardan, pues, proporción, en esta época, los estragos de los unos y las fechorías de los otros.

Piratería cristiana en Levante

Levante, por el contrario, desde 1574, se abre de par en par a la piratería ponentina. Los Caballeros de Malta abandonan prácticamente las vecinas costas de Berbería para dedicarse de manera exclusiva a incursiones hacia el Oriente. El aumento es visible en lo que se refiere a las galeras toscanas. No es que sean más numerosas, pues siguen operando en bandas de cuatro o cinco. Pero son embarcaciones rápidas y poderosas. En 1574[188] hacían el viaje de ida y vuelta hasta Rodas y Chipre en 29 días solamente (un 7 de agosto zarpaban de Mesina y un 5 de septiembre arribaban a Catania). Lo que no les impedía hacer bruscas incursiones hacia el oeste. De vez en cuando algún galeón del gran duque probaba también suerte en el mar.[189] El pintoresco libro de Guarnieri,[190] que exalta estas salvajes hazañas, no dice todo lo que habría que decir de esta historia activa, dinámica, a cada instante reveladora del tráfico del mar oriental turco, lleno de *gerbe*, de *caramusali*, de *passa cavalli*, de barcas, de bergantines y de grandes naves ponentinas. Los informes sobre los corsarios que obran en los archivos de Florencia, documentos de gran precisión, están llenos de detalles vivos. Vemos, una vez más, al veneciano con sus galeras lanzarse entre Cerigo y Cerigetto como un perro mastín; vemos las galeras con su cruz roja virar de borda hacia Italia y perderse hacia la noche protectora.[191] En una palabra, se trata de viajes directos, sin historia. Con buen viento se iba aprisa y de pronto se divisaba la tierra: un cabo, mil fuegos que iluminaban la noche, o bien las velas, signo frecuente de que la tierra estaba próxima. O los lentos viajes a lo largo de las costas, de aguada en aguada, entre las abras o cerca de la arena de las costas

desoladas. Hasta las mismas presas se describen rápidamente, como se describe un trabajo rutinario, sin la menor sensiblería: un caramuzal, tantos cañonazos de la capitana para destrozarle las vergas o para desmantelarlo, tantos muertos de un lado, tantos del otro… Después, el recuento de lo que se encontró a bordo: griegos, turcos, pescado seco, especias, sacos de arroz, tapices… Y se pasaba, sin perder tiempo, al siguiente punto. En dos palabras se nos explica la astucia clásica: si se osa entrar al Archipiélago *"alla turchesca, costeggiando la terra firme"*,[192] suele tomarse sin combate a quienes se presentan para embarcarse, creyendo que se trata de las galeras del gran turco. Y nos enteramos también de las prácticas habituales del oficio: hundir los navíos inútiles después de haber sacado de ellos lo esencial; torturar al capitán genovés de alguna nave veneciana, colgándole con una piedra pesada de los pies, hasta que confiesa llevar a bordo "géneros" judíos o turcos; en seguida convenir en una indemnización,[193] por ejemplo, de unos 1 000 escudos, pagaderos en fardos de seda de 150 libras, calculados a razón de un escudo la libra; o bien, cuando ello es posible, armar el navío cargado de arroz o de trigo que se acaba de capturar, y, después de dotarlo de una tripulación griega, lanzarlo hacia Sicilia, pidiendo a Dios y a todos los santos que llegue a buen puerto… En un barco turco ya vaciado se embarca a los griegos del navío anterior echado a pique; y si acaso se encontraba algún pope que protestaba demasiado, se le conducía a Malta sin más ceremonias.[194]

Para conocer toda la historia de estos viajes violentos, habría que descubrir en los archivos no sólo los informes relativos a sus batallas y a sus presas, sino calcular el deber y el haber de estas peculiares empresas comerciales, estudiar los mercados no menos especiales creados por la piratería, especialmente el de los hombres que se compraban y vendían; especialidad de Malta, de Mesina y de Liorna. Una lista de los cautivos decididos a pagar rescate (se indica el lugar de nacimiento y conduce al lector de Fez a Persia y al mar Negro),[195] una relación de forzados, con sus edades y lugares de origen, bastan para calcular los beneficios de los piratas de San Esteban y de su hábil maestre. Este provecho se adivina también, a través de las innumerables cartas que escribían al gran duque las casas rivales de Trípoli o de Argel.[196] En ellas se le pide que libere a alguien a cambio de quien él quiera; o que escuche las recomendaciones que, en forma respetuosa, dirigía la esposa de Arnaut Mami a la gran duquesa en persona. Y se le suplica que, en todo caso, se digne aceptar el caballo que se le envía como presente…

También estos datos hacen pensar en que la rueda había girado. En 1599, cinco galeras, con la cruz roja en la gavia, se apoderan de la ciudad de Quíos y la conservan por un instante.[197] En 1608 la flota de San Esteban apresa cerca de Rodas todos los barcos turcos cargados de peregrinos que se dirigen a La Meca.[198] En Constantinopla, hasta las propias represalias que se planean son represalias propias de personas débiles… En 1609 se habla en el diván de prohibir las peregrinaciones a Jerusalén, en la esperanza de que el mundo cristiano se indigne contra el saqueo de los toscanos.[199] Definitivamente, los tiempos habían cambiado, y toscanos y malteses, estos invasores del Archipiélago, como les llama un documento de 1591,[200] no eran los únicos que lo comprendían. También forzaban su entrada al Levante los corsarios sicilianos, napolitanos y hasta los berberiscos,[201] sin hablar de los temibles diminutos enemigos que eran los levantinos, quienes no pocas veces se ponían de acuerdo con la gente de guardia para esquilmar lo poco que aún podía esquilmarse en aquel miserable Archipiélago. Los napolitanos (salvo el periodo comprendido entre 1575 y 1578) apenas aparecen en número considerable hasta fines de siglo,[202] si damos crédito a los informes procedentes de Venecia. Hasta entonces, los virreyes permiten a los navíos armarse para el corso por su cuenta o por cuenta de particulares. No es extraño encontrar entre estos corsarios a un Alonso de Contreras, cuyos relatos sobre las fechorías cometidas en las islas son particularmente crudos, y a dos capitanes provenzales a quienes en París se atribuían negros proyectos.[203]

Por el contrario, en Sicilia empezó a operar, desde antes de 1574, todo un enjambre de corsarios, cuyo campo eran las aguas de Levante. Algunos llegaron a ser célebres, como Filipo Corona, Giovanni di Orta, Jacopo Calvo, Giulio Battista Corvaja y Pietro Corvaja, que merodeaban en Lepanto con algunos más, y especialmente el asombroso Césare Rizzo, especialista en reconocimientos en el Levante; de la gran batalla en la cual tomó parte con su *fregatina* ligera, empenachada de velas, sacó como trofeo para la capilla de Santa María de la Gracia, en la parroquia de San Nicolo Kalsa en Mesina, una campana que los turcos, el año precedente, "*haviano priso a l'isola di Cipro*".[204] Y muchos más; por ejemplo, aquel Pedro Lanza, griego de Corfú, cazador de fragatas y de queches, de navíos y de súbditos venecianos, a quien Ribera, gobernador de Bari y de Otranto, tomó a su servicio en 1576-1577.[205] O Felipe Cañadas, famoso corsario, que en 1588 mandaba uno de los queches corsarios de Pedro de Leyva, general de las galeras de Sicilia,[206] quien también saqueaba navíos venecianos.

Porque todo el mundo de los corsarios, a finales del siglo XVI, pedía cuentas a la ciudad de San Marcos y procuraba vivir a sus expensas. En vano las galeras venecianas ejercían vigilancia; había muchos medios de sacar algo a la señoría, entre otros, imponer tributos a sus mercaderes de Tarento. Nadie escuchaba las reclamaciones diplomáticas en Florencia y en Madrid. Es cierto que Venecia obtuvo de Felipe II prohibiciones contra el corso en Nápoles y en Sicilia; en Nápoles, la orden más o menos se obedeció, pero en Sicilia, los particulares y hasta el mismo virrey continuaron sus lucrativos tráficos. Por otra parte, la prohibición de Felipe II[207] (dada en 1578) se interpretó menos en relación con los venecianos que con respecto a los turcos, con quienes se entablaron conversaciones. Los venecianos podían decir y repetir que, al capturarse en sus naves los "géneros de judíos y de turcos", se comprometía su comercio y, de rechazo, el de los españoles, con quienes estaban en relaciones, y que, de este modo, se molestaba a judíos pobres "sin estado", que, no por haber sido echados de España, dejaban de considerarse súbditos del Rey Católico, y a modestos y pacíficos mercaderes turcos.[208] En Madrid se veía siempre con buenos ojos cualquier contratiempo que sobreviniese a la señoría, a quien se consideraba poco amiga y a quien se juzgaba abusivamente enriquecida por una paz que había conservado siempre a toda costa. En Levante, también los turcos sorprendían los navíos de Venecia, a tal punto que este complejo crecimiento de la piratería mereció seria consideración no sólo en Venecia, sino en Ragusa (las naves ragusinas también estaban libres del derecho de visita). Es esencial preguntarse si el victorioso corso ponentino no sería, en parte al menos, la razón de ser del doble repliegue de Ragusa y de Venecia a las rutas seguras del Adriático, lejos de los mares y de las islas "trabajadas" y "famélicas" por la insolencia de los *vasselli christiani*.[209] En todo caso, las tasas de seguros de Venecia son muy elocuentes: para el viaje a Siria subieron en 1611 a 20%, y a 25% en 1612.[210]

La primera y prodigiosa fortuna de Argel

Al otro lado del mar, el corso musulmán no era menos próspero, y así se mantuvo durante mucho tiempo. Sus centros de operaciones eran también muy numerosos; pero su expansión se resume por completo en el prodigioso auge de Argel.

De 1560 a 1570, todo el Mediterráneo occidental estaba infestotado de piratas berberiscos y, sobre do, argelinos; algunos se aventuraban hasta el

Adriático y las costas de Candía. La característica de estos años es, quizá, que los ataques se llevaban a cabo por muchas unidades, formando verdaderas escuadras. En julio de 1559, 14 navíos de corsarios se avistaron cerca de Niebla, en Andalucía;[211] dos años después, otros 14 barcos (galeras y queches) merodeaban cerca de San Pedro, en la región de Sevilla.[212] En agosto, Nicot señala "17 galeras turcas" en el Algarbe portugués.[213] En el mismo momento, Dragut operaba en Sicilia y frente a Nápoles y en un solo golpe de audacia se apoderó de ocho galeras sicilianas.[214] A mediados del verano, bloqueó Nápoles con 35 veleros.[215] Dos años más tarde, en septiembre de 1563 (es decir, después de la cosecha), rondaba alrededor de Sicilia, habiendo llegado dos veces a San Juan, cerca de Mesina, con 28 barcos.[216] En mayo de 1563 se avistaron 12 navíos —entre ellos cuatro galeras— a la altura de Gaeta;[217] en agosto, nueve navíos de Argel aparecieron entre Génova y Savona;[218] en septiembre, otros 13 se aproximaron hasta las costas de Córcega.[219] A principios de septiembre, 32 merodeaban en la costa de Calabria,[220] sin duda los mismos que se calcularon en una treintena cuando llegaron frente a Nápoles, al abrigo de la isla de Ponza.[221] En el mismo mes de septiembre, ocho pasaron frente a Puzzoles rumbo a Gaeta,[222] a pesar de que 25 velas surgieron en el mismo momento *"sopra Santo Angelo in Ischia"*.[223] En mayo de 1564, toda una escuadra de 42 velas surgió ante la isla de Elba[224] (una carta francesa dice que eran 45).[225] Otras 40 velas acechaban las galeras de Italia en la costa de Languedoc, según señala Fourquevaux, en abril de 1569.[226] Un mes después, 25 corsarios desfilaron frente al litoral siciliano, al que apenas causaron daño: tan furiosamente se dedicaban a perseguir toda clase de barcos.[227]

Los corsarios asestaban tales golpes de sorpresa, que una vez se apoderaron de ocho galeras, y otra vez, frente a Málaga, de 28 navíos vizcaínos (junio de 1566).[228] En una sola estación apresaron 50 navíos en el estrecho de Gibraltar y en las costas oceánicas de Andalucía y del Algarbe;[229] una sola incursión por tierras de Granada les produjo un botín de 4 000 cautivos.[230] Según decían los cristianos, la audacia de los corsarios, en estos años, no tenía límites.[231] Antes operaban de noche; ahora lo hacían a pleno día. Hasta los Percheles, el famoso barrio de gente maleante de Málaga, llegaban a hacer presas.[232] Las Cortes de Castilla, en 1560, hacían notar la desolación y el abandono de las costas de la Península.[233] En 1573, estando en Valencia Felipe II, "no se habla [escribía Saint-Sulpice][234] más que de

torneos, juegos de sortijas, bailes y otros honestos ejercicios, a pesar de que los moros no pierden el tiempo y osan apoderarse de barcos hasta a una legua de esta ciudad, y destrozan todo lo que pueden".

Que Valencia se encuentre amenazada, que Nápoles se vea bloqueado (en julio de 1561, 500 hombres no pueden pasar de Nápoles a Salerno, debido a los corsarios),[235] que Sicilia y las Baleares se encuentren cercadas, son todas circunstancias que pueden explicarse desde un ángulo geográfico, dada la proximidad al África del Norte de todas estas regiones meridionales. Pero sucede que los corsarios también llegan a las costas del Languedoc, de Provenza y de la Liguria, regiones, todas ellas, bastante tranquilas hasta entonces. Cerca de Villafranca, el duque de Saboya estuvo a pique de caer en sus manos en junio de 1560.[236] En ese mismo mes de junio de 1560 no había trigo ni vino en Génova y los precios subieron; los barcos que llevaban trigo de Provenza o de Córcega no osaron hacerse a la mar por temor a 23 navíos de corsarios que allí rondaban.[237] Desgraciadamente, no era éste un caso excepcional. En cada estación propicia era saqueado el territorio genovés. En agosto de 1563 les llegó el turno a Celle y Arbisola, en las costas del Poniente. La República escribió a Sauli, su embajador en España, que todo "eso viene de que en esos mares no hay una sola galera ni un solo esquife cristiano a flote".[238] Resultado: Nadie se atrevía ya a navegar. En mayo del año siguiente, un aviso de Marsella que Felipe II anotó de propia mano,[239] dice que habían salido en corso 50 navíos de Argel, 30 de Trípoli, 16 de Bona y cuatro de Vélez (el peñón que cerraba este puerto no cae en manos de los españoles hasta en septiembre de 1564). Si tomamos esta información al pie de la letra, sumaban cien los navíos que operaban en el mar, entre galeras, queches y fustas. Los mismos informadores añaden: "los pobres cristianos llueven sobre Argel"…

La segunda y siempre prodigiosa época de esplendor de Argel

Entre 1580 y 1620 Argel disfruta de un segundo periodo de esplendor, tan espectacular como el primero y de mayor amplitud. La capital corsaria se beneficia, a la vez, de la concentración de la piratería y de una revolución técnica de importancia decisiva.

Del mismo modo que había hecho a mediados de siglo, el corso reemplaza las grandes escuadras. Las islas meridionales se ven cercadas durante semanas e incluso meses. "Los corsarios hazen grandes daños en esta isla, en muchas partes de la qual faltan las torres", escribía Marcantonio

Colonna, virrey de Sicilia, en junio de 1578.[240] En 1579, a la altura de Capri, las fustas berberiscas se apoderan de dos galeras de la escuadra de Sicilia; pero tampoco esto sirvió para que las galeras de Nápoles reaccionaran. Una vez más, se encontraban en el puerto, desarmadas, sin soldados y con sus tripulaciones ocupadas en desembarcar las mercancías de los navíos mercantes o en alguna otra labor igualmente pacífica.[241] En 1582, el virrey de Sicilia parecía muy pesimista: "el mar hierve de piratas".[242] La situación se va agravando con el paso de los años. Y, detalle muy significativo por sí mismo: el corso se ceba en las costas de la parte norte del mar. Ni la lejana Cataluña (víctima de múltiples pillajes), ni Provenza, ni Marsella, se encontraban fuera de su alcance. El 11 de febrero de 1584 se discutió en el Consejo[243] la compra de cautivos marselleses en Argel. El 17 de marzo de 1585, el Consejo[244] decidió "recomendar que se emplearan los medios más expeditos para hacer que cesaran los daños que causaban los corsarios de Berbería en la costa de Provenza". Los años pasan y el remedio no llega. Durante el invierno de 1590 se acordó enviar un delegado para que tratara con el rey de Argel la compra de cautivos.[245] En Venecia —cuyo alejamiento la colocaba, en principio, al abrigo—, los procuradores *"sopra i capitoli"* eligieron el 3 de junio de 1588 un cónsul para Argel, con la misión de ocuparse particularmente de los esclavos venecianos.[246]

Los corsarios andaban por todas partes durante esos terribles años. Había que luchar contra ellos en el estrecho de Gibraltar, donde siempre hacía falta una limpia; había que combatir contra ellos casi diariamente en las costas de Cataluña[247] y en las costas romanas; hacia 1617 robaron a la vez, verdaderamente a sangre y fuego, las almadrabas de Andalucía y las de la isla de Cerdeña.[248] Pero ya desde 1579 Haedo exclamaba: "sesenta y dos eclesiásticos cautivos al mismo tiempo en Argel, cosa jamás vista en Barbaria…".[249] Pero la cosa se vería muchas veces hasta hacerse familiar, en los años venideros.

Abundan las explicaciones en lo concerniente a esta segunda prosperidad de Argel: es, ante todo, consecuencia natural de la prosperidad general del Mediterráneo. Como ya dijimos, no hay corsarios donde no hay naves mercantes. Uno de los temas recurrentes del libro de Godfrey Fisher es sobre el cual el Mediterráneo continuó gozando de prosperidad comercial en todo su ámbito, y pese a los factores en contra, hasta por lo menos el año 1648.[250] Uno se siente inclinado a llegar a la siguiente conclusión: que el corso no ha producido los efectos desastrosos que afirman o sugieren los múltiples testimonios y las incontables quejas, puesto que la prosperidad continúa pese

la presencia cada vez mayor de los corsarios y sus actividades hostiles. Y es que entre corso y actividad económica existe una conexión muy íntima, y cuando ésta crece, aquél se multiplica. En suma: el corso es una forma violenta de cambio de mercancías en todo el espacio mediterráneo. Otra explicación:[251] la evidente atonía, ahora acentuada, de los grandes Estados. El turco se desentiende de los mares de Levante, y el español, de los del Poniente. La expedición de Gian Andrea Doria contra Argel, en 1601,[252] es sólo un simple gesto. Por último, y en particular, el dinamismo que manifiesta Argel es el propio de una ciudad nueva, en rápido crecimiento. Es, junto con Liorna, Esmirna y Marsella, una de las jóvenes potencias marinas. Y toda la vida argelina depende, no hará falta decirlo, del volumen y éxito de su actividad de corso, desde la pitanza del más pobre arriero de la ciudad[253] o la limpieza de las calles, de la que cuidan múltiples esclavos, hasta todos esos edificios que se construyen, las lujosas mezquitas, las villas de los ricos y los acueductos, obra, por lo que parece, de los refugiados andaluces. Con todo, el nivel de vida es, por lo general, modesto. No todos los jenízaros hicieron fortuna en el comercio, pese a dedicarse seriamente a ello. El corso, la industria más importante, constituía la fuerza cohesiva de la ciudad, creando una notable unanimidad tanto en la defensa como en la explotación del mar, la tierra firme o las masas de esclavos. Reina el orden, amparado en una justicia estricta que instaura y garantiza lo que era en realidad un ejército acampado en los cuarteles urbanos. Estoy seguro de que Haedo no ha podido olvidar en su vida el sonar del calzado claveteado de los jenízaros en las calles de Argel… Resulta también evidente que la actividad del corso estimula los otros sectores, vivificándolos y organizándolos, haciendo confluir en Argel víveres y mercancías. La tranquilidad será la norma no sólo en la blanca ciudad, sino más allá, hasta las montañas y mesetas lejanas. La ciudad conoce un rápido y anormal crecimiento que acaba por producir cambios internos y externos en su edificio social. Argel era en 1516-1538 una ciudad berberisca y andaluza, una ciudad de griegos renegados y turcos, mezclados todos a la buena de Dios. Éste es el periodo que asiste al esplendor de los Barbarroja. De 1560 a 1597, la Argel de Euldj Alí es cada vez más italiana. Después de 1580-1590 y hacia 1600 llega la gente del norte, ingleses, y gente de los Países Bajos; uno de ellos fue Simón Danser[254](el *Dansa* de los documentos italianos y franceses), es decir, *der Tantzer*, el bailarín —su verdadero nombre era Simón Simonsen, y había nacido en Dordrecht—. El cónsul inglés en Argel lo ve llegar, en 1609, a bordo de un navío francés de grueso tonelaje *(of great force)*, fabricado en Lubeck y con una tripulación

mixta compuesta por turcos, ingleses y holandeses; el barco tiene en su activo, ese año, una treintena de presos.[255] Los azares de su vida, su vuelta a la cristiandad, a Marsella, donde tiene mujer e hijos; su entrada al servicio de esta ciudad, su captura, y finalmente, años más tarde, su *probable* ejecución en Túnez por orden del rey, en febrero de 1616, son todos particulares que conocemos muy mal,[256] y que requerirían no pocas hipótesis, discusiones e investigaciones. Pero los rubios invasores no se presentaron con las manos vacías. Traen cargamentos de velas, madera, resina (pez), pólvora, cañones y lo mejor de todo: sus veleros, esos mismos veleros que vuelan por el océano y que desde hace mucho ponen en ridículo las enormes carracas y galeones de los ibéricos. También por aquellas mismas fechas, Liorna les daba la bienvenida. Pero Argel sabrá aprovecharlos mejor. Los veleros reemplazan las delicadas galeras y galeotas tradicionales, de cascos ligeros y delgados, sobrecargadas no de cañones, bagajes y pesos muertos, sino de esclavos galeotos, que soportaban los más tremendos sufrimientos cuando había que remar contra un mar embravecido para conservar la ventaja de la velocidad ante las pesadas galeras de los cristianos. Estas chusmas imbatibles habían sido el elemento decisivo de los *reis* argelinos. Pero ahora Argel adopta el velero ligero, capaz también de velocidad, y que parece hecho para la sorpresa.

En 1580 la flota argelina ascendía quizá a 35 galeras, 25 fragatas y un número indeterminado de goletas y barcas. Hacia 1618 cuenta, probablemente, con un centenar de veleros, el más pequeño de los cuales tiene de 18 a 20 bocas de fuego. En 1623 (y las cifras que damos a continuación, debidas a sir Thomas Roe, representante comercial inglés en el Cuerno de Oro, son bastante dignas de confianza) cuenta con 75 veleros y varios cientos de embarcaciones pequeñas. A partir de aquel momento, el corso berberisco se concentra casi exclusivamente en Argel; Trípoli, la temible Trípoli (en la Italia de 1580 se le decía a quien se embarcaba: ¡Que Dios te proteja de las galeras tripolitanas!), no posee en 1612 más que un par de veleros, y Túnez, siete en 1625.[257] Y la situación de los puertos del oeste debía ser muy semejante, pues en 1610 y en 1614 los españoles se han apoderado de Larache y la Marmora sin hacer un solo disparo.[258] Sea como fuere, lo cierto es que muy pronto Argel rebosó de riquezas. Un cautivo portugués[259] nos dice que, entre 1621 y 1627, hay en Argel unos 20 000 cautivos, de los cuales por lo menos la mitad era gente de “lo mejor de la cristiandad”, portugueses, flamencos, escoceses, ingleses, daneses, irlandeses, húngaros, eslavos, españoles, franceses e italianos; los restantes eran herejes o

idólatras, sirios, egipcios, japoneses y chinos, gente de la Nueva España, etíopes… Y cada nación suministraba, como era natural, su buen puñado de renegados. Aun considerando este tratamiento como bastante impreciso, parece claro que el vestido del Arlequín argelino ha multiplicado sus colores. Los corsarios argelinos iban y venían por todo el mar, y su ciudad se ha desarrollado hasta el punto de ser capaz de controlar todas las aguas del Mediterráneo. Piratas argelinos saquean Alejandreta (Iskenderun) en 1624 y capturan dos barcos, uno francés y el otro holandés.[260] Y lo que es más, cruzan el estrecho de Gibraltar y saquean Madera en 1617, e Islandia en 1627; tocan Inglaterra (como ya dijimos antes) en 1631,[261] y se convierten (particularmente de 1639 a 1640) en piratas del Atlántico.[262] El corso musulmán se ha desposado con la piratería atlántica. Y según nos informan ciertas fuentes, es nada menos que Simón Danser, alias Simón Rais, quien enseña a los marinos argelinos, quizá ya desde 1601, a escurrirse al otro lado del difícil estrecho de Gibraltar.[263]

¿A qué conclusiones podemos llegar? [II-312]

Este expediente del corso argelino, bastante incompleto, no puede llevar a conclusiones evidentes por sí mismas. Por mi parte, me inclino a inscribir esta actividad argelina en la cuenta de la situación económica general del Mediterráneo, muy lejos todavía de ser catastrófica. El libro iluminador que Godefrey Fisher ha escrito sobre los corsarios no contradice mi punto de vista, sino todo lo contrario. Pero complica el problema, y no sin justificación. Fisher considera que se ha exagerado demasiado el papel nocivo y hasta malvado que, respecto a Occidente, ha representado el corso musulmán en general y la actividad argelina en particular. En realidad, los adversarios de la cristiandad se han comportado con tan buena fe como lo pudieron hacer sus defensores y servidores. No hay *juez* imparcial capaz de negar esto. Pero la historia tiene la costumbre de no aceptar jueces imparciales. Otro punto digno de consideración, siempre según mi colega inglés, es que la actividad corsaria mediterránea ha sido sobreestimada. Hemos escuchado demasiadas quejas y razonamientos de los ribereños del mar cristiano, y eso ha llevado a los historiadores a sacar conclusiones que me parecen precipitadas.

El corso no fue un azote de Dios que se abatió sobre las prosperidades del mar. En apoyo de sus conclusiones, Fisher considera importante revisar las cifras de que disponemos. Y los cien veleros de Argel le parecen demasiados veleros. Ignoramos, en realidad, la cifra exacta, y más aún, las variaciones que

experimenta con los años. Pero no hay duda que estos veleros eran de pequeño tonelaje y que sacrificaban bocas de fuego en beneficio de la velocidad.[264] No pasan de ser, muchas veces, más que simples merodeadores, ladrones de unos cuantos barriles de pescado de Terranova o de cualquier otro lugar. Cuando aparecen en la costa inglesa, en 1631, llaman la atención más por ser una *novelty* (novedad) que por el peligro real que representan.[265] Las heridas que aquí puedan infligir no pasarán de ser, lo mismo que en otras partes, diminutos alfilerazos.

¿Podemos aceptar esta interpretación? Sí y no. Sí, porque, en el pasado, habíamos resuelto este problema muy precipitadamente y de forma unilateral; sí, porque Argel fue un fenómeno mundial, internacional, y no simplemente islámico o norafricano. No, porque otros testimonios, diversos de los que emplea Fisher, nos hacen ver la perspectiva desde otros ángulos. Trabajos concienzudos, como el de Alberto Tenenti,[266] nos remiten, de nuevo, a la vieja imagen de un corso múltiple, asestando serios golpes. El estudio que nos ofrece de los barcos que entran o salen de Venecia entre 1592 y 1609 no puede valer a escala del Mediterráneo por la simple razón de que no lo cubre. Pero, puesto que Venecia goza del desagradable privilegio de ser el blanco de todos los corsos, el *test* trasciende lo estrictamente local. Respecto a esos 250 o 350 navíos capturados durante este breve espacio de tiempo y localizables sobre un mapa, conocemos en 90 casos, con relativa precisión, la identidad del agresor. A los corsarios musulmanes les corresponden 44 capturas; a los nórdicos (ingleses y holandeses), 24, y a los españoles, 22. Podemos decir, pues, que, en líneas generales, hay equilibrio entre número de golpes musulmanes y cristianos. Añádanse 360 naufragios a estas 250 o 300 capturas: los hombres resultan casi tan nocivos como los elementos…[267] Si aceptamos por un instante, aun sin creerlo, que el tráfico comercial veneciano constituye aproximadamente la décima parte del que se mueve por el Mediterráneo, habrá que anotar en ese periodo que va de 1598 a 1609 unas 2 500 o 3 000 capturas a cuenta del corso, es decir, una media de 138 a 166 capturas anuales (sin incluir los hombres, las mercancías y los bienes saqueados en las orillas). Cifras modestas. Ev"os, sin embargo, fiarnos demasiado de la modicidad de estas cifras inciertas.[268] Desconfiemos también de la pretendida modestia del equipo de las naves de la flota corsaria, pues, en realidad, se encuentra capacitada para anular toda resistencia que se les pueda presentar en un mar donde abundan especialmente los barcos pequeños y en el que está muy mal organizado el servicio de policía. Además, el cañón no es elemento sustantivo del corso: en mucho mayor grado lo son el

abordaje, el arma blanca y el arcabuz. Si juzgásemos las barcas de los uscoques por su armamento, nunca podríamos imaginarnos lo peligrosas que podían llegar a ser. ¡Y vaya si lo fueron!

Incuestionablemente, el punto esencial lo constituye la correlación positiva entre corso y vida mediterránea. He dicho positiva, y lo repito: todo prospera y todo se hunde a la par. Cuando el corso incide apenas sobre la vida pacífica de los cambios, es porque el botín que se le ofrece es a todas vistas insuficiente, y, en consecuencia, corresponde a un momento de decadencia general del comercio. Para establecer lo que acabamos de afirmar se requerirían cifras que, en estos momentos nos faltan todavía. No tenemos una idea precisa del número global de navíos de corso, ni del volumen de las mercancías capturadas o de la cantidad de cautivos, pero la evidencia *invita a pensar* que las cifras crecieron cada vez más.

Rescate de cautivos

Por todas partes, en la cristiandad, se crearon instituciones dedicadas al rescate de los prisioneros: los ricos, como bien sabemos, concertaban las condiciones de sus propios rescates. En 1581, el papado dará ejemplo. Gregorio XIII crea la *Opera pia della Redenzione de'Schiavi* y la vincula con la antigua y activa *Arciconfraternità del Gonfalone* de Roma. En 1583 se negocian los primeros rescates, y la primera misión llega a Argel en febrero de 1584.[269] En 1596 se funda, en Sicilia, la *Arciconfraternità della Redenzione dei Cattivi*, que tuvo su sede en la iglesia de Santa María Nuova de Palermo. Era la reanudación de las antiguas instituciones que habían funcionado en el siglo XVI.[270] El 29 de octubre de 1597[271] se constituyó en Génova el activo *Magistrato del Riscatto degli Schiavi*, que también era una reproducción de un organismo que databa de 1403, el *Magistratto di Misericordia*. Hacían falta tribunales, administraciones, para esos prisioneros sepultados bajo una especie de muerte civil provisional, que regresaban —cuando regresaban— en situaciones inverosímiles, que era necesario resolver. Desaparecidos por largo tiempo o renegados dejaban en suspenso tantos asuntos, que las familias debían intervenir, incoando procesos por desaparición, a pesar de que el "ministerio de los cautivos" intervenía por su parte para salvaguardar los derechos o los bienes de los ausentes. No hay mejor fuente documental que la larga serie de papeles genoveses, para quien quiera precisar la realidad viva y humana de la historia de estas cautividades, llena, además, de interés literario.

Salvar a los prisioneros estaba bien, pero ante todo había que salvar sus almas. Las órdenes religiosas se ocupaban con pasión de esta gran tarea. Había que deslizarse hasta Berbería, bajo el pretexto plausible de comprar cautivos, y, por tanto, entenderse con las organizaciones de caridad; obtener un pasaje y, en Roma, España, Génova o en otra parte, obtener también las limosnas justificativas. Podemos formarnos una idea de estas difíciles negociaciones, leyendo la carta del capuchino fray Ambrosio da Soncino fechada en Marsella el 7 de diciembre de 1600 y dirigida al *Magistrato del Riscatto* de Génova. Habíanse dividido esta campaña espiritual los capuchinos —a quienes tocaba Tetuán— y los carmelitas —que trabajaban en Argel—; pero las negociaciones para conseguir el viaje eran interminables y "el tiempo apremiaba para la salud de las almas, pues eso, y solamente eso, es lo que se busca".[272]

Con estas compras y estos intercambios de hombres y de mercancías se consolidó y se regularizó una nueva geografía de mercados y circuitos comerciales. Se multiplicaron los viajes de los redentores, que llevaban en sus barcos numerarios o mercaderías, todo debidamente asegurado.[273] En Argel, después de 1579, todo se registraba en el consulado de Francia, e igual ocurría en Túnez a partir de 1574. En Tabarca,[274] funcionaba hacia 1600 otro centro activo de rescates enfocado hacia Túnez y Bizerta. Se efectuaban grandes ceremonias al regreso de los liberados, con desfiles y acciones de gracias. En 1559 desfila por las calles de Lisboa[275] un convoy de cautivos liberados llevando en el extremo de un palo el pequeño pan moreno que era el único alimento de los "baños". Cualquiera puede darse cuenta de la cantidad de contactos y de lazos que creaban los cautiverios, los viajes y las liberaciones. La reciprocidad del corso conducía a situaciones bastante embrolladas. Un documento del consulado francés de Túnez[276] revela que un sacerdote sardo era esclavo de la mujer de Mami Arnaut, quien, a su vez, era esclavo del Rey Católico. Estos embrollos facilitaban los intercambios, o cuando menos, hacían que fuesen más rápidos.

Por otra parte, y en vista de la superpoblación de los "baños", se multiplicaban las evasiones. Ya hemos visto las hazañas de la fragata de Felipe Romano, el valenciano "pasador" que se llevaba a los cautivos de Argel. Los cautivos organizaban por sí mismos sus fugas, y sus evasiones en grupo eran cosa corriente.[277] Un día caían sobre una fusta, otro sobre una galera, y se lanzaban a la aventura. Estos detalles son simpáticos en la vida de esos desgraciados. La facilidad de huir procedía, en gran parte, del creciente número de esa gente híbrida, medio musulmana, medio cristiana, que vivía en

la frontera entre los dos mundos, en una alianza fraternal que hubiera sido más estrecha aún si los Estados no se hubiesen encontrado allí para mantener cierta decencia. Fraternización entre los renegados (no era la más hermosa, pero, indudablemente, sí la más amplia); fraternización en el comercio, en el tráfico de rescatados y de mercaderías. Era ésta la especialidad de los renegados italianos en Constantinopla, y de los marinos del cabo Corso en Argel, donde estaban familiarizados con los *rais* y con la vida del "baño", coraleros de ocasión, transportadores de cera, de lana y de cueros. En Túnez, estas operaciones constituían casi un monopolio de los cónsules franceses, a quienes se acusaba de que podían hacer salir a quien querían y de que, a veces —por dinero, naturalmente—, se las componían de modo que algún cautivo no retornara.[278] Y en todas partes actúan los judíos como intermediarios.

Todas estas operaciones eran fructuosas. Traficar en Argel es asegurar un beneficio de 30%, dice un mercader genovés. Debemos recordar, una vez más, que en España estaba prohibido llevar a Argel ciertas mercancías y también comprar mercancías robadas[279]y, desde luego, tampoco se permitía comprar mercancías a los corsarios. Pero éstos encontraban tan fácilmente compradores, que comerciaban con Italia y Liorna. En el siglo XVII, las relaciones de que hemos hablado aún existían… La captura de una nave portuguesa, en 1621, dejó en manos de los *rais* argelinos un lote de diamantes "con el que se enriqueció toda Italia", informa el narrador.[280] Los turcos, que conocían poco de piedras preciosas, las vendieron muy baratas. Pero sólo nos es dado contemplar breves destellos de estas realidades de todos los días, precisamente las menos ruidosas. Tanto como Argel, o quizá en mayor grado, Túnez es el punto de cita del comercio clandestino; es una especie de Shangai *avant la lettre*, ha dicho de ella un historiador siciliano,[281] y seguramente tiene razón.

Una guerra sustituye a otra

Tomemos pues en cuenta que cuando se dice: la guerra en el Mediterráneo terminó en 1574, es preciso saber de qué guerra se trata. La guerra grande, con todas las de la ley, sostenida con muchos recursos por la expansión autoritaria de los vastos Estados, sí; pero no por ello reinó la paz en estos parajes. Entonces se lanzaron a la aventura las fuerzas vivas, los hombres que ya no podían vivir de las actividades de las armadas, de los beneficios y de los salarios que se habían vuelto insuficientes (el hecho no escapó a un veneciano perspicaz, el capitán del golfo Filippo Pasqualigo, en

1588). Los marinos de las galeras —y a veces las propias galeras, que escapaban de las flotas—, los soldados o los que normalmente lo habían sido, los aventureros en mayor o menor escala, todos entraron a formar parte de la guerra en pequeño, terrestre o marítima.

Una forma de guerra viene a reemplazar a otra. La guerra oficial, compleja, moderna y costosa, llega ahora al norte de Europa y al Atlántico, y el Mediterráneo pasa de pronto a ser campo de formas de guerra secundarias y degradadas. Como mejor pueden, sus sociedades, economías y civilizaciones se van adaptando a la guerra de guerrillas, por tierra, y a la de barcos de corso, por mar. Y esta guerra va a absorber buena parte de sus fuerzas, arrepentimientos, malas conciencias, venganzas y represalias. El bandolerismo consume también, sin permitir su llegada a la superficie, las energías de una guerra social que no llega a estallar. La piratería quema las energías que en otros tiempos habrían cristalizado en una Cruzada (o una Yihad): ni una ni otra interesan ya a nadie, salvo a los locos y a los santos.

Con la vuelta a periodos de paz general (1598, 1604, 1609) la guerra regular se extingue a la par en el norte de África y en el Atlántico, y orienta hacia el Mediterráneo sus amenazas, proyectos y sueños… ¿estallará de nuevo?

No; y a este respecto la abortada guerra del duque de Osuna y de España contra Venecia (1618-1619) tiene un valor demostrativo ejemplar. No, y esto prueba, quizá, que el Mediterráneo no está ya en condiciones de soportar un peso tal, es decir, de pagar el terrible precio que reclama una guerra semejante. Pero esto no quiere decir que sus aguas se libren de verse teñidas de rojo.

[II-318]



FIGURA 65. *Prisioneros cristianos camino de Constantinopla*.
Según dibujo de S. Schweigger, 1639.

Llegados a este punto, nos vemos forzados a conclusiones pesimistas. Si la historia bélica del Mediterráneo en el siglo XVI no es falsa ni ilusoria, la guerra, en sus metamorfosis, reavivamientos, proteicos disfraces y formas degeneradas, reafirma su naturaleza perenne. *Bellum omnium pater:* este antiguo adagio resulta muy familiar a los hombres del siglo XVI. Padre de todo, hijo de todo, río de mil manantiales, mar sin orillas. Padre de todo, aunque no de la paz, tantas veces soñada, tan pocas alcanzada. Cada época se fabrica *su* guerra, cuando no sus guerras. En el Mediterráneo, la batalla de Lepanto puso punto final a la guerra oficial. Desde ahora este tipo de guerra, la gran guerra, se traslada al norte y al oeste, a las costas atlánticas, y permanecerá durante siglos allí, que es el lugar que le corresponde, porque es allí donde late el corazón del mundo. Este cambio indica y subraya, mejor que cualquier otro argumento, el mutis del Mediterráneo del centro del escenario de la historia. Cuando, en 1618, los primeros disparos de la guerra de los Treinta Años vuelven a encender la guerra, ésta se combatirá muy lejos del Mediterráneo: el mar interior ha dejado de ser el inquieto corazón del mundo.

CAPÍTULO VIII

[II-320]

A MODO DE CONCLUSIÓN: COYUNTURA Y COYUNTURAS

AL HABLAR de coyuntura después de una serie de capítulos consagrados a la vida económica, política, cultural y belicosa del Mediterráneo, no es mi intención cerrar el tema con un balance recapitulativo, sino abrir nuevas direcciones a la investigación y sugerir algunas explicaciones nuevas.

A lo largo de las páginas precedentes se le ha recordado constantemente al lector la interrelación que existe entre movimiento y semiinmovilidad en la historia. Pero si ahora estrechamos el campo de observación hasta enfocar únicamente el elemento del cambio, del movimiento, la escena se altera de modo dramático: se puede encontrar un paralelo matemático en la transición, por eliminación de una dimensión, de una geometría de los volúmenes, del espacio, a una geometría plana (que inevitablemente habrá de ser más simple). En este caso nos encontramos ante una narración de la historia, con su contenido episódico, sus periodos, sus crisis, sus fases, sus años decisivos, su patetismo y sus explicaciones cómodas, aunque muchas veces falaces. Sucede que la coyuntura económica, la más obvia y mejor conocida de las que tenemos que considerar, se impone muy rápidamente a todas las otras, aplastándolas bajo su propia terminología y categorías. Un neomaterialismo nos está ofreciendo sus servicios. ¿Es o no lícito recurrir a él?

Unas palabras de advertencia

Nuestro problema consiste ahora en imaginar y localizar las correlaciones entre los ritmos de la vida material y las otras fluctuaciones, tan diversas, de la vida de los hombres. Pues no hay *una* sino *unas* coyunturas, historias que se superponen al tiempo que se desarrollan simultáneamente. Sería demasiado simple y demasiado perfecto poderlas reducir todas ellas a un ritmo dominante. Pero ¿hasta qué punto existe ese ritmo? No nos podemos limitar a aceptar una simple coyuntura económica, con sus imperativos y sus

consecuencias lógicas. Simiand reconoce un mínimo de dos cuando habla de las mareas que a su movimiento superponen el de las olas propias. Pero la realidad no es nunca tan simple como esta imagen relativamente clara. En este universo de movimientos vibratorios que la economía acepta, el experto puede individuar, sin dificultad, decenas y decenas de movimientos que se distinguen unos de otros según su longitud temporal: el movimiento secular (el *trend*), "el más largo de los movimientos largos"; las coyunturas largas (los ciclos de 50 años de Kondratieff, ciclos dobles o hiperciclos, los interciclos);[1] las coyunturas cortas, ciclos intradeceniales y cambios estacionales. Así, en el curso del movimiento indiferenciado de la vida económica, se revelan, cuando recurrimos a un proceso analítico relativamente artificial, diferentes lenguajes contradictorios.

De modo que, cuando queremos utilizar la economía para volver a encontrar, a través del tiempo pasado, el hilo de las causalidades, nos vemos obligados a echar mano de los diez o doce lenguajes posibles que se nos presentan y de sus correspondientes hilos conductores. Una vez más, la historia se hace múltiple e incierta, y es posible que, al seguir todas estas vibraciones, todas estas olas del tiempo vivido que deberían sumarse al final, como lo hacen los minutos, los segundos y las horas, e incluso los días, en el mecanismo de un reloj, descubramos que todo ese conjunto se nos escapa entre los dedos.

Así las cosas, valdrá más recurrir a un lenguaje concreto que prolongar una discusión teórica. Ante nuestros ojos se extiende ahora el Mediterráneo entero a todo lo largo del siglo XVI, tal y como hemos intentado reconstruirlo. Olvidemos nuestras reservas y nuestras dudas, y tratemos por un momento de tomar medidas según las normas del *trend* secular y de las coyunturas económicas largas. Omitiremos las fluctuaciones cortas y estacionales.

El trend secular

Alrededor de 1470 se inicia un movimiento ascendente de la vida económica, y se interrumpe, o al menos se hace más lento, durante los años en que se disparan los precios (1590-1600), y continúa en cierta medida hasta 1650. Las fechas de 1470 (o 1450), 1590 o 1600, y 1650 sólo valen como puntos de referencia muy aproximativos. El largo movimiento ascendente ocurre esencialmente a partir de las variaciones de precio de los cereales: esto nos proporciona una clara e inequívoca serie de cifras. Y según partiésemos de las curvas de los salarios, o de las curvas de producción, encontraríamos

cronologías bastante diferentes, aunque en última instancia habría que compararlas con las decisivas curvas del trigo.

Parece claro que durante el *largo* siglo XVI, un alza lenta pero profunda, ha favorecido el auge de la vida material y de todo cuanto depende de ella. Ése era el secreto sagrado de la fundamental prosperidad de la economía. "En el siglo XVI —me dijo cierta vez Earl J. Hamilton— se cierran todas las heridas." Siempre había compensaciones: en el terreno industrial, la producción podía dispararse hacia arriba en un sector cuando estaba declinando en otro; y en el mundo del comercio, tan pronto como un cierto tipo de capitalismo comienza a debilitarse, aparece otro que viene a relevarlo.

Este vigor subyacente no desaparece de la noche a la mañana con el final del siglo XVI; a decir verdad, la recesión tarda mucho en afianzarse: no antes de la crisis corta, estructural (con otras palabras: profundamente sentida), de 1619-1623, según Ruggiero Romano[2] (opinión que, en sustancia, comparte Carlo M. Cipolla);[3] posiblemente no antes de 1650, como afirman Emmanuel Le Roy Ladurie,[4] René Baehrel,[5] Aldo de Maddalena[6] y Felipe Ruiz Martín,[7] y como me siento inclinado yo a afirmar a la luz de las observaciones que he podido hacer… Pues en la cuesta abajo hubo pausas, recuperaciones visibles incluso en el campo de la agricultura, de la que uno podía esperarse que hubiera de ser la primera afectada. Felipe Ruiz Martín me escribe lo siguiente:[8] "La decadencia de la agricultura española después de la crisis de 1582 no es tan vertiginosa como habitualmente se dice; a lo largo de su reflujo se produce una recuperación cíclica (es decir, corta) entre 1610 y 1615 y otra en la década que se inicia en 1639. El desastre no ocurre hasta 1650".

Evidentemente, no es posible encontrar una solución sencilla a un debate que, ya complicado de por sí, se complica aún más con el problema de las posibles discrepancias temporales entre las coyunturas económicas dadas en diferentes partes de Europa. Sobre este último punto resulta tentador —por su simplicidad— oponer una coyuntura de la Europa del Norte a una coyuntura mediterránea, sucumbiendo más rápidamente esta última al embate del repliegue secular del siglo XVII. El debate continúa abierto. Por nuestra parte, los historiadores del Mediterráneo debemos tratar de librarnos una vez más de la idea obsesiva y falsa de una decadencia prematura. En la primera edición de este libro databa yo ese declinar a partir del 1600, incluso de 1610-1620.[9] Hoy me siento inclinado a desplazar esa fecha a 30 años más tarde.

Una vez dicho esto, es interesante observar que las estimaciones generales calculadas hace ya largo tiempo por economistas profesionales sugieren

también, como fecha final del impulso ascendente, los años medios del siglo XVII, adjudicándole así los primeros 50 años del siglo, aunque bajo el signo evidente de una cierta reducción de la velocidad de la tasa de crecimiento. No hay acuerdo, al contrario, cuando se trata de fijar la fecha del punto de partida. Tenemos la posibilidad de elegir entre dos cálculos diferentes: uno es el realizado por Marie Kerhuel,[10] al que particularmente me adhiero (1470, o mejor, 1450), y otro, el de Jenny Griziotti Kretschman[11] (1510). Ambos cálculos cuentan con argumentos que hacen lícita su defensa. La fecha más precoz, 1470, se ha deducido de las curvas de los precios nominales; la más tardía, de los precios de la plata. Por mi parte, prefiero, como hace René Baehrel, los cálculos en precios nominales. Dado que en este momento no nos concierne, no entraré a considerar la materia de esta disputa.

No hay duda de que, en el futuro, los historiadores podrán arrojar luz sobre esta cuestión, usando evidencias de orden muy diferente. En Venecia, donde he estudiado las cosas con bastante detalle, me he quedado sorprendido, por ejemplo, ante la importancia de las construcciones y embellecimientos de la ciudad a partir de 1450: la sustitución de los puentes de madera que cruzan los canales por puentes de piedra;[12] la excavación de grandes pozos en los alrededores de la iglesia de Santa María de Brolio, en agosto de 1445;[13] la construcción, en mayo de 1459,[14] de una nueva *loggia in loco Rivoalti*, con la previa demolición de las tiendas de los tejedores para consentir la ampliación del palacio ducal. "La ciudad aumenta su belleza de día en día [señala un texto de 1494].[15] ¡Esperemos que el pueblo sepa respetar esta belleza!" Pero será necesario, en marzo de 1540,[16] echar abajo, en la plaza de San Marcos (que posee desde 1495 su magnífico reloj en la torre),[17] las casuchas que los albañiles habían levantado allí (además, habían plantado a su alrededor árboles y cepas de viña, "*et quod pejus est: e facta una latrina che ogniuno licensiosamente va li a far spurtitie…*"). No hace falta decir que esta evidencia no demuestra nada en un sentido u otro, ni en el caso de Venecia (¿se llevan a cabo estas construcciones a la par o a pesar del clima económico?), ni a la escala total del Mediterráneo. Pero su consideración me inclina a clasificar todo este vigoroso periodo de años activos que va de 1450 a 1650, como constituyendo una unidad: esa que yo llamo el *largo siglo XVI*, lo cual me lleva a estar de acuerdo con Jean Fourastié y sus discípulos[18] en que la primera oleada de prosperidad fue del todo independiente de los metales americanos. Usar una sola ciudad —en este caso, Venecia— como *indicador* puede resultar un provechoso ejercicio; nos puede ofrecer, incluso, la imagen de una coyuntura más válida que la que nos

señalan las curvas de precios. Así piensa Gilles Caster cuando escribe que "Tolosa recupera sus energías en 1460-1470", o cuando afirma que esta misma ciudad de Tolosa disfrutó de todo un siglo de prosperidad (1460-1560); para mí: el *primer* siglo XVI.[19] Pero sería necesario tener confirmación por otras fuentes.

La unidad, la coherente unidad, al menos en ciertos aspectos, de esos años entre 1450 y 1650, requiere, evidentemente, largas explicaciones. Causa o efectos, el hecho es que a lo largo de esos dos siglos se produce un incremento cuantioso y constante de la población, aumento más o menos vivo según regiones y años, pero, por lo que nos es dado observar, jamás ausente. Notemos, sin embargo, que, como ya hemos indicado, el *trend* ascendente no trae consigo un aumento del nivel de vida. Por lo menos hasta el siglo XVII, las progresiones económicas, siempre en aumento, víctimas de auténticas "carnicerías sociales".[20]

Es innegable que la constante presión del alza secular ha estimulado la aparición de los Estados territoriales y, más tarde, la de los imperios.[21] Y su marcha atrás les va a crear evidentes dificultades. También ha favorecido, pese a todas sus vicisitudes, la formación de una sociedad relativamente abierta. Como ya hemos visto antes, la aristocracia se ve reforzada por la *invasión* burguesa, favorecida esta última por una secuencia de buenos negocios. Los buenos negocios suponen —al menos cuando se hacen repetidamente— un salto ascendente de la vida económica. Cuando, luego, se produzca la recesión, la sociedad sufrirá un bloqueo; de este bloqueo no podemos ofrecer una cronología aceptable por falta de estudios que nos permitan fijarla.

Fluctuaciones largas

Los historiadores de la economía[22] están bastante de acuerdo en lo que concierne a las oscilaciones *largas* siguientes: una serie de puntos bajos (1460, 1509, 1539, 1575, 1621) y altas (1483, 1529, 1595, 1650). Estas fechas tienen una precisión que, como mucho, puede variar en un año o dos. De modo que hubo cuatro mareas sucesivas, todas ellas con su flujo y reflujo, durando la primera 49 años; la segunda, 30; la tercera, 36, y la última, 46. Esta aparente regularidad oculta el hecho de que las fases ascendente y descendente de la tercera marea (1539-1575) no han tenido la claridad de las otras. Los años de la mitad del auténtico siglo XVI (1500-1600) se ven marcados por una pausa cuyos efectos han repercutido —aunque sólo con

brevedad— en España (de 1550 a 1559-1562, si tomamos a Sevilla como norma),[23] pero más largamente en Francia, Inglaterra, los Países Bajos y, sin duda, en otras muchas partes. Es como si se hubieran producido dos diferentes fases: un *primer* siglo XVI (la época del oro abundante) y un *segundo* siglo XVI (la época de la plata abundante),[24] con un difícil periodo de transición entre uno y otro.

¿Se debió a esta causa (entre otras) la aparición, a lo largo del siglo XVI, *lato sensu*, de diversos tipos sucesivos de capitalismo (similares, pero no iguales) y de salarios unas veces bajo el signo del hambre y otras bajo el de la abundancia? Pierre Chaunu distingue, en Amberes, dos fases diferentes en la expansión capitalista: «Los años de hambre entre 1470 y 1490 y el descenso paralelo del nivel de vida obrero [escribe] han permitido a la clase mercante construir los cimientos de la prosperidad de Amberes. El apogeo de Amberes como centro comercial coincide con el segundo periodo de miseria del proletariado (1520-1550). El colapso que sufre Amberes entre 1566 y 1585 no sólo es imputable a las luchas civiles que la agitan, sino también a lo que podríamos llamar, exagerando un poco, el segundo periodo de abundancia del proletariado urbano».[25] Estas afirmaciones, perfectamente compatibles con las teorías clásicas de Earl J. Hamilton, pueden muy bien encontrar sus correspondencias en el Mediterráneo. En esta región veo yo tres tipos sucesivos de capitalismo, aunque no consigo vincularlos a variaciones diferenciales de los beneficios: hasta alrededor de 1530, un capitalismo predominantemente comercial; hacia la mitad del siglo, un capitalismo industrial (de dirección comercial), y, finalmente, cuando el siglo se acaba, un capitalismo de tipo financiero,[26] que coincide con la *abundancia* —si es que podemos llamarla así— del asalariado veneciano.[27]

Este modelo, muy imperfecto, se ha construido a partir de un cierto número de datos y queda sujeto a todo tipo de discusión. El problema más grande, a mi entender, nos lo plantea la larga duración de la parálisis que ocurre a mitad de siglo y que dura, de acuerdo con la estimación más amplia, de 1529 a 1575 o, muy posiblemente, de 1539 a 1575. En todo caso, me resulta evidente que este periodo de estancamiento ha coincidido con la desaparición de los navíos del norte de las aguas mediterráneas.[28]

Bancarrotas de la Corona española y coyunturas

Las suspensiones de pagos por parte de la Corona española, que ya hemos discutido antes con cierta extensión,[29] encajan muy bien en este intento de

esquema a causa de las explicaciones que sugieren por sí mismas. La primera de ellas (1557-1560) ocurre muy cerca del momento más alto de la tercera marea; y la tercera suspensión (1596), alrededor del de la cuarta; vemos, pues, una vez más, que el bloqueo de un ascenso intercíclico abre el camino a la suspensión de pagos. Nos encontramos en estos casos con bancarrotas que podemos llamar *normales*, impuestas desde fuera, y en cierto modo lógicas. Pero, si nos atenemos a nuestro modelo, las de 1575, 1607 y 1627 son anormales; no resultan del solo hecho de intemperies económicas —y no es que falten—, sino que son producto de presiones internas, preparadas o por lo menos aceptadas de manera deliberada; ya lo hemos visto a propósito de la crisis decisiva de 1575, querida por Felipe II y sus consejeros, con la esperanza de que aquél fuese el momento más propicio para eliminar a los banqueros genoveses. No fue así; sólo 50 años después lograrían su objetivo gracias a la bancarrota de 1627. La suspensión de pagos de 1607 es resultado de los acelerados despilfarros de las finanzas españolas en el momento inicial de lo que sería el Siglo de Oro de Felipe II y Felipe IV.[30] Hay que distinguir, pues, entre las bancarrotas intencionales y las impuestas —al menos en parte — por las circunstancias. El historiador debe cuidarse mucho de no considerarlas como idénticas, pese a la monótona similaridad de los síntomas que las anuncian.

Guerras internas y externas

La guerra se presta en mayor grado a un intento de clasificación. Ya hemos distinguido anteriormente dos tipos de guerra:[31] las internas (tanto en la cristiandad como en el islam) y las externas (entre dos civilizaciones hostiles). Se puede afirmar que tanto la *Yihad* como la *Cruzada* se ven invariablemente favorecidas por el mal tiempo económico. Y al contrario, las guerras fratricidas entre cristianos o entre musulmanes van siempre precedidas por una economía en marea ascendente, y se ven automáticamente suspendidas en cuanto ésta inicia el reflujo. Así vemos que los grandes acuerdos diplomáticos de la cristiandad (1529: paz de las Damas; 1559: tratado de Cateau-Cambrésis; 1598: paz de Vervins) ocurren en los puntos máximos de nuestra gráfica o muy cerca de ellos; al contrario, las grandes batallas turco-cristianas (La Prevesa: 1538; Lepanto: 1571) ocurren cuando lógicamente se podía esperar, es decir, en periodos de recesión. No afirmo, de ningún modo, que esta correlación sea perfecta, y mucho menos inevitable. Los turcos toman Belgrado en 1521 y la batalla de Mohacs ocurre en el

verano de 1526: ambos acontecimientos, de acuerdo con nuestro modelo, no deberían haber sucedido. Otra discrepancia: Carlos VIII ha cruzado los Alpes en septiembre de 1494, mientras que, según el análisis sugerido, las guerras de Italia no tendrían que haber comenzado hasta 1509 (¡el año —no puedo dejar de señalarlo— de Agnadello!). Pero, si este calendario no vale para la Francia de Carlos VIII y Luis XII, vale en cambio para la España de los Reyes Católicos: el periodo 1483-1509 es testigo de la conquista de Granada y de las expediciones contra el norte de África. Y estas últimas se multiplican entre 1509 y 1511, para cesar en el momento que se reavivan las llamadas guerras de Italia.[32]

Sin querer dar demasiado énfasis a mi premisa, ni suprimir inconvenientes evidencias en contra, quiero hacer notar que las guerras de Italia, si bien iniciadas en 1494, tienen en su primer tiempo un pulso muy flojo. Lo mismo ocurre en las circunstancias de 1521-1525: abren Hungría a los turcos, desde luego, pero algunos historiadores han sostenido que Hungría no será suya hasta mucho más tarde, tras un lento proceso de conquista que no llega a término sino hacia 1541.

Podemos observar, en cambio, que a finales del siglo XVI, a partir de 1595 —y por tanto exactamente en el momento que nos lo podíamos esperar— cristalizan los proyectos antiturcos: se planea una cruzada contra ellos (aunque bien es verdad que no se llevó a cabo). Sin embargo, una guerra de corsos recíproca se enciende por todo el Mediterráneo con una intensidad tan anormal que no puede explicarse únicamente con razones técnicas, económicas o de iniciativa personal; pasiones aparte, la expulsión de 300 000 moriscos del territorio de España ocurre entre 1609 y 1614, y es una guerra tremendamente atroz; finalmente, y en torno al 1621, año crítico, la guerra nacida en Bohemia en 1618 encontrará el adecuado combustible y destrozará el corazón de la Europa Central: el drama de la guerra de los Treinta Años comienza puntualmente.

Estas coincidencias nos enseñan algo: cuando reina el buen tiempo se pelea en el interior, y cuando el malo, con los infieles. La regla vale también para el islam: de Lepanto al reemprendimiento de la guerra contra Alemania, en 1593, Turquía, volviéndose hacia Asia, se lanza a una fanática guerra contra Persia. Lo dicho permite quizá un posible psicoanálisis acerca de los orígenes de las grandes guerras.

Añadamos que, en el marco de la cristiandad, todos los movimientos antisemitas obedecen a la coyuntura de la guerra contra el exterior. El judío se

verá perseguido en todo el mundo cristiano durante los periodos de depresión económica.

Coyuntura e historia

No garantizo en absoluto la infalibilidad del precedente análisis ni tampoco la regularidad de cualquier intento de clasificar datos conocidos de la historia por medio de cuadrículas explicativas construidas partiendo de los conocimientos que podamos tener acerca de las diferentes coyunturas posibles.[33] El análisis coyuntural, aun en el caso de realizarlo a diferentes niveles, no puede nunca proporcionarnos una verdad redonda e indiscutible. Pero, con todo, sigue siendo *uno* de los medios necesarios de toda explicación histórica, y, como tal, una útil formulación del problema.

Nuestro problema consiste en que debemos clasificar, por una parte, las coyunturas económicas, y por la otra, las no económicas. Estas últimas se deben medir y situar de acuerdo con su propia longitud temporal, comparable, podríamos decir, al *trend* secular: los movimientos demográficos en profundidad, las cambiantes dimensiones de los Estados y de los imperios (es decir, lo que se podría llamar su coyuntura geográfica), la sociedad con o sin movilidad social, la intensidad de los crecimientos industriales; comparables en rango con las coyunturas económicas largas: las industrializaciones, las fluctuaciones de las finanzas de los Estados, las guerras. El armazón coyuntural nos ayuda a construir mejor el edificio de la historia. Pero hacen falta más investigaciones y no poca prudencia. Las clasificaciones, difíciles, habrán de hacerse con precaución. Todavía nos pueden sorprender y desconcertar los movimientos a largo término de las civilizaciones, sus floraciones, en el sentido tradicional de la palabra. El Renacimiento, por ejemplo, cae entre 1480 y 1509, en un periodo de manifiesta regresión cíclica; la época de Lorenzo el Magnífico es, económicamente hablando, un periodo de estancamiento.[34] El Siglo de Oro español y todos los momentos esplendorosos del siglo XVII, en toda Europa e incluso en Constantinopla, ocurren después del primer paso hacia atrás del *trend* secular. He ofrecido una posible explicación de ello, pero ¿quién podría decir hasta dónde alcanza su validez? Me atrevería a asegurar que toda recesión económica deja inerte una cierta cantidad de dinero en los cofres de los ricos: el gasto pródigo de este capital —imposible de invertir— puede haber sido la causa de esos periodos dorados que han durado años e incluso décadas…

Pero este intento de respuesta no resuelve el problema: se limita a formularlo. Tampoco lo resuelven todas esas imágenes familiares sobre la floración inesperada del Renacimiento y el Barroco y sobre las sociedades desasosegadas de las que han nacido y de las que, casi podríamos decir, son producto patológico. El Renacimiento trae consigo el final de las ciudades-Estado, y con el Barroco, los vastos imperios comienzan a dejar de ir viento en popa. Es bastante probable que el lujo de las civilizaciones sea un síntoma de su fracaso económico… Todos estos problemas desbordan los estrechos marcos de las coyunturas, tanto de las a largo como de las de a corto término. Pero, una vez más, las coyunturas nos sirven de cómoda senda para abordarlos.

Las crisis a corto término

He eliminado las crisis cortas intradeceniales: cada día que pasa, su historia se precisa ante nuestros ojos con mayor nitidez. Fueron inevitablemente contagiosas e irresistibles, como Ruggiero Romano ha demostrado en su artículo, tantas veces por mí citado, sobre la crisis internacional de 1619-1623. ¿Repercutió ésta, como yo supongo, en el espacio turco y en el Nuevo Mundo? Nada hasta ahora nos ofrece la evidencia de que así fuera. También sería posible, a la luz de los trabajos recientes de Felipe Ruiz Martín, estudiar de cerca y en toda su extensión la crisis a corto término de los años 1580-1584. Esta crisis no es solamente resultado, como yo había supuesto al primer examen, de ese movimiento pendular que empuja inevitablemente hacia Portugal a España y sus créditos, sino también de la crisis cerealera que afecta ahora a toda la península ibérica y que obliga a pagos masivos, en dinero contante, en beneficio de los países del norte, esos *enemigos complementarios*, que así se vinculan, una vez más, a la Península. Esta enorme conmoción se hace visible en forma de movimientos de precios en España, Venecia, Florencia e incluso en Francia, y también a nivel de los tráficos comerciales. En Venecia quebró la banca Tiepolo Pisani. El estudio de estas crisis cortas, de estas marejadas violentas, de sus ramificaciones y, sobre todo, de su extremadamente variable naturaleza, aportaría adquisiciones muy útiles a los historiadores. Pero todavía está por hacer. La dificultad radicará en incluir el espacio turco, donde, de acuerdo con las evidencias que poseemos, la coyuntura parece presentar, por lo menos en el siglo XVI, ciertas semejanzas con la de Occidente.[35]

TERCERA PARTE
LOS ACONTECIMIENTOS, LA POLÍTICA Y LOS HOMBRES

[II-333]

SÓLO después de muchas vacilaciones me he decidido a publicar esta tercera parte bajo el signo de los acontecimientos: al hacerlo así la vinculo con una historiografía francamente tradicional. Leopold von Ranke, de haber vivido, habría encontrado en estas páginas mucho que le habría resultado familiar, tanto en el tema objeto de estudio como en el tratamiento que se le da. Pero resulta evidente que una historia global no se puede limitar sólo al estudio de las estructuras estables y el lento progreso de la evolución. Estas realidades permanentes, estas sociedades conservadoras, estas economías atrapadas en la imposibilidad, estas civilizaciones a prueba de siglos, ofrecen todas ellas lícitas posibilidades de acercamientos en profundidad a la historia, y, en mi opinión, nos dan lo esencial del pasado de los hombres —o al menos, lo que los hombres del siglo XX consideramos como esencial—. Pero este esencial no es la totalidad.

Es más, esta manera de reconstruir el pasado no habría gustado a los contemporáneos de Felipe II. Como espectadores y actores que eran de la escena del siglo XVI, tanto en el Mediterráneo como fuera de él, se sintieron, con razón o no, partícipes de un drama vivo que antes que cualquiera otra cosa consideraban como *su* drama. Que eso sólo haya sido una ilusión es probable y más que probable. Pero esta ilusión, este sentimiento de estar presentes y ser testigos de un espectáculo universal, dio en no poca medida sentido a sus vidas.

Los acontecimientos son el efímero polvo de la historia: cruzan su escenario como pavesas voladoras; brillan un momento, para, inmediatamente, volver a la oscuridad y tal vez al olvido. Bien es cierto que cada uno de ellos, por muy breve que sea, aporta un testimonio, ilumina algún oscuro rincón de la escena o, incluso, una vasta panorámica de la historia. Y no solamente de la historia política, pues todo paisaje histórico —político, económico, social, cultural y hasta geográfico— se ve iluminado por el súbito resplandor del acontecimiento. En nuestros capítulos anteriores hemos utilizado profusamente estos testimonios incisivos sin los cuales sería no pocas veces imposible ver claro. No me considero, en absoluto, enemigo jurado del acontecimiento.

Pero nuestro problema, ya en el umbral de esta tercera parte, es muy diferente. No se trata ahora de aprovechar los resplandores iluminadores de la historia de los acontecimientos para entregarnos a investigaciones que la desbordarían, sino que debemos preguntarnos, de acuerdo con las normas de la mejor historia tradicional, si la suma de esas luces, si esos mensajes, unos junto a otros, construyen o no una forma válida de historia, es decir, una cierta

especie de historia. Creo que la respuesta es afirmativa, pero a condición de que seamos conscientes de que esta historia implica una elección entre esos mismos acontecimientos, elección que se deberá hacer por lo menos a dos niveles.

En primer lugar: la historia así concebida no atiende sino a los acontecimientos *importantes*, levantando sus hipótesis sobre cimientos sólidos, o aceptados como tales. La importancia en cuestión es, evidentemente, discutible. Se podría definir como importante todo acontecimiento que sirve para explicar (el pequeño hecho significativo de Taine), pero en la práctica nos conduce con frecuencia fuera de nuestro objetivo, muy lejos del acontecimiento mismo. Otra definición: es importante el acontecimiento que acarrea consecuencias, que —como diría Henri Pirenne — repercute lejos. Desde el punto de vista de esta definición, y como ha dicho un historiador alemán,[1] la caída de Constantinopla en 1453 no se puede considerar un acontecimiento; en cuanto a Lepanto (1571), la gran victoria cristiana, ya Voltaire se divertía a su costa, considerándola empresa que no había producido resultados. Dos opiniones, me apresuro a decir, muy discutibles, tanto la una como la otra… También se puede definir como importante todo acontecimiento que les pareció tal a las personas de la época, y al que se remiten como referencia, como hito crucial, incluso en el caso de que exageren sus dimensiones exactas. Para los franceses, la Matanza de la Noche de San Bartolomé (24 de agosto de 1572) es el hachazo que divide en dos la historia de su país, y mucho más tarde, Michelet lo corroborará apasionadamente. Pero, a mi entender, el auténtico tajo habría que situarlo algunos años más tarde, hacia 1575, o, mejor aún, en 1580. Por último, se puede considerar importante todo acontecimiento que constituye un eslabón de una cadena. Pero incluso la historia *seria* resulta de una selección hecha por el historiador o por las fuentes documentales esenciales a que ha tenido acceso.

Podemos decir, en líneas generales, que hoy hemos establecido bastante bien dos cadenas, una reconstituida por la erudición de los últimos 20 o 30 años —la cadena de los acontecimientos económicos y sus coyunturas a corto término—, y la otra —ya hace mucho inventariada—, de los acontecimientos políticos en su más amplio sentido: guerras, actos diplomáticos, decisiones y conmociones domésticas. Esta segunda cadena es la que, precisamente, ha resultado más visible a ojos de los observadores de la época: la han visto como anteponiéndose a todas las otras series de acontecimientos. En el siglo XVI, siglo en el que abundan los cronistas, en el que los *periodistas* hacen su

primera aparición (los *fogliottanti* o redactores de los *avvisi*, en Roma y Venecia), la política lleva la voz cantante, desde el punto de vista de todos esos espectadores que apasionadamente siguen su curso.

Para nosotros habrá siempre dos cadenas, no una. De modo que, incluso, en los dominios de la historia tradicional, sería hoy difícil seguir exactamente las huellas de Leopold von Ranke. Existe, por otra parte, el peligro de creer que estas dos cadenas excluyen la existencia de cualquiera otra y, por tanto, caer en la trampa pueril de explicar una serie por otra, cuando ya hoy adivinamos otras cadenas de hechos: sociales, culturales o incluso pertenecientes a la psicología colectiva.

En todo caso, la circunstancia de que la economía y la política resulten más fáciles de clasificar, a corto o muy corto plazo, que las otras realidades sociales, implica ya la existencia de un determinado orden global que las rebasa, y la necesidad de continuar buscando las estructuras y categorías que hay detrás del acontecimiento… Cuando salió a la luz la primera edición de este libro, André Piganiol me escribió, diciendo que yo habría podido, perfectamente, invertir el orden escogido, es decir, comenzar por el acontecimiento, rebasar, a continuación sus aspectos brillantes —con frecuencia, falaces—, llegar a las estructuras subyacentes, y, finalmente, a su fundamento sólido. La metáfora del reloj de arena, eternamente reversible, es quizá la imagen más adecuada. Y esta imagen me dispensará de una larga introducción.

CAPÍTULO I

[II-338]

1550-1559: LA REANUDACIÓN Y EL FIN DE UNA GUERRA MUNDIAL

De 1550 a 1559 corren malos tiempos. La guerra, suspendida desde hacía cinco o seis años, irrumpe de nuevo. Aunque el Mediterráneo no es ahora su principal teatro de operaciones, ve su espacio varias veces violentamente atravesado por ella. Pero se trata de una guerra a contracorriente de la marea de la historia. Alemania, Italia y los Países Bajos son los grandes polos de atracción de Europa. Persia es entonces la gran preocupación de Turquía. Así pues, el mar interior carece, durante estos años, de historia autónoma. Su destino se halla vinculado con otras regiones, vecinas o remotas. Estos vínculos son, a mi entender, esenciales, y, cuando se rompen, en 1558-1559, durante la crisis de esos años difíciles, el Mediterráneo se ve abandonado a sí mismo en lo tocante a fabricarse sus propias guerras; y se dedicará a ello con todo su ardor.

I. En los orígenes de la historia

1545-1550: la paz en el Mediterráneo

En 1550, nuestro mar vive al cabo de varios años bajo el signo de la paz. Una tras otra han ido calmándose y desapareciendo todas las guerras. El 18 de septiembre,[1] Carlos V y Francisco I firman el Tratado de Crespy-en-Laonnois, tratado forzoso e insincero, cuyas combinaciones dinásticas no tardarán en venirse a tierra; este acuerdo sirve de base, sin embargo, para una paz estable. Un año más tarde, el 10 de noviembre de 1545, tras negociaciones relativamente fáciles, el rey francés concierta una tregua con el turco.[2] El sultán, tratando de humillar a su adversario, impone el pago de un tributo a la Sublime Puerta. Pero esta tregua contribuye, más que ninguna otra, a desalojar la guerra del Mediterráneo, así en el este como en el oeste.

En 1545, Francia puede retirar de sus aguas 25 galeras, que, al mando de Paulin de la Garde, franquean el estrecho de Gibraltar rumbo al norte, para participar en un intento de desembarco contra la isla de Wight.[3] Veleidades belicosas que, a su vez, se irán también apaciguando: en junio de 1546 llegan a un acuerdo, en Ardres, Francia e Inglaterra.[4]

Son, una vez más, las circunstancias y las necesidades financieras las que imponen esta vuelta a la paz. Y, con ellas, ciertas poderosas contingencias: los grandes adalides de la primera mitad de siglo van desapareciendo, uno tras otro. Lutero muere el 18 de febrero de 1546; en julio del mismo año se extingue la vida novelesca de Barbarroja, antiguo "rey" de Argel, convertido en 1533, y hasta su muerte, en el capitán pachá del sultán, comandante en jefe de todas sus flotas.[5] En la noche del 27 al 28 de febrero de 1577,[6] le llega la hora a Enrique VIII de Inglaterra, y el 31 de marzo pasa a mejor vida Francisco I.[7] Entran en escena nuevos personajes y nuevas personas y, con ellos, una política nueva y nuevas ideas; y ello impone un alto, un compás de espera obligatorio, del que, indudablemente, se aprovecha la paz.

En el Mediterráneo, este paréntesis de calma se hace tanto más ostensible cuanto que viene después de una serie de guerras y de conmociones catastróficas como desde hacía varios siglos no las conocía el Mediterráneo. Hacía mucho tiempo, en efecto, que el orden, es decir, un cierto orden, imperaba en este mar, pese a las habituales fechorías de los corsarios y a las guerras continentales. El Mediterráneo venía siendo, por lo menos desde el siglo XII, un lago cristiano. En el norte de África, por medio de sus mercaderes y sus soldados, y en Levante, gracias a sus puntos de apoyo insulares, en todas partes con el arma de sus potentes y dominadoras flotas, la cristiandad, para honra y provecho de sus tráficos y civilizaciones, había sabido mantener su ley frente a un Islam contenido y rechazado hacia sus dominios continentales. Pues bien, todo este orden acababa de derrumbarse. Rotos los diques (en Levante, la caída de Rodas en 1522; en el África Menor, la total emancipación de Argel en 1529), abriéronse de par en par a la flota turca. Hasta ahora, apenas se había arriesgado a lanzarse contra ella, salvo en ciertas aventuras, como el saco de Otranto, en 1480. De 1534 a 1540 y 1545, una lucha dramática transforma radicalmente la situación: los turcos, aliados a los corsarios berberiscos, al mando del más ilustre de todos ellos, Barbarroja, logran apoderarse de la supremacía en casi todo el Mediterráneo.

Fue éste, sin duda, un acontecimiento extraordinario. El estrépito de las luchas imperiales contra Francia y contra Alemania lo relega a segundo plano, en la historia de Carlos V. Sin razón alguna, pues lo que se ventila en los

comienzos de esta gran ofensiva marítima, en el acercamiento de Francisco I y Solimán (1535), primero, y luego en la alianza forzada de Venecia y Carlos V, durante los años de la primera Liga (1538-1540), es la suerte de todo el Mediterráneo. Y la cristiandad pierde casi totalmente la partida. Por culpa de sus propias divisiones: por culpa del príncipe Doria, enemigo nato de la República de San Marcos y capaz, por lo demás, de todas las truhanerías que se le atribuyen; por culpa del mismo Carlos V, que no pudo ni quiso hacer honor, con lealtad, a la alianza con Venecia. La diplomacia de los Habsburgo, creyendo una vez más en la eficacia de los pequeños recursos, intenta sobornar a Barbarroja, quien, por su parte, se presta a estos interminables chalaneos. ¿Se le arrastraría a la traición, por una jugosa recompensa? Y, caso de que se lograse esto, ¿cuál debería ser el precio a pagar? ¿Toda la costa africana, reclamada por él, o solamente Bujía, Trípoli y Bona, como se le proponía?**[8]** A la postre, todas estas intrigas entre bastidores no servirán de nada: el 27 de septiembre de 1538,**[9]** la flota de Doria abandona las galeras y las fustas de Barbarroja el campo de batalla de La Prevesa.

Se ha dicho que la derrota cristiana de 1538 no tiene punto de comparación con el desastre turco de 1571; que fue un pequeño retroceso, una pérdida de prestigio. Afirmación errada, pues sus consecuencias durarán más de un tercio de siglo. En 1540, Venecia abandona la Liga y acepta el alto precio de una paz separada que le brinda la diplomacia francesa. Ahora bien, sin la flota veneciana, la coalición occidental no estaba en condiciones de hacer frente a la armada turca, a la que pronto vendrán a reforzar las galeras francesas, prestas a lanzarse al saqueo a lo largo de las costas catalanas o en aguas de las Baleares. La salvaguardia colectiva de la cristiandad mediterránea quedaba, pues, seriamente comprometida y la ofensiva turca se disponía a hacer saltar los diques, batiendo y rebasando Malta y el estrecho de Sicilia. La cristiandad se ve, así, reducida por mar a una defensiva poco eficaz y, sin embargo, muy costosa. En lo sucesivo, no podrá permitirse más que incursiones de piratería y alguna que otra intentona apresurada, al acercarse la estación del mal tiempo, sobre la retaguardia de la flota enemiga. El último gran esfuerzo desplegado en este sentido, la expedición de Carlos V contra Argel, fracasa en 1541, delante de la ciudad y de sus “santos” protectores. La situación se revela en toda su cruda realidad cuando la flota turca, después de la toma de Niza, establece su cuartel de invierno en Tolón, de 1543 a 1544.**[10]** Excelente ocasión de indignarse contra el Rey Cristianísimo. Y también de desesperarse.

Pues el musulmán reocupa ahora, al cabo de varios siglos, todos los jardines del mar. Hasta las Columnas de Hércules y aún más allá, hasta las inmediaciones del puerto de Sevilla y de los ricos cargamentos de América; ya no es posible circular por el Mediterráneo, sino guardándose del turco, o congraciándose con él, como los marselleses (sus aliados), los ragusinos (súbditos suyos) o los venecianos (comerciantes resignados a la neutralidad). Desde ahora, todos los aventureros del mar, la muchedumbre de los renegados siempre dispuestos a venderse al más fuerte, van a enrolarse con el musulmán. Éste dispone de los barcos más veloces, de las chusmas de galeotes más numerosas y más diestras y, por último, de la más poderosa de las ciudades del Mediterráneo: Argel, la capital de la aventura berberisca.

¿Quiere ello decir que esta victoria, por parte de Constantinopla, sea querida, consciente, apreciada inmediatamente en todo lo que vale?[11] La política turca de 1545 nos lleva más bien a pensar lo contrario. La tregua con el emperador se explica, en rigor, por la paz de Crespy: sin la diversión francesa, era imposible hacer frente a las fuerzas de Carlos V. No hubo, pues, más remedio que renunciar a Hungría, provisionalmente al menos; es decir, a la pequeña parte de Hungría todavía no conquistada por Solimán. Pero también en el mar, y ello es más asombroso, Turquía no aprovecha sus ventajas. Hasta llegar a 1560 no volveremos a presenciar en las aguas mediterráneas ningún otro encuentro de grandes flotas. ¿Acaso porque Barbarroja acaba de morir? ¿O porque la potencia turca se ve obligada, una vez más, a dar cara al este y seguir manteniendo allí una difícil lucha contra los persas, a miles de leguas de Constantinopla y a través de países montañosos, espantosamente desiertos, en los que la guerra queda bloqueada sin remisión al llegar el invierno y donde el ejército reclama sin cesar enormes caravanas para poder abastecerse? La guerra persa de 1545, complicada además con la lucha dinástica de Solimán contra su hijo sublevado Mustafá[12] y con una verdadera guerra contra los portugueses en el mar Rojo y el océano Índico (el segundo sitio de Diu ocurre en 1546),[13] obliga a la pesada y poderosa maquinaria turca a dar media vuelta y a desviarse del Mediterráneo.

Lo que para los unos es una desgracia, es para los otros una suerte: las ciudades mediterráneas respiran de nuevo. Las que son prudentes, como Sicilia,[14] se aprovechan del respiro para fortificarse. Sus naves surcan el mar. Y, como otro signo de los nuevos tiempos, vemos ahora aventurarse también por estas aguas algunos de aquellos barcos nórdicos que casi habían desaparecido del Mediterráneo allá por el año 1535.[15] Se mezclan a la

procesión de las naves florentinas o venecianas que retornan de Inglaterra y que, por su parte, cuando la ocasión se presenta, no dudan en llegar hasta las mismas puertas de la costa marroquí. ¿Es la paz, la reanudación de los mil lazos tendidos de una orilla a otra, de una religión a otra del mar?

El caso de África [II-343]

Sí, pero la paz en el Mediterráneo es, infaliblemente, el rebrotar de la piratería. La lección se repite una vez más. No se trata, naturalmente, de medir el fenómeno con cifras a la vista. Pero si el fichero está en orden, el cotejo de las referencias nos revelará claramente este recrudecimiento y la impunidad con que la pequeña guerra puede multiplicar sus andanzas, sus idas y venidas, en las regiones más centrales del Mediterráneo. En el libro de un escritor de la época, Pedro de Salazar,[16] publicado en 1552, podemos seguir la odisea estival de algunos de estos salteadores del mar: dos fustas y un bergantín turcos, que forman parte de la flota agrupada en torno de Dragut y que tienen, por tanto, sus bases en el Sahel tunecino y al sur de Yerba. En junio de 1550 — junio es el periodo de bonanza para los viajes de los corsarios—, estos tres navíos se apostan cerca de Isquia, a la entrada del golfo de Nápoles, vigilando la retaguardia de la flota española de don García de Toledo, que acaba de maniobrar hacia Sicilia. Primeramente se apoderan —sin el menor peligro— de un barco cargado de vituallas (las galeras llevan siempre a la cola un servicio de intendencia asegurado por barcos redondos, difíciles de defender). En seguida, cae en sus garras una fragata cristiana. A continuación, siempre a la altura de Nápoles, pero esta vez entre las islas de Ventotena y Ponza, es apresada una barca cargada de peregrinos que van a Roma. El bergantín, separándose de sus compañeras de viaje, vira ahora rumbo a Yerba. Las dos fustas siguen viaje hacia el norte, aparecen poco después en la desembocadura del Tíber y van a dar en seguida a la isla de Elba. Pero una de las fustas, sintiendo que algo le falla, regresa a Bona y de allí pasa a Argel, donde pone en venta su botín. La otra prosigue el viaje sola. A la altura de Piombino, navega un instante en conserva con otras cuatro galeotas de Dragut que bogan hacia España, pero se separa en seguida de ellas y gana las costas de Córcega, donde consigue, por lo demás, un botín muy pobre. Se decide, por fin, a regresar y, costeando Cerdeña, toca en Bizerta y luego en Bona. Entra en el puerto de Argel en agosto… Multipliquemos por 10 o por 20 este relato de viaje, pensemos en los corsarios cristianos que se afanan también por su parte,[17] y tendremos una idea aproximada del peso de

la piratería en la vida del Mediterráneo por aquellos años de la década de 1550.

Nada parecido, ciertamente, a la amenaza de las grandes armadas. La piratería se contenta todavía con medios relativamente pequeños, manteniéndose a respetable distancia de las ciudades, de los cañones, de las fortificaciones y de las flotas de guerra. No se aventura a presentarse en ciertas costas. Sus objetivos "privilegiados" son otros, por ejemplo, las costas de Sicilia y Nápoles; se libra en ellas una verdadera caza del hombre, que hace pensar en las "razzias" portuguesas o españolas de las costas de Guinea, en el siglo anterior. Es, al mismo tiempo, necesidad no menos apremiante para los corsarios africanos, de caza del trigo, la persecución de los navíos de los *caricatori* sicilianos, cuando no son los mismos cargaderos los que sufren directamente el ataque.

Dragut es, tal vez, el más peligroso de estos corsarios devoradores del trigo siciliano. Oriundo de Grecia, este aventurero tiene tras sí una larga vida de aventuras y cuenta unos 50 años, de ellos, cuatro de cautividad en las galeras genovesas, en una de las cuales remaba todavía en 1544, cuando Barbarroja en persona negoció y obtuvo su rescate.**[18]** En 1550 lo vemos instalado en Yerba.**[19]** Vuelve siempre allí entre viaje y viaje, allí pasa los inviernos, rodeado de sus *rais*, y allí recluta sus tripulaciones. Los de Yerba no sienten gran simpatía por él, le toleran a duras penas, y el corsario vive en una avenencia más o menos difícil con los vecinos del puerto. En 1550, cuando considera llegado el momento, no vacila en apoderarse, aprovechándose de ciertas discordias intestinas, de la pequeña ciudad marítima africana, en las costas del Sahel tunecino. Yerba es un angosto promontorio pelado, sin árboles ni viñedos, al norte de Sfax y aproximadamente a la altura de Kairuan. Este centro, llamado en su día África, conoció su hora de esplendor en tiempo de los fatimidas. En el siglo XVI había decaído mucho, tenía más de aldea que de ciudad, pero representaba para Dragut, tal y como era, con el refugio de sus aguas tranquilas y de sus murallas desmanteladas, una escala útil en el camino de Sicilia. Y una casa propia, en espera de tiempos mejores.

Este cambio de propietario sembró en seguida la alarma entre las autoridades responsables del otro lado de la puerta de Sicilia. El virrey de Nápoles, informado por un mensajero de Génova, transmitió sin pérdida de tiempo la noticia de la toma del pequeño puerto, *"luogo forse di maggior importanzia che Algieri"*,**[20]** dice el mensaje. No nos apresuremos a gritar exageración. Los avances de Dragut no ponían en peligro solamente la

seguridad de las costas de Sicilia, indispensable para el avituallamiento de todo el Mediterráneo oriental sino que amenazaban también a la "Tunicia", el decadente e incoherente reino de los hafsidas, retenido a duras penas por los dueños de Túnez, a quienes España toleraba porque podía (gracias al presidio de La Goleta) protegerlos, vigilarlos y, llegado el caso, llamarlos al orden. Pues bien, he aquí que ahora esta Tunicia, la antigua Ifriqya, todavía rica y sin cesar ambicionada por los sicilianos, iba a poder organizarse, tal vez, a la manera turca, cobrando más coherencia y más fuerza. El propio Carlos V se tomó la molestia de desplazarse, en 1535, para arrancar la plaza de Túnez a Barbarroja, quien se había instalado allí el año anterior.[21] ¿Iba a permitirse que Dragut, quien podía contar el día menos pensado con el apoyo directo de Turquía, se apoderase de la casa vecina? El rápido auge de Argel no se había olvidado. África podía ser solamente el comienzo. ¿Acaso Bizerta, más al norte, no era ya un puerto de corsarios, abierto a los *rais* y equipado para recibirlos?

El 12 de abril (señal de que sus agentes lo pusieron al corriente de los hechos sin tardanza), Carlos V se quejaba desde Bruselas, en carta al sultán, de los manejos de Dragut. ¿No debía considerarse aquello como una ruptura de la tregua por el *rais?* El embajador Malvezzi, que a la sazón partía para Constantinopla por cuenta de Ferdinando, recibió también instrucciones del emperador.[22]

Mientras tanto, Dragut, al llegar abril, se aprestaba a hacerse de nuevo a la mar. Habiendo dejado en Yerba una guarnición de 500 turcos, se presenta el día 20 en Porto Farina. Un aviso de Sicilia señala inmediatamente la presencia de sus 35 veleros en aquellas aguas, añadiendo que partiría en viaje de corso tan pronto como hubiera despalmado y tuviera viento favorable.[23] Una gran inquietud se apodera en seguida de Nápoles, donde esperaban la llegada de las galeras del príncipe Doria. Éstas llegan a su destino, con un gran retraso, el 7 de mayo.[24] Diez días antes, el 29 de abril, un aviso señala la presencia de Dragut cerca de Mesina, al acecho de los barcos trigueros.[25] Tras de lo cual sus naves, agrupadas o dislocadas, como aquellas tres cuyo viaje hemos seguido más arriba, prosiguen sus andanzas a lo largo de las costas cristianas. Desde entonces, ya los vigías no consiguen señalarlas a tiempo. En Nápoles, el 7 de mayo,[26] todo lo que se sabía del corsario era que había tomado el rumbo del oeste, posiblemente el de España.

Era natural, pues, que los españoles reaccionaran. El "capitán pachá" de Carlos V, el viejo príncipe Doria, llega a Nápoles el 7 de mayo, con sus galeras mal equipadas (les faltaban, para completar la tripulación, calculando

muy por lo bajo, unos mil remeros), muy capaces, sin embargo, de triunfar en una operación de policía. La flota llevaba a bordo dos mil soldados de infantería.[27] Al partir de Nápoles, el 11,[28] la intención de Doria era apoderarse de Yerba, aprovechándose de la ausencia de Dragut. Comienza por atacar el pequeño puerto de Monastir, en el norte de África. En este ataque tropieza con dificultades mucho mayores de lo que pensaba —con una defensa más experimentada, toda la infantería española habría perecido en el empeño—.[29] Esto le sirve de advertencia. En vez de seguir viaje a Yerba, donde sabía que le aguardaban el fuego de los cañones y los arcabuces, despachó 24 galeras a Nápoles, con la misión de embarcar allí mil soldados españoles de refuerzo y las piezas de artillería gruesa necesarias para un sitio en regla. Pidió, además, y obtuvo, el nombramiento de un general que mandara el cuerpo expedicionario: el 3 julio fue designado para ocupar este puesto un soldado curtido en las lides, Juan de la Vega, virrey de Sicilia.[30]

Estas medidas bastan para que Nápoles viva, todo julio, en una fiebre de preparativos y de exaltación. Un pequeño detalle elocuente: un grupo de frailes franciscanos se une al convoy "*con grandi crucifissi e con grande animo di far paura a quei cani*". Todo el mundo partía a la aventura "con la decisión extrema de vencer o morir".[31] En una palabra, la moral es excelente, como diríamos hoy.

El sitio comenzó el 28 de junio.[32] Duró cerca de tres meses. Hasta el 10 de septiembre, bajo el ojo vigilante de Doria y de los marinos, simples espectadores, no se apoderaron de la plaza los españoles, italianos y Caballeros de Malta.[33] No fue cosa de coser y cantar: hubo, incluso, que pedir, en el intervalo, un nuevo refuerzo de 500 caballeros; y la factura enviada por el "proveedor" del duque de Florencia en Pisa indica que los expedicionarios no escatimaron pólvora ni balas.[34]

Un suceso pequeño, por lo demás, y de signo negativo: Dragut había sido eliminado. Pero los sicilianos, por su parte, sólo conservarán durante unos cuantos años este puesto perdido, anudando desde él algunas intrigas con el país nómada del sur, tarea fácil, por cierto, pero también bastante vana.[35] En vista de que los Caballeros de Malta no quisieron hacerse cargo de su guardia, la pequeña ciudad fue desmantelada y sus murallas minadas y derruidas,[36] después de sofocar un motín bastante extraño de la guarnición. El 4 de junio de 1554,[37] las tropas que ocupaban las plazas habíanse replegado sobre Sicilia, desde donde, como todo aparece relacionado, fueron enviadas a combatir Siena.[38]

En esta pequeña escala vio el asunto el emperador, quien, en 1550 y encontrándose en Augsburgo, tenía en la cabeza preocupaciones harto más importantes. Entre otras, las que le causaban su familia y la situación política y religiosa de Alemania. Sin embargo, informado de los asuntos de África, escribió, el 30 de octubre, una larga carta al sultán,[39] en la que volvía a quejarse de los manejos de Dragut, por entender que se hallaban en contradicción formal con los términos de la tregua, y en la que le explicaba cómo y por qué se había visto obligado a intervenir. En resumen, casi una carta dándole explicaciones y presentándole excusas. Nunca como en 1550 le había interesado al emperador mantener una paz a toda costa con los turcos, sin la cual le habría sido imposible imponer su voluntad en Europa y en Alemania. Meter en cintura a un corsario, a un prófugo, no era, según las leyes de la época, tener que vérselas con el sultán. Todos los días había que intervenir en asuntos de éstos. Todos los días había que acomodar, y se acomodaban, los términos de la tregua a estos pequeños conflictos. Carlos V no creyó, pues, en la importancia del caso de África. Mal cálculo, evidentemente, puesto que la guerra iba a estallar, puesto que al año siguiente tenía necesariamente que producirse la vigorosa respuesta de los turcos… Claro está que había para ello, en realidad, razones distintas y harto más graves que el episodio de África. Esta plaza no pasó de ser un pretexto.

Consecuencias y repercusiones de Mühlberg

Para comprender claramente eso hay que volver la vista hacia atrás, hacia aquellos años de paz aparente, los años de 1544, 1545 y 1546, y hasta la gran batalla de Mühlberg, librada el 20 de abril de 1547 y que fijó de golpe el destino de Alemania y de Europa, y, por consecuencia, el del Mediterráneo. Fue para el emperador un gran triunfo, mayor incluso que el de Pavía. Alemania pasaba a ser suya, mientras que, hasta ahora, Carlos V casi nunca había contado con el apoyo regular del mundo alemán. Era un triunfo y parecía casi un milagro: todas las dificultades se allanaban ante él, como para facilitarle de antemano la ejecución del plan tanto tiempo soñado. El 18 de septiembre de 1544 había terminado la guerra con Francia. En junio de 1545[40] había vuelto a reunirse el Concilio en Trento, y la Iglesia habría logrado una victoria decisiva. En noviembre fue la tregua con el turco. Finalmente, en junio de 1545,[41] la Santa Sede concierta una alianza con el emperador, consagración preciosa de una alianza de hecho que venía existiendo desde hacía varios años contra los protestantes alemanes, pero que

no impedía a Roma la política de aplazamientos practicada por Carlos V con respecto a la poderosa Liga de Esmalcalda, ni al emperador mostrarse a menudo inclinado a la prudencia frente a esta singular potencia romana, que tan pronto le daba pruebas de hostilidad como señales de simpatía. Pues bien, ahora todo el horizonte se había iluminado, a partir de las negociaciones mantenidas por el cardenal Farnesio en la Dieta de Worms, en marzo de 1543. **[42]** Y el apoyo de Roma significaba mucho: significaba tropas y dinero —más de 300 000 escudos—, sin contar la mitad de las rentas eclesiásticas de España, los *mezzi frutti*, como los llamaban en Roma. Un gran triunfo financiero… **[43]**

Sin embargo, el emperador se decide tardíamente a descargar los primeros golpes, embarazado, sin duda, por una cancillería lenta en el manejo de los papeles y por la habitual lentitud de los armamentos. Corría septiembre de 1545, **[44]** y Juan de la Vega, a la sazón embajador imperial, se impacientaba en Roma, viendo huir la estación del buen tiempo. La ocasión era pintiparada para intervenir, aprovechándose de la neutralidad, que era casi semicomplicidad de Francia, y de la inacción, que no era precisamente neutralidad, del turco. En septiembre, Juan de la Vega hizo a su secretario, Pedro de Marquina, la confidencia de que enviaba a la corte un largo discurso destinado a ser leído al soberano. ¡Cuántos sueños y utopías se contienen en él! Carlos V debería aprovechar su victoria, en caso de obtenerla, para transformar el imperio en un Estado hereditario, "y quittar aquella cirimonia de elección de manera que viniesse hereditario el imperio como los otros estados". Además, ¿por qué no podrían aliarse el papa, el emperador y el rey de Francia, para emprender la conquista de Inglaterra y reconquistar Hungría de manos de los turcos? Francia, como resarcimiento por la pérdida de Milán, recobraría Boulogne. La Hungría reconquistada se entregaría al duque de Orleáns, con la mano de una hija de Fernando. Proyectos, sueños, ilusiones, no cabe duda, pero que nos ayudan a comprender la mentalidad de aquel Juan de la Vega y de los medios imperiales y pontificios de la época. Sería difícil decir hasta qué punto, en este mundo del siglo XVI, dividido contra sí mismo, había espíritus acuciados por la idea del retorno a la unidad y a los viejos sueños de la Cruzada. La misma figura de Carlos V sería incomprensible fuera de esta corriente.

Pero no es nuestro propósito, estudiando un mundo, el del Mediterráneo, perdernos en otro, el de Alemania, por muy decisivo que él sea, en estos mediados de siglo. Lo que nos interesa es exponer cómo estalla en Alemania esta guerra, de largo tiempo atrás preparada por las circunstancias alemanas y

extraalemanas y, en primer lugar, por la misma pacificación del Mediterráneo. Cómo esta guerra asegura el triunfo del emperador, pero cómo, al mismo tiempo, sus adversarios, después de rehacerse, se ponen de acuerdo y se unen, por efecto de aquella misma victoria: sus esfuerzos conjugados van a inclinar de nuevo contra el emperador la báscula europea. Lo interesante para nosotros es que la guerra, al principio circunscrita a Alemania, va extendiéndose poco a poco a los países vecinos de Europa y al Mediterráneo. Tal es el nexo, nunca puesto de manifiesto, aunque bien visible, entre los lejanos acontecimientos de Mühlberg, en abril de 1547, y el resurgir de la guerra mediterránea.

¿Qué dio, exactamente, al emperador aquella victoria del 24 de abril de 1547, entre las nieblas del Elba? Ante todo, un indiscutible éxito de prestigio; tan inesperada fue y tan rápida, que sorprendió al mismo vencedor. Y no porque la guerra estuviese, ni mucho menos, admirablemente preparada y dirigida. El secreto estuvo mal guardado, las concentraciones de tropas se llevaron a cabo lentamente y los transportes de artillería gruesa, hechos sin escoltas, habrían podido interceptarse fácilmente.**[45]** Pero los protestantes, divididos entre ellos y desconcertados en el primer momento por la traición de Mauricio de Sajonia, dejaron en manos del enemigo a sus jefes y a millares de hombres. Su retirada condujo al desastre.**[46]** Carlos V viose libre de pronto, de "lo que desde hacía quince años era su mayor tormento": la Liga de Esmalcalda, la coalición de los príncipes de la Alemania protestante, rebelde a Roma y hostil a la voluntad del emperador.**[47]**

Habiendo vencido a esta Alemania, Carlos V propúsose organizarla en el terreno político y religioso, surgiendo con ello el gran problema del Ínterin de Augsburgo (1548), y el otro, no menos importante, de la sucesión del imperio. El segundo nos interesa más todavía que el primero. El emperador intentó, en efecto, asegurar a su hijo, Felipe de España, el gobierno eventual de Alemania, vinculando por tanto la herencia alemana a la herencia borgoñona y española, enfrentándose con ello a la ostensible opinión alemana. Desde 1546, la propaganda protestante lo proclama claramente: *Kein Walsch soll uns regieren, dazu auch kein Spaniol*.**[48]** ("Ningún flamenco debe gobernarnos, pero tampoco ningún español.") Los alemanes no protestantes opinaban lo mismo, sin recatar a este propósito sus quejas ni sus burlas. El elector de Tréveris decía abiertamente, en septiembre de 1550, "*che non vuol que Spagnuoli commandino alla Germania*".**[49]** En noviembre del mismo año, el cardenal de Augsburgo daba rienda suelta a su malhumor contra las insolencias de los españoles y afirmaba que Alemania no toleraría que la

gobernase más que un príncipe alemán.[50] "Hay muchos príncipes que, antes de elegir a Felipe, declaran que preferirían entenderse con el turco", hacían notar los venecianos, en febrero de 1551.[51]

No cabe duda, era una imprudencia y una locura tratar de pasar por alto este estado de opinión. Pero ¿acaso no le estaba todo permitido al vencedor, en aquella Alemania derrotada en Mühlberg, reducida a la impotencia, aunque no a la obediencia? Aún seguían resistiendo algunas ciudades libres, pero ¿por cuánto tiempo todavía? No podían esperar de fuera el menor apoyo: el mismo sultán había renovado por cinco años la tregua con los imperiales (19 de junio de 1547).[52] Francia había mostrado algunas veleidades en el obrar, en los últimos meses del reinado de Francisco I, pero éste había muerto antes de Mühlberg, y el nuevo rey veíase ya envuelto por el norte, intencionalmente al menos, en una serie de conflictos: la guerra franco-inglesa —la guerra por Boulogne— se reanudará, en efecto, al llegar el año 1548.[53] Es cierto que en Roma surgen ante el emperador graves dificultades, especialmente reveladoras de la posición pontificia. Pero estas dificultades no son insuperables y, por lo demás, el papa Paulo III muere el 10 de noviembre de 1549.[54] Los Habsburgo tenían, pues, las manos libres en Alemania. Lo que ocurre es que sólo las emplearon para enredarse allí en sus querellas…

Los Habsburgo, coalición familiar, rodearon durante mucho tiempo al emperador de un haz de lealtad y devoción sin el que habría sido inconcebible el imperio de Carlos V. Pero viene el problema de la herencia y el haz se desata, como en la más vulgar de las familias. La sucesión del emperador habíase planteado ya antes de la batalla de Mühlberg, en 1546, y probablemente con anterioridad. Vuelve a hablarse de ella en 1547, al reunirse la Dieta en Augsburgo, en la ciudad llena todavía de soldados. El propio emperador la pone de relieve a cada momento, llevado de la obsesión de la muerte, de aquella mórbida *meditatio mortis* que inspira y dicta sus numerosos testamentos.

Además, este hombre de 47 años, ¿no era ya un anciano? En esta época, cualquier soldado que haya vivido la dura vida del campamento y el campo de batalla llega maltrecho a la cincuentena. La longevidad del duque Ana de Montmorency causa asombro a sus contemporáneos. Enrique VIII y Francisco I, hermanos en edad de Carlos V, acaban de morir, en el mismo año de la batalla de Mühlberg, el primero a los 56 años y el segundo, a los 53. Por otra parte, el emperador es un enfermo, sufre horriblemente del mal de gota, es un hombre moribundo, dicen de vez en cuando los embajadores. En Francia, sobre todo, no hay quien no cruce apuestas sobre la próxima

desaparición de ese anciano achacoso, “que se pasa días enteros sin moverse de sus habitaciones, ceñudo y malhumorado, con una mano paralizada y la pierna inmóvil, negándose a recibir a nadie y entreteniéndose en armar y desarmar relojes”.[55]

Y, sin embargo, este hombre que lleva ya encima la muerte no tiene más que un deseo, una obsesión, a la que dedica todas sus energías: transmitir a su hijo Felipe la totalidad de su herencia. Sueño político y sueño cariñoso, paternal, pues el emperador ama a este hijo ordenado, reflexivo, respetuoso, a este discípulo filial, formado solícitamente por él, desde cerca y desde lejos. Siendo ya dueño de Alemania y de Europa, piensa inmediatamente en llamar a su hijo junto a él. Felipe, que gobierna España desde 1542, parte de Valladolid el 2 de octubre de 1548, dejando en su puesto, como regente, a su primo Maximiliano, hijo de Fernando. Es, a los 25 años, su primera salida a Europa, que un cronista escrupuloso, aunque no pintoresco ni brillante,[56] nos relata con todos sus fastos. En el séquito de Felipe viaja la flor y nata de la nobleza de España, padres e hijos.[57] Toda la flota del viejo Doria se hace a la mar para transportar al cortejo real desde el pequeño puerto catalán de Rosas hasta Génova; las músicas desgranan sus acordes a bordo de las galeras de remos multicolores y de proas resplandecientes de dorados. En tierra, se suceden los arcos de triunfo, las fiestas, los discursos, los banquetes, hasta llegar a Bruselas, donde el heredero de la corona del mundo abraza a su padre, el 1 de abril de 1549. Carlos V hace que se proclame a su hijo heredero de los Países Bajos. Algo inusitado, puesto que estas provincias se hallan aún bajo la autoridad nominal del Sacro imperio. No obstante, el joven príncipe recibe la investidura de conde de Flandes y duque de Brabante. Se le presenta a las ciudades del norte y del sur, que, una tras otra, celebran sus fiestas y exteriorizan su regocijo oficial de la primavera al otoño de 1549. Y, en seguida, el viaje a Alemania, donde se suscitarán, más agudas que nunca, las querellas hereditarias.

En Augsburgo, donde ha sido convocada la Dieta, los Habsburgo celebran, en agosto de 1550, un verdadero consejo de familia. Y, desde el primer momento, entre sonrisas y mercedes oficiales, se inicia la discusión, áspera y enconada, apenas recatada y apenas interrumpida por algunas pausas. El forcejeo durará más de seis meses. Carlos V lucha a brazo partido contra las ambiciones de su hermano, o, mejor dicho, contra las ambiciones de la familia de éste, los “fernandinos”, el más irreductible de los cuales es el primogénito, Maximiliano, a la sazón rey de Bohemia, sobrino y yerno del emperador. En realidad, había sido el propio Carlos V quien había hecho

poderosos a los fernandinos. En 1516, en el momento de la sucesión de España, Fernando se había plegado a su hermano mayor, sin interponerse ante él, aunque habría podido molestarlo. La recompensa a su sometimiento no tardó en llegar: por el Tratado de 1522, se le entregó íntegro el *Erbland* austriaco. Nueve años más tarde, en enero de 1531, fue proclamado rey de los romanos y, a título de tal, gobernó Alemania durante las largas y frecuentes ausencias de su hermano. La casa real así creada y dotada había sabido engrandecerse por sí misma, anexionándose en 1526 la Bohemia, fortaleza de la Europa Central, y la Hungría, es decir, lo que el islam había dejado de ella a la Europa cristiana. En 1550, esta rama de los Habsburgo encontraba en Alemania circunstancias favorables para sus planes. Alemania, resuelta a no dejarse reducir a la obediencia y a la ley católica, es decir, al orden español, que representaba lo uno y lo otro, volvíase hacia los príncipes de Viena. Los orientaba y los incrustaba en su resistencia: el príncipe a quien quería ver ocupar el trono de su país era Maximiliano y no Felipe.

Carlos V tenía una aliada: su hermana María de Hungría, apasionadamente afecta a su familia y que gobernaba los Países Bajos desde 1531. Es probable, incluso, que el proyecto de sucesión fuese obra suya.**[58]** En todo caso, fue ella quien se empeñó en convencer a Fernando. ¿No le estaba obligado a ella tanto como a Carlos? En 1526, después de la derrota de Mohacs, donde encontró la muerte su marido, Luis de Hungría, había ayudado a Fernando a apoderarse de la herencia del muerto. Esta mujer voluntariosa y fácil de palabra fue un gran apoyo para el emperador. En septiembre se traslada a Augsburgo, llama a capítulo al recalcitrante, insiste y argumenta, volviendo a la carga una y otra vez. Al regresar a los Países Bajos, deja tras sí el apaciguamiento y la calma. Es cierto que la discordia se había calmado solamente en espera de Maximiliano. A la llegada de éste, la conversación se reanima, para enconarse en seguida. Extraños conciliábulos, los de estas pláticas entre príncipes, mantenidas en francés en recuerdo de los abuelos borgoñones de la cartuja de Dijón, y en las que, discutiendo sus personales pretensiones, como herederos un poco nerviosos, exponiendo sus argumentos ante notario, los Habsburgo ventilan, al mismo tiempo, la suerte de Alemania y de Europa.

Con la llegada de Maximiliano cambia el tono de la reunión y sus indiscreciones hacen que lleguen a la plaza pública los ecos de una discusión hasta entonces cuidadosamente tamizada. La disputa se hace patente, y los diarios de los embajadores se llenan de detalles sensacionales. Carlos V se indigna y, a la vez, se desespera. “Puedo aseguraros que estoy a punto de

estallar", escribe a su hermana en diciembre de 1550.[59] Nada le ha afectado tanto como la conducta de su hermano, el rey, ni lo que haya podido hacerle "el rey de Francia muerto", ni las "bravuconadas" de que usa, ahora, el condestable de Montmorency. En enero se persona de nuevo en Augsburgo su hermana María. Pero todas las tentativas de conciliación fracasan. Hasta que, por último, Carlos V decide imponer su voluntad por medio del "dictado" de 9 de marzo de 1551,[60] cuyo texto fue redactado en medio del mayor misterio, en la misma alcoba del emperador, por el obispo de Arrás. La dignidad imperial se le reserva a Felipe, por lo menos para lo porvenir, ya que su tío heredaría de momento la corona de oro y Felipe el título de rey de los romanos. A la muerte de Fernando, Felipe pasaría a ser emperador, y Maximiliano, rey de los romanos. Felipe recibe, además, poco después, la promesa de ser investido con la autoridad "feudal" del emperador en Italia, es decir, con el título de vicario imperial para las tierras italianas.[61]

Carlos V triunfaba, una vez más, solamente sobre el papel.[62] Este acuerdo se quedará en letra muerta. Llamados a capítulo y amenazados, los fernandinos saben que pueden esperar días mejores y que no todos los tratados se firman para ser ejecutados. Maximiliano sabrá hacerse amigo de los luteranos y de Mauricio de Sajonia y coquetear con el rey de Francia. No es otra, dice Ludwig Pfandl,[63] aunque sin convencernos del todo, la razón de la obstinación de Carlos V: no quiere entregar el imperio a un hombre tan poco seguro, medio herético. Sin embargo, podemos afirmar que la solución encontrada por el emperador no era apenas viable, en la Alemania de 1550. Al terminar las pláticas de Augsburgo, los libelos y los pasquines se lo advierten, como un aviso, al emperador. Muchas veces se ha acusado del fracaso de estas negociaciones a Felipe. Y no cabe duda de que este joven retraído, aplicado, extranjero a la lengua y a las costumbres del país, un país del que un personaje de la época nos dice que era más aficionado a la bebida que a la doctrina de Lutero,[64] no supo representar allí el papel personal que le había tocado en suerte. Pero ¿podía ganar la partida, por muy bien que hubiese actuado? La solución de Augsburgo, ¿no estaba condenada de antemano por Alemania y por Europa?

Ante todo, por Alemania. ¿Y cómo oponerse a ella? ¿Cómo pretender dominarla con regimientos extranjeros de italianos y españoles, meridionales ensoberbecidos, contra quienes se alza y no cesa de crecer el odio popular, desde el primer momento violentísimo? Regimientos, por lo demás, que no podían mantenerse bajo las armas eternamente, pues los ejércitos cuestan caros. Cuando parten de Alemania, en agosto de 1551,[65] la victoria de

Mühlberg sufre ya un tremendo golpe. El emperador tenía pocos aliados en el país. Ni las mismas ciudades católicas del sur se ponen a su lado sin reticencia. Lo hacen porque no quieren perder sus franquicias y, sobre todo, porque desean la paz. En cuanto a los príncipes, más valía no pensar en ellos. Este complejo mundo alemán, tan dispar y tan difícil de gobernar, y más aún de reducir a la obediencia, incita a cada instante a intervenir en la Europa que lo rodea. Y tampoco a esta Europa le agradaba la victoria imperial.

Así va creciendo lentamente, en Alemania y en torno de ella, la amenaza de la guerra. Lentamente, pues hace falta tiempo para concluir los acuerdos, enrolar las tropas y concentrar los necesarios aprovisionamientos. Los diplomáticos disponen de tiempo para ir descubriendo y señalando muy por adelantado, a sus anchas, la pesada marcha de todos estos preparativos.

Esta vez tenemos en Simón Renard, embajador imperial en la corte del Rey Cristianísimo, el más fiel y minucioso informante de la marcha de las cosas, ya que es Francia el país que va a la cabeza en la ofensiva que se prepara. La monarquía francesa tiene las manos libres, después de haber sabido desgajarse de la guerra inglesa por el tratado de 24 de marzo de 1550. **[66]** Y ya desde antes de esta fecha se inquieta Simón Renard, y con razón, de sus manejos diplomáticos. ¿Acaso el rey de Francia no ha intentado convencer al turco de que rompa las treguas, antes de que expire el plazo establecido? (carta de 17 de enero de 1550).**[67]** A la par con ello, y al mismo tiempo, maniobra en Brema, acoge y sostiene en su corte algunos desterrados españoles y hasta se dice que abriga la intención de atacar por Fuenterrabía (carta de Felipe a Renard, de 27 de enero).**[68]** "Mañas de franceses", escribe Felipe.**[69]** Pero el estudio de la correspondencia diplomática francesa confirma la exactitud de estos rumores. En el centro de este vaivén de noticias encontramos la política y la persona gruñonas del condestable de Montmorency, su prudencia, es cierto, pero también sus violencias y su rudeza de lenguaje. La "colaboración" de 1540 está ya muy lejos, no cabe duda.**[70]**

El contrafuego francés gana bruscamente en fuerza y en eficacia desde el momento en que se levanta la hipoteca de la guerra inglesa que pesaba sobre este país. Simón Renard va señalando cuidadosamente los pasos y los ecos de esta política. El 2 de abril, envío de agentes franceses a Turquía y Argel y desplazamiento hacia el Piamonte de las tropas que han quedado libres delante del fuerte de Bolonia.**[71]** El 25,**[72]** alegría mal disimulada de los venecianos ante el anuncio de la paz franco-inglesa, en la que creen ver la garantía de que Francia no restituirá el Piamonte y seguirá contrarrestando la

dominación española por el norte y en toda Italia. El mismo 25 de abril, un agente francés es enviado al cherif, quien tiene en jaque a España con sus incursiones en Orania y los planes que se le atribuyen contra la misma Península.[73] Dícese que el agente francés lleva el encargo de ofrecer al cherif el apoyo de la flota francesa, ahora ociosa contra Inglaterra. El objetivo sería el reino de Granada.

Con Francia, es cierto que no hay nunca modo de saber a qué atenerse. "Sire *[sic]* —escribe Simón Renard, el mismo día 25 de abril—, los negocios y deliberaciones de acá son tan subjectos a mudanças y variedades q. difíçilmente se pueden descubrir y advertir a la verdad de la disposición." ¿El hablar demasiado —defecto muy francés— no viene a ser, por lo demás, lo mismo que el obstinado silencio en que se encierran cuidadosamente los españoles, es decir, otra forma de ocultar su juego? Sin embargo, concluye Renard, meses más tarde, "el rey de Francia no se fía del emperador, y tiene pláticas con los alemanes, suiços, moros y infieles por estorvar los designios de su majestad".[74] Y también, añade el 1 de septiembre, con los expulsados de Nápoles, "los foraxidos", con el duque de Albret y con el cherif de Marruecos.[75] El 6 de diciembre vuelve a hablarse de Fuenterrabía, adonde se dice que se dirigía el rey de Francia, "sabiendo que Fuenterrabía es la clave de España".[76] Nada desean tanto los venecianos como ver estallar esta guerra franco-española, y parece que Francia, por su parte, está decidida a desencadenarla. "Lo que les a incitado es las intelligencias y praticas que tienen en Alemaña, por las quales ellos tienen que sy v. Magestad comiença, que la Alemaña se rebolbera." Al primer gesto hostil ésta se levantará. ¿No ha dado la señal para ello Mauricio de Sajonia, en la Dieta? Se cuenta también con el aliento del gran turco, quien ha prometido acudir a la cita "con tal poder por mar que hechara a V. Magestad de Berberia y Sycilia y Napoles, y después les metera en las manos [a los franceses] lo que V. Magestad tiene en aquellas partes". Proyectos de los que Simón Renard ha recibido el soplo por diversos conductos y la confirmación de un tal Demetico, griego que sirve de intérprete (de las lenguas árabes y tal vez también del turco) y reside en París. Dícese que un embajador del "rey" de Argel ante el rey de Francia ha llegado el mismo día en que Enrique II hace su entrada en Blois, y fue recibido por el rey y el condestable. Han hablado, al parecer, "de la victoria que Vuestra Majestad ha logrado este año en África". Según las últimas noticias, el turco se dispone a romper la tregua, so pretexto de las fortificaciones de Hungría, contrarias a los acuerdos establecidos.

Al año siguiente, la correspondencia de Simón Renard[77] sigue relatando, minuciosa y monótonamente, cosas parecidas a propósito de Fuenterrabía, de las ciudades alemanas, de Italia y de Berbería, donde un caballero de Malta señala el envío de velámenes y remos marselleses. Poco después, los indicios se multiplican. El 12 de abril es el regreso del embajador francés en Constantinopla, anuncio seguro de grandes acontecimientos. El 27 de mayo, el viaje de Montluc a Italia y las 40 galeras que el rey equipa en Marsella. La guerra se empeña, de hecho, con motivo de Parma, donde el papa Julio III ha atacado a los Farnesio: detrás de los Farnesio está el rey de Francia, y detrás del papa están los imperiales. Guerra indirecta, con sordina, pero que es ya el primer signo de la ruptura de hostilidades, cuyo rumor crece sin cesar, hasta que, por último, estalla: el 15 de julio se recibe en Augsburgo la noticia de que la flota turca acaba de hacer su aparición a la altura de las costas de Nápoles.[78]

II. La guerra en el Mediterráneo y fuera del Mediterráneo [II-359]

La caída de Trípoli: 14 de agosto de 1551

Fueron, en efecto, los turcos, quienes asestaron el primer golpe importante. ¿Podían dejar que los cristianos se establecieran sólidamente en las costas de África, desde Trípoli, que se hallaba en manos de los Caballeros de Malta, hasta Yerba (África)[79] y La Goleta? A lo largo de esta línea esencial, que puede vedarles o por lo menos entorpecerles el camino del oeste, Dragut no tiene fuerzas para resistir por sí solo a las flotas de Andrea Doria. En abril de 1551, cercado en la bahía de Yerba, hubo de recurrir a una estratagema desesperada para escurrir el bulto, abriendo un canal a través de las tierras bajas del sur de la isla.[80] Dragut se ve en peligro de ser expulsado de las costas africanas. A los Caballeros de Malta se les atribuye, además, otro gran proyecto: abandonar su isla, montañosa y árida, para trasladarse hasta Yerba y Trípoli e instalarse a lo largo de este litoral. ¿Se les dará tiempo a construir, a la misma entrada de Berbería, un nuevo e inexpugnable castillo de Rodas?[81]

La toma de Trípoli: 14 de agosto de 1551

Entretanto, todo se desarrolla tan lentamente, que los turcos pueden permitirse el lujo de una ruptura en consonancia con las mejores reglas diplomáticas. El emperador ha dado pie para ello, al infringir las estipulaciones, con sus obras de defensa en la frontera de Hungría. ¿No intriga, además, en la Transilvania?[82] ¿No ha atacado a Dragut, aliado del sultán? En febrero de 1551 llega cerca del emperador un ragusino, emisario del turco (por la ruta terrestre que va de Constantinopla a Augsburgo). Su mensaje es éste: si Carlos V no desmantela las fortificaciones de Zenok y abandona Yerba, estallará la guerra.[83] Un pequeño detalle harto curioso: cuando Sinán Pachá se presenta delante del faro de Mesina, con toda su flota concentrada en la Fossa di San Giovanni, renueva esta exigencia, en carta al virrey.[84] El ultimátum es rechazado, naturalmente. Todo el mundo se pregunta con ansiedad qué va a hacer la flota del sultán. ¿Irá sobre Malta, Yerba, Trípoli? ¿O seguirá rumbo al oeste, para unirse a las galeras francesas? ¿*Y* cuál será, entonces, el objetivo de éstas? Tales eran las inquietudes de Carlos V en Augsburgo.[85]

La flota, tras un simulacro de ataque, gana el puerto de Malta, el 18 de julio,[86] y, después de un intento de desembarco, sigue hasta la isla de Gozzo, horriblemente asolada por los turcos, que se hacen allí de 5 000 a 6 000 cautivos.[87] El 30 de julio se hace a la vela hacia las costas africanas. Tanto en Malta como en Trípoli reinaban, en los primeros días de agosto, la ilusión y la esperanza de que era todo una finta. Como el embajador de Francia en Turquía, D'Aramon, llegara a Nápoles el 1 de agosto, en ruta para Constantinopla, corre el rumor de que viene a unirse a la armada para acompañarla hasta Occidente, donde invernaría. Pero la realidad era otra: el cuerpo expedicionario comienza a desembarcar, poco después, en Zuara, al oeste, y en Tadjura, al este de Trípoli.

La plaza de Trípoli, conquistada por los españoles en 1510, había sido cedida por ellos a los Caballeros de Malta en 1530. La plaza es poca cosa: una aldea indígena, poblada de árabes al servicio de la religión y protegida por una mala muralla, reforzada con torres, pero construida esencialmente de tierra. Frente al puerto, un castillo, de estilo un poco antiguo, con cuatro torres en los ángulos y muros en parte de piedra y a grandes trechos también de tierra. Finalmente, dominando con sus cañones las entradas del puerto (un puerto espacioso y profundo, con calado suficiente para navíos de 1 200 salmas), un pequeño castillo se alza sobre una lengua de tierra, en dirección a las islas que cierran la boca del puerto por el oeste, el "Castillejo" o el Bordj el Mandrik, como lo llaman los árabes; mediocre fortaleza, que no ha sido

posible construir mejor por las circunstancias, en este país de arenas, en que no existen piedras ni madera y, además, según se dice, por la avaricia del gran maestre de la orden, Juan de Olmedes. Dentro de su muros, al mando de fra Gaspar de Vallier (mariscal de la lengua de la Auvernia, quien a la hora de la prueba habrá de revelarse como un jefe bastante deplorable), 30 caballeros y 630 mercenarios, calabreses y sicilianos, reclutados a última hora y de muy endeble calidad.[88]

En estas condiciones, el sitio de Trípoli no estaba llamado a ocupar un lugar de honor en la historia, a pesar del poco tiempo de que disponían los turcos, obligados a acabar con el asunto antes de que llegase el mal tiempo. Los asaltantes pudieron desembarcar y aprovisionarse a sus anchas, cavar sus trincheras de aproche, emplear tres baterías de doce piezas contra el fuerte; tuvieron el mejor aliado en la indisciplina de las tropas sitiadas, que se amotinaron casi inmediatamente, imponiendo a sus jefes la capitulación. Las negociaciones se precipitan. Los turcos exigen que las fortificaciones de la plaza les sean entregadas intactas. A cambio de ello, y gracias a la mediación del embajador francés, que se ha unido a la flota turca, se garantiza a los Caballeros la vida y la libertad. Hacen una entrada bastante bochornosa en Malta, a bordo de las galeras del embajador, mientras sus soldados quedan en manos del enemigo, en justo castigo a su indisciplina…[89]

Tal es, al menos, el relato que nos hace Bosio, aquel buen "burgués" de Malta que, con toda buena fe y tranquilidad de alma, nos dice cuáles fueron sus fuentes: los debates del proceso seguido en la isla de los Caballeros en contra de los jefes responsables de aquel desastre. ¿Debemos considerar este relato como algo indispensable? Al parecer, los procesados siguieron el cómodo recurso de cargar todas las culpas a los soldados cautivos, que no estaban allí para defenderse. Pero el asunto dio pie, en su día, a los más diversos rumores. Sin hablar de todas las ignominias que se le achacaban al embajador D'Aramon, ¿habrá razones para acusar de traición al caballero francés Gaspar de Vallier, como lo sostiene el historiador Salomone Marino? ¿O deberá atribuirse el descalabro al propio gran maestre de la orden, al español De Olmedes, imputándole, cuando menos, imprevisión y negligencia? El proceso sigue abierto.

Poco importa, por lo demás. Lo relevante es que Trípoli había caído en manos de los turcos, y con ella un apreciable instrumento de combate y de enlace con la Berbería. Esta tradicional puerta de salida de los productos del interior de África iba a recobrar ahora su rango. Mientras Trípoli estuvo en manos de los cristianos, el tráfico del Sahara desviábase hacia Tadjura, centro

cercano a Trípoli, feudo de un rudo cabecilla llamado Morat Aga, a quien la victoria de 1551 puso a la cabeza del pachalato de Trípoli. El polvo áureo y los esclavos vuelven, así, a encontrar el camino de la ciudad “rica en oro”. Lo importante, sin embargo, es que el sitio de Trípoli viene a poner de nuevo en marcha la gran guerra mediterránea. Grandes trazos sangrientos van marcando, a lo largo de las costas cristianas, las depredaciones de las flotas turcas y, tras ellas, los corsarios se encargan de rematar la obra de la destrucción y de la muerte.

El raid turco hace sonar, por fin, la hora de la guerra general que de largo tiempo atrás venía preparando Europa. La política francesa arrecia inmediatamente en sus bravatas, mientras los imperiales, tomando sus precauciones, se apoderan en agosto de los barcos franceses estacionados en los Países Bajos.[90] El nuncio, resentido con Enrique II y el condestable, anuncia a quien quiere oírle que la guerra está en puerta.[91] Se hacen levas de tropas en Gascuña,[92] y los 30 000 hombres y los 7 000 caballos del duque de Guisa dejan las fronteras del Barrois y de la Borgoña. No conseguirán, sin embargo, llegar tan pronto a Italia, donde, según nos dice Renard,[93] van bastante mal para los franceses los asuntos de Parma y de la Mirandola. Pero las galeras de Marsella han recibido, al parecer, la orden de unirse a la armada turca.[94]

Todos estos peligros acumulados pesan sobre la política del emperador. Y en no menor grado los apuros financieros, muy graves en esta hora difícil, en que por doquier tiene que hacer frente a dificultades. Temiendo por Sicilia, da órdenes, en agosto, para que se trasladen a la isla las tropas españolas e italianas de Wurtemberg… Pocos actos han resultado tan importantes y henchidos de consecuencias como esta simple medida. Carlos V abandona Alemania, encomendando a su hermano el cuidado de ocupar, pero a su costa y si lo estima conveniente, las plazas que el emperador desguarnece de sus tropas. Ahora bien, en esta hora crítica, Fernando dispone de pocos recursos y pasa por grandes apuros por el lado de la frontera húngara, donde se ha extendido también la guerra y donde, aunque apoyándose en la Transilvania, enrolada por un momento en la causa de los Habsburgo, Fernando opone una difícil y comprometida resistencia a las profundas incursiones del beglerbey de Rumelia, Mohamed Sokoby.[95]

Al retirar sus tropas de ocupación, Carlos V prepara tal vez directamente la explosión alemana de 1552. ¿No habrá exagerado, tal vez, el peligro turco? En este caso no ha sido él sólo. El virrey Tomás de Villanueva precavía a Felipe desde Valencia, el 24 de agosto, contra el peligro de un desembarco.

[96] Desde Malta, el 24 de agosto, Villegaignon suplicaba al duque Ana de Montmorency: "Si al rey y a vos no os place interceder cerca del gran señor para que nos deje en paz, estamos en peligro de ser aplastados".**[97]**

El rey de Francia, en estos momentos críticos, tenía sobre sí otras preocupaciones que la de salvar a Malta. Las hostilidades, iniciadas en torno de Parma, aunque sin declararse, iban extendiéndose poco a poco a toda Europa. Sólo les faltaba la consagración oficial, cuya iniciativa tomó el rey francés. Como aliado del duque de Parma, comienza por romper con el papa, el 1 de septiembre, día de la reapertura del Concilio de Trento. Varios días más tarde, el 12 despide al embajador imperial Simón Renard**[98]** y llama a sus propios embajadores.**[99]** Entre tanto, habiendo ya comenzado las hostilidades directas, Brissac se ha apoderado sin dificultad alguna de las pequeñas plazas de Chieri y Saint-Damian.**[100]** Todavía antes, en agosto, Paulin de la Garde, general de las galeras de Francia, había apresado, en las costas de Italia, 15 naves españolas,**[101]** atentado que se repite, el mismo mes, en el propio puerto de Barcelona, de donde los marinos franceses se llevan cuatro grandes navíos, una galera recién botada al mar y una fragata del príncipe Doria.**[102]** Después de esto, las medidas de guerra se suceden sin interrupción: movimientos de tropas hacia Italia, armamento de barcos en Bretaña,**[103]** secuestro en Francia de los barcos pertenecientes a súbditos del emperador. **[104]** Finalmente, en octubre, se establecen las bases para el acuerdo definitivo del rey de Francia con los príncipes protestantes de Alemania.**[105]**

Este desenlace, ¿toma por sorpresa a los imperiales? No parece indicarlo así (diga lo que quiera Fueter)**[106]** la lectura de las cartas de María de Hungría, quien, desde los Países Bajos, se inquieta lúcidamente y, como siempre, piensa en los grandes remedios: en quebrantar la oposición de Inglaterra y asegurarse en sus costas un puerto indispensable para los navíos imperiales. "Se dice, incluso [sugiere esta animosa mujer],**[107]** que el dicho reino es perfectamente expugnable, en la hora actual, dadas su división y su extrema pobreza." En todo caso, sería conveniente, apunta, simular confianza y afección con respecto a los hijos de Fernando y dejar de hablar, durante algún tiempo, de la cuestión del imperio. Trátase de apaciguar a los alemanes y de estimularlos a ayudar al emperador. Ganada la guerra, será fácil asegurar el imperio a quien se quiera. Pero la guerra hay que ganarla. María parece preverlo todo: el juego de los franceses, apoyados en la Inglaterra protestante y que "embrollasen" a Alemania, y la inteligencia de los dichos franceses con el duque "Mauris" de Sajonia. ¿No sería posible ofrecer a éste, sugiere, una misión en el frente turco,**[108]** puesto que vuelve a haber un frente turco en

Hungría? Sería un modo de alejarlo y, si rechazara, de obligarle a descubrir su juego.

Pero Carlos V, por su parte, se empeña en no comprender este juego. Es la única falta de táctica en que incurre. Por lo demás, no se hace ninguna clase de ilusiones pacíficas. Enfermo y atenazado por la gota, se instala en Innsbruck, para vigilar desde allí la cercana Italia. Así se prepara, una vez más, para la guerra contra el Rey Cristianísimo.[109]

Los incendios de 1552

Llega así el año siguiente, el año de 1552, en que todos estos explosivos, que han ido acumulándose poco a poco, provocarán un vasto incendio. Un solo y único incendio, pero que, de norte a sur, va encendiendo sucesiva o simultáneamente tantas hogueras distintas, que no siempre se percata la gente de la época de que, visto desde lejos y desde lo alto, es un gran incendio general. En efecto, el año de 1552 desencadena una serie de guerras en toda o en casi toda Europa. Enumerémoslas:

En primer lugar, una guerra interior alemana, la que los historiadores del otro lado del Rin llaman la *Fürstenrevolution*, aunque sea, en realidad, algo más que una simple "revolución de príncipes", ya que se trata también de una guerra religiosa[110] y hasta social. Guerra que acaba catastróficamente para Carlos V. Desalojado de Innsbruck, el emperador se ve obligado a huir, el 19 de abril, delante de las tropas de Mauricio de Sajonia y pierde Alemania, tan aprisa como la había ganado en 1547. Su "tiranía", para expresarnos como Bucer, se derrumba en unos cuantos meses, entre los primeros días de febrero y el 1 de agosto de 1552, fecha en que, con el Tratado de Passau, se restablecen las libertades alemanas y se firma un acuerdo provisional entre Alemania y el emperador.

Mientras tanto, por el oeste, guerra exterior alemana, en dos tiempos. Primer tiempo: el rey de Francia, en cumplimiento de sus acuerdos con los protestantes alemanes, confirmados por el Tratado de Chambord del 15 de enero de 1552, emprende el "viaje del Rin": ocupación de Toul y de Metz, el 10 de abril;[111] llegado a las orillas del Rin en mayo, decidió, cuando los aliados alemanes entablan negociaciones con el emperador, una prudente retirada del ejército real hacia el oeste. A su regreso, en junio, los franceses ocupan la plaza de Verdún.[112] Segundo tiempo: el emperador, después de concertarse con Alemania, atraviesa este país de norte a sur y reagrupa sus

fuerzas para intentar recuperar Metz, cuyo sitio, iniciado el 19 de octubre, termina el 1 de enero de 1553, con la derrota y la retirada del emperador.[113]

Una tercera guerra alemana, por el este, se libra sobre la frontera de Hungría, contra los turcos. Guerra especialmente enconada y en la que Fernando lleva la peor parte, ya que los príncipes alemanes, y a la cabeza de ellos Mauricio de Sajonia, no acudirán en su socorro hasta fines de año. El 30 de julio de 1552 cae en poder de los turcos la plaza de Temesvar.[114]

En las fronteras del Luxemburgo y de los Países Bajos se enciende otra serie de hostilidades, aunque insignificantes, en comparación con las anteriores.

En Italia, una guerra esporádica: golpes de mano, sitios, guerra de montaña a lo largo del Piamonte y, de vez en cuando, treguas. Así, el acuerdo del 29 de abril pone fin a la guerra entre el rey de Francia y el papa Julio III, [115] pero a continuación, como para compensar lo uno con lo otro, la ciudad de Siena se levanta, el 26 de julio, al grito de "¡Francia, Francia!", y, arrojando de sus muros a los imperiales, proclama su independencia. Episodio bastante grave, a la verdad, ya que viene a romper las grandes comunicaciones españolas, y que sólo se cerrará en abril de 1555, con la toma de Siena por los imperiales y Cosme de Médicis.[116]

Por último, a todas estas guerras continentales hay que añadir las operaciones marítimas en el Mediterráneo. Éstas ofrecen un interés especial para nuestro libro, pero no sería posible comprenderlas sin relacionarlas con este conjunto de luchas, del que son simplemente un detalle, y tal vez no el más importante, desde el punto de vista militar. Se reducen, en el año 1552, a dos capítulos, no muy densos. De una parte, los desplazamientos de la armada turca, que, por el camino habitual, llega a Mesina, donde, el 5 de agosto, destroza a la flota de Andrea Doria, entre la isla de Ponza y Terracina.[117] De otra parte, los viajes de las galeras francesas, las cuales, bajo el mando de Paulin de la Garde, reciben la orden de unirse a la armada turca.

Sin embargo, ésta, a pesar de las presiones francesas, no prosigue su marcha hacia el oeste. El virrey de Valencia anuncia a Felipe de España, es cierto, que la armada levantina había entrado en Mallorca el 13 de agosto de 1552, pero tampoco esta vez fue más que un fantasma provocado por el miedo.[118] Es posible que Sinán Pachá tuviera prisa por volver a Oriente para atender sus asuntos personales y a causa de la guerra contra Persia. Lo cierto es que no esperó las galeras francesas y que éstas, a la inversa de lo que había sucedido en Tolón en 1543, tuvieron que ir a invernar en Oriente, en la isla de Quíos.[119] Un documento de la época las señala a su paso por la costa

napolitana, cerca de Regio, donde mandan a tierra unos cuantos destacamentos para avituallarse sin desembolsar nada, matando vacas y puercos y talando los árboles de los jardines para proveerse de leña. Dos tripulantes que desertan, uno italiano y el otro de Niza, informan de que las galeras navegan con el propósito de obligar a la armada turca a volver atrás, para tomar Nápoles y Salerno… ¿Habrá que poner este incidente en relación con la conjura del príncipe de Salerno, don Ferrante Sanseverino, quien se halla precisamente a bordo de la flota francesa, conjura que Venecia se niega a secundar y que, según se dice, fracasa por la tardía llegada de la flota?**[120]** Vemos, una vez más, con qué insistencia sigue la política francesa soñando con Nápoles. ¿Habría logrado tal vez resultados sustanciales sin aquella prisa por hacer volver hacia atrás las galeras turcas? Ni Génova ni Nápoles habrían podido resistir los esfuerzos combinados de los dos aliados, y Andrea Doria no habría podido reanudar tranquilamente sus viajes para abastecer y reforzar los puntos amenazados.

Pero el turco no es tan largo de miras. Para su armada se trata de simples operaciones de saqueo. Los turcos llenan sus cofres y, una vez llenos, emprenden de nuevo la ruta de Levante. ¿Tal vez, según el rumor que en seguida empieza a correr, insistente, pero incontrolable, gracias al dinero que riegan generosamente españoles o genoveses?

Vemos, pues, que los grandes problemas políticos de este dramático año de 1552 no se ventilan aquí, en el Mediterráneo. No dependen ni de Dragut, ni de Sinán Pachá, ni del anciano Andrea Doria. No; los protagonistas del drama, aquellos que nos gustaría conocer mejor y poner al desnudo, siguen siendo el emperador Enrique II y el enigmático Mauricio de Sajonia. Son sus planes e intenciones las que los historiadores discuten. Pocos personajes tan turbios como este Mauricio de Sajonia, indiferente en materia de religión, realista y, según algunos, amoral. Él fue quien condujo la partida contra Carlos V y se desquitó de la derrota de Mühlberg, obligándolo a huir por los Alpes hasta Villach y hasta más allá del Brennero. Se detiene en pleno éxito de sus armas, a pesar de ir provisto, según se dice, de letras de cambio sobre Italia. ¿Por qué? ¿Por temor a que no le sigan sus soldados? ¿Por no ir a remolque de los franceses? ¿Sería, cosa rara, un político lúcido y ponderado, deseoso de poner fin a la guerra alemana? ¿U obraría, sencillamente, en connivencia con los fernandinos, en este año tan sinuoso, consciente de las dificultades alemanas en el este, frente al Islam? Los historiadores se han formulado, en efecto, todas estas preguntas. Y, si es difícil contestarlas, ¿no se deberá, en último resultado, al hecho de que el desconcertante personaje

desaparece bruscamente del mundo, cuando menos se esperaba,[121] llevando a la tumba la mejor de las respuestas: su propia vida?

¿Y el viejo emperador? ¿Fue realmente, como asegura Edouard Fueter, víctima de los errores de sus servicios diplomáticos, o mejor dicho, como pensamos nosotros, de su propia obstinación? ¿Creyó, tal vez, que podría resolver el problema sin combatir, puesto que durante ocho años había logrado salir airoso por el lado de Francia sin desenvainar la espada? Sin combatir, es decir, sin soltar la bolsa. Pues lo que más angustiaba al emperador era la penuria de dinero, y sólo después de la huida de Innsbruck se decide el imperio de los Habsburgo a realizar un inmenso esfuerzo. ¿Será verdad, como lo sostiene Richard Ehrenberg, que lo que salvó a Carlos V en junio de 1552 fueron los 400 000 ducados que le adelantó entonces Antón Fugger?[122] Desde luego, este crédito le permitió hablar recio en Passau. La poderosa ayuda recibida de Florencia (bajo la forma de un empréstito de 200 000 ducados), de Nápoles (800 000 ducados) y, sobre todo, de España infundió nuevo vigor al maltrecho cuerpo imperial.[123] No olvidemos que las exportaciones españolas de dinero fuera de la Península, con destino a Génova y principalmente a Amberes, comienzan a cobrar un volumen considerable a partir de 1552.[124] Se ha acusado a Carlos V de imprevisión. Pero ¿acaso podía y debía contar con la semitraición de los fernandinos, que tantos perjuicios le causó? No; su gran culpa consistió más bien en la terquedad de permanecer cerca de Augsburgo, en vez de trasladarse (como intentará hacer más tarde, demasiado tarde ya) a los Países Bajos, el gran reducto de su potencia, su plaza fuerte y su centro monetario.[125] Desde allí, y solamente desde allí, como habría de saberlo desde 1544, podía descargar sus golpes sobre Francia.

También la política de Enrique II ha sido discutida no menos largamente. ¿El viaje de Alemania fue una rectificación de la política de los Valois?, se pregunta Henri Hauser, para contestar inmediatamente en sentido negativo.[126] ¿Acaso Enrique II no retorna casi inmediatamente a las preocupaciones de Italia, a este espejismo, a esta necesidad? El nuncio Santa Croce escribió, a comienzos de 1533: “El Rey Cristianísimo se ha vuelto totalmente hacia las cosas de Italia”.[127] Por tanto, el viaje de Alemania no pasó de ser un accidente. En realidad, el rey apenas tenía en qué escoger. El problema, para él, consistía en resistir a la enorme masa habsburguesa, para golpear en seguida, al mismo tiempo que los otros y lo antes posible, en el punto más sensible. Los acontecimientos lo arrastran, pues, de un sitio para otro. Pero, en este año de 1552, es un hecho que lo arrastran hacia el este, y detrás de él, y

siguiendo sus huellas, al historiador del Mediterráneo, a medida que la potencia hispánica se instala en Alemania y extrae de los Países Bajos sus recursos; encuentra allí, a veces, una de sus grandes posiciones estratégicas.

Córcega, para los franceses; Inglaterra, para los españoles [II-370]

Tampoco al año siguiente, en 1553, se hallan en el centro de la política internacional el Mediterráneo y sus dependencias terrestres. ¿Qué vemos, en efecto? Una incursión de los piratas argelinos llevada hasta Gibraltar; una campaña de la armada turca, un tanto tardía, conducida hasta Córcega, en colaboración con las galeras francesas;[128] por último, hacia el final de la estación de bonanza, la ocupación de Córcega por las tropas francesas y los *fuorisciti* de la isla. Tres operaciones espectaculares, pero menos importantes de lo que parece.

Salah Rais,[129] un "moro" nacido en Alejandría de Egipto y formado en la escuela de Barbarroja, se convierte, desde 1552, en "rey de Argel", el séptimo de la serie. Llega a su ciudad en abril y dedica los primeros meses de su misión a hacer entrar en razón a los jefes de Tuggurt y Uargla, que se negaban a pagar los tributos: fructíferos *raids* de los que vuelve cargado de oro y con la promesa de que el "tributo", consistente en unas cuantas docenas de mujeres negras extraídas de las profundidades del África, será pagado puntualmente todos los años. El invierno de 1552-1553, en Argel, se dedica a equipar minuciosamente la flota. A comienzos de junio, Salah Rais se hace a la mar con 40 naves, galeras, galeotas y bergantines, todos bien armados. Sin embargo, la primera tentativa de la estación, el golpe sobre Mallorca, termina con un fracaso bastante estrepitoso; en seguida, en las costas de España, como las marinas han sido puestas en guardia a su debido tiempo, los corsarios no logran hacer mella. Solamente en el Estrecho se les presenta la oportunidad de apresar cinco carabelas portuguesas con las que se encuentran y que da la casualidad de que llevan a bordo a un gobernador de Vélez de la Gomera, pretendiente al trono del cherif y de vuelta de la Península, donde, en unión de sus partidarios, ha tratado de promocionar su causa. Se apoderan de todo, carabelas, tripulaciones, cargamento y pasaje; y lo llevan al puerto de Vélez, donde Salah Rais, según cuenta Haedo, regala el botín al cherif, en prenda de amistad y de buena vecindad y para inclinarle de este modo a que exima a la vecina Orania de sus frecuentes incursiones. Lo que no impide que tres meses más tarde surjan nuevos incidentes fronterizos por el lado de Tremecén y que el amo de Argel tenga que pasar el invierno preparando una nueva

expedición, dirigida esta vez contra Marruecos… Es cierto que el Rais había tenido la precaución de llevarse a Argel al pretendiente Ba Hassun.

Probablemente Salah Rais había regresado ya a su base cuando llegó a las costas italianas la flota turca al mando de Dragut, flanqueada por Paulin de la Garde y las galeras de Francia. Las intrigas y tal vez la complicidad del visir Rustem Pachá, comprado por los imperiales,[130] habían retrasado la salida de la armada corsaria, que había cambiado de dueño, ya que Dragut ocupaba ahora el puesto de Sinán Pachá. Además, en vez de marchar directamente sobre las costas de la marisma toscana, los barcos turcos perdieron el tiempo en dedicarse al saqueo: la isla de Pantelaria fue saqueada en agosto, y en seguida el puerto triguero de La Licata, en la costa siciliana. Las negociaciones de Dragut con los tunecinos (el rey de Túnez acababa de romper con los españoles de La Goleta) entretuvieron también a la flota entre Sicilia y África. Gracias a todas estas dilaciones, Andrea Doria tuvo tiempo, situando el grueso de su flota en Génova, de abastecer las plazas amenazadas y de emplazar a lo largo de las costas sicilianas el número suficiente de navíos rápidos para que le previnieran oportunamente de los movimientos del enemigo.

Dragut no llega al mar Tirreno antes del 3 de agosto.[131] Días después, los navíos corsarios atacan la isla de Elba, logrando entrar a saco en Capoliveri, Río Marina, Marciana y Porto Longone. Pero el punto esencial, Cosmópolis —o sea, Porto Ferraio— resiste sus ataques. Solamente entonces, después de haber pensado en acometer a Piombino, se dedica la flota atacante a transportar a Córcega tropas francesas sacadas de la marisma de Siena.

Los jefes franceses habían celebrado, en efecto, consejo de guerra en Castiglione della Pescara,[132] donde prevaleció el parecer del mariscal del Termes, comandante de las fuerzas francesas en Parma. Contando con el apoyo de Paulin de la Garde y de los desterrados corsos (entre los cuales se destacaba, en primer lugar, Sampiero Corso), había decidido, sin órdenes precisas del rey, lanzarse a la invasión de la gran isla. La empresa resultó extraordinariamente fácil. Después de tomar Bastia el 24 de agosto, el barón de la Garde llegó a Saint-Florent el 26. En seguida le tocó el turno a Corte, donde se habían refugiado, en medio de las tierras, los comisarios genoveses de Bastia. Finalmente, a comienzos de septiembre, capitulaba Bonifacio,[133] después de un conato de resistencia. Como se sabe, Bonifacio era, en aquella isla, con Calvi, la ciudad de los genoveses. Habiendo conseguido ya un gran botín, y además una promesa de dinero arrancada a Paulin de la Garde por el propio Dragut, los turcos se negaron a prolongar el bloqueo de Calvi, última

plaza defendida por los genoveses en la isla, y se volvieron a sus bases. El 1 de octubre,[134] la flota corsaria franqueaba el estrecho de Mesina. En diciembre llegaba a Constantinopla.

¿Diremos que acababa de desaprovecharse una gran ocasión de abatir a la casa de Austria? Es un hecho que los turcos no golpearon, en esta ocasión, con todas sus fuerzas.[135] Maniobras corruptoras, dicen algunos. Pero hay razones plausibles para explicar este mesurado esfuerzo de la flota otomana, mesurado desde el primer momento, ya que este año sólo parten de Constantinopla 60 galeras. Y es que, en el este, prosigue la guerra de Persia, que por sí sola contrarresta la atracción y las necesidades del oeste. En este año de 1553,[136] Anthony Jenkinson, un mercader de Londres instalado en Alepo, vio entrar en la ciudad a Solimán el Magnífico y su suntuoso cortejo, en marcha hacia Persia. Seis mil caballos ligeros, 16 000 jenízaros y 1 000 pajes de honor, "todos vestidos de oro", acompañan al sultán, que, cabalgando sobre un caballo blanco, viste una túnica recamada de oro y ciñe un enorme turbante de seda y lino. El ejército cuenta con más de 300 000 hombres y lo siguen 200 000 camellos para transportar la impedimenta… ¿No es, en el fondo, este cuadro el que sirve de contrapeso a la guerra mediterránea, limitándola y empequeñeciéndola?

Sin embargo, gracias a los turcos, los franceses han logrado poner pie en Córcega. Al terminar la estación de bonanza, toda la isla está en sus manos. No debe restarse importancia al suceso, aunque sin exagerarlo desmesuradamente ni tratar de ver en él el anticipo del porvenir que hará de la isla de Córcega un departamento de Francia, ni empeñarse en ver tampoco en este acontecimiento un momento culminante de la guerra contra la casa de Austria. La nueva del desembarco realizado en la isla de Córcega llena de estupor al gobierno de Génova, hace perder la cabeza a Cosme de Médicis y a los imperiales y desencadena las censuras del pontificado. La conquista ha sido rapidísima. Sampiero Corso y los desterrados, ayudados por la gente de la isla, lo han hecho casi todo. Quiérase o no, con razón o sin ella, Córcega aborrecía a los genoveses, odiaba en ellos a los dueños y señores, a los mercaderes usureros de sus ciudades, a los inmigrantes que, no teniendo donde caerse muertos, venían a la isla, como a país colonizado, a enriquecerse. ¿Toda Córcega? Desde luego, todas las grandes familias de la isla, a quienes el orden genovés intenta asimilarse y poner al paso, y también las personas humildes, enfurecidas por las malas cosechas y las crisis económicas y cuyas costumbres tradicionales vienen a ser perturbadas por los nuevos métodos agrícolas de los colonizadores. Para todos estos naturales del

país, la dominación genovesa es, como ellos dicen, un "*assassinio perpetuo*". **[137]**

Lo que no impide, por lo demás, que en esta isla, excesivamente poblada para sus recursos, la guerra venga a agravar todavía más las miserias y los males. Franceses, genoveses, turcos y argelinos, soldadotes alemanes y mercenarios italianos o españoles de la Dominante, sin olvidar, bien entendido, a los secuaces de Sampiero: toda esta muchedumbre de soldados tiene que comer y que vivir. Entra a saco por todo, devora las cosechas, arrasa las aldeas. La desgracia de Córcega consiste en tener una significación exterior mayor que la propia y ser, en esta guerra de los Valois contra los Habsburgo, un importante nudo de comunicación. La ocupación francesa de Córcega entorpece y descoyunta las comunicaciones interiores entre los imperiales y sus aliados, más todavía que la de Parma y la de Siena. «Todo barco que navegue de Cartagena, Valencia o Barcelona (y también de Málaga o Alicante, debemos añadir) a Génova, Liorna o Nápoles, pasa fatalmente a la vista de las costas de Córcega; y esto, que es verdad hoy, lo era todavía más en el siglo XVI, en que los piratas berberiscos infestaban la parte del Mediterráneo comprendida entre la Cerdeña y las playas africanas y en que la ruta marítima normal costeaba el cabo Corso o pasaba por las bocas de Bonifacio. Además, el escaso tonelaje de los barcos de aquella época no les permitía emprender grandes travesías sin escalas, y los navíos que viajaban de España a Italia recalaban normalmente en los puertos de Córcega**[138]**». La gente de la época se dio en seguida cuenta de lo que significaba la conquista de la isla, "freno de Italia", como la llama Sampiero Corso, los unos alegrándose de ella y los otros mostrándose inquietos y alarmados.**[139]**

No tarda en producirse el contraataque imperial. Tan pronto el mal tiempo, rompiendo la colaboración estival de franceses y turcos, establece la proporción ordinaria entre las flotas occidentales. La situación se invierte. Génova y Toscana tienen a su favor la proximidad de sus bases, mientras que la isla de Córcega, lejos de las galeras francesas reintegradas a Marsella,**[140]** y, además, directamente amenazada por los genoveses, que siguen clavados en Calvi, se halla solamente bajo la guardia de los insurrectos y de 5 000 viejos soldados, es decir, en situación apurada. Todo parece indicar que Enrique II, en noviembre, entabla negociaciones indirectas con los genoveses. **[141]** Pero sin éxito, pues Génova preparaba ya su desquite y, lanzada en este derrotero por el duque de Florencia, apelaba al emperador,**[142]** comprometía 800 000 ducados y reclutaba 15 000 hombres. El cuerpo expedicionario enviado por Andrea Doria sale de la ciudad el día 9, se detiene un poco en la

costa genovesa y el día 15 llega al cabo Corso. El 16 entra en el golfo de Saint-Florent, cuya guarnición capitula al día siguiente, el 17 de febrero.[143] La suerte estaba echada: Génova jamás había soltado la isla, y estaba decidida a pagar lo que fuese necesario para recuperarla. Comienza así una guerra lenta y difícil.

El año de 1553 fue, pues, un año agitado, en el Mediterráneo. Pero, en relación con la vasta guerra que cubre a Europa, ¿estos acontecimientos mediterráneos pesan tanto como los del norte? ¿El gran episodio de este año no fue, en realidad, la dramática sucesión de Inglaterra? El 3 de julio de 1553[144] moría Eduardo VI; desaparecía con él una Inglaterra oficialmente adicta al protestantismo, casi amiga de Francia y hostil a los Habsburgo; los ocupantes de los Países Bajos pudieron, al mismo tiempo, dar gracias a Dios por la desaparición de Mauricio de Sajonia (muerto el 11 de julio) y la subida al trono de María Tudor.[145] Sin embargo, el advenimiento de la nueva reina, en un país lleno de convulsiones, fue especialmente difícil y planteaba, en el acto, el problema, tampoco nada fácil, del matrimonio de la soberana. Después de mil contratiempos y de haber descartado en el último instante la candidatura de un infante poco maduro, don Luis de Portugal, tío de María, [146] salió victorioso de la prueba el joven príncipe Felipe de España. Este triunfo, "que suscitaba grandes celos",[147] debíase al emperador, a Granvella y al embajador Simón Renard, a quien no se le puede disputar la paternidad de esta jugada maestra de la diplomacia. El 12 de julio firmábanse las capitulaciones matrimoniales, publicadas en el reino dos días después.[148]

Así, pues, en el momento en que el imperio de los Habsburgo recibía golpes tan duros de todas partes, la fortuna se encarga de enderezar la situación con esta victoria inesperada. Desde los Países Bajos, renunciando a apoyarse en una Alemania dividida y a la que deja, como deliberadamente, que se divida todavía más, el emperador se asocia ahora con Inglaterra. Concentra sus fuerzas cerca del mar del Norte, este Mediterráneo occidental que le pertenece casi por entero, así como las grandes rutas que en él desembocan, viniendo del océano. Hace de los Países Bajos su plaza inexpugnable.[149] Para el Rey Cristianísimo las perspectivas de este año de 1553 son, pues, bastante sombrías. Aun suponiendo que pueda, como lo espera el embajador veneciano, impedir al príncipe de España trasladarse a su nuevo reino (y la ocasión de cerrarle el paso se le presentará a Villegaignon, sin que la aproveche),[150] ¿qué ventaja le reportará esto? En Alemania, el golpe repercute con no menos fuerza. "Los príncipes de Alemania [escribe el embajador de Venecia cerca de Carlos V, en carta de 30 de diciembre de

1553][151] dudan todavía si el príncipe de España, acercándose a Alemania como lo hará al ganar Inglaterra, no podrá, con la ayuda de este reino y gracias a las divisiones germánicas, intentar apropiarse por las armas la 'coadjutoría' del imperio, que antes ha intentado obtener mediante la negociación."

Todo ello permite suponer cuánto pesaba en la balanza de la diplomacia el matrimonio inglés, ya antes de formalizarse.[152] El único consuelo para los enemigos del emperador es pensar que las bodas reales aún no se han celebrado y que Inglaterra se halla sacudida por conmociones bastante graves, que a los franceses les gustaría agravar todavía más con sus provocaciones y sus llamamientos al pueblo londinense.[153] ¿No llegó a pensarse, por febrero de 1554, en trasladar a la reina a un lugar seguro, al puerto de Calais?[154] Carlos V no se ha asegurado con su victoria diplomática el apoyo de Inglaterra, sino solamente la buena voluntad de una reina que no es más que la dueña muy insegura de su país, que no está segura de sus propios medios, ni siquiera de los socorros españoles, cuyo paso hacia Inglaterra pueden interceptar los franceses;[155] de una reina, por último, peor provista de dinero que el propio emperador o que su hijo.

Las abdicaciones de Carlos V: 1554-1556

La falta de dinero hace sentir su gran peso sobre esa fase de la guerra. Por el lado del emperador surgen a cada paso dificultades con los Fugger, los Schetz y otros prestamistas de Augsburgo, de Amberes o de Génova.[156] Y la situación no es mejor en lo tocante a Francia. Es cierto que el rey consigue levantar empréstitos sobre la plaza de Lyon: 1553 es el año del "*grand party*". Pero este dinero tomado a préstamo hay que reembolsarlo, creando para ello nuevos y nuevos empréstitos. Lo que provoca, o, mejor dicho, agudiza en el país un malestar que viene ya de muy lejos.

Ya en 1547[157] el condestable había tenido que reprimir algunos disturbios campesinos en la Guyena contra los tributos. En abril de 1552,[158] ciertos avisos transmitidos a España indican que Francia no carece de trigo ni de pan, pero que reina en ella un gran descontento contra los impuestos, del que no se libran ni los monasterios ni los hospitales de San Antonio o San Lázaro. La guerra que se reanuda en este año de 1552 trae consigo la ruina para las personas humildes, los comerciantes y los campesinos, indefensos ante las exacciones de los gentileshombres. "Cada gentilhombre —leemos en una de estas noticias— toma lo que ha menester en toda la tierra… y así está

toda la comunidad como moros sin dueño.” Trátase, cierto es, de una noticia española, que debe tomarse con todas las reservas, pero que, evidentemente, no puede considerarse falsa en su totalidad, puesto que, en abril de 1554, un aviso de Francia destinado a la Toscana[159] señala, a su vez, el cansancio de la gente; el mal estado de los ejércitos; la imposibilidad en que el rey, falto de recursos, se encuentra para enrolar suizos; la nueva subida de los impuestos y la fundición de la plata de los particulares; la venta de cédulas de nobleza y las contribuciones impuestas al clero… Por lo demás, el cansancio es el mismo en todos los países cristianos, Francia, España, Italia y Alemania; en agosto, el papa intenta apoyarse en esto para arriesgar una tentativa de paz. [160]

Tampoco se encuentra en mejor postura el Imperio turco, cuyas fuerzas se hallan empeñadas en la guerra de Persia. En 1555, el embajador del Rey Cristianísimo, Codignac, tiene que presentarse en medio del ejército que opera contra el sofí para suplicar del sultán en persona el envío de la armada. [161]

Así, pues, donde los historiadores imaginan cálculos e intrigas, lo que hay, con harta frecuencia, es sencillamente falta de medios y, particularmente, de medios financieros. Durante estos dos años de 1554 y 1555, la guerra se lleva en todas partes con lentitud y de mala gana: es una guerra de plazas, en la frontera de los Países Bajos y en las líneas del Piamonte, donde Brissac[162] toma por sorpresa la plaza fuerte de Cassal, en junio de 1555; una pequeña guerra marítima en el Mediterráneo, donde la armada turca no hace más que presentarse: en 1554, bajo el mando de Dragut, se demora en Dirraquio más de la cuenta, o ése es, por lo menos, el parecer de los franceses, quienes, de concierto con las galeotas de Argel, intentan mientras tanto intervenir en Córcega y operar en las costas de la marisma toscana.[163] Y no encuentran por parte del enemigo ninguna reacción importante, tanto más cuanto que una parte de las galeras españolas ha sido despachada al Atlántico, para acompañar a Felipe a Inglaterra. Pero Dragut llega tarde y apenas hace más que flanquear las costas de Nápoles, para retornar casi en seguida al Oriente. Los agentes franceses ponen el grito en el cielo hablando de traición,[164] y desde entonces hacen lo posible y lo imposible por alejar a Dragut del mando de la flota. No está descartada, después de todo, la posibilidad de que este aventurero haya recibido dinero de los españoles. Pero al año siguiente ya no ocupa en la flota más que un puesto de segundo rango, bajo las órdenes del nuevo capitán pachá, Piali Pachá, hombre joven e inexperto. Y, sin embargo, y a pesar del rey de Francia, que exige “una guerra fuerte y ruda”,[165] la flota turca apenas hace otra cosa que asistir, sin tomar parte en él, al asedio de

Calvi, plaza que, bien abastecida por los genoveses, da jaque mate a los franceses asaltantes. Y asimismo asiste como espectadora a la tentativa del mes de agosto contra Bastia, que el año anterior había vuelto a caer en manos del enemigo. Finalmente, después de algunas tentativas fracasadas sobre las costas y las islas toscanas, arguyendo falta de víveres[166] y pretextando mal tiempo, vira en redondo y se vuelve a sus bases. ¿No hay razones para pensar que había recibido, como el año anterior, instrucciones para proceder con prudencia?

Esta cautela de los grandes Estados permite a los pequeños mostrarse más decididos y más eficaces que de ordinario. Ya hemos visto con qué energía conduce Génova su guerra en Córcega; en 1554-1555, expulsa a los franceses de gran parte de la isla.[167] No menos poderoso es el esfuerzo desplegado por Cosme de Médicis; mal sostenido en el mar por Andrea Doria, quien, por una parte, se muestra cauto, y, por otra, como buen genovés, ve sin gran entusiasmo la expansión toscana. Cosme obliga a capitular, a pesar de todo, a los franceses de Siena, el 21 de abril de 1555; y, meses más tarde, recupera Orbitello, en las costas de la marisma. Sólo queda en pie la "República" de Montalcino, en las montañas del Apenino, refugio de los patriotas de Siena y de algunos franceses.[168] Hasta que, a fines de 1555, la ataca también Cosme, comenzando por limpiar de enemigos el Val di Chiana.[169]

Por su parte, el Estado argelino, agresivo y eficiente, merece por sí solo, en estos dos años, una mención más extensa que la flota otomana. En 1554, [170] Salah Rais, llevando a su ejército por mar hasta el puerto "nuevo" de Melilla y luego por tierra hasta Taza y Fez, donde entra como vencedor, desencadena contra Marruecos una incursión de una asombrosa rapidez. La caballería marroquí no logra resistir a los arcabuces de los turcos. Pero esta victoriosa incursión no acarrea consecuencias, pues los vencedores instalan en Fez a su protegido (a su esclavo de la víspera, aquel Ba Hassun que había caído prisionero el año anterior), a quien en seguida da muerte el antiguo cherif, que vuelve a la ciudad tan pronto como marchan de ella los vencedores, quienes, cargados de botín y recompensados con grandes sumas de oro por su agradecido favorito, no tardan en retornar a sus lares montados en los caballos y las mulas de los marroquíes. Todo lo que los argelinos conservan de esta expedición es el pobre peñón de Vélez de la Gomera, islote del que volveremos a ocuparnos más adelante.[171]

Al año siguiente, en 1555, los argelinos dirigen sus armas sobre el este, contra Bugía, o, mejor dicho, contra el presidio español de Bugía, pues no se trata ya de una verdadera ciudad, sino, al otro lado de los antiguos límites de

la aglomeración indígena, de una pequeña zona fortificada, de forma triangular, en cada uno de cuyos ángulos se levanta un fuerte: el castillo imperial, obra rectangular análoga a la primitiva fortaleza de La Goleta; el gran castillo, y el pequeño castillo del mar, antiguas construcciones de los moros, cara a la playa.[172] Detrás de estas murallas, un centenar de hombres y algunas docenas de caballos. Para alimentarlos había que contar tanto con las salidas como con la llegada de los barcos cargados de provisiones. Saliendo a forrajear encontró la muerte, en una emboscada, el viejo Luis de Peralta, gobernador de la plaza, dejando a su hijo Alonso la pesada carga de la sucesión.[173] En junio de 1555 sale de Argel Salah Rais, llevando consigo algunos millares de soldados, entre ellos los renegados "escopeteros", mientras despacha por mar, para el transporte de los víveres y de la artillería, una pequeña flota: dos galeras, una barca y una "saeta" francesa requisada en Argel, bien poca cosa, como se ve, ya que la mayoría de los barcos corsarios había partido para unirse a la flota de Leone Strozzi. Pero fue lo suficiente: el fuerte no pudo resistir la artillería, y sus defensores ganaron sin tardanza la cercana ciudad, donde la defensa era punto menos que imposible. Alonso de Peralta capitula rápidamente a cambio de la promesa de que sería respetada su vida y la de cuarenta compañeros escogidos por él, dejándoles vía libre para repatriarse a España a bordo de la saeta francesa.

En España, la repercusión fue enorme.[174] En Valencia, en Cataluña, en Castilla, se hablaba de organizar una expedición de desquite, y el arzobispo de Toledo, Siliceo,[175] se puso a la cabeza de este movimiento de honrilla. Por último, los ánimos se calmaron, como suele suceder, señala Luis Cabrera, en estos asuntos de honra y de fama, cuando exigen mucho dinero. La expedición se aplazó so pretexto de que el emperador no se hallaba presente en sus reinos; pero tan vivo y tan fuerte era el resentimiento por aquel revés, que Alonso de Peralta, al regresar a la patria, fue apresado, juzgado y decapitado en Valladolid, el 4 de mayo de 1556.[176] Pero ¿era tan grande, realmente, su culpa? Cuando vio que la plaza fuerte de Bugía era atacada, pidió, sin pérdida de momento, socorros a España, desde donde, y con la característica lentitud, fueron expedidas las órdenes, por tierra y por mar, al duque de Alba, a la sazón virrey de Nápoles. Cuando el príncipe Doria, puesto sobre aviso por el duque, llegó por último a Nápoles, en marzo de 1556, con sus galeras dispuestas para hacerse a la vela, recibíase la nueva de que la plaza había capitulado…[177]

Entretanto, mientras los pequeños países ajustaban con la energía que vemos sus cuentas particulares, los grandes Estados proseguían el juego en el

plano diplomático. La Santa Sede acababa de cambiar de dueño. Con la muerte de Julio III, acaecida el 22 de marzo de 1555,[178] Carlos V perdía un apoyo innegable. Y el rey de Francia heredó lo perdido por su rival, cuando, tras el efímero pontificado de Marcelo II, que sólo duró en el solio pontificio algunas semanas,[179] fue elegido por el Sacro Colegio Paulo IV, el 23 de mayo de 1555,[180] el mismo día en que se iniciaban, en la Marca, negociaciones franco-imperiales con vistas a la paz.[181] Al principio, nada dejaba traslucir los violentos sentimientos de hostilidad del papa contra el emperador, sentimientos que, sin embargo, bastaban para amenazar la paz que parecía abrirse paso en el norte. En efecto, un tratado secreto (cuya existencia se conoció, sin embargo, por aquel entonces, en Venecia y Bruselas), que llevaba fecha de 13 de octubre de 1555, aseguraba a los franceses la alianza formal del papa, en caso de que las esperanzas de paz llegaran a desvanecerse.[182]

En el interior del imperio anunciábanse cambios no menos importantes. Felipe había llegado a Inglaterra sin contratiempos en 1554.[183] Su llegada fue el gran acontecimiento, el tema predilecto de todas las correspondencias diplomáticas. ¿Se saldría con la suya? ¿Lo amaba la reina? ¿Llegaría a tener hijos? (ya desde 1555 se decía que no). Al mismo tiempo, se supo que Carlos V cedía a su hijo, rey de Inglaterra, los reinos de Nápoles y de Sicilia y el ducado de Milán.[184] Era, sin duda, un gesto destinado principalmente a realzar el valor del rey consorte, análogo al de Fernando cuando nombró a su hijo Maximiliano rey de Bohemia, en 1551: cuestiones de prestigio y de protocolo. Sin embargo, en estas reuniones a favor de Felipe —tenemos, para convencernos de ello, el testamento que Carlos V redacta en este mismo año de 1554— se contiene ya, en potencia, la abdicación del emperador. La abdicación o, por mejor decir, las abdicaciones, pues casi nunca se piensa, al hablar de esto, más que en la gran escena de Gante, en 1555, en la que corrieron las lágrimas, en la abdicación de los Países Bajos, donde, ante los Estados anuncia Carlos V por primera vez su intención de retirarse del mundo.[185] Olvidándose de que, para aquel entonces, se había despojado ya de Sicilia, de Nápoles y del milanesado, lo mismo que en enero de 1556, sin ruido y desde lejos, se desprenderá del cetro de España.[186] Y solamente en 1558, poco antes de morir, abandonará la corona imperial de oro, la última de sus renuncias, demorada a instancias del mismo Fernando,[187] inquieto ante la arriesgada perspectiva de una elección imperial, y tal vez también a petición del mismo Felipe, quien sentía la necesidad de esta sombra protectora en los Países Bajos y en Italia.

Acerca de estas abdicaciones se equivocan tal vez quienes, desde Mignet y Gachard, pretenden reducir este gran problema a un conflicto interior, puramente personal, del emperador. Es preciso tener en cuenta, asimismo, las fuerzas en presencia y el clima de guerra reinante en estos años de 1554-1556. Quizá Carlos V ha querido evitar a su hijo los peligros de una sucesión improvisada en el desorden, al día siguiente de su muerte. Si renuncia al más viejo y al más acariciado de sus proyectos, si abandona a los fernandinos la gran nave de Alemania, es porque ha pulsado, ya desde 1552 y 1553, la imposibilidad de conducirla. Ya había soltado el timón de esa nave, en realidad, al confiar a Fernando, en 1555, el cuidado y la responsabilidad de la paz de Augsburgo, esta paz que habría de darle a Alemania una evidente tranquilidad para lo que quedaba de siglo, pero que el emperador detestaba en el fondo de su corazón. Por otra parte, esta Alemania tan insegura podía ser sustituida en el equilibrio de las fuerzas por la Inglaterra que Felipe iba a recibir como regalo de bodas. Abandonar aquel país era, tal vez, el único medio de acabar con la guerra y con sus fabulosos gastos.

Sea de ello lo que quiera, no cabe duda de que el hecho de que el imperio de Felipe se desprenda ahora de la masa alemana constituye algo muy importante para el mundo mediterráneo. El último nexo desaparece cuando Felipe II reclama, en julio de 1558, el vicariato del imperio en Italia que el convenio de 1551 le había prometido.**[188]** El 22 de julio de 1558, su embajador cerca de Fernando recibe de éste una admirable respuesta, en la que no podemos por menos de admirar la habilidad, el tono paternal y el arte de expresarse, en un lenguaje que no es precisamente amable: «Habiendo entendido lo que vos… traxisteis en vuestra instrucción para tractar conmigo, de parte del Serenísimo Rey de España y Inglaterra, etcétera, Nuestro muy caro y muy amado sobrino, cerca del cargo de nuestro Lugarteniente en Italia… podréis significar de nuestra parte a S.A., que como tenemos memoria de habérsela dado, tenemos también intención y voluntad de cumplir nuestra promesa…» Pero el asunto es delicado. «Debe Su Alteza tener en memoria que cuando entre el Emperador, mi señor, y mí, y quien más S.A. sabe, se trató de hacelle nuestro Coadjutor en el imperio, juntamente con el Rey Maximiliano, mi hijo, les representamos los inconvenientes, alteraciones y tumultos que podían suceder de ello en el imperio, y que no se saldría con ello; y que con todo esto, á contemplación de S.M., y por cumplir con su voluntad, hubimos de hacer lo que se hizo; y que por poco tiempo después se conoció haber sido yo mejor propheta en lo que dixe de lo que quisiéramos,

porque avisados los Príncipes de Alemania de nuestro designio, tomaron el duque Mauricio y los demás las armas…[189]»

¿Con estos antecedentes, iba a correrse ahora los mismos riesgos, a propósito del vicariato, reforzar la acusación hecha a los Habsburgo de que pretendían convertir el imperio en "hereditario"? No era aconsejable luchar contra las grandes fuerzas de Alemania, "… por los trabajos y necesidades en que ambos nos hallamos, S. A. con Francia y aun con el Turco, y yo con él y con los rebeldes de Hungría, y lo de la religión y otros embarazos que no faltan…", sin contar con las dificultades que a este plan opondrá el papa, enemigo de la casa de Austria. "Allégase a esto —continúa Fernando— otro inconveniente, y es que para administrar aquel cargo, ha de residir S. A. en Italia forzosamente; y con este presupuesto se lo prometimos y nunca fue nostra intención, pues estaba claro, como lo está, que desde España, Flandes o Inglaterra no lo puede hacer…" Abreviemos esta prudente prosa, sin duda más irónica a nuestros ojos que a los de Felipe II, para llegar a la conclusión: "… y así prometemos desde ahora, que cuando quiera que S. A. hobiere de ir a Italia, le enviaremos nuestras patentes en la forma que conviniere…" Promesa cortés y que habría de llevarse el viento: pronto Felipe II no sería más que rey de España.

Pero fue tal vez su renuncia a Alemania, implícita ya en las primeras abdicaciones del emperador, la que más que ninguna otra contribuyó a la paz europea. Las negociaciones iniciadas en la Marca, y que, contrariamente a la opinión más extendida, no llegaron a interrumpirse,[190] acabaron llevando a la tregua de Vaucelles, concertada el 5 de junio de 1556,[191] gracias a los buenos oficios de la reina de Inglaterra y, como era de rigor, al acercarse la estación de verano.

Cierto es que esta tregua, vista en profundidad, no resolvía nada, puesto que se limitaba a reconocer el *statu quo*. Pero detenía las hostilidades; es decir, cortaba la sangría de los enormes dispendios, que era lo que todo el mundo deseaba: "En todo el mundo escasea el dinero, en esta estación", exclama Fernando, quien, por su parte, confía en obtener también, por mediación de los franceses, una tregua con los turcos,[192] mientras Carlos V, por su parte, en esta atmósfera calmada, hace planes para partir hacia España, [193] abandonando por fin el mundo y el poder y dejando detrás de él a su hijo Felipe en los Países Bajos, entre las "nieblas" del norte. De este modo, el imperio seguiría existiendo, sobre poco más o menos, bajo la misma forma, teniendo a Bruselas por capital política y militar y a Amberes por capital financiera.



32. Barbarroja, según Capriolo, *Ritratti di cento capitani illustri*, Roma, 1596, f. 113 v.



Foto: *Giraudon*. París.

33. Carlos V. Colección de Arras.

Bellos proyectos, sin duda: desde Bruselas se podía, en efecto, ver y gobernar Europa. Pero faltaba saber si Europa estaba dispuesta a dejarse gobernar.[194]

III. VUELTA A LA GUERRA. LAS DECISIONES SIGUEN VINIENDO DEL NORTE

Se rompe la tregua de Vaucelles

En estas condiciones, no es un problema fácil de comprender para el historiador la tregua de Vaucelles. Ante el agotamiento de los adversarios, hecho cierto y comprobado, parece que la tregua debía de haber satisfecho, durante algún tiempo, a unos y a otros: a Francia, porque conservaba sus conquistas, principalmente Saboya y el Piamonte; a los Habsburgo, porque seguían apareciendo como dueños y señores del mundo. ¿Acaso no tenían en su poder casi toda Italia, Sicilia, Nápoles, Siena, Piacenza y Milán? Lo que vale tanto como decir que tenían en sus manos toda la península, pues en el siglo XVI el Piamonte casi podemos decir que no formaba parte de Italia. Finalmente, la Santa Sede, que no había sido incluida en la tregua, tenía ante sí una maravillosa ocasión para convertir esta tregua en una paz general. ¿No era ése su papel, consagrado por la tradición? Paulo IV, creyéndose obligado a seguirlo, por lo menos en apariencia, se regocija oficialmente de la tregua concertada,[195] envía emisarios suyos cerca de sus signatarios y llega, incluso, a atribuirse el mérito del acuerdo ante el embajador veneciano Navagero,[196] sin que, por lo demás, su actitud engañase a nadie, y menos que a nadie a los venecianos. En realidad, el anuncio de la tregua cayó sobre Roma como un rayo.[197] No tardó en extenderse la nueva de que había sido concertada a pesar del papa y a despecho de todos sus esfuerzos.[198] Y, desde luego, bien puede ser que en la ruptura de la tregua, después de concertada, anduviera, sobre todo, su mano.

El hecho de que un hombre haya podido, por sí solo, y con esta rapidez, reavivar los rescoldos mal extinguidos de la guerra serviría para recordarnos, muy a propósito, si tal cosa hiciera falta, el papel del individuo en el dramático juego de la historia. Un hombre, y un hombre ya cargado de años (nacido en 1477, tenía 79 cuando subió al trono de San Pedro), pero lleno de ardor y de una vitalidad verdaderamente desbordante. Todo se entrecruza y se mezcla en la vida apasionada de este hombre. Extraordinariamente piadoso (fue el fundador de la orden de los teatinos), la Iglesia ha encontrado en él un

defensor intransigente, que reinicia, contra Carlos V, el conflicto que la muerte de Paulo III había dejado interrumpido en 1549, el eterno conflicto de Roma contra el César, contra el hombre del saco de Roma en 1527, contra el hombre que había dejado triunfar a los protestantes en Alemania y aceptado la paz de Augsburgo.

Esto no es más que uno de los lados de la gran antipatía de Paulo IV por Carlos V, la antipatía del pontífice, que no debemos desdeñar. Pero a ella hay que añadir la antipatía del napolitano, jefe de la familia francófila de los Caraffa, que odia en Carlos V al dueño y señor de Nápoles y al enemigo de su linaje, rico en rencores y en ambiciones. Este papa, que ha vivido lo bastante para haber conocido una Italia todavía libre, odia en el emperador, además, al usurpador extranjero, al invasor, al representante de los españoles, "estos heréticos, estos cismáticos malditos de Dios, simiente de judíos y de moros, la hez de la tierra".**[199]** Y que esta idea de las libertades de Italia latía poderosa en él lo atestiguan las siguientes palabras (dirigidas al embajador veneciano, a raíz del fracaso de la política del soberano pontífice): "Ya os arrepentiréis, mis queridos señores italianos, y también vosotros, todos los que no habéis querido aprovechar la ocasión para liberaros de esta peste… Tanto los franceses como, los españoles son bárbaros, y lo mejor que podría ocurrir sería que se estuvieran quietos en su casa".**[200]**

Este hombre, Paulo IV, es un hombre de acción, dispuesto siempre a seguir los impulsos de su mente y de su corazón; un teólogo y un predicador, que vive más en sus ideas y en sus sueños que en el mundo que le rodea. "Un hombre que sólo entiende el manejo de los asuntos del Estado muy a grandes rasgos, como filósofo", dice de él, certeramente, Marillac.**[201]**

Compaginando estos rasgos se explica parcialmente la política del soberano pontífice y su fuerza explosiva durante los años de 1556 y 1557. Parcialmente, decimos, pues, el papa no está solo; no tiene una política, sino *varias*, y no es responsable de todas. Cerca de él se hallan sus parientes y sus consejeros, uno de ellos hombre temible, el cardenal Carlo Caraffa, extraño personaje, tan apasionado como el propio soberano pontífice, pero al que no adornan las grandes y magníficas cualidades de éste. Hombre ávido, insaciable, colérico, pero dotado también de un gran poder y de una gran astucia para forzar las voluntades, y no muy escrupuloso, por cierto: sabe negociar con los unos y los otros, con los imperiales y con los franceses, y es capaz de llegar, por este camino, hasta muy lejos. Enviado a la corte de Francia, en 1556, como legado *a latere*, parte de ella con formales**[202]** promesas de intervención por parte del "pacífico" Montmorency y del

Consejo; el mismo Coligny se deja seducir por sus planes.[203] Pasan unos cuantos meses, y en octubre y noviembre, en el curso de las negociaciones entabladas entre el papa y el duque de Alba y que conducen, el 18 de noviembre, a una tregua de cuarenta días,[204] el cardenal Caraffa se ve frente a frente con el duque de Alba, que ha avanzado hasta Ostia. Las pláticas y combinaciones que de ello resultan son harto inesperadas: los Caraffa piden a los españoles los lugares que aún poseen los franceses en la Toscana y, de añadidura, Siena. Entre los papeles de Della Casa figura un curioso "Discorso al Card. Caraffa per impetrare della M. dell'Imperatore lo stato e dominio di Siena".[205] No cabe duda de la realidad del chalaneo, con tanta mayor razón cuanto que en los archivos españoles se halla una memoria de 22 de enero de 1557, en la que se detallan "las condiciones con que S. M. tendrá por bien de dar al conde de Montorio [hermano del cardenal] el Estado de Sena para la efectuación del acordio que se trata con S. S.".[206] A lo que hay que añadir que el propio Caraffa lleva los tratos en Venecia para arrastrar a la señoría a la lucha contra los Habsburgo y al eventual reparto de sus posesiones en Italia. Sugerencia que los venecianos rechazan, por lo demás, no queriendo, según dicen, "tener las manos llenas de moscas", lo que en Francia diríamos llenas de viento…

He ahí el personaje de quien se dice y de quien se niega que era el intérprete fiel de la política y el pensamiento de Paulo IV. No es fácil deslindar bien la verdad entre ambos pareceres.

Lo que sí puede asegurarse es que Pablo IV dio muy pronto signos inequívocos de su mala voluntad hacia los Habsburgo.[207] Hasta llegó a afirmarse que se disponía a convocar un Concilio para privar al emperador de su dignidad. El gran problema para los Habsburgo era saber lo que haría el rey de Francia: o permanecía neutral, en cuyo caso no sería difícil hacer entrar en razón al papa, o bien se reanudaban las hostilidades, aunque el Rey Cristianísimo abrigara la intención de mantenerse en estado de guerra "cubierta", como se dirá, corrientemente, en el siglo XVII. En junio podía verse ya claro: las negociaciones de paz entre Ruy Gómez y el condestable no habían conducido a nada, pues el segundo de estos personajes mostrábase poco satisfecho con las conversaciones acerca de los prisioneros y con el rescate acrecentado que se pedía por la persona de su hijo.Y, sobre todo, ¿no andaba allí la mano del cardenal Caraffa? En Bruselas ya nadie se hacía ilusiones: "… para romper con algún color, esperan que el duque de Alva *[sic]* haga algo contra el papa".[208]

Es asombroso que la política de los Caraffa diese en seguida tan grandes frutos. Pero los franceses temían, tal vez, vigorizar singularmente a su adversario, si no se ponían del lado del papa. Tratan, por otra parte, de nadar entre dos aguas, de apoyar al papa sin romper la tregua. En realidad, la intervención del soberano pontífice acredita su eficacia gracias, tal vez, a su misma rapidez. Las pasiones y las ambiciones no se habían enfriado todavía, los franceses seguían pensando en Nápoles y en el milanesado, y el mismo emperador, a quien ya se quería ver alejado del mundo y ausente de sus querellas, se encoleriza contra Paulo IV. Hace que le lean los despachos y, en junio, decide aplazar su viaje a España y, reviviendo sin duda el recuerdo de sus viejas luchas apasionadas contra Roma, redacta las instrucciones para el duque de Alba, ordenándole que conteste a los preparativos del soberano pontífice, contra el parecer de Felipe II, quien desea evitar todo pretexto para la ruptura. No cabe duda: el conflicto que se vislumbra es un conflicto entre pasiones encontradas, atizado por dos ancianos, que se dejan arrastrar por la turbia corriente de las viejas ideas y las viejas querellas y que se empeñan en nutrirse con nuevos rencores.

San Quintín

Tan cierto es esto, que, contra toda lógica aparente, la guerra, renaciente en Italia y a causa de ella, no encontrará su verdadero campo de acción en la misma península ni en su vecindad, es decir, en el Mediterráneo. Tal vez, esto es cierto, a causa de la abstención de las grandes armadas turcas, ya que Francia, sin su poderosa aliada, no puede intentar ni lograr nada decisivo en el mar meridional. Sólo unas cuantas galeras turcas se hacen a la mar en 1556, en compañía de los corsarios y de Hassan Corso, para tomar parte por poco tiempo en el sitio de Orán.[209] Y en 1557, en el año decisivo de la guerra, los turcos no organizan ni siquiera nada equivalente a esta pobre operación.

Sabemos que, en diciembre de 1556, Francisco de Guisa había cruzado los Alpes con un gran ejército: 12 000 infantes, 400 hombres de armas y 800 caballos ligeros.[210] Corre incluso el rumor de que trae consigo fuerzas mucho más numerosas.[211] ¿Qué hacer con este ejército y con los italianos enrolados[212] por su único aliado del sur de los Alpes, el duque de Ferrara, designado para mandar —de un modo puramente teórico, por lo demás, puesto que el de Ferrara dejó el mando en manos de su yerno, Francisco de Guisa— las fuerzas francesas de Italia? Lo cuerdo habría sido, tal vez, atacar el milanesado. Pero un hombre como Francisco de Guisa, ambicioso y que

soñaba con conquistas y con coronas, difícilmente podía permanecer sordo a los llamamientos del papa Paulo IV, quien acababa de denunciar las treguas firmadas con los españoles en noviembre y reanudadas en diciembre de 1556 y que no era tampoco hombre muy dado a mantener sus promesas. En Francia corrían los más diversos rumores a este respecto. Simon Renard informa, el 12 de enero, que el papa estaba decidido a emplear todo su "papado" y las rentas de la Iglesia en proseguir la guerra.[213] Se le atribuía el proyecto de entregar a los franceses Bolonia y Perusa, desde donde más se podía dañar al duque de Florencia. Se comprende que Francisco de Guisa hiciera avanzar a su ejército hasta Roma. Pero, al llegar aquí, pierde todo un mes hundido hasta el cuello en intrigas, sin decidirse a atacar el reino de Nápoles hasta el 5 de abril, y con poco éxito. En mayo veíase obligado a mantenerse a la defensiva. En agosto recibía la orden de volverse a Francia.

Como es natural, el papa, abandonado, se ve obligado a tratar, y esta vez, sí, definitivamente. Se entablan las negociaciones: la paz, concertada con gran moderación por el duque de Alba, se hace pública el 14 de septiembre.[214] La noticia da pie a grandes regocijos, entre los que señalaremos dos manifestaciones: una en Palermo, en septiembre, donde *"si ficiro li luminarii per la pace fatta fra la Santità del Papa Paolo quarto con la Maestà del Re Filippo Secondo, nostre Re"*;[215] la otra, el 18 de noviembre,[216] en Valladolid, con repicar de campanas, procesión y *Te Deum.*

Inútil encarecer la importancia de esta paz hispano-pontificia, que señala un punto culminante en la historia del mundo occidental, la reducción de Roma a la obediencia ante los Habsburgo o, si se quiere (pues, con Paulo IV, esta obediencia no fue nunca perfecta: basta pensar en las dificultades que hubo de oponer, en 1558, al emperador recién elegido para reconocerle en su dignidad), la unión de Roma y España. Unión que durará hasta la década de 1580-1590, para la salvaguardia del catolicismo y de la Iglesia,[217] para el triunfo de la Contrarreforma, que sólo podía afianzar esta alianza de los poderes temporal y espiritual.

En efecto, Francisco de Guisa, que había recibido ya la orden de replegarse sobre el milanesado,[218] hubo de cruzar de nuevo los Alpes ante la noticia del desastre de San Quintín (10 de agosto de 1557). Sabido es cómo Coligny se deslizó subrepticiamente en la plaza, al día siguiente de su cerco por los españoles. El ejército, que, al mando del condestable, se presenta delante de la ciudad para levantar el bloqueo es dispersado por el grueso del enemigo, el 10 de agosto, a lo largo del Somma. Sobreviene una gran matanza y los españoles hacen una enorme masa de prisioneros, entre los que figura el

propio condestable. Felipe II, en la retaguardia de sus tropas, recibe de hora en hora las noticias de la victoria. “A las XI de la noche [escribe a su padre] vino un correo del campo y dixo que los enemygos eran rotos y preso el q^{e}.stable [el condestable]… Oy he venido aquí [a Beaurevoir] para ser mañana en el campo y he hallado aqui un criado de my primo (Manuel Filiberto), que afirma aver visto al q^{e}.stable y ser presos los demas que v. m^{d}. entendera por la memoria que va con esta”.**[219]**

Tomado San Quintín y desarmado el rey de Francia, ¿qué no podía hacerse en su reino? “Si no falta el dinero”, advierte Felipe II.**[220]** Se ha pronunciado la gran palabra. Ahora bien, la situación del Tesoro español es, en estos momentos, desastrosa. El decreto de 1 de enero de 1557 había iniciado la bancarrota del Estado español. Esto hacía que todo gran proyecto resultara difícilmente realizable, no queriendo jugarse el todo por el todo, caer sobre París imprudentemente y faltando a todas las reglas, como lo pretendía Manuel Filiberto y como, desde el fondo de su retiro, lo desearía Carlos V al enterarse de la gran nueva. Pero este deseo, ¿era viable? Y, aun suponiendo que lo fuera, ¿qué resultado habría traído? No lo sabemos. Pero, por otra parte, no cabe duda de que el ejército imperial veía desvanecerse los frutos de su victoria perdiendo un tiempo precioso en poner sitio a una serie de plazas pequeñas, como Ham, Le Catelet, San Quintín y Noyon (pues San Quintín siguió resistiendo después del descalabro del ejército enviado para socorrer a la ciudad sitiada).

[II-392]

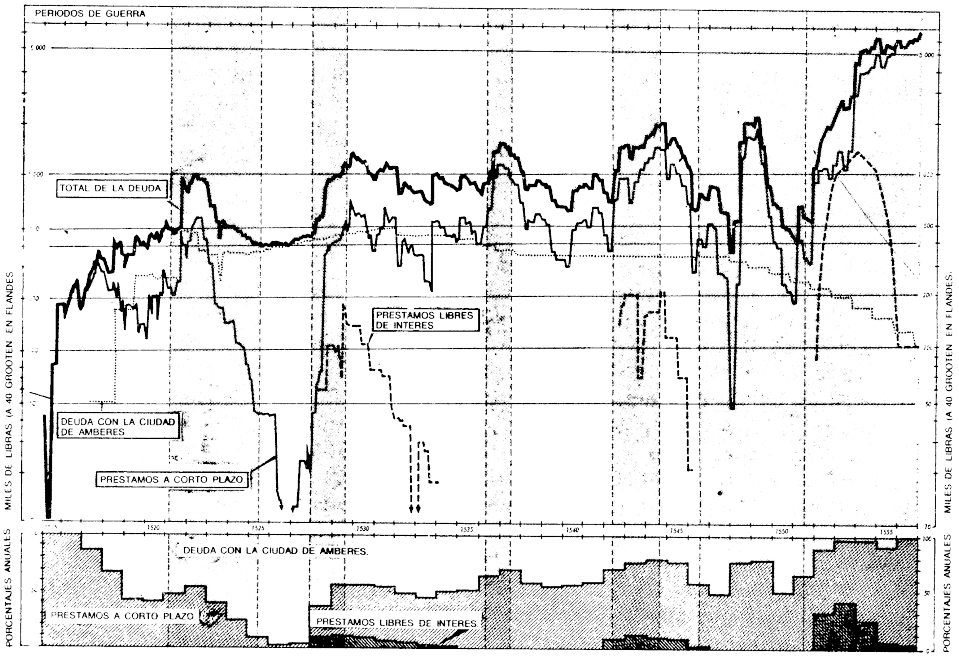


FIGURA 66. *Préstamos obtenidos por Carlos V y Felipe II de los financieros de Amberes, 1515-1516.*

Según Fernand Braudel, "Les emprunts de Charles Quint sur la place d'Anvers", en *Charles Quint et son temps* (C.N.R.S.), 1959.

Son deudas de tres especies: con la ciudad de Amberes; con los mercaderes de la plaza (préstamos a corto plazo); con personajes preminentes (préstamos sin interés). El porcentaje está dado en la gráfica inferior: los préstamos a corto plazo son la característica dominante. Las oscilaciones de esta enorme deuda flotante siguen las vicisitudes de la guerra. Las zonas en gris corresponden a los periodos de guerra. Cada uno de ellos lleva a un crecimiento inmediato de la deuda total. La guerra contra los protestantes alemanes aparece en sus dos fases sucesivas. La escala logarítmica empleada aquí enmascara, durante la década de 1550, el vivo ascenso final de 500 000 libras a 5 millones: comenzaba el reinado de Felipe II. Para completar este cuadro necesitaríamos tener similar información respecto —al menos— de Medina del Campo.

El rey de Francia tuvo tiempo de tomar contramedidas, reunir hombres y aguardar el regreso de Guisa. Y, cosa curiosa, en los centros del dinero, el crédito del rey derrotado seguía valiendo más que el del rey vencedor. Finalmente, en medio del invierno, el 31 de diciembre, el de Guisa ataca Calais y triunfa, el 6 de enero. Los ingleses pierden su vieja posición por exceso de confianza y tal vez también por no haber aceptado a su debido tiempo un refuerzo de los españoles en su ciudad. De cualquier modo, la situación había quedado restablecida. Es cierto que el 13 de julio de 1558 el mariscal de Termes es derrotado en Gravelines, y la derrota resulta todavía más desastrosa por la intervención de la flota inglesa; pero, como para que lo uno compensara a lo otro, el duque de Guisa[221] había tomado a fines de junio la plaza de Thionville, que podía amenazar a Metz.

Este mismo año de 1558 llegó al Mediterráneo, a solicitud de los franceses, una grande y poderosa flota otomana.[222] Se presenta en los primeros días de junio ante las costas napolitanas; el 7 se la divisa en Esquilache,[223] pequeño puerto de Calabria; el 13 se halla *"in le boche di Napoli"*[224] y sigue navegando a toda vela,[225] renunciando a sus escalas habituales. Pudo, gracias a ello, sorprender a Sorrento y Massa, pues los vecinos de estas plazas, aunque prevenidos por un correo español, no creyeron en la inminencia del peligro. El 26 de junio, la flota turca, siempre saqueando, se encontraba a la altura de la Prócida, de donde puso proa hacia poniente.[226] No habiendo encontrado a las galeras francesas en el golfo de Génova, avanzó hasta las Baleares, donde Piali Pachá se apoderó, en la isla de Menorca, de la villa de Ciudadela,[227] sembrando la alarma en Valencia, donde se creyó en la posibilidad de un levantamiento de los moriscos.[228] Los franceses logran que la flota vuelva sobre sus pasos y se dirija hacia Tolón y Niza, pero, una vez aquí, Piali Pachá se niega a hacer nada contra Bastia. Esta negativa obedecía a diversas razones: la noticia de la derrota de Gravelinas, las enfermedades que diezmaban a las chusmas y obligaban a remolcar las galeras, pero, sobre todo, no cabe duda, al hecho de que Piali había sido comprado, a buen precio, por los genoveses.

Dio, pues, la vuelta, seguido a respetuosa distancia por las galeras de España y sin hacer el menor caso de las vanas protestas de los franceses contra esta descarada política. Esta expedición, muy costosa para la cristiandad, no pesó gran cosa en la balanza de la guerra.

De este modo, y en el momento en que la querella romana estaba liquidada ya desde septiembre de 1557, los dos adversarios podían reanudar las negociaciones de paz. Se volvía, en rigor, a la situación de 1556, aunque

con estos dos hechos nuevos: el 21 de septiembre de 1558 moría, en Yuste, Carlos V, y ello hacía que la presencia de Felipe II en España fuese ahora más necesaria aún que antes (volveremos sobre esto); el 17 de noviembre[229] desaparecía también del mundo de los vivos María Tudor, disolviéndose con ello, de pronto, aquella unión de Inglaterra y el Imperio español, tan peligrosa para Francia. En Inglaterra planteábase, con todas sus amenazas y complicaciones, el problema de la sucesión. Una vez más, el norte reclamaba la atención de las diplomacias.

La paz de Cateau-Cambrésis

Tal vez la cuestión de Inglaterra haya pesado, en efecto, más de lo que piensan los historiadores sobre las negociaciones que habían de conducir, no sin dificultades, a la paz de Cateau-Cambrésis, en los días 2 y 3 de abril de 1559.

No cabe duda de que el agotamiento financiero obligó a los adversarios a concertar la paz. Los hechos habían demostrado, además, que no podían obtener una decisión por el recurso de las armas. En el lado francés, la situación interior se hacía valer, por otra parte, con un gran peso. Quien tome al pie de la letra los avisos que pasaban las fronteras del reino, difícilmente encontrará país más descontento, nobleza más pobre, más miserable, pueblos más llenos de quejas, que los de Francia. Pero, aunque la pintura sea excesiva, ello no quiere decir, ni mucho menos, que sea totalmente falsa. El país se halla, además, minado por el protestantismo, y, frente a este peligro, el gobierno de Enrique II se halla decidido a obrar con tal energía y tal violencia, que es él, seguramente, el más "católico" de los dos signatarios, el más resuelto a aplastar la herejía. Pero para ello necesita la paz. Habría que tener en cuenta, por último, el juego de las facciones y las banderías, tan poderoso bajo el reinado del débil Enrique II, el peso de las querellas políticas de los Guisa y los Montmorency, que, no tardando, atizará las guerras religiosas, estas guerras que son, tan a menudo, simples luchas por el poder. Las correspondencias venecianas subrayan que "con la paz, el condestable es el primer hombre de Francia, y que, con la guerra, no es más que un prisionero, privado de toda grandeza",[230] afirmación cierta y evidente.

Todos estos hechos, todas estas realidades, han sido sopesados por los historiadores: hace tiempo, en la obra de Ruble,[231] y luego en los brillantes libros de Lucien Romier.[232] No hay por qué detenerse a analizarlos. Pero cabe explicárselos de diversos modos. La paz de Cateau-Cambrésis ha sido

considerada por los historiadores franceses, y también por algunos personajes de la época (pienso, al decir esto, sobre todo, en Brisac,[233] el organizador del Piamonte francés), como un desastre. Tal vez, abogando un poco en sentido contrario, contribuiríamos a restablecer los hechos en un equilibrio más justo. Las ventajas esenciales obtenidas por Francia de este tratado fueron dos matrimonios: el de Manuel Filiberto con Margarita y el de Felipe II con Isabel de Francia, todavía una niña, la que habría de ser, en España, "la reina de la paz". Hoy propendemos a prestar poca atención a esta clase de ventajas. Es un hecho, sin embargo, que toda la política de siglo XVI es, ante todo, una política de familia; que los matrimonios de personajes reales son, en esta época, motivo de largos y complicados cálculos, de innumerables picardías, de esperas y emboscadas. No cabe duda de que las bodas españolas representan un resonante triunfo para Francia, aunque sólo fuese por haber descartado la posibilidad de otro matrimonio. Isabel pudo, con sólo quererlo, llegar a ser la esposa de Felipe II: el rey pidió su mano con la mayor sinceridad del mundo, en octubre de 1558; pero Isabel rechazó la oferta.[234] El matrimonio con la princesa de Francia, aparte de sus ventajas propias, tiene, pues, la de ser una garantía contra una nueva unión de Inglaterra y el Imperio hispánico.

Se dice que el tratado tiene también, para la parte francesa, su pasivo, puesto que consagra el abandono de Italia por Francia y, con la restitución de Saboya y el Piamonte, impone a este reino la renuncia a estas tierras soldadas a él y fácilmente asimilables, y crean con ello una barrera contra toda posible intervención de Francia en los asuntos de la península. Y que, por último, al verse obligada a abandonar la isla de Córcega, pese a todas las promesas formales, Francia pierde una de las grandes posiciones estratégicas del Mediterráneo, frente a la península. Pero Francia sólo restituye una parte de Córcega, y no la totalidad de la isla, dado que el resto de ella no era suyo. Y, además, el tratado respeta a Francia, en el Piamonte, la posesión de cinco plazas fuertes, una de ellas Turín, ocupación cuyo término se prevé. Queda salvaguardado, con ello, el inmediato porvenir. Cierto que estas plazas fueron devueltas el 2 de noviembre de 1562.[235] Pero aun después de esta fecha subsistirá del lado de allá de los Alpes una cabeza de puente francesa. De aquí el arrebato de cólera del duque de Nevers[236]cuando, en septiembre de 1574, se entera de que Enrique III, de paso por Turín, ha regalado al "señor de Saboya" las dos plazas de Pignerol y Savillian, que en 1562 habían sido entregadas a Francia en concepto de resarcimiento. A partir de entonces, Enrique III sólo retiene más allá de los montes las indefendibles villas y

aldeas del marquesado de Saluces. Lo que vale tanto como decir que nada. “Y me produce una gran rabia —añade el duque—, temiendo que ello dé mucho que hablar a todo el universo, ver que apenas Vuestra Majestad ha entrado en su reino, piensa ya en desmembrarlo y casi le cierra las puertas para que ya nunca podamos volver a Italia, después de haber visto por nuestros propios ojos cuánta es su belleza.” Y la pobre Italia, “infortunada, viendo cómo se le arrebatan los medios de socorrerla… Tendrá más de un motivo de deplorar su miseria, al verse con el tiempo sometida por entero a la potencia española”. Si ya en 1574, quince buenos años después del tratado de Cateau-Cambrésis, podíamos “cerrarnos la puerta” de Italia, es que la renuncia de 1559 no había sido tan grande como se sostiene.

Desgraciadamente, no se renunciaba en forma precisa a Italia como tal, sino a Saboya y al Piamonte, a este complejo Estado, medio incrustado en el mundo francés, vinculado a los cantones suizos, asomado al mar por las estrechas ventanas de Niza y Villefranche y soldado, por el otro lado de la vertiente de los montes, a la gran planicie del norte de Italia. Este Piamonte aparece, por sus usos y costumbres, como un país aparte del país italiano, incluso a los ojos de un hombre de la tierra, como Bandello, testigo bien poco sospechoso en este pleito.[237] La Francia de Enrique II renuncia a él, bastante gratuitamente a lo que parece, en su prisa por alcanzar la paz, con una falta evidente de grandeza y de sentido de las posibilidades y también con una crueldad sin excusa posible. También abandona fríamente a los sieneses a Cosme de Médicis y a los de Córcega a Génova. En vano los *fuorisciti* sieneses intentarán comprar su libertad a Felipe II, a precio de oro. Es, como se ve, toda una serie de renuncias y abandonos…

Sin embargo, el tratado de 1559 oculta un cálculo por parte de Francia, y no se me haga decir que “un secreto” que lo explica todo, pues la historia diplomática no se desarrolla como trama hecha de un solo hilo, al modo de las novelas policiacas. Pero ¿acaso este tratado y el mismo celo de Enrique II contra la herejía, dentro y fuera de sus fronteras, no forman parte de una maniobra francesa frente a Inglaterra? Con la muerte de María, acaecida en noviembre, otra María, María Estuardo, casada con el delfín de Francia el 24 de abril de 1558,[238] posee, desde el punto de vista dinástico, derechos innegables a la Corona inglesa, tanto más cuanto que, en este mismo momento, vemos a Isabel deslizarse hacia el protestantismo, prudentemente, pero de un modo harto ostensible. Esto produce inquietud en Roma. Felipe II, por el contrario, se esfuerza en descartar la posible excomunión de la joven reina: podría abrir el camino a una invasión francesa de la isla, eventualidad

que para nadie era un secreto; los poetas hablan de ello: así, Ronsard, en abril de 1559, en sus endechas a Enrique II; y, un poco más tarde, al día siguiente de la muerte de María Tudor, Du Bellay, en un soneto que nada deja que desear por lo explícito.[239]

Para poner de manifiesto la importancia del norte y del asunto inglés, nada mejor que una larga memoria que le fue entregada a Felipe II en junio de 1559[240] y que le conmovió hasta el punto de hacerle renunciar por entonces a su viaje a España. Este documento sin firmar, hecho llegar por Felipe II a su hermana Juana, que en su ausencia gobernaba los reinos de España, salió indudablemente de la pluma de los consejeros no españoles del príncipe. Trátase de un largo memorial en 34 puntos, y es, ante todo, un alegato en favor de la permanencia del soberano en Flandes, corazón de los países del norte. ¿Acaso los franceses no proyectan una invasión de Inglaterra? "Y si Inglaterra se perdiera, la pérdida inminente de los países de Flandes sería discutible, pero nadie podría sostener lo contrario con argumentos convincentes. Pues bien, la pérdida de Inglaterra se considera como cierta, y a corto plazo, por toda suerte de razones." El documento habla de los derechos del delfín de Francia, de la debilidad del reino inglés, de sus divisiones, del mal estado de sus defensas, de la necesidad en que los católicos ingleses se encuentran de tener un protector, de las facilidades que sus marinos suponen para los franceses y de la utilización de Escocia, sin contar con que el papa puede privar de su corona a la actual reina… Es evidente que el rey no puede apoyar en Inglaterra a los enemigos de la Iglesia, por razones morales; por lo demás, si así lo hiciera, tendría en contra suya a "la mayoría de las personas de la isla" (lo que nos indica que en los Países Bajos se considera que la mayoría de los ingleses profesa la fe católica). ¿Va a dejarse que el rey de Francia saque adelante esta gran empresa? Jurídicamente, lo más probable es que mantenga y proclame la paz en su nombre y que encomiende la expedición al delfín, obrando, por tanto, en contravención de la paz firmada. La única solución sería que Felipe II permaneciera en los Países Bajos: estando él aquí, el rey de Francia no se atreverá a atacar.

Los papeles de los estados mayores no deben tomarse al pie de la letra; pero existen pruebas de que este proyecto inglés era algo más que humo. Si Felipe II no quiere pasar por Francia para volver a España, si rehúye los agasajos que allí le preparan, ¿no lo hace para no dejarse arrastrar a la aventura? El duque de Alba representó a Felipe II en la ceremonia de sus bodas en la catedral de Notre-Dame de París. «Andan [los franceses; escribe el duque al rey, en lenguaje cifrado] con grande estudio de mostrar a v. m^{d}.

grande amistad en todas las pláticas de todas las cosas que el rey y la reyna tienen conmigo… todos los que están cerca del no hablan tres palabras que las dos no sean del amor y amistad que el Rey tien a v. m^{d}. y lo que le ha de ayudar en todas sus cosas. Esto todo puede ser verdad como la razón lo querria también podria ser ofreciendose ellos a las empresas de v. m^{d}. querelle tener obligado para que no estorve las suyas[241]». Se recela de las intenciones en el momento mismo en que el Rey Cristianísimo ofrece, en los primeros ardores de una inteligencia cordial, la colaboración de sus galeras para la expedición que Felipe II preparaba, o así se creía al menos del lado francés, contra Argel. Recelo que, después de todo, no deja de ser justificado y que precisa otra carta del duque,[242] en la que éste se asombra, no sin cierto desprecio, de que todo el mundo, en la corte de Francia, hasta el último escudero, esté al tanto de las deliberaciones secretas del Consejo de Estado y cuente a quien quiera oírle que Francia y España, entendiéndose, podrían dictar sus leyes a toda la cristiandad "y que ayudando v. m^{d}. al Rey de Francia a la empresa de Inglaterra, el podría ayudar a v. mag^{d}. a ser señor de la Italia".[243] Ahora bien, viene a decir en sustancia en una carta de julio, refrendada por Ruy Gómez, que es preciso cuidarse de no dejar a los franceses instalarse en Inglaterra. Sería peligroso y aleatorio asociarse a su empresa, "teniendo el exemplo que se tiene en lo del Reyno de Napoles…". "Nos pares-ciera que desde luego mandasse v. m^{d}. publicar con gran calor, aunque no se aya de hazer hasta su tiempo, que el Principe N.S^{r}. Don Carlos ha de venir luego como v. *m^{A}*. sea permitido dessos estados para que tanto franceses como ingleses entiendan que v. m^{d}. no dexa desabrigado lo de aca".[244]

Isabel, por su parte, se alarmaba ante los preparativos franceses en los puertos de Normandía y se aplicaba, desde los primeros días de su reinado, a obrar por el lado de Escocia y por el de Francia. El complot de Amboise, en 1560, tanto un drama social como religioso, fue un drama provocado desde el extranjero.[245] Es cierto que, en esta época, la Francia de Enrique II había cedido el sitio a un Estado mucho menos vigoroso. El signatario de la paz de Cateau-Cambrésis había desaparecido accidentalmente, el 10 de julio de 1559,[246] y su muerte, preñada de perturbaciones, venía a privar a Francia, por algún tiempo al menos, de la posibilidad de jugar una gran partida.

¡Fastidioso azar! Pero, sopesándolo todo y si se quiere hacer el balance completo del tratado de 1559, conviene tomar en cuenta, frente a las viejas realidades debidamente apreciadas y tantas veces invocadas por los historiadores, frente a la pérdida de Italia y a la pérdida de Córcega, la

esperanza de Inglaterra. Esperanza que pareció, por un momento, tan cercana y tan tentadora y que el porvenir habría de barrer.

Felipe II retorna a España

Felipe II no se sintió nunca a gusto en los países del norte. Ya en 1555 pensó en dejar a su padre en Flandes y volverse a España.[247] María de Hungría,[248] al saberlo, saltó de indignación: ¿Cómo? ¿Es que las "nieblas" del norte se habían hecho para los viejos y el sol del Mediodía para los jóvenes? En 1558, Felipe seguía pensando lo mismo y trata de que su propia tía, que en el año 1556 había acompañado al emperador a España, lo sustituya en los Países Bajos. Pero María de Hungría, que había aceptado,[249] murió en 1558. Felipe no pudo emprender el ansiado viaje hasta 1559, cuatro meses después de la firma del tratado de Cateau-Cambrésis y un mes después de la muerte de su suegro, Enrique II de Francia.

Los biógrafos de Felipe II y los historiadores de los siglos XVI y XVII pasan muy ligeros sobre este viaje. El continuador de la historia de Mariana[250] no dice una palabra de él y, en su desarrollo cronológico, salta sin la menor explicación del escenario de los Países Bajos al de España. Los historiadores modernos, por su parte, siguen las huellas de los antiguos: consideran el acontecimiento como un hecho sin importancia.[251]

Y, sin embargo, nada más lejos de la verdad. Con este viaje acaba de desgajarse de la herencia de Carlos V el imperio personal de Felipe II, este valor estable durante una serie de años. Y, a la par con ello, se instaura un nuevo orden europeo. En 1558, el nuevo soberano pierde, sin guerra y sin lucha, dos posiciones esenciales: la muerte de María Tudor y la abdicación imperial de su padre privan a Felipe II de Inglaterra y del imperio. Uno de estos dos acontecimientos se hallaba, como hemos visto, en la línea de las cosas. Carlos V había soñado demasiado tarde con legar el imperio a su hijo; contra la hostilidad reunida de la Alemania protestante, de Fernando y de Maximiliano, era imposible luchar. Pero, casi en el mismo momento en que Alemania se constituye definitivamente, frente a Felipe II, como un mundo cerrado y extranjero, un hecho completamente accidental, la inopinada muerte de María Tudor, en noviembre, viene a romper la alianza anglo-española y pone fin al sueño de un Estado angloflamenco que habría tenido como centro vivo el mar del Norte.

Basta pensar por un momento en lo que habría podido ser un Felipe II dueño del mundo germánico y de Inglaterra para calcular la repercusión de

estos acontecimientos sobre la historia del mundo. El título imperial, aun despojado de toda sustancia, habría evitado las irritantes querellas de las prelaciones; habría reforzado la autoridad española sobre Italia e infundido un solo y único ritmo a la guerra contra los turcos, tanto en las llanuras de Hungría como en el Mediterráneo. Por otra parte, con el apoyo o la neutralidad de Inglaterra, la guerra de los Países Bajos no habría llegado a tener el mismo alcance, no habría llegado a ser la disputa en torno de la dominación del Atlántico, factor esencial de la segunda mitad del siglo, ni habría terminado en catástrofe. Pero, sobre todo, ¿quién no aprecia que, por la fuerza de estos acontecimientos, el imperio de Felipe II se veía casi infaliblemente rechazado del norte hacia el sur? La paz de Cateau-Cambrésis, al reforzar la dominación española sobre Italia, contribuía todavía más a orientar la política del Rey Católico hacia el Mediodía de Europa, a costa, tal vez, de empresas más urgentes y más fructíferas.

El viaje de regreso de Felipe II a España, en agosto-septiembre de 1559, pone punto final a esta rápida evolución. Felipe se quedará ya para siempre en la Península, como prisionero de España. Es cierto que, en contra de la leyenda que lo presenta enclaustrado en El Escorial, viajó todavía mucho,[252] pero siempre dentro de la península hispánica. El retorno fue, no cabe duda, un acto definitivo.

Gounon Loubens,[253] en una obra vieja, pero estimable y siempre útil, reprocha a Felipe II el no haber trasladado su capital de Madrid a Lisboa, después de la conquista de Portugal, el no haber sabido percibir la importancia de los problemas del Atlántico. A primera vista parece como si el abandono de Bruselas, en la primavera de 1559, sea un error del mismo género. Felipe II se coloca así, deliberadamente y durante todo su reinado, al margen de Europa. Impone a su política una aritmética a contrapelo de las distancias: puede demostrarse, en efecto, con cifras a la vista, que las noticias llegaban antes a Bruselas que a Madrid, ya partiesen de Milán, de Nápoles o de Venecia, sin hablar de Alemania, de Inglaterra o de Francia. ¡Y cuántas otras consecuencias podríamos señalar! España se convierte verdaderamente en el potente y exclusivo corazón de donde parte, más o menos lento y enérgico, el impulso vital de su política. En lo sucesivo, el rey verá y juzgará todos los acontecimientos desde España; su política se elaborará en el clima moral de España, y los intereses españoles, aumentados por la cercanía, y los hombres de España gravitarán constantemente en torno de él.

El retorno del rey a la Península repercute, en efecto, de un modo muy importante sobre la gente que lo rodea. Ya en tiempo de Carlos V se veía que

los desplazamientos del emperador, pese al carácter provisional de éstos, hacían cambiar las mercedes o la importancia de tal o cual ministro. En 1546; lo señala incidentalmente Bernardo Navagero, hablando de Perenot, el embajador veneciano:[254] "… mientras, después de salir de España, el emperador ha permanecido en Alemania o en Flandes, ha crecido notablemente su crédito". Al dejar los Países Bajos, Felipe II se separa de sus consejeros de Flandes y del condado; separación que tiene su importancia, como lo demuestra el ejemplo de Granvella, hijo de Perenot. El obispo de Arrás, a quien su vida vagabunda había llevado a través de todo el imperio de Carlos V, se queda ahora en los Países Bajos, ocupando una envidiable posición: es, cerca de Margarita de Parma, el hombre de confianza de Felipe II. Pero su situación no puede compararse ni de lejos con la que había ocupado en los consejos de la Corona en tiempo del emperador y en los de Felipe II, antes de la partida del rey para España. Veinte años pasará así, lejos de su soberano. Conocida es la importancia del encuentro tardío de estos dos hombres, la llegada de Granvella a Madrid en 1579,[255] el auge de imperialismo que suscitará.

Al volver a España para permanecer en ella el resto de sus días, Felipe II se confía durante largos años a sus consejeros españoles. Gana, con su presencia, la inapreciable devoción de sus reinos peninsulares. España aprecia como un beneficio, y la siente "en sus entrañas",[256] la presencia viva del rey, después de las interminables ausencias del emperador. "Pues aunque es rey de muchas y grandes provincias [escribía en 1595 el duque de Feria], dudo que lo sea de los coraçones de otras que de los d'España".[257]

Y, a decir verdad, nada se asemeja menos a un acto improvisado que este viaje, sin cesar proyectado y sin cesar diferido. Innumerables voluntades contribuyen a su realización, que una colación de hechos impone como necesaria. Tal vez se ha exagerado la parte que en él desempeñaron los gustos de Felipe II: ha llegado a decirse que, disgustado de los Países Bajos tanto como éstos de él, "cansado de su estancia" allí, tenía prisa de marcharse para no volver.[258] Afirmación demasiado categórica. Lo único es su prisa por partir. El 27 de julio, el embajador francés Sebastián de l'Aubespine escribía a su rey, desde Gante:[259] "Es increíble cómo este príncipe aligera y precipita todas las cosas para no retrasarse y que surja algún impedimento que le retenga más tiempo aquí". El embajador de Isabel, por su parte, transmite el rumor, muy extendido en los medios españoles, de que el rey no volverá a los Países Bajos. Y Margarita de Parma habla también del "deseo de S. M. de verse en España". Pero ¿acaso este "deseo" no se apoya en serios motivos?

Los consejeros españoles de Felipe en Bruselas lo animan en este sentido, desde 1555 y en contra del partido "borgoñón", el de Granvella, Courteville, Egmont y el príncipe de Orange. Tienen, claro está, sus razones personales: quieren volver a ver sus casas, recobrar sus hábitos, sus intereses, y algunos, tal vez, aprovecharse de las ventas en masa de bienes de la Corona, que prosiguen en su país. Pero piensan también en España.

No cabe duda de que la prolongada ausencia del soberano llevaba consigo un relajamiento de la maquinaria administrativa y gubernamental. Los Estados españoles tenían tres capitales y tres gobiernos: Bruselas, desde donde el rey resolvía los asuntos más importantes, dirigía y sostenía los hilos esenciales de la diplomacia; el monasterio de Yuste, donde Carlos V, desde muy pronto y en contra de sus decisiones iniciales, había vuelto a empuñar las riendas del gobierno; por último, Valladolid, donde la princesa Juana escuchaba el parecer de los Consejos y asumía la parte esencial de la administración de España. El reparto de los asuntos entre estas tres capitales se hacía mal; el enlace, a pesar del gran número de correos, era imperfecto. Todas las cartas se quejan de ello, y este defecto de coordinación no tarda en acarrear lamentables consecuencias. Los asuntos, después de despachados en Valladolid, debían pasar bajo los ojos del soberano; fácil es calcular el retraso que imponía este inverosímil rodeo, las posibilidades de intervenciones, más o menos justificadas, que semejante lentitud llevaba consigo. España apenas estaba gobernada. La muerte de Carlos V en Yuste, acaecida en septiembre de 1558, agrava todavía más las dificultades, ya que la princesa Juana no se hallaba, ciertamente, a la altura de las circunstancias.

Felipe II abandona Bruselas en la euforia de una atmósfera de triunfo. Toda Italia se halla representada en esta ciudad, rondando en torno al vencedor, ofreciendo dinero y presentando sus instancias: Cosme de Médicis, para no perder Siena; el gran maestre de Malta, para conseguir las órdenes conducentes a la expedición contra Trípoli; la República de Génova, para arreglar los detalles de la recuperación de Córcega; los Farnesio, para desahuciar a la duquesa de Lorena y reservar a Margarita de Parma el gobierno de los Países Bajos… En medio de recepciones, de fiestas, de repiques de campanas y de *Te Deum*, Felipe II distribuye a los señores flamencos sus últimas mercedes y delimita los poderes de la nueva regente. El 11 de agosto se halla en Flesinga. Aguarda dos semanas a que se levante viento favorable, y entretiene su espera corriendo de isla en isla y de castillo en castillo. Por fin, el día 25 se hace a la vela la flota real.

Tenemos un relato muy completo de este viaje de regreso del rey[260] en el *Diario* de Jean de Vandenesse, completado en cuanto a los detalles por algunas cartas que escribe a Margarita de Parma, Ardinghelli,[261] preceptor del joven Alejandro Farnesio, rehén de la política española que su madre ha accedido a que sea enviado a educarse en la Península y que acompaña al rey en su viaje. Digamos de pasada que el tradicional relato del romántico desembarco de Felipe II en Laredo —tal como podemos leerlo en Watson, Prescott o Bratli— es falso de los pies a la cabeza. No es cierto que el príncipe arribase a las costas de España solo, con peligro de su vida, en una pobre barquilla, mientras que el océano se tragaba tras él toda su flota, sus tesoros, los mil señores de su séquito y sus preciosos bagajes. Se desencadenó, es cierto, una tormenta, que sacudió duramente las pesadas urcas que seguían al convoy, pero una carta del propio Felipe II, fechada el 26 de septiembre de 1559, declara que solamente un barco faltó a la lista.[262] En cuanto al rey, estaba ya en tierra, sano y salvo, y llevaba, indudablemente, toda una jornada pisando suelo firme. Toda esta escenografía es, pues, una invención, tal vez amañada por Gregorio Leti, quien se complace en describir morosamente el supuesto desastre, "verdadero augurio de todas las desgracias y desventuras que, andando el tiempo, habrían de sucederle al rey".[263]

IV. ESPAÑA, A MEDIADOS DE SIGLO

¿A qué España retornaba el rey? A una España, indudablemente, ansiosa de volver a verlo.

Desde hacía varios años, todo el mundo clamaba por su regreso. La regente y los Consejos, desde 1555,[264] y las Cortes de Castilla, reunidas en 1558,[265] y que reclamaron con insistencia su reintegración al país. El propio Carlos V juzgaba indispensable su presencia en España y todos los funcionarios de la Península la demandaban en sus cartas. Si echamos, por ejemplo, un vistazo a la correspondencia de Francisco Osorio,[266] vemos que en casi todas sus páginas se hace alusión a este famoso regreso del rey, que lo remediaría todo, dice Osorio, cuando las noticias son malas, y haría que las buenas fuesen aún mejores. Y cuando, por fin, se reciben las buenas nuevas, Osorio escribe: "El alegria y contentamiento que estos reinos de V.M. tienen de las paces y de la buena venida de V.M. a estos reinos es tan grande que no se le puede encarecer".[267]

Las circunstancias, no cabe duda, son graves. Los golpes directos de la guerra no se habían descargado sobre España, pero ésta ha suministrado sin pausa hombres, barcos y dinero, muchísimo dinero. La guerra había estremecido a España en lo social, en lo económico y en lo político, sembrando en ella un profundo malestar, que una crisis religiosa, a todas luces muy inquietante, venía a agravar más todavía.

Brotes "protestantes"

En 1558,[268] habíanse descubierto en Sevilla, en Valladolid y en algunos otros lugares menos importantes, ciertas comunidades "protestantes"; emplearemos esta palabra, aunque no sea del todo exacta, pues, al fin y al cabo, por tales se las tuvo, y esto es lo que cuenta. La noticia, al conocerse, causó gran escándalo. Carlos V y su hijo sintiéronse abrumados bajo su peso, hasta el punto de que se ha querido descubrir, a veces, cierto nexo directo entre el viaje de 1559 y la explosión protestante. El segundo auto de fe celebrado en la Plaza Mayor de Valladolid tiene lugar un mes después del desembarco de Laredo.[269] Un mes exactamente separa los dos acontecimientos. El historiador danés Bratli sigue una tradición cuando escribe que Felipe II, después de recibir las malas noticias de Sevilla y Valladolid, "sólo suspiraba por el momento de poder retornar a España".[270] Pero la realidad es más complicada que todo eso.

¿La espectacular represión organizada por la Inquisición significa verdaderamente que un gran movimiento se había extendido por España y adquiría caracteres amenazadores? Quien lea atentamente las páginas, al parecer definitivas, de Marcel Bataillon acerca de este punto no tendrá esta impresión. El autor del libro *Erasme et l'Espagne*[271] ha puesto de manifiesto que los llamados "protestantes" españoles perseguidos en 1558 eran, en lo esencial, los continuadores de un movimiento espiritual de vieja raigambre en España y que no guardaban la menor relación con el luteranismo. En las llamas espirituales encendidas en Valladolid y Sevilla brillan, cuando se las contempla desde cerca, toda una serie de colores, como esas llamas policromas teñidas a la vez por los polvos de 10 metales diferentes, algunos de ellos preciosos y rarísimos. Sería difícil justipreciar los elementos que pudieron aportar a esta hoguera, con sus tradiciones místicas judaicas, ciertos "conversos" como un Agustín Cazalla o un Constantino. Lo que brilla en ella de iluminismo, este extraño metal, puro producto español y del que, depurado, saldrá su gran materia mística; o decir lo que, en esta aleación, corresponde a

las ideas erasmianas de una religión espiritual recóndita. La década de 1520 a 1530 había arrojado a la Península, abierta entonces a los bienes espirituales del vasto mundo, las simientes de los erasmistas, primero, y luego de los valdenses… Veinte años más tarde, estas ideas siguen viviendo todavía, traspuestas, pero fácilmente identificables; y si a ellas se ha mezclado algo del pensamiento luterano, es lo cierto que en España no hubo nunca un culto protestante organizado, como en Francia, en confesión disidente. Aquí la herejía, cuando se opone a la tradición católica, se propone siempre más bien salvar, al mismo tiempo que el espíritu, la Iglesia y sus instituciones; en suma: preservar la ortodoxia, y confía en poder lograrlo.

¿Cómo explicarse, entonces, la represión de 1559, si nada o casi nada nuevo parece revelarse en los focos del nuevo espíritu religioso? Lo nuevo, nos dice Marcel Bataillon,[272] es el método represivo: la intransigencia católica ha cobrado conciencia de sí misma y desea golpear por golpear, para inspirar el terror del escarmiento. Ha terminado la política ambigua del emperador, la incertidumbre de una situación confusa que desdibujaba las líneas y confundía las posiciones. La intransigencia protestante ha contribuido a esclarecer las cosas. Después de 1555, con el éxito de los reformadores en Alemania y con la abdicación de hecho de Carlos V, los antagonismos se dibujan con trazo tajante y se pone en marcha una intransigente represión, primero en Italia y luego en España, aunque independientes, por lo demás, la una de la otra; la Inquisición española es autónoma, y las relaciones entre Felipe II y Paulo IV distan mucho de ser amistosas, aunque uno y otro se vean encuadrados dentro del mismo movimiento. La situación ha evolucionado con rapidez. La España con que se encuentra Felipe II ha pasado ya a la Contrarreforma, a la represión brutal, sin que ello sea obra personal del rey, sino obra del tiempo, de su tiempo, de la trabazón de los acontecimientos de un extremo a otro de la cristiandad, del auge de Ginebra y del de Roma, vastos flujos espirituales que arrastran al propio Felipe II, pero que éste no crea.

Y, sin embargo, no fue seguramente un azar lo que llevó al rey a encontrarse en los balcones de la Plaza Mayor de Valladolid el 8 de octubre, realzando con su presencia el ejemplar castigo de los “luteranos”. No debemos desdeñar excesivamente estos movimientos, que bien habrían podido llegar a ser lo que aún no eran: verdaderos movimientos protestantes. No menospreciemos, sobre todo, la inquietud de Felipe II, quien, adoctrinado por las lecciones de Alemania y de Francia, podía temerlo todo, como sin duda lo temió en 1558. Pero ya en 1559, desde antes de su regreso a España,

había podido darse cuenta de la levedad del peligro; y la correspondencia de Felipe II con la princesa Juana nos lo revela, a partir de entonces, poco preocupado con este problema, al que rara vez se refiere. El 26 de junio,[273] acusando recibo de la gran relación que se le ha enviado sobre el primer auto de fe, el de mayo, expresa su confianza en que se pondrá remedio, con ello, a "tan gran mal como estava sembrado". El tono de la carta es sereno; no transpira en ella ninguna angustia. La simiente es dañina, pero el fruto aún no ha tenido tiempo de madurar.

El rey no se equivocaba. La represión dio resultado: marcó las horas postreras de la herejía española. Este éxito tan fácil (hay otros impulsos que jamás se dominan por los métodos del terror) tal vez se explique por el hecho de que el erasmismo o el protestantismo eran, en España, injertos extranjeros; injertos, es cierto, que han "prendido", brotado y florecido, pero ¿por cuánto tiempo? ¿Qué son 50 años en la historia de las civilizaciones? ¿Acaso el terreno era poco propicio, el tronco poco apto para el injerto? De este "protestantismo" que se derrumbaba sólo quedó, a la postre, lo que pudo salvarse y proseguirse en la dirección del misticismo español, este refugio de la oración individual, en la dirección de Santa Teresa y de San Juan de la Cruz.

Por otra parte, el movimiento no había sido nunca popular, sino muy al contrario. El arzobispo de Toledo precisa, ya en mayo de 1558, que el pueblo no parecía hallarse contaminado del mal.[274] Fue necesario transferir a los presos a Valladolid por la noche, por miedo a que el pueblo y los niños los lapidaran, lo que indica cuán grande era la indignación pública concitada contra ellos.[275] El movimiento no trascendía de un reducido grupo de personas, de un puñado de humanistas y de místicos. Y también de un pequeño grupo social de señores españoles, a quienes el gran inquisidor, en 1558, no perdonará, como no había perdonado a sus predecesores.

Ello explica, sin duda, el rumor extendido por los venecianos, y al parecer totalmente inexacto, de que, "so color de religión, se habían organizado algunas sediciones, de acuerdo con ciertos grandes señores".[276] Más explícita, una carta del obispo de Dax, fechada en Venecia en marzo de 1559, [277] refiere que «corre por San Marcos, hace algunos días, el rumor, confirmado después como cierto, de que en España se han levantado cuatro de los más grandes príncipes del reino en favor de la herejía luterana, en la que se muestran tan obstinados, y se refuerzan y aumentan cada día de tal manera, que tratan de obligar por la fuerza a todos sus vasallos a abrazar su partido; y se dice que si el rey Felipe no pone pronto remedio a ello, corre el peligro de

ser la parte más débil.» Venecia es, por excelencia, con Roma, como se sabe, la ciudad de las falsas noticias y de los rumores infundados: el cardenal De Rambouillet escribía un buen día a Carlos IX que "las nuevas que se escriben desde aquí (desde Roma) a Venecia y desde Venecia aquí gozan, en Italia, de tanto crédito y reputación como las nuevas de Palacio en Francia". No parece que el "protestantismo" español llegara a tener consecuencias políticas. Pero cabía la confusión y el problema merecía ser planteado, ya que, al lado de la inquietud religiosa, había también en la España de aquel tiempo un malestar político, causa también de alarma para Felipe II.

El malestar político

Se habla corrientemente de la España unificada de Felipe II. Pero hay que entenderse. No cabe duda de que la centralización del país se acentuó en el curso de este largo reinado autoritario, pero, por el año de 1559, las franquicias populares no hacen más que desdibujarse, las leyes no han cambiado y el recuerdo de las revueltas pasadas no ha desaparecido. La autoridad real no es ilimitada ni carece de contrapeso. Choca con los "fueros", con la fabulosa y sin cesar creciente riqueza del clero, con la independencia de una opulenta nobleza, con la indisciplina a veces abierta de los moriscos y con la desobediencia de los funcionarios. En el curso de los años 1556 a 1559 se percibe, incluso, un serio quebrantamiento del prestigio del Estado, una especie de crisis de insubordinación.

No se trata de una revuelta manifiesta, sino de una ola de descontento y desafección, visible en pequeños hechos por el estilo de los que el historiador Llorente[278] ha reunido y que sólo adquieren sentido cuando se compaginan los unos con los otros. Así, vemos que cuando Carlos V, "cargado de años, de laureles y de enfermedades", desembarca en Laredo en 1556, sólo comparecen a darle la bienvenida unos cuantos nobles, y el viejo emperador se muestra apenado y sorprendido.[279] Poco después, son las hermanas de Carlos V, Isabel y María, reinas de Francia y de Hungría, respectivamente, quienes viajan por la Península; en el trayecto de Jarandilla a Badajoz se invita a algunos señores para que las acompañen, pero la invitación cae en el vacío, sin que los nobles requeridos se dignen siquiera excusarse.[280] Algunos días antes, las reinas, deseosas de instalarse en Guadalajara, habían pedido al duque del infantado que las aposentara en su palacio, aquel mismo palacio en que, andando el tiempo, se celebrarán las terceras bodas de Felipe II.[281] El duque se niega a su petición, con gran escándalo de las damas y del

emperador, quien, sin embargo, no quiso, a pesar de las instancias ejercidas sobre él, forzar la mano al duque, importante personaje de quien había recibido valiosos servicios. En enero de 1558, el corregidor de Plasencia se presenta a ejecutar ciertos mandamientos en Cuacos, villorrio cercano a Yuste, donde el emperador tiene un alguacil, y los dos funcionarios se enredan en una enconada controversia. El corregidor zanja el asunto apoderándose de la persona del alguacil y poniéndolo preso.[282]

Aprovechándose del desorden, de las deficiencias gubernamentales, de los malos métodos de los juristas y los ministros, cada cual intenta adjudicarse algún privilegio suplementario. En octubre de 1559,[283] Felipe II, preocupado por el déficit de sus finanzas, anda a la caza de abusos que suprimir y de economías que hacer. Un viejo consejero, alcalde de la Cancillería de Valladolid, el licenciado Palomares, le envía una curiosa carta respecto a las excesivas pretensiones de los grandes señores en materia judicial. Le recuerda que ya con motivo del viaje del rey a Alemania, en 1548-1550, se habían reunido en el convento de San Pablo, en Valladolid, siete u ocho grandes de España, reclamando para todos los caballeros con título de nobleza el privilegio de no someterse a otra jurisdicción que la del soberano. Habían pedido, asimismo, que, en las causas criminales por las tierras señoriales que se ventilaran ante los tribunales regios, el dinero de las condenas fuese para el señor. Y, en apoyo de sus pretensiones, llegaron a invocar una llamada ley de Guadalajara, que databa, según se decía, de los tiempos de Juan I y que, según el licenciado Palomares, debía de ser apócrifa o tener un doble sentido. En 1556 (detalle sintomático: el rey volvía a estar ausente, pues había partido para Inglaterra en 1554) habíase reunido otra asamblea idéntica, siempre en el convento de San Pablo; vuelven a pedir lo mismo, y la princesa Juana se lo niega. Pero ahora habían recurrido a un subterfugio para que sus pretensiones prosperaran; así pues, en las escrituras de venta de las tierras de la Corona, principalmente las celebradas en 1559, los redactores habían introducido ciertas cláusulas lesivas para la autoridad del Estado, acogiéndose a la citada ley de Guadalajara. Fue un funcionario real, el licenciado Juan de Vargas, el primero que deslizó estas peligrosas cláusulas en el texto de una escritura de venta efectuada en provecho suyo. Por ella, se reservaba hábilmente los beneficios inherentes a la justicia criminal sobre la tierra comprada por él. Su ejemplo había sido seguido por otros, naturalmente. “Algunos han comprado lugares que están en servicio de V. M. y en su consejo y de esto se ha de guardar V. M.” Como se ve, hasta los más altos funcionarios se dejan tentar.

Esta actitud de los señores y de los compradores de “lugares de vasallos” acusa la endeblez del Estado, sus penurias y sus debilidades, que incitan a todos los abusos. Como se comprende, ello no hacía más que acrecentar y dar nuevo relieve a los obstáculos con que habitualmente tropieza la autoridad real. Las villas a quienes se intenta despojar de sus jurisdicciones se defienden enérgicamente, envían sus emisarios ante la persona del rey y salen a menudo airosas del empeño. Otras veces, con harta frecuencia, son los propios funcionarios de la “Casa de Contratación” los que ayudan a los mercaderes de Sevilla a burlar las disposiciones oficiales. En la primavera de 1557, el gobierno había secuestrado la plata que la flota de las Indias traía con destino a particulares. Carlos V, indignado, exclama: “… y agora que ya de siete a ocho millones que eran llegados, y se habían venido a parar en cinco, hanlo hecho tan bien que de estos cinco millones han venido a parar en quinientos mil ducados”.[284] Y fue necesario que estallase la violenta cólera del emperador para poner en marcha contra los delincuentes la pesada maquinaria judicial. En el otoño del mismo año[285] se consideró más prudente despachar al encuentro de la flota de las Indias a la escuadra de Álvaro de Bazán, la cual, habiendo llegado a Sanlúcar el 7 de septiembre, se hizo cargo del numerario y lo transportó a Santander, de donde fue expedido directamente a los Países Bajos. La autoridad real veíase reducida a recurrir a subterfugios.

Otras veces no se atrevía a intervenir. Así, cuando el duque de Francavilla, virrey de Aragón, manda dar garrote a un “manifestante” que protesta contra los derechos forales, su acto desencadena un motín, las Cortes se reúnen por sí mismas sin que el soberano las convoque, el virrey vese obligado a refugiarse en la Aljafería, y el gobierno de Valladolid, puesto al corriente, lo desautoriza.[286] No quiere enajenarse la voluntad de los aragoneses, sobre todo en tiempo de guerra contra Francia. Algo parecido ocurre en Valencia, donde los magistrados que instruyen —es su pan de cada día— las causas de los “tagarinos”, nombre que se da a los moriscos de esta región, reciben instrucciones de obrar con prudencia. Una carta al Consejo de la Inquisición, fechada el 4 de junio de 1557,[287] se expresa en estos términos: “… En cuatro de setiembre passado vs. ms. nos (escrivieron) que por ser el tiempo tan peligroso deviamos suspender por entonces de tratar de las causas de los Tagarinos…”

Se comprende que los funcionarios, prevenidos por estos Consejos, se sientan timoratos y no se decidan a obrar ni siquiera obedeciendo órdenes. El inquisidor Arteaga escribe el 28 de febrero de 1559[288] a la “Suprema”, y refiere que el alguacil del Santo Oficio de Barcelona ha venido a pedirle la

ejecución en Valencia de ciertas sentencias dictadas por aquel tribunal. "… Y si he dexado de prender las personas contenidas en dicha requisitoria ha sido por escusar el escandalo y alboroto grande que en esta ciudad pudiera suceder por esto, por ser los tiempos que son y ser los más dellos officiales preheminentes en esta ciudad…" Por ser los tiempos que son… Tiempos difíciles, no cabe duda, y que exponen a una dura prueba a la obra de la monarquía.

Las dificultades financieras

El soberano no tiene las manos libres, pues todo lo que hace se halla gobernado por la mayor de las preocupaciones que han impuesto a Felipe II su regreso a España: la preocupación del dinero.

El enorme pasivo de las finanzas imperiales heredado por él era tal, que su crédito se derrumbó al embate de los primeros gastos impuestos por la reanudación de las hostilidades. El 1 de enero de 1557, la bancarrota del Estado era oficial.[289] Pero ¿era aquello una verdadera bancarrota? Sí y no. El primero de los famosos decretos de Felipe II se redujo, en realidad, a una consolidación de la deuda flotante. El Tesoro real vivía de empréstitos o de anticipos, concedidos con réditos muy altos y en condiciones muy onerosas por los mercaderes, los únicos que (dada la dispersión del Imperio español y la presencia del soberano en los Países Bajos) podían movilizar en beneficio suyo rentas tan distantes en el espacio y en el tiempo. El Tesoro les abonaba elevados intereses y les reembolsaba en los vencimientos de las ferias. Las deudas del Estado hallábanse representadas, así, por una masa de papeles de los más diversos. El decreto de referencia no anula las deudas, sino que prevé su reembolso en "juros", rentas perpetuas o vitalicias, que rinden, en principio, un interés de 5%. Se señala el 1 de enero del año 1557 como la fecha inicial para estas operaciones.

Los banqueros protestan primero y luego se someten; los Fugger, después de una resistencia más viva que los demás. No cabe duda de que el decreto de Felipe II causaba una grave lesión a los mercaderes. Se reducía el interés de sus créditos y se inmovilizaban sus capitales. Es cierto que les quedaba el recurso de vender estas rentas perpetuas —derecho del que se hizo amplio uso —, pero ello trajo consigo una rápida baja de la cotización, con el consiguiente perjuicio para los vendedores. Así, cuando los Fugger capitulan, [290] los "juros" han bajado ya a 50 o a 40% de su valor nominal. Este cambio forzoso de obligaciones a corto plazo y con altos intereses (de 12 a 13%) por

rentas perpetuas a 5%, por muy grandes que fuesen los perjuicios que acarreaba, no constituía, sin embargo, una bancarrota total. Ya hemos dicho lo necesario acerca de esto.

Este expediente permitió al Estado ir tirando, mejor o peor, hasta la paz de Cateau-Cambrésis, pero no acabó con las dificultades. Los banqueros genoveses, los únicos que aún se atrevían a adelantar dinero al Rey Católico, se vuelven ahora más exigentes que en el pasado. Sólo quiero aducir, en prueba de ello, los textos de los dos convenios concertados en Valladolid en 1558. Por el primero de ellos, Niccolò Grimaldi, banquero genovés,[291] adelanta al rey un millón en oro: «se obliga, el dicho Nicolò Grimaldi, a pagar en Flandes 800 000 escudos, a razón de 72 gros por escudo, del modo siguiente: 300 000 a la primera llegada de los navíos de España, 250 000 a fines de noviembre y los 250 000 restantes a fines de diciembre de este año de 1558. Los otros 200 000 escudos se obliga a pagarlos en Milán, a razón de 11 reales por escudo, en el curso de los meses de noviembre y diciembre del presente año, y la mitad al mes siguiente». Pero, a cambio de ello, el rey da sus seguridades: «S.M. le pagará el dicho millón de oro en España, a razón de 400 maravedises por escudo, del modo siguiente: 300 000 inmediatamente, sobre la plata que está en Laredo, 300 000 de la plata y el oro que lleguen en los primeros navíos procedentes del Perú, y, caso de que no se le pague en el curso del mes de octubre del presente año, el dicho Grimaldi no estará obligado a hacer los pagos de fines de noviembre y diciembre, ni en Flandes ni en Milán; le serán entregados 300 000 escudos sobre el servicio de Castilla de 1559 y en letras de cambio sin interés; 166 666 escudos como complemento de los 400 millones de maravedises pagaderos en rentas a 10%. Se le pagarán, además, 540 000 escudos de deudas antiguas de la manera siguiente: 110 000 en rentas a 10%, 135 000 a 12%, 170 000 a 14% y 25 000 asignados sobre las mismas. Los intereses de esta suma le serán abonados hasta el final del año 1556, a razón de 14%, y para el año 1557 a 8%. Se le concederá, asimismo, permiso para exportar de España un millón en oro».

Estas cifras indican una dureza excepcional. El comentario francés anónimo que las acompaña hace constar que «este mercader genovés, como podéis ver, no presta nada suyo y, sin embargo, por el favor que hace al rey Felipe al prestarle dinero sobre el cambio de Amberes y de Milán en las mismas condiciones en que se lo prestarían por acá, gana *(sic!)* 50 mrs. por cada escudo, teniendo en cuenta que se le prestan cuatrocientos, por lo que no vale más que 350, lo que sale a razón de 15%, aparte de que gana casi otro tanto en Flandes, ya que sólo presta 72 gros por escudo, por lo que vale 78».

Y el comentarista se pregunta por qué el rey de España se ha prestado a firmar semejante acuerdo. Si disponía de dinero en Laredo, ¿no era más sencillo echar directamente mano de él? Y sólo encuentra dos posibles ventajas: la supresión del riesgo del transporte por mar y la reducción de las rentas que representan las deudas antiguas. Todo el pasivo financiero pesa, pues, sobre la política de empréstitos de Felipe II.

Igualmente mal negocio es el préstamo de 600 000 escudos concedido en este mismo año de 1558 por Constantino Gentile,[292] otro mercader genovés. El reembolso está previsto del siguiente modo: en primer lugar, 125 000 escudos en Sevilla; después, y siempre en la plaza de Sevilla, en julio de 1558, una suma equivalente; por último, 350 000 escudos asignados sobre el servicio de Castilla.



Foto: *Giraudon*. Paris.

34. Felipe II, hacia 1555. Dibujo anónimo. Biblioteca Nacional de París.



35. Felipe II. Detalle de la Gloria, *El entierro del Conde de Orgaz* de El Greco, Toledo, 1586.

Añadamos a esto los extravagantes beneficios del cambio y la consolidación de 1 400 000 escudos de deudas antiguas. El mismo anónimo comentarista especifica claramente quién es el que más se beneficia de la transacción.

No debemos extrañarnos de que en los dos ejemplos aquí dados todo el peso recaiga sobre las espaldas de Castilla (lo mismo que en el caso del curioso "asiento" concertado con los Fugger el día 1 de enero de 1557, una copia del cual se conserva en los archivos farnesianos de Nápoles).[293] Éste era, invariablemente, el caso en que se encontraban los préstamos negociados en estos años difíciles: todos ellos en anticipo sobre los intereses ordinarios y extraordinarios de Castilla y sobre los metales preciosos que descargan las flotas procedentes de las Indias. El crédito de Felipe II descansa, en último análisis, sobre el crédito de España. Y éste se halla, ahora, tremendamente quebrantado.

Y es que se le ha esquilmado sin moderación. En tiempo de la guerra contra Paulo IV fue necesario atracar literalmente a los prelados, quienes sólo soltaron el dinero a regañadientes y a la fuerza. Después, como la necesidad no conoce ley, el Estado se incauta, en la medida de lo posible, la plata transportada por los galeones de las Indias. Por lo cual hay que entender el dinero destinado a los mercaderes de Sevilla o encontrado a los pasajeros que volvían de ultramar. Estos secuestros, que se repiten en los años de 1556, 1557 y 1558, dejan mal sabor de boca. Sólo al llegar al año 1559 se decide Felipe II a reembolsar a sus dueños los capitales secuestrados, pero ofreciéndoles "juros" por los dos tercios de las sumas confiscadas. La alegría que ello produce en los medios mercantiles indica bien elocuentemente cuán inesperada era la medida, a los ojos de la mayoría, por muy injusta que ella fuera.[294]

Al día siguiente de Cateau-Cambrésis, Felipe II parece experimentar cierto remordimiento. "… Creemos aconsejable [dice] no tomar nada a los mercaderes pasajeros [de las flotas de Indias] ni a los particulares, sino, por el contrario, entregarles libremente todo lo que llegue para ellos".[295] Cordura y moderación harto tardías. Diez años más tarde, como corriera el rumor de que el gobierno iba a reincidir en los viejos métodos, mucha gente prefirió quedarse en América a exponerse a ver su dinero confiscado, si volvía a España.[296]

En cuanto a los recursos normales del fisco, todo parece indicar que, salvo las rentas de Castilla, eran devorados con mucha anticipación. Había que ingeniárselas para encontrar otros, lo que da pie a diversos expedientes financieros, una lista de los cuales aparece en una carta de la princesa Juana al rey, fechada el 26 de julio de 1557:[297] ventas de cédulas de hidalguía, legitimaciones de hijos de eclesiásticos, creación de cargos municipales, enajenación de tierras y de jurisdicciones de la Corona…

Estas ventas contribuyen, tal vez más que nada, al desquiciamiento de los reinos españoles. Todo parece indicar que beneficiaron a los grandes señores, pero es poco lo que sabemos acerca de ello: dichas negociaciones merecerían ser estudiadas con cuidado, lo mismo que las ventas de las tierras de la Iglesia, a partir de la década de 1570. Desgraciadamente, la historia de la propiedad territorial en España no parece despertar, hoy, la curiosidad de los eruditos. Las ciudades fueron víctimas de esta operación, ya que los bienes vendidos eran, en realidad, muchas veces bienes de los pueblos y los municipios, que pasaban, así, de manos de las ciudades y las villas a manos de la nobleza. Muchas aldeas aprovechan la ocasión para comprarse a sí mismas, es decir, para redimirse, como se había hecho antes en Nápoles, liberándose así de las jurisdicciones urbanas que las acogotaban. Fue de este modo como Simancas, por ejemplo, se sustrajo a la dominación de Valladolid.

Las creaciones de nuevos cargos municipales eran también un modo de hacer contribuir a las ciudades, pues el Estado se embolsaba el dinero de la venta de los cargos y la ciudad tenía que pagar luego los sueldos a los nuevos empleados.[298] Fácil es, pues, comprender todas las quejas de éstas.[299] En defensa de su dinero no dudan en enviar a sus agentes hasta Flandes. Felipe II no podía permanecer sordo a sus instancias. Cancela muchos contratos casi ultimados y acaba prohibiendo las ventas insignificantes que reportaban poco e irritaban a sus súbditos. Pero también en este caso llegan tarde las juiciosas medidas. Se cometieron muchos excesos, como lo dice la ya citada carta del licenciado Palomares, y algunos de ellos, como las usurpaciones de las tierras de la Corona en Granada, escapan a nuestro conocimiento.[300] En esta crisis financiera, el gobierno pone terriblemente a prueba la sustancia misma de España, sus ciudades y sus comerciantes.

Intentemos hacer el balance de la situación en el año 1559, trazando un cuadro aproximado de ella. La penuria del Tesoro es inmensa. Felipe II ha sellado la paz con Francia, pero ha tenido que seguir manteniendo, hasta su firma, un ejército en pie de guerra; concertadas las paces, había que desmovilizar lo que requiere siempre el pago de las soldadas atrasadas. Como no se dispone de dinero, no se desmoviliza, con lo cual —círculo vicioso— la deuda sigue creciendo… En marzo,[301] Felipe II pide a España un millón setecientos mil escudos, pero la regente sólo consigue obtener dos empréstitos, uno por 800 000 y otro por 300 000, el segundo de los cuales ponía, además, en peligro el crédito del factor Francisco López del Campo, encargado de los pagos de la Tesorería en España. Para salvarlo se ha prorrogado ya hasta junio el vencimiento de la feria de Villalón: «El factor

[escribe la princesa Juana a su hermano, el 13 de junio de 1559][302] andava preparando de yr a ella para cumplir lo mejor que pudiesse en la qual dire las cantidades de maravedis que. V. M. vera por un memorial que se le embio y el principal fundamento que para esto se hazia era lo que sperava de las Indias en esta armada que agora vino y en lo que ahora se sabe ni para V. M^{d}. ni para otra persona no ha traydo cosa alguna». Al decir de los funcionarios municipales de Sevilla,[303] fue el virrey de la Nueva España quien no quiso que se embarcase nada en la flota, por miedo a los corsarios.

En estas condiciones, resultaba imposible hacer frente a los vencimientos de junio: «…Se prorroga la feria [de Villalón][304] hasta el día de Santiago pa [para] buscar en este tiempo medios y caminos por donde se pueda remediar porque el consejo de hazienda se ha resuelto en que no convinia en manera alguna que se dexe de cumplir la feria ahunque sea tomando a cambio sobre el servo [servicio] del año de MDLXI que ahun no esta concedido y sobre otra cualquier cosa porque cualquiera interese o daño se tiene por muy mejor que no que falte el credito del factor porque mediante haverse ha sido V. M^{d}. servido y proveydo hasta agora y lo podra ser si podemos salir con que cumpla la feria, las consignaciones que podia haver en que hazian fundamto era algunas ventas de vasallos y estas la ha ydo V. M^{d}. restringiendo especialmente en lo de Sevilla que se andava ya concertando compra de CLU (150 000) ducos [ducados] que el duque de Alcala queria comprar en mil y quinientos vasallos de terra de Sevilla…» La regente tuvo también la precaución de enviar a Felipe, al mismo tiempo, expertos como el doctor Velasco, para que le hicieran un relato exacto de cómo andaban las cosas.[305] Prueba evidente de que todavía teme que su hermano siga haciéndose ilusiones.

Felipe II, por su parte, no encuentra en los Países Bajos solución alguna. El 24 de junio escribe:[306] "…Y de quedarme yo no se ganaria si no perderme con ellos [con los Países Bajos]… lo mejor es que todos les busquemos el remedio, como yo lo hare en quanto me fuese posible, y quando aqui no lo fuere, yré a buscarlo en España". El lenguaje no puede ser más claro. Felipe II cree, evidentemente, que tanto las cartas como los emisarios le pintan la situación con tintas demasiado sombrías. O tal vez no tiene demasiada confianza en la eficiencia de la princesa Juana, entregada a sus dispendios, a sus devociones y a sus sueños ambiciosos, dispendios que provocan el malhumor de su hermano y sueños que giran en torno de la persona del infante don Carlos, con quien se dice que le gustaría desposarse, para mantenerse en el primer rango. Tal vez recuerde también el viaje de Ruy

Gómez a la Península, en el año 1557.[307] ¿Donde el favorito salió airoso del empeño, no puede tentar fortuna el propio soberano? Sí, la salvación hay que buscarla en España, y tiene que buscarla el mismo monarca, y no otro. Cuando los vientos contrarios le imponen, en las islas de Zelanda, la larga espera de que hemos hablado, el rey se aflige, no por motivos de incomodidad personal, "sino [como le dice al obispo de Arrás, en una carta fechada el 24 de agosto] por ver que se alargara mi llegada en España para entender en buscar lo que tanto es menester para acá y para allá".[308]

Estas precisiones nos ayudan a comprender mejor la carta, en verdad dramática, que Felipe II escribe a Granvella algún tiempo más tarde, el 27 de diciembre de 1559,[309] cuando ya la verdadera situación financiera de España no tiene secretos para él. «Creed —escribe el soberano a su consejero— que he deseado mucho proveer para ay [para los Países Bajos] todo lo que sé que es menester…, más yo os prometo que he hallado lo de acá peor que lo de allá y imposibilitado por agora, no solo para lo de allá, mas aun para lo de acá, y para cosas tan pequeñas que os espantaríades si los viésedes, y que os confieso que nunca allá pensé que pudiera ser desta manera, y por esto yo no he hallado otro remedio sino el de my dote, como veréis por lo que escrivo a mi hermana [Margarita de Parma][310]». La sinceridad de este documento y de este amargo desengaño no deja nada que desear. En España ya no quedaba nada, porque se la había estrujado demasiado, cegando así estúpidamente, por algún tiempo, las fuentes de la riqueza del imperio. El reconocimiento de esta realidad fue, sin duda, el que llevó a Felipe II a la tardía moderación a que más arriba nos referíamos. ¿Y no sería la convicción de que era absolutamente necesario mantener las fuentes fluyendo de un modo normal lo que le decidió a permanecer en España toda su vida?

En 1570 se abre en Córdoba la sesión de las Cortes de Castilla que habría de cerrarse en Madrid al año siguiente. En la sesión de apertura, Eraso toma la palabra en nombre del rey y traza el bosquejo histórico de los años transcurridos desde la sesión anterior, celebrada en 1566: «Como sabéis, el Rey ha residido durante todos estos años en España, aunque tuviese urgentes y graves razones para ausentarse de ella y trasladarse en persona a otros de sus Estados, como se hizo saber al Reino en las Cortes anteriores. Pero S. M. sabe bien cuán necesaria es su presencia en estos reinos…, no sólo por el bien y el particular beneficio de ellos, sino también para proveer… a las necesidades de los otros Estados, pues estos reinos son, entre todos, el asiento esencial, la cabeza y la principal parte. Y como a esto se añade el gran amor que os tiene, S. M. lo ha arreglado de tal modo que, aun llevando el suficiente

remedio a las urgentes necesidades, se evitara su ausencia de estos reinos[311]».

Leyendo entre líneas este discurso oficial podemos decir que Felipe II, salvo una necesidad excepcional y muy apremiante, no podía, aunque quisiera, alejarse de España, meollo de sus Estados, si se quiere, y Tesoro de sus dominios. Bruselas era la capital política ideal, de acuerdo, pero la política no lo es todo. Valladolid es, en esta época, no cabe duda, la capital financiera del Imperio español: allí se conciertan los empréstitos, cuyos vencimientos fijan, a sus puertas, las ferias de Castilla. Por ello era necesario que el dueño y señor del imperio, concentrando en torno de él lo más esencial de los gastos del Estado, se estableciese en el país donde llegaban el oro y la plata de América. Sin embargo, el rey no lo comprendió así hasta que, de vuelta en España, se lo enseñó la realidad. Las órdenes que hasta entonces cursaba desde lejos a los gobernantes de España traslucían una ignorancia tal de la situación —aquella ignorancia que el propio Felipe II reconoce en su carta a Granvella—, que aquellos a quienes iban destinadas llegaron a considerarlas, más de una vez, risibles. La confesión es de puño y letra de Felipe II; anotando, como tenía por costumbre, una carta de la princesa Juana en la que ésta le escribía que, después de haber reunido a los consejeros de Valladolid, tenía que declararle que todo el mundo era allí de parecer contrario al suyo, al del rey, y reputaba imposible enviarle dinero y que era necesario que él, en persona, viniera a España, Felipe II estampa al margen estas palabras (recogiendo, sin duda, la especie que algún murmurador le había soplado al oído): “se han harto reydo de mi”.[312] ¿Quiénes? Los consejeros, la princesa, cuantos conocían las duras realidades de la Península, partidarios todos del regreso del rey.

Felipe II regresa, pues, a España para enterarse sobre el terreno de que la situación era mucho más grave de lo que él se imaginaba. Lo que resulta difícil de comprender es la aberración por la que este país agotado se obstinó en no poner término a la guerra en el Mediterráneo, en dejar que siguiera adelante una lucha que podía darse por terminada y que, muy lejos de ello, va a proseguir y a complicarse todavía más. ¿Pero, fue realmente responsable el Rey Prudente?

CAPÍTULO II

[II-423]

LOS SEIS ÚLTIMOS AÑOS DE LA SUPREMACÍA TURCA: 1559-1565

DEL TRATADO de Cateau-Cambrésis (en abril de 1559) al sitio de Malta (mayo a septiembre de 1565), la historia del Mediterráneo forma por sí sola un todo coherente. Durante seis años no va ya a remolque de los grandes acontecimientos de la Europa del Oeste o del Norte. Desembarazados de otras faenas, los gigantes que ocupan las dos mitades del mar —el turco y el español— reanudan su duelo. Sin demasiado encono todavía. ¿Quieren realmente, el uno y el otro, empeñarse en una guerra sin cuartel? ¿No son más bien víctimas de proyectos precisos, de corto alcance, que acaban arrastrándolos, a la postre, más lejos de lo que ellos mismos quisieran? Así tiene que pensarlo uno, a la vista del juego bastante incierto de España, más impulsados por los acontecimientos que bajo el signo de la audacia. Pero también es muy parecido el juego turco en estos últimos años del gran reinado de Solimán. El único hecho importante, en el oeste, es la creación de una poderosa fuerza naval al servicio de España. Pero la cuestión está en saber si España se servirá de esta fuerza y si le bastará con ella para señorear el mar.

I. LA GUERRA CONTRA LOS TURCOS, ¿UNA LOCURA ESPAÑOLA?

La guerra prosigue en el Mediterráneo en el momento en que el Occidente se libera de ella a todo trance: los alemanes por la paz interior de Augsburgo, el Imperio hispánico y el papado por el acuerdo de septiembre de 1557, Francia y España por la paz de Cateau-Cambrésis. Asistimos, pues, por doquier, a un poderoso retorno a la paz; por doquier, bien entendido, salvo en el Mediterráneo. La guerra se mantiene en el mar, una guerra en la que, por lo demás, se alternan los golpes brutales y las largas pausas, guerra difícil de

captar en cuanto a sus móviles y a sus contingencias. La recesión económica que ocurre entre 1559 y 1575 no puede ser la única causa responsable.

La ruptura de las negociaciones hispano-turcas

Ahora bien, en lo tocante a los grandes Estados, es decir, a España y a Turquía, no era en modo alguno inevitable la guerra. Así se pensaba, en 1558, entre los que rodeaban a Felipe II. Una tregua de algunos años por el lado de Turquía parecía la condición para un esfuerzo más libre hacia el oeste. El 21 de mayo de 1558, Felipe envía a su tío Fernando al obispo del Águila, con instrucciones muy claras.[1] Como una carta del emperador, fechada el 2 de enero de aquel año, le hiciera saber que en Viena se habían iniciado conversaciones de paz con el turco y que existía la decisión de pagar los tributos anuales atrasados (previstos por el acuerdo de 1547 y que no se habían hecho efectivos desde 1550), e incluso acceder a que se aumentaran, Felipe II daba su aprobación: "[…] conosciendo la poca forma que hay hoy en día en la cristiandad para oponerse con las fuerzas que serían necesarias a tan gran potencia como es la del Turco, no me puedo apartar del prudente parescer que sus súbditos, húngaros, bohemios y de Austria, cada uno por su parte, le han dado, ni de la aprobación que dello han hecho los Electores…". Además, un intermediario "…que tiene trato é inteligencia en la corte del Turco", se había comprometido hacía apenas algunos días a obtener del sultán una paz con España, si el rey lo deseaba. «… Yo no quise venir en que, de mi parte, se propusiese semejante plática, por algunos respetos que á ello me movieron; pero tampoco quise desecharla del todo, teniendo advertencia á que, temiéndose el Turco de mis fuerzas que tengo por la mar, podría quizá más fácilmente condescender en ablandar y moderar las condiciones de la paz con S. M., cuando entendiese que yo me dexaría persuadir á ser comprendido en ella». He ahí un rasgo típico de la diplomacia española, orgullosa y siempre atenta al "pundonor", aunque no remisa a transigir, llegado el caso. Felipe II, que no quería en manera alguna dar los primeros pasos hacia los turcos, dejó sus escrúpulos cuando creyó poder utilizar el relevo y la mediación de las negociaciones de Viena.[2]

En los primeros meses de 1558 el rey no había abandonado estos tratos. Hemos encontrado, con fecha de 5 de marzo, una minuta de las condiciones eventuales para una tregua de 10 a 12 años con el gran turco.[3] En una carta del día 6 al secretario de su embajada en Venecia, Garci Hernández, el rey anunciaba que había "… hecho elección de Nicolo Secco para que vaya al

Gran Turco y en su compañía Franco de Franchis a tratar el negocio de la tregua que como sabeis el a movido".[4] El dicho Nicolo Secco se traslada a la corte del emperador y allí deberá presentarse después ante el duque de Sesa para recibir instrucciones. El mismo día se le ordena a Nicolás Cid, tesorero del ejército de Lombardía, pagar 2 000 escudos al citado emisario, "para el gasto de cierto camino que ha de hazer a mi servicio", y 5 000 a Garci Hernández, sabedor del destino que ha de dar a dicha suma. El mismo día también se giran instrucciones a Nicolo Secco sobre algunas actividades complementarias.[5] Parece que el instigador del asunto fue Francisco de Franchis Tortorino, quien se hallaba de paso en Venecia y se disponía a regresar por segunda vez a Constantinopla, siempre por cuenta de la República de Génova. Habla allí largamente con el embajador Vargas sobre las posibilidades que existían de tratar con Rustem Pachá (a la sazón, gran visir) y de los regalos que sería bueno hacerle.

Nicolo Secco, que había sido embajador en Constantinopla, debía reunirse con Franchis en Venecia para seguir luego viaje juntos hasta Ragusa. Desde allí, Franchis proseguiría solo en camino y no recurriría a Secco sino en caso de una ratificación más o menos segura de la tregua. Como en 1558, Felipe II no quería ir demasiado lejos. Secco estaba autorizado para firmar una tregua de 10, 12 y hasta 15 años con el turco. Cada año que durara la tregua se entregaría a Rustem Pachá de 8 000 a 10 000 escudos. Felipe II deseaba, además, que Rustem accediese a que la armada turca no se hiciera a la mar en el verano próximo, aunque tuviera que ofrecérsele "una dádiva que monte de 12 a 15 000 escudos, pagaderos sin falta alguna, por una sola vez, en Venecia o en Constantinopla, a su elección".

Sólo hemos querido entrar en todos estos detalles para establecer bien la realidad de las negociaciones y de las intenciones de Felipe II antes de la paz de Cateau-Cambrésis. Firmada la paz, todo cambió. El 8 de abril de 1559,[6] Felipe II se explica acerca de esto en una larga carta al duque de Sesa, estableciendo los motivos de su retroceso (y admitiendo, por consiguiente, su responsabilidad). «Ya aveis visto lo que os scrivi dello q. se avia hablado y passado en lo de la tregua con el Turco y los despachos que os embie para que Nicolo Secco fuesse a entender en ella. Despues aca avyendo tenydo aviso del Empor como por medio de sus embaxadores se ha assentado tregua entre el y el Turco por tres años y que ninguna maña [manera] quiso que yo fuesse comprehendido en ella y mi fin principal desta tregua fue por ver si con ella podia hazer algun beno [beneficio] al Emperador y a sus cosas y este *[sic]* se ha ya conseguido con lo q. esta hecho y demas desto aviendo succedido este

assiento de la paz con el rey de Francia por donde se puede juzgar q. el Turco sin su favor y no teniendo puertos donde se acoja su armada no la embiara contra la Xtiandad tanto mas aña-diendose a esto su edad y lo que se entiende de la gana que tiene de reposar y el desasosiego en que le tiene puesto la descordia y mala voluntad y pretensiones q. ay entre sus hijos.[7]» La conclusión es que "debe cessar la yda de Francisco de Franchis y la de Nicolo Secco, pues no se podría tentar ni hazer en esta ocasión sin gran desautoridad nra [nuestra]". El texto no deja lugar a dudas: "sin gran desautoridad nuestra". Es la última palabra. Para no quedar en entredicho, para no quedar "desautorizado", Felipe II, que se encuentra ya desembarazado por el lado del Occidente, no lleva más adelante las tentativas de paz. Pero esta actitud no dejó de traer consecuencias.

Desde junio, Felipe II había dado su aquiescencia a los proyectos de los Caballeros de Malta y del virrey de Sicilia contra Trípoli. En carta al duque de Florencia, donde le pedía sus galeras, le explicaba: «Paresciendome que pues ha plazido a Dios nro Señor que se acabasse de assentar la paz entre mi y el christianissimo Rey de Francia, seria servicio de Dios y beneficio universal de toda la christiandad que las galeras que se entretienen a mi sueldo en Italia no esten ociosas lo que qda [queda] deste verano sino que attiendan a procurar de destruir los cossarios y asegurar la navegación… he acordado que se emprenda lo de Tripol.[8]» Es decir, contra Dragut, beglerbey de la ciudad desde 1556. Pero ya era cosa averiguada desde 1550 que obrar contra Dragut era provocar casi seguramente una respuesta turca.

Hasta ahí llega la responsabilidad inicial de Felipe II y de su política de prestigio en la guerra mediterránea. Responsabilidad tanto mayor cuanto que la situación se prestaba a un acuerdo. El duque de Sesa opinaba el 4 de diciembre de 1559: "… las cosas del Turco van mal por la dissensión de sus hijos".[9] Y un hombre tan ponderado como el duque de Alcalá, virrey de Nápoles, escribía a Felipe, el 10 de enero de 1560, en el momento en que la expedición contra Trípoli acaba de desguarnecer a este reino, de gran parte de sus tropas, "… acuerda a V. M^{d}. que agora seria tiempo de tratar alguna tregua con el Turco assi por la dissension de sus hijos como tambien porque los Estados de V. M^{d}. estan tan necesitados y que alla se juzga que seria cosa muy necessaria".[10]

Felipe II no sólo rehusó buscar por su cuenta esta tregua, sino que intervino ante el emperador para disuadirle de que concluyera la que ya iba tan avanzada. Según el embajador de Venecia, Giacomo Soranzo,[11] los artículos de paz aún no están de vuelta en Viena, a fines de octubre, cuando

Felipe II, consultado durante ese intervalo, aconseja rechazarlos; hasta se ofrece a inquietar al sultán en el Mediterráneo, promete al emperador hombres y dinero, y sugiere que él podría, por medio del rey de Portugal, solicitar la ayuda de Bajazet y del sofí; en una palabra, no olvida argumento alguno. ¿No era mejor para Fernando apoderarse de Transilvania que ponerse de acuerdo con el sultán? Al parecer, este consejo no cayó en oídos sordos.[12]

La supremacía naval de los turcos

Felipe II tenía sus razones y sus excusas para obrar así.

Sus razones, pues desde la firma de la paz de Cateau, Enrique II había licenciado su flota del Mediterráneo. Prácticamente, ya los puertos franceses del Mediodía carecerían de ella hasta fines de siglo y aun después, lo que venía a añadir a la paz proclamada en el Mediterráneo y en otras partes[13] una garantía suplementaria. Los españoles ganan con ello una gran libertad de movimientos.

¿Excusas? Felipe II tenía la de no haber pulsado aún por sí mismo la fuerza turca. Apenas la había calibrado en el mar, pues, a los ojos de la gente de la época, el encuentro de La Prevesa no había sido una gran acción, y para el rey, era ésa una historia vieja; en tierra, no tenía la menor idea del poderío turco, pues los españoles sólo participaban en la guerra de las fronteras húngaras individualmente, cuando participaban. Los españoles (a quienes Carlos V instaló en 1534 en Coron y en 1538 en Castelnuovo, donde llevaban la vida ordinaria de los presidios, con sus alertas y sus incursiones) sólo habían tenido que batirse dos veces contra Barbarroja, dejándose derrotar en 1534 y en 1539. Pero ¿qué lección podía sacarse de encuentros tan lejanos y tan desiguales? La infantería española sólo mediría sus fuerzas con la de este enemigo en 1560, en Yerba, y en 1565 en Malta.

Por otra parte, Turquía parece desgarrarse a sí misma: al amparo de la discordia entre los hijos del sultán, se desencadenan allí todas las fuerzas indisciplinadas, todos los particularismos provinciales, e incluso conflictos sociales. El embajador francés De la Vigne escribe al obispo de Dax, en julio de 1559,[14] que todos los esclavos están a favor de Bajazet, el rebelde hijo de Solimán. Y las cosas no se arreglan por el hecho de que Selim, el preferido, derrotara a su hermano, pues Bajazet se retiró a Persia, con lo que la guerra interior, mal extinguida, se complicaba con una eventual guerra exterior. Como escribe De la Vigne en septiembre,[15] los turcos “se encuentran más embarazados que nunca por razón de sus negocios domésticos”. Por

consiguiente, Felipe II podía pensar que no era el momento indicado para tratar con ellos, sino para aplastarlos.[16]

El verano de 1559 pareció darle la razón. Este año, la flota turca no llegó hasta más allá de las costas de Albania y, bastante en desorden, regresó a sus bases ya en otoño, sin haber intentado nada contra la cristiandad. Felipe II fiaba seguramente demasiado en el hecho de que la flota turca sería desde entonces prisionera de Levante y de que no podía amenazar al Occidente sin contar con la complicidad francesa. Al faltarle esta complicidad, la flota turca tendría que contentarse con rápidas incursiones, aprovechando el buen tiempo. A pesar de su inferioridad numérica, la flota hispánica podía permitirse el lujo de intentar alguna acción, ya fuese a finales de la estación de bonanza o ya a comienzos del invierno, antes de que su adversario pudiese darle alcance. La cosa era no dejarse sorprender, sobre todo, si el propósito era actuar en el centro del Mediterráneo.

España, en efecto, debía enfrentarse a un doble peligro: de una parte, los berberiscos, desde Trípoli hasta Salé; de otra, los propios turcos. Cada grupo era, sin duda, autónomo y se separaba del otro durante el invierno; mas casi siempre se ayudaban entre sí y se reforzaban durante la estación de buen tiempo. Los berberiscos tienen tienda abierta en todo el Mediterráneo occidental, y sus negocios prosperan; en el centro del Magreb, Argel crece encabezando un imperio que es una amenaza directa contra España. Cierto que este “imperio” no es precisamente un modelo de disciplina política. Hay, dentro de sus límites, grandes bolsas de disidencia, como las montañas de Cabilia; pero las grandes rutas están en manos de la autoridad. Ya hemos dicho que en 1552 Salah Rais, séptimo rey de Argel, avanza hasta Uargla, y en 1553, hasta Fez. Esta plaza cae rápidamente y el cherif se apodera incluso de Tremecén en 1557, aunque por poco tiempo. Perseguido por los turcos, se bate en retirada hacia su capital; pero, a poca distancia de la ciudad, gracias a su numerosa caballería y a los “elches” —moriscos refigiados en Marruecos, hábiles en el manejo del arcabuz—, detiene las tropas de Hassan Pachá, hijo de Barbarroja. De modo que, por el oeste, la frontera argelino-marroquí era más fácil de franquear que de desplazar. Pero, por el este, el Estado argelino había logrado desembarazarse en la costa, en 1555, del presidio de Bugía. Finalmente, en 1558, logra un inmenso éxito contra el Orán.

Desde comienzos de siglo, desde 1509, los españoles habían jugado fuerte en Orán, y, después de muchas tentativas, lograron apoderarse de Tremecén. Pero esta política de prestigio, conscientemente practicada por el conde Martín de Alcaudete, termina en 1551, el día en que una guarnición turca

logra instalarse y arraigar en Tremecén. Desde entonces fue para el presidio una amenaza constante, y, de algún modo para atenuarla, para elevar la moral de la guarnición, "el Viejo" —como se le llamaba para distinguirlo de su hijo, don Martín— organiza, con tropas reclutadas en parte en sus tierras de Andalucía, una expedición contra Mostaganem, plaza situada 12 leguas al este de Orán. Privar a los turcos de Mostaganem era romper su lazo de unión con Tremecén, pues los turcos introducían por aquel puerto las vituallas y la artillería necesarias para sus operaciones del oeste. Bien conducida —es decir, con rapidez—, la operación no podía, por menos, tener éxito contra una plaza mal fortificada. Pero se perdió mucho tiempo instruyendo a los nuevos reclutas en incursiones alrededor de Orán, las cuales pusieron, además, sobre aviso, a todo el norte de África. Luego, "el Viejo" dirigió el golpe con lentitud y con muchas precauciones. El 26 de agosto, sorprendido por los argelinos y por los indígenas, sucumbió ante el número, y más de 12 000 españoles cayeron en manos del vencedor. Estos nuevos cautivos llenaron todas las casas de Argel, y, al año siguiente, muchos renegaron para ir a combatir a la Pequeña Cabilia con las tropas de Hassan Pachá.[17]

Todos estos detalles muestran la firmeza con que el nuevo Estado turco se labraba su sitio en la tierra del Magreb. Y aún conocemos mejor su creciente fuerza en el mar: al este, hasta la puerta de Sicilia; al norte, hasta Cerdeña, y al oeste, hasta más allá de Gibraltar. Nicot, embajador del rey de Francia en Lisboa, escribía el 4 de septiembre de 1559:[18] "Los turcos han corrido no ha mucho con catorce o quince galeras por los Algarbes, e hicieron algunos cautivos. A mi llegada se habían retirado…" Más daño hicieron en Castilla, y levantaron "en Caliz[19] una bandera blanca, poniendo a rescate toda su presa y allí fueron vendidos todos los cautivos". Bien se ve de qué "turcos" se trataba…

El Estado argelino era el más poderoso de los Estados berberiscos, pero no el único. Al este del Magreb, el "reino" de Trípoli se desarrollaba a imagen y semejanza del de Argel, sobre todo a partir de 1556, cuando empezó a gobernarlo Dragut. Pero, a diferencia de éste, el Estado tripolitano sólo podía nutrirse a expensas de un país interior inconcebiblemente pobre y difícil de someter, especialmente en la región del Darién, cuya gente cortaba a voluntad los caminos por los que venían del Sudán el oro y los esclavos. Limitada así por tierra, Trípoli tenía que volverse, cada vez más, hacia el mar; toda su riqueza estaba de ese lado, del lado de Sicilia, tan próxima y al alcance de la mano. Más allá de Sicilia, Dragut amenazaba la vida material de todo el Mediterráneo occidental, hasta Cataluña y Valencia, que se "morían de

hambre", como escribía en junio de 1559 el duque de Medinaceli,[20] virrey de Sicilia y gran promotor de la expedición contra Trípoli.

La expedición de Yerba[21]

Esta expedición había de tomar distinto rumbo del que se le había marcado en un principio, y volverse contra Yerba, después de ciertas vicisitudes que referiremos brevemente.

Aunque el acuerdo de esta expedición puede decirse que se tomó el 15 de junio de 1559, como se deduce de las órdenes e instrucciones expedidas entonces desde Bruselas,[22] los proyectos son muy anteriores y la responsabilidad de ellos no se le puede achacar a Felipe II. Todos los testimonios la hacen converger en el duque de Medinaceli, virrey de Sicilia, y en el gran maestre de la Orden de Malta, Juan de La Valette. Unidos por una estrecha amistad,[23] ambos tenían cuentas que ajustar con el terrible corsario de Trípoli, y de parte del maltés mediaban en ello, además, las añoranzas de un "africano" y las ambiciones de un estadista, pues La Valette había sido, por cuenta de los Caballeros, un notable gobernador de Trípoli.[24] La reconquista de esta plaza la pondría de nuevo, irremisiblemente, en manos de su Orden. Para Juan de la Cerda, duque de Medinaceli, mediaban, además de las necesidades sicilianas, el deseo de conducir una gloriosa expedición contra los infieles, emulando —aunque con más arrojo— las hazañas de su predecesor, Juan de la Vega, en África, por los años de 1550. Las circunstancias parecían favorables. La plaza de Trípoli estaba mal fortificada, y su guarnición no pasaba de 500 turcos. Dragut veíase obligado a intervenir continuamente en las regiones de tierra adentro; se hallaba enredado en plena lucha con el "rey" de Kairuan, el emir Chaavia, cuyas tropas —según revelaba un informe de La Goleta— habían derrotado a las de Dragut y que gozaba de gran autoridad moral. Campana pretende que era *"quasi come il Papa tra christiani"*,[25] lo cual se nos antoja mucho decir. Finalmente, había siempre la seguridad de encontrar ayuda entre los "moros", estos nómadas demasiado aporreados por los turcos para que les tuviesen simpatías. El duque de Medinaceli estaba en connivencia con ellos (contaba, incluso, con cómplices cerca de Dragut, por mediación de un tal Jafer Katania). No obstante, como él mismo lo reconocía, a pesar de las cartas y los sentimientos de estos jeques, sería poco prudente fiarse demasiado de ellos.[26]

Fue un caballero de Malta, el comendador Guimerán, quien, en Bruselas, presentó a Felipe II el proyecto contra Trípoli. ¿Llegó a Bruselas antes o

después de la conclusión de la paz? Poco importa. El asunto salió en seguida de la fase de los primeros trámites. El 8 de mayo de 1559, Felipe II, antes de decidirse, pidió un informe al virrey. Pero aún no había salido este informe de Sicilia, cuando el rey tomaba su resolución[27] y la notificaba al duque de Medinaceli, invistiéndolo como jefe de la expedición en carta fechada el 15 de junio, en la que expone sus motivos: estado de paz con Francia; interés en desembarazar a Italia de un vecino tan fastidioso; mal estado de los asuntos de Dragut, al volver de la expedición a las montañas del Darién, en medio de moros hostiles que lo tienen casi bloqueado; por último, la facilidad de la expedición, que podía emprenderse en el verano, antes de que el corsario se rehiciera y se fortificara. En sus instrucciones al comendador Guimerán, emitidas el mismo día, el soberano añade otro argumento favorable: de todas partes se le informa que este año no operará una armada turca importante.

Para la realización del proyecto, el rey ponía a disposición de Medinaceli las galeras de Italia, en tanto que ordenaba a las de España volver al país de origen para proteger sus costas contra los corsarios. Cuando Juan de Mendoza, su jefe, se niega más tarde a unirse a la expedición,[28] limitábase a obedecer órdenes. La expedición se llevará, pues, a cabo solamente con los elementos italianos de la flota de Felipe II, las galeras de Sicilia y de Nápoles, las arrendadas a los genoveses, los toscanos, los sicilianos y al duque de Mónaco, asimismo a las flotas aliadas del papa y de la religión.

No era difícil reunir estos navíos que la paz con Francia había dejado libres, en el habitual y cómodo puerto de Mesina. Sí lo era, en cambio, reunir las provisiones necesarias y, todavía, los hombres indispensables para la expedición. Al principio, Felipe II había previsto el embarque de 8 000 españoles, de los cuales 5 000 saldrían de las guarniciones de Milán y de Nápoles, y 2 000 del reino de Sicilia. Con los 1 000 hombres que ofrecía Guimerán en nombre de Malta, serían tal vez bastantes.[29] Las exigencias de Medinaceli, formuladas en su memoria del 20 de julio, antes de que se tuviese noticia de la decisión del rey, eran, en realidad, mucho más elevadas: reclamaba unos 20 000 hombres, aunque consideraba suficientes sólo dos baterías de artillería, dada la debilidad de la plaza.

Estas cifras ponen de relieve la oposición que desde el primer momento se manifiesta entre el proyecto real, expedición rápida que debía ejecutarse durante el verano, y la operación más amplia, y por consiguiente más lenta, que el virrey soñaba con llevar a cabo. El 14 de julio,[30] cuando el rey vio que no era fácil retirar españoles de Lombardía (las plazas del Piamonte aún no habían sido restituidas), dio orden de que se dejaran esas tropas donde

estaban y se las sustituyera a bordo de las galeras destinadas a la expedición por los 2 000 italianos que el duque de Alcalá acababa de enviar de Nápoles a Mesina. Lo esencial era que, de este modo, las naves no perderían tiempo subiendo hasta Génova para el embarque de las tropas y, como escribía Felipe II: "… que en lo que queda deste buen tpo [tiempo] se executase la empresa de Tripol".[31] Las instrucciones del rey hacen hincapié en la necesidad de proceder sin pérdida de momento.

Pero Medinaceli pide más tropas, lo cual obliga a Felipe II, el día 7 de agosto, a reiterar la orden[32] de enviar a Sicilia los españoles de Lombardía "con la mayor brevedad". Pero el duque de Sesa, apenas nombrado, encuentra en la muerte de Enrique II un nuevo argumento para no proporcionar sus hombres.[33] Es fácil imaginarse que las órdenes sucesivas imponen las correspondientes demoras, mientras las cartas se mueven lentamente entre Gante, Nápoles, Milán y Mesina. El 10 de agosto, Juan Andrea Doria escribe al rey[34] que ha confiado una galera a don Álvaro de Sande, quien se trasladará a Génova y de aquí a Milán y abogará cerca del duque de Sesa para que, además de los españoles, proporcione 2 000 alemanes y 2 000 italianos enrolados en Lombardía. Pero he aquí que, de pronto, surgen para las galeras nuevos problemas de transporte, sin contar con la necesidad de convoyar a los barcos cargados de galletas. El 11 de agosto,[35] en Milán, el duque de Sesa se decide por fin a dejar partir a los 1 500 españoles que se le pedían, en vista de que se ha cumplido fiel y puntualmente la promesa de restituir a los duques de Saboya y de Mantua lo que se les debía. Todo está, pues, en orden. Sin embargo, todavía habrá de transcurrir un mes antes de que las infanterías española, alemana e italiana, prometidas una después de otra, lleguen a Génova.[36] El 14 de septiembre, Figueroa, embajador español en esta ciudad, anuncia que las tropas han embarcado a bordo de algunas naves y de once galeras: "es toda muy lucida y buena gente y si el tpo [tiempo] no se lo estorvase se partira toda sin perder un punto de tiempo". Pero era ya el 14 de septiembre…

En Nápoles, las demoras y las dificultades son idénticas. El 14 de septiembre, Juan Andrea Doria[37] anuncia que las galeras de la religión han zarpado de Nápoles para traer a la infantería italiana que la Orden de los Caballeros acaba de reclutar. Por su parte, ha enviado galeras a Tarento para embarcar cinco compañías italianas que el virrey ha cedido al cuerpo expedicionario y, avanzando hasta Otranto, cargar allí pólvora y balas. Todavía la víspera recibe cartas del virrey, declarando que no podía dar la infantería prometida, porque había recibido "la noticia cierta de la llegada de

la flota turca, compuesta de 80 velas, a Valona, donde había embarcado 1 500 spahis".[38] Estaba inquieto por sus galeras: "Plega a Dios que vuelvan sanas y salvas…" Mientras tanto, el tiempo pasa. Felipe II se impacientaba. El 8 de octubre[39] escribía: "estoy con muy grande cuydado del successo della [de la expedición a Trípoli] por estar el tiempo tan adelante…" Por su parte, los militares responsables, tal vez curándose en salud, no cesan de criticar y de quejarse. Don Sancho de Leyva, que mandaba las galeras de Sicilia, escribe el 30 de noviembre, desde Siracusa, donde la flota acaba de llegar: "yo no he faltado de dezir al duque [de Medinaceli] muchas vezes q. en la brevedad del tiempo consistia el mayor bien desta empresa y que la dilación hera la mayor dificultad… que no paresce que ha havido parte de Italia de donde no se haya traído gente y otras provisiones".[40]

Es importante tener en cuenta esta lentitud.[41] Cuando, por fin, la flota zarpó de Siracusa, el 1 de diciembre, aprovechando un día de tiempo favorable,[42] contaba 47 galeras, 4 queches, 3 galeones (en total, 54 naves de guerra y 36 de carga);[43] llevando a bordo de 10 000 a 12 000 hombres,[44] fuerza considerable, mayor que la que había operado contra África en 1550, y sólo inferior a las expediciones que Carlos V había dirigido en persona contra Túnez y Argel. Su mismo volumen explica la lentitud de la concentración; y todavía se retrasó más con la llegada de la flota turca a Valona, agosto.[45] Herrera sostiene que si esta flota de un centenar de velas no avanzó más hacia el oeste, fue por miedo a las galeras reunidas en Mesina.[46] Por lo menos, podría decirse que ambas flotas se inmovilizaron, una a la otra, desde lejos. Hasta que los turcos no perdieron de vista el cabo rumbo a Oriente, en octubre, no accedió el virrey de Nápoles a entregar los últimos soldados necesarios para la expedición, retenidos por él en la región de Tarento.[47] La flota cristiana pasa entonces de Mesina a Siracusa.

Pero de ahora en adelante hay que descartar el elemento sorpresa. Toda Europa está al corriente del proyecto; también los turcos y los corsarios. Prevenido, Dragut se fortifica. Una nave francesa que había zarpado de Marsella el 25 de noviembre lleva por lo menos hasta Milo las nuevas de la armada congregada en Mesina;[48] en el otoño, Dragut captura un navío de esa flota enviado a la descubierta.[49] Mil rumores, más o menos fundados, llenan la correspondencia veneciana.[50] Nada tiene de extraño que el turco se pusiera a equipar rápidamente en Constantinopla una flota que, según se decía, habría de contar con 250 velas. La opinión de Maximiliano, en Viena, era "que la expedición se ha hecho pública con tal anticipación, que se ha

dado al turco un motivo y tiempo para preparar una armada igual de grande”. [51]

¿Fue para contar al menos con un elemento de sorpresa por lo que la flota emprendió su viaje en diciembre? Todos los marinos sabían que era una locura escoger semejante época del año. Pero el duque era un soldado, no un marino; y, desoyendo todos los consejos, la flota zarpa de Mesina. Casi inmediatamente, es presa del temporal. No tenía más que un recurso: refugiarse en Malta, y así lo hizo. Los marinos acabaron saliéndose con la suya, pues el mal tiempo retuvo allí a la armada seis semanas, hasta el 10 de febrero de 1560. Durante esta larga espera, las epidemias diezmaron el cuerpo expedicionario, acabando, antes de que la lucha empezase, con 2 000 hombres.

Fijóse como punto de reunión de las galeras y de las naves la zona de Zuara. Las naves llegaron con retraso; las galeras estaban allí el 16 de febrero, después de dar un rodeo por las islas de Kerkena y por Yerba, que aprovecharon para capturar dos navíos cargados de aceite, barragán y especias,[52] cometiendo la imprudencia de dejar escapar dos queches que, conducidos por Euldj Alí, fueron volando hasta Constantinopla a dar la alarma. Sobre todo, la demora permitió a Dragut, que se encontraba a la sazón en Yerba, enterarse de lo que ocurría y situarse en Trípoli. Aquí, como es natural, todo el mundo andaba inquieto. Veamos lo que decía el baile veneciano, al otro lado del Mediterráneo, en Constantinopla, con ocasión de la llegada de cuatro galeras de Dragut. “Se dice que han traído, además de esclavos, grandes riquezas del dicho Dragut, señal de que considera la situación desesperada. Solicita un rápido socorro, diciendo que sólo dispone de 1 500 turcos, pues todos los corsarios que invernaron en Trípoli, con unos 15 navíos, lo han abandonado. Ante el anuncio de la llegada de los españoles, huyeron sin esperar autorización…”[53]

Si la armada hubiese atacado entonces Trípoli, habría tenido alguna posibilidad de éxito. Ya era un error haber dejado escapar a Dragut de Yerba, pues, manteniéndolo bloqueado en la isla, los 400 turcos que se encontraban de guarnición en Trípoli no hubiesen podido impedir una fácil victoria, como más tarde lo reconoció el duque de Medinaceli.[54] Pero la armada volvió a inmovilizarse en los bajos de Palo, cerca de Zuara, a causa del mal tiempo, durante la segunda quincena de febrero; nueva demora, nuevas epidemias, nuevas pérdidas de hombres. El 2 de marzo se hizo a la vela, pero rumbo a Yerba, sin duda porque se sabía que Dragut estaba ya en Trípoli: a falta de la ciudad, se tomaría aquella isla rica en palmeras, en olivares, en rebaños, la

isla del aceite y de la lana. El desembarco se efectuó el 7 de marzo, sin contratiempo. A comienzos de abril, el cónsul genovés Lomellino pudo anunciar desde Mesina (adonde acababa de llegar la noticia); "l'armada nostra —y la expresión tiene su valor— ha tomado Yerba…"[55]

En efecto, para esas fechas, el duque de Medinaceli había establecido ya, con su solemnidad y paternalismo, el gobierno del rey de España en sus nuevos dominios. Da la investidura a un jeque de su elección; vela porque la gente de Yerba no sea molestada; retiene a los soldados y les obliga a pagar todo lo que toman en la isla. El hafsida de Túnez y el chaabia de Kairuan prometen y envían vituallas. Mientras tanto, por el lado norte de la isla se acomete la construcción de un fuerte, trabajo extremadamente penoso y difícil, pues no se disponía de madera, piedra ni cal. Los indígenas no prestaban ninguna ayuda efectiva, salvo los convoyes de camellos. El ejército tenía que valerse, pues, de sus propios efectivos, los cuales, aunque minados por las fiebres, ejecutaban estas duras faenas. Los más hábiles patronos de los barcos compran quien aceite, quien caballos o camellos, quien cueros, lanas o barraganes…

Pero al mismo tiempo que de Berbería, Nápoles y Sicilia reciben noticias de Levante; malas noticias. A comienzos de abril se comunica al virrey de Nápoles que la armada turca va a salir más pronto que de costumbre. Inmediatamente escribe al rey, pidiéndole que se reconcentren las galeras en Mesina, principalmente las galeras de España. Aunque no bastasen para enfrentarse a los turcos, por lo menos les impedirían desembarcar demasiado fácilmente sus tropas y artillería. Escribe también a Medinaceli para que le devuelva, a bordo de las galeras, situándola en Tarento, la infantería napolitana que le había prestado.[56] El 21, confía al rey sus angustias: ¿cómo defender las costas sin esta infantería? Si no se la devolvía a tiempo, tendría que reclutar italianos, lo que suponía nuevos gastos. Pero ¿de dónde sacar el dinero…? Abogaba, pues, por el regreso total o parcial del cuerpo expedicionario, y añadía que había escrito "… para advertirle [al duque de Medinaceli] que me paresce que no es bien sperar aquel armada del Turco venga y que se halle la de V. M^{d}. embaraçada en el fuerte que el dicho duque scrive que se haze en las Gelves [Yerba]". Algunos días después supo por un viajero que regresaba de Constantinopla que la armada turca había partido en socorro de Trípoli.[57] El 13 de mayo[58] se le avisó que ya había zarpado de Modón. Inmediatamente, previene a Sicilia por tierra, y por fragata a los ocupantes de Yerba. Al rey le comunica: "… yo juzgo que l'armada de V. M^{d}. este en no poco peligro…" Según la noticia recibida el 14, la armada

había sido avistada frente a Zante, rumbo a Berbería.[59] Pero ya para entonces todo había terminado en Yerba.

Efectivamente, la flota de Piali Pachá navegaba casi tan aprisa como las noticias. El 8 de mayo se encontraba en Malta y en Gozzo. Había viajado en línea recta con una rapidez extraordinaria. Para aquel tiempo, era una hazaña cubrir en veinte días la distancia entre Constantinopla y Yerba. El duque, que la esperaba en junio, la vió llegar con estupor el 11 de mayo. La víspera, una fragata de Malta llegó a prevenirlo. Nadie en Yerba pensaba ni por un momento en combatir. Todos eran de opinión, como después lo dijo Cirini, de que "una buena fuga valía mejor que un heroico combate".[60] ¿A qué se debía esta actitud, a un "complejo de inferioridad", a falta de sangre fría de los jefes o al deseo de algunos de ellos —casi todos— de poner a buen recaudo los cargamentos apilados a bordo de las naves durante su permanencia en las costas de la isla? Más tarde, el visitador Quiroga opinaba que estos cargamentos eran los culpables del desastre; sin ellos, decía, sin el ansia de cargar esas riquezas antes de partir, se hubiera seguido el consejo del virrey de Nápoles y la flota turca no hubiese encontrado a nadie al llegar a Yerba.[61]

Pero el tiempo apremiaba tanto que ni siquiera la fuga era cosa fácil. No queriendo abandonar la infantería italiana y alemana que estaba todavía en tierra, el duque perdió un tiempo precioso, en la noche del 10 al 11. Al día siguiente, cuando atacó la flota turca, el pánico fue inmediato y total.[62] Todo se sacrificó para precipitar la fuga, incluso los famosos cargamentos —fardos de lana, cántaros de aceite, caballos, camellos—, que se arrojaron por la borda, con todo lo que podía aligerar los navíos. Nadie o casi nadie dio cara al peligro. Cigala, acostumbrado a la vida de los piratas en el Levante, fue uno de los pocos que se atrevieron a luchar. Logró detener al enemigo y, finalmente, escapó con vida. Pero de 48 galeras o queches de que se componía la armada cristiana en el momento del encuentro, se perdieron 28, sin contar los navíos que cayeron en manos del enemigo. Rara vez se había visto semejante desastre.

La noticia se propagó rápidamente por Sicilia, Nápoles, Génova, España y por toda Europa. El 18 de mayo, a las dos de la mañana, llegaron a Nápoles cinco galeras que habían escapado de la hecatombe: tres de Antonio Doria, una de Vendinelli Sauli y otra de Stefano de'Mari; estas embarcaciones trajeron la mala noticia con toda suerte de detalles. Advirtamos que estas primeras galeras que llegaban eran de las arrendadas por el rey de España —o, como se decía entonces, galeras "asientistas"— a particulares mediante

contratos o “asientos”; por consiguiente, sus dueños tendían siempre a salvarlas. Casi al mismo tiempo llegaron otros fugitivos en fragatas o en embarcaciones todavía más pequeñas. Entre estos afortunados que habían logrado esquivar la vigilancia de los turcos, bastante ineficaz durante los primeros días, se encontraban Juan Andrea Doria, comandante de la flota, el propio virrey y algunos de sus familiares, “milagrosamente llegados a Malta y de allí a Mesina”.[63]

Varios miles de hombres se quedaron en el fuerte, con abundancia de provisiones; decíase que podrían sostenerse un año. ¿Qué hacer con ellos? Desde La Goleta —a donde la nueva llegó con bastante retraso, el 26 de mayo, y tal vez a través de Sicilia—,[64] Alonso de la Cueva escribió al rey, el día 30, que, a pesar de las instancias del virrey de Nápoles, no creía que fuese posible utilizar al rey de Túnez, vasallo de España, para ayudar al fuerte de Yerba (y tenía razón, pues dicho personaje estaba en manos de los turcos). Si el fuerte se hubiese construido, no sobre el emplazamiento del viejo castillo, sino en la Roqueta, donde había desembarcado la flota, los sitiados habrían dispuesto de un puerto de bastante calado y de agua potable, y algo habría podido hacerse por ellos. Pero, tal como estaban las cosas…

Durante cierto tiempo, el duque de Alcalá continúa moviéndose y examinando una medida tras otra. Por fin, se calmó, ante el anuncio de que su colega el duque de Medinaceli[65] estaba a salvo. Por lo demás, éste le llevó para la guardia de Nápoles una parte de la infantería italiana salvada del desastre, en espera de que, para sustituir la infantería española perdida en Yerba, se hicieran nuevas levas en España.[66]

A Felipe II le llegó la noticia alrededor del 2 de junio, por la vía de Génova.[67] Se le anunciaba la pérdida de 30 galeras y de 32 barcos,[68] y la llegada a puerto de 17 galeras solamente, en cifras más o menos exactas. Inmediatamente, y después de haber deliberado con el duque de Alba, Antonio de Toledo, Juan de Manrique y Gutierre López de Padilla, decidió enviar a Mesina a una persona de autoridad para relevar al virrey, a quien aún no se sabía a salvo, y para situar en Sicilia 5 000 infantes que habrían de reclutarse en Calabria, además de la artillería y de las municiones que se tomarían de las reservas de Nápoles.[69] Se dijo que Felipe II pediría al rey de Francia el apoyo de su flota.[70] El 3 de junio nombra gobernador de Sicilia a don García de Toledo, a la sazón virrey de Cataluña.

Organizó también el socorro al puerto, donde se creía encerrado al duque de Medinaceli. El 8 de junio recibió noticias tranquilizadoras acerca de Sicilia: razón de más, gritó con exaltación,[71] para preocuparse por la gente

del fuerte, pues era un deber salvar a quienes habían servido a la Corona. Pensaba reunir hasta 64 galeras en Mesina y ordenó el embargo de 30 grandes naves, bien provistas de artillería. Las fuerzas de socorro, bajo las órdenes de don García de Toledo, constarían de italianos alistados en la península, de los españoles que estaban en Lombardía —a quienes se sustituiría con 3 000 "alemanes altos"— y 3 000 hombres de la Alta Alemania, o sea un total de 14 000 infantes. Finalmente, se enviaría a Génova una buena provisión de trigo para la fabricación de galletas.

Todo estaba preparado. Pero el 13 de junio,[72] Felipe II recibió una carta de don García de Toledo comunicándole que el virrey de Sicilia estaba a salvo.[73] Bruscamente, el rey dejó en suspenso sus órdenes el día 15, alegando que, según todas las noticias, los sitiados tenían víveres para ocho meses, mientras que los sitiadores sólo los tenían para dos, y, por consiguiente, no podrían prolongar el asedio.[74] Se cancelaron todos los preparativos. Transcurrió, sin embargo, bastante tiempo antes de que las nuevas órdenes llegasen a los destinatarios, durante el cual continuó la agitación provocada por el asunto de Yerba. El viejo príncipe Doria envió sus consejos; le parecía imprudente atacar de un modo directo, con un número insuficiente de galeras. Valía más intentar una incursión diversionista sobre Levante. La señoría de Génova ofrecía cuatro galeras para socorrer el fuerte; el señor de Piombino cooperaría con una y, si no era aceptada, estaba dispuesto a enviarla a "buscar su aventura".[75] El duque de Saboya anunciaba que tenía tres: una estaba lista, otra sólo contaba con su chusma y la tercera no tenía nada; pero el duque esperaba las cuatro galeras que tenía que darle el rey de Francia.[76] Estefano de Mari acababa de comprar dos galeras al cardenal Vitelo, y estaba dispuesto a arrendárselas al rey de España. Un genovés establecido en Venecia, Domenico Cigala, que había estado en otro tiempo al servicio del emperador, ofrecíase para ir a Turquía y a Persia.[77] En Sicilia, el duque de Medinaceli se entregó apasionadamente a su tarea. En julio, y gracias a su celo, construíanse en los astilleros siete galeras por cuenta de las ciudades de Palermo y Mesina y de la regia corte.[78] Otras seis se habían puesto a flote ya en abril, sustituyendo por adelantado a las que se habían perdido en Yerba.[79]

Por último, el incidente de Yerba da, una vez más, el tono de las relaciones franco-españolas. La demanda de las galeras francesas no se formuló claramente a nombre de Felipe II; como decía Michiel al dogo de Venecia el 22 de junio de 1560, el rey de España tenía más miedo a una negativa que deseo de que su petición se aceptara.[80] Las sospechas y las

rencillas habituales separaban los dos Estados. Felipe II acababa de despedir a los servidores franceses de la joven reina. Su actitud en cuanto a los negocios de Inglaterra en nada había cambiado. Las reservas y vacilaciones de Francia no eran menos singulares, por más que la agitación levantada en el reino —cuya importancia, por lo demás, se exageraba un poco— indujese al gobierno de los Guisa a colaborar con la católica España. El embajador francés en España declaró a Tiepolo, y éste se lo repitió al dogo el 25 de junio,[81] que había ofrecido a los españoles las galeras de Marsella y tropas; pero esto ocurría el 25 de junio, diez días después que Felipe II había decidido renunciar a la operación. El duque de Alba no dejó de subrayarlo así, en septiembre: «… aora ultimamente quando suçedio la rota del armada de V. M^{d}. estando ellos pidiendo y sperando socorro de V. M^{d}. para las cosas de Scocia, nunca se les oso pedir [a los franceses] sus galeras para el socorro q. entonces V. M^{d}. prevenia por aver yo dado muchos tientos al embaxor y nunca haverle hallado en ello en termino que osasse aconsejar a V. M^{d}. que se le propusiese y despues de pasada aquella determinación de socorrer tan gallardamente y que a ellos les parescio que no era menester, me dixo el embaxador que si fuera menester q. estuvieran prestas.[82]» Política ambigua de Francia, tal vez, o más bien apego a la línea política del pasado; dificultad, para los unos y los otros, y a veces, incluso, imposibilidad, de sobreponerse a las viejas actitudes. El rey de Francia seguía en relaciones con el sultán, cuya amistad no quería perder,[83] y con los argelinos, que le enviaban emisarios y a quienes Marsella abastecía de armas.[84] Y, al mismo tiempo, aunque no se halle ya en el gobierno de Francia y tenga incluso que defenderse de las persecuciones de los Guisa, el rey de Navarra, Enrique, o el señor de Vendóme, como lo llaman los españoles, intriga en Marruecos cerca del cherif.[85]

Volviendo a Yerba, vemos cuán lejos se extienden las ondas de los remolinos provocados por un suceso tan pequeño. Sus consecuencias trascienden en unos pocos días a toda Europa. Toda la fuerza española ha quedado en entredicho en aquel lugar africano. Hasta en Viena, donde hacía poco se pensaba en romper las hostilidades con los turcos, lo ocurrido hace recapacitar a Fernando y los suyos.[86] El prestigio de Felipe II salió seriamente quebrantado de esta aventura, y sería difícil creer otra cosa, aunque las cartas de su embajador en Viena pretendan que las contramedidas adoptadas por su señor le han ganado mayor reputación de la que habría podido valerle la misma victoria de Trípoli. Quien pretende probar demasiado…

Desde este punto de vista, ¿era una buena solución el abandono brusco y brutal del asunto por el rey de España? En Yerba, aunque los marinos se hubieran conducido con una cobardía insigne, las tropas de tierra hacían honor a su deber, bajo el mando de Álvaro de Sande, soldado curtido en las lides de la guerra. Aunque sitiado, no había perdido todo contacto con el exterior: todavía el 11 de julio escribía al rey de Sicilia.[87] ¿Había, tal vez, razones para seguir esperando que la armada turca soltaría la presa, por falta de víveres, al llegar el mal tiempo? Al virrey de Nápoles se le había hecho saber que así ocurriría, siempre y cuando que no se enviase ninguna expedición de socorro. Avisó de ello al gobernador de La Goleta, el 26 de junio (por tanto, antes de saber que Felipe II había renunciado a la expedición), creyendo que sería bueno entregarse a ciertas astutas indiscreciones para hacer creer a los turcos que se daban largas a los preparativos de socorro.[88] Y no cabe duda de que los jefes turcos, en aquel entonces, demostraban poco entusiasmo. El tiempo transcurría y sus pérdidas eran bastante sensibles. En julio llegó a Constantinopla Nassuf Agha, confidente de Piali Pachá, quien no ocultaba sus temores de que no fuera posible tomar el fuerte.[89] Al mismo tiempo, llegaban de Persia noticias harto inquietantes: decíase que había muerto el sofí y que su sucesor amaba a Bajazet como a un hermano.[90] Un pretendido embajador de Bajazet (Dios sabe de dónde, cuándo y cómo había partido) llegaba a Génova, el 15 de julio. Figueroa lo recibe, lo mima y deja que tome el camino de Niza, a bordo de un bergantín.[91] Solamente al llegar a España se descubre la impostura.

Todas estas esperanzas se frustraron, pues, aunque los turcos no atacaron el fuerte de viva fuerza, se apoderaron de los pozos cercanos a él, reduciendo a los sitiados al agua de las cisternas, que pronto se agotó con los calores de julio. Álvaro de Sande intenta entonces una salida de sorpresa, en la que es capturado el 29 de julio. Dos días después capitula el fuerte. Tal es, por lo menos, la explicación que da el prisionero en carta del 6 de agosto, dirigida al duque de Medinaceli,[92] en la que echa la culpa de todo a sus soldados: "… si en la gente hallara lo q. otras vezes en otras *[sic]* que he traydo a mi cargo, huviera havido la mayor victoria que nadie ha tenido de muchos años a esta parte". Era demasiado decir de una salida fracasada y nos sentimos tentados a dar crédito al retrato tan poco favorable que Busbec trazó de este hombre en Turquía, algún tiempo después: pesado, vano y más bien miedoso. Por mucho que indaguemos, sólo en Duro,[93] si acaso, encontramos la misma explicación que del segundo desastre de Yerba da el prisionero. Pero la acusación más cómoda es, sin duda, la que lanza don Sancho de Leyva sobre

los responsables de la expedición, en una carta que dirigió al rey estando preso en 1561:[94] el doble desastre era, según él, un castigo del cielo. Caso de que se organizara una nueva expedición, aconsejaba que antes de todo se vigilara a los blasfemos y se confiara la dirección a un jefe que fuera un verdadero y buen católico. Es la prosa de un prisionero que rumia las causas de su prisión, pero también —pues se trata de un hombre lúcido y avisado, a quien encontramos de nuevo, ya libre, en las galeras de Nápoles— la prosa de un católico del siglo XVI.

Después de la rendición del fuerte, la armada turca quedó libre, Juan Andrea Doria, que navegaba de Malta al África con un refuerzo para La Goleta, viró en redondo tan pronto como se enteró del desastre, y abandonó sus proyectos contra Trípoli.[95] La que hizo escala en la ciudad fue la armada victoriosa, antes de dirigirse sobre Gozzo,[96] adonde llegó el 13 de agosto;[97] desde aquí partió en una operación de saqueo, costeando las plazas sicilianas, donde tomó Augusta,[98] pasando luego a robar e incendiar las aldeas y los poblados abiertos de la costa de los Abruzos.[99] Pero se alejó rápidamente: un aviso del 4 de septiembre indica que ancló en la Prevesa,[100] donde Piali Pachá, que había recibido órdenes de regresar a Constantinopla, dejó a los *spahis* (los cuales regresaron a Turquía por tierra) y luego se hizo a la vela el 1 de septiembre, rumbo a Navarino. Una serie de avisos confirmaron estas nuevas y el virrey de Nápoles se dispuso a licenciar las tropas que todavía estaban de servicio en Cortona y en Otranto.[101] El 1 de octubre, Piali Pachá hizo su entrada triunfal en Constantinopla a bordo de la galera almirante, pintada de verde, seguida por quince galeras de un rojo rutilante y por todo el resto del cortejo, en medio de las salvas de artillería, los vítores de la multitud y el estrépito ensordecedor de tambores y trompetas. Busbec nos ha dejado una viva descripción de este arribo, de la ciudad engalanada y del largo desfile de los vencidos.[102] La ciudad se dejó ganar por la fiebre de la victoria, y durante algún tiempo fueron bastante maltratados los cristianos.

Y en verdad que el acontecimiento, por su alcance, justificaba el entusiasmo. En primer lugar, era un innegable refuerzo para el islam, quien ganaba con ello la partida entablada para la dominación del Mediterráneo central.[103] Trípoli, donde la soberanía turca se había visto tan amenazada, estaba ahora mejor dominada que nunca. La cristiandad se angustia: apenas la armada turca se había alejado de las costas italianas, y ya se pensaba en las calamidades que acarrearía su regreso… al año siguiente. El duque de Monteleone y el virrey de Nápoles hablaban de la expedición que el gran señor enviaría sobre La Goleta, en 1561.[104] Durante el invierno se

comentaban con pesimismo todas las noticias de Levante. Cuando el 28 de diciembre se supo en Viena que el turco estaba armando 120 galeras,[105] seguía pensándose que La Goleta sería el objetivo. Era una verdadera obsesión alimentada por las audacias de los corsarios como consecuencia de la victoria del Islam. A pesar del invierno, remontaron el mar hasta Toscana.[106] Todas las costas italianas y españolas vivían en estado de alerta.[107] En Constantinopla decíase que los españoles se hallaban tan abatidos por la lección recibida en Yerba, que se disponían a abandonar Orán.[108]

No habían ido tan lejos las cosas. Pero no cabe duda de que el doble desastre de Yerba había sido una lección que encerraba útiles reflexiones. Desde los personajes encumbrados hasta la gente más modesta enviaba a Madrid su parecer, y casi todos coincidían en que el rey no podía contar con las costas de los Estados mediterráneos sin una poderosa fuerza naval. El duque de Alba[109]opinaba que había que reforzar las guarniciones de Italia (ciertamente débiles; ya hemos visto cuán difícil era distraer de ellas algunos hombres); su pequeño número y su distribución con motivo de la acción de Yerba contribuyeron seguramente a hacer que las intrigas italianas bulleran con gran viveza desde el otoño.[110] Pero lo esencial era contar con una poderosa fuerza en el mar.

No todos lo juzgaban así; había quienes sólo se preocupaban por las medidas defensivas y terrestres, como el duque de Alcalá, ansioso de fortificar las islas de Ibiza y de Menorca, que estaban desmanteladas.[111] Otros se mostraban más lúcidos. En su carta, un poco exaltada, del 9 de julio de 1560,[112] decía el duque de Medinaceli: “Es menester sacar fuerças de flaqueza y que nos venda V.M. a todos y a mi el primero y que se haga señor de la mar. De esta manera tendrá quietud y reposo y sus subditos estarán defendidos; si no, todo irá al revés”. “Señor de la mar”: esta clara fórmula se repite constantemente en los textos del virrey de Cerdeña, Álvaro de Madrigal, ya para suplicar al rey que vigilara bien lo que ocurriese, ya para felicitarse de que el monarca tuviese la intención de dar el paso, pues “que assi conviene para la quietud de la cristiandad y conservación de sus reynos”.[113] En el mismo sentido intervienen cerca del rey, en el año de 1560, el doctor Juan de Sepúlveda[114] y el extravagante doctor Buschia, este mal conocido agente de España en Ragusa, uno de aquellos informadores que, para ganarse la vida a tanto la línea, relataban lo que oían en las tabernas o lo que bullía en sus pobres cabezas…[115]

Los sueños de los diplomáticos tomaban los caminos que les parecían más naturales; pero el objetivo era siempre el mismo. Todos se volvían hacia

Venecia: de toda la pobre cristiandad, sólo Venecia —como se verá después — podía conferir al Occidente la supremacía en el mar. Quienes estaban al tanto del egoísmo de la ciudad, no podían menos que sonreír. Lo que se le pedía era cerrar su tienda. Pero las plumas, para las cuales semejantes dificultades significan poco, siguen corriendo sobre el papel. El 8 de octubre, el conde de Luna opinaba en Viena que "al servicio de V. M. parece que convendría mucho tornar a la liga que Venecianos tuvieron con el Emperador, mi Señor".[116] No valdría la pena recordar la indicación, si Felipe II no hubiese estado, aparentemente, tan atento al proyecto. Es verdad que una diplomacia como la suya se encontraba comprometida al mismo tiempo en todas direcciones. Parece que, en Roma, la idea de una liga contra los turcos, incluyendo Venecia, se había evocado en conversaciones entre el nuevo papa Pío IV y don Juan de Zúñiga, que representaba entonces en Roma, al mismo tiempo que su hermano el comendador de Castilla, los intereses de Felipe II. Éste escribía a los dos hermanos: «En otra se responde a todo lo que vos, don Juan de Çuñiga, nos aveis scripto y se dize lo que nos ha parescido de lo que passastes con Su Santidad sobre la liga con Venecianos contra el Turco. Aquí a parte os he querido avisar a entrambos dos como el conde Landriano ha propuesto aquí de parte del duque de Urbino por medio de Ruy Gómez de Silva esta misma materia, diziendo que si yo quería, podría encaminar que se llegasse a effecto esta liga. A lo cual se le respondió que yo holgaría mucho dello. Después sucedió la muerte del duque de aquella República, antecesor deste, y assi se sobreseyó por algunos días en la plática. Pero el mismo conde de Landriano ha dicho que el duque bolverá a tratar de la materia.[117]»

En cierta medida, el desastre de Yerba ha producido efectos saludables: colocó al imperio de Felipe II frente a su misión en el Mediterráneo. Lo obligó a reaccionar. Yerba y el año de 1560 marcan el momento culminante del poderío otomano. Es decir, que el islam comienza a declinar en 1560. No por su culpa, sino como consecuencia de los largos trabajos de preparación marítima, que se inician ese mismo año y se extienden, desde Palermo y Mesina, por todas las costas de la Italia occidental y por todas las costas mediterráneas de España.

II. LA RECUPERACIÓN HISPÁNICA

España difícilmente habría podido recuperarse sin el inexplicable respiro que le dieron los turcos. La armada otomana no hizo valer su fuerza ni en 1561, ni en 1562, ni en 1563, ni en 1564. Cuatro años seguidos en que la

cristiandad salió del paso sin más daño que el miedo que pasó. Año tras año se repite la misma historia: el turco se arma, va hacerse a la mar muy pronto, con una potente armada, va a atacar La Goleta y la isla de Cerdeña: tales son los pronósticos de invierno. Pero llega la primavera y los negros nubarrones se disipan. No hay por qué llevar adelante los angustiosos planes defensivos trazados durante el invierno; pueden cancelarse los créditos concertados, licenciar las tropas enroladas, no es necesario transportar éstas o reclutar aquéllas. Asistimos, en el Mediterráneo, a una especie de respiración en dos tiempos de la política española. Nada más fácil que seguir su ritmo, a la vista de los innumerables documentos que nos ha dejado.

Los años de 1561 a 1564

¿La armada turca va a hacerse a la mar en 1561? Bajo la impresión todavía deprimente y angustiosa de Yerba, todos estaban persuadidos de ello en este sombrío invierno de 1560-1561, en que falta el trigo[118] y hace estragos la peste.[119] He aquí a un francés que vuelve de Constantinopla, en compañía de un soldado ragusino. Conversan por el camino y, al llegar a su destino, en los primeros días de enero de 1561, el de Ragusa afirma que, según su compañero de viaje, la armada turca ha vuelto de Persia y que la armada será, este año, *importantissima*.[120] Resumiendo los avisos que le llegan, el virrey de Nápoles asegura, el 5 de enero, que la armada estaba a punto de salir. Calcula que en unos 20 o 30 días podrá tomar las providencias necesarias para poner a las costas en estado de alerta defensiva. ¿Se le enviaría los españoles prometidos? ¿Se ocuparía el gobierno a tiempo de La Goleta?[121] Un mes más tarde, según el virrey de Sicilia, estaban amenazadas La Goleta y Orán.[122] Todo ello, sin contar con las incursiones de los argelinos, tan reales y amenazadoras, que Felipe II niega al virrey de Mallorca, el 28 de febrero, la autorización que le solicitaba para ausentarse de la isla.[123] Los avisos de Corfú, fechados el 30 de marzo (se recibieron en Nápoles el 2 de mayo), anunciaban también una armada turca de cien galeras, [124] y Antonio Doria, que hace un viaje a La Goleta en abril, teme encontrarse en su ruta a los corsarios enviados a bloquear el presidio, en espera de la flota turca.[125] Que yo sepa, el primer aviso de Constantinopla señalando que sólo había una pequeña flota turca, destinada exclusivamente a la defensa de las costas de Levante, data del 9 de abril de 1561, y está fechado en Constantinopla.[126] La noticia, confirmada después ampliamente,[127] no llegó a Nápoles sino en junio, y, hasta entonces la cristiandad no se da un

momento de respiro en los preparativos de la defensa. Entre abril y junio se había atendido a toda una serie de exigencias de La Goleta en materia de cisternas y de artillería.[128] En mayo, el virrey de Nápoles solicitaba del papa que autorizara a Marcantonio Colonna a participar en la defensa eventual de Nápoles contra los turcos.[129] Pero no es preciso entrar en todos los detalles de una pesada máquina política y militar, más regular en su funcionamiento de lo que dicen los historiadores.

Si seguimos los acontecimientos a través de ojos napolitanos, veremos que la calma no renace hasta agosto, con el licenciamiento de los italianos que reforzaban la guardia de los marinos.[130] En España el estado de alarma termina a comienzos de septiembre: "ahora que la estación y el temor a la armada turca pasaron", escribe desde Madrid el obispo de Limoges, el 5 de septiembre.[131] La flota turca, que había salido de Constantinopla en junio con unas 50 galeras, se contentó con un rápido viaje de ida y vuelta a Modón. A comienzos de julio zarpó de este punto y el 19 de agosto se hizo a la vela en Zante, rumbo a Constantinopla.[132] ¿Por qué este esfuerzo tan limitado? ¿Por qué este error?

Los documentos nos dan a escoger entre impresiones e hipótesis; nada más. ¿Se debió a los negocios de Persia, todavía y siempre a ellos, como lo indica la carta que Boistaillé escribió en Venecia, el 7 de junio de 1561, a Catalina de Médicis?[133] En su carta del 11 de mayo del mes anterior le había escrito:[134] "el rey Felipe no tiene medio más seguro para contentar al dicho Gran Señor en sus países que ese freno. Y se puede asegurar que el Gran Señor no habrá dejado pasar este año tan dulcemente como lo ha hecho, si no fuera porque en el puerto de Constantinopla tiene solamente cuarenta galeras". Apuntemos, de paso, que desde el 9 de mayo se sabía ya en Venecia todo esto; en cambio, el virrey de Sicilia no sabía aún el 8 de junio si habría o no peligro turco.[135] Sin embargo, Boistaillé no cree que los negocios de Persia basten para explicar la morosidad tan anormal de la armada, que ya en julio había regresado a sus bases.[136] ¿Habría muerto Piali Pachá, como se anunciaba, se pregunta el 11 de julio? Piali Pachá no había muerto, pero sí Rustem, y el nombramiento del primero como gran visir[137] y las rivalidades entre los ministros del gran señor tenían quizá algo que ver en este asunto…[138] Corrían toda suerte de rumores, incluso el de que las galeras habían tenido necesidad de intervenir en el mar Negro.[139]

El informe del embajador español en Viena, fechado el 14 de septiembre,[140] es más circunstanciado y, al parecer, más preciso: el turco no ha podido entenderse con el sofí; fuertemente resentido por ello, ordenó pregonar la

guerra contra los persas. Decíase que iba a invernar en Alepo, para preparar desde allí la campaña del próximo verano. También se decía —y esto es lo que parece más digno de mención en el testimonio del conde de Luna— que "piensan que no lo hará ni osará salir de Constantinopla, ansi porque no asegura mucho de Celim como por temer que con el favor que Bayazet tiene en muchos de sus subditos, no causase rebelión en aquellas partes que no pudiese volver a ellas". Se adivinan las segundas intenciones que para el futuro anuncia este documento con respecto a la guerra contra Bajazet, cuyo aspecto social no se puede pasar por alto. Esta guerra afectó y hasta paralizó a Turquía en su propio centro… Nos atreveremos a añadir, por nuestra cuenta, una hipótesis de estas explicaciones propuestas por los observadores de la cristiandad. Parece que el año de 1561 fue, para el Imperio turco, un año malo, de pobres cosechas, de disputas con los venecianos en torno al trigo, y de brotes epidémicos. Todos estos factores tienen que haber contribuido al resultado final.

En 1562, las nuevas de Constantinopla fueron ya mucho menos inquietantes para la cristiandad. Los únicos avisos un poco sensacionales que encuentro son el que representa a un embajador del rey de Túnez desgarrándose las vestiduras ante el gran señor,[141] o aquel otro que se refiere al viaje de Sampiero Corso a Constantinopla por la vía de Argel[142] (este último sólo interesaba a Génova). Los preparativos para la defensa, de todos modos, no se abandonaban; pero se inician primero y terminan antes que en el año anterior. La flota turca no intentó ninguna acción y ya en mayo[143] sonaba el fin de alerta en Nápoles, y en la primera quincena de junio, en Madrid.[144] Cosa extraña y que sólo se explica por el exceso y la inutilidad misma de los terrores del año anterior: la tregua parecía ya cosa natural a todos, y nadie se preocupaba de averiguar sus razones. El virrey de Nápoles limitábase a escribir que el sultán no enviaría su flota contra La Goleta, bien a causa de la discordia entre sus hijos, bien "… por no dexarla alargar de la costa de sus mares o por ser avisado que la dicha Goleta esta bien proveyda". [145]

En todo caso, deben de haber mediado imperiosas razones, puesto que en este mismo año el turco afirma las treguas con el emperador, que estaban en suspenso desde 1558.[146] Con este motivo, fueron puestos en libertad mediante rescate Álvaro de Sande, don Sancho de Leyva y don Berenguer de Requeséns.[147] Lo más probable es que el sultán deseara volver deliberadamente sus esfuerzos hacia el este, puesto que la paz *de facto* que podía imponer a su albedrío a la cristiandad en el mar no le bastaba, y puesto

que, además, quiso y obtuvo la libertad de sus ejércitos de tierra en las fronteras occidentales.

Durante el invierno siguiente, la cristiandad se habitúa a esta quietud, aunque sin descuidar sus precauciones oficiales. Seguía hablándose, desde luego, de salidas eventuales de la flota, y de amenazas sobre La Goleta y Cerdeña. Pero, desde enero, se acusan las consabidas disensiones a propósito del trigo, que, como de costumbre, Venecia trataba de sacar del Archipiélago, señal de que los graneros turcos no estaban suficientemente llenos.[148] Súpose también que el viaje de Sampiero Corso no había tenido éxito, y es significativo que la prudente alarma sobre este asunto la haya dado Felipe II desde El Escorial.[149] Como consecuencia de ella se reaprovisiona La Goleta, este pequeño pozo sin fondo. Pero, en general, prevalecía la calma. Desde comienzos de junio teníase por cierto en Nápoles que no habría armada; un informador que parte de Constantinopla el 29 de abril y llega el 5 de junio a su destino es portador de la buena nueva, que nadie pone en duda.[150] Todos los avisos posteriores confirmaban que los turcos se habían contentado con botar al agua cierto número de galeras, sin armarlas, y que sólo habían hecho salir unas cuantas, las indispensables para la vigilancia en el Archipiélago.

En 1564 se advierten pocos cambios en las relaciones entre Turquía y la cristiandad. En enero se habla de que los turcos se están armando, lo que inquieta hasta a los venecianos;[151] pero ya el 12 de febrero se afirmaba en Constantinopla que no habría armada.[152] Por esta misma época, el duque de Alcalá estaba a punto de disponer el envío de mil hombres, aunque, según lo dijo él mismo, a pesar de las informaciones recibidas y no a causa de ellas.[153] Todo estaba en calma, pero nada se perdía por ser prudentes. Sampiero Corso mantiene conversaciones por interpósitas personas con el embajador español en París, Francés de Alava.[154] Se queja del gobierno de Génova y recuerda que Córcega pertenecía a la Corona de Aragón; los corsos eran, pues, súbditos del Rey Católico. Francés de Alava concluía opinando que, en todo caso, debía tenerse presente que los dos capitanes corsos que se habían entrevistado con él en esta ocasión conocían bien los asuntos de Levante y se les podía utilizar al servicio del rey…

Es cierto que hubo todavía una alerta a comienzos de mayo, de lo que Ruy Gómez habló al embajador de Francia;[155] pero no había terminado el mes, cuando ya los temores se habían disipado.[156] Entre el 27 de mayo y el 6 de junio llegaron informes detallados de Constantinopla[157] explicando por qué, a pesar de las protestas de las *rais*, que habrían querido hacerse a la mar, se encontraba la armada en la imposibilidad de salir. Iban a botarse 60

galeras, que a la sazón estaban calafateando, pero no se vislumbraban arreglos para conseguir remeros y provisiones, por lo que, en el mejor de los casos, los barcos no podrían quedar aparejados antes del 10 o el 15 de julio, y luego se desplazarían *spahis* de las guarniciones para formar la fuerza de a bordo, lo que no terminaría hasta agosto. Todo esto hacía suponer razonablemente que no habría campaña; en vista de lo cual y no menos razonablemente, Felipe decidióse a volver su flota contra los berberiscos.[158] En Nápoles, los movimientos de tropas ya no se hicieron hacia Mesina y La Goleta, sino hacia Génova y España, más exactamente hacia Málaga.[159] En agosto todavía hubo una sombra de inquietud: Sauli informa a la señoría de Génova, el día 2, [160] que en Madrid se había anunciado la llegada de la armada turca, pero que el rumor era considerado "*per vanità*" y "que el hecho despertaba una ansiedad menor que la sublevación de Córcega" (la isla acababa de sublevarse instigada por Sampiero Corso). Es la última mención de la armada turca, en este año de 1564, en que la cristiandad mediterránea, poco inquietada por el Oriente, se interesaba, sobre todo, por los acontecimientos que se desarrollaban al occidente del mar, es decir, los asuntos corsos, de una parte, y de otra la victoriosa expedición que habría de dirigir don García de Toledo en la costa marroquí contra el peñón de Vélez.

Pasadas unas semanas, unos meses, el juego de las hipótesis se reanuda durante el invierno. En Viena, el 29 de diciembre de 1564, Maximiliano conversa con el embajador veneciano, Leonardo Contarini.[161] "¿Qué harán los venecianos si, como se dice, es cierto que una gran armada turca está dispuesta a partir cuando llegue el buen tiempo, ya que la isla de Chipre está muy próxima y los turcos tienen puestos en ella los ojos?" "Venecia se fortificará", le responde el embajador. Pero ese asunto de Córcega, que les da tanto trabajo a los genoveses, ¿no se agravará con la partida de la armada turca?… "Indudablemente, Sampiero Corso no recibe ayuda abiertamente, pero se entiende en secreto con cierto príncipe, y tan en secreto —añade el soberano—, que todos la saben." ¡Pláticas de invierno, ante un mapa de Europa! Pero el porvenir las confirmará, porque el año de 1565, año de luchas, no se parecerá a los anteriores.

La guerra contra los corsarios y contra el invierno: 1561-1564 [II-456]

Solamente cuatro años de paz concedieron, por tanto, los turcos al Imperio español. Pero fueron cuatro años bien aprovechados. Ante todo, contra los corsarios. Éstos no habían desaparecido del mar con la armada

turca, y cada año veíase la marina hispánica naturalmente obligada a volver contra ellos las fuerzas que la amenaza de un ataque turco le había impulsado a reunir y que la desaparición de este peligro dejaba disponibles.

La nueva flota de Felipe II se forjó en esa penosa lucha contra enemigos muy expertos, difíciles de batir en la inmensidad del mar y difíciles también de inquietar en sus guaridas africanas.

Este enemigo descargó, en efecto, golpes muy duros sobre los españoles. En julio de 1561, la escuadra de Sicilia, compuesta de siete galeras, caía íntegra en una emboscada montada por Dragut cerca de las islas Lipari.[162] Esta escuadra se hallaba al mando del comendador Guimerán, catalán y caballero de Malta, aquel Guimerán —escribía a su rey el obispo de Limoges — "que había sido tan estimado en San Quintín. Tal vez porque su habilidad era mayor por tierra que por mar, donde Dragut le ha dejado muy mal parado, habiéndose perdido con él muchas personas de bien".[163] Y añade que, entre las pérdidas sufridas, "se nos quiere ocultar otro navío, que se perdió pasando de Nápoles a Sicilia, donde se asegura que había tres viejas insignias de Flandes recientemente transportadas a Italia". Aprovechándose de que las galeras del rey han sido llamadas hacia las costas de España, Dragut, "con treinta y cinco barcos, ha tenido al reino de Nápoles en tal situación, que hace quince días ha llegado un correo de pie del marqués de Tarifa, gobernador del dicho Nápoles" a rogar a Felipe II que se digne "devolver las mentadas galeras, ya que las de la Religión, las de Sicilia y otros puertos circunvecinos se hallan tan apuradas y tan acosadas por el dicho Dragut, que no pueden moverse de un lugar a otro". Afortunadamente, añade el obispo, la armada turca no ha venido, "lo que ha sido, en verdad, una bendición del Señor, como se ve a simple vista, ya que un número tan pequeño de piratas y ladrones tiene a este príncipe, desde el estrecho de Gibraltar hasta Sicilia, en tal servidumbre, que los infieles desembarcan donde mejor les parece en sus tierras y hasta en sus fuertes".

Toda esta historia diseminada de Gibraltar a Sicilia requeriría una serie de estudios en los pequeños archivos de Andalucía, Baleares y Valencia, donde todo parece indicar que existían ciertos nexos entre las agitaciones de los moriscos y los manejos de los piratas argelinos. Haedo lo sugiere en varias ocasiones, cuando nos habla de las actividades del centro corsario de Cherchell, casi enteramente habitado por fugitivos moriscos que siguen manteniendo relaciones con sus parientes y amigos de la costa española.[164]

Es seguro que los corsarios hicieron buenas presas durante el verano del año 1561. Pero al finalizar el año, llega la hora del desquite cristiano. Los

comentarios cambian de sentido: en septiembre se atribuye a los españoles el proyecto de tomar Monastir.[165] En esta época, vemos que los corsarios regresan a sus bases, uno tras otro, abandonando el agitado mar. El gobierno español, por su parte, no se cuida de poner sus barcos al abrigo; sencillamente, porque es la parte más débil. El príncipe de Melfi,[166] a quien se ha entregado el mando de las galeras españolas a la muerte de Andrea Doria, protesta, en efecto, contra estas órdenes emanadas de la gente de tierra, gente ignorante que no sabe lo que es una galera lanzada en invierno por las rutas del Mediterráneo, que no acaba de comprender las averías y el desgaste que las tormentas infligen a los estrechos navíos de remos.

Es cierto. Pero, por otra parte, cuando quiere obrar y mantener los indispensables enlaces, ¿la parte más débil no se ve automáticamente empujada hacia los avatares del mal tiempo, que dejan desierto el mar y expulsan de él al adversario? El virrey de Sicilia —que sigue siendo el duque de Medinaceli— recuerda secamente al príncipe de Melfi que el rey ha ordenado que las galeras se concentren en Mesina; las órdenes son órdenes, y basta.[167] Los movimientos previstos deberán, pues, llevarse a cabo. La Goleta es abastecida de municiones ya en octubre,[168] y en noviembre la flota española sigue en Trapani. El hecho de que no se halle ya en Mesina indica, sin embargo, que se ha replegado sobre sus líneas interiores, pero el de Melfi no manifiesta el menor deseo de salir de ellas. Por lo demás, el tiempo es espantoso,[169] y no cabe duda de que, en esta época del año (el documento no indica la fecha exacta), un convoy de galeras debe renunciar a alcanzar La Goleta. ¿De qué sirven las órdenes contra un mar encrespado? El virrey de Sicilia se decide, por último, a despachar un gran navío, cargado con dos mil salmas de trigo, para hacer frente a las necesidades de la guarnición, anormalmente incrementada.[170] En enero se piensa en reembarcar los españoles sobrantes, al mando de Juan de Romero,[171] pero el reembarco plantea los mismos problemas que el avituallamiento. En junio de 1562 siguen todavía en el presidio. No cabe duda de que el príncipe de Melfi, de haberse atrevido a ello, habría podido fácilmente demostrar que la política de la presencia de las galeras españolas, por otra parte tan costosas, no había dado grandes resultados aquel invierno…

Llegada la primavera, el corso berberisco reemprendió sus ataques con renovado vigor. El 1 de marzo de 1562,[172] una carta de La Goleta señalaba que Dragut había partido en busca de trigo. En abril, las naves argelinas intentan sorprender a Tabarca.[173] Por su parte, Juan de Mendoza lograba, entre mayo y junio, conducir un gran convoy de barcos redondos hasta La

Goleta, escoltado por una veintena de galeras,[174] sin encontrarse con ningún navío enemigo ni sufrir casi el menor contratiempo en el mar: indudablemente, la estación del buen tiempo había venido este año adelantada. En el mismo mes de mayo llegaron algunos barcos argelinos a Marsella.[175] Dijeron haberse apoderado en el camino de una nave ragusina procedente de Alejandría, cargada de mercancías pertenecientes a los florentinos, y de una nave veneciana que transportaba vinos de Malvasía. Hablábase también de una "ciudad" que habían tomado cerca de Porto Maurizio, capturando en ella a 56 personas. "Vinieron a Marsella para renovar sus provisiones de galletas y otros víveres, y siguieron viaje. De noche embarcaron secretamente 36 barriles de pólvora y de salitre." Desde aquí perdemos el rastro de los corsarios argelinos. Seguramente anduvieron muy activos en esta costa septentrional del mar, pues sabemos que Juan de Mendoza, a instancia del Santo Padre, la patrulló desde Nápoles hasta la desembocadura del Tíber en junio, con 32 galeras.[176] Por otra parte, en julio llega a Argel, con Sampiero Corso, un embajador de Francia encargado de reclamar las reparaciones por los daños que los corsarios argelinos habían causado.[177]

A partir del mes de septiembre comienzan a responder los españoles. En Barcelona se anuncia que tres queches de corsarios han sido capturados en Ponza; lo mismo se dice de algunas fustas en Tortosa, pero sin que la noticia llegue a ser confirmada.[178] Hay que anotar en el activo de los españoles un nuevo aprovisionamiento de la insaciable Goleta, entregado en septiembre por Juan Andrea Doria.[179] Juan de Mendoza regresa a las costas hispánicas con la flota de Sicilia y la de España, reforzadas por algunas galeras de particulares. El objeto de este viaje es patrullar la costa y llevar provisiones y hombres a Orán;[180] pero sorprendidas en el puerto de Málaga por un fuerte viento del este, las 28 galeras hubieron de buscar abrigo en la bahía de La Herradura. Las *Instructions Nautiques*[181] consiguan que este anclaje encerrado, con un calado de 20 a 30 metros, es peligroso, cuando soplan vientos de fuera. Apenas las galeras habían anclado, cuando se levantó un fuerte viento del sur.[182] El desastre fue casi completo: perecieron de las 28 galeras 25, y de 2 500 a 5 000 hombres. De entre los despojos, sólo pudo recobrarse más tarde una parte del armamento.

La noticia llegó a Gaeta el 8 de noviembre de 1562,[183] y de allí se retransmitió a Nápoles. La catástrofe, que sobrevino tan poco tiempo después de la de Yerba, produjo una emoción considerable.[184] Pero el gobierno de Felipe II supo sacar fuerzas de flaqueza: el 12 de diciembre de 1562[185] se

convocó una sesión especial de Cortes donde se pide un subsidio extraordinario destinado a la defensa de las fronteras africanas y al armamento de nuevas galeras.[186] La reincorporación marítima de España, cada vez más difícil, se prosigue con mayor energía y denuedo. Acababa de desaparecer, en efecto, la protección naval de las costas de la Península y de la plaza de Orán, la única digna de ese nombre —según el obispo de Limoges —, que España poseía en África. La gran ofensiva argelina desencadenada al año siguiente contra Orán guardaba, sin duda alguna, relación con el desastre de La Herradura.

Fue un ataque en gran escala, sin comparación con el de Hassan Corso en 1556. El sitio duró dos meses, desde los primeros días de abril hasta el 8 de junio de 1563.[187] La guarnición española estaba ya en estado de alarma desde el 20 de marzo, y conocía la llegada a Mazagrán de 5 000 “tiradores que son los que van delante del campo del rey de Argel”. Los confidentes añadían que, de no haber sido por las lluvias, habría venido con ellos el rey de Argel en persona. Se lo esperaba en Mostaganem el viernes 26 de marzo, al mismo tiempo que 40 navíos, entre ellos dos carabelas y una “naveta” de mercaderes que se encontraban en el muelle de Argel y que habían cargado pólvora, municiones de cañón, “bastiones de madera” y galleta. La artillería venía en cuatro galeras. Finalmente, el enemigo enviaba diez galeras, formando dos escuadras, hacia las costas de España (tal vez las tomadas en Yerba a los cristianos, con las que Hassan Pachá había vuelto de Constantinopla a Argel),[188] para informarse acerca de la posibilidad de enviar una ayuda desde la Península.[189]

Al tanto de estos detalles, los dos hijos del conde de Alcaudete que mandaban los dos presidios de Orania —el mayor, Martín, y el menor, Alonso — pudieron dar a tiempo el toque de alarma, antes de que se les echara encima el ejército de tierra y de mar de los argelinos. Tenían que defender, por el este, la plaza de Orán, y más allá de la rada de Mers-el-Kebir, en una lengua de tierra, la pequeña fortificación que dominaba el anclaje de las naves. Después de algunas dudas, los argelinos atacaron Mers-el-Kebir, o, más exactamente, el fortín de San Salvador, que se acababa de construir sobre las montañas que dominaban Mers-el-Kebir por el lado de tierra, y después de tomarlo el 8 de mayo, a los 23 días de sitio, volvieron los tiros contra el mismo Mers-el-Kebir, donde había una pequeña guarnición de algunos centenares de hombres que, a pesar de la preparación de una larga batería enemiga, entre el 8 y el 22 de mayo, logró rechazar el primer asalto lanzado este último día, infligiendo fuertes pérdidas a los asaltantes. Los argelinos se

decidieron entonces a expugnar el fuerte por otro sector, entre el 22 de mayo y el 2 de junio; luego intentaron el asalto doble por este mismo lado y por el lado de la nueva batería, a la vez que las piezas de proa tiraban sobre el lado que daba al mar. El asalto fracasó y los turcos hubieron de evacuar hacia Argel ocho galeotas cargadas de heridos.[190]

Así, pues, Mers-el-Kebir resistió admirablemente. Es cierto que la cercanía de las costas de España significaba una sustancial ayuda para las dos plazas. El bloqueo de la armada argelina era violentado por las galeras reforzadas por los españoles y, sobre todo, por pequeñas barcas cuyos pilotos, Gaspar y Alonso Fernández, fueron los verdaderos salvadores de los sitiados, a quienes hicieron llegar víveres, municiones y hombres de refuerzo. Entre el 1 de mayo y el 4 de junio, más de 200 gentileshombres pasaron, así, de España a Orán. El marqués de Vélez, cuyo nombre era temido en el país musulmán, los recibió en Cartagena con la mesa puesta y tan bien abastecida, que los habitantes del lugar no encontraban en el mercado pescado ni carne. [191] Pero, a pesar de la rapidez de las comunicaciones con la metrópoli (la carta de Alonso de Córdoba, fechada el 2 de junio, llegó en tres días a manos del rey), la situación era mala en Mers-el-Kebir: la extenuada guarnición no comía "sino algunas cecinas de jumentos y animales nunca usados". La aparición de la flota de socorro, el 8 de junio, no pudo ser más oportuna, y puso en dispersión a los "perros" turcos.

Era casi un milagro que apareciera sólo dos meses después de comenzado el sitio, cuando sabemos que las galeras que lograban semejante hazaña habían zarpado casi todas de Italia. Desde el punto de vista histórico, lo más interesante en ese sitio, que tanto eco despertó en España (Cervantes y Lope de Vega le consagraron sendas piezas de teatro), no fue tanto la conducta heroica de don Martín ni de los suyos en Mers-el-Kebir como la rapidez con que llegó la ayuda. Por una vez, se veía en acción el dinamismo español.

El 3 de abril, ya antes de que comenzara el sitio, y basándose en los informes de los confidentes de que hemos hablado, Felipe II expedía un correo expreso a su embajador en Génova, Figueroa, encargándole que hiciera partir las galeras de Juan Andrea Doria, de Marco Centurione, del cardenal Borromeo y de los duques de Saboya y Toscana, para concentrarse, como primer punto, en la bahía de Rosas. El rey recomendaba "que se ganen horas, porque hasta verlas acá yo no podré dexar d'estar con el cuydado que veis que es razón".[192] Estas órdenes, recibidas en Mesina el 23 de abril,[193] significan la llamada a España de todas las flotas de Italia, salvo las galeras de

Sicilia y de la Religión. “Lo que más importa [escribe Felipe II a don García de Toledo el 25 de abril] es la venida de las galeras de Italia”.[194]

En Italia se pensaba del mismo modo. En carta fechada el 25 de abril,[195] y dirigida a Figueroa, el virrey de Nápoles le decía que estaba al corriente del sitio de Orán por medio de despachos expedidos desde el 28 de marzo (por consiguiente, antes de las órdenes del rey, que llevan fecha de 3 de abril). Y sabiendo que la armada turca no saldría este año, “me ha parescido que sea servicio de S. M^{d}. que en 22 dellas [galeras] que podría [Andrea Doria] llevar y en otras quatro de las deste reyno que serán por todas 26, embarque hasta 2 000 soldados spañoles y se vaya por la via de Cerdeña Menorca e Ibiça a Cartagena [es decir, en línea recta, sin pasar por Rosas] y allí spere el orden que S. M. le mandare dar”. El mismo día,[196] Doria anunciaba al rey su próxima llegada a Cartagena. Felipe II recibió la carta en Madrid el 17 de mayo[197] y la contestó el mismo día, comunicándole que se fabricaría galleta en Cartagena en previsión de la llegada de las galeras, y que, además, se traería de Barcelona y de Málaga. Añadía que, por diversas razones —el arribo tal vez tardío de la flota italiana, el tratarse de asuntos españoles y el hecho de que, a su regreso de Orán, la armada de refuerzo tendría que dividirse en dos escuadras, una de las cuales, al mando de Doria, regresaría a Italia para perseguir a los corsarios—, había elegido como jefe de la expedición a don Francisco de Mendoza, capitán general de las galeras de España.

A comienzos de junio concentraron en Cartagena 42 galeras, de ellas cuatro españolas. Ocho quedaríanse en el puerto (cuatro del duque de Saboya y cuatro de Génova).[198] Las 34 restantes llegaron a Orán el día 8, pero el golpe de sorpresa no logró más botín que tres navíos redondos, una docena de barcas y una saeta francesa (cargada de plomo, de municiones y de cotas de malla). Todos los grandes navíos remeros habían tenido tiempo de hurtar el bulto, quizá porque, como lo anunciaba un aviso de Bona fechado el 3 de junio y retransmitido por Marsella, la flota argelina se preparaba ya entonces a levantar el sitio.[199] No por ello fue menos grande el triunfo. La noticia se esparció por el mundo. El rey se la anuncia el 17 de junio al virrey de Nápoles,[200] a quien Diego Suárez, en sus preciosas crónicas de Orán, elogia como al artífice de la victoria. Nadie contradice esta afirmación; pero es de justicia extender las felicitaciones, si de eso se trata, al propio Felipe II y a todo el sistema español, que esta vez obró con coordinación, basándose tal vez en experiencias anteriores y porque se trataba de un pequeño sector contiguo a España.[201]

En Madrid se habría deseado todavía más. Apenas entró en Cartagena, la flota recibió del rey órdenes de apoderarse por sorpresa del peñón de Vélez de la Gomera. Francisco de Mendoza, que estaba enfermo, entregó a Sancho de Leyva el mando de la operación, cuyo plan había trazado el gobernador de Melilla; pero el ruido de los remos puso sobre aviso a la guarnición turca del islote, y las tropas de desembarco erraron el golpe. En vez de insistir, de cañonear, de presionar, la mayoría de los jefes se decidió por el reembarco, posponiendo la operación para fecha posterior. La flota regresó a Málaga en los primeros días de agosto.[202] Los corsarios, enterados del fracaso, redoblaron sus ataques contra la costa española, llegando hasta las Canarias, a lo que nunca, hasta ahora, se habían atrevido. Mientras tanto, las galeras españolas daban cima al aprovisionamiento de Orán, llevándole, a finales de agosto, los 20 000 ducados necesarios para las pagas de la guarnición. Pocos días después, habiendo franqueado el estrecho, llegaban a Santa María, el antepuerto de Sevilla.[203]

El balance del año, visto en conjunto, no era malo. Al año siguiente, el de 1564, España quiso ir más lejos; creía encontrarse en condiciones de pasar a la ofensiva. Probablemente por haber realizado mayores armamentos, por su mayor seguridad por el lado de Oriente y por la tranquilidad política que reinaba en general, y tal vez también porque el 10 de febrero de 1564 había nombrado capitán general de la mar a don García de Toledo. Pero, sobre todo, porque España empezaba a sentirse más fuerte. Un signo bastante elocuente (ya antes del nombramiento de García) del cambio de estado de espíritu de la flota era, por ejemplo, la autorización que, en enero, Sancho de Leyva, que mandaba las galeras de Nápoles, solicitara de Felipe II para ir con cinco de sus galeras, una de Stefano de Mari y las galeras de Sicilia, a perseguir hasta las costas de Berbería las fustas y los queches de los corsarios, y a tomar los cautivos necesarios para las chusmas de los navíos que se debían armar.[204] Apenas comenzó la primavera, y aparte de las tareas rutinarias y rituales de reaprovisionar La Goleta y Orán, se insistió en la operación contra el peñón de Vélez de la Gomera; la decisión oficial en este sentido estaba tomada ya en abril.[205]

Fue una obra maestra de organización lenta, metódica y segura, que dejó en los archivos gigantescas masas de documentos inéditos,[206] a pesar de las amplias, demasiado amplias, incluso, publicaciones que se han consagrado al asunto. El 12 de junio estaba todo tan en orden, que Felipe II pudo anunciar con toda tranquilidad al embajador de Francia[207] que la flota sería empleada contra las costas de África. Se había salido ya de la fase de los preparativos y

don García ocupábase en reunir las tropas y las galeras de Italia para trasladarse a España y al África.[208] El 14, el nuevo jefe de la flota hispánica hizo una entrada triunfal en Nápoles,[209] al frente de 36 galeras.[210] Felipe II interesábase minuciosamente por todos los movimientos de la flota y daba la orden, a sus servicios, de estar atentos a todas las demandas de don García y de "que se de priesa a todo porque yo creo que no tardará en venir con estos vientos que agora haze y mirese si sera menester mas gente porq el duque de Alcala escrive que no le podia dar sino 1 200 soldados que vendran a cargo del capitan Carrillo de Quesada".[211]

Don García llegó a España por Génova, dando un gran rodeo por las costas del norte, y no por el camino corto de las islas de que se había apoderado Doria el año anterior. El primer lugar de concentración de la flota fue Palamós, en las costas de Cataluña. El 6 de junio se unieron a la escuadra de don García las galeras de España a las órdenes de don Álvaro de Bazán, cuya gloriosa carrera comienza ahora. Juan Andrea Doria tomó el mismo rumbo el día 26, con sus 22 galeras.[212] A continuación llegaron las galeras y navíos de Pagán Doria, que se habían quedado en especia para embarcar a los soldados alemanes; el 15 de agosto arribaban a Málaga.[213] Don García se separó de la flota un instante para ir hasta Cádiz, con la intención de salir al encuentro de las galeras portuguesas que se le habían prometido para la expedición. Su aparición sembró el espanto en aquellas costas, desde Estepona y Marbella hasta Gibraltar, a lo largo de un litoral tan acostumbrado a la asolación de los corsarios, pues las personas creyeron que se trataba de veleros enemigos. Después, y con cierta lentitud, las naves acabaron de concentrarse en los cercanos puertos de Marbella y Málaga. Por fin, en agosto, la flota contaba con 90 o 100 galeras,[214] además de cierto número de carabelas cargadas, galeones y bergantines, haciendo un total de 150 velas y 16 000 soldados. Despliegue de fuerzas inútil y ostentatorio, dijeron en Venecia, no sin cierta malevolencia.[215] Sin embargo, sirvió para alejar automáticamente de las costas cristianas a los corsarios: tres galeras y un galeón armado cayeron en manos de los españoles y fueron perseguidos otros seis u ocho barcos que a duras penas lograron escapar.

Después de tres días de navegación, la flota llegó al peñón el 31 de agosto. Igual que en 1563, los habitantes habían abandonado la ciudad. En el puerto ardían tres navíos catalanes de que se habían apoderado los activísimos corsarios de Vélez. Éstos habían partido en una campaña de corso con Kara Mustafá, pues estaban muy lejos de pensar que la armada cristiana caería sobre su guarida. No obstante, don García obró con prudencia y, como

siempre, con gran lujo de medios. Una amplia cabeza de puente, reciamente defendida, protegía por el lado de tierra las operaciones contra el pequeño islote fortificado. En contra de lo que se esperaba, y después de varios días de cañoneo, la guarnición abandonó la roca, que fue ocupada sin dificultad. Los vencedores fortificaron el peñón y emplazaron en él cañones, situaron vituallas y hombres, y se evacuó la cabeza de puente, después de haber arrasado los muros de la ciudad de Vélez. El 11 de septiembre, con este motivo, hubo algunos encuentros serios con los indígenas.[216]

Total, mucho ruido y muchos gastos, para casi nada. Era aconsejable, ciertamente, hacer una demostración sonada, para evidenciar al papa que los subsidios concedidos por la Iglesia para la lucha contra los moros daban sus frutos. “El Papa está a la mira”, dice Felipe II.[217] Todos los documentos de la época señalan este lado espectacular de la empresa. Había también razones estratégicas, como la de comprobar si el nuevo jefe de la flota hispánica llevaba firmemente el timón y la de inutilizar aquel pequeño centro de piratería agresiva que era el peñón de Vélez de la Gomera, demasiado próximo a las costas de España y a las líneas de comunicación de Sevilla, para que a la larga no resultara molesto. Desde entonces (como desde 1508 a 1525) montó guardia en el islote una guarnición española. García de Toledo no se alejó de allí hasta después de haberlo organizado todo. Pero se alejó sin pérdida de momento, pues se le necesitaba en otra parte, en Córcega, donde la señoría de Génova pedía ayuda a voz en cuello para hacer frente a los comienzos de la revuelta de Sampiero Corso.

La sublevación de Córcega

La revuelta de Córcega venía preparándose desde hacía mucho tiempo. La paz de Cateau-Cambrésis desesperó a los insulares. Entre 1559 y 1564, Sampiero Corso habíase entregado a apasionadas negociaciones con los diferentes gobernantes. Pero bastó que desembarcara en el golfo de Valinco el 12 de junio de 1564, al frente de una pequeña tropa, para que estallara el incendio en la isla. Y es que estaba preparada para estallar al primer chispazo. Apenas echó pie a tierra, Sampiero se lanzó sobre Corte y tomó la plaza. Así comienza una de las guerras más desoladoras que haya visto la isla. Matanzas de prisioneros, aldeas incendiadas, cosechas devastadas: todo lo conocerá Córcega.

Para Génova, no había en ello nada de sorpresa. A pesar de lo que se dijera, estaba de largo tiempo atrás, desde siempre, en antecedentes de que la

isla era un foco de inquietud y de hostilidad en contra de la señoría. Además, sus agentes habían seguido cuidadosamente y muy de cerca los viajes y las intrigas de Sampiero en Francia y en Argel, en Toscana y en Turquía. El servicio genovés de información había sabido que el cabecilla se encontraba en Marsella y contaba con una galera armada; no podía descartar, por tanto, el peligro de un desembarco. Es posible, sin embargo, que Génova no adivinara las rápidas consecuencias del golpe de mano, los efectos casi inmediatos de la propaganda del jefe de la revuelta y el número de personas que iban a enrolarse con él.

¿Quién estaba detrás de este Sampiero?, se preguntaban las personas, a la vista de sus éxitos. ¿El rey de Francia, que le ha prestado la galera para el desembarco? ¿Los corsarios turcos?[218] ¿El duque de Florencia? Estos nombres andaban en lenguas de todos.[219] Seguramente que Sampiero contaba con todos estos grandes apoyos a la vez, pero de un modo indirecto, discreto y mesurado. La mejor ayuda para la revuelta era la de la propia Córcega, el miserable país de las zonas montañosas; el de la plebe insular, víctima de los usureros y de los recaudadores de contribuciones de la Dominante. Claro está que Génova no lo decía y estaba más bien interesada en subrayar el juego de sus grandes vecinos para obtener la intervención de Felipe II. Y no tenía grandes dificultades para ello, sobre todo en lo tocante al juego francés, demasiado ostensible. Figueroa escribía el 7 de julio: «… Lo de Córcega pasa muy adelante y trae mas fundamento del que primero se psuidian [persuadían] algunos. San Po [Piero] Corço va levantando los popu-los *[sic]* y ya tiene a su devoción una buena parte y se tiene aviso que mossor de Carces en Probencia hize 7 banderas de infa [infantería] para imbialle aunque hechan voz que son para guardia de aquella ribera». Por su parte, los mercaderes genoveses de Lyon[220] ponían sobre aviso a la señoría con respecto a los manejos y reacciones de los franceses.

Felipe II, puesto al corriente de todo, apoyó el parecer de don García de Toledo: marchar sobre Córcega con 30 galeras, mientras que Juan Andrea Doria e Ibarra continuaban embarcando víveres y soldados alemanes. Por carta del 18 de julio, el rey ordena a don García dirigirse a la isla desde donde quiera que se encontrara. El monarca manifestaba que no se podía permitir que Sampiero, dueño ya de Istria y amenazando a Ajaccio, se apoderara de toda la isla, pues era un "aficionado" de Francia que convertiría a Córcega en una "scala para los turcos moros enemigos de nuestra santa fe catholica".[221]

Y escribe a su embajador en Francia, diciéndole que este país estaba comportándose en dicho asunto de manera inadmisible.[222] "… Que yo no

podía creer del Rey ni de la Reyna que dho [dicho] Corso huviesse emprendido lo que ha hecho con su favor ni sabiduria por ser tan ageno de lo que deven a nra [nuestra] amistad y hermandad y de la observancia de la paz, pero que los indicios son tan grandes y tan manifiestos que no basta dezir que no se hizo con sabiduria…"

Desgraciadamente para Felipe II, y más aun para los genoveses, la orden del 18 de julio de lanzar las galeras sobre Córcega llegó a manos de don García cuando ya estaba en las costas de España, y listo para la expedición de Vélez. ¿Se le debía hacer regresar? Ello habría significado una pérdida de tiempo, comprometer la expedición contra el peñón y, como añadía el rey explicando la situación a Figueroa, "… por tener entendido que su S^{d}. [el papa] esta a la mira para ver como se gasta el dinero que se saca de lo que nos concedio del subsidio para entretener galeras y si se emplea en empresas contra infieles".**[223]** Por todas estas razones, Felipe II dejó que siguiera adelante el viaje hacia Gibraltar y Marruecos. A finales del otoño, pero no antes, podría pensarse qué se hacía con Córcega.

La expedición del peñón permitió, pues, a Sampiero y a sus partidarios un ancho respiro. Las noticias que Génova difundía fueron, desde entonces, cada vez más alarmantes. En carta de 5 de agosto de 1564,**[224]** Figueroa habla de la creciente intervención francesa, de fragatas que van y vienen entre la isla y Provenza, de los conciliábulos de los Fieschi, bandidos genoveses, y los de Córcega, en la casa de Tomás Corso (cuyo verdadero nombre era Thomas Lenche, fundador del Bastión de Francia), de "… que este provee de ordinario a Argel de remos polvora y xarcias y cosas de contrabando". Pero Catalina de Médicis, interpelada, declara no tener responsabilidad alguna en el negocio y llega hasta proponer su mediación. Si se preparan las galeras en Marsella, decía, es en previsión de la próxima llegada del rey. Luego, hizo saber a Francés de Alava, por medio del cardenal De Rambouillet, que le había parecido extraño el hecho de que don García de Toledo, con tal cantidad de galeras, pasase de largo ante los puertos franceses "… sin embiar hablar ni pedir refresco ninguno", lo que era un modo discreto de insinuar sus sospechas ante tales movimientos.**[225]** Todo ello no impedía que Génova acusara a Francia**[226]** y se inquietara con motivo de las 10 galeras que el marqués de Elbeuf tenía listas en Marsella…

Pero la máquina española, que no había sufrido el menor deterioro en el peñón, bien podía reproducir en Córcega la acción que con tanto éxito había llevado a cabo en África. El 31 de agosto de 1564, el duque de Alba escribía a Figueroa que don García de Toledo dejaría en España solamente unas 20

galeras, en vista de que había terminado su cometido en Vélez, y pondría inmediatamente proa hacia Córcega. Felipe II asegura a Figueroa por aquel entonces que Francia no se opondría a la expedición, que, por lo demás, se preparaba casi oficialmente y a la vista de todos. Así se lo anunciaba el embajador del duque de Florencia a su señor, el 22 de septiembre de 1564, [227] y Felipe II hacía otro tanto al día siguiente.[228]

No obstante, los genoveses no se dieron por satisfechos, pues los preparativos les parecían infinitamente lentos. El 24, el embajador Sauli[229] afirma que no sabe nada de la armada que debía de encontrarse en Cartagena. El 9 de octubre toma formas más precisas su malhumor: "Si la armada tarda en venir, Vuestras Ilustrísimas deben culpar de ello a la gran flema y a la lenta naturaleza de estos señores, y no a mi negligencia, pues la verdad es que no he cesado de insistir ni un solo momento cerca de S.M. y de sus ministros". [230] El reproche tal vez no fuese del todo justo. También esta vez estaba todo previsto hasta en sus más nimios detalles por los servicios del Rey Católico. Ya en agosto, por ejemplo, Lorenzo Suárez de Figueroa, hijo del embajador español en Génova, fue enviado a Milán para enrolar allí a 1 500 italianos destinados a las operaciones de Córcega. El 26 estaba todo listo para transportarlos a la isla en tres barcos redondos; pero el mal tiempo lo impidió. Su coronel es el propio Lorenzo.

Es cierto que los genoveses tenían alguna excusa para sentirse impacientes y recelosos. Sampiero había derrotado a las fuerzas de Stéfano Doria,[231] y, en vista de que pasaba el tiempo sin hacer nada, temían que en otoño pudieran concertarse algunos arreglos favorables a los rebeldes. El propio Felipe II decía que era de desear un arreglo con Sampiero, para evitar una guerra que podía prolongarse y llegar, acaso, a trasponer los límites de la isla corsa.[232] Cuando se les sondeó acerca de esto, los genoveses tomaron la cosa muy a mal. Por fin, don García de Toledo llegó el 25 de octubre a Savona.[233] La estación del buen tiempo había terminado y él no estaba dispuesto a arriesgar su flota. Propuso que se entregara a Génova una flota de 20 galeras, así como la infantería que se acababa de reunir en España y en el Piamonte, aunque los genoveses, por su parte, habrían preferido por lo menos una demostración en masa de toda la armada sobre Porto Vecchio,[234] cosa que no consiguieron. Francisco de Alava escribía desde Arlés, el 20 de noviembre, que si los genoveses no habían triunfado antes del invierno, lo mejor sería pactar con los insurrectos, como lo sugerían también los franceses.[235] Pero Génova no estaba de acuerdo con semejante cosa, y, por su parte, Felipe II rechazó la mediación francesa.[236]

Así se echó encima el invierno y la guerra continuaba. No dejaban de llegar a la isla ayudas exteriores; de Francia, desde luego (no forzosamente autorizadas por el rey y la reina),[237] y también de Liorna, de donde se despachaban fragatas cargadas de municiones y aun de dinero.[238] Sampiero andaba, igualmente, en tratos con el Santo Padre.[239] Todas estas complicaciones eran inquietantes, porque la guerra tomaba un sesgo perjudicial para los genoveses.[240] ¿Bastarían las 20 galeras y los españoles que Juan Andrea Doria había conducido hasta Bastia[241] para cambiar el curso del conflicto? El mal tiempo entorpecía no sólo las operaciones navales (el 14 de diciembre, don García no pudo alejarse de Génova más de veinticinco millas),[242] sino también las terrestres. El 25 de noviembre se supo que el cuerpo expedicionario que había partido de Bastia para auxiliar a la sitiada plaza de Corte había tenido que regresar a causa del mal tiempo y de las epidemias que diezmaban sus filas. Este retroceso no queda compensado con la toma de Porto Vecchio, lograda a mediados de diciembre por Juan Andrea Doria sin disparar un tiro, o por la de la aldea de Balagne. Los lugares en que Génova —no socorrida a tiempo— pudo hacerse fuerte se reducían a unos cuantos puntos de la costa y del interior, mientras el resto de la isla se iba sumando poco a poco a la disidencia. Hacinados en los presidios, los soldados de la Dominante sufrían más de las epidemias y del mal avituallamiento que de la acción del enemigo.

La calma de Europa

La rebelión de Sampiero durará mucho tiempo, pero, confinada a una isla, como estaba, incidirá muy poco en la vida general de Europa. Es algo que se debe tener en cuenta, pues si el mundo hispánico pudo gozar de un respiro, si consiguió rehacer una situación marítima difícil y comprometida, fue porque el mundo occidental no le puso trabas. El Imperio español se aprovechó, a la vez que de la paz turca, de la tregua con Europa, que, después de todo no es más que la consecuencia de las agotadoras guerras de Carlos V. De 1552 a 1559, estas guerras absorbieron todos los recursos de que disponían los Estados, y aún más. Ello provocó grandes desastres financieros en España, en Francia y repercutió en toda la Europa occidental. De ahí la parálisis de la gran guerra en este mundo que había sido, durante muchos años, su campo de batalla predilecto.

Más tarde, la ruptura del imperio de Carlos V trae una calma relativa. Con los fernandinos, Alemania recobra su autonomía, y, de pronto, Europa olvida

sus temores de una monarquía universal de los Habsburgo. La amenaza del imperialismo español no se presenta hasta 1580. A las grandes guerras sucede ahora una serie de querellas locales o internas, que se nutren de las energías ociosas y que ocupan ahora el primer plano de la actualidad. En Francia, los conflictos internos que agitan el reino guardan estrecha relación con el licenciamiento del ejército y con la ociosidad de una pequeña nobleza todavía más menesterosa que la de comienzos de siglo, y a la que la monarquía no da ya empleo en Italia.

Un solo conflicto de importancia sobrevive a la paz de Cateau-Cambrésis: el que separa a la Francia de los Valois de Inglaterra. Es un viejo debate, que se remonta, por lo menos, hasta 1558, hasta la época del matrimonio del delfín. En el exterior, la atención del gobierno francés se dirige insistentemente hacia el norte, lejos del Mediterráneo. Pero los dos adversarios, perturbados uno y otro en lo interior por dificultades políticas y religiosas, se enfrentan, como dos luchadores cansados, capaces de propinarse algunos golpes, pero no de combatir a fondo, y que propenden tanto más, por ello mismo, a injuriarse y a quejarse el uno del otro ante el papa o ante Felipe II. El rey de España se halla en una posición demasiado favorable para no aprovecharse de ella. Procura dar largas a las cosas sin tomar partido, viendo en esta providencial pugna entre los dos países del norte un instrumento de su tranquilidad. Nos alejaríamos demasiado de nuestro tema, si quisiéramos seguir de cerca esta política de aplazamientos de mala fe[243] y de pura razón de Estado, aunque, a la postre, de corta visión política. Francia no salió beneficiada con ella; pero España, en cambio, salvó, o cuando menos contribuyó a salvar, a la frágil Inglaterra isabelina. ¿Podía Felipe II prever su rápido crecimiento?

El tener a Francia en jaque le parecía entonces requisito esencial para la paz de España. Tarea que, por lo demás, resultaba fácil: en 1560 comienza el reinado de Catalina de Médicis y sobrevienen las primeras dificultades. Felipe II, que se cuidaba de salvar sus Estados del contagio protestante, aprovechó la ocasión para ofrecer tropas, y este ofrecimiento le dio durante largo tiempo cierta influencia sobre el reino vecino. Juzgó útil, incluso, comprar algunos concursos en Francia, siguiendo en esto la buena tradición de la política de los Habsburgo y de toda la diplomacia del siglo. La diplomacia española entró, así, en tratos con Antonio de Borbón. ¿Quién engañó a quién? No nos ocuparíamos de esto, si no nos llevara de la mano al Mediterráneo, primero a Cerdeña y luego a Túnez, y, si no arrojara alguna luz sobre la personalidad

del duque de Alba, este cuasi grande hombre, y sobre la labor diaria y paciente del prudente y complicado Felipe II.

Las negociaciones se inician en el año 1561,[244] cuando Antonio de Borbón adquiere una preponderancia más aparente que real, al asumir el título de lugarteniente general del reino. Este personaje, a quien los españoles llaman "el señor de Vendôme", es, en realidad, rey de Navarra, cuya parte española ocupa Felipe II contra todo derecho. Desde 1511 (fecha de la conquista española), ningún rey de Navarra, incluyendo a Enrique IV, había resistido a la tentación de recuperar las tierras ultrapirenaicas de su reino, interviniendo, con ello, en la vida de España o, por lo menos, intrigando en este sentido.[245] Sin embargo, más tarde, cabía seguir otra política: en vez de la Navarra española, podía obtenerse una compensación, y a esto fue a lo que se dedicó tesoneramente el señor de Vendôme. Hizo que otros reclamaran para él, y él mismo lo reclamó, el reino de Cerdeña, y no cabe duda de que habló de ello hasta en Roma.[246] Uno de sus agentes, que figura en los documentos españoles con el nombre de Bermejo o Vermejo (seudónimo o nombre cifrado para la correspondencia), llegó a Madrid enero de 1562.[247] Fue recibido por Ruy Gómez y el duque de Alba, ninguno de los cuales se mostró particularmente satisfecho de los servicios prestados por Antonio de Borbón ni con su inclinación hacia los herejes, demasiado manifiesta. Especulando con las ambiciones de "Vendôme", los dos ministros ofrecieron a Bermejo el reino de Túnez para su señor, con la promesa de que se le ayudará a conquistarlo. Pero ¿qué es, exactamente, ese reino?, pregunta el agente. El duque de Alba explica: "… yo le dixe que ninguno lo podía informar dellas mejor que yo porque el Emperador… avia tenido fin a disponer de aquel Reyno… y lo avia tratado muy particularmente conmigo". Luego hace una descripción idílica de Túnez, lugar tan lleno de grandezas, "que avia pocos que lo ignorassen", "… el passo de todas las mercancías que vienen de Levante a Poniente y de Poniente a Levante", con fértiles tierras donde abundaba el trigo, el aceite, la lana y el ganado, y dotado de una serie de puertos "admirables" y fáciles de defender… Junto a semejante maravilla, ¿qué valía el pobre reino de Cerdeña, que tenía, además, sus leyes propias, y que el rey no podía enajenar por su propia voluntad…?

No sabemos qué acogida prestaría el rey de Navarra a tan deslumbrante proposición. Sí conocemos, en cambio, la inquietud que estas negociaciones entre el Borbón y España despertaron en Catalina de Médicis. Y sabemos también que el rumor sobre la cesión del reino de Cerdeña circuló por Génova en septiembre de 1562.[248] Una carta de Figueroa, fechada el día 9, comunica

al monarca que "… en esta ciudad ha venido nueva como Don Juan de Mendoza por mandado de V. M^{d}. avia tomado la posesion del Reyno de Cerdeña para dalle a Mossor de Bandoma lo qual aqui no se puede creer". Los tratos se interrumpieron bruscamente: el señor de Vendôme cayó herido bajo los muros de Ruán y murió después a consecuencia de sus heridas. Sus agentes apresuráronse a informar a Felipe II "que médicos y cirujanos han perdido toda esperanza de salvarlo",[249] y el monarca escribió por adelantado sus cartas de condolencia, dejando en blanco el espacio para la fecha.

Esta pequeña historia basta para mostrarnos una Francia estrechamente vigilada por una diplomacia alerta, suave, amable, un poco lenta, maquiavélica a poca costa y desde luego orgullosa y protocolaria, siempre manos a la obra, aunque no tan eficaz como se creía. Si la Europa apaciguada no se inmiscuye para nada en los asuntos del Imperio español, ¿no se debía por entero a Ruy Gómez o a la sutil inteligencia del duque de Alba? ¿No se debía a la habilidad con que se sabía engañar a los franceses con falsas promesas, teniéndolos "con el pico metido en el agua", según la gráfica expresión del obispo de Limoges? ¿A que Felipe era el único soberano adulto (frase también del prelado de Limoges) en una Europa donde los tronos estaban ocupados por niños y mujeres? ¿A que esta vieja Europa se halla vencida por el cansancio? Sea de ello lo que quiera, es lo cierto que, frente a una Turquía arrinconada lejos de las riberas del Mediterráneo, se alza una España bastante dueña de sus movimientos, a quien, de momento al menos, Europa no entorpece ni inquieta. Y España sabe aprovechar bien este momento.

Algunas cifras sobre la recuperación marítima de España

Es muy difícil precisar, cifras en mano, la realidad de los armamentos navales del siglo XVI. Ante todo, ¿qué clase de navíos deben tomarse en cuenta? Junto a las galeras, las galeotas y las fustas, debería figurar toda una flota auxiliar de navíos redondos de aprovisionamiento, que, en caso necesario, podían convertirse también en unidades de guerra, pues estaban provistos de artillería. A fines de 1563 y comienzos de 1564, el gobierno español embarga cierto número de chalupas y de zabras de pescadores de los puertos de Vizcaya y del Cantábrico, pequeños barcos de 60 a 70 toneladas cada uno, con dotaciones de remeros voluntarios y de artillería. Esta flota auxiliar fue organizada en Cataluña por don Álvaro de Bazán, pero habría que saber en qué condiciones y con qué objeto. Por lo que parece, estos navíos

específicamente oceánicos y de pequeño tonelaje participan en las luchas mediterráneas, pero solamente como barcos de transporte, pues los medios españoles no llegaron a comprender todo el valor que podían tener —y que más tarde tuvieron— estos rápidos veleros oceánicos.

Si nos atenemos sólo a los barcos de guerra, habría que tener en cuenta, al lado de esos poderosos navíos que son las galeras, esas otras galeras en pequeña escala que son las fustas y las galeotas. Es cierto que estas pequeñas embarcaciones eran empleadas principalmente por los corsarios berberiscos. La principal dificultad estriba, por último, en el hecho de que la flota de Felipe II es, en rigor, un conjunto de diversas flotas, una coalición naval. El rey dispone de cuatro escuadras de galeras: la de España, la de Nápoles, la de Sicilia y el grupo de galeras genovesas que están a sueldo de España (principalmente, los navíos de Juan Andrea Doria). A éstas se les pueden unir ocasionalmente las galeras de Mónaco, de Saboya, de Toscana y de la Religión. Todo lo cual no contribuye precisamente a simplificar la contabilidad.

Para medir la fuerza de los armamentos hispánicos, hemos tratado, pues, de hacer simplemente el recuento de las galeras congregadas en Mesina y en otras partes, pero de preferencia en Mesina, en los años que van de 1560 a 1564, lo que equivale a recontar las flotas efectivamente movilizadas.

En 1560, el año de Yerba, la armada cristiana se componía de 154 navíos de guerra, de ellos 47 galeras y 4 galeotas,[250] lo que da una proporción de uno a tres entre las galeras y los otros navíos de guerra. A estas 47 galeras hay que sumar la escuadra de España que, reclamada en las costas de la Península, no participó en la expedición, y una decena de galeras de la Religión, de Toscana, Génova y Saboya. Las medidas adoptadas en los momentos en que se trataba de acudir en socorro del fuerte de Yerba nos permiten calcular estas fuerzas de reserva. El 8 de junio de 1560, haciendo las cuentas de las galeras que debía reunir,[251] Felipe II pensó que el número podría elevarse hasta 64, [252] cifra que se puede aceptar como exacta, pero que comprende, evidentemente, las 20 galeras que lograron escapar de Yerba. Es decir, que a las 47 galeras de la expedición basta con añadir 44 —lo que da un total de 91 —, para computar toda la fuerza naval de que, directa o indirectamente, podía disponer España a raíz de la paz de Cateau-Cambrésis. Cifra considerable y que no debe sorprendernos, ya que la flota del rey de España se hallaba aún en pie de guerra; pero el desastre de Yerba la deja reducida a 64 galeras.

Esta importante disminución es tanto más grave cuanto que la mayor parte de los navíos perdidos pasan a engrosar las fuerzas del enemigo: todavía

en 1562, las 10 galeras con que salió de Argel Hassan Pachá eran parte del botín de Yerba.

La reacción de los arsenales de Italia fue inmediata. En Sicilia se decidieron nuevos impuestos para hacer frente a las construcciones navales. [253] En Nápoles, el virrey anunciaba, el 9 de octubre, que habían sido repuestas las seis galeras perdidas en Yerba,[254] añadiendo que las únicas dificultades serias se referían a la tripulación. En el mismo instante, Cosme de Médicis intensifica su esfuerzo marítimo, al igual que el duque de Saboya. Cartas enviadas por Figueroa en julio de 1560 indican que, si Felipe II consentía en ello, podrían encontrarse en el puerto genovés galeras para alquilar.[255] Por su parte, Juan Andrea Doria reconstituía su flota y, en 1561, compraba dos galeras al cardenal de Santa Flor.[256]

Pero armamento quiere decir, ante todo, dinero. Felipe II aprovecha la ocasión para solicitar en Roma un "subsidio", además de la "Cruzada" que le había sido concedida.[257] Obtuvo el deseado subsidio en enero de 1561, por cinco años y a razón de 300 000 ducados de oro anuales,[258] lo que, por otra parte, le pareció insuficiente. En abril de 1562 y después de muchas negociaciones, con la complacencia de Pío IV, el subsidio subió a 420 000 ducados anuales por un plazo de 10 años (lo que provocó vehementes protestas por parte del clero español), con efecto retroactivo desde 1560.[259] Según un cálculo de Paolo Tiepolo, el "subsidio" y la "Cruzada" deberían producirle a Felipe II, en 1563, 750 000 ducados de oro, sin contar las otras rentas que se percibían en España y fuera de España, con autorización de la Santa Sede y que ascendían, según una memoria romana de 1565,[260] a 1 970 000 ducados anuales.

Resuelto el problema del dinero, quedaba el problema técnico. Felipe II disponía, aparte de los de Provenza, de todos los astilleros y toda la mano de obra de Occidente, que le brindaban los medios necesarios para armarse poderosamente y para armar a otros por cuenta suya. Sin embargo, al menos durante casi todo el año de 1561, Felipe II no se entrega a esta tarea con el ahínco deseable. El dinero de la Iglesia de España no se hallaba inmediatamente disponible, o bien sirvió para tapar los enormes agujeros del presupuesto español. Pero la razón principal es que ni el rey ni sus consejeros quisieron tomar a su cargo los gastos del rearme emprendido por los "potentados" de Italia. Todos se armaban, naturalmente, o así lo decían, para bien y salvaguarda de la cristiandad, sin perseguir otras miras. Era justo, entonces, que los "potentados" hicieran los mismos esfuerzos que hacía España y pagasen la parte que les correspondía. En vez de dar de lo suyo, el

gobierno español prefería requerir el concurso de los otros. Y así, en 1561, [261] el gobierno español solicitó la ayuda de las galeras de Portugal para combatir a los piratas berberiscos. Y cuando, el 1 de abril despachó a Italia al marqués de Favara, con la misión de negociar allí la concentración de todas las galeras de sus confederados, tuvo buen cuidado de especificar que no deseaba tomar galeras "a sueldo". ¿Acaso no se trataba de la defensa común? Al señor de Piombino y a la república de Génova, lo mismo que al duque de Saboya, al duque y la duquesa de Mantua y al duque de Florencia, se contentó con pedirles algunos favores, en vista de que al primero le quedaban pocas galeras y de que las que se construían en sus reinos aún no podían utilizarse. [262] Una carta del embajador genovés en España de fines del mismo mes indica que de todos los que ofrecieron galeras "a sueldo", sólo se aceptó la oferta de Marco Centurione durante el año de 1562, y por cuatro o cinco unidades.[263] Sin embargo, Juan Andrea Doria, el mayor arrendador de galeras, obtuvo 100 000 coronas pagaderas en la feria de octubre, además de las 130 000 que se le debían por haber completado el equipo de sus navíos. [264] Si se tiene en cuenta la lentitud con que se ponían a flote y se equipaban las nuevas galeras, además de la pérdida de las siete galeras sicilianas apresadas por Dragut,[265] podemos llegar a la conclusión de que, en 1561, la flota española no había logrado aún reparar sus pérdidas del año anterior. El príncipe de Melfi sólo pudo reunir 55 galeras para su campaña de otoño.[266]

El gran esfuerzo de España se llevó a cabo a finales de 1561. Este esfuerzo llegó hasta la reanudación de actividades en el arsenal de Barcelona, lo que era, por demás, una obra de gran aliento. Por otra parte, sus vecinos no dejaron de inquietarse por tan febriles actividades, y Catalina de Médicis, ya en los primeros momentos, envió a Dozances en misión especial cerca de su yerno, el rey de España, con el solo objeto de disipar cualquier posible equívoco.[267] Esto ocurrió en diciembre. En el mismo invierno, y por órdenes expresas del rey de Francia, el duque de Joyeuse hizo avanzar algunas compañías hacia la frontera española. Aunque, según escribió, no creía que sus fronteras corriesen el menor riesgo. Lo cierto es que «desde hace dos meses, el dicho señor rey de España hace trabajar diligentemente en Barcelona para terminar algunas galeras y otros barcos de mar, y para que se prepare, como se sigue preparando todavía, gran cantidad de galleta. El rumor público dice que todo ello es para el viaje que se hará a Argel, y yo sé, Sire, que es cierto que al rey de España le solicitan insistentemente todos los españoles que haga la guerra en Argel, y, ante tan gran presión, el rey cavila. Hoy por hoy, Argel estorba mucho a los españoles, quienes no pueden

negociar por mar sino con gran peligro.[268]» Al mes siguiente, el 17 de febrero de 1562, el obispo de Limoges transmite detalles análogos acerca de las galeras "que en todas partes se construyen y habilitan con diligencia, y nuevamente se han cortado más de 4 000 pies de pinos y abetos con destino a Cataluña y reinos vecinos, para satisfacer a sus necesidades, además de las que se construyen en Nápoles y Sicilia, habiendo llegado maestros y obreros de Génova, y algunos de nuestra Provenza".[269]

Pero las construcciones eran lentas; había que aguardar a que la madera cortada estuviese seca para poder emplearla. Los resultados no podían ser inmediatos. Felipe II no quiso movilizar este año todo el armamento de que disponía en el Mediterráneo occidental. Un documento oficial del 14 de junio de 1562 indica que sólo 56 galeras estaban a disposición del mando naval: 32 debían operar a las órdenes de don Juan de Mendoza y 24 a las órdenes de Doria.[270] Pero por detalles del recuento, se ve que no formaban parte del convoy las galeras de Sicilia, las del papa, las de Toscana, las de Génova ni las pertenecientes a particulares, como el duque de Mónaco o el señor de Piombino, tan difíciles de contar. No sería fácil calcular estas galeras no utilizadas; teniendo en cuenta otros inventarios anteriores, podríamos dar una cifra aproximada, que oscila entre 20 y 30. Es decir, que el Mediterráneo hispánico contaba, según estos cálculos, con un armamento general de 80 a 90 galeras; apenas se había reparado el desastre de Yerba. Sin contar el de La Herradura, donde se habían perdido 25 galeras. El armamento hispánico, como consecuencia de todo ello, había descendido hasta un nivel más bajo que durante mucho tiempo: todos los esfuerzos de un año entero se habían malogrado en pocos días.

A grandes males, grandes remedios. El 12 de diciembre de 1562, Felipe II convoca en Madrid a las Cortes de Castilla. La convocatoria señala expresamente la necesidad de poner remedio a los desastres marítimos de 1560, 1561 y 1562. La "proposición" leída en la sesión de apertura —el mensaje de la Corona, diríamos hoy, como apunta Cesáreo F. Duro— exponía las razones, tanto mediterráneas como oceánicas, que abonaban la construcción de una gran flota;[271] la conclusión, como fácilmente se adivina, era una petición de nuevos impuestos.

Estas medidas proyectábanse sobre el porvenir. El impulso dado el año anterior a los armamentos marítimos sólo había podido llenar en parte los huecos de la flota hispánica en 1563. Cuando llegó el buen tiempo, Felipe II volvió a apelar a la buena voluntad de sus aliados de Italia: el duque de Saboya, la república de Génova y el duque de Florencia. El 8 de marzo

pensaba que podía llegar a reunir 70 galeras,[272] que, al igual que en 1562, destinaba por mitad a España y a Italia. Todos estos planes viéronse trastornados por el sitio de Orán; y costó, por cierto, no poco esfuerzo poder enviar las 34 galeras que salvaron la vida a los sitiados. Advirtamos que había siempre, en efecto, un margen bastante amplio entre el número de galeras movilizadas para una expedición exterior y los efectivos de la flota, pues cierto número de navíos quedaban resguardando las costas de Italia y España.

Hasta el año 1564 no obtuvo el rey la recompensa de sus esfuerzos. En septiembre de este año, don García de Toledo pudo reunir entre las costas de España y África de 90 a 102 galeras (para citar las cifras extremas, tomadas de documentos de la época). Aun la más pequeña de las dos es harto considerable, si se recuerda la pequeña flota que Francisco de Mendoza había llevado el año anterior a Orán. Es verdad que don García de Toledo, el nuevo jefe de la flota española, fiándose de las informaciones seguras que había recibido acerca de los turcos, se dedicó con gran empeño a reunir todas las galeras disponibles en un solo punto, hacia el extremo occidental del mar, sin dejar apenas en la retaguardia reservas o guardacostas. El desembarco de Sampiero Corso se llevó a cabo, como una coincidencia, aprovechando los vacíos que dejaba detrás de sí esta enorme armada que se dirigía hacia el oeste. También es cierto que el rey no tuvo empacho en solicitar el concurso de todos, gratuito o remunerado; la flota de Vélez no era una fuerza del rey de España, sino la de toda la cristiandad occidental, salvo Francia. Entre otras, figuraban en ella 10 galeras del duque de Saboya, siete del duque de Florencia y ocho del rey de Portugal.[273] Sumando a éstos los navíos mercenarios, las velas “aliadas” que acompañaban a las de Felipe II ascendían a una treintena.

Es innegable, sin embargo, que habían salido de los astilleros nuevas unidades. En enero, la escuadra de Nápoles se componía de cuatro galeras en servicio, dos a flote, todavía por equipar, dos acabadas en el arsenal y cuatro en construcción;[274] en junio contaba con 11 navíos en servicio,[275] una docena a los que sólo les faltaban las tripulaciones,[276] otros cuatro a flote y cuatro en construcción, o sea un total de 20 unidades, 11 de las cuales estaban en servicio. A pesar de toda la lentitud de que hemos hablado, los progresos habían sido rápidos. A fines de 1564, los arsenales españoles trabajaban sin descanso. El de Barcelona, bajo los celosos y especiales cuidados de don García, antiguo virrey de Cataluña, y los primeros resultados eran alentadores: a pesar de las pérdidas, no sólo se habían alcanzado, sino sobrepasado los efectivos de 1559.

¿Esta saludable reacción es obra de una política consciente y sostenida, que suponga en Felipe II una visión clara de sus intereses y de sus tareas en el Mediterráneo, por encima de cualesquiera otros? Es dudoso que así fuera. Quizá lo que obligó a Felipe II al esfuerzo naval, sin meditar en ulteriores consecuencias, fue el peligro inminente en que se encontraba el reino después de Yerba y de otra serie de reveses. Parece que el monarca hubiera preferido acomodarse, y por largo tiempo, a la pequeña guerra de los años 1561-1564, sin exponerse a mayores peligros ni a mayores gastos. No laten en él ni las ideas ni las pasiones capaces de inclinarlo a una auténtica política de cruzada en el Oriente. Su horizonte político no llegaba, por el este, más allá de las costas de Sicilia y Nápoles. Y no está descartada, incluso, la posibilidad de que, en 1564, cuando Maximiliano, electo emperador, entabló negociaciones en Constantinopla para que fuese prorrogada la tregua de 1562, puesta en tela de juicio por la muerte de Fernando, Felipe II tratara de deslizarse, lo mismo que había hecho en 1558, en aquellas negociaciones. Hammer señala a este respecto, entre los documentos conservados en Viena, un informe del "internuncio", del agente imperial en Constantinopla, Albert Wyss, que lleva fecha de 22 de diciembre de 1564. Sería interesante conocerlo.[277]

Detrás de don García de Toledo no había, pues, una política clara y resuelta, ninguna de las condiciones que pronto habrán, si no de crear, por lo menos de hacer posible, la innegable gloria de don Juan de Austria. Tal vez le faltara también a este caudillo la pasión del riesgo, que en don Juan de Austria prodigaban la juventud y su temperamento. En 1564, don García era ya un hombre viejo, cansado y minado por la gota y el reumatismo. Y, sin embargo, fue capaz de poner a punto la flota hispánica y convertirla en un eficaz y poderoso instrumento de lucha.

Hijo de don Pedro de Toledo —aquel magnífico virrey de Nápoles que supo gobernar el reino con mano firme y hábil y contribuir en tan gran medida a embellecer su capital—, don García había heredado de su padre el sentido innegable de la grandeza, de la amplitud de los medios que era necesario emplear. A la muerte de su hermano mayor se convirtió en marqués de Villafranca, y en 1539 comenzó a servir con dos galeras de su propiedad a las órdenes del príncipe Doria. A los 21 años se le entregó el comando de la escuadra de Nápoles, merced con la que quería honrarse a su padre, pero que imponía al hijo cargas muy pesadas para su juventud. Luchó en Túnez, Argel, Sfax, Kelibia y Mehedia, en Grecia, en Niza, en la guerra de Siena y en Córcega. Por razones de salud —al menos, así lo hacía constar en su alegato

—, había renunciado a su cargo el 25 de abril de 1558, y fue nombrado virrey y capitán general de Cataluña y del Rosellón. Después de la alarma del año 1560, en que se pensó por un momento en confiarle la flota del reino de Sicilia, fue investido con la dignidad de capitán general de la Mar, el 10 de febrero de 1564.[278] El 7 de octubre del mismo año,[279] a su requerimiento y en recompensa de la victoria del peñón, se le nombró virrey de Sicilia. De este modo incorporaba a su mando naval la isla, que deseaba convertir en arsenal y almacén.

Se ve, por este detalle, que se trata de un hombre capaz de ver las cosas en grande. Sabía perfectamente lo que valían los servicios que rendía ("peleo por su servicio", escribía refiriéndose al rey),[280] y este sentimiento del servicio infundíale el valor necesario para expresar sus exigencias y hablar en voz alta. "No se puede decir ni pensar el estado en que he hallado lo de la mar", escribe desde Málaga a Eraso, el 17 de agosto de 1564, al hacerse cargo de su mando. Días después, y en carta al mismo Eraso, dice:[281] "… Y también es necesario que sepa S. M. que es imposible dejar de ser riguroso en su armada, estando las cosas en el término que estan, si le tengo que gobernar bien este cargo y defendelle su hazienda… y aunque se que poquito gano en que me querian mal, confieso que no puedo consentir roberia ni mal gobierno en lo que traigo entre manos".

Honrado y exigente,[282] previsor y ordenado: así se nos revela a través de toda su correspondencia. Pero también hombre lúcido, capaz de observar sagazmente y de maniobrar. La carta que escribió a Felipe II desde Gaeta, el 14 de diciembre de 1564,[283] plantea con gran inteligencia todo el problema de las relaciones entre España y el papado. Pío IV, que todo lo embrollaba, se quejó ante él, una vez más, de los españoles, de los mensajeros que le enviaba Felipe II, de los términos en que se dirigían a él, del conde de Luna y de Vargas, de la actitud del rey ante el Concilio… Durante cuatro largas horas de reloj, don García escuchó los cargos sin responder a ellos, para no aparentar que los conocía, y sin referirse al objeto de la misión que allí lo llevaba. Dos días más tarde, cuando la tormenta se había calmado, pasa a exponer, uno por uno, los resultados marítimos logrados durante el año que está a punto de expirar. El papa contesta, no sin cierta intención, que le complace ver que los subsidios que viene concediendo desde hace tiempo no han sido estériles. Su interlocutor pasa entonces a hablar de los detalles técnicos: una flota no era obra de un día; durante todos los años anteriores se había trabajado sin descanso; los gastos hechos empezaban ahora a dar sus frutos, que saldrían a la luz pública en las grandes concentraciones de este año. El número de

navíos de que constaba la armada era la mejor prueba de que no se había holgado durante los años a que se refería el Santo Padre… Pero el papa no se deja convencer, y propone nada menos que una expedición contra Argel, la cual le parecía muy poca cosa en comparación con la hazaña del peñón de Vélez de la Gomera. Todo lo cual da su sentido a la frase de Felipe II que ya hemos citado: "El Papa está a la mira"; es decir, observaba España, y su mirada no tiene nada de benevolente.

Pero los recelos del papa tal vez no fueran del todo infundados: los "subsidios" de él solicitados y concedidos correspondían demasiado claramente a los apuros financieros del rey de España. Felipe II no estaba aún claramente decidido a medir sus fuerzas con el turco. No pensaba todavía en la gran lucha, a la que se lanzará más tarde.

III. MALTA, PRUEBA DE FUERZA (18 DE MAYO-8 DE SEPTIEMBRE DE 1565)

Aun a riesgo de caer en una literatura fácil, me siento tentado a afirmar que Malta, o mejor dicho, la repentina llegada de la armada turca a Malta en mayo de 1565, produjo en Europa el efecto de un huracán. Pero este huracán —que fue, por sus consecuencias, uno de los mayores acontecimientos del siglo— venía anunciándose con anticipación y sólo a medias sorprendió a los gobernantes. ¿Cómo era posible que el sultán hubiese podido armar y poner a punto una maquinaria de guerra tan enorme, sin que el rumor de los preparativos hubiese trascendido Europa? Ya a fines de 1564, Maximiliano anunciaba al embajador de Venecia en Viena —donde, generalmente, había buena información acerca de los asuntos turcos— que iba a salir de Constantinopla una gran flota "*a tempo nuovo*". Felipe II se armaba. Pero ¿no había peligro también por el lado de Chipre…?[284] Comenzaba así el divertido juego de los pronósticos…

¿Hubo sorpresa? [II-486]

A comienzos de enero, don García escribía al rey desde Nápoles[285] que era esencial terminar con el asunto de Córcega antes de abril, es decir, antes de la llegada de los turcos. Había que tener las manos libres en el oeste para poder hacer frente en mejores condiciones, por el este, a un ataque que pronto se supo que iba a ser bastante serio. El 20 de enero, Pétrémol escribía a

Catalina de Médicis, desde Constantinopla, que la armada turca se dirigía, indudablemente, a Malta, aunque se limitaba a repetir lo que le habían dicho sin que supiera ninguna otra cosa del asunto.[286] El nombre de Malta acudía a la mente, cada vez que se hablaba de un asalto turco. A fines de enero, don García de Toledo pensó en trasladarse a Malta y a La Goleta, las dos plazas que, con Sicilia —isla demasiado extensa para sentirse seriamente amenazada —, eran los bastiones de la cristiandad contra el este, contra los que forzosamente tendría que lanzarse el turco.

Los alarmantes rumores no dejaron de sucederse durante todo el invierno y a la primavera siguiente. Según un informe del 10 de febrero,[287] en los arsenales turcos trabajaban "a furia"; se pensaba que para mediados de abril estarían en pie de guerra 140 galeras, 10 mahonas, 20 navíos redondos y 15 caramuzales… Frente a tanta alarma poco importaba que don Álvaro de Bazán, con las galeras de España, hubiese logrado obstruir la ría de Tetuán hundiendo varios navíos en su desembocadura,[288] o que los corsarios se hubieran apoderado de tres navíos que habían zarpado de Málaga, proponiendo su devolución contra rescate en el cabo Falcón, según su costumbre.[289] Ni siquiera la sensacional entrevista de Bayona logró distraer la atención,[290] y los nuevos barcos (se habían botado ocho galeras en Barcelona y tres galeotas en Málaga)[291] no bastaban para infundir tranquilidad. Y es que, por encima de todo, se impone la angustiosa certeza, cada día confirmada, del poderío de la armada que se dispone a presentarse, reforzada por los barcos de los corsarios turcos, los de Levante y los de Poniente. Es muy posible que, como dice Haedo, Hassan Pachá estuviera en Argel al corriente de la acción naval contra Malta desde el invierno de 1564. Todos los puestos de escucha, lo mismo los de Constantinopla que los más próximos, como los de Corfú y Ragusa, coincidían. Un aviso de Ragusa, el 8 de abril, anuncia que las primeras 20 galeras de Piali Pachá han salido de los estrechos el 20 de marzo,[292] y añadía que el rumor público señalaba la isla de Malta como objetivo de la expedición, aunque nada se sabía de seguro.[293]

Por su parte, el gobierno español temía un ataque contra La Goleta,[294] y el 22 de marzo tomó medidas para llevar a cabo una leva de 5 000 soldados en España, destinados en parte a Córcega y en parte a la infantería de las galeras. Felipe II prodigaba las advertencias. El 7 de abril comunicaba a los priores y cónsules de Sevilla que la flota turca llegaría "con más pujanza de galeras que los [años] pasados",[295] y los pone al corriente de las órdenes dadas a don Álvaro de Bazán, quien debería desembarcar en Cartagena tropas españolas destinadas a Córcega, y luego regresar a Mallorca para proseguir la

vigilancia contra los corsarios. En Nápoles, el virrey pensaba, el 8 de abril, que ante la magnitud del peligro, debía reunir de 10 000 a 12 000 hombres y trasladarse en persona a la Apulia.[296] En cambio, no creía lo que se contaba acerca de un posible ataque turco contra Piombino, con la ayuda del duque de Florencia.[297]

Mientras tanto, y con la habitual diferencia de fechas, se comenzaban a conocer en el Occidente las etapas de viaje turco. El 17 de abril aparecieron en el canal de Negroponto 40 galeras; el 19 del mismo mes se les unieron otras 30, y el resto de la flota, o sea 150 veleros, se encontraba en Quíos.[298] Dos semanas necesitaron, por tanto, los navíos para llegar al Archipiélago. Es cierto que tuvieron que completar sus aprovisionamientos (principalmente, de galleta) y tomar tropas a bordo por el camino. Dragut insistió en que la armada se hiciera a la mar cuanto antes y pidió 50 galeras para impedir la concentración de naves de Felipe II. En Corfú se supo que la armada se dirigía a Malta, pero el informador al que nos referimos condicionaba su indicación añadiendo que "… por los aparatos se tenía por cosa ciertísima que venia sobre La Goleta".[299] En mayo llegaba a Navarino,[300] y el 18 estaba a la vista de Malta.[301]

Por tanto, la flota turca se había desplazado una vez más a toda vela, ganando, en lo que cabía, las ventajas de la sorpresa y de la rapidez. El 17, desde Siracusa, Carlos de Aragón enviaba a toda prisa, por correo especial, un breve despacho a don García de Toledo comunicándole que a la una de la mañana, la guardia de Casibilde había encendido treinta hogueras, lo cual hacía temer que se tratara de la flota turca.[302] Y, sin aguardar nuevos informes, juzgaba prudente enviar a don García un correo especial. La noticia no tardó en confirmarse: el 17, la flota turca fue "avistada" cerca del cabo Passaro, y el virrey de Nápoles se lo informaba así al rey, el 22, en una carta que acompañaba a las noticias detalladas suministradas por don García.[303] El rey recibió las primeras informaciones precisas el 6 de junio.[304]

Aunque prevenidos del peligro de largo tiempo atrás, los responsables de la defensa —los españoles y el gran maestre— fueron sorprendidos por la rapidez del acontecimiento; sobre todo, el gran maestre, que no se había decidido a gastar lo necesario y a ordenar las necesarias demoliciones en la isla de Malta. Hubo retrasos en la conducción de los víveres y los refuerzos, y cinco galeras de la Religión, en excelente estado, quedaron bloqueadas en el puerto, sin que pudieran prestar a la flota cristiana el menor servicio.[305]

Pero el gran maestre, Juan de La Valette Parisot, y sus Caballeros se defendieron admirablemente. Su valor salvó la situación.

La flota turca, que había llegado frente a la isla el 18 de mayo, utilizó inmediatamente, en el litoral sureste, la amplia bahía de Marsa Sciraco, uno de los mejores puertos de Malta, después de la bahía de Marsa Muset, que serviría de puerto a La Valette. En la noche del 18 desembarcaron 4 000 hombres, y el 19, 20 000. La isla fue fácilmente ocupada por esta enorme fuerza. Sólo quedaba en poder de los Caballeros el pequeño fuerte de San Telmo —dominando el acceso a Marsa Muset y la Ciudad Antigua—, el Burgo (vasto campo atrincherado) y los poderosos fuertes de San Miguel y San Ángel. Razones de orden marítimo hicieron que los turcos no comenzaran el sitio hasta el 24 de mayo, por el menos poderoso de los fuertes, el de San Telmo, con la esperanza de poder disponer pronto del puerto, cuya entrada dominaba. La artillería empezó a disparar el 31 de mayo, y la fortificación no cayó en manos de los atacantes hasta el 23 de junio, después de un bombardeo extraordinariamente violento para lo que entonces se usaba. Ni uno solo de los defensores se salvó del desastre. Pero su obstinada resistencia había salvado Malta, dándole el respiro necesario para prepararse a rechazar el asalto y terminar las construcciones previstas en Burgo y en San Miguel, obras que dirigió M° Evangelista, arquitecto de los Caballeros. Estos días ganados permitieron también a los españoles compensar en parte su retraso. Sólo circunstancias fortuitas impidieron a Juan de Cardona, comandante de las galeras de Sicilia, llegar con sus refuerzos a Malta antes de la caída de San Telmo. Sin embargo, el pequeño destacamento de 600 hombres desembarcó todavía oportunamente el 30 de junio y pudo llegar a la Ciudad Antigua, prueba de que los asaltantes no dominaban por completo la tierra ni el mar.

Después de tomar San Telmo, los turcos se volvieron por tierra y por mar contra la fortaleza de San Miguel, cuyas obras de defensa eran considerables, aunque en parte improvisadas. La artillería, los asaltos, las minas, los ataques por barco; no se escatimó nada para tomar la plaza. A punto de caer, fue milagrosamente salvada el 7 de agosto por la intervención del gran maestre en persona y por una salida de caballería de la Ciudad Antigua, que, lanzándose sobre la retaguardia turca, sembró el pánico entre los asaltantes. Piali Pachá reembarcó a sus marineros… Un mes más tarde, el 7 de septiembre, la armada turca, que se aprestaba a un último asalto, no había logrado el menor progreso; sus filas estaban llenas de claros, después de los repetidos asaltos y

de las epidemias que se habían desencadenado; por último, apareció el hambre. Los refuerzos de hombres y de víveres enviados desde Constantinopla no llegaban. Sitiados y sitiadores habían llegado, en realidad, al completo agotamiento de sus fuerzas. Entonces interviene don García de Toledo.

El socorro de Malta

Los historiadores han reprochado a don García la lentitud de sus movimientos. Tal vez porque no se han parado a pensar razonablemente las condiciones en las que tenía que moverse. Perder Malta habría sido un desastre para la cristiandad.[306] Pero la pérdida de la flota española habría expuesto a España a un peligro irremediable.[307] Por otra parte, tratándose de la lucha entre el Mediterráneo occidental y el oriental, no debemos olvidar que éste es más fácilmente navegable que aquél, y que, en la concentración de las flotas hispánicas, el golfo de Lyon es un obstáculo bastante más difícil y peligroso que el mar Egeo, sembrado de islas. A la rapidez de la concentración no se oponía solamente el espacio, sino que se oponían también las múltiples tareas de policía, transporte y aprovisionamiento que era necesario realizar en el Mediterráneo occidental, amenazado también en todos sus puntos por los corsarios. Había que embarcar víveres, dinero y tropas en Génova, Liorna, Civitavecchia y Nápoles. Por último, no olvidemos Córcega, donde la revuelta, lejos de apaciguarse, cada día se encendía más y ganaba más terreno.

Podemos juzgar estas dificultades por los viajes de la escuadra española[308] a las órdenes de don Álvaro de Bazán. A comienzos de mayo, esta escuadra estaba en Málaga, donde embarcó cañones y municiones destinados a Orán. De Orán regresó a Cartagena y aquí cargó, en sus 19 galeras y dos naves, 1 500 hombres, que condujo a Mers-el-Kebir. No llegó a Barcelona hasta el 27 de junio;[309] el 6 de julio, a Génova, y el 21, a Nápoles; y en cada uno de estos puertos la retuvieron pequeños deberes… Imaginemos los mil movimientos semejantes que fueron necesarios para reforzar la flota de don García en Mesina: levas de tropas, convoyes de forzados, habilitación de naves para los transportes, envíos de fondos, etc. Todo lo cual exigía tiempo. Hubo que esperar hasta los meses de agosto y septiembre de 1564 para reunir la flota del peñón. Pero tampoco esta vez se pudo hacer la concentración con la rapidez deseada, tanto más cuanto que la parte atacada se encontraba en desventaja con respecto al atacante, que había descargado

los primeros golpes. El 25 de junio, dos días después de la caída del fuerte de San Telmo, don García de Toledo sólo disponía de 25 galeras. A fines de agosto tenía ya un centenar, entre buenas y malas. En estas condiciones, no cabe duda de que obró bien al aguardar a tener reunidos todos sus medios, sin arriesgar antes sus fuerzas por partes.

Cuando se hubo agrupado la casi totalidad de los navíos, se reunió un consejo de guerra en Mesina para decidir la estrategia más adecuada.[310] Los audaces recomendaban enviar a Malta un socorro de hombres, con 60 galeras reforzadas; los prudentes y los expertos —o, como se decía, "los marinos prácticos"— aconsejaban trasladarse a Siracusa, para aguardar allí los acontecimientos… Hasta 10 días después, con la llegada de Juan Andrea Doria, no dispuso don García de todas sus galeras. Entonces, bruscamente y sin escuchar los consejos de nadie, decidió lanzarse a un desembarco en la isla, con sus galeras reforzadas. La flota de socorro zarpó de Sicilia el 26 de agosto. El mal tiempo la hizo derivar hacia la punta oeste de la isla, hasta Favignana; luego tocó en Trapani, escala que aprovecharon unos mil soldados para desertar. El viento favorable la impulsó hacia Lampedusa, y finalmente hasta Gozzo, al norte de Malta. El golpe de viento que había sorprendido a la flota al partir, vació el "canal" de Malta, muy a propósito, de sus navíos; pero las galeras cristianas no se pudieron reunir a tiempo en torno de Gozzo. Don García tuvo que regresar a Sicilia, abatido, el 5 de septiembre. Este fracaso inicial le valió censuras, desdenes y burlas, como un anticipo de la injusticia con que también habían de tratarle los historiadores y estrategas de gabinete del porvenir. De todos modos, la flota se hizo nuevamente a la mar al día siguiente, gracias a la categórica intervención de Juan Andrea Doria. En la noche del día 7 cruzó el canal que separa a Gozzo de Malta, llegando a la altura de la bahía de Friul, con bastante mal tiempo. Para evitar los peligros de un desembarco nocturno, don García de Toledo dio órdenes de esperar la madrugada; el desembarco se efectuó en hora y media, por la playa de Melicha. Acto continuo, la flota regresó a Sicilia.

El cuerpo de desembarco, al mando de Álvaro de Sande y de Ascanio de la Corna, progresó al principio con lentitud, entorpecido por sus bagajes, que, a falta de acémilas, había que transportar a lomo de hombres. Alcanzó penosamente los contornos de la Ciudad Antigua, donde se alojó en los grandes almacenes, fuera de las murallas. ¿Debía seguirse avanzando? El gran maestre no era de esa opinión. En efecto, los turcos habían abandonado sus posiciones y reembarcado, después de evacuar el fuerte de San Telmo. En estas condiciones, era mejor que el cuerpo de desembarco, ya bastante

castigado por las enfermedades, no avanzase hasta las posiciones turcas, donde se amontonaban detritus y cadáveres, que podían provocar una epidemia de peste. Mientras tanto, prevenidos por un tránsfuga español, un morisco, del pequeño número de cristianos que formaban las tropas de desembarco (5 000), los jefes turcos se lanzan de nuevo a la ofensiva. Avanzaron con algunos millares de hombres por el interior de la isla, hasta la Ciudad Antigua: los cristianos abaten a los invasores en las tortuosas callejuelas de la ciudad; los supervivientes se repliegan sobre las galeras de Piali Pachá, que ponen proa a Levante, mientras el grueso de la flota se dirige a Zante. La última vela turca desapareció del horizonte de Malta el 12 de septiembre. Al recibir la noticia, García de Toledo, quien con sus 60 galeras reforzadas había embarcado en Mesina un nuevo cuerpo expedicionario, juzgó oportuno desembarcarlo en Siracusa. ¿Qué hubieran hecho estos hombres en una isla devastada, arruinada y sin víveres? El 14 entró con su flota en el puerto de Malta, donde reembarcó a la infantería española de Nápoles y de Sicilia, y luego partió rápidamente rumbo a Levante, con la esperanza de apoderarse, por lo menos, de algunas naves de la retaguardia enemiga. El 23 llegaba a Cérigo,[311] donde permaneció emboscada casi ocho días; pero, a causa del mal tiempo, no logró sus propósitos. El 7 de octubre estaba de regreso en Mesina.[312]

La nueva de la victoria se extendió con rapidez. El 12 se supo en Nápoles, [313] y el 19, en Roma.[314] El 6 de octubre, y quizá antes,[315] llegó a Constantinopla, sembrando la consternación. Dice un informe "… que los christianos… no pueden caminar por las calles de las pedradas que los turcos les tiran, que andan llorando quien la muerte de su hermano, quien de su hijo, quien de su marido y amigos".[316] El regocijo de la cristiandad fue mayor de lo que antes fuera su congoja. El 22 de septiembre de 1565, los ánimos en Madrid estaban todavía bastante inquietos y poco inclinados al optimismo. [317] Ved, por ejemplo, los ditirambos del señor de Bourdeilles, alias Brantôme, que, al igual que tantos otros, llegó demasiado tarde a Mesina para embarcarse con destino a Malta. "Dentro de cien mil años, el gran rey de España, Felipe, será juzgado todavía digno de renombre y de alabanzas, y toda la cristiandad seguirá orando por la salud de su alma, si Dios no le hubiese dado ya su lugar en el paraíso, por haber socorrido con tanta perfección y a tanta gente de bien en Malta, cuando esta isla se disponía a seguir el camino de Rodas".[318] En Roma, donde habían cundido tan grandes temores durante el verano, cuando se anunció que las galeras turcas merodeaban por la desembocadura del Tíber, fue también grande la alegría y

hubo numerosas manifestaciones de regocijo. La ciudad pontificia celebró con gran júbilo el heroísmo de los Caballeros y dio gracias a Dios por su intervención; pero no se rindió ningún tributo de reconocimiento a los españoles; antes al contrario. El papa dio el ejemplo de cómo debía omitírseles en la lista de los que habían merecido la gratitud de la cristiandad, y no les perdonó ni su lentitud ni todas las dificultades que le habían opuesto desde su advenimiento al solio pontificio. Al recibirse la noticia de la victoria, el cardenal Pacheco solicitó al papa una audiencia, que fue de lo más desagradable que concebirse pueda. El cardenal sugirió que la ocasión era propicia para conceder al rey el "quinquenio", y al papa —escribe el cardenal español— "pesóle como si le diera con un arcabuz". "¿Enviarle el quinquenio? —exclamó al cabo—. Ya se contentaría con que se lo concediera, caso de solicitarlo él…". Momentos después se celebró una audiencia pública, en la que el papa habló de la victoria sin nombrar al rey de España, al capitán general ni a sus tropas, atribuyéndoselo todo a Dios y a los Caballeros.[319]

El papel de España y de Felipe II

Y, sin embargo, los méritos de Felipe II y de don García de Toledo nos parecen indiscutibles. Jurien de la Gravière, a quien Malta recuerda constantemente la batalla de Sebastopol, es más justo en sus apreciaciones que los otros historiadores. Vertot, el buen abate Vertot, que, reclinado en su sillón, no se mueve de él, reprocha a don García su prudencia y su lentitud, sin plantear el problema de esta lentitud en términos aritméticos. En su *Historia de la marina italiana*, Manfroni atribuye todo el mérito a los hombres de Italia; según él, los españoles quedan por debajo de todo el mundo. Vanas querellas de nacionalidades, consejas de cronistas, que los historiadores, a la vuelta del tiempo, sacan de nuevo a luz.

En todo caso, es evidente que la victoria de Malta marca una nueva etapa en la recuperación española, la cual no fue, ni mucho menos, obra de azar y siguió persiguiéndose activamente en este año de 1565. Fourquevaux, que llegó a Madrid a fines de año representando al rey de Francia, escribía el 21 de noviembre[320] que se estaban construyendo 40 galeras en Barcelona, 20 en Nápoles y 12 en Sicilia. Es probable —añadía, y aquí es el gobernador de Narbona quien habla— que se solicite del rey de Francia autorización para cortar en los bosques de Quillan, cerca de Carcasona, gran cantidad de "remos de escotera" con destino al equipo de las galeras de Barcelona. Por lo demás,

el enorme esfuerzo desplegado por Felipe II acarreaba otros: el duque de Florencia, por ejemplo, acometió la construcción de una nueva y numerosa flota.

Y es que, con la retirada de Malta no desapareció, ni mucho menos, el sentimiento del peligro turco; lejos de ello, surgía con mayor intensidad que nunca a fines del año. El sultán activaba sus construcciones navales, y ya el 25 de septiembre se hablaba en Constantinopla (donde es cierto que aún no se conocía el fracaso de la armada) de lanzarse a nuevas grandes empresas, principalmente en la Apulia.[321] La noticia de "la rota" de la armada, como la llama el embajador francés, no hizo más que insuflar a esos proyectos un deseo de desquite. A pesar de las dificultades con que se tropezaba para abastecerse de madera, se hablaba de construir cien barcos en el arsenal, y el sultán llegó a hablar hasta de 150 velas. Un aviso fechado el 19 de octubre dice: "ha ordenado que de la Natolia, Egipto y Grecia se le aperciban cinquenta mil hombres de remo y cincuenta mil assapis, los quales quiere que esten en orden por mediado março". El objetivo de la gran operación sería Malta, Sicilia o la Apulia. El 3 de noviembre, Fourquevaux escribía, desde Madrid, que se temía que el turco hiciera "el año próximo un maravilloso esfuerzo por mar y por tierra, si no se muere de rabia porque su armada ha sido batida en Malta".[322] Y el 21 de noviembre[323] se sabía en Madrid, por noticias recibidas de Viena, que el sultán emplearía contra Felipe II al año siguiente todas sus fuerzas, incluyendo sus jenízaros y su guardia. Avisos del 12 de diciembre anunciaban también que Solimán había declarado la guerra al emperador y que marcharía contra él al frente de 200 000 hombres,[324] pero la noticia se interpretó como un gesto hecho por Solimán en contra del parecer de sus consejeros. Todo el mundo estaba convencido de que la flota turca sería enviada contra Malta al mando de los mismos jefes que en 1565, pues si el sultán dejaba que se fortificara la isla, nunca más podría apoderarse de ella. Se pensaba, pues, que el sultán y el emperador llegarían a un acuerdo…

El gobierno español tomaba muy en serio estos rumores. El 5 de noviembre de 1565, Felipe II ordenó que se fortificara La Goleta; estaba decidido —escribe a Figueroa— a consagrar a ello los 56 000 ducados que hacían falta.[325] Decisión que parece firme, pues ordena a Adan Centurione que tome dicha suma "a cambio". En cumplimiento de tales órdenes, comienza a erigirse alrededor de la antigua fortaleza una nueva plaza (Goleta la Nueva, frente a Goleta la Vieja). Por otra parte, mantiene su flota en Sicilia, salvo las 12 galeras de don Álvaro de Bazán, que habían regresado a España.

[326] El gran maestre había amenazado con abandonar la isla de Malta si no se le socorría. A fines de diciembre, el rey de España lo ayuda con 50 000 ducados (30 000 en dinero contante y 20 000 en víveres y municiones), y con 6 000 soldados de infantería; tal es, por lo menos, lo que afirma el agente toscano.**[327]** Todo el mundo piensa que el turco sólo puede lanzarse contra Malta o contra La Goleta, comenta Fourquevaux el 6 de enero de 1566. Si se arrojaban sobre Malta, el Rey Católico enviaría a la isla 3 000 alemanes y 5 000 españoles e italianos, que se fortificarían en la montaña de San Telmo, pues el Burgo no podía repararse. Si caían sobre La Goleta, el rey mandaría a esta plaza 12 000 hombres, que acamparían alrededor de la fortaleza…

Todas estas medidas, contramedidas y disposiciones, todos estos esfuerzos, por muy meritorios que fuesen, no constituyen una verdadera política. Una política que se proponga forzar el curso de los acontecimientos. Es cierto que existe, en Madrid, el vago proyecto de formar una alianza contra los turcos, y dícese que Felipe II trata de aliarse con Venecia. Pero ¿hay algo de serio en ello? ¿ Acaso los venecianos no se habían alegrado cuando se enteraron de que el fuerte de San Telmo había caído en poder de los turcos? **[328]** Como buenos y honrados comerciantes, veían en los Caballeros de Malta los aguafiestas del negocio oriental, y nunca dejaban de informar a los turcos de lo que pasaba en Occidente. Y así, cuando Fourquevaux trató de indagar del embajador veneciano lo que podía suceder, su colega le aseguró inmediatamente que la *Signoria* no había pensado ni remotamente en una alianza con el rey de España.

Y lo mismo en lo tocante a una política común entre Francia y España: palabras al viento y nada más. La aparatosa entrevista de Bayona no marcó un punto culminante de la historia, como lo creyeron los contemporáneos y después lo han repetido los historiadores. Al otro lado de los Pirineos había un reino agitado, profundamente minado, en el que asoma ya, de vez en cuando, la mano de la traición. Al frente de él, una mujer inquieta y un rey niño. Catalina dedicábase a mostrar a su hijo por todo el reino, como si realizase una gira de propaganda, fructífera, por lo demás, aunque lenta. Cuando los reales viajeros llegaron al sur de sus dominios, juzgóse la ocasión adecuada para negociar una entrevista eventual con los soberanos españoles. No sabemos lo que pensaría el primer ministro (tal vez Montluc, casi un agente de España). Lo cierto es que Felipe II no se prestó a una visita personal, y sólo a instancias de su esposa, la reina, consintió, en enero de 1565, en dejarla reunirse unos momentos con su familia. El hecho de que

juzgara oportuno y quizá hasta político hacerse de rogar no quiere decir que aquellas negociaciones fuesen para él indiferentes.[329]

El vasto mundo hispánico estaba aún tranquilo; pero pesaban sobre el rey, cada día más abrumadoras, las responsabilidades imperiales y unas finanzas sobrecargadas de deudas. Felipe II personificaba por sí solo la suma de este imperio, de sus fuerzas y de sus debilidades. Cerca de él, su tercera mujer, Isabel, a quien los españoles llamaban "la reina de la paz", podía desempeñar un cierto papel. Todavía casi una niña, apenas había alcanzado la juventud; pero no, ni mucho menos, una esposa desgraciada, como algunos pretenden. Parece haberse hispanizado con bastante rapidez, y, desde luego, en Bayona desempeñó perfectamente el papel que le habían enseñado. Hablando de la joven reina a Felipe II, Francés de Alava, embajador de España ante el rey de Francia, escribía el 1 de julio: "Digo a V. M^{d}. con la puridad que devo que su M^{d}. ha robado los coraçones a todos los buenos y mas a los que le an oydo hablar en las cosas de la religión hermandad y amistad grande que V. M^{d}. a este rey tiene y tendra".[330] Y tal vez no faltara a la verdad al escribir así.

La joven reina partió el 8 de abril,[331] y el 10 de junio llegó[332] a San Juan de Luz, donde su madre salió a su encuentro. Juntas entraron en Bayona, el 14. Isabel permaneció allí casi dos meses, hasta el 2 de julio, un poco más de lo que se había previsto.[333] Esta reunión familiar brindó a los dos gobiernos la oportunidad de obtener garantías, de sondearse uno al otro, de proyectar matrimonios (el gran asunto de las reuniones de príncipes en el siglo XVI), y de separarse al cabo con las manos vacías, abrigando cada cual, al partir, más dudas que antes acerca de la sinceridad del otro. Es el escenario de la falsa gran historia. A nuestros ojos, claro está, no a los de los actores y de los contemporáneos.

Ni siquiera a los de Felipe II, quien hizo acompañar a la reina por el duque de Alba y por don Juan Manrique, a título de observadores y de consejeros. La figura del duque domina la escena de esta entrevista, tal y como nos la describen la gente de la época y los historiadores. Lo que deseaban los gobernantes de España era inmovilizar Francia, sumirla en sus querellas interiores y exteriores. No era un juego de amigos, pero tampoco un juego diabólico, gratuitamente inmoral e hipócrita. Esto constituía una necesidad para el Imperio español, que envolvía a Francia y en el que repercutían automáticamente todos los movimientos de ésta; sobre todo, en los Países Bajos, donde el peligro era realmente grande, después de los levantamientos de 1564. Pero era demasiado pedirle a Francia, en nombre de la defensa de la religión, que no era, una vez más, sino una cómoda máscara.

Nada se le ofrecía a cambio de ello. Podía renunciar la reina madre a su política de tolerancia, por un juego que, a todas luces, sólo interesaba a España y que sólo podía conducir a dividir y menoscabar el reino de Francia?

A pesar de las sonrisas y de las fiestas, estas profundas diferencias no podían por menos de hacerse sentir. Hubo, incluso, antes de la entrevista y durante ella, algunas alarmas. El 7 de febrero, por ejemplo, cuando ya todo estaba decidido y Catalina de Médicis había cursado a Bayona la orden de hacer grandes provisiones y preparar los aposentos "a la española", es decir, a la reina de España y a sus damas, Francés de Alava informaba desde Tolosa que corría el rumor de que los soberanos franceses llevarían en su séquito (¡oh escándalo!), a la herética "Madame de Vendôme", Juana de Albret. Felipe II subraya estas líneas del informe y anota al margen: "si tal es, yo no dexare ir a la Reyna".[334] E inmediatamente, previene[335] al embajador de Francia[336] que no quería que asistieran a la entrevista ni la reina de Navarra ni el príncipe de Conde. Otro incidente surge en junio, poco antes de la llegada de la reina de España: Francés de Alava se entera de que un embajador turco acaba de desembarcar en Marsella. Aquello colmaba ya la medida. Llamada a capítulo por el embajador, Catalina de Médicis se defiende lo mejor que puede. Despachó sin tardanza al señor de Lansac, para que presente a Felipe II sus excusas. Lansac llega a Aranjuez el 10 de junio de 1565, el mismo día en que la reina de España se reunía con su madre en San Juan de Luz, y entrega su mensaje: el rey y la reina de Francia no sabían con qué fin llegaba a su país el embajador turco y, para averiguarlo, habían enviado al barón de la Guarde a que saliese a su encuentro. Si su misión iba, por poco que ello fuese, en contra de los intereses del rey de España, podía estar seguro de que no se le escucharía, ni siquiera se le recibiría en audiencia… Felipe II escribe a su embajador: "le respondi que lo creya assi aunque muchos no podrían dexar despantarse de que este venga en tiempo que el Turco ha embiado su armada en mi daño pero confiara que si venia a algo desto seria respondido de manera que todos entiendan la amistad que ay entre mi y el rey de Francia".[337]

Era, sin duda, un incidente nimio, pero que no contribuía, ni mucho menos, a disipar las sospechas españolas. El embajador turco abandonó rápidamente la corte de la reina madre, ya el 27 de junio. La conferencia de la familia real estaba en pleno desarrollo, y la reina se apresuró a dar explicaciones al duque de Alba. Sólo había hablado con el turco, le dijo, de los saqueos y depredaciones cometidos en la Provenza,[338] y el turco había prometido que se harían las restituciones del caso, a condición de que se despachase ante el sultán a un emisario francés. Una embajada en Turquía: he

ahí la intención de Francia, pensó el de Alba, y “respondió al duq. a la Reyna que pues el armada estava aca que no havia que hablar en embiar persona; que el año que viene staria la de V. M^{d}. tan en orden que la del Turco podria hazer poco daño”.[339]

Parece, pues, que en Bayona los españoles consideraban evidente el abandono por Francia de su amistad casi tradicional con los turcos y trataban de arrastrar a este país a la política contra los herejes, y contra el sultán. Las negociaciones se llevaron hábilmente y, meses más tarde, las conferencias aún no se habían interrumpido. “Parece que os quieren envolver en una liga de grandes consecuencias”, escribía Fourquevaux a la reina de Francia. Los españoles invocan continuamente los deseos expresados en Bayona por Catalina. La reina había hablado de matrimonios, como paso hacia una liga. Los españoles hablaban, sobre todo, de la liga, comenzando así “por el rabo”, como decía Fourquevaux.[340] El embajador encarecía los peligros que entrañaba semejante liga, ahora que el «Turco está en buena paz con Su Majestad y cuando los franceses son mejor acogidos en sus puertos y en su país de lo que lo son en el país y en los reinos de dicho Sr. Rey, estando Francia colocada de tal modo que las fuerzas turcas no son de temer mucho. Así, pues, para romper la paz contra el dicho Turco y perder el comercio de las mercancías y del tráfico de vuestros subditos, aquella Majestad debe conceder todo lo que Vuestra Majestad tenga a bien pedirle.» Lo que Catalina pedía eran matrimonios ventajosos para sus hijos, y Fourquevaux pensaba que estas bodas no serían realizables, especialmente la del duque de Orleáns con la hermana de Felipe II, la princesa Juana, que no parecía verlo con buenos ojos; otro tanto ocurría con el matrimonio de Margarita con don Carlos. La diplomacia española jugaba estas cartas, viendo en ello una manera de contener, si no de dominar, el gobierno francés.

Juego de poca monta, por lo demás. El argumento superior de Madrid era de una gran política católica. Pero esta política era, simplemente, la de España (una gran política católica sólo podía venir de Roma, donde Pío IV acababa de morir). España no sentía ni siquiera, entonces, el deseo de una gran política mediterránea, que supondría un impulso, una pasión, intereses, un poderío monetario y una libertad de movimientos que el Rey Prudente no comparte, por lo menos, de momento. Se siente rodeado de peligros por todas partes. En el Mediterráneo, desde luego; pero también por parte de los piratas protestantes en el Atlántico; el peligro de Francia, en las fronteras de los Países Bajos; el peligro de los mismos Países Bajos, donde se anunciaban nuevos disturbios, amenazando a todas las fuerzas de España que

desembocaban en la gran estación reguladora de Amberes. Ya se extiende, en diciembre de 1565, el rumor, que habría de correr durante varios años, de un posible viaje de Felipe II a Flandes.[341]

En realidad, todo se conjuraba para que Felipe II no pudiera abrazar cualquier gran designio político o proseguirlo insistentemente. Durante los primeros 10 años de su reinado no tuvo más remedio que hacer frente al más cercano, al más inminente de los peligros. Y hacerlo con los menores gastos, sin arriesgar demasiado, sin comprometer demasiado el porvenir. Estaban todavía muy lejos los excesos imperialistas finales del reinado en que ya Felipe II habrá dejado de ser el Rey Prudente.

CAPÍTULO III [II-502]

EN LOS ORÍGENES DE LA LIGA SANTA (1566-1570)

DE 1556 a 1570 se precipitan los acontecimientos. ¿Como consecuencia lógica del periodo relativamente tranquilo que tan mal y tan bruscamente había cerrado el tetral golpe de Malta en el otoño de 1565? Las fuerzas mantenidas al margen pugnan por actuar.

Pero subsiste la incertidumbre… ¿El Mediterráneo va a atraer y a fijar en su seno, bajo la forma de proyectos y de vigorosas empresas, a las acrecentadas fuerzas del Imperio hispánico o éstas derivarán hacia los Países Bajos, el otro polo del poderío de Felipe II? Estas dudas tienen su parte de responsabilidad en una meteorología política complicada y por mucho tiempo incierta. ¿Quién decidirá, a la postre? ¿Los hombres, o las circunstancias, tan arbitraria y tan absurdamente entrelazadas, muchas veces? ¿Quién decidirá? ¿El Occidente, como parecería casi lógico, o el Oriente turco, siempre "cargado en el aire" y dispuesto a lanzarse sobre la cristiandad?

I. ¿LOS PAÍSES BAJOS O EL MEDITERRÁNEO?

La elección de Pío V

El 7 de enero de 1566, un voto inesperado elevó al solio pontificio al cardenal Ghislieri, a quien sus contemporáneos conocían por el nombre de cardenal de Alejandría. En señal de reconocimiento hacia Carlos Borromeo y su partido, a quienes debía su elección, tomó el nombre de Pío V, honrando así a un predecesor que, sin embargo, no sentía gran afecto por él. Pío IV y Pío V: dos hombres bien contradictorios. Descendiente de una rica y poderosa familia milanesa, el primero era un político, un jurista. Era, todavía, un hombre del Renacimiento. Pío V, en cambio, procedía de una cuna muy humilde. De niño, había guardado rebaños. Es uno de esos innumerables hijos

de pobres en quienes la Iglesia encuentra a menudo, en el siglo de la Contrarreforma, a sus más apasionados servidores. A medida que transcurre el siglo, son ellos, los pobres, quienes dan el tono y la pauta de la Iglesia. Los pobres, los "advenedizos" (como los llama despectivamente Alfonso de Ferrara, el que en 1566 fracasó en su intento de hacer que ciñera la tiara a su tío, el cardenal Hipólito d'Este). Pío V era cabalmente uno de estos "advenedizos"; no un cardenal "principesco", ni un amigo y conocedor del mundo, dispuesto a los compromisos sin los que "el mundo" no existiría, sin los cuales no habría política posible. Tiene el fervor, la convicción, la aspereza y la intransigencia de los pobres y, a veces, su extrema dureza y su dificultad para perdonar. No era, ciertamente, un papa del Renacimiento, pues los tiempos habían cambiado. Un historiador ha dicho, refiriéndose a esto, que había en él algo de medieval; digamos, más bien, con otro historiador, algo de bíblico.[1]

Pío V nació el 17 de enero de 1504,[2] en Bosco, cerca de Alejandría, y sólo por una casualidad llegó a asistir a la escuela. A los 14 años ingresó en el convento de dominicos de Voghera. Profesó en 1521, en el convento de Vigevano, y fue ordenado sacerdote siete años más tarde, después de haber estudiado en Bolonia y en Génova. Desde entonces, no hubo vida más simple ni más recta que la de fray Miguel de Alejandría, el más humilde de los dominicos, el más obstinadamente pobre, el más sencillamente vestido; viajaba siempre a pie y con su morral al hombro. Los honores caían sobre él, pero siempre lo contrariaban, y siempre iban emparejados con duras tareas. Nombrado primero prior y después provisor, lo encontramos en 1550 convertido en inquisidor de la diócesis de Como, punto neurálgico de la frontera y de la defensa católicas. Libra allí una lucha encarnizada. Y, por supuesto, se incauta en este año de 1550 de algunos fardos de libros heréticos, lo que le acarrea inauditas dificultades. Pero también un viaje a Roma y el contacto con los cardenales de la Inquisición, principalmente con el cardenal Caraffa, quien desde entonces se interesa por él. Su recomendación le vale ser nombrado comisario general de la Inquisición de Julio III. Al advenimiento de Paulo IV, el 4 de septiembre de 1556, fue ordenado obispo de Sutri y Nepi, mas, para poder tenerlo a su lado, el papa le nombra prefecto del Palacio de la Inquisición. El 15 de marzo de 1557 es designado cardenal. No olvidemos, en efecto, que el futuro Pío V es un hombre cortado a gusto de las simpatías de Paulo IV, por su intransigencia, su violencia apasionada y su voluntad de hierro. Por lo mismo, no se entiende bien con el sucesor de Paulo IV: Pío IV era demasiado "mundano", demasiado amigo de las transacciones, demasiado

deseoso de complacer, para entenderse bien con el “cardenal de Alejandría”. El nuevo papa de 1566 debería haber tomado el nombre de Paulo V.

Era por aquel entonces un hombre viejo, calvo, de larga barba blanca, y, según el testimonio de un embajador, no tenía más que la piel sobre los huesos.[3] Sin embargo, es hombre de una vitalidad excepcional y de una actividad sin límites. Jamás se retiraba a descansar, ni siquiera en las terribles y agotadoras jornadas del *sirocco* en Roma. Se sustentaba con muy poco: “a mediodía, una sopa de pan con dos huevos y medio vaso de vino; por la noche, una sopa de legumbres, una ensalada, algún marisco y fruta cocida. En su mesa no se servía carne más que dos veces por semana”.[4] En noviembre de 1566, cuando fue a visitar en la costa los trabajos de la defensa, se lo vio caminar a pie, como en otro tiempo, al lado de su litera.[5] Fueron sus virtudes las que le ganaron los sufragios del Sacro Colegio, y no sus intrigas o las de los príncipes, quienes, esta vez, no pudieron intervenir en la elección.[6] En 1565, Requeséns escribía a Felipe II: “Es teologo y muy buen hombre y de vida muy exemplar y de gran celo en las cosas de la religión y a mi juicio, es el Cardenal que en los tiempos de agora más convendria que fuesse Papa”.[7]

Pío V no desmintió su pasado en el trono de San Pedro, y entró en la leyenda ya antes de su muerte. En los primeros años de su pontificado, Requeséns repetía insistentemente que desde hacía tres siglos la Iglesia no había tenido mejor jefe, y que era un santo. Este mismo juicio lo encontramos en los textos de Granvella.[8] Era imposible acercarse a Pío V sin advertir en seguida su carácter extraordinario. Cualquier palabra suya produce una extraña impresión de violencia y de personalidad. Vivía en el mundo de lo sobrenatural, abismado en sus fervores; el hecho de que nunca descendiera al mundo de los pequeños cálculos razonables de los políticos es precisamente lo que hace de Pío V una gran fuerza histórica, muchas veces imprevisible y peligrosa. Un consejero imperial escribió, en 1567: “Preferiríamos que el actual Santo Padre hubiese muerto, por muy grande, inexpresable, desmesurada y extraordinaria que sea su santidad”.[9] Hay que reconocer que, para algunos, esta santidad era un obstáculo.

Intransigente y visionario, Pío V comprendió mejor que nadie el sentido de los grandes conflictos de la cristiandad contra los infieles y contra los herejes. Su sueño fue librar estos grandes combates y, por tanto, apaciguar cuanto antes los conflictos que dividían entre sí a los miembros de la cristiandad. Tomó en sus manos en seguida y con gran pasión el viejo proyecto de Pío II de unir a los príncipes cristianos contra el turco. Uno de sus primeros pasos fue pedir a Felipe II que renunciara en Roma a la querella de

precedencia con Francia, que había provocado el retiro de Requeséns durante el pontificado de Pío IV.[10] Tales querellas sólo sirvieron para arrojar al Rey Cristianísimo en brazos de Turquía. Otro de sus primeros pasos fue contribuir al armamento marítimo de España contra el islam.

Sabido es a qué discusiones y a qué regateos se prestaban ordinariamente las concesiones de las gracias eclesiásticas de Roma a España, las gratificaciones que había que dar a los parientes y favoritos del papa, los gastos accesorios y el tiempo que todo esto requería… Pues bien, como el subsidio de las galeras que Pío IV concediera por cinco años acababa de expirar justamente al ser elegido el nuevo papa, éste lo renovó inmediatamente sin hacerse de rogar. El 11 de enero de 1566, es decir, cuatro días después del advenimiento pontifical, Requeséns escribía a Gonzalo Pérez regocijándose sin reservas ante este "quinquenio", que no le había costado al rey un solo maravedí. "A lo mejor el primer quinquenio le costó al Rey quinze mil ducados de renta sobre vasallos en el reyno de Nápoles y doze mil de pensiones en España que dio a los sobrinos del Papa, sin muchos dineros que gastó en inviar ministros a tratallo".[11] Nuevo pontificado, nuevas costumbres. Indudablemente, la Iglesia había encontrado en Pío V un jefe enérgico y decidido. Decidido a una nueva cruzada. Los acontecimientos del año 1566 contribuyeron poderosamente a crear un clima favorable a esta cruzada y a afianzar al papa en sus proyectos.

Los turcos, en Hungría y en el Adriático

Ya hemos dicho cuán alarmantes eran las noticias de Levante en noviembre y diciembre de 1565. Admitido en audiencia pública a la puerta del cónclave, el 30 de diciembre de 1565, el embajador veneciano conjuró a los cardenales en razón de estas malas noticias, para que se apresuraran a elegir un nuevo pontífice.[12] La "voz pública" hablaba de una armada más poderosa que la del año de Malta.

Estos avisos de noviembre y de diciembre explican las grandiosas disposiciones de los Estados mayores. Felipe II recordó a Chantonnay, el 16 de enero, que, en vista del anuncio de una armada turca más numerosa y más potente que la de 1565, había decidido proveer inmediatamente a la defensa de las dos plazas amenazadas: enviaría a Malta, para reforzar los efectivos propios de los Caballeros, 1 000 españoles experimentados, 2 000 alemanes y 3 000 italianos; y a La Goleta, cuya nueva fortaleza no se había acabado aún, 5 000 españoles adiestrados, 4 000 italianos y 3 000 alemanes, o sea, en total,

12 000 hombres, quienes, a falta de alojamiento, podrían instalarse en las "montañas" contiguas a la fortaleza y abundantes en agua.[13] Estos planes entrañaban las múltiples medidas que son de suponer, en las cuales se distinguía la lenta, pero minuciosa máquina burocrática de Felipe II. Su trabajo, nada silencioso esta vez —más bien voluntariamente rodeado de publicidad—, era del pleno conocimiento de los embajadores extranjeros acreditados en Madrid.[14] Las órdenes se daban en voz alta, como para que nadie las ignorara, y se sucedían uno tras otro los nombramientos: el de Ascanio della Corna, comandante de los alemanes que irían a Malta; el de don Hernando de Toledo, hijo del duque de Alba, para La Goleta; el de don Álvaro de Sande, para Orán.[15] El 26 de enero, Fourquevaux hablaba también de un convoy de 2 000 españoles reunidos entre las guarniciones de Nápoles y destinado a Orán. Llegó incluso a afirmar que los españoles desearían que los turcos atacaran la Apulia y Sicilia, seguros de que, en semejante caso, "toda la cristiandad acudiría inmediatamente al socorro". Cierto es que, un mes más tarde, el mismo Fourquevaux informaba que el rey de España ofrecería a los venecianos cuatro ciudades de Italia para atraerlos a una alianza contra el turco.[16]

La publicidad que se hacía en torno de los armamentos españoles, por otra parte, provocaba sus sospechas. El embajador se preguntaba si las cifras que el duque de Alba le había comunicado no estarían infladas. Sospechas injustificadas, pues estas mismas cifras aparecen en las órdenes y comunicaciones del rey.[17] Faltaría explicar, sin embargo, por qué los españoles, en contra de todas sus costumbres, hacían tanto ruido alrededor de sus preparativos militares. ¿Para disimular otros? Por otra parte, guardaban silencio en torno de los armamentos marítimos que se llevaban a cabo en Barcelona y en Nápoles, los cuales, por lo menos los de esta última ciudad, se veían entorpecidos por la escasez de forzados.[18] Se habían tomado todas las medidas de seguridad posibles, y oportunamente; es decir, con mucha anticipación.

Pero de Constantinopla llegaban noticias que, de ser verdaderas, harían inútil una buena parte de estas precauciones. Un informe del 10 de enero revelaba que la armada saldría, pero menos fuerte que cuando había atacado Malta, pues no tenía suficientes remeros ni municiones. Se calculaba que constaría de unas cien galeras, a las órdenes de Piali Pachá, y que no acometería ninguna empresa en grande; pero para estorbar las concentraciones de la flota hispánica, tal vez intentaría una incursión hasta las costas de Génova. Por otra parte —y ésta era la gran noticia—, todos estaban

de acuerdo en que el viejo Solimán se aprestaba a ir en persona a Hungría y aun más allá, hasta Viena.[19] En efecto, la guerra habíase reanudado a lo largo de la frontera balcánica en 1565; pero Maximiliano había despachado agentes y cartas para ponerle fin y repetir el cuadro de condiciones que produjo la tregua de 1562. En todo caso, la renovación de la tregua estaba lo más lejos posible del ánimo del sultán, cuyos preparativos militares eran gigantescos: hablábase de una leva de 200 000 turcos y de 40 000 tártaros. Los turcos se preparaban para la campaña, arruinándose con compras de camellos y de caballos, los cuales eran ya "*carissimos*". Otro hecho sintomático era que el viejo sandjac de Rodas, Ali Portuc, guardián del Archipiélago, partiese con sus galeras para el Danubio, con la misión de mandar construir barcas y aparejos para atravesar ríos.[20]

Todo esto no era obstáculo para que continuasen los proyectos marítimos contra el Occidente. El 27 de febrero, los remeros llegaron a Constantinopla,[21] señal de que las galeras estaban listas. Pero todos los informes coincidían en que las unidades no pasarían de Siena.[22] Se anunciaba su partida más o menos para el 1 de abril. Pero era más que evidente que, desde el momento en que había guerra en Hungría, se podía contar con que el peligro en el Mediterráneo fuese menor.[23] ¿A dónde iría la armada, puesto que no podía empeñarse en un ataque de gran envergadura? Génova, que siempre había dispuesto en el Levante de un excelente servicio de información —el mejor, a juzgar por los documentos que se conservan, tal vez a causa del gran número de renegados genoveses radicados en aquella región—, recibió una carta fechada el 9 de febrero de 1566, donde se le prevenía que la armada turca proyectaba entrar en el golfo de Venecia, atacando Fiume, y una vez reunido un botín que no podía menos de ser considerable, se abriría paso para ir en refuerzo del ejército del gran señor en Hungría.[24] Las galeras turcas no avanzarían sino al saber que la flota española no estaba concentrada.

Desde entonces, cada cual empezó a cobrar confianza. Según escribió Requeséns al rey el 18 de abril, los malteses estimaban que la pesada hipoteca que pesaba sobre ellos se había levantado ya por completo.[25] El propio Felipe II parecía estar dispuesto, en mayo, a dejar sin efecto las grandes medidas tomadas en el invierno,[26] y el virrey de Nápoles, deseoso de economizar, le pidió acto continuo, el 20 de abril, que licenciara a los alemanes, tan pronto se recuperaran los 1 500 españoles de Nápoles que había prestado a don García de Toledo y que a la sazón se encontraban en Sicilia y en La Goleta.[27]

Por fin, la flota turca zarpó de Constantinopla el 20 de marzo con un efectivo de 90 a 106 galeras solamente, incluyendo las 10 galeras de Alejandría[28] —los informes acerca del número de unidades varían—. Pero faltándole los grandes medios de operación —la infantería y la artillería de desembarco— y no habiéndosele asignado con precisión determinado objetivo, la armada no mostró ninguna prisa en atravesar el Archipiélago. Sin combate, se ocupó en liquidar la dominación genovesa en la isla de Quíos, contentándose con exilar a los *signori mahonesi*, con sus mujeres y sus hijos, a Caffa, en el mar Negro.[29] El 10 de mayo se pensaba en Corfú que la flota entraría al golfo;[30] pero hasta el 20 de julio no apareció en el canal de la isla, [31] y el 11 llegó a Valona,[32] de donde pasó a Dirraquio y después a las bocas de Cattaro y Castelnuovo, adonde llegó, probablemente, el 23.[33] Ante semejantes noticias, el gran maestre de Malta y don García de Toledo decidieron licenciar a sus soldados inútiles, pues la estación ya estaba demasiado avanzada para que la flota turca pudiese intentar algo contra la isla.[34] Dieciocho galeras se llevaron a los soldados alemanes, y el marqués de Pescara, que había sido nombrado algunos meses antes comandante general de las tropas enviadas por Felipe II a la isla, abandonó su puesto, no teniendo ya nada que hacer. Lejos de provocar un sobresalto, la entrada de la flota turca en el Adriático parece haber despertado el regocijo de los españoles. Después de todo, el golfo era incumbencia de los venecianos… Era asunto suyo armarse, negociar y tomar sus precauciones. ¿Qué arriesgaban los españoles en esta aventura? La costa napolitana estaba sobre aviso, defendida, y se había desalojado a sus habitantes hacia los lugares del interior.

Según los datos venecianos, la flota turca llegó a Cattaro el 21 de julio, en número de 140 velas, entre ellas 120 galeras, galeotas o fustas. El 22, Piali Pachá fue hasta Ragusa en tres galeras y allí recibió el tributo de la república de San Blas.[35] Días después, la armada comenzó sus ataques contra la costa poco fértil de los Abruzos.[36] El 29 de julio desembarcaron en las cercanías de Francavilla entre 6 000 y 7 000 hombres, se apoderaron de la ciudad, abandonada por sus habitantes, y le prendieron fuego. De Francavilla partió una galera con dos esquifes a reconocer las aguas de Pescara; mas bastó que de la ciudad —preparada para la defensa— dispararan algunos cañonazos, para que los barcos viraran en redondo. La armada se dirigió entonces sobre Ortona a Mare. También encontró evacuada esta ciudad, y la incendió, al igual que otras poblaciones de la costa. El 5 de agosto, los turcos intentaron introducir una punta hasta unas ocho millas al interior, hasta un lugar llamado Serra Capriola, en la provincia de Capitanata. Escogieron mal lugar, pues se

encontraron con una defensa vigorosa e inesperada, que les obligó a retirarse en desorden. El 6 por la noche, la flota apareció frente a Vasto, con 80 galeras, pero se desvaneció en la misma noche. El día 10 se supo en Nápoles, por cartas del gobernador de la Capitanata, que el mal tiempo había arrojado a tierra cuatro galeras turcas a la altura de Fortor.[37] Las tripulaciones se salvaron; pero se dieron órdenes a efecto de que se recuperaran la artillería y los aparejos, y de que se incendiaran las naves que los turcos hubiesen podido poner nuevamente a flote. El informe añadía que todo estaba listo para el caso de que la flota enemiga regresara a atacar las costas del reino. Mientras tanto, los ataques no habían logrado gran cosa. Tan pronto se enteró de la partida de la armada desde Quíos, el virrey ordenó la evacuación a fondo de todos los puntos no defendidos del litoral, y el turco tuvo que operar en el vacío. Era increíble que apenas se hubiese apoderado de tres cautivos; irrisorio botín, si se tiene en cuenta que cuantas veces había llegado la armada turca al reino, se llevaba siempre no menos de 5 000 o 6 000 almas, aunque tuviese a retaguardia una buena cantidad de galeras de su majestad católica. En cuanto a los daños materiales, eran mucho menores de lo que se temía.[38]

No obstante, la armada turca navegaba ya, al parecer, de regreso. El 13 de agosto despalmó en Castelnuovo, y a continuación tocaba en Lepanto, con sus tripulaciones en bastante mal estado y diezmadas por las enfermedades. Poco después llegaba a La Prevesa, de donde, según se decía, se había hecho a la vela hacia Constantinopla.[39] Por eso sorprendió mucho verla regresar en septiembre sobre Albania, la “Cimara”, como se la llamaba.[40] Subió hasta Valona. ¿Había llegado sólo para castigar a los albaneses sublevados?[41] El virrey se hacía esta pregunta, sin inquietarse demasiado, pues los marinos de Nápoles, en cuyas filas los españoles habían sustituido a los alemanes, estaban en guardia. No había, pues, por qué alarmarse. Antes de que entrara el invierno, el nuevo peligro se desvaneció tranquilamente.

Tal fue la campaña marítima de 1566 de uno y de otro lado —del lado turco, en que tan poco se hizo en el mar Adriático, y del lado español, en que dominaba la espera pasiva—, una campaña sin amplitud. Los españoles se guardaron muy bien de aprovechar la ocasión para actuar en Argel o en Túnez, como hicieron creer, por un momento, que era su intención.[42] Más bien se aprovecharon de la quietud de este año, que reservaba a otros los golpes y el peligro. Es cierto que Venecia jamás había acostumbrado preocuparse de los otros para inspirar piedad y ahora parecía que todos los golpes iban dirigidos contra ella. El turco llegaba hasta su propia casa, en su golfo, contrariamente a todas las convenciones; la señoría formuló

reclamaciones muy enérgicas e hizo inmediatamente frente a la situación. En julio botó al agua un centenar de galeras,[43] y fue quizá esta firme actitud la que detuvo a los turcos en su marcha hacia el norte. De cualquier modo, Venecia fue presa de una inquietud de la que participaba el resto de Italia, y principalmente el papa, que hasta accedió a escuchar y a satisfacer las demandas venecianas. A fines de julio y comienzos de agosto hizo que el cardenal Alessandrino escribiera, y escribió él mismo a don García de Toledo, exhortándole a presentarse en Brindisi con toda su flota, pues los venecianos habían dicho que armarían cien galeras y que, uniéndose a las de don García, podrían caer sobre la armada turca.[44] Don García contestó el 7 de agosto,[45] jurando al papa defender los Estados de la Iglesia igual que los del propio rey de España, aunque declinaba aceptar ninguna participación en el audaz proyecto que Roma le había propuesto. No cabe duda de que la flota turca, cogida entre la fuerza española y la fuerza veneciana, no hubiese podido escapar; pero Venecia sólo quiso batirse en el instante en que se vio gravemente amenazada, y, por el sur, el sabio, prudente y enfermizo don García de Toledo no había recibido órdenes de ser agresivo. No cabía duda de que entre toda la cristiandad, el papa fue el único que pensó que aquella ocasión era magnífica para destruir la flota de Solimán.

Esta guerra del Adriático, a pesar de lo limitados que fueron a la postre sus efectos, debió parecer en su tiempo bastante dramática, a causa del trastorno general que sacudía Europa. En Francia, el caso Brantôme: es la hora de las agitaciones, de los viajes, de las inquietudes juveniles. Unos iban a combatir Hungría, con el joven duque de Guisa; otros, a Nápoles; otros, como el hijo de Montluc, a correr aventuras en el Atlántico y a morir en la toma de Madera.[46] Inquietud general. Nadie permanecía en su sitio. El propio Felipe II hablaba de viajes. Por todas partes amenazaba la guerra: en los Países Bajos, que estuvieron a punto de sublevarse en agosto, y desde el Adriático hasta el mar Negro, donde se extendía la ancha huella roja de una furiosa lucha continental, proyectando a través de enorme distancia la guerra de las flotas del Adriático.

La reanudación de la guerra en Hungría

La muerte del emperador Fernando (25 de julio de 1564) les sirvió de pretexto a los turcos para exigir el pago de los tributos atrasados y para traer nuevamente a cuento la tregua de 1562. El pago se verificó el 4 de febrero de 1565,[47] y en compensación, confirmóse la tregua por ocho años. Pero

Maximiliano, que no renunciaba a sus proyectos contra la Transilvania, había concentrado importantes tropas, y tomó Tokay y Serencs. Ahora bien, poner las manos sobre Transilvania o contrariar por este lado la acción de los turcos era revivir las discordias latentes, desencadenar una guerra "encubierta", que, como siempre, se resolvía en una serie de golpes de mano y de sitios. Así, pues, en 1565, la larga frontera de Hungría estaba más agitada que nunca. Maximiliano, cogido en los asuntos de Transilvania como en un avispero, hizo vanos esfuerzos pacifistas, más o menos sinceros, a decir verdad, pues quería la paz, pero no a base de concesiones. Además, se encontró con la poderosa hostilidad del gran visir Mehemet Sokobi, y el propio sultán estaba deseoso de borrar por medio de algunos éxitos aparatosos el fracaso y el odio que le había dejado el ataque contra Malta. Desde su puesto de avanzada, el pachá de Buda, Arslan, no cesaba de provocar la guerra, haciendo ver hasta qué punto la Hungría cristiana estaba desguarnecida de tropas. Predicando con el ejemplo, se arrojó él mismo contra la pequeña plaza de Palota, el 9 de junio de 1566; pero un poco precipitadamente, pues los imperiales la liberaron en el momento en que iba a apoderarse de ella y, aprovechando el impulso, tomaron Wessprim y Tata, desatando una matanza sin discernimiento entre amigos y enemigos, entre turcos y húngaros, entre todos los que se encontraron en las ciudades.**[48]**

Así empezaba de nuevo la guerra de Hungría. No se podía decir que fuera una sorpresa. En Viena, nadie ignoraba ni dejaba que se ignorara que una reacción turca era más que previsible. La Dieta germánica había acordado para ese año un socorro excepcional de 24 *Römermonaten*, y ocho más por cada uno de los tres años siguientes.**[49]** El 29 de abril de 1566, el embajador español en Londres habló, a propósito de esta liga, de 20 000 hombres de infantería y de 4 000 de caballería por tres años.**[50]** Por otra parte, Maximiliano obtuvo una ayuda del papado y de Felipe II, en dinero y en hombres, sobre cuyo monto difieren algo los documentos, aunque se sabe que fue considerable. El 23 de marzo de 1566, el agente toscano en Madrid hablaba de 6 000 soldados españoles y de 10 000 escudos mensuales (dinero que, por lo demás, había asegurado Felipe II ya en 1565).**[51]** Los pagos debían hacerse por intermedio de los Fugger y de los banqueros genoveses.**[52]** Un mes más tarde (el 6 de junio), se hablaba de 12 000 escudos mensuales, sin contar con una entrega de 300 000 escudos.**[53]**

Así, pues, el emperador tuvo tiempo y medios para prepararse. En el verano reunió cerca de Viena 4 000 hombres de tropas bastante abigarradas, **[54]** las cuales sólo le permitían mantenerse a la defensiva; por lo demás, no

era otra su intención. Como la distancia entre Constantinopla y Buda era larga, daba por descontado que el enorme ejército turco no se desplazaría rápidamente. Por lo menos necesitarían 90 *giornate* para hacer el camino. Además, les quedaba poco tiempo para combatir, pues desde octubre tendrían en su contra el frío y las dificultades para aprovisionarse, considerables para un ejército tan numeroso que evolucionaba a través de un país desierto. Así se lo explicó el emperador a Leonardo Contarini, el embajador veneciano,[55] no sin cierto optimismo exagerado y un tanto de presunción. El embajador se hizo eco de las cifras manifiestamente hinchadas que elevaban las fuerzas imperiales a 50 000 infantes, 30 000 de caballería y una importante flota danubiana.[56]

En realidad, las fuerzas de Maximiliano eran seguramente como las que había visto y juzgado tan severamente en 1562 Busbec. Quizá no anduviese equivocado Fourquevaux al pensar que la guerra no se desarrollaría en ventaja del emperador, y en su deseo de "que el Gran Señor de los turcos se obstine y persevere en su empresa de Hungría; pues de otro modo la peste de Alemania —decía— se hará demasiado temible, si los asuntos se apaciguan por ese lado".[57] Por desgracia para Francia, donde hervían las guerras de religión, y a la que con tanta frecuencia saqueaban los veteranos, la paz se estableció en Hungría en 1568 y duró hasta 1593.

Contra las tropas de Maximiliano se encaminaba hacia Hungría un enorme ejército turco de 300 000 hombres, dividido en diferentes cuerpos, según los informes recibidos por Carlos IX; hordas armadas a su modo, "con una cantidad tal de artillería y de toda clase de municiones, que es algo espantable".[58] El sultán salió de Constantinopla el 1 de mayo,[59] con un aparato más impresionante que el que había llevado en cualquiera de sus doce campañas anteriores. Iba en un carro, pues su salud no le permitía viajar a caballo por una ruta militar y comercial tan larga como la de Constantinopla a Belgrado, vía Adrianópolis, Sofía y Nich. Mal que bien, se habían arreglado los difíciles caminos por donde pasaría el carro imperial; se organizaron eficientes y fructíferas batidas contra los bandidos que merodeaban a lo largo de la ruta, lo cual no fue óbice para que atacaran al ejército y más aún a sus contingentes de aprovisionamiento. Una serie de horcas se alzaban contra ellos en los acantonamientos. Más allá de Belgrado, el gran problema no era negociar con Transilvania, sino franquear los ríos, el Save en Chabats,[60] el Danubio cerca de Vukovar[61] y el Drave en Essek, lo cual se logró entre el 18 y el 19 de julio.[62] El ejército tenía que construir puentes cada vez que necesitaba cruzar un río, sobre aguas crecidas (especialmente, en el Danubio)

y no sin dificultades. Más allá de Essek, un incidente, la feliz incursión de un capitán imperial, sesgó la marcha del ejército turco sobre la plaza de Szigeth (o Szigethvar), donde, a poca distancia de Pecs, ejercía el mando justamente ese capitán, el conde Nicolás Zriny. El sultán y sus tropas llegaron ante los muros de la ciudad el 5 de agosto, y el 8 de septiembre tomaron la plaza.

Pero las operaciones turcas, apenas iniciadas, estaban ya condenadas al fracaso: tres días antes de esta victoria, en la noche del 5 al 6 de septiembre, murió Solimán el Magnífico, no se sabe de qué, "de decrepitud, de disentería o de un ataque de apoplejía", dice Hammer.[63] Poco importaba la causa; el hecho es que muchos historiadores fijan en esta fecha el principio de la "decadencia del Imperio otomano".[64] Siquiera por una vez, una precisión de esta naturaleza no carece de sentido, puesto que el imperio, que dependía enormemente de su jefe, pasó entonces de manos del Magnífico, del Legislador (así le llamaban los turcos), a las del débil Selim II, el "hijo de la judía", que gustaba más de la buena mesa y del vino de Chipre que de las campañas belicosas. El gran visir Mehemet Sokobi ocultó la muerte del soberano, para dar tiempo a Selim a correr de Kutaya a Constantinopla y tomar posesión del trono vacante. La guerra prosiguió hasta el invierno de manera desorganizada, con triunfos de una y otra parte. Mejor dicho, una y otra parte anunciaban triunfos; el 1 de septiembre de 1566, el archiduque Carlos anunció en Goritza, al margen del teatro principal de las operaciones, [65] una victoriosa operación del capitán de Croacia, quien regresó con prisioneros y ganado tomados en Bosnia. La noticia se transmitió inmediatamente a España, vía Génova. Probablemente se trata del mismo asunto de que se habló en París: un gran encuentro del archiduque Carlos con los turcos, en el cual se decía que había muerto el duque de Ferrara.[66]

La guerra estaba casi terminada. Al llegar el invierno, los turcos se retiraron y el ejército imperial se deshizo por sí mismo, sin que fuese necesario licenciarlo. En diciembre se corrió por París la noticia de que se concertaría una tregua con los turcos, ya antes de que terminara la Dieta.[67] Felipe II, no en vano llamado el Prudente, desde septiembre hizo retener para su servicio "todo lo que el emperador *desfenderá* si el Turco se retira".[68] Precaución harto explicable: Felipe II acababa de ver abrirse, en este mismo año de 1566, un nuevo abismo de gastos militares: el de los Países Bajos.

Los Países Bajos en 1566[69]

Sale del marco de nuestro estudio ocuparnos de los largos y complejos orígenes de la guerra de los Países Bajos; orígenes políticos, sociales, económicos (recuérdese la gran escasez de trigo de 1565),[70] religiosos y culturales a la vez. Tampoco podemos afirmar, como otros tratadistas, que el conflicto que estalló fuese inevitable. Sólo nos interesa su incidencia en la política de Felipe II, a la cual desvían del Mediterráneo, para canalizarla violentamente hacia el norte a raíz del dramático sitio de Malta. Los Países Bajos no fueron "españoles" más que de nombre hasta 1555 (digamos hasta 1544, fecha en que pasaron a ser, por más de un siglo, una plaza fuerte contra Francia; o, mejor aún, desde 1555, con la abdicación de Carlos V). Hasta entonces habían vivido como abandonados a su propia suerte, dejados en libertad, con su papel de encrucijada, abiertos de par en par sobre Alemania, Francia e Inglaterra. Un país libre, con sus franquicias, sus garantías políticas y sus privilegios monetarios; una segunda Italia muy urbanizada e "industrializada", muy dependiente del exterior y muy difícil de gobernar, por éstas y otras razones. No obstante, los Países Bajos seguían siendo más rurales de lo que generalmente se cree, y de ahí que conservaran una poderosa aristocracia: la casa de Orange, la de los Montmorency (de la cual es segundona la rama francesa), o la del conde de Egmont. Esta aristocracia altiva, orgullosa de sus privilegios y de sus intereses, deseosa de gobernar, estaba estrechamente vinculada, aunque de lejos, con las querellas de los partidos en la corte de España, con el partido de la paz, que era el de Ruy Gómez, desde 1559. Esto abre horizontes cuya importancia será necesario poner de manifiesto algún día, si se quiere escribir una historia completa de los disturbios de los Países Bajos.

Forzosamente, y aunque no hubiese sido más que por la situación geográfica que los colocaba en el corazón del norte, los Países Bajos no podían escapar a las múltiples corrientes de la Reforma. Mercaderías especiales, pero mercaderías al fin y al cabo, las ideas se transportaban por las rutas de tierra y de mar. A mediados de siglo, la Reforma penetró rápidamente en los países "flamencos" bajo la forma luterana, proponiendo allí su solución de tolerancia: una paz religiosa que venía a ser un edicto de Nantes, *avant la lettre*.[71] Pero fue por el sur, proveedor de trigo y de vino, por Francia, por donde la Reforma habría de llevar muy pronto a cabo sus conquistas más extensas, ahora en beneficio del calvinismo, esta Reforma "romana", militante y agresiva,[72] organizadora de sínodos, de activas células que no había previsto y que no hubiera tolerado la paz de Augsburgo. Infiltrándose al principio por los países de lengua francesa, habíase desbordado

poderosamente sobre esta zona y triunfaba en toda la encrucijada de los Países Bajos, contribuyendo a abrirlos todavía más hacia el sur. Liberados de Alemania desde el punto de vista político, los Países Bajos se liberaron también espiritualmente, para orientarse hacia la inquieta Francia. Con la disminución de los profesantes, la caza de los luteranos se volvió difícil. Por otra parte, Inglaterra estaba demasiado próxima para que, a pesar de algunas rivalidades, los Países Bajos pudieran escapar a su influencia y a su política decidida. Inglaterra ofrecía entonces un seguro refugio a los perseguidos flamencos, aun a los más modestos —como aquellos obreros que poblaron Norwich—, y esta ayuda tejía lazos de un extremo a otro del mar del Norte.

Hay que distinguir, evidentemente, entre las diversas corrientes que agitaban los Países Bajos. No todas procedían del mismo origen: había una agitación popular, sobre todo religiosa, pero también social, y una agitación aristocrática, que era esencialmente política y que se manifestó por la destitución de Granvella en 1564, y por la confederación del Hotel de Culemburgo en abril de 1566. Ésta precedió en cuatro meses a la sublevación de la segunda mitad de agosto, que tenía un carácter popular e iconoclasta, y condujo al saqueo de las iglesias y a la destrucción de las imágenes, propagándose con vertiginosa rapidez desde Tournai hasta Amberes, a través de todos los Países Bajos. Eran, en suma, dos movimientos diferentes. La habilidad de Margarita de Parma consistió en enfrentarlos, contraponiendo a los nobles —salvo a Guillermo de Orange y Brederode, que lograron pasar a Alemania— contra el elemento popular y las ciudades. De este modo restableció, si no su autoridad, por lo menos el orden, sin gastos, sin despliegue de fuerzas y con indudable pericia.

Pero esta política tenía sus límites y tenía también, en España y fuera de España, sus adversarios: Granvella en Roma —que nunca estaba inactivo— y el duque de Alba en España, y tras él, todo su partido. Es verdad que, en el fondo, el éxito de Margarita de Austria comprometía el poder de Felipe II y la defensa del catolicismo, pues, aunque embozadamente, había aceptado que el culto reformista prevaleciese donde ya se practicaba antes de los sucesos del mes de agosto. La concesión era grave, pues, en España, Felipe II se mostraba hostil a toda concesión real y las célebres cartas del Bosque de Segovia, en 1565, lo prueban sobradamente. Cierto es que, para ganar tiempo, se avino a modificar las apariencias de su política; de ahí las clemencias en casos individuales, un “perdón general” (exclusivamente por motivos políticos y no por delitos religiosos, según se especificaba con toda claridad); en suma, pequeñeces cuyo único objeto era no destruir el prestigio de la gobernante.

Hay mil pruebas en apoyo de su decisión de hacer sentir su severa mano y de hacer frente a los acontecimientos. Felipe II estaba firmemente decidido a emplear en el norte la remozada fuerza del Imperio hispánico —cuyo auge hemos visto ya en el campo mediterráneo— y el aflujo de dinero que transportaban las flotas de América. Intransigencia, incomprensión: no cabe duda, y el porvenir se encargará de demostrarlo. Era perder el tiempo, una política contra la naturaleza, un esfuerzo mal gastado, la obstinación de reglamentar rígidamente la circulación en esta encrucijada de Europa, en esta plaza pública; una tontería, querer encerrar en sí mismo un país que vivía ya del mundo entero y que era, además, imprescindible para la vida de Europa, la cual presiona sus puertas y, llegado el caso, las echará abajo. Era absurdo empeñarse en convertir este país en un campo atrincherado, como se hizo de 1556 a 1561; querer darle una organización religiosa aparte, autónoma, como se intenta al crear los nuevos obispados; tratar de oponerse a que sus estudiantes vayan a estudiar a París, por no citar más que algunas de las medidas vanas a que se recurrió. Otro error, y mucho más grave todavía, era querer hacer de este país una segunda España. Y es, sin embargo, lo que Felipe II, prisionero de España, pensaba todavía en 1556…

Antes de enterarse de los levantamientos populares de la segunda mitad de agosto, escribía a Requeséns, su embajador en Roma: “Podreis certificar a S. S. que antes que sufrir la menor quiebra del mundo en lo de la religión y del servicio de Dios, perderé todos mis estados y cien vidas que tuviesse, porque yo ni pienso ni quiero ser señor de hereges”.[73]

Tampoco en Roma se comprendía la situación. Desde principios de año, poco después de su elección, Pío V había aconsejado a Felipe que interviniese enérgicamente y en persona: “la peste herética [escribíale el 24 de febrero de 1566][74] se extiende de tal modo en Francia y Borgoña, que pienso que ya no hay más remedio para eso que el viaje de V. M. Católica”. De este viaje hablaba Fourquevaux desde el 9 de abril.[75] Lo obsesionaba a todas horas, lo mismo cuando llamó a España a Francisco de Ibarra, comisario general de guerra, víveres y municiones y especialista en transportes, llamada preñada de posibles consecuencias, “pues no hay en España hombre como él para tales negocios”,[76] con motivo de la expedición, o de la llamada expedición, contra Argel y que bien podría encaminarse hacia los Países Bajos. Efectivamente: la expedición contra Argel se disipó pronto en humo, y en agosto se propagaba el rumor, cada más insistente, de que Felipe II emprendería viaje hacia Flandes.[77]

Fourquevaux sabía ya el 18 de agosto que se tomaban medidas para desplazar hacia el norte la gran movilización de las fuerzas mediterráneas de España,[78] o sea de 5 000 a 6 000 españoles que se retirarían de Nápoles y de Sicilia, y de 7 000 a 8 000 italianos; es decir, las mejores fuerzas terrestres de los frentes y de las plazas del Mediterráneo. La gran empresa del duque de Alba conduciría al acantonamiento del tercio de Nápoles en Gante, del tercio de Lombardía en Lieja y del de Sicilia en Bruselas.[79] Eso significaba desarmar directa e indirectamente el Mediterráneo. Directamente, porque se le privaba de excelentes tropas veteranas, e indirectamente, por los desembolsos que exigían tales movimientos. Felipe llegó a hablar, en el Consejo de Estado, de tres millones en oro.

Por añadidura, esta política de fuerza en las provincias de los Países Bajos implicaba una serie de prudencias y medidas en la zona del norte: en Francia, donde los protestantes[80] se disponían a ayudar a sus hermanos en religión; en Alemania, donde el príncipe de Orange y su hermano, Luis de Nassau,[81] consiguieron levantar tropas, a pesar de un edicto del emperador en contra de ello; y, por último, en Inglaterra. Eran todos terrenos políticos peligrosos, donde España no podía confiar en individuos, en partidos ni en soberanos.[82] Toda la atención de Felipe II y de sus mejores consejeros y servidores debía necesariamente concentrarse en el norte y desviarse del sur.

Como es natural, tales medidas parecieron aún más necesarias después de la revuelta de agosto. Amigos o enemigos, y hasta el propio duque de Alba (que en este punto era más o menos sincero), asombrábanse de la lentitud con que reaccionaban los españoles.[83] Saint-Sulpice, por ejemplo, no supo sino hasta el 25 de septiembre que el duque de Alba partiría hacia Flandes, adelantándose a su soberano.[84] En este momento, los más comprometidos responsables del levantamiento —o, por lo menos, los más deseosos de sustraerse a los rigores españoles— juzgaron prudente abandonar la peligrosa zona flamenca, para refugiarse en las no menos peligrosas tierras de Francia. Un grupo de anabaptistas flamencos, procedentes de Gante y Amberes, se fue a instalar en Dieppe.[85]

Eran, por lo demás, los días en que la situación en los Países Bajos se restablecía en favor del Rey Católico (aunque sólo fuese gracias a la política de Margarita). O en que, por lo menos, parecía restablecerse. El rey consideraba, el 30 de noviembre de 1566:[86] "la mejoría que paresce que van tomando las cosas de Flandes", aunque añadiendo que no era tal que justificase el relajamiento de las medidas ya en vías de ejecución. En esta

misma carta renovaba el anuncio de su viaje. Y detallaba por adelantado las enormes fuerzas que serían enviadas a Flandes.

Esto ocurría, es cierto, el 30 de noviembre, meses después de los motines. Pero el gobierno español, que siempre tenía que luchar contra el espacio y contra la multiplicidad de sus tareas, no podía obrar con más rapidez. No estaba en condiciones de reaccionar inmediatamente, sorprendido a comienzos de la primavera por los manejos de los "mendigos", los "levantiscos", como entonces se les llamaba; y en agosto volvía a verse sorprendido por los disturbios populares de los iconoclastas. El duque de Alba decía, sin duda, la verdad a Fourquevaux en una conversación que sostuvieron a principios de 1566: lo que había impedido a España "remediar los excesos de algunos de sus subditos en los Países Bajos" eran "los asaltos que los turcos dirigían contra la cristiandad, y algunos otros asuntos".[87] La inquietud que sembraban los turcos en el Mediterráneo no terminó, en efecto, sino hasta fines de agosto; hasta entonces no se hubiera podido disponer de las aguerridas fuerzas españolas a las que estaba reservado un lugar preponderante en la expedición del duque de Alba.

Y, a la inversa, los acontecimientos de los Países Bajos no permitían a Felipe II obrar sin precauciones en el Mediterráneo. Esta doble carga, este doble cuadro de consideraciones, explica la política aparentemente lenta e indecisa del rey de España. Explica sus reiteradas resistencias a seguir las sugerencias del papa, quien le aconsejaba insistentemente adoptar una política afirmativa y eficaz en ambos campos o alternativamente en el uno y en el otro, sin comprender que el monarca no podía permitirse el lujo de empeñarse a fondo en ninguno de los dos.

Al principio, Pío V había intentado involucrar a Felipe II en una liga contra el turco, viejo sueño que la campaña de Piali Pachá en aguas italianas durante el verano de 1566 contribuyó a revivir. El 23 de diciembre, el nuncio en España informaba al cardenal Alessandrino que el duque de Alba le había explicado que "S. M. alababa mucho el santo celo y el excelente deseo de S. S…; que alababa igualmente la idea de una liga y unión"; pero que, por el momento, ésta sería "no sólo inútil, sino de gran peligro y daño. Sería inútil, porque semejantes empresas no deben acometerse sino cuando los príncipes disponen de fuerzas intactas, seguras y cuando están en buenos términos entre sí; pero en el presente, estas fuerzas se hallan divididas, disminuidas y contrarrestadas por mutuos recelos". Por otra parte, el rey de España debía en aquel entonces "desplegar una acción urgente y necesaria contra sus propios súbditos" de Flandes.[88] En este sistema de pintar el horizonte internacional

cargado de nubarrones y amenazas, para luego rehusar lo que se pedía, se reconocerá el método habitual del duque de Alba. Al parecer, Felipe II participaba de este punto de vista, y, durante mucho tiempo, no se decidió a obrar en los Países Bajos o en el Mediterráneo.[89] Ya hemos visto que no era tan fácil tomar una decisión.

Difícil elección, pues España no podía negarse a luchar contra los turcos, ya que tenía que defenderse contra ellos. Pero de eso a atacar resueltamente, había gran trecho. A fines de 1566, el gobierno español sentíase poco deseoso de que se agravara la situación en el Mediterráneo, que, aunque no era de paz, tampoco era de guerra total y continua. Quería, asimismo, conservar la pseudopaz que prevalecía en Europa, que le era indispensable o, por lo menos, propicia.

Por eso temía vincularse a Roma para una alianza espectacular que el mundo protestante no aceptaría sin inquietarse, y quizá sin reaccionar belicosamente. Para los protestantes, la coyuntura para crear a España dificultades en los Países Bajos, a lo largo de todas las fronteras abiertas de esta gran encrucijada, no podía ser mejor. En Alemania, en Inglaterra, en Francia (entre el grupo que rodeaba al almirante y a Condé), prevalecía el ánimo de atacar: bastaría con una provocación o con un pretexto. De ahí el cuidado de Felipe II de no situarse en los Países Bajos en el terreno religioso. En vano le aconsejaba Pío V atacar la herejía cara a cara. Cualesquiera que fuesen sus sentimientos personales, Felipe II no deseaba aparecer, dadas las circunstancias, más que el soberano que somete a sus súbditos al orden y a la obediencia que le deben y usa contra ellos de sus imprescriptibles derechos de soberano. Por eso recalcaba a cada paso que se trataba de un asunto meramente político. Como explicaba el duque de Alba a Fourquevaux el 9 de diciembre,[90] la acción gubernamental procuraba únicamente "someter a los malos súbditos a la obediencia… No hay en ello pleito religioso, sino castigo del menosprecio en que se tiene a Su Majestad y de los constantes ultrajes a su autoridad y a sus ordenanzas; cosa que no puede tolerar príncipe alguno que quiera reinar y conservar sus Estados en paz".

Discurso claro, pero poco convincente. Los enormes preparativos de España, del todo "razonables", como los calificaba el duque de Alba, sembraban vivo desasosiego en toda Europa. So capa de una expedición contra Flandes, ¿no sería acaso una operación cuyo objetivo real fuese Francia? Así lo creía Fourquevaux,[91] y no estaba lejos de creerlo Francia, donde era grande la pasión contra los españoles —estimulada por los protestantes—, que acababan de hacer en Florida una matanza de colonos

franceses. No menos agudas eran las sospechas de Isabel, aunque disimuladas tras una excesiva cortesía. En octubre, la reina se había regocijado oficialmente por los triunfos imperiales contra los turcos.[92] "No sería malo que se le diesen [gracias] de buen corazón", exclamó el escéptico G. de Silva, embajador del Rey Católico en Londres, encargado de recibir tan graciosas declaraciones. Sabiendo el 10 de diciembre que Felipe II iría a Flandes vía Italia, la reina manifestaba con no menos calor sus sentimientos: de haber seguido la ruta del océano, ¡cuán grato hubiese sido tenerlo como huésped![93] ¿Acompañaría al rey una poderosa armada? Ella confiaba en que sería muy fuerte, para que diese su merecido a esos malos súbditos…[94] Semejantes muestras de simpatía no engañaban a nadie ni impedían que la reina expresase sus temores ante una posible alianza entre el emperador, el papa y el Rey Católico contra los protestantes. Venecia también veía con recelo el paso de las tropas españolas por Italia y juzgó prudente poner a Bérgamo en condiciones de defensa.[95] En cuanto a Alemania, tenía multitud de razones, políticas y religiosas, para estar sobre aviso. Y en mayo de 1567, desde antes de la llegada del duque de Alba,[96] tomó sus precauciones: embajadores del elector de Sajonia, del duque de Wurtemberg, del margrave de Brandeburgo y del landgrave de Hesse arribaron a los Países Bajos con la misión de pedir protección para los luteranos, alegando que no habían participado en la rebelión calvinista.

No nos proponemos, sin embargo, estudiar aquí la brusca expansión de la política española en este año de 1566; es decir, de estudiarla como correspondería: en su encuadramiento europeo, en medio de la fiebre y de la pasión religiosas que agravaban los conflictos confesionales del siglo. Expansión que lo gobernaba todo, en realidad, y que fue, más que la intransigencia o la torpeza, más que las llamadas imprudencias o las verdaderas incomprensiones de Felipe II, el auténtico origen de las revueltas de los Países Bajos.

1567-1568: bajo el signo de los Países Bajos

En 1567 y en 1568, el Mediterráneo se convirtió en un teatro secundario de la actividad hispánica, porque ésta se desarrollaba en otras partes, y en parte también porque el desarme en el mar interior era casi general. La explicación es fácil en lo que concierne a España: sus fuerzas vivas, su dinero, sus preocupaciones todas, se localizaban fuera del Mediterráneo. No ocurría lo mismo en cuanto al Imperio otomano, aunque la explicación exacta de ello

se nos escapa. Desde luego, el imperio debía resolver sus dificultades del lado de Persia,[97] las cuales eran menores de lo que afirmaban los avisos de Constantinopla. Veíase también, es cierto, entorpecida por la continuación de la guerra en Hungría; pero ésta, proseguida en 1567 durante la estación del buen tiempo, y por cierto, sin ardor (su único episodio importante fue la incursión que los tártaros, y no los turcos, realizaron contra la frontera austriaca, haciendo 90 000 prisioneros cristianos, según se dijo), se terminó con una nueva tregua de ocho años, firmada el 17 de febrero de 1568 y negociada el año anterior.[98] Los turcos encontraban también algunas dificultades en Albania,[99] pero eran las de siempre, sin que su importancia pasara de lo secundario. En cuanto a las que encontraron en Egipto y en el mar Rojo,[100] no afectaban la vida esencial del imperio, por lo menos hasta 1569. ¿Debemos explicar, entonces, la inacción turca por las elevadísimas pérdidas de la campaña de 1566 en Hungría, o por el advenimiento de Selim II, poco afecto a conquistas y a expediciones guerreras? Eso decían los testimonios de la época,[101] y tras ellos, los historiadores. Quizá sea cierto, por más que no debe olvidarse que detrás del "indigno sucesor" de Solimán, como le llama Hartlaub,[102] el primero de los "sultanes indolentes", como dice Ranke,[103] se encontraba un activo primer visir, el asombroso Mehemet Sokobi, digno de la gran época de Solimán. Tal vez deba pensarse que estos dos años de estancamiento (1567, 1568) escondían el deseo secreto de atacar Venecia y de aislarla con anticipación. En el otoño de 1567, ciertos informes anunciaron que se construía una plaza fuerte en Caramania, frente a Chipre, y que se construían caminos en el interior del país. Estos datos bastaban para suponer la inminencia de un ataque en esta zona. Puede ser que el deseo de tener manos libres contra Venecia haya impulsado a Selim y a sus consejeros a conceder la tregua de 1568 al emperador.

Fuerza es reconocer que, de una manera insidiosa y grave, había afectado también a Turquía la acción paralizante de las sucesivas malas cosechas. En febrero de 1566, Venecia se dirigió a Felipe II para obtener trigo; por sí sólo, este detalle marca el principio de las dificultades en el Oriente.[104] Un aviso "digno de fe" indica que en abril, la gente se moría de hambre en Egipto y en Siria.[105] Esta situación económica explica en parte la inquietud concomitante del mundo árabe. La cosecha siguiente, la del verano de 1566, fue particularmente mala en la cuenca oriental del Mediterráneo: en toda Grecia y desde Constantinopla hasta Albania.[106] También el año 1567 fue difícil. Haedo señala que en Argel hubo una gran escasez, que se prolongó hasta el año siguiente, 1568,[107] pues no parece que la cosecha de 1567 haya

sido suficiente para resolver las cosas. Todavía en noviembre, un agente del virrey de Nápoles escribía que había en Constantinopla una terrible escasez de pan.[108] También la peste, compañera inseparable de la miseria, asolaba la gran urbe.[109] Un aviso fechado en Constantinopla en marzo de 1568, anunciando el acuerdo de la tregua con el emperador, decía claramente que el arreglo se había firmado por "los tumultos de los moros, las reboluciones del Cayro, la carestía de las vituallas y maxime la de la cebada ha sido causa desto…"[110] De modo que se puede llegar a la conclusión de que la cosecha de 1567 fue, en el mejor de los casos, mediocre. Sólo después de la de 1568 pudo un comunicado dar este informe optimista: "En Constantinopla ay sanidad y abundancia aunque falta de orgio *[sic]*".[111] Debemos decir que tampoco entre 1567 y 1568 fue muy brillante la situación alimenticia en el Mediterráneo occidental.[112]

Turcos y españoles vivieron estos años espiándose recíprocamente, decididos a no obrar y, por consiguiente, dando rienda suelta al mayor número posible de falsos rumores, con lo que se asustaban unos a otros: el uno creía que la armada de su adversario atacaría La Goleta, Malta, Ragusa, Apulia, Chipre o Corfú;[113] el otro temía expediciones contra Trípoli,[114] Túnez o Argel.[115] Por lo demás, los temores duraban poco. Los servicios de espionaje de los beligerantes estaban lo bastante bien organizados para que esta guerra de sombras —de nervios, se diría ahora— no sobresaltase a nadie durante demasiado tiempo. Pero la incertidumbre los obligaba a tomar precauciones que pesaban sobre toda la vida del Mediterráneo.

En 1567, por ejemplo, se repitió la habitual tramoya, inútil y no obstante necesaria. En mayo, el virrey de Nápoles dio la alerta a sus marinos y ocupó los puntos estratégicos,[116] a pesar de que Mesina y Sicilia estaban ya sometidas al zafarrancho habitual de todos los veranos.[117] Por su parte, los turcos sacaron su flota en 1568. Medida puramente defensiva, pues la flota dio media vuelta apenas llegó a Valona;[118] mas la proximidad de este centenar de galeras bastó para poner en pie de guerra y activar los preparativos de seguridad en las costas orientales de Italia.

¿Había pensado Felipe II que, en el momento en que necesitaba estar eficaz y fuertemente armado, estas precauciones, que costaban una cantidad respetable de ducados, eran un lujo inútil? En todo caso, y muy naturalmente, renacían entonces en España los proyectos de tregua con el turco y, después de la fiebre de los armamentos y del imperio de los soldados, empezaba el juego de la diplomacia. No es malo subrayar el oportunismo, la falta de prejuicios de la política española, tal como se reveló por lo menos en cuatro

ocasiones (1558-1559, 1563-1564, 1567 y 1575-1581), y seguramente en otras que escapan a nuestro estudio; política muy distinta, como se ve, de la que la historia se empeña en atribuir a España.

Una vez más, no se trata de peligrosas maniobras oficiales, no olvidemos que Felipe II, en el mismo momento, continuaba recibiendo los preciosos subsidios de Roma para alimentar su guerra contra el turco. Lo esencial, pues, si se fracasa, es no haberse comprometido. Así, en enero de 1567, el Tiziano, en Venecia, ponía al agente español Garci Hernández en relaciones con un emisario turco. De lo cual el mismo Garci Hernández informaba sin pérdida de momento a Felipe II.[119] El emisario pretendía que el emperador iba a lograr seguramente la firma de la tregua que solicitaba al sultán, y que el Rey Católico podría perfectamente quedar incluido en ella si así lo deseaba. Entraba en detalles bastante extraños a propósito de cantidades no pagadas por el rescate de Álvaro de Sande; se ofrecía como mediador en Constantinopla y hasta afirmaba haber escrito al embajador sobre el asunto sin haber recibido respuesta. Aseguraba también que, en 1566, sin los errores de Michel Sernovich, se hubiera arreglado el caso y que, en aquel entonces, el rey de España estaba incluido en el proyecto de tregua, "como V. M. debe saberlo", escribía Garci Hernández. Finalmente, el emisario, un tal Albain bey, dragomán del gran señor, se ofrecía para actuar posteriormente e indicaba a este efecto, como intermediario, un mercader de Pera, Doménego de Cayano… Pequeños detalles y pequeños actores que se unen a muchos otros. En mayo de 1567, en París esta vez,[120] Francés de Alava entraba también en relaciones con un enviado turco, el cual había llegado a Francia a discutir principalmente las reivindicaciones del judío Micas, favorito de Selim II, importantísimo personaje decorado con el título de duque de Naxos y que, por añadidura, desempeñaba en Constantinopla el papel de un Fugger de menor cuantía. Ya hemos hablado de este curioso individuo. El agente turco hacía, en nombre suyo, varias ofertas de servicio a España, proponiendo especialmente dedicar sus buenos oficios a la obtención de una tregua entre el Rey Católico y el sultán. Ruy Gómez, añadía el enviado, seguramente conocía los secretos de esa negociación. El asunto no carece de interés. Como toda noticia acaba por trascender (experimentando de paso muchas deformaciones), Fourquevaux registra por ese entonces en Madrid un rumor singular: el turco había despachado a su gran dragomán para que rogara al rey de Francia "mediar en una tregua con el Rey Católico".[121]

Si los turcos ofrecían de este modo sus servicios —no gratuitos— al rey de España, era porque conocían, seguramente mejor que Fourquevaux, sus

intenciones y el curso de sus actividades. Ya Felipe II había emprendido, por su parte, negociaciones. Chantonnay, su embajador, había partido para Viena con instrucciones muy precisas. Se trataba, una vez más, de gestionar la tregua sin pedirla. El 23 de mayo de 1567, el embajador escribió al rey que el emperador había enviado a Constantinopla al obispo de Agria, quien en tiempos de Solimán había servido como diplomático al emperador Fernando para negociar en Turquía. Chantonnay le había remitido copia del papel que Felipe II le confiara y en que se contenían las condiciones en que el soberano "consentiría en negociar algún acuerdo con el turco". Desde luego, el asunto se presentaría como un proyecto concebido por el emperador, y no por el rey. [122] Poco tiempo después, Felipe II felicitaba a Chantonnay por haber cumplido tan bien su misión.[123]

El resultado fue que, en diciembre de ese mismo año, los embajadores imperiales, en cumplimiento de sus instrucciones y para lograr cuanto antes la conclusión de la tregua, ofrecieron que el Rey Católico entraría en la negociación, tema que, para mayor discreción, trataron con Mehemet Sokobi en lengua croata.[124] Pero el gran visir permaneció impasible: si Felipe II quería una tregua, ¿por qué no enviaba un embajador para solicitarla? Sin embargo, la negociación no paró allí, sino que fue a perderse entre las ávidas manos de José Micas.[125] Todavía en junio de 1568, Chantonnay escribía a Felipe II que se había negado a recibir un embajador turco que llegó a Viena al día siguiente de la tregua y que le quería hacer una visita en "su posada". [126] Felipe II le respondió, el 18 de julio,[127] aprobando esta conducta y rogándole que prosiguiera los tratos conforme a la línea que le había trazado. Y, aunque nos es imposible seguirla en todos sus movimientos, sabemos que la negociación continuó. Ignoramos, asimismo, a qué resultado condujo.

No cabe duda de que Felipe II no quería la tregua lo bastante como para pagar el precio que hubiese costado. Una suspensión total de actividades en el Mediterráneo hubiese cegado un pozo sin fondo de gastos y de esfuerzos. Pero las "hostilidades" eran tan benignas, que no parecían entrañar un peligro real: y si lo hubiesen entrañado, la marina hispánica estaba ya en condiciones de responder a cualquier ataque. Felipe II disponía en España de 70 galeras, sin contar con las que aún se construían en Barcelona; 100 en total, dice Fourquevaux.[128] A esto se añadían las fuerzas considerables de las escuadras en Italia. Todo este contingente naval no bastaba para enfrentarse en batalla abierta contra una gran flota turca; pero sí impedía al rival operar a su antojo. Fue también suficiente para tener a raya las fustas y las galeotas de los corsarios, y hasta descargar contra ellas algunas expediciones punitivas: con

la mayor tranquilidad, la flota hispánica, en 1567 y 1568,[129] limpió el estrecho de merodeadores, principalmente de argelinos, que en 1566 turbaban casi en la impunidad las costas de Andalucía hasta la altura de Sevilla.[130]

Y, sobre todo, como tranquilos propietarios de sus mares, los españoles pudieron utilizar las rutas mediterráneas para la concentración de sus fuerzas destinadas a Flandes.[131] Estos movimientos de tropas, que comenzaron mucho antes de 1567, dieron lugar a una serie de viajes marítimos en este año. La infantería de Nápoles se embarcó en enero.[132] Poco después se concentraron los viejos tercios españoles en Milán,[133] no sin molestias y gran enojo de quienes tenían que alojarlos. Hacer circular estas fuerzas a través de Europa no era un problema despreciable para la diplomacia española, cuidadosa de no despertar resentimientos, por lo cual se ocupaba de obtener en todas partes, y con la debida anticipación, salvoconductos con todas las de ley. Naturalmente, no faltaban rechazos —en primer lugar, el del rey de Francia—[134] y la mala voluntad es casi unánime.[135]

Añadamos las dificultades de aprovisionamiento[136] y las que originaban los transportes marítimos:[137] había que encontrar naves, y los viajes, que se emprendían a pesar de la mala estación, no ocurrían sin incidentes. El 9 de febrero naufragaron y se hundieron en Málaga 29 navíos cargados de municiones, de víveres y de piezas de artillería.[138] El duque de Alba, por ejemplo, estuvo esperando mucho tiempo —tal vez en una expectativa voluntaria para ver qué hacían los turcos, como lo sugiere Fourquevaux —[139]antes de embarcar en Cartagena con algunas compañías "bisoñas", lo cual, por fin, logró el 27 de abril.[140] En Génova, donde se encontraba a fines de agosto,[141] se le recibió con calor y se le abrumó con prevenciones, demandas y quejas, especialmente a propósito de Córcega, donde el asesinato de Sampiero Corso, el 17 de enero de 1567,[142] no bastó para restablecer la paz[143] y donde Francia continuaba interviniendo.[144]

Ciertos historiadores opinan que estos preparativos militares fueron demasiado lentos. Pero, al afirmarlo, miden mal la importancia del movimiento de hombres (además de las tropas regulares, la servidumbre, las mujeres de los soldados y las mozas de partido, las cuales estaban organizadas en verdaderos batallones) y de transporte de vituallas; toda esta impedimenta se movilizaba en aquel tiempo en grandes navíos redondos, que lo mismo llevaban a la soldadesca que sacos de habas o de arroz y galleta. Era la más gigantesca operación de transporte de tropas que se había visto hasta entonces en el siglo. A un extremo de la cadena, en Andalucía, aún redoblaba el tambor de los reclutadores, cuando las primeras tropas españolas, después de una

larga travesía, llegaban a los Países Bajos. Pero ¿no era una locura situar tan lejos el centro de los intereses de la monarquía española y combatir tan lejos de sus bases?

Quizá España tuviera un último momento de duda en mayo de 1567. El duque de Alba bogaba entonces hacia las costas italianas. “Después de su partida [escribía el agente toscano Nobili el 12 de mayo de 1567], estos señores del Consejo, en vista de que los asuntos de Flandes se arreglaban con tan buena fortuna para Su Majestad, sostuvieron numerosas conversaciones sobre la cuestión de saber si el duque debía pasar a Flandes o si no era tal vez oportuno emprender una campaña en Argel o en Trípoli”.[145] Conclusión del debate: en favor de que se hiciese volver al duque de Alba hubo cuatro votos sobre ocho; los otros cuatro consejeros opinaron que debía seguir viaje. Nobili añade: “parece que esta última opinión prevaleció”. Y no podía ser de otra manera. ¿Cómo podían Ruy Gómez y sus amigos (que, por lo demás, no estaban precisamente molestos porque se alejara el duque de Alba) detener la pesada y compleja maquinaria militar, una vez puesta en movimiento? El hecho nos brinda la oportunidad de ver la agitación que los acontecimientos podían provocar en el centro del gobierno español.

Parece que, en la medida en que los Países Bajos esperaban obtener una solución pacífica y una semilibertad de conciencia a cambio de dinero,[146] especulaban, sobre todo, contando con Ruy Gómez. En enero de 1567 se dijo en Madrid que emprendería viaje hacia Flandes no el duque de Alba, sino Ruy Gómez, quien iría en plan pacífico y sin armas, “pues todos los Estados de dicho país lo demandaban”.[147] Lo cual hace pensar que los antiguos nexos señalados desde 1559 entre Ruy Gómez, su partido y los grandes señores de los Países Bajos seguían aún en pie seis años después. No es de extrañar, pues, que se manifestara entre los dos partidos gubernamentales una oposición tan viva. El duque de Alba propiciaba la intervención. Ruy Gómez era favorable a la alianza contra el turco, por el contrario, si hemos de creer en lo que decía el nuncio.[148] Es cierto que los dos rivales se reconciliaron oficialmente en marzo, y hasta en público. Es cierto que Ruy Gómez no dejaba que lo manejara Fourquevaux, quien, quejoso del duque de Alba, se encontró ante sí a un hombre cortés y de rostro falsamente afligido.[149] Pero no por ello dejó de ser menos viva la lucha entre los dos bandos, tanto en los asuntos grandes como en los más pequeños.

El rey toleraba sus conflictos y sus choques, pero los dominaba. En marzo de 1567 nombró, sin consultar con nadie, a las personas llamadas a desempeñar los mandos y disfrutar los beneficios disponibles, “lo cual

provocó gran indignación" entre los jefes de fila de los partidos. En sus decisiones finales, la política española era, por encima de todo, obra del Rey Prudente.[150]

Sea de ello lo que quiera, el caso es que el Imperio español se lanzó a la empresa de Flandes en 1567, y con tales fuerzas, que sus vecinos no tuvieron paz ni sosiego durante muchos meses.[151] En Francia, después de la sorpresa de Meaux, en septiembre, comenzó de nuevo la guerra civil, culminando con la batalla de Saint-Denis, el 10 de noviembre,[152] para apaciguarse poco después. En la paz de Longjumeau (23 de marzo de 1568), el príncipe de Condé sacrificó tal vez los intereses de la masa de su partido únicamente a las ventajas de la nobleza protestante.[153] Pero, de este modo, como lo pensaba Felipe II, quedaba libre para obrar en los Países Bajos.[154] Además, la agitación en Francia había perjudicado considerablemente las comunicaciones de los españoles, entorpeciéndolas de tal modo, que los correos tenían que seguir las rutas oceánica y mediterránea, una partiendo de San Sebastián y la otra de Barcelona, y ambas de una lentitud desesperante.[155] En Alemania se sobresaltaba y agitaba también el mundo protestante, como se vio en la sublevación de Groninga.[156] En Inglaterra, Isabel contemporizaba y continuaba con sus amabilidades; pero también formulaba quejas. En junio de 1567, Cecil manifestó a Guzmán de Silva que corría el rumor de una liga contra los protestantes y de que se proyectaba apoyar a la reina de Escocia. La mejor prueba de estas maquinaciones era que el emperador, para tener las manos libres, acababa de concertar con los turcos una tregua bastante desventajosa para ellos, que había escandalizado a los miembros del Privy Council.[157] Finalmente, al margen de estos rumores, Inglaterra servíase del arma que, poco a poco, iba afirmándose en sus manos: en el Atlántico, comenzaba una verdadera guerra entre los corsarios ingleses y los navíos de España.

De lejos y sigilosamente, una reacción antiespañola iba organizándose a través del norte de Europa, sorteando prudentemente la fuerza que Felipe II había emplazado allí y que quizá no era un instrumento de guerra tan magnífico como lo creía la diplomacia española. En primer término, conducida desde lejos, desde muy lejos, entrañaba un elevadísimo costo. Muy pronto empezaron las deserciones a mermar las filas y, para llenar los huecos, tuvo que sonar de nuevo el tambor de leva de Andalucía, lo cual implicaba nuevos y elevados gastos, y nuevas y deplorables lentitudes. Además, este orgulloso y magnífico ejército de Flandes no tenía cobertura marítima y se

hallaba a merced de cualquier ataque que lo privara de la gran ruta oceánica por donde surcaban las zabras vizcaínas.

Por un momento, sin embargo, se pudo creer que iba a formarse una flota importante. Felipe II, que había publicado la noticia de su partida y renunciado a tomar la ruta de Génova, hizo preparativos serios —tangibles, al menos— en Santander, en la costa del Cantábrico. Pedro Menéndez de Avilés había regresado de Florida a tiempo, según parecía, para tomar el mando de la flota real. Mas, pronto, y de una manera brusca, se cursaron contraórdenes. Los historiadores siempre se han preguntado si no habría en esto una jugada "castellana", una profunda maniobra para asustar Europa y para sacar dinero a las Cortes de Castilla o, quizá, también para ocultar todo lo posible las razones que mediaban para enviar al duque de Alba.[158] Esta última explicación es, desde luego, la más seductora. En todo caso, y como de costumbre, nada, absolutamente nada se había traslucido de los cálculos del rey. Porque Felipe II no era precisamente un hombre comunicativo. En su propia corte, todos andaban perplejos en este año de 1567. Y Fourquevaux, sin duda para excusarse de saber tan poco, escribía a su soberana que aun los más enterados miembros del Consejo no "saben lo que pasa, pues Su Majestad no declara sus intenciones sino lo más tarde que puede".[159]

Probablemente, nunca llegaremos a saber si el viaje de Felipe II fue una finta o un proyecto sincero y largamente meditado. Fue, en todo caso, uno de los grandes temas de la especulación política en 1567, y todavía en 1568. En Francia, hasta llegó a creerse que Catalina proyectaba entrevistarse con su vecino en Bolonia.[160] Nada indica de una manera concluyente que Felipe II no fuera sincero. Es evidente que su presencia en el norte —y la de una flota que lo hubiese acompañado— habría podido ser decisiva para el curso de los acontecimientos. Pero, después del arribo del duque de Alba a Bruselas en agosto,[161] y habiéndose restablecido el orden en los Países Bajos, ¿era necesario —tan grande parecía entonces la victoria real— que Felipe II se embarcara hacia el norte "a la boca del invierno" que comenzaba? Al rey se le dice constantemente —en 1568 también, por lo menos hasta la primavera— que "lo de Flandes está quietissimo".[162] Añádase que en 1568 se produce la tragedia de don Carlos, más conmovedora y más dura todavía en la realidad que en las deformaciones de la leyenda.[163] ¿Podía ponerse en viaje el padre, habiendo caído el hijo enfermo en enero (murió el 24 de julio siguiente?)[164].

Poco importa, por lo demás, pues lo trágico de la política española de los Países Bajos no está en el viaje o en los viajes frustrados de Felipe II —

desconocimiento del magnetismo real, pretende Pfandl—,[165] sino en el viaje concebido, premeditado y, éste sí, realizado del duque de Alba.

II. El viraje de la guerra de Granada [II-539]

A fines del año 1568 —cosa curiosa, en pleno invierno— y más todavía en 1569, van encendiéndose varias guerras, una tras otra, en torno al Mediterráneo, unas muy lejos y otras muy cerca de sus costas, en vivas y altas hogueras, más o menos duraderas según los casos, pero que expresan todas ellas, a su modo, el auge dramático, la creciente tragedia de la hora.

Se recrudecen las guerras

Ha comenzado, lejos del Mediterráneo, la guerra de los Países Bajos; la guerra, decimos, pues ya no se trata simplemente de motines y revueltas. España aparece envuelta en esta guerra, y con ella, y a causa de ella, todo el mundo mediterráneo. La llegada del duque de Alba va seguida, en agosto de 1567, de un régimen de terror que durante algún tiempo sepulta en el silencio la ruidosa encrucijada. Pero en abril comienzan las luchas: los primeros e inútiles ataques de Villiers y de Luis de Nassau[166] van seguidos, en julio, por la gran expedición de Guillermo de Orange, igualmente vana y que, en noviembre, acaba casi en el ridículo, en los confines de la Picardía.[167]

Pero si la guerra terrestre fue ganada por el duque de Alba, sin disputa y para mucho tiempo (por lo menos, hasta abril de 1572, hasta el levantamiento de Brielle), no podemos decir otro tanto de la guerra en el mar. A partir de 1568 se entabla en las aguas del Atlántico una lucha apretada, dura y decisiva entre españoles y protestantes.[168] Esta lucha degenera en una guerra económica hipócrita y embozada entre la isla inglesa y los españoles. Las partes contendientes se propinan buenos golpes. Así la isla se ve privada de su normal abastecimiento de aceite español, necesario en el proceso de tratamiento de sus lanas.[169] Y, a la inversa y con todas las consecuencias que ello trae aparejadas, se ve cortada la gran ruta imperial de la plata española y las zabras vizcaínas son apresadas por los corsarios, con sus cargamentos de metal. El duque de Alba no se ha dado cuenta, en el momento, de las graves consecuencias inherentes a esta batalla por el canal de la Mancha y el océano Atlántico. A la manera de más de un político incapaz de percibir los signos precursores del porvenir, no ha comprendido que el peligro, para los Países

Bajos españoles, no provenía tanto de Alemania o de Francia como de Inglaterra.

Otros, en cambio, se dieron cuenta de ello y lo advirtieron. Pío V, que en su inagotable celo estaba siempre dispuesto a descargar sus golpes contra la herejía al primer signo de ella (en febrero de 1569 excomulgó a la reina Isabel), proclamaba con vehemencia, en carta de 8 de julio de 1568,[170] que había llegado el momento de emprender una acción contra Inglaterra. El embajador Guerau de Spes, mezclado en Inglaterra con las intrigas de María Estuardo y al complot de los barones del norte, en cuya organización puso lo mejor de su parte, exponíase, ciertamente, a pecar por optimismo y a no elevarse hasta el conjunto del problema, captado como estaba en un pequeño sector del juego español. Pero quizá no se equivocaba al pensar que en ese año de 1549 había una partida nueva y decisiva que permitía jugar contra Inglaterra la carta escocesa e incluso la misma carta irlandesa[171] y la de la revuelta, próxima a estallar, de los señores católicos del norte. Felipe II se sentía tentado a lanzarse a esta arriesgada política, pero el duque de Alba se opuso a ella y logró convencer a su soberano, por razón de la falta de créditos y de la situación europea. El de Alba, este falso grande hombre, espíritu mezquino, prefirió una política miope, que no veía más que lo que tenía al alcance de la mano. Fue retrasando más de la cuenta el perdón general; dejó que la reina de Escocia huyese a refugiarse en Inglaterra y que Escocia se pasara al protestantismo; dejó que se sublevaran en vano los barones del norte[172] y que Isabel sofocara la sublevación rápidamente y a poca costa; por último, en vez de descargar un golpe sobre la inquieta Inglaterra, optó por negociar y por dar largas, trapaceramente, cuando el tiempo no trabajaba a favor de él. El prudente, en 1569, no es el rey, sino el duque de Alba, a quien la distancia y la coyuntura convierten, más que a su soberano, en el árbitro de la hora. El hombre que no supo ver cómo iba dibujándose ya con su verdadero rostro, lejos de la angosta zona aterrorizada en que creía reinar, la guerra de los años del porvenir.

En Francia, donde la paz de Longjumeau sólo había durado un instante, la tercera guerra religiosa comenzaba en agosto de 1568 con la huida de Coligny y del príncipe de Condé hacia el Loira,[173] en indudable connivencia con la acción española en Flandes. Pero la retirada de los jefes hugonotes hacia el sur apenas acercaba la guerra al Mediterráneo; este Mediterráneo que durante julio había vivido bajo el temor de que descendieran sobre él los “veteranos” alemanes a quienes la paz de Longjumeau había dejado ociosos y que, ayudados por los protestantes, habrían podido, según se creía, llegar hasta

Italia.[174] Hipótesis de la que en España se oía hablar con escepticismo y que la reanudación de las hostilidades en Francia no tardó en descartar por completo. La tercera guerra civil, tan violenta y tan cruel, sólo afectará al ámbito mediterráneo durante un momento, a partir de la primavera de 1570, cuando, en "su repliegue hacia delante", después del año de Jarnac y de Montcontour, el almirante llega, desde el valle del Garona, al Mediodía mediterráneo, para pasar de allí al valle del Ródano.[175] También en España se dio la alerta, durante el verano de 1569, cuando el almirante penetró en la Guyena,[176] lo que dio pie a los católicos para pedir que se les apoyase por el lado de los Pirineos, como se les había apoyado por el lado de Flandes.[177] Ayuda que, por lo demás, no era necesaria para que se produjera una flagrante desproporción de fuerzas en favor de los católicos. Pero ¿deberemos pensar, con Francés de Alava (buen observador, pero juez parcial), que habría bastado con que la corte lo hubiera querido para acabar sin el menor esfuerzo con los protestantes y, especialmente, con el almirante? El embajador español culpa de todo a los consejeros del rey, a Montmorency, Morvilliers, Limoges, Lansac y Vielleville.[178] ¡Como si la valentía no contase para nada, como si el espacio no existiera, como si los acorralados de Francia no se apoyaran en la poderosa ayuda de los protestantes del extranjero…!

Guerras de Europa. Pero también en el Oriente, y bastante lejos también de las costas del Mediterráneo, hacía estragos la guerra en los vastos confines de Turquía, desde los accesos del mar Negro hasta las orillas del mar Rojo. Vasta guerra periférica que, en 1569, contribuye más que cualquier otro motivo a paralizar en el Mediterráneo la posible acción de Selim y de sus flotas. Guerra extraña, por lo demás, indirectamente enfrentada a las fuerzas de la Persia hostil, que se había convertido, entre el Asia, especialmente el Asia central y la India, de una parte, y de la otra el océano Índico, en una gran plataforma giratoria, enriquecida y fortalecida de este modo por los tráficos encauzados a través de ella.

La primera zona de hostilidad se sitúa en la región sur de la actual Rusia. Los turcos, de acuerdo con los tártaros de Crimea y apoyados en ellos y en las levas en masa de campesinos rumanos destinados a los trabajos de fortificación, se esfuerzan por arrancar de manos de los rusos las plazas de Kazán y Astrakán,[179] donde éstos se han establecido, respectivamente, en 1551 y 1556. Sin creer al pie de la letra las cifras que dan los informadores europeos, podemos, sin embargo, admitir, a la vista de la inmensidad del terreno de acción, que esta guerra exige grandes efectivos, poderosos

transportes y, por último, importantes acumulaciones de víveres y municiones en Azof, base de las operaciones.

El objetivo de esta expedición es simplemente descargar un golpe sobre el moscovita, castigarlo (como nos lo explica la diplomacia turca, demasiado formalista, preocupada, una vez más, por exponer sus razones y justificarse), y apoyar a un vasallo, el kan de Crimea, injustamente golpeado por los rusos. No cabe duda de que los turcos y los rusos sufren conjuntamente, en el siglo XVI, los pillajes y los saqueos de estas tribus seminómadas; no andan muy lejos de entenderse para luchar en común contra este obstáculo.[180] Por lo demás, la expedición no produce la impresión de formar parte de un vasto proyecto turco para abrirse los grandes caminos del Asia central. Queda en pie el motivo, mucho más simple, de una maniobra militar a gran distancia contra los persas. En efecto, los turcos abrigaban por aquel entonces el proyecto de abrir un canal entre el Don y el Volga, uniendo así el mar Caspio con el mar Negro y franqueando con ello un camino a sus galeras hasta las costas interiores de Persia. Peligro evidente, de que el sofí se apercibió,[181] y a consecuencia del cual, y en condiciones que en gran parte desconocemos, trabajó para levantar contra los turcos a los pueblos y los príncipes del Cáucaso. El hecho de que el intento fracasara, en 1570, de que los rusos se apoderaran del material y la artillería del agresor, en nada disminuye el peso de la empresa.[182]

Al mismo tiempo que ésta, se afirma otra guerra oriental, iniciada hace dos años, guerra que se extiende por el Mediodía, a través de los países árabes, desde el Egipto hasta Siria, y cuyo punto neurálgico se halla muy al sur, en la revuelta del Yemen.[183] Y al referirnos a “los países árabes”, entiéndase bien que nos referimos a la gran zona de tránsito del comercio con Levante. Esta revuelta les cuesta a los turcos casi dos millones de oro por año, según los cálculos de la gente de la época,[184] a los que hay que añadir los grandes gastos y las dificultades de una lejana guerra.

La evidencia más persuasiva sobre la intensidad de estas dos guerras libradas en la retaguardia del país turco nos la ofrece la inacción forzada del sultán durante estos años, en el frente mediterráneo, el abandono casi completo[185] de este mar, en el que el cristiano hace ahora lo que quiere, al menos por el oeste y por el centro. En agosto y en septiembre, las galeras de Doria y de Juan de Cardona pueden dedicarse, en las aguas de Sicilia, sin que nadie las moleste, a una fructífera caza de corsarios.[186] Pero, para poder juzgar exactamente cuál era el sentido de la política del gran señor durante este periodo habría que conocer mejor las interioridades de la historia

otomana del siglo XVI. De pronto, a fines del año 1569, el arsenal de Constantinopla se despierta de su sopor de los cuatro años anteriores para emprender los grandes preparativos destinados a la expedición de Chipre.[187]

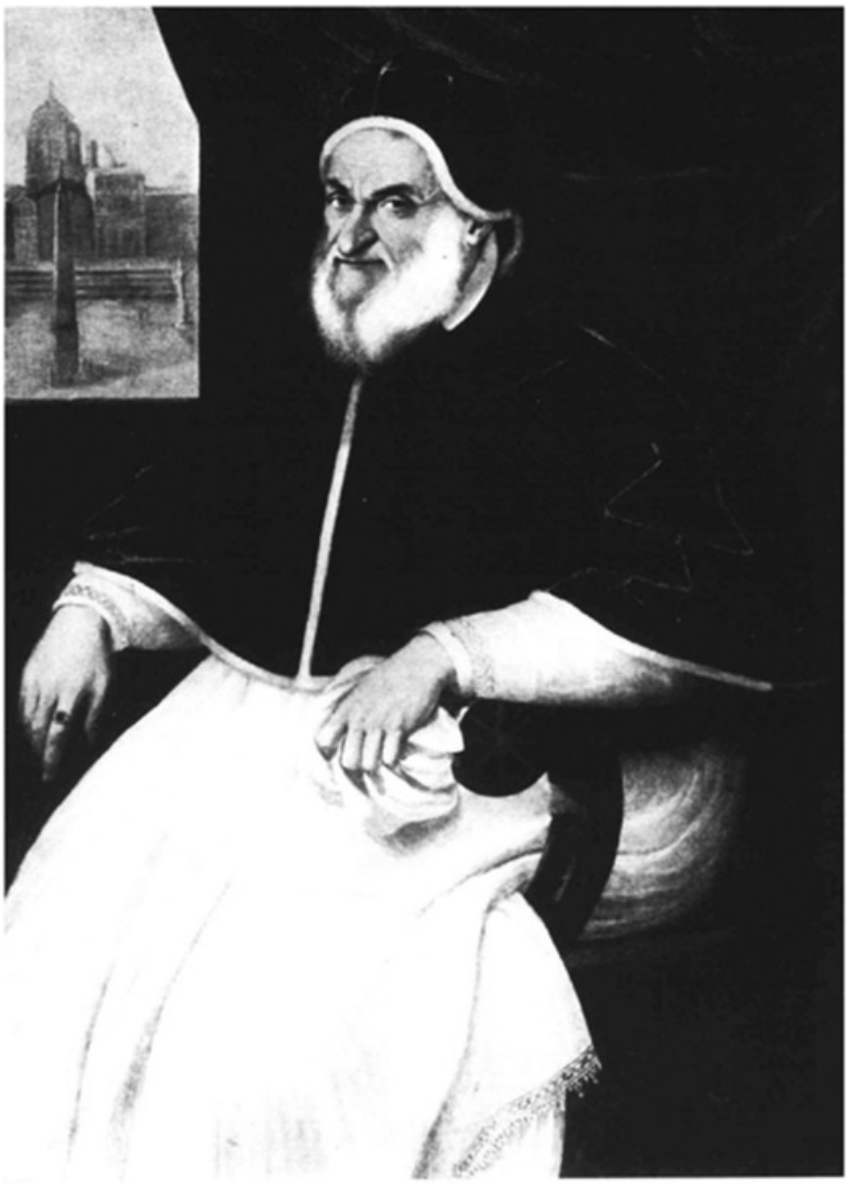


Foto: *Alinari-Giraudon*, Paris.

36. Sixto V. Escuela veneciana, Pinacoteca Vaticana.



Foto: *Giraudon*. 1

37. Don Juan de Austria. Retrato anónimo. Museo de Versalles.

Ahora bien, el proyecto de esta expedición se remonta, probablemente, a varios años atrás, por lo menos, al tiempo la fortificación de Caramania, en 1567. ¿No serían tal vez estos planes, por lo menos en parte, los que indujeron al sultán a aceptar tan fácilmente una tregua con el emperador? ¿No serían ellos también los que le llevaron a tratar de arreglar los asuntos interiores de su país antes de meterse en esta importante empresa militar? De aquí el vigor de su acción en las guerras a que acabamos de referirnos, las de 1569. Se dice que, ya en este año, José Micas, a quien el sultán había prometido Chipre, hacía figurar las armas del reino en sus propios blasones. Y se dice también que el incendio que, en un momento dado, el 13 de septiembre de 1569, devastó el arsenal de Venecia, provocando grandes daños en él, fue obra de Micas, es decir, de los agentes a sueldo de este aventurero.[188] Lo que sí podemos asegurar es que el ataque turco contra Venecia estaba en el aire desde hacía largo tiempo. Y no cabe duda de que ello era la razón de los rumores de un acuerdo de España con la señoría,[189] que la Prudente hacía circular y cuyo centro de expansión era Roma. Venecia es, no cabe duda, una temible flota. Pero es también un cuerpo delicado y frágil sin comparación alguna con la masa turca. Atacada por este monstruo —y Dios sabe que Venecia hizo siempre todas las concesiones imaginables para evitar este desastre—, la República sólo habría podido resistir el embate apoyándose en la cristiandad, en Italia y en España, es decir, en Felipe II, dueño de la una y casi de la otra.

Los comienzos de la guerra de Granada

En este mundo puesto en tensión, en que el ritmo de los armamentos se precipita, explota la guerra de Granada con una violencia que no guarda relación alguna con la importancia real que tiene en sus comienzos, en que no pasa de ser una operación militar de segundo y hasta de tercer orden. Es imposible, sin embargo, describir hasta qué increíble punto esta “sonada” noticia ha podido suscitar cálculos y esperanzas en el exterior y exaltado las pasiones y caldeado el clima de España.

Los hechos son harto conocidos. Todo comienza con un incidente sin importancia: en la noche siguiente a la Navidad de 1568 llegan a Granada y penetran en la ciudad unos cuantos moriscos, pidiendo a gritos que se unan a ellos cuantos deseen defender la secta y la religión de Mahoma.[190] Los 60 que habían entrado en la ciudad se convierten, al salir, en un millar.[191] “Se confirma [escribe el nuncio en Madrid] que el hecho no tiene tanta

importancia como seguramente se le atribuirá”.[192] Efectivamente, el Albaicín, la gran población indígena, no se ha movido. Nada asegura, sin embargo, que Granada no hubiese sido invadida por fuerzas mucho más considerables, a no ser por la nieve que bloqueaba los pasos de las montañas.[193] Sin ello, tal vez habría logrado efectos muy distintos el golpe de mano, prendiendo fuego a toda la ciudad. En cambio, el fracaso de la intentona obligó a los rebeldes a buscar refugio en las montañas; pronto fueron a unirse a ellos otros moriscos, en su mayoría originarios de otras localidades del reino, y no de la capital.[194] Los cálculos los cifran en unos 4 000 aproximadamente. «Los unos dicen más, los otros menos [escribe Sauli a la República de Génova]. Hasta el presente no me ha sido dable conocer la verdad. Se opina que todo esto no pasará de ser un fuego de paja, ya que la sublevación se ha producido fuera de tiempo y los preparativos que se hacen contra ella son infinitos. De Córdoba, de Ubeda, de Baeza y otros lugares han salido gran número de fuerzas de caballería e infantería.[195]» Según ciertos rumores, los moriscos habían fortificado Orgiba, villa del duque de Sesa, pero sin artillería, ¿qué podían hacer? “Se dice [prosigue Sauli] que hay entre ellos 300 turcos, pero en realidad, según se ha sabido, no pasan de ocho o 10 personas, que se han salvado de una galeota naufragada en estas costas.” El informe es, como se ve, más bien, optimista; pero estamos todavía en los días iniciales del asunto. Y esta prosa se halla, a pesar de todo, inspirada por el partidismo: Sauli, como todos los agentes genoveses (y los toscanos), dice siempre, hablando de los españoles: “los nuestros”. Fourquevaux, como fácilmente puede suponerse, es a la vez más objetivo y menos optimista.

El caso es que esta guerra religiosa, guerra entre dos civilizaciones enemigas, va extendiéndose por sí misma con pasmosa rapidez, en un terreno preparado de antemano, en un mundo de hombres predispuestos a la guerra por el odio y la miseria.[196] En enero, la plaza de Almería es bloqueada por los rebeldes.[197] En febrero, el duque de Sesa, que tiene en Granada sus tierras, sus aldeas, sus villas y sus vasallos, calcula en 150 000 el número de levantiscos, 45 000 de ellos en condiciones de empuñar armas.[198] En marzo ya no cabe duda de que la revuelta desborda la montaña para prender en las tierras bajas.[199] Y la connivencia de los rebeldes con Argel no deja ya lugar a dudas para nadie.[200]

Por lo demás, las autoridades responsables consideraron la sublevación como grave desde el primer momento; tal vez porque el Mediodía de España había quedado excesivamente desguarnecido de hombres para alimentar la expedición del duque de Alba. Los reclutamientos se habían sucedido en

aquellas tierras con mayor frecuencia que nunca. Además, España estaba desacostumbrada a la guerra interior. No se hallaba, ni mucho menos, en postura de combate. La primera precaución consistió, por tanto, en remitir a Mondéjar, capitán general de Granada, y al marqués de Los Vélez, gobernador de Murcia, el dinero necesario para proceder a inmediatas levas. Casi al mismo tiempo se dio la alerta a las galeras españolas para que aislasen a los rebeldes e impidieran la llegada de posibles refuerzos del norte de África.[201] Al mismo tiempo, el gobierno español esforzábase en mantener en secreto la revuelta: "será bien de tener secreto lo de Granada", escribía Felipe II al margen de una carta destinada al virrey de Nápoles[202]. Pero ¿cómo conseguirlo, se le contesta de Nápoles —el 19 de febrero—,[203] cuando ya la noticia circula, transmitida por Génova y por Roma? Y, naturalmente, no se ha detenido allí, sino que ha tomado rápidamente el camino de Constantinopla, adonde los rebeldes se han dirigido por sí mismos, pidiendo socorro.[204] Desde el corazón de España hasta Turquía funciona una cadena ininterrumpida de estaciones para las noticias, sin contar aquellos moriscos ambulantes y fugitivos, infatigables caminantes, viajeros y agentes de enlace, que tienen sus corresponsales y sus abogados en el norte de África y en Constantinopla. Y, por otra parte, tampoco podríamos afirmar que en el levantamiento de los moriscos, como en el incendio del arsenal veneciano, no anduviera metida la mano del gobierno turco… En junio de 1568 sorprendemos a don Juan sosteniendo una animada conversación, en Barcelona, con un capitán griego que le ofrece sublevar a Morea. ¿Por qué no imaginarnos, al margen de nuestras informaciones y sin base en ellas, es cierto, por los años de 1565, 1566, 1567 y 1568, una entrevista análoga en el campo de enfrente, la de un tagarino o un mudéjar con cualquiera de los jefes de la flota turca?

En todo caso, tan pronto como la noticia ha franqueado los ámbitos del mar Mediterráneo y las grandes áreas de tierra de Europa, ocurren por lo menos dos guerras moriscas, bastante distintas la una de la otra: la real, la que se desarrolla en las tierras altas de sierra Nevada, bastante inconexa y poco esperanzadora, guerra de montaña, llena de sorpresas, de dificultades y de crueldades espantosas, y la otra, la "guerra de Granada", que a lo lejos componen a su gusto los avisos más contradictorios, destinados a remover todas las pasiones. Las pasiones de Europa y las pasiones del Oriente, alimentadas por toda una tupida red de complicidades y de espionaje, en sentido inverso del que con tanta facilidad podemos seguir de este a oeste, ya que se refiere a la Europa occidental, donde los papeles están en orden.

Por lo demás, y cualesquiera que sean las proporciones del asunto, España se ve sacudida de punta a punta por esta guerra intestina. En enero de 1569, la sublevación es el tema de todas las conversaciones de la corte,[205] "la más resonante noticia que hasta ahora se haya tenido aquí", como dice Fourquevaux.[206] "Reina gran alarma en todo el reino", sigue informando el embajador,[207] quien encuentra en ello una ocasión propicia para filosofar: estas revueltas de los súbditos contra sus príncipes legítimos son, sin duda, un signo de los tiempos: ayer, fueron las revueltas de los franceses contra Carlos IX, las de los escoceses contra María Estuardo, las de los flamencos contra el Rey Católico… "El mundo parece inclinarse a la sedición y los súbditos se muestran propensos a rebelarse en diversos países." Carlos IX contesta, con pluma más o menos sincera, que confía en que los sediciosos serán castigados, "al igual que todos los que, como ellos, empuñen las armas para perturbar el Estado de su Rey y soberano".[208] Pero tal vez no le desagradase demasiado una situación que causaba a España tanto desasosiego.

Las medidas del gobierno exigieron, en efecto, cierto tiempo para ponerse en práctica y no resultaron ser, de un día para otro, muy eficaces. No era fácil obrar con rapidez en aquellas montañas agrestes y difíciles, en que las columnas expedicionarias se exponían a morir de hambre, y morían, en efecto, llegado el caso. Ni era fácil tampoco bloquear la larga costa de los países insumisos, con sus innumerables bahías y ensenadas, accesibles a los navíos de Argel y de Berbería, portadores de hombres, armas y municiones (los cautivos cristianos sirven de moneda de pago: un hombre por una escopeta),[209] de artillería[210] y de víveres, arroz, trigo y harina. A lo largo de estas costas, cuyos dueños son, por lo general, los señores locales y no el rey, y en las que el contrabando y la piratería tienen sus caminos y sus hábitos.[211] Mondéjar es un jefe admirable, pero detrás de él está el futuro cardenal Deza, que abandona su campo y paraliza su acción. Es él quien contribuye a destacar al marqués de Los Vélez, hombre incapaz. Y la ineficacia de la represión hace, naturalmente, que se extienda el incendio, la espantosa guerra que, por lo demás, progresa por sí misma.

Claro está que todo ello no impide a Felipe II —por el contrario— poner buena cara: "su semblante —escribe Fourquevaux—[212] no trasluce la más mínima preocupación" por los tumultos de Granada. Se tranquiliza pensando que los turcos tienen preocupaciones más importantes que ésta; que la guardia que montan las galeras impedirá a los rebeldes recibir socorros de Argel; que bastará, para que las cosas vuelvan al orden, la acción de las "comunidades cristianas", es decir, de las milicias andaluzas… Optimismo oficial que no se

comparte en el extranjero, donde los agentes de España se esfuerzan en luchar fatigosamente contra las malintencionadas exageraciones. En Londres, Guerau de Spes se lamenta especialmente a este propósito. En mayo se llega a publicar *abiertamente* que otros reinos de España se habían levantado también contra Su Majestad. "Las personas de aquí no saben lo que es la fidelidad a los españoles…"[213]

Es cierto que los españoles no pueden oponer a todos estos rumores crecientes y exagerados ninguna noticia concreta y venturosa de una victoria en la que pueda precisarse, con el campo de batalla, el número de muertos y de prisioneros… Las operaciones son inconexas; los efectivos, pobres, en esta pequeña guerra cruel, en la que se organizan, fuera de todo control, verdaderas cazas del hombre, tanto de un lado como de otro.[214] Una guerra de patrullas mal hecha, que no da materia para los partes. La tempestad que dispersa y maltrata las galeras del gran comendador de Castilla a la altura de Marsella, el 8 de abril, cuando están a punto de ganar las costas de España, toma los contornos de un gran acontecimiento, cuando en realidad no tuvo, ni mucho menos, aquellas proporciones catastróficas que se le quiso atribuir.[215]

Mal entablada y mal dirigida, con faltas en todos los escalones, la guerra de Granada se alargaba más de la cuenta y costaba muy cara. El nombramiento de don Juan de Austria para hacerse cargo del mando general, en abril, no hizo cambiar nada al principio. La experiencia se había encargado de demostrar la imposibilidad de apoyarse solamente en las milicias, la necesidad de traer tropas de Italia (sacadas de los Tercios de Nápoles[216] y Lombardía)[217] y de reclutar tropas en Cataluña.[218] Hubo que dar tiempo a que llegasen los refuerzos y la situación sólo se inclinó claramente a favor del Rey Católico a partir de enero de 1570, cuando don Juan, teniendo por fin las manos libres, se decide a descargar los primeros golpes importantes: es decir, un año después de haber comenzado la insurrección.

Pero ¿qué se había hecho hasta entonces? Poco más que alimentar esperanzas, principalmente la de que el hambre, por sí sola, se encargaría de reducir a los insurrectos.[219] Y la de conservar y defender Granada por encima de todo, en la que, hasta el final del año, tiene don Juan orden expresa de permanecer.[220] No faltan quienes se inclinen a ver en ello una "zancadilla" puesta por Felipe II a don Juan, tratando, una vez más, de "personalizar" una política que no carece de sus razones propias de ser, al margen de las personas. Ello equivale también a desdeñar los temores que esta guerra inspira a los responsables y hasta al propio Felipe II. Temores que no son, por cierto, pequeños ni vanos y que resume bastante bien esta

exclamación de Francés de Alava: "¡Quiera Dios que se castigue a los rebeldes de las Alpujarras antes de que a este perro [el sultán, de cuyos preparativos marítimos se tiene noticia] le dé tiempo a armarse!"[221] Y era de temer también que la sedición se extendiese fuera del reino de Granada y que los moriscos de Aragón "empuñen las armas, como lo han hecho los granadinos".[222] En este caso no habría que vérselas ya con 30 000 hombres (cifra presunta de los rebeldes a comienzos de agosto), sino con 100 000, calculando por lo bajo.[223]

No; no se trataba de poner una "zancadilla" a don Juan, sino de comprender, a la postre, lo que había por hacer. Felipe II necesitó tiempo, demasiado tiempo, para darse cuenta de que el éxito que le anunciaba un correo,[224] y que parecía decisivo, no significaba nada en realidad, ya que los moriscos podían huir "como gamos" delante de los arcabuces españoles,[225] sin que por ello salieran peor parados. Tiempo para comprender que había que tomar la cosa en serio, afrontar los sacrificios necesarios, organizar el mando y el avituallamiento. Para comprender que la situación, tal y como aparecía en el otoño —las tierras bajas y las ciudades en manos de los cristianos, las montañas en poder de los rebeldes—,[226] amenazaba con eternizarse, y muy peligrosamente, dada la envergadura de los preparativos que el turco, visiblemente, estaba haciendo en Constantinopla.

Cabe pensar que no hace falta todo un año para comprender esto. Pero una vez más los mismos temores de Felipe II paralizaban su actividad. Es cierto que la amenaza de la llegada de la flota turca exigía acabar cuanto antes con el levantamiento de Granada, pero esta amenaza exponía a Italia tanto como a España; la prueba de ello la tenemos en que don Juan de Zúñiga, al conocer la noticia, en octubre, se apresuró a pedir al rey que reforzase el ejército español de Italia,[227] aquella Italia a la que se había desguarnecido de tropas para Flandes y a la que se desguarnecería una vez más (a partir de diciembre) para Granada. Y hacia falta también dinero, siempre el dinero, absorbido ya en enormes proporciones por los inmensos gastos de Flandes… Fue, pues, necesario, de una parte, que el peligro de una intervención extranjera llegara a precisarse de una manera clara y angustiosa, y de otra parte, que la guerra tomara un mal cariz, para que Felipe II se decidiese a dar los pasos necesarios.

El 26 de octubre se le comunica oficialmente al nuncio que, si la guerra seguía adelante durante el invierno, si se propagaba a otras regiones moriscas y si, por último, el turco se decidía a intervenir, España corría peligro de caer de nuevo en manos de los musulmanes. El nuncio, receloso, pensaba que esta

confesión tenía por mira arrancar al soberano pontífice ciertas concesiones, especialmente la de la "Cruzada", pero que, a pesar de todo, traslucía una inquietud real.[228] Conocíanse perfectamente en Madrid las conexiones de los moriscos con el mundo musulmán. Y durante el otoño se supo no sólo que los embajadores moriscos, de vuelta de Constantinopla, habían sido recibidos en Argel, donde habían obtenido la promesa de miles de arcabuces,[229] sino que también tres judíos, ricos mercaderes que se habían presentado en la corte francesa a causa de sus intereses en los créditos de José Micas contra Francia, habían contado que la armada turca vendría, en 1571, "a dar calor y ayuda a los moros de Granada". La petición había sido hecha a los turcos por enviados moriscos y por parte de los reyes de Marruecos, Fez "y otros tres o cuatro de Berbería…".[230] Lo que concordaba con las informaciones que, casi en el mismo momento, llegaban a Madrid acerca de los preparativos militares del cherif contra los presidios marroquíes y que hacían temer una invasión concertada de España por los musulmanes.[231]

Pues bien, todo el mundo reconocía ahora que las cosas andaban muy mal en Granada. Coincidían en ello el nuncio,[232] el agente toscano Nobili[233] y el propio Felipe II, en su correspondencia con don Juan.[234] Los signos de ello estaban, además, a la vista de todo el mundo. En diciembre se expulsaba de la ciudad de Granada a todos los moriscos, medida excesiva y desesperada[235]que nos lleva a pensar que eran exactas las informaciones que llegaban a los Países Bajos en los últimos días del año; a saber: que los moros, algunos armados con arcabuces, hacían numerosas incursiones en el reino, hasta el punto de que, en Granada o en Sevilla, la gente no se atrevía "a asomar las narices".[236] No cabe duda: era ya hora de intervenir. El 26 de diciembre, Felipe II decidía, para acercarse al teatro de operaciones, reunir en Córdoba las Cortes de Castilla.[237]

Una consecuencia: la toma de Túnez por Euldj Alí

Como lejana consecuencia, las dificultades de Felipe II en Granada iban a costarle el trono a uno de los "reyes" de Berbería… En Túnez, el protegido de Carlos V, Muley Hasán, reintegrado al trono por el emperador y contra los turcos, en 1535, había sido desalojado de él por su propio hijo, Muley Hamida. Éste había gobernado Túnez como había podido, más mal que bien, ya que se hallaba cogido entre los fuegos de los españoles, los turcos y sus propios "súbditos", es decir, los tunecinos y los árabes, los nómadas y los sedentarios del sur. Lo peor que pudo, diríamos, para ser más exactos. Tal vez

apoyándose para gobernar, como lo indica Haedo,[238] en las personas humildes contra los grandes señores. Desde luego, traicionando a unos y engañando a otros, hasta acabar malquistándose con todos. De aquí que, al cabo de 20 años de gobernar, tuviese muchos enemigos interiores y que su poder fuese más frágil que el de ninguno de los anteriores soberanos de Túnez. La presa estaba, pues, al alcance de la mano, y la guerra de Granada hizo que el fruto cayese maduro en el regazo de los argelinos.

Si los de Argel, en 1569, ayudaron a los moriscos en su revuelta —por interés, por espíritu de lucro y también por pasión religiosa: no olvidemos que las numerosas armas reunidas para los rebeldes se concentraban en una mezquita de la ciudad—, no parece que Euldj Alí, rey de Argel desde marzo de 1568, desplegara un celo especial para ayudarlos ni que se prestara a correr grandes riesgos en favor suyo. Se ocupó mucho más, como observa Haedo, de defender su propia ciudad que de Granada. Tal vez por orden de Constantinopla, pero mucho más, probablemente, respondiendo a las instancias de los agentes españoles: conocemos, por lo menos, las instrucciones dadas a un tal J. B. Gonguzza delle Castelle, enviado a Argel en 1569.[239] Por otra parte, ayudar ampliamente a los moriscos habría significado forzar el bloqueo marítimo de España, operación que podía resultar costosa. Y es posible que Euldj Alí no deseara la prolongación del bloqueo económico ejercido por España con respecto a él.[240]

Pero sobre todo, ¿para qué se había de molestar en ayudar a otros cuando la guerra de Granada le brindaba una ocasión extraordinariamente propicia para poner en práctica el plan acariciado por todos los dueños de Argel: la conquista de toda la península norafricana? Era la reprodución del golpe de mano de Barbarroja en 1534, y, si se quiere, aunque en otra dirección, de la expedición de Salah Rais contra Fez, en 1554. Prueba evidente de la eficacia del servicio de espionaje español y de la de contactos con Argel es el hecho de que se conocieran en Madrid todos los proyectos de Euldj Alí, el regreso de los embajadores moriscos que habían ido a Constantinopla,[241] las dificultades del rey con Dely Hasan, dueño de Biskra,[242] y, por último, la conquista de Túnez. En efecto, el 8 de octubre, un prisionero español en Argel, el capitán Jerónimo de Mendoza, decía haber tenido conocimiento, por fuente fidedigna, de los preparativos de Euldj Alí contra Muley Hamida. El 29 de octubre, una segunda carta confirmaba la primera, y Felipe II, al tener conocimiento de ella,[243] daba órdenes de que se previniese inmediatamente a don Alonso de Pimentel, gobernador de La Goleta.

Entre tanto, Euldj Alí había partido ya de Argel en el curso del mes de octubre,[244] sin hacerse acompañar, por lo demás, de ninguna flota (pues, para aquel entonces, ya el mar había dejado de ser practicable), al frente de 4 o 5 000 jenízaros, que tomaron la ruta de tierra, por Constantina y Bona.[245] A su paso por la Grande y la Pequeña Cabilia, se unieron a su ejército numerosos voluntarios, principalmente varios millares de jinetes, con los cuales penetró en las llanuras de Beja, a dos jornadas cortas de Túnez. Los soldados de Muley Hamida se desbandaron sin combatir; el rey, vencido, se refugió en su ciudad y después, no sintiéndose seguro allí, ganó la fortaleza española de La Goleta, con algunos leales y lo que había conseguido salvar de sus tesoros, después de los saqueos sufridos por el camino. A fines de diciembre, relata Haedo (aunque un aviso de Argel da la fecha del 19 de enero, que parece más exacta),[246] Euldj Alí entraba en Túnez, sin disparar un tiro. El calabrés, muy bien recibido por los tunecinos,[247] se instaló en el palacio del "rey" y tomó en sus manos los poderes del soberano vencido, organizando su conquista y hablando en alta voz, amenazando y corrigiendo; en marzo[248] tomaba de nuevo el camino de Argel, dejando en Túnez una fuerte guarnición, que vivía ampliamente a costa de los tunecinos, bajo el mando de uno de sus lugartenientes, un renegado sardo llamado Cayto Ramadán.[249]

Pero sin la gran alarma de Granada, con una armada cristiana concentrada en Mesina, la operación habría sido en extremo arriesgada. Por lo demás, ¿iba España a aceptar tranquilamente este hecho consumado?[250]

Granada y la guerra de Chipre

La toma de Túnez por Euldj Alí, en enero de 1570, fue consecuencia del desequilibrio suscitado por la guerra de Granada. Este desequilibrio tiene también su parte en la guerra de Chipre, el gran acontecimiento del año 1570, y en la concentración de la liga entre Roma, Venecia y España, consecuencia directa del ataque turco.

En efecto, la guerra morisca se prolonga durante todo el año 1570, por lo menos hasta el 30 de noviembre, fecha en que don Juan deja Granada, si no enteramente pacificada, sí prácticamente reducida al orden. Se prolonga, sin dejar de ser una guerra difícil y costosa, y también dramática y conmovedora para toda España. Sin embargo, con el nuevo año presenta inmediatamente otro cariz. Nadie duda que don Juan de Austria, pese a su extrema juventud —contaba a la sazón 23 años—, era un verdadero jefe, por su firmeza y su

valentía. El rey, además, había puesto grandes recursos a su disposición, y su presencia en Córdoba, a partir del mes de enero, abreviando el vaivén de papeles, órdenes e informes y animando a los combatientes a desplegar un mayor celo, tuvo también sus ventajas, que tal vez no supieron apreciar ni las personas de la corte ni los agentes diplomáticos, a quienes se obligaba con ello a vivir en la retaguardia del ejército, afrontando las múltiples y pequeñas dificultades de alojamiento y de comida.[251]

La situación no podía cambiar de la noche a la mañana. El primer combate importante, librado con motivo del sitio de la pequeña villa morisca de Galera, colgada en los riscos y de difícil acceso, donde la artillería no podía ser "muy útil",[252] no fue precisamente un éxito. La guarnición luchó con un valor sobrehumano y el propio atacante debió desplegar en esta acción virtudes poco comunes para conquistar la plaza, después de una espantosa matanza. La plaza caída abría el acceso a la montaña: las tropas victoriosas se internaron en ella. Pero los moriscos, aprovechándose de sus posiciones altas, se abatieron sobre los atacantes desde las cumbres de la sierra de Serón, haciendo retroceder a los vencedores de la víspera, en medio de un pánico incontenible.[253] En esta retirada, equivalente casi a un desastre, encontró la muerte el preceptor de don Juan, Luis Quijada.[254]

Esta guerra de emboscadas contribuía más que ninguna otra a desmoralizar a los soldados y a empujarlos, según los acontecimientos, a la crueldad, a la cobardía o a la desesperación. El propio don Juan habla, en marzo, de la desmoralización de sus hombres,[255] de su indisciplina.[256] Y hay que decir que estas palabras quedan todavía, con ser fuertes, por debajo de la verdad. Apenas reunidas, las tropas se desbandan… La tentación del saqueo es demasiado fuerte. Desencadena una guerra individual y espontánea, que va extendiéndose como la lepra y que contagia incluso a las tierras pacíficas. Todas las ciudades españolas están abarrotadas de esclavos moriscos puestos en venta; cargamentos enteros de ellos son enviados en barco a Italia. Mientras tanto, en la montaña, los efectivos de los rebeldes no bajan todavía de unos 25 000, de ellos 4 000 turcos o berberiscos. Disponen aún de víveres en abundancia (entre ellos, dice un informante, los cereales se venden solamente a cuatro reales el estaro y el trigo a 10 reales)[257] disponen de higos y uvas secas y pueden contar con el avituallamiento de los bergantines y las fustas de Argel.[258] Los sostiene, sobre todo, la esperanza de la intervención turca.[259] Es verdad que solamente la montaña les defiende contra la superioridad de su adversario, pero no es problema pequeño el de reducir aquellos enormes macizos. Las dos grandes columnas en que se han

dividido las fuerzas españolas, una mandada por el propio don Juan y la otra a las órdenes del duque de Sesa, progresan muy lentamente. El 27 de marzo, Sauli, dando algunos detalles acerca de los últimos avances, termina una carta que considera llena de "buenísimas noticias", con estas palabras: "*et con questo, li mori restano del tutto esclusi della pianura";* es decir, se estima como un gran triunfo que los moriscos hayan sido totalmente rechazados de las tierras llanas…[260]

Era descorazonador seguir paso a paso, como lo hacían todos los corresponsales diplomáticos desde Madrid, los detalles de las operaciones: las noticias buenas y las malas se mezclan y confunden en ellas, sucediéndose con una aparente incoherencia, que acaba por desorientar a los mejores observadores y por hacer decir a Nobili (traduciremos sus palabras libremente y en lenguaje moderno) que "la guerra de los moros es el régimen de la ducha alterna, caliente y fría…".[261] Así, en mayo de 1570, muy cerca de Sevilla (y este detalle ha escapado hasta ahora a los historiadores), se sublevan como 10 000 moriscos, vasallos del duque de Medina Sidonia y del duque de Arcos: noticia mala. Pero pronto llega la noticia —ésta buena— de que las cosas se han arreglado: los levantiscos no se han unido a la montaña en armas y el rey ha tenido la excelente idea de mandar a sus señores a hablar con ellos, logrando con esto apaciguarlos y volverlos a sus casas. Lo cierto es que sólo se habían levantado porque los españoles, aprovechándose de la proximidad del teatro de operaciones, se apoderaban de ellos para venderlos como botín de guerra y robarles sus bienes y sus mujeres.[262] La misma aventura sucedió, en marzo, en una aldea valenciana, donde se encendió la chispa de la revuelta, para extinguirse poco después. Estos dos ejemplos indican, sin embargo, que la guerra distaba mucho de estar seguramente circunscrita. Sin embargo, el peligro grande seguía siendo la Alpujarra, aquel mundo salvaje y casi indomable, donde se había refugiado la disidencia. La guerra de montaña nunca ha sido fácil, ni en el siglo XX. Ésta, la de 1570, "iba quemando y consumiendo a España a fuego lento".[263]

Pero lo que no podían las armas acabó consiguiéndolo la diplomacia (aunque, ¿no sería mejor decir, en este caso, el servicio de los asuntos indígenas?). El primer rey de los rebeldes había sido asesinado. El capitán general de la sublevación, el Albaqui, llegó el 20 de mayo al campamento de don Juan, besó las manos al príncipe y se sometió. Fue firmada la paz. Los moriscos obtenían el perdón y la autorización para vestir su traje nacional, pero a condición de que se sometieran en plazo de 10 días y depositaran sus armas en los puntos señalados de antemano. Estipulábase que los berberiscos

podrían embarcarse para el África, sin ser molestados.[264] Condiciones bastante suaves, como se ve, que permitían hablar de la "natural clemencia de Su Majestad".[265] Pero que atestiguan, sobre todo, su deseo de desembarazarse cuanto antes de una peligrosa aventura. ¿Pero era esto, realmente, la paz?

El 15 de junio habían rendido y depositado sus armas 30 000 moriscos: navíos redondos y de remos habían sido puestos a disposición de los turcos para embarcar rumbo a las costas de África,[266] fijándose como último plazo para la sumisión el día de San Juan.[267] Ya el 17 de junio empezaron a escucharse las quejas de los inquisidores: Granada estaba llena de moriscos que se decían arrepentidos, pero que, al decir de los quejosos, se paseaban con sus armas, contando en público, con toda desenvoltura, a quien quería oírlos, sus hazañas y jactándose del gran número de cristianos a quienes habían dado muerte y de todo lo que habían hecho para "ofender nuestra santa fe católica".[268] Son muchos, dice otra carta, los que se rinden y entregan a discreción, pero ninguno se presenta ante el Santo Oficio a confesar sus culpas.[269] La capitulación, comenzaba a pensarse, ¿no sería una estratagema? ¿No seguían las pequeñas fustas de Larache trayendo armas, hasta el punto de que las galeras de Sancho de Leyva se habían apoderado de cinco o seis pequeños barcos cargados de ellas?[270] Y, mientras que los africanos tardaban en reembarcarse,[271] los soldados cristianos, a quienes no se les pagaba la soldada, se desbandaban por sí mismos, con las habituales consecuencias.[272] Nada de esto contribuía a dar a los rebeldes cierto respeto y a infundir un saludable temor a la fuerza española.

En realidad, subsistía en la montaña una guerra esporádica, acompañada de peligrosos golpes de mano contra los cristianos aislados.[273] "Va reduciéndose poco a poco a los moros de Granada [escribía Sauli],[274] aunque no faltan los que perseveran en su rebelión. Cuatrocientos turcos han pasado a Berbería, pero los moros berberiscos se han quedado en el país." Era éste, no cabe duda, un fermento muy peligroso, en un país como éste, no apaciguado, maltratado y enconado. Seguían haciéndose fuertes en la montaña de dos a tres mil moriscos, con su "rey", quienes declaraban que jamás se someterían si no se les autorizaba a quedarse en las Alpujarras, concesión que el gobierno real no se avenía en modo alguno a autorizar. "Para reducirlos [explica Sauli], me atrevo a decir que haría falta, por lo menos, una campaña de un año, pues estos moros han cosechado mucho grano y sembrado mijo y cereales. Los nuestros no pueden impedir que levanten las cosechas, ya que no disponen de tropas suficientes para ello".[275]

En estas condiciones, ¿qué ilusiones cabía hacerse acerca de la "pacificación" del reino? Don Juan se lo repetía al rey, en su carta de 14 de agosto: el único camino para tener paz en Granada era expulsar a los moriscos.[276] Sí, pero ¿era tan sencilla esta operación? Evacuar un reino no era lo mismo que evacuar una ciudad, como se había hecho en Granada el año antes. En Madrid se tomó, pues, el partido de asegurar y repetir que todo estaba concluido. Cada embajador se lo comunicaba así a su príncipe,[277] mientras don Juan de Austria, al pie del cañón, discurría el medio o los medios de reducir a los moriscos de Ronda o de poner el pie en la Alpujarra.[278] Todavía en septiembre se hablaba de arrasar las viñas y los huertos de los rebeldes,[279] de perseguir a los desertores —otra categoría de inoportunos— y, al mismo tiempo, de reclutar nuevos soldados. Pues la guerra, por más que otra cosa se dijera, continuaba.[280] Y aún estaba viva en octubre como una hoguera que no acababa de extinguirse. El reyezuelo de los rebeldes no daba ya la cara; contentábase con huir de risco en risco. Y todos los fuertes que se construían en la montaña y todas las guarniciones que se colocaban en ellos no impedían que los rebeldes se deslizasen por entre todos los puestos de vigilancia para caer, siempre con conocimiento de causa, sobre los cristianos y sorprenderlos.[281]

Es ahora cuando el gobierno español se decide a proceder a deportaciones en masa. Y no cabe duda de que estas medidas fueron decisivas. Zayas escribía a Francés de Alava, el 13 de octubre: "los asuntos de Granada están ya en tales términos, que V. S. puede considerarlos terminados, como conviene al servicio y a la reputación de Su Majestad".[282] Y esta vez sí era cierto: a comienzos de noviembre, don Juan podía anunciar la pacificación de la región de Málaga y de las sierras de Bentomiz y Ronda.[283] Entre tanto, habíanse llevado a cabo las deportaciones. Fueron expulsados del país unos 50 000 moriscos, tal vez más, dejando despobladas, sobre todo, las tierras bajas. Provisionalmente, por lo demás, pues las tierras abandonadas fueron ocupadas por cristianos viejos. La operación debió de ser cruel y desgarradora, como lo indica el testimonio, tantas veces citado, del propio don Juan, a pesar de tratarse de un decidido partidario de la deportación. «Hoy [escribe el príncipe a Ruy Gómez, en 5 de noviembre] ha sido el último envío de ellos y con la mayor lástima del mundo, porque al tiempo de la salida, cargó tanta agua, viento y nieve que ciertos se quejaban por el camino a la madre la hija y a la mujer su marido y a la viuda su criatura, y desta suerte; y yo de todos los saqué dos millas mal padesciendo: no se niegue que ver la despoblación de un reyno es la mayor compasión que se puede

imaginar. Al fin, Señor esto es hecho.[284]» El caballero Nobili, agente de los Médicis en Madrid, cuya correspondencia hemos citado tantas veces, destacando bastante bien el alcance de esta inhumana medida, escribía al gran duque: "Los asuntos de Granada pueden darse ya por terminados, y los resumiré en una palabra: los moros sometidos y los de las tierras bajas atizaban la guerra, ya que por debajo de cuerda suministraban víveres a los levantiscos".[285] La expulsión se decretó, pues, contra ellos.

En el reino de Granada no quedaban más insumisos que unos cuantos millares de moriscos que vivían como bandoleros[286] y divididos, al igual que éstos, en varias bandas. Pero ¿no había tantos o más en el Pirineo catalán? Sin que pueda decirse que fuese perfecta, era, sin embargo, la paz, con su margen normal de inseguridad policiaca. Los moriscos fueron instalados en Castilla, mientras los cristianos viejos iban a colonizar las bellas tierras de Granada, en el reino pacificado: la cristiandad no había salido, pues, a la postre, perdiendo en esta guerra.[287]

El 30 de noviembre, don Juan abandonaba, para no verla más, la tierra de Granada, escena de sus primeros y duros aprendizajes. El 13 de diciembre estaba en Madrid.[288] Otra tarea le aguardaba allí, que era tal vez la continuación de la guerra que acababa de extinguir. En efecto, si los turcos, en esta misma hora, atacaban la isla de Chipre (el viejo y acariciado proyecto de sus estados mayores), ¿no era, entre otras razones, porque, en el otro extremo del Mediterráneo, España parecía estar enfrascada en su guerra doméstica?

Los comienzos de la guerra de Chipre[289]

Vemos bastante bien, con una claridad si no perfecta, por lo menos poco habitual, dado el estado de nuestros conocimientos en este terreno, cómo aparece organizada la política turca en el invierno de 1569 a 1570. La Turquía del siglo XVI es, históricamente hablando, un personaje poco menos que desconocido. Los historiadores occidentales la captamos desde fuera valiéndonos de los informes de los agentes oficiales u oficiosos del Occidente. Pero en estos años de 1569-1570 el primer visir Mehemet Sokobi se halla íntimamente vinculado al baile de Venecia y su política personal no es la del gobierno. La bifurcación de estas dos líneas nos permite penetrar mejor de lo que podemos hacerlo por lo general en el corazón del Imperio turco. Tal es, al menos, lo que nos dicen los historiadores. ¿Pero es cierto?

Selim, el nuevo emperador otomano —todo el mundo lo sabe, desde su llegada al trono—, no es hombre belicoso. Sin embargo, la tradición de los sultanes exige que todo emperador, al empuñar el cetro, adorne los comienzos de su reinado con una brillante conquista, cuyos beneficios permitan construir y dotar las indispensables mezquitas de los nuevos soberanos. Hemos registrado, sin poder explicarla con seguridad, la semipasividad de los años 1567, 1568 y 1569. En este último año, en el momento de estallar la revuelta de Granada, las preocupaciones de una gran acción en Rusia y de las vastas operaciones del mar Rojo paralizan en Constantinopla toda eventual acción en el oeste. Pero, al llegar el otoño y en vista de que los moriscos no deponían las armas, planteábase de un modo agudo el problema de apoyar su causa. ¿Qué haría el turco? ¿Llevaría su armada naval hasta las costas de España? En la Península se creyó en esta posibilidad. Pero, para esto, la flota turca necesitaba una base en la costa berberisca o en la francesa. El requerimiento de uso del puerto de Tolón, como refugio para la flota turca, se hizo tan abiertamente, que cabe preguntarse si no se haría así de un modo deliberado, con el fin, no tanto de obtener el puerto solicitado como de inquietar a los españoles, quienes efectivamente conocieron la solicitud y la comentaron, como es de suponer. En efecto, ¿pensaron alguna vez los turcos, realmente, en acudir en ayuda de los moriscos? Es bastante dudoso.

En primer lugar, ¿era técnicamente posible prestar un apoyo directo a los granadinos, por medio de la armada, a tan gran distancia de sus bases y con la evidente necesidad de que las galeras turcas invernasen cerca de aquellas aguas? Paul Herre,**[290]** en su erudito estudio sobre la guerra de Chipre, estima que sí, pero en la medida misma en que cree que era ésta realmente la política deseada y enérgicamente sostenida por Mehemet Sokobi, el primer visir. Política de águila, nos dice sobre poco más o menos este historiador, digna en todo de un Solimán el Magnífico y de la que tenemos testimonios en mil documentos. Pero ¿qué documentos? Las cartas del baile veneciano, que se limitan a referir sus conversaciones con el gran visir. Pero no queda excluido que el gran visir haya podido inducir a engaño a su interlocutor. La confianza que parece otorgarle, sus confidencias, sus favores, sus conversaciones, que no llegaron a interrumpirse ni siquiera al consumarse la ruptura con Venecia, ¿no es todo esto algo muy balcánico, muy oriental? ¿No es algo, sobre todo, muy cortado a la medida del interés de la política general del sultán? Distraer Venecia del peligro que se prepara y mantenerse luego en relaciones con ella (pues la diplomacia nunca es inútil): no digo que fuera ése, necesariamente, el hilo de la comedia, si es que realmente la hubo, pero tampoco creo que el

juego de Sokobi sea tan limpio como lo supone Paul Herre, demasiado preocupado, como tantos historiadores, en poner de manifiesto la decadencia de Turquía, y en ilustrarla midiendo la distancia que separa la "política de águila" de Sokobi —no tocar Venecia y acudir en ayuda de los moriscos— de la política miope y mediocre de Selim: descargar un golpe sobre Venecia y sobre Chipre, en la extremidad de su imperio, posesión, como se sabe, mal guardada.

Guardémonos de reconstruir, de un modo demasiado simple y con los pocos elementos de que disponemos, la política turca, tan diversa en su centro. Sabemos, por ejemplo, que ya en 1563 la diplomacia ragusina señalaba los planes de Solimán el Magnífico, del propio Solimán, para la toma de Chipre. Sokobi, bosniaco de nacimiento, arrebatado de muy niño a sus padres cristianos y que fue subiendo lentamente, paso a paso, los escalones de la administración otomana, en 1555 visir del Diván y 10 años más tarde primer visir y yerno de Selim, se crió y se educó en una corte difícil y complicada cual ninguna, cerca de un señor temido e implacable. ¡Qué aprendizaje de dominio sobre sí mismo, de disimulo…! Se le dice amigo de Venecia, y sabemos que le prestó ciertos servicios a cambio de honestas recompensas, las cuales nunca han atado las manos a un ministro en la corte del gran turco. Se le presenta como gobernante pacífico y pacifista: creemos que es mucho decir, pues la paz a que él aspira es una *pax turcica*, pesada para los débiles y gloriosa para la Sublime Puerta. Además, si la política de Mehemet Sokobi hubiese sido realmente la que se le atribuye, ¿habría podido mantenerse en el timón de los asuntos del imperio, afirmar en sus manos el gobernarlo, cuando la nave toma otra dirección? Se dice, ciertamente, que fue la suya una política mesurada, sugerida en medias palabras, suavizada cuando hacía falta, dejada de lado en el momento oportuno. Pero ¿dónde están las pruebas de esta flexibilidad? Que esta flexibilidad y esta mesura le permitieran —atentando contra los designios de su señor, o, por lo menos, conspirando contra ellos— hacer frente a sus rivales, a hombres como el visir Lala Mustafá, antiguo preceptor del sultán, como el general de la mar Piali Pachá, gran intrigante, o como el poderoso judío Micas, se nos antoja harto difícil, conociendo como conocemos el encono de las querellas y de las rivalidades del serrallo. Cabe preguntarse también, entre paréntesis, lo que debemos pensar del último de estos adversarios, personaje tan dudoso, acreedor carente de todo escrúpulo (por lo menos, en lo que se refiere a sus reclamaciones contra Francia), el tipo perfecto de lo que llamaríamos, con el lenguaje de hoy, el espía nato, por no decir que el traidor de melodrama.

Acerca de él tampoco contamos con más letras y documentos que los que nos suministra el Occidente: Micas mantiene relaciones con el gran duque de Toscana, con Génova, con España y tal vez también con Portugal… ¿Debemos considerarlo como un traidor? ¿O debemos más bien pensar, hipótesis que no debe darse tampoco por descartada, que también él obra por órdenes de más arriba, representando, aunque sin olvidarse de su provecho personal, un papel recibido y calculado, en una política más concertada de lo que suele creerse? Para Paul Herré, es simplemente un personaje "bastante turbio",[291] que obra por rencor o por interés. Por rencor contra Venecia, que ha secuestrado una parte de los bienes de su mujer; y por interés, pues ya desde 1569[292] se apunta su ambición de llegar a ceñir la corona de Chipre y hasta de instalar en esta isla una colonia de correligionarios suyos. Y tal vez sea verdad; más aún, sin duda lo era… Pero entre otras cosas. Sin que tratemos, naturalmente, como el biógrafo de este inquietante personaje,[293] de convertirlo en un hombre de pureza angelical, debemos reconocer, sin embargo, que se escapa a nuestros conocimientos, que los contornos de su figura aparecen borrosos ante nosotros y, en general, que es muy peligroso abordar una gran página de la historia turca por los caminos falsos de la biografía y de la anécdota.

Si nos empeñamos a todo trance en forjar hipótesis, digamos que nada se opone a la existencia de una política turca atenta y precozmente proyectada sobre su objetivo: Chipre; de una política que obra en consecuencia con ello y deja que cada cual represente el papel que le está asignado: uno, el de la gentileza con respecto a Venecia; otro, el de los tratos con España o con Francia… La política tiende aquí y allá sus cortinas de humo. No desanima a los moriscos, pero no empuja tampoco a los berberiscos a salir de su apoyo a medias; los censura en caso necesario por haberse lanzado a la aventura de Túnez,[294] pero practica por su cuenta una política muy semejante. Pues, preocupándose muy poco de ayudar a los moriscos en su espera, ya sea directamente o por la vía indirecta de un ataque contra la flota española, el turco intentará aprovecharse, por su parte, de la ayuda que inconscientemente le prestan ellos para arreglar, sin riesgo alguno, sus propios negocios.

Decidido a no olvidar ninguna de sus probabilidades, procura también, en este año, rehabilitar la alianza con los franceses, que se había dejado enfriar con el acercamiento franco-español de los años 1567-1568. He ahí lo que da su sentido a la solicitud de utilizar el puerto de Tolón, en 1569 —se trata de tantear el terreno— y al extravagante viaje a Constantinopla del no menos extravagante Claudio du Bourg. Este personaje, que llega a la escena en una

hora anormal y complicada de la política oriental y que lo complica todo, por si ya no lo estuviera bastante, con sus "locas fantasías",[295] se pelea enseguida con el embajador en turno e intenta derrocar al banquero Micas y congraciarse al gran visir Mehemet Sokobi; de pasada, se dedica a trabajar en favor de los genoveses y, cuando regresa de su viaje por Venecia, en el invierno de 1568-1569, en compañía de un embajador turco extraordinario, lleva, a pesar de todo, en su bolsillo, la "renovación" de las capitulaciones. Y es que Turquía está, en estos momentos, extraordinariamente preocupada de recrear, en el Occidente, una Francia ajustada a la tradición y a sus propios intereses. Vemos, habitualmente —orgullo occidental inconsciente—, a Francia atrayendo hacia sí a los turcos y tratando de explotarlos para sus fines. Pero encontramos también, a veces, la situación inversa: el turco solicita a Francia e intenta atraérsela. Tal ocurre en 1569 y en 1570, y se trata entonces de conseguir la Corona de Polonia para el duque de Anjou y del príncipe de la Transilvania como esposo de Margarita de Valois…[296]

Pero ¿con esta Francia desgarrada por la tercera guerra civil, cómo recrear la *entente* franco-turca? El rey de Francia, tan comprometido por el lado de los católicos, ¿no podía volverse atrás desde tan lejos? La mejor prueba de que no puede hacerlo la tenemos en el hecho de que se muestra de acuerdo en que se detenga en Venecia a Du Bourg y al turco que le acompaña.[297] Du Bourg escribe carta tras carta, promete el oro y el moro. ¡Tiene tantas cosas que decir! Por último, se le autoriza a partir de Venecia, pero para volver a detenerlo al llegar a la Mirandola… Lo que no es obstáculo, por otra parte, para que el rey de Francia se jacte de la mediación del pobre Du Bourg entre la señoría y el turco.[298]

Sin embargo, la guerra civil se calma, se detiene por un instante, con la caída de los Guisa y del partido católico intransigente. El armisticio de 14 de julio es seguido pronto por el edicto de pacificación de Saint-Germain, de 8 de agosto.[299] Catalina, entonces, se vuelve tan decididamente hacia los protestantes, que empieza a hablarse de los "matrimonios infernales" (la frase es de Francés de Alava,[300] refiriéndose al del duque de Anjou con Isabel y al de Enrique de Navarra con Margarita de Valois). En el terreno diplomático, Francia accede ahora a seguir los caminos de una gran política antiespañola, pues la italiana no se contenta ya con sortear los obstáculos entre los dos partidos franceses, sino que trata de capear el temporal entre las dos grandes potencias en las que esos partidos se apoyan con tanta fuerza. Brusco esclarecimiento de la situación francesa, que casi siempre se trata de explicar, sin razón, únicamente por pequeñas consideraciones personales.

¿Qué hacía el turco, mientras tanto?

Tal vez no se haya conocido nunca un invierno tan malo en el mar, tan tormentoso, tan hostil a la rápida circulación de las noticias, como el de 1569 a 1570.[301] El mal tiempo, alargando las distancias más que de costumbre, reforzaba las barreras del silencio detrás de las cuales operaba el turco. Sabíase, sin embargo, desde hacía meses, que estaba armándose con toda furia,[302] y no cabía duda de que era para descargar un gran golpe. Pero ¿dónde? ¿Sobre Malta, sobre La Goleta, sobre Chipre? El juego de los pronósticos continuaba, a pesar de que el turco había golpeado ya y seguía golpeando Venecia, donde quiera que podía hacerlo. La misma Venecia tarda en enterarse de ello, siempre a causa del mal tiempo y a pesar de que la República vivía en estado de alerta.

Hasta última hora, y contra toda evidencia, Venecia negóse a creer en su desgracia. Una desgracia, pues, ¿qué otra cosa podía hacer Venecia sino ser prudente, Venecia, de cuya prudencia gustan tanto de burlarse los historiadores, Venecia la cortesana, que se acuesta con el turco? Más que de su espíritu, Venecia era víctima de su cuerpo, de su realidad terrestre, de su imperio, que era solamente una larga cadena de puntos marítimos de apoyo, de una economía que la obligaba, como a la Inglaterra librecambista del siglo XIX, a vivir del exterior, de lo que sacaba de él y de lo que ella le aportaba. Su política no podía ser, en modo alguno, la de los vastos imperios español o turco (cuya frontera es Venecia, desde cierto punto de vista), estos vastos imperios ricos en hombres, en rentas y en espacio, apoyados en las reservas de economías a menudo rudimentarias, y por ello mismo, tanto más sólidas. He aquí por qué la política de Venecia tiene que ser una política cuidadosamente calculada a cada instante y sólo puede explicarse a la luz de la razón de Estado. En la segunda mitad del siglo XVI, esta juiciosa prudencia habíase hecho, sin embargo, inútil, pues el mundo, en su evolución, mostrábase contrario a Venecia, contrario a su fórmula política o, si se quiere, a su fórmula de vida.

En 1570, Venecia acaba de vivir una paz de 30 años, fructífera paz, pero que, sin embargo, ha afectado más de lo que se cree y de lo que ella misma cree a su estructura política y debilitado sus defensas. Su sistema de fortificaciones, sobre todo, en otro tiempo verdaderamente formidable y ahora ridiculamente anticuado, y la desorganización de su administración militar, día tras día puesta de relieve con trazos desesperados por los responsables de su ejército, y principalmente de su flota, la colocaban muy por debajo de lo que había sido unas cuantas decenas de años antes.[303] Y, sin embargo,

habituada a esta paz que, amenazada a cada paso durante una serie de años, había ido salvándose siempre contra toda esperanza, familiarizada con las mil intrigas del mundo balcánico, ha ido acostumbrándose a creer en la eficacia de los pequeños recursos. De aquí que no se decidiera a tomar por lo trágico la política o la pantomima turca.

Al principio, el turco había intentado intimidarla. Acariciaba la esperanza de que Venecia cediese sin combate, de que bastase con descargar un golpe para abrir en seguida las puertas a la negociación. Los mercaderes venecianos son detenidos en enero por los turcos, y sus bienes, secuestrados.[304] En Morea, estas medidas parecen haber sido aplicadas hacia mediados de febrero. La misma suerte sufren los navíos venecianos; sabemos de dos que, estando ya cargados en Constantinopla para zarpar, son descargados de sus fletes y confiscados para el servicio de la flota. Sin que se trate, ni mucho menos, de ese "embargo de los barcos venecianos" de que nos hablan los historiadores, como de una enorme redada. En invierno, las naves susceptibles de ser secuestradas antes de que se conociera la medida, no podían ser muy numerosas. Por otra parte, la medida en sí, advirtámoslo, no tenía nada de anormal ni de alarmante. Los barcos incautados recibieron la promesa de una indemnización, y su embargo no pasaba de ser un hecho menudo, casi trivial, en el siglo XVI. Lo que sobre todo alarma a Venecia —y la lleva, naturalmente, a armarse— es el anuncio de que el sultán se dispone a atravesar con su ejército la Anatolia y la Caramania y de que ha situado en Castelnuovo 700 jenízaros de refuerzo.[305] Lo que no impide al gobierno veneciano de Cattaro, antes al contrario, enviar sus presentes al hijo de Mustafá Pachá, de paso por aquella plaza.[306] Ya el 1 de febrero es público y notorio en Constantinopla que los turcos van a reclamar la cesión pura y simple de Chipre, en nombre (¡ya entonces!) de los derechos históricos de Turquía. Pero esta noticia, recogida en la correspondencia de Grandchamp el 9 de febrero,[307] no llega a Venecia sino en marzo. Cuando ya la guerra era un hecho.

Queriendo sin duda apoyar con una amenaza precisa su gestión diplomática, los turcos habían atacado, en efecto, las posesiones venecianas. El lunes 27 de febrero el mal tiempo arrojaba sobre las playas adriáticas, cerca de Pescara, la barca veneciana de un tal Bomino de Chioggia, que ha salido de Zara el domingo 26, y a la que un terrible *temporal* ha hecho perder la ruta, al sur del cabo de Ancona y a una velocidad desacostumbrada. El patrón, conocido como hombre de bien por algunos mercaderes, refiere que unos 25 a 30 000 turcos se han lanzado de improviso sobre Zara y que

solamente un venturoso azar ha permitido a dos galeras, gracias a su artillería, rechazar a los asaltantes y dar la alerta.[308] No es posible comprobar las cifras, pero el hecho brutal y descarnado, fuera de toda duda, es el ataque de la larga y flexible línea de los puestos dálmatas, poblados en total por unas 60 000 almas (según una relación de 1576). Los turcos se ceban en ellos y causan enormes estragos.[309]

Por último, la noticia de las exigencias turcas llega oficialmente a Venecia.[310] El chauch Ubat, enviado de Constantinopla el 1 de febrero,[311] pasa por Ragusa a mediados de marzo,[312] y el 27 comparece ante el senado, que le admite en audiencia. Pero la puesta en escena había sido preparada de antemano: no se le deja que exponga sus argumentos y se le dirigen palabras muy duras. La exigencia turca es rechazada por 199 votos de un total de 220.[313] Venecia está, en efecto, decidida a afrontar la lucha. A mediados de marzo despacha un embajador extraordinario a entrevistarse con Felipe II,[314] mientras Pío V, debidamente informado, y por los mismos días, envía cerca del soberano español a Luis de Torres, cuya misión va a ser decisiva.[315]

Venecia afirmaba así su voluntad de guerrear. Y, al mismo tiempo, se armaba. Botaba al agua su flota de complemento, equipaba sus galeazas, montaba una magnífica artillería a bordo del galeón de Fausto, enrolaba soldados, aceptaba los que le ofrecían las ciudades de tierra firme, enviaba a Chipre un cuerpo expedicionario que los turcos no pudieron interceptar, lanzaba varios miles de hombres a la Dalmacia y despachaba un ingeniero a Zara.[316] Y este despliegue de fuerza se realizaba con gran estrépito y se terminaba antes de la primavera, pero no con la decidida intención de hacer uso de todo aquello. Hasta julio no hicieron los turcos sus primeros desembarcos en la punta sur de la isla de Chipre. Hasta este momento, Venecia se limita a llevar adelante su juego, a no mostrarse intimidada, a contestar a la amenaza con la amenaza, a la violencia con la violencia. Contesta con represalias al anuncio del embargo de los bienes y de las personas de sus nacionales.[317] Pero, tan pronto como los turcos ceden en este punto, Venecia se apresura a imitarlos.[318] Es cierto, y no cabe de ello la menor duda, que el dogo nombrado en Venecia el 5 de mayo, Piero Loredano, representa el partido de la guerra.[319] Pero el partido pacifista dista mucho de haber sido reducido a la impotencia. Pese a la unanimidad lograda el 27 de marzo, cuestión de prestigio, que los pacifistas consideraron, sin duda, una jugada muy hábil, quedaban todavía en Venecia muchas fallas y divisiones, que podían conducir, en el momento menos pensado, a un viraje en redondo de la política. Si Turquía hubiese reculado, Venecia se habría olvidado en el

acto de sus armamentos, de los intereses de la cristiandad y de su querida hermana España.

A comienzos del año 1570, España se siente intranquila y embarazada en sus movimientos. Intranquila ante los armamentos formidables del turco. Embarazada por la guerra de Granada, que retiene una masa considerable de sus fuerzas marítimas y terrestres. Y también por los grandes acontecimientos del norte, a los que asiste, impotente y, si queremos, en actitud neutral, cruzada de brazos, ya que el duque de Alba se niega a recurrir a las grandes intervenciones militares, pero con una neutralidad que, desde el punto de vista financiero, no deja de ser espantosamente costosa.

La reacción de los españoles ante las noticias de Levante, al no poder disponer libremente de todas sus galeras por la necesidad de mantener la vigilancia sobre las costas de Granada, y habiendo desguarnecido peligrosamente Italia, sigue ante todo tomando por modelo las alertas anteriores a Malta, la línea de poner en estado de defensa las plazas de Nápoles, Sicilia y el norte de África. Medidas también onerosas, pero urgentes, a las que era imposible sustraerse. Nada garantizaba, en efecto, que los turcos fuesen a respetar las posesiones españolas. Los avisos lo repetían con insistencia, pero los avisos… Además, no todos ellos daban el mismo son de campana: en el río de las noticias podían deslizarse deliberadamente no pocas aguas revueltas y dudosas. Venecia, según se afirma, ha usado con frecuencia su famoso servicio de información como arma para alarmar a la cristiandad y alimentar en ella la psicosis del peligro turco. En todo caso, es evidente que en el siglo XVI no se confiaba más que de un modo muy relativo en las noticias propaladas por Venecia. A los venecianos les resultaba tan fácil manipularlas desde Constantinopla como desde la propia Venecia, y, si la circunstancia lo requería, podían suscitar a su conveniencia ciertos avisos y noticias destinados a su majestad católica. Sea de ello lo que quiera, lo cierto es que los avisos procedentes de Constantinopla, en esta primavera de 1570, no eran todos los más apropiados para apaciguar las inquietudes españolas. El 12 de marzo, el virrey de Nápoles[320] escribe a Felipe II: “he rdo otra de Constantinopla, de los veynte y dos de heno que scrive uno de aquellos que sirven ally… y a quien tengo por mejor auctor… por donde me confirma la opinión que tengo de que estos aparatos de tan gruesa armada no son para daño de venecianos, si bien se entiende que en la parte de Dalmatia se a rroto guerra con ellos”.

Los españoles concentran, pues, todas las galeras que pueden reunir en el sur de Italia. A falta de las habituales tropas españolas, han hecho levas de

alemanes para Milán y Nápoles y de italianos para las galeras y Sicilia. Y han abastecido también La Goleta de hombres, víveres y municiones. “He acordado [escribía Felipe II a Chantonnay el 31 de marzo][321] que se levanten dos regimientos de Alemanes *[sic]*, el uno para el reino de Nápoles y el otro para el estado de Milán”, pues “mis Estados de Italia están al presente tan faltos de soldados”, que el turco podría causar grandes daños en ellos, si se presenta allí. El regimiento destinado a Nápoles, embarcado por Génova en las galeras de Juan Andrea Doria, llegó a su destino el 3 de marzo,[322] y fue inmediatamente encaminado a la guardia de las costas. Hasta que, a fines del mes de junio, habiéndose precisado y localizado ya el peligro turco, son licenciadas estas tropas,[323] después de negarse Venecia a retenerlas a sueldo suyo.[324]

En cuanto a las galeras, después de la llegada de Juan Andrea Doria a Nápoles, en abril, reuniéronse en las aguas del sur de Italia unas 60. Sesenta de las 100 de que a la sazón disponía España y que representaban el total de las escuadras de Génova, Sicilia y Nápoles, esta última mandada por el marqués de Santa Cruz. De creer en las quejas de los jefes, trátase de galeras bastante mal armadas, con dotación muy insuficiente de forzados[325] y muy pocos soldados o ninguno. Hasta junio no se da a Juan Andrea Doria autorización para enrolar dos millares de soldados en Nápoles con destino a sus navíos. Pero, entre tanto, la flota española había tenido que hacer ya dos viajes hasta La Goleta.[326]

El segundo de ellos había ido dirigido contra Euldj Alí, a quien se sabía refugiado en Bizerta con 24 o 25 galeras. Juan Andrea Doria creyó que podría apoderarse de ellas con 31 galeras reforzadas, pero la presa hallábase a salvo, ya que la ría de Bizerta había sido, entre tanto, fortificada por el calabrés. Las galeras cristianas, en vista de ello, viraron en redondo, tocaron en La Goleta y ganaron después las costas de Cerdeña, donde debían relevar tropas, antes de seguir para Nápoles.[327] Pero pronto recibieron la orden de pasar a Sicilia, primero, y luego de dirigirse hacia oriente. Felipe II, a pesar de las instancias de Pescara, nuevo virrey de Sicilia, quien deseaba que se intentara el ataque sobre Túnez,[328] había acabado cediendo a las peticiones del soberano pontífice y de los venecianos. Iba a intentarse salvar Chipre.

En socorro de Chipre

Los turcos habían desembarcado en la isla en julio. El 9 de septiembre caía en sus manos Nicosia, la capital. Sólo quedaba en poder de los

venecianos la plaza de Famagusta, mejor fortificada. Sus defensores contaban, por lo demás, con fuerzas considerables, capaces de resistir todavía durante mucho tiempo. Aun teniendo en cuenta lo que tardaban en llegar las noticias, hay que decir que el problema de Chipre se planteó con toda claridad ya bastante tarde, a mediados de verano. ¿Acudiría Venecia en socorro de la isla? ¿Podía encargarse ella sola de hacer frente a los turcos y de salvar para la cristiandad a la preciosa isla del azúcar, de la sal y del algodón?

Venecia estaba, de todos modos, interesada en levantar el Occidente contra el turco y en hacer depender los destinos de esta guerra local de los de una guerra general. Esta amenaza podría quizá desanimar a su adversario, obligándole a soltar su presa y a aceptar un compromiso. También quería evitar una alianza directa con el otro coloso del Mediterráneo; no deseaba verse expuesta a firmar con él una liga análoga a la de 1538,[329] que le había dejado a Venecia un mal recuerdo, todavía no borrado. La República había abrigado entonces el sentimiento de que Doria se había entendido con Barbarroja. Paruta sostendrá, en 1590, que se trató de una traición. Pero ¿cómo permanecer libre y a salvo entre los dos bandos, ahora que el golpe iba directamente contra ella?

No era asunto de poca monta arrastrar España al juego. Al recibir las primeras noticias, Granvella habíase declarado contrario a que se prestase ninguna clase de socorro a Venecia. La negociación, al pasar por Roma, se entablaba como una conversación entre tres interlocutores, pero en Roma estaba la asombrosa, la prodigiosa personalidad de Pío V. Pronto fue el único de los tres que se puso a actuar, y con una violencia tanto mayor cuanto que su política católica había sido siempre una política combativa. Todavía en enero no había renunciado a convencer al duque de Alba en relación con la guerra del norte. Chasqueado en 1566, como ya hemos dicho, el celo del papa se tomó la revancha en los sucesos mediterráneos. Explotó literalmente, y, con su rapidez en obrar y en zanjar las dificultades, forzó la decisión de las dos partes, de las que él no era, en principio, más que un intermediario.

El papa preocupábase muy poco, como podemos imaginarnos, de los estrechos cálculos en los que se confinaba Venecia, preocupada tan sólo de salvar sus plantaciones y sus salinas. Ya en 1570, con motivo de la sesión del senado, había hecho presión sobre la República, por medio de su nuncio, e inmediatamente le había concedido los diezmos sobre el clero veneciano, para ayudar a la señoría en su esfuerzo por armarse. Después se avino a crear una flota pontificia, cuyo elemento esencial serían, en 1571, las galeras de la Toscana. A continuación accedió a que la madera de sus bosques fuese

encauzada hacia Ancona, para la construcción de galeras.[330] Despachó inmediatamente la corte de Felipe II a Luis de Torres, su íntimo familiar y confidente, uno de los numerosos eclesiásticos apasionados que rodeaban a Pío V.[331] El papa lo eligió, a sabiendas de lo que hacía, por ser español, muy bien relacionado a través de amistades personales en el mismo Consejo del Rey Católico, y lo expidió a toda velocidad hacia su destino; las instrucciones de Torres llevan fecha de 15 de marzo; en abril era recibido en Córdoba por Felipe II. En abril, en el momento en que la guerra de Granada se hallaba aún en su apogeo.[332] Y en Córdoba, a unas cuantas jornadas de viaje del teatro de la guerra.

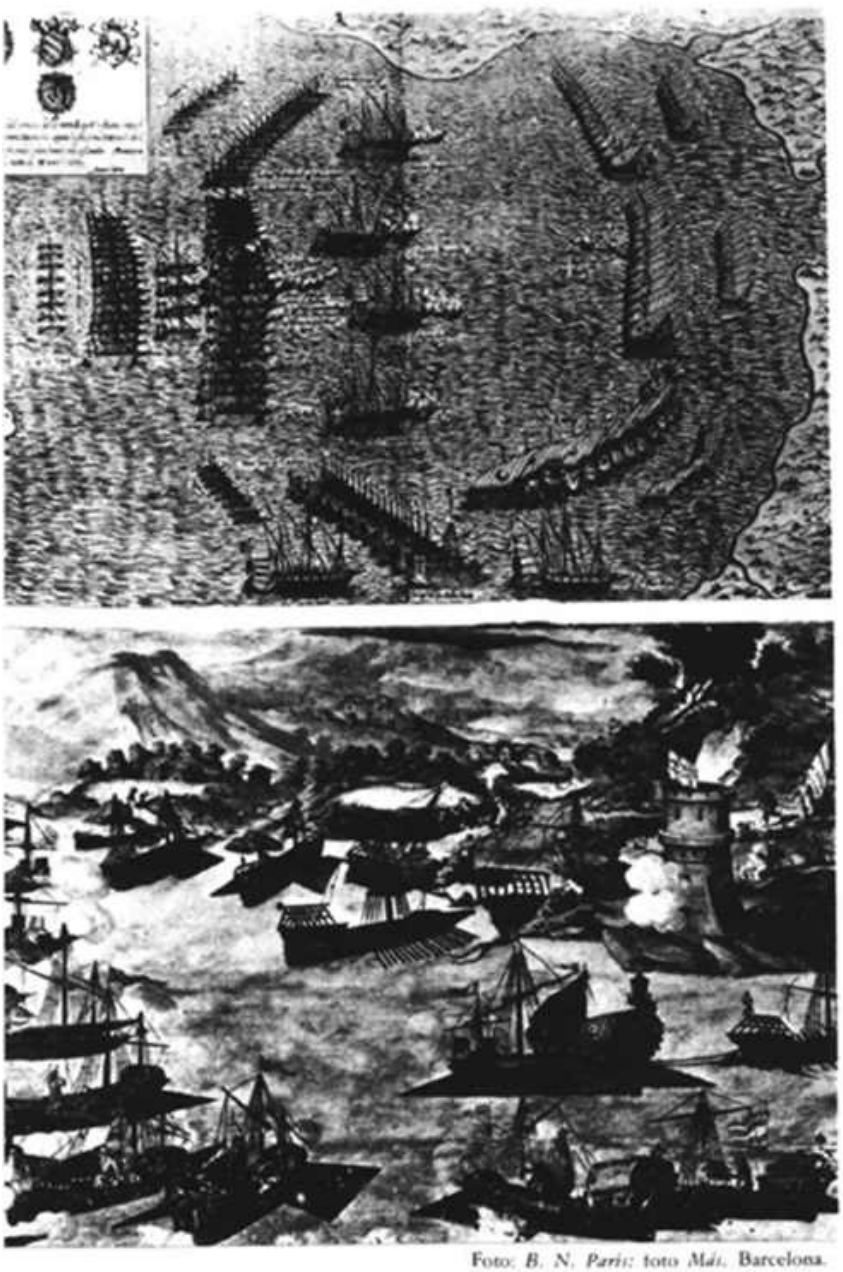
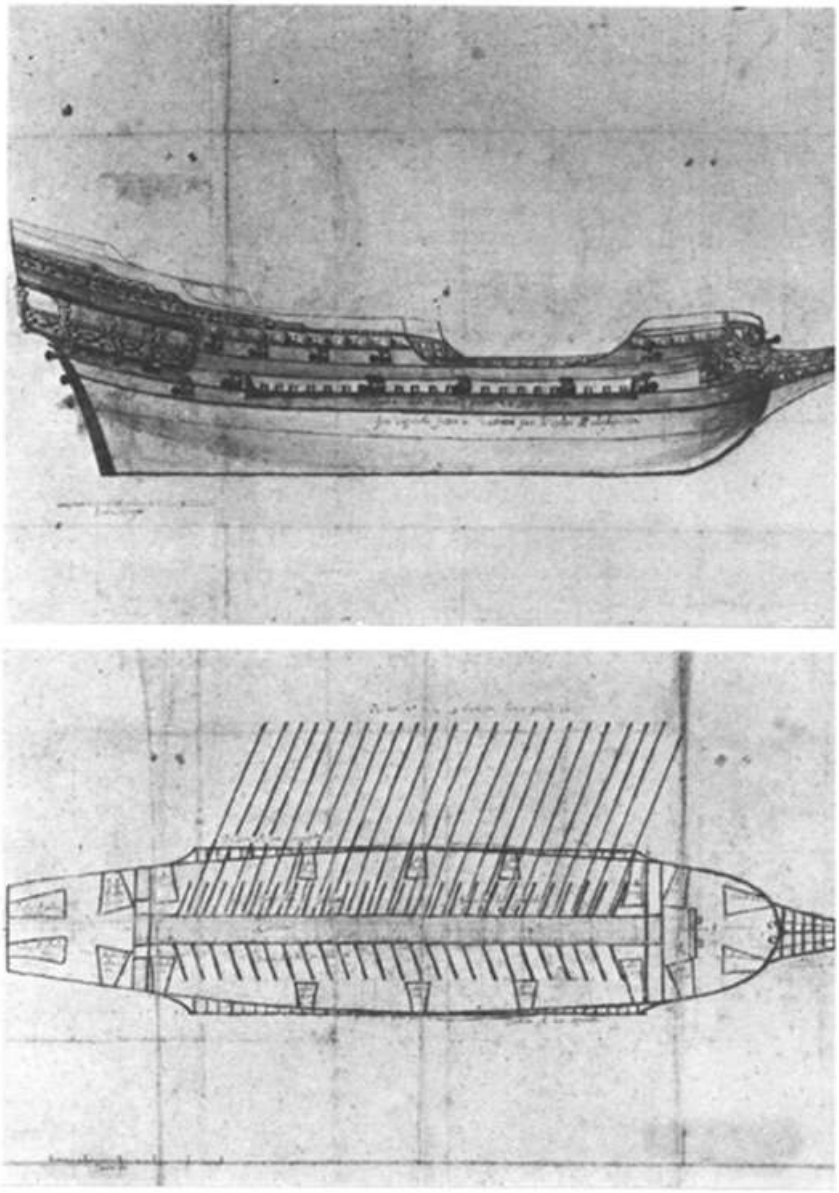


Foto: *B. N. París:* toto *Mas.* Barcelona.

38 y 39. La batalla de Lepanto. Arriba: plano exacto. Biblioteca Nacional, París, C 6669. Abajo, fantasía del artista. Palacio del marqués de Santa Cruz (Ciudad Real), pintura mural.



40. Una galeaza veneciana (siglo XVI). Colección privada. Nótese la disposición de las piezas de artillería. La superior potencia de las bocas de fuego de las galeazas venecianas resultó decisiva en la batalla de Lepanto.

Es decir, en una atmósfera de pasión religiosa y en una hora de exaltación de los destinos de la cristiandad,[333] atacada a la vez en los confines del norte (por la Reforma) y en las mismas costas del mar meridional, dramáticamente acorralado entre estas dos guerras, que pronto el Atlántico, con sus largas hostilidades, se encargará de empalmar la una con la otra. Esta exaltación de la hora estalla en las cartas de Pío V —sólo lo contrario podría sorprendernos —, pero también en las de su emisario. Basta recorrerlas para descubrir todo lo que había de grandeza, de pasión y de espíritu de cruzada detrás de la guerra granadina.

La negociación fue, sin embargo, lenta. Lo que Pío V pide es una liga. No una simple ayuda transitoria, sino una liga en toda forma. "Claro está —dicen las instrucciones dadas a Torres, en los términos que tiene orden de repetir al rey—, que una de las principales cosas que ha movido al turco a romper con los venecianos ha sido parecerle que los halla solos, sin esperanza de unirse con vuestra majestad, por estar ocupado con los moros de Granada…" No cabe duda de que el turco tuvo sus buenas razones para contar con que Granada lo protegería de Felipe II. Pero los mejores cálculos son, a veces, los más falsos. Que Felipe II acabe aceptando la liga contra el islam se debe quizá a que precisamente el año de 1570, al ser el año de la guerra de Granada, hace revivir a España sus antiguas pasiones.

Ciertamente que tampoco se echa en olvido el interés, ni el político ni el financiero. Venecia es la frontera de la cristiandad. ¿Se sentirá ésta más fuerte cuando haya sucumbido aquélla? ¿O cuando haya concluido con el turco uno de esos arreglos que el gobierno francés se ofrece a concertar por ella? El papa no olvida ninguno de estos argumentos: "las fortalezas venecianas — escribe al rey— son el 'antemural' de las plazas fuertes del Rey Católico"; concertar la liga equivaldrá, para Felipe II, a "tener a su servicio los estados venecianos, sus hombres, sus armas y su flota". Por lo que atañe al interés financiero, no puede ser más claro. Desde 1566, el rey de España venía disponiendo de las grandes rentas del "subsidio" (500 000 ducados anuales que le pagaba el clero español), pero la bula de la "Cruzada" aún no había sido renovada, y ello representaba una pérdida de más de 400 000 ducados todos los años;[334] y el "excusado", concedido en 1567, no había sido cancelado, por temor a protestas demasiado vivas. Luis de Torres llevaba con él, en nombre del soberano pontífice, la concesión de la "Cruzada", demorada hasta entonces por escrúpulos de conciencia. Este apoyo sustancial para el presupuesto español pesó mucho, sin duda, en el ánimo del soberano.

Lo cierto es que Felipe II, a quien se dice tan lento, dio su consentimiento de principio ocho días después de la gran explicación de Luis de Torres,[335] lo que representaba, sin duda, tanto para España como para Venecia, para Turquía y para todo el Mediterráneo, la mayor de las aventuras que se habían corrido desde hacía mucho tiempo.

Ya antes de concertarse la liga se intentó acudir en socorro de Chipre.[336] En malas condiciones, es cierto. Todo fue improvisado. Improvisada la flota pontificia, equipada a toda prisa, a pesar de las protestas y reconvenciones de Zúñiga, en Roma. No cabe duda de que el papa, haciendo acto real de presencia en las escuadras, quería impedir que los españoles lo dirigieran todo a su guisa, como en los años de 1538 a 1540. Improvisado también, y fue lo más grave de todo, el nombramiento del jefe de la flota aliada, Marcantonio Colonna,[337] señor romano de una familia fiel a España, gran condestable de Nápoles, es decir, vasallo de Felipe II,[338] y, por tanto, atento a las gracias de España, que ya por dos veces había intentado obtener, haciendo sin gran éxito el viaje a Madrid. Es un hombre de guerra, no un marino. Sólo de pasada, durante su juventud, se ha ocupado de algunas galeras de su propiedad. Pero Pío V, después de cometer el error de elegirlo, se obstina en mantenerlo al frente de la flota cristiana. Imprudente decisión, pues un jefe de escuadra no puede improvisarse. Como tampoco puede improvisarse una flota de guerra, que es, sin embargo, lo que Venecia se ha visto obligada a hacer. Ha movilizado rápidamente una flota importante, pero inferior a sus apariencias, pues el aparato de guerra veneciano se había deteriorado después de una paz tan larga. Además, sus fuerzas navales se hallan dispersas en diferentes escuadras particulares, y su flota de reserva está varada en seco en el arsenal y sin hombres. Si Venecia es rica, e incluso demasiado rica, en material, en navíos, en galeras y galeazas, y en artillería, es, en cambio, pobre en material humano y en provisiones de boca. Ahora bien, una armada quiere decir remeros, tripulaciones y soldados a bordo de las galeras. Quiere decir también toneles y cajas de víveres. Unos y otros escasean y la señoría, llegado el caso, no sabe ni obrar de prisa ni suplir a su falta de hombres mediante una nueva táctica. No hace más que entrever la boga del barco redondo, del galeón o de la supergalera, armados unos u otros de artillería. El socorro de urgencia enviado a Chipre en barcos redondos, por febrero, llegó a su destino a pesar del invierno, y de pasada, las piezas de artillería de los navíos fulminaron a las galeras turcas.[339] Pero la lección dista mucho, sin embargo, de estar clara. Y es demasiado tarde, ante la urgencia del peligro, para empezar de

nuevo, para desembarazarse de tradiciones centenarias y renunciar al hombre motor y máquina de combate…

A las 60 galeras, puestas al mando de Hieronimo Zane y que partieron de Venecia el 30 de marzo, les costó mucho trabajo llegar a Zara el 15 de abril. [340] Allí se estuvieron por espacio de dos meses, hasta el 13 de junio, casi inactivas, salvo algunas patrullas contra los uscoques y ciertos *raids* de piratería contra las costas ragusinas,[341] consumiendo para nada sus víveres, que a duras penas podían renovar en aquel puerto sin retaguardia que era Zara, sin poder siquiera impedir que las galeras turcas hicieran sus *razzias* sobre el litoral albanés. Quizá había buenas razones para esta inacción: el deseo de proteger Venecia; el temor a los violentos temporales de invierno en el Adriático, que permiten los golpes de mano, los rápidos vaivenes, pero difícilmente el desplazamiento de grandes flotas; el temor también de toparse con la flota turca, que se apoyaba en Grecia, o al menos así se aseguraba, para proteger sus movimientos hacia Chipre.

Al llegar el verano, Zane recibe órdenes de desplazarse hasta Candía de una sola escapada, para reunir allí todas las galeras venecianas, que, a su vez, tenían la orden de juntarse. Se le prohíbe al almirante detenerse en ruta para emprender ninguna clase de acciones, pues eso podía darle a la flota turca la idea y el tiempo de llegar al Adriático. Al arribar a Corfú, la flota veneciana recibe la noticia de la próxima llegada de los pontificales y los españoles. Sigue navegando como se le había ordenado hacia Candía, donde espera encontrar víveres y hombres en abundancia. Pero cuando llega allí, en agosto, se encuentra con que no hay nada preparado… ¿Incuria, imprevisión, la casi certidumbre de no tener que combatir? ¿O insuficiencia de medios y dificultades reales, tal como nos las explican abundantemente algunos informes venecianos? El reclutamiento de las tripulaciones y las chusmas del Archipiélago, por cuenta de Venecia, resultaba tarea cada vez más difícil.

Los españoles y los pontificales entran en el puerto de Suda el 31 de agosto. Los segundos no están apenas mejor equipados que los venecianos. En cuanto a las galeras españolas, reunidas en Mesina, no cabe duda de que habían completado su equipo de remeros y soldados.[342] ¿Qué hacer? En sus conversaciones con Luis de Torres, Felipe II habíase limitado, al principio, a prometer lo que se le pedía, es decir, mantener sus galeras en Sicilia. Más tarde, cuando, tras otras conversaciones, se pasa de esta primera promesa a la de partir para Levante,[343] se expiden nuevas órdenes a Juan Andrea Doria. Éste las recibe el 9 de agosto, y en ellas se le notifica que debe subordinarse a Marcantonio Colonna.[344] Al avezado marino no le hacía ninguna gracia

servir a las órdenes de otro, sobre todo cuando se trataba de arriesgar en los mares levantinos su flota, y muy especialmente sus propias galeras, que, según las condiciones de su “asiento”, no tenía derecho a que se le repusieran en caso de pérdida. Tanto más cuanto que el partir en agosto, con la intención de llegar hasta Chipre, equivalía, forzosamente, a exponerse, a la vuelta, a los temporales del invierno.

Las órdenes expedidas fueron, pues, ejecutadas muy de mala gana. Las 51 galeras de Doria se unen en Otranto, hacia el 20 de agosto,[345] a la pequeña escuadra pontificia. Hasta el 14 de septiembre no se logró llevar a cabo la concentración general de las fuerzas navales, en la costa norte de Creta.[346]

El puerto de Suda, elegido para esta concentración naval, era cómodo, pero mal aprovisionado. En la primera revista general hízose patente la mala preparación de los venecianos. Y surgieron los conflictos. Los venecianos, en vez de pasar revista en plena mar, donde es difícil hacer trampas con los efectivos, la pasaron dentro del mismo puerto, con las popas de los barcos tocando tierra, lo que permitía a las tripulaciones pasar, durante la revista, de unas naves a otras.[347] Al mismo tiempo, afirmábase las rivalidades y discordias entre los jefes. Pero, como quiera que el almirante veneciano había recibido órdenes de acudir a toda costa en socorro de Chipre, solamente si ello era necesario, la flota aliada se decidió a dirigirse hacia el este. Pero no directamente hacia Chipre, ya que no era posible llegar a la isla sin toparse con los turcos. Los almirantes habían pensado en una acción contra el Asia Menor o contra los Dardanelos, para desviar la flota enemiga de Chipre e impedirle luego que se dirigiera a este punto interponiéndose entre ella y la isla.

La flota se hizo, pues, a la vela rumbo a Rodas.[348] Representaba una enorme fuerza, 180 galeras y 11 galeazas, sin contar los navíos de menor importancia y los barcos de transporte. Llevaba a bordo no menos de 1 300 piezas de artillería y 16 000 soldados. Pese a las diferencias de las escuadras pontificia y veneciana, no cabe duda de que habría sido posible una acción eficaz, si los jefes no hubiesen estado tan divididos, si Marcantonio Colonna, almirante improvisado, hubiese sido un verdadero jefe, y, si el lento avance de la flota no hubiera sido retardado aún más por Doria al redoblar deliberadamente sus precauciones tácticas. Y así, cuando, a la altura de las costas del Asia Menor, llegó la noticia de que Nicosia había caído en manos del enemigo, el 9 de septiembre,[349] y de que casi toda la isla estaba ya en poder de los turcos, con excepción de la plaza de Famagusta, que seguía resistiendo, los jefes decidieron dar la vuelta. Además, el mal tiempo del

otoño les estorbó tremendamente en el camino de Candía, como estorbaba en el mismo momento a la flota turca, que retornaba victoriosa a Constantinopla. Y, en vista de que no podían pensar en invernar en la isla, demasiado mal abastecida de víveres para ello, no tuvieron más remedio que replegarse sobre Italia. Todavía aquí tropezaron con inmensas dificultades para navegar. Doria hizo la hazaña de volver a Mesina con todas sus galeras,[350] pero los venecianos sufrieron enormes pérdidas (13 galeras al regresar a Candía, y tal vez incluso 27),[351] y Marcantonio sólo volvió, en noviembre, con tres de las 12 galeras que se le habían confiado.[352]

Fácil es adivinar cuán desagradable impresión produjo esta expedición, y las sospechas, los recelos y las discusiones por ella suscitados.[353] En Roma y en Venecia se hizo recaer sobre Doria toda la culpa del fracaso. La ocasión era pintiparada para atacar al rey a través de la persona de su almirante. En Venecia volvía a cobrar importancia el partido pacifista, que siempre se había mostrado activo. Los españoles, naturalmente, no se abstenían de replicar. Granvella escribe a su hermano Chantonnay: "Colonna entiende tanto como yo de cosas de mar…".[354] Mientras tanto, la señoría, con su rigor proverbial, castigaba a los malos ejecutantes de sus órdenes, al jefe de las tropas, Pallavicino, al jefe de la flota, Hieronimo Zane, que murió poco después de ser puesto en prisión, e incluso a los subalternos: castigos y desgracias que habían de contribuir poderosamente al magnífico comportamiento de la flota veneciana en 1571.

En este invierno de 1570, el porvenir de la liga parecía seriamente comprometido. Concertada en principio sin que nadie hubiera firmado nada, parecía haberse roto de propio acuerdo, antes de haber existido.

CAPÍTULO IV
LEPANTO

[II-583]

LEPANTO fue el más espectacular de los acontecimientos militares del siglo XVI en el Mediterráneo. Pero esta inmensa victoria de la técnica y de la valentía resulta difícil de encasillar de modo convincente en las perspectivas convencionales de la historia.

No puede afirmarse que esta sensacional jornada se halle exactamente en la línea de los acontecimientos que la preceden. ¿Será necesario, entonces, agrandar el papel heroico, shakespeareano de don Juan de Austria? Este hombre forzó por sí solo el destino. Pero no me parece razonable contentarse con esta explicación.

Asimismo se ha considerado extraño —y Voltaire se divertía a costa de ello— que esta victoria inesperada trajera tan pocas consecuencias. La batalla de Lepanto ocurrió el 7 de octubre de 1571; al año siguiente, los aliados fracasan delante de Modón. En 1573, Venecia, agotada, abandona la lucha. En 1574, el turco triunfa en La Goleta y en Túnez. Y todos los sueños de la cruzada son barridos entonces por los vientos contrarios.

Y, sin embargo, y a pesar de esto, si no nos aferramos tan sólo a los acontecimientos, a esta capa brillante y superficial de la historia, vemos que surgen mil realidades nuevas que, sin ruido y sin fanfarrias, encaminan la historia hasta más allá de Lepanto.

El encanto de la potencia turca ha sido roto.

Un inmenso relevo de forzados acaba de efectuarse en las galeras cristianas. Ahí las tenemos, provistas de un nuevo motor, que ha de funcionar durante años.

Reaparece y se afirma por doquier un corso cristiano.

Finalmente, después de su victoria de 1574 y, sobre todo, después de los años 1580 y siguientes, la enorme armada turca se disloca por sí misma. La paz en el mar, que durará hasta el año 1591, ha sido, para ella, el peor de los desastres. Sus naves, inmovilizadas por esta paz, se pudrirán en los puertos.

Decir que la batalla de Lepanto engendró por sí sola estas múltiples consecuencias es quizá ir demasiado lejos. Pero sí contribuyó a ellas. Y el interés que para nosotros tiene, en cuanto experiencia histórica, es tal vez ante todo el señalar, a la luz de un ejemplo insigne, los límites mismos de la historia de los acontecimientos.

I. LA BATALLA DEL 7 DE OCTUBRE DE 1571

La Liga, es decir, la alianza, la lucha en común contra el turco, debía sellarse el 20 de mayo de 1571. Después de las discordias del verano y ante los recíprocos recelos de los futuros aliados, teniendo en cuenta sus intereses dispares y sus habituales discordancias, por no decir que sus hostilidades, si algo hay en esto de extraordinario y de asombroso, es que la unión pudiera llegar a establecerse.

Una conclusión tardía

Los españoles reprochaban a Venecia, y no sin pruebas, sus intenciones de entenderse con el turco tan pronto como sus intereses se lo aconsejaran, y los pontificales desconfiaban tanto como los españoles, si no más, de la sinuosa señoría. Los venecianos, por su parte, obligados a luchar con aplastantes dificultades, recordaban de mala gana el precedente de 1538-1540. Franqueados todos los obstáculos, durante el verano de 1571 y en medio del torbellino de noticias que pasaban por Venecia, circulan los rumores más inverosímiles: dícese que los españoles se preparan a obrar contra Génova, primero, y luego contra la Toscana y contra la misma Venecia. Habría que saber, evidentemente, de dónde venían estos rumores, quién los fabricaba, a quién favorecían, con qué miras se los propagaba. Aunque es posible, también, que se extendieran por sí mismos, nacidos simplemente de los recelos populares.

Los comisarios encargados de discutir y llevar a buen término la conclusión de la Liga tenían ante sí, por tanto, una tarea pesada y espinosa. Representaban a España los cardenales Pacheco, Granvella y Juan de Zúñiga, quienes se encontraban en Roma cuando, el 7 de junio, recibieron del rey[1] la orden de que asumieran las nuevas funciones (orden que lleva fecha de 16 de mayo). Venecia, por su parte, confió la misión a su embajador ordinario en Roma, Miguel Suriano, sustituido en octubre por un nuevo embajador,

Giovanni Soranzo. El papa designa, por su cuenta, a los cardenales Morone, Cesi, Grasis, Aldobrandino, Alessandrino y Rusticucci, los dos últimos para que asistieran a las sesiones sin carácter oficial.

Las negociaciones fueron difíciles. Por tres veces se interrumpieron, desde la primera sesión, celebrada el 2 de julio de 1570, hasta la última: la primera vez, de agosto a octubre de 1570; la segunda, en enero y febrero de 1571, y la tercera, cuando ya todo parecía arreglado, de marzo a mayo de 1571. Durante estas dos últimas suspensiones, Venecia, a pesar de sus denegaciones oficiales, intentó incluso entenderse con los turcos. En enero, a raíz de las decepciones de la campaña de otoño, envió al secretario del senado, Jacopo Ragazzoni,[2] a Constantinopla, donde, por lo demás, nunca habían llegado a interrumpirse las conversaciones entre Mehemet Sokobi y el baile veneciano. Este intento de reconciliación retrasó la firma de la Liga: Venecia no se decidió a estampar su firma hasta que no estuvo absolutamente segura de su fracaso en Constantinopla.

Tampoco los diplomáticos, que se reunían en días más o menos fijos en los salones del cardenal Alessandrino, tenían en sus manos las cartas del juego, por muy sutiles y por hábiles que fuesen. En realidad, su misión sólo consistía en observar a los otros, en escudriñar los textos, en enviar largos informes y luego, cumpliendo las órdenes recibidas, en allanar las dificultades o en suscitarlas. Atados por sus instrucciones, lo estaban aún más por la necesidad de remitirse a sus gobiernos respectivos para cualquier decisión importante. Lo que venía a sumar a sus negociaciones la lentitud inherente a las distancias.

Si la decisión hubiera estado en sus manos, los comisarios pronto habrían llegado a un acuerdo, sobre todo con la presencia del papa, muy impaciente por sellarlo. Se vio bien esto durante la primera fase de las negociaciones: de julio a agosto, en seis semanas, sentaron las bases de un proyecto. Los pontificales desbrozaron el camino desde el primer día, al proponer como base de discusión el acuerdo de 1537, modificado a tono con las exigencias del momento. A comienzos de septiembre corrió el rumor de que la Liga había quedado ultimada.[3] Y, en efecto, aunque ello no fuese verdad, habían sido abordados, con método y objetividad, todos los grandes problemas. Los negociadores habían llegado al acuerdo de que la Liga se formalizara por 12 años cuando menos. Sería una liga ofensiva y defensiva, en contra de los turcos y de los Estados vasallos del norte de África, Trípoli, Túnez y Argel. Así se había convenido por petición expresa de los españoles, quienes siempre tenían en preparación o en proyecto alguna expedición norafricana y

pretendían, por tanto, asegurarse su futura libertad de movimientos en lo que consideraban como su esfera de acción.[4] Otros puntos aceptados eran éstos: el alto mando de la flota aliada se confiaría a don Juan de Austria; los gastos comunes se dividirían en seis partes, con tres de las cuales correría el rey de España, con dos Venecia y con otra el Santo Padre. En cuanto a los víveres, España (pues a ella se referían los términos generales del acuerdo) abriría sus mercados de Italia a los venecianos, prometiendo precios de venta razonables y obligándose a no elevar las tasas y otros derechos de exportación. Venecia, que no podía prescindir del trigo turco sin recurrir al de Apulia o Sicilia, había insistido mucho en este punto.[5] Finalmente, se prohibiría a los confederados tratar separadamente con Turquía sin el consentimiento previo de los otros signatarios.

El proyecto hubo de ser enviado a los gobiernos para que lo examinaran y enmendaran, lo que explica la primera suspensión de las negociaciones desde agosto a comienzos de octubre.

Las conversaciones reanudáronse el 21 de octubre. Pero, entre tanto, se había desarrollado la inútil campaña de Levante. Tras largos y meticulosos exámenes, Felipe II decidióse, sin embargo, a enviar los poderes necesarios para la conclusión definitiva del acuerdo, aunque con algunas enmiendas. Venecia, en cambio, volvió brutalmente sobre su acuerdo, negándose a ratificar lo que estaba ya casi ultimado. Había cambiado deliberadamente de comisario y, so pretexto de poner a su nuevo representante al corriente de todo lo actuado, lo sometió todo a revisión, en un tono más agrio que nunca y en una confusión intencional provocada por múltiples torneos oratorios e inútiles digresiones. La señoría empezaba a pensar que se había comprometido a la ligera. Volvió, pues, sobre todos y cada uno de los detalles a que podía agarrarse para no verse obligada a firmar: sobre el precio de los víveres, los límites de los poderes atribuidos al general en jefe, el plan de las operaciones, la parte alícuota de cada aliado en los gastos… Los españoles, y sobre todo Granvella, se entregan entonces a un malhumor cada vez más agrio. Cosa muy natural, por otra parte, pues los negociadores tenían todo el invierno por delante. Por último, en diciembre, ante un problema tan pequeño, como el de quién sería lugarteniente de don Juan (¿el jefe de las galeras del papa o el gran comendador de Castilla?), se interrumpió de nuevo la conferencia, con el más vivo desagrado, lógicamente, del Santo Padre.

Esta segunda interrupción duró varias semanas. Al cabo de ellas, y habiendo accedido el Rey Católico a que el papa designara el lugarteniente sobre una terna de candidatos propuestos por España, los comisarios

reanudaron sus trabajos en febrero. A comienzos de marzo quedó redactado el proyecto de un segundo acuerdo. Pero esta vez Venecia aguardaba los resultados de la misión de Ragazzoni en Turquía, lo que hizo que fuese dando largas a su aquiescencia, bajo diversos pretextos, hasta mayo. El 20 de este mes fueron cambiadas las firmas, y cinco días más tarde, el 25 de mayo de 1571, se proclamaba oficialmente la Liga en la basílica de San Pedro.[6]

Tratábase, en principio, de un *foedus perpetuum*, de una "confederación perpetua". Hecha esta declaración, las potencias signatarias contentábanse con prever un acuerdo militar por tres años (1571-1573), obligándose los aliados a enviar todos los años una flota formada por 200 galeras y 100 barcos redondos, llevando a bordo un contingente de 50 000 soldados y 4 500 hombres de caballería ligera. Aunque dirigida contra Levante, la Liga no excluía, sino que, por el contrario, preveía eventuales expediciones contra Argel, Túnez o Trípoli. Para atender a los gastos, se estipulaba que, caso de que la Santa Sede no pudiera pagar su parte alícuota, Venecia y España cubrirían, respectivamente, las dos y las tres quintas partes de los gastos totales.[7] En cuanto a los víveres, se hablaba simplemente de precios razonables y de que no se aumentarían las tasas y otros derechos a la salida de los géneros. Los aliados comprometíanse a no concertar ninguna paz separada.

Tal es, muy a grandes rasgos, la larga y difícil historia de la conclusión de la Liga de 1571.

Estas lentas negociaciones fueron seguidas desde lejos con la atención y la pasión que podemos imaginarnos. Y el hecho de que los franceses las siguieran y las observaran con más acritud que los otros demuestra, por sí solo, que volvía a perfilarse una política francesa enderezada contra la grandeza de la casa de Austria. Con fecha de 5 de agosto de 1570 (es decir, entre el armisticio del 14 de julio y la paz del 8 de agosto), Francés de Alava escribía a su soberano: "Aqui esperan que no acabara, diziendo que los venecianos seran grandes ignorantes si vienen en ello no quedando libres para acordarse a su voluntad con un tan gran enemigo. Aqui procuran quanto pueden deshazerla y concertarlos con el Turco y si estos van al passo que agora han tomado, no me espantaria que para el año que viene offreciessen al Turco a Tolon y se le diessen".[8] El 28 de agosto, en Roma, cuando corrían los rumores más optimistas acerca de la inminente conclusión de la alianza cristiana, el cardenal De Rambouillet seguía expresando el mismo parecer; es decir, opinaba que "será una cosa muy hermosa para ponerla por escrito y que… podrá estamparse sobre el papel, pero… jamás veremos sus resultados

prácticos”.[9] Es verdad que otro tanto se pensaba en Venecia por los mismos días[10] y que el emperador se mostraba también muy escéptico acerca del caso que la señoría haría de su firma, suponiendo que firmase.[11] El optimismo francés no era, pues, ni siquiera a estas alturas, un optimismo hecho de encargo, sino que tenía sus bases.

Más tarde, cuando, después del retorno de la flota de Levante, empezaron a surgir las dificultades más serias, todo el mundo, o casi todo el mundo, pensaba que nada positivo saldría de las interminables palabras de Roma. A fines de diciembre, el propio papa, generalmente tan optimista, no ocultaba al cardenal De Rambouillet, embajador francés, su desaliento.[12] El nuncio en Madrid mostrábase no menos descorazonado. Y el agente toscano en la misma ciudad declaraba “francamente” que tenía muy pocas esperanzas en que la Liga llegara a ser una realidad. A su juicio, los españoles sólo se prestaban al juego con el fin de que se les concediese la “Cruzada” y el “excusado”; tan pronto como las negociaciones iban concretándose, las abandonaban, para reanudarlas cuando veían al nuncio demasiado “desinteresado”, pero en términos tan generales, que éste “no comprendía nada”.[13] Corrían por aquel entonces los últimos días de enero; marzo trajo mejores noticias. Pero ya hemos visto cómo se las arreglaban los venecianos para dar nuevas largas a las interminables negociaciones. En abril y en mayo reinaba una gran impaciencia en Madrid, donde la gente se preguntaba a qué podían deberse todas estas dilaciones. Hasta que el día 6 de junio se presentó el correo portador de la gran nueva.[14]

Francia, factor diplomático

La larga gestación de la alianza entre España, Venecia y Roma dio tiempo para que se perfilase y precisase la nueva política francesa. Política nueva, decimos, pues desde 1559, por lo menos, durante 10 años de eclipse y de descrédito, Francia había estado militar y políticamente ausente del Mediterráneo. Pudo verse en mil detalles, en la actitud de los venecianos desde 1560; en la de José Micas, en 1568, al obtener del sultán el embargo de los barcos franceses surtos en Alejandría; en la misma Francia, que parecía mantenerse totalmente al margen del juego. Sin embargo, aunque azotada por la guerra civil, Francia estaba todavía muy lejos de haber caído en el marasmo en que pareció hundirse al final del reinado de Enrique III. Vivían y percibíanse todavía algunos elementos de una política monárquica dinámica o presta a renacer.

En abril de 1570, Francia, a pesar de su prudencia en el asunto de Claude du Bourg, había ofrecido su mediación a Venecia. Con una pasmosa rapidez: apenas ha comenzado la guerra de Chipre y ni siquiera ha llegado a su fin la guerra civil francesa. Es cierto que, a estas alturas, se perfila ya con fuerza y con claridad una política de reconciliación nacional. Están de acuerdo con ella los protestantes y los "políticos", sin excepción, así como todos los hombres que representan al rey en el extranjero. Cierto es que en 1570 y todavía a comienzos de 1571 no se destacan bien las nuevas tendencias y, en lo que atañe a las relaciones exteriores, aparecen ocultas por consideraciones de orden general en cuanto a la paz y al interés superior de la cristiandad. Pero el cambio se trasluce muy pronto en la correspondencia real, que empieza a mostrar ahora una firmeza de tono que no se conocía en ella desde hace muchos años.[15] Carlos IX ha sido ganado para los designios de Téligny y del almirante. Se apasiona por la idea de romper con España y de intervenir en los Países Bajos. Es cierto que todavía el rey mantiene secretas sus intenciones; no lo bastante, sin embargo, para que los toscanos no se percaten del cambio sobrevenido. Cambio que afecta a todos los países en los que *"l'umore è contro al re di Spagna"*, para decirlo con las palabras del comendador Petrucci en su carta a Francisco de Médicis escrita el 19 de mayo.[16]

Cierto es que, en este asunto, los toscanos no son simples observadores o confidentes, sino algo más, cómplices e instigadores. El gran duque de Toscana, a quien Pío V acaba de concederle este título pontificio, se siente aislado, mantenido al margen por el emperador y el Rey Católico. Se muestra especialmente inquieto por las intenciones de éste y viene tomando de largo tiempo atrás sus precauciones y sus seguridades en toda Europa, incluidos los países protestantes.[17] El primer hilo de sus negociaciones lo sorprendemos en La Rochela, cerca del almirante y de Téligny. Es posible que el gran duque intentara incluso intervenir cerca del turco, y hasta hay personas excesivamente mal pensadas según las cuales su mano andaba también en los manejos del judío Micas y, por tanto, en los orígenes de la guerra de Chipre. Por lo demás, los españoles, sin dejarse engañar, vigilan de cerca sus andanzas, nada tranquilos en lo que se refiere a sus presidios de la Toscana. [18]

Sin embargo, en estos comienzos del año 1571, todo el mundo sigue interesado en el juego de la paz. Felipe II y Carlos IX cambian embajadas pacíficas. A fines de enero, la corte de España envía a la de Francia a Enrique de Guzmán, conde de Olivares.[19] Cinco meses más tarde, en junio, Gondi se presenta en misión especial ante Felipe II, para cerciorarse de que no trata de

romper con Francia.[20] El mismo duque de Alba se muestra bastante conciliador, por lo menos en las palabras.[21] Palabras tal vez demasiado amables, como para desmentir el lenguaje de los hechos, a la manera de los discursos que el cardenal de Lorena se cree obligado a repetir constantemente a los venecianos para contrarrestar los rumores de una inminente guerra entre Francia y España;[22] rumores que llegan a tomar tal cuerpo en Italia que el rey de Francia siente, a su vez, la necesidad de desautorizarlos. Tal vez sea una simple coincidencia, pero el caso es que en marzo de 1571 las obras de la frontera de Navarra son inspeccionadas por Vespasiano Gonzaga y el Fratino, el ingeniero de La Goleta y de Melilla,[23] mientras que en respuesta a las bravatas de los Birague en Saluces y al reforzamiento de las guarniciones francesas de esta plaza y del Piamonte,[24] el gobernador de Milán, duque de Albuquerque, ocupa, el 11 de abril, el marquesado de Final. La noticia de este hecho llega a París hacia el 9 de mayo. "La han sentido… aqui terriblemente cathlos y no cathlos [escribe Francés de Alava al gobernador de Milán][25] y según entiendo tienen intención de no mostrar quexas deste hecho de S. M^{d}. sino del dho [dicho] de Saboya y de v. Exa".[26] Sería exagerado suponer que los españoles, con este gesto, echaran un cerrojo muy poderoso contra una eventual incursión de los franceses. Pero era, no cabe duda, una admonición, una advertencia. E indignó, en Francia, a la opinión pública.

Comenzaba a hablarse en serio de guerra. El duque de Saboya quejábase con Felipe II de que al otro lado de los Alpes se estaba maquinando alguna acción contra el Piamonte.[27] A España llegó también la noticia de que las galeras de Francia habían recibido la orden de regresar de Burdeos a Marsella, [28] de que se estaban produciendo movimientos de tropas en los Alpes,[29] y, finalmente, de que "algunos de los principales hugonotes andan procurando de persuadir a esse Rey que intente de hazer empresa en mis estados baxos [Países Bajos]",[30] donde, por añadidura, estaba cobrando una importancia alarmante la entrada al país de hugonotes franceses.

¿Era esto ya la guerra? No, pues para ello habría sido necesario que existiesen una liga protestante y grandes apoyos de Europa. Dispositivos que no podían suplirse, ni mucho menos, con el matrimonio de la reina de Inglaterra y el duque de Anjou, según los rumores que circulaban y que causaban la irrisión de Europa.[31] Habrían hecho falta, para la guerra, una Alemania en movimiento[32] y una Toscana realmente decidida a lanzarse a la lucha, circunstancias que no se daban. Los agentes toscanos negociaban en Madrid como en otras partes, deshaciéndose en súplicas y en sonrisas y cavando sus galerías subterráneas, por medio de sus "confidentes", hasta el

mismo corazón del gobierno español.[33] Pero, si no la guerra, se vivían ya todas las alarmas que ésta trae consigo. Chiapin Vitelli, quien, de regreso de Flandes, atravesó Francia en mayo de 1571, quedó muy mal impresionado de lo que vio allí, y, a su llegada a París, consideróse obligado a ponerlo en conocimiento de Francés de Alava, el embajador de la corte española.[34] En aquel mismo momento, éste averiguaba, por su parte, que el rey de Francia enviaba a Turquía un embajador de la talla y las cualidades del obispo de Dax. ¿Qué iba a hacer allí este prelado medio herético, amigo de los protestantes, sino usar su influencia contra España y contra la cristiandad, y apaciguar las discordias de la Transilvania (que daban pie a todas las intervenciones imperiales), a zanjar los conflictos entre el emperador y el turco y entre los venecianos y el gran señor? La diplomacia francesa, una vez más, tomaba el lejano camino de Turquía…

El nuevo embajador no se daba prisa, sin embargo, a presentar sus cartas credenciales. El 26 de julio estaba todavía en Lyon,[35] y el 9 de septiembre[36] presentaba al dux de Venecia la carta de que le había encargado Carlos IX. El rey se ofrecía en ella como "mediador" en la persona del que los documentos se obstinan en llamar el obispo de Acqs, "para conseguir una buena paz o, por lo menos, una tregua tan larga que, tras ella, pueda lograrse la dicha paz". Valdría esto más, no cabe duda, que "tener que vérselas con un poderoso enemigo, tan cercano vecino de los países de vuestra obediencia", proseguía el rey; y la señoría, poco después de haber sido oficialmente concertada la Liga y unos 30 días antes de Lepanto, no se niega a escuchar…[37] Así comienza a tramarse, con dos años de anticipación, la defección —otros dirían la traición— de Venecia.

Sin embargo, la Liga había quedado sellada. Para pulsar la importancia del hecho basta fijarse en la exaltación de la animosidad francesa con respecto a España y a sus aliados. Los franceses no encuentran, en estos días, palabras bastante duras para calificar al papa, artífice de la alianza. ¡Y cuánta envidia despiertan en Francia las concesiones hechas a España por la Santa Sede![38] Los rumores de guerra son tan insistentes, que los mercaderes españoles de Nantes y de Ruán llegan a rogar al embajador de Felipe II que los prevenga a tiempo para que puedan poner a buen seguro sus mercancías y sus personas. A cada paso vuelven a la carga; "tornan de nuevo a matarme sobre lo mismo", escribe Francés de Alava.[39] Son las mismas angustias en las que viven, por lo demás, los mercaderes de Sevilla.[40] Y en la frontera de Flandes reina tal agitación "que las personas de las tierras bajas, tanto del lado de Francia

como del nuestro [escribe el duque de Alba],[41] se retiran [con sus bienes] a las buenas ciudades".

Se necesitaba no poca paciencia para poder soportar a estos franceses: "huelgan de romperse ellos un ojo para quebrarnos a nosotros los dos", exclama el mismo duque de Alba.[42] Le exaspera que se hallen en tan buena inteligencia con Ludovico de Nassau y el príncipe de Orange. Mientras tanto, Granvella aconseja al rey que deje a don Juan descargar algún golpe en Provenza, a su paso por allí. Parecen haber vuelto los buenos tiempos de Carlos V, por la facilidad con que renacen en labios de los viejos servidores del emperador los discursos y las imprecaciones de otros años. Por lo demás, ya es una realidad la guerra en el Atlántico, donde maniobran en connivencia los corsarios de La Rochela y los *mendigos del mar*. En agosto del año 1571, ¿no tienen los españoles mil motivos de temor por la seguridad de la flota de las Indias?[43]

¿Llegarán a tiempo don Juan y su flota?

Mientras tanto, la firma de la Liga daba sus frutos en el Mediterráneo.

Españoles y pontificales habían prometido a los venecianos, en un acuerdo aparte, reunir todas sus fuerzas en Otranto, antes de que terminara mayo.[44] No pasaba de ser una prueba de buena voluntad, pues, ¿cómo era posible transmitir y hacer ejecutar las órdenes necesarias para ello en un plazo de 10 días (la Liga se había firmado el 20 de mayo)? La noticia de la firma llegó a España el 6 de junio. Y las inexplicables demoras que la precedieron habían retrasado más de lo corriente los preparativos marítimos a lo largo de las costas de España. Tanto más cuanto que la mala cosecha del año 1570 entorpecía los aprovisionamientos en Barcelona y en los puertos de Andalucía.[45]

Esta mala cosecha no tuvo para España más que una consecuencia venturosa: la de extinguir la guerra de guerrillas de Granada. "Pasan tanto hambre —escribía Fourquevaux el 18 de febrero—, que abandonan la montaña y acuden a entregarse a los cristianos como esclavos para obtener pan." En marzo anunciόse la muerte del reyezuelo y numerosas rendiciones de moriscos, que ahora se dedicaban a correr las montañas y a robar ganado. Un signo de los tiempos: como en Cartagena se supiera que las embarcaban para Orán, algunas tropas españolas se desbandaron inmediatamente. Sabían lo que era la vida de los presidios en tiempo de hambre. Afortunadamente la situación era mejor en Italia: en Nápoles, donde iban a abastecerse los

venecianos; en Sicilia, donde Pescara, que seguía siendo partidario de que se emprendiera una acción contra Túnez y Bizerta, se aseguraba, en mayo, que podía disponerse de 20 000 quintales de galleta, cuyo rápido ritmo de fabricación era de 7 000 quintales por mes.[46] Sin este trigo, sin la cebada y los quesos de Italia, sin el vino de Nápoles, tal vez no habría podido llegar ni siquiera a concebirse la batalla de Lepanto. Era necesario, en efecto, congregar y alimentar, en la punta sur de Italia, una ciudad entera de soldados y marineros, con sus dientes bien afilados y sus estómagos hambrientos.

Si de don Juan de Austria hubiese dependido, las galeras españolas habrían partido de las costas de España sin pérdida de momento. El capitán general del Mediterráneo tenía prisa por salir a escena. Ya en abril corrió el rumor de que se disponía a trasladarse a Italia, después de haber visitado en Vallador a su madre adoptiva, la esposa de don Luis Quijada.[47] El marqués de Santa Cruz, al llegar a Barcelona el 30 de abril, al mando de algunas galeras napolitanas, tuvo informes de que don Juan se disponía a embarcarse en Cartagena, y decidió, sin pensarlo más, unirse a él, con la esperanza de apresar por el camino algunos barcos corsarios.[48] Pero en Cartagena no encontró ni rastro de don Juan.[49] En realidad, los poderes de España aguardaban todavía detalles más precisos acerca de la Liga: todavía el 17 de marzo don Juan de Austria se preguntaba, en Aranjuez, cuándo le llegaría la hora de partir.[50] Había, además, otras dificultades que demoraban la partida de la flota, pese a la impaciencia de quien había de mandarla. La primera era la necesidad de reforzar los contingentes de soldados que habían de embarcar en las galeras. La segunda, la decisión de que viajasen con don Juan hasta Nápoles los archiduques austriacos, que residían en España desde el año 1564[51] y regresaban ahora a Viena: así lo explica Felipe II el 7 de mayo, en carta a Granvella, a quien la muerte del duque de Alcalá había convertido, provisionalmente, en virrey de Nápoles.[52] En una palabra, las demoras previstas eran tales, que se juzgó preferible no esperar las galeras españolas ni las de Santa Cruz, para embarcar, en las playas de Génova, a los 1 000 italianos y a los 8 000 alemanes que allí aguardaban a ser transportados hacia el sur, y se dio orden a las galeras de Sicilia para que subiesen inmediatamente hasta Sicilia con esta comisión.

Sin embargo, la tan esperada noticia de la conclusión de la Liga precipitó los últimos preparativos. El mismo día salió de Madrid don Juan de Austria para ir a tomar el mando de la flota. Juan Andrea Doria partió de Barcelona rumbo a Génova con una sola galera, para preparar en su ciudad el recibimiento de don Juan,[53] quien el 16 se encontraba en Barcelona, donde

se le unieron, unas tras otras, las galeras del marqués de Santa Cruz, las de don Álvaro de Bazán y las mandadas por Gil de Andrade, más un buen golpe de diversos navíos y, a bordo de toda esta flota, los dos tercios españoles de Miguel de Moneada y de López de Figueroa,[54] retirados de Andalucía.

Por fin, el 26 de junio se expidieron desde Madrid las instrucciones destinadas a don Juan y que, por las restricciones a que se veía sometida su autoridad, le pusieron en un estado de cólera rayana en la desesperación. ¿Quién habría conspirado contra él, una vez más, cerca de su hermano? ¿Cómo abandonarse, con un hermano así, a la confianza y al optimismo? En carta escrita de su puño y letra, bajo el golpe de la primera emoción, el 8 de julio,[55] inquiere de Ruy Gómez, "como de un padre", los motivos de que hubiese caído, manifiestamente, en desgracia. El estilo de esta carta es apasionado, conmovedor e inquietante, a la vez. Tiene razón Hartlaub[56] cuando dice que las emociones de aquellos días debieron de marcar una gran fisura en la joven vida de don Juan. Hiciéronle comprender que su situación inferior de hijo natural era fatal e irremediable, que el rey no confiaba en él. ¿Cómo, si no, explicarse que, en el momento mismo en que se disponía a partir para la ceremoniosa Italia, se le rehusara el título de Alteza, para concederle solamente el de Excelencia? ¿Y para qué, de no haber sido así, rodear su mando real de tantas prudentes restricciones, que lo convertían, a fuerza de cortapisas, en un título vacuo? ¿Para qué obligarle a no dar un solo paso sin consultar antes el parecer de unos y otros? El 12 de julio[57] escribía directamente al rey para exponerle sus agravios…

Otra preocupación más era el retraso de la flota.[58] Había habido que aguardar a que llegaran las galeras retenidas en Málaga y en Mallorca, donde cargaban soldados, víveres y galleta. Los archiduques Rodolfo y Ernesto no llegaron a Barcelona hasta el 29 de junio.[59] Sin embargo, el grueso de la flota se hizo a la vela el 18,[60] y el 26, a pesar del mal tiempo, llegaba a Génova. Don Juan no permaneció allí sino hasta el 5 de agosto,[61] el tiempo estrictamente necesario para embarcar las tropas, los víveres y el material previstos y asistir a las fastuosas fiestas organizadas en su honor. El día 9 llegaba a Nápoles.[62] Las recepciones y los preparativos de marcha lo retuvieron en esta ciudad hasta el 20.[63] El 24 llegaba, por fin, a Mesina.[64]

Demasiado tarde, opinaban Requeséns y Juan Andrea Doria, quienes aconsejaban limitarse a una actitud estrictamente defensiva. También el viejo don García de Toledo enviaba desde Pisa consejos prudentes y pesimistas sobre las ventajas que, a su juicio, llevaba ya la armada turca.[65] Pero don Juan sólo dio oídas a los jefes venecianos y a los capitanes españoles de su

séquito, partidarios de la acción, y, habiendo tomado una decisión, se aplicó a su cometido con aquella pasión tan propia de su temperamento.

Los turcos antes de Lepanto

Mientras tanto, las galeras turcas, más rápidas para ocupar posiciones, patrullaban las aguas del Mediterráneo ya desde el comienzo de la estación de bonanza.

Como de costumbre, habían sido señaladas desde lejos por los avisos. Ya desde febrero se había sabido en Italia que se equipaban en Constantinopla 250 galeras y 100 barcos;[66] en marzo se supo que Famagusta, sin dejar de estar sitiada, había podido recibir un socorro veneciano;[67] en abril, que la ciudad seguía resistiendo, que los turcos hacían preparativos por tierra en dirección de Albania o de Dalmacia y que el grueso de la armada había salido bajo el mando del capitán de la mar.[68] Decíase, sin embargo, que solamente 50 galeras se dirigían sobre Chipre y que el total de la flota no pasaba, por falta de tripulaciones, de unas 100 unidades.[69] Pero algunos esclavos fugitivos de Constantinopla hablaban de una gran flota y hasta de 200 galeras que avanzarían hasta Corfú, si no se concertaba la Liga. En otro caso, el turco, según estos informes, se contentaría con patrullar sus mares, pero ultimando la conquista de Chipre.[70] Seguía hablándose de una acción terrestre sobre Albania o Dalmacia, con una concentración de fuerzas en Sofía, para comenzar…[71]

La verdad era que 196 galeras turcas se habían hecho a la mar, repartiéndose entre Negroponto, gran base de abastecimiento, y la isla de Chipre. Por todas partes se dedicaba la gente a fabricar galleta, hasta en Modón y La Prevesa, signo evidente de que se preparaban operaciones en el oeste.[72] En efecto, en junio, zarpando de Chipre, donde no tenía ya gran cosa que hacer,[73] el grueso de la flota turca, reforzada con los navíos de Euldj Alí (300 velas en total: 200 galeras y 100 fustas), caía sobre la isla de Candía. El 15 llegaba a la bahía de Suda, haciendo estragos en las aldeas y las pequeñas villas del litoral. Pero nada consiguió con sus dos ataques contra La Canea,[74] donde, al amparo de la artillería de los fuertes, se habían refugiado las 68 galeras venecianas destinadas a escoltar un socorro enviado en dirección a Famagusta. Aunque corrió el rumor de que se habían perdido todas,[75] Euldj Alí sólo había conseguido, en realidad, apoderarse del pequeño puerto de Retimo. Tras una serie de desembarcos, saqueos y escaramuzas, la armada turca siguió su marcha rumbo al oeste.

Al acercarse, Veniero, no queriendo dejarse encerrar en el golfo con el resto de las fuerzas navales de Venecia, abandonó las costas de Morea y Albania, donde había logrado dar algunos venturosos golpes de mano sobre Dirraquio y Valona. Con seis galeazas, tres navíos y 50 galeras sutiles, buscó la base de Mesina, adonde llegó el 23 de julio. Esta retirada, aunque salvaguardaba su libertad de movimientos, dejaba el campo libre a los turcos en el Adriático.[76] Éstos se movieron por él a sus anchas, saquearon la costa y las islas dálmatas, se apoderaron de Sopoto, Dulcigno, Antivari y Lesina y atacaron Curzola, donde sus habitantes les opusieron enérgica resistencia. Mientras tanto, los soldados de Achmet Pachá, avanzando por tierra, se apoderaron de cuanto estaba a su alcance. Por su parte, Euldj Alí hizo una incursión sobre Zara, y otro corsario, Kara Hodja, asoló el mismo golfo de Venecia…[77]

La señoría, alarmada, se puso a hacer a toda prisa levas en la Apulia y en Calabria, con autorización de Granvella.[78] Pero la flota turca, pensando sin duda, como Veniero, que el Adriático podía ser una trampa peligrosa, no se dejó embotellar totalmente en estas aguas y enderezó la parte esencial de su esfuerzo sobre Corfú. La isla, evacuada por sus habitantes, fue saqueada y devastada sin el menor esfuerzo; sólo el enorme castillo de la fortaleza, que era como un islote en el interior de la isla, quedó a salvo de los asaltantes. Después de esto, la flota turca se extendió desde Corfú hasta Modón, a la expectativa de lo que hicieran los aliados. La noticia de que se había sellado la Liga había llegado, en efecto, a los países turcos, ya en junio, vía Ragusa…

Por una vez, la precoz toma de posiciones de su flota no representaba, para los turcos, una ventaja. Durante estos meses de guerra de guerrillas sólo había conseguido fatigar sus fuerzas y agotar sus víveres. De otra parte, lanzándose a lo más fácil, incendiando y saqueando las aldeas del Adriático, habían olvidado lo esencial: la flota veneciana de Candía, que, gracias a ello, pudo salir sin esfuerzo de su escondite. A fines de agosto, con los dos proveedores, Agostino Barbarigo y Marco Quirini, sus 60 galeras iban a reunirse, sin encontrar impedimento alguno, a la gran flota aliada.[79]

La batalla del 7 de octubre[80]

Cuando don Juan llegó a Mesina, la moral de los aliados era bastante baja y las galeras concentradas distaban mucho de encontrarse en perfecto estado de marcha. Pero la llegada de las naves de don Juan, de admirable porte, produjo una magnífica y profunda impresión. Y, algo más importante todavía,

el contacto del príncipe con sus subordinados inmediatos, Veniero y Colonna, fue excelente. Cuando quería, don Juan sabía producir una impresión encantadora en quien lo abordaba. El brujo desplegó todos sus encantos: ¿acaso no podía depender de este primer contacto la suerte de una expedición que tanto le apasionaba? Pero don Juan supo también obrar, y, gracias a su dinamismo, lo que era una armada naval dispareja acabó convirtiéndose en un todo homogéneo. Viendo las galeras venecianas desguarnecidas de soldados, hizo subir a bordo de ellas a 4 000 soldados, españoles e italianos, todos al servicio del Rey Católico. Lo que representaba, ya de por sí, un gran éxito. Es fácil adivinar las dificultades y los recelos que el capitán general hubo de vencer para que esta medida fuese aceptada por los venecianos, tan desconfiados por naturaleza. De pronto, todas las galeras de la flota pasaban a ser idénticas entre sí e intercambiables; sin llegar a entremezclarse excesivamente, las tropas podían cambiar de navíos, y así lo hicieron, en efecto, como lo demuestra el orden de marcha de la flota.

Cuando se reunió el Consejo de la Liga, la armada pudo darse cuenta también de que tenía un jefe. No se disiparon de golpe todos los nubarrones, pero los sujetos habituales de discordia fueron esfumándose. Don Juan no quería escamotear a los venecianos, y éstos lo comprendieron, una campaña directa contra el turco, ni, sobre todo, imponerles, en lugar de esta ofensiva, una expedición contra el norte de África, y, en particular, contra Túnez, como era el deseo de Felipe, de tantos españoles y de toda Sicilia. En su fuero interno, don Juan habría deseado incluso avanzar hasta Chipre y seguir por el Archipiélago adelante, hasta los Dardanelos. La decisión final, más juiciosa, fue salir al encuentro de la armada enemiga y darle la batalla.

La flota aliada zarpó de Mesina el 16 de septiembre. Su primer objetivo era la isla de Corfú, donde se esperaba encontrar noticias precisas acerca de la posición de la flota enemiga. Se supo, en efecto —y los navíos exploradores lo confirmaron—, que el enemigo se encontraba en el largo golfo de Lepanto. Por lo demás, las informaciones disminuían la importancia de las fuerzas otomanas. Por su parte, los informes de los turcos incurrían en el mismo error con respecto al enemigo. Fiándose de estos informes, el almirante turco y su consejo de guerra decidiéronse a ofrecer batalla o, mejor dicho, a lanzarse sobre los navíos cristianos a lo largo de las costas de Corfú. Entre tanto, el consejo de guerra aliado, en una sesión bastante dramática, optaba asimismo por el combate, en contra del parecer de los prudentes y los pusilánimes. La tenacidad de los venecianos, que amenazaban con batirse ellos solos, la decisión de los pontificales y el entusiasmo de don Juan, que no vaciló en

salirse de las instrucciones tan estrictas recibidas de Felipe II, decidieron el encuentro.

No cabe duda de que, en este caso, don Juan fue el instrumento del destino. Estaba honradamente convencido de que no podía defraudar a Venecia ni a la Santa Sede, sin perder el nombre y el honor. Zafarse era, según él, entregar a la cristiandad; combatir y perecer no era, siempre y cuando que se conservara la amistad de Venecia, comprometer íntegramente el porvenir, ya que con la cooperación de los venecianos siempre cabría el recurso de reconstruir una flota cristiana. Tal es el alegato que don Juan sugerirá más tarde,[81] para explicar su iniciativa; y esto fue, sin duda, lo que pensó en aquellos momentos. Pasado un año, don García de Toledo todavía temblaba solamente de pensar que don Juan se lo había jugado todo a una carta; todo, es decir, la única defensa de Italia y de la cristiandad. Temeridad y locura, pensaron los hombres cuerdos y juiciosos al día siguiente de la victoria, imaginándose lo que habría sido la derrota y viendo mentalmente los navíos turcos lanzados en persecución de los aliados hasta Nápoles o Civitavecchia…

Las dos flotas que se buscaban una a la otra encontráronse de improviso el 7 de octubre, con la aurora, a la entrada del golfo de Lepanto, donde la flota cristiana logró inmediatamente (y fue un gran éxito táctico) embotellar a su adversaria. Frente a frente cristianos y musulmanes, pudieron entonces, con gran sorpresa por ambas partes, contar sus fuerzas respectivas: 230 barcos de guerra del lado turco, 208 del lado cristiano. Seis galeazas bien guarnecidas de artillería reforzaban las galeras de don Juan, que, en su conjunto, se hallaban mucho mejor dotadas de cañones y de arcabuces que las galeras turcas, a bordo de las cuales muchos soldados combatían todavía con arcos.

Los numerosos relatos que se han conservado de la batalla —entre ellos, el estudio del vicealmirante Jurien de la Gravière— distan mucho de ser de una objetividad histórica perfecta. No es fácil desentrañar en ellos la verdad y decir a quién corresponde el mérito de la resonante victoria. ¿Al jefe, a don Juan? Sin duda alguna. ¿A Juan Andrea Doria, que, en la misma víspera de la batalla, tuvo la ocurrencia de mandar abatir los espolones de las galeras, para que, al hundirse más la proa en el agua, el tiro de las piezas de crujía perdiese algo su curvatura y diese directamente en las planchas de madera de los flancos de los navíos turcos? ¿A las potentes galeazas venecianas, que, colocadas delante de las líneas cristianas, dividieron el grueso de la armada turca y dislocaron sus filas con la asombrosa potencia de sus fuegos? Estas galeazas, inmóviles, o dotadas, por lo menos, de muy poca capacidad de

maniobra, ¿no actuaron como una especie de barcos de línea o fortalezas flotantes? No debemos menospreciar tampoco el papel de la excelente infantería española, que, con su valentía y su arrojo, contribuyó en una medida considerable a la victoria en este combate casi terrestre; ni el orden admirable de las galeras españolas, las más temidas por los turcos de todas las *ponentinas*,[82] ni el fuego especialmente nutrido de las galeras venecianas. Y hay que tener en cuenta, asimismo, como habrán de subrayarlo más tarde los mismos turcos y lo reconocerán los propios vencedores, la fatiga de las fuerzas navales otomanas, que no se presentaron al combate, ni mucho menos, en la mejor de sus formas.[83]

Sea de ello lo que quiera, lo cierto es que los cristianos obtuvieron un inmenso triunfo. Sólo lograron escapar con vida 30 galeras turcas, que al mando de Euldj Alí supieron evolucionar con una ligereza y una capacidad de maniobra incomparables en torno de las temibles galeras de Juan Andrea Doria. Tal vez porque los genoveses (demos oídas, una vez más, a las murmuraciones)[84] se negaron a emplear demasiado a fondo "su capital", procurando "no malgastarlo". Las demás galeras turcas fueron echadas a pique o apresadas y repartidas entre los vencedores. En la batalla, los turcos tuvieron más de 30 000 bajas entre muertos y heridos, 3 000 prisioneros, y más de 15 000 forzados de galeras recobraron la libertad. Los cristianos, por su parte, perdieron 10 galeras y tuvieron 8 000 muertos y 21 000 heridos. Hubieron de pagar, pues, muy cara su victoria, desde el punto de vista humano, habiendo quedado fuera de combate más de la mitad de sus efectivos. Cuando los combatientes creyeron ver, de pronto, que el mar del campo de batalla se había teñido todo él del color rojo de la sangre humana, no andaban, probablemente, muy lejos de la verdad.

¿Una victoria sin consecuencias? [II-604]

La victoria de Lepanto abría la puerta a las mayores esperanzas. Sin embargo, de momento, no trajo consigo ninguna clase de consecuencias estratégicas. La flota aliada no persiguió al enemigo en derrota, por diversas razones: sus propias pérdidas y el mal tiempo, a lo cual el Imperio turco, desconcertado, debió tal vez su salvación. En este sentido, fue fatal la larga demora española del verano de 1571, pues, al colocar a los salidos victoriosos en los umbrales de la estación del mal tiempo, vinieron a interponerse ante la victoria, como treguas obligatorias, el otoño, el invierno y la primavera. En septiembre, los venecianos consideraban que era ya demasiado tarde para

internarse en las aguas de Levante e intentar la recuperación de Chipre. ¿Cómo pensar en esto en pleno otoño, cuando los jefes de la flota, en vísperas de Lepanto, es decir, a comienzos de octubre, recibieron la noticia de la caída de Famagusta? Venecia sólo se enteró de este suceso el 19 de dicho mes,[85] al día siguiente de aquel en que las nuevas de su victoria le fueron transmitidas por la galera *L'Angelo Gabrielle*, despachada a este efecto por Veniero.[86]

Don Juan, por su parte, sentíase tentado a lanzarse a una expedición inmediata sobre los Dardanelos, que habría permitido correr el cerrojo del estrecho. Pero no disponía de los hombres y los víveres necesarios para ello, y Felipe II había dado la orden de que las galeras invernasen en Italia, a menos que pudiera conseguirse un gran puerto en Morea. Era imposible aventurarse de este modo, faltando como faltaba incluso el material necesario para operaciones de sitio. Los pontificales y los venecianos, que se empeñaron en detenerse bajo las murallas de algunas ciudades secundarias, en el Adriático, no sacaron de ello gloria ni provecho. Don Juan estaba de vuelta en Mesina el 1 de noviembre. Algunas semanas más tarde, Marcantonio Colonna llegaba a Ancona y Veniero a Venecia…

A la vista de todo esto, y con un aparato impresionante, el historiador concluye: mucho ruido, si se quiere, mucha gloria, para nada.[87] Pase que el obispo de Dax desarrollara, y no sin habilidades, este tema al servicio de su señor, cerca de los venecianos, abundantemente compadecidos por sus pérdidas, no compensadas por la ganancia "de un solo palmo de tierra".[88] El obispo de Dax tenía sus razones para estar ciego o para cerrar los ojos a la realidad.

Pero, si en vez de fijarnos exclusivamente en lo que viene después de Lepanto, paramos la atención en lo que le precede, nos daremos cuenta de que esta victoria pone fin a un estado de cosas lamentable, a un verdadero complejo de inferioridad por parte de la cristiandad y una primacía no menos verdadera por parte de los turcos. La victoria cristiana cerró el paso a un porvenir que se anunciaba muy próximo y muy sombrío. ¿Quién puede decir a dónde habría conducido la destrucción de la flota de don Juan? Tal vez al ataque contra Nápoles y Sicilia. Y no está descartada tampoco la posibilidad de que los turcos hubiesen intentado reavivar el incendio de Granada o llevar sus llamas a Valencia.[89] Antes de ironizar en torno de Lepanto, siguiendo a Voltaire, sería tal vez razonable sopesar el peso directo de esta jornada. Peso, evidentemente, enorme.

Nos explicamos perfectamente la interminable serie de fiestas y regocijos a que abrió las puertas la victoria de Lepanto —la cristiandad no acababa de creer en su dicha— y la serie no menos asombrosa de proyectos a que dio pie. Estos proyectos bloquean el mar entero, en todas direcciones, con sus audaces y grandiosas perspectivas. Se proyectan sobre el norte de África, habitual esfera de influencia española, donde con tanta naturalidad propenden a obrar el Rey Católico y sus consejeros; sobre el Egipto y la Siria, lejanas posesiones de donde tanto dinero saca el turco (y hay que tener en cuenta que fue Granvella, hombre de cabeza fría, quien esbozó esta empresa); sobre la isla de Rodas, sobre Chipre y sobre Morea, puntos en que los emigrados, esparcidos por todas partes, prometen hacer maravillas, a poco que se les escuche y que se les arme. Todos estos proyectos ilusionan fácilmente en Italia y en España, donde se opina que los cristianos de los Balcanes no tardarán en sublevarse ante la perspectiva de la llegada de los cristianos. Los espíritus más imaginativos, el papa y don Juan de Austria, sueñan con liberar la Tierra Santa y tomar Constantinopla. Se llegó, incluso, a proyectar la acción sobre Túnez para la primavera de 1572, la de Levante para el verano y la de Argel para el invierno siguiente.

Felipe II, y hay que hacerle justicia reconociéndolo, no participa de estos frenesís. A diferencia de su padre, de su hermano o de su sobrino, don Sebastián de Portugal, no se deja llevar por sueños de cruzada.[90] Como de costumbre, pesa y sopesa las cosas, medita fríamente, recaba los consejos de todos, pide su parecer a cuantos le rodean, los incita a discutir, envía a don Juan los proyectos de Granvella y de Requeséns, pidiéndole que dé su respuesta punto por punto, a la vista de cada proposición. Las conversaciones se reanudan, efectivamente, en Roma, donde, a la postre, se paralizarán los planes de operaciones de la próxima campaña, pues la victoria de Lepanto no tuvo la virtud de hacerlas más operativas ni más confiadas.

Los historiadores muestran la tendencia a sonreírse ante estas graves conversaciones, ni más ni menos que ante los tumultuosos proyectos. Pero es muy fácil sonreír cuando se conoce el desenlace. Es muy fácil explicar, como lo hace el P. Serrano, el último y el mejor de los historiadores de Lepanto, que esta victoria no podía significar nada, no podía dar ningún fruto ni servir para cosa alguna. Lo único que podemos decir es que Lepanto sólo era una victoria marítima, y que, en este mundo líquido y circundado por tierras, no podía bastar para destruir las raíces turcas, que son largas raíces continentales. La suerte de la Liga, tanto como en Roma, se ventilaba en Viena, en Varsovia, la

nueva capital polaca, y en Moscú. Si el Imperio turco hubiese sido atacado por esta frontera terrestre… Pero ¿acaso podía serlo?[91]

Finalmente, España no podía empeñarse en el Mediterráneo durante tanto tiempo y tan íntegramente como habría sido necesario. En esto estriba, sin duda alguna, lo esencial, como siempre. Indudablemente, la victoria de Lepanto habría tenido consecuencias si España se hubiese empeñado a fondo en perseguirlas. Pero ¿podía hacerlo?

No siempre se advierte que la misma victoria de Lepanto fue posible gracias a que España, por una vez, se empeñó a fondo. Por una feliz coincidencia de circunstancias, todas sus dificultades se habían aliviado, provisionalmente, es cierto, pero todas a la vez, en estos años de 1570 y 1571. El duque de Alba parecía dominar firmemente los Países Bajos desde hacía varios años. Inglaterra tenía dificultades interiores: en primer lugar, la rebelión de los barones del norte, en 1569; en segundo lugar, la conspiración de Ridolfi, muchos de cuyos hilos, si no todos, estaban en manos de España. El propio Felipe II pensó entonces en actuar contra Isabel; hasta tal punto se hallaba la reina de Inglaterra, a la sazón, incapacitada para resistir.[92] La política francesa, aunque más inquietante, distaba mucho de estar a punto. El obispo de Dax, en octubre de 1571, no había pasado aún de Venecia. Y la Toscana vacilaba. La política antiespañola, que Cosme había sabido dirigir y orquestar inteligentemente, sufría ahora un compás de espera: el gran duque había incluso adelantado al duque de Alba el dinero necesario para su acción en los Países Bajos.[93] ¿Un viraje político? ¿Una política de doble juego? De cualquier modo, no cabe duda de que España se encontraba, de pronto, aligerada de cargas exteriores.

Y se aprovechó de ello para obrar en el Mediterráneo. En todo el sector europeo vemos ahora, por debajo de cuerda, a los soldados y aventureros de todas las naciones refluir en bandadas hacia el sur, donde los reclutamientos militares se multiplican. Son soldados franceses a sueldo de los venecianos, hugonotes sin duda, dice un informe, que defendieron a Dulcigno en julio de 1571, sin gran ardor, por lo demás.[94] Entre los españoles que se embarcaron en las galeras de Felipe II en Alicante figuraban también algunos franceses.[95] Y en la primavera de 1572 había 2 000 en Venecia, como mercenarios a sueldo de la señoría.

Era un signo evidente de la brusca importancia que adquiría el campo de batalla mediterráneo. Y España se aprovechó del respiro que le dejaban sus adversarios de Occidente para descargar un golpe sobre los del Oriente. Pero todo muy de prisa, sin tiempo para más. Todo lo que España podía hacer era

descargar un golpe sobre la derecha y otro sobre la izquierda, dejándose llevar más de las circunstancias que de sus propios deseos. Sin poder nunca concentrar todas sus fuerzas en un solo punto, entregarse por entero a una sola tarea. Esto explica el porqué de sus "victorias sin consecuencias".

II. 1572, AÑO DRAMÁTICO

La crisis francesa hasta la Noche de San Bartolomé, 24 de agosto de 1572

La animosidad francesa contra España no había cesado de ir en aumento desde los comienzos de la guerra de Chipre. Se acentuó en 1571, se reafirmó después de la concertación de la Liga y estalló con una agresividad sin recato a raíz de la batalla de Lepanto.

El año de 1572 se inició, para ambos países, bajo el signo de una guerra que amenazaba con estallar en un mundo que parecía que iba a incendiarse por todas partes a la vez. Esta guerra proyectaba sus sombras por adelantado sobre un Mediterráneo en armas, sobre una Europa septentrional agitada. La misma misión del obispo de Dax, quien por fin había abandonado Venecia (llegó a Ragusa en enero),[96] era poca cosa al lado de las amenazas que los españoles sentían crecer en el norte. Habían sabido de qué manera había sido recibido por la corte de Francia, en la primavera de 1571, Ludovico de Nassau. No ignoraban que el rey estaba en connivencia con los rebeldes. Toda una red española de informaciones, de vigilancia y de espionaje envuelve a Francia y se extiende por ella.[97] Esta atención contribuye bastante poco a la inteligencia entre las dos Coronas, cuyas largas conversaciones diplomáticas no son más que una larga mentira, en que el historiador se empantana. Atribuirlo todo, como hace el P. Serrano,[98] de un modo inconscientemente nacionalista, a la prestigiosa duplicidad florentina de Catalina de Médicis, hábil para multiplicar las actitudes, para desmentir sus armamentos y achacárselos después a sus súbditos desobedientes, presentándolos por último como una reacción justificada a los armamentos de sus enemigos, no es más que tomar un delgado hilo de toda la madeja.

Por otra parte, renacía el peligro inglés. A comienzos de 1571, el duque de Alba recomendaba al duque de Medinaceli, quien se aprestaba a trasladarse a los Países Bajos por la ruta oceánica, que hiciese escala, de preferencia, en los puertos franceses, y no en los ingleses.[99] Pero, a

comienzos de 1572, los dos adversarios de España se acercaron el uno al otro, olvidando las largas discordias que España se había cuidado siempre de atizar como un factor indispensable para su propia tranquilidad. Iba a sellarse una alianza; no podía caber la menor duda acerca de ello, se sabía ya desde enero, [100] y todas las explicaciones tranquilizadoras del rey de Francia[101] no engañaban a nadie.

Las cláusulas de la "Liga" franco-inglesa fueron firmadas en Blois el 19 de abril.[102] Pero desde marzo conocíanse ya sus estipulaciones, especialmente aquella por la que los ingleses se obligaban a transferir la etapa de sus mercancías en el continente de los Países Bajos a Ruán y a Dieppe, comprometiéndose los franceses, por su parte, a abastecer a la isla de sal, especias y seda.[103] Lo cual, evidentemente, sólo podía beneficiar el istmo francés y contribuir a la ruina de Amberes.[104] En Venecia llegó incluso a decirse que los franceses sólo habían concertado este acuerdo para reanimar el languideciente tráfico de Ruán.[105] El secretario Aguilón, quien, entre tanto que llegaba el sucesor de don Francés de Alava, don Diego de Zúñiga,[106] despachaba en Francia los negocios corrientes de la embajada española, no recataba su amargura, y en una carta muy expresiva y abierta al secretario Zayas deploraba sinceramente que Felipe II, por motivos de "reputación", no se hubiera entendido con Inglaterra. Y llegaba a la siguiente conclusión: o se reanudan las negociaciones (por aquel entonces aún no estaba firmado el acuerdo con Francia), o se dan por perdidos los Países Bajos.[107]

El embajador inglés no veía las cosas de un modo tan tajante. Escribía a lord Burghley, al día siguiente de estamparse las firmas: "Las personas de toga temen que se produzcan desavenencias entre esta Corona y la de España y les fastidiaría que el rey se embarcase en estos momentos en una guerra, temiendo que la administración de los asuntos pudiera caer entonces en otras manos".[108] Era un juicio bastante ponderado acerca de las incertidumbres de la política francesa. Pero para poder expresarse así era necesario, además, observarla de cerca, objetivamente y sin pasión. La corte de Madrid, bien informada, demasiado informada acaso, inclinábase en demasía a verlo todo negro.

Es cierto que no podían contribuir a tranquilizarlo los grandes preparativos de Francia en el Atlántico, llevados intencionadamente con mucho sigilo.[109] ¿Qué significaban aquellos armamentos de que Fourquevaux oía hablar en Madrid en febrero?[110] En París, Aguilón conversaba de ello con el embajador de Portugal, tan inquieto como él. El duque de Alba exteriorizaba, en Bruselas, las mismas preocupaciones.[111] Por

todas partes se daba rienda suelta a los comentarios.[112] ¿Iban a ser trasladadas de nuevo al Mediterráneo las galeras ponentinas del barón de La Garde? ¿Adónde se destinaban aquellos navíos de gran porte, aquellas naves comerciales que se equipaban como barcos de guerra y que, según se sabía, iban a ponerse bajo el mando de Felipe Strozzi?[113] Contra los piratas del océano, decía Saint-Gouard. Pero Felipe II no las tenía todas consigo: temía que los policías pudieran llegar a convertirse rápidamente en ladrones.[114] Era difícil fiarse de la promesa francesa oficial de que esta flota respetaría los territorios españoles[115] cuando Diego de Zúñiga informaba que Catalina de Médicis había exclamado, en un ataque de risa: "la flota de Burdeos no tocará para nada a vuestros asuntos. Podéis estar tranquilos como si navegara a bordo de ella el propio rey de España".[116]

Y no era solamente la flota de Burdeos. Los incidentes de la frontera sur de los Países Bajos daban también pie a discusiones, recelos y quejas recíprocas, agravadas además por la exaltación de los habitantes de aquellas regiones atormentadas.[117] ¿Había o no reforzado el duque de Alba las fortalezas levantadas a lo largo de la frontera? ¿Había o no montado piezas de artillería sobre los baluartes? ¿Había o no bloqueado los caminos?[118] ¿No había obligado a las personas de las tierras bajas a enrolarse en los servicios de vigilancia, como en tiempo de guerra? Los franceses de los Países Bajos, que, según los tratados, debían disfrutar libremente de sus bienes, vivían constantemente en estado de alerta; tanto más cuanto que los tratados no preveían para nada los problemas de orden religioso.[119] Y, sin embargo, los españoles no podían por menos de creer que los franceses estimulaban siempre que podían la rebelión de las provincias españolas.

Ahora bien, el 1 de abril, los "mendigos del mar", bajo la dirección de Guillermo de la Marche, habían tomado Brielle, en la isla de Voorn, en la desembocadura del Mosa.[120] La insurrección había ganado en seguida Flesinga y se había desplegado por el norte y por el este, a lo largo de todo el Watterland, el distrito de las aguas. La verdadera revolución de los Países Bajos comenzaba. Comenzaba por las zonas fanatizadas en las que abundaban los miserables. ¿Cómo creer ni por un instante que no anduviera necesariamente en ello la connivencia de los franceses? Y la de los ingleses, por supuesto.[121] El duque de Alba se quejaba con el representante del rey de Francia en Bruselas de que los barcos de los rebeldes navegaban en conserva con los buques franceses recientemente armados y que encontraban en Francia la artillería, los víveres y municiones necesarios.[122] La flota de Strozzi era casi una flota hugonote, dice Aguilón, escoltada por navíos

ingleses y escoceses. Esta importante fuerza, ¿no era capaz de saquear a su paso el litoral español?[123]

Las inquietudes estaban tanto más justificadas cuanto que el ataque de Brielle, en el norte, fue seguido sin tardanza de un ataque por el sur. El 23 de mayo, los hugonotes entraban con La Noue en Valenciennes, y el 24, Ludovico de Nassau caía por sorpresa sobre Mons, al amanecer.[124] Era la ejecución del plan concertado entre Orange y sus aliados de Francia.[125] Y no sorprendió, por lo demás, al duque de Alba, el cual tendía siempre en demasía a olvidar y desdeñar el frente del mar y el peligro de los "mendigos", obsesionado por el peligro francés y por la frontera continental del suroeste.[126]

Parecía inminente, en efecto, la guerra franco-española. En mayo, Vespasiano Gonzaga, virrey de Navarra, enviaba alarmantes informes sobre los manejos franceses en esta región.[127] Toda la frontera pirenaica, del Atlántico al Mediterráneo, había sido puesta en estado de alarma. Y los informes de Saint-Gouard eran tan inquietantes como los de los embajadores españoles. "Los veo hacer toda clase de provisiones [escribía el 21 de mayo de 1572].[128] Han levantado más de cinco millones en la última feria de Medina del Campo" y han traído de Italia numerosas armas, distribuidas en las fronteras. Finalmente, se retiene a "infinidad de capitanes", a quienes no se ha dejado partir a Levante. Nada asegura, en el fondo —concluye Saint-Gouard—, que los preparativos que al parecer se destinan a la Liga no se hagan con vistas al Languedoc o a la Provenza… Pero el rey de Francia, por su parte, ha reunido más de ochenta barcos y "gran número de infantería gascona".[129] ¿Qué espera esta flota? Sencillamente, saber dónde se producirá el primer chasquido español, explica don Diego de Zúñiga. Si los asuntos en los Países Bajos se arreglan no se trasladará allí.[130]

También los portugueses se inquietan ante esta eventualidad y ante las acciones que podría intentar una flota francesa disponible. Han armado una gran flota, con más de 20 000 hombres de tropa. Temen —dice Sauli, quien transmite esta noticia— que los franceses traten de apoderarse del cabo de Gué, en Marruecos, lo que entorpecería considerablemente la navegación portuguesa, tanto hacia las Indias Orientales como hacia las "Indias de Poniente". Eso, suponiendo que no proyecten lanzarse por su cuenta, añade Sauli, a otra empresa marroquí.[131]

Los españoles, naturalmente, no se quedan atrás y han tomado también las medidas marítimas obligadas contra estos famosos navíos franceses de Bretaña, La Rochela y Burdeos. En mayo, el duque de Medinaceli sale de

Laredo con 50 navíos,[132] y se da la orden de armar otros 30 en Flandes. Y "en Vizcaya y Galicia" se concede, a todo el que quiera hacerlo, derecho a armar sus naves, cosa que jamás hasta ahora se había hecho, y de unirse a la flota de Medinaceli "para vigilar los movimientos" de los franceses.[133]

En cuanto a Italia, su zona neurálgica es, por supuesto, el Piamonte y, en torno de él, los Estados de la Saboya y la gran plaza de armas de Milán, de la que acaba de ser nombrado gobernador el gran comendador de Castilla. En esta última ciudad se acantonan sin cesar los soldados que llegan de Alemania. Y cuando Saint-Gouard se atreve a expresar sus inquietudes ante ello, se le contesta, naturalmente, "que se concentran allí para ir al encuentro de don Juan de Austria"…[134] Pero, en el mismo momento[135] Diego de Zúñiga escribe a su señor, en tono no menos inquieto, que los franceses han encontrado el modo de hacer que les sean entregadas algunas de las plazas que los españoles ocupan en el Piamonte. Inquietudes comunicativas, pues se contagian también a los genoveses. La señoría de Génova escribe que las cuatro galeras que están en Marsella, armadas y preparadas para partir con ocho compañías de infantería, se destinan, según el rumor público, a ser enviadas a Córcega.[136]

En realidad, nadie juega limpio. Cada cual, alarmado y amenazador a la vez, trata de sacar astilla de cualquier madera. Cuando, el 11 de mayo, los argelinos requieren —extraño requerimiento— la protección del rey de Francia, Carlos IX se apresura a acceder a prestarla.[137] Piensa que el duque de Anjou, tributario del turco, sería un excelente rey de Argel: ¡cuántas coronas imaginarias o en expectativa llega a ceñir sobre sus sienes este pobre duque! Esto era, no cabe duda, obrar bien a la ligera, exponerse a comprometer la alianza con el sultán, tomar "la paja por el grano", como diría el obispo de Dax, dando su parecer sobre estas extrañas propuestas.[138] Pero, si el rey se deja tentar tan fácilmente por las sinuosas promesas de Euldj Alí (quien, con la otra mano y en el mismo momento, ofrecía su ciudad a Felipe II),[139] es porque cree mover con ello, hábilmente, uno de los peones del tablero contra el rey de España. No exageremos, sin embargo, la importancia del incidente, como lo hace Serrano y, siguiendo sus huellas, Hartlaub, quienes piensan que todo el secreto de la flota de Strozzi debe buscarse por el lado de Argel,[140] y que, al inquietar las costas cantábricas, Carlos IX se propone desviar de Argel la flota de Felipe II, para reservarse la posesión eventual de esta ciudad.

La política francesa no era tan clara y tan enérgica como todo esto. No estaba segura de sus apoyos exteriores. En agosto, la Alemania protestante no

estaba todavía resuelta a moverse. Inglaterra no veía con buenos ojos la instalación de Francia en los Países Bajos y ello le brindaba una excelente ocasión para entrar en conversaciones con los españoles. Finalmente, el turco tenía bastante que hacer con sus propios asuntos. Y Francia, por su parte, no estaba segura de sí misma. Su política antiespañola era la política de Carlos IX, un hombre impulsivo, la política de Coligny, un soñador. Tenía en contra suya aquellas "togas" de que hablaba Walsingham, los consejeros de espada y a todo el clero en bloque. Por muchas razones, y sobre todo porque la guerra suponía gastos, se concebía, naturalmente, el plan de secuestrar los bienes de la Iglesia. Llegó, incluso, a establecerse un proyecto de secularización, proyecto que, al igual que las actitudes patrioteras del almirante acerca de la Cruz de Gastines, iba a concitar en contra suya las protestas de París y del clero.[141] Por otra parte, el atacar a Felipe II no era un asunto baladí, y Catalina de Médicis empezó a perder la cabeza ante la idea de esta guerra, que se acercaba a grandes pasos. Era una guerra que necesariamente pondría a Francia a merced de los hugonotes y podría provocar virajes y conmociones inesperadas. El 26 de junio, en una reunión del Consejo, Tavannes declaraba sin ambages que, en caso de que estallara el conflicto, el poder de los protestantes amenazaba con llegar a ser tan grande que, "al morir o cambiar los que los conducen con la mejor intención…, el rey y su reino serán llevados de las riendas, y más valdría no tener Flandes y otras conquistas que verse constantemente manejados por otros".[142]

La política francesa es, pues, una política veleidosa, incierta, dispuesta siempre a replegarse y, desde luego, no decidida, ni mucho menos, a romper. Cuando, en la primera quincena de junio, llega a Madrid la noticia de la toma de Valenciennes y de Mons, el embajador francés presenta a Felipe II las explicaciones y casi las excusas de su rey. Todo ha ocurrido, dice, sin su voluntad y sin que se le haya informado. Deplora sinceramente los actos poco amistosos del duque de Alba y expresa la esperanza de que Felipe II tenga nuevamente la seguridad de que el rey de Francia desea mantener la paz. A lo que Felipe II replica que entre los rebeldes de Flandes hay muchos súbditos del rey de Francia y gente que ha vivido en este país. Para que la amistad franco-española se mantenga, sólo cabe una condición: que los hechos respondan a las palabras. En todo caso, el duque de Alba, según las órdenes recibidas, no romperá, si los franceses no se adelantan a romper…[143] Hasta el anuncio de la Noche de San Bartolomé, Saint-Gouard no dejaría de prodigar, de parte de su gobierno, las protestas pacíficas. Tal vez añadiendo incluso algo de su cosecha. El 28 de junio, platicando con Felipe II acerca de

la satisfacción que haya de darse al rey de Francia por el castigo infligido en Flandes a sus propios súbditos, surge en la conversación el nombre de Coligny. El embajador no vacila en declarar que es una mala persona, que el rey no tiene confianza en él, aunque haga menos daño estando en la corte que alejado de ella. Y llega a la optimista conclusión de que los oficiales del rey que guardan la frontera de la Picardía, siendo como son católicos, se esforzarán por evitar todo conflicto. Lo mismo hará el duque de Alba, afirma, por su parte, Felipe II. Y Saint-Gouard se retira muy satisfecho, según declara el informe de la cancillería española.[144] Pero si se le aprieta un poco acerca del problema de la flota francesa, Saint-Gouard acaba por contestar que "el mar es como un bosque inmenso, común a todos, al que los franceses irán a buscar fortuna".[145] Pero no es menos cierto que la diplomacia francesa se esfuerza visiblemente en hablar de paz. Y no solamente en Madrid. También en Viena y en Roma. Después del fracaso de la tentativa sobre Valenciennes y del fracaso de Genlis, todo parece indicar que la política francesa da marcha atrás. El 16 de junio, Carlos IX, anunciando a su embajador en Viena la derrota de los sublevados de Mons, "justo castigo de Dios sobre los que se levantan contra la autoridad de su príncipe", hace todo lo posible para que los "mendigos" no reciban el menor socorro, "pues condeno con todas las fuerzas de mi alma sus desventurados designios…".[146] Y en junio envía a De Ferrais, a Roma, una larga carta explicando cómo le ha engañado el de Nassau y haciendo, una vez más, protestas de su voluntad pacífica.[147]

Curiosa y fluctuante política. No la llamamos inmoral, como hacen tantos historiadores, pues todos, en el siglo XVI, despliegan el mismo juego y lo consideran como de buena ley. Pero, ¡cuántas vacilaciones traduce! No acababa de decidirse ni por la ruptura ni por la cesación de los actos de hostilidad que siguen produciéndose a lo largo de las fronteras que miran a España. El 27 de junio se previene al duque de Alba, desde París, que los franceses están reclutando tres compañías de caballería ligera en la Provenza, que se dedican a fortificar Marsella "a gran furia" y que un contingente de tropas se encamina hacia las guarniciones del Piamonte. Ayer, 26 de junio, añade don Diego de Zúñiga, se celebró un gran consejo para deliberar acerca de si se rompería o no con España. No llegó a tomarse ninguna decisión, "en fin, no se resolvieron, pero harto mal es que anden dubdosos y señal manifiesta que si viessen la occasion la abrazarian y assi no hay que fiar si no estar con la espada en la mano".[148] Nadie que vea el juego desde fuera, y concretamente el español, puede por menos de considerarlo como un tosco doblez, y vista así la cosa, todo parece verosímil. A fines de junio, y en medio

de este ambiente, un correo saboyano trae a Madrid un nuevo tema para falsos rumores: el mismo nuncio ha sostenido que el rey de Francia había solicitado paso libre para sus tropas por las tierras del duque de Saboya.[149] Hasta el punto de que casi todos los correos españoles que viajan de Italia a España renuncian a la ruta terrestre y siguen la vía marítima.[150]

Y, en realidad, ¿qué no podía pensar Felipe II, a pesar de los melindres de los franceses, cuando llegan a sus manos los informes acerca de la acción sobre Genlis, desencadenada el 12 de junio en socorro de Mons y derrotada el 17, de aquella plaza de Genlis que cae en manos del duque de Alba y en que se encuentran documentos firmados por el propio rey de Francia?[151] ¿O cuando se le notifican, en la misma fecha, los supuestos movimientos de la flota y los movimientos reales de las tropas en Picardía? Se le dice que el almirante se halla en Metz, en busca de 800 000 *livres*, para emprender Dios sabe qué acciones en Alemania. Está en connivencia con Montmorency para acudir en socorro de Mons. "Aquí ha venido Altucaria q. estava por este Rey en Constantinopla. Dizen por las calles que trae dos millones de oro, pero no se sabe por cosa cierta ni se vee argumto dello. Entiendo que andan ya tratando de tornarle a embiar [a Turquía] y publican que venecianos traen ya hecha tregua con el Turco".[152] Rumores que el embajador de Venecia desmiente con toda energía. Así circulan las noticias, no siempre cribadas con cuidado, entremezcladas las falsas con las verdaderas, y a veces con una precisión tal que delata la traición. Don Diego de Zúñiga es puesto al corriente por Jerónimo Gondi de lo que se ha debatido en el consejo del rey: los consejeros, lo mismo los de toga que los de casaca, no quieren la guerra. Parece triunfar la política pacífica de Catalina de Médicis.[153] El almirante, rechazado por los consejeros, nos es presentado, el día 13, conspirando con la reina de Inglaterra.[154]

Por consiguiente, la Noche de San Bartolomé no puso fin, como suele decirse, a una política de intervención ardiente, vigorosa y unánime, sino a una tentativa inspirada por la pasión y desechada por la mayoría de los consejeros. Está demostrado que ni Roma ni Madrid, aunque se alegraran de ellas, urdieron las matanzas de París.[155] Por otra parte, si es cierto que estos sucesos, la "novedad" de París, tuvieron una repercusión directa sobre la política francesa e internacional y contribuyeron a extender por toda Europa el terror del nombre de España, si dejaron el campo libre, una vez más, a la política, más prudente que poderosa, de los españoles, no creo que hayan determinado, sin embargo, una desviación *perdurable* de la política francesa. No creo, en contra de Michelet y de otros, que los sucesos del 24 de agosto de

1572 marquen el gran viraje del siglo. La “novedad” sólo produjo ciertas consecuencias limitadas en el tiempo. Después del 24 de agosto, la política francesa, desprendida por un momento de sus reivindicaciones, desconcertada, permanecerá, a pesar de todo, como veremos, bastante fiel a sí misma.

Orden y contraorden a don Juan de Austria: junio-julio de 1572

Pero no por ello dejó de constituir un abandono la Noche de San Bartolomé, en agosto de 1572. Todo ocurrió como si, de pronto, uno de los jugadores, el rey de Francia, arrojara sus cartas sobre la mesa. Y hasta nos sentimos tentados a decir que lo hizo porque no se sentía muy fuerte y porque, de todos modos, tenía la partida perdida. Pero ¿estaba su adversario convencido de esta debilidad? ¿Confiaba en que su contrincante había de abandonar la partida? ¿O lo consideraba, acaso, enemigo desdeñable? La singular política mediterránea seguida por Felipe II en los meses de junio y julio de 1547 nos lleva, por el contrario, a pensar que más bien tendía a exagerar la fuerza francesa.

Hasta junio de 1572, nada más sencillo ni más claro que la política de Felipe II, en el Mediterráneo, con respecto a la Liga. Para poner orden en los múltiples y embrollados proyectos nacidos de la victoria de 1571, el soberano pontífice había convocado una nueva conferencia en Roma. La primera reunión se celebró el 11 de diciembre.[156] Esta vez bastaron dos meses para llegar a un acuerdo, firmado el 10 de febrero de 1572 por los comisionados españoles, que eran el gran comendador de Castilla y su hermano, don Juan de Zúñiga, a quienes se unió para este cometido el cardenal Pacheco, y por parte de los venecianos, Paolo Tiepolo y Giovanni Soranzo.[157] Los resultados de la discusión favorecieron esta vez a la señoría. Estipulábase, en efecto, que los aliados actuarían en Levante,[158] lo que descartaba ya desde el primer momento los proyectos de una expedición contra el norte de África, tan acariciados por España. Se preveían víveres para siete meses de operaciones y también el embarque de un considerable material para ayudar a los griegos, a quienes se creía a punto de sublevarse en Morea. Se crearía en Otranto un campamento militar de 11 000 hombres, una especie de ejército de reserva, al que se recurriría a medida que lo exigieran las circunstancias. La fuerza numérica de la flota excedía en algo a la de 1571: 200 galeras, nueve galeazas, 40 navíos y 40 000 hombres. El itinerario, siempre optimista, preveía que la flota pontificia y la española se reunirían en Mesina a fines de

marzo. Sin pérdida de tiempo, pondrían rumbo a Corfú, para unirse allí a la flota veneciana.

De este modo, España mostrábase dispuesta a ir a las aguas de Levante a defender los intereses vitales de Venecia, sacrificándose a ella, como en 1570 y en 1571. Por lo menos, en apariencia. Granvella escribe a Felipe II que, por su parte, no encontraba las estipulaciones muy desventajosas. Teniendo en cuenta que la Liga no estaba, evidentemente, llamada a durar mucho (a causa de los franceses y de la impaciencia de los venecianos, muy poco satisfechos de verse privados del comercio levantino), había que aprovecharse de ella, sin perder tiempo, para quebrantar la potencia turca. Solamente una expedición a Levante permitiría la colaboración eficaz de los venecianos. Con ello se satisfaría además grandemente al papa y se adoptaría ante él y ante Italia y la cristiandad una actitud desinteresada, que no dejaba de tener sus ventajas.[159] Sin duda. Pero el tono de Granvella es un poco el que se adopta para consolar a otro o para consolarse a sí mismo.

Felipe II no debió resignarse voluntariamente a esta "ventajosa" decisión, puesto que había dado a don Juan la orden de emprender una expedición contra Bizerta, e incluso contra Túnez, a comienzos de la primavera, bajo la forma de un viaje ultrarrápido que debía preceder al de Levante. Para prepararla, don Juan se trasladó de Mesina a Palermo, adonde llegó el 8 de febrero.[160] Tratábase, en efecto, de obtener dinero del duque de Terranova, lo que al principio no resultó fácil,[161] y de acercarse a la costa sur, la costa de los víveres y de las marchas hacia el África. ¿Cómo hacer una expedición sin dinero y sin víveres? Por lo que se refiere a las galeras y a los soldados, escribió a Nápoles para que Granvella se los facilitase.[162] Pero éste no compartía los deseos de Felipe II, y el 21 de febrero declaraba tajantemente a don Juan que juzgaba imposible esta expedición: "Ni se como empresa tan importante se pueda hazer sin dineros y sin gente bastante y sin tiempo y no querría, como me acuerdo averle escrito mucha ha, ver poner a V. Exa. el pie en tierra de África sino acompañado de la gente que conviene".[163] Pero don Juan no se rindió en seguida a tales razones. El 2 de marzo seguía confiando en ver llegar las galeras de Nápoles y en arribar a Corfú por el largo rodeo de las costas de Berbería.[164] Hasta que, a mediados de marzo, tomó una decisión negativa. Después de consultar a su estado mayor, al virrey Terranova, a don Juan de Cardona, a Gabrio Serbelloni y al veedor general Pedro Velázquez,[165] escribía a Felipe II: "No me alargare en esta disciendo a V. M. las causas porque me es fuerça volverme a Mecina, pues se entenderan mas particularmente por las que van de mano ajena, que aca han parescido tan

bastantes que de ninguna manera he podido hazer otra cosa aunque ninguna deseo tanto como acudir a lo de Túnez por lo que se holgaria V. M. se quitase de allí aquel enemigo…”[166]

El 1 de mayo moría el santo papa Pío V.[167] Esta muerte, por sí sola, replantea todo el problema de la Liga. Sobreviene en medio de una fuerte tensión política y da pie para un viraje radical de la política española. Viraje que pronto se encargarán de anular los acontecimientos, pero que no por ello deja de ser completo. El 20 de mayo, Felipe II despacha a su hermano la orden perentoria (redactada el 17) de diferir la partida de sus galeras hacia Levante. Caso de que, al recibo de esta orden, hubiese abandonado ya Mesina, debía volver al punto de partida sin dilación. Los dos correos siguientes, el del 2 y el del 24 de junio, renuevan esta misma orden, que no será revocada hasta el 4 de julio siguiente. Fue una crisis de seis semanas, breve, pero tormentosa, que cruza sobre Italia con la fuerza de un ciclón. Aún no habían pasado sus efectos cuando don Juan se unió a los aliados en Corfú.

Veinte de mayo a 4 de julio: dos fechas que vale la pena retener. Plantean el problema en el tiempo con una claridad y una precisión a las que el P. Serrano, por su parte, no presta la atención necesaria. Fue el primer historiador que leyó los documentos guardados en los archivos de España y, naturalmente, sostuvo la tesis o, si se quiere, reasumió el alegato que en ellos se contenía. En efecto, Felipe II viose obligado a defenderse, no precisamente ante el P. Serrano y ante la historia, sino cerca de la Santa Sede y de los venecianos, cerca de las cortes europeas, sorprendidas por su actitud, y cerca de sus propios representantes en Italia. Pero no podemos tomar al pie de la letra esta prosa combativa, tanto más cuanto que Felipe II se ve obligado a explicarse, sin andarse con rodeos, acerca de sus verdaderos móviles y de sus razones oficiales.

Razones oficiales: Felipe II sostiene que retuvo a don Juan en Mesina por el temor de una ruptura con los franceses.[168] No negaremos que Felipe II creyera en tal peligro. Pero no había razón para mostrarse particularmente ansioso en mayo de 1572. La explicación no concuerda, además, con las fechas. En la historia de la tensión hispano-francesa, vista desde Madrid, no son fechas culminantes ni las del 17 y el 20 de mayo, ni la del 4 de julio. Nada decisivo ocurre durante este corto episodio, en lo que se refiere a la flota de Strozzi o a los teatros secundarios de operaciones. Las grandes noticias sólo pueden venir, en este tiempo, de los Países Bajos. Pues bien, hacia el 20 de mayo no se conoce en Madrid más noticia importante que la de los sucesos del desembarco en Brielle. El ataque contra Valenciennes y Mons no se

produce hasta el 23-24 de mayo.[169] En sentido inverso, ¿por qué el 4 de julio podía considerar Felipe II que el peligro había remitido? Lejos de ello, se ha agravado. Y Felipe II lo reconoce así en los considerandos que acompañan a la contraorden expedida a don Juan en aquella fecha. La Noche de San Bartolomé está todavía lejos, y nadie la prevé.[170]

La explicación está en otra parte y resulta más clara si, en vez de estudiar, como hace el P. Serrano, la correspondencia de Felipe II con don Juan, examinamos las cartas expedidas por el rey a Roma en la misma época, y muy especialmente las de 2 y 24 de julio dirigidas a don Juan de Zúñiga.

Felipe II invocaba otra buena razón para explicar su actitud: la muerte del papa. Excelente pretexto, pues todo el mundo sabía que una nueva elección pontifical dejaba siempre en el aire la política europea y, con mayor razón, naturalmente, la del propio Estado pontificio. Tanto más en esta ocasión, en que el presupuesto de guerra de España y, por consiguiente, su flota, dependían de Roma. ¿Acaso no podía ocurrir que el nuevo papa fuese —como decía Saint-Gouard—[171] un hombre más atento "a arreglar sus asuntos y los de su casa, que no los de la Liga"? Indudablemente. Pero tampoco esto era más que un pretexto, como habrá de confesar el propio Felipe II. No cabe duda de que la muerte del papa fue la razón ocasional de la decisión del rey, en el sentido de que le exime o, por lo menos, le permite aparentar que se considera exento de sus compromisos. Pero la razón determinante es otra: la empresa de Levante no tienta en lo más mínimo a Felipe II. Y, en cambio, está muy interesado en emprender otra: la de Argel.

Ya en su primera carta a don Juan se habla de Argel. Y en la que el 2 de julio escribe a Juan de Zúñiga, leemos: "Sabeis la orden que he dado a mi hermano y los motivos bajo los cuales he recomendado que se presente la permanencia de la flota en Mesina, tomando pretexto de la muerte del Santo Padre, sin hablar de las órdenes que había cursado". Pero, como "la nueva elección se ha hecho tan de prisa, ya no podemos valernos de estas razones", tanto más cuanto que la elección recaída es "santa y buena". Sin embargo, no estoy decidido a cambiar de parecer y, en lo que a Argel se refiere, sigo creyendo que "el emprender esta expedición conviene a toda la cristiandad en general y al bien de mis Estados en particular, si quiero que saquen algún fruto de esta Liga y de todos estos gastos, en vez de emplearlos en algo tan incierto como la expedición de Levante". Al papa habrá que darle como razones la sublevación de Flandes, los temores de una intervención de Francia e Inglaterra y las noticias que se reciben de los armamentos franceses. Y, sobre todo, no hablar para nada de Argel…[172]

La explicación es cristalina. Felipe II quiere aprovecharse de todas las fuerzas que ha acumulado para descargar un golpe sobre el turco, pero allí donde el golpe puede serle útil a España. Es decir; en el norte de África, sobre el que han recaído siempre las ambiciones españolas; en Argel, que es un puesto esencial del Islam, su punto de apoyo occidental, su centro de abastecimiento de hombres, navíos y material de piratería, el punto de partida y el refugio de los corsarios, tan temibles para los reinos de España. Esta política tradicional, bien razonada y calculada, es la que orienta la decisión de Felipe II.[173]

Queda por explicar, entonces, la contraorden del 4 de julio, el retorno a las posiciones iniciales de los coasociados de la Liga. Tal parece como si Felipe II hubiese cedido ante las violentas y unánimes reacciones de Italia, los venecianos y el nuevo papa, Gregorio XIII, y los propios "ministros" españoles: don Luis de Requeséns en Milán, su hermano en Roma y Granvella en Nápoles, para no hablar de don Juan de Austria, que protestaba con gran pasión, pues había tomado a pecho el éxito de la Liga. Esta ofensiva general dio al traste con las razones del Rey Prudente. Se le hizo ver que se desprestigiaba con este juego, que arrojaba a Venecia en brazos de los turcos y que ello se traduciría, para él, en una pérdida de prestigio y de fuerza. El proyecto de la expedición contra Argel andaba en todas las bocas, y los representantes españoles no se atrevían a hablar de ella en Italia. Además, el nuevo papa tenía en sus manos las gracias del "excusado" y del "subsidio". Estaba dispuesto a otorgarlas, como había hecho su antecesor en el solio pontificio. Escribía inflamados breves en favor de la Liga. Por muy dúctil y acomodaticio que fuese, no bastarían todas las excusas del mundo para convencerlo. Nadie tomaba por lo trágico el peligro francés, ni en Roma ni en otra parte. El propio Granvella opinaba que bastaría con hablar alto y recio al Rey Cristianísimo para hacerle entrar en razón. Y don Juan entendía que el mejor de los procedimientos, con respecto al rey de Francia, seguía siendo emprender la expedición de Levante. Contestarle con un nuevo Lepanto.

El 12 de junio, don Juan, que navegaba de Mesina hacia Palermo, despachó por la ruta de las islas una galera que sólo tardó seis días en llegar a Barcelona.[174] Ante la nueva de este viaje y de la insólita rapidez con que se había hecho, se creyó que había sobrevenido en Mesina una catástrofe. La galera se hacía de nuevo a la mar días más tarde; el 12 de julio entregaba a don Juan la preciosa orden fechada el 4.[175] Pero no sin cierta reticencia todavía, ya que en ella pedía el rey que se separara de las galeras españolas la

escuadra de Juan Andrea Doria, con la misión de avanzar hasta Bizerta o hasta Tolón, si el rey de Francia se comportaba mal.[176]

Las expediciones de Morea

La gran guerra llena, en el Mediterráneo, el final del verano y el comienzo del otoño, en el largo trecho que va desde el golfo de Corinto hasta el cabo Matapán, pasando por la costa occidental de la Morea, costa inhóspita y montañosa, sembrada de escollos y con raras aguadas, ante la cual se extiende, por si ello fuera poco, el gran vacío del mar Jónico. Desde fines de verano, en estas regiones, grandes ráfagas de viento, acompañadas de tornados, inundan las planicies ribereñas y hacen la mar difícil y poco practicable para las finas y bajas galeras. Sólo se encuentran refugios hacia el norte en Corfú o, mejor aún, a lo largo de la costa dálmata o, al otro lado del cabo Matapán, en la costa que mira hacia el mar Egeo. Es un privilegio de los mares angostos, como el Egeo o el Adriático, el que los temporales de otoño no los invadan más que con cierto retraso, en comparación con los grandes espacios del Mediterráneo, que son los primeros que azotan.

Extraño teatro de guerra, en verdad, con pocas bases cómodas para los aliados. Ninguna de las islas venecianas que emergen en las vecindades de este ingrato litoral; ni la de Cérigo, demasiado angosta y apenas abordable, demasiado pobre y sin más recurso que sus viñedos; ni la de Cefalonia, montañosa y desierta, brinda seguro abrigo y no el necesario abastecimiento de víveres. Y todas se hallan demasiado lejos de la costa para que una flota pueda apoyarse en ellas, maniobrando contra el litoral de enfrente. Los únicos puntos de apoyo y refugios cómodos en estos parajes están en manos de los turcos: Santa Maura, en el norte del golfo de Corinto; Lepanto, en el mismo golfo, y, por el sur, Navarino y Modón.

Es cierto que los aliados contaban con el levantamiento de las poblaciones de Morea, apoyándose en las afirmaciones y en las promesas de algunos proscritos. Pero nada había organizado en relación con esto. En las deliberaciones de la Liga sólo se había previsto el embarco de armas para los rebeldes. Y don Juan sólo había escrito especialmente a los griegos de la isla de Rodas. Cuando los aliados llegaron a aquellas tierras no se produjo ninguna revuelta, ni siquiera un simulacro de sublevación. A fines del siglo XVII, cuando Venecia logra apoderarse de la Morea, se lo debe, en parte, a la colaboración del país griego.[177] Pero en el siglo XVI éste no se movió. No sabemos si fue a causa de los turcos y de su vigilancia o porque los griegos

conocían demasiado bien a los latinos (especialmente, a los venecianos, sus antiguos dueños) para ir a morir en aras de ellos. Indiquemos, por lo demás, que en la hipótesis de una sublevación griega, la Morea habría sido elegida, con toda razón, como teatro de una guerra terrestre. Esta región, extraordinariamente accidentada, excluía la posibilidad de que en ella evolucionaran en masa los jinetes otomanos, tan temidos; se hallaba, además, fuera del alcance de las rutas dominadas por el turco; reunía, en suma, todas las condiciones necesarias para conquistar su independencia. Pero parece que los aliados, en este caso, apenas se detuvieron a elegir y que fue el azar, tanto como la expectativa de una revuelta indígena, lo que los condujo al litoral de Morea.

on Juan había recibido, el 12 de julio, orden de unirse a los aliados de Corfú. Así se lo escribió sin pérdida de momento a Marcantonio Colonna, quien acababa de llegar a aquella isla con la flota del papa y las galeras españolas mandadas por Gil de Andrade, que don Juan le había confiado. Los venecianos estaban ya en el lugar de la cita. Después de recibir la carta de don Juan, la única solución para los aliados habría sido aguardar la llegada de las galeras españolas y del jefe de la Liga. Pero, temiendo nuevas demoras, esperando poder alcanzar solos la victoria, y disponiendo de un buen pretexto para poder justificarse, en caso necesario, Colonna y Foscarini se hicieron a la vela, el 29 de julio, rumbo al sur, de donde llegaban inquietantes noticias. Se decía que la flota turca, habiendo salido a la mar una vez más, hacía estragos en las costas de Candía, DZante y Cefalonia. ¿Iba a dejarse que los turcos saqueasen las islas y arrasasen sus preciosas cosechas? ¿Podían proceder así los valientes vencedores de Lepanto? La flota había salido de Corfú en orden de combate y fue reforzada sobre la marcha por las galeras de Candía, al mando del *provveditore* Quirino. El 31, al atardecer, estaba en Zante,[178] donde permaneció tres días. Allí supo que la flota turca se encontraba en Malvasía y salió a su encuentro. Así fue avanzando hasta la punta sur de Grecia, donde las dos flotas se encontraron, el 7 de agosto, a la altura de Cérigo.

La flota de Euldj Alí no tenía nada de desdeñable. El Imperio turco había recreado su flota, no con esa inagotable facilidad que a veces se le atribuye, sino con dolor y con fatiga, ante un peligro que ponía en tensión todas sus fuerzas. El resultado de este tremendo esfuerzo, del que durante todo el invierno habían ido llegando a la cristiandad ecos bastante precisos, eran unas 200 unidades, por lo menos, entre galeras, galeotas y fustas. Más de la mitad de estos barcos eran, evidentemente, de recentísima construcción: habían sido

botados durante el invierno de 1571 a 1572. Disponían de poca infantería, pero Euldj Alí había modernizado su armamento; abundantemente guarnecida de artillería y arcabuces, su potencia de fuego era superior a la de Alí Pachá, a bordo de la cual peleaban todavía muchos arqueros y honderos. Euldj Alí, además de occidentalizar el armamento, había logrado construir, sobre el modelo de la marina argelina, una flota extraordinariamente móvil. Las galeras más ligeras, pero sólidamente ensambladas, menos cargadas de artillería y de bagajes que las de los cristianos, les ganaban en rapidez con una regularidad desconcertante.

Por último, la flota turca poseía dos o tres grandes ventajas. Había aprendido a mucha costa la temible importancia de las galeazas, y ya no la olvidó nunca. Tenía en Euldj Alí un jefe muy notable, a quien las rivalidades de sus lugartenientes no le ponían zancadillas, un jefe más dueño de su herramienta que Marcantonio Colonna de la suya, al comienzo de la campaña, o don Juan al final. Además, esta flota apoyábase en un país amigo y operaba cerca de sus almacenes de víveres, de sus reservas de tropas y de sus baterías de tierra, mientras que los cristianos estaban a expensas de lo que había sido embarcado en Mesina, en Apulia o en Corfú o de la galleta mejor o peor conservada almacenada a bordo de los barcos redondos, pesados y engorrosos almacenes flotantes, que las galeras tenían que transportar al mismo tiempo que las galeazas. Los finos navíos se agotaban en este trabajo sobrehumano. Además, Euldj Alí, y es otro de sus méritos, proponíase solamente una política de eficacia: impedir que la flota cristiana penetrase en el Archipiélago, encrucijada del poderío turco, salvaguardando al mismo tiempo la flota milagrosamente reconstruida durante el invierno. Cuando, el 7 de agosto, aceptó la batalla que Marcantonio Colonna le ofrecía, no lo hizo sin su cuenta y razón. Sabía perfectamente bien que los aliados no habían reunido aún todas sus fuerzas, que no tendría que combatir, especialmente, contra las coriáceas galeras españolas ni contra la infantería de los “tercios”. Tenía frente a sí, solos o casi solos, a los venecianos, tan mal provistos como él de infantería y entorpecidos, al igual que él, por sus pesados cascos. Los llevaba, además, la superioridad del número.

El combate se trabó en la jornada del 7, bastante avanzado el día, cerca de las islas de los Ciervos y de las Dragoneras. La flota aliada habíase desplegado con una lentitud de mal augurio. Eran ya las cuatro de la tarde cuando abordó las galeras turcas. Poco favorecida por el viento, apenas se movía. Todos los ataques, o mejor dicho, todas las fintas, favorecían a las ligeras galeras turcas. Con mucha prudencia, los aliados ponen por delante de

su línea, como en Lepanto, las galeazas y los barcos redondos, provistos todos de potente artillería y sobrecargados de tropa. Se mantienen detrás de esta poderosa protección. Euldj Alí hace esfuerzos por dislocar la línea cristiana y batirse galera contra galera, sorteando los grandes fuertes flotantes. No pudiendo conseguirlo, rompe el combate. Una parte de su flota regresa a Malvasía, mientras él permanece en la línea de fuego, con sus 90 mejores galeras. Para escabullirse mejor, manda disparar en blanco a su artillería y desaparece detrás de una enorme cortina de humo. Se une sin dificultades al resto de su flota, mientras algunas de sus galeras, con los fanales encendidos, navegan rumbo a Cérigo, para hacer creer a los cristianos que ha emprendido la ruta de Occidente y que trata de cortarles las comunicaciones, aislándolas de las galeras que don Juan conduce hacia estas aguas. El día 10 se libra un segundo combate, repetición del primero: los cristianos se colocan al abrigo de sus "barcos de línea", y los turcos, no logrando tampoco ahora romper el dispositivo, se deslizan fuera del campo de batalla, como coristas de ballet…

El drama técnico de esta primera parte de la campaña es, por tanto, la pesadez, la inercia de la flota aliada. Los grandes barcos de línea se hallan vinculados a las galeras que los remolcan y las asocian a su lentitud. Los aliados son, en esto, víctimas de las rutinas de la guerra en el Mediterráneo. El acto revolucionario, innovador, habría consistido en abandonar a la acción de los vientos a los grandes y potentes navíos…

El segundo combate termina con la retirada de Euldj Alí al socaire del cabo Matapán. Los aliados, por su parte, se dirigen hacia Zante, saliendo al encuentro de la flota de don Juan. Éste, al llegar a Corfú el 10 de agosto, se encontró con que todo el mundo había partido, sin dejarle ni siquiera una noticia o una indicación acerca de los planes de la flota y del lugar en que se encontraba. Indignado, rojo de cólera, deliberó con sus consejeros, de regreso en Sicilia. Pero, alarmado ante las malas noticias que circulaban, lanzando órdenes y contraórdenes, acabó por conseguir que la flota se concentrase en Corfú el 1 de septiembre. Se había perdido mucho tiempo. ¿Hemos de creer, sin embargo, con el P. Serrano, que la expedición de Marcantonio Colonna no tuvo absolutamente ninguna eficacia? Parece casi indiscutible, por el contrario, que los aliados lograran, al proceder así, salvar Candía o Zante de los saqueos de la flota, y tal vez algo más…

Al pasar revista a la flota, después de concentrada, se contaron 211 galeras, cuatro galeotas, seis galeazas, 60 navíos de transporte y de 35 a 40 000 hombres de tropa. Cifras expuestas, por lo demás, a errores seguros: ¿cómo llevar, por ejemplo, un registro exacto de las fustas y, menos aún, de

las galeras “aventureras” o de los voluntarios aventureros, la mejor nobleza de Italia…? En el pasivo de esta considerable flota hay que anotar que apenas contaba con 200 caballos, que los víveres escaseaban en ella y que tampoco abundaba el dinero. Las necesidades, en cambio, eran enormes: esta flota representaba un abismo insaciable para los graneros de Italia y para las finanzas de Felipe II…

Don Juan no partió de Corfú inmediatamente. Sostuvo allí una serie de discusiones. Las galeras venecianas necesitaban un suplemento de tropas y, como Foscarini se negó a aceptar soldados españoles, hubo que suministrarle hombres pontificios, sustituidos a su vez por tropas a sueldo de Felipe II. Finalmente, la flota se hizo a la vela con el mismo objetivo que en la expedición de julio: encontrar a la armada turca. El 12 de junio llegó don Juan, con sus efectivos, a Cefalonia, de allí pasó a Zante y, por último, arribó a las costas de la Morea. Los informes acusaban la presencia de Euldj Alí en Navarino. Don Juan intentó hacer avanzar sus naves hasta el sur del puerto, para aislar al enemigo de Modón y encerrarlo en el puerto de Navarino, mal fortificado. Errores de cálculo y de maniobra hicieron fracasar esta tentativa, a pesar de que en los últimos momentos la flota cristiana viajó de noche para sorprender al adversario. Pero descubierta a tiempo por los vigías, no logró evitar que Euldj Alí saliese de la bahía de Navarino, donde se encontraba con 70 galeras, y se replegase sobre Modón. Los cristianos lo siguieron, tratando de darle alcance. Comenzaba así una nueva guerra de Morea, más complicada y más dramática, pero no menos decepcionante que la anterior.

En la jornada del 15 de septiembre, don Juan no dejó que su flota trabase combate con el enemigo en retirada. El 16, Euldj Alí presentó batalla, para guarecerse, al caer la noche, al amparo de los cañones de Modón. ¿No fue un error que don Juan, aquel anochecer, no se jugase el todo por el todo? Si don Juan, en vez de retroceder hacia el anclaje de Puertolongo, dejando a su adversario atacar su retaguardia, aunque sin éxito, se hubiese lanzado sobre él, habría tenido grandes probabilidades de forzar la entrada de Modón y de destruir en sus aguas a la flota turca. El desorden, dentro del puerto bloqueado, era enorme. Cervantes dice, más tarde, que los turcos estaban preparados para abandonar sus galeras: “tenían a punto su ropa y pasamaques, que son sus zapatos, para huirse luego por tierra sin esperar ser combatidos: tanto era el miedo que habían cobrado a nuestra armada”.**[179]**

La ocasión perdida ya no volvió a presentarse. Euldj Alí había obrado con rapidez. Los cristianos lo creían inactivo, pero, lejos de ello, desarmó sin pérdida de momento una parte de su flota para emplazar sobre las montañas,

en torno de la ciudad, la artillería así recuperada. Ya fortificada, la plaza era inexpugnable, aunque se tratara, por lo demás, de una plaza diminuta, según la descripción que de ella nos hace Philippe de Canaye, quien pasó por allí poco después, y cuyo muelle no podía albergar apenas a más de 20 galeras. **[180]** Pero los navíos se hallaban en seguridad dentro de la bahía, aun fuera del puerto. Los cristianos, por el contrario, no podían mantenerse indefinidamente en alta mar. Tuvieron que replegarse sobre los anclajes cercanos, permitiendo con ello al enemigo salir de su escondite. No puede asegurarse que el verdadero sitiado fuese Euldj Alí. Se discutieron cien proyectos para forzar la plaza, los unos más arriesgados que los otros, pero se impuso la prudencia y, a menudo, la evidencia rebelde de los hechos. Por su parte, Euldj Alí podía contar, a corto plazo, con la ayuda de los temporales de otoño. Este aliado eventual da su sentido a la guerra improvisada por él y que, con una suerte incomparable, iba a llevar a buen fin. Poco a poco, pero a la postre demasiado tarde ya, sus adversarios acabaron percatándose de esta política de contemporización a todo trance. Creían poder obligar al enemigo a salir de su guarida con la toma de Navarino, por donde pasaba, viniendo del norte, la línea de abastecimiento de Modón. La plaza estaba mal fortificada y era difícil de socorrer desde fuera. Pero la mala suerte se cebó en esta empresa. El conocimiento insuficiente del terreno, un desembarco difícil al mando del joven Alejandro Farnesio, las grandes lluvias que inundaron la planicie en que estaba empeñada la infantería española, la alarma dada a la plaza y el tiro eficaz de su artillería, la llegada de la caballería, mientras se veían, a lo lejos, los largos convoyes de camellos y de mulas que se dirigían hacia la plaza y, por último, el mal abastecimiento de víveres y municiones y la falta de puntos de apoyo, en una planicie sin árboles y azotada por los vientos huracanados: todo contribuyó a hacer difíciles los avances de la tropa, formada por unos 8 000 hombres, que muy pronto se vieron obligados a reembarcar a toda prisa.

El pequeño ejército de desembarco se hizo de nuevo a la mar en la noche del 5 al 6. En las dos jornadas siguientes, delante de Modón, la flota aliada volvió a ofrecer combate —era el aniversario de la batalla de Lepanto—, pero en vano. No pudo siquiera aprovecharse de la salida de unas 20 galeras lanzadas en persecución de un velero cristiano de carga, pues las galeras de don Juan, demasiado pequeñas, no lograron impedir el regreso precipitado a su refugio de estos navíos, llamados inmediatamente a su base por Euldj Alí.

¿Era aconsejable levantar el sitio? ¿O intentar por última vez forzar la entrada del puerto? Como prueba de buena voluntad, don Juan había dado la orden de que se le unieran las galeras que se habían quedado atrás, al mando

de Doria y del duque de Sesa (las cuales, sin embargo, no llegaron a Corfú hasta el 16 de octubre, cuando ya el propio don Juan navegaba de regreso). En efecto, los venecianos deseaban mantener el bloqueo unas cuantas semanas más, por creer que se lograría con ello el derrumbamiento de la defensa turca y que, en todo caso, la flota de Euldj Alí se vería, en su viaje de regreso a Constantinopla, sometida a la ruda prueba del mal tiempo. Acaso no anduvieron del todo descaminados. Se ha sostenido que la guarnición turca, a punto de agotarse sus fuerzas, habría, quizá, cedido.[181] Pero Foscarini, por su parte, confiesa que lo que más temía, en cuanto a él, era la terrible justicia con que, a su regreso, se encontraría en Venecia y a la que, en 1570, no había escapado Zane, después de la frustrada expedición sobre Chipre.

Sea de ello lo que quiera, el 8 de octubre la flota aliada abandonaba la empresa de Modón y se replegaba sobre Zante, adonde llegó el día 9. El 13 estaba en Cefalonia. El 18, frente a Corfú. Dos días después separábanse las flotas. Se había renunciado, todo a la vez, a invernar en Levante, en Corfú o en Cattaro, y a emprender una expedición cualquiera en el golfo contra los puntos de apoyo de los turcos. Marcantonio Colonna, sumándose al parecer de don Juan, había contribuido a zanjar el debate, contra el criterio de los venecianos. “A juzgar por sus palabras, quedaron convencidos”, escribe el duque de Sesa.[182] Sin embargo, el 24 de octubre, Foscarini escribía a la República: «Los únicos culpables de lo poco que se ha logrado en esta expedición son los españoles, que, en vez de ayudar a la Liga, no han tenido más mira que debilitar y arruinar Venecia. Las demoras de don Juan, sus vacilaciones en el curso de la campaña, respondían todas a este plan de ir exterminando poco a poco las fuerzas de la República y de asegurar las ventajas del rey en Flandes, olvidándose de los intereses de la Liga y perjudicándolos: la mala voluntad de los españoles ha sido patente y manifiesta en cuanto tocaba al beneficio de los Estados venecianos.[183]» No cabe mayor injusticia. Pero ¿qué veneciano no habría dicho otro tanto? En realidad, a fines de este otoño, todo el mundo tenía la sensación de que la Liga había dejado de existir. La flota española navegaba rápidamente hacia Mesina, dividida en tres escuadras. Don Juan llegó a su destino el día 24 con la primera de las tres; el 26 hacía su entrada solemne en la ciudad.[184]

Es probable que un contemporáneo, consultado acerca de los “grandes” acontecimientos del año 1572, no hubiese presentado un relato como el que nosotros acabamos de trazar. El año 1572 vio desaparecer del mundo algunas grandes figuras, en quienes el hipotético contemporáneo habría pensado, seguramente, ante todo. Ya hemos señalado la muerte de Pío V, ocurrida el 1

de mayo. En junio moría la reina de Navarra, y con ella perdía su alma el partido protestante. El 24 de agosto, entre los muertos de la matanza, figuraba el almirante, y Granvella, en Nápoles, pensaba que el obispo de Dax, "este hugonote", que tanto dependía de Coligny, ya no seguiría desempeñando ahora un papel tan importante como en tiempo de su protector.[185] El 16 de septiembre moría de apoplejía otro de los poderosos del mundo, el cardenal Espinosa, presidente del Consejo de Estado y gran inquisidor, hombre inflado de vanidad y abrumado de dignidades, agobiado por sus tareas y que, al morir, dejó la mesa de su despacho cubierta todavía de despachos sin abrir.[186] Murió, por lo demás, en semidesgracia y como fulminado por ella. En la otra punta de Europa había muerto a comienzos del año el hombre de la Transilvania. Y el 7 de julio se extinguía la vida del rey de Polonia.[187] Se abría así la curiosa crisis que habría de cerrarse al año siguiente con la elección del duque de Anjou.[188]

Mientras tanto, un tal Miguel de Cervantes, herido en Lepanto y con la complicidad de la impericia de los cirujanos, perdía el uso de su mano izquierda… Y en Lisboa, "*em casa de António Goça Lues*",[189] un desconocido, Luis de Camoẽns, daba a luz *Os Lusiadas*, libro de aventuras marítimas que sacaba del fondo de las aguas, en sus redes, aquel enorme y lejano Mediterráneo que era el océano Índico de las gestas portuguesas.

III. LA "TRAICIÓN" DE VENECIA Y LAS DOS TOMAS DE TÚNEZ: 1573-1574

Venecia abandona la Liga

Lo que ya en el otoño era fácil prever, la "traición" de Venecia, se produce por fin el 7 de marzo de 1573. Fue conocida en Italia en abril, y en España al mes siguiente. Decimos "traición", aunque la palabra justa sería "retirada". Imaginémonos la situación de la República, con su comercio, su industria y sus finanzas en la mayor desorganización, agotada por la guerra marítima, la más costosa de las guerras, torturada en su vida cotidiana por la escasez de los víveres. Cierto es que quienes más sufrían, los pobres, no eran, ni mucho menos, los menos valerosos. No en vano don Juan llegó a convertirse en el héroe casi legendario de las canciones de los gondoleros. Pero los pobres no dirigen los negocios de la República, y las firmas de los

ricos venecianos no pueden contentarse con el comercio indirecto en dirección a Turquía.

Las razones de Venecia

Por otra parte, Venecia ve la guerra desarrollarse a sus mismas puertas, en las fronteras de Istria y Dalmacia. Si la lucha continúa, ¿no llegará a ser incapaz la señoría de conservar esta flexible frontera dalmática? Sebénico, para citar un solo ejemplo, está condenada, al decir de los expertos. Y esta guerra que viene sosteniéndose desde hace tres años no le ha aportado ninguna ganancia sustancial. Ha perdido la isla de Chipre, en 1571, además de toda una serie de puntos de apoyo en sus territorios del Adriático. De las expediciones de 1571 y 1572 no ha obtenido sino enormes facturas por pagar y los rencores que conocemos. Y nada ha venido a contradecir su casi certidumbre de que España laboraba por debilitarla y desgastarla, certidumbre de siempre, pues Venecia, más todavía que la Toscana, encerrada y vigilada, o que la Saboya, ocupada a medias, es el baluarte de una Italia independiente, sustraída al yugo y a la influencia de los españoles. Venecia había abrigado siempre temores por el lado del Milanesado. Y su primer gesto, en la primavera de 1573, cuando se produce su "traición", es el de fortificar sus plazas de tierra firme en el oeste: conoce bien a sus vecinos y procede en consecuencia.

Tales son las razones de la retirada de Venecia. El que, faltando al compromiso firmado, la señoría no previniera a sus aliados del paso que iba a dar, tiene un valor secundario. Y el reproche resulta bastante anodino, teniendo en cuenta las prácticas imperantes en esta época. ¿Acaso Felipe II había vacilado en volverse atrás en mayo de 1572? Son las costumbres diplomáticas vigentes, y, desde este punto de vista, a la República veneciana no se le puede echar en cara haber obrado peor que cualquiera otra potencia.

El acuerdo con Turquía fue tramitado y llevado a buen fin gracias a los buenos oficios del obispo de Dax, artífice de primera hora y artífice paciente y tenaz. Ya hemos señalado su salida para el Oriente, en mayo de 1571, su tardía llegada a Venecia, en septiembre, y su larga estancia en la ciudad de las lagunas. Llegado en un momento inoportuno, en el momento de Lepanto, en medio de las ilusiones y los sueños suscitados por la gran victoria, no por ello renuncia a exponer una y otra vez, incansablemente, el objeto de su misión antes de ganar Ragusa, en enero de 1572. El cebo de la negociación, para los venecianos ponderados, era la posibilidad de obtener, al calor de la victoria,

buenas condiciones de paz e incluso recuperar Chipre. Este sueño y esta esperanza se vislumbran al fondo de todas las negociaciones directas de Venecia y de las que se hacen en su nombre con su autorización. Recuperar Chipre, entendámonos: no ya como propietaria de la isla, sino destruyendo las fortificaciones levantadas en ella[190] y como vasallo del turco, en lo que a la isla se refiere. Tratábase, en realidad, más que de recuperar Chipre, de recuperar el comercio con la isla… Y, por lo demás, aceptar, en una pendiente peligrosa, pero posible, una solución que podríamos llamar ragusina…

Pero estas esperanzas no tardaron en demostrarse fallidas. Pronto se vio que las exigencias turcas eran muy onerosas.[191] Se dio largas a las negociaciones, bajo el pretexto, verdadero o falso, de que el sultán se oponía a la paz con Venecia. En estas condiciones, la intervención del obispo de Dax fue decisiva: logró que las condiciones turcas fuesen más moderadas, y el 7 de marzo, el consentimiento del sultán para un acuerdo pacífico. El 13 de marzo eran enviadas a Venecia las condiciones turcas, llegando a su destino el 3 de abril;[192] condiciones, en verdad, muy onerosas, si no deshonrosas, como se comentaría más o menos por todas partes. Venecia cedería Chipre y renunciaba a las posiciones que el turco le arrebatara en Dalmacia; devolvería lo conquistado por ella en Albania; pondría en libertad sin rescate a los prisioneros turcos; y pagaría una indemnización de guerra de 300 000 sequinas, debiendo hacerlo además antes del año 1576, so pena de que el tratado se considerara nulo e inexistente. Se comprometía a reducir su flota a 60 galeras y, por último, aumentaría a 2 500 sequinas el tributo anual pagado por Cefalonia y Zante. El consejo de los Pregadi, convocado por el dogo Mocénigo, se vio ante el hecho consumado. A cambio de todos estos sacrificios, se alzaba en el horizonte, es cierto, la paz, una paz todavía durante mucho tiempo incierta y precaria,[193] pero la paz, al fin y al cabo, con sus inmensos beneficios, sus ventajas y sus posibilidades de vida…

En todo caso, las negociaciones de 1573 demuestran que la Noche de San Bartolomé, por muy violenta que hubiese sido, con sus consecuencias inmediatas y brutales, no desplazó a último plano la línea necesaria de la política de Carlos IX. El gobierno francés no acepta unirse a España, perderse bajo su hegemonía en una llamada coalición católica. En realidad, para Catalina de Médicis y sus hijos, prosigue la lucha contra el prepotente vecino, como pronto habrá de verse con motivo de la elección del duque de Anjou para el trono de Polonia, y como se verá también a propósito de los manejos franceses cerca de los electores alemanes y principalmente cerca del Palatino, el primer calvinista de la *Pfaf-fenstrasse*. Y se verá, asimismo, por el lado de

Inglaterra y de los Países Bajos. Y por el lado de Ginebra, a partir de 1573. Se verá, incluso demasiado, a veces en la imaginación, a través de los informes de los confidentes españoles. Los informadores del Rey Católico y de sus ministros, no contentos con lo que ya sucede, pronostican: es su cometido. Cuando la paz de La Rochela, el 1 de julio de 1573, pone fin a los disturbios producidos por la Noche de San Bartolomé, no ocultan su preocupación.[194] ¡Ojalá que el rey de Francia —dicen— pueda prohibir a sus hugonotes que acudan en socorro de los rebeldes de los Países Bajos! Estos rumores, verdaderos o falsos, recogidos por la poderosa y razonable, pero al mismo tiempo ciega maquinaria del Imperio español, se amplían y se difunden por mil canales laterales, cobrando a veces forma y vida en ellos… Recomienza la guerra de las sombras…

La toma de Túnez por don Juan de Austria, otra victoria sin consecuencias [II-637]

Sin proponernos, ni mucho menos, abrir el *dossier* de las justas quejas de España con respecto a Venecia, atiborrado sin medida por la gente de la época y por los historiadores, debemos reconocer que España no había hecho nunca esfuerzos tan leales y tan poderosos en favor de la Liga como durante el invierno de 1572 a 1573. Sabemos que aumentó el número de sus galeras botando al agua nuevas unidades en los astilleros de Nápoles y Mesina,[195] de Génova y Barcelona. Un informe de Juan de Soto, secretario de don Juan, llega a proponer gigantescos efectivos: de 300 a 350 galeras…[196] ¿Pura locura? Sí y no. Juan de Soto habla, al mismo tiempo, de una solución bastante razonable: armar estas galeras con milicianos y, sobre todo, construir en Mesina un arsenal o, más exactamente, ampliar el que se estaba construyendo en aquel puerto, cubriéndolo para que, al llegar el invierno, pudieran quedar bien albergadas en él las galeras. En una palabra, imitar Venecia…

Así, pues, España no había hecho nunca esfuerzos tan grandes. Ormaneto, el obispo de Padua, enviado a Madrid como nuncio por Gregorio XIII, encontró la mejor y la más comprensiva de las acogidas, aunque se opusiera resistencia a su deseo de que, a partir de marzo, fuesen enviadas unas 100 galeras al Archipiélago, con la misión de hacer una *razzia* por las costas de aquellas islas. En este caso era el ejemplo turco el que, al parecer, atormentaba las imaginaciones.[197] Felipe II y sus consejeros, más conocedores de la importancia de las cosas del mar, no quisieron aceptar las

ideas que se les sugerían. El rey optaba, una vez más, por lo posible y no por lo grandioso.

Todos los ministros del rey acogen también con firmeza y mesura la defección de Venecia. Al conocerla, el papa, de ordinario tan dulce y tan amable de carácter, se deja llevar por un transporte de furia contra la República perjura. Trata abominablemente al embajador de Venecia. E inmediatamente, sin pararse a pensar, revoca todas las gracias, grandes y pequeñas, otorgadas por él a la República. Después recobra la calma y olvida… Por el contrario, don Juan de Austria, Granvella y don Juan de Zúñiga conservan su sangre fría. Lo que no les impide ponerse a escribir y a enjuiciar, pero serenamente y con toda objetividad. No cabe duda de que habían previsto el suceso como una inminente probabilidad, y estaban preparados para recibir la noticia. El más vehemente de todos, don Juan, supo mantenerse, en este caso, dueño de sí mismo.

Mientras tanto, la armada turca hacíase a la mar, tal como estaba previsto. Tardíamente, por lo demás. Un testigo ocular la ve partir de Constantinopla el 1 de junio.[198] Pero Philippe de Canaye sostiene que no pasa por delante de los castillos hasta el 15,[199] y por los Dardanelos el 5 de julio, no antes.[200] No cabe duda de que la verdad se contiene en el aviso de Corfú que, el 15 de junio, anuncia que la salida de la flota ha sido en dos veces y que ya el 3 de junio había llegado Caragali a Negroponto con un primer convoy, 200 galeras, según se decía, a las que Piali Pachá se uniría más tarde con otras 100. Esta demora explica por qué los españoles, en Italia, consideraban la situación con cierto optimismo. “La armada del Turco no hará empresa este año [escribía don Juan de Zúñiga, el 30 de julio][201] y que… ha salido a estorbar que el Señor Don Juan la haga y que esta la armada muy mal en orden”, detalle este último que habrán de repetir todos los avisos sucesivos. No por ello dejó de proseguir su ruta la armada enemiga, que el 28 de julio echa anclas cerca de La Prevesa. Desde Corfú se anuncia, el 3 de agosto, que la flota se propone, indudablemente, hacer alguna incursión a las costas de la Apulia antes de ir a La Goleta y que su doble objetivo es impedir que los españoles hagan una expedición contra Berbería y reducir al orden a los albaneses, nuevamente sublevados.[202] El 4 de agosto, según Philippe de Canaye, la flota turca pone proa a los Abruzos, con la intención más o menos sincera de encontrarse con los navíos de don Juan o de marchar sobre Palermo.[203] En realidad, no parece segura de sus planes. Navega por un instante hacia Mesina, y el 8 de agosto pasa por delante de las costas napolitanas y del cabo de Colonnes.[204] Pero el 14 de agosto parece estar de

regreso en La Prevesa, espalmando en las playas de la isla de Sapienza. El 19, es cierto, se hace de nuevo a la mar.[205]

Esta partida de la escuadra turca, organizada en formación cerrada, es precisamente la que comienza a producir inquietud entre los españoles. Corre el rumor de que la flota turca continuará su ruta hacia el Occidente y que invernará en un puerto francés. Don Juan da la orden de no relevar la infantería mantenida durante todo el verano de guardia en Cerdeña.[206] Este mismo rumor de que la flota se propone invernar en Francia circula por Roma hacia el 25 de agosto,[207] aunque Zúñiga, por su parte, se niega a darle crédito. La historia no sabría decir si estaba o no en lo justo, pues la flota turca se encontró en el camino con una gran tempestad. Se perdieron algunas galeras y otras salieron muy seriamente dañadas,[208] siendo necesario enviar a La Prevesa en busca de remos y mástiles.[209] ¿Fue esto lo que la obligó a volverse atrás? Un aviso del 29 de agosto, desde Corfú, señala su presencia en los "Gumenizos".[210] A comienzos del mes de septiembre, maltrecha y muy en desorden, se la señala, no en las costas cristianas, sino ya en Valona.[211] El 5 de septiembre se desplaza, sin embargo, a las tierras del cabo de Otranto, donde toma la pequeña fortaleza de Castro.[212] Pero el 22 vira en redondo hacia Constantinopla,[213] con sus 230 velas, sin haber logrado nada o casi nada en sus andanzas por los mares. A fines de mes renueva su provisión de víveres en Lepanto.[214]

Sin embargo, este errático viaje de la flota turca ha gobernado a distancia los movimientos de don Juan de Austria. Hacía ya mucho tiempo, en efecto, que los medios españoles venían pensando en una expedición contra el norte de África. Las fuerzas reunidas durante el invierno, aunque incapaces de oponerse al conjunto de la flota turca, no eran, sin embargo, nada desdeñables. Y existía, desde luego, la intención de emplearlas. «Se cree aquí [escribía desde Madrid el agente florentino Del Caccia][215] que habrá alguna expedición contra el Turco, contra Argel o contra otro punto, pues así lo indican los grandes preparativos que se hacen a la vista de todos, el dinero[216] que se reúne, las nuevas levas que se hacen en España y la botadura de las galeras terminadas en Barcelona. No cabe pensar, en efecto, que semejante esfuerzo sólo se destine a defenderse contra la armada turca.[217]»

Pero, mientras la flota otomana estuviese a la vista de las costas de Nápoles, no podía pensarse en ninguna empresa semejante. No se podía correr el riesgo de un nuevo fracaso como el de Yerba. En cuanto al objetivo de la expedición, parece ser que se dudó entre Argel, que tenía las preferencias de don Juan, e incluso de Felipe II[218] y de la opinión pública española, y

Bizerta y Túnez, como lo pedía Sicilia, como lo aconsejaba la proximidad de las bases y como, al parecer, opinaba el Consejo de Madrid. Lo cierto es que para junio ya había recaído una decisión. La expedición contra Argel quedaba remitida a un porvenir más o menos lejano.[219] El punto de ataque elegido era Túnez.

Pero aún no se habían tocado las playas de África, y ya se planteaba el problema. Estaba bien tomar Túnez. Pero ¿qué hacer después? ¿Conservar esta plaza? ¿Restablecer en ella un príncipe indígena, como lo había hecho Carlos V en 1533, sin abrigar, por lo demás, ninguna ilusión acerca de ello? El 26 de junio, don Juan escribía a Felipe II: "Ha parescido aca que Tunez se debe emprender con fin de conservarla por V. M. sin darla al Rey Amida [Muley Hamida]".[220] Parece, en efecto, a juzgar por una carta de Juan Andrea Doria, que Felipe II había encomendado a su hermano que decidiera en última instancia acerca de este asunto.[221] La misma carta indica que el proyecto de Argel se ha abandonado por estar la estación del año ya muy avanzada. Y si no nos damos prisa, añade la carta, el mismo peligro surgirá con respecto a Túnez, "porque aunque esta corta la navegación, como se sabe, es tan difficil la que ay de Trapana a La Goleta, en pasando Agosto, si acierta a haver llovido en Berberia, que a acontecido estarse las galeras en Trapana mas de dos meses por passar". Don Juan ha hablado de hacer venir caballería de los Estados del archiduque Fernando, asunto harto largo y complicado. Lo mejor será emplear lo que se tiene a mano y mandar venir los alemanes que están en Lombardía. Con ello bastará…

Darse prisa. No cabe duda de que el consejo era bueno el 2 de julio, antes de la llegada de la armada turca. Pero pronto fue necesario contar con ella, con su presencia obsesionante y con las alarmas que acompañaban todos sus movimientos. Era un nuevo freno, una nueva causa de demoras, que no venía a descartar, por lo demás, las otras dificultades, ni las del abastecimiento de grano, ni la de la habilitación de las galeras, ni la de los envíos de tropas y dinero, problema este último que volvía a plantearse con apremio.[222] Sin duda por esta razón se había trasladado don Juan a Nápoles, que era, más que Mesina, la gran estación reguladora. Aunque enfermo, "abrumado por tres o cuatro indisposiciones", no por ello se dio menos prisa, para ganar Sicilia sin pérdida de momento, pero no Mesina, por donde no haría más que pasar,[223] sino los puertos de la costa occidental, Palermo y Trapani, que se hallan a las puertas mismas de África. Mientras don Juan se afanaba en sus preparativos, el duque de Sesa, lugarteniente suyo, se alarmaba, y no sin razón, con los rumores según los cuales la armada turca se disponía a invernar en Valona. Y

preguntaba a Felipe II si no convendría, como se lo había propuesto a don Juan, “embiar XII U (12 000) infantes entre Spañoles y Alemanes en fin de octubre en muy buenas naves a La Goleta”.[224] Y Felipe II, por su parte, debía considerar el peligro turco bastante grave, puesto que el 12 de agosto escribía a Terranova para decirle que la expedición de Túnez sólo se haría si la flota turca suministraba la ocasión de emprenderla.[225]

Y no cabe duda de que don Juan necesitaba que le hiciesen llegar estos avisos prudentes, pues en el mismo momento, el 15 de agosto, declaraba al rey que estaba decidido a lanzarse a la expedición aunque la armada turca no se retirase.[226] ¿Lo hacía cediendo a su propio ímpetu, o a causa de los requerimientos, cargados de promesas, de la Santa Sede? El Santo Padre, en efecto, no sólo ofrecía sus galeras,[227] sino que hablaba, incluso, de colocar la corona de Túnez sobre la cabeza de don Juan. Acerca de este pequeño punto, tan maravillosamente embrollado por los documentos de la época y por los historiadores, no creo, pese al parecer autorizado de O. de Torne,[228] que deba atribuirse todo a las maledicencias de Antonio Pérez. No cabe duda de que el espíritu de don Juan se hallaba torturado por el deseo de llegar a ceñir una corona, y esta inquietud no le dejaba punto de reposo. Según Torne, el papa no habló de la corona hasta después de la toma de Túnez. Es posible. Sin embargo, se da la circunstancia de que, en su carta de junio, citada más arriba, don Juan descartaba la idea de una eventual restauración de Muley Hamida. Y al apoderarse de Túnez, instituirá un gobernador indígena, y no un rey. ¿Lo hace acaso sin segunda intención? Por su parte, el papa declara en Roma, hacia el 20 de octubre (cuando todavía se ignoraba la victoria de don Juan), que “si ganaba a Túnez, sería mejor conservar aquel reino que darlo a ninguno de los reyes moros”.[229] ¿No era esto un primer jalón y un indicio de una inteligencia previa entre el papa y el hermano de Felipe II? ¿No había prometido ya Pío V a don Juan el primer Estado conquistado a los infieles? Un Estado, el que fuera. Lo que tentaba a don Juan, en efecto, más que el poder real, era el título. No nos empeñemos en juzgar estas cosas con las ideas del hombre de hoy. En esta Europa obsesionada con las precedencias y las jerarquías, todos los príncipes jóvenes soñaban con coronas. ¿No acaba de conseguir la suya el duque de Anjou? Don Juan, acicateado en lo más vivo de su amor propio por su condición de bastardo, mantenido en el rango inferior de Excelencia, llegará a soñar, en 1574, con la corona de Francia, al vacar ésta por la muerte de Carlos IX, y en sus últimos años, en los Países Bajos, a vivir obsesionado por el sueño de la corona de Inglaterra…

Es, pues, muy posible que Gregorio XIII, deseoso de luchar contra los infieles y afanoso de realizar grandes empresas, tratara de asegurar el éxito de ésta mediante una promesa por el estilo y se concibe mejor antes que después de la victoria de Túnez.

En efecto, don Juan tuvo que hacer un esfuerzo enorme, obrar casi milagros, para reunir todo lo necesario para la expedición y obtenerlo casi sin dinero.[230] Los créditos nutricios se le facilitan bocado a bocado.[231] Recibe dos letras de cambio, una por 100 000 escudos y otra por 80 000, pagadera la primera a fines de diciembre y la segunda dentro de los 40 días siguientes al 1 de enero. Puede valerse de ellas para obtener anticipos, le escribe Escobedo… ¿Mala voluntad? No; lo que ocurre es que la situación general del tesoro español es deplorable, catastrófica. La cifra de los empréstitos contraídos en Medina del Campo da miedo, le escribe también Escobedo. "Flandes acaba con nosotros…"

A comienzos de septiembre, don Juan parte de Mesina para Palermo, a donde llega el 7.[232] Deja tras sí al duque de Sesa y al marqués de Santa Cruz, y despacha a Trapani a J. de Cardona. Sus fuerzas y su estado mayor se hallan, así, diseminados a lo largo de la costa norte de Sicilia. La noticia de que el 2 de septiembre se ha avistado la flota enemiga a la altura del cabo de Santa Maura, retirándose hacia Levante, le decide a obrar.[233] Era, sin duda, un indicio bastante vago e insuficiente, pero de todos modos la flota española no estaba preparada para hacerse inmediatamente a la mar. El presidente de Sicilia (desde Pescara, la isla no había vuelto a tener un virrey) emplea este plazo para redactar un largo memorial sobre las empresas proyectadas en Berbería.[234] El 27 llega don Juan de Palermo a Trapani.[235] En este momento llegan noticias de que se acerca la armada turca, amenazando aquellas costas, hasta el punto de que Granvella toma las medidas del caso para la defensa del reino de Nápoles.[236] La empresa africana volvía a ser, pues, una empresa arriesgada.

Pero no por ello dejó don Juan, aunque navegando con el viento de frente, de lanzarse rumbo al África, el 7 de octubre, aniversario de la victoria de Lepanto.[237] Habiendo zarpado de Marsala, recala en la Favignana, cuyo refugio abandona a las cuatro de la tarde. El día 8, al ponerse el sol, está delante de La Goleta. Desembarca el 9, ya con noche cerrada, enviando a tierra 13 000 italianos, 9 000 españoles y 5 000 alemanes. Su flota consta de 107 galeras y 31 navíos, más el galeón del gran duque de Toscana y numerosas barcas cargadas de víveres, fragatas y otros pequeños barcos de particulares.[238] El 10 se acerca a la ciudad, abandonada por sus habitantes

sin combatir. Al día siguiente, la ciudad es ocupada sin la menor dificultad: [239] en la *casbah* sólo se encuentra algún que otro anciano.

¿Qué va a hacer don Juan con su conquista? Madrid envía la orden de desmantelar la ciudad. Pero esta orden no llegó a conocimiento de don Juan hasta su regreso. Sobre el terreno, sin instrucciones, reúne (tal vez el 11, acaso el 12) un consejo de guerra en la *casbah* de Túnez. Convoca a él, además de sus consejeros habituales, a los coroneles de las infanterías española, italiana y alemana, aparte de algunos capitanes y otras personas de quienes se sabía que podían emitir un parecer autorizado. ¿Por puro azar, o porque don Juan trata de ahogar en una masa a sus consejeros oficiales? Lo cierto es que el improvisado consejo acuerda, por mayoría de votos, que la ciudad sea conservada por el rey de España.[240] Y don Juan redacta las órdenes congruentes con este acuerdo. Como medida esencial, deja en Túnez, ciudad conquistada, una guarnición de 8 000 hombres, 4 000 italianos y 4 000 españoles, a las órdenes de un "artillero", Gabriel Serbellone.[241] Medida que entraña todas las demás, y principalmente el nombramiento de un gobernador indígena, el infante hafsida Muley Mahamet, hermano del antiguo rey Muley Hamida (algo equivalente, si queremos, a un protectorado) y la construcción de un enorme fuerte, que domina y señorea la ciudad.[242]

Faltaba por saber —y Granvella mostraba sus preocupaciones por ello, viendo bramar sin descanso el mar tempestuoso— si don Juan sería tan afortunado en la toma de Bizerta, donde se decía que habían ido a refugiarse bastantes turcos, en un puerto como aquél, que se sabía apto para los corsarios y fortificado a medias.[243] Pero también Bizerta, pese a los augurios en contrario, se rindió sin defenderse.[244] En la saqueada Túnez, don Juan sólo se detuvo ocho días. Después de cuatro días de preparativos en La Goleta, se embarcó de nuevo el 24, tomando Porto Farina el mismo día. El 25 estaba en Bizerta. Zarpó de allí con sus naves cinco días después, ganó con buen tiempo la isla de la Favignana, y el 2 de noviembre entraba en Palermo, donde 13 días antes se había iluminado la ciudad para festejar la toma de Túnez.[245] El 12 de noviembre se encontraba ya en Nápoles, donde Granvella podía parafrasear en homenaje a don Juan el "*veni, vidi, vici*" de Julio César…[246]

No cabe duda de que, militarmente, la expedición de Túnez había sido un fácil y rápido paseo militar. Una escampada de unos cuantos días al final de la estación del buen tiempo, cuando en los huertos "maduraban los higos", había facilitado mucho las cosas. Un paseo sin sorpresas, extraordinariamente venturoso, no cabe duda. Pero ¿podemos decir que fuese realmente una victoria?

La pérdida de Túnez: 13 de septiembre de 1574

Para vencer no bastaba con haber tomado Túnez, sino que era necesario retener la ciudad. El ejército victorioso sólo había limpiado y ocupado una pequeña parte del reino de los hafsidas. No se pensó ni por un momento en una expedición hacia el interior de aquellas tierras, con el fin de someter tan vasto país.

En estas condiciones, conservar la enorme ciudad planteaba problemas harto difíciles. El más considerable de todos era la manutención de los 8 000 soldados destinados a montar la guardia de la ciudad ocupada. Era una pesada carga para la intendencia de Sicilia y Nápoles, sumada al millar de hombres del presidio de La Goleta. Ni el vino, ni las carnes saladas, ni el trigo se encontraban sin dinero; como tampoco los navíos fletados, a los que tendía a confiarse cada vez más el transporte de víveres y municiones. El agotamiento financiero de Sicilia y Nápoles convertía todas estas operaciones, de suyo tan sencillas, en problemas casi insolubles. Las lamentaciones de Granvella no son quejas jeremiacas, sino observaciones muy precisas y exactas. En esto estribaba el verdadero problema del reino de Túnez, mucho más que en los esfuerzos del nuncio Ormanetto para obtener de Felipe II la corona de ese reino a favor de don Juan, negociación que, por lo demás, se malogró rápidamente, y que pertenece a la pequeña historia.

El fracaso de don Juan podría explicarse, evidentemente, de diversos modos. Entre Felipe II y su hermanastro va abriéndose un abismo: los chismes, el espionaje de sus confidentes, la probable malevolencia de Antonio Pérez (que, sin embargo, no debemos, durante estos años, aceptar sin previa averiguación) y, por último, las naturales suspicacias del rey: todo contribuye a ahondarlo. Don Juan, por su parte, en el sector en que actúa, no ve la situación hispánica en su conjunto. Es a Felipe II a quien corresponde tener esta visión completa. Mucho más de lo que don Juan pueda suponerlo, Felipe II, a pesar de todo lo que haya podido escribir o aparentar, desde el día en que Venecia se retira de la Liga, ha tomado la decisión de renunciar a toda gran política en el Mediterráneo. Su reino se debate con la formidable crisis financiera que va a provocar la segunda bancarrota de 1575. Privado de los recursos y las comodidades del crédito de Amberes, Felipe II depende cada vez más de los genoveses y de la plaza de Génova. Ahora bien, en 1573 estallan en esta ciudad los disturbios entre los *viejos* y los *nuevos* nobles, entre los que se dedican a los negocios de banca y los que se ocupan del comercio y la industria. Crisis social, pero también política. ¿Acaso detrás de los nuevos nobles no está el rey de Francia? Y crisis imperial también, pues

Génova es una especie de plataforma giratoria, tanto para los navíos de tropas como para los giros de dinero…

En el momento en que se plantea de un modo agudo el problema norafricano, los cálculos de Felipe II se vuelven, pues, hacia el norte, hacia Génova y hacia los Países Bajos. Y también hacia Francia, que se pone de nuevo a intrigar. En estas condiciones, no es prudente permanecer en Túnez. Es, desde luego, abrir un nuevo capítulo de gastos. Es debilitar La Goleta, ya que, en lo sucesivo, será necesario dividir los esfuerzos entre Túnez y el nuevo presidio. Es aventurar lo que se tiene para buscar hipotéticas ventajas. El rey se lo repite al nuncio Ormanetto, batallador apasionado, quien no se explica que en Madrid sueñen con la paz y la tranquilidad desde que la penuria de dinero ha obligado a cambiar de tono y de proyectos. Paz en el Mediterráneo, pero también en los Países Bajos. Fuera del rey, quien declara "que antes querría verse muerto que consentir… en algo que sea contrario a su honor o a su reputación", todo el mundo, aquí, desea que se llegue a un arreglo en el norte.[247] En España, el viento no es ahora propicio a las aventuras.

Sin embargo, como don Juan, al conservar Túnez, ha puesto a su hermano ante el hecho consumado, Felipe II juzga preferible enviar su consentimiento, pero se trata de un consentimiento provisional, pues sólo valdrá para el año en curso. Lo que don Juan acaba de crear es una máquina pesadísima. ¡Y si siquiera pudiera funcionar por sí sola, es decir, si la conquista nutriese por sí misma al ejército de ocupación! Así lo pretenden los partidarios de ésta. Es lo que Soto sostiene en Madrid, en mayo de 1574, hablando en nombre de su joven señor. Lo mismo que, en enero del mismo año, expone el cardenal Granvella. Éste piensa que fortificando Bizerta y Porto Farina, como pide don Juan, Felipe se aseguraría la posesión de las tierras del este africano, lo que, por mar, entorpecería notablemente las comunicaciones de los turcos con Argel y, por tierra, cortaría totalmente estas comunicaciones. Terminadas las obras del fuerte, podrán cobrarse en beneficio del rey los tributos de que gozaban los soberanos de Túnez, los cuales bastarán para sostener, no sólo aquel fuerte tunecino, sino los demás que se puedan construir. Además, podrían aumentarse dichas rentas, estimulando el comercio cristiano en estas regiones. Para lo cual haría falta, evidentemente, asegurarse la benevolencia de los indígenas y elegir cuidadosamente la forma de su gobierno, para hacerles encariñarse con la dominación del rey de España.[248]

Pero en esto precisamente estribaba la dificultad. Los habitantes de Túnez habían vuelto a la ciudad ya a fines de octubre (y no tampoco los principales,

cuyas casas seguían ocupadas por los soldados), pero no podemos decir que se hubiese normalizado la vida económica. Sin embargo, habíase reanudado por lo menos en parte, ya que pronto vemos a las autoridades de ocupación y al gobernador indígena discutir acerca de los derechos de aduana de La Goleta, discusión en la que dicho gobernador pide que se restablezca su derecho de 13%, principalmente sobre los cueros.[249] Ello da pie a los españoles que informan a don Juan para exponerle su descontento y su decepción con respecto a su protegido. Por otra parte, nada permite afirmar que el conjunto del país, en sus masas nómadas o sedentarias, acepte la conquista de los cristianos. En Constantinopla, los turcos fingen no dar importancia a la victoria de Túnez y simulan que los nómadas se encargarán de reducir la conquista a sus justos límites, aquellos nómadas a quienes el frío invernal empuja hacia tierras muy lejanas del sur, pero a quienes el verano traerá de nuevo a la costa, en el momento mismo en que la armada turca se haga de nuevo a la mar.

Las autoridades de Madrid no estaban dispuestas, ni mucho menos, a cargar con todas las complicaciones que llevaba consigo. Ya tenían bastantes, sin necesidad de pensar en éstas. El 16 de abril, cuando, puestas más o menos en claro las cuentas de la flota, don Juan pensaba en poder trasladarse a España, recibe órdenes de presentarse en Génova y en Milán; el rey, al mismo tiempo, le nombra su lugarteniente en Italia, con autoridad sobre sus ministros.[250] Dábase por descontado que su presencia en Génova contribuiría a zanjar las diferencias políticas, y permanece en esta ciudad del 26 de abril al 6 de mayo. Pero su misión esencial estaba en Lombardía; y en Madrid se pensaba que su llegada allí inquietaría a Francia lo suficiente para impedirle buscar pelea a España. En Milán se esperaba que la presencia del hermano del rey activaría el paso de los refuerzos militares con destino a Flandes, pues “lo de Flandes” continuaba siendo la mayor preocupación de España.

Las órdenes de Felipe II produjeron en don Juan el efecto de una desgracia. La lamentable situación de la flota, que, falta de dinero, se desintegraba con una rapidez alarmante, contribuía a aumentar su tristeza. En Vigevano, en un castillo bellísimo, espera impaciente el regreso de su secretario Juan de Soto, a quien había encargado de presentar al rey copiosos informes. Fatigado, dominado por la morriña, preocupado por su salud, nada le sacó de su total inactividad mientras estuvo en Vigevano. Negábase a ocuparse de nada, ni siquiera de los asuntos relacionados con Túnez, con la flota o los abastecimientos, remitiéndose para todo a los ministros del rey. No

sin que éstos protestasen contra este modo de pasarles la pelota, como decía Granvella. Entre tanto, Soto había llegado a Madrid en mayo. Sus memoriales pasaron al estudio, lento como de costumbre, del consejo de guerra o del consejo de estado. Todo lo que don Juan había querido o soñado se enterraba así entre los legajos de la cancillería. Todo se descomponía en una serie de cuestionarios, que se pasaban a los consejeros para que diesen su parecer. "En lo de Túnez —decía la consulta del consejo de guerra— todos son de parecer de que la estación está tan avanzada, que no ha lugar a deliberar para saber si se debe o no continuar allí. Por este verano, no cabe duda de que conviene mantener la plaza. Pero hay que encargar al señor don Juan y a todos los ministros de que acaben de proveerla de lo necesario." "Conforme—anota Felipe II al margen—. Lo mismo me paresce a mi en esto, pero encarguese muy particularmente a mi hermano lo que toca a La Goleta, para que aquello se provea de la misma manera que si no huviesse el fuerte de Túnez." Y todo el mundo está de acuerdo en que se mantengan en Túnez los soldados españoles, sin lo cual se perdería todo.[251]

Pero los pareceres difieren cuando se trata del cometido de don Juan. El duque de Medinaceli declara que, habiendo sido enviado el príncipe a Lombardía a causa de Flandes y de Francia, ya no es necesaria su presencia allí puesto que el gran comendador ha llegado a los Países Bajos, habida cuenta de que en Francia no cesan de aumentar las dificultades interiores… Nada se opone a que don Juan vuelva a ocuparse de los problemas marítimos, de la defensa de Nápoles, de Sicilia y de las plazas de Berbería, volviendo a asumir el mando de la flota. Lo mismo aconseja el duque de Francavilla. El marqués de Águila opina, por el contrario, "que ay que considerar muchas cosas, por una parte y por otra". No pudiendo suministrarle el dinero y las fuerzas indispensables, ¿para qué poner de nuevo a don Juan al frente de la armada? En el mismo sentido se manifiesta el obispo de Cuenca, extendiéndose acerca del mal estado de la flota: se dice que ésta cuenta con 120 galeras, pero ¿acaso son suficientes estos efectivos frente al turco? ¿Es aconsejable que en un encuentro desigual, el vencedor de Lepanto hubiera de contentarse con atacar la retaguardia del enemigo, huyendo en ocasiones o, lo que sería todavía más grave, se arriesgara a un golpe de tozudez, por exceso de juventud y de ardor? El presidente da un poco la razón a todos, y Felipe II concluye con esta nota prudente: "con advertir a mi hermano que lo de Trípoli y Bugía no paresce de tanta importancia que se deve aventurar el armada en tiempo de invierno". Estas pocas líneas, resumen de un larguísimo y prolijo documento, ponen claramente de manifiesto en qué lujo de informaciones y

consejos, en qué minucioso trabajo burocrático apoya Felipe II su política. [252] Y no cabe duda de que es conveniente sopesarlo y preverlo todo de antemano, mejor que improvisar en pleno desarrollo de los acontecimientos, cuando falta más de un mes para que la orden se haga llegar a los encargados de ejecutarla. Pero, en lo tocante a Túnez, nada sucederá, en fin de cuentas, como se había previsto.

Don Juan viose obligado a obrar por sí mismo. La flota turca, cuya potencia había sido señalada por los avisos a lo largo del invierno, al igual que su partida y su viaje, demorado por las nuevas galeras, llegó al golfo de Túnez el 11 de julio de 1574. Contaba 230 galeras, unas cuantas docenas de navíos pequeños[253] y 40 000 hombres. Euldj Alí mandaba la flota, y las tropas venían al mando de aquel Sinán Pachá (a quien no debemos confundir con el vencedor de Yerba) que en 1573 había logrado reducir a la obediencia al Yemen, sublevado desde hacía varios años… La sorpresa fue general cuando La Goleta cayó el 25 de agosto, apenas después de un mes de sitio; [254] Portocarrero, lejos de defenderla, la entregó. El fuerte de Túnez no se defendió mucho tiempo más; el 13 de septiembre capitulaba Serbellone.

¿Cómo explicar este doble desastre? La fortificación de Túnez no llegó a terminarse, y ello representó una gran desventaja para los defensores de la plaza. Las dos plazas, separadas, no pudieron apoyarse mutuamente. Añádase a esto que los turcos se vieron ayudados, en sus ataques, por auxiliares indígenas: los nómadas participaron en los transportes y en los trabajos de atrincheramiento, suministrando a Sinán Pachá un ejército de peones. Tal vez las guarniciones cristianas fuesen, en cambio, de calidad inferior. Granvella sugiere que estas tropas, reclutadas y renovadas con demasiada frecuencia, no poseen ya el temple de las viejas unidades españolas. Pero este dignatario necesita encontrar argumentos y defenderse. Es, no cabe duda, uno de los responsables del desastre.

La rapidez de la rendición no facilitó la labor de don Juan. Éste hizo cuanto pudo. Salió de su inacción el 20 de julio, a la vista de los avisos recibidos por él antes de que llegaran las noticias precisas del desembarco turco en el golfo de Túnez. Pero se hallaba lejos de África. ¿Y cómo podía movilizar una flota desprovista de fondos y, además, en mal estado? El 3 de agosto le llegan a Génova una serie de órdenes del rey. Pudo, gracias a ello, optar por las que creyó que cuadraban mejor con sus designios. El 17 de agosto llega a Nápoles, con 27 galeras.[255] El 31 está en Palermo, pero demasiado tarde ya.[256] El único paso que se había dado para contestar las peticiones de socorro de Portocarrero fue enviar dos galeras a cuyos forzados

se prometió la libertad, caso de que saliesen triunfantes de su empeño. “Que va bien en duda [su llegada] por la mala entrada de aquel golfo de Túnez”, escribe don Juan de Cardona, el 14 de agosto.[257] Don García, consejero de don Juan, le comunica, el 27, que la solución sería hacer pasar poco a poco a los soldados de Túnez a La Goleta; pero para entonces hacía ya dos días que esta plaza se había rendido.[258] Es éste, por una coincidencia que parece una ironía, el momento elegido por Madrid para reexpedir a don Juan a su secretario Juan de Soto, a quien con tanta impaciencia había esperado. Soto llega a Nápoles el 23 de septiembre, llevando consigo —otra ironía— la autorización para que don Juan fuera a unirse a su flota… “Han hecho [añade Giulio del Caccia, de quien tomamos todos estos detalles, refiriéndose a los españoles] una provisión de 700 000 escudos y dado otras órdenes, sin haber descubierto hasta ahora la magnitud del peligro. ¡Plega a Dios librarnos de ellos!”[259]

Para colmo de males, don Juan se ve, en septiembre, embarazado por el mal tiempo. Lucha, sin embargo, sin amilanarse, mientras puede. El 20 de septiembre despacha a Berbería a Juan Andrea Doria con 40 galeras reforzadas,[260] al paso que envía a Nápoles a Santa Cruz, con el encargo de embarcar allí tropas alemanas.[261] El 3 de octubre logra concentrar en Trapani, además de las galeras del papa, la mitad de su flota, o sea unas 60 galeras. Ya está a punto de avanzar hasta La Goleta, a pesar del parecer en contrario de don García, cuando recibe a la vez las noticias de los desastres de África y la de la llegada de Juan de Soto a Nápoles. “¡Qué maravillosos despachos me traerá, después de una ausencia de cinco meses! —exclama don Juan, lleno de amargura—. Me advertirá, sin duda, de lo que ha sucedido y me ordenará los remedios para prevenir los males que ya se han presentado”.[262] El saber que su responsabilidad estaba empeñada contribuía a recrudecer todavía más la amargura de don Juan. Y no se equivocaba en ello, como tampoco se equivocaba Granvella. Lo percibe uno leyendo su carta, vehemente y apasionada, en la que reconoce sus errores, y de mejor grado todavía los de otros, sin excluir los del rey.[263] El 4 de octubre vuelve a escribir a su hermano para exponerle no tanto sus lamentaciones como sus dudas, los proyectos que había concebido y, junto con ellos, su decisión de no hacer nada.[264]

En efecto, en los umbrales del invierno no era prudente intentar, como había pensado, una incursión sobre Yerba. Sería contestar a una enorme victoria turca con un pequeño éxito local, suponiendo que todo saliera bien, en este trayecto de 300 millas, 200 de las cuales había que cubrir sin un solo

anclaje, con los vientos desfavorables que levanta con frecuencia, en estos parajes, el cambio de estación. ¿Sería razonable volver a Túnez, para desalojar a los 4 o 5 000 turcos que allí se encuentran? Y, además (aunque no lo diga, no cabe duda de que lo piensa), ¿para qué? ¿Para rehacer, en el mejor de los casos, la expedición de 1573 y exponerse a consecuencias muy parecidas a las de entonces? Sólo obrará, concluye, acatando las órdenes del rey. Don Juan, como se ve, se ha vuelto muy prudente.

Retorna, pues, a Palermo, adonde no llega hasta el 16 de octubre, a causa del mal tiempo. En la capital de Sicilia se encuentra con Juan de Soto, reúne a su consejo y pide parecer a unos y otros sobre una posible acción; luego, considerando lo avanzado de la estación y el agotamiento de Sicilia, juzga inútil esperar allí la respuesta del rey. La verdad es que don Juan sólo desea una cosa: verse en España, encontrarse con su hermano y explicarse con él. Continuando su marcha, por el camino más largo, es decir, el de la costa.[265] Llega a Nápoles el 29 de octubre. El 21 de noviembre parte rumbo a España.[266]

Finalmente: paz en el Mediterráneo

Mientras tanto, y sin que sus enemigos se inquietasen ante ello, la armada turca emprendía de nuevo el camino de Constantinopla, adonde llegaba el 15 de noviembre, integrada por 247 galeras, sin contar los otros barcos, según nos dice un agente genovés. Esta expedición, en apariencia tan venturosa, había representado para el turco enormes pérdidas: “15 000 remeros y soldados muertos de enfermedades, además de los 50 000 que han perecido en La Goleta y en Túnez”, escribe el mismo agente, transmitiendo rumores evidentemente exagerados, aunque no carentes de toda verdad.[267] De todos modos, ¿qué le importaba al inmenso Imperio turco la pérdida de millares de vidas humanas? Esta victoria le había devuelto el orgullo. “No sienten ya el menor respeto por ninguna fortaleza cristiana, cualquiera que ella sea”, dice un aviso de Constantinopla.[268] ¿Qué historiador habría podido predecir entonces que era ésta la última entrada triunfal de una flota turca en el puerto de Constantinopla?

En este momento preciso, en Madrid y en Italia, los españoles se desesperan ante la inmensidad del peligro turco, así los españoles que ocupan los puestos de combate (don Juan, el duque de Terranova, Granvella), como los consejeros por cuyas manos pasan los innumerables papeles del gobierno. ¿Qué irá a hacer ahora el turco, engreído por tan fulminante victoria? “¡Por el

amor de Dios y por la sangre de Nuestro Señor Jesucristo, que a los turcos no se les ocurra ir a instalarse y fortificarse en Cartago!", escribe desde Milán el intendente militar Pedro de Ibarra.[269] Y Granvella, de su puño y letra, se extiende acerca de la necesidad de no basarse "en el parescer de los que dicen que cosas imposibles se podrán hazer ni cargar tanto sus subditos que los ponga en extrema desesperación. Yo juro a V. M. que quando considero el estado en que estamos en todas partes que no me querría ver vivo, sino por emplear la vida a procurar por mi parte el remedio". Pero ¿qué puede hacerse sin dinero? La carrera de armamentos marítimos ha sido, sin duda, una locura. "Este es uno de los daños que nos havemos hecho con querer crescer de número de galeras, que por hazerse superior ha crescido tanto las del Turco, y en lugar que antes la mayor armada suya era de 150 galeras, con las quales no podría traher tanta gente (siendo toda su fuerza en el número por las obras) que pudiese hazer effectos grandes, armando agora 300, es tan grande el golpe de gente que en ellas va que no ay fuerte que les pueda resistir."[270]

En Roma, bajo el efecto de la emoción, Gregorio XIII intenta —en vano, naturalmente—[271] hacer que Venecia vuelva a la Liga. En Madrid, al conocerse la noticia de la toma de La Goleta, corre el rumor de que el rey, para hacer frente al peligro turco, se trasladará a Barcelona y de allí a Italia.[272] Es, en efecto, una medida propuesta repetidas veces por Roma… El 23 de septiembre de 1574,[273] el Consejo de Estado discute si debe o no abandonarse Orán, y el rey, alarmado, remite la cuestión al consejo de guerra para un primer examen, reservando al consejo de estado la segunda lectura. El 23 de diciembre de 1574, Vespasiano Gonzaga escribe desde Orán, adonde ha sido enviado en misión especial, un largo y magnífico informe en el que se propone la evacuación de aquella plaza y el repliegue de los españoles sobre Mers-el-Kebir.[274] Un estudio semejante se hace asimismo, al parecer, con respecto a Melilla. El embajador genovés habla también de una misión del ingeniero Il Fratino en Mallorca.[275] Todas las fortalezas que miran al Islam son cuidadosamente revisadas: el miedo aguza la vigilancia y la prudencia. El emperador firma, en diciembre, una nueva paz por ocho años. Mientras tanto, en el Lejano Oriente, después de un viaje de inspección a los presidios del estrecho, el joven don Sebastián de Portugal renuncia a atacar al cherif.[276] España se encuentra más sola que nunca frente a su adversario del este y continúa barajando proyectos, contra Bizerta, contra Porto Farina, contra Argel. Pero el 26 de noviembre de 1574, Saint-Gouard, relatando uno de estos rumores, escribe: "lo creeré cuando lo vea…"[277]

A este punto había llegado España, tres años después de Lepanto. ¿Repetiremos la vieja cantilena de la inútil e infructuosa victoria? Es, por lo demás, una crítica bastante elocuente contra la historia basada en los acontecimientos. La culpa de que la victoria sea inútil, suponiendo que realmente lo haya sido, ¿no deberá atribuirse, más que a los hombres, al sistema del equilibrio hispánico, a este sistema de fuerzas tan mal centrado sobre el Mediterráneo? En estos finales del año 1574, los estadistas españoles no tienen tiempo para ocuparse del Mediterráneo. Ni siquiera para reparar el desastre de Túnez. Después de su viaje a Lombardía, ¿no se piensa en proponer a don Juan que emprenda el de los Países Bajos? Saint Gouard, con el oído siempre atento a los chismes de Madrid, escribe, el 23 de octubre:[278] "Tengo entendido que se proponen, si se salva La Goleta y el Turco no emprende cosa de mayor importancia, que don Juan pase a Flandes con 18 000 italianos. Pero si el Turco toma La Goleta, echará por tierra sus planes." La Goleta estaba ya en poder de los turcos. Pero no por ello dejó don Juan de trasladarse a los Países Bajos.

Cosa curiosa: si Lepanto no había resuelto nada, tampoco la victoria turca en Túnez había resultado más decisiva. O. de Törne, en su libro tan documentado sobre don Juan de Austria, relata con su precisión habitual los desastres de 1574, intentando luego desprenderse por un momento de la historia de los acontecimientos en la que se debate, en medio de las discusiones y los testimonios. «La victoria de 1574 obtenida por los turcos en Túnez fue [comenta este autor] el último éxito notable alcanzado por el poder otomano, antes de caer en una rápida decadencia. Si don Juan hubiese emprendido su expedición contra el África unos años más tarde, Túnez tal vez habría sido conservado por los españoles y el príncipe habría resultado tener razón contra quienes disuadían al rey de la necesidad de retener esta conquista». Tal vez… línea por línea.

Es un hecho que la decadencia *marítima* (marítima, entiéndase bien) de Turquía se precipitará, si no a partir de 1574, por lo menos desde 1580. Y resultará verdaderamente brutal. Cierto es que la derrota de Lepanto no fue la causa directa de ello, aunque representó, sin duda alguna, un golpe tremendo para un imperio cuyos recursos sólo eran inagotables en la imaginación de los historiadores, en los temores de Europa o en las jactancias turcas. Lo que mató a la marina otomana fue la inacción, fue la paz mediterránea, a los umbrales de la cual hemos llegado aquí, sin haberla previsto demasiado al ir siguiendo, día tras día, el hilo de los acontecimientos. De pronto, los dos monstruos políticos del Mediterráneo, el imperio de los Habsburgo y el de los

Osmanlíes (para decirlo con las palabras de Ranke), renuncian a la lucha. ¿Será que el Mediterráneo ha dejado de ser un objetivo suficientemente tentador? ¿Estará ya demasiado curtido contra la guerra para que ésta siga siendo provechosa en sus aguas, como en tiempo de Barbarroja, la edad de oro de las armadas turcas, apesadumbradas por su botín? No lo sabemos. Lo que sí puede afirmarse, desde luego, es que los dos imperios, al enfrentarse ahora, solos, en el campo cerrado del Mediterráneo, ya no volverán a lanzarse el uno contra el otro, con toda su violencia ciega. Lo que no había logrado completamente Lepanto lo rematará la paz en unos cuantos años. La paz se encargará de matar la flota turca. El frágil instrumento, al caer en la inacción, al dejar de ser renovado y puesto al día, se desgastará y acabará desapareciendo por sí mismo. Ya no se engancharán marinos. Ya no habrá buenos remeros sobre los bancos. Los cuerpos de las galeras se pudrirán bajo las bóvedas de los arsenales…

Lo que no puede afirmarse en modo alguno, como hace O. de Törne, es que don Juan de Austria fracasara en la gran coyuntura de su vida. Si España no se hubiese desentendido del Mediterráneo, el turco habría mantenido su esfuerzo en este mar, podemos estar seguros de ello. Fue el mutuo desistimiento de los dos adversarios el que hizo la paz, esta pseudopaz de fines de siglo. Si España perdió una ocasión en el norte de África, a nuestro parecer, y en la medida en que se puede opinar cuando se trata, en suma, de rehacer la historia, fue más bien a comienzos de siglo, y no los años que siguieron a la batalla de Lepanto. La conquista de América llevó a España, tal vez, a no perseguir, en el suelo africano, una nueva guerra de Granada, faltando a lo que ayer solía llamarse su misión “histórica” y hoy se llama, con una fórmula más nueva, su misión “geográfica”. La culpa de ello, suponiendo que la haya, hay que echársela a Fernando el Católico, y no a Felipe II, y menos aún a don Juan de Austria. Pero todas estas cuestiones aún están esperando adecuado tratamiento. Los historiadores de la coyuntura tendrán mañana que reconsiderarlas y podrán, quizá, llegar a conclusiones sólidas.

CAPÍTULO V

[II-658]

LAS TREGUAS HISPANO-TURCAS: 1577-1584

LA LITERATURA siempre se ha empeñado en presentarnos una España irreductiblemente católica. Así pensaba ya un personaje de la época, Saint-Gouard,[1] en 1574, en el momento mismo en que España, por su propia seguridad, se veía acusada por el rey de Francia de intrigar cerca de los protestantes franceses y se disponía tal vez a hacerlo.

Y, sin embargo, este principio de "la religión por encima de todo" no siempre es exacto. ¿Dónde han pesado más que en los consejos del Rey Prudente los derechos de la razón de Estado? Todo nos lo testimonia: los embrollos y las guerras con Roma. O la actitud del duque de Alba en los Países Bajos, tan netamente anticlerical desde ciertos puntos de vista. O la política adoptada por Felipe II ante la Inglaterra isabelina, por lo menos hasta 1572. "¿Acaso no se le llamó, por paradójica que la afirmación parezca, el aliado involuntario de la Reforma inglesa?"[2] Y su política religiosa en el océano Índico, a través de los dominios portugueses, de los que se apodera a partir del año 1580, se distinguió por su notable tolerancia.

Pero nada precisa y aclara mejor la actitud del gobierno español, en este punto, que sus conversaciones y sus compromisos con los Estados y las potencias del Islam. Nada más contrario a un espíritu de cruzada que el recabar la ayuda del sofí (como se prestó a hacerlo el propio Pío V) o el aliarse con el cherif, como se disponía a hacer Felipe II cuando sólo habían pasado unos cuantos años del desastre portugués de Alcazarquivir. El emperador, por su parte, se halla en constantes pláticas con el turco. La diplomacia de Felipe II hereda, en Constantinopla, los métodos y hasta nos atreveríamos a decir que los *dossiers* y las fichas de la diplomacia imperial, que se mantuvo a su servicio por razones de familia y de dinero: la guerra en Hungría, cuando la hay, se libra en parte gracias a las aportaciones voluntarias de España. España se aprovecha, pues, de los tratos y transacciones del emperador para mandar por las rutas que llevan a Constantinopla, por detrás de sus embajadores, a todo un caudal de agentes españoles. Y aunque sólo

conozcamos a uno, descubierto por Hammer en los archivos de Viena, podemos estar seguros de que con él maniobran otros diez, tendiendo mil hilos que se pierden entre la tosca urdimbre de los acontecimientos y que hoy, a la vuelta de los siglos, resulta ya punto menos que imposible desentrañar…

Y, sin embargo, son estos hilos los que más nos gustaría poder descubrir, para captar por los más oscuros de sus caminos el gran viraje de la política mediterránea en estos años de 1577 a 1581.

A continuación, pero solamente a continuación, examinaremos en toda su amplitud los grandes problemas de estos años de viraje. Firmar treguas —sobre todo como las que firman turcos y españoles—: ¿bastaba esto para poner término a la gran lucha por el Mediterráneo? Si Turquía, a partir de 1579, no se hubiese visto empujada hacia el este, contra Persia, por sus ambiciones de conquista, y la España de Felipe II, en 1580, lanzada hacia el oeste, hacia la conquista de Portugal y del mundo, ¿qué habría llegado a significar para la historia (que, por lo demás, la ignora casi en absoluto) la larga y novelesca negociación de un Margliani, que vamos a tratar de poner en claro, con los mayores detalles posibles?

I. LA MISIÓN DE MARGLIANI (1578-1581) [II-660]

Ya hemos señalado, en 1558-1559, la tentativa de Nicolò Secco y de Franchis en relación con Viena y con Génova. Vienen luego la tentativa de 1564 y la de 1567, ambas dirigidas también desde Viena. En cambio, no hemos citado todavía, en nuestro relato de los acontecimientos, la misión confiada en 1569-1570 a un caballero de Malta llamado Juan Bareli.

Un paso atrás: las primeras tentativas de paz de Felipe II

Este Juan o Giovanni Bareli había llegado a Catania en diciembre del año 1569 con una carta e instrucciones de Felipe II, fechadas el 27 de octubre. Sus servicios cerca del gran maestre de la Orden de Malta lleváronle a intervenir en tercería en un asunto muy complicado: el del pope griego de Rodas, Joan Acida (respeto la ortografía de los textos españoles). Este personaje, en connivencia con un tal Çarnota bey, instalado en Morea, se jactaba de poder sublevar su país contra los turcos cuando quisiera. Prometía también incendiar el arsenal de Constantinopla. Las fechas (el arsenal de Venecia explotó el 13 de septiembre de 1569) están demasiado próximas para que nos permitan

pensar que esta idea fuese sugerida por el accidente del arsenal veneciano: el ritmo lento de las comunicaciones lo hacía imposible. Advirtamos de pasada que ofertas de este tipo eran brindadas con frecuencia al "*deuxième bureau*" español, tanto por Argel como por Constantinopla. Pescara, encargado de examinar las proposiciones de Juan Bareli, reconocía en su informe que el caballero de Malta había llegado a gozar de la confianza del gran maestre difunto y que estaba directamente al tanto del asunto de Morea, aunque no conocía a los implicados en él ni los medios previstos para el incendio de la flota turca. Había hablado de ello al rey de segunda mano, por referencias, sin mayor conocimiento de las cosas, y se había dejado ir demasiado lejos, por no decir más, confiando seguramente en salir bien del trance gracias a los buenos oficios del griego.

Ahora bien, el propio Pescara había tomado ya contacto con el rodio, a quien expidió a Levante, donde solamente aguardaba, para obrar según lo convenido entre ellos dos, a que le enviasen a uno de sus hermanos. Pero el hermano, súbdito veneciano, a quien debía ir a recoger la nave *El Cuñado*, llevando a bordo los artificios necesarios para incendiar la flota turca, no acababa de decidirse a hacer el arriesgado viaje. Teniendo asuntos que ventilar con Venecia, deseaba que se le proveyese de salvoconducto. Ni pensar, naturalmente, en solicitarlo de la señoría, tan recelosa en esta clase de asuntos. Así, pues, se adoptó la solución de confiar a Juan Bareli un cargamento, después de disfrazarlo de honrado comerciante, confiándole, además, *El Cuñado* y las oportunas instrucciones para el patriarca y para José Micas… Como precaución suplementaria, el virrey había mandado poner el barco a su nombre, como si fuese consignado con la misión de rescatar cautivos.

El navío zarpó de Mesina el 24 de noviembre, con su carga de explosivos y 50 000 escudos de mercancías. Pero todo había de terminar en un fiasco al llegar a Levante. Cuando cayó el telón sobre la farsa, el pope acusó al caballero de Malta de haberlo echado todo a perder. Pero la realidad es que el complot del arsenal fracasó por completo. Çarnota bey, con quien se contaba en Morea, había muerto para aquel entonces, y, por su parte, el patriarca, comprometido a mandar buscar a Zante los regalos que se le destinaban, no se atrevió a hacer nada, por lo que Bareli tuvo que liquidar como pudo su cargamento de mercancías… El marqués de Pescara, en el informe, no muy claro, enviado en junio de 1570, negábase a pronunciarse acerca de los responsables de este "grave" asunto.[3]

Se dirá, y es cierto, que en todos estos manejos no había nada de pláticas amistosas; antes, al contrario. Pero he aquí otro texto. Han pasado nueve años y estamos en Constantinopla, cerca del viejo Mehemet Sokobi, irritado, o fingiendo por lo menos estarlo, de los subterfugios y sutilezas de la política española. Frente a él, Giovanni Margliani, el agente español de quien habremos de hablar largamente. "El pachá me dijo: pero explicadme con qué oculto propósito [los españoles] enviaron aquí a…[4] Losata y con qué oculto propósito enviaron a un Caballero de Malta, que después he sabido que se llamara el Caballero Bareli, con qué oculto propósito vino aquí don Martín [de Acuña]".[5]

Existió, pues, una misión Bareli en relación con la tregua. Cierto, aunque no, desde luego, en junio de 1570. Hay que suponer que Bareli hizo un primer viaje para pegar fuego al arsenal y sublevar la Morea y un segundo viaje con la rama del olivo en la mano, o bien que el agente llevó a término (o intentó llevarlos) simultáneamente ambos cometidos. ¿Qué quiere esto decir sino que España recurre para sus faenas diplomáticas en el Oriente a sus espías y a sus peones, gente toda en relación con el mundo sospechoso de los renegados? Desde este ángulo, el asunto Bareli, que dejamos aquí como un jalón para investigaciones más afortunadas que las nuestras, se convierte en episodio significativo.

El siguiente personaje que figura en la lista de Mehemet Sokobi, aquel Martín de Acuña, a quien conocemos bastante bien, aparece en Constantinopla por el año de 1576. Es un hombre poco más o menos fraternalmente vinculado a los renegados de la ciudad. Cuando regresa a Italia este iniciador de las decisivas conversaciones de 1576, se rodea de la aureola de haber incendiado la flota turca. Mehemet Sokobi, que no tarda en ponerse al corriente de la cosa, se queja y se extraña de las desaforadas mentiras de este embajador. Las cancillerías españolas, que conocen bien a don Martín y tienen en alta estima sus servicios, aceptan, a pesar de todo, que haya podido incendiar un galeón. ¿Esta historia no concuerda curiosamente con ciertos detalles de la misión Bareli en 1569-1570? ¿Y no nos autoriza a pensar que sólo poseemos elementos para captar, como decíamos, una tentativa entre 10? Renegados que quieren congraciarse con las autoridades de las que desertaron, antiguos cautivos que se hacen pasar por especialistas de los asuntos de Levante, griegos a quienes hay que vigilar constantemente las manos (como dice, con claro eufemismo, un informe español),[6] caballeros de Malta, albaneses, enviados imperiales, a los que hay que añadir el tropel de sus interlocutores: judíos alemanes, como el doctor Salomón, dragomanes

como Horembey, toda una turbamulta sospechosa y no siempre sostenida oficialmente por quienes utilizan sus servicios, que se insinúa en los canales de los asuntos diplomáticos. No hay qué extrañarse de que los secretos de un Martín de Acuña se propalen por las calles de Constantinopla en 1576. Tal vez se deba a ello precisamente el que este agente fuese más eficaz que otros… Más tarde, en el siglo XVII, les llegará el turno a los intermediarios jesuitas.[7]

A partir del año 1573 vemos a toda esta gente afanarse como nunca. Y es que hay ahora una demanda española que pesa sobre el mercado de la aventura; una prima permanentemente ofrecida a quien sepa y pueda algo en Oriente. ¿Es ésta la razón de que, en 1576, el loco y picaresco Claudio du Bourg ofrezca sus servicios al Rey Prudente para arreglarlo todo en Constantinopla, donde nadie ignora cuán magníficamente había trabajado en 1569? Sólo pedía por sus servicios 100 000 ducados: mucho más de lo que había de costar, en realidad, comprar al propio gran visir.[8]

Negociaciones en tiempo de don Juan

En 1571, el propio don Juan de Austria llegó a estar en correspondencia con los turcos. Así lo quería la guerra en el siglo XVI. Como Selim le enviase una carta con regalos, probablemente después de Lepanto,[9] don Juan, en su respuesta, comunica haber recibido la carta y los presentes por mediación del eunuco Acomato de Natolia, que le había sido enviado por un espía griego "que ha venido a estas tierras por mandato tuyo para reconocer los aparatos de los cristianos, al cual, aunque debía haber sido condenado a morir, no sólo le he respetado la vida, sino que le he invitado a ver a sus anchas todas mis provisiones y designios, que no son otros que los de hacerte continuamente la guerra". No podemos cerciorarnos ni de la fecha ni de la rigurosa autenticidad de estos documentos, de origen incierto. Pero la correspondencia, de la que nos habla la gente de la época, sí debió de existir, y prueba de ello son, a su manera, estos documentos. Corteses y románticos carteles de desafío, que nada tienen que ver, por lo menos que nosotros sepamos, con las negociaciones, en este año de 1571. Pero, dos años después se inician y mantienen verdaderas conversaciones.

El 30 de junio de 1573, un agente de Granvella llamado Juan Curenzi regresa de Constantinopla. Es, con toda seguridad, un confidente, pero ¿acaso también un negociador? No necesariamente.[10] Pero en junio y en julio viajaban a Turquía, a su vez, agentes españoles. Suponiendo que fuesen los

primeros en emprender este viaje, podríamos pensar que su envío se decidió a raíz del desistimiento de los venecianos. Felipe II conoció la paz veneciana el 23 de abril de 1573; don Juan, el 7 de abril. En realidad esta misión no es más que una de tantas de la serie. Pero presenta, desde luego, un carácter muy curioso. Pues, en el fondo, los españoles, en este mes de junio, se disponen a hacer ni más ni menos que lo que han hecho los venecianos.

El 16 de julio, el obispo de Dax recibía noticias de este viaje por mediación de su agente en Ragusa.[11] Diez días más tarde,[12] sabía con detalles de qué se trataba. Don Juan, habiendo hecho prisionero al hijo de Alí Pachá, nieto por una "sultana" del propio Selim, había tratado con la mayor cortesía a su cautivo. Había rehusado los regalos que le envió la sultana, remitiéndole por su parte otros, magníficos, que la destinataria se empeñó en hacer llegar a Selim. Lo sabemos por Du Ferrier, embajador francés en Venecia.[13] Las zalemas y cortesías van seguidas de conversaciones más realistas. Cuando, el 18 de julio, llega a Constantinopla el hijo de Alí Pachá, puesto en libertad sin rescate, le acompañan cuatro españoles, uno de ellos Antonio de Villau (Vegliano), secretario de don Juan, y un florentino llamado Vergilio Pulidori, "*cortegiano del duca di Sessa*". El pachá Mehemet Sokobi indica al obispo, que inquiere, que se trata de maquinaciones de sus enemigos, y, en especial, de José Micas. Pero si el rey de España quiere la paz, añade, tendrá que pagar tributo y entregar algunos "fuertes" en Sicilia. El obispo se asombra de que el rey de España haya dado este paso sin ninguna promesa previa. ¿Por qué mendiga así la paz? "Ello me hace pensar que, además del gran deseo y la necesidad que tiene de verse tranquilo de este lado para poner fin a los asuntos de Flandes, trae entre manos algún otro amaño de peor naturaleza o se deja llevar por algún otro designio más importante que todo esto".[14]

Habiendo recogido los informes necesarios, los españoles no parecen desechar la idea del tributo, que pagaría el embajador imperial al mismo tiempo que entregaba el del emperador. Los negociadores aguardan a Piali Pachá y a Euldj Alí, contando con su poderosa influencia para lograr lo que desean. El primer pachá, Mehemet Alí, siente horror por la negociación, o por lo menos así lo manifiesta. Pero no habría que jurar nada. El sultán, como se sabe, es muy avaro. Desea descansar, poner término a los dispendios de la guerra marítima, tanto más cuanto que, desde lo de Lepanto, ve con terror esta clase de guerra. Finalmente, espera, por el este, la muerte del viejo sofí. La intriga española no se halla, pues, condenada de antemano. Anteriormente, en tiempo de Carlos V y del propio Felipe II, los embajadores de Francia han

logrado frustrar alguna otra tentativa de este género. Pero esta vez los españoles destacan grandes proyectos comerciales, especialmente la perspectiva del comercio de Levante con toda Italia, del que los venecianos y los franceses quedarían excluidos. El incremento del tráfico que ello traería consigo haría crecer las tasas percibidas por el gran señor. Tal era, por lo menos, el espejismo que se hacía danzar ante sus ojos, y no se trataba de un asunto baladí, que pudiera tratarse a la ligera.[15]

En esta tentativa, en la que nos encontramos una vez más con José Micas, andan mezclados también los toscanos (negociación cuyos elementos conocemos en su totalidad), los judíos de Turín, que empujan al saboyano, deseoso de repetir en Niza, con el apoyo de los judíos, lo mismo que Cosme de Médicis había hecho en Liorna,[16] y, por último, más tarde, los de Luca. Este deseo universal de comerciar, ¿es un signo de los tiempos? ¿Cómo no iba a excitar las ambiciones la exclusión de Venecia (magnífica plaza para conquistarla)? Ambiciones que tuvieron tiempo de concretarse e incluso de cobrar un principio de realidad, cuando, de 1570 a 1573, Venecia ha sido excluida de las competencias comerciales. Todos estos apetitos incipientes acompañan la política española y la refuerzan. Cae sobre Constantinopla una nube de embajadores, de agentes, de regalos y de promesas. Este ataque en masa, registrará más tarde el obispo, va dirigido, en última instancia, a "introducir al español",[17] y cuando se es representante de Francia, pero un representante sin dinero, no se puede menos que sentirse desagradablemente impresionado ante ello. "El pachá se ríe de que queramos atarle las manos sin ponerle nada en ellas".[18]

Pero, para poder ver claro en el asunto, no cabe duda de que hay que permanecer atento a las diferencias que se advierten entre los dos años a que se extiende la negociación. Todavía en septiembre de 1573,[19] el obispo de Dax podía creer en el posible éxito de España. Las fuerzas de ésta son considerables, y el turco tropieza con dificultades en el Yemen, dificultades cuyo detalle se nos revela como un jeroglífico indescifrable y que, por lo demás, Sinán Pachá se encargará de zanjar en este mismo año.[20] La toma de Túnez por don Juan, ya al final de la estación del buen tiempo, parece haber comprometido aquellas peligrosas conversaciones, cuyo desarrollo seguía el obispo de Dax con tanta inquietud. Si hubiesen dado resultado, como lo daría la negociación paralela del emperador, habrían sorprendido a los venecianos antes de la ratificación de su propio tratado de paz, que, convenida el 7 de marzo de 1573, no llegó a firmarse sino hasta febrero de 1574, cuando ya el turco había renunciado a ciertos regalos eventuales, como Cattaro y Zara,

principalmente.[21] Todo ello nos explica los temores, las angustias y las precauciones armadas de Venecia, el modo como la diplomacia veneciana boga lo más de cerca posible detrás del obispo de Dax. Sabe que es su vida lo que se ventila en el juego y lo que sus vecinos querrían de buena gana poner en peligro. Candía es una presa escogida, desprovista de armamentos y cuyos "habitantes, descontentos…, tratan desde hace mucho tiempo por sustraerse a su obediencia".[22]

También para Francia sería un golpe muy sensible la firma de un tratado hispano-turco. Por su parte, el obispo se muestra muy contento, en febrero de 1574, de haber evitado la ruptura de Venecia y los turcos con motivo de las lindes de Zara y del fuerte de Sebenico. En esta ocasión, Francia ha salvado por segunda vez a Venecia, contra la que todo el mundo intrigaba. Los españoles y los imperiales son, a la postre, los perdedores en esta apretada partida. Desde la conclusión de la paz veneciana, escribe el embajador francés, "comienzo a no temer ya tanto a los españoles".[23] Sabe bien que su salvaguardia ha sido la ocupación de Túnez, con la que los españoles han cerrado a los turcos el acceso a sus posesiones de Berbería, las cuales "escaparían de sus manos si las cosas siguiesen como están",[24] escribe este embajador en febrero de 1574.

Tales son los hechos, muy pocos, que conocemos. En un legajo de los archivos de Simancas deben de encontrarse todos los papeles de esta negociación. A la vista de la correspondencia francesa, se plantea el problema de saber si España quería realmente la tregua o trataba tan sólo de intrigar contra Venecia (en el momento mismo en que, por otra parte, se le prodigaban las seguridades de acudir en socorro suyo, en caso de ataque de los turcos). Ninguno de estos dos fines fue alcanzado.

Pero no cabe la menor duda de que los tratos continuaron. Y con el mismo personal, un tanto embarazado, es de suponer, por la falta de instrucciones precisas y por el desarrollo de los acontecimientos, que condujeron a la recuperación de Túnez por los turcos, en septiembre de 1574. El 18 de ese mes, el obispo de Dax escribe a Catalina de Médicis que "el español y el florentino que están aquí desde hace quince meses" se hallan a punto de partir; sus pasaportes están en regla, pero en el último momento se ven siempre retenidos, haciendo de rehenes tanto como de embajadores. "Las negociaciones [en este país] son siempre peligrosas", escribirá más tarde Margliani. Son, sobre todo, de una lentitud y de una complicación extraordinarias. Un informe de la embajada española en Venecia nos señala, en 1574, es decir, coincidiendo con las conversaciones llevadas en

Constantinopla, un coloquio, en Venecia, entre un *chauch* "secretario del turco", y un tal Livio Celino, acerca de la paz hispano-turca. Desgraciadamente, no podemos fijar la fecha de este coloquio, evidentemente posterior a la firma de la paz veneciana, sin lo que difícilmente Venecia habría permitido que tales negociaciones se celebrasen en su territorio.[25] Todavía en febrero de 1575 vemos a Granvella hablar de paz con los turcos, con motivo del advenimiento de Amurat III.[26] Pero con la muerte de Selim no cambiarán mucho las cosas, pues bajo el nuevo sultán continúa gobernando Mehemet Sokobi hasta que cae asesinado por un fanático, en 1579. Es cierto que Amurat, príncipe fastuoso y pueril, abrirá el Estado más que su predecesor a las influencias de los extranjeros. Y, sobre todo, más todavía que los hombres, cambian los tiempos, imponiendo a Turquía condiciones de vida nuevas.

Un extraño triunfador: Martín de Acuña [II-668]

Después del gran asalto de la diplomacia española a Constantinopla, en 1573, ¿se suspendieron las conversaciones? Tal vez. Se produjo, en todo caso, un compás de espera, hasta la llegada a la capital turca de un nuevo negociador, Martín de Acuña, que supo librar allí un combate enérgico y eficaz.

No he encontrado documentos que nos permitan hacer revivir con muchos detalles la extraña figura de don Martín. Nos dicen, sin embargo, mucho más que lo que a este propósito nos revelan Charrière y los que le siguen (Zinkeisen o Ioga), que no pasa de ser el simple nombre del personaje y el mote de Cugnaletta con que se le conocía. Don Martín surge ante la historia en 1577. Procedente de Nápoles, donde el virrey le entregó 3 000 ducados, llega a Constantinopla el 6 de marzo, si nos atenemos a un aviso veneciano.[27] Su estancia en la capital turca fue excepcionalmente breve, dado que el 23 de abril estaba ya de vuelta en Venecia. Guzmán de Silva explica en una carta que don "García" de Acuña, nombre que se le daba, había partido con un salvoconducto para el rescate de cautivos en Constantinopla, "y no fue sino a tratar tregua con el Turco, y a salido con la resolución dello por cinco años". En Simancas encontramos, en efecto, una copia del proyecto del acuerdo que don Martín había logrado concertar con los ministros turcos, proyecto que lleva la fecha del 18 de marzo de 1576[28] y cuyas primeras líneas —"que aviendo el sumo e incomprensible Señor inspirado e alumbrado los corazones de estos dos emperadores…"— evoca claramente un original turco. El

negociador era, además, portador de una carta del pachá a Felipe II, con la promesa de que la armada turca no se hará a la mar en 1577.

Don Martín trabajó, pues, de prisa. Pero ¿trabajó bien? No todos los españoles están, seguramente, de acuerdo sobre este punto. Cuando el de Acuña, en ruta para España, se detiene en Nápoles, el marqués de Mondéjar, sucesor de Granvella como virrey, se digna, naturalmente, recibir al viajero. Pero de tan mala gana, que se excusa de pasada de haberse visto obligado a hacerlo. "Es [dice][29] de los más desacreditados Españoles *[sic]* que an venido a Ytalia." Indiscreto hasta más no poder. Hace que Mondéjar le jure no revelar una palabra de lo que le ha contado de su misión en el más estricto secreto, y al día siguiente, todo el mundo en Nápoles habla de ello. No han podido saberlo más que por él o por sus acompañantes, añade el marqués, ciego de furor, como nos podemos imaginar. Si tenemos en cuenta que el mismo juego ha llevado don Martín en Constantinopla, comprenderemos que no hay que acusar de ello ni a la parcialidad del virrey ni a los acompañantes del negociador. Se ha ocultado de las personas honradas, escribe con asombro el embajador imperial, para confiarse a los peores renegados de la ciudad. "Todos los muchachos de la calle conocen y saben su secreto".[30] Es, además de indiscreto, derrochador, jugador y borracho. De los 3 000 escudos que Mondéjar le confiara al partir para Constantinopla, ha enviado la mitad a España, convertida en sedas y en piezas de plata. El resto se lo ha jugado por el camino, en Lecce. De vuelta, el marqués tiene que hacerle una nueva provisión de fondos, para que pueda continuar su viaje a España. Pero le obliga a rendir cuentas de lo pasado y se las exige para el porvenir.[31]

En junio, don Martín está en España e informa de palabra a Antonio Pérez de todo lo que ha logrado en Constantinopla.[32] Todo parece indicar que ha realizado un buen trabajo. ¿Tal vez porque ha tenido la suerte de llegar en el momento oportuno? Lo cierto es que ha obtenido del pachá la promesa de que la armada turca no saldrá este año, a pesar de la insistencia de Euldj Alí.[33] Ha logrado, sobre todo, imprimir gran impulso a las negociaciones sobre la tregua. Es posible, después de todo, que le hayan ayudado en sus éxitos su propia indiscreción, sus malas relaciones y su falta de escrúpulos. No es, claro está, "de la carrera". Y no se guarda de no despertar las susceptibilidades españolas. ¿Traslució demasiado de todo esto en Madrid? Sea como fuere, don Martín no vuelve a Oriente "por razones de salud", para decirlo con la fórmula del lenguaje oficial. Toda una historia en una frase. Una carta escrita por él al rey en 1578, en la que explica que su sucesor no logrará recordar sus promesas al pachá y que no vacilará, por otra parte, en atribuirse los méritos

de todo lo hecho anteriormente por él, pone de manifiesto el rencor de don Martín… y su excelente estado de salud.[34] No cabe duda de que exageraba un poco el valor de sus servicios, pues en agosto llega de Constantinopla a Otranto y después a Nápoles otro personaje, Aurelio de Santa Cruz, que aporta también proposiciones muy acomodaticias del gran turco. El sultán, explica, "dessea mucho la tregua porque es hombre quieto y amigo de paz y dado a letras y enemigo de la guerra… y de otra cosa que pueda inquietallo". Por su parte, Mehemet Pachá, la más alta autoridad del imperio después del sultán, tiene más de 75 años y abomina de la guerra. Entre los otros ministros, Sinán Pachá es el único que da muestras de agresividad, pero es uno de los menos influyentes.[35]

Unas últimas y tristes palabras sobre el fin de Martín de Acuña: según un documento que obra en el Museo Británico, fue ejecutado por orden del rey, el 6 de noviembre de 1586, es decir, mucho después de las negociaciones que acabamos de relatar, en una sala del castillo de Pinto, próximo a Madrid. En relación con ello encontramos una vaga referencia a una de sus fechorías en Turquía (la denuncia de un agente de España) y una larga y detallada descripción de las circunstancias, cristianamente conmovedoras, de su muerte. [36]

Giovanni Margliani

A fines de 1577, y por recomendación del duque de Alba, el rey envía a Constantinopla a Giovanni Margliani, caballero milanés, pariente de Gabriel Serbelloni. Había combatido en Túnez en 1574; cayó herido allí—perdió un ojo— y fue hecho prisionero; en 1576 lo rescataron de su cautiverio turco gracias a los buenos oficios de un mercader ragusino llamado Nicolò Prodanelli.[37] Las instrucciones que el rey le dio y de las que hemos encontrado una copia o fragmentos de ella, no fechadas con exactitud, son del año 1577. Están redactadas, por lo demás, en términos muy generales. Deberá pasar por Nápoles, donde se abstendrá de poner al corriente de su misión al marqués de Mondéjar. Le acompañará un tal Bruti, que nuestros informes nos presentan ya como un albanés, ya como un "dignatario" de la corte imperial, ya como un pensionista de la señoría de Venecia.[38] Tal vez fuese las tres cosas a la vez. Se informa a Margliani de que deberá sustituir a Martín de Acuña, el cual no ha podido regresar a Constantinopla por motivos de salud, y negociar la tregua. Procurará incluir en la tregua a Malta y a los príncipes de Italia… Esto es todo, muy poca cosa, como se ve, para poder esclarecer los

orígenes de tan importante negociación. ¿Se ha escogido a Margliani a causa de sus méritos, que son indudables (trátase de un hombre hábil, honesto, dúctil y ladino, que escribe e informa con incansable pluma), o es que se ha querido quitar las negociaciones de manos de hombres de la laya de don Martín, para elevarlas a un plano de seriedad y dignidad? Sería difícil decirlo sin conocer las instrucciones oficiales ni las instrucciones secretas (de que Margliani habla en sus cartas) dadas al nuevo enviado de España en Constantinopla.

Margliani y sus acompañantes parten de la costa de Nápoles y llegan a Valona el 8 de noviembre.[39] Salen de aquí el 13, para llegar el 25 a Monastir; el 12 de diciembre los encontramos en Rodochio, desde donde Margliani anuncia su llegada al truchimán Horembey, ya mezclado en la negociación desde los tiempos de don Martín. El 14, la respuesta del intérprete le llega por un correo especial a Porto Piccolo, a poca distancia de Constantinopla, adonde arriban en la noche del mismo día Margliani y sus acólitos. Alojado en su propia casa por el *chauch* que le ha acompañado, el jefe de la misión se entrevista en ella inmediatamente con Horembey. Pero se limitan a cambiar unas cuantas palabras de saludo y cortesía, todo se presenta mal. En cuanto Margliani expone su misión, Horembey le interrumpe con estas palabras. «Si yo fuese cristiano, me santiguaría ante las mentiras que don Martín ha ido contando. El pachá espera a un embajador: así se ha escrito a S. M. y así lo había prometido aquí mismo don Martín, quien lo hizo anunciar, además, por una persona que aquí se presentó. El pachá mostrará un gran resentimiento al ver que se ha cambiado de opinión. Y Dios quiera que ello no traiga como consecuencia algún mal irremediable para vuestras personas».

Y, en efecto, el reproche fue expresado con la vehemencia prevista por el dragomán, por el mismo pachá y por el doctor Salomón, judío alemán al parecer y poderoso personaje en los medios gubernamentales otomanos, a quien, en ocasiones, hay que pagar espléndidamente (sin que ello quiera decir, ni mucho menos, que se deje comprar, en el sentido vulgar de la palabra). ¿Era sincera esta vehemencia? ¿Había mentido realmente don Martín? Lo que dice Margliani y lo que sabemos de aquel personaje nos llevan a pensar que sí, pero este mundo complejo de Constantinopla, con sus complicados espejismos, recomienda prudencia a los historiadores, ni más ni menos que a los embajadores o a los agentes diplomáticos de rango inferior. Y la comedia tiene también sus derechos. Lo que es evidente, desde luego, es que los españoles trataban, una vez más, de proceder disimuladamente, sin armar el

menor escándalo. Si verdaderamente don Martín se había comprometido demasiado en 1577, fue ésa, probablemente, la razón de que se le retuviera en España. El turco, por el contrario, esperaba, o por lo menos deseaba, una embajada espectacular. En vez de ella, se le enviaba a un oscuro personaje, a un cautivo redimido y, para colmo de males, tuerto, lo que se prestaba a los chistes fáciles y a las bromas de mal gusto de los unos y los otros, a los de Euldj Alí, contrario a la tregua, y a los de los franceses… Sus acompañantes, gente de poca monta, como aquel Aurelio Bruti, de dudosa filiación, o el otro, Aurelio de Santa Cruz, conocido como simple mercader, especialista en rescates de cautivos, confidente de los españoles y medio espía…

La pequeña hueste de los negociadores trataba, además, de pasar inadvertida. "No quieren ser vistos ni conocidos", dice una correspondencia francesa.[40] Y el abate de Lisie escribe, el 22 de enero: "…el dicho Marrian, en vez de aquellos embajadores que se esperaba ver, todos relucientes y cargados de regalos, se ha presentado como a escondidas, con poderes para tratar de la dicha tregua".[41] Durante un año entero, Margliani hizo incluso que sus personas anduviesen "vestidos con ropas de esclavos". A menudo, mudaba su aspecto para que nadie lo conociera. Un día, como aguardara a ser recibido en audiencia por el pachá, divisó de lejos el baile veneciano. Inmediatamente se escabulló y entró en la pieza donde siempre había sido recibido por el pachá, provocando con ello un ataque violento de cólera por parte de los dignatarios turcos que se encontraban allí. Él mismo relata el incidente, jactándose de él, pues su discreción, podemos estar seguros de ello, no es fruto de malsanas tendencias conspiratorias, sino una discreción de encargo. Gerlach, cuyo *Diario* es una fuente magnífica para toda la negociación de Margliani, lo advierte al comienzo de su relato: los españoles quieren, sin duda, la paz, pero quieren, al mismo tiempo, "que la cosa se lleve en secreto, para que no se sepa que se humillan ante el turco".[42] Se explica uno la irritación del pachá, que se trasluce en sus baladronadas, en sus chistes a costa del papa, en sus alusiones a las dificultades de Flandes, en su exigencia de la cesión de Orán.

Pero la paz era una necesidad tan vivamente sentida por los turcos como por los españoles. Y a falta de embajador, entraron en conversaciones con Margliani. Era necesario llegar a algún resultado antes de la primavera, y pronto unas audiencias se empalman a otras. Después del 1 de febrero, Margliani se da cuenta de que la tensión va cediendo claramente. El 7 del mismo mes se firma una tregua por un año[43] que es una especie de suspensión de hostilidades, un *gentlemen's agreement*. El texto lleva a su

frente una certificación de que la traducción es conforme al original, extendida por el intérprete Horembey y el doctor Salomón Ascanasi, personajes ambos que tuvieron un papel decisivo en las negociaciones. El pachá prometía que, en este año de 1578, la armada turca no saldría, siempre y cuando que la otra parte se comprometiese a lo mismo. La tregua así concertada extendíase a toda una serie de Estados, los unos señalados por el rey de España y los otros designados por el gran señor. Eran, a saber, del lado turco: el rey de Francia, el emperador, Venecia y el rey de Polonia, más el "príncipe" de Fez, "aunque esto no sea necesario —añade el texto, que embarca aquí sobre la marcha una gran pretensión turca—, puesto que se halla bajo la bandera del Serenísimo Gran Señor y le presta obediencia y acatamiento". Por el lado de Felipe II eran: el papa, "la isla de Malta y la religión de San Juan establecida en ella", las repúblicas de Génova y Luca, los duques de Saboya, Florencia, Ferrara, Mantua, Parma y Urbino, y, por último, el señor de Piombino. En cuanto al rey de Portugal, se entiende que la armada turca no irá contra sus Estados más allá de Gibraltar, "por la Mar Blanca". Las promesas no son tan claras en lo que se refiere al mar Rojo y al océano Índico: por este lado, sólo Dios sabe lo que sucederá.

En suma, un magnífico éxito. Logrado, además, para empezar, sin soltar la bolsa y disimulando, como quería la diplomacia española. Y sin perder tiempo: las negociaciones duraron del 12 de enero al 7 de febrero; fueron llevadas con tanta premura como las de Martín de Acuña. Tal vez porque lo esencial, para los turcos, era evitar "en tiempo útil" la movilización de la flota y los grandes gastos que habría supuesto. Por tanto, la operación sólo era interesante, quiero decir que sólo costeaba, siempre y cuando que se concertase antes del final del invierno. De aquí las fechas de las dos treguas: 18 de marzo de 1577; 7 de febrero de 1578…[44]

Pero los turcos continuaban reclamando una embajada española en toda regla; es decir, quieren un éxito diplomático resonante, que repercutiera a través de toda Europa. No podemos decir, por falta de datos, que estuvieran dispuestos a hacer todos los sacrificios para conseguirlo. Pero sí lo reclaman con insistencia. He aquí por qué el acuerdo concertado el 7 de febrero incluye, en conclusión, la promesa formal de un cambio de embajadores. Y esto, ayudado por las circunstancias, alargará durante tres años más la estancia de Margliani junto a las Viñas de Pera, causa de todas sus desgracias.

¿No habría debido regresar a Europa en la primavera de 1578, cumplida su misión? Probablemente no pensó demasiado en ello, confiando, como lo revela su despacho de 30 de abril a Antonio Pérez,[45] en poder obtener por sí

solo el resultado esperado, o sea un armisticio por dos o tres años. La fiebre y las ilusiones de una negociación tan fácil debieron de hacerle concebir algunas esperanzas. Habiendo conocido por su amigo ragusino Prodanelli la victoria lograda por don Juan en Gembloux, confirmada luego por otros conductos, intentó inmediatamente aprovecharse de ella, a fines de abril, para lanzar al "doctor". «He dicho siempre a Horembey y a Vuestra señoría —le expresaba— que no me inclinaba a creer que la Majestad del Rey mi Señor fuese favorable al envío de un embajador. A Horembey le plugo creer más en este punto a Aurelio (de Santa Cruz) que a mí mismo. Dios sabe lo que saldría de ello. Por mi parte, sigo pensando lo mismo, tanto más cuanto que el señor don Juan va hacia la victoria y que el Gran Señor se encuentra envuelto en una guerra en Persia, guerra que se sabe llena de peligros y de trabajos y que contrarresta con creces la guerra de Flandes. Creo, pues, que debierais indicar a Mehemet Pachá que sería ventajoso para él asegurarse de las fuerzas del rey de España, mi Señor, por dos o tres años más y aceptar la fórmula de una suspensión de hostilidades, que se concertaría por mediación mía».

El lenguaje no podía ser más claro, aunque un poco atrevido y prematuro. La respuesta del pachá no se hizo esperar, en términos amables, por lo menos bajo la forma que le daba el doctor. No tenía nada que oponer, decía, a las razones que se hacían valer. Pero el gran señor era joven y ambicioso de gloria. Margliani nos lo pintaba, en febrero, como un hombre accesible a las sugerencias, más acogedor que Selim y presto a dejarse llevar de las primeras impresiones. Pero las diarias insistencias de Euldj Alí, se le asegura, no dejan de pesar en el ánimo del soberano. El "capitán de la mar" se jacta, incluso con una flota mediocre, de poder ajustarle las cuentas a España, por aquel entonces muy embarazada con otros problemas. Según él, habíase dejado escapar una buena ocasión. Ahora bien, confía el pachá al doctor, "después de haber hablado tan abiertamente a don Martín, que me ha engañado, ya no puedo volver a empezar". Después de lo cual, lanzando un gran suspiro, gime: "Este imperio, al presente, no tiene ya pies ni cabeza". Hermosas y buenas palabras que el intermediario repite al pie de la letra a Margliani, sin olvidar el "Tienes razón, Doctor", con que el pachá, según éste, ha saludado la exposición de las tesis españolas. Pero estas buenas palabras, ¿valen de algo?

En conclusión, el pachá vuelve al punto del embajador. Que Felipe II envíe uno, y se mostrará entonces dispuesto en un todo a dar curso a sus demandas. En otro caso, añade Mehemet, "tendré que seguir también yo el parecer del capitán de la mar". Después de lo cual jura por el gran señor que se ha visto y deseado para hacer acatar los términos de la tregua, es decir, para

impedir que la flota saliera. Como vemos, gentilezas y amenazas se mezclan en labios del pachá, quien para terminar vuelve a insistir en la necesidad de la embajada, recordando las promesas de Aurelio de Santa Cruz, quien, al decir de Margliani, y a juzgar por una nota anónima de la cancillería, había llegado a fabricar algunas cartas falsas con este motivo. ¿Cómo desenredar la verdad en medio de toda esta maraña? Cristianos y turcos juegan a quién es más ladino. Sus conversaciones, referidas fielmente en los largos informes de Margliani, dejan cierta impresión de malestar y, desde luego, revelan una diplomacia complicada, astuta, no demasiado escrupulosa, que no repugna, de una parte ni de otra, los enredos más sutiles.

"El hombre de Margliani" encargado de llevar a España el texto de la tregua provisional había partido de Constantinopla el 12 de febrero de 1578. El consejo de estado, en Madrid, se reunió varias veces a deliberar sobre las noticias que este emisario traía.[46] Todos los consejeros se mostraban fácilmente unánimes de llegar a un acuerdo, "por el estado de las cosas de S. M. y de su hazienda y la necesidad que avia de acomodar cosas y attender a fortifficar los reynos…". Todo el mundo conviene en que hay que entenderse con el turco, aunque nadie muestre deseos de abordar el fondo del debate. En cambio, los consejeros dudan en cuanto a las modalidades, en cuanto a los "puntos de cerimonia y autoridad", las cuestiones de protocolo y de prestigio, a los que les gustaría que se prestase mayor importancia y atención. ¿Debía o no enviarse un embajador? Y, en caso afirmativo, ¿debían extenderse las cartas credenciales a nombre de Margliani? A esto se reduce el debate, en puridad. En septiembre habíase decidido, en principio al menos, el envío de un embajador, cursándose instrucciones a este efecto a un tal don Juan de Rocafull,[47] personaje bastante oscuro, a quien una carta nos presenta como mandando, en 1576, algunas galeras de la escuadra de Nápoles.[48] Su instrucción general, sin fecha exacta, detalla todos los antecedentes de la negociación. Pero va seguida, con fecha de 12 de septiembre de 1578,[49] de una "segunda instrucción", en la que se prevé la contingencia de que Rocafull no "pueda" trasladarse a Constantinopla. En este caso, deberá despachar al Bósforo al capitán Echevarri, su acompañante, con la misión de pedir que la tregua sea concertada por mediación de Margliani. Como se ve, la decisión de enviar un embajador cerca del sultán no era muy firme: se reservaba la posibilidad de retenerlo en el último momento.

Fueron necesarios tres o cuatro meses más para poner a Margliani en su lejano destino, al corriente de todo. Según el *Diario* de Gerlach, el "hombre" de Margliani no estuvo de regreso en Constantinopla hasta el 13 de enero de

1579.[50] La lentitud del viaje se debió, tal vez, al invierno; y tal vez también, por añadidura, a los cálculos de España, deseosa de repetir, en 1579, la maniobra que le había permitido los dos años anteriores obtener la no salida de la flota turca. Así pensaban también los franceses, y, de hecho, la llegada de estas buenas noticias y el anuncio de un embajador facilitaron, en efecto, la tarea de Margliani. Los turcos, cada vez más enredados en la guerra de Persia, iban haciéndose más y más acomodaticios. Juyé escribía a Enrique III, el 16 de enero de 1579: los turcos "tienen tanta necesidad como podría tenerla el dicho Rey Católico, a causa de la guerra de Persia, donde encontrarán más dificultades de las que se dice".[51] Y Juan de Idiáquez, a la sazón representante de Felipe II en Venecia, averiguaba del embajador francés, el 5 de febrero de 1579, que en Constantinopla, Margliani no vivía ya secuestrado, que se vestía con ropas nuevas, lo mismo que su gente, y que hablaba de alquilar una residencia en Pera. "De que alli inferian no devia de estar lexos el que esperavan que V. M. embiaria a la conclusion de la tregua".[52]

Pero la verdad era que don Juan de Rocafull no se daba prisa. El 9 de febrero estaba todavía en Nápoles. El 4 de marzo decíase en Venecia que se acercaba a Constantinopla, de donde Margliani había despachado a dos personas para reunirse con él.[53] Pero la noticia era prematura. Rocafull estaba "enfermo". Y, a la vista de la segunda instrucción y conociendo las reticencias españolas, no es aventurado abrigar, con los turcos, ciertas dudas acerca de aquella enfermedad y de la "recaída" que, según se decía, había sufrido este pobre hombre. ¿Logró Margliani, a pesar de ello, que los turcos firmaran una tregua análoga a las de los años anteriores? Los documentos que hemos consultado no la mencionan, desde luego. Una correspondencia francesa lo hace suponer así, pero con bastante vaguedad.[54] Sabemos, desde luego, que la flota turca, o por lo menos la parte de ella fácilmente movilizable, se encaminó hacia el mar Negro en abril, al mando de Euldj Alí. En Nápoles se tuvo, por tanto, y bastante pronto, la certidumbre de que la flota turca no "saldría". ¿ No contribuiría esto —es una simple hipótesis— a demorar el viaje de Juan de Rocafull?

Enfermo o no, lo cierto es que Rocafull no llegó a cruzar el Adriático. El 25 de agosto desembarcaba en Ragusa el capitán Echevarri. La instrucción segunda estaba, pues, en vías de ejecución. Le acompañaba un tal Juan Esteban y llevaba con él los regalos destinados al gran turco y a sus ministros, y, para Margliani, "todos los poderes y recaudos necessarios" para la conclusión de la tregua,[55] lo que hacía ascender al negociador del papel de simple agente al de verdadero embajador. En el mismo momento, llegaba a

Constantinopla un nuevo embajador francés.[56] El 16 de septiembre sabía por boca del viejo Mehemet que la tregua con España estaba en buen camino,[57] y no hay que decir que inmediatamente se puso a dar los pasos necesarios para entorpecerla. Desencadenando ante todo una guerra de noticias. Mientras Margliani andaba contando que los armamentos del rey de España, conocidos naturalmente en Constantinopla, se destinaban a Portugal, donde el pleito de la sucesión habíase abierto ya antes de la muerte del rey cardenal,[58] los franceses, limitándose a airear un rumor que corría en Constantinopla,[59] sostenían que iban dirigidos contra Argel. Y hablaba también de una guerra en Italia, inevitable como consecuencia de los incidentes del marquesado de Saluces. Todo en vano. Más tarde habría de reprocharse a Germigny el no haber sabido bloquear eficazmente los caminos de la política española. Pero lo cierto es que el embajador francés sólo podía librar allí esta guerrilla de palabras. Después de la Noche de San Bartolomé, habíase producido un descenso real del prestigio de Francia en Levante: la realidad evidente de su impotencia y de su desgaste en el Occidente disminuía los medios de que podía valerse en Constantinopla. No es posible negociar con palabras y con las manos vacías. Además, la política francesa acababa de detener al único hombre que tal vez habría podido echar a Turquía en brazos de Europa, a Claudio du Bourg, el hombre del duque de Anjou, apresado en Venecia en febrero de 1579 y trasladado a la Mirandola.[60] Su plan consistía en interesar a Turquía en la conquista de los Países Bajos por el duque de Anjou, en connivencia con Guillermo el Taciturno, con los protestantes de toda Europa y con los ingleses, cuya presencia en Constantinopla señala Margliani. Esto sí podía haber tentado la política turca. Pero suponiendo, naturalmente, que estuviera en condiciones de dejarse tentar. Profundamente envuelta en la agotadora guerra de Persia, no podía, en modo alguno, volver, al mismo tiempo, sus ambiciones hacia el oeste.

El año de 1580 fue, pues, por fin, un año hermoso para Margliani. Un año de trabajo y de éxitos. La misión del milanés, enlazada a Nápoles bajo la dirección autorizada de don Juan de Zúñiga (nombrado comendador de Castilla después de la muerte de su sobrino, y virrey de Nápoles a la muerte de Mondéjar), resultó ser, ahora, más eficaz que en el pasado, liberada de los lentos vaivenes con España. Ya sabemos que en tiempos de Mondéjar se le había prohibido expresamente tener a Nápoles al corriente de sus gestiones. Sin que todo esto quiera decir que, por el momento, la tarea fuese fácil y, sobre todo, que se lo pareciese así a Margliani. Pasó, incluso, por periodos particularmente críticos, aunque el resto del tiempo transcurriera en torneos

oratorios y largas charlas, seguidas de informes no menos largos y hasta, por un momento, en querellas de precedencia con Germigny en cuanto a los sillones que debían ocupar ambos dignatarios en la iglesia principal de Pera… [61] ¿Eran simplemente futesas o había en ello el deseo de demostrar a los turcos la imposibilidad de mantener en Constantinopla un embajador permanente de España, concesión a la que Felipe II no acababa de decidirse?

Otra dificultad que encuentra Margliani: en esta época cambian los grandes personajes en la escena política turca. Mehemet Pachá muere asesinado en octubre de 1579 y es sustituido por Achmet Pachá, que, desde luego, no brillaba por su talento y que era, tal vez, favorable a España.[62] Pero Achmet muere, a su vez, el 27 de abril de 1580, y le sucede Mustafá Pachá. Y a estos cambios por arriba corresponden múltiples transformaciones en el personal de abajo: el doctor Salomón conserva su puesto, pero el dragomán Horembey desaparece de la senda que los despachos de Margliani nos iluminan; encontramos en ella, a partir de ahora, a ese extraño personaje que es Bruti, confidente doble, si no triple; lo denuncia —sin conseguir desenmascararlo— cuando sus charlatanerías e indiscreciones amenazan comprometer, además de Margliani, a toda una serie de agentes a su servicio, como Sinán, Aydar, Inglés y Juan de Briones.[63] Aparecen dos nuevos rostros: Benavides y Pedro Brea, empleados de la cancillería turca, el primero de los dos, judío, muy al corriente de los documentos que en ella se redactan y a quien su religión le veda salir en barca los sábados; el segundo, más difícil de situar, pero ambos, seguramente, agentes dobles. Incidentalmente, percibimos también en la contradanza a los bailes venecianos y al mercader ragusino Nicolò Prodanelli, cuyo hermano Marino conduce un navío perteneciente a los dos hermanos y que debe encontrarse en Nápoles en octubre de 1580.[64]

En realidad, Margliani era dueño de la situación, pero no lo sabía; de ahí sus esfuerzos por mantener sus ventajas, con las baladronadas y las amenazas de Euldj Alí, quien le hizo una escena terrible delante del propio gran visir. Era, tal vez, un simple artilugio escénico, montado de acuerdo con los ministros. Pero no por ello menos inquietante, tanto más que venía a añadirse a toda otra suerte de intimidaciones. Y para no dejarse aturdir, Euldj Alí decía en el arsenal a cuantos querían escucharle que “las conversaciones de paz estaban rotas y que tenía órdenes de armar 200 galeras y 100 mahonas”. Pero Margliani no era hombre que se dejara impresionar fácilmente. A comienzos de febrero no había soltado presa. Hablaba con autoridad y no esquivaba los riesgos y las responsabilidades, “resoluto de no tratar nada en nombre de S.

M. ni dar la carta ni el presente hasta que será concluyda la capitulación".[65] Afirmaba rotundamente estar en condiciones de impedir que la armada saliese en la primavera. Las violencias y el tono desmesurado con que Euldj Alí se dirige a él[66] sólo prueban la irritación y la cólera del capitán pachá: no es el juego del ganador. Las apariencias hablan, sin embargo, en contra de Margliani: un aviso de Constantinopla, fechado el 26 de febrero de 1580, señala que a Margliani le es de todo punto imposible, por su honor y por el servicio del rey, entenderse con "estos perros de turcos".[67] Pero en realidad, y desde antes de esta fecha, todo está en vías de arreglo. El 18 por la mañana ha venido a verlo el doctor Salomón con un texto conciliatorio. Como no se trata de una capitulación entre los dos soberanos, sino de un arreglo "entre el pachá y Margliani", todas las dificultades protocolarias se zanjan en un abrir y cerrar de ojos.[68] Pero no sin que, de pasada, Margliani se haya sentido profundamente agitado y haya visto planear sobre su cabeza, una vez más, "el peligro en que me encuentro desde hace cincuenta días", escribe el 7 de marzo.[69] Todavía para aquellas fechas no las tenía todas consigo. "Temo vivamente que todas estas negociaciones se rompan con un estrépito tal, que lleguemos a desear no habernos metido nunca en esta tregua", exclama el mismo día. Son palabras de un hombre angustiado, que quiere que se conozcan sus penas, pero también de un hombre descorazonado.

Y, sin embargo, la firma del convenio se acerca, impuesta por las circunstancias, por las necesidades de las guerras de Persia y Portugal y por la tremenda penuria que, de añadidura, azota el Occidente.[70] Cada vez que el pobre Margliani lo da todo por perdido, las conversaciones se reanudan y ganan terreno. Reaparecen, vuelven a presentarse para atar los hilos rotos el doctor u otro intermediario. El pachá consiente en volver a discutir. Margliani vuelve a respirar.[71] Inmediatamente surge un nuevo conflicto con motivo del reino de Fez, que Margliani no se aviene a reconocer como perteneciente al gran señor,[72] o una nueva disputa en torno de Portugal.[73] En Venecia circula, por marzo, el rumor de que Margliani está en peligro de ser empalado y de que Euldj Alí ha amenazado con arrancarle el ojo que le queda…[74] Pero el 21 del mismo mes, Margliani firma con el pachá una nueva tregua, bajo la forma habitual y por un plazo de 10 meses, es decir, con vigor hasta enero de 1581. Para evitar las alegaciones, el texto italiano se deja en manos del pachá, entregándose el texto turco, en letras de oro, a Margliani, quien se encarga de hacérselo llegar a Zúñiga.[75]

Tras de lo cual deben reanudarse, en principio, las conversaciones hasta llegar a un acuerdo definitivo. Pero, ya asegurado el próximo porvenir, las

conversaciones se duermen por algún tiempo y las dos partes se dan un poco de vagar. Juan Stefano parte a España para llevar la buena nueva a la corte del rey y regresar de allí con las órdenes necesarias. Esta vez, toda la cristiandad está al corriente. A comienzos de mayo, la noticia está ya en Roma, donde se observa que la cosa no cuadra con las anteriores declaraciones de España, a saber, que el embajador era enviado a Constantinopla, en realidad, para romper totalmente las negociaciones.[76] Pero Roma no insiste en protestar: también ella abandona, en este año de 1580, el Mediterráneo y la guerra contra el islam, para preocuparse de Irlanda y de la guerra contra los protestantes.

Germigny, que no había perdido, naturalmente, uno solo de los pasos del milanés, sostenía que su éxito había sido comprado a precio de oro. En realidad, Margliani, más que con pagos al contado, se había abierto el camino con promesas.[77] Y, sobre todo, debía su victoria a las circunstancias. La última de éstas, que influyó sobre los turcos, en el momento mismo de la firma, fue la noticia, alarmante, de una sublevación en Argel. Todo podía perderse si Felipe II (cuya armada estaba a punto para intervenir en los asuntos de Portugal) llegaba a tener las manos libres en el Mediterráneo.[78] Venecia se dio también cuenta de ello: habiéndose manifestado hasta entonces reticente y casi hostil, cambió bruscamente de actitud y se esforzó por quedar incluida en la paz o en la pseudopaz que se preparaba. Digamos, de pasada, que la tregua de 1580 adquirió carta de naturaleza en la mayoría de los concienzudos libros de historia, sin duda porque aparece claramente destacada en la vieja colección de documentos de Charrière y en el libro, siempre tan útil, de Zinkeisen, publicado en Gotha, en 1855.[79] Pero, cosa extraña, esta tregua es presentada como un hecho aislado y excepcional, cuando no es, en realidad, más que uno de los eslabones de una gran cadena. Y poco comprensible, en verdad, fuera de ella.

La tregua de 1581

Nadie dudaba ya en Constantinopla que la paz iba a concertarse, tenía que concertarse antes de mucho tiempo, en buena y debida forma. Sin embargo, hubo de pasar casi un año para llegar a ella. El verano transcurrió en conversaciones generales e intermitentes. Las disputas no giraban ya en torno de las irritantes cuestiones del invierno pasado, ya no versaban, como antes, sobre las inagotables controversias de títulos o de precedencias, sino sobre los acontecimientos cuyas noticias traían los correos. El 5 de abril, vía Ragusa, se

recibe la de la muerte del cardenal Enrique. «Esta noticia [escribe Margliani] [80] ha traído alguna alteración a los espíritus de estas personas. Consideran que, con la anexión de estos reinos, llevada a cabo sin gran efusión de sangre ni una larga guerra, las fuerzas de S. M. llegarán a ser tan grandes, que hay razones para temerlas. Tanto más cuanto que están persuadidos de que… [de aquí en adelante] S. M. consentirá más difícilmente en la tregua o en la suspensión de las hostilidades, al modo como ellos lo desearían». Por lo demás, y en el otro sentido, Margliani teme los manejos de Euldj Alí. Se dice que se dispone a salir para Argel con sesenta galeras, para meter en cintura a los levantiscos de aquella plaza. "Pero otros sostienen que va a eso y además a causar todo el daño posible al rey de Fez. Yo estoy preparado para entorpecer estos designios… cuando su viaje sea seguro."[81] De otro modo, todas las disposiciones negociadas para la tregua se verán amenazadas.[82] Es lo que piensa también, por su parte, y lo que le escribe, el gran comendador de Castilla, advertido sin duda por otros conductos.[83] La expedición de Argel no llegó a producirse, al cabo, pero fue, sin embargo, objeto de más de un intercambio de puntos de vista y de más de una discusión. Lo mismo que la noticia, recibida en octubre, de la victoria del duque de Alba contra don Antonio. Habiendo sabido el pachá que el duque había distribuido entre sus soldados, con este motivo, 200 000 doblones, manda en seguida a buscar a Margliani para inquirir el porqué de este reparto de dinero y cuánto vale un doblón. Un doblón vale dos escudos, le explica Margliani, y, para que pueda conocer esta moneda por su propia experiencia, entrega una docena de ellos a su interlocutor… ¿Y qué hace Juan de Estéfano?, interroga éste. ¿Por qué tanta demora?[84] Tal es la clase de conversación, recelosa y fútil a la vez, como vemos, que se intercambia entre los dos personajes. Estamos en verano y sólo al llegar el invierno se comienza a hablar seriamente.

En efecto, al llegar diciembre vuelve a recargarse bruscamente la atmósfera.[85] Don Juan de Estéfano no ha llegado, y Margliani se encuentra en un apuro, pues el pachá le apremia para que diga, sí o no, si el rey de España ha enviado la orden de que se haga la paz. Por desgracia, nos faltan algunas de las cartas de Margliani concernientes a los últimos meses de su embajada. Parece que entre el 10 y el 20 de diciembre las exigencias de los turcos han ido precisándose más y más. Se han hecho, además, muy embarazosas, pues es éste, también, el momento en que Margliani acaba de recibir las esperadas órdenes (con o sin Juan de Estéfano, lo que no dice), órdenes de las que acaba de enterarse con asombro y no sin cierta perplejidad. El rey le dice, aunque parezca mentira, que renuncia a una tregua en buena y

debida forma, dada la dificultad con que tropieza para poder proceder con “la igualdad deseable”. Se niega, en realidad, a un convenio por el estilo de los que negocian los imperiales y a una representación diplomática regular y permanente.[86]

Margliani, viendo por fin claro lo que tenía que hacer, procede con la mayor rapidez posible. Una carta suya de 28 de diciembre nos lo muestra hablando tres largas horas con el agá de los jenízaros. La víspera, antes de rayar el alba, el agá le ha mandado su caique para llevarlo de Pera a Constantinopla. Nicolò Prodanelli sirve de intérprete en el curso de la entrevista. Margliani se felicita de ello, pues es, nos dice: “más inteligente y capaz que cualquier otro”. Y probablemente lo ha escogido porque se siente bastante embarazado con su misión y de lo que tiene que decir al agá. Este último no le encuentra pies ni cabeza a la entrevista. Cuando pregunta si Margliani irá o no a besarle las manos al sultán, el milanés contesta: iré solamente si se firma la capitulación, pero no si se suspenden las negociaciones… Es necesario que comprendamos bien, de pasada, la jerarquía de estas dos palabras: suspensión y capitulación, y que nos demos cuenta de que lo que Felipe II no quiere es precisamente la segunda. Cuando el agá dice que el sultán concede la capitulación, Margliani interrumpe para preguntar: ¿pero, en este caso, qué pasará con la “igualdad”? Y su interlocutor no comprende, una vez más, lo que quiere decirle. Tras lo cual, formula, a su vez, preguntas más simples y más precisas. ¿Se quedará Margliani en Constantinopla? «Le digo que no y me pregunta por qué. Le digo que no será necesario, puesto que, según las decisiones adoptadas, no habrá comercio. Pronuncio estas palabras con una ligera sonrisa y agrego que deseo decirle la verdad: que son dos las razones que me han hecho tomar esta decisión: una, las maneras poco corteses que aquí encontraba, y otra, el rumor que el secretario del embajador de Francia había hecho correr (a su regreso) en todos los países de la cristiandad por donde había pasado con motivo de la declaración sobre la precedencia formulada por él en Francia…»

Y como no está muy seguro de sus argumentos, el embajador español manda entregar 5 000 escudos a la sultana madre, quien no tarda en tomar pie de ello para pedir más. Al mismo tiempo, se las arregla para no exhibir los poderes que el rey le ha conferido, so pretexto de que ha tenido que mandarlos a Nápoles.[87] Debió de sortear los obstáculos con bastante habilidad, puesto que, habiendo sido puesto en guardia el 10 de diciembre, ya casi había convencido a sus adversarios antes de fin de año. El 4 de febrero, varios avisos y cartas procedentes de Constantinopla anuncian en diversas

direcciones que la tregua ha sido concertada por tres años.[88] El mismo día, Margliani escribe a don Juan de Zúñiga:[89] «El 27 de diciembre, día de San Juan, me trasladé cerca de Chauch Pachá, a quien expuse mi comisión con las palabras que me parecieron más a propósito, teniendo presente la dignidad de S. M. Después de esto, me reuní varias veces con dicho Pachá y, últimamente, el 25 de enero, me mandó llamar para comunicarme la resolución de su soberano de darme licencia para partir e informar a S. M. Me dijo que esperaba que yo desplegase mis buenos oficios para llegar a establecer una buena inteligencia y que, en espera de ella, se concertaría una suspensión por tres años». A juzgar por lo que nos dice Germigny, el concierto era, sobre poco más o menos, la reproducción de las tres treguas anteriores, con la diferencia de que esta vez se establecía por un plazo de tres años.[90] El virrey de Nápoles, que recibió la noticia el 3 de marzo, se apresuró a transmitirla a Felipe II, añadiendo por su cuenta que Margliani, a su modo de ver, había llevado muy bien las negociaciones, pero que le cabía la duda de si el papa no se aprovecharía de este asunto para apretar un poco los cordones de su bolsa.[91]

Sí, es cierto, ¿qué iba a decir de ello el pontificado? Don Juan de Zúñiga pensaba en esto más que cualquier otro, por haber sido embajador de España en Roma. Incluso juzgó prudente tomar la delantera, y el 4 de marzo[92] escribía con destino a la Santa Sede la siguiente singular versión de las cosas: A su tiempo, había anunciado a Margliani que Felipe II no quería la tregua, invocando las mejores razones posibles para excusar al rey. Pero se encontraron con que inmediatamente empezó a hablarse en Constantinopla de empalar a Margliani, a quien se acusaba de haber engañado al sultán y de haberle dado largas para entretenerle con mentirosos discursos hasta que se diera cima a la conquista de Portugal. Y los turcos, como es sabido, son muy capaces de semejantes crueldades. De aquí por qué el pobre caballero, para salvar la vida, se vio obligado a prometer una tregua de un año. Pero los turcos exigieron que fuese por tres, gracias a lo cual le permitieron regresar sano y salvo a la cristiandad. Claro está que, si se quería emprender algo contra el turco, no sería difícil romper estas ligaduras, de una parte, porque habían sido impuestas “por la fuerza”, y, de otra parte, porque los corsarios se encargarían de suministrar mil ocasiones para la ruptura. Desgraciadamente, se dice de pasada, y, como quien no quiere la cosa, apenas tenemos la posibilidad de lanzar ninguna empresa contra el turco, con todos los asuntos que traemos entre manos. Pero la tregua, en cuanto a ella se refiere, no significa nada…

Un embajador veneciano repetía, en este mismo año de 1581, los discursos del virrey,[93] Pero ¿creía él mismo en ellos? ¿ Y se les daba algún crédito en Roma? Cierto que no se quiso hurgar demasiado en el asunto, para aclarar las cosas. Por el momento, lo que más interesaba era obrar en Irlanda y contra Inglaterra. ¿Y quién podía tomar cartas en el asunto contra la isla, según el modo de ver del papa, sino España?[94]

A ello se debe que nadie, entre las personas de la época, hable de una "traición" de España, como se había hablado de la traición de Venecia. O, si se alzó alguna voz en este sentido, no tuvo ninguna resonancia. La única excepción, confirmatoria de la regla, fue el clero de España, que protestó violentamente y con energía, en voz muy alta. No porque se sintiese más vinculado que otros a la cruzada contra el infiel, sino porque se daba cuenta de que la guerra era ya cosa muerta y, en consecuencia, no quería seguir pagando los impuestos creados o mantenidos para sostenerla. Claro está que sus protestas no sirvieron de nada. Pero no está de más unir esta pieza al *dossier* de la católica España.

Han sido los historiadores quienes han incoado el proceso contra España por traición. La palabra proceso es, quizá, demasiado fuerte, para dar nombre a las pocas líneas que Wätjen y R. Konetzke dedicaron al tema. «La guerra contra los turcos [escribe el segundo][95] quedaba así definitivamente abandonada. Se interrumpía con ella una tradición secular de España. La guerra religiosa contra el islam, que había espoleado y aglutinado las fuerzas espirituales de la Península, dejaba de existir. Es cierto que la Reconquista y las incursiones conquistadoras que la prolongaron hasta el norte de África no habían sido guerras religiosas puras. Sin embargo, fue el espíritu religioso el que animó y propulsó constantemente estas empresas, haciendo que España las sintiera como una obra grande y común. El más poderoso motor de los avances españoles quedaba paralizado».

Juicio exacto, si se enfoca la marcha de las cosas en su conjunto, pero injusto, sin embargo, en muchos puntos. La fuerza religiosa que brota de España se proyecta en otra dirección a partir de la década de 1580. También la guerra contra la herejía es una guerra religiosa, con las habituales alianzas que toda guerra lleva consigo. Y todavía se harán algunas tentativas en dirección del norte de África y contra Turquía —la pseudoguerra de 1593, (muy insignificante, por cierto)—.

A pesar de todo, es un hecho indudable que los años 1580 y siguientes trazan un corte en la historia exterior de España frente al Islam, aunque esta historia haya sido hasta ahora mucho más entrecortada, interrumpida y

veleidosa de lo que suele creerse. Después de la embajada de Margliani, se establece una paz de hecho. La tregua de 1581 parece haber sido prorrogada en 1584 y hasta en 1587.[96] Y las hostilidades, cuando vuelven a producirse, ya no tendrán punto de comparación con las ingentes guerras del pasado. La tregua fue, no cabe duda, algo más que un hábil expediente de la política española.[97]

¿Podemos decir, sin embargo, que España traicionó, en 1581? En el peor de los casos, sólo se habría traicionado a sí misma, a su tradición y a su propio ser. Pero estas traiciones, cuando se trata de un país, no son, a menudo, más que concepciones del espíritu. Lo que desde luego puede asegurarse es que no traicionó a la cristiandad mediterránea, ni entregó a Venecia a una posible venganza, ni abandonó a Italia, cuya onerosa salvaguardia le estaba confiada. ¿Quién podría censurarla por haber tratado con la Sublime Puerta? No fue España quien introdujo a Turquía en el concierto europeo. La gran guerra del Mediterráneo rebasa los recursos de los mismos grandes Estados, monstruos políticos que tropiezan con tantas dificultades para apoderarse cada uno de ellos de su mitad respectiva. No hay que confundir el traicionar con el soltar la presa. El movimiento bascular que, en estos años de difíciles y oscuras discusiones, desplaza brutalmente las guerras fuera del ámbito mediterráneo, es doble: empuja de una parte a España hacia Portugal y hacia el Atlántico, a una aventura marítima más gigantesca todavía que las del campo cerrado del Mediterráneo, y lanza, de otra parte, a Turquía hacia Persia, hacia las profundidades del Asia, el Cáucaso, el mar Caspio, Armenia y, más tarde, hacia el mismo océano Índico.

II. LA GUERRA DESERTA DEL CENTRO DEL MEDITERRÁNEO

Conocemos, sin que podamos siempre explicarlas, las amplias oscilaciones de la guerra turca. El más breve resumen del reinado de Solimán el Magnífico bastaría para señalarlas de un modo resonante.[98] Estas oscilaciones, más todavía que la voluntad del soberano, han marcado el ritmo de su largo y glorioso reinado. Al filo de los años, vemos cómo la potencia turca bascula sucesivamente hacia el Asia, hacia el África, hacia el Mediterráneo, hacia la Europa norbalcánica. A cada uno de estos movimientos corresponden irresistibles avances. Si hay una historia sujeta a un ritmo, es ésta. Pero es una historia oscura, en la medida en que los historiadores se atienen exclusivamente a los individuos. Se interesan poco

por los movimientos profundos (por ejemplo, aquellos que el Imperio turco hereda del Imperio bizantino, que destruye al mismo tiempo que lo prolonga), por esa física profunda que establece necesarias compensaciones entre los grandes frentes de ataque por medio de los cuales pesa sobre el mundo exterior la potencia turca.

Turquía frente a Persia

De 1578 a 1590 es harto difícil llegar a ver claro en la historia turca. No nos es posible verla por dentro, y las crónicas en que se apoya (por ejemplo, el relato de Hammer) sólo plantean estos grandes problemas desde el punto de vista de los acontecimientos.

Y no es solamente Turquía lo que se nos escapa de las manos a los historiadores. A Turquía, en rigor, la divisamos, casi coherente y comprensible. Pero más allá de Turquía se abre el espacio persa, esta otra civilización tan ignorada por nosotros. Ignoramos también los espacios intercalados, toda esa zona enclavada entre Persia, Turquía y la Rusia ortodoxa… ¿Y qué sabemos, por último, del Turquestán, esa otra plataforma giratoria? Más allá de estas tierras, por el sur, se vislumbra, además, el océano Índico, con sus tráficos a duras penas retenidos por Portugal y a quien España va a respaldar a partir de 1580, aunque más en teoría, cierto es, que en el terreno de los hechos.

Pues bien, hacia todo este inmenso espacio se orientan las ambiciones de Turquía, a partir de los años 1577-1580; esto significa un viraje tan radical y tan poderoso como el que por la misma época empuja a España hacia el Atlántico. El océano era la nueva riqueza de Europa. ¿Turquía se vuelve también hacia la riqueza al bascular hacia el Asia? Ningún texto nos lo dice, ni hay nada que lo demuestre de modo perentorio. La información que poseemos es tan discontinua y tan fragmentaria, que sólo podemos adelantar aquí algunas impresiones, apoyadas en unos cuantos hechos. Es posible que la idea de que la guerra se vuelve de espaldas a un Mediterráneo debilitado, agotado por ella, nos induzca a errores. Ya se encargará de ponerlo en claro cualquier historiador futuro.

Lo que desde luego expresa, sin dejar lugar a dudas, el lenguaje de los hechos menudos y variados de las crónicas es que Persia se debate, en estos años, con terribles dificultades políticas. En mayo de 1576[99] muere asesinado el sha Talmasq, que ocupaba el trono de Persia desde 1522. A este asesinato sigue, casi inmediatamente, el del nuevo soberano, Haider. Sucede a

éste el príncipe Ismail, sacado para llevarlo al trono de una lóbrega prisión y que sólo reina 16 meses, hasta el 24 de septiembre de 1577. Y a continuación toma el poder un príncipe medio ciego, Mohamed Jobabendé, padre del futuro Abas el Grande. Todos estos sucesos, y algunos otros (entre los que hay que mencionar, principalmente, el papel, difícil de desenredar, de las tribus georgianas, cherkesas, turcomanas y kurdas), nos permiten comprender la endeblez de Persia. Y explican la tentación que estas tierras ejercen sobre los jefes de la frontera turca, sobre un Josrev Pachá y un Van, y, en general, la política de todos los "militares" turcos, personas de tierra adentro a quienes, durante años, se ha sacrificado a la marina: un Sinán Pachá, un Mustafá Pachá… Persia se desintegra por su centro: magnífica ocasión para aprovecharse de ello.

En 1578 parte de Constantinopla una serie de cartas dirigidas a los numerosos príncipes del norte de Persia, los unos reinantes y los otros no, los unos obedecidos por sus súbditos y los otros desobedecidos por ellos, los unos poderosos y los otros débiles, los príncipes de Shirwán, Daguestán, Georgia y Cherkasia. El historiador Alí, en su *Libro de la Victoria*, que es la historia de la primera campaña de esta nueva guerra de Persia,**[100]** nos ha conservado una docena de estas epístolas. Van dirigidas a «Shabroj Mirza, hijo del antiguo soberano del Shirwán; a Shemjal, príncipe de los kumuques y de los kaitaks; al gobernador de Tabazerán, en el Daguestán, a orillas del mar Caspio; a Alejandro, hijo de Levend, soberano de las tierras situadas entre Eriwán y Shirwán; a Jorge, hijo de Lonarsab, señor del distrito de Bacs Atshuk (Imcreta); al soberano de Guriel y al Dadián, príncipe de Mingrelia (Cólcida)». Toda esta cascada de nombres pone a debate un espacio discernible entre el mar Negro y el mar Caspio, aquel mismo espacio que, en 1533–1536 y en 1548-1552, se vislumbraba ya detrás de las guerras de Solimán contra Persia.

Por muy poco que sepamos de estos países intermedios, por muy mal que conozcamos la frontera turca en la región de Van o esta Persia, teñida de sangre de príncipes, de los años 1576-1578, es muy posible que el imperialismo de los turcos se haya dirigido, en estos años, hacia las tierras del mar Caspio. No se trata, evidentemente, de dominar este mar: bastaría con tener acceso a él para amenazar de un modo directo las costas persas de Mazanderan, en las que las galeras, navegando por un mar en que son prácticamente desconocidas, serían mucho más eficaces. Ya las correspondencias occidentales señalaban este fin estratégico con motivo de la guerra de 1568 y del proyecto del canal entre el Don y el Volga. Pero ¿no late

también en los turcos el deseo de tener acceso al Turquestán, a las rutas interiores del Asia, cortadas por los rusos al ocupar Astracán, en 1556? El Turquestán es, pues, pese a todo, la ruta de la seda. Y a estas rutas del interior asiático debe Persia, sin duda alguna, una parte de la prosperidad económica que conoce con el final del siglo y con el gran reinado del sha Abas. También se debe a ellas el inicio de esta primera expansión persa, visible en el florecimiento de sus ciudades, capaz de atraer desde muy lejos el comercio inglés y que se expresa en la asombrosa dispersión de los mercaderes armenios a lo largo de todos los países del océano Índico, a través de los Estados turcos del Asia y de Europa, que hace que por el año de 1572 algunos lleguen hasta Danzig.[101] Tabriz es una de las importantes estaciones de este comercio a gran distancia a través del mundo, una presa tentadora. La ocasión y la creciente debilidad de Persia atraen tanto más a los turcos cuanto que éstos disponen de una evidente superioridad técnica sobre su adversario. Los persas carecen de artillería y disponen de muy pocos arcabuces; los turcos no poseen gran número de estas armas, pero sí algunas, las suficientes. Y no se alza ante ellos ninguna plaza fuerte digna de este nombre. Las únicas protecciones, a lo largo de las vastas fronteras turco-persas, son los desiertos, algunos de ellos naturales, y otros estratégicos, dispuestos, según se nos dice, por la prudencia de los soberanos del Irán.[102]

Es cierto que la religión desempeña un papel en toda guerra entre turcos y persas: los fetwas han consagrado el carácter religioso y casi santo de la lucha contra los perros chiítas,[103] renegados y heréticos, de los "feces rojos".[104] Tanto más cuanto que estos chiítas, los adeptos de la "religión persa", se hallan incrustados en todo el Imperio turco asiático, hasta en el corazón de la Anatolia. Se habían sublevado en 1569.[105] Pero ni en Oriente ni en Occidente hay guerras puramente religiosas. Los turcos, al avanzar por los caminos de Persia, ceden a muchas pasiones distintas a la vez; y a las que ya hemos señalado convendría añadir la tentación de los países georgianos, ricos en hombres, en mujeres, en rutas y en rentas fiscales…

¿Que todo esto supone una grande, una poderosa política turca? Esta política existe. La tan proclamada decadencia que, según algunos, se inicia con la muerte de Solimán el Magnífico es una medida falsa. Turquía sigue siendo una inmensa fuerza, y no una fuerza salvaje, sino organizada, disciplinada y consciente. Que, bruscamente, de la noche a la mañana, abandone las tierras conocidas del Mediterráneo para volverse hacia el este no nos autoriza a suponerla en "decadencia". Sigue, simplemente, su destino.

Pero la guerra será, para los turcos, una prueba agotadora.

En 1578, la primera campaña acaudillada por el *serasquier* Mustafá, vencedor de Chipre, anunciaba ya, desde el primer momento, las grandes dificultades que traerían los años venideros. Los turcos lograron en ella grandes victorias, pero todas adquiridas a mucha costa (tal, por ejemplo, en las fronteras de Georgia, la victoria del castillo del Diablo, el 9 de agosto de 1578).[106] Si la entrada en Tiflis no tropezó con grandes dificultades, no ocurre lo mismo con la larga marcha del ejército turco de Tiflis a Kanak y hasta más allá de este río, a través de bosques y pantanos. El hambre y la fatiga diezmaron el ejército invasor, hostilizado, además, sin cesar por los janes persas. Sin embargo, en septiembre, los turcos quedaron una vez más victoriosos en las orillas del Kanak. Lograron, con ello, apoderarse de la mayor parte de Georgia. En septiembre, el *serasquier* la dividió en cuatro provincias, colocando en ellas sus beglerbeys, con tropas y artillería y con la misión de cobrar los derechos que los persas percibían por las sedas en estas ricas provincias, y especialmente en el Serwán. Al mismo tiempo, el *serasquier* supo congraciarse a los príncipes indígenas, que habían aceptado al principio, de mejor o peor grado, la conquista turca.

Pero ¿cómo entrar en los detalles de esta política de ocupación? Al llegar el otoño, el *serasquier* se replegó sobre Erzerum, a invernar, con sus tropas diezmadas “por cinco batallas y por las enfermedades”.[107]

¿Qué dificultades había revelado esta primera campaña? Ante todo, la tenacidad del adversario; junto con ella, la inconstancia de la gente del país, capaces de lanzar bruscos y crueles ataques por sorpresa, en los pasos montañosos; pero sobre todo, las distancias, el gran número de las etapas y su larga duración, la casi imposibilidad de vivir en estas tierras de desigual fertilidad o de aridez, cortadas a cada paso por montañas, bosques y pantanos, y azotadas, al llegar el invierno, por un clima irresistible. Como en la campaña de “Rusia” en 1569, el espacio se levanta aquí, inexorable, contra el turco. Desde Constantinopla, de donde partió el ejército, hay 65 etapas de marcha hasta Erzerum; de Erzerum a Aresch (de donde no pasó la expedición), 69, y otras tantas para volver. Son, como se ve, cifras que evocan los itinerarios de las grandes navegaciones. Para estas guerrras a larga distancia, el arma indicada es la caballería, a condición de no cargar grandes bagajes. Aquí no sirve un ejército equipado a la manera occidental, con sus largos y pesados servicios de intendencia, con su infantería y su artillería.[108] El instrumental ideal es la caballería tártara, la que había servido en la

campaña de 1568. Y para ello hace falta asegurarse, además, del apoyo necesario. Y hace falta emplearla, no a través de las zonas montañosas, donde esta arma es impotente, sino en las grandes llanuras, en el norte y en el sur del Cáucaso, sobre todo en el norte (como se comprobará con motivo de la incursión de Osmán Pachá, en 1580). Pero ¿cómo vivir, después, en países destruidos y estabilizar su ocupación?

Los persas, mientras tanto, supieron convertir el invierno en su aliado, y durante el de 1578 a 1579 pasaron a la ofensiva. Eran más capaces de soportar los terribles fríos asiáticos que sus adversarios, alejados de sus bases, alojados a la buena ventura y habituados, además, al suave clima mediterráneo. Los puntos de apoyo de los turcos resistieron la primera tormenta. A la segunda, cedieron ya algunos; Shirwán hubo de ser evacuado y su guarnición se replegó sobre Derbent. Fue un invierno crudísimo. Nada tiene de extraño que los avisos procedentes de Siria fuesen tan alarmantes[109] y que los agentes encargados de informar desde Constantinopla a los españoles se regocijasen de ello. Uno de estos agentes comunica:[110] "También he entendido que viene acá un embaxador de S. M. [del Rey Católico] que me pesa mucho porque no era tiempo de venir agora y si havia de venir, havia de ser con una gruesa armada". Los observadores llegaron a la conclusión de que la guerra iba a durar.[111] Persia presentaba grandes exigencias.[112] Este optimismo invernal se mantiene durante bastante tiempo en la cristiandad, que da crédito a los más fantásticos rumores. El 8 de julio de 1579, el embajador español en Venecia escribe "que el Persiano, de más de pedir la Mesopotamia, quiere que los turcos dexen el rito que tienen en su secta".[113]

Los reveses turcos tenían todo el aspecto de un desastre. Los combatientes a quienes los azares de esta terrible guerra invernal llevaron a Constantinopla sembraban con su solo aspecto la consternación de quienes los veían,[114] hasta tal punto eran la imagen de la miseria humana. Pero no por ello pensaba el sultán ni remotamente en renunciar a sus proyectos. Todo el año de 1579-1580 (por lo menos su estación útil) fue empleado por el *serasquier* en la construcción de la potente fortaleza de Kars. Fue, pues, necesario volver a concentrar tropas, acumular víveres en Erzerum,[115] encaminar hacia Trebisonda 40 galeras, municiones, artillería y madera[116] y, al mismo tiempo, negociar desde lejos con los tártaros y con algunos príncipes de la India. Seguía siendo muy grande, en efecto, el peligro de la caballería persa cerca de Kasbin y Serwán, tanto más cuanto que, según se decía, los georgianos estaban en connivencia con los persas y les habían entregado rehenes.[117]

Mientras tanto, por el sur, iba levantándose la fortaleza de Kars, a costa de un febril trabajo.[118] Testigos oculares contaban en Constantinopla que ya, en aquellos momentos, resultaba inexpugnable frente a cualquier tipo de ataque enemigo: «noticia de gran importancia [escribe Margliani] y que será, con razón, muy apreciada por el Gran Señor. Este ha conseguido con ello lo que no había logrado su abuelo, el sultán Solimán, el cual no puede negarse que fue un gran capitán. En estas dos noches pasadas ha habido fuegos de artificio y festejos en el Serrallo del Gran Señor. Mucho me temo que esta noticia no haga crecer su orgullo más de lo razonable». Pero días más tarde escribe: "Voy consolándome con la esperanza de que podrá suceder en Kars lo mismo que en Servan, plaza que tomaron y fortificaron los turcos con la misma suerte y que luego fue recuperada por los persas, con gran daño de aquéllos".[119] En Venecia—ya sabemos el valor que tienen las noticias venecianas—, decíase que la fortaleza de Kars era tan grande como media Alepo y medía tres millas de circuito.[120]

Por lo demás, parece ser que los persas, en este verano de 1579, han permanecido deliberadamente a la defensiva. Según se decía en Venecia, a causa de la peste, que hacía estragos en las filas turcas.[121] Según nosotros, a causa de la artillería y de las fuerzas otomanas o, más exactamente, en espera del invierno, su aliado. Pero la amenaza seguía siendo enorme. Se hablaba en Venecia de 250 000 persas concentrados sobre la frontera.[122] Especie veneciana, es cierto. Pero en la misma Constantinopla se decía que, si los turcos habían levantado un sólido dique en Kars, la plaza de Tiflis, situada en el corazón mismo de la conquista de 1578, estaba sitiada por el enemigo.[123] En Venecia comentábanse en septiembre —téngase en cuenta lo que las noticias se demoraban por el camino— las dificultades con que había tropezado el *serasquier* para hacer avanzar sus tropas desde Erzerum hasta Kars, y se hablaba de sublevaciones de tropas entre los jenízaros y los spahis. La gente se preguntaba si no las habría provocado el mismo *serasquier*, deseoso de un pretexto para no seguir avanzando.[124] En octubre reinaba en Constantinopla un optimismo oficial: haremos la paz con los persas cuando queramos, decíase. Lo que no fue obstáculo para que se dieran a Mustafá órdenes de invernar y, según se decía, de replegar sus tropas, no sobre Erzerum, sino mucho más al oeste, hasta Amasia.[125] El cerco de Tiflis, fuertemente acosada, fue venturosamente levantado, sin embargo, por Hasán Pachá, hijo de Mehemet Sokobi, quien se encargó, además, de abastecer abundantemente la plaza.[126] Pero este éxito tardío no podía encubrir la gravedad militar de una ocupación tan lejana. El invierno se echaba encima.

Los contingentes tártaros no tardaron en verse obligados a abandonar el Daguestán, después de haberlo saqueado en la estación del buen tiempo.[127] Notemos, de pasada, que los tártaros formaban una pequeña tropa (unos 2 000 jinetes, según Hammer) y que en un mes habían logrado cubrir la enorme distancia que, por los cuasidesiertos del norte caucasiano, separan la Crimea de Derbent, en las orillas del mar Caspio. Esto era la indicación de una vía de invasión mucho más fácil que la que atravesaba las inhumanas montañas de Armenia.

La muerte de Mehemet Sokobi, el breve gobierno del visir Achmet,[128] el nombramiento de Sinán Pachá para el mando del ejército de Erzerum[129] y su elevación después, cuando marchaba sobre Georgia, a la dignidad del visir, no hicieron cambiar sensiblemente las condiciones de la guerra. Durante el verano, Sinán lanzó su ejército, en largas columnas, desde Erzerum hasta Tiflis. Reorganizó la ocupación otomana de Georgia. Y después, para vengar un descalabro bastante grave de sus soldados, que habían salido a forrajear, se decidió a asestar un gran golpe contra la poderosa ciudad de Tabriz. Pronto hubo de resignarse, sin embargo, a no llevar adelante esta operación y a replegar su ejército sobre Erzerum, en vísperas del invierno. Mientras tanto habíanse entablado negociaciones de paz. Sinán fue autorizado para ir a Constantinopla a deliberar. Estas negociaciones condujeron pronto a una especie de armisticio, válido para el año 1582. Ibrahim, el embajador persa, entraba en Constantinopla el 29 de marzo de 1582, “con un séquito compuesto de tantas personas como días tiene el año”.[130]

Las dificultades georgianas obligaron, sin embargo, al ejército turco a una cierta actividad. Por otra parte, durante el verano de 1582[131] fue necesario abastecer a Erzerum, en previsión del invierno. El convoy de aprovisionamiento fue sorprendido por los georgianos y los guerrilleros persas. La situación de Tiflis era, una vez más, dramática. Al mismo tiempo, la embajada persa no daba resultados. Esta serie de reveses trajo consigo la destitución y el destierro de Sinán Pachá, a quien se consideraba hostil a la guerra de Persia, y el nombramiento, el 5 de diciembre de 1582, de un nuevo visir, aquel Chauch Pachá a quien hemos visto debatirse con Margliani con motivo del epílogo de la negociación del milanés, en enero de 1581.

Esta crisis interior implicaba la continuación de la guerra contra Persia. Su dirección fue encomendada al beglerbey de Rumelia, Ferhard, elevado con este motivo a la dignidad de visir. Sobre él pesó la responsabilidad de la guerra durante los años 1583 y 1584. Su principal preocupación, siguiendo las órdenes directas del sultán, consistió en fortificar los confines de la Georgia.

Así surgió la gran plaza de Eriván, en 1583; en 1584 asistimos a la construcción o a la adaptación de cierto número de castillos y a la fortificación de Lori y Tomanis. De este modo —cosa curiosa—, levantábase en el este del Imperio otomano una frontera al modo occidental, con sus plazas fuertes, sus guarniciones y sus convoyes de abastecimiento. Política prudente, pero también paciente, sin ningún brillo y muy dura para el soldado.

Mientras tanto, en el norte del Cáucaso había comenzado, a solicitud de Osmán Pachá, gobernador del Daguestán, una guerra mucho más activa, por las grandes rutas de las etapas tártaras. Iniciada en el 1582 (pues la tregua, aquí, no había sido muy estrictamente observada) y reavivada en 1583-1584, se extendió, sin gran esfuerzo, del mar Negro al mar Caspio. Fuerzas considerables fueron concentradas en Caffa por orden del sultán;[132] se encaminó hacia esta plaza, además de tropas, gran cantidad de material de guerra y de víveres, y 86 cargas de oro, o sea 8 600 000 aspros. Detalle interesante: las guerras de Persia, tan difíciles y onerosas desde el punto de vista del material humano, devoran —no hará falta decirlo— enormes sumas de dinero. Pronto oiremos hablar de seis millones de oro y de empréstitos tomados de los bienes de las mezquitas. Por otra parte, un informe inglés de 1583 nos presenta a los persas cargando lingotes y piezas de plata destinados a pagar las soldadas.[133] Oro turco y plata persa: hasta en esto resalta la divergencia.

El cuerpo expedicionario constituido en Caffa, bajo el mando general de Yafer Pachá, empleó dos semanas en atravesar el Don. La ruta era difícil: para abrirse camino hubo de ir pagando indemnizaciones a las tribus con que se encontraba al norte del Cáucaso y avanzar lentamente a través de los desiertos, donde pululaban los ciervos salvajes.[134] Después de 80 días de marcha, el 14 de noviembre de 1582 llegaba a Derbent, donde, agotado, se disponía a levantar sus cuarteles de invierno. El pequeño ejército púsose de nuevo en marcha, al llegar la primavera, a las órdenes de Osmán Pachá, aplastó a los persas y avanzó hasta Bakú. Después, Osmán, dejando instalado a Yafer Pachá en el Daguestán, replegó el resto de sus soldados sobre el mar Negro. En su retirada, tropezó con enormes dificultades; después de librar repetidos combates contra los rusos cerca de Terek y del Kubán, fue bloqueado por los tártaros después de llegar a Caffa, pues estos aliados, poco leales o por lo menos reticentes, negábanse a destituir a su jan, como Osmán lo exigía. Para reducirlos al orden, hubo que recurrir nada menos que a la intervención de una escuadra de galeras turcas, a las órdenes de Euldj Alí. Advirtamos que, en este momento, suponiendo que sean exactas las cifras que

nuestras fuentes nos suministran, Osmán sólo tiene bajo sus órdenes a cuatro mil hombres, lo que da la medida de esta extraordinaria campaña. Al llegar a Constantinopla encontró una acogida especialmente calurosa por parte del sultán, quien escuchó su largo relato por espacio de cuatro horas. Tres semanas después de esta audiencia era nombrado gran visir. Y el sultán le entregaba el mando del ejército de Erzerum, con la misión de tomar Tabriz.

Preocupado, durante el invierno, por una nueva pacificación de la Crimea, que al cabo se logró por sí misma, el nuevo jefe del ejército turco abandonó Erzerum en cuanto llegó el buen tiempo, con tropas deliberadamente escasas; a final del verano (en septiembre de 1585) cayó sobre la plaza de Tabriz, conquistándola. La toma de Tabriz, ciudad comercial y artesanal, situada en el centro de una planicie rica en cultivos y en árboles frutales, fue un gran regalo para el ejército turco, hambriento y fatigado. Pero, después de un espantoso saqueo, fue necesario fortificarla a toda prisa, ya que los persas seguían luchando en torno de la plaza. Después de su resonante victoria y ya camino de regreso, Osmán Pachá encontró la muerte en uno de estos encuentros (29 de octubre de 1585). Fue Cigala el encargado de conducir el ejército a sus cuarteles de invierno. Los persas no abandonaban la partida. Durante el invierno de 1585 a 1586, de Tiflis a Tabriz, puede decirse que todas las plazas del *limes* turco fueron sitiadas por los súbditos del sofí y sus cómplices indígenas. Pero el *limes* hizo frente, una vez más, a los embates, y el cerco de Tabriz fue levantado a tiempo por el *serasquier* Ferhad Pachá, quien por segunda vez tomó el mando en Asia.

Lentamente, pero con cierta pujanza, los turcos habían recuperado, pues, sus ventajas. Pero la guerra iba a cambiar de carácter durante los dos años siguientes. En efecto, los persas hubieron de hacer frente, de pronto, a un nuevo adversario, los osbegs de Jorasán. Esto hizo que su defensa se viese comprometida por la retaguardia y que su reclutamiento de jinetes se hiciese más difícil. Gracias a esta circunstancia favorable, los turcos pudieron rebasar Tabriz y avanzar hacia el sur. La guerra, que venía pivotando sobre Erzerum, tiene ahora como objetivo, por un momento, en 1587, a Bagdad. Cerca de esta ciudad, el ejército de Ferhad Pachá, reforzado por soldados kurdos reclutados a toda prisa, aplastó en 1587 a los persas en la llanura de las Grullas. Al año siguiente, en cambio, desplazaron de nuevo su esfuerzo hacia el norte, en torno de Tabriz, en el Karabagh. En esta región, apoderáronse de Ghendjé y se dedicaron a fortificar esta plaza sin pérdida de momento, en previsión de próximas campañas.

Pero entre tanto, el joven Abas habíase asociado, de grado y por fuerza, al gobierno de su padre, sin esperar a que éste muriera (junio de 1587). Tuvo el buen juicio necesario para comprender que entre los dos peligros que asaltaban su reino, el de los usbegs por un lado y el de los otomanos por el otro, era aconsejable hacer concesiones por el oeste. Las negociaciones vuelven a atravesarse así en el camino de la guerra. Una nueva y magnificente embajada persa llega a Constantinopla, dirigida por el príncipe Haider Mirza. La capital turca, donde Murad había instaurado el reino de la suntuosidad, presenció con este motivo espléndidas y deslumbrantes recepciones. Las negociaciones fueron largas, aunque llegaron, por último, a resultados positivos. El 21 de marzo de 1590 se firmaba la paz, poniendo fin a una guerra de 12 años. La tenacidad turca encontró su recompensa: quedaban en manos del sultán todas sus conquistas, es decir, la Georgia, el Chirván, el Lauristán, el Scherzol, Tabriz y "la parte de Azerbeichán" que dependía de esta ciudad.[135] En resumen, toda la Transcaucasia, todo el lado humano del Cáucaso, con una gran ventana abierta sobre el mar Caspio.

No es una pequeña victoria, sino al contrario, un signo singular de vitalidad y que, además, a decir verdad, no es el único de su especie. Pero lo importante para el historiador del Mediterráneo es fijar de este modo la fuerza turca en dirección hacia el Caspio, muy lejos del mar interior, este avance centrífugo. Es esto lo que explica, por lo menos hasta 1560, por qué Turquía se halla ausente del campo mediterráneo.

Los turcos en el océano Índico

Pero no sólo en Persia hubieron de luchar los turcos; tuvieron que sostener, además, una guerra por el océano Índico —otra guerra más sobre la que poseemos muy escasa información—. El océano Índico, por lo menos en su parte occidental, había sido, durante siglos, un lago islámico. Los portugueses no lograron desalojar de él al Islam. Tuvieron, incluso, que sufrir sus repetidos asaltos, por lo menos desde 1538.

En estos asaltos tuvieron una parte importante los turcos. Y, en último análisis, el hecho de que no triunfase en estos avances hacia el sur fue precisamente lo que impidió al imperio de los Osmanlíes contrarrestar a Europa. Habría necesitado para ello una buena flota. Es verdad que Turquía tenía una flota, y, por cierto, temible. Pero esta flota tomaba contacto con el océano Índico por el angosto mar Rojo, y su técnica naval era la técnica mediterránea. Turquía hubo de abordar, pues, a sus competidores en el océano

Índico con un material marítimo mediterráneo, con galeras desmontadas y luego transportadas en caravanas hasta Suez, donde se las montaba de nuevo para botarlas al agua. Con estas galeras tomó la plaza de Aden, en 1538, el viejo Solimán Pachá, gobernador de Egipto, avanzando en septiembre del mismo año hasta Diu, plaza que no pudo reducir. Y con estas galeras intentó Piri Rais, en 1554,[136] probar fortuna contra los veleros portugueses, navíos construidos especialmente para el océano y que batieron fácilmente a los barcos de remos de los turcos. La flota de galeras, con base en Basora, a las puertas de otro mar angosto, el golfo Pérsico, bajo el mando del almirante-poeta Alí, fue arrojada en 1556 a las costas de la península de Gudjerat y abandonada allí por su jefe y sus tripulaciones.

El océano Índico asiste, pues, a una lucha bastante curiosa entre la galera y el velero.[137] Los avances turcos en esta dirección han estado, por regla general, vinculados a las complicaciones turco-persas. Y, con bastante regularidad, como consecuencia de estas guerras. Guerra contra Persia de 1533 a 1536, seguida de las expediciones de Solimán Pachá: la toma de Aden y el primer sitio de Diu se producen en 1538. Guerra contra Persia de 1548 a 1552 (importante solamente, sin embargo, durante el primer año) y, en 1549, segundo sitio de Diu; en 1554, las expediciones de Piris Rais, y en 1556 las de Alí. Igualmente, hacia 1585, habiéndose amortiguado la guerra de Persia, se reaviva la guerra por el océano, sobre todo, a lo largo de la costa oriental del África, el litoral a que los portugueses dan el nombre de la Contracosta.[138]

Esto quiere decir que la tregua turco-española no trasciende, en esencia, del Mediterráneo. En vano Felipe II recomienda a los funcionarios portugueses —tarde, por lo demás— que procuren ser liberales y tolerantes para evitar que los príncipes indígenas, descontentos, apelen a los turcos.[139] Éstos no esperaron siquiera a que se los llamase. A partir de 1580 prosiguieron sus fructíferas piraterías contra el comercio portugués. Más aún, en 1585, una flota, al mando de Mirali Beg,[140] alcanza incluso las costas africanas del oro. Se apodera sin esfuerzo alguno de Mogadiscio, de Barawa, de Djumbo y de Ampaza. El príncipe de Mombasa se declara vasallo de la Sublime Puerta. Al año siguiente, Mirali Beg se apodera de todos los puntos de la costa, salvo Melinda, Patta y Kelife, que permanecen fieles a Portugal. ¿Debemos ver en ello el resultado de los malos tratos infligidos por los portugueses a los indígenas, como pensaba Felipe II?[141]

La reacción portuguesa fue lenta. Una flota va a perderse en las playas de la Arabia meridional en 1588.[142] En este año de la Armada Invencible, la maquinaria ibérica tiene otras preocupaciones que la apartan de estas luchas

demasiado alejadas. Pero hay mucho sobre el tapete: detrás de Mombasa, plaza que el turco quiere fortificar, están las minas de oro de Sofala; y algo todavía más importante: el acceso a Persia y la India, que, en 1588, la flota portuguesa había tratado de defender, en vano, en Bab-el-Mandeb. Por suerte para los portugueses, también el turco, agotado por la distancia, estaba al límite extremo de sus fuerzas. En 1589, Mirali Beg ataca con sólo cinco navíos. La flota portuguesa de Thomé de Souza logra bloquearlos en la ría de Mombasa, mientras una frenética revuelta de negros estallaba a lo largo de la costa, y, finalmente, todo fue barrido por ella, tanto esclavistas indígenas como invasores turcos. Sólo los turcos que se refugiaron a bordo de los navíos portugueses —Mirali Beg entre ellos— lograron escapar a la matanza. Así se derrumbaba, en 1589, una de las más curiosas y menos conocidas tentativas otomanas.

La guerra de Portugal, el viraje del siglo

Michelet veía en la Noche de San Bartolomé el viraje del siglo. En verdad, si hubo tal viraje, creemos que coincide más bien con los grandes cambios de los años 1578-1583, cuando, con la guerra de Portugal, se entablan las grandes luchas por el Atlántico y por la dominación del mundo. La política española bascula con todo su peso hacia el océano y hacia la Europa occidental. Al mismo tiempo que, al día siguiente de la bancarrota de 1575, que fue la liquidación de la primera parte del reinado de Felipe II, la afluencia de metales preciosos infla bruscamente las posibilidades del tesoro de guerra de España. Esos años críticos vieron el comienzo de lo que un historiador ha llamado “el periodo regio de la plata”, periodo que duró de 1579 a 1592.[143] Tanto en los Países Bajos como fuera de ellos, la política de Felipe II, enardecida por el veloz crecimiento de sus recursos, se vuelve cada vez más agresiva y menos prudente.

Este cambio dramático no ha pasado inadvertido a los historiadores, en particular a los portugueses, que lo conocen mejor que otros, aunque, precisamente a causa de ello, tiendan demasiado a verlo por el pequeño agujero de la lupa: su destino nacional ocupa, sin duda, el centro de la historia oceánica, pero no la constituye en su integridad, en todos sus accidentes o en todo el espacio que abraza. Si engarzamos unos a otros los acontecimientos de esta vida oceánica, nos revelarán la amplitud de las luchas entabladas. No diremos, como tantos otros, que abran la puerta a los “tiempos modernos”. La

afirmación es prematura, pues todavía durante largos años frenaron, por el contrario, el auge del océano.

En lo que se refiere a España, el cambio de dirección fue muy claro. En 1579 había llegado a Madrid el cardenal Granvella. Allí había de permanecer hasta su muerte (1586), siete años durante los cuales desempeña, primero de hecho y más tarde también de derecho, las funciones de primer ministro. Es grande la tentación (y Martin Philippson, historiador de este episodio de la vida de Granvella, no se sustrae a ella) de ver una conexión entre estos cambios gubernamentales y el paso de la fase defensiva y prudente del reinado de Felipe II a su fase agresiva e imperialista. Hasta 1580, la política española parece haber sido la del "partido de la paz" —el de Ruy Gómez y sus amigos—, más que la del duque de Alba y sus partidarios, el "partido de la guerra". No sin ciertas importantes excepciones, es cierto: pensemos en la expedición del duque de Alba en 1567 o en Lepanto. Por lo demás, los dos partidos no estaban muy organizados. Más exacto sería decir que eran dos camarillas, al margen de las cuales se mantuvo siempre el rey, aun sirviéndose de ellas. El Rey Prudente sintió siempre cierta predilección por estas querellas subalternas, que le aseguraban una mejor información, una vigilancia más fácil y, por último, la integridad de su autoridad de gobierno. Enfrentando a unos con otros, no dejando de sospechar de ninguno y manteniéndolos a todos a respetable distancia, Felipe II hacía que se desgastaran muchos de los hombres que lo servían. Le ayudaron a ello, además, las duras tareas de su gobierno. En 1579 sólo vemos ya en él a los supervivientes de los partidos de la primera fase del reinado. Ruy Gómez había muerto en 1573, y su camarilla, reagrupada en torno de la persona de Antonio Pérez, no tenía ya ni la coherencia ni la fuerza de antaño. El duque de Alba, que partió de los Países Bajos en diciembre de 1573, no llegó a recobrar en España la posición preeminente que en otro tiempo ocupara. En 1575, una brusca desgracia lo relegó fuera de la vida política.

En marzo de 1575, Felipe II llamó cerca de él a Granvella. "Yo tengo más necessidad de vuestra persona [le decía] y de que me ayudéis al trabajo y cuidado de los negocios… Yo desseo y he menester mucho vuestra breve venida." Y se dice que el rey, de su puño y letra, añadió esta frase al texto de la carta: "Cuanto más pronto se haga más contento estaré."**[144]** El cardenal residía a la sazón en Roma. Aceptó la aventura a pesar de su avanzada edad —contaba 62 años—, pero tardó bastante tiempo en poder emprender el viaje, por numerosas demoras: tuvo que esperar primero en Roma, y después en Génova. Fue el 2 de julio cuando el cardenal, con don Juan de Idiáquez, que

lo acompañaba, divisó las costas de España. El 8 desembarcaron en Barcelona. El cardenal se puso en camino inmediatamente, con sus carrozas y sus acémilas, viajando de noche para evitar el calor. Llegó a San Lorenzo de El Escorial en los primeros días de agosto, siendo acogido por el rey como un verdadero salvador.[145]

Salvador: ésa es la palabra justa. Felipe II había aguardado a que el cardenal se pusiera en camino hacia El Escorial para quitarse la careta y descargar un golpe brutal contra Antonio Pérez y su cómplice, la princesa de Éboli. Ambos fueron hechos presos en la noche del 28 al 29 de julio. Aquí las fechas tienen su importancia. Hacía mucho tiempo que el rey sospechaba de Antonio Pérez y vigilaba muy de cerca sus pasos, pero esperó a tener dispuesto sobre poco más o menos su nuevo equipo de gobierno para enfrentarse con una camarilla todavía poderosa. No cabe duda de que la crisis política había sido bastante seria. Con la llegada de Granvella consumábase la ruina del partido de la paz. Por razones personales, ante todo, razones múltiples, dramáticas y terriblemente oscuras.[146] Pero también bajo el imperio de las circunstancias. En los Países Bajos, el intento de reconciliación de Requeséns ha terminado en un fracaso, más resonante aún que el del duque de Alba. Y en el asunto de Portugal, que se abre en 1578, se demuestra inoperante el método pacífico. Se ha sostenido que en este asunto había andado la traición de Antonio Pérez. La palabra está preñada de posibles confusiones y las pruebas alegadas son poco convincentes. Queda en pie la hipótesis de una política que el soberano juzgaba inquietante.

En todo caso, se ha operado prácticamente un gran cambio. Con Granvella se instala en el mismo corazón del imperio de Felipe II un hombre enérgico, extraordinariamente inteligente y de amplia visión; voluntarioso, honesto, devoto al rey y a la grandeza de España. Pero también, hay que decirlo, un hombre viejo, de otra generación, habituado a comparar mentalmente los nuevos tiempos con la época de Carlos V, a buscar en ésta ejemplos y puntos de referencia, propenso a juzgar mal el triste presente en que vive. Hombre enérgico, capaz de decisiones y de ideas y cuya influencia es, al principio, muy grande: en él debemos ver al gran artífice de las victorias de 1580. Pero, después de estos éxitos, con los años que siguen al regreso de Felipe II de Lisboa, su influencia es más aparente que real. También él se ha desgastado al servicio del rey. Sus cartas, a partir de ahora, rezuman amargura y desilusión.

Existe también una evidente desproporción entre la grandeza de los acontecimientos, quiero decir, entre este amplio movimiento de basculación

que desplaza la fuerza hispánica del Mediterráneo al océano, y la llegada de Granvella al timón de los asuntos del reino. O, dicho en otros términos y con mayor precisión, el camino biográfico nos expone a extraviarnos, como extravió a aquel escrupuloso y paciente investigador que era Martin Philippson, quien no advirtió este amplio desplazamiento de fuerzas. Para no prestar atención al abandono de la guerra mediterránea por España, le bastó haber encontrado una declaración del cardenal que dice de su hostilidad contra la tregua turco-española. Pero no hay nada que nos garantice la franqueza del cardenal al expresarse así.[147] Por otra parte, no cabe duda de que hubo tregua y de que ésta se renovó sucesivamente durante varios años, incluso cuando el propio Granvella regentaba el "ministerio", y si España abandonó el Mediterráneo no fue precisamente ni a causa del cardenal ni a despecho de él.

Alcazarquivir

La última cruzada de la cristiandad no fue la batalla de Lepanto. Fue, siete años más tarde, la expedición portuguesa que habría de terminar con la batalla de Alcazarquivir (4 de agosto de 1578), no lejos de Tánger, en las riberas del río Luco, que va a desembocar a Larache.[148] El rey Sebastián, todavía un niño aunque contara 25 años, un niño exaltado y medio irresponsable, hallábase, en efecto, violentamente atormentado por la idea de la cruzada. Felipe II, con quien se había entrevistado antes de la "Jornada de África", había tratado en vano de disuadirle de llevar la guerra a las tierras de Marruecos. La expedición, montada con lentitud, no tuvo a su favor ni siquiera la ventaja de la sorpresa. El cherif Abd-el-Malek, puesto al corriente de la preparación armada, de la partida de la flota y de su estancia en Cádiz, tuvo tiempo para tomar las medidas de defensa oportunas y proclamar la guerra santa contra el invasor. El pequeño ejército portugués, desembarcado en Tánger y transportado de allí a Arzila (12 de julio), invadía, pues, un país resuelto a defenderse y que disponía, además, de una excelente caballería, de piezas de artillería y de arcabuces (éstos, con frecuencia, andaluces). La larga columna de los carros portugueses se internó en las tierras marroquíes, y la batalla se entabló en Alcazarquivir, el 4 de agosto de 1578. El rey, incapaz de mandar, debilitaba todavía más el poder del ejército cristiano, mal alimentado, agotado por las marchas y por el calor. Frente a él, Marruecos había procedido a una "leva en masa".[149] Los cristianos fueron aplastados por el número. Los montañeses de las regiones vecinas remataron el saqueo de los

bagajes. Entre los muertos figuraba el propio rey. El cherif destronado, que acompañaba a los cristianos, pereció ahogado. Por su parte, el cherif reinante sucumbía víctima de una enfermedad en el mismo día de la batalla, que se conoce a veces con el nombre de la batalla de los Tres Reyes. De 10 a 20 mil portugueses cayeron en manos de los infieles.

Sin llegar a decir que fuese el desastre más completo de la historia portuguesa, no es posible menospreciar la importancia de la batalla de Alcazarquivir, henchida de consecuencias históricas. Esta victoria afirmó la potencia de Marruecos, a quien los rescates cristianos enriquecieron tanto, que su nuevo soberano, El Mansur, hermano de Abd-el-Malek, pudo recibir a la vez los títulos de “el Victorioso” (eso significa El Mansur) y “el Dorado” (El Dahabi). Más todavía, la jornada de Alcazarquivir, con la muerte del rey, abría la sucesión a la corona de Portugal. Sebastián moría sin dejar heredero directo. Le sucedía en el trono su tío, el cardenal Enrique, pero el reinado de este anciano, enfermo y tísico, no podía ser ni fue más que un episodio.

Portugal no estaba a la altura de una prueba tan brutal. Su imperio se apoyaba esencialmente en una serie de estaciones comerciales, de cambios de mercancías, el más importante de los cuales era el envío de oro y plata que, partiendo del Atlántico, regresaba convertido en especias y pimienta. Pero también los cambios africanos tenían una importancia considerable para este país. La derrota de Alcazarquivir venía a entorpecer el funcionamiento de esta maquinaria económica. Además, había caído en manos de los infieles gran parte de la nobleza del reino. Para poder pagar los rescates, tan enormes que no fue posible pagarlos al contado, el país hubo de volcar su numerario y enviar hacia Marruecos y Argel un verdadero torrente de joyas y piedras preciosas. Y, por si esto fuera poco, los numerosos prisioneros privaban el angosto reino de sus cuadros y, en resumen, de su armazón militar. Todo se confabulaba, pues, para que fuese, más que en cualquier otro momento de su historia, incapaz para dominar su debilidad exterior. No es fácil para el historiador medir la real penuria del pequeño reino, en medio de la abundancia de discursos, poco precisos en general, que desarrollan el tema de la decadencia lusitana. Pero, si se hallaba afectado ya desde antes por una enfermedad de decadencia, por una dolencia lenta y oculta, en este verano de 1578 sufre un síncope repentino. Las circunstancias se encargarán de agravar su mal.

Para su desgracia, el enfermo cae en manos de un médico incapaz. El viejo cardenal —tiene 63 años—, último superviviente de los hijos de Manuel el Afortunado, enfermo de podagra y minado por la tuberculosis, agravará

todavía más, con sus vacilaciones, la creciente postración del reino. Con sus vacilaciones y también con sus odios. Había sufrido indecibles desaires y amarguras bajo el veleidoso gobierno de don Sebastián: llegado al trono, aprovecha la ocasión para vengarse. Una de sus primeras víctimas es el omnipotente secretario de la Fazenda, Pedro de Alcocaba, a quien despoja de todas sus dignidades y envía al destierro, pero sin tener los arrestos necesarios para dejar fuera del juego de la política al personaje y a su numerosa clientela.

Esta torpe conducta allana el camino para la intriga española. Felipe II tiene, por su madre, derechos incontrovertibles a la Corona de Portugal; entre él y la meta de su ambición se interponen los derechos rivales y no menos indiscutibles de la duquesa de Braganza. Pero esta casa "feudal" no tiene la talla necesaria para luchar contra el Rey Católico. Existe, además, el obstáculo del bastardo don Luis, hijo también de Manuel el Afortunado. Pero el prior de Crato tiene en contra suya la ilegitimidad de su nacimiento. En realidad, sólo la persona del viejo soberano de Lisboa se alza entre Felipe II y la Corona portuguesa. Su edad y su precaria salud plantean, ya en el otoño de 1578, el problema de la sucesión. Felipe II despacha inmediatamente a Portugal un meloso diplomático: Cristoval de Moura. Tanto como el oro que distribuye y el que promete, son las torpezas del cardenal las que permiten al partido español reclutar sus primeros adeptos. Cristoval de Moura se pone en seguida, naturalmente, en relaciones con Pedro de Alcoqaba.

Por lo demás, la devoción y la fe sincera del cardenal le entregan, como a todo Portugal, al poder espiritual de la Compañía de Jesús. ¿Vale decir que a una potencia extranjera? Se olvida con demasiada frecuencia, a este propósito, los documentos publicados por Martin Philippson. No cabe duda de que los jesuitas, mantenidos hasta ahora al margen por Felipe II, aceptan colaborar con él en la cuestión de Portugal. El cardenal Enrique, en un principio hostil a la persona de su sobrino español, y favorable, en cambio, a su sobrina, Catalina de Braganza, va dejándose llevar, poco a poco, a declaraciones semioficiales en favor de Felipe II. Hay más de una razón para explicar este cambio de frente, pero no excluyen una eventual acción de los jesuitas. La aquiescencia del general de la orden, E. Mercuriano, a las pretensiones de Felipe II lleva fecha de enero de 1579.**[150]** Pero sus agentes (al principio favorables a la duquesa de Braganza, según nos dicen los informes españoles) han necesitado algún tiempo para modificar su posición y trabajar en favor del monarca español, de quien, sin duda, esperaban para el porvenir favores que nadie mejor que él, en Europa y fuera de Europa, podía prodigarles.

En estas condiciones, la independencia nacional portuguesa era muy difícil de salvaguardar. Para conservarla habría sido necesario armarse, decidirse en favor de una solución nacional: en una palabra, reconocer a la casa de Braganza y, en rigor, al prior de Crato. Pero el cardenal-rey da de lado toda defensa, porque defenderse suponía grandes desembolsos. Y los únicos que el viejo rey acepta son los que impone el rescate de los *fidalgos* prisioneros de los marroquíes. Este hombre, que jamás escatimó sacrificios para lo que consideraba que su piedad exigía de él con respecto a los cautivos de Alcazarquivir, no consagró, en cambio, el menor recurso a la defensa de su país. Pero quizá tampoco sus súbditos —por lo menos los ricos y especialmente los mercaderes— estaban dispuestos a afrontar los sacrificios que habrían sido necesarios para seguir este camino.

También era necesario que el cardenal decidiera urgentemente con respecto a su sucesión; en cambio, perdió un tiempo precioso en negociar su propio matrimonio con la ex reina de Francia, viuda de Carlos IX, enlace que no era posible más que con dispensa pontificia. Pero Gregorio XIII no se decidía a otorgarla. Temía dar un escándalo con ello. El embajador español en Roma no necesitó molestarse mucho para hacer fracasar las negociaciones. A la larga, aunque mal a su pesar, el viejo soberano portugués se resignó. No debemos imaginárnoslo, en modo alguno, como un abate francés del siglo XVIII: la idea de este matrimonio se la dictaba pura y exclusivamente la razón de Estado. Ella demuestra, sin embargo, que, como en tales casos suele suceder, el cardenal era el único que, en toda Europa, no creía en su cercana muerte…

Tras el fracaso de este intento ya no vuelve a ocuparse de la sucesión a la Corona. Es cierto que convocó las Cortes. Es cierto que intentó organizar una especie de comisión de arbitraje para que todos los pretendientes sometiesen a ella sus títulos. Pero la poca voluntad que aún le quedaba la gastó, sobre todo, en luchar contra el prior de Crato. Le perseguía con un rencor brusco y enconado, tratando de afearle en todo momento con la mácula de su ilegitimidad y arrojándolo, incluso, fuera del reino, lo que obligó a don Antonio a pasar algún tiempo en España, regresando luego a su país para vivir en él oculto.

De todos modos, Felipe II estaba decidido a defender sus derechos. En 1578 había tenido la clara visión del porvenir. En 1579 se puso a armarse, con demasiado ruido, por lo demás, para que llegase a oídas de toda Europa, y muy especialmente de Portugal. No es que, en realidad, llegase a reunir grandes fuerzas. Pero sí las suficientes, a la altura de la empresa que trataba

de afrontar. Había necesitado para ello buena cantidad de dinero, principalmente un empréstito de 400 000 escudos que tomó del gran duque de Toscana,[151] y de tropas sacadas de las guarniciones de Italia. Huelga decir que la noticia de estas concentraciones de tropas, víveres y material de guerra, cuyo objetivo era reunir unos veinte mil hombres, provocó la alarma en todas partes. En Constantinopla se creía que todo este esfuerzo estaba destinado a Argel. La reina Isabel e Inglaterra atribuían a Felipe II los proyectos más detallados de invasión de la isla. Pero en ninguna parte causó tanta sensación esta guerra de nervios como en el propio Portugal.

Todo el país se oponía a la dominación del aborrecible vecino. Las personas humildes de las ciudades y el bajo clero regular oponíanse al español con una vehemencia que hacía temblar a los ricos y los poderosos. La hostilidad popular impedía a éstos traicionar a cara descubierta. De ahí los ademanes encubiertos de la "traición", sus gestos hipócritas, sus falaces discursos, su retórica patriótica, sus prudentes intrigas. Este pueblo fue entregado al enemigo por sus dignatarios, sus ricos y sus intelectuales. ¿Cómo no habían de ser contrarios a la resistencia los ricos, si eran en su mayoría extranjeros, flamencos, alemanes o italianos? Extranjeros y, además, gente reacia a soportar las exacciones fiscales que traería consigo la guerra, que los marcaba de antemano como sus víctimas. El alto clero muestra un estado de espíritu muy parecido, y lo mismo la nobleza, que vale tanto como decir, en muchos casos, el ejército.

Cierto es que Portugal se halla defendido por la naturaleza de sus fronteras del este. De la planicie castellana a las tierras bajas portuguesas corren difíciles caminos, poco practicables y bloqueados por sólidas fortificaciones. Pero esta frontera sólo sirve a condición de que haya detrás de ella un país dispuesto a batirse y a defenderse. El dinero repartido por Cristoval de Moura no ha bastado para quitar de antemano toda voluntad de pelear; tampoco las negociaciones y las intrigas de los "feudales" españoles de la frontera han logrado desarmar a sus vecinos portugueses, dueños de los castillos, de las ciudades y las plazas fuertes, que son la seguridad del reino. Pero, por encima de los hombres, de un Cristoval de Moura, portugués, o de un duque de Osuna, durante un tiempo embajador del Rey Católico en Lisboa, por encima de la traición, este pequeño instrumento, tan caro a la política de los Habsburgo, está el peso aplastante de las circunstancias. Portugal necesitaba el dinero de América y, por otra parte, gran parte de su marina se halla ya, en el océano, al servicio de España.[152] El abanderamiento de todos los ricos y poderosos de Lisboa, ¿no se halla vinculado a la necesidad que el

Imperio portugués, entorpecido en sus inmensos océanos por la piratería de los protestantes y la falta de numerario, siente, no de luchar contra el poderosísimo vecino, sino de apoyarse en él? La prueba de ello la tenemos, tal vez, más que en los acontecimientos de 1578-1580, en lo que trajeron detrás, en la larga sujeción de Portugal, en su simbiosis con España, que sólo vendrán a romper o, mejor dicho, permitirán romper los desastres de la década de 1640. Y no olvidemos tampoco que España, de ahora en adelante, se halla unida y no ya dislocada en países hostiles (ya no estamos en la época de Aljubarrota, cuya imagen suele evocarse tantas veces a propósito de esto) y que, a la vista de esto, Portugal no habría podido mantener su independencia frente al vecino más que por medio de una alianza con las potencias protestantes, con La Rochela, los de Holanda y los ingleses. Realidad innegable, que los españoles subrayaron adecuadamente. Pero que también los portugueses, por su parte, habrían podido percibir. Si el prior de Crato fracasa en sus intentos para penetrar más tarde en su reino, es porque llega a él a bordo de un buque inglés, porque se ha aliado a los enemigos de Roma, porque llega incluso, hacia 1590, a negociar con los turcos…

El golpe de fuerza de 1580

El cardenal Enrique muere en febrero de 1580. Dos o tres de los regentes instituidos en su testamento habían sido ganados para la causa de Felipe II. **[153]** ¿Iba a dejar éste que arreglaran la sucesión? ¿O se remitiría al juicio del papa, quien deseaba imponer su arbitraje? En realidad, Felipe II considerábase asistido de derechos imprescriptibles, divinos, a la Corona portuguesa. Derechos que de ningún modo se debían someter a juicio de los regentes ni de las Cortes. Tampoco deseaba el arbitraje papal, reacio como era a reconocer la soberanía temporal del pontífice. Por lo demás, habiéndose asegurado la paz en el Mediterráneo y seguro de sí mismo en los Países Bajos, en Francia y en Inglaterra, podía contar con un respiro, en medio de todas las amenazas, bastante apremiantes, de Europa. Portugal estaba a su alcance, con una condición: obrar sin pérdida de momento, a lo que empujaba el cardenal Granvella, quien se esfuerza en precipitar los acontecimientos desde el momento mismo de su llegada a El Escorial. Es él, tanto y más que el soberano, quien ha precipitado los acontecimientos. Él también quien logra que se nombre para el mando del ejército al viejo duque de Alba, caído en desgracia, pero cuya reputación se consideraba como garantía de éxito. Una de las virtudes políticas de Granvella era precisamente ésta: saber dejar a un

lado, cuando la ocasión lo exigía, sus antipatías personales. Tal vez sintiera también, como extranjero, la necesidad de tratar con cuidado a los españoles, de no hostigar sus peligrosas y temibles banderías, de no herir sus susceptibilidades. ¿No fue él quien inspiró las medidas de relativa clemencia adoptadas con respecto a Antonio Pérez y a la princesa de Éboli?

La guerra de Portugal, que no pasó de ser, por lo demás, un simple paseo militar, se desarrolló con arreglo a los planes previstos. Las barreras fronterizas se vinieron a tierra por sí solas y, el 12 de junio, el ejército español entraba en territorio portugués a la altura de Badajoz. La poderosa fortaleza de Elvas, primero, y después la de Olivenza, se rindieron sin combatir: el camino de Lisboa quedaba en franquía por el valle de Zatas. Mientras tanto, la flota española, navíos y galeras, zarpaba del Puerto de Santa María, se apoderaba de Lagos, en las costas del Algarbe portugués, y pronto se presentaba en la desembocadura del Tajo. Don Antonio, prior de Crato, proclamado rey en Santarem el 19 de junio, había entrado en Lisboa como dueño gracias al apoyo del pueblo bajo. Pero ¿se sostendría, podría sostenerse en esta enorme ciudad, mal avituallada, diezmada por la peste desde hacía varios meses y a la que la llegada de la flota española cortaba todas las comunicaciones con el mundo exterior? Para salvar la situación habría sido necesario recurrir a medidas de salud pública y, sobre todo, disponer de tiempo. Las medidas de salud pública, sobre todo las de orden fiscal, no faltaron: confiscación de la plata de las iglesias y de los conventos, devaluación de la moneda, empréstitos forzosos sobre los mercaderes… Lo que faltó, implacablemente, fue el tiempo. Fue la rapidez con que obraron los españoles, y no el desfallecimiento que se atribuye por algunos al prior (principalmente a causa de sus negociaciones indirectas con el duque de Alba, encaminadas precisamente a ganar un poco de tiempo), lo que condujo al fracaso del pretendiente. En torno de él, cundía el movimiento de traición y de abandono de los de arriba. Setúbal, atacada por mar y por tierra, rendíase sin lucha el 18 de julio, sin que por ello lograra salvarse del saqueo. El ejército invasor logró llegar así al sur del estuario del Tajo, que aquí se ensancha como un mar en miniatura; grave obstáculo, no cabe duda, pero no para la flota, que logró transportar sin contratiempo hasta Cascais, en la orilla septentrional de la ría, a toda una serie de unidades del ejército español. Esta operación, que logró llevarse a cabo con éxito gracias al caos portugués, condujo a un ataque de la capital por el oeste y por la orilla derecha del Tajo. Don Antonio, con algunos soldados improvisados, intentó defender la entrada de Lisboa por el puente de Alcántara. Pero al atardecer de aquel mismo día la

capital se rendía sin condiciones. El vencedor accedió a librarla del saqueo; o, mejor dicho, sólo fueron saqueados los suburbios de la ciudad.

El prior, herido, logró huir a través de la ciudad, deteniéndose, para curarse, en la aldehuela cercana de Sacavem. Logrando reunir nuevos partidarios de su causa, pasó a Coimbra y entró luego a viva fuerza en Oporto, donde se sostuvo durante más de un mes. Aquí intentó de nuevo organizar la lucha, tropezando con los mismos obstáculos que en Lisboa, con las mismas pequeñas y múltiples traiciones. Una incursión de la caballería de Sancho Dávila le obligó a abandonar este último refugio el 23 de octubre. Tal vez el duque de Alba perdiera demasiado tiempo en perseguir al pretendiente, después de la toma de Lisboa. El prior, arrojado de Oporto, fue a refugiarse en el norte de Portugal, hasta que llegó a recogerlo un navío inglés. A partir de ahora, por muy apasionante, dolorosa y hasta pintoresca que sea la aventura de este rey en el destierro, queda al margen de la gran historia.

Para que Portugal fuese enteramente ocupado por los españoles bastaron, pues, cuatro meses. En sus consejos a Felipe II, Granvella le recordaba que Julio César, para no amortiguar sus movimientos, no se detenía a ocupar las ciudades conquistadas, sino que se limitaba a tomar en ellas rehenes. Al parecer, siguiendo este consejo, el invasor, en 1580, se limitó a seguir adelante donde quiera que la traición le abría las puertas: tenía entre los propios portugueses eficaces guardianes de su causa. No fue necesario enviar a Portugal refuerzos en masa ni utilizar la retaguardia de los señores fronterizos, a cuyos servicios se había recurrido. Digámoslo una vez más: Portugal fue abandonado, entregado al invasor.

Muy hábilmente, por lo demás, Felipe II había confirmado a los portugueses sus antiguos privilegios ya desde antes de 1580, reconociéndoles otros nuevos, políticos y económicos. Portugal, en realidad, no fue incorporado a la Corona de Castilla. Conservó su administración, sus engranajes, sus consejos. En suma, Portugal, en la misma medida que Aragón, y aún más que él, siguió siendo el país de antes, pese a la unión personal realizada por Felipe II. Pasó a ser, simplemente, “un dominio español”.**[154]** Lo cual no justificó, ciertamente, la conquista de 1580 —no es ése el problema—, pero sí explica por qué se mantuvo y por qué representó una solución estable.

Al recibir la noticia, las Indias portuguesas se sometieron a su vez, sin combate. Y lo mismo hizo el Brasil, para quien, dados sus límites por el oeste, la unión de las dos Coronas representaba más bien una suerte. Las únicas dificultades serias surgieron en las Azores. El brusco engrandecimiento de

Felipe II (el Ultramar lusitano, al añadirse al español, ponía en sus manos los dos Imperios coloniales más grandes del siglo), este brusco ensanchamiento, planteaba, en efecto, la cuestión del Atlántico. Ahora, y solamente ahora, conscientemente o no, pero desde luego por la fuerza de las cosas, empezaría a apoyarse en el océano el imperio mixto de Felipe II. Sobre el océano, nexo indispensable para su existencia y base de las pretensiones españolas, a lo que se llamará, ya en vida de Felipe II, la monarquía universal.[155]

España abandona el Mediterráneo

Todo esto nos aleja del Mediterráneo.

El día en que Felipe II se instala en Lisboa coloca el centro de su imperio mixto a los bordes del vasto océano. La ciudad de Lisboa, donde el monarca español se establece de 1580 a 1583, es, por lo demás, un lugar admirable para gobernar desde allí el mundo hispánico, mucho mejor situado y equipado, por supuesto, desde este punto de vista, que Madrid, encerrado entre las tierras castellanas, particularmente cuando se trata de la nueva lucha por el control de las aguas oceánicas. ¿Aquel movimiento agitado e incesante de los barcos, espectáculo que el monarca podía contemplar desde las ventanas de su palacio, y que describe en sus deliciosas cartas a sus hijas, las infantas, no era una lección de cosas, diariamente renovada, que hablaba al rey de las realidades económicas sobre las que se cimentaba su imperio? Si Madrid se halla mejor situado, como centro de escucha, para saber lo que se agita en el Mediterráneo, en Italia o en el espesor continental de Europa, Lisboa es una magnífica atalaya sobre el océano. ¡Cuántas lentitudes, cuántos desastres tal vez se habrían evitado si Felipe II hubiera sabido comprenderlo al preparar la Armada Invencible, si no hubiera permanecido entonces atado a Madrid, lejos de las realidades de la guerra!

El modo como la política española bascula hacia el oeste, donde se ve cogida por las poderosas corrientes del Atlántico; el asunto de las Azores en los años de 1582 y 1583, donde se salvó el archipiélago y donde, al mismo tiempo, con el desastre de Strozzi, se disipó el sueño de un Brasil francés; la guerra de Irlanda, reanimada con paciencia desde 1579 hasta el final del siglo; la preparación de la guerra contra Inglaterra y luego la expedición de la Armada Invencible en 1588 y las acciones de guerra de Felipe II contra los ingleses en 1591 y 1597; la injerencia española en los asuntos de Francia y el gran capítulo de la ocupación parcial de la Bretaña; las medidas de defensa de los ingleses y los holandeses; la acción de los corsarios protestantes,

desencadenada por todo el espacio oceánico: todos estos hechos, aunque se desarrollan fuera de las aguas del Mediterráneo, no son, sin embargo, totalmente ajenos a este mar. Si la paz se restablece en el mar interior es, en efecto, porque va a alojarse a los grandes espacios vecinos: al Atlántico por el oeste y a los confines de Persia y del océano Índico, por el este. Al movimiento bascular de Turquía hacia el este responde el desplazamiento de España hacia el oeste. Grandes oscilaciones que no puede explicar la historia de los acontecimientos, ya que se lo impide su propia naturaleza. Caben, sin duda, no lo desconocemos, otras explicaciones que las propuestas en este libro. Pero el problema, indiscutible, se delinea en toda su nitidez: el bloque de las fuerzas hispánicas y el bloque de las fuerzas turcas, que durante tanto tiempo se habían enfrentado en el Mediterráneo, se desentienden ahora el uno del otro y, de pronto, el mar interior es desalojado por la guerra de los grandes Estados, que había sido el hecho saliente de su historia desde 1550 hasta 1580. Una gran época termina así para el Mediterráneo.

CAPÍTULO VI

[II-717]

EL MEDITERRÁNEO, FUERA DE LA GRAN HISTORIA

PODEMOS hojear el libro, libro excelente, según las fórmulas tradicionales, de Roger B. Merriman sobre *El auge del Imperio español*,[1] que llega hasta finales del reinado de Felipe II, en 1598. No encontraremos en él la más leve mención de la historia mediterránea, por lo que se refiere a los años posteriores al de 1580. Este silencio, característico de casi todas las historias de España, es harto significativo. Para Roger B. Merriman y para otros, para cuantos se atienen a la historia-relato, el Mediterráneo, abandonado por la gran historia y por la diplomacia después de la misión de Margliani, se hunde de pronto en el silencio y en las sombras de la noche. Todos los proyectores se han apagado. Mejor dicho, sus fuegos cruzados se proyectan ahora sobre otros escenarios. Y hace falta emplear muy buenas luces para poder percibir todavía algunos acontecimientos en la zona del Mediterráneo.

Y, sin embargo, el Mediterráneo no ha dejado de existir. Pero ¿cómo? No nos empeñemos en preguntárselo a las fuentes habituales de los archivos españoles, e incluso italianos. Como lo que hoy llamamos la prensa, tampoco entonces las informaciones reunidas por las diversas cancillerías —incluyendo las italianas— se ocupan más que de los acontecimientos muy resonantes. A través de ellas, apenas si es ya perceptible, en esta época, la historia mediterránea. Hay que recurrir, para enterarse de algo, a las series de documentos económicos. Lo que se dice y lo que se escribe ahora, en Venecia, en Florencia, en Roma o en Barcelona, gira ya en torno de los dramas extramediterráneos. ¿Llegará o no a concertarse la paz turco-persa?, ¿se entenderá el rey de Francia con sus súbditos?, ¿logrará España someter a Portugal?, ¿los armamentos de Felipe II, en los años que preceden a la partida de la Armada Invencible, se destinan al Atlántico o al África?: he aquí los temas que se debaten. De vez en cuando, circulan noticias o se forman conciliábulos acerca del Mediterráneo, registrados por las correspondencias de la época. Pero, como azar, trátase siempre de sueños, de conversaciones

que se pierden por el camino, como los proyectos, cien veces repetidos, de una liga contra los turcos entre Venecia, Roma, Toscana y España. Puras cábalas, como el proyecto antiturco de La Noeu, en 1587. Realmente, se asombra uno de que el gran Paruta haya podido atribuir, en 1592, tanta importancia a estas especulaciones.[2]

También en Roma vemos que los pensamientos y los actos giran y seguirán girando por mucho tiempo todavía en torno al océano. La Santa Sede forma un bloque con España en su lucha contra la herejía nórdica. Gregorio XIII y más tarde Sixto V conceden a Felipe II considerables gracias para la lucha contra Isabel y sus aliados, al igual que en vísperas de Lepanto había hecho Pío V para la lucha contra el islam. Toda Italia se asocia a esta lucha de la catolicidad. Toda la atención y la mejor parte de los esfuerzos políticos del Mediterráneo se invierten, pues, al margen del mundo mediterráneo, como si todos volvieran las espaldas a este mar, a la manera de los turcos, que parten hacia el Caspio; de los mercenarios marroquíes, que se apoderan de Tombuctú en 1591;[3] o del propio Felipe II, que pone ahora todo su empeño en convertirse, o, para ser más exactos, seguir siendo dueño del Atlántico.

Todo esto, hasta las cercanías del año 1590. Pero la muerte de Enrique III (1 de agosto de 1589)[4] desencadena una dura crisis, cuyos efectos se hacen sentir en el Mediterráneo; especialmente en Venecia, que se inquieta ante la posible retirada de Francia, pieza indispensable del equilibrio europeo y, por consiguiente, garantía de la libertad misma de la República, cercada por tantos enemigos. “No se sabe ya [escribe un comerciante de Venecia][5] qué creer ni qué hacer. Los rumores de Francia causan un daño inmenso al comercio.” La señoría se siente de tal modo amenazada, que no vacila en aliarse a los grisones protestantes ni en aceptar, en agosto, y en recibir, en enero de 1590, al embajador que le envía Enrique IV, el señor De Maisse.[6] ¿Por qué tanta prisa?, se pregunta Sixto V. “¿Teme algo de Navarra la República? No tendría razón, si lo temiera. Llegado el caso, estamos dispuestos a defenderla con todas nuestras fuerzas”.[7] No. Pero la República toma partido de antemano contra el bloque católico, el cual no puede por menos de garantizar la insoportable primacía de los españoles…

La crisis provocada por la sucesión de Enrique III irá calmándose poco a poco a partir del año 1590. Este mismo año, el sultán queda libre de su lejana guerra contra Persia. ¿Va a retornar a una política mediterránea o a entregarse a una política balcánica, es decir, principalmente húngara? ¿O intentará (que es, en efecto, lo que hace a partir de 1593) desarrollar ambas políticas a la vez, orientándose en las dos direcciones en las que puede asestar sus golpes

sobre la cristiandad? Lo que se ventila en esta política es lo que, poco a poco, da nuevo relieve a los acontecimientos mediterráneos. Aunque sin llegar a adquirir ya nunca, ni mucho menos, la dramática dimensión del periodo que va de los años 1550 a 1580. De 1593 en adelante asistimos, simplemente, a los simulacros de las grandes guerras y las grandes políticas. Con mucha fanfarronería, pero entre las palabras y los actos media un abismo. La guerra ha perdido gravedad. Aparece entrecortada a cada paso por los tratos y las transacciones. Cigala, capitán de la mar, visita en 1598[8] al general veneciano del golfo, charla mano a mano con él, le sugiere, entre otras cosas, que tal vez podría restituirse a Venecia la isla de Chipre… Otro año,[9] con la aquiescencia del virrey de Sicilia (Cigala es un renegado siciliano, que navega desde niño en el navío de su padre, corsario cristiano muy conocido), hace subir a bordo a su madre y a todo el cortejo de sus parientes. Bien podemos asegurar que estas mansedumbres oficiales no habrían tenido curso unos 20 años antes.

I. PROBLEMAS Y DIFICULTADES TURCAS

Así, pues, de 1580 a 1589, mientras una guerra enconada hace estragos en el océano, los cronistas del mar interior tienen poco que decir. Las expediciones punitivas de los turcos hacia El Cairo, Trípoli y Argel son poco más que simples operaciones punitivas de policía, difíciles, incluso, de seguir con cierta exactitud. Por el lado del Mediterráneo cristiano apenas hay que señalar más que los incesantes viajes de las galeras españolas (o al servicio de España) que hacen la travesía entre Nápoles y la Península en ambas direcciones, pasando generalmente por la etapa de Génova. De Italia a España organizan el transporte ininterrumpido de soldados: italianos reclutados sobre el terreno, lansquenetes enrolados al otro lado de los Alpes y que bajan continuamente hacia Génova y Milán,[10] veteranos españoles a los que se releva regularmente del servicio en Sicilia o Nápoles, sustituyéndolos por nuevos reclutas llevados de España y que, a su vez, serán relevados, años más tarde, después de completar su “instrucción”… Durante estos años, Milán es la central militar española por excelencia, desde la que se canalizan y distribuyen en todas direcciones los soldados de Felipe II, incluso los destinados a Flandes, adonde las tropas llegan por las interminables rutas de tierra que unen aquellas provincias con Italia. El simple movimiento de tropas a través de la gran ciudad lombarda bastaría para explicar, casi en cada

momento del reinado de Felipe II, el sentido de las preocupaciones de España y el ritmo de su vida imperial.

Al regresar de España, las galeras transportan a Génova, con los "bisoños", un torrente de plata. Toda Italia se enriquece con la afluencia del metal blanco. Y, con Italia, ya lo hemos dicho, todo el Mediterráneo. Es una de las grandes realidades de este periodo de la vida mediterránea que se podría considerar feliz si no existiese la piratería, esta guerra secundaria, anónima, a la que a veces no da entrada en sus registros la "gran" historia, pero que no por ello es menos cruel. También la guerra de los corsarios sufre ahora transformaciones y desviaciones. Tal vez deban señalarse, a este propósito, dos pequeños hechos. Uno, simbólico: Euldj Alí muere, en julio de 1587, a los 67 años.[11] Nadie recomenzará una carrera análoga a la suya. Es el último heredero de Barbarroja y Dragut, y con él muere toda una época. El otro hecho, pequeño en apariencia, pero importante y revelador, anuncia el porvenir: en 1586, cinco barcos mercantes ingleses dan un susto a la escuadra de galeras de Sicilia.[12] Es el preludio, casi desapercibido, de la gran carrera del barco de línea.[13]

Revueltas en el norte de África y el islam, después de 1589

El año 1589 viene a romper la quietud casi total del Mediterráneo, plantea nuevos problemas, siembra nuevas alarmas en Europa, con la crisis francesa. Pero también en el islam.

Detrás de ciertos sucesos menudos del norte de África se trasluce, por muy imperfectas que sean nuestras informaciones, una crisis ampliamente desplegada en el este y en el centro del norte de África, en la zona dominada allí por los turcos desde la recuperación de Túnez en 1574; crisis que se extiende hasta mucho más lejos, tal vez por todo el islam mediterráneo. Estos sobresaltos y revueltas no son, ni mucho menos, hechos nuevos, y ya en los años anteriores habían surgido, en varias ocasiones, diversos conflictos y dificultades con los lugartenientes que Euldj Alí (en quien se acumulaban las funciones de capitán pachá y de beglerbey) había dejado en Argel para sustituirle. Tal vez la muerte de Euldj Alí, ocurrida en 1587, viniera a agravar las cosas. Lo cierto es que el Gobierno turco considera conveniente sustituir ahora el régimen de los beglerbeys, verdaderos "reyes" locales, por el de pachás nombrados por tres años.

Y es que se trata, esencialmente, de una crisis de la autoridad turca. Frente a ella, los corsarios se arrogaban o trataban de arrogarse cierta libertad. Por

otra parte, el turco y el “moro”, como dice Haedo, seguían siendo elementos extraños el uno al otro, incluso dentro de la ciudad de Argel, pues el moro ocupaba una situación de inferioridad con respecto a su vencedor. Tal vez tengan razón ciertos textos en los que se sugiere la existencia de movimientos morabíticos e indígenas, una reacción religiosa que reviste, según los lugares, caracteres diversos y ocasionales, pero que se ejerce siempre en contra del turco invasor.[14] “Donde quiera que pone el pie el turco —dice un rebelde tripolitano—, deja de crecer la hierba y surge la ruina”.[15] Estos movimientos todavía indecisos y poco claros para nosotros guardan, en todo caso, cierta relación con los comienzos del relajamiento de lazos entre el Magreb y Turquía, en la medida en que el Imperio turco no ejerce ya el señorío del mar. Lo decisivo no fue la muerte de Euldj Alí, en 1587, sino el fracaso de su tentativa contra Argel, en 1582,[16] y, más allá de Argel, en dirección a Fez. Decadencia otomana: tal es la conclusión a que llegan, una vez más, los historiadores. ¿Pero no se tratará, más exactamente, en todos los países del Islam vinculados al sistema turco, a su moneda, a sus finanzas, a su autoridad, a perturbaciones y alteraciones generalizadas, aunque todavía provisionales?

Si no es ya el final de la potencia turca, es, por lo menos, la paralización de la grande y costosa política mediterránea. A comienzos de 1589, los informadores de Venecia atribuyen todavía grandes proyectos a Hasán Veneciano, ex beglerbey de Argel, quien, durante el invierno, había logrado navegar desde Argel hasta Constantinopla con cinco galeotas, “para vergüenza de los barcos cristianos”, que no lograron capturarlo en su travesía.[17] Hasán llegó a la capital turca el 10 de enero. Pronto empezó a circular el rumor de que el nuevo “Kapudán Pachá” se proponía armar de 50 a 60 galeras y avanzar hasta Fez, reanudando la fracasada tentativa de Euldj Alí. Los avisos que llegaban a Nápoles hablaban de provisiones de trigo y galleta en Morea y de 100 galeras destinadas a Trípoli,[18] cifra considerable que hacía ya años que no sonaba y que reproducía, por los mismos días, la información veneciana.[19] La noticia debió de preocupar bastante a los españoles, ya que en la primavera se decidieron a enviar varias galeras reforzadas para que fueran a explorar en Levante los movimientos del enemigo.[20] Pero en abril súpose que en el arsenal de Constantinopla se trabajaba sin poner mucho entusiasmo y que se reunirían, a lo sumo, 50 galeras para la expedición a la Berbería, suponiendo que la hubiese.[21] Un mes más tarde afirmábase en Venecia que no llegaría a haber armada turca importante.[22] Pero a fines de mayo y en junio se anunciaba de nuevo la llegada de 30 a 60 galeras turcas,

en vista de lo cual se decidió concentrar las galeras reales en Mesina, como en los tiempos pasados.[23]

En efecto, Hasán había zarpado el 18 de junio; el 22 estaba en Negroponto, donde se le unieron al día siguiente las "guardias" de Rodas, Alejandría y Chipre. Sus navíos estaban dotados de chusma insuficiente, decía un aviso, que anunciaba 80 velas, entre galeras y galeotas.[24] La cifra, sin embargo, parece un tanto exagerada, a juzgar por los avisos posteriores. El 28 de junio, en Modón, esperaba todavía la llegada de 10 galeras de Corón, para proseguir la ruta.[25] La partida fue, sin duda, el 1 de agosto, con unas 30 a 44 galeras, según las cifras suministradas por Venecia,[26] con 46 galeras y cuatro galeotas, según los informes de Palermo,[27] bastante "poco en orden, exceptuando la capitana".[28] La flota puso proa a Trípoli, llevando a bordo 8 000 hombres. Fue vista a lo largo de las costas sicilianas, pero sin que llegase a emprender nada contra ellas.[29]

No calibraríamos bien, sin embargo, lo que representaba este esfuerzo turco si no supiéramos que para la partida de esta flota fue necesario vencer numerosos obstáculos y hacer frente, sobre todo, a las perturbaciones que desolaban la ciudad de Constantinopla desde el final de la primavera.[30] Estas perturbaciones, nacidas de la miseria y la indisciplina militar, llegaron a ser, en mayo, tan alarmantes, que los pachás no se sentían seguros dentro de sus casas. "Los mismos bassas no ser seguros en sus casas, haziendo las guardias como si estuvieran en el campo de enemigos".[31] Esta crisis, que se manifiesta en el centro mismo del poderío turco, nos lleva a creer que los disturbios que se extienden en estos días por todo el islam están más vinculados unos a otros de lo que pudiera parecer. «De la armada del Turco que pasó a Trípoli [escribe el 8 de septiembre el conde de Miranda] no se a savido hasta agora sino su llegada alla que fue a los doze del passado y que Asan Aga hazia todas las diligencias que podia para reducir aquellos moros levantados y que el Morabut, cabeça dellos, hazia las suyas para lo contrario y que se hallava con mucha gente de guerra, desseando que fuesse en su ayuda armada Christiana. Esto se ha entendido… con una galera de la Religión que fue a dar algún socorro.[32]» Y el hecho fue confirmado por un informe de los Caballeros de Malta.[33]

Es decir, que a pesar de los temores por ella suscitados, la expedición de Hasán no iba dirigida contra la cristiandad. Los turcos no tenían la menor intención de dar el primer paso en una guerra contra España. No tocaron las playas de Nápoles o Sicilia, ni a la ida ni a la vuelta. Por lo demás, en esta época todavía se encontraba en Constantinopla un agente semioficial de

Felipe II, y el régimen de las treguas sucesivas no se había interrumpido. En agosto-septiembre, Felipe II daba a Juan Andrea Doria la orden de dirigir unas 40 galeras sobre España, para recoger tropas. Prueba de que, si se consideraba necesario reforzar de nuevo los tercios de Nápoles y de Sicilia, en previsión de futuras dificultades, no se abrigaban grandes temores para el presente.[34]

Algunos meses más tarde, un aviso de Constantinopla anunciaba el regreso de las 35 galeras de Hasán Pachá "tan par en orden que ha hecho lástima a todos los christianos que allí residen haverlas dexado bolver a Constantinopla, perdiendo una ocasión semejante porque a la verdad se havia tenido alli l'armada por perdida, haviendo muerto la mayor parte de la gente de remo y gran número de soldados".[35] El tono de este aviso belicoso es harto significativo. Si se trabaja en el arsenal es, dícese, "para espantar el mundo". El autor de esta carta se niega, por su parte, a dejarse engañar, sin duda porque conoce y ve a su alrededor las grandes dificultades con que tropieza el Imperio turco. Y no habríamos hecho un hueco aquí para hablar de la expedición de Hasán Veneciano, si (aparte de que, por comparación con los tiempos anteriores, indica el cambio inmenso operado en el Mediterráneo) no fuese uno de los elementos del paisaje turco de estos años de crisis, por lo menos tal como se trasluce, sin que podamos, ciertamente, saberlo con exactitud.

Revuelta en Constantinopla, revuelta en Trípoli. Entre las dos ciudades media evidentemente una gran distancia. Pero la revuelta prende también en Túnez, donde la relación de un tal Mahomet Caspi[36] señala, ya en noviembre de 1589, la creciente irritación de los indígenas contra los turcos. ¿Es, una vez más, la voz de un individuo aislado, aventurero o soñador, envuelto en las querellas personales y que busca unos cuantos barriles de pólvora o unos cuantos ducados? No, la irritación del país tunecino no es una quimera, sino una realidad, pues estalla en 1590 con una violencia harto reveladora. Todos los anales señalan, en Hadja del año 999 de la Egira, que corresponde, en nuestro calendario, al de 1590, la sublevación del presidio de Túnez y el asesinato de casi todos los *buluk bachís*, oficiales odiados del ejército y del pueblo, en cuyas manos estaba toda la administración.[37] Mientras tanto, en Trípoli volvía a encenderse la revuelta con el nuevo año. Un aviso de Constantinopla participaba, en marzo, la muerte del pachá de Trípoli y la desesperada situación de los turcos refugiados en el puerto. Se llegó a pensar que haría falta recurrir, para liberarlos, nada menos que a la caballería de El Cairo o al envío, como el año anterior, de 50 a 60 galeras.[38] Pero han pasado

los tiempos en que armar 50 galeras era un juego de chicos para el sultán. Un aviso de Constantinopla fechado el 16 de marzo de 1590 anuncia que, para reducir los gastos, el gran turco ha ofrecido el cargo de gobernador de Trípoli a quien se comprometa a armar a su costa cinco galeras y a ponerlas al servicio para la empresa. Y nadie se ofrece a ello… Se habla, pues, de armar 30 galeras y de agregar a ellas las de la guardia del Archipiélago, más algunas fustas requisadas en Grecia…[39]

No cabe duda de que los persistentes disturbios del África despiertan gran inquietud en Constantinopla. Pero no es tan fácil obrar. El arsenal no puede recrear una flota de la noche a la mañana. Los soldados, mal pagados, están descontentos. Lo que no impide a los turcos, antes al contrario, hablar de armar 300 galeras, ni al primer pachá multiplicar sus arrogancias y desplantes, amenazando a todo el mundo, a España, al emperador, a Polonia, a Venecia, a Malta… Y como la paz con Persia parece inminente, estas amenazas no dejan de provocar cierta alarma: Venecia pone a Candía en estado de defensa e impulsa los trabajos de su arsenal.[40]

Entre tanto, la crisis norafricana seguía su curso a toda prisa. Dos cautivos cristianos que habían logrado salir de Trípoli informaban al conde de Alba, a comienzos de abril: "el Morabut sigue su empresa y aunque en Italia juzgan que, por este año, no habrá armada, creo lo contrario, presupuesto que viene a ser lanze *[sic]* forzoso porque desamparando el enemigo a Tripoli pone en aventura de perder lo que tiene en Berveria hasta Argel, que induvitadamente tengo por cierto caería todo perdiéndose aquella plaza".[41] En Venecia se sigue con interés el desarrollo de la revuelta en el momento en que el turco se enreda en tumultuosas negociaciones con los polacos. Acaba de recibirse la noticia, escribe el embajador español en Venecia, de "que los moros rebeldes de Bervería havian cobrado a Tripoli y degollado el exercito de Túnez y el presidio de aquella ciudad con muerte del Baxa, quedando la fortaleza por el Turco, la qual tenian assediada". Se cree que serán socorridos por tierra desde El Cairo.[42] Pero todo esto, observa el conde de Miranda por los mismos días, podría muy bien terminar con el envío de otra armada turca a estos parajes.[43]

En todo caso, España no tiene motivos para inquietarse por ello. Tanto menos cuanto que, por aquellos mismos días, llegaba a Madrid la noticia de que la tregua hispano-turca había sido prorrogada por tres años,[44] cosa "muy deseada" en Madrid, señala el agente francés. El conde de Alba obstinábase, sin embargo, en alentar a los marinos sicilianos, pero era muy poco probable que la amenaza turca, suponiendo que la hubiera, se dirigiese contra las posesiones españolas. Los asuntos del norte de África bastaban para ocupar

todas las fuerzas, apenas convalecientes, de la flota turca, y no digamos las de la caballería egipcia, que podría también, en caso necesario, enviarse a aquellas tierras.[45] La revuelta tendía, en efecto, a generalizarse. El conde de Alba había enviado un agente informador, Juan Sarmiento, a Tabarca, la isla de los coraleros genoveses, que era un excelente puesto de escucha. «Toda la Berveria [le informan Spirolo, el gobernador, y su factor, De Magis (con palabras encubiertas, pues es fácil imaginarse la suerte que habrían corrido si el turco se enteraba de que los honestos genoveses informaban a los cristianos)] esta rebuelta contra los Turcos en mala manera y particularmente en Tunez con el Baxa que está en gran necesidad con los soldados, porque les deve seys meses de sueldo y no tiene recaudo ninguno para podellos pagar por donde está preso su teniente y todo su consejo y en toda Berveria se van huyendo los Turcos, embarcándose por Argel […] Dixeronme [añade Sarmiento] que dixiese a Vuestra Excelencia y al Infante [se refiere al infante hafsida, a quien los españoles conservaban en reserva] que procuren que vayan settenta galeras que solamente parescan en el golfo de La Goleta que los moros haran pedaços a los Turcos y con condición que el dicho infante concierte con S. M. que a los moros no sean saqueadas sus haziendas.[46]» Los informantes mostraban también su extrañeza de que, "quando vino Asan Aga en Tripoli saliendo con tres mil Turcos en campaña haviendo dexado las galeras desarmadas", no se hubiesen enviado de Sicilia "veynte galeras que les hubieran tomado todas y quemadolas".[47]

Pero, si los españoles se abstienen, en estas circunstancias, de intervenir, ¿no lo harán con conocimiento de causa? No entra en sus propósitos atizar de nuevo la chispa y la hoguera de la guerra turco-española, con motivo de Trípoli ni de ningún otro territorio berberisco. Una carta del conde de Alba, de abril de 1590, lo dice claramente.[48] "Acababan de llegar de Palermo algunas galeras de Florencia, bien reforçadas de chusma y mucha y mucha infantería, y se dizia que se juntarian en Malta con las del Maestre para yr a la empresa de Tripol y dar occasion al Turco de enbiar armada a poniente, para embaraçar a Su Majestad". "Para embarazar a Su Majestad": no cabe mayor claridad. Alba averigua más tarde, con satisfacción, que las galeras de Florencia no tenían otra intención que la de lanzarse al corso con los Caballeros, una vez más para sorprender la "caravana" de los galeones entre Rodas y Alejandría.[49] Si cabe, los españoles se apresuraban todavía menos que los turcos en reanudar las antiguas luchas.

No cabe duda de que esta actitud contribuyó a limitar las revueltas del norte de África. En ellas se enfrentan por lo general indígenas mal armados,

provistos en el mejor de los casos de unos cuantos arcabuces, contra ciudades fuertes y unidades enteras de arcabuceros, armados además de artillería. Aunque la tarea de los presidios turcos no sea fácil, no podemos decir que sea desesperada y que esté muy por encima de sus fuerzas, mientras los rebeldes sólo puedan contar con sus propios recursos. Y así vemos que en el verano de 1590 la traición entrega a los turcos al morabito tripolitano que los traía en jaque. A comienzos de marzo indicábase que se había retirado a Cahours, dejando a los turcos toda la marina, precaución normal en el momento en que era posible la llegada de una nueva flota turca.[50] Poco después, un aviso de 21 de mayo anunciaba en Nápoles el asesinato a traición de este personaje.[51] El 8 de junio se precisa desde Constantinopla "que la pelleja del morabí que levantó a Trípoli y a otros lugares de Berbería fue expuesta, en cruz, en una de las plazas más transitadas, en señal de triunfo y para vergüenza de los cristianos. Después de lo cual, se la colgó del rollo de los ajusticiados".[52] Cierto es que el 2 de junio se anunciaba la aparición de un sustituto del morabito, mucho más agresivo que él.[53] Pero todo parece indicar que las inquietudes del turco, en Trípoli, son ahora mucho menores. Fuera de las pequeñas escuadras de galeras que van y vienen entre Constantinopla y el norte de África —las 10 galeras que acompañan, por ejemplo, a Jafer Pachá, nombrado gobernador de Túnez—,[54] los turcos no intentan, durante este año, ningún importante esfuerzo marítimo. Y tampoco en 1591 ni en 1592, si nuestras fuentes son exactas y las hemos manejado bien. ¿Porque este esfuerzo no era absolutamente necesario, o porque era superior a las fuerzas efectivas y reales de Turquía? No sabríamos decirlo. Sin embargo, es indudable que la crisis del norte de África, a la postre, benefició mucho menos a los indígenas que a los turcos de África, a las guarniciones y a las pequeñas colonias otomanas, cuya cuasi autonomía queda consagrada ahora. ¿No se ven obligadas a vivir cada vez más por sus propios recursos y bajo su propia iniciativa? En Argel, donde se trasluce esta evolución a que nos referimos, se impone la república de los rais, la "taifa", lo que da como resultado una expansión de la piratería. Y lo mismo en Túnez, donde la piratería cobra mucho auge antes de fines de siglo. Vemos esbozarse ya la fisonomía de las regencias berberiscas, casi dueñas de sus propios destinos…[55] De otra parte, al hacerse menos densas las relaciones con Constantinopla, no cabe duda de que, al terminar el siglo, el norte de África va convirtiéndose en un mundo más abierto que en el pasado al comercio y a las intrigas de la cristiandad, en un mundo en que es más fácil actuar y que ofrece mayor margen a las ambiciones y a las asechanzas de los vecinos de enfrente. Un

mercader francés propone entregar toda una ciudad, Bugía;[56] el rey de Kouko[57] habla de ceder ciertos puertos si se le ayuda contra Argel. En 1607, las galeras de Toscana se lanzan sin dificultad al saqueo de Bona… Suena una nueva época para el norte de África. Estas regiones dejan de vivir al ritmo de Oriente.

La crisis financiera turca

Falta por investigar el modo en que la crisis de los años 1590 a 1593 se enlaza al conjunto de la historia turca. Al lado de causas locales (especialmente en lo que se refiere al norte de África) debió de haber otras generales, puesto que, reprimida aquí y allá, pero persistente en un mal crónico, la vemos aparecer, desaparecer y reaparecer en casi todas las provincias del mundo turco. Por ejemplo, en el Asia Menor, tierra por excelencia de levantamientos y revueltas, y en la misma Constantinopla, donde, después de los incidentes de 1589, los *spahis* vuelven a rebelarse, en enero de 1593.[58]

Posiblemente existe una relación entre todo esto y la crisis financiera turca que sigue al año de 1584. Este año,[59] el gobierno turco aborda sus manipulaciones monetarias en gran escala. Sigue en esto, y tal vez movido por las mismas razones, el ejemplo de Persia, que, de golpe y porrazo, devalúa su moneda en 50%. En todo caso, las piezas de oro que los turcos recibían en El Cairo (hechas todavía con oro africano) sobre la base de 43 maidines por un sequín, se les contaban a los soldados, en sus pagas, a razón de 85 maidines, es decir, el doble, lo que indica una devaluación de 50%, equivalente a la persa. Por otra parte, el sequín veneciano, que tenía el mismo valor que el sultanín, pasa, al mismo tiempo, de 60 aspros a 120. Habíase procedido también a refundir aspros, esas pequeñas piezas de plata, que eran la moneda corriente de los países turcos y la moneda por excelencia en las pagas a los soldados, piezas pequeñas que iban mezclándose cada vez más con aleaciones de cobre, al mismo tiempo que, sin duda, se las adelgazaba y que eran, según las poéticas palabras de un historiador ruso de la época,[60] "ligeras como las hojas del almendro y tan desprovistas de valor como las gotas del rocío". ¿No responderían a estas emisiones de moneda falsa los disturbios de los *spahis* en 1590? Una información veneciana que data de este mismo año[61] demuestra que las manipulaciones con la moneda seguían su curso, por lo menos en lo tocante al tálero (léase la piastra o el grush), que, a comienzos de siglo, valía 40 aspros. El desmoronamiento de la moneda

continuó bajo el reinado de Mehmed III (1593-1603), en que el valor del ducado pasó de 120 a 130 y de aquí a 220, mientras el fisco, imperturbablemente, seguía aceptando el ducado al curso antiguo de 110. "Aquel imperio [escribía el embajador español en Venecia][62] se hallaba tan pobre y alcançado que no corria otra ninguna moneda, sino ásperos de puro hierro." Exageración evidente, pero que revela a su modo este desastre interior, que la gran historia toma tan poco en cuenta.

De 1584 a 1603 tenemos la impresión de que se suceden, por lo menos, dos crisis monetarias, y graves crisis financieras que se salen del marco de las variaciones de la moneda. Con un cierto desajuste en cuanto al tiempo, la extremidad este del Mediterráneo tropieza con las mismas dificultades a que se había enfrentado antes el oeste. Pero no dispone, para paliarlas, de los nuevos recursos de la península ibérica, abierta sobre el océano y a la plata de América. Podemos, pues, pensar que, a grandes rasgos, la bancarrota y la debilidad turca engendraron, alrededor del año 1590, una crisis que fue generalizándose bastante rápidamente por la falta de pago de las tropas y por el menoscabo de la acción del poder central. El dique, al romperse, o a punto de romperse, hace que se revelen, aquí y allá, las más diversas manifestaciones: políticas, religiosas, étnicas y hasta sociales. Toda una serie de disturbios y motines siguen, en el vasto imperio, al derrumbamiento de la moneda.[63]

Pero esta explicación es puramente provisional. Aunque, nacida de ciertas impresiones y de ciertas analogías, parezca descansar sobre un fondo sólido de verdad, necesitaría ser contrastada, detallada, completada, matizada y, ciertamente, corregida. Cosas todas que requerirían una investigación a fondo en los archivos turcos.

1593-1606: se reanudan las grandes operaciones en los frentes de Hungría

Desde la tregua de 1568, la guerra no llegó a extinguirse jamás en las largas fronteras continentales que soldaban el Imperio turco con Europa, desde el Adriático hasta el mar Negro. La guerra, y con ella una especie de piratería terrestre. Esta piratería tenía sus especialistas, que vivían de ella por poblaciones enteras: eran los uscoques y los martoloses, en las fronteras dálmatas y venecianas; los akindis (bachi buzuks *avant la lettre*) y los haiduks, en los dilatados confines de Hungría; los tártaros y los cosacos, a través de las vastas zonas indecisas que se extendían entre Polonia y

Moscovia, de una parte, y de otra el Danubio y el mar Negro. Esta incesante guerrilla había prosperado durante el largo entreacto abierto por la tregua de 1568, concertada por ocho años y renovada en 1579 y en 1583.

Tanto más cuanto que, a partir de 1578, las fuerzas turcas fueron desviadas hacia el Asia: de pronto, por el lado turco, la frontera quedó abandonada a su propia suerte y comenzaron los desórdenes, desórdenes que no pueden, evidentemente, compararse por su naturaleza con los del norte de África, pero que acreditan, desde luego, las mismas deficiencias. El propio Sinán Pachá se lo explicaba, en junio de 1590, a la reina de Inglaterra, refiriéndose a los confines de Polonia: "Aprovechándose de la guerra de Persia [escribía], durante la cual el Gran Señor no quería ir a batallar en otros frentes, los ladrones, como los cosacos de Polonia y otras personas, no cesaron de molestar a los súbditos del Turco". El sultán proponíase castigar estos desmanes, cuando acabase la guerra de Persia. En el caso de Polonia se avino, sin embargo, a arreglar el conflicto amigablemente (en 1501 firmóse, en efecto, un convenio con los polacos),**[64]** pero solamente en virtud de los buenos oficios de la reina, quien declaró interesarse por Polonia porque sus súbditos se abastecían en aquel país de trigo y de pólvora para los cañones. Y Sinán no menciona los ricos presentes aportados por los embajadores polacos, a la par que la promesa de su rey de castigar por sí mismo a los autores de las fechorías.

Pero lo que decimos de los confines turco-polacos, devastados por los incesantes saqueos de rebaños y ciudades, es aplicable a la larga frontera en su totalidad. Y más aún a la del Imperio habsburgués, que es, por el centro y por el oeste, el vecino peligroso, más peligroso que los polacos y los rusos, los cuales, en el sur, lindan a menudo con el vacío o con los países rumanos, que el turco no tiene directamente en el puño. Claro está que no debemos imaginarnos a los turcos como las eternas víctimas; la guerrilla no se hace, ni mucho menos, en una sola dirección. Y, si hubiéramos de dar crédito a los imperiales, llegaríamos a la conclusión de que los únicos culpables eran los turcos. Y es cierto que no hay un sólo *beg* de la frontera turca, dueño del menor castillo, que no participe en esta guerra endémica dentro de los dominios en que es su propio señor y soberano, con su ejército, sus combinaciones y sus puntos personales de apoyo. Pero los cristianos, castellanos de la frontera, "bans" de Eslavonia y de Croacia, no se contentan, por más que otra cosa se diga, con hacer frente a las incursiones enemigas, con contenerlas o "prevenirlas", como hicieron el conde José de Thurn y el ban Tomás Erdödy cuando, en octubre de 1584 y, dos años más tarde, en

diciembre de 1586, aplastaron las bandas turcas en Carintia.[65] Lo cierto es que cada cual aportaba todo lo que podía, y los combates locales traducíanse no pocas veces en verdaderas batallas combinadas, con centenares y hasta millares de prisioneros. Bajo el peso de estas luchas, toda Hungría, la cristiana y la musulmana, llega a verse espantosamente asolada, lo mismo que la Carintia, los confines de Estiria y las Marcas de Eslavonia, Croacia y la Carniola, donde la línea de los castillos y las plazas fuertes, los macizos montañosos y los pantanos de los ríos, distaba mucho de oponer una barrera infranqueable.[66] El fuego no cesaba nunca, mientras duraba la estación propicia para los golpes de mano. Ni siquiera la tregua de invierno era infrangible. El resultado se adivina fácilmente: era, en estos países fronterizos, la creación de espantosos desiertos. Pelear en ellos con grandes ejércitos planteaba un problema de imposible solución. Hacían falta largos convoyes de abastecimiento. Desde Buda, por ejemplo, se organizaban grandes caravanas de bueyes para aprovisionar la fortaleza avanzada de Gran. Pero, cuando los cristianos acertaban a interceptarlas, los campesinos de la llanura húngara, de quien se habían tomado prestadas las bestias, se quedaban sin yuntas para tirar del arado y tenían que enganchar a él a sus mujeres. No olvidemos esta guerra continental y su lado implacable, inhumano. Cuando vuelva a encenderse, en la última década del siglo XVI, es, para los turcos, una segunda guerra de Persia, tan dura, tan costosa y tan larga como ésta (1593-1606).

Hasta la fecha, aunque la última palabra, en los combates de la guerrilla, la pronunciaran con frecuencia los cristianos, la política imperial habíase atenido a las cláusulas de la tregua de 1568. En 1590 había negociado su renovación por ocho años más, mediante el pago del tributo habitual de 30 000 ducados, aumentado con un regalo extraordinario en piezas de plata. Esta política de aparente debilidad es, en rigor, una herencia, tal vez un complejo de inferioridad, y no requiere explicaciones especiales.

Lo que ya no se comprende tan fácilmente es la actitud de los turcos. Sabíase bien que, después de haber hecho la paz con los persas, reaparecerían en escena con la mano levantada sobre el Occidente. Lo anunciaban de antemano sus bravatas y sus grandes frases. Pero ¿no podría descargarse sobre Venecia, por ejemplo, todo el peligro? La señoría, siempre tan al corriente de los asuntos otomanos, puso su flota en estado de alerta; se apresuró a fortificar la isla de Candía ya en la primavera de 1590, y en 1591 envió a ella, de golpe, dos mil soldados de infantería.[67] Los embajadores de Francia e Inglaterra instaron al gran señor a enviar su flota al Mediterráneo.

En 1589,[68] y más tarde, a comienzos de 1591, hablábase en Constantinopla de que estaban en preparación 300 galeras para acudir en socorro de los moriscos de España, de quienes se decía que se habían sublevado.[69] Sin embargo, la tormenta se desvió hacia el norte.

Tal vez a causa de la derrota sufrida en 1593 por el gobernador de Bosnia, Hasán, bajo los muros de Sisek, en Croacia. En los años anteriores, este Hasán había emprendido ya amplias operaciones contra los uscoques;[70] en 1591 había devastado el país entre Kreuz y Suanich, repitiendo la operación en la primavera de 1592.[71] Provocaciones, por otra parte, tal vez meditadas. Ahora bien, en junio de 1593 súpose bruscamente en Constantinopla que las habituales operaciones de limpieza, en esas mismas regiones, habían terminado con una derrota completa infligida al ejército de Hasán, en las orillas del Kulpa, por las tropas del ban de Croacia y Eslavonia. En este encuentro desastroso encontraron la muerte el propio Hasán y miles de turcos, y un enorme botín cayó en manos del vencedor.

Esta noticia hizo que se inclinase la balanza, hasta entonces indecisa, entre los partidarios de la paz y los belicistas, en la primera fila de los cuales se encontraba Sinán Pachá, adversario decidido de los cristianos y de los imperiales, el hombre de la guerra de Hungría, el hombre del ejército, una vez más impuesto por éste como gran visir. No debe desdeñarse el papel del enérgico e implacable albanés, de este anciano terco, astuto, inmisericorde, infatigable acumulador de tesoros. Tal vez los imperiales hubiesen cometido el error de no apreciarlo en todo su valor en las negociaciones iniciadas en 1591. Sin embargo, la vuelta al poder de Sinán no trajo consigo la ruptura inmediata de las hostilidades. Prosiguieron las conversaciones con el embajador imperial, Von Kreckwitz. Y el mismo hijo de Sinán Pachá, beglerbey de Rumelia, sirvió de intermediario para negociaciones encaminadas a un acuerdo.

No obstante, ¿la noticia del desastre de Sisek hizo otra cosa que provocar la explosión de una tormenta que venía fraguándose de largo tiempo atrás? Tormenta que tal vez era necesario hacer que estallase en Constantinopla. El final de la guerra de Persia colocó al gobierno del sultán ante el habitual problema de las desmovilizaciones y del licenciamiento de sus tropas. Tuvo que hacer frente a los motines de soldados a quienes se les debían los haberes. En 1590, los motines toman el cariz de una revolución. ¿No sería esta situación, tanto como el humor cambiante y veleidoso de Amurat III, la que pesó en los destinos del imperio, abriendo las compuertas a una verdadera cascada de grandes visires, de ministerios, como diríamos nosotros? ¿No fue,

en suma, la necesidad de desembarazar la capital de todo un pueblo de soldados molestos lo que empujó hacia esta nueva guerra continental? En el viejo libro de Hammer, escrito tan cerca de las fuentes y tan lleno de anécdotas, se nos presenta al gran visir Fehrat (visir de una hora, en 1594) abordado en las calles de la capital por una turbamulta de *spahis* descontentos, a quienes se había negado el pago de la soldada. La respuesta del gran visir, bien elocuente, fue ésta: "Id a las fronteras y allí encontraréis vuestra soldada".[72] En 1598, los jenízaros volvieron a sublevarse en protesta contra la mala moneda con que se les pagaba, y un aviso del 18 de abril de este año declaraba que era imposible vivir en esta ciudad en tan mala compañía.[73] Tres años más tarde les llegaba el turno a los *spahis*. Los mismos incidentes vuelven a producirse entre el 20 y el 25 de marzo,[74] y, más de un mes después de este motín, cartas de Constantinopla declaraban que "las insolencias y libertad de la gente de guerra" habían obligado a la mayor parte de los comerciantes a cerrar sus tiendas.[75] En 1593, la guerra de Hungría sirvió, por lo menos, para dar empleo a las tropas ociosas de Constantinopla.

Esta guerra de 14 años (1593-1606) la conocemos sólo a través de incidentes militares y diplomáticos.[76] Hammer nos hace un relato informe de ella, calcado de las fuentes. Este relato, reproducido luego por Zinkeisen y por Iorga, es, hay que reconocerlo, muy decepcionante. No se trata de transcribirlo aquí, donde sólo pueden interesarnos sus líneas generales.

Líneas generales que no son, ciertamente, fáciles de trazar, pues se trata de una guerra monótona, gobernada por la naturaleza misma del teatro de las operaciones, en ambos lados de la vasta zona, sembrada de castillos y plazas fuertes, que se extiende desde el Adriático hasta los Cárpatos. Cada uno de los dos adversarios prepara, año tras año, un ejército más o menos numeroso. El primero de los dos que se pone en marcha toma sin gran esfuerzo una serie de castillos y plazas fuertes; las tropas acantonadas, que cumplen más o menos bien con su cometido, evacúan, por lo general, sus posiciones tan pronto como se ven un poco apuradas, o entregan sin combate toda una serie de puntos fortificados. El vencedor conservará o no estos puntos, una vez ocupados: es todo un problema de efectivos o de créditos. Pero no podrá nunca —hecho importante— explotar su éxito. Las brechas abiertas en la zona de las fortalezas no franquean nunca una entrada profunda en el territorio enemigo. Muchas razones ostensibles explican esto. En primer lugar, las tropas que entraran en estas zonas devastadas, hostiles al hombre, expondríanse a morir de hambre. No hay ni que pensar en transportar a ellas

las provisiones necesarias. Hay también el peligro de que unan sus fuerzas las guarniciones de las fortalezas que se dejen intactas a ambos lados de la brecha de penetración, y corten la retirada del invasor. Y, sobre todo, los imperiales, aunque hayan logrado desde este punto de vista considerables progresos y cuenten con la eficaz ayuda de la caballería húngara, no disponen de caballería en número suficiente, de una caballería concebida, bien entendido, como arma aparte. Y los turcos, por su parte, tienen muchos menos caballos de lo que generalmente se cree. Se ven obligados a pedirlos a sus aliados: así, en 1601[77] vemos que las galeras turcas van a buscar contingentes de caballería tártara para trasladarlos por mar hasta Hungría. Téngase en cuenta que los turcos habían conquistado los Balcanes, en otro tiempo, gracias a las poderosas acciones de su caballería; y, más tarde, será también esta arma la que permitirá a Carlos de Lorena, primero, y después al príncipe Eugenio, empujar la frontera cristiana hasta bastante lejos, por el sur. Los ejércitos de 1593 carecen, pues, del elemento esencial para las grandes operaciones.

De 1593 a 1606, el relato, si pretendiera ser completo, se perdería en detalles casi microscópicos: en una serie de sitios, de ciudades tomadas por sorpresa, rendidas, salvadas, bloqueadas o que levantan el cerco. Sin que nunca salga gran cosa de todo esto. Se destacan solamente dos o tres grandes acontecimientos: la toma de Gran y de Pest por los cristianos, la toma de Erlau y la recuperación de Gran (1605) por los turcos… Rara vez llegan a chocar los ejércitos, entre las plazas fuertes o delante de ellas. Sólo se empeña una gran batalla de tres días de duración, del 23 al 26 de octubre de 1595, en un principio confusa y que termina con la victoria del sultán, quien se encontraba allí al frente de sus tropas: la batalla de la llanura de Keresztes. Pero no fue, ni mucho menos, decisiva: la tregua inevitable del invierno obliga al sultán a retirar sus tropas a los cuarteles de invierno, a Buda y a Belgrado.

Sin embargo, en medio de estas operaciones monótonas, se delinea muy claramente una zona bélica. La frontera imperial, apoyada por el oeste en los Alpes y por el este en los Cárpatos, se extiende de una masa montañosa y forestal a otro gran macizo boscoso e igualmente accidentado. Entre estos dos extremos se instala la guerra en Hungría, en esta gran planicie descubierta, cuyos grandes caminos son el Danubio y el Tisa, por donde navegan las barcas transportando tropas, municiones y vituallas. De los dos caminos que suben hacia el norte, el más desierto y el más expuesto es, tal vez, el del Danubio. El valle del Tisa, aunque no ofrezca un camino mejor, tiene, por lo

menos, refugios más confortables y un abastecimiento más cómodo. Y presenta la ventaja de cruzar en medio de un país pacificado.

La lección de esta guerra, vista en su conjunto, es el innegable ascenso de los imperiales, cuyos primeros éxitos encuentran gran resonancia, y hasta tal vez demasiada resonancia, en Europa,[78] habiendo sido ampliamente festejados en 1595. Es indudable que la guerra no había tomado por sorpresa a los imperiales. Supieron ver venir el peligro y solicitar a tiempo el concurso del Reich y de los países hereditarios. Recibieron en el momento oportuno las ayudas de Italia, de la Santa Sede y de la Toscana. Ayudas sustanciales, ya que Italia, en este final de siglo, es un país rico y sabe que las ambiciones turcas se dirigen sobre ella. El papa otorgó al emperador socorros en dinero y la percepción del diezmo. El gran duque de Toscana puso un ejército a su disposición.[79] Sobre Venecia se ejerció una gran presión para que abrazase la causa del emperador. Sin conseguirlo. La señoría negóse a abandonar su política de neutralidad armada y siguió aprovisionando a los turcos, a sus mismas puertas, provocando con ello una gran irritación en España.[80] Se hicieron tentativas, asimismo infructuosas, para lograr que Polonia y Moscovia acudieran en auxilio de los imperiales. Lo que más conviene tal vez subrayar es que Alemania, que desde 1555 se hallaba sobre poco más o menos en paz consigo misma, desde 1568, oficialmente, en paz con Turquía, y desde 1558 a cubierto de las posibles tormentas del norte, acaba de atravesar, en estos momentos, por un largo periodo de tranquilidad y de crecimiento. Su fuerza se hace sentir en su frontera, donde la presencia de italianos y de franceses marca la frontera común de la cristiandad.

Pero también hay actividad en otras fronteras. Al lado de la batalla principal surgen teatros secundarios de operaciones: de una parte, los de Croacia y Eslavonia; de la otra, gravitando con peso mucho mayor sobre el destino de la guerra, los de los países del este: la Valaquia y la Moldavia, ricos graneros de trigo y de reservas de ganado, que Constantinopla sangra en beneficio propio; y la Transilvania, este mundo tan complejo, a la vez húngaro, rumano y alemán; alemán por toda una serie de plazas fuertes y de ciudades industriosas, curiosas improntas germánicas cuyo papel histórico ha sido inmenso. Y son justamente estos tres territorios —que corresponden, sobre poco más o menos, a la actual Rumania— los que parecen haber decidido la suerte de la guerra húngara. Al principio, su brutal intervención en favor de los imperiales ha producido la gravísima crisis de los años 1594-1596, de la que el Imperio turco sólo se salvó a duras penas, gracias a la providencial victoria de Keresztes. Y, a la inversa, la intervención de la

Transilvania en 1605, ahora en contra de los imperiales, bastó para que los turcos pudieran reconquistar de golpe el terreno perdido y lograr casi sin esfuerzo la paz blanca de Sitvatorok (11 de noviembre de 1606).

En 1594, cuando estaba indecisa la situación en Hungría, los tres países tributarios, Transilvania, Valaquia y Moldavia, se rebelaron contra el sultán, para abrazar la causa del emperador Rodolfo.[81] Miguel el Bravo, en Valaquia, hizo una matanza de los antiguos dueños del país. Esta triple sublevación venía a desviar con una poderosa diversificación la guerra turco-imperial. Pero, sobre el papel de este bloque balcánico enclavado entre Polonia, Rusia y el Danubio, la historia tradicional sólo nos brinda, como de costumbre, comentarios acerca de las personas, de los grandes actores del drama, y no acerca de lo que importa, que es el sentido del drama mismo. Los grandes actores, a saber: aquel Segismundo Bathory, dueño, y muy duro por cierto, de los países transilvanos, a quien el papa ayuda con dinero y que sueña con acaudillar la cruzada que se vislumbra en las orillas del Danubio; [82] Aarón, voivoda de Moldavia, y, por último, una gran figura muy difícil de captar, a pesar de todo, y más difícil todavía de enjuiciar, Miguel el Bravo, dueño de la Valaquia y de las vastas regiones vecinas.

La coincidencia de esta sublevación y del advenimiento al trono de Mehmed III contribuye a agravar todavía más sus consecuencias. Durante el verano de 1595, Sinán Pachá lanza rudamente sus tropas contra Miguel el Bravo. Franquea el Danubio en agosto, toma Bucarest primero, y luego Tergowist, antigua capital de la Valaquia. Pero, encontrando frente a sí la agresividad de los boyardos y de su caballería, no logra mantener sus conquistas. Al acercarse el invierno se ve obligado a pegar fuego a los baluartes de madera precipitadamente construidos, y su retirada se convierte en un desastre: cruza el Danubio con lo poco que le ha quedado de su ejército. Los vencedores, mientras tanto, avanzan hacia el sur, por caminos cubiertos de nieve, toman Brailía e Ismailía, plaza esta última recientemente creada por los turcos y que era la más fuerte de todas las del bajo Danubio.[83] En Transilvania, los turcos apenas tuvieron mayor fortuna: perdieron todo un cuerpo expedicionario, hombres, impedimenta y artillería.[84] Por su parte, los imperiales, favorecidos por tan poderosa ayuda, aniquilaban al pequeño ejército que intentó levantar el cerco de Gran (4 de agosto). La ciudad se rendía el 2 de septiembre de 1595.

El sultán en persona tomó en sus manos esta comprometida situación y logró restablecerla, en los días 23 a 26 de octubre de 1596, con su victoria de la llanura de Keresztes. Debemos, pues, guardarnos de exagerar, juzgando por

los comienzos de la campaña, el ascenso “alemán”, por otra parte innegable. Y, sobre todo, de hablar una vez más de la irremediable decadencia de los Osmanlíes, aunque el tema aparezca ya manejado por la gente de la época, en el Occidente. “Aquel imperio, comienza ya a desclavonarse”, escribe un embajador español,[85] pero el testimonio debe interpretarse juiciosamente, y no tomarse al pie de la letra. No tiene, ni mucho menos, el sentido que podría atribuírsele. El turco, por lo demás, obra con prudencia. Sabe contemporizar y, cuando hace falta, negociar, frente a la Transilvania y a las “provincias danubianas”. Adoctrinado por la experiencia, procura no tocar demasiado de cerca al avispero valaco. Empuja a los polacos hacia estas ricas planicies que por el momento se le escapan de las manos,[86] procurando así neutralizarlas lo más posible. No puede evitar que, de vez en cuando, las tropas de Miguel el Bravo le asesten algunos golpes mortificantes,[87] pero está en libertad de volverse, ahora, contra el emperador en mucho mejores condiciones.

Los últimos años de la guerra enfrentan, por otra parte, a fuerzas mucho más equilibradas y que se agotan, en esta lucha demasiado igual, monótona y costosa. Agotamiento financiero,[88] pero también militar. Las tropas turcas procuran escurrir el bulto,[89] pero los soldados imperiales hacen otro tanto. [90] Tanto unas como otras son insuficientes, a juicio de los expertos.[91] Y por ambas partes ha desaparecido la exaltación de los primeros días.[92] En 1593, por orden del emperador, se hacía sonar diariamente, a mediodía, la *Türkenglocke*, la Campana de los Turcos, destinada a recordar, un día tras otro, que se estaba librando la guerra contra el gran enemigo. En 1595, el sultán Amurat ordenó que se transportase procesionalmente desde Damasco, donde se custodiaba, hasta Hungría, el estandarte verde del Profeta. En 1599 nadie gustaba ya de semejantes gestos, y el gran visir Ibrahim entabla serias negociaciones de paz.[93] Negociaciones que siguieron su curso, paralelamente con la monótona guerra. Los momentos de abatimiento y de dificultades impulsan a ambas partes a considerar objetivamente la situación. La “retaguardia” resistía peor aún que el “frente”. Alrededor de los años 1560, una oscura revuelta, acaudillada por un tal Yasigi[94] (a quien los avisos occidentales llaman “el Escribano”), sacudía el Asia Menor, trayendo como consecuencia la interrupción del tráfico y un verdadero bloqueo de Ankara. [95] Su éxito fue tan grande, que llegó a verse amenazada la misma plaza de Brusa.[96] Constantinopla celebró con grandes fiestas la derrota del “Escribano” por Hasán Pachá.[97] Más aún, en 1603 volvía a encenderse en Asia la guerra contra Persia. Esta guerra impuso inmediatamente gastos

inverosímiles, dando un cariz dramático a la amenaza que las revueltas endémicas del Asia Menor hacían pesar sobre el imperio.

Y, sin embargo, en este momento de debilidad general, los turcos consiguen enderezar la situación por el norte. Les basta, para ello, lograr el cambio decisivo de frente de la Transilvania,[98] prometiendo, en 1605, a su dueño de la hora, Bocskai, la corona de Hungría. Es decir, la de toda la Hungría turca, salvo las plazas fronterizas que daban cara al emperador. El pobre príncipe de las montañas se sintió demasiado tentado por el regalo que se le brindaba de las ricas tierras de la llanura. Esta promesa no era más que una añagaza, pero bastó para provocar la poderosa diversión que tanto necesitaban los turcos. Valiéndose, además, de la ayuda de los tártaros, a quienes lanzaron por el oeste sobre los confines de Croacia y Estiria, pudieron avanzar victoriosamente por el pasillo danubiano. La plaza de Gran fue reconquistada el 29 de septiembre de 1605, y poco después la de Wissegrado. Más tarde caían Vesprim y Palota, para citar tan sólo las victorias más sonadas del gran visir Lala Mustafá.

De pronto, las conversaciones de paz, tantas veces reanudadas, pudieron desarrollarse con mayor holgura, ya que los turcos, presionados por la imperiosa guerra de Persia, se apresuraron a capitalizar sus éxitos del año 1605. La paz se firmó, por último, el 11 de noviembre de 1606. Fue restablecido el *statu quo* y se restituyeron las plazas conquistadas y los prisioneros hechos. El transilvano, que había vuelto a abrazar, mediante un convenio particular, la causa del emperador, renunciaba a la corona de Hungría. El sultán recibía del emperador un regalo de 200 000 ducados, pero renunciando a cambio de él al pago de un tributo. La paz de 1606 fue, indudablemente, la primera paz turco-imperial concertada sobre un pie de igualdad por las dos partes.

II. DE LAS GUERRAS CIVILES FRANCESAS A LA GUERRA ABIERTA CONTRA ESPAÑA: 1589-1598

Otra guerra se desarrollaba mientras tanto por el oeste, también al margen del Mediterráneo, pero llegando a él de vez en cuando: la guerra francesa, enlazada a toda la crisis del mundo occidental y atlántico. También aquí nos encontramos con el mismo problema: no se trata de exponer todos y cada uno de los aspectos que se manifiestan en este vasto campo de estudios, sino simplemente de destacar los nexos que existen entre estos acontecimientos y la historia, ahora calmada y tranquila, del Mediterráneo. Tarea circunscrita,

pero no por ello menos pesada. Las guerras de religión, en Francia, forman parte de un drama europeo, religioso y político, para no referirnos a los factores sociales y económicos de segundo plano. ¿Cómo delimitar impunemente, dentro de este apretado complejo de problemas, las zonas restringidas y precisas que nos interesan?

De 1589 a 1598, Francia pasa por dos crisis: de 1589 a 1595 es una crisis sobre todo interior, la más dura que haya vivido el país desde que comienzan las perturbaciones; luego, de 1595 a 1598, es la guerra abierta contra España, una crisis exterior. Ambas agitan y conmueven fuertemente al país, pero sólo interesan a nuestro tema como acontecimientos marginales.

Guerras de religión en la Francia mediterránea

El Mediodía mediterráneo no llega a desempeñar, a pesar de todo, más que un papel puramente secundario en las guerras religiosas de Francia. La herejía, causa y pretexto de las perturbaciones del país, se preocupó más de ganar el delfinado, penetrando por allí a España, y el Languedoc y, a través de él, Italia, que de llegar al vacío del mar, por la Provenza. Entre el Languedoc y el delfinado, el ámbito provenzal permanece relativamente en calma. Lo que no impide que repercutan en esta zona múltiples y sangrientas agitaciones y que se produzcan en él grandes alertas, en los años de 1562, 1568 y 1579… Principalmente durante este último año, en que se producen verdaderas sublevaciones campesinas, que asuelan el país.[99] La guerra instalóse entonces allí de un modo endémico, con sus matanzas y sus saqueos. Como en el resto de Francia después de los años 1580, todo fermenta ahora y se descompone en la Provenza, país todavía mal hilvanado al reino,[100] pobre y ávido de libertad, con sus duras rivalidades locales, sus ciudades celosas de sus privilegios y su nobleza espantosamente turbulenta… Pero ¿podríamos, aunque quisiéramos, poner en orden este polvo de la historia, señalar con precisión las responsabilidades de las sórdidas guerras locales entre *carcistas* y *razas*, y más tarde, entre *ligueurs* y *bigarrats*, de estos múltiples dramas, que se precipitan con los últimos años del reinado de Enrique III, y después con su asesinato, el 1 de agosto de 1589?[101]

No cabe duda de que, después de 1589 y por lo menos hasta 1593, lo esencial del drama francés se localiza en el norte, desde los Países Bajos hasta París y desde París hasta la Normandía y la Bretaña. Pero también en el Mediodía se agravan las cosas. Aquí como en otras partes, los comienzos del reinado de Enrique IV presencian el desgajamiento del reino en ciudades,

señoríos y hasta bandas autónomas. Viene luego la reconstrucción, bastante rápida: los granos de arena se aglomeran de nuevo y reconstituyen entre todos los sólidos sillares del antiguo edificio. Esta historia, simple en su ritmo, es, sin embargo, complicada hasta lo absurdo en sus detalles. Cada grano de arena que vuela tiene su cronista o su historiador; cada personaje más o menos importante, su biógrafo.

En el Mediodía mediterráneo, *lato sensu*, se entrecruzan seis o siete aventuras: las aventuras, opuestas, de Montmorency y el duque de Joyeuse en el Languedoc; la del duque de Épernon en la Provenza; la del condestable de Lesdiguières[102] en el delfinado y en torno de él; la del duque de Nemours en el lionesado;[103] la del Saboyano desde la Provenza hasta los aledaños del lago de Ginebra; por último, recubriéndolo todo, el lento y complicado juego de Felipe II. De todos estos personajes, solamente tres trabajan para Enrique IV: Montmorency, Lesdiguières y d'Épernon. Y tal vez exageramos al decir que trabajan; el término es demasiado simple, y por lo que respecta cuando menos a uno de los personajes, el duque de Épernon, es francamente inexacto. Lo cierto es que el duque, como tantos otros entonces, trabajó sobre todo para sí mismo y, en noviembre de 1594, tomó partido por el extranjero.[104]

Para explicarlo todo sería necesario seguir todas y cada una de estas aventuras, tarea harto difícil, pues chocan unas con otras y se enredan entre sí. Pero, tomadas en su conjunto y vistas geográficamente, se organizan con bastante claridad en dos guerras bastante distintas y de destinos diferentes: una es la que se libra en el Languedoc y termina, prácticamente, al final del año 1592; la otra tiene su centro en la Provenza y no acaba hasta 1596. Y ya esto basta, al parecer, para echar por tierra los cálculos que *a priori* pudiéramos establecer: en un territorio cercano a ella, a sus mismas puertas, como el Languedoc, España no logra sostener una guerra que, sin embargo, alimenta en la lejana región de la Provenza hasta 1596. Las circunstancias, hemos de verlo, explican con bastante claridad esta aparente paradoja…

En el Languedoc, los adversarios de Enrique IV tenían muchos triunfos en su mano. Los respaldaba España, una España instalada en Cerdeña y en el Rosellón, que avanzaba hasta mucho más allá del norte de los Pirineos y que disponía de lo que podemos llamar la supremacía marítima en el Mediterráneo. Contaban, además, con estos otros simpatizantes: por el oeste, la Guyena, donde los *ligueurs* disponían de importantes fuerzas; por el este, la Provenza, que se había declarado en masa contra el rey herético.

En cambio, el duque de Montmorency, devoto del nuevo rey, contaba con fuerzas muy serias en Montpellier; podía además, unirse fácilmente, por Pont-

Saint-Esprit, a las fuerzas, siempre dispuestas para intervenir, que seguían a Lesdiguières en el delfinado. Dueños de la ruta del Ródano, o capaces, por lo menos, de cortarla cuando les conviniera, los "realistas" tenían, pues, en sus manos, un medio para presionar sobre el conjunto de los países mediterráneos. Además, el Languedoc lindaba con un Mediterráneo muy singular: el golfo de León, hostil a las galeras y durante gran parte del año, todos los inviernos, agitado por los temporales… Los marinos se lo decían a Felipe II, quien les confiaba allí difíciles misiones,[105] no pocas veces irrealizables: transportes de tropas o de provisiones, incursiones contra los corsarios franceses, o aquella imposible destrucción del fuerte de Briscon, tantas veces solicitada. Agreguemos que, a partir de 1588,[106] Montmorency disponía de una flota de bergantines y fragatas, pequeños barcos rápidos y ligeros, saqueadores de los navíos catalanes, que prestaron tan buenos servicios, después de 1589, en el bloqueo del puerto de Narbona. Las pesadas galeras españolas podían poco contra estos esquifes, casi tan poco como las de Venecia contra los navíos de los uscoques. De este modo, y aun sin disponer de la supremacía en el mar, Montmorency podía recibir tranquilamente, por esta vía, refuerzos de Córcega[107] y remos de Liorna.[108]

En realidad, los *ligueurs* tenían ante sí una partida más difícil y complicada de lo que a primera vista parecía, y, desgraciadamente para ellos, había sido confiada a manos poco hábiles: las del duque de la Joyeuse, hijo del mariscal. Al principio, todo fue bien. El duque volvióse, en efecto, inmediatamente, hacia la cercana España. En las primeras jugadas logró algunos éxitos y se apoderó de la importante plaza de Carcasona, aunque los "realistas retuvieron en sus manos el 'burgo', según indica un aviso español de 8 de mayo de 1590.[109] En el mismo momento, Montmorency concentraba sus tropas en Pont-Saint-Esprit, dispuesto a atacar el Narbonesado. Inquieto, el duque de Joyeuse escribía a Felipe II: "Los asuntos de los católicos del Languedoc se hallan en tal estado, que si no se provee a ello muy pronto, quiero decir en estos mediados de junio, es de temer que el rey herético se adueñe de todo, pues el señor de Mommoransi, que es su principal jefe y que manda por él en el dicho país, está levantando un gran ejército…"[110]

El comunicante recarga tal vez las tintas negras, pues se propone, con su parte, conseguir subsidios y recursos, aquellos recursos y subsidios que tanto tardaban en llegar de la riquísima España. Pero, con todo, la situación era seria. El 12 de junio, Joyeuse aún no ha recibido nada y se alarma ante el pensamiento de que sus adversarios se apresten a "… trabajar a los dichos católicos en esta cosecha y a quitarles todo medio de mantenerse en su santa

resolución…”[111] El 22 de junio, nuevas quejas y nueva petición de auxilio, acompañadas del envío de un agente, el arcediano Villemartin, cerca del Rey Católico;[112] más quejas, el 10 de julio, en relación con las ayudas prometidas y que no acaban de llegar.[113] El duque escribía, en esta fecha, a Felipe II: “Suplico muy humildemente a Vuestra Majestad que me perdone si me atrevo a importunarle tantas veces con la representación que le hago de nuestras necesidades, lo que no haría si no supiese el celo que Vuestra Majestad pone en la conservación de la religión católica y el honor que se ha dignado hacerme al asegurarme que deseaba hacerse cargo de ella en esta provincia”.[114] En agosto, ¿han llegado, por fin, los socorros de Felipe II? Al parecer, no; por lo menos, no todos… Cierto que una carta señala el próximo aprovisionamiento de soldados alemanes por las galeras españolas, cerca de Narbona,[115] y otra indica también que ha sido entregada una parte de la pólvora prometida.[116] Pero, por los mismos días, sabemos que los lansquenetes alemanes se negaban, por falta de paga, a entrar en “territorio enemigo”, dicho en otros términos, a combatir…[117] Era el pan nuestro de cada día de la guerra… Y el pequeño juego continúa, con súplicas incesantemente repetidas y lentas respuestas, con magníficas promesas seguidas de los incumplimientos habituales y, de vez en cuando, algunos raros éxitos.

Así continúa por espacio de dos años, mal que bien. Hasta que, en 1592, se produce, al sur de los Pirineos, el importantísimo asunto de Aragón. Una parte de los aragoneses se levantan en defensa de Antonio Pérez. El fugitivo y sus amigos habían encontrado refugio en Bearne, donde la hermana de Enrique IV, Catalina, supo aprovechar la ocasión que se le deparaba, mandando al otro lado de los Pirineos bandas armadas para incursiones en el país aragonés.[118] Felipe II, de pronto, retiene todas sus tropas al sur del Pirineo y abandona a su suerte al señor de Joyeuse y a los católicos del Languedoc. Éstos, desesperados y jugándose el todo por el todo, intentan, en septiembre, apoderarse de Villemur sobre el Tarn, con la esperanza de poder llegar, después, al Quercy y a la Guyena, abandonando aquella plaza[119] para proseguir la lucha en otra parte. Empresa que termina con un desastre en el que los católicos pierden, según un informe de 4 de noviembre de 1592, toda su infantería y su artillería.[120] A los vencidos no les quedaba ya más recurso que la Majestad del Rey Católico, “cristiana entre las cristianas y la más católica de las católicas, en la cual se funda, después de Dios, toda esperanza”.[121] Pero la angustiosa apelación no fue escuchada.

A comienzos del año siguiente se concierta una tregua, cuya noticia corre a París, hacia mediados de febrero de 1593.[122] La guerra civil en el Languedoc mediterráneo terminaba, así, con una rapidez y un éxito que los realistas no habían esperado.[123] En el Languedoc continental, alrededor de Tolosa, la lucha prosigue hasta el año 1596. Pero la victoria de 1593, por el este, tenía su importancia; cortaba en dos esta zona sublevada, que a comienzos del reinado de Enrique IV se extendía desde los aledaños de Italia hasta el océano Atlántico. Y, en el punto mismo del corte, los "realistas" encontrábanse, como en el Bearne, pegando a las mismas fronteras de España.

En Provenza, la lucha había comenzado ya antes de la muerte de Enrique III y había de durar allí mucho más tiempo que en el vecino Languedoc, prolongándose, a través de sus últimas complicaciones, hasta el final de la guerra hispano-francesa, es decir, hasta 1598 (fecha en que la pequeña guarnición saboyana evacúa la plaza de Berre).

La Provenza habíase separado del reino ya en abril de 1580, es decir, antes de la muerte de Enrique III; dicho más exactamente, el Parlamento de Aix habíase adherido a la Unión católica, proclamando y reconociendo al duque de Mayenne como "lugarteniente general del Reino".[124] Una pequeña minoría del Parlamento se había retirado a Pertuis, en julio del mismo año.[125] Las grandes ciudades, Aix, Arlés y (fuera ya de la Provenza, pero en el ámbito provenzal) Marsella, abrazaban todas el partido de la Liga. Lo que vale tanto como decir que la religión provenzal, dominada por sus ciudades burguesas, parapetadas detrás de sus privilegios, había tomado posición ya desde antes del advenimiento del nuevo rey de Francia. El gobernador de la Provenza, duque de Épernon, nombrado en 1587, había dejado el puesto a su hermano, Bernardo de Nogaret de Lavalette. Este, hombre enérgico y activo, no perdió la cabeza ante el nuevo peligro. Fiel al gobierno real y apoyado en las fuerzas de Lesdiguières y en el elemento popular y campesino, hizo frente al desorden y logró, incluso, reocupar la Provenza central y meridional. Un aviso español de 1590 nos lo presenta ocupándose de fortificar la plaza de Tolón,[126] medida encaminada, por lo demás, tanto contra el saboyano como contra cualesquiera peligros que pudieran venir por el lado del mar. Pero Lavalette no logró imponer totalmente su juego a la Provenza, como no lo lograron tampoco cuantos lo intentaron, ni en un sentido ni en otro, en los diez últimos y terribles años de lucha. En realidad, y por lo menos hasta 1596, hubo constantemente dos Provenzas, enfrentadas la una con la otra y separadas por fronteras fluctuantes y, a menudo, muy indecisas: una, afecta a Aix; la otra, fiel a la capital realista provisional de Pertuis.

Marsella, el más importante personaje del país, habíase sumado a la causa de la Liga después del asesinato del segundo cónsul realista, Lenche (abril de 1588),[127] y lo había hecho con una pasión de la que ya no habría de desmentirse. Y el entenderse con la Liga equivalía inevitablemente a enrolarse, más temprano o más tarde, con España.

Pero el verano de 1590 sólo asistió, en Provenza, al desarrollo de una intriga extranjera, la del saboyano, consorcio poco encumbrado, pero muy bien situado para actuar y más capaz de agitar la Provenza que el poderoso pero lejano Rey Católico. Carlos Emmanuel la invadió, en efecto, en julio de dicho año, respondiendo a la llamada de una intrigante partidaria de la Liga, Cristina Daguerre, condesa de Sault. El 17 de noviembre de 1590, el Saboyano llegaba a Aix, donde el parlamento lo recibía y le confiaba el gobierno militar de la Provenza, aunque sin concederle la corona condal, meta de sus ambiciones.[128]

En este invierno de 1590 ocupan su puesto en el escenario casi todos los elementos del drama provenzal. Y si la acción no se precipita inmediatamente, se debe a que, en vez de volcar su esfuerzo sobre esta zona de influencia en que tampoco el saboyano es lo bastante fuerte para imponer por sí sólo su voluntad, España lo encamina ahora hacia Languedoc, hasta que estalla la crisis aragonesa de 1592 y se produce el desastre de Villamur, el 10 de septiembre del mismo año. Pero en 1592, en que el teatro secundario de la Provenza es ya la única zona de acción posible en la Francia mediterránea, los españoles se deciden a intervenir en ella como si nunca hasta entonces lo hubiesen hecho. Sin poner en la empresa, por lo demás, mucha premura ni mucho empeño, y sin descartar tampoco de la escena a los actores locales, el saboyano, Lesdiguières y Lavalette…

Lo que prueba la debilidad del duque de Saboya es que, durante el invierno de 1592, Lesdiguières, primero con el concurso de Lavalette y después solo (Lavalette había sido mortalmente herido el 11 de enero de 1592, en el sitio de Roquebrune),[129] fuese capaz de rechazar a las tropas saboyanas hasta más allá del Var y, más tarde, en la primavera, de ir a sorprender al duque en sus propias tierras nizardas. Las guarniciones saboyanas, desperdigadas por la Provenza y bloqueadas sin llegar a estar sitiadas, no dejaron de pasar apuros;[130] pero al llegar el verano, Lesdiguières se replegó de nuevo sobre los Alpes, lo que permitió a los saboyanos emprender un nuevo paseo veraniego a través de la Provenza, tomando de paso las plazas de Cannes y Antibes, en agosto de 1594.[131] Sin embargo, estos éxitos, al igual que los anteriores, no podían se decisivos. La guerra

desarrollábase en un país miserable: se reducía a una serie de golpes de mano y el vencedor triunfaba en el vacío. El duque de Épernon, quien se presentó en su gobierno a la muerte de su hermano, se instaló en él como en país conquistado, con su tropa de aventureros gascones. A la entrada del otoño, una serie de golpes directos y de ágiles operaciones, señaladas por atroces crueldades, permitiéronle arrebatar al saboyano Cannes y Antibes. ¿Volvía a estar todo en tela de juicio? En septiembre, los diputados de la Provenza "antirrealista" se vuelven hacia el Rey Católico, a quien piden ayuda y socorro.[132] El conde de Carcés, gobernador de la Provenza en nombre de los de la Liga, nombrado en 1592 para este puesto por su suegro, el duque de Mayenne, reitera la misma petición a comienzos de 1593. Todo en vano: el éxito completo, negado por dos veces al de Saboya, fue negado también al duque de Épernon, quien, en junio-julio de 1593, fracasa en su intento de tomar la ciudad de Aix.[133]

En este momento sobreviene en Francia, precisamente en julio de 1593, la abjuración del rey, que viene a ponerlo todo en tela de juicio. Se produce un inmenso movimiento de adhesión al monarca, por devoción apasionada a la persona del rey y por amor a la paz. El 5 de enero de 1594, el Parlamento de Aix presta juramento al rey. Fue el primero de los Parlamentos de la Liga que reconoció a Enrique IV.[134] El año 1594 abríase, así, con un acto que parecía decisivo, pero que en realidad no lo fue. En Provenza, este año fue, evidentemente, el año de las adhesiones y las apostasías, pero también el de las últimas intrigas y revueltas, el de los falsos cálculos, los gestos violentos, los mil regateos y chalaneos, polvo de historias pequeñas e individuales…

Un hecho se destaca entre tantos, que es el casi gran acontecimiento de la estación: los partidos de la Liga, adheridos ahora a la causa de Enrique IV, se aproximan unos a otros y vuelven todos sus pendencias contra el duque de Épernon. Ello hace que se ponga en claro el juego de este personaje. Sabe que Enrique IV no lo quiere (para que el rey le confiase el gobierno de la Provenza, en 1592, el duque había tenido que forzarle la mano) y que la nobleza del país le detesta mortalmente, y ha sabido comprender de antemano que la paz que despunta en el horizonte será el fin de su propia autoridad y de un principado independiente, con el que sin duda soñaba. ¿Qué vendría después? ¿Quién no podía prever lo peor? El duque tiene, pues, sus razones para no querer llegar a un acuerdo con la gente de Aix y con la nobleza de la Provenza, o para alarmarse ante los tratos de aquel asombroso agente a quien Enrique IV despacha para que maniobre en medio de las intrigas de la Provenza y que se llama Jacques de Beauvais La Fin. Sin embargo, y ante la

doble mediación de Lesdiguières y Montmorency, no tiene más remedio que entenderse, de orden del rey, con los vecinos de Aix. Pero la mala fe de Lesdiguières y el anuncio del nombramiento del duque de Guisa, hijo de Balafré, para ocupar el gobierno de la Provenza, deciden a Épernon a sublevarse para salvar, como dirá él mismo, su honor y su vida,[135] y sublevarse equivale, aquí, a entenderse con el saboyano y con el español. Ya en noviembre de 1594 había dado el paso, según lo revelan sus propias cartas y las fuentes españolas.[136] Pero la traición no se estampa sobre el papel, en un acuerdo, hasta noviembre de 1595,[137] es decir, un año más tarde. El duque se pasa al enemigo con sus gascones y unas cuantas ciudades que aún detentaba en la Provenza e incluso, a lo que parece, fuera de ella. Entre los papeles españoles encontramos, en todo caso, una lista bastante curiosa de los bienes y las ciudades del duque de Épernon en toda Francia o, por lo menos, los que él aseguraba que le pertenecían.[138]

Pero ¿no es un poco tardía ya esta traición del duque? En noviembre de 1595, cuando sus capitulaciones con España se protocolizan en debida forma, la suerte del Mediodía de Francia está ya decidida. Se tiende, sin embargo, con demasiada frecuencia, a olvidar que en 1594 España estaba resuelta a hacer un gran esfuerzo. El condestable de Castilla, Velasco, gobernador de Milán, había reunido un ejército importante y se aprestaba a hacer penetrar, con él, una punta hasta más allá de Saboya y el Jura, apuntando a Dijón. El mariscal de Rossne[139] llegó a aconsejarle que, para poder mantener su caballería, estableciese sus cuarteles en Moulins, en el Borbonesado, a las orillas del "Ailly".[140] El ataque, en este verano de 1595, iba a dirigirse, según los planes, sobre el mismo corazón de Francia. La victoria de Fontaine-Francaise, el 5 de junio, dio al traste con estos planes, decidiendo el repliegue de la invasión. Este encuentro, insignificante desde el punto de vista militar, trajo consigo, por tanto, importantísimas consecuencias. Si, al avanzar hacia el sur, Enrique IV dejaba desguarnecido el norte,[141] consolidaba, en cambio, hasta el mar, las posiciones que el amplio movimiento envolvente de su adversario habría podido comprometer.

En 1596, todo volvió a entrar en los cauces del orden, en la Provenza, lo mismo el duque de Épernon que la ciudad de Marsella. El duque de Guisa derribó sin demasiado esfuerzo los dos obstáculos. En febrero, los "realistas" dieron la batalla a la pequeña tropa del duque, en Vidauban.[142] El combate se riñó en las mismas aguas del Argens, donde perecieron, ahogados, muchos hombres. Al mes siguiente (el 26 de marzo), el duque firmaba su paz con el rey,[143] y dos meses más tarde abandonaba la Provenza.[144] Por lo que se

refiere a Marsella, en la noche del 16 al 17 de febrero una traición abrió las puertas de la ciudad al duque de Guisa.[145]

Terminaba así un agitado periodo de la historia de la gran ciudad meridional, del que conviene decir algunas palabras. Como muchas otras ciudades de Francia, Marsella recuperó una autonomía de hecho durante estos turbulentos años. Esta ciudad, independiente, católica, enrolada en la Liga, se abandonó a sus pasiones desde abril de 1588. Pero ¿cómo arreglárselas para poder vivir, en aquella estrecha franja del reino? Fuera del reino en realidad, ya que éste se halla cortado, dislocado por sus turbulencias. Las peticiones de trigo hechas a España son harto reveladoras de la situación.[146] Por otra parte, la guerra, que rodea a la ciudad de cerca y de lejos, no es una guerra muy moderna, que digamos; es una batalla de hombres más que de material. Y, sin embargo, cuesta cara. Marsella tiene necesariamente que montar guardias, que autorizar gastos militares. Estos sacrificios, para soportarlos de buen grado, requieren una política apasionada. Política que encarna, por espacio de cinco años, en la persona de Charles de Casaulx, a quien su reciente historiador, Raoul Busquet, sin tratar de rehabilitarla a toda costa, ilumina con un resplandor nuevo y justo.[147] Este enérgico conductor de hombres se apodera del ayuntamiento de Marsella en febrero de 1591, por la vía revolucionaria. Y se convierte, puesto a la cabeza de la ciudad, en un administrador escrupuloso y eficiente. El juego de este hombre, entregado únicamente a los intereses de la ciudad por él administrada, es desde el primer momento un juego sustraído a las amenazadoras intrigas del duque de Saboya, quien deseaba obtener, a través de Marsella, un enlace directo con España. En vano el duque se detiene en la ciudad en marzo de 1591; en vano intenta apoderarse por la traición (el 16-17 de noviembre de 1591) de la persona de Saint-Victor…[148] Casaulx supo mantenerse también firmemente al margen de las querellas y las intrigas de la nobleza de la Provenza, aunque la ciudad de Marsella diese albergue, por un instante, a la condesa de Sault; pero el dictador supo desembarazarse hábilmente de ella al poco tiempo.

La “tiranía” de Casaulx se presenta ante nosotros bajo un aspecto nuevo, si nos fijamos en la política desarrollada por él en la misma ciudad de Marsella, en lo que podemos llamar su obra de asistencia pública, en la introducción de la imprenta por iniciativa suya, en sus construcciones y, sobre todo, en su popularidad. No cabe duda de que es, como toda tiranía, un régimen receloso, policiaco y rencoroso, en lo que se refiere al partido de los *bigarrats*, a quienes se aprehende, se destierra, confiscando sus bienes sin el menor miramiento. Pero es, al mismo tiempo, un régimen popular, favorable a

la masa, al pueblo bajo. Un aviso español de 1594 pone de manifiesto la existencia, en Marsella, de una guerra contra los mercaderes ricos y los nobles. “No se sabe bien por qué [dice este aviso], pero… indudablemente, para sacarles dinero”.[149] La ciudad, dueña de sus destinos, se halla agobiada, evidentemente, por la falta de dinero. En 1594, el papa y el gran duque de Toscana, a quienes se recurre para que la ayuden, no se avienen a prestarle ni una “blanca”.[150] La necesidad, no menos que su ideología, obliga a Casaulx a volver los ojos a la poderosa España, para obtener de ella gracias, favores, medios de vida.[151]

Impulsada por las circunstancias, la ciudad se compromete mucho en el juego español y acaba entregándose a él por entero. El 16 de noviembre de 1595, Le Viguier y los cónsules de Marsella escriben a Felipe II una carta harto curiosa, todavía prudente y, sin embargo, bastante categórica. Vale la pena detenerse en ella por un instante;[152] «Habiendo Dios inspirado a nuestras almas [escriben] el santo fuego de su celo por el sostenimiento de su causa y ante este grande y peligroso naufragio de la religión católica en Francia, nos oponemos firmemente a tantos embates como el enemigo de la fe y de este Estado ha querido darnos; por un favor particular del cielo, la religión y el estado de nuestra villa han sido mantenidos, hasta ahora, enteramente indemnes y a salvo, y tenemos el inquebrantable deseo de consagrarnos a ellos, aun a costa de nuestras vidas y las de todos nuestros convecinos, constantemente unidos en esta santa resolución. Pero, previendo que la tempestad ha de ir en aumento a medida que prosperen los negocios de Enrique de Borbón y, como quiera que los medios públicos se hallan ya agotados y los recursos de los particulares no podrían subvenir a esta grande y saludable empresa, hemos osado levantar los ojos a Vuestra Católica Majestad y recurrir a ella… como al refugio de todos los católicos, para suplicarle humildemente que se digne derramar la luz de su natural dulzura sobre una villa llena de tanto mérito por su antigua religión y su fidelidad…»

Adviértase bien que, por lo menos a juzgar por este documento, Marsella no se entrega al rey de España. Hay grados, en la “traición”. La ciudad (o, mejor dicho, su tirano, Casaulx) limítase a declarar que no está dispuesta a rendir las armas en una lucha que considera santa. Es, sobre poco más o menos, lo mismo que dice un panfleto de propaganda, memoria anónima bastante larga, impresa entre 1595 y 1596. Esta *Respuesta de los Católicos franceses de la villa de Marsella a los avisos de sus vecinos heréticos y políticos anticristianos y ateos*[153] constituye un alegato bastante difuso, que no añade, en realidad, nada nuevo a las conocidas controversias de la

“prensa” del tiempo de las guerras religiosas. No brilla en él precisamente la objetividad y confunde e identifica a los realistas con los ateos y a los hugonotes con los libertinos. Polémica fácil y de cortos alcances: vista a la distancia de los siglos, se nos antoja gris y desvaído todo lo que en su día daba a estos escritos su violencia y su virulencia. Lo único que merece la pena destacar es que no se diga aquí ni una palabra de las relaciones de la ciudad de Marsella con España.

Y, sin embargo, esta connivencia era algo ineluctable. No había más que dos caminos: o parapetarse detrás de la enorme potencia hispánica, o entenderse con el agente de los realistas, el presidente Étienne Bernard, quien, instalado en Marsella, hacía las más tentadoras promesas a Casaulx y a Luis d’Aix, su compañero de armas. Pero ¿estas tentadoras promesas no serían una añagaza?**[154]** ¿No tratarían de tender una celada a la ciudad? Los árbitros de Marsella prefirieron, por si acaso, entenderse con Felipe II. Tres “diputados” de la villa, uno de ellos hijo del propio Casaulx, emprendieron viaje a España, y ello brindaba la ocasión para hacer allí una larga historia de los acontecimientos desarrollados en Marsella de 1591 a 1595**[155]** y para poner de relieve lo hecho por los “dictadores” Luis d’Aix y Casaulx, miembros de viejas y honorables familias de la ciudad, que, apoyándose en sus parientes y amigos y en el pueblo de Marsella, habían sabido establecer en la villa el orden y la paz católicos. Y no sin tener que vencer, para ello, grandes dificultades; necesitaron, en efecto, para triunfar en su propósito, armarse y hacer levas de mercenarios, ocupar las fortalezas de Notre-Dame y de Saint-Victor y la torre de Saint-Jehan, guardar la “Puerta Real”, la gran plataforma y la puerta de Aix, que son los lugares más “defendibles”, construir a la salida del puerto el fuerte cristiano, todavía sin terminar, reunir y sostener caballos para la seguridad de las tierras y para permitir a los vecinos de Marsella “cosechar sus frutos sin ser incomodados por el enemigo”.**[156]** Ahora que Enrique de Borbón ha sido absuelto por el papa, cuando triunfa y es dueño de la villa de Arlés (y, por tanto, de su trigo, del que se abastece Marsella), cuando ésta está llena de refugiados, entre los que figura “el grande y docto personaje Monseñor de Gembrard, arzobispo de Aix, destituido por Enrique de Borbón”; en esta extremidad, y pese a las ofertas del Bearnés, la ciudad sólo puede sostenerse “bajo la égida” del Rey Católico. ¡Ojalá éste la ayude, y pronto, con dinero, municiones, hombres y galeras…! La situación no podía ser más crítica: las tropas reales estaban ya a las puertas de Marsella y dentro de sus muros se urdían las intrigas.

En diciembre de 1595[157] empezaron a llegar a Marsella los socorros solicitados, las galeras del hijo del príncipe Doria y dos compañías españolas, justo a tiempo para prevenir la entrada de las tropas reales. Pero en Marsella la situación hacíase cada vez más confusa y alarmante; sus vecinos adoptaban una actitud retadora, incluso hacia sus amigos. El 21 de enero de 1596,[158] los diputados de Marsella partían de la corte de España con la partida ganada. La ciudad se entregaba, sin entregarse, al Rey Católico; éste obtenía, para sus galeras, libre entrada al puerto, la posibilidad de aportar tropas en la villa y la promesa de los marselleses de no tratar con Enrique de Bearne y de no reconocer por rey de Francia más que a un amigo de España. Los marselleses, decía la memoria entregada por los emisarios, "no reconocerán a Enrique de Borbón, no se adherirán a él ni a otros enemigos de Vuestra Católica Majestad, sino que se mantendrán y conservarán católicos y en el estado en que están, hasta que Dios sea servido de dar a Francia un rey cristianísimo y verdaderamente católico, que se halle en términos de buena amistad, fraternidad e inteligencia con Vuestra Católica Majestad". El 12 de febrero de 1596, los diputados de Marsella estaban todavía en Barcelona, de donde escribían a don Juan de Idiáquez para pedirle el envío de trigo de Cataluña. [159] Cuatro días después triunfaba en la ciudad el complot: Casaulx caía asesinado y Marsella era entregada a Enrique IV. "Ahora es cuando verdaderamente soy rey de Francia", dicen que exclamó éste al recibir la buena nueva.[160]

No cabe duda de que podríamos escribir largo y tendido acerca de este fragmento de la historia de Francia y descubrir en Provenza, con buenos autores a la vista, todos los rasgos de los últimos años de las guerras de religión: el alza de los precios, la espantosa miseria de los campos y la ciudad, la lepra del bandolerismo, el encono político de la nobleza; exponer, a través de un d'Épernon, lo que eran aquellos "reyes" de la Francia provincial, un Lesdiguières en el delfinado (por muy diferente que sea el carácter de este personaje), un Mercoeur en la Bretaña, un Mayenne en la Borgoña… Y aún sería más tentador estudiar, en el ejemplo de Marsella, el enorme papel desempeñado por las ciudades en la dislocación, primero, y luego en la reconstrucción de Francia.

La Liga no era solamente una alianza de los católicos exaltados. No era tan sólo un instrumento al servicio de los Guisa… Representaba, además, un gran paso de retroceso hacia un pasado combatido por la monarquía y luego, en gran parte, suprimido por ella. Y, principalmente, la vuelta a la vida urbana independiente, al Estado-ciudad. No cabe duda de que el abogado Le Breton,

estrangulado y colgado en noviembre de 1586,[161] era una cabeza un poco loca. Pero no deja de ser, a pesar de todo, bastante significativo que encontremos en sus proyectos el retorno a las franquicias urbanas, el sueño de desintegrar el país en una serie de pequeñas repúblicas independientes, dueñas de sus destinos.[162] Tan grave como la traición de los Guisa es la traición de las ciudades, aquellas ciudades exaltadas por las pasiones, de las que participaban en su conjunto desde los burgueses hasta el más humilde de los artesanos. París es la imagen ampliada de estas ciudades. En 1595, el duque de Feria proponía al archiduque Alberto el plan de rehacer en Francia una Liga ajustada a los mismos principios de la que había existido en tiempo de Enrique III, "la cual no fue fundada por los príncipes de la Casa de Lorena, sino por algunos burgueses de París y de otras villas, al principio solamente tres o cuatro…, en condiciones tan cristianas y tan prudentes, que se unió a ellas la mayoría y lo mejor de Francia".[163] Algunos de estos hombres se encontrarían todavía en Bruselas; las faltas y las traiciones de los jefes no han dado al traste, ciertamente, con toda la causa…

Este documento subraya hasta la exageración el papel decisivo de las villas. Pero éstas, al sublevarse, ¿podían vivir por mucho tiempo? La ruptura de las comunicaciones equivalía a la interrupción de los tráficos y, por tanto, al suicidio de las ciudades. Si, desde 1593, se apresuran a enrolarse bajo la bandera de Enrique IV y de su reconquista, ¿no sería, aparte de las otras buenas razones que suelen invocarse en apoyo de su actitud, porque no podían vivir aisladas, porque necesitaban del espacio francés para poder vivir? Si fuese necesario, la ciudad de Marsella, incapaz de vivir solamente del mar, sin la ayuda del continente, del istmo francés, ilustraría elocuentemente la indispensable simbiosis de las rutas terrestres y marítimas en el espacio mediterráneo.

Tengo para mí, en todo caso, que no es posible comprender el episodio de un Casaulx sin situarlo dentro de los estrechos marcos de la vida municipal. Todo el problema, para él, consistía, evidentemente, en no traicionar a *su* ciudad. Su actitud sólo puede juzgarse, si queremos juzgarla, a la luz de esta posición. Para convencerse de ello basta releer el memorial llevado a España por sus agentes: «Los señores de Marsella [dice uno de sus párrafos] han… considerado que su villa, en los muchos años que lleva de fundada, ha vivido la mayor parte del tiempo bajo sus propias leyes y en forma de República, hasta el año de mil doscientos cincuenta y siete, en que trató con Carlos de Anjou, conde de Provenza y lo reconoció por soberano, bajo muchas reservas, pactos y convenciones, entre las cuales se consigna como una de las primeras

que ningún herético valdense [secta a la sazón reinante en aquellas regiones] sospechoso de faltar a la fe católica podría ser recibido en Marsella.[164]»

La guerra hispano-francesa y la paz de Vervins: 1595-1598

Creemos que bastarán ahora unas cuantas palabras para esbozar el cuadro general de la guerra hispano-francesa de 1595 a 1598, guerra abierta, en realidad, desde 1589 y aun desde antes, pues durante todo el medio siglo que acabamos de recorrer año por año, ¿hubo acaso muchos instantes de respiro en esta constante y vital rivalidad entre Francia y España?

En todo caso, la guerra fue oficialmente declarada por Enrique IV el 17 de enero de 1595. El texto de la declaración, impreso en París, en las prensas de Frédéric Morel, llegó incluso a conocimiento de las autoridades españolas. El rey de Francia resumía en ella, a grandes rasgos, sus agravios contra Felipe II, el cual decía, "había osado, so pretexto de piedad, atentar abiertamente contra la lealtad de los franceses hacia sus príncipes naturales y soberanos Señores, que siempre había sido la admiración de las otras naciones del mundo, tratando injusta y públicamente de conseguir esta noble corona para él o para los suyos".[165] Así se centraba el conflicto en el mismo terreno del derecho real. Pero, en el plano de las realidades, no hacía cambiar nada o casi nada el curso de los acontecimientos. El duque de Feria, adelantándose de largo trecho a las cosas, había previsto que la guerra franco-española, inevitable, volvería a ser también esta vez una guerra periférica, como en tiempos de Francisco I y de Enrique II, y que terminaría con una paz por lasitud.[166]

Y, en efecto, la guerra sólo afectó a los confines del reino, a la línea del Somme, la Borgoña, la Provenza, la región de Tolosa y de Burdeos y, por último, la Bretaña. Se ha hablado de cerco. Sí y no. Es un hecho que España, pese a su proximidad en unos sitios y a su flota en otros, no logró mantener firmemente sus posiciones en torno de Francia. Perdió Tolosa en 1596 y Marsella en el mismo año; y el duque de Mercoeur, el último en resistir,[167] capitulaba en 1598. Por lo demás, hacía ya dos años que su resistencia era muy blanda y que este aliado de España permanecía medio inactivo… De todos modos, es importante que esta guerra periférica no tocase el corazón del reino. Francia se defendió gracias a su misma masa. Si el Rey Católico encontró ciudades que forzar y conciencias que comprar, e incluso protestantes dispuestos a venderse (como aquel tal Monverant de la región de Foix),[168] fue también, y fue siempre, en las márgenes del reino enemigo.

Hubo, es cierto, la tentativa del ejército de Italia, al otro lado de los Alpes. Pero no pasó de ser un viaje de ida y vuelta hasta el Franco Condado. Ya hemos dicho que Fontaine-Française entrañó el repliegue de los españoles y la decisiva sumisión del duque de Mayenne, y fue la decidida hostilidad de los cantones suizos lo que impidió entonces la ocupación del Franco Condado. Las únicas acciones un poco serias de la guerra se libraron, una vez más, frente a los Países Bajos. Los españoles lograron allí varias victorias y tomaron varias plazas, Cambrai, Doullens, Calais y luego Amiens, tomada por sorpresa (el 11 de marzo de 1597). Pero el problema, para ellos, consistía en mantenerse en las plazas conquistadas, en hacer vivir en ellas sin dificultades y sin trastornos las guarniciones y a la población civil, como lo explicaba, ya en 1595, un aviso dirigido al conde de Fuentes.[169]

Sin embargo, la victoria de Amiens había tenido gran resonancia: esta plaza abría, más allá del amplio valle del Somme, el mismo camino de París. No había más remedio que darle una respuesta. Enrique IV decidió intentar un gran golpe para recuperar Amiens. Comenzó una febril búsqueda de los medios financieros necesarios para ello, acompañada por apremiantes llamamientos a los aliados, a Inglaterra, que en 1596 había declarado oficialmente la guerra a España,[170] y a las Provincias Unidas. A ello se debe el que en el ejército francés que había de reconquistar aquella plaza lucharan 2 000 ingleses y 2 000 holandeses, por lo menos al decir de las informaciones españolas.[171] Por lo demás, Amiens no fue arrancada a los españoles hasta el 25 de septiembre de 1597, después de seis meses de sitio y del fracaso de una tentativa española para levantar el cerco de la plaza, nueve días antes de que ésta se rindiera.[172] Era una gran victoria y tuvo también gran resonancia en toda la cristiandad. Pero el vencedor, al entrar en la ciudad, no contaba ya con soldados, pues todo su ejército se desbandó inmediatamente. Por fortuna, la miseria y el agotamiento de Francia corrían parejos con la irremediable fatiga del Imperio español y con su penuria financiera, al día siguiente de la bancarrota de 1596.

Todo se hallaba paralizado por estas causas. En el centro mismo de la acción española, en aquella esencial estación que era Milán, los transportes de tropas funcionaban mal desde la primavera de 1597.[173] Tratábase de traer soldados italianos de Nápoles, haciendo que el príncipe Doria los transportase hasta Génova, y luego en dirección a Flandes. Preveíanse también envíos de tropas acantonadas en el milanesado. Pero ¿se dispondría del dinero necesario para ello? Otra preocupación era la de socorrer, inmediatamente después, al duque de Saboya, dispuesto siempre a arriesgarlo todo, y a Carlos Emmanuel,

temperamento de jugador. ¿Sería posible utilizar para ello las tropas españolas que partían de España hacia Génova a bordo de las galeras? Había, evidentemente, interés en retener por este lado las fuerzas francesas, para aliviar al archiduque en los Países Bajos.[174] Por último, se colocaron todos los efectivos en sus sitios correspondientes, y una parte de las tropas estaba preparada para partir hacia Flandes. Una nueva dificultad surgía entonces: ¿estaría libre para darles paso la ruta saboyana? Chambéry y Montmélian corrían el riesgo de haberse perdido, al entrar en campaña Lesdiguières. Más aún, toda la Saboya, el Piamonte y Milán corrían el mismo peligro, si no llegaba a tiempo el dinero. Así se lo escribía al rey de su puño y letra y se lo hacía escribir el condestable de Castilla.

Mil problemas se plantean, pues, a un tiempo en esta plaza fuerte de Milán, cercada por todas partes; por el norte y por el lado de los cantones suizos, donde los tratos con Appenzell cuestan caros. Además, al día siguiente de la recuperación de Amiens, el partido francés vuelve a levantar cabeza en Italia y el peligro se perfila por el lado de la Saboya. Sobreviene la muerte del duque de Ferrara: inmediatamente, el papa Clemente VII reclama su sucesión para la Santa Sede. «A mi me pesa en el alma de que se haga en Italia en este tiempo tan grande movimiento de armas [escribe el condestable de Castilla a Felipe II, el 16 de noviembre de 1597]. Yo me estaré quedo sin alargarme a más que a garnescer nuestros confines hasta que V. M. me mande lo que he de hazer y quando tuviera differente orden, la necessidad me obligara a lo mismo. Suplico pues a V. M. se sirva de considerar la pobreza y miseria deste estado, que el papa junta un gruesso exercito que es naturalmente afficionado a Francia y ama como a su hijo y creatura a Bearne, que en muchas platicas y occasiones ha descubierto poca voluntad y menos satisfación de las cosas de V. M. y grandeza de sus estados que es florentin y que armandose como se armara, Venecianos y otros principes que no nos quieren podrian bolverse contra el estado de Milan… de donde generalmente dessean en toda Italia echar a los Españoles. Esto no se puede prevenir sin mucha gente y mucho dinero y gran presteza. Todo lo remitto a la prudencia de V. M.[175]»

La paz de Vervins [II-763]

Ahora bien, esta guerra, que se prolonga y que podría agravarse y costar aún más cara, ¿a quién aprovechaba? Única e incuestionablemente a las potencias protestantes, a su marina, desencadenada a lo largo del ámbito oceánico… Las Provincias Unidas van fortaleciéndose a la sombra de la

misma miseria de las provincias del sur, fieles a la causa católica: se nutren de la ruina de Amberes, consumada con la ocupación de las bocas del Escalda por los Estados Generales y la recuperación de la ciudad por Alejandro Farnesio. Han sido necesarias todas estas desventuras para la prosperidad de Ámsterdam. Al mismo tiempo, toman vuelo Londres y Bristol. Todas las circunstancias favorecen a las jóvenes potencias nórdicas. España sigue abierta a su comercio, pese a todas sus tentativas de bloqueo continental; las aguas del Mediterráneo son forzadas; las del Atlántico, conquistadas y firmemente mantenidas; antes de terminar el siglo, en 1595, dichas tentativas llegan al océano Índico. Tales son los grandes acontecimientos de finales de siglo, junto a los cuales no pasan de ser pequeños detalles los múltiples incidentes de la guerra hispano-francesa. Mientras franceses y españoles pierden el tiempo en guerrear, disputándose ciudades, plazas y migajas de tierra, holandeses e ingleses se apoderan del mundo.

La política pontificia parece darse cuenta de esto ya en 1595. De aquí que, a partir de este año, proponga a España su mediación y trabaje por la paz franco-española. Clemente VIII empuja en este sentido, tanto más vigorosamente cuanto que Roma, la Iglesia y el mundo católico se alarman ante esta guerra entre cristianos fieles a la causa de la Santa Sede. Desde Sixto V, el papado había venido laborando por el salvamento de la Francia católica, jugando por último la carta de la independencia francesa, y al jugarla, habíase enrolado a la causa del bearnés, absuelto por Roma dos años después de la abjuración de 1593.

Toda la Italia libre o semilibre[176] obraba en el mismo sentido, apoyando la acción de Roma, salvo el saboyano, extraviado por su pasión y por su ambición de tierras francesas. Y esta Italia, dichosa de sacudir el yugo que sobre ella hacía pesar España, era un país rico y activo. La primera en poner sus cartas al descubierto fue Venecia, al recibir, ya en 1590, a un embajador del bearnés. El gran duque de Toscana financiaba por su cuenta la política de Enrique IV, cuyas deudas pronto alcanzaron, así, una elevada cifra de escudos.[177] Por lo demás, el acreedor, tomando prendas, ocupó el castillo de If y las islas de Pomégues, cerca de Marsella. El matrimonio de María de Médicis, celebrado años más tarde, aunque tuviera otros motivos, no dejaba de guardar también relación con este estado de cosas.

Lo cierto es que, en septiembre de 1597, después de la reconquista de Amiens, Enrique IV podía darse aires de vencedor. ¿Amenazaba seriamente a los Países Bajos? ¿Soñaba incluso con meter una punta de su ejército en estas tierras? Esto es otro problema. Pero si se hubiese decidido realmente a esta

política audaz o a emprender cualquier expedición contra Bresse o contra el duque de Saboya, habría necesitado contar, para triunfar en ello, con el indispensable apoyo de sus aliados. Ahora bien, éstos no deseaban que el rey de Francia alcanzase una victoria decisiva ni en los Países Bajos ni en los caminos de Italia. Lo que en verdad anhelaban era la continuación de una guerra que, al inmovilizar España en vastas operaciones continentales, les permitía recoger todos los frutos de la lucha y de sus lejanas expediciones marítimas. Es muy posible, como opinaba Émile Bourgeois,[178] que Enrique IV se sintiera, en este momento decisivo, abandonado por sus aliados o, por lo menos, mal sostenido por ellos. Y, por la misma razón, más inclinado a la paz, que tan necesaria le era, dado el estado de su reino.

Pero ¿esta paz no le era también necesaria a España? La nueva bancarrota de 1596 había venido a inmovilizar, una vez más, la inmensa maquinaria… Sintiendo que su fin se acercaba, Felipe II pensaba con mayor fuerza y apremio que nunca en instaurar en los Países Bajos a su hija predilecta, Clara Isabel Eugenia, cuya compañía le era más grata que ninguna otra en los últimos años, tan tristes y tan duros, de su vida; su lectora y su secretaria, su confidente y su secreta alegría… Acariciaba el proyecto de casarla con el archiduque Alberto, nombrado justamente en 1595 para el peligroso gobierno de los Países Bajos. El rey sentía la necesidad y la urgencia de asegurar el porvenir de su hija, al paso que comenzaban a traslucirse nuevas influencias en torno de su hijo, el futuro Felipe III, influencias hostiles a la solución que tanto ansiaba. El archiduque, escribe el historiador Mathieu Paris, “ardía en deseos de casarse”. ¿Contó esto entre las pequeñas y grandes razones que condujeron a la paz de Vervins? El cansancio, la necesidad de tomarse un respiro, experimentada por los dos países. Y tal vez también los cálculos de España, esos cálculos complicados, a los que tantas veces vemos que se sacrifica su diplomacia, tanto por necesidad como por el gusto del juego. ¿No buscaría la diplomacia de Felipe II obtener cuanto antes, y aun a costa de pagar por ella un precio oneroso, la paz por el lado francés, para poder hacer frente, en seguida, a sus otros dos adversarios, Inglaterra y las Provincias Unidas? Sabemos, desde luego, que lord Cecil corrió cerca de Enrique IV para disuadirle, *in extremis*, de que hiciese las paces con España. No olvidemos que, por aquellos días, una armada española bogaba hacia la isla inglesa. No olvidemos tampoco que la primera preocupación del archiduque Alberto, obtenida la paz con Francia, fue la de dirigir inmediatamente sus fuerzas hacia el norte. No está, pues, descartada la posibilidad de que en la génesis de la decisión española intervinieran cálculos de este tipo.

Sin embargo, para comprender la sucesión de los acontecimientos hay que mirar, sobre todo, hacia Roma, cuya potencia crece extraordinariamente hacia fines de siglo, gracias a la expansión de la Contrarreforma, a la prosperidad monetaria de Italia y al agotamiento de sus adversarios en el Occidente. La prueba de este brusco acrecentamiento de poder la tenemos en la rapidez con que el papa Clemente VIII arregla entonces, en provecho suyo, el pequeño pero difícil conflicto de Ferrara. Esta ciudad, que era uno de los grandes puertos de Italia, una ciudad muy animada y una posición-llave en el tablero italiano, plantada en medio de un gran país, fue anexionada a sus Estados por el papa antes de que Francia o España o incluso Venecia tuvieran tiempo de inmiscuirse en el asunto o sintieran la audacia necesaria para ello.**[179]**

La creciente importancia de Roma provenía también de que sus soluciones y su política no estaban dictadas tanto por los cálculos de unas cuantas cabezas lúcidas como por las circunstancias y el voto unánime de la catolicidad. A través de Roma se imponía una voluntad, un movimiento profundo, que eran los de todo el mundo católico, este mundo que tan pronto se estrella contra el obstáculo protestante del norte como se vuelve hacia el obstáculo turco del este. En 1580, Roma habíase dejado llevar por el movimiento general, aceptando, no sin entusiasmo, la solución de suplantar la guerra contra los musulmanes por la guerra contra la herejía protestante. Con el final del siglo se cerraba por sí mismo el ciclo antiprotestante, y la mejor prueba de ello es que Roma intenta ahora reorganizar la guerra santa en dirección a Oriente, contra los turcos.

En lo que se refiere a la catolicidad, el siglo XVI expira y el XVII nace bajo el signo de la Cruzada. Desde 1593, por lo demás, la guerra contra el turco volvía a ser una realidad en el este de Europa, en Hungría y sobre las olas del Mediterráneo. Aunque sin llegar a convertirse en un conflicto generalizado, pesaría como una constante amenaza durante 13 años, hasta la paz de 1606. En 1598, en una punta de Francia, el duque de Mercoeur abandona su Bretaña para partir a la guerra de Hungría. Su aventura tiene todo el valor de un símbolo: millares de creyentes soñaban entonces con reducir a piezas un Imperio turco que muchos creían a punto de desmoronarse. El nuncio de los Países Bajos, Frangipani, escribía a Aldobrandini, en septiembre de 1597:**[180]** "¡Si la cuarta parte de los combatientes de Flandes empuñara las armas para ir a pelear contra el Turco…!" Más de un católico, y también, por lo demás, muchos de los que no lo eran, comenzaban a formular los mismos votos: conocemos, por ejemplo, el proyecto antiturco de La Noue, que se remonta al año de 1587…

La paz de Vervins, firmada el 2 de mayo, fue ratificada por el rey de Francia el 5 de junio de 1598.[181] Devolvía a Enrique IV el reino tal y como lo había delimitado la paz de Cateau-Cambrésis de 1559. Representaba, pues, una serie de abandonos inmediatos para los españoles: éstos debían evacuar, sobre todo, sus posiciones en Bretaña y renunciar a sus conquistas en la frontera del norte, incluida Calais, cuya restitución entrañaba, desde luego, cierta importancia. En general, la paz parecía favorable a Francia. Bellièvre, el futuro canciller de Enrique IV, decía, exagerando, que "era la paz más ventajosa que Francia había concertado desde hacía quinientos años". Son, claro está, palabras oficiales, pero no del todo inexactas. Aunque la paz de Vervins no significara ninguna conquista exterior, venía a salvar de un modo decisivo la integridad del reino. Tenía la gran ventaja de dar a Francia la paz de que necesitaba en términos absolutos, y con ello, el medio para curar las heridas de un país entregado durante una serie de años al extranjero y que se había levantado, demasiado pasionalmente, demasiado ciegamente, contra sí mismo. No hay duda de que esta recesión de la coyuntura económica, a partir de 1595, ha contribuido a que se pusiese fin a las hostilidades.[182]

III. LA GUERRA NO SE LIBRARÁ EN EL MAR

Las guerras locales que este capítulo acaba de enumerar, unas en el oeste, otras en el este del Mediterráneo, no se hallan íntimamente entrelazadas las unas a las otras. Se interfieren, evidentemente, pero a distancia, sin llegar a juntarse, sin formar nunca un todo vivo. Ocurre así porque el mar que las separa se mantiene en una actitud obstinadamente neutral, negando sus servicios y su colaboración a una guerra general, que sólo él podría organizar y servir de vehículo.

Los contendientes se baten, sin embargo, en el mar, de 1589 hasta el final del siglo y hasta más allá. Pero sigue siendo la habitual guerra mediterránea de los tiempos de "paz", es decir, la piratería, guerra de individuos, guerra anárquica y de menor cuantía, que se desarrolla con frecuencia en un radio de acción muy reducido y valiéndose de fuerzas muy modestas. Merece la pena señalar esto, con tanta mayor razón cuanto que hubo, a partir de 1591 y especialmente en 1593, 1595 y 1601, ciertos intentos de guerras marítimas de amplio alcance, acerca de las cuales conviene hacer claridad. Calibrar su importancia o, mejor dicho, señalar el pequeño alcance que llegaron a adquirir y su fracaso, equivale, en definitiva, a tomar la medida de una época nueva que comienza.

La falsa alarma de 1591

Sabemos que desde 1589 y desde las conversaciones de la paz turco-persa, y, sobre todo, a partir de 1590, con la firma de esta paz, la atención de Turquía se vuelve ampliamente hacia el Occidente. Hemos hablado, en su lugar oportuno, de la pequeña expedición marítima de Hasán Veneciano, durante el verano y el otoño de 1590, con el objetivo de Trípoli. Esta expedición de alcance limitado marca los comienzos de un nuevo periodo de actividad marítima de los turcos en el Mediterráneo.

Pero el largo reposo y la prolongada inacción de la flota otomana habían venido a desorganizar la misma estructura de la marina turca, estructura y bases que no podían reconstruirse más que de un modo lento e imperfecto. Escaseaban los marinos calificados, el arsenal carecía de obreros expertos y no había siquiera efectivos suficientes para nutrir las indispensables tropas de infantería de marina.[183] Habían bastado 10 años, desde la última expedición de Euldj Alí a Argel, en 1581, para destruirlo todo. Y el esfuerzo de reconstrucción resultaba mucho más penoso y difícil porque faltaba el dinero y porque los corsarios cristianos habían perturbado y desolado concienzudamente los mares del Archipiélago de los que desde hace tanto tiempo venía nutriéndose la fuerza turca.

No debemos, pues, extrañarnos de que la expedición contra Trípoli, en 1590, se limitara estrictamente a sus fines punitivos y no contribuyera a reanimar la guerra hispano-turca. Ni los españoles ni los turcos deseaban encontrar en ella un pretexto para la ruptura. Cuando las galeras de Hasán, después de zarpar de Modón, se dirigieron hacia las aguas africanas, no tocaron a su paso, contrariamente a todas las tradiciones, ni las playas de Nápoles ni las de Sicilia. Por lo demás, durante estos años, la presencia en Constantinopla de un agente español, Juan de Segni, de quien se conservan numerosas cartas en los archivos, en las que abundan más, desgraciadamente, las quejas personales que las explicaciones acerca del objeto de su misión, lleva a pensar que la tregua pudo mantenerse entre las dos potencias, de un modo más o menos formal, hasta el año de 1593. En todo caso, fue en vano, pese a los esfuerzos y a las instancias reiterados de los agentes ingleses y franceses,[184] que la Europa antiespañola intentara reencender en el mar la guerra musulmana contra la poderosa España. En 1591, el agente inglés, apoyado por Hasán Pachá, “general de la mar”, hacía saber al gran señor que Felipe II había retirado de las costas de Italia la mayor parte de sus guarniciones habituales, para engrosar sus tropas comprometidas en Francia.

Y afirmaba ante él que, en estas condiciones, sería fácil para Turquía apoderarse de vastos territorios.

Tentativas infructuosas, pero que despertaron mil ecos, tanto más cuanto que toda una serie de proyectos turcos, pregonados en voz alta, y de discursos destinados a todas luces a causar sensación en el exterior, parecían prometer el éxito, más que el fracaso, a los agentes ingleses o franceses. Mil rumores corrían por el Mediterráneo; rumores muy contradictorios, nutridos sin duda, en parte al menos, por el formidable recuerdo que habían dejado en los espíritus las imponentes flotas turcas de otros tiempos. Decíase que 300 galeras caerían, en la primavera, sobre la Apulia y la costa romana, para invernar en Tolón y dirigirse luego hacia Granada, donde se habían levantado ya los moriscos (rumor éste tan falso como todo lo demás). Tal vez, suponiendo que fueran un poco más modestas, se contentasen con atacar Venecia o Malta, donde los Caballeros acababan de apresar a un galeón más, cargado de peregrinos que se dirigían a La Meca.[185] Los venecianos, por su parte, pensaban en Candía, donde, según decían, encontraban tantas ayudas y complicidades los corsarios cristianos que merodeaban por las aguas de Levante.[186] Pese, añadimos nosotros, a los esfuerzos de las autoridades venecianas…

Juan de Segni, sin duda mejor informado, escribe desde Constantinopla que, aunque se habla de grandes proyectos, no son para este año.[187] El turco ha hecho promesas por escrito al rey de Francia y a la reina de Inglaterra, pero sólo le obligan para la primavera de 1592.[188] Todos los preparativos parecen ser a muy largo plazo. En relación con ellos, el sultán prepara —prepara, solamente— una serie de medidas fiscales: contribuciones “voluntarias” de los pachás y los sandjaks, imposiciones sobre los judíos y otras tasas, cuyo detalle resulta difícil identificar a través de la maraña de las deformaciones occidentales.[189]

Desde mediados de junio empieza a no hablarse ya de la gran armada dispuesta para la primavera.[190] ¿Llegará a salir siquiera la pequeña flota prevista?[191] Se duda de ello. Sí, saldrá, pero se dirigirá solamente a Egipto y a la Berbería, y si acaso a la Provenza.[192] Así y todo, difícilmente llegará a reunir más de 40 a 60 galeras, y en bastante mal estado. Tal es, al menos, lo que en Venecia alguien de Pera afirma a Francisco de Vera.[193] A comienzos de mayo se afianza el optimismo. Se ha sabido que los turcos, a pesar de estar la estación muy avanzada, no se apresuran a armar sus galeras, y con tanta lentitud proceden, que no parecen siquiera disponerse a salir al mar al año siguiente.[194] Saldrán, a lo sumo, una veintena de velas destinadas a la

guardia del Archipiélago, según la expresión consagrada, es decir, para garantizar la seguridad de las comunicaciones marítimas turcas.[195]

El mismo aviso anuncia, sin embargo, que siguen circulando rumores a propósito de las 300 galeras turcas, y del plan de que las refuercen 200 barcos ingleses.[196] Rumor apoyado, desde luego, en ciertos hechos. A comienzos de marzo de 1591,[197] el arsenal de Constantinopla ha reanudado, pese a todo, los trabajos, trayendo para ello algunos elementos de la "maestranza" del Archipiélago. En abril se averigua que el turco ha pedido cantidades enormes de lino y de cáñamo a la Transilvania. ¿Para qué, sino para los velámenes y los aparejos de la futura armada?[198] En junio se advierte una nueva animación en el arsenal. Han comenzado en el mar Negro los trabajos de construcción de galeras. Se remiendan las naves viejas. Llegan a Constantinopla cargamentos de velas.[199] Nada hay que temer para el presente. Pero ¿y para el porvenir? Aunque los turcos no hayan hecho ninguna salida marítima importante en 1591 (han salido algunas galeras de guardia, y el 15 de junio se señala el regreso a Constantinopla de seis galeras extenuadas, "consumidas de hambre", de vuelta de un viaje a Berbería),[200] crece la inquietud en la cristiandad. Mecatti[201]cuenta que la ciudad de Venecia vivía, en este año de 1591, bajo el terror de ver venir a los turcos. Sabemos, y esto sí es verdad, que Venecia se armó, preparó galeras y envió tropas a Candía.[202]

Alarmas bien explicables. Desde el momento en que Turquía se veía libre de la guerra contra los persas, no podían darse por descartadas sus posibilidades de intervenir. Parece, en efecto, que Turquía había seguido una política de *bluff* y de chantaje, para obligar a la cristiandad a tomar medidas de precaución y de defensa y a vivir en suspenso. Tal vez también para precipitar, con ello, el envío de un agente español encargado de negociar una nueva tregua y de aportar, al menos para los pachás, las sumas de dinero que solían acompañar las negociaciones. Mil quinientos noventa y uno: ¿no era ésta la fecha en que vencía y debía renovarse la tregua con España? Ya hemos indicado la presencia en Constantinopla de un agente español, Juan de Segni, un menorquino, confidente, espía y representante, todo en una pieza.[203] Una carta de Francisco de Vera[204] señala la presencia de otro agente español, un tal Galeazzo Bernón (así lo llama, al menos, el texto español). Pues bien, este personaje, "que avisa y sirve en Constantinopla" indica al embajador español que, en caso de que se reanudara, como se decía, la guerra con Persia, sería inútil mandar a Constantinopla a Juan y Estéfano de Ferrari, "cuya llegada se anuncia en Turquía". ¿No era éste, casi podría afirmarse con seguridad, el

agente preparado para la renovación de la tregua? En una carta de Giovanni Casteline,[205] otro agente de España, éste italiano, encontramos también algunas palabras que se refieren, seguramente, a este oscuro punto. “Sinán [Pachá] pregunta —escribe el agente—[206] qué es del español que no acaba de llegar.

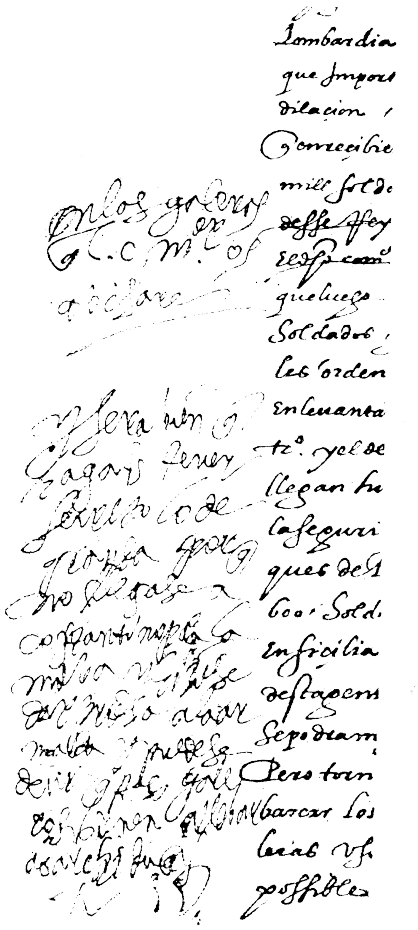


FIGURA 67. *Felipe II trabaja, 20 de enero de 1569.*
Escrito en el margen de una carta escrita por él al duque de Alcalá, virrey de Nápoles, Madrid, 20 de enero de 1569, Simancas Eo. 1057, f. 105. Son dos comentarios.
1.— *en las galeras que el C[omendador] M[ay]or os avisare.*
2.— *y sera bien que hagáis tener secreto lo de Gran [a] da porq [ue] no llegasse a Constantinopla la nueva y hiziese dar priesa al armada y puédese decir q[ue e]*stas galeras *vienen a llevar al archi duq[ue].*
Granada se sublevó la noche de Navidad de 1569, pero la noticia corría ya por las calles de Nápoles cuando llegó la carta del rey.

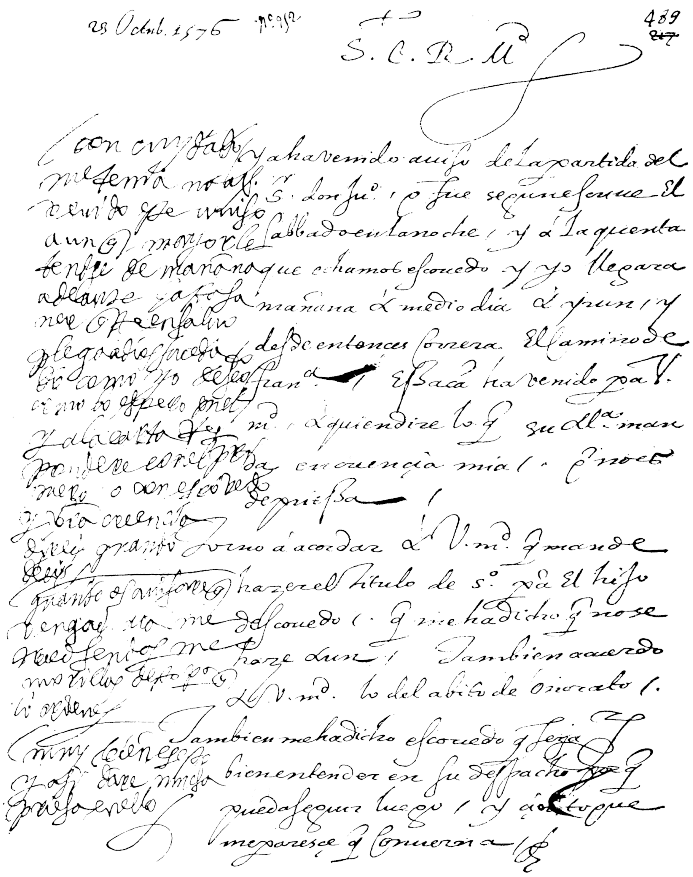


FIGURA 68. *Felipe II trabaja. 23 de octubre de 1576.*
Esta carta, escrita a Felipe II por Antonio Pérez —de su puño y letra— el 29 de octubre de 1576, informa al rey de la salida de don Juan de Austria hacia los Países Bajos; le transmite, además, dos peticiones de Escovedo. Felipe II responde al margen de cada párrafo. Frente al último (Escovedo pide licencia para ir a los Países Bajos) Felipe II escribe: "*muy bien es esto y asi dare mucha priesa en ello*". Simancas Eo. 487. La página ha sido notablemente reducida de tamaño en esta fotocopia. Escovedo fue asesinado el día 31 de marzo de 1577. Este texto ha sido publicado en facsímil por J. M. Guardia, en su edición de Antonio Pérez, *L'art de gouverner*. París, 1867, según la página LIV.

Urge mucho que llegue con dinero."[207] El problema de la tregua turco-española seguía siendo, pues, tema de conversaciones y de envío de agentes diplomáticos. Pero ¿llegó o no a firmarse la tregua, en 1591, por los tres años acostumbrados? No sabríamos decirlo.

En todo caso, la primavera de 1592 discurrió en calma. Felipe II, en carta de 28 de noviembre de 1591, había llegado a dar al conde de Miranda, virrey de Nápoles, la orden de estar preparado para socorrer Malta, en caso de necesidad. Este caso no se presentará, contestó el virrey.[208] Y así fue, en efecto. Este año sólo salieron, en una o dos veces, varias galeras turcas, a las órdenes de Cigala.[209] En octubre, el nuevo general de la mar encontrábase en Valona,[210] pero era de suponer, dada la avanzada época del año, que sólo fuese allí a recoger los presentes habituales. Por precaución, el de Miranda dio, sin embargo, órdenes para que se concentrasen en Mesina 16 galeras. Por sí sola, esta cifra basta para establecer, a falta de datos precisos, que las fuerzas de Cigala debían de ser bien poca cosa. Por lo demás, el mal tiempo, habiendo impedido que las galeras cristianas zarpasen inmediatamente de Nápoles hacia Mesina, les dio tiempo a saber que Cigala había partido ya para Constantinopla y a recibir la revocación de la orden de marcha.[211] De estos detalles menudos y sin importancia tal vez podamos inferir que, si en 1591 se hubiese llegado a un acuerdo formal, Felipe II se habría abstenido tal vez de dar una orden tan categórica con respecto a Malta, y el conde de Miranda no habría tomado la decisión de enviar las galeras a Mesina. No deja de ser significativo, además, que ninguno de los dos hable, con este motivo, de la existencia de un acuerdo y del mayor o menor crédito que podría atribuírsele. Podemos, sin embargo, asegurar como cosa cierta que el juego de las negociaciones no se había roto en Constantinopla. Francisco de Vera parece haber andado mezclado en él o, por lo menos, haber tenido en sus manos alguno de los hilos del oscuro asunto de Lippomano,[212] probablemente agente de España y que, habiendo sido hecho preso por los venecianos en Constantinopla, en 1591, prefirió suicidarse en el viaje de retorno. Desgraciadamente, las oscuridades de este *affaire* no nos ayudan a comprender mejor las realidades de la negociación, en la capital turca.

Tal vez se pensará que el posible fracaso de estos tratos pudo dar origen a la reprimenda que fue, en 1593, el saqueo de las costas de Calabria por la flota turca. Sicilia y Nápoles, prevenidas a tiempo, tomaron en el momento oportuno sus tradicionales medidas de seguridad a lo largo de las costas. Pero, tras una finta sobre Sicilia, un centenar de velas turcas surgieron bastante bruscamente frente a Mesina, en la Fossa San Giovanni, saquearon la plaza de

Reggio y 14 aldeas de su contorno,[213] y en seguida, sin causar otros daños en el litoral, erizado de defensas, recalaron en Valona. Instaurábase, así, una guerra encubierta, difícil de seguir, que ya apenas habrá modo de detener y que es una especie de degeneración de la verdadera guerra entre las armadas turca y española. En una fecha que no podemos fijar con exactitud, tal vez en 1595,[214] las galeras de Sicilia y Nápoles tomaron resonantes venganzas de su enemigo, saqueando Patras y, sobre todo, participando ampliamente en la piratería, en aguas del Oriente. Alonso de Contreras, a bordo de las galeras del duque de Maqueda, sirvió en estas fructíferas operaciones de saqueo, a la vuelta de las cuales, un buen día, se encontró con que, solamente por su parte de soldada a razón de tres escudos, le tocaba "un sombrero lleno de reales hasta los bordes".[215] Guerra pequeña, difícil de captar en la multiplicidad de los hechos menudos y (por el lado turco) en perfecta connivencia con los emigrados moriscos y, más aún, con la inquieta Calabria, a la que los avisos nos presentan flanqueada por sospechosos navíos, que navegan por la noche a lo largo de la costa, con los fanales encendidos.[216] Pero estas menudas asechanzas no son la guerra.

En realidad, los años de 1593, 1594 y 1595 no registran ninguna verdadera lucha entre España y Turquía. En 1594, la flota de Cigala sólo se hizo a la mar una vez,[217] zarpando de Constantinopla, a más tardar, en julio, para llegar el 22 de agosto a Puerto Figueredo.[218] Al anuncio de que venían los turcos, se desencadenó el pánico en el reino de Sicilia,[219] carente entonces de toda protección. En efecto, el 9 de septiembre seguían esperando los napolitanos la llegada de las galeras del príncipe Doria.[220] Si no se hubiese tratado de una falsa alarma, no cabe duda de que el ataque habría sorprendido desprevenida a la defensa española. Pero ya a mediados de septiembre se había restablecido la calma y podía retirarse de las costas de Sicilia la milicia de guardia, sin dejar allí otra protección que la de la "gente ordinaria".[221] La flota turca, formada, según se dijo, por 90, 100 o hasta 120 galeras, viró en redondo, muy pronto al parecer, hacia Constantinopla.[222] El 8 de octubre, los 2 500 napolitanos reclutados por cuenta del ejército de la Lombardía y a los que se había retenido hasta entonces, en espera de los acontecimientos, tomaban el camino del norte.

En 1595, nuevas falsas alertas. El 31 de julio, la armada turca estaba en Modón, su puesto de vigía y de espera.[223] Ello hizo cundir la alarma por toda la Italia meridional. Los españoles prevén la concentración de galeras en Mesina.[224] Pero se reciben informes secretos, confirmados por la realidad, anunciando que el turco no saldrá "de sus mares".[225] La flota española, sin

salirse de sus planes, sigue dedicándose, como de ordinario, a transportar tropas hacia el oeste, mientras continúa representándose, como de costumbre, el *ballet* turco, un juego que sigue siendo, simplemente, un juego de sombras. **[226]**

Juan Andrea Doria se niega a combatir contra la armada turca: [II-777] *agosto-septiembre de 1596*

El año de 1596 fue, como sabemos, el año de la gran crisis turca en los campos de batalla de Hungría, el año de la dura batalla de Kesetzes. No por ello dejaron los turcos, este año, de tomar sus habituales posiciones de guardia en las costas de Grecia. Tanto más cuanto que ahora no tenían que protegerse solamente contra el Occidente cristiano, sino también contra el país albanés, que en estos momentos se agitaba sospechosamente, hervía, intrigaba, tal vez como antaño, a lo largo de un siglo que no se había distinguido allí, ciertamente, por sus periodos de calma. Podemos remitirnos, a este respecto, a los documentos publicados por Lamansky:**[227]** Albania parecía estar a punto de sublevarse. En Roma y en Florencia se piensa seriamente en intentar un desembarco en sus costas. Pero Venecia tiene demasiados intereses en este eventual conflicto, tan cercano a sus fronteras; siente demasiados deseos de permanecer neutral, para mezclarse en la aventura o permitir que ésta cobre vuelos. Mientras tanto, los españoles se ven espoleados por el papado, quien desearía verles medir las armas con la flota turca.**[228]** Más de 20 años antes, en 1572, Roma no había logrado empalmar a la guerra marítima una guerra continental contra los turcos. En 1596 choca con la imposibilidad de enlazar una guerra marítima a la guerra continental de Hungría. Durante el verano de 1596, Juan Andrea Doria, a quien se le pide directamente que intervenga, se parapetó detrás de sus instrucciones. Viéndose presionado, recurre en apelación a Felipe II, pero en términos bastante elocuentes, pues indican que conoce ya cuáles son las intenciones de su soberano: «A último del pasado escrivi a V. M. Agora añado que a los 2 deste llegaron las galeras del Gran Duque y a los 5, las de S. S. Las primeras han venido con las pretensiones que se pueden ver por las copias de las cartas del Gran Duque que me han traydo. Yo avisé luego al presidente deste reyno. No se lo que se resolverá. De lo que hiziere, daré cuenta a V. M. Su Santidad pretende que vaya a buscar al armada enemiga y que pelee con ella, pero siendo ella tan superior de número de galeras y demás de la gente que lleva pudiendo embarcar en sus tierras toda la que se quisiere,

no me ha parescido obedescelle en esto. También pretende eche alguna gente en tierra en el Albania por las platicas que tiene en aquella provincia. Hele respondido que no tengo orden de V. M. para ello y que la que tengo es de guardar con estas galeras que se han juntado las costas de la christiandad… [229]»

En realidad, Juan Andrea Doria se contenta con lanzar algunas bandas de galeras sobre Levante para distraer al enemigo. Después, tranquilamente, pacíficamente, espera en Mesina el curso de los acontecimientos. El 13 de agosto[230] anuncia a Felipe II que, "si no era necesario dar cara al enemigo", emprenderá con toda su flota el camino de España, como lo hizo, aunque con alguna demora, en septiembre.[231] El mismo mes llegaban a Navarino las galeras turcas. En mal estado, como había afirmado el papa. No pasaron, por lo demás, de esta escala,[232] para dar la vuelta en seguida, a los primeros embates del mal tiempo.[233]

1597-1600: sin novedad en el frente

La cristiandad vuelve a sentir algunos sobresaltos a comienzos del año 1597, ante el anuncio de la próxima salida de 35 a 40 galeras turcas.[234] Por una vez, la amenaza se confirma casi al pie de la letra, pero tal vez por pura casualidad, ya que otros informes —los optimistas— anunciaban que no habría tal flota.[235] A comienzos de agosto sabíase en Venecia que ya una flota había zarpado de Constantinopla, flota reducida, destinada a maniobrar contra las galeras de Malta, cuyas incursiones en las aguas de Oriente "han despertado al dormido", escribe el embajador español en Venecia.[236] No cabe duda de que los españoles, en esta época, preferirían que el turco siguiese durmiendo. Aunque poco numerosa, esta flota podía tener gran movilidad y eficacia, a la manera de una flotilla de corsarios, y causar tanto o más daño que una verdadera armada. Pronto se supo que estaba formada por 30 galeras y cuatro galeones, a las órdenes de Mami Pachá, y que había zarpado de Constantinopla el 2 de julio. Su fin: luchar contra los corsarios ponentinos, pero también, si la ocasión se presentaba, piratear por su cuenta. De este modo, la guerra entre grandes Estados degenera en simple piratería. Íñigo de Mendoza comienza a inquietarse y se pregunta si no será la inercia española, su espíritu de no resistencia, lo que empuja al turco a armarse.[237]

No obstante, la flota de Mami Pachá, a juzgar por los hechos, no podía compararse con las verdaderas flotas de los corsarios argelinos, ni había sido convenientemente armada, a su partida. El caso es que, pese a sus intenciones

iniciales, se volvió rápidamente a su base, no sin haberse visto en grandes aprietos al emprender la retirada.[238]

Mil quinientos noventa y ocho: nada nuevo tampoco, lo que no deja de ser asombroso, ya que la flota turca había vuelto a hacerse a la mar, una vez más.[239] El 26 de julio salió de Constantinopla, al mando de Cigala.[240] Después de pasar por delante de las Siete Torres, viose retenida por la falta de víveres y de dinero, pero, al cabo, prosiguió su marcha, sin hacer caso de la peste que, según los informes, se había declarado a bordo de sus barcos.[241] Contaba, en total, 45 galeras, mejor armadas que las del año anterior, aunque este "mejor" es puramente relativo. Cigala llega a Zante[242] en septiembre, pero no se decide a emprender ninguna acción contra la cristiandad, sin duda porque sus galeras se hallan demasiado fatigadas[243] para arriesgarse en empresas un poco largas. Por tanto, también en 1598, una nueva salida infructuosa de la flota turca, y la guerra que se negaba a estallar. Y, siempre en Constantinopla, nuevos intentos de conclusiones de tregua, negociadas al servicio de España, esta vez por judíos residentes en la capital turca.[244]

En 1599 persiste la calma. En 1600, Cigala sale al mar con 19 galeras, que, al llegar a las Siete Torres, no son ya más que 10, pues las nueve restantes, desarmadas, sólo sirven para reforzar el personal y el velamen de las otras.[245] En Occidente, la tranquilidad ahora es, evidentemente, completa. En España, hasta se piensa en enviar galeras a Flandes, para atender los requerimientos del archiduque Alberto.[246]

Falsa alarma u ocasión desaprovechada, en 1601

Es, por ello, bastante sorprendente ver cómo, al año siguiente, España comienza, de pronto, a hacer preparativos marítimos. ¿Es la guerra de Enrique IV contra la Saboya, con motivo de Saluces,[247] o son los planes hostiles a la Toscana, los que hacen que la atención de España se vuelva de nuevo hacia el Mediterráneo?; ¿o la necesidad de mantener abierta y despejada la ruta de Barcelona a Génova, o simplemente el hecho de que, desembarazada de la guerra francesa, la Península disponga ahora de más fuerzas para invertirlas en el mar interior? Lo cierto es que en este año de 1601 asistimos en el Mediterráneo a un despliegue de fuerzas españolas desde hace mucho tiempo inusitado. Toda la Italia que recibe órdenes de Madrid se pone en pie de guerra.[248] Venecia se siente más inquieta ante lo que sucede al ver que los soldados alemanes atraviesan su territorio sin autorización para concentrarse en Milán, que rebosa de tropas. La República decide, pues, armarse también,

cosa muy natural.[249] El conde de Fuentes trata de calmarla, lo que ya no es tan natural y resulta, desde luego, ineficaz.[250] Estos armamentos, estos movimientos de tropas y de navíos desencadenan inmediatamente una crisis general en toda Italia, tal vez demasiado nerviosa, demasiado atenta a todo lo que pueda amenazar su quietud. Muchos creen asistir a los preludios de una guerra destinada a extenderse a toda la cristiandad. Cuando el renegado marsellés Bartolomé Coreysi,[251] enviado de Ibrahim Pachá,[252] pasa en abril por Venecia, dirigiéndose hacia Florencia y Liorna, en viaje para Francia e Inglaterra, lleva consigo, seguramente, ambiciosos proyectos.

Enrique IV, por su cuenta, no cree que pueda salir de aquí la guerra: si el conde de Fuentes se atreviese a sembrar la perturbación en Italia, escribe el rey a M. de Villiers,[253] tendría en contra suya al papa, "sin el cual el dicho rey no podría hacer nada útil". Por lo demás, Felipe III no necesita recurrir a la guerra para proteger sus intereses. No debemos tomar, pues, por buena moneda los temores y los avisos de Italia. "En verdad —volvía a escribir Enrique IV a Villiers, el 16 de mayo de 1601—,[254] jamás he creído que los españoles proyectaran hacer la guerra en Italia o en otra parte, teniendo como tienen, bajo el brazo, la de los Países Bajos, que es bastante pesada para ellos y no estando, como no están, mejor provistos de dinero que los otros." Por lo demás, ya para esta fecha se habían calmado los temores de Italia. Venecia había desmovilizado.[255] Y la crisis estaba virtualmente terminada cuando, el 27 de mayo, Felipe III "juraba", por fin, la paz de Vervins.[256]

Pero esta crisis, centrada en un principio sobre Italia, iba a desplazarse bastante bruscamente, durante el verano, hacia el mar. Los avisos de Constantinopla, que esta vez nos informan, no de lo que se trama en Oriente, sino de lo que se prepara en Occidente, señalan, a mediados de junio, los preparativos de una poderosa flota española, con gran desconcierto de Cigala, quien apenas puede reunir, frente al peligro, y para ello con ayuda de los corsarios, de 30 a 50 galeras.[257] También los franceses estaban al corriente de esta brusca concentración de la flota española. "El ejército de mar que se prepara en Génova —escribe Enrique IV el 25 de junio—[258] amenaza al imperio del turco y tiene en jaque a sus vecinos, pero confío en que, como en las otras acciones del conde de Fuentes, será mayor el ruido que el daño." Los turcos, por su parte, tomaron algunas precauciones defensivas, haciendo avanzar como unas 30 galeras hasta la isla de Tenedos,[259] en la desembocadura de los Dardanelos. Hablábase de una armada, pero el rey de Francia, que no se equivocaba en cuanto al rumbo de los acontecimientos, no llegó a tomar en serio la anunciada salida de la armada turca. "Soy de opinión

[volvía a escribir el 15 de julio] de que el ruido será mayor que los efectos”. **[260]**

La armada cristiana, por su parte, parecía más temible, pero todo el mundo se preguntaba dónde descargaría sus golpes, aunque Venecia pretendía saber que se dirigiría a Albania, para apoderarse allí de Castelnuovo.**[261]** El 5 de agosto partía de Trapani, al frente de sus navíos, el príncipe Juan Andrea Doria.**[262]** En Constantinopla, exagerando el peligro, se invirtió curiosamente la situación, por una vez. Hablábase de 90 galeras y 40 galeones.**[263]** Cigala, al llegar a Navarino, procuró mantenerse prudentemente encerrado en el puerto, con sus 40 galeras.**[264]**

No se trataba, sin embargo, ni mucho menos, de un nuevo Lepanto. Ya el solo hecho de que la armada de Doria hubiese partido de Trapani (en la punta occidental de Sicilia) era elocuente indicio de que España no se preocupaba de Levante, sino del norte de África. En realidad, la flota española había aparejado contra Argel. Se confiaba en sorprender**[265]** al gran puerto de los corsarios berberiscos, pero el tiempo se encargaría, una vez más, de defraudar todas las esperanzas. La armada turca tuvo que virar en redondo, ayudada por la falta de audacia de su jefe. El 14 de septiembre, el embajador francés**[266]** anunciaba el fracaso de la flota, “sobrevenido, según se dice, por una tempestad que la ha sorprendido a cuatro leguas del lugar en que quería hacerse el desembarco, la cual tormenta ha azotado y desintegrado de tal modo sus galeras, que se han visto obligados a renunciar a sus planes”. ¿Una nueva ocasión desaprovechada que añadir a la larga lista de las coyunturas desperdiciadas por la cristiandad, en sus designios contra Argel, antes del año 1830? Eso era, al menos, lo que se pensaba en Roma, desde donde el duque de Sesa escribía “la pena que le había demostrado Su Santidad por la desgracia ocurrida a la dicha Armada”.**[267]** El Santo Padre pensaba, sobre todo, que la diversión hacia el África había impedido una fructífera intervención en Levante… De este modo, volvemos a encontrarnos, al alborear el siglo XVII —curiosa reiteración—, con las eternas querellas entre los españoles, preocupados por el África, y los italianos, atentos a Oriente.

Señalemos, por lo demás, que esta expedición —y ello es lo que la hace ser un episodio muy revelador de la hora mediterránea—, aunque hubiese prosperado, sólo habría conducido a una guerra local. La flota turca no habría dado batalla a la española. La gran guerra de las escuadras, de las galeras reforzadas y de los galeones no logra volver a posesionarse del mar. ¿No será porque una corriente general, poderosa y hostil, que está por encima de las circunstancias, de los hombres, de los cálculos y de los proyectos, se opone a

su costosa reinstalación? A su modo, la decadencia de la gran guerra es como el signo precursor de la misma decadencia del Mediterráneo, decadencia que, evidentemente, se precisa y se hace ostensible en los últimos años del siglo XVI.

La muerte de Felipe II (13 de septiembre de 1598)[268]

En el relato de los acontecimientos del teatro de operaciones del Mediterráneo hemos omitido señalar, en su lugar y momento correspondientes, un acontecimiento sin embargo sensacional, que dio la vuelta al mar y al mundo: la muerte de Felipe II, ocurrida el 13 de septiembre de 1598, en El Escorial, al término de un largo reinado que a sus adversarios se les antojaba interminable.

¿Omitido? ¿Acaso la desaparición del Rey Prudente significó un cambio importante en la política española? Frente al Oriente (sin que la tentativa del viejo Doria contra Argel, en 1601, la haga cambiar en lo más mínimo), esta política seguirá revelando una extraordinaria prudencia, inspirada por el deseo manifiesto de soslayar un conflicto abierto con los turcos.[269] Los agentes españoles seguirán intrigando en Constantinopla para negociar allí una paz imposible y laborar eficazmente por evitar todo choque… Si se habla de guerra, será solamente contra los berberiscos, guerra limitada, como vemos. Tampoco en el seno de la misma España se produce ningún cambio decisivo. Siguen actuando, solamente, las fuerzas que laboran de largo tiempo atrás. Lo hemos dicho ya, refiriéndonos muy especialmente a lo que se ha llamado la reacción señorial del nuevo reinado. Todo es continuidad en él; incluso, pese a la lentitud con que se realiza, el retorno a la paz, que se impone tras los desordenados, pero poderosos esfuerzos de los últimos años del reinado de Felipe II. La paz de Vervins, firmada en 1598, fue obra del difunto rey; la paz inglesa tardará aún seis años (1604), y la paz con las Provincias Unidas, más de 11 años todavía (1609). Pero una y otra son fruto del movimiento anterior.

Nada revela y explica mejor la enigmática figura de Felipe II que su admirable muerte. Ha sido narrada tantas veces y con tanto patetismo, que apenas si vale la pena repetir una vez más sus detalles, llenos de emoción. Fue, no cabe duda, la muerte de un rey y de un cristiano. De un cristiano absolutamente seguro de la virtud de los poderes de intercesión de la Iglesia.

Al presentarse, en junio, los primeros dolorosos ataques del mal que había de llevarlo a la tumba, mandó, en contra del parecer de los médicos, que lo trasladaran a El Escorial, para morir allí. Luchó, sin embargo, contra la

afección septicémica que habría de acabar con su vida después de 53 días de enfermedad y de sufrimientos. Su muerte no se halla, ni mucho menos, como se ha dicho, bajo el signo del orgullo, esta divinidad del siglo reformado.[270] El rey no fue a morir a El Escorial para recibir la muerte en medio de la soledad; fue allí para reunirse con los suyos, con todos sus muertos, que le aguardaban, y fue acompañado por su hijo, el futuro Felipe III; por su hija la infanta, pronta a partir para Flandes; por los grandes de la Iglesia y los grandes de su reino, que le rodean a lo largo de su pasión. Es una muerte que no tiene nada de solitaria, lo más acompañada y más social, lo más ceremoniosa, podríamos decir, en el buen sentido de la palabra, que puede imaginarse. No son, como se ha dicho, el orgullo, la soledad ni la imaginación, sino el aparato familiar, la falange de los santos y una nube de oraciones, los que velan y rodean los últimos momentos del rey, en una procesión ordenada que es, de por sí, como una bella obra de arte. Este hombre, cuya vida, según se dice tantas veces, se torturaba en distinguir lo temporal de lo religioso, a quien sus enemigos ennegrecieron, sin pudor, bajo las calumnias más absurdas y a quien sus admiradores se apresuraron a aureolar, debe comprenderse e interpretarse por la senda derecha de la más pura vida religiosa y tal vez, incluso, dentro del ambiente de la misma revolución carmelitana…

Pero ¿y el soberano, es decir, la fuerza histórica a que su nombre sirve de nexo y de garantía? ¡Cómo desborda esta fuerza al individuo solitario y hermético que fue Felipe II! Los historiadores no sabemos abordarlo: nos recibe, como a los embajadores, con la más exquisita de las cortesías, nos escucha, pero responde en voz baja, apenas inteligible, y sin hablar jamás de sí mismo. En vísperas de su muerte, pasa tres días enteros confesando las faltas de su vida. Pero ¿quién podría representarse con certeza cuáles fueron estas faltas, registradas por el rey en los libros de su conciencia, más o menos justa en sus apreciaciones, más o menos extraviada en el laberinto de una larga vida? Es éste uno de los grandes problemas humanos de la vida de Felipe II, la gran superficie de sombra en que hay que dejar envuelta la verdad de su retrato. Mejor dicho, de sus retratos. ¿Qué hombre no cambia en el curso de la vida? Y la suya fue una vida larga y agitada, desde el retrato del Ticiano, en que vemos al príncipe a los 20 años, hasta el terrible y patético cuadro de Pantoja de la Cruz, que evoca ante nosotros, en cambio, la sombra de lo que era al final de su reinado…

El hombre que nosotros podemos captar es el soberano que desempeña su oficio de rey, en el centro, en el cruce mismo de las incesantes noticias que

tejen ante él, con sus hilos de color, anudados y entrecruzados, la tela del mundo y de su imperio. Es la imagen del infatigable lector sentado a su mesa de trabajo, anotando los informes con su rápida escritura, retraído de los hombres; distante, meditativo, vinculado por medio de las noticias a la historia viva que se precipita hacia él desde todos los horizontes del mundo. Es, en verdad, la suma y el compendio de todas las debilidades y de todas las fuerzas de su imperio, el hombre de los balances. Sus lugartenientes, el duque de Alba y más tarde el de Farnesio en los Países Bajos, don Juan de Austria en el Mediterráneo, no ven más que un sector del imperio, su sector personal en la enorme aventura. Es la fundamental diferencia que media entre el director de orquesta y los ejecutantes…

No es, añadiríamos, hombre de grandes ideas: ve su tarea en una interminable sucesión de detalles. No hay una sola nota suya que no sea un hecho menudo, preciso, una orden, una observación y, a veces, incluso la corrección de una falta de ortografía o de un error geográfico. De su pluma no salen nunca ideas generales o grandes planes. No creo que la palabra Mediterráneo llegara a flotar nunca en su espíritu con el sentido que nosotros le damos, ni evocara nunca ante él nuestras habituales imágenes de luz y de aguas azuladas; ni que haya significado nunca, para su mente, un lote preciso de grandes problemas o el cuadro de una política claramente concebida. La educación de los príncipes no incluía una verdadera geografía. Razones todas suficientes para que esta larga agonía, que termina con el último aliento en septiembre de 1598, no deba ser considerada como un gran acontecimiento en la historia del mundo mediterráneo. Para que vuelvan a marcarse, a la vista de ella, las distancias que separan la historia de los acontecimientos de la historia de las estructuras y, más todavía, de la historia de los espacios…

CONCLUSIÓN [II-787]

ESTE libro, a lo largo de los 20 años que lleva en circulación, se ha visto citado, criticado (raras veces) y alabado (con demasiada frecuencia). Durante ese tiempo he tenido ocasión de elaborar sus explicaciones, de defender sus puntos de vista, de reflexionar sobre las actitudes que adopta y de corregir sus errores. Ahora, con motivo de su segunda edición, lo he vuelto a leer cuidadosamente, y he introducido en él cambios importantes y extensos. Pero es inevitable que todo libro viva una existencia personal, completamente al margen de su autor. Éste lo puede mejorar, lo puede enriquecer con nuevas notas y detalles, puede intercalar en él mapas e ilustraciones, pero no conseguirá cambiarlo radicalmente. Era bastante habitual en el siglo XVI que una nave comprada fuera de Venecia se trajese a esta ciudad y se la revisase de proa a popa, encargándose hábiles carpinteros de las reformas y alteraciones aconsejables…, pero, pese a todo ello, continuaba siendo el mismo barco de siempre: un barco salido de los arsenales de Dalmacia u Holanda, y su origen, identificable a la primera mirada.

Y lo mismo le ocurre a este libro. No obstante el largo proceso de revisión sufrido, los lectores de su primera edición podrán reconocerlo sin esfuerzo. Su conclusión sustantiva, su mensaje y su significado continúan siendo los mismos de ayer. Es el resultado de un trabajo de investigación apoyado en una cantidad muy considerable de documentos nunca publicados anteriormente. Son documentos concernientes a todos los rincones del amplio escenario mediterráneo, durante esos años ambiguos que inician la época moderna. Es, además, un intento de historia de una nueva especie, una historia global, escrita en tres registros diferentes, en tres niveles diversos, o, y prefiero esta expresión, tres diferentes temporalidades, siendo mi objetivo abarcar en toda su multiplicidad todos los diferentes tiempos del pasado, y afirmar su coexistencia, sus interferencias, sus contradicciones y la riqueza de experiencias que contienen y que nos brindan. La historia, a mi modo de ver,

es una canción que debería cantarse a muchas voces, aceptando también el inconveniente de que, con frecuencia, las voces se cubren unas a otras. Nunca ha habido una voz que se haya impuesto para cantar un solo, rechazando cualquier clase de acompañamiento. ¿Cómo se podría, entonces, percibir, en el sincronismo de un solo instante, y como por transparencias, las historias diferentes que la realidad superpone? He tratado de salir al paso de este problema recurriendo a considerar ciertas palabras y ciertas explicaciones como otros tantos temas o aires familiares comunes a las tres secciones del libro. Pero la dificultad estriba en que no hay sólo dos o tres temporalidades, sino más bien varias decenas: y cada una de ellas implica una historia particular. Sólo la suma de estas temporalidades, de estas medidas del tiempo, operada por las ciencias del hombre (convertidas en retrospectivas para poder ayudar al historiador), puede devolvernos esa historia total cuya imagen tan difícil resulta de reconstituir en su rica entidad.

I

A nadie se le ha ocurrido reprocharme la anexión a este libro de historia del muy extenso ensayo geográfico con que comienza, y que es el homenaje que rindo a las realidades intemporales cuyas imágenes y presencias no cesan de hacer, una y otra vez, acto de presencia de la primera a la última página de este grueso libro. El Mediterráneo, con su vacío creador, con la asombrosa libertad de sus rutas marítimas (su librecambio automático, como lo llama Ernest Labrousse), con sus tierras diferentes y semejantes, sus ciudades nacidas del movimiento, sus poblaciones complementarias y sus hostilidades congénitas, es una obra sin cesar abordada por manos de hombre, pero siempre a partir de un plan imperativo, luchando sin cesar contra una naturaleza poco generosa y con frecuencia salvaje que impone limitaciones y dificultades de muy larga duración. Toda civilización es construcción, dificultad, tensión: las civilizaciones de la cuenca mediterránea han luchado con mil obstáculos evidentes usando un material humano a veces inadecuado, luchando sin fin y a ciegas contra las enormes masas continentales que cercan el mar interior; han llegado incluso a contender con las inmensidades de los océanos Pacífico y Atlántico.

He buscado, por eso, dentro del marco de un estudio geográfico, localizaciones, permanencias, inmovilidades, repeticiones, es decir, las *regularidades* de la historia mediterránea; no *todas* las estructuras o regularidades monótonas de la vida pasada de los hombres, sino las más

importantes entre ellas, las que atañen a la existencia cotidiana. Estas regularidades son el plano de referencia, el elemento privilegiado de nuestro libro, y constituyen sus imágenes más vivas y localizables. Las volvemos a encontrar, en forma intemporal, en la vida actual, en el curso de un viaje o en los libros de Gabriel Audisio, Jean Giono, Carlo Levi, Lawrence Durrell, André Chamson… Todos los escritores occidentales que, en un momento u otro de sus vidas, han convivido con el Mediterráneo, se han sentido sorprendidos por su carácter histórico, o, mejor aún, intemporal. Como Audisio y Durrell, yo también creo que la Antigüedad continúa viva en las orillas del Mediterráneo de hoy. Quien en Rodas o en Chipre "observe a los pescadores que juegan a las cartas en el ambiente cargado de humo de la taberna del Dragón podrá hacerse una idea de cómo fue Ulises en la realidad". Creo también, con Carlo Levi, que la comarca perdida que es el auténtico protagonista de su hermosa novela *Cristo se ha detenido en Éboli*, se hunde en la noche de los tiempos. Éboli (de donde procede el título de príncipe de Ruy Gómez) está en la costa, cerca de Salerno, en el lugar donde la carretera se aparta del mar para hundirse en las montañas. Cristo (es decir, la civilización, la equidad y la alegría de vivir) no ha podido continuar su camino hacia las tierras altas de Lucania, hasta el pueblo de Gagliano "encaramado sobre precipicios de arcilla blanca", en el hueco de vertientes sin hierba, sin árboles. Allí los pobres *cafoni* se ven gobernados ahora, como siempre, por los privilegiados de turno: el farmacéutico, el médico, el maestro, personas todas que el campesino evita, teme y a quienes mira de reojo. *Vendettas*, bandolerismo, economías y útiles primitivos son todavía la regla en esta sociedad. Puede un emigrante volver de América a su pueblecillo casi abandonado, puede ser portador de mil curiosas novedades y maravillosos objetos: no conseguirá cambiar nada en este universo arcaico, enclaustrado en sí mismo. Este rostro es el auténticamente profundo del Mediterráneo y sólo con la ayuda del ojo del geógrafo (o del viajero, o del novelista) podemos discernir sus verdaderos contornos y sus opresivas realidades.

II

La segunda empresa de este libro —descubrir el destino colectivo del Mediterráneo en el siglo XVI, es decir, su historia social, entendida la expresión en su sentido más amplio— nos lleva inmediata y constantemente a toparnos con un problema tan insidioso e insoluble como es el del deterioro

de su vida material, a encontrarnos con esas múltiples decadencias en cadena de Turquía, del Islam, de Italia o de la península ibérica, por decirlo con el idioma de los historiadores de antaño —o con las rupturas y averías de sus sectores motores, finanzas públicas, inversiones, industrias, navegación, para decirlo con las palabras de los economistas de hoy—. Ha habido historiadores que —nutridos o no por el pensamiento alemán— han sostenido con entusiasmo (y el último de ellos, cronológicamente hablando, ha sido, quizá, Eric Weber,[1] discípulo de Othmar Spann y de su escuela universalista) que se presentaba en todos los casos un proceso de decadencia interna, del cual el destino del Imperio romano nos brinda el ejemplo perfecto. Entre otras reglas enunciadas, toda decadencia *(Verfall)* sería compensada, según Eric Weber, por un ascenso simultáneo *(Aufstieg)* en otro lugar, de modo que en la vida común de los pueblos nada se crearía ni destruiría, sino sólo cambiaría. Igualmente categóricas son las tesis lanzadas por Toynbee y Spengler. Por mi parte, me he empeñado en luchar contra todas estas concepciones tan en exceso simplificadoras y las grandes conclusiones a que invitan. Pues, a decir verdad, ¿dentro de cuál de estos esquemas se podría acomodar el curso del destino mediterráneo? No creo exista una cosa tal como *un* modelo de decadencia, sino que hay que construirlo partiendo de las estructuras básicas de cada caso particular.

Cualquiera que sea el sentido que le queramos atribuir al impreciso término *decadencia*, no puedo aceptar que el Mediterráneo haya sido presa fácil y resignada de un vasto, irreversible y particularmente precoz proceso de decadencia. Decía yo, en 1949, que no conseguía descubrir ningún signo de decadencia mediterránea con anterioridad a 1620. Hoy me inclino a pensar, aun sin poder garantizar su certeza, que se puede muy bien correr algo esa fecha, hacia delante, digamos, hasta 1650. En todo caso, los tres libros más significativos dedicados a narrar los destinos de las regiones mediterráneas no contradicen mi tesis. Los libros a que aludo son: el de René Baehrel sobre la Provenza, el de Emmanuel Le Roy Ladurie sobre el Languedoc y el de Pierre Vilar a propósito de Cataluña. A mi entender, si se quiere reconstruir el nuevo panorama del Mediterráneo después de la gran ruptura que marca el final de su primacía, convendría elegir una fecha tardía: 1650 o incluso 1680.

Sería también preciso, en la medida que las investigaciones locales permitieran más rigor, proseguir esas tentativas de cálculos, estimaciones e investigaciones de órdenes de magnitud que inicio en este libro. Al hacer así, me acerco, en mucho mayor grado que estas imperfectas tentativas invitan a suponer, al pensamiento de esos economistas particularmente interesados por

los problemas de crecimiento y de contabilidad nacional (en Francia, por ejemplo, François Perroux, Jean Fourastié y Jean Marczewski). En cuanto nos adentremos por ese sendero, daremos muy pronto con una evidencia: que el Mediterráneo del siglo XVI es, prioritariamente, un universo de campesinos, medianeros y terratenientes: el cultivo y la cosecha son el centro de ese mundo, y todo lo demás es superestructura, resultado de la acumulación y de una antinatural orientación hacia las ciudades. Campesinos y grano, es decir, alimento de los hombres, número de esos hombres, es la silenciosa regla que determina el destino de la época. A la corta o a la larga, la vida agrícola es la que manda. ¿Podrá soportar la carga de una población creciente y el lujo de unas ciudades tan esplendorosas que nos han cegado hasta el punto de no ver otra cosa que civilizaciones urbanas? Ese es el problema crucial de cada día, de cada siglo, y en comparación, todo el resto es insignificante.

En Italia, por ejemplo, se produce en los últimos años del siglo XVI un enorme movimiento de inversiones en beneficio del campo. Me resisto a considerarlo un signo de decadencia precoz; más bien es una reacción que atestigua un buen estado de salud. Italia conservará un precioso estado de equilibrio —material, se entiende—, pues socialmente, la grande y fuerte propiedad privada impone en todas partes sus particulares formas de opresión y sus compulsiones de larga duración temporal. Y lo mismo vale decir de Castilla.[2] Los historiadores actuales nos comunican que Castilla mantuvo un equilibrio material hasta mediados del siglo XVII. Esta observación viene a modificar las nuestras anteriores. Yo había supuesto que la crisis corta y violenta de la década que se inicia en 1580 podía explicarse enteramente en términos de simple reorientación del Imperio español hacia Portugal y el Atlántico. Explicación, por lo que parece, demasiado majestuosa. Felipe Ruiz Martín[3] acaba de demostrar que fue simplemente resultado de un proceso que arranca sustancialmente de la gran crisis frumentaria que sufre la península ibérica durante la década de los años ochenta del siglo. Se trata, en realidad, de lo que Ernest Labrousse habría llamado crisis de tipo *ancien régime*.

En suma, incluso cuando estudiamos crisis a corto término nos vemos frecuentemente obligados a recurrir en nuestra busca de respuesta a la lenta historia estructural. Ése es el nivel cero esencial con el que habremos de medirlo todo: no sólo las proezas de las ciudades, pongamos por caso (en 1949, estas ciudades me han impresionado en exceso: la civilización se puede convertir en un espectáculo cegador), sino también la historia coyuntural, esa historia que todo quiere explicarlo perentoriamente, como si ella fuese capaz

de ordenarlo todo con esos movimientos suyos, con frecuencia muy cortos. El hecho es que se presenta ante nosotros la tarea de construir una nueva historia económica: hay que reconstruirla paso a paso, a partir de esos movimientos y de esas inmovilidades que la vida afronta continuamente. Como es bien sabido, no es lo más ruidoso lo más importante.

En todo caso, ni la ruina de la tendencia secular de la década que se inicia en 1590, ni el rudo hachazo de la crisis corta de 1619-1621 marcan el final del esplendor de la vida mediterránea. Tampoco puedo creer, mientras no haya mayor evidencia, en una discrepancia catastrófica de las coyunturas *clásicas* del norte y el sur de Europa y que, de haber existido, habría sido a un tiempo la destructora de la prosperidad mediterránea y la constructora de la supremacía de los nórdicos. Solución expeditiva que trata de matar dos pájaros de un tiro. Pero no veo los dos cuerpos.

Esta división de la historia entre lentitudes y velocidades, entre estructura y coyuntura, sigue siendo el tema central de un debate muy lejos todavía de solución. Es preciso clasificar estos movimientos en relación unos con otros, sin la certeza previa de si éstos han conformado a los otros o viceversa. Identificarlos, clasificarlos y compararlos debe ser nuestro primer cuidado y nuestra primera tarea. Por desgracia, todavía no podemos trazar las oscilaciones globales de las *rentas nacionales* durante los siglos XVI y XVII, y es una lástima. Pero estamos, al menos, en situación de poder estudiar las cambiantes fortunas de las coyunturas urbanas, gracias a los trabajos de Gilles Caster,[4] Carlo Cipolla y Giuseppe Aleati,[5] el primero en lo concerniente a Tolosa, y el segundo y el tercero, a Pavía. Las ciudades conocen en su vida múltiple una coyuntura más auténtica o, al menos, de igual validez, que las curvas habituales de los precios y los salarios.

Tenemos, finalmente, el problema de reconciliar cronologías contradictorias. ¿Cómo, por ejemplo, oscilan, de acuerdo con el mal o buen tiempo económico, los Estados y las civilizaciones, personajes prominentes, con sus exigencias y voluntad? En mi estudio he planteado la cuestión respecto a los Estados: los tiempos difíciles favorecen su relativa expansión. ¿Ocurre lo mismo con las civilizaciones? Sus esplendores llegan, muchas veces, desfasados. Será durante el otoño de los tiempos de la ciudad-Estado o, incluso, en su pleno invierno (en Venecia y en Bolonia) cuando se producirá la última floración del Renacimiento italiano. Y durante el otoño de los vastos Imperios del mar —Constantinopla, Roma, Madrid—, se producen las poderosas civilizaciones imperiales. En los últimos años del siglo XVI y los

primeros del siglo XVII flotan estas sombras brillantes allí donde 50 años antes habían existido unos grandes cuerpos políticos.

III

Comparado con estos problemas, el papel de los acontecimientos y de los individuos palidece. Cuestión de perspectiva. Pero ¿es correcta nuestra perspectiva? Respecto a los acontecimientos, "su desfile oficial, al que acordamos el primer puesto, modifica muy poco el paisaje y prácticamente nada la estructura fundamental del hombre". Así piensa un novelista de hoy, enamorado del Mediterráneo; Lawrence Durrell. Sí, de acuerdo, pero —y la pregunta me la hacen con mucha frecuencia historiadores y filósofos— si miramos la historia desde ese ángulo ¿en qué se queda el hombre, en qué su papel en la historia, en qué su libertad de acción? Además, me objetaba un filósofo (Francois Bastide), puesto que la historia siempre es desarrollo, progresión ¿no podremos también llamar acontecimientos a una tendencia secular? Indudablemente, pero mi definición de *acontecimiento* está más próxima a Paul Lacombe y Francois Simiand: los restos flotantes que he pescado en este océano de la vida histórica, y que he puesto aparte con el nombre de *acontecimientos*, son los acontecimientos *breves* y patéticos, en especial aquellos que la historia tradicional llama *sucesos memorables.*

No quiero decir con esto que este polvillo brillante no le sirva al historiador para nada, ni que la reconstrucción histórica de conjunto no pueda perfectamente bien partir de esta microhistoria. La microsociología, en la que hace pensar (erróneamente, a mi parecer), no tiene, por otra parte, tan execrable reputación en el mundo de la investigación científica. Bien es cierto que la microsociología consiste en una constante repetición, mientras que en la microhistoria de los acontecimientos todo sería singularidad y excepción; se trata, de hecho, de un desfile de *socio-dramas*. Pero Benedetto Croce ha sostenido, no sin razón, que todo acontecimiento —por ejemplo el asesinato de Enrique IV en 1610, o, para salirnos completamente de nuestro periodo, la llegada al poder del ministerio Jules Ferry, en 1883— contiene en embrión la historia entera del hombre. Dicho con otras palabras: la historia es el pentagrama en el que se inscriben estas notas individuales.

Una vez dicho esto, debo confesar que, no siendo filósofo, me resisto a discutir sobre todas esas cuestiones concernientes a la importancia de los acontecimientos y la libertad del hombre. Habría que ponerse primero de acuerdo en cuanto a la palabra libertad, tan cargada de sentidos múltiples y

nunca la misma en el curso de los siglos. También deberíamos distinguir, al menos, entre la libertad de los grupos, es decir, la de las unidades económicas y sociales, y la de los individuos. ¿Qué es hoy, exactamente, la libertad de esa unidad social que llamamos Francia? ¿Qué era, en 1571, la libertad de España, considerada en conjunto, en el sentido de las posibilidades que se abrían ante ella? ¿Con qué grado de libertad contaba Felipe II, o cual era la libertad de don Juan de Austria, perdido en medio del mar, con sus navíos, sus aliados y sus soldados? Cada una de estas llamadas libertades me parece una pequeñísima isla, casi una prisión.

¿Establecer la estrechez de los límites de acción es negar el papel del individuo en la historia? No lo creo. Queda siempre el poder elegir entre dos o tres posibilidades. Se impone la pregunta: ¿escogeremos una de ellas?, ¿la llevaremos eficazmente a su término o no?, ¿comprenderemos o no que esas pocas posibilidades y sólo ésas están a nuestro alcance? Me inclino en favor de la siguiente paradoja: el gran hombre de acción es aquel que después de calibrar con justeza lo limitado de sus posibilidades, elige mantenerse dentro de ellas y aprovechar el peso de lo inevitable, ejerciendo su empuje personal en la misma dirección. Está condenado de antemano al fracaso cualquier esfuerzo realizado a contracorriente de la dirección que en un momento dado lleva la historia.

Por eso, cuando pienso en el hombre individual, siempre tiendo a imaginármelo prisionero de un destino sobre el que apenas puede ejercer algún influjo, encerrado en un paisaje que se extiende ante y detrás de él en esas perspectivas infinitas que hemos llamado de la *larga duración*. En el análisis histórico, tal como yo lo veo —con razón o equivocadamente—, se impone siempre el tiempo largo. Es un tiempo que aniquila una gran cantidad de acontecimientos, todos aquellos que no puede acomodar en su propia corriente, y que echa a un lado en forma despiadada; limita, sin duda alguna, la libertad de los hombres e incluso el papel del azar. Yo soy *estructuralista* por temperamento. No me tienta el acontecimiento, y sólo a medias la coyuntura a corto término, la cual no es, después de todo, más que una simple agrupación de acontecimientos del mismo signo. Pero el *estructuralismo* de un historiador no tiene nada que ver con la problemática que preocupa, bajo el mismo nombre, a las otras ciencias del ser humano.[6] No tiende a la abstracción matemática de relaciones que se expresan en funciones, sino hacia las auténticas fuentes de la vida en lo que ella tiene de más concreto, cotidiano, indestructible, y de más anónimamente humano.

26 de junio de 1965

ANEXOS

[I-798]

FUENTES [II-799]

I. FUENTES MANUSCRITAS

LAS FUENTES de este libro son, ante todo, fuentes manuscritas. La abundante literatura sobre el tema sólo ha sido utilizada después de las investigaciones en los archivos, y sólo para complementar y coordinar los resultados y para el indispensable control.

Nuestras investigaciones, antiguas y modernas, distan mucho, sin embargo, de haber agotado el enorme y disperso material inédito de los archivos. Y no podía ser de otro modo, dado lo vasto del tema. Hemos tenido que proceder por sondeos.

Si, a lo que creo, he consultado en su casi totalidad las riquezas de los depósitos parisinos (principalmente la preciosa serie K de los Archivos Nacionales, hoy día devuelta a España); si he recorrido todo lo que era posible encontrar en las series políticas de Simancas (cuyos recursos son inmensos, insospechados); si he llevado a cabo largas búsquedas en los grandes depósitos de Italia; si he podido captar la preciosísima fuente de datos de los Archivos de Ragusa, debo reconocer que en mis trabajos no siempre me ha acompañado la buena suerte. No he podido salir avante del inverosímil desorden y de la dispersión de los Archivos de Venecia, ni de los inmensos archivos notariales de Marsella, de España y de Italia, ni de la superabundancia de los documentos de Génova, Florencia y Turín, por no citar Módena, Nápoles, Palermo…

Si se siguen en el mapa los archivos que me ha sido dable consultar, se advertirá un gran vacío por el sur y por el este, que es la gran incógnita de todos los trabajos sobre el Mediterráneo del siglo XVI. Hay, en efecto, ricos, magníficos archivos turcos, cuyos documentos interesan nada menos que a la mitad de nuestro mar. Pero estos archivos no están aún clasificados y siguen resultando de difícil acceso. En los dominios que abarcan hemos tenido que recurrir a la literatura histórica, a los viajeros, a los archivos y a las obras

balcánicas, y, por supuesto, a nuestras fuentes occidentales. Hemos tenido que contemplar la historia de los países turcos, o situados bajo la influencia turca, de fuera adentro, como espiándola, a medida que esta historia iba inscribiéndose, desde Constantinopla y desde otras partes, en los avisos de Levante que forman largas series de documentos en los archivos italianos y españoles. Pero conocemos bien por experiencia, aunque sólo sea por el caso de Francia, la diferencia que hay, o puede haber, entre la historia vista desde fuera (por ejemplo, a la luz de las *Relazioni* de los embajadores venecianos, que nuestros libros han vulgarizado a fuerza de utilizarlas) y la historia de esta misma Francia, iluminada desde dentro. Existe, pues, en lo que se refiere a la información histórica, una inmensa laguna en lo tocante a los países turcos. Debilidad ésta preñada de graves consecuencias para este libro; razón de más, también, para pedir a los historiadores turcos, balcánicos, sirios, egipcios y norafricanos que trabajen por llenar estos vacíos y nos ayuden en una tarea que sólo puede ser colectiva. Progresos evidentes han sido ya realizados por Omer Lutfi Barkan y sus discípulos, por Robert Mantran, Glisa Elezovic, Bistra A. Cvetkova, Vera P. Mutafvcieva, L. Feketé y Gy Kàldy-Nagy, coautores, estos dos últimos historiadores húngaros, de los admirables *Rechnungsbücher türkischer Finanzstellen in Buda, 1550-1580,* 1962.

Sobre los archivos turcos (en sentido amplio) encontramos informaciones en *Histoire et Historiens*, París, 1930, bajo la firma de J. Deny; del mismo especialista, «A propos du fonds arabo-turc des Archives du Gouvernement Général de l'Algérie», en *Revue Africaine*, 1921, 375-378. Sobre los archivos turcos en general, ver P. Vittek, «Les archives de Turquie», en *Byz.*, t. XII, 1938, pp. 691-699, y, desde 1938, una guía de los archivos, en turco, próxima a publicarse: *Topkapi, Sarayi Müzesi Archivi Kilavuzu*. Estambul. Sobre los archivos egipcios, J. Deny, *Sommaire des archives turques du Caire*, 1930.

Un útil resumen sobre el conjunto de la cuestión: J. Sauvaget, *Introducción a l'histoire de l'Orient musulman*, 1943.

ABREVIATURAS EMPLEADAS PARA DESIGNAR LOS ARCHIVOS

A. C.	Archivos Comunales.
A. Dep.	Archivos Departamentales.
A. d. S.	Archivio di Stato.
A. H. N.	Archivo Histórico Nacional, Madrid.
A. N., K	Archives Nationales, París, Serie K.
B. M.	British Museum, Londres.
B. N.	Biblioteca Naciona,. F. (Florencia), M. (Madrid); sin otra indicación, París.

G. G. A.	Ex Gobierno General de Argelia.
N. E.	Negocios Extranjeros, París. [II-801]
P. R. O.	Public Record Office, Londres.
Sim.	Simancas.
Sim. Eo.	Simancas, Serie Estado.

I. LOS ARCHIVOS ESPAÑOLES

1. Archivo General de Simancas

La vieja guía de Mariano Alcocer Martínez, *Archivo General de Simancas. Guía del investigador*, Valladolid, 1923, resulta superada por el reciente trabajo de Ángel Plaza, *Guía del investigador*, 1961. Hay, además, una serie de catálogos particulares, debidos, en general, a la magnífica actividad del archivero Julián Paz. Estos catálogos son análisis de documentos, que dan, por lo menos, títulos detallados; algunas veces los he utilizado como verdaderas fuentes. Citemos, entre los catálogos de Julián Paz, *Diversos de Castilla*, publicados por la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, 1909; *Negociaciones con Alemania*, publicados por la *Kaiserliche Akademie der Wissenschaften*, Viena; *Negociaciones con Francia*, publicados por la Junta para Ampliación de Estudios (se refiere a la serie K de nuestros *Archivos Nacionales*, que desde 1943 se halla de nuevo en Simancas); *Negociaciones de Flandes, Holanda y Bruselas, 1506-1795*, París, Champion, 1912; *Patronato Real*, 1912; *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, 1912, 495, en 8º. Salvo *Diversos de Castilla*, existen varias reediciones de estos preciosos catálogos (1942-1946). Del archivero Ángel de la Plaza, *Consejo y Juntas de Hacienda* (1404-1707), 1926; del archivero G. Ortiz de Montalbán, *Neg. de Roma* (1381-1700), 1936; del actual director de Simancas, Ricardo Magdaleno, *Nápoles*, 1942; *Inglaterra*, 1947; *Sicilia*, 1951; y de C. Álvarez Terán, *Guerra y Marina* (época de Carlos V), 1949.

Mis investigaciones en Simancas han sido completadas por el examen ulterior de numerosísimas microfotografías. Debo señalar, no obstante, que en esos archivos queda por explorar un enorme material, especialmente en lo que se refiere a los documentos financieros, económicos y administrativos. Cuando llevé a cabo mis primeras investigaciones sólo pude consultar algunos legajos relativos a la exportación de lanas hacia Italia, y he de lamentar especialmente que no haya sido posible encontrar las piezas relativas al comercio de la pimienta. Todavía en la actualidad esos documentos no han

sido clasificados en su totalidad, y se necesitará tiempo para ello, dada su abundancia. Durante mis últimas visitas a Simancas (1951 y 1954) he consultado ampliamente estas importantes series (ver núm. 12, *infra*).

LISTA DE LEGAJOS CONSULTADOS

1. *Corona de Castilla*, Correspondencia (1558-1559), legajos 137 a 179.
2. *Corona de Aragón*, Correspondencia (1559-1597), legajos 326 a 343.
3. *Costas de África y Levante*, serie no muy en orden, 1559-1594, legajos 485-492.
4. *Negociaciones de Nápoles* (1558-1595), legajos 1049 a 1094.
5. *Negociaciones de Sicilia* (1559-1598), legajos 1124 a 1158.
6. *Negociaciones de Milán* (1559 y 1597-1598), 3 legajos; 1210 (1559), 1283-1285 (1597-1598).
7. *Negociaciones de Venecia* (1559-1596), legajos 1323 a 1346. (Debe hacerse notar que gran parte de la correspondencia de Venecia se encontraba antes en París).
8. *Negociaciones con Génova* (1559-1565), legajos 1388 a 1394.
9. *Negociaciones de Toscana*, muy incompleta, legajos 1446-1450.
10. *Nápoles, Secretarías Provinciales* (1560-1599), legajos 1 a 8 (documentos publicados en parte por Mariano Alcocer), legajo 80 (1588-1599), compuesto por decretos originales.
11. *Contaduría de rentas*. Saca de lanas. Lanas, 1573-1613.
12. *Consejo y Juntas de Hacienda; Contaduría Mayor de Cuentas* (Primera época-Segunda época); *Expedientes de Hacienda*.

2. ARCHIVO HISTÓRICO NACIONAL DE MADRID

Hago constar que me ha sido imposible consultar la *Confederación entre Felipe II y los Turcos* (Guía p. 40), pues en su lugar sólo se encontraron documentos del siglo XVII.

Mis investigaciones se han limitado a los documentos inquisitoriales, o, por lo menos, a lo que queda de estos inmensos archivos. Inquisiciones de Barcelona (libro I); de Valencia (libro I); de Calahorra y de Logroño (legajo 2220); de las Canarias (legajos 2363-2365); de Córdoba, (legajo 2392); de

Granada (legajos 2602-2604); de Llerena (legajo 2700); de Murcia (legajo 2796); de Sevilla (legajo 2942); de Valladolid (legajo 3189).

3. Biblioteca Nacional de Madrid (Sección de Manuscritos) [II-803]

Se trata de fondos muy dispersos que necesitan un catálogo más detallado que el de un archivo homogéneo. Su aportación total es modesta. Sánchez Alonso, en sus clásicas *Fuentes de la Historia española e hispanoamericana*. Madrid, en 8º, 1927, da el inventario numérico de estos documentos esparcidos. Por mi parte, he prescindido de las copias, demasiado numerosas, de documentos (principalmente las debidas a la pluma de Antonio Pérez), que tienen un indudable interés, pero que han sido publicadas o comentadas en muchas ocasiones. Han sido utilizados:

—Memorial que un soldado dio al rey Felipe II porque en Consejo no querían hacer mercedes a los que se havian perdido en los Gelves y fuerte de La Goleta (s. f.). G. 52, 1750.

—Instrucción de Felipe II para el secretario de estado Gonzalo Pérez (s. f.). G. 159-988, f. 12.

—Memorial que se dio a los teólogos de parte de S. M. sobre diferencias con Paulo IV, 1556, KK 66 V 10819 22.

—Carta de Pío V a Felipe II sobre los males de la cristiandad y daños que el Turco hacía en Alemania, Roma 8 de julio 1566, G. 52, 1750.

—Relación del suceso de la jornada del Río de Tituan que D. Álvaro de Bazán, Capitán General de las galeras de S. M. hizo por su mandado la qual se hizo en la manera siguiente (1565), G. 1750, public, por Cat, de manera desconcertante, en *Mission bibliographique en Esp*., París, 1891, en 8º.

—Carta de Felipe II al príncipe de Melito sobre las prevenciones que deben hacerse para la defensa de Cataluña, 20 de marzo de 157Q, 476.

—Capítulos de la liga entre S. Santidad Pío V, el Rey Católico y la señoría de Venecia contra el Turco, 1571, *ibid*.

—Las causas que movieron al Sr. D. Juan de Austria para dar la batalla de Lepanto, 1571, *ibid*.

—Advertencias que Felipe II hizo al Sr. Covarrubias cuando le eligió presidente del consejo, 1572 (Copia del siglo XVIII), 140-11261 *b*.

—Carta de D. Juan de Austria a D. Juan de Zúñiga, embajador de Felipe II en Roma, sobre la paz entre turcos y venecianos y sobre los aprestos militares hechos en Italia para ir a Corfú contra los Turcos, Mesina, abril (1573), KK 39, 10454, f. 1080.

—D. J. de Zúñiga a D. J. de Austria, Roma, 7 de abril de 1573, *ibid*., f. 1070.

—Instrucción al Cardenal Granvella sobre los particulares que el legado ha tratado de la jurisdicción del Reyno de Nápoles (en ital.), copia del siglo XVII, 8870.

—Representación hecha al Señor Felipe II por el licenciado Bustos de Nelegas en el año 1574 (sobre la alienación de bienes de la Iglesia), copia del siglo XVIII, 3705.

—Correspondencia de D. Juan de Gurrea, gobernador de Aragón, con S. M. el rey Felipe II (diciembre 1561-septiembre 1566), copia del siglo XVI, V 12.

—Instrucción de Felipe II al Consejo Supremo de Italia, 1579, E 17, 988, f. 150.

4. Academia de la Historia (Sección de Manuscritos)

La lista siguiente corresponde al trabajo de consulta que hizo para mí don Miguel Bordonau, relativo exclusivamente a los documentos que tratan de Argel, de los presidios y del África del Norte. Las referencias proceden de los catálogos de Rodríguez Villa.

Relación del estado de la ciudad de Argel en 1600 por F. Antonio de Castañeda $\frac{\text{(12-11-4)}}{\text{111}}$ (f. 21 v.)

Berbería siglo XVI (11-4-4-8).

Instrucción original dada por Felipe II a don Juan de Austria sobre los fuertes de Berbería y socorro de Venecianos, año 1575. *Ibid*.

Carta del conde de Alcaudete a S. M., año 1599. *Ibid*.

Relación de fr. Jerónimo Gracia de la Madre de Dios sobre cosas de Berbería, año 1602. *Ibid*.

Carta de Joanetin Mostara al Duque de Medina Sidonia con noticias de Fez, año 1605. *Ibid*.

Carta original del Duque de Medina Sidonia a Felipe III con noticia de la muerte del Jarife, año 1603. *Ibid* (f. 42 v.).

Relación del estado de la ciudad de Berberia [*sic*] escrita en italiano, año 1607, con 2 planos. *Ibid*. (f. 45).

Sobre asuntos de África en tiempos del Emperador, años 1529-1535. A. 44 (f. 55).

Cartas y documentos sobre la conquista de Orán por Cisneros. Letra del

siglo XVII, 11-2-1-11 (f. 65 v).

Documentos y cartas dirigidas o emanadas de Felipe II, 12-25-5-C-96.

Papeles originales sobre gobierno de Orán. A. 1632-1651, 12-5-1-K. 63-66-65, 3 volúmenes (f. 102 v.).

Sobre Orán, Berberia, Larache… comienços del siglo XVII 11-4-4-8, Instrucción a don Juan de Austria sobre cosas de Argel, año 1573, 11-4-4 (f. 172 v.)

Relación de las dos entradas hechas en 1613 por el duque de Osuna en Berberia y Levante, *ibid*. (f. 176 v.). Aviso sobre Argel, año 1560, Colección Velázquez, tomo 75 (f. 242 v.).

5. Otros archivos de España utilizados o examinados

Archivos Municipales de Valladolid, Archivos Municipales de Málaga, Tarragona (Archivo diocesano), Barcelona, Valencia (indicaciones de Earl J. Hamilton), Cartagena, Burgos, Medina del Campo (Hospital Simón Ruiz). Este último archivo, que contiene la correspondencia de Simón Ruiz, se encuentra en la actualidad perfectamente ordenado, en el Archivo Provincial de Valladolid.

II. LOS ARCHIVOS FRANCESES

París

Archivos Nacionales.—Para la serie K, sigo el orden del catálogo de Paz (en general, el orden cronológico). Todos estos documentos se encuentran ahora en Simancas, con los mismos números. Los Archivos nacionales de París poseen un *microfilm* de las series, muy fácil de consultar.

K 1643.

K 1447-1451, 1426.

K 1487-1492.

K 1493-1603; K 1689-1707, 1629-1708.

K 1692. Correspondencia del marqués de Villafranca, virrey de Nápoles, 1534-1536; K 1633; K 1672-1679. Correspondencia de Venecia, K 1630-1631. Correspondencia de Roma, 1592-1601.

Los mediocres documentos de la Misión Tiran AB XIX 596. Me he limitado a ver por encima los exiguos archivos de la Marina relativos al

Mediterráneo del siglo XVI. A 2, A 5 IV, V, VI, B 4 I, B 6 I, 77, B 7, 204, 205, 473, 520, B 8 2-7. D 2, 39, 50, 51, 52, 53 y 55.

BIBLIOTECA NACIONAL.—La extrema dispersión de los documentos permitiría *alargar* desmesuradamente la lista de nuestras fuentes.

Tres fondos: fondo francés abreviado (F. Fr.), fondo español (F. Esp.) y fondo italiano (F. Ital.).

1º *En el fondo francés*. He leído las correspondencias autógrafas de los embajadores franceses en España, Sebastián de l'Aubespine (1559-1562) y Saint-Gouard (1572-1580). Sobre Sebastián de l'Aubespine, los A. E. cuentan, bajo los números Esp. 347 y Esp. 348, con una copia de esta importante correspondencia, sacada por M. Hovyn de Tranchère sobre originales de la Biblioteca imperial de San Petersburgo.

Me he preocupado (pensando en una eventual publicación) de encontrar en la B. N. las cartas y papeles originales de Sebastián de l'Aubespine, abate de Basse-Fontaine y luego obispo de Limoges; el inventario resultó bastante largo. Piezas diversas 4398 (f. 133); 4400, f. 330; 15877, 15901, 16013, 20787. Señalemos de paso una embajada en Brandeburgo 3121. Para sus misiones en España: 3880, f. 294; 3899, f. 82; 3951, f. 26; 4737, f. 91; 10753, 15587, 16013, 16121, 16958, 17830, 20991, 23406 y 23517; embajada en Suiza: 20991, 23227, 23609, cifra diplomática, n. a. 8431; 2937 (37), 3114 (102); 3121, 3130 (52 y 88), 3136 (10), 3158 (51, 54, 59, 76), 3159, 3174 (90), 3185 (102), 3189 (19), 3192, 3196 (26), 3216 (27), 3219 (2, 117), 3224 (82), 3226 (27), 3249 (73, 92), 3320 (96), 3323 (76, 119), 3337 (144), 3345 (55, 70), 3390 (15), 3899 (11), 3902 (88), 4639, 4641, 6611, 6614, 6616, 6617, 6618, 6619, 6620, 6621, 6626, 15542, 15553, 15556, 15557, 15559, 15784, 15875, 15876, 15902, 15903, 15904, 16016, 16017, 16019, 16021, 16023.

Para la correspondencia de Saint-Gouard, 16104 a 16108.

He llevado a cabo algunas investigaciones suplementarias en lo que se refiere a:

a) Correspondencia diplomática de Francia con Roma, 17987, extractos de las diversas negociaciones de los embajadores en Roma (1557-1626).

3492 a 3498. Despachos de B. de Béthune, embajador en Roma.

b) He tratado de completar las publicaciones de Charrière en lo que concierne a la correspondencia con Turquía y con Venecia, procurando no reincidir en las mismas cartas reproducidas por él. He leído, así, los documentos 16142, fs. 7-8, 32 y 32 v., 34, 43 a 44 v., 48 a 49, 58, 60-61, las

cartas de Germigny, 16143, las de Paul de Foix, 16080 y las de Du Ferrier, 16081.

También he leído la correspondencia del obispo de Dax, escrita en el curso de su dramática misión de 1571 a 1573 (16170).

c) He utilizado una serie de documentos de mediano valor, como 6121, fs. 2 a 15, sobre Constantinopla, Dipuy, II, 376; sobre Claude du Bourg, 16141, fs. 226 a 272 v. Aviso dado al Rey Cristianísimo por Raymond Mérigon de Marsella para la conquista del reino de Argel; n. a. 12240. Los documentos oficiales y correspondencia relativa al Bastión de Francia apenas se refieren al siglo XVI, cuestión que no encierra para nuestro estudio la importancia del trabajo de Giraud, basado en los documentos de la familia Lenche. He sacado gran partido de dos contratos de Felipe II con mercaderes genoveses, mayo 1558, 15875, fs. 476 y 476 v., 478 a 479.

2º *Fondo español:* los documentos están inventariados, generalmente con bastante exactitud, por A. Morel Fatio, en el catálogo multicopiado de la Sección. Es, por supuesto, un fondo muy heterogéneo. Contiene copias de buen número de avisos, relaciones, cartas del duque de Alba, etc. Lo más importante de esta heterogénea colección es, desde nuestro punto de vista, el largo discurso sobre los asuntos napolitanos (Esp. 127), difícil de fechar, y de origen me resulta imposible de precisar.

3º *Fondo italiano*, todavía más abundante que el español, aunque lleno de copias, de documentos difíciles de situar cronológicamente —muchos de los cuales han sido ya publicados o utilizados—. He consultado los manuscritos 221, 340 (Chipre, 1570), 427, 428 (Corfú, en 1578), 687, 772, 790 (sobre el gobierno de Nápoles en tiempos de D. Pedro de Toledo), 1220, 1431 y 2108.

MINISTERIO DE NEGOCIOS EXTRANJEROS.—He estudiado en este archivo las copias y los documentos auténticos del fondo español, de los que existe, desde 1932, un inventario perfecto: Julián Paz, *C. de doc. españoles existentes en el Archivo del Ministerio de Negocios Extranjeros de París*. Madrid, 1932. Estos documentos constituyen una serie de grandes registros. Nuestras copias abreviadas son A. E. Esp. (N. E. España). He utilizado los registros siguientes: 138, 216-219, 222-224, 227-229, 231-238, 261 (fs. 51, 60, 70, 120), 264 y 307.

Ya he señalado los registros Esp. 347 y 348, que contienen las copias de las cartas del obispo de Limoges.

He leído también los volúmenes Venecia 46, 47 y 48, de la correspondencia de Hérault de Maisse, embajador de Francia en Venecia, 1589-1594, copias cuyos originales se hallan en la B. N. de París.

ARCHIVOS DE LA CÁMARA DE COMERCIO.—Sólo unas cartas de finales del siglo XVI, muy poco numerosas, y a las que no se da especial importancia; por ejemplo, de Coquerel, cónsul de Alejandría, a los cónsules de Marsella (Alejandría, 29 de noviembre de 1599, orig.); de Luis Beau, cónsul en Alepo, a los cónsules de Marsella, Alepo, 1 de septiembre de 1600, orig., etcétera.

ARCHIVOS COMUNALES.—Las deliberaciones del Consejo de la Ciudad, de 1559 a 1591, BB 40 a BB 52 (registros).

Una serie de documentos en vía de clasificación, en la preciosa serie HH, y principalmente Legajos 243. Cartas Patentes de Carlos IX permitiendo a los nobles dedicarse lícitamente al comercio; 272, derecho al tercio; derecho de anclaje en Antibes, 1577-1732, 273, Arlés, 1590-1786; 284, cartas de Enrique III autorizando la exportación de lanas; 307, comercio con Inglaterra, 1592-1778; 346 *bis*, carta del «rey» de Marruecos pidiendo el nombramiento de un cónsul; 350, Túnez, correspondencia diversa; 351, derecho de 2% en Constantinopla, 1576-1610; 367, incautación de navíos o cargamentos; 465, movimiento del puerto, entrada de mercancías en 1577. A esta lista hay que añadir una serie de cartas de Alepo, de Trípoli de Siria y de Alejandría, que se encontrarán citadas con sus respectivas fechas (Segunda Parte, capítulo III), pero cuya clasificación, cuando trabajé en Marsella, no estaba terminada; provisionalmente las llamaré fondos Ferrenc.

ARCHIVOS DEPARTAMENTALES DE BOUCHES-DU-RHÔNE.—Tres documentos preciosos:

1º Los primeros archivos del consulado de Argel, sobre los cuales R. Busquet ha llamado la atención a los investigadores.

2º Registro que contiene una declaración de los mercaderes que salían de Marsella hacia el interior del reino en 1543. Almirantazgo de Marsella, IX B 198 *ter*. El documento, cuyo origen exacto ignoro, comprende, en efecto, tres inventarios: *a*) del 15 de enero de 1543 al 21 de mayo del mismo año, lista «de las mercancías de Marsella para llevar al reino»; vale decir, importaciones a Francia por tierra, vía Marsella, f. I XLV; *b*) del 15 de enero al 28 de mayo de 1543, lista de las mercancías llegadas a Marsella por tierra o por mar, provenientes del reino (f. XLVI a f. LXXVI); *c*) del 17 de enero al 18 de mayo de 1543, exportaciones de Marsella hacia el extranjero por la vía marítima, f. LXXVIII a f. LXXXIX v.

3º Registro de los certificados de desembarque de mercaderías (desembarcos de navíos entre 1609 y 1645), no foliado, Almirantazgo de

Marsella B IX 14.

Argel

Los archivos del ex Gobierno General de Argelia poseen una colección bastante curiosa de documentos españoles, copias y originales, procedentes de la misión Tiran, entre 1841 y 1844. El catálogo, en que se contienen algunos errores, se debe a Jacqueton.

Hemos leído todo este depósito, aun en lo que concierne a periodos fuera del que abarca este libro, y ello nos ha dado oportunidad de encontrar ciertos errores de atribución que aparecen en el catálogo y las omisiones en las traducciones libres de E. de la Primaudaie, *Doc. inédits sur l'histoire de l'occupation espagnole en Afrique 1506-1564*, Argel, 1866, 324 pp., en 8º, quien, por otra parte, no ha llegado a publicar ni la quinta parte de los documentos argelinos.

Otros archivos utilizados o examinados.—Besanzón, Arch. Depart, de Doubs; Tolón, Archivos Comunales; Cassis, Archivos Comunales; Orange, Archivos Comunales; Perpiñán, Archivos Depart, de los Pirineos Orientales; Ruán, Biblioteca Municipal, Archivos Depart., Archivos Comunales; Aix. Biblioteca de la Méjanes.

III. LOS ARCHIVOS DE ITALIA

Génova

Archivio di Stato.—Cuatro series importantes: 1º la correspondencia con España: 1559-1590, del legajo 2.2411 (que comprende sólo algunos documentos del agente Angelo Lezcaro relativos al año de 1559) al legajo 8-2417. Más adelante he podido continuar la lectura hasta el legajo 38.2247 (1647); 2º, la correspondencia secreta con Constantinopla, de extraordinario interés, relativa a los años 1558 a 1565, comprendiendo dos legajos, 1.2169 y 2.2170, las dos series pertenecientes a las *Lettere Ministri*, designadas bajo las rúbricas *Lettere Ministri Spagna* y *Lettere Ministri Constantinopoli;* 3º, la serie abundante y decepcionante de las *Lettere Consoli:* Mesina 1529-1609 (núm. 2634), Nápoles 1510-1610 (núm. 2635), Palermo 1506-1601 (núm. 2647), Trapani 1575-1632 (núm. 2651), Civitavecchia 1563 (núm. 2665), Alghero 1510-1606 (núm. 2668), Cagliari 1519-1601 (núm. 2668), Alicante

1559-1652 (núm. 2670), Barcelona 1522-1620 (núm. 2670), Ibiza, 1512-1576 (núm. 2674), Mallorca 1573-1600 (núm. 2674), Sevilla 1512-1609 (núm. 2674), Pisa 1540-1619 (núm. 2699), Venecia 1547-1601 (núm. 2704), Londres, a partir de 1651 (núm. 2628), Ámsterdam 1563-1620 (núm. 2567), en realidad, los documentos concernientes a Amberes, relativos al siglo XVI; 4º, la importante serie de papeles del *Magistrato del Riscatto degli Schiavi (atti* 659), para los últimos años del siglo.

Fuera de estas series, he consultado las *Lettere Ministri*, *Ingiltherra*, filza 1.2273 (1556-1558), *Diversorum Corsicae*, filza 125, y, sobre todo, he inventariado los enormes registros de *Venuta terrae* (1526-1797), *Caratorum Occidentis* (1536-1793), *Caratorum Orientis* (1571-1797), *Caratorum Veterum* (1423-1584), que registran con gran precisión el movimiento del enorme puerto genovés durante los últimos 30 años del siglo y más tarde. En octubre de 1964 he tenido la suerte de encontrar un registro de seguros marítimos. Ver vol. I, p. 815.

ARCHIVIO CIVICO.—Se conservan aquí, en el *Palazzo Rosso*, los documentos que se refieren especialmente a la ciudad de Génova, a la actividad de sus artesanías (sobre el *Arte della Lana*. docs, a partir de 1620), al movimiento de barcos del cabo Corso, que durante el siglo XVII llevaban a Génova madera de la isla. Se encuentra también en este archivo un sorprendente legajo concerniente a la actividad de las barcas marsellesas: *Consolato francese presso la Repubblica-Atti relativi*. 1594 a 1597, núm. 332. El consulado francés, que vino a menos de 1594 a 1597, fue administrado por la municipalidad de Génova: que yo sepa, estos documentos son los más ricos sobre el comercio marsellés en el Mediterráneo occidental. Numerosos documentos se refieren al comercio marsellés con España. Los patrones de las barcas preguntaban si era o no lícito ir a España, si había o no guerra contra ella. De ahí las investigaciones sobre los capitanes de navíos que regresaban de Cerdeña o de España, las cuales muestran hasta qué punto el Mediterráneo occidental hervía entonces de barcas marsellesas.

VENECIA [II-811]

En Venecia sólo trabajé en el *Archivio di Stato*, bastante entorpecido por el *orario unico* a la sazón en vigor, con motivo de la campaña de Abisinia. Los legajos por mí utilizados fueron los siguientes: Senato Secreta, Dispacci Constantinopoli $\frac{1}{A}, \frac{2}{B}, \frac{3}{C}, \frac{4}{D}$ de 1546 a 1564 (los archivos del baile). Senato Secreta Dispacci Napoli I. Cinque Savii alla Mercanzia. Los *busta* 1, 2, 3, 4,

6, 8, 9, 26 y 27. Relazioni Collegio Secreta 31, 38 y 78. Capi del Conso., dei Dieci, Lettere di ambasciatori, Napoli, 58. Lettere ai Capi del Conso. dei X Spalato 281. Lettere commerciali XII *ter*. enorme paquete mezclado de cartas comerciales de fines del siglo, escritas desde Venecia, Pera, Alepo y Trípoli de Siria. *Archivio generale di Venezia*. Venecia, 1873, en 8º, da las líneas generales de la organización del archivo.

Un afortunado azar me permitió encontrar entre los papeles del notario Andrea de Catti, 3361 (julio de 1590), en el *Archivio Notarile*, adjunto como siempre al *Archivio di Stato*, un acta que da fe de la existencia de una compañía de 12 aseguradores marítimos.

Después de publicada la primera edición de este libro he pasado meses y meses en Venecia leyendo la mayor parte de los documentos de las series Senato Mar, Senato Terra, Senato Zecca, Cinque Savii alla Mercanzia, correspondientes a los años que van de 1450 a 1650, y también la entera correspondencia de los embajadores venecianos en España, hasta 1620, y, por último, los preciosos *Annali di Venezia*, que constituyen la crónica, basada en documentos oficiales, de los acontecimientos de la ciudad y mundiales; continúa la relación que encontramos en los *Diari* de Sanudo. También he realizado intensas incursiones en los papeles del Archivio Notarile y de la Quarantia Criminale.

También he explorado los fondos de la Marciana y del Museo Correr (fondos Donà delle Rose y Cicogna).

FLORENCIA

ARCHIVIO DI STATO.—Dado el periodo a que se refieren nuestras investigaciones, todo nuestro trabajo recayó sobre el fondo Mediceo; de ahí esta constante indicación en nuestras referencias. He agotado la serie de *filze* de la correspondencia con España de 1559 a 1581, del núm. 4896 al núm. 4913, inclusive (así como el legajo núm. 4897 *bis*), y he hecho sondeos hasta el año 1590, utilizando el importante resumen manuscrito de la serie. Además de esta larga serie, he examinado cuidadosamente los siguientes *filze:* 1829, 2077, 2079, 2080, 2840, 2862, 2972, 4185, 4221, 4279 y 4322. Los legajos 2077, 2079 y 2080 corresponden a los *portate* de Liorna, que aparecen citados con mucha frecuencia en esta obra. Nada útil hay en la miscelánea Medici, legajo 123, y en el legajo 124 (f. 44), sólo una prohibición del emperador a sus súbditos, que data de 1589, de que comerciaran con los ingleses. Después

de 1949 he vuelto a trabajar en el archivo Mediceo, en particular en la lectura de los papeles de familia depositados en el Archivio.

BIBLIOTECA NAZIONALE.—Fondo Capponi, extraordinariamente rico. Fue adquirido por la biblioteca en 1935. Comprende, en primer lugar, la colección de libros de contabilidad de la rica y poderosa familia Capponi. En lo que se refiere al periodo que nos ocupa, aparecen los registros 12 a 90; 107 a 109, y 112 a 129, esta última serie incluye libros de diversas compañías. Se trata, pues, de todo un mundo. Por su peso y por sus dimensiones, estos registros no facilitan la investigación: sólo la fotografía permite salvar las dificultades materiales para manejarlos. Sólo he consultado el núm. 41, *Libro grande debitori e creditori di Luigi e Alessandro Capponi, Mariotto Meritti e compagni di Pisa, 1571-1587*. Es un libro magnífico, con indicaciones sobre precios, cambios, seguros y fletes marítimos; toda una visión de la actividad comercial, muy dispersa, como lo estaba en aquella época.

El fondo Capponi incluye también una serie muy variada de documentos políticos, económicos e históricos, y de la que apenas es posible llegar a tener una idea de conjunto. La sola enumeración de los títulos de esos documentos sobre los Médicis, sobre la República de Florencia, sobre España, Polonia, China, Turquía y sobre los grandes acontecimientos del siglo XVI, llenaría un volumen entero. Citemos una crónica de Florencia de 1001 a 1723 (Codice, C CXXX, vol. 2); sobre Flandes y Felipe II en 1578 (XXXIX, pp. 360-375), sobre Sicilia en 1546 (LXXXII, núm. 18), en 1572 (XV, pp. 63-112), de 1600 a 1630 (CLXXXIX, 148 a 196); sobre los dueños de galeras en Venecia (XI, pp. 153-157), sobre los abusos en los cambios, 1596 (XLIII, pp. 274-287), sobre Luca, en 1583 (II, 357-366); sobre Transilvania en 1595 (XLV, pp. 423-428); sobre Génova, discurso en forma de diálogo entre Felipe II y el duque de Alba (XXXVI, pp. 205-269); sobre Génova en 1575 (LXXXI, XVIII, II); una relación veneciana de 1558 sobre Chipre (XIII, 266-293); relación de don Filippo Pernisten, embajador imperial ante el Gran Príncipe de Moscovia (XIV, 232-253); descripción de un barco portugués que llegó a Villafranca (XXXIX, 61-67). Discurso del embajador del Gran Turco ante la Dieta de Fráncfort, 27 de noviembre de 1562 (XV, 274-277); sobre el contrato de alumbre entre el papa y Cosme de Médicis, 16 de junio de 1552 (cassetta 7 *a*, núm. XVIII); carta de Tommaso Scierly a Ruggiero Goodluke, mercader inglés de Liorna, Nápoles 14 de julio de 1606 (LXXXI, núm. 23 *bis);* sobre la España de Felipe II (XI); sobre la corte de Felipe II, 1565 (LXXXII), 1576 (LXXXI, núm. 9 *bis*), 1577 (LXXXII, núm. 3); sobre Antonio Pérez y Escovedo (XV, 262-269), 1550, sobre el contrato de minas

de hierro de la isla de Elba, 1577 (cassetta 8 *a*, núm. 11), relación sobre la isla (CLXI); muerte de Vicenzo Serzelli (1578), uno de los bandidos más célebres de aquella época (CLXI, CCLVI, CCXXXVII); sobre la Toscana en tiempo de Fernando I (CCL, CXXIV); sobre los nuevos cristianos de Portugal hacia 1535 (XXXVI); sobre Portugal en 1571 (XXV, 109-127); sobre las operaciones marítimas de 1570 a 1573 (CCXV, CLXXII); regalo hecho por Selim a don Juan después de Lepanto (XL, pp. 41-44); sobre Famagusta (LXXXII); sobre la paz turco-veneciana, justificación de la señoría —y sobre los proyectos de don Juan—; sobre la querella entre Marcantonio Colonna y Juan Andrea Doria en 1570; sobre el proyecto de conquista de Portugal, 25 de mayo de 1579 (XV, 1-61); sobre las rentas de Nápoles, 1618, (CCLVIII); las rentas de Carlos V(XI, pp. 216-220); sobre el comercio de Ancona (XXI, 257-298); sobre los cambios y las monedas (cassetta 10 *a*, núm. XVI); sobre Milán (XV); sobre la oposición de la Santa Sede a la cesión del imperio a Fernando (LIX); razones de la guerra de Hungría (LIX, 436-469); la guerra turco-persa, 1577-1579 (LXXXII, núm. 7); Cipriano Saracinelli suplica a Felipe II que abandone la guerra contra Francia y se vuelva contra el turco, LVIII, 106-151.

LA LAURENZIANA.—Es también un archivo muy heterogéneo, rico, sobre todo, en colecciones históricas hechas en los siglos XVII y XVIII sobre Toscana, Nápoles, Candía y La Valtelina, cartas autógrafas de Alejandro Farnesio (1518-1585), ashb. 1691, un opúsculo inédito sobre los cambios, de Silli (Giovanni), *Pratica di Cambi*, 1611, ashb. 647, y una relación sobre Egipto y el mar Rojo, *La retentione delle galee grosse della Illustrissima Signoria de Venecia in Allessandria con le navigazioni dell'armata del Turco dal Mar Rosso nell'India nel anno MDXXXVI*, 37, f. ashb. 1484-1508. (Relatione d'Allessandria con la navigatione del Turco dal Mar Rosso nell'In-dia, 1536, ashb. 1408), un *Libro de Mercatanzia* del siglo XVI (ashb. 1894); un tratado de navegación del siglo XVII, *ibid*., 1660; un viaje a Tierra Santa en el siglo XVI, 1654; y cartas y documentos sobre el Portugal del siglo XVII, 1291.

ARCHIVOS FAMILIARES GUICCIARDINI-CORSI-SALVIATI.—Debo a la gentileza y a la liberalidad del marqués de Guicciardini haber podido trabajar algunos momentos en los preciosos archivos de su familia. Libri mercantili 1, del 7 al 15, del 21 al 25 (de 1550 a 1563), 26 (libro di magazino de Mesina 1551-1552), 27 a 32 (1552-1571); II, 33 a 48 (1542 a 1559); III, 49 a 59 (1554 a 1559); IV, 60 a 64 (1565-1572); V, 65 a 67 (1582-1585), VI, 68 a 71 (1579-1590); VII, 72 a 102 (1587 a 1641); VIII, 103-130 (1582 a 1587); IX, 131-135 (1588-1591); X, 136 a 155 (1590-1602); XI, 156 a 166 (15…? a 1617); XII, 167 a 172 (1589 a 1608); XIII, 173-202 (1592-1597). A

semejanza de los libros comerciales de los Capponi, éstos constituyen un mundo: más de 200 grandes registros relativos al periodo que estudiamos. Gran abundancia de material a propósito de precios, transportes, compras y ventas a crédito, sobre el comercio de la seda, sobre el comercio del trigo siciliano, de la pimienta y las especias. Posteriormente, estos documentos han sido transferidos al Archivio di Stato de Florencia.

ROMA

ARCHIVIO DI STATO.—No pude realizar dos investigaciones que tenía previstas; una, aleatoria, de la *Annona e Grascia*, 1595-1847 (Busta 2557); la otra, muy precisa, referente a los *portate* de Civitavecchia. Esta omisión se debe a que el interés que para nosotros tienen tales documentaciones es puramente erudito, ya que casi todas se refieren a la primera mitad del siglo.

NÁPOLES

ARCHIVIO DI STATO.—He estudiado en las *Carte Farnesiane* la correspondencia de los agentes de Margarita de Parma y del duque de Parma a partir de 1559, en la serie «Spagna», del fascio I al fascio VII, y he sacado copia íntegra de la lista de las exportaciones del puerto de Bari en 1572, Dipendenze della Sommaria, fascio 417 fascicolo I. Mi mayor interés, desde mis primeras investigaciones, se ha centrado sobre los documentos de la Sommaria, de la cual A. Silvestri ha compilado, para mi uso, un detallado catálogo, que me ha permitido fotografiar muchos documentos. Estos papeles son de importancia capital tanto para la historia de Nápoles como para la del Mediterráneo.

ARCHIVIO MUNICIPALE.—Disponemos del catálogo detallado de Bartolomeo Capasso, *Catalogo ragionato dei libri, registri, scriture esistenti nella sezione antica o prima serie dell'archivio municipale di Napoli*, 1387-1808, Nápoles tomo I, 1877, tomo II, 1899, notable por sus noticias sobre las instituciones, pero que apenas se refiere a la vida industrial y comercial de la ciudad. No hay duda de que existen verdaderas riquezas a este respecto; pero no se hallan sencillamente al alcance del investigador que dispone de tiempo limitado. Importantes documentos sobre el aprovisionamiento en granos y en aceite de la enorme ciudad, *Acquisti de' grani*, 1540-1587, N 514; 1558, N

515; 1590-1803, N 516; *Acquisto e transporto de' grani*, 1600, N 518; 1591-1617, N 532; 1594, N 533.

PALERMO

El *Archivio di Stato* y el *Archivio Commerciale* estaban cerrados cuando pasé por allí en agosto de 1932; sin embargo, me fue posible trabajar algunos días en el primero y echar un vistazo a los grandes registros del segundo. Concentré todos mis esfuerzos en la riquísima *Biblioteca Communale*, donde consulté: descripciones de Palermo Qq R 56 y Qq E 31 (ésta del siglo XVII, por Auria Vicenzo); Successi di Palermo, de Palmerini Qq D 84; lettere reali al vicere di Sicilia dal 1560 al 1590, 3 Qq E 34; discurso sobre Sicilia Qq F 221, Qq C 52, Qq F 80, Qq D 186, 3 Qq C 19, f 212 (y en español, Qq D 190) (1592), Relazione del Conde di Olivares (avertimenti lasciati dal Conte Olivares, 1595), Qq C 16, memoria sobre el gobierno de la isla, Qq F 29; cartas de los reyes y de los virreyes de Sicilia, 1556-1563, 3 Qq C 35; Cartas diversas 1560-1596, 3 Qq E 34; carta del duque de Albuquerque, julio de 1570, 3 Qq C 45, núm. 25; Qq H 113 (núms. 15 y 17) y Qq F. 231; 3 Qq C 36, núm. 22; 3 Qq E 11 Camilliani, *Descrizione delle marine*, Qq F 101; *Itinerario*… Qq C 47; Pugnatore, *Istoria di Trapani*. Qq F 61. Sobre el comercio de Sicilia, 2 Qq E 66, núm. 1; sobre el comercio de granos, siglos XVI y XVII, Qq D 74; carta del duque de Feria sobre el trigo (1603), 2 Qq C 96, núm. 18; memoria sobre los judíos sicilianos, de Antonino Mongitore, Qq F 222, f. 213; deputati del Regno 1564 a 1603, 3 Qq B 69, f. 339. Sobre el comercio de la isla de Malta, Qq F 110, f. 295; sobre las variaciones de las monedas de plata de Sicilia de 1531 a 1671, Qq F 113, f. 22; ordenanzas del duque de Medinaceli, 1565, Copia, Qq F 113, fs. 32 a 40; sobre los griegos que llegaron de Albania a Sicilia, memoria de Antonino Mongitore, Qq E 32, f. 81, noticia bibliográfica sobre Covarrubias, Qq G 24, núm. 43; memoria del siglo XVIII sobre el valor de la moneda castellana, Qq F 26, f. 87; sobre la población siciliana de 1501 a 1715, memoria de Antonino Mongitore, Qq H 120; sobre los bandidos de Sicilia (siglo XVII), Qq E 89, núm. 1; sobre las escaseces, y especialmente sobre el hambre de 1591 en Palermo, Qq H 14 *bis*, f. 144. Carta al Rey nuestro Señor de Filiberto virrey de Sicilia sobre traer carne de Berveria, 10 de abril de 1624, Qq D 56, núm. 21, f. 259.

OTROS ARCHIVOS EXAMINADOS O UTILIZADOS.—Turín, Pisa, Ancona, Milán, Liorna, Cagliari y Mesina. Muy en particular: Mantua (Archivio di Stato) y Módena (Archivio di Stato).

IV. *LOS ARCHIVOS VATICANOS*

En los Archivos Vaticanos, ayudado por las publicaciones de Hinojosa y, sobre todo, del P. Luciano Serrano, *Correspondencia diplomática entre España y la Santa Sede durante el Pontificado de S.S. Pío V*, 1566-1572, me circunscribí a estudiar la correspondencia de los nuncios en España de 1573 a 1580, en la que hay, por lo demás, bastantes lagunas (Spagna, 7 a 27). Facilitaron extraordinariamente mi trabajo los consejos de monseñor Tisserand y los favores que me otorgó monseñor Mercati, especialmente un lote de admirables fotografías.

V. *LOS ARCHIVOS DE RAGUSA*

Por las razones que repetidamente hemos expuesto (v. principalmente primera parte, cap. v), los archivos de Ragusa son los más preciosos para conocer el Mediterráneo en sus realidades políticas (sobre todo, en lo tocante al mundo turco) y económicas. En este, como en los demás casos, los documentos políticos aparecen en grandes cantidades, destacándose para nuestro objeto las cartas de los rectores y de sus consejeros a embajadores y agentes ragusinos, y las cartas enviadas por éstos; esta masa de papeles, bien ordenados, forma dos series: las cartas de Poniente y las de Levante (LP y LL), estas últimas, exactamente designadas bajo el título general de *Lettere et commissioni di Levante*. Investigamos exhaustivamente las cartas del Poniente de LP 1 (1566) a LP 7 (1593); en la serie LL, solamente los registros LL 38, que corresponden al año de 1593. Los que no conozcan estos documentos ragusinos más que por la publicación relativa a Francesco Gondola, embajador de la República de San Blas en Roma en el momento de la batalla de Lepanto, —publicación debida al conde L. Voinovich, *Depeschen des Francesco Gondola. Gesandten der Republik Ragusa bei Pius V und Gregor XIII* (Viena 1909)—, se formarán una idea un tanto inexacta del modo en que habitualmente negociaba la República, que era a la vez una asociación de mercaderes y una colectividad política. Los agentes ragusinos seguían siendo mercaderes a quienes se compraba trigo, paños, terciopelos, cobre o cariseas, según las circunstancias y las necesidades. Por eso, en estas correspondencias no encontramos el tono habitual de los venecianos, ni sus discursos generales sobre los hombres y los grandes, sino útiles, banales y precisas observaciones sobre cosas pequeñas y concretas.

Pero el interés de los Archivos de Ragusa no radica sólo en esto. Brindan a quien tenga la paciencia y el tiempo de hojear las voluminosas *Acta Consiliorum* la ocasión de sorprender en pleno funcionamiento a una ciudad todavía medieval, extrañamente conservada. Ofrecen también, preservados por razones de registro o por motivos judiciales, extraordinarios documentos, letras de cambio, notas, seguros marítimos, reglamentos de participación, fundaciones de sociedades, sucesiones y contratación de criados. Estos documentos están repartidos en tres series, que no veo razón convincente para separar: los *Diversa de Foris*, *Diversa di Cancellaria* y los *Diversa Notariae*. Sólo he consultado los dos últimos, *Diversa de Cancellaria*, registros 132 a 145, de 1545 a 1557, y *Diversa Notariae*, registro 110, 1548-1551; por el contrario, he investigado ampliamente la serie *Diversa de Foris* en el periodo comprendido en general entre 1580 y 1600 (los documentos se reparten cronológicamente de manera asaz caprichosa entre los tres grandes registros de la serie), y mi lectura abarcó del número I al número XVI (otros sondeos: Libro dogana, núm. 10 [1575-1576], XXI, 1, 12; XXI, 7, 3, y, sobre todo, XXI, 7, 4, sobre las importaciones de lana española, difíciles de descifrar o, mejor dicho, comprender bien, de las cuales he sacado copia íntegra). Finalmente una adquisición reciente, 1935, núm. 44, *Quadernuccio dove s'ha da notare le robe che vanno o venghono alla giornatta, cossi d'amici comme le nostre*, 20 de diciembre de 1590 al 2 de abril de 1591, esclarece la actividad de los mercaderes y la de los buhoneros ragusinos que se dirigían a las regiones balcánicas.

Ya he destacado lo que me ayudó el señor Truhelka, archivero de Ragusa, cuando trabajé allí en el invierno de 1935, y de mi gratitud hacia él. Pero debo hacer constar que al prohibirme fotografiar los documentos centuplicó las dificultades de mi investigación. Un golpe de suerte me ha procurado el *film* completo de las series *Lettere di Ponente*, *Diversa di Cancellaria*, *Noli e Sicurtá*, que se conserva hoy en el Centre Historique (Sección VI), 54 rue de Varenne, París VIIe. Con Alberto Tenenti he visionado esta larga serie de preciosas fotografías.

VI. *LOS ARCHIVOS EUROPEOS (EXCLUIDOS EL MEDITERRÁNEO Y FRANCIA)*

Apenas hice más que reconocer, y de lejos, los archivos alemanes, austriacos y polacos. Tenía el proyecto de completar las numerosas obras a nuestra disposición con investigaciones en los archivos, a fin de comprobar

las corrientes comerciales hacia el Mediterráneo, especialmente por la vía terrestre; determinar con respecto a otras ciudades, en suma, lo que la señorita Von Ranke ha establecido admirablemente con respecto a Colonia. En Renania existen pocos documentos: en Aix-la-Chapelle la documentación desapareció en el incendio de 1656, en Worms con las destrucciones de 1689, los documentos de Espira se encuentran resumidos en los trabajos de Hans Siegel y son poco importantes. Carezco de información acerca de las fuentes de Coblenza, de Maguncia y Fráncfort sobre el Meno, cuyo aumento durante las últimas décadas del siglo agrava el problema para el estudioso. En cuanto a la Alta Alemania, nada existe en Stuttgart y en Múnich; por el contrario, Núremberg y Augsburgo cuentan con grandes fuentes. Hubiera sido interesante, siguiendo a Strieder y a Ver Hees, precisar mejor el papel de los mercaderes alemanes en el comercio hacia Lyon y hacia Marsella. Nada sé de Ulma. Por el contrario, más hacia el este, Leipzig y Dresde ofrecen buena documentación. Los mercaderes franceses e italianos frecuentaron las ferias de Fráncfort sobre el Óder hasta 1600. El comercio con el sur comprendía vinos, sedas y la *Boysalz*, o sea la sal de España (Boy era Vizcaya), que llegaba por Hamburgo. La *Boysalz* era un privilegio imperial y el emperador tenía en Fráncfort sobre el Óder un *Boyfactor*. Dos documentos sobre este comercio se conservan en el *Stadtarchiv* de Fráncfort sobre el Óder y se remontan el uno a 1574 y el otro a 1597. En Breslau, el comercio directo con Italia parece que no se hizo después de 1450, y que a partir de esa fecha se desvió hacia el oeste, en beneficio de las ciudades de Bohemia y de Austria, según las teorías de H. Wendt.

Pero los mejores archivos de la Europa central, orientada hacia el Mediterráneo, son los de Viena, que entonces era centro político más que metrópoli económica, pero que, por razones políticas o dinásticas, era una atalaya admirable. Ni los libros ni las publicaciones han agotado las enormes riquezas del *Haus, Hof und Staats-Archiv*. La correspondencia con España (*Hof Korrespondenz; Korrespondenz Varia)*», con Venecia, con Turquía, con Roma, con Malta (faszikel 1, 1518 —*sic*— 1620), con Ragusa (f. 1, 1538-1708), con Génova (f. 1, 1527-1710), con Italia (Kleine Staaten, fasz. 7; Neapel 1498-1599), con Sicilia (I, 1530-1612), y la marcada Hetrusca I (1482-1620) y Lusitana I (1513-1702). Sin contar la serie de los Kriegsakten (fasz. 21-33 para el periodo de 1559 a 1581). Las circunstancias no me permitieron realizar este viaje, esta necesaria auscultación del Mediterráneo a gran distancia, hacia el norte, por las tierras del interior. En las líneas anteriores sólo resumo un proyecto de trabajo. Una investigación racional

seguramente no dejaría en la sombra las ciudades de Danzig, Lúbeck, Hamburgo y Bremen, en lo tocante a sus relaciones marítimas y *terrestres* con el mar interior. Desde este punto de vista, también son dignos de nuestra curiosidad los archivos de Amberes y los de los puertos ingleses (más importantes aún que el fondo español del Museo Británico, Catálogo de P. Gayangos), los archivos de los Países Bajos y de los países escandinavos, así como los archivos de Polonia, pues es incuestionable que toda Europa se hallaba vinculada con el Mediterráneo. Después de 1949 he hecho una breve visita a Viena; he pasado unos cuantos días trabajando en Amberes, Dánzig, Varsovia y Cracovia. He hecho una larga y fructífera visita a Londres (British Museum y Record Office). En Ginebra, gracias a una buena cantidad de microfilmes, he podido estudiar todo el archivo de Édouard Fabre (Archivos de la Casa de Altamira) conservado en la Biblioteca Pública y Universitaria (*cf. Inventaire*… ed. por Léopold Michel, en *Bulletin Hispanique*. 1914).

II. Fuentes cartográficas [II-820]

Entendemos por fuentes cartográficas los mapas, croquis, planos y descripciones de ríos y rutas. Las dividimos en dos grandes secciones: las fuentes actuales y las fuentes antiguas.

A. Fuentes actuales: Para la enumeración de los mapas actuales, remitimos al lector a los volúmenes de la *Géographie Universelle*, t. VII, 1 y 2; t. VIII, t. XI, 1. Para el conocimiento de los mapas de España he utilizado las valiosas indicaciones de la *Revue de géographie du Sud-Ouest et des Pyrénées*, 1932. Sobre la trashumancia, v. el gran mapa sintético de Elli Müller, «Die Herdenwanderungen im Mittelmeergebiet», en *Peterm. Mittelungen*, en 8º, 1938, reproducido en el t. I, pp. 126-127. Sobre el Atlas beréber, los ensayos cartográficos de J. Dresch, de una gran originalidad en cuanto a la representación de los hechos humanos.

Dos mapas cómodos, aunque sin gran valor científico, me han permitido hacer algunas comprobaciones: el Mapa del Asia Menor (Turquía-Siria-Transjordania, Palestina, Irak, Bajo Egipto), a 1:1 500 000, 2ª edic, Girard y Barrère, y el mar Mediterráneo (*Mittelmeer*). 1:5 000 000, Múnich, Iro-Verlag, 1940.

He utilizado con frecuencia la magnífica serie de las *Instructions Nautiques* del servicio hidrográfico de la Marina francesa, núms. 405 (España N y W), 356 (África W), 345 (España S y E), 360 (Francia sur, Argelia,

Túnez), 368 (Italia W), 408 (Adriático), 348 y 349 (Mediterráneo oriental) y 357 (mar Negro y mar de Azof).

B. FUENTES ANTIGUAS:

a) Biblioteca Nacional de París, Departamento de Mapas y Planos.

Ge B 1425 *Portulano italo-catalán* (siglo XVI).
El Mediterráneo, menos las costas de Siria, costas atlánticas de Escocia a las Canarias.
(Muy estropeado, decorado con los escudos español y portugués; la parte del África, ilustrada con animales.)

Gr A A 640 *Mapa portugués atribuido a los Reinel*.
Recto: Mediterráneo.
Verso: Atlántico. [II-821]
(Muy ricamente decorado: barcos ornados con la cruz portuguesa, armas, diseño de ciudades, torre de Babel, Jerusalén erizada de torres, etcétera.)

Ge B 1132 *Mapa de Gaspar Viegas*, 1534.
Mediterráneo occidental, Atlántico.
(Decorado: Rosa de los Vientos.)

Ge B 1134 *Mapa de Gaspar Viegas*, 1534.
Mediterráneo oriental.

Ge C 5097 *Mediterráneo, mar Rojo, mar Negro* 1534 (?).
Atlántico, de Escocia a Bojador.
(Decorado con montañas verdes en forma de cúpulas.)

Ge AA 567 *Archipiélago (del Bósforo, al sur de Creta*).
Trazo de las costas muy estilizado, en forma de dentadura (atribuido a Viegas).

Ge C 5096 *Atribuido por una nota «verso» a Viegas*, 1534.
Mediterráneo occidental, Atlántico (de Tarento a las Azores).

Ge D 7898 *Atribuido por una nota «verso» a Viegas*, 1534.
Grecia, parte del Archipiélago.

Ge C 5086 *Colección de 8 portulanos anónimos*.
Portugueses, considerados, en una nota a lápiz, como copias del mapa de Diego Homen (1558), del Museo Británico.
Hoja núm. 4: Mediterráneo, Europa occidental, Azores.

Ge D D 3 *hojas, trabajo italiano del siglo XVI, con*

2007 *encuadernación en piel*.
Hoja núm. 1: Egeo.
Hoja núm. 2: Mediterráneo.
(Bellísima impresión con figuras de soberanos, palmeras, diseños convencionales de ciudades, las vistas de Marsella y Venecia mejor estudiadas.)

Ge FF 14 410 *Atlas del genovés Bautista Agnese* (1543), 12 hojas.
Hoja núm. 6: Mediterráneo en tres partes.

Ge FF 14 411 *Idem*, formato más grande.

Ge C 5084 *Mapa del vizconde de Maggiolo*, Génova, 1547. [II-822]
Mediterráneo, Alejandría-Gibraltar.

Ge AA 626 *Andrea Homem:* Universa ac Navigabilis tolius terrarum orbis descriptio, Amberes 1559.
10 hojas.
Hoja núm. 4: Mediterráneo, Arabia, Caspio.

Ge DD 2003 *Atlas Diego Homem* (Venecia, 1574), 7 hojas.
Hoja núm. 2: Mediterráneo occidental.
Hoja núm. 3: Mediterráneo.
Hoja núm. 4: Mediterráneo oriental.
Hoja núm. 6: Adriático.
Hoja núm. 7: Grecia, Archipiélago.
(Bellísimos adornos: dibujos de montañas, banderas, vista de Génova, etcétera.)

Ge D 4497 *Portulano de Creta, Georgio Sideri dicto Calapodo*, 1566.
Mediterráneo.

Ge DD 2006 *Atlas Diego Homem* (Venecia, 1574), 7 hojas.
2: Mediterráneo occidental.
3: Italia, Adriático del sur, Mediterráneo central.
4: Adriático.
5: Mediterráneo oriental.
6: Archipiélago.
7: Mar Negro.
(Muy diferente del núm. DD 2003; ornamentación muy sobria: Rosa de los Vientos)

Ge DD 682 *Atlas de Joan Martines* (Mesina, 1589). 7 hojas.
6: Sicilia, Calabria occidental.
7: Mediterráneo.

(Diseño de ciudades, bestiario africano, río imaginario que comunica el mar Negro con el Rin y el Ródano.)

Ge B 1123 *Portulano de Bartolomé Olives* (Mesina, 1584).
Europa, Mediterráneo.
(Bellísima letra, que menciona a la reina de Saba y al preste Juan de las Indias.)

Ge AA 570 *Portulano de Mateo Prunes*, Mallorca, 1586.
Mediterráneo, costas de Europa occidental, desde el África hasta Gambia.
(Ilustrado con figuras de soberanos bajo sus[II-823] tiendas, desde el rey de Fez hasta el gran Jan de Tartaria sentado al N.E. del mar Negro; numerosos animales africanos, diseños de Marsella, Génova y Venecia.)

Ge C 5094 *Mateo Prunes*, 1588.
Medit., de Alejandría a Marruecos, costas de Portugal.
(Muy simple, adornado con Rosas de los Vientos.)

Ge C 2342 *Carta de Navegación de Joan Oliva* (Mesina, 1598?)
Mediterráneo, estampas de Barcelona (Marsella, Venecia, Génova, los demás puertos, representados de manera convencional; palmeras, leones, elefantes, etcétera.)

Ge C 5095 *Portulano de Vintius Demetrei Volcius Rachseus* (in terra Libuani, 1598).
Mediterráneo.
(Muy detallado en cuanto a Dalmacia.)

Ge FF 14 409 Atlas anónimo portugués llamado *«de la duquesa de Berry»* (finales del siglo XVI y principios del XVII).
20 mapas empastados.
F. 3: España y costas occidentales de Argelia, Marruecos y África occidental.

Ge DD 2012 *Portulano anónimo del siglo XVI.*
2 hojas: Mediterráneo, Egeo.
(Adornado con Rosas de los Vientos, dibujo del triple calvario de Judea, ríos imaginarios.)

Ge DD 2008 *Portulano portugués de fines del siglo XVI.*
1: Mediterráneo, empastado.
2: Egeo.
(Adornado con penachos y bandas.)

Ge DD 2009 *Portulano anónimo franco-italiano, del siglo XVI*(?).

4 hojas pegadas por el dorso.
Mediterráneo, Archipiélago, Mediterráneo occidental.
(Imágenes piadosas pegadas sobre el mapa.)

Ge C 5085 *Portulano anónimo del siglo XVI.* [II-824]
Mediterráneo.
(Decorado con una figura de monje recortada y pegada sobre España.)

Ge C 5100 *Portulano italiano del siglo XVI.*
Mediterráneo.

Ge C 5083 *Portulano anónimo del siglo XVI.*
(Finísimo dibujo.)

Ge C 2341 *Portulano genovés del siglo XVI.*
Trípoli figura como en poder de los españoles.
(Bello decorado de blasones y escudos; un rey de armas españolas sobre el mapa de España.)

Ge DD 2010 *Portulano anónimo.*
Mediterráneo.
(2 hojas pegadas por el dorso.)

Ge D 7887 *Portulano del Archipiélago.*
Pequeñas vistas de ciudades: diseño de Trova.

Ge C 5093 *Portulano de Francisco Oliva*. Mesina, 1603.
Mediterráneo.
(Muy ornamentado: dibujos de Marsella, Barcelona, Génova y Venecia; guerreros, banderas, etcétera.)

N. B.—Existe el portulano *Ge D 7889*, de Salvador Oliva, cuya fecha exacta (1635) aparece raspada y convertida en 1535.

b) Archivo General de Simancas. Una serie de planos y de mapas:

1. Costas tocantes a Argel y Bugía, 1602, 1951 *a*, 769 m.
2. Plano de un fuerte, enviado por un soldado esclavo en Berbería (quizá Suse), 22 de. marzo de 1576, O m. 490 × 0.461, Planos Carpeta, II, folio 48.
3. Diseño del golfo de Arzeo, tinta y colores, 28 de diciembre de 1574, *0.490* × 0.424, *ibid*., f. 102.

4. Plano de Argel hacia 1603, 0.426 × 0.301, Carpeta, I, f. 53.
5. Plano del castillo imperial de Bugía, 1548, *0.418* × 0.309, Carpeta, II, fs. 61-62.
6. Planos de las fortificaciones de Bugía, *ibid.*, f 166 (0.392 ×[II-825] 0.294), f. 167 (0.326 × 0.284), f. 168 (0.514 × 0.362), 9 de enero de 1543.
7. Planos de Mers-el-Kebir (Orán, 20 de diciembre de 1574), *ibid*., fs. 98 y 99, 1 m. 174 × 0.432 – 0.580 × *0.423*.
8. Nuevo diseño del arsenal de Mesina, *ibid*., III, f. 58.
9. Plano de Melilla, a tinta y colores, 0.445 × 0.320, Eo. 331.
10. Plano de las fortificaciones de Malta, Eo. 1145 (Planos, Carpeta, III, f. 61).
11. Diseño de la ciudad de Siracusa, Eo. 1146, *ibid*., III, f. 63.
12. Traza del reino de Murcia (hacia 1562), Eo. 141 *a*, f. 183, 0.908 × 0.214.
13. El nuevo fuerte de Túnez; tinta y colores, Planos, III, f. 59, 1574. (0.694 × 0.585).
14. Diseño del fuerte de Túnez y La Goleta, Roma, 7 de agosto de 1574 (0.457 × 0.310), *ibid*., f. 21.
15. Traza de La Goleta y de Túnez (tinta y colores) hacia 1554 (0.488 × 0.348), *ibid*., II, f. 126.
16. Plano de Bizerta (tinta y colores), 1574 (0.627 × 0.577), *ibid*., f. 60.
17. Trazo de la ciudad de Palermo, Eo. 1146.
18. Diseños (4) de la laguna de Melilla, hechos por el Fratin, Madrid, 4 de octubre de 1576 (II, fs. 134 a 137) (0.533 × 0.431, 0.483 × 0.315, 0.439 × 0.318, 0.313 × 0.216).
19. Plano de la fortaleza de Argel, 1563 (0.606 × 0.448), I, f. 72.
20. Plano de los fuertes de La Goleta, 29 de noviembre de 1577 (0.320 × 0.217). Proyectos, Eo. 483, f. 174.
21. Traza de los torreones de Melilla, 24 de febrero de 1552 (0.442 × 0.315), III, f. 56.
22. Plano del peñón de Vélez, 1564 (tinta y colores), 0.30 × 0.209, *ibid*., folio 19.
23. Carta del mar Adriático, Eo. 540.

III. Fuentes impresas [II-826]

No pretendemos hacer aquí un inventario exhaustivo de la literatura consagrada al Mediterráneo; para ello haría falta toda una colección de

volúmenes y aún sería incompleta la relación. Desde 1949, la documentación ha aumentado considerablemente. Para España, el Índice Histórico Español, establecido en 1953 por J. Vicens Vives, es buena muestra del progreso de nuestros conocimientos. Tampoco podríamos ofrecer aquí la lista de nuestras lecturas; tampoco esta lista cabría en el espacio de que disponemos aquí para una bibliografía.

Para abreviar, nos hemos limitado a las *grandes* publicaciones de documentos (primera sección, A); a los libros y estudios que han servido para la organización de esta obra, y que son como los pilares y contrafuertes de su arquitectura (segunda sección, B), y a la lista alfabética de los libros citados en las notas o en el texto de esta obra (tercera sección, C).

A. *LAS GRANDES PUBLICACIONES DOCUMENTALES*

LAS GRANDES COLECCIONES: Cada país relacionado directa o indirectamente con el Mediterráneo posee sus grandes colecciones documentales referentes al siglo XVI, que interesan más o menos a nuestra investigación.

La más notable, por su amplitud y la inteligente concisión de su edición, es el *Calendar of State Papers*.

La monumental *Colección de documentos inéditos para la Historia de España* (siglas: *CODOIN*), 112 vols, en 8º, es la más rica de nuestras fuentes impresas. Desde 1930-1931 contamos, gracias a Julián Paz, con un magnífico catálogo de la colección, en dos volúmenes, *Catálogo de la colección...*, t. I, Madrid, 1930, 728 pp., en 8º; t. II, Madrid, 1931, 870 pp., en 8º; con índice de personas, topográfico y de materias. La sustancia de esta obra ha sido analizada sistemáticamente en el valioso manual bibliográfico de R. Sánchez Alonso, *Fuentes de la historia española e hispanoamericana*, que debe consultarse en su segunda edición de 1927, o en la tercera de 1946. Por su parte, Italia nos ofrece la no menos monumental colección de Albèri, *Relazioni degli ambasciatori veneti al senato*. Tan a menudo ha sido corregida por los historiadores en lo que respecta a los datos del siglo XVI, que existe la injusta tendencia a menospreciar sus positivas riquezas. Sin embargo, es peligroso creer a pie juntillas a los venecianos, que, según se ha dicho, figuran entre los mejores —si es que no son los mejores de todos— conocedores de hombres del siglo. A los *dispacci* podemos darles mayor crédito, pero las *relazioni* son simples discursos, con las fallas y debilidades propias de este género literario, y a menudo basadas en observaciones de los

oradores precedentes… Estas críticas son fáciles de formular; pero, aunque no siempre sean justas, no hay que desecharlas por sistema. Esta vez sí tenemos razones para quejarnos sin reservas de la incomodidad de la colección, mal enumerada y desprovista de un buen índice. Hay uno, es cierto, en lo que se refiere a la historia económica de Italia: el sucinto libro de A. Pino Branca, *La vita economica degli stati italiani nei secoli XVI, XVII, XVIII, secondo le relazioni degli ambasciatori veneti*, Catania, 1938, en 16º, 515 pp.

La *Collection de documents inédits sur l'histoire de France* está representada, en cuanto al Mediterráneo de 1550 a 1600, por importantes volúmenes y, sobre todo, por la magnífica publicación de E. Charrière, *Négotiations de la France dans le Levant*, París, 1840-1860, 4 vols., en 4º; por el trabajo no menos clásico de A. Desjardins, *Négotiations diplomatiques de la France avec Toscane*, París, 1859-1886, 6 vols., en 4º; por los *Papiers d'État du Cardinal Granvelle*, París, 1842-1852, 9 vols., en 4º, útiles en todos sentidos, así como por las *Lettres de Catherine de Médicis*, 10 vols., en 4º, París, 1880-1895, ed. por H. de la Ferrière.

De Bélgica —la región de los Países Bajos que permaneció fiel a Felipe II y, por ende, a la Iglesia romana— proceden las publicaciones de L. P. Gachard, *Correspondance de Philippe II sur les affaires des Pays-Bas* (hasta 1577), 5 vols., en 4º, 1848-1879; *Correspondance de Marguerite d'Autriche avec Philippe II* (1559-1565), 1867-1881, 3 vols., en 4º (hay una continuación reciente de J. S. Theissen); finalmente, de Edmond Poullet y Charles Piot, los 12 vols, en 4º de la *Correspondance du Cardinal Granvelle, 1566-1586*, 1877-1896. Estas grandes publicaciones interesan indirectamente a nuestro tema.

En lengua alemana, debemos citar cuatro publicaciones: la del historiador checo J. Susta, *Die römische Kurie und das Konzil von Trient unter Pius IV*, 4 vols., en 8º, Viena, 1904-1914; la de G. Turba, *Venetianische Depeschen von Kaiserhofe;* la rica colección de los *Nunciatur Berichte aus Deutschland*, y, por último, la de Lanz, la clásica correspondencia de Carlos V, *Correspondenz des Kaisers Karls V*, III, 1555-1556, XX + 712 pp., en 8º.

La más útil de las publicaciones portuguesas es la del *Archivo diplomatico portuguez*, cuyos 10 volúmenes en 4º incluyen la correspondencia de los embajadores portugueses en Roma con su gobierno, de 1550 a 1580.

OTRAS PUBLICACIONES DE DOCUMENTOS DIPLOMÁTICOS: Junto con estas grandes empresas, o, a menudo, llenando sus lagunas, se ha llevado a cabo un inmenso

trabajo para poner al día la documentación diplomática. Ahí están, mejor clasificados que otros, mejor caligrafiados también, esperando a que se interese por ellos algún editor benévolo. Una buena «historia» de Bélgica pretende que un acucioso editor de textos del siglo pasado se contente con enviar los propios documentos de los archivos a la imprenta. Añadamos que, desde hace 50 o 100 años, y aún más, la historia se ha empeñado en llevar a cabo esta tarea, cuyos resultados marcan, desde 1850 hasta nuestros días, toda una época de la historiografía.

En España, los eruditos han publicado mucho, basándose en las relaciones de la Península con la curia romana, un tanto postergadas, en la *Colección de documentos inéditos*. Ricardo de Hinojosa ha llegado a publicar el primer tomo de su obra *Los despachos de la diplomacia pontifical en España*, en 1896. Por el contrario, debemos al P. Luciano Serrano cuatro magníficos volúmenes: *Correspondencia diplomática entre España y la Santa Sede durante el Pontificado de Pío V*, Madrid, 1914, donde figuran, a la vez, como el título lo indica, la correspondencia de los nuncios en España y la de los embajadores españoles en Roma. En otro sector, el de las relaciones con los Habsburgo de Viena, tenemos, además de lo publicado por la *CODOIN*. *La correspondencia inédita de Guillén de San Clemente, embajador en Alemania, sobre la intervención de España en los successos de Polonia y de Hungría* (1581-1608), ed. por el marqués de Ayerbé, Zaragoza, 1892. La contribución española más importante es, sin duda, la publicación por la Real Academia de la Historia de la correspondencia diplomática entre Francia y España (según los documentos de la serie K, restituida por el gobierno francés en 1943) bajo el título de: *Negociaciones con Francia*. *9* vols, publicados (1950-1955), de 1559 al 21 de octubre de 1567.

En Italia sólo existen publicaciones parciales: G. Berchet, *La Repubblica di Venezia e la Persia*, Turín, 1865; del mismo autor, *Relazioni dei consoli veneti nella Soria*, 1886. Una excelente contribución: *La lega di Lepanto nel carteggio di Luys de Torres*, ed. por A. Dragonetti de Torres, Turín, 1931; Mario Brunetti y Eligio Vitale, *Corrispondenza da Madrid di Leonardo Donà 1570-1573*. Venecia, Roma, 1963, 2 vols., en 4º.

Sobre la diplomacia ragusina, *Die Depeschen des Francesco Gondola Gesandten der Republik Ragusa bei Pius V. und Gregor XIII, 1570-1573*. 159 pp., en 8º, Viena, 1909.

En lengua alemana, la vieja obra de Matthias Koch, *Quellen zur Geschichte des Kaisers Maximilian II*, Leipzig, 2 vols., 1857; la de Viktor Bibl, *Familien Korrespondenz Maximilians II*, y la de Dollinger, *Dokumente*

zur Geschichte Karls V. Philippe II. und ihren Zeit, Ratisbona, 1862, XVI, 656 pp., en 8º.

Para las tan conocidas cartas de Busbec, embajador imperial ante Solimán, he utilizado, por no tener a mano otra, la edición francesa, *Lettres du Baron du Busbec*, ed. por el abate Foy, París, 1748, 3 vols., en 12º.

Entre los trabajos belgas, merece señalarse el tomo I de la *Correspondance de la Cour d'Espagne sur les affaires des Pays-Bas. 1596-1621*, Bruselas, 1923, ed. por Lonchay y Cuvellier, gr. en 4º, y la *Correspondance d'Ottavio Mirto Frangipani, premier nonce de Flandre* (1596-1606), 2 vols. ed. (1596-1598), I, 1924, por L. Van der Essen, II, 1932, por Armand Louant.

En Francia es donde contamos con publicaciones más abundantes y, con mucho, las más importantes a este respecto, por la calidad, por el número de las publicaciones y por el valor que para el Mediterráneo tiene la posición de Francia. Podemos afirmar también, sin patriotería, que los embajadores —gente de Iglesia, y luego gente de espada— que Francia mandaba al exterior comprendían y se informaban pronto de las cosas, y eran, por lo general, hombres ágiles y juiciosos. Un Fourquevaux en España, a pesar de que no era de los más brillantes, actuaba como un informador a la altura de sus colegas y rivales de Italia. Entre las publicaciones dignas de mención: Alexandre Teulet, *Relations politiques de la France et de l'Espagne avec l'Écosse au XVe siècle*, 5 vol., en 8º, París, 1862 (para el periodo de 1515 a 1588), obra orientada particularmente hacia el norte y que es sólo parcialmente útil para nuestro estudio; la *Correspondance politique de MM. de Castillon et de Marillac, ambassadeurs de France en Angleterre* (1537-1542), París, 1885, ed. por Jean Kaulek, y la *Correspondance politique d'Odet de Selve*, embajador de Francia en Inglaterra (1546-1549), ed. por Germain Lefèvre-Pontalis, París, 1888; *Ambassades de MM. de Noailles en Angleterre*, ed. por el abate Vertot, París, 1763, 5 vols.; la *Correspondance de la Mhote Fénelon, ambassadeur de France en Angleterre de 1568 à 1575*, 7 vols., París y Londres, 1838-1840 (bajo la dirección de Charles Puzton Cooper); la *Mission de Jean de Thumery, sieur de Boissise*, 1598-1602 (en Inglaterra), ed. por P. Laffleur de Kermaingant, París, 1886 (proporciona más de un detalle preciso sobre la política general). Más directamente relacionado con nuestro tema, *Jean Nicot, ambassadeur de France en Portugal au XVIe siècle. Sa correspondance diplomatique inédite*, ed. por Edmond Falgairolle, París, 1897, y muy dentro del tema, la *Correspondance de Babeu de la Bourdaisière, évêque d'Angoulême, depuis Cardinal, ambassadeur de France*

à Rome, ed. por Henri et Loriquet, París, 1859. *Dominique du Gabre, trésorier des armées à Ferrare (1552-1554), ambassadeur de France à Venise (1555-1557); correspondance politique*, París, 1905, ed. por A. Vitalis; *Ambassade en Espagne de Jean Ébrard, seigneur de Saint-Sulpice*, ed. por E. Cabié, Albi, 1903, 472 pp., en 8 (la publicación no es perfecta). *Dépêches de M. de Fourquevaux, ambassadeur du roi Charles IX en Espagne 1565-1572*, 3 vols., en 8º, París, 1896-1904, ed. por C. Douais, y las *Lettres de Charles IX à M. de Fourquevaux, 1565-1572*, París, 1897, ed. por el mismo autor. Estas dos publicaciones son excelentes, como la de los *Dépêches diplomatiques de M. de Longlée*, residente de Francia en España, 1582-1590, de Albert Mousset, París, 1912, un volumen en 8º. Y aún hay que añadir tres breves publicaciones: *Lettres inédites du roi Henri IV à Monsieur de Villiers, ambassadeur à Venise*, 1601, ed. por Eugène Halphen, París, 1887, 60 pp., en 8º; *Lettres* à *M. de Sillery, ambassadeur à Rome*, del 1 de abril al 27 de junio de 1601, 1866, en 8º, 115 pp., ed. por Eugène Halphen, y *Lettres de Henri IV au comte de la Rochepot, ambassadeur en Espagne, 1600-1601*, ed. por P. Laffleur de Kermaingant, París, 1889, 117 pp., en 8º. Bastan para introducirse en un nuevo clima francés —el del reinado de Enrique IV—, que nuestro estudio apenas aborda. Para cerrar este balance de los trabajos franceses citemos la *Correspondance du Cardinal François de Tournon*, París, 1946, edit. por Michel François, en el punto de coincidencia de las historias política y diplomática y que, en sus partes IV, V y VI, pp. 249-255, se refiere directamente a la época y al tema de nuestro trabajo. No me ha sido posible incorporar al texto ya elaborado de los capítulos I (primera parte) y I (tercera parte) todas las referencias útiles de esta bella publicación, los complementos y las rectificaciones que me ha sugerido: p. 318, 15 de mayo de 1556, estado deplorable de las costumbres e ignorancia del clero corso; pp. 277-281: la conclusión de la tregua con Julio III, el 29 de abril de 1552, a la que se adhirió Carlos V el 15 de mayo por la tarde, liberó las fuerzas francesas comprometidas en Parma, y explica el desenlace del asunto de Siena el 26 de julio de 1552. Franceses e imperiales se hallaban entonces a la caza de posiciones eficaces en el campo italiano: «El éxito de la empresa de Siena acrecentó singularmente el prestigio del rey en Italia y el Papa y la señoría de Venecia se congratulan de modo particular», dice una carta del cardenal, agosto de 1552, p. 281. Lo que decidió la expedición de Córcega en 1553 fue seguramente una cuestión de prestigio. Miguel François adopta a propósito de esta operación «inoportuna» (289, n. 1) la explicación que ya había dado en su memoria: *Albisse del Bene, surintendant des finances*

français en Italie, 1551-1556 (B. de l'Ec. des Chartes, 1933), y que revela la actuación del cardenal Ferrara, quien adelantó de su fortuna personal el dinero necesario para la expedición. ¿Intervención no oportuna? El debate se halla abierto. Muchos detalles y notas sobre la cuestión de Siena permiten discernir la política de los sobrinos de Pablo IV y la atmósfera de Roma en tiempos «poco razonables» de aquel papa, mejor de lo que yo lo hago. Señalo, sobre todo, después de 1559, el sorprendente cambio del cardenal de Tournon o, mejor dicho, su testimonio sobre el sorprendente cambio del clima francés. Comenzaba otra era. Examínese la vehemente carta del cardenal al rey, de 14 de junio de 1559 (p. 397), contra la «agresividad» de los herejes de Francia, palabra que repite el mismo día (p. 398) en su carta al condestable; o la carta «colaboracionista» a Felipe II (31 de enero de 1561), pp. 426-427… Finalmente, en la p. 373, una excelente observación sobre Venecia (17 de septiembre de 1558) y sobre su política de la *bilancia:* los venecianos querían la paz «por temor a que el Victorioso saliera demasiado fortalecido». Desde 1949, la única publicación importante —todavía en su momento inicial— es la concerniente a las *Acta Nuntiaturae Gallicae,* editadas por la Universidad Gregoriana y la Escuela Francesa de Roma. Hasta el momento han aparecido: *Correspondance des nonces en France Carpi et Ferreiro (1535-1540*), ed. por J. Lestocquoy, 1961; *Girolamo Ragazzoni, évêque de Bergame, nonce en France. Correspondance de sa nonciature, 1583-1586*, editado por Pierre Blet, 1962.

PUBLICACIONES DE DOCUMENTOS AL MARGEN DE LA HISTORIA DIPLOMÁTICA: Las indicaciones precedentes ponen de manifiesto el enorme esfuerzo realizado en el plano de la historia diplomática. En otros planos, los resultados distan de ser brillantes. Apreciables en lo que se refiere a la historia política o a la biografía de los grandes personajes, apenas existen, por el contrario, en lo tocante a la vida económico-social y cultural, o a la historia de las técnicas. En este terreno, nada se ha hecho, prácticamente.

1º En cuanto a Portugal, debemos mencionar, sin embargo, la *Historia trágico-marítima*, de Bernardo Gomes de Brito, 1ª ed., Lisboa, 2 vols., 1735-1736, 2ª ed., 1904-1909, 12 vols. (B. N., uo A 18.199, 40), aunque interese, sobre todo, a los océanos Atlántico e Índico. Pero los océanos gobernaron la vida del mar interior.

2º En cuanto a España, la vieja y preciosa edición de la *Nueva Recopilación de las leyes;* la colección de las *Actas de las Cortes de Castilla. 1563-1623*. 39 vols., Madrid, 1861-1915, completadas, en lo referente al

periodo anterior a 1563, por el tomo V de las *Cortes de los antiguos reinos de León y Castilla;* la colección, que hemos utilizado poco, de los *Documentos inéditos para la historia de Aragón;* la preciosa colección de los *Libros raros o curiosos*, t. XIX, *Tres relaciones históricas* (Gibraltar, los Gelves, Alcazarquivir, 1540, 1560, 1578), Madrid 1889, en 16º, t. XVIII; *Cartas y avisos dirigidos a D. J. de Zúñiga, virrey de Nápoles en 1581*. Madrid, 1887, en 16º. Los dos volúmenes de cartas inéditas de Gachard, *Retraite et mort de Charles Quint au monastère de Yuste,* 2 vols., en 8º Bruselas 1854-1855, se refieren casi a lo mismo que la cita anterior, así como la publicación, también de Gachard, de las *Lettres de Philippe II à ses filles les infantes Isabelle et Catherine, écrites pendant son voyage au Portugal, 1581-1583*, París, 1884, excelente material para abogar en favor del Rey Prudente.

He utilizado mucho dos publicaciones de historia regional: una relativa a Aragón, de Carlos Riba y García, *El Consejo Supremo de Aragón en el reinado de Felipe II*, Madrid, 1914, publicación basada en el fondo español del Museo Británico, y los tomos II y III (los únicos que poseo) de la reedición por Darío de Areitio del clásico Fidel de Sagarminaga, *El gobierno y el régimen foral del señorío de Vizcaya*, t. II, 1577-1589, Bilbao, 1932, t. III, 1590-1596, Bilbao, 1934.

He utilizado igualmente la dispersa y amplia colección, no digamos que de documentos políticos y económicos, pero de indudable interés económico y político, de Larruga, *Memorias políticas y económicas sobre los frutos, comercio, fábricas y minas de España*, 45 vols., en 4º, Madrid, 1745.

Las mejores contribuciones son, además:

a) La publicación, iniciada con motivo del IV centenario del nacimiento de Felipe II (1927), de una nueva colección de documentos inéditos consagrados a su reinado (el programa, como todos los programas, es difícil de cumplir y está destinado a no cumplirse, en *Boletín de la Comisión de Monumentos históricos y artísticos de la provincia de Valladolid*, I, 2 julio-septiembre de 1925). Bajo el título de *Archivo Histórico Español*, la colección se llama como la *CODOIN*. Se han publicado el tomo I, sobre el Concilio de Trento (1530-1552); el tomo II, sobre la Armada Invencible (1587-1589), XV+488 pp., 1929, ed. por G. P. Enrique Herrera Oria, *Consultas del Consejo de Estado*, 1930, ed. por Mariano Alcocer, pero nada he podido saber sobre los volúmenes anunciados: *Portugal; Expediciones a Levante*, *Lepanto, Moriscos*, etcétera. Debemos a Jaime Salvá *La Orden de Malta y las acciones españolas contra los turcos y berberiscos en los siglos XVI y XVII*, 1944, 448, pp. en 4º (¿Se trata de la misma colección?)

b) Las *relaciones topográficas* (es decir, las investigaciones practicadas por orden de Felipe II en los pueblos de España; las circulares impresas que se deberían cumplir se enviaron en 1575 y 1578) se conservan —al menos lo que subsiste de ellas— en El Escorial. Se dice que estos preciosos documentos han desaparecido con motivo de la guerra civil. Existe un catálogo del padre agustino Miguélez, *Las relaciones histórico-geográficas de los pueblos de España hechas por orden de Felipe II*, Madrid, 1915, 100 pp. en 4º; una visión de conjunto, Ortega Rubio, *Relaciones topográficas de España. Lo más interesante de ellas escogido*…, Madrid, 1918, VIII-710 pp. Finalmente, según mis informes, dos publicaciones parciales sobre la diócesis de Cuenca y la provincia de Guadalajara: *Relaciones topográficas de España. Relaciones de pueblos que pertenecen hoy a la provincia de Guadalajara*, ed. por Juan Catalina García y Manuel Pérez Villamil, Madrid, 1905-1915, 7 vols. (ts. XLI a XLVII del *Memorial Histórico Español*). Este precioso documento se encuentra en la Biblioteca de la Sorbona, *Relaciones de pueblos de la diócesis de Cuenca, hechas por orden de Felipe II*, ed. por el P. J. Zarco Cuevas, Cuenca, 1925, 2 vols. Merecen señalarse las notables publicaciones de Carmelo Viñas y Ramón Paz, *Relaciones de los pueblos de España ordenadas por Felipe II: Provincia de Madrid, 2* vol., 1949; *Provincia de Toledo*, 3 vol. 1951-1963; Noël Salomon, *La campagne de Nouvelle Castille à la fin du XVIe Siècle d'aprés les Relaciones topográficas*, 1964, resume la cuestión.

3º Para lo referente al norte de África, señalaremos la vasta *Collection des Sources inédites de l'histoire du Maroc*, orientada hacia el Atlántico o que apenas alcanza hasta el año 1550; sobre los presidios españoles de las costas del Mediterráneo, la publicación ya citada de La Primaudaie se detiene en 1564; la publicación de los archivos del Consulado francés de Túnez, por Pierre Granchamp, *La France en Tunisie à la fin du XVIe siècle, 1582-1600*, Túnez, 1920, es la más importante de las contribuciones norafricanas a la historia del Mediterráneo; el tomo VI (1551-1575) de la *Histoire d'Oran*, del general Didier, Orán, 1929, no se puede utilizar sino por los que ya conocen las fuentes publicadas por el autor.

4º De la enorme masa de las publicaciones sobre Italia, citaremos: Marco Formentini, *Rivista storica della dominazioni spagnola sul ducato di Milano colla pubblicazione di 500 e più documenti ufficiali inediti*, Milán, 1872, 84 pp., en 8º; Vladimir Lamansky, *Secrets d'État de Venise, documents extraits notices et études*, San Petersburgo, 1884, 834 + 96 + 64 pp., en 8º, es un relato de un interés excepcional; igualmente sobre Nápoles el volumen de

documentos diversos del tomo IX del *Archivio storico italiano*, Florencia, 1846, 686 pp., en 8º. Los documentos de historia social son bastante raros para destacar la publicación de Nino Cortese, *Feudi e Feudatari napoletani della prima metà del Cinquecento* (según documentos de Simancas), Nápoles, 1931, XXIV + 238 pp., en 8º. Se deben tomar en cuenta múltiples publicaciones relativas a Sicilia: *Corrispondenza particolare di Carlo d'Aragona, Presidente del Regno, con Filipo II* (Doc. per servire alla storia di Sicilia, 1ª Serie, II), ed. por S. V. Bozzo y G. Salvo Cozzo, 1879, e *ibid*., 4ª Serie IV, *Le fortificazioni di Palermo nel secolo XVI. Relazione delle cose di Sicilia fatta da D. Ferdinando Gonzaga all'imperatore Carlo V* (1546), 1896.

5º En Francia, el gran resumen de M. Pardessus, *Collection des lois maritimes antérieures au XVIIIe siècle*, París, 1837, 6 vols., continúa siendo un excelente útil de trabajo.

6º Sobre los documentos balcánicos, egipcios, sirios y turcos (también hay textos turcos, una bibliografía y revistas turcas), no me ha sido posible reunir más que unos cuantos títulos. N. Iorga, *Ospiti Romeni in Venezia, 1570-1610*, en 8º, Bucarest, 1932, hubiera hecho mejor publicando los documentos que tenía a mano que presentándolos en forma de un resumen que mutila las cartas utilizadas.

7º He consultado con gran provecho las magníficas colecciones de los viajes de Hakluyt, *The principal navigations, voiages, traffiques and discoveries of the English Nation*, 3 vols., en 4º, 204, 808 pp., Londres, 1598, 1599 y 1600 (mis citas se refieren a esta edición), y de John Harris, *Navigatium atque itinerantium bibliotheca*, 2 vols., en fo., XVI + 1056 pp., Londres, 1745.

8º Las grandes publicaciones de documentos económicos relativos al siglo XVI se refieren, sobre todo, a los países del norte Amberes y Augsburgo. Sobre Amberes, hemos sacado partido de las discutibles pero preciosas publicaciones de Denucé. Sobre Augsburgo, hemos seguido las publicaciones relativas a los Fugger. Las más interesantes para nuestro objeto, acerca de comienzos de siglo, son las obras de Aloys Schulte, *Die Fugger in Rom*, 2 vols., en 8º, Leipzig, 1904, Weitnauer, *Venetianischer Handel der Fugger*, 1931. Johannes Kleinpaul, *Die Fuggerzeitungen 1568-1605*, Leipzig, 1921 (publicación mala, según dicen los expertos). Sobre el origen y significación de estos documentos de la Biblioteca Nacional de Viena, v. M. A. H. Fitzler, *Die Entstehung der sogenannten Fuggerzeitungen in der Wiener Nationalbibliothek*, Viena, Rohrer, 1937, 81 pp., en 8º; sobre el valor económico de estas gacetas de los Fugger, Kemper, *Die wirtschafliche*

Berichterstattung in den sogenannten Fuggerzeitungen, Múnich, 1936. Existe una traducción inglesa, *Fugger Newa-letters 1568-1605*, 2 vols., Londres, 1924 y 1926, el t. 1 editado por Victor von Klarwill y Paulinè de Chary, el II por L. S. R. Byrne.

9º Señalemos, por último, la importante contribución a nuestro conocimiento de las realidades económicas del siglo XVI, contribución internacional, aunque la puesta en obra sea francesa y se inscriba en el activo del Centre de Recherches historiques de la VI Sección de la Escuela Práctica de Estudios Superiores, 54 rue de Varenne, París, VII. Cito, sin clasificar por orden de mérito: Fernand Braudel y Ruggiero Romano, *Navires et marchandises à l'entrée du port de Livourne, 1547-1611*. 1951 (trabajo en curso que será completado y prologado por Maurice Carmona; Huguette y Pierre Chaunu, *Séville et l'Atlantique de 1504 à 1650*, 12 vols., 1955-1960; Alberto Tenenti, *Naufrages, corsaires et assurances maritimes a Venise d'après les notaires Catti et Spinelli, 1502-1609;* Renée Doehaerd, *Études anversoises*, 3 vols., 1962; M. Baulant, *Lettres de négociants marseillais, les frères Hermitte (1570-1612*), 1953; José Gentil da Silva, *Lettres marchandes des Rodrigues d'Evora et Veiga (1595-1607*), 1956; Ugo Tucci, *Lettres d'un marchand vénitien, Andrea Berengo, 1553-1556*, 1957; José Gentil da Silva, *Lettres de Lisbonne, 1563-1578*, 1959; Valentín Vázquez de Prada, *Lettres marchandes d'Anvers*, 4 vols., 1960; Domenico Gioffrè, *Gênes et les foires de change*, 1960; Corrado Marciani, *Lettres de change au foires de Lanciano*, 1962; Felipe Ruiz Martín, *Lettres marchandes échangées entre Florence et Medina del Campo*, 1965; Édouard Baratier, *La démographie provençale du XIIIe siècle*, 1961; Léopold Chatenay, *Vie de Charles Esprinchard, Rochelais, et journal de ses voyages au XVIe siècle*, 1957; Xavier A. Flores, *Le «Peso político de todo el mundo» d'Anthony Shirley*, 1963.

Quiero añadir a estos libros la obra monumental de Modesto Ulloa, historiador cubano, *La hacienda real de Castilla en el reinado de Felipe II*, Roma, 1963.

B. *OBRAS ESENCIALES*

1º PARA LA ORIENTACIÓN GENERAL DEL LIBRO: OBRAS DE BASE Y CONTROL. Encabezando esta enumeración, citaremos con toda justicia las obras de Henri Pirenne, *Les Villes du Moyen Age; Mahomet et Charlemagne*. Las páginas en que más me he detenido son las de Vidal de la Blache, consagradas al

Mediterráneo, en sus *Principes de Géographie humaine*, ed. de E. de Martonne, 1922.

Sobre el conjunto del Mediterráneo, me he apoyado considerablemente, como punto de partida, en la obra clásica de Alfred Philippson, *Das Mittelmeergebiet*, que, por una serie de circunstancias, he leído y releído en la edición de 1904, Leipzig, en 8º, 266 pp. (existe una 4ª edición publicada en 1922). Considero este libro como una obra maestra de precisión documental.

Debo también mucho al libro muy bien documentado de Charles Parain, *La Méditerranée: les hommes et leurs travaux*, París, 1936, en 8º, 225 pp., y a la obra monumental de Maximilien Sorre, *Les fondements de la géographie humaine*, París, 4 vols., 1943-1952, y la *Vue générale de la Méditerranée*, de André Siegfried, 1943.

2º HISTORIA Y MEDIO HUMANO. En apoyo de esta *historia apegada al suelo* o, mejor dicho, al medio, al *ambiente* de los hombres, se inscribe la obra completa de Victor Bérard, la del helenista, el viajero y el diplomático; la obra completa de Alfred Jardé, tan atenta a la geografía real; la obra desperdigada en artículos de Jules Sion.

Y me remito, sobre todo, a la obra entera de Émile-Félix Gautier, que la crítica actual ataca en sus detalles, cuando el problema consiste, tal vez, en continuar el impulso general. En esta obra, me interesa destacar, especialmente, *Siècles obscurs du Moghreb*, *1927* (que, en su última forma, se ha convertido en *Le passé de l'Afrique du Nord*), *Moeurs et Coutumes des Musulmans*, y la breve y sencilla profesión de fe que es *Le cadre géographique de l'histoire en Algérie. Histoire et Historiens de l'Algérie*, 1931, pp. 17-35. Citaré también el largo artículo —muy notable, por cierto— de Alfred Hettner, *Der Islam un die orientalischer Kultur. G. Z.*, 1932, al cual he tenido que recurrir con insistencia, así como a toda la escuela geográfica alemana (v. la bibliografía en el cómodo manual de Hugo Hassinger, *Geographische Grundlagen der Geschichte*. Br. 1931).

3º HISTORIA DE LAS ESTRUCTURAS. Como aún no se ha publicado nada en este inmenso campo de la *historia estructural*, he tenido que arriesgarme y construir por mis propios medios; no obstante, he podido apoyarme en algunas obras sólidas de precursores, tales como el trabajo, a la sazón inédito, de Pietro Sardella, *Nouvelles et Spéculations à Venise*, 1948 (según los *Diarii* de Sanudo), obra cuyo manuscrito y cuyas pruebas tuve ocasión de leer; en la gran obra póstuma de Julius Beloch, *Bevölkerungsgeschichte Italiens*, 3 vols., en el monumental estudio de los precios en España, de Earl J. Hamilton,

American treasure and the price revolution in Spain, 1501-1550, 1934; en el nuevo estudio de Frederic C. Lane, *Venetian ships and shipbuilders of the Reinassance*. Baltimore, 1934, traducción francesa, 1965; en la siempre utilísima obra de Richard Ehrenberg, *Das Zeitalter der Fugger*, Jena, 1922, 2 vols., en 8º, de la que A. E. Sayous dice demasiadas cosas malas para que podamos hacerle caso; en el reciente libro de Ernst Schäfer, *Der Könige spanische oberste Indienrat*, t. I, 1936; en las investigaciones de los *Annales* consagradas a las noblezas; en la tesis monumental de Marcel Bataillon, É*rasme et l'Espagne*, París, 1937 [ed. en español del Fondo de Cultura Económica, México, 1950]; en los clásicos trabajos de Ernst Schäfer, *Beiträge zur Geschichte des spanischen Protestantismus*, 3 vols., 1902; de Benedetto Croce, *La Spagna nella vita italiana durante la Rinascenza*, Bari, 1922; de Ludwig Pfandl, *Geschichte der spanischen Literatur in ihrer Blütezeit*, 1929; y, finalmente, en la obra de Émile Mâle, *Art religieux après le Concile de Trente*, 1932.

Sobre las relaciones entre estructura y coyuntura sigue siendo esencial para una introducción al debate: Ernest Labrousse, *La crise de l'économie française à la fin de l'Ancien Régime et au début de la Révolution*, 1944.

4º SOBRE LA HISTORIA DE LOS ACONTECIMIENTOS, disponemos de multitud de obras que se completan, se entrecruzan y se sustituyen. Los mejores estudios biográficos recientemente publicados son, sin duda alguna, el de O. de Törne, *Don Juan d'Autriche*, *2* vols., Helsingfors, 1915 y 1928, de rica y fascinante documentación y, además, impecablemente escrito, y el de Van der Essen, *Alexandre Farnèse, 1545-1592*, 1933 y ss.; los mejores estudios de acontecimientos, el de Charles Monchicourt, *L'expédition espagnole de 1560 contre l'île de Yerba*, París, 1913, y el de Félix Hartlaub, *Don Juan d'Austria und die Schlacht bei Lepanto*, Berlín, 1940, 186 pp., en 8º; los mejores relatos, las obras clásicas de Lucien Romier, *Les origines politiques des guerres de religion*, 1913, 2 vols., *La conjuration d'Amboise*, 1923; *Catholiques et huguenots à la Cour de Charles IX*, 1924; *Le royaume de Catherine de Médicis*, 2 vols., 1925; *La Liga de Lepanto*, del P. L. Serrano, 2 vols., en 8º, 1918-1919, y el trabajo siempre útil de Martin Philippson, *Ein Ministerium unter Philipp II, Kardinal Granvella am spanischen Hofe*, Berlín, 1895.

Citemos también, como fuentes inagotables de documentos, los voluminosos libros, eruditos y sólidos (aunque no muy amplios de horizonte),

de Pastor, *Geschichte der Päpste*. Salvo el t. X (que citamos en la edición alemana), todas nuestras citas se refieren a la traducción francesa de esta obra.

5º MANUALES, OBRAS DE REFERENCIA Y LIBROS DE CONJUNTO SOBRE EL MEDITERRÁNEO. Todos los manuales u obras corrientes que he utilizado, los de Fueter, Platzhoff, C. Lozzi, Barbagallo, Kulischer, Doren, Georg Mentz, Stählin, Luzzatto, Segre, Zinkeisen, Hammer, Lavisse, Ballesteros, Aguado Bleye, Altamira, R. Konetzke *(Geschichte des spanischen und portugiesischen Volkes*, t. VIII, de la *Große Weltgeschichte*, Leipzig, 1941, 429 pp., gr. en 8º), Damião Peres, Mercier, Charles-André Julien, Henri Pirenne, *Bibliographie et Histoire de Belgique)*, Henri Hauser *(Les Sources*… y *Prépondérance espagnole)*, Trevelyan, Hans Delbrück (*Geschichte der Kriegskunst*, clara, pero aventurada, y *Weltgeschichte*, t. III, 1926, en 8º, 676 pp.), el t. III de la *Die Neue Propyläen Weltgeschichte*, ed. por Willy Andreas, Berlín, 1942, en 4º, 646 pp., el libro de Karl Brandi (*Deutsche Geschichte im Zeitalter der Reformation und Gegenreformation*, 2ª ed.), la obra de W. Sombart *(Der Moderne Kapitalismus*, y, en la edición de 1940, *Vom Menschen)* y la de Farinelli *(Viajes por España…)*, son libros sobre los que creo inútil insistir. La única historia general innovadora y que he leído con placer es: J. Vicens Vives, *Historia social y económica de España y América*, particularmente el t. III, 1957.

6º SOBRE LA HISTORIA GENERAL DEL MEDITERRÁNEO.

1. Karl Rathlef, Die Welthistorische Bedeutung der Meere, insbesond, des Mittelmeers, Dórpart, 1858.

2. Conde Eduardo Wilczek, *Das Mittelmeer, seine Stellung in der Weltgeschichte und seine historische Rolle im Seewesen*, Viena, 1895. Muy influido por el pensamiento del almirante Mahan.

3. Helmolt, *Weltgeschichte, 4, Die Randländer des Mittelmeers*, 1900.

4. Giuseppe de Luigi, *Il Mediterraneo nella politica europea*, Nápoles, 1926, en 8º, 506 pp.

5. Pietro Silva, *Il Mediterraneo dall'unità di Roma, all'unità d'Italia*. 2 vols., Milán, 1927, reed, en Milán en 1942, 2 vols., gr. en 8º, 530, 697 pp., con un título superpuesto: *«all'impero italiano»*, sustituyendo al de *«all'unità d'ltalia»*.

6. Paul Herre, *Weltgeschichte am Mittelmeer*, Leipzig, 1930, 455 pp., en 8º, con notables ilustraciones, excelente texto de un historiador de la política, especialista en el siglo XVI.

7. Ulrich von Hassel, *Das Drama des Mittelmeers*, Berlín, 1940, 176 pp., en 16º, desarrolla un tema inicial brillante, el de la aventura de Pirro; trata, en resumen, de explicar el mar por la historia de su gran posición central, pero no cumple lo que promete. Es, en su conjunto, un libro farragoso, mediocre y plagado de errores.

8. Philipp Hiltebrandt, *Der Kampf ums Mittelmeer*, Stuttgart, 1940, XIV + 517 pp., en 8º, con malísimos mapas: es la obra de un periodista (corresponsal de la *K. Zeitung* en Roma), ágil, a veces erróneo y a menudo brillante.

9. Emil Ludwig, *La Méditerranée, destinées d'une mer*, trad. del alemán, ed. de la Maison Française de Nueva York, 1943, 2 vols., 345-346 pp., en 16; libro decepcionante y ampuloso, con algunas páginas admirables y muchas enormidades.

10. Felice Vince, *L'unità mediterranea*, 2ª ed., Milán, 1946; libro rápido y de insuficiente iluminación histórica.

C. *LISTA ALFABÉTICA DE LOS LIBROS CITADOS* [II-840]

Accarias de Sérionne (Jacques), *La richesse de la Hollande*, Londres, 1778, 2 vols.

Achard (Paul), *La vie extraordinaire des frères Barberousse, corsaires et rois d'Alger*, París, 1939.

Acta Tomiciana epistolarum Sigismundi regis Poloniae, Poznan (vol. 15: Wroclaw), 1852-1957, 15 vols.

Actas de las Cortes de Castilla. 1563-1623, Madrid, 1861-1915, 39 vols.

Albani (Dina), *Indagine preventiva sulle recenti variazioni della linea di spiaggia delle coste italiane*, Roma, 1933.

Albèri (Eugenio), *Relazioni degli ambasciatori veneti durante il secolo XVI*, Florencia, 1839-1863, 15 vol.

Alberti (T.), *Viaggio a Costantinopoli*, p.p. A. Bacchi della Lega, Bolonia, 1889.

Albitreccia (L.), *La Corse dans l'Histoire*, Lyon-París, 1939.

Alcocer y Martínez (Mariano), *Consultas del Consejo de Estado*, Colección «Archivo Histórico Español», Valladolid, 1930.

Castillos y Fortalezas del antiguo Reino de Granada, Tánger, 1941.

Aleati (Giuseppe), *La popolazione di Pavia durante il dominio spagnolo*, Milán, 1957.

Alemán (Mateo), *De la vida del picaro Guzmán de Alfarache*, Milán, 1615, 2 vols.
Allen (W. E. D.), *Problems of Turkish Power in the Sixteenth Century*, Londres, 1963.
Almanacco di economia di Toscana dell'anno 1791, Florencia, 1791.
Almeida (Fortunato de), *Historia de Portugal*, Coimbra, 1926-1929, 3 vols.
Almeida d'Eça (Vincente), *Normas economicas na colonização portuguesa*, Lisboa, 1921.
Amadei (Federigo), *Il Fioretto delle croniche di Mantova*, Mantua, 1741.
Amari (Michele), *Storia dei Musulmani di Sicilia*, Florencia, 1864-1868, 3 vols.
Ammann (Hektor), *Schaffhauser Wirtschaft im Mittelalter*, Thayngen, 1949.
Ancel (J.), *Peuples et Nations des Balkans*, París, 1926.
Andrada (F. de), *O primeiro cerco que os Turcos puzerão na fortaleza de Dio, nas partes de India*, Coimbra, 1589.
Angelescu (I. N.), *Histoire économique des Roumains*, Ginebra, I, 1919.
Anquez (Léonce), *Henri IV et l'Allemagne*, París, 1887.
Aramon (G. d'), ver Chesneau (Jean).
Arantegui y Sanz (José), *Apuntes históricos sobre la artillería española en los siglos XIV y XV*, Madrid, 1887.
Arbos (Philippe), *L'Auvergne*, París, 1932.
Arco y Fortuño (Ricardo del), *La idea del imperio en la política y la literatura españolas*, Madrid, 1944.
Argenti (Philip P.), *Chius vincta; or, The occupation of Chios by the Turks (1566) and their administration of the island (1566-1912) described in contemporary reports and official despatches*, Cambridge, 1941.
Armstrong (H. C.), *Grey Wolf. Mustafa Kemal: an intimate study of a dictator*, Londres, 1933; trad. franc.: *Mustapha Kémal*, París, 1933.
Arqué (Paul), *Géographie des Pyrénées françaises*, París, 1943.
Arrigo (A.), *Ricerche sul regime dei littorali nel Mediterraneo*, Roma, 1936.
Arsandaux (H.), ver Rivet (P.) y Arsandaux (H.).

Arvieux (Chevalier d'), *Mémoires du Chevalier d'Arvieux*, París, 1735, 6 vols.
Ashauer (H.) y Hollister (J. S.), *Ostpyrenäen und Balearen*, Berlín, 1934, colección «Beiträge zur Geologie der westlichen Mediterrangebiete», núm. 11.
Aspetti e cause della decadenza economica veneziana nel secolo XVII, Venecia-Roma, 1961.
Assézat (J.), ver Du Fall (Noël).
Asso (Ignacio de), *Historia de la economía política de Aragón*, Zaragoza, 1798 (reed. de 1947).
Atkinson (G.), *Les nouveaux horizons de la Renaissance française*, París, 1935.
Atti del convegno per la conservazione e difesa delle laguna e della [II-841] *città di Venezia* (Istituto Veneto), Venecia, 1960.
Aubenas (Roger), *Chartes de franchise et actes d'habitation*, Cannes, 1943.
Aubespine (Sébastien de l'), *Négociations… relatives au règne de Fraçois II*, ed. por L. Paris, París, 1841.
Aubigné (Théodore Agrippa d'), *Histoire Universelle*, ed. por la Société de l'Histoire de France por el barón Alphonse de Ruble, París, 1886-1897, 9 vols.
Aubin (G.) y Kunze (A.), *Leinenerzeugung und Leinenabsatz im östlichen Mitteldeutschland zur Zeit der Zunftkäufe. Ein Beitrag zur industriellen Kolonisation des deutschen Ostens*, Stuttgart, 1940.
Audisio (Gabriel), I: *Jeunesse de la Méditerranée;* II: *Le sel de la mer*, París, 1935-1936, 2 vols.
Aurigemma (S.), ver Bosio (Giacomo).
Auton (Jean d'), *Chroniques*, París, 1834-1835, 4 t. en 2 vols.
Auzanet (Jean), *La vie de Camõens*, París, 1942.
Avenel (Georges d'), *Histoire économique de la propriété, des salaires, des denrées et de tous les prix en général depuis l'an 1200 jusqu'à l'an 1800*, París, 1894-1898, 4 vols.
Avity (Pierre d'), ver Davity (Pierre).
Azevedo (Lucio de), ver Lucio de Azevedo (J.).

Babeau (Albert), *Les voyageurs en France depuis la Renaissance jusqu a la Révolution*, París, 1885.

Babelon (Ernest), *Les origines de la monnaie considérées au point de vue économique et historique*, París, 1897.
Bacchi della Lega (A.), ver Alberti (T.).
Badaloni (Nicola), *La filosofia di Giordano Bruno*, Florencia, 1955.
Baehrel (René), *Une croissance: la Basse-Provence rurale (fin du XVIe siècle-1789)*, París, 1961, 2 vol.
Balandier (Georges), *Afrique ambiguë*, París, 1957.
Balducci Pegolotti (Francesco), *Pratica della mercatura*, Lisboa, 1765-1766, 4 vols.
Ballesteros y Beretta (A.), *Historia de España, y su influencia en la Historia Universal*, Barcelona, 1918-1940, 9 t. en 10 vols.
Bandello (M.), *Novelle*, Londres, 1791-1793, 9 vols.
Baratier (Édouard), *La démographie provençale du XIIIe au XVIe siècle*, París, 1961.
Barbagallo (Corrado), *Storia universale*, Turín, 1930, 5 vols.
Bardon (Achille), *L'exploitation du bassin houiller d'Alais sous l'ancien régime*, Nimes, 1898.
Barrau-Dihigo (L.), ver Joly (Barthélemy).
Barros (J. de), *Da Asia*, Venecia, 1551.
Bartoli (Daniele), *Degli uomini e de'fatti della Compagnia di Gesù*, Turín, 1847.
Baruzi (Jean), *Problèmes d'histoire des religions*, París, 1935 (25 de febrero de 1936).
Baschiera (Luigi), ver Paruta (Andrea).
Bataillon (Marcel), *Erasme et l'Espagne*, París, 1937; ed. en español del FCE, México, 1950.
Batiffol (Louis), *La vie intime d'une reine de France au XVIIe siècle*, París, 1931, 2 vols.
Baudrillart (Mgr Alfred), *Philippe V et la cour de France*, París, 1890-1901, 4 vols.
Bauer (Clemens), *Unternehmung und Unternehmungsformen im Spätmittelalter und in der beginnenden Neuzeit*, Jena, 1936.
Baulant (Micheline), *Lettres de négociants marseillais; les frères Hermite (1570-1612)*, París, 1953.
Baumann (Émile), *L'anneau d'or des grands Mystiques*, París, 1924.
Beatis (A. de), *Die Reise des Kardinals Luigi d'Aragona durch Deutschland, die Niederlande, Frankreich und Oberitalien, 1517-1518*, ed. por L. Pastor, Friburgo-en-Brisgovia, 1905; trad.,

francesa por Madeleine Havard de La Montagne: *Voyage du Cardinal d'Aragon (1517-1518)*, París, 1913.

Beaujour (barón Louis Auguste Frédéric de), *Tableau du Commerce*[II-842] *de la Grèce, formé d'après une année moyenne depuis 1787 jusqu'en 1797*, París, 1800, 2 vols.

Bechtel (Heinrich), *Wirtschaftsgeschichte Deutschlands*. I: *Von der Vorzeit bis zum Ende des Mittelalters;* II: *Vom Beginn des 16. bis zum Ende des 18. Jahrhunderts*, Múnich, 1951-1952, 2 vols.

Beiträge zur Geologie der westlichen Mediterrangebiete, hrsg. im Auftrag der Gesellschaft der Wissenschaften zu Göttingen von Hans Stille, Berlín, 1927-1939, 19 vols.

Belda y Pérez de Nueros (Fr.), *Felipe secundo*, Madrid, sin fecha (1927).

Bellay (Martin et Guillaume du), ver Bourrilly (V.-L.) y Vindry (F.).

Bellettini (Athos), *La popolazione di Bologna dal secolo XV all'unificazione italiana*, Bolonia, 1961.

Beloch (Karl Julius), *Bevölkerungsgeschichte Italiens*, Berlín, 1937-1961, 3 vols.

Belon (Pierre), *Les observations de plusieurs singularitez et choses mémorables trouvées en Grèce, Asie, Judée, Egypte, Arabie et autres pays estranges*, París, 1553.

Belw (G. von), *Über historische Periodisierungen mit besonderem Blick auf die Grenze zwischen Mittelalter und Neuzeit*, Berlín, 1925.

Beltrami (Daniele), *Storia della popolazione di Venezia dalla fine del secolo XVI alla caduta della Repubblica*, Padua, 1954.

Forze di lavoro e proprietà fondiaria nelle campagne venete dei secoli XVII e XVIII, Venecia, Roma, 1961.

Benedetti (B.), *lntorno alle relazioni commerciali della Repubblica di Venezia e di Norimberga*, Venecia, 1864.

Beneyto Pérez (Juan), *Los medios de cultura y la centralización bajo Felipe II*, Madrid, 1927.

Benichou (Paul), *Romances judeo-españoles de Marruecos*, Buenos Aires, 1946.

Benjamín de Tudela, *Voyage du célèbre Benjamin, autour du monde, commencé l'an MCLXXIII*, trad., por Pierre Bergeron, La Haya, 1735.

Bennassar (B.), *Valladolid au siècle d'or*, París, La Haya, 1967.

Benndorf (Werner), *Das Mittelmeerbuch*, Leipzig, 1940.
Benoit (Fernand), *La Provence et le Comtat-Venaissin*, París, 1949.
Bérard (Victor), *La Turquie et l'hellénisme contemporain*, París, 1893.
Les navigations d'Ulysse; II: *Pénélope et les Barons des îes*, París, 1928.
Béraud-Villars (Jean), *L'Empire du Gaô. Un État soudanais aux XVe et XVIe siècles*, París, 1942.
Berchet (G.), *La Repubblica di Venezia e la Persia*, Turín, 1865.
Bercken (Erich von der), *Die Gemälde des Jacopo Tintoretto*, Múnich, 1942.
Bergier (Jean-François), *Les foires de Genève et l'économie internationale de la Renaissance*, París, 1963.
Bermúdez de Pedraza (Francisco), *Historia eclesiástica de Granada*, Granada, 1637.
Bernaldo de Quirós (C.), *Los reyes y la colonización interior de España desde el siglo XVI al XIX*, Madrid, 1929.
Bernard (Étienne), *Discours véritable de la réduction de la ville de Marseille*, París y Marsella, 1596.
Bernardo (L.), *Viaggio a Costantinopoli*, Venecia, 1887.
Bertoquy (P.), ver Deffontaine (Pierre), Jean-Brunhes-Delamarre (Mariel), Bertoquy (P.).
Bertrand (Louis), *Sainte Thérèse*, París, 1927.
Philippe II à l'Escorial, París, 1929.
Beutin (Ludwig), *Der deutsche Seehandel im Mittelmeergebiet bis zu den Napoleonischen Kriegen*, Neumünster, 1933.
Bianchini (Lodovico), *Della storia economico-civile di Sicilia*, Nápoles, 1841.
Della storia delle finanze del Regno di Napoli, Nápoles, 1839.
Biaudet (Henry), *Le Saint-Siège et la Suède durant la seconde moitié du XVIe siècle*, París, 1906.
Bibl (Viktor), *Der Tod des Don Carlos*, Viena y Leipzig, 1918. [II-843]
Die Korrespondenz Maximilians II. Familienkorrespondenz, Viena, 1916-1921, 2 vols.
Maximilian II, der rätselhafte Kaiser, Hellerau bei Dresde, 1929.
Bihlmeyer (Karl) [vol. III: y Tüchle (Hermann)], *Kirchengeschichte*. 11 a 13 ed., Paderborn, 1951-1956, 3 vol.; trad. fr.: *Histoire de l'Église*, Mulhouse, 1962-1964, 3 vol.

Bilanci generali, seria seconda, Venecia, 1912.
Billioud (Joseph) y Collier (Jacques-Raymond), *Histoire du Commerce de Marseille*, t. III, París, 1951.
Binet (R. P. Étienne), *Essay des merveilles de nature et des plus nobles artifices*, 13 ed., París, 1657.
Birot (Pierre) y Dresch (Jean), *La Méditerranée et le Moyen Orient*, París, 1953-1956, 2 vol.
Bisschop (Éric de), *Au delà des horizons lointains;* I: *Kaimiloa. D'Honolulu à Cannes par l'Australie et le Cap à bord d'une double pirogue polynésienne*, París, 1939.
Blache (Jules), *L'Homme et la Montagne*, París, 1934.
Blanchard (Raoul), *Géographie de l'Europe*, París, 1936.
Blanchet (Léon), *Campanella*, París, 1920.
Bloch (Marc), *Les caractères originaux de l'histoire rurale française*, París, 1931.
La Société féodale, París, 1940.
Blok (P. J.), *Relazioni veneziane*, La Haya, 1909.
Bodin (Jean), *Les six livres de la République*, París, 1583.
La Response de Jean Bodin à M. de Malestroict. 1568, ed. por Henri Hauser, París, 1932.
Bog (I.), *Die bäuerliche Wirtschaft im Zeitalter des Dreissigjahrigen Krieges. Die Bewegungsvorgänge in der Kriegswirtschaft nach den Quellen des Klosterverwalteramtes Heilsbronn*, Coburgo, 1952.
Bonnaffé (Edmond), *Les Arts et les moeurs d'autrefois. Voyages et voyageurs de la Renaissance*, París, 1895.
Bono (Salvatore), *I corsari barbareschi*, Turín, 1964.
Boppe (Léon), *Journal et Correspondance de Gédoyn «le Turc», consul de France à Alep*, París, 1909.
Borderie (Bertrand de La), ver La Borderie (Bertrand de).
Borel (Jean), *Gênes sous Napoleón Ier (1805-1814)*, 2ª ed., París-Neuchâtel, 1929.
Borlandi (Franco), *Per la storia della popolazione della Corsica*, Milán, 1942.
Bory de Saint-Vincent (J. B.), *Guide du voyageur en Espagne*, París, 1823, 2 vols.
Bosio (Giacomo), *I cavalieri gerosolimitani a Tripoli negli anni 1530-1551*, ed. por S. Aurigemma, Intra, 1937.

Botero (Giovanni), *Relationi universali*, Brescia, 1599.
Bouché (Honoré), *La Chorographie ou description de Provence*, Aix-en-Provenza, 1664, 2 vols.
Boué (Ami), *La Turquie d'Europe*, París, 1840, 4 vols.
Boulenger (Jacques), ver Contreras (Alonso de).
Bourcart (Jacques), *Nouvelles observations sur la structure des Dinarides adriatiques*, Madrid, 1929.
Bourgeois (Émile), *Manuel historique de politiqe étrangère*, París, 1892-1926, 4 vols.
Bourget (Paul), *Sensations d'ltalie*, París, 1891.
Bourgoing (barón Jean-François), *Nouveau voyage en Espagne*, París, 1788, 3 vols.
Bourrilly (V.-L.) y Busquet (R.). *Histoire de la Provence*, París, 1944.
Bourrilly (V.-L.) y Vindry (E.), *Mémoires de Martin et Guillaume du Bellay*, ed. por la «Société de l'Histoire de France», París, 1908-1909, 4 vols.
Bowles (William), *Introduction à l'histoire naturelle et à la géographie physique de l'Espagne*, trad. del español por el vizconde de Flavigny, París, 1776.
Boxer (C. R.), *The great Ship from Amacon. Annals of Macao and the old Japan Trade. 1555-1640*, Lisboa, 1959.
Bozzo (S. V.), *Corrispondenza particolare di Carlo di Aragona…*[II-844] *con S. M. il re Filippo II* (Documenti per servire alla storia di Sicilia, 1ª série, vol. II), Palermo, 1879.
Bradi (conde Joseph M. de), *Mémoire sur la Corse*, Orleáns, 1819.
Bradi (Lorenzi de), *La Corse inconnue*, París, 1927.
Bragadino (A.), ver Stefani (Fr.).
Braganza Pereira (A. B. de), *Os Portugueses em Diu*, Basora, 1938.
Brantôme (Pierre de Bourdeilles, abate y señor de), *œuvres complètes*, ed. Mérimée, París, 1858-1895, 13 vols.
Bratianu (G.), *Études byzantines d'histoire économique et sociale*, París, 1938.
Bratli (Charles), *Philippe II, roi d'Espagne. Étude sur sa vie et son caractère*, París, 1912.
Braudel (Fernand), *La Méditerranée et le monde méditerranéen à l'époque de Philippe II*, París, 1949.
Capitalisme et civilisation matérielle, París, 1967.

Braudel (F.) y Romano (R.), *Navires et marchandises à l'entrée du port de Livourne. 1547-1611*, París, 1951.
Bräunlich (Erich), *Zwei türkische Weltkarten aus dem Zeitalter der grossen Entdeckungen*, Leipzig, 1937.
Brémond (Gal Éd.), *Yémen et Saoudia*, París, 1937.
Berbères et Arabes, París, 1942.
Brémond d'Ars (Guy de), *Le père de Mme de Rambouillet, Jean de Vivonne, sa vie et ses ambassades près de Philippe II et à la cour de Rome*, París, 1884.
Brésard (M.), *Les foires de Lyon aux XVe et XVIe siècles*, París, 1914.
Bretholz (Berthold), *Lateinische Paläographie*, 2ª ed., Múnich, 1912.
Brèves (François Savary, señor de), *Relation des voyages de… tant en Grèce, Terre Saincte et Aegypte, qu'aux royaumes de Tunis et Arger*, París, 1628.
Brion (Marcel), *Laurent le Magnifique*, París, 1937.
Michel-Ange, París, 1939.
Brockelmann (C.), *Geschichte der islamischen Völker und Staaten*, Múnich, 1939.
Brosses (presidente Charles de), *Lettres familières écrites d'Italie en 1739 et 1740*, París, 1858, 2 vols.
Brückner (A.), *Geschichte der russischen Literatur*, Leipzig, 1905, 2ª ed., 1909.
Brulez (W.), *De Firma della Faille en de internationale handel van Vlaamse firma's in de 16e eeuw*, Bruselas, 1959.
Brun (A.), *Recherches historiques sur l'introduction du français dans les provinces du Midi*, París, 1923.
Brunetti (Mario), ver Vitale (Eligio) y Brunetti (Mario).
Brunhes (J.-B.), *Étude de géographie humaine. L'irrigation, ses conditions géographiques, ses modes et son organisation dans la péninsule lbérique et l'Afrique du Nord*, París, 1902. Ver también Deffontaines (Pierre), Jean-Brunhes-Delamarre (Mariel), Bertoquy (P.).
Brunner (O.), *Neue Wege der Sozialgeschichte. Vorträge und Aufsätze*, Gotinga, 1955.
Brunschvig (Robert), *La Berbérie orientale sous les Hafsides, des origines à la fin du XVe siècle*, París, 1940, 2 vols.
Bubnoff (Serge von), *Geologie von Europa*, Berlín, 1926-1930, 2 vols.

Buchan (John), *Oliver Cromwell*, Londres, 1934.
Bugnon (Didier), *Relation exacte concernant les caravanes ou cortège des marchands d'Asie*, Nancy, 1707.
Bullón (Eloy), *Un colaborador de los Reyes Católicos: el doctor Palacios Rubios y sus obras*, Madrid, 1927.
Burckhardt (J.), *Geschichte der Renaissance in Italien*, Stuttgart, 1867; 6ª ed., Esslingen, 1920.
Busbec (barón Augier Ghislain de), *Lettres du Baron de Busbec*, ed. por el abate de Foy, París, 1748, 3 vols.
Busch-Zantner (R.), *Agrarverfassung, Gesellschaft und Siedlung in*[II-845] *Südosteuropa. Unter bes. Berücksichtigung der Türkenzeit*, Leipzig, 1938.
Albanien. Neues Land im Imperium, Leipzig, 1939.
Busquet (Raoul), *Histoire de Marseille*, París, 1945.
Ver también Bourrilly (V.-L.) y Busquet (R.).

Cabié (Edmond), *Ambassade en Espagne de Jean Ebrard, seigneur de Saint-Sulpice, de 1562 à 1565*, Albi, 1903.
Cabrera de Córdova (L.), *Relaciones de las cosas sucedidas en la corte de España desde 1599 hasta 1614*, Madrid, 1857.
Felipe segundo. Rey de España, Madrid, 1876, 4 vols.
Cagnetta (Franco), *Bandits d'Orgosolo*, trad. del italiano *Inchiesta su Orgosolo*, por Michel Turlotte, París, 1963.
Calendar of State Papers. Colonial Series. East Indies. China and Japan, Londres, 1862-1892, 5 vols.
Calendar of State Papers and Manuscripts relating to English Affairs existing in the archives and collections of Venice and in other libraries of Northern Italy, Londres, 1864-1947, 38 vols.
Calvete de Estrella (Juan Christóval), *El felicissimo viaje del… Principe don Felipe*, Amberes, 1552.
Campana (C), *La vita del catholico… Filippo II*, Vicenza, 1605-1609, 3 vols.
Canaye (Philippe, *sieur* de Fresne), *Le voyage du Levant*, 1573, ed. por Henri Hauser, París, 1897.
Cano (Thomé), *Arte para fabricar… naos de guerra y merchante…*, Sevilla, 1611.
Capasso (B.), *Catalogo ragiònato dell'Archivio municipale di Napoli*, Nápoles, 1876.
Capasso (C), *Paolo III*, Mesina, 1924, 2 vols.

Capmany y de Montpalau (A. de), *Memorias históricas sobre la Marina. Comercio y Artes de la antigua ciudad de Barcelona*, Madrid, 1779-1792, 4 vols.
Cappèlletti (Giuseppe), *Storia della Repubblica di Venezia dal suo principio al suo fine*, Venecia, 1850-1855, 13 vols.
Caracciolo (Ferrante), I *commentarii delle guerre fatte co'Turchi da D. Giovanni d'Austria dopo che venne in Italia*, Florencia, 1581.
Carande (Ramón), *Carlos V y sus banqueros*, Madrid, 1949.
Carcopino (Jérôme), *Le Maroc antique*, París, 1943.
Cardauns (Ludwig), *Von Nizza bis Crépy. Europäische Politik in den Jahren 1534-1544*, Roma, 1923.
Carmoly (Éliacin), *La France israélite, galerie des hommes et des faits dignes de mémoire*, París-Leipzig, 1855.
Caro Baroja (Julio), *Los moriscos del Reino de Granada*, Madrid, 1957.
Los judíos en la España moderna y contemporánea, Madrid, 1961.
La sociedad criptojudía en la corte de Felipe IV (discurso de ingreso en la Academia de Historia), Madrid, 1963.
Carré (J. M.), ver Fromentin (Eugène).
Carrera Pujal (Jaime), *Historia política y económica de Cataluña*, Barcelona, 1946, 4 vols.
Carreras y Candi (Franceschi), *Geografía general de Catalunya*, Barcelona, sin fecha, 1913-1918, 6 vols.
Cartas y avisos dirigidos a D. J. de Zúñiga, virrey de Nápoles en 1581, Madrid, 1887, vol. XVIII de la Colección de libros españoles raros o curiosos.
Carus-Wilson (Eleanora), *Medieval Merchant Venturers*, Londres, 1954.
Casa (Giovanni della), ver Della Casa (Giovanni).
Casanova (abate S. B.), *Histoire de l'Église corse*, Ajaccio, 1931, 2 vols.
Cassou (Jean), *La vie de Philippe II*, París, 1929.
Les conquistadors, París, 1941.
Castaneda-Alcover (Vicente), ver Porcar (Moisé Juan).
Caster (Guilles), *Le commerce du pastel et de l'épicerie à Tolosa de*[II-846] *1450 environ à 1561*, Tolosa, 1962.

Castro (M. de), *Vida del soldado español Miguel de Castro*, Madrid-Buenos Aires, 1949.
Casti (Enrico), *L'Aquila degli Abruzzi ed il pontificato di Celestino V*, L'Aquila, 1894.
Cat (Édouard), *Mission bibliographique en Espagne*, París, 1891.
Catalina García (Juan) y Pérez Villamil (Manuel), *Relaciones topográficas de España. Relaciones de pueblos que pertenecen hoy a la provincia de Guadalajara*, Madrid, 1905-1915, 7 vols. (t. XLI a XLVII del «Memorial Histórico Español»).
Catherine de Médicis, ver La Ferrière (Conde Hector de).
Cavaillés (Henri), *La rie pastorale et agricole dans les Pyrénées des Gaves, de l'Adour et des Nestes*, Burdeos, 1931.
Caxa de Leruela (Miguel), *Restauración de la antigua abundancia de España*, Nápoles-Madrid, 1713.
Cecchetti (B.), *Informazione di Giovanni dall'Olmo console veneto in Lisbona sul commercio dei Veneziani in Portogallo e sui mezzi per ristorarlo, 1584, 18 maggio*, per nozze Thienesa, Schio, Venecia, 1869.
Celli (Angelo), *The History of Malaria in the Roman Campagna from ancient times*, Londres, 1933.
Cellini (Benvenuto), *Vita di Benvenuto Cellini scritta da lui medesimo*, trad. francesa, París, 1922, 2 vol.
Cervantes (Miguel de), *Novelas Ejemplares*, edit. por Francisco Rodríguez Marín, trad. francesa París, 1949.
Chabod (Federico), *Per la storia religiosa dello stato di Milano*, Bolonia, 1938.
Champion (Maurice), *Les inondations en France depuis le VIe siècle jusqu'à nos jours*, París, 1858-1864, 6 vols.
Champion (Pierre), *Paris sous les derniers Valois, au temps des guerres de religion. Fin du règne de Henri II. Régence de Catherine de Médicis. Charles IX*, París, 1938.
Chardin (Jean), *Journal du Voyage en Perse et autres lieux de l'Orient*, Ámsterdam, 1735, 4 vols.
Charles IX, ver Douais (Célestin).
Charles Quint, ver Lanz (Carl).
Charles-Quint et son temps, París, 1959. (Coloquios internacionales de la C.N.R.S., Ciencias humanas, París, 30 septiembre-3 octubre 1958.)

Charliat (P. J.), *Trois siècles d'économie maritime française*, París, 1931.
Charrière (Ernest), *Negociations de la France dans le Levant*. «Collection de documents inédits sur l'histoire de France», 1ª serie, París, 1840-1860, 4 vols.
Chastenet (Jacques), *Godoï, prince de la paix*, París, 1943.
Chateaubriand (François-René de), *Itinéraire de Paris à Jérusalem*, París, 1831.
Chatenay (Léopold), *Vie de Jacques Esprinchard, rochelais, et Journal de ses voyages au XVIe siècle*, París, 1957.
Chaunu (Pierre), *Les Philippines et le Pacifique des Ibériques (XVIe, XVIIe, XVIIIe siècles). Introduction méthodologique et indices d'activité*, París, 1960.
L'Amérique et les Amériques, París, 1964.
Chaunu (Pierre et Huguette), *Séville et l'Atlantique de 1601 à 1650*, París, 1955-1960, 12 vols.
Chavier (Antonio), *Fueros del reyno de Navarra*, Pamplona, 1686.
Chesneau (Jean), *Le voyage de Monsieur d'Aramon ambassadeur pour le roy en Levant*, París, 1887.
Chevalier (François), *La formation des grands domaines au Mexique. Terre et Société aux XVIe-XVIIe siècles*, París, 1952.
Cicogna, ver Tiepolo (Lorenzo).
Cirillo (Bernardino), *Annali della città dell'Aquila*, Roma, 1570.
Cochenhausen (Friedrich von), *Die Verteidigung Mitteleuropas*, Jena, 1940.
Cock (Henrique), *Relación del viaje hecho por Felipe II en 1585 a Zaragoza*, Madrid, 1876.
Codogno (O.), *Nuovo itinerario delle Poste per tutto il mondo...*, Milán, 1608.
Coindreau (Roger), *Les corsaires de Salé*, París, 1948.
Colección de documentos inéditos para la historia de España (CODOIN). Madrid, 1842-1896, 112 vol.
Colette, *La naissance du jour*, París, 1942.
Collier (Jacques-Raymond), ver Billioud (Joseph) y Collier (Jacques-Raymond).
Colmenares (Diego de), *Historia de la insigne ciudad de Segovia*, 2ª ed., Madrid, 1640.
Colonna (Marco Antonio), ver Voinovitch (L.).

Comines (Philippe de), *Mémoires de Messire Philippe de Comines… où l'on trouve l'histoire des rois de France Louis XI et Charles VIII. Nouvelle éd. revue avec un recueil de traités, lettres, contrats et instructions… par messieurs Godefroy, augmentée par M. l'abbé Lenglet du Fresnay*, Londres et París, 1747.

Conestaggio (Jerónimo), *Dell'unione del regno di Portogallo alla corona di Castiglia*, Génova, 1585.

Congrès international des Sciences Historiques (XIe), rapports, Estocolmo, 21-28 agosto 1960, Goteborg, Estocolmo, Upsala, Almqvist y Wiksell, 1960, 5 vols.

Coniglio (G.), Il *Viceregno di Napoli nel secolo XVII*, Roma, 1955.

Contarini (Giampietro), *Historia delle cose successe dal principio della guerra mossa da Selim ottomano a' Venetiani*, Venecia, 1572.

Contreras (Alonso de), *Aventures du capitaine Alonso de Contreras (1582-1633*), trad. y ed. por Jacques Boulenger, París, 1933.

Coornaert (Emile), *Un centre industriel d'autrefois. La draperie-sayetterie d'Hondschoote (XIVe-XVIIIe siècles*), París, 1930.

Les Français et le commerce international à Anvers, fin du XVe-XVIe siècle, París, 1961, 2 vols.

Corazzini (G. O.), ver Lapini (Agostino).

Córdova (L.), ver Cabrera de Córdova (L.). [II-847]

Cornaro (L.), *Trattato di acque*, Padua, 1560.

Corridore (F.), *Storia documentata della popolazione di Sardegna*, Turín, 1902.

Corsano (A.), *Il pensiero di Giordano Bruno nel suo svolgimento storico*, Florencia, 1954.

Corsini (O.), *Ragionamiento istorico sopra la Val di Chiana*, Florencia, 1742.

Corte Real (J.), *Successo do segudo cerco de Diu*, Lisboa, 1574.

Córtes de los antiguos reinos de León y de Castilla, Madrid, 1861-1903, 8 vols.

Cortese (Nino), *Feudi e feudatari napoletani della prima metà del Cinquecento*, Nápoles, 1931.

Cossé-Brissac (Philippe de), ver *Sources inédites...*

Costa (Joaquín), *Colectivismo agrario en España*, Madrid, 1898.

Crescentio (Bartolomeo), *Nautica mediterranea*, Roma, 1607.

Croce (Benedetto), *Storia del Regno di Napoli*, 3ª ed., Bari, 1944.

Cunnac (J.), *Histoire de Pépieux des origines à la Révolution*, Tolosa, 1946.
Cunningham (W.), *The Growth of English Industry and Commerce*, 5ª ed., Cambridge, 1910-1912, 3 vols.
Cupis (C. de), *Le vicende dell'agricoltura e della pastorizia nell'agro romano e l'Annona di Roma*, Roma, 1911.
Cuvelier (J.) et Jadin (J.), *L'ancien Congo d'aprés les archives romaines. 1518-1640*, Bruselas, 1954.
Cvijić (Jovan), *La Péninsule balkanique*, París, 1918.

Dall'Olmo, ver Cecchetti (B.).
Da Mosto (Andrea), *L'archivio di Stato di Venezia*, Roma, 1937-1940, 2 vols.
Dan (P.), *Histoire de Barbarie et de ses corsaires*, 2ª ed., París, 1649.
Danvila (Manuel), *El poder civil en España*, Madrid, 1885.
Dauzar (Albert), *Le village et le paysan de France*, París, 1941. [II-848]
Davis (James C.), *The Decline of the Venetian Nobility as a Ruling Class*, Baltimore, 1962.
Davity (Pierre), *Les Estats, empires et principautés du monde*, París, 1617.
Debien (Gabriel), *En Haut-Poitou, défricheurs au travail, XVe-XVIIe siècles*. «Cahiers des Annales», París, 1952.
Decker (H.), *Barockplastik in den Alpenlândern*, Viena, 1943.
Decrue de Stoutz (Francis), *Anne, duc de Montmorency, connétable et pair de France sous les rois Henri II, Francois II et Charles IX*, París, 1889.
Deffontaines (Pierre), Jean-Brunhes-Delamarre (Mariel), Bertoquy (P.), *Problèmes de Géographie humaine*, París, 1939.
Delbrück (Hans), *Geschichte der Kriegskunst im Rahmen der politischen Geschichte*, Berlín, 1900-1920, 4 vols.
Weltgeschichte. Vorlesungen gehalten an der Universität Berlin 1896/1920, Berlín, 1923-1928, 5 vols.
Deledda (Grazia), *La via del male*, Roma, 1896.
Il Dio dei viventi, Roma, 1922.
De Leva (Giuseppe), *Storia documentata di Carlo V*, Venecia, 1863-1894, 5 vols. Ver también Paruta (P.).
Della Casa (Giovanni), *Galateo*, Florencia, 1561.

Della Rovere (Antonio), *La crisi monetaria siciliana (1531-1802*), ed. por Carmelo Trasselli, Palermo, 1964.
Della Torre (Raffaele), *Tractatus de cambiis*, Génova, 1641.
Delmas de Grammont (Henri), ver Grammont (Henri Delmas de).
De Luigi (Giuseppe), *Il Mediterraneo nella politica europea*, Nápoles, 1925.
Delumeau (Jean), *Vie économique et sociale de Rome dans la seconde moitié du XVIe siècle*, París, 1957-1959, 2 vols.
L'alun de Rome, XVIe-XIXe siècle, París, 1963.
Denucé (J.), *L'Afrique au XVIe siècle et le commerce anversois*, Amberes, 1937.
Dermigny (L.), *La Chine et l'Occident. le commerce à Canton au XVIIIe siècle. 1719-1833*, París, 1964, 4 vols.
Descamp (Paul), *Le Portugal. La vie sociale actuelle*, París, 1935.
Desdevises du Dezert (Georges), *Don Carlos d'Aragon, prince de Viane, étude sur l'Espagne du Nord au XVe siècle*, París, 1889.
Desjardins (Abel), *Négociations diplomatiques de la France avec la Toscane*, «Collection de documents inédits sur l'histoire de France», París, 1859-1886, 6 vols.
Despaux (Albert), *Les dévaluations monétaires dans l'histoire*, París, 1936.
Despois (Jean), *La Tunisie orientale. Sahel et Basse Steppe*, París, 1940.
Didier (general L.), *Histoire d'Oran. Période de 1501 à 1550*, Orán, 1927.
Didier (L.), ver Mondoucet (C. de).
Diehl (Charles) y Marçais (Georges), *Histoire du Moyen Age;* III: *Le Monde oriental*, París, 1936, en: *Histoire Général*, publ. bajo la dirección de Gustave Glotz.
Dietz (A.), *Frankfurter Handelsgeschichte*, Fráncfort, 1910-1925, 4 vols.
Di Giovanni (Giovanni), *L'ebraismo della Sicilia*, Palermo, 1748.
Dieulafoy (Jane), *Isabelle la grande reine de Castille (1451-1504)*, París, 1920.
Dion (Roger), *Histoire de la vigne et du vin en France des origines au XIXe siècle*, París, 1959.
Di Tocco (Vittorio), *Ideali d'indipendenza in Italia durante la preponderanza spagnuola*, Mesina, 1926.

Doehaerd (Renée), *Etudes anversoises. Documents sur le commerce international à Anvers (1488-1514*). París, 1962-1963, 3 vols.

Doehaerd (Renée) et Kerremans (Charles), *Les relations commerciales entre Génes, la Belgique et l'Outremont d'aprés les archives notariales génoises des XIIIe et XIVe siècles*, Bruselas-Roma, 1941-1953, 3 vols.

Dôllinger (I. J. J. von), *Dokumente zur Geschichte Karls V., Philipps II. und ihrer Zeit. Aus spanischen Archiven*, Ratisbona, 1862.

Domínguez Ortiz (Antonio), *La sociedad española en el siglo XVII*, t. I, Madrid, 1963. [II-849]

Donà (Leonardo), ver Vitale (Eligio) y Brunetti (Mario).

Doren (Alfred), *Italienische Wirtschaftsgechichte*, t. I (único aparecido), Jena, 1934; trad. italiana de Gino Luzzatto con el título: *Storia economica dell'ltalia nel medioevo*, Padua, 1936.

Dorez (Léon), ver Maurand (Jérôme).

Dorini (Umb.), *L'isola di Scio offerta a Cosimo de Medici*, Florencia, 1912.

Dornic (François), *L'industrie textile dans le Maine et ses débouchés internationaux. 1650-1815*, París, 1955.

Douais (Célestin), *Dépêches de M. de Fourquevaux, ambassadeur du roi Charles IX en Espagne. 1565-1572*, col. «Société d'Histoire diplomatique», París, 1896-1904, 3 vols.

Lettres de Charles IX à M. de Fourquevaux. 1566-1572, misma col., París, 1897.

Dozy (Reinhart Pieter Anne), *Histoire des Musulmans d'Espagne jusqu'à la conquête de l'Andalousie par les Almoravides (711-1110)*, Leiden, 1861, 4 vol.

Dragonetti de Torres (A.), *La lega di Lepanto nel carteggio diplomatico inedito di Don Luis de Torres*, Turín, 1931.

Dresch (J.), ver Birot (P.) y Dresch (J.).

Drouot (Henri), *Mayenne et la Bourgogne (1587-1596), contribution à l'histoire des provinces françaises pendant la Ligue*, París, 1937, 2 vols.

Du Fail (Noël), *Oeuvres facétieuses*, ed. por J. Assézat, París, 1875, 2 vols.

Dufayard (Charles), *Le connétable de Lesdiguières*, París, 1892.

Du Gabre (Dominique), ver Vitalis (A.).

Dumont (Jean), *Corps universel diplomatique du droit des gens, contenant un recueil des traitez d'alliance, de paix, de trêves… depuis le règne de Charlemagne jusqu'à présent*, Ámsterdam, 1726-1731, 8 vols.
Duro (O.), ver Fernández Duro (Cesáreo).
Du Vair (Guillaume), *Recueil des harangues et traictez*, París, 1606.

Eberhardt (Isabelle), *Notes de Routes: Maroc, Algérie, Tunisie*, París, 1908.
Ébrard (Jean), ver Cabié (Edmond).
Eck (Otto), *Seerâuberei im Mittelmeer. Dunkle Blâtter europâtscher Geschichte*, Múnich, 1940; 2ª ed., 1943.
Egidi (Pietro), *Emmanuele Filiberto, 1559-1580*, Turín, 1928.
Ehrenberg (Richard), *Das Zeitalter der Fugger. Geldkapital und Creditverkehr im 16. Jahrhundert*, Fráncfort, 1896; 3ª ed., 1922, 2 vols.
Einaudi (Luigi), ver Malestroict (*sieur* de).
Eisenmann (Louis), ver Milioukov (P.), Seignobos (Charles) y Eisenmann (Louis).
Élie de la Primaudaie (F.), *Documents inédits sur l'histoire de l'occupation espagnole en Afrique (1506-1574)*, Argel, 1875.
Emmanuel (I. S.), *Histoire de 1'industrie des tissus des Israélites de Salonique*, Lausana, 1935.
Encyclopédie de l'Islam, París-Leiden, 1913-1934, 4 vol., suppl., 1934.
Epstein (F.), ver Staden (H. von).
Eškenasi (Eli), ver Habanel (Aser) y Eškenasi (Eli).
Espejo de Hinojosa (Cristóbal) y Paz y Espejo (Julián), *Las antiguas ferias de Medina del Campo*, Valladolid, 1912.
Essad Bey (Mohammed), *Allah est grand!*, París, 1937.
Essen (Léon van der), *Alexandre Farnése, prince de Parme. Gouverneur général des Pays-Bas*. 1545-1592. Bruselas, 1933-1934, 5 vols.
Essen (Léon van der) y Louant (Armand), ver Frangipani (Ottavio Mirto).
Estienne (C.), *La guide des chemins de France, revue et augmentée*, París, 1552.
Estragin (Jean-Julien), *Études archéologiques, historiques et stadistiques sur Arlés*, Aix-en-Provenza, 1838.

Eydoux (Henri-Paul), *L'homme et le Sahara*, París, 1943.

Fagniez (Gustave), *L'économie sociale de la France sous Henri IV*,[II-850] *1589-1610*, París, 1897.
Fail (Noël du), ver Du Fail (Noël).
Falgairolle (Edmond), *Une expédition française à l'île de Madère en 1566*, París, 1895.
Falke (Johannes), *Die Geschichte des deutschen Handels*, Leipzig, 1859-1860, 2 vols.
Fanfani (Amintore), *Storia economica. Dalla crisi dell'lmpero romano al principio del secolo XVIII*, 3ª ed., Milán, 1948.
Fanfani (Pietro), *Saggi di un commento alla Cronica del Compagni;* I: *La descrizione di Firenze*. II: *I Priori*, Florencia, 1877.
Febvre (Lucien), *Philippe II et la Franche-Comté, la crise de 1567, ses origines et ses conséquences*, París, 1911.
Le problème de l'incroyance au XVIe siècle. La religion de Rabelais, París, 2ª ed., 1947.
Pour une Histoire à part entière, París, 1963.
Febvre (Lucien) y Martin (Henri), *L'apparition du livre*, París, 1957.
Féraud (Laurent-Charles), *Annales tripolitaines*, París, 1927.
Fernández (Jesús), ver García Fernández (Jesús).
Fernández Duro (Césareo), *Armada española desde la unión de Castilla y de Aragón*, Madrid, 1895-1903, 9 vols.
Filippini (A. P.), *Istoria di Corsica*, 2ª ed., Pisa, 1827-1831, 5 vols.
Fisher (Godfrey), *Barbary Legend. War, Trade, and Piracy in North Africa, 1415-1830*, Oxford, 1957.
Flachat (Jean-Claude), *Observations sur le commerce et sur les arts d'une partie de l'Europe, de l'Asie, de l'Afrique et des Indes Orientales*, Lyon, 1766, 2 vols.
Flores (Xavier A.), *Le «Peso político de todo el mundo» d'Anthony Sherley ou un aventurier anglais au service de l'Espagne*, París, 1963.
Floristán Samanes (Alfredo), *La Ribera tudelana de Navarra*, Zaragoza, 1951.
Foglietta (Uberto), *De sacro foedere in Selimum*, Génova, 1587.
Fordham (Herbert), *Les guides routiers. Itinéraires et cartes routières de l'Europa*, Lille, 1926.
Les routes de France, París, 1929.

Formentini (Marco), *La Dominazione spagnuola in Lombardia*, Milán, 1881.
Forneron (Henri), *Histoire de Philippe II*, París, 1881-1882, 4 vols.
Forster (William), ver Sanderson (John).
Forti (U.), *Storia della técnica italiana*, Florencia, 1940.
Foscarini (J.), ver Stefani (Fr.).
Fossombroni (V.), *Memorie idraulico-storiche sopra la Val di Chiana*, Florencia, 1789.
Foucault (Michel), *L'histoire de la folie à l'âge classique*, París, 1961.
Fouqueray (P. H.), *Histoire de la Compagnie de Jésus en France des origines à la suppression* (1528-1752), París, 1910-1925, 5 vols.
Fourastié (Jean), *Prix de vente et prix de revient*, 13 serie, París, sin fecha (1964).
Foy (abate de), ver Busbec (barón Augier Ghislain de).
Franc (Julien), *La colonisation de la Mitidja*, París, 1928.
Francois (Michel), *Albisse del Bene, surintendant des finances françaises en Italie, 1551 à 1556*, «Bibliothèque de l'École des Chartes», París, 1933.
Correspondance du cardinal François de Tournon, 1521-1562, París, 1946.
Le cardinal François de Tournon, homme d'État, diplomate, mécène et humaniste, 1489-1562, «Bibliothèque des Écoles françaises d'Athènes et de Rome», París, 1951, fasc. 173.
Frangipani (Ottavio Mirto), *Correspondance d'Ottavio Mirto Frangipani, premier nonce de Flandre (1596-1606*), I, Roma, 1924, ed. por L. van der Essen; II-III (1-2), ed. por Armand Louant, 1932 y 1942.
Franklin (Alfred), *Dictionnaire historique des arts, métiers et professions exercés dans Paris depuis le XIIIe siècle*, París, 1906.
La vie privée d'autrefois: arts et métiers, modes, moeurs, usages[II-851] *des Parisiens du XIIe au XVIIIe siècle*, París, 1887-1902, 27 vols.; XIII: *Le café, le thé, le chocolat*, 1893; XV y XVI: *Les magasins de nouveautés*, 1894-1895.
Franz (G.), *Der Dreissigjährige Krieg und das deutsche Volk. Untersuchungen zur Bevölkerungs- und Agrargeschichte*, Jena, 1940.
Fremerey (Gustav), *Guicciardinis finanzpolitische Anschauungen*, Stuttgart, 1931.

Freyre (Gilberto), *Introdução à história da sociedade patriarcal no Brasil;* I: *Casa grande y senzala*, Río de Janeiro, 5ª ed., 1946, 2 vols.; II: *Sobrados e mucambos*. Río de Janeiro, 2ª ed., 1951, 3 vols.

Frianoro (Rafaele), ver Nobili (Giacinto).

Fried (Ferdinand), *Wandlungen der Weltwirtschaft*, Múnich, 1950; trad. al francés de la 1ª ed., con el título *Wende der Weltwirtschaft*, Leipzig, 1939: *Le tournant de l'économie mondiale*, París, 1942.

Friederici (Georg), *Der Charakter der Entdeckung und Eroberung Amerikas durch die Europäer*, Stuttgart, 1925-1936, 3 vols.

Frobenius (Leo), *Histoire de la civilisation africaine*, trad. del alemán por el Dr. H. Back y D. Ermont, París, 1936.

Frödin (J.), *Zentraleuropas Alpwirtschaft*, Oslo, 1940-1941, 2 vols.

Fromentin (Eugène), *Voyage en Egypte (1869)*, ed. por J. M. Carré, París, 1935.

Fuchs (R.), *Der Bancho Publico Nürnberg*, Berlín, 1955.

Fuentes Martiáñez (M.), *Despoblación y repoblación de España (1482-1920)*, Madrid, 1929.

Fueter (Eduard), *Geschichte des europäischen Staatensystems von 1492-1559*, Múnich, 1919.

Fugger, ver Klarwill (V. von).

Gabre (Dominique du), ver Vitalis (A.).

Gachard (L. P.), *Correspondance de Philippe II sur les affaires des Pays-Bas (jusqu'en 1577)*, Bruselas, 1848-1879, 5 vols.

Retraite et mort de Charles Quint au monastère de Yuste, Bruselas, 1854-1855, 3 vols.

Don Carlos et Philippe II. Bruselas, 1863, 2 vols.

Correspondance de Marguerite d'Autriche avec Philippe II (1559-1565), Bruselas, 1867-1881, 3 vols.

Lettres de Philippe II à ses filles, les infantes lsabelle et Catherine, écrites pendant son voyage au Portugal, 1581-1583, París, 1884.

Gachard (L. P.) et Piot (Ch.), *Collection des voyages des souverains des Pays-Bas*, Bruselas, 1876-1882, 4 vols.

Gaffarel (P.), *Histoire du Brésil français au XVIe siècle*, París, 1878.

Galanti (G. M.), *Descrizione geografica e politica delle Due Sicilie*, Naples, 1788, 4 t. en 2 vols.
Gallardo y Víctor (Manuel), *Memoria escrita sobre el rescate de Cervantes*, Cádiz, 1896.
Galluzzi (R.), *Istoria del granducato di Toscana sotto il governo della casa Medici*, Florencia, 1781, 5 vols.
Gamir Sandoval (A.), *Organización de la defensa de la costa del Reino de Granada desde su reconquista hasta finales del siglo XVI*, Granada, 1947.
Gandilhon (René), *Politique économique de Louis XI*, París, 1941.
Ganier (Germaine), *La politique du connétable Anne de Montmorency*, El Havre, sin fecha (1957).
Ganivet García (Ángel), *Obras completas;* I: *Granada la Bella. Idearium español*, Madrid, 1943.
García (Juan), ver Catalina García (Juan) y Pérez Villamil (Manuel).
García de Quevedo y Concellón (Eloy), *Ordenanzas del Consulado de Burgos de 1538*, Burgos, 1905.
García Fernández (Jesús), *Aspectos del paisaje agrario de Castilla la vieja*, Valladolid, 1963.
García Mercadal (G.), *Viajes de extrangeros [sic] por España y Portugal:* I: *Viaje del noble bohemio León de Rosmithal de Blatina por España y Portugal hecho del año 1465 a 1467*, Madrid, 1952.
García y García (Luis), *Una embajada de los Reyes Católicos a Egipto*, Valladolid, 1947.
Gassot (Jacques), *Le discours du voyage de Venise à Constantinople*, París, 1606.
Gautier (Dr. Armand), *L'alimentation et les régimes chez l'homme sain et chez le malade*, París, 1904.
Gautier (Émile-Félix), *L'islamisation de l'Afrique du Nord. Les siècles obscurs du Maghreb*, París, 1927.
Un siècle de colonisation, París, 1930.
Moeurs et coutumes des Musulmans, París, 1931.
Genséric, roi des Vandals, París, 1932.
Le passé de l'Afrique du Nord, París, 1937.
Gautier (Théophile), *Voyage en Espagne*, París, ed. de 1845 a 1879.
Constantinople, París, 1853.

Gavy de Mendonça (Agostinho), *Historia do famoso cerco que o xafire pos a fortaleza de Mazagão no año de 1562*, Lisboa, 1607.
Gédoyn «le Turc», ver Boppe (Léon).
Gelzer (H.), *Geistliches und Weltlisches aus dem türkisch-griechischen Orient*, Leipzig, 1900.
Gentil da Silva (J.), *Stratégie des affaires à Lisbonne entre 1595 et 1607*, París, 1956.
Géographie Universelle, pub. bajo la dirección de P. Vidal de La Blache y L.
Gallois, París, 1927, XV t. en 23 vols.
George (P.), *La région du Bas-Rhône, étude de géographie régionale*, París, 1935.
Gerlach (R.), *Dalmatinisches Tagebuch*, Darmstadt, 1940.
Gerometta (B.), *I forestieri a Venezia*, Venecia, 1858.
Gévay (Anton von), *Urkunden und Aktenstücke zur Geschichte der Verhältnisse zwischen Österreich. Ungarn und der Pforte im 16. und 17. Jahrhundert*, Viena, 1840-1842, 9 vols.
Giannone (Pietro), *Istoria civile del Regno di Napoli*, La Haya, 1753, 4 vols.
Gillet (Louis), *Dante*, París, 1941.
Gioffrè (Domenico), *Genova e Madera nel 1º decennio del secolo XVI, in «Study Colombian»*. t. III, Génova, 1951.
Gênes et les foires de change: de Lyon à Besançon, París, 1960.
Girard (Albert), *La rivalité commerciale et maritime entre Séville et Cadix jusqu'à la fin du XVIIIe siècle*, París, 1932.
Giraud (Paul), *Les origines de l'Empire français nord-africain*, Marsella, 1937.
Giustiniani (Girolamo), *La description et l'histoire de l'île de Scios*, 1506 (¿por 1606?).
Glamann (K.), *Dutch-Asiatic Trade. 1620-1740*, La Haya, 1958.
Goldschmidt (L.), *Universalgeschichte des Handelsrechts*, Stuttgart, 1891.
Goleta. Warhafftige eygentliche Beschreibung wie der Türck die… Vestung Goleta… belägert…, Núremberg, 1574.
Gollut (L.), *I es Mémoires historiques de la république séquanoise*, Dole, 1592.
Gomes de Brito (Bernardo), *Historia tragico-maritima*, Lisboa, 2ª ed., 1904-1909, 2 t. en 3 vols.

Gómez Moreno (Manuel), ver Hurtado de Mendoza (Diego).
Gondola (Francesco), ver Voinovitch (L.).
González (Tomás), *Censo de la población de las provincias y partidos de la Corona de Castilla en el siglo XVI*, Madrid, 1829.
González Palencia (Ángel), *Gonzalo Pérez secretario de Felipe II*, Madrid, 1946, 2 vol.
Gooss (Roderich), *Die Siebenbürger Sachsen in der Planung deutscher Sudostpolitik. Von der Eiwanderung bis zum Ende des Thronstreites zwischen König Ferdinand I. und König Johann Zàpolya (1538)*, Viena, 1940.
Gosselin (E.-H.), *Documents authentiques et inédites pour servir à l'histoire de la marine normande et du commerce rouennais pendant les XVIe et XVIIe siècles*, Ruán, 1876.
Götz (Wilhelm), *Historische Geographie. Beispiele und Grundlinien*, Leipzig, 1904.
Goubert (Pierre), *Beauvais et le Beauvaisis de 1600 à 1730*, París,[II-853] 1960, 2 vols.
Gounon-Loubens (J.), *Essais sur l'administration de la Castille au XVIe siècle*, París, 1860.
Gourou (Pierre), *La Terre et l'homme en Extrême-Orient*, París, 1940.
Gothein (A.), *Geniza*.
Grammont (Henri Delmas de), *Relations entre la France et la Régence d'Alger au XVIIe siècle*, Alger, 1879-1885, 4 vols.
Grandchamp (Pierre), *La France en Tunisie à la fin du XVIe siècle (1582-1600*), Túnez, 1920.
Granvella (cardenal), *Papiers d'État du cardinal Granvelle*, publ. bajo la dirección de Ch. Weiss, «Collection de documents inédits sur l'histoire de France», París, 1841-1852, 9 vols.
Correspondance du cardinal Granvelle. 1566-1586, ed. por Edmond Poullet y Charles Piot, Bruselas, 1877-1896, 12 vols.
Grataroli (G.), *De regimine iter agentium, vel equitum, tel peditum, vel mari vel curru seu rheda*, Basilea, 1561.
Graziani (A.), *Economisti del Cinque e Seicento*, Bari, 1913.
Grekov (B.), y Iakoubovski (A.), *La Horde d'Or*, trad. del ruso por François Thuret, París, 1939.
Grenard (Fernand), *Grandeur et décadence de l'Asie*, París, 1939.
Grevin (Emmanuel), *Yerba, l'île heurense, et le Sud Tunisien*, París, 1937.

Griziotti Kretschmann (Jenny), *Il problema del trend secolare nelle fluttuazioni dei prezzi*, Turín, 1935.
Gröber (G.), *Grundriß der romanischen Philologie*, Estrasburgo, 1888-1902, 3 vols.; 2ª ed., vol. I: 1904-1906.
Grottanelli (Lorenzo), *La Maremma toscana: studi storici ed economici*, Siena, 1873-1876, 2 vol.
Grousset (René), *L'empire des steppes*, París, 1939.
Gsell (S.), Marçais (G.), Yver (G.), *Histoire d'Algérie*, París, 1927.
Guardia (G. M.), ver Pérez (Antonio).
Guarnieri (Giuseppe Gino), *Un'audace impresa maritima di Ferdinando dei Medici, con documenti e glossario indo-caraibico*, Pisa, 1928.
Cavalieri di Santo Stefano. Contributo alla storia della marina militare italiana. 1562-1859, Pisa, 1928.
Guéneau (Louis), *L'organisation du travail à Nevers aux XVIIe et XVIIIe siècles (1660-1790)*, París, 1919.
Guevara (A. de), *Épistres dorées, moralles et familières*, trad. del español al francés por el señor de Guterry, Lyon, 1558-1560.
Guglielmotti (Alberto), *La guerra dei pirati e la marina pontificia dal 1500 al 1560*, Florencia, 1876, 2 vol.
Guicciardini (Francesco), *La historia d'Italia*, Venecia, 1568.
Diario del viaggio in Spagna, Florencia, 1932.
Guijo (G. M. de), *Diario de Gregorio Martín de Guijo. 1648-1664*, ed. por M. R. de Terreros, México, 1953.
Guillaume de Vaudoncourt (Frédéric François), *Memoirs of the Ionian Islands*, Londres, 1816.
Guillon (Pierre), *Les trépieds du Ptoion*, París, 1943.
Günther (A.), *Die Alpenländische Gesellschaft als socialer und politischer, wirtschaftlicher und kultureller Lebenskreis*, Jena, 1930.

Ha Cohen (Joseph), *Emek Habakha, la Vallée des Pleurs. Chronique des souffrances d'lsraël dans sa dispersion jusqu'à 1575 y Contion de la Vallée des Pleurs*, ed. por Julien Sée, París, 1881.
Haebler (Konrad), *Die wirtschaftliche Blute Spaniens im 16. Jahrhundert und ihr Verfall*, Berlín, 1888.
Geschichte Spaniens unter den Habsburgern, t. I (único

aparecido); *Geschichte Spaniens unter der Regierung Karls I. (V.*), Gotha, 1907.
Haedo (P. Diego de), *Topografía e historia general de Argel y*[II-854] *Epítome de los Reyes de Argel*, Valladolid, 1612, 1 vol.
Hagedorn (B.), *Die Entwicklung der wichtigsten Schiffstypen bis ins 19. Jahrhundert*, Berlín, 1914.
Hanhn (W.), *Die Verpflegung Konstantinopels durch staatliche Zwangswirtschaft. nach türkischen Urkunden aus dem 16. Jahrhundert*, Stuttgart, 1926.
Hakluyt (R.), *The principal navigations, voyages, traffiques and discoveries of the English nation*, Londres, 1599-1600, 3 vols.
Halperin Donghi (Tulio), *Un conflicto nacional: Moriscos y Cristianos viejos en Valencia*, Buenos Aires, 1955.
Halphen (E.), ver Henri IV.
Hamilton (Earl J.), *El florecimiento del capitalismo y otros ensayos de historia económica*, Madrid, 1948.
American Treasure and the Price Revolution in Spain, 1501-1650, Cambridge, Mass., 1934.
Hammen y León (Lorenzo Vander), ver Vander Hammen y León (Lorenzo).
Hammer-Purgstall (J. von), *Histoire de l'Empire ottoman depuis son origine jusqu'à nos jours*, trad. del alemán por J. J. Hellert, París, 1835-1848, 18 vols.
Häpke (Rudolf), *Niederländische Akten und Urknnden zur Geschichte der Hanse und zur deutschen Seegeschichte*, t. I (único aparecido): *1531 -1557*, Múnich y Leipzig, 1913.
Harris (John), *Navigatium atque itinerantium bibliotheca, or a complet collection of voyages and travels*, Londres, 1705, 2 vols.
Hartlaub (F.), *Don Juan d' Austria und die Schlacht bei Lepanto*, Berlín, 1940.
Hassel (U. von), *Das Drama des Mittelmeers*, Berlín, 1940.
Hauser (Henri), *La preponderance espagnole (1559-1560*). 2ª ed., París, 1940.
Ver también Bodin (Jean).
Hauser (Henri) y Renaudet (Augustin), *Les débuts de l'âge moderne, la Renaissance et la Réforme*. 3ª ed., 1946, t. VIII de l'*Histoire générale*, publ. bajo la dirección de Louis Halphen y Philippe Sagnac.

Hayward (F.), *Histoire de la Maison de Savoie*, París, 1941-1943, 2 vols.

Heckscher (E. F.), *Der Merkantilismus*, Jena, 1932, 2 vol.; trad. esp. *La época mercantilista*. México, 1943.

Heeringa (K.), *Bronnen tot de geschiedenis van den Levantschen Handel*, La Haya, 1910-1917, 2 vol.

Heers (Jacques), *Gênes au XVe siècle. Activité économique et problemes sociaux*, París, 1961.

Hefele (Charles-Joseph), *Le cardinal Ximénès et l'église d'Espagne à la fin du XVIe et au début du XVIIe siècle*, trad. del alemán por el abate A. Sisson y el abate A. Crampon, París, Lyon, 1856.

Hefele (Charles-Joseph) y Hergen Roether (cardenal J.), *Histoire des Conciles d'après des documents originaux*, trad. al francés por Dom H. Leclercq y continuado hasta nuestros días; t. IX: primera parte, *Concile de Trente* por P. Richard, París, 1930.

Hefele (Hermann), *Geschichte und Gestalt. Sechs Essays*, Leipzig, 1940.

Helwig (Werner), *Braconniers de la mer en Grèce*, trad. del alemán: *Raubfischer in Hellas*, por Maurice Rémon, Leipzig, 1942.

Hennig (Richard), *Terrae incognitae. Eine Zusammenstellung und kritische Bewertung der wichtigsten vorcolumbischen Entdeckungsreisen an Hand der darüber vorliegenden Originalberichte*, Leyde, 1936-1939, 4 vols.; 2ª ed.: 1944-1956, 4 vols.

Henri IV, *Lettres inédites à M. de Sillery, ambassadeur à Rome, du Ier avril au 27 juin 1601*. ed. por Eugéne Halphen, París 1866.

Lettres inédites à M. de Villiers, ambassadeur à Venise, ed. por Eugéne Halphen, París, 1885-1887, 3 vol.

Lettres au comte de La Rochepot, ambassadeur en Espagne (1600-1601), ed. por P. Laffleur de Kermaingant, París, 1889.

Hentzner (Paul), *Itinerarium Germaniae, Galliae, ltaliae*, Núremberg, 1612.

Herder (Johann Gottfried von), *Ideen zur Geschichte der Menscheit*,[II-855] Riga y Leipzig, 1784-1791, 4 vols.; trad. al francés: *Philosophie de l'histoire de l'humanité*, por Emile Tandel, París, 1874, 3 vols.

Hering (Ernest), *Die Fugger*, Leipzig, 1940.

Héritier (Jean), *Catherine de Médicis*, París, 1940.

Herre (Paul), *Europäische Politik im cypriscehen Krieg (1570-1573), mit Vorgeschichte und Vorverhandlungen*, Leipzig, 1902.
Papsttum und Papstwahl im Zeitalter Philipps II., Leipzig, 1907.
Weltgeschichte am Mittelmeer, Leipzig, 1930.
Herrera (Gabriel Alonso de), *Libro de Agricultura*, Alcalá, 1539, ed. de 1598.
Herrera Oria (Enrique), *La Armada Invencible*, colección «Archivo Histórico Español», Madrid, 1929.
Herrera y Tordesillas (Antonio de), *Primera (tercera) parte de la Historia general del mundo*, Madrid, 1601-1612, 3 vols.
Heyd (W.), *Histoire du Commerce du Levant au Moyen Age*, trad. y publ. por Furcy-Raynaud, Leipzig, 1885-1886, 2 vols.
Hiltebrandt (Philipp), *Der Kampf ums Mittelmeer*, Stuttgart, 1940.
Hinojosa (Ricardo de), *Los despachos de la diplomacia pontificia en España*, Madrid, 1896.
Hirth (Friedrich C. A. J.), *Chinesische Studien*, t. I (único aparecido), Múnich, 1890.
Hispanic studies in honour of J. González Llubera, ed. por Frank Pierce, Oxford, 1959.
Histoire et Historiens de l'Algérie, París, 1931.
Historiadores de Indias, colección dirigida por Manuel Serrano y Sanz, Madrid, 1909, 2 vols.; II: «Guerra de Quito», de Pedro de Cieza de León; «Jornada de Managua y Dorado», de Toribio de Ortiguera; «Descripción del Perú, Tucamán, Río de la Plata y Chile», de Fr. Reginaldo de Lizárraga, en Nueva Biblioteca de autores españoles, dirigida por Marcelino Menéndez y Pelayo, vols. XIV y XV.
Höffner (Joseph), *Wirtschaftsethik und Monopole im 15. und 16. Jahrhundert*, Jena, 1941.
Holland (Henry), *Travels in the Ionian Isles, Albania, Thessaly, Macedonia, etc., during the years 1812 and 1813*, Londres, 1815.
Holleaux (Maurice), *Rome, la Grèce et les monarchies hellénistiques au IIIe siècle av. J.-C. (273-205)*, París, 1921.
Hollister (J. S.), ver Ashauer (H.) y Hollister (J. S.).
Hommage à Lucien Febvre. Éventail de l'histoire vivante, París, 1953, 2 vols.
Hopf (Carl), ver Musachi (Giovanni).

Hoszowski (St.), *Les prix à Leópolis (XVIe-XVIIe siècles)*, trad. del polaco, París, 1954.
Howe (Sonia E.), *Les grands navigateurs à la recherche des épices*, trad. del inglés por el general Fillonneau, París, 1939.
Howe (W.), *The Mining guild of New Spain and its Tribunal General, 1770-1821*, Cambridge, 1949.
Hugo (Victor), *William Shakespeare*, París, 1882.
Hürlimann (Martin), *Griechenland mit Rhodos und Zypern*, Zúrich, 1938.
Hurtado de Mendoza (Diego), *De la guerra de Granada, comentarios*, ed. por Manuel Gómez Moreno, Madrid, 1948.
Huvelin (P.), *Essai historique sur le droit des marchés et des foires*, París, 1897.
Huxley (Aldous), *Tour du monde d'un sceptique*, trad. del inglés por Fernande Dauriac, París, 1932.

Iakoubowski (A.), ver Grekov (B.) e Iakoubowski (A.).
Ibn Iyâs, *Journal d'un bourgeois du Caire. Histoire des Mamlouks*, trad. y notas de Gaston Wiet, París, 1955-1960, 2 vols.
Ibn Verga (Salomon), *Liber Schevet Jehuda*, ed. por M. Wiener, Hannover, 1855-1856, 2 vols.
Illescas (Gonzalo de), *Historia pontifical y católica*, Salamanca, 1573.
Imbart de la Tour (Pierre), *Les origines de la Réforme*. 2ª ed., Melun,[II-856]
1944-1945, 2 vols.
Imbert (Gaston-Paul), *Des mouvements de longue durée Kondratieff*, Aix-en-Provenza, 1959.
Índice de la colección de documentos de Fernández de Navarrete que posee el Museo Naval, Madrid, 1946.
Instructions Nautiques du service hydrographique de la Marine Française, principalmente las notas 357, 360 y 368, París, 1932 y 1934.
Iorga (N.), *Geschichte des osmanischen Reiches*, Gotha, 1908-1913, 5 vols.
Points de vue sur l'histoire du commerce de l'Orient au moyen âge, París, 1924.
Ospiti romeni in Venezia, Bucarest, 1932.

Jacobeit (Wolfgang), *Schafhaltung und Schäfer in Zentraleuropa bis zum Beginn des 20. Jahrhunderts*, Berlín, 1961.

Jadin (J.), ver Cuvelier (J.) y Jadin (J.).
Jäger (Fritz), *Afrika*. 3ª ed., Leipzig, 1928.
Jal (A.), *Glossaire nautique*, París, 1848.
Janaček (J.), *Histoire du Commerce de Prague avant la bataille de la Montagne Blanche* (en checo), Praga, 1955.
Janssen (Johannes), *Geschichte des deutschen Volkes, seit dem Ausgang des Mittelalters*, Friburgo-en-Brisgovia, 1878-1894, 8 vols.
Jardé (Auguste), *Les céréales dans l'Antiquité;* I: *La production*. «Bibliothèque des Écoles françaises d'Athènes et dé Rome», París, 1925.
Jean-Bunhes-Delamarre (Mariel), ver Deffontaines (Pierre), Jean-Brunhes-Delamarre (Mariel) y Bertoquy (P.).
Jelavich (C. y B.), *The Balkans in Transition; essays on the development of Balkan life and politics since the eighteenth century*, ed. por C. y B. Jelavich, Berkeley, 1963.
Jireček (Constantin), *Die Romanen in den Städten Dalmatiens während des Mittelalters*, Viena, 1901-1904, 3 vols.
Joly (Barthélemy), *Voyage en Espagne. 1601-1604*, ed. por L. Barrau-Dihigo, París, 1909.
Joly (Henry), *La Corse française au XVIe siècle*, Lyon, 1942.
Jones (W. H. S.), *Malaria, a Neglected Factor in the History of Greece and Rome*, Cambridge, 1907.
Jonge (Johannes Cornelis de), *Nederland en Venetie*, La Haya, 1852.
Juchereau de Saint-Denys (Antoine), *Histoire de l'empire ottoman depuis 1792 jusqu'en 1844*, París, 1844, 4 vols.
Julien (Charles-André), *Histoire de l'Afrique du Nord*, París, 1931.
Jurien de la Gravière (vicealmirante J. B. E.), *Les chevaliers de Malte et la marine de Philippe II*, París, 1887, 2 vols.
Justinian (Jérosme), ver Giustiniani (Girolamo).

Kellenbenz (Hermann), *Sephardim an der unteren Elbe. lhre wirtschaftliche und politische Bedeutung vom Ende des 16. bis zum Beginn des 18. Jahrhunderts*, Wiesbaden, 1958.
Kerhuel (Marie), *Les mouvements de longue durée des prix*, Rennes, 1935.
Kermaingant (P. Laffleur de), ver Henri IV; ver también Laffleur de Kermaingant (Pierre-Paul).

Kernkamp (J. H.), *De handel op den vijand. 1572-1609*, Utrecht, 1931-1934, 2 vols.
Kerremans (Charles), ver Doehaerd (Renée) y Kerremans (Charles).
Kirchner (Walther), *The Rise of the Baltic Question*, Newark, 1954.
Klarwill (Victor von), *The Fugger News-Letters*, Londres, 1924-1926, 2 vols.
Klaveren (Jacob van), *Europäische Wirtschafsgeschichte Spaniens im 16. und 17. Jahrhundert*, Stuttgart, 1960.
Klein (Julius), *The Mesta; A Study in Spanish Economic History, 1273-1836*, Cambridge, 1920.
Koch (Matthias), *Quellen zur Geschichte des Kaisers Maximilian II.*,[II-857] Leipzig, 1857-1861, 2 vols.
Konetzke (R.), *Geschichte des spanischen und portugiesischen Volkes*, Leipzig, 1939.
Kretschmann (Jenny), ver Griziotti Kretschmann (Jenny).
Kretschmayr (H.), *Geschichte von Venedig*, Gotha y Stuttgart, 1905-1934, 3 vol.
Kroker (E.), *Handelgeschichte der Stadt Leipzig*, Leipzig, 1925.
Kronn und Aussbunde aller Wegeweiser, Colonia, 1597 (anónimo).
Kulischer (Josef), *Allgemeine Wirtschaftsgeschichte des Mittelalters und der Neuzeit*, Múnich, 1928-1929, 2 vol.; reimpresión, 1958.
Kunze (A.), ver Aubin (G.) y Kunze (A.).

Laborde (Cte. Alexandre-Louis de), *Itinéraire descriptif de l'Espagne*, París, 1827-1830, 6 vol.
La Borderie (Bertrand de), *Le Discours du voyage de Constatinople*, Lyon, 1542.
La Boullaye Le Gouz (François), *Les voyages et observations du sieur de La Boullaye le Gouz où sont décrites les religions, gouvernements et situations des États et royaumes d'ltalie, Gréce, Natolie, Syrie, Palestine, Karaménie, Kaldée, Assyrie, Grand Mogol, Bijapour, Indes orientales des Portugais, Arabie, Égypte, Hollande, Grande-Bretagne, Irlande, Dannemark, Pologne, isles et autres lieux d'Europe, Asie et Afrique...*, París, 1653.
La Bruyère (René), *Le drame du Pacifique*, París, 1943.
La Civiltà veneziana del Rinacimento, Fondazione Giorgio Cini, Venecia, 1958.
Lacoste (L.), *Mise en valeur de l'Algérie. La colonisation maritime en Algérie*, París, 1931.

La Ferrière-Percy (conde Héctor de), *Lettres de Catherine de Médicis (1533-1587)*. «Collection de Documents inédits sur l'Histoire de France», París, 1880-1909, 10 vols., Index, París, 1943, 1 vol.

Laffleur de Kermaingant (Pierre-Paul), *Mission de Jean de Thumery, sieur de Boissise (1598-1602)*, París, 1886.

Ver también Henri IV.

La Jonquière (Vte. A. de), *Histoire de l'empire ottoman depuis les origines jusqu'à nos jours*, París, 1914, 2 vols., en *Histoire Universelle* de Victor Duruy.

La Lauzière (J. F. Noble de), ver Noble de la Lauzière.

Lamansky (Vladimir), *Secrets d'État de Venise, documents, extraits, notices et études*, San Petersburgo, 1884.

La Marmora (Alberto Ferrero de), *Voyage en Sardaigne on description statistique, physique et politique de cette île*, 2ª ed., París y Turín, 1839-1857, 4 vols.

Landry (Adolphe), *Traité de démographie*, París, 1945.

Lane (Frederic C.), *Venetian Ships and Shipbuilders of the Renaissance*, Baltimore, 1934, *Andrea Barbarigo, Merchant of Venice, 1418-1449*, Baltimore, 1944.

Lanz (Karl), *Correspondenz des Kaisers Karl V. Aus dem kgl. Archiv und der «Bibliothèque de Bourgogne» zu Brüssel*, Leipzig, 1844-1846, 3 vols.

Lanza del Vasto, *La baronne de Carins*, París, 1946.

Lapeyre (Henri), *Une famille de marchands, les Ruiz: contribution à l'étude du commerce entre la France et l'Espagne au temps de Philippe II*, París, 1955.

Géographie de l'Espagne morisque, París, 1960.

Lapini (Agostino), *Diario fiorentino di Agostino Lapini dal 252 al 1596*, ed. por G. O. Corazzini, Florencia, 1900.

La Primaudaie, ver Élie de la Primaudaie (F.).

La Roncière (Charles de), *Histoire de la marine française*, París, 1899-1932, 6 vols.

Larruga (Eugenio), *Memorias políticas y económicas sobre los frutos, comercio, fábricas y minas de España*, Madrid, 1745-1792, 45 vols.

La Torre y Badillo (M.), *Representación de los autos sacramentales en el periodo de su mayor florecimiento*, Madrid, 1912.

Lattes (E.), *La libertà delle banche a Venezia*, Milán, 1869.

Laval (François Pyrard de), ver Pyrard de Laval (François).
Lavedan (Pierre), *Histoire de l'Art*, París, 1949-1950, 2 vols. [II-858]
Lavisse (Ernest), *Histoire de France depuis les origines jusqu'à la révolution*, París, 1903-1911, 9 t. en 18 vols.
Lebel (Roland), *Le Maroc et les écrivains anglais aux XVIe, XVIIe et XVIIIe siècles*, París, 1927.
Leca (Philippe), *Guide bleu de la Corse*, París, 1935.
Leclercq (Dom H.), ver Hefele (Charles-Joseph) y Hergen Roether (cardenal J.).
Leclercq (Jules), *De Mogador à Biskra; Maroc et Algérie*, París, 1881.
Le Danois (Édouard), *L'Atlantique, histoire et vie d'un océan*, París, 1938.
Lefaivre (Albert), *Les Magyars pendant la domination ottomane en Hongrie, 1526-1722*, París, 1902.
Lefebvre (Georges), *La grande Peur de 1789*, París, sin fecha (1957).
Lefebvre (Th.), *Les modes de vie dans les Pyrénées atlantiques*, París, 1933.
Lefebvre des Noëttes (comandante), *L'attelage. Le Cheval de selle à travers les âges. Contribution à l'histoire de l'esclavage*, París, 1931.
Lefevre-Pontalis (Germain), ver Selve (Odet de).
Le Glay (Dr. André), *Négociations diplomatiques entre la France et l'Autriche durant les trente premières années du XVIe siècle*, «Collection de documents inédits sur l'histoire de France», París, 1845, 2 vols.
Le Lannou (Maurice), *Pâtres et paysans de la Sardaigne*, París, 1941.
Lenglet du Fresnay (abate), ver Comines (Ph. de).
León el Africano, *De l'Afrique, contenant la description de ce pays et la navigation des anciens capitaines portugais aux Indes Orientales et Occidentales*, trad. de Jean Temporal, París, 1830, 4 vols.
Le Roy (Loys), *De l'excellence du gouvernement royal avec exhortation aux François de persévérer en iceluy*, París, 1575.
Le Roy Ladurie (Emmanuel), *Les paysans de Languedoc*, París, 1966, 2 vols.
Leti (Gregorio), *Vita del Catolico re Filippo II monarca delle Spagne*, Coligny, 1679, 2 vols., trad. al francés por J.-C. de Chevrières con

el título: *La vie de Philippe II, roi d'Espagne*, Ámsterdam, 1734.
Lescarbot (Marc), *Histoire de la Nouvelle France*, París, 1611.
Levi (Carlo), *Le Christ s'est arrêté à Éboli*, trad. del italiano por Jeanne Modigliani, París, 1948.
L'Herba (G. da), *Itinerario delle poste per diverse parti del mondo*, Venecia, 1564.
L'Hermite de Soliers (Jean-Baptiste, llamado Tristán), *La Toscane françoise*, París, 1661.
Lilley (S.), *Men, Machines and History; a short history of tools and machines in relation to social progress*, Londres, 1948.
Lisičar (V.), *Lopud. Historički i savremeni prikaz*, Dubrovnik, 1931.
Livet (Roger), *Habitat rural et structures agraires en Basse Provence*, Gap, 1962.
Livi (Giovanni), *La Corsica e Cosimo de' Medici*, Florencia-Roma, 1885.
Livi (R.), *La schiavitù domestica nei tempi di mezzo e nei moderni*, Padua, 1928.
Lizárraga (Fr. Reginaldo de), ver *Historiadores de Indias*.
Lonchay (Henri) y Cuvelier (Joseph), *Correspondance de la cour d'Espagne sur les affaires des Pays-Bas, 1598-1621*, Bruselas, 1923.
Longlée (Pierre de Ségusson de), *Dépêches diplomatiques de M. de Longlée, résident de France en Espagne, 1581-1590*, ed. por A. Mousset, París, 1912.
Lopez (Roberto S.), *Studi sull'economia genovese nel medio evo*, Turín, 1936.
Lortz (Joseph), *Die Reformation in Deutschland*, 2ª ed., Friburgo-en-Brisgovia, 1941, 2 vol.
Los Españoles pintados por sí mismos (obra colectiva), Madrid, 1843.
Lot (Ferdinand), *Les invasions barbares et le peuplement de l'Europe, introduction à l'intelligence des derniers traités de pais*, París, 1937.
Louant (Armand), ver Frangipani (Ottavio Mirto).
Loyal Serviteur, *La très joyeuse et très plaisante Histoire composée*[II-859] *par le Loyal Serviteur des faits, gestes, triomphes du bon chevalier Bayart*, ed. por J. C. Buchon, col. «Le Panthéon littéraire», París, 1836.

Lozach (J.), *Le delta du Nil, étude de géographie humaine*, El Cairo, 1935.
Lubimenko (Inna), *Les relations commercials et politiques de l'Angleterre avec la Russie avant Pierre le Grand*, París, 1933.
Luccari (G.), *Annali di Rausa*, Venecia, 1605.
Lucchesi (E.), *I monaci benedettini vallombrosani in Lombardia*, Florencia, 1938.
Lucio de Azevedo (J.), *Historia dos Christãos novos portugueses*, Lisboa, 1921.
Luetić (J.), *O pomorstvu Dubrovačke Republike u XVIII. stoljeću*, Dubrovnik. 1959.
Lusignano (Stefano), *Chorografia et breve historia universale dell'isola de Cipro*, Bolonia, 1573; trad. al francés, París, 1580.
Luzac (Élie de), ver Accarias de Sérionne (Jacques).
Luzzatto (G.), *Storia economica dell'età moderna e contemporanea*, Padua, 1932.
Storia economica di Venezia dall' XI al XVI secolo, Venecia 1961.

Macaulay Trevelyan (G.), ver Trevelyan (G. Macaulay).
Madariaga (S. de), *Spain and the Jews*, Londres, 1946.
Maffée (P. Jean-Pierre), *Histoire des Indes*, Lyon, 1603.
Magalhães Godinho (Vitorino), *Historia economica e social da expansão portuguesa*, t. I, Lisboa, 1947.
Os descubrimientos e a economia mondial, Lisboa, 1963.
Les finances de l'État portugais des Indes orientales au XVIe et au début du XVIIe siècle, tesis mecanografiada, París, 1958.
L'économie de l'Empire portugais aux XVe et XVIe siècles. L'or et le poivre. Route de Guinée et route du poivre, París, Sevpen, 1969.
Maisons et villages de France, obra colectiva, París, 1945.
Mal (J.), *Uskočke seobe i slovenske pokrajine*, Liubliana, 1924.
Mâle (Émile), *L'art religieux après le Concile de Trente. Étude sur l'iconographie de la fin du XVIe siècle, du XVIIe siècle, du XVIIIe siècle. Italie, France, Espagne, Flandres*, París, 1932.
Malestroict (*sieur* de), *Paradoxes inédits du Sieur de Malestroict touchant les monnoyes*, ed. por Luigi Einaudi, Turín, 1937.
Malraux (André), *La lutte avec l'Ange*, Ginebra, 1945.

Malynes (Gerard), *A Treatise of the Canker of England's Commonwealth*, Londres, 1601.
Mandich (Giulio), *Le pacte de ricorsa et le marché italien des changes au XVIIe siècle*, París, 1953.
Manfroni (C.), *Storia della marina italiana*, Roma, 1897.
Mankov (A. G.), *Le mouvement des prix dans l'Etat russe du XVIe siècle*, trad. francesa, París, 1957.
Mans (Raphaël du), ver Raphaël du Mans.
Mantran (Robert), *Istanbul dans la seconde moitié du XVIIe siècle*, París, 1962.
Marañón (Gregorio), *Antonio Pérez*, 2ª ed., Madrid, 1948, 2 vol.
Marca (P. de), *Histoire de Béarn*, París, 1640.
Marçais (Georges), ver Diehl (Charles) y Marçais (Georges); también Gsell (S.), Marçais (Georges), Yver (G.).
Marciani (Corrado), *Lettres de change aux foires de Lanciano au XVIe siècle*, París, 1962.
Marcucci (Ettore), ver Sassetti (F.).
Marguerite d'Autriche, ver Gachard (J.-P.).
Mariana (Juan), *Storiae de rebus Hispaniae*, libri 25; t. I, de la continuación p. Manuel José de Medrano, Madrid, 1741.
Marliani (Giovanni Bartolomeo), *Topographia antiquae Romae*, Lyon, 1534.
Martiáñez (M.), ver Fuentes Martiáñez (M.).
Martin (Alfred von), *Sociología del Renacimiento*, México, 1946.
Martin (Henri-Jean), ver Febvre (Lucien) y Martin (Henri-Jean).
Martínez (Mariano), ver Alcocer Martínez (Mariano). [II-860]
Martínez de Azcoitia (Herrero), *La población palentina en los siglos XVI y XVII*, Palencia, 1961.
Martínez Ferrando (J. E.), *Privilegios otorgados por el emperador Carlos V*…, Barcelona, 1943.
Marx (Karl), *Contribution à la critique de l'économie politique*, trad. de la 2ª ed. alemana por J. Molitor, París, 1954.
Mas-Latrie (Jacques-M.-J.-L.), *Traités de paix et de commerce*…, París, 1866, 2 vols.
Massieu (abate Guillaume), *Histoire de la Poësie française avec une défense de la Poësie*, París, 1739.
Massignon (Louis), *Annuaire du monde musulman*, París, 1955.

Masson (Paul), *Histoire du commerce français dans le Levant au XVIIe siècle*, París, 1896. *Histoire du commerce français dans le Levant au XVIIIe siècle*, París, 1911.

Les compagnies du Corail, París, 1928.

Maull (Otto), *Geographie der Kulturlandschaft*, Berlín y Leipzig, 1932.

Maunier (René) y Giffard (A.), *Faculté de droit de París. Salle de travail d'ethnologie juridique. Conférences 1929-1930. Sociologie et Droit romain*, París, 1930.

Maurand (Jérôme), *Itinéraire de Jérôme Maurand d'Antibes à Constantinople (1544*), ed. por Léon Dorez, París, 1901.

Maurel (Paul), *Histoire de Toulon*, Tolón, 1943.

Mauro (F.), *Le Portugal et l'Atlantique au XVIIe siècle, 1570-1670*, París, 1960.

Mayer-Löwenschwerdt (Erwin), *Der Aufenthalt der Erzherzöge Rudolf und Ernst in Spanien. 1564-1571*, Viena, 1927.

Mayerne (Théodore Turquet de), *Sommaire description de la France, Allemagne, Italie, Espagne, avec la guide des chemins et postes*, Ruán, 1615.

Mazzei (J.), *Politica doganale differenziale e clausola della nazione più favorita*, Florencia, 1930.

Mecatti (G. M.), *Storia cronologica della città di Firenze*, Nápoles, 1755, 2 vols.

Médicis (Catherine de), ver La Ferrière (conde Héctor de).

Medina (Pedro de), *Libro de grandezas y cosas memorables de España*, Alcalá de Henares, 1595.

Medrano ((José de), ver Mariana.

Meester (B. de), *Le Saint-Siège et les troubles des Pays-Bas. 1566-1579*, Lovaina, 1934.

Meilink-Roelofsz (M. A. P.), *Asian Trade and European Influence in the Indonesian Archipelago between 1500 and about 1630*, La Haya, 1962.

Meinecke (F.), *Die Idee der Staatsräson in der neueren Geschichte*, Múnich, 1924.

Meister der Politik, publ. por Erich Marcks y Karl Alexander v. Müller, 2ª ed., Stuttgart, 1923-1924, 3 vol.

Mélanges en I'honneur de Marcel Bataillon, París, 1962.

Mélanges Luzzatto. Studi in onore di Gino Luzzatto, Milán, 1950, 4 vol.
Melis (Federigo), *Aspetti della vita economica medievale*, Siena-Florencia, 1962.
Mellerio (Joseph), *Les Mellerio, leur origine et leur histoire*, París, 1895
Méndez de Vasconcelos (Luis), «Diálogos do sitio de Lisboa», 1608, en Antonio Sérgio, *Antologia dos Economistas Portugueses*, Lisboa, 1924.
Mendonça, ver Gavy de Mendonça.
Mendoza (Diego de), ver Hurtado de Mendoza.
Mendoza y Bovadilla (cardenal Francisco), *Tizón de la nobleza española*, Barcelona, 1880.
Menéndez Pidal (Gonzalo), *Los caminos en la historia de España*, Madrid, 1951.
Menéndez Pidal (Ramón), *Idea imperial de Carlos V*, Madrid, 1940.
Mentz (Georg), *Deutsche Geschichte im Zeitalter der Reformation, der Gegenreformation und des Dreissigjährigen Krieges. 1493-1648*, Tubinga, 1913.
Mercadal (G. García), ver García Mercadal (G.).
Mercier (Ernest), *Histoire de l'Afrique septentrionale (Berbérie) depuis les temps les plus reculés jusqu'à la conquête française (1830)*, París, 1888-1891, 3 vol.
Mérimée (Henri), *L'art dramatique à Valencia depuis les origines*[II-861] *jusqu'au commencement du XVIIe siècle*, Tolosa, 1913.
Merle (L.), *La métairie et l'evolution agraire de la Gâtine poitevine de la fin du Moyen Age à la Révolution*, París, 1958.
Merner (Paul-Gerhardt), *Das Nomadentun im nordwestlichen Afrika*, Stuttgart, 1937.
Meroni (Ubaldo), *I «Libri delle uscite delle monete» della Zecca di Genova dal 1589 al 1640*, Mantua, 1957.
Merriman (R. B.), *The Rise of the Spanish Empire in the Old World and in the New*, Nueva York, 1918-1934, 4 vols.
Mesnard (Pierre), *L'essor de la philosophie politique au XVIe siècle*, París, 1936.
Meyer (Arnold O.), *England und die katholische Kirche unter Elisabeth und den Stuarts*, t. I (único aparecido): *England und die katholische Kirche unter Elisabeth*, Roma, 1911.

Michel (Francisque), *Histoire des races mandites de la France et de l'Espagne*, París, 1847, 2 vols.

Michel (Paul-Henri), *Giordano Bruno, philosophe et poète*, París, 1952 (extrait du «Collège philosophique»: *Ordre, désordre, lumière*).

La cosmologie de Giordano Bruno, París, 1962.

Michelet (Jules), *Histoire de France*, t. VII. *La Renaissance*, París, 1855.

Mignet (F.-Auguste-A.), *Charles Quint, son abdication, son séjour et sa mort au monastère de Yuste*, París, 1868.

Milano (Attilio), *Storia degli ebrei in Italia*, Turín, 1963.

Milioukov (P.), Seignobos (Charles) y Eisenmann (Louis), *Histoire de Russie*, París, 1932-1939, 2 vols.

Milojović (Borivoje), *Littoral et îles dinariques dans le royaume de Yougoslavie* (Mémoires de la Société de Géographie, vol. 2), Belgrado, 1933.

Minguijón (S.), *Historia del derecho español*, Barcelona, 1933.

Mira (Giuseppe), *Aspetti dell'economia comasca all'inizio dell'età moderna*, Como, 1939.

Moheau, *Recherches et considérations sur la population de la France*, París, 1778.

Monchicourt (Charles), *L'expédition espagnole de 1560 contre l'île de Yerba*, París, 1913.

Mondoucet (C. de), *Lettres et négociations de Claude de Mondoucet résident de France aux Pays Bas (1571-1574*), ed. por L. Didier, París, 1891-1892, 2 vols.

Monod (Th.), *L'hippopotame et le philosophe*, París, 1943.

Montagne (R.), *Les Berbères et le Makhzen dans le Sud du Maroc*, París, 1930.

Montaigne (Michel Eyquem de), *Journal de voyage en Italie*, ed. por Ed. Pilon, París, 1932.

Montanari (Geminiano), *La zecca in Consulta di Stato*, ed. A. Graziani, Bari, 1913.

Montchrestien (Antoine de), *L'économie politique patronale, traicté d'oeconomie politique*, ed. por Th. Funck-Brentano, París, 1889.

Monteil (Amans-Alexis), *Histoire des Français*, París, 1828-1844, 10 vols.

Morales (A. de), *Las antiguedades de las ciudades de España*, Madrid, 1792.
Morand (Paul), *Lewis et Irène*, París, 1931.
Morazé (Charles), *Introduction à l'histoire économique*, París, 1943.
Morel-Fatio (Alfred), *L'Espagne au XVIe et au XVIIe siècle*, Heilbronn, 1878.
Études sur l'Espagne. 1ª serie, 2ª ed.: *L'Espagne en France*, París, 1895.
Études sur l'Espagne. 4ª serie, París, 1925.
Ambrosio de Salazar et l'étude de l'espagnol en France sous Louis XIII, París, 1900.
Moscardo (L.), *Historia di Verona*, Verona, 1668.
Mousset (A.), ver Longlée (P. de Ségusson de).
Mouton (Léo), *Le Duc et le roi: d'Épernon, Henri IV, Louis XIII*, París, 1924.
Müller (Georg), *Die Türkenherrschaft in Siebenburgen, Verfassungsrechtliches Verhältnis Siebenbürgens zur Pforte, 1541-1688*, Hermannstadt-Sibiu, 1923.
Müller (Johannes), *Zacharias Geizkofler, 1560-1617, des Heiligen Romischen Reiches Pfennigmeister und oberster Proviantmeister im Königreich Ungarn*, Baden, 1938.
Müller (K. O.), *Welthandelsbräuche (1480-1540)*, Stuttgart, 1934;[II-862] reimpresión, Wiesbaden, 1962.
Musachi (Giovanni), *Historia genealogica della Casa Musachi*, ed. por Cari Hopf, en *Chroniques gréco-romaines inédites ou peu connues*, Berlín, 1873.
Nadal (G.) y Giralt (E.), *La population catalane de 1553 à 1717*, París, 1960.
Nalivkin (K.), *Histoire du Khanat de Khokand*, París, 1889.
Naudé (W.), *Die Getreidehandelspolitik der europaischen Staaten rom 13. bis zum 18. Jahrhundert*, Berlín, 1896.
Navagero (Andrea), *Il viaggio fatto in Spagna*, Venecia, 1563.
Nef (John U.), *The Rise of the British Coal Industry*, Londres, 1932, 2 vols.
Nelson (John Charles), *Renaissance Theory of Lote, the Context of Giordano Bruno's «Eroici furori»*, Nueva York, 1958.
Niccolini (Fausto), *Aspetti della vita italo-spagnuola nel Cinque e Seicento*, Nápoles, 1934.

Nicot (Jean), *Jean Nicot, ambassadeur de France au Portugal au XVIe siècle. Sa correspondance inédite*, ed. por E. Falgairolle, París, 1897.
Nicolay (Nicolas de), *Navigations, peregrinations et voyages faicts en la Turquie,* ed. de Amberes, 1576.
Description générale de la ville de Lyon et des anciennes provinces du Lyonnais et du Beanjolais, Lyon, ed. de 1889, 2 vols.
Nielsen (A.), *Dänische Wirtschaftsgeschichte*, Jena, 1933.
Niemeier (G.), *Siedlungsgeographische Untersuchungen in Niederandalusien*, Hamburgo, 1935.
Nistor (J.), *Handel und Wandel in der Moldau bis zum Ende des 16. Jahrhunderts*, Czernowitz, 1912.
Noailles (MM. de), ver Vertot (abate Aubert de).
Noberasco (F.), ver Scovazzi (Italo) y Noberasco (F.).
Nobili (Giacinto, llamado Rafaele Frianoro), *Il vagabondo*, Venecia, 1627.
Noble de Lalauzière (J.-F.), *Abrégé chronologique de I'histoire d'Arlés*, Arlés, 1808.
Nueva recopilación de las leyes de España, Madrid, 1772-1775, 3 vols.
Nuntiaturberichte aus Deutschland nebst erganzenden Aktenstücken, 1. Abt., 1533-1559, Gotha, 1892-1912, 12 vols.; 2. *Abt., 1560-1572*, Vienne, 1897-1939, 6 vols.; 3. *Abt., 1572-1585*, Berlín, 1892-1909, 5 vols.; (4. *Abt.*) 1585 (1584)-1590 (1592), Paderborn, 1895-1919, 3 t. en 5 vols.

Obermann (Karl), ver *Probleme der Okonomie und Politik in den Beziehungen zwischen Ost und West.*
Oexmelin (Alexandre O.), *Histoire dès aventuriers flibustiers*…, Trévoux, 1775, 2 vols.
Olagüe (L.), *La decadencia española*, Madrid, 1950-1951, 4 vols.
Oncken (Wilhelm), *Allgemeine Geschichte in Einzelerstellungen*, Berlín, 1878-1892 (1893), 43 vols.
Ortega y Gasset (José), *España invertebrada*, Madrid, 1934.
Papeles sobre Velázquez y Goya, Madrid, 1950.
Ortega y Rubio (Juan), *Historia de Valladolid*, Valladolid, 1881, 2 vols.

Relaciones topográficas de los Pueblos de España, Madrid, 1918.

Palatini (Leop.), *L'Abruzzo nelle Storia documentata di Carlo V di Giuseppe de Leva*, Aquila, 1896.

Palencia, ver González Palencia (Ángel).

Paléologue (M.), *Un grand réaliste. Cavour*, París, 1926.

Parain (Charles), *La Méditerranée: les hommes et leurs travaux*, París, 1936.

Pardessus (J.-M.), *Collection des lois maritimes antérieures au XVIIIe siècle*, París, 1828-1845, 6 vols.

Paré (Ambroise), *œuvres*, 5ª ed., París, 1598.

Parenti (G.), *Prime ricerche sulla rivoluzione dei prezzi in Firenze*, Florencia, 1939.

Paris (L.), ver Aubespine (Sébastien de l').

Pariset (G.), *L'Etat et les églises en Prusse sous Fréderic-Guillaume*[II-863] *Ier*, París, 1897.

Parpal y Marqués (C.), *La isla de Menorca en tiempo de Felipe II*, Barcelona, 1913.

Paruta (Andrea), *Relazione di A. P. console per la Repubblica Veneta in Alessandria presentata nell'esc. mo Collegio ai 16 dicembre* 1609… a cura di Luigi Baschiera, per nozze Arbib-Levi, Venecia, 1883.

Paruta (Paolo), *Historia vinetiana*, Venecia, 1605.

La legazione di Roma (1592-1595), ed. por Giuseppe de Leva, Venecia, 1887, 3 vols.

Pastor (Ludwig von), *Geschichte der Päpste seit dem Ausgang des Mittelalters*, 3ª y 4ª ed., Friburgo-en-Brisgovia, 1901-1933, 16 vols.; trad. al francés, *Histoire des Papes*, por Furcy-Raynaud, 1888-1934, 16 vols.

Paz Espeso (Julián), *Catálogo de la Colección de documentos inéditos (CODOIN)*, Madrid, 1930, 2 vols. Ver también Espejo de Hinojosa (Cristóbal) y Paz Espeso (Julián).

Pédelaborde (P.), *Le climat du bassin parisien, essai d une méthode rationelle de climatologie physique*, París, 1957.

Pegolotti, ver Balducci Pegolotti.

Pellegrini (Amedeo), *Relazioni inedite di ambasciatori luchesi alla corte di Roma, sec. XVI-XVII*, Roma, 1901.

Pellisier de Raynaud (E.), *Mémoires historiques et géographiques sur l'Algérie*, París, 1844.
Pereyra (Carlos), *Historia de la América española*, Madrid, 1924-1926, 8 vols.
Perez (Antonio), *L'art de gouverner*, ed. por J. M. Guardia, París, 1867.
Pérez (Damião), *Historia de Portugal*, Barcelona, 1926-1933, 8 vols.
Pérez (Juan Beneyto), ver Beneyto Pérez (Juan).
Pérez de Messa (D.), ver Medina (Pedro de).
Pérez Villamil (Manuel), ver Catalina García (Juan) y Pérez Villamil (Manuel).
Peri (Domenico), *Il negociante*, Génova, 1638.
Perret (Jacques), *Siris*, París, 1941.
Petit (Edouard), *André Doria, un amiral condottiere au XVIe siècle*, 1466-1560, París, 1887.
Petrocchi (Massimo), *La rivoluzione cittadina messinese del 1674*, Florencia, 1954.
Peyeff (Christo), *Agraverfassung und Agrarpolitik in Bulgarien*, Charlottenburg, 1926.
Pfandl (L.), *Introducción al siglo de oro*, Barcelona, 1927.
Geschichte der spanischen Nationalliteratur in ihrer Blütezeit, Friburgo-en-Brisgovia, 1928.
Johanna die Wahnsinnige, ihr Leben, ihre Zeit, ihre Schuld, Friburgo-en-Brisgovia, 1930; trad. en francés por R. de Liedekerke bajo el título: *Jeanne la Folle*, Bruselas, 1938.
Philipp II. Gemälde eines Lebens und einer Zeit, Múnich, 1938; trad. al francés: *Philippe II*, París, 1924.
Philipp (Werner), *Ivan Peresvetov und seine Schriften zur Erneuerung des Moskauer Reiches*, Königsberg, 1935.
Philippson (Alfred), *Das Mittelmeergebiet, seine geographische und kulturelle Eigenart*, Leipzig, 1904; 4ª ed., 1922.
Philippson (Martin), *Ein Ministerium unter Philipp II. Kardinal Granvella am spanischen Hofe (1579-1586)*, Berlín, 1895.
Pieri (Piero), *La crisi militare italiana nel Rinascimento*, Nápoles, 1934.
Pierling (Paul), *Rome et Moscou, 1547-1579*, París, 1883.
Un nonce du Pape en Moscovie, préliminaires de la trête de 1582, París, 1884.

Piffer Canabrava (Alice), *O commercio portuguẽs no Rio da Plata, 1580-1640*, São Paulo, 1944.
Piganiol (A.), *Histoire de Rome*, París, 1939.
Pino-Branca (A.), *La vita economica degli Stati italiani nei secoli XVI, XVII, XVIII secondo le relazioni degli ambasciatori veneti*, Catania, 1928.
Piot (Charles), ver Granvella y también Gachard (L.-P.) y Piot[II-864] (Charles).
Pirenne (Henri), *Les villes du Moyen Age*, Bruselas, 1927.
Histoire de Belgique, Bruselas, 1900-1932, 7 vols.
Pirenne (Jacques), *Les grands courants de l'histoire universelle*, Neuchâtel, 1948-1953, 3 vols.
Planhol (Xavier de), *De la plaine pamphylienne aux lacs pisidans. Nomadisme et vie paysanne*, París, 1958.
Plantet (Eugène), *Les Consuls de France à Alger avant la conquête*, París, 1930.
Platter (Félix), *Mémories de Félix Platter*, traducción y notas de Édouard Fick, Ginebra, 1866.
Platzhoff (W.), *Geschichte des europäischen Staatensystems. 1559-1660*, Múnich, 1928.
Plesner (J.), *L'émigration de la campagne à la ville libre de Florence au XIIIe siècle*, Copenhague, 1934.
Pohlhausen (H.), *Das Wanderhirtentum und seine Vorstufen*, Braunschweig, 1954.
Poirson (A.-S.-J.-C), *Histoire du règne de Henri IV*, París, 1865-1866, 4 vols.
Poliakov (Léon), *Histoire de l'antisémitisme;* I: *Du Christ aux Juifs de Cour*, París, 1955; II: *De Mahomet aux Marranes*, París, 1961.
Les «banchieri» juifs et le Saint-Siëge, du XIIIe au XVIIe siècle, París, 1965.
Poni (Carlo), *Gli aratri e l'economia agraria nel Bolognese dal XVII al XIX secolo*, Bolonia, 1963.
Porcar (Moisés Juan), *Cosas evengudes en la ciutat* y *regne de Valencia. Dietario de Moisés Juan Porcar, 1589-1629*, ed. por Vicente Castaneda Alcover, Madrid, 1934.
Porchnev (Boris), *Les soulèvements populaires en France de 1623 à 1648*, París, 1963, trad. al francés.

Porreño (Baltasar), *Dichos y hechos del señor rey don Philipe segundo el prudente*…, Cuenca, 1621.
Pose (Alfred), *La monnaie et ses institutions*, París, 1942, 2 vols.
Poullet (Edmond) y Piot (Charles), ver Granvella (cardenal).
Pouqueville (F.-C.-H.-L), *Voyage de la Grèce*, París, 1820-1821, 5 vols.
Presotto (Danilo), *«Venuta Terra» e «Venuta Mare» nel biennio 1605-1606*, tesis mecanografiada de la Facultad de Economía y Comercio de Génova, 1963.
Prestage (E.), *The Portuguese Pioneers*, Londres, 1933.
Prévost (abate A.-F.), *Histoire générale des voyages*, París, 1746, 20 vols.
Primeira Visitaçãdo do Santo Officio as partes do Brasil pelo Licenciado Heitor Furtado de Mendoça … deputado do Santo Officio; I: *Confissões de Bahia, 1591-1592*, São Paulo, 1922; II: *Denunciações de Bahía, 1592-1593*, São Paulo, 1925; III: *Denunciações de Pernambuco, 1593-1595*, São Paulo, 1929.
Probleme der Okonomie und Politik in den Beziehungen zwischen Ost-und Westeuropa vom 17. Jahrhundert bis zur Gegenwart, ed. por Karl Obermann, Berlín, 1960.
Ptasnik (S.), *Gli Italiani a Cracovia dal XVI secolo al XVIII*, Roma, 1909.
Puig y Cadafalch (J.), *L'architectura romanica a Catalunya* (en colaboración), Barcelona, 1909-1918, 3 vols.
Le premier art roman, París, 1928.
Pugliese (S.), *Condizioni economiche e finanziarie della Lombardia nella prima metà del secolo XVIII*, Turín, 1924.
Putzger (F. W.), *Historischer Schulatlas*, 3 ed., d'A. Hansel, Bielefeld, Berlín y Hannover, 1958.
Pyrard de Laval (François), *Voyage… contenant sa navigation aux Indes orientales...*, 3ª ed., París, 1619.

Quadt (M.), *Deliciae Galliae sive itinerarium per universam Galliam*, Fráncfort, 1603.
Quarti (Guido Antonio), *La battaglia di Lepanto nei canti popolari dell'epoca*, Milán, 1935.
Queirós Vegoso, José María de, *Dom Sebastião, 1554-1578*, 2ª ed., Lisboa, 1935.

Quétin, *Guide en Orient, itinéraire scientifique, artistique et*[II-865] *pittoresque*, París, 1846.
Quevedo y Villegas (Francisco Gómez de), «Isla de los Monopantos», en *Obras satíricas y festivas*, Madrid, 1958, t. II, Madrid, 1639.
Quinet (Edgar), *Mes vacances en Espagne*, París, 4ª ed., 1881.
Les revolutions d'ltalie, París, 1848-1851, 2 vols.
Quiqueran de Beaujeu (P.), *La Provence louée*, Lyon, 1614.

Rabelais (François), *Gargantua*, ed. «Les Belles Lettres», París, 1955.
Le Quart Livre du noble Pantagruel, en *œuvres de Rabelais*, ed. Garnier, París, 1962, 2 vols.
Rachfahl (F.), *Le registre de Franciscus Liscaldius, trésorier général de l'armée espagnole aux Pays-Bas de 1567 a 1576*, Bruselas, 1902.
Raffy (Adam), *Wenn Giordano Bruno ein Tagebuch geführt hätte*, Budapest, 1956.
Rahola (Federico), *Economistas españoles de los siglos XVI y XVII*, Barcelona, 1885.
Ramel (François de), *Les Vallées des Papes d'Avignon*, Dijon, 1954.
Ranke (Leopold von), *Die Osmanen und die spanische Monarchie im 16. und 17. Jahrhundert. 4. Aufl. des Werkes «Fürsten und Völker von Südeuropa»*, Leipzig, 1877, 2 vols.; trad. al francés: *Histoire des Osmanlis et de la monarchie espagnole pendant les XVIe et XVIIe siècles*, París, 1839.
Raphael du Mans, *Estat de la Perse en 1660…*, ed. por Ch. Schefer, París, 1890.
Rau (Virginia), *Subsidios para o estudo das feiras medievais portuguesas*, Lisboa, 1943.
Raveau (Paul), *L'agriculture et les classes paysannes. La transformation de la propriété dans le Haut-Poitou au XVIe siècles*, París, 1926.
Raynaud (E. Pellissier de), ver Pellissier de Raynaud (E.).
Razzi (Serafino), *La storia di Raugia*, Luca, 1595.
Rebora (Giovanni), *Prime ricerche sulla «Gabella Caratorum sexaginta Maris»*, tesis mecanografiada de la Facultad de Economía y Comercio de Génova, 1963.
Recherches et Matériaux pour servir à une Histoire de la domination française aux XIIIe, XIVe et XVe siècles dans les provinces

démembrées de I'empire grec à la suite de la quatrième croisade, ed. por J. A. C. Buchon, «Panthéon littéraire», París, 1840, vol. III, 2 t. en 1 vol.
Recopilación de las leyes destos reynos hecha por mandado del Rey, Alcalá de Henares, 1581, 3 vols.
Recouly (Raymond), *Ombre et soleil d'Espagne*, París, 1934.
Recueils de la Société Jean Bodin; V: *La foire*, Bruselas, 1953; VII: *La ville*, Bruselas, 1955, 3 vols.
Renaudet (Augustin), *Machiavel*, París, 1942.
L'Italie et la Renaissance italienne (curso en la Sorbona), París, 1937. Ver también Hauser (Henri) y Renaudet (Augustin).
Reparaz (Gonzalo de), *Geografía y política*, Barcelona, 1929.
Reparaz (Gonzalo de), hijo del anterior, *La época de los grandes descubrimientos españoles y portugueses*, Buenos Aires, 1931.
Retaña (Luis de Fernández), *Cisneros y su siglo*, Madrid, 1929-1930.
Reumont (Alfred von), *Geschichte Toscana's seit dem Ende des florentinischen Freistaates*, Gotha, 1876-1877, 2 vols.
Reznik (J.), *Le duc Joseph de Naxos, contribution à l'histoire juive du xvie siècle*, París, 1936.
Riba y García (Carlos), *El consejo supremo de Aragón en el reinado de Felipe II*, Valencia, 1914.
Ribbe (Charles de), *La Provence au point de vue des bois, des torrents et des inondations avant et après 1789*, París, 1857.
Ribier (Guillaume), *Lettres et mémoires d'estat*, París, 1666, 2 vols.
Ricard (Samuel), *Traite général du commerce*, 2ª ed., Ámsterdam, 1706.
Richard (P.), ver Hefele (Charles-Joseph) y Hergen Roether (cardenal J.).
Rilke (R. M.), *Lettres à un jeune poète*, trad. al francés, París, 1937.
Rivet (P.) y Arsandaux (H.), *La métallurgie en Amérique précolombienne*, París, 1946.
Riza Seifi (Ali), *Dorghut Re'is*, 2ª ed., Constantinopla, 1910 (ed. en[II-866] alfabeto turco-latino, 1932).
Rochechouart (L.-V.-L. de), *Souvenirs sur la Révolution, l'Empire et la Restauration*, París, 1889.
Rodocanachi (Emmanuel-P.), *La réforme en Italie*, París, 1920.
Rodriguez (Domingos), *Arte de Cozinha*, Lisboa, 1652.

Rodríguez Marín (Francisco), *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, Madrid, 1916.
Roger (Noëlle), *En Asie Mineure: la Turquie du Ghazi*, París, 1930.
Röhricht (R.), *Deutsche Pilgerreisen nach dem Heiligen Lande*, nueva ed., Innsbruck, 1900.
Romanin (Samuele), *Storia documentata di Venezia*, Venecia, 1853-1861, 10 vols.
Romano (Bartolomeo), ver Crescentio (Bartolomeo).
Romano (Ruggiero), *Commerce et prix du blé à Marseille au XVIIIe siècle*, París, 1956.
Romano (Ruggiero), Spooner (Frank C.), Tucci (Ugo), *Les prix à Udine*, ver también Braudel (F.) y Romano (R.).
Romier (Lucien), *Les origines politiques des guerres de religion*, París, 1913-1914, 2 vols.
La conjuration d'Amboise, París, 1923.
Catholiques et huguenots à la cour de Charles IX, París, 1924.
Le royaume de Catherine de Médicis, 3ª ed., París, 1925, 2 vols.
Rossi (E.), *Il dominio degli Spagnoli e dei Cavalieri di Malta a Tripoli (1530-1551)*, Intra 1937.
Roth (Cecil), *The House of Nasi:* I. *Doña Gracia*, Filadelfia, 1948; II: *The Duke of Naxos*, Filadelfia, 1948.
Roth (Johann Ferdinand), *Geschichte des nürnbergischen Handels*, Leipzig, 1800-1802, 4 vols.
Roupnel (Gaston), *Le vieux Garain*, 7ª ed., París, 1939.
Histoire et destin, París, 1943.
La ville et la campagne su XVIIe siècle. Etude sur les populations du pays dijonnais, 2ª ed., París, 1955.
Rousseau (baron Alphonse), *Annales Tunisiennes*, Argel, 1864.
Rovelli (Giuseppe), *Storia di Como*, Milán, 1789-1803, 3 vols.
Rowlands (R.), *The Post of the World*, Londres, 1576.
Rubio Ortega, ver Ortega y Rubio (Juan).
Ruble (Alphonse de), *Le traité du Cateau-Cambrésis (2 et 3 avril 1559)*, París, 1889. Ver también Aubigné (Théodore Agrippa d').
Rubys (Claude), *Histoire véritable de la ville de Lyon*, Lyon, 1604.
Ruiz Martín (F.), *Lettres marchandes echangées entre Florence et Medina del Campo*, París, 1965.
Les aluns espagnols, índice de la conjoncture économique de l'Europe au XVIe siècle, en preparación.

El siglo de los Genoveses en Castilla (1528-1627); capitalismo cosmopolita y capitalismos nacionales, en preparación.
Rumeu de Armas (Antonio), *Piraterías y ataques navales contra las islas Canarias*, Madrid, 1947, 6 vols.
Rybarski (R.), *Handel i polityka handlowa Polski u' XVI stuleciu*, Poznan, 1928-1999, 2 vols. en 1.

Sachau (Eduard), *Am Euphrat und Tigris, Reisenotizen aus dem Winter 1897-1898*, Leipzig, 1900.
Saco de Gibraltar, en *Tres relaciones históricas*. «Colección de libros raros o curiosos», Madrid, 1889.
Sagarminaga (Fidel de), *El gobierno y régimen foral del señorío de Viscaya*, reed. por Darío de Areitio, Bilbao, 1934, 3 vols.
Saint-Denys (Antoine Juchereau de), ver Juchereau de Saint-Denys (Antoine).
Saint-Sulpice, ver Cabié (E.).
Sakâzov (Ivan), *Bulgarische Wirtschaftsgeschichte*, Berlín y[II-867] Leipzig, 1928.
Salazar (J. de), *Política española*, Logroño, 1617.
Salazar (Pedro de), *Hispania victrix*, Medina del Campo, 1570.
Salomon (Noël), *La campagne en Nouvelle-Castille à la fin du XVIe siècle d'après les «Relaciones Topográficas»*, París, 1964.
Salva (Jaime), *La Orden de Malta y las acciones españolas contra Turcos y Berberiscos en los siglos XVI y XVII*, Madrid, 1944.
Salvestrini (Virgilio), *Bibliografía di Giordano Bruno, 1581 -1950*, 2ª ed. póstuma, ed. por Luigi Firpo, Florencia, 1958.
Salzman (L. F.), *English Trade in the Middle Ages*, Oxford, 1931.
Samanes (Floristán), ver Floristán Samanes (Alfredo).
Samazeuilh (Jean-François), *Catherine de Bourbon, régente du Béarn*…, París, 1863.
Sánchez Alonso (Benito), *Fuentes de la historia española e hispano-americana*, 3ª ed., Madrid, 1946.
Sanderson (John), *The Travels of John Sanderson in the Levant (1584-1602)*, ed. por William Forster, Londres, 1931.
Sandoval (A.), ver Gamir Sandoval (A.).
Sansovino (Francesco), *Dell'historia universale dell'origine et imperio de' Turchi*, Venecia, 1564.
Sanudo (Marin), *Diarii*, Venecia, 1879-1903, 58 vols.

Sapori (Armando), *Studi di Storia economica medievale*, Florencia, 1946, 2 vols.

Saraiva (Antonio José), *L' inquisition et la légende des Marranes*, en preparación.

Sardella (P.), *Nouvelles et spéculations à Venise*, París, 1948.

Sasseti (F.), *Lettere edite di Filippo Sasseti*, ed. por Ettore Marcucci, Florencia, 1855.

Sauermann (Georg), *Hispaniae Consolatio*, Lovaina, 1520.

Sauvaget (J.), *Introduction à l'histoire de l'Orient musulman*, París, 1943.

Alep. Essai sur le développement d'une grande ville syrienne des origines au milieu du XIXe siècle, París, 1941.

Savary (François), ver Bréves (François Savary, *sieur* de).

Savary des Bruslons (Jacques), *Dictionnaire universel de commerce, d'histoire naturelle et des arts et métiers*, Copenhague, 1759-1765, 5 vols.

Sayous (A.-E.), *Le commerce des Européens á Tunis depuis le XIIe siècle jusqu'à la fin du XVIe*, París, 1929.

Scarron (P.), *Le Roman comique*, París, 1651, ed. Garnier, París, 1939.

Schafer (Ernst), *Beiträge zur Geschichte des spanischen Protestantismus und der Inquisition im 16. Jahrhundert*, Gütersloh, 1902, 3 t. en 2 vols.

Schalk (Carlo), *Rapporti commerciali tra Venezia e Vienna*, Venecia, 1912.

Scharten (Théodora), *Les voyages et séjours de Michelet en Italie, amitiés italiennes*, París, 1934.

Schefer (Ch.), ver Raphaël du Mans.

Schiedlausky (G.), *Tee, Kaffee, Schokolade, ihr Eintritt in die europaische Gesellchaft*, Múnich, 1961.

Schmidhauser (Julius), *Der Kampf um das geistige Reich. Bau und Schicksal der Universität*, Hamburgo, 1933.

Schnapper (Bernard), *Les rentes au XVe siècle. Histoire d'un instrument de crédit*, París, 1957.

Schnürer (Gustav), *Katholische Kirche und Kultur in der Barockzeit*, Paderborn, 1937.

Schöffler (Herbert), *Abendland und Altes Testament. Untersuchung zur Kulturmorphologie Europas, insbesondere Englands*, 2ª ed.,

Fráncfort del Meno, 1941.
Schulte (Aloys), *Geschichte des mittelalterlichen Handels und Verkehr zwischen Westdeutschland und Italien mit Ausscluss von Venedig*, Leipzig, 1900, 2 vols.
Die Fugger in Rom (1495-1523), mit Studien zur Geschichte Finanzwesens jener Zeit, Leipzig, 1904, 2 t. en 1 vol.
Geschichte der grossen Rawsensburger Handelsgesellschaft, 1380-1530, Stuttgart y Berlín, 1923, 3 vols.
Schumacher (Rupert von), *Des Reiches Hofzaun. Geschichte der*[II-868] *deutschen Militärgrenze im Südosten*, Daarmstadt, 1940.
Schumpeter (Joseph), *History of Economic Analysis*, Londres, 1954, trad., italiana: *Storia dell'analisi economica*, Turín, 1959, 3 vols.
Schweiger (Salomon), *Ein neue Reissbeschreibung auss Teutschland nach Konstantinopel und Jerusalem*, 4ª ed., Núremberg, 1639.
Schweinfurth (G.), *Im Herzen von Afrika. Reisen und Entdeckungen im centralen Äquatorial-Afrika während der Jahre 1868 bis 1871*, Leipzig, 1874, 2 vols.
Sclafert (Th.), *Cultures en Haute-Provence: déboisements et pâturages au Moyen Age*, París, 1959.
Scovazzi (Italo) y Noberasco (F.), *Storia di Savona*, Savone, 1926-1928, 3 vols.
Sée (Henri), *Esquisse d'une histoire du régime agraire en Europa aux XVIIIe et XIXe siècles*, París, 1921.
Sée (Julien), ver Ha Cohen (Joseph).
Segarizzi (A.), *Relazioni degli Ambasciatori Veneti al Senato*, t. III (1-2): *Firenze*, Bari, 1916.
Segni (B.), *Storie Fiorentine… dall'anno 1527 al 1555*, Augsburgo, 1723.
Ségusson de Longlée (P. de), ver Longlée (P. de Ségusson de).
Seidlitz (W. von), *Diskordanz und Orogenese der Gebirge am Mittelmeer*, Berlín, 1931.
Seignobos (Charles), ver Milioukov (P.), Seignobos (Charles) y Eisenmann (Louis).
Sella (Domenico), *Commerci e industrie a Venezia nel secolo XVII*, Venecia-Roma, 1961.
Selve (Odet de), *Correspondance politique...*, ed. por Germain Lefèvre-Pontalis, París, 1888.

Sens et usage du terme structure dans les sciences humaines et sociales, obra colectiva, París-La Haya, 1962.
Sepúlveda (P. de), *Sucesos del reinado de Felipe II*, ed. por J. Zarco Cueva en *Historia de varios sucesos*…, Madrid, 1922.
Sercey (conde Félix-E. de), *Una ambassade extraordinaire. La Perse en 1839-1840*, París, 1928.
Sereni (Emilio), *Storia del paesaggio agrario italiano*, Bari, 1961.
Serra (Antonio), *Breve trattado delle cause che possono far abondare li regni d'oro argento…, con applicatione al Regno di Napoli*, Nápoles, 1613.
Serrano (Luciano), *Correspondencia diplomática entre España y la Santa Sede durante el Pontificado de Pío V*, Madrid, 1914, 4 vols.
La Liga de Lepanto, Madrid, 1918-1919, 2 vols.
Serres (Olivier de), *Le Théâtre d'agriculture*, Lyon, 1675.
Le Théâtre d'agriculture et mesnage des champs (páginas escogidas), París, 1941.
Servier (Jean), *Les portes de l'année, rites et symboles: l'Algérie dans la tradition méditerranéenne*, París, 1962.
Sestini (dom), *Confronto della richezza dei paesi*…, Florencia, 1793.
Sicroff (Albert-A.), *Les controverses des statuts de «pureté de sang» en Espagne du XVe au XVIIe siècle*, París, 1960.
Siegfried (André), *Vue générale de la Méditerranée*, París, 1943.
Signot (Jacques), *La division du monde*, París, 1539.
Simiand (François-J.-Ch.), *Cours d'économie politique*, París, 1930 y 1932, 3 vols.
Le salaire, l'évolution sociale et la monnaie, París, 1932, 3 vols.
Recherches anciennes et nouvelles sur le mouvement général des prix du XVIe au XIXe siècle, París, 1932.
Les fluctuations économiques è longue période et la crise mondiale, París, 1932.
Simon (Wilhelm), *Die Sierra Morena der Prinz Sevilla*, Fráncfort, 1942, trad. en español: *La Sierra Morena de la provincia de Sevilla en los tiempos postvariscios*, Madrid, 1944.
Simonsen (Roberto), *Historia economica do Brasil, 1500-1820*, São Paulo, 1937.
Simonsfeld (H.), *Der Fondaco dei Tedeschi und die deutsch-venetianischen Handelsbeziehungen*, Stuttgart, 1887, 2 vols.

Singer (Charles) *et al.*, *A History of Technology*, Oxford, 1954-1958,[II-869] 5 vols.
Sion (Jules), *La France méditerranéenne*, París, 1934.
Siri (Mario), *La Svalutazione della moneta e il bilancio del Regno di Sicilia nella seconda metà del XVI secolo*, Melfi, 1921.
Soetbeer (Adolf), *Litteraturnachweis über Geld- und Münzwesen*, Berlín, 1892.
Sombart (Werner), *Krieg und Kapitalismus*, Múnich, 1913.
Der moderne Kapitalismus, Múnich, 1921-1928, 3 t. en 6 vols.
Die Juden und das Wirtschaftsleben, Múnich, 1922.
Vom Menschen. Versuch einer geistwissenschaftlichen Anthropologie, Berlín, 1938.
Sorre (Maximilien-J.), *Les Pyrénées méditerranéennes*, París, 1913.
Méditerranée. Péninsules méditerranéennes, París, 1934, 2 vols. (t. VII de la *Géographie Universellel*.)
Les fondements biologiques de la géographie humaine, París, 1943.
Sottas (J.), Les *messageries maritimes à Venise aux XIVe et XVe siècles*, París, 1938.
Sources inédites de l'histoire du Maroc, ed. por Philippe de Cossé-Brissac, 2ª serie: *Dynastie filalienne*. Archives et Bibliothèques de France, t. VI, París, 1953.
Souza (A. S. de), *Historia de Portugal*, Barcelona, 1929.
Soveral (vizconde de), *Apontamentos sobre relaçōes politicas e commerciaes do Portugal com a Republica di Veneza*, Lisboa, 1893.
Spenlé (Jean-Édouard), *La pensée allemande de Luther à Nietzsche*, París, 1934.
Speziale (G. C.), *Storia militare di Taranto*, Bari, 1930.
Spooner (Frank C.), *L'économie mondiale et les frappes monétaires en France, 1493-1680*, París, 1956.
Ver tambien Romano (Ruggiero), Spooner (Frank C.) y Tucci (Ugo).
Sprenger (Aloys), *Die Post- und Reiserouten des Orients*, Leipzig, 1864.
Staden (H. von), *Aufzeichnungen über den Moskauer Staat*, ed. por F. Epstein, Hamburgo, 1930.

Stählin N. (Karl), *Geschichte Russlands von den Anfängen bis zur Gegenwart*, Stuttgart, Berlín y Leipzig, 1923-1939, 4 t. en 5 vols.
Stasiak (Stefan), *Les Indes portugaises à la fin du XVIe siècle d'apres la Relation du voyage fait à Goa en 1546 par Christophe Pawlowski, gentilhomme polonais*, Leópolis, 1926-1928, 3 fasc.
Stefani (Fr.), *Parere intorno al trattato fra Venezia e Spagna sul traffico del pepe e delle spezierie dell'lndie Orientali, di A. Bragadino e J. Foscarini*, ed. por nozze Correr-Fornasari, Venecia, 1870.
Stella (C. de). *Poste per diverse parti del mondo*, Lyon, 1572.
Stendhal, *Promenades dans Rome*, París, 1858, 2 vol.
L'abbesse de Castro, París, 1931.
Sternbeck (Alfred), *Histoire des flibustiers et des boucaniers*, París, 1931.
Stochove (Chevalier Vincent), *Voyage du Levant*, Bruselas, 1650.
Stone (Lawrence), *An Elizabethan: Sir Horatio Palavicino*, Oxford, 1956.
Storia di Milano, ed. por La Fondazione Treccani degli Alfieri: *L'Età della Riforma cattolica. 1554-1630*, Milán, 1957.
Strachey (Leytton), *Elizabeth and Essex*, 2ª ed., Londres, 1940.
Stubenrauch (Wolfgang), *Kulturgeographie des Deli-Orman*, Stuttgart, 1933.
Suárez (Diego), *Historia del maestre último que fue de Montesa*…, Madrid, 1889.
Sully (Maximilien de Béthune, duque de), *Mémoires*, nueva ed., París, 1822, 6 vol.
Susta (Josef), *Die römische Curie und das Konzil von Trient unter Pius IV.*, Viena, 1904-1914, 4 vol.
Szekfü (J.), *État et Nation*, París, 1945.

Taine (Hyppolite-A.), *Voyage aux Pyréneés*, 2ª ed., París, 1958.
La philosophie de l'art, 20 ed., París, 1926.
Tamaro (Atilio), *L'Adriatico, golfo d'Italia*, Milán, 1915.
Tassini (Giuseppe), *Curiosità veneziane*, Venecia, 1887.
Tavernier (Jean-Baptiste), *Les six voyages qu'il a faits en Turquie*, [II-870]
en Perse et aux Indes, París, 1681.
Tawney (R. H.) y Power (E.), *Tudor Economic Documents*, Londres, 1924, 3 vol.

Telbis (Hans), *Zur Geographie des Getreidebaues in Nordtirol*, Innsbruck, 1948.
Tenenti (A.), *Naufrages, corsaires et assurances maritimes à Venise, 1592-1609*, París, 1959.
Cristoforo Da Canal. La Marine vénitienne avant Lépante, París, 1962.
Termier (P.), *A la gloire de la Terre*, París, 1922.
Terreros (M. R. de), ver Guiso (G. M. de).
Teulet (J.-B.-T.-Alexandre), ed. de *Relations politiques de la France et de L'Espagne avec l'Écosse au XVIe siècle (1551-1588)* (nueva edición), París, 1862, 5 vol.
Tevins (J.), *Commentarius de rebus in India apud Dium gestis anno MDXLVI*, Coimbra, 1548.
Tharaud (Jérôme et Jean), *La Bataille à Scutari*, 24 ed., París, 1927.
Marrakech ou les seigneurs de l'Atlas, París, 1929.
Theissen (J. S.), ver Gachard (L.-P.).
Thénaud (J.), Le *voyage d'Outremer*, París, 1884.
Thomazi (comandante A.-A.), *Histoire de la navigation*, París, 1941.
Thurmery (Jean de), ver Laffleur de Kermaingant (P.).
Tiepolo (Lorenzo), *Relazione del console Lorenzo Tiepolo (1560*), ed. por Cicogna, Venecia, 1857.
Tocco (Vittorio di), ver Tocco (Vittorio).
Tollenare (L.-F.), *Essai sur les entraves que le commerce éprouve en Europe*, París, 1820.
Tomić (S. N.), *Naselje u Mltackoj Dolmaciji*, Nich, 1915.
Tommaseo (Nicolò), *Relations des ambassadeurs vénitiens sur les affaires de France au XVIe siècle*, París, 1838, 2 vol.
Tongas (G.), *Les relations de la France avec L'Empire ottoman durant la première moitié du XVIIe siècle et l'ambassade* à *Constantinople de Philippe de Harlay, comte de Césy. 1619-1640*, Tolosa, 1942.
Törne (P. O, von), *Don Juan d'Autriche et les projets de conquête de l'Angleterre, étude historique sur dix annés du XVIe siècle (1568-1578*), Helsingfors, 1915-1928, 2 vol.
Torres (A.), ver Dragonetti de Torres.
Tott (barón François de), *Mémoires sur les Turcs el les Tartares*, Ámsterdam, 1784, 4 vol.

Tournon (cardenal François de), *Correspondance...*, ed. por Michel Francois, París, 1946.
Toynbee (A.), *L'Histoire, un essai d'interprétation;* abreviada por D. C. Somervell desde el volumen I al VI de A *Study of Historia*, trad. del inglés, París, 1951.
Trasselli (Carmelo), ver Della Rovere (Antonio).
Trevelyan (George Macaulay), *History of England*, nueva ed., Londres, 1946.
Tridon (M.), *Simon Renard, ses ambassades, ses négociations, sa lutte avec le cardinal Granvelle*, Besanzón, 1882.
Truc (Gonzague), *Léon X et son siècle*, París, 1941.
Tucci (Ugo), ver Romano (Ruggiero), Spooner (Frank) y Tucci (Ugo).
Tudela (Benjamín), ver Benjamín de Tudela.
Turba (Gustav), *Venetianische Depeschen von Kaisehof*, Viena, 1889-1896, 3 vol.
Geschichte des Thronfolgerechtes in allen habsburgischen Länden, Viena, 1903.
Turquet de Mayerne (Théodore), ver Mayerne (Théodore Turquet de).
Tyler (Royall), *Spain, a Study of her Life and Arts*, Londres, 1909.

Uccelli (Arturo), *Storia della tecnica del Mediaevo ai nostri giorni*. Milán, 1944.
Ugolini (L. M.), *Malta, origini della civiltà mediterranea*, Roma, 1934.
Uhagón (Francisco K. de), *Relaciones históricas de los siglos XVI y XVII*, Madrid, 1896.
Ukers (William H.), *All about Coffee*, Nueva York, 1922.
Ulloa (Modesto), *La hacienda real de Castilla en el reinado de Felipe II*, Roma, 1963.
Usher (A. P.), *The Early History of Deposit Banking in*[II-871] *Mediterranean Europe*, vol. I (único aparecido), Cambridge, Mass., 1943.
Ustariz (Jerónimo de), *Theorica y practica de comercio y de marina*…, 2ª ed., Madrid, 1742.

Vair (Guillaume du), ver Du Vair (Guillaume).
Valle de la Cerda (Luis), *Desempeño del patrimonio de su Magestad y de los reynos, sin daño del Rey y vassallos y con descanso y alivio de todos*, Madrid, 1618.

Van der Essen y León (Lorenzo), *Don Filipe el Prudente, segundo deste nombre, rey de las Españas*, Madrid, 1625.
Varenius (Bernardus), *Geographia generalis*, Ámsterdam, 1664.
Varennes (Claude de), ver *Voyage en France*…
Vasconcellos (L. Mendes de), ver Méndez de Vasconcelos (L.).
Vaudoncourt (Guill.), ver Guillaume de Vaudoncourt (Frédéric).
Vaudoyer (J. L.), *Beautés de la Provence*, 15 edición, París, 1926.
Vaumas (G. de), *L'éveil missionaire de la France d'Henri IV à la fondation du Séminaire des Missions étrangères*, Lyon, 1941.
Vayrac (Jean de), *État présent de L'Espagne*, Ámsterdam, 1719.
Vázquez de Prada (V.), *Lettres marchandes d'Anvers*, París, 1960, 4 vol.
Verlinden (Charles), *L'esclavage dans L'Europa médiévale*. I: *Péninsule ibérique, France*, Brujas, 1955.
Vertot (René Aubert de), *Ambassades de MM. de Noailles en Angletterre*, ed. por C. Villaret, Leiden y París, 1763.
Vicens Vives (J.), *Historia Social y Económica de España*, Barcelona, 1957, 3 vol.
Manual de Historia Económica de España, Barcelona, sin fecha (1959).
Vidal de La Blache (Paul), *États et nations de l'Europe*, París, 1889.
Tableau de la géographie de la France, 3ª ed., París, 1908.
Principes de géographie humaine, París, 1922.
Viet (Jean), *Les méthodes structuralistes dans les sciences sociales*, París, 1965.
Vilar (Pierre), *La Catalogne dans l'Espagne moderne*, París, 1962, 3 vol.
Villalón (Christóval de), *Viaje de Turquía… 1555*, Madrid-Barcelona, 1919, 2 vol.
Villamil (M.), ver Catalina García (Juan) y Pérez Villamil (Manuel).
Villaret (C.), ver Vertot (René Aubert de).
Vital (L.), *Premier voyage de Charles-Quint en Espagne de 1517 à 1518*, Bruselas, 1881.
Vitale (Eligió) y Brunetti (Mario), *Corrispondenza da Madrid di Leonardo Donà, 1570-1573*, Venecia-Roma, 1963, 2 vol.
Vitale (Vito), *Breviario della storia di Genova*, Génova, 1955, 2 vol.
Vitalis (A.), *Correspondance politique de Dominique du Gabre (évêque de Lodève), trésorier des armées à Ferrare (1551-1554),*

ambassadeur de France à Venise (1555-1557), París, 1903.
Vivoli (G.), *Annali di Livorno*, Liorna, 1842-1846, 4 vol.
Voinovitch (L.), *Depeschen des Francesco Gondola, Gesandten der Republik Ragusa bei Pius V. und Gregor XIII, 1570-1573*, Viena, 1909.
Histoire de Dalmatie, París, 1935, 2 vol.
Voyage de France, dresée pour l'instruction et commodité tant des François que des étrangers, 4ª ed. trad. por Cl. de Varennes, Ruán, 1647.

Wahrmund (L.), *Das Ausschliessungsrecht (jus exclusiva) der katholischen Staaten Osterreich, Frankreich und Spanien bei den Paptwahlen*, Viena, 1883.
Walcher (Joseph), *Nachrichten von den Eisbergen in Tyrol*, Viena, 1773.
Walsingham (Francis), *Mémoires et instructions pour les ambassadeurs*, Ámsterdam, 1700.
Waltz (Pierre), *La Question d'Orient dans l'antiquité*, París, 1943.
Wätjen (Hermann), *Die Niederländer im Mittelmeergebiet zur Zeit ihrer höchsten Machtsellung*, Berlín, 1909.
Weber (Erich), *Beiträge zum Problem des Wirtschaftsverfalls*,[II-872] Viena, 1934.
Wee (Herman van der), *The Growth of the Antwerp Market and the European Economy, fourteenth-sixteenth centuries*, Lovaina, 1963, 3 vol.
Weiller (Jean), *Problèmes d'économie internationale*, París, 1946-1950, 2 vol.
l'économie internationale depuis 1950, du plan Marshall aux grandes négociations commerciales entre pays inégalement développés, París, 1965.
Weiss (Charles), *L'Espagne depuis le règne de Philippe II jusqu'à l'avénement des Bourbons*, París, 1844, 2 vol.
(Ver también Granvella, cardenal).
Werth (Emil), *Grabstock, Hacke und Pflug*, Luisburgo, 1954.
Weurlersse (Jacques), *Paysans de Syrie et du Proche-Orient*, París, 1946.
Wiet (G.), ver Ibn Iyâs.
Wilezek (Eduard Graf), *Das Mittelmeer, seine Stellung in der Weltgeschichte und seine Historische Rolle im Seewesen*, Viena,

1895.
Wilhelmy (Herbert), *Hochbulgarien*, Kiel, 1935-1936, 2 vol.
Wilkinson (Maurice), *The Last Phase of the League in Provence, 1588-1598*, Londres, 1909.
Williamson (James A.), *Maritime Enterprise. 1485-1588*, Oxford, 1913.
Wood (Alfred C.), *A History of the Levant Company*, Londres, 1935.
Wright (I. A.), *Documents concerning English Voyages to the Spanish Main, 1569-1580*, Londres, 1932.
Wyrobisz (Andrzej), *Budownictwo Murouane w Malopolsce w XIVe et XVe wieku* (resumido en francés), Cracovia, 1963.

Yver (G.), *Le commerce et les marchands dans l'Italie meridionale au XIIIe et au XIVe siècle*, París, 1903.
Ver también, Gsell (S.), Marçais (G.) e Yver (G.).

Zanelli (A.), *Delle condizioni interne di Brescia dal 1642 al 1644 e del moto della borghesia contro la nobilità nel 1644*, Brescia, 1898.
Zanetti (Armando), *L'ennemi*, Ginebra, 1939.
Zanetti (Dante), *Problemi alimentari di una economia preindusiriale*, Pavía, 1964.
Zarco Cuevas (padre J.), *Historia de varios sucesos y de las cosas*, ed. de Madrid, 1922. *Relaciones de pueblos de la diócesis de Cuenca, hechas por orden de Felipe II*, Cuenca, 1925, 2 vol.
Zeller (Berthold), *Henri IV et Marie de Médicis*, 2ª ed., París, 1877.
Zeller (Gaston), *La réunion de Metz à la France, 1552-1648*, París-Estrasburgo, 1927, 2 vol.
Le siège de Metz par Charles-Quint, oct-dic. 1552, Nancy, 1943.
Les institutions de la France au XVIe siècle, París, 1948.
La vie économique de l'Europe au XVIe siècle (curso en la Sorbona), París, 1953.
Ziere (Otto), *Bilder aus der Geschichte des Bauerntums und der Landwirtschaft*, Múnich, 1954-1956, 4 vol.
Zinkeisen (J. W.), *Geschichte des osmanischen Reiches in Europa*, Gotha, 1840-1863, 7 vol.
Zweig (Stefan), *Les heures étoilées de l'humanité*, trad. franc. d'A. Hella, París, 1939.

Entre los libros recientemente publicados que no he tenido tiempo de utilizar plenamente, conviene citar:

Aymard (Maurice), *Venise, Raguse et le commerce du blé pendant la second moitié du XVIe siècle*, París, 1966.

Gestrin (Ferdo), *Trgovina slovenskega Zaledja s Drimorskimi Mesti od 13. don Konga 16. stoletja*, Liubliana, 1965.

Manolescu (Radu), *Comertul Tàrri Romîneşti şi Moldovei cu Braşovul (secolele XVI-XVI)*, Bucarest, 1965.

Randa (Alexander), *Pro Republica Christiana*, Múnich, 1964.

Rougé (Jean), *Recherches sur l'organisation du commerce en Méditerranée sour l'empire romain*, París, 1966.

Las investigaciones de Maurice Aymard sobre la Sicilia de los siglos XV al XVIII, que he seguido con interés, critican, con razón, las cifras de Bianchini, sobre todo en lo concerniente a las que aparecen en la figura 49 del volumen I de este libro. Las futuras investigaciones habrán de tener en cuenta estas correcciones de detalle.

PRINCIPALES ABREVIATURAS EMPLEADAS EN LAS REFERENCIAS

1º Para las abreviaturas corrientes que se refieren a los archivos, ver t. II, pp. 800-801

2º Otras abreviaturas frecuentes:

Ar. st. it.: Archivio storico italiano.

CODOIN: Colección de documentos inéditos para la historia de España.

G. Z.: Geographische Zeitschrift.

R. H.: Revue Historique.

R. st. it.: Rivista storica italiana.

Vj. f. S. u W.: Vierteljahrschrift für Sozial-und Wirtschaftsgeschichte.

ÍNDICES

I. ÍNDICE DE NOMBRES PROPIOS

Aachen, *ver* Aquisgrán.
Aarón, voivoda de Moldavia, II 739.
Abbas, sha de Persia, I 62. II 102, 690, 691, 700.
Abdalmu'Min, II 164.
Abd-el-Malek, cherif, II 706, 707.
Abdón, San, II 215.
Abisina, I 227, 240, 241, 244, 727. II 164.
Abravanel, familia judía establecida en Nápoles, II 214, 218.
Abruzos; montes y región de Italia, I 48, 51, 103, 104 *n. 282*, 116, 122, 451, 500, 558, 754, 765, 786, 788. II 74, 112, 116, 128, 446, 510, 638.
Abu Horaira, compañero de Mahoma, I 228.
Abu's-su'ud, jurista turco, II 43.
Abukir, batalla de, I 134 *n. 9*.
Acapulco, I 298, 502.
Acida, Joan, patriarca de la Iglesia griega de Rodas, II 660.
Acomato de Natolia, agente turco, II 663.
Acquaviva, Anna, hermana del duque de Conversano, II 109.
Acuña, don Juan de, II 83.
Acuña, don Martín de (Cugnaletta), II 661-663.
Achmet Chaouch, embajador turco, I 882 .
Achmet Pacha, II 599, 680, 697.
Adana (Asia Menor), I 233.
Adda, río, I 91, 92, 343, 370.
Adelantado de Castilla, el, I 302, 334. II 79.
Aden, I 723, 727, 733. II 13, 216, 701.
Adigio, río y valle, I 85, 101, 273, 276, 366, 370, 420, 434, 567.
Adorne, Philippe, I 644.
Adorno, Giovanni Agostino, fundador de la congregación de clérigos menores regulares, II 293.

Adrianópolis, I 264, 421. II 19, 24, 25, 90, 124, 149, 172, 263, 515.
Adriático, mar, *passim*.
Affaitati, familia, I 279, 589, 729 *n. 66*, 754. II 58.
África, I 238, 291, 308, 309. II 24, 27, 28, 39, 52, 119, 148, 161, 229, 250.
— del Este, I 748.
— del Norte, *passim*.
— del Oeste, I 635.
— del Sur, I 243, 356.
África, ciudad de Tunicia, *ver* Djerba.
Agadir, I 155.
Agde, golfo de, II 288.
Aghlabita, dinastía, I 150.
Agnadello, batalla de, I 59, 167, 518. II 328.
Agnello, Giovanni, I 804 *n. 408*.
Agordo, I 569.
Agria, obispo de, II 530.
Agrigento (Girgenti), I 332, 756, 766. II 268.
Águila, don Juan del, agente español en Nantes, II 288.
Águila, marqués del, II 650.
Águila, obispo de, II 424.
Aguilar, I 683.
Aguilón, secretario del embajador, II 609-612.
Agustín de Hypona, san, I 219. II 165.
Ahmed I, sultán de Turquía, II 96.
Aiguesmortes, I 80, 273, 332, 396, 521.
Ailly, II 752.
Ain Bedia, II 161.
Aini Ali, intendente financiero de Ahmed I, II 96.
Air, I 229.
Aix, Louis d', II 756.
Aix-en-Provence, I 121, 285, 358, 449, 610. II 748, 749, 751.
Aix-la-Chapelle, *ver* Aquisgrán.
Ajaccio, I 39 *n. 40*, 440, 508. II 468.
Ajjers, I 231.
Akaba, I 231.
Alaska, I 364.

Alava, Francés de, embajador de Felipe II en Francia, I 632. II 180, 293, 454, 469, 471, 497, 498, 499, 530, 542, 551, 561, 568, 588, 591, 593, 610.
Alba, conde de, II 78, 80, 726, 727.
Alba, Fernando Álvarez de Toledo, duque de, *passim*.
Albain Bey, embajador turco, II 529.
Albani, Dina, I 354.
Albania, albanos, *passim*.
Albanos, montes, I 79.
Albaqui, el, capitán general de los rebeldes granadinos, II 559.
Albarracín, I 529.
Albenga, puerto ligur, I 80 *n. 207*.
Alberti, Tomasso, mercader de Bolonia, I 264, 265.
Alberto, Archiduque, II 758, 765, 780.
Albi, condado de, II 74, 87.
Albissola, I 551. II 307.
Albret, duque de, II 357.
Albret, Juana de, reina de Navarra, II 498-499, 633.
Albuquerque, duque de, gobernador de Milán, II 591.
Alcalá de Henares, I 669. II 42.
Alcalá, duque de, virrey de Nápoles, I 375, 618, 647, 696. II 79, 123, 420, 427, 434, 438-441, 447, 450, 451, 453, 454, 465, 596, 772.
Alcántara, Orden Militar de, I 119.
Alcántara, puente de (Lisboa), II 713.
Alcaudete, Alonso de, II 460.
Alcaudete, conde Martín de, II 430, 460.
Alcaudete, familia, II 281.
Alcaudete, Martín de, II 430, 460, 462.
Alcazarquivir, batalla de, II 256, 659, 706-712.
Alcocaba, Pedro de, secretario de la *Fazenda*, II 708.
Alcudia, II 269.
Aldigala, M., consejero de Felipe II, II 110 *n. 188*.
Aldobrandini, cardenal, II 585, 767.
Aleati, Giuseppe, II 793.
Alejandreta (Iskenderum), I 82 y *n. 217*, 411, 747 y *n. 158*, 824. II 311.
Alejandría (Italia), I 696. II 503-504.
Alejandría (Egipto), *passim*.

Alejandro Magno, I 219, 312. II 195.
Alejandro VI, papa, I 82.
Alemania, alemanes, *passim*.
Alençon, François, duque de, I 498, 644.
Alentejo (Alemtejo), I 529, 560, 774.
Alepo, I 82, 128, 230, 231, 242, 243, 326, 343, 366, 370, 378, 420, 513, 567, 585, 587, 623, 646, 661, 712, 725, 726, 734, 741, 745, 746, 747, 748, 750. II 22, 101, 124, 220, 222, 372, 452, 695.
Alés, cuenca de, I 288.
Alessio, II 160, 298.
Alessandri, Vincenzo degli, I 329.
Alessandrino, cardenal, II 512, 523, 585.
Alfamén (España), II 191.
Alfarache, Guzmán de, I 68, 319, 324, 329, 367. II 138.
Alfonso V el Magnánimo, rey de Aragón (y I de Nápoles), I 68, 115, 157, 620.
Algarbe (Algarve), I 152, 529. II 306, 430, 713.
Alghero (Cerdeña), I 157, 198.
Ali, historiador, II 691.
Ali (Sidi Ali), almirante-poeta, I 723. II 701-702.
Ali Pachá de Tebelen, I 48.
Ali Pachá, hijo de, II 664.
Ali Potuc, II 508.
Alicante, I 68, 120, 137, 139 *n. 21*, 194, 199, 249, 370, 392, 407, 482, 652 *n. 219*, 764, 776, 803, 806, 815, 820. II 270, 298, 373, 607.
Alife, príncipe de, I 460.
Aliprandi, Lorenzo, veneciano, I 519.
Aljubarrota, batalla de, II 712.
Almadén, II 58, 194.
Almería, I 152, 194, 199, 806. II 186, 291, 547.
Almohades, I 152. II 203.
Almonacid, región aragonesa, II 178.
Almorávides, I 152, 235.
Alpes, *passim*.
Alpujarras, las, I 42. II 180, 183, 185, 551, 559, 561.
Alsacia, I 700.
Altomonte (Calabria), I 182.
Altucaria, agente de Carlos IX en Constantinopla, II 618.

Allegretti, Christofano, agente ragusino, I 726.
Amador, Juan, renegado madrileño, II 297.
Amalfi, I 184, 433.
Amantea, I 184.
Amasia, ciudad de Anatolia, I 33. II 696.
Amat di San Filipo, Pietro, historiador, I 198.
Amberes, *passim*.
Amboise, conspiración de, II 399.
Ambrogio, valle de, I 86.
América, *passim*.
Amiens, I 315, 491 *n. 65*. II 760, 761, 762, 764.
Ammirato, Scipione, historiador florentino, II 11.
Ampaza, puerto del este de África, II 702.
Ampurdán, el, I 98.
Ámsterdam, I 62, 258, 259, 277, 281, 284, 287, 424, 523, 560, 590, 596 *n. 500*, 662, 676, 834, 839, 840, 841, 843. II 68, 203, 204, 212, 219, 220, 224, 225, 227, 232, 763.
Amurad Pacha, gran visir, II 145.
Amurat III, sultán, sucesor de Selim II, II 53, 667, 675, 695, 700, 734, 735, 741.
Amurat IV, *ver* Murat IV.
Ana de Austria, reina de España, cuarta esposa de Felipe II, I 572.
Ana de Hungría, emperatriz, esposa de Fernando, hermano de Carlos V, II 30.
Anapa, puerto circasiano, I 54.
Anatolia (Asia Menor), *passim*.
Ancona, I 67, 165, 167, 168, 175, 370, 378, 419, 447, 499, 500, 617, 734. II 102, 105, 114, 223, 226, 268, 288, 571, 576, 604.
Anchioli, palacio de, II 59.
Andalucía, *passim*.
Andrade, familia de mercaderes, I 795, 841.
Andrade, Gil de, II 596, 626.
Andria, ciudad de Apulia, I 67.
Angers, II 106.
Angevinos, I 150, 156.
Anglería, Pedro Mártir de, I 230.
Angola, I 204.
Angumois, II 752.

Anjou, *ver* Angers.
Anjou, Charles de, *ver* Provence, conde de.
Anjou, Enrique, duque de, *ver* Enrique III.
Ankara, I 78, 81 *n. 211*, 130, 370. II 220, 741.
Annoni, familia de transportistas, I 279.
Ansedonia, marisma de, I 86 *n. 229*.
Antalaya, en Pamfilia, I 113.
Antibes, I 188 *n. 154*, 408, 412. II 750.
Antioquía, II 164.
Antivari (Bar), Dalmacia, I 70. II 599.
Antonelli, Giovan Battista, arquitecto militar, I 37 *n. 34*. II 272.
Antonio, Dom, prior de Crato, II 78, 684, 710, 712, 713, 714.
Apeninos, I 31, 36 *n. 26*, 41 *n. 49*, 48, 70, 91, 104, 132, 161, 211, 223, 309, 357, 370, 420. II 379.
Appenzell, II 762.
Apuanos, Alpes, I 357.
Apulia, I 59 *n. 124*, 67, 115, 116, 122, 162, 168 y *n. 98*, 169, 339, 341, 375, 410, 431, 436, 439, 461, 519, 563, 587, 593, 754, 760, 762, 766, 770, 786, 803. II 130, 213, 215, 267, 268, 292, 487, 495, 507, 528, 586, 599, 627, 638, 769.
Apuleyo, I 219.
Aqkerman (Cetatea Alba, Bialogrado, Dnestrovskiy), ciudad de la costa oeste del estuario del Dniester, I 147, 258.
Aquila (Aquileya), I 51, 54, 61, 87 y *n. 233*, 274, 451- 452, 500. II 103, 116, 123.
Aquino, Bartolomeo d', financiero napolitano, II 109.
Aquisgrán, II 30.
Aquitania, I 307.
Árabes, I 90, 106, 128, 175, 176, 212, 219, 229, 766. II 113, 126, 144, 147, 148, 161, 162, 163, 553.
Arabia, I 123, 225, 227, 229, 235, 307, 733. II 163, 233, 702.
Aragón, aragoneses, *passim*.
Aragón, cardenal de, I 312.
Aragón, Carlos de, II 408.
Arajora, ciudad en el monte Parnaso, I 38.
Aramon, Gabriel de Luitz, barón de, embajador francés, I 481. II 360, 361.
Aranda, conde de, II 178.

Aranda, duque de, II 178.
Aranjuez, I 530. II 499, 596.
Ararat, I 49.
Arcos, duque de, I 180 *n. 118*. II 77, 559.
Archipiélago, mar, *ver* Egeo, mar.
Ardèche, región, I 57, 308.
Ardèche, río, I 358.
Ardinghelli, II 405.
Ardres, II 339.
Arenys de Mar, ciudad pesquera de Cataluña, I 189.
Arenys de Munt, ciudad de Cataluña, I 189.
Aresch (Transcaucasia), II 693.
Arezzo, I 370, 371.
Argelia, I 66, 73, 113, 155, 198, 235, 238, 244, 306, 525 *n. 197*, 629. II 178, 182.
Argens, río francés, II 753.
Argos, planicie de, I 84.
Ariano, puerto de, I 390.
Arica, puerto de las minas del Potosí, I 298.
Aristófanes, I 325.
Arkángel, I 225, 256.
Arlés, I 57 *n. 111*, 98, 110, 121, 288, 289, 358, 420, 438. II 471, 748, 756.
Armenia, armenios, I 32 *n. 6*, 62, 63, 130, 142, 216, 254, 262, 447, 521, 747. II 41, 101, 102, 149, 168, 248, 689, 691, 696.
Armenteros, Diego de, visitador, I 839, 840.
Arno, río, I 327, 764.
— valle del, I 79.
Aromunes, pueblo de los, II 168, 174.
Arrás, obispo de, II 355, 402, 420-421.
Arrigo, Agostino, I 354.
Arslan, pachá de Buda, II 513.
Arta, golfo de, I 130.
Arteaga, inquisidor, II 414.
Ártico, océano, I 31, 255, 355.
Artois, I 708.
Arzila, II 707.
Ascoli, I 54, 375.

Ashkenazim (Ascanasi), doctor Salomón, II 662, 672, 673, 680, 681.
Asia Menor (Anatolia), *passim*.
Askenazis (judíos alemanes), II 205.
Asola, I 418.
Asso, Ignacio de, I 131, 510. II 148.
Asti, I 271, 421.
Astorga, I 594.
Astorga, marqués de, II 83.
Astrakán, I 148, 252, 254. II 145, 691.
Asturias, I 55, 64, 402, 779. II 177.
Ataide, don Luis de, virrey portugués, I 734.
Atenas, I 144, 148, 162, 331. II 19.
Athos, monte, II 146.
Ática, I 194 *n. 255*.
Atjeh (Sumatra), I 751.
Atlántico, océano, *passim*.
— islas del, I 704, 805.
Atlas, montes, I 31, 41, 49, 69, 79, 216, 226, 416.
— Alto, I 48.
Aubespine, Sebastian de l', embajador francés, II 403.
Aude, I 185.
Audisio, Gabriel, II 149-150, 789.
Ausburgo, I 264, 276 *n. 181*, 278, 282, 290 *n. 246*, 294 , 418, 483, 634, 680, 719. II 33, 347, 350, 351, 358, 359-360, 369, 376.
— Dieta de, II 38, 352-355, 358.
— paz de, I 277. II 219, 382, 386, 423, 518.
Augusta, II 264, 267, 446.
Auñón, marqués de, I 457.
Aurès, I 40, 124.
Auribeau, I 89.
Australia, II 147.
Austria, austriacos, I 496, 714, 797. II 29, 236, 262, 424.
— Casa de, *ver* Habsburgo.
Auvernia, I 54, 58, 198, 289, 553, 554. II 213.
Auxerre, I 285.
Aversa, I 90, 505.
Ávila, I 43, 536. II 188.
Aviñón, I 288, 342, 358, 491, 499, 654 *n. 228*. II 213, 239.

Avis, Casa de, I 774.
Avogadro, conde Ottavio, II 131.
Ayala, Luys Gaitán de, visitador, I 832.
Ayas Pachá, II 93.
Aydar, agente español, II 680.
Aytona, conde de, II 87.
Azaro, hermano de Mariano, carmelita descalzo, I 736.
Azerbeiján, II 700.
Azevedo, fray Agustinho d', fraile agustino portugués, I 746.
Azevedo, Lucio de, historiador, II 211.
Azof, mar de, I 516. II 543.
Azores, I 140, 203, 221, 295, 302, 307, 308, 408, 749, 774. II 715.
Azpilcueta, Martín de, profesor en la Universidad de Salamanca, I 689.

Ba Hassún, pretendiente a la Corona de Marruecos, II 371, 379.
Baasch, E., historiador, I 402.
Baba Ganje, II 169.
Babalis, Hieronimus Johannes de, I 646.
Bab-Azoum (puerta del sur), Argel, I 416.
Bab-el-Manded, I 731. II 702.
Bab-el-Oued (puerta del norte), Argel, I 416.
Babilonia, I 230, 725. II 20.
Bacchiglione, río, I 101.
Bactriana, I 123.
Badajoz, I 80 *n. 207*, 507. II 137, 411, 713.
Baehrel, René, I 74, 442. II 323, 790.
Baeza (España), II 546.
Bagdad, I 228, 242 y *n. 53*, 343, 420, 741, 745, 746, 747. II 163, 699.
Baglioni, familia, II 125.
Bagnacavallo (Romaña), I 788.
Bahía, cerca de Nápoles, I 82, 160.
Bahrein, I 733.
Bajacet, *ver* Bayaceto.
Baker, Peter, capitán de barco, I 819.
Bakú, II 698.
Balagne, aldea en la región de Calvi, II 472.
Balcanes, *passim*.
Baldinucci, G., II 111.

Balducci-Pegoiotti, Francisco, I 496.
Baleares, islas, I 135, 153, 157, 174, 176, 190, 192, 196, 199, 201, 482, 804, 808. II 27, 276, 306, 341, 393, 457.
Baljandjis, nómadas de los Balcanes, II 168.
Báltico, mar, I 183, 221, 248, 251, 253, 258, 266, 267, 278, 296, 306, 361, 362, 402, 511, 515, 600, 775, 792. II 150, 294.
Ballesteros, A., I 301 *n. 277*.
Bambuk, en el Sudán, I 625.
Banat (Servia), II 113.
Bandello, Matteo, I 44, 56, 57, 97, 206, 215, 319, 327, 342, 406, 441, 447, 531. II 21, 104, 162, 258, 397.
Banduf, Antoine, capitán de un navío marsellés, II 289.
Bantella, Piero del, florentino, I 423.
Barawa, puerto africano, II 702.
Barbari, Cándido di, I 744.
Barbarigo, Agostino, *provveditore*, II 600.
Barbaro, Marco Antonio, I 446.
Barbarroja, hermanos, I 149, 176, 329, 803, 805. II 271, 310, 339, 340, 342, 344, 345, 370, 428, 555, 575, 656, 720.
Barcelona, *passim*.
Bárdenas Reales, estepa aragonesa, I 111.
Bardi, familia de mercaderes de Florencia, I 794.
Bareli, (Barelli), Giovanni o Juan, caballero de Malta, II 660-663.
Bari, duque de, II 87.
Bari, puerto italiano en el Adriático, I 67, 162, 519, 558, 803. II 267, 303.
Barjols, I 89.
Barletta, puerto italiano en el Adriático, I 67, 370, 375, 716. II 265, 267.
Barlovento, flota de, I 710.
Baroccio (Barocchio), Federico, pintor italiano, I 234 *n. 381*. II 236.
Barres, Maurice, I 97. II 105.
Barrois, región de Francia, II 362.
Barros, João de, I 140.
Bartoccio, Bartolomeo, mercader de Umbría que comerciaba en Ginebra, II 154.
Basca (Roggia), I 93.
Basilea, I 271, 294, 394, 569, 641 *n. 142*. II 153 *n. 50*.

Basilicata, provincia italiana, I 52 *n. 84*, 558.
Basora, I 242 *n. 53*, 726, 733, 746. II 701.
Bastelica (Córcega), I 509.
Bastia, II 371, 378, 393, 471.
Bastide, François, II 793.
Bataillon, Marcel, II 32, 152, 408.
Batavia, II 182.
Bathory, Segismundo, príncipe de Transilvania, II 739.
Baudaert, Nicolas, mercader en Inglaterra, I 840.
Bauer, Clemens, II 61, 238.
Bauer, Walter, I 313.
Baulant, Micheline, I 688.
Baviera, bávaros, I 276, 353, 434, 786, 787.
Bayaceto, hijo de Solimán el Magnífico, II 427, 428, 445, 452.
Bayard, Pierre Terrail, señor de, I 250, 431, 530, 716. II 116.
Bayeux, I 312. II 146.
Bayona, I 182, 286, 474, 778. II 212, 241, 486, 497, 498, 499, 500.
Bazán Álvaro de, marqués de Santa Cruz, I 408. II 274, 290, 413, 465, 476, 486, 487, 490, 496, 574, 596, 643, 652, *ver también* Santa Cruz, Álvaro de Bazán, marqués de.
Bearne, I 47 *n. 62*, 477, 513, 554. II 152, 747, 748.
Bearne, Enrique de, *ver* Enrique IV.
Beaucaire, I 286, 289, 358.
Beaurevoir, II 391.
Beauvais La Fin, Jacques de, II 751.
Beckers, C., II 97.
Beduinos, I 231, 236, 239, 245.
Beira, I 529.
Beirut, I 113, 184, 396, 406, 517 *n. 164*, 521, 719, 810. II 161.
Beja, llanura de (Túnez), II 555.
Belgrado, I 252 *n. 78*, 335, 421, 511, 784. II 19, 21, 24, 30, 90, 124, 160, 328, 515, 737.
Beloch, Karl Julius, I 540, 542, 543.
Belon du Mans, Pierre, I 33, 77, 134, 135, 143, 233, 244, 320, 337, 340, 476, 478, 727, 728, 729. II 20, 206, 209, 219, 261, 292.
Beltrami, Daniele, I 312- 313, 541 *n. 269*.
Bellay, Joachim du, II 397.
Bellet, George de, capitán de un galeón, I 411.

Bellièvre, canciller, II 767.
Bembo, Alvise, *provveditore* veneciano, I 83, 170.
Benavarre, I 78 *n. 201*.
Benavides, empleado judío de la cancillería turca, II 680.
Benevento, I 370, 375. II 109, 127.
Bengala, I 243.
Beni larba, tribu nómada, I 231, 235.
Bennassar, I 545.
Bentivoglio, Alessandro, I 258.
Bentivoglio, familia, II 125.
Bentomiz, sierra de, II 562.
Bérard, Victor, I 54, 370, 471.
Berbería (África del Norte), *passim*.
Berberiscos, corsarios, I 151, 155, 158, 169, 194, 198, 202, 531, 592, 622, 623, 624, 794, 803, 825, 834. II 250, 266, 270, 286, 294, 295, 303 y ss., 341, 370, 427, 429, 455 y ss., 478, 560 y ss., 640, 784.
Beréberes, I 41, 46, 204, 445.
Bérgamo, *bergamaschi*, I 56, 61, 271, 273, 283, 450, 505, 527, 587, 745. II 525.
Bergier, Jean-François, I 278.
Berkovitsa, II 92.
Bermeja, sierra, II 176.
Bermejo o Vermejo, nombre usado por el enviado de Antonio de Borbón a Madrid, II 474.
Bermúdez de Pedraca, Francisco, historiador, I 42.
Bernabé, padre, superior de los capuchinos, I 331.
Bernáldez, Andrés, historiador de los reyes católicos, II 207.
Bernard, Étienne, agente real en Marsella, II 756.
Bernia, sierra de, I 37.
Bernon, Galeazzo, agente español en Constantinopla, II 771.
Berre, II 748.
Berry, I 289.
Bertholoti, Alexio, bandido, II 133.
Bertucci, Francesco Antonio, capuchino, II 67.
Berzighelli, mercaderes florentinos, I 794.
Besançon, I 651, 654 *n. 228*, 667 *n. 281*, 792. II 59.
— ferias de, I 301, 426, 504, 614 *n. 10*, 667, 668, 670, 792.

Besarabia, I 246.
Bética, I 30, 40 *n. 45*, 105, 176.
Beutin, Ludwig, I 830.
Biachinelli, mercaderes florentinos, I 794.
Biachorali, mercaderes florentinos, I 794.
Bialogrado, *ver* Aqkerman.
Bianchini, L., historiador, I 757, 768, 769. II 74, 88.
Biandrato, Alonso, hereje, II 154 *n. 58*.
Biguglia, llanura corsa, I 78.
Bilbao, I 69, 120, 419, 654, 775.
Binet, padre, I 392.
Biot (Provenza), I 89.
Biraga (Roggia), I 93.
Biraghi (Birague), familia, II 591.
Birka, cerca de El Cairo, I 239.
Biskra, I 66. II 555.
Bitonto, ciudad de Apulia, I 67.
Bizancio y bizantinos, I 48, 106, 148, 156, 172, 176, 212, 217, 455, 615. II 9, 15, 20, 38, 96, 97, 167, 168, 689.
Bizerta, I 174, 178. II 291, 315, 345, 574, 595, 620, 625, 640, 645, 647, 655.
Blanco, cabo, I 622.
Blanchard, Raoul, I 36.
Bloch, Marc, I 47, 512, 777.
Bloch-Wartburg, I 131.
Blois, I 483. II 358, 609.
Boccaccio, Giovanni, I 326, 531. II 285.
Bocksai, Stephen, II 741.
Bocognano (Córcega), I 509.
Bodenham, Roger, capitán de barco, I 812.
Bodin, Jean, filósofo político, I 689. II 65.
Bogdiana, I 381, 765.
Bogiascho, cerca de Génova, II 143.
Bohemia, I 253, 277, 280, 457, 513, 544. II 209, 236, 253, 329, 353, 382, 424.
Boisseron, cerca de Lunel, II 106.
Boistallé, II 451.
Bolgara (Roggia), I 93.

Bolonia, I 66, 173, 264, 319, 325, 371, 419, 454, 476, 546, 548, 549, 794. II 61, 91, 234, 237, 390, 793.
Bolzano, I 271, 505. II 253.
Bomino, marino de Chioggia, II 571.
Bon, Alessandro, I 101.
Bon, cabo, I 336. II 277.
Bona (Argelia), I 150, 174 *n. 111*, 331, 416, 620. II 274, 278, 307, 340, 343, 463, 555, 729.
Bongars, Jacques, II 264.
Bonifacio, II 372, 373.
Bontempelli, Hieronimo y Antonio, I 749.
Bonvisi, *ver* Buonvisi.
Borbón, Antonio de, rey de Navarra, II 473-475.
Borbón, Enrique de, *ver* Enrique IV.
Borbonesado, II 752.
Borghese, cardenal Camillo, I 134 *n. 8*. II 81.
Borghese, familia, I 103.
Borgoña, borgoñeses, I 57 *n. 118*, 158, 285, 287, 288, 438, 764. II 32, 77, 106, 354, 362, 520, 757, 760.
Borja, don J. de, II 190.
Borlandi, Franco, I 789.
Borlotti, G. Steffano y Michel Ángelo, I 659.
Borromeo, cardenal Federico, arzobispo de Milán, I 39 *n. 40*. II 462.
Borromeo, conde Federico, II 480 *n. 270*.
Borromeo, conde Ludovico, II 105.
Borromeo, san Carlos, I 39 *n. 40*. II 239, 502.
Bosco, cerca de Alejandría (Italia), II 503.
Bósforo, I 264, 327 *n. 92*, 341, 463, 465, 466. II 677.
Bosio, «burgués» de Malta, II 361.
Bosnia, I 72 *n. 177*, 315, 380, 381, 421. II 17, 19, 113, 516, 734.
Botero, Giovanni, I 253, 423, 426, 493, 528, 529, 532. II 11, 220, 284.
Bouc, puerto francés, I 420.
Boulogne, II 349, 351, 357, 358.
Bourg, Claude du, I 497- 498. II 567, 568, 589, 663, 679.
Bourgeois, Émile, II 283, 764.
Bourget, lago de, I 273.
Boyardos, los, I 60.
Brabante, I 573. II 353.

Bradi, Lorenzo di, I 60.
Bragadino, Antonio, I 739.
Bragança, Constantino de, virrey portugués, I 400.
Braganza, Casa de, II 709.
Braganza, Catalina, duqueza de, II 709.
Brailía, II 739.
Brandeburgo, II 525.
Brantóme, Pierre de Boudeille, señor de, I 293. II 242, 243, 493, 512.
Brasil, I 137 y *n. 18*, 204, 295, 296, 298, 402, 414, 447, 454, 628, 635, 717, 808, 834 *n. 547*, 842. II 66, 133, 204, 234, 715, 716.
Brasov (Rumania), I 277.
Bratianu, G. I., II 164.
Bratli, Charles, historiador, II 405, 407.
Brea, Pedro, empleado de la cancillería turca, II 680.
Brederode, Hendrick van, II 519.
Bremen, I 268, 269, 277. II 356.
Brémond, general, I 175, 232.
Brennero, I 223, 269, 274, 374, 420, 434. II 368.
Brenta, río, I 448.
— valle del, I 271.
Brentano, banqueros de Fráncfort, I 61.
Brenzio, Val di, en los Alpes milaneses, I 61.
Brescia, brescianos, I 44, 57 *n. 109*, 86, 88, 271, 343, 431, 450, 505, 527, 574- 576, 603. II 226.
Breslau (Wroclaw), I 259, 264, 279.
Bresse, II 764.
Bretaña, I 289, 511, 806. II 48, 288, 364, 613, 716, 743, 757, 760, 766.
Bréton, le, abogado marsellés, II 758.
Bretones, I 107, 183, 286, 340, 394, 775, 776, 793 *n. 805*, 814, 837.
Bréves, François Savary de, embajador, I 76, 555 *n. 332*.
Briare (Francia), I 285.
Briatico, conde, gobernador provisional de la provincia de Calabria, II 128.
Brielle, en la isla de Voorn, en la desembocadura del Mosa, II 539, 611, 612, 622.
Brinckmann, A. E., historiador, II 234.
Brindisi (Brindis), I 8 *n. 207*, 162. II 264, 267, 512.

Briones, Juan de, agente español, II 680.
Briscon, fuerte de, II 745.
Brissac, Charles I de, conde y después duque de, II 363, 377, 395.
Bristol, I 809, 810, 829. II 763.
Brito, G. de, *ver* Gomes de Brito, Bernardo.
Bronzino, II 102.
Brosses, presidente Charles de, I 104.
Bruca (Brucoli), *caricatori* siciliano, I 766.
Brujas, I 249, 299, 383, 390, 396, 399, 499, 515, 635, 775.
Brugnon, Didier, I 227, 239.
Brulez, Wilfred, I 383, 589.
Brunhes, Jean I 150, 315.
Bruno, Giordano, II 154.
Brusa, *ver* Bursa.
Bruselas, I 233, 476, 478, 483. II 270, 345, 353, 381, 384, 388, 402, 404, 422, 431, 521, 610, 612.
Bruti, Aurelio, agente español, II 672, 680.
Bucarest, I 239 *n. 45*. II 739.
Bucer, Martín, protestante, II 365.
Buda (Hungría), I 252 *n. 78*, 483. II 21, 52, 513, 514, 733, 737.
Budwitz, I 250 *n. 71*.
Buena Esperanza, cabo de, I 137, 295, 297, 301, 661, 718. II 22, 66.
Buenos Aires, I 298.
Bugía, I 66, 152, 185, 619. II 165, 221, 274, 275, 340, 379, 380, 430, 650, 729.
Bul, I 728.
Bulgaria, búlgaros, I 36 *n. 27*, 38, 94 *n. 255*, 97, 98 *n. 262*, 367, 421, 479, 770. II 19, 92, 133, 168, 172-174.
Buonaccorsi, mercaderes de Florencia, I 794.
Buondelmonti, caballero florentino, I 36 *n. 26*.
Buonvisi, mercaderes de Lyon y Luca, I 794.
Burckhardt, Jacob, I 242. II 233, 241.
Burdeos, I 476, 724. II 212, 592, 611, 613, 760.
Burghley, William Cecil, lord, I 638. II 536, 610, 765.
Burgo, El, posición fortificada de Malta, II 489, 496.
Burgos, I 69, 120, 298, 339, 419, 429, 457, 475, 483, 491 *n. 65*, 536, 640, 643, 654, 775, 779. II 54, 58, 81, 100, 101, 124, 138, 277 *n. 102*.

Bursa (Brusa), Turquía, I 33, 77, 374, 381, 685. II 25, 90, 741.
Busbec, Augier (Ogier) Ghiselin de, embajador imperial en la Corte de Solimán II, I 33, 78, 130, 318, 320, 366, 511, 530, 532. II 21, 149, 199, 262, 445, 446, 515.
Buscio, Corrado del, profesor de leyes, I 607.
Buschia, doctor, agente español en Ragusa, II 448.
Busch-Zantner, R., I 785. II 22, 97.

Cabilia, Cabilias, I 30, 31, 36, 39, 40, 44, 129, 326, 445, 629. II 165, 430, 555.
Cabo Verde, islas, I 203, 749.
Cabrera, población de pescadores de Cataluña, I 189.
Cabrera de Córdoba, Luis, I 360. II 300.
Cabrières, I 41 *n. 49*.
Cabries, villa catalana, I 189.
Caccia, Giulio del, agente florentino en Madrid, II 640, 652.
Cádiz, I 154, 176, 191, 302, 340, 388, 398, 400, 402, 403, 482, 496, 661, 706, 776, 794, 802, 809, 812, 814 *n. 462*, 815, 816, 817 *n. 479*, 818, 820, 840, 842. II 276, 430-431, 465, 706.
Cachemira, I 221, 492.
Cadore, región de Venecia, I 445.
Caffa, I 144, 145, 252, 258, 455, 577 *n. 163*. II 509, 698.
Çafra, *ver* Zafra.
Cagliari, I 198, 411, 508, 827 *n. 525*.
Cahours (norte de África), II 728.
Caillé, René, I 238.
Cairo, El, I 229, 231, 239, 242, 343, 368, 483, 517, 532, 661, 713, 725, 727, 728, 732, 741. II 22, 52, 101, 161, 195, 220, 222, 720, 726, 730.
Calabria, I 37, 47, 111, 121, 186, 359, 505, 567. II 20, 54, 55, 112, 113, 123, 125-130, 197, 305, 393, 441, 556, 599, 775.
Calais, I 249, 392, 480, 483, 822 *n. 493*. II 376, 392, 405 nn. 760, 767.
Calanda (España), II 191.
Calatrava, Orden Militar de, I 119, 776. II 86.
Calcuta, II 182.
Caldagno, Francesco, erudito, I 116.
Caldea, I 130.
Caldeira, familia portuguesa, I 743. II 218.

Calderina, sierra de la, I 507.
Caldetas, pueblo pesquero de Cataluña, I 189.
Calicut (Kozhikode), I 581, 719, 728, 729, 734, 746.
California, I 364.
Calignano, II 267.
Calvi, I 60. II 372, 374, 378.
Calvino, Jean, I 474.
Calvo, Bartolomeo, I 644.
Calvo, Jacopo, corsario siciliano, II 303.
Callot, Jacques, II 123.
Camarasa (Cataluña), I 90.
Camaré (Vaucluse), I 288.
Camarga, I 78 *n. 199*, 98 *n. 263*, 104, 110, 358.
Camboya, I 242, 728.
Cambrai, II 760.
— Liga de, II 210.
Camões, Luis Vaz de, I 215, 11 633.
Camonica, Val di, I 577.
Campana, II 432.
Campanella, I 359. II 113.
Campodimeglio, Gieronimo, genovés cautivo en Argel, II 143.
Canal, Cristoforo da, almirante veneciano, I 181.
Canal, Fabio, almirante veneciano, I 511.
Cananor (India), I 728.
Canarias, islas, I 203, 204, 217 *n. 233*, 295, 302, 749, 777. II 46, 464.
Canaye, Philippe de, aristócrata inglés, señor de Fresne, I 76, 164, 755. II 198, 212, 630, 638.
Candía (Creta), cretenses, *passim*.
Canea (Khania), La, Candía, I 783. II 599.
Canete, Juan, valenciano, capitán de un bergantín, II 296.
Canfranc, provincia de Huesca, I 512, 633.
Canisia, fortaleza en Hungría, II 736 *n. 76*.
Cannes, II 750.
Cano, Tomé, I 134, 708. II 66.
Cántabra, costa, I 296, 316, 712. II 79.
— montañas, I 41. II 175.
— puertos, I 594.
Cantacuceno, Miguel, II 59, 101.

Cantal, I 54.
Cantarana (Rosellón), I 98.
Cantimori, Delio, II 155.
Cañadas, Felipe, corsario, II 303.
Caparso, marqués de, agente del virrey de Nápoles en Constantinopla, II 527 y *n. 108*.
Capitanata, provincia italiana, I 558. II 510.
Capmany y de Montpalau, Antonio de, I 427.
Capodistria, II 217.
Capoliveri (Elba), II 371.
Capponi, familia, I 424, 659, 794.
— banco de, I 654 *n. 228*.
Capri, II 307.
Capriola, sierra (en la Capitanata), II 510.
Capua, I 87, 306.
Capucin charitable, Le, I 443.
Caracciolo, pintor, II 240.
Carcciolo, san Francisco, fundador de los clérigos menores regulares, II 239.
Caraffa, Carlo, cardenal, II 388, 503.
Caraffa, familia, II 386-388.
Carande, Ramón, I 398, 537.
Carcacandella, Anadrea, mercader griego de Constantinopla, I 262.
Carcasona, II 746.
Carces, conde de, II 468, 750.
Cardona, Juan de, comandante de las galeras sicilianas, II 489, 544, 621, 643, 651.
Carg, Thomas, agente de los Fugger en España, I 680.
Caribrod, cantón de Bulgaria, II 172.
Carintia, provincia de, II 732.
Carlos, archiduque, II 516.
Carlos de Lorena, *ver* Lorena, Carlos de.
Carlos, don, hijo de Felipe II, I 33. II 399, 420, 500, 538.
Carlos Emmanuel I, duque de Saboya, II 749, 750, 754, 761, 764.
Carlos II, rey de España, II 221 *n. 339*.
Carlos III, rey de España, I 106 *n. 286*.
Carlos V, emperador de Alemania y I de España, *passim*.
Carlos VI, rey de Francia, I 203.

Carlos VII, rey de Francia, I 451.
Carlos VIII, rey de Francia, I 82, 458, 515, 542. II 10, 12, 87, 146, 249, 328.
Carlos IX, rey de Francia, I 162, 205, 258, 342, 475, 476 *n. 16*, 491, 686, 765. II 127, 410, 515, 549, 590-593, 614, 615, 616, 619, 636, 643, 709.
Carlota, La, I 96 *n. 258*, 106 *n. 286*.
Carmelita, Orden, I 43. II 156, 239.
Carniola, provincia de, I 70, 171. II 283, 733.
Çarnota Bey, II 660, 661.
Caro Baroja, Julio, II 183, 191.
Cárpatos, II 171, 736, 737.
Carpentras, I 285.
Carrara, señores de, I 429.
Carrera de Indias, la, I 300, 399, 596, 802, 838.
Carreto, Alfonso de, II 76.
Carrillo, Juan de, secretario de la Inquisición de Toledo, II 188.
Carsan mosieur, rico propietario de Uzés, II 106.
Cartagena (España), I 154, 209, 332, 340, 403, 408, 478, 482, 486, 595, 648, 708, 736, 764, 807, 808, 820. II 119, 270, 276, 279, 373, 461-463, 470, 487, 490, 533, 595.
Cartago, cartagineses, I 156, 160, 176, 219, 531. II 142, 654.
Casa, Giovanni della, II 387.
Casa de Indias, I 596, 741.
Casa de la Contratación, I 106, 400, 580, 664, 666, 679, 683. II 413.
Casal Monferrato (Piamonte), II 377.
Casalmaggiore (Lombardía), I 514.
Casaulx, Charles de, II 753, 759.
Cascais, en la orilla norte del Tajo, II 713.
Casibilde, provincia de Siracusa, II 488.
Casitérides, islas (Sicilia), I 295.
Caspio, mar, I 124, 251, 253, 255, 731, 747. II 145, 543, 689, 691, 696, 698, 700, 718.
Cassis (Provenza), I 189. II 288.
Castelfranco (provincia de Treviso), II 217.
Casteline, Giovanni, agente italiano en Constantinopla, II 771.
Castelnuovo, presidio en Albania (ahora, Erceg Novi), II 259, 428, 509, 511, 570, 782.

Castellammare, puerto siciliano, I 766. II 268.
Castelleto (Monferrato), II 223.
Castello, Bartolomeo, transportista, I 279.
Castello, Giovanni Battista, arquitecto de Bérgamo, I 56.
Castellón, marqués de, II 133.
Caster, Gilles, II 324, 793.
Castiglione, lago italiano, I 85 *n. 226*.
Castiglione della Pescaia, provincia de Grosseto, II 371.
Castilla, castellanos, *passim*.
— la Nueva, I 68, 505, 507, 627, 684, 731, 749, 779. II 187.
— la Vieja, I 68, 339, 510, 684. II 175.
Castilla, almirante de, II 79, 80.
Castilla, gran comendador de, *ver* Requeséns, don Luis de.
Castilla, gran condestable de, I 388, 474. II 79.
Castillo Pintado, Álvaro, I 538. II 47, 57.
Castro, Américo, II 111, 154, 230.
Castro, fortaleza de (posesión del duque de Parma), I 762. II 265, 639.
Catalina, hermana de Enrique IV de Francia, II 747.
Catalina de Médicis, *ver* Médicis, Catalina de.
Cataluña, catalanes, *passim*.
Catania (Sicilia), I 90, 543, 766, 800. II 265, 266, 268, 300, 660.
Catanzaro (Calabria), I 111.
Cateau-Cambrésis, tratado de, I 136, 215, 218 *n. 234*, 275, 336, 783. II 110, 284, 328, 394-399, 415, 423, 426, 428, 467, 472, 477, 767.
Catelet, Le, II 391.
«Cathay», I 813.
Católicos, reyes, *ver* Fernando el Católico e Isabel de Castilla.
Cattaro, I 83, 163, 370, 378, 486 *n. 51*, 495, 571. II 259, 509, 510, 570, 632, 666.
— golfo de, I 162, 184.
Catti, Giovan Andrea, notario de Venecia, I 385.
Cáucaso, I 31, 36 *n. 27*, 42, 54 *n. 97*, 62, 213, 249, 251, 356, 747. II 543, 689, 694, 696, 698, 700.
Cavalcanti, Guido, I 82 *n. 214*.
Cavalla, I 141 *n. 29*, 766 *n. 256*. II 52.
Cavendish, familia, I 402. II 110.
Cavour, conde Camillo, I 94.
Caxa de Leruela, Miguel, I 562.

Caxino, cabo, I 151, 154.
Cayano, Domenego de, mercader de Pera, II 529.
Çayas, *ver* Zayas.
Cayto Ramadán, renegado sardo, gobernador de Túnez, II 556.
Cazalla, doctor Agustín, judío converso, capellán de Carlos V, II 408.
Cecil, familia, II 110.
Cecil, William, *ver* Burghley, lord.
Cefalonia, I 163, 195, 605, 821. II 145, 259, 625, 629, 632, 635.
Cefalú (Sicilia), II 268.
Ceilán, I 615, 751.
Celino, Livio, II 667.
Cellano, condado de, II 87.
Celle, cerca de Génova, II 307.
Cellini, Benvenuto, I 103, 697. II 134.
Cenis, Mont-, I 269, 272, 273, 286.
Centurione, Adamo, mercader genovés, I 555 *n. 332*. II 493.
Centurione, Luciano, I 639 *n. 130*.
Centurione, Marco, II 462, 479, 480 *n. 270*.
Centurione, Ottavio, I 651.
Centurione, Paolo, I 255 *n. 99*.
Centurione, Vincenzo, I 659.
Cerda, don Luis de la, II 83.
Cerda, Juan de la, *ver* Medinaceli, duque de.
Cerdaña, condado de, II 745.
Cerdeña, sardos, *passim*.
Cerigo (Kíthira), isla griega, I 656. II 300, 492, 625, 627, 628.
Cerigotto (Andikíthira), isla griega, II 300.
Cernomen, batalla de (sobre el Maritza), II 19.
Cervantes, Miguel de, I 55, 60, 68, 194, 361, 366, 374, 453, 529, 715. II 60, 119, 124, 149, 242, 243, 285, 462, 630, 633.
Cervelló (Cataluña), I 90.
Cervellon, Gabrio, ver Serbéllone, Gabriele.
César, Julio, I 219. II 645, 714.
Cesi, cardenal, II 585.
Cesino, isla dálmata, II 259.
Cetatea Alba, ver Aqkerman.
Ceuta, I 140, 153, 155 y *n. 55*, 619, 621, 804. II 47, 278.
Cévennes, I 5, 58, 94 *n. 255*, 567.

Chaabia, I 234.
Chabats, en el río Save, II 515.
Chabert, Alexandre, historiador, I 690.
Chalon, Philibert de, I 451.
Chalon-sur-Saône, I 285.
Chambéry, I 285, 654 *n. 228*, 668. II 762.
Chambord, tratado de, II 365.
Champaña, I 286. II 221.
— ferias de, I 270, 292, 299, 425, 504. II 221.
Chamson, André, II 789.
Chancellor, Richard, navegante inglés, I 225, 812, 813.
Chantonnay, Thomas Perrenot de, embajador de Felipe II, I 474, 487, 808. II 264, 506, 530, 531, 574, 582.
Chantung, I 493.
Chaouch, Achmet, *ver* Achmet Chaouch.
Charrière, E., II 668, 683.
Chartres, I 487.
Chateaubriand, François-René de, I 60, 130, 197 *n. 181*, 315, 331.
Chaton, Étienne, mercader francés, I 806.
Chaul, posesión portuguesa en la India, I 746.
Chaunu, Pierre, I 296. II 326.
Chaunu, Pierre y Huguette, I 389, 393.
Chauch Pachá, II 686, 697.
Chavigni, Jean Aimé, II 67.
Cherchell (Argelia), I 185, 376. II 274, 457.
Cherranola, marismas de (cerca de Capua), I 86.
Cherso, isla dálmata, *ver* Querso.
Chiana, Val di, I 65, 85, 86. II 379.
Chiaravalle, I 93.
Chiavenna, I 271, 273.
Chieri (Piamonte), I 287. II 363.
Chiítas (shiites), II 165, 254, 692.
Chile, I 297.
China, chinos, I 50, 63, 80, 203, 220, 223, 224, 238, 243, 298, 398, 493, 615, 661, 709, 728, 751, 835. II 147, 163, 164, 225, 285 *n. 127*.
Cinchón, conde de, II 190.
Chioggia, I 787. II 571.

— laguna de, I 310.
Chipre, *passim*.
Chott-el-Hodna, I 66.
Chur (Coir), I 271.
Cícladas, I 310.
Cid, Nicolás, tesorero del ejército de Lombardía, II 425.
Ciervos, isla de los, II 628.
Cigala, almirante turco, I 408, 656. II 699, 719, 774, 775, 779, 781, 782.
Cigala, corsario cristiano, padre del almirante turco del mismo nombre, II 289, 440, 719.
Cigala, Domenico, genovés de dudosa identidad, II 442.
Cilicia, I 125, 370.
Cipolla, Carlo M., I 696. II 63, 65, 322, 793.
Circasianos (Kirguises, tcherkeses, cherkeses), I 446 *n. 305*. II 41, 690.
Cirenaica, I 309.
Cirini, II 439.
Cisneros, cardenal Francisco Jiménez de, I 478. II 27, 176.
Ciudad Real, I 507.
Ciudad Rodrigo, II 43.
Ciudadela (Menorca), I 202 *n. 193*. II 393.
Civitavecchia, I 159, 194, 209, 289, 807, 816, 818. II 490, 602.
Clara Isabel Eugenia, hija de Felipe II, I 498. II 764, 784.
Clamor, canal de, I 90.
Cleinhaus, familia de transportistas, I 279.
Clemente VII, papa, II 63, 235.
Clemente VIII, papa, II 762, 763, 765.
Clements, Joseph, agente mercantil inglés, I 822.
Clifford, *ver* Cumberland, conde de.
Clissa, posesión turca en Croacia, I 380.
Coca (España), I 514.
Cocaine, Richard, dueño de un barco inglés, I 827 *n. 527*.
Cochin, al este de la India, I 497.
Codalia, en la costa cántabra, I 316.
Codignac, embajador francés, II 377.
Coeck d'Alost, Pierre, viajero flamenco, I 76.
Coimbra, II 714.

Coir, *ver* Chur.
Colbert, Jean-Baptista, I 291, 423. II 68.
Coligny, Gaspard de, almirante, II 387, 391, 523, 541, 590, 615, 617-618, 633.
Colón, Cristóbal, I 60, 83, 297, 400, 693. II 27, 233, 280.
Colón, Luis, II 280.
Colonia, I 274, 278, 283, 284, 290 *n. 246*, 459, 638 *n. 124*. II 195.
Colonna, cardenal Giovanni, I 82.
Colonna, Marcantonio, virrey de Sicilia, I 151, 760. II 54, 127, 307, 451, 578, 580, 581, 600, 604, 626, 627, 629, 632.
Colonnes, cabo de, II 639.
Colleone, familia de Bérgamo, I 56 *n. 108*.
Collio di Valnopia, villa alpina, I 603.
Collo (norte de África), I 330.
Comacchio, ciudad de la Emilia, I 180.
Commynes, Philippe de, I 160, 319. II 10.
Como, I 271, 428, 437, 551. II 503.
Como, lago, I 61, 93.
Comores, islas, I 831.
Comorn, fortaleza húngara, II 264.
Compagni, Compagno, I 652 *n. 219*.
Compañía de las Indias Orientales (holandesa), I 831.
Condé príncipe de, II 499, 523, 535, 541.
Conegliano (Venecia), II 217.
Conich, Blas Francisco, ragusino establecido en el Perú, II 142.
Conil, ciudad en la costa atlántica de España, I 181 *n. 118*.
Conique, Francisco de, mercader de Inglaterra, I 840.
Constantina (norte de África), I 32 *n. 6*, 374, 619. II 136, 161, 162, 555.
Constantino, judío converso, II 408.
Constantino VII (Porfirogeneta), I 38 *n. 36*.
Constantinopla (Estambul), *passim*.
Constanza, I 250, 290 *n. 246*.
— lago de, I 273.
— concilio de, II 61.
Contarini, Alessandro, caballero veneciano, I 814.
Contarini, Francesco, embajador veneciano en Londres y luego en Constantinopla, I 480.

Contarini, Giustiniano, caballero veneciano, I 814.
Contarini, Leonardo, embajador veneciano en Viena, II 455, 515.
Contarini, Nicolo, I 378 y *n. 55*, 379, 381.
Contarini, Pandolfo, *provveditore* veneciano, I 166 *n. 89*.
Contarini, Tommaso, capitán general de la mar, I 133 *n. 3*.
Contarini, Tommaso, embajador veneciano en Inglaterra, I 574.
Contreras, Alonso de, I 452. II 134, 291, 303, 775.
Córcega, corsos, *passim*.
Córdoba (España), I 78 *n. 205*, 96 *n. 255*, 106 y *n. 286*, 152, 370, 429, 485, 546, 572, 573, 577. II 176, 243, 278, 421, 546, 554, 557, 576.
Córdoba, Gonzalo Fernández de, el Gran Capitán, II 28.
Coreysi, Bartolomé, renegado marsellés, II 780.
Corfú, *passim*.
Corinto, I 560. II 625, 626.
Coriza (Albania), llanura de, II 96, 97.
Corna, Ascanio della, II 492, 507.
Cornaro, Andrea, mercader veneciano, I 519.
Corneto (Estado pontificio), I 762, 765.
Cornoça, Juan de, cónsul español, I 335.
Cornovi, Antonio, mercader veneciano, I 519.
Cornoza, Thomas, cónsul español en Venecia, I 757.
Corón, posesión veneciana en la costa griega, I 112, 178, 723. II 428, 723.
Corona, Filipo, corsario siciliano, II 303.
Correggio, II 235.
Correr, Giovanni, mercader veneciano, I 519.
Corsi, Jacopo y Bardo, importantes mercaderes florentinos, I 756.
Corsini, Bartolomeo, I 756.
Corsini, familia de mercaderes florentinos, II 99.
Corso, cabo, I 159, 184, 191, 290, 377. II 149, 316, 373, 374.
Corso, Francisco Gasparo, agente español, I 52, 209.
Corso, Hassan, rey de Argel, I 61 *n. 132*, 209. II 389, 429, 430, 460, 477, 487.
Corso, Sampiero, I 209. II 371, 373, 374, 452, 453, 454, 455, 459, 467-472, 481, 533.
Corso, Thomas, hermano de Francisco Gasparo, I 210 *n. 221*.
Corso, Tomás (Thomas Lenche, también llamado), II 469.

Corte (Córcega), II 372, 467, 471.
Cortés, Hernán, II 80, 276.
Coruña, La, I 302.
Corvaja, Giulio Battista y Pietro, corsarios sicilianos, II 303.
Corvati, Juan Bautista, banquero italiano, I 650.
Cosacos, I 142 y *n. 32*, 252 y ss., 260. II 731, 732.
Cosenza, I 51.
Cosmópolis, *ver* Portoferraio (Porto Ferraio).
Costa, Agostino, I 572.
Costa, Manuel da, mercader portugués, I 842.
Cotentin, II 113.
Cotswolds (Inglaterra), I 585.
Courteville, de, II 403.
Couture de Martigues, capitán de barco, II 289.
Covarrubias de Leyva, don Diego, II 43.
Covarrubias de Leyva, Sebastián, II 43.
Cracovia, I 258, 259, 260, 261, 262, 263, 265, 279, 294, 316, 491, 686.
Craponne, Adam de, ingeniero hidráulico, I 88 y *n. 236*.
Crato, prior de, *ver* Antonio, Dom.
Crau (Provenza), I 88 *n. 236*, 110, 121, 531.
Crea (Cabilia), I 31, 32.
Crema, II 115.
Cremona, I 88, 283, 527. II 153.
Crespy-en-Laonnois, tratado de, II 338, 342.
Creta, *ver* Candía.
Creus, cabo de, I 330.
Crimea, I 48 *n. 68*, 80 *n. 207*, 141, 145, 197 *n. 181*, 252, 309. II 55, 542, 543, 696, 699.
Croacia, I 71, 171. II 160, 167, 262, 263, 516, 732, 733, 734, 738, 742.
Croce, Benedetto, II 794.
Croix-Haute, paso, I 285.
Cromwell, Oliver, I 512. II 212.
Crotona (Cotrone), puerto calabrés, II 267, 446.
Cruzzini (Córcega), I 508.
Cuacos, villorrio extremeño, II 412.
Cuba, II 216.

Cuco, reino de, *ver* Cabilia.
Cuenca, I 118, 429, 433, 507, 577. II 43, 85.
— obispo de, II 650.
Cuerno de Oro (Constantinopla), I 463, 464, 465. II 311.
Cueva, Alonso de la, II 440.
Cugnaletta, *ver* Acuña, don Martín de.
Cumberland, George Clifford, conde de, I 302, 400.
Curenzi, Juan, agente de Granvella, II 663.
Curzola (Dalmacia), II 599.
Cvijić, J., I 38, 70 *n. 175*, 73, 374. II 97, 159, 167.
Cyrille Lascaris, II 200 *n. 235*.
Daguerre, Christine, *ver* Sault, duquesa de.
Daguestán, II 691, 696, 698.
Da Lece, Michel, mercader veneciano, I 623.
Dalmacia, *passim*.
Dall'Erba, Giovanni, I 372.
Damasco, I 128, 363, 505, 725, 741. II 22, 124, 741.
Damieta (Egipto), I 750.
Dandolo, Andrea, baile veneciano, I 772.
Dandolo, Marco, embajador veneciano, I 272.
Danser, Simón, de Dordrecht, II 310, 311.
Dante Alighieri, I 82 *n. 214*. II 196.
Dantisco (Johannes Dantiscus), embajador de Segismundo, rey de Polonia, I 219, 270, 296, 316.
Danubio, I 78, 216, 223, 224, 253, 257, 372, 766. II 19, 155, 160, 167, 168, 248, 263, 508, 515, 516, 731, 737, 739, 742.
— llanuras del, I 765.
— provincias danubianas, I 421. II 98, 146, 174, 261-264, 740.
— rutas danubianas, II 146, 240, 261-264.
Danzig (Gdánsk), I 79, 183, 250, 253, 259, 260, 261, 262, 263, 267, 270, 283, 285, 405, 752, 793, 794, 828, 829. II 691.
Dardanelos, II 581, 601, 604, 638, 781.
Darién (Tripolitania), II 431, 433.
Daroca (Aragón), I 509.
Dartmouth, I 400.
Davanzati, I 672, 695.
Dávila, Sancho, "capitán general de la costa" de Granada, II 270, 714.

Dax, obispo de, I 765. II 410, 428, 593, 604-605, 607, 608, 614, 633, 634, 635, 664, 665, 666, 667.
Decker, Heinrich, I 40.
Delbrück, Hans, I 175. II 117.
Delfinado, I 47 *n. 62*, 76, 530. II 106, 113, 132, 743, 744, 745, 757.
Delos, isla griega, I 354.
Delumeau, Jean, II 139.
Dely, Hasán, II 555.
Demético, intérprete greco-árabe en París, II 358.
Denia, Marqués de, II 193.
Derbent, puerto ruso en el Caspio, II 145, 694, 696, 698.
Dermigny, Louis, II 39.
Dévoluy, macizo en los Alpes del delfinado, I 110.
Deza, don Pedro de, presidente de la Audiencia de Granada, luego cardenal, II 184, 549.
Diablo, Castillo del, II 693.
Díaz, Alonso y Juan, hermanos, II 155.
Díaz, Hernández, II 154.
Dieppe, I 252 *n. 77*, 254, 808, 814, 822 *n. 493*. II 290, 521, 609.
Dijón, I 285. II 354, 752.
Dillingen, I 275.
Dimitri, *ver* San Demetrio, día de.
Dinamarca, I 404, 712.
— estrecho de, I 259.
Dináricos, Alpes, I 30 *n. 1*, 31 y n. 2, 39 *n. 41*, 71, 161, 269, 357 *n. 212*, 415, 446, 532. II 160, 168, 262.
Di Tocco, Vittorio, historiador, I 215.
Diu, I 242, 414, 723, 746. II 145, 342, 701, 702.
Djafer Pachá, jefe de la fuerza expedicionaria turca en Persia, II 698.
Djeble (Siria), I 505.
Djedda, (Judá), I 232, 727, 729.
Djemilah, en el norte de África, I 41.
Djerba, ver Yerba.
Djerid, lago tunecino, I 355.
Djidjelli, puerto en la provincia de Constantina, I 149, 330.
Djuder Pachá, I 240.
Djumbo, puerto del África oriental, II 702.
Dobrudja, río, I 264.

Doehaerd, Renée, I 383.
Dolce, Ludovico, II 236.
Dôle, I 358.
Dolfin, Hieronimo, de la familia de banqueros, I 101.
Domínguez Ortiz, Antonio, II 70.
Dominicos, II 239.
Dominiquino (Domenichino), pintor, II 240.
Don, río, I 148 *n. 42*, 254. II 543, 691, 698.
Dona, Leonardo, o Donato, Leonardo, senador veneciano, I 379, 674.
Dongo, *pieve* en el lago de Como, I 61.
Dordrecht, II 310.
Doren, Alfred, II 61.
Doria, Andrea, almirante genovés, I 340, 450. II 288, 298, 340, 345, 346, 347, 353, 359, 364, 367, 368, 371, 379, 380, 442, 457, 483.
Doria, Antonio, II 440, 450, 477 *n. 252*, 480 *n. 270*.
Doria, Carlo, I 334.
Doria, Estefano, II 470, 480 *n. 270*.
Doria, Felipe, I 619.
Doria, Gian (Juan) Andrea, almirante, I 178, 337, 404, 478, 648, 649, 650, 657, 709. II 136, 309, 435, 440, 446, 459, 462, 463, 465, 468, 471, 476, 477, 479, 480, 491, 544, 574, 575, 580-582, 596, 598, 602, 603, 625, 631, 640, 652, 724, 777, 778, 782, 783.
Doria, hijo de Gian Andrea, II 757.
Doria, Pagan, II 465.
Doria, Thomas, I 667 *n. 281*.
Doullens (Francia), II 760.
Dover, I 839. II 405 nn. 260 y 261.
Dozances, enviado de Catalina de Médicis a Felipe II, II 479.
Drac, río alpino, I 358.
Dragoneras, isla de las (en el mar Egeo), II 628.
Dragut (Turghut), comandante de la flota turca, I 149, 243. II 305, 343, 344, 345, 346, 347, 359, 368, 371, 372, 378, 427, 431, 432, 436, 437, 438, 456, 458, 479, 488, 720.
Drake, sir Francis, I 401, 496. II 47, 145, 286.
Drave, río, II 262, 515.
Drepanon, *ver* Trapani.
Drin, río, II 19, 160.
Drusos, I 48, 129.

Du Fail, Noël, I 689.
Duina, boca del, I 812.
Dulcigno, puerto entre Dalmacia y Albania, II 599, 607.
Dumoulin, I 88.
Dunquerque, I 403, 404, 639, 839. II 290, 405 *n. 260*.
Durance, río, I 64 *n. 150*, 88 *n. 236*, 89, 110, 358, 448.
Dirraquio, I 78, 87, 166 *n. 89*, 169, 370. II 18, 19, 91, 291, 378, 509, 599.
Durero, Alberto, I 275. II 235.
Duro, Alberto, I 275. II 235.
Duro, Cesáreo F., II 445, 481.
Durrell, Lawrence, II 789, 793.
Duruelo (España), I 43.
Du Vair, Guillaume, II 283.
Dzungaria, I 247.
East India Company (inglesa), I 826, 835.
Éboli (Lucania), II 789.
Éboli, Princesa de (Ana de Mendoza de la Cerda, viuda de Ruy Gómez), II 80, 705, 713.
Ebro, río, I 78 *n. 205*, 249, 371, 513, 529, 765. II 178.
— delta del, I 77, 191.
— la Rioja, I 96.
Echevarri, capitán, II 677, 678.
Edrisi, II 164.
Eduardo VI, rey de Inglaterra, II 374.
Egeo, mar, I 31, 37, 141, 142, 148, 150, 176, 178, 188, 195, 339, 365, 495, 765, 771, 772. II 158, 168, 259, 292, 297, 300, 301, 302, 303, 453, 454, 458, 490, 509, 580, 601, 625, 628, 637, 725, 768, 770.
Egmont, Lamoral, conde de, II 403, 518.
Egipto, *passim*.
Ehrenberg, Richard, I 643, 645, 652, 663, 703. II 368.
Eifel, meseta de, I 478.
Einaudi, Luigi, I 690.
Elafónisos, isla, *ver* Ciervos, isla de los.
Elba, isla de, I 159, 195, 202, 207. II 305, 343, 371.
Elba, río, I 220. II 350.
Elbeuf, marqués de, II 469.

Elbing, I 196.
Eldred, John, I 746.
El Hiba, *ver* Hiba, El.
El Mansur, *ver* Mansur, El.
El Tûr, *ver* Tor.
Elvas, fortaleza de, II 713.
Emden, I 269, 277, 829.
Emens, Hans, hamburgués, capitán de un navío, I 830 *n. 537*.
Emilia, meseta, I 66.
— llanura, I 213.
Emmanuel Filiberto, duque de Saboya, I 291 *n. 247*, 757. II 391, 395, 665.
Enrique de Bearne, *ver* Enrique IV.
Enrique el Navegante, príncipe de Portugal, I 140, 203, 622.
Enrique II, rey de Francia, I 194. II 71, 212, 362, 368, 369, 374, 375, 377, 388, 392, 394, 397, 398, 399, 400, 428, 434.
Enrique III, rey de Castilla, I 619 *n. 38*.
Enrique III, rey de Francia, I 292, 475, 498, 499, 644, 822. II 34, 396, 567, 589, 592, 614, 633, 636, 642, 677, 679, 718, 719, 743, 748, 758.
Enrique IV, rey de Castilla, II 49.
Enrique IV, rey de Francia, I 214, 476, 498, 597. II 68, 212, 443, 474, 568, 719, 744, 747, 751-767, 794.
Enrique VII, de Lancaster, II 39.
Enrique VIII, rey de Inglaterra, II 43, 339, 352.
Enríquez, Juan, noble cristiano defensor de los moriscos, II 180.
Epernon, duque d', II 744, 748, 750, 751, 753, 757.
Epiro, I 48.
Erasmismo, erasmistas, II 152, 230, 408, 409.
Erasmo, Desiderio, II 32, 152.
Eraso, Francisio de, I 343, 645. II 58, 421-422, 484.
Erbalunga, aldea en el cabo Corso, I 377.
Erdödy, Thomas, II 732.
Ergin, Osmán, II 415.
Eriván (Armenia), I 130. II 737.
Ernesto, archiduque, I 134 *n. 8*. II 596, 597.
Erzerum, I 32 *n. 6*, 491. II 693, 695, 696, 697, 699.
Erz Gebirge, I 614.

Escafiotas, I 48.
Escalda, río, I 635, 639, 663, 724.
Escandinavia, escandinavos, I 838. II 151.
Esclavonia, *ver* Eslavonia.
Escocia, I 182, 260, 404, 512, 794. II 151, 398, 399, 540, 549.
Escorial, El, I 55, 56, 342, 468, 498, 597, 610. II 132, 136, 273, 401, 453, 705, 712, 784.
Escovedo, Juan de, II 86, 643, 773.
Escribano, El, *ver* Yasigi, Kara, "el Escribano".
Escutari (Usküdar), Turquía, I 463, 465.
Eskischir, ciudad de Anatolia, I 370.
Eslavonia (Eslovenia), I 71, 76. II 262, 263, 733, 738.
Eslavos, I 170, 171. II 168, 173.
Esmalcalda, Liga de, II 348, 350.
Esmirna, I 342 *n. 159*, 343, 378 y n. 54, 467, 661. II 216, 224, 309.
Espadá, sierra de, I 37. II 179.
España, españoles, *passim*.
Esparta, I 32.
Espezia, La, II 253, 465.
Espinchard, Jacques, viajero francés, II 67.
Espinosa, cardenal Diego de, ministro y gran inquisidor general, II 43, 184, 633.
Espinoza, Benedicto, II 211.
Espoleto, I 51, 55, 56 *n. 104*.
Esquilache, puerto de Calabria, II 393.
Esquimales, I 331.
Essad Bey, Mohammed, I 246.
Essek (Hungría), II 516.
Estados Unidos de América, II 179.
Estambul, *ver* Constantinopla.
Estambujol, carretera de Estambul, a lo largo del Maritza, I 366, 374. II 124.
Este, comunidad de, I 101, 280 *n. 199*.
Este, Hipólito d', cardenal, II 503.
Estéfano o Stefano, Juan, *ver* Ferrari, Juan Estéfano.
Estepona (Málaga), II 465.
Estienne Charles, I 372.
Estocolmo, I 404, 596 *n. 500*.

Estiria, I 171. II 262, 733, 742.
Estonia, I 511.
Estouteville, cardenal Guillaume de, I 103.
Estrasburgo, I 290 *n. 246*, 691, 694.
Estrela, sierra da, I 38 *n. 35*.
Etiopía, I 614, 723. II 23.
Etna, I 51.
Etruria, I 67, 70.
Etruscos, I 65, 81, 84, 156.
Eubea, *ver* Negroponto.
Éufrates, río, I 183, 312, 370.
Eugenio, príncipe, II 263, 737.
Euldj Alí (conocido en Occidente también como Ochiali), I 52, 209, 807. II 199, 293, 310, 437, 554-556, 574, 599, 603, 614, 627-631, 650, 664, 669, 720, 721, 722, 768.
Evangelista, di Menga, arquitecto de los Caballeros de Malta, II 489.
Évora, familia de *marranos* portugueses, I 743. II 218.
Exca (Aragón), II 178.
Extremadura, I 117, 118, 322. II 60.
Eylau, batalla de, I 544.
Eyüp, suburbio de Estambul, I 465.
Facchinetto, Marcho, capitán de barco, I 744.
Faenza, I 454.
Fail, Noël du, *ver* Du Fail, Noël.
Falcón, cabo, al oeste del golfo de Orán, II 279, 486.
Falcone, Sebastián, *sindaco* de Lentini, II 103.
Falmouth (Inglaterra), I 719.
Faille, della, familia, I 279, 281, 383.
Famagusta (Chipre), I 149. II 575, 581, 598, 599, 604.
Farnesio, Alejandro, comandante al servicio de Felipe II y gobernador de los Países Bajos, I 644, 652, 668, 671, 672. II 405, 631, 763, 785.
Farnesio, cardenal, II 349.
Farnesio, familia, II 358, 404.
Faro, II 208.
Fars, región iraní, I 230.
Fasana, pequeño puerto en Istria, I 510.
Fatimidas, II 165, 344.

Fausto, II 572.
Favara, marqués de, II 478.
Favignana, La, isla cerca de Trapani, I 150, 481 *n. 40*. II 491, 644, 645.
Feacios, I 471.
Febvre, Lucien, I 366, 473. II 147.
Federico II, rey y luego emperador de Alemania, I 458. II 38.
Felipe I el Hermoso, rey de Castilla, I 249, 634.
Felipe II: las referencias son tan numerosas a lo largo del libro que resulta superfluo hacerlas constar en el índice. Aparece por primera vez en la página 60 del tomo primero.
Felipe III, rey de España, I 302, 374, 449, 550, 666, 675, 699, 704. II 80, 82, 327, 765, 781, 784.
Felipe IV, rey de España, I 42, 214, 458. II 80, 229, 232, 327.
Felipe V, rey de España, II 13.
Feltre, Bernardino de, predicador franciscano, II 239.
Fenicios, I 176, 212, 311, 314.
Ferghana, cuenca, I 245.
Ferhad Pachá, gran visir y *beglerbey* de Rumelia, II 697, 699, 734.
Feria, conde y luego duque de, I 655. II 87, 403, 758, 759, 760.
Fernández, Alonso, II 461.
Fernández, Gaspar, II 461.
Fernández, Ramón, I 216.
Fernández Carvajal, Antonio, mercader judío de Londres, II 224.
Fernando, archiduque, II 641.
Fernando, archiduque del Tirol, II 132.
Fernando, hermano de Carlos V, rey de los romanos y luego emperador, I 274, 296. II 21, 29, 30, 262, 345, 363, 364, 368, 369, 382, 383, 384, 401, 424, 427, 444, 483, 513, 530.
Fernando, gran duque de Toscana, I 79, 86, 137 *n. 18*, 440, 454. II 68.
Fernando el Católico, I 153, 178, 217, 230, 338, 458, 529, 537, 550, 766. II 10, 25, 26, 27, 28, 29, 41, 49, 72, 225, 229, 249, 250, 271, 277, 328, 657.
Ferney, II 127.
Ferrals, de, II 616.
Ferrara, I 67, 93, 166, 167, 173, 175, 275, 327, 359, 370, 410, 454, 486, 574. II 131, 153, 226, 227, 250, 765.
Ferrara, Alfonso, duque de, I 86, 486. II 268, 389, 503, 516, 673, 762.

Ferrara, cardenal de, I 342.
Ferrari, Juan Estéfano (Stefano), agente español, I 646, 827. II 678, 682, 684, 771.
Ferrier, Du, embajador francés en Venecia, I 654. II 664.
Ferro, Angelo, salteador, II 130.
Ferrol, El, I 302.
Ferry, Jules, II 794.
Fez, I 619. II 191, 204, 222, 302, 379, 429, 553, 555, 673, 681, 683, 722.
Fezzan, ruta, I 240 *n. 47*.
Fieschi, bandidos genoveses, II 469.
Figueroa, embajador español, I 333, 647. II 435, 445, 462, 468, 469, 470, 475, 477, 495.
Figueroa, Lorenzo Suárez de, hijo del embajador Figueroa, II 470.
Figuig, oasis en el Sahara, II 222.
Filali, dinastía (Marruecos), I 235.
Filipinas, islas, I 63, 298, 661, 731. II 203.
Filípolis (Plovdiv), II 172.
Final, marquesado de, cerca de Génova, II 76, 591.
Finlandia, I 511.
Fischer, Theobald, I 213, 354.
Fischer, Godfrey, II 287, 308, 312, 313.
Fiume, I 170, 731. II 288, 291, 508.
Flachat, Jean-Claude, I 239.
Flandes, *ver* Países Bajos.
Florencia, florentinos, *passim*.
— *Arte della Lana*, I 353, 454, 573.
— *Uffici*, II 102.
Florida, II 524, 536.
Florio, Giuliano di, I 646.
Flesinga, II 404 y 612.
Focea (Asia Menor), I 396.
Foggia, I 109 *n. 290*, 115, 121, 770.
Foix, región de, II 760.
Fontaine-Française (Fuente Francesa), II 752 y 760.
Fontainebleau, I 476, 491.
Forli, II 134 *n. 291*.
Formale, corriente, cerca de Nápoles, I 461.

Formentera, isla de, I 196.
Forte, Matteo, esclavo, II 143.
Fortor, II 511.
Foscari, embajador veneciano, I 448.
Foscarini, Alvise, caballero veneciano, I 814.
Foscarini, Jacomo, propietario de un navío, I 816.
Foscarini, Jacopo, I 739.
Foscarini, proveedor de la flota veneciana, I 409. II 626, 629, 632.
Fossa di San Giovanni, *ver* Mesina.
Fourastié, Jean, I 692, 693, 694. II 324, 791.
Fourquevaux, embajador francés, I 342 *n. 159*, 418, 475, 639 *n. 130*, 645, 733. II 78, 250, 264, 306, 494, 496, 500, 507, 515, 520, 522, 524, 530, 531, 533, 537, 546, 548, 549, 595, 610.
Francavilla, II 510.
Francavilla, duque de, virrey de Aragón, II 413, 649, 650.
Francesco, gran duque de Toscana, *ver* Médicis, Francesco de.
Francia, franceses, *passim*.
Francígena, vía, I 420.
Francisco, Fernández y Jorge, mercaderes portugueses en Pisa, I 842.
Francisco I, rey de Francia, I 250, 412, 438, 450, 491, 494, 511, 724. II 13, 21, 30, 215, 338, 339, 351, 352, 760.
Francisco II, rey de Francia, II 397, 398.
Fráncfort del Meno, I 61, 224, 262, 274, 281, 282, 283, 284, 426, 505, 651, 671, 719. II 29.
Fráncfort del Oder, I 264.
Franco Condado, I 45, 639 *n. 130*, 668. II 46, 107, 152.
Franchi, Gregorio di, consejero de Lázaro Espínola, I 639.
Franchis Tortorino, Francisco de, enviado genovés, II 425, 426, 660.
Frangês, historiador, II 97.
Frangipane, Cornelio, I 445.
Frangipane, Ottavio Mirto, nuncio en los Países Bajos, II 766.
Fratino, Il, arquitecto, II 272, 591, 655.
Fréjus, I 290, 341, 344.
Freyre, Gilberto, historiador, I 152, 447.
Frías, duque de, II 81.
Friburgo, II 163.
Friederici, Georg, II 50.
Friuli, I 445, 560. II 116, 217, 260, 492.

Fromentin, Eugène, I 306.
Frontignan, I 311.
Fuenterrabía, II 356, 357, 358.
Fuentes, conde de, II 178, 760, 780.
Fueter, Eduard, II 364, 368.
Fugger, Anton, I 681. II 369.
Fugger, familia, banqueros, I 275 *n. 174*, 278, 279, 523, 589, 634, 635, 636, 640, 643, 649, 650, 651, 659, 662, 663, 664, 670, 673, 676, 677, 680, 681, 731, 733. II 58, 228, 376, 415, 417, 514.
Fugger, Jacob, I 275.
Fürst, Jacob, transportista socio de Bartolomeo Viatis, I 279.
Fusina, I 366.
Futa, paso de, entre Bolonia y Florencia, I 371.
Gabès, I 213.
Gabiano, Baldassare, mercader veneciano, I 519.
Gacon, Samuel, impresor judío de Portugal, II 208.
Gachard, L. P., II 382.
Gaeta, I 35 *n. 21*, 499. II 267, 305, 459.
Gafsa, II 164.
Gagliano, pueblo de Lucania, II 789.
Galapagar, en la carretera de El Escorial a Madrid, I 498.
Galatz, I 147, 262.
Galera, villa granadina, II 557.
Galicia, gallegos, I 55 y n. 100, 405, 776, 778, 802, 803 *n. 407*. II 613.
Galignano, pequeña villa italiana, II 267.
Galilea, I 578.
Galileo Galilei, I 424, 756.
Galio, cerca de Vicenzo, I 117.
Galita, La, islas de, I 150, 207.
Galitzia (Austria-Hungría), I 37, 38.
Gallardo y Víctor, Manuel, I 715.
Galli, Giacomo, bandido, II 134 *n. 291*.
Galípoli, península turca en los Balcanes, I 765. II 52, 265.
Gallura (Cerdeña), I 508.
Galluzzi, R., historiador, II 99.
Gama, Vasco de, I 137, 242, 294, 517, 728, 732, 791, 805. II 22, 23, 233.
Gandía (Valencia), II 179.

Gandía, duque de, II 86.
Gante, II 28, 29, 30, 403, 434, 521.
Gap, I 58.
Garcés, embajador toscano de Felipe II, II 487 *n. 293*.
Garde, Paulin, barón de la, general de las galeras francesas, II 339, 363, 367, 371, 372, 499, 610, 624 *n. 173*.
Gargano, monte, promontorio entre los Abruzos y Apulia, I 52, 161, 185, 354.
Garnica, I 457.
Garona, I 307. II 541.
Garret, William, comerciante inglés, I 823.
Garzoni, embajador veneciano, II 51.
Gascón, Juan, capitán de un bergantín y pirata, II 296.
Gascuña, gascones, I 553. II 113, 362, 613, 750, 752.
Gascueña, villa de la provincia de Cuenca, II 85.
Gassot, Jacques, I 420. II 200.
Gast, marquesa de, I 292, 293.
Gastines, Cruz de, II 615.
Gâtine, II 73.
Gattinara, gran canciller de España, II 30, 32.
Gaul, I 219.
Gautier, Emile-Félix, I 175, 211, 218, 237, 368. II 164, 203.
Gautier, Téophile, I 55, 141, 178, 318. II 126, 149.
Gediz, valle de (Pamfilia), I 125.
Gédoyn “el Turco”, cónsul francés en Alepo, I 326.
Gelzer, H., II 41.
Gembloux, II 674.
Gembrard, monseñor de, obispo de Aix, II 756.
Ginebra, I 271, 272, 287, 291 *n. 247*, 294, 425, 504, 561, 595. II 154, 155, 220, 409.
— lago de, I 273. II 744.
Genèvre, monte (Alpes franceses), I 273.
Genlis, II 617.
Genlis, Jean de Hancest, señor de, II 616, 617.
Génova, genoveses, *passim*.
Gentil da Silva, José, I 499.
Gentile, banquero genovés, I 636.
Gentile, Constantino, I 639 *n. 130*. II 416.

George, Pierre, I 64, 107.
Georgia, georgianos, II 41, 692, 693, 695, 697, 700.
Gérard, capitán de un barco normando, I 808.
Gerini, familia de comerciantes florentinos, II 99.
Gerlach, R., II 51, 58, 673, 677.
Germaine de Foix, reina de España, II 277 *n. 102*.
Germánico, I 219.
Germigny, embajador francés en Constantinopla, II 678, 679, 682, 686.
Gévaudan, antigua provincia, entre Velais y Vivarais, I 553.
Gevrey (Borgoña), I 57 *n. 110*.
Ghardaïa, en el sur de Argelia, I 227 *n. 6*.
Ghendjé (Persia), II 700.
Ghir, cabo (Marruecos), I 843.
Gibelinos, II 135.
Gibraltar, I 29, 31, 140, 142, 151, 153, 154, 155, 160, 175, 187, 238, 248, 249, 300, 302, 307, 335, 399, 555, 592, 780, 794, 803, 806, 841. II 144, 257, 286, 294, 306, 308, 311, 339, 370, 430, 456, 457, 465, 469, 674.
Gier, río (afluente del Ródano), I 358.
Giles, Joan, capitán de un barco holandés, I 809.
Gilli, Giovanni Agostino, agente secreto genovés en Constantinopla, I 732.
Giono, Jean, II 789.
Giorgiu, Paolo, II 172.
Giovi, paso dei (Apeninos toscanos), I 420.
Girard, Albert, I 537.
Girgenti, *ver* Agrigento.
Girón, comandante naval, I 606.
Giudici, Marcantonio y G. Battista, I 659.
Giustiniano, Cesare, embajador genovés, I 330, 679 nn. 313 y 315, 680 *n. 319*.
Giustiniano, *provveditore*, I 78, 168 *n. 98*.
Gmünden (Austria), II 263.
Gniezno (Polonia), I 259.
Goa, I 208 *n. 214*, 301, 502 *n. 98*, 733, 746, 839 *n. 548*. II 151, 197, 216.
Gobineau, A. de, I 238.

Goethe, I 223, 317.
Goetz, Wilhelm, geógrafo, I 354.
Golconda (India), I 63.
Goldoni, Carlo, I 448.
Goleta, La, presidio español en el norte de África, *passim*.
Gollut, Louis, I 358.
Gomes de Brito, Bernardo, I 749.
Gómez de Silva, Ruy, príncipe de Éboli, I 736. II 78, 80, 83, 252, 388, 399, 420, 449, 454, 474, 475, 518, 530, 534, 535, 562, 597, 704, 789.
Gondi, Jerónimo, II 591, 618.
Gondola, familia de mercaderes ragusinos, I 500.
Gonguzza delle Castelle, J. B., II 554.
Gonzaga, familia, I 516, 620, 793. II 131, 139.
Gonzaga, Ferrante, II 265, 266.
Gonzaga, Luis de, *ver* Nevers, duque de.
Gonzaga, príncipe Vespasiano, virrey de Navarra, II 273, 591, 612, 655.
González, Tomás, I 537.
Goris, A., I 653.
Goritza, II 516.
Gounon-Loubens, J., I 467. II 402.
Gozzo, isla cercana a Malta, I 150. II 360, 439, 446, 491.
Gozzodini, Beno, *podestá* de Milán, I 93.
Graciano, Antonio, I 736.
Gradenigo, Vº, veneciano, II 120 *n. 230*.
Gradevone, *pieve* en el lago de Como, I 61.
Gran, fortaleza en Hungría, II 733, 737, 740, 742.
Granada, ciudad y reino, *passim*.
Grandchamp, P., II 571.
Granvella, cardenal, I 495, 631. II 34, 35, 36, 46, 123, 128, 375, 402, 403, 421, 504, 519, 576, 582, 584, 587, 594, 596, 599, 605, 606, 620, 621, 624, 633, 638, 645, 646, 647, 649, 651, 652, 654, 663, 667, 668, 703-706, 712, 714.
Grasis, cardenal, II 585.
Grasse, I 89.
Gravelinas (Gravelines), I 839. II 393.
Grecia, *passim*.

Grecia (en la Antigüedad), I 81, 217, 311, 372. II 233.
Greco, el, I 307.
Gredos, sierra de, II 81.
Gregorio XIII, papa, II 132, 256, 314, 624, 637, 643, 654, 673, 709, 718.
Grenard, Fernand, II 196.
Grenier, Albert, II 18.
Grenoble, I 285, 358.
Gresham, sir Thomas, mercader, I 516, 637, 638.
Griegos, *passim*.
Grimaldi, Carlo, duque de Mónaco, I 757.
Grimaldi, familia, I 457.
Grimaldi, Francesco, síndico de Lentini, II 103.
Grimaldi, G. o Juan Jacomo, I 665, 682.
Grimaldi, Nicolò, príncipe de Salerno, I 636, 645. II 415-416.
Grimaudet, François, abogado de Angers, II 106.
Grimmelhausen, Hans Christoph von, II 123.
Grisones, I 46 *n. 60*, 117, 273, 757. II 718.
Gritti, Aloysius, favorito del gran visir Ibrahim Pachá, II 21.
Gritti, Nicolo, II 425 *n. 2*.
Gritti, Piero, embajador veneciano, I 392, 486 *n. 51*.
Gritti, Triadan, I 83.
Griziotti Kretschmann, Jenny, II 323.
Groningen, sublevación de, II 536.
Grosse Ravensburger gesellschaft, I 68, 399, 719.
Grosseto, I 65, 85, 762, 765.
Grottammare (provincia de Ascoli), I 765.
Guadagni, familia de mercaderes italianos de Lyon, II 106.
Guadalajara, I 429, 507, 536. II 81, 411, 412.
Guadalquivir, río, I 105, 106 y n. 286, 107, 152, 360, 370, 400.
Guadarrama, sierra de, I 43, 530.
Guadiana, río, I 507.
Guardi, familia de mercaderes florentinos, I 794.
Guardia, J. M., II 773.
Guarnieri, G. G., II 298, 300.
Guayanas, II 147.
Gueines, Diego de, pagador de la tropa, I 667.
Güelfos, II 135.

Guentia (África del Norte), II 161.
Guevara, Antonio de, obispo de Mondoñedo, I 315, 474. II 243.
Guevara, Pedro de, II 190.
Guicciardini, Francesco, historiador florentino, I 83, 215, 229, 790. II 11, 60.
Guicciardini, mercader italiano, I 582.
Guicciardini-Corsi, familia, I 424.
Guidiccioni, Giovanni, II 117 *n. 216*.
Guillermo el Taciturno, *ver* Orange, Guillermo, duque de.
Guimerán, comandante, caballero de Malta, II 432, 433, 456.
Guinea, I 140, 204, 240, 621, 622, 630 *n. 87*, 731.
Guión Solimán, capitán de un velero francés, I 776.
Guipúzcoa, I 58 *n. 116*, 409.
Guisa, casa de, I 644. II 77, 395, 443, 568, 758.
Guisa, Enrique, primer duque de, II 114, 513, 751, 753.
Guisa, Francisco de Lorena, duque de (Le Balafré), II 362, 389-393, 751.
Gujarat (Gudjerat), península india, I 723, 729. II 701.
Gulf Stream (corriente del golfo), I 295.
Günther, R. T., I 354.
Gutiérrez, Antonio, comerciante portugués de Florencia, I 842.
Guyena, I 512. II 117, 377, 541, 745, 747.
Guzmán, Enrique de, *ver* Olivares, conde de.
Habana, La, I 137, 301.
Häbler, Konrad, I 537.
Habsburgo, los, *passim*.
H. Cohen, Joseph, doctor, II 222, 223.
Haedo, Diego de, I 108, 331, 376, 445, 453, 531, 628. II 136, 274, 291, 296, 306, 309, 370, 457, 487, 527, 554, 556, 721.
Hafsidas (Abasidas), I 234, 621, 629. II 162, 345, 438, 618, 727.
Haga, Cornelio, enviado holandés a Constantinopla, II 53.
Haider, sha de Persia, II 690.
Haider Mirza, príncipe persa, II 700.
Haitze, Du, historiador, I 358.
Hakluit, Richard, geógrafo, I 809, 811, 812, 822, 825.
Halbwachs, Maurice, I 471.
Halebi, Hibrain, jurista turco, II 45.
Halpérin Donghi, Tulio, II 179.

Hall, ciudad del Tirol, I 271.
Ham, cerca de Perona, II 391.
Hamburgo, I 264, 277, 279, 281, 284, 402, 446, 638 *n. 123*, 711, 742, 793, 822 *n. 493*, 828, 830 *n. 537*, 843. II 205, 220, 225, 227.
Hamilton, Earl J., I 546, 599, 630, 690, 715, 731. II 47, 57, 332.
Hammer-Purgstall, J. von, I 334, 713. II 53, 167, 483, 516, 659, 689, 696, 735.
Hanseáticas, ciudades, I 336, 367, 402, 404.
Hanseáticos, I 336, 600, 792, 828, 830-834.
Harborne, William, embajador de Isabel I de Inglaterra en Turquía, I 824, 827.
Harbron, Guillaume, *ver* Harborne, William.
Harfleur, I 727.
Harrach, río, I 79, 241.
Hartlaub. F., II 526, 597, 614.
Hartung, J., I 570.
Hasán, gobernador de Bosnia, II 734.
Hasán Pachá, hijo de Mehemet Sokobi, II 696, 741.
Hasan Veneciano (Hasán Agha), kapudán pachá, II 722, 723, 724, 768.
Hauser, Henry, I 248. II 369.
Havre, El, I 395, 640, 807, 816.
Hawkins, sir John, marino inglés, I 368.
Haya, La, I 191, 337.
Heers, Jacques, I 586.
Hefele, Herman, II 102.
Helesponto, I 481.
Helmer, Marie, I 654 *n. 230*.
Herberstein, Friedrich von, II 261 *n. 38*.
Hercule, Mastro, doctor de Ancona, II 105.
Herder, Johann Gottfried von, II 205.
Heredia, padre Antonio de, compañero de San Juan de la Cruz, I 43.
Hermitte, Gilles, I 746 *n. 151*.
Hernández, Garci, embajador español, I 755 y n. 193. II 425, 529.
Herodoto, II 147.
Herradura, bahía de La, cercana a Málaga, I 329, 333. II 459, 480.
Herre, Paul, II 564, 566.
Herrera, Alonso de, I 376, 545, 686, 695. II 436.

Herzegovina, I 42, 70, 71, 315, 438. II 19, 113, 114.
Hesse, II 525.
Hettner, Alfred, I 235, 245, 246. II 196.
Heyn, Pift, I 301.
Hiba, el (el “Sultán Azul”), I 235.
Hiltebrandt, Philipp, I 81.
Himalaya, I 492.
Hochholzer, Hans, I 797.
Hochstetter (Hochstätters), familia de financieros, I 279, 589.
Hogar, I 231.
Hohe Tauern, I 356.
Holanda, holandeses, *passim*.
Holland, Henry, viajero inglés, I 130.
Homero, I 35, 227. II 285.
Hondschoote, cerca de Dunquerque, I 281, 377, 576.
Honfleur, I 392, 727.
Hopkins, Sheila, I 693.
Horacio, I 82.
Horaira, *ver* Abu Horaira.
Horenbey dragomán (Truchimán), II 662, 671, 673, 674, 680.
Ormuz, I 242, 301, 343, 414, 513, 519, 722, 726, 731, 741, 746.
Hostales, Joanne, capitán de un velero catalán, I 192 *n. 170*.
Hougue, La, batalla de, I 134 *n. 9*.
Houtmann, Cornelius, I 301, 743, 831.
Huart, G., II 15.
Huesca, I 78 *n. 201*, 356 *n. 206*, 510, 512.
Hungría, húngaros, *passim*.
Hunt (Hunto), Richard, agente inglés en Génova, I 827.
Hureau, familia de mercaderes originaria de Valenciennes, I 263.
Hurtado, licenciado, II 180.
Hurtado de Mendoza, Diego, II 41, 42, 83.
Huttin, Ulrico de, II 255.
Huxleiy, Aldoux, I 492.
Hyères, islas de, I 195, 289, 310.
— golfo de, I 138.
Iasi, *ver* Jassy.
Iaffr Pachá, gobernador de Túnez, I 715.
Ibarra, Francisco de, I 495. II 468, 520.

Ibarra, Pedro de, II 654.
Ibiza, I 158, 196, 206, 207, 625 *n. 219*, 805. II 447, 462.
Ibn Abbad, poeta musulmán de Ronda, II 196.
Ibn Askar, hagiógrafo musulmán, I 44.
Ibn Jaldún, historiador, I 185. II 164.
Ibn Verga, escritor del siglo XVI, II 208.
Ibrahim, embajador persa, II 697.
Ibrahim Pachá, gran visir, II 21, 93, 741, 780.
Idiáquez, don Juan de, I 631, 641 *n. 141*. II 190, 677, 704, 757.
Idrisi, al, *ver Edrisi*.
If, castillo de, I 394. II 764.
Ifriqya, *ver* Tunicia.
Ile-de-France, I 317.
Illescas, Gonzalo de, II 154.
India, *passim*.
Indiamen (navíos de Indias), I 394 *n. 104*, 398, 502.
Indias, I 63, 106, 107, 137, 179, 225 *n. 5*, 255, 389, 454, 503, 726, 727, 737, 741, 742, 749, 826, 840. II 33, 66, 138, 155, 225.
— flota de, I 404, 503, 652, 657, 678, 679, 838. II 413, 417, 419, 594.
— Occidentales, I 295, 298, 400. II 145, 285 *n. 127*.
— Orientales (Insulindia), I 242, 243, 298, 399, 497, 502, 581, 596, 615, 665, 726, 733, 748, 751, 838. II 148, 752.
— Portuguesas, I 395, 400, 476 *n. 16*, 492 *n. 98*, 590, 640, 730, 746, 751. II 715.
Índico, océano, *passim*.
Indo, río, I 124, 219, 227, 243, 728. II 257.
Infantado, duque del, II 78, 81, 411.
Inglaterra, ingleses, *passim*.
Inglés, agente español, II 680.
Inn, río y valle, I 273, 614.
Innsbruck, I 483, 635, 636. II 365, 368.
Invencible, Armada, I 182, 187, 301, 405, 546, 639, 836. II 82, 143, 702, 716, 717.
Iorga, N., II 167, 668, 763.
Irán, *ver* Persia.
Irak, I 226, 722.
Irlanda, I 295, 301, 403 *n. 137*, 512, 803. II 143, 256, 540, 682, 687, 716.

Isabel, viuda de Carlos IX, ex reina de Francia, II 411, 709, 710.
Isabel de Valois, reina de España, esposa de Felipe II, I 249, 292, 637. II 46, 81, 395, 497, 499.
Isabel I, reina de Inglaterra, I 253, 301, 337, 496, 638, 711, 823, 825, 835. II 68, 252, 395, 397, 399, 473, 524, 536-537, 540, 541, 568, 592, 618, 658, 710, 718, 732, 770.
Isabel I de Castilla (la Católica), II 12, 25, 26, 41, 49, 229, 328.
Ischia (lsquia), II 305, 343.
Isére, río, I 273, 358.
Isidro, san, I 215. II 156.
Iskenderun, *ver* Alejandreta.
Islandia, I 181. II 294, 311.
Ismaíl, sha de Persia, II 690.
Ismailía, posición en el Bajo Danubio, II 779.
Ispahan, I 63, 124. II 145.
Israel, *ver* judíos.
Istria, I 70, 71, 167, 191, 195, 273, 410, 510, 514, 577. II 258, 260, 634.
Istria (Córcega), II 468.
Italia, *ver* las voces correspondientes a las distintas ciudades y provincias.
Ithaca, I 35.
Iusic, historiador yugoslavo, II 97.
Iván IV, el Terrible, zar de Moscovia, I 148.
Ivrea (Piamonte), I 272.
Izmit, *ver* Nicomedia.
Jaca (Aragón), I 509, 512.
Jaén, I 106 *n. 286*, 536.
Jaffa, I 349, 420, 482, 809.
Jaime I, el Conquistador, rey de Aragón, I 619 *n. 38*.
Jaime VI de Escocia y de Inglaterra, I 825.
Janacek, Joseph, I 268.
Japón, I 50, 63, 298, 665, 717.
Jarandilla (España), II 411.
Jarnac, II 541.
Jasa Melek, renegado ragusino, II 145.
Jassy (Rumania), I 264.
Játiva (Valencia), II 163, 179.

Java, I 63, 751, 831.
Jenkinson, Anthony, mercader inglés en Alepo, II 372.
Jenkinson, viajero inglés, I 731.
Jerez de la Fontera, I 429, 776. II 77.
Jerusalén, I 349, 420, 532, 812. II 220, 302.
Jet Stream, I 363, 364.
Jezero, lago, entre Larusa y Volo, II 98.
Joly, Barthélemy, I 317, 553 *n. 321*.
Jonge, Johannes Cornelis de, I 828.
Jónicas, islas, I 195. II 258.
Jónico, mar, I 141, 161, 174, 175, 195. II 625.
Jorasán, provincia del noreste de Persia, II 699.
Jorge, san, II 156.
José, padre, I 256. II 67, 197.
Josrev Pachá, II 690.
Joyeuse, duque de, II 479, 744, 746, 747.
Juan de Austria, don, I 37, 178, 233, 337, 477, 531, 533, 629, 649 *n. 192*. II 46, 186, 255, 256, 271, 273, 483, 548, 550, 551, 552, 553, 557-563, 583, 594, 595, 596, 597, 598, 600, 602, 604, 614, 619, 620, 621, 622, 623, 624, 626, 628, 629, 630, 631, 632, 636-652, 654, 656, 657, 663, 674, 773, 785, 794.
Juan de la Cruz, san, I 43. II 196, 410.
Juan I, rey de Aragón, I 190. II 412.
Juan I, rey de Portugal, I 153.
Juan II, rey de Aragón, I 451. II 10, 39.
Juan II, rey de Castilla, II 49.
Juan III, rey de Portugal, I 720.
Juana la Loca, esposa de Felipe I el Hermoso, II 29.
Juana, princesa, hermana de Felipe II, II 79, 398, 404, 406, 409, 418, 419, 420, 422, 500.
Juana I, reina de Nápoles, II 123.
Júcar, río, II 179.
Judá, *ver* Djedda.
Judíos, I 172, 190, 262, 263, 267, 378, 381, 382, 447, 464, 465, 550, 577, 617, 725, 748, 828, 842, 843. II 17, 20, 41, 59, 65, 95, 100, 101, 102, 106, 146, 149, 197, 198, 199, 201-232, 289, 302, 304, 316, 329, 386, 468, 553, 662, 665, 680, 770.
Julião, Francisco, comandante de las galeras turcas, II 145.

Julio II, papa, I 167. II 239.
Julio III, papa, II 358, 366, 381, 503.
Jung, Nathaniel, hombre de negocios alemán, I 737.
Jura, I 286. II 73, 752.
Jurien de la Gravière, J. B. E., II 494, 602.
Justiniano, emperador, I 615.
Juye, secretario del embajador de Francia en Constantinopla, II 677.
Kairuán, I 234. II 161, 344, 432, 438.
Kamieniec (Rusia), I 263.
Kanak (Georgia), II 693.
Karabagh, región del Cáucaso, II 700.
Kara Hodja, corsario, II 599.
Karamán (Caramania), en Anatolia, I 128. II 527.
Kara Mustafá, II 446.
Karlstadt (Karlovac), II 262.
Kars, fortaleza en Armenia, II 695, 696.
Kassim Pachá, II 93.
Kasbin (Persia), II 695.
Katania, Jafer, II 432.
Kazán, I 147, 238, 252, 254. II 542.
Kelibia (Túnez), II 483.
Kelife (África oriental), II 702.
Kellenbenz, Hermann, I 590, 752.
Keresztes, batalla de, II 737, 739.
Kerhuel, Marie, economista, II 323.
Kerkena, islas, I 141, 150. II 274, 290, 437.
Kilia, ciudad de la Besarabia, I 147, 258.
Kirguises, *ver* Circasianos.
Klagenfurt, I 271.
Klein, Julius, I 118. II 75.
Klosterneuberg, II 263.
Koci Beg, escritor albano, II 96.
Koch, familia de transportistas de Núremberg, I 283.
Koch, Sebastián, cónsul hamburgués en Génova, I 285.
Kondratieff, II 321.
Konetzke, R., II 687.
Könisberg, I 259, 404.
Konstantinov, Alejo, II 169.

Konya (Quonié), ciudad de Anatolia, I 128. II 15.
Koprilizadé, historiador, II 15.
Korczyn (Polonia), I 557 *n. 336*.
Koregismi, cerca de Constantinopla, II 208.
Kossovo Polje, batalla de, II 19.
Kostur, ciudad búlgara, II 92.
Kratovo, ciudad búlgara, II 169.
Kreckwitz, von, embajador imperial, II 734.
Kreuz, ciudad en Croacia-Eslovenia, II 734.
Kronstad, II 199.
Krujé (Kruya), castillo, en Albania, II 97.
Kuban, río del sur de Rusia, II 698.
Kulpa, río, II 262, 734.
Kumanil, ciudad búlgara, I 38.
Kumanovo, ciudad servia, I 38.
Kumanos, tribu de los, II 168.
Kurdistán, kurdos, I 35 *n. 22*, 41, 66, 128.
Kutahya (Kutaya, Kutaieh), ciudad en la Turquía asiática, I 128. II 516.
Kut el Amarna (Irak), I 344.
Kuttenberg, cerca de Praga, I 614.
Kustendil, ciudad búlgara, II 168, 172.
Laborde, Alexandre de, I 319.
Labrousse, Ernest, II 788, 792.
Lacombe, Paul, II 793, 794.
La Fontaine, Jean de, II 163.
Lagartera, región cercana a la sierra de Gredos, II 81.
Laghouart, I 227 *n. 6*, 231.
Lagos (Portugal), I 622.
Lagosta, isla dalmática, I 165, 195.
Laguar, valle de (Valencia), II 179.
Lala Mustafá, tutor de Selim II, II 565, 742.
Lamansky, Victor, I 172. II 157, 158, 777.
Lamberti, Paolo, I 252 *n. 77*.
Lambessa (antes, Lambaesa), Argelia, I 41.
Lampedusa, II 491.
Lanciano (Abruzos), I 505, 506, 577. II 218, 227.
Landas (región de Francia), I 475.

Landriano, conde de, II 449.
Lane, Frederic C., I 729. II 257.
Lanfranchi, familia de mercaderes de Florencia, I 794.
Languedoc, *passim*.
La Noue, François de, llamado Bras-de-Fer (Brazo de Hierro), II 133, 612, 718, 766.
Lansac, señor de, II 499, 542.
Lansleburgo, cerca de San Juan de Maurienne, I 272.
Lanza, Pedro, corsario, II 303.
Lapeyre, Henri, II 178, 191.
Larache (Marruecos), I 154, 155. II 278, 291, 311, 560, 706.
Larba, tribu, *ver* Beni larba.
Laredo, I 296, 636, 640, 641, 838. II 405 y 407, 411, 416, 613.
Larguier, Léo, I 308.
Larisa, ciudad de Tesalia, II 98.
Launac, lago en el Langueloc, I 87.
Laurana (Vrana), Dalmacia, II 259.
Lauristán, provincia del Cáucaso, II 700.
Lautrec, Odet de Foix vizconde de, capitán francés, I 82.
Laval, Bernard de, señor de Saull, I 88.
Lawrence, T. E., I 235.
Laybach, II 262.
Lazzes (lazis), tribu de los, I 35 *n. 22*.
Lecas, *ver* Vázquez, Alonso.
Lecca, Giovanni Paolo de, noble corso, II 72.
Lecce, ciudad de la Apulia, I 67. II 265, 668.
Lech, río, I 276 *n. 181*, 418.
Le Danois, E., I 354, 356.
Lederer, familia de transportistas, I 279.
Legazpi, Miguel López de, I 731.
Legendre, Maurice, I 212.
Leipzig, I 262, 264, 283, 284, 505, 671.
Lemosín, región francesa, I 58, 477.
Leche, cónsul marsellés, II 749.
Lendinara, cerca de Rovigo, I 101.
Lenkovitch, Hans, II 262.
Lentini (Sicilia), I 764. II 103.
León (España), I 41, 59 *n. 119*, 64, 65, 118, 316, 536, 567, 594, 779.

León, golfo del, I 138, 156, 213, 295, 330, 332, 334, 632. II 490, 745.
León Africano, I 31, 46 *n. 60*, 77, 207, 326, 371, 530, 621, 766. II 222.
León X, papa, I 82 *n. 214*. II 239.
Lepanto, I 479, 555.
— batalla de, *passim*.
Leri, (Piamonte), I 94.
Lérida, I 90, 96.
Lerma, duque de, I 682. II 73, 80.
Le Roy Ladurie, Emmanuel, I 99, 360, 362, 364, 536. II 322, 323, 790.
Lesbos *ver* Mitilene.
Lescalopier, Pierre, viajero francés, I 51, 134, 277, 463, 464, 479, 532.
Lescarbout, Marc, viajero y escritor francés del siglo XVII, I 689.
Lesdiguières, François, duque de, condestable, gobernador del delfinado, II 132, 744, 749, 750, 754, 757, 762.
Lesina, *ver* Lisena.
Lespès, René, geógrafo, I 151.
Leti, Gregorio, historiador, II 406.
Levant Company, I 303, 824, 826, 835.
Levante, islas de, *passim*.
— mercado de, *ver* Mercado en el *Índice de materias*.
Levanzo, isla (Italia), I 150.
Levi, Carlo, II 789.
Leyde, I 281, 576.
Leymieri, David, mercader en Ámsterdam, I 840.
Leymieri, Pedro, mercader en Inglaterra, I 840.
Leyva, Pedro de, comandante de las galeras sicilianas, I 411. II 303.
Leyva, Sancho de, II 463, 464, 560.
Líbano, I 31, 32, 48, 76, 79, 124, 185, 224, 236, 420.
Libia, I 174, 618.
Licata (Sicilia), I 766. II 268, 371.
Lieja, I 711. II 521.
Lievaneres (pueblo de Cataluña), I 189.
Lionesado, II 106, 744.
Liorna, *passim*.
Lisena, isla dálmata, I 207. II 599.

Ligorio, arquitecto, II 237.
Liguria, I 46, 188 *n. 156*, 551. II 74, 306.
Lille, I 281.
Limoges, I 286.
Limoges, obispo de, I 495, 496, 705. II 108, 451, 456, 460, 475, 480, 542.
Linguetta, cabo, I 161.
Lintesti, ciudad rumana, I 261.
Linz, I 271. II 262.
Lipari, islas, I 191, 195. II 127, 456.
Lippomano, agente español en Turquía, II 774.
Lippomano, Girolamo, embajador veneciano, I 272, 292, 404, 741.
Lisboa, *passim*.
Lisle, abate de, I 600.
Littre, Maximilien Paul Emile, I 131.
Lituania, I 260, 262.
Livit, Robert (en el original, Roger), I 448. II 165.
Livno (Bosnia), I 70.
Ljes, *ver* Alessio.
Lobana, Juan Bautista, cartógrafo, II 191.
Locke, John, viajero inglés, I 812.
Lodi, I 527.
— paz de, I 515. II 9.
Logroño, II 277 *n. 102*.
Loira, río, I 285. II 26, 541.
Lombardía, I 48 *n. 67*, 91, 92, 93, 95, 211, 244, 270, 279, 311, 359, 370, 505, 514, 518, 660, 789. II 133, 425, 431, 435, 441, 521, 551, 641, 649, 655, 776.
Lombardos, I 61.
Lomellina. región del valle del Po, I 93.
Lomellini, Baltasar, hijo adoptivo de Nicolò Grimaldi, I 640, 645.
Lomellini, Battista, I 644.
Lomellini, cónsul genovés en Mesina, II 438.
Lomellini, familia, I 207, 211, 455, 457.
Lomellini, Nicolò, enviado de Lázaro Spínola, I 639.
Londres, *passim*.
Longares, villa aragonesa, II 191.
Longjumeau, tratado de, II 535, 541.

Longlée, Pierre de Ségusson, señor de, agente de Enrique III en España, I 475, 649.
Lons-le-Saunier, I 667 *n. 181*, 668.
Lope de Vega, Félix, II 136, 462.
López de Figueroa, II 596.
López de Gomara, Francisco, I 689.
López de Legazpi, *ver* Legazpi, Miguel López de.
López de Padilla, Gutierre, II 441.
López del Campo, Francisco, factor, II 419.
Loppes, Rui, *marrano* de Venecia, I 843.
Loredano, Pietro, dogo de Venecia, II 572.
Lorena, I 250, 286, 639 *n. 130*.
Lorena, Carlos de Guisa, cardenal de, I 495 nn. 73 y 74. II 591.
Lorena, Carlos II de, II 737.
Lorena, duquesa de, II 404.
Lorenzo de Magnífico, *ver* Médicis, Lorenzo de.
Loreto, Nuestra Señora de, I 56.
Losata, agente español, II 661.
Lot, Fernando, I 368.
Lotti, Francesco, y Martelli, Carlo, firma financiera, II 83.
Lotófagos, isla de los, I 471.
Lourmarin, I 41 *n. 49*.
Loyola, san Ignacio de, II 239.
Lozère, I 309.
Lübeck, I 191, 251, 402, 585, 711, 742, 812, 828, 829. II 310.
Lubéron, I 41 y n. 49, 64 *n. 150*.
Lublin, I 259, 263, 265.
Luca, luqueses, I 52, 65, 77, 83 *n. 220*, 265, 319, 326, 371, 425, 428, 452, 453, 790, 793, 808. II 116, 153, 665, 673.
Lucania, II 789.
Lucas, John, agente inglés en Malta, I 827.
Luccari, Nicolò, ragusino, I 423.
Lucchini, mercaderes de Bolonia, I 794.
Lucera, ciudad de la Apulia, I 431, 505. II 227.
Lucio, padre de Carlo, II 67.
Luco, río (Marruecos), II 706.
Luder, Antonio, capitán de barco hamburgués, I 830 *n. 537*.
Ludovico el Moro, *ver* Sforza Ludovico.

Lugo (Romaña), I 788.
Luis de Portugal, dom, tío de María Tudor, hijo de Emmanuel, II 375.
Luis II, rey de Hungría, II 21, 354.
Luis IX, rey de Francia, I 233. II 212.
Luis XI, rey de Francia, I 287, 289, 458. II 10.
Luis XII, rey de Francia, I 94 *n. 254*. II 28, 87, 328.
Luis XIII, rey de Francia, II 243, 244.
Luis XIV, rey de Francia, I 136, 363, 459, 468, 491, 551.
Lulio, Raimundo, *ver* Llull, Ramón.
Luna, conde de, II 446, 452, 484.
Lunel, II 106.
Lunigiana, entre Toscana y Liguria, I 46, 47.
Lusignan (Lucignan), Casa de, I 200, 203. II 164.
Lusignan, padre de F. Estienne de, I 200.
Lufti Barkan, Ömer, I 527, 785. II 16, 47.
Lutero, Martín, I 250, 277. II 30, 255, 339.
Luxemburgo, I 639 *n. 130*. II 366.
Luzarc, Élie, I 828.
Luzzato, Gino, I 560, 701.
Leópolis (Polonia), I 261, 262, 263, 265, 294, 656, 694, 752, 822.
Lyon, lioneses, I 273, 278, 279, 285, 286, 287, 289, 292, 294, 358, 384, 418, 425, 438, 447, 454, 458, 475, 476, 479, 483, 490 *n. 61*, 491 y n. 65, 500, 505, 506, 662, 637, 643, 644, 653, 658 *n. 247*, 667 *n. 281*, 668, 670, 671, 677, 764. II 66, 106, 241, 376, 468, 593.
Llobregat, río, I 90.
Llorente, Juan Antonio, prior e historiador español, II 154, 411.
Llull, Ramón, II 147.
Ma-el-Ainin, I 235.
Mac Crie, Thomas, II 154.
Macedonia, I 54, 76 *n. 191*, 105, 217, 765, 770. II 172.
Macizo Central (Francia), I 45, 56, 73, 286, 491 *n. 65*, 567. II 152.
Madariaga, Salvador de, II 207.
Maddalena, Aldo de, II 322.
Madeira (Madera), islas, I 203, 204, 296, 309, 560, 774, 804. II 216, 218, 311, 513.
Madoc, viajero inglés, I 240.
Madrid, *passim (ver* además Prado, Museo del).

Madrigal, Álvaro de, virrey de Cerdeña, II 448.
Maffee, Giovanni Pietro, jesuita de Bérgamo, I 56 *n. 108*.
Magallanes, estrecho de, II 120.
Magallanes, Fernando de, I 225, 294.
Magalhães Godinho, Vitorino, I 621, 629, 752.
Magdeburgo, I 251.
Magenta, en el Tesino, I 91.
Maghreb, Moghreb, Magreb, *ver* África del Norte.
Maghzen, I 47, 97.
Magis de, factor de Spirolo, gobernador de Tabarca, II 727.
Magna Societas, ver *Grosse Ravensburger Gesellschaft*.
Magreb *ver* Maghreb.
Mahamat Pashá, "rey" de Trípoli, II 302 *n. 196*.
Mahoma, I 41, 42.
Mahón (Menorca), I 201.
Maisse, Hérault de, embajador francés en Venecia, I 824. II 719.
Mainoni, banqueros de Fráncfort, I 61.
Malabar, costa, I 722, 728, 741, 749, 751.
Malaca, I 50, 751.
Málaga, *passim*.
Malatesta, familia, II 125.
Male, Émile, II 234.
Malea, cabo (Grecia), I 141.
Malestroit, señor de, I 689, 690.
Mali, I 619, 621.
Malindi (Melindi), África oriental, II 145, 702.
Malipiero, Andrea, cónsul en Siria, I 785 *n. 339*.
Malta, Caballeros de, *passim*.
Malta, malteses, *passim*.
Malthus, I 565.
Malvasía, I 134. II 259, 628.
Malvenda, familia, I 457, 640, 643, 742, 754. II 58, 101.
Malvenda, Francisco de, I 682, 742.
Malvenda, Pedro de, I 683, 742.
Malvezzi, Virgilio, embajador de Fernando en Constantinopla, II 345.
Malynes, Gerard, mercader inglés, I 689.
Mallah Hassan Elkjadi, escritor bosniano, II 96, 97.

Mallorca, I 176 *n. 112*, 191, 193, 196, 201 *n. 192*, 806, 816. II 269, 296, 367, 370, 450, 597, 655.
Mami, Arnaut Reis, I 341. II 297, 302 y 315.
Mami Pachá, II 778.
Mancha, canal de la, I 248, 296, 302, 399, 404, 484, 718, 794, 833.
Mancha, la (España), I 117, 118, 361. II 186.
Mancha Real (Andalucía), I 106 *n. 286*.
Mandello di Caorsi, conde Andrea, II 105.
Mandolieu, I 89.
Manfredo, rey de Sicilia, I 766.
Manfredonia (Apulia), I 770. II 265, 267.
Manfroni, II 494.
Manila, galeón, I 502, 709, 710.
Mannlich ("el Viejo"), I 734.
Manosque, I 89.
Maquiavelo, Nicolás, de, I 215. II 10, 11, 27.
Manrique, Juan de, II 441, 498.
Manrique de Lara, don Bernardino, II 83.
Mansfeld, Peter Ernst, general, I 666.
Mansur, El (también llamado El Dahabi), II 707.
Mantoux, Paul, I 423.
Mantran, Robert, I 415.
Mantua, mantuanos, I 59, 88, 277, 279 *n. 198*. 327, 418, 454, 531, 574, 576. II 112, 113, 206, 212, 213, 235, 434, 478.
Mantuano, región de Mantua, I 117.
Manuel Dom (El Afortunado), rey de Portugal, I 665, 719, 804. II 708.
Manuel Filiberto, duque de Saboy, *ver* Emmanuel Filiberto, duque de Saboya.
Manzanares (España), I 89 *n. 241*.
Manzfeld (Sajonia), I 614.
Maqueda, duque de, y su hermano don Jaime, II 80, 775.
Maragatería, la, región leonesa, I 567 *n. 385*, 594.
Maragatos, I 55, 594.
Marbella, II 465.
Marca, la, II 381, 384.
Marca, Speranza della, mercader ambulante por las ferias, I 506.
Marcas (Italia), I 274, 445, 788.

Marcelo II, papa, II 381.
Marciana (Elba), I 306 *n. 8*. II 371.
Marczewski, Jean, II 791.
Marche, Guillermo de la, II 611.
Marchiano, Rodrigo di, *marrano* que vivía en Venecia, I 843.
Marecchia, río (Emilia), I 370.
Marellano, marismas cercanas a Nápóles, I 86.
Maremma (marisma), Toscana, I 57, 79, 85, 86 *n. 229*, 208, 447, 762. II 132, 371, 378, 379.
Marescotto, familia milanesa, II 105.
Maretimo, isla siciliana, I 150.
Marga, golfo de (en el mar Egeo), I 766 *n. 256*.
Margarita de Francia, hija de Francisco I y primera esposa de Emmanuel Filiberto de Saboya, II 395.
Margarita de Parma, hermana de Felipe II, regente, II 402, 403, 404, 405 y 421, 519, 522.
Margarita de Valois, viuda de Enrique IV, reina de Navarra, II 153, 500, 567, 568.
Margate (Inglaterra), I 816.
Margliani, Giovanni, enviado español en Constantinopla, I 822. II 660-663, 667, 670-689, 695, 697, 717.
Mari, Estefano de, II 440, 442, 464, 477 *n. 252*.
María de Hungría, hermana de Carlos V, esposa de Luis II de Hungría, II 354, 355, 364, 400, 411.
María de Médicis, *ver* Médicis, María de.
María Estuardo, reina de Escocia, II 397, 536, 540, 549.
María Tudor, reina de Inglaterra, II 375, 376, 381, 384, 394, 397, 401.
Mariana, Juan de, historiador, II 400.
Marignan, I 56.
Marillac, Michel de, II 252, 387.
Marini, Oliviero, I 659.
Marino, Salomone, II 361, 362.
Marino, Tomaso, mercader genovés, I 555 *n. 332*.
Maritza, río y planicie, I 366, 480. II 19, 172.
Marliane, autor de una guía de Roma, II 237.
Mármara, mar de, I 147, 149 *n. 44*, 186, 463, 476.
Marmora, La (Marruecos), I 155. II 286, 311.
Marquina, Pedro de, secretario de Juan de la Vega, II 349.

Marranos (judíos portugueses), I 306, 588, 662, 683, 743, 841, 843. II 106, 206, 207, 212, 222, 224, 227.
Marraquex, I 235, 240. II 191, 204.
Marruecos, marroquíes, *passim*.
Marsa Muset, bahía de Malta, II 489.
Marsa Sciraco, bahía de Malta, II 489.
Marsala (Sicilia), II 268, 644.
Marsella, *passim*.
Martelli, Baccio, II 299.
Martelli, Carlo, *ver* Lotti y Martello.
Martesana, canal (Lombardía), I 92.
Martigues, I 420.
Martonne, Emmanuel de, I 356.
Marudismo, I 42 *n. 50*.
Maruffo, Giovanni Paolo, I 659.
Más a Tierra (Chile), I 195 *n. 176*.
Mas Deu (Rosellón), I 98.
Masaniello, II 88.
Mascarenhas, João Carvalho, viajero portugués, I 181.
Mascates de Brasil, I 261.
Masino, Val (Alpes milaneses), I 61.
Massa, II 393.
Massei, mercaderes de Florencia, I 794.
Masson, Paul, I 712.
Matanzas, cerca de La Habana, I 301.
Matapán, cabo, I 37, 135. II 625, 629.
Matera, condado de, II 87.
Matifú, cabo (cerca de Argel), I 142. II 248, 274.
Maurienne (Saboya), I 110.
Mauritania, I 154. II 163.
Mauricio, isla, I 831.
Mauricio, elector de Sajonia, *ver* Sajonia, Mauricio de.
Mauroceno, Leonardo, patricio veneciano, II 115.
Mauss, Marcel, I 329-331. II 141.
Maximiliano I, emperador, II 21.
Maximiliano II, emperador, I 169. II 352, 353, 354, 355, 382, 383, 401, 436, 455, 483, 485, 508, 513-516, 588.
Mayenne, duque de, II 748, 750, 757, 760.

Mayerne de Turquet, Théodore, I 372.
Mayor, lago, I 93.
Mazagan, ued (Argelia), I 79.
Mazagrán (Argelia), II 460.
Mazzanderán (Persia), II 691.
Mazarrón (España), I 807.
Mazzara (Sicilia), I 766. II 268.
Meandro, valle de, I 125.
Meaux, II 535.
Mecatti, G., historiador, II 135, 771.
Meca, La, I 79, 232, 239, 242, 619, 727, 734, 746, 771. II 24, 148, 302, 769.
Médicis (Médici), casa de, I 65, 424, 437, 452, 736, 737. II 63, 125, 223.
Médicis, Catalina de, I 258. II 46, 71, 148, 451, 469, 473, 474, 479, 486, 497-501, 538, 568, 609, 611, 615, 618, 636, 667.
Médicis, Cosme de, duque de Toscana, I 56, 85, 131 *n. 14*, 58, 181, 195, 202, 205 *n. 202*, 210, 783, 793. II 102, 125, 291, 366, 373, 378, 379, 397, 404, 477, 607, 665.
Médicis, Fernando de, I 85, 86, 182, 454.
Médicis, Francisco de, I 736. II 136, 590.
Médicis, Juliano de, *ver* Clemente VII.
Médicis, Lorenzo de, el Magnífico, II 99, 102, 330.
Médicis, María de, I 134 *n. 8*. II 242, 764.
Médicis, Piero de, I 783.
Medina, Bartolomeo de, I 630.
Medina, Pedro de, II 81.
Medina de Rioseco, II 86.
Medina del Campo, *passim*.
Medina Sidoina, Alonso Pérez de Guzmán, duque de, I 340, 341, 839, 840, 841. II 78, 82, 83, 281, 559.
Medinaceli (España), I 339.
Medinaceli, duque de, virrey de Sicilia, I 51, 639. II 271, 431, 432, 433, 434, 435, 437, 438, 439, 440, 441-445, 447, 450, 457, 458, 609, 613, 649.
Megeza, monte, I 46 *n. 60*.
Mehedia (Túnez), II 483.
Mehmed II (Mohamed II el Conquistador), I 415. II 10, 39, 93.

Mehemet Alí, primer pachá, II 664.
Mehemet Sokobi, *ver* Sokobi, Mehemet.
Melasso (Sicilia), II 268.
Meleda (Nijet), isla dálmata, I 188, 195.
Melfi, príncipe de, almirante de Felipe II, I 331. II 457, 458, 479.
Melicha, playa de (Malta), II 492.
Melilla, I 153. II 272, 275, 279, 281, 282, 379, 463, 591, 655.
Melinchi, mercaderes de Florencia, I 794.
Mellerio, familia, I 61.
Menasse Ben Israel, embajador en Londres, II 204.
Mendes, mercaderes judíos de Florencia, I 794. II 218.
Mendo de Ledesma, don Diego, II 46.
Mendoza, Bernardino de, embajador español, I 477, 696, 822. II 75, 83.
Mendoza, don Francisco de, capitán general de las galeras españolas, II 463.
Mendoza, don Íñigo de, embajador en Venecia de Felipe II, I 678. II 67, 778.
Mendoza, don Juan de, I 634. II 433, 458, 459, 480 y *n. 270*.
Mendoza, don Pedro de, II 129.
Mendoza, familia, II 183.
Mendoza, Jerónimo de, II 555.
Mendoza y Bobadilla, cardenal Francisco, II 105.
Menéndez, Piero, comandante de la flota española, I 636, 639.
Menéndez de Avilés, Pedro, almirante español, II 536.
Menéndez, Marquéz, Pedro, almirante español, I 405.
Menéndez Pidal, Gonzalo, I 369.
Menorca, menorquinos, I 196, 202, 805. II 393, 447, 462, 771.
Menze, firma de transportistas ragusinos, I 279 *n. 194*.
Mercantour (Alpes franceses), I 30, 32 *n. 6*.
Mercoeur, Felipe Emmanuel de Lorena, duque de, II 288, 757, 760, 766.
Mercuriano, E., general de la Compañía de Jesús, II 709.
Merchant Adventurers (mercaderes aventureros), I 255, 813.
Mérindol, I 41 *n. 49*.
Merinidas, dinastía beréber, I 235, 621.
Merriman, Roger B., II 717.

Mers-el-Kebir, I 153, 155, 761 *n. 237*. II 272, 273, 275, 279, 280, 282, 461, 462, 490, 655.
Mesina, *passim*.
Mesopotamia, I 95, 142, 243, 244, 245. II 694.
Mestre, cerca de Venecia, I 566.
Metohidja, llanura de, I 59 *n. 119*.
Metternich, príncipe de, I 216.
Metz, II 134, 365, 366, 393, 617.
México, I 107, 297, 632. II 147, 276.
Mezzo, isla de Ragusa, I 184. II 142.
Miani, Gemma, II 44.
Micas, *ver* Naxos, duque de.
Micro, Giovanni, hereje napolitano, II 156.
Michelet, Jules, I 214, 310, 318, 425. II 336, 618, 703.
Michelozzo, escultor, I 172.
Michiel, embajador veneciano, II 443.
Michieli, Luca, embajador, I 37 *n. 32*.
Middelburg (Flandes), I 742, 792 *n. 358*. II 242.
Miedas (España), II 191.
Miguel Ángel, II 234, 235.
Miguel el Bravo (el Valiente), de Valaquia, I 107. II 739, 740.
Mignet, F., II 382.
Milán, *passim*.
Milanesado, región italiana, I 45, 56, 61, 451, 453, 541, 671. II 382, 390, 762.
Mileto, I 144.
Milo, II 436.
Milo, Giovanni di, ragusino, I 646, 647.
Mincio, río, I 370, 527.
Mingrelia, I 143.
— príncipe de, II 691.
Mínguez, *ver* Naxos, duque de.
Minho, provincia portuguesa, I 96 *n. 259*.
Miotti, Giovanni, II 67.
Mir, conde, I 90.
Mir Alí Bey, I 748.
Miranda, conde de, virrey de Nápoles, II 726, 774.
Mirandola (Italia), I 716. II 362, 568, 679.

Misurata, cabo (África), I 174 *n. 111*. II 278.
Mitidja, la, I 73, 77, 79, 83, 105, 108, 416.
Mitilene (Lesbos), I 149, 413, 776 *n. 256*, 772.
Mocenigo, Giovanni, embajador veneciano en París, II 114 *n. 204*.
Mocenigo, Pietro, dogo, I 83, 515. II 635.
Módena, I 419. II 213.
Modica, conde de, hijo del almirante de Castilla, II 80.
Modón (Morea), I 178, 521, 745, 809. II 261, 439, 451, 583, 599, 600, 626, 631, 632, 723, 768, 776.
Modón, Guillermo de, I 60 *n. 127*.
Mogadiscio, puerto somalí, II 702.
Mogador, I 155.
Mohacs, batalla de, II 21, 90, 251, 328, 354.
Mohamet Aben Humeya, rey de los insurrectos, II 550 *n. 214*.
Mohamet (Mahomet) Caspi, II 725.
Mohamet Jobabendé, sha de Persia, II 690.
Mohamet (Mahomet) III, sultán, II 730, 739.
Moheau, M., historiador, I 434.
Molard, Simon, escritor satírico, II 242.
Moldavia, moldavos, I 60, 107, 147, 258, 261, 826. II 55, 59, 136, 262, 738, 739.
Molière, II 243.
Molin, Francesco de, I 816.
Molino, Francesco, capitán de Brescia, I 574.
Molucas, islas, I 727, 741, 752.
Mollart, barón, II 783 *n. 269*.
Mombasa, II 702.
Mónaco, I 136 y nn. 13 y 14, 644. II 433, 476, 480.
Monastir (Bitola), Tunicia, II 346, 457, 671.
Monastir (Yugoslavia), I 48.
Moncada, don Miguel de, virrey de Cerdeña, II 270, 596.
Moncada, Hugo de, I 757 *n. 203*. II 281.
Monchicourt, Charles, II 161.
Mondéjar, marqués de, luego duque de, capitán general de Granada y después virrey de Nápoles, II 127, 128, 183, 184, 186, 547, 549, 668, 669, 671, 679.
Mondoucet, agente francés en los Países Bajos, I 642.
Monferrato (Montferrat), Italia, I 73.

Mongoles, I 238, 247. II 41.
Monluc (Montluc), Blas de, II 113, 358, 497, 513.
— hijo de, II 513.
Monluc, Jean de, obispo de Valencia, I 258 *n. 113*.
Mons, II 612, 615, 616, 617, 622.
Monselice, I 101.
Montagnac, cerca de Béziers, I 289.
Montagne, Robert, I 49, 97.
Montaigne, Michel de, I 52, 56, 77, 83 *n. 220*, 85, 319, 326, 366, 452, 790. II 151, 243.
Montalbano, Giovanni Baptista, enviado español, II 783 *n. 269*.
Montalcino, "República" de, cerca de Siena, II 379.
Montalto, posesión del duque de Parma, I 762, 765.
Montcontour, II 541.
Montchrestien, Antoine de, I 631. II 109, 122, 197.
Monteleone, duque de, II 746, 747.
Montélimar, I 221 *n. 1*.
Montelupi, familia de transportistas, I 279.
Montenegro, montenegrinos, I 35 *n. 22*, 47 *n. 62*, 71, 422. II 146.
Monterin, U., I 356.
Monte Rosa, I 357.
Montesa, gran maestre de, II 80.
Montferrat, *ver* Monferrato.
Montigny, Floris de Montmorency, barón de, I 487 *n. 57*.
Montluel, I 667 *n. 281*, 668, 671.
Montmélian, II 762.
Montmorency, Anne, duque de, condestable de Francia, I 214. II 352, 354, 357, 363, 387, 391, 395.
Montmorency, casa de, II 77, 395, 517.
Montmorency, Enrique I de, condestable, I 316. II 288, 542, 618, 744, 745, 746, 751.
Montorio, Battista, mercader genovés, I 572.
Montorio, conde de, hermano del cardenal Carlo Caraffa, II 387.
Montpellier, I 102, 285, 316, 394, 423, 426, 476, 499, 569, 624. II 223, 242, 745.
Monverant, protestante de la región de Foix, II 760.
Monzón (España), I 651, 742. II 277 *n. 102*.
Morand, Paul, I 307.

Morat Aga, de Trípoli, II 197, 362.
Morava, río, II 19.
Moravia, moravos, I 71, 551.
Morbegno (Lombardía), I 273.
Morea, I 59, 112, 315, 331, 381. II 19, 55, 157, 213, 548, 570, 599, 604, 619, 625, 626, 628, 630-633, 660, 662, 722.
Morena, sierra, I 37. II 154.
Moreyra Paz-Soldán, M., I 632, 693.
Moriscos, I 37, 41 *n. 48*, 42 *n. 51*, 43, 96, 332, 444, 536, 550, 779. II 100, 138, 170, 174-194, 198, 203, 212, 227, 277, 297, 329, 393, 413, 430, 457, 492, 545-548, 552, 553, 554, 594, 734, 769, 775, 823.
Morene, cardenal Giovanni, II 585.
Moros (España), I 129, 232, 376, 388. II 176, 183, 186, 192, 193, 281, 289, 299, 307, 333, 357, 377, 386, 432, 469, 527, 554, 559, 561, 562, 721, 727.
Morosino, Andrea, embajador veneciano, I 739.
Morvilliers, consejero de Carlos IX, II 542.
Mosa (Moser), I 270. II 611.
Moscovia, II 22.
Moscovitas, *ver* Rusia, rusos.
Moscú, I 251, 253, 254, 608, 731, 823. II 606.
Mostaganem (Argelia), I 153, 225 *n. 4*. II 271, 297, 430, 460.
Mostar (Herzegovina), I 70, 415.
Mosul, I 242 *n. 53*.
Mouans-Sartoux, II 74.
Moucheron, Baltasar de, propietario de un barco holandés, I 831.
Moulins, II 752.
Moura, Christoval de, diplomático portugués al servicio de Felipe II, II 708, 711.
Mozabitas, II 203.
Mozambique, II 66.
Mucla de Cortes (Valencia), II 179.
Mudéjares, II 170, 180, 194.
Muerto, mar, I 32.
Mulberg, batalla de, II 348, 350, 351, 352, 356, 368.
Muley Hamida, rey de Túnez, II 554, 642, 645.
Muley Hasan (Muley Hacén), rey de Túnez, II 162, 554.

Muley Mahamet (hermano de Muley Hamida), gobernador de Túnez, II 645.
Mulhacén, monte (España), I 32.
Muluya, río y desierto, I 66, 530, 619 *n. 38*.
Muller, Bernard, I 275.
Muller, Elli, I 122.
Muller, Johannes, I 278.
Muller, Thomas, factor de los Fugger, I 640, 643.
Múnich, I 71. II 241.
Munzer, doctor Hieronymus, viajero, II 178.
Murad Pachá, gran visir, *ver* Amurad Pachá.
Murano, I 446, 556, 745.
Murat, familia, I 62.
Murat, príncipe de, I 568.
Murat III, *ver* Amurat III.
Murat IV, sultán, II 53.
Murcia, I 90, 96, 176 *n. 112*, 319, 341, 536. II 175, 547.
Murillo, II 240.
Musa, Mansa, rey de Malí, I 619.
Musachi, familia, II 18, 91.
Muscotie Companie, I 255. II 145.
Mustafá, hijo de Solimán el Magnífico, II 342.
Mustafá Aga, II 297, 302 *n. 196*.
Mustafá Kemal, I 35 *n. 22*.
Mustafá Pachá, *sérasquier*, II 570, 680, 690, 692, 695, 696.
— hijo de, II 570.
Mutualis, montañeses del Líbano, II 48.
Muzeirib (Mzerib), El, feria de, al sur de Damasco, I 505.
M'zab (al norte del Sahara), I 207 *n. 206*.
Nadino, en la costa Dálmata, II 259.
Naissus o Nissa (Moldavia-Valaquia), II 160.
Nantes, I 643. II 46, 212, 288, 592.
— Edicto de, II 220, 518.
Nao, cabo de la, cerca de Denia, Valencia, I 142, 151.
Napoleón Bonaparte, I 544. II 23.
Nápoles, ciudad y reino, *passim*.
— bahía de, I 82, 142 *n. 31*.
Napollon, Sanson, I 211.

Narbona, narbonenses, I 87, 102, 185, 285. II 494, 745.
Narenta (Neretva), río y valle, I 70, 71, 170, 378 y n. 55. II 292.
Naronze, umbral de (suroeste de Francia), I 31.
Narva (Estonia), I 252 *n. 77*, 253, 254, 256, 266, 549.
Nasi, Joseph, *ver* Naxos, duque de.
Nassau, Ludovico de, hermano del príncipe de Orange, II 531, 539, 594, 608, 612, 617.
Nassuf Agha, confidente de Piali Pachá, II 444.
Nauplia, I 166, 331, 483. II 259.
Navagero, Andrea, I 323, 529. II 81.
Navagero, Bernardo, banquero veneciano, I 520.
Navagero, Bernardo, embajador veneciano, I 407. II 385, 402.
Navarino, II 446, 488, 628, 630, 631, 778, 782.
Navarra, I 45, 58 *n. 116*, 110, 249, 388, 778. II 26, 177, 474, 591, 719.
Navarro, Pedro, I 178 *n. 114*.
Navas, familia, II 84.
Navas, marqués de las, II 79, 83.
Navas de Tolosa (Jaén), I 153.
Naviglio grande (Lombardía), I 92, 93.
Naviglio interne (Lombardía), I 92.
Naxos, I 207.
Naxos, duque de, II 59, 101, 208, 218, 219, 530, 531, 545, 553, 566, 567, 589, 590, 661, 664, 665.
Nef, John U., I 565, 566, 570, 628.
Nefta, oasis al sur de Túnez, I 355.
Negra, Montaña, I 94 *n. 255*.
Negri, Negrón de, perseguidor de los judíos de Génova, II 223.
Negro, cabo, en la costa oeste de África, I 807.
Negro, mar, I 31, 35 *n. 22*, 124, 142-149, 187, 213, 248-258, 377, 397, 425, 450, 453, 462, 466, 495, 517, 555, 614, 765, 782, 807. II 125, 198, 284, 302, 452, 509, 513, 542, 678, 691, 698, 731, 770.
Negrón, Ambrosio, I 334.
Negroponto (Eubea), I 148, 496, 516, 783. II 487, 589, 638, 723.
Nejd, provincia árabe, I 235.
Nemours, Jacques de Saboya, duque de, I 475. II 744.
Nepi, provincia de Roma, II 503.

Nepta, *ver* Nefta.
Neretva, *ver* Narenta.
Neri, san Felipe, II 239.
Neringhia, Luca y Giacomo, marinos, I 830 *n. 537*.
Nerticaro (Calabria), I 186.
Nestorianos, II 164, 203.
Neuburgo, II 155.
Neushl (Hungría), I 614.
Neutra (Hungría), II 264.
Nevada, sierra, II 548.
Neve, Jean, capitán de un filibote, I 402.
Nevers, I 551 *n. 311*.
Nevers, Charles de Gonzaga, duque de, II 67.
Nevers, Luis de Gonzaga, duque de, II 396.
Newberie, viajero inglés del siglo XVI, I 714, 745.
Newcastle, I 820.
Nicea, I 78.
Nicomedia (Izmit), I 149 *n. 44*, 186, 759. II 758 *n. 302*.
Nicosia (Chipre), I 149, 205, 479, 480. II 575, 581.
Nicot, Jean, embajador francés, I 476 *n. 16*, 730, 775. II 108, 148, 305, 430.
Niebla, condado de, II 78, 83, 305.
Nieto, Juan, transportista, I 594.
Nietzsche, F., II 159.
Níger, río, I 219, 221, 227, 618, 620, 621.
Nijet, isla dálmata, *ver* Meleda.
Nilo, río, I 227, 231, 240, 241, 244, 354, 370, 723, 766, 771. II 23, 299.
Nimes, I 423 *n. 229*.
Nino, Rodrigo, embajador de Carlos V, I 571.
Nío, isla griega, II 259.
Niolo, región corsa, I 208.
Nis, II 124, 515.
Niza, I 32 *n. 6*, 134, 158, 291 *n. 247*, 476, 535, 757. II 148, 243, 341, 367, 393, 397, 445, 483, 665, 750.
Nobili, embajador toscano, I 645, 646. II 533, 553, 558, 562.
Nogaret de Lavalette, Bernard de, hermano del duque d'Epernon, II 749, 750.

Nola, ciudad de la provincia de Nápoles, I 90. II 267.
Nolseta, ciudad italiana, II 267.
Normandía, I 312, 643. II 743.
Normandos, I 150, 156, 250, 805-809.
Norte, mar del, I 180, 248, 267, 277, 299, 300, 301, 515, 718, 814, 822. II 225, 375, 401.
Noruega, I 267, 404, 829.
Norwich, II 518.
Novalesa, villa sajona, I 273.
Novarense, región, I 93.
Novi, I 670.
Novi Bazar, I 377, 513.
Novosiltsov, embajador ruso, I 255.
Nogon, II 391.
Nuits-Saint-Georges (Borgoña), I 57 *n. 110*.
Numidia, II 161, y *ver* Constantina.
Núñez, Rui e hijo, *marranos* portugueses en Amberes, I 842.
Núremberg, I 62, 243, 259, 264, 274, 276, 278, 281, 282, 283 y n. 217, 284, 290 *n. 246*, 301, 457, 487, 500, 513, 519, 557 *n. 336*, 719. II 99, 199.
Nurra, la (Cerdeña), I 49.
Occhino, Bernardino, predicador católico convertido al protestantismo, II 153.
Oder, río, I 270.
Odesa, I 62.
Odisea, I 471.
Oestendorp, doctor Gehr van, I 277 *n. 187*.
Oglio, río (Lombardía), I 88, 370.
Oisans (Francia), I 110.
Okba, caudillo árabe, conquistador del norte de África, II 165.
Olague, Ignacio, I 361.
Olbricht, Konrad, I 525.
Olimpo, monte, I 32 *n. 6*.
Olivares, conde de, virrey de Nápoles, I 87 *n. 232*.. 380, 609.
Olivares, familia, II 84.
Olvares, Gaspar de Guzmán, conde duque de, favorito de Felipe IV, I 214, 662, 683. II 27, 224, 232.
Olivenza, fortaleza portuguesa, II 713.

Olivieri, arquitecto, II 237.
Olmedes, Jean (¿Juan?) de, gran maestre de la Orden de los Caballeros de Malta, II 361, 362.
Olmo, Dall', cónsul veneciano en Lisboa, I 739.
Ombrona, río de Grosetto, I 85.
Oporto, II 714.
Orán, Oranesado, I 33, 55, 66, 152, 154, 201 *n. 190*, 225, 231, 233, 339, 382 *n. 70*, 477, 478 *n. 23*, 618, 619, 629, 761, 866. II 119, 204, 220, 273, 275, 278, 279, 280, 282, 296, 430.
Orange (Francia), I 288.
Orange, casa de, II 517.
Orange, Guillermo (el Taciturno), príncipe de, II 403, 519, 521, 539, 612, 679.
Orbitello, I 136, 762. II 379.
Orgaz, conde de, II 107.
Orgiva (España), II 546.
Orgósolo (Cerdeña), I 47.
Orlandini, mercaderes florentinos, I 794.
Orleáns, I 185, 465.
Orleáns, duque de, hijo de Francisco I, II 349, 500.
Ormaneto (Ormanetto), obispo de Padua, II 637, 646, 647.
Oro, islas del, *ver* Hyères, islas.
Oropesa (Toledo), II 81.
Orosea (Cerdeña), I 508.
Orta, Giovanni, corsario siciliano, II 303.
Ortiz, Antonio Domínguez, *ver* Domínguez Ortiz, Antonio.
Ortona a Mare, ciudad de los Abruzos, II 510.
Orvieto, II 61.
Osborne, sir Edward, mercader londinense, I 823.
Osmán Pachá, comandante turco, gobernador del Daguestán, II 694, 698, 699.
Osorio, Alonso, hijo del marqués de Astorga, II 83.
Osorio, Francisco, mayordomo, I 322. II 407.
Ostia, I 82, 103. II 387.
Ostrogodos, I 103.
Osuna, duque de, I 757. II 80, 318, 711.
Otomano, Imperio, *ver* Turquía.

Otranto, I 162, 482, 604. II 265, 267, 303, 435, 446, 580, 594, 619, 670.
— cabo de, I 163. II 267, 639.
— saco de, I 163, 458. II 10, 340.
Ott, Hierónimo y Christóforo, agentes de los Fugger en Venecia, I 659.
Ottobon, Marco, secretario veneciano, I 250, 259 y n. 116, 270, 279 *n. 191*, 283, 405, 763, 793, 795.
Ouargala, *ver* Uargla.
Oudegherste, Peter van, consejero financiero flamenco de Felipe II, I 596.
Ouro Preto, II 234.
Overz, Edigio, cónsul de los Países Bajos, I 284 *n. 227*.
Oviedo (Asturias), I 55. II 43, 119.
Pablo, san, I 56, 327.
Pablo III (Alejandro Farnesio), papa, I 451, 645. II 239, 351, 386.
Pablo IV, papa, I 447. II 386, 388, 389, 390, 409, 417, 504.
Pacífico, océano, I 243, 294, 298, 492, 502.
Pacheco, cardenal, II 494, 584, 619.
Padua, paduanos, I 171, 275, 429, 450, 487, 527, 607, 736. II 116, 206, 213, 637.
Paduano (región), I 117.
Países Bajos, *ver* Holanda.
Palamós (Cataluña), I 134 *n. 8*, 332, 477. II 636.
Palatino, conde, I 639 *n. 130*.
— elector del, II 636.
Palencia, I 545, 547, 548.
Palermo, *passim*.
Palestina, I 34, 80 *n. 207*, 310, 349, 350, 482, 532, 809, 812. II 11, 12, 218, 605.
Palma, conde de, II 83.
Palma, fortaleza veneciana, II 260.
Palma de Mallorca, I 193. II 291.
Palo, bajos de, cerca de Zuara, II 437.
Palomares, licenciado, II 116, 412, 418.
Palos, cabo (Murcia), I 139 *n. 21*.
Palota (Palotta), Hungría, II 513, 742.
Paluda, marqués de la, I 109 *n. 290*.

Palladio, Andrea, arquitecto, II 237.
Pallavicino, comandante de las tropas de la flota veneciana en 1570, II 582.
Pallavicino, Horacio, banquero italiano afincado en Inglaterra, I 820, 827.
Pamfilia, I 113, 125.
Panamá, istmo de, I 298.
Pantelaria, I 150, 188, 197 *n. 181*, 332, 334. II 371.
Pantoja de la Cruz, pintor de cámara de Felipe II y autor de un retrato de éste, II 785.
Paramo, II 154.
Parapagno, Antonio, capitán de barco, I 646.
Paré, Ambroise, II 134.
Parenti, Giuseppe, I 702. II 235.
París, *passim*.
París, Giraldo, I 742.
París, Mathieu, historiador, II 765.
Pariset, Georges, I 551.
Parma, I 173. II 235, 358, 362, 363, 371, 674.
Paros, isla de, II 259.
Parsis, II 203.
Partos, I 492.
Partsch, Joseph, geógrafo, I 355.
Paruta, P., II 11, 572, 718.
Pasqualigo, Filippo, capitán veneciano del Golfo, II 317.
Passaro, I 174 *n. 111*. II 299, 488.
Passau, II 369.
— tratado de, II 365.
Patmos, isla de, I 187, 208, 765, 771. II 259.
Patras, II 775.
Patta, puerto del África oriental, II 702.
Patti, ciudad siciliana, II 268.
Paumgartner, Hans, mercader, I 803.
Pavía, I 419, 433, 545. II 793.
— batalla de, I 58 *n. 116*. II 13, 177, 348.
— obispo de, I 696.
Peccais, salinas de (Provenza), I 595.
Pecs (Hungría), II 516.

Pédelaborde, Pierre, I 362.
Pedro, san, II 240.
— basílica de, II 238.
Pedro el Grande, zar, I 194. II 13.
Pégames, ciudad provenzal, I 89.
Pegolotti, *ver* Balducci Pegolotti.
Pek (Servia), I 421.
Pelagosa, isla del Adriático, I 208.
Pelión, monte (Tesalia), I 188.
Peloponeso, I 35, 374.
Pellegrini, arquitecto, II 237.
Penni, discípulo de Rafael, II 35.
Peña Aguilera, villa castellana, I 567 *n. 384*.
Peñón de Vélez de la Gomera, *ver* Vélez de la Gomera, peñón de.
Pera (Constantinopla), I 149, 160, 464, 727. II 529, 674, 679, 684.
Peralta, Alonso, hijo del gobernador de Bugía, II 380.
Peralta, Luis, gobernador de Bugía, II 380.
Perasto (Dalmacia), I 184.
Perejil, isla de Ceuta, I 155.
Perenot, Nicolás, padre de Granvella, II 402.
Pereti, Giovan Battista, responsable del *giornale* de cambios del Banco de Rialto, I 581.
Pereyra, Carlo, I 107, 634. II 27.
Pérez, Antonio, II 50, 642, 646, 669, 674, 704, 705, 713, 747, 773.
Pérez, Gonzalo, eclesiástico, II 43, 505.
Peri, Giovanni Domenico, I 588, 600, 672.
Perpiñán, I 552. II 709.
Perroux, Francois, II 791.
Persia, persas, *passim*.
Pérsico, golfo, I 221, 242, 246, 420, 555, 616, 714, 723, 725, 731. II 701, 702.
Pertuis, II 748.
Perú, I 107, 120, 297, 313, 422, 635, 689. II 142, 147, 416.
Perusa, I 435, 451, 454. II 61, 390.
Peruzzi, Balthasar, arquitecto, II 237.
Pesaro, I 161. II 215.
Pescara, marqués de, virrey de Sicilia, II 510, 575, 595, 643, 660, 661.
Pescara (en el Adriático), I 604. II 267, 510, 571.

Peschici, puerto en el Gargano, I 184.
Pest (Hungría), II 737.
Pestalozzi, familia, II 279.
Petchenegas, II 168.
Petrarca, Francisco, I 82.
Pétrémol, embajador francés en Turquía, II 486.
Petrucci, comandante, II 590.
Pézenas, I 289.
Pfandl, Ludwig, II 355, 538.
Phaulkon, Constantin, aventurero griego natural de Cefalonia, II 145.
Phelps Brown, E. H., estadístico, I 693.
Philippeville, I 129.
Philippson, Alfred, I 65, 67, 317, 354, 372.
Philippson, Martín, II 704, 706, 709.
Piacenza, *ver* Plasencia (Italia).
Piali Pachá, comandante de la flota turca, I 207. II 378, 393, 394, 439, 444, 446, 452, 487, 492, 507, 510, 522, 565, 638, 664.
Piamonte, I 45, 50, 94, 128, 211, 216, 270, 289, 291 *n. 247*, 426, 527, 541, 668, 757. II 74, 75, 122, 153, 223, 357, 366, 377, 385, 395, 434, 471, 592, 614, 617, 762.
Piave, río, II 260.
Picardía, I 35 *n. 21*, 317. II 539, 616, 617.
Piccamiglio, Héctor, mercader genovés, I 679 nn. 313 y 314, 682.
Piccolomini, Alfonso, duque de Montemarciano, bandido sienés, II 115, 132.
Pierrelatte, II 221 *n. 1*.
Piganiol, André, II 337.
Pignerol, *ver* Pinarolo.
Pimentel, Alonso de, capitán de La Goleta, I 755. II 272, 280, 555.
Pin, François, mercader francés, I 806.
Pinarolo, I 343. II 396.
Pindo, monte, I 37, 130.
Pinto, Antonio, embajador portugués, I 737.
Pinto, castillo de, cerca de Madrid, II 670.
Pío II, papa, II 241, 505.
Pío IV, papa, II 448, 478, 484, 485, 500, 502, 503, 504, 505.
Pío V (cardenal Ghislieri), papa, II 502-505, 511, 512, 514, 520, 522, 523, 524, 540, 572, 573, 576, 577, 590, 593, 619, 621, 623, 632,

642, 659.
Piombino, I 136 *n. 14*. II 343, 371, 487, 674.
— canal de, I 333.
— duque de, II 113, 442, 450, 478.
Piombino, duquesa de, I 712.
Pirenne, Henri, II 13, 336.
Pires, embajador portugués, I 734.
Pires, Diego, pseudomesías, II 211.
Pirineos, I 30, 31, 36, 39 *n. 39*, 40, 45, 46 *n. 60*, 55, 57, 58 *n. 116*, 75, 122, 131, 132, 186, 216, 326, 512, 513, 567. II 10, 125, 127, 132, 133, 137, 152, 160, 175, 178, 184, 229, 242, 542, 612, 680, 745, 747.
Piris Rais (Piri-Reis), almirante turco, I 723. II 702.
Pisa, pisanos, I 65, 112, 156, 158, 191, 192, 198, 328, 449, 450, 810, 842. II 285, 291, 345, 598.
Pisani, familia, II 259.
Pisani-Tiepolo, banco, I 698, 701. II 331.
Pistoia, I 574. II 132.
Pisuerga, afluente del Duero, I 89.
Planhol, Xavier de, I 123.
Plasencia (España), II 412.
Plasencia (Italia), I 419, 426, 456, 504, 522, 523, 582, 600 667-672, 673. II 385.
Plassey, batalla de, I 517.
Platter, Félix, I 221 *n. 1*. II 213.
Platter, Thomas, I 80, 221 *n. 1*, 394, 492, 569. II 106, 213.
Plurs, I 271.
Plymouth, I 829.
Po, río, I 86, 93, 101, 327, 359, 370, 419, 501.
— delta del, I 86.
— valle del, I 49, 70, 90, 161, 755.
Podolia, I 36, 262.
Poggio, Marchio di, contrabandista, I 783.
Poitiers, batalla de, II 25.
Poitou, II 273.
Pola (Istria), I 80 *n. 207*, 510, 577.
Poliakov, León, II 231.
Policastrello (Calabria), I 186.

Poligny, I 668.
Polo, Marco, I 235.
Polonia, I 147, 187, 249, 250, 252, 253, 257-267, 270, 296, 383, 500, 511, 656, 686, 695, 752, 763. II 98, 107, 151, 200, 204, 209, 211, 567, 633, 636, 673, 726, 731, 732, 738, 739, 783 *n. 269*.
Pomacos, búlgaros convertidos al Islam, II 173.
Pomègues, isla, I 330. II 764.
Pont-Saint-Esprit, II 745, 746.
Ponte, Agostino da, mercader veneciano, I 749.
Pontificio, Estado, I 86 *n. 231*, 167, 435, 541, 575, 597, 807. II 61, 63, 127, 135, 238, 512, 623.
Pontinas, marismas, I 36, 77, 79, 82.
Ponza, isla de Nápoles, II 305, 343, 367, 459.
Ponze, Andrés, organizador de *raids* en el norte africano, II 282.
Porchnev, B., I 586. II 115, 117.
Pordenone (Friuli), II 217.
Portile de Fier, *ver* Puerta de Hierro.
Porto Ercole (Toscana), I 136, 762.
Porto Farina (Túnez), II 345, 645, 647, 655.
Porto Ferraio (Elba), I 158, 195, 202. II 371.
Porto Longone (Elba), II 371.
Porto Maurizio (Liguria), II 458.
Porto Piccolo, II 671.
Porto Vecchio (Córcega), II 471.
Porto Viro (delta del Po), I 86.
Portocarrerro, II 650.
Portofino, I 657. II 143.
Portogruaro, puerto entre Grado y Venecia, I 280 *n. 199*, 763. II 115.
Portugal, portugueses, *passim*.
Posada (Cerdeña), I 508.
Posen, *ver* Poznan.
Postel, Guillaume, humanista y orientalista, II 151.
Postojna (Eslovenia), I 70.
Potemkin, príncipe Pigori, I 506.
Potier, Guillaume, capitán de barco bretón, I 806.
Potosí, I 298, 414, 693. II 142.
— minas de, I 298, 630, 632.
Poznan, I 259, 262.

Prado, Museo del (Madrid), I 89, 498.
Praga, I 264, 268, 283, 614.
Prescott, William, historiador, II 405.
Prevesa, La, I 134 *n. 9*, 163, 178, 771. II 264, 295, 328, 340, 428, 446, 511, 599, 638, 639.
Prieur, Le, capitán de barco normando, I 808.
Prilep, ciudad en la antigua Servia, I 421.
Primolano, villa en los Alpes vicentinos, I 271.
Priuli, Antonio, mercader veneciano en Constatinopla, I 782.
Priuli, banco, I 701.
Priuli, Girolamo, I 276, 719.
Priuli, Po., embajador veneciano, I 486 *n. 51*.
Priuli, Zuan, I 781.
Prizen, ciudad de la antigua Servia, I 421.
Prócida, isla del mar Tirreno, II 393.
Prodanelli, Mariano, hermano de Nicolò Prodanelli, II 680.
Prodanelli, Nicolò, mercader ragusino, II 670, 674, 680, 684.
Prolog, Garganta de, I 70.
Propóntida, *ver* Mármara, mar de.
Provenza, Carlos de Anjou, conde de, II 759.
Provenza, provenzal, *passim*.
Puerta de Hierro, Garganta de la, II 19.
Puerto de Santa María, I 154, 388, 409, 736. II 464, 713.
Puerto de San Vicente, I 544.
Puerto Figueredo, II 775, 776.
Puerto Hércules, *ver* Porto Ercole.
Puertolongo, II 630.
Pulidori, Vergilio, II 664.
Punjab, I 226.
Puszta, región húngara, I 38.
Puszto-válacos, I 36.
Putignano, ciudad de la Apulia, I 67.
Puzzoles, II 305.
Quarnaro (Quarnero), golfo de, I 195, 514.
Quercy, II 747.
Querso, isla dálmara, ahora Cres, I 172, 195.
Quesada, Carrillo de, capitán de la tropa española, II 465.
Quevedo, Francisco de, II 232.

Quijada, don Luis, preceptor de don Juan de Austria, II 557.
Quillan, bosque de, cercano a Carcasona, II 494.
Quinet, Edgar, II 155.
Quíos, isla griega, I 149, 160, 197 *n. 181*, 204, 407, 411 *n. 192*, 455, 456, 481, 646, 729, 802, 805, 810, 812 y n. 457, 814 *n. 462*, 824. II 259, 302, 367, 488, 509, 511.
— bahía de Santa Anastasia, I 481.
Quirini, familia, II 259.
Quirini, Marco, *provveditore*, II 600, 627.
Quiroga, visitador, I 207. II 439.
Quonié, *ver* Konya.
Raab, fortaleza húngara, II 264.
Rabelais, François, I 139, 315, 376, 473. II 149, 237, 251.
Rafael Sanzio, II 236.
Ragazoni, Jacomo, armador, I 816.
Ragazoni, Jacopo, secretario del Senado veneciano, II 585, 587.
Ragusa, ragusinos (Dubrovnik), *passim*.
Rambla, La, cerca de Málaga, I 763.
Rambouillet, cardenal de, embajador francés, I 342, 457. II 410, 469, 588.
Ranke, Leopold von, II 13, 64, 335, 337, 526, 656.
Rapallo, I 184 *n. 129*. II 143.
Ratiara, antigua ciudad balkánica, II 160.
Ratisbona (Regensburgo), I 223.
Rauers, F. von, I 267.
Ravasquez, banquero genovés, I 702.
Ravel, hombre de negocios, I 88.
Rávena, I 48, 80 *n. 207*. II 105.
Ravensburgo, I 719.
Razas, campesinos insurrectos de Provenza, II 113.
Razilly, Isaac de, caballero de Malta, I 404 *n. 142*.
Razzi, S., historiador de Ragusa, II 155.
Réart, cuenca de (Rosellón), I 98.
Recalde, Juan Núñez de, comandante de la flota española, I 639.
Recanati (Estado pontificio), I 167, 505, 587.
Reggio di Calabria, I 505. II 128, 265, 367, 775.
Regueibat, tribu, I 231.
Reinosa (Santander), I 55.

Remeriana, antigua ciudad dálmata, I 160.
Renan, Ernest, II 195.
Renard, Simon, embajador imperial en la corte del rey de Francia, II 356, 358, 362, 363, 375, 390.
Renaudet, Agustín, I 276.
Renato de Francia, II 153.
Rennes, I 286.
Requeséns, don Berenguer de, II 453.
Requeséns, don Luis de, gran comendador de Castilla, I 332, 474. II 504, 505, 520, 598, 606, 624.
Rétimo, puerto de Candía, I 821. II 599.
Reumont, A. von, I 85.
Reval (Estonia), I 511.
Revoglara, Catalina de, II 115.
Renania, I 61.
Ribagorza, conde de, II 113.
Rin, río, I 270, 273, 276, 278, 286, 372, 492, 639 *n. 130*, 677. II 160, 240, 365.
Ribera, José de (el Españoleto), II 240.
Ribere, Jean, armador portugués, I 805.
Ricard, Robert, II 276.
Ricard, Samuel, I 661.
Ricardo, agente toscano, I 661, 828.
Ricardo Corazón de León, I 33.
Ricasoli, mercaderes florentinos, I 794.
Richelieu, cardenal de, I 404. II 27, 352.
Richelieu, duque de, I 54 *n. 95*,
Ridolfi, conspiración de, II 607.
Rif, I 30 *n. 1*, 36 y n. 25, 39, 40.
Riga, I 829.
Rímini, I 70, 161, 370.
Río Marina, en la isla de Elba, II 371.
Río de Elba, I 159.
Río de la Plata, I 298, 710.
Ripa Grande, puerto de Roma, I 159.
Rizzo, Cesare, corsario siciliano, II 303.
Roane, I 285, 491 *n. 65*.
Rocafull, don Juan de, II 676, 677, 678.

Rocca, Renuccio della, II 72.
Roccella (Calabria), I 767.
Rocroi, batalla de, II 231.
Rochela, La, I 724, 809, 817. II 290, 590, 594, 613, 712.
— paz de, II 636.
Ródano, río, I 64, 272, 273, 285, 288, 358, 360, 411, 420, 421, 438, 491 *n. 65*, 595, 764. II 745.
— valle del, I 31, 57, 78, 88, 105, 213, 278, 288, 289, 292, 307, 358, 370. II 125, 541.
Rodas, *passim*.
Rodas, Caballeros de, I 149. II 12.
Rodocanaschi, Emmanuel, II 153.
Rodolfo, archiduque, I 134 *n. 8*. II 596, 597, 739.
Ródope, montañas, II 16, 168, 173.
Rodosto (Rodocchio), I 147, 655, 782. II 761.
Rodriga, Daniel, II 226.
Rodrighes, Diego, *marrano* afincado en Venecia, I 843.
Rodríguez, Michael, judío de Venecia, I 378. II 218.
Reo, sir Thomas, representante inglés en el Cuerno de Oro, II 311.
Rognes, villa de Duranzo, I 449.
Rohricht, R., historiador, I 349.
Rojo, mar, I 32, 221, 222, 225, 227, 239, 240, 242, 246, 310, 365, 496, 555, 719, 720, 721, 722, 723, 725, 726, 727, 728, 729, 730, 732, 733, 744, 751. II 23, 257, 342, 526, 542, 564, 674, 701.
Roma, *passim*.
Roma en la Antigüedad, I 39 *n. 41*, 64, 67, 105, 180 *n. 116*, 217, 342, 373, 608. II 166, 233.
Romana, campiña, I 77, 84, 98, 103, 104 y n. 282. II 75, 124, 134, 139.
Romano, Imperio, I 40 *n. 45*, 41, 50, 81, 103, 104, 139, 207, 217, 218, 223, 372, 492, 545, 615. II 28, 64, 156, 160, 195.
Romano, Juan Felipe, “pasador” de esclavos evadidos de Argel, II 296, 316.
Romano, Julio, discípulo de Rafael, II 235.
Romano, Ruggiero, I 564, 791. II 322, 331.
Romaña, región italiana, I 59, 77, 168, 370, 445, 786, 788. II 135.
Romañola, la, I 786, 788.

Romegas, Mathurin d'Aux-l'Escur, señor de, caballero de Malta, II 299.
Romero, Juan de, II 458.
Romier, Lucien, I 75. II 71, 395.
Ronda (España), II 196, 561.
Ronsard, Pierre, II 255, 397.
Roquebrune, cerca de Menton, II 750.
Roqueresbart, marino, I 402.
Roqueta (isla de Yerba), II 440.
Rosa, Monte, *ver* Monte Rosa.
Rosas, puerto catalán, I 189. II 353, 462.
Rosellón, I 98, 335, 369. II 138, 483, 745.
Roseta (Egipto), I 750. II 109.
Rosmithal, León, caballero de Bohemia, I 544.
Rossne, Charles de Savigny, marical de, II 752.
Roth, hombre de negocios alemán, I 737.
Rouerge, I 45, 58, 553.
Roupnel, Gastón, I 99, 356.
Rovalesca, socio italiano de los Fugger, I 733, 742.
Roveretto, I 574.
Rovigo, I 101.
Ruán, I 269, 285, 289, 554, 633, 724. II 212, 232, 475, 593, 609.
Rubeni, David, pseudomesías, II 211.
Rubens, Pedro Pablo, II 240.
Rubios, Palacios, redactor de las *Leyes de Indias*, II 42.
Rubis, Claude, *ver* Rubys, Claude.
Ruble, Alphonse de, II 395.
Rubys, Claude, historiador de Lyon, I 581.
Ruiz, Andrés, mercader español, I 643.
Ruiz, familia, I 457.
Ruiz, Simón, I 353, 387, 487, 488, 503, 586, 658, 662 *n. 263*, 683, 743, 775, 795, 842. II 101, 104, 244.
Ruiz de la Mota, Pedro, secretario imperial, II 32.
Ruiz Embito, Cosme, sobrino y sucesor de Simón Ruiz, I 662 *n. 263*, 683.
Ruiz Martín, Felipe, I 587, 666. II 231, 322, 331, 791, 792.
Rullo, Donato, mercader veneciano, I 519.

Rumania, I 36 *n. 27*, 122, 166 *n. 88*, 264, 331, 396, 435, 770. II 126, 169, 732, 738.
Rumeli Hisar, población del sur del Bósforo, I 463.
Rumelia, I 97. II 93, 168, 363, 697, 734.
Rusia, rusos, I 32 *n. 6*, 142, 147, 148, 225, 251-257, 260, 294, 456, 492, 812, 813, 819. II 13, 200, 542, 564, 691, 698, 731, 732, 738, 739.
Russell, familia, II 110.
Rustem Pachá, gran visir, I 781. II 94, 371, 426, 452.
Rusticucci, cardenal, II 585.
Ruthenia, I 262.
Rwalla, tribu nómada de Siria, I 231.
Rybarski, R., I 260, 262.
Saavedra, don Juan de, II 83.
Sabina (Italia), I 54, 104 *n. 282*.
Saboya, saboyanos, *passim*.
Sacavem, aldea cercana a Lisboa, II 713.
Sacerdoti, Vitale, mercader español, I 291 *n. 247*.
Sacro Imperio Romano Germánico, II 38.
Sachau, E., arqueólogo, I 344.
Safed, capital de Galilea, I 578.
Safévides, dinastía persa, I 241.
Sahara, saharianos, I 31, 113, 123, 128, 129, 133, 141, 151, 211, 213, 216, 225, 226, 227, 228, 230, 236, 237, 239, 244, 305 y ss. 356, 618, 620, 623, 628. II 161, 216, 222, 233, 629.
Sahel argelino, I 73, 79. II 291.
— tunecino, II 274, 342.
Saint-Damian (Piamonte), II 363.
Saint-Denis, batalla de, II 535.
Saint-Florent, II 371, 374.
Saint-Germain, edicto de pacificación de, II 568.
Saint-Gouard, embajador francés, I 163, 498, 591, 642. II 151, 611, 613, 614, 616, 623, 655, 658.
Saint-Jean-de-Maurienne, I 272.
Saint-Malo, I 631, 661, 806, 814. II 290.
Saint-Paul-de-Fogossières, I 89.
Saint-Rémi, I 89.
Saint-Sulpice, embajador francés, II 306, 521.

Saint-Valery, I 807.
Saintonge, II 752 *n. 138*.
Sajonia, I 277, 280, 457, 513, 614, 717. II 525.
Sajonia, Mauricio, duque de, elector de, II 350, 355, 358, 364, 365, 366, 368, 374, 383.
Saladino, I 33.
Salah Rais, I 240, 629. II 370, 378, 380, 420, 555.
Salamanca, I 119, 429, 430, 487, 536, 609, 689. II 43.
Salazar, Ambrosio de, II 242.
Salazar, Cristóbal de, I 735, 739.
Salazar, Pedro de, II 343.
Saldas, cerca de Almería, II 186.
Salé (Marruecos), II 278, 291, 429.
Salerno, I 184, 505. II 306, 367, 789.
Salerno, príncipe de, II 87, 367.
Salónica (Tesalónica), I 77, 107, 130, 370, 439, 446, 516, 550, 577, 760, 765, 771, 807, 843. II 9, 17, 101, 145, 150, 210, 221.
Salou, cabo (España), I 139 *n. 21*.
Saluces (Salucia), marquesado de, I 574. II 396, 591, 678, 780.
Saluces, marqués de, II 105.
Salviati, familia, I 500.
Salzburgo, I 271, 274.
Samarcanda, II 163.
Sammicheli, arquitecto, II 237.
Samos, isla de, I 208.
San Ambrosio, banco de, I 701.
San Andrés, día de, I 328.
San Bartolomé, ferias de, I 259.
San Bartolomé, Noche de, I 214, 479, 641. II 336, 608, 616, 618, 619, 622, 679, 703.
San Bernardo, pasos de montaña (Pequeño y Gran), I 273.
San Biasio, valle entre el Bajo Adigio y el curso inferior del Po, I 101.
San Blas, ciudad de, II 155.
San Demetrio, día de, I 328, 334.
San Esteban, Caballeros de, I 137. II 299, 300, 302.
San Feliú de Guixols, en la Costa Brava, I 189.
San Giorgio, Casa di, I 425, 664, 699. II 62, 64.
San Gotardo, I 273.

San Jorge, Caballeros de, II 63.
San Jorge, día de, I 328, 331.
San Juan de Luz, II 497, 499.
San Leontino, río (Sicilia), I 764.
San Lorenzo de El Escorial, II 705.
San Maffeo del Cilento, puerto de Calabria, I 184.
San Mateo, fiesta de, I 507.
San Michel, Zuan Hieronimo (Gian Girolamo), *inzegner*, I 608.
San Miguel, fortaleza (Malta), II 489.
San Nicolás, bahía de, I 256, 824.
San Pablo, Caballeros de, II 63.
San Pedro, Caballeros de, II 63.
San Quintín, batalla de, II 391, 456.
San Salvador, fortín que dominaba Mers-el-Kebir, II 461.
San Sebastián, II 535.
San Vicente, cabo (Portugal), I 155.
Sánchez Albornoz, Claudio, II 230.
Sancho IV, rey de Castilla, I 619 *n. 38*.
Sande, Álvaro de, comandante de la infantería española, II 434, 444, 445, 453, 492, 507, 529.
Sandomir (Sandomierz), I 265.
Sandonato (Calabria), I 186.
Sandoval, fray Luis de, II 144.
Sanlúcar de Barrameda, I 107, 154, 388, 400, 402, 403, 503, 712, 805, 839, 840. II 118, 413.
Sansepolcro (Toscana), I 370.
Sanseveriano, don Ferrante, príncipe de Salerno, II 367.
Sansovino, arquitecto, II 237.
Sanquene, provincia de Verona, II 131.
Sant'Angelo, castillo (Roma), I 597. II 64, 235.
Sant'Angelo, monte, *ver* Gargano, monte.
Santa Alianza (o Santa Liga), I 165. II 238, 256.
Santa Croce, nuncio, II 369.
Santa Cruz, Álvaro de Bazán, marqués de, I 408. II 274, 290, 574, 596, 643, 652 (y *ver* Bazán, Álvaro de).
Santa Cruz, Aurelio de, enviado español, II 670, 672, 675.
Santa Elena, isla, I 295, 749.
Santa Ella, cerca de Nápoles, I 763.

Santa Fiore, cardenal, II 277 y *n. 252*.
Santa Margarita, cerca de Génova, II 142.
Santa María, cabo de (Apulia), II 268.
Santa Maura, isla del mar Jónico, I 195, 771. II 220, 626, 643.
Santa Sede, *ver* Pontificio, Estado.
Santander, I 639, 640, 641. II 413, 536.
Santarem (Portugal), II 713.
Santiago, día de, II 419.
Santiago, fray Jorge de, I 476 *n. 16*.
Santiago, Orden de, II 86.
Santiago de Compostela, I 286.
Santillana, marquesado de, II 78.
Santo, Joseph, capitán de un queche, II 298.
Santo Domingo (Indias Occidentales), I 191. II 43, 148.
Santo Domingo, feria de, I 259.
Santos Lugares, *ver* Palestina.
Sanudo, Marino, I 392, 397, 410, 484, 485, 490, 517, 549, 789.
São Tomé, isla de, I 191, 204, 296. II 216.
São Vicente (Brasil), I 635.
Saona (Shomme), río, I 438, 491 *n. 65*.
Sapienza, isla jónica, II 639.
Saponara, Rizzo di, famoso bandido, II 127.
Sapper, K., geógrafo, I 314.
Sarajevo, I 42, 415, 422. II 18.
Sardella, Pietro, I 484, 485, 487, 576.
Sarmiento, Juan, agente español, II 727.
Sarmiento, Luis, II 201.
Sasportas, Jacob, rabino en Tremecén, II 204.
Sassetti, Filippo, florentino residente en las Indias Orientales, I 497.
Satler, Andrea, I 399.
Sauermann, Georg, corresponsal de Pedro Ruiz de la Mota, II 32.
Sauli, embajador genovés, II 87, 307, 455, 470, 546, 558, 560, 613.
Sauli, Bendinelli, II 440, 477 *n. 252*, 480 *n. 270*.
Sault, Cristine, condesa de Daguerre, II 749, 754.
Savary des Brulons, J., I 123, 672.
Save, río, II 262, 515.
Savigliano (Savilliano), II 396.
Savona, I 134 *n. 8*, 158, 191, 450, 657. II 305, 471.

Sayous, André E., I 663.
Scammaca, Antonio, *sindaco* de Lentini, II 103.
Scanderberg, I 446.
Scaramelli, B. C., jefe de la misión veneciana en Inglaterra, I 284.
Scarron, Paul, I 342.
Sciacca (Siaca), Sicilia, I 481, 767. II 268.
Scio, isla de, *ver* Quíos, isla de.
Scotto, Giovanni, capitán de navío, I 818.
Scútari (Shkodër), Albania, I 83. II 19.
Scheldt, puerto, I 286.
Schetz, familia, prestamistas de Amberes, I 635. II 376.
Schnürer, Gustav, II 100, 236.
Schove, doctor D. J., I 363.
Schulte, Aloys, I 68, 272, 399.
Schumpeter, Josef A., I 596. II 37, 38, 39.
Schwaz, I 614, 634.
Schweigger, Solomón, viajero alemán del siglo XVI, I 392.
Schweinfurth, G., viajero y naturalista alemán del siglo XIX, I 238.
Sebastian, Dom, rey de Portugal, I 734, 737. II 256, 606, 655, 706, 708.
Sebenico, I 166 *n. 89*. II 634, 666.
Secco, Nicolò, jefe de la embajada española ante el turco, II 425, 426, 660.
Sefardíes (judíos españoles), II 205, 206.
Segismundo II, rey de Polonia, I 253.
Segna (golfo de Quarnaro), I 170. II 288, 291.
Segni, Juan de, agente español en Constantinopla, II 768, 769, 771, 983n269 .
Segovia, I 80 *n. 208*, 118, 120, 429, 433, 507, 514, 536, 546, 567, 572, 573, 577. II 79, 519.
Seignelay, M. de, II 216.
Selaniki, Mustafá, cronista otomano, II 95.
Selim I, I 713. II 22, 24.
Selim II, sultán, hijo de Solimán el Magnífico, II 59, 428, 451, 453, 516, 526, 543, 545, 563, 564, 565, 663, 664, 667, 675.
Sella, Domenico, I 384, 576.
Selve, Odet de, II 153.
Selyúcidas, I 128. II 96.

Sena, río, II 26.
Senegal, río, I 232.
Senestraro, Agostino, mercader, I 659.
Senén, san, I 215.
Sens, I 285.
Septimer, paso, I 273.
Sepúlveda, doctor Juan de, II 448.
Serbellone (Serbelloni), Gabrio, II 621, 645, 650, 670.
Serbia, serbios, I 37, 71, 421, 532, 715. II 18, 19, 113, 262.
Serbia (antigua), I 38, 614.
Sercey, conde de, I 343.
Serencs (Hungría), II 513.
Sereni, Emilio, I 777.
Seres (Macedonia), II 172.
Sernovitch, Michel, II 529.
Serón, sierra de, II 557.
Serra, Antonio, economista, I 616. II 135.
Serra, Battista, I 681.
Serrano, padre, historiador, II 606, 609, 614, 622, 629.
Serravalle (Piamonte), I 670.
Serres, Oliver de, I 89.
Servet, Miguel, II 155.
Servier, Jean, antropólogo, II 165.
Sesa, duque de, II 427, 434, 546, 558, 631, 641, 643.
Sessa, *Terra di Lavoro*, II 130.
Sessia, río (Piamonte), I 93.
Sestrini, Dom, I 759.
Setshuan, provincia, I 493.
Setúbal (Portugal), II 713.
Sevilla, *passim*.
Seybouse, río argelino, I 331.
Seyssel, I 595.
Sfax, I 141. II 344, 483.
Sforza, familia, I 450, 518.
Sforza, Francisco, duque de Milán, I 93.
Sforza, Hipólita (esposa de Alessandro Ventivoglio), I 342.
Sforza, Ludovico (el Moro), duque de Milán, I 441.
Sforza, Paolo, II 477 *n. 252*.

Sherley, Anthony, I 155.
Shiites, *ver* chiítas.
Shirwán (Chirwán, Sherwán), Persia, II 691, 693, 694, 695, 700.
Siam, II 145.
Siatyn, feria de (en la frontera transilvana), I 261.
Siberia, siberianos, I 31. II 164.
Sicilia, sicilianos, *passim*.
Siculiano (puerto siciliano), I 766.
Siegfried, André, I 308.
Siena, sieneses, I 86 *n. 229*, 96, 425, 447, 762. II 132, 237, 347, 366, 371, 373, 379, 385, 387, 397, 404, 483.
Signa, en el Arno, I 764.
Silesia, I 264, 277, 280, 457.
Siliceo, arzobispo de Toledo, II 380.
Silva, Guzmán de, embajador español en Londres, II 524, 536, 666.
Silvestri, A., I 698.
Simancas, I 389, 537, 548, 605, 709, 790, 797, 799. II 47, 190, 272, 418, 666, 668.
Simiand, François, I 356, 599, 690. II 140, 321, 793.
Simonsen, Simon, *ver* Danser, Simón.
Simplon, I 269.
Sinagaglia (Senigallia), Estado pontificio, I 505, 577, 765.
Sinán, agente español, II 680.
Sinán Pachá, comandante de la armada turca, pacificador del Yemen, II 651, 666, 670, 697, 732, 734, 739, 771.
Sinán Pachá, conquistador de Yerba, I 733, 782. II 261, 359, 367, 368, 371, 651, 690.
Sinope, I 147.
Sipeniti, feria de (Transilvania), I 261.
Siracusa, I 150, 397. II 144, 266, 267, 299, 435, 436, 488, 491, 492.
Siri, Mario, I 698, 705, 768.
Siria, *passim*.
Sisek (Croacia), II 734.
Sisteron, I 285.
Sitvatorok, II 739.
Sixto V, papa, I 50 *n. 77*, 104 *n. 282*, 342, 459, 597, 609. II 64, 127, 131, 226, 718, 719, 763.
Slavonia, Sclavonia, *ver* Eslavonia.

Smith, Thomas, mercader inglés, I 823.
Sneredovo, batalla de, II 19.
Soderazo, posición fortificada, II 267.
Soderini, mercaderes italianos, I 265.
Soetbeer, Adolf, historiador, I 687.
Sofala (África), I 614. II 702.
Sofía, I 513, 715. II 17, 52, 515, 598.
Sokobi, Mehemet, gran visir, II 51, 59, 363, 513, 516, 527, 531, 563, 564, 565, 567, 585, 661, 662, 664, 667, 670, 674, 675, 678, 680, 696.
Soldaia, colonia mercantil genovesa en el mar Negro, I 455.
Solimán el Magnífico, sultán de Turquía, I 178, 331, 463, 543, 713. II 13, 21, 24, 29, 43, 53, 93, 94, 146, 249, 340, 342, 372, 377, 423, 425, 428, 453, 495, 508, 511, 516, 526, 527, 530, 689, 691, 692, 695.
Solimán Pachá, gobernador de Egipto, I 496, 723.
Solunto (puerto siciliano), I 766.
Solle, Gerhard, geógrafo, I 353.
Soma, Bartolomeo, mercader veneciano, I 519.
Sombart, Werner, I 455. II 225.
Somma (Somme), II 391, 760, 761.
Soncino, Fra Ambrosio da, fraile capuchino, II 315.
Sonda, isla de la, I 741.
Sopotico (Albania), II 526. n. 99.
Sopoto (Dalmacia), II 599.
Soranzo, Giacomo, embajador veneciano, I 227. II 427.
Soranzo, Giovanni, veneciano, I 633. II 209, 585, 619.
Sorgo, Andrea di, ragusino, I 647.
Soria, I 118, 429, 536.
Soriano, II 32.
Sorre, Maximilian, I 98.
Sorrento, I 433, 506. II 267, 393.
Soto, Juan de, secretario de don Juan de Austria, II 637, 647, 649, 651, 652, 653.
Sottovento, el (costa adriática italiana), I 161, 168 *n. 99*, 577.
Soumman, valle de (Argelia), II 165.
Sous, montañas (Marruecos), I 44, 97, 154, 237. II 226.
Southampton, I 379, 810, 814 y n. 462, 818.

Souza, Tomé de, almirante portugués, II 702.
Spalato (Split), I 72, 134, 172, 370, 379, 380, 382, 384, 407, 439, 443, 495, 511, 761. II 218, 226, 259.
Spann, Othmar, historiador, II 790.
Spengler, Oswald, II 790.
Spes, Guerau de, embajador español en Londres, II 540, 550.
Spinelli, Andrea, notario de Venecia, I 385.
Spínola Agostino, I 640, 651.
Spínola, Ambrosio, I 640, 641 *n. 142*, 651, 665, 679, 682.
Spínola, Battista, I 670, 820.
Spínola, familia, I 457, 609.
Spínola Lázaro, cónsul genovés en Amberes, I 639.
Spínola, Lorenzo, I 642.
Spinoza, Benedicto, *ver* Espinoza, Benedicto.
Spirolo, gobernador de Tabarca, II 727.
Splügen, paso, I 273.
Spooner, Frank, I 286, 490, 599, 626. II 444.
Sprenger, Aloys, I 227.
Stade (Flandes), II 822n493 .
Stampaglia (Astipálaia), isla de, II 259.
Stanley, Richard, agente de Isabel I, II 823.
Staper, Richard, mercader londinense, I 822, 823.
Stapola (puerto alabano), I 169.
Starace, especulador de granos, I 757.
Stefano, Juan, *ver* Ferrari, Juan Estéfano.
Stella, Giorgio Gregorio, I 619 *n. 36*.
Stendhal (Marie-Henri Beyle), I 54, 218 *n. 234*, 373. II 99, 125, 235, 238.
Stephano, Johannes de, ragusino, I 646.
Sterlich, capitán de barco, I 818.
Stilo (Calabria), I 359, 567.
Stochove, Vincent de, viajero, I 411.
Stora, playa (norte africano), I 129.
Stromboli, I 195.
Strozzi, familia, I 792.
Strozzi, Fillippo, I 316. II 611, 612, 614, 622, 715.
Strozzi, Leone, II 380.
Strozzi, Pandolfo, I 174 *n. 111*.

Strozzi, Piero, I 333.
Struma, río (Bulgaria), II 16.
Sturmy, Robert, mercader de Bristol, I 809, 810.
Suabia, II 106.
Suakin (Sudán), I 727.
Suanlch (ciudad croata), II 734.
Suárez, Baltazar, mercader español en Florencia, I 353, 501, 658, 842. II 104, 244.
Suárez, Diego, I 55, 130, 233, 531, 610, 629, 761. II 119, 273, 280, 281, 463.
Suárez de Figueroa, Lorenzo, *ver* Figueroa, Lorenzo Suárez.
Suda (puerto de Creta), II 580, 581, 599.
Sudán, I 230, 240 *n. 47*, 244, 246, 370, 614, 618, 619, 624, 628, 629, 716. II 23, 233, 431.
Suecia, I 260, 267 y n. 153, 284, 665, 717.
Suez, I 242 y n. 56, 248, 727, 733, 750. II 701.
Suil Pachá, sandjak de Lesbos, I 772.
Suiza, I 46 *n. 60*, 281, 318, 595, 668. II 20, 113, 236, 357, 377, 397, 760, 762.
Sully, Maximilian de Béthune, duque de, I 491, 597. II 67.
Sumatra, I 723, 727, 731, 733, 746, 751, 752, 825.
Summonte, Pier Loise, *fornitore delle galere regie* (de Nápoles), I 186.
Sunniras, I 128. II 254.
Supertino (Otranto), I 604.
Surate (India), I 63.
Suriano, Miguel, embajador veneciano en Roma, II 79, 584.
Suriano, Nicolò, *provveditore* de la flota veneciana, II 268.
Susa, I 271, 286.
— paso de, I 286.
Sutri (provincia de Roma), II 503.
Syr Daria, valle de (Rusia asiática), I 245.
Syrmia, al este de Eslavonia, I 71.
Syrtes (Sirtes), mar, I 141, 211.
Szigetvar (Hungría), II 516.
Szkoci, vendedores ambulantes de origen escocés, I 261.
Tabarca, isla de, I 150, 151, 207, 211, 330, 455. II 315, 458, 727.
Tabriz (Irán), I 113, 496, 747, 752. II 691, 697, 699, 700.

Tácito, I 250.
Taddi, mercaderes de Florencia, I 794.
Tadić, Iorjo, I 382.
Tadjura, II 278, 360, 362.
Tafilalet (Marruecos), II 222.
Tafrent, II 161.
Tagarinos, *ver* moriscos.
Tagliacozzi, condado de, II 74, 87.
Taigeto, monte (Grecia), I 32.
Taine, Hipólito, II 336.
Tajo, río, I 567. II 175, 713.
Takouh, cabo (Tunicia), II 161.
Talamone (Toscana), I 136, 762.
Talavera de la Reina, I 68, 657.
Talmasq, sha de Persia, II 690.
Tana, La, I 144, 396, 455, 516 y n. 163, 521.
Tang, dinastía, I 203. II 164,
Tánger, I 155, 416, 619. II 47, 278, 706, 707.
Taormina, I 354. II 783.
Tarabotto, Stefano, I 783.
Tarentaise (distrito francés), I 110.
Tarento, I 115, 419. II 264, 267, 303, 435, 436, 438.
— golfo de, I 162, 558.
Tarento, príncipe de, II 87.
Tarifa, marqués de, gobernador de Nápoles, II 456.
Tarn, río, II 747.
Tarragona, II 178.
Tártaros, I 142, 251, 254, 256, 258, 266, 492. II 55, 67, 172, 262, 508, 536, 541, 559, 693, 694, 696, 697 698, 738, 739.
Tarvis, en la provincia de Udine, I 269.
Tasos, isla de, II 17.
Tassis, don Juan de, conde de Villamediana, I 337.
Tassis, familia, I 280, 490.
Tassis, Gabriel de, I 478.
Tassis, J. B. de, veedor general de la armada de Flandes, después embajador de Felipe II, I 650.
Tasso, Torcuato, I 82.
Tata (Hungría), II 514.

Tatar Pazardzhik (Bulgaria), II 172.
Tauern, montes, I 274.
Tauris, *ver* Tabriz.
Tauro, montes, I 113, 124, 128, 216, 370.
Tavannes, Gaspard de Salux de, mariscal de Francia, II 615.
Tavernier, Jean-Baptiste, I 62, 130, 138, 239, 240, 242, 258, 343, 349, 511 *n. 138*, 616. II 136, 148.
Tavoliere, llanura (Apulia), I 115, 122, 758.
Taza (Marruecos), II 379.
Tebaldi, J., agente del duque de Ferrara en Venecia, I 486 *n. 53*.
Tegiole, castillo cerca de Alejandría (Italia), I 696.
Teligny, Charles de, II 590.
Tell Kel, poblado cercano a Mosul, I 242 *n. 53*.
Temesvar (Timisoara), Rumania, I 513. II 52, 366.
Templarios, Caballeros, I 98.
Tendilla (Castilla la Nueva), I 507.
Tendilla, conde de, I 508, 776.
Tenedos, isla, II 781.
Tenenti, Alberto, I 384, 385. II 313.
Tenes (Argelia), I 153, 619 *n. 32*.
Terek (al norte del Cáucaso), II 698.
Teresa de Ávila, santa, I 43 *n. 52*. II 410.
Tergowiste, antigua capital de Valaquia, II 739.
Termes, mariscal de, II 371, 392.
Termini (puerto siciliano), I 766. II 268.
Ternate (islas Molucas), I 73.
Terra di Lavoro, I 90. II 130.
Terracina (Lacio), II 367.
Terranova, I 181, 296, 818.
Terranova (Sicilia), I 766. II 112, 268.
Terranova, duque de, II 621, 642, 654.
Teruel, I 78 *n. 201*.
Tetuán, I 619 *n. 38*, 655. II 279, 291, 315.
Thénaud, padre Jean, I 721.
Theodolo, marino de Marsella, I 352 *n. 187*.
Tesalia, I 94 *n. 255*, 766, 770. II 19.
Thevet, André, II 148.
Thionville, II 393.

Thorn, *ver* Thorun.
Thorun (Thorn), I 259.
Thurn, conde José de, II 732.
Tiaret, I 231, 237.
Tíber, río, I 158, 209, 327, 357, 371. II 343, 459.
Tiberiades (lago de), I 578. II 218.
Tiegl, A., historiador, II 234.
Tiepolo, Lorenzo, mercader veneciano, I 726, 770.
Tiepolo, Paolo, II 78, 443, 478, 619.
Tierra de Campos, I 514.
Tiflis (Tblisi), I 62. II 693, 696, 697, 699.
Tigris, río, I 242 y n. 53.
Timisoara, *ver* Temesvar.
Tindja, bosque en el Yuryura, I 32.
Tintoretto, II 236.
Tipton, agente inglés en Argelia, I 827.
Tirana (Albania), II 97.
Tirnovo (Bulgaria), II 91.
Tirol, I 274, 356, 478, 505, 561. II 132.
Tirreno, mar, I 142, 156, 157, 158, 159, 160, 173, 175, 267, 370, 763. II 135, 267, 371.
Tirurdar, paso (Cabilia), I 31.
Tisa, valle de, II 737.
Tiziano, I 445. II 236, 529, 785.
Tizzo, poblado en la región de Brescia, I 603.
Tocco, Vittorio di, *ver* Di Tocco, Vittorio.
Tokio, I 364.
Toledano, Francisco, morisco nacido en Toledo y vecino de Madrid, II 190.
Toledo, Antonio de, II 441.
Toledo, arzobispo, cardenal de, II 176, 188, 190, 192, 380, 410.
Toledo, don García de, hijo de Pedro de Toledo, virrey de Cataluña y luego general de la mar de Felipe II, I 313, 647. II 253, 343, 441, 455, 462, 464, 465, 466, 467, 469, 470, 474, 481, 482, 483, 484, 488, 490, 491, 492, 494, 509, 510, 512, 596, 602, 651.
Toledo, don Hernando de, hijo del duque de Alba, II 507.
Toledo, don Luis de, hijo del virrey de Nápoles, II 83.
Toledo, Pietro (Pedro), I 90, 341, 459, 605. II 265, 266, 483.

Tolfa (Lacio), I 597. II 64.
Tolón, I 134, 191, 808. II 341, 367, 393, 564, 567, 588, 625, 749, 769.
Tolosa, I 289, 724. II 42, 241, 324, 498, 748, 760, 793.
Tomanis, II 698.
Tombuctú, I 240, 621, 629. II 718.
Tonkín, I 63.
Toptan (Toptani), familia albana, II 97.
Tor (El Tûr), I 242 y n. 56, 310, 728.
Tordesillas (Valladolid), II 29, 79.
Torellas, pueblo aragonés, II 178.
Torena, II 752 *n. 138*.
Tormes, El Lazarillo de, I 319.
Törne, O. de, II 642, 656, 657.
Toro (Zamora), I 536.
Torre del Greco (ciudad napolitana), I 194.
Torres, Luis de, enviado de Pío V a Felipe II, II 572, 575, 576, 580.
Torrigiani, familia, I 279. II 99.
Torton, Roberto, capitán inglés, I 410.
Tortosa, I 90, 136 *n. 13*, 371, 513, 765. II 178, 459.
Toscana, toscanos, *passim*.
Toscanela, posesión papal, I 762.
Tott, Jean-François, barón de, I 48, 130, 246, 339, 341. II 23.
Toul, II 365.
Tournai, II 519.
Tournon, cardenal de, I 44 *n. 54*.
Tours, I 496 *n. 65*.
Toynbee, Arnold J., II 211, 790.
Tozeur, oasis al sur de Tunicia, I 355.
Tracia, I 76, 94 *n. 255*, 97, 200, 311, 765, 770. II 17, 168.
Trafalgar, batalla de, II 836.
Trani (Apulia), I 483, 770. II 265.
Transcaucasia, II 700.
Transilvania, I 36 *n. 27*, 261, 265, 277, 414, 479, 757. II 21, 55, 107, 172, 199, 261, 359, 363, 427, 513, 515, 567, 593, 738, 739, 740, 741, 770.
Trapani, I 150, 151, 156, 157, 194, 408, 411, 699. II 267, 268, 291, 297, 457, 491, 641, 643, 652, 782.
Trasimeno, lago, I 65.

Trebisonda (Trabizonda), I 142, 147, 396, 455, 496. II 695.
Trecento, II 164.
Tremecén, I 77, 153, 225, 529, 619, 620, 621, 628, 629. II 162, 204, 222, 282, 370, 429, 430.
Tremezzo (Alpes milaneses), I 61.
Tremeti, islas, I 67. II 295 *n. 163*.
Trento, I 276, 483, 574.
— Concilio de, I 434. II 34, 239, 348, 363.
Tréveris, II 351.
Trevisano (Trivigiano), región de Treviso, I 117, 603. II 217.
Triana (barrio sevillano), I 429.
Trieste, I 161, 165, 166, 167, 168, 171, 418. II 217.
Trípoli de Berbería (Libia), I 150, 174 y n. 111, 178 y n. 114, 201, 207, 234, 238, 420, 481, 577 *n. 436*, 619, 620 y n. 42, 628, 629, 782, 812. II 52, 117, 197, 220, 221, 250, 271, 281, 289, 291, 299.
Trípoli de Siria, I 33, 76, 349, 411, 467, 725, 726, 729, 735, 744, 746, 747, 810, 826, 831. II 101.
Tripolitania, I 113, 226.
Trivigiano, *ver* Trevisano.
Tron, Filippo, patricio veneciano, II 10, 12.
Tronto, río en los Abruzos, II 268.
Troya, I 755.
Troyes, I 285.
Tuaregs, I 299, 231.
Tuat, oasis, I 237, 620.
Tudela de Duero, I 547.
Tudor, casa de, I 458.
Tuggurt, I 227 *n. 6*. II 370.
Túnez, I 60, 150, 154, 174 *n. 111*, 177, 178, 180, 194, 234, 238, 309, 310, 420, 479, 481, 619, 620 y n. 43, 628, 629, 814. II 52, 143, 161, 162, 222, 248, 271, 273, 274, 281, 291.
Tunicia, I 30, 31, 73, 106, 150, 206, 213, 233, 234, 238, 309, 310, 314, 354, 621, 800. II 161, 162, 273.
Turano, lago, I 54.
Turcomanos, I 128, 130. II 691.
Turín, II 396, 665.
Turquestán, I 123, 147, 148, 243, 247. II 15, 257, 689, 691.
Turquet, Théodore, *ver* Mayerne de Turquet, Théodore.

Turquía, turcos, *passim*.
Uargla (Sahara argelino), I 240, 629. II 370, 429.
Ubeda (Jaén), II 546.
Uceda, duque de, II 80.
Udine, I 545, 796 *n. 378*.
Ued Cherif, II 161.
Ued el Kebir, II 161.
Ugolini, L. M., I 219.
Ulad Sidi Cheik, tribu nómada, I 231.
Uled Abdala, tribu nómada, I 233.
Ulm, I 290 *n. 246*, 294.
Ulloa, Modesto, I 389.
Umbría, I 49, 66, 76 *n. 101*, 418. II 61, 154.
Urbino, duque de, I 59, 167, 754. II 113, 236, 268, 449, 674.
Urbino, llanura de (Córcega), I 78.
Ursomarso (Calabria), I 186.
Uscoques, I 71 y n. 176, 170, 253, 378, 381. II 288, 313, 579, 731, 734, 745.
Üskub (Skopje), I 370, 421, 513. II 172.
Utterström, Gustav, I 360, 361.
Uzes, I 569. II 106.
Vaga, Pierino del, discípulo de Rafael, II 235.
Vair, Guillaume du, *ver* Du Vair, Guillaume.
Valaquia, valacos, I 38, 60, 107, 254, 261, 381, 446 *n. 305*, 479, 616 *n. 22*, 765, 826. II 55, 59, 136, 262, 738, 739, 763.
Valbona, I 89. II 74.
Valdenses, I 41 y n. 49. II 112, 152, 408, 759.
Valence (Francia), I 98.
Valencia (España), *passim*.
Valencia, Francisco de, comandante de Mers-el-Kebir, II 282.
Valenciennes, I 263. II 612, 615, 616, 622.
Valeta (Valette), La (Malta), II 291, 489.
Valette, Jean Parisot de la, gran maestre de los Caballeros de Malta, II 299, 431, 489.
Valinco, golfo de (Córcega), II 467.
Valona, I 167, 169, 174, 370, 447, 758, 771, 843. II 220, 261, 291, 435, 436, 511, 529, 599, 641, 671, 774, 775.
Valtellina, I 273, 291 *n. 247*.

Valladolid, I 89, 316, 355, 361, 374, 419, 455, 458, 467, 474, 475, 483, 485, 486, 513, 536, 545, 547, 548, 582, 583, 651 *n. 217*, 687, 769, 778. II 46, 81, 138, 280, 352, 380, 390, 404, 407, 409, 412, 413, 415, 418, 422, 595.
Vallauris, I 89. II 74.
Valle, marqués del, hijo de Hernán Cortés, II 80.
Valle de la Cerda, Luis, I 562.
Vallier fray Gaspar de, II 361.
Van, en la frontera turco-persa, II 690.
Vándalos, I 106, 156.
Vandenesse, Jean de, II 404.
Vaprio, a orillas del Ada, I 91.
Var, II 750.
Vardar, río, I 87. II 16, 19.
Varenios, I 401.
Vargas Mejía, Juan de, embajador de Felipe II, I 143. II 155, 412, 425, 484.
Varna, I 143, 147, 782.
Varsovia, I 258, 260, 263, 265, 766. II 606.
Vasco (País), vascos, I 45, 187, 249, 802. II 55.
— piratas, I 182, 398.
Vasco de Gama, *ver* Gama, Vasco de.
Vasto, en los Abruzos, II 510.
Vaucelles, tregua de, II 385.
Vaucluse, montañas de, I 64 *n. 150*.
Vaudoyer, Jean-Luis, I 41 *n. 449*.
Vázquez (de Lecas), ministro corso de Felipe II, I 60.
Vázquez Alonso, I 312.
Vázquez Mateo, secretario, II 107.
Vázquez de Prada, Valentn, I 490.
Vega, don Garcilaso de la, padre del conde de Palma, II 83.
Vega Juan de la, embajador imperial, después virrey de Sicilia, I 151. II 346, 349, 432.
Veglia, isla dálmata, I 195. II 160.
Veglia, Antonio di, marino ragusino, I 408. II 160.
Vegliano, *ver* Villau.
Veiga, familia de comerciantes portugueses, I 795, 841.
Veiga, Simão de, embajador portugués, I 775.

Velasco, condestable de Castilla, gobernador de Milán, II 752, 762.
Velasco, doctor, experto enviado por la regente a Felipe II, II 420.
Velasco, don Francisco de, II 83.
Velasco, don Miguel de, II 83.
Velay (Francia), I 58.
Velázquez, Diego de Silva, II 136.
Velázquez, Pedro, veedor general, II 621.
Vélez, II 466, 482, 485.
Vélez, marqués de los, gobernador de Murcia, I 474. II 461, 547, 549.
Vélez, peñón de, I 153, 333, 806. II 271, 275, 307, 379, 455, 463, 464, 466, 469, 483, 484, 485, 491.
Venecia: el gran número de referencias hace inútil el señalarlas en este índice.
Véneto (provincia de Venecia), I 85, 102, 213, 433, 434. II 731.
Venezuela, I 84 *n. 220*.
Veniero, familia, II 259.
Veniero, Sebastiano, comandante de la flota veneciana, II 599, 600, 604.
Venosta, Val, I 357.
Ventotena, isla, a la altura de Nápoles, II 343.
Ventoux, monte, I 64 *n. 150*.
Venzon, poblado veneciano en la provincia de Udine, I 763.
Vera, Francisco de, embajador de Felipe II, I 167. II 770, 774.
Vercelli (Verceil), I 271, 272, 580 *n. 446*. II 213.
Vercours, I 110.
Verdón, río del sur de Francia, I 64 *n. 150*.
Verdún, II 366.
Vermejo, *ver* Bermejo.
Vernagalli, familia florentina de mercaderes, I 794.
Verona, I 57 *n. 109*, 88, 271, 281, 366, 433, 434, 438, 443, 567, 574, 754. II 206, 237.
Veronesado, región, I 117. II 131.
Versalles, I 468.
Vertot, abate, II 494.
Vervins, paz de, I 337. II 110, 328, 763-767, 781, 784.
Vesconte, Azzo, burgués de Milán, II 104.
Vesprim (Hungría), II 742.
Vesubio, I 52 *n. 84*, 527.

Vettori, Piero, humanista italiano, I 497.
Viatis, Bartolomeo, mercader, I 279 y n. 191, 283.
Vicentino, región, I 100 *n. 268*, 117, 122.
Vicenza (Vicence), I 74, 271, 317, 574, 787. II 237.
Vico, marqués del, I 431, 474.
Vicolungo, I 91.
Vidal de la Blanche, Paul, I 70, 160, 246, 367.
Vidauban, II 753.
Vidin (Bulgaria), I 421. II 91, 92.
Vieilleville, enviado de Carlos IX, II 542.
Vieira (Portugal), I 96 *n. 259*.
Viena, I 170, 260, 278, 294, 479, 483, 511, 532, 719, 763. II 30, 149, 241, 263, 264, 354, 424, 425, 427, 436, 444, 447, 448, 452, 455, 483, 485, 495, 508, 514, 520, 531, 596, 606, 616.
Vienne (Francia), I 358.
Vieste (Apulia), II 265.
Viestris, puerto en la costa calabresa, I 184.
Vigella, fortín entre Bari y Otranto, II 267.
Vigevano, monasterio de (Lombardía), II 503.
Vigezzo, Val (Alpes milaneses), I 61.
Viglio, presidente, I 277.
Vigne, de la, embajador francés, II 428.
Vignole, Giacomo, arquitecto, II 238.
Vilar, Pierre, II 790.
Vilna, I 258.
Villabáñez, pueblo de Castilla, I 548.
Villach, I 271, 763. II 368.
Villalar, batalla de (España), I 69, 451.
Villalón, feria de España, II 419.
Villamedian, conde de, *ver* Tassis, don Juan de.
Villanueva, Tomás, virrey de Valencia, II 363, 367.
Villarfocchiardo (Piamonte), II 75.
Villau, don Juan Antonio de (Vegliano), II 664.
Villefranche, I 134, 136, 657, 757, 807. II 306, 397.
Villegaignon, Nicolas Durand de, almirante francés, II 363, 375.
Villemartin, archidiácono, II 746.
Villemur, en el Tarn, II 747, 750.
Villeneuve, Claudio de, II 113.

Villeneuve, castillo de (Provenza), II 113.
Villiers, George, duque de Buckingham, II 539.
Villiers, M. de, embajador del rey de Francia, I 476. II 781.
Villuga, Juan, autor de una guía de España, I 369.
Viret, Pierre, protestante de la Suiza francesa, II 20.
Vicenti, familia, I 518.
Vístula, río, I 270.
Vitelli, cardenal, I 342. II 442.
Vitelli, Chiapin, capitán italiano, II 592.
Viterbo, II 61, 246.
Vitoria (Alava), II 190.
Vitoria, profesor, I 689.
Vivaldo, Giovanni Battista, genovés, I 412.
Vivanti, Corrado, I 521.
Vivarais (Francia), I 58.
Vivero (España), I 403 *n. 137*.
Vivero, Rodrigo, marqués del Valle, I 528, 552, 710. II 42, 56.
Vives, Luis, humanista español, II 32.
Vizcaya, I 55, 134 *n. 6*, 153, 183, 190, 193, 249, 296, 300, 307, 388, 405, 409, 507, 635, 638, 652, 687, 776, 802, 803, 804, 814. II 43, 119, 177, 306, 476, 536, 540.
Voghera (Lombardía), II 503.
Vöhlin, Konrad, *ver* Welser, Anton.
Volga, río, I 147, 238, 248, 254, 256, 257. II 257, 543, 691.
Volinia, I 262.
Volos (Grecia), I 94 *n. 255*, 142 *n. 31*, 439, 760, 765, 766 *n. 256*, 771, 782. II 98.
Volpe, Gioacchino, I 216.
Volscos (Volcocian), montes, I 70, 79.
Volaggio, territorio genovés, II 223.
Voltaire, François Marie Arouet de, II 127, 336, 583, 607.
Volterra, I 309 *n. 15*.
Voorn, isla en la boca del Mosa, II 611.
Vukovar, en el Danubio, II 515.
Waabitas, dinastía beréber, I 621.
Wagemann, Ernst, I 533.
Walcher, Joseph, I 356.
Walsingham, sir Francis, II 610, 615.

Wätjen, H., I 828. II 687.
Watson, historiador, II 405.
Watterland (Países Bajos), II 612.
Weber, Eric, historiador, II 790.
Wee, Herman van der, I 390.
Weisbach, W., historiador, II 234.
Welser, Anton y Vöhlin Konrad, I 719, 734.
Welser, familia, I 279, 589, 734, 742, 748, 754, 791.
Welser, Matthäus, I 742.
Wertach, I 276 *n. 181*, 418.
Westfalia, tratado de, II 38.
Wight, isla de, I 640. II 339, 405 nn. 260 y 261.
Wight, John, agente mercantil inglés, I 822.
Williamson, John, tonelero en un velero inglés, I 811.
Windisch, comarca entre el Save medio y el Drave central, II 262.
Wissegrado (Hungría), II 742.
Wölfflin, H., historiador, II 234.
Wolsey, Thomas, cardenal, II 13.
Worms, Dieta de, II 349.
Wroclaw, *ver* Breslau.
Würtemberg, I 275. II 363, 525.
Wyss, Albert, agente imperial en Constantinopla, II 483.
Ximenes, mercaderes de Florencia de origen portugués, I 754, 794, 841, 842. II 99, 218.
Ximenes, Andre y Thomas, mercaderes portugueses, I 743.
Ximenes, Fernando, I 795.
Ximenes Penetiques, Sebastián, agente portugués de los Ximenes en Cádiz, enviado después a Pisa, I 842.
Yasigi, Kara (“el Escribano”), cabecilla rebelde turco, II 113, 741.
Yemen, I 731, 733. II 543, 650, 666.
Yeni Koÿ, poblado en la orilla europea del Bósforo, I 466.
Yerba, I 141, 149, 150, 151, 174, 205, 206, 207, 213, 416, 471. II 197, 271, 295, 343-348, 359, 428, 431-449.
Young, Arthur, I 36.
Yugoslavos, II 97, 99, 126.
Yürüks (yurukos), I 125, 129. II 16, 173.
Yuryura, montañas, I 32.
Yuste, monasterio de, II 394, 404, 412.

Zacco, Francisco, hereje ragusino, II 155.
Zadruga (Albania), I 39 *n. 41*.
Zafra, Hernando, secretario de Isabel la Católica, I 153.
Zagora, región yugoslava, I 71, 72.
Zagorcis (habitantes de Zagora), I 71.
Zagreb, II 160, 167, 262.
Zagros, montaña (Irán), I 66, 124.
Zamora (ciudad), I 536. II 46, 48.
Zane, Hieronimo, comandante de la flota veneciana, II 579, 582, 632.
Zante, isla de, I 195, 410, 755, 812, 816, 821, 824. II 259, 439, 451, 492, 627, 629, 630, 632, 635, 661, 779.
Zapata, don Gabriel de, caballero español, II 83.
Zara (Zadar), posesión veneciana, I 112, 134, 172, 483, 485, 548, 623. II 259, 571, 572, 579, 599, 666.
Zara, Jeronimo, *generaloberst* del arsenal veneciano, II 263.
Zaragoza, I 78 *n. 201*, 90, 367, 369, 512, 643, 650. II 120, 124, 176, 178.
Zatas, valle de (Portugal), II 713.
Zayas (Çayas), secretario de Felipe II, I 498, 642. II 180, 561, 610.
Zelanda (Sealand), zelandeses, I 107, 191, 742, 817 *n. 479*, 822 *n. 493*, 829, 839. II 420.
Zembra, en la costa tunecina, I 150.
Zemmur (Sahara español), I 231.
Zen, Piero, veneciano, I 752.
Zenok (Hungría), II 359.
Zevi, Sabbatai, visionario judío, II 211.
Zijemijanij, Stanislas, mercader polaco de Cravocia, I 262.
Zinkeisen, J. W., I 178, 335. II 167, 668, 683, 736.
Zolfa (Persia), I 63.
Zriny, Nicolás, conde de Crocacia, II 262, 512.
Zuara (África del Norte), II 360, 437.
Zucato, Gabriel, renegado, II 144.
Zúñiga, don Diego de, embajador en París de Felipe II, I 474, 642, 643. II 610, 611, 617, 618.
Zúñiga, don Juan de, II 448, 552, 578, 619, 623, 638, 639, 679, 682, 685, 686.
Zurbarán, Francisco, II 240.
Zúrich, I 271.

Zurzach (ciudad de feria), Suiza, I 271.

II. ÍNDICE DE MATERIAS

abejas, I 52.
abono, I 108.
accomandite, 424, 454.
aceite, II 169, 172-174;
comercio, I 134, 151, 159, 166 *n. 92*, 168, 200 *n. 187*, 311, 340, 461, 569, 587, 811;
en Córcega, I 509;
en Hispanoamérica, I 313;
en Yerba, I 206, 416;
exportaciones, I 561, 568;
inversiones en, I 664;
precios, I 510, 685, 686;
producción urbana, I 604;
sevillano, I 107, 313.
acémilas, I 239, 249, 251, 257, 316, 366, 373, 381, 506, 764, 766. II 704.
acero, ver hierro y acero.
administración: de ciudades, I 518;
y espacios, I 494-499.
agallas (nueces) de roble, I 166 *n. 88*, 726, 740. II 293.
agio, I 416. *Ver también* seguros marítimos.
agricultura: como fuente de riqueza, I 561;
Córcega, II 373;
España, I 779, 780. II 27, 74, 75, 159, 322;
estaciones del año, I 338, 339, 340, 352;
Francia, I 562;
historia, II 165;
inversión agrícola, I 352, 581, 582, 781;
Italia, I 94, 781;
judíos y, II 221;

Magreb, II 274;
nómada, I 234, 235, 236;
producción, I 545, 556-565, 569, 570, 778, 789;
reforma agraria, II 97, 98;
superficie laborable, I 563, 783, 784, 790, 791;
y crisis económica, II 100;
y necesidades urbanas, I 88, 89, 367, 368, 431.
agua: bebida, I 461;
en el desierto, I 243, 244;
problemas, I 78-83. *Ver también* pantanos; regadíos.
aguas residuales, I 461.
agustinos, II 153.
albañiles, II 182.
alcabalas, I 508, 546, 582, 583, 706. II 46. *Ver también* impuestos.
alcaldes, II 42, 50, 51, 80, 412. *Ver también* regidores.
aldeas, pueblos, I 31. II 73;
aragonesas, II 191;
artesanales, I 566;
castellanas, I 567;
cifras de población, I 544, 548, 604, 605, 779;
costeras, I 138, 139, 189;
economía, I 509-514, 604;
españolas, II 418;
ingresos señoriales, I 603, 604, 605;
montañesas, I 38, 41 *n. 49*, 49, 50, 187, 271, 357;
nivel de vida en, I 601-605, 779;
y el transporte, I 271. *Ver también* migraciones; campesinos.
algodón, I 205. II 53, 98, 148, 172, 182;
comercio, I 138, 205, 242, 275, 423, 586, 740;
explotación alemana, I 276, 284;
manufactura del, I 567;
tejidos de, I 811;
transporte de, I 379, 397, 413, 500, 501, 511. *Ver también* tejidos; textil, industria.
alguaciles, II 412, 413.
alimentación, alimentos: aprovisionamiento, I 317-321, 357, 436-440, 453, 460, 461, 465, 467, 510-519. II 309;
escasez, II 450, 490, 528, 631, 634, 713;

para la flota aliada, II 587;
para la flota turca, II 579;
precios, I 683-688;
y consumo, I 556-560;
y la rebelión de los moriscos, II 562, 595;
y población, I 544-546. *Ver también* granos; hambre; trigo, y los distintos alimentos.
almáciga, I 204.
almendros, almendras, I 158, 166 *n. 92*, 311, 507.
Almojarifazgo de Indias, I 389.
Almojarifazgo Mayor, I 388-389.
alubias (habas), II 147, 533;
comercio, I 143, 311, 411, 559, 605, 634, 770;
cultivo, I 780;
suministros, I 786. *Ver también* legumbres.
aludes, avalanchas, I 31.
alumbre, I 289, 396, 575, 587, 597, 664, 793, 805-808, 820. II 64.
ámbar, I 262, 397, 730, 831.
anabaptistas, II 521.
ancorazzo, I 386.
anchoas, I 158, 507.
animal, vida, ver vida salvaje.
aparcería, cultivo en, I 677 *n. 366*.
apio, I 200.
arado, I 317, 320, 563, 564, 778, 779. II 172, 180, 733.
arak, I 464.
arbitristas, II 66.
arcabuces, arcabuceros, I 237, 252, 264, 275, 819. II 493;
en la rebelión del norte de África, II 728;
equipos de, II 251, 265, 275;
españoles, II 602;
fabricación, I 574;
marroquíes, II 707;
moriscos, II 177, 190, 430, 553;
persas y, II 692;
piratas y, II 313;
turcos, II 199, 627. *Ver también* armamentos; armas de fuego.
arcilla, II 274.

arcos, II 198, 199, 209;
y flechas, II 602, 627.
arenques, II 807, 818, 826.
aristocracia: búlgara, II 172, 173;
conflictos, I 669, 670;
corsa, II 373;
e italianización, I 171;
en los Países Bajos, II 519, 534;
española, II 76-86, 159, 182, 353, 405, 410-412, 418, 549, 559;
especulación financiera, I 426, 455, 457. II 74, 75;
francesa, II 377, 394, 395, 472, 615, 616, 743, 751, 754;
inglesa, II 540, 607;
italiana, II 629;
juego, I 581 *n. 449*;
obligaciones financieras, I 678, 769;
otomana, II 25;
polaca, I 261;
portuguesa, II 707, 708, 711;
posición social, II 70-99, 106, 107;
protestante, II 535;
rebeliones campesinas, II 112, 113, 115-117;
terratenientes, I 95-98, 103. II 72-76, 412, 413;
títulos de nobleza, II 106, 107;
tunecina, II 554;
urbana, I 447, 448;
venta de cédulas de hidalguía, II 377, 418;
y bandidaje, II 114, 115, 131-137;
y el ascenso de la burguesía, II 99, 104-110;
y las bonificaciones venecianas, I 101, 102;
y los judíos, II 207, 218, 219;
y los moriscos, II 177-183, 193.
armadas, ver flotas.
armadores, ver navegación; comercio.
armamento, armas, II 37, 252, 572, 612;
comercio de, I 209, 264, 748, 807, 818, 819. II 190, 199, 444;
desarrollo industrial, II 283;
industria de las, I 93, 575. II 178;

razas en armas, II 546;
y judíos, II 227; *ver también* los nombres de las diferentes armas.
armas de fuego, I 574. II 251 nn. 11 y 12. *Ver también* armamento; armas; arcabuces.
arqueros, ver arcos.
arquitectos, II 237, 272.
arquitectura morisca, II 194 *n. 206*. *Ver también* edificios.
arrieros, I 55, 68, 297, 594. II 182.
arroz, arrozales: aprovisionamiento, I 466, 467, 755, 787. II 533, 549;
comercio, I 143, 154, 239, 242, 289, 766;
consumo, I 557;
cultivo, I 311. II 172;
en Lombardía, I 94;
introducción del, I 87, 115. II 147;
precios, I 685;
transporte de, II 284;
y los piratas, II 297, 302;
y los terratenientes, II 99.
arsenales, II 476, 479, 482, 484, 502. *Ver también* construcción naval;
—— turco, ver Turquía en el índice de nombres propios;
—— veneciano, ver Venecia en el índice de nombres propios.
arsénico, I 735.
Arte della Lana, ver Florencia y Venecia en el índice de nombres propios.
Arte della Seta, ver Florencia y Venecia en el índice de nombres propios.
artemisa, II 161.
artesanos, ver obreros.
artillería: baterías costeras, II 627, 628;
cerco de, II 346;
desembarco de, II 438;
embarcada en las naves, I 155, 403, 405, 407, 709, 835. II 294, 301, 380, 433, 434, 460, 476, 532, 571, 572, 579, 602, 627, 628;
en Creta, II 598;
en Holanda, II 611, 612;
en La Goleta, II 450;
en Modón, II 630;

en Navarino, II 631;
escuela de, II 198;
marroquí, II 707;
persa, II 692;
pesada, II 350, 728;
turca, II 694, 695;
veneciana, II 579.
asentistas, I 588, 589, 679. II 224, 440.
asientos, asentistas, I 634, 636, 648, 651, 661, 663, 669, 679. II 57, 224, 415, 417, 422, 440, 580.
askenazis, II 205.
aspros, I 699, 700, 713, 715. II 93-96, 729, 730, 731.
astilleros, ver arsenales; construcción naval.
astrolabio, I 138, 140, 227.
atún, I 180 *n. 118*, 311, 341, 803. II 149.
audiencias, II 42, 46, 183, 184.
autarquía, I 510, 580.
auto de fe, II 176, 408, 409.
avena, I 74, 317, 604;
aprovisionamiento, I 755;
precios, I 694.
aves de corral, I 108. II 73, 274.
ayudas de costa, II 82.
azafrán, I 51, 274, 500, 512, 560, 587, 721. II 278.
azogue, I 721. *Ver también* mercurio.
azúcar: comercio, I 243, 296, 586, 720, 730, 802, 804, 842. II 138, 214;
consumo, I 461, 466;
chipriota, II 575;
importaciones, I 561;
ingenios, I 635. II 226;
intereses judíos, II 218, 219;
monocultivo, I 203, 204;
transporte, II 284;
y esclavitud, II 138;
y los piratas, II 297.

bacalao, I 255;
comercio, I 296, 818.

bajocco, I 713.
Balancellos, I 154, 194.
balaneros, I 193.
ballenas y balleneros, I 255.
bancarrotas, I 598;
castellana, I 662, 664, 676-683;
españolas, I 652, 653, 654, 662, 664, 675-683, 841. II 327, 392, 414, 646, 647, 703, 761, 765;
florentina, I 276;
italiana, I 701;
otomana, I 715. II 731;
veneciana, I 616.
bancos y banqueros, I 582;
e inflación, I 698, 699, 701, 702, 703;
evolución de la, I 422-428, 672-675;
públicos y estatales, I 597, 699, 701, 702. II 60;
y capitalismo, II 232;
y el Pontificado, II 61;
y la bancarrota española, II 414;
y las ferias, I 671;
—— alemanes, I 281, 426, 664, 680, 681;
—— españoles, I 425, 426, 427, 430;
—— florentinos, II 102;
—— genoveses, I 425, 426, 427, 455, 456, 522, 523, 588, 590, 637, 662-673, 676, 682, 683, 702, 796, 837;
—— holandeses, I 282, 425, 637, 638;
—— italianos, I 426, 447, 654 *n. 228*, 699, 820;
—— judíos, II 217;
—— lyoneses, I 653, 699;
—— *marranos*, II 232;
—— napolitanos, I 352, 426, 589, 698, 702;
—— polacos, I 260;
—— portugueses, I 426, 588, 683;
—— protestantes, II 220;
—— romanos, I 426, 701;
—— sicilianos, I 699;
—— suizos, I 425, 665, 674, 699, 701;
—— turcos, I 179;

—— venecianos, I 425, 426, 520, 522.
bandidos, I 265. II 111, 140, *passim* y 125, 126, 214, 248, 285;
defensa contra los, I 72 *n. 177*;
en Bulgaria, II 173;
en Creta, I 812;
en España, II 66, 183;
en Francia, II 757;
en Italia, II 217, 790;
en la frontera polaca, I 266;
en las áreas montañosas, I 47, 61, 71, 103, 132, 531;
en los puertos de la costa genovesa, II 289;
inquietud campesina, I 791. II 317;
la armada turca y los, II 515;
los moriscos rebeldes y los, II 564;
lucha contra los, I 104 *n. 282*;
tártaros, I 252, 253;
temporada de actividades de los, I 339.
barcas, I 158, 344, 391. II 292, 296, 300;
argelinas, II 310, 380, 463;
bretonas, I 775;
españolas, I 194. II 644;
francesas, I 348, 412;
genovesas, I 938 ;
marsellesas, I 291, 412, 413, 456;
napolitanas, I 194;
sicilianas, I 194;
turcas, I 463.
barcos: cambios y perfeccionamientos técnicos, I 159, 161, 182, 349, 392, 395, 404, 819, 836;
capturas de, I 145, 154, 166, 439, 637, 638, 655, 735, 760, 783, 806-809, 816;
comercio, I 299, 300;
duración de los viajes, I 349, 350, 477-482, 591;
ingleses, I 809-813;
invasión de los navíos atlánticos, I 718, 801-813;
tipos, I 159, 397;
tonelajes y dimensiones, I 159, 160 y *n. 2*, 185, 187, 373, 391-

414, 590, 768, 781, 835. *Ver también* flotas, y los nombres de los diferentes navíos.
barraganes, II 295, 437.
Barroco, I 292, 297, 419. II 140, 151, 233-241, *passim*, 244, 330.
bautismos, I 345, 547.
bazar, I 382;
Constantinopla, I 329, 414-416.
beglerbeys, II 52, 53, 94, 693.
beneficios, II 25.
benjuí, I 747.
bergantines, I 34, 154, 194. II 288, 293, 295 y 296, 301, 446;
argelinos, II 311, 370, 558;
cristianos, II 297, 466;
franceses, II 745;
turcos, II 343.
bertoni (bertone), I 392, 413, 805.
bey, ver mamelucos.
bezestán, ver bazar.
bezzi, I 692 *n. 355*.
bienes raíces, II 221.
bisutería, artículos de, I 459.
bloqueos, I 170. II 213, 461, 631, 745;
de Lisboa, I 750;
y las especias, I 730-735.
bombasíes, I 281.
bora, I 307.
bosques, II 88, 693;
como refugio, I 124;
desforestación, I 789;
distribución, I 315;
en el norte de Europa, I 249, 250, 273;
en la montaña, I 51-53, 81;
y construcción naval, I 184-187. *Ver también* desforestación.
boticarios, II 220.
botte, I 393, 397.
boyardos, II 739.
bricks, I 141.
brocados, I 276, 551. II 246.

bronce, I 819.
Brucker, edicto de, II 262.
brujería y superstición, I 44, 45.
brújula, I 227. II 293.
bucaneros, II 293.
bueyes, I 317, 374. II 733.
buonavoglia, I 151.
buratos, I 281.
burguesía, burgueses, II 70, 99-111, *passim*, 116, 361;
aristocracia y, II 325;
conseguir la investidura, I 89 *n. 244*;
en Florencia, II 244;
en Francia, II 758;
judíos y, II 216, 217, 231.
burros, I 68, 297, 416, 420, 532. II 279, 461.
burchieri, I 366.

caballería: ligera a bordo de la flota aliada, II 587;
—— alemana, II 515;
—— argelina, II 429, 555;
—— de los Caballeros de Malta, II 489;
—— egipcia, II 727;
—— española, II 347, 546, 641, 714;
—— francesa, II 617;
—— húngara, II 736;
—— imperial, II 736, 739, 740;
—— marroquí, II 707;
—— napolitana, II 268;
—— persa, II 695;
—— tártara, II 694, 696;
—— teutona, II 693;
—— turca, I 532. II 18, 19, 200, 283, 372, 631, 694, 725, 736, 737;
ver también spahis.
—— valaca, II 739.
caballeros de Malta, ver en el índice de nombres propios.
caballos: alimento para, I 317, 322, 323, 799;
árabes, I 532, 533;
comercio de, I 149, 242, 262, 620. II 437, 440, 508;
como botín, II 379;

cría, I 375, 532, 533;
de tiro, I 374;
en el desierto, I 228, 532, 618;
precios, I 511, 605 *n. 532*, 687;
tipos de, I 316;
transportes, I 374, 375, 380, 420, 532. II 628.
cabotaje, I 133-139, 159, 593.
cabras, cabritos, II 281 *n. 117*;
en las montañas, I 51, 91;
para carne, I 315, 510;
y nomadismo, I 129.
cacerías, I 531.
cactos, II 147.
café, II 148.
caiques (caicas), I 149, 319, 462, 783. II 684.
calamares, I 141 *n. 29*.
caldereros, I 566.
calenturas, ver fiebres; malaria.
califas, II 24.
calvinismo, calvinistas, I 284. II 152, 518, 636.
cambios: ferias, I 426, 581, 614 *n. 10*, 671, 672, 697;
judíos, II 201;
precios, I 671, 672, 697, 713-715;
volumen de, I 311, 555, 582, 600, 636;
y crisis financieras españolas, II 415, 416;
y metales preciosos, I 644, 651. *Ver también* bancos y banqueros; letra de cambio.
cambios en la línea de la costa, I 354.
camelotes, I 78, 170, 262, 379, 623, 740, 811.
camellos, I 123-125, 225, 229-233, 618. II 173, 282, 372, 438, 440, 508, 631;
convoyes de, II 222, 438;
cría, I 532;
en caravanas, I 238-240, 343, 344, 416, 532.
campanas, campanarios, I 818. II 163.
campesinos: agitaciones, I 72, 235, 791. II 112-117;
aristocracia y, II 105;
armenios, II 203, 216;

cultivos, I 321, 759, 769, 777-779, 790;
dependencia económica, I 72, 95, 779, 780;
en el Imperio turco, II 91-99;
en el saco de Roma, II 235;
en España, II 159;
en Languedoc, I 99, 102;
fellahs, II 176, 179;
franceses, II 377-378;
frugalidad, I 318, 320, 435;
húngaros, II 733;
italianos, II 790;
migraciones a la ciudad, I 444-449, 459, 554;
montañeses, I 56-59, 95;
moriscos, II 177-183;
nivel de vida, I 661-665;
pastizales, I 111, 115, 125, 126, 127, 778;
provenzales, II 748;
rumanos, II 542;
serbios, II 262;
Sixto V como, II 131;
terratenientes y, I 97, 563, 564;
trajes, I 510;
y abastecimiento de grano, I 771, 776-780, 791;
y bandidaje, II 135-137;
y hambre, I 434;
y los judíos, II 207, 216.
campo, campi, I 101.
canales, I 254, 288, 723. II 359, 543, 691.
cancillerías, II 78, 182.
canela, I 730, 746 *n. 151*, 751, 752.
cantar, I 407.
cáñamo, I 255, 569, 808. II 172, 770.
cañones, II 251, 694;
cristianos, II 283, 581;
en Trípoli, II 361;
españoles, II 466, 491, 602;
italianos, II 510;

proscritos y, II 128, 129;
turcos, II 22, 209, 346.
capital, capitalismo: abastecimiento de, I 158, 190, 300, 301;
beneficios del, I 561, 562, 563, 586, 588;
concentración de, I 589, 590;
inversiones estatales, I 595-598, 703-709;
judío, II 216-228;
nórdico, I 277, 278, 301, 675, 841;
sistema, I 585, 587, 675-683. II 37, 40, 116, 217, 232, 322, 326, 327;
y bonificación de tierras, I 88, 562;
y la expansión industrial, I 569, 570; *ver también* bancos y banqueros;
—— alemán, I 457;
—— Amberes, I 277;
—— español, I 378, 458, 644, 645;
—— florentino, I 158, 454;
—— genovés, I 158, 455-457, 502, 522, 523, 662-673, 815, 838;
—— holandés, I 523, 661, 676, 839;
—— italiano, I 287;
—— judío, II 216, 228;
—— Montpellier, I 289, 423;
—— veneciano, I 426, 455, 791. *Ver también* comercio; bancos, banqueros; dinero; mercaderes; cambios.
capitulación, tratados de, II 554, 555, 684.
capuchinos, I 331. II 67, 145, 151, 197, 239, 315.
carabelas, I 140, 141, 392, 394;
argelinas, II 460, 461;
cristianas, II 466;
portuguesas, I 805. II 370.
carabinas, ver armas; armas de fuego.
caramusali (caramuzales), I 149, 185, 200, 346, 413, 771. II 300, 486, 783.
Caratorum Maris, ver Génova en el índice de nombres propios.
caravanas: comercio transcontinental, I 420, 421;
de carros de bueyes, I 374;
en el desierto, I 227, 239, 245, 532;
en España, I 68;

ferias, I 505;
intereses judíos en las, II 223;
organización de, I 238, 239;
rutas, I 66, 241, 306, 307, 378, 380, 465, 621, 725-728;
y el comercio levantino, I 745;
y los piratas, I 292.
caravanserrallos, I 66, 366, 465.
carbón: de piedra, I 288, 570 *n. 405*, 820;
vegetal, I 116, 688.
cardenillo, I 289.
cargos, venta de, II 48-53, 59, 63, 85, 99.
caricatori, I 201, 766, 768, 769, 799. II 344.
cariseas, I 281, 288 *n. 240*, 397, 420-422, 500, 568, 578, 584, 617, 620, 623, 730, 745, 803, 808, 810, 817, 818-821.
carlino, I 700.
carmelitas, II 156, 239, 315, 785.
carne, II 461;
aprovisionamiento, I 315, 316, 727;
comercio, I 168, 311;
en el régimen alimenticio, I 609;
precios, I 511, 685;
salazones, I 159, 466, 507, 818. II 646;
y el abastecimiento de las ciudades, I 108, 158. *Ver también* ganado, y los diferentes animales.
carolus, I 713.
carracas, I 183, 396, 400, 401, 403 *n. 137*. II 294, 310.
Carrera de Indias, I 596.
carreteras, I 34, 49, 66, 68, 273;
aumento de la importancia de las, I 377-384, 388-390;
comerciales, I 145, 175, 377, 378;
control cristiano de las, II 196;
correos en las, II 617;
duración de los viajes, I 478, 491, 496;
inseguridad de las, I 257, 258. II 66, 124, 130, 137;
rutas, I 366-384, 730;
soldados en las, II 614;
terrestres a la India, I 225 *n. 5*, 730, 743-747, 825, 827. II 659;
transporte de metales preciosos, I 641-646. II 284;

volumen de tráfico, I 594, 595;
y ciudades, I 378, 379, 414-431;
y mercado de grano, I 762-765;
y palmerales, I 226;
y población, I 184 *n. 129*;
—— alemanas, I 266-270, 279;
—— asiáticas, II 691;
—— de los Países Bajos, II 518;
—— del Languedoc, II 745, 758;
—— españolas, I 249, 369;
—— francesas, I 286, 289-293;
—— italianas, I 370;
—— provenzales, II 758, 759;
—— turcas, II 19, 527. *Ver también* comunicaciones; transportes.
carros, I 374.
cartas, ver mensajeros; correo; comunicaciones.
cartas pueblas, II 73.
cartografía, cartógrafos, II 191, 198.
cartujos, II 153 *n. 50*.
Casas de la Moneda: americanas, I 632;
bajo control estatal, I 596;
genovesa, I 662 *n. 264*;
y metales preciosos, I 658-660;
y monedas bajas, I 695;
y valor monetario, I 613, 658, 659, 711. *Ver también* monedas, acuñación.
cascos (de navíos), I 749. II 310.
Cassem, I 333.
castañas, castañares, I 51, 52, 83 *n. 220*, 166 *n. 92*;
como alimento, I 755.
castelli romani, I 70, 452.
cautivos, II 732, 742;
cristianos, II 446, 526, 550, 555, 668, 670, 707, 726;
turcos, II 511, 516, 563, 603, 635. *Ver también* esclavitud; esclavos.
cavaier salvatje, I 47.
cavali, I 500.
caviar, I 143, 466.

cebada, I 51, 317, 322, 604;
cultivo, I 326, 780;
para Constantinopla, I 770, 771;
precios, I 685;
siciliana, I 799;
suministros, I 755, 761, 777. II 282, 527, 595;
transporte, I 763.
cedole (cedola), I 769. *Ver también* pagos adelantados.
ceniza, I 740.
censo, ver demografía, y población.
centeno, I 51, 260, 500, 557, 694, 778, 786, 794.
cequíes (zequíes, *zecchini*, sultaninas), I 614 *n. 10*, 625, 628, 646, 662, 713, 714. II 44, 730, 731.
cera, I 108, 151, 255, 310, 379, 456, 630 *n. 88*, 686. II 274, 316.
cerdos, I 431. II 367.
cereales, ver granos, y los distintos cereales.
cerveza, I 250, 260.
chalupas, II 476.
chamiceras, I 508.
chansons de geste, II 147.
chauch, II 667, 671.
cheques, II 220.
cherif, II 659, 706, 707.
chipre, árbol de, I 199 y 200.
chotoni, I 735.
churriguerescos, I 216.
cierzo, I 336.
cinabrio, I 831. *Ver también* azogue; mercurio.
Cinque Savii, I 166, 191, 282, 380, 391, 426, 561, 665, 735. II 144, 210.
ciprés, II 147.
ciudades-Estado, II 9 y 10;
comunicaciones, I 418;
guerras, I 515;
ocaso de las, I 450-452.
ciudades y núcleos de población, II 9, 88;
abastecimiento de, I 159, 436-440, 453, 460, 461, 465, 512, 513, 514, 754, 755, 786. II 172;

alemanas, I 278-285;
andaluzas, I 104-107;
bancarias, privilegiadas, I 453-458;
bandidos en las, II 127, 128, 183;
búlgaras, II 173-174;
capitales, I 457-459, 467, 468. II 81, 82, 118, 119, 713, 715;
clasificación de, I 428-431;
como centros comerciales, I 107, 148, 189, 191, 192, 414-431, 447, 453-463, 514-519, 522, 544-546, 558, 559;
control de los mares, I 148, 156, 157, 158, 162-167, 190, 191, 419-422;
crisis urbana, I 433, 449-453. II 100, 119-123;
en el desierto, I 227, 228, 244;
edificios públicos y monumentos, II 237, 238, 755;
en la montaña y en la llanura, I 63, 64, 65, 270;
epidemias, I 434, 440-443;
españolas, II 79, 175, 178, 187, 188, 192, 193, 412-414, 553;
fomento del esfuerzo agrícola, I 89, 90, 368, 429, 431, 447. II 172, 173;
hambre y carestías, I 434-442;
industria en, I 422-431, 565-578;
italianas, I 148. II 55, 56;
migración hacia, I 444-449, 459;
población y crecimiento, I 431-434, 458-463, 544. II 80, 81, 82, 91, 97, 220, 221;
reales e imperiales, I 458-467;
riqueza de las, I 105, 416, 419, 433, 514-522;
turcas, II 55, 56;
y comunicaciones, I 366, 367, 368, 414, 418;
y nómadas, II 161;
y orden social, II 70, 71;
y riego, I 89;
y venta de tierras de la Corona, II 418.
clavo (especia), I 243, 730, 745, 750.
clearing-houses, I 283, 616 *n. 22*.
clima, II 165, 693;
altitud y, I 75, 76;
cambios históricos del, I 353-364;

efectos en la producción agrícola, I 309;
influencia atlántica, I 305-308;
uniformidad de, I 304, 307-313;
y efectos de los cambios estacionales, I 324-353;
zonas de, I 221. *Ver también* temperaturas.
cobre: alambre de, I 831;
comercio, I 243, 275, 300, 422, 617, 665, 730, 734, 819, 838. II 199;
explotaciones alemanas, I 276, 717;
importación, I 561;
valor, I 626, 664, 665, 717. *Ver también* monedas; minas.
cochinilla, I 298.
colinas, I 74-76.
colonias, colonos, I 176, 177, 311-313. II 74;
castellanas, II 12;
en la Antigüedad, I 176, 312;
españolas, I 157, 494. II 176, 180-182;
genovesas, I 455, 662-663;
italianas, I 299, 834 *n. 547*;
portuguesas, I 12;
ragusinas, I 421-422;
turcas, II 94.
colli, I 380.
combustible en el desierto, I 229, 239.
comerciantes, ver mercaderes.
comercio, II 144;
a larga distancia, I 585-589;
aceleración del, II 37;
balanza comercial, I 281-285, 554, 555, 665, 666;
corrientes de, II 222, 223;
embargos, I 418, 783, 806, 816, 837;
en las ferias, I 504-508;
espacio y economía, I 499-503;
estacional, I 438-453;
operaciones de, I 580, 581;
volumen de, I 555, 580-586;
y burguesía, II 99-103, 106;

y economía monetaria, I 600;
y piratería, II 309, 312, 313, 314;
—— africano, I 620, 621;
—— alemán, I 290, 411, 839;
—— aragonés, I 157;
—— armenio, I 62, 63;
—— asiático, I 721, 722, 723, 727-751. II 690, 691;
—— atlántico, I 107, 183, 277, 298-303, 399, 400, 752, 802-813, 837-843;
—— austriaco, I 167, 168;
—— bretón, I 183;
—— catalán, I 190, 192;
—— corso, I 508, 509;
—— cristiano, II 196, 197, 339, 647, 729;
—— chipriota, II 635;
—— dálmata, I 380;
—— español, I 106, 107, 167, 300, 583, 584, 654, 663, 724, 737-740, 835-841. II 57, 304, 686, 690;
—— flamenco, I 183, 653, 724, 808, 809, 839;
—— florentino, I 147 *n. 40*;
—— francés, I 289, 290, 411, 584, 724, 750, 839. II 500, 610, 758;
—— genovés, I 156, 159, 520, 521, 587, 662, 820;
—— holandés, I 154, 155, 183, 664, 744 *n. 137*, 828. II 29;
—— inglés, I 183, 266, 411, 807-813, 818-828;
—— judío, II 213, 221;
—— levantino, I 179, 656, 732-754, 822. II 216, 544, 665;
—— morisco, II 188-192;
—— norteafricano, I 224, 239, 240. II 278;
—— océano Índico, II 690;
—— polaco, I 257-267;
—— pontificio, I 168;
—— portugués, I 256, 299, 585, 718-741, 751, 839. II 690, 707;
—— ragusino, I 147, 157, 168, 379, 412, 422, 427, 452, 453, 456, 617, 729, 731;
—— ruso, I 142-145, 147, 148, 352 *n. 77*, 253-257. II 691;
—— turco, I 142, 143, 147, 167, 256, 378-381, 730-738, 822, 823. II 685, 770;

—— veneciano, I 147 *n. 40*, 164-171, 378-381, 398, 514-522, 613, 628 *n. 75*, 630 *n. 88*, 730, 736-741, 747-750, 821. II 304, 634, 635, 718, 719. *Ver también* mercaderes, y los distintos países y productos.
comino, I 560.
comuneros, revolución de los, II 100, 111, 117.
comunicaciones: alemanas, I 280, 281;
alpinas, I 270-274;
con Polonia, I 257-264;
efectos de las crisis, I 372;
en el continente europeo, I 248-251, 293, 294;
en el Egeo, I 178;
en Francia, I 285, 286;
entre las cuencas marítimas, I 178;
funciones urbanas, I 414;
holandesas, I 291 *n. 247*;
rutas marítimas por el Caspio, I 255-257. *Ver también* correo; carreteras; rutas; navegación; transporte.
concentración capitalista, I 588-589.
conduttori, ver transporte.
conquistadores, II 27, 276, 277.
Consejo Real, II 42.
construcción, I 597;
barro, I 228;
fortificaciones, I 622;
madera, I 463, 566;
piedra, I 230, 566, 622.
construcción naval, I 185-188, 192, 401, 433. II 150, 197, 477, 479, 482, 508, 531, 576, 637, 725, 726, 787;
decadencia de los grandes navíos, I 408;
genovesa, I 427;
costos, I 592, 593. *Ver también* arsenales.
consulados, I 285;
en Argelia, I 194, 519, 655. II 315;
en Londres, I 816, 817;
en Nápoles, I 810;
en Túnez, I 655. II 315;
francés, II 194, 519, 655, 809, 810;

inglés, I 809, 810;
veneciano, I 831.
contrabando, I 154, 167, 168, 209, 418, 467, 632, 633, 643, 722, 735, 747, 750, 783, 808, 819. II 549.
Contrarreforma, I 292. II 36, 151, 156, 256,
convoyes, I 825, 391, 409, 765.
coral, I 138, 194, 208, 210 *n. 221*. II 278, 316;
comercio, I 239, 455, 721, 731, 807.
corchapines, II 279, 299.
cordelates, I 510.
corderos, precios, I 687;
venta de, I 326, 467. *Ver también* ganado lanar.
coronas (moneda), I 556, 626, 642-646, 650-653, 657, 671, 714, 715, 817. II 87, 103, 105, 244, 301, 425, 426, 684, 685 *n. 88*. *Ver también* escudos.
corregidores, II 46, 51, 77, 412.
correo: postas, I 316;
tardanza en los viajes, I 473-477, 484-486, 494;
tarifas, I 486, 487.
corsarios, I 72 *n. 177*, 196, 335. II 279, 285, 286, 288, 291-294, 308, 315, 343-348, 427, 436, 447, 456, 457, 464, 466, 486, 488, 531, 544, 595, 599, 686, 720, 721, 779, 781;
—— argelinos, I 151, 155, 158, 169, 177, 194, 198, 199, 202, 592, 803, 825. II 144, 199, 286, 292, 294, 295, 305, 306, 311, 316, 369, 380, 450, 458-461, 604, 623, 721;
—— berberiscos, I 151, 154, 158, 169, 177, 194, 198, 199, 202, 592, 603, 825. II 183, 186, 266, 270, 286, 287, 294, 295, 340, 341, 429, 454-458, 478, 479, 782, 783;
—— españoles, I 149. II 313;
—— franceses, I 190;
—— holandeses, II 313;
—— ingleses, I 749. II 313;
—— malabares, I 749;
—— musulmanes, II 313;
—— normandos, I 739;
—— ponentinos, II 157, 287, 299;
—— portugueses, I 804;
—— tripolitanos, I 201, 349. II 431, 432, 436, 437;

—— turcos, II 158, 183, 248, 467;
—— venecianos, II 157. *Ver también* piratas.
corso, patente de, II 286.
cortes españolas, II 50, 79, 108, 207, 406, 413, 421, 460, 481, 536, 554.
cortes portuguesas, II 710-712.
crédito: efecto del dinero barato, I 657;
en Génova, I 425, 520, 522;
en la bancarrota española, I 680;
en las ferias, I 505, 506, 673;
expansión del, I 599 y 600;
papel, I 674, 675;
público, II 56-65. *Ver también cedola*; pagos adelantados, préstamos.
cruzada (subsidio pontificio), I 622. II 477, 552, 577, 589.
Cruzadas, II 349, 583, 706, 766;
Carlos VIII y las, II 10, 12;
contactos Oriente-Occidente, II 195, 196, 200 *n. 235*;
don Juan de Austria y las, II 255, 256;
en la Reconquista, II 32, 687, 688;
Felipe II y las, II 482, 606, 658, 659;
papado y, II 505, 682;
y las guerras «externas», II 254, 256, 327-329.
cuero: artesanos alemanes del, I 276;
comercio de, I 108, 138, 147, 151, 166 *n. 88*, 207, 262, 289, 291, 298, 370 *n. 12*, 378, 421, 467, 507, 630 *n. 88*, 750, 808. II 278, 316, 438;
español, II 243;
producción, I 310;
trabajo del, II 178;
transporte, I 411, 803, 814;
tributos sobre el, II 647. *Ver también* pieles.
culebrinas, II 568 *n. 302*.
cultivos, II 307, 309, 341, 580;
rotación de, I 236. *Ver también* agricultura; granos, y los diferentes cultivos.
cuscús, I 228, 233.

damascos, I 571, 577 *n. 436*. II 197.

dátiles, I 289.
declinación magnética, I 140.
demografía, I 523-554. II 170, 171, 194 *n. 207*. *Ver también* población.
demonios, ver brujería y superstición.
denarios torneses, I 713.
derechos de aduana, II 277 *n. 102*. *Ver también* peajes; tarifas.
desagüe, I 79-88.
descubrimientos, ver exploradores.
desertores, II 561.
desforestaciones, I 104 *n. 282*, 186, 203, 204, 314 *n. 31*, 315, 778, 789;
y cambios climáticos, I 354, 358. *Ver también* bosques.
desiertos, I 28, 225-231. II 698;
avances del, I 355, 356;
efecto del Atlántico sobre el Sahara, I 307;
estaciones, I 343;
población, I 528, 529;
precipitaciones en el, I 232;
transporte, I 618;
vida animal, I 532;
vida en los, I 228-238, 243-246;
y el islam, I 246. *Ver también* nómadas; oasis.
deudas, II 73, 75-76, 693. *Ver también* obligaciones; peajes; tarifas aduaneras.
devaluaciones, ver inflación; dinero; monedas.
devschirme, II 45, 46.
diamantes, II 316.
dieta alimenticia: a bordo de los barcos, I 836-837;
calidad de la, I 317-320, 609, 610;
diferencias regionales, I 311, 312;
diferencias sociales, I 609;
y el abastecimiento de grano, I 755, 781;
y el aspecto físico, I 245, 318. *Ver también* alimentos, hambre.
dietas alemanas, II 358, 514, 516.
diner, I 700.
dinero, I 516;
abastecimiento, I 158, 647, 648, 658, 659, 752;

bimetalismo, I 627, 646, 692;
circulación del, I 282, 426, 499-504, 586, 601, 637, 658, 659, 689;
contrabando, I 632
(volumen de, I 555 *n. 332*, 556, 599, 600, 601, 645, 677, 692);
de cuenta, I 581, 624, 625, 692, 697, 702;
devaluación e inflación, I 599 y 600, 613, 626, 635, 657, 658, 689-693, 698, 699, 712, 713, 714, 784;
en Oriente, I 616;
en zonas rurales, I 566;
español, I 644-657, 671, 672;
especulación, I 614, 627;
mercado de, I 210, 282, 287, 512, 513, 581, 617, 634, 658, 659, 825;
papel, I 613, 686;
préstamos privados, I 424;
rescates, II 529;
tarifas de cambio, I 614 *n. 10*;
tasas de interés, I 617, 648;
teoría cuantitativa, I 688, 689;
transporte de, I 639 *n. 130*, 641, 655, 670, 730. II 490;
y las crisis políticas españolas, II 417-421, 554, 555, 710;
y las guerras de Persia, II 698;
y los desembolsos militares españoles, II 536, 552, 620, 629, 640-650, 736, 761, 780, 781;
y los tratados de paz turcos, II 665, 666;
y pobreza, I 693, 694, 695. *Ver también* bancos; letras de cambio; metales preciosos; monedas; capitales.
Dir, I 69.
dirhems, I 619.
doblas (*doubles*), I 620 *n. 42*, 628.
doblones, I 643. II 684.
Doce Años, Tregua de los, I 744.
dominicos, II 239.
Dottori in Legge, II 42.
dracmas, I 713, 714.
drogas, I 143, 239, 275, 289, 500, 506, 508;
orientales, I 729, 735, 746, 751, 831;
volumen comercial, I 585, 586.

dromedarios, I 123, 124, 128, 225-229. *Ver también* camellos.
ducados, I 520, 556, 620, 624, 625, 642, 657, 659. II 46, 51, 63, 78, 82, 87, 105, 129, 138, 190, 201, 226, 252, 253, 274-276, 282, 298, 349, 369, 374, 464, 721 *n. 13*.

ecus, ver coronas; escudos; *scudi*.
edificios: en Dirraquio, II 91;
en el Bajo Ródano, II 125;
en España, II 81;
en Marsella, II 754;
en Roma, II 237 y 238;
en Tunicia, II 161;
en Venecia, II 324;
tschiftliks, II 98.
ejércitos: multiplicidad de, II 743;
presupuesto, II 10, 31, 253, 356;
volumen, II 249;
y bandidos, II 129, 130, 136, 137;
—— argelino, II 379, 556;
—— cristiano, II 663 *n. 9*;
—— español, II 31, 130, 249, 419, 432, 433, 434, 438, 439, 463, 524, 533, 536, 552, 557, 710, 713, 753, 760, 775;
—— francés, II 248, 377, 378, 389, 392, 472, 761;
—— napolitano, II 267;
—— persa, II 697;
—— turco, I 242, 785. II 248, 371, 378, 433, 450, 453, 505, 516, 571, 692, 694, 723-727, 731, 736-739, 777, 778;
—— veneciano, II 569. *Ver también* tropas.
embarques, fletes, ver comercio.
emigrantes, emigración, II 118 y 119;
a América, I 552;
corsa, I 208-211;
y tendencia de la población, I 535-537, 550-554. *Ver también* migraciones.
encaje, I 459.
encomiendas, II 82.
ennayer, I 326.
epidemias, I 231, 244, 341-343. II 490, 492, 511, 527, 653;
oleada de (1630), I 796;

urbanas, I 435, 440-443;
y abastecimiento de grano, I 770, 781;
y fuerza de trabajo, I 574 *n. 417*;
y tendencias de la población, I 546, 695. *Ver también* fiebres; malaria; tifus.
epizootias, I 441.
erasmismo, erasmistas, II 230, 408, 409.
esclavitud, comercio de esclavos, I 204, 225, 239, 243, 412-415, 605, 615, 621. II 91, 137, 139, 287-289, 302.
esclavos, II 20, 21, 138, 143, 286, 290, 295-299, 309, 315, 344, 362, 428, 437, 598, 692;
cristianos, I 463. II 138, 143, 144, 197, 207, 252, 253, 297, 308, 310, 311, 430, 577, 721 *n. 13*;
judíos, II 215, 222;
moriscos, II 186, 558, 595;
mujeres, I 517 *n. 163*. II 138, 370;
negros, I 151, 204, 225, 445, 605 *n. 532*, 621, 723. II 138, 139, 179, 297, 299, 370, 431. *Ver también* cautivos.
escorchapines, I 136 *n. 13*.
escuadras, ver flotas.
escudos, I 556 *n. 334*, 626, 646, 650, 651, 655, 707, 714. II 252 *n. 15*. *Ver también* coronas; *scudi*.
espacio: duración de los viajes, I 266, 477-494;
en el desierto, I 227;
y comunicaciones, I 294, 373, 473-523;
y economía, I 449-504;
y la administración de los imperios, I 494-497. II 522;
y movimientos navales militares, II 490, 491, 514, 693, 694. *Ver también* rutas; velocidad.
espaldera, comarcas en, ver laderas.
esparto, II 161.
especias, comercio de, I 138, 143, 158, 168, 239-244, 255, 262, 273, 275, 280, 285-291, 297, 299, 455, 506, 508, 615. II 174, 214, 219, 297, 437, 609, 707;
crisis portuguesa, I 718-726, 734-743;
orientales, I 727-731, 745, 746, 752, 811, 813, 825, 831, 842;
precios, I 731 y 732;

transporte de, I 379, 396, 500, 809-812;
volumen de, I 586, 588. *Ver también* pimienta.
espolones, II 602.
esponjas, I 150.
establecimientos montañeses, II 166.
estaciones, I 179, 324-353.
estameñas, I 281, 291, 377.
estaño, comercio de, I 239, 243, 275, 300, 397, 561, 617, 745, 808, 809, 810, 818, 819, 821, 823, 826, 828. II 199.
estepa, I 111, 308, 344.
estudiantes, II 118, 152.
esturión, I 254.
eucaliptos, II 147.
excellente, I 626.
excusado, II 578, 589.
exploradores, exploraciones: marítimas, II 12;
Nuevo Mundo, II 21-23.
explosivos, II 661. *Ver también* pólvora.

fábulas, II 163.
faluchos (falúas), I 346, 392, 413.
fanega, I 558, 686, 762.
farouns, I 74.
fellahs, ver campesinos.
ferias, I 270. II 218;
cambios, I 281, 285, 425, 426, 522, 581, 588, 600, 616 *n. 22*, 654, 667-673, 680, 697 y 698;
locales, I 505, 506, 604. II 221;
otoño, I 325;
tejidos, I 578;
vino, I 340;
—— alemanas, I 282, 505;
—— Besançon (Piacenza), I 301, 426, 504, 614 *n. 10*, 668-673, 792;
—— champaña, I 299, 425, 504. II 221;
—— españolas, I 340, 505-508;
—— francesas, I 292, 505;
—— italianas, I 504, 505. II 224-228;
—— Lyon, I 287;
—— polacas, I 260, 262, 265;

—— Sensa, I 504. *Ver también* comercio.
feudalismo: en las áreas montañosas, I 46-47;
reacción, I 449;
retorno al, I 784;
y aristocracia, II 72-73, 75-80, 87-91;
y lucha de clases, II 115-116;
y nómadas, I 236;
y obligaciones feudales, I 460;
y tierras bajas, I 97. *Ver también* aristocracia; feudos.
feudos, II 25, 71, 78, 79, 88, 89, 91, 97, 98, 259, 280. *Ver también* encomiendas; *timar*.
fiebres, I 81, 342. *Ver también* malaria.
filibotes, I 403.
finanzas: del Estado, I 422-427, 595-598, 610, 662, 673-677. II 56-65, 377, 384, 394, 472;
—— españolas, I 300, 301, 361-368, 393. II 30-37, 57, 252, 349, 362, 363, 368-369, 376, 392, 394, 412, 414-422, 472, 477, 478, 497, 577-578, 623, 629, 643, 676, 761;
—— flamencas, II 31;
—— florentinas, I 522;
—— francesas, II 58, 376, 377, 392, 472;
—— genovesas, I 299, 522, 588, 662-667, 674. II 62 y 63;
—— imperiales, II 740;
—— inglesas, I 302. II 252;
—— napolitanas, II 27, 28, 646;
—— pontificias, II 61, 63, 64;
—— portuguesas, I 675. II 709;
—— sicilianas, II 646;
—— turcas, I 712, 713. II 60, 65, 94, 95, 674, 722, 729-731, 740;
—— venecianas, II 62, 63, 569. *Ver también* bancos; capital; mercaderes; prestamistas; presupuestos.
Firmans, II 95.
fletes, ver navegación; comercio.
florines, I 556, 700.
flotas, I 181. II 290, 295, 313, 317, 484, 485, 578-580, 625-627, 782-783;
—— aliada, II 252, 253, 580-583, 586-589, 596, 597, 600-603, 625-632;

—— aragonesa, II 28;
—— argelina, II 305, 310, 311, 370, 380, 463, 555, 779;
—— berberisca, I 592;
—— catalana, II 277;
—— cristiana, II 439, 440, 476, 488, 556, 578, 724, 782;
—— danubiana, II 263;
—— del norte, II 342;
—— escocesa, II 612;
—— española, I 186, 187, 192, 296, 301, 302, 329, 331-334, 404, 412, 591, 641, 708, 737, 835. II 37, 143, 264, 295, 297, 343, 353, 359, 364, 367, 404, 405 nn. 413-419, 423, 429, 437-439, 446, 447, 455, 456, 457-470, 475-484, 490, 491, 496, 499, 507, 511, 512, 519, 531, 536, 538, 574, 580, 581, 594, 613-615, 620, 621-625, 632, 643, 648-652, 682, 694, 702, 713, 715, 716, 760, 765, 775-783, 794;
—— florentina, II 342, 494;
—— francesa, I 177, 590. II 288, 289, 356, 357, 367, 399, 427, 441, 610-619;
—— genovesa, I 156, 456, 591;
—— holandesa, I 301, 348 *n. 179*, 590;
—— inglesa, I 299, 300-303, 348 *n. 179*, 590, 794, 835, 840. II 393, 612;
—— italiana, II 434, 463;
—— marsellesa, I 591. II 102;
—— napolitana, I 591;
—— pontificia, II 576-582;
—— pirata, II 343-346;
—— portuguesa, I 738. II 66, 613, 701-703, 706, 711;
—— ragusina, I 412, 591, 592, 814. II 102;
—— sarracena, I 156;
—— siciliana, II 307, 459, 483;
—— turca, I 149, 174, 177-182, 331, 495, 823, 248, 265-270, 290, 339, 342, 359-372, 378, 389, 393, 426, 428, 429, 433-439, 441, 442, 444-456, 462, 486-500, 506-513, 528, 531, 542 *n. 179*, 544 *n. 185*, 548 *n. 204*, 552, 553, 564, 567 *n. 297*, 568-569 *n. 302*, 573, 574, 579-582, 583, 598–603 , 627, 628, 629, 630, 638-644, 648, 650, 653-663, 668, 673, 677, 678, 681, 690, 701, 722-728, 734, 768, 769, 770, 775-783;

—— veneciana, I 72 *n. 177*, 165, 384, 413, 516, 591. II 102, 158, 341, 342, 512, 570, 573, 577, 579, 581, 598, 599, 600, 604, 620, 635, 733. *Ver también* barcos; navegación.
focas, I 225.
Fondaco dei Turchi, ver Venecia en el índice de nombres propios.
fondas, ver posadas.
fondeaderos, *ver ancorazzo*.
Fondego dei Tedeschi, ver Venecia en el índice de nombres propios.
fontaneros, II 182.
forzados, II 253 y 491, 574. *Ver también* galeotes.
fragatas, I 159, 161, 194, 413. II 293, 295, 303, 310, 469, 471;
cristianas, II 297, 342;
españolas, II 364, 439-440, 644;
francesas, II 745.
fragatillas, II 295.
franciscanos, I 43. II 153, 213, 239, 346.
fregatinas, II 303.
fresnos, II 161.
frutales, árboles, II 11, 699.
frutas: comercio, I 158, 507, 512;
cultivo, I 207 *n. 206*, 315, 780;
efectos de la altitud, I 76;
en el régimen alimenticio, I 320.
fueros, II 54, 411, 413.
fuertes y fortificaciones, II 260-274;
castillos, fortalezas, II 128;
cristianos, II 248, 257, 258, 283, 655;
en Berbería, II 250 *n. 5*;
en Yerba, II 347, 729;
en Dirraquio, II 18;
en Hungría, II 358, 736;
en Rodas, II 359;
en Sicilia, II 342, 664;
en Toscana, II 132.
“funcionarios», II 41-48, 101, 118, 119.
fundiciones, II 197, 205, 250.
fuorisciti, II 370, 397.
Fürstenrevolution, II 365.

fustanes, I 275, 281, 284, 397, 423, 790.
fuste (fustas), I 199 *n. 184*. II 296, 300, 307, 316, 475, 531, 560, 629;
argelinas, II 558;
berberiscas, II 307, 340, 464;
turcas, II 343, 344, 510, 599, 627, 725.

galeazas, I 640, 811. II 249, 251, 283, 486.
galeones, I 154, 165, 198. II 249, 300, 310, 729;
dimensiones, I 400, 401;
duración de los viajes, I 501;
en las rutas de las Indias, I 300, 709, 802;
operaciones de invierno, I 335, 336;
tráfico, I 346, 347, 348;
—— corsarios, II 446;
—— cristianos, I 165. II 297, 466, 782;
—— de Creta, I 407;
—— de Manila, I 298;
—— españoles, I 300, 302, 709. II 434, 435, 536, 644;
—— genoveses, II 298;
—— marselleses, I 289-291, 411. II 279;
—— musulmanes, II 251, 284, 662, 778;
—— ponentinos, II 288;
—— turcos, I 392;
—— venecianos, I 392. II 279, 572, 579;
—— vizcaínos, I 300.
galeonetti, galionetti, I 346, 412.
galeotas, I 169 *n. 101*, 199 *n. 184*, 274, 279, 296, 297, 300, 303, 307, 310, 343, 475;
—— aliadas, II 628;
—— argelinas, II 304, 370, 378, 460, 722;
—— berberiscas, II 464;
—— corsarias, II 459, 531;
—— cristianas, II 440, 476;
—— españolas, II 435;
—— turcas, II 437, 510, 511, 627, 723.
galeotes, I 131, 605, 606, 609. II 135, 143, 226, 253 y 291, 301, 310, 465, 579, 603. *Ver también* dimensiones, en galeras, *infra:* forzados.

galeras, II 246, 249, 276, 295, 297, 302, 305, 307, 311-317, 343, 435, 475, 483, 581, 625, 629, 630, 745, 782;
cargadas de metales preciosos, I 645, 648-652, 656, 657, 678;
construcción de, I 185;
dimensiones, I 395;
en invierno, I 328-336;
tráfico, I 346, 396, 405, 406, 407;
tripulaciones de las, I 181, 338, 409, 525 *n. 196*, 605, 606, 761 *n. 238*. II 181, 253, 295, 296;
velocidades, I 477, 478, 481, 482, 490, 491, 495, 496, 501;
y piratería, I 170, 171, 397;
—— aliadas, II 253, 587, 595, 596, 599, 600, 602, 619, 628;
—— argelinas, II 305, 306, 311, 371, 380, 460, 574;
—— berberiscas, I 397, 406, 623. II 340;
—— corsarias, II 465, 466;
—— cretenses, II 627;
—— cristianas, II 264, 297, 436, 440, 477, 492, 548, 781, 782;
—— de los Caballeros de Malta, II 476-477;
—— de san Esteban, I 745;
—— de Trípoli, I 349. II 311, 436, 437;
—— del mar Rojo, I 728;
—— del Piombino, II 442, 480;
—— escocesas, I 182;
—— españolas, I 154, 157, 302, 329, 331, 644, 650, 709. II 192, 275, 346, 353, 364, 378, 380, 381, 394, 432-435, 438, 441, 456-472, 475-481, 486, 490-496, 505, 510, 531, 544, 547, 550, 551, 560, 572-575, 576 *n. 332* , 580, 582, 595, 600, 602, 621, 624-631, 637, 650, 651, 713, 720, 723, 724, 727, 747, 756, 774-780;
—— florentinas, I 454. II 300, 427, 482, 727, 728, 777;
—— francesas, II 341, 362, 367, 368, 371, 374, 393, 399, 443, 467, 469, 592, 624 *n. 173*;
—— genovesas, I 299, 650. II 344, 433, 442, 476, 477, 481, 603, 614;
—— italianas, I 646. II 433, 571;
—— maltesas, II 298, 299, 435, 488;
—— monegascas, II 433, 476, 480;
—— musulmanas, II 292;
—— napolitanas, I 650. II 274, 307, 465, 476, 477, 482, 494, 596, 621, 676;

—— piratas, II 227;
—— ponentinas, II 288, 300;
—— pontificias, II 433, 480, 511, 626, 642, 652, 777;
—— portuguesas, I 463. II 465, 478, 482, 701 *n. 137*;
—— saboyanas, I 650. II 442, 476, 481;
—— sicilianas, II 290, 303, 307, 433, 435, 464, 476, 478, 480, 494, 596, 720, 726;
—— toscanas, I 745, 756. II 298, 433, 476, 480, 576, 729;.
—— turcas, I 379, 380, 723, 731, 733, 745, 746, 760, 783, 813. II 145, 253, 258, 283, 299, 301, 360, 372, 389, 447, 451, 454, 486, 487, 492, 507-510, 528, 543, 546, 579, 598, 603, 627-630, 650, 653, 654, 657, 682, 695, 699, 701, 722-728, 737, 769, 770, 771, 774, 777-783;
—— venecianas, I 165, 175, 182, 348, 379, 439, 619 *n. 39*, 620. II 226, 252, 261, 277, 288, 300-304, 512, 579, 581, 598-603, 629, 635, 770.
galere da mercato (Venecia), I 299, 396, 397, 516, 521, 577, 580, 720.
galere sottile (galeras sutiles), II 599.
gallegos, I 55 *n. 100*.
galletas, I 756, 777. II 284, 293, 442, 459, 460, 479, 488, 533, 595, 597, 627.
ganadería, ganado, II 516;
alimentación, I 466;
beneficios de la, I 260;
comercio de, I 261, 378, 506, 507. II 474;
en el desierto, I 343;
en la economía rural, II 75;
en las montañas, I 51, 52, 71, 112;
escasez, I 315;
polaca, I 261 y 262;
y bandolerismo, II 135;
y hambre, I 435;
y los moros, II 281. *Ver también* vaca, carne de, y los diferentes animales.
ganadería extensiva, II 172.
ganado lanar, I 51, 88, 109 *n. 290*, 110-120, 129. II 75, 96, 438;
aprovisionamiento, I 466, 789;

carne, I 315, 316;
cría, I 120, 202, 429;
en el desierto, I 232;
mantequilla, I 510;
mercado, I 143;
precios, I 316, 687.
gandules, II 183.
garbanzos, guisantes, I 74, 108, 604, 755, 766, 786, 808. II 279.
gastadores, II 273.
Gavaches, I 553.
gazette, I 692 *n. 355*.
gendarmerie, II 116 *n. 213*.
gerbes, I 149. II 300.
germanías, II 117, 177, 185.
ghettos, II 206, 207, 210, 211.
gitanos, II 253 *n. 18*.
glaciares y heladas, I 356, 360, 361.
goletas, I 141.
goma arábiga, I 730.
góndolas, I 346.
gorgoranes, I 281.
gótico, arte, II 234.
grandes de España, II 76-84. *Ver también* aristocracia.
grani, I 797.
granges, II 73.
granos: abastecimiento, I 754 – 801. II 278, 376, 595, 641, 753, 754 *n. 151*;
beneficio, I 562, 654;
bloqueo, II 213;
calidades, I 754;
comercio, I 143, 158, 200, 201, 207, 239, 242, 250, 254, 288, 300, 418, 424, 466, 467, 560-563, 631, 755-768, 772–801. II 218 (volúmenes de, I 585-587, 754-772);
consumo, I 556-559, 562 (*ver también* hambre);
cosechas, I 200 *n. 187*, 320-324, 337, 348 *n. 179*, 437, 754, 759, 781, 793. II 527, 561, 595, 746;
crisis, I 200, 323, 434-440, 461, 754, 771-802. II 307, 53;
del Archipiélago y orientales, I 770, 771, 772, 781-785. II 586;

del norte, I 260, 773, 774, 785, 792-796, 828, 829, 830, 833, 837, 841;
en la economía rural, II 74, 75, 282;
especulación de, I 85, 86, 755, 756, 769-772, 782;
impuestos y tasas, I 758, 768;
molinos, I 567;
oficinas del, I 437, 439;
pagos en especie, II 281;
para galletas, II 242;
precios, I 79, 514, 545, 562, 584, 685, 686, 696, 759-765, 769. II 307, 322, 558;
producción, I 84-89, 97, 311, 545, 557-563, 769, 770, 774-775, 789;
sicilianos, I 790, 796-798;
transporte de, I 159, 165, 236, 239, 288, 374, 375, 404, 405, 407, 438, 555, 756, 762, 763, 765, 775, 776, 781-801, 814. II 260, 346, 371. *Ver también* trigo, y los nombres de los demás granos.
granza, I 107, 721.
greda, I 729.
gremios, I 750. *Ver también Arte (della Lana* y *della Seta*).
grippi, I 392, 410.
grisi, grigi, I 167.
grossetti, I 516, 692 *n. 355*.
grossoni, I 516.
grosz, I 700.
grush, II 730.
guardacostas, guardia de costas, II 269, 270, 481.
guerras de religión, I 84 *n. 220*, 289, 493. II 743-762.
hambre, I 200, 201, 322-324, 361, 762, 772, 775-777, 784. II 551, 693;
en Francia, I 707;
urbana, I 434-443.
harina, II 180, 293, 549;
abastecimiento, I 777, 787, 789;
exportaciones, I 313;
precios, I 685.
has, II 93.
heno, I 92.

herejes, ver anabaptistas; erasmistas; luteranos; protestantismo.
hermandades, movimiento de las, II 26.
herreros, I 566. II 216.
Hessera, I 228.
hidalgos, II 41, 43, 84-86, 101, 187.
hidromiel, I 736.
hielo y nieve, I 33, 34, 357, 360, 361, 364.
hierba, I 200.
hierro y acero, I 93. II 190, 197;
abastecimiento, I 574;
comercio, I 143 *n. 33*, 159, 166, 168, 209, 262, 275, 288 *n. 239*, 289, 300. II 838;
en la construcción naval, I 401;
monedas de, II 730;
para armamento, I 819.
higos, higueras, II 147, 558;
comercio, I 507;
cosecha, I 338, 341;
distribución geográfica, I 309.
hombres de negocios, I 301, 425, 663, 671, 677. II 103. *Ver también* bancos, banqueros; mercaderes.
hortelanos, I 200, 205 *n. 199*.
huertos, I 189, 200, 774. II 93, 115, 172, 367, 561. *Ver también* frutas.
huevas de bonito, I 143.
hugonotes, ver protestantes.
imán (aguja imantada), I 138 y n. 0. *Ver también* brújula.
imaret, imaretos, I 685.
imprenta, impresores, I 519, 566, 578. II 146, 151, 208, 227, 754.
impuestos: a la navegación, I 159;
a los productos agrícolas, I 429;
arriendos agrícolas, II 45, 59, 94-96, 101, 172, 218, 219;
después de la conquista turca de los Balcanes, II 91, 92, 94;
disputas arancelarias, I 264;
e ingresos del Estado, I 595, 596, 601, 630, 631, 705-708. II 56-58, 88, 117;
en Aragón, II 55;
en Castilla, II 79, 85, 86, 417, 418;

en Francia, II 376, 377;
en Granada, II 182, 183;
en Portugal, II 711;
exención a los judíos en Francia, II 212;
indirectos, II 54;
mercaderes venecianos, II 303;
montañas libres de, I 48–50;
pago en especie, I 509;
polacos a los judíos, I 266, 267;
recaudadores en Córcega, II 468;
recaudadores judíos, II 100;
sobre la pesca, I 707;
sobre los cambios de moneda, I 520. II 58;
tributo a los turcos, II 424, 513, 635, 664, 733, 742;
"tributos" argelinos, II 370;
turcos, I 578. II 665, 730, 770;
y construcción naval, II 477, 481;
y ferias, I 508;
y la Iglesia española, II 256, 687;
y la Santa Liga, II 586, 588;
y la Santa Sede, II 61;
y los rebaños trashumantes, I 109 *n. 290*, 115, 118, 121. II 96;
y volumen de comercio, I 582, 583. *Ver también* deuda; tarifas; derechos de aduana; peajes; rentas feudales.
incendios, I 464.
indemnización, reparación, II 635.
índigo, I 746, 750.
industria: actividad mercantil, I 422-427;
alemana, I 277;
desarrollo, progreso, I 180, 277, 565-568;
expansión, I 570-581;
mano de obra, I 565, 566, 568-570;
producción industrial, II 102, 193;
rural, I 566-570;
salarios, I 703;
y economía monetaria, I 600.
inflación, ver dinero; moneda.
inmigrantes, inmigración, II 178. *Ver también* migración.

Inquisición (España), I 683. II 155, 178, 181, 189, 206, 216, 230, 407-411, 414, 560.
Intendents, II 47.
intérpretes, II 673.
inundaciones, riadas, I 78, 327, 759;
y cambios climáticos, I 356-359.
invasiones, I 237. II 196;
alemanas, I 176;
árabes, I 123-125, 129, 152, 153, 175, 216, 218, 219;
de África, 150, 151;
turcas, I 123, 125, 247, 257, 258. II 15, 18-20.
islas, I 195-220, 508-511.
istmos, I 248-294 *passim*. II 609.
italianización, I 171.
jabón, I 260 *n. 188*, 422.
Jandarli, II 91.
jaspe, I 729.
jengibre, I 730, 735, 745.
Jenízaros, I 176, 240, 606 *n. 538*. II 258, 309, 372, 495, 555, 571, 684, 696, 735.
jesuitas, I 43. II 67, 151, 156, 238, 239, 662, 709.
juego, I 581 *n. 449*. II 121, 232, 669.
juristas, II 45.
juros de resguardo, I 663, 669, 681, 704, 838. II 60, 415, 417.
Justiniano, código de, II 43.
Kadrigha, ver galeras.
Kalioum, ver galeón.
Kalliotta, ver galeota.
Kamaki, I 141.
Kânoun-Nâme, II 43.
Kânoûni, II 43.
Kapudán Pachá, II 52, 339, 346, 598, 719, 722.
Kasim, ver san Demetrio en el índice de nombres propios.
***Kogge* (coque**, cascos), I 182, 183, 348, 397.
Kreuzer, I 713.
Kronenthaler, I 714.
Kunstbewässerung, I 314.
labradores, ver campesinos; cultivos.

laca, II 278.
lácteos, productos, ver leche y productos lácteos.
laderas, I 69-73.
ladinos, II 210.
lagunas de Venecia, I 87, 99–103.
lana e industria lanera: comercio, I 151, 158, 168, 281, 288, 297, 300, 339, 418-423, 467, 500, 555, 564, 580 *n. 446*, 587, 630 *n. 88*, 653, 660, 720, 721, 740, 809, 838. II 214, 274;
introducción, I 447;
inversión, I 664;
manufactura, I 459, 500, 519, 567, 569, 573, 578. II 540;
monopolios, I 456;
precios, I 120, 687, 774;
producción, I 311, 353, 576-580, 739. II 438, 474;
transporte de, I 68, 120, 136 *n. 13*, 289, 379, 387, 388, 397, 408, 809, 814. II 316, 439;
y trashumancia, II 116, 120.
langostas, I 321.
lansquenetes, II 253, 747.
Laudi, I 159.
leche y productos lácteos, I 51;
de camello, I 229;
en el norte, I 312;
en Turquía, I 318;
y las ciudades, I 108.
lechuga, I 312. II 149.
legumbres y hortalizas, I 97, 509, 513, 599, 755, 786.
Lemboi, I 161.
lenguas: francesa, I 291;
mezcla de, I 197;
y nacionalismo, I 214.
lentejas, I 74, 108, 559, 604, 786.
lepra, leprosos, I 312.
letrados, II 41 y 101, 183, 184.
letras de cambio, I 282, 493, 516, 636, 637, 643, 673-675, 679. II 65, 220, 367, 643;
en el este, I 616;
en la adquisición de grano, I 795;

españolas, I 665;
expansión de, I 600, 616;
genovesas, I 518, 670;
rapidez de circulación, I 495, 499, 500, 501, 502, 660;
y ferias, I 506, 673;
y moneda barata, I 657, 660, 665, 666.
leuti, I 346. II 289.
Levante, I 160, 174.
leyes, hombres de, II 70 *n. 2*;
en la creación de nuevas ciudades, II 73, 74.
libras esterlinas, I 700.
libras flamencas, II 392.
libras jaquesas, I 513.
libros (imprenta), I 288. II 204, 208.
licenciados, II 46, 180, 412, 418.
lilas, II 149.
limones, I 561. II 147.
lingotes, ver metales preciosos.
lino, I 255, 277, 280, 750, 808. II 372, 771.
lintelli, II 297.
lire, I 625, 697. II 63.
livres, II 71, 134.
livres tournois, I 697. II 44.
llanuras, vida en las, I 64-66, 75-109.
lonas: comercio de, I 806, 819, 837;
marinas, I 631.
longevidad, I 548.
lugares (poblaciones), II 191, 413.
luiti, I 159.
lujo, artículos de, I 459, 467, 561, 729.
luoghi, II 62, 63.
luteranos, II 30, 38, 152, 355, 407-411, 518.
macia (corteza de nuez moscada), I 263, 735.
madera, II 75, 115, 297;
aprovisionamiento de, II 695;
carestía en el desierto, I 228, 229;
comercio, I 255, 300, 416;
en la economía, I 116;

en Milán, I 93;
manufacturas, I 568;
para la construcción, I 228, 566. II 438, 480;
para la construcción naval, I 184-187, 401, 819;
precios, I 315, 685, 688;
transporte de, I 68, 149, 159, 404, 567. *Ver también* palo de Brasil; bosques, y las diferentes clases de maderas.
magos, ver brujería y superstición.
***mahonnes* (mahonas)**, I 141, 463. II 486, 568 *n. 302*.
maidin, I 714.
maíz, I 51, 796. II 98, 147, 148, 173;
cultivo, I 325, 651.
"malaguetta", I 622, 731.
malaria, II 278;
en el desierto, I 244;
en las llanuras, I 64, 78–83, 104;
resistencia a la, I 313.
mamelucos, II 22.
mandarinas, árbol y fruto, II 147.
mangiaguerra, I 507.
manierismo, II 236.
manioca, I 313.
manteca de cerdo, I 509.
mantequilla, II 274, 296;
comercio, I 134, 416;
de camello, I 229;
de oveja, I 510;
en las ciudades, I 108, 466;
en las montañas, I 51;
precios, I 685.
manufactura, ver industria, y por los nombres de los diferentes productos.
manzanas de Api, I 512.
marabúes, I 237.
marani, I 392, 399, 410.
maravedises, I 556 *n. 334*, 700, 708. II 505.
marciliane, I 392, 410, 630 *n. 88*, 413.
marchetto, I 713.

mares angostos, I 142.
marfil, comercio, I 243, 508, 622.
marina, ver navegación.
marinos, I 593. II 197, 317, 437, 595, 768;
argelinos, II 300;
en Yerba, II 444;
escasez de, I 180-184, 187, 191, 192;
españoles, II 296, 491;
franceses, II 289, 364;
nórdicos, I 182, 183;
para los grandes navíos, I 104;
racionamiento alimenticio, I 610;
reclutamiento, I 577, 593, 708, 821-822;
y los piratas, II 288. *Ver también* flotas; barcos; tripulaciones.
marismas, pantanos, I 65. II 693, 733;
desecación de, I 77, 81, 84-87, 105, 791;
formación en las llanuras, I 79;
y las bonificaciones venecianas, I 100;
y malaria, I 78–83.
matrimonios: de Felipe II y María Tudor, II 375, 376;
de Fernando e Isabel, II 25, 26;
desiguales, II 104, 105;
edad de, I 548;
en el tratado de Cateau Cambrésis, II 395;
políticos, II 29, 498, 500, 568, 592, 709, 710, 764, 765.
mayólica, I 551.
mecha para arcabuces, ver arcabuces.
médicos, II 198, 199, 208, 213, 216, 223, 475, 789.
melocotones, II 147.
melones, I 108, 319.
mendigos, II 118, 204.
mensajeros, I 486-494, 640, 641. II 124, 403, 535, 553, 616, 617. *Ver también* transporte; correo.
mercaderes y barcos mercantes: burguesía, II 106;
colonias en Oriente, II 196;
equipados como barcos de guerra, II 610, 611;
transacciones, I 580, 581; *verlagssystem*, I 570-575;

y la bancarrota española, 414, 415;
y tráfico de libros prohibidos, II 152;
—— árabes, I 247, 726, 727;
—— armenios, I 62, 63, 254, 262, 382 *n. 72*. II 101, 102, 203;
—— bretones, I 805, 806, 814;
—— catalanes, I 192 *n. 170*, 834;
—— cristianos, I 150, 617, 620, 745, 746. II 297, 298, 339;
—— daneses, I 824;
—— de Constantina, II 162;
—— de Luca, I 793, 808, 822 *n. 493*;
—— españoles, I 194, 586, 669, 676, 682, 683, 775. II 103, 593, 594, 672;
—— flamencos, I 586, 589, 808, 839;
—— florentinos, I 587, 768, 794. II 99.
—— franceses, I 263, 285, 286, 522 *n. 186*, 734, 823, 825, 839. II 754;
—— gallegos, I 802;
—— genoveses, I 299, 396, 423, 456, 457, 513, 587, 653 *n. 255*, 662, 667, 669, 676, 682, 687 *n. 340*, 760, 768, 816, 818, 838. II 101, 373, 416;
—— germanos, I 274-283, 512, 590, 676, 833, 839;
—— griegos, I 254, 446. II 101, 218;
—— hanseáticos, I 828-830, 831;
—— holandeses, I 256, 264, 279, 808, 828-830, 831, 834-843;
—— ingleses, I 255, 637, 807-813, 818-830, 835, 839, 840. II 290, 691;
—— italianos, I 263-285, 299, 300, 676, 793. II 102, 106;
—— judíos, I 263, 447, 577, 843. II 100-102, 204, 212, 216-222, 228, 553;
—— levantinos, I 263, 621, 726, 843;
—— lyoneses, I 587;
—— marselleses, I 290, 587, 734, 745, 825, 826;
—— milaneses, I 587. II 104, 105;
—— moriscos, II 177, 190, 194 *n. 207*;
—— mogrebíes, I 621;
—— normandos, I 805-808;
—— persas, I 62, 255, 745;
—— polacos, I 262, 265, 279;

—— portugueses, I 256, 718, 719, 803, 804, 805, 816, 839, 841, 842. II 709, 713;
—— ragusinos, I 412, 421, 422, 453, 456, 513, 726, 781, 782, 814, 817. II 101, 289, 670, 680;
—— tártaros, I 254;
—— turcos, I 254, 256, 382. II 304, 735;
—— venecianos, I 267, 283, 396, 514-517, 519, 587, 616, 623, 674, 747, 749, 782, 783, 804, 816, 821, 825. II 101, 102, 304, 570;
—— valacos, I 254;
—— vascos, I 802;
—— vizcaínos, I 802, 803, 816. *Ver también* barcos; comercio.
mercancías, II 474.
mercenarios, II 20, 248, 361, 373;
árabes, I 151;
catalanes, I 151;
franceses, II 607, 608, 756;
suizos, I 275. II 377. *Ver también* tropas.
mercurio, I 831. II 194 *n. 207*. *Ver también* azogue; cinabrio.
Mesta, la, I 117, 118, 131. II 75.
metales preciosos: circulación, I 614-618, 631, 635, 644, 645, 655-661, 676, 677, 690-693;
elevación de los precios, I 688-693, 706, 709, 711;
exportación al este, I 721;
hispanoamérica, I 534, 630-640, 679. II 37, 39, 324, 540, 703;
papel de, I 612, 613;
piratas, I 638;
revaluación, I 631;
transporte, I 639-658, 661, 662;
volumen de importación, I 582, 583, 586, 599, 600, 657, 709. II 65, 720;
y la economía monetaria, II 599–601. *Ver también* oro; plata; minería.
miel, I 461, 466. II 274, 293;
precios, I 685.
migraciones, I 175, 176, 191, 208, 311;
a las ciudades, I 444-449;
judías, I 446, 550, 551;
y composición de las poblaciones, I 550-553.

mijo, I 200. II 561;
abastecimiento, I 754, 778, 786;
consumo, I 557.
minería, minas, I 52, 567. II 138, 234;
cobre, I 717;
en Alemania, I 276, 277, 626, 630, 634, 717;
mercurio, II 194 *n. 207*;
oro, I 625, 626;
plata, I 615, 631;
Potosí, I 298;
trabajo en las, I 569, 710.
misticismo, II 147.
mistral, I 137, 160, 188 *n. 154*, 307, 330, 332.
Mitrídates, bálsamo de, I 729.
moda, I 292.
molinos, I 566. II 74, 93.
Monarquía universal, II 32.
moneda, comercio de, I 262, 617, 730;
contrabando de, I 631-634;
de cobre, I 287, 500, 614, 665, 692 *n. 355*, 695, 717. II 730;
de hierro, II 730;
de oro, I 599, 628, 629, 646, 656, 657, 665-667, 752. II 51-52, 414-416, 617, 618;
(acuñación, I 519, 620-623, 659, 660, 711-713, 753;
valor, I 612-614, 660, 661, 711, 712);
de plata, I 286, 287, 500, 516, 577, 599, 623, 640, 641, 645-647, 656, 664, 665, 666, 752. II 698
(acuñación, I 519, 635, 659, 660, 712, 753. II 698;
valor, I 612-614, 660, 661, 712);
de vellón, I 614, 666, 692 *n. 355*, 695, 711, 712, 715;
en circulación, I 556 y n. 33, 599, 600, 624 *n. 60*, 636, 637, 643, 644, 666, 667, 752, 753;
falsificación de, I 711-715;
inflación de, I 628, 695, 696, 710-715;
y devaluación, I 701, 702, 711-715. II 735. *Ver también* oro; dinero; plata, y las diferentes monedas.
moneda larga, I 656-662.
monocultivo, I 203-207.

monopolios, II 58;
genovés-veneciano, I 456, 810;
pimienta y especias, I 718-720;
uvas pasas, I 822 *n. 2*.
montañas: cambios de las, I 354;
ciudades etruscas en las, I 65;
como barrera, I 270, 273. II 159, 161, 162, 168, 248, 733, 738;
como defensas, I 188. II 168, 169;
como refugios de bandidos, II 126, 132, 135, 183;
cultivos, I 778, 789, 790;
emigración desde, I 60 *n. 3*, 130, 131, 132, 550;
guerra de, II 366, 693;
pasos y rutas de, I 271-274, 421;
recursos de las, I 50-53, 63, 64, 91, 132, 189;
rutas, I 49;
transporte en las, I 532;
tropas reclutadas en las, I 58, 59, 71, 72;
vida, I 29-50, 53-66, 71, 72, 231, 357;
vida animal, I 52, 531;
y clima, I 310, 355, 357;
y la rebelión de los moriscos, II 179, 187, 547, 549, 552, 557-562, 595;
y las fronteras turcas, II 262, 342.
Monte de Pietà, I 581. II 60-64. *Ver también* préstamos.
monzón, I 314.
morera, moras, I 52, 70, 91, 310, 324, 341, 561, 780. II 111.
mortalidad, tasa de, I 517.
Moticals, I 629.
Mousse, I 317.
mozas del partido, II 279, 533.
muelas de molino, I 819.
mulas, I 68, 188, 316. II 379, 631;
comercio de, I 506;
de tiro, I 317, 374;
importancia de las, I 376;
labranza, I 563, 778;
transporte, I 249, 272, 289, 297, 376, 532, 595.
mulks, II 90, 94.

nacionalismo, I 214-217. II 230.
naranjos, naranjas, I 31, 51, 780. II 147;
comercio, I 289;
distribución geográfica, I 309;
exportaciones, I 561.
***Nassades** (Nassarnschiffe, Nassadistenschiffe, Tscheiken)*, II 236.
naufragios, I 143, 144, 328, 332, 333, 385, 386, 652, 749.
navegación, I 133-142, 168. II 106, 144, 532;
atlántica y nórdica, I 294, 295, 399-406, 630-640, 743, 749, 801, 829;
comercio de granos, I 762-771;
costos, I 709;
estacional, I 308, 327-334, 339, 340, 344-352;
gravámenes, I 399;
importancia de las islas para la, I 195, 196, 197, 203;
indígena, I 814-818;
inversiones en, I 593;
pérdidas, I 385, 386;
rutas y líneas de navegación, I 134, 146, 147, 148, 154-158, 174, 175, 225 *n. 5*, 295, 301, 302, 366, 367, 377, 378, 384, 515. II 196, 467, 532, 609, 617, 788;
tonelajes, I 159, 346, 555, 590-593. II 475, 476;
tráfico, I 345-352, 384-390, 399, 592, 593;
y el tráfico de las caravanas, I 242;
y las rutas mercantiles terrestres, I 376-388, 421. *Ver también* barcos; cabotaje; transporte, y en mercaderes y barcos mercantes, los de los diferentes países.
naveta, II 460.
navi, naves, I 346, 348, 393, 398, 399, 406-412, 481, 652, 745, 756, 760, 816, 821.
navicelloni, I 346.
naviguela, I 392.
navíos flamencos, I 403, 404, 808. II 405 y *n. 260*.
negros: como mercancía, I 621;
en las ciudades, I 444;
esclavos, I 151, 204, 225, 245, 605 *n. 532*, 621, 724. II 138, 139, 179, 297, 370, 430.

nieve, agua de nieve, I 31-34, 273, 324-326, 357 *n. 213*, 358-361, 435. II 546.
Nobili Nuovi, I 425, 669. II 646.
Nobili Vecchi, I 425, 456, 669. II 646.
nobleza, ver aristocracia.
nogal, I 53, 158, 166 *n. 92*.
nómadas, nomadismo, I 64, 109-116, 125, 128-131. II 113, 162, 172, 173, 347, 432, 543, 554, 648, 651;
en el desierto, I 225-235, 236, 245;
estable, I 234-237;
revueltas, I 238;
turco, I 248 *n. 65*.
***noroît* (viento del noroeste)**, I 174, 307.
norte, viento del, I 188, 242 *n. 56*.
norte-este, ruta, I 255, 256.
noticias, ver cartas; correo; mensajeros; comunicaciones; velocidad.
nuez moscada, I 263, 730, 745, 750.
numerario: en el comercio, I 138;
turco, II 722, 729-731. *Ver también* dinero; monedas.
números árabes, II 163.
oasis, I 229, 235, 243-246.
officiers, II 41 *n. 83*.
oidores, II 42.
oldanum, I 199.
olivares, olivos, I 31. II 93, 111, 169;
Andalucía, I 105, 107;
cosecha, I 338;
cultivo, I 314, 509, 774-776, 778, 780;
destrucción por las heladas, I 537 *n. 213*, 360, 361;
efectos de la altitud en, I 76;
en la economía rural, I 115;
en Sudamérica, I 311, 312;
límites geográficos, I 28, 51, 52, 85, 86, 305, 308-311, 314;
producción, I 189 *n. 163*, 561.
olmo, II 161.
oncie, I 697.
ongarie (ungari), I 662, 713.
opio, I 721, 729.

oppida, I 70.
Órdenes religiosas, II 239. *Ver también* las diferentes Órdenes.
orfebrería, orfebres, I 508, 566.
oro: acuñación, ver monedas;
africano, I 614, 615, 618-630, 749. II 23;
alpino, I 356;
como tributo, II 370;
control genovés del, I 669-671;
crisis del, I 240;
de las Indias, I 180, 502, 660;
de Tibar (Tivar), I 629 y n. 1;
e inflación, I 702;
en las ferias, I 505-508;
en Marruecos, II 68, 183, 431;
hilo de, I 205 *n. 199*, 281, 506. II 70;
hispanoamericano, I 296, 622, 623, 625, 628, 630, 631, 665, 716. II 415, 417, 707;
mercado de, I 240-243, 297, 615, 622-626, 665, 687. II 227, 415, 707;
minas de, I 198. II 702;
pagos en, II 44, 682, 708;
papel del, I 612, 613;
polvo de, I 151, 619, 621-624, 629. II 362;
precios, I 510, 622, 623, 624, 627, 660, 663 *n. 266*.
sardo, I 196;
tejidos de, I 379, 515, 720. II 372;
tráfico, I 599, 628, 667, 692. II 64;
transporte de, I 240, 618, 619, 621, 641, 642, 717. II 656. *Ver también* dinero; metales preciosos; monedas.
ortodoxa, Iglesia, II 158, 168.
ovejas, corderos, ver ganado lanar.
pactos, I 458.
pachás, II 23, 721-723, 726, 769.
padrón, empadronamiento, I 537.
paga (de los soldados), I 636, 660, 663, 666, 670, 709, 714. II 281, 465, 684, 698, 726, 727, 730, 731, 735.
pagos, ver salarios.
pagos adelantados, I 259, 262. II 415. *Ver también cedole:* créditos.

palacios, I 447.
palmerales, II 438;
límites septentrionales, I 221, 226, 305, 307.
palo de Brasil, I 299, 508, 808, 834 *n. 547*.
palomas, pichones, I 108, 429.
pan: abastecimiento de, II 279, 376, 377, 527;
comercio de grano, I 755, 777, 778, 780, 787, 789;
en el desierto, I 228;
precio, I 322, 511;
y el rescate de los cautivos, II 315.
papel, II 163, 164;
comercio, I 730;
fabricación, I 566.
parlements, II 42.
passa cavalli, II 300.
pastirma, ver carne: salazones.
pataches, I 413.
patatas, II 147.
peajes y portazgos, II 96;
navegación, I 135, 136, 159;
y las ferias, I 507;
y los canales venecianos, I 100;
y trashumancia de ganados, I 120. *Ver también* impuestos; tarifas de aduanas.
pellejos ver cuero; piel.
pepinos, I 108.
peras, I 512.
peregrinaciones, peregrinos, I 239, 242. II 119, 284;
a La Meca, I 239, 241, 242. II 302;
a Roma, II 343;
a Tierra Santa, I 275, 349, 350, 420, 809, 812. II 302.
perfumes, I 154, 200, 416, 723, 729. II 243, 278.
pergamino, II 164.
perlas, I 234 *n. 381*;
comercio, I 297, 747;
pesquerías, I 733.
pesca, I 188, 189;
estacional, I 341.

pescado, II 312, 461;
comercio, I 151, 158, 289, 300, 461, 507, 806-808, 818, 826;
en la dieta alimenticia, I 609;
escasez, I 180, 181;
impuestos, I 707;
salazones, I 341, 344, 806, 810, 836;
seco, I 143, 561, 836. II 201;
transporte, I 594.
pescadores, I 73, 181, 341. II 270, 297, 476.
Pfund Heller Gulden, I 700, 701.
Pfund Pfenning Rechnen Gulden, I 700, 701.
piastras, ver piezas de a ocho.
picaresca, picardías, II 118, 140.
piccioli, I 695.
piedras preciosas, I 834 *n. 548*. II 51, 316, 708.
pieles, I 225, 262, 264. II 53, 60.
piezas de a ocho, I 233, 656, 662, 702. II 730.
pilotos, I 301, 822 *n. 493*, 826.
pimienta, I 168, 243, 255, 273, 275, 280, 286, 289, 297, 424, 500, 502, 523. II 707;
comercio estacional, I 344;
comercio oriental, I 728-734, 735, 749-753, 834 y n. 48, 842;
contrato Welser-Fugger, I 741-743;
crisis del comercio portugués de, I 718-725, 733-744, 749-753;
impuestos, I 735;
precios, I 685, 719, 731, 740, 743, 745, 750;
volumen de importaciones, I 581, 585-588, 615, 718, 728, 743, 842.
pimientos, II 147.
pintura, pintores, II 198.
piratería, piratas: actividades, I 165-171, 199, 308, 339, 385, 749. II 102, 123, 130, 131, 144, 227, 260, 264, 279, 284-319, 419, 440, 465, 549, 719;
auge, I 387;
ciudades, II 290, 291;
comercio y contrabando pirata, I 418;
definición, II 285;
en Bizerta, II 645;

refugios de, I 36, 38;
resistencia de los barcos grandes, I 394;
respaldo a los, II 131;
y bandolerismo, II 123;
y el comercio terrestre, I 378-382;
—— africanos, II 344;
—— argelinos, II 269, 623, 624, 779;
—— atlánticos, II 611;
—— berberiscos, II 270, 373;
—— bretones, I 805, 806;
—— Caballeros de Malta, II 227, 299, 728;
—— catalanes, I 169, 834;
—— cristianos, I 174, 194, 199, 204, 381. II 297, 341, 343, 583, 719, 768;
—— cosacos, I 142;
—— españoles, I 157, 843;
—— florentinos, II 728;
—— franceses, I 298. II 745, 290, 291, 594;
—— holandeses, I 404, 834. II 286;
—— hugonotes, I 817;
—— ingleses, I 302, 404, 502, 637, 638, 749, 817, 828, 834. II 286, 536;
—— malabares, I 749;
— malteses, I 843;
—— *mendigos del mar*, II 594, 611, 612, 616;
—— musulmanes, I 381. II 295, 304, 305;
—— napolitanos, II 302, 304, 775;
—— ponentinos, II 778;
—— protestantes, I 299. II 500, 712, 716;
—— sicilianos, II 303, 304, 720, 775;
—— toscanos, II 298, 843;
—— turcos, I 169. II 389;
—— uscoques, I 170, 378-381. *Ver también* corsarios.
pistolas, ver armamento, armas; armas de fuego.
pistoletes, I 626.
plagas, I 80, 342. II 124, 696, 713, 779;
urbanas, I 440-443, 784;

y tipos de población, I 535, 543;
y rutas terrestres, I 382.
plantaciones, II 576.
plata: abastecimiento, I 180, 243, 624 *n. 60*;
alemana, I 626;
amalgamas, I 630 *n. 89*;
circulación, I 565, 599, 615, 636, 637, 649. II 703;
comercio de, I 275, 280, 284, 300, 457, 523, 612, 613, 632-653, 662, 664, 693, 838, 840. II 44, 47, 57, 64, 323, 413, 415-417;
como ostentación, II 70;
como tributo, II 733;
contrabando de, I 632, 638, 643;
fletes, I 648 *n. 186*.
hilo de, I 205 *n. 199*, 281, 506. II 70;
hispanoamericana, I 106, 179, 218, 276, 277, 286, 287, 296, 457, 523, 630-641, 644, 645, 649, 661, 664, 677, 678, 692, 710, 715, 752, 835-839. II 35, 38, 57, 238, 416, 417, 422, 540, 707, 711, 720;
inflación, I 660, 661, 701, 713. II 323;
ingresos de Venecia, II 44;
minas, I 614;
oriental, I 838;
papel de la, I 612;
tejidos de, I 379, 720. II 53;
transporte de, I 635-653, 656, 716, 821. II 413, 720;
valor, I 517, 628, 702, 716. *Ver también* metales preciosos; monedas.
plátano, II 148.
plateresco, I 216.
pleitos, II 78.
plomo, I 397, 561, 597 *n. 504*, 617, 810, 818, 826, 838. II 199, 275.
población, I 176, 191, 192, 193, 550-554, 785. II 37, 94, 112;
densidad, I 527-532;
mundial, I 524-528, 533-554, 569, 772-774;
rural, I 434. II 173;
urbana, I 367, 430, 432-434, 458;
y bandolerismo, II 123;

y carestía de granos, I 772-775, 800;
y emigración a Oriente, II 197;
—— América, I 709, 710;
—— Asia Menor, I 532;
—— Baleares, I 533;
—— Castilla, I 430, 536-540, 548. II 84;
—— Constantinopla, I 458-464, 543, 555;
—— Córcega, I 208. II 374;
—— Chipre, I 206 *n. 203*;
—— España, I 524-540, 545, 546, 548, 552, 553, 554, 695. II 111, 170;
—— Francia, I 524-529, 533-535;
—— Imperio turco, I 524 y n. 94, 525, 527, 543;
—— Islam, I 524-528, 532, 533;
—— Italia, I 104 *n. 282*, 523-528, 540-550;
—— judíos, II 220;
—— Marsella, I 459;
—— Magreb, I 218;
—— Nápoles, I 459, 462, 540, 543, 558, 692 *n. 355*;
—— Portugal, I 524-530;
—— Sicilia, I 541, 800;
—— Venecia, I 526, 541, 543, 550, 557, 789. II 259.
pobreza, indigencia, I 318, 337. II 110-140, 166, 172;
entre los judíos, II 217;
nivel de, I 601-609;
y puestos de trabajo, I 513;
y régimen alimenticio, I 609, 610, 786, 987.
polacras, I 159, 413.
pólvora abastecimiento, II 198, 275, 310, 347, 435, 459, 460, 469, 725, 732;
armamento, II 250, 310;
artillería de campaña, I 446. II 146;
comercio de, I 209, 210, 253, 300, 408, 635, 820. II 177;
eficacia, I 238. II 251;
fabricación, I 464;
material naval, I 156, 404, 407, 708, 835. *Ver también* artillería; cañones; armas de fuego.
ponentini, I 335, 605. II 288, 299, 603.

porcelana, I 243, 551 *n. 311*.
***portate* de Liorna**, I 288 *n. 240*, 344, 349, 351, 482, 819, 826, 830.
posadas, II 206, 275.
postas, ver correo.
prácticas religiosas, II 240, 241.
precios, I 306, 510, 511. *Ver también* dinero; interés.
precipitaciones, I 232, 306, 307, 314, 315.
presidentes, II 42.
presidios: en el norte de África, I 153, 154. II 197, 22, 269-280, 345, 379, 430, 450, 453, 454, 458-460, 553, 595, 647, 654;
españoles, I 154, 177, 336. II 18, 47, 119, 472, 655;
en Toscana, I 762, 764. II 132, 428, 591.
prestamistas, II 210, 217, 220. *Ver también* usura.
préstamos: en tierra, I 562;
forzosos, II 713;
prestamistas, II 31, 60, 61, 83, 84, 106, 392, 414-417. *Ver también* asientos; pagos adelantados; bancos y banqueros; crédito; finanzas; dinero; usura.
presupuestos estatales, I 596-597, 702–9. II 31, 46, 54, 56, 94, 414, 415, 419, 497. *Ver también* finanzas del Estado.
prisioneros, ver cautivos; esclavos.
protestantes, I 738. II 36, 113, 152, 160, 240, 254-257, 473, 536, 539, 568, 590, 593, 633, 679, 682, 712, 718, 760, 763, 765-767;
—— alemanes, I 276. II 254, 255, 348-351, 365, 386, 390, 391, 401, 410, 535, 615;
—— aristocracia, II 535;
—— corsarios, I 299. II 500, 711, 716;
—— españoles, II 154, 156, 230, 406, 411;
—— flamencos, I 669, 738. II 255;
—— hugonotes, I 437. II 154, 394, 408, 521, 525, 541, 592, 607, 612, 615, 633, 636, 658, 743, 744, 755;
—— húngaros, II 261 *n. 38*;
—— ingleses, II 256, 364, 374, 397;
—— italianos, II 152-156. *Ver también* calvinistas; luteranos.
proveedores, I 154, 394. II 279.
provveditori, I 99. II 600, 627.
pulque, I 313.
quattrini, I 713.

queso, I 51, 151, 158, 159, 168, 198, 289. II 279, 595;
abastecimiento, I 466;
comercio estacional, I 345;
de camello, I 229;
en el régimen alimenticio, I 609;
transporte, I 411.
quincallería, I 422.
quinina, I 80.
quinquenio, II 494, 505.
rabinos, II 205, 223.
rasse, rascie, I 167.
razas, II 179.
razón de Estado, II 11.
razzias, II 280-283.
reales (*reali)*, I 264, 642, 646, 647, 650, 656, 666. II 73, 252 *n. 15*.
Reconquista, I 153. II 32, 175, 208, 230, 687.
Recopilación de las Leyes, II 43, 49.
rédito, II 63.
Reforma, I 294. II 151-157, 160, 256, 518, 658.
regidores, II 84, 85. *Ver también* alcaldes.
Renacimiento, I 173, 292, 419, 522. II 233, 236, 244, 330.
rentas, I 581, 604, 605, 698, 799. II 18, 91, 94, 110.
rentas del Estado, II 99.
rentas feudales, I 694-696, 797–800. II 31, 58, 75, 79, 94–102, 177, 692. *Ver también* deuda; impuestos.
Rentes sûr l'Hôtel de Ville, II 60, 63.
renuncias, ver Cargos, venta de.
rescates, II 301, 302;
por hombre, I 418, 463, 606, 655, 716, 804. II 302, 308, 314, 316, 707;
por navío, II 279.
resgate, I 622, 630 *n. 87*.
reversión, ver cargos, venta de.
ribebe, I 770.
ricorsa, I 425, 582.
riego, regadíos, I 67 *n. 164*, 81, 84, 86, 88-93, 98;
distribución de, I 314;

en Lombardía, I 91-95;
en Valencia, I 244.
ritratto, ritratti, I 101, 102.
Römmermonaten, II 514.
rosas, II 172.
rubias, I 628.
rublos, I 700.
ruibarbos, I 747.
rutas terrestres, ver carreteras.
***saete* (saetas)**, I 159, 346, 411. II 380, 463.
sal, salinas: andaluza, II 58;
comercio, I 166 *n. 91*, 209, 239, 289, 300, 340, 586, 587, 621, 737. II 278, 609;
chipriotas, II 575;
de los piratas, II 293;
en España, I 107;
impuestos, II 219;
inversiones en, I 757;
monopolios, I 156, 737. II 59;
precios, I 685, 687;
transporte de, I 68, 157-160, 289, 408, 413, 595, 803, 814;
y la cría de ganado, I 119, 120, 271.
salarios, I 569, 604-610. II 321, 322, 326, 327;
niveles e inflación, I 688, 692, 693, 694, 695, 700, 703. *Ver también* Paga (de los soldados).
salitre, I 209, 320, 819. II 459.
***salme* (salmas)**, I 393, 756.
salmón, I 808, 818.
sándalo, madera de, I 730, 747.
sandjac, sandjacato, sandjak-beg, I 772. II 52, 53, 56, 92, 508, 770.
Santa Hermandad, II 269. *Ver también* Inquisición.
Santa Liga, ver en el índice de nombres propios.
sardinas, I 507, 594, 803.
sargas, ver estameñas.
sarze, I 167.
sastres judíos, II 207, 213, 216.
satines, II 70.
scafi, I 346.

scudi, I 556.
secano, cultivos de, I 212, 314, 758.
seda, gusanos de, I 53, 310, 615. II 182.
seda, industria sedera: comercio, I 108, 147, 152, 158, 238–43, 255, 262, 281, 297, 422, 455, 456, 506, 508, 561, 564, 587, 615, 740, 748. II 214, 278, 609, 669, 691;
como signo de ostentación, II 53, 182, 372;
en las montañas, I 53;
exportaciones sicilianas, I 797, 800;
gravámenes, II 693;
introducción, I 447;
inversiones en, I 664;
manufactura, I 265, 280, 282, 422-427, 459, 519, 567, 570-575, 740. II 129, 153;
oriental, I 730, 735, 743-748, 834;
precios, I 687;
robo de, II 185;
transporte, I 379, 397, 500, 748, 811;
y los piratas, II 297, 301.
sefardíes, sefarditas, II 205, 210.
seguros marítimos, I 168, 344, 345, 348, 384, 387. II 304;
decadencia, I 653;
para todo el mundo, I 835;
precios, I 385 *n. 81*, 386, 392;
y granos, I 764, 765, 830 *n. 537*. *Ver también* agio.
sentio, II 63.
sequía, I 314, 315, 324, 758.
Serrallo, II 53, 59, 95.
servidumbre, II 98, 172.
sésamo, II 172.
sidra, I 687.
sipahis, ver *spahis*.
siroco, I 321. II 504.
Sjors, I 73.
soldados, ver tropas.
soldi, I 624.
soltaninas, ver cequíes.
Sommaria Partium, I 407, 559, 604. II 75, 88.

sosa, I 818.
spahis, I 239, 240, 322. II 18, 92, 94-97, 169, 199, 258, 283, 435, 446, 455, 696, 729, 735.
spazzadori, I 280.
stara, I 393.
subadjis, II 53, 56.
suelo, I 320, 509.
suelo, agotamiento del, I 236.
sufismo, II 147.
sultanin, ver cequíes.
supersticiones, ver brujería y superstición.
tabaco, I 107, 141 *n. 29*. II 148, 173.
tafetán, I 281, 459. II 278.
táleros, I 647, 656, 713, 714. II 730.
talladores de piedras, I 566.
talleri, ver táleros.
tapices, alfombras, I 289, 379, 811. II 301.
tarifas aduaneras, I 166. II 96;
castellanas, II 79;
en la *puerta* española del Mediterráneo, II 278;
España, volumen de, I 388-390;
especias, I 720, 735;
granos, I 777;
La Meca, I 746;
lana, I 580 *n. 446*;
mercancías orientales, I 747;
portuguesas, I 722;
sicilianas, I 798, 799;
y la Santa Liga, II 587;
y permisos de exportación, I 770;
y volumen de negocios, I 582. *Ver también* deuda; impuestos; derechos de aduana.
Taro, tari, I 697, 797.
***Tartane* (tartanas)**, I 159, 346, 392, 412. II 279, 288.
Tartanelle, I 413.
tasas de nacimiento, I 546-550.
Taula de Cambi, I 190.
tejedores, I 806. II 182, 197, 216, 221.

tejidos: flamencos, I 422;
florentinos, I 515;
ingleses, I 262, 266, 267, 281, 288, 291, 512, 809, 810, 817, 818, 821, 825;
local, 509, 510;
manufactura, I 297, 571, 572, 573;
precios, I 687, 744, 745;
producción y comercio, I 157, 262, 267, 280, 289, 291, 300, 416, 418, 419-424, 575-577, 730, 809, 838. II 278;
teñido de, I 212, 423, 575, 576. *Ver también* textil, industria, y por los nombres de los diferentes tejidos.
tejo, II 198.
telas: comercio, I 265, 507, 516, 570;
indias, I 834 *n. 548*;
lino, I 283, 300, 423, 459, 507, 585;
manufactura, I 578;
transporte, I 239. *Ver también* tejidos; textil, industria, y los diferentes tejidos.
temperatura, I 309. *Ver también* Clima.
temporal, II 404, 405 y 571.
tenderos, I 160. II 106.
terciopelo, I 276, 281, 422, 515, 572, 577 *n. 436*. II 70, 197, 278.
tercios españoles, I 50, 157. II 28, 254, 520, 551, 596, 628, 724.
terneras, I 326, 687;
carne de, I 510.
tesoros, ver metales preciosos.
textil, industria, I 280, 422, 423, 424, 427, 428, 569, 570, 575, 576, 580;
comercio, I 157, 167, 168, 262, 291, 621, 622;
producción, I 575-577;
recesión en, I 653;
y economía pastoral, I 115, 116. *Ver también* tejidos; telas, y los diferentes tejidos.
tibar, tivar, ver en oro, *supra*.
tierra: cultivo, I 321, 563, 779;
desecación, I 83-90, 94, 100-103, 564, 778, 789, 790. II 98;
e inflación, I 696, 697;
en Venecia, I 99-103;

inversiones en, I 562, 581, 697, 698, 778, 791, 838;
propiedad del Estado o de la nobleza, I 95-99. II 89, 99, 103, 106-108;
terratenientes, II 72-76;
y nómadas, I 124. II 79.
tifus, I 236, 342.
timar, timariotas, II 45, 46, 91-97.
tintorería, I 158, 212, 292, 296, 423, 575-579.
tintoreros, II 182, 221.
títulos (nobleza española), II 76–84, 412.
títulos (patentes) de nobleza, II 107.
tocino, I 134.
tomates, II 147.
trabaccoli, I 413.
trabajadores, ver obreros; artesanos.
trabajo: abastecimiento, I 513, 602;
artesano e industrial, I 565-582. II 153, 174, 177, 181, 197, 214, 216, 221, 222, 237;
costos, I 187, 513;
de la tierra, I 780;
de los indios americanos, I 709;
en las zonas montañosas, I 57–63, 89, 93, 103;
escasez en el desierto, I 247;
itinerante, I 573-575, 577 *n. 432*, 602;
migraciones de, I 265, 291, 292, 444-449, 550-554;
pesquerías, I 341;
salarios, I 569, 605, 606.
trafego, I 396.
tráfico rodado, I 373-375, 383, 506.
trajineros, I 594.
trajes, II 174;
Bulgaria, II 164;
Cataluña, II 164;
China, II 164;
Chipre, I 205 *n. 199*. II 164;
España, II 81, 244 *n. 411*;
Francia, II 164, 244 *n. 411*;
judíos, II 206, 207, 215, 227;

moros, moriscos, II 192;
Polonia, I 267.
transacciones comerciales, I 261, 580, 617.
transporte, II 193;
alpino, I 271-274;
arcaico, I 373-375;
autónomo, I 589;
coste, I 373, 595, 596, 762;
de metales preciosos, I 639-656, 661, 671, 678, 717;
empresas de, I 279, 280;
en Castilla, I 67-69;
en el desierto, I 227;
nómada, I 236, 237;
y administración, I 495;
y economía monetaria, I 600;
y economía rural, I 594, 595. *Ver también* carreteras; comunicaciones; navegación.
trashumancia, I 109-123, 126, 129, 130. *Ver también* nómadas.
tratte, I 559, 768, 770, 790.
Tributos, I 453, 619, 782. *Ver también* impuestos.
trigo: aprovisionamiento, I 200, 438, 454, 461, 465, 545, 558, 727, 753, 754, 786, 788. II 264, 281, 518;
comercio, I 143, 151, 152, 200, 201, 205 *n. 199*, 260, 456, 519, 560, 563, 586, 620, 623, 737, 750, 760-772, 803. II 274, 297, 301, 474, 558;
consumo, I 556-560, 563, 569;
contrabando, I 67;
cosechas, II 132;
crisis, I 718, 753–801;
cultivo, I 74, 310, 314, 325, 339, 758, 759, 780. II 172;
distribución geográfica, I 310, 311, 312;
efectos del clima, I 321, 322;
en la economía campesina, I 115, 604;
especulación judía en, II 223;
llanuras, I 64, 88, 91, 93, 96 *n. 258*, 104;
montañas, I 51;
nórdico, I 260, 461, 793;
piratas, II 297, 301, 344;

precios, I 545, 683-686, 759, 760, 796, 7. II 558;
rendimientos y fertilidad, I 563, 758. II 474;
siciliano, I 796–800;
supremacía, I 105, 106;
tasas, I 557, 758, 777;
transporte de, I 68, 149 *n. 44*, 152, 157, 158, 159, 500, 594, 756, 759-766. II 279, 458;
turco, I 771, 773;
y altitud, I 76;
y bandidos, II 135;
y los moriscos, II 180;
y los terratenientes, II 73-75, 94, 98;
y pago en especie, I 782, 783. *Ver también* pan; grano.
tripulaciones, II 307, 341, 580. *Ver también* marinos; barcos; flotas.
tropas, II 186, 607, 736;
como piratas, II 288, 317;
consumo de grano, I 785;
del duque de Ferrara, II 389, 390;
en Córcega, II 373, 374;
en el fuerte de Yerba, II 379, 380, 440, 444, 445;
en la flota aliada, II 252;
en las galeras, II 248, 307, 433, 434, 436, 437, 456, 465, 466, 471, 489, 490, 491, 574, 575, 580, 581, 587, 595, 596, 597, 601, 603, 607, 613, 627-630, 637, 775, 776, 779, 780;
en los presidios españoles, II 272-280, 458, 460-462;
migraciones de, I 551 *n. 312*;
motines, I 670. II 361;
movimientos de, I 254, 495. II 247, 248, 532, 533, 592, 645, 646, 720, 761, 780;
reclutadas en las montañas, I 35 *n. 22*, 36, 37, 58-61, 71, 72 *n. 177*;
régimen alimenticio, I 609, 610;
transportes marítimos, I 403, 635;
—— alemanas, I 636. II 373, 434, 435, 439, 441, 465, 468, 496, 506, 509, 510, 514, 574, 596, 614, 641-644, 652, 747, 780;
—— aliadas, II 619, 644;
—— argelinas, II 373, 380, 429;
—— berberiscas, II 558, 559;

—— cosacas, I 266;
—— cristianas, I 555. II 339, 560;
—— españolas, I 302, 635, 663, 708, 737. II 247, 348-353, 362, 363, 391, 427-442, 446, 450, 454, 461, 462, 465, 470-473, 487, 492, 496, 506, 509, 510, 511, 514, 520-522, 532, 533, 537, 546, 547, 550, 551, 557, 560-563, 574, 594, 595, 601, 603, 620, 629, 631, 640-648, 684, 710, 720, 724, 745, 757, 761, 762, 769, 775, 778, 794;
—— francesas, I 493, 778. II 362, 370, 371-373, 392, 443, 468, 479, 592, 607, 608, 613, 617, 738, 746, 748, 753, 756, 757, 761, 762;
—— genovesas, II 373, 374, 614;
—— holandesas, II 761, 762;
—— imperiales, II 362, 513, 524, 737, 740;
—— inglesas, II 761;
—— italianas, II 362, 363, 434, 435, 438, 439, 441, 451, 470, 496, 506, 574, 596, 601, 644, 656, 720, 726, 738, 776;
—— kurdas, II 700.
—— napolitanas, II 438, 487, 492, 532;
—— pontificias, II 629;
—— persas, II 696;
—— portuguesas, II 613, 713;
—— saboyanas, II 750;
—— sicilianas, II 492;
—— tártaras, II 508;
—— tunecinas, II 555;
—— turcas, I 318, 555. II 429, 432, 437, 438, 492, 508, 510, 542, 543, 546, 558, 571, 627, 650-654, 690, 693-699, 722-727, 733-741;
—— venecianas, II 572, 577-581, 771, 781. *Ver también* ejércitos; caballería; paga (de los soldados).
trovadores, II 147.
Tscheiken, ver *nassades*.
tschiftilk, II 97, 98, 173, 174;
hassa-, II 93;
rata-, II 93.
Ulemas, II 24 *n. 54*.
ungari, ver *ongari*.
unidad política, ver nacionalismo.

universidad, II 42;
de Salamanca, II 43.
usura, usureros, I 617, 778, 792. II 95, 96, 100, 107, 173, 216-218, 221-223, 376, 415-417, 468, 646. *Ver también* préstamos.
útiles y herramientas, I 261, 271.
uvas: pasas, I 206, 806, 816, 821. II 558;
precios, I 685;
vendimia, I 338, 340, 364.
vacas, II 367;
carne de, I 378. II 367. *Ver también* ganado; leche y productos lácteos.
vacíos mediterráneos, I 258-233.
vacchette, I 413.
vagabundos, II 110, 111, 117-123.
validos, favoritos, II 82.
vasicelli quadri, I 410.
velamen, I 183, 631, 819. II 770, 779.
velocidades y duración de los viajes, I 477-494, 495.
vellón, ver monedas; acuñación.
vendeja, I 340.
vendettas, I 46.
veneciani, ver cequíes. *Verlagssystem*, I 429, 570-573.
vetturini, I 374.
vías de navegación, I 268, 274, 370. II 263, 737;
y ciudades, I 419.
vida animal, I 52, 77, 530, 531, 532.
vidrio: comercio, I 615, 738;
fabricación, I 212, 519, 551, 566.
vientos, I 340, 349. *Ver también* norte, viento del, y los nombres de los diferentes vientos.
villas, I 448.
vinagre, I 134.
vino: aprovisionamiento de, II 280, 595, 646;
comercio, I 154, 168, 209 *n. 217*, 261, 263, 274, 289, 300, 310, 340, 418, 424, 507, 586, 587. II 208, 264, 265;
en Bulgaria, II 172;
en el norte europeo, I 250, 261, 263. II 518;
impuestos, II 219;

precios, I 510, 688. II 73, 307;
producción, I 205, 206, 207, 311, 560, 569;
transporte, I 396, 399, 407, 594, 803, 810, 811, 821;
vendimia, I 340;
y los musulmanes, I 310.
viñedos: andaluces, I 105, 107;
cultivo, I 206, 758 *n. 211*, 774-780, 790, 791;
distribución geográfica, I 31, 51, 74, 310-315;
en Grecia, II 93;
en la rebelión marroquí, II 561;
falta de viñas en Yerba, II 344;
posesiones judías de, II 221;
producción, I 189 *n. 163*, 204-207, 561, 568;
signo de desorden social, II 115;
y altitud, I 76. *Ver también* vinos.
voivodas, II 56.
wakuf, II 18.
Walibé, I 48.
yalis, I 465.
yayla, I 125.
yiddish, II 210.
Yihads, I 237. II 254, 257, 317, 327.
zabras, I 300, 636, 638, 652. II 476, 536, 540.
zagorcis, I 71.
zapateros, II 182, 191, 207.
zarabanda, II 149.
ziamets, II 93.
zianas, I 628.
zonas rurales: balcánicas, II 99;
cambios en las, I 789;
españolas, II 80, 81;
población, I 433.

I. ÍNDICE DE LÁMINAS

TOMO I

Entre las páginas 112 y 113

Los Alpes entre Francia y el Piamonte
Regiones áridas
El delta del Rin

Entre las páginas 240 y 241

Portulano (siglo XVI) del Mediterráneo oriental
Tapiz I: Detalle. El mar entre Génova y Túnez
Tapiz II: Detalle. El *Mar de Berveria* y España
El puerto de Barcelona
En el Bósforo

Entre las páginas 432 y 433

Navío redondo mercante
El Atlántico invade el Mediterráneo
Galeón veneciano

Entre las páginas 624 y 625

Velero del Atlántico
Toma de Cádiz por los ingleses
Veleros grandes y veleros pequeños
Galeras y navíos redondos en el océano Atlántico
Navío redondo

Entre las páginas 752 y 753

Génova en el siglo XV
El arsenal de Venecia (1500)
Constantinopla
El Cairo
Plano de Venecia

TOMO II

Entre las páginas 256 y 257

El sitio de una plaza de África.
Galeras durante un temporal, en el puerto y en combate.

Entre las páginas 288 y 289

A la vista de Túnez (1535).
Argel en 1563.
Ragusa en 1499-1501.

Entre las páginas 384 y 385

Barbarroja.
Carlos V.

Entre las páginas 416 y 417

Felipe II hacia 1555.
Felipe II.

Entre las páginas 344 y 345

Sixto V.
Don Juan de Austria.

Entre las páginas 576 y 577

La batalla de Lepanto.
Arriba: plano exacto.
Abajo: fantasía del artista.
Una galeaza veneciana (siglo XVI).

II. ÍNDICE DE FIGURAS

TOMO I

		Página
1.	Alturas y depresiones sobre y bajo el nivel del mar	Frontispicio
2.	Los plegamientos del Mediterráneo	32
3.	Los grandes canales de la llanura lombarda	92
4.	Los canales de regularización han salvaguardado la mitad de las lagunas venecianas	100
5.	Pastos de invierno y de verano de las ovejas de la Alta Provenza, hacia finales del siglo XV	114
6.	Las trashumancias castellanas	119
7.	Las trashumancias actuales	126
8.	Los naufragios de naves rumbo a Venecia, de 1592 a 1609	144
9.	Capturas de naves durante el mismo periodo	145
10.	Sicilia y Túnez cortan en dos el Mediterráneo	146
1.	Corfú, situada frente a Otranto, controla el ingreso en el Adriático	162
12.	El Mediterráneo a escala del mundo	222
13.	La implantación de los palmerales desde el Indo al Atlántico	226
14.	Caravanas saharianas, siglos XV y XVI	241
15.	Las rutas del istmo alemán	268
16.	La barrera de los Alpes	269
17.	Lyon y las especias, de acuerdo con algunos documentos entre 1525 y 1534	287

18.	Marsella y el mercado interior francés, 1543	290
19.	El «auténtico» Mediterráneo, del olivar a los grandes palmerales	305
20.	Un viaje a España que acabó en Tabarca, enero de 1597	330
21.	Efectos del mistral, el 19 de abril de 1569 y en días sucesivos	332
2.	Movimiento de negocios del «Fondaco dei Tedeschi» en Venecia	352
23.	Red de las carreteras de la península ibérica en 1546	369
24.	Las rutas a través de los Apeninos toscanos	371
25.	El gran bazar de Estambul en los siglos XVI-XVII	415
26.	El corazón de Venecia	417
27.	Población de las ciudades de Castilla	430
28, 29 y 30.	Noticias camino de Venecia	488-489
31 y 32.	Venecia: los viajes de las *galere da mercato*	521
3.	La población de la *Terraferma* veneciana en 1548	526
34.	Población de Castilla en 1541 y en 1591	538
35.	Incremento de la población, 1541-1591, 1593	539
36.	La población de Sicilia, 1501-1716	541
37.	Bautismos en Florencia, 1551-1600	547
37 bis.	Facsímil de la carpeta de una carta del embajador de Felipe II en Lisboa	611
38.	El curso del cequí veneciano	625
39.	El oro contra la plata	627
40.	Las dos épocas de la plata americana	632
41.	La plata «política» española en Europa, 1580-1626.	633
42.	Los precios del trigo en el Mediterráneo y Europa	684
43.	Los precios en Brusa, 1489-1633	685
44.	El movimiento de los precios en París, según los archivos de las instituciones de caridad	688
45.	Estrasburgo conoció la subida de precios antes que Valencia	691

46. Precios y salarios reales en Valencia 693
47. Precios reales de los cereales en Estrasburgo, Leópolis y Valencia 694
48. Devaluaciones de las monedas de cuenta 700
49. Los *caritatori* sicilianos en 1532 767
50. Venecia: trigo del mar y trigo de *Terraferma* 788
51. Las exportaciones sicilianas 790
52. Sicilia después de 1593: un documento que no habla de importaciones de trigo, sino de exportaciones de seda 798
53. Lista de todos los seguros marítimos registrados en Génova 815
54. Incremento de los navíos del norte en Liorna: 1573-1593 832-833

TOMO II

Página

55. Población de la península de los Balcanes al comienzo del siglo XVI 16-17
56. Las finanzas del Estado se adecúan a la coyuntura económica 40
57. Las finanzas del Estado se adecúan a la coyuntura económica
I. El caso de Venecia.—II. El caso de Francia 44
58. Las finanzas del Estado se adecúan a la coyuntura económica
III. El caso de España 47
59. Los *asientos* y la vida económica castellana, 1550-1650 57
60. 60. Los *luoghi* de la *Casa di San Giorgio*. 1509-1625 62
61. Moriscos y cristianos en Valencia, en 1609 170
62. La evolución de la población valenciana de 1565 a 1609 171
63. El duque de Alba conduce sus tropas a Flandes, abril-agosto 1567 247
64. El corso toscano 298

65. Prisioneros cristianos camino de Constantinopla 318
66. Préstamos obtenidos por Carlos V y Felipe II de los financieros de Amberes, 1515-1556 392
67. Felipe II trabaja, 20 de enero de 1569 772
68. Felipe II trabaja, 23 de octubre de 1576 773

Índice de contenido

Cubierta
El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II
Prefacio a la primera edición española
Prólogo a la primera edición francesa
Prólogo a la segunda edición francesa
Tomo I
Primera parte. La influencia del medio ambiente
Capítulo I. Las penínsulas. Montañas, mesetas, llanuras
I. En primer lugar, las montañas
Características físicas y humanas
Definición de la montaña
Montañas, civilizaciones y religiones
La libertad montañesa
Recursos y balance de la montaña
Los montañeses en la ciudad
Casos típicos de diáspora montañesa
La vida montañesa, primera historia del Mediterráneo
II. Altiplanos, laderas y colinas
Las altas llanuras
Las comarcas en espaldera
Las colinas
III. Las llanuras
El problema del agua: la malaria
La bonificación de las planicies
El ejemplo de Lombardía
Grandes propietarios y campesinos pobres
Cambios a corto plazo en las llanuras: la Tierra Firme veneciana
Cambio a largo plazo: Las vicisitudes de la campiña romana
El primado de las llanuras: Andalucía
IV. Trashumancia o nomadismo: dos modos de vida mediterránea
Las trashumancias

El nomadismo es más antiguo que la trashumancia
La trashumancia castellana
Comparaciones y cartografía de conjunto
Dromedarios y camellos: las invasiones árabes y turcas
El nomadismo en los Balcanes, Anatolia y África del Norte, visto por observadores occidentales
Ciclos más que seculares
Capítulo II. En el corazón del Mediterráneo: mares y litorales
I. Las llanuras líquidas
La navegación costera
Los primeros tiempos de los descubrimientos portugueses
Los mares angostos, bases de la historia
El Mar Negro, avanzada de Constantinopla
El Archipiélago, veneciano y genovés
Entre Túnez y Sicilia
La «Mancha» mediterránea
[I-156]La cuenca y el mar Tirreno
El Adriático
Al este y al oeste de Sicilia
Dos universos marítimos
La doble lección de los Imperios turco y español
Más allá de la política
II. Las franjas continentales
Los pueblos del mar
Deficiencias de los sectores marítimos
Las metrópolis
Los altibajos de la vida marítima
III. Las islas
¿Mundos aislados?
Vidas precarias
Las islas, en los caminos de la gran historia
Emigrados insulares
Y las islas que no circunvala el mar
Las penínsulas
Capítulo III. Los confines: el Mediterráneo mayor
Un Mediterráneo de dimensiones históricas
I. El Sahara, segundo rostro del Mediterráneo
El Sahara: límites inmediatos y límites remotos
Pobreza y miseria
Los grandes nómadas
Empuje e infiltraciones de la estepa
Las caravanas del oro y las especias

Los oasis
El área geográfica del islam
II. Europa y el Mediterráneo
Los istmos y sus rutas meridianas
El istmo ruso: hacia el Mar Negro o hacia el Caspio
De los Balcanes a Danzig: el istmo polaco
El istmo alemán: vista de conjunto
Los Alpes
El tercer personaje: una Alemania de rostro múltiple
De Génova a Amberes, y de Venecia a Hamburgo: las condiciones de la circulación
Emigración y balanza comerciales
El istmo francés: de Ruán a Marsella
Europa y el Mediterráneo
III. El océano Atlántico
Varios Atlánticos
El Atlántico, en la escuela del Mediterráneo
El destino atlántico en el siglo
Una decadencia tardía
Capítulo IV. La unidad física: el clima y la historia
I. La unidad climática
El Atlántico y el Sahara
Un clima homogéneo
La sequía, azote del Mediterráneo
II. Las estaciones
Las pausas del invierno
Pausa en la navegación
Invierno: época de paz y proyectos
Las penurias del invierno
El verano y su vida precipitada
Las epidemias de verano
El clima mediterráneo y el Oriente
El ritmo de las estaciones y las estadísticas en el siglo XVI
Determinismo y vida económica
III. ¿Ha cambiado el clima desde el siglo XVI?
Nota complementaria
Capítulo V. La unidad humana: rutas y ciudades, ciudades y rutas
I. Rutas terrestres y rutas marítimas
Las rutas nutricias
Arcaísmo de los medios de transporte
¿Aumenta la importancia de las rutas terrestres hacia el año 1600?
El problema intrínseco de la ruta terrestre

El doble testimonio de Venecia
Circulación y estadística: el caso de España
A la larga el problema es doble
II. La navegación: tonelajes y circunstancias cambiantes
Navíos grandes y navíos pequeños en el siglo XVI
Las primeras victorias de los barcos de pequeño tonelaje
El siglo XVI en el Atlántico
En el Mediterráneo
III. Las funciones urbanas
Las ciudades y las rutas
Un lugar de encuentro de las diferentes rutas de transporte
De la ruta a la banca
Ciclo urbano y regresión
Una tipología muy incompleta
IV. Las ciudades, testigos de su siglo
El crecimiento demográfico
Penurias de antaño y penurias nuevas: las carestías y el problema del trigo
Miserias antiguas y miserias nuevas: las epidemias
El indispensable emigrante
Las crisis políticas urbanas
Las privilegiadas ciudades bancarias
Las ciudades reales e imperiales
A favor de las capitales
Coyunturas y cambios
Segunda parte. Destinos colectivos y movimientos de conjunto
Capítulo I. Las economías: la medida del siglo
I. El espacio, enemigo número uno
Para los que escriben: el tiempo que se pierde en ir y venir
Las dimensiones del mar: algunos récords de velocidad
Las velocidades medias
Las cartas: un caso especial
La noticia, mercancía de lujo
Comparaciones actuales
Imperios y espacio
Las tres misiones de Claude du Bourg (1576 y 1577)
Espacio y economía
Las ferias: retícula complementaria de la vida económica
Las zonas económicas de escaso radio
El cuadrilátero: Génova, Milán, Venecia y Florencia
II. La población humana
Un mundo de 60 o 70 millones de hombres
Los vacíos mediterráneos

¿Un ascenso demográfico del cien por cien?
Niveles e índices
Reservas y conclusiones
Confirmaciones y sugerencias
Algunas certezas
Otro índice: las emigraciones
III. ¿Es posible construir un modelo de la economía mediterránea?
La agricultura es la industria más importante
Un balance industrial
El Verlagssystem y la expansión de las industrias urbanas
El sistema resulta próspero
Una mano de obra itinerante
Movimientos generales y movimientos locales
El volumen de las transacciones comerciales
Significado y limitación del comercio a largas distancias
Las concentraciones capitalistas
El tonelaje real de las flotas mediterráneas
Los transportes terrestres
El Estado, principal empresario del siglo
Metales preciosos y economía monetaria
¿Constituían los pobres de solemnidad un quinto de la población?
Un encasillado provisional
Lo que se come no puede servir de criterio adecuado: oficialmente la sopa es siempre buena y suficiente
El valor de nuestros cálculos
Capítulo II. Las economías: los metales preciosos, las monedas y los precios
I. El Mediterráneo y el oro del Sudán
Las salidas de metales preciosos hacia el este
El oro sudanés: precedentes
Los portugueses en Guinea: continúa llegando oro al Mediterráneo
Las responsabilidades de la coyuntura
El oro sudanés en África del Norte
II. La plata de América
Los tesoros de América y de España
Los tesoros de América, camino de Amberes
El rodeo francés
La gran ruta de Barcelona a Génova y el segundo ciclo de los metales preciosos de América
El Mediterráneo, invadido por las monedas españolas
Italia, víctima de la moneda larga
El siglo de los genoveses

Las ferias de Plasencia
El reino del papel
De la última bancarrota de Felipe II a la primera de Felipe III
III. El alza de los precios
Las quejas de los contemporáneos
¿Provocaron la situación las riquezas de América?
Algunos argumentos en pro y en contra de la responsabilidad de las riquezas americanas
Los salarios
Las rentas sobre tierras
Bancas e inflación
Los «industriales»
Los Estados y el alza de los precios
La consunción de los «tesoros» de América
Las monedas devaluadas y la falsa moneda
Tres edades metálicas
Capítulo III. Las economías: el comercio y el transporte
I. El comercio de la pimienta
Revancha mediterránea: la prosperidad del Mar Rojo a partir de 1550
Las rutas del comercio del Levante
Recuperación de la pimienta portuguesa
La pimienta portuguesa: proyectos y negociaciones
La pimienta portuguesa, ofrecida en Venecia
El contrato de los Welser y de los Fugger: 1586-1591
La permanencia de las rutas levantinas de las especias
Explicaciones posibles
II. Equilibrios y crisis en el comercio del grano mediterráneo
Los cereales
Algunas reglas del comercio de granos
El comercio del trigo, vinculado a las rutas marítimas
Puertos y países exportadores de granos
Los granos del este
Equilibrios, crisis y vicisitudes
Primeras crisis: el trigo del norte en Lisboa y Sevilla
El boom del trigo turco: 1548-1564
Comer pan propio: la situación en Italia entre 1564 y 1590
La última vicisitud: las importaciones de trigo del norte a partir de 1590
Sicilia continúa siendo el granero del Mediterráneo
Sobre las crisis del trigo
III. Comercio y transporte: los veleros del Atlántico
1. Antes de 1550: llegan las primeras naves
Naves vascas, naves vizcaínas e incluso naves gallegas

Los portugueses
Normandos y bretones
Los navíos flamencos
Los primeros veleros ingleses
El periodo de prosperidad (1511-1534)
2. De 1550 a 1573
El Mediterráneo para los mediterráneos
La vuelta de los ingleses en 1572-1573
Las negociaciones angloturcas: 1578-1583[146]
El éxito de la navegación inglesa
La situación al finalizar el siglo
Llegan los hanseáticos y los holandeses
Del trigo a las especias: los holandeses conquistan el Mediterráneo
De cómo los holandeses se apoderaron de Sevilla, a partir de 1570, sin hacer un solo disparo
Cristianos nuevos en el Mediterráneo
Tomo II
Capítulo IV. Los imperios
I. En los orígenes de los imperios
La grandeza turca:[15] del Asia Menor a los Balcanes
Los turcos en Siria y en Egipto
El Imperio turco visto desde dentro
La unidad española: los Reyes Católicos
Carlos V
El imperio político de Felipe II
Azar y razones políticas
II. Recursos y debilidades de los estados
El funcionario
Derechos de sucesión y venalidades
[II-54]Las autonomías locales
Las finanzas y el crédito al servicio del Estado
1600-1610: la hora propicia para los Estados medianos
Capítulo V. Las sociedades
I. Reacción señorial
Señores y campesinos
En Castilla: grandes y títulos frente al rey
Hidalgos y regidores de Castilla
Otros testimonios
Las sucesivas noblezas de Turquía
Los tschiftliks
II. La traición de la burguesía
Burguesías mediterráneas

La traición de la burguesía
Nobleza en venta
Hostilidad hacia los nuevos nobles
III. Miseria y bandidaje
Revoluciones imperfectas
¿Lucha de clases?
Contra los maleantes y vagabundos
Ubicuidad del bandidaje
El bandolerismo y los Estados
El bandolerismo y los señores
El auge del bandolerismo
Los esclavos
Conclusiones posibles
Capítulo VI. Las civilizaciones
I. Movilidad y estabilidad de las civilizaciones
La lección de los hechos
Cómo viajan los bienes culturales
Irradiaciones y rechazos de influencias
¿Sobrevive la civilización griega?
Supervivencias y fronteras culturales
Un ejemplo de frontera secundaria: Ifriqya
Lentitud de los cambios y de las transferencias
II. Recuperación de las civilizaciones
Los turcos en las planicies del este balcánico
El Islam morisco
Problemas moriscos
Una geografía de la España morisca
El drama de Granada
Granada después de Granada
La supremacía del Occidente
III. Una civilización contra todas las demás: el destino de los judíos
No hay duda de que se trata de una civilización
La ubicuidad de las colonias judías
Judaísmo y capitalismo
Los judíos y la situación económica general
Para comprender España
IV. La propagación de la civilización
Las etapas del Barroco
¿Damos por sentado lo que queda por probar?
Un gran centro de irradiación mediterránea: Roma
Otro centro de irradiación: España
La supuesta decadencia del Mediterráneo

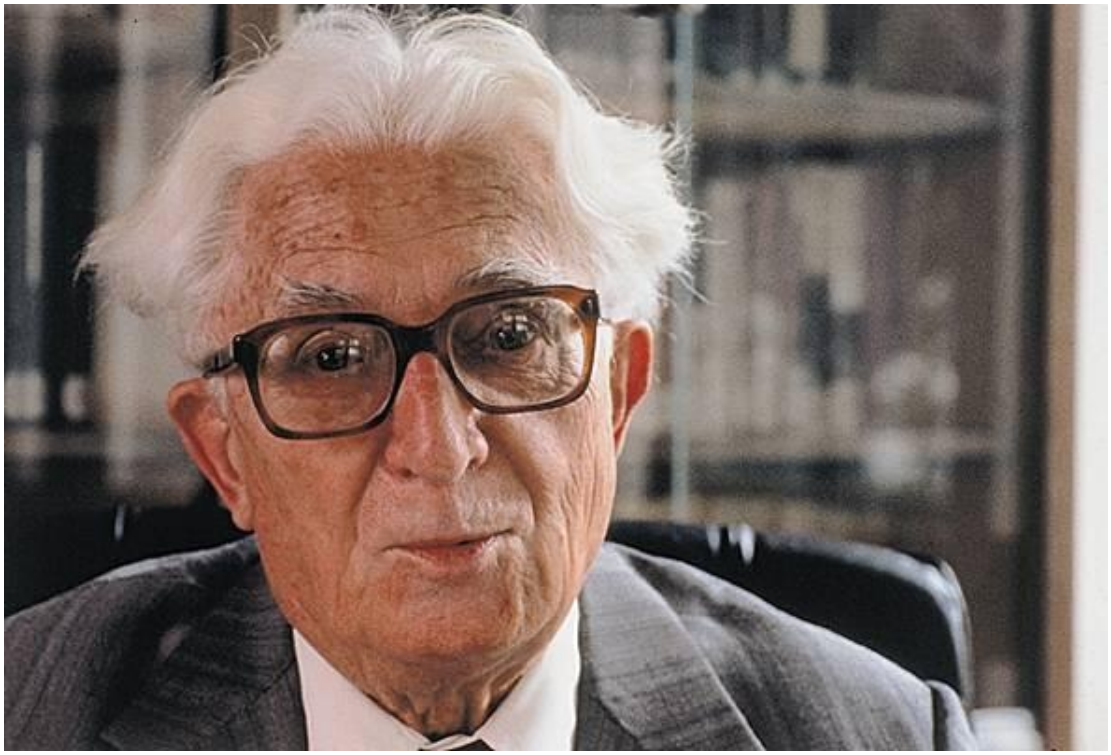
Capítulo VII. Las formas de la guerra
I. La guerra de las escuadras y de las fronteras fortificadas
Guerras y técnicas
La guerra y los Estados
La guerra y las civilizaciones
La guerra defensiva frente a los Balcanes
El limes veneciano
En el Danubio
Por el centro del mar: en las costas de Nápoles y Sicilia
Las defensas de las costas de Italia y de España
En las costas de África del Norte
Los presidios: un expediente para salir del paso
Por y contra las razzias
Psicología de la actitud defensiva
II. La piratería, forma complementaria de la gran guerra
La piratería, industria antigua y generalizada
La piratería, vinculada a las ciudades
La piratería y el botín
Cronología de la piratería
La piratería cristiana
Piratería cristiana en Levante
La primera y prodigiosa fortuna de Argel
La segunda y siempre prodigiosa época de esplendor de Argel
¿A qué conclusiones podemos llegar?
Rescate de cautivos
Una guerra sustituye a otra
Capítulo VIII. A modo de conclusión: coyuntura y coyunturas
Unas palabras de advertencia
El trend secular
Fluctuaciones largas
Bancarrotas de la Corona española y coyunturas
Guerras internas y externas
Coyuntura e historia
Las crisis a corto término
Tercera parte. Los acontecimientos, la política y los hombres
Capítulo I. 1550-1559: la reanudación y el fin de una guerra mundial
I. En los orígenes de la historia
1545-1550: la paz en el Mediterráneo
El caso de África
Consecuencias y repercusiones de Mühlberg
II. La guerra en el mediterráneo y fuera del mediterráneo
La caída de Trípoli: 14 de agosto de 1551

La toma de Trípoli: 14 de agosto de 1551
Los incendios de 1552
Córcega, para los franceses; Inglaterra, para los españoles
Las abdicaciones de Carlos V: 1554-1556
III. Vuelta a la guerra. Las decisiones siguen viniendo del norte
Se rompe la tregua de Vaucelles
San Quintín
La paz de Cateau-Cambrésis
Felipe II retorna a España
IV. España, a mediados de siglo
Brotes “protestantes”
El malestar político
Las dificultades financieras
Capítulo II. Los seis últimos años de la supremacía turca: 1559-1565
I. La guerra contra los turcos, ¿una locura española?
La ruptura de las negociaciones hispano-turcas
La supremacía naval de los turcos
La expedición de Yerba
II. La recuperación hispánica
Los años de 1561 a 1564
[II-456]La guerra contra los corsarios y contra el invierno: 1561-1564
La sublevación de Córcega
La calma de Europa
Algunas cifras sobre la recuperación marítima de España
Don García de Toledo
III. Malta, prueba de fuerza (18 de mayo-8 de septiembre de 1565)
¿Hubo sorpresa?
La resistencia de los Caballeros
El socorro de Malta
El papel de España y de Felipe II
Capítulo III. En los orígenes de la Liga Santa (1566-1570)
I. ¿los países bajos o el mediterráneo?
La elección de Pío V
Los turcos, en Hungría y en el Adriático
La reanudación de la guerra en Hungría
Los Países Bajos en 1566
1567-1568: bajo el signo de los Países Bajos
II. El viraje de la guerra de Granada
Se recrudecen las guerras
Los comienzos de la guerra de Granada
Una consecuencia: la toma de Túnez por Euldj Alí
Granada y la guerra de Chipre

Los comienzos de la guerra de Chipre
En socorro de Chipre
Capítulo IV. Lepanto
I. La batalla del 7 de octubre de 1571
Una conclusión tardía
Francia, factor diplomático
¿Llegarán a tiempo don Juan y su flota?
Los turcos antes de Lepanto
La batalla del 7 de octubre[80]
¿Una victoria sin consecuencias?
II. 1572, año dramático
La crisis francesa hasta la Noche de San Bartolomé, 24 de agosto de 1572
Orden y contraorden a don Juan de Austria: junio-julio de 1572
Las expediciones de Morea
III. La "traición" de Venecia y las dos tomas de Túnez: 1573-1574
Venecia abandona la Liga
Las razones de Venecia
La toma de Túnez por don Juan de Austria, otra victoria sin consecuencias
La pérdida de Túnez: 13 de septiembre de 1574
Finalmente: paz en el Mediterráneo
Capítulo V. Las treguas hispano-turcas: 1577-1584
I. La misión de Margliani (1578-1581)
Un paso atrás: las primeras tentativas de paz de Felipe II
Negociaciones en tiempo de don Juan
Un extraño triunfador: Martín de Acuña
Giovanni Margliani
La tregua de 1581
II. La guerra deserta del centro del Mediterráneo
Turquía frente a Persia
La guerra contra Persia
Los turcos en el océano Índico
La guerra de Portugal, el viraje del siglo
Alcazarquivir
El golpe de fuerza de 1580
España abandona el Mediterráneo
Capítulo VI. El Mediterráneo, fuera de la gran historia
I. Problemas y dificultades turcas
Revueltas en el norte de África y el islam, después de 1589
La crisis financiera turca
1593-1606: se reanudan las grandes operaciones en los frentes de Hungría
II. De las guerras civiles francesas a la guerra abierta contra España: 1589-1598

Guerras de religión en la Francia mediterránea
La guerra hispano-francesa y la paz de Vervins: 1595-1598
La paz de Vervins
III. La guerra no se librará en el mar
La falsa alarma de 1591
Juan Andrea Doria se niega a combatir contra la armada turca: agosto-septiembre de 1596
1597-1600: sin novedad en el frente
Falsa alarma u ocasión desaprovechada, en 1601
La muerte de Felipe II (13 de septiembre de 1598)
Conclusión
Anexos
Fuentes
I. Fuentes manuscritas
I. Los archivos españoles
1. Archivo general de Simancas
2. Archivo Histórico Nacional de Madrid
3. Biblioteca Nacional de Madrid (Sección de Manuscritos)
4. Academia de la Historia (Sección de Manuscritos)
5. Otros archivos de España utilizados o examinados
II. Los archivos franceses
París
Marsella
Argel
III. Los archivos de Italia
Genova
Venecia
Florencia
Roma
Nápoles
Palermo
IV. Los archivos vaticanos
V. Los archivos de Ragusa
VI. Los archivos europeos (excluidos el Mediterráneo y Francia)
II. Fuentes cartográficas
III. Fuentes impresas
A. Las grandes publicaciones documentales
B. Obras esenciales
C. Lista alfabética de los libros citados
Principales abreviaturas empleadas en las referencias
Índices
I. Índice de nombres propios

II. Índice de materias
I. Índice de láminas
II. Índice de figuras
Sobre el autor
Notas



Fernand Braudel (Luméville-en-Ornois, Francia, 1902 – Cluses, Francia, 1985) fue uno de los historiadores franceses más importantes del siglo xx. Impartió cátedra en el Collège de France y fue miembro de la École Pratique des Hautes Études. Se le considera entre los máximos exponentes de la corriente conocida como la Escuela de los Annales, que revolucionó el pensamiento histórico posterior a la segunda Guerra Mundial. Publicó numerosas obras, entre las que destacan sus trabajos sobre la historia del Mediterráneo.

Notas

Prólogo a la primera edición francesa

[1] En el curso de las últimas correcciones a mi libro, he tenido en cuenta las observaciones y sugerencias de Marcel Bataillon, Émile Coornaert, Roger Dion y C. E. Labrousse. <<

Primera parte

[1] Fernand Braudel, «Histoire et sciences sociales, la longue durée», en *Annales E. S. C.*, octubre-diciembre de 1958, pp. 725-753. <<

Primera parte - Capítulo I

[1] No he creído necesario detenerme en esta controvertida cuestión. A. Philippson, *Das Mittelmeergebiet*, 1904 (4.ª ed., Leipzig, 1922), que me ha servido de guía general, evidentemente es un texto envejecido, y, a este respecto, las ediciones posteriores nada cambian en cuanto al fondo. Para explicaciones geológicas más nuevas habría que recurrir a libros clásicos, como el de Bubnoff, *Geologie von Europa*, 1927; a un libro de carácter general, a pesar de su título: Von Seidlitz, W., *Discordanz und Orogenese am Mittelmeer*, pp. XXIV-615, Berlín, 1931, o a H. Stille, *Beiträge zur Geologie der westlichen Mediterrangebiete*, hrsg. im Auftrag der Gesellschaft der Wissenschaften, Göttingen, 1927-1935; o bien a estudios de detalle, como los de Aschauer y J. S. Hollister, «Ostpyrenäen und Balearen» (*Beitr. z. Geologie d. westl. Mediterrangebiete*, núm. 11), 208 pp., Berlín, 1934; Wilhelm Simon, *Die Sierra Morena der Provinz Sevilla*, Fráncfort, 1942; o al profundo y nuevo estudio de Raoul Fallot y A. Marin sobre la cordillera del Rif, publicado en 1944 por el Instituto de Geología y Mineralogía de España (*cf.* Académie des Sciences, sesión del 14 de abril de 1944, comunicación de M. Jacob). Deliberadamente no hago las innumerables indicaciones que sería necesario hacer de los trabajos de P. Birot, de J. Bourcart, de G. Lecointre… El retorno a la hipótesis, en apariencia pasada de moda, de los puentes y los continentes sumergidos, me lo sugiere Le Danois, *L'Atlantique, histoire et vie d'un océan*, Albin Michel, París, 1938. El libro claro y dinámico de Raoul Blanchard, *Géographie de l'Europe*, París, 1936, hace hincapié en que, para él, las montañas del Mediterráneo son una familia aparte, para la cual propone el nombre de Dinárides. Sobre las Dinárides propiamente dichas, ver Jacques Bourcart, *Nouvelles observations sur la estructure des Dinárides adriatiques*, Madrid, 1929. Termier, *A la gloire de la Terre*, quinta edición, contiene un capítulo sobre la geología del Mediterráneo occidental. Repito que no he querido entrar en estos problemas geológicos, ni en los problemas geográficos de la cuenca del Mediterráneo, acerca de los cuales pueden encontrarse explicaciones en las obras generales, estado actual de las cuestiones y bibliografía puesta al día en el manual de P. Biret y J. Dresch, *La Méditerranée et le Moyen-Orient*, 2 vols., París, 1953-1956. <<

[2] Pone muy en claro este carácter compacto de las montañas llamadas Dinárides R. Blanchard, *Géogr. de l'Europe*, pp. 7-8. Le Lannou, *Pâtres et Paysans de la Sardaigne*, 1941, p. 9. <<

[3] La expresión es de Strzygowski. En Grecia, señala A. Philippson, *op. cit.*, p. 42, al subir se puede con frecuencia sobrepasar la zona de los naranjales y de los olivares, atravesar todas las zonas vegetales europeas y casi alcanzar las nieves eternas. <<

[4] León el Africano, *Descript. de l'Afrique, tierce partie du Monde*, Lyon, 1556, p. 34. <<

[5] Presidente Charles de Brosses, *Lettres familières écrites en Italia*, París, 1740, I, p. 100. <<

[6] Con mucha facilidad podría ampliarse la lista: el Mercantour, atrás de Niza; el Olimpo, «con su verdeante corona de nieve» (W. Helwig, *Bracconiers de la mer en Grèce*, Leipzig, 1942, p. 164); las nieves de Sicilia, advertidas por Eugène Fromentin en su *Voyage en Égypte*, París, 1935, p. 156; y «ese terrible desierto de nieve», cerca de Erzeroum, del que habla el conde de Sercey (*Une ambassade extraordinaire en Perse en 1839-1840*, París, 1928, p. 46), a propósito de las montañas de Armenia. Ver también en Gabriel Esquer, *Iconographie de l'Algérie*, París, 1930, aunque no sea más que la estupenda litografía de Raffet sobre la retirada de Constantino en 1836, que se creería más bien un aspecto de la campiña rusa. O los detalles que da Armstrong (*Grey Wolf, Mustafa Kémal*, 1933, p. 68 de la trad. *Mustapha Kémal*, 1933) sobre los 30 000 soldados turcos sorprendidos por el invierno en las montañas de la frontera turco-rusa durante la guerra de 1914-1918, quienes mueren apretados unos contra otros por calentarse, y cuyos cadáveres encontraron largo tiempo después las patrullas rusas. Sobre la persistencia de la nieve africana hace notar P. Diego de Haedo, *Topografía e historia general de Argel*, Valladolid, 1612, p. 8, ver: «en las montañas más altas del Cuco o del Labes (donde hay nieve todo el año)». Fueron las abundantes nevadas las que salvaron Granada, en diciembre de 1568. Diego de Mendoza, *Guerra de Granada*, Biblioteca de Autores Españoles, t. XXI, p. 75. <<

[7] Sobre don Carlos, el mejor libro sigue siendo el de Louis Prosper Gachard, *Don Carlos y Felipe II*, París, 1867, 2.ª ed., 2 vols. Vuelve a tratar el problema, un poco pesadamente, Ludwig Pfandl, *Johanna die Wahnsinnige*. Fr. i. Br. 1930, pp. 132 y ss. Debe rechazarse la tesis de Viktor Bibl, *Der Tod des Don Carlos*, Viena, 1918. <<

[8] *Voyage faict par moy Pierre Lescalopier*, manuscrito H. 385, Escuela de Medicina de Montpellier, ff. 44 y 44 v, publicado en una edición abreviada por Édouard Cléray, con el título: «Le voyage de Pierre Lescalopier Parisien de Venise à Constantinople l'an 1574», en *Revue d'Histoire diplomatique*, 1921, pp. 21-55. <<

[9] Salomon Schweigger, *Ein Newe Reißbeschreibung aus Teutschland nach Constantinopel und Jerusalem*, Núremberg, 1639, p. 126. <<

[10] Belon du Mans, *Les observations de… singularités*, París, 1553, p. 189. <<

[11] *Lettres du Baron de Busbec*, París, 1748, I, p. 164; II, p. 189. <<

[12] S. Schweigger, *op. cit.*, p. 125. <<

[13] J. Sanderson, *The Travels of John Sanderson in the Levant (1584-1602)*, 1931, p. 50, n. 3. <<

[14] B. M. Add. 28 488, f. 12, hacia 1627. <<

[15] A. N. A. E. B[1] 890, 22 de junio de 1754. <<

[16] Sobre los helados y sorbetes, Franklin, *Dict. hist. des Arts*, pp. 363-364; *Enciclopedia italiana, Treccani*. art. «Gelato». <<

[17] Jean Delumeau, *La vie économique à Rome*, 1959, I, p. 398. Proposición de un impuesto sobre la nieve, A. d. S. Nápoles, Sommaria Consultationum, 7, ff. 418-420, 19 de julio de 1581. <<

[18] Ortega y Gasset, *Papeles sobre Velázquez y Goya*, Madrid, 1950, p. 120. <<

[19] Petrus Casola, *Viaggio a Gerusalemme*, 1494 (edit. Milán, 1855), p. 55. <<

[20] Museo Correr, Cicogna 796, *Itinèraire de Gradenigo*, 1553. <<

[21] *Cf.* este bello pasaje de una carta de 1552, de Villegaignon al rey de Francia: «Toda la costa del mar, de Gaeta a Nápoles y de Nápoles a Sicilia, está circundada por altas montañas, al pie de las cuales hay una playa azotada por todos los vientos del mar, como sería la costa de Picardía azotada por el vendaval, excepto que en una costa hay ríos donde uno puede refugiarse, y en la otra no…», comunicación del abate Marchand con el título de «Documents pour l'histoire du règne de Henri II», en *Bulletin hist. et phil. du Comité des travaux hist. et scient.*, 1901, pp. 565-568. <<

[22] V. Bérard, *Les Navigations d'Ulysse. II. Penelope et les Barons des îles*, 1928, pp. 318-319. Es imposible no ver a estos montañeses, lo mismo ahora que antaño: anteayer, emigrantes montenegrinos se fueron a la América; ayer, soldados de la guerra por la independencia turca, estos compañeros de Mustafá Kémal, de los que Armstrong (*Mustapha Kémal, op. cit.*, p. 270 de la trad. francesa) ha dado una descripción tan pintoresca: irregulares del «ejército verde» de Edén, «salvajes, de cara feroz», los guardias de Mustafá, de la tribu montañesa de los lazzes (costa sur del Mar Negro), «grandes salvajes esbeltos…, ágiles como gatos», que por privilegio conservaron sus trajes y sus danzas nacionales; la danza del «Zebek». Señalaremos, además, el ejemplo de los kurdos: sobre sus tiendas negras, sus galletas, con más paja que trigo, su queso de cabra, sobre su vida en general, algunas notas de viaje del conde de Sercey, pp. 216, 288, 297. <<

[23] Prefacio a Jules Blache, *L'homme et la Montagne, op. cit.*, p. 7. <<

[24] Pierre Vilar, *La Catalogue dans l'Espagne moderne*, I, 1962, p. 209; la frase de Arthur Young está citada en *ibid.*, p. 242. <<

[25] El Rif y el Atlas, «donde el plato típico son las reconfortantes gachas de harina, habas y aceite». Blache, *L'homme et la montagne*, pp. 79-80. <<

[26] Josué, II, 15-6. Después del fracaso de su conspiración en Florencia, Buondelmonti busca refugio en los Apeninos toscanos (Augustin Renaudet, *Machiavel*, 1941, p. 108). Escapando de los corsarios y de los navíos turcos, los cretenses se refugiaron en las montañas de su isla (B. N., París, Ital. 427, 1572, f. 199 v). <<

[27] Este es el punto de vista de Paul Vidal de la Blache, *Principes de géogr. humaine*, París, 1922, p. 42. Entre los ejemplos dados, los Alpes de Transilvania, donde se reconstituye el pueblo rumano; los Balcanes, donde análogamente, aunque en pequeña escala, se reconstituye el pueblo búlgaro; el Cáucaso, etcétera. <<

[28] André Blanc, *La Croatie occidentale*, 1957, p. 97. <<

[29] Benjamin de Tudela, *Voyage du célèbre Benjamin autour du monde commencé l'an MCLXXIII*, trad. Pierre Bergeron, La Haya, 1735, p. 10. <<

[30] Victor Bérard, *La Turquie et l'hellénisme contemporain*, 1893, p. 247. <<

[31] F. C. H. L. de Pouqueville, *Voyage en Grèce*, 1820, t. III, pp. 8 y 13; V. Bérard, *op. cit.*, pp. 79, 83 y 247. Sobre los valacos y los aromunes existe abundante literatura. Algunos detalles en Blache, *op. cit.*, p. 22; Cvijić, *La Péninsule balkanique*, París, 1918, pp. 115, 178, 178 n. 1, 202, 203. <<

[32] Luca Michieli, 25 de octubre de 1572, Relazioni, A. d. S., Venecia, Collegio Secreta, filza 18. <<

[33] *Don Quijote*, episodio de Cardenio, «la razón que os ha traído (interroga el caballero) a vivir y a morir en estas soledades como bruto animal». <<

[34] *Discurso sobre las sierras de Espadán y de Bernia* (1564 o 1565). Sim. Eo. 329. Creo que hay que relacionarlo con el documento B. N. París, Esp. 177; *Instrucción a vos Juan Baptista Antonelli, para que vayais a reronosçer el sitio de la Sierra de Vernia* (sin fecha). <<

[35] *Cf*. las observaciones de Descamps, *Le Portugal, la vie Sociale actuelle*, 1935, a propósito de la sierra da Estrela, pp. 123-124, con su vida pastoril menos desarrollada que la del norte. <<

[36] Sobre este tema, ver las dos páginas luminosas de Vidal de la Blache, *Principes de Géographie humaine*, 1922, pp. 188-189. Las ideas de Cvijić a este respecto están expuestas de manera bastante gris en su libro en francés, *La péninsule balkanique*, 1918. A propósito de las aldeas de montaña, Vidal de la Blache apunta: «Es de estos pueblos de los que Constantino Porfirogeneta escribió: “no pueden sufrir que dos cabañas estén una junto a la otra”», *op. cit.*, p. 188. <<

[37] «Grundlinien der Geographie und Geologie von Mazedonien und Alt-Serbien», en *Petermanns Mitteilungen aus J. Perthes Geographischer Anstalt*, Ergänzungsheft, núm. 162, 1908. <<

[38] Un hermoso cuadro de la «aldea-ciudad» de Grecia: Ancel, *Les peuples et nations des Balkans*, 1926, pp. 110-111. A título de prueba viva, ver en Martin Hurliman, *Griehenland mit Rhodos und Zypern*, Zúrich, 1938, p. 28, la magnífica fotografía de la población griega de Arajova, a 942 metros de altitud en las faldas del Parnaso. Población conocida por sus tejidos. <<

[39] Arqué, *Géogr. es Pyrénées françaises*, 1943, p. 48, señala que el espacio cultivado de los Pirineos franceses, según el cálculo del inspector general Thierry, «puede compararse a un departamento medio». Observación bastante esclarecedora. <<

[40] Sobre Córcega, ver la carta de reprimenda de F. Borromeo al obispo de Ajaccio (14 nov., 1581, public. por Vittorio Adami, «I Manoscritti della Biblioteca Ambrosiana di Milano, relativi alla storia di Corsica», en Archivio storico di Corsica, 1932, 3, p. 81). A través de estas reprimendas se evoca la vida agitada del obispo, desplazándose con su pequeña caravana de bestias de carga a través de la montaña. Hay que comparar esto con las dificultades del viaje de San Carlos Borromeo, en 1580, en los Alpes, o con las del obispo de Dax, en invierno, a través de las montañas nevadas de Esclavonia (su carta al rey, enero de 1573, Ernest Charrière, *Négociations de la France dans le Levant* 1840-1860, III, pp. 348-352). Transitar por las vecinas montañas de Ragusa en invierno es una hazaña «que trae, de ordinario, consecuencias muy fastidiosas para la salud», y aun mortales (12 nov. 1593, documento publicado por Vladimir Lamansky, *Secrets d'État de Venise*, 1844, p. 104). Antes de 1923, aún se necesitaban tres días para hacer llegar las mercaderías de Viana de Castelo a la desembocadura del Lima (Descamps, *op. cit.*, p. 18). <<

[41] René Maunier, *Sociologie et Droit romain*, 1930, p. 728, ve en la familia kabila agnática una familia patriarcal, una *gens* romana, muy alterada, desde luego. Sobre el arcaísmo económico de la montaña, con frecuencia señalado, *cf*. Ch. Moraze, *Introduction à l'histoire économique*, 1943, pp. 45-46. Sobre lo que Cvijić llama el «patriarcalismo perfeccionado» de las regiones dináricas, v. *La Péninsule balkanique, op. cit.*, p. 36. Prefiero su expresión de islas montañosas (*ibid.*, p. 29). Montenegro, esa fortaleza, y otras regiones altas, dice, han evolucionado «desde el punto de vista social como islas». Sobre la *zadruga*, otro ejemplo de arcaísmo social, se contienen algunas líneas de esclarecimiento y de orientación bibliográfica en R. Busch Zantner, *Albanien*, Leipzig, 1939, p. 59. <<

[42] *Barockplastik in den Alpenländern*: 336 pp., Viena, 1944. Sobre las condiciones sociales de los Alpes, ver el gran estudio, discutible y discutido, de A. Günther, *Die Alpenländische Gesellschaft*, Jena, 1930. Sobre este tema, interesantes observaciones de Sülch, «Raum und Gesellschaft in den Alpen» en *Geogr. Zeitschr.*, 1931, pp. 143-168. <<

[43] *Cf*. los bellos estudios de J. Puig i Cadafalc, *L'arquitectura románica a Catalunya* (en colaboración), Barcelona, 1909-1918; *Le premier art roman*, París, 1928. <<

[44] Arqué, *op. cit.*, p. 69. <<

[45] En la Bética, Roma tuvo éxito en la región baja, a lo largo de los ríos, mucho más que en los altiplanos (G. Niemeier, *Siedlungsgeogr. Untersuchungen in Niederandalusien*, Hamburgo, 1935, p. 37). En el noroeste montañoso de España, debido, además, a la lejanía, Roma penetró tarde y mal (R. Konetzke, *Geschichte des spanischen und portugiesischen Volkes*, Leipzig, 1941, p. 31). <<

[46] Dauzat, *Le village et le paysan de France*, p. 52. <<

[47] Conde de Sercey, *op. cit.*, p. 104: «Sin embargo, se ve (puesto que danzan) que las mujeres kurdas, aunque musulmanas, no están secuestradas». <<

[48] V. *infra* los capítulos sobre los moriscos. Segunda Parte, cap. V, y Tercera Parte, cap. III. <<

[49] En el corazón de las montañas de Lubéron, Lourmarin, Cabrières, Mérindol y otra veintena de aldeas —donde pulula la vida salvaje, jabalíes, patos y lobos— son refugio de protestantes (Vaudoyer, *Beautés de la Provence*, París, 1926, p. 238). No olvidemos a los valdenses de los Estados saboyanos y a los de los Apeninos, en el reino de Nápoles. El movimiento cátaro, escribe Marc Bloch, había disminuido hasta «convertirse en una oscura secta de pastores montañeses», en *Annales d'histoire sociale*, 1940, p. 79. <<

[50] El marudismo. *Cf*. Houzar, «La Tragédie circassienne», en *Revue des Deux Mondes*, 15 de junio de 1943, pp. 434-435. <<

[51] Francisco Bermudez de Pedraça (Granada, 1637), f. 95 v. Cita y traducción de Reinhart-Pieter A. Dozy, a quien corresponde el mérito de haber encontrado ese bello texto (*H. des Musulmans d'Espagne*, 1861, II, p. 45, n. 1). En cambio el abate de Vayrac (*État présent de l'Espagne*, Ámsterdam, 1719, I, p. 165) sostiene que los habitantes de las Alpujarras, aunque cristianos, son moriscos que han conservado «su antiguo estilo de vida, sus costumbres y su lengua particular, que es una monstruosa mezcla de árabe y español». <<

[52] Cuando era niña, la santa se dirigió a la montaña con su hermano, en la esperanza de encontrar allí el martirio. Schnürer, *Katholische Kirche und Kultur in der Barockzeit*, 1937, p. 179. Louis Bèrtrand, *Sainte Thérèse*, 1927, pp. 46-47. <<

[53] E. Baumann, *L'anneau d'or des grands Mystiques*, 1924, pp. 203-204. <<

[54] Hay abundante documentación sobre las deficiencias de la vida religiosa en Córcega: carta del cardenal Tournon a Pablo IV, 17 de mayo de 1556, pidiendo la reforma de los abusos. M. François, «Le rôle du Cardinal François de Tournon dans la politique française en Italie, de janvier à juillet 1556», en *Mélanges… de l'École Française de Rome*, t. 50, 1933, p. 328; Ilario Rinieri, «I vescovi della Corsica», en *Archivio storico di Corsica*, 1930-1931, pp. 344 y ss; Père Daniele Bartoli, *Degli uomini et de' fatti della Compagniadi Gesù*, Turín, 1847, III, pp. 57-58; abate S. B. Casanova, *Histoire de l'Église corse*, 1931, III, pp. 103 y ss. <<

[55] Montagne, *Les Berbères et le Makhzen dans le Sud du Maroc*, 1930, p. 83. <<

[56] Pero ¿dónde encontrar la vasta riqueza folklórica de esas montañas? Ver, a título de ejemplo, el bello cuento de los *tériels*, que relata Leo Frobenius, *Histoire de la civilisation africaine*, 1936, pp. 263 y ss., a propósito del país kabila, que nos revela su lejana existencia consagrada a las grandes cacerías y no a la agricultura. En el mismo orden de ideas, ¿dónde encontrar una colección de canciones montañesas? Sobre la vida religiosa de los Alpes y la localización de los herejes, Botero, *Le relationi universali*, Venecia, 1559, III, I, p. 76. Sobre la visita del cardenal Borromeo a Mesolina, *ibid.*, p. 17. <<

[57] IV, Segunda Parte, *Novelle*, ed. de Londres, 1709, II, pp. 25-43. Se sitúa la anécdota en el Val di Sabbia, que forma parte de los Prealpes de Brescia. <<

[58] Estas indicaciones me las sugirió la obra de Emmanuel Le Roy Ladurie, *Les paysans de languedoc*, actualmente en imprenta, p. 407 (ed. 1966, n. del trad.). <<

[59] A. S. V. Senato, Dispacci Spagna, Madrid, 6 de junio de 1611, Priuli al dux. <<

[60] Los contemporáneos la estudian. Loys Le Roy (*De l'execellence du gouvernement royal*, París, 1575, p. 37) escribe: «El país lleno de montañas, rocas y bosques, cómodo para los pastos, en el cual hay muchos pobres, como lo es la mayor parte de Suiza, es más propicio a la democracia […] Las tierras llanas […] donde hay muchos ricos y nobles, se prestan a la aristocracia». Jean Bodin, *Les six livres de la République*, 1583, p. 694, refiere que León el Africano se llenó de estupor ante la robustez de los montañeses del monte Megeza, en tanto que los habitantes de la llanura son pequeños. «La fuerza y el vigor hacen que el montañés ame la libertad popular, como hemos dicho de los suizos y los grisones». La Edad Media corsa, dice de Bradi, *La Corse inconnue*, 1927, p. 35, es un periodo grandioso de libertad. «El corso no tolera jamás que se le arrebate el producto de su trabajo. La leche de su cabra, igual que la cosecha de su campo, eran muy suyos». Y Tayne, en su *Voyage aux Pyrénées*: «La libertad ha brotado aquí desde la más remota antigüedad, hosca y salvaje», 1858, p. 138. <<

[61] Arrigo Solmi, «La Corsica», en *Ar. st. di Corsica*, 1925, p. 32. <<

[62] Ver, para una orientación general, el libro clarividente, pero demasiado jurídico, de Jacques Lambert, *La vengeance privée et les fondements du droit international*, París, Sirey, 1936. En el mismo orden de ideas, la observación de Michelet sobre el delfinado, donde jamás «el feudalismo pesó como en el resto de Francia». Y también la siguiente observación de Taine, *op. cit.*, p. 138: «Estos son los fueros de Béarn, de los que solo se hizo mención en la antigüedad, pues en Béarn no había señor». Sobre las venganzas de sangre en Montenegro y en la Alta Albania, ver Ami Boué, *La Turquie d'Europe*, París, 1840, II, pp. 395 y 523. <<

[63] Marc Bloch, *La Société féodale*, 1939, I, p. 377. También en Marc Bloch, las observaciones atinadas sobre «Cerdeña», en *Mélanges d'histoire soc.*, III, p. 194. <<

[64] Maurice Le Lannou, «Le bandit d'Orgosolo», *Le Monde*, 16-17 de junio de 1963. La película fue dirigida por Vittorio de Seta, y el estudio antropológico lo realizó Franco Caguetta. Traducción francesa: *Les Bandits d'Orgosolo*, 1963; las novelas mencionadas son de Grazia Deledda, *La via del male*, Roma, 1869; *Il Dio dei viventi*, Roma, 1922. <<

[65] *Idem*. <<

[66] Fernand Benoit, *La Provence et le Comtat Venaissim*, 1949, p. 27. <<

[67] En el Alto Milanesado, ver Pugliese, «Condizioni economiche e finanziarie della Lombardia nelle prima metà del s. XVIII», en *Misc. di Storia italiana*, tercera serie, t. XXI, 1924. <<

[68] *Mémoires sur les Turcs et les Tartares*, Ámsterdam, 1784, II, p. 147: «el asilo de la libertad o [añade él] la reparación de la tiranía». Esto, a propósito de las instalaciones genovesas en Crimea. <<

[69] *Ibid.*, I, p. XXI. <<

[70] *Cf*. Franz Spunda, en Werner Benndorf, *Das Mittelmeerbuch*, 1940, pp. 209-210. <<

[71] A. Philippson, «Umbrien und Etrurien», en *G. Z.*, 1933, p. 452. <<

[72] Algunos ejemplos: Napoleón no pudo dominar la montaña alrededor de Génova, refugio de insumisos, a pesar de las batidas que allí organizó (Jean Borel, *Génes sous Napoleón Ier.*, 2.ª ed., 1929, p. 103). Hacia 1828, la policía turca no consiguió dominar los brotes de bandolerismo entre los pueblos del Ararat (conde de Sercey, *op. cit.*, p. 95). Y aún hoy en día no logra mejor éxito en sus intentos de proteger las riquezas forestales de la montaña contra la voracidad de los rebaños (Hermann Wenzel, «Agrargeographische Wandlungen in der Türkei», en *G. Z.*, 1937, p. 407). Lo mismo sucede en Marruecos: «En realidad, en el sur de Marruecos la autoridad del sultán se reduce a la llanura», escribe Montagne, *op. cit.*, p. 134. <<

[73] *Ibid.*, p. 131. <<

[74] M. Le Lannou, *Pâtres et paysans de la Sardaigne*, 1941, p. 14, n. 1. <<

[75] J. Blache, *op. cit.*, p. 12. Sobre esta oposición, ver Pierre Gourou, *L'homme et la terre en Extrême-Orient*, 1940, y la reseña crítica de ese libro por Lucien Febvre, en *Annales d'htst. soc*. XIII, 1941, p. 73. Vidal de la Blache, *op. cit.*, p. 172. <<

[76] Montagne, *op. cit.*, p. 17. <<

[77] Pienso muy especialmente en los viajes de Sixto V, en su juventud y en su edad madura; según las indicaciones de Ludwig von Pastor, *Geschichte der Papste*, Friburgo en Brisgovia, 1901-1931, X, 1913, pp. 23 y 59 (de la edición alemana); podría hacerse un croquis. <<

[78] W. Woodburn Hyde, «Roman Alpine routes», en *Memoirs of the American Philosophical Society*, Filadelfia, X, II, 1935. De un modo análogo, los Pirineos no han sido nunca la barrera que uno se imagina (Sorre, *G. U.*, t. VII, primera parte, p. 70, Konetzke, *op. cit.*, p. 9). <<

[79] Pfalz, «Neue wirstchaftsgeographische Fragen Italiens», En *Geogr. Zeitschr.*, 1931, p. 133. <<

[80] Philippson, *Das Mittelmeergebiet, op. cit.*, p. 167. <<

[81] Victor Bérard, *La Turquie et l'hellénisme contemporain, op. cit.*, p. 103, escribe al salir de Albania: «Después de tres días de comer a todas horas queso de cabra…» (p. 103). <<

[82] Arqué, *op. cit.*, p. 68. <<

[83] *Op. cit.*, ff. 44 y 44 v. <<

[84] En las faldas del Vesubio había bosques. Sobre este problema del bosque en general, ver las observaciones siempre útiles de Theobald Fischer, en *B. zur physischen Geogr. der Mittelmeerländer besonders Siciliens*, 1877, pp. 155 y ss. Sobre los bosques de Nápoles, en Calabria y en la Basilicata, en 1558, *cf*. Eugenio Albèri, *Relazioni degli ambasciatori veneti durante il s. XVI*, Florencia, 1839-1863, II, III, p. 271. Se conservan todavía los numerosos restos de grandes bosques antiguos, diríamos bosques-reliquias. Para Córcega, ver su enumeración en Philippe Leca, prólogo de A. Albitreccia, *Guide bleu de la Corse*, París, 1935, p. 15, ver también de este último autor *La Corse, son évolution au XIXe siècle et au début du* XXe *siècle*, 1942, pp. 95 y ss. <<

[85] Conde Joseph de Bradi, *Mémoire sur la Corse*, 1819, pp. 187, 195 y ss. <<

[86] Vidal de la Blache, *op. cit.*, pp. 88, 139, 178. Ver las excelentes observaciones de Faucher, *Principes de géogr. agraire*, p. 23. «El pueblo come pan de serrín», cerca de Luca, Montaigne, *Journal de voyage en Italie* (ed. E. Pilon, París, 1932), p. 237. <<

[87] Montaigne, *op. cit.*, p. 243. <<

[88] *Relación de lo que yo, Fco. Gasparo Corso, he hecho en prosecución del negocio de Argel*, orig. Sim. Eo. 333 (1569). <<

[89] Montaigne, *op. cit.*, pp. 234-235. <<

[90] Franceschi Carreras y Candi, *Geographia general de Catalunya*, Barcelona, 1913, 4.º, p. 505. Carrera Pujal, *Historia politica y económica de Cataluña*, 1946, t. I, p. 40. También Belon du Mans, *op. cit.*, p. 140 v., hace notar que en las montañas de Jerusalén hubo cultivos en bancales, que él ya vio abandonados. <<

[91] Pienso, entre otros ejemplos, en la vida de la Alta Provenza: «La finca de Alta Provenza», escribe Marie Mauron, «Le Mas provençal», en *Maisons et villages de France*, 1943, prólogo de R. Cristoflour, p. 222, «que soporta los largos inviernos, el temor de los aludes, la vida reclusa durante largos meses, sin más horizontes que la nieve tras los cristales, replegada sobre sus reservas, como las hormigas sobre su establo, trabajando como prisionera…». <<

[92] Max Sorre, *Les Pyrénées méditerranéennes*, París, 1913, p. 410. <<

[93] Este exceso de población, que obliga al descenso hacia las llanuras, se señala también en la encuesta geográfica de Wilhelmy, *Hochbulgarien*, 1936, p. 183. Pero hay otros motivos: vida que satisface o no al hombre. Albitreccia, en Philippe Leca, *La Corse…*, *op. cit.*, p. 129, que hace notar también a propósito de Córcega: «La ausencia, al igual que la presencia de caminos, provoca la emigración». <<

[94] J. Blanche, *op. cit.*, p. 88, según Philippe Areos, *L'Auvergue*, 1932, p. 86. <<

[95] Es decir, a la misa. <<

[96] *Promedades dans Rome*, ed. Le Divan, 1931, I, pp. 182-183. <<

[97] *Ibid.*, p. 126. Cuadro análogo, pero a propósito del Cáucaso, en *Souvenirs*, del conde de Rochechouart, 1889, pp. 76-77, con ocasión de la toma de Anapa por el duque de Richelieu: los guerreros circasianos, algunos con vestiduras de hierro, armados de flechas, evocan el siglo XIII o el siglo XIV. <<

[98] Victor Berard, *La Turquie et l'hellénisme contemporain, op. cit., passim.* <<

[99] *Voyage en Espagne*, 1845, pp. 65, 106. Sobre los *gallegos* cultivadores y emigrantes, ver *Los españoles pintados por sí mismos*, Madrid, 1843. En este relato se encontrarán: *El Indiano*, por Antonio Ferrer del Río; *El segador*. *El pastor trashumante* y *El maragato*, por E. Gil y Carrasco; *El aguador*, por Abenamar… <<

[100] En Toledo, en la posada del Sevillano, hay dos *mocetonas* que son gallegas (*La llustre fregona*, ed. Garnier, II, 71). Gallegos y asturianos hacen en España los trabajos rudos, principalmente en las minas: Chastenet, *Godoy*, 1943, p. 40. Sobre los cosecheros *gallegos* en Castilla en el siglo XVIII, ver Eugenio Larruga, *Memorias políticas y económicas sobre los frutos, comercio, fábricas y minas de España*, Madrid, 1745, I, p. 43. <<

[101] Diego Suárez, manuscrito del ex Gobierno General de Argelia, según la copia que me comunicó gentilmente Jean Cazenave, f. 6. <<

[102] Ver vol. I, pp. 594-595. <<

[103] Jesús García Fernández, *Aspectos del paisaje agrario de Castilla la Vieja*, Valladolid, 1963, p. 12. <<

[104] Bandello, *Novelle,* ed. de Londres, 1791-1793, VII, pp. 200-201. Los espoletinos servían como soldados, sobre todo en el extranjero (Von Pastor, *op. cit.*, XVI, p. 267). Sobre su astucia, ver *ibid.*, I, 418. <<

[105] *Ibid.*, II, pp. 385-386. La pobreza obligó a los bergamascos a emigrar. A pesar de su sobriedad, cuando comen en mesa ajena devoran como lobos. No hay un solo lugar en el mundo donde no se encuentre al menos un bergamasco. Los súbditos venecianos instalados en Nápoles eran casi siempre bergamascos. Albèri, *op. cit.*, *Appendice*, p. 351 (1597). <<

[106] Jacques Heers, *Gênes an xve siècle. Activité économique et problèmes sociaux*, 1961, p. 19. Bandello, *op. cit.*, IV, p. 241. También, después de la restauración de Francisco Sforza, llegaron a Milán numerosos campesinos procedentes de Brescia. <<

[107] *Op. cit.*, IX, pp. 337-338. <<

[108] L. Pfandl, *Philippe II*, trad. franc., 1942, pp. 353-354. También eran bergamascos el célebre Colleoni y el jesuita Jean Pierre Maffee, autor de *L'Hist. des Indes*, Lyon, 1603. <<

[109] *Op. cit.*, IV, p. 335. Se trata de un bresciano establecido en Verona. <<

[110] Resultado de una investigación personal. En verdad, este contraste entre las regiones altas y las regiones bajas se encontraría también más hacia el norte. Gaston Roupnel lo señala en *Le vieux Garain*, 1939, en la costa borgoñesa, por Gevrey y Nuits-Saint-Georges. Hacia 1870, los montañeses todavía usaban la blusa en las ferias de la región baja. <<

[111] P. George, *La région du Bas-Rhône*, 1935, p. 300: en los primeros años del siglo XVII grupos de saboyanos iban a levantar las cosechas en la región de Arlés. <<

[112] Grotanelli, *La Maremma toscana. Studi storici ed economici*, II, p. 19. <<

[113] George, *op. cit.*, p. 651. <<

[114] Fernand Benoit, *op. cit.*, p. 23. <<

[115] Emmanuel Le Roy Ladurie, *op. cit.*, pp. 97 y ss. <<

[116] Imposible enumerar todos los ejemplos conocidos. Para el predominio del reclutamiento en las regiones montañosas y pobres de España, ver Ramón Carande, *Carlos V y sus banqueros*, Madrid, 1949, p. 14 (las tierras altas de Valencia y los *montes* de León). Th. Lefebvre, *Les Pyrénées atlantiques*, 1933, p. 286 (3000 guipuzcoanos y navarros lucharon en la batalla de Pavía). Sobre los Pirineos aragoneses, Fernand Braudel, *La Méditerranée*…, pp. 47-48. <<

[117] Piero Pieri, *La crisi militari italiana nel Rinascimento*, Nápoles, 1934, p. 523. <<

[118] H. de Maisse al rey, Venecia, 6 de junio de 1583. A. E. 31, ff. 29 v. y 30. <<

[119] A título de orientación bibliográfica, ver R. Busch Zantner, *Albanien*, 1939. Sobre las migraciones albanesas, provocadas en la Edad Media por la escasez, hacia las llanuras de Metohidja y de Podrina, *cf*. Cvijić, *op. cit.*, p. 150. Sobre sus maravillosos éxitos en el Imperio turco en el siglo XIX, *ibid.*, p. 17. En la Biblioteca Comunal de Palermo hay una memoria inédita de Mongitore Antonino, *Memoria de Greci renuti dall'Albania in Sicilia*. Qq E 32, f. 81. El albanés, gran bebedor de vino; M. Bandello, *op. cit.*, IV, pp. 350-351. Sobre los albaneses que abrazaban el cristianismo: un documento entre mil, Joan de Pallas, cónsul en Ragusa, al gran comendador de León, Nápoles, 3 de abril de 1536, A. N., K. 1632. <<

[120] Victor Bérard, *La Turquie…*, *op. cit.*, p. 164. <<

[121] En Chipre, donde son soldados de padres a hijos. Fr. Stefano Lusignano di Cipro, *Corographia et breve historia universale dell'isola de Cipro*, Bolonia, 1573 (B. N. París. 4.º G 459). <<

[122] Constituían una parte considerable del ejército veneciano. *Cf*. una serie de documentos edit. por Lamansky, *op. cit.*, entre otros, p. 549 n. <<

[123] Bandello, *op. cit.*, III, 329-330. <<

[124] Museo Correr, D. delle Rose 21, f. 80 sobre los grandes pueblos albaneses de Apulia, 1598. Con frecuencia muy temidos a comienzos del siglo. Se les prohíbe (3 de junio de 1506) salir armados de las ciudades y pueblos fortificados. Ludwig von Thalloczy, «Die Albanische Diaspora», en *Illyrisch-albanische Forschungen*, 1916, p. 339. <<

[125] O. de Torne, «Philippe et Henri de Guise», en *Revue Historique*, 1931, II, p. 324. <<

[126] En 1540, G. Lefévre Pontalis, *Correspondance politique d'Odet de Selve*, 1888, pp. 64, 65, 351, 354. <<

[127] A. H. N. Lo. 3189, 1565, Inquisición de Valladolid, curioso asunto de Guillermo de Modon. <<

[128] Haedo, *Topografía*…, p. 121 v., señala a Alger Arnaut Mami y a un «renegado, también albanés y arnaúte como él», p. 122 v. <<

[129] Victor Bérard, *La Turquie…*, *op. cit.*, p. 26. <<

[130] *Itinéraire de Paris à Jérusalem* (ed. de 1831), I, pp. 111 y 175. <<

[131] *La Corse inconnue*, p. 44, con indicaciones sobre una serie de corsos ilustres fuera de la isla. <<

[132] Por ejemplo, Hassan Corso, ver J. Cazenave, «Un corse roi d'Alger 1518-1556», en *Afrique Latine*, 1923, pp. 397-404. <<

[133] Sobre los Mellerio, v. Giuseppe Mellerio, *Les Mellerio, leur origine, leur histoire*, París, Ollendorf, 1895. Sobre la emigración de los Alpes milaneses, Carlo Antonio Vianello, «Alcuni documenti sul consolato dei Lombardi a Palermo», en *Archivio Storico Lombardo*, 1938, p. 186. <<

[134] Vianello, *op. cit.*, p. 186. <<

[135] *Idem*. <<

[136] *Ibid.*, p. 187. <<

[137] *Idem*. <<

[138] G. F. Osio, console dei Lombardi alla camera dei mercanti di Milano, Nápoles, 27 de septiembre de 1543, publicado por Vianello, *ibid.*, p. 187. <<

[139] A. d. S. Nápoles, Sommaria Partium 240, ff. 111-113, 15 de enero de 1544, con los nombres de los *muratori*. <<

[140] A. d. S. Venecia, Notatorio di Collegio 13, f. 121, 12 de octubre de 1486. <<

[141] De un artículo de prensa, «Eriwan, die Haupstadt der Armenier», en *Frankfurter Zeitung*, 9 de agosto de 1940. <<

[142] Jean-Baptiste Tavernier, *Les six voyages qu'il a faits en Turquie, en Perse et aux Indes*, París, 1681, I, pp. 380 y ss. <<

[143] *Entonces*, es decir, en el siglo XVII. En el siglo XVI, en Constantinopla y en el este mediterráneo, la hora de los armenios todavía no había sonado, Lorga, *Points de vue sur l'histoire du commerce de l'Orient à l'époque moderne*, 1925, p. 23. Por el contrario, en el siglo XVII, los armenios comerciaban hasta en el Mediterráneo occidental. Un navío armenio, *El Armenio Comerciante*, lleva trigo a Liorna (*Mémoires du Chevalier d'Arvieux* , 1735, I, p. 13). Sobre la actuación de los armenios en la querella de los Santos Lugares en 1621, *cf*. Tongas, *L'ambassadeur L. Deshayes de Cormenin* (1600-1632), 1937, p. 132. Sobre la actual dispersión de los armenios, las pocas palabras de Werner Sombart, *Vom Menschen*, 1940, pp. 178-179. <<

[144] Se conservan en la actualidad manuales comerciales, escritos en armenio, escritos *ex professo* para la gran ciudad del norte. <<

[145] Tavernier añade: «Son tanto más hábiles para los negocios cuanto que viven con gran economía y sobriedad, ya por virtud, ya por avaricia. Cuando salen de sus casas para emprender largos viajes, hacen provisión de galletas, de carne ahumada, cebollas, manteca, harina, vino y frutas secas. Se resisten a comprar carne fresca todo lo que pueden, salvo cuando encuentran en las montañas algunos corderos o cabritillos baratos». *Op. cit.*, I, p. 380. <<

[146] Sobre la riqueza y el lujo de los armenios de Zolfa, ver *idem*. <<

[147] *Ibid.*, II, p. 3. <<

[148] ¿La montaña? «Una zona de emisión de hombres» (Deffontaines, Jean-Brunhes-Delamarre, Bertoquy: *Les problèmes de géographie humaine*, 1939, p. 141. Sobre el contraste entre la llanura y la montaña, característico de la cuenca mediterránea, ver Parain, *La Méditerranée, les hommes et leurs travaux*, París, 1936, p. 191; Sion, *La France médit.…* pp. 44-45. <<

[149] Jules Blache, *op. cit.*, p. 15. La misma nota en P. George, *op. cit.*, p. 352. <<

[150] P. George, *op. cit.*, p. 237; Bourrilly-Busquet, *H. de la Provence*, 1944, p. 7: «Se ha localizado a los habitantes más antiguos de Provenza en los alrededores de Ventoux, las montañas de Vaucluse, al sur de Lubéron, en los valles a la derecha del Durance, en la confluencia del Verdon; parecen estar en relación con la abundancia de yacimientos de sílice y de rocas duras pulidas por la corriente de las aguas». De acuerdo con Louis Alibert, «Le Génie d'Oc», en *Les Cahiers du Sud*, 1943, p. 18: «La estructura esencialmente montañosa de los países mediterráneos ha favorecido la fijación y la permanencia de las razas prehistóricas y protohistóricas». <<

[151] P. George, *op. cit.*, pp. 310-322. <<

[152] Lautensach, «Die länderkundliche Gliederung Portugals», en *Geogr. Zeitschrift.*, 1932, p. 194. <<

[153] A. Philippson, «Umbrien und Etrurien», en *Geogr. Zeitschrift*, 1933, pp. 455, 457, 461 y 462. <<

[154] *Ibid.*, p. 457. <<

[155] Alfred von Reumont, *Geschichte Toskana's*, Gotha, 1876, pp. 366-367. <<

[156] *Ibid.*, pp. 368 y ss. <<

[157] Philippson, *Das Mittelmeergebiet*, p. 20. <<

[158] É.-Félix Gautier ha insistido con mucha frecuencia sobre el papel de esta espina dorsal del África del Norte, entre otras obras, en *Le Passé de l'Afrique du Nord*, 1952, p. 115. <<

[159] Georges Marçais, en *Histoire d'Algérie*, por Gsell, Marçais, Yver, 1927, p. 121. <<

[160] «Umbrien…» art. cit., p. 450. <<

[161] Jules Sion, *G. U.*, VII, 2, 1934, p. 326. <<

[162] Vidal de la Blache, *op. cit.*, p. 85. <<

[163] N. Krebs, «Zur politischen Geographie des Adriatischen Meeres», en *Geogr. Zeitsch.*, 1894, p. 375. <<

[164] Pienso, al escribir esto, en el *trulli*, y más aún en el sistema de riegos de la altiplanicie, en el «acquedotto pugliese». Fritz Klute, *Handbuch der geogr. Wissenschaft*, Berlín, 1914, p. 316, da un buen croquis. Pero ¿y su historia? <<

[165] Según A. d. S. Nápoles, Dipendenze della Sommaria, fascio 417, fasc. I, 1572. <<

[166] A. d. S. Nápoles, Sommaria, Consultationum, II, 237-41. <<

[167] Georg Friederici, *Der Charakter der Entdeckung und Eroberung Amerikas durch die Europäer*, I, Gotha, 1925 y principalmente pp. 174, 179. <<

[168] «El licenciado Vidriera», *Novelas ejemplares*. <<

[169] Ortega y Gasset, *España invertebrada*, Madrid, 1934; encontramos esta misma reflexión en autores como Unamuno, Antonio Machado o Menéndez Pidal. <<

[170] Schulte, *Geschichte der grossen Ravensburger Gesellschaft*, 1923, principalmente I, pp. 285 y ss. y p. 295. <<

[171] Alberi, *Relazioni*, I, V. (Francesco Morosini), p. 293. <<

[172] Vidal de la Blache, *États et Nations de l'Europe*, 1889, p. 358. <<

[173] Sorre, *Les fondements biologiques de la géographie humaine*, París, 1934, p. 386: «El clima de las bajas montañas y el de los primeros altiplanos es más favorable al esfuerzo, al menos en el Mediterráneo, que el de las regiones bajas». Un buen esbozo en André Siegfried, *Vue générale de la Méditerranée*, París, 1943, a propósito de las «laderas» (p. 108). Laderas o rebordes [«revermonts»], diremos, generalizando la palabra de la zona del Jura, entendiendo por ella toda estribación, inclusive la curiosa línea del Piamonte, esa línea festoneada tan importante principalmente en Andalucía. Ver las observaciones de G. Niemeier, *op. cit.*, p. 109. <<

[174] *Op. cit.*, pp. 92-93. <<

[175] Sobre toda esta cuestión, ver el libro de Cvijić, *La péninsule balkanique*, trad. franc., 1918. Para la parte decorativa y pintoresca, R. Gerlach, *Dalmatinisches Tagebuch*, Darmstadt, 1940. Para la descripción geográfica, Milojevic, *Littoral et îles dinariques dans le Royaume de Yougoslavie* (*Mém. de la Soc. de G.*, vol. 2), Belgrado, 1933. <<

[176] Tomamos de la síntesis de Cvijić lo que antecede a propósito de los movimientos «metanastásicos». Sus alumnos han continuado los estudios sobre el gran problema de las emigraciones de la montaña eslava. Así, J. Mal, *Uskoke seobe i slovenske pokrajine* (las migraciones de los uscoques y de las regiones eslovenias), Lubliana, 1924, muestra la utilización de esta migración para la organización de los confines militares turcos, venecianos y austriacos. R. Busch Zantner, *op. cit.*, p. 86, llama la atención sobre la presión albanesa, que determina los movimientos migratorios serbios hacia el norte; presión albanesa, no turca. <<

[177] De J. N. Tomic, *Naselje u Mletackoj Dalmaciji*, Nich, 1915, t. I, 1409-1645, un corto estudio sobre los lazos de dependencia personal y económica de los campesinos en los dominios venecianos de Dalmacia. Este régimen tiende a expandirse en las islas y el interior de Istria. El peligro turco causa pérdidas que la inmigración serbia de Bosnia y de Herzegovina no consigue reparar. Entraña la organización de milicias obligatorias contra los ataques provenientes de los turcos, de los corsarios o de los bandidos. Sobre la Dalmacia veneciana en el siglo XVI, V. Lamansky, *op. cit.*, principalmente, p. 552, los enjambres de soldados dálmatas que se posaban hasta en Inglaterra, y la utilización de otros contingentes en el ejército y en la flota venecianos, así como en barcos extranjeros, donde les atraían condiciones de vida más favorables que las de la flota veneciana. <<

[178] Documentos leídos en el Archivio di Stato de Venecia, pero de los cuales no he tomado nota. <<

[179] H. Isnard, «Caractère récent du peuplement indigène du Sahel d'Alger», en *II Congrès des Soc. sav. d'Afrique du N.*, 1936. <<

[180] Sobre el tema *cf*. G. Millon, «Les Parlers de la région d'Alger», en *Congrès des Sociétés sav. d'Afrique du Nord*, 1937. <<

[181] M. Dalloni, «Le problème de L'alimentation en eau potable de la ville d'Alger», en *B. de la Soc. de Géog. d'Alger*, 1928, p. 8. <<

[182] Bernardo Gomes de Brito, *Historia tragico-marítima*, Lisboa, t. VIII, 1905. p. 74. <<

[183] René Baehrel, *Une croissance: la Basse-Provence rurale, fin du XVIe siècle-1789*, París, 1961, p. 125. <<

[184] Biblioteca Marciana de Venecia, 5838, C II, 8, f. 8. <<

[185] Emmanuel Le Roy Ladurie, *op. cit.*, pp. 223 y ss. <<

[186] *Plaisir de France*, 1932, pp. 119-120: «El espíritu del Mediodía se formó en las costas», no en «la montaña, que ya era demasiado pobre y de donde la gente desertaba periódicamente». Sobre esta gente de la región de las colinas y las huellas que dejan a su paso, ver lo que escribe Isabelle Eberhardt, *Notes de route*, 1921, hablando del *Sahel* tunecino (p. 221), o Marcel Brion de Toscana y de «su paisaje adaptado a las dimensiones del hombre», *Laurent le Magnifique*, 1937, p. 282. <<

[187] Anónimo (Claude de Varennes), *Voyage de France, dressé pour l'instruction et la commodité tant des Français que des étrangers*, Ruán, 1647, p. 136. <<

[188] *Op. cit.*, pp. 56-57. <<

[189] B. N. Estampes (Od 13, pet. in-fol): *Les moeurs et fachons de faire des Turcz… contrefaictes par Pieter Coeck d'Alost l'an 1533*. <<

[190] Philippe de Canaye, sieur de Fresne, *Le voyage du Levant, 1573*, ed. H. Hauser, 1897, p. 40. <<

[191] *Cf.* V. Bérard, *La Turquie*…, p. 93: contraste entre Albania, sus montañas, sus ríos «violentos y removedores de suelos», sus gargantas guardadas por los *dervendjis*, y Macedonia, con sus aguas tranquilas y sus espumeantes cascadas. Ver, en Paul Bourget, *Sensations d'Italie*, 1891, pp. 88-90, el paso de Toscana a Umbría. En Toscana, brusquedad, pero con pureza, en tanto que sobre las encinas y los viñedos de Umbría se extienden las brumas y se cierne el drama de la fiebre. <<

[192] Sobre esta precocidad de las pequeñas llanuras, estoy de acuerdo con H. Lehmann, «Die geographischen Grundlagen der kretisch-mykenischen Kultur», en *Geogr. Zeitschr.*, 1932, p. 337. De igual manera, son los pequeños oasis los que, en el Cercano Oriente, han sido creados primero por los hombres, como se ha supuesto con verosimilitud. <<

[193] Pierre Vilar, *op. cit.*, I, p. 223. <<

[194] *Op. cit.*, pp. 243 y ss. G. Marçais, «Tlemcen, ville d'art et d'hist.», en *II Cong, soc. sav. d'Afrique du N.*, t. I, 1936. <<

[195] G. Niemeyer, *op. cit.*, p. 28. Esta observación es de gran alcance. Por la aglomeración en pueblos y en ciudades —y en función y a partir de ella—, hay una organización del espacio rural. <<

[196] Sobre este punto, ver los trabajos de Julien Franc, *La Mitidja*, Argel, 1931, y de É.-F. Gautier, «Le phénomène colonial au village de Boufarik», en *Un siècle de colonisation*, Argel, 1930, pp. 13-87. <<

[197] J. Ancel, *La plaine de Salonique*, 1930. <<

[198] Sobre el delta del Ebro, ver E. H. Dobby, «The Ebro Delta», en *Geogr. Journal*, Londres, mayo 1936. Sobre las lagunas pontinas, Schillmann, «Die Urbarmachung der Pontinischen Sümpfe», en *G. Wissenschaft*, 1934. <<

[199] P. George, *op. cit.*, pp. 296-299, 310-322, 348. Del siglo XII al siglo XVI, la Camarga se hizo paulatinamente más insalubre, p. 606. <<

[200] J. Lozach, *Le Delta du Nil*, 1935, p. 50. <<

[201] *Op. cit.*, I, pp. 142-143. Otros ejemplos, la multiplicación de los arroyos cerca de Adrianópolis (*ibid.*, II, 10). En Ignacio de Asso, *Hist. de la economía política de Aragón*, 1798 (reedición, 1947), *cf.* detalles sobre el «tremedal» de Benavarre (p. 84), en la llanura de Huesca (72-73), de Zaragoza (94-95), de Teruel (186). <<

[202] B. N. París, Ital., 1220, f. 35. <<

[203] Philippe Leca, *La Corse…*, *op. cit.*, pp. 213 y 270; J. de Bradi, *op. cit.*, p. 25. <<

[204] En la estación lluviosa, las llanuras son lagos o campos de lodo (J. J. Tharaud, *La bataille à Scutari*, 1927, p. 53, a propósito de las llanuras albanesas); las extensiones cenagosas y las marismas que crea el Bojona desbordado (*ibid.*, p. 148). <<

[205] Por ejemplo, en 1940, en el sur de España; en enero de 1941, en Portugal; en febrero de 1941, en Siria; en octubre de 1940, en la cuenca del Ebro (informaciones de prensa). Inundaciones en Córdoba, 31 de diciembre de 1554 y 1.º de enero de 1555, Francisco K. de Uhágon, *Relaciones históricas de los siglos XVI y XVII*, 1896, pp. 39 y ss. <<

[206] G. Éd. Brémond, *op. cit.*, p. 17. Del mismo autor, *Yémen et Saoudia*, 1937, p. 11, n. 6. <<

[207] Los libros que se pueden consultar sobre la malaria forman legión. Puede buscarse orientación en Jules Sion, «Étude sur la malaria et son évolution en Méditerranée», en *Scientia*, 1938; en la obra de M. Sorre, *Les fondements biologiques de la géogr. hum.*, 1942, y en el excelente artículo de M. Le Lannou, «Le rôle géographique de la malaria», en *Annales de Géographie*, XLV, 1936, pp. 112-135. Lo interesante sería poder medir y cartografiar el brote de la malaria durante la última Guerra Mundial en el Mediterráneo, a causa de la falta de quinina. Para la historia, los trabajos más importantes son los de Angelo Celli, «Storia della malaria nell'agro romano», en *M. R. Ac. dei Lincei*, 1925, 7.ª serie, vol. II fasc. III; *The history of Malaria in the Roman Campagna from ancient times*, Londres, 1933, y Anna Cellifraentzel, «Die Bedeutung der Malaria für die Geschichte Roms und der Campagna in Altertum Mittelalter», en *Festschrift B. Nocht*, 1927, 2 pl., 1 mapa, pp. 49-56; «Die Malaria im XVII. Jahrhundert in Rom und in der Campagna, im Lichtezeitgenössischer Anschauungen», en *Arch, f. Gesch. der Medizin*, XX, 1928, pp. 101-119; «la febbre palustre nella poesia», en *Malariologia*, 1930. Sobre la malaria en Crimea, conde de Rochechouart, *Mémoires*, *op. cit.*, p. 154.

Algunos detalles del siglo XVI. La reputación de insalubridad de Chipre a causa de la malaria es tal, que en los contratos que se firman entre los peregrinos de Tierra Santa y los capitanes de las embarcaciones, estos se comprometen a no hacer escala por más de tres días en Chipre. Reinhold Röhricht, *Deutsche Pilgerreisen nach dem Heiligen Lande*, 1900, p. 14. Según G. Botero, *op. cit.*, marismas pestíferas cerca de Salses, p. 5; ciudades malsanas, Brindisi, Aquila, Roma, Rávena, Alejandría de Egipto, I. 1, p. 47; Albenga, sobre la costa genovesa, posee una llanura muy rica, «ma l'aria n'è pestilente», p. 37. Los vecinos de Pola abandonan la ciudad durante el verano a causa de las fiebres y solo regresan en invierno. Philippe Canaye, *Le voyage du Levant, op. cit.*, p. 206. Paludismo (?) de la reina de España en Segovia, en agosto de 1566, Célestin Douais, *Dépêches de M. de Fourquevaux, ambassadeur de Carlos IX en Espagne. 1565-1572*, París, 1896-1904, III, p. 10; acceso de paludismo de Felipe II en Badajoz, M. Philippson, *Ein Ministerium unter Philipp II*, Berlín, 1895, p. 188. <<

[208] M. Sorre, *op. cit.*, p. 388. En septiembre de 1566, las fiebres cundían por toda España (Fourquevaux dirigiéndose a la reina, Segovia, 11 de septiembre de 1566, Douais, *op. cit.*, III, 18). <<

[209] *Op. cit.*, p. 263. <<

[210] Jules Lecrercq, *Voyage en Algérie*, 1881, sacudido por los escalofríos del paludismo en la región baja de Argelia, escribió, p. 178: «Si los europeos no pueden vivir en los valles, ¿por qué no crean poblaciones en la montaña?». <<

[211] Entre el número de problemas que surgieron, todavía hasta hace poco, para la instalación de la capital turca en Ankara, figura la lucha contra la malaria de la llanura vecina: Noëlle Roger, *En Asie Mineure*, 1930, p. 46. <<

[212] Citado por M. Sorre, *Fondements biologiques*, p. 344. <<

[213] W. H. S. Jones, *Malaria, a neglected factor in the history of Greece and Rome*, Londres, 1907. <<

[214] P. Hiltebrandt, *Der Kampf ums Mittelmeer*, Leipzig, 1940, p. 279. León X, gran cazador, habría de sucumbir a un acceso de paludismo (Gonzague Truc, *Léon X*, 1941, pp. 71 y 79). ¿No murió Dante de malaria, como Cavalcanti veinte años antes? (L. Gillet, *Dante*, 1941, p. 340). Hacemos esta suposición con todas las reservas del caso. <<

[215] P. Hiltebrandt, *op. cit.*, p. 279. <<

[216] Bernardo Segni, *Storie Fiorentine… dall'anno 1527 al 1555*, 1723, p. 4. <<

[217] J. B. Tavernier, *Voyages*, 1, p. 110, habla de las marismas de Alejandreta, en 1691. <<

[218] K. Eschmid, en Werner Benndorf, *Das Mittelmeerbuch*, Leipzig, 1940, p. 22. A propósito de la expansión de la malaria, ¿qué hay detrás de estas líneas de Stendhal (*Promenades*…, II, 164): «Creo que M. Metaxa, médico célebre, ha hecho un mapa de los lugares atacados por la fiebre»? <<

[219] A. d. S. Venecia, Brera, 54, f. 144 v. <<

[220] Francesco Guicciardini, *La historia d'Italia*, Venecia, 1568, p. 2 «(Italia tranquila) *cultivata non meno né luoghi più montuosi et più sterili, che nelle pianure, et regione sue più fertili*». *Cf.* las sorprendentes observaciones de Montaigne, *op. cit.*, p. 237: en torno de Luca, después de unos cincuenta años (1581), los viñedos han sustituido en las montañas «los bosques y a los castañares», p. 248, «… el método que tienen de cultivar las montañas hasta la cima». No estoy de acuerdo con el hermoso pasaje de Michelet, *La Renaissance*, París, pp. 131-132. Ph. Hiltebrandt, *op. cit.*, p. 268, ve el problema en el mismo sentido que yo. Los italianos participan en los grandes descubrimientos —¿acaso Venezuela no significa pequeña Venecia?—. Pero en aquella época la población italiana no carecía de espacio; su burguesía no sabía ver más allá del horizonte mediterráneo; por último, faltan en la península esas querellas religiosas que empujaron a los ingleses y a los holandeses más allá de los mares. <<

[221] Herbert Lehmann, «Die Geographischen Grundlagen der kretischmykenischen Kultur», en: *Geogr. Zeitschr.*, 1932, p. 335. <<

[222] Auguste Jardé, *Les Céréales dans l'Antiquité grecque*, 1925, p. 71, referencias a Estrabón. A. Philippson, «Der Kopais-See in Griechenland und seine Umgebung», en *Zeitschr. der Gesellschaft für Erdkunde zu Berlin*, XXIX, 1894, pp. 1-90; P. Guillon, *Les Trépieds du Ptoion*, 1943, pp. 175-195. <<

[223] M. R. de la Blanchère, «La malaria de Rome et le drainage antique», en *Mélanges d'Arch. et d'hist.*, pub. por l'École Française de Rome, II, 1882, pp. 94-95 <<

[224] ¿Es el primero de esos «holandeses», de esos nórdicos, el ingeniero —*dijkmeester*— a quien a petición del papa envió el nuncio a Ferrara en 1598, y que para bombear el agua parece que recurrió a los molinos de viento? *Correspondance de Frangipani*, publicado por Armand Louant, 1932, t. II, Bruselas, 13 y 17 de junio, 25 de julio y 13 de agosto de 1598, pp. 345, 348, 362-363, 372. <<

[225] Montaigne, *Voyage en Italie*, p. 138. <<

[226] A. von Reumont, *Geschichte Toskana's*, I, pp. 358 y ss. Sobre este mismo tema, v. O. Corsini, *Ragionamento istorico sopra la Val di Chiana*, Florencia, 1742; V. Fossombroni, *Memorie idraulico-storiche sopra la Val di Chiana*, Florencia, 1789; Michelet, *Journal inédit*, pp. 169-170. En el siglo XVI hubo trabajos ineficaces para habilitar las tierras del lago de Castiglione. A. von Reumont, *op. cit.*, I, p. 369. <<

[227] I, pp. 366-367. <<

[228] A. Zanelli, *Delle condizioni interne di Brescia, dal 1642 al 1644 e del moto della borghesia contro la nobiltà nel 1644*, Brescia, 1898, pp. 242-243. <<

[229] A. von Reumont, *op. cit.*, I, pp. 363-364. Debe citarse, y también en Toscana, hacia 1550, los proyectos de saneamiento de la marisma de Ansedonia (G. Venerosi Pesciolini, «Una memoria del secolo XVI sulle palude di Ansedonia», en *La Maremma*, VI, 1931). H. Watjen hace notar que la gran preocupación en Toscana, bajo el reinado del gran duque Fernando, era el desecamiento de la marisma: *Die Niederländer im Mittelmeergebiet*, 1909, p. 35. Sobre un proyecto de habilitación de la marisma de Siena, propuesto al rey de Francia en 1556, *cf*. Lucien Romier, *Les origines politiques des guerres de religion*, 1913-1914, II, pp. 397-398. <<

[230] Hansjörg Dongus, «Die Reisbaugemeinschaft des Po-Deltas, eine neue Form kollektiver Landnutzung», en *Zeitschrift für Agrargeschichte und Agrarsoziologie*, octubre de 1963, pp. 201-202; C. Errera, «La bonifica estense nel Basso Ferrarese», en *Rivista Geogr. Ital.*, 1934, pp. 49-53. <<

[231] Sobre las bonificaciones de tierras en el Estado Pontificio en tiempo de Pío V, ver Pastor, *op. cit.*, XVII, p. 84. <<

[232] B. N. París, Esp. 127, ff. 20 v. y 21. Se trata de un proyecto estudiado por la «Camera» en 1594, al cual finalmente se renunció. Sin embargo, el conde de Olivares se interesó mucho en él. Las autoridades estaban dispuestas a apoyar la empresa. <<

[233] Sobre una eventual bonificación de tierras en Aquila, ver Giacomo Soranzo al dux, Viena, 7 de agosto de 1561, G. Turba, *Venet. Depeschen*, 13, p. 191. <<

[234] Así interpreto yo el libro, oscuro a causa de la abundancia de datos, de Richard Busch-Zantner, *Agrarverfassung, Gesellschaft und Siedlung in Südosteuropa*, Leipzig, 1938, el cual creo que debe aclarar. Para él, al contrario que para Cvijić, el *tschiftlik* no es un poblado antiguo que se remonte a la Edad Media (pp. 104-105). Es una aldea reciente nacida dentro del cuadro mismo de la cronología de este libro, con una multiplicación segura en el siglo XVII. Es, pues, un poblado de colonización moderna, resultado de la bonificación de tierras. Está situado en el fondo de las planicies, cerca del agua de los lagos y de los valles, expuesto a frecuentes inundaciones (p. 124). Ömer Lütfi Barkan está de acuerdo con mi interpretación. <<

[235] R. Cessi, «Alvise Cornaro e la bonifica veneziana nel sec. XVI» en *Rend. R. Accademia nazionale dei Lincei, Sc. Mor., St. e Fil.*, serie VI, vol. XII, pp. 301-323 Informe de F. Braudel, *en Ann. d'Hist. Sociale*, 1940, pp. 71-72. <<

[236] E. Le Roy Ladurie, *op. cit.*, pp. 442 y ss. Adam de Craponne, 1519-1559, ha construido el canal que lleva su nombre y riega la Crau por la fecha de 1558, entre el Durance y el Ródano. <<

[237] A. Zanelli, *op. cit.*, p. 243. <<

[238] A. d. S. Venecia, *Annali di Venezia*, 11 de abril de 1593 y ss. <<

[239] I. de Asso, *op. cit.*, pp. 72-73. <<

[240] P. George, *op. cit.*, pp. 292-294. <<

[241] Compras por la parte de la puerta de Vega, por la parte del puente nuevo de Segovia, del otro lado del Manzanares, alrededor de la Real Casa de Campo, llevadas a cabo por Felipe II. Ver particularmente Simancas, Patronato Real, las actas de venta nn. 3142 a 3168. <<

[242] Pierre Imbart de la Tour, *Les origines de la Réforme*, I, Melun, 1948, p. 218. Nos faltaría distinguir aquí la verdadera bonificación de tierras de la colonización en general de las tierras nuevas. El movimiento de conquista del suelo languidece en Francia después de mediados del siglo XV, lo mismo que en Inglaterra (René Gandilhon, *Politique écon. de Louis XI*, 1940, p. 147). En lo que se refiere a los dominios saboyanos, bonificaciones mal señaladas por el libro de segunda mano de F. Hayward, *Histoire des ducs de Savoie*, 1941, II, p. 40. <<

[243] E. Le Roy Ladurie, *op. cit.*, pp. 86 y 87. <<

[244] ¿No es este uno de los aspectos del drama económico de Barcelona: la burguesía barcelonesa invirtiendo su dinero en tierras, y no arriesgándose ya en empresas marítimas? <<

[245] El drenaje por «pata de gallina». Olivier de Serres, *Pages choisies*, 1942, p. 64. <<

[246] «Vita di D. Pietro di Toledo», en *Archivio Storico Italiano*, IX, pp. 21-22. <<

[247] F. Carreras y Candi, *Geografía General de Catalunya*, Barcelona, 1913, pp. 471-472. <<

[248] Principalmente I. de Asso, *op. cit.*, pp. 94-95. <<

[249] Lo que sigue está tomado, sobre todo, del notable artículo de S. Pugliese, «Condizioni economiche e finanziarie della Lombardia nella prima metà del secolo XVIII», en *Mis. di st. it.*, 3.ª serie, t. XXXI, pp. 1-508, que en sus primeras páginas contiene una buena descripción geográfica de Lombardía y numerosos datos relativos al siglo XVI. <<

[250] A. Fanfani, «La rivoluzioni dei prezzi a milano nel XVI E XVII secolo», en *Giornale degli economisti*. julio, 1932. <<

[251] E. Lucchesi, *I Monaci benedittini vallombrosani in Lombardia*, Florencia, 1938. <<

[252] S. Pugliese, art. cit., pp. 25-27. <<

[253] G. de Silva a S. M., 17 de abril de 1573, Sim. Eo. 1332. <<

[254] A. Schulte, *op. cit.*, I, 252, cree que el cultivo del arroz llegó de España a Lombardía antes de 1475. La exportación de arroz hacia Alemania la hizo, en primer lugar, Balthasar Irmi, de Basilea. Luis XII introdujo el arroz. Marco Formentini, *Il Ducato di Milano*, Milán, 1876, II, pp. 600-601. Sobre el problema general, S. Pugliese, art. cit., p. 35. <<

[255] Maurice Paléologue, *Un grand réaliste, Cavour*, 1926, p. 21. Sobre esta gran cuestión de la mano de obra agrícola que requieren regularmente las planicies, ver el ejemplo que pone Georges Lefebvre (*La Grande Peur de 1789*, París, 1957, p. 17) relativo al Bajo Languedoc, que en la época de la Revolución francesa traía a sus trabajadores de los altiplanos calcáreos del sudoeste de los Cévennes y de la Montaña Negra. Otro ejemplo que se estima válido para el siglo XVII es el de Tracia, que hace venir a sus obreros agrícolas de la Alta Bulgaria (Herbert Wilhelmy, *Hochbulgarien*, Kiel, 1935, p. 235). Tesalia (cuyas exportaciones de granos conocemos por Volo) sacaba los suyos de la Grecia media, especialmente del Ática (Vaudoncourt, *Memoirs on the Ionian Island*, 1816, p. 215). Sobre estos dos ejemplos balcánicos, ver R. Busch-Zantner, *op. cit.*, p. 94. <<

[256] S. Pugliese, art. cit. <<

[257] P. George, *op. cit.*, p. 354. <<

[258] Al señor, y más aún a la gran propiedad, aun cuando la llanura no esté bonificada. Esto ha ocurrido así casi hasta nuestros días (R. Pfalz, art. cit., en *Geogr. Zeitschr.*, 1931, p. 134): antes de los últimos parcelamientos, 38 % del suelo de la *Campagna* pertenecía a cuatro grandes propietarios. Por el contrario, «en general, las regiones montañosas permanecen reservadas a la pequeña propiedad» (*ibid.*). Juicio más detallado de J. Sion, *France méditerranéenne*. 1934, p. 143: «Las regiones más parceladas son las de colinas, relativamente arcaicas y pobres (hoy día); los grandes dominios se estancan en las llanuras de alto rendimiento, y particularmente en los pantanos recientemente conquistados a grande costo». Ver, a este respecto, las revelaciones de G. Niemeier, *op. cit.*, pp. 29-30 y 59, sobre la oposición entre Córdoba, viejo centro de grandes propietarios, y La Carlota, ciudad nueva creada en el siglo XVIII, con sus propietarios de parcelas. Personalmente, creo en el papel considerable de los monocultivadores que invaden las llanuras (así ocurrió antaño con el trigo) y crean grandes propiedades. <<

[259] P. Descamps, *Le Portugal, la vie sociale actuelle*, París, 1935, p. 14. Cerca de Vieira, en el Miño, «la montaña es democrática; más abajo, y ya en Vieira misma, hay hidalgos de antigua nobleza. Todavía existen solares (casas solariegas) en Vieira y en algunas parroquias». <<

[260] M. Bandello, *op. cit.*, I, cuento núm. 12. <<

[261] *Op. cit.*, p. 48. <<

[262] J. Cvijić, *op. cit.*, p. 172. Sobre el campesino búlgaro, su trabajo, su bienestar relativo en el siglo XV, sus carretas de madera tiradas por parejas de bueyes o de búfalos, ver Ivan Sakazov, *Bulgarische Wirtschaftsgeschichte*, Berlín-Leipzig, 1929, p. 197; el campesino de las llanuras, mucho más que el montañés o el citadino, está unido a su cuadro. Sobre el delta del Nilo, ver J. Lozach, *op. cit.*, p. 28. Desolación del delta en el siglo XVI, *ibid.*, p. 50. <<

[263] *Pyrénées médit.*, p. 245. V., en Camarga, un caso análogo, los grandes dominios que allí poseía antes de la Revolución la Orden de Malta. J. J. Estrangin, *Études archéologiques, historiques et statistiques sur Arlés*, 1838, p. 307. <<

[264] F. Benoit, *op. cit.*, p. 26. <<

[265] Pierre Vilar, *op. cit.*, I, pp. 575 y ss. <<

[266] Ver nota 58 de este capítulo. <<

[267] Danielle Beltrami, *Forze di lavoro e proprietà fondiaria nelle campagne venete dei secoli XVII et XVIII*, 1961, p. 67, da la fecha de 1574; mientras no haya una mayor evidencia me inclino por la de 1566, que es la que da Andrea da Mosto, *Archivio di Stato di Venezia*, 1937, t. I, p. 168: se instituyó el cargo de los *Proveditori* con la responsabilidad de supervisar los cultivos y drenaje de las aguas y promover la actividad agrícola constituyendo *sociedades* territoriales. <<

[268] Algo más de la tercera parte de una hectárea, pero el *campo* varía de una región a otra; en el Vicentino vale 3862 m^2, D. Beltrami, *op. cit.*, p. 53, n. 2. <<

[269] Senato Terra 32, 16 de septiembre de 1560; 29 de noviembre de 1560. <<

[270] *Ibid.*, 27, antes del 9 de mayo de 1558. <<

[271] *Ibid.*, 25. <<

[272] *Ibid.*, 32. <<

[273] *Ibid.*, 67. <<

[274] *Ibid.*, 23. <<

[275] *Ibid.*, 31. <<

[276] Ver *supra*, p. 99. <<

[277] Domenico Sella, *Commerci e industrie a Venezia nel secolo XVII*, 1961, pp. 87 y ss. <<

[278] Sobre este extenso problema ver el libro precursor de Daniele Beltrami, *Forze di lavoro e proprietà fondiaria nelle campagne venete dei secoli XVII et XVIII*, 1961. <<

[279] He seguido el resumen de M. Sorre, *Les fondements biologiques de la géographie humaine*, pp. 397 y ss. Lo completa C. de Cupis, *Le Vicende dell'agricoltura e della pastorizia nell'agro romano e l'Annona di Roma*, Roma, 1911; Pfalz, art. cit., pp. 133-134, y en particular Jean Delumeau, *op. cit.*, II, pp. 521 y ss. <<

[280] *Vita di Benvenuto Cellini scritta da lui medesimo*, tr. franc., París, 1922, II, pp. 240-246. <<

[281] C. Trasselli, «Notizie economiche sui Corsi in Roma (secolo XVI)», en *Archivio storico di Corsica*, X, octubre-diciembre 1934, pp. 576 y ss. <<

[282] De Brosses, *Lettres d'Italie, op. cit.*, I, pp. 312-313, 1740. Sobre el vaciamiento de la campiña romana: «Hoy día, son campesinos de la Sabina y de los Abruzos los que vienen de tiempo en tiempo a sembrar algunos cantones de la campiña, y regresan en la época de las cosechas». La explicación de De Brosses sobre las causas de la despoblación, y principalmente la responsabilidad de Sixto V, ofrece muchas reservas. Pastor cree que si se agravó el paludismo pudo ser debido a la deforestación; la lucha contra los bandoleros en la época de Sixto V se traducía, en efecto, en incendios sistemáticos de las malezas que les servían de escondite. <<

[283] M. Sorre, *op. cit.*, p. 398. <<

[284] Ver cuán impresionado se muestra E. Quinet, *Mes vacances en Espagne*, 1881, p. 320, por las «marismas» del Guadalquivir. Se trata de los húmedos latifundios de las marismas, donde crecían toros casi salvajes, y que en primavera se transformaban en una vasta región de praderas en flor. <<

[285] E.-F. Gautier, *Genséric, roi des Vandales*, París, 1932, p. 109. <<

[286] Sobre estas cuestiones, ver la riquísima investigación de Georg Niemeier, *op. cit.*, pp. 37, 56-57, la devastación de la reconquista del otro lado del Guadalquivir. La colonización sistemática de Andalucía no empieza hasta Carlos III. Se organiza con colonos alemanes (p. 57). Con referencia a los vacíos que subsisten en 1767 ver fig. 8, p. 62 de la misma obra. Una sola colonización en el siglo XVI; la Mancha Real, fundada en 1540, en la estepa de Jaén. Hay una observación decisiva, en la p. 100, sobre la importancia de los años —y, en consecuencia, de la historia— para el régimen de la propiedad. A este respecto, comparación de una vieja comunidad, Córdoba, con una nueva, La Carlota, fundada en 1767. Sobre la exportación sevillana de aceite, de 60 000 a 70 000 quintales, Pedro de Medina, *Libro de las grandezas y cosas memorables de España*, 1548, f. 122. <<

[287] G. Botero, *op. cit.*, p. 8. <<

[288] Barón Jean-François Bourgoing, *Nouveau voyage en Espagne*, París, 1789, III, p. 50. <<

[289] Ver vol. I, pp. 773 y ss. <<

[290] A la documentación histórica sobre la trashumancia hay que agregar los documentos relativos a los pastos de los «presidios» de Toscana (Sim. Secretarías Provinciales de Nápoles, legajo núm. 1, 25 de enero de 1556, 20 de feb. de 1566, 15 de marzo de 1566). Una carta del duque de Alcalá al príncipe de Florencia (copia. Sim. 1055, f. 37) y la respuesta del príncipe (*ibid.*, f. 66), a propósito de los impuestos establecidos por los toscanos sobre los rebaños trashumantes que llegaban hasta la costa de los «presidios». Un documento italiano, sin fecha, dirigido a Felipe II (indudablemente del año 1566), habla de los atractivos que para los propietarios de los rebaños tenían los pastos de la zona cálida de los «presidios», a la orilla del mar. El impuesto sobre la salida hacia los pastos, establecido por los toscanos, era de 10 liras por cada 100 cabezas de ganado, «*di pecore, capre et altro bestiame*» (Sim. Eo. 1446, f. 45). Sobre el arrendamiento de estos pastos, *cf.* 24 de agosto de 1587, A. d. S. Nápoles, Sommaria, fasc. 227. Sobre la enorme importancia del «aduanero» de Foggia para la trashumancia, ver B. N. París, Esp. 127, ff. 61 y 61 v. (hacia 1600), y la indicación del gran litigio en que se vio envuelto uno de los arrendatarios de este puesto aduanero, el marqués de la Paluda, cuyos abusos provocaron la intervención de la justicia.

Puede consultarse igualmente una abundante literatura geográfica. *Cf.* la hipótesis de Deffontaines, resumida en Jean Brunhes, *Géographie humaine*, 4.ª ed., 1935, p. 184; P. George, *op. cit.* (355-356); el libro, tantas veces citado, de Jules Blache, especialmente pp. 18 y ss., 21 y 31. P. Arqué, *op. cit.*, p. 43. Un excelente resumen del problema del Mediterráneo, con un mapa de la situación actual (en 1938) en la cuenca entera, ver en el artículo de E. Müller, «Die Herdenwanderungen im Mittelmeergebiet», en *Peterm. Mitteilungen*, 84, 1938, pp. 364-370, con bibliografía, y principalmente la mención de los grandes libros de J. Frodin, *Zentraleuropas Almwirtschaft*, 2 vols., 1941, y Merner, *Das Nomadentum in Nord-Westlichen Afrika*, Stuttgart, 1937. El gran problema no estriba solamente en elaborar una lista de las formas de trashumancia, sino también en buscar sus límites hacia el norte en relación con la vida pastoril de tipo alpino, y sus límites hacia el sur en relación con el nomadismo de la estepa, lo que, en suma, conduce a un ensayo de demarcación de las regiones mediterráneas. Los recientes trabajos de X. de Planhol, de los que más adelante damos la referencia (notas 301 y 320 de este capítulo) resultan decisivos a este respecto. <<

[291] J. J. Estrangini, *Et. archéologiques, historiques et statistiques sur Arlés*, 1838, pp. 334 y ss. <<

[292] Fernand Benoit, en *Encyclopédie des Bouches-du-Rhône*, t. XIV, p. 628. Sobre el papel de los «capitalistas», ver las notas breves, pero esclarecedoras, de Albitreccia, *op. cit.*, pp. 256-257. <<

[293] G. Desdevises du Dézert, *Don Carlos d'Aragon, Prince de Viane. Étude sur l'Espagne du Nord au xve siècle,* 1889, p. 27. <<

[294] Buschbell (artículo cuya referencia se ha extraviado), p. 7, n. 1. <<

[295] Jules Blache, *op. cit.*, pp. 22-23 <<

[296] M. Le Lannou, *op. cit.*, p. 62. <<

[297] M. Sanudo. *Diarii*, II, columna 557. <<

[298] *Ibid.*, I, col. 898, Pisa, 1.º de marzo de 1498. <<

[299] *Ibid.*, XL, p. 816, Zara, 1.º de febrero de 1526. <<

[300] *Recueil des Gazettes*, año 1650, p. 88, Venecia, 26 de diciembre de 1649. <<

[301] Xavier de Planhol, *De la plaine pamphylienne aux lacs pisidiens. Nomadisme et vie paysanne*, 1958, p. 194. <<

[302] Th. Sclafert, *Cultures en Haute-Provence, Déboisement et pâturages au Moyen Âge*, 1959, pp. 133 y ss., en particular los mapas de las pp. 134-135. <<

[303] Josef Ivanic, «Über die apulischen Tratturi in ihrer volkswitschaftlichen und rechtlichen Stellung», en *Illyrisch-albanische Forschungen*, 1916, pp. 389 y ss. <<

[304] A. d. S. Nápoles, Sommaria Consultationum 2, ff. 12 v. a 15, 13 de marzo de 1563; 11, ff. 61 v. y 64 v., 10 de octubre de 1591. En 1561 la renta de la *dohana delle pecore de Puglia* es de 164 067 ducados; de 207 474 en 1564; de 310 853 en junio de 1588 (*ibid.*, 2, ff. 78-83, 8 de octubre de 1564, y 9, f. 426, 4 de junio de 1588). <<

[305] G. Coniglio, *Il Viceregno di Napoli nel secolo XVII*, 1955, p. 28. <<

[306] G. M. Galanti, *Nuova descrizioni storica e geografica delle Sicilie*, t. II, Nápoles, 1788, pp. 287, 303, 305, y mejor todavía A. d. S. Nápoles, Sommaria Consultationum, 41, ff. 99 a 101, 17 de octubre de 1637. <<

[307] Marciana, 5838, C II, 8. <<

[308] A. d. S. Venecia, *Cinque Savii*, 9, f. 162, 2 de marzo de 1605. <<

[309] Guillaume Bowles, *Introduction à l'histoire naturelle et à la géographie physique de l'Espagne*, traducida del español por el vizconde de Flavigny, París, 1776, p. 470. <<

[310] Modesto Ulloa, *La hacienda real de Castilla en el reinado de Felipe II*, Roma, 1963, p. 222 y todo el excelente capítulo, pp. 215-223. <<

[311] Julius Klein, *The Mesta: a study in Spanish Economic History 1273-1836* , 1920, trad, esp., *La Mesta*, Madrid, 1936. Ver A. Fribourg, «La transhumance en Espagne», en *Annales de Géographie*, 1910, pp. 231-244. <<

[312] Jacob van Klaveren, *Europäische Wirtschaftsgeschichte Spaniens im 16. und 17. Jahrhundert*, Stuttgart, 1960, pp. 200 y ss. <<

[313] Roberto S. López, «The origin of the merino sheep», en *Jewish Social Studies Publication*, vol. 5, Nueva York, 1953, pp. 161-168. <<

[314] Jacob van Klaveren, *op. cit.*, en *ibid.*, pp. 200 y ss. <<

[315] Wolfgang Jacobeit, *Schafhaltung und Schäfer in Zentraleuropa bis zum Beginn des 20. Jahrhunderts*, Berlín, 1961. <<

[316] Marie Mauron, *La transhumance du pays d'Arlés aux grandes Alpes*, 1952. <<

[317] J. F. Noble de la Lauzière, *op. cit.*, 1632, p. 461. <<

[318] B. N. Esp. 127, ff. 61 y 61 v., s. f., principios del siglo XVII. <<

[319] Ver pp. 126-127. <<

[320] Aparte de la tesis de Xavier de Planhol citada antes (n. 301 de este capítulo), es esencial la lectura de sus artículos «Caractères généraux de la vie montagnarde dans le Proche-Orient et dans l'Afrique du Nord», en *Annales de Géographie*, 1962, núm. 384, pp. 113-129, y «Nomades et Pasteurs», I y II, en *Annales de l'Est*, 1961, pp. 291-310, 1962, pp. 295-318. Debo mucho a estos magníficos estudios. <<

[321] Me baso en las indicaciones de Emil Werth, *Grabstock, Hacke und Pflug*, 1954, especialmente p. 98. <<

[322] British Museum Royal 14 R XXIII, f. 22 (hacia 1611). <<

[323] J. Savary des Brulons, *Dictionnaire universel de commerce*…, 1759, I, columna 804. <<

[324] X. de Planhol, art. cit., en *Annales de Géographie*, 1962. <<

[325] *Ibid.*, p. 121. <<

[326] X. de Planhol, *De la plaine pamphylienne*, *op. cit.*, p. 202. <<

[327] Las precedentes precisiones están tomadas todas de X. de Planhol, «Géographie politique et nomadisme en Anatolie», en *Revue internationale des Sciences sociales*, IX, 1959, núm. 4. <<

[328] François Savary, conde de Brèves, *Relations des voyages de monsieur… tant en Terre Saincte et Aegypte, qu'aux Royaumes de Tunis et Arger*, 1628, p. 37. <<

[329] Fernand Braudel, «Les Espagnols en Algérie, 1429-1792», en *Histoire et Historiens de l'Algérie*, 1931, pp. 245-246. <<

[330] Ver vol. I, p. 233. <<

[331] Henri Holland, *Travel in the Ionian Isles. Albania, Thessaly, Macedonia during the years 1812 and 1813*, Londres, 1815, pp. 91-93. <<

[332] *Op. cit.*, I, p. 144. <<

[333] *Op. cit.*, I, p. 31. <<

[334] *Mémoires*, IV, p. 76. <<

[335] *Op. cit.*, pp. 109, 112, 251, 295. <<

Primera parte - Capítulo II

[1] Éric de Bisschop, *Au delà des horizons lointains*, I, París, 1939, p. 344. Cita las palabras de Cervantes: «navegando de tierra a tierra con intención de no engolfarnos», *Novelas ejemplares*, I, 254. Se trata de un viaje de Génova a España. <<

[2] Pedro Mártir al conde de Tendilla y al arzobispo de Granada, Alejandría de Egipto, 8 de enero de 1502 (carta núm. 231) reeditada por Luis García y García, *Una embajada de los Reyes Católicos a Egipto*, 1947, p. 55, nota. <<

[3] *Costeggiare,* costear, significa también navegar con prudencia: el dux de Venecia aconseja al duque de Ferrara que vaya *costeggiando*, A. d. S. Módena, Venecia 77 IX, f. 43, J. Tebaldi al duque, Venecia, 29 de abril de 1526. Hacer lo contrario, ir derechos, es *s'engoulfer, ir a camin francese*. El capitán general de la Mar, Tommaso Contarini, escribe desde Corfú el 10 de julio de 1558: «… *La notte, si comme le scrissi, levatomi me ne venni qui a camin francese, senza tochar alcun loco*…». A.d. S. Venecia, Proveditori da Terra e da Mar, 1078. Otra expresión, aunque menos precisa: *venire de lungo*. A. d. S. Venecia, Senato Mar 19, f. 34, 28 de diciembre de 1517, naves de grano, cargadas en Chipre… «*sono venute de longo a Venetia senza tocar Corphú*». *Cf*. la expresión española a *largo mar*, *CODOIN* LV, p. 8 (1628). <<

[4] A. de Ragusa, referencia exacta extraviada. V. Bertrand de La Borderie, *Le Discours du Voyage de Constantinople*, Lyon, 1542, p. 6; Belon du Mans (*op. cit.*, p. 85) pasa tan cerca de la punta de Magnesia, «que hubiéramos podido tirar una piedra desde nuestro navío hasta la tierra». Navíos prisioneros de la costa, *Saco de Gibraltar*, pp. 134, 136. <<

[5] J. de Barros, *Da Asia, Dec.*, I, lib IV, cap. XI (edición A. Baião, p. 160); «*jantando em un pôrto e ceando em outro*». <<

[6] Damião Peres, *H. de Port.*, 1928-1933, IV, p. 214; Thomé Cano, *Arte para fabricar… naos de guerra y merchante*…, Sevilla, 1611, p. 5 v. Escalante de Mendoza, 1575, distingue entre los «marineros de costa y derrota y otros de alta mar». No son marineros de alta mar ni los que navegan de Vizcaya a Francia… ni los que van en dirección al Levante; Henri Lapeyre, *Une famille de marchands: les Ruiz*, 1955, p. 194. <<

[7] *Op. cit.*, p. 25. <<

[8] *Cf.* el viaje de los archiduques Ernesto y Rodolfo (E. Mayer-Loewenschwerdt, *Der Aufenthalt der Erzherzöge R. und E. in Spanien, 1564-1571*, Viena, 1927), o el del cardenal Camilo Borghese (A. Morel Fatio, *L'Espagne au XVIe et au XVIIe siècle*, 1878, pp. 160-169), que en 1594 se detiene así en Liorna, Savona, Palamós y Barcelona, «costeggiando la riviera di Catalogna». A María de Médicis le costó 22 días ir de Liorna a Marsella, 13 de octubre a 3 de noviembre de 1600. Agrippa d'Aubigné, *Histoire Universelle*, edit. para la *Société de l'Histoire de France* por A. de Ruble, 1886-1897, IX, pp. 338-339. <<

[9] La Prevesa, Lepanto… Hougue, Abukir y Trafalgar. También en nuestros días se pierde la guerra en medio de los océanos. R. La Bruyère, *Le drame du Pacific*, 1943, p. 160. <<

[10] Paul Masson, *Histoire du commerce français dans le Levant au XVIIe siècle*, 1896, pp. 487-488. Es la antigua ruta marsellesa, con la diferencia de que, en el siglo XIII, solamente un pequeño número de navíos llegaba a Siria a partir de Mesina, sin hacer escalas. <<

[11] Belon du Mans, *op. cit.*, pp. 81 y ss. <<

[12] Ugo Tucci, «Sur la pratique vénitienne de la navigation au XVIe siècle», en *Annales E. S. C.*, 1958, pp. 72-86. <<

[13] Sim. Eo., 1392, Figueroa al rey, Génova, 30 de abril de 1563: el duque de Mónaco había detenido tres «escorchapines» que venían de Tortosa cargados de lana porque no habían pagado el derecho de pasaje. Las mercancías iban destinadas a comerciantes españoles de Florencia. El duque pretendía que su privilegio estaba confirmado por Carlos V. A. d. S., Génova, L. M. Spagna, 10-2419: una galera saboyana capturó en la misma costa de Génova (octubre, 1588), a una milla de la tierra, barcos cargados de aceite, porque no habían pagado el derecho de Villefranche. Sobre el derecho de Villefranche, que se remonta a 1558, ver Paul Masson, *Histoire du commerce français dans le Levant au XVIIe siècle*, 1896, pp. 72-73, e *Histoire du commerce français dans le Levant au XVIIIe siècle*, 1911, pp. 192-193; *C. S. P.*, VII, p. 229, 25 de junio de 1560; A. N. Marine B3I; Génova, Manoscritti núm. 63, 1593; A. d. S. Florencia, Mediceo 2842, 11 de agosto de 1593; A. N. Affaires Étrangères Bl, 511 Génova, 17 de junio de 1670; *Lettres de Henri IV*, VI, p. 126. <<

[14] La sola posesión de Piombino (se sabe que Piombino, Estado señorial independiente, fue ocupado por Cosme de Médicis de 1548 a 1557) se consideraba como capaz de romper la navegación de Italia. Es verdad que Piombino, en el caso de que Génova escapara a España, era el único puerto apto de relación entre España e Italia: Liorna no era un buen puerto, Mónaco era «poco capaz» (Instrucción de J. de Vega a Pedro de Marquina, Buschbell, art. cit., p. 338, septiembre 1545). Sobre Piombino, Arch. Hist. Nacional, Madrid, núm. de catálogo 2719; enorme documentación. H. Lippomano al dux (A. d. S. Venecia), Madrid, 26 de enero de 1587; el gran duque de Toscana estaba dispuesto a dar un millón en oro por la posesión de los presidios, incluso por uno solo. Felipe II se negó: «*perché tra le altre cose non haverebbe dalle parte di Catalogna et da tutte le rive di Spagna fino a Napoli alcun porto di conto…*». <<

[15] Richard Ehrenberg, *Das Zeitalter der Fugger*, 1922, 1, 373; Paul Herre, *Weltgeschichte am Mittelmeer*, 1930, pp. 229-231. <<

[16] P. Gaffarel, *Histoire du Brésil français, au xvie siècle*, 1878, pp. 100-101. <<

[17] A. d. S. Venecia, H. Lippomano al dux, Madrid, 19 de noviembre de 1586. <<

[18] A. d. S. Florencia, Mediceo 2079, ff. 337 y 365. Las naves eran italianas probablemente. Viaje directo del Brasil a Liorna, pero parece que de una nave portuguesa, Mediceo 2080, 29 de noviembre, 1581. Se menciona también una nave enviada *alle Indie* por el gran duque Ferdinando para descubrir allí nuevas tierras, con fecha de 1609, en Baldinucci, *Giornale di ricordi*, Biblioteca Marciana, VI, XCIV. ¿Puede haber en la fecha un error de un año? El gran duque Ferdinando estaba de acuerdo con los holandeses para colonizar parte del Brasil a comienzos del siglo XVII: Giuseppe Gino Guarnieri, *Un audace impresa marittima di Ferdinando I dei Medici, con documento e glossario indo-caraibico*…, Pisa, 1928, p. 24, notas. <<

[19] J. Cvijić, *La péninsule balkanique*, 1918, p. 377. <<

[20] Édouard Petit, *André Doria, un amiral condottiere au XVIe siècle, 1466-1560*, 1887, p. 175. Belon dice, con razón, *op. cit.*, p. 92: «Los antiguos tenían más dificultades en su navegación que nosotros hoy en la nuestra… y casi nunca perdían de vista la tierra. Más ahora, que todo el mundo conoce la virtud de la piedra de imán, la navegación es fácil». Y señala el uso que los corsarios hacían de la aguja imantada. Pero, justamente, los corsarios tenían necesidad de navegar en alta mar y por travesías largas. ¿La brújula llegó de China al Mediterráneo en el siglo XII? No se sabe de seguro. F. C. Lane, «The Economic Meaning of the Invention of the compass», en *The American Historical Review*, vol. LXVIII, núm. 3, abril de 1963, p. 615. <<

[21] Observaciones de De Bisschop, *op. cit.*, p. 332, sobre la costa árida de la España mediterránea. Nota de Siegfried, *op. cit.*, p. 319, sobre las costas áridas y a menudo desiertas del Mediterráneo. Análogas observaciones de R. Recouly, *Ombre et soleil d'Espagne*, 1934, p. 174: en centenares de kilómetros no se encuentran ciudades ni pueblos. Costas desiertas, y también sin abrigo. Por ejemplo, la costa de España, del cabo de Palos al cabo de Salón carece de refugios, salvo Valencia y Alicante, más que contra los vientos de tierra (*Instructions Nautiques*, núm. 345, p. 96). En *toda* la costa española del Mediterráneo no hay abrigo natural contra los vientos (*ibid.*, p. 1). Costas montañosas y desnudas de Provenza, Honoré Bouche, *Chorographie, ou des descriptions de la Provence*…, 1664, p. 18. <<

[22] Richard Henning, *Terrae Incognitae*, 2.ª ed., 1953, III, p. 261. <<

[23] João de Barros, *Da Asia*, Dic. I, libro I, cap. 2, Venecia, 1551, p. 7. <<

[24] Georg Friederici, *Der Charakter der Entdeckung und Eroberung Amerikas durch die Europäer*, 1936, II, p. 23. <<

[25] Vitorino Magalhães-Godinho, *L'Économie de l'Empire portugais aux XVe et XVIe siècles. L'or et le poivre. Route de Guinée et route du poivre*, París, 1958, Tesis mecanografiada, Sorbona, pp. XLVIII y ss. <<

[26] Y. M. Goblet, *Le Temps*, 30 de abril de 1938. <<

[27] Los barcos multicolores y empavesados del Egeo (W. Helwig, *Braconniers de la mer en Grèce*, trad. franc., 1942, p. 133). En el mar de las Baleares, aún hoy, las finas goletas portadoras de naranjas, R. Recouly, *op. cit.*, p. 179. <<

[28] Emmanuel Grévin, *Yerba l'ile heureuse et le Sud Tunisien*, 1937, p. 35. <<

[29] T. Gautier, *Voyage à Constantinople*, 1853, p. 36. Ver el espectáculo actual del puerto de Cavalla (M. N., «Kawalla die Stadt am weissen Meer», *Kölnische Zeitung*, 16 julio 1942): los veleros cargados de tabaco, de aceitunas, de calamares secos… <<

[30] Comandante A. Thomazi, *H. de la Navigation*, 1941, p. 23. <<

[31] Para descripciones particulares, *cf*. sobre la bahía de Nápoles, *Instructions Nautiques*, núm. 368, p. 131; sobre el golfo de Volo, con sus islas innumerables, Helwig, *op. cit.*, p. 16; sobre el golfo de Quarnero, H. Hochholzer, «Die Küstender der Adria als Kultur-Siedlungs-und Wirtschaftsbereich», en *Geogr. Zeitsch.*, 1932. <<

[32] Dolu al obispo de Dax, Constantinopla, 18 de febrero de 1561, E. Charrière, *op. cit.*, II, pp. 650-652: a propósito de las incursiones moscovitas contra Tana. Los moscovitas se aprovechaban de que los ríos estaban helados. Vuelven a sus tierras en primavera (*cf. ibid.*, pp. 647-648 y 671-672, 5 de febrero y 30 de agosto). Sobre las piraterías por mar de los rusos he encontrado una indicación relativa a 1608: Avisos de Constantinopla, 12 de junio de 1608, A. N., K 1679. El pachá del Mar proyectaba enviar contra ellos galeras; pero las galeras, se le advierte, nada pueden contra esas embarcaciones ligeras. Era mejor enviar para batirlos «*caiches*, que son barcos medianos». En 1622 hubo incursiones de los cosacos al servicio de Polonia contra los puertos del Mar Negro, y fue saqueada Caffa, «capital de Tartaria», Nápoles, *Storia Patria*, XXVIII, B 11, ff. 230 y 230 v.; 1664; J. B. Tavernier, *op. cit.*, p. 274. <<

[33] Mingrelia, hace notar Tavernier, *op. cit*. (I, p. 275), en 1664, siempre estaba en buenos términos con Turquía, «porque la mayor parte del hierro y del acero que se consume en Turquía viene de Mingrelia por el Mar Negro». <<

[34] Belon du Mans, *op. cit.*, p. 163. <<

[35] «Ese furioso mar…», 19 de mayo de 1579, E. Charrière, *op. cit.*, III, p. 799. Los navíos del Mar Negro estaban a menudo mal lastreados. *Cf.*, a propósito del naufragio de un navío cargado de planchas, Tott, *Mémoires*, *op. cit.*, II, 108. <<

[36] Aviso de Constantinopla 17, 18 y 24 de octubre de 1575, Sim. Eo. 1334. <<

[37] El Mar Negro estuvo abierto a los italianos hacia 1265, por la decadencia política de Bizancio: G. Bratianu, *Études byzantines*, 1939, p. 159. <<

[38] A. Philippson, «Das Byzantinische Reich als geographische Erscheinung», en *Geogr. Zeitschrift*, 1934, p. 448. <<

[39] I. Nistor, *Handel und Wandel in der Moldau*, 1912, p. 23. <<

[40] El comercio occidental en el Mar Negro presenta un gran problema. Para el comercio de Ragusa, v. vol. I, pp. 421-422. De tiempo en tiempo, Venecia avanzó sus navíos hasta el Mar Negro (Ho. Fo. al dogo, Pera, 25 de mayo de 1561, A. d. S. Venecia, Seno. Secreta, Const., Fza 3 C. Se trata de una pequeña nave veneciana que partió hacia Mingrelia). Nótese (A. d. S. Florencia, Mediceo 4274) que en el proyecto de capitulación entre Florencia y Constantinopla, los florentinos demandaron la libre navegación en el Mar Negro, 1577. <<

[41] G. I. Bratianu, «La mer Noire, plaque tournante du trafic international à la fin du Moyen Age», en *Revue du Sud-Est Européen*, 1944, pp. 36-69. <<

[42] *Cf*. vol. II, Tercera Parte, cap. 3, sección 2. Sobre la gran cuestión del canal del Don al Volga, ver los acontecimientos en J. Mazzei, *Politica doganale differenziale*, 1931, p. 40, y mejor todavía W. E. D. Allen, *Problems of turkish Power in the Sixteenth Century*, 1963, pp. 22 y ss. <<

[43] J. W. Zinkeisen, *Geschichte des osmanischen Reiches in Europa*, 1840-1863, III, pp. 299 y ss. <<

[44] Robert Mantran, *Istambul dans la seconde moitié du* XVIIe siècle, 1963, enumera los tipos de barcos turcos cuyos nombres resultan reconocibles: firkata (fragata), zaïka (caique), kalyon (galeón), p. 318, n. 2; ¿debe distinguirse entre el *caique*, barco griego por excelencia que transportaba el trigo por el Egeo y el mar Mármara, y el *caramusali* (caramuzal) *Haramürsel*, que solo se movía por el mar de Mármara, y que «debe su nombre al puerto de Izmit (Nicomedia), lugar donde se construyen», pp. 488-489: barco de medio puente, con tres velas y remos? Los textos occidentales no están de acuerdo. <<

[45] *Casa Grande e senzala*, Rio de Janeiro, 5.ª ed., 1946, I, p. 88; Paul Achard, *La vie extraordinaire des frères Barberousse, op. cit.*, p. 53. <<

[46] Gonzalo de Reparaz, *Geografía y política*, Barcelona, 1929, *passim*. <<

[47] E.-F. Gautier, *Les siècles obscurs du Maghreb*, 1927, p. 280. <<

[48] Según los documentos de la serie Castilla, en Simancas. *Cf*. vol. II, pp. 278-279. <<

[49] 14 de marzo de 1565, Sim. Eo. 146. <<

[50] R. Ricard, «Les Portugais au Maroc», en *Bulletin de l'Ass. Guillaume Budé*, julio 1937, p. 26. <<

[51] D. de Haedo, *Topographia…*, *op. cit.*, p. 19 v. <<

[52] F. Braudel y R. Romano, *Navires et marchandises à l'entrée du port de Livourne. 1547-1611*, 1951, p. 45. <<

[53] *Idem*. <<

[54] J. Denuce, *L'Afrique au xvie siècle et le commerce anversois*, 1937, p. 12. <<

[55] Felipe II al adelantado de Castilla, San Lorenzo, 4 de septiembre de 1594, Simancas Eo. Castilla 171, f. 107, ha sabido que el adelantado, que estaba en Ceuta con sus navíos, tiene la intención de limpiar la costa hasta el cabo San Vicente, y quiere que siga hasta Lisboa. <<

[56] Ustariz, *op. cit.*, pp. 260-261 (1724). <<

[57] A. d. S. Venecia, Alvise Correr al dux, Madrid, 28 de abril de 1621. Muy difícil empeño, nota el veneciano, «a causa de la gran distancia que separa las dos orillas del estrecho». <<

[58] Xavier A. Flores, *Le «Peso Politico de todo el mundo» d'Anthony Sherley*, 1963, p. 176. <<

[59] *Ibid.*, p. 111. <<

[60] A. d. S. Venecia, H. Lippomano al dux, Madrid, 19 de noviembre de 1586, sobre el paso de Amurat, rey corsario de Argel, «durante una noche oscura». <<

[61] R. B. Merriman, *The Rise of the Spanish Empire*, 1934, IV, pp. 248 y 434. ¿Es culpa de los aragoneses, demasiado ocupados en sus pequeños asuntos, como lo sostiene R. Konetzke, *op. cit.*, p. 148? No obstante, en este punto no me inclino a seguirlo. <<

[62] Giovanni Livi, *La Corsica e Cosimo dei Medici*, Florencia, 1885. <<

[63] A. d. S. Florencia, Mediceo, 2080. <<

[64] Jean Delumeau, *Vie économique et sociale de Rome dans la seconde moitié du XVIe siècle*, I, 1957, p. 128. <<

[65] Danilo Presotto, *«Venuta Terra» et «Venuta Mare» nel biennio 1605-1606*, tesis mecanografiada, Facultad de Economía y Comercio de Génova, 1964, pp. 31 y ss. <<

[66] Giovanni Rebora, *Prime Ricerche sulla «Gabella Caratorum Sexaginta maris»*, tesis mecanografiada, Facultad de Economía y Comercio de Génova, 1964, p. 31. <<

[67] Danilo Presotto, *op. cit.*, p. 53. <<

[68] A. d. S. Florencia, Mediceo, 2080. <<

[69] *Principes de géogr. hum.*, p. 265. <<

[70] Ver vol. I, p. 396. <<

[71] Jacques Heers, *Gênes au xve siècle*, 1961, p. 275. <<

[72] *Mémories de Messire Philippe de Comines, augmentés par M. l'abbé Lenglet du Fresnay*, ed. Londres y París, 1747, IV, p. 103. Los barcos tenían una capacidad máxima que oscilaba entre 2100 y 1750 toneladas, y la mayoría de ellos entre 1500 y 1250. <<

[73] Mapa del mar Adriático, 1568, Sim. Eo. 540. Enorme literatura a este respecto: *cf*. las pocas líneas de Le Dannois, *op. cit.*, p. 107; de A. Philippson, *op. cit.*, pp. 40-41; de J. Boucard sobre «L'Histoire récent de l'Adriatique», en *C. R. S. de la Soc. géologique de France*, núm. 5, marzo de 1925. Por ejemplo, las medidas precisas que da H. Hochholzer, art. cit., en *Geogr. Zeitschrift*, 1932, pp. 93-97: de Venecia al estrecho de Otranto el Adriático mide 700 km, su superficie —140 000 km^2— es, pues, solo una sexta parte mayor que la del golfo de Finlandia. Reducido a un círculo, tendría 492 km de diámetro. Sus costas continentales e insulares miden, respectivamente, 3887 y 1980 km, o sea un total de 5867 km. Salvo en el litoral veneciano y albanés, hace una curva de 10 m hacia dentro de la costa. <<

[74] Maurice Holleaux, *Rome, la Grèce et les monarchies helléniques*, 1921, pp. 176-177. <<

[75] B. N. París, Esp. 127, f. 7. Comienzos del siglo XVII. <<

[76] E. Alberi, *Relazioni degli ambasciatori veneti*, II, V, p. 465. <<

[77] B. N. París, Fr., 16 104. <<

[78] La costa occidental, desprovista de puertos. *Instructions Nautiques*, núm. 408, p. 32. <<

[79] A. d. S. Venecia, Senato Mar, 15, f. 2. <<

[80] Venecia decidió fortificar Corfú a causa del peligro turco; obispo de Dax al rey, Venecia, 29 julio-12 agosto de 1559, E. Charrière, *op. cit.*, II, pp. 600-601. <<

[81] V. Lamansky, *op. cit.*, pp. 610-611. <<

[82] P. Canaye, *op. cit.*, pp. 190-192, 1573. <<

[83] V. Lamansky, *op. cit.*, p. 611. <<

[84] Correr, D. delle Rose 21, f. 29. <<

[85] Felice Toffoli, «Del commercio dei Veneziani ai tempi della Repubblica, con accenni a Trieste», 1867, p. 24 extr. de *l'Osservatore Triestino*, mayo 1867. <<

[86] Serafino Razzi, *La storia de Raugia*, 1595, ed. 1803, p. 260. <<

[87] A. d. S. Venecia, *Cinque Savii alla mercanzia*, Busta 4, copia (extracto de la historia de *Gio. Batta. Nani*). Son innumerables los incidentes anteriores. *Cf.* carta del rector de Ragusa al cónsul ragusino de Venecia (17 de enero de 1567), a propósito de las mercancías incautadas por el conde de Corzola, que exige 10 % como pago por derechos de aduana (A. de Ragusa, L. P., I, f. 34, A. d. S. Venecia, *Cinque Savii*, Busta 3, copia, 10 de agosto de 1597). <<

[88] Venecia, *Cinque Savii alla mercanzia*, Busta 3, los cinco sabios al dogo, 29 de diciembre de 1634, copia. Lucha contra Ancona y su comercio de cueros por la supresión de los derechos de aduana (de 1545 a 1572) sobre las nueces de agalla que llegaban de la Alta y de la Baja Rumania. <<

[89] En 1559, el serio incidente de Dirraquio: corsarios turcos que perseguía el proveedor Pandolfo Contarini, se refugiaron en Dirraquio, el veneciano bombardeó la ciudad… *Cf.* Cesare Campana, *La vita del catholico… Filippo II*, 1605, II, XI, pp. 82-83, y el obispo de Dax al rey, 30 de abril y 20 de mayo de 1559, E. Charrière, *op. cit.*, II, pp. 573-575. En 1560, pacíficamente esta vez, se hizo ceder «treinta y tres casalz» en los alrededores de Sebenico, que el turco había usurpado (Dolu al obispo de Dax, Constantin., 21 de septiembre de 1560, E. Charrière, *op. cit.*, II, pp. 625-628). <<

[90] A. d. S. Venecia, *Cinque Savii*, 9, f. 175. <<

[91] Política evidente en lo que concierne a la sal de las salinas del Adriático, casi todas ellas bajo su control; y lo mismo ocurría con la sal importada de sitios más lejanos. Era, sin duda, una política necesaria: durante tres años, de 1583 a 1585, el comercio marítimo veneciano de exportación es de 1 600 000 ducados *dentro del colfo fin a Corfu* y de 600 000 fuera de él (A. d. S. Venecia, Papadopoli, códice 12, f. 22 v). Estas cifras se las debemos a un contemporáneo y están basadas en el *datio della uscita* de 5 % de las mercaderías. Para la sal, que fue una auténtica moneda suplementaria en el Adriático, *cf*. Fernand Braudel, «Achats et ventes de sel à Venise (1587-1793)», en *Annales E. S. C*, 1961, pp. 961-965, y el mapa adjunto. Los compradores de la sal de Venecia son los ganaderos de los Balcanes. <<

[92] A. d. S. Venecia, *Cinque Savii*, 13 de mayo de 1514: autorización para cargar y transportar directamente a Alejandría de Egipto, aceites, almendras, nueces y castañas. <<

[93] A. d. S. Venecia, Senato Mar, 186, 6 de mayo de 1610. <<

[94] *Ibid.*, 19, 20 de junio de 1520. <<

[95] Francisco de Vera a Felipe II, 7 de octubre de 1589, A. N. K 1674. <<

[96] El emperador a Dietrichstein, 2 de mayo de 1570, P. Herre, *Europäische Politik im cyprischen Krieg. 1570-1573*, 1902, p. 148. Sobre las querellas y negociaciones entre Viena y Venecia, ver G. Turba, *op. cit.*, XII, p. 177 n. (23 de noviembre de 1550), XIII, p. 148 (9 de junio de 1560). Alemania «no tuvo la vía libre del Adriático sino durante el reinado de Carlos VI», *cf*. Krebs, art. cit., pp. 377-378, y mejor aún J. Kulischer, *Allgemeine Wirtschaftsgeschichte*, 1928-1929, II, pp. 236-237. <<

[97] A. Le Glay, *Négociations diplomatiques entre la France et l'Autriche durant les trente premières années du XVIe siècle*, I, 1845, p. 232. <<

[98] Así en A. d. S. Venecia, *Cinque Savii alla mercanzia*, Busta 2, copia 26 de febrero de 1536. Los navíos venecianos que transportaban mercancías cargadas en el Levante por cuenta de venecianos o de extranjeros iban con frecuencia a desembarcar directamente en las ciudades de Sotavento, a pesar de que lo tenían formalmente prohibido. Sobre los vinos de la Apulia transportados a Dalmacia, *cf*. relación de Giustiniano, 1576, B. N. París, Ital. 220, f. 72, copia. Ya desde el 5 de octubre de 1408 encontramos formulado en los *Cinque Savii alla mercanzia*, Busta 2, la prohibición de exportar trigo fuera del «golfo». <<

[99] Numerosas referencias, entre ellas A. d. S. Venecia, Senato Terra 4, f. 123 v., f. 124, 27 de septiembre de 1459; Senato Mar 6, f. 89 v., 28 de septiembre de 1459. También sobre la piratería genovesa, Senato Mar 6, f. 196 v., 16 de junio de 1460. <<

[100] Una de las primeras apariciones de los corsarios turcos, A. d. S. Venecia, Senato Mar 18, f. 119 v., 9 de septiembre de 1516; se trata del corsario *Curthogoli* con entre 12 y 15 velas a la entrada del golfo. <<

[101] En 1533, a la altura de Valona, una falsa maniobra hace caer dos galeras venecianas en manos de 12 galeotas berberiscas, Giuseppe Cappelleti, *Storia della Repubblica di Venezia del suo principio al suo fine*, Venecia, t. VIII, 1852, p. 199. <<

[102] Y la situación empeoró a partir de 1570, Museo Correr, D. delle Rose, 481, 1.º de octubre de 1570: los corsarios se llevaron entre aceite y vino un botín de 76 000 ducados. <<

[103] V. Lamansky, *op. cit.*, pp. 600-601. <<

[104] Giacomo Tebaldi al duque de Ferrara, Venecia, 28 de marzo de 1545. A. d. S. Módena Venezia XXIV, 2383/72: «*Quelli diavoli Scochi hano preso certi navilii richi et impicato tutti quelli v'erano dentro, com'intesero ch'erano venetiani*». <<

[105] Correr, D. delle Rose 21, f. 78. <<

[106] Correr Cigogna, 1999 (sin fecha). <<

[107] A. d. S. Venecia, Papadopoli 12, f. 25. <<

[108] El testimonio, entre otros cien, es de H. Hochholzer, art. cit., p. 150. No deben aceptarse las exageraciones de los libros y alegatos de Attilio Tamaro, en *L'Adriatico, golfo d'Italia*, 1915. Tomada esta precaución, se puede reconocer el valor y el talento de sus estudios, «Documenti inediti di storia triestina, 1298-1544», en *Archeografo triestino*. XLIV, 1931, o de su *Storia di Trieste*, 2 vols., Roma, 1924. Interesantes puntos de vista señalados por Bozzo Balbi, *L'isola di Cherzo*, prólogo de R. Almagiâ, fasc. 3, Studi geografici pubblicati dal Consiglio Nazionale delle Ricerche, 1934; las bases de la italianidad en esa isla, bases sociales y económicas, fueron la gran propiedad y el armamento marítimo. <<

[109] Antonio Teja, «Trieste e l'Istria negli atti dei notai zaratini del 300», en *Ann. del R. 1st. Tech. Rismondo*, 1935; Silvio Mitis, *Il governo della rep. ven. nell'isola de Cherso*, 1893, p. 27. <<

[110] A. Philippson, «Das byzantinische Reich als geographische Erscheinung», en *Geogr. Zeitschr.*, 1934, pp. 441-445. <<

[111] Instrucciones de Pandolfo Strozzi al general de las galeras enviadas en corso, Liorna, 1 de abril de 1575, A. d. S. Florencia, Mediceo. 2070, ff. 540 y v. La incursión debía hacerse por el itinerario siguiente: Mesina, cabo Passaro, cabo Misurata, pues cerca de ese cabo africano pasaban las naves que venían del Levante hacia Trípoli, Túnez, Bona y Argel. <<

[112] Sobre las emigraciones de una cuenca a la otra, conocemos el caso de dos griegos condenados en un auto de fe en Murcia, 14 de mayo de 1554 (A. H. N., Lº 2796). Griegos que van a Madrid (Terranova a S. M., Palermo, 20 de diciembre de 1572, Sim. Eo. 1137). Sobre los griegos en Liorna en el siglo XVI hay numerosos documentos. Un griego de Cádiz cayó prisionero de los turcos en Argel en 1574, D. de Haedo, *op. cit.*, p. 175 v. Un chipriota en Mallorca, 19 de febrero de 1589, Riba y García, *El Consejo Supremo de Aragón en el reinado de Felipe II*, 1914, p. 285. Griegos al servicio de la marina española, Tiépolo al dogo, 19 de agosto de 1560, *Calendar of State Papers (Venetian)*, VII, 247. <<

[113] J. Sauvaget, *Introduction à l'hist. de l'Orient musulman*, 1943, pp. 43-44. <<

[114] El objeto que perseguía Fernando el Católico en 1509-1511, con las grandes expediciones de Pedro de Navarro, no era solamente cerrar los puertos de piratería del Magreb y abrir las vías a una nueva guerra de Granada, en la cual el precio sería África (esto lo había previsto y soñado Isabel, y no su esposo). Era, sobre todo, crear una ruta marítima apoyada sobre la costa, entre el sur de España y Sicilia, tan rica en granos. Orán fue tomada en 1509, y ya en 1511 la armada española se había apoderado de Trípoli de Berbería. Esta rapidez revela el sentido de la misión. Fernand Braudel, «Les Espagnols et l'Afrique du Nord…» en *Revue Africaine*, 1928. Lucien Romier ha creído revelar una intención semejante en la campaña de Carlos V contra Provenza. <<

[115] V. Lamansky, *Secrets d'État de Venise*, San Petersburgo, 1884, pp. 563-564, relación veneciana de 1559. <<

[116] Sobre el gran contraste entre Oriente y Occidente en la Antigüedad romana —que confirma mi afirmación—, ver G. I. Bratianu, *Études byzantines*, 1939, pp. 59-60, 82-83; Jacques Pirenne, *Les grands courants de l'histoire universelle*, 1944, I, p. 313. Pierre Waltz, *La Question d'Orient, dans l'Antiquité*, 1943, p. 282. <<

[117] R. Pfalz, art. cit., p. 130, n. 1, indica que en 1928 había en las costas de Génova 10 280 qq de pescado, en tanto que las necesidades de la ciudad eran de 20 000 qq. El pescador italiano gana cuatro veces menos que el pescador francés y ocho veces menos que el pescador inglés; sin embargo, en Inglaterra y en Francia el pescado no es más caro que en Italia. <<

[118] Sobre la pesca de atún, Felipe II al duque de Alba, 4 de mayo de 1580 (*CODOIN*, XXXIV, p. 455), 19 de mayo de 1580 (*ibid.*, p. 430), 18 de abril (*ibid.*, XXXII, p. 108), A. de Morales, *Las antigüedades de las ciudades de España*, Madrid, 1792, f. 41 v., dice que en 1584 la pesca del atún en Andalucía proporcionaba a los duques de Medina Sidonia y de Arcos 70 000 ducados. Detalle pintoresco: en el momento de la pesca, «tócase a tambores y házese gente para yr a su tiempo a esta pesquería con el atruendo y ruydo que se apareja una guerra». Pesca en Conil, de mayo a junio, el mar rojo de sangre. Pedro de Medina, *Libro de grandezas y cosas memorables de España*, ed. aumentada por D. Pérez de Messa, 1595, p. 108. <<

[119] E. Le Danois, *op. cit.*, pp. 197-198. <<

[120] Danilo Presotto, *op. cit.*, p. 364. <<

[121] Alberto Tenenti, *Cristoforo da Canal*, 1962, p. 82. <<

[122] Carta patente de Felipe II, 1.º de octubre de 1561 en favor del escocés Chasteniers, que había armado una galera contra los infieles. B. N. París, Fr. 16 103 ff. 69 y 69 v. <<

[123] A. d. S. Florencia, Mediceo (referencia incompleta). <<

[124] G. Vivoli, *Annali di Livorno*, IV, pp. 10-11. <<

[125] *Idem*. <<

[126] F. C. Lane, *Venetian ships and shipbuilders of the Renaissance*, 1934, pp. 37-38. <<

[127] *Ibid.*, p. 42. <<

[128] B. Hagedorn, *Die Entuwiklung der wichtigsten Schiffstypen*, Berlín, 1914, pp. 1-3 y 36; referencias en F. C. Lane, *op. cit.*, p. 41. <<

[129] *Instructions Nautiques*, núm. 368, pp. 66-70. Andrea Navagero, *Il viaggio fatto in Spagna*, 1563, p. 2 (1525); pésimos caminos de Génova a Rapallo, pero el país está muy poblado. <<

[130] V. Lisicar, *Lopud. Eine historische und zeitgenössische Darstellung*, 1932; Lopud es la isla de Mezzo. <<

[131] Museo Correr, D. delle Rose, 21, f. 17 (1584), f. 19 (1586), f. 70 v., (1594). <<

[132] A. d. S. Nápoles, Sommaria Partium, vol. 559, f. 158, 9 de octubre de 1567, a título de ejemplo. <<

[133] *Ibid.*, 532, 5 de noviembre de 1551. <<

[134] *Ibid.*, 560, f. 209, 10 de junio de 1568. <<

[135] *Ibid.*, 543, f. 128, 10 de enero de 1568. <<

[136] *Ibid.*, 575, f. 40, 17 de julio de 1567. <<

[137] *Ibid.*, 577, ff. 37-39, 10 de octubre de 1568; ff. 89-93, 21 de enero de 1569. <<

[137bis] *Ibid.*, 596, ff. 193-196, julio de 1572. <<

[138] Bartolomeo Crescentio Romano, *Della nautica mediterránea*…, 1607, p. 4. <<

[139] *Idem*. <<

[140] *Ibid.*, p. 7. <<

[141] Fourquevaux, *Dépèches*, I, p. 12, madera de los bosques de Quillan. <<

[142] Archivo de Ragusa, Diversa de Foris X, ff. 81 v. s.: Conto di spese di me Biasio Vodopia… <<

[143] A. d. S. Florencia, Mediceo, 4897 *bis*, ff. 6 y 6 v., 15 de enero de 1566. <<

[144] *Ibid.*, 2840, f. 3, 23 de julio 1560. <<

[145] Simancas, Eo. 1056, f. 185, 22 de agosto de 1568. <<

[146] *Geographia General de Catalunya*, p. 336. <<

[147] A. d. S. Nápoles, *Sommaria Partium*, 562, f. 83, 10 de septiembre de 1567. <<

[148] F. C. Lane, *op. cit.*, pp. 219 y ss. <<

[149] Robert Mantran, *Istanbul dans la seconde moitié du XVIIe siecle*, 1962, p. 445, n. 2, y *passim*. <<

[150] V. Lamansky, pp. 83-89. Sim. Eo. 1329, Venecia, 25 de noviembre de 1571. Parece que los esfuerzos de Venecia no tuvieron éxito. Aunque hubiera adoptado tal política, se puede dudar de su eficacia: una carta del embajador francés en Constantinopla, del 8 de mayo de 1572, anunciaba que en cinco meses los turcos ya tenían 150 barcos con artillería y tripulación (E. Charrière, *op. cit.*, III, p. 269). <<

[151] F. C. Lane, *op. cit.*, p. 232. <<

[152] C. Trasselli, «Sul naviglio nordico in Sicilia nel secolo XVII», art. inéd. aparecerá en el homenaje a Vicens Vives (en curso de publicación). <<

[153] Un estudio sobre el precio de coste de los barcos resultaría difícil, pero, en todo caso, posible. Sobre el precio de la madera del norte, datos preciosos en: *Dispacci scritti al Senato dal Secretario Marco Ottoboan da Danzica dalli 15 novembre 1590 sino 7 settembre 1591*, copia A. d. S. Venecia, Secreta Archivi Propri, Polonia 2. <<

[154] Instruc. Nautiques, núm. 368, p. 7. El tiempo muy malo es raro en la costa entre Niza y Génova. En el puerto de Rosas, protegido contra todos los vientos, salvo los del sur, que son muy esporádicos. *Instruc*…., núm. 345, p. 135. La calma constante del puerto de Antibes: *Instruc*…, núm. 360, p. 175. Fuerza del mistral, en la propia Valencia (en el golfo de Valencia, se entiende). No es peligroso para un navío cerca de tierra, pero en alta mar le obliga con frecuencia a buscar refugio en las islas Baleares: *Instruc*…, núm. 345, p. 12. <<

[155] Werner Helwig, *Braconniers de la mer en Grèce*, trad. franc., 1942, p. 199. <<

[156] Aún en la actualidad, ciertos puntos de la costa ligur no se alcanzan fácilmente sino por mar. R. Lopez, «Aux origines du capitalisme génois», en *An., d'hist. écon., et soc.*, IX, 1937, p. 434, n. 2. El ferrocarril y la carretera corren hoy día, también, a lo largo de la «costa brava» de Cataluña. <<

[157] V. el divertido pasaje de Paul Morand: *Lewis et Irène*, 1931, p. 17, a propósito de Sicilia. <<

[158] E. Fechner, en Benndorf, *Das Mittelsmeerbuch*, p. 99. <<

[159] Werner Helwig, *op. cit.*, *passim*. <<

[160] Pierre Vilar, *op. cit.*, I, p. 249. <<

[161] Entre los periodos de las poblaciones, el vaivén de los años: P. Vidal de la Blache, *Principes de Géographie humaine*, 1948, p. 86. <<

[162] La observación sería igualmente justa con respecto a «esta famélica costa ligur», de que habla Michelet. <<

[163] A. C. de Cassis, B. B. 36. Bienes comunales, 24-25 de septiembre de 1543. De la investigación resulta que «los viñedos son numerosos, pero de poco rendimiento; los olivos dejan de producir hasta durante cinco años, a causa de la sequía; las tierras son, en general, imposibles de trabajar…». De Jules Sion, esta excelente observación: «Provenza ha corrido el peligro de ser una de las regiones mediterráneas donde lo exiguo de las buenas tierras y las articulaciones litorales inducen a los ribereños a vivir en Berbería», *France Médit.*, 1934, p. 110. <<

[164] A. P. Usher, «Deposit Banking in Barcelona, 1300-1700», en *J. of Econ. and Business*, IV, 1931, p. 122. <<

[165] Lo mismo cuando se procura medir la importancia de la población marítima de una isla como Córcega, lo que hace Jean Brunhes, *op. cit.*, p. 69, me parece peligroso no tener en cuenta a los marinos que están fuera de la isla. Todavía ahora, Marsella cuenta con numerosos marinos corsos. <<

[166] A. d. S. Venecia, Senato Mar, 7, f. 2 v. <<

[167] Archivo General de Indias, Sevilla, Justicia, legajo n. 7. El proceso es de 1530. Debo este hermoso documento a la gentileza de mi colega Enrique Otte. El lugar de origen de los marineros se deducía de sus apellidos. <<

[168] R. Häpke, *Niederländische Akten und Urkunden*, 1913, I, p. 35. <<

[169] Domenico Sella, *Commerci e industrie a Venezia nel secolo XVII*, 1961, p. 24, n. 1. <<

[170] Al iniciarse el siglo XVI, los documentos napolitanos que he consultado mencionan con mayor frecuencia mercaderes catalanes instalados en Nápoles que naves catalanas como esta de Joanne Hostales que va a Sicilia a cargar trigo y lo lleva a Nápoles (abril-mayo de 1517, A. d. S. Nápoles, Dipendenze della Sommaria, fascio 548). Pasada la primera mitad del siglo se hacen muy raras estas menciones. <<

[171] Sim. Eo. 331, Aragón, 1561: lista de 16 especialistas, carpinteros, calafates y patrones de galeras, enviados de Génova a Barcelona «para la fábrica de las galeras». <<

[172] V. Lamansky, *op. cit.*, p. 564. <<

[173] Sicilianos: P. Grandchamp, *La France en Tunisie, à la fin du xvie s.*, Túnez, 1920, pp. 32, 36, 46, 63, 81, 95. Napolitanos: *ibid.*, pp. 30, 31, 33. <<

[174] 24 de enero de 1560, A. N., K 1494, B 12, núm. 18. <<

[175] Ver *infra*, t. II, pp. 295-298. <<

[176] Sobre las islas, ver el curioso y vigoroso artículo, de inspiración ratzeliana, de Franz Olshaussen, «Inselpsychologie», en *Kölnische Zeitung*, 12, julio de 1942. Sirve de base a sus observaciones el caso de la isla chilena Más-a-Tierra, que fue la verdadera isla de Robinson Crusoe. <<

[177] Y recíprocamente, piénsese en el sentido etimológico de la palabra archipiélago. <<

[178] Sobre un ejemplo localizado, las islas e islotes de las Bocas de Bonifacio: *Instruct. nautiques*, núm. 368, pp. 152 y ss. Sobre un ejemplo más amplio, las islas e islotes de la costa norteafricana. *Instruct.*, núm. 360, pp. 225, 231, 235, 237, 238, 241, 242, 244, 246, 247, 257, 262, 265, 266, 267, 277, 282, 284, 285, 287, 291, 297, 305, 308, 309, 310, 311, 313-314, 331. <<

[179] E. Albèri, *op. cit.*, I, III, p. 267, la baratura del costo de la vida, su población «ordinaria». En 1603 su población era de 66 669 familias, o sea 266 673 habitantes con el coeficiente de 4 (Francesco Corridore, *Storia documentata della popolazione di Sardegna*, Turín, 1902, pp. 19, 20). <<

[180] Sobre el «sardo» y sus tres dialectos: Ovidio y Meyer Lübke, en *Grundriss der roman. Philol*. de G. Groeber, 2.ª ed., p. 551. <<

[181] Sabemos, por ejemplo, que Quíos, turca desde 1566, continuó siendo católica hasta mucho después, mereciendo ser celebrada como la *pequeña Roma* del Levante. Todavía en el siglo XIX Chateaubriand comentaba su aspecto italiano. E, inversamente, Malta, la isla de los Caballeros, y Pantelaria, han conservado su población y sus dialectos árabes hasta nuestros días. Resulta tentador citar la curiosa analogía lingüística que ofrece Crimea, conservando sus dialectos góticos hasta tiempos de Lutero. Pero Crimea no es una isla, y nos falta, además, completa evidencia del hecho. <<

[182] La relación era regular con Liorna. Exportación de quesos sardos a Valencia: Sim. Eo. 335, 6 de septiembre de 1574, f. 46. <<

[183] Pietro Amat di San Filippo, «Della schiavitú e del servaggio in Sardegna», *en Misc. di st. ital.*, 3.ª serie, t. II, 1895. <<

[184] Stefano Spinola al marqués de Mantua, Génova, 30 de abril de 1532, A. d. S. Mantua, A. Gonzaga, Génova 759, el mal tiempo ha lanzado sobre las costas de Cerdeña dos galeras, cuatro galeotas y un *fuste* de los turcos, cuyos marineros lograron escapar casi todos. <<

[185] P. Vidal de la Blache, *Tableau de la géographie de la France*, 1908, pp. 25-26. Théodore Monod, *L'hippopotame et le philosophe*, 1943, p. 77. <<

[186] R. P. F. Estienne de Lusignan, *Description de toute l'isle de Cypre*, París, 1580, pp. 223 y ss. <<

[187] También Corfú carece de carne: Philippe de Canaye, *Le voyage du Levant*, 1573, public. por H. Hauser, 1897, p. 191. Sobre Corfú en 1576, la relación de Giustiniano, B. N. París, Ital. 1220, ff. 35-36: 17 000 habitantes. La isla, con sus llanuras fértiles, pero incultas, producía trigo solamente para cuatro meses; pero exportaba vino, aceite y rebaños al continente. <<

[188] Aún en el siglo XVIII hacía falta trigo en Creta (Tott, *Mémoires*, Cuarta Parte, p. 3). Creta exportaba principalmente aceite y jabón (*ibid.*, p. 3). Trigo de los caramuzales a Candía, introducido un poco de contrabando, Hieronimo Ferro, 6 de octubre de 1560, A. d. S. Venecia, Seno, Secreta Consta. Fza 2/B, f. 274. Sin la ayuda de sus vecinos, Candía no podía vivir sino la tercera parte del año. De ahí las frecuentes escaseces y una perpetua inquietud; la cosecha era mala en Candía, y no había trigo turco disponible, explicó Giacomo Foscarini, proveedor general del reino de Candía, al Consejo de los Diez (Candía, 15 de noviembre de 1574, A. d. S. Venecia, Capi del Consiglio dei Dieci, Lettere, Ba. 286, f. 5). En 1573, escasez en Zante, Philippe de Canaye, *op. cit.*, p. 184. <<

[189] Particularmente, lo cual puede parecer paradójico, en las islas primitivas y pobres menos pobladas, y, sobre todo, menos explotadas por los ricos cultivos de exportación. Así, Cerdeña podía a veces darse el lujo de exportar trigo, G. Riba y García, *op. cit.*, pp. 317-318 (1587), p. 320 (1588). En los años malos, padecía de escasez, igual que las demás (virrey de Cerdeña a S. M., Caller, 22 de septiembre de 1576, Sim. Eo. 335, f. 356). En Córcega, la explotación de trigo, declarada libre por cinco años en 1590, tuvo que suspenderse a causa de las malas cosechas. A. Marcelli, «Intorno al cosidetto mal governo genovese dell'Isola», en *Archivio Storico di Corsica*, 1937, p. 416. <<

[190] E. Albèri, I, III, p. 226, afirma categóricamente que Mallorca se bastaba a sí misma; esto, en 1558. En esa época, la isla tenía entre 45 000 y 90 000 habitantes (30 ciudades de 500 a 600 hogares cada una). Pero los años de escasez tampoco eran raros. *Cf.* en 1588 y 1589, por ejemplo, la isla no había podido obtener trigo de Orán, G. Riba y García, *El Consejo supremo de Aragón*, pp. 288-289. <<

[191] Pierre Monbeig, «Vie de relations et spécialisation agricole, Les Baléares au XVIIIe siècle», en *An. d'hist. écon. et soc.*, IV, 1932, p. 539. <<

[192] El virrey de Mallorca a S. M., 20 de diciembre de 1567: «… que todo el año están cercadas de fustas de moros, de manera que muy pocos baxeles entran o salen que no se pierdan y este año se han formado siete u ocho bergantines y toda substancia se va en Argel…». Sobre este cerco de las Baleares, ver también 10 de enero de 1524, en *Tomiciana*, VIII, p. 301: M. Sanudo, *op. cit.*, VI, p. 236, 16 de marzo de 1532. <<

[193] Ciudadela, 10 de julio de 1536, A. N., K 1690: Ciudadela, después de la incursión de Barbarroja. *Cf*. igualmente, a propósito de un fondo que tocaban los cascos, *ibid.*, Mallorca, 29 de agosto de 1536. <<

[194] Para la defensa de Cerdeña, ver vol. II, p. 269, la construcción de las torres. Para las tropas estacionadas en la isla durante el verano, he aquí, a título de muestra, varios documentos: 8 de septiembre de 1561, Sim. Eo. 328; 25 de julio de 1565, *ibid*. Eo. 332, 6 de agosto de 1565 y 5 de julio de 1566. <<

[195] Datos que me fueron comunicados en Simancas por Federico Chabod. Sobre la isla de Menorca, *cf*. Cosme Parpal y Marqués, *La isla de Menorca en tiempo de Felipe II*, Barcelona, 1913. <<

[196] B. Com. Palermo, Qq. D 56, ff. 259-73. Serie de cartas curiosas e interesantes. <<

[197] G. Bratianu, *op. cit.*, París, 1939, pp. 269 y ss. <<

[198] L. F. Heyd, *Histoire du Commerce du Levant au Moyen Âge*, 1885-1886, p. 336; T. Gautier, *Voyage à Constantinople*, p. 54. J. W. Zinkeisen, *op. cit.*, II, p. 901, n. 2. Jérosme Justinian, *La description et l'hist. de l'isle de Scios*, 1606. La isla de Quíos después de la conquista turca de 1566, con sus ciudades de desiertas calles y sus palacios derruidos: *cf*. Jacobus Paléologus, *De Rebus Constantinopoli et Chii*, 1573. Sobre la almáciga que se amasaba, *cf*. J. B. Tavernier, *op. cit.*, p. 264. <<

[199] En ciertos momentos, el trigo. En cuanto a los hilos de oro y de plata de Chipre, creo, como J. Lestocquoy (*Mélanges d'hist. soc*. 1943, III, p. 25), que se trata solo de un nombre. Chipre también exportaba barricas de pájaros hortelanos: J. A. Tavernier, *op. cit.*, I, p. 181. <<

[200] Barón de Busbec, *op. cit.*, p. 178, bebió en Constantinopla «mucho vino de la isla de Creta». <<

[201] R. Hakluyt, *The principal navigations*…, Londres, 1600, p. 309. Sobre la complicidad de los campesinos semisiervos de la isla en 1570-1571 después de la conquista turca, *cf.* Julián López a S. M., Venecia, 26 de octubre de 1570, Relación de Venecia, 28 septiembre 1570, Sim. Eo. 1327. El cardenal Rambouillet a Carlos IX, Roma, 5 de noviembre de 1570, E. Charrière, III, p. 134. En 1548-1549, los habitantes, deseosos de liberarse de la «Mahona» ofrecieron la isla a Cosme de Médicis, quien prudentemente no la aceptó (Doroni, «L'isola di Chio offerta a Cosimo dei Medici», *Rassegna Nazionale*, 1912, pp. 41-53). Podría escribirse un bello libro sobre Venecia y Génova, y sus sistemas de explotación tanto económica como social. Abundante documentación a este respecto, en el precioso estudio de V. Lamansky sobre Venecia. <<

[202] A. d. S. Venecia. *Annali di Venezia*. Famagusta, 8 octubre 1570. <<

[203] Sobre la suerte de Chipre bajo la dominación turca, no olvidar, ante todo, que la isla estaba vacía y poco poblada en la época veneciana (en 1570, 180 000 habitantes, entre ellos 90 000 siervos y 50 000 *villanu liberi* «*e il restante è nelle città et terre*». B. N. París, Ital. 340, f. 55). El turco procedió a la repoblación con campesinos de Anatolia (H. Kretschmayr, *Gesch. von Venedig*, 1920, III, p. 62). Todos los campesinos se encontraban sometidos al mismo estatuto, el de súbditos; las antiguas categorías estaban confundidas. Caída del clero latino. Muchos chipriotas se hicieron turcos para escapar del «kharadj». No obstante, en todo este complejo cuadro persistió la civilización italiana, como ya dijimos. J. B. Tavernier escribió en 1650: «todos están vestidos a la italiana, tanto hombres como mujeres» (*op. cit.*, I, p. 180). <<

[204] Museo Correr, D. delle Rose, 21, f. 32 v. <<

[205] Marciana, 7299, 9 de junio de 1584. Sobre los disturbios en Candía, desde 1571, hay abundante documentación, en especial en los *Annali di Venezia*, 20 de agosto, 22 de agosto, 30 de agosto y 16 de septiembre de 1571. <<

[206] Hay que advertir que en Yerba, junto a los olivos, se encuentran las palmeras; pero, asimismo, perales y manzanos. También desde este punto de vista es un mundo singular. Además, Yerba, como conservatorio insular, abrigaba comunidades judías cuyo arribo se remonta a las persecuciones de Tito, y, sobre todo, es un pequeño mundo kharediita, análogo a Mzab, depositario de viejos ritos y de antiquísimas prácticas arquitectónicas. <<

[207] *Instruct. Nautiques*, núm. 360, pp. 338, 359-363. <<

[208] Ver vol. II, p. 439 y n. 61. <<

[209] J. B. Tavernier, *op. cit.*, I, p. 286. <<

[210] Museo Correr, D. delle Rose 21, f. 29. <<

[211] Conde de Brèves, *op. cit.*, p. 18. <<

[212] *Ibid.*, p. 15. <<

[213] Lo mismo hoy día: ejemplo de la gente de Yerba, desparramada por todo el norte de África y por el mundo entero, o los cultivadores de hortalizas de Malta y de Mahón. P. Vidal de la Blache, *Principes de Géographie humaine*, p. 97. <<

[214] Hay hasta un tal Sylvestre Corso en las listas de los bombarderos de Goa, en 1513. Fortunato de Almeida, *H. de Portugal*; 1926-1929, III, p. 267. <<

[215] R. Russo, «La politica agraria dell'officio di San Giorgio nella Corsica (1490-1553)», en la *Riv. st. ital.*, 1934, p. 426. <<

[216] Carmelo Trasselli, art. cit., en *A. st. di Corsica*, 1934, p. 577. <<

[217] En Liorna, Mediceo 2080. En Roma, llegada de múltiples barcos corsos cargados de vino, Ho. de Torres a Zúñiga, Roma. 29 y 30 de enero de 1581. *Cartas y Avisos*, p. 33. <<

[218] Llegaría a Constantinopla en enero de 1563. Su paso por Quíos, A. d. S. Génova, *Sezione Segreta*, n. g., 5 de junio de 1563. <<

[219] Sim. Eo. 487. <<

[220] Sobre Francisco Gasparo, ver vol. I, cap. I, n. 88. Sobre la familia y sobre Francisco, ver conde de Benavente (quien tenía bastante mala opinión de los corsos) a S. M., Valencia, 13 de noviembre de 1659, Sim. Eo. 333. Información hecha en Argel 1.º de junio de 1570, a pedto. del cap. Don Geronimo de Mendoça, 13 de junio de 1570, Sim. Eo. 334. Don Jerónimo de Mendoza a S. M., Valencia, 7 de junio de 1570, Sim Eo. 334. Conde de Benavente a S. M., Valencia, 8 de julio de 1570: Francisco era, probablemente, un agente doble: «… Estos son criados en Francia y tratan allí en Argel y Valencia y tienen su correspondencia en Marsella». En fin, cartas de los hermanos de Francisco, de Marsella, fechadas el 24 y el 29 de julio de 1579, con noticias del Levante, sin gran interés (copia A. N., K 1553, B 48, núm. 77). <<

[221] Sobre los Lenche y la gran cuestión del coral, ver, además de P. Masson, *Les Compagnies du corail*, 1908, el libro de P. Giraud, *Les origines de l'Empire français nordafricain*…, 1939. Sobre el papel que desempeñaba en Marsella Thomas Corso en favor de los insurgentes corsos, ver numerosas indicaciones en la correspondencia de Figueroa, embajador español en Génova, y, sobre todo: Figueroa al rey, Génova, 9 de enero de 1566, Sim. Eo. 1394. <<

[222] *Le Bastion de France,* Argel, 1930, núm. 1. <<

[223] A. Philippson, *op. cit.*, p. 32: «*Jedes Land ist ein Individuum für sich*» [«cada país es un individuo de por sí»]. Es lo que dice, a propósito de las grandes islas del Archipiélago, J. W. Zinkeisen, *op. cit.*, III, p. 7: «… *jedes für sich… eine eigene Welt*» [«cada una es de por sí… un mundo aparte»]. <<

[224] Falta un estudio de este sentimiento nacional. De Rabelais, en *Gargantúa*, ed. Les Belles Lettres, 1955 (p. 137), este bello exabrupto: «Por Dios que daría una zurra a esos fugitivos de Pavía». Y en el Libro Cuarto (Bellas letras, prólogo, p. 11): «Este tan noble, tan antiguo, tan bello, tan floreciente, tan rico reino de Francia». <<

[225] Bandello, *op. cit.*, II, p. 208. <<

[226] V. di Tocco, *Ideali d' independenza in Italia*, 1926, pp. 1 y ss. <<

[227] A. Renaudet, *Machiavel*, 1942, p. 10. <<

[228] *Algunas efemérides* de Miguel Pérez de Nueros, en Francisco Belda y Pérez de Nueros, Marqués de Cabra: *Felipe Segundo*, sin fecha (1927), pp. 30 y ss. <<

[229] *G. G. de Catalunya*, pp. 496-497. <<

[230] A. Renaudet, *L'Italie et la Renaissance italienne* (Curso en la Sorbona, Sedes, 1937), p. 1. <<

[231] Augustin Berque, «Un mystique moderne», en *Il Cong. Soc. Sav. d'Afrique du N.*, Tremecén, 1936 (Argel, 1938), t. II, p. 744. En el mismo sentido, R. Montagne, *op. cit.*, p. 410. <<

[232] La originalidad de los Balcanes por el hecho de su posición euroasiática (Busch-Zantner, *op. cit.*, p. IV). El modo como nos es extraña a nosotros, los occidentales (*ibid.*, p. 111). Unidad del Asia Menor, esa otra península ibérica (Ulrich Von Hassel, *Das Drama des Mittelmeers*, 1940, p. 22). <<

[233] «La península ibérica y sus islas siempre dominarán al África del Norte». P. Achard, *Barberousse, op. cit.*, p. 53, n. 1. «El mundo ibérico parece inseparable de los países del Atlas hasta las Canarias, inclusive [*sic*], y aun de las grandes islas del Mediterráneo occidental, Cerdeña y Córcega», P. Vidal de la Blache, *Tableau géogr. de la France*, p. 28. «Andalucia […] aparece como una prolongación del Magreb», Georges Marçais, *Historie du Moyen Âge*, III, 1936, p. 396, en la *Histoire générale* de Gustave Glotz. <<

[234] Para Von Hassel, *op. cit.*, pp. 20-22, la injerencia de España en Italia tuvo un carácter más dinástico que político (en el sentido de una política dinástica). Esto es muy discutible. Ver, en cuanto a las relaciones culturales, las obras de Benedetto Croce. En cuanto a la aportación de España en el plano institucional, ver Fausto Niccolini, *Aspetti della vita italo-spagnuola nel Cinque e Seicento*, Nápoles, 1934. En el plano de las relaciones literarias, Hugues Vaganay, «L'Espagne en Italie», en *Rev. Hispan.*, t. IX, 1902. Leopold von Ranke, *Les Osmanlis et la monarchie espagnole pendant les XVIe et XVIIIe siècles*, 1839, pp. 383-387. Para W. Platzhoff, *Gesch. des europaischen Staatensystems*, 1928, p. 32, la paz de Cateau-Cambrésis selló el destino de Italia. Lo que quizá no subraya suficientemente esta sucesión de libros es la necesidad en que se encontraba la península de seguir vinculada a España, por razones económicas (la riqueza de América) y por razones militares (protección contra los turcos). Sería injusto hablar de plano, como Stendhal, (*Promenades dans Rome*, II. p. 191), «de la invasión (en Italia) del despotismo español». <<

[235] E. Albertini, en *Mélanges Paul Thomas*, Brujas, 1930. <<

[236] L. M. Ugolini, *Malta, origini della civiltà mediterranea*, Roma, 1934. <<

[237] A. Philippson, *Das Mittelmeergebiet, op. cit.*, p. 37. <<

Primera parte - Capítulo III

[1] Félix y Thomas Platter, *Journal*, *op. cit.*, p. 20. Félix llega a Montelimar el 26 de octubre de 1552 «y por la noche a la villa de Pierrelatte, donde pude ver los primeros olivos. Los árboles estaban cargados de olivas, verdes unas, rojas y medio maduras otras, y negras y completamente maduras otras. Las probé todas y me parecieron malas y muy amargas». <<

[2] Robert Brunschvig, *La Berbérie Orientale sous les Hafsides*, 1940, I, p. 269. <<

[3] Jacques Weulersse, *Paysans de Syrie et du Proche Orient*, 4.ª ed., 1947, p. 61. <<

[4] Esta información se la debo a Felipe Ruiz Martín. He extraviado la referencia exacta. Sobre el tráfico negrero de las caravanas encaminadas a Tremecén y Mostahanem, Diego Suárez, manuscrito B. N. Madrid, cap. 35. <<

[5] Maurice Lombard, «Le commerce italien et la route mongole», en *Annales E. S. C.*, 1948, p. 382: «La ruta continental a las Indias considerada por los italianos dos siglos antes de que los portugueses abriesen la ruta marina». <<

[6] Fritz Jäger, «Trockengrenzen in Algerien», en *Pet. Mitt., Ergänzungsheft*, 1935, y *Naturwissenschaft*, Berlín, XXIX, 31 de octubre de 1941. La isoyeta de 100 milímetros pasa entre Laghouat y Ghardaia, y entre Biskra y Touggourt. <<

[7] E. Albèri, *op. cit.*, III, 2, p. 199. <<

[8] Aloys Sprenger, *Die Post-und Reiserouten des Orients*, 1846. <<

[9] Didier Brugnon, *Relation exacte concernant les caravanes en cortège des marchands d'Asie*, Nancy, 1707, p. 73. <<

[10] Marguerite van Berchem, «Sedrata, une ville du Moyen Âge ensevelie sous les sables du Sahara algérien», en *Documents Algériens*, 11 de septiembre de 1953. <<

[11] Arnold Toynbee, *L'Histoire. Un essai d'interprétation*, París, 1951, p. 187. <<

[12] Cit. por el gral. Édouard Brémond, *Berbères et Arabes*, 1942, p. 37. <<

[13] *Le voyage d'Outremer* de Jean Thénaud, París, 1884, p. 7. En El Cairo «… la leña es enormemente cara y hay que pagar mucho por una pequeña cantidad de ella», *ibid.*, pp. 209-210. <<

[14] *Journal d'un bourgeois du Caire. Chronique d'lbn Iyâs*, transcrito y anotado por Gaston Wiet, I, 1955, p. 266. <<

[15] Konrad Günther, en *Geographische Zeitschrift*, 1932, p. 213. <<

[16] Vincent Monteil, ver vol. I, n. 29 de este capítulo. <<

[17] Jacques Berque, «Introduction», en *Revue Internationale des Sciences Sociales*, XI, 1959, núm. 4, pp. 504-505. El número está dedicado a los nómadas y nomadismos en la zona árida. <<

[18] *Idem*. <<

[19] *Idem*. <<

[20] *Idem*. <<

[21] Anónimo, *Briève description d'un voyage fait en Levant, Perse, Indes Orientales, Chine*, s. f. (siglo XVII), B. N. Fr. 7503, n. a. <<

[22] H. Pohausen, *Dans Wanderhirtentum und seine Vorstufen*, 1954, p. 109. <<

[23] Jacques Berque, art. cit., p. 509. <<

[24] *Una embajada de los Reyes Católicos a Egipto*, traducción, introducción y notas de Luis García y García, 1947, pp. 90-92. <<

[25] *Journal d'un bourgeois du Caire*, I, p. 27 (noviembre diciembre 1468), p. 112 (julio 1507). <<

[26] Alonso de la Cueva a S. M., Venecia 6 de junio de 1609, A. N., K 1679, «los Arabes que corrían la campaña robando todos los pasageros». <<

[27] Daniele Badoer al dux, Pera, 8 de abril de 1564, A. d. S. Venecia, Senato Secreta Constantinopoli, 4 D. <<

[28] *Journal d'un bourgeois du Caire*, II, p. 266. <<

[29] Vincent Monteil, «L'évolution et la sédentarisation des nomades sahariens», en *Revue Internationale des Sciences Sociales*, 1959, p. 600. <<

[30] Belon du Mans, *op. cit.*, p. 163. <<

[31] Diego Suárez, *Historia del Maestro último que fue de Montesa*…, Madrid, 1889, pp. 46, 284-285. <<

[32] R. Brunschvig, *op. cit.*, I, p. 61. <<

[33] Charles Monchicourt, «Études Kairouannaises», *en Rev. Tunisienne*, 1932-1936. <<

[34] Carl Brockelmann, *Geschichte der islamischen Völker*, 1939, p. 284. <<

[35] Ver vol. I, pp. 217-218. <<

[36] Henri-Paul Eydoux, *L'homme et le Sahara*, 1943, p. 101. <<

[37] «Der Islam und die orientalische Kultur», en *Geogr. Zeitschrift*, 1932, p. 402. <<

[38] R. Capot-Rey, en *Revue Africaine*, 1941, p. 129, informe de Jean Despois, *La Tunisie orientale, Sahel et Basse Steppe*, 1940. <<

[39] B. Grekov y A. Iakoubowski, *La Horde d'Or*, tr. fr. 1939. <<

[40] Además de las indecisas indicaciones de este libro al respecto, me apoyo en conversaciones que sostuve con el autor en Argel, por lo demás, puramente formales. <<

[41] Robert Montagne, *Les Berbères…, op. cit.*, p. 410. <<

[42] René Grousset, *L'Empire des steppes*, 1941, p. 11. <<

[43] G. Schweinfurth, *Im Herzen von Afrika*, Leipzig, 1874, pp. 50 y ss. <<

[44] Didier Brugnon, *Relation exacte…, op. cit.*, ver vol. I, n. 9 de este capítulo. <<

[45] Flachat, *op. cit.*, I, 345 (1766) hablando de las caravanas que salen de Bochorest (Bucarest): por la noche… «un gran recipiente con lumbre que un hombre de la caravana llevaba por delante de nosotros». <<

[46] R. Hakluyt, *op. cit.*, II, p. 200. *A description of the yearly voyage or pilgrimage of the Mahumitans Turkes and Moores into Mecca in Arabia*. <<

[47] Vitorino Magalhães-Godinho, *L' économie de l'Empire portugais aux XIVe et XVe siècles*, Tesis mecanografiada, Sorbona, 1958, pp. 14 y ss. Según las fuentes portuguesas, el oro de Tacrour, es decir, del Sudán Occidental, requiere en 1511 la formación de dos caravanas anuales que por la ruta de Fezzan llevan el metal amarillo «en grandes cantidades» a Egipto, *ibid.*, p. 43. <<

[48] Emilio García Gómez, «Españoles en el Sudán», en *Revista de Occidente*, 1935, pp. 93-117; la entrada en Tombuctú el 30 de mayo de 1591, J. Béraud Villars, *L'Empire de Gao. Un État soudanais aux xve el xvie siècles*, 1942, p. 144. <<

[49] Roland Lebel, *Le Maroc et les écrivains anglais aux XVIe, XVIIe et XVIIIe siècles*, 1927; J. Caillé, «Le commerce anglais avec le Maroc pendant la seconde moitié du XVIe siècle. Importations et exportations», en *Revue Africaine*, 1941. <<

[50] Belon du Mans, *op. cit.*, pp. 98, 189 v. y 190; N. Iorga, *Ospiti romeni in Venezia*, Bucarest, 1932, p. 150. <<

[51] Ruta del Nilo, una de las rutas del oro, J. B. Tavernier, *op. cit.*, II, p. 324. <<

[52] Hakluyt, II, p. 171 (1583). <<

[53] Todavía a finales del siglo XIX había bateleros nestorianos en el Tigris, oriundos de la población de Tell Kell, cerca de Mosul, Eduard Sachau, *Am Euphrat und Tigris*, 1900, p. 24. Dificultades para remontar el Tigris a mediados del siglo XVII: las barcas debían remolcarse por medio de hombres, y el viaje de Basora a Bagdad duraba 60 días, J. B. Tavernier, *op. cit.*, I, p. 125. <<

[54] J. B. Tavernier, *op. cit*,. I, p. 125. <<

[55] W. Heyd, *Histoire du commerce du Levant*, trad. fr. de Furcy-Raynaud, 2 vol., 1885-1886, reimpresión, 1936, II, p. 457. <<

[56] A. Philippson, *op. cit.*, pp. 46-47, señala la importancia de los transportes terrestres hacia el Mar Rojo, y las dificultades de la navegación en ese mar. De mayo a octubre, los vientos del norte no permiten subir de Djedda a Tor o a Suez sino durante las primeras calmas del viento dominante, gracias, entonces, al viento de tierra. Sobre la competencia entre el Mar Rojo y las rutas de Siria, ver la obra clásica de W. Heyd, *Histoire du commerce du Levant, op. cit.*, y el estudio siempre útil de O. Peschel, «Die Handelsgeschichte des Roten Meeres», en *Deutsche Virteljahrschnft* III, 1885, pp. 157-228. Sobre las dificultades de las caravanas en el istmo de Suez, ver Belon du Mans, *op. cit.*, p. 132. <<

[57] Según Hermann Wagner, «Die Übertschätzung der Anbaufläche Babyloniens», en *Nachrichten K. Ges. Wissensch.*, Gotinga, Ph. hist. Klasse, 1902, II, pp. 224-298. <<

[58] Belon, *op. cit.*, p. 107. <<

[59] E. Sachau, *op. cit.*, principalmente pp. 43-44. <<

[60] V. Nalivkhine, *Histoire du Khanat de Khokand*, París, 1889. <<

[61] *Allah est grand*, París, 1937, p. 11. <<

[62] *Op. cit.*, p. 290. <<

[63] *Op. cit.*, I, p. 111. <<

[64] Richard Hennig, *Terrae Incognitae,* segunda ed., 1956, IV, pp. 44 y ss. <<

[65] Naturalmente «estilo europeo» si es un historiador quien lo contempla. Para un viajero europeo, el alemán Salomon Schweigger, que ha cruzado Turquía en 1577 (*Eine neue Reissbeschreibung auss Teutscbland nach Konstantinopel und Jerusalem*, 4.ª ed., Núremberg, 1639) la verdad sería lo contrario: «El hábito de llevar vida nómada, que es uno de los rasgos distintivos de los pueblos asiáticos, es aún característico de los turcos actuales», citado por Ivan Sakazof, *Bulgarische Wirtschaftsgeschichte*, Berlín-Leipzig, 1929, p. 206. <<

[66] Así lo explica, con su estilo brillante y original, el breve ensayo de W. E. D. Allen, *Problems of Turkish Power in the Sixteenth Century*, Londres, 1963. <<

[67] Gonzalo Menéndez Pidal, *Los caminos en la historia de España*, Madrid, 1951, p. 85. Sobre la ruta Málaga-Sevilla, por ejemplo, Théodore de Mayerne Turquet, *Sommaire description de la France, Allemagne, Italie et Espagne*, 1629, p. 309. <<

[68] Las hermosas páginas de Jean Brunhes sobre la riqueza forestal del norte de Europa y la región deforestada del sur. *Géogr. Hum.*, 4.ª ed., p. 51. <<

[69] Dantiscus al rey de Polonia, Londres, 12 de octubre 1522, Biblioteca Czartoriski, 19, ff 33-34. <<

[70] L. Paris, *Négotiations… relatives au règne de François II*, 1841, p. 187. <<

[71] Friedrich Wielandt, *Die Bierbrauerei in Constanz*, 1936. El primer cervecero, Jacob Wuederfranck, procedía de Budwitz. <<

[72] Una copla popular de aquel tiempo (George Macaulay Trevelyan, *History of England*, Londres, 1943, p. 287, n. 1) dice:

Hops, Reformation, bays and beer
Came into England all in one year. <<

[73] *La très joyeuse et très plaisante Histoire composée par le Loyal Serviteur des faits, gestes, triomphes… du bon chevalier sans paour et sans reprouche Le gentil seigneur de Bayart*, publicado por J. C. Buchon, Col. «Le Phantéon littéraire», 1886, p. 106. <<

[74] Don Antonio de Beatis, *Voyage du Cardinal d'Aragon* (1517-1518), traducido del italiano por M. Havard de la Montagne, París, 1913, p. 74. <<

[75] A. d. S. Mantua, Serie E., Francia 637, el deán de Bayeux al marqués de Mantua, Bayeux, 16 de abril de 1529: *che a dir il vero li vescovi di qui son havuti in maggior reverentia che in Italia*. <<

[76] Las copias de la correspondencia de Marco Ottobon forman un registro. Dispacci scritti al Senato dal Secretario Marco Ottobon da Danzica delli 15 novembre 1590 sino 7 settembre 1591. A. d. S. Venecia, Secreta Archivi Propri, Polonia. El registro no está foliado. Las cartas a las que nos referimos aquí: 13 y 22 de diciembre de 1590. <<

[77] R. Hakluyt, *op cit.*, I. p. 402. Paolo Lamberti al embajador de Venecia en París; Ruán, 11 de agosto de 1571, *C. S. P.*, pp. 473-474: Moscú incendiado, 150 000 personas muertas, entre ellas mercaderes flamencos, ingleses, alemanes e italianos que allí residían. La toma de Moscú hizo impracticable durante muchos años el comercio de Narva, en el cual se empleaban, por cuenta de Lamberti, embarcaciones fletadas en Dieppe. Karl Stählin, *Geschichte Russlands von den Anfängen bis zur Gegenwart*, 1923, t. I, pp. 282-283, explica las cifras inverosímiles de víctimas que se han dado (800 000 muertos, 130 000 prisioneros). <<

[78] Aún en la época de J. B. Tavernier, *Voyages*, I, p. 310, esas incursiones las llevaban a cabo puñados de jinetes. «He indicado[…] que yendo de París a Constantinopla, me encontré entre Buda y Belgrado con dos bandas de esos tártaros, una compuesta por sesenta jinetes y la otra por ochenta…». Sobre el papel representado por estas «tropas irregulares» del ejército turco, J. Szekfu, *État et Nation*, París, 1945, pp. 156-157. Sus terribles invernadas. Viven por donde pasan, con mujeres, niños y rebaños. La cronología de sus hazañas era seguida muy de cerca en Venecia (A. d. S. Venecia, *Annali di Venezia*, 9 de octubre de 1571, 7 de marzo de 1595; Marciana 7299, 15 de abril de 1584; 5837 C II. 8, 11 de enero de 1597; Museo Correr Cicogna 1993, f. 135, 23 de julio de 1602. etc.); en Polonia, Museo Czartoryski, 2242, f. 256, 1571; Johann Georg Tochtermann, «Dic Tartaren in Polen, ein anthropogeographischer Entwurf», en *Pet. Mitt*, 1939. Todo ataque de los tártaros contra Polonia provoca vivas reacciones, así en 1522, *Acta Tomiciana*, VI, p. 121; y en 1650, *Recueil des Gazzettes, nouvelles ordinaires et extraordinaires*, por Théophraste Renaudot, pp. 25 a 36. <<

[79] Barón de Tott, *Mémoires*, II, p. 29. <<

[80] G. Botero, *Relaz. univ.*, II, pp. 39-40. W. Platzhoff, *op. cit.*, p. 32, ve demasiado a los tártaros como un Estado-tapón, inerte entre los rusos y los turcos. Sobre los carros de los tártaros, sus jinetes miserables, y sobre los innumerables jinetes rusos capaces de servirse del arcabuz, E. Albèri, *Relazioni*, III, II, 1576, p. 205. <<

[81] G. Botero, *op. cit.*, II, p. 34. Ver, a este respecto, los importantes textos publicados por V. Lamansky, *op. cit.*, pp. 380, 381, n. 1, 382, 383. <<

[82] G. Botero, *op. cit.*, II, p. 34. <<

[83] Museo Correr, 1993, 11 de septiembre de 1602. <<

[84] L. Beutin, en *Vierteljahrschrift für S.u.W. Geschichte*, 1935, p. 83, a propósito del libro de Axel Nielsen, *Dänische wirtschaftsgeschichte*, 1933. <<

[85] P. Herre, *Europäische Politik in cyprischen Krieg*, 1902, p. 152. <<

[86] A. Brückner, *Russische Literaturgeschichte*, 1909, I, p. 51. <<

[87] Walter Kirchner, *The rise of the Baltic Question*, 1954, pp. 70-73. <<

[88] R. Hakluyt, *op. cit.*, I, pp. 237-238. <<

[89] Carlos IX a la villa de Danzig, Blois, 16 de octubre de 1571. Archivos de Danzig, 300.53630. <<

[90] J. Janssen, *Geschichte des deutschen Volkes, seit dem Ausgang des Mittelalters*, 1885, p. 313, n. 1. <<

[91] J. Von Hammer, *Histoire de l'Empire Ottoman depuis son origine jusqu'a nos jours*, 1835-1839, VI, p. 118: el sultán escribió al zar en 1558 para recomendarle a los mercaderes turcos que iban a Moscú a comprar peletería. R. Hakluyt, *op. cit.*, I, p. 257. <<

[92] R. Hakluyt, *op. cit.*, I, p. 364. <<

[93] F. Lot, *Les invasions barbares*, II, 1937, p. 36; W. Platzhoff, *op. cit.*, p. 31, fija en 1552 la toma de Kazán; Werner Philipp, *Ivan Peresnetor und seine Schriften zur Erneuerung des Moskauer Retches*, 1935; Heinrich von Staden, *Aufzeichnungen über den Moskauer Staat*, public. por F. Epstein, Hamburgo, 1930, capital sobre la incorporación de las dos ciudades tártaras del Bajo Volga. <<

[94] Tal en julio de 1568, R. Hakluyt, *op. cit.*, I, p. 394. <<

[95] Detalles útiles en la correspondencia del baile veneciano. Constantinopla, 30 de abril de 1569, 8 de enero de 1570, A. d. S. Venecia, *Annali di Venezia*; ver W. E. D. Allen, *op. cit.*, pp. 26 y ss. <<

[96] E. Pommier, «Les Italiens et la découverte de la Moscovie», en *Mélanges d'Archéologie el d'Historie publiés par l'École Française de Rome*, 1953, p. 267. <<

[97] Nicolay (Nicolás de), *Les quatre premiers livres des navigations et pérégrinations orientales*, Lyon, 1568, p. 75, el bajo precio de las pieles en el «Besestan». <<

[98] J. Von Hammer, *op. cit.*, VI, pp. 340-341. <<

[99] Una excelente puntualización: I. Lubimenko, *Les relations commerciales et politiques de l'Angleterre avec la Russie avant Pierre le Grand*, 1933, Bibliothèque de l'Éc. des Hautes Études. Un resumen en Karl Stählin, *op. cit.*, I, pp. 279 y ss. *Ibid.*, p. 228, treinta años antes de los ingleses, Génova, con Paolo Centurione, había tratado de cambiar por las rutas rusas, en dirección al Asia, el monopolio geográfico turco del comercio de Levante. <<

[100] Horst Sablonowski, «Bericht über die soviet-russische Geschichtswissenschaft in den Jahren 1941-1942», en *Historische Zeitschrift*, 1955, t. 180, p. 142. <<

[101] «Russia and the World Market in the Seventeenth Century. A discussion of the connection between Prices and Trade Routes», por Arne Öhberc Vadstena, en *Scandinavian Economic History Review*, vol. III, núm. 2, 1955, p. 154. <<

[102] Jacques Accarias de Serionne, *La richesse de la Hollande*, Londres, 1778, I, p. 31. <<

[103] P. J. Charliat, *Trois siècles d'économie maritime française*, París, 1931, p. 19. <<

[104] W. Heyd, *Histoire du commerce du Levant au Moyen Âge* (trad. francesa) (1885-1886, reimpresión, 1936), I, pp. 66 y ss. <<

[105] E. Pommier, art. cit., pp. 253 y ss. <<

[106] Paul Masson, *Histoire du commerce français dans le Levant au XVIIIe siècle*, 1911, p. 396. <<

[107] A. G. Mankov, *Le mouvement des prix dans I'État russe du XVIe siècle*, 1957. <<

[108] B. Porchnev, «Les rapports politiques de I'Europe occidentale et de l'Europe orientale a l'époque de la Guerre de Trente Ans» (*Congrès International des Sciences Historiques. Rapports*, IV, Estocolmo, 1960, p. 142), pone especial énfasis en la paz de Stolbovo, 1617, que consagra el triunfo sueco. <<

[109] *Recueil des Voyages de l'abbé Prévost. Voyage des ambassadeurs du Holstein*, traducido por Wicquefort, t. II, 1639, pp. 76-77. <<

[110] No he tenido tiempo de utilizar el valioso artículo de M. Malowist, «Die Problematik der sozial-wirtschaftlichen Geschichte Polens vom 15. bis zum 17. Jh.», en *La Renaissance et la Réformation en Pologne et en Hongrie. Studia Historica*, 53, Budapest, 1963. <<

[111] El nombre de la ciudad (la ciudad blanca) es idéntico en rumano (Cetatea Alba), en eslavo antiguo (Bialograd) y en turco (Aqkerman). Tomada el 7-8 de agosto de 1484 por los turcos. N. Beldiceanu, «La campagne ottomane de 1484, ses preparatifs militaires et sa chronologie», en *Revue des Études Roumaines*, 1960, pp. 67-77. <<

[112] J. B. Tavernier, *op. cit.*, p. 277. <<

[113] Museo Czartoryski, Cracovia, 2242, f. 199, Relación de Jean de Monluc, obispo de Valence. <<

[114] Roman Rybarski, *Handel i polityka handlowa Polski w XVI Stulecin*, Poznan, 1928, p. 14. <<

[115] W. Achilles, «Getreide, Preise und Getreidehandelsbeziehungen europäischer Räume im 16, und 17, Jahrhundert», en *Zeitsch, für Agrargesch, und Agrarsoziologie*, abril de 1959. <<

[116] Cartas de Marco Ottobon, citadas anteriormente, A. d. S. Venecia, Secreta Archivi Propri, Polonia. 2. <<

[117] M. Malowist, «The Economic and Social Development of the Baltic Countries from the 15th to the 17th Centuries», en *The Economic History Review*, 1959, p. 179, n. 2. <<

[118] M. Malowist, «Les produits des pays de la Baltique dans le commerce international au XVI siècle», en *Revue du Nord*, abril-junio 1960, p. 179. <<

[119] Domaniewski, «Die Hauptstadt in der Geopolitik Polens», en *Geopolitik*, mayo 1939, p. 327. <<

[120] *Op. cit.*, pp. 246-248. <<

[121] *Ibid.*, pp. 208, 228. <<

[122] La expresión es de Anthony Sherley (1622), X. A. Flores, *op. cit.*, p. 80. <<

[123] Archivos de Cracovia, Senatu Consulta (1538-1643), 1213, f. 3, 17 de diciembre de 1540. <<

[124] I. N. Angelescu, *Histoire économique des Roumains*, I, 1919, p. 311. <<

[125] *Ibid.*, pp. 300-301. <<

[126] *Ibid.*, p. 317. <<

[127] *Idem*. <<

[128] R. Rybarski, *op. cit.*, pp. 62-64. <<

[129] X. A. Flores, *op. cit.*, p. 81 (1622). <<

[130] R. Rybarski, *op. cit.*, p. 286. <<

[131] Archivos de Cracovia, 437, ff. 69-70, 1538. Feria sexta vigilia Thomae Apostoli. Ver igualmente, 437, f. 86, 1539, Feria sexta die S. Antonii. <<

[132] R. Rvbarski, *op. cit*, p. 153. <<

[133] *Idem*. <<

[134] Émile Coornaert, *Les Français et le commerce international à Anvers, fin du xve-xvie siècle*, I, 1961, p. 187. Sobre esta firma comercial ver también K. Heeringa, *Bronnen tot Geschiedenis levantschen Handel*, S'Gravenhage, 1917, I, 1, núm. 35, y Alberto Tenenti, *Naufrages, corsaires et assurances maritimes à Venise (1592-1609)*, 1959, p. 560. <<

[135] Archivos de Cracovia, 447, ff. 22-23, 1575, Feria quinta post festum S. Jacobi. <<

[136] I. N. Angelescu, *op. cit.*, pp. 326 y ss. <<

[137] Tommaso Alberti, *Viaggio a Constantinopoli, 1609-1621*, Bolonia, 1889. <<

[138] R. Rybarski, *op. cit.*, pp. 197 y 323. <<

[139] A. d. S. Venecia, Senato Terra, 40, 13 de junio de 1564. <<

[140] Jan Ptasnik, *Gli Italiani a Cracovia dal XVI secolo al XVIII*, Roma, 1909. <<

[141] A. de Cracovia, 151, 24 de diciembre de 1533. <<

[142] R. Rybarski, *op. cit.*, p. 180. <<

[143] *Relazione di Polonia*, de Paolo Emilio Giovanni (1565), en *Scriptores Rerum Polonicarum. Analecta Romana*, 15, p. 196. <<

[144] Hermann Kellenbenz, «Le déclin de Venise et les relations de Venise avec les marchés au Nord des Alpes», en *Decadenza economica veneziana nel secolo XVII*, 1961 (Fondazione Giorgio Cini), p. 156. <<

[145] Archivos de Cracovia, Ital., 382. <<

[146] S. Goldenberg, «Italianos y ragusinos en la vida económica de la Transilvania del siglo XVI» (en rumano), en *Revista de Istorie*, 1963, núm. 3. <<

[147] X. A. Flores, *Le «Peso político de todo el mundo» d'Anthony Sherley*, p. 79. <<

[148] *Ibid.*, p. 81. <<

[149] Marco Ottobon al dux de Venecia, Thorun, 12 enero de 1951, y Danzig, 1 de febrero de 1591, A. d. S. Venecia, Secreta Archivi Propri, Polonia, 2. <<

[150] El mismo remitente al mismo destinatario, Danzig, 1.º de febrero de 1951, *idem*. <<

[151] «Karte der alten Handelstrassen in Deutschland», en *Petermann's Mitteilungen*, 1906. <<

[152] La mejor guía para las referencias bibliográficas es Hermann Kellenbenz, art. cit., vol. I, n. 144 de este capítulo. <<

[153] A. d. S. Venecia, *Cinque Savii*, 142, ff. 6 y 6 v., 28 de agosto de 1607. Alberto Tenenti, *Naufrages, corsaires et assurances maritimes à Venise, 1592-1609*, 1959, indica dos barcos venecianos que van a Suecia, en 1591 y 1595, pp. 23 y 159. Giuseppe Gabrielli, «Un medico svedese viaggiatore e osservatore in Italia nel secolo XVII», en *Rendiconti della R. Academia dei Lincei*, 7-12 noviembre 1938. <<

[154] B. de Mendoza a Felipe II, 10 de mayo de 1559, *CODOIN*, XCI, pp. 356, 364. <<

[155] J. A. van Houtte, «Les avvisi du fonds Urbinat…», en *Bulletin de la Commission Royale d'Histoire*, LXXXIX, p. 388, 24 de septiembre de 1569. <<

[156] Feria a Felipe II, 10 de mayo de 1559, *CODOIN*, LXXXVII, p. 184: 90 000 piezas de paño inglés trae a Amberes la «flota de paños». <<

[157] Johannes Dantiscus al rey Segismundo, Amberes, 18 de septiembre de 1522, Museo Czartoryski, 274, núm. 16. <<

[158] Ref. ind. vol. I, n. 76 de este capítulo. <<

[159] Jean-François Bergier, *Les foires de Genève et l'économie internationale de la Renaissance*, 1963, p. 17. <<

[160] J.-F. Bergier, *op. cit.*, p. 31. <<

[161] Marciana 5838, C II. 8. f. 37. Relación de Francesco Caldogno, 1598. <<

[162] Aloys Schulte, *Geschichte des mittelalterlichen Handels und Verkehrs zwischen Westdeutschland und Italien*, I, 1900, pp. 37 y ss. <<

[163] J.-F. Bergier, *op. cit.*, p. 131. <<

[164] Marco Dandolo al dux, Lyon, 12 de diciembre de 1540; B. N., Ital. 1715, f. 11, copia. <<

[165] «Voyage de Jérôme Lippomano», en Collection de documents inédits sur l'histoire de France, *Relations des ambassadeurs vénitiens*, compilada por N. Tommaseo, 1838, t. II, 274-275. <<

[166] Ver vol. I, n. 162 de este capítulo. <<

[167] Marc Brésard, *Les foires de Lyon aux XVe et XVIe siècles*, 1914, pp. 44 y 168. <<

[168] Hermann Kellenbenz, art. cit., pp. 124-125. <<

[169] Wilfrid Brulez, «L'exportation des Pays-Bas vers l'Italie par voie de terre, au milieu du XVIe siècle», en *Annales E. S. C,* 1959, pp. 469-470. <<

[170] A. d. S. Venecia, *Cinque Savii*, 21, f. 45, 25 de octubre de 1597. <<

[171] Otto Stolz, «Zur Entwicklungsgeschichte des Zollwesen innerhalb des alten Deutschen Reiches», en *Viertelj, für Sozial-und Wirtschaftgeschichte*, 1954, p. 18, n. 40. <<

[172] J.-F. Bergier, *op. cit.*, p. 131. <<

[173] *Fontego*, forma veneciana de *Fontaco*: del mismo modo, *Todeschi* por *Tedeschi*. El libro clásico de Henry Simonsfeld, *Der Fondaco dei Tedeschi und die deutschrenetianischen Handelsbeziehungen*, Stuttgart, 1887, 2 vol., se resiente de la mediocridad de los documentos conservados. <<

[174] Un pequeño detalle: el 30 de noviembre de 1489 *prudentes mercatores Henricus Focher et fratres* solicitan que la cámara que ocupan *jam diu* y en la que han hecho grandes gastos de instalación se les adjudique definitivamente; como su petición contaba con el beneplácito del Soberano Pontífice y el rey de los Romanos, su deseo fue satisfecho. Estos Focher eran los Fugger. A. d. S. Venecia, Notatorio di Collegio, 14, 1. <<

[175] Y no solo de Venecia y el Véneto, sino de toda la Italia del Norte. Fritz Popelka, «Südfrüchte vom Gardasee nach Graz», en *Blätter für Heimalkunde*, 1951. <<

[176] A. d. S. Venecia, Senato Terra, 88, 16 de agosto de 1583. El documento cita dos posadas alemanas: *il Falcone* en Ferrara e *i Tre Rei* en Milán. <<

[177] Henry Simonsfeld, *op. cit.*, II, pp. 263 y ss.; Bandello, *op. cit.*, VII, p. 169. <<

[178] R. Rohricht, *Deutsche Pilgerreisen nach dem Heiligen Land*, Berlín, 1880, p. 11. <<

[179] Ver vol. I, n. 176 de este capítulo. <<

[180] Citado por H. Kretschmayr, *Geschichte Venedigs*, 1905-1920, II, p. 467. <<

[181] E. Hering, *Die Fugger*, 1939, pp. 204-205. En Augsburgo, arquitectura veneciana a lo largo de las orillas del Lech, y a orillas del Wertach, fachadas de casas siguiendo el estilo que estaba de moda en Génova. <<

[182] Josef Kulischer, *Allgemeine Wirtschaftsgeschichte des Mittelelalters und der Neuzeit*, 1958, II, p. 251. <<

[183] Marciana, Ital. VII, 7679, f. 30, 1492. <<

[184] John U. Nef habla incluso de decadencia, art. cit., p. 431, n. 1. <<

[185] *Voyage fait par moy Pierre Lescalopier…* Biblioteca de la Facultad de Medicina de Montpellier, Ms. H 385, f. 49 v., vol. I, cap. I, n. 8. Los pasajes omitidos en la edición de Edmond Cleray han sido cuidadosamente reproducidos por Paul I. Cernovodeanu, en *Studii si materiale de lstorie Medie*, IV, Bucarest, 1960. <<

[186] Gunther Franz, *Der Dreissigjährige Krieg und das deutsche Volk*, Jena, 1940, p. 16. <<

[187] Dr. Gehr van Oestendorp al presidente Viglius, Bremen, 30 de enero de 1574, public. por Richard Häpke, *op. cit.*, II, pp. 308-309. <<

[188] Johannes Müller, «Der Umfang und die Hauptrouten des nürnbergischen Handelsgebietes im Mittelalter», en *Viertelj für Sozial-und Wirtschaftsgeschichte*, núm. 6, 1908, pp. 1-38. <<

[189] J.-F. Bergier, *op. cit.*, p. 155. <<

[190] Wilfrid Brulez, *De Firma della Faille en de internationale Handel van vlaamse Firma's in de 16e Eeuw*, 1959. <<

[191] Estas indicaciones se han tomado de las cartas de Marco Ottobon 1590-1591, ver referencia vol. I, n. 76 de este capítulo. Bartolomeo Viatis se separa de su socio en 1591. Bartolomeo Castello, *mercante conosciutissimo qui* (en Viena) *e di molto negocio in Ongaria*. <<

[192] Hermann Kellenbenz, art. cit., pp. 131 y ss. <<

[193] Wilfrid Brulez, *De Firma della Faille*, pp. 53-55, 106-108, 363-365 y en el excelente resumen en francés que cierra el libro, pp. 580-581. <<

[194] Piezas de carisea enviadas a Ragusa por la firma ragusina de los Menze, *per via d'Amburgo in condotta di Lederi*. A. de Ragusa, Diversa de Foris XV, ff. 119 v. y 120, 24 de junio de 1598. <<

[195] Sobre los Cleinhaus y los Lederer, Wilfrid Brulez, *op. cit.*, p. 577 y numerosas referencias en el índice. <<

[196] Wilfrid Brulez, *op. cit.*, p. 467. <<

[197] R. Gascon, *op. cit.*, (no publicado aún), cita unas *Lettres de voiture* enviadas a mercaderes de Lyon. <<

[198] Museo Correr, Cicogna, 1999, Aringhe varie (s. f.). La ruta de Mantua, dice el texto, ha sido utilizada *al tempo de la peste*; se puede referir tanto a la peste de 1629-1630 como a la de 1576. La alternativa no nos sirve para fechar el documento. <<

[199] *Idem*, para Lombardía las mercancías iban en barca hasta Este; para Alemania iban en barca a Porto Gruaro. <<

[200] Josef Kulischer, *op. cit.*, II, p. 377. <<

[201] Wilfrid Brulez, «L'exportation des Pays-Bas vers l'Italie par voie de terre au milieu du XVIe siècle», en *Annales E. S. C.* (1959), p. 465. <<

[202] Arnost Klima, «Zur Frage des Übergangs vom Feudalismus zum Kapitalismus in der Industrieproduktion in Mitteleuropa (vom 16. bis 18. Jh.)», en *Probleme der Ökonomie und Politik in den Beziehungen zwischen Ost-und Westeuropa vom 17. Jahrbundert bis zur Gegenwart*, hgg. von Karl Obermann, Berlín, 1960. Este ingreso en la vida moderna se debió, más que a las minas, a la industria textil, pp. 106-107. <<

[203] G. Aubin y Arno Kunze, *Leinenerzeugung und Leinenabsatz im östlichen Mitteldeutschland zur Zeit der Zunftkäufe, Ein Beitrag zur Kolonisation des deutschen Ostens,* Stuttgart, 1940, G. Heitz, *Landliche Leinenproduktion in Sachsen, 1470-1555*, Berlín, 1961. <<

[204] Arnost Klima, art. cit., vol. I, n. 202, y G. Aubin, «Aus der Entstehungsgeschichte der nordböhmischen Textilindustrie», en *Deutsches Archiv für Landesund Volksforschung*, 1937, pp. 353-357. <<

[205] Hermann Kellenbenz, art. cit., p. 114. <<

[206] A. d. S. Venecia, Senato Mar, 18, f. 35, 8 de julio de 1513. <<

[207] Wilfrid Brulez, *op. cit.*, p. 579. <<

[208] G. Aubin, «Bartolomäus Viatis. Ein nürnberger Grosskaufmann vor dem Dreissig jährigen Kriege», en *Viertelj, für Sozial-und Wirtschaftgeschichte*, 1940, pp. 145 y ss. <<

[209] R. Fuchs, *Der Bancho publico zu Nürnberg*, Berlín, 1955, 86 p. (*Nürnb. Abb. zu den Wirtschafts-und Sozialwissenschaften*, Heft 6). La fecha de 1621 aparece en J. Savary des Brulons, *Dictionnaire universel de commerce*, V, p. 373. <<

[210] Ver n. 218. <<

[211] Hermann Kellenbenz, art. cit., p. 119. <<

[212] *Idem*. <<

[213] *Idem*. <<

[214] A. d. S. Venecia, *Cinque Savii*, Risposte, 1602-1606, ff. 189 v.-195, 1 de enero [1607]. <<

[215] Hermann Kellenbenz, art. cit., p. 135. <<

[216] *Ibid.*, p. 147. <<

[217] *Ibid.*, p. 152; los italianos eran los principales cambistas de Núremberg en 1625, p. 149. <<

[218] *Ibid.*, p. 128. <<

[219] *Ibid.*, pp. 128, 143 y ss. <<

[220] *Ibid.*, p. 144. <<

[221] Josef Janacek, *Historia del comercio de Praga antes de la batalla de la Montaña Blanca* (en checo), Praga, 1955. <<

[222] Ernst Kroker, *Handelgeschichte der Stadt Leipzig*, 1926, p. 113, 19-20 de mayo de 1593. <<

[223] A. Dietz, *Frankfurter Handelsgeschichte*, t. III, 1921, p. 216. <<

[224] Haga a los Estados Generales, en Heeringa, *Bronnen tot Geschiedenis levantschen Handel,* I, 1, núm. 251, pp. 532-533. <<

[225] B. Benedetti, *Intorno alle relazioni commerciali della Repubblica di Venezia e di Norimberga*, Venecia, 1864. <<

[226] A. d. S. Venecia, Dispacci, Inghilterra, 2. <<

[227] P. J. Blok, *Relazioni veneziane*, 1909; A. d. S. Venecia, *Cinque Savii*, 3, f. 35, 7 de febrero de 1615, se reconoce a Edigio Overz como cónsul de los Países Bajos. <<

[228] *Ibid.*, 144, f. 74, 30 de abril de 1616. <<

[229] Génova, 28 de febrero de 1599, Archivos de Gdansk, 300-53/147. <<

[230] De la colección *Histoire du commerce de Marseille*, vol. III, 1951, editado por Joseph Billioud, pp. 136 y ss. <<

[231] Sobre Lyon, además de Rene Gascon, ver R. Gandilhon, *La politique économique de Louis XI*, 1941, p. 236, y, hacia 1573, Nicolas de Nicolay, *Description générale de la ville de Lyon*. Ed. de 1883. <<

[232] H. Drouot, *Mayenne et la Bourgogne*, 2 vol., 1937, 1, pp. 3 y 4. <<

[233] El canal de Briare, comenzado en 1604. <<

[234] Émile Coornaert, *Les Français et le commerce international à Anvers*, 1961. <<

[235] Frank Spooner, *L' économie mondiale et les frappes monétaires en France. 1493-1680*, 1956, pp. 275 y ss. <<

[236] Henri Hauser, «La question des prix et des monnaies en Bourgogne pendant la seconde moitié du XVIe siècle», en *Annales de Bourgogne*, 1932. <<

[237] Frank Spooner, *op. cit.*, p. 279. <<

[238] A. Yrondelle, «Orange, port rhodanien», en *Tablettes d'Avignon et de Provence*, 9-16 de junio de 1928, separata, 1929. La mención del año 1562 procede de los Archivos Comunales de Orange. <<

[239] El carbón también podía servir a los «caleros», a los herradores y a los fabricantes de armas, Achille Bardon, *L' exploitation du bassin houiller d'Alais sous l'ancien régime*, 1898, pp. 13 y 15. Marsella importaba hierro en barras de Cataluña. A. des Bouches-du-Rhône, Almirantazgo de Marsella, B IX, 14. El primer envío indica 300 barras procedentes de Collioure, 2 de mayo de 1609 (el registro no está foliado). Por tanto, una industria del hierro. <<

[240] Según los *portate* de Liorna, A. d. S. Florencia, Mediceo 2080. Ver también Jacob Strieder, «Levantinische Handelsfahrten», art. cit., p. 13. Creo que el historiador alemán expresa un contrasentido a propósito de las cariseas. <<

[241] E. Le Roy Ladurie, *op. cit.*, p. 125. <<

[242] J. F. Noble de La Lauzière, *Abrégé chronologique de l'histoire d'Arlés*, 1808, pp. 393, 420. <<

[243] A. des Bouches du-Rhône, Almirantazgo de Marsella, B IX, 198 *ter*. <<

[244] N. de Nicolay, *op cit.*, pp. 164, 175, 188-189. <<

[245] Ver n. 243 de este capítulo. <<

[246] Jacob Strieder, art. cit., *passim*: *cf*. también el estudio de Karl Ver Hees, en *Vj. f. S. u. W. Gesch.*, 1934, pp. 235-244, sobre las firmas alemanas que operaban en la plaza de Lyon (A. Municipales de Lyon, H. H. 292, núm. 14); en total 73 firmas: 24 de Núremberg, 35 de Augsburgo, seis de Ulm, seis de Estrasburgo, uno de Constanza y uno de Colonia, sin contar, por supuesto, los comercios subsidiarios. <<

[247] Con respecto a los Países Bajos, surge con insistencia, en especial de 1550 a 1580, el gran problema de sus relaciones con el Mediterráneo. Este dilatado problema no se resuelve con el pequeño ejemplo piamontés que hemos citado, aunque sí puede decirse que esclarece uno de sus detalles. En 1575 se concertó un acuerdo entre el duque de Saboya, Emmanuel Filiberto, y el gobierno de los Países Bajos (P. Egidi, *Emmanuele Filiberto*, 1928, II, 127). Se rebajaron a la mitad todos los derechos sobre las mercaderías que se cambiaran y sobre las que estaban en tránsito. En los años precedentes, el duque de Saboya había tratado de airear sus Estados por medio de acuerdos con Ginebra y Valtelina (*ibid.*, p. 127). Al mismo tiempo, se esforzó por medio del español Vitale Sacerdoti, en entablar relaciones con el Levante y las Indias, y con este fin, en entenderse con los turcos. Advirtamos que estas primeras negociaciones se llevaron a cabo en 1572, época en que Venecia (la guerra de la Liga ocurrió entre 1571 y 1573) tenía serias dificultades para comerciar con Levante, y todos se aprovechaban de estas dificultades para sus propios negocios. La tentativa de Emmanuel Filiberto no tuvo éxito entonces, ni ello era posible sin la ayuda de los mercaderes judíos; trató de protegerlos y de atraerlos, pero no pudo vencer en este punto la oposición de Roma y la de España (1574). Lo que no fue óbice para que esto formara parte de una política comercial de largo alcance, y de la idea, como lo anota Pietro Egidi, de hacer derivar hacia Piamonte y hacia Niza una parte de las grandes corrientes transcontinentales que, por Francia o por Milán, bordeaban el Estado saboyano (*ibid.*, 127). <<

[248] Ver Segunda Parte, cap. VI. <<

[249] A. Brun, *Recherches historiques sur l'introduction du français dans les provinces du Midi*, 1923, *cf.* el informe de Lucien Febvre, en *Rev. de Synthè*, 1924. <<

[250] Edmond Bonnaffé, *Voyages et voyageurs de la Renaissance*, 1895, p. 92 (1577). <<

[251] Yves Renouard, «Les relations économiques franco-italiennes à la fin du Moyen Âge», en *Cooperazione intellettuale*, septiembre-diciembre de 1936, pp. 53-75. <<

[252] H. Kretschmayr, *op. cit.*, II, p. 378. <<

[253] Brantôme, *Mémoires*, ed. Mérimée, XII, p. 263. <<

[254] Gonzague Truc, *Léon X et son siècle*, 1941, p. 127. <<

[255] *Cf*. las excelentes observaciones de Marc Bloch sobre las antiguas ciudades del sur y las nuevas ciudades del norte, en *Revue historique*, 1931, p. 133. <<

[256] D. A. Farnie, «The commercial Empire of the Atlantic, 1607-1783», en *The Economic History Review*, núm. 2, XV, 1962 pp. 205-206. <<

[257] Pierre Chaunu, *Séville et l'Atlantique*, 1959, 3 vol. <<

[258] Frédéric Mauro, *Le Portugal et l'Atlantique au XVIIe siècle, 1570-1670*, 1960. <<

[259] Laurent Vital, *Premier voyage de Charles Quint en Espagne*, 1881, pp. 279-283. <<

[260] Ver vol. II, pp. 400 y ss. <<

[261] Museo Czartoryski, Cracovia, 35, f. 35, f. 55, Valladolid, 4 de enero de 1523. <<

[262] Robert Ricard, en *Bulletin Hispanique*, 1949, p. 79. <<

[263] Charles Verlinden, «Les origines coloniales de la civilisation atlantique. Antécédents et types de structures», en *Cahiers Internationaux d'Histoire*, 1953. Este artículo resume los demás artículos del mismo autor, p. 382, n. 4. <<

[264] Ver vol. I, p. 386. <<

[265] Pierre Chaunu, *Les Philippines et le Pacifique des Ibériques (XVIe, XVIIe, XVIIIe siècles). Introduction méthodologique et indices d'activité*, 1960. <<

[266] C. R. Boxer, *The great Ship from Amacon*, Lisboa, 1959. <<

[267] Alice Piffer Canabrava, *O commercio portugues no Rio da Prata, 1580-1640*, São Paulo, 1944. <<

[268] De acuerdo con las conclusiones preliminares del trabajo todavía inédito de Marie Helmer sobre los seguros marítimos de Burgos. <<

[269] Renée Doehaerd, *Les relations commerciales entre Gênes, la Belgique et l'Outremont*, Bruselas-Roma, 1941, I, p. 89. <<

[270] G. De Reparaz (hijo), *La época de los grandes descubrimientos españoles y portugueses*, 1931, p. 90. <<

[271] A partir de 1549, A. Ballesteros. *Historia de España y su influencia en la historia universal*. 1927, IV, 2, p. 180. <<

[272] Ver vol. I, pp. 637 y ss. <<

[273] *CODOIN*, LV, pp. 7-8. <<

[274] André-E. Sayous, «Le rôle des Génois lors des premiers mouvements réguliers d'affaires entre l'Espagne et le Nouveau Monde», en *C. R. de l'Académie des Inscriptions et Belles-Lettres*, 1930. <<

[275] Ver *infra*, pp. 503, 667, y ss. <<

[276] Huguette y Pierre Chaunu, *op. cit.*, V, pp. 169 y 170, *nn*. 10, 11 y 12. <<

[277] R. Ballesteros, *Historia de España y su influencia en la historia universal*, 1926, t. IV, p. 169. <<

[278] *Ibid.*, p. 200. <<

[279] George Macaulay Trevelyan, *History of England, op. cit.*, p. 361. <<

[280] L. Stone, «Anatomy of Elisabethan Aristocracy», en *The Economic History Review*, 1948, p. 17. <<

[281] Contarini al dux, Valladolid, 24 de noviembre de 1602. <<

[282] Domenico Sella, *op. cit.*, p. 10, n. 5. <<

Primera parte - Capítulo IV

[1] Paul Valéry, «Réflexions sur l'acier», en *Acier*, 1938, núm. 1. <<

[2] Emmanuel de Martonne, *Géographie Universelle*, t. VI, I, 1942, p. 317: «… no es el aliento del Mediterráneo el que da su cielo a la Provenza». <<

[3] *Voyage d'Égypte*, 1935, p. 43. <<

[4] *Un été au Sahara*, 1908, p. 3. <<

[5] Baldinucci, *Giornale di ricordi*, 24 de enero de 1651, Marciana, Ital., VI, XCIV. <<

[6] *Recueil des Gazettes*, año 1650, p. 1557, Nápoles, 2 de noviembre de 1650. <<

[7] A. d. S. Venecia, Cronaca veneta, Brera 51, 10 de noviembre de 1443. <<

[8] Marciana, Cronaca savina, f. 372, 18 de diciembre de 1600; durante las Navidades de 1598 hay también un periodo similar de lluvias continuas *(per tre mesi continui), ibid.*, ff. 371 y 371 v. <<

[9] Pedro Mártir, *op. cit.*, p. 53, n. <<

[10] *Annuaire du monde musulman*, 1925, p. 8. <<

[11] E. De Martonne, *op. cit.*, p. 296. <<

[12] Ernest Lavisse, «Sur les galères du Roi», en *Revue de Paris*, noviembre de 1897. <<

[13] *Vue générale de la Méditerranée*, 1943, pp. 64-65. <<

[14] Léo Larguier, «Le Gard et les Basses Cévennes», en *Maisons et villages de France*, *op. cit.*, I, 1943. <<

[15] *Op. cit.*, p. 183. Sobre la región de Volterra, Paul Bourget, *Sensations d'ltalie*, 1902, p. 5. <<

[16] Conde de Rochechouart, *Souvenirs sur la Révolution, l'Empire et la Restauration*, 1889, p. 110: viñas de Madera y de España, aclimatadas en Crimea. <<

[17] Jules Sion, *La France médit.*, 1929, p. 77. <<

[18] J. y J. Tharaud, *Marrakech ou les seigneurs de l'Atlas*, 1929, p. 135. <<

[19] A. Siegfried, *op. cit.*, pp. 148, 326. <<

[20] Belon du Mans, *op. cit.*, p. 131. <<

[21] A. d. S. Nápoles, Sommaria Consultationum, 2 f. 223, 2 de octubre de 1567. Durante los años precedentes el reino de Nápoles había producido, unos años con otros: *vini latini*, 23 667 *busti; vini grecchi, dulci et Mangiaguera*, 2319 *busti*. <<

[22] «La analogía de los climas… favorece la infiltración, guía la habituación», P. Vidal de la Blache, *op. cit.*, p. 113. <<

[23] A. Radet, *Alexandre le Grand*, 1931, p. 139. <<

[24] Alonso Vázquez, *Los sucesos de Flandes…*, extractos publicados por L. P. Gachard, *Les Bibliothèques de Madrid…*, Bruselas, 1875, pp. 459 y ss., cit. por L. Pfandl, *Jeanne la Folle*, trad. franc. de R. de Liedekerke, 1938, p. 48. Relacionar el problema con estas observaciones de Max Sorre, *Les Fondements biologiques de la géographie humaine*, 1943, p. 268, «una de las particularidades de los pueblos que vivían en la periferia del mundo mediterráneo que más asombraba a los antiguos era el uso de la manteca de vaca; los consumidores de aceite de oliva se escandalizan ante esto. Aun un italiano, como Plinio, manifiesta este sentimiento, sin pararse a pensar que, después de todo, el uso del aceite de oliva no era tan viejo en Italia». <<

[25] Antonio de Beatis, *Itinerario de Monsignor il cardinale de Aragona… incominciato nel anno 1517…* ed. por L. Pastor, Friburgo en Brisgovia, 1905, p. 121. Comida cuando menos *corrompedora dos estômagos*, dice un portugués, L. Mendes de Vasconcellos, *Do sitio de Lisboa*, *Lisboa*, 1608, p. 113. Esto se refiere a *las nações do Norte e em parte de França e Lombardia*. <<

[26] El deán de Bayeux al marqués de Mantua, A. d. S. Mantua, Gonzaga, Francia, serie E, f. 637, 1 de junio de 1529. <<

[27] François Chevalier, «Les cargaisons des flottes de la Nouvelle Espagne vers 1600», en *Revista de Indias*, 1943. <<

[28] P. Vidal de la Blache, *op. cit.*, p. 114; Bonjean, en *Cahiers du Sud*, mayo de 1943, pp. 329-330. <<

[29] En O. Benndorf, *op. cit.*, p. 62. Colette, *La Naissance du Jour*, 1941, pp. 8-9. <<

[30] Cuatro metros cada año en el golfo de Cattaro. <<

[31] Ver el artículo de Schmidthüser, «Vegetationskunde Süd-Frankreichs und Ost-Spaniens», en *G. Z.*, 1934, pp. 409-422. Sobre la deforestación, ver H. Von Trotha Treyden, «Die Entwaldung der Mittelmeerländer», en *Pet. Mitt.*, 1916, y su bibliografía. <<

[32] La afirmación es de Woiekof, cit. por Jean Brunhes, *Géographie humaine*, 4.ª ed., p. 133. <<

[33] G. Botero, *op. cit.*, I, p. 10. <<

[34] André Siegfried, *op. cit.*, pp. 84-85; Jean Brunhes, *op. cit.*, p. 261. <<

[35] «Die Verbreitung der künstlichen Feldbewässerung», en *Pet. Mitt.*, 1932. <<

[36] Max Sorre, *Les fondements…, op. cit.*, p. 146. <<

[37] *Itinéraire de Paris à Jérusalem*, 1811, p. 120. <<

[38] *Géogr. hum.*, 4.ª ed., p. 51, n. 1. <<

[39] También en Constantinopla, Robert Mantran, *Istanbul dans la seconde moitié du XVIIe siècle. Essai d'historie institutionnelle, économique et sociale,* 1962, p. 29. <<

[40] *Biblioteca de Autores Españoles* (B.A.E.), XIII, p. 93. <<

[41] *Le quart livre du noble Pantagruel*, ed. Garnier, II, c. XI, p. 58. <<

[42] Carta de Pierre Gourou, 27 de junio de 1949. <<

[43] E. Le Roy Ladurie, *op. cit.*, pp. 118-119. <<

[44] B. Bennassar, «L'alimentation d'une ville espagnole au XVIe siècle. Quelques données sur les approvisionnements et la consommation de Valladolid», en *Annales E. S. C.*, 1961, p. 733. <<

[45] Dantiscus al rey de Polonia, Valladolid, 4 de enero de 1523, Biblioteca Czartoryscki, núm. 36, f. 55. <<

[46] E. Le Roy Ladurie, *op. cit.*, p. 181. <<

[47] Barthélemy Joly, *Voyage en Espagne*, p. 9. <<

[48] E. Le Roy Ladurie, *op. cit.*, p. 78. <<

[49] *Ibid.*, p. 80. <<

[50] *Ibid.*, p. 79. <<

[51] *Lettres…*, pp. 161-162. <<

[52] G. Botero, *op. cit.*, II, p. 124. <<

[53] Requerido por Felipe II para proveer de víveres de boca a los soldados españoles y alemanes en viaje de Italia a España, el gran duque de Toscana prefirió reservar la carne salada, de la que no había suficiente cantidad para los alemanes. Los españoles habían llegado los primeros, pero sin poner el grito en el cielo, se contentaron con arroz y galleta. Felipe Ruiz Martín, introducción a *Lettres envoyées de Florence a Simón Ruiz*, obra en prensa. <<

[54] *Voyage a Constantinople*, 1853, p. 97. <<

[55] *Ibid.*, p. 112. <<

[56] *Journal de voyage en Italie*, Colección «Hier», 1932, t. III, p. 242. <<

[57] *Op. cit.*, III, p. 409. <<

[58] *Ibid.*, IV, pp. 233, 340, VI, pp. 400-401. Excepto en el norte de Italia. <<

[59] Mateo Alemán, *Vida del pícaro Guzmán de Alfarache*, I, Primera Parte, 3, p. 45. <<

[60] *Ibid.*, Segunda Parte, 2, p. 163. <<

[61] Bory de Saint-Vincent, *Guide du voyageur en Espagne*, p. 281, cit. por Ch. Weiss, *L'Espagne depuis Philippe II*, 1844, t. II, p. 74. <<

[62] Max Sorre, *op. cit.*, p. 267. <<

[63] *Op. cit.*, p. 317 v. <<

[64] Ch. Parain, *La Méditerranée, les hommes et leurs travaux*, 1936, p. 130. <<

[65] Alonso de Herrera, *op. cit.*, ed. 1645, p. 10 v. (especialmente cierto en cuanto a la cebada). <<

[66] A. d. S. Venecia, 22 de enero de 1574, Capi del Co. dei X, Lettere, Ba. 286, ff. 8 y 9. <<

[67] G. Botero, *Dell'Isole*, p. 72. <<

[68] G. Vivoli, A. d. Liorna, 1842-1846, III, p. 18, invasión de langosta en Toscana (1541); en Verona, agosto de 1542 y junio de 1553, Ludovico Moscardo, *Historia de Verona*, Verona, 1668, pp. 412 y 417; en Hungría, Tebaldo Tebaldi al duque de Módena, Venecia, 21 de agosto de 1543, A. d. S. Módena; en Egipto, 1544 y 1572, Museo Correr. D. delle Rose, 46, f. 181; en Chipre, 13 de septiembre de 1550, A. d. S. Venecia, Senato Mar, 31, ff. 42 v. a 43 v.; en Camarga, 1614, J. F. Noble de La Lauzière, *op. cit.*, p. 446. <<

[69] *CODOIN*, XXVII, pp. 191-192. <<

[70] *Ibid.*, pp. 194-195. <<

[71] Andrea Navagero, *Il viaggio fatto in Spagna…*, Venecia, 1563, pp. 27-28. <<

[72] G. Botero, *op. cit.*, I, I, p. 40; Marco Foscari, *Relazione di Firenze*, 1527; E. Albèri, *op. cit.*, II, I, p. 25. <<

[73] Jean Servier, *Les portes de l'année*, 1962, p. 13. <<

[74] A. d. S. Venecia, Senato Mar. 18, f. 45 v.; 23, f. 97; 31, f. 126. <<

[75] *Ibid.*, 4, f. 26, 12 de diciembre de 1450. <<

[76] Thomas Platter, *op. cit.*, p. 33, en enero de 1593. <<

[77] Galiani, *Cronaca di Bologna*, Marciana, 6114, CIII, 5. <<

[78] Giovanni Baldinucci, *Quaderno di ricordi*, Marciana, VI-XCIV. <<

[79] «El invierno seguía siendo la estación temida durante la cual lo más importante era conseguir sobrevivir». M. Le Lannou, *op. cit.*, p. 52. <<

[80] Ver el clásico pasaje de Taine, *La philosophie de L'Art*, 20.ª ed., II, p. 121. <<

[81] 8.ª Jornada, relato VI. <<

[82] Jean Servier, *op. cit.*, pp. 287 y ss. <<

[83] P. Arqué, *Géographie des Pyrénées françaises*, p. 43. <<

[84] *Voyage en Italie*, pp. 227-237. <<

[85] E. Charrière, *Négociations de la France dans le Levant*, III, p. 713. <<

[86] *Le Journal et les lettres de Gédoyn «le Turc»*, ed. por Boppe, París, 1909, pp. 37 y 38, «… y me dejó solo en el bosque lleno de osos, de lobos y de otras bestias salvajes, como lo demostraban suficientemente sus frescas huellas». <<

[87] *Description de l'Afrique, tierce partie du monde*, pp. 33-34. <<

[88] *Op cit.*, I, XVI, p. 360. <<

[89] Museo Correr, Donà delle Rose, 23, f. 449 v. <<

[90] Stendhal, *Promenades.…*, ed. Le Divan, 1932, II, p. 258. <<

[91] G. Mercatti, *Storia cronologica.…*, II, p. 790. <<

[92] G. de Silva a Felipe II; Venecia, 2 de enero de 1573, Sim. Eo. 1332, el Bósforo se helaba en tiempos del emperador «Copronimo», Constantino V, 718-775, G. Botero, *op. cit.*, p. 105. <<

[93] Mario al cardenal de Como, Elves, 19 de febrero de 1581, A. Vaticanos, Spagna 26, orig. f. 124. <<

[94] A. d. Ragusa, *Lettere di Levante*, 38, f. 27 v. <<

[95] A. Boué, *La Turquie d'Europe*, 1840, IV, p. 460. <<

[96] J. M. Pardessus, *Collection de lois maritimes*, I, pp. 73, 179, referencia a Plinio, *Hist. nat.*, II, 47. Robert de Smet, *Les assurances maritimes*, 1934, p. VI. A. Schaube, *Handelsgeschichte…*, 1906, pp. 152-154. Walter Ashburner, *The Rhodian Sea Law*, Oxford, 1909; CXLVIII. E. de Saint-Denis, «Mare clausum», en *R. E. L.*, 1947. <<

[97] *Actus Apostolorum*, XXVII, 12. <<

[98] *Ibid.*, XXVII, 13. <<

[99] J. M. Pardessus, *Collection de lois maritimes*, IV, 1837, p. 578. <<

[100] *Ibid.*, VI, p. 46. <<

[101] *Ibid.*, V, p. 179. <<

[102] Jean Chardin, *Journal du voyage en Perse*, 1686, I, pp. 110-111. Victor Bérard, *Les Navigations d'Ulysse*, II, *Pénélope et les Barons des îles*, 1930, p. 33, n. 1. «Es curioso que los musulmanes hayan adoptado para las épocas de pago sistemas de arrendamiento que estaban en uso entre los cristianos desde la época del Imperio griego; es decir, para el día de San Jorge, 5 de mayo, y para San Demetrio, 23 de octubre». A. Boué, *op. cit.*, III, p. 120. <<

[103] J. M. Pardessus, *op. cit.*, V, pp. 71-72, ley del 8 de junio de 1569. <<

[104] *Ibid.*, V, p. 81, ley del 18 de junio de 1598. <<

[105] S. Razzi, *La storia di Raugia*, p. 121. <<

[106] *Ibid.*, p. 141. <<

[107] *Ibid.*, p. 156. <<

[108] *Idem*. <<

[109] *Ibid.*, pp. 169-170. <<

[110] Avisos de Constantinopla, 17, 18, 20 octubre 1575, Sim. Eo. 1334. <<

[111] M. Alemán, *op. cit.*, II, Segunda Parte, IX, p. 219. <<

[112] Conde de Rochechouart, *Mémoires, op. cit.*, pp. 75, 103. <<

[113] *Itinéraire…*, p. 157. <<

[114] P. Diego de Haedo, *Topographia.*…, Valladolid, 1612, p. 174. <<

[115] *Ibid.*, p. 230. <<

[116] Sim. Eo. 1051, f. 131. <<

[117] Sim. Eo. 1054, f. 20, el mismo caso a propósito de un viaje a La Goleta, virrey de Nápoles a S. M., Nápoles, 24 de enero de 1562, Sim. Eo. 1052, f. 12. <<

[118] P. Dan, *Histoire de Barbarie,* 1637, segunda edición, p. 307. Victor Bérard, *op. cit.*, p. 34, n. 1. <<

[119] Paul Achard, *La vie extraordinaire des frères Barberousse*, 1939, p. 231. <<

[120] Cor. Mor. al Rey, Roma, 8 de enero de 1554, *Corpo Diplomatico Portuguez*, VII, pp. 298-299. <<

[121] Fourquevaux a Carlos IX, Córdoba, abril de 1570, C. Douais, *op. cit.*, II, p. 214. <<

[122] Cesáreo Fernández Duro, *La Armada española desde la unión de Castilla y Aragón*, 1895-1903, II, p. 104. ¿Se confunde con 1567? <<

[123] P. Verdugo a Felipe II, Málaga, 19 de marzo de 1567, Sim. Eo., 149, ff. 277-278. <<

[124] Franco de Eraso a Felipe II, 16 de mayo de 1564, Sim. Eo. 1446, f. 131. <<

[125] Contarini al dux, Valladolid, 11 de enero de 1603, A. d. S. Venecia. <<

[126] *Mémoires de Guillaume et Martin du Bellay*, ed. por V. L. Bourrilly y F. Vindry para la «Société de l'Histoire de France», t. I, 1908, p. 39. <<

[127] *Histoire de l'Empire Ottoman* (se da por error la fecha de 30 de noviembre), VII, pp. 268-269. <<

[128] *Op. cit.*, II, pp. 81-82. <<

[129] El ejemplo, bastante bueno, de la guerra de Molinella, en *Laurent le Magnifique*, pp. 169-170. <<

[130] A. N., K 1674, orig. <<

[131] Innsbrück, 8 de enero de 1552, *Nuntiaturberichte aus Deutschland*, I, XII, p. 140. <<

[132] Ver infra, II, pp. 495 y ss. <<

[133] A. Ballesteros, *op. cit.*, IV, 1, p. 200. <<

[134] *Ibid.*, p. 201. <<

[135] Belon du Mans, *op. cit.*, p. 101 v., «desde que se ve que blanquean los campos y las praderas y principalmente las cigüeñas». <<

[136] Sim. Eo. 1061, f. 133. <<

[137] El invierno: miseria de Aragón, C. Douais, *op. cit.*, III, p. 36, 13 de febrero de 1567. <<

[138] G. Botero, *op. cit.*, I, p. 10, «… *che il Re Ferdinando diceva d'estate bisognava dimorare in Siviglia come d'inverno a Burgos, che è freddissima città ma con mirabili ripari contra il fredo…*». <<

[139] León el Africano, *op. cit.*, p. 37. <<

[140] Joan Nistor, *Handel und Wandel in der Moldau bis zum Ende des XVI Jahrhunderts,* 1912, p. 9. <<

[141] J. Sauvaget, *Alep. Essai sur les origines d'une grande ville syriènne, des origines au milieu du XIX siècle*, 1941, p. 14. <<

[142] Jesús García Fernández, *Aspectos del paisaje agrario de Castilla la Vieja*, Valladolid, 1963, p. 25. <<

[143] M. Bandello, *op. cit.*, I, p. 279 y *passim*. <<

[144] R. Carande, *Carlos V y sus banqueros*, Madrid, 1943, pp. 57 y ss. <<

[145] Diego Suárez, Ms. de la B. N. de Madrid, cap. 34. <<

[146] A. Boué, *op. cit.*, IV, p. 460, Granvella al cardenal Riario, Madrid, 15 de junio de 1580, A. Vaticanos, Spagna, 17, f. 135. <<

[147] P. Vidal de la Blache, *op. cit.*, p. 265. <<

[148] G. Hartlaub, *op. cit.*, p. 20. <<

[149] *Mémoires*, Parte IV, p. 5. <<

[150] P. Achard, *op. cit.*, p. 204, confunde Mahón con Cartagena, G. Botero, *op. cit.*, p. 7. Sobre la seguridad portuaria de Cartagena, *Instruct. naut.*, núm. 345, p. 95. <<

[151] El duque de Medina Sidonia a Felipe II, Sanlúcar, 20 de noviembre de 1597, Sim. Eo. 178. Sobre la importancia del comercio de vinos en Sevilla, G. Botero, *op. cit.*, I, 10, «*… che si dice che quando non entrano in Siviglia 4000 arrobe di vino al di, bisogna che il Datio fallisca*». <<

[152] *Novelas ejemplares*, ed. Francisco Rodríguez Marín, Espasa Calpe, 1943, t. II, p. 261, n. 13. Es incorrecto traducir vendeja por vendimia; vendeja significa en realidad, venta, mercado, como explica Marcel Bataillon, «Vendeja», en *Hispanic Review*, XXVII, núm. 2, abril de 1959. Pero la confusión es comprensible, pues el «mercado» es esencialmente el de vinos. Un documento de comienzos del siglo XVII (B. N. París, Fr. 4826, f. 5) dice textualmente: «… la flota de la vendimia estaba a punto de partir de Francia para ir a los puertos de España durante todo julio…». <<

[153] «Vita de Pietro di Toledo», en *Archivio storico italiano*, IX, p. 22. <<

[154] En Cabilia. J. Leclercq, *De Mogador à Biskra*, 1881, p. 194. <<

[155] A. Morel Fatio, *Ambrosio de Salazar*, Tolosa, 1901, p. 16. <<

[156] A. d. Ragusa, L. P. 2 ff. 26 y v., 27, 30 de agosto de 1569. <<

[157] G. Botero, *op. cit.*, p. 105, a principios del invierno y a principios de la primavera. *Description du Bosphore…*, Colección de Crónicas Nacionales, Buchon, t. III, 1828. <<

[158] Archives des Bouches-du-Rhône, Almirantazgo de Marsella. Registro de certificados de desembarco de mercancías. Descargas de barcos, B IX 14 (1543), ff. LXV v. y LXVI, LXVII v., LXIX, LXX. <<

[159] I, p. 23. Fiebres de verano. Fourquevaux a la reina, 20 de julio de 1566, Douais, *Dépêches…*, II, 7-8 (Fourquevaux guardó cama, pero no se da ningún detalle); G. Mecatti, *op. cit.*, II, p. 801 (en Hungría en 1595); N. Iorga, *Ospeti romeni, op. cit.*, p. 87, J. B. Tavernier, *op. cit.*, I, p. 72, en Esmirna la peste «reina de ordinario durante los meses de mayo, junio y julio». <<

[160] *Roman comique*, primera parte, 1651, 2.º p. 1657; ed. Garnier, 1939, p. 64. <<

[161] B. N. París, Fr. 17 989. <<

[162] L. Von Pastor, *op. cit.*, X, p. 37. <<

[163] *Ibid.*, p. 47. <<

[164] Rainer Maria Rilke, *Cartas a un poeta joven*, 1937, p. 54. <<

[165] Louis Bertrand, *Philippe II à l'Escorial*, 1929, p. 170. <<

[166] *Op. cit.*, VIII, p. 208. <<

[167] *Ibid.*, VIII, p. 175. <<

[168] *Ibid.*, VIII, p. 165. <<

[169] *Op. cit.*, I, 73; P. Masson, *Le commerce français du Levant au XVIIe siècle*, p. 419. <<

[170] Belon du Mans, *op. cit.*, p. 136. <<

[171] João de Barros, *Da Asia*, I, lib. III, caps. III y VIII. <<

[172] Según Louz Boullaye le Gouz, cit. por P. Masson, *op. cit.*, p. 373. <<

[173] Isabelle Eberhardt, *Notes de route*, 1921, p. 7. <<

[174] Sachau, *op. cit.*, pp. 74-77. <<

[175] A. d. Ragusa, Diversa di Cancellaria, 145, ff. 165, 165 v., 172-173, 174 v., 175, 176, 176 v., 177, 177 v., 180, 180 v., 188a 192 v., 196, 197, 201 v. a 203; 146, ff. 6 v., 7, 12, 12 v., 13, 13 v., 14 v., 17 v., 24, 33 v., 40, 40 v., 43, 43 v., 46 v., 47, 47 v., 48 a 49 v., 50 v., 104 v. a 107, 133 v., 134, 145 v. a 148, 150 a 153, 155 a 161 v., 164 a 165, 167 a 168, 170 v. a 171 v., 174, 182 a 183, 193 a 194, 198 v. a 203, 208 a 209, 211 v. a 213, 215 v. a 218, 226 a 229. Como se ve, los seguros no se transcriben por orden, sino mezclados con otros documentos. Solo aparecen en unidad separada y continua a partir del comienzo del primer registro de la serie *Noli e securtà*, con fecha inicial de enero de 1563. <<

[176] Los *portate* de Liorna, a los que a menudo me referiré, constituyen, ante todo, los registros Mediceo 2079 y 2080 del A. d. S. Florencia. F. Braudel y R. Romano, *Navires et marchandises à l'entrée du port de Livourne*, París, 1951, *passim*. <<

[177] Los estudios actualmente en curso sobre el tráfico del puerto de Génova, que realizan Giovanni Rebora y Danilo Presotto, ofrecerán sin duda, una vez llevados a término, completa información acerca de las variaciones del tráfico naval según las estaciones. <<

[178] Cuando en los registros faltan las indicaciones, no puede decirse si es por culpa de los escribanos o del mal tiempo. <<

[179] J. B. Tavernier, *op. cit.*, en n. 1, I, p. 3, «las dos flotas inglesa y holandesa entraban ordinariamente en Liorna en la primavera y en el otoño». <<

[180] *Ibid.*, II, p. 2. <<

[181] P. Masson, *op. cit.*, p. 41, Trípoli en 1612. <<

[182] *Deutsche Pilgerreisen*, Gotha, 1889. <<

[183] *Ibid.*, pp. 286-287. <<

[184] F. Braudel y R. Romano, *Navires et marchandises à l'entrée du port de Livourne*, 1951. <<

[185] Ver vol. I, n. 175 de este capítulo. <<

[186] Pero dos jóvenes historiadores, Danilo Presotto y Giovanni Rebora, han emprendido un análisis sistemático de los documentos aduaneros de Génova, tesis manuscrita de la Facoltà di economia e commercio de Génova. <<

[187] Museo Correr, D. delle Rose, 45, 1 de enero de 1604, relato de Lamberto Siragusano, que salió de Alejandría de Egipto, en invierno, en compañía de un marsellés, Theodolo, que se le había unido en su barco. Al comienzo todo va bien: a velas desplegadas, se deslizan como delfines, pero en la costa de Asia Menor, cerca de Satalia, estalla una repentina tempestad. <<

[188] A. d. S. Nápoles, Sommaria Consultationum (referencia extraviada). <<

[189] B. Suárez a Simón Ruiz, Florencia, 8 de diciembre de 1583. A. Provincial Valladolid. <<

[190] A. d. S. Florencia. Mediceo 920. f. 355. Esta referencia está tomada de un trabajo inédito de Maurice Carmona (informe al C. N. R. S.). <<

[191] «Gebirgsbildung der Gegenwart in den Ost-Alpen», en *Natur und Volk*, t. 69, pp. 169-176. <<

[192] M. L. Cayeux, en *Annales de Géographie*, XVI, 1907. <<

[193] *Ricerche sul regime dei litorali nel Medit.*, Roma, 1936. <<

[194] *Indagine sulle recenti variazioni della linea di spiaggia delle coste italiane*, Roma, 1935. *Cf*. las referencias de A. Philippson, *op. cit.*, pp. 22-23, y los estudios de C. Cold, *Küstenveränderung im Archipel*, Múnich, 1886, y de Théobald Fischer, *Beitrage zur physischen Geographie der Mittelmeerländer, besonders Siziliens*, Leipzig, 1877. <<

[195] Ed. Le Danois, *L'Atlantique*, 1938, p. 162. <<

[196] Th. Monod, *L'hippopotame et le philosophe, op. cit.*, p. 100. <<

[197] A. Philippson, *op. cit.*, pp. 134-135. <<

[198] *Historische Geographie*, 1904, p. 188. <<

[199] A título muy general, W. Pahl, *Wetterzonen der Weltpolitik*, 1941, pp. 226-227. <<

[200] Ferdinand Fried, *Le tournant de l'économie mondiale*, 1942, p. 131. <<

[201] Citado por A. Philippson, *op. cit.*, pp. 133-134. <<

[202] Fritz Jager, *Afrika*, I, p. 53. <<

[203] Herbert Lehmann, en *G. Z.*, 1932, pp. 335-336. <<

[204] B. Bennassar, *Valladolid au* XVIe *siècle* (tesis en prensa). <<

[205] Emmanuel de Martonne, *Géographie Universelle*, VI, I, 1942, p. 140. <<

[206] Ignacio de Asso, *op. cit.*, 1798, p. 78, habla de una sequía de unos veinte años en Huesca. <<

[207] *Histoire et destin*, 1942, p. 62. <<

[208] *Il clima sulle Alpi ha mutato in età storica?*, Bolonia, 1937. <<

[209] Hans Hanke, en *Frankfurter Zeitschrift*, 23 de enero de 1943. <<

[210] B. Plaetschke, «Der Rückgang der Gletscher im Kaukasus», en *Pet. Mitteilungen*, 1937. <<

[211] N. Krebs, en *G. Z.*, 1937, p. 343. <<

[212] R. Pfalz, en *G. Z.*, 1931. La misma observación en Denijer, *A. d. Géogr.*, 1916, p. 359, las razas de las aldeas altas de los Alpes Dináricos. <<

[213] En Provenza, mortalidad de los olivos, a causa de las ráfagas del mistral, 1507, 1564, 1599, 1600, 1603, 1621-1622. P. George, *op. cit.*, p. 394. Diferente cronología en René Baehrel, *Une croissance: La Basse-Provence rurale (fin du XVIe siècle*-1789), 1961, p. 123, «los inviernos catastróficos» para los olivos: 1570, 1594, 1603, 1621, 1638, 1658, 1680, 1695, 1709, 1745, 1748, 1766, 1768, 1775, 1789. En Verona, en 1549, «*per il gran freddo si secarrono quasi tutti gl'olivi, le vite e altri alberi*». Lodovico Moscardo, *op. cit.*, p. 416. En Pépieux (Aude, arr. de Carcassonne), en 1587, nieve y olivos helados, J. Cunnac, *Histoire de Pépieux*, Tolosa, 1944, p. 73. En Toscana se helaron los olivares en 1594. G. Mecatti, *Storia cronologica.…*, II, p. 790. <<

[214] Lo cual se deduce del libro de Maurice Champion, *Les inondations en France*, 1861, III, pp. 212-213. <<

[215] *Mémoires historiques de la République sequanoise*, Dole, 1592, in-f., libro II, cap. XVIII. <<

[216] Citado por Ch. de Ribbe, *La Provence au point de vue des bois, des torrents et des inondations avant et aprés 1789*, 1857, p. 20. <<

[217] *Archivio storico italiano*, IX, p. 622. <<

[218] *Ibid.*, p. 624. <<

[219] Francisco de Vera al rey, Venecia, 30 de junio de 1601, A N., K 1677, Constantinopla 3 y 4 de junio de 1601. *Idem*. <<

[220] «Climatic Fluctuations and Population Problems in Early Modern History», en *Scandinavian Economic History Review*, 1955. <<

[221] Luis Cabrera de Córdoba, *Relaciones de las cosas sucedidas en la corte de España desde 1599 hasta 1614*, p. 166. Valladolid, 25 de enero de 1603. <<

[222] J. Castañeda Alcover, *Coses envengudes en la ciutat y regne de Valencia. Dietario de Mosen Juan Porcar, capellán de San Martín (1589-1629)*, Madrid, 1934, I, pp. 3, 4, 10, 47, 71. <<

[223] E. Le Roy Ladurie, *op. cit.*, p. 48. <<

[224] *Ibid.*, p. 46. <<

[225] *Ibid.*, p. 39. <<

[226] *Ibid.*, p. 37. <<

[227] B. Bennassar (tesis todavía inédita, *Valladolid au XVIe siècle*). <<

[228] J. Castaneda Alcover, *op. cit.*, pp. 222 y 324. <<

[229] Ignacio Olagüe, *La decadencia de España*, 1950, t. IV, c. XXV. <<

[230] Ignacio Olagüe, «El paisaje manchego en tiempos de Cervantes», en *Annales Cervantinos*, III, 1953. <<

[231] Como introducción a sus múltiples trabajos, ver su contribución a «Discussion: post-glacial climatic change», en *The quarterly Journal of the Royal Meteorological Society*, abril de 1949. <<

[232] *Le climat du Bassin Parisien: essai d'une méthode rationnelle de climatologie physique*, 1957. <<

[233] En particular en tres brillantes artículos suyos, «Histoire et climat», en *Annales E. S. C*, 1959; «Climat et récoltes aux XVIIe et XVIIIe siècles», *ibid.*; «Aspect historique de la nouvelle climatologie», en *Revue Historique*, 1961. <<

[234] Correr. D. delle Rose, 20. Me limito a mencionar brevemente esta amplia cuestión y la inmensa bibliografía en torno de ella a partir de la publicación del libro de Luigi Cornaro, *Trattato di acque del Magnifico Luigi Cornaro nobile Vinitiano*, Padua, 1560. La mejor guía la ofrece Roberto Cessi, «Evoluzione storica del problema lagunare», en *Atti del convegno per la conservatione e difesa della laguna della città di Venezia*, 14-15 de junio de 1960 (Istituto Veneto), pp. 23-64. <<

[235] *Op. cit*. <<

Primera parte - Capítulo V

[1] En la primera edición de este libro, este capítulo se titulaba: *Las rutas y las ciudades*. El título actual es un tributo a un comentario hecho por Lucien Febvre en una primera lectura de estas páginas. <<

[2] *An. d'bist. soc*, 11 de enero de 1940, p. 70. <<

[3] *Journal du voyage en Italie* (colección «Hier», 1932), p. 132. <<

[4] *Op. cit.*, II, 1, p. 195. <<

[5] *Op. cit.*, II, 3, I, p. 331. <<

[6] A. Philippson, *Das Mittelmeergebiet*, p. 219. <<

[7] *Op. cit.*, p. 295. <<

[8] G. Botero, *op. cit.*, I, p. 106, y II, p. 118, «casi dos veces tan poblada como París». Jacques Bongars, en Anquez, *Henri IV et l'Allemagne*, 1887, p. XXIV. <<

[9] Konrad Olbricht, «Die Vergrosstädterung des Abendlandes zu Beginn des Dreissigjährigen Krieges», en *Petermanns Mitteilungen*, 1939. <<

[10] F. Lot, *Les invasions barbares et le peuplement de l'Europe*, 1937, I, p. 110. <<

[11] *Cf*. vol. I, pp. 133 y ss. <<

[12] Gino Luzzatto, *Storia economica di Venezia dell' XI al XVI secolo*, Venecia, 1961, p. 42. En esta ruta, indicaciones de transporte de cueros de búfalo por vehículos de Barletta a Nàpoles; Nápoles; 22 de mayo de 1588, A. d. Ragusa, D. de Foris, VII, f. 245. <<

[13] Arnoldo Segarizzi, *Relazioni degli ambasciatori teneti*, Florencia III, 1.ª parte, 1927, pp. 10-13. <<

[14] G. Botero, *op. cit.*, I, p. 50. <<

[15] *Ibid.*, p. 9. <<

[16] Conde de Breves, *Voyages…*, *op. cit.*, p. 229. <<

[17] *Ibid.*, p. 5. <<

[18] Belon du Mans, *op. cit.*, p. 103. <<

[19] Charles Estienne, *La Guide des Chemins de France*, 2.ª edición, 1552; *Les voyages de plusieurs endroits de France et encore de la Terre Saincte, d'Espaigne, d'Italie et autres pays*, 1552. Nuevas ediciones, con variantes: París, 1553, 1554, 1555, 1556, 1558, 1560, 1570, 1583, 1586, 1588, 1599, 1600; Lyon, 1566, 1580, 1583, 1610; Ruán, 1553, 1600, 1658; Troyes, 1612, 1622, 1623. Para detalles ver: Sir Herbert George Fordham, *Les routes de France. Catalogue des Guides routiers*, 1929, y *Les guides routiers. Itinéraires et Cartes Routières de l'Europe*. Lila, 1926. <<

[20] Théodore Mayerne de Turquet, *Sommaire description de la France, Allemagne, Italie, Espagne, avec la Guide des Chemins*, Ginebra, 1591-1592, 1618, 1653; Lyon, 1596, 1627; Ruán, 1604, 1606, 1615, 1624, 1629, 1640, 1642. <<

[21] Giovanni Dall'Erba, *Itinerario delle poste per diverse parti del mondo*, Venecia, 1561. Otras guías de la misma época: Guilhelmus Gratarolus, *De Regimine iter agentium vel equitum, vel pedilum, vel mari, vel curru, seu rheda*, Basilea, 1561; Cherubinis de Stella, *Poste per diverse parti del mondo*, Lyon, 1572; Anónimo, *Itinerarium Orbis Christiani*, 1579; Richard Rowlands, *The post of the World*, Londres, 1576; Anónimo, *Kronn und Ausbundt aller Wegweiser…*, Colonia, 1579; Matthias Quadt, *Deliciae Galliae sive Itinerarium per universam Galliam…*, Fráncfort, 1603; Ottavio Codogno, *Nuovo Itinerario delle Poste per tutto il Mondo…*, Milán, 1608; Paulus Hentznerus, *Itinerarium Germaniae, Galliae, Angliae, etc.*, Norimbergae, 1612. <<

[22] *Das Mittelmeergebiet* (4.ª ed.), pp. 222-223. <<

[23] André Piganiol, *Histoire de Rome*, 1939, p. 522. <<

[24] Jean Delumeau, *Vie économique et sociale de Rome*, I, 1957, pp. 81 y ss. <<

[25] Jules Sion, «Problèmes de transports dans l'antiquité» (reseña crítica de la obra de Lefebvre des Noetres, *L'attelage. Le cheval de sell eà travers les âges*), en *An. d'hist. écon. et soc.*, 1935, pp. 628 y ss. <<

[26] Jules Leclercq, *De Mogador a Biskra: Maroc et Algérie*, 1881, p. 21. <<

[27] *La Pénisule Balkanique*, 1918, p. 195. <<

[28] Baron de Busbec, *op. cit.*, I, p. 103, tomando como prueba un detalle anecdótico, base evidentemente frágil. <<

[29] *Description de l'Afrique, tierce partie…*, ed. 1830, II, pp. 16-17. <<

[30] E. Von Ranke, art. cit., en *Vj. f. S. u. W. Gesch.*, 1924, p. 79. <<

[31] B. N. Florencia, Capponi, 239, 26 de enero de 1569. <<

[32] *Novelas ejemplares*, «El licenciado Vidriera». <<

[33] *CODOIN*, XXXIV, 1.º de mayo de 1580, p. 442; 4 de mayo de 1580, p. 453. <<

[34] Franceschi al dux de Génova, Valladolid, 31 de mayo de 1606, A. d. S. Génova, Spagna 15. <<

[35] Ver la nota siguiente. <<

[36] Felipe II al virrey de Nápoles; Toledo 13 de octubre de 1560; B. Com. de Palermo, 3 Qq., E 34, ff. 8-11. <<

[37] 22 de mayo de 1588. A. d. Ragusa, D. de Foris, f. 245. <<

[38] *Ar. st. it.*, IX, pp. 460 y 460 n. 1; 468 y 468 n. 1. <<

[39] Albert Babeau, *Les voyageurs en France*, 1885, pp. 68-69 (viaje de Paul Hentzner, 1598). <<

[40] Victor Berard, *Pénélope…*, *op. cit.*, p. 307; Chateaubriand, *Itinéraire*, *op. cit.*, p. 7. <<

[41] *Libro de Agricultura*, 1539, pp. 368 y ss. de la edición de 1598 (primera edición, 1513). <<

[42] *A. st. it.*, IX, p. 255, 2 de mayo de 1602. <<

[43] V. Lamansky, *Secrets d'Etat de Venise*, p. 616, 7 de diciembre de 1550. <<

[44] Sobre las razones de la decadencia de la cría caballar, *Cría de los cavallos*, Granada, Sim. Eo. 137. <<

[45] Giuseppe Mecatti, *Storia cronologica della città di Firenze*, II, pp. 802-803, en 1595. <<

[46] D. de Haedo, *Topographia.*… p. 180. <<

[47] El duque de Terranova al rey, Palermo, 22 de abril de 1572, Sim. Eo. 1137. <<

[48] G. Trevelyan, *History of England*, p. 287. <<

[49] A. de Herrera, *op. cit.*, p. 368. <<

[50] «Notizie», en *A. st. di Corsica*, 1932, pp. 296-297. <<

[51] *Ar. st. it.*, IX, p. 219: mercancías de valor de Nápoles a Florencia por vía terrestre. Conexiones entre Nápoles y Alemania por Florencia, a partir de 1592, G. Vivoli, *op. cit.*, III, pp. 198 y 350. Sobre los portes, *cf.* la evidencia negativa de J. Perret, *Siris*, 1941, y respuesta de André Aymard, *R. E. A.*, 1913, pp. 321-322. <<

[52] Wilfrid Brulez, De *firma della Faille*, p. 578. <<

[53] Émile Coornaert, *Un centre industriel d'autrefois. La draperie-sayetterie d'Hondschoote (XVIe-XVIIIe siècles)*, 1930, pp. 252-253, n. 3. <<

[54] Esmirna era ya un centro importante en 1550. Belon du Mans, *op cit.*, p. 89; los ragusinos iban ahí a cargar algodón; Paul Masson, *Historie du Commerce français dans le Levant au XVIIe siècle*, 1896, p. 125; J. B. Tavernier, *op. cit.*, I, p. 68; Guillaume de Vaumas, *L'Eveil missionaire de la France*, 1942, p. 102; P. Henri Fouqueray, *Histoire de la Compagnie de Jésus en France des origins à la suppression*, 1925, IV, pp. 342 y ss.; Gerard Tongas, *Les relations de la France avec l'Empire ottoman durant la première moitié du XVIIe siècle et l'ambassade de Philippe de Harlay, comte de Césy. 1619-1640*, 1942, p. 208; Baron de Tott, *Mémoires, op. cit.*, IV, pp. 85-86. <<

[55] Lo que sigue está tomado de una historia inédita de Nicolò Contarini. V. Lamansky, *op. cit.*, pp. 513-515. El hecho, señalado también por H. Kretschmayr y por F. C. Lane, aunque incidentalmente. Superabundante documentación inédita: A. d. S. Venecia. Papadopoli, códice 12, f. 23; en 1585, 16 000 *colli* de mercancías variadas fueron transportadas en barco del Neretva a Venecia, prueba de que este amplio rodeo estaba preparando el camino de la expansión de Spalato. Otras referencias: *Cinque Savii*, 138, ff. 77 v. a 79 v., 16 de junio de 1589; *ibid.*, f. 182, 24 septiembre de 1592; *ibid.*, 139, ff. 54 y 54 v., 23 de noviembre de 1594; Marciana, Notizie del mondo, 5837, 25 de enero de 1596. Museo Correr, D. delle Rose, 42, f. 35 v., 7 de septiembre de 1596; *ibid.*, 21, 1598, 1602, 1608; *Cinque Savii*, 12, f. 112, 2 de septiembre de 1610. Sobre la construcción del *Lazzaretto* de Spalato, A. d. S. Venecia, Senato Zecca, 17, 22 de abril de 1617. <<

[56] V. Lamansky, *op. cit.*, p. 514. <<

[57] F. C. Lane, *op. cit.*, p. 2. <<

[58] V. Lamansky, *op. cit.*, pp. 504 y ss. <<

[59] *Ibid.*, p. 514. <<

[60] Domenico Sella, *op. cit.*, pp. 2 y 55. <<

[61] *Idem*. <<

[62] *Cinque Savii*, Riposte 141, ff. 28 y 29, 19 de julio de 1607. <<

[63] *Ibid.*, 4, f. 1083, 19 de septiembre de 1626. <<

[64] *Ibid.*, 19, ff. 103 y 104, 20 de mayo de 1636. <<

[65] Ver vol. I, n. 62 de este capítulo. <<

[66] V. Lamansky, *op. cit.*, p. 514. <<

[67] Ver vol. I, pp. 385-386, y Domenico Sella, *op. cit.*, pp. 41 y ss. <<

[68] Ver vol. I, p. 685, fig. 43. <<

[69] Utilizo las notas que tomé durante la intervención del profesor Lütfi Gučer en el coloquio de junio de 1957, en la Fundación Giorgio Cini. <<

[70] Los rectores a O. de Cerva, Ragusa, 20 de mayo de 1593, A. de Ragusa, *Lettere di Levante*, 38, f. 113. También hubo sin duda una animación creciente de los transportes terrestres en África, alrededor de Orán, Diego Suárez, *op. cit.*, pp. 36, 47, 50, 86, 275 y 314. <<

[71] Dr. M. D. Grmek, «Quarantaine à Dubrovnik», en *Symposium Ciba*, abril de 1959, pp. 30-33. <<

[72] Giuseppe Tassini, *Curiosità Veneziane*, 1887, pp. 277-278. Con anterioridad a esta fecha se habían reagrupado los mercaderes turcos en Venecia. Senato Terra 67 (15 de mayo de 1575). Abundantes referencias sobre los mercaderes turcos y armenios en *Cinque Savii*, 3, 4, 13, 15, 17, 18, 19 (de 1622 a 1640). <<

[73] También en A. de Ragusa, *Diversa di Cancellaria*, 192 a 196. <<

[74] En su carta ya citada del 7 de noviembre de 1963. <<

[75] Rennée Doehaerd, *Études anversoises, Documents sur le commerce international à Anvers, 1488-1514*, I, 1963, *lntroduction*, p. 66. <<

[76] Jacques Heers, «Il commercio nel Medirerraneo alla fine del secolo XIV e nei primi anni del XV», en *Archivio Storico Italiano*, 1955. <<

[77] *Op. cit.*, p. 578. <<

[78] Domenico Sella, *op. cit.*, p. 72. <<

[79] Alberto Tenenti, *Naufrages, corsaires et assurances maritimes à Venise (1592-1609)*, 1959. <<

[80] *Ibid.*, pp. 59 y 60, tanto por ciento exacto de los seguros en Ragusa. Iorjo Tadić, carta del 7 noviembre 1963 ya citada. <<

[81] *Cinque Savii*, 141, ff. 32 a 33 v., 24 septiembre 1607. El precio de costeo de los seguros era, para Siria, de 8, 9 y 10 % a la ida y otro tanto al regreso. Su precio (solo ida o solo vuelta) es por lo general, en 1593 y 1594, de 5 %. A. d. S. Venecia, *Miscellanea*, Carte Private 46. ¿Están exagerando los *Cinque Savii* con el fin de lograr autorización para exportar plata a Siria? <<

[82] Evidentemente una hipótesis optimista. <<

[83] *Ibid.*, p. 567. <<

[84] *Ibid.*, pp. 563 y ss. <<

[85] A. de Ragusa, *Diversa di Cancellaria*, 192 a 196, y en especial 192 (f. 139, 30 de mayo de 1604, f. 176 v., 14 1604, el catalán); 194 (f. 44 v., 2 de mayo de 1605). <<

[86] Museo Correr, Prov. Div. C 989 (Mercatura e traffichi III). <<

[87] Felipe Ruiz Martín, *Lettres marchandes échangées entre Florence et Medina del Campo*, 1965, pp. CXVI y ss. <<

[88] Modesto Ulloa, *La hacienda real de Castilla en el reinado de Felipe II*, Roma, 1963, p. 187. <<

[89] Ramón Carande, *Carlos V y sus banqueros. La hacienda real de Castilla*, 1949, pp. 292 y ss. <<

[90] *La hacienda real…*, pp. 137-200. <<

[91] Simancas, Escrivania Mayor de Rentas, 1603-1604. <<

[92] *The Growth of the Antwerp Market and the European Economy*, 1963, II, pp. 311 y ss. <<

[93] A. d. S. Venecia, *Cinque Savii*, 4, bis, f. 44, 8 de mayo de 1636. <<

[94] R. Mantran, *op. cit.*, p. 489. <<

[95] S. Schweigger, *op. cit.*, p. 241. <<

[96] B. M. Sloane 1572, ff. 50 v. y 51, 2 de julio de 1633. <<

[97] A. d. S. Venecia, Dispacci Spagna, P. Gritti al dux, Génova, 30 de abril de 1616. <<

[98] R. P. Binet, *Essay des merveilles de nature et des plus nobles artifices* (ed. 1657, p. 97). <<

[99] Según el trabajo todavía inédito de Álvaro Castillo Pintado. <<

[100] Museo Correr, D. delle Rose, 217. <<

[101] De acuerdo con Simancas Eo. 160, ver *infra* pp. 402-403. A título de curiosidad, de gran interés en lo referente a la historia de las técnicas, A. Delatte, «L'armement d'une caravelle grecque du XVIe siècle, d'après un manuscrit de Vienne», en *Miscellanea Mercati*, t. III, 1946, pp. 490-508. Es un estudio de las proporciones de las diversas partes del navío en función de su tonelaje. Estoy en deuda con Hélène Bibicou por la traducción de este difícil texto. <<

[102] Simancas, Guerra Antigua, XX, f. 15, 15 de septiembre de 1541. El transporte de caballos requiere un tonelaje mínimo de 20 toneladas por caballo. <<

[103] Thomas Platter, en *Félix et Thomas Platter à Montpellier*, 1892, p. 303. <<

[104] Según Louis Dermigny, *La Chine et l'Occident. Le Commerce à Canton au XVIIIe siècle. 1719-1833*, 1964, el tonelaje de los grandes *Indiamen* era inferior a las 2000 toneladas; el *Hindustan* tiene una capacidad oficial de 1248 ton y desplaza en realidad 1890, t. I, pp. 202 y ss., 212 y 213. <<

[105] A. d. S. Venecia, Senato Mar., 6, f 185, 30 de junio de 1460. <<

[106] B. N. París, Ital. 1714, f. 109, J. A. Venier al dux, Rúan, 22 de febrero de 1532, copia. <<

[107] Jacques Heers, *Gênes au xve siècle. Activité économique et problèmes sociaux*, 1961, p. 278. <<

[108] Nuestro texto utiliza los primeros capítulos de un trabajo inédito de Alberto Tenenti y Corrado Vivanti sobre el sistema veneciano de las *galere da mercato*, que ha servido de base para el artículo: «Le film d'un grand système de navigation: Les galères marchandes vénitiennes XIVe-XVIe siècles», publicado por estos dos autores en *Annales E. S. C.*, XVI, 1961, núm. 1, pp. 83-86. <<

[109] Gino Luzzatto, *op. cit.*, pp. 41 y ss. <<

[110] *Ibid.*, p. 76. <<

[111] A. d. S. Notatorio di Collegio, 355. f. 104 v., 1 de diciembre de 1449. En la misma serie: 372, f. 108 v., 12 de abril de 1450 (915, 1150 y 1100 *botte*): 97, f. 29 v., 11 de junio de 1461 (2500 *botte*) 343, f. 87, 18 de febrero de 1471; 368, f. 96, 8 de junio de 1471 (una nave nueva de más de 1000 *botte*). <<

[112] A. d. S. Mantua, A. Gonzaga, Serie E, Venezia 1433, G. Brognolo al marqués de Mantua, Venecia, 7 de agosto de 1490. <<

[113] *Op. cit.*, I, p. 684, 26 de junio de 1497; pp. 802-803, octubre 1497. <<

[114] *Ibid.*, II, pp. 1244 y ss. Relación similar: Correr, D. delle Rose, 154, f. 69, 1499. <<

[115] La lista se confeccionó en Málaga, en julio de 1541, Simancas, Guerra Antigua, XX, f. 10. <<

[116] Louis Dermigny, *op. cit.*, t. I, pp. 202 y ss. <<

[117] A. d. S. Venecia, Senato Mar., 4, f. 28 v., 16 de enero de 1451. <<

[118] Museo Correr, D. delle Rose, 2509, 21 de octubre de 1502, *in rogatis*. <<

[119] *Op. cit.*, III, p. 413. <<

[120] Huguette y Pierre Chaunu, *Séville et l'Atlantique*, 1955, t. I, p. 127, n. 3, sobre las ordenanzas del 13 de febrero de 1552 y del 11 de marzo de 1587; limitación también de los tonelajes máximos: 400 ton en 1547, y 550 en 1628 para los navíos viajando en flota. <<

[121] J. Kulischer, *Allgemeine Wirtschaftsgeschichte des Mittelalters und der Neuzeit*, 1928 (reimpresión, 1958), II, p. 385. <<

[122] Albert Girard, *La rivalité commerciale de Séville et de Cadix an XVIIIe siècle*, 1932. <<

[123] Barradas, en Bernardo Gomes de Brito, *Histoire tragico-maritima*, 1904-1905, I, p. 221. <<

[124] *Journal de voyage de… Zane* (1579), inédito, P. R. O., 30, 25, 156, f. 32 v. <<

[125] Alfred de Sternbeck, *Histoire des flibustiers*, 1931, pp. 158 y ss. Abate Prevost, *Histoire Générale des voyages*, 1746, t. I, p. 355. ¿Habrá sido este hecho el que habrá inspirado la alusión a la carrera portuguesa que hace Cervantes en *La española inglesa*, una de sus *Novelas Ejemplares*? <<

[126] B. M. Sloane, 1572. <<

[127] B. Varenius, *Geographia Generalis*, Ámsterdam, 1664, p. 710. <<

[128] V. G. Scammell, «English merchant Shipping at the end of the Middle Ages: some East Coast Evidence», en *The Economic History Review*, 1961, p. 334; el tonelaje medio era de 42 toneladas en una fecha tan tardía como es el año 1572. <<

[129] John Harris, *Navigatium atque itinerantium bibliotheca*, Londres, 1746, I, p. 115. <<

[130] R. Hakluyt, *The principal Navigations. Voyages…*, II, segunda parte, pp. 112-113. <<

[131] J. Harris, *op. cit.*, I, p. 23. <<

[132] *La Armada Invencible*. Doc. pub. por Enrique Herrera Oria, Valladolid, 1929, p. 24. <<

[133] P. Charliat, *Trois siècles d'économie maritime française*, 1931, p. xxx. <<

[134] J. Kulischer, *op. cit.*, II, p. 1572. <<

[135] Sim. Eo. 174. <<

[136] *Idem*. <<

[137] Simancas, Guerra Antigua, XI, s. f., en 1538, *ibid.*, f. 56, *Relación de las naos y carabellas que se han hallado entrados los puertos deste reyno de Galicia*, indicaciones sobre las barcas cargadas de sardinas que van de Cartagena a Barcelona, sobre carabelas portuguesas, una cargada de azúcar, y la otra de cueros traídos de Irlanda. En medio de estos pigmeos, una carraca de 1000 toneladas en Vivero, «que a comun opinión es el major navío que ay desde Levante a Poniente». <<

[138] Sim. Eo. 160. <<

[139] «Relación de los navíos q. se han detenido en la baya de Cadiz y puerto de San Lucar de Barrameda y de sus partes, bondad, gente de mar y artillería en 29 de março 1595». Sim. Eo. 174. <<

[140] «Relación particular de los navíos q. están detenidos en los puertos de Cádiz, San Lucar, Gibraltar, Huelva». Sim. Eo. 174. <<

[141] «Relación de las urcas y filibotes que han entrado en este puerto de San Lucar de Barrameda desde los 3 de octubre hasta los 21 del dicho de 1595 y en la baya de la ciudad de Cadix y lo que viene en cada uno dellos». Sim. Eo. 174. <<

[142] Chevalier de Razilly a Richelieu, Pontoise. 26 de noviembre de 1626, B. N. París n.a., 9389, f. 66 v. <<

[143] *CODOIN*, II, p. 171, 12 de mayo de 1594. <<

[144] ¿El navío capturado (Henri Hauser, *Prépondérance espagnole*, 2.ª ed., 1940, pp. 148 y 154; R. Hakluyt, ed. J. M. Dent and Sons, 1927, t. V, pp. 1 y ss.) sirvió de modelo a los españoles? Afirmación muy discutible, pues el *Revenge* se hundió, poco después de su captura, durante una tempestad. Garret Mattingly, en *The American Historical Review*, IV, n. 2, enero de 1950, p. 351. En cualquier caso, es evidente que en una determinada fecha de finales del siglo XVI, las técnicas inglesas llegaron a España y el Mediterráneo. Armadores ragusinos (Simancas, Contaduría Mayor de Cuentas, Segunda época, 904, 20 de febrero de 1590) estaban construyendo galeones de tipo inglés, *Índice de la Colección de documentos de Fernández de Navarrete que posee el Museo Naval*, Madrid, 1946, n. 741. El documento, sin fecha, ha sido erróneamente fechado entre 1570 y 1580. Para una fecha más tardía y más exacta: Gregorio de Oliste a Felipe III, Nápoles, 13 de enero de 1604, se ocupa activamente «de la fábrica de los 12 galeones que V. M. me mandó hazer mediante el asiento». Simancas, Nápoles, Estado, 1 100. f. 8. Numerosas referencias, A. d. S. Nápoles, Sommaria Consultationum, 14 (ff. 229-233); 29 (ff. 44-45); 30 (ff. 31, 38-46, 49-53, 58-80, 158-9, 221-51). <<

[145] Referido por Fco. de Vara al rey, Venecia, 29 de julio y 5 de agosto de 1589. A. N., K 1674. <<

[146] Fidel de Sagarminaga, *El Gobierno… de Viscaya*, 1892, I, p. 73. <<

[147] Antonio de Quintadueñas a Simón Ruiz, Ruán, 16 de abril de 1565, citado por Henri Lapeyre, *Une famille de marchands, les Ruiz. Contribution à l'étude du commerce entre la France et l'Espagne au temps de Philippe II*, 1955, p. 212, n. 169. <<

[148] Informe final de Marco Ottobon, a su regreso de Danzig, 1591, referencia vol. I, p. 250, n. 76. <<

[149] *Ibid.*, Carta a los Proveditori alle Biave, Danzig, 7 de julio de 1591. <<

[150] Sobre todos estos problemas (tonelajes, construcciones *a carvel* y *a clin*, nombres de navíos y embarcaciones pequeñas) ver texto y notas de Henri Lapeyre, *op. cit.*, pp. 206 y ss. <<

[151] Frederic C. Lane, *Venetian Ships and Shipbuilders of the Renaissance*, 1934, p. 27. <<

[152] *Op. cit.*, VI, p. 71. <<

[153] Hasta 1564, nos dice F. C. Lane, «The Medit. spice trade», en *A. H. R.*, t. XLV, p. 581. <<

[154] J. López al rey, Venecia, 2 de jul. de 1569, Sim. Eo. 1326. <<

[155] Dr. Jules Sottas, *Les Messageries maritimes à Venise aux XIVe et XVe siècles*, 1936, p. 136. <<

[156] F. C. Lane, *op. cit.*, p. 47. <<

[157] Navagero, *op. cit.*, p. 1. <<

[158] S. Razzi, *La Storia di Raugia*, ed. 1903, p. 128. <<

[159] *Ibid.*, p. 156. <<

[160] 8 de marzo de 1565, Sim. Eo. 486. <<

[161] *Idem*. <<

[162] A. d. S. Nápoles, Sommaria Partium: 540, f. 51; 546, f. 229 v.; 559, ff. 267 v. y 268; 560, f. 73, f. 115 v., f. 185; 562, f. 55 v., f. 237 v.; 561, f. 101 v.; 594, f. 28 v. (la nave de 1000 toneladas —800 *carri*— que se estaba construyendo en Ragusa); 595, ff. 161 v. y 162. <<

[163] 6 de mayo de 1579, A. d. S. Florencia, Mediceo 1829, f. 67. <<

[164] A. d. S. Venecia, Senato Dispacci Spagna, Zane al dux, 15 de julio de 1583, las cifras se pueden encontrar en Museo Correr, Donà delle Rose, 154, f. 101. <<

[165] 31 de mayo de 1591. A. de Ragusa, D. de Foris, V. f. 15. <<

[166] 2 de junio de 1591. A. Civico, Génova, Consolato Francese 332. <<

[167] Miguel de Oviedo al rey, Cartagena, 19 de oct. de 1596, Sim. Eo. 176. <<

[168] 4 de marzo de 1596, A. de Ragusa, D. de Foris, IV, f. 85. <<

[169] Trapani, 10 de mayo de 1599. A. de Ragusa, D. de Foris, VIII, f. 25 v. <<

[170] El duque de Maqueda, virrey de Sicilia, a los jurados de Trapani, 21 de agosto de 1601, A. de Ragusa, D. de Foris, ff. 203 y 203 v., navío de 4000 *salmas*. <<

[171] Iorjo Tadić (carta del 7 de noviembre de 1963). <<

[172] A. d. S. Venecia, Capitolari, II C 112, 4 de noviembre de 1581, citado por G. Luzzatto, «Per la storia delle construzioni navali a Venezia nei secoli XV e XVI» en *Miscellanea di studi storici in onore di C. Manfroni*, Venecia, 1925, p. 397. <<

[173] G. Luzzatto, *op. cit.*, pp. 392 y ss. <<

[174] V. Lamansky, *op. cit.*, p. 560. <<

[175] Simancas, Guerra Antigua, XX, f. 13. <<

[176] *Ibid.*, f. 10. <<

[177] *Ibid.*, f. 15. <<

[178] *Ibid.*, f. 9. <<

[179] *Ibid.*, XLVI, f. 204. <<

[180] *Ibid.*, LIII, f. 206. <<

[181] Giuseppe Vivoli, *Annali di Livorno*, Liorna, 1842, III, p. 425. <<

[182] *Diarii*, LIII, p. 522. <<

[183] Según Auguste Jal, *Glossaire nautique*, 1848. <<

[184] F. Lane, *op. cit.*, p. 53; Casoni, «Forze militari», en *Venezia e le sue lagune*, 1847, p. 195. <<

[185] Alfredo Pino-Branca, *La vita economica degli Stati italiani nei secoli XVI, XVII, XVIII, secondo le relazioni degli ambasciatori veneti,* Catania, 1938, p. 209. <<

[186] 4 de noviembre de 1589, Consejo de Pregadi, A. de S. Venecia, Busta 538, f. 884. <<

[187] F. Lane, *op. cit.*, p. 52, n. 52; p. 53, n. 57. <<

[188] *Voyage du Levant*, p. 25. <<

[189] Pierre Grandchamp, *La France en Tunisie à la fin du XVIe siècle*, 1920, p. 88. <<

[190] B. Com. Palermo 3 Qq D 77 núm. 9, 26, 32. <<

[191] A. Com. Marsella, Serie HH, no clasificada. <<

[192] O al galeón marsellés de 450 ton que en 1561 hizo el viaje de Constantinopla, cargado de alumbre, y tocó en Quíos: Noticia del Levante, 12-14 de abril de 1561, Sim. Eo. 1051, f. 55. <<

[193] A. Civico Génova, septiembre de 1594, Consolato Francese, 332. Sobre el pequeño tamaño de los navíos marselleses ver el censo de las *saettie francese* llegadas a Venecia de 1581 a 1585, A. d. S. Senato Terra, 96. Un total de 37 arribadas: 6 en 1581; 9 en 1582; 7 en 1583; 9 en 1584; 6 en 1585. El más grande desplaza 164 *botte* (unas 82 toneladas), y 54 *botte* el más pequeño (27 ton). He dejado a un lado cuatro navíos cuya capacidad viene dada en *stara* (440, 440, 460 y 305). La media para los otros 33 se establece algo por encima de los 90 *botte*, o sea 45 ton. <<

[194] 14 de febrero de 1590, P. Grandchamp, *La France en Tunisie à la fin du XVIe siècle,* 1920, pp. 30-31. <<

[195] 6 de agosto de 1596, *ibid*., p. 81. <<

[196] 2 de junio de 1591, A. Civico, Génova, Consolato Francese, 332. <<

[197] Ver vol. II, p. 289, n. 144. <<

[198] *Histoire du Commerce de Marseille*, t. III, p. 193. <<

[199] P. Lescalopier, *op. cit.*, p. 26. <<

[200] Josip Luetic, *O pornortsup Dubrovacke Republik u XVIII stoljeću.* Dubrovnik, 1959, p. 190. <<

[201] Museo Correr, D. delle Rose, f. 217. <<

[202] *Ibid.*, ff. 8 y ss. <<

[203] Ver *infra*, pp. 798 y ss. <<

[204] V. *Infra*, II, p. 145, n. 15. <<

[205] N. Iorga, *Ospeti romeni in Venezia (1570-1610)*, 1932, p. 75. <<

[206] Ugo Tucci, «Mercanti Veneziani in India alla fine del secolo XVI», en *Studi in onore di Armando Sapori*, 1957, pp. 1091 y ss. <<

[207] Gilberto Freyre, *Casa Grande et senzala*, Río de Janeiro, 1946, t. I, p. 360. <<

[208] Brantôme, *Mémoires*, XI, p. 107. <<

[209] Philippe de Canaye, *Le voyage du Levant*, p. 114. <<

[210] Richard Busch-Zantner, «Zur Kenntnis der osmanischen Stadt», en *Geographische Zeitschrift*, 1932, pp. 1-13. <<

[211] J. Leclercq, *op. cit.*, 1881, p. 21. <<

[212] D. de Haedo, *op. cit.*, 178 v. En Argel, dos mercados por semana, con gran consumo de gente de las planicies y las montañas vecinas. <<

[213] A. Pino-Branca, *op. cit.*, p. 257. <<

[214] *Panni garbi*: paños de primera calidad. <<

[215] A la reina, 13 de febrero de 1567, Douais, *Dépêches.*…, III, pp. 36-37. <<

[216] El duque de Terranova al rey, 28 de agosto de 1575, Sim. Eo. 1144; 18 de febrero de 1576. Eo. 1145. <<

[217] Jacob Burckhardt, *Geschichte der Reinassance in ltalien*, ed. 1920, pp. 16 y 17. <<

[218] Barón de Tott, *Mémoires*, IV, pp. 71-73. <<

[219] *Le discours du voyage de Venise à Constantinople*, 1547, p. 31. <<

[220] Renée Doehaerd y Ch. Kerremans, *Les relations commerciales entre Gênes, la Belgique et l'Outremont*, 1952, I, pp. 77-78. <<

[221] A. Mehlan, «Die grossen Balkanmessen in der Türkenzeit», en *Vierteljahrschift für Sozial-und Wirtschaftsgeschichte*, XXXI, 1938, pp. 20-21. <<

[222] J. Tadić, *Dubrovcani po juznoj Srbiji u. XVI stolecu Glasnik Skop nauc dro*, VII-VIII, 1930, pp. 197-202. <<

[223] L. Bernardo, *Viaggio a Constantinopoli*, Venecia, 1887, p. 24, 1591. <<

[224] Una fábrica de escarlatas, Consejo del 20 de noviembre de 1575, A. Com. Marsella, BB 45, f. 330. <<

[225] Giacomo Pedro Luccari, *Annali di Rausa*, Venecia, 1605, p. 120. <<

[226] *Ibid.*, p. 139. <<

[227] G. Botero, *op. cit.*, I, p. 35. <<

[228] Marc Bloch, en *Mélanges d'hist. soc.*, I. pp. 113-114. <<

[229] Francesco Guicciardini, *Diario del viaggio di Spagna*, Florencia, 1932, p. 46. Para una comparación, Nimes en 1592, P. Georges, *op. cit.*, pp. 621-622. <<

[230] *Decadenza economica veneziana nel secolo XVII*, Coloquio de la Fundacion Giorgio Cini (27 de junio a 2 de julio de 1957), 1961, pp. 23-84. <<

[231] *Le Banquet*, p. 17, citado por Th. Scharten, *Les voyages et les séjours de Michelet en ltalie*, París, 1934, p. 101. <<

[232] Jacques Heers, *op. cit.*, pp. 74 y ss. <<

[233] B. N. París, Fr. 2086, ff. 60 v., 61 r. <<

[234] A. d. S. Venecia, *Cinque Savii*, Risposte 1602-1606, ff. 189, v., 195. <<

[235] *Op. cit.*, I, p. 38. <<

[236] Antonio de Capmany y de Montpalau, *Memorias históricas sobre la Marina, Comercio y Artes de la antigua ciudad de Barcelona*, Madrid, 1779, I, pp. 205 y ss. <<

[237] Felipe Ruiz Martín, catedrático de la Universidad de Bilbao, que me ha comunicado las líneas generales de su próximo libro. <<

[238] A. d. S. Venecia, Dispacci Senato Spagna, Fo. Moro al dux, Madrid…, 1615. <<

[239] La admirable serie de documentos de Simancas, Expedientes de Hacienda, 170, donde se puede encontrar, por añadidura, el padrón de la ciudad en 1561. <<

[240] A. d. S. Venecia, Senato Terra, 4, f. 138, 22 de marzo de 1460. <<

[241] *Le Loyal Serviteur, op. cit.*, p. 42. <<

[242] A. d. S. Venecia, Senato Terra 27, Brescia, 5 de marzo de 1558; el problema se había planteado anteriormente, *ibid.*, 24, Brescia, febrero-marzo 1556. <<

[243] A. d. S. Nápoles, Sommaria Consultationum 2, ff. 75 v. y 76, 7 de julio de 1550. <<

[244] Ver la amplia nota bibliográfica, *infra*, pp. 524-525. <<

[245] Que sería necesario revisar a la luz de las fuentes poco y mal utilizadas de Simancas. Esperemos contar pronto con los resultados de la investigación de Felipe Ruiz Martin. <<

[246] El acontecimiento más importante en este terreno ha sido la aparición del t. III y último de Karl Julius Beloch, *Berölkerungsgeschichte Italiens*, Berlín, 1961. <<

[247] La nueva línea revolucionaria de los estudios de Ömer Lutfi Barkan. <<

[248] E. Hobsbawm, «The Crisis of the 17th Century», en *Past and Present*, 1954, núm. 5, pp. 33-53; núm. 6, pp. 44-65. <<

[249] Álvaro Castillo Pintado, «El servicio de millones y la población del Reino de Granada en 1591», en *Saitabi, Revista de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Valencia*, 1961. <<

[250] Otto Brunner, *Neue Wege der Sozialgeschichte Vorträge und Aufsätze*, Göttingen, 1956, p. 87, y F. Braudel, «Sur une conception de l'Histoire sociale», en *Annales E. S. C.*, abril-junio de 1959. <<

[251] Earl J. Hamilton, *El florecimiento del capitalismo y otros ensayos de historia económica*, 1948, pp. 121-122. <<

[252] Daniele Beltrami, *Forze di lavoro e proprietá fondiaria nelle campagne venete dei secoli XVII e XVIII*, 1961, pp. 5 y ss. <<

[253] M. Moheau, *Recherches et considérations sur la population de la France*, 1778, pp. 257-258 y cuadro p. 276. <<

[254] Los legados del Concilio en Borromeo, Trento, 7 de agosto de 1561, Susta, *Die romische kurie und das konzil von Trient unter Pius IV*, 4 vols., Viena, 1904-1914, I, pp. 67-68 y nn. 68-69. <<

[255] G. Vivoli, *op. cit.*, III, pp. 15 y 24, n. 17. <<

[256] N. Iorga, *Ospiti romeni in Venezia*, *op. cit.*, p. 35. <<

[257] G. Mecatti, *op. cit.*, II, p. 766. <<

[258] *Almanacco di economia di Toscana dell'anno 1791*, Florencia, 1791. <<

[259] Así, en 1539, Rosario Russo, art. cit., en *Rivista storica italiana*, 1934, p. 435; así también en 1560, Sim. Eo. 1389 (19 de junio de 1560). Y en 1577, en Mesina, Sim. Eo. 1148, 9 de mayo de 1757. <<

[260] A. Serra, «Breve trattato delle cause che possono far abondare li regni d'oro e argento dove non sono miniere», en A. Graziani, *Economisti del Cinque e Seicento*, Bari, 1913, p. 164. <<

[261] A. d. S. Venecia, *Cinque Savii…*, Busta 2. <<

[262] B. N. París, Fr. 5599. <<

[263] Es decir, Rialto. <<

[264] G. Parenti, *Prime ricerche sulla rivoluzione dei prezzi in Firenze*, 1939, pp. 96 y ss. <<

[265] Giuseppe Mira, *Aspetti dell'economia comasca all'inizio dell'età moderna*, Como, 1939, pp. 239 y ss. <<

[266] Ver *infra*, p. 460. <<

[267] Sim. Eo. 1326, 29 de septiembre de 1569-1 de octubre de 1569. <<

[268] Consejo del 13 de diciembre de 1562, BB 41, ff. 25 y ss. <<

[269] Giuseppe Pardi, «Napoli attraverso i secoli», en *N. R. st.*, 1924, p. 75. <<

[270] Medidas solicitadas contra los pescadores del «barrio» de San Jehan, «quienes salen del puerto, consiguen y se llevan mucho más pan del que necesitan…», 7 de agosto de 1583, A. Comun. Marsella, BB 45 f. 223. <<

[271] Alexandre Agulftequi (?) a los cónsules de Marsella, Lyon, 11 de nov. de 1579, A. Com. Marsella. <<

[272] 28 de agosto de 1577, A. H. N., Inquisición de Barcelona, Libro I, f. 308. <<

[273] 12 de octubre de 1558, Inquisición de Valencia. Libro I, A. H. N. <<

[274] A. d. S. Venecia, Capi del Co. dei X, Ba. 594, f. 139, proyecto de compra 23 de junio de 1559; la misma petición, 16 de mayo de 1560, *ibid.*, f. 144. <<

[275] En Marsella, Consejo del 4 de mayo de 1572, prima de 6 sueldos por carga a los mercaderes, BB 43, ff. 144-145. A. Com. Marsella. <<

[276] A. Com. Marsella, BB 41, ff. 1-2. <<

[277] Pietro Lomellino a la señoría de Génova, Mesina, 8 de octubre de 1557, A. d. S. Génova, Lettere Consoli, Napoli, Messina 1-2634. <<

[278] En agosto de 1607, la escasez provocó una revuelta en Nápoles, *Archivio storico italiano*, IX, p. 266. Escasez decisiva más tarde en la insurrección de Mesina de 1647. Numerosas referencias: 23, 26, 27 de diciembre de 1559; 2 de enero de 1560, Sim. Eo. 1050, f. 3; 28 de enero de 1560, Eo. 1324, f. 72; 5 de noviembre de 1562, Eo. 1324, f. 154; 16 de diciembre de 1562, *ibid.*, f. 147; 8 de abril de 1563, f. 110; 18 de marzo de 1565, A. d. S. Venecia Senato Secreta Dispacci Napoli. núm. l; 7 de febrero de 1566, Sim. Eo. 1555; f. 25; 18 de enero de 1570; Sim. Eo. 1327; 3 de marzo de 1571, Sim. Eo. 1059, f. 68; 28 de febrero de 1571, *ibid.*, f. 60. <<

[279] 1527, Mario Branetti, «Notizie di Fonti et Documenti», en *Archivio storico di Corsica*, 1931, p. 531. <<

[280] H. Kretschmayr, *op. cit.*, III, p. 41. <<

[281] G. Mecatti, *op. cit.*, II, p. 764. <<

[282] M. Bandello, *op. cit.*, V, p. 167. En 1524, Salvatore Pugliese, *Condizione economiche e finanziarie della Lombardia nella prima metà del secolo XVIII*, 1924, p. 55, habla de 100 000 muertos. <<

[283] G. Vivoli, *op. cit.*, III, p. 268. <<

[284] *Idem*. <<

[285] *Idem*. <<

[286] *Idem*. <<

[287] «*Un picciol popolo è facilemente consumato da una pestilenza*», G. Botero, *op. cit.*, II, *Proemio* (p. 1), sin paginación en la edición de 1599. <<

[288] Ver vol. I, n. 280. <<

[289] Marciana, ital. 7299, *Memorie publiche dal anno 1576 al 1586*, 18 de marzo de 1584. <<

[290] Sobre la peste de 1576, ver el admirable estudio de Ernst Rodenwaldt, «Pest in Venedig 1575-1577. Ein Beitrag zur Frage der Infektkette bei den Pestepidemien West-Europas», en *Sitzungsberichte der Heidelberger Akademie d. Wissenschaften, Mathematischnaturwissenschaftliche Klasse*, Heidelberg, 1953, pp. 119 y ss. <<

[291] *Op. cit.*, pp. 315-316. <<

[292] Rene Baehrel, «La haine de classe en temps d'épidémie», *en Annales E. S. C.*, 1952, pp. 315-350, y más especialmente, «Économie et Terreur: histoire et sociologie», en *Annales hist. de la Révolution française*, 1951, pp. 113-146. <<

[293] A. d. S. Venecia, Senato Misti, 19, ff. 72 v. y 73, 3 de junio de 1478. <<

[294] Padre Maurice de Tolon, *Préservatifs et remèdes contre la peste ou le Capucin Charitable*, 1668, pp. 60 y ss. <<

[295] *Op. cit.*, II, p. 14. <<

[296] Pare P. Gil, *Libre de la historia cathalana…*, f. 81 r. <<

[297] A. de Ragusa; ver también la serie Diversa di Cancellaria, 137. <<

[298] *Ibid.*, 146, ff. 32 v., 140, 187 v., 205, 213 v., 215, etcétera. <<

[299] A. d. S. Florencia, Mediceo 4185, ff. 171-175. <<

[300] D. de Haedo, *op. cit.*, p. 8 v. (sobre los cabileños), p. 9 (sobre los andaluces). <<

[301] Ömer Lutfi Barkan, Conferencias inéditas pronunciadas en la École des Hautes Études, p. 11. <<

[302] B. M. Sloane, 1572, f. 61, julio-agosto 1633. <<

[303] B. Gerometta, *I forestieri a Venezia*, Venecia, 1858, p. 9. <<

[304] A. d. S. Venecia, Senato Terra, 101, mayo 1587. <<

[305] G. Hernández al rey, Venecia, 17 de junio de 1562, Sim. Eo. 1324, f. 136. N. Iorga, *op. cit.*, p. 136. Al lado de los griegos, armenios, circasianos y valacos. <<

[306] M. Bandello, *op. cit.*, IV, p. 68. <<

[307] Nicolò Crotto a Antonio Paruta, Angora, 2 de mayo de 1585; Cucina a Paruta, Venecia, 16 de abril y 25 de junio de 1509. A. d. S. Venecia, *Lettere Com.*, 12 *ter*, y N. Iorga, *op. cit.*, p. 19. <<

[308] G. de Aramon, *op. cit.*, p. 3. <<

[309] E. de Vera a Felipe II, Venecia, 23 de nov. de 1590, A. N., K 1674. <<

[310] P. Lescalopier, *op. cit.*, p. 29. <<

[311] G. Botero, *op. cit.*, I, 103. <<

[312] J. W. Zinkeisen, *op. cit.*, III, p. 266. <<

[313] G. Botero, *op. cit.*, I, p. 99. <<

[314] Ver, especialmente, el libro de J. Plesner, *L'émigration de la campagne libre de Florence au XIII siècle*, 1934. <<

[315] H. Kretschmayr, *op. cit.*, III, p. 194. <<

[316] N. de Nicolay, *Navigations et pérégrinations orientales, op. cit.*, p. 157, las casas ragusinas en Gravosa y sus huertos de naranjos y limoneros. <<

[317] Ver vol. I, n. 319 de este capítulo. <<

[318] Mateo Alemán, *De la vida del pícaro Guzmán de Alfarache*, 1615, I, pp. 24 y 29. <<

[319] Citado por G. Luzzatto, *op. cit.*, p. 145. <<

[320] B. M. Sloane, 1572. <<

[321] Robert Livet, *op. cit.*, p. 157. <<

[322] Según R. Busch-Zantner, *op. cit.*, *cf. infra*, II, pp. 97-98. <<

[323] L. Pfandl, *Introducción al Siglo de Oro*, Barcelona, 1927, pp. 104-105. <<

[324] H. Kretschmayr, *op. cit.*, II, p. 251. <<

[325] G. Vivoli, *op. cit.*, II, p. 52. <<

[326] H. Kretschmayr, *op. cit.*, II, p. 254. <<

[327] *Ibid.*, pp. 337-338. <<

[328] A. Petit, *André Doria…*, *op. cit.*, p. 6. <<

[329] *Ibid.*, pp. 32-33. <<

[330] *Ibid.*, pp. 216 y ss. <<

[331] *Cf*. vol. I, n. 333 de este capítulo. <<

[332] P. Egidi, *Emmanuele Filiberto*, 1928, p. 114. <<

[333] Scovazzi y Nobaresco, *Savona*, según las observaciones en *Rivista Storica*, 1932, p. 116. <<

[334] G. Botero, *op. cit.*, p. 39. <<

[335] Sobre Perusa, ver los buenos estudios de Tordi y de A. Bellucci, y *Archivio storico italiano*, t. IX, pp. 114 y ss. <<

[336] *Archivio storico italiano*, t. IX, p. 47. <<

[337] Sobre este pequeño caso de historia urbana, ver los estudios de Leopoldo Palatini, Visca y Casti. <<

[338] *Les aventures du capitaine Alonso de Contreras, 1582-1633*, ed. por Jacques Boulenger, 1933, pp. 222 y ss. <<

[339] D. de Haedo, *Topographia.*…, p. 173 v. <<

[340] *Novelas ejemplares*, «El Licenciado Vidriera», I, p. 263. <<

[341] De acuerdo con la tesis inédita de Maurice Carmona sobre Florencia y Toscana en el siglo XVII. <<

[342] Maurice Carmona, «Aspects du capitalisme toscan aux XVe et XVIIe siècles», en *Revue d'Hist. moderne et contemporaine*, 1964. <<

[343] Ver *supra*, especialmente p. 427. <<

[344] Ver *supra*, n. 18. <<

[345] El cónsul Raffaelo Giustiniano al duque y gobernador de Génova; Mesina, 3 de junio de 1561, A. d. S. Génova Lettere Consoli, Mesina, 1-2634. <<

[346] A. d. S. Génova, Giunta di Marina, Consoli nazionali ed esteri 1438-1599. <<

[347] R. di Tucci, «Relazioni commerciali fra Genova ed il Levante», en *La Grande Genova*, noviembre 1929, p. 639. <<

[348] G. Vivoli, *op. cit.*, IV, p. 23. <<

[349] Nicoloso Lomellino, por ejemplo, poseía 8 *carati* en la nave ragusina *Santa Nunciata*, cuyo patrón era Vo. Basilio, A. de Ragusa, Diversa de Foris, XII, f. 135, 4 de mayo de 1596. <<

[350] Museo Correr, Relación de Santolone sobre Génova (1684). <<

[351] J. Paz y C. Espejo, *Las antiguas ferias de Medina del Campo*, 1912, pp. 139-141, tienen razón al destacar como ejemplar la detención, en noviembre de 1582, del príncipe de Salerno, quien se negaba a ir a la feria de Medina del Campo. <<

[352] Laszlo Makkai, art. cit., ver vol. I, p. 513, n. 151. <<

[353] Sobre Burgos, A. de Capmany, *op. cit.*, II, pp. 323-324 y las importantes observaciones de R. Carande, *op. cit.*, p. 56. <<

[354] Jean Delumeau, *Vie économique et sociale de Rome dans la seconde molté du XVIe siècle*, París, 2 vols., 1959. <<

[355] Georges Yver, *Le commerce et les marchands dans l'Italie méridionale au XIIIe et au XIVe siècle,* 1903, pp. 1 a 5 y *passim*. <<

[356] Jean Delumeau, *op. cit.*, pp. 365 y ss. <<

[357] K. Julius Beloch, *op. cit.*, III, p. 357. <<

[358] Joseph Billioud, *Histoire du commerce de Marseille*, 1951, II, p. 551, no acepta que la ciudad pasase de un número de habitantes que oscilan entre los 30 000 y 45 000, mientras que la propia Marsella se attribuía 80 000. Archives communales de Marseille, BB 45, f. 207, 23 de marzo de 1583. <<

[359] E. Von Ranke, art. cit., p. 93. <<

[360] A. d. S. Nápoles, Sommaria Consultationum 31, ff. 110, 111, 7 de febrero de 1624. <<

[361] *Archivio storico italiano*, t. IX, p. 247. <<

[362] *Idem*. <<

[363] *Idem*. <<

[364] A. d. S. Nápoles, Sommaria Consultationum, 1, ff. 79-84, 27 de febrero de 1551. <<

[365] Para más amplios detalles sobre la posición ocupada por este prefecto en el cuerpo ejecutivo napolitano, el Tribunal de San Lorenzo, ver Bartolomeo Capasso, *Catalogo ragionato dell'Archivio municipale di Napoli*, 1876, I, p. 120. <<

[366] *Archivio storico italiano*, t. IX, p. 264, n. 1. <<

[367] B. Capasso, *op. cit.*, p. 51. <<

[368] Wilfrid Brulez, *op. cit.*, p. 576. <<

[369] A. d. S. Nápoles, Summaria Consultationum, 1, f. 235 v., 4 noviembre 1560. <<

[370] *Ibid.*, 13, f. 373 v., 20 de junio de 1597. <<

[371] Para el trigo de Apulia, *ibid.*, 5, 13 de abril de 1576; para el azúcar y la miel, *ibid.*, 33, f. 13, 135-137, 4 de febrero de 1625. <<

[372] Sobre el intento de las autoridades españolas de frenar el crecimiento de Nápoles, G. Botero, *op. cit.*, I, p. 114; 22 de marzo de 1560, Sim. Eo. 1050, f. 23; 1568, Sim. S. P. Nápoles, I; *Arch. st. it.*, t. IX, p. 247; B. N. París, hacia 1600, Esp. 127, ff. 17 y 19 v.; Giuseppe Pardi, art. cit., p. 73; y *passim* en el libro esencial de Giuseppe Coniglio citado antes. <<

[373] Felipe Ruiz Martín, «Fernando el Católico y la Inquisición en el Reino de Nápoles», en *V Congreso de la Corona de Aragón*, octubre 1952. <<

[374] En especial, Miguel de Castro, *Vida del soldado español Miguel de Castro* (Colección Austral), 1949, y también *Les aventures dμ capitaine Alonso de Contreras (1582-1633), op. cit.*, esp. pp. 17-20. <<

[375] Simancas, Nápoles, Eo. 1038, 1549. <<

[376] Felipe Ruiz Martín, art. cit., p. 320. <<

[377] Para estas cifras y la discusión de su veracidad, Robert Mantran, *Istanbul dans la seconde moitié du XVIIe siècle. Étude d'histoire institutionnelle, économique et sociale*, 1962, pp. 44 y ss. <<

[378] *Ibid.*, p. 84. <<

[379] *Voyage fait par moy. Pierre Lescalopier…*, f. 35. <<

[380] G. de Aramon, *op. cit.*, p. 93. <<

[381] P. Lescalopier, *Voyage…*, f. 31 v. <<

[382] G. de Aramon, *op. cit.*, p. 25. <<

[383] *Ibid.*, p. 93. <<

[384] R. Mantran, *op. cit.*, p. 40, y Ömer Lutfi Barkan, «L'organisation du travail dans le chantier d'une grande mosquée à Istanbul au XVI siècle», en *Annales E. S. C.*, año XVII, 1962, núm. 6, pp. 1093-1106. <<

[385] P. Lescalopier *Voyage.*…, f. 32. <<

[386] R. Mantran, *op. cit.*, p. 29. <<

[387] *Ibid.*, p. 27. <<

[388] E. Charrière, *Négociations…*, *op. cit.*, II, pp. 757-759, ct. Tott, *Mémoires*, *op. cit.*, I, p. 75. Para la lista de 22 incendios de 1640 a 1701, R. Mantran, *op. cit.*, pp. 44 y ss. <<

[389] P. Lescalopier, *Voyage…*, f. 33 v. <<

[390] *Ibid.*, f. 33 v. <<

[391] R. Mantran, *op. cit.*, pp. 44 y ss. <<

[392] P. Lescalopier, *Voyage…*, f. 37 v., nota que solo son treinta y que son «simples armazones de madera». <<

[393] *Ibid.*, f. 37 v. <<

[394] *Ibid.*, f. 38. <<

[395] *Ibid.*, f. 36 v. <<

[396] *Ibid.*, f. 37. <<

[397] R. Mantran, *op. cit.*, pp. 81 y ss. Sobre los caballos de Escútari hay muchas referencias de viajeros. <<

[398] *Cf.* P. Lescalopier, *Voyage…*, ff. 32 v. y 33. <<

[399] R. Mantran, *op. cit.*, p. 85. <<

[400] P. Lescalopier, *Voyage…*, f. 32. <<

[401] Salazar a S. M., Venecia, 5 de marzo de 1581. Simancas Eo. 1339: «Que 8 naves que avian llegado de Alexandria cargados de grano no havian bastado para mas de un solo dia». <<

[402] R. Mantran, *op. cit.*, pp. 181 y ss. Los documentos del fondo turco de la Bibliothèque Nationale de París, 40 y suplemento 1201, han sido analizados para mí por Halil Sahili Oglou. Ver el interesante artículo de L. Gucer, «Le commerce intérieur des céréales dans l'Empire ottoman pendant la seconde moitié du XVIe siècle», en *Revue de la Faculté des Sciences Économiques de l'Université d'Istanbul*, t. XI, 1949-1950. Y el valioso estudio de Walter Hahn, *Die Verpflegung Konstantinopels durch staatliche Zwangswirtschaft nach türkischen Urkunden aus dem 16. Jahrhundert*, 1926. <<

[403] R. Mantran, *op. cit.*, pp. 184 y 189. <<

[404] J. Gounon-Loubens, *Essais sur l'administration de la Castille au XVIe siècle*, 850, pp. 43-44. <<

Segunda parte

[1] Gabriel Audisio, *Sel de la mer*, 1936, pp. 177 y ss. <<

[2] Jean Weiller ha expuesto su punto de vista en «Les préférences nationales de structure et le déséquilibre structurel», en *Revue d'Économie politique*, 1949, y ha vuelto a tocar el tema varias veces, especialmente *Problèmes d'Économie internationale*, t. II, 1950 y *L'économie internationale depuis 1950*, 1965. Un útil resumen en el trabajo colectivo *Sens et usage du terme structure dans les sciences humaines et sociales*, 1962, Mouton, pp. 148 y ss. <<

Segunda parte - Capítulo I

[1] *Le problème de l'incroyance au XVIe siècle. La religion de Rabelais*, 1.ª ed., 1942; 2.ª ed., 1947, pp. 361 y ss. <<

[2] 28 de mayo de 1568. *CODOIN* XXVII, p. 6. <<

[3] 19 de julio de 1558. *Lettres de Jean Calvin*, publicadas por Bonnet, 1854, p. 207. <<

[4] Antonio de Guevara, *Epistres dorées, morales et familières traduites d'espagnol en français par le seigneur de Guterry*, 1558, pp. 79, 40, 63. En español, en *Biblioteca de Autores Españoles* (B.A.E.), 1850, t. XIII, pp. 86, 96, 103. <<

[5] A. N., K 1337, B 38, núm. 15, copia. <<

[6] A Felipe II, Poissy, 21 de diciembre de 1561, A. N., K 1495, B 13; núm. 105, orig. <<

[7] Roma, 30 de enero de 1570. B. N. París, Fr. 17989, f. 142. <<

[8] 5 de enero de 1567, *Dépêches de Fourquevaux*. III, p. 31. <<

[9] Es decir, los genoveses. <<

[10] Longlée a Villeroi, Barbastro, 8 de diciembre de 1585, ed. Albert Mousset, *op. cit.*, p. 211. <<

[11] El mismo remitente al mismo destinatario, Madrid, 1.º de febrero de 1584, *ibid.*, p. 17. <<

[12] Villeroi a J. B. de Tassis, París, 31 de enero de 1584, orig. A. N., K 1563. <<

[13] A. d. S. Venecia, Senato Dispacci Spagna, Pº Priuli al dux, Madrid, 19 de noviembre de 1612. <<

[14] Belon du Mans, *Les observations.…*, p. 78. <<

[15] Eugène Halphen, *Lettres inéd. du roi Henri IV à M. de Villiers*, 1887, p. 25. <<

[16] O esta carta de Fr. Jorge de Santiago al rey, escrita en Bolonia, el 28 de mayo de 1548: «*Porque pola via de Frandes que sera mais em breve por ser posta, escrevemos carta comun a Vossa Alteza…». Corpo diplomático portuguez*, VI, p. 254. O estas cuantas líneas de Nicot al rey de Francia, Lisboa, 28 de mayo de 1561: «Llegaron noticias a Flandes por la vía de Alejandría, de que hay gran emoción y motines en las Indias…», E. Falgairolle, *Jean Nicot, ambassadeur de France au Portugal au XVIe siècle, sa correspondance inédite*, 1887, p. 148. <<

[17] B. de Mendoza a Felipe II, París, 28 de noviembre de 1587, A. N., K 1566, nota autógrafa de Felipe II. <<

[18] No es fácil deducir la velocidad diaria del tiempo empleado en la totalidad del viaje, pues solo en raras ocasiones sabemos los recorridos exactos. He salvado este obstáculo, calculando las velocidades según distancias directas, a vuelo de ave, en el mar, y, por tierra, según las distancias actuales; lo que presenta el inconveniente de acortar las distancias reales. <<

[19] Salvo las asombrosas carreras de relevos sobre los 400 y pico kilómetros de Roma a Venecia; tres de ellas, entre 1496 a 1530, que señala Pietro Sardella, de un día y medio cada una, lo que da una velocidad de 10 a 15 km por hora. La distancia se cubría en un promedio de cuatro días. Ver las tablas de Pietro Sardella, *op. cit.*, y el cuadro que tomamos de él, vol. I, p. 483. <<

[20] Ver *infra*, Tercera Parte, cap. IV. Nobili al príncipe, Barcelona, 25 de junio de 1572, A. d. S. Florencia, Mediceo, 4903. <<

[21] G. del Caccia al príncipe, Madrid, 30 de junio de 1572, A. d. S. Florencia, Mediceo, 4903. <<

[22] Leonardo Donà al senado, Madrid, 21 diciembre 1570, en *La corrispondanza da Madrid dell'ambasciatore Leonardo Donà, 1570-1573*, public. p. Mario Brunetti y Eligio Vitale, 1963, I, p. 167. <<

[23] L. Fernández de Retana, *Cisneros y su siglo*, 1929-1930, I, p. 550. El mismo tiempo, dos días, para ir de Orán a Valencia emplearon las galeras de Venecia, en octubre de 1485, A. d. S. Mantua, Génova 757, 3 noviembre de 1485. <<

[24] *Op. cit.*, p. 93 v. Datos diversos: A. Thomazi, *H. de la navigation*, 1941, p. 26; Victor Bérard, *Pénélope…*, *op. cit.*, p. 181; G. de Toledo al rey sobre Dénia, 16 de julio de 1567, Sim. Eo. 149, f. 22: «… por tener por mucho más breve el camino de la mar que el de la tierra»; pero esta convicción entraña un error de D. García, quien, zarpando de Sicilia para España, pensó que era inútil prevenírselo al rey por tierra: partió el 27 de junio y no llegó a Denia hasta el 16 de julio. Sobre la carestía de los viajes terrestres, un ejemplo que parece de actualidad: el transporte por mar de América a Génova costaba menos que el trayecto más corto por tierra, de la misma mercancía, entre Génova y el interior de la Península. <<

[25] E. Hering, *Die Fugger*, 1940, p. 66. Sobre los servicios de Thurn y de Tassis, ver mapa núm. 102, *Zur Geschichte der deutschen Post (1506-1521)* del *Atlas* de Putzger. <<

[26] Saint-Gouard a Carlos IX, Madrid, 14 de septiembre de 1572, B. N. París, Fr. 16105. París-Barcelona:1001 kms.; París-Madrid: 1060. <<

[27] Fourquevaux al rey, Madrid, 19 de diciembre de 1570, *Dépêches.*…, II, p. 307. <<

[28] Y no el 8 de noviembre, como escribe R. Merriman, *The rise of the Spanish Empire*, Nueva York, 1918, IV, p. 145; C. Douais, *Dépêches de Fourquevaux*, II, p. 97; Nobili al principe, 16 de noviembre de 1571, A. D. S. Florencia, Mediceo, 490. <<

[29] G. de Silva al rey, Venecia, 4 de abril de 1573, Sim. Eo. 1332. <<

[30] 7 de abril de 1573, *CODOIN*, C II, pp. 72-81; 8 de abril de 1573, Sim. Eo. 1332; 17 de abril de 1573, Palmerini B. Com Palermo Qq D 84; 23 de abril. A. Vaticanes Spagna 7, ff. 198-199; Candía, 25 de abril, Capi del Co. dei X Lettere Ba 285, f. 165. Felipe II a G. de Silva, Madrid, 25 de abril de 1573, Sim. Eo. 1332; 22 de mayo, noticia de la paz publicada en Constantinopla, G. Mecatti, *Storia cronologica della Città di Firenze*, Nápoles, 1755, II, p. 753. <<

[31] *Voyage faict par moy, Pierre Lescalopier*, ff. 41 y 64 v. <<

[32] Londres, P. R. O., 30/25 f. 65, Francesco Contarini al dux, Dover, 26 enero 1610, copia. <<

[33] *Ibid.*, f. 46: Viaje de Francesco Contarini a Constantinopla. <<

[34] Tommaso Alberti, *Viaggio a Constantinopoli*, public. p. Alberto Bacchi della Lega, Bolonia, 1889, p. 13. <<

[35] Belon du Mans, *op. cit.*, p. 93 v. <<

[36] *Ibid.*, p. 85. <<

[37] A. de Ragusa, Diversa di Cancellaria 146, f. 46 v. 8 enero 1561. <<

[38] 25 de enero-3 de febrero-10 de abril-27 de abril, de 1564, Sim. Eo. 1393. <<

[39] 16-22 de abril de 1562, Sim. Eo. 1052, f. 26. <<

[40] A. d. S. Florencia, Mediceo 2079, ff. 212, 271, 274, 296, 297, 302, 304, 308, 311, 320, 323, 333, 405, 408. Una memoria española de diciembre de 1595 (B. N. Madrid, ms. 10454. f. 34) afirma, no obstante, que se iba de Sicilia al África en unas cuantas horas; las galeras de J. A. Doria hacían el viaje en una jornada (v. Tercera Parte, cap. IV) de La Favignana a La Goleta. Pero estas eran hazañas de las galeras. <<

[41] N. de Nicolay, *Navigations, pérégrinations et voyages.…*, Amberes, 1576, p. 12. <<

[42] A. d. S. Florencia, Mediceo 2079, ff. 305, 306 y 345. <<

[43] Cádiz, 2 de junio de 1561, Sim. Eo. 140. <<

[44] 2 de junio de 1561, Sim. Eo. 140. O sea, una media de 80 km diarios. <<

[45] Dr. Sottas, *op. cit.*, p. 183. <<

[46] Ver vol. I, p. 350. <<

[47] Es decir, los registros portuarios de las llegadas de barcos y mercancías. <<

[48] A. d. S. Florencia, Mediceo 2080. <<

[49] *Nouvelles et spéculations à Venise*, 1948. <<

[50] Ver al final de este capítulo (p. 611) la reproducción de una *carpeta*. <<

[51] Los cálculos precedentes están basados en la correspondencia de españoles establecidos en Venecia entre 1589 y 1597, y conservada (antes de la guerra) en los Archivos Nacionales, K 1674, 1675, 1676, y en Simancas, Eo. 1345. He tomado algunos ejemplos de las Lettere Commerciali, 12 *ter* A. d. S. Venecia. Notemos que el viaje de Ragusa a Constantinopla requería un mes en tiempo de invierno. La media que propone un cálculo contemporáneo (A. d. S. Venecia, Papadopoli, Codice 12, f. 26 v., hacia 1587) es en exceso optimista: en verano, el viaje de Constantinopla a Cattaro requeriría unos 16 o 17 días… «*Da Cattaro poi a Venetia con le fregate ordinarie secondo i tempi ma ut plurimum in otto giorni*»: es decir, un total de 24 o 25 días. Sobre el trayecto Venecia-Madrid, damos a continuación algunas cifras extraídas de la correspondencia de dos embajadores venecianos en Madrid, Pº Priuli y Pº Gritti: el 19 de noviembre de 1612 lleva ya Priuli 60 días sin noticias; dos cartas recibidas en Madrid el 5 y el 9 de diciembre de 1612 habían tardado 18 y 27 días respectivamente, habiendo sido enviadas ambas desde Venecia por correo urgente; el número de días que tardaron en llegar algunas cartas a manos de Gritti es: 33, 45, 21, 27, 26, 20 y 20… A. d. S. Venecia, Senato Dispacci. <<

[52] Ver *supra*, p. 482 y n. 48. <<

[53] A. d. S. Módena, Cancellaria Ducale d’Este, Venezia 77, VI/10. J. Tebaldi al duque de Ferrara, Venecia, 19 de enero de 1522. <<

[54] K. O. Müller, *Welthandelsbräuche 1480-1540*, reimpresión, 1962, p. 29. <<

[55] Excepción que confirma la regla: los genoveses envían correos especiales de Madrid a Amberes, con la intención de beneficiarse de la *largezza* del Norte, V. Vazquez de Prada, *op. cit.*, I, p. 36. <<

[56] Simancas, *Consejo y Juntas de Hacienda*, 28; en una lista de gastos de Chantonnay fechada a 14 de julio de 1560. <<

[57] Francés de Alava al rey, 6 marzo 1567, A. N., K 1507, n. 70, citado por H. Forneron, *Histoire de Philippe II*, 1881, t. II, p. 219, n. 1. Este correo fue enviado por los rebeldes de los Países Bajos a Montigny, que estaba entonces en España. Ver V. Vázquez de Prada, *Lettres marchandes d'Anvers*, 1960, I, p. 40. <<

[58] Henri Lapeyre, «El archivo de Simón y Cosme Ruiz», en *Moneda y Crédito*, junio 1948. <<

[59] British Museum, Add 14009, f. 38, Consulta de Consejo de Italia, Madrid, 2 octubre 1623. <<

[60] V. Vázquez de Prada, *Lettres marchandes d'Anvers*, I, pp. 241-242. <<

[61] Cálculos y cartografía de Frank Spooner, basados en mis cálculos. Sería posible trazar un mapa de las distancias relativas en el siglo XVI. R. Gascón ha hecho uno con centro en Lyon, *op. cit.*, en esp. p. 308. <<

[62] *Mémoires du Duc de Sully* (nueva edición), 1882, I, p. 68. <<

[63] R. Gascón, *op. cit*. (texto escrito a máquina), p. 318. <<

[64] A. d. S. Venecia, el baile al dux, Constantinopla, 8 de agosto de 1605. <<

[65] R. Gascón, *op. cit.*, p. 308, da para el siglo XVI las siguientes velocidades (medias): las mercancías viajaban de 17 a 44 km diarios (44, por la ruta de Lyon a los Países Bajos, pasando por Amiens; 17 por la de Burgos al Macizo Central); Saona arriba, de 14 a 25, y Ródano abajo hasta 90. Entre Roane y Tours el transporte era veloz, 65 km diarios. Velocidad media de los viajeros a lomos de caballo, 40, y 90 viajando en la posta. Los correos rápidos a Italia, entre 170 y 200. <<

[66] Yves Renouard, «Comment les papes d'Avignon expédiaient leur courrier», en *Revue Historique*, 1937. Ver en particular el cuadro de la página 59 (tirada aparte), estas velocidades, dice el autor, «son, que sepamos, las más rápidas de la época». Ver también su elevado precio, *ibid.*, p. 29. Para conclusiones análogas a las desarrolladas en nuestro parágrafo: Armando Sapori, *Studi di storia económica*, 3.ª ed., 1955, pp. 635-636. <<

[67] Frederic C. Lane, *Andrea Barbarigo, merchant of Venice (1418-1449)*, 1944, pp. 199 y ss. <<

[68] Ferdinand Fried, *Le tournant de l'écon. mondiale*, 1942, pp. 67-68. <<

[69] *Ibid.*, pp. 66-67. <<

[70] *Tour du monde d'un sceptique*, 1932, p. 37. <<

[71] G. Botero, *op. cit.*, II, pp. 8 y ss. <<

[72] A. d. S. Venecia, *Annali di Venezia*, f. 185, 26 de septiembre de 1578. <<

[73] Comunicación del obispo de Limoges al cardenal de Lorena, 27 de julio de 1560, en L. Paris, *Négociations… relatives au règne de François II*, I, p. 49. <<

[74] *Ibid.*, p. 562, el obispo de Limoges al cardenal de Lorena, 26 de septiembre de 1560. <<

[75] Martin Philippson, *Ein Ministerium unter Philipp II. Kardinal Granvella am spanischen Hofe (1579-1586)*, 1895, p. 76. <<

[76] Memorie politiche dal 1576 al 1586, Marciana, 7299, 18 de marzo de 1584, «*Che il Re di Spagna haveva molti ministri che desiderano novità come il Cardinale Granvella et don Joan di* (Idiáquez…)». <<

[77] A. d. S. Venecia, Fondo Papadopoli, Codice 12, f. 26 v. (1587), es la velocidad media de las cartas del baile veneciano en el trayecto de Estambul a Cattaro (según un estadístico de la época). <<

[78] Londres, P. R. O., 30/25, 21, Venecia, 14 diciembre 1686. <<

[79] Florencia, Laurentiana, Ashb, 1484. «La retentione delle galee grosse della lllustrissima Signoria di Venetie…». <<

[80] Precisiones y referencia a Pegolotti en W. Heyd, *Histoire du commerce du Levant*. II, p. 120. n. 3. <<

[81] 3 de julio de 1561, B. N. París, Fr. 16103, f. 3 v.: «*la tardità con la quale caminano qua tutti i negotii*», G. de Nobili al duque, Madrid, 20 de marzo de 1566, A. d. S. Florencia, Mediceo 4898, f. 41. <<

[82] B. de Mendoza a J. de Idiáquez, París, 16 de julio de 1587, A. N. K 1448. <<

[83] *Lettere edite e inedite di Filippo Sasetti*, public. por Ettore Marcucci, Florencia, 1855, p. 279. <<

[84] Sobre este incidente, ver numerosos documentos en Simancas, A. N., serie K: 2 de junio de 1576, K 1541; 3 octubre 1576, K 1542 núm. 4 A; 3 octubre, *ibid.*, núm. 3; 4 octubre, *ibid.*, núm. 4; 8 octubre 1576, *ibid.*, núm. 11; 12 octubre 1576, *ibid.*, núm. 15; 13 octubre, *ibid.*, núm. 16; 14 octubre, *ibid.*, núm. 17; 15 octubre. *ibid.*, núm. 19; l7 octubre, núm. 20; 18 octubre, núm. 21; 18 octubre, núm. 22; 21 octubre, K 1542, 23 octubre, núm. 30; 25 octubre, 30 octubre, núm. 35; 18 noviembre y 19 diciembre 1576 (núm. 64); Enrique (de Navarra) a Felipe II. Agen, 3 abril 1577, 29 abril 1577, K 1543, núm. 38 A; Felipe II a M. de Vendôme, 8 abril de 1577, K 1542, núm. 62; 2 julio, núm. 52; 12 julio, núm. 45, 2 agosto, K 1542; 4 agosto 1577, núm. 59, 12 agosto, núm. 61; 17 agosto, núm. 62; 19 agosto, núm. 69. <<

[85] K. O. Müller, *op. cit.*, p. 39. Los días extra se contaban a partir de la llegada de las letras. <<

[86] J. G. da Silva, *Stratégie des affaires à Lisbonne entre 1595 et 1607*, 1956, p. 92, lámina V. <<

[87] Federigo Melis, *Aspetti della vita economica medievale*, 1962, pp. 455 y ss., estudia el problema a finales del siglo XVI. Y la situación apenas ha cambiado en el siglo XVI. <<

[88] Ver *supra*, pp. 258-260. <<

[89] K. O. Müller, *op. cit.*, p. 49. <<

[90] A. de Ragusa, Diversa di Cancellería 131, ff. 1 a 6. <<

[91] B. Suárez a Simón Ruiz, Florencia, 30 marzo 1590, Archivo Ruiz, Archivo Histórico Provincial, Valladolid. <<

[92] Arringhe varie, Museo Correr, 1999 (sin fecha). <<

[93] F. C. Lane, *op. cit.*, pp. 101-113. <<

[94] Ver *supra*, p. 300, n. 274. <<

[95] Herman van der Wee, *op. cit.*, II, pp. 319 y ss. <<

[96] Museo Correr, Cicogna, 1933, ff. 162 y 162 v., 30 julio 1602. <<

[97] A. d. S. Venecia, Dispacci Spagna, F. Morosini al dux, Madrid, 22 septiembre 1614. <<

[98] *Diario de Gregorio Martín de Guijo, 1648-1664*, public. por M. R. de Terreros, 1953, 2 vols., t. II, p. 76. En lo que concierne a los largos viajes a las *Indias Orientales*, Francois Pyrard escribe a comienzos del siglo XVII: «… llegaron a Goa cuatro grandes carracas… eran cinco al partir de Lisboa, pero no sabían qué había ocurrido con la quinta… en cada carraca iban embarcadas hasta mil personas, y cuando llegaron a Goa, apenas quedaban 300 en cada una, y la mitad de ellas estaban enfermas»; *Voyage de François Pyrard de Laval, contenant sa navigation aux Indes orientales.…*, 1619, II, p. 385 (*sic* por 285), citado de otra edición y en términos ligeramente diferentes, por Stefan Stasiak, *Les Indes portugaises à la fin du XVIe siècle d'après la Relation du voyage fait a Goa en 1546 par Christophe Pawlowski, gentilhomme polonais*, Leópolis, 1926, p. 33, n. 122. Ver también *Os Lusiadas*, V, 81-2. <<

[99] A. d. S. Mantua, Aº Gonzaga, Serie E, Venezia 1431, Giovanni de Strigi al marqués de Mantua, Venecia, 17 marzo 1464. <<

[100] Huguette y Pierre Chaunu, *Séville et l'Atlantique,* III, p. 36. <<

[101] Gerónimo de Valladolid a Simón Ruiz, Sevilla, 15 febrero 1563, A. P. Valladolid. <<

[102] Simancas, Consejo y Junta de Hacienda, 46, prior y cónsules de Sevilla a S. M., Sevilla, 2 julio 1562. <<

[103] Lo mismo había ocurrido antaño en las ferias de Champaña, y después en muchas otras, *cfr*. Robert Henri Bautier, «Les foires de Champagne», en *Recueils de la Société Jean Bodin*, V. *La foire*, 1953, pp. 97-145. <<

[104] Esta feria de la Sensa de que habla M. Sanudo, *op. cit.*, I, columna 959 (mayo 1498), y que citan las correspondencias mantuanas, hacía venir a la ciudad buen número de mercaderes extranjeros. A. d. S. Mantua, Venezia, 1431, de Strigi al marqués, Venecia, 10 de mayo de 1461. Quizá la han subestimado los historiadores de Venecia. <<

[105] Museo Correr, Donà delle Rose, 181 f. 62, informe del *zornalier del giro di banco* (de Rialto) Giovan Battista Pereti (?), julio 1604: «*et il più delle volte non vi è un quatrino de contati*». <<

[106] Corrado Marciani, *Lettres de change aux foires de Lanciano*, 1962. <<

[107] Armando Sapori, *Studi di storia economica medievale*, 1946, pp. 443 y ss. sobre «La fiera di Salerno del 1478». <<

[108] Giuseppe Mira, «L’organizzazione fieristica nel quadro dell’economia della Bassa Lombarda alla fine del Medio Evo e nell’età moderna», en *Archivio storico lombardo*, 1958. <<

[109] Giulio Mandich, «Istituzione delle fiere veronesi (1631-1635) e riorganizzazione delle fiere bolzanine», en *Cultura Atesina*, 1947. <<

[110] Robert Brunschvig, «Coup d'oeil sur l'historie des foires à travers l'Islam» en *Recueils de la Société Jean Bodin*. V, *La foire*, 1953, pp. 58-59. <<

[111] J. Cvijić, *op. cit.*, pp. 196-197, y Mehlan, «Die grossen Balkanmessen in der Tùrkenzeit», en *Vierteljahrschrift für Sozialgeschichtel*, 1938. <<

[112] Ver *infra*, p. 507, n. 122. <<

[113] Virginia Rau, *Subsidios para o estudo das feiras medievais portuguesas*, 1943. <<

[114] Corrado Marciani, *op. cit.*, p. 4. <<

[115] Viaje de Francesco Contarini, mayo 1581, P. R. O., 30, 25, 157, f. 66 v. <<

[116] A. d. S. Nápoles, Sommaria Partium 566, ff. 216 v. y 217, 2 septiembre 1567. <<

[117] A. d. S. Nápoles, Sommaria Partium, 528, f. 204. <<

[118] Una especie de pequeñas cintas. <<

[119] Corrado Marciani, *op. cit.*, pp. 1 y 9-10. <<

[120] R. Gascón, *op. cit.*, p. 284, A. Communales Lyon, BB 101, f. 58. <<

[121] Jacob van Klaveren, *op. cit.*, p. 198, y Regla, en *Historia Social de España*, de J. Vicens Vives, III, p. 351. <<

[122] Noël Salomon, *La campagne en Nouvelle Castille à la fin du xvie siècle, d'après les «Relaciones Topográficas*», 1964, pp 119-120. <<

[123] Julio Caro Baroja, *Los moriscos del Reino de Granada*, 1957, p. 95, n. 189, descripción de la Alcaicería, con sus sedas y sus tejidos, según Bermúdez de Pedraça. <<

[124] *Ibid.*, p. 56. <<

[125] M. Le Lannou, *op. cit.*, p. 13, según Alberto della Marmora, *Voyage en Sardaigne ou description physique et politique de cette île*, 2.ª ed., 3 vol., París y Turén, 1839-1860. <<

[126] Miguel Battlori, «Ensenyament i finances a la Sardanya cincentista», en *Hispanic Studies in Honour of I. González Llubera*, Oxford, 1959, separata, pp. 4-5. <<

[127] J. Albitreccia, en P. Leca, *Guide.*…, p. 16. <<

[128] A. Marcelli, *Intorno al cosidetto.…*, pp. 415-416; diciembre 1573. <<

[129] A. P. Filippini, *Istoria di Corsica*, 1.ª ed., Turnon, 1594, I v. 2.ª ed., Pisa, 1827-1831, 5 vol., Libro XII, vol. 5, p. 382, citado por F. Borlandi, *op. cit.*, p. 70, n. 9. <<

[130] Hans Hochholzer, «Kulturgeographie Siziliens», en *Geogr. Zeitschrift*, 1935, p. 290. <<

[131] E. Albèri, *op. cit.*, II, V, p. 477, 1574. <<

[132] Ignacio de Asso, *op. cit.*, pp. 55-58. <<

[133] Sobre esto, ver el libro general de J. Ortega Rubio, *Relaciones topográficas de españa*, 1918, y, sobre todo, las publicaciones relativas a la provincia de Guadalajara (J. C. García y V. Villamil, 1903-1915), y a la diócesis de Cuenca (P. J. Zarcos Cueva, 1927). Ver también los importantes estudios de Carmelo Viñas y Mey y Ramón Paz, *Relaciones de los pueblos de España ordenadas por Felipe II*, I, Madrid, 1950; II, Toledo, 1951; III, Toledo, 1963. De importancia general es el libro ya citado de Noël Salomon, *cf. supra*, p. 507, n. 122. <<

[134] Jesús García Fernández, *Aspectos del paisaje agrario de Castilla la Vieja*, 1963, pp. 4 y ss. <<

[135] E. Albèri, *op. cit.*, I, III, p. 267. <<

[136] Tommaso Alberti, *Viaggio a Costantinopoli, 1609-1621*, Bolonia, 1889, p. 6. <<

[137] Acerca de los países búlgaros, v. I. Sakazov, *op. cit.*, p. 212. <<

[138] *Op. cit.*, I, p. 201. Casi un siglo más tarde Tavernier nota, en Belgrado, la misma abundancia: dos escudos diarios por 14 personas (y aunque había subido el coste de la vida, el pan, el vino, la carne, todo es excelente «y no cuesta casi nada en esta ciudad»). *Histoire genérale des Voyages de John Green*, traducción y continuación del abate Prévost, X, p. 118. <<

[139] Fabio Canal al Consejo de los Diez, Spalato, 21 de enero de 1582, A. d. S. Venecia, Lettere ai Capi del Consiglio dei Dieci, Spalato, Busta 281, f. 67. <<

[140] Ver *supra*, c. III, p. 259, n. 116. <<

[141] Leopold Chatenay, *Vie de Jacques Esprichard Rochelais et Journal de ses voyages au XVIe siècle*, 1957, p. 148: los viajeros deben procurarse por sí mismos en las «*hostelleries de Poulogne* la cama en la que han de dormir… e incluso la carne, las bebidas y la luz». <<

[142] G. Antonio Venier al dux, Ruán, 22 febrero 1532, B. N. París, Ital., 1714, f. 189, copia; ver también M. Sanudo, *op. cit.*, LVI, col. 244-245, 15 abril 1532. <<

[143] John Buchan, *Oliver Cromwell*, Londres, 1934, p. 22. <<

[144] P. Boissonnade, «Le mouvement commercial entre la France et les Îles Britanniques au XVIe siècle», en *Revue Historique*, mayo-septiembre 1920. <<

[145] V. *supra*, p. 198. <<

[146] *Col. de doc. inéd. del Archivo Gral. de la Corona de Aragón*, t. XXXIX, p. 281. Ignacio de Asso, *op. cit.*, p. 384. A. Schulte, *op. cit.*, I, pp. 308 y ss. <<

[147] Ignacio de Asso, *op. cit.*, pp. 57-58. <<

[148] *Ibid.*, p. 263. <<

[149] En el siglo XVI se fabricaban paños en la misma Jaca, I. *ibid.*, p. 208. <<

[150] F. Belda Y Perez de Nuros, *Felipe II, op. cit.*, pp. 30 y ss. <<

[151] Laszlo Makkai, «Die Entstehung des gesellschaftlichen Basis des Absolutismus in der Ländern der österreischischen Habsburger», en *Études historiques*, public. p. la Comisión Nacional de Historiadores húngaros, 1960, t. I, pp. 627-668. <<

[152] Giuseppe Parenti, *Prime ricerche sulla rivoluzioni dei prezzi in Firenze*, 1939, especialmente p. 76: la zona normal de abastecimiento de Florencia no excede las 30 *miglia*, y a veces, menos, p. 94. <<

[153] A. d. S. Florencia, Misc. Medicea, 51. <<

[154] B. Bennassar, *op. cit.*, y en especial 2.ª parte, cap. II, *Les moyens de l'économie* (texto escrito a máquina). <<

[155] Y así estaba haciendo desde 1444, A. d. S. Venecia, Notatorio di Collegio, 8, f. 1, 10 de julio de 1444: las barcas, *barchiele, «veniunt Venetias cum caseo, ovis de Casali Maiori, Bessillo et aliis locis Lombardie…»*. <<

[156] Museo Correr, Donà delle Rose, 451. <<

[157] Alberto Tenenti, *Cristoforo da Canal*, 1962, p. 176. <<

[158] J. A. Van Houtte, «Bruges et Anvers, marchés *nationaux* ou *internationaux* du XIVe au XVIe siècle?», en *Revue du Nord*, 1952. <<

[159] Uno de los textos clásicos de la historia veneciana, reproducido con frecuencia, por ejemplo en *Bilanci Generali*, 1912, vol. I, t. I, pp. 577 y ss. <<

[160] Corrado Barbagallo, *Storia Universale*, III, 1935, p. 1107. <<

[161] A. d. S. Mantua, Aº Gonzaga, B. 1431, Johannes de Strigys al marqués, Venecia, 16 mayo 1472 y cartas siguientes. <<

[162] *Ibid.*, el mismo remitente al mismo destinatario, 6 junio 1472. <<

[163] A. S. V. Venecia, Brera 51, Cronaca Veneta, f. 105 v. I marzo 1448. Para información sobre la decadencia de La Tana, 22 mayo 1453, A. d. S. Venecia, Senato Mar., 4, f. 181. Encontramos todavía un «cónsul Tane», nombrado el 28 marzo 1460, *ibid.*, 6, f. 163; consideraciones sobre el comercio de esclavas compradas en Caffa, 2 julio 1474, A. d. S. Mantua, Aº Gonzaga, Serie E. Levante a Corte Ottomana, 795. <<

[164] A. Guidoni al duque de Módena, Venecia, 12 septiembre 1489, A. d. S. Módena, Venezia VII-54, II-8. Cifras conocidas de oídas. Cierta correspondencia habla de 2 000 000 de ducados que «según los venecianos» (*secondo loro*) habían traído a su vuelta las galeras de Alejandría y de Beirut, Giovanni di Strigi al marqués de Mantua, Venecia, 28 febrero 1471. A. d. S. Mantua, Serie E, Venezia, B 1431. <<

[165] M. Sanudo, *op. cit.*, I, col. 734. <<

[166] *Ibid.*, I, 885-886. Sobre el lujo de la vestimenta masculina, Senato Terra 15, ff. 86 v. y 87, 7 enero 1506; contra los excesos gastronómicos, *ibid.*, f. 42, 21 noviembre 1504; contra la extravagancia del vestido femenino, *ibid.*, ff. 190 y 191, 4 enero 1508; contra los festines, M. Sanudo, *op. cit.*, I, col. 822. Pero Sanudo enumera con complacencia la lista de platos suntuosos que ha degustado en los festines venecianos. <<

[167] A. d. S. Venecia, Senato Mar., 11, f. 126, 21 febrero 1446. <<

[168] Ver *supra* pp. 398 y ss. <<

[169] Jacobo di Capo al marqués de Ferrara, Génova, 31 de mayo 1522, A. d. S. Mantua, Aº Gonzaga, Serie E. Génova 758 y J. Tebaldi al duque de Módena, Venecia, 8 junio 1522, A. d. S. Módena, Venezia, 15-77, VI, 67. <<

[170] Jean d'Alton, *Chronique*, 1, p. 55, 1499, «*et n'y avoit ne Guelfe ne Gibelin qui pour l'heure ne fussent bons François.…*». Milán acababa de ser ocupada. <<

[171] Federico Chabod, «Stipendi nominali e busta paga effettiva di funzionari dell'amministrazione milanese alla fine del Cinquecento», en *Miscellanea in onore di Roberto Cessi*, Roma, 1958, pp. 187-363. <<

[172] Ver los cuadros de la figura 31, p. 521: en 1525 se interrumpen los viajes de Berbería, Jacques de Mas Latrie, *Traités de paix et de commence*, 1868, p. 273 (22 mayo 1518); también sobre el declinar del comercio con Berbería, M. Sanudo, *op. cit.*, XXV, col. 338. <<

[173] F. Braudel, «Les Espagnols et l'Afrique du Nord de 1492 à 1577», en *Revue Áfricaine*, 1928. <<

[174] Ver las gráficas de la figura 57, *infra*, II, p. 44. <<

[175] Museo Correr, Donà della Rose, 26, ff. 191 y 194 (1588). A título de comparación, 6 julio 1671, Marciana VII, MCCXVIII, 18, la Zecca acuñó más de un millón de ducados en monedas de plata. <<

[176] Clemens Bauer, *op. cit.*, p. 151, *n.* 47 de la p. 48. <<

[177] A. d. S. Nápoles, Sommaria Partium, 591, ff. 225-235, 22 diciembre 1569. <<

[178] Archivos de Bouches-du-Rhône (Bocas del Ródano) IX B 171, f. 6 v., Argel, 7 mayo 1579. <<

[179] 6 000 000 de ducados, en 1605; 9 000 000, en 1609 en los cofres del «Depósito Grande de la Zecca». Numerosas referencias sobre el tema en los legajos de Senato Zecca. F. Braudel, en *La civiltà veneziana del Rinascimento*, Fundación Giorgio Cini, 1958, p. 101. <<

[180] Ver *supra*, pp. 384-385. <<

[181] Posiblemente a partir de 1575-1580, si he interpretado bien un documento de texto muy impreciso, Museo Correr 161, f. 2, 14 diciembre 1593: la complejidad de los cambios y recambios fue introducida en la plaza de Venecia por corredores cambistas extranjeros, *per il più fiorentini*. <<

[182] E. Magatti, «Il mercato monetario veneziano alla fine del secolo XVI», en *Archivio Veneto*, 1914, pp. 289-292. <<

[183] Museo Correr, Donà delle Rose, 42, f. 27 v. (sin fecha, finales del siglo XVI). <<

[184] *Ibid.*, 181, ff. 61 y 65 v., se trata de un extracto del *zornal de ziri*, la suma total: 2 979 090 ducados y 17 *denari*. Otro diario, según se le dijo al investigador, contiene la lista de los cambios *che non girano*, o, dicho con otras palabras, *secchi*. <<

[185] Así lo indican los trabajos actualmente en curso de Maurice Carmona acerca de la Toscana del siglo XVII. <<

[186] *Cf.* la afirmación de un mercader florentino del siglo XV, citada por A. Monteil, *Histoire des Français*, VII, pp. 421-425: «Vosotros los mercaderes franceses solo sois unos vendedores al por menor y almacenistas». <<

[187] Ver *supra*, p. n. 234. <<

[188] Ruggiero Romano, «Tra XVI e XVII secolo. Una crisi economica: 1619-1622», en *Rivista Storica italiana*, 1962, pp. 480-531, y «Encore la crise de 1619-1622», en *Annales E. S. C*, 1964, pp. 31-37. <<

[189] Baltasar Suárez a Simón Ruiz, Florencia, 15 enero 1590, «Cierto es gente que les parece todo el mundo es poco para barcare», Archivo Provincial, Valladolid. <<

[190] En cuanto a las investigaciones acerca de estas cuestiones de *polaridad*, señalemos las excelentes páginas de Federigo Melis, «Il commercio transatlantico di una compagnia florentina stabilitata a Siviglia a pochi anni dalle imprese di Cortés e Pizarro», en *V Congreso de Historia de la Corona de Aragón*, 1954, especialmente pp. 183 y ss. Nuestro colega está pensando en Florencia, centro del mundo durante el primer siglo XVI. Pero ¿por qué no Lyon? Recomendamos también los trabajos todavía inéditos de Felipe Ruiz Martín y de J. Gentil da Silva. <<

[191] Ver *infra*, pp. 662 y ss. <<

[192] A. d. S. Génova, Materie politiche, privilegi, concessioni, trattati diversi et negoziazioni 15-2734, núm. 67. Trattato di commercio stipulato tra il Soltano Hacmet Han, Imperatore degli Ottomani a la Republica di Genova. <<

[193] Todos los problemas relativos a la demografía del Imperio otomano han sido puestos al día por Ömer Lutfi Barkan y sus alumnos. El enorme esfuerzo de analizar los documentos relativos a los censos turcos del siglo XVI está a punto de llegar a su término. Gracias a la amabilidad de nuestro colega de Estambul, he podido utilizar los resultados todavía inéditos que resume el mapa del t. II, pp. 16-17. Para una descripción de los objetivos y etapas de estas investigaciones, ver Ömer Lutfi Barkan, «La Méditerranée de F. Braudel», en *Annales E. S. C.* 1954, «Quelques observations sur l'organisation économique et sociale des villes ottomanes des XVIe et XVIIe siècles», en *Recueils de la Société Jean Bodin*, VII, *La Ville*, 1.ª parte, 1955, pp. 289 y ss. A estos estudios se debe añadir la transcripción escrita a máquina de las lecciones del profesor Barkan en la École des Hautes Études (1963). <<

[194] La mejor exposición de conjunto sobre este tema continúa siendo el artículo de Julius Beloch, «Die Bevökerung Europas Zur Zeit Der Renaissance», En *Z. f. Socialwissenschaft*, III, 1900; con respecto a Italia, se completa con la obra póstuma del gran historiador alemán, *Beivölkerungsgeschichte Italiens*, t. I, 1937; t. II, 1939; t. III, 1961. Con respecto a Francia, no ha sido superada todavía la vieja obra de Levasseur, *La population française*, 1889-1892. Sobre Portugal, Lucio de Azevedo y otros historiadores portugueses aceptan una población de un millón de habitantes. Bibliogr. G. Freyre, *Casa Grande*, 1946, p. 166; R. Konetzke, *op. cit.*, p. 271. Con respecto a España, caso muy debatido, ver la obra de Konrad Haebler, *Die Wirtschaftliche Blüte spaniens*, 1888 (criticable, y que critica insuficientemente el artículo de J. Beloch), de Albert Girard, «Le chiffre de la population de l'Espagne dans les temps modernes», en *Rev. d'Histoire moderne*, 1928, preciso, bien informado, pero discutible en sus conclusiones; del mismo autor, «la répartition de la population en Espagne dans les temps modernes», en *Revue d'hist. écon. et soc.*, 1929, pp. 347-362. Tampoco creo en el valor decisivo del trabajo de Fuentes Martiáñez, *Despoblación y repoblación de España (1482-1920)*, Madrid, 1929. Una vez más, la cifra de la población de España me parece exagerada en la época de los Reyes Católicos. Sobre la difícil cuestión de los *vecinos*, el coeficiente de 4.5 me parece, como a J. Beloch, justo o, cuando menos, justificable. Fuentes Martiáñez se detiene en la cifra de ocho millones, a fines del siglo XVI. Sobre Castilla exclusivamente, adoptamos las cifras clásicas de Tomás González, que he reproducido en cuadro. En Simancas, Eo. 166, encontré un documento, *Consulta del Consejo de Guerra sobre la introducción de la milicia de 30 U hombres en estos reynos*, 13 de enero de 1589, copia. La población de los reinos de Castilla se estima allí en 1 500 000 vecinos, o sea, al coeficiente de 4.5, 6 750 000 habitantes. Las cifras de R. Konetzke, *op. cit.*, pp. 260-261, son demasiado bajas.

A pesar de estos cálculos demográficos, las bases son demasiado poco sólidas. En manera alguna valen más que las de G. Botero, *op. cit.* (II *a*, pp. 64-65), en las cuales, que yo sepa, no se ha reparado lo suficiente (Italia menos de 9, Francia 15, Sicilia 1.3, Alemania 10, Inglaterra 3; Italia más que España). De G. Botero (*Dell'isole*, pp. 62 y 79), tomo estas otras dos cifras: Córcega, 750 000 habitantes, y Chipre, 160 000, y, sobre todo, su oposición

entre cristiandad e islam (II, p. 119), la primera que sufre la abundancia de hombres, y el segundo de penuria de hombres.

El peligro viene de estimaciones exageradas para aquel viejo tiempo; por ejemplo, en el caso de Milán en el siglo XV, como lo ha demostrado A. Fanfani (*Saggi*, p. 135) contra S. Pugliese, o en el caso de los Reyes Católicos. Y viene también de que nuestros censos son censos fiscales. K. J. Beloch lo ha dicho bien, pero no por ello ha cesado en sus sumas. Tanto como el crecimiento demográfico, medimos el progreso de las contribuciones. Y aún queda el fraude: en 1613, Antonio Serra, *Breve trattato delle cause che possono far abondare li Regni d'oro e argento… con applicatione al Regno di Napoli*, Nápoles, 1613, p. 38, piensa «*giudicando alin grosso*» que había en Nápoles un millón de hogares («fuegos») «*con li franchi e fraudati*». <<

[195] Konrad Olbricht «Die Vergrosstädterung des Abendlandes zu Beginn des dreissigjährigen Krieges», en *Pet. Mit.*, 1939, p. 349, con bibliografía y una carta. Evidentes errores en las cifras y las rutas, y además errores materiales. <<

[196] Si comparamos así el número de circunscripciones administrativas o si se compara los reclutamientos de spahis o de remeros. Sobre este último punto, había en 1594 en Anatolia 478 000 hogares sometidos al reclutamiento para las «chusmas», y 358 000 en Grecia, E. Albèri, *op. cit.*, III, V, p. 402, Relación de Matteo Zane. Una indicación: Aviso de Constantinopla, 6-26 de febrero de 1591, A. N., K 1675, habla de un millón de hogares, pero ¿en Grecia sola o en Grecia y Asia juntas? <<

[197] A ciegas, en lo que concierne al norte de África propiamente dicho (pero repito que esta región se hallaba tremendamente despoblada en el siglo XVII), tomando para Egipto las cifras de principios del siglo XIX, que parecen un máximum. Richard y Quétin, *Guide en Orient*, 1852, p. 303 (2 213 015). ¿Será un abuso establecer la fórmula Egipto = África del Norte? En 1830, solamente para Argelia, mas sin pruebas sólidas, se habla de dos millones de habitantes, y un cálculo proporcional daría como población total entre cuatro y cinco millones de habitantes. J. C. Russell, «Late ancient and medieval population», en *The American Philosophical Society*, junio de 1958, p. 131, propone la cifra de 3 500 000 para la población de África del Norte (de los cuales corresponderían un millón a Túnez) basándose en los documentos public. p. Elie de la Primaudaie en *Revue Áfricaine*, 1877. <<

[198] Cifras tomadas del *Traité de démographie*, de Adolphe Landry, 1945, p. 57. <<

[199] Cifra superior a la que da la *Guía*, de Richard y Quetin, relativa a 1852, para un cálculo muy aproximado, he elegido la cifra de unos 40 millones, más bien que la de 50. <<

[200] Según A. Landry, *op. cit.*, y los diversos volúmenes de Vidal de la Blache y Gallois, *Géogr. Universelle*. <<

[201] «La Méditerranée…», art. cit., p. 193. <<

[202] J. Beloch, *Die Bevölkerungsgeschichtle*, I, p. 234. En el viejo artículo, la cifra que se da es la de 54. <<

[203] *Ibid.*, p. 235. <<

[204] *Ibid.*, III, pp. 379 y ss. <<

[205] J. Beloch ha aumentado la cifra total de la población francesa, art. cit., p. 783. Toda evaluación en este sentido no puede ser sino aproximativa. <<

[206] *Idem*. <<

[207] Vitorino Magalhães Godinho, *Historia económica e social da expansão portuguesa*, I, 1947, pp. 145 y ss. <<

[208] «La Méditerranée…», art. cit., p. 193, «… el número de habitantes del Imperio otomano no es de 20 a 22 millones (cifras de F. Braudel), sino de 30 o incluso 35». <<

[209] *Op. cit.*, II, a, pp. 64-65. <<

[210] B. M. Mss Add. 18287, Ps 5633. <<

[211] Algunas notas y referencias al margen de los ejemplos citados en el texto: En Turquía, «*deserti grandissimi*». E. Albèri., *op. cit.*, III, III, p. 387 (1594); las fieras en África del Norte en el siglo XV, R. Brunschvig, *op. cit.*, I, p. 267; los desiertos en Siria, G. Berchet, *op. cit.*, p. 60 (16 de abril de 1574, los 8/10 del país estaban vacíos); I. de Asso, *op. cit.*, p. 176; *Actas de las Cortes…*, I, pp. 312-313(1548); G. Botero, *op. cit.*, p. 35, a propósito de la Provenza; G. Niemeyer, *op. cit.*, pp. 51, 57, 62 (mapas de los desiertos andaluces en 1767); C. Bernaldo de Quirós, *Los reyes y la colonización interior de España desde el siglo XVI al XIX*, Madrid, 1929; March Bloch, «Les paysages agraires: essai de mise au point», en *An. d'hist. écon, et soc.*, mayo de 1935, p. 47; Arqué, *op. cit.*, p. 172, Albitreccia, *op. cit.*, p. 18… El renegado que llega a Toledo por los «montes y los despoblados». Inquisición de Toledo. Lo. 191, núm. 1, citado por F. Rodríguez Marín, *El ingenioso Don Quijote*, 1916, IV, p. 99, n. 7. <<

[212] A. Siegfried, *op. cit.*, p. 106. Jules Sion, *France médit.*, pp. 159 y ss. <<

[213] Francesco Guicciardini, *Diario del viaggio in Spagna*, Florencia, 1932, p. 79; otras anotaciones análogas, pp. 54, 55, 56. <<

[214] *Op. cit.*, p. 5 v. <<

[215] Davity, *Les estats, empires et principautez du monde*, París, 1617, p. 141. <<

[216] I. de Asso, *op. cit.*, pp. 180 y ss. <<

[217] *Op. cit.*, p. 232. <<

[218] Fortunato de Almeida, *Historia de Portugal*, III, pp. 242-243. <<

[219] B. M. Sloane, 1572. f. 42 v., 1633 (junio o julio). <<

[220] Louis Gachón, en *Nouvelles Littéraires*, 10 febrero 1940. <<

[221] Roger Livet, *op. cit.*, especialmente p. 428. <<

[222] *Op. cit.*, pp. 138-139. <<

[223] León el Africano, *Description de l'Afrique, tierce partie du monde*, ed. 1896, II, pp. 308 y ss. <<

[224] *Le Loyal Serviteur*, p. 2. <<

[225] Sobre las fieras en Córcega, ver Giuseppe Micheli, «Lettere di Mons. Bernardi» (1569), en *A. st. di Corsica*, 1926, p. 187. <<

[226] Fernand Braudel, «Dans l'Espagne de Charles Quint et de Philippe II», en *Annales E. S. C.*, 1951. Para el bosque de Segovia y el Prado, septiembre 1581, P. R. O. 30.25.57, f. 87. <<

[227] Carmelo Viñas y Ramón Paz, *op. cit.*, II, p. 90, en Menasalbas, «los mas animales que hay son zorras y lobos»; Carlos V, en marzo de 1534, caza en los alrededores de Toledo durante cuatro o cinco días, *batendo morto et porci et lupi*. A. D. S. Mantua, Spagna 587, Gio: Agnello al marqués, Toledo, 3 abril 1534. <<

[228] En agosto de 1597 sale a cazar lobos por cuatro o cinco días, A. d. S. Génova, Spagna 12, Cesare Giustiniano a la señoría de Génova, Madrid, 7 agosto 1596. <<

[229] M. Alemán, *Guzmán de Alfarache*, *op. cit.*, I, Parte Primera, VIII, p. 140. <<

[230] Manuscrito del G. G. de Argelia, f. 13, hacia 1574. <<

[231] Pedro de Medina, *op. cit.*, p. 172. <<

[232] B. N. Florencia, Capponi. Códice, v, ff. 343 V.-344 (relación de la toma de Túnez). <<

[233] Alonso de la Cueva a Felipe II, La Goleta, 16 de mayo de 1561, Sim. Eo. 486. <<

[234] G. Botero, *op. cit.*, I, p. 185. Mejor aún D. Suárez, *op. cit.*, pp. 45, 49, 50. <<

[235] *Op. cit.*, p. 77. <<

[236] *Decamerón*, novela III. <<

[237] *Op. cit.*, III, p. 337. <<

[238] Quiqueran de Beaujeu, *La Provence louée*, Lyon, 1614, pp. 221, 225, 226, 261. <<

[239] F. Benoit, *op. cit.*, p. 180. <<

[240] P. Lescalopier, *Voyage.*…, p. 27. <<

[241] *Op. cit.*, II, pp. 21 y ss. <<

[242] Belon du Mans, *op. cit.*, p. 135. <<

[243] *Idem*. <<

[244] *Op. cit.*, II, p. 31. <<

[245] Lo que paresce a D. Juan de Austria, Mesina, 4 de diciembre de 1571, Sim. Eo. 113. <<

[246] F. Braudel, «La démographie et les dimensions des sciences de l'homme», en *Annales E. S. C.*, mayo-junio 1960, y en especial p. 497. <<

[247] Ver el ensayo de René Grandamy, «La grande régression, hipothèse sur l'évolution des prix réels de 1375 à 1875», en Jean Fourrastié, *Prix de vente et prix de revient*, 13.ª serie, París, 1964, pp. 3-58. <<

[248] Ver *infra*, II, pp. 110 y ss. <<

[249] Édouard Baratier, *La démographie provençale du XIIIe au XVIe siècle*, 1961, p. 121. La medida en que este incremento es una recuperación lo explica Roger Livet, *op. cit.*, pp. 147-148. <<

[250] *Op. cit.*, 2.ª parte, cap. II. <<

[251] J. Nadal y E. Giralt, *La population catalane de 1553 à 1717*, 1960, p. 198. <<

[252] Henri Lapeyre, *Géographie de l'Espagne morisque*, 1959, pp. 29-30. <<

[253] Tomás González, *Censo de la población de las provincias y partidos de la Corona de Castilla en el siglo XVI*, 1829. <<

[254] Sobre todo en lo que concierne al reino de Granada. De modo que hemos tenido que corregir la última cifra del cuadro: no son 71 904 vecinos, sino 48 021. Esta corrección quedará justificada por las investigaciones, de próxima publicación, de Felipe Ruiz Martín y de Álvaro Castillo Pintado. <<

[255] Ver *infra*, p. 552 y nn. 313-314. <<

[256] *CODOIN*, XIII, pp. 529-530. <<

[257] Simancas Eo. 166, f. 3, 13 enero 1589. <<

[258] Para Sevilla, ver Simancas. Expedientes de Hacienda, 170. <<

[259] *Op. cit.*, pp. 43-44. <<

[260] Pierre Chaunu, *op. cit.*, I, pp. 247 y ss. <<

[261] Según las investigaciones en curso de Álvaro Castillo Pintado. <<

[1] Karl Julius Beloch murió en 1929. Su *Bevölkerungsgeschichte Italiens* es una obra en tres volúmenes: t. I, 1937, t. II, 1940, t. III, 1961. <<

[2] *Ibid.*, I, p. 152. <<

[3] *Ibid.*, p. 215. <<

[4] Encuentro ese mismo censo, Sim. S. P. Nápoles, 268, pero fechado en 1652. <<

[5] K. J. Beloch, *op. cit.*, III, p. 352. <<

[6] *Ibid.*, p. 351. Para Florencia y la Toscana, 870 000 en 1561. Vicenzo Fedeli, *Relatione di sua ambasciata in Firenze nell'anno 1561*, f. 15, Marciana. <<

[7] *Ibid.*, p. 351. Para Florencia y la Toscana, 870 000 en 1561. Vicenzo Fedeli, *Relatione di sua ambasciata in Firenze nell'anno 1561*, f. 15, Marciana. <<

[8] Daniele Beltrami, *Storia della popolazione di Venezia dal secolo XVI alla caduta della Republica*. 1954, pp. 69-70. <<

[9] K. J. Beloch, *op. cit.*, III, p. 352, da en 1557 la cifra de 1 863 000, y en 1620, 1 821 140. Y art. cit., p. 178, 1 650 000 en 1548. <<

[10] Francesco Corridore, *Storia documentata della popolazione di Sardegna*, 1902, 2.ª ed., p. 12. <<

[11] *Ibid.*, pp. 19 y 20. <<

[12] K. J. Beloch, *op cit.*, III, p. 352. <<

[13] Ömer Lutfi Barkan, art. cit., pp. 191-193. <<

[14] *Ibid.*, cuadro I, p. 292. <<

[15] K. J. Beloch, art. cit., p. 767. <<

[16] Carmelo Viñas y Ramón Paz, *Relaciones de los pueblos de España ordenadas por Felipe II. Reino de Toledo*, 2.ª parte, t. 2, Madrid, 1963, p. 767. <<

[17] *Ibid.*, *passim* y II, p. 299. <<

[18] Luca Michiel, A. d. S. Venecia, Relazioni Bª 63, f. 286 verso. <<

[19] Varias ediciones. Útil compilación de G. García Mercadal, *Viajes de extranjeros por España y Portugal*, t. I, 1952, pp. 259-305: *Viaje del noble bohemio León de Rosmithal de Blatina por España y Portugal hecho del año 1465 a 1467*. <<

[20] Alonso de Herrera, *Libro de Agricultura*, 1513, en especial f. 3, v. y f. 5. <<

[21] Otras ediciones en 1539, 1598 —la de 1620(Madrid) está en la B. N. París, Res. 379—. <<

[22] En Italia el periodo 1550-1602 se caracterizó por amplias fluctuaciones en el precio del trigo. Dante Zanetti, *Problemi alimentari di una economia preindustriale*, 1964, p. 93. <<

[23] Bartolomé Bennassar, tesis inédita ya citada, cap. VIII, *Les hommes du siècle*. <<

[24] Guilhermo Herrero Martinez de Azcoitia, *La población palentina en los siglos XVI y XVII*, 1961. <<

[25] Giuseppe Aleati, *La popolazione di Pavia durante il dominio spagnuolo*, 1957. <<

[26] Athos Bellettini, *La popolazione di Bologna dal secolo XV all'unificazione italiana,* 1961. <<

[27] Ruggiero Romano, Frank Spooner, Ugo Tucci, *Les prix à Udine,* trabajo inédito. <<

[28] D. Beltrami, *op. cit.*, ver *supra*, p. 541, n. 269. <<

[29] Earl J. Hamilton, «The decline of Spain», en *The Economic History Review*, 2 mayo 1938, pp. 169, 171, 177. <<

[30] *Ibid.*, p. 177, para las epidemias en Andalucía en 1560-1570, 1599, 1600, 1648-1649, 1677, G. Niemeyer, *op. cit.*, p. 51. <<

[31] Trabajo inédito de R. Romano, F. Spooner, U. Tucci, *op. cit*. <<

[32] Ver gráfica núm. 37. <<

[33] Todos los datos que vienen a continuación han sido tomados del trabajo inédito de B. Bennassar ya citado. <<

[34] G. Herrero Martínez de Azcoitia, *La población palentina en los siglos XVI* y *XVII*, 1961, p. 39. A partir de 1599, después de la peste, el porcentaje de nacimientos subió directamente a 50 e incluso a 60 (máximo 66.87) por cada mil. <<

[35] Los porcentajes precedentes son los que ofrece Athos Bellettini, *op. cit.*, p. 136. <<

[36] Trabajo inédito de B. Bennassar, *op. cit*. <<

[37] Sobre las *Relaciones* en general ver N. Salomon, *op. cit.*, *supra*, p. 507, n. 122. <<

[38] Referencia extraviada. <<

[39] Correr, Donà delle Rose, 192. <<

[40] Sanudo, *op. cit.*, XL, 25, Constantinopla, 24 agosto 1525. Correr. Donà Delle Rose 21 (1542). A. d. S. Venecia. Capi del Consº dei X. Lettere Bª 285 f. 88, Candía, 30 septiembre 1557, duque, capitán y consejeros a los Diez. La población de Candía había aumentado de manera considerable. Correr 1586; P. D. 975, 1636. <<

[41] Athos Bellettini, *op. cit.*, p. 9, *n*. 9. La población de Bolonia, en 1596, Galiani, *Cronaca di Bologna* (Marciana, 6114, C III-5) era de 58 941, de los cuales, 4651 religiosos y religiosas, 15 595 hombres, 18 079 mujeres, 7626 niños, 6166 niñas, 2760 sirvientes masculinos y 4064 femeninos. <<

[42] *Op. cit.*, pp. 80 y ss. <<

[43] El 31 de enero de 1492, de Sicilia (ejecución del deto. de 18 de septiembre, 18 de diciembre); de Nápoles, en 1539, Giovanni di Giovanni, *L'ébraisme della Sicilia*, Palermo, 1748, in-8.º, 424 pp., y en especial Felipe Ruiz Martín, «La expulsión de los judíos del reino de Nápoles», en *Hispania*, t. XXXV, 1952; Leon Poliakov, *Les banchieri juifs et le Saint-Siège du XIIIe au XVIIe siècle*, 1965. <<

[44] G. Pariset, *L'Etat et les Eglises de Prusse sous Frédéric-Guillaume* Ier, 1897, p. 785. <<

[45] Ver vol. I, p. 741, nn. 127-128, lo cual no quiere decir que la cifra no sea exagerada. <<

[46] G. Rovelli, *St. di Como*, 1803, III, 2, pp. 116-117, 145-147, cit. por A. Fanfani, *op. cit.*, p. 146. <<

[47] F. Borlandi, *Per la storia della popolazione della Corsica*, 1940, pp. 66, 67, 71, 74, 82; cit. por A. Fanfani, *op. cit.*, p. 146. <<

[48] U. Forti, *Storia della técnica italiana*, 1940. <<

[49] Aun en Inglaterra; A. Fanfani, *op. cit.*, p. 146. <<

[50] Referente a los orígenes de las porcelanas de Nevers a partir de 1550, Louis Guéneau, *L' organisation du travail à Nevers aux XVIIe et XVIIIe siècles*, 1919, p. 295. <<

[51] Sobre la dispersión italiana a través del mundo, enorme documentación impresa e inédita. Se tendrá una idea de su extensión por dos estudios: uno sobre la emigración hacia Lisboa, v. Peragallo, *Misc. di st. it.*, 1944, y el otro hacia Ginebra, ver Pascal, «Da Lucca a Ginevra», en *R. st. italiana*, 1932, ambos notables. Falta hacer estudios sobre la emigración de soldados. Sobre el papel de los Comaschi y de los habitantes del Val de Tessino, en el arte del barroco, observación ya citada de J. Burckhardt, *Die Renaissance, op. cit.*, pp. 16-17. Sobre los ingenieros arquitectos italianos, consultar el índice, voz «Fratin», o, por ejemplo, Jean-Baptiste Toriello, en Douais, *op. cit.*, II, 110, etcétera. <<

[52] Wilhelmy, en *Geographische Zeitschrift*, 1940, p. 209. <<

[53] B. M. Add. 18287. <<

[54] G. Nadal y E. Giralt, *La population catalane de 1553 à 1717*, 1960. <<

[55] A. N., K 1690, F. de Beaumont a la emperatriz, Perpiñán, 20 agosto 1536. «Esta villa está llena de franceses que son muchos más que los naturales». Dice lo mismo (B. M. Add. 28368 f. 23 v.) Fcº de Salablanca a S. M., Madrid, 16 junio 1575: Perpiñán está perdiendo sus habitantes «y son todos gente pobre y gran parte dellos franceses…». <<

[56] «Voyage de Barthélémy Joly en Espagne, 1603-1604», public. p. L. Barrau Dihigo, en *Revue Hispanique*, 1909, separata, p. 29. <<

[57] *Ibid.*, pp. 21 y 29. <<

[58] *Idem*. <<

[59] Littré deriva *gavache* del español *gavacho*: ¡el problema sigue en pie! <<

[60] «Voyage de Barthélémy Joly…», p. 82. <<

[61] *Idem*. <<

[62] *Idem*. <<

[63] *Idem*. <<

[64] T. Halperin Donghi, «Les Morisques du Royaume de Valence au XVIe siècle», en *Annales E. S. C.*, 1956, p. 164. <<

[65] Ernst Schäfer, *Geschichte des spanischen Protestantismus*, 3 t. en 2 vol., 1902, vol. 1, t. 2, pp. 137-139. <<

[66] J. Nadal y E. Giralt, *op. cit.*, p. 198. <<

[67] P. de Marca, *Histoire du Bearn. 1640*, pp. 256-257, citado por Henri Cavaillès, *La vie pastorale et agricole dans les Pyrénées des Gaves de l'Adour et des Nestes*, Burdeos, 1932, pp. 137-138. <<

[68] *Response de Jean Bodin à M. de Malestroict*, ed. Henri Hauser, *op. cit.*, p. 14. <<

[69] Ver vol. I, cap. III. <<

[70] *La Méditerranée…*, 1.ª ed., pp. 342 y ss. <<

[71] F. Braudel y R. Romano, *Navires et marchandises à I'entrée du port de Livourne*, p. 101. Cientos de indicaciones de esta especie merecen ser citadas: exportaciones *extra regnum* de vinos napolitanos: de 1563 a 1566 el vol. medio es el siguiente: *vini latini*, 23 667 *busti*, *vini grechi dulci et mangiaguerra*, 2319 *busti* (Sommaria Consultationum 2, f. 223, 2 octubre 1567), «anualmente se venden en Apulia unos 80 000 *rubii* de lana», *ibid.*, f. 75, 8 agosto 1564; el comercio francés en el Levante, que Savary de Brèves evaluaba en 30 millones de *livres* a comienzos del siglo XVII, había disminuido a la mitad en 1624. E. Fagniez, *op. cit.*, p. 324; cifras de las fortunas personales de algunos importantes mercaderes de Génova: muchas superan los 500 000 ducados, la de Tomaso Marino muy ampliamente, y la de Adamo Centurione se acerca al millón, Museo Correr, Cicogna…, ff. 2 y 2 v.; el total de los ingresos del rey de España, 11 millones de ducados en 1572. Marciana 8360 CVIII-3, f. 11 v.; la circulación monetaria en Europa a finales del siglo XV: mil millones (de *livres*), P. Raveau, *L'agriculture et les classes paysannes*, 1926, p. II, n. 1 (por desgracia no se indica claramente la unidad). <<

[72] A. d. S. Nápoles, Sommaria Consultationum, 1, f. 216, 28 abril 1559. <<

[73] Que el lector no se escandalice en exceso al ver que expresamos en ducados, sin posterior especificación, los cálculos aproximativos que le ofrecemos. Había en realidad muchas clases de ducados, venecianos, genoveses, florentinos, napolitanos, españoles… Y cada uno tiene su valor particular y provisional. Estos ducados se convertían *todos*, más tarde o más temprano, en moneda imaginaria. Lo lógico sería no hablar de ducados sin más, sino calcular su equivalencia en oro o en plata. Los contemporáneos, cuando escriben sobre sumas de dinero, hablan, sin precisar más, de millones de oro, es decir, millones de ducados. En los documentos de las autoridades financieras españolas, el ducado se indica y abrevia por medio de un triángulo, la letra delta Δ; el escudo de oro, moneda real, por un triángulo invertido ∇. Entre ducado y escudo la relación ha sido durante mucho tiempo, en España, de 350 maravedises (ducado) a 400 (escudo). Los hombres de negocios estaban naturalmente al corriente de estos valores recíprocos de los ducados (entre sí) y de los escudos, a causa, en particular, de que los cambios varían notablemente de acuerdo con la oferta y la demanda. Sin embargo, y una vez dicho esto, podemos aceptar el ducado en nuestros cálculos aproximados como una unidad válida, sin referencia a su valor local ni a su cotización al cambio. El error queda absorbido por la naturaleza altamente incierta de nuestras medidas. <<

[74] Maurice Carmona, «Aspects du capitalisme toscan aux XVIe et XVIIe siècle», en *Revue d'histoire moderne*, 1964, p. 85, n. 5. <<

[75] Ver particularmente J. Gentil da Silva, «Villages castillans et types de production au XVIe siècle», en *Annales E. S. C.*, 1963, pp. 740-741, que acepta, en las ciudades castellanas, un consumo annual de dos quintales de trigo. Se podría discutir mucho acerca de esta medida. Según Sundborg, en 1891-1893 el consumo per cápita sería: 1.2, en Italia; 1.5, en España; 2.5, en Francia. *Cf*. Dr. Armand Gautier, *L'alimentation et les régimes chez l'homme sain et chez le malade*, 1908, p. 296, André Wyczanski habla, en 1571, de un consumo de 2.2 quintales de centeno en la *starostia* polaca de Korczyn, *Kwartalni htstorii Kultury materialej*, VIII, 1960, pp. 40-41; I. Bog, *Die bäuerliche Wtrtschaft im Zeitaller der Dreissigjährigen Krieges*, Coburgo, 1952, p. 48, consumo de 2.5 quintales en Núremberg; de 1.9 en Nápoles en el siglo XVI. W. Naude, *Getreidepolitik der europäischen Staaten vom 13. bis 18. Jahrhundert*, Berlín, 1896, p. 156. Para Francia da Vauban, 34 quintales (3 *setiers*), el abate Expilly (1755-1764), 2.7 quintales, etcétera. <<

[76] Ver *infra*, pp. 787 y ss, sobre los precios del trigo en Venecia. <<

[77] Según los cálculos de F. Ruiz Martín. <<

[78] Museo Correr, Donà delle Rose, 217, f. 131, 1 julio 1604; *ibid.*, 218, f. 328 [1595] 468 000 *staia*. <<

[79] A. d. S. Venecia, Dispacci Spagna, Alvise Correr al dux, Madrid. 11 febrero 1621. <<

[80] Carmelo Viñas y Ramón Paz, *op. cit.*, II, pp. 99, 132, 140, 169, 272, 309, 397-398, 342-343, 348, 408, 426, 470. <<

[81] Reeditado en 1960. <<

[82] G. Coniglio, *op. cit.*, p. 24. <<

[83] A. d. S. Nápoles, Sommaria Consultationum, 7, f. 204, 18 enero 1580. <<

[84] *Censo*, p. XIII. <<

[85] *Idem*. <<

[86] G. Luzzatto, «Il Mediterraneo nella seconda meta del Cinquecento», en *Nuova Rivista Storica*, 1949. <<

[87] 1ª edición de *La Méditerranée…*, 1949, pp. 450 y ss. <<

[88] L. Mendes de Vasconcellos, *Do síto de Lisboa*, 1608, ed. Antonio Sergipe, p. 114. <<

[89] En el siglo XVIII, R. Romano, *Commerce et prix du blé à Marseille au XVIIIe siècle*, 1956, pp. 76-77. <<

[90] Museo Correr, Donà delle Rose, 217. <<

[91] Sobre el aguardiente de Candía, A. d. S. Venecia, *Cinque Savii* 1, f. 14, 6 octubre 1601 y 14 marzo 1602, aguardiente y zumo de limón *soliti condursi per Ponente*. El aguardiente no hace su aparición en las tarifas aduaneras de Venecia hasta los últimos años del siglo XVI. <<

[92] Ver *supra*, p. 426, n. 234. <<

[93] V. Magalhães Godinho, «O milho maiz - Origèm e difusão», en *Revista de Economia*, vol. XV, fasc. 1. <<

[94] Según el trabajo inédito ya citado de R. Romano, F. Spooner, V. Tucci, sobre los *Prix à Udine*. <<

[95] Hans Telbis, *Zur Geographie des Getreidebaues in Nordtirol*, 1948, p. 33. <<

[96] J. F. Bergier, *op. cit.*, pp. 82 y ss.; la cita p. 83. <<

[97] Miguel Caxa de Leruela, *Restauración de la abundancia de España*, 1713, p. 50. <<

[98] Luis Valle de la Cerda, *Desempeño del patrimonio de S. M. y de los reynos sin daño del Rey y vassalos, y con descanso y alivio de todos*, 1618, citado por J. Vicens Vives, *Historia económica de España*, 1.ª parte, sin fecha, p. 300. <<

[99] J. C. Toutain, «Le produit de l’agriculture française de 1700 à 1958», en *Cahiers de l’Institut de Science Économique appliquée*, núm. 115, julio 1961, partic. p. 212. <<

[100] Ver *supra*, p. 558, n. 342. <<

[101] René Baehrel, *op. cit.*, p. 152, Los rápidos cálculos que siguen suponen un quintal de semilla por hectárea. <<

[102] J. C. Toutain, art. cit., p. 36. <<

[103] Biblioteca Casanatense, Roma, Mss 2084, ff. 45 y ss. <<

[104] A. d. S. Nápoles, Sommaria Consultationum, núm. 2, f. 140, 13 marzo 1563, rendimiento del 20 por uno. <<

[105] Ver la gráfica núm. 51, p. 790, y cuadro [52], p. 798. <<

[106] Ver *supra*, pp. 375 y ss. <<

[107] E. Le Roy Ladurie, *op. cit*. <<

[108] El admirable libro de Carlo Poni, *Gli aratri e l'economia agraria nel Bolognese dal XVII al XIX secolo*, 1963, comienza, por desgracia, en el siglo XVIII. El arado *pio*, citado a partir de 1644 (p. 4), ha debido hacer su aparición más temprano, pero el texto es poco claro. <<

[109] Ver *supra*, pp. 84 y ss. <<

[110] B. Bennassar, obra inédita ya citada. <<

[111] Esta es la explicación que propone Felipe Ruiz Martín en su importante introducción a *Lettres marchandes échangées entre Medina del Campo et Florence, op. cit.* Tan pronto como los genoveses tuvieron la ocasión de saldar sus cuentas con sus acreedores en *Juros*, han hecho gravitar sus pérdidas sobre hombros ajenos. Como es natural, entre sus clientes había muchos propietarios de tierras. <<

[112] E. Le Roy Ladurie, *op. cit*. <<

[113] John U. Nef, «Industrial europe…», p. 5. <<

[114] R. Romano, «Aspetti economici degli armamenti navali veneziani nel secolo XVI», en *Rivista Storica Italiana*, 1954. <<

[115] Museo Correr, Donà delle Rose, 42, f. 77 v. [1607], de los cuales 3300 eran tejedores, a razón de un maestro tejedor por dos obreros. <<

[116] Es decir, tantos como *lanaioli*, evaluación seguramente exagerada. <<

[117] Ver R. Romano, «La marine marchande vénitienne au XVIe siècle», en *Actes du IV Colloque International d'Histoire Maritime*, 1962, p. 37. <<

[118] A. d. S. Venecia, Senato Terra 53, 7 mayo 1569. <<

[119] A. d. S. Venecia, Senato Terra 2, 17 septiembre 1545. <<

[120] Lucien Febvre y Henri Jean Martin, *L'apparition du livre*, 1958, pp. 280, 286, 287, 293. <<

[121] Ver 385 y *Cinque Savii*, 140, ff. 4-5, 11 marzo 1598, «*al numero di 20* [000] *et più persone computando le famiglie et figlioli loro*». <<

[122] J. van Klaveren, *op. cit.*, p. 182 [1573]. <<

[123] Carmelo Viñas y Ramón Paz, *op. cit.*, II, p. 217, por ejemplo en Peña Aguilera, un pueblo donde hay carboneros de carbón de leña, picapedreros «e algunos laborantes de lana». <<

[124] Manufactura de paños campesinos y duelas de toneles en los pueblos de la Maragatería, *cf. infra*, p. 594, n. 491. <<

[125] T. Halpérin Donghi, art. cit., en *Annales E. S. C,* 1956, p. 162: industrias de la seda, cerámicas, fabricación de alpargatas, de esparto las destinadas al uso diario, y otras más finas hechas de cáñamo. <<

[126] Jacques Heers, *op. cit.*, pp. 218 y ss. <<

[127] Ver *infra*, p. 727, n. 49. <<

[128] A. d. S. Nápoles, Sommaria Consultationum, innumerables referencias: 13 ff. 389-390; 21, f. 51; 31, ff. 139-146; 180-184; 37, ff. 41 v., 42… <<

[129] A. d. S. Venecia, Senato Terra, 30, Verona, 1 marzo 1559. <<

[130] Carmelo Viñas y Ramón Paz, *op. cit.*, II, p. 448. <<

[131] S. Schweigger, *op. cit.*,[1581], p. 329. <<

[132] E. Le Roy Ladurie, *op. cit*. <<

[133] R. Gascón, *op. cit.*, de próxima aparición. <<

[134] Ver a título de ejemplo evidente, Francois Dornic, *L'industrie textile dans le Maine et les débouchés internationaux. 1650-1815*, 1955. <<

[135] Roger Dion, *Histoire de la vigne et du vin en France, des origines au XIXe siècle,* 1959, p. 26. <<

[136] *Méditerranée.*…, 1.ª ed., pp. 345 y ss.; Giuseppe Aleati, *op. cit.*, p. 125, lo ve como una crisis del encarecimiento de la vida, en los casos de Pavía, Cremona, Como, Milán… <<

[137] Información que debo a R. Romano. <<

[138] Museo Correr, Cicogna, 2987, agosto 1576; había 30 hombres trabajando en aquel lugar. <<

[139] A. d. S. Venecia, *Cinque Savii*, I, 139, 20 abril 1603. <<

[140] *Censo*, cuadro núm. 3, la proporción es de 1 a 4. 448 entre producto natural y producto industrial en la España de 1799. <<

[141] *Op. cit.*, p. 328. <<

[142] *Cf*. el nuevo punto de vista de F. Ruiz Martín en relación con Castilla, *op. cit*.; John U. Nef, «The progress of technology and the growth of large scale industry in Great Britain, 1540-1660», en *The Economic History Review*, 1934, y los comentarios de Henri Hauser, en *Annales d'histoire économique et sociale*, 1936, pp. 71 y ss. <<

[143] J. Hartung, «Aus dem Geheimbuche eines deutschen Handelshauses im XVI. Jahrhundert», en *Z. für Sozial-und Wirtschaftsgeschichte*, 1898. <<

[144] Pese a las diferencias técnicas (uso de carbón en Inglaterra) y de medios, los puntos de contacto son más numerosos que las divergencias. <<

[145] Para la traducción de esta difícil palabra, ver M. Keul, en *Annales E. S. C.*, 1963, p. 836, n. 3. <<

[146] *La Méditerranée*.… 1.ª edición, p. 342, siguiendo a H. Sieveking, «Die genueser Seidenindustrie im 15. und 16. Jahrhundert. Ein Beitrag zur Geschichte des Verlags-Systems» (artículo muy importante), *Jahrbuch für Gesetzgebung. Verwaltung und Statistik im Deutschen Reiche*, 1897, pp. 101-133. <<

[147] Ver nota siguiente. <<

[148] A. d. S. Venecia, Senato Terra 30, 11 noviembre 1559, se recuerda la *parte* del 12 diciembre 1497. <<

[149] Rodrigo Nino a Carlos V, Venecia, 1 diciembre 1530, Simancas, Eº 1308. <<

[150] A. d. S., Senato Terra 29, 16 agosto 1559. <<

[151] Archivio Comunale, 572, Génova, 1582. <<

[152] Diego de Colmenares, *Historia de la insigne ciudad de Segovia*, 2.ª ed., Madrid, 16-40, p. 547. <<

[153] Esta es la explicación que ofrece Felipe Ruiz Martín, en su introducción a *Lettres marchandes…, op. cit.* <<

[154] Por ejemplo, A. d. S. Venecia, Senato Terra 74, 18 abril 1578; 106, 7 marzo 1584, 112, 24 noviembre 1589. Negrin de Negrini, responsable de la manufactura de 1881 paños de lana desde el año 1564. Espíritu innovador de algunos empresarios, *ibid.*, *Cinque Savii*, 15, f. 21, 7 febrero [1609]. <<

[155] Alfred Doren, *Wirtschaftsgeschichte Italiens im Mittelalter*, trad. ital., 1936, p. 491. <<

[156] Según Maurice Carmona, ver *supra*, p. 454, n. 341. Habiendo sido diezmados los obreros en 1608 por una epidemia (la de las *petecchie*) se traen obreros de Milán para fabricar los exquisitos paños que requiere la boda del príncipe, Haus-Hof-und Staatsärchiv, Viena, Staatskanzlei Venedig, Faszikel 13, f. 359, Venecia, 9 mayo 1608. <<

[157] A. d. S. Venecia, Senato Terra, 35, 15 diciembre 1561. <<

[158] Museo Correr, Donà delle Rose 160, ff. 53 y 53 v. <<

[159] A. d. S. Venecia, Senato Secreta Signori Stati, Tommaso Contarini al dux, Bolzano, 23 marzo 1610. <<

[160] A. d. S. Venecia, *Cinque Savii*, 1, 200, 27 mayo 1614. <<

[161] *Ibid.*, 16, f. 53, 15 noviembre 1611. <<

[162] Según J. Gentil da Silva, estudio inédito sobre las ferias italianas del siglo XVII. <<

[163] Jean Delumeau, *op. cit.*, especialmente la gráfica de las pp. 132 y 133. <<

[164] R. Gascón, *op. cit.*, p. 89; Clemens Bauer, *op. cit.*, p. 9, sobre Amberes, siguiendo a Goris y Strieder. <<

[165] Andrzej Wyrobisz, *Budownictwo Murowane w Malopolsce w XIV i XV wieku (Los oficios de la construcción en la Pequeña Polonia en los siglos XIV y XV*), 1963 (resumen en francés, pp. 166-170). <<

[166] Émile Coornaert, *op. cit.*, pp. 493 y ss., y diagrama V *bis*. <<

[167] Pietro Sardella, art. cit., en *Annales E. S. C.*, 1947. <<

[168] Domenico Sella, art. cit., en *Annales E. S. C.*, 1957. <<

[169] Ruggiero Romano, «A Florence au XVIIe siècle. Industries textiles et conjoncture», en *Annales E. S. C.*, 1952. <<

[170] Aldo de Maddalena, «L’industria tessile a Mantova nel 1500 e all’inizio del 1600», en *Studi in onore di Amintore Fanfani*, 1962. <<

[171] A. Zanelli, *Delle condizioni interne di Brescia…* p. 247, sitúa hacia 1550 el momento más importante de la producción de paños, 18 000 piezas; yo me inclino a situarlo hacia 1555; todo ha sido determinado por las medidas aduaneras de Venecia, Senato Terra 1, 20 mayo 1545. Fue imposible luego restablecer la situación: los maestros que se habían marchado no volvieron ya nunca. <<

[172] Según los estudios inéditos de Felipe Ruiz Martín. <<

[173] Ver *supra*, p. 167, y Senato Mar 7, f. 26 v., 18 agosto 1461. <<

[174] Conferencias pronunciadas en la École des Hautes Études por Ömer Lutfi Barkan. <<

[175] A. d. S. Florencia, Mediceo 4279, un mercader judío trata de comprar en Trípoli esclavos cristianos que sepan trabajar el terciopelo o el damasco. <<

[176] I. S. Emmanuel, *Histoire de l'industrie des tissus des Israélites de Salonique*, 1935. <<

[177] S. Schwarzfuchs, «La décadence de la Galilée juive du XVIe siècle el la crise du textile du Proche-Orient», en *Reuve des Études juives*, enero-junio. <<

[178] Ver *infra*, pp. 712 y ss. <<

[179] A. d. S. Venecia, Senato Terra 4, f. 71, 18 abril 1458: «*se ha principiado adesso el mester de la lana in questa città et lavorasse a grandissima furia de ogni sorte pani et principaliter garbi…*». <<

[180] *Ibid*. Senato Terra 15, f. 92, 23 enero 1506: «… *el mestier it la lana che soleva dar alimento a molte terre nostre et loci nostra hora è reducto in tanta extremità que più esser non patria…*». <<

[181] Ver la nota de P. Sardella y el artículo tantas veces citado de D. Sella. Dificultades en la propia Venecia, Senato Terra 15, ff. 93 y ss., 9 febrero 1506 y todavía más evidentes A. d. S. Venecia, Consoli dei Mercanti, 128, 29 septiembre 1517. <<

[182] *Idem*. <<

[183] Émile Coornaert, *op. cit.*, p. 48. <<

[184] A. d. S. Nápoles, Sommaria Consultationum, 7, ff. 33-9, 28 febrero 1578: en 1578 se produjeron 26 940 *canne* de paños de seda. <<

[185] También era muy precaria la situación de las industrias de paños en Brescia: entorpecidas por el control aduanero de las lanas, no pudieron seguir abasteciéndose en Vercelli, Senato Terra 1, 20 mayo 1545. <<

[186] *Cf*. las observaciones de François Simiand, *Cours d'Économie Politique*, 1928-1929, II, *passim* y pp. 418 y ss. <<

[187] L. F. de Tollenare, *Essai sur les entraves que le commerce éprouve en Europe*, 1820, p. 3, un producto «no es completo, no tiene todo el valor de cambio del que es susceptible, hasta que no está al alcance del consumidor. El comercio es lo que le da el toque definitivo…». <<

[188] No solamente en la vida de la nobleza (en particular a final de siglo) ocupa el juego un lugar preminente, sino también en la de los mercaderes. Cualquier cosa podía servir de pretexto para hacer una apuesta: el número de cardenales que se iban a nombrar, la muerte o supervivencia de personas famosas, el sexo de los niños que iban a nacer… En Venecia, cuando se apostaba (a 25 % de prima) que Pavía había caído en manos de los franceses, un español llamado Calzerán se obstinó en apostar contra corriente. Sin duda tenía conexiones con Lannoy o Pescara, pero el caso es que ganó una fortuna. A. d. S. Módena, Venezia 8.16.77 VIII, f. 66, J. Tebaldi al duque, Venecia, 15 mayo 1525. <<

[189] Citado por R. Gascón, *op. cit.*, p. 177, Claude de Rubys, *Histoire véritable de la ville de Lyon*, 1604, p. 499. <<

[190] Museo Correr, Donà delle Rose 181, julio 1603, f. 53. <<

[191] Giulio Mandich, *Le pacte de ricorsa et le marché italien des changes*, 1953. <<

[192] Jacques Heers, *op. cit.*, pp. 75, 79 y ss. <<

[193] F. Braudel, «Le pacte de ricorsa au service du Roi d'Espagne…», en *Studi in onore di Armando Sapori*, II, 1957. <<

[194] A. d. S. Florencia, Mediceo 4745, s. f. enero 1589. <<

[195] Modesto Ulloa, *op. cit.*, p. 108. <<

[196] Según opina Felipe Ruiz Martín. <<

[197] Modesto Ulloa, *op. cit.*, p. 132. <<

[198] Álvaro Castillo Pintado, «El servicio de millones y la población del reino de Granada en 1591», en *Saitabi*, 1961. <<

[199] Albert Chamberland, «Le commerce d'importation en France au milieu du XVIe siècle», en *Revue de Géographie*, 1894. <<

[200] B. Porchnev, Congreso de Ciencias Históricas de Estocolmo, 1960, t. IV, 137. <<

[201] Para G. von Below (*Über historische Periodisierungen mit besonderem Blick auf die Grenze zwischen Mittelalter und Neuzeit*, Berlín, 1925, pp. 51-52) este periodo representa una cumbre tanto económica como artísticamente. Para Lucien Febvre es un periodo feliz, antes de que lleguen los *tristes hommes* de 1560 y después. Franz Linder, «Spanische Markt-und Börsenwechsel», en *Ibero-amerikanisches Archiv*, 1929, p. 18, asegura incluso que 1550-1600 es el periodo del *Ricorsa-Wechselgeschäft*. <<

[202] Jacques Heers, en *Revue du Nord*, enero-marzo 1964, pp. 106-107. <<

[203] J. Finot, «Le commerce de l'alun dans les Pays-Bas et la bulle encyclique du Pape Jules II en 1506», en *Bull. hist. et philol.*, 1902; Jean Delumeau, *L'alun de Rome. XVe-XIXe siècle*, 1962; «The Alun Trade in the fifteenth and sixteenth Centuries and the beginning of the Alun Industry in England», en *The collected papers of Rhys Jenkins*, Cambridge, 1936; L. Liagre, «Le commerce de l'alun en Flandre au Moyen Âge», en *Le Moyen Âge*, 1955, t. LXI (4.ª serie, t. X); Felipe Ruiz Martín, *Les alums espagnols, indice de la conjoncture économique de l'Europe au XVIe siècle* (en preparación); G. Zippel, «L'allume di Tolfa e il suo commercio», en *Arch. soc. Rom. Stor. patr.*, 1907, vol. XXX. <<

[204] Abundante documentación, A.d. S. Nápoles, Sommaria Partium, 96: *1521*. ff. 131 v., 133 v., 150, 153, *naris celeriter suum riagium exequi posset* (una nave genovesa), 166 v. (para Cataluña), 177 (para Orán), l75; *1522*.ff. 186 v., 199, 201, 221, 224-225. 228 v. y 229, 232, 244, 252 v. <<

[205] Según Felipe Ruiz Martín, ver *infra*, p. 777, n. 311. <<

[206] Ver *infra*, pp. 795-796. <<

[207] En un estudio de próxima publicación. <<

[208] *Idem*. <<

[209] Ver *infra*, p. 748, n. 164, y Micheline Baulant, *Lettres de négociants marseillais: les frères Hermîte. 1570-1672*, 1953. <<

[210] *Cf*. F. Ruiz, Martín, *Introduction aux lettres de Florence*, XXXVI-XXXVII. <<

[211] Citado por Mauricio Carmona, «Aspects du capitalisme toscan aux XVIe et XVIIe siècles», en *Revue d'histoire moderne*, 1964, p. 96, n. 2. <<

[212] Archivo Ruiz, 117, citado por Felipe Ruiz Martín, en *El siglo de los Genoveses*, en preparación. <<

[213] Para una discusión de estas cuestiones ver el magnífico libro de Clemens Bauer ya citado. <<

[214] *Op. cit.*, pp. 580 y ss. <<

[215] Sobre todo el frente hispano-portugués contra la India y el papel de una agencia de información al servicio de los intereses de los mercaderes alemanes y flamencos: Hermann Kellenbenz, *Studia*, 1963, pp. 263-290. <<

[216] Para establecer útiles comparaciones, R. Romano, «Per una valutazione della flotta mercantile europea alla fine del secolo XVIII», en *Studi in onore di Amintore Fanfani*, 1962. <<

[217] Según J. Kulischer, *op. cit.*, II, p. 384. <<

[218] R. Konetzke, *op. cit.*, p. 203. <<

[219] Saint-Gouard al rey, Madrid, 21 mayo 1572, B. N., Fr. 16104, ff. 88 y ss. <<

[220] S. Lilley, *Men. Machines and History*, Londres, 1948, p. 72, y J. U. Nef, *The Rise of the British Coal Industry*, Londres, 1932, I, p. 173. <<

[221] *Ibid.*, p. 72. <<

[222] Museo Correr, Donà delle Rose, 271, f. 46 v., 7 marzo 1605. Ver igualmente Alberto Tenenti, *Naufrages, corsaires et assurances*, pp. 563 y ss. <<

[223] Iorjo Tadić, «Le port de Raguse et sa flotte au XVIe siècle», en Michel Mollat, *Le navire et l'économie maritime du Moyen Âge au XVIIIe siècle. Travaux du Deuxième Colloque International d'Histoire Maritime,* 1959, pp. 15-16. <<

[224] B. M. Add. 28478, f. 238, abril 1594: «… *se deve ter consideração ao preço das Cousas ser mayor*». <<

[225] Ver *supra*, pp. 384 y ss. <<

[226] Debo a la gentileza de Ugo Tucci el haber podido hojearlo. <<

[227] A. d. S. Venecia, Senato Zecca, 39, 12 junio 1638. <<

[228] A. d. S. Nápoles, Regia Camera della Sommaria, Reg. 14, 1594, 1623-1637. <<

[229] Ver *supra*, pp. 388 y ss. <<

[230] José Luis Martín Galindo, «Arrieros maragatos en el siglo XVIII», en *Estudios y Documentos*, núm. 9, 1956. <<

[231] Pedro de Medina, *op. cit.*, p. 209, en el caso de Alcalá de Henares. <<

[232] Archivos de Brigue, Papeles de Stockalper, Sch. 31 núm. 2939, Ginebra, 10 julio 1650, y núm. 2942, 14 julio 1650: pausas debidas a la siega. Esta información se la debo a M. Keul. Pausas en tiempo de sementera, *ibid.*, núm. 2966, 18-28 septiembre 1650. <<

[233] Información proporcionada por Felipe Ruiz Martín. <<

[234] B. Bennassar, *op. cit*. <<

[235] Ver las gráficas de las figuras 56, 57 y 58, vol. II. <<

[236] *Op. cit*. (edición italiana), I, p. 174. <<

[237] Ruggiero Romano, art. cit., en *Rivista Storica Italiana*, 1954. <<

[238] Ali Sahili Oglu, trabajo inédito sobre las acuñaciones de moneda en Turquía. <<

[239] No olvido el antecedente de la Banca de Estocolmo (1672) ni el de la de Ámsterdam (1609). Pero se trata en esos casos de una banca específicamente urbana. Bien es cierto que la Banca de Inglaterra tiene sus orígenes en la de Londres. <<

[240] La primera tentativa se remonta a 1576; Felipe Ruiz Martín me hace notar a este respecto la existencia de un importante documento en Simancas, Eº 659, f. 103. <<

[241] Jacques Heers, en *Revue du Nord*, 1964. <<

[242] Ömer Lutfi Barkan, «L'organisation du travail dans le chantier d'une grande mosquée à Istanbul au XVIe siècle», en *Annales E. S. C.*, 1961, pp. 1092-1106. <<

[243] Me estoy refiriendo al trabajo de la piedra, a la utilización del plomo, a las máquinas de elevar, particularidades que sugiere la visita al monasterio y al museo consagrado a su construcción. <<

[244] *Cf*. las indicaciones de Paul Herre, *Papsttum und Papstwahl im Zeitalter Philipps II*, Leipzig, 1907, p. 374. <<

[245] El cálculo y la gráfica (vol. II, fig. 58) son de Alvaro Castillo Pintado. <<

[246] A. Poirson, *Histoire du règne de Henri IV,* 1866, IV, pp. 610-611. <<

[247] *Bilanci Generali, op. cit.*, vol. I, t. I, p. 466, y Museo Correr, Donà delle Rose 161, f. 144. <<

[248] Ömer Lutfi Barkan, «Le budget turc de l’année 1547-1548 et le budget turc de l’année 1567-1568», en turco, en *Iktisat Fakültesi Mecmuasi*, Estambul, 1960. <<

[249] *Op. cit.*, p. 128. <<

[250] *Cf*. nuestro capítulo en la *Cambridge Economic History*. <<

[251] *Op. cit.*, p. 42. <<

[252] J. A. Schumpeter, *op. cit.*, I, partic. p. 476, n. 1; Jacques Heers, Raymond de Roover… <<

[253] *Op. cit.*, p. 128. <<

[254] Carlo M. Cipolla, «La prétendue révolution des prix. Réflexions sur l’expérience italienne», en *Annales E. S. C.*, 1955, pp. 513 y ss. <<

[255] Museo Correr, Donà delle Rose, 181. <<

[256] Las informaciones holandesas que me indica Morineau sugieren que durante este periodo decisivo ha habido más importaciones clandestinas de las que se suponen. <<

[257] Museo Correr, Donà delle Rose, 181, f. 62, 3 a 4 millones de escudos por feria. <<

[258] Gino Luzzatto, *Storia economica dell'età moderna e contemporanea*, I, 1932, pp. 179 y ss. <<

[259] Información verbal que debo a Ömer Lutfi Barkan. <<

[260] Simancas, Expedientes de Hacienda, 122, 1559. También podía haber usado como ejemplo a Medina del Campo (1561) y haber recurrido al excelente artículo de B. Bennassar, «Medina del Campo, un exemple des structures urbaines de l'Espagne au XVIe siècle», en *Revue d'histoire économique et sociale*, 1961. En Venecia los documentos oficiales distinguen siempre entre *poveri*, *mendticanti* y *miserabili*: hay una escala graduada de la pobreza, Ernst Rodenwaldt, *Pest in Venedig*, art. cit., p. 16. <<

[261] Por ejemplo, los cálculos reproducidos por Hektor Ammann, *Schaffhauser Wirtschaft im Mittelalter*, 1948, cuadro de la página 306. <<

[262] Ver *supra*, p. 337, n. 136. <<

[263] Museo Correr, Donà delle Rose 23, f. 23 v. <<

[264] Heinrich Bechtel, *op. cit.*, p. 52, n. 6, en Erfurt, en 1511, 54 por 100 de la población incluida en el censo pertenecía a la categoría más baja de los propietarios, poseyendo de cero a 25 florines, y 15 % eran personas *ohne jedes Vermögen*. <<

[265] *Cf. L'Unterschicht*, coloquio franco-alemán de 1962. <<

[266] A. d. S. Venecia, Senato Terra 22, Treviso, 22 julio 1555; Treviso, 30 julio 1555; Brescia, 11 agosto 1555, incendio de Tizzo. <<

[267] A. d. S. Nápoles, Sommaria Consultationum 2, ff. 68 v. y 69, 27 julio 1564. <<

[268] *Ibid.*, f. 59 v., 22 mayo 1549. <<

[269] Ver el estudio general de Noël Salomon, citado, n. 122 de este capítulo. <<

[270] J. Gentilda Silva, «Villages castillans et types de production au XVIe siècle», en *Annales E. S. C.*, 1963, n. 4, pp. 729-744. <<

[271] A. d. S. Nápoles, Notai Giustizia 51, f. 5, 17 octubre 1520, 36 ducados por pagar en paños nuevos; *ibid.*, ff. 177 v. y 178, 24 agosto 1521, un esclavo negro de 12 años, 36 ducados, *ibid.*, 66, ff. 151 v. y 152; el precio de un caballo, 33 ducados. <<

[272] *Ibid.*, Sommaria Partium, 595, f. 18, 28 enero 1569, un esclavo negro de 30 años de edad, comprado en Lecce por 60 ducados. <<

[273] *Ibid*., Sommaria Consultationum 9, ff. 303-305, Nápoles, 18 junio 1587. <<

[274] A. d. S. Venecia, Senato Mar. 145, 24 marzo 1600. <<

[275] Ver J. Mathiex, «Trafic et prix de l'homme en Méditerranée aux XVIIe et XVIIIe siècles», en *Annales E. S. C.*, 1954, pp. 157-164. <<

[276] Simancas Nápoles, Eº 1046 f. 25, Com. Girón a S. M. Nápoles, 17 septiembre 1554. <<

[277] Museo Correr, Donà delle Rose, 46, f. 65, 11 marzo 1487: eran *stradioti* empleados en Morea. Ver la frase atribuida a Carlos V, *infra*, II, p. 134. En 1522 los jenízaros recibían una paga de tres a ocho aspros diarios, lo que a 50 aspros el ducado da una suma de menos de dos ducados a menos de cinco ducados al mes (Otto Zierer, *op. cit.*, III, p. 29). En Zara, en 1533, un artillero gana 40 ducados al año. Pero los artilleros eran especialistas. <<

[278] Las cifras que se pueden obtener en los archivos ragusinos hablan muy claro. Los numerosos contratos entre amos y servidores, conservados en los registros de Diversa de Cancellaria (por ejemplo, vol. 98, 122, 132, 146, 196) me han permitido un rápido sondeo. Para los aprendices, que se consideran en categoría aparte, no había paga alguna especificada formalmente, a percibir al final del periodo de aprendizaje, pero según era costumbre en la profesión, el nuevo artesano recibe un vestido, zapatos nuevos y sus útiles de trabajo. Los otros recibían el dinero estipulado en el momento que expiraba el contrato (lo que podía ocurrir al cabo de dos, cinco, seis, siete o 10 años) y que era en adición al pago en especies (alojamiento, vestido, alimentación y cuidados en caso de enfermedad). Esta remuneración, que se calculaba proporcionalmente a los años de servicio, va aumentando poco a poco: de uno a dos ducados oro en 1505-1506; 2.5 en 1535; 3.4 y 4.5 en 1537 y 1547; 3 (ligeramente por encima o por debajo) en 1560-1561, cuatro en 1607; ocho y 10 en 1608. Pero si tenemos en cuenta que el ducado había sufrido devaluaciones, llegaremos a la conclusión de que la situación apenas había mejorado con los años. Se trata de una *cota máxima* estructural. <<

[279] Ver el cuadro de Hektor Ammann, *supra*, p. 602, n. 522. <<

[280] A. d. S. Venecia, Senato Terra 15, f. 106. <<

[281] Museo Correr, Donà delle Rose 26, f. 106. <<

[282] *Ibid.*, f. 48 v. <<

[283] *Ibid.*, f. 100. <<

[284] Claramente establecido para el periodo 1572-1601 a causa de las reclamaciones de los panaderos: en el intervalo se han doblado los salarios. Museo Correr, Donà delle Rose, 218, f. 302. <<

[285] A. d. S. Senato Mar. 23, ff. 36 y 36 v., 29 septiembre 1534, es decir un poco más de 63 ducados al año. <<

[286] Museo Correr, Donà delle Rose, 161, f. 80, 1606, había 72 trabajadores empleados en la Zecca (54 para la plata y 18 para el oro). El total anual de sus salarios era de 5280 ducados, es decir una media de casi 72 por obrero. Por lo general se tendía a pagar más a los obreros de la plata. Y a veces un empleado cubre dos puestos. <<

[287] Museo Correr, Donà delle Rose, 161, f. 208 v., 586, 28 secretarios, total de salarios 2764 ducados. <<

[288] A. d. S. Venecia, Senato Terra 23, Venecia, 20 marzo 1556. <<

[289] Juan Regla, en J. Vicens Vives, *H. Social de España*, III, p. 300. <<

[290] Frank C. Spooner, «Régimes alimentaires d’autrefois, proportions et calculs en calories», en *Annales E. S. C.*, 1961, núm. 3, pp. 568-574. <<

[291] A. d. S. Nápoles, Sommaria Consultationum 3, ff. 204 y ss., 8 marzo 1571. <<

[292] Piri Re’is, *Babrìje*, ed. por Paul Kahle, 1926, *Introduction*, II, p. XLII. <<

[293] Foulquet Sobolis, *Histoire en forme de journal de ce qui s'est passé en Provence depuis l'an 1562 jusqu'à l'an 1607*, 1894, p. 245. <<

Segunda parte - Capítulo II

[1] Mathias de Saint-Jean, *Le Commerce honorable…*, 1646, p. 102; el oro y la plata, «riqueza natural», según W. Petty, *Polit. Arithm.*, 1699, p. 242. <<

[2] Museo Correr, Donà delle Rose, 161, ff. 239 v. y 240, hacia 1600. <<

[3] A. de Montchrestien, *op. cit.*, p. 94. <<

[4] J. van Klaveren, art. cit., p. 3, sostiene infundadamente lo contrario. <<

[5] Museo Correr, Donà delle Rose, 161, f. 2, 14 diciembre 1593. <<

[6] Movimiento insólito, contra corriente, ante el cual se asombra Zuan Batta Poreti en su informe a la señoría, 1603, Museo Correr 181, f. 53 v. <<

[7] *Ibid*. Cicogna 1999, s. f. Las aduanas se pagaban en Venecia en moneda de plata. <<

[8] *Idem*. <<

[9] Antonio della Rovere, *La crisi monetaria siciliana (1531-1802),* publicado por Carmelo Trasselli, 1964, en general y especialmente, pp. 30 y ss. *Forcing* permanente del oro, al que se ajustan las emisiones intempestivas de cobre, entre 1602 y 1606 por ejemplo, en tiempos del duque de Feria, L. Bianchini, *op. cit.,* p. 336. <<

[10] La subida del precio del oro podía hacer descender la demanda de moneda de plata, como reconoce e indica Zuan Batta Poreti (referencia en n. 6 de este capítulo), y en consecuencia detener toda alza de los precios corrientes dado que estos flotaban en relación con la plata, esta es la hipótesis que presenta Frank C. Spooner en nuestra contribución común al vol. IV de la *Cambridge Economic History*. Zuan Batta Poreti arguye que los cambios dependientes del oro deben subir y suben junto con él (f. 53): en Venecia el curso de los cambios se establecía a partir del ducado, moneda de cuenta, y este, de acuerdo con el alza del oro (en este caso el cequí), se devalúa igual que un billete de banca, requiriéndose más ducados (alza del cambio) para obtener un escudo de marco en las ferias *de Besançon*. Y no solo esto, sino que además deben subir y suben todas las mercancías afectadas por los precios de tales cambios (las lanas de España, los colorantes). <<

[11] Para estas últimas indicaciones, ver John U. Nef, «Industrial Europe», art. cit., p. 7. <<

[12] André Piganiol, *Rome*, p. 389. <<

[13] G. I. Bratianu, *Etudes.*…, p. 80. <<

[14] W. Heyd, *op cit.*, I, pp. 1 y ss. <<

[15] Ver a este respecto la acertada indicación de Giuseppe Mira, *Aspetti dell'economia comasca all' inizio dill'età moderna…*, Como, 1939, p. 244 (1587). <<

[16] *Op. cit.*, p. 165. Bien entendido que la cifra es muy exagerada. <<

[17] Belon du Mans, *op. cit.*, p. 100 v. <<

[18] *Idem*. <<

[19] Museo Correr, Donà delle Rose, 181, f. 53 v. <<

[20] *Op. cit.*, I, p. 270. <<

[21] Marciana, 5729, *Relazione d'Egitto*, 1668. <<

[22] Ver, acerca de esto, la carta de Idiáquez al marqués de Mondéjar, Venecia, 26 de marzo de 1579, A. N., K 1672, G 1, *n*. 33: imposible encontrar en Venecia un crédito sobre Constantinopla, aun para una simple compra. No había letras de cambio entre esas dos ciudades sino por cantidades muy pequeñas, N. Iorga, *Ospiti…*, pp. 38, 46, 62, 79, 80, 84-85, 88, 90, 92, 97-98, 100, 109, 121 (cambios de Valaquia a Venecia entre 1587 y 1590). Los ragusinos pagaban su tributo a Constantinopla por un juego de letras de cambio aceptadas en pago de los derechos de aduana causados por las mercancías ragusinas provenientes de los Balcanes, a la entrada de la ciudad, mercancías de sus compatriotas diseminadas en la parte europea del Imperio turco. Es la falta de numerario, su insuficiencia, lo que explica los «clearings» de Medina del Campo o de las ferias genovesas, J. Kulischer, *op. cit.*, II, p. 345. <<

[23] A. de Ragusa, D. de Foris, XI, ff. 75-76. Lista de pagos hechos a los prestamistas judíos (25 nombres) por G. Bonda y Stephan di Cerva. Diez pagos en total, escalonados entre el 3 de marzo y el 10 de octubre de 1573. Los préstamos eran concedidos por un plazo de uno a cuatro meses. <<

[24] 16 de febrero de 1596, G. Berchet, *op. cit.*, p. 87. <<

[25] A. d. S. Venecia, Busta 105 C. 838, 24 de noviembre de 1585. <<

[26] Museo Correr, Donà delle Rose 26, f. 54, 26 mayo 1562: estos cambios estaban prohibidos *in bottega ni in casa*, 2 diciembre, 1605, *Cinque Savii*, 12, ff. 105-106. <<

[27] J. B. Tavernier, *op. cit.*, I, p. 73. <<

[28] John Newberie a Leonard Poore, de Londres, Alepo, 29 mayo 1583; R. Hakluyt, *op. cit.*, II, pp. 246-247. <<

[29] El problema ha sido excelentemente investigado por V. Magalhães Godinho, *L'économie de l'Empire Portugais aux XVIe et XVIIe siècles*, 1958 (tesis mecanografiada, Sorbona), t. I, pp. 1-241. <<

[30] J. Carcopino, *Le Maroc antique*, 1943, p. 139. <<

[31] Roberto S. López, *Studi sull'economia genovese nel medio evo*, 1936, observaciones de Marc Bloch, en *Mélanges d'hist. soc.*, I, 1942, pp. 114-115. <<

[32] En 931. Antes, en 875, marinos andaluces habían fundado Tenes en la «costa argelina». <<

[33] P. Beraud-Villars, *L'Empire de Gao.…*, 1941, p. 220. <<

[34] La mejor referencia es Jacques Mas-Latrie, *Traités de paix et de commerce divers concernant les relations des Chrétiens avec les Arabes*, en *Afrique septentrionale an Moyen Âge*, 1866. <<

[35] E. Coudray, «Les étrangers à Tlemcen», en *Journal de l'Algérie nouvelle*, 1897. Del mismo autor, sobre el mismo tema, un excelente trabajo manuscrito que me permitió leer y utilizar. <<

[36] Como Georges Grégoire Stella, comprador de lana y telas en Constantina, en 1470. Robert Brunschvig, *La Berbèrie…*, I, p. 269. <<

[37] Laurent-Charles Feraud en *Annales tripolitaines*, 1927, p. 16. <<

[38] Proyectos de Sancho IV de Castilla y de Jaime de Aragón. Zonas a una y a otra parte del Muluya. Los proyectos de Enrique III. Destrucción de Tetuán en 1400…, R. Konetzke, *op. cit.*, p. 84. <<

[39] Robert Brunschvig, *La Berbérie orientale: sous les Hafsides des origines à la fin du XVe siècle*, 1940, I, p. 269, nota esta importante correspondencia. Recuérdese también que Venecia estableció las «galeras» de Berbería en 1140. *Ibid.*, I, p. 253. Penetración pacífica, aparte de la acción portuguesa en Marruecos. <<

[40] R. Gandilhon, *op. cit.*, p. 29. <<

[41] A este respecto, había en los archivos de Ragusa, en 1935, toda una documentación inédita. <<

[42] G. La Mantia, «La secrezia o dogana di Tripoli…», en *Ar. st. sic.*, XLI, pp. 476-477, n. 1, a propósito de los *duplae o duble* de Trípoli, 1438: «*Et quoniam merces et mercimonia pro maiore parte hodie apud Barbaros expediuntur ex quibus duplae veniunt quae ut videtis* (se trata de una carta del rey Alfonso al *statigoto* de Mesina) *non possunt iuxta valorem suum facilem cursum habere, quo fit ut magnum populis nostris detrimentum sequatur*». En consecuencia, se ordena fundirlos «*per coniare moneta di ducati*». Los *doubles* eran, en el país musulmán, piezas de oro, aún en el siglo XVI, en el África del Norte, R. Hakluyt, *op. cit.*, II, p. 176, 1584. <<

[43] Por ejemplo A. d. S. Mantua, Aº Gonzaga, Génova 757, 5 enero 1485; 7 julio 1485; Spagna 585, 6 diciembre 1486; 7 noviembre 1486; Génova 757, 21 julio 1487 (letra de cambio de Federico Crivelli); 25 agosto 1487 (letra de cambio sobre Túnez); 25 agosto 1487; 11 septiembre 1487, 200 *dobie* de Túnez valen 220 ducados; 15 octubre 1487, etcétera. <<

[44] C. Trasselli, «Transports d’argent à destination et à partir de la Sicile», en *Annales E. S. C.*, 1963, p. 883. <<

[45] Richard Henning, *Terrae incognitae,* III, 1939; Lefèvre, «Il Sahara nel Medievo e il viaggio a Tuat del genovese Malfante», en *Riv. delle Colonie*, 1936; C. de la Roncière «Découverte d'une relation de voyage du Touat décrivant, en 1447, le bassin du Niger», en *B. de la Section de Géogr. du Comité des Travaux Historiques*, 1919. Sobre este tema, ver los estudios de G. Piersantelli, P. Schiarini y R. di Tucci… <<

[46] *Op. cit.*, I, p. 194. <<

[47] Hay pleonasmo en la expresión «el oro de tibar», ver *infra*, p. 629, n. 81. <<

[48] R. Hennig, *op. cit.*, III, p. 286. <<

[49] León el Africano, *Description.…*, III, p. 300, y P. Beraud-Villars, *op. cit.*, p. 90. <<

[50] G. Balandier, *L'Afrique ambigüe*, 1957, pp. 67 y ss. <<

[51] V. Magalhães Godinho, *op. cit.*, 2.ª parte, cap. I, pp. 671 y ss. del texto mecanografiado. <<

[52] Quizá antes. A. d. S. Venecia, Senato Dispacci Spagna, Zane al dux, Madrid, 14 febrero 1583, el Rey Católico hace *molto artigliare un navilio* con 150 soldados a bordo para enviarlo a la Mina a recoger una cierta cantidad de oro que allí se encuentra *di ragion della Corona di Portugallo*. <<

[53] Carmelo Trasselli, «Un aureo barbaresco battuti in Sicilia», en *Numismatica*, 1963. <<

[54] Simancas, Venecia, Eº 1308 f. 2. El dux de Venecia a los Reyes Católicos, Venecia, 23 diciembre 1484. <<

[55] Estas valiosas cartas, 1497-1511, han sido clasificadas de nuevo, A. d. S. Venecia, *Lettere Commerciale*, XV, 9. <<

[56] *Ibid.*, Senato Mar. 19, f. 101. <<

[57] *Ibid.*, f. 166 v. <<

[58] *Ibid.*, f. 152 v., 17 septiembre 1520. <<

[59] Ver las relevantes notas de R. Gandilhon, *op. cit.*, p. 254; Jacques Raymond Collier, *Histoire du Commerce de Marseille*, 1951, t. III, p. 123, sobre la concentración en manos de unos pocos mercaderes del comercio de la ciudad con el África del Norte. <<

[60] Museo Correr, Donà delle Rose, 26, ff 23 y ss., 16 julio 1532 (en *Consiglio di X con le Zonta*), evoca la creación, en 1524, del *maestro di cecca*, cuya función era acelerar las acuñaciones. Respecto a la escasez de plata para préstamos, A. d. S. Mantua, Aº Gonzaga, Venezia, 1456, Venecia, 14 septiembre 1533. Ziambattista Malatesta al marqués, el oro ha subido de precio en Venecia en 1526, A. d. S. Venecia Senato Zecca, 36. <<

[61] Museo Correr, Donà delle Rose, 26, ver nota precedente. <<

[62] A. d. S. Venecia, Senato Zecca, 36. <<

[63] Vitorino Magalhâes Godinho, *op. cit.*, H. van der Wee, *op. cit.*, II, pp. 124-127. <<

[64] Jean-Pierre Berthe, «Las minas de oro del Marqués del Valle en Tehuantepec (1540-1547)», en *Historia Mexicana*, 1958, n. 29. <<

[65] Álvaro Jara, Trabajo inédito. <<

[66] Henry Lapeyre, *op. cit.*, p. 257. <<

[67] John U. Nef, «Silver production in Central Europa», en *The Journal of political Economy*, 49, 1951. <<

[68] *L'économie mondiale et les frappes monétaires en France. 1493-1680*, 1956, pp. 8-9. <<

[69] La expresión es de Jacob van Klaveren, *op. cit.*, p. 3. <<

[70] *Idem*. <<

[71] Roberto Simonsen, *Historia económica do Brasil. 1500-1820*, São-Paulo, 1937, 2 vol. <<

[72] F. Braudel, «Les Espagnols et l'Afrique du Nord, 1492-1577», en *Revue Africaine*, 1928. <<

[73] Ver nota precedente; R. B. Merriman, *Carlos V*, p. 210. Francisco López de Gomara, «Crónica de los Barbarrojas», en *M. H. E.*, VI, pp. 371-379. <<

[74] J. Denuce, *L'Afrique au XVIe siècle et Anvers*, p. 9. <<

[75] Que todavía existían relaciones comerciales entre Venecia y África del Norte en 1533 (y sin duda más tarde) lo sugiere un incidente relatado por G. Cappelletti, *Storia della Repubblica di Venezia*, 1852, VIII, pp. 119-120. Pero se produce un gradual declive, perceptible en pequeños detalles A. d. S. Mantua, Génova 759, Génova, 3 marzo 1534, Stefano Spinola al marqués, ya no se pueden encontrar frutas de Berbería en el mercado de Génova. <<

[76] D. de Haedo, *op. cit.*, pp. 24 y 24 v. <<

[77] 1584, R. Hakluyt, *op. cit.*, II, p. 184. <<

[78] D. de Haedo, *op. cit.*, p. 27 v. <<

[79] B. N. de Madrid, cap. 34. <<

[80] D. de Haedo, *op. cit.*, p. 27 v. <<

[81] Relación que ha dado el secretario Juan de Soto…, copia, 20 de junio de 1574, Sim. Eo. 1142. Se sabe que *tibar o tivar* = oro. <<

[82] 4 y 8 de noviembre 1568. Sim. Eo. 1132. <<

[83] Pero en la época de la ocupación cristiana Trípoli había dejado de ser una ciudad del oro. M. Sanudo, *op. cit.*, XI, col. 112; Rossi, *op. cit.*, 1937. p. 17. <<

[84] La expresión es de Carmelo Trasselli, «Note preliminari sui Ragusei in Sicilia», artículo en preparación. <<

[85] Emilio García Gómez, «Españoles en el Sudán», en *Revista de Occidente*, 1935. <<

[86] D. de Haedo, *op. cit.*, p. 27 v. <<

[87] *Idem.*, J. Gentil da Silva, *op. cit.*, p. 89, muchos navíos holandeses intervienen en el *rescate* de oro a lo largo de la costa de Guinea. <<

[88] Estoy pensando en los lazos comerciales entre España, Liorna y Venecia por una parte y el Magreb por otra y sobre los que existe abundante documentación. Obsérvense por ejemplo las negociaciones de Argel con Venecia por mediación del baile veneciano en Constantinopla, *Cinque Savii* 3, f. 721, 29 mayo y 22 junio 1600, el *virrey* de Argel ofrece salvoconductos a ocho o 10 *marciliane* venecianos para que cargasen lanas, cera y cueros. Tratado comercial entre Toscana y el rey de Marruecos, A. d. S. Florencia Mediceo 4274, 1604. <<

[89] Jean Cassou, *Les conquistadors*, pp. 213-214. Antes de procederse a la amalgama se utilizaban *huairas*, pequeños hornos *«perces de trous», ibid.*, p. 211. Gerlamo Boccardo, *Dizionario universale di economia politica e di commercio*, 1882, I, p. 160. P. Rivet y H. Arsandaux, *La métallurgie en Amérique précolombienne*. 1946, p. 21. Sobre la fecha de 1571, ver el texto esencial, Lizárraga, *Historia de Indias*, II, p. 556. <<

[90] La observación es de L. von Ranke, cit. por Platzhoff, *op. cit.*, p. 17. <<

[91] *Correspondance de Granvelle*, ed. Piot, VII, p. 2, cit. por R. B. Merriman, *op. cit.*, IV, p. 430, n. 2. <<

[92] *Op. cit.*, p. 159. <<

[93] *Actas*, I, p. 285. <<

[94] B. N. Madrid, 9372, f. 41. <<

[95] Hacia 1569, París, *op. cit.*, I, pp. 339-340. <<

[96] *Op. cit.*, p. 66. <<

[97] P. de Ségusson de Longlée, *op. cit.*, pp. 128-129; Requête…, 1585, A. N., K 1563. <<

[98] 18 de marzo de 1588, Sim. Eo. 336, f. 153 (s. f.) y Eo. 336, f. 154. <<

[99] F. de Alava a Felipe II, París, 6 de mayo de 1567, A. N., K 1508, B 21, *n*. 6. <<

[100] E. Albèri, *op cit.*, II, p. 405. <<

[101] Por ejemplo, antiguamente los *safraneros* alemanes, A. Schulte, *op. cit.*, I, p. 354. El fraude en dirección a Lisboa. <<

[102] Roma, 20 de junio de 1554, *Corp. dip. port.*, VII, p. 360. Otros fraudes genoveses (1563). Sim. Eo. 1392; fraudes ingleses, 10 de junio de 1578, *CODOIN*, XCI, pp. 245-246. <<

[103] Siempre era lícito solicitar una autorización para exportar; por ejemplo, Giorgio Badoaro hizo una solicitud en abril de 1597, A. N., K 1676. Ordinariamente, la autorización se concedía para los gastos de camino. <<

[104] Cambios para Flandes, Sim. Eo. 500. <<

[105] *Idem*. <<

[106] Sim. Eo. 502. <<

[107] Sim. Eo. 504. <<

[108] Morosini y Badoaro al dogo, 5 de marzo de 1551, G. Turba, *Venet. Depeschen.…*, t. I, 2, p. 517, n. <<

[109] El hecho es señalado por R. Ehrenberg, *op. cit.*, I, pp. 63, 160. <<

[110] K. Habler. *Die wirtschaftl. Blüte…*, p. 53; R. Ehrenberg, *op. cit.*, II, pp. 63, 150, 155, 155 n. 92, a propósito de los *Silberzüge* de los Fugger en los archivos de los Fugger. <<

[111] R. Ehrenberg, *op. cit.*, 1, p. 158. <<

[112] Salzman, *op. cit.*, p. 5. <<

[113] Moderación de cambios, 1557, Sim. Eo, 514-515. «Correspondencia del factor Juan López del Gallo sobre cambios y provisión de dineros», *ibid*. <<

[114] H. van Houtte, «Les avvisi du Fonds Urbinat», 1926, pp. 369-370. <<

[115] Bruselas, 13 de junio de 1558, A. E. Esp. 290, copia. <<

[116] B. N. París, Fr. 15 875 ff. 476 y ss. <<

[117] R. Gómez a Fco. de Eraso, 6 de octubre de 1554, A. E. Esp. 229, f. 85. <<

[118] Mayo de 1554, Ehrenberg, *op. cit.*, II, p. 64. <<

[119] *CODOIN*, LXXXIX, p. 32, 4 de septiembre de 1564. La reina Isabel obtuvo un préstamo en Amberes todavía a finales de 1568, *CODOIN*, XC, p. 152. Londres, 6 de noviembre de 1568. <<

[120] Antonio Rumeu de Armas lo acaba de demostrar de nuevo en su admirable libro *Piraterías* y *ataques navales contra las islas Canarias*, 1947, I, pp. 335 y ss. <<

[121] *Documents concerning english voyages to the Spanish Main*, edit. por I. A. Wright, 1932, p. XVII. <<

[122] 18 de diciembre de 1568, *CODOIN*, XC, p. 160. <<

[123] W. Cecil situaba sus economías en Hamburgo, *CODOIN*, XC, p. 227, Londres, 9 de mayo de 1569. <<

[124] Gresham a W. Cecil, Londres, 14 de agosto de 1569, R. Ehrenberg, *op. cit.*, II, p. 34. Análoga medida, el cierre de Steelyard, en 1576-1577. Pero ese nacionalismo no excluye el recurrir a las plazas extranjeras, como hace, por ejemplo, Colonia, al menos en 1575, *CODOIN*, XCI, 10 de diciembre de 1575. <<

[125] *CODOIN*, XC, p. 184, 14 de febrero de 1569. <<

[126] *Ibid.*, p. 185, 14 de febrero de 1569. <<

[127] *Ibid.*, p. 254, 1 de julio de 1569. <<

[128] *CODOIN*, XC, pp. 173 y ss., 178 y ss.; *CODOIN*, XXXVIII, p. 11. <<

[129] O. de Torne, *Don Juan d'Autriche*, I, pp. 109 y ss. Para particulares referentes al comercio, capturas de barcos, el primer bloqueo de Amberes, 1568, y el segundo, 1572-1577, ver V. Vázquez de Prada, *op. cit.*, I, pp. 55 y ss., 58 y ss. <<

[130] Es sintomático que, en 1567, el duque de Alba, con sus fuerzas, sus dineros y sus letras de cambio, ganase los Países Bajos por Génova, Saboya y el Franco Condado (Lucien Febvre, *Philippe II et la Franche-comté*, pp. 520 y ss.), la Lorena y Luxemburgo. Detalle revelador: en 1568, 150 000 escudos destinados al duque de Alba fueron interceptados en el Rin por el conde Palatino. Los genoveses responsables del transporte, Luciano Centurione y Constantino Gentile, obtuvieron, mediante indemnización, la restitución del dinero incautado, Carlos IX a Fourquevaux, 24 de marzo de 1568, p. 169, Fourquevaux a Carlos IX, Madrid, 6 de abril de 1568; C. Douais, *op. cit.*, I, p. 345; aviso de Bruselas, 7 marzo de 1568, H. Van Houte, art. cit., p. 437. <<

[131] Amberes, 31 de julio de 1572, A. d. S. Génova, Olanda, Lettere Consoli, 1 265. <<

[132] Armada reunida en Santander para ir a Flandes, Sim. Eo. 561. C. Duro, *Armada española*, II, pp. 288 y ss. <<

[133] Antonio de Guaras a Zayas, Londres, 29 de noviembre de 1575, *CODOIN*, XCI, p. 108. <<

[134] R. Ehrenberg, *op. cit.*, I, pp. 180-181, 213, 215. <<

[135] Felipe II al duque de Parma, S. Lorenzo, 7 de septiembre de 1588, A. N., K 1448, M. <<

[136] R. Ehrenberg pretende que estaban fuera de uso después de 1577, pero está equivocado, *op. cit.*, I, pp. 362-363. <<

[137] Felipe II a B. de Mendoza, Madrid, 17 de marzo de 1589, A. N., K 1449. <<

[138] El mismo remitente al mismo destinatario, S. Lorenzo, 6 de mayo de 1589 y 14 de junio del mismo año, *ibid*. <<

[139] Benedetti, *Intorno alle relazioni commerciali… di Venezia e di Norimberga*, Venecia, 1864, p. 30. <<

[140] L. Batiffol, *La vie intime d'une reine de France au XVIIe siècle*, París, 1931, p. 18. <<

[141] Idiáquez al marqués de Mondéjar. Venecia, 26 de marzo de 1579, A. N., K 1672, G 38, copia. Idiáquez recuerda un incidente de cuando era embalador en Génova; de aquí la incertidumbre de la fecha. <<

[142] En 1590, seis correos que venían de Italia son despojados en las cercanías de Basilea de 50 000 escudos destinados a Ambrosio de Spínola en Amberes. Cada correo puede transportar 10 000 escudos en piezas de oro, V. Vázquez de Prada, *op. cit.*, I, p. 37. <<

[143] «Memorial de Ysoardo Capelo, en que dize de la manera que se podrá llevar a Flandes dinero de contado pasandolo por Francia», 1572, A. N., K 1520, B 33, *n*. 49, copia. <<

[144] Fourquevaux a Carlos IX, Madrid, 13 de enero de 1569, C. Douais, *op. cit.*, I, p. 46. <<

[145] El duque de Alba a Felipe II, Bruselas, 7 de junio de 1571, A. N., K 1523, B 31, n. 78. <<

[146] C. de Mondoucet, *op. cit.*, I, pp. 71-72, Bruselas, 21 de octubre de 1572. <<

[147] Del Caccia al príncipe, Madrid, 21 de septiembre de 1572, A. d. S. Florencia, Mediceo 4903. Mecatti, *op. cit.*, II, p. 750. Por consiguiente, error de Lavisse, *op. cit.*, VI, 1, p. 123. <<

[148] Felipe II a Diego de Çuñiga, Madrid, 25 de septiembre de 1572, A. N., K 1530, B 34, n. 65. <<

[149] Saint-Gouard a Carlos IX, Madrid, 26 de septiembre de 1572, B. N. París, Fr. 16104. <<

[150] *Op. cit.*, II, p. 136, n. 1, B. N. París, Fr. 127, ff. 181-182. <<

[151] Diego de Çuñiga a Felipe II, París, 1 de diciembre de 1576, A. N., K 1542, B 41, orig. D. <<

[152] *Op. cit.*, II, p. 215. <<

[153] *C. S. P. Venet*, VII, p. 565, 19 de octubre de 1577. <<

[154] R. Ehrenberg, *op. cit.*, I, pp. 362-363. <<

[155] Vargas a Felipe II, París, 12 de diciembre de 1577, recibido el 21, A. N., K 1543, B 52, n. 113, D. <<

[156] Vargas a Felipe II, París, 11 de julio de 1578, A. N., K 1545, B 43, n. 9, D. <<

[157] El mismo remitente al mismo destinatario, 27 de julio de 1578, *ibid.*, n. 22, D. <<

[158] *Idem*. <<

[159] O. de Torne, «Philippe II et les guises», en *Rev. Historique*, 1935. <<

[160] Felipe II a J. B. de Tassis, Lisboa, 20 de agosto de 1582, A. N., K 1447, p. 186. <<

[161] Longlée a Enrique III, Zaragoza, 3 de mayo de 1585, *Dépêches de M. de Longlée*, public. por A. Mousset, p. 186. <<

[162] A. d. S. Mantua, Serie E, Génova 759, 15 octubre 1532. <<

[163] R. Ehrenberg, *op. cit.*, I, p. 343. <<

[164] Cor Mor. al rey, Roma, 1 de noviembre de 1551, *Corpo diplomatico portuguez*, VI, p. 38. <<

[165] *Op. cit.*, I, p. 155. <<

[166] Ginebra, 28 de enero de 1564, Sim. Eo. 1393. <<

[167] Felipe II a Pedro de Mendoza (1565), Sim. Eo. 1394. <<

[168] 4 de febrero de 1566, C. Douais, *op. cit.*, I, p. 50. <<

[169] Al príncipe, Madrid, 11 mayo 1566, A. d. S. Florencia, Mediceo, 4897 *bis*. <<

[170] El duque de Alba a Felipe II, Cartagena, 27 de abril de 1567, A. E. Esp. 4, f. 357. <<

[171] Garcés al duque, Madrid, 13 de junio de 1565, Mediceo 4897, f. 122 v. Virrey de Nápoles a Felipe II, 30 de abril 1566, Sim. Eo. 1055, f. 116, e igualmente ff. 137 y 184. <<

[172] *Op. cit.*, I, p. 153. <<

[173] Nobili al príncipe, Madrid, 18 de junio de 1567, A. d. S. Florencia, Mediceo 4898, ff. 68 v. y 69. <<

[174] El mismo remitente al mismo destinatario, 30 de mayo de 1567, *ibid.*, f. 60 v. <<

[175] *Ibid.*, f. 64. <<

[176] *Ibid.*, 20 de septiembre de 1567, f. 99 v. <<

[177] A. de Ragusa, Diversa di Cancellaria, 127, ff. 106 y 106 v., 3 octubre 1539. <<

[178] *Ibid.*, 139, ff. 23 y ss. <<

[179] *Ibid.*, 146, f. 34. <<

[180] *Ibid.*, 145, f. 23 v. <<

[181] *Ibid.*, 146, f. 145, 20 agosto 1560. <<

[182] Vuk Vinaver, «Der venezianische Goldzechin in der Republik Ragusa», en *Bollettino dell'Istituto della Società e dello stato veneziano*, 1962, pp. 140-141. <<

[183] *Ibid.*, p. 141. <<

[184] Barcelona, 4 de mayo de 1561, Sim. Eo. 328. <<

[185] Sim. Eo. 1055, f. 137. <<

[186] El derecho de flete para la plata era en 1572 de 1.5 %. Gio. Andrea Doria a la República de Génova, Madrid, 27 de abril de 1572. A. d. S. Génova, L. M. Spagna 5.2414. <<

[187] Virrey de Nápoles a Felipe II, Nápoles, 7 de febrero de 1566; Sim. Eo. 1055, f. 29. <<

[188] Felipe II a Granvella, Madrid, 25 de marzo de 1572, Sim. Eo. 1061, f. 208. Granvella a Felipe II, 21 de abril de 1572, Sim. Eo. 1061, f. 27. G. del Caccia al príncipe, Madrid, 19 de diciembre de 1572, Mediceo, 4903, 500 000 escudos en letras de cambio sobre Génova. <<

[189] Ver referencias en la nota precedente, Mediceo, 4 903. <<

[190] R. Ehrenberg, *op. cit.*, II, p. 215. <<

[191] *Ibid.*, p. 214. <<

[192] *Ibid.*, p. 179. En 1576, envío de un millón a don Juan por las galeras de Barcelona a Génova, O. de Torne, *op. cit.*, II, p. 30. <<

[193] Felipe II al prior D. Hernando de Toledo. S. Lorenzo, 16 de julio 1577, Sim. Eo. 335. El almirante se embarcó a bordo de la capitana, la cual hizo el viaje con cuatro galeras. El prior D. H. de Toledo a Felipe II, Barcelona, 27 de agosto de 1577 (recibida el 31), Sim. Eo. 335, f. 402. <<

[194] Felipe II al gran duque, Lisboa, 23 de diciembre de 1582, Sim. Eo. 1451. <<

[195] Para más detalles ver Felipe Ruiz Martín, *Lettres marchandes…, op. cit.*, pp. LXXXIV y ss. <<

[196] *Dépêches de M. de Longlée*, pub. por A. Mousset, París, 1912, p. 9. <<

[197] *Ibid.*, p. 19. <<

[198] *Ibid.*, p. 42. <<

[199] *Ibid.*, p. 77. <<

[200] *Ibid.*, pp. 76-77. <<

[201] *Ibid.*, p. 87. <<

[202] Entonces *veedor general* del ejército de Flandes. 100 000 escudos enviados a J. B. Tassis, sobre 692 722 expedidos en Italia, 23 de julio de 1585. A. N., K 1583. <<

[203] *Dépêches de M. de Longlée, op. cit.*, p. 120. <<

[204] *Ibid.*, p. 129. <<

[205] *Ibid.*, p. 139. <<

[206] *Ibid.*, p. 147. <<

[207] *Ibid.*, p. 149. <<

[208] *Ibid.*, p. 175. <<

[209] *Ibid.*, p. 242. <<

[210] *Ibid.*, p. 269. <<

[211] *Ibid.*, p. 312. <<

[212] *Ibid.*, p. 315. <<

[213] El embajador de Génova a la República, Madrid, 29 de marzo de 1586, A. d. S. Génova, L. M. 9-2418. <<

[214] Felipe II al gran duque, S. Lorenzo, 17 de junio de 1589, Sim. Eo. 1452. <<

[215] R. Ehrenberg, *op. cit.*, I, p. 351. Se relaciona quizá con la indicación sobre A. Spínola de las notas de Longlée, 3 de marzo de 1590, *op. cit.*, p. 391. <<

[216] Antonio Domínguez Ortiz, «Los extranjeros en la vida española durante el siglo XVII», en *Estudios de historia social de España*, 1960, p. 304, n. 10. <<

[217] Evidencia explícita en Ralph de Turri, *Tractatus de cambiis*, Disp. 3. Qu. 13. No. 78; S. Contarini al dux, Valladolid, 16 diciembre y 30 diciembre 1602 (A. d. S. Venecia, Senato Dispacci Spagna); *Lettres missives de Henri IV*, VI, p. 16. El rey a M. de Beaumount, 18 de enero de 1603, «el rey de España ha obtenido el contrato de once millones, a los que según se me ha informado se ha añadido otro millón…». El contrato se satisfará en el curso de tres años; tres millones cada año para Flandes, más otros dos para la Real Casa. Estas cifras se aproximan mucho a la realidad. El *asiento*, firmado en Valladolid el 31 de diciembre de 1602, asciende exactamente a 7 200 000 escudos (pagaderos en Flandes en 36 *pagas*) y 2 400 000 ducados (pagaderos en 36 *pagas* en Madrid, Sevilla, Lisboa y Simancas), Contadurías Generales, 1.º 96. Es en esta serie donde se encuentra la colección entera de estos asientos, los cuales he examinado personalmente en 1951, dejando a Álvaro Castillo Pintado la tarea de conducir a término su estudio. Ver la gráfica, vol. II, fig. 59, que ofrece las cifras completas; esto, en mi opinión, hace innecesario ofrecer una lista de todas estas referencias o corregir el texto original de mi libro, que se limitaba a introducir en el problema en líneas muy generales. <<

[218] Felipe II a Juan de Lastur, S. Lorenzo, 4 de abril de 1587, A. N., K 1448, minuta. <<

[219] Amedeo Pellegrini, *Relaz. inedite di ambasciatri lucchesi…*, Roma, 1901, pp. 13-14, a propósito del viaje de Compagno Compagni en 1592, viaje en tiempo de invierno con naufragio de una galera (ahogándose 120 galeotes). La flota transportaba de 600 a 800 000 escudos y cajas de monedas. Obsérvese la exactitud de las referencias de Cervantes, *La Gitanilla*, I, p. 64, acerca de ese genovés que envía dinero de España a Génova por medio de las galeras y las oportunidades de viajar en galeras que parten de Cartagena. También se transportaba plata española, lícitamente o no, en naves mercantes, en la nave *San Francisco*, por ejemplo, que cargada en Alicante e Ibiza, llega a Liorna el 3 de marzo de 1585 con 21 700 reales a bordo, A. d. S. Florencia, Mediceo 2080. <<

[220] Simón Ruiz a B. Suárez, Medina del Campo, 17 abril 1583. <<

[221] A. d. S. Venecia, Senato Dispacci Spagna, Fco. Morosini al dux, Madrid, 18 enero 1614. <<

[222] Ver en sentido contrario, el estudio de Émile Coornaert, en la *Rev. du N.*, ya cit. <<

[223] *Ibid.*, pp. 28-29, la ascensión hasta 1569, p. 30, «en 1580, cuando ya mucha gente se había ido…». <<

[224] R. B. Merriman, *op. cit.*, IV, pp. 285-286. ¿La alteración de las monedas en los Países Bajos en 1585 (E. Coornaert, *op. cit.*, p. 46) es también una consecuencia, un último estadio? <<

[225] En 1579 ya no quedaba en Amberes más que una casa española de importancia, 4 de Luca, 5 genovesas, 14 italianas, 10 portuguesas, R. Ehrenberg, *op. cit.*, II. p. 192. <<

[226] A. Vaticantes, Spagna 27, *Le cause per le quale il sermo Re di Portugallo…*, 1573, ff. 161-162. Las dificultades bancarias de Sevilla en 1565-1567. <<

[227] V. Vázquez de Prada, *op. cit.*, I, p. 28, n. 30. <<

[228] Según A. Von Reumont, *op. cit.*, I, p. 355, fue en 1575 cuando las pocas firmas florentinas que allí quedaban abandonaron Lyon y se trasladaron a Besançon, Chambéry y Avignon. Para R. Ehrenberg, *op. cit.*, I, p. 306, en 1575 ya no quedaban en Lyon sino algunos italianos; los demás se habían trasladado a París. El único sobreviviente en 1592, el banco de Capponi, fue reconstituido en 1594 por el célebre Zameti, de Luca. Sobre este gran capítulo, ver L'Hermitte de Sollier, *La Toscane française*, París, 1661, que trata de los banqueros italianos instalados en París. En el cuadro toscano, la caída de Lyon fue una de las causas del acercamiento hispanotoscano después de 1576. La manera cómo la vida toscana deriva hacia España, R. Galluzi, *op. cit.*, III, pp. 505 y ss. <<

[229] R. Ehrenberg, *op. cit.*, II, p. 191. <<

[230] *Ordenanzas del Consulado de Burgos de 1538*, editadas por Eloy García de Quevedo y Concellón, Burgos, 1905. Larga introducción. ¿Decadencia desde 1566?, p. 71. La fecha me parece demasiado precisa. Según María Helmer, quien me confirma su punto de vista en una nota del 21 de marzo de 1965, los síntomas de la decadencia aparecen hacia 1566; hubo crisis en 1568, 1570 y 1572. La decadencia es un hecho cumplido en 1573 y sus efectos son irreversibles. <<

[231] A. de Capmany, *op. cit.*, IV, p. 337 (1594). En Barcelona creación del Nuevo Banco en 1609, «per mes ampliar la Taula del Cambi»; A. P. Usher, *op. cit.*, p. 437. <<

[232] Du Ferrier a Enrique III, Venecia, 8-13 de mayo de 1575, E. Charrière, *op. cit.*, III, p. 595. <<

[233] Sim. Eo. 343 (1595). <<

[234] D. de Haedo, *op. cit.*, pp. 24 y 24 v.; R. Hakluyt, *op. cit.*, II, p. 176 (1584). <<

[235] R. Busquet, «Les origines du consulat de la nation française à Alger», en *Inst. hist.*, Provenza, 1927. <<

[236] P. Grandchamp, *op. cit.*, por ejemplo t. I, pp. 17, 18, 23, 87, etc. El hecho ya fue subrayado por A. E. Sayous, *Le commerce des Européens à Tunis depuis le XIIe siècle*, 1929. <<

[237] D. de Haedo, *op. cit.*, p. 117 v. <<

[238] A. d. S. Florencia, Mediceo 2080, 26 julio 1578, 3 marzo 1585. <<

[239] A. de Ragusa, D. de Foris, VIII, f. 172, 24 de agosto de 1599. <<

[240] *Ibid.*, ff. 113 v. a 115 v. <<

[241] A. N., K 1676. Íñigo de Mendoza a Felipe III, 2 enero 1599. <<

[242] A. de Ragusa, D. di Cancellaria, 192, f. 139, 30 mayo 1604. <<

[243] Ver vol. I, p. 264. <<

[244] A. d. S. Florencia, Mediceo 5032, Zanobi Carnesechi al arzobispo de Pisa, Génova, 27 junio 1598. <<

[245] Felipe Ruiz Martín, *Lettres marchandes…*, p. XLVIII. <<

[246] Tanteo general B. N. Madrid, 1004, citado por Felipe Ruiz Martín, *op. cit*. <<

[247] *Cf.* las cartas intercambiadas entre Simón Ruiz y sus corresponsales de Florencia en el citado libro de F. Ruiz Martín. De particular interés una carta de la correspondencia de Baltasar Suárez, fechada el 24 febrero 1590 (acerca de los Buonvisi de Lyon): «No querían créditos sino débitos…; sta oy dia el cambio de manera que qien tiene el dinero lo a de dar a como quiere el tomador»; otra del 9 septiembre 1591, etcétera. <<

[248] *Ibid.*, carta del 30 marzo 1590. <<

[249] Baltasar Suárez a Simón Ruiz, Florencia, 9 septiembre 1591. <<

[250] A. D. S., Sommaria Consultationum 22. ff. 9-10, 8 febrero 1608. <<

[251] Según Turbolo, *Discurso.…*, pp. 3-4, Nápoles, B. di Storia Patria XXVIII, D. 8. Y solo 10 500 000 ducados de 1548 a 1587, o sea 260 000 al año, en números redondos (A. d. S. Nápoles, Sommaria Consultationum, 9, f. 168, 29 enero 1587) frente a 400 000, media anual de 1599 a 1628, lo que, considerando la devaluación del ducado, significa un incremento. <<

[252] Antonio Della Rovere, *op. cit.*, p. 43, n. 40 *bis*. <<

[253] Ubaldo Meroni (publicado por), *I «libri delle usate delle monete» della Zecca di Genova, dal 1589 al 1640*, Mantua, 1957. <<

[254] Doy a continuación las referencias que corresponden a las cifras mencionadas en el resto del parágrafo: Marciana 7299 [2 junio 1584]; Correr, Donà delle Rose, 26, f. 93, 2 junio 1584; *ibid.*, f. 93 v., 13 julio 1584; *ibid.*, f. 95, 5 diciembre 1585; *ibid.*, f. 104, 14 junio 1591; A. d. S. Venecia, Senato Zecca 2 (1591); *ibid.*, 4 diciembre 1595; 3 enero 1596; *ibid.*, 5, 26 marzo 1597; *ibid.*, 8, 19 marzo 1605. <<

[255] A. d. S. Nápoles, Sommaria Consultationum, 9, f. 168, 29 enero 1587. <<

[256] Afirmaciones virtualmente ciertas; en el caso de Francia ver el artículo clásico de A. Chamberland, *supra*, p. 584, n. 460; para Alemania y los Países Bajos el simple hecho de que Venecia y Florencia cuenten con descuentos en el norte; sobre el desequilibrio entre Florencia y España, ver F. Ruiz Martín, *Lettres marchandes.*… La noción de balanza de pagos es ajena al siglo XVI, aunque en la respuesta de los *hombres de negocios* al gobierno español [1575, B. M. Harl, 3315, f. 155] se puede leer esta importante frase: «… a estos reynos por ymportar mas las mercaderías que vienen a ellos que las que salen, y este inconveniente no es de poca consideración». <<

[257] Es la fecha que propone J. Van Klaveren, *op. cit.*, p. 3. Jean Meuvret, «La conjoncture internationale de 1660 à 1715», en *Bulletin de la Société d'Histoire Moderne*, 1964, fecha que parece ser significa para él el momento inicial de una corta inflación. «¿Se trataba de una auténtica recuperación?». Nótese que después de 1604-1609, una parte de la plata de América emprende el camino hacia la Europa del Norte. <<

[258] La expresión es de Samuel Ricard, ver nota siguiente. <<

[259] Samuel Ricard, *Traité général du Commerce*, 2.ª ed. 1706, p. 371. <<

[260] Marciana 5729, Relazione d’Egitto, 1668. <<

[261] Eso es lo que opina F. Ruiz Martín, *Lettres marchandes…* <<

[262] A. d. S. Génova, Spagna 38, documentos de 1647 a 1650. <<

[263] En las páginas que siguen he recurrido a dos trabajos de Felipe Ruiz Martín, *Lettres marchandes échangées entre Florence et Medina del Campo* se trata de cartas recibidas o expedidas por Simón Ruiz y más tarde por su sobrino Cosme Ruiz con destino a Florencia o viniendo de ella, de 1577 a 1606, precedidas por una larga y magnífica introducción. El segundo trabajo, al que he tenido acceso antes de su próxima publicación, *El siglo de los genoveses en Castilla (1528-1627); capitalismo cosmopolita y capitalismos nacionales,* es, en mi opinión el mejor libro sobre la España del siglo XVI, desde los trabajos ya clásicos de Ramón Carande. <<

[264] Me ha dejado sorprendido la enorme cantidad de plata que llegaba masivamente a Génova incluso a finales del siglo. Ver a partir de 1670 la correspondencia del cónsul francés en Génova, Compans, A. N., Affaires Étrangères B 1511, Génova. Ver también la curva de la moneda acuñada en la *Zecca* de Génova, en la publicación de U. Meroni, vol. I, p. 659, n. 253. <<

[265] Ramón Carande, «Sevilla, fortaleza y mercado», en *Anuario de Historia del Derecho español*, II, 1925 (separata), pp. 33, 55 y ss. Jacques Heers, *op. cit.*, numerosas referencias en el índice, en la palabra *Sevilla*. <<

[266] Frank Spooner ha observado que los genoveses han sabido aprovechar estos años de cambios en la valoración del oro, *op. cit.*, p. 21. <<

[267] Renée Doehaerd, *Études anversoises*, I, 1963, p. 33. <<

[268] *Cf*. F. Ruiz Martin, *Lettres marchandes*.… pp. XXIX y ss., y el excelente artículo de Alvaro Castillo Pintado «Los juros de Castilla, apogeo y fin de un instrumento de crédito», en *Hispania*, 1963. Los *juros de caución* no se podían vender. Para conseguir *juros* negociables (los *juros de resguardo*), resguardos (que era así como se los denominaba), los hombres de negocios tenían acceso a la economía pública, tanto dentro como fuera de España, particularmente en Italia. Los *resguardo*, vendidos a los inversores se rembolsaban en el momento de pagar el *asiento* (el finiquito) en títulos con el mismo interés. Así pues, los genoveses controlan un mercado todavía poco coherente, de rentas muy variadas en cuanto a intereses, naturaleza y asignación. Pero había sus riesgos: así Nícolò Grimaldo, príncipe de Salerno, sufre, en 1575, una bancarrota espectacular como resultado de sus especulaciones con los *resguardos*. Alvaro Castillo Pintado, art. cit., p. 9. <<

[269] Felipe Ruiz Martín, *Lettres marchandes…*, p. XXXII. <<

[270] Simancas Consejo y Juntas de Hacienda, 37, Decreto sobre la paga de las mercedes y otras deudas, Toledo, 14 noviembre 1560. <<

[271] *Idem*. <<

[272] Felipe Ruiz Martín, *Lettres marchandes…*, p. XXXII. <<

[273] V. Magalhães Godinho, *op. cit.*, p. 420, en 1435 el quintal a 3072 *rèais*, en 1564, 33 421. Se produjo un violento declive en 1568. <<

[274] B. N., fr. 9093, f. 78 [1640]. <<

[275] A. d. S. Venecia, *Cinque Savii*, Riposte 1602-1606, ff. 189 v. a 195, 16 enero [1607]. <<

[276] 2 abril 1597, A. d. S. Génova, Spagna 12. <<

[277] En particular en *Lettres marchandes…*, cap. II, «L’argent vassal de l’or», pp. LIII y ss. <<

[278] Según el libro de cuentas, impreso por cuenta propia, de Francisco de Lixalde, *pagador del exercito de Flandes*, que se abre con la fecha de 12 marzo 1567. Este libro lleva manuscrito el título *Tanteos tomados en Flandes al pagador Francisco de Lixalde hoja de catorze meses antes que falleciese*. Simancas, p. 26. El mismo libro se publicó de una copia latina, por M. F. Rachfahl, *Le registre de Franciscus Lixaldius, trésorier général de l'armée espagnole aux Pays-Bas, de 1567 à 1576*, 1902, 187 p. en 8.º. <<

[279] L. Goldschmidt, *Universalgeschichte des Handelsrechtes*, 1891, p. 127. <<

[280] G. Luzzatto, *op. cit.*, p. 180. <<

[281] Lucien Febvre me informa que, según los registros municipales de Besançon (instancia de Thomas Doria a los magistrados de la ciudad, 27 julio, 1566), fue en 1534-1535 cuando la ciudad imperial comenzó a atraer a los banqueros genoveses «que habían abandonado sus residencias en las localidades de Lyon y Monluel y se establecían en la ciudad de Lons-le-Saunier». Sobre estas ferias ver: Castan, «Granvelle et le Saint-Empire», en *R. Historique*, 1876, t. I, p. 113, n., P. Huvelin, *Droit des marchés et des foires*, 1907; el discurso de Contarini, 1584, en A. Lattes, *La libertà delle banche a Venezia*, Milán, 1869, p. 121; R. Ehrenberg, *op. cit.*, I, p. 342, II, p. 227; Jacques Savary des Bruslons, *diciembre universel de Commerce*, Copenhague, 1760, V, «Foire», II, pp. 679-680; L. Goldschmidt, *op. cit.*, p. 237. <<

[282] Sobre lo precedente, Domenico Gioffré, *Gênes et les foires de change: de Lyon a Besançon*, 1960, pp. 115-119. <<

[283] Lucien Febvre, *op. cit.*, p. 22, n. 4, p. 110, n. 3, he encontrado (en los archivos de Doubs, B. 563) la instancia presentada por los banqueros genoveses pidiendo autorización para celebrar sus ferias en Poligny, 13 agosto 1568; R. Ehrenberg, *op. cit.*, II, p. 227. <<

[284] J. Savary des Bruslons, *Dictionnaire universel de Commerce*, II, p. 227. <<

[285] En particular los estudios de Felipe Ruiz Martín, y de José Gentil da Silva. <<

[286] El parágrafo que viene a continuación se apoya en las explicaciones de Felipe Ruiz Martín en sus dos trabajos citados vol. I, p. 662, n. 263. <<

[287] *Actas* IV, pp. 225-226, 316, 411. <<

[288] J. Gentil da Silva, de próxima publicación, p. 24 del texto mecanografiado. <<

[289] *Ibid.*, p. 21. <<

[290] Henri Pirenne, *Histoire de Belgique*, IV, 1927, p. 78. <<

[291] A. d. S. Génova, Spagna 6.2415, Sauli y Lercaro a la República de Génova, Madrid, 17 julio 1576. <<

[292] Los particulares que vienen a continuación están basados en la descripción del trabajo inédito de J. Gentil da Silva (de próxima publicación). <<

[293] *Op. cit.*, en el artículo «Foire», t. II, Copenhague, 1760, columna 68. <<

[294] Al menos el primer vol. *Cf*. Catálogo de la *Kress Library*, p. 23. He utilizado la edición veneciana (Gio. Giacomo Hertz) de 1682, en un solo vol. <<

[295] Gino Luzzatto, *op. cit.*, p. 180. <<

[296] *Idem*. <<

[297] R. Ehrenberg, *op. cit.*, I, p. 350. <<

[298] J. Gentil da Silva, «Réalités économiques et prises de conscience», en *Annales E. S. C.*, 1959, p. 737 (con fecha 11 febrero 1580). <<

[299] Museo Correr, Donà delle Rose, 26. <<

[300] Citado por F. Ruiz Martín, *Lettres marchandes.…*, p. XXXIX. <<

[301] Museo Correr, Donà delle Rose, 181, f. 53. <<

[302] Ver el admirable artículo de H. van der Wef, *Annales E. S. C.*, vol. 22, 1967, p. 1067, «Anvers et les innovations de la technique financiere aux XVIe et XVIIe siècles». <<

[303] J. Gentil da Silva, *Stratégie des affaires à Lisbonne entre 1595 et 1607*, 1956, p. 50, 22 noviembre 1596, en Lisboa, 27, en Lyon. <<

[304] Felipe Ruiz Martín, *El siglo de los genoveses*, de próxima aparición, he seguido fielmente su excelente análisis, tan sólido como original. <<

[305] J. Gentil da Silva, *op. cit.*, p. 51, 27 noviembre 1596. <<

[306] *Ibid*., p. 50 y Victor von Klarwill, *The Fugger News-Letters*, Londres, 1926, II, p. 283, núm. 573, Venecia, 25 octubre 1596. <<

[307] A. N., K 1676 (G. S.), Venecia, 4 enero 1597, Íñigo de Mendoza a S. M. <<

[308] Felipe Ruiz Martín, *El siglo de los genoveses*.…, de próxima publicación. <<

[309] A. d. S. Génova, Spagna, l1.2420, Cesare Giustiniano al dux, Madrid, 20 enero 1597. <<

[310] A. d. S. Génova, *Relazione delle cose di Genova*, 1597, f. 26. <<

[311] J. Gentil da Silva, *op. cit.*, p. 52, 30 diciembre 1596. <<

[312] Referencia exacta extraviada. <<

[313] A. d. S. Génova, Spagna 11.2420, H. Piccamiglio al dux, Madrid, 25 noviembre 1596. Sin embargo, esperanzas de una solución rápida en la carta de G. Giustiniano, 25 diciembre 1596, *ibid*. <<

[314] *Ibid.*, la expresión es de Piccamiglio, 7 diciembre 1596. <<

[315] Cesare Giustiniano al dux, Madrid, 31 enero 1597. <<

[316] Del mismo remitente al mismo destinatario, Madrid, 20 enero 1597. <<

[317] Del mismo remitente al mismo destinatario, Madrid, 24 diciembre 1596. <<

[318] J. Gentil da Silva, *op. cit*. y referencias, p. 53, Roma, 25 enero 1597. <<

[319] A. d. S. Génova, Spagna 11.2420, C. Giustiniano al dux, Madrid, 5 febrero y 22 febrero 1597. Sobre el papel representado por Thomas Cherch (Carg), el mismo remitente al mismo destinatario, Madrid, 2 marzo 1597. <<

[320] El mismo remitente al mismo destinatario, Madrid, 5 enero 1597, y 22 febrero 1597. <<

[321] El mismo remitente al mismo destinatario, 22 febrero 1597. <<

[322] *Idem*. <<

[323] Por ejemplo, Ernst Hering, *Die Fugger*, Leipzig, 1940, pp. 301 y ss. <<

[324] J. Gentil da Silva, *op. cit*. y referencias, p. 55, 12 junio 1597. <<

[325] Sigo el texto ya citado de Felipe Ruiz Martín. <<

[326] Sobre este tema se puede hacer referencia a toda la detallada correspondencia de Cesare Giustiniano. <<

[327] Según la información de Felipe Ruiz Martín. Sobre la bancarrota de 1607, la correspondencia genovesa (A. d. S. Génova, Spagna 15 2424) es de evidente interés, pero no añade nada o casi nada al libro de Felipe Ruiz Martín, que tiene la ventaja de situar la crisis en el contexto de la historia económica y financiera de Castilla. <<

[328] *Idem*. <<

[329] *Idem*. <<

[330] *Idem*. <<

[331] Ver *infra*, II, pp. 201 y ss. <<

[332] La más simpática: Carlo M. Cipolla: «La prétendue “revolution des prix”, reflexiones sur “l’expérience italienne”», en *Annales E. S. C.*, octubre-diciembre 1995, pp. 513-516. <<

[333] Gaston Zeller, *La Vie économique de l'Europe au XVIe siècle*. Curso en la Sorbona, pp. 3 y ss. <<

[334] St. Hoszowski, *Les prix à Leópolis (XVIe-XVIIe siècles)*, 1954, p. 60: el costo de la vida fue más bajo entre 1521 y 1525 que entre 1451 y 1500. <<

[335] G. d’Avenel, *Histoire économique de la propriété…*, 1898, III, p. 246. <<

[336] C. Alonso Herrera, *op. cit.*, f. 353. <<

[337] Un resumen en Earl J. Hamilton, *op. cit.*, pp. 283 y ss. <<

[338] *Actas…*, V, pp. 472-474 citado por Earl J. Hamilton, *op. cit.*, p. 286. <<

[339] Citado por K. Marx, *Zur Kritik der politischen Oekonomie* (Marx/Engels, *Werke*, Berlín, 1961, vol. 13, p. 107). <<

[340] A propósito de las quejas de las Cortes, F. Ruiz Martín observa que la subida de los precios fue particularmente notable en las mercancías que compraban los mercaderes genoveses. <<

[341] E. Albèri, *op. cit.*, II, V, p. 470. <<

[342] Gobierno de Vizcaya, II, p 406. <<

[343] *Literaturnachweis über Gel- und Münzwesen*, pp. 9-14. <<

[344] Josef Hoffner, *Wirtschaftsethik und Monopole*, 1941, Berlín, 1892, p. 110. <<

[345] E. J. Hamilton, *op. cit.*, p. 292. <<

[346] Henri Hauser, *La response de Jean Bodin à M. de Malestroit…* y *Paradoxes inédits du Sieur de Malestroit touchant les monnoyes*, edición Luigi Einaudi, Turín, 1937. <<

[347] 1585, p. 125. <<

[348] P. 43 v. <<

[349] Citado por E. Heckscher en su obra clásica, ediciembre española, *La época mercantilista*, 1943, p. 668, ed. alemana, 1932, II, p. 207. <<

[350] «Encore la révolution des prix au XVIe siècle», en *Annules E. S. C.* 1957, pp. 269 y ss., y *Structure Économique et théorie monétaire*. 1956. <<

[351] *Recherches anciennes et nouvelles sur l'histoire des prix*, 1932, pp. 403-420, 457-478, 492, 546… <<

[352] *Paradoxes inédits.…*, p. 23. <<

[353] B. N París, Fr. 10766, f. 100 (sin fecha). <<

[354] Si *x* así como *y* son las cantidades de oro y de plata en 1500 y existe equilibrio entre ellas, *x* (toneladas de plata) = 12 *y* (toneladas de oro). Si las cantidades que se añaden entre 1500 y 1650 representan unas 18 000 toneladas de plata y 200 toneladas de oro, la segunda ecuación es:
x + 18 000 = 15 (*y* + 200) <<

[355] Se debería partir de evaluaciones y relacionarlas con una población dada y calcular proporcionalmente un orden de magnitud para las otras reservas monetarias. Al comienzo de 1587, Nápoles, que tenía una población de más de 3 000 000 de habitantes, contaba con una reserva de 700 000 ducados; si aceptásemos ese promedio para toda Europa, esta poseería más de 20 millones y el Mediterráneo 14… Este cálculo parece bajo al principio. La reserva monetaria ha sido considerada frecuentemente por los economistas como equivalente a la suma de las monedas acuñadas a lo largo de los 30 años anteriores. P. Boissonnade (art. cit., p. 198) habla de una suma de cuatro millones de libras esterlinas para la Inglaterra del siglo XVI, René Baehrel («Économie et histoire à propos des prix», en *Hommage à Lucien Febvre. Éventail de l'histoire vivante*, París, 1953, t. I, p. 309, núm. 72) habla de dos millones de libras para la Francia de finales del siglo XVIII. Contamos con muy pocas cifras y estas no muy dignas de mucha confianza; todos nuestros cálculos se apoyan en una base insegura, pero nos ayudan a formarnos una imagen más clara de un sistema económico del pasado, a ajustar a ella nuestros modelos y a discernir sus realidades. Ver el poco convincente pero estimulante razonamiento de R. Baehrel, *op. cit.*, *passim* y p. 40, n. 26. No se puede construir ningún modelo válido sin un estudio, cuantitativo en lo posible, de la moneda menor, la que corría por las manos de los pobres. Las acuñaciones de estas monedas eran insignificantes en comparación con las de oro y plata. En Venecia, donde el total anual de monedas acuñadas era de dos millones de ducados, se acuñaron 60 000 ducados de *bezzi* en 1604, 15 000 de *gazette* y *grossetti* en 1606, A. d. S. Venecia, Senato Zecca, 9. <<

[356] Pierre Chaunu, *L'Amérique et les Amériques*, 1964, pp. 93 y ss. <<

[357] Ver vol. I, gráfica 47, p. 694. <<

[358] J. Kulischer, *op. cit.*, I, pp. 280-281. <<

[359] *Ibid.*, p. 281. <<

[360] G. Parenti, *op. cit.*, p. 224. <<

[361] *Op. cit.*, pp. 351 v. a 352. <<

[362] L. Bianchini, *Della storia economico-civile di Sicilia*, Nápoles, 1841, I, pp. 331 y ss. <<

[363] *Bolletino Stor. pavese*, VIII, 1945. <<

[364] Alfred Morel Fatio, *Études sur l'Espagne*, 4.ª serie, 1925, p. 373. <<

[365] La princesa Juana a Felipe II, 13 de julio de 1559, Sim. Eo. 137, f. 22, 1500 vasallos cerca de Sevilla, por 150 000 ducados. <<

[366] *Vida de Benvenuto Cellini*, II. En una región completamente distinta —las tierras de Arlés— existía también, durante el siglo XVI, la aparcería a mitad o a cuarto. Quiqueran de Beaujeu, *op. cit.*, pp. 400-401. <<

[367] Ningún otro historiador lo ha demostrado mejor que Mario Siri, *La svalutazione della moneta e il bilancio del Regno di Sicilia nella seconda metà del XVI secolo*, Melfi, 1921, in 16, 22 pp. <<

[368] Según Albert Despaux, *Les dévaluations monétaires dans l'histoire*, París, 1936, p. 362. <<

[369] A. d. S. Florencia, Mediceo 3083, f. 417 v., 27 marzo 1583. <<

[370] Marciana, Cronica de Girolamo Savina, f. 361 v. <<

[371] A. Silvestri, «Sui banchieri pubblici napoletani nella prima metà del Cinquecento», en *Bolletino dell'Archivio storico del Banco di Napoli*, 1951, «Sui banchieri pubblici napoletani dall'avvento di Filippo II al trono alla costituzione del monopolio», *ibid*. <<

[372] L. Bianchini, *op. cit.*, I, p. 340; G. Luzzatto, *op. cit.*, p. 183, fija su creación en 1553. <<

[373] G. Luzzatto, *op. cit.* <<

[374] *Idem*. <<

[375] L. Bianchini, *op. cit.*, I, p. 341. <<

[376] Adopto la fecha de 1587 dada por G. Luzzatto. Encuentro en mis fichas que la banca fue autorizada por el senado el 28 de junio de 1584. <<

[377] G. Luzzatto, *op. cit.*, p. 188. <<

[378] H. Kretschmayr, *op. cit.*, III, p. 187, dice 1582. <<

[379] Sim. Nápoles, S. P. 4, Madrid, 7 de octubre de 1580. <<

[380] El gran comendador al rey, Roma, 24 de septiembre de 1532, *Corpo diplomatico portuguez*, VII, pp. 172-173. <<

[381] G. Luzzatto, *op. cit.*, p. 186. En el mismo orden de ideas, este pequeñísimo detalle de una correspondencia marsellesa: Gilles Hermite, en carta a su hermano, Génova (abril de 1593), Fonds Dauvergne, núm. 47, relata un envío de 300 piezas de a ocho con un capitán de barco «que os debe pagar en la misma especie de piezas de a ocho o de a cuatro, sin que pueda pagar el valor de estas en otra moneda, como lo hemos acordado…». <<

[382] G. Parenti, *op. cit.*, p. 235. <<

[383] Mario Siri, art. cit., ver vol. I, p. 697, n. 367. <<

[384] L. Bianchini, *Della storia delle finanze del Regno di Napoli*, 1839, pp. 315 y ss. <<

[385] R. Konetzke, *op. cit.*, p. 197. <<

[386] R. B. Merriman, *op. cit.*, p. 443; Habler, *op. cit.*, p. 122. <<

[387] R. Konetzke, *op. cit.*, p. 199. <<

[388] *Idem*. <<

[389] J. de Salazar, *Política Española*, 1617, p. 18. <<

[390] «Memoria de las rentas y patrimonios del rey de España de 1562», A. E. Esp. 234. <<

[391] Disminución de intereses en 1563, 1608 y 1621, *Nueva Recop.*, librs. X y XIV. <<

[392] R. Merriman, *op. cit.*, IV, p. 443. <<

[393] E. Albèri, *op. cit.*, I, V, p. 294. <<

[394] Madrid, 5 de septiembre de 1561, copia, B. N. París, Fr. 16103, f. 45. <<

[395] Ver vol. I, p. 664. <<

[396] R. Konetzke, *op. cit.*, p. 199. <<

[397] La Contaduría a Felipe II, Madrid, 13 de septiembre de 1563, Sim. Eo. 143, ff. 59 y 60. <<

[398] *Actas*, III, p. 357. <<

[399] C. Pereyra, *Imperio español*, pp. 27-31. <<

[400] En 1581 las rentas ibéricas de Felipe II serían de 6 500 000, y los gastos de 7 000 000, E. Albèri, *op. cit.*, I, V, p. 294. <<

[401] A. Segre, *Storia del commercio*, I, p. 492, n. 3. <<

[402] Jerónimo Conestaggio, *Dell'unione del regno di Porlogallo alla corona di Castiglia*. Génova, 1585, p. 14. <<

[403] Bo. de Mendoza a Felipe II, París, 8 de enero de 1587, A. N., K 1566. <<

[404] Ver vol. I, p. 663, n. 268, A. Castillo, art. cit., pp. 14 y ss. de la separata. <<

[405] H. Lonchay, art. cit., p. 945. <<

[406] Earl J. Hamilton, *op. cit.*, p. 62. <<

[407] *Ibid.*, p. 65. <<

[408] *Placcart et décret*…, 1597, B. N., París, Oc 241, in 12. <<

[409] 1612, p. 43 v. <<

[410] Simancas, *Guerra Antigua*, IV, f. 108 [hacia 1538]. <<

[411] Earl J. Hamilton, *op. cit.*, pp. 36 y ss. para todas las causas apuntadas. <<

[412] *Ibid.*, p. 37. <<

[413] François Chevalier, *La formation des grands domaines au Mexique. Terre et Société aux XVIe et XVIIe siècles*, 1952, p. 235. <<

[414] Alice Piffer Cannabrava, *O commercio português no Rio da Plata 1580-1640*, São Paulo, 1944. <<

[415] Pierre Chaunu, *Les Philippines et le Pacifique des Ibériques XVIe-XVIIIe siècles*, 1960, p. 41. <<

[416] Albert Girard, *Le commerce français à Séville et à Cadix au temps des Habsbourgs*, 1932, p. 7. <<

[417] B. M. Add. 18287, PS 5633. <<

[418] Émile Coornaert, *op. cit.*, p. 46; no he leído *Baja de la moneda*, 1591, Sim. Eo. 601. <<

[419] Felipe al gran com. de Castilla, 10 de febrero de 1574, Sim. Eo. 561, ff. 16 y 65. <<

[420] Sim. Eo. 561, «Moneda falsa que venía de Flandes a España». <<

[421] El Consejo de Estado al rey, 13 de enero de 1609, A. N., K 1426, A 37, n. 110. <<

[422] El mismo remitente al mismo destinatario, 27 de noviembre de 1607, A. N., K 1426. <<

[423] 26 de abril 1613, A. N., K 1428, A 39, n. 28; *ibid.*, K 1428, A 78, n. 173; *ibid.*, K 1479, A 80, 1624; *ibid.*, K 1456, 1622; Sim. Eo. 628. Valor de la moneda en Flandes, 1614. <<

[424] B. N. París, Esp. 127, ff. 8 y 9. <<

[425] G. Berchet, *op. cit.*, p. 133. <<

[426] Pp. 492 y ss. <<

[427] *Op. cit.*, VI, p. 213. <<

[428] Ami Boue, *op. cit.*, III, p. 121; M. Siri, art. cit.; J. W. Zinkeisen, *op. cit.*, III, pp. 798 y ss. <<

[429] Philippe de Canaye, *op cit.*, p. 42, n. 4. <<

[430] *Op. cit.*, p. 158 v. <<

[431] G. de Aramon, *op. cit.*, p. 42. <<

[432] *Idem*. <<

[433] Cantascuscino, *Commentaria*, II, p. 102, Luigi Bassano di Zara, en Francesco Sansovino *Dell'historia universale dell'origine et imperio de Turchi*, libro 3, Venecia, 1564, f. 43, r. y v.; S.Schweigger, *Reissbeschreibung…*, *op. cit.*, p. 267. <<

[434] *Op. cit.*, p. 158 v. <<

[435] *Idem*. <<

[436] Geminiano Montanari, *Zecca in consulta di stato.*… (1683), p. 253. <<

[437] J. W. Zinkeisen, *op. cit.*, III, p. 800. <<

[438] J. Von Hammer, *op. cit.*, VI, p. 5. <<

[439] Daniel Badoaro al dogo, Pera, 21 de abril de 1564, A. d. S. Venecia, Senato Secreta, Consta. Filza 4/D. <<

[440] H. Ferro al dogo, Pera, 6 de mayo de 1561, A. d. S. Venecia, Senato Secreta… 3/C. <<

[441] Doc. sin fecha (1577). Sim. Eo. 1147, copia. <<

[442] Constantinopla, 16 de marzo de 1580, Sim. Eo. 1337. <<

[443] J. W. Zinkeisen, III, p. 800. <<

[444] R. Hakluyt, *op. cit.*, II, p. 247. <<

[445] V. Tercera Parte, Cap. VI, Sección 1. <<

[446] *Op. cit.*, pp. 211 y ss. <<

[447] Según B. Vinaver, «La crise monétaire turque 1575-1650», en *Publications historiques de l'Académie des Sciences de Belgrado*. 1958. <<

[448] Según la tesis inédita de Ali Sahili Oglu sobre las acuñaciones de moneda turcas, traducción francesa en curso. <<

[449] D. de Haedo, *op. cit.*, p. 24 v. <<

[450] *Memoria escrita sobre el rescate de Cervantes.…*, Cádiz, 1876, 8.º, 23 pp. <<

[451] R. Hakluyt, *op. cit.*, II, p. 176. <<

[452] *Le Loyal Serviteur, op. cit.*, p. 34. <<

[453] R. B. Merriman, *El Emperador Carlos V*. p. 131, traducción del t. III de su vasta obra *The rise of the Spanish Empire in the Old World and in the New*. 4 vol., 1918-1934. <<

[454] Simancas, Eo. 504, 17 diciembre 1551. <<

[455] A. d. S. Venecia, Senato Dispacci Spagna, 27 septiembre 1586. <<

[456] Museo Correr, Donà delle Rose 161, 26 noviembre 1593. <<

[457] V. Magalhães Godinho, *op. cit.*, texto mecanografiado, p. 422. <<

Segunda parte - Capítulo III

[1] J. Kulischer, *op. cit.*, II, p. 235; Johann Ferdinand Roth, *Geschichte des Nürnberger Handels*, Leipzig, 1800-1802, I, p. 252; Carl Brinkmann, «Der Beginn der neueren Handelsgeschichte», en *Historische Zeitschrift*, 1914; Aloys Schulte, *op. cit.*, II, pp. 117 y ss.; W. Heyd, *op. cit.*, II, pp. 525-526; J. Falke, *Oberdeutschland Handelsbeziehungen zu Südeuropa im Anfang des 16. Jahrhunderts*, p. 610. <<

[2] Citado por H. Kretschmayr, *Geschichte*, von Venedig, II, p. 473. <<

[3] A. Shulte, *op. cit.*, II, p. 118. <<

[4] Según Sanudo, no había cargamentos venecianos para Beirut y Alejandría a causa de la guerra turco-veneciana en 1499, 1500, 1504 y 1506. Sobre esta carencia en 1506, v. J. Mazzei, *op cit.*, p. 41. Desde 1502, las galeras solo encontraron en Beirut cuatro bultos de pimienta, según W. Heyd, A. Fanfani, *Storia del lavoro…*, p. 38. Las reducciones del tráfico veneciano en 1512, A. Fanfani, *op. cit.*, p. 39. Ordinariamente, estas difíciles cuestiones no se plantean bien ni se resuelven de una manera categórica. Para todo este párrafo me he servido del cuadro formado por V. Magalhães Godinho, «Le repli vénitien et égyptien de la route du Cap», en: *Hommage à Lucien Febvre*, II, 1953, pp. 287 y ss. <<

[5] E. Prestage, *Portuguese Pionners*, Londres, 1933, p. 295. <<

[6] Tawney y Power, *Tudor Economic Documents*, II, p. 19, citado por L. F. Salzman, *English Trade in the Middle Ages*, Oxford, 1931, pp. 445-446; Dr. Sottas, *op. cit.*, p. 135. <<

[7] A. Schulte, *op. cit.*, II, p. 118. <<

[8] *Ibid.*, I, p. 279. <<

[9] J. Kulischer, *op. cit.*, II, p. 234. <<

[10] A. Navagero, *op. cit.*, p. 36. <<

[11] A. d. S. Venecia, *Cinque Savii alla Mercanzia*, Busta 2, 20 de junio de 1503. <<

[12] A. d. S. Venecia, Senato Mar. 18, 3 mayo 1514. <<

[13] Dr. Sottas, *op. cit.*, p. 136. En 1524 se restableció por 10 años más el monopolio de las galeras; acabados estos se suprimió definitivamente. <<

[14] W. Heyd, *op. cit.*, I, pp. 531, 538; Goris, *op. cit.*, pp. 195 y ss; J. Kulischer, *op. cit.*, II, p. 234. <<

[15] Vizconde de Soveral, *Apontamentos sobre as antigas relações politicas e commerciaes do Portugal com a Republica de Veneza*, Lisboa, 1893, pp. 6 y 7. <<

[16] Según V. Magalhães Godinho, ejemplos lo menos desde 1514; semidetenciones en 1517, 1519, 1523 y 1529; buenos cargamentos en 1531. <<

[17] Sim. Eo. 564, f. 10. <<

[18] R. Hakluyt, *op. cit.*, II, pp. 223-224. Relación de Lorenzo Tiepolo, 1554, p. 21. <<

[19] Citado por G. Atkinson, *op. cit.*, p. 131; Padre Jean Thenaud, *Le voyage…*, sin fecha, B. N. Rés. O 2, f. 998. Ver también Samuele Romanin, *Storia doc. di Venezia*, VI, p. 23 (1536), A. d. S. Venecia, *Cinque Savii alla Mercanzia*, Busta 27, 26 de enero de 1536. <<

[20] Ver vol. I, pp. 238 y ss. <<

[21] V. Magalhães Godinho ha vuelto a analizar estos problemas: *Os descobrimientos e a economia mundial*, II, 1963, pp. 487 y ss. <<

[22] Ver R. B. Merriman, *Carlos V*, 2.ª ed. 1949, p. 182. <<

[23] A. B. de Bragança Pereira, *Os portugueses em Diu*, pp. 2, 83 y ss.; N. Iorga, *op. cit.*, II, p. 365; A. S. de Souza, *Historia de Portugal*, Barcelona, 1929, p. 129; F. de Andrada, *O primeiro cerco que os Turcos puzerão na fortaleza, de Dio, nas partes de India*, Coimbra, 1589. <<

[24] *Corpo diplomatico portuguez*, VI, pp. 70-71. <<

[25] A. B. de Bragança Pereira, *op. cit.*, p. 2; J. Corte Real, *Successos do segundo cerco de Dio*, Lisboa, 1574; J. Tevins, *Commentarius de rebus in India apud Dium gestis anno MDXLVI*, Coimbra, 1548. <<

[26] 1547, J. von Hammer, *op. cit.*, VI, p. 7. <<

[27] *Ibid.*, pp. 184-186. <<

[28] *Ibid.*, p. 186. <<

[29] J. Denucé, *L'Afrique et Anvers*, p. 71; M. Sanudo, *op. cit.*, LVIII, col. 678, sept. de 1533. <<

[30] J. Denucé, *op. cit.*, p. 71. <<

[31] «Prohibición de introducir especiería en Francia», Sim. Eo. 497 y 498. <<

[32] Donato al dux, Amboise, 2 de mayo de 1541, B. N., París, Ital., 1715 (copia). <<

[33] A. des B.-du-Rhône, Almirantazgo de Marsella, IX *ter*. <<

[34] Paul Masson, *Les Compagnies du Corail*, 1908, pp. 123-125. <<

[35] P. Boissonnade, «France et Angleterre, au XVIe siècle», art. cit., p. 36. <<

[36] R. B. Merriman, *op. cit.*, IV, p. 441. <<

[37] Mediceo 2080 y también los papeles de los archivos de Guicciardini Corsi. <<

[38] Baltasar Suárez a Simón Ruiz, Archivo Ruiz, Valladolid, 29 noviembre 1591. <<

[39] Wilken, p. 44, cit. por F. C. Lane, *op. cit.*, p. 582. <<

[40] Sin contar la guerra turco-veneciana de 1538-1540. Sobre las dificultades de Siria y de Damasco, v. A. d. S. Venecia, *Cinque Savii.*…, Busta 27, 23 de enero de 1543, julio de 1543, 14 de junio de 1544, 7 de diciembre de 1548, 19 de diciembre de 1548. <<

[41] Lorenzo Tiepolo, *Relatione…* (1554), public. por Cicogna, pp. 15-16. <<

[42] F. C. Lane, *op. cit.*, p. 580. <<

[43] Por ejemplo, en 1556, en 1563-1564. <<

[44] En 1562, relación de L. Tiepolo, *op. cit.*, p. 40. <<

[45] Carta a Gozze y Andrea di Catharo en Mesina, Trípoli de Siria, 15 de septiembre de 1557. A. de Ragusa, D. di Canc., ff. 37 y ss. <<

[46] A. d. S. Venecia, Relazioni B 31, Alepo, 10 julio 1557, G. B. Basadona, cónsul de Siria, a la señoría de Venecia. <<

[47] L. Tiepolo, *op. cit.*, p. 30. <<

[48] A. d. S. Venecia, Senato Secreta, Consta, Filza 4/D. <<

[49] L. Tiepolo, *op. cit.*, p. 39. <<

[50] Belon du Mans, *op. cit.*, p. 124. <<

[51] Sonia E. Howe, *Les grands navigateurs à la recherche des èpices*, París, 1939, p. 106. <<

[52] Belon du Mans, *op. cit.*, p. 131. <<

[53] *Ibid.*, p. 132 v. <<

[54] *Ibid.*, p. 120. <<

[55] R. Hakluyt, *op. cit.*, II, pp. 207-208, hacia 1586. <<

[56] L. Tiepolo, *op. cit.*, p. 21; D. Barbarigo, en E. Albèri, *op. cit.*, III, II, pp. 3-4. <<

[57] *Ibid.*, p. 21. <<

[58] Belon du Mans, *op. cit.*, p. 134. <<

[59] A 50 kilogramos el quintal ligero. <<

[60] L. Tiepolo, *op. cit.*, p. 20. <<

[61] F. C. Lane, *op. cit.*, p. 581. <<

[62] *Corp. dipl. port.*, IX, pp. 110-111; F. de Almeida, *op. cit.*, III, p. 562; F. C. Lane, *op. cit.*, p. 5. <<

[63] F. C. Lane, *op. cit.*, p. 586. <<

[64] *Idem*. <<

[65] *Idem*. <<

[66] R. Ehrenberg, *op cit.*, I, p. 14, habla de 10 127 bultos de pimienta que llegaron a Lisboa para los Affaitati, concesionarios de pimienta. <<

[67] E. Charrièrre, *op. cit.*, II, p. 776, n.; Belon du Mans, *op. cit.*, p. 158 v. <<

[68] Ernest Babelon, *Les origines de la monnaie considérées au point de vue économique et historique*, 1897, p. 248, citado por Alfred Pose, *La monnaie et ses institutions*, París, 1942, I, pp. 4-5. <<

[69] J. Kulischer, *op. cit.*, II, p. 258. <<

[70] 23 de enero de 1552, *Corp. dipl. port.*, VII, p. 108. <<

[71] L. Tiepolo al dogo, El Cairo, Collegio Secreta, Busta 31 orig. <<

[72] 14 de nov. de 1559, Senato Secreta, Consta. Filza 2/A f. 190 v. <<

[73] G. Hernández a Felipe II, Venecia, 3 de enero de 1560, Sim. Eo, 1324, f. 27. <<

[74] F. C. Lane, art. cit., pp. 581-583. <<

[75] Jean Nicot, *Sa correspondance diplomatique*, public. por. E. Falgairolle, 1897, 12 de abril de 1561, p. 127. <<

[76] F. C. Lane, *op. cit.*, p. 585. <<

[77] *Corp. dipl. port.*, VII, pp. 215, 238, 258, 277; VIII, pp. 79, 97, 115, 250, 297, 372; IX, pp. 110-111, citado por F. C. Lane, *op. cit.*, p. 585. <<

[78] J. Nicot, *op. cit.*, p. 127, 12 abril 1561. <<

[79] Ver *supra*, pp. 254 y ss. <<

[80] J. Nicot, *op. cit.*, pp. 31, 107-108, XXXIII y ss. <<

[81] *Ibid.*, 12 de diciembre de 1559, p. 39. <<

[82] F. C. Lane, *op. cit.*, p. 588. <<

[83] E. J. Hamilton, *op. cit.*, pp. 232-233. <<

[84] *Ibid.*, p. 233, n. 2. <<

[85] R. di Tucci, *Relazioni…*, p. 639. <<

[86] J. Nicot, *op. cit.*, 28 de julio de 1561, pp. 63-64. <<

[87] H. Ferro al dogo, Pera, 16 de sept. de 1561, Senato Secreta Consta. Filza 3/D. <<

[88] Gio. Agustino Gilli a la República de Génova, Constantinopla, 5 de jul. de 1563, A. d. S., Génova, Constantinopoli, 1558-1565, núm. 1-2169. G. Hernández a Felipe II, Venecia, 10 de julio de 1563, Simancas Eo. 1324, f. 221; Petromol a Carlos IX, Const. 11 febrero, 22 abril 1564; E. Charrière, *op. cit.*, II, pp. 748-750; Daniel Badoaro al dogo, Pera, 6 de mayo de 1564, A. d. S., Senato Secreta Consta. Filza 4/D. <<

[89] E. Charrière, *op. cit.*, II, pp. 748-750. <<

[90] V. *supra*, n. 88 de este capítulo. <<

[91] Sim. Eo. 1053, f. 10. <<

[92] H. Fitzler, art. cit., pp. 265-266. <<

[93] Felipe II al duque de Alba, 21 de noviembre de 1569; el mismo remitente al mismo destinatario, 23 de noviembre de 1569, Sim. Eo. 542, ff. 9 y 22. <<

[94] 13 de noviembre de 1567, C. Douais, *op. cit.*, I, p. 288; Aviso de Corfú, 27 de septiembre de 1567, Sim. Eo. 1056, f. 86. <<

[95] J. de Cornoça a Felipe II, Venecia, 22 de mayo de 1568, Sim. Eo. 1326. <<

[96] Ver *infra*, II, pp. 543 y ss. <<

[97] *Ibid.*, p. 665 n. 19 y p. 666 n. 20. <<

[98] R. Hakluyt, *op. cit.*, II, p. 219. <<

[99] *Leis e provisões de el Rei D. Sebastião*, Coimbra, 1816, pp. 68 y ss., cit. por F. de Almeida, *op. cit.*, III, p. 562. <<

[100] 14 de febrero de 1560, *Corp. dipl. port.*, VIII, p. 355. <<

[101] B. N. París, Fonds Portugais, núm. 8, f. 197. <<

[102] A. d. S. Venecia, *Cinque Savii…*, Busta 3, 25 de noviembre de 1570. <<

[103] Fonds Dauvergne, núms. 113, 115 (relativo a Mannlich el Viejo), 117, 118, 122 a 125. *Zimbre* «belladin» o «méquin». <<

[104] G. Berchet, *op. cit.*, p. 61. <<

[105] G. da Silva a Felipe II, Venecia, 5 de noviembre de 1574, Sim. Eo. 1333. <<

[106] Lettere commerc., 12 *ter*., A. d. S. Venecia. <<

[107] Sim Eo. 1331. <<

[108] A. d. S. Venecia, Busta 538, ff. 846 y v. <<

[109] Venecia, 8 de julio de 1579, A. N., K 1672, Gl, núm. 84. <<

[110] Sevilla, 10 de nov. de 1575, Sim. Eo. 564, f. 10. <<

[111] G. Vivoli, *op. cit.*, III, p. 155. Papel que en este asunto jugaron Jacome Barde y su agente Ciro Allidosio, B. N. París, Fond Portugais, núm. 23, ff. 570 y 571 v. <<

[112] Ch. de Salazar al rey, Venecia, 11 de septiembre de 1577, Sim. Eo. 1336. <<

[113] El abate Brizeño al rey, Florencia, 26 de nov. de 1576, Sim. Eo. 1450. <<

[114] R. Galluzzi, *op. cit.*, IX, p. 108; G. Parenti, pp. 80 y 90. <<

[115] Felipe II a Requeséns, 23 de enero de 1576, Sim. Eo. 569, f. 60. <<

[116] *Cf*. Relación de Dall’Olmo en 1584, ver n. 118. <<

[117] Sim Eo. 1339. <<

[118] *Informazione sul commercio dei Veneziani in Portogallo e sui mezzi di ristorarlo*, 1584, edit, por B. Cecchetti, *Nozze Thiene da Schio*, 1869. <<

[119] A. Bragadino y J. Foscarini, *Parere intorno al trattato fra Venezia e Spagna sul traffico del pepe e delle spezierie delle Indie Orientali*, 1585, edit. por Fr. Stefani, *Nozze Correr-Fornasari*, 1870. <<

[120] *Ibid.*, pp. 12-13. <<

[121] *Ibid.*, p. 14. <<

[122] *Ibid.*, p. 15. <<

[123] *Ibid.*, p. 10. <<

[124] *Idem*. <<

[125] H. Kretschmayr, *op. cit.*, III, p. 179. <<

[126] *Idem*. <<

[127] *Idem*. <<

[128] U. Tucci, «Mercanti veneziani in India alla fine del secolo XVI», en *Studi in onore di Amando Sapori*, 1957, II, pp. 1091-1111. <<

[129] P. Ricardi al cardenal Médicis en Roma, Nápoles, 12 de marzo de 1587, *Archivio storico italiano*, t. IX, pp. 246-247. <<

[130] R. Konetzke, *op. cit.*, p. 126; F. Dobel, «Über einen Pfefferhandel der Fugger und Welser, 1586-1591», en *Zeitschrift der historischen Vereins f. Schwaben u. Neuburg*, XIII; Hedwig Fitzler, art. cit., pp. 248-250. <<

[131] 8 de noviembre de 1587, H. Fitzler, *op. cit.*, p. 266. <<

[132] *Ibid.*, p. 267. <<

[133] Los Fugger a los Otti, Augsburgo, 24 de agosto de 1591, *ibid.*, p. 268. <<

[134] *Ibid.*, p. 274. <<

[135] Carta a Krel, indicada por H. Fitzler, *op. cit.*, p. 265. <<

[136] Biblioteca Municipal Valladolid, Archivos Ruiz. <<

[137] B. N. París, Fonds Dupuy, núm. 22, ff. 89-90, 1610. Declinación de las rentas portuguesas al cabo de 12 o 13 años, «a causa del tráfico que los holandeses han hecho a las Indias». <<

[138] Cl. Heerringa, *op. cit.*, I, pp. 154-155, citado por J. Denuce, *op. cit.*, p. 71. <<

[139] G. Berchet (1625), *op. cit.*, p. 163. <<

[140] *Ibid.*, p. 162. <<

[141] G. Atkinson, *op. cit.*, p. 128. <<

[142] Fonds Dauvergne, núm. 111, 23 de julio de 1578. <<

[143] Enviada a Marco Rubbi, enero de 1579, A. d. S. Venecia, Lettere Com., 12 *ter*. <<

[144] J. de Cornoça a Felipe II, Venecia, 18 de junio de 1579, A N., K 1672 Gl, núm. 73. <<

[145] El mismo remitente al mismo destinatario, Venecia, 10 de julio de 1579, *ibid*. <<

[146] El mismo remitente al mismo destinatario, Venecia, 9 de sept. de 1579, *ibid*. <<

[147] Mediceo 2077, f. 590. <<

[148] Dirigida a Zuane Balbiani, A. d. S. Venecia, Lettere Com. 12 *ter*. <<

[149] Ch. de Salazar a Felipe II, Venecia, 30 de julio de 1583, Sim. Eo. 1341. <<

[150] R. Hakluyt, *op. cit.*, II, p. 347. <<

[151] Fonds Dauvergne, núm. 28, Gilles Hermitte a su hermano, indica también canela de buena calidad, «belle robe». Sobre esos proyectos de viaje a las Indias en 1584, *ibid.*, núms. 32, 34 y 35. <<

[152] R. Hakluyt, *op. cit.*, II, p. 268. <<

[153] *Ibid.*, I, pp. 176-177. <<

[154] *Ibid.*, II, pp. 250-265, 1583-1591. <<

[155] A. B. de Bragança Pereira, *Os portugueses em Diu* (sin fecha), pp. 227-228. <<

[156] B. N. Madrid, Ms 3015, ff. 149 y ss. Apontamentos para V. Mag ver sobre as cousas do Estado da India e Reyno de Monomotapa, por frey Agustinho Dazevedo, da Ordem de Santo Agosthino que veyo por terra da India, sin fecha. <<

[157] El texto, descubierto por J. Gentil da Silva, me fue señalado por V. M. Godinho. Su fecha (1584-1587), según los detalles que proporciona el texto sobre la India portuguesa. <<

[158] Por el hecho de que se mencione que los venecianos utilizaban la escala de Alejandreta. <<

[159] Cartas marsellesas, serie HH, 29 de marzo y 5 de abril de 1591, 7 y 11 de mayo de 1594; A. Com. Marsella. <<

[160] Alvise Cucina a A. Paruta, Venecia, 24 de diciembre de 1588, Lettere Com. 12 *ter*. <<

[161] A. d. S. Venecia, *Cinque Savii…*, Busta 27, junio de 1586. <<

[162] G. Berchet, *op. cit.*, p. 77. <<

[163] *Ibid.*, pp. 79-80. <<

[164] *Ibid.*, p. 132 (1611). <<

[165] H. Fitzler, art. cit., pp. 254-255. <<

[166] 10 de abril y 10 de agosto de 1589, A. N., K 1674. <<

[167] J. de Cornoça al rey, Venecia, 8 de febrero de 1589, A. N., K 1674. <<

[168] Francisco de Vera al rey, Venecia, 12 de mayo de 1590, *ibid*. <<

[169] Sobre estas cartas, vía Venecia, 16 de mayo, 4 de julio de 1598. «Memoria para las cartas…», 1598, 25 de julio, 24 de agosto de 1598, Ormuz, 15 de mayo de 1599, Venecia, 14 de agosto de 1601, A. N., K 1678; 7 de marzo, 6 de junio, 28 de noviembre de 1609, 19 de febrero, 27 de marzo, 4 de junio de 1610, K 1679. <<

[170] *Op. cit.*, II, pp. 530 y ss. y 556. <<

[171] E. J. Hamilton, *op. cit.*, p. 347. <<

[172] H. Kellenbenz, art. cit., p. 447. <<

[173] G. Berchet, *op. cit.*, p. 81. <<

[174] *Ibid.*, 12 de diciembre de 1599, p. 103. <<

[175] A. Paruta, *Relazione di Andrea Paruta…*, edit. por Luigi Baschiere, Venecia, 1893, pp. 9 y ss. <<

[176] A. d. S. Venecia, *Cinque Savii…*, Busta 26, 21 de abril de 1600. <<

[177] G. Berchet, *op. cit.*, 17 de febrero de 1603, p. 122. Aún en 1609 circulaba y se perdió en el mar una nave veneciana con un cargamento de 500 000 ducados que pertenecían a la nobleza. Alonso de la Cueva a Felipe III, Venecia, 1.º de mayo de 1609, A. N., K 1679. <<

[178] A. P. Meilink Roelofsz, *Astan trade ana European influence in the Indonesian Archipielago between 1500 and about 1640*, La Haya, 1963. C. R. Boxer, *The great ship from Anacom. Annals of Macao and the old Japan trade. 1555-1640*, Lisboa, 1959; F. Glamann, *Dutch Asiatic Trade. 1620-1740*, La Haya, 1958; V. Magalhães Godinho, *l'économie de l'Empire portugais aux XVe et XVIe siècles. L'or et le poivre, route de Guinée et route du Cap*, publicaciones de la École Pratique des Hautes Études, París, 1969; del mismo autor, *Les finances de l'État portugais des Indes orientales au XVIe et au début du XVIIe siècle*, tesis mecanografìada, París, 1958, Biblioteca de la Sorbona. <<

[179] M. Sanudo, XL, columnas 530-531, 7 agosto 1530. <<

[180] *Op. cit.*, mecanografiada, pp. 1035 y ss. <<

[181] F. Ruiz Martín, *op. cit*. <<

[182] Museo Correr, Donà delle Rose, 26, f. 38. <<

[183] *Ibid.*, 26. ff. 45 v. y 46. <<

[184] *Ibid.*, 26. f. 48. <<

[185] *Bilanci generali*, serie seconda, t. I, Venecia, 1912, pp. 595-596. <<

[186] Museo Correr, Donà delle Rose, 26, f. 56. <<

[187] J. Van Klaveren, *op. cit.*, p. 74. <<

[188] Virrey de Sicilia a Felipe II, Palermo, 8 de enero de 1563, A. N. A B IX, 596, copia. <<

[189] G. Parenti, *op. cit.*, pp. 78-79. <<

[190] *Ar. st. ital.*, t. IX, p. 251. <<

[191] 7 de mayo de 1550, *ibid.*, p. 217. <<

[192] H. Zane al Consejo de los Diez, Verona, 19 de septiembre de 1559, A. d. S. Venecia, B 594, f. 139. <<

[193] G. Hernández a Felipe II, Venecia, 25 de agosto de 1562, Sim. Eo. 1324, f. 156. <<

[194] Philippe de Canaye, *op. cit.*, p. 184, escasez en Zante en 1573. <<

[195] *Ibid.*, pp. 166-167. <<

[196] «Lo que D. Alonso Pimentel scrive…», 30 de noviembre de 1570, Sim. Eo. 1133. <<

[197] Fortunato de Almeida, *op. cit.*, III, p. 313. <<

[198] *Arch. Guicciardini-Corsi*, V, VII, 7. <<

[199] *Ibid*., cartas de 4, 23, 25 de junio, y 21 de octubre de 1588, y 2 de julio de 1599. <<

[200] Carta de 2 de julio de 1599. <<

[201] *Archivio storico italiano*, IX, p. 218, n. 1. <<

[202] Silva al rey, Venecia, 23 de mayo de 1573, Sim. Eo. 1322. <<

[203] En 1522, la recompensa de Hugo de Moncada, J. E. Martínez Ferrando, *Privilegios otorgados por el Emperador Carlos V.*…, 1943, p. 172, n., 1543. <<

[204] Notamento di tratte…, 1578, Sim. Eo. 1148, las tratas eran a 32 *tari*. <<

[205] Nobili al príncipe, Madrid, 20 de febrero de 1566, Mediceo 4897 *bis*. <<

[206] 28 de febrero de 1566, Sim. S. R. Nápoles I. <<

[207] Pietro Egidi, *op. cit.*, pp. 135-136. <<

[208] Consulta, Palermo 10 de enero de 1586, B. Com. Palermo 3 Qq E 70. <<

[209] Andrea Dandolo al dogo, Pera, 1.º de mayo de 1562, A. d. S. Venecia, Senato Secreta Consta. Filza 3/C. <<

[210] Ver vol. I, pp. 434 y ss. <<

[211] I. de Asso, *op. cit.*, pp. 108 y ss. Los progresos de la viña en Andalucía y en Castilla la Nueva, Earl J. Hamilton, *op. cit.*, p. 242; K. Habler, *op. cit.*, p. 40. <<

[212] Felipe II al virrey de Sicilia, Toledo, 12 de octubre de 1560, B. Com. Palermo, 3 Qq Z 34, f. 7. <<

[213] L. Bianchini, *op. cit.*, I, p. 359. <<

[214] I. de Asso, *op. cit.*, p. 77. <<

[215] 1540, en Nápoles. *Ar. st. ital.*, IX, p. 105. <<

[216] *Confronto della richezza dei paesi…*, 1793. <<

[217] *Ibid.*, p. 17. <<

[218] J. Nicot, *op. cit.*, p. 127, 12 de abril de 1561. <<

[219] Felipe II al virrey de Sicilia, Madrid, 19 de agosto de 1561, B. Com. Palermo, 3 Qq E. 34. <<

[220] El virrey de Sicilia al rey, Palermo, 16 de octubre de 1561, Sim. Eo. 1126. <<

[221] H. Ferro al dogo, Pera, 27 de agosto de 1561. A. d. S. Venecia, Dispacci, Senato Secreta Consta, Filza III/C. <<

[222] El mismo remitente al mismo destinatario, 3 de marzo de 1561. <<

[223] Corfú, 10 de abril de 1561, Sim. Eo. 1051, f. 51. <<

[224] H. Ferro al dogo, 29 de mayo de 1561, G. Hernández al rey, Venecia, 8 de septiembre de 1561, Sim. Eo. 1324, ff. 15-16. <<

[225] Ver nota 226. <<

[226] Sim. Eo. 1087, f. 209, 5 de dic. de 1584. <<

[227] El cónsul Garbarino a la Rep. de Génova, Nápoles, 11 de septiembre de 1578, A d. S. Génova, Lettere Consoli, Nápoles, 2.2635. <<

[228] Una *excelente mercancía* que se vende en Venecia, Julianus de Picenardis al marqués de Mantua, Venecia, 20 mayo 1473, Arch. Gonzaga, B 1431. <<

[229] M. Sanudo, *op. cit.*, II, col. 87: 301. Chipre, 9 noviembre 1498, trigo cargado con destino a Pisa. A. d. S. Venecia, Senato Mar., ff. 54 (1515), 116 v. (1516). Museo Correr, Donà delle Rose, 46, f. 43 v. (1519), 47 (1535). <<

[230] Andrea Michiel, conde y capitán, a los X, Spalato, 10 de marzo de 1570, A. d. S. Venecia, Lettere di Capi del Consiglio dei X, Spalato, 281, f. 60. <<

[231] 7 de marzo de 1555, Esp. 232, f. 89. <<

[232] Simancas Eo. 1293. Sobre los capítulos que dieron las personas… (1564). <<

[233] *Actas*, III, pp. 373-374. <<

[234] 21 de agosto de 1587, Ver Riba y García, *op. cit.*, pp. 317-318. <<

[235] *Ibid.*, pp. 288-289. <<

[236] Manuscrito del ex-Gobierno General de Argelia, p. 471. <<

[237] Compras de trigo indígena en Mers el Kebir, 13 de marzo de 1565, Sim. Eo. 486. <<

[238] R. Hakluyt, *op. cit.*, II, p. 176, en 1584. En 1579, tal escasez que se tuvo que licenciar a las chusmas. J. de Cornoça a Felipe II, Venecia, 7 de julio de 1579, A. N., K 1672. <<

[239] G. Mecatti, *op. cit.*, II, p. 693. <<

[240] *Ibid.*, recuérdese la guerra de Siena y el hábito de los beligerantes de *tagliare il grano*, *ibid.*, p. 683. <<

[241] Nápoles, 5 de octubre de 1584, Sim. Eo. 1087. <<

[242] Simancas, Secretarías Provinciales, Nápoles I. <<

[243] G. Parenti, *op. cit.*, p. 82. <<

[244] Francisco Verdugo a Felipe II, Málaga, 21 de enero de 1559, Sim. Eo. 138, f. 264. <<

[245] A. d. S. Venecia, Secreta Archivi Propri Polonia, Marco Ottobon a los Provveditori alle Biave, Viena, 24 noviembre 1590. <<

[246] E. Levasseur, «Une méthode pour mesurer la valeur de l'argent», *en Journal des Economistes*. El 15 mayo 1856; «en la actualidad (1856), un hectolitro de trigo se vende a 29 francos en Argel y a 21 francos con 50 céntimos en Orán, mientras que sólo cuesta 10 francos en Tiaret y Setif…». <<

[247] G. Parenti, *op. cit.*, p. 83; A. Doren, *Storia econ. dell'Italia…*, 1936, p. 366. <<

[248] Matteo Gaudioso, «Per la storia… di Lentini», *Ar. st. per la Sicilia Orientale*, 1926-1927, p. 83. <<

[249] E. J. Hamilton, *op. cit.*, p. 257, n. 4. <<

[250] E. Charrière, *op. cit.*, III, pp. 244-249. <<

[251] I. de Asso, *op. cit.*, pp. 108-109. <<

[252] Mediceo 2079 y 2080. <<

[253] A. de Ragusa, D. de Foris, XI, ff. 56-57, numerosas indicaciones sobre tráficos a corta distancia, trigo de Fiume y de Spalato para Venecia. Lista de los seguros en que participó Pascual Cerva (1601-1602). <<

[254] G. de Silva al rey. Venecia, 10 de diciembre de 1575, Sim. Eo. 1334. <<

[255] Ni un solo navío veneciano en la escala de los granos de Salónica, n. H. Ferro, al dogo, 16 de febrero de 1561, A. d. S. Venecia, Senato Secreta Consta. Filza 2/B, f. 334. <<

[256] A. de Ragusa. Lettere di Levante, 33, ff 11 v. a 13 v., rector y Consejo de Ragusa, Biaggio Vodopia, *sopracarico* de la nave de Gio. Pasquale, enviada al Levante. Buena enumeración de *caricatori* del Egeo. Metellin, golfo de Marga, Cavalla, Salónica, Volo, Zotone… Mas por todas partes había caramuzales cargados de trigo, «*perché per tutti quei luoghi se ne trovano sempre caramusali con li grani da vendere*». <<

[257] E. Albèri, *op. cit.*, 1574, II, V, p. 477. <<

[258] L. Bianchini, *op. cit.*, I, p. 346. <<

[259] G. M. Amari, *op. cit.*, III, p. 831. <<

[260] La Mantia, art. cit., p. 487. <<

[261] L. Bianchini, *op. cit.*, I, p. 241. <<

[262] Relatione di quel che occorre al Duca di Terranova…, 1577, Sim. Eo. 1146. <<

[263] *Idem*. <<

[264] E. Albèri, *op. cit.*, II, V, p. 243 (1574). <<

[265] Mario Siri, art. cit. <<

[266] L. Bianchini, *op. cit.*, I, p. 337. <<

[267] Relatione delle navi venute a carricar di formenti in Sicilia per Veneciani le quali sono state impedite. Sim. Eo. 1139. <<

[268] *Op. cit.*, I, p. 337. <<

[269] *Memoria del governo del Reyno di Sicilia* (sin fecha), Biblioteca Comunale, Palermo, Qq. F. 29. <<

[270] B. Bennassar, *Valladolid au xvie siècle*, mecanografiado. <<

[271] Pragmática del 26 de agosto de 1559, tit. 61, núm. 4. Sobre la *voce*, que también se practicaba en Nápoles, una apreciación más justa en G. Coniglio, *op. cit.*, pp. 21-22. El mercader hacía un adelanto al campesino que se comprometía a venderle su triġo al precio —a la *voce*— del mercado futuro. <<

[272] L. Bianchini, *op. cit.*, I, p. 356. <<

[273] Karl Otto Müller, *Welthandelbrarüche, 1480-1540*, reimpresión, Wiesbaden, 1962, p. 54. <<

[274] *Relatione*. public. por Cicogna p. 24. <<

[275] Según la correspondencia de medidas que da A. de Capmany, *op. cit.*, IV, apéndice, p. 63, y que por otra parte, toma de Pegolotti. <<

[276] Ver cuadro anexo, p. 790. <<

[277] 32 y 45 *maidini*, la *ribeba* de habas, 41, 48, 60 para el trigo, ya fuera en ducados y por salma, 1.2; 1.7; 2.4. <<

[278] Müller, *op. cit.*, p. 275. <<

[279] E. Charrière, *op. cit.*, II. p. 717, n. <<

[280] El sultán al rey, 15 de julio de 1580, *Recueil.*… p. 21. <<

[281] R. Hakluyt, *op cit.*, II, 1594, p. 308. <<

[282] Pera, 6 de octubre de 1560, A. d. S. Venecia, Senato Secreta 2/B, f. 274. <<

[283] Al Consejo de los Diez, Candía, 4 de enero de 1563 (f. 102), 7 de enero (f. 103), Capí del Consiglio dei X, Lettere Ba. 285. <<

[284] Zante, 31 de marzo-6 de abril de 1563, A. d. S. Venecia, Senato Secreta, 3/C. <<

[285] A. d. S. Venecia, el baile al dux, Pera, 22 de marzo de 1562. <<

[286] Baron de Tott, *op. cit.*, IV, p. 88. <<

[287] Giuseppe Pardi, art. cit., p. 85. <<

[288] B. N. París, Esp. 127, f. 52. <<

[289] Ver vol. I, pp. 561-562. <<

[290] A. d. S. Venecia, Senato Terra 120, 16 junio 1591. <<

[291] Gilberto Freyre, *Casa Grande e Senzala*, 1946, I, pp. 411-412. <<

[292] La expresión es de Vitorino Magalães Godinho. <<

[293] Roma, 18 abril 1546, en *Corpo diplomatico Portuguez*, VI, pp. 35-36. <<

[294] Braacamp Freire, «Maria Brandoa», en *Archivo historico portuguez*, VI, 1908, p. 427. <<

[295] *Correspondance de Jean Nicot, op. cit.*, p. 5. <<

[296] British Museum, Sloane, 1572. <<

[297] Simancas Eo. 171, Portugal, D. J. de Mendoza a S. M., Lisboa, 30 marzo 1558. <<

[298] Archivo Simón Ruiz, Valladolid, Legajo I, ff. 75-76, por ejemplo, Benedito Ugonchery a Simón Ruiz, Lisboa, 27 agosto 1558, y muchas otras cartas. <<

[299] Ver vol. I, n. 297. <<

[300] A. N., K 1490, Cádiz, 4 agosto 1557. <<

[301] Mondéjar a Carlos V, Alhambra, 19 julio 1541, Simancas, *Guerra Antigua*, XX, f. 96. <<

[302] R. Carande, *Carlos V y sus banqueros*, pp. 24-25. <<

[303] Mondéjar a Carlos V, Alhambra, 2 diciembre 1539, Simancas, *Guerra Antigua*, XVI, f. 145. <<

[304] *Idem*. <<

[305] Valladolid, mayo 1551, Simancas, *Guerra Antigua*, XLI, f. 247. <<

[306] El conde de Tendilla a Juan Vázquez de Molina, Málaga, agosto 1553, Simancas, *Guerra Antigua*, LIII, f. 43 <<

[307] Francisco de Diego a Francisco de Ledesma, Málaga, 23 noviembre 1553, Simancas, *Guerra Antigua* LIII, f. 40. <<

[308] La ciudad de Sevilla a S. M., 7 agosto 1561, Simancas, Consejo y Juntas de Hacienda, 28. <<

[309] Sobre los capítulos que dieron las personas…, Simancas Eo. 1389 (1564). <<

[310] J. van Klaveren, *op. cit.*, p. 155, n. 1. <<

[311] F. Ruiz Martín, *op. cit.*, p. CXXXV y n. 4. <<

[312] *Les caractères originaux de l'histoire rurale française*, 1931. <<

[313] Emilio Sereni, *Storia del paesaggio agrario italiano*, Bari, 1961. <<

[314] *Loyal Serviteur*, *op. cit.*, p. 102. <<

[315] Public Record Office, 30, 25, 157, Giornale autografo di Francesco Contarini da Venezia a Madrid, Lisboa… <<

[316] Nöel Salomon, *La campagne de la Nouvelle Castille, à la fin du XVIe siècle d'après les Relaciones Topograficas*, 1964, p. 95 y n. 2. <<

[317] *Ibid*. <<

[318] Según Bartolome Bennassar, *op. cit*. Todo lo referente a Valladolid en este párrafo se apoya en sus investigaciones. <<

[319] N. Salomon, *op. cit.*, pp. 302 y ss. <<

[320] Felipe II al virrey de Nápoles, Biblioteca Comunale Palermo. 3 Qq Z. 34, f. 7 <<

[321] Joaquín Costa, *Colectivismo agrario en España* (edición de Buenos Aires, 1944), pp. 214 y ss. <<

[322] N. Salomon, *op. cit.*, pp. 48 y ss. <<

[323] Este es el tema central de un próximo trabajo de Felipe Ruiz Martín. <<

[324] F. de Zafra a los Reyes Católicos, 20 junio 1492 (o 94) *CODOIN*, LI, pp. 52-53. <<

[325] Sobre *este juego*, ver los admirables trabajos de los geógrafos españoles y, a título de ejemplo, Alfredo Floristan Samanes, *La Ribera tudelana de Navarra*, 1951. <<

[326] D. Luys Sarmiento a Juan Vázquez de Molina, Lisboa, 1 octubre 1556, Simancas, Diversos de Castilla, núm. 1240. <<

[327] Todo este párrafo se basa largamente en el libro de Marcel Aymard, *Venise, Raguse et le commerce du blé dans la seconde moitiè du XVIe siècle*, París, publicación de la École Pratique des Hautes Études, 1966. El título lo he tomado de uno de sus capítulos. Se encontrará referencia completa a todos los documentos citados aquí sin nota a pie de página. <<

[328] Marciana, Manuscrito italiano, 8386, 1550. <<

[329] A. d. S. Venecia, Senato Mar. 31, f. 153, 23 diciembre 1551. <<

[330] Museo Correr, Donà delle Rose, 46, ff. 45 v. y 46. <<

[331] M. Aymard, *op. cit.*, p. 177, 4 abril 1561. <<

[332] Informe de Zante, 31 marzo-6 abril 1563, Simancas Eo. 1052, f. 148. <<

[333] A. d. S. Florencia, Mediceo 2972, f. 551, citado por A. Tenenti, *Cristoforo da Canal*, p. 113, n. 52. <<

[334] M. Aynard, *op. cit.*, p. 178. <<

[335] *Ibid.*, p. 185. <<

[336] *Idem*. <<

[337] R. Busch-Zantner, *op. cit.*, ver, *infra*, t. II, capítulo sobre *Las Sociedades*, pp. 69 y ss. <<

[338] Una de las tesis del libro de M. Aymard. <<

[339] Por ejemplo, el comentario de Andrea Malipiero, cónsul de Siria. Alepo, 20 diciembre 1564, A. d. S. Venecia, Relazioni…, B 31, *Quivi si sente penuria grande di fromento, cosa molto insolita…*, me parece muy significativo. <<

[340] M. Aymard, *op. cit*. <<

[341] La Abbondanza de Génova a Agostino Sauli y Gio: Battista Lercaro, Comri Generali in Corsica, Génova, 30 abril 1589, A. Civico, Génova. <<

[342] Museo Correr, Donà delle Rose, 217, f. 131. <<

[343] A. d. S. Venecia, Senato Terra 120, 6 junio 1591, a los rectores de Bérgamo: una cantidad de mijo está a punto de estropearse por haber sido comprado *fino l'anno 1579.*.. Sobre las zonas venecianas productoras de mijo, Museo Correr, D. delle Rose, 42, f. 39 v., 1602. <<

[344] Marciana, 9611, f. 222. <<

[345] A. d. S. Venecia, Senato Terra 43, 14 enero 1565. <<

[346] Marciana, Crónica de Girolano Savina, ff. 325 y ss. <<

[347] Marciana, *ibid.*, ff. 365 y ss. <<

[348] *Idem*. <<

[1] M. Sanudo, *op. cit.*, t. XV, col. 164, 30 septiembre 1512. <<

[2] Museo Correr, D. delle Rose, 217, f. 131; 218, f. 328. <<

[3] «Futainiers et futaines dans l'Italie du Moyen Âge», en *Hommage a Lucien Febvre, Eventail de l'histoire vivante*, 1953, t, II, pp. 133 y ss. <<

[4] E. Sereni, *op. cit.*, y el largo comentario sobre ese libro por Georges Duby, «Sur l'histoire agraire de l'Italie», en *Annales E. S. C.*, 1963, pp. 352 y ss. <<

[5] Ver *La historia d'Italia…, op. cit*. (Venecia, 1587), p. I v. <<

[6] *Journal de voyage en Italie*, «Collection Hier», p. 327. <<

[7] R. Romano, «Rolnitwo i chlopi we Wloszech w XV i XVI wieku», en *Przeglad historyczny*, LIII, núm. 2, pp. 248-250, ver también C. M. Cipolla, «Per la storia della terra in Bassa Lombardia», en *Studi in onore di Armando Sapori*, 1957, I, pp. 665 y ss. <<

[8] E. J. Hamilton, «American treasure and the rise of capitalism», en *Economica*, noviembre 1929. <<

[9] Ver *infra*, II, 110 y ss. <<

[10] *Cf*. Jacques Heers, «L’expansion maritime portugaise», art. cit., p. 7; dos navíos vascos, de 5000 cántaras cada uno (470 toneladas en total) llevan a Génova trigo de Middelburgo. <<

[11] W. Naude, *Die Getreidehandelspolitik der europäischen Staaten vom 13, bis zum 18. Jahrhundert.*, Berlín, 1896, p. 167. <<

[12] R. Ehrenberg, *op. cit.*, 1, p. 299: *de Flandre ou de Bretagne*. <<

[13] Baptista Cortese al marqués de Mantua, Amberes, 12 octubre 1539, A. d. S. Mantua, Archivos Gonzaga, Serie E Fiandra 568. <<

[14] *Méditerranée*, 1.ª edición, p. 469, referencia extraviada. <<

[15] W. Naudé, *op. cit.*, p. 142. <<

[16] Ricardo Ricardi y Hiero Giraldi, llegados a Danzig, Relatione de negotti tanto di mercantie che cambi di Danzica (dic. 1590) con la firma de Ambrosio Lerice, A. d. S. Venecia, Secreta Archivi Propri Polonia 2. <<

[17] *Ibid.*, y ver *supra*, pp. 257 y ss. <<

[18] B. Suárez a Simón Ruiz, Florencia, 26 febrero y 26 diciembre 1591, Archivos Simón Ruiz, Valladolid (la situación era más grave en Roma). <<

[19] Por lo menos a finales del año 1591. Baltasar Suárez a Simón Ruiz, Florencia, 29 de mayo de 1591, *ibid.*, «En Génova del grano que va llegando de Osterdam y Amburgo se a vendido a 24 (escudos) la salma que es preçio jamas oydo; pero como llegue la gran cantidad que se espera, no pongo duda sino que abajará». Arc. Simón Ruiz. <<

[20] Camillo Suárez a Simón Ruiz, Florencia, 17 junio 1591, *ibid*. <<

[21] 9 septiembre 1591, *ibid*. <<

[22] F. Braudel y R. Romano, *Navires et marchandises à l'entrée du port de Livourne*, pp. 106 y 117. <<

[23] A. d. S. Florencia, Mediceo 2080. <<

[24] W. Naudé, *op. cit.*, p. 142. <<

[25] *Ibid.*, ver también G. Vivoli, *op. cit.*, III, pp. 182, 317, 350. <<

[26] Archivos Ruiz, Valladolid. <<

[27] Correspondencia ya citada de Marco Ottobon, ver vol. I, p. 259, n. 116 y A. d. S. Venecia, Papadopoli, Codice 12, f. 18, 16 octubre 1591. <<

[28] Baltasar Suárez a Simón Ruiz, Florencia, 26 febrero 1591, «en que ganan larguisimo pues tengo por cierto açen con uno mas de tres». Archivos Ruiz, Valladolid. Sobre la enormidad de las sumas en juego: Venecia había invertido en 1590 más de 800 000 ducados del Tesoro Público, Marciana, Memorie di Malatie… 8235 CVIII, 5, ff. 198 v. y ss. <<

[29] Archivio Civico de Génova, Abbondanza Lettere 1589-1592. <<

[30] Trabajo inédito de R. Romano, F. Spooner y U. Tucci sobre los precios en Udine. <<

[31] 1.ª edición, 1949, pp. 466-467. <<

[32] Ver vol. I, p. 443. <<

[33] «Carestia di frumenti del 1591», B. Comunale Palermo Qq N 14 *bis*, ff. 144-147. <<

[34] «Kulturgeschichte Siziliens» en *Geogr. Zeitschrift*, 1935. <<

[35] El estudio detallado de los siglos XVI y XVII ha sido hecho a petición mía por mi colega y amigo Felipe Ruiz Martín. <<

[36] A. de Viena, Collectanea Siciliana, fasc. 6. <<

[37] Según los documentos analizados por Felipe Ruiz Martín (ver n. 383). <<

[38] Según los documentos analizados por Felipe Ruiz Martín. <<

[39] A. de Viena, Collectanea Siciliana, fasc. 6. Digo deliberadamente 1619, no 1640 como Hochholzer, pues hay que tener en cuenta las variaciones en el derecho de exportación. <<

[40] Me estoy refiriendo en particular a la preferencia demostrada por los ricos por el pan blanco. <<

[41] A. d. S. Venecia, Relaz. Ambasciatori, B 31, 20 diciembre 1564. <<

[42] Ver vol. I, pp. 399-400 y 413. <<

[43] J. Heers, «Le commerce des Basques en Méditerranée au XVe siècle», en *Bulletin Hispanique*, núm. 57, 1955, pp. 292-320. <<

[44] J. Heers, *Gènes au xve siècle, op. cit.*, p. 496. <<

[45] E. Albèri, *op. cit.*, I, p. 1. Relación de Nicolò Tiepolo, 1532. <<

[46] Ver vol. I, p. 299. <<

[47] Pierre Chaunu, *op. cit.*, t. VIII, pp. 254-256. <<

[48] R. Collier, *H. du Commerce de Marseille, op. cit.*, III, p. 118. <<

[49] A. de Capmany, *op. cit.*, IV, apéndice p. 43, 1526. <<

[50] R. Collier, *op. cit.*, III. p. 155. <<

[51] K. O. Müller, *op. cit.*, p. 55, un cargamento de cominos, beneficio obtenido: 69 %. <<

[52] S. Razzi, *op. cit.*, p. 116. <<

[53] A. d. S. Nápoles, Sommaria Consultationum, 96, f. 136, 3 septiembre 1521 y f. 151 v., 24 octubre 1521. <<

[54] *Ibid.*, 121, f. 160, 1 noviembre 1526. <<

[55] *Ibid.*, 123, ff. 36 v. y 37, 18 enero 1527. <<

[56] A. d. S. Mantua, A. Gonzaga, Serie E, Génova 759, Giovambattista Fornari al marqués de Mantua, Génova, 25 julio 1530. <<

[57] M. Sanudo, *op. cit.*, LVI, col. 238, Palermo, 5 abril 1532. <<

[58] Domenico Giofrè, «Il commercio d’imporrazione genovese alla luce dei registri del dazio, 1495-1537», en *Studi in onore di Amintore Fanfani*, 1962, V. p. 164. <<

[59] Por ejemplo los barcos sardineros de Galicia, llevando lo que habían pescado a Barcelona, Valencia o Sevilla. El corregidor de Galicia a S. M., 20 febrero 1538, Simancas, *Guerra Antigua*, XI, f. 200. <<

[60] A. d. S. Mantua, A. Gonzaga, Serie E, Spagna, 588, Gio. Agnello al marqués de Mantua, Barcelona, 3 mayo 1535; el 28 de abril entra en Barcelona la flota portuguesa: «*fece l'entrata con molta cerimonia alla portoghese…*». <<

[61] M. Sanudo, *op. cit.*, II, col. 138, 18 noviembre 1498. <<

[62] A. d. S. Mantua, A. Gonzaga, Serie E, Venezia 1439, Francesco Trevisano al marqués de Mantua, 1 octubre 1501. <<

[63] Jacques Heers, «L'expansion maritime portugaise à la fin du Moyen Âge: la Méditerranée», en *Revista da Faculdade de Letras de Lisboa*, núm. 2, 1956, p. 18. <<

[64] Vincente Almeida, *Normas económicas na colonizaçao portuguesa*, Lisboa, 1921, p. 24. <<

[65] Domenico Gioffrè, art. cit., p. 130, n. 38, y del mismo autor, «Le relazioni fra Genova e Madera nel 1.º decennio del secolo XVI», en *Publicazioni del civico Istituto Colombiano. Studi Colombiani*, 1951, p. 455, n. 25. Una arroba = 11.5 kg. <<

[66] *La importancia adquirida por el comercio del azúcar aparece muy bien expuesta en D. Gioffré*, art. cit., pp. 130 y ss.; nueve carabelas llevan azúcar a Venecia. M. Sanudo, *op. cit.*, I, columna 640, 4 junio 1497; *ibid.*, sobre los portugueses, I, 1032, y II, 138. <<

[67] Luis Sarmiento a Carlos V, Evora 5 diciembre 1535, Simancas, *Guerra Antigua*, VII, f. 42. <<

[68] J. Billioud, *H. du Commerce de Marseille*, III, p. 228. <<

[69] A. d. S. Venecia, *Cinque Savii*, 3, 1549. <<

[70] Michel Mollat, «Aspect du commerce maritime breton à la fin du Moyen Âge», en *Mémoire de la Société d'Histoire et d'Archéologie de Bretagne*, t. XXVIII, 1948, pp. 16-17. <<

[71] R. Collier, *H. du Commerce de Marseille*, III, pp. 146-147. <<

[72] M. Sanudo, *op. cit.*, I, col. 471. <<

[73] M. Mollat, art. cit., p. 10. <<

[74] *Saco de Gibraltar, op. cit.*, p. 93. <<

[75] *Correspondance de Fourquevaux*, I, pp. 178-179, 13 febrero 1567. <<

[76] Reclamación del embajador de Francia al Rey Católico (1570 o 1571). A. N., K 1527, B 33, núm. 41. <<

[77] Jean Delumeau, *L'alun de Rome XVe-XIXe siècle*, 1962, p. 241. <<

[78] E. Gosselin, *Documents authentiques et inédits pour servir à l'histoire de la marine marchande et du commerce rouennais pendant les XVIe y XVIIe siècles*, Ruán, 1876, pp. 8-11. <<

[79] M. Mollat, *op. cit.*, p. 241. <<

[80] 4 febrero 1535, Simancas, *Guerra Antigua*, VII, f. 59. <<

[81] E. Gosselin, *op. cit.*, p. 43. <<

[82] *Ibid.*, pp. 42-43, 2 octubre 1535. <<

[83] *H. du Commerce de Marseille*, III, p. 221. <<

[84] E. Charrière, *Négociations dans le Levant*, II, pp. 631-632, Const., 30 octubre 1560. <<

[85] Chantonnay a Felipe II, Moret, 16 de marzo de 1561, A. N., K 1494, B 12, núm. 60; el mismo remitente al mismo destinatario, 23 de marzo de 1561, *ibid.*, núm. 62. <<

[86] A. d. S. Florencia, Mediceo 2080. <<

[87] *Cf*. vol. I, pp. 810-811. <<

[88] A. de Ragusa, D. di Cancellaria, 146, ff. 27-9, 17 junio 1960. Urca, por lo tanto debe ser del norte. <<

[89] Nobili al principe, Madrid, 6 de junio de 1566, Mediceo 4897 *bis*. *Cf*. C. Douais, *op. cit.*, I, pp. 90 y 92. <<

[90] El duque de Alba a F. de Alava, Amberes, 13 de febrero de 1571, A. N., K 1519, B 29. núm. 18. <<

[91] R. Doehaerd y Ch. Kerremans, *op. cit.*, 1952, pp. 139 y 143. <<

[92] Eleonora Carus-Wilson, *Medieval Merchant Venturers*, 1954, pp. 64 y ss. <<

[93] Jacques Heers, «Les Génois en Anglaterre: la crise de 1458-1466», en *Studi in onore di Armando Sapori*, II, p. 810. <<

[94] Hektor Ammann, art. cit., en *Vierteljahrschrift für S.u.W.G.*, t. 42, 1955, p. 266. <<

[95] *Idem*. <<

[96] Domenico Gioffrè, «Il commercio d'importazione genovese alla luce dei registri del dazio, 1495-1537», en *Studi in onore di Amintore Fanfani*, 1962, V, pp. 113 y ss. W. Cunningham, *The growth of English Industry and Commerce*, 1914, I, p. 373. <<

[97] D. Gioffrè, art. cit., pp. 121-122. <<

[98] A. de Capmany, *op. cit.*, III, pp. 225-226; IV apéndice, p. 49. <<

[99] D. Gioffrè, art. cit., pp. 122-123, no se olvide la parada en Cádiz. <<

[100] R. Hakluyt, *op. cit.*, II, pp. 96 y ss. <<

[101] Philippe Argenti, *Chius vincta*, 1941, p. 13. <<

[102] R. Hakluyt, *op. cit.*, II, p. 96. <<

[103] *Ibid.*, p. 98. Mercaderes ingleses en Constantinopla, 1544, *Itinérarie de Jérôme Maurand*, ed. Dorez, p. 126. <<

[104] R. Hakluyt, II, p. 98. <<

[105] *Ibid.*, II, dedicatoria a Robert Cecil, sin número de página. <<

[106] *Ibid.*, II, pp. 99-101. <<

[107] James A. Williamson, *Maritime Enterprise*, Oxford, 1913, p. 233. <<

[108] R. Hakluyt, *op. cit.*, II, pp. 101-102. <<

[109] Alfred C. Wood, *A history of the Levant Company*, Londres, 1935, p. 3, donde aparece que Quíos fue tomada por los turcos en 1570, el mismo año que Chipre (doble error). <<

[110] Inna Lubimenko, *op. cit.*, pp. 20 y 27. <<

[111] R. Hakluyt, *op. cit.*, I, p. 243. <<

[112] R. Romano, «La marine marchande vénitienne au XVIe siècle», en *Les sources de l'histoire maritime en Europe du Moyen Âge au XVIIIe siècle*, 1962. <<

[113] I. Tadić, art. cit., p. 15. <<

[114] Algunas referencias, A. de Ragusa, Diversa di Cancellaria, 106, f. 247, 17 noviembre 1516, respecto a un navío ragusino que hace el trayecto entre Londres y Ragusa; *ibid.*, f. 180, Génova, 10 marzo 1515, un navío ragusino que va directamente de Quíos a Inglaterra; *ibid.*, 122, f. 24, Cádiz, 21 febrero 1538, navío ragusino cargado en Southampton, con destino a Cádiz, Palermo y Mesina. <<

[115] Selve al rey, 12 de diciembre de 1547, *Correspondance…* public. por G. Lefbvre-Portalis, p. 252. <<

[116] *Ibid.*, p. 321. <<

[117] A. de Moscú, Fondo Lamoignon, 3, f. 128. <<

[118] R. Hapke, *op.*, *cit.*, I, p. 512. <<

[119] A. d. S. Venecia, Senato Terra 67, f. 8. <<

[120] J. Delumeau, *op. cit.*, p. 241. <<

[121] A. d. S. Venecia, *Cinque Savii*, 17, f. 10. <<

[122] A. d. S Génova, Spagna, Negoziazioni, 2747, 3 diciembre 1557. <<

[123] M. François, *Le Cardinal François de Tournon*, 1951, p. 366. <<

[124] A. d. S. Florencia, Mediceo 2080. <<

[125] Marciana, Ital, 8812, CVI, 3, f. 10 v. Margate en la desembocadura del Támesis. <<

[126] *CODOIN*, XC, p. 288. <<

[127] *Calendar of State Papers*, Veneciano, VII, pp. 430, 441, 445-447, 454, 456, *CODOIN*, XC, pp. 236-237, 254, 288 y 327. <<

[128] *CODOIN*, XC, pp. 236-237, 23 de mayo de 1569. <<

[129] El duque de Alba al rey, Bruselas, 8 de agosto de 1569, *CODOIN*, p. 170. <<

[130] *CODOIN*, XC, pp. 236-237. <<

[131] Una decepción: solo pude encontrar mencionados por su nombre (en A. di Ragusa, serie *Noli e Sicurità*) dos viajes de naves ragusinas, uno en abril de 1563, de Zelanda a Liorna; el otro el 4 de julio de 1565, de Amberes a Ragusa. Pero muchas de las pólizas de seguro que cubren seis o 12 meses no especifican el itinerario del barco; hay casos, además, de naves ragusinas aseguradas en puerto que no es el propio. En compensación se puede encontrar abundancia de datos en la serie *Securitatum 1564-1571*. A. d. S. Génova: partiendo hacia y desde el Mediterráneo, tres viajes desde Lisboa, 10 viajes a Cádiz, cinco viajes al norte (Ruán, Amberes, Inglaterra, Flandes); a partir de 1569-1570, estos viajes al norte se multiplican en beneficio de las naves venecianas aseguradas en Génova. ¿Se aprovechó Génova de las dificultades de Venecia cuando esta se encontraba en guerra con el turco? <<

[132] Jean Delumeau, *L'alun de Rome, op. cit.*, p. 241. <<

[133] *L'hirondelle*, Mediceo 2080. La misma referencia para todos los barcos mencionados en este párrafo. <<

[134] Marcantonio Colonna al rey, Palermo, 26 de febrero de 1580, Sim. Eo. 1149, retransmite los datos que obtuvo de Bo. de Mendoza. <<

[135] Aprovisionamiento indispensable, repitió el conde de Miranda a Felipe II, Nápoles, 13 de julio de 1591, Sim. Eo. 1093. <<

[136] R. Hakluyt, *op. cit.*, II, pp. 145-146. <<

[137] G. Vivoli, *op. cit.*, III, p. 155. <<

[138] *Cf*. L. Stone, *An elizabethan: Sir Horatio Palavicino*, 1956. <<

[139] 23 de septiembre de 1578, *CODOIN*, XCI, pp. 287-288. <<

[140] *CODOIN*, XCI, p. 297. <<

[141] *Ibid.*, p. 398. Sobre el negocio en conjunto, ver pp. 275, 287-288, 360, 375, 387-388 y 393. <<

[142] *Bilanci. generali*, segunda serie, vol. I, t. I, p. 439, n. 1. <<

[143] 29 noviembre 1582, *CODOIN*, XCII, p. 436. <<

[144] A. d. S. Venecia, Lettere Com., 12 *ter*, 20 octubre 1589. <<

[145] Dejo de lado dos órdenes de consideraciones menores:

1. Los marineros de Dieppe y de Marsella han podido servir muy posiblemente de guías a los ingleses en sus primeros viajes de regreso. Está demostrado que llegan barcos ingleses a Liorna de 1573 a 1584 y se indica que han cargado en Dieppe (una referencia, 4 de febrero de 1574), en Calais (cinco referencias, 3 de febrero de 1574, 25 de enero de 1576, 2 de febrero de 1576 —dos veces—, 14 de enero de 1579), en Francia (una indicación, 12 de enero de 1579), en Flandes (una indicación, 10 de enero de 1584), en Zelanda (una indicación, 24 de octubre de 1581). Un texto de A. de Montchrestien, 1615 (*Op. cit.*, pp. 226-227) parece (pero no lo es) perentorio: «Hace cuarenta años (o sea, hacia 1575) los primeros (ingleses) no mantenían todavía comercio alguno ni con Turquía ni con la Berbería, y solo visitaban Hamburgo y Stade, lugares donde hacían escala. El capitán Anthoine Girard, actualmente vivo, y Jean Durant, marselleses, les enseñaron —cuando aquellos eran jóvenes— las primeras nociones, y, más aún, pilotaron sus primeras naves. Por aquella época, los barcos marselleses eran los únicos que les traían las especias y todas las otras mercancías a través del estrecho, pero ahora…».

2. Las disputas entre Venecia e Inglaterra a causa de las *uve passe* van a durar más de un cuarto de siglo (*C. S. P. Veneciano*, VII, pp. 542, 544, 545, 548, 549, 550, 552). Se inician en 1576, cuando se le concede en Londres a un mercader de Luca el monopolio de la introducción de las *uve passe* en Inglaterra. Discusiones, represalias aduaneras se suceden: 1580, 1591, 1592, 1602; es probable que la reconciliación haya tenido lugar en el 1609 (*cf. La Méditerranée…*, 1.ª edición, pp. 482, 487-488). Pero pese a esto, los navíos venecianos continúan sus viajes a Inglaterra. <<

[146] Referencias bibliográficas en R. D. Merriman, *op. cit.*, IV, p. 154, n. 3. <<

[147] R. Hakluyt, *op. cit.*, II, pp. 136-137. <<

[148] *CODOIN*, XCI, p. 439, 28 de noviembre de 1579. <<

[149] Instrucciones de Berthier, 5 de septiembre de 1580, *Recueil*, p. 36. <<

[150] Contra los ingleses, obraban de acuerdo con los venecianos, Hurault de Maisse al rey, 27 de julio de 1583, A. E. Venecia, 31, ff. 103 y ss. <<

[151] *CODOIN*, XCI, 13 de noviembre de 1580, p. 523. <<

[152] *CODOIN*, XCI, pp. 334, 396, 399 y 409; R. Hakluyt, *op. cit.*, I. pp. 453-454; I. Lubimenko, *op. cit.*, p. 51. <<

[153] R. Hakluyt, *op. cit.*, p. 429. <<

[154] *Ibid.*, II, p. 157. <<

[155] *Recueil..*, p. 36. <<

[156] 15 de marzo de 1583, Sim. Eo. 1154. <<

[157] Venecia, 2 de junio de 1583, A. E. Venecia, 31, ff. 15 y 15 v. <<

[158] Hareborne a Richard Forster, Pera, 5 de septiembre de 1583, R. Hakluyt, *op. cit.*, II. pp. 172-173. <<

[159] A. C. Wood, *op. cit.*, p. 17. <<

[160] *Ibid.*, p. 20. <<

[161] *Ibid.*, p. 23. <<

[162] *Idem*. <<

[163] *Idem*. <<

[164] *Ibid.*, p. 36. <<

[165] *Ibid.*, p. 39. <<

[166] En 1610 todavía se encontraban en Marsella mil navíos. Paul Masson, *Histoire du commerce français dans le Levant au XVIIe siècle*, *op. cit.*, p. XXXI. <<

[167] *Ibid.*, p. XVI. <<

[168] A. C. Wood, *op. cit.*, pp. 33-35. <<

[169] *Ibid.*, p. 31. <<

[170] A. d. S. Florencia, Mediceo 2079, ff. 210 y 210 v. <<

[171] R. Hakluyt, *op. cit.*, II, p. 290. <<

[172] *CODOIN*, XCII, pp. 455-456. <<

[173] R. Hakluyt, *op. cit.*, II, p. 271. <<

[174] A. Com. de Marsella, BB 52, f. 24 v. <<

[175] A. d. S. Génova, L. M. España 10.2419 (sin fecha). <<

[176] R. Hakluyt, *op. cit.*, II, pp. 289-290. <<

[177] Innumerables referencias: piraterías contra los franceses. Paul Masson, *op. cit.*, p. XXIV; contra los ragusinos, A. de Ragusa, D. de Foris, VII, f. 36 (Mesina, 26 de mayo de 1598), captura e incendio de la nave *N. D. de Lorette*: otro ataque de los ingleses al largo de Cagliari, 8 de marzo de 1594. D. de Foris, II, ff. 127 y ss.: captura de las naves *Sainte-Trinité y Saint Jean-Baptiste*, cerca de Zante, D. de Foris, V, f. 88, 12 de mayo de 1595. <<

[178] *Recueil…*, p. 53; R. Hakluyt, *op. cit.*, II, pp. 145-146; *CODOIN*, XCII, pp. 60-61 (24 de junio de 1581). <<

[179] 22 de febrero de 1601, A. N., K 1630. La extraña aventura de un inglés, Richard Cocaine, quien en 1601 alquiló en Génova su nave, el *Marchand Royal*, a un ragusino, y el capitán del navío emprende corso contra los turcos. Mediceo 1829, f. 258. <<

[180] R. Galluzzi, *op. cit.*, III, p. 270. <<

[181] A. d. S. Génova, *Giunta di Marina*, nota sobre el consulado inglés, sin fecha. <<

[182] W. Naudé, *op. cit.*, pp. 142-143, 331. <<

[183] Élie Luzac, *Richesse de la Hollande*, I, *op. cit.*, p. 63. <<

[184] Johannes Cornelis de Jonge, *Nederland en Venetie*, Gravenhague, 1852, pp. 299-302. <<

[185] H. Wätjen, *op. cit.*, II, p. 5. <<

[186] G. Vivoli, *op. cit.*, III, p. 181. <<

[187] *Ibid.*, p. 317, referencias a Galluzi y a Rondinelli, p. 318. <<

[188] *Idem*. <<

[189] Sobre la entrada de navíos alemanes en el Mediterráneo, tres documentos ragusinos (Diversa de Foris, XV, ff. 123 v, a 124): Venecia, 24 octubre 1596, pormenores relativos al seguro del navío *Groissant*, capitán Hans Emens de Hamburgo, que ha transportado grano desde Hamburgo a Venecia; Venecia, 28 noviembre 1596, seguro de la nave *Sainte-Trinité*, en Hamburgo, capitán Antinio (?) Luder, que ha traído trigo a Venecia; Venecia, 24 diciembre 1596, detalles similares relativos a la nave *Fortuna Volante*, capitán Girardo Vestrevuola, que también ha traído trigo de Hamburgo. En el largo viaje entre el norte y Venecia se producen diversos incidentes: por ejemplo, en 1597 dos navíos (capitanes Luca y Giacomo Neringhia) que habían cargado trigo en Danzig fueron descargados en Lisboa; cargan nuevas mercancías en esta ciudad y las llevan a Venecia, donde piden que se les exima de los derechos de anclaje, como se hacía en el caso de los barcos que llegan cargados de trigo desde países tan lejanos; se les concede lo que han pedido, A. d. S. Venecia, *Cinque Savii*, Busta 3, 29 julio 1597. <<

[190] *Der deutschen Seehandel im Mittelmeergebiete bis zu den napoleonischen Kriegen*, Neumünster, 1933. <<

[191] Barcos de Hamburgo en Italia se mencionan todavía en 1600, Simancas Eo. 617. <<

[192] J. Berchet, *op. cit.*, pp. 157-159. <<

[193] J. Denuce, *op. cit.*, p. 17. <<

[194] *Ibid.*, p. 71. Pero el «*consulage*» era ejercido por los ingleses. <<

[195] G. Berchet, *op. cit.*, p. 103. <<

[196] J. Denuce, *op. cit.*, p. 68. <<

[197] Bernardo Gómez de Brito, *Historia trágico-marítima*, Lisboa, 1904-1905, II, pp. 506-507, hacia 1604. <<

[198] H. Watjen, *op. cit.*, p. 55. <<

[199] R. Galluzi, *op. cit.*, III, p. 270; G. Vivoli, *op. cit.*, IV, pp. 7, 10; señalo, como pequeño detalle enigmático, la llegada a Liorna, el 29 de noviembre de 1581, de una nave probablemente portuguesa (el *Santo Antonio*, capitán, Baltasar Dias), cargada en el Brasil y que llevaba principalmente 460 cántaros de *palo del brasil*. Sobre las tentativas de «colonización» toscana en el Brasil, las curiosas e insuficientes notas de G. G. Guarnieri, art. cit., p. 24, n. 1. <<

[200] A. d. S. Florencia, Mediceo, ff. 337 y 365, la primera de esas naves, *Ntra. Señora do Monte del Carmine*, proveniente de Goa, llevaba 4000 cántaros de pimienta, y llegó a su destino en 1610; el 14 de agosto de 1610 llegó la nave *Nra. Signora di Pietà*, proveniente de las Indias Orientales, llevando 4170 cántaros de pimienta, piedras preciosas y 145 cántaros de telas de las Indias… <<

[201] A. d. S. Venecia, *Cinque Savii…*, Busta 6, 15 de noviembre de 1596, copia. <<

[202] A. C. Wood, *op. cit.*, p. 43. <<

[203] Ver vol. I, pp. 398 y ss. <<

[204] L. von Pastor, *op. cit.*, ed. alemana, t. X, p. 306. <<

[205] «Influences de l'Anglaterre sur le déclin de Venise au XVIIe siècle», en *Decadenza economica veneziana nel secolo XVII*, Fundación Giorgio Cini, Venecia, 1961, pp. 183-235. <<

[206] Sobre este punto ver vol. I, p. 403; *C. S. P. East Indies*, I, p. 107, octubre 1600, 5 barcos enviados a las Indias: 1500 toneladas, 500 hombres de tripulación. R. Davis, art. cit., p. 215: en 1628, según el baile veneciano, «los ingleses transportan muchos marineros y cañoneros dejando mucho espacio libre para el combate». <<

[207] R. Davis, art. cit., p. 215 (*C. S. P.*, *Veneciano*, 2 octubre 1627). <<

[208] F. Braudel, «L'économie de la Méditerranée au XVIIe siècle», en *Economia e Storia*, abril-junio 1955, reproducido en *Les Cahiers de Tunisie*, 1956, pp. 175 y ss. <<

[209] B. M. Sloane, 1572 (hacia 1633). <<

[210] Citado por C. R. Boxer, *op. cit.*, p. 76, n. 150. El texto es de Pedro de Baeza. <<

[211] Referencias, *La Méditerranée…*, 1.ª ed., p. 493. <<

[212] J. H. Kernkamp, *Handel op den vijand 1572-1609*, 2 vols., Utrecht, 1931-1934, continúa siendo todavía la obra esencial. Sobre la frecuente ineficacia de estas medidas, V. Vázquez de Prada, *op. cit*. (1596-1598), I, p. 63. <<

[213] La expresión la he tomado de Germaine Tillion, *Les ennemis complémentaires*, 1960; se trata en este caso de los franceses y argelinos de 1955 a 1962. <<

[214] Desde 1550, V. Vázquez de Prada, *op. cit.*, I, p. 48. <<

[215] *Idem*. <<

[216] A. N., K 1607 B (B. 89). <<

[217] Ver vol. I, pp. 637-638. <<

[218] Simancas Eo. 569, f. 84 (sin fecha). <<

[219] Toda esta gradual *Passieverung* de Sevilla, admirablemente explicada por J. van Klaveren, *op. cit.*, en especial pp. 111 y ss., de las que he tomado mucha de mi información. <<

[220] 1594, Simancas Eo. 174. <<

[221] Simancas Eo. 174. <<

[222] 18 de agosto de 1595, *ibid*. <<

[223] Sigo aquí a Jacob van Klaveren, *op. cit.*, pp. 116-117. <<

[224] Correspondencia de Simón Ruiz, Archivo Provincial de Valladolid, Antonio Gutierrez a Simón Ruiz, Florencia, 20 mayo 1591. <<

[225] Florencia, 20 mayo 1591, *ibid*. <<

[226] Florencia, 17 junio 1591. <<

[227] Florencia, 31 diciembre 1590. <<

[228] Florencia, 9 septiembre 1591, *ibid*. <<

[229] Florencia, 26 junio 1591. <<

[230] Florencia, 12 agosto 1591. <<

[231] Don Alonso de la Cueva a S. M., Venecia, 30 mayo 1608, A. N., K 1678, 43 *b*. <<

[232] A. d. S. Venecia, *Cinque Savii*, 141, f. 44, 22 mayo 1602. <<

[233] *Ibid.*, 22, f. 52, 20 noviembre 1598 y 16 agosto 1602. <<

[234] Ver *infra* II, pp. 225 y 304. <<

[235] *Op. cit.*, t. I, pp. 63 y 501. En realidad el libro es de Élie Luzac. O, para ser más exactos, este ha retomado el trabajo anterior de Jacques Accarias de Serionne, aparecido en Ámsterdam en 1765. <<

Capítulo IV. Los imperios

[1] Ver vol. I, p. 451. <<

[2] Expresamente, no digo Estado nacional. <<

[3] A. Siegfried, *op. cit.*, p. 184. <<

[4] H. Kretschmayr, *op. cit.*, II, p. 382. <<

[5] Ver los estudios de Enrico Perito, de E. Carusi, de Pietro Egidi (núms. 2625, 2626 y 2630 de la bibliografía de Sánchez Alonso). <<

[6] A. d. S. Módena, Venezia VIII, Aldobrandino Guidoni al dux, Venecia, 31 de julio de 1495. <<

[7] M. Seidlmayer, *op. cit*., p. 342. <<

[8] La paternidad de esta expresión se le atribuye generalmente al cardenal Giovanni della Casa, *Oraziom di Messer Giovanni della Casa, scritta a Carlo Quinto intorno alla restitutione della città di Piacenza*, publicada en el *Galateo*, del mismo autor, Florencia, 1561, p. 61. Sobre esta amplia cuestión, F. Meinecke, *Die Idee der Staatsräson in der neueren Geschichte*, Múnich, 1925. <<

[9] Pierre Mesnard, *L'essor de ta philosophie politique au XVIe siècle*. 1936, pp. 39-53, particularmente pp. 51-52. <<

[10] A. Renaudet, *Machiavel*, p. 236. <<

[11] G. M. Trevelyan, *op. cit.*, p. 293. <<

[12] Baudrillart (Mgr.), *Philippe V et la Cour de France*, 1889-1901, 4 vols., en 8º, introducción, p. 1. <<

[13] Ver *infra*, pp. 22 y ss. <<

[14] Gaston Roupnel, *Histoire et destin*, p. 330. <<

[15] Sobre la grandeza turca, ver R. de Lusinge, *De la naissance, durée et chute des États*, París, 1588, 206 pp. Ars 8º H. 17337, cit. por J. Atkinson, *op. cit.*, pp. 184-185, y una relación inédita sobre Turquía (1576). Sim. Eo. 1147. <<

[16] Fernard Grenard, *Decadence de l'Asie*, p. 48. <<

[17] Ver vol. I, p. 235. <<

[18] *Annuaire du monde musulman*, 1923, p. 323. <<

[19] La expresión es de B. Truhelka, archivero de Dubrovnik, a quien se la escuché en discusiones que sostuvimos sobre este magnífico tema. <<

[20] *Cf.* principalmente Christo Peyeff, *Agrarverfassung und Agrarpolitik*, Berlín, 1927, p. 69; I. Sakazov, *op. cit.*, p. 19; R. Busch-Zantner, *op. cit.*, pp. 64 y ss. Sin embargo, según un artículo de D. Anguelov, *Revista Histórica* (búlgara), IX, 4, pp. 374-398, la resistencia a los turcos por parte de los búlgaros fue más fuerte de lo que yo he afirmado. <<

[21] Jos Zontar, “Hauptprobleme der jugoslavischen Sozial-und Wirtschaftsgeschichte”, en *Vierteljahrschrift für Sozial-und Wirtschaftsgeschichte*, 1931, p. 368. <<

[22] J. W. Zinkeisen, *op. cit.*, II, p. 143; R. Busch-Zantner, *op. cit.*, p. 50. <<

[23] R. Busch-Zantner, *op. cit.*, p. 65. <<

[24] *Ibid.*, p. 55. <<

[25] *Ibid*., p. 65, ver referencias a los trabajos de K. Jirecek y de Sufflay. <<

[26] *Ibid.*, p. 23. <<

[27] W. Heyd, *op. cit.*, II, p. 258. <<

[28] *Ibid.*, II, p. 270. <<

[29] *Ann. du monde musulman*, 1923, p. 228. <<

[30] H. Hochholzer, art. cit., p. 57. <<

[31] J. Zontar, en *Vierteljahrschrift für Sozial-und Wirtschaftsgeschichte*, 1934, p. 369. <<

[32] Cit. por G. Atkinson, *op. cit.*, p. 179. <<

[33] *Ibid*, p. 211. <<

[34] *Ibid*., p. 397. La misma idea, con respecto a 1544, en Jéróme Maurand, *Itinéraire de… d'Antibes a Constantinople* (1544), public. por Léon Durez, 1901, p. 69, las victorias de los turcos en razón de los pecados de los cristianos. <<

[35] F. Babinger, *op. cit.*, pp. 446-447. Para la referencia del libro, ver *infra*, n. 93 de este mismo capítulo. <<

[36] J. W. Zinkeisen, *op. cit.*, III, p. 19. <<

[37] Cit. por J. W. Zinkeisen, *op. cit.*, III, p. 20, n. 1, según Anton von Gevay, *Urkunden und Aktenstücke zur Geschichte der Verhältnisse zwischen Österreich, Ungarn und der Pforte im XVI. und XVII. Jahrhundert*, 1840-1842, p. 31. <<

[38] *Op. cit.*, p. 42. <<

[39] *Op. cit.*, VIII, p. 305. <<

[40] F. Grenard, *op. cit.*, p. 86. <<

[41] Émile Bourgeois, *Manuel historique de Politique étrangère*, t. I, 1892, introducción, pp. 2 y ss. <<

[42] “…eine Episode, kein Ereignis”, p. 22. <<

[43] V. Hassel, *op. cit.*, pp. 22-23. <<

[44] F. Grenard, *op. cit.*, p. 79. <<

[45] Ver vol. I, p. 238. <<

[46] J. Dieulaeoy, *Isabelle la Catholique, Reine de Castille*. París, 1920; Fernand Braudel, “Les Espagnols…”, en *Rev. Áfricaine*, 1928, p. 216, n. 2. <<

[47] *Mémoires*, IV, p. 47. <<

[48] Brockelmann, *Geschichte der islamischen Völker*, 1939, p. 262. <<

[49] J. Mazzei, *op. cit.*, p. 41. <<

[50] *Annuaire du monde musulmán*, p. 21. <<

[51] El sultán no ostentó oficialmente este título hasta el siglo XVIII, Stanford J. Shaw, “The Ottoman view of the Balkans”, en *The Balkans in transition*, edit. por C. y B. Jelavich, 1963, p. 63. <<

[52] J. W. Zinkeisen, *op. cit*., III, p. 15. <<

[53] Brockelmann, *op. cit.*, p. 242. <<

[54] Stanford J. Shaw, art. cit., p. 67, señala el papel que representaron los fanáticos ulemas en las provincias árabes últimamente conquistadas y la reacción turca frente a la creciente actividad de los misioneros franciscanos que Venecia y los Habsburgo enviaban a los Balcanes. <<

[55] Ver vol. I, p. 149 y n. 43. <<

[56] Stanford J. Shaw, “The Ottoman view of the Balkans”, en *The Balkans in transition, op. cit.*, pp. 56-80. <<

[57] Ángel Ganivet, *Idearium español*, Espasa, 1948, pp. 62 y ss. <<

[58] Pierre Vilar, *La Catalogne*…. I, pp. 509 y ss. <<

[59] *Imperio español*, p. 43. <<

[60] R. Konetzke, *op. cit.*, p. 245; Erich Hassinger, "Die weltgeschichtliche Stellung des XVI. Jahrhunderts", en *Geschichte in Wissenschaft und Unterricht*. 1951, indica el libro de Jacques Signot, *La division du monde…* 1539 (a la que seguirían otras, la 5ª en 1599) y que no menciona a América. <<

[61] Bien señalado por Ángel Ganivet en su *Idearium español*, edit. Espasa, 1948, pp. 44-45. <<

[62] Déficit en Nápoles, por lo menos a partir de 1532, E. Albèri, *op. cit.*, I, 1, p. 37. Desde el tiempo de Carlos V, los gastos ordinarios de sus Estados, exceptuando las guerras, excedían de dos millones en oro. Guillaume du Vair. *Actions oratoires et traites*, 1606, pp. 80-88. <<

[63] Ch. Monchicourt, “La Tunisie et l’Europe. Quelques documents relatifs aux XVIIe, XVIIe, et XVIIIe siècles”, en *Revue Tunisienne*, 1905, separata, p. 18. <<

[64] Gustav Turba, *Geschichte des Thronfolgerechtes in allen habsburgischen Ländern.*… 1903, pp. 153 y ss. <<

[65] Granvella a Felipe II, Bruselas, 6 de octubre de 1560, *Papiers.*… VI, p. 179. <<

[66] *Idem*. <<

[67] Ver F. Braudel, “Les emprunts de Charles Quint sur la place d’Anvers”, en *Charles Quint et son temps*, París, 1959: gráfica p. 196. <<

[68] E. Alberi, II, *op. cit.*, III, p. 357 (1559). <<

[69] *Idem*. <<

[70] Una magnífica discusión del tema en R. Menédez Pidal, *Idea imperial de Carlos V*, Madrid, 1940; para una visión general de las cuestiones que comprende, Ricardo Delgado Ygaray, *La idea de imperio en la política y la literatura españolas*, Madrid, 1944. <<

[71] Cit. por E. Hering, *op. cit.*, p. 156. <<

[72] *Op. cit.*, todo el cap. VIII, pp. 395 y ss. <<

[73] Según R. Konetzke, *op. cit.*, p. 152. <<

[74] Ver *infra*, pp. 350 y ss. <<

[75] G. Micheli al dogo, 30 de enero de 1563, G. Turba, *op. cit.*, I, 3, p. 217. <<

[76] *Ibid.*, p. 217, n. 3. <<

[77] 13 de enero de 1564, San Sulpicio, E. Cabié, *op. cit.*, p. 217, si éste no se equivoca de fecha. <<

[78] H. de Maisse al rey, Venecia, 6 de junio de 1583, A. E. Venecia 81, ff. 28, y 28 ver Felipe II pensaba pedir el vicariato imperial en Italia, 12 de febrero de 1584, Longlée, *Dépêches diplomatiques…*, p. 19. <<

[79] Como sugiere Jules Gounon Loubens, ver vol. I, p. 467, n. 404. <<

[80] *History of Economic Analysis*. Londres, 1954, edic. italiana: *Storia dell'analisi economica*, 3 vols., 1959, I, pp. 175-181. <<

[81] *Op. cit.*, I, p. 176, n. 3 (cito de la edición italiana). <<

[82] *La Chine et l'Occident. Le commerce a Canton au XVIIIe siècle (1719-1833*), 4 vols., 1964, t. I, pp. 429 y ss. <<

[83] Palabra evidentemente anacrónica; yo la uso en razón de su comodidad como término que sirve para sustituir a *officiers* en Francia, letrados en España, etcétera. Julio Caro Baroja, *op. cit.*, pp. 148 y ss. usa el término "burocracia", pero también éste es anacrónico. <<

[84] *Geistliches und Weltliches aus dem griechisch-türkischen Orient*, p. 179. Citado por Brockelmann, *op. cit.*, p. 284. <<

[85] F. Lot, *op. cit.*, II, p. 126. <<

[86] *De la guerra de Granada comentarios por don Diego Hurtado de Mendoza*, publicado por Mantel Gómez Moreno, Madrid, 1948, p. 12. <<

[87] *Idem.* <<

[88] B. M. Add. 18 287. <<

[89] Eloy Bullón, *Un colaborador de los Reyes Católicos: el doctor Palacios Rubios y sus obras*, Madrid, 1927. <<

[90] R. Konetzke, *op. cit.*, p. 173. Gregorio Marañón, *Antonio Pérez,* 2 vols., 2ª ed., Madrid, 1948, I, pp. 14 y ss. Ángel González Palencia, *Gonzalo Pérez, secretario de Felipe II,* 2 vols., Madrid, 1946, no aborda el problema. <<

[91] Cuenca, 13 de mayo de 1594, copia, B. Com. Palermo, Qq G 24, f. 250. <<

[92] P. Acherd, *op. cit.*, pp. 183 y ss. <<

[93] Franz Babinger, *Suleiman der Prächtige (Meister der Politik)*, 1923, p. 461. <<

[94] *Idem*. <<

[95] R. Mantran, *op. cit.*, p. 107, n. 2. <<

[96] Ver la excelente exposición de Stanford J. Shaw, art. cit., pp. 67 y ss., “Decline of the Tymar System and Triumph of the Devshirme Class”. <<

[97] Se pueden encontrar muchos ejemplos en las biografías de los patricios, ingenieros o soldados al servicio de Venecia o de los agentes turcos de los que conocemos desplazamientos análogos. <<

[98] Su ficha signalética en Eo. 137, en Simancas. Ese curioso personaje es el autor del largo informe a Felipe II (Valladolid, octubre 1559, Eo. 137) al que se hace mención *infra*, pp. 412-413. <<

[99] D. Mendo de Ledesma a Felipe II, Nantes, 21 de diciembre de 1595, A. N., K 1597, B 83. <<

[100] Pedro de Medina, *op. cit.*, pp. 204 a 205 v. <<

[101] *Recopilación de leyes destos reynos hecha por mandado del Rey*, Alcalá de Henares, 1581, 3 vols., fol., B. N. París, Fr. 4153 a 4155. <<

[102] Cámara de Castilla, serie VIII, Renuncias de oficios. <<

[103] 9 de junio de 1558, A. H. N. Inquisición de Barcelona, libro I, f. 337. <<

[104] Manuel Danvila, *El poder civil en España*, Madrid, 1885, V, pp. 348-351. <<

[105] Recopilación, I, f. 77. <<

[106] *Ibid.*, ff. 73 y 73 v. <<

[107] *Ibid.*, f. 79 v. (Ley de Toledo, 1480.) <<

[108] *Ibid.*, treinta días a partir de la renuncia (leyes de Burgos, 1515; La Coruña, 1518; Valladolid, 1542). Sesenta días (Pragmática de Granada, 14 de septiembre de 1501) para presentar los títulos “en regimientos”, *idem*. Pero ¿son iguales los casos? <<

[109] *Actas*, I, p. 339. <<

[110] *Ibid.*, pp. 345-346. <<

[111] *Recopilación*, I, f. 79 (Guadalajara, 1436). <<

[112] *Ibid.*, 73 v., Valladolid, 1523. <<

[113] ¿En qué momento se vuelve el oficio una mercancía negociable? La cuestión preocupa mucho a Georges Pagès. Es difícil responder a esto. Sin embargo, desde la pragmática de Madrid en 1494 (I, ff. 72 y 72 v.), se habla de "… los que renuncian por dineros" a sus cargos (municipales). <<

[114] Hay un curioso crecimiento de las ventas en cuanto al Estado y a los particulares. Por ejemplo, en el caso de un cargo de alcalde en Málaga, D. Sancho de Córdova a Felipe II, 18 de enero de 1559, Sim. Eo. 137, f. 70. En Segovia, en 1591 (Cock, *Jornada de Tarrazona*, p. 11), cargos municipales vendidos o donados por el rey "cuando no se resignan en tiempo para ello limitado". <<

[115] R. B. Merriman, *op. cit.*, IV, p. 325. <<

[116] Actas, I, pp. 345-346 (1563). <<

[117] *Op. cit.*, I, pp. 453-454. Gente de las clases medias… <<

[118] Jacob van Klaveren, *op. cit.*, pp. 47, 49 y ss. <<

[119] Ver vol. I, p. 23, n. 50. <<

[120] J. W. Zinkeisen, *op. cit.*, III, p. 100, n. 1. <<

[121] Jean Sauvaget, *Alep. Essai sur le développement d'une grande ville syrienne des origines au milieu du XIX' siècle*, 1941, pp. 212-214. <<

[122] En Venecia, después de Agnadel, decisión del Gran Consejo de vender cargos. Por otra parte, las guerras favorecían estas ventas (10 de marzo de 1510). *Bilanci Generali*, 2ª serie, vol. I, t. I, p. CCIV. <<

[123] L. von Ranke, *Die Osmanen und die spanische Monarchie.*…. Leipzig, 1877, p. 74, según Businello, *Relations historiques touchant la monarchie ottomane*, cap. XI. <<

[124] “Es schien ein Tag des Triumphes zu sein”, 1º de mayo de 1612, citado por H. Watjen, *op. cit.*, p. 61. <<

[125] E. Albéri, I, III, p. 254. <<

[126] Palermo, 10 de junio de 1577, Sim. Eo. 1147. *Matadores* = asesinos. Referente a la ciudad, el libro de Massimo Petrocchi, *La rivoluzione cittadina messines del 1674*, Florencia, 1954. <<

[127] B. N. París, Dupuy, 22, ff. 122 y 123. <<

[128] Citado por Jacob van Klaveren, *op. cit.*, p. 49, n. 5. <<

[129] *Cf*. una serie de artículos del mismo autor en: *Vierteljahrschrift für Sozial und Wirtschaftsgeschichte*, 1957, 1958, 1960, 1961. <<

[130] B. M. Add. 18 287, f. 23. <<

[131] J. E. Hamilton, “The foundation of the Bank of Spain”, en *Journal of Political Economy*, 1945, p. 97. <<

[132] P. 61, según J. W. Zinkeisen, *op cit*., III, p. 368. <<

[133] Según Gerlach, citado por J. W. Zinkeisen, *op. cit.*, III, pp. 366-368. <<

[134] Su paso por Besançon, según una nota de Lucien Febvre. <<

[135] El libro de rehabilitación, por lo demás poco legible, de J. Reznik, *Le due Joseph de Naxos*, París, 1936, V, el libro más reciente de Cecil Roth, *The Duke of Naxos*, 1948, y sobre todo el notable artículo de I. S. Revah, "Un historien des 'Sefardim'", en *Bul. Hisp.*, 1939, sobre los trabajos de Abraham Galante. <<

[136] Bernard Schnapper, *Les rentes au XVIe siècle. Histoire d'un instrument de crédit*, 1957. <<

[137] Ver vol. I, p. 704. <<

[138] *Ibid.*, p. 29. <<

[139] Gustav Fremery, *Guicciardini's finanzpolitische Anschauungen*, Stuttgart, 1931. <<

[140] R. Galluzzi, *op. cit.*, III, pp. 506 y ss. <<

[141] Clemens Bauer, art. cit., p. 482. <<

[142] *Ibid.*, p. 476. <<

[143] Todas estas cuestiones referentes a los *Monti* romanos aparecen admirablemente expuestas por J. Delumeau, *op. cit.*, II, pp. 783 y ss. Me he limitado a resumir lo que él dice. <<

[144] *Ibid.*, p. 821. <<

[145] “Note sulle storia del saggio d’interesse, corso e sconto dei dividendi del banco di S. Giorgio nel secolo XVI”, en *Economia Internazionale*, 1952, pp. 13-14. <<

[146] Según la información proporcionada por M. Halil Sahillioglu. <<

[147] Aser Hananel y Eli Esknazi, *Fontes hebraici ad res œconomicas socialesque terrarum balkanikarum sœculo XVI pertinentes*, I, Sofía, 1958 (extraordinario). <<

[148] "… a nombre de sus agentes por más de quinientos mil escudos". *Traité de la République*, 1577, p. 623, citado por J. Atkinson, *op. cit.*, p. 342. <<

[149] Naturalmente estoy pensando en Anthony Sherley, *cf.* Xavier A. Flores, *"El peso polítion de todo el mundo" d'Anthony Sherley on un atenturier anglais an service de l'Espagne*, París, 1963. <<

[150] *Op. cit.*, referencia vol. I, p. 134, n. 6. <<

[151] Ver referencia *ibid*., p. 74, n. 182. <<

[152] Amintorie Faneani, *Storia del lavoro…*, p. 32. <<

Capítulo V. Las sociedades"

[1] Esta movilidad horizontal es también un signo revelador de la apertura de las sociedades. Gaston Roupnel, *La ville et la campagne an XVIIe siècle. Étude sur les populations du pays dijonnais*, 2ª ed., 1955, p. 99: "En el siglo XVI se auxilia y alimenta al mendigo antes de expulsarlo [de las ciudades]. A comienzos del siglo XVII se le afeita la cabeza. Posteriormente corre el peligro de ser azotado, y a finales de siglo, cuando la sociedad represiva alcanza su madurez, se le obliga a trabajos forzados". <<

[2] Henri Drouot, *Mayenne et la Bourgogne*, 1937, I, particularmente p. 48: “Aquellos hombres que un siglo antes habían echado abajo el viejo orden social se habían ya convertido, a la altura de 1587, en un cuerpo conservador. Trataban de mantener el régimen que había favorecido su ascensión y el pan que les garantizase su futuro. De modo que tendían a aislarse como clase en la cota que habían conquistado”. <<

[3] Ver *infra*, pp. 325 y ss. <<

[4] T. I, el único que ha aparecido, Madrid, 1963. <<

[5] Lucien Romier, *Le royaume de Catherine di Médicis*, 3ª ed., 1925, 1, p. 177. <<

[6] *Ibid*., pp. 207-208. <<

[7] *Ibid*., p. 207. <<

[8] *Ibid.*, pp. 193-203; Henri Drouot, *op. cit.*, I, p. 40. <<

[9] François de Ramel, *Les Vallées des Papes d'Avignon*, 1954, p. 142. <<

[10] Josef A. Schumpeter, *op. cit*. (trad. ital.), I, p. 177. <<

[11] Carl J. von Hefele, *Le cardinal Ximénès*, p. 364. <<

[12] R. Russo, art. cit., p. 421. <<

[13] E. Le Roy Ladurie, *op. cit*. De hecho, me inclino a creer que no había diálogo, sino más bien conversación: tres competidores, de los cuales el tercero, el campesino rico, era adversario tanto del noble como del pequeño campesino. Según E. Le Roy Ladurie, este campesino rico llevó la mejor parte en Languedoc durante los años comprendidos entre 1550 y 1600. <<

[14] P. Vilar, *op. cit*., I, pp. 575 y ss. <<

[15] Antonio Domínguez Ortiz, *op. cit*., I, p. 364. <<

[16] L. Merle, *La métairie et l'évolution agraire de la Gâtine Poitevine de la fin du Mayen Age à la Révolution*, 1959. <<

[17] Lucien Febvre, *Philippe II et la Franche Comté*. 1912, pp. 201 y ss. <<

[18] Gabriel Debien, *En Haut Poitou: défricheurs au travail (XVIe-XVIIe siècles*), “Cahiers des Annales”, 1952. <<

[19] Manuel Torres López, “El origen del Señorío Solariego de Benamejí y su *carta-puebla* de 1549”, en *Boletín de la Universidad de Granada*, 1932, núm. 21; reseña de Marc Bloch, en *Anuales hist. écon. et sociale*, 1934, p. 615. <<

[20] Robert Livet, *op. cit*., pp.147-148. <<

[21] *Idem*. <<

[22] R. Aubenas, *Chartes de franchises et actes d'habitation*, Cannes, 1943. <<

[23] L. Bianchini, *op. cit*., I, pp. 260 y ss. <<

[24] 8 de octubre de 1583, A. N., K 1563. <<

[25] Ver vol. I, pp. 103-104. <<

[26] *Op. cit.*, p. 354. <<

[27] G. Niemeyer, *op. cit.*, p. 51. <<

[28] Aldo de Maddalena, “I bilanci dal 1600 al 1647 di una azienda fondiaria lombarda”, en *Rivista Internazionale di Scienze economiche et commerciali*, 1955. <<

[29] Para algunos, entre los cientos posibles ejemplos, ver A. d. S. Nápoles, *Sommaria Partium* 249, ff. 181, 219 v., 220, 247 (1544 y 1545). <<

[30] A. de Maddalena, art. cit., p. 29, su drástico descenso a partir de 1634. <<

[31] F. Saverio Provana di Collegno, “Notizie e documenti d’alcune certose del Piemonte”, en *Misc, di storia ital*., 1901, t. 37, serie 3, vol. 2, pp. 393-395. <<

[32] Algunos súbditos se rebelan todavía en 1566 (7 de febrero de 1566, Sim. Eo. 1395). La revuelta manteníase aún viva en 1568 (11 de enero de 1568. Sim. Eo. 1395). <<

[33] Carmelo Viñas y Mey, *El problema de la tierra en los siglos XVI-XVII*, Madrid, 1941, p. 30, piensa que las rentas de los nobles aumentaron más despacio que el nivel general de los precios. <<

[34] Henri Drouot, *op. cit*., II, p. 177. <<

[35] *Correspondance de Saint-Sulpice*, pub. p. E. Cabié, p. 37. <<

[36] *Dépêches de Fourquevaux*, l, p. 365. <<

[37] R. B. Merriman, *op. cit.*, IV. p. 365. <<

[38] L. Pfandl, *Philippe II*, p. 315; S. Minguijon, *Historia del derecho español*, Barcelona, 1933, p. 370. <<

[39] Antonio Domínguez Ortiz, *op. cit*., p. 222. <<

[40] Nobili y Del Caccia al príncipe, Madrid, 12 de marzo de 1572, A. d. S. Florencia, Mediceo 4903. <<

[41] *C. S. P., Venetian,* VII, p. 178. <<

[42] *Lettres de Fourquevaux*, I, p. 295. <<

[43] E. Alberi, *op. cit*., I, III, p. 263. <<

[44] *Ibid.*, I, V, pp. 19-20. <<

[45] Ver vol. I, p. 388, n. 88. <<

[46] Richard Konetzke, *op. cit.*, p. 146. <<

[47] E. Alberi, *op. cit*., I, III, pp. 338-339. <<

[48] De acuerdo con el informe del licenciado Palomares, *cf.* vol. II, p. 46, n. 98. <<

[49] Simancas Eo. 137, f. 213, 9 de junio de 1559. <<

[50] *Ibid.*, 13 de julio de 1559. <<

[51] A. d. S. Florencia, Mediceo 4903, 29 de septiembre de 1571. <<

[52] *Ibid.*, 19 de junio de 1572. <<

[53] A. d. S. Florencia, Mediceo 4911, 15 de febrero de 1580. <<

[54] A. d. S. Venecia, Senato Dispacci Spagna, Matteo Zane al dux, Madrid, 21 de abril de 1582. <<

[55] A. d. S. Génova, Spagna 15, Madrid 27 de diciembre de 1608. <<

[56] Nápoles, Biblioteca de la Storia Patria, XXVIII, B 11, f. 144 v., 30 de abril de 1621. <<

[57] A. Morel Fatio, *L'Espagne au XVIe et an XVIIe siècle*, Heilbronn, 1878, p. 177. <<

[58] A. d. S. Florencia, Mediceo 4903, 22 de enero de 1571. <<

[59] A. Navagero, *op. cit.*, p. 6. <<

[60] Baltasar Porrino, *Dichos y hechos del señor rey don Philippe segundo, el prudente.*…. Cuenca, 1621, p. 6. <<

[61] R. Recouly, *Ombre et Soleil d'Espagne*, 1934, p. 97. <<

[62] Théophile Gautier, *Voyage en Espagne*, 1899, p. 39. <<

[63] *Op. cit*., particularmente la casa del conde de Benavente, junto al Pisuerga, p. 229 v. <<

[64] L. Pfandl, *op. cit*., p. 132. <<

[65] Victor Hugo, *William Shakespeare*, 1882, p. 25, habla de la taberna *El puño en rostro*. <<

[66] A. d. S. Nápoles, Farnesiane 48, Canobio al duque, Madrid, 7 de septiembre de 1607: "*de quatro mesi in qua passa cosa qua contra il solito et mai più è intervenuto che siano state amazate in Madrid più di trecenti huomini et non si sa come ne perche delli più*". <<

[67] E. Albèri, *op. cit*., I, I, 33-36, 16 de noviembre de 1525. <<

[68] *Ibid.*, I, III, p. 263. <<

[69] *Ibid.*, I, V, p. 288. <<

[70] Felipe Ruiz Martín, *Introduction aux lettres marchandes de Florence*, *op. cit*. <<

[71] B. Bennassar, *op. cit*. <<

[72] Ver todo el magnífico cap. III, *La posición económica de la nobleza*, de A. Domínguez Ortiz, *op. cit*., pp. 223 y ss. <<

[73] Ver L. Pfandl, *op. cit*., p. 313, y A. Domínguez Ortiz, *op. cit*., pp. 215 y ss. <<

[74] Antonio Domínguez Ortiz, *op. cit*., p. 168. <<

[75] Théophile Gautier, *op. cit*., p. 27. <<

[76] Estos ejemplos los he tomado de Antonio Domínguez Ortiz, *op. cit*., p. 224. <<

[77] *Ibid.*, pp. 255 y ss. <<

[78] *Idem*. <<

[79] *Idem*. <<

[80] *Ibid.*, p. 270. <<

[81] *Ibid*., p. 277. <<

[82] *Ibid*., p. 263. <<

[83] *Ibid*., pp. 262-263. <<

[84] Lucien Romier, *Le Royaume de Catherine de Médicis*, 3ª ed., 1925, I, pp. 160-239. <<

[85] Pierre Vilar, *La Catalogne dans l'Espagne moderne*, 1962, I, p. 573, notas cortas; A. Domínguez Ortiz, *op. cit.*, pp. 303 y ss. La nobleza catalana sólo estaba representada por un pequeño número de familias. <<

[86] A. d. S. Génova, Spagna 6, 2415, Madrid, 4 de agosto de 1575. <<

[87] A. d. S. Venecia, Senato Dispacci Spagna, P.º Vico al dux, Madrid, 27 de abril de 1616. <<

[88] E. Albèri, *op. cit*., I, V, p. 276. <<

[89] *Ibid.*, II, V, p. 464. <<

[90] *Ibid*., p. 316. <<

[91] *Arch. storico italiano,* IX, p. 247. <<

[92] L. Bianchini, *op. cit*., II, pp. 249, 252-253, 260, 299. <<

[93] *Op. cit*., p. 249. <<

[94] Ver los dos excelentes artículos de Rosario Villari, “Baronaggio e finanze a Napoli alla vigilia della rivoluzione del 1647-1648”, en *Studi Storici*, 1962; “Note sulla rifeudalizzazione del Regno di Napoli alla vigilia della rivoluzione di Masaniello”, en *Studi Storici*, 1963. <<

[95] *Storia di Milano*. X, *L'età dei Borromei*, 1957, problemas sociales abordados indirectamente pp. 353 y ss. <<

[96] Ver *infra*, p. 102. <<

[97] Vito Vitale, *Breviario della Storia di Genova*, 1955, 1, pp. 235 y ss. <<

[98] James C. Davis, *The decline of the Venetian Nobility as a Ruling class*, Baltimore, 1962. <<

[99] J. Delumeau, *op. cit*., II, pp. 433 y ss. <<

[100] P. Milioukov, Charles Seignobos y Louis Eisenmann, *Histoire de Russie*, 1932, I, p. XIII; Henri Pirenne, *Les villes du Moyen Age…*, p. 52; Henri Sée, *Esquisse d'une histoire du régime agraire aux XVIIIe et XIXe siècles*, 1921, p. 180. <<

[101] Ömer Lutfi Barkan, *Aperçu sur l'histoire agraire des pays balkaniques*, separata, pp. 141 y ss. <<

[102] Nicoara Beldiceanu, “La región de Timok-Morava dans les documents de Mehmed II et de Selim 1er”, en *Revue des Études Roumaines*, 1957, pp. 116 y 119 y referencia a un artículo de V. Papacostea. <<

[103] R. Busch Zantner, *op. cit*., pp. 60-61 y sus referencias. <<

[104] Stanford J. Shaw, en *The Balkans in transition*, 1963, p. 64. <<

[105] *Ibid*., pp. 64-65. <<

[106] Este particular y mucho del material que viene a continuación ha sido tomado del artículo de Bistra A. Cvetkova, “L’évolution du régime féodal turc de la fin du XVIe siècle jusqu’au milieu du XVIIIe siècle”, en *Études historiques* (de la Academia de Ciencias de Bulgaria) *à l’occasion du XIe Congrès International des Sciences Historiques*. Estocolmo, agosto 1960, la referencia a Kostur, p. 176. Para la bibliografía de esta historiadora ver *Journal of Economic and Social History of the Orient,* 1963, pp. 320-321; ver en particular su importante artículo “Nouveaux documents sur la propriété foncière des Sipahis à la fin du XVIe siècle”, en *Académie des Sciences de l’U.R.S.S., Institutum Populorum Asiae, Fontes Orientales,* 1964, resumen en francés, pp. 220-221. <<

[107] J. W. Zinkeisen, *op. cit*., III, pp. 146-147. <<

[108] Bistra A. Cvetkova, art. cit., p. 173. <<

[109] *La Méditerranée*… p. 639. “El ejército feudal de *sipahis* no asalariados ascendía a 230 000 hombres de a caballo”. <<

[110] Bistra A. Cvetkova, art. cit., p. 172. <<

[111] *Ibid*., pp. 173-175 <<

[112] Bistra A. Cvetkova, “Sur certaines réformes du régime foncier au temps de Méhemed II”, en *Journal of Economic and Social History of Orient*, 1963. <<

[113] J. W. Zinkeisen, *op. cit*., III, pp. 154-158. <<

[114] Ver vol. I, p. 781. <<

[115] Ver vol. I, pp. 712 y ss. <<

[116] Bistra A. Cvetkova, “L ’évolution du régime féodal…”, p. 177. <<

[117] *Ibid*., p. 184. <<

[118] *Idem*. <<

[119] *Ibid*., pp. 184 y ss. <<

[120] *Idem*. <<

[121] *Idem*. <<

[122] Bistra A. Cvetkova, “The System of Tax-forming (iltizam) in the Ottoman Empire during the 16th-18th Centuries with Reference to the Bulgarian Lands”, en búlgaro, resumen inglés en *Itzvestia na institouta za pravni naouki*, Sofía, XI-2. <<

[123] Bistra A. Cvetkova, “L’évolution du régime féodal…”, p. 184. Todas estas observaciones y conclusiones, confirmadas por las *leçons* de Ömer Lütfi Barkan (mecanografiado, École des Hautes Études, VI sección, París). <<

[124] J. W. Zinkeisen, *op. cit.*, III, pp. 153-154. *Cf.* von Hammer, *op. cit.*, I, p. 372. <<

[125] Franz Babinger, en *Encyclopédie de l'Islam*. II, p. 1 116. <<

[126] Ludwig von Thalloczy, “Eine unbekannte Staatsschrift eines bosnischen Mohammedaners”, citado por R. Busch Zantner, *op. cit*., p. 15. <<

[127] Para el veneciano L. Bernardo, en 1592, por ejemplo, B. A. Cvetkova, art. cit., p. 193. Ver J. W. Zinkeisen, *op. cit*., III, p. 167, n. 1. <<

[128] R. Busch Zantner, *op. cit*., p. 60. <<

[129] *Aus dem Grundherr wurde der Gutsherr, op. cit.*, p. 84. <<

[130] Carl Brinckmann, en *Vierteljahrschrift für Sozial-und Wirtschaftsgeschichte*, 1939, pp. 173-174. Marc Bloch, en *Mélanges d'histoire sociale*, I, p. 120. <<

[131] Traian Stoyanovitch, “Land tenure and Related Sectors of the Balkan Economy”, en *Journal of Economic History*, 1953, pp. 338 y 401. <<

[132] *Ibid*., p. 401. <<

[133] R. Busch Zantner, *op. cit*., p. 86. <<

[134] A. Boue, *op. cit*., II, p. 273. <<

[135] R. Busch Zantner, *op. cit*., pp. 80-90. <<

[136] G. I. Bratianu, *op. cit.*, p. 244. <<

[137] T. Stoyanovitch, “Land tenure…”, p. 403. <<

[138] Antonio Domínguez Ortiz, *op. cit.*, pp. 173-174. <<

[139] *Op. cit*., III. pp. 280-281. <<

[140] *Ibid.*, p. 497. <<

[141] *Op. cit*., p. 168. <<

[142] Julio Caro Baroja, *La sociedad criptojudía en la corte de Felipe IV* (Discurso de ingreso en la Academia de la Historia), 1963, pp. 33 y ss. <<

[143] Acerca de la falta de estima por la “nobleza de las letras”, A. Domínguez Ortiz, *op. cit*., p. 194. <<

[144] *Ibid*., p. 266, n. 38. <<

[145] *Ibid*., p. 195. <<

[146] Para referencias concernientes a Cantacuceno, ver Traian Stoyanovitch, “Conquering Balkan Orthodoxe Merchant”, en *Journal of Economic History*, 1960, pp. 240-241. <<

[147] Ver *infra*, pp. 665-666. <<

[148] Ver *infra*, p. 227. <<

[149] Ver vol. I, p. 62. <<

[150] Hermann Hefele, *Geschichte und Gestalt. Sechs Essays*, Leipzig, 1940. El capítulo “Zum Begriff der Renaissance”, pp. 294 y ss., ha sido publicado en forma de artículo, en *Hist. Jahrbuch*, t. 49, 1929. <<

[151] Alfred von Martín, *Sociología del Renacimiento*, 1946, p. 23. <<

[152] Marcel Brion, *Laurent le Magnifique*, 1937, pp. 29 y ss. <<

[153] Antonio de Montalvo a Simón Ruiz, Florencia, 23 de septiembre de 1572. Archivos Ruiz, Valladolid, 17, f. 239, citado por F. Ruiz Martín, *Introducción…., op. cit*. <<

[154] Benedetto Croce, *Storia del Regno di Napoli*, 3ª ed., Bari, 1944, pp. 129-130. <<

[155] Matteo Gaudioso, “Per la storia… di Lentini”, art. cit., p. 54. <<

[156] Ver vol. I, p. 452, n. 337. <<

[157] D. Beltrami, *op. cit.*, p. 72: 5.1% en 1586: 7.4% en 1624. <<

[158] F. Ruiz Martín, *Introducción…., op. cit.* <<

[159] T. II, novela, núm. XX, pp. 47 y ss. <<

[160] *Ibid.*, VIII, novela, núm. LX, pp. 278-279. <<

[161] *Ibid.*, p. 280. <<

[162] Marciana, Ital. 6085, ff. 42 y ss., 1556. <<

[163] Atribuido a Francisco Mendoza y Bobadilla, ed. de 1880: *El Tizón de la nobleza de España*. <<

[164] Ése es el nombre dado a los manuscritos clandestinos que enumeran las *mésalliances* de las grandes familias, A. Domínguez Ortiz, *op. cit.*, p. 163, n. 11. <<

[165] Albert A. Sicroff, *Les controverses des statuts de "pureté de sang" en Espagne du XVe an XVIIe siècle*, 1960. <<

[166] *Journal of a Younger Brother*, la vida de Thomas Platter cuando era estudiante de medicina en Montpellier, trad. por Sean Jennet, Londres, 1963, p. 173. <<

[167] Lucien Romier, *op. cit.*, I, p. 184. <<

[168] *Ibid.*, pp. 185-186. <<

[169] *Ibid.*, p. 186, tomado de Noël du Fail. <<

[170] L. Bianchini, *op. cit.*, I, p. 151. <<

[171] B. N. Paris, Esp. 127. <<

[172] Lucien Febvre, *Philippe II et la Franche-Comté*, 1911, p. 275. <<

[173] A partir del siglo XV, A. Tymienecki, “Les nobles bourgeois en Grande Pologne au XVe siècle, 1400-1475”, en *Miesiecznik Heraldyczny*, 1937. <<

[174] *Revue d'histoire comparée*, 1946, p. 245. <<

[175] F. de Almeida, *op. cit.*, I, III, pp. 168 y ss. <<

[176] G. Schnürer, *op. cit.*, p. 148. <<

[177] El conde de Orgaz a Mateo Vázquez, Sevilla, 16 de abril de 1586, B. M. Add 28 368, f. 305. <<

[178] *Actas*, III, pp. 368-369, petición XVI, 1571. <<

[179] Sim. Eo. 156. <<

[180] *Correspondance de Jean Nicot*, p. 117. <<

[181] El obispo de Limoges a la reina, Madrid, 28 de noviembre de 1561, B. N. París, Fr. 16 103, f. 104, copia. <<

[182] *Traité d'économie politique*, 1615, public. por T. Funck-Brentano, 1889, p. 60, cit. por François Simiand, *Les fluctuations économiques à longue période et la crise mondiale*, 1932, p. 7. <<

[183] Lucien Romier, *op. cit.*, I, p. 187. <<

[184] Rosario Vilari, art. cit., en *Studi Storici*, 1963, pp. 644 y ss. <<

[185] Jean Delumeau, *op. cit.*, I, pp. 458 y ss. <<

[186] Lytton Strachey, *Elisabeth and Essex*, 2ª ed., 1941, p. 9. <<

[187] Pierre Goubert, *Beauvais et le Beauvaisis de 1600 à 1730*, 1960, *passim* y pp. 214 y ss. <<

[188] Discurso de M. Aldigala, Public Record Office, 30/25, núm. 168, ff. 133 y ss. <<

[189] Marciana, G. Baldinucci, *Giornale di Ricordi*, 10 de abril de 1650. <<

[190] “Intento de rebelión social durante el siglo XVI”, en *La Nación*, agosto de 1935. <<

[191] Gregorio Marañón, *Antonio Pérez,* 2ª ed., Madrid, 1957. <<

[192] José Antonio Maravall, “Las comunidades de Castilla, una primera revolución moderna”, en *Revista de Occidente*, 19 de octubre de 1963. <<

[193] Ver las dudas expresadas por Pierre Vilar sobre la naturaleza del bandidaje catalán, *op. cit.*, pp. 579 y ss. <<

[194] Pino-Branca, *op. cit.*, p. 243. <<

[195] *Archivio storico italiano*, t. IX, pp. 193-195. <<

[196] Palmerini, Oq. D. 84. B. Com. Palermo. <<

[197] Luciano Serrano, *Correspondencia diplomática entre España y la Santa Sede*, Madrid, III, 1914, p. 94, 29 de junio de 1569. <<

[198] D. J. de Zúñiga al duque de Alcalá, 15 de marzo de 1571, Sim. Eo. 1059, f. 73. La revuelta proseguía aún en febrero de 1573 (Silva a Felipe II, Venecia, 7 de febrero de 1573, Sim. Eo. 1332): había 6 000 insurrectos, con artillería. El duque se declaró dueño de la situación en una carta a Venecia, manifestando que su Estado estaba “quieto”, 10 de abril de 1573. <<

[199] Jean Héritier, *Catherine de Médicis*, 1940, p. 565. <<

[200] 8 de enero de 1587, A. N., K 1566. <<

[201] El gobernador de Piombino a Felipe II, 6 de octubre de 1598, Sim. Eo. 109: todos los detalles del acontecimiento (en parte político) en R. Galluzzi, *op. cit.*, III, pp. 28 y ss. <<

[202] Léon Blanchet, *Campanella*, 1920, pp. 33 y ss. <<

[203] J. Cvijić, *op. cit.*, p. 131. <<

[204] B. N. París, ital., 1737. Giovanni Mocenigo al dux de Venecia, París, 11 de mayo de 1588, copia. <<

[205] A. d. S., Venecia, *Senato Terra* 16, f. 92, 29 de enero de 1506. <<

[206] *Ibid.*, 15, f. 188, 16 de diciembre de 1507. <<

[207] *Ibid.*, 37, Portogruaro, 9 de marzo de 1562. <<

[208] J. Delumeau, *op. cit.*, II, p. 551. <<

[209] *Diario fiorentino di Agostino Lapini dal 252 al 1596*, public. por G. O. Corazzini, 1900, p. 310: llegó a Florencia el 11 de enero. <<

[210] *Ibid.*, p. 314. <<

[211] *Ibid.*, p. 315, n. <<

[212] *Les soulèvements popularies en France de 1623 à 1648*, 1963. <<

[213] *Le Loyal Serviteur, op. cit*. (ed. de 1872), p. 179. Bayardo no estaba de acuerdo en aceptar, como quería el emperador Maximiliano, que se desmontase a la *gendarmerie* francesa y que se le hiciese cargar al lado de los lansquenetes para forzar la brecha: "¿ Piensa el emperador que es cosa razonable poner a tantos nobles en peligro y azar junto a los soldados de a pie, de los cuales uno es zapatero, otro herrador, otro panadero, y todos ellos personas rutinarias que no estiman el honor personal en el mismo altísimo grado que los gentileshombres?" Este párrafo, subrayado especialmente por Giuliano Procacci, "Lotta di classe in Francia sotto l'Ancien Regime (1484-1559)", en *Società*, septiembre 1951, pp. 14-15. <<

[214] M. Sanudo, *op. cit.*, XL, columna 59, 9 de octubre de 1525. <<

[215] Bernardino Cirillo, *Annali della città dell'Aquila*, Roma 1570, p. 124 v. <<

[216] *Orazioni politiche,* selección y publicación por Pietro Dazzi, 1866, discursos de Giovanni Guidiccioni a la República de Luca, pp. 73 y ss. Parece ser que este discurso nunca llegó a ser pronunciado. <<

[217] Massimo Petrocchi, *La rivoluzione cittadina messinense del 1674*, 1954. <<

[218] *Weltgeschichte,* III, p. 251. <<

[219] A. Communales, Marsella, BB. 41, f. 45. <<

[220] Federico Ramola, *Economistas españoles de los siglos XVI y XVII*, Barcelona, 1885, en 16º, pp. 28-29, B. N. París, Oo 1017. <<

[221] M. Alemán, *Guzmán de Alfarache*, *op. cit.*, I, II, p. 254: pobres que llegan a Madrid “tras un asnillo cargado de buena dicha”; Madrid era la ciudad donde se hacía fortuna. Pedro de Medina, *op. cit.*, pp. 204 y ss. <<

[222] Fernand Braudel, “Vers l’Amerique”, en *Annales E. S. C.*, 1959, p. 733. <<

[223] Stefan Zweig, *Momentos estelares de la humanidad*, París, 1939, p. 53. <<

[224] *Novelas ejemplares*, public. por Francisco Rodríguez Marín, 1943, II, pp. 87 y ss. <<

[225] Ver *infra*, pp. 270 y ss. <<

[226] 4 de agosto de 1579, *Gobierno de Vizcaya*, II, pp. 64-65. <<

[227] B. N. París, Esp. 60, f. 55, impreso. <<

[228] *Ibid.*, art. 60. <<

[229] *Ibid.*, art. 61. <<

[230] A. d. S. Venecia, Senato Dispacci Spagna, Vº Gradenigo al dux, Zaragoza, 24 de julio de 1586. <<

[231] *Ibid.* Zane al dux, Madrid, 30 de octubre de 1581. <<

[232] *Novelas ejemplares*, public. por Francisco Rodríguez Marín, 1948, I, pp. 133 y ss. <<

[233] En Italia el éxito del libro de Giacinto Nobili (su nombre real era Rafaele Frianoro), *Il vagabundo*, Venecia, 1627. <<

[234] Palermo, 24 de febrero de 1590, Sim. Eo. 1157. <<

[235] Marciana, Memorie politiche dall’anno 1578 al 1586, 23 abril 1585. <<

[236] *Archivio storico italiano*, t. IX, p. 264. <<

[237] A. d. S. Mantua. A. Gonzaga, serie E 1522, Aurelio Pomponazi al duque, Roma, 17 de marzo de 1590. <<

[238] A. d. S. Venecia, Senato Terra 1, 26 de marzo de 1545. <<

[239] *Ibid.*, Brera, 51, f. 312 v., 1540. <<

[240] *Traité d'économie politique,* public. por Funk-Brentano, 1889, p. 26. <<

[241] En Inglaterra, al llegar el momento, la *poor law* hizo desaparecer a los pobres de la calle, G. M. Trevelyan, *op. cit*., p. 285. <<

[242] *Mercure de France*. 15 de julio de 1939. “En Sicilia, en los tiempos prefascistas, hubo revueltas de campesinos dignas de la Edad Media.” <<

[243] G. Buzzi, “Doc. angioni relativi al comune di Aquila dal 1343 al 1344”, en *Bolletino della Regia Deputazione abbruzese di storia patria*, 1912, p. 40. <<

[244] E. Albèri, *op. cit*., II, V, p. 409. <<

[245] L. von Pastor, *op. cit.*, X, p. 59. <<

[246] Ver *infra*, p. 515. <<

[247] A. d. S. Florencia, Mediceo 4898, Scipione Alfonso d’Appiano al príncipe, Barcelona, 24 de enero de 1467. <<

[248] *Ibid.*, Mediceo 4897, 1º junio 1565, ff. 110 v. y 119. Para otras interrupciones de las comunicaciones ver *La Méditerranée*…, p. 650, n. 3. <<

[249] *Idem.* <<

[250] P. George, *op. cit.*, p. 576. <<

[251] D. Peres, *Historia de Portugal*, V, p. 263. <<

[252] Y no de Florencia como dice el texto. Lucha contra el Estado, autodefensa de una "civilización" campesina; sobre estos temas, ver el admirable libro de Carlo Levi, *Le Christ s'est arrêté à Eboli*, París, Gallimard, 1948. <<

[253] Stendhal, *Abbesse de Castro,* edit. Gamier, 1931, pp. 6-7. <<

[254] *Ibid.*, p. 7. <<

[255] *Idem.* <<

[256] Lanza del Vasto, *La baronne de Carins*, “Le Génie d’Oc”, 1946, p. 196. <<

[257] *Op. cit*., p. 320. <<

[258] Armando Zanetti, *L'ennemi*, 1939, Ginebra, p. 84. <<

[259] Barón de Busbec, *op. cit.*, I, p. 37. <<

[260] Memoria del obispo de Limoges, 21 de julio de 1561, B. N. París, Fr. 16 110, ff. 12 v. y 13. <<

[261] Notas de los capítulos… (1570-1571), Sim. Eo. 1058, f. 107. <<

[262] Sim. Eo. 1338. <<

[263] Salazar a Felipe II, Venecia, 29 de mayo de 1580, Sim. Eo. 1337. <<

[264] Sim. Eo. 1077. <<

[265] L. von Pastor, *op. cit.*, X, pp. 59 y ss. <<

[266] Ver, principalmente, Dollinger, *op. cit.*, p. 75, Roma, 5 de junio de 1547. <<

[267] Virrey de Nápoles a Felipe II, Nápoles 13 de enero de 1578, Sim. Eo. 1077. <<

[268] *Sumario de las provisiones que el Visorey de Nápoles ha mandado hacer*…. sin fecha, *idem.* <<

[269] Virrey de Nápoles a Felipe II, 9 de abril de 1578 (recibida el 29 de mayo), Sim. Eo. 1077. <<

[270] *Ibid.*, 17 de febrero de 1578, *idem*. <<

[271] E. Albèri, *op. cit.*, II, V, p. 169. <<

[272] B. N. París, Esp. 127, ff. 65 v. a 67. <<

[273] 28 de marzo de 1555, V. Lamansky, *op. cit.*, p. 558. <<

[274] 22 de junio de 1585, L. von Pastor, *op. cit.*, X, p. 59. <<

[275] A. Marcelli, “Intorno al cosidetto mal governo genovese….”, art. cit., p. 147, septiembre de 1578 y octubre de 1586. <<

[276] Ver vol. I, p. 128. <<

[277] H. de Maisse al rey, Venecia, 20 de junio de 1583. A. E. Venecia, 31, ff. 51 y 51 v. <<

[278] *Ibid.*, f. 56 v., 11 de julio de 1583. <<

[279] G. Schnurer, *op. cit.*, p. 102. <<

[280] R. Gallizzi, *op. cit.*, II, *passim*, y t. III, pp. 44 y ss. Ver *supra*, II, p. 115. <<

[281] *Ibid.*, III, p. 44. <<

[282] *Ibid.*, III, p. 53. <<

[283] *Ibid.*, II, p. 443. <<

[284] L. Bianchini, *op. cit.*, I, p. 60. <<

[285] Marciana, 5837, *Notizie del mondo,* Nápoles, 5 marzo 1587. <<

[286] Citado por E. Fagniez, *L'Economie sociale de la France sons Henri IV*, 1897, p. 7. <<

[287] R. Busch Zantner, *op. cit.*, p. 32. <<

[288] Gilberto Freyre, *Sobrados e mucambos*, pp. 80 y ss. <<

[289] El condestable de Castilla a Felipe II, Milán, 25 de agosto de 1597, Sim. Eo. 1283. <<

[290] R. Gallizzi, *op. cit.*, II, p. 441. <<

[291] *Diario fiorentino di Agostino Lapini…*, 1591, p. 317: habla de un tal Giacomo Galli, nombrado papa por los bandidos de la región de Forli, y al que obedecían como si fuera el verdadero soberano pontífice. Será colgado más tarde tocado con un sombrero dorado… El episodio es tan político como religioso. No existen otros casos. Los partidarios del orden dicen que los bandidos violan las leyes divinas y humanas, lo que no pasa de ser sino una manera de hablar. <<

[292] Ambroise Paré, *œuvres complètes*, 1598, p. 1208. <<

[293] G. Mecatti, *op. cit.*, II, p. 780. Lucha de partidos en el Estado pontificio en tiempos de Pío V, L. von Pastor, *op. cit.*, p. XV. <<

[294] *Ibid.*, p. 782. <<

[295] *Op. cit.*, p. 145. <<

[296] 28 de marzo de 1592, Sim. Eo. 1093, f. 12; G. Mecatti, *op. cit.*, II. p. 781 (1590). <<

[297] G. Mecatti, *op. cit.*, II, p. 784 (1591); Amedeo Pellegrini, *Relazioni inedite di ambasciatori lucchesi alla corte di Roma. sec.* XVI-XVIII, Roma, 1901, en 8º, 60 pp.; en 1591, brote de bandidaje cerca de la frontera entre Roma y Nápoles, medidas ineficaces de represión. <<

[298] H. Watjen, *op. cit.*, p. 35. <<

[299] G. Mecatti, *op. cit.*, II, pp. 786-787. <<

[300] *Op. cit.*, p. 32. <<

[301] J. B. Tavernier, *op. cit.*, I, p. 2. <<

[302] Angelescu, *op. cit.*, I, p. 331. <<

[303] 11 de octubre de 1580, CODOIN, XXXIII, p. 136. <<

[304] B. N. París, Esp. 60, ff. 112 v. a 123 v. (sin fecha), 1577. <<

[305] *Ibid.*, ff. 350 a 359. <<

[306] Malhechores de Valencia, 1607-1609, Sim. Eo. 2025. <<

[307] A. d. S. Venecia, Senato Dispacci Spagna, P° Priuli al dux, Madrid, 21 de octubre de 1610. <<

[308] Jacob van Klaveren, *op. cit.*, p. 54, n. 16. <<

[309] Georg Friederici, *op. cit.*, I, p. 307. ¿Qué hará Sancho Panza con los vasallos negros?: venderlos, naturalmente. Sobre la servidumbre doméstica. R. Livi, *La schiavitù domestica nei tempi di mezzo e nei moderni,* Padua, 1928. El magnífico libro de Charles Verlinden, *L'esclavage dans l'Europe médiévale*. I, *Péninsule ibérique. France,* 1955, trata el tema, deteniéndose en el siglo XV. Esclavitud doméstica de los negros en Granada, Luis de Cabrera, *op. cit.*, I, p. 279; en Gibraltar, *Saco…*, pp. 51, 77, 79. La esclavitud comenzó a desaparecer en Francia desde el siglo XIII, Pardessus, *op. cit.*, V, p. 260; Gaston Zeller, *Les institutions de la France*, 1948, p. 22; el esclavo vendido en Sicilia como mercancía, Pardessus, *op. cit.*, V, p. 437. <<

[310] E. García de Quevedo, *Ordenanzas del Consulado de Burgos*, 1905, p. 206, n. <<

[311] *Op. cit.*, II, III, VII, p. 150. <<

[312] Villalón, *Viaje de Turquía*, 1555, p. 78. <<

[313] Archives Départamentales Pyréneés Orientales, B. 376, *“por esser latru e sens amo”*. <<

[314] A. d. S. Nápoles, Notai, Sezioni Giustizia, 51 f. 5 (36 ducados, un esclavo negro, 1520); f. 244 (35 ducados, una esclava negra, 1521). <<

[315] Alberto Tenenti, “Gli schiavi di Venezia alla fine del Cinquecento”, en *Rivista storica italiana*, 1955. <<

[316] A. d. S. Mantua, E. Venezia, 16 de junio de 1499. <<

[317] A. d. S. Florencia, Mediceo 2080. <<

[318] Sanudo, *op. cit.*, XI, col. 468, Palermo, 3 de septiembre de 1510. <<

[319] A. d. S. Florencia, Mediceo 2077, f. 34, 9 de abril de 1549. <<

[320] François Simiand (1873-1935) filósofo, sociólogo, economista e historiador, ha sido el *maître a penser* de los historiadores franceses, y, junto con Marcel Mauss, uno de los grandes orientadores de las ciencias sociales en su país. Principales obras: *Cours d'économie politique*, 3 vols., 1928-1930; *Le salaire, l'évolution sociale et la monnaie*, 3 vols., 1932; *Recherches anciennes et nouvelles sur le mouvement général des prix du XVe au XIXe siècle*, 1932; *Les fluctuations économiques à longue période et la crise mondiale*, 1932. <<

Capítulo VI. Las civilizaciones

[1] “Civilisation, éléments et formes”, en Première *Semaine Internationale de Synthèse*, París, 1929, pp. 81-108. <<

[2] *"Traición"* en el sentido que dio a la palabra Lucien Febvre en un curso dado en la Universidad de Buenos Aires en octubre de 1937. <<

[3] Charles-André Julien, *Histoire de l'Afrique du Nord*, 1931, p. 20. <<

[4] Los podemos encontrar en todas las series de documentos y en particular en Ragusa, *Diversa di Cancellaria y Diversa di Foris;* en Génova, *Magistrato del Riscatto dei Schiavi;* en Venecia, *Quarantia Criminale…* <<

[5] A. de Ragusa, *Diversa de Foris*, VII, ff. 62 a 66, octubre de 1598. <<

[6] A. d. S. Venecia, Dispacci Senato Spagna, P. Priuli al dux, Madrid, 3 de diciembre de 1611. <<

[7] Archivos de Ragusa, *Diversa de Foris*, V, ff. 152 v. y 153, Lisboa, 15 de octubre de 1596. <<

[8] 8 de junio de 1601, A. d. S. Génova, Atti 659. <<

[9] *Ibid*., Atti 659. <<

[10] H. Porsius, *Brève histoire,* Arsenal 8º H 17458, citado por J. Atkinson, *op. cit.,* p. 244. <<

[11] 25 de septiembre de 1595, P. Grandohamp, *op. cit.*, I, p. 73. Ver la historia ficticia del padre de Guzmán de Alfarache, Mateo Alemán, *op. cit.*, I, I, 1, pp. 8-9. <<

[12] A. d. S. Florencia, Mediceo 5037, f. 124, fray Luis de Sandoval al gran duque de Toscana, Sevilla, 1º de agosto de 1568. <<

[13] A. d. S. Venecia, *Cinque Savii*, Riposte, 142 ff. 9 v. y 10, 25 de mayo de 1607. <<

[14] *Saco, op. cit.*, p. 101. <<

[15] V. L. Maziranic, art. cit., resumido por Zontar, art. cit., p. 369. Ver también la complicada historia del renegado, 10 de noviembre de 1571, L. Serrano, *op. cit.*, IV, pp. 514-515. <<

[16] R. Hakluyt, *op. cit.*, II, p. 282. <<

[17] *Ibid.*, II, pp. 282-285. <<

[18] *Boletim de Filmoteca Ultramarina Portuguesa*, n. 16, p. 692, Madrid, 8 de mayo de 1608. <<

[19] B. M. Royal, 14 A XXIII, ff. 14 v. y ss. <<

[20] Abate Prévost, *Histoire générale des voyages*, IX, pp. 135-136, del viaje de Tachard (1685). <<

[21] N. Iorga, *Ospiti Romeni…*, p. 24. <<

[22] Belon du Mans, *op. cit.*, p. 182. <<

[23] *Annuaire statistique du monde musulman*, 1923, p. 21. Sacerdotes musulmanes que se ganan la vida copiando manuscritos, Belon du Mans, *op. cit.*, p. 194. <<

[24] Ver vol. I, p. 577. <<

[25] J. W. Zinkeisen, *op. cit.*, III, p. 266. <<

[26] *Ibid.*, n. 2. <<

[27] Comunicación de Marcel Aubert a la Académie des Inscriptions et Belles Lettres, 1943. <<

[28] Conyat Barthoux, *Une peinture catalane du xve siècle trouvée au monastère du Sinaï.* <<

[29] O por otros caminos. Ver las comparaciones entre Ibn Abbad y San Juan de la Cruz, en Asín Palacios, “Un precursor hispano-musulmán de San Juan de la Cruz”, en *Al Andalus,* 1933; J. Baruzi, *Problèmes d’hist. des religions*, pp. 111 y ss. Pero la duda continúa: ¿filiación, paralelismo, simple coincidencia…? J. Berque, “Un mystique…”, art. cit., p. 759, n. 1. <<

[30] Abate Massieu, *Histoire de la Poésie francasise avec une défense de la Poésie*, 1739, mencionado en el *Journal de Trévoux*, febrero y marzo de 1740, pp. 277-314, 442-476. Viardot, *op. cit.*, París, 1841, II pp. 191-193, A. González Palencia "Precedentes islámicos de la leyenda de Garin", en *Al Andalus*, 1, 1933. Maxime Rodinson, "Dante et l'Islam d'après des travaux récents" en *Revue de l'histoire des religions*, octubre-diciembre, 1951. <<

[31] J. Sauvaget, *Introduction*, p. 186; en sentido contrario, R. Konetzke, *op. cit.*, p. 64. <<

[32] “Patate et pomme de terre”, en *Ann. d’hist. soc.*, enero de 1940, II, pp. 29 y ss; artículo reproducido en *Pour una Histoire à part entière*, París, 1962, pp. 643-645. <<

[33] A. Philippson, *op. cit.*, p. 110. <<

[34] *Idem*. <<

[35] J. Kulischer, *op. cit.*, II, pp. 26-27. La abundancia de literatura acerca del tema del café desafía cualquier intento de enumeración. Y su cronología continúa siendo algo que se presta a las más diversas conjeturas. A. Franklin, *Le café, le the, le chocolat*, 1893; William H. Ukers, *All about Coffee*, Nueva York, 1922; Jean Leclant, "Le café et les cafés de París (1644-1693)", en *Annales E. S. C*, 1951; Günther Schiedlausky, *Tee, Kaffee, Schokolade, ihr Eintritt in die europäische Gesellschaft*, 1961. <<

[36] Olivier de Serres, *Le Théatre d'Agriculture*, Lyon, 1675, pp. 557, 783, 839; Otto Maull, *Geogr. der Kulturlandschaft*, Berlín, Leipzig, 1932, p. 23. <<

[37] Según los estudios del erudito Robert Gaudin. <<

[38] Otto Maull, ver n. 36. <<

[39] *Op. cit.*, I, p. 451. <<

[40] Rabelais a Jean du Bellay, Lyon, 31 de agosto de 1534, *"unicam platanum vidimus ad speculum Dianae Aricinae"*. <<

[41] Quiqueran de Beaujeu, *op. cit.*, p. 329. <<

[42] *El celoso extremeño. Novelas ejemplares*, II, p. 25. <<

[43] R. Lacoste, *La colonisation maritime en Algérie*, París, 1931, p. 113. <<

[44] *Jeunesse de la Méditerranée,* 1935, pp. 10, 15, 20…; *Le sel de la mer*, *op. cit.*, p. 118. <<

[45] *Voyages en Italie, op. cit.*, pp. 127-128. <<

[46] *Sources inédites… du Maroc. France*, I, p. 322, Saint-Gouard a Carlos IX, Madrid, 14 de abril de 1572. <<

[47] Nota de Lucien Febvre. <<

[48] G. Turba, *op. cit.*, I, 3, 12 de enero de 1562. <<

[49] *La Réforme en Italie*, p. 3. <<

[50] Emanuel Filiberto había firmado una tregua con sus valdenses en 1561, *"…e como dire uno interim"*, escribió Borromeo, J. Susta, *op. cit.*, I, p. 97. Después de 1552 los valdenses se ligaron a la Iglesia reformada de Basilea, con las reformas francesas del delfinado y de Provenza, F. Hayward, *Histoire de la Maison de Savoie*, 1941, 11, pp. 34-35. Nuevas concesiones del duque a los valdenses en 1565, Nobili al duque, Aviñón, 7 de noviembre de 1565, Mediceo, 4897, f. 152. Hacia 1600, nuevas dificultades: heréticos extranjeros, sobre todo franceses, metidos a malos católicos en los conventos… Los cartujos pidieron en 1600 descender de Montebenedetto a Banda… Fra Saverio Provana di Collegno, "Notizie e documenti d'alcune certose del Piemonte", en *Miscellanea di Storia Italiana*, 1901, t. 37, serie 3, vol. 2, art. cit., p. 233. <<

[51] Arturo Pascal, “Da Lucca a Ginevra”, notabilísimo estudio, en *Riv. st. ital*., 1932-1935, 1932, pp. 150-152. <<

[52] Federico Chabod, *Per la storia religiosa dello stato di Milano*, Bolonia, 1938; numerosas referencias en el índice, p. 292. <<

[53] A. Renaudet, *Machiavel*, p. 194. <<

[54] 23 de noviembre de 1547, p. 258. <<

[55] *Archivio storico italiano*, IX, pp. 27-29, en 1535; Alonso de la Cueva a Felipe III, Venecia, 17 de octubre de 1609, A. N., K 1679. <<

[56] M. Rosi, “La riforma religiosa in Liguria e l’eretico umbro Bartolomeo Bartoccio”, en *Atti della Soc. Ligure di storia patria*. 1892, estudio en *Bol. della Soc. umbra di storia patria*. I, fasc. II, 1895, pp. 163-167. <<

[57] Sobre Giordano Bruno ver: Virgilio Salvestrini, *Bibliografia di Giordano Bruno*. 1581-1950, 2ª ed. póstuma, pub. por Luigi Firpo, Florencia 1958; de acuerdo con los sondeos a que hemos procedido podemos decir que esta bibliografía es exhaustiva en cuanto al periodo en cuestión. Para ponernos al día doy a continuación una lista de libros posteriores a 1950: Paul-Henri Michel, *Giordano Bruno, philosophe et poète*. 1952 (extr. de *Collège philosophique: Ordre, désordre, lumiére*). A. Corsano, *Il pensiero di Giordano Bruno nel suo svolgimento storico*. Florencia, 1955; Nicola Badaloni, *La Filosofia di Giordano Bruno*. Florencia 1955; Adam Raffy, *Wenn Giordano Bruno ein Tagebuch geführt hätte*. Budapest, 1956; John Nelson, *Renaissance Theory of Love, the Context of Giordano Bruno's* "Eroici furori". Nueva York, 1958; Augusto Guzzo, *Scritti di storia della filosofia*. II, *Giordano Bruno*. Turín, 1960; Paul Henri Michel, *La Cosmologie de Giordano Bruno*. París, 1962. <<

[58] Con frecuencia, simples acciones judiciales, por ejemplo, en el caso del hereje Alonso Biandrato, refugiado en Salucia bajo la protección francesa y a quien el papa quería reclamar. Cardenal de Rambouillet a Catalina de Médicis, Roma, 9 de diciembre de 1568, B. N. Fr. 17 989, ff. 29 v. a 30 v., copia. <<

[59] Felipe II al príncipe de Florencia, Aranjuez, 2 de junio de 1568, Sim. Eo. 1447; gran comendador de Castilla a Felipe II, Cartagena, 10 de junio de 1568, Sim. Eo. 150, ff. 18-19; don Juan de Austria a Felipe II, Cartagena, 10 de junio de 1568, *ibid.*, f. 17. <<

[60] E. Schäfer, *op. cit.*, I, pp. 134-136. <<

[61] *Ibid*., I, pp. 34-36. <<

[62] Relación de cartas de J. de Vargas Mexia para S. M., 29 de diciembre de 1578, 21 de enero de 1579, A. N., K 1552, B 48, núm. 15. <<

[63] Marcel Bataillon, “Honneur et Inquisition, Michel Servet poursuivi par l’Inquisition espagnole”, en *Bulletin Hispanique*, 1925, pp. 5-17. <<

[64] R. Konetzke, *op. cit.*, p. 146; Marcel Bataillon, *Erasmo en España*, Fondo de Cultura Económica, México, 1950. <<

[65] *Op. cit.*, p. 258. <<

[66] “Recenti studi intorno ala Riforma in Italia e di Riformatori italiani all’estero, 1924-1934”, en *Rivista storica italiana*. 1936, pp. 83-110. <<

[67] Edgar Quinet, *Les Révolutions d'ltalie*, Bruselas, 1853. pp. 235 y ss. <<

[68] Herbert Schöffler, *Abendland und Altes Testament.* 2ª ed., 1943, Klostermann, Fráncfort. <<

[69] Enorme literatura a este respecto, principalmente G. Schnürer, *op. cit.*, p. 266. <<

[70] E. Rodocanachi, *op. cit.*, I, p. 24. <<

[71] Gilberto Freyre, *Casa Grande…, op. cit.*, p. 298. <<

[72] Ver vol. I, p. 215. <<

[73] Julius Schmidhauser, *Der Kampf um das geistige Reich*. 1933, cit. por Jean-Édouard Spenlé, *La pensée allemande de Luther à Nietzsche*. 1934, p. 13, n. 1. <<

[74] Especialmente el largo informe de Gregorio Malaxa, V. Lamansky, *op cit.*, pp. 083 y ss. <<

[75] *Ibid.*, p. 087. <<

[76] *La Pénisule balkanique*, p. 27. <<

[77] *Idem.*, las zonas mediterránea o italiana, griega o bizantina, patriarcado. Ver las críticas, por lo demás no pertinentes, de R. Busch Zantner *op. cit.*, pp. 38-39. <<

[78] La frase es de Mme. de Staël. <<

[79] A. Philippson, “Das byzantinische Reich”, art. cit., p. 445. <<

[80] Konstantin Jirecek, *Die Romanen in den Städten Dalmatiens*. 1902, p. 9. <<

[81] A. Philippson, ver nota 79 de este capítulo. <<

[82] J. Cvijić, *op. cit.*, p. 89. <<

[83] H. Hochholzer, “Bosnien u. Herzegovina”, art. cit., p. 57. <<

[84] A. E. Mitard “Considerations sur la subdivision morphologique de l’Algérie orientale”, en Tercer Congreso de la *Fédération des Sociétés Savantes de l’Afrique du Nord*. pp. 56-70. <<

[85] Sobre Constantina, R. Brunschvig, *op. cit.*, 1, pp. 290 y ss. <<

[86] El contraste entre techos rústicos y terrazas se da también en el sur de España, detrás de Almería y las Alpujarras. ¿Qué explicación se puede dar a esto? Julio Caro Baroja, *Los moriscos del Reino de Granada*. Madrid, 1957. <<

[87] *Revue Africaine*. 1938, pp. 56-57. <<

[88] León el Africano, ed. 1830, II, p. 11. <<

[89] M. Bandello, *op. cit.*, IX, p. 48. <<

[90] Lucien Febvre, *La réligion de Rabelais*. 2ª ed., 1942, 1947, p. 423. <<

[91] J. Kulischer, *op. cit.*, II, p. 97. <<

[92] Gral. Brémond, *op. cit.*, p. 339. <<

[93] Friedrich C. A. J. Hirth, *Chinesiche Studien*. Múnich, t. I, 1890, p. 266. <<

[94] Fechas diferentes, G. Marçais, *Histoire Générale de Glotz. Moyen Age*. t. III. 1944, p. 365. <<

[95] *Chimie et industrie*, agosto 1940. <<

[96] Berthold Bretholz, *Latein. Palaeographie*. Múnich, 1912, 3ª ed., 1926, p. 16. <<

[97] Ver n. 95 de este capítulo. <<

[98] *Idem*. <<

[99] *Études byzantines*, 1938, pp. 269 y ss. <<

[100] Ch. André Julien, *Histoire de l'Afrique du Nord*. 1ª ed., pp. 320 y 327. <<

[101] Robert Brunschvig, *op. cit.*, I, p. 105. <<

[102] Gral. Brémond, *op. cit.*, p. 372, n. 1. <<

[103] Jean Servier, *op. cit.*, p. 17. <<

[104] *Op. cit.*, p. 21. <<

[105] *Op. cit.*, p. 20. <<

[106] Primer número, julio 1963, Editorial Herder, Barcelona. <<

[107] *Op. cit.*, p. 221. <<

[108] R. Busch Zantner, *op. cit.*, *passim*, principalmente p. 22; Otto Maull, *Südeuropa*, p. 391. <<

[109] Davity, *op. cit.*, 1617, p. 637. <<

[110] J. Cvijić, *op. cit.*, p. 195; H. Hochholzer, art. cit. <<

[111] Ver vol. I, pp. 41 y ss. <<

[112] J. Cvijić, *op. cit.*, p. 121. <<

[113] I. Sakasov, *op. cit.*, p. 192. <<

[114] *Baba Ganje*, p. 42, cit. por J. Cvijić, *op. cit.*, p. 481. <<

[115] Cit. por J. Cvijić, *op. cit.*, p. 187. <<

[116] I. Sakasov, *op. cit.*, p. 197. <<

[117] Antoine Juchereau Saint-Denis, *Histoire de l'Empire ottoman, depuis 1792 jusqu'en 1844*. 4 vol., 1844, I, p. 36. <<

[118] F. Beaujour, *Tableau du commerce de la Grèce*. 1800, I, pp. 54 y ss. <<

[119] Según Besolt, viajero del siglo XVI, citado por I. Sakasov, *op. cit.*, p. 202. <<

[120] J. Cvijić, *op. cit.*, p. 172. <<

[121] R. Busch Zantner, *op. cit.*, p. 59; J. Burckhardt, “Die thrakische Niederung und ihre anthropogeographische Stellung zwischen Orient und Okzident”, en *Géogr. Anz.*, 1930, p. 241. <<

[122] Herbert Wilhelmy, *Hochbulgarien*. Kiel, 1935; R. Busch Zantner, *op. cit.*, p. 28; Wolfang Stubenrauch, Zur *Kulturgeographie des Deli Orman*. Berlín, 1933. <<

[123] Después de la publicación de la primera edición de *La Méditerranée* han aparecido estudios decisivos sobre el problema morisco: Tulio Halpérin Donghi, *Un conflicto nacional: Moriscos y cristianos viejos en Valencia*. Buenos Aires, 1955; "Recouvrements de civilisations, les Morisques du Royaume de Valence au XVIe siècle", en *Annales E. S. C.* 1956; Henri Lapeyre, *Géographie de l'Espagne Morisque*. 1959, resuelve el difícil problema estadístico de la expulsión de los moriscos; el libro ya citado de Julio Caro Baroja, *Los moriscos del Reino de Granada*, es una obra maestra, uno de los mejores libros de historia y antropología cultural que conozco. <<

[124] En contra de lo que dicen H. Hefele o F. de Retana… Testimonio retrospectivo pero categórico, en nuestro sentido, el de Diego Hurtado de Mendoza, *De la guerra de Granada.* Ed. de Manuel Gómez-Morrno, Madrid, 1948, pp. 8 y ss.; admirada y admirablemente tratado por Julio Caro Baroja, *op. cit.*, pp. 5 y ss. <<

[125] Todavía en 1609, Clemente VIII se oponía a la expulsión de los moriscos y al celo del santo arzobispo de Valencia, Juan de Ribera. G. Schnürer, *op. cit.*, p. 196. <<

[126] R. Konetzke, *op. cit.*, p. 57. <<

[127] *Gobierno de Vizcaya*. II, p. 357. En 1582 se invocan en contra de él leyes raciales (*ibid.*, II, p. 223) y en 1585, en nombre de las exclusiones previstas por el *fuero (ibid.*, p. 309); exclusiones que también se ponían en práctica en la vecina Navarra, en 1572, Antonio Chavier, *Fueros de Navarra*, 1686, p. 142. <<

[128] Sim. “Patronato Real”, 15 de agosto de 1543, para Arévalo y Medina del Campo. <<

[129] Cit. por L. Pfandl, *Felipe II*. Madrid, pp. 310-311, *"habet duas morerias cum Saracenis plenas"*. <<

[130] I. de Asso, *op. cit.*, pp. 219-220. <<

[131] Cabrera, citado por Ramón Menéndez Pidal, *op. cit.*, I, p. 122. <<

[132] En total el 20 por 100 de la población aragonesa; H. Lapeyre, *op. cit.*, p. 96. <<

[133] “Apuntamientos del Virrey de Aragón sobre prevenciones de aquel reyno contra los Moriscos”, Sim. Eo. 335, sin techa (hacia marzo de 1575). <<

[134] *Geografía General de Catalunya, op. cit.*, p. 343. <<

[135] No obstante, así ocurrió el 20 de diciembre de 1543, A. H. N., Inquisición de Barcelona, Libro I, f. 21. <<

[136] H. Lapeyre, *op. cit.*, p. 27. <<

[137] Ver los mapas de las fig. 61y 62. <<

[138] H. Lapeyre, *op. cit.*, p. 26. <<

[139] *Ibid.*, p. 30. <<

[140] Innumerables pruebas a este respecto; por ejemplo, Castagna a Alessandrino, Madrid, 15 de marzo de 1569. L. Serrano, *op, cit.*, III, p. 5, los moriscos "*sono favoriti da tutti li signori di quel paese perche da loro cavano quasi tutta l'entrata che hanno.…*", a propósito de Valencia y del maestre de Montesa. <<

[141] J. C. Baroja, *op. cit.*, pp. 2 y ss., *passim.* <<

[142] *Ibid.*, p. 154. <<

[143] El Lic. Hurtado a S. M., las Alpujarras, 29 de junio de 1561, Sim. Eo. 328. <<

[144] F. de Alava a Zayas, Tours, 29 de octubre de 1569, A. N., K 1512, B 24, núm. 138 *b*. orig., dup. núm. 138 *a*. <<

[145] A. H. N. Inquisición de Granada, 2602, 20 de marzo, 28 de mayo y 17 de julio de 1572; 7 de septiembre de 1573. <<

[146] Sobre el aspecto “colonial” de Granada, Pedro de Medina, *op. cit.*, p. 159 v. <<

[147] J. C. Baroja, *op. cit.*, p. 13. <<

[148] *Ibid.*, p. 142. <<

[149] *Ibid.*, p. 23. <<

[150] *Ibid.*, p. 166. <<

[151] *Ibid.*, pp. 193 y ss. <<

[152] *Infra*, pp. 539 y ss. <<

[153] Manuel Danvila y Collado, “Desarme de los Moriscos en 1563”, en *Boletín de la Real Academia de la Historia*. X, 1887, pp. 275-306. <<

[154] Simancas Eo. 335. <<

[155] 6 de junio de 1580, A. E. España, f. 333, defensa de los moriscos de Castilla al entrar en Portugal. <<

[156] H. Lapeyre, *op. cit.*, p. 127. <<

[157] *Ibid.*, pp. 162 y ss. <<

[158] *Ibid.*, p. 29. <<

[159] J. C. Baroja, *op. cit.*, p. 154. <<

[160] *Ibid.*, p. 151; la expresión es de L. Cabrera de Córdoba. <<

[161] *Ibid.*, p. 169. <<

[162] *Ibid.*, p. 196. <<

[163] *Ibid.*. p. 188. <<

[164] *Ibid.*, p. 199. <<

[165] *Infra*. p. 553. <<

[166] *Ibid.*. p. 199. <<

[167] H. Lapeyre, *op. cit.*, p. 122. <<

[168] *Idem.* <<

[169] A. d. S. Florencia, Mediceo 4903, Nobili al príncipe, Madrid, 22 de enero de 1571. <<

[170] A. d. S. Génova, España…, Sauli a la República de Génova, Madrid, 11 de enero de 1571; hay más de 2 500 *bandolieri.* <<

[171] H. Lapeyre, *op. cit.*, p. 122 y n. 4. <<

[172] *Ibid.*, p. 127. <<

[173] *Ibid.*, pp. 162 y ss. <<

[174] En tierras toledanas son 1 500, en 1570, y 13 000, en 1608, al decir del cardenal de Toledo. J. C. Baroja, *op. cit.*, p. 214. <<

[175] Bernardo Canigiani, embajador del gran duque, Madrid, 27 de junio de 1580, A. d. S. Florencia, Mediceo 4911, creyó al principio en una fábula; después la confirmación llegó por cartas de los mercaderes de Sevilla. <<

[176] Longlée al rey, Madrid, 5 de marzo de 1588, *Correspondance*. p. 352. <<

[177] Consulta del Co. de Esto., 5 de julio de 1588, Sim. Eo. 165, f. 347. <<

[178] Longlée al rey, Madrid, 5 de junio de 1588, p. 380. <<

[179] Miranda al rey, Nápoles, 6 de mayo de 1588, Sim. Eo. 1089, f. 268. <<

[180] “Sobre los moriscos”. Consejo de Estado, 14 de noviembre de 1488, Sim. Eo. 165, f. 34. <<

[181] “Los muchos nuevos christianos que ay por toda Castilla”, Madrid, 30 de noviembre de 1588, Sim Eo. 165, f. 348. <<

[182] A. d. S. Florencia, Mediceo 4185, ff. 171 a 175, informe anónimo. <<

[183] Marqués de Denia a Felipe II, Valencia, 3 de agosto de 1596, Sim. Eo. 34, f. 42. <<

[184] Madrid, 22 de mayo de 1590, Sim. Eo. 165. <<

[185] 22 de mayo de 1590, ver nota precedente. <<

[186] 5 de mayo de 1590, Sim. Eo. 165. <<

[187] Archivo del ex Gobierno General de Argelia, Registro 1686, f. 101. <<

[188] Consulta del Co. de Esto., 2 de febrero de 1599, Sim. Eo. 165. f. 356. Ver igualmente, Co. de Esto., al rey, 10 de agosto de 1600, A. N.. K 1603. <<

[189] H. Lapeyre, *op. cit.*, p. 210, matiza esta afirmación: “Eso es cierto en el caso del morisco obstinado que rechaza la civilización cristiana, pero existen numerosos alegatos en favor de un tipo de morisco que podríamos llamar bien-pensante”. <<

[190] J. de Salazar, *op. cit.*, pp. 16-17; Gral. Brémond, *op. cit.*, p. 304. <<

[191] J. C. Baroja, *op. cit.*, p. 231. <<

[192] I. de Asso, *op. cit.*, p. 338. <<

[193] E. J. Hamilton, *American treasure.*…. pp. 304-305. <<

[194] H. Lapeyre, *op. cit*., p. 204. <<

[195] *Ibid.*, pp. 71 y 212. <<

[196] J. C. Baroja, *op. cit.*, p. 127. <<

[197] *Ibid*., p. 107. <<

[198] 11 de agosto de 1590, Sim. Eo. 165. <<

[199] *Idem.* <<

[200] 2 de febrero de 1599, referencia n. 188 de este capítulo. <<

[201] *Idem.* <<

[202] Gral. Brémond, *op. cit.*, p. 170. <<

[203] “Ya es tiempo de dar de lado las quejas sentimentales de cierta escuela histórica respecto a lo que ella llama *la odiosa y bárbara expulsión de los moros de España*. Lo realmente sorprendente es que esta nación se haya resignado a soportar durante más de cien años, a pesar de la advertencia del gran Jiménez, la presencia de un millón de moriscos en estado de conspiración permanente en el interior y en el exterior…”, Henri Delmas de Grammont, *Relations entre la France et la Régence d’Alger au XVIIe siècle*. Argel, 1879, 1ª parte, en nota, pp. 2 y 3. <<

[204] Advertir cómo se equivocan algunos viajeros, buenos observadores, Le Play, 1833: “toda esa gente tiene sangre árabe”, p. 123; Théophile Gautier, *Voyage en Espagne*, pp. 219-220; Edgar Quinet, *Vacances en Espagne*, p. 196, y muchos otros. <<

[205] Por ejemplo, Carlos Pereyra en lo tocante a la América española. Con referencia al Brasil, Nicolás J. Dabane, *L influence arabe dans la formation historique et la civilisation du peuple brésilien*, El Cairo, 1911. <<

[206] Acerca de Portugal, el *Arte de Cozinha*, de Domingos Rodríguez, 1652, cit. por Gilberto Freyre, *Casa Grande e Senzala*. 1, p. 394, libro del cual tomamos nuestras rápidas observaciones a propósito del siglo XVIII. Persistencia de una arquitectura y una decoración "moriscas" en Toledo hasta el siglo XVI y quizá hasta después, Royall Tyler, *Spain, a study of her life and arts*. Londres, 1909, p. 505. <<

[207] Sobre la cuestión morisca, enorme documentación todavía inédita en Simancas; por ejemplo, Eo. 2025 (“Moriscos que pasaban a Francia”, 1607-1609). Transporte de refugiados moriscos “con sus hatillos”, en una barca marsellesa. A. des Bouches-du-Rhône, Almirantazgo, B IX, 14, 24 de mayo de 1610. Un texto admirable en Eugenio Larruga, *Memorias políticas y económicas*, t. XVII, Madrid, 1792, pp. 115-117. Algunos moriscos *desterrados* regresaron a España (1613) sin mujeres ni hijos; solamente los hombres, ¿Se les mandó a trabajar a las minas de mercurio de Almadén? No; se ordena que se busque entre los forzados de galeras obreros especializados para el trabajo en las minas y se les sustituye a bordo de las galeras por esos vagos, más culpables que los galeotes, “pues han sido de *apostasía y crimen loesae Majestatis”*.

Sobre las supervivencias de la civilización musulmana, ver los *calurosos* y, con frecuencia, nuevos argumentos de *Julio Caro Baroja*, *op. cit*., pp. 758 y ss. Sobre las expulsiones de los moriscos y la deportación gigantesca que significan, ver Henri Lapeyre, *op. cit., passim*. Este admirable libro sólo trata un aspecto —el estadístico— del problema; se trata de un problema que hay que situar en el contexto de toda la historia política, social, económica e internacional de España. En ese aspecto los resultados están muy lejos de ser completos; “la expulsión de los moriscos no parece obra de un Estado en decadencia”, *ibid.*, p. 213, es posible, pero no está demostrado. Otros factores pueden haber sido la presión demográfica, *ibid.*, pp. 29 y ss., y el odio a una clase de artesanos y mercaderes prolíficos. Por lo que a mí respecta, y mientras no cuente con más amplia información, continúo fiel a la explicación tradicional: la religión decidió quién tendría que marcharse. <<

[208] Alfred Hettner, art. cit., p. 202, o las brillantes observaciones de André Malraux. *La lutte avec l'Ange*, 1945. <<

[209] Sobre este gran problema, el libro luminoso de E.-F. Gautier, *Moeurs et coutumes des Musulmans* (reimpresión en 1955). <<

[210] Louis Gillet, *Le Dante*, 1941, p. 80. <<

[211] Cit. por Louis Gillet, *ibid.*, p. 94. <<

[212] Fernand Grenard, *Grandeur et décadence de l'Asie*. p. 34. <<

[213] Louis Gillet, en *Revue des Deux Mondes*, 1942, p. 241. <<

[214] *Ibid.*, p. 202. <<

[215] J. Sauvaget, *Introd.*, pp. 44-45. <<

[216] *Op. cit.*, p. 51. <<

[217] A. d. S. Florencia, Mediceo, 4279. <<

[218] Paolo Tiepolo, 19 de enero de 1563, E. Albèri, *op. cit.*, I, V, p. 18. <<

[219] *Idem.* <<

[220] Así en 1596, informe sobre África, Palermo, 15 de septiembre de 1596, Sim. Eo. 1158. <<

[221] J. Atkinson, *op. cit.*, p. 244. <<

[222] 4 de septiembre de 1569, Sim. Eo. 1057, f. 75. <<

[223] E. de Vaumas, *op. cit.*, p. 121. <<

[224] Francisco de Vera a Felipe II, Venecia, 23 de noviembre de 1590, A. N., K 1674. <<

[225] *Op. cit.*, p. 120. <<

[226] Desde el siglo XV, Pisanello. <<

[227] B. N. París, Fr. 5599. <<

[228] Richard B. Hief, “Die Ebenholz-Monopole des 16. Jahrhunderts”, en *Vierteljahrschrift für Sozial-und Wirtschaftsgeschichte*. XVIII, 1925, pp. 183 y ss. <<

[229] L. Voinovitch, *Histoire de Dalmatie.* 1934, p. 30. <<

[230] Los rectores a Marino di Bona, cónsul ragusino en Nápoles, 8 de marzo de 1593, A. de Ragusa, L. P. VII, f. 17. Un “lombardo”, médico de Galata, N. Iorga, *Ospiti romeni*, p. 39. <<

[231] N. Iorga, *Ospiti romeni*, pp. 37, 39 y 43. <<

[232] Hecho señalado con frecuencia todavía por M. Bandello, *op. cit.*, IX p. 50. <<

[233] *Epist*. III, p. 199. <<

[234] J. W. Zinkeisen, *op. cit.*, III, pp. 173-174. <<

[235] Y las penetraciones europeas, católicas o protestantes; G. Tongas, *op. cit.*, p. 69; H. Wätjer, *op. cit.*, p. 69; el papel de Venecia entre los capuchinos y los jesuitas. E. de Vaumas, *op. cit.*, p. 135; el asunto de los Santos Lugares en 1625, *ibid.*, p. 199; la movida historia del patriarca Cyrille Lascaris, K. Bihlmeyer, *op. cit.*, III, p. 181, G. Tongas, *op. cit.*, p. 130… Aun el África del Norte tocada por esta cruzada sin guerra, R. Capot-Rey, "La Politique française et le Maghreb méditerranéen, 1648-1685", en *Revue Africaine*, 1934, pp. 47-61. <<

[236] J. Gassot, *Le discours du voyage de Venise à Constantinople*. 1550, 2ª ed., 1606, p. 11. En las fundiciones de Pera, de 40 a 50 alemanes "… fabricaban piezas de artillería", 1544, *Itinéraire de J. Maurand d'Antibes à Constantinople*, pub. por Léon Duriez, 1901, p. 204. <<

[237] V. *infra*. Segunda Parte, Cap. VII. <<

[238] Para una bibliografía más completa ver los libros esenciales de Attilio Milano, *Storia degli ebrei in Italia*. Turín, 1963, y de Julio Caro Baroja, *Los judíos en la España moderna y contemporánea*. Madrid, 3 vol., 1961. El principal problema con que se encuentra el historiador en este terreno es el de su propio punto de vista: ¿Puede, como Julio Caro Baroja, instalarse fuera del drama que relata, es decir, ser un mero espectador? Michelet no habría sido partidario de esa postura. <<

[239] Léon Poliakov, *Histoire de l'antisémitisme*, II, *De Mahomet aux Marranes*. París, 1961, pp. 235 y ss. <<

[240] Simancas, Guerra Antigua, 7, f. 42, Luis Sarmiento a Carlos V, Evora, 5 diciembre de 1535. <<

[241] A. d. S. Venecia, Senato Dispacci Spagna, Contarini al dux, Valladolid, 4 octubre 1604, Simancas Eo. Portugal 436 (1608-1614) *"Liçencas a varios judeus cristãos novos de Portugal para sairem do reino"*. Prueba de que en esta época todavía era posible llegar a un acuerdo con las autoridades portuguesas. El permiso de salida se concede a los nuevos cristianos en 1601 y se suprime en 1610, J. Lucio de Azevedo, *Historia dos cristãos novos portugueses*. 1922, p. 498. <<

[242] Sobre esta palabra, ver I. S. Revah, “Les Marranes”, en *Revue des Études Juives*. 3ª serie, t. I, 1959-1960, pp. 29-77; sobre la persistencia de las prácticas judaicas, toda la obra de Julio Caro Baroja, *op. cit.*, *passim*, y unas cuantas páginas sobre el caso menor de Mallorca en el antiguo libro de Francisque Michel, *Histoire des races maudites de la France et de l’Espagne*. París, 1847, t. II, pp. 33 y ss. <<

[243] *Moeurs et coutumes des Musulmans, op. cit.*, p. 212. <<

[244] Léon Poliakov, *Histoire de l'antisémitisme*, II, *De Mahomet aux Marranes*, pp. 127 y ss.: la nación judía en España. Yo he tomado mucho de este libro honrado e inteligente. <<

[245] *Ibid.*, I, *Du Christ aux Juifs de Cour*. 1955, pp. 266 y ss., particularmente pp. 277 y ss. <<

[246] Plinio Barreto, “Note sur les Juifs au Brésil”, en *O Estado de São Paulo*. 31 octubre 1936; hay una rica y sólida literatura sobre este tema, empezando por los libros clásicos de Gilberto Freyre y Lucio de Azevedo; la evidencia documental esencial continúa siendo la que se encuentra en los tres volúmenes de la *Primeira Visitação do Santo Officio as Partes do Brasil* pelo Licenciado Heitor Furtado de Mendoça…, deputado do Sto Officio: *I. Confissões da Bahia*. 1591-1592. Introducção de Capistrano de Abreu, São Paulo, 1922; *Denunciações de Bahia. 1591-1593*. São Paulo, 1929. *Denunciações de Pernambuco. 1593-1595*. Introducção de Rodolpho García, São Paulo, 1929. Sobre Portugal, Léon Poliakov, *op. cit., De Mahomet aux Marranes*, pp. 235 y ss. <<

[247] Léon Poliakov, *Du Christ aux Juifs de Cour*, pp. VI-XII; *De Mahomet aux Marranes*, p. 139; Joseph Ha Cohen, *Emek Habakha ou la Vallée des Pleurs; Chronique des souffrances d'lsraël depuis sa dispersion*, 1575, y *Continuation de la Vallée des Pleurs*, 1602, pub. por Julien Sée, París, 1881, p. 167 (de ahora en adelante citaremos esta obra bajo el solo nombre de Joseph Ha Cohen). <<

[248] Hermann Kellenbenz, *Sephardim an der unteren Elbe. Ihre wirtschaftliche und politische Bedeutung vom Ende des 16, bis zum Beginn des 18. Jahrh*., 1958, p. 45. <<

[249] Citado por J. Lucio de Azevedo, *op. cit.*, p. 52. <<

[250] Léon Poliakov, *op. cit.*, I, pp. 307 y ss. <<

[251] A. Milano, *op. cit.*, p. 221. <<

[252] A. d. S. Venecia, Senato Terra 12, ff. 135 y 135 v., 26 marzo 1496. Ver M. Sanudo, *op. cit.*, I. col. 81, 26 marzo 1496. <<

[253] Giuseppe Tassini, *Curiosità veneziane*. Venecia, 1887, p. 319. <<

[254] Simancas, Eo. Nápoles 1031, f. 155, Nápoles, 25 agosto 1540. Numerosas referencias a los judíos en este legajo. <<

[255] A. d. S. Venecia, Senato Terra 31, 29 marzo 1556. <<

[256] *Op. cit.*, p. 181. <<

[257] Septiembre 1566, Joseph Ha Cohen, *op. cit.*, p. 158. <<

[258] *Ibid.*, p. 207. <<

[259] Lodovico Moscardo, *op. cit.*, p. 441, este proyecto de *ghetto* se remontaría a 1593. <<

[260] Joseph Ha Cohen, *op. cit.*, pp. 215-216. <<

[261] Museo Correr, Cicogna 1993, f. 261, 16 agosto 1602. <<

[262] J. Lucio de Azevedo, *op. cit.*, p. 10. <<

[263] Belon de Mans, *op. cit.*, pp. 180, 193 v. <<

[264] Citado por Léon Poliakov, *op. cit.*, II, p. 180. <<

[265] *Ibid*., según Salvador de Madariaga, *Spain and the Jews*. 1946. <<

[266] *Ibid.*, p. 191. Ibn Verga, *Le fouet de Juda*, citado por L. Poliakov, *op. cit.*, t. II, p. 64 de la traducción alemana por Wiener, Hannover, 1856. <<

[267] Belon du Mans, *op. cit.*, p. 181. <<

[268] *Ibid.*, pp. 209-210. <<

[269] J. Lucio de Azevedo, *op. cit.*, p. 36. <<

[270] Belon du Mans, *op. cit.*, p. 180 v. <<

[271] J. Ha Cohen, *op. cit.*, p. 251, según E. Carmoly, *Archives israëlites de France. 1857.* <<

[272] A. Milano, *op. cit.*, pp. 180 y ss. <<

[273] El continuador de J. Ha Cohen, *op. cit*., p. 181. <<

[274] B. N. París, Fr. 6121 (sin fecha). Ver también L. Poliakov, *op. cit.*, II. p. 247, referencias al viaje de G. d'Aramon y de Nicolás de Nicolay. <<

[275] *Op. cit.*, p. 180 v., p. 118. <<

[276] *Ibid.*, p. 100 v. <<

[277] L. Poliakov, *op. cit*., I, pp. 270-271. <<

[278] *Ibid.*, pp. 249-250; *La Méditerranée*. 1ª ed., pp. 707-708. <<

[279] Paul Benichou, *Romances judeo-españoles de Marruecos*. Buenos Aires, 1946. <<

[280] H. Kellenbenz, *op. cit.*, pp. 35 y ss. <<

[281] A. Milano, *op. cit*., p. 235. <<

[282] Cecil Roth, en *Mélanges Luzzatto*, pp. 237 y ss.; y a título de muestra, A. d. S. Venecia, Cinque Savii 7, ff, 33-34, 15 diciembre 1609. Sobre los tres *ghettos* y el origen evidentemente discutible del nombre, argumentos y detalles en G. Tassini, *op, cit.*, pp. 319-320; no se ha aclarado todavía el modo en que las tres comunidades judías se repartían entre los tres *ghettos*, incluso después de haber leído A. Milano, *op. cit.*, p. 281. <<

[283] Arnold J. Toynbee, *L'Histoire, un essai d'interprétation*. París, 1951, pp. 30-153, 398, 428. <<

[284] J. Lucio de Azevedo, *op. cit*., pp. 68-73. <<

[285] L. Poliakov, *op. cit.*, II, pp. 262 y ss. <<

[286] *Op. cit.*, p. 39. <<

[287] F. Amadei, *Cronaca universale della città di Mantoa*. II, p. 548. <<

[288] Joseph Ha Cohen, *op. cit.*, p. 127. <<

[289] A. N., K 1600, 4 abril 1597, Relación de algunas nuebas generales que se entienden de Nantes de Paris y otras partes desde 4 de abril 97: "… *quiere hazer benir los judios que hechó el Cristianissimo Rey St Luis…*". <<

[290] Citado por L. Poliakov, *op. cit.*, II, p. 368, *Lettres et ambassades de Messire Philippe Champagne*, 1635, p. 62. <<

[291] Citado por L. Poliakov, *op. cit.*, II, pp. 367-368, según Francisque Michel, *Histoire des races maudites de la France et de l'Espagne*. 1847, pp. 71 y 94. <<

[292] J. Ha Cohen, *op. cit.*, p. 160. <<

[293] H. Kellenbenz, *op. cit.*, p. 135. <<

[294] Jean Bodin, *Response…*, *op. cit.*, ed. H. Hauser, p. 14. <<

[295] Thomas y Félix Platter, *op. cit.*, p. 252, p. 391. <<

[296] J. Ha Cohen, *op. cit.*, p. 200. <<

[297] *Ibid.*, pp. 112-113. <<

[298] S. Razzi, *op. cit.*, pp. 118-119 (1516); p. 159 (1545). Ver también la intervención de Solimán el Magnífico contra la persecución de los judíos y los marranos de Ancona, A. Milano, *op. cit.*, p. 253; C. Roth, *The House of Nasi*, *Doña Gracia*. Filadelfia, 1947, pp. 135-174. <<

[299] W. Sombart, *Die Juden und das Wirtschaftslebn*. 1922, p. 20. Según el documenro pub. por David Kauffmann, “Die Vertreibung der Marranen aus Venedig im Jahre 1550”, en *The Jewish Quarterly Review*, 1901. Sobre esta orden de expulsión de los marranos, Marciana, 2991 C. VII, 4, ff. 110 v. y 111; Museo Correr, Donà delle Rose, 46, f. 155, 8 julio 1550. <<

[300] Marciana, 6085, ff. 32 v. y ss.: relación de las persecuciones de 1555 y 1556. Ver también A. Milano, *op. cit.*, pp. 247-253. <<

[301] L. Bianchini, *op. cit.*, I, p. 41. Pero no 160 000, A. Milano, *op. cit.* <<

[302] A. Milano, *op. cit.*, p. 233. <<

[303] J. Ha Cohen, *op. cit.*, p. 180. <<

[304] *Ibid.*, p. 121. <<

[305] *Ibid.*, p. 143. <<

[306] A. Hananel y E. Eskenazi, *Fontes hebraici ad res oeconomicas socialesque terrarum balcanicarum saeculo XVI pertinentes*. Sofía, 1958, I, p. 71. <<

[307] La expresión, tomada en este caso de Joseph Ha Cohen, fue muy usada. <<

[308] Museo Correr. Donà delle Rose, 46, f. 55, 5 junio 1514. <<

[309] Museo Correr, Donà delle Rose, 21, f. 1, Constantinopla, 5 marzo 1561. Ver también, sobre el *ghetto* o *zudeca* de Candía, A. d. S. Venecia, Capi del Cons° dei X, Lettere Bª 285, f. 74, Candía, 7 mayo 1554. <<

[310] Museo Correr, Donà delle Rose, 21, 1588. <<

[311] A. Milano, *op. cit.*, pp. 236, 281, 283… <<

[312] *État de la Perse en 1660, par le P. Raphaël du Mans*, public. por Ch. Schefer, París, 1890, p. 46. <<

[313] A. N., A. E., B III 235, 1693. <<

[314] En Madera todavía en 1682, Abate Prévost, *op. cit.*, III, p. 172; Lisboa, 14 febrero 1632: “la isla (de São Tome) está tan infestada de cristianos nuevos que practican los ritos judíos casi abiertamente”, J. Cuvelier y L. Jadin, *L’ancien Congo d’apres les archives romaines, 1518. 1640*. 1954, p. 498. <<

[315] Prólogo de Fernando Ortiz a Lewis Hanke, *Las Casas.…*, p. XXXVI. <<

[316] Jacob van Klaveren, *op. cit.*, p. 143. <<

[317] Belon du Mans, *op. cit.*, pp. 182 y 182 v. <<

[318] A. Hananel y E. Eskenazi, *op. cit.*, I, 1958 (siglo XVI); II, 1960 (siglo XVII). <<

[319] A. d. S. Venecia, Senato Terra, 62, 20 septiembre 1573. <<

[320] *Ibid.*, 63, 6 abril 1574. <<

[321] *Ibid.*, 66, 1575. <<

[322] *Ibid.*, 60, 1573. <<

[323] A. d. S. Florencia, Mediceo 3087, f. 348, 14 julio 1607. <<

[324] Ver vol. I, pp. 378-379. <<

[325] La casa de los Abravanel es de origen español. Para sus préstamos al rey, Simancas Eo. Nápoles 1015, f. 101, 6 octubre 1533; *ibid.*, f. 33; 1018, f. 21, 15 enero 1534, si los judíos no practican la usura, la practicarán los cristianos con tasas tres veces superiores, " porque el fin de Ytalia, como V. M. tiene mejor experimentado y conocido, es ynterese"; *ibid.*, f. 58, 3 octubre 1534, "en Nápoles hay de 300 a 400 familias judías"; 1017, f. 39, 28 marzo 1534, arresto de cristianos nuevos en Mantredonia, "que debaxo de ser xpianos han bibido y biben como puros judíos"; 1018, f. 58, 3 octubre 1534: la ciudad de Nápoles pide conservar sus judíos, sin ellos los pobres se habrían muerto todos de hambre el año anterior; 1031. f. 155, 25 agosto 1540, medidas antijudías; 1033. f. 70, 19 junio 1541, se decide su expulsión… A. d. S. Nápoles, Sommaria Partium, 242, f. 13 v., 16 abril 1543, Samuel Abravanel hace sacar a su agente Gabriele Isaac 120 *carri* de trigo de Termoli; *ibid.*. 120, f. 44, 8 junio 1526, un tal Simone Abravanel "un judío que vive en Nápoles", importa azúcar de Madera. <<

[326] L. Poliakov, *op. cit.*, II, pp. 254 y ss., excelente compendio de esta vida fuera de serie. El libro básico: Cecil Roth, *The house of Nasi. 2* vol., 1947, y *The Duke of Naxos*, 1948. <<

[327] Ver vol. II, pp. 100 y ss. <<

[328] *Op. cit.*, pp. 180 v. y 181. <<

[329] Werner Sombart, *op. cit.*, pp. 53 y ss.; L. Poliakov, *op. cit.*, pp. 249 y ss. <<

[330] W. Sombart, *op. cit.*, p. 15. <<

[331] Naturalmente me refiero a los *Geniza* de El Cairo y a su próxima publicación por A. Gothein. <<

[332] Daniele Beltrami, *Storia della popolazione di Venezia…, op. cit.*, p. 79. <<

[333] H. Kellenbenz, *Sephardim an der unteren Elbe*. 1958, p. 29. <<

[334] *Ibid.*, p. 139. <<

[335] Giovanni Botero, *op. cit.*, III, p. 111. <<

[336] Simancas Eo. Nápoles 1017, f. 42, virrey de Nápoles a S. M., Nápoles, 26 abril 1534, Salónica, “donde ay la mayor judería de Turquía”. <<

[337] Paul Benichou, “Les juifs en Champagne médiévale”, en *Evidences*, noviembre 1951. <<

[338] L. Poliakov, *Les banchieri juifs et le Saint-Siège du XIIIe au XVIIe siècle*. 1965. <<

[339] H. Hefele, *op. cit.*, p. 321. La tuerza de la presencia judía en África del Norte explica la larga supervivencia de la judería de Orán bajo la dominación española; Diego Suárez describe su barrio en pleno centro de la ciudad con sinagoga y escuela; en 1667, el *ghetto* cuenta con más de 100 casas y 500 personas: los judíos fueron expulsados de Orán por una orden de Carlos II, el 31 de marzo de 1669, según J. Cazenave, en *Bulletin de la Société de Géographie d'Alger*. 1929, p. 188. <<

[340] J. Ha Cohen, *op. cit.*, pp. 110-111. <<

[341] *Ibid.*, p. 124. <<

[342] *Ibid.*, p. 120. <<

[343] J. Caro Baroja, *op. cit.*, I, p. 217. <<

[344] “Cargos y descargos del Marqués de Velada”, answers to the charge of maladministration brought against Don Antonio Sancho Dávila y Toledo, marqués de Velada during his government of Oran, 1626-1628, f. 57 (P. de Gayangos, *Cat. Mss. in the Spanish language*. B. M., IV, 1893, p. 133). <<

[345] M. Sanudo, *op. cit.*, I, columna 819, 13 noviembre 1497. <<

[346] Marciana 7991 C VII, 4, ff. 110 v. y 111, y Museo Correr, Donà delle Rose, 46, f. 155, 8 julio 1550. <<

[347] F. Braudel y R. Romano, *op. cit.*, pp. 26-27. <<

[348] J. Ha Cohen *op. cit*., pp. 130-131. <<

[349] *Ibid.*, p. 152. <<

[350] *Ibid.*, p. 158. <<

[351] Ver vol. I, pp. 842-843. <<

[352] Espejo y Paz, *Las antignus ferias de Medina del Campo*, 1912, p. 137. <<

[353] W. Sombart, *Krieg und Kapitalismus*. 1913, *p*. 147. <<

[354] *Die Juden und das Wirtschaftsleben*, p. 15. <<

[355] L. Poliakov, *Les banchieri juifs…* <<

[356] *Die Juden und das Wirtschaftsleben*. p. 14. <<

[357] Para el arresto en Venecia de los mercaderes turcos y judíos levantinos, 5 marzo 1570, Crónica de Savina, Marciana, f. 326 v.; quejas de los mercaderes judíos en Constantinopla, 16 diciembre 1570, A. d. S. Venecia, Annali di Venezia, serie antica; los 24 puntos del reglamento que los judíos deben observar, A. d. S. Venecia, Senato Terra 58, 18 diciembre 1571; sobre el mismo tema, Museo Correr, Cicogna 1231, f. 16; los judíos expulsados de Brescia, 4 septiembre 1572, A. d. S. Venecia, Senato Terra 60; se les concede un aplazamiento hasta septiembre 1573, *ibid.*, 61, 8 marzo 1573; reglamentación de las actividades permitidas y prohibidas a los judíos, *ibid.*, 11 julio 1573; certificado de bancarrota concedido a la banca del *Cervo hebreo*, cuya quiebra debe datar de 1565, *ibid*. 20 junio 1573. A partir de entonces el clima sera menos tenso. Sobre los judíos expulsados de Urbino y condenados a galeras: J. Ha Cohen, *op. cit*., p. 161. <<

[358] *Ibid.*, p. 174. <<

[359] Cecil Roth, art. cit., p. 239. <<

[360] A. Milano, *op. cit.*, p. 257, J. Delumeau, *op. cit.*, II, pp. 854, 887-890. <<

[361] Nótense, aunque no haría falta decirlo, las nuevas exenciones concedidas a los judíos levantinos en Ancona, una seria amenaza para Venecia, Cinque Savii, Busta 3, 10 agosto 1597. <<

[362] J. Ha Cohen, *op. cit.*, p. 205, 1598. <<

[363] A. d. S. Venecia, Cinque Savii 22, f. 52, 20 noviembre 1598; f. 73, 16 agosto 1602, privilegio y renovación del privilegio de Rodrigo de Marchiana; *ibid.*, 138, f. 191, 22 febrero 1593, unos judíos portugueses proponen establecer un tráfico comercial con el cabo *da Guer* en lo que es hoy la bahía de Agadir, y estos judíos eran en realidad el propio Rodrigo di Marchiana y sus hermanos. <<

[364] Ver vol. I, pp. 378 y ss. <<

[365] A. d. S. Venecia, Cinque Savii 138, 18 marzo 1587. <<

[366] Cecil Roth, art. cit., p. 239. <<

[367] A. d. S. Venecia, Cinque Savii 7, f. 30, 5 de octubre de 1598. <<

[368] Hermann Kellenbenz, *op. cit.*, p. 43; ver también C. Roth, *Gli ebrei in Venezia*. 1932, y “Les marranes à Venise”, en *Revue des Études Juives*. 1931. <<

[369] J. Ha Cohen, *op. cit.*, p. 131. <<

[370] *Ibid.*, p. 172. <<

[371] *Idem.* <<

[372] *Cf. infra*, pp. 303-304. <<

[373] A. d. S. Nápoles, Sommaria Consultationum, 10, ff. 91-93, 30 marzo 1590. <<

[374] *Ibid.*, 25, ff. 152 v. a 159, 8 septiembre 1613. <<

[375] La expresión es de Michel Foucault, *L'Historie de la folie à l'âge classique*. 1961, p. IV. <<

[376] *La Méditerraneé*…. p. 136, n. 1. <<

[377] Léon Poliakov, *op. cit.*, II, pp. 204-217. <<

[378] Pasaje citado por Léon Poliakov, *op. cit.*, II, p. 290. <<

[379] Para una línea análoga de pensamiento, aunque más inclinada hacia una explicación social, ver el original estudio, de próxima publicación, de Antonio José Saraiva, *L'lnquisition et la légende des Marranes.* <<

[380] Sobre la palabra *Barroco*, ver Pierre Charphntrat, “De quelques acceptions du mot Baroque”, en *Critique*, julio 1964. <<

[381] El origen de la palabra sigue siendo oscuro: explicación gramatical (*baraco*, una de las designaciones de la secuencia *barbaro, celarent, baroco)*, según L. Pfandl, *Geschichte der spanischen Literatur*, p. 214, n. 1. O la palabra española *baruco*, que designa, en términos de joyería, una perla irregular (G. Schnürer, *op. cit.*, p. 68). O del nombre de Federico Baroccio (Le Baroche, como se le llama en los manuales franceses de historia del arte y que vivió de 1526 o 1528 a 1610); P. Lavedan, *Histoire de l'Art*. "Clio", p. 302. Habría que saber, además, cuándo aparece esta palabra en la literatura histórica, en la que J. Burckhardt le confiere carta de naturaleza. <<

[382] *L'art religieux après le Concile de Trente…*, p. 188. <<

[383] La expresión es de Marcel Brion, en su *Michel Ange*. 1939, p. 149. <<

[384] G. Schnürer, *op. cit.*, p. 80. <<

[385] Pierre Lavedan, *op. cit.*, p. 293. <<

[386] Stendhal, *Promenades dans Rome*, ed. Michel Lévy, 1858, II, p. 121. <<

[387] *Idem.* <<

[388] Gonzague Truc, *Léon X*, p. 303. <<

[389] *Idem.* <<

[390] *Idem.* <<

[391] G. Bihlmeyer, *op. cit.*, III, p. 131. <<

[392] Erich von der Bercken, *Die Gemälde des Jacopo Tintoretto*. Múnich, 1942, 360 ilustraciones. <<

[393] G. Schnürer, *op. cit.*, pp. 86-87. <<

[394] Ver la admirable obra de Jean Delumeau, *Vie économique et sociale de Rome dans la seconde moitié du XVIe siècle*. 1957, pp. 246 y ss. <<

[395] Stendhal, *op. cit.*, II, p. 191. <<

[396] “Die Epochen der Papsfinang”, en *Hist. Zeitschrift*. 1928. <<

[397] Cit. por G. Truc, *Léon X*, p. 123. <<

[398] M. la Torre y Badillo, *Representación de los autos sacramentales en el periodo de su mayor florecimiento, 1620 a 1681*. Madrid, 1912; Ludwig Pfandl, *Geschichte der spanischen Literatur*, p. 124; Henry Merimée, *L'art dramatique à Valencia depuis les origines jusqu'au commencement du XVIIe siècle*. 1913. <<

[399] Georg Friederici, *op. cit.*, I, p. 469. <<

[400] Sobre este último punto, ver Francés de Alava a Felipe II, Montpellier. 18 de diciembre de 1564, A. N., K 1502, B 18, núm. 67. D. <<

[401] A. Morel Fatio, *Ambrosio de Salazar*. París, 1900, pp. 52 y ss. <<

[402] A. Morel Fatio, “L’Espagne en France”, en *Études sur l’Espagne*. I, París, 1895, 2ª ed., p. 30. <<

[403] *Ibid.*, p. 32. <<

[404] *Ibid.*, p. 40. <<

[405] *Ibid.*, p. 27, *Essais*, 11, 1. <<

[406] *Ibid.*, p. 41. <<

[407] *Idem.* <<

[408] Alfred Franklin, *La vie privée d'autrefois. Les magasins de nouveautés*, 1894-1898, II, p. 39. Ver también I, p. 183; II, pp. 23-25, 75. <<

[409] IX, p. 253, cit. por Alfred Franklin, II, p. 39. <<

[410] F. Ruiz Martín, *Lettres de Florence*... CXXI. <<

[411] A. Morel Fatio, *op. cit.*, I, p. 27. Señalemos la opinión de Brémond, *op. cit.*, p. 310, que no podríamos garantizar, según la cual los trajes ceñidos de hombre, que provocaron escándalo, llegaron a Francia de la España de Felipe IV. Sobre la influencia española en Inglaterra, y particularmente sobre Shakespeare, ver Ludwig Pfandl, *Geschichte der Spanischen Literatur*, p. 98, y J. de Perrot, en *Romanic Review*. V. 1914, p. 364. <<

Capítulo VI. Las civilizaciones

[1] A. d. S. Módena, Venezia 15, 77, VI, 104, J. Tebaldi al duque, Venecia, 16 de agosto de 1522. <<

[2] José Arantegui y Sanz, *Apuntes históricos sobre la artillería española en los siglos XIV y XV*. 1887; Jorge Vigón, *Historia de la artillería española*, t. I, 1947. ¿Decadencia de las fundiciones de Málaga? Sin embargo, ver Sim. Eo. 499, “cobre entregado al mayordomo de la artillería de Málaga”, 1541-1543. Sobre Málaga y su arsenal hacia mediados del siglo, Pedro de Medina, *op. cit*., 156. <<

[3] ¿Acaso los historiadores italianos no subrayan demasiado temprano la decadencia de las fundiciones de Milán? La expedición de piezas se hacía ya por Génova (sobre todo arcabuces y armas blancas, 30 de agosto de 1561, Sim. Eo. 1126), ya por el Po y Venecia (artillería cargada a bordo de una nave portuguesa, para Mesina. Venecia, 25 de abril de 1573, Sim. Eo. 1332). <<

[4] Ver un curioso texto de 1587 que espero publicar, sobre la tentativa inglesa contra Bahía, A. N., K Piezas nórdicas en España, 1558 (E. Albèri, *op. cit.*, VIII, p. 259). <<

[5] Nobili al príncipe, miércoles 6 de junio de 1566, A. d. S. Florencia, Mediceo 4897 *bis*. Desde luego, de Flandes llegaban también otras armas, principalmente arcabuces; prueba, el navío que zarpó de Flandes cargado de armas para los presidios, y que fue capturado cerca del estrecho de Gibraltar por los corsarios de Argel. El obispo de Limoges a la reina, 24 de agosto de 1561, B. N. París, FD 16 103, "… Dios quiso que un navío fuerte y bueno que venía de Flandes para provisionar de armas a los fuertes de Berbería fuera combatido y capturado después de haber pasado el estrecho, en lo cual se perdieron cinco o seis mil arcabuces, corseletes, pistolas y otras clases de armas ofensivas…". <<

[6] Ver nota anterior, Mediceo 4897 *bis.* <<

[7] *Op. cit.*, I, p. 167, 4 de enero de 1567. <<

[8] D. Francisco Sarmiento al gran comendador de Castilla, Roma, 28 de septiembre de 1565, *CODOIN*. CI, pp. 112-114. La opinión citada es la del gran maestre de Malta. <<

[9] F. C. Lane, *op. cit.*, pp. 31-32. <<

[10] E. Albèri, *op. cit*., III, V (Matteo Zane), p. 104 (1594). <<

[11] El éxito turco se debió a haber concentrado la artillería en la línea de combate. <<

[12] Los persas temían la artillería y los arcabuces turcos, J. Gassot, *op. cit*., p. 23, "… pues no usaban bastones de fuego…" <<

[13] Georges Pagès, en *Rev. d'hist. mod*., 1932, p. 114. <<

[14] *Relatione fatta alla Maestà Cattolica in Madrid alli XV di luglio 1571…* B. N. París, Oc 1533, ff. 109 a 124. <<

[15] Para los comienzos del reinado de Felipe II, ver el "asiento" donde consta la media soldada que se daba a las galeras toscanas (Sim. Eo. 1446, f. 107), una galera recibía mensualmente 250 ducados, a 11 reales de plata el ducado. Con referencia al precio de construcción, "Relación de lo que han de costar las XV galeras que V. M. manda que se hagan en el reyno de Sicilia este año", 1564, Sim. Eo. 1 128; para 15 galeras se redondea un total de 95 000 escudos, sin contar las armas por distribuir entre los marineros. Según el informe que citamos, este precio era muy ventajoso. El cuerpo bruto de la galera representaba menos de la mitad del precio de reventa, y la otra mitad estaba representada por velas, remos, antenas, jarcias, cordajes, cadenas, herramientas, recipientes, utensilios y otros útiles de a bordo, como barriles, hilos para coser las velas, sebo para despalmar, etcétera. Sobre un total de 95 000 escudos, repitamos, los cuerpos de 15 galeras representaban 37 500; los cordajes, 9 000; las velas, casi 20 000; las arboladuras y antenas, 3 000; los remos, 2 900, y la artillería 22 500. De modo que en ese precio no estaba incluido el valor de compra de forzados y de esclavos. Además, había que calcular las indispensables provisiones de galletas y los demás gastos de mantenimiento. En mayo de 1576, había en las 22 galeras de Sicilia 1 102 forzados, 1 517 esclavos, 1 205 remeros voluntarios; en mayo de 1577, las cifras decrecieron, y eran, respectivamente, de 1 027, 1 440 y 661 (Sim. Eo. 1147), lo cual arroja un total de 173 remeros por galera, en el primer caso, y de 143, en el segundo. Pero había galeras reforzadas. La galera de un nieto de Barbarroja contaba con 220 esclavos (7 de octubre de 1572, Serrano, *op. cit*., II. p. 137). A las chusmas se añadían los oficiales, la tripulación y la infantería de marina. En agosto de 1570, en 20 galeras napolitanas había un efectivo total de 2 940 hombres, o sea, aproximadamente, un efectivo de 150 hombres por galera. De modo que, desde el punto de vista del personal, cada galera representaba por lo menos 300 hombres, entre forzados, marineros y soldados. En 1571-1573, las 500 y 600 galeras de la cristiandad o del Islam llevaban de 150 000 a 200 000 hombres; la guerra inmovilizó además, en tierra, en puertos y arsenales, a muchos más. Para un estudio de los precios de reventa, las admirables fuentes del Archivio di Stato de Florencia, y principalmente: Nota di quel bisogna per armar una galera atta a navicare, Mediceo 2077, f. 128. Ver, también, Mediceo 2077, f. 60. <<

[16] Ver nota precedente. <<

[17] Sim Eo. 1141. <<

[18] Por ejemplo, el trato dado a los gitanos españoles enviados a galeras no a causa de un delito, sino “por la necesidad que havia de gente por el remo…”, don Juan de Austria a Felipe II, Cartagena, 17 de abril de 1575, Simancas Eo. 157, f. 11. <<

[19] Morel Fatio, *L'Espagne au XVIe et an XVIIe siècle, op. cit.*, pp. 218 y ss.; Nicolas Sánchez-Albornoz, "Gastos y alimentación de un ejército en el siglo XVI según un presupuesto de la época", en *Cuadernos de Historia de España*. Buenos Aires, 1950. <<

[20] Son posibles curiosas interpretaciones de la política de Isabel con respecto al sultán; la reina no quería dar demasiado la impresión de pactar con los enemigos de la cristiandad, W. A. R. Wood, *op. cit.*, p. 27. <<

[21] L. Drapeyron, art. cit., p. 134. Sobre todas estas cuestiones, ver G. de Vaumas, *op*, *cit*., pp. 92 y ss. <<

[22] W. E. D. Allen, *Problems of Turkish Power in the XVIth Century*. Londres, 1963. <<

[23] Ver *infra*, pp. 327-329. <<

[24] *Op. cit*., IX, p. 138. <<

[25] Giuseppe Cappelletti, *Storia della Repubblica di Venezia*, VIII, pp. 302 y ss. <<

[26] H. Kretschmayr, *op. cit*., III, p. 74. <<

[27] Relación de Andrea Giustiniano, 1576, B. N. París, Ital. 1220, f. 81. <<

[28] *Ibid.*, f. 69. <<

[29] *Ibid.*, ff. 34 v. y 35. <<

[30] *Ibid.*, f. 25 v. <<

[31] *Ibid*., ff. 39 y ss. <<

[32] B. N. París, Ital. 427, f. 274, 1569. <<

[33] A. Morel Fatio, en *Mémoires de l' Academie des Inscriptions et Belles Lettres*. t. XXXIX, 1911, pp. 12 y ss. del encarte. Tentativa igualmente vana cinco años antes en Coron, Morea. <<

[34] Fernand Grenard, *Grandeur et décadence de l'Asie*. p. 77. <<

[35] Carlo Schalk, *Rapporti commerciali tra Venezia e Vienna*. Venecia, 1912, p. 5. <<

[36] Ch. de Salazar a S. M., Venecia, 24 de marzo de 1582, Sim. Eo. 1339. <<

[37] P. de Canaye, *Le Voyage du Levant*, p. 181. <<

[38] Con respecto a este párrafo, se puede consultar la enorme y no siempre asequible literatura relativa a Hungría. A. Lefaivre, *Les Maggyars pendant la domination ottomane en Hongrie. 1526-1722*. París, 1902, 2 vols. Libros alemanes recientes, en parte orientados por preocupaciones actuales, Rupert von Schumacher, *Des Reiches Hofzaun. Gesch der deutschen Militärgrenze im Südosten*. Darmstadt, Ludwig Kichler, 1941; Roderich Goos, *Die Siebenbürger Sachsen in der Planung deutscher Südospolitik*. 1941 (política y detallada); Friedrich von Cochenhausen, *Die Verteidigung Mitteleuropas*. Jena, 1940, parcial y sumaria. G. Müller, *Die Turkenherrschaft in Siebenbürgen*. 1923. Joh. Loserth, "Steiermark und das Reich im letzten Vieriel des 16. Jahrhunderts", en Zs. d. hist. V. f. *Steiermark*. 1927, a propósito de la misión de Friedrich von Herberstein, que en 1594 fue a demandar socorro al Reich contra los turcos. Sobre la vida religiosa y la penetración del protestantismo, una abundante bibliografía que se encontrará resumida en el t. III del *Manuel* de Bihlmayer, p. 69; *Mémoires de Guillaume du Bellay, op. cit.*, II, p. 178. Los soldados húngaros formaban la caballería ligera, "a los cuales a veces se da el nombre de Hussirer, son considerados por los alemanes como semi-bárbaros…", G. Zeller, *Le siège de Metz*. Nancy, 1943, p. 15. Sobre el aprovisionamiento para la guerra de Hungría, Johannes Müller, *Zacharias Geizkofler. 1560-1617*. Viena, 1938. <<

[39] F. von Cochenhausen, *op. cit.*, pp. 86-87. <<

[40] *Op. cit*., II, pp. 82 y ss. <<

[41] *CODOIN*, CI, 7 de junio de 1567, p. 229. <<

[42] Fourquevaux, *op. cit*., I, p. 239, 17 julio 1567. <<

[43] L. Anquez, *Henri IV et l'Allemagne*. pp. XXI-XXIII. <<

[44] *Ibid.*, p. XXII. <<

[45] A. Renaudet, *L'Italie*…, p. 12. <<

[46] Rosario Pennisi, “Le Mura di Catania e le loro fortificazione nel 1621”, en *Arch. st. per la Sicilia Orientale*. 1929, p. 110. <<

[47] *Ar. st. it.*, IX, p. 34. <<

[48] Sim. Eo. 1056, f. 30. <<

[49] G. Capasso, “Il governo di D. Ferrante Gonzaga in Sicilia dal 1535 al 1543”, en *Ar, st, sic*., XXX y XXXI. <<

[50] G. La Mantia, “La Sicilia e il suo dominio nell’Africa settentrionale del secolo XI al XVI”, en *Arch. st. sic*., XLIV, p. 205, n. <<

[51] Hans Hochholzer, art. cit., p. 287. <<

[52] L. Bianchini, *op. cit*., I, pp. 259-260. <<

[53] Milán, 31 de julio de 1546, B. N. París, Ital. 772, ff. 164 y ss. <<

[54] *Ibid*., f. 164 v. <<

[55] *Idem*. <<

[56] Sim. Eo. 1050, f. 136, de diciembre de 1560, y Eo. 1052, f. 10. <<

[57] *Ar. st. it.*, IX, p. 248, Sim. Eo. 1051, f. 68. <<

[58] 2 de mayo de 1568, Sim. Eo. 1132; 1576, Sim. Eo. 1146, la cuestión siempre está a la orden del día. <<

[59] G. La Mantia, art. cit., p. 224, n. 2. <<

[60] L. Bianchini, *op. cit.*, I, p. 55. <<

[61] Después de haber sido saqueada por los turcos, 31 de enero de 1560, Sim. Eo. 1050, f. 14. <<

[62] 26 de febrero de 1559, Sim. Eo. 1049, f. 91. <<

[63] Fourquevaux, *op. cit*., 29 diciembre de 1565, 1, p. 36. <<

[64] G. C. Speziale, *Storia militare di Taranto*. Bari, 1930. <<

[65] 10 de enero de 1560, Sim. Eo. 1050, f. 9; *Ordenanzas de la milicia de* Nápoles (1563), imp., Sim. Eo. 1050, f, 54. <<

[66] Sim. Eo. 1050, f. 43 (18 de mayo de 1560); disposiciones análogas en 1561, Sim. Eo. 1051, f. 52 (5 de abril de 1561). <<

[67] E. Albèri, *op, cit*., II, V, p. 483. <<

[68] Ver, por ejemplo, un recuento de las guarniciones costeñas en Nápoles, mayo de 1567, Sim. Eo. 1056, f. 67; en Sicilia, en 1583 o 1585, Sim. Eo. 1154. <<

[69] V. Lamansky, *op. cit.*, pp. 600-601. <<

[70] 31 de marzo de 1563, referencia de archivos extraviada. <<

[71] A. de Capmany, *op. cit.*, IV, apéndice p. 84, 20 de julio de 1556. <<

[72] 29 de agosto de 1536, A. N., K 1690. <<

[73] P. B., “Tours de guet et tours de défense, Constructeurs de tours”, *Petit Bastiais*. 19 de junio-14 de julio de 1937. <<

[74] K. Habler, *Geschichte Spaniens*, t. 1. 26. <<

[75] 31 de marzo de 1559, Sim. Eo. 137. <<

[76] *CODOIN*. II, p. 183. <<

[77] *CODOIN*, XXXI, pp. 162, 165 y 169. J. O. Asin, artículos en *Boletín de la R. Academia Española*. 1928, XV, pp. 347-395 y 496-542, y *Bulletin Hispanique*. XXXV, 1933, pp. 150-153 y XXXIX. 1937, pp. 244-245. Ver también Mariano Alcocer Martínez, *Castillos y fortalezas del antiguo reino de Granada*. Tánger, 1941; A. Gamir Sandoval, *Organización de la defensa de la costa del Reino de Granada desde su reconquista hasta finales del siglo XVI*. Granada, 1947. <<

[78] Relación de todas las costas del Reyno de Cerdaña (sin fecha), Sim. Eo. 327, documento de extrema importancia, posterior a 1574. <<

[79] Franusco Corridori, *op. cit.*, p. 18. <<

[80] F. Podesta, *op. cit.*, p. 18. <<

[81] 20 de marzo de 1579, A. d. S. Génova, L. M. Spagna 8.2417. <<

[82] Fernand Braudel, “Les Espagnols et l’Afrique du Nord”, en *Revue Africaine*. 1928; “Les Espagnols en 1’Algérie”, en *H. et historiens de l’Algérie*. 1930. Después de este artículo, una sola contribución de conjunto, Robert Ricard, “Le problème de l’occupation restreinte dans l’Afrique du Nord (XVe-XVIIIe siècle)”, en *Ann. d’hist. écon. et sociale*. 1937, pp. 426-437. <<

[83] Juan Bautista Antonelli a Eraso, Mers el Kebir, 29 de marzo de 1565, Sim. Eo. 486. En conflicto con Fco. de Valencia, éste al rey, Mers el Kebir, 8 de febrero de 1566, Sim. Eo. 186. <<

[84] Sobre las fortificaciones de La Goleta, Alonso Pimentel al rey, 29 de mayo de 1566, Sim. Eo. 486; 9 de junio de 1565, *ibid*., Luis Scriva al rey, 7 de agosto de 1565, *ibid*., la fortificación "va de tal arte que a bien menester remedio"; Felipe a Figueroa, 5 de noviembre de 1565, Sim. Eo. 1394, decidió fortificar La Goleta, obtuvo un préstamo de 56 000 escudos de Adam Centurione; Fourquevaux al corriente, 24 de diciembre de 1565, anuncia la partida del Fratino y de carpinteros, *op. cit*., I, pp. 10 y 19. *Lo que se ha hecho en la fortificación de La Goleta: Instruction sopra il disegno della nova fabrica della Goleta*. 1566, Sim. Eo. 1 130; Felipe II a D. García de Toledo, Madrid, 16 febrero 1567, orden de remitir 50 000 escudos a Figueroa para enviarlos inmediatamente a La Goleta, Sim. Eo. 1056, f. 88; Fourquevaux, 30 de septiembre de 1567, *op. cit*., I, p. 273. <<

[85] El Fratino al rey, La Goleta, 5 de agosto de 1566, Sim. Eo. 486. <<

[86] 20 de mayo de 1573, Sim. Eo. 1139. <<

[87] Ver *infra*. Tercera Parte, cap. IV. <<

[88] Vespasiano Gonzaga a Felipe II, Orán, 23 de diciembre de 1574, Sim. Eo. 78; ver sobre su regreso B. N. París, Esp. 34, f. 145 v.; Mediceo 4906, f. 98; consulta del Consejo de Estado, 23 de febrero de 1575, Eo. 78 (o la información sobre Mers el Kebir, o la fortificación de Arzeu). <<

[89] Sobre los trabajos de Orán y de Mers el Kebir, Diego Suárez, *op. cit*., pp. 27-28 (en treinta años las fortificaciones de Orán costaron tres millones), pp. 148-149, 209 y 262. <<

[90] El hecho ha sido bien visto por Pelissier de Raynaud “Expéditions et établissements des Espagnols en Barbarie”, en *Exploration scient. de l’Algérie*. t. VI, 1844, en 8°. pp. 3-120. Ver también B. N. París, Ital. 127, f. 72. <<

[91] “Relación de lo que se hizo en la isla de los Querquenes”, Sim. Eo. 1146. <<

[92] “Relación de todos los puertos de Berbería que deben de ganarse y fortificarse”, Sim. Eo. 1339. <<

[93] *Idem*. <<

[94] “Relación de lo que monta el sueldo de la gente de guerra que se entretiene en las fronteras de África”, Sim. Eo. 486. <<

[95] B. N. París, Dupuy 22. <<

[96] Felipe II a Peralte Arnalte, El Escorial, 7 de noviembre de 1564, Eo. 144, f. 247. <<

[97] En 1525, el gasto total de los presidios se estimaba en 77 000 ducados, E. Albèri, *op. cit.*, I, II, p. 43. En 1559, la manutención se estimaba, sin ambages, muy pesada. E. Albèri, *op. cit.*, I, III, p. 345. <<

[98] Sim. Eo. 1054, f. 170. <<

[99] Donde la cifra es variable: 2 826; abril de 1571, Sim. Eo. 1060, f. 128. 5 297; 11 de mayo de 1578, Sim. Eo. 1077. <<

[100] Art. cit., supra (n. 82 de este capítulo), y *Bulletin Hispanique*. 1932, pp. 347-349. <<

[101] “Memorial de Rodrigo Cerbantes, Contador de La Goleta” (hacia 1540), en *Rev. Afr.*, 1928, p. 424. <<

[102] Los privilegios norafricanos acordados con los veleros catalanes; pragmática de 18 de diciembre de 1511, dada en Burgos, nueva pragmática acordada por la reina Germana en 1512; *Real executoria* dada en Logroño ese mismo año de 1512, contra los funcionarios del África; nombramiento de un consejo catalán en Trípoli; protestas a las Cortes de Monzón aún en 1537, contra los gobernadores del África…, A. de Capmany, *op. cit.*, 1, 2. pp. 85-86, II, pp. 320-322. Pero las corrientes norafricanas se desviaban de los puestos cristianos o tripolitanos, M. Sanudo, Diarii, XXVII, p. 25 (desviación hacia Mizurata o Tadjura); verdad oranesa, *CODOIN*. XXV, p. 425, Karl J. von Hefele, *op. cit.*, p. 321 (matanza de mercaderes cristianos en Tremecén, en 1509), caravanas que iban hacia Bona, en 1518. La Primaudaie, art. cit., p. 25. Creo que, para la política española, a propósito del negocio veneciano entre África del Norte y España, la nota justa la da H. Kretschmayr, *op. cit.*, II, p. 178, en 1516 España trató de hacer pasar su comercio entre África e Iberia por Orán. De ahí la duplicación de los derechos de aduana en los puertos españoles, que arruinaron el comercio veneciano. En 1518, Venecia (C. Manfroni, *op. cit.*, I, p. 38) trató en vano de forzar la puerta oranesa, hecho que se relaciona mal con lo que apercibimos de la cuestión. Más tarde, Carlos V se apoderó de Túnez (1535) y practicó la política de puerta abierta, J. Dumont, *op. cit.*, IV, Parte Segunda, p. 128; Jacques Mazzei, *Política doganale differenziale*. 1930, p. 249, n. 1. Sobre estas cuestiones económicas, tras la "cruzada" hispánica, queda por hacer una inmensa investigación. Ver el precioso estudio de Robert Ricard, "Contribution a l'étude du commerce génois au Maroc durante la période portugaise (1415-1550)", en *Ann. de l'Inst. d'Ét. Orientales*, t. III, 1937. <<

[103] G. Cappelletti, *Storia della Repubblica di Venezia*. VIII, pp. 26-27. <<

[104] Además, Haedo, *op. cit*., p. 19, B. N. París, Esp. 60, ff. 112-113; 18 de junio de 1570, Sim. Eo. 334, *CODOIN*, XC, p. 504, Riba y García, *op. cit.*, p. 293; investigación sobre el comercio en Berbería, 1565, Sim. Eo. 146; 1598, Sim. Eo. 178; 4 de noviembre de 1597, Eo. 179; 26 y 31 de enero de 1597, *ibid*., 18 de julio de 1592, A. N., K 1708. En 1565, 30 navíos partieron de Cádiz para Marruecos. En 1598 se exportaron alrededor de 7 000 docenas de "bonetes". <<

[105] Pescara al rey, Palermo, 24 de diciembre de 1570, Sim. Eo. 1133, los hospitales de Palermo, llenos de enfermos de La Goleta. <<

[106] El duque de Cardona al rey, Orán, 18 de junio de 1593, G. A. A., serie C 12, f. 81. <<

[107] Numerosas cartas de esos proveedores se conservan en Simancas, en los legaios Eo. 138, 144, 145: 7, 21 y 28 de enero, 14 de febrero y 6 de marzo de 1559; Eo. 1 38, ff. 264-266, 276: 7 de enero, 14 de septiembre, 25 de septiembre, 29 de noviembre, l7 de noviembre y 31 de diciembre de 1564; Eo. 144, ff. 22, 91, 96 y 278; Eo. 145, ff. 323 y 324. Esta serie de Castilla no está en orden y los folios no corresponden a una clasificación numérica. <<

[108] Se tomaban providencias para llevarlos con todas las seguridades tanto a los soldados contagiosos como a los sacerdotes disfrazados de soldados. “La orden ql Señor Francisco de Cordoba…”, Valladolid, 23 de junio de 1559, Sim. Eo. 1210, f. 37. Una cortesana española en La Goleta y en Túnez, Isabella de Luna, M. Bandello, *op. cit*., VI, p. 336. <<

[109] Sim. Eo. 145, ff. 323 y 324, 25 de septiembre de 1564. <<

[110] R. de Portillo al rey, M. el Kebir, 27 de octubre de 1565, Sim. Eo. 486. <<

[111] Hacia 1543, informe de Rodrigo Cerbantes, G. G. A., serie C, legajo 3 núm. 41. <<

[112] “Relación de lo que han de guardar los oficiales de la fortaleza de Melilla”, 9 de abril de 1564, Sim. Eo. 486. <<

[113] Diego Suárez, 28 de julio de 1571, B. N. Madrid, cap. 34. <<

[114] Alfredo Giannini, “II fondo italiano della Biblioteca Colombina di Seviglia”, en *R. Istituto Orientale. Annali*, febrero de 1930, VIII, II. Otros “desterrados”. Felipe de Borja, hermano natural del maestre de Montesa, Suárez, *op. cit*., p. 147; el duque de Veragua, almirante de las Indias, *ibid.*, p. 161; don Gabriel de la Cueva, *ibid.*, p. 107 (1555). <<

[115] G. La Mantia, art. cit., p. 218. <<

[116] Diego Suárez, *Historia del Maestre último de Montesa*. Madrid, 1889, p. 127. <<

[117] Diego Suárez, par. 471, G. G. A.; en favor de un arreglo, pars. 469 Y 470, *ibid*., 481 y 482, y también B. N. Madrid, cap. 34, las "razzias" eran útiles, y por el terror que inspiraban, los españoles dominaban las regiones bajas, imponiendo "seguros" y soberanía. Una "razzia" del 13-16 de noviembre de 1571 produjo 350 prisioneros y un inmenso botín de camellos, cabras, vacas, etcétera. Por el contrario, innumerables "correrías" salían mal y costaban muchos hombres. Las correrías se hacían en invierno para aprovechar las noches largas, Diego Suárez, *op. cit*., p. 87; la doble ventaja de esta política era atacar a unos y defender a los otros, p. 69; lo que los moros llevaban a Orán, p. 50; lo que le proporcionaba a veces el reino de Tremecén, p. 50 (trigo, que solía exportarse hacia España; Orán necesitaba 40 000 fanegas de trigo y 12 000 de cebada por año); soldados reclutados en Orán, p. 263; la técnica de estas "razzias", pp. 64 y ss.; la partición del botín, pp. 125 y ss.; ejemplos, pp. 228-229, 260 y 293. El régimen de partición cambió después de 1565, p. 90, y de manera curiosamente favorable al soldado. <<

[118] Franco, de Valencia a Felipe II, Mers el Kebir, 8 de febrero de 1565, Sim. Eo. 486. <<

[119] 12 de febrero de 1559, Sim. Eo. 485; 2 de marzo de 1559, *ibid*. <<

[120] *Actions et traités*, 1606, p. 74, citado por G. Atkinson, *op. cit.*, p. 369. <<

[121] *Manuel historique de politique étrangere*, t. I, París, 1892, p. 12. <<

[122] J. W. Zinkeisen, *op. cit*., III, pp. 173-174. <<

[123] J. von Hammer, *op. cit*., VI, p. 184, n. 1. <<

[124] E. Albèri, *op. cit*., III, V, p. 404 (1594). <<

[125] *Ibid.*, p. 402. <<

[126] *Op. cit*., p. 127. <<

[127] Sobre la piratería, tan vasta como ilimitada, ver las brillantes páginas de Louis Dermigny, *La Chine et l'Occident. Le commerce a Canton au XVIIIe siècle. 1719-1811*. 1964, I, pp. 92 y ss. Estas páginas nos ofrecen una imagen del *gran cinturón* pirata que, en el siglo XVII, se extiende de las Antillas al Extremo Oriente. El crecimiento y la ubicuidad de la piratería está en relación con el desmoronamiento de los grandes imperios: el turco, el español, el imperio del Gran Mogol y la decadente China de la dinastía Ming. <<

[128] Las páginas que siguen se apoyan en los resultados de tres libros esenciales: Otto Eck, *Seeräuberei im Mittelmeer*, Múnich y Berlín (1ª edición 1940, 2.a 1943), obra que no me he podido procurar hasta muy recientemente (todavía no la posee nuestra Bibliothèque Nationale). Godfrey Fisher, *Barbary Legend, War, Trade and Piracy in North Africa*. Oxford, 1957, con sus argumentos en tavor de los berberiscos obliga a reconsiderar los *dossiers* que se creían definitivamente cerrados. Por último el libro de Salvatore Bono, *I corsari barbareschi*. Turín, 1964, rico en documentos inéditos. Las copiosas bibliografías de estos tres volúmenes, particularmente la del último mencionado, me dispensan de tener que multiplicar las referencias. <<

[129] Quinta jornada, segunda novela. <<

[130] Y se encuentra totalmente en el *Quijote;* en *La ilustre fregona*. II, p. 55; *El amante liberal*. I, pp. 100-101; *La española inglesa*. I, pp. 249 y 255. <<

[131] Pocas patentes de corso en el Mediterráneo. Un ejemplo, autorizaciones de Felipe IV en represalias contra los franceses, Madrid, 2 de agosto de 1625, B. N. París, Esp. 338, f. 313. En el océano, la piratería se ejercía entre cristianos, por ese hecho necesitados de patentes. <<

[132] S. Bono, *op. cit.*, *passim* y pp. 12-13, 92 y ss. <<

[133] G. Fisher, *op. cit.*, p. 140. <<

[134] *Ibid.*, *passim* y pp. 84 y 139. <<

[135] C. Duro, según G. Fisher, *op. cit*., p. 138. <<

[136] S. Bono, *op*, *cit.*, p. 7, según A. Riggio: “el corso berberisco había adoptado la forma de una auténtica lucha de clase”. <<

[137] D. de Haedo, *op*, *cit*., p. 116. <<

[138] Marin de Cavalli al dogo, Pera, 8 de septiembre de 1559, A. d. S. Venecia, Senato Secreta, Contantinopoli, 2/B, f. 186. <<

[139] Bernard Pançalba, gobernador de la isla, a la emperatriz, Ibiza, 26 de agosto de 1536, A. N., K 1690 (orig. en catalán, tr. en castellano). <<

[140] Barcelona, 24 de julio de 1588, Sim. Eo. 336, f. 164. <<

[141] A. Com. Cassis E E 21 de diciembre de 1580. <<

[142] Enrique IV a Felipe III, París, febrero de 1600, Cartas de Enrique IV a Rochepot, pp. 3-4. <<

[143] 25 de diciembre de 1596, Sim. Eo. 343. <<

[144] Los cónsules de Marsella a los duques y gobernadores de la ciudad y república de Génova, Marsella, 20 de abril de 1574, A. d. S. Génova, Francia, Lettere Consoli, 1.2618. <<

[145] Madrid, 28 de marzo de 1566, A. N., K 1505, B 20, núm. 91. <<

[146] Enrique III a Felipe II, París, 30 de sept. de 1575, A. N., K 1537, B 38, núm. 113, copia esp. <<

[147] P. Grandchamp, *op. cit.*, I, p. 42. <<

[148] A. d. S. Florencia, Mediceo 2845, Giulio Gotti a su hermano, Génova, 22 de agosto de 1597. <<

[149] 20 de noviembre de 1563, Sim. Eo. 1052, f. 44. <<

[150] Sim. Eo. 1146 o la misma relación, Sim. Eo. 1071, f. 78. <<

[151] S. Bono, *op. cit.*, p. 3. <<

[152] F. Grenard, *op. cit.*, p. 54; W. Heyd, *op. cit.*, II, p. 258. <<

[153] R. Coindreau, *Les corsaires de Salé*. París, 1948. <<

[154] A. d. S. Florencia, Mediceo, 4274, 4279; Sim. Eo. 489, 1450, 1451; A. N., K 1672, núm. 22; G. Vivoli, *op. cit*., III, p. 155. <<

[155] *Op. cit*., pp. 86 v. y ss. <<

[156] Alexandre O. Oexmoelin, *Histoire des aventuriers flibustiers.…* Trévoux, 1775, t. I, pp. 124-131. <<

[157] V. Lamansky, *op. cit.*, p. 592, n. 1. <<

[158] Belon du Mans, *op. cit.*, p. 88 v. <<

[159] Ver vol. I. Parte Primera, cap. v, pp. 398 y ss. <<

[160] A. Com. Marsella BB 40, ff. 197 y ss.; 19 de agosto de 1561, Sim. Eo. 13; E. Charrière, *op. cit*., II, pp. 659-661 (27 de junio de 1561), pp. 799-803 (27 de septiembre de 1561); Bayona, 28 de junio de 1565, A. N., K 1504, B 19, núm. 34; Venecia, 18 de agosto de 1565, Sim. Eo. 1325.; Carlos IX a Fourquevaux, Orcamp, 20 de agosto de 1566, Fourquevaux, *op. cit*., pp. 48-49. <<

[161] G. Fisher, *op. cit*., p. 144. <<

[162] Según M. Sanudo, citado por C. Manfroni, *op. cit*., I, p. 37. Lo mismo en Francia, reales cartas de 1496, Alfred Spont, "Les galères dans la Méditerranée de 1496 à 1518", en *Revue des Quest, hist*., 1895; Alberto Tenenti, *Cristoforo de Canal. La marine vénitienne avant Lépante*. 1962, pp. 78 y ss. Venecia no tuvo galeras de *condennati* sino a partir de 1542, *ibid*., p. 82. <<

[163] “Relación de lo de Tremeti” (1574). Las islas Tremeti eran puntos claves en la ribera adriática del reino de Nápoles, Sim. Eo. 1333. “Después de la pérdida de Rodas multiplicándose los corsarios en el mar Adriático…” <<

[164] *Relazione di Soriano*, p. 54. <<

[165] *Op. cit*., p. 158. <<

[166] No en 1558, como lo dice C. Duro, *op. cit*., II, p. 16. Correrías análogas, en 1562, de un tal Francisco de Soto, desde Mallorca, D. de Haedo, *op. cit*., p. 163 v. <<

[167] Madrid, 13 de junio de 1567, Sim. Eo. 333. <<

[168] “Relación del tercero viaje q. ha hecho Juan Phelipe Romano a Argel” (1595), Sim. Eo. 342. <<

[169] Virrey de Valencia a Felipe II, Valencia, 30 de julio de 1594, Sim. Eo. 341. <<

[170] Salomone Marino, *Ar. st. sic.*, XXXVII, pp. 18-19; un bergantín de Trapani dedicado al corso, 17 de noviembre de 1595, Sim. Eo. 1158. <<

[171] Amat di S. Fllippo, *Misc. di storia italiana*, 1895, p. 49. <<

[172] D. de Haedo, *op. cit.*, p. 44. <<

[173] Aviso de C., octubre de 1568. <<

[174] D. de Haedo, *op. cit.*, p. 160 v.; Pera, 9 de abril de 1561; A. d. S. Venecia, Senato Secreta Constant., 3/C, Venecia, 22 de marzo de 1561, Sim. Eo. 1324, f. 83. <<

[175] Venecia, 27 de septiembre de 1559, Sim. Eo. 1323. <<

[176] A. de Herrera, *Historia general del mundo.*…, Madrid, 1601, I, p. 15. <<

[177] *Idem.* <<

[178] Pera, 13 de julio de 1560, A. d. S. Venecia, Senato Secreta Consta. 2/B, f. 253. <<

[179] Baron de Busbec, *op. cit.*, II, p. 279, hacia 1556. <<

[180] J. B. E. Jurien de la Graviere, *Les chevaliers de Malte.*…. 1887, I, pp. 16-18. <<

[181] *Ibid.*, pp. 63-64, y Sim. Eo. 1050, f. 27, 28 de mayo de 1562. <<

[182] *Ibid.*, p. 64. <<

[183] Aviso de Mesina, 1 de junio de 1563, Sim. Eo. 1052, f. 189. <<

[184] Per Ire (lettere) di Messina, 7 de mayo de 1564. Sim. Eo. 1383. <<

[185] C. Mecatti, *op. cit.*, II, p. 723. <<

[186] G. Vivoli, *op. cit.*, III, p. 53. <<

[187] Daniel Barbaro al dogo, Pera, 28 de marzo de 1564, A. d. S. Venecia, Senato Secreta 4/D. <<

[188] Ver nota 194. <<

[189] Silva a Felipe II, V. 10 de septiembre de 1574, Sim. Eo. 1333. <<

[190] *Cavalieri di San Stefano.…*. Pisa, 1928. <<

[191] Sobre la policía veneciana, papel considerable en la vigilancia de Cerigo a partir de 1592 (E. Albèri, *op. cit.*, III, V, p. 430), la guardia veneciana de Cerigo consiguió controlar la navegación turca. Cerigo, dice Cigala, "… *fanale e lanterna dell'Arcipelago e la lingua e la spia di tutti gli andamenti turcheschi…*". <<

[192] Nota di vascelli presi (1575), A. d. S. Florencia, Mediceo 2077, f. 536. <<

[193] Otro ejemplo, 10 de diciembre de 1558, *Corpo dipl. port.*, VIII, p. 78. <<

[194] Todos los detalles de este párrafo, tomados de una relación de 1574, A. d. S. Florencia, Mediceo 2077, ff. 517-520 v., y de una relación de 1597, *ibid.*, ff. 659 y ss. <<

[195] *Nota delli schiavi...* (1579-1580), *ibid.*, ff. 606 y ss. Lista de forzados heridos o muertos, *ibid.*, f. .349. <<

[196] *Ibid.*, 4279, numerosas misivas desde Argel, de Mustafa Aga, 15 de abril de 1585; de la mujer de Arnaut Mami, 20 de octubre de 1586; de Mahamat Pacha, “rey” de Trípoli, junio y julio de 1587; de Arnaut Mami, 9 de octubre de 1589; de Morat Bey, “capitán general de mar y tierra deste reyno de Argel”, 16 de febrero de 1596, etcétera. <<

[197] Las galeras de Saint-Étienne llevaban la cruz roja al Levante, G. Vivoli, *op. cit.*, IV, p. 11. Toma de la fortaleza de Quíos, G. Mecatti, *op, cit.*, II, p. 816. <<

[198] G. Vivoli, *op. cit.*, IV, pp. 29-30. <<

[199] Alonso de la Cueva a Felipe III, Venecia, 7 de febrero de 1609, A. N., K 1679. <<

[200] C., 19 de abril de 1591. A. N., K 1675, "… para guardar el Arcipelago de la inbasion de Malta…". <<

[201] Fustas berberiscas saquearon Candía, Ho. Ferro al dogo, Pera, 12 de noviembre de 1560, A. d. S. Venecia, Seno. Secreta. Consta., 2/B, f. 291 v.; Sim. Eo. 1326, 12 de agosto de 1567; A N., K 1677, 7 de julio de 1600. Para el siglo XVII, Paul Masson, *op. cit.*, pp. 24, 33, 380. <<

[202] Fco. de Vera a Felipe III, Venecia, 10 de julio de 1601, A. N., K 1677. <<

[203] J. B. de Tassis al embajador español en Génova, París, 20 de julio de 1602, A. N., K 1630. <<

[204] Salomone Marino, *Ar. st. sic.*, XXXVII, p. 27. <<

[205] “Relación sobre lo del bergantín de Pedro Lanza…”, Sim. Eo. 1336, 1577. Silva a Felipe II, Venecia, 20 de noviembre de 1577, *ibid.* <<

[206] “Relación que ha dado el embaxador de Venecia…”, Sim. Eo. 1342, El documento señala otros dos galiotes expedidos en corso por P. de Leyva por su propia cuenta, contrariando las ordenes del rey. <<

[207] Marcantonio Colonna a Felipe II, Mesina, 10 de julio de 1578, Sim. Eo. 1148. <<

[208] Fco. de Vera a Felipe III, Venecia, 5 de febrero de 1601, A. N., K 1677. Importante y largo alegato. <<

[209] V. Lamansky, *op. cit.*, p. 578 (1588), igualmente pp. 592, 599, 601-602. Complicidad de las poblaciones griegas. <<

[210] G. Berchet, *op. cit.*, pp. 130 y 139. <<

[211] Sim. Eo. 138, 7 de julio de 1559. <<

[212] El prior y los cónsules de Sevilla a Felipe II, 7 de mayo de 1561, Sim. Eo. 140. <<

[213] *Op. cit.*, p. 69. <<

[214] A. d. S. Nápoles, Farnesiane, fasc. II, 2, f. 271, 28 de junio de 1561; Sim. Eo. 1126, 29 de junio de 1561; J. Nicot, *op. cit.*, p. 70, 17 de agosto de 1561. <<

[215] El obispo de Limoges al rey, Madrid, 12 de agosto de 1561. B. N. París, Fr. 16103, ff. 33 y ss. <<

[216] “Relación de lo que ha hecho Dragut”, 15-30 de sept. de 1563. Sim. Eo. 1127. <<

[217] Sim. Eo. 1052, f. 182. <<

[218] Sim. Eo. 1392, 18 de septiembre de 1563. <<

[219] *Idem.* <<

[220] Sim. Eo. 1052, f. 212. <<

[221] *Ibid.*, virrey de Nápoles a J. Andrea Doria, 20 de sept. de 1563. <<

[222] *Ibid.*, f. 214, 9 de septiembre de 1563. <<

[223] *Ibid.*, f. 217, 10 de septiembre de 1563. <<

[224] Sim. Eo. 1393, 24 de mayo de 1564. <<

[225] Oysel a Carlos IX, Roma, 4 de mayo de 1564. E. Charrière, *op. cit.*, II, p. 755, n. <<

[226] *Op. cit*., II, p. 69, 7 de abril. <<

[227] Sim. Eo. 1132, Pescara a Felipe II, 18 de junio de 1569. <<

[228] Fourquevaux, *op, cit.*, I, p. 90. <<

[229] *Ibid*., p. 122. <<

[230] *Ibid*.., p. 135. <<

[231] Sim. Eo. 1052, f. 181. <<

[232] Pedro de Salazar, *Hispania victrix*. 1570 p. I v. <<

[233] Cit. por C. Duro, *op. cit.*, II, pp. 45-46. <<

[234] Cit. por H. Forneron, *op. cit.*, 1, pp. 351-352. <<

[235] 3 de julio de 1561, Simancas Eo. 1051, f. 108. <<

[236] H. Forneron, *op. cit.*, I, p. 365; Campana, *op. cit.*, II, XII, pp. 87 y 87 v.; Pietro Egidi, *Emmanuele Filiberto*, II, p. 27, da la fecha de 1 de junio; Campana, la del 31 de mayo. El ataque, conducido por Euldj Alí. La nueva llegó a España, Maçuelo a Felipe II, Toledo, 12 de julio de 1560, Sim. Eo. 139. <<

[237] Figueroa a Felipe II, Génova, 19 de junio de 1560, Sim. Eo. 139. <<

[238] A. d. S. Génova, L. M. España, 3.2412. <<

[239] Avisos de Marsella, 2 de mayo de 1564, Sim. Eo. 1393. <<

[240] Marcantonio Colonna a Felipe II, Mesina, 26 de junio de 1578, Sim. Eo. 1148. <<

[241] E. Albèri, *op. cit.*, II, V, p. 469. <<

[242] A Felipe II, Palermo, 6 de junio de 1582, Sim. Eo. 1150, “… el mar lleno de corsarios…” <<

[243] A. Communales Marsella BB 46, ff. 91 y ss. <<

[244] *Ibid.*, ff. 228 y ss. <<

[245] *Ibid.*, BB 52, ff. 10, 10 v. y 29. <<

[246] A. d. S. Venecia, Cinque Savii…, Busta 26. <<

[247] A. de Capmany, *op. cit.*, III, pp. 226-227, Apéndice, p. 85; A. d. S. Florencia, Mediceo 4903, Madrid, 3 de junio de 1572. <<

[248] F. Corridore, *op. cit.*, p. 21. En Córcega fueron destruidas o incendiadas a finales de siglo 61 poblaciones. Casanova, *Histoire de l'Église corse*. 1931, I, p. 102. <<

[249] *Op. cit.*, p. 153. <<

[250] *Op. cit.*, p. 158. <<

[251] Ver vol. II, p. 68. <<

[252] Ver *infra*. pp. 783-784. <<

[253] O. Eck, *op. cit.*, pp. 139 y ss. Para la totalidad de este párrafo, G. Fisher, *op. cit., passim*, y pp. 96 y ss. <<

[254] E. Mercier, *Histoire de l'Afrique septentrionale*. París, 1891, III, p. 189. <<

[255] G. Fisher, *op. cit.*, p. 174. <<

[256] S. Bono, *op. cit.*, p. 361 y n. 21. <<

[257] *Ibid.*, p. 89. <<

[258] 20 noviembre, A. Ballesteros, y Beretta, *op. cit.*, IV, I, p. 485. <<

[259] *Historia tragico-maritima. Nossa Senhora da Conceycão*, p. 38. <<

[260] H. Watjen, *op. cit.*, p. 138, n. 2; Paul Masson, *op. cit.*, p. 380. <<

[261] S. Bono, *op. cit.*, p. 178. <<

[262] J. Denucé, *op. cit.*, p. 20, e incluso antes, berberiscos (turcos) en las proximidades de Islandia en 1617, *ibid.*, p. 12. <<

[263] *Ver* vol. I. pp. 154-155. <<

[264] G. Fisher, *op. cit.*, p. 186. <<

[265] *Ibid.*, p. 138. <<

[266] *Naufrages, corsaires et assurances maritimes à Venise, 1592-1609.* 1959. <<

[267] *Ibid.*, pp. 27 y ss. <<

[268] La dificultad principal estriba en la medida de las importancias *relativas*. Abordo este problema en otra obra: *Capitalisme et civilisation matérielle. XVe-XVIIIe Siècles*. vol. I, cap. 1. Seguir de cerca una serie de cifras del siglo XVI significa tenerse que adaptar a otra escala de la cual dependerá todo. <<

[269] Salvatore Bono, “Genovesi schiavi in Algeri barbaresca”, en *Bollettino Ligustico*. 1953; “La pirateria nel Mediterraneo, Romagnuoli schiavi dei Barbareschi”, en *La Piê. Rassegna d’illustrazione romagnuola*. 1953. <<

[270] G. La Mantia, en *Archivio storico siciliano*. XLIV, p. 203. <<

[271] R. Russo, en Ar. *st. di Corsïca*. 1931, pp. 575-578. Sobre los rescates, enorme documentación inédita. <<

[272] A. d. S. Génova, Mo. del Ro. degli Schiavi, Atti, 659. <<

[273] *Ibid.*, 14 y 15 de mayo 1601, seguro sobre 2 532 liras, a 4 % (dos aseguradores). <<

[274] *Ibid.*, numerosísimos documentos, como éste, a título de ejemplo: Giacomo Sorli a Felipe Lomellini, Túnez, 7 de noviembre de 1600. <<

[275] J. Nicot, *op. cit*., p. 25, 21 de septiembre de 1559. <<

[276] P. Grandchamp, *op. cit.*, I, p. 43, 26 de agosto de 1592. <<

[277] “Relación del tercer viaje q. ha hecho J. Phelipe Romano a Argel” (1594), Sim. Eo. 342. <<

[278] Atkinson, *op. cit.*, p. 133. <<

[279] Por ejemplo, la prohibición hecha a los valencianos, 4 de enero de 1589, B. N., Esp. 60, ff. 441 y 441 v. Enumeración no menos frecuente de las "mercaderías no prohibidas", 17 de julio de 1582, Sim. Eo. 329, I. <<

[280] *Historia tragico-maritima. Nossa Senhora da Conceyção*, p. 19. <<

[281] Caramelo Trasselli, *Noti preliminari sui Ragusei in Sicilia*, artículo inédito, p. 32 del texto escrito a máquina. <<

[1] Gaston Imbert, *Des mouvements de longue durée Kondratieff*, 1959, y en particular, pp. 24 y ss. <<

[2] Ruggiero Romano, art. cit., en *Rivista storica italiana*, 1962. <<

[3] En particular en el artículo escrito en colaboración con Giuseppe Aleati, “II trend economico nello stato di Milano durante i secoli XVI e XVII: il caso di Pavía”, en *B.S.P.S.P.*, 1950. <<

[4] *Les paysans du Languedoc…* <<

[5] *Une croissance: la Basse Provence rurale (fin du XVIe siècle-1789)*, 1961. René Baehrel piensa en la crisis de 1690; ¿no resultaba ya evidente alrededor de 1660? *Cf*. Emmanuel Le Roy Ladurie, "Voies nouvelles pour l'histoire rurale (XVIe-XVIIIe siècles", en *Études rurales*, 1964, pp. 92-93. <<

[6] Art. cit., en *Rivista int. di scienze econ.*, 1955. <<

[7] En carta personal dirigida a mí, 11 de agosto de 1964. <<

[8] Ver nota 7 de este capítulo. <<

[9] *La Méditerranée…*, 1ª ed., pp. 613, 1095, 1096-1097. “No sabría decir si, de 1550 a 1580, se perfila una fase *B*, y después, de 1580 a 1610, una fase *A*, precisamente la época de los postreros esplendores del Mediterráneo. ” <<

[10] *Les mouvements de longue durée des prix*, 1935. Tesis defendida en la Facultad de Derecho de Rennes. *Cf*. el resumen de Gaston Imbert, *op. cit.*, p. 20. <<

[11] *Il problema del trend secolare nelle fluttuazioni dei prezzi*, 1935: el autor sugiere que el largo movimiento ascendente se inició en 1510 y terminó en 1635 (en Francia) o 1650 (en Inglaterra). <<

[12] A. d. S. Venecia, Notatoio di Collegio 12, f. 32 v., 18 noviembre 1475; 13, f. 17, 14 noviembre 1482; 14, f. 9, 10 febrero 1490. <<

[13] *Ibid.*, 9, f. 26 v., 12 agosto 1445. <<

[14] A. d. S. Venecia, Senato Terra, 4, f. 107 v., 25 mayo 1459. <<

[15] *Ibid.*, 12, f. 42 v., 18 febrero 1494. <<

[16] *Ibid.*, 15, f. 2, 4 marzo 1504. <<

[17] *Ibid.*, 12, f. 115, 3 nov. 1495, el reloj está *quasi fornito*, sólo falta *fabricar il loco*. <<

[18] Ver vol. I, p. 534 y n. 247. <<

[19] Gilles Caster, *Le commerce du pastel et de l'épicerie a Tolosa (1450-1561)*, 1962, pp. 381 y 383. <<

[20] La expresión es de Ernest Labrousse. <<

[21] Ver *supra*, II, pp. 9 y ss., capítulo sobre “Los imperios”. <<

[22] Gaston Imbert, *op. cit.*, pp. 181 y ss. <<

[23] Pierre Chaunu, *op. cit.*, *Conjoncture*, I, pp. 255 y ss. Recesión que sólo concierne al comercio americano, *ibid.*, pp. 429 y ss. <<

[24] Frank Spooner, *op. cit.*, pp. 8 y ss. <<

[25] Pierre Chaunu, “Sur le front de l’histoire des prix au XVI*e* siècle: de la mercuriale de Paris au port d’Anvers”, en *Annales E. S. C.*, 1961. <<

[26] Ver vol. 1, pp. 422 y ss. y 453 y ss. <<

[27] Domenico Sella, art. cit., en *Annales E. S. C.* 1957, pp. 29-45. <<

[28] Ver vol. I, pp. 813-818. <<

[29] Ver vol. I, pp. 668-683, e *infra*. II, pp. 414 y ss. <<

[30] Ver vol. I, pp. 680-683. <<

[31] Ver *supra*, II, pp. 254-257. <<

[32] Fernand Braudel, art. cit., en *Revue Africaine*, 1928. <<

[33] Pienso en particular en los magníficos artículos, exuberantes y discutibles, de Pierre Chaunu, “Seville et la ‘Belgique’, 1555-1648”, *en Revue du Nord*, 1960; “Le renversement de la tendance majeure des prix et des activités au XVII*e* siècle. Problèmes de fait et de méthode”, en: *Studi in onore di Amintore Fanfani*, 1962; “Minorités et conjoncture. *l*’expulsion des morisques en 1609”, *en Revue Historique*, 1961; y el art. cit. antes, en la nota 25 de este capítulo. El seguimiento de los acontecimientos políticos tiene mucho de empresa quimérica. <<

[34] Roberto López y Harry A. Miskimin, “The economic depression of the Renaissance”, en *The Economic History Review*, XIV, núm. 3, abril 1962, pp. 115-126. <<

[35] Ver vol. I, p. 685. Ver algunas de las pocas evidencias de que disponemos en Ömer Lutfi Barkan y Traian Stoianovich, “Factors in the decline of ottoman society in the balkans”, en *Static Review*, 1962. <<

TERCERA PARTE LOS ACONTECIMIENTOS, LA POLÍTICA Y LOS HOMBRES

[1] R. Busch-Zantner, *op. cit.* <<

Capítulo I. 1550-1559: la reanudación y el fin de una guerra mundial

[1] Después del ataque de los imperiales, que penetraron hasta Meaux, Ernest Lavisse, *Hist. de France*. V, 2, p. 116. El 18 de septiembre, Jean Dumont, *Corps universel diplomatique*, Ámsterdam, 1726-1731, t. IV, 2, pp. 280-287, y no, por ejemplo, el 18 de noviembre, como lo escribe equivocadamente S. Romanin, *Storia documentata di Venezia*, Venecia, 1853-1861, VI, p. 212. <<

[2] A. E., Esp. 224, Felipe a Juan de Vega, Madrid, 5 de diciembre de 1545, sobre la tregua entre el rey de los romanos y el sultán, Minuta, f. 342. Sobre la renovación de la tregua en 1547, B. N. París, Ital. 227. <<

[3] E. Lavisse, *op. cit.*, V, 2, p. 117, Georg Mentz, *Deutsche Geschichte, 1493-1618*. Tubingen, 1913, p. 227. <<

[4] *Ibid*., p. 117 (8 de junio), Henri Hauser y Augustin Renaudet, *Les débuts de l'âge moderne*. 2ª ed., 1946, p. 468. <<

[5] Sobre su nombramiento para el mando de las flotas otomanas, en 1533, y la fecha de su muerte, v. Charles-André Julien, *Histoire de l'Afrique du Nord*, París, 1931, p. 521. Sobre su vida, el libro novelado, en vivos colores, a veces muy justo, de Paul Achard, *La vie extraordinaire des frères Barberousse, corsaires et rois d'Alger*, París, 1939. <<

[6] O. de Selve, *op. cit.*, p. 95; S. Romanin, *op. cit.*, VI, p. 23. <<

[7] E. Lavisse, *op. cit.*, V, 2, p. 122; S. Romanin, VI, p. 222; O. de Selve, *op. cit.*, pp. 124, 126. <<

[8] C. Capasso, “Barbarossa e Carlo V”, en *Rivista storica ital.*, 1932, pp. 169-209. <<

[9] *Ibid.*, p. 172 y n. 1; C. Manfroni, *Storia della marina italiana*, Roma, 1896, pp. 325 y ss.; Hermann Cardauns, *Von Nizza bis Crépy*, 1923, pp. 24 y 29; C. Capasso, *Paolo III*, Mesina, 1924, p. 452; Alberto Guglielmotti, *La guerra dei pirati e la marina pontificia dal 1500 al 1560*, Florencia, 1876, t. II, pp. 5 y ss. <<

[10] E. Lavisse, *op. cit.*, V, 2, p. 112. <<

[11] N. Iorga, *Geschichte des osmanischen Reiches*, Gotha, 1908-1913, III, pp. 76 y ss. Sobre el conjunto de la política turca en el oeste y sobre las complicaciones asiáticas, *ibid.*, pp. 116 y ss. <<

[12] *Ibid.*, p. 117. <<

[13] V. vol. I, p. 723, n. 25. <<

[14] V. *supra*, II, p. 266. <<

[15] V. vol. I, pp. 809 y ss. <<

[16] Pedro de Salazar, *Hispania victrix*, Medina del Campo, 1570. <<

[17] Charles Monchicourt, “Épisodes de la carrière tunisienne de Dragut, 1550-1551”, en *Rev. tun.*, 1917, sobre las hazañas de Jean Moret, encarte, pp. 7 y ss. <<

[18] *Ibid.*, p. 11. Sobre la vida de Dragut, ver la obra del historiador turco Ali Riza Seifi, *Dorghut Re'is*. 2ª ed., Constantinopla, 1910 (edición en caracteres turcolatinos, 1932). <<

[19] *Ibid.*, p. 11. <<

[20] *Archivio storico ital.*, IX, p. 124 (24 de marzo de 1550). <<

[21] F. Braudel, “Les Espagnols et l’Afrique du Nord de 1492 à 1577”, en *Revue Africaine*. 1928, pp. 352 y ss. <<

[22] Carl Lanz, *Correspondenz des Kaisers Karl V*, Leipzig, 1846, III, pp. 3-4 (12 de abril de 1550). <<

[23] *Archivio storico ital.*, IX, p. 124 (20 de abril de 1550). <<

[24] *Ibid.*, pp. 126-127. <<

[25] *Ibid.*, p. 125. <<

[26] *Ibid.*, pp. 126-127. <<

[27] *Ibid.*, p. 127 (11 de mayo de 1550). <<

[28] *Idem.*, <<

[29] *Ibid.*, pp. 129-130 (10 de junio de 1550). <<

[30] *Ibid.*, p. 132 (5 de julio de 1550). <<

[31] *Ibid.*, p. 131 (16 de junio de 1550). <<

[32] En contra de las erróneas afirmaciones de E. Mercier, *Hist. de l'Afrique septentrional*, París, 1891, III, p. 72. <<

[33] *Archivio storico ital.*, IX, p. 132, C. Monchicourt, art. cit., p. 12. <<

[34] A. d. S. Florencia, Mediceo, 2077, f. 45. <<

[35] Acuerdo del gobernador de África con el jeque Solimán ben Saïd, 19 de marzo de 1551, Sim. Eo. 1193. <<

[36] E. Pélissier de Raynaud, *Mém. hist. et géogr.*…, París, 1844, p. 83. <<

[37] Charles Monchicourt, “Études Kairouanaises”, 1ª parte: “Kairouan sous le Chaabia”, en *Revue Tunisienne*, 1932, pp. 1-91 y 307-343, 1933, pp. 285-319. <<

[38] Evacuación de las tropas en España, Alphonse Rousseau, *Annales tunisiennes*, Argel, 1864, p. 25, lo cual es erróneo, E. Pélissier de Raynaud, *op. cit.*, p. 83; Charles Féraud, *Annales Tripolitaines*, París, 1927, p. 56. <<

[39] C. Lanz, *op. cit.*, III, pp. 9-11. <<

[40] S. Romanin, *op. cit.*, VI, p. 214; el 13 de dic. de 1545, P. Richard, *H. des Conciles*. París, 1930. t. IX, 1, p. 222. <<

[41] P. Richard, *op. cit.*, IX, 1, p. 214. <<

[42] *Ibid.*, pp. 209 y ss. <<

[43] *Ibid.*, p. 214, y Buschbell, "Die Sendung des Pedro Marquina…" en *Spanische Forschungen der Görresgesellschaft*, Münster, 1928, I, 10, pp. 311 y ss. Las concesiones en 1547, J. J. Dollinger, *Dokumente zur Geschichte Karls V*…, Regensburg. 1862, pp. 72 y ss. <<

[44] Cit. por Buschbell, art. cit., p. 316. <<

[45] S. Romanin, *op, cit.*, VI, p. 221, según la relación de Lorenzo Contarini en 1548. <<

[46] Georg Mentz, *op. cit.*, p. 209. <<

[47] G. de Leva, *Storia documentata di Carlo V.…*, Venecia, 1863-1881, III, pp. 320 y ss. <<

[48] Joseph Lortz, *Die Reformation in Deutschland*, Friburgo-en-Brisgovia, 1941, II, p. 264, n. 1. <<

[49] Domenico Moresino y Fco. Badoaro al dogo, Augsburgo, 15 de septiembre de 1550. Turba, *Venet. Depeschen*. 1, 2, pp. 451 y ss. <<

[50] *Ibid.*, p. 478, Augsburgo, 30 de noviembre de 1550. <<

[51] *Ibid.*, p. 509, Augsburgo, 15 de febrero de 1551. <<

[52] B. N. París, Ital. 227, S. Romanin, *op. cit.*, VI, p. 214. <<

[53] Después del mes de marzo de 1548, *cf.* Germaine Ganier, *La politique du Connétable Anne de Montmorency* (diplôme de l'École des Hautes Études, El Havre), 1957. <<

[54] P. Richard, *op. cit.*, IX, 1, p. 439. <<

[55] Este detalle se señala con frecuencia, Fernand Hayward, *Histoire de la Maison de Savoie*. 1941, II, p. 12. <<

[56] Juan Christoval Calvete de Estrella, *El felicísimo viaje del… Príncipe don Felipe*, Amberes, 1552. <<

[57] L. Pfandl, *Philippe II, op. cit.*, p. 170. <<

[58] L. Pfandl, *op. cit.*, p. 161. <<

[59] C. Lanz, *op. cit.*, III, p. 20. <<

[60] F. Auguste Mignet, *Charles Quint, son abdication et sa mort*, París 1868, p. 39, y su n. 1. <<

[61] Convención del 6 de octubre de 1551, Sim. “Capitulaciones con la casa de Austria”, 4. <<

[62] ¿Diremos, con Ranke, que fue ésta una de las obras maestras de la diplomacia austriaca? <<

[63] L. Pfandl, *Philippe II, op. cit.*, p. 159. <<

[64] El veneciano Mocenigo, en 1548, Pfandl, *op. cit.*, p. 199. <<

[65] Carlos V a Fernando, Múnich 15 de agosto de 1551, C. Lanz., *op. cit.*, III, 68-71. <<

[66] A. N., 1489, W. Oncken, *op. cit.*, XII (ed. port.), p. 1047. S. Romanin, *op. cit.*, VI, p. 224. <<

[67] A. N., K 1489. <<

[68] *Idem*. <<

[69] Felipe a S. Renard, 27 de enero de 1550, *ibid.* <<

[70] Utilizo el trabajo ya citado de Mlle. Ganier. <<

[71] A. N., K 1489, copia. <<

[72] *Ibid.*, Poissy, 25 de abril de 1550. Descifrado y traducido al español. <<

[73] Sobre la invasión de Orania por este último, el aviso del 17 de agosto de 1550,“q. Alxarife passa en Argel con un gruesso exercito por conquistar…”. *Ibid.* <<

[74] Simón Renard al rey y a la reina de Bohemia, 31 de agosto de 1550, *ibid.* <<

[75] *Idem*. <<

[76] *Idem*. <<

[77] Siempre bajo la misma cota, A. N., K 1489. <<

[78] Fano a Julio III, 15 de julio de 1551, *Nunt. Berichte aus Deutschland*, Berlín, 1901, I, 12, pp. 44 y ss. <<

[79] Después de 1530. La ciudad fue tomada en 1510 por Pedro Navarro, F. Braudel, art. cit., en *Revue Africaine*, 1928, p. 223. <<

[80] Monchicourt, “Épisodes de la carrière tunisienne de Dragut”, en *Rev. tunis.*, 1917, pp. 317-324. <<

[81] Giacomo Bosio, *I Cavalieri gerosolimitani a Tripoli negli anni 1530-1531*. pub. por S. Aurigemma, 1937, p. 129. <<

[82] J. W. Zinkeisen, *op. cit.*, II, p. 869. <<

[83] G. Bosio, *op. cit.*, p. 164. <<

[84] G. Turba, *Venetianische Depeschen*, 12, p. 507, Augsburgo, 10 de febrero de 1551. <<

[85] El nuncio a Julio III, Augsburgo, 15 de julio de 1551, *"…hora si starà aspettando dove ella batía, benché si crede che habbia a fare la impresa de Affrica. Sua Maestà aspetta parimente con sommo desiderio veder quel che Francia farà con questa armata…"*. *N.-Berichte aus Deutschland*, I, 12, pp. 44 y ss. <<

[86] G. Bosio, *op. cit.*, p. 164. <<

[87] E. Rossi, *Il dominio degli Spagnuoli e dei Cavalieri di Malta a Tripoli*, Airoldi, 1937, p. 70; 6 000, dice Charles Féraud, en *Ann. trip., p.* 40; 5 000, C. Monchicourt, "Dragut amiral turc", en *Revue tun.*, 1930, separata, p. 5; 6 000, Giovanni Francesco Bela, *Melite ilustrata*, cit. por Julius Beloch, *op. cit.*, I, p. 165. <<

[88] Sobre esos detalles, ver C. Féraud, *op. cit.*, principalmente, p. 40, acerca de la avaricia de Olmedes, E. Rosi y G. Bosio, *op. cit.* <<

[89] Para la historia del sitio, además de las obras ya indicadas, ver Salomone Marino, “I siciliani nelle guerre contro l’infedeli nel secolo XVI”, *en Ar. st. Siciliano*. XXXVII, pp. 1-29; C. Manfroni, *op. cit.*, pp. 43-44; Jean Chesnau, *Voyage de Monsieur d’Aramon dans le Levant,* 1887, p. 52; Nicolas de Nicolai, *Navig. et pérégrinations.…*, 1576, p. 44. <<

[90] Simon Renard a Carlos V, 5 de agosto de 1551, A. N., K 1489. <<

[91] *Idem*. <<

[92] Simon Renard a Felipe, Orleáns, 5 de agosto de 1551, A. N., K 1489. <<

[93] *Cf.* n. 90 de este mismo capítulo. <<

[94] Simon Renard a S. Alt., Blois, 11 de abril de 1551, A. N., K 1489. <<

[95] J. W. Zinkeisen, *op. cit.*, II, p. 869. <<

[96] Valencia, 15 de agosto de 1551, *Colección de documentos inéditos* (abrev. *CODOIN*). V, p. 117. <<

[97] Malta, 24 de agosto de 1551, Guillaume Ribier, *Lettres et mémoires d'Etat*, París, 1666, pp. 387-389. <<

[98] M. Tridon, *Simon Renard, ses ambassades, ses négociations, sa lutte avec le cardinal Granvelle*, Besançon, 1882, p. 54. <<

[99] *Ibid.*, pp. 55 y 65, los embajadores de Enrique II eran el obispo De Marillac y el abate De Bassefontaine. <<

[100] S. Romanin, *op. cit.*, VI, p. 225. <<

[101] Antoine de Bourbon a M. d'Humières, Coucy, 8 de septiembre de 1551, *Lettres d'Antoine de Bourbon*, ed. por el Marqués de Rochambeau, 1877, p. 26, n. 2. <<

[102] Felipe a Simon Renard, Toro, 27 de septiembre de 1551, A. N., K 1489, min. <<

[103] *Idem.* <<

[104] Avisos del embassador de Francia, septiembre de 1551, A. N., K 1489. <<

[105] W. Oncken, *op. cit.*, XII, p. 1064, 3 y 5 de octubre de 1551. <<

[106] Eduard Fueter, *Geschichte des europäischen Staatensystems*, Múnich, 1919, p. 321. <<

[107] María de Hungría al obispo de Arrás, 5 de octubre de 1551, C. Lanz, *op. cit.*, III, pp. 81-82. <<

[108] Las cosas no les fueron bien allí a los imperiales, Fco. Badoero al dogo, Viena, 22 de octubre de 1551, G. Turba, *Venetianische Depeschen, op. cit.*, 1, 2, pp. 518 y ss. Temesvar estaba amenazado por los turcos. <<

[109] Camaiani a Julio III, Brixen, 28 de octubre de 1551, *Nunt… aus Deutschland*. serie I, 12, pp. 91 y ss.; Fano a Montepulciano, Innsbruck, 6 de noviembre de 1551, *ibid.*, pp. 97 y ss., 14 de diciembre de 1551, *ibid.*, p. 111. <<

[110] Carlos V a Felipe, Villach, 9 de junio de 1552, J. J. Dollinger, *op. cit.*, pp. 200 y ss. <<

[111] E. Lavisse, v. 2, p. 149. G. Zeller, *La réunion de Metz à la France, 1552-1648.* 2 vols., París-Estrasburgo, 1927, I, pp. 35-36, 285-289, 305-306. <<

[112] E. Lavisse, v. 2, p. 150. <<

[113] G. Zeller, *Le siège de Metz par Charles-Quint, oct.-dec. 1552*, Nancy, 1943. <<

[114] J. W. Zinkeisen, *op. cit.*, II, 873. <<

[115] Acuerdo aceptado por Carlos V, Innsbruck, 10 de mayo de 1552, Sim. Patronato Real, núm. 1527. <<

[116] S. Romanin, *op. cit.*, VI, p. 226, H. Hauser, *Prépondérance espagnole*, 2ª ed., 1940, p. 475. <<

[117] Para todas estas fechas, ver Ch. Monchicourt, art. cit., separata, p. 6, referencias a E. Charrièrè, *op. cit.*, II, pp. 167, 169, 179-181, 182 n., 200 y 201. Sobre la derrota de Ponza, Édouard Petit, *André Doria, un amiral condottiere au XVIe s.*, 1887, p. 321. A la noche siguiente de la derrota de Terracina, los turcos capturaron siete galeras cargadas de tropas, C. Manfroni, *op. cit.*, III, p. 382. <<

[118] *CODOIN*. V, p. 123. <<

[119] C. Monchicourt, art. cit., p. 7. <<

[120] Relación del viaje de las galeras de Francia después del último aviso, sin fecha (el jueves 25 de agosto, o 25 de septiembre de 1552). A. N., K 1489. Sobre la negativa de Venecia, S. Romanin, *op. cit.*, VI, 226; a este respecto, documentos en V. Lamansky, *op. cit.* Dificultades de una resistencia eventual de Génova y de Nápoles, C. Manfroni, *op. cit.*, III, 382-383. <<

[121] El 11 de julio de 1553, W. Oncken, ed. portuguesa, *op. cit.*, XII, 1084. <<

[122] Richard Ehrenberg, *Das Zeitalter der Fugger*, Jena, 1896, I, pp. 152-154. <<

[123] Turba, *Venet. Depeschen*. I, 2, p. 526, Innsbruck, 13 de mayo de 1552. <<

[124] Ver vol. I, pp. 635 y ss. <<

[125] G. Zeller, *L'organisation defensive des frontières du Nord et de l'Est au XVIIe siècle*, Nancy-París-Estrasburgo, 1928, p. 4. <<

[126] *La prépondérance espagnole*, p. 475. <<

[127] Cit. por H. Hauser, ver nota anterior. <<

[128] Henri Joly, *La Corse française au XVIe* siècle, Lyon, 1942, p. 55. <<

[129] D. de Haedo, *Epítome de los Reyes de Argel*, ff. 66 y ss. <<

[130] C. Lanz, *op. cit*, III, p. 576. G. de Ribier, *op. cit.*, II, p. 436. <<

[131] C. Manfroni, *op. cit.*, III. p. 386. <<

[132] Paul de Termes a Montmorency, Castiglione della Pescara, 23 de agosto de 1553, B. N. París, Fr. 20 642, f. 165, copia, citado por H. Joly, *op. cit.*, p. 55. <<

[133] J. Chesneau, *Le voyage de Monsieur d'Aramon*, *op. cit.*, p. 161. <<

[134] H. Joly, *op. cit.*, 53. Había que dar un rodeo para evitar los saqueos al reino de Nápoles, considerado un poco como tierra francesa. <<

[135] *Ibid.*, p. 385; C. Monchicourt, art. cit. <<

[136] R. Hakluyt, *The principal navigations* …, II, p. 112. <<

[137] Tommaseo, *Proemio alle lettere di Pasquale Paoli*, p. CLIII, cit. por H. Joly, *op. cit.*, p. 28. <<

[138] H. Joly, *op. cit.*, p. 8. <<

[139] *Ibid.*, p. 9. <<

[140] *Ibid.*, pp. 71-72. <<

[141] *Ibid.*, p. 117. <<

[142] *Ibid.*, p. 14, n. 1. <<

[143] El 17, H. Joly, *op. cit.*, p. 106, y no el 27, C. Manfroni, op. *cit.*, III, p. 389. <<

[144] W. Oncken, *op. cit.*, XII, p. 1086, el 6 de julio. <<

[145] Da Mula al dogo, Bruselas, 29 de julio de 1553, G. Turba, *Venetianische Depeschen*, I, 2, p. 617. Sobre María Tudor, *Reconocimiento de María Tudor por Reina d'Inglaterra*. Sim. Eo. 505-506, f. 7. <<

[146] Enrique Pacheco y de Leiva, “Grave error político de Carlos I”, en *Rev. de Archivos. Bibl. y Museos*, 1921, pp. 60-84. <<

[147] Granvella a Renard, 14 de enero de 1553, cit. por M. Tridon, *op. cit.*, p. 85. <<

[148] M. Tridon, *op. cit.*, p. 84. Ya en noviembre de 1553 se conocía el resultado, Carlos V a la reina de Portugal, Bruselas, 21 de noviembre de 1553, en Pacheco, art. cit., pp. 279-280. <<

[149] W. Oncken, *op. cit.*, XII, p. 1086. <<

[150] Ch. de la Roncière, *Histoire de la marine française*, 1934, III, pp. 491-492. <<

[151] Da Mula al dogo, Bruselas, 30 de diciembre de 1553, G. Turba, *op. cit.*, I, 2, p. 640. <<

[152] Carlos V a Felipe, 1 de enero de 1554, A. E. Esp. 229, f. 79. Sobre la actitud de Soranzo en Inglaterra, Da Mula, 2 de marzo de 1554, G. Turba, *op. cit.*, I, 2, p. 645, n. 2. <<

[153] El condestable al cardenal de París (en Roma), París, 3 de febrero de 1554, A. N., K 1489 (copia en italiano). Simon Renard a Carlos V, Londres, 29 de enero de 1554, A. E. Esp., 229, f. 79; del mismo al mismo, 8 de febrero de 1554, f. 80; 19 de febrero de 1554, marzo de 1554, *ibid.:* *CODOIN*. III, p. 458. <<

[154] E. Lavisse, *op. cit.*, V, 2, p. 158. <<

[155] A este efecto, apostan tropas cerca de Calais: el condestable al cardenal de París, París, 3 de febrero de 1554, copia ital., A. N., K 1489. <<

[156] Carlos V a Felipe, Bruselas, 13 de marzo de 1554, A. E. Esp. 229, f. 81; 21 de marzo de 1554, f. 82; 1 de abril de 1554, f. 83; 3 de abril de 1554, f. 84. Da Mula al dogo, Bruselas, 20 de mayo de 1554. G. Turba, *op. cit.*, I, 2, pp. 648 y ss. <<

[157] E. Lavisse, *op. cit.*, V, 2, p. 137. <<

[158] Avisos de Francia, Nantes, 26 de junio de 1552, A. N., K 1489. <<

[159] *Ibid.*, 3 de abril de 1554, A. d. S. Florencia, Mediceo 424, f. 5, citado por H. Joly, *op. cit.*, p. 119. <<

[160] H. Joly, *op. cit.*, p. 118. <<

[161] C. Manfroni, *op. cit.*, III, p. 392, y referencia a E. Charrière, *op. cit.* <<

[162] H. Joly, *op. cit.*, p. 122. <<

[163] En el curso de estas operaciones pereció Leone Strozzi. <<

[164] C. Manfroni, *op. cit.*, III, p. 391. <<

[165] *Ibid.*, p. 392, E. Charrière, *Négotiations*…, II, p. 351. <<

[166] Marqués de Sarria a la princesa Juana, Roma, 22 de noviembre de 1555, J. J. Döllinger, *op. cit.*, pp. 214-216. <<

[167] Durante el invierno, la flota genovesa salía de su escondite. De 12 galeras que se confiaron a Juan Andrea Doria, para comenzar, se perdieron 9 en enero de 1556, como consecuencia de un golpe de *libreccio*, en las costas de Córcega, C. Manfroni, *op. cit.*, III, p. 394. <<

[168] Lucien Romier, *Les origines politiques des guerres de religion*, París, 1914, II, pp. 393-440. <<

[169] Coggiola, “Ascanio della Corna”, p. 114, p. 1, diciembre de 1555. <<

[170] D. de Haedo, *Epítome…*, *op. cit.*, ff. 68 y 68 v. <<

[171] Ver *infra*, pp. 464 y ss. <<

[172] Paule Wintzer, “Bougie, place forte espagnole”, en *B. Soc. géogr. d’Alger*, 1932, pp. 185-222, especialmente pp. 204 y ss., y 221. <<

[173] Diego Suárez, *Hist. del maestre último que fue de Montesa*…, Madrid, 1889, pp. 106-107. <<

[174] Luis de Cabrera, *Felipe II, Rey de España*, Madrid, 1877, I, p. 42. <<

[175] Peticiones del cardenal de Toledo para la jornada de Argel y Bugía y Conquista de África, Sim. Eo. 511-513. <<

[176] Paule Wintzer, art. cit., p. 221. En su favor, Diego Suárez, *op. cit.*, p. 107. <<

[177] El duque de Alba a la princesa Juana, 29 de marzo de 1556, Sim. Eo. 1049, f. 11. <<

[178] G. Mecatti, *Storia cronologica della Città di Firenze*, *op. cit.*, II, p. 697. <<

[179] Coggiola, “Ascanio…”, p. 97. <<

[180] H. Joly, *op. cit.*, p. 122, S. Romanin, *op. cit.*, VI, p. 230. <<

[181] H. Joly, *op. cit.*, p. 120. <<

[182] Sim. Po. Real núm. 1538, 13 de octubre de 1555, Coggiola, art. cit., p. 246. <<

[183] Felipe a la princesa Juana, Windsor, 9 de agosto de 1554, A. E. Esp. 229, f. 84. *Viaje de Felipe II [*sic*] a Inglaterra quando en 1555 fue a casar con la Reina Da Maria*. *CODOIN*, I, p. 564. <<

[184] Es difícil fijar con exactitud las fechas, en este caso. El 25 de julio de 1554 el regente Figueroa presentó a Felipe la minuta de la renuncia que Carlos V hacía al reino de Nápoles (Sim. Eo. 3636, 25 de julio de 1554, G. Mecatti, *op. cit.*, II, p. 693). El 2 de octubre de ese mismo año, Julio III concedió a Felipe la investidura de los reinos de Nápoles y de Sicilia (Sim. Eo. 3638, 23 de octubre de 1554); posteriormente, el 18 de noviembre, el papa le concedió en feudo los reinos de Sicilia y de Jerusalén (Sim. Eo. 1533, Roma, 18 de noviembre de 1554). Sobre Nápoles, ver Lodovico Bianchini, *Della storia delle Finanze del Regno di Napoli*, 1839, pp. 52-53. La renuncia de Carlos V al reino de Sicilia datería, pues, del 16 de enero de 1556; pero esta renuncia se hizo a nombre de "Carolus et Joana reges Castelle" y, por consiguiente, tiene que haber ocurrido antes de la muerte de Juana la Loca (1555). <<

[185] Para un relato resumido, ver Charles Bratli, *Philippe II, roi d'Espagne*, París, 1912, pp. 87 y ss., o L. Pfandl, *op. cit.*, pp. 272 y ss. <<

[186] *Renuncia de Carlos V en favor de Felipe II de los reinos de Castilla*. Sim. Eo. 511-513. <<

[187] Por ejemplo, Fernando a Felipe II, Viena, 24 de mayo de 1556, *CODOIN*, II, p. 421, o Carlos V a Fernando, Bruselas, 8 de agosto de 1556, *ibid*., pp. 707-709. <<

[188] *Cfr*. *supra*, t. II, pp. 354-355. <<

[189] *CODOIN*. XCVIII, p. 24. <<

[190] A este respecto, ver la demostración en H. Joly, *op. cit*., p. 126, en contra de la opinión de Francis Decrue de Stoutz, *Anne de Montmorency*, París, 1899, II, p. 1. <<

[191] A. d'Aubigné, *Histoire universelle*, París, 1886, I, p. 125; E. Lavisse, *op. cit.*, V, 2, p. 160, dice 15 de febrero; pero el rey de Francia publicó la tregua desde el 13 (13 de febrero de 1556, A. N., K 1489), F. Hayward, *op. cit.*, II, p. 18. <<

[192] Fernando a Carlos V, Viena, 22 de mayo de 1556, C. Lanz, *op. cit.*, III, pp. 69, 702. <<

[193] Desembarcó en Laredo, el 6 de octubre de 1556, L. P. Gachard, *Retraite et mort de Charles Quint*, Bruselas, 1854, p. 137. <<

[194] Felipe II a la princesa Juana, Londres, 13 de abril de 1557, A. E. Esp. 232, f. 232. <<

[195] Badoero al senado, Bruselas 7 de marzo de 1556, Coggiola, art. cit., p. 108, n. <<

[196] Navagero al senado, Roma, 21 de febrero de 1556, Coggiola, art. cit., pp. 232-233. <<

[197] Badoero al senado, Bruselas 10 de marzo de 1556, Coggiola, art. cit., p. 108 n. <<

[198] *Idem.* <<

[199] Relación de Bernardo Navagero, 1558, E. Albèri, *Relazioni…*, II, 3, p. 389. <<

[200] Ernesto Pontieri, “ II papato e la sua funzione morale e politica in Italia durante la preponderanza spagnuola”, en *Ar. st. it.*, 1938, t. II, p. 72. <<

[201] E. Lavisse, *op. cit.*, V, 2, p. 163. <<

[202] Enrique II a Ottavio Farnese, Fontainebleau, 29 de junio de 1556, Coggiola, art. cit., pp. 256-257; F. Decrue, *Anne de Montmorency*, II, p. 186. <<

[203] H. Patry, “Coligny et la Papauté en 1556-1557”, en *Bull. de la Soc. de I’hist. du protestantisme français*, t. 41, 1902, pp. 577-585. <<

[204] El duque de Alba entró en Ostia el 14 de noviembre. “Lo que me refiere un hombre que fue a Francia estos días a entender lo que alla se hazia” (diciembre de 1566), A. N., K 1490. La tregua se firmó el 18 de noviembre (Sim. Patronato Real, núm. 1580), y se prorrogó el 27 de diciembre de 1556, *ibid.*, núm. 1591. <<

[205] *Opere*, Milán, 1806; pp. 119-131, cit. por Coggiola, pp. 225 y ss. <<

[206] Igual fecha, Felipe II al cardenal Caraffa, Sim. Patronato Real, núm. 1614. <<

[207] Por ejemplo, en el negocio de los Colonna, a quienes desposeyó de sus tierras, aunque los Colonna eran partidarios notorios de España. Y así también, a propósito de las relaciones, siempre espinosas, con Nápoles. <<

[208] “Lo que contienen dos cartas del embaxador en Francia de nueve y treze de julio de 1556”, A. N., K 1489. <<

[209] D. de Haedo, *op. cit.*, ff. 69 v y 70. Jean Cazenave, “Un corse, roi d’Alger (Hassan Corso)”, en *Rev. Afrique Latine*. 1923, pp. 397-404; “Socorro de Orán”, Sim. Eo. 511-513. <<

[210] E. Lavisse, *op. cit.*, V, 2, p. 167. <<

[211] “Un hombre que se envio a Francia y bolvio a Perpiñán a los XXV de enero ha referido lo siguiente” —28 de enero de 1557—, A. N., K 1490: 30 000 infantes y 10 000 jinetes en Piamonte. Una nota marginal: “todo es mentira”. Simon Renard estaba mejor informado, Simon Renard a Felipe II, 12 de enero de 1557, da un total de 12 000 hombres. A. N., K 1490. <<

[212] Simon Renard a Felipe II, 12 de enero de 1557, A. N., K 1490. <<

[213] *Idem.* <<

[214] Cavi, 14 de septiembre de 1557. “Capitulación pública sobre la paz entre Felipe II y Paulo IV otorgada entre el duque de Alba y el cardenal Caraffa”, Sim. Patronato Real, núm. 1626. Cláusulas secretas sobre las fortificaciones de Paliano, *ibid.*, núm. 1625. <<

[215] Palmerini B. Com. Palermo Qq. D. 84. ¿Es exacta la fecha del 11 de septiembre? <<

[216] Juan Vasquez a Carlos V, Valladolid, 18 de noviembre de 1557, L. P. Gachard, *La retraite.*…, I, doc. núm. CXXI. <<

[217] Paul Herre, *Papsttum und Papstwahl im Zeitalter Philipps II*, Leipzig, 1907. <<

[218] Felipe II a Carlos V, Beaurevoir, 11 de agosto de 1557, aut. A. N., K 1490. En esta carpeta figuran numerosos documentos sobre la batalla de San Quintín. <<

[219] Felipe II a Carlos V, *cf.* nota 218 de este capítulo. <<

[220] *Idem.* <<

[221] Felipe II al conde de Feria, 29 de junio de 1558, *CODOIN*. LXXXVII, p. 68. <<

[222] Cesáreo Fernández Duro, *Armada española*, Madrid, 1895-1903, II, pp. 9 y ss. Dogo y gobernadores de Génova a Jacomo de Negro, embajador de España, Génova, 23 de mayo de 1558, A. d. S. Génova, Inghilterra, I, 2273. Sobre el papel del embajador francés De la Vigne, Piero al duque de Florencia, Venecia, 22 de enero de 1558, orig., Mediceo 2974, f. 124. Llegó antes que de costumbre. "Avisos de Constantinopla", 10 de abril de 1558. Sim. Eo. 1049, f. 40. <<

[223] Pedro de Urries, gobernador de Calabria, al virrey de Nápoles, 7 de junio de 1558, Sim. Eo. 1049, f. 43. El 13 cayó aquella plaza, y después se produce el saqueo de Reggio, C. Manfroni, *op. cit.*, III, p. 401. <<

[224] Instruction data Magco. Franco. Coste misso ad classem Turchorum prorebus publicis, Génova, 20 de junio de 1558, minuta A. d. S. Génova, Constantinopoli 1558-1565, 1-2169, C. Manfroni, *op. cit.*, III, p. 401, n., me parece que cita otra copia de estas instrucciones. <<

[225] Pasa por delante de Torre del Greco, “Copia de párrafos de carta original del cardenal de Sigüenza a S. A.”, Roma, 16 de junio de 1558, Sim. Eo. 1889, f. 142, A. E. Esp. 290, f. 27. <<

[226] Don Juan Manrique a S. A., Nápoles, 26 de junio de 1558, Sim. Eo. 1049, f. 41. <<

[227] C. Fernández Duro, *Armada Española*…. II, p. 11. <<

[228] *Ibid.*, p. 12. <<

[229] G. Turba, *op. cit.*, I, 3, p. 81, n. 3. <<

[230] Marin de Cavali al dogo, Pera, 16 de diciembre de 1558, A. d. S. Venecia, Senato Secreta, Consta. Filza 2. B, f. 102. <<

[231] *Le traité du Cateau-Cambrésis*, 1889. <<

[232] *Les origines politiques des guerres de religion, 2* vols., París, 1913-1914. <<

[233] Guy de Brémond d'Ars, *Le père de Mme de Rambouillet, Jean de Vivonne, sa vie et ses ambassades*, París, 1884, p. 14; Lucien Romier, *Origines…*, *op. cit.*, II, libro V, cap. II, pp. 83-86; B. N., OC 1534, f. 93, etcétera. <<

[234] Isabel a Felipe II, Westminter, 3 de octubre de 1558, A. N., K 1491, B 10, núm. 110 (en latín). <<

[235] Baron A. Ruble, *op. cit.*, p. 55. <<

[236] A Enrique III, 25 de septiembre de 1574, copia, Sim. Eo. 1241. <<

[237] *Op. cit.*, VII. pp. 198, 205. <<

[238] T. A. d’Aubigné, *Op. cit.*, I, p. 41. <<

[239] “Quieren que por vos, Francia e Inglaterra cambien en larga paz la hereditaria guerra.” <<

[240] “Apuntamientos para embiar a España” (s. f., mayo-junio de 1559), Sim. Eo. 137, ff. 95-97. Una copia de este importante documento, A. E. Esp. 290. Sobre la reunión de los principales personajes *“di qsti paesi”* y su deseo, a causa del *“garbuglio”* de Inglaterra y de Escocia, de que el rey se quedara ese invierno en Flandes, Minerboti al duque, 2 de julio de 1559, A. d. S. Florencia, Mediceo, 4029. <<

[241] El duque de Alba a Felipe II, París, 26 de junio de 1559, A. N., K 1492, B 10, f. 43 *a*. <<

[242] El mismo al mismo, junio de 1559, *ibid.*, f. 44. <<

[243] *Idem.* <<

[244] París, 11 de julio de 1559, *ibid.*, f. 49. <<

[245] J. Dureng, “La complicité de l’Angleterre dans le complot d’Amboise”, en *Rev. Hist. mod.*, t. VI, pp. 248 y ss.; Lucien Romier, *La conjuration d’Amboise*, 3ª ed., p. 73; E. Charrière, *op. cit.*, II, p. 595. <<

[246] Ruy Gómez y el duque de Alba a Felipe II, París, 8 de julio de 1559, A. N., K 1492, f. 48, Enrique II estaba perdido. <<

[247] L. P. Gachard, *op. cit.*, I, pp. 122 y ss., 27 de mayo de 1555. <<

[248] *Ibid.*, p. 124, la reina de Hungría al obispo de Arrás, 29 de mayo de 1556. <<

[249] *Ibid.*, I, pp. XLI y XLII, pp. 341-352; II, p. CXXXVII y s., p. 390. <<

[250] *Historiae de rebus Hispanie…*, el t. I (único publicado) de la continuación por el P. Manuel José de Medrano, Madrid, 1741. <<

[251] Añadamos que los errores son frecuentes, y la cronología, generalmente, inexacta. Felipe II embarcó el 25 de agosto en Flesinga, y desembarcó el 8 de septiembre en Laredo. Según Campana, el rey se hizo a la vela el 27, y según Gregorio Leti, el 26. Los historiadores modernos cuya línea comienza con Robertson y Prescott toman estos datos de las obras antiguas. <<

[252] Ver el resumen de estos viajes en C. Bratli, *op. cit.*, p. 188, n. 280, y pp. 101-102. <<

[253] *Essai sur l'administration de la Castille au XVIe siècle*, 1860, pp. 43-44. <<

[254] E. Albèri, *Relazioni*, I, 1, pp. 293 y ss., julio de 1546. <<

[255] M. Philippson, *Ein Ministerium unter Philipp II, Kardinal Gramella am spanischen Hofe, 1579-1586,* Berlín, 1895, en 8°. <<

[256] Referencia a un artículo de Pérez Bustamante, “Las instrucciones de Felipe II a Juan Bautista de Tassis”, en *Rev. de la Biblioteca, Archivo* y *Museo*, t. V, 1928, pp. 241-258. <<

[257] Sim. Eo. 343. <<

[258] Louis Paris, *op. cit.*, p. 42, n. 1. <<

[259] *Ibid.*, p. 42. <<

[260] He aquí el breve relato de Jean de Vandenesse: "… El jueves, día de San Bartolomé, 23 de agosto, Su Majestad cenó en el dicho Sonburgo, y después de haber cenado fue a Flesinga. Y hacia las once horas de la noche se embarcó en su nave, permaneciendo anclado hasta el viernes por la tarde, en que se hizo a la vela. El dicho día, hacia las nueve horas de la mañana, los príncipes y señores de los Países Bajos se despidieron del rey y de todos; y no fue sin pena, suspiros y lágrimas y sentimiento, al ver que su rey natural los abandonaba. Y así partieron. Y hacia el mediodía llegó la duquesa de Parma acompañada del príncipe, su hijo, y de muchos otros señores, a despedirse de Su Majestad. Y a la hora del ocaso, Su Majestad se hizo a la vela, y, pasando con bastante buen viento los estrechos y peligrosos bancos a la vista de Dunquerque, de Calais y de Dover, navegó hasta el canal cerca de la isla Vicq (Wight). Al entrar a la mar de España se calmó el viento, de manera que estuvimos quince días en el mar. Y el ocho de septiembre, día de Nuestra Señora, Su Majestad y algunos de los que navegaban tomaron puerto en Laredo, donde Su Majestad desembarcó y fue a oír misa a la iglesia, y ahí durmió ese día, que era un viernes, y muchos no pudieron desembarcar, como querían. Los que iban en barcos pesados y algunos otros no pudieron entrar inmediatamente a puerto. Y el sábado Su Majestad partió del dicho lugar de Laredo más o menos una hora después de mediodía para ir a Colibre, que está media jornada más hacia el interior. A cuya hora empezó una tormenta tan furiosa en mar y tierra, que las embarcaciones que estaban ancladas en el puerto no pudieron resistir y encallaron, pues es gran pena ver que naves y personas se pierden entre las olas. Otras se vieron obligadas a correr fortuna en el mar. En tierra, los árboles se desenraizaron, y el viento se llevó los techos de las casas, y el temporal duró todo el día y toda la noche…", en L. P. Gachard y Piot, *Collection des voyages des souverains des Pays-Bas*, 1876-1882, IV, pp. 68 y ss. <<

[261] He aquí el testimonio resumido de Ardinghelli. Este testigo de vista sigue en Zelanda los desplazamientos de Felipe II, y asegura el contacto con él. El 23 de agosto probablemente, previno a tiempo a Margarita de Parma para que llegara a despedirse de Felipe II. Se embarcó el 25, y en camino supo aprovecharse de las comodidades que ofrecían los barcos, para dar noticias sobre la salud del príncipe. El 26 de agosto, entre Calais y Dover, indica que todo marcha a pedir de boca y que los pilotos abren mucho los ojos para asegurar la navegación a través de los bancos de arena. Felipe II no permitió que los preciosos pilotos se relevasen antes de la isla de Wight. El informante sugiere ese mismo día (el 27) que el rey quizá era responsable de la lentitud de la marcha; el viento se había levantado, pero el soberano no quería separarse de las urcas, lo cual impidió que los navíos hiciesen treinta leguas más. Concluye diciendo: "El viaje no pudo haber sido mejor; pasamos ya todos los lugares peligrosos, y de hoy en ocho esperamos estar en España. Un barco español que encontramos en el camino llevaba una carta fechada el 31. El viaje siguió con muy buen tiempo. Esta noche habremos salido del canal…". La correspondencia se interrumpe después hasta el 8 de septiembre. Ese día, Ardinghelli escribe a su señora: "Loado sea Dios, que nos ha conducido al fin sanos y salvos hasta el puerto de Laredo. Después de nuestra salida del canal de Inglaterra, el tiempo fue tan variable que más de una vez engañó a los marineros, y nos vimos incomodados ya por la calma, ya por los vientos contrarios; pero gracias a Dios no tuvimos tempestad. Anoche, por fin, se levantó un mistral que nos condujo plácidamente a tierra…". No pudo salir de Laredo hasta el 14. Al día siguiente de la tempestad (día 10), Ardinghelli escribía: "… el sábado (9 de sept.) a mediodía, se desencadenó en el mar una tempestad tan terrible que fue una gran suerte encontrarse en tierra. Los navíos que se encontraban en el puerto se salvaron con la mayor dificultad, y con todo, tres de ellos abordaron contra el muelle, aunque sin pérdidas de hombres ni de mercaderías. Las urcas que habían quedado atrás deben pasar por grandes peligros y hasta la fecha estamos sin noticias, por lo cual hay temores muy vivos…". Estas apreciaciones no se confirmaron: el 13, la "flota de Flandes" llegó "sin haber sufrido pérdidas a consecuencia de la pasada tempestad…". La alegría fue general. Las urcas transportaban servidores y bienes de los señores que acompañaban a Felipe II. Estas cartas

de Ardinghelli obran en los archivos farnesianos de Nápoles, Spagna, fascio 2, ff. 186 a 251. <<

[262] Felipe II a Chantonnay, 26 de septiembre de 1559 (y no 1560, dato de clasificación), A. N., K 1493, B 11, f. 100 (minuta). “De las naves que vinieron en el armada en q. yo passe a estos reynos ha faltado solo una q. hasta agora no ha parescido de uno q. se llama Francisco de Bolivar de Santander en la qual venia la ropa de los regentes de mi qsejo [consejo] de Italia y de algunos de mis secretarios y de otros mis criados q. vereis por una memª que se os embiara co esta.” Según el rey, ciertos rumores afirmaban que el navío había llegado a La Rochela. Sobre la pérdida de este navío, ver L. P. Gachard, *Retraite…*, *op. cit.*, II, p. LVII. <<

[263] G. Leti, *La vie de Philippe II*, 1679, I, p. 135. <<

[264] L. P. Gachard, *Retraite…*, *op. cit.*, I, pp. 122 y ss. <<

[265] *Actas de las Cortes de Castilla*, 1558, I. <<

[266] *CODOIN*, XXVII. <<

[267] *Ibid.*, p. 202. <<

[268] L. P. Gachard, *Retraite…*, *op. cit.*, II, pp. 401 y ss., y, sobre todo, las obras clásicas de E. Schafer y de Marcel Bataillon; E. Albèri, *op. cit.*, I, III, pp. 401-402. <<

[269] Juan Ortega y Rubio, *Historia de Valladolid, 2* vols., en 8º, 1881, t. II, p. 57 (primer auto de fe), p. 58 (segundo auto de fe), p. 64: se reservaron la mitad de las víctimas para cuando llegara el rey. <<

[270] C. Bratli, *op. cit.*, p. 93. <<

[271] Pp. 555 y ss. Ver el estudio de Lucien Febvre, “Une conquête de l’histoire: l’Espagne d’Erasme”, en *Ann. d’hist. soc.*, t. XI, 1939, pp. 28-42. <<

[272] *Op. cit.*, pp. 533 y ss.; ¿hay que tener también en cuenta una economía en regresión, que no puede ser sino mala consejera? Ver *supra*, II, pp. 327-328. <<

[273] Sim. Eo. 137, ff. 123 y 124. <<

[274] Luis Quijada a Felipe II, 1 de mayo de 1558, ed. por J. J. Dollinger, *op. cit.*, p. 243. <<

[275] Memoria del arzobispo de Sevilla a Carlos V, 2 de junio de 1558, ed. por L. P. Gachard, *La retraite…*, *op. cit.*, II, pp. 417-425. Escribe Vásquez a Carlos V el 5 de julio de 1558: "y paresce que no hay tanto daño como se pensó, bendito sea Dios", *ibid.*, pp. 447-449. <<

[276] Relación de Marcantonio da Mula, E. Albèri, *Relazioni…*, I, 3, pp. 402 y ss. <<

[277] 6 y 11 de marzo de 1559, E. Charrière, *Négotiations…*, *op. cit.*, II, p. 563. <<

[278] “La primera crisis de hacienda en tiempo de Felipe II”, en *Rev. de España* I, 1868, pp. 317-361. <<

[279] *Idem.* <<

[280] *Idem.* <<

[281] L. P. Gachard, *La retraite…. op. cit.*, I, pp. 206-207, 7 de noviembre de 1557, y II, pp. 278-279, 15 de noviembre de 1557. <<

[282] *Ibid.*, I, pp. 240-242, 5 de enero de 1558. <<

[283] Sim. Eo. 137. <<

[284] L. P. Gachard, *op. cit.*, I, pp. 137-139, 1 de abril de 1557; pp. 148-149, 12 de mayo de 1557; sobre estas cuestiones y sobre el castigo de los "oficiales", A. E. Esp. 296, 8 y 9 de junio de 1557; sobre el desvío de un barco cargado de metal precioso hacia Portugal, L. P. Gachard, *op. cit.*, I, pp. 142-144. <<

[285] *Ibid.*, I, p. 172, Martín de Gaztelu a Juan Vásquez, 18 de septiembre de 1557. <<

[286] Juan A. Llorente, *La primera crisis…, art. cit.* <<

[287] A. H. N. Inquisición de Valencia, Libro I. <<

[288] *Idem.*, esto a propósito de las demandas barcelonesas de ejecución de juicios. <<

[289] Sobre este tema, ver las obras clásicas de K. Haebler y R. Ehrenberg, y vol. I, pp. 662 y ss. <<

[290] El texto del asiento con los Fugger, A. d. S. Nápoles, Carta Farnesiana, fasc. 1634. <<

[291] B. N. París, Fr. 15 875, ff. 476 y 476 v. <<

[292] B. N. París, Fr. 15 875, ff. 478-479. <<

[293] A. d. S. Nápoles, Carta Farnesiana, fasc. 1634. <<

[294] Alegría relativa, por supuesto, y al principio, incluso, descontento. Se anulaba la tercera parte de la deuda, y el resto era pagadero en “juros” a 20%; Felipe a la princesa Juana, 26 de junio de 1559, Sim. Eo. 137, f. 121. <<

[295] Felipe II a la princesa Juana, Bruselas, 26 de junio de 1559, Sim. Eo. 137, ff. 123 y 124. <<

[296] Sim. Eo. 137, 13 de julio de 1559. <<

[297] Manuel Danvila, *El poder civil en España*, Madrid, 1885, V, pp. 364 y ss. <<

[298] M. Danvila, *op. cit.*, V, pp. 346 y ss. <<

[299] Por ejemplo, las de Burgos (10 de febrero de 1559, f. 55), Sevilla (Sim. Eo. 137) y Guadalajara (B. N. París, Esp. 278, ff. 13 y 14, 5 de noviembre de 1557). <<

[300] Sobre las averiguaciones abiertas acerca de las tierras usurpadas de Granada, sólo conozco el nombre del funcionario que las practicó, un doctor Sanctiago, “oydor de Valladolid”, que consta en una carta de Felipe II a la princesa Juana, 29 de julio de 1559, Sim. Eo. 518, ff. 20 y 21. Simple mención en otra carta de Felipe II, 27 de abril de 1559, Sim. Eo. 137, f. 139. <<

[301] Ver a este respecto, la respuesta de la princesa Juana, 27 de abril de 1559, Sim. Eo. 137, f. 139, y M. Danvila, op. *cit.*, V, p. 372. <<

[302] Sim. Eo. 137. <<

[303] Ver n. siguiente. <<

[304] 13 de julio de 1559, Sim. Eo. 137. <<

[305] Poseemos numerosas indicaciones acerca de la misión de este personaje (Velasco y no De Lasco, como se le llama en los documentos del cardenal Granvella, *Papiers d'État, op. cit.*, V, p. 454). Referencia a esta misión en la carta de Felipe II a la princesa, Bruselas, 18 de junio de 1559, Sim. Eo. 137, y del 20 de mayo, *ibid.*, f. 116. <<

[306] Granvella, *op. cit.*, V, p. 606. <<

[307] L. P. Gachard, *La retraite…*, *op. cit.*, II, pp. LIII-LIV; M. Danvila, *op. cit.*, V, p. 351 (1557). <<

[308] Granvella, *Papiers d'État*, V, pp. 641-644. <<

[309] *Ibid.*, Toledo, 27 de diciembre de 1559, p. 672. <<

[310] De la nueva reina de España. <<

[311] Se hace alusión aquí al proyectado viaje de Felipe II a los Países Bajos (1566-1568). *Actas de las Cortes de Castilla*. III, pp. 15-24. <<

[312] Acotaciones marginales de Felipe II a la carta que le dirigió la princesa el 14 de julio de 1559, Sim. Eo. 137, f. 229. A solicitud mía, cotejó este texto don Miguel Bordonau, a la sazón archivero jefe de Simancas. <<

Capítulo II. Los seis últimos años de la supremacía turca: 1559-1565

[1] “Instrucción de lo que vos el Reverendo padre obispo del Águila habéis de decir a la Majestad del Serenísimo Rey é Emperador, nuestro muy caro y muy amado tío donde de presente os enviamos.” Bruselas, 21 de mayo de 1558, *CODOIN*, XCVIII, pp. 6-10. <<

[2] En cuanto a la persona “que tiene práctica e inteligencia en la corte del turco” y que estuvo encargada, sin estarlo, de sondear el terreno en Constantinopla, no hay duda que era Francisco de Franchis Tortorino, un genovés relacionado con la mahona de Quíos. Encargado de una misión por Génova a consecuencia de los corruptores tratos con Piali Pachá durante el verano de 1558, no cabe duda de que propuso también sus servicios a Felipe II. Un documento que se ha encontrado en los archivos de Génova cuenta en detalle el viaje de Francisco de Franchis (Constantinopoli, 1.2169), y ciertas cartas consulares revelan que estuvo en Nápoles y en Mesina, donde tuvo, por lo demás, dificultades con las autoridades españolas, y trasladóse luego a Venecia. A. d. S. Génova, Nápoles, Lettere Consoli, 2, 2635; Gregorio Leti, *op. cit.*, I, p. 302, habla de su misión en compañía de un tal Nicolo Gritti. <<

[3] *CODOIN*, XCVIII, pp. 53-54. <<

[4] Bruselas, 6 de marzo de 1559, Sim. Eo. 485. <<

[5] “Instrucción del Rey a Nicolo Secco para tratar con el Turco”, Bruselas, 6 de marzo de 1559, Sim. Eo. 485. <<

[6] Bruselas, 8 de abril de 1559, Sim. Eo. 1210. <<

[7] Selim y Bajazet. <<

[8] 15 de junio de 1559, Sim. Eo. 1124, f. 295. <<

[9] Resumen de las cartas del duque de Sesa, 1, 4 y 7 de diciembre de 1559 (4 de diciembre). Sim. Eo. 1210, f. 142. <<

[10] 10 de enero de 1560, Sim. Eo. 1050, f. 9. <<

[11] Al dogo, Viena, 25 de octubre de 1559, G. Turba, *op. cit.*, I, 3, pp. 108 y ss. <<

[12] El mismo remitente al mismo destinatario, 22 de noviembre de 1559, *ibid.*, pp. 120 y ss. <<

[13] El rey al virrey de Sicilia, Bruselas, 4 de abril de 1559, Sim. Eo. 1124, f. 304. <<

[14] E. Charrière, *op. cit.*, II, p. 596, n. <<

[15] *Ibid.*, p. 603. <<

[16] Marin de Cavalli al dogo, Pera, 18 marzo 1559, A. d. S. Venecia, Sen. Secreta Consta. Filza 2/B. <<

[17] D. de Haedo, *op. cit.*, pp. 73-74. Sobre la política española en el norte de África, *ver* nuestro artículo en *Revue Africaine*, 1928; Jean Cazenave, *Les sources de l'histoire d'Oran*, 1933. <<

[18] Jean Nicot, *Correspondance*, public. por E. Falgairolle, p. 7. <<

[19] Cádiz. <<

[20] Al rey, 20 de junio de 1559, Sim. Eo. 485. <<

[21] Para todos los detalles de este párrafo, ver Charles Monchicourt, *L'expédition espagnole contra l'île de Yerba*, París, Leroux, 1913, en 8º, 277 pp., modelo de erudición minuciosa. En principio, nuestras referencias están tomadas de fuentes no utilizadas en este libro. <<

[22] Al virrey de Sicilia, igual fecha, Sim. Eo. 1124, f. 300; instrucción al comendador Guimerán, igual fecha, *ibid.*, ff. 278-279; al gran maestre de Malta, igual fecha, *ibid.*, f. 302, etcétera. <<

[23] Don Lorenzo van der Hammeny León, *Don Felipe el Prudente…*, Madrid, 1625, f. 146 v. <<

[24] Jean de La Valette, de la lengua de Provenza, gran maestre de la Orden, 1557 a 1568. Había gobernado Trípoli de 1546 a 1549. *Cf*. los extractos de G. Bosio, I *Cavalieri gerosolimitani a Tripoli*, public. por S. Aurigemma, 1937, pp. 271-272. <<

[25] *Op. cit.*, p. 82-83. <<

[26] El duque de Medinaceli a Felipe II, 20 de julio de 1559, orig. Sim. Eo. 1, f. 204. <<

[27] Decisión del 15 de junio, informe del 20. <<

[28] C. Monchicourt, *op. cit.*, p. 93, deja pensar que D. J. de Mendoza obró de su propia iniciativa. R. B. Merriman, *op. cit.*, IV p. 102, indica, a título de hipótesis, que don Juan pudo recibir una orden. El hecho queda establecido por la carta de Felipe II (ver nn. 22y 8 de este capítulo). Ver igualmente, sobre este punto y sobre el desarme de las costas de España, L'Aubespine al rey, 20 de julio de 1559, E. Charrière, *op. cit.*, II, p. 600, n., L. Paris, *Nég. sous Francois II*, p. 24; C. Duro, *op. cit.*, II, p. 46. <<

[29] Curiosas observaciones de A. de Herrera, *op. cit.*, I, p. 14; por todas partes se presenta, después de 1559, el problema de la desmovilización; la proyectada expedición pudo haber sido un medio de desembarazar a la Italia española de los soldados que “quedaban de la guerra del Piamonte y no que podían ocuparse mejor que contra los infieles”. <<

[30] Felipe II al comendador Guimerán, Gante, 14 de julio de 1559, Sim. Eo. 1124, f. 331. <<

[31] Al virrey de Sicilia, Gante, igual fecha y lugar de archivo. <<

[32] Al comendador Guimerán, Gante, 7 de agosto de 1559, Sim. Eo. 1124, f. 330. <<

[33] Figueroa a la princesa Juana, Génova, 7 de agosto de 1559, Sim. Eo. 1388, ff. 162-163. <<

[34] J. Andrea Doria a Felipe II, Mesina, 10 de agosto de 1559, Sim. Eo. 1124, f. 335, en italiano. Más tarde, J. A. Doria ya no se comunica con el rey más que en español. <<

[35] El duque de Sesa al rey, Milán, 11 de agosto de 1559, Sim. Eo. 1210, f. 203. <<

[36] Figueroa a Felipe II, Génova, 14 de septiembre de 1559, Sim. Eo. 1388. <<

[37] J. A. Doria a Felipe II, Mesina, 14 de septiembre de 1559, Sim. Eo. 1124, f. 336. <<

[38] *Idem*. <<

[39] Felipe II al duque de Medinaceli, Valladolid, 8 de octubre de 1559, Sim. Eo. 1124, ff. 325-326. <<

[40] A Felipe II, Sim. Eo. 1124, f. 270. <<

[41] Sobre esta lentitud, innumerables documentos, y principalmente Sim. Eo. 1049, ff. 185, 188, 189, 225, 227, 251 y 272. <<

[42] Gio Lomellino a la señoría de Génova, Mesina, 10 de diciembre de 1559, A. d. S. Génova, Lettere Consoli, Napoli-Messina, 1-2634. <<

[43] C. Monchicourt, *op. cit.*, p. 88. <<

[44] *Ibid.*, p. 92. <<

[45] Gio Lomellino a la señoría de Génova, Mesina, 24 de agosto de 1559, igual referencia que en la nota 42 de este capítulo. <<

[46] *Op. cit.*, I, p. 15. <<

[47] Figueroa a Felipe II, Génova, 27 de octubre de 1559, Sim. Eo. 1388, f. 16. <<

[48] Marin de Cavalli al dogo, Pera, 29 de enero (1560), A. d. S. Venecia, Senato Secreta Consta. 2/B, f. 222 v. <<

[49] C. Monchicourt, *op. cit.*, p. 100. <<

[50] Así, el 21 de enero de 1560, *C. S. P*. VII, p. 150. <<

[51] Giacomo Soranzo al dogo, Viena, 3 de febrero de 1560, G. Turba, *op. cit.*, 1, p. 134. <<

[52] Mesina, 3 de abril de 1560, A. d. S. Génova, Lettere Consoli, Napoli-Messina, 1-2634. <<

[53] El baile al dogo, Pera, 30 de marzo de 1560, A. d. S. Venecia, Senato Secreta Consta. 2/B. <<

[54] En sus notas al *Memorial de D. Alvaro*, C. Monchicourt, *op. cit.*, p. 100, n. 2. <<

[55] 3 de abril de 1560, A. d. S. Génova, Lettere Consoli…, 1-2634. <<

[56] El virrey de Nápoles a Felipe II, 4 de abril de 1560, Sim. Eo. 1050, f. 28; al duque de Medinaceli, 20 de abril, *ibid.*, f. 32; al rey, 21 de abril, f. 32. <<

[57] Al rey, 5 de mayo de 1560, Sim. Eo. 1050, f. 36. <<

[58] *Ibid.*, f. 39. <<

[59] Al rey, 16 de mayo de 1560, *ibid.*, f. 40. <<

[60] Pp. 32 y 32 v., citado por C. Monchicourt, *op. cit.*, p. 109. <<

[61] El visitador Quiroga al rey, Nápoles, 3 de junio de 1560, Sim. Eo. 1050, f. 63. <<

[62] Bien visto por el hiio de N. Maquiavelo, C. Monchicourt, *op. cit.*, p. 111. <<

[63] La señoría de Génova a Sauli, Génova, 19 de mayo de 1560, A. d. S. Génova, L. M. España, 3.2412. <<

[64] Al rey, 30 de mayo de 1560, Sim. Eo. 485. <<

[65] El duque de Alcalá a Felipe II, 31 de mayo de 1560, Sim. Eo. 1050, f. 56. <<

[66] El mismo remitente al mismo destinatario, 1 de junio de 1560, *ibid.*, f. 60. <<

[67] Por una carta de Figueroa y avisos del cardenal Cigala y de los embajadores de Génova, Felipe II al virrey de Nápoles, 2 de junio de 1560, Sim. Eo. 1050, f. 63. Sobre el monto de las pérdidas, Gresham, 16 de junio de 1560, habla de 65 barcos, Ms. Record Office, núm. 194. <<

[68] Tiepolo al dogo, Toledo, 2 de junio de 1560, *C. S. P. Veneciano*, VII, pp. 212-213. <<

[69] *Idem*. <<

[70] *Idem*. <<

[71] Felipe II al duque de Alcalá, Toledo, 8 de junio de 1560, Eo. 1050, f. 69. <<

[72] Barcelona, 9 de junio de 1560, Sim. Eo. 327. <<

[73] Don García de Toledo a Felipe II, Barcelona, 12 de junio de 1560, Sim. Eo. 327. <<

[74] Felipe II a don García de Toledo, Toledo, 15 de junio de 1560, Sim. Eo. 327. Respuesta de don García, de Barcelona, 23 de junio, *ibid.* <<

[75] Resumen de las cartas de Figueroa, 3, 5, 10, 12 de julio de 1560, Sim. Eo. 1389. <<

[76] *Idem*. <<

[77] *Idem*. <<

[78] El duque de Medinaceli al rey, 9 de julio de 1560. C. Monchicourt, *op. cit.*, p. 237. <<

[79] El duque de Alcalá a Felipe II, Nápoles, 9 de octubre de 1560, Sim. Eo. 1050, f. 137. <<

[80] Michiel al dogo, Chartres, 22 de junio de 1560, *C. S. P. Veneciano*, VII, p. 228. <<

[81] *C. S. P. Veneciano*, VII, p. 229. El duque de Alba a Felipe II, Alva, 19 de septiembre de 1560, orig. Sim. Eo. 139, existe una copia. <<

[82] B. N. París, Esp. 161, ff. 15 a 21. Ver E. Charrière, *op. cit.*, II, pp. 621-623, sobre los rumores de una colaboración franco-española. <<

[83] El rey al obispo de Limoges, 16 de septiembre de 1560, L. Paris, *op. cit.*, pp. 523-530. <<

[84] Chantonnay a Felipe II, 2 de febrero de 1560, A. N., K 1493, f. 39; L. Romier, *La conjuration d'Amboise*, 1923, p. 123. La reina de España a Catalina de Médicis, septiembre de 1560; L. Paris, *Négoc. sous le régne de François II*. p. 510. <<

[85] Chantonnay a Felipe II, Melun, 31 de agosto de 1560, A. N., K 1493, f. 83; 3 de septiembre de 1560, L. Paris, *op. cit.*, pp. 506-509. <<

[86] 3 de julio de 1560, *CODOIN*, XCVIII, pp. 155-158. <<

[87] Sim. Eo. 1389. <<

[88] Sim. Eo. 1050, f. 84. <<

[89] 13 de julio de 1560, E. Charrière, *op. cit.*, II, pp. 616-618. <<

[90] Constantinopla, 17 y 27 de julio de 1560, *ibid.*, 618-621. <<

[91] Figueroa a S. M., Génova, 26 de julio de 1560, Sim. Eo. 1389. Su impostura, Sauli a la República de Génova, Toledo, 14 de diciembre de 1560, A. d. S. Génova, Lettere Ministri, España, 2.2411. <<

[92] 6 de agosto de 1560, Sim. Eo. 445, copia. <<

[93] *Op. cit.*, II, p. 36. <<

[94] B. N. Madrid, Ms. 11085, 9 de abril de 1561. <<

[95] C. Monchicourt, *op. cit.*, p. 133; J. A. Doria llegó a Malta el 8 de agosto de 1560. J. A. Doria a Felipe II, misma fecha, Sim. Eo. 1125. Estaba a punto de caer sobre Trípoli cuando sobrevino la nueva caída del fuerte. El mismo remitente al mismo destinatario, 9 de septiembre de 1560, *ibid.* <<

[96] 18 de agosto de 1560, Sim. Eo. 1050, f. 120. <<

[97] C. Monchicourt, *op. cit.*, p. 134. <<

[98] *Idem*. <<

[99] G. Hernández a Felipe II, Venecia, 21 de agosto de 1560, Sim. Eo. 1325. <<

[100] Corfú, 4 de septiembre de 1560, Sim. Eo. 1050, f. 129. <<

[101] El virrey de Nápoles a Felipe II, Sim. Eo. 1050, f. 128. <<

[102] *Op. cit.*, II, pp. 245 y ss. <<

[103] R. B. Merriman, *op. cit.*, IV, p. 107. <<

[104] Monteleone al rey, 30 de agosto de 1560, Sim. Eo. 1050, f. 121. El duque de Alcalá al rey, Nápoles, 3 de septiembre de 1560, *ibid.*, f. 124. <<

[105] Conde de Luna al rey, 28 de diciembre de 1560, *CODOIN*, XCVIII, pp. 189-192. <<

[106] Florencia, 10 de julio de 1560, Sim. Eo. 1446. <<

[107] G. Hernández a Felipe II, Venecia 20 de julio de 1560, Sim. Eo. 1324, f. 47. <<

[108] Ho. Herro al dogo, Pera, 12 de noviembre de 1560; A. d. S. Venecia, Senato Secreta, Consta. 2/B, ff. 290-291. <<

[109] 19 de septiembre de 1560, B. N., Esp., 161, ff. 15 a 21. <<

[110] 9 de octubre de 1560, Sim. Eo. 1850, f. 139. J. de Mendoza al rey, Palamós, 1 de septiembre de 1560, Sim. Eo. 327. <<

[111] 26 de agosto de 1560, Sim. Eo. 1058, f. 118. <<

[112] C. Monchicourt, p. 237. <<

[113] Cagliari, 25 de agosto de 1560, Sim. Eo. 327. <<

[114] *CODOIN*. VIII, p. 560. <<

[115] Sobre el doctor Buschia, ver algunas de sus cartas en los A. N. de París, serie K 1493, B 11, f. 111 (20, 28 y 30 de septiembre; 4, 8 y 13 de octubre de 1560). Sobre los fantásticos historiadores del Levante, ver Granvella a Felipe II, Nápoles, 31 de enero de 1572, Sim. Eo. 1061. <<

[116] *CODOIN*, XCVIII, p. 182. <<

[117] Felipe II al gran comendador y a don J. de Zúñiga, Madrid, 23 de octubre de 1560, Sim. Eo. 1324, f. 48. <<

[118] Dolu al cardenal de Lorena, Const. 5 de marzo de 1561, E. Charrière, *op. cit.*, II, pp. 652-653, carestía, miseria, peste. <<

[119] *Idem.* <<

[120] Ragusa, 2 de enero de 1561, Sim. Eo. 1051, f. 11. <<

[121] Virrey de Nápoles a Felipe II, 6 de enero de 1561, Sim. Eo. 1051, f. 12. <<

[122] Al rey, Trapani, Sim. Eo. 1126. <<

[123] Felipe II al virrey de Mallorca, Aranjuez, 28 de febrero de 1561, Sim. Eo. 328. <<

[124] Corfú, 30 de marzo de 1561, Sim. Eo. 1051, f. 51. <<

[125] “Relación que haze Antonio Doria…”, 18 de abril de 1561, Sim. Eo. 1051, f. 62. <<

[126] Constantinopla, 9 de abril de 1561, Sim. Eo. 1051, f. 54. <<

[127] 12, 14 de abril de 1561, Sim. Eo. 1051, f. 55; Liesma, 16 de abril de 1561, *ibid.*, f. 56. <<

[128] Alonso de la Cueva al virrey de Nápoles, La Goleta, 17 de abril de 1561, Eo. 1051, f. 57. <<

[129] Virrey de Nápoles a Marcantonio Colonna, Nápoles, 9 de mayo de 1561, Sim. Eo. 1051, f. 78. <<

[130] El mismo remitente a Felipe II, 9 de agosto de 1561, Sim. Eo. 1051, f. 119. <<

[131] Madrid, 5 de septiembre de 1561, B.N. París, Fr. 16103, ff. 44 y ss. <<

[132] “Lo que se entiende de Levante… de Corfú”, 10 de agosto de 1561, Sim. Eo. 1051, f. 120. <<

[133] E. Charrière, *op. cit.*, II, pp. 657-658. <<

[134] *Ibid.*, pp. 653-654. <<

[135] Virrey de Sicilia a Felipe II, Mesina, 8 de junio de 1561, Sim. Eo. 1126, virrey de Nápoles al rey, Nápoles, 7 de julio de 1561. <<

[136] E. Charrière, *op. cit.*, II, p. 661. <<

[137] Ho. Herro al dogo, Pera, 10 de julio de 1561, A. d. S. Venecia, Senato Secreta Consta. 3/C. Rustem Pachá murió el 9 de julio. <<

[138] El obispo de Limoges al rey, Madrid, 5 de septiembre de 1561, B.N. París, Fr. 16 103, ff. 44 y ss. <<

[139] E. Charrière, *op. cit.*, II, pp. 657-658. <<

[140] *CODOIN*, XCII, pp. 240-244. <<

[141] 28 de mayo de 1562, Sim. Eo. 1052, f. 27. <<

[142] Sampiero no llegó a Constantinopla hasta enero de 1563. Numerosos documentos genoveses, A. d. S. Génova, España, 3.2412, y Constantinopla, 1.2169. <<

[143] Virrey de Nápoles a Marcantonio Colonna, 24 de mayo de 1562, Sim. Eo. 1051, f. 87. <<

[144] Felipe II al virrey de Nápoles, 14 de junio de 1562, Sim. Eo. 1051, f. 96. <<

[145] Ver la >nota 143 de este capítulo. <<

[146] Daniel Barbarigo al dogo, Pera, 5 de agosto de 1562, A. d. S. Venecia, Senato Secreta 3/C; Venecia, 20 de agosto de 1562, tregua concluida por ocho años, *CODOIN*, XCVII, pp. 369-372, C. Monchicourt, *op. cit.*, p. 142. <<

[147] Constantinopla, 30 de agosto de 1562, E. Charrière, *op. cit.*, II, pp. 702-707. <<

[148] 6-17 de enero de 1563, *ibid.*, pp. 716-719. <<

[149] Felipe II a los duques de Saboya y de Florencia, El Escorial, 8 de marzo de 1563, Sim. Eo. 1393. <<

[150] Sim. Eo. 1052, f. 169. <<

[151] Narbona, 2 de enero de 1564, Edmond Cabié, *Ambassade en Espagne de Jean Ebrard, Seigneur de Saint-Sulpice*, Albi, 1903, p. 112. <<

[152] Constantinopla, 12 de febrero de 1564, Sim. Eo. 1053, f. 19. <<

[153] Virrey de Nápoles a Felipe II, Nápoles, 17 de febrero de 1564, Sim. Eo. 1053, f. 22. <<

[154] A Felipe II, París, 17 de marzo de 1564, A. N., K 1501, núm. 48 G. <<

[155] Saint-Sulpice al rey, 11 de marzo de 1564, E. Cabié, *op. cit.*, pp. 262-263. <<

[156] *Ibid.*, p. 269, 29 de mayo de 1564. <<

[157] Sim. Eo. 1053, f. 54. <<

[158] Principios de julio de 1564, E. Cabié, *op. cit.*, p. 270. <<

[159] *Ibid.*, p. 279. <<

[160] A. d. S. Génova, L. M. España, 3.2412. <<

[161] Al dogo, G. Turba, *op. cit.*, I, 3, pp. 289-290. <<

[162] Diego Suárez, según el general Didier, *Hist. d'Oran*, 1927, VI, p. 99, n. 5. <<

[163] 24 de agosto de 1561, B. N. París Fr. 16 103. <<

[164] C. Duro, *op. cit.*, II, p. 44. Ver vol. I, Segunda Parte, cap. IV. <<

[165] El obispo de Limoges al rey, 5 de septiembre de 1561, B. N. París, Fr. 16 103, ff. 44 y ss. <<

[166] Sim. Eo. 1051, f. 131. <<

[167] *Ibid.*, f. 139. <<

[168] *Ibid.*, f. 49. <<

[169] Virrey de Sicilia a Felipe II, Palermo, 8 de noviembre de 1561, Sim. Eo. 1126. <<

[170] El mismo remitente al mismo destinatario (s. f. en mis fichas), *ibid.* <<

[171] El obispo de Limoges a la reina, Madrid, 3 de enero de 1562, B. N. París, Fr. 16 103, f. 129 v. En junio de 1562 los españoles aún estaban en La Goleta. Relación del viaje de J. de Mendoza… Sim. Eo. 1052, f. 33. <<

[172] Alonso de la Cueva al virrey de Sicilia, 1 de marzo de 1562, Sim. Eo. 1127. <<

[173] Figueroa a Felipe II, Génova, 9 de mayo de 1562, Sim. Eo. 1391. <<

[174] Relación del viaje de J. de Mendoza…, vern. 171 de este capítulo; D. J. de Mendoza, de regreso a Palermo el 9 de mayo de 1562, Sim. Eo. 1127. <<

[175] *Per lettere di Marsiglia*, 21 de mayo, A. d. S. Génova, L. M. España, 3.2412. <<

[176] Virrey de Nápoles a Felipe II, 4 de julio de 1562, Sim. Eo. 1052, f. 45. <<

[177] Argel, 12 de julio de 1562, A. d. S. Génova, L. M. España, 3.2412. <<

[178] Sauli a la autoridad genovesa, Barcelona, 13 de septiembre de 1562, *ibid.* <<

[179] Al rey, La Goleta, 30 de septiembre de 1562, Sim. Eo. 486. <<

[180] Saint-Sulpice al rey, 26 de octubre de 1562, E. Cabié, *op. cit.*, p. 90. <<

[181] Núm. 345, p. 83. <<

[182] “Relación de cómo se perdieron las galeras en La Herradura”, 1562, Sim. Eo. 444, f. 217; C. Duro, *op. cit.*, II, pp. 47 y ss., no parece que se remonte a las fuentes. <<

[183] J. de Figueroa al virrey de Nápoles, Gaeta, 8 de noviembre de 1562, Sim. Eo. 1052, f. 67. <<

[184] C. Duro, *op. cit.*, II, p. 48. <<

[185] Agostinho Gavy de Mendoza, *Historia do famoso cerco que o xarife pos a fortaleza de Mazagão no ano de 1562*, Lisboa, 1607. <<

[186] C. Duro, *op. cit.*, II, p. 49. <<

[187] El 3 o el 4, según las relaciones tradicionales, y quizá no antes del 8 de abril. En esa fecha, los argelinos estaban aún a dos leguas de la ciudad, tierra adentro. Felipe II a Figueroa, Segovia, 18 de abril de 1563, Sim. Eo. 1392. *Lo que ha passado en el campo de Oran y Almarçaquibir…*, Toledo, 1563, 4º Pieza, B. N., Oi 69. <<

[188] D. de Haedo, *op. cit.*, p. 75 v. <<

[189] Resumen de las cartas del conde de Alcaudete, marzo de 1563, Sim. Eo. 486. <<

[190] *Relación de lo que se entiende de Orán por cartas del Conde de Alcaudete de dos de junio 1563 rescibidas a cinco del mismo*. Sim. Eo. 486. <<

[191] *Lo que ha passado…*, B. N. París, Oi 69. <<

[192] El rey recuerda este detalle en su carta del 18 de abril, Sim. Eo. 1392. <<

[193] El virrey de Sicilia a Felipe II, Mesina, 23 de abril de 1563, Sim. Eo. 1127. <<

[194] Madrid, 25 de abril de 1563, Sim. Eo. 330. <<

[195] Sim. Eo. 1052, f. 156. <<

[196] Esta carta, citada según respuesta del rey, ver la n. siguiente. <<

[197] Madrid, Sim. Eo. 1392. <<

[198] *Ibid.* <<

[199] Sim. Eo. 1392. <<

[200] Indicación dada según carta del virrey a Felipe II, carta de respuesta, 23 de julio de 1563, Sim. Eo. 1052, f. 207. <<

[201] A este respecto, R. B. Merriman, *op. cit.*, IV, p. 110, habla de esfuerzos sobrehumanos. ¿No es demasiado decir? <<

[202] El 2, según Salazar; el 6, según Cabrera; según Duro, *op. cit.*, II, pp. 55-59. <<

[203] Gómez Verdugo a Francisco de Eraso, 29 de agosto de 1563, Sim. Eo. 143, f. 117. <<

[204] Sancho de Leyva al rey, Nápoles, 13 de enero de 1564, Sim. Eo. 1053, f. 8. No obstante, se sabe que S. de Leyva se hizo a la vela hacia La Goleta, virrey a S. M., Nápoles, 17 de febrero de 1564, Sim. Eo. 1053, f. 22. <<

[205] Felipe II a don García de Toledo, Valencia, abril de 1564, *CODOIN*, XXVII, p. 398. <<

[206] Hasta que empezaron a construirse las chalupas ordenadas a los proveedores de Málaga, *CODOIN*, XXVII, p. 410, 17 de mayo de 1564. <<

[207] 12 de junio de 1564, E. Cabié, *op. cit.*, p. 270. <<

[208] Don García de Toledo a Felipe II, Nápoles, 15 de junio de 1564, Sim. Eo. 1053, f. 64. <<

[209] Don Juan de Çapata a Eraso, 15 de junio de 1564, Sim. Eo. 1053, f. 63. <<

[210] Virrey de Nápoles a Felipe II, 15 de junio de 1564, *ibid.*, f. 60. <<

[211] Nota autógrafa del rey al margen de una carta que le dirigió don García de Toledo, Nápoles, 16 de junio de 1564, Sim. Eo. 1053, f. 65. <<

[212] J. B. E. Jurien de la Gravière, *Les Chevaliers de Malte*, París, 1887, I, p. 98. <<

[213] *Ibid.*, p. 99. <<

[214] Esas son las cifras de C. Duro. El 29 de agosto, Saint-Sulpice, refiriéndose solamente a Cádiz, habla de 62 galeras (E. Cabié, *op. cit.*, pp. 291-292); 70 y pico de galeras, se dijo en Francia, 13 de agosto de 1564, A. N., K 1052, núm. 296. <<

[215] J. B. E. Jurien de la Gravière, *op. cit.*, I, p. 111, n. 1. <<

[216] Don García de Toledo a S. M., Málaga, 16 de septiembre de 1564, *CODOIN*, XXVII, p. 527. <<

[217] Felipe II a Figueroa, 3 de agosto de 1564, Sim. Eo. 1393, y no Eo. 931, como se imprimió erróneamente, Fernand Braudel, en *Revue Afr*., 1928, p. 395, n. 1. <<

[218] Figueroa al rey, Génova, 27 de junio de 1564, Sim. Eo. 1393. <<

[219] En Venecia, principalmente, centro de noticias verdaderas o falsas y de especulaciones, G. Hernández a Felipe II, Venecia, 12 de septiembre de 1564, Sim. Eo. 1325. <<

[220] El mismo remitente al mismo destinatario, *ibid.* <<

[221] Felipe II a D. García de Toledo, 18 de julio de 1564, Sim. Eo. 1393. <<

[222] 2 de agosto de 1564, A. N., K 1502. <<

[223] Felipe II a Figueroa, 3 de agosto de 1564, Sim. Eo. 1393. <<

[224] Sim. Eo. 1393. <<

[225] Don Francés de Alava a Felipe II, 13 de agosto de 1564, A. N., K 1502, núm. 96. <<

[226] “Nuevas de Francia…” recibidas el 3 de septiembre de 1564. Sim. Eo. 351. <<

[227] Garcés al duque de Florencia, Madrid, 22 de septiembre de 1564, A. d. S. Florencia, Mediceo 4897, f. 36 v. <<

[228] Felipe II al duque de Florencia, Madrid, 23 de septiembre de 1564, Sim. Eo. 1446, f. 112. <<

[229] Sauli a la señoría, Madrid, 24 de septiembre de 1564, A. d. S. Génova, L. M. España, 3.2412. <<

[230] 9 de octubre, *ibid.* <<

[231] Felipe II a Figueroa, Madrid, 25 de octubre de 1564, Sim. Eo. 1393. <<

[232] *Idem.* <<

[233] Figueroa a Felipe II, Génova, 27 de octubre de 1564, Sim. Eo. 1393. <<

[234] El mismo remitente al mismo destinatario, 8 de noviembre Sim. Eo. 1054, f. 21. <<

[235] A. N., K 1502, B 18, núm. 51 a. <<

[236] Felipe II a Francés de Alava, 31 de diciembre de 1564, A. N., K 1502, B 18, núm. 77. <<

[237] Figueroa a Francés de Alava, Génova, 1 de diciembre de 1564, A. N., K 1502, B 18, núm. 60. <<

[238] *Ibid*. A bordo de una de estas fragatas, un corso amigo de Sampiero, Piovanelo, que los corsarios berberiscos capturaron cuando pasaba. <<

[239] *Idem.* <<

[240] *Idem.* <<

[241] Figueroa a Felipe II, 3 de diciembre de 1564, Sim. Eo. 1393. <<

[242] El mismo remitente al mismo destinatario, 21 de diciembre de 1564, *ibid.* <<

[243] Apreciemos, de paso, este argumento de S. M. a Chantonnay, Madrid, 10 de noviembre de 1562, A. N., K 1496, B 14, núm. 126: Felipe II había declarado a Saint-Sulpice que no podía pronunciarse contra la reina de Inglaterra “por causa de las antiguas alianças”. <<

[244] Las conversaciones se habían iniciado en septiembre; el obispo de Limoges a Catalina de Médicis, Madrid, 24 de septiembre de 1561, B. N. París, Fr. 15875, f. 194, Chantonnay a Felipe II, Saint-Cloud, 21 de noviembre de 1561, A. N., K 1494, B 12, núm. 111, el mismo remitente al mismo destinatario, Poissy, 28 de noviembre de 1561, *ibid.*, núm. 115. <<

[245] G. Soranzo al dogo, Viena, 25 de diciembre de 1561, una conjura descubierta en Pamplona, en favor del rey de Navarra, G. Turba, *op. cit.*, I, pp. 195 y ss. <<

[246] Morone al duque de Alba, Roma, 2 de octubre de 1561, Joseph Susta, *Die Römische Curie und das Konzil von Trient unter Pius IV*, Viena, 1904, I, p. 259. <<

[247] El duque de Alba a Chantonnay, Madrid, 18 de enero de 1562, A. N., K 1496, B 14, núm. 38. <<

[248] Figueroa a Felipe II, 9 de octubre de 1562, Sim. Eo. 1391. <<

[249] Saint-Sulpice a Catalina de Médicis, Madrid, 25 de noviembre de 1562, B. N. París, Fr. 15877, f. 386. <<

[250] G. Monchicourt, *op. cit.*, p. 88. <<

[251] Felipe II al virrey de Nápoles, Toledo, 8 de junio de 1560, Sim. Eo. 1059, f. 69. <<

[252] Un cálculo genovés (*Conto che si fa delle galere che S. Mtà. Cattca. potrà metere insieme*). A. d. S. Génova, L. M. Spagna 2.2411 (1560), contiene una interesante descripción: galeras de España (20), de Génova (6), del príncipe Doria, excluidas las que están en Yerba (6), del duque de Florencia (3), del duque de Saboya (2), del conde de Nicolera (1), del rey de Portugal (4), de Paulo Santa Fiore (2), "delle salve" (23). Total, 67. Un documento siciliano de 1560 (Sim. Eo. 1125) da la cifra total de 74, con la reducción siguiente: galeras del Papa (2), de España (20), del príncipe Doria (10), de Génova (8), de la Religión (5), del duque de Florencia (7), del duque de Saboya (6), de Antonio Doria (4), de Cigala (2), de Cal. Vitelo (3), de Paolo Sforza (2), de Nápoles (3), de Bendineli Sauli (1), de Stefano de Mari (1). <<

[253] L. Bianchini, *op. cit.*, I, p. 54. <<

[254] El virrey de Nápoles al rey, Sim. Eo. 1050, f. 137. <<

[255] Resumen de las cartas de Figueroa al rey, 3, 5, 10 y 12 de junio de 1560, Sim. Eo. 1389. <<

[256] El virrey de Nápoles a Felipe II, Nápoles, 12 de enero de 1561, Sim. Eo. 1051, f. 17. <<

[257] L. von Pastor, *op. cit.*, XVI, p. 256 y n. 1. <<

[258] *Idem.* <<

[259] *Ibid.*, p. 257. <<

[260] *Idem.* <<

[261] Tiepolo al dogo, Toledo 26 de marzo de 1561, *C. S. P. Veneciano*, VII, p. 305. <<

[262] La instrucción de Fernando de Sylva, marqués de la Favara…, 1 de abril de 1561, Sim. Eo. 1126. <<

[263] Sauli a la señoría de Génova, Toledo, 27 de abril de 1561, A. d. S. Génova, L. M. España, 2.241 1. <<

[264] Tiepolo al dogo, 26 de abril de 1561, *C. S. P. Veneciano*, VII, p. 310. <<

[265] El duque de Medinaceli al virrey de Nápoles, 30 de junio de 1561, Sim. Eo. 1051, f. 100, copia. <<

[266] El obispo de Limoges al rey, Madrid, 5 de septiembre de 1561, B. N. París, Fr. 16 103, ff. 44 y ss., copia, y del mismo remitente al mismo destinatario, la carta ya citada del 12 de agosto de 1561. <<

[267] “Los puntos en que han hablado a S. M. Mos. Dosance y el embaxor. Limoges”, Madrid, 10 de diciembre de 1561, A. N., K 1495, B 13, núm. 96. <<

[268] Joyeuse al rey, Narbona, 28 de diciembre de 1561, B. N. París, Fr. 15875, f. 460. <<

[269] Memorias del obispo de Limoges, 27 de enero de 1562, B. N. París, Fr. 16 103, f. 144 v., copia. <<

[270] Felipe II al virrey de Nápoles, 14 de junio de 1562, Sim. Eo. 1052, f. 96. La composición de las escuadras era la siguiente: *a)* escuadra de D. J. de Mendoza, 12 galeras de España (de las cuales, 4 estaban destacadas a disposición de los priores y cónsules de Sevilla); 6 de Nápoles; 6 de Antonio Doria; 4 del conde Federico Borromeo; 2 de Estéfano Doria; 2 de Bendineli Sauli; *b)* escuadra de J. Andea Doria, 12 galeras del mencionado Andrea, conforme a su nuevo "asiento"; 4 de la Religión; 4 de Marco Centurione; 2 del duque de Terranova, y 2 de Cigala. <<

[271] C. Duro, *op. cit.*, II, p. 49. <<

[272] Felipe II a los duques de Saboya y de Florencia, S. Lorenzo, 8 de marzo de 1563, Sim. Eo. 1392. <<

[273] C. Duro, *op. cit.*, III, p. 67. <<

[274] Sancho de Leyva a Felipe II, Nápoles, 13 de enero de 1564, Sim. Eo. 1053, f. 8. <<

[275] Virrey de Nápoles al rey, 15 de junio de 1564, Sim. Eo. 1053, f. 60. <<

[276] 29 de junio de 1564, *ibid.*, f. 73. <<

[277] J. von Hammer, *op. cit.*, VI, p. 118. <<

[278] C. Duro, *op. cit.*, III, p. 61, n. 2, y p. 62, n. 1. <<

[279] *Ibid.*, p. 64, n. 3. <<

[280] Don García de Toledo a Eraso, Málaga, 17 de agosto de 1564, *CODOIN*, XXVII, p. 452, citado por C. Duro, *op. cit.*, III, pp. 65-66. <<

[281] 22 de agosto de 1564, citado por C. Duro, *op. cit.*, III, p. 66. <<

[282] Por ejemplo, en cuanto a las galeras de Nápoles, G. de Toledo al virrey de Nápoles, 23 de enero de 1565, Sim. Eo. 1054, f. 52. <<

[283] Don García de Toledo a Felipe II, Gaeta, 14 de diciembre de 1564, *CODOIN*, CI. pp. 93-105. <<

[284] Leonardo Contarini al dogo, Venecia, 29 de diciembre de 1564, G. Turba, *op. cit.*, I, 3, p. 289. <<

[285] Don García de Toledo al rey, Nápoles, 7 de enero de 1565, *CODOIN*, XXVII; p. 558. <<

[286] E. Charrière, *op. cit.*, II, pp. 774-776. <<

[287] Constantinopla, 10 de febrero de 1565, Sim. Eo. 1054, f. 64. <<

[288] Álvaro de Bazán a Felipe II, Orán, 10 de marzo de 1565, Sim. Eo. 486, ver E. Cat, *Mission bibliogr. en Espagne*, 1891, pp. 122-126. <<

[289] Rodrigo Portillo al rey, Mers-el-Kebir, 13 de marzo de 1565, Sim. Eo. 485. <<

[290] Virrey de Nápoles a Felipe II, 14 de marzo de 1565, Sim. Eo. 1054, f. 70. <<

[291] Francavila a S. M., Barcelona, 19 de marzo de 1565, Sim. Eo. 332, Felipe II a los proveedores de Málaga, Madrid, 30 de marzo de 1565, Sim. Eo. 145. <<

[292] Constantinopla, 20 de marzo; Corfú, 9 de marzo; Ragusa, 9 de abril de 1565, Sim. Eo. 1054, f. 71; el 22, dice J. de la Gravière, *op. cit.*, I, p. 169. <<

[293] En Madrid, el 6 de abril, el embajador toscano Garcés presentó a Felipe II los avisos de Levante recibidos por la vía de Florencia; anunciaban la potencia, no el objetivo de la armada. Garcés al duque de Florencia, Madrid, 6 de abril de 1565, A. d. S. Florencia, Mediceo 1897, f. 88. Igualmente Pétrémol, en su carta a Du Ferrier, 7 de abril de 1565, E. Charrière, *op. cit.*, II, pp. 783-785, indicaba la partida del grueso de la flota el 30 de Constantinopla, pero no sabía si se dirigía a Malta o a La Goleta. Esta fecha del 30 de marzo, dada igualmente por un aviso de Constantinopla el 8 de abril de 1565, Sim. Eo. 1054, f. 85. <<

[294] Felipe II al deán de Cartagena (Alberto Clavijo, proveedor de Málaga), Madrid, 22 de marzo de 1565, Sim. Eo. 145. <<

[295] Aranjuez, 7 de abril de 1565, Sim. Eo. 145. <<

[296] Virrey de Nápoles a Felipe II, Nápoles, 8 de abril de 1565, Sim. Eo. 1054, f. 80. <<

[297] El mismo remitente al mismo destinatario, Nápoles, 8 de abril de 1565, *ibid.*, f. 81. <<

[298] *Ibid.*, f. 94, aviso de Corfú, 30 de abril de 1565. <<

[299] *Idem.* <<

[300] J. B. E. Jurien de la Gravière, *op. cit.*, I, p. 172. <<

[301] *Idem*. <<

[302] Sim. Eo. 1125. <<

[303] Sim. Eo. 1054, f. 106. <<

[304] “Recibida a VI de junio”, nota sobre el anterior documento. <<

[305] C. Duro, *op. cit.*, III, pp. 76 y ss. <<

[306] P. Herre, *op. cit.*, p. 53; H. Kretschmayr, *op. cit.*, III, p. 48. <<

[307] J. B. E. Jurien de la Gravière, *op. cit.*, II, p. 140. <<

[308] En mayo, don Álvaro de Bazán tenía 19 galeras bajo sus órdenes, Tello a Felipe II, Sevilla, 29 de mayo de 1565, Sim. Eo. 145, f. 284. Posteriormente su escuadra creció, y llegó a Nápoles con 42 galeras. <<

[309] J. B. E. Jurien de la Gravière, *op. cit.*, II, p. 167. <<

[310] *Ibid.*, pp. 172 y ss. <<

[311] “Por cartas del Duque de Seminara de Otranto, a 29 de octubre 1565”, Sim. Eo. 1054, f. 207. El 22, don García de Toledo estaba entre Zante y Modón, ante la isla deshabitada de Strafaria, tras haber partido de Cérigo, isla veneciana, con la intención de esperar allí a la armada turca, “la qual forçosamente havia de pasar por allí”. <<

[312] J. B. E. Jurien de la Gravière, *op. cit.*, II, p. 224. <<

[313] El duque de Alcalá a Felipe II, Nápoles, 12 de septiembre de 1565, Sim. Eo. 1054, f. 194. <<

[314] Pedro de Ávila a G. Pérez, Roma, 22 de septiembre de 1565, J. J. Dollinger, p. 629. A medianoche, el cardenal Pacheco envió un correo a S. M. con la noticia de la victoria. El cardenal Pacheco a Felipe II, 23 de septiembre de 1565, *CODOIN*, CI, pp. 106-107. <<

[315] Constantinopla, 6 de octubre de 1565, Sim. Eo. 1054, f. 210; Pétrémol a Carlos IX, Constantinopla, 7 de octubre de 1565, E. Charrière, *op. cit.*, II, pp. 804-805. <<

[316] Ver n. anterior. <<

[317] Garcés al duque de Florencia, Madrid, 22 de septiembre de 1565, orig. en esp., A. d. S. Florencia, Mediceo 4897, f. 148. <<

[318] Cit. por J. B. E. Jurien de la Gravière, *op. cit.*, II, p. 201. <<

[319] El cardenal Pacheco a Felipe II, Roma 23 de septiembre de 1565, *CODOIN*, CI, pp. 106-107. <<

[320] Fourquevaux, *op. cit.*, I, pp. 10-14. <<

[321] Constantinopla, 25 de septiembre de 1565, Sim. Eo. 1054, f. 205. <<

[322] Fourquevaux, *op. cit.*, I, p. 6. <<

[323] *Ibid.*, p. 13. <<

[324] Constantinopla, 16 de diciembre de 1525, Sim. Eo. 1055, f. 14. <<

[325] Felipe II a Figueroa, 5 de noviembre de 1565, Sim. Eo. 1394. <<

[326] Fourquevaux al rey, 21 de noviembre de 1565, Fourquevaux, *op. cit.*, I, pp. 10-14. <<

[327] A. d. S. Florencia, Mediceo 4897 *bis*, 29 de diciembre de 1565, Fourquevaux, *op. cit.*, I, 36, 25 000 escudos, más 3 000 escudos españoles. <<

[328] Garci Hernández a Felipe II, Venecia, 26 de julio de 1565, Sim. Eo. 1325. <<

[329] Saint-Sulpice, 22 de enero de 1565, E. Cabié, *op. cit.*, p. 338; Felipe II a Figueroa, 3 de febrero de 1565; Garcés al duque de Florencia, A. d. S. Florencia, Mediceo 4899, f. 64. <<

[330] Bayona 1 de julio de 1565, A. N., K 1504, B 19, núm. 46. <<

[331] Luis Cabrera de Córdoba, *op. cit.*, I, p. 423, da como fechas el 8 y el 14 de junio. <<

[332] El duque de Alba y don J. Manrique al rey, San Juan de Luz, 11 de junio de 1565, A. N., K 1504, B 19. <<

[333] Los mismos remitentes al mismo destinatario, Bayona, 28 y 29 de junio de 1565, *ibid.*, núm. 37 (resumen). <<

[334] F. de Alava a Felipe II, Tolosa, 7 de febrero de 1565, A. N., K 1503, B 19 núm. 33 a. Al margen, nota autógrafa de Felipe II. <<

[335] Hay que tener en cuenta, en efecto, los retrasos durante la ruta. <<

[336] Saint-Sulpice a Catalina de Médicis, 16 de marzo de 1565, E. Cabié, pp. 357-358. <<

[337] Aranjuez, 12 de junio de 1565, A. N., K 1504, B 19, núm. 11. <<

[338] Es posible que esos desmanes fueran ficticios, H. Forneron, *Hist. de Philippe II*, I, p. 322. <<

[339] Ver *supra*, nota 333 de este capítulo. <<

[340] *Op. cit.*, I, p. 20, 25 de diciembre de 1565. <<

[341] Don Francés de Alava a Felipe II, 13 de diciembre de 1565, aut. A. N., K 1504, B 19, núm. 95. <<

Capítulo III. En los orígenes de la liga santa (1566-1570)

[1] Jean Héritier, *Catherine de Médicis*, 1940, p. 439. <<

[2] Para todos estos detalles biográficos, ver L. von Pastor, *op. cit.*, XVII, pp. 37 a 59. <<

[3] Informe de Cusano, 26 de enero de 1566, Arch. de Viena, citado por L. von Pastor, *op. cit.*, XVII, p. 42 y su n. 2. <<

[4] *Ibid.*, p. 44. <<

[5] *Ibid.*, p. 45. <<

[6] En su favor no hubo sino la sombra de una intervención de Felipe II, L. Wahrmund, *Das Ausschliessungsrecht (jus exclusiva) der kath. Staaten Österreich, Frankreich und Spanien bei den Papstwahlen*, Viena, 1888, p. 26. Requeséns a Felipe II, Roma, 7 de enero de 1566, "Ha sido ayudado y favorecido por parte de V. M.", Luciano Serrano, *Correspondencia diplomática entre España y la Santa Sede*, Madrid, 1914, I, p. 77, y su n. 2. <<

[7] Requeséns a Felipe II, 5 de enero de 1565, en J. J. Dollinger, *op. cit.*, I, pp. 571-578, cit. por L. von Pastor, *op. cit.*, XVII, pp. 11 y 59. <<

[8] *Ibid.*, pp. 48-49. <<

[9] Zasius al archiduque Alberto V de Baviera, F. Hartlaub, *Don Juan d'Austria*, Berlín, 1940, p. 35; Ver Viktor Bibl, *Maximilian II, der rätselhafte Kaiser*, 1929, p. 303. <<

[10] Pío V a Felipe II, Roma, 24 de enero de 1566, L. Serrano, I, p. 111. <<

[11] Roma, 11 de enero de 1566, *ibid.*, I, p. 90. <<

[12] Requeséns al rey, Roma, 30 de diciembre de 1565, L. Serrano, *op. cit.*, I, p. 67. <<

[13] Felipe II a Chantonnay, Madrid, 16 de enero de 1566, *CODOIN*, CI, pp. 119-123; a F. de Alava, Madrid, 16 de enero de 1566, A. N., K 1505, B 20, núm. 65; Nobili al príncipe, Madrid, 18 de enero de 1566, A. d. S. Florencia, Mediceo, 4897 *bis;* el mismo remitente al mismo destinatario, 21 de enero de 1566, *ibid.* <<

[14] Así, por el agente Toscano, 15 de enero de 1566, referencia a la nota precedente. <<

[15] Cartas de Nobili de 18 de enero y 16 de febrero de 1566; 17, enero, 1566, Fourquevaux, *op. cit.*, I, p. 47, 22 de enero, I, pp. 47-48, 11 de febrero, I, p. 52. <<

[16] Vol. I, p. 61. <<

[17] Virrey de Nápoles a Felipe II, 23 de enero de 1566, Sim. Eo. 1055, f. 11. Instrucción al prior don Antonio de Toledo, 18 de febrero de 1566, Sim. Eo. 1131. <<

[18] Carta al virrey de Nápoles, 23 de enero de 1566. Ver n. anterior; García de Toledo al virrey de Nápoles, Nápoles, 2 de febrero de 1566, Sim. Eo. 1055, f. 24; virrey de Nápoles a Felipe II, Nápoles, 16 de abril de 1566, Sim. Eo. 1055, f. 103, a propósito de 15 galeras que debían fabricarse en Nápoles por cuenta del reino de Sicilia. Se preguntaba si se podría mandar construir ocho en Génova. <<

[19] Sim. Eo. 1055, f. 7. <<

[20] *Ibid*., "… por el Danubio a hazer fabricar barcones y a hazer xarcias para pasar los exercitos". <<

[21] Aviso de Constantinopla, 27 de febrero de 1566, Sim. Eo. 1055, f. 53. <<

[22] *Ibid.*, aviso de Corfú, 28 de febrero, por cartas de Césare de Palma y Annibale Prototico, Sim. Eo. 1055, f. 49; este aviso habla de 80 a 90 galeras solamente, las cuales no abandonarían las aguas turcas. Aviso de Quíos, 1 de marzo de 1566, Sim. Eo. 1055, f. 59; aviso de Corfú, 16 de marzo de 1566, Sim. Eo. 1055, ff. 67 y 68; sólo un aviso de Constantinopla, 15 de marzo de 1566, y Lepanto, 25 de marzo, Sim. Eo. 1055, f. 54, habla de 130 galeras. <<

[23] La guerra de Hungría se esperaba más que nunca, con una marcha sobre Viena, aviso de Ragusa (en italiano), 26 de febrero de 1566, Sim. Eo. 1055, f. 61. El 15 de marzo anunciáronse desde Constantinopla movimientos de tropas hacia Sofía (Sim. Eo. 1055, f. 64). El 16, de Corfú, se señaló una concentración de *spahis* en Adrianópolis, y la presencia de numerosos cañones en Constantinopla ("Por carta de Corfú de 16 de março 1566", Sim. Eo. 1055, ff. 67 y 68). <<

[24] Ba. Ferrero a la República de Génova, Const., 9 de febrero de 1566, A. d. S. Génova, Constant., 2.2170. Confirmado por carta de Corfú del 16 de marzo, Sim. Eo. 1055, ff. 67-68. <<

[25] L. Serrano, *op. cit.*, I, p. 184. <<

[26] 29 de mayo de 1566, Fourquevaux, *op. cit.*, I, p. 64. <<

[27] 20 de abril de 1566, Sim. Eo. 1055, f. 104. <<

[28] Aviso de Ragusa, 27 de abril de 1566, Sim. Eo. 1055, f. 13. Aviso de Corfú, 3 de mayo de 1566, Sim. Eo. 1055, f. 124. <<

[29] “Por cartas de Constantinopla”, 16 de julio de 1566. A. d. S. Génova, Const. 2.2170. <<

[30] *Avvisi venuti con la reggia fregata de Lebvante dall'ysola de Corfu de dove partete alli 10 di maggio 1566*, Sim. Eo. 1055. <<

[31] Corfú, 11 de julio, aviso que llegó a Otranto el 12, Sim. Eo. 1055, f. 155. <<

[32] Informe de un capitán de galeón, Sim. Eo. 1055, f. 163. <<

[33] G. Hernández a S. M., Venecia, 1 de agosto de 1566, Sim. Eo. 1365. El marqués de Caparso al duque de Alcalá, Bari, 24 de julio de 1566, Sim. Eo. 1055. <<

[34] El gran maestre a Felipe II, Malta, 25 de julio de 1566, Sim. Eo. 1131. Felipe II a J. A. Doria, Bosque de Segovia, 11 de agosto de 1566, Sim. Eo. 1395. <<

[35] Garci Hernández al rey, Venecia 1 de agosto de 1566, Sim. Eo. 1325. <<

[36] Carta del gobernador de los Abruzos, 1 de agosto de 1566, a las 20 horas, Sim. Eo. 1055, f. 165; “Relación de lo que la armada turca ha hecho en el Reyno de Napoles desde que fue descubierta hasta los seys de agosto de 1566”, Sim. Eo. 1325. <<

[37] “Por cartas de D. de Mendoza”, 7 de agosto de 1566, de San Juan Redondo, Sim. Eo. 1055, f. 171. <<

[38] Virrey de Nápoles a Felipe II, Nápoles, 16 de agosto de 1566, Sim. Eo. 1055, f. 177; Fourquevaux, *op. cit.*, I, pp. 110-111, 123. <<

[39] “Por cartas de J. Daça castellano de Veste” (¿Vasto?), 6 de agosto de 1566, Sim. Eo. 1055, f. 169. “Lo que se entiende de la armada por carta de Bari de los 19 de agosto de 1566”, Sim. Eo. 1055, f. 178; virrey de Nápoles a Felipe II, Nápoles, 5 de septiembre de 1566, Eo. 1055, f. 190. <<

[40] Virrey de Nápoles a Felipe II, Nápoles, 14 de septiembre de 1566, Eo. 1055, f. 197. <<

[41] El mismo remitente al mismo destinatario, Nápoles, 27 de septiembre de 1566, *ibid.*, f. 200. <<

[42] Fourquevaux, *op. cit.*, I, pp. 84-85, 6 de mayo de 1566, Nobili al príncipe, Madrid, 6 de mayo de 1566, A. d. S. Florencia, Mediceo 4897 *bis*, "*… e molti dicono che Sua Maestà vuol andar sopra… Argeri et dicono che in consiglio ha parlato* (Felipe II) *di voler andar in persona benché questo io no lo credo…*", el mismo remitente al mismo destinatario, 7 de mayo de 1566, *ibid.* <<

[43] G. Cappelletti, *op. cit.*, VIII, p. 373. <<

[44] Virrey de Nápoles a Felipe II, Nápoles, 6 de agosto de 1566, Sim. Eo. 1055, f. 168. <<

[45] 7 de agosto de 1566, Sim. Eo. 1055, f. 170. <<

[46] Edmond Falgairolle, *Une expédition française à l'île de Madère en 1556*, 1895; Nobili al príncipe, Madrid, 6 de octubre de 1566, A. d. S. Florencia, Mediceo 4897 *bis; Calendar of State Papers, Venet.*, VII, 12 de noviembre de 1566, p. 386; Montluc, desautorizado por Carlos IX: el rey a Fourquevaux, Saint-Maur-des-Fossés, 14 de noviembre de 1566, pp. 59-60; los portugueses eran los agresores, 29 de noviembre de 1566, Fourquevaux, *op. cit.*, I, p. 144. <<

[47] Josef von Hammer-Purgstall, *Hist. de l'Empire ottoman*. París, 1835-1843, VI, p. 206. <<

[48] *Ibid.*, p. 215. <<

[49] Georg Mentz, *Deutsche Geschichte*, Tübingen, 1913, p. 278. <<

[50] G. de Silva al rey, Londres, 29 de abril de 1566, *CODOIN*, LXXXIX, p. 308. <<

[51] Nobili al príncipe, Madrid, 23 de marzo de 1566, A. d. S. Florencia, Mediceo 4897 *bis.* <<

[52] Leonardo Contarini al dogo, Augsburgo, 30 de marzo de 1566, en G. Turba, *op. cit.*, I, 3, p. 313. <<

[53] Nobili al príncipe, Madrid, 6 de junio de 1566, A. d. S. Florencia, Mediceo, 4897 *bis*. <<

[54] Georg Mentz, *op. cit.*, p. 278. <<

[55] Leonardo Contarini al dogo, Augsburgo, 1 de junio de 1566, en G. Turba, *op. cit.*, I, 3, p. 320. <<

[56] El mismo remitente al mismo destinatario, 20 de junio de 1566, *ibid.*, p. 324. <<

[57] 18 de agosto de 1566, *op. cit.*, I, p. 109. <<

[58] Carlos IX a Fourquevaux, Orcamp, 20 de agosto de 1566, C. Douais, *Lettres...* à M. *de Fourquevaux*, p. 49. <<

[59] J. von Hammer, *op. cit.*, VI, p. 216. <<

[60] *Ibid.*, p. 219, dice el Danubio en Chabats. <<

[61] *Ibid.*, p. 223. <<

[62] *Ibid.*, p. 224. <<

[63] *Ibid.*, p. 231; F. Hartlaub, *op. cit.*, p. 23; a este respecto, ver los numerosos avisos inéditos de Constantinopla, 23 de septiembre de 1566, Sim. Eo. 1055, f. 198; virrey de Nápoles a Felipe II, 5 de noviembre de 1566, *ibid.*, f. 215. <<

[64] Por ejemplo, N. Iorga y Paul Herre, *Europäische Politik im Cyprischen Krieg*, Leipzig, 1902, p. 8. <<

[65] De Guricia, primero de septiembre, 1566, Sim. Eo. 1395. <<

[66] F. de Alava al rey, París, 10 de noviembre de 1566, A. N., K 1506, B 20, núm. 76. <<

[67] El mismo remitente al mismo destinatario, París, 8 de diciembre de 1566, *ibid.*, núm. 88, “estar aqui algo sospechosos del Emperador paresqiendoles que hara treguas con el Turco antes que se acabe la dieta…” <<

[68] Memoria de Saint-Sulpice, 27 de septiembre de 1566, Fourquevaux, *op. cit.*, I, p. 134. <<

[69] Ver el artículo de Pierre Chaunu, (un poco confuso, debido a su enorme cantidad de información) “Seville et la ‘Belgique’”, en *Revue du Nord*, abril-junio 1960, que trata de situar la cuestión de los Países Bajos en la historia imperial de España y la coyuntura internacional desde la perspectiva de Sevilla. <<

[70] Leon van der Essen, *Alexandre Farnèse*, Bruselas, 1933, 1, pp. 125-126. <<

[71] Georges Pagès, “Les paix de religion et l’Édit de Nantes”, en *Rev. d’hist, mod.*, 1936, pp. 393-413. <<

[72] W. Platzhoff, *op. cit.*, p. 20. <<

[73] L. Serrano, *op. cit.*, I, núm. 122, p. 316, 12 de agosto, cit. por B. de Meester *Le Saint-Siège et les troubles des Pays-Bas*, 1566-1572, Lovaina, 1934, pp. 20-21. <<

[74] *Ibid.*, I, p. 131. <<

[75] *Ibid.*, I, p. 67. <<

[76] 30 de abril, *ibid.*, I, p. 84. <<

[77] *Ibid.*, I, p. 104; Nobili al príncipe, Madrid, 11 de agosto de 1566, A. d. S. Florencia, Mediceo 4897 *bis.* <<

[78] 18 de agosto de 1566, *op. cit.*, I, p. 109. <<

[79] H. Forneron, *op. cit.*, II, p. 230. <<

[80] Felipe II a Francés de Alava, Bosque de Segovia, 3 de octubre de 1566, A. N., K 1506. <<

[81] F. de Alava a Felipe II, París, 21 de septiembre de 1566, A. N., K 1506, núm. 57. <<

[82] Recelos de Felipe II con respecto al emperador, ver Fourquevaux a la reina, Madrid, 2 de noviembre de 1566, Fourquevaux, *op. cit.*, III, pp. 25-26. Inútil decir que Felipe II desconfiaba también de Catalina de Médicis. <<

[83] Aviso de Saint-Sulpice, 21 de septiembre de 1566, Fourquevaux, *op. cit.*, I, p. 133. <<

[84] *Ibid.*, p. 134. <<

[85] F. de Alava al rey, París, 4 de octubre de 1566, recibida el 20, A. N., K 1506, núm. 62. <<

[86] Felipe II a F. de Alava, Aranjuez, 30 de noviembre de 1566, A. N., K 1506, núm. 87. <<

[87] Fourquevaux al rey, Madrid, 9 de diciembre de 1566, Fourquevaux, *op. cit.*, I, p. 147. <<

[88] L. Serrano, *op. cit.*, I, pp. 425-426. <<

[89] Paul Herre, *op. cit.*, p. 41; Castagna a Alessandrino, Madrid, 13 de enero de 1567; Fourquevaux, *op. cit.*, I, pp. 172 y ss., 18 de enero de 1567. <<

[90] *Ibid.*, I, p. 147. <<

[91] 4 de enero de 1567, *ibid.*, I, p. 160. <<

[92] G. de Silva al rey, Londres, 5 de octubre de 1566, *CODOIN*, LXXXIX, p. 381. <<

[93] El mismo remitente al mismo destinatario, Londres, 10 de diciembre de 1566, *ibid.*, p. 416. <<

[94] El mismo remitente al mismo destinatario, Londres, 18 de enero de 1566, *ibid.*, p. 427. <<

[95] Amberes, 24 de mayo de 1567, Van Houtte, “Un journal manuscrit intéresant 1557-1648: les Avvisi”, en *Bull. de la Comm. Royale d’hist.*, I, 1926, LXXXIX (4º vol.), p. 375. <<

[96] Fourquevaux, *op. cit.*, I, p. 166, 4 de enero de 1567. <<

[97] Aviso de Constantinopla, 10 de marzo de 1567, Sim. Eo. 1056, f. 23; Cefalónica, 24, 26 de marzo, 5, 10 de abril de 1567, *ibid.*, f. 34; "Copia de capitulo de carta que scrive Baltasar Prototico de la Chefalonia a 10 de avril a D. García de Toledo". *Ibid.*, f. 38; el mismo remitente al mismo destinatario, 12 de abril de 1567, f. 36; "Memoria de lo que yo Jon. Dorta he entendido de los que goviernan en Gorfo *[sic]* es lo siguiente" (24 de abril de 1567), f. 45, Cefalónica, 21 de abril, f. 47; Corfú, 28 de abril, *ibid.*, aviso de Constantinopla, 17 de mayo de 1567, f. 60; Fourquevaux al rey, Madrid, 2 de agosto de 1567, Fourquevaux, *op. cit.*, I, p. 248, "El sofí nada removerá aunque envíe a su embajador al Turco"; aviso de Constantinopla, 8 de enero de 1568, Sim. Eo. 1056, f. 126, se creería en la llegada de los embajadores persas cuando se les viera. <<

[98] J. von Hammer, *op. cit.*, VI, 313-317; Chantonnay a Felipe II, Viena, 4 de junio de 1567, *CODOIN*, CI, pp. 151-152; G. Hernández a Felipe II, Venecia, 26 de enero de 1567, Sim. Eo. 1326. Tregua preparada con mucha anticipación y concluida por ocho años y no por tres, como Fourquevaux lo anunciaba. Es verdad que de antemano, el 30 de junio de 1567 (Fourquevaux, *op. cit.*, I, p. 219), la guerra no impidió al emperador solicitar subsidios españoles (24 de agosto de 1567, *ibid.*, I, p. 255). Gran escaramuza del lado de Transilvania, Chantonnay a Felipe II (Viena, 30 de agosto de 1567, *CODOIN*, CI, p. 263). Inquietudes imperiales a propósito de los pactos que se hacían (20 de diciembre de 1567, Fourquevaux, *op. cit.*, I, p. 311. Nobili al príncipe, 25 de diciembre de 1567, A. d. S. Florencia, Mediceo, 4898, f. 153. "Lo que se escrive de C. por cartas de VII março de 1568", Sim. Eo. 1056, f. 135, la tregua duraría diez años, se decía, con la inclusión del Rey Cristianísimo, del rey de Polonia y de Venecia). <<

[99] Constantinopla, 10 de marzo de 1567, Sim. Eo. 1056, f. 23, revueltas albanesas en las regiones de Valona y de Sopotico. Corfú, 28 de abril de 1567, *ibid.*, f. 47; virrey de Nápoles a Felipe II, 11 de mayo de 1567, Sim. Eo. 1056, f. 57, los albaneses levantados eran los de Zulati, Procunati, Lopoze, Tribizoti, etc.; de la Cimarra a XII de junio de 1567, *ibid.*, f. 6, Corfú, 26 de diciembre de 1567, *ibid.*, f. 131. <<

[100] Revuelta del Yemen, Constantinopla, 10 de marzo de 1567, ver n. precedente; “Copia de un capítulo de carta que scribe de Venecia J. Lopez en XXI de heno, de 1568”, Sim. Eo. 1066, f. 130; Constantinopla, 17 de noviembre de 1568, Sim. Eo. 1057, f. 2. <<

[101] "… que el Turco attiende solo a dar se plazer y buen tiempo y a comer y a bever dexando todo el gobierno en manos del primer Baxa", Constantinopla, 10 de marzo de 1567, Sim. Eo. 1056: "… que el Turco continua sus plazeres y el presume mucho que por ventura sera la destrucion deste imperio que Dios lo permita". Constantinopla, 17 de mayo de 1567, Sim. Eo. 1056, f. 60. <<

[102] *Op. cit.*, p. 24. <<

[103] *Op. cit.*, p. 54. Ver también Victe A. de La Jonquière, *Histoire de l'Empire ottoman*, t. I, 1914, p. 204. <<

[104] Garcés al príncipe, Madrid, 13 de febrero de 1566, A. d. S. Florencia, Mediceo, 4897, f. 116. <<

[105] Constantinopla, 30 de abril de 1566, Sim. Eo. 1395. <<

[106] Sim. Eo. 1055, f. 77. <<

[107] *Ibid.*. 76 v. <<

[108] “Relación de lo que refiere uno de los hombres que el Marques de Caparso embio a Constantinopla por orden del Duque de Alcala por octubre passado” (1567), Sim. Eo. 1056 (f. no revelado, por omisión). <<

[109] Corfú, 26 de diciembre de 1567, aviso que llegó a Leccio el 12 de enero de 1568, Sim. Eo. 1056, f. 131. <<

[110] Constantinopla, 5 de marzo de 1567, Sim. Eo. 1058, f. 133. <<

[111] Constantinopla, 17 de noviembre de 1568, Sim. Eo. 1057, f. 2. <<

[112] Escasez en Cataluña, 3 de mayo de 1566, Sim. Eo. 336; escasez en Génova, Figueroa a Felipe II, Génova, 26 de marzo de 1566, Sim. Eo. 1395; en Aragón, 13 de febrero de 1567, Fourquevaux, *op. cit.*, III, p. 36; en Sicilia gran exportación de granos en 1567-1568, 209 518 salmas, aunque en 1568-1569 fue sólo de 93 337. *Relationi delli fromenti estratti del regno de Sicilia*, 1570, Sim. Eo. 1124. La fuerte exportación de 1567-1568 quizá estaba en relación con las grandes necesidades del mundo mediterráneo. <<

[113] Constantinopla, 10 de agosto de 1567, aviso que llegó a Lecce el 20 de octubre, Sim. Eo. 1056, f. 80, Constantinopla, 20 de octubre de 1567 (Ital.), *ibid.*, f. 91; Constantinopla, 16 de mayo (1568), *ibid.*, f. 151. Contra Ragusa, aviso de Corfú, 12 de junio de 1568, *ibid.*, f. 16. <<

[114] El duque de Terranova, presidente del reino de Sicilia, a Antonio Pérez, Palermo, 30 de septiembre de 1568, Sim. Eo. 1132; Pescara al rey, Palermo, 18 de octubre de 1568, *ibid.* <<

[115] Sobre Túnez, 21 de mayo de 1567, contra Argel y Yerba, 15 de febrero de 1567, Fourquevaux, *op. cit.*, I, p. 180, 15 de marzo, *ibid.*, p. 190. Nótese que, a partir de enero de 1567, los españoles tuvieron la certidumbre casi completa de que no habría tal armada turca, Lecce, 29 de enero de 1567, Sim. Eo. 1056, f. 17. <<

[116] Virrey de Nápoles al rey, 11 de mayo de 1567, Sim. Eo. 1056, f. 57. <<

[117] Poco animado, sin embargo, con las numerosas galeras que entonces se dirigían al oeste. <<

[118] Chantonnay al rey, Viena, 12 de agosto de 1568, *CODOIN*, pp. 469-479. <<

[119] Garci Hernández al rey, Venecia, 25 de enero de 1567, Sim. Eo. 1326. ¿El Tiziano? <<

[120] Al rey, 6 de mayo de 1567, A. N., K 1508, B 21, núm. 6, pasajes descifrados entre líneas. <<

[121] Fourquevaux a la reina, Madrid, 3 de mayo de 1563, Fourquevaux, *op. cit.*, III, p. 42, 8 de mayo, I, p. 351. Felipe II no hubiera querido que se le comprendiera en la tregua turco-imperial. <<

[122] Chantonnay al rey, Viena, 23 de mayo de 1567, *CODOIN*, CI, pp. 213-219. <<

[123] Felipe II a Chantonnay, Madrid, 26 de septiembre de 1567, *ibid.*. pp. 280-281. <<

[124] Se sabe que Mehemet Sokobi nació en Trebigni, cerca de Ragusa. <<

[125] Chantonnay a Felipe II, Viena, 28 de febrero de 1568, *CODOIN*, CI, pp. 378-379. <<

[126] El mismo remitente al mismo destinatario, Viena, 12 de junio de 1568, *ibid.*, pp. 432-436. <<

[127] Felipe II a Chantonnay, Madrid, 18 de julio de 1568, *ibid.*, p. 450. <<

[128] Madrid, 24 de agosto de 1568, Fourquevaux, *op. cit.*, I, p. 256. <<

[129] Nobili al príncipe, Madrid, junio de 1567, A. d. S. Florencia, Mediceo 4898, f. 246; J. A. Doria al rey, Cádiz, 26 de junio de 1567, Sim. Eo. 149. Llegada de J. A. Doria a Málaga el 11 de julio, los proveedores a Felipe II, 12 de julio de 1567, Sim. Eo. 149, f. 197. <<

[130] Fourquevaux al rey, 2 de marzo de 1567, Fourquevaux, *op. cit.*, I, pp. 187-192. <<

[131] El mismo remitente al mismo destinatario, 4 de enero de 1567, *ibid.*, I, p. 160; virrey de Nápoles al rey, 8 de enero de 1567, Sim. Eo. 1056, f. 11. <<

[132] Ver n. anterior, 8 de enero de 1567. <<

[133] 13 de febrero de 1567, Fourquevaux, op. cit., I, p. 177. <<

[134] 18 de enero de 1567, *ibid.*, I, p. 169; Carlos IX a Fourquevaux, 25 de febrero de 1567, *ibid.*, p. 83. <<

[135] Dificultades con los cantones suizos, 18 de abril de 1567, A. N., K 150, núm. 98. Quejas venecianas, Garci Hernández al rey, Venecia, 13 de abril de 1567, Sim. Eo. 1326. ¿Se procedería, de paso, contra Génova? Madrid, 15 de abril de 1567, Fourquevaux, *op. cit.*, I, pp. 202-203. Temores del duque de Lorena, F. de Alava a Felipe II, París, 17 de abril de 1567. A. N., K 1507, núm. 104. <<

[136] Un pequeño ejemplo: la expedición de tres navíos de Málaga, uno de ellos cargado de arroz y de habas, Diego López de Aguilera a Felipe II, Sim. Eo. 149, f. 205. <<

[137] 30 de junio de 1567, Fourquevaux, *op. cit.*, I, p. 220. <<

[138] 15 de febrero de 1567, *ibid.*, p. 180; Nobili al príncipe, Madrid, 15 de febrero de 1567, A. d. S. Florencia, Mediceo 4897 *bis*. "*Hieri venne avviso che nella spiaggia di Malaga combattute da grave tempesta sono affondate 27 tra navi et barche cariche di biscotti, d'armi di munitioni et d'alchuni pochi soldati…*" <<

[139] Fourquevaux al rey, Madrid, 15 de abril de 1567, Fourquevaux, *op. cit.*, I, p. 202. El turco no llegaría porque "no aura armada este año", anunciaba el virrey de Nápoles a Felipe II, Puçol, 4 de abril de 1567, Sim. Eo. 1056, f. 31. <<

[140] Se embarcó en Cartagena la noche del 26, el duque de Alba a Felipe II, Cartagena, 26 de abril de 1567, *CODOIN*, IV, p. 351. El mismo remitente al mismo destinatario. Cartagena, 27 de abril, *ibid.*, p. 354. Por consiguiente, no partió el 17, como lo dice la edición de las cartas de Fourquevaux, *op. cit.*, I, p. 209. Nobili al príncipe, Madrid, 3 de mayo de 1567, A. d. S. Florencia, Mediceo 4898, ff. 50 y 50 v.; el mismo remitente al mismo destinatario, 4 de mayo de 1567, *ibid.*, 4897 *bis;* el mismo remitente al mismo destinatario, 12 de mayo de 1567, *ibid.*, 4898, ff. 58 y 59 v. "*Parti il Ducca d'Alva di Cartagena alli 27 del passato et sperase che a questa hora sia arrivato in Italia.*" <<

[141] Figueroa a Felipe II, Génova, 8 de agosto de 1567, Sim. Eo. 1390. <<

[142] A. de Ruble, *Le traité du Cateau-Cambrésis, op. cit.*, p. 82. <<

[143] Adam Centurione llegó hasta proponer la cesión de Córcega al Rey Católico, Figueroa a Felipe II, Génova, 8 de agosto de 1567, Sim. Eo. 1390. Figueroa, a quien fue hecha la proposición, la rechazó e inmediatamente dio cuenta. <<

[144] Figueroa a Felipe II, Génova 15 de mayo de 1568, Sim. Eo. 1390. <<

[145] Nobili al príncipe, Madrid, 12 de mayo de 1567, A. d. S. Florencia, Mediceo 4898; sobre el restablecimiento de la situación en los Países Bajos, F. de Alava a Felipe II, París, 9 de abril de 1567, A. N., K 1507, núm. 99; el mismo remitente al mismo destinatario, París, 5 de mayo de 1567, *ibid.*, K 1508, B 21, núm. 16 *b*, escribió a Margarita de Parma: “significale quan enteramente quedan ya en obediencia de V. M. todos aquellos estados sea dios loado…” <<

[146] 4 de enero de 1567, Fourquevaux, *op. cit.*, I, p. 156. <<

[147] *Ibid.*, I, p. 165; Nobili al duque, 7 de diciembre de 1566, A. d. S. Florencia, Mediceo 4898, f. 8, dio la misma nueva por anticipado. Pero Ruy Gómez había maniobrado. <<

[148] Castagna a Alessandrino, Madrid, 7 de enero de 1567, citado por Paul Herre, *op. cit.*, p. 41. Ruy Gómez sondeó hasta al propio embajador del Muy Cristiano a propósito de una acción eventual de Francia contra el turco, y después abandonó la empresa, Fourquevaux al rey, Madrid, 15 de abril de 1567, Fourquevaux, *op. cit.*, I, p. 204. <<

[149] Fourquevaux, 18 de enero de 1567, *ibid.*, I, p. 170. <<

[150] Sigismondo de Cavalli a la autoridad veneciana, Madrid, 7 de mayo de 1568, *C. S. P. Veneciano* VII, pp. 423-424. <<

[151] 23 de enero de 1567, Fourquevaux, *op. cit.*, I, p. 183. Esa frase de F. de Alava a Felipe II (París, 23 de abril de 1567, A. N., K 1507, núm. 106), hablando del rey de Francia y de sus consejeros: “Vales cada día cresciendo el temor de la passada de V. M^{d}.” <<

[152] Carlos IX a Fourquevaux, París, 14 de noviembre de 1567, C. Douais, *Lettres de Charles IX à M. de Fourquevaux*, pp. 129 y ss., noticia de la victoria de Saint-Denis. Partida de los gentileshombres flamencos que se encontraban en el campo de los protestantes, Francés de Alava al rey, París, 23 de octubre de 1567, A. N., K 1508, B 21, núm. 81. <<

[153] E. Lavisse, *Histoire de France*, VI, 1, p. 100. <<

[154] R. B. Merriman, *op. cit.*, IV, p. 289. <<

[155] Nobili al duque, Madrid, 30 de octubre de 1567, A. d. S. Florencia, Mediceo, 4898, f. 122. <<

[156] Madrid, 15 de abril de 1567, Fourquevaux, *op. cit.*, I, p. 201; Requeséns al rey, Roma, 19 de abril de 1567, L. Serrano, *op. cit.*, II, p. 90. <<

[157] G. de Silva al rey, 21 de junio de 1567, A. E. Esp. 270, f. 175, artículos en italiano, de la alianza contra los protestantes. <<

[158] L. van der Essen, *op. cit.*, I, p. 151, referencias a Campana y a Strada. <<

[159] Fourquevaux a la reina, 23 de febrero de 1567, Fourquevaux, *op. cit.*, III, p. 58; Granvella al rey, Roma, 14 de marzo de 1567, *Correspondance*, I, p. 294. Al recibirse las malas noticias de los Países Bajos, "inmediatamente y desde la noche hasta el siguiente día", el rey decidió su viaje a Italia (24 de mayo de 1567, Fourquevaux, I, p. 192); en Italia se publicó que el rey no iría a Flandes (Granvella al rey, Roma, 15 de abril de 1567, *Corresp.* II, p. 382). El viaje era un ensayo para una expedición contra Argel (Nobili al príncipe, Madrid, 4 de mayo de 1567, A. d. S. Florencia Mediceo, 4897 *bis*); a pesar de la certeza de la partida, los príncipes de Bohemia no hicieron preparativo alguno (Nobili al príncipe, 18 de junio de 1567, *ibid.*. 4898, ff. 62 y 62 v.). Pero el mismo día (Nobili, *ibid.*, f. 67 v.) anunció la partida. Preparativos para el viaje: Nobili, *ibid.*. 4897 *bis*, 26 de junio; Fourquevaux a la reina, Madrid, 30 de junio de 1567, Fourquevaux, *op. cit.*, I, p. 228. Orden de partida dada por Felipe II: "No sabría decir si ésas son finezas castellanas, pero eso es así". Felipe II a Granvella, Madrid, 12 de julio de 1567, *CODOIN* IV, p. 373. Su firme resolución de partir: Nobili al príncipe, Madrid, 17 de julio de 1567, A. d. S. Florencia, Mediceo 4898, f. 77: *"… che l'andata di sua Mtà in Flandra riscalda assai et tutti questi grandi lo dicono absolutamente…"* Fourquevaux al rey, finales de julio de 1567, Fourquevaux, *op. cit.*, I, p. 241. No se sabía qué mar iba a escoger Felipe II. Nobili al príncipe, Madrid, 24 de julio de 1567. Mediceo 4898, ff. 75 y 75 v.. Pedro Meléndez llega a la punta de Florida para tomar el mando de la flota real. Francés de Alava a Catalina de Médicis, París, 8 de agosto de 1567, A. N., K 1508, B 21, núm. 42. La gobernante de los Países Bajos manda navíos delante de la flota real. Granvella al rey (Roma, 17 de agosto de 1567) se refiere a la partida, "aunque en España y en Flandes, y más aún aquí, hay cantidad de gente que se resiste a creer en el viaje de V. M. y que discurren cada uno a su fantasía…". Pasa el tiempo (Fourquevaux a la reina, 21 de agosto de 1567), "y de embarcarse el susodicho rey en septiembre, sería navegar como hombre desesperado que se quiere perder y que quiere perder a los suyos". G. Correr al dogo, Compiègne, 4 de septiembre de 1567, *C. S. P. Veneciano* VII, p. 403, según cartas de mercaderes, el Rey Católico "*is not likely to arrive"*. G. de Silva al rey, Londres, 6 de septiembre de 1567, *CODOIN*, LXXXIX, p. 541, según el embajador francés, Felipe II pasaría por Santander y no por La Coruña. Si no llegaba a hacerse el viaje, se organizaría una expedición contra Argel. Carta

circular de Felipe II a los duques de Florencia, Ferrara, Urbino y Mantua (Madrid, 22 de septiembre de 1567). Ya no iba a Flandes por el mar del Poniente "por sus enfermedades y por ser el camino tan trabajoso que no ha sido posible, por estar ya a la boca del invierno…" Fourquevaux al rey, Madrid, 23 de septiembre de 1567, *op. cit.*, I, p. 367, viaje pospuesto hasta la primavera. El virrey de Nápoles (al rey, Nápoles, 31 de septiembre de 1567, Sim. Eo. 1056, f. 96) recibió carta indicando que el viaje se pospondría hasta la próxima primavera. Nobili al príncipe, 17 de noviembre de 1567, Mediceo 4898, f. 128, todos los hombres de buen sentido en favor del viaje. El mismo remitente al mismo destinatario, *ibid.*, f. 137, 27 de noviembre de 1567: don Diego de Córdoba le dijo en la antecámara del rey que Felipe II iría a Flandes con fuerzas suficientes para llenar los vacíos de las compañías españolas. El cardenal de Lorena a Felipe II, Reims, 16 de enero de 1568, A. N., K 1509, B 22, núm. 3 *a*, para comprometerlo a pasar por los Países Bajos y a continuar la represión de los herejes; F. de Alava al rey, París, 27 de marzo de 1568, A. N., K 1509, B 22, núm. 35 *a*, "Todo lo de aquellos estados esta quietissimo desseando la venida de V. M^{d} para el remedio dellos." <<

[160] E. Haury, “Projet d’entrevue de Catherine de Médicis et de Philippe II devant Boulogne”, en *Bull. de la Soc. acad. de Boulogne-sur-Mer*, t. VI (extracto B. N. París, en 8º Lb 33/543); Fourquevaux a la reina, Madrid, 24 de agosto de 1567, Fourquevaux, *op. cit.*, I, p. 254. <<

[161] El 24 de agosto, Van Houtte, art. cit., p. 376. <<

[162] Ver n. 159 *in fine*. F. de Alava al rey, 1 de marzo de 1568, A. N., K 1509, B 22, f. 26, ya indica, según el duque de Alba, la quietud de los Países Bajos. <<

[163] El libro de Viktor Bibl, *Der Tod des Don Carlos*, como ya lo hemos dicho, no debe seguirse. <<

[164] Fourquevaux al rey, Madrid, 26 de julio de 1568, Fourquevaux, *op. cit.*, I, p. 371. La muerte de don Carlos libró al rey de muchas preocupaciones, "y podrá salir de su reino a su voluntad, sin peligro de que sobrevenga una sedición en su ausencia". <<

[165] *Philippe II*, p. 128. <<

[166] L. Pirenne, *Histoire de Belgique*, Bruselas, 1911, IV, p. 13. Por esta época las acciones del príncipe de Orange no inquietaban a Felipe II. Éste a F. de Alava, Aranjuez, 13 de mayo de 1568, A. N., K 1511, B 22, núm. 31. <<

[167] Pirenne, *ibid.*, pp. 14-15. Carta de victoria del duque de Alba a Felipe II, Cateau-Cambrésis, 23 de noviembre de 1568, de la cual se encuentran copias en todas partes, B. N. París, Esp. 361; Gachard, *Correspondence de Philippe II*. II, p. 49; *CODOIN*, IV, p. 506. Sobre la campaña del príncipe de Orange en Francia en 1569, doc. inéd., ed. por Kervyn de Lettenhove, *Com. Royale d'Histoire*. 4ª serie, 1886, XIII, pp. 66-74. <<

[168] Van Houtte, art. cit., pp. 385-386, 16 de abril de 1569; rumores de guerra con Inglaterra, M. de Gomiécourt a Çhayas, París, 2 de agosto de 1569; rumores de guerra próxima con Inglaterra: “dize por ciertos avisos q la Reyna d’Inglaterra arma para Normandia es de temer que no sera para lo de Flandes”; Van Houtte, art. cit., p. 388. Sobre esta grave crisis de 1569, ver más atrás, Segunda Parte, cap. III. <<

[169] G. de Spes al rey, Londres, 1 de junio de 1569, *CODOIN*, XC, p. 254; el mismo remitente al mismo destinatario, *ibid.*, p. 276, Londres, 5 de agosto de 1589: “Es la falta de aceite aquí tan importante que de simiente de rabanos sacan aceite apara aderezar la lana…”. <<

[170] B. N. Madrid, Ms. 1750, ff. 281-283. Sobre toda la cuestión de Inglaterra, ver el bello libro de O. de Törne, *Don Juan d'Autriche*, I, Helsingsfors, 1915. <<

[171] Dificultades en Irlanda, en las regiones próximas a Escocia, 8 de enero de 1570, *CODOIN*, XC, p. 171. <<

[172] Roma, 3 de noviembre de 1569, L. Serrano, *op. cit.*, III, p. 186. "Proyecto del Papa sobre la sublevación de Inglaterra contra Isabel: piensa Çuñiga que interviniendo el Rey en la empresa se lograría la concesión de la Cruzada", Sim. Eo. 106, 5 de noviembre de 1569; *C. S. P. Veneciano* VII, p. 479; Londres, 24 de diciembre de 1569, *CODOIN*, XC, p. 316; 26 de diciembre, p. 317. "Conquista de Inglaterra y comision alli del consejero d'Assonleville", Sim. Eo. 541. "Estado de los negocios de Inglaterra", *ibid*. El punto de vista del duque de Alba, expuesto en carta a D. J. de Zúñiga, Sim. Eo. 913, copia a los A. E. Esp. 295, ff. 186-188: imposibilidad de hacer la conquista de Inglaterra con la hostilidad de Alemania y de Francia. <<

[173] E. Lavisse, *op. cit.*, VI, 1, pp. 106 y ss. <<

[174] El duque de Alcalá al papa, 24 de julio de 1568, Sim. Eo. 1856, f. 17. <<

[175] E. Lavisse, *op. cit.*, VI, 1, p. 111. <<

[176] Francés de Alava al rey, París, 9 de junio de 1569, A. N., K 1514, B 26, núm. 122. <<

[177] Francés de Alava al duque de Alba, Orleáns, 19 de junio de 1569, A. N., K 1513, B 25, núm. 54: J. Manrique inspeccionó la frontera de Navarra. J. de Samaniega al duque de Parma, Madrid, 12 de julio de 1569, A. d. S. Nápoles, Farnesiana, Spagna 5/1, f. 272: la misma indicación. Castagna a Alessandrino, 13 de julio de 1569. L. Serrano, *op. cit.*, I, p. 112. Se temía por Navarra, y sobre todo en caso de que terminaran las guerras civiles en Francia, 19 de agosto de 1569. Fourquevaux, II, p. 110; 17 de septiembre de 1569, *ibid.*, p. 117. <<

[178] Francés de Alava al rey, Tours, 29 de octubre de 1569, A. N., K 1512, B 24, núm. 139. <<

[179] Constantinopla, 14 de marzo de 1569, E. Charrière, *op. cit.*, III, pp. 57-61. C, 26 de marzo de 1569, Sim. Eo. 1057, f. 45. Ba. Ferrero a la autoridad genovesa. C, 11 de junio de 1569, A. d. S. Génova, Const. 2/2170. C, 16 de noviembre de 1569, Sim. Eo. 105, f. 3. Thomas de Cornoça al rey, Venecia, 9 de diciembre de 1569, Sim. Eo. 1326: la armada turca se armaba lentamente, pues el sultán tenía necesidad de sus fuerzas del lado de Moscovia, de Arabia y de Persia. 10 de diciembre de 1569, Sim. Eo. 1058, f. 6. <<

[180] Menos, no obstante, de lo que indica W. Platzhoff, *op. cit.*, p. 32. <<

[181] Const. 28 de enero de 1569, Sim. Eo. 1057, f. 27: "… que no quería (el nuevo rey de Persia) que el firme *[sic]* Volga se cortasse porque dello le vernia mucho daño por poder yr después con varcas hasta sus estados a saqueallos…". <<

[182] Aviso de Const., recibido en Venecia, Praga, 28 de enero de 1570, A. N., K 1515, B 27, núm. 21. El problema del canal Don-Volga y el relato de la campaña de invierno, J. von Hammer, *op. cit.*, VI, pp. 338 y ss. <<

[183] F. de Alava al rey, París, 4 de febrero de 1569, A. N., K 1514, B 26, núm. 41, “el Turco está muy embaraçado y empachado porque los Arabios prosperan y el Sofí los fomenta…”. Alejandría, 14 de abril de 1569, Sim. Eo. 1325, muchos detalles sobre esta guerra del Yemen, como si hubiera sido el único resultado de las exacciones de los gobernadores turcos, detalles tan numerosos que hacen casi ininteligibles los relatos, como el de J. von Hammer, *op. cit.*, VI, pp. 342 y ss., que curiosamente reproducen todas las indicaciones de nuestro documento. Const. 11 de junio de 1559, ver n. 179 de este capítulo: se esperaba que los turcos restablecieran el orden en el Yemen, Const. 16 de octubre de 1569. E. Charrière, *op. cit.*, II, pp. 82-99. Thomas Cornoqa al rey, Venecia, 29 de septiembre de 1569. Sim Eo. 1326, ¿recuperación de Aden por los turcos? Proyecto de perforar el istmo de Suez después de la sumisión de Arabia, J. von Hammer, *op. cit.*, VI, p. 341. <<

[184] Const., 16 de octubre de 1569, E. Charrière, *op. cit.*, III, pp. 82-90,800 000 ducados para el Yemen, un millón para Siria. <<

[185] Virrey de Nápoles al rey, 14 de enero de 1569, Sim. Eo. 1057, f. 18, no hubo armada turca ese año. F. de Alava a Çayas, París, 15 de enero de 1569, A. N., K 1514, B 26, núm. 23, rumores contradictorios, el turco iría contra La Goleta o contra Alejandría; virrey de Nápoles al rey, Nápoles, 19 de enero 1569, Sim. Eo. 1057, f. 2, no hubo armada. Th. de Cornoça al rey, Venecia, 24 de enero de 1569, Sim. Eo. 1326, no hubo armada por causa de Arabia. Const., 28 de enero de 1569, ver n. 181 de este capítulo, no hubo armada. 14 de marzo de 1569, E. Charrière, *op. cit.*, III, pp. 57-61. J. López al rey, Venecia, 2 de julio de 1569, Sim. Eo. 1326, "Venecianos se han resuelto de embiar las galeacas en Alexandria y Suria ques señal que no saldra armada por este año…". <<

[186] Pescara al rey, Mesina, 31 de agosto de 1569 y 2 de septiembre de 1569, Sim. Eo. 1132. <<

[187] Ba. Ferrero a la autoridad genovesa. Const., 23 de julio de 1569, A. d. S. Génova, Const. 2/2170, Const., 24 y 29 de mayo, aviso recibido en Nápoles el 18 de julio, Sim. Eo. 1057, f. 59. Const., 7 de agosto de 1569, Sim. Eo. 1057, f. 72: "que los aparatos maritimos continuan a gran furia y casi a la descubierta". Const., 18 de septiembre de 1569, Sim. Eo. 1057, f. 76. Const., 29 de septiembre y 2 de octubre de 1569, Sim. Eo. 1057, f. 9. Const., 16 de noviembre de 1569, Sim. Eo. 1058, f. 3. Const., 26 de diciembre de 1569, Sim. Eo. 1058, f. 8, "quest' appar (a)to di quest' armata sia per Spagna…". Sobre estos armamentos, informe del baile Bárbaro en los Archivos de Viena, J. von Hammer, *op. cit.*, VI, p. 336, nn. 1 y 2. <<

[188] Paul Herre, *op. cit.*, p. 15. Julián López al rey, Venecia, 15 de septiembre de 1569, Sim. Eo. 1326. En el otro sentido, el proyecto de incendiar el arsenal de Constantinopla, por un tal Julio César Carrachialo, virrey de Nápoles al rey, 23 de marzo de 1569, Sim. Eo. 1057, f. 43. <<

[189] Resumen de las cartas del virrey de Nápoles, 22, 26, 29 y 31 de agosto de 1569, Sim. Eo. 1056, f. 192. <<

[190] Madrid, 5 de enero de 1569, L. Serrano, *op. cit.*, III, pp. 23-24. <<

[191] Sauli a la señoría de Génova, 5 de enero de 1569, A. d. S. Génova, Lettere Ministri-Spagna 4, 2413. <<

[192] Ver nota 190 de este capítulo. <<

[193] Pedro de Medina, *op. cit.*, p. 147 v. <<

[194] Ver nota 191 de este capítulo. <<

[195] *Idem.* <<

[196] Hurtado de Mendoza, *op. cit.*, p. 71. <<

[197] 13 de enero de 1569, Fourquevaux, *op. cit.*, II, p. 45. <<

[198] 28 de febrero de 1569, *ibid.*, II, p. 56. <<

[199] Aviso de España, 20 de marzo de 1569, *ibid.*, II, p. 62. <<

[200] Sauli a la autoridad genovesa, Madrid, 14 de abril de 1569, A. d. S. Génova, Lettere Ministri, Spagna, 1/2413. <<

[201] Felipe II a Requeséns, 15 de enero de 1569, Sim. Eo. 910, orden de llegar a las costas de España con 24 o 28 galeras. <<

[202] Sim. Eo. 1057, f. 105, Madrid, 20 de enero de 1569. <<

[203] Virrey de Nápoles al rey, Nápoles, 19 de febrero de 1569, Sim. Eo. 1057, f. 36. <<

[204] Ba. Ferrero a la autoridad genovesa, Constantinopla, 23 de julio de 1569, A. d. S. Génova, Constantinopla, 2/2170, "… *li mori di Granata etiam scriven qui al grand Sre et a tutti il principalli suplichando che se li manda socorso de arme solo che de gente sono assai…*", pidiendo el envío de la armada en 1570; las regiones del estrecho de Gibraltar estaban mal guardadas y eran fáciles de tomar. A. de Herrera, *Libro de agricultura…*, *op. cit.*, 1598, informa en su primer diálogo que la revuelta de Granada se supo aun en Constantinopla, donde se tomó por una fábula, o por algo, "según se dize", por lo menos curioso, 341 v. <<

[205] 13 de enero de 1569, Fourquevaux, *op. cit.*, II, pp. 47-48. <<

[206] *Ibid.*, p. 45. <<

[207] *Ibid.*, p. 46. <<

[208] Carlos IX a Fourquevaux, Metz, 14 de marzo de 1569, C. Douais, *Lettres de Charles IX, a M. de Fourquevaux*, p. 206. <<

[209] H. Forneron, *op. cit.*, II, p. 161. <<

[210] 23 de enero de 1569, Fourquevaux, *op. cit.*, II, p. 51. <<

[211] “Avisos sobre cosas tocantes al Reyno de Granada”, 1569, Sim. Eo. 151, f. 83. <<

[212] Fourquevaux, *op. cit.*, II, p. 56. <<

[213] Guerau de Spes al rey, Londres, 2 de abril de 1569, *CODOIN*, XC, p. 219; el mismo remitente al mismo destinatario, 9 de mayo de 1569, *ibid.*, p. 228. Nuestra cita se refiere a esta segunda carta. <<

[214] Verdaderas guerras americanas, G. Friederici, *Der Charakter…*, *op. cit.*, I, p. 463. En la carta, tan curiosa, del rey de los insurrectos, Mohamed Aben Humeya, a don Juan de Austria. Ferreyra, 23 de julio de 1569, A. G. Gal. de Argelia, Registro núm. 1686, ff. 175-179, dicho rey indica que todos los días llegaban a sus manos (en concepto de su propio botín) de seis a diez prisioneros cristianos. <<

[215] Michel Orvieto a Margarita de Parma, Madrid, 1 de abril de 1569, A. d. S. Nápoles, Farnesiano, Spagna, fasc. 5/1, f. 242, indica el movimiento de galeras hacia España. Pescara al duque de Alcalá, 17 de abril de 1569, Sim. Eo. 1057, f. 53: cuando llegó la noticia del desastre, tuvo la intención de enviar a España la escuadra de Juan de Cardona. *Récit du succez et journée que le Grand Commàndeur de Castille a eu allant avec vingt-cinq galères contre les Mores*, Lyon, Benoist-Rigaud, 8ª pieza, 14 p., B. N. París, Oi 69 (1569), informe pro-español; Fourquevaux, *op. cit.*, II, p. 75, 4 de mayo de 1569: si no hubiera sido por esa guardia de galeras, los moriscos se hubieran refugiado en el norte de África. <<

[216] H. Forneron, *op. cit.*, II, p. 178, sin duda tropas llevadas por Álvaro de Bazán, ver la nota 217 de este capítulo. Sauli a la autoridad genovesa, Madrid, 20 de mayo de 1569. A. d. S. Génova, Lettere Ministri, Spagna, 4/2413; Felipe II a D. J. de Austria, Aranjuez, 20 de mayo de 1569, *CODOIN*, XXVIII, p. 10. <<

[217] J. de Samaniega al duque de Parma, Madrid, 18 de mayo de 1569, A. d. S. Nápoles, Farnesiano, Spagna, fasc. 5/1, ff. 256-257. <<

[218] *Ibid.*, f. 274, el mismo remitente al mismo destinatario. Madrid, 25 de junio de 1569. <<

[219] Sauli a la señoría de Génova, ver n. 216. <<

[220] Felipe II a don Juan de Austria, Aranjuez, 20 de mayo de 1569, *CODOIN*, XXVIII, p. 10. Granada era el único punto salvaguardado, Castagna a Alessandrino, Madrid, 13 de julio de 1569, L. Serrano, *op. cit.*, III, p. 111. <<

[221] A Zayas, París, 2 de agosto de 1569, A. N., K 1511, B 24, núm. 35. <<

[222] Madrid, 6 de agosto de 1569, Fourquevaux, *op. cit.*, II, pp. 101-102. <<

[223] *Ibid.*, p. 109; 19 de agosto de 1569. <<

[224] *Ibid.*, p. 107. <<

[225] *Ibid.*, 19 de agosto de 1569, p. 111. <<

[226] *Ibid*. 17 de septiembre de 1569, pp. 117-118. <<

[227] Al rey, Roma, 14 de octubre de 1569, L. Serrano, *op. cit.*, III, p. 163. <<

[228] Madrid, 26 de octubre de 1569, *ibid.*, p. 180. <<

[229] 31 de octubre de 1569, Fourquevaux, *op. cit.*, II, pp. 128-129. C. Pereyra, *Imperio español*, p. 168, indica que los ingleses hubiesen ayudado a los moriscos… <<

[230] F. de Alava al rey, Tours, 9 de diciembre de 1569, A. N., K 1513, B 25, núm. 138. Grandchamp de Grantrye a Catalina de Médicis, Const., 16 octubre de 1569, E. Charrière, *op. cit.*, III, p. 94, eventualmente se pondría Tolón a disposición de los turcos. <<

[231] Aviso de España, 19 de diciembre de 1569, Fourquevaux, *op. cit.*, II, p. 165. <<

[232] Madrid, 2 de octubre de 1569, L. Serrano, *op. cit.*, III, p. 161. <<

[233] Nobili al príncipe, Barcelona, 4 de diciembre de 1569, A. d. S. Florencia, Mediceo 4898, f. 550. <<

[234] Madrid, 26 de noviembre de 1569, *CODOIN*, XXVIII, p. 38. <<

[235] Fourquevaux, *op. cit.*, II, p. 165. <<

[236] Ferrals a Carlos IX, Bruselas, 29 de diciembre de 1569. B. N. París, Fr., 16123, f. 297 v., "… de suerte que los de Granada y menos los de Sevilla no se atrevían a sacar la nariz…" <<

[237] Felipe a Guerau de Spes, Madrid, 26 de diciembre de 1569, *CODOIN*, XC, p. 318. <<

[238] *Op. cit.*, p. 78. <<

[239] Sim. Eo. 487. <<

[240] En efecto, el comercio con Argel estaba prohibido. Un mercader francés fue detenido en Valencia, 1569, Sim. Eo. 487; no había barcos en Málaga a causa de la guerra. Inquisición de Granada al Co. So. de la Inquisición, A. H. N., 2604, 17 de marzo de 1570. <<

[241] Madrid, 31 de octubre de 1569, Fourquevaux, *op. cit.*, II, pp. 128-129. <<

[242] Aviso de España, 19 de diciembre de 1569, *ibid.*, p. 165. <<

[243] Jerónimo de Mendoza al conde de Benavente, Argel, 8 de octubre de 1569, Sim. Eo. 333; Sauli a la autoridad genovesa, Córdoba, 26 de febrero de 1570, A. d. S. Génova, L. M. Spagna 4/2513; el mismo remitente al mismo destinatario, 29 de octubre. Sim. Eo. 487. Felipe II escribió al margen de este informe: “sera bien embiar con este coreo a don Ao. Pimentel…”. <<

[244] *Memorias del Cautivo,* p. 2, septiembre y no octubre. <<

[245] D. de Haedo, *op. cit.*, 78 v. <<

[246] Aviso de Argel, 22 de febrero de 1570, Sim. Eo. 487; Palmerini, B. Com. Palermo, Qq. D. 84, sitúa el suceso en 1569, pero con frecuencia es inexacto. La nueva de la toma de Túnez no llegó a Roma hasta la noche del 8-9 de febrero de 1570. El obispo de Mans al rey, Roma 13 de febrero de 1570, B. N. París, Fr. 17 989, ff. 147 y 147 v. La noticia llegó a Constantinopla el 2 de abril de 1570, Const., 7 de abril de 1570, Sim. Eo. 1058, f. 41. *Memorias del Cautivo*, p. 5, toma de Túnez en enero de 1570. <<

[247] Aviso de Argel, ver n. anterior: el calabrés fue bien recibido por los tunecinos (“fue muy bien recebido de todos ellos”). <<

[248] Haedo dice febrero; aviso de Argel, 1-6 de abril de 1570, Sim. Eo. 487, se fue de Túnez el 10 de marzo. <<

[249] *Memorias del Cautivo,* p. 5. <<

[250] Fourquevaux al rey, Córdoba, 22 de abril de 1570, Fourquevaux, *op. cit.*, II, p. 216. <<

[251] Nobili al príncipe, Madrid, 18 de enero de 1570, A. d. S. Florencia, Mediceo 4849, ff. 10 y 11 v., *"quivi dicono ch'è gran penuria di tutte le cose onde è molto approbata questa gita como non necessaria"*, f. 9 v.; "*… che noi andiamo in una provincia penuriosa di tutt'i viveri per cagione del mal recolto et della guerra de Mori: staremo a ridosso d'un esercito che già patisce infinitamente…*". <<

[252] Madrid, 3 de febrero de 1570, Fourquevaux, *op. cit.*, II, p. 190. <<

[253] Sauli a la autoridad genovesa, Córdoba, 26 de febrero de 1570, A. d. S. Génova, L. M. Spagna, 4/2413. <<

[254] Don Juan a Felipe II, Caniles, 19 de febrero de 1570, *CODOIN*, XXVIII, p. 49 el mismo remitente al mismo destinatario, Caniles, 25 de febrero de 1570, A. E. Esp. 236, f. 13. <<

[255] A Felipe II, Tijola, 12 de marzo de 1570, *CODOIN*, XXVIII, p. 79. <<

[256] El mismo remitente al mismo destinatario, 30 de marzo de 1570, 6 de mayo de 1570, *ibid.*, pp. 83 y 89. <<

[257] ¿La información de Nobili (ver n. 251 de este capítulo) es justa? En todo caso, se envió trigo a los insurrectos, aviso de Argel, 1 y 6 de abril de 1570, Sim. Eo. 487. <<

[258] Dietrichstein a Maximiliano II, Sevilla, 17 de mayo de 1570, P. Herre, *op. cit.*, p. 113, n. 1 El rey de Argel había prometido enviar cinco navíos de víveres y de municiones. <<

[259] Nobili al príncipe, Córdoba, 27 de marzo de 1570, A. d. S. Florencia, Mediceo 4899, ff. 59 y ss. <<

[260] Sauli a la autoridad de Génova, Córdoba, 27 de marzo de 1570, A. d. S. Génova, L. M. Spagna, 4/2413. <<

[261] Nobili al príncipe, Sevilla, 16 de mayo de 1570, Florencia, Mediceo 4899, f. 94 v. <<

[262] El mismo remitente al mismo destinatario, *ibid.*, f. 95 v. Juan de Samaniega al duque de Parma, Córdoba, 18 de marzo de 1570, A. d. S. Nápoles, Carta Farnesiana, Spagna, fasc. 3/2, f. 356, <<

[263] Fourquevaux al rey, Sevilla, 22 de mayo de 1570, Fourquevaux, *op. cit.*, II, p. 222. <<

[264] Nobili al príncipe, Córdoba, 25 de mayo de 1570, A. d. S. Florencia, 4899, f. 166 v., y rescate de cautivos, P. Herre, *op. cit.*, p. 118. <<

[265] Zayas a F. de Alava, Ubeda, 4 de junio de 1570, A. N., K 1517, B 28, núm. 70. <<

[266] Aviso de Granada, 16 de junio de 1570, Fourquevaux, *op. cit.*, II, p. 227. <<

[267] *Ibid.*, p. 226. <<

[268] Los inquisidores de Granada al Cons. Sup. de la Inquisición, 17 de junio de 1570, A. H. N., 2604. <<

[269] Los mismos remitentes al mismo destinatario, Consejo, 9 de julio de 1570, *ibid*. <<

[270] Madrid, 29 de junio de 1570, Fourquevaux, *op. cit.*, II, p. 241, “cargados de arroz, de trigo y de harina”, *ibid.*, 11 de julio. <<

[271] Don Juan de Austria a Felipe II, 2 de julio de 1570, *CODOIN*, XXVIII, p. 110. <<

[272] *Ibid.*, p. 111. <<

[273] Fourquevaux, *op. cit.*, II, pp. 241-242. <<

[274] Madrid, 13 de julio de 1570, A. d. S. Génova, L. M. Spagna, 4/2413. <<

[275] *Ibid.*, 5 de agosto de 1570. <<

[276] Don Juan de Austria a Felipe II, 14 de agosto de 1570, *CODOIN*, XXVIII, p. 126. El mismo remitente a Ruy Gómez, igual fecha, *ibid.*, p. 128. <<

[277] Juan de Samaniega al duque de Parma, Madrid, 20 de agosto de 1570, A. d. S. Nápoles, Carta Farnesiana, fasc. 5/1, f. 394. <<

[278] A Ruy Gómez de Silva, Guadix, 29 de agosto de 1570, *CODOIN*, XXVIII, p. 133. <<

[279] Madrid, 20 de septiembre de 1570, Fourquevaux, *op. cit.*, II, p. 268. <<

[280] Aviso de España, septiembre de 1570, *ibid.*, II, pp. 262-263; Madrid, 11 de octubre de 1570, *ibid.*, II, p. 280. <<

[281] *Ibid.*, p. 277. <<

[282] A. N., K 1516, B 28, núm. 7. <<

[283] A Felipe II, 9 de noviembre de 1570, *CODOIN*, XXVIII, p. 140. <<

[284] Don Juan de Austria a Ruy Gómez, 5 de noviembre de 1570, “Al fin, Señor, esto es hecho”, citado por H. Forneron, *op. cit.*, II, pp. 189-190; por O. de Törne, *op. cit.*, I, p. 201. <<

[285] Al gran duque, Madrid, 22 de enero de 1571, A. d. S. Florencia, Mediceo, 4903. <<

[286] Sauli a la autoridad genovesa, Madrid, 11 de enero de 1571, A. d. S. Génova, L. M. Spagna, 4/2413, habla de 2 500 moros que vivían como *bandoleri.* <<

[287] A. de Herrera, *op. cit.*, pp. 341 y ss. <<

[288] A. de Fouché-Delbosc, “Conseils d’un Milanais à Don Juan d’Autriche”, en *Revue Hispanique*, 1901, p. 60, n. a. <<

[289] Superabundancia de fuentes, *cf.*, a este respecto, J. von Hammer, *op. cit.*, VI; Paolo Paruta, *Historia venetiana*, Segunda Parte, *Guerra di Cipro;* Uberto Foglietta, *De sacro foedere in Selimum*, libro IV, Génova, 1587; Giampietro Contarini, *H. delle cose successe dal principio della guerre mossa da Selim Ottomano a'Venetiani*, Venecia, 1576. <<

[290] Paul Herre, *Europäische Politik im cyprischen Krieg, 1570-1573*, Leipzig, 1902. <<

[291] *Op. cit.*, p. 13. <<

[292] E. Charrière, *op. cit.*, III, pp. 87-88; Iorga, *op. cit.*, III, p. 141. <<

[293] J. Reznik, *Le duc Joseph de Naxos, contribution à l'histoire juive du XVIe siécle*, París, 1936. <<

[294] Constantinopla, 7 de abril de 1570, Sim. Eo. 1058, f. 41. <<

[295] Carlos IX a Du Ferrier, 6 de octubre de 1571, B. N. París, Fr. 16170, ff. 32 v. y ss. <<

[296] Paul Herre, *op. cit.*, pp. 25 y 146. <<

[297] Madrid, 10 de marzo de 1570, Fourquevaux, *op. cit.*, II, p. 202, el "chauch" pidió al rey de Francia que hiciera preparar víveres en las costas de Languedoc y de Provenza para la armada turca. "No hacen falta discursos sobre eso." Salazar a S. M., Venecia, 5 de diciembre de 1570, A. N., K 1672, G 1, núm. 159. Claude du Bourg, siempre retenido en la Mirandola; se trataba de liberarlo. Sobre este asombroso personaje de Claude du Bourg, ver vol. I, pp. 497 y ss. <<

[298] Instrucción de Carlos IX a Paul de Foix, 12 de abril de 1570, B. N. París, Fr., 16080, f. 166, citado por P. Herre, *op. cit.*, p. 161. <<

[299] E. Lavisse, VI, 1, p. 113. Felipe II a F. de Alava, Madrid, 3 de septiembre de 1570, A. N., K 1517, B 28, núm. 89, “pernicioso concierto y pazes que esse pobre Rey ha hecho con sus rebeldes que me ha causado la pena y sentimiento que podéis considerar viendo la poca cuenta que se ha tenido con lo que tocava al servicio y honrra de Dios…”. <<

[300] Al rey, París, 2 de septiembre de 1570. A. N., K 1517, B 28, núm. 87. <<

[301] En febrero, y después en marzo, las galeras no consiguieron salir del puerto de Nápoles, pues el tiempo era “uno de los más duros que ha habido en esta estación desde hace muchos años”. Virrey de Nápoles al rey, Nápoles, 11 de marzo de 1570, Sim. Eo. 1058, f. 34. <<

[302] Aviso de Corfú que llegó el 10 de enero de 1570, Sim. Eo. 1058, f. 13, anunciaba grandiosos preparativos en Malta, construcción de 20 mahonas en Nicomedia, 22 grandes culebrinas en Const., 10 000 remeros reclutados en Anatolia, 250 velas, o sea 175 galeras, "*et si murmura anchora per La Goleta*". Const., 21 de enero de 1570, Sim. Eo. 1058, f. 19: el consenso general designaba a Chipre como centro del pillaje de Dalmacia y de los corsarios argelinos, Argel, 26 de enero de 1570 (por Valencia), Sim. Eo. 334, una armada iría sobre Chipre o La Goleta. El obispo de Mans a Carlos IX, Roma (2?), febrero de 1570, B. N. París Fr. 17989, ff. 145 v. y 146: la armada turca iría sobre Malta y de preferencia sobre La Goleta. Chantonnay al rey, Praga, 15 de febrero de 1570, *CODOIN*, CIII, pp. 450-453. El emperador supo por un espía que los turcos atacarían Chipre y no acudirían en socorro de los moriscos. Al llegar las noticias relativas a Chipre, Maximiliano habló de una posible alianza entre él, el rey de España, Polonia y el Reich. Thomas de Cornoça al rey, Venecia, 25 de febrero de 1570, Sim. Eo. 1327: los turcos tenían intención de atacar Chipre. Castagna a Alessandrino, Córdoba, 11-12 de marzo de 1570, citado por P. Herre, *op. cit.*, pp. 61-62, n. 1: la flota turca se internaría en aguas españolas. Aviso de Corfú recibido en Nápoles el 31 de marzo de 1570, Sim. Eo. 1058, f. 30, armada turca contra Chipre. Pescara al rey, Palermo, 12 de junio de 1570, misión de Barelli, caballero de Malta, destinado al Oriente para que se informara de lo que ocurría, "mayormente presuponiendo que algun intento avia para dar calor a las cosas de Granada…", Sim. Eo. 1133. El citado Barelli recomendó a Micas, virrey de Nápoles al duque de Albuquerque, Nápoles, 24 de junio de 1570. Const., 18 de mayo, Sim. Eo. 1058, f. 66: contra Chipre. Virrey de Nápoles al rey, Nápoles igual fecha, *ibid.*, f. 64. <<

[303] Alberto Tenenti, *Cristoforo da Canal, la marine vénitienne avant Lepante*, 1962, principalmente pp. 175 y ss. <<

[304] Paul Herre, *op. cit.*, p. 16, cita el 13 de enero. <<

[305] Thomas de Cornoça al rey, Venecia, 26 de febrero de 1570, Sim. Eo. 1327. <<

[306] J. López al rey, Venecia, 11 de marzo de 1570, Sim. Eo. 1327. No había nuevas cartas del baile. Su arresto. Invasión turca a Dalmacia. Certidumbre de guerra. El mismo remitente al mismo destinatario, 16 de marzo de 1570, *ibid.*, se llegaría de Constantinopla a pedir Chipre a Venecia. <<

[307] Al rey, E. Charrière, *op. cit.*, III, pp. 101-104. <<

[308] Doctor Morcat (del Consejo de Capuana), “que al presente esta por governor, en las provincias de Abruço”, al duque de Alcalá, Civita de Chieti, 28 de febrero de 1570, Sim. Eo. 1058, f. 37. <<

[309] J. López al rey, Venecia, 1 de abril de 1570, Sim. Eo. 1327, correrías turcas alrededor de Zara. Cavalli al senado, Córdoba, 1 de abril de 1570, rumores de que Zara había caído (P. Herre, *op. cit.*, p. 85, n. 2); 9 (?) castillos tomados por los turcos, Mehemet Sokobi a Carlos IX, Constantinopla, 16 de noviembre de 1570, E. Charrière, *op. cit.*, III, p. 137. <<

[310] Ver nota 306 de este capítulo. <<

[311] P. Herre, *op. cit.*, p. 16. <<

[312] L. Voinovitch, *Depeschen des Francesco Gondola, 1570-1573*. Viena, 1907, p. 21. <<

[313] *Idem.* <<

[314] D. F. Alava al rey, Angers, 4 de abril de 1570, A. N. K 1517, B 28, núm. 59. <<

[315] R. B. Merriman, *op. cit.*, IV, pp. 126-127, y la gran publicación de A. Dragonetti de Torres, *La lega di Lepanto nel carteggio diplomatico inedito di Don Luys de Torres.…*. Turín, 1931. <<

[316] Juan López al rey, 11, 16 y 31 de marzo de 1570 (sobre el galeón de Fausto), 9 de junio de 1570, Sim. Eo. 1327. <<

[317] Paul Herre, *op. cit.*, pp. 27-28. <<

[318] *Idem.* <<

[319] H. Kretschmayr, *Geschichte von Venedig, op. cit.*, III, p. 54. <<

[320] Sim. Eo. 1058, f. 35. <<

[321] *CODOIN*, CIII, pp. 480-481. <<

[322] J. A. Doria al rey, Nápoles, 3 de mayo de 1570, Sim. Eo. 1058, f. 31. <<

[323] Virrey de Nápoles, 19 de julio de 1570, Sim. Eo. 1058, f. 80, los alemanes fueron licenciados el 26 de junio. <<

[324] El mismo remitente al mismo destinatario, Nápoles, 2 de agosto de 1570, Sim. Eo. 1058, f. 91. <<

[325] Santa Cruz al rey, 26 de abril de 1570, Sim. Eo. 1058, f. 46. <<

[326] Sim. Eo. 1060, ff. 1, 39, 49, 51 y 206, Eo. 1133, 19 de marzo de 1570, 6 de mayo de 1570. <<

[327] Pescara al rey, Palermo, 17, 18 y 26 de junio de 1570, 16 de julio de 1570. Sim. Eo. 1123, J. A. Doria al rey, La Goleta, 2 de julio de 1570, Sim. Eo. 484. <<

[328] Pescara, 17 de abril de 1570, Sim. Eo. 1133 y otras cartas del 6 de mayo, así como cartas del virrey de Nápoles, 14 de agosto de 1570 (Sim. Eo. 1058, f. 97), Felipe II al virrey de Sicilia, 23 de septiembre de 1570 (Eo. 1058, f. 217), 18 de octubre (*ibid.*, f. 220). <<

[329] Esto, bien visto por H. Kretschmayr, *op. cit.*, III, p. 53. <<

[330] Cardenal De Rambouillet a Carlos IX, Roma, 8 y 12 de mayo de 1570. E. Charrière, *op. cit.*, III, pp. 112-114. <<

[331] L. Serrano, *op. cit.*, I, p. 51. <<

[332] Nobili al príncipe, Córdoba, 22 de abril de 1570, Florencia, Mediceo 4899, f. 74 v. Sin embargo, el recién llegado no gustó mucho en los medios españoles, "*tenendole de razza non molto antica*", Fourquevaux, *op. cit.*, II, pp. 219-220, audiencia de Torres, 21 de abril, promesa de 70 galeras españolas, la respuesta definitiva del rey se debía dar en Sevilla; 50 galeras decía el cardenal De Rambouillet al rey, Roma, 22 de mayo de 1570, B. N. París, Fr. 1789, f. 176. <<

[333] Los italianos (el saboyano, el duque de Urbino) empujaron a Felipe II a concluir una alianza con Venecia, Paul Herre, *op. cit.*, p. 88. <<

[334] L. Serrano, *op. cit.*, I, p. 53, n. 3. <<

[335] *Ibid.*, p. 54. <<

[336] Sobre el conjunto de este párrafo, B. N. París, Italia 427, ff. 197 v. y 198. <<

[337] El cardenal De Rambouillet a Carlos IX, Roma, 5-30 de junio de 1570, E. Charrière, *op. cit.*, III, pp. 115-116. Instrucción del baile a M. de l'Aubespine (junio de 1570), B. N. París, Fr. 1789, f. 181: "El señor Marcantonio Colonna, que el papa ha hecho general de todas sus galeras con gran maravilla de muchos…". <<

[338] L. Serrano, *op. cit.*, I, p. 70. <<

[339] J. López al rey, Venecia, 1 de agosto de 1570, Sim. Eo. 1327. <<

[340] L. Serrano, *op. cit.*, I, p. 75. <<

[341] Innumerables cartas ragusinas al general de la armada veneciana, Hierónimo Zane, 7, 13, 17 y 18 de abril; 3 y 16 de mayo de 1570, A. de Ragusa, L. P., I, ff. 168, 168 v., 169, 171, 174, 175 v., 177, 198, 200 v., 201 y 202. <<

[342] Reclutamiento de 2 000 hombres en Nápoles para las galeras de J. A. Doria y de Santa Cruz, el virrey de Nápoles al rey, 19 de julio de 1570, Sim. Eo. 1058, f. 82; Nobili, 16 de mayo de 1570, A. d. S. Florencia, Mediceo 4899, ff. 99 v. y 100. <<

[343] Sauli a Génova, Madrid, 13 de julio de 1570, A. d. S. Génova, L. M. Spagna 4/2413. <<

[344] Orden dada después de la intervención del nuncio, L. Serrano, *op. cit.*, t. III, p. 448, ver también *ibid.*. III, pp. 461-463; sobre el descontento de J. A. Doria, cardenal De Rambouillet al rey, 28 de agosto de 1570, E. Charrière, *op. cit.*, III, p. 118. <<

[345] Sim. Eo. 1058, ff. 98 y 99. <<

[346] J. A. Doria al rey, 17 de septiembre de 1570, Sim. Eo. 1327. Los rectores de Ragusa a los embajadores en Const., 11 de septiembre de 1570, A. de Ragusa, L. P., 1, f. 242 v., paso de galeras hispano-pontificias el 18 de agosto a la altura de Corfú. <<

[347] J. A. Doria, 17 de septiembre de 1570, ver n. 346 de este capítulo. <<

[348] *Memorias del Cautivo,* p. 7. <<

[349] L. Voinovitch, *op. cit.*, p. 33, noticia que se supo en Madrid en noviembre, Eligio Vitale, *op. cit.*, p. 127; probablemente el 16 de ese mes. <<

[350] Pescara al rey, Palermo, 22 de octubre de 1570, Sim. Eo. 1133. <<

[351] Francisco Vaca al duque de Alcalá, Otranto, 1 de noviembre de 1570, Sim. Eo. 1059, f. 6. <<

[352] L. Serrano, *Liga de Lepanto*, Madrid, 1918-1919, I, p. 81. <<

[353] E. Charrière, *op. cit.*, III, pp. 122-124, F. de Alava al rey, París, 12 de noviembre de 1570, A. N., K 1518, B 28, núm. 42. <<

[354] *Corresp. de Granvella*, IV, p. 51, 14 de diciembre de 1570. <<

Capítulo IV. Lepanto

[1] L. Serrano, *op. cit.*, I, p. 86, n. 2. <<

[2] Silva al rey, Venecia, 21 de abril de 1571, Sim. Eo. 1329; el mismo remitente al mismo destinatario, 21 de junio de 1571, *ibid*. Relatione sull'Imperio Ottomano di Jacopo Ragazzoni, 16 de agosto de 1571, Albèri, *Relazioni*…. III, 2, pp. 372 y ss. <<

[3] Los comisarios al rey, Roma, 8 de septiembre de 1570, L. Serrano, *op. cit.*, IV, p. 6. <<

[4] Un proyecto contra Bizerta y Túnez, Pescara al rey, Palermo, 20 de marzo de 1571, Sim. Eo. 487. <<

[5] Diligencias venecianas a este respecto, desde 1570, virrey de Nápoles al rey, 4 de febrero de 1571, Sim. Eo. 1059, f. 178. Se dio la orden de proveer de trigo a la armada veneciana que invernaba en Candía. Sobre la compleja cuestión de las subsistencias, v. D. J. de Zúñiga al duque de Alba, 17 de julio de 1571, Sim. Eo. 1058, f. 81. <<

[6] Texto original en latín, L. Serrano, *op. cit.*, IV, pp. 299 y ss. Traducción española, B. N. Madrid, Ms. 10454, f. 84; otro texto en D. Dumont, *Corps universel diplomatique*, V, pp. 203 y ss. Sim. Patronato Real, núm. 1660, 25 de mayo de 1571. H. Kretschmayr, *Geschichte von Venedig*, *op. cit.*, III, p. 59; L. Voinovitch, *op. cit.*, p. 3; cardenal De Rambouillet a Carlos IX, Roma, 21 de mayo de 1571, E. Charrière, *op. cit.*, III, pp. 149-150. <<

[7] *Relatione fatta alla maestà Cattolica, in Madrid, alli XV di Luglio 1571, di tutta la spesa ordinaria che correrà per la lega in 200 galere, 100 navi et 50 mila fanti ogn'anno*, Roma, sin fecha, en 4º, B. N. París, Oc. 1533. <<

[8] D. F. de Alava a Felipe II, Poissy, 5 de agosto de 1570, A. N., K 1516, B 27, núm. 55. <<

[9] 28 de agosto de 1570, B. N., París, Fr. 23 377, copia. <<

[10] Julián López al rey, Venecia 10 de agosto de 1570, Sim. Eo. 1327. <<

[11] El conde de Monteagudo al rey, Spira, 30 de octubre de 1574, *CODOIN*, CX, pp. 98-110. <<

[12] Optimismo del papa, el cardenal De Rambouillet al rey, Roma, 4 de diciembre de 1570, B. N. París, Fr. 17989; su decepción, el mismo remitente al mismo destinatario, 19 de diciembre, *ibid.*, copia. <<

[13] Nobili al gran duque, Madrid, 22 de enero de 1571, A. d. S. Florencia, Mediceo 4903. <<

[14] Nobili y Del Caccia al príncipe, Madrid, 12 de abril-14 de junio de 1571, *ibid.*, F. Hartlaub, *op. cit.*, p. 71. <<

[15] Por ejemplo, la memoria del 15 de febrero de 1571, dirigida a Fourquevaux, Celestin Douais, *Lettres à M. de Fourquevaux…. 1565-1572*, 1897, pp. 314-343. <<

[16] Abel Desjardins, *Nég. diplomatiques avec la Toscane*, 1859-1886, III, pp. 655 y ss.; 10 de mayo, *ibid.*, p. 669. <<

[17] F. de Alava a D. J. de Çuñiga, 24 de junio de 1571, a propósito de Coligny y de Téligny, A. N., K 1520, B 29, núm. 24. <<

[18] Virrey de Nápoles a Felipe II, Nápoles, 3 de marzo de 1571, Sim. Eo. 1059, f. 60. <<

[19] Su instrucción, Madrid, 29 de enero de 1571, A. N., K 1523, B 23, núm. 51. <<

[20] Felipe II a Alava, Madrid, 30 de junio de 1571, *ibid*. Nobili y Del Caccia al príncipe, Madrid, 30 de junio de 1571, A. d. S. Florencia, Mediceo, 4903. <<

[21] Respuesta del duque de Alba al Sr. de Mondoucet, B. N. París, Fr. 16127, ff. 3 y 4, no publicado por L. Didier, cuyo relato empieza en 1571. <<

[22] Paul Herre, *op. cit.*, p. 163, n. 1. <<

[23] Nobili al príncipe, Madrid, 31 de marzo de 1571, A. d. S. Florencia, Mediceo 4903. <<

[24] Nota de Antonio Pérez, Madrid, 8 de mayo de 1571, A. N., K 1521, 830, núm. 56. <<

[25] A. N., K 1521, B 20, núm. 58. <<

[26] El culpable fue Alonso de la Cueva, duque de Albuquerque, por haber obrado sin órdenes del rey, dirán los embajadores franceses al elevar sus quejas. Zayas a F. de Alava, Madrid, 16 de mayo de 1571, A. N., K 1523, B 31, núm. 75. En iguales términos, 31 de mayo de 1571, Fourquevaux, *op. cit.*, II, p. 355. “No se dice una palabra de Final, en esta corte…”, F. de Alava al rey, 1 de junio de 1571, A. N., K 1520, B 29, núm. 2. <<

[27] Nobili y Del Caccia al príncipe, Madrid, 20 de mayo de 1571, Mediceo 4903. <<

[28] F. de Alava al duque de Albuquerque, París, 27 de abril de 1571, A. N., K 1519, B 29, núm. 69. <<

[29] *Idem*. <<

[30] Felipe II a D. F. de Alava, 17 de abril de 1571, A. N., K 1523, B 31, núm. 67. <<

[31] F. de Alava al duque de Albuquerque, París, 17 de mayo de 1671, A. N., K 1521, B 30, núm. 68. <<

[32] El mismo remitente al mismo destinatario, 27 de abril de 1571, *ibid.*, núm. 69. <<

[33] Nobili y Del Caccia, Madrid, 16 de abril-6 de junio de 1571, A. d. S. Florencia, Mediceo 4903; Felipe II a Granvella, San Lorenzo, 13 de junio de 1571, Sim. Eo 1059, f. 13; F. de Alava a Felipe II, París, 26 de junio de 1571, A. N., K 1520. B 29, núm. 31. ¿Un crédito de 150 000 escudos del gran duque de Toscana a Ludovico de Nassau, sobre Fráncfort?, F. de Alava al rey, 4-9 de agosto de 1571, A.N., K 1519, B 29, núm. 69. <<

[34] F. de Alava al rey, París, 1 de junio de 1571, A. N., K 1520, B 29, núm. 2. <<

[35] El obispo de Dax a Carlos IX, Lyon, 26 de julio de 1571, E. Charrière, *op. cit.*, III, pp. 161-164, B. N. París, Fr. 16170, ff. 9-11, copia. <<

[36] E. Charrière, *op. cit.*, III, p. 178. <<

[37] El rey a la autoridad veneciana, 23 de mayo de 1571, B. N., París, Fr. 16170, ff. 4-5, copia. <<

[38] Francés de Alava a Zayas, “Lubier”, 19 de junio de 1571, A. N., K 1520, B 29, núm. 12. <<

[39] El mismo remitente al duque de Alba, Louviers, 25 de junio de 1571, *ibid.*, núm. 20. <<

[40] 17 de agosto de 1571, Fourquevaux, *op. cit.*, 11, p. 371. <<

[41] El duque de Alba a Alava, Amberes, 11 de julio de 1571, orig. en francés, A. N., K 1522, B 30, núm. 16*a*. <<

[42] El mismo al mismo, Bruselas, 7 de junio de 1571, A. N., K 1520, B 29, núm. 6. <<

[43] Nobili al príncipe, Madrid, 2 de agosto de 1571, A. d. S. Florencia, Mediceo 4903. <<

[44] L. Serrano, *Correspondencia*, I, p. 102. <<

[45] Fourquevaux a la reina, Madrid, 18 de febrero de 1571, *op. cit.*, II, p. 331. <<

[46] Al rey, Palermo, 20 de marzo de 1571, Sim. Eo. 487; la cosecha fue buena en Sicilia, Ragusa, 28 de mayo de 1570, A. de Ragusa, L. P. 2, ff. 97 y 98. <<

[47] Nobili y Del Caccia, 16 de abril de 1571, A. d. S. Florencia, Mediceo 4903. <<

[48] Santa Cruz al rey, 1-2 de mayo de 1571, Sim. Eo. 106, ff. 81-82. <<

[49] El mismo remitente al mismo destinatario, dos cartas del 17 de mayo de 1571, *ibid.*, ff. 83-84. <<

[50] D. Juan a Ruy Gómez, *CODOIN*, XXVIII, p. 157. <<

[51] Erwin Mayer-Lowenschwerdt, *Der Aufenthalt der Erzherzöge Rudolf und Ernst in Spanien, 1564-1571*, Viena, 1927. <<

[52] Sim. Eo. 1059, f. 129. El duque de Alcalá, muerto el 2 de abril de 1571, Sim. Eo. 1059, f. 84. Sobre la misión provisional del cardenal Granvella hay muchos documentos, y sobre todo el de 10 de mayo de 1571, Mediceo 4903; aviso de España, 31 de mayo de 1571, Fourquevaux, *op. cit.*, II, p. 355; *CODOIN*, XXIII, p. 288. N. Niccolini, "La città di Napoli nelle anno della battaglia di Lepanto", en *A. st. per le provincie napoletane*, nueva serie, t. XIV, 1928, p. 394. <<

[53] Nobili y Del Caccia al príncipe, Madrid, 6 de junio de 1571, Mediceo 4903. <<

[54] L. van der Essen, *Alexandre Farnèse, op. cit.*, I, p. 161. <<

[55] Sim. Eo. 1134. <<

[56] *Op. cit.*, p. 79. <<

[57] *Ibid.*, p. 78, n. 2. <<

[58] *CODOIN*, III, p. 187. <<

[59] Erwin Mayer-Lowenschwerdt, *op. cit.*, p. 39. <<

[60] *Ibid.*, p. 40, *Res Gestae.…*. I, p. 97. <<

[61] Según L. van der Essen, *op. cit.*, I, p. 162, partida el 1 de agosto. <<

[62] Padilla a Antonio Pérez, Nápoles, 15 de agosto de 1571, recibida el 12 de septiembre, Sim. Eo. 1059, f. 91. <<

[63] L. van der Essen, *op. cit.*, I, p. 163, dice la noche del 22; Juan de Soto a D. García de Toledo, 21 de agosto de 1571, don Juan estaba todavía en Nápoles, *CODOIN*, XXVII, p. 162. <<

[64] Don Juan a don García de Toledo, Mesina, 25 de agosto de 1571, *CODOIN*, III, p. 15; L. van der Essen, *op. cit.*, 1, p. 163, dice el 23. <<

[65] A don Luis de Requeséns, Pisa, 1 de agosto de 1571, *CODOIN*, III, p. 8. <<

[66] Corfú, 3 de febrero de 1571, Sim. Eo. 1059, f. 62. <<

[67] Corfú, 29 de marzo de 1571, aviso recibido en Venecia el 11 de abril de 1571, Sim. Eo. 1060, f. 13. <<

[68] Constantinopla, 10 de abril de 1571, *ibid.*, f. 125. <<

[69] Mesina, 23 de abril de 1571, *ibid.*, f. 11. <<

[70] Corfú, 27 de abril de 1571, Sim. Eo. 1059, f. 56. <<

[71] Constantinopla, 5 de mayo de 1571, retransmitido por Corfú (y por cautivos evadidos), Sim. Eo. 1060, f. 133. <<

[72] Negroponto, 3 de junio de 1571, *ibid.*, f. 137. <<

[73] L. Voinovitch, *op. cit.*, p. 39. <<

[74] G. de Silva a Felipe II, Venecia, 6 de julio de 1571, Sim. Eo. 1329. <<

[75] F. de Alava al rey, Melun, 1 de agosto de 1571, A. N., K 1520, B 29, núm. 37. Sesenta galeras perdidas, Nobili al príncipe, Madrid, 2 de agosto de 1571, Mediceo 4903. <<

[76] L. Voinovitch, *op. cit.*, p. 40. <<

[77] *Ibid.*, p. 41. <<

[78] Granvella a Felipe II, 20 de septiembre de 1571, Sim. Eo. 1060, ff. 57 y 58. En Calabria y en Bari. <<

[79] Don Juan de Austria a D. G. de Toledo, Mesina, 30 de agosto de 1571, *CODOIN*, III, p. 17. <<

[80] Sobre este tema existe abundante literatura, innumerables testimonios y no menos innumerables obras de historia. Pero estas últimas son poco precisas y, por así decirlo, nunca imparciales. ¿Fue Lepanto una victoria española?, ¿veneciana, italiana? Algunos testimonios: Ferrante Caracciolo, I *commentarii dele guerre fatte co'Turchi da D. G. d'Austria dopo che venne in Italia*, Florencia, 1581. "Discurso sobre la vita, naval sacada de la armada turquesca traduzido del toscano en spol.". A. E. Esp. 236, ff. 51-53. *Relatione della vittoria navale christiana contro li Turchi al 1571, scrita del Signr. Marco Antonio Colonna alla Santit*à *di Nro. Signr. Pio V, con alcune mie* (Francesco Gondola, embajador ragusino en Roma) *aggionte ad perpetuam memoriam*, ed. por L. Voinovitch, pp. 107-112. "Relación de lo sucedido al armada desde los 30 del mes de setiembre hasta los 10 de octubre de 1571 anos", ff. 168 y ss.; "Relación de lo sucedido a la armada de la Santa Liga desde los 10 de octubre hasta los veynte cinco del mismo", ff. 169-171. B. N. Madrid, Mss 1750. La lista de obras históricas en L. Serrano, Alonso Sánchez o G. Hartlaub. Merece mención especial: Guido Antonio Quarti, *Lepanto*, Milán, 1930. <<

[81] “Las causas que movieron al Sor. Don Juan para dar la batalla de Lepanto” (1571), B. N. Madrid, Mss 11268/35. <<

[82] “Ponentinas” no significa, como piensa F. Hartlaub, *op. cit.*, p. 182, españolas exclusivamente. <<

[83] A este respecto, las consideraciones de Granvella al rey; Nápoles, 26 de mayo de 1571, Sim. Eo. 1060, f. 30, tienen la ventaja de ser anteriores al encuentro. <<

[84] Nobili y Del Caccia al príncipe, Madrid, 24 de diciembre de 1571, A. d. S. Florencia, Mediceo 4903; L. Voinovitch, *op. cit.*, p. 42. <<

[85] G. de Silva al rey, Venecia, 19 de octubre de 1571, Sim. Eo. 1329. *Cf*. B. N. París, Ital. 427, ff. 325-333. F. de Alava al rey, 2 de agosto de 1571, A. N., K 1520, B 29, núm. 38; L. Voinovitch, *op. cit.*, p. 102. <<

[86] H. Kretschmayr, *op. cit.*, III, p. 69. <<

[87] Por ejemplo, H. Wätjen, *Die Niederländer im Mittelmeergebiet, op. cit.*, p. 9; H. Kretschmayr, *op. cit.*, III, pp. 75-76, L. Serrano, *op. cit.*, I, pp. 140-141. <<

[88] Al duque de Anjou, Venecia, 4 de noviembre de 1571, B. N. París, Fr. 16170, ff. 57-59, copia. <<

[89] Henri Delmas de Grammont, *Relations entre la France et la Régence d'Alger au XVIIe siècle*, I, p. 2 y n. 2. <<

[90] L. Pfandl, *Philippe II*, pp. 366-367. <<

[91] Dejo a un lado la inútil campaña diplomática librada en este sentido, desde 1570, en Viena, Polonia, Moscú y Lisboa. (Ver el libro de Paul Herre, *op. cit.*, pp. 139 y ss.), y aun las curiosas maniobras de Roma en Moscovia (Pierling, S. J., *Rome et Moscou, 1547-1579*, París, 1883; *Un nonce du Pape en Moscovie. Préliminaires de la trêve de 1582*, París 1884). Sobre la firme negativa de Portugal en 1573, ver *Le cause per le quali il Sermo Re di Portugallo nro. Sgre...* A. Vaticanes, Spagna, 7, ff. 161-162. En abril de 1571 se pagó al turco el tributo imperial, ver F. Hartlaub, *op. cit.*, p. 69; cardenal De Rambouillet, Roma, 7 de mayo de 1571, E. Charrière, *op. cit.*, III, pp. 148-149. El emperador no podía obrar sin la ayuda del rey de Polonia (Michiele y Soranzo al dogo, Viena, 18 de diciembre de 1571, P. Herre, *op. cit.*, p. 154). Por lo menos, le dijo al embajador de Polonia: *"Ohne Euch kann man nichts tun"* ["Sin vos, nada puede hacerse!", y el otro le respondió: *"Und wir wollen ohne Eur. Majestätnichts tun"* ["Y nosotros no queremos hacer nada sin V. M."]. Nobili al príncipe, Madrid, 18 de noviembre de 1571, Mediceo 4903, supo de buena fuente que el emperador, que no estaba listo, no podía intervenir ese año. En general, hubo dos tentativas, por lo menos insistentes, sobre el plan diplomático: una en 1570, aunque los preparativos no estaban terminados, y otra a principios del pontificado de Gregorio XIII (misión de Ormaneto en España y del arzobispo de Lanciano en Portugal). <<

[92] Enorme documentación sobre este tema en Simancas, de lo cual O. de Törne ofrece un buen resumen, *op. cit.*, I, pp. III y ss. Llegada de un embajador a España, Coban, *CODOIN*, XC, pp. 464 y ss.; Nobili y Del Caccia, Madrid, 10 de mayo de 1571, Mediceo 4903. <<

[93] Dinero prestado y después no utilizado, ver vol. I, p. 642. <<

[94] G. de Silva a Felipe II, Venecia, 25 o 26 de noviembre de 1571, Sim. Eo. 1329. <<

[95] Requeséns a Felipe II (8 de diciembre de 1571), A. E. Esp. 236, f, 132; Fourquevaux, *op. cit.*, II, p. 243, paso de soldados a través de los Alpes; F. de Alava al duque de Albuquerque, París, 27 de abril de 1571, A. N., K 1519, B 29, núm. 69. <<

[96] E. Charrière, *op. cit.*, III, p. 245, en nota, B. N. París, Fr. 16170, ff. 70 y ss. <<

[97] H. Forneron, *Histoire de Philippe II*, II, pp. 304 y ss. <<

[98] *Op. cit.*, I, pp. 228 y ss., y, sobre todo, p. 228, n. 2. <<

[99] 31 de enero de 1571, *CODOIN*, XXXV, p. 521 (101 *bis*). A. N., K 1535, B 35, núm. 10 *bis;* Catalina de Médicis a la reina de Inglaterra, 22 de abril de 1572, Conde de La Ferriére, *Lettres de Catherine de Médicis*, 1855, IV, pp. 97 y 98. <<

[100] G. de Spes, Cantorbery, 7 de enero de 1572, *CODOIN*, XC, p. 551. <<

[101] Cavalli a la autoridad veneciana, Blois, 24 de febrero de 1572, *C. S. P. Veneciano,* VII, p. 484. <<

[102] Artículos de la liga defensiva concertada entre el rey de Francia y la reina de Inglaterra, 19 de abril de 1572, A. N., K 1531, B 35, núm. 10 *bis*. <<

[103] Aguilon al duque de Alba, Blois, 8 de marzo de 1572, A. N., K. 1526, B 32, núm. 6. <<

[104] Saint-Gouard al rey de Francia, Madrid, 14 de abril de 1572, B. N. París, Fr 1640, ff. 16-18. <<

[105] G. de Silva al rey, Venecia, 22 de mayo de 1572, Sim. Eo. 1331. <<

[106] Su instrucción, 31 de marzo de 1572, A. N., K 1529, B 34, ff. 33-34. <<

[107] Blois, 16 de marzo de 1572, A. N., K 1526, B 32, núm. 19. <<

[108] Walsingham a lord Burghley, 22 de abril de 1572, H. de La Ferrière, *op. cit.*, IV, p. 98, n. 1; sir Francis de Walsingham, *Mémoires et instructions pour les amabassadeurs*. Ámsterdam, 1700, p. 217. <<

[109] ¿Adónde iba la flota? Ch. de la Roncière, *Histoire de la Marine française*, 1934, p. 68, afirma: hacia “las Antillas, la Guinea, la Florida, Nombre de Dios, Argelia” *[sic]*. Esa flota serviría para bloquear La Rochela durante la cuarta guerra de religión. <<

[110] II, p. 421. <<

[111] El duque de Alba al secretario Pedro de Aguilón, Bruselas, 19 de marzo de 1572, A. N., K 1526, B 32, núm. 15. Indica también los tratos de Aguilón con el embajador de Portugal. <<

[112] Saint-Gouard al rey, 14 de abril de 1572, B. N. París, Fr. 1610, ff. 22-23; Aguilón al duque de Alba, Blois, 26 de abril de 1572, A. N., K 1526, B 37, núm. 57. <<

[113] Francisco de Ibarra al rey, Marsella 26 de abril de 1572, Sim. Eo. 334. <<

[114] Aranjuez, 10 de mayo de 1572, A. N., K 1528, B 35, núm. 48. <<

[115] Zayas a Diego de Zúñiga, Madrid, 20 de mayo de 1572, A. N., K 1529, B 34, núm. 54. <<

[116] Fourquevaux, *op. cit.*, II, p. 309. <<

[117] Aguilón al duque de Alba, Blois, 3 de mayo de 1572, A. N., K 1526, B 32, núm. 69. <<

[118] El duque de Alba al rey, 27 de abril de 1572, copia, A. N., K 1528, B 33, núm. 43. <<

[119] Memoria y proposiciones del embajador Saint-Gouard a Felipe II, abril de 1572, A. N., K 1529, B 34, núm. 44 (trad. esp.). Otros incidentes menudos, Saint-Gouard a Catalina de Médicis, autogr. Madrid, 14 de abril de 1572, B. N. París Fr. 16104, ff. 22-23; H. Forneron, *op. cit.*, II, p. 302. <<

[120] C. Pereyra, *imperio…*, p. 170; G. de Spes al rey, Bruselas, 15 de abril de 1572, *CODOIN*, XC, pp. 563-564. Mondoucet al rey, Bruselas, 27 de abril de 1572, orig., B. N. París, Fr. 16127; acción del duque de Alba. El precioso testimonio de Antonio de Guaras al duque de Alba, Londres, 18 de mayo de 1572, *CODOIN*, XC, pp. 18-19; H. Pirenne, *Histoire de la Belgique*, IV, pp. 29 y ss.; Mondoucet al rey, Bruselas, 29 de abril de 1572, B. N. París Fr. 16127, f. 43; Aguilón al duque de Alba, Blois, 2 de mayo de 1572, A. N., K 1526, B 32. <<

[121] Ver n. 120 de este capítulo, *CODOIN*, XC. <<

[122] Mondoucet a Carlos IX, Bruselas, 29 de abril de 1572, B. N. París, Fr. 16127, ff. 43 y ss. <<

[123] Aguilón al duque de Alba, Blois, 2 de mayo de 1572, A. N., K 1526, B 32. <<

[124] H. Pirenne, *op. cit.*, IV, pp. 31-32; *CODOIN*, LXXV, p. 41; H. Forneron, *op. cit.*, II, p. 312. <<

[125] H. Pirenne, *op. cit.*, p. 31. <<

[126] R. B. Merriman, *op. cit.*, IV, p. 294. <<

[127] Nobili y Del Caccia, Madrid, 19 de mayo de 1572, A. d. S. Florencia, Mediceo, 4903. <<

[128] Al rey, Madrid, 21 de mayo de 1572; B. N. París, Fr. 1604, ff. 58 y ss. <<

[129] Nobili y Del Caccia al príncipe, Madrid, 19 de mayo de 1572, A. d. S. Florencia, Mediceo 4903. <<

[130] D. Diego de Zúñiga al duque de Alba, 24 de mayo de 1572, A. N., K 1529, B 34, núm. 96*a* copia. <<

[131] 18 de mayo de 1572, A. d. S. Génova, L. M. Spagna 5-2414. <<

[132] Llegó a La Exclusa el 11 de junio de 1572, Medinaceli al rey, La Exclusa, 11 de junio de 1572, *CODOIN*, XXXVI, p. 25. <<

[133] Saint-Gouard al rey, Madrid, 31 de mayo de 1572, B. N. París, Fr. 1604, ff. 75 y ss. Otros rumores; la flota francesa iría sobre las Indias, "… y ayer todavía, el duque de Sesa albergaba ese propósito…", *ibid*. En Francia, los caminos atestados de soldados. En Burdeos, una gran flota, en la que figuraban 14 navíos de 600 toneladas, 20 de junio de 1572, A. N., K 1529, B 34, núm. 9. <<

[134] Saint-Gouard al rey, Madrid, 21 de mayo de 1572, B. N. París, Fr. 1604, ff. 58 y ss. <<

[135] 24 de mayo de 1572. Ver n. 130 de este capítulo. <<

[136] A Sauli, 6 de junio de 1572, A. d. S. Génova, L. M. Spagna, 6-2415. <<

[137] El rey al obispo de Dax, 11 de mayo de 1572, B. N. París, Fr. 16170, ff. 122 y ss. E. Charrière, *op. cit.*, III, p. 291, n. <<

[138] Eugène Plantet, *Les consuls de France à Alger*, 1930, p. 9. <<

[139] L. Serrano, *op. cit.*, IV, pp. 516-517. <<

[140] *Ibid.*, I, p. 226; F. Hartlaub, *op. cit.*, p. 56. <<

[141] Pierre Champion, *Paris au temps des guerres de religion*, 1938, p. 198. <<

[142] E. Lavisse, *Hist. de France*, VI, 1, p. 122. <<

[143] “Lo que el embassador de Francia dixo a Su Magd. en San Lorenzo”, A. N., K 1529, B 29, núm. 83. También sobre este tema, la carta de Giulio del Caccia al príncipe, Madrid, 19 de junio de 1572, A. d. S. Florencia, Mediceo 4903, o la de Sauli a su República, Madrid, 4 de julio de 1572, A. d. S. Génova, L. M. Spagna, 5. 2414. <<

[144] 28 de junio de 1572, A. N., K 1529, B 34, núm. 100. <<

[145] “Relación de lo que el So. Çhayas passo con el embassador de Francia, viernes primero de agosto de 1572”, A. N., K 1530, B 34, n. 2. <<

[146] C. H. de La Ferrière, *op. cit.*, IV, p. 104, n. 1. <<

[147] *Ibid.*, p. 106, n. 2; B. N. París Fr. 16039, f. 457 v. <<

[148] Diego de Zúñiga al duque de Alba, París, 27 de junio de 1572, A. N., K 1529, B 34, núm. 78. <<

[149] G. del Caccia al príncipe, Madrid, 30 de junio de 1572, A. d. S. Florencia, Mediceo 4903. <<

[150] *Ibid.*, "*cosi tutti* (los correos) *sono venuti per acqua*". <<

[151] *CODOIN*, CXXV, p. 56. <<

[152] D. de Zúñiga al duque de Alba, París, 17 de julio de 1572, A. N., K 1529, B 34, núm. 128. <<

[153] El mismo remitente a Felipe II, París, 10 de agosto de 1572, A. N., K 1530, B 34, núm. 13. <<

[154] El mismo remitente al duque de Alba, 13 de agosto, *ibid.*. núm. 15, copia. <<

[155] Verídico en cuanto a España e Italia; esto último establecido desde hace ya mucho tiempo. Edgar Boutaric, “La Saint-Barthélemy d’;après les archives du Vatican”, en *Bibl. de l’Éc. des Chartes*, año 23º, t. III, 5ª serie, 1862, pp. 1-27; Lucien Romier, “la Saint-Barthélemy, les événements de Rome et la préméditation du massacre”, en *Revue du XVIe siècle*, 1893; E. Vacandard, “Les Papes et la Saint Barthélemy”, en *Etudes de critique et d’hist. religieuse*, 1905. <<

[156] Los comisarios al rey, Roma, 12 de diciembre de 1572, L. Serrano, *op. cit.*, IV, p. 351. <<

[157] *Ibid.*, IV, pp. 656-659. <<

[158] *Ibid.*, p. 657. <<

[159] Granvella a don J. de Zúñiga, Nápoles, 20 de marzo de 1572, Sim. Eo. 1061, f. 16. <<

[160] Don Juan al gran comendador de Castilla, Mesina, 27 de enero de 1572, Sim. Eo. 1138; el mismo remitente al mismo destinatario, 1572, *ibid*. Sobre el retiro de don Juan a Palermo, 8 de febrero, 17 de abril, sigo las indicaciones de Palmerini, B. Com. de Palermo, Qq D. 84. <<

[161] Don Juan al gran comendador de Castilla, 14 de febrero de 1572, ver nota 160 de este capítulo. <<

[162] El mismo remitente a Granvella, Palermo, 14 de febrero de 1572, Sim. Eo. 1061, f. 11. <<

[163] Granvella a don Juan, Nápoles, 21 de febrero de 1572, *ibid.*, ff. 12, 13 y 14, copia. <<

[164] Don Juan al gran comendador de Castilla, Palermo, 2 de marzo de 1572, Sim. Eo. 1138. <<

[165] L. Serrano, *op. cit.*, I, p. 180, n. 2. <<

[166] Don Juan de Austria a Felipe II, Palermo, 17 de marzo de 1572, Sim. Eo. 1138; L. Serrano, *op. cit.*, I, p. 180, dice el 18 de marzo. <<

[167] Henri Biaudet, *Le Saint-Siège et la Suède durant la seconde moitié du XVIe siècle*, 1906, 1, p. 181. El duque de Florencia a Felipe II, Pisa, 3 de mayo de 1572. Condolencias por la muerte del papa, y ofrecimiento de 11 galeras, 2 galeazas, "como estava obligado a S. S.", resumen en español, Sim. Eo. 1458. Sauli a Génova, Madrid, 18 de mayo de 1572, A. d. S. Genova, L. M. Spagna, 5-2414: *"La morte di S. Stà dispiàce a tutti universalmte et a S. Mtà. forse più che niun'altro."* Nobili y Del Caccia al príncipe, Madrid, 19 de mayo de 1572, Mediceo, 4903: "La Alianza perdió mucho de su vigor con la muerte de ese santo hombre." <<

[168] R. Konetzke, *Geschichte Spaniens…*, p. 181, subraya la realidad del pretexto francés. Para L. Pfandl, *Philippe II*. pp. 377-378, que no examina los hechos de cerca, lo esencial es rebajar el papel de don Juan. <<

[169] Don Fadrique, hijo del duque de Alba, el 15 de abril, afectando todavía reírse de los acontecimientos de la isla de Walcheren, H. Pirenne, *op. cit.*, IV, p. 31. <<

[170] Debe rechazarse la tesis de Gonzalo de Illescas, *Historia pontifical y católica*, Salamanca, 1573, segunda parte, pp. 358 y ss. Para zarpar hacia Levante, los aliados esperaban la noticia de la Noche de San Bartolomé. <<

[171] 21 de abril de 1572, B. N. París, Fr. 3604, ff. 58 y ss. <<

[172] Felipe II a D. Juan de Zúñiga, San Lorenzo, 2 de junio de 1572, Sim. Eo. 920, ff. 95-98. <<

[173] Y no las maniobras francesas —tratos con Argel, sobre los cuales Berbrugger escribió un artículo, “Les Algériens demandent un Roi français”, en *Rev. Afric*., 1861, pp. 1-13—; Fourquevaux, 12 de febrero, *op. cit*., II, p. 421, menciona 24 galeras francesas en Marsella (cifra que no vale nada); la flota que Paulin de la Guarde debía conducir del océano al Mediterráneo se componía de dos galeras grandes, cuatro pequeñas y dos bergantines, y se encontraba todavía en Burdeos el 28 de junio: el barón de la Guarde a Saint-Gouard, Burdeos, 28 de junio de 1572, cop. trad, esp., A. N., K 1529, B 34, núm. 103. <<

[174] Ver vol. I, p. 477 y n. 20. <<

[175] L. Serrano, *op. cit.*, I, p. 363. <<

[176] Granvella a Felipe II, 29 de agosto de 1572, Sim. Eo. 1061; L. Serrano, *op. cit*., II, p. 70, n. 2. <<

[177] H. Kretschmayr, *op. cit*., III, pp. 342 y ss. <<

[178] L. Serrano, *op. cit*., II, p. 32. <<

[179] *Don Quijote*, I, cap. XXXIX. <<

[180] *Op. cit*., p. 170. <<

[181] F. Hartlaub, *op. cit*., p. 156. <<

[182] Sesa al rey, 24 de octubre de 1572, Sim. Eo. 458, citado por L. Serrano, *op. cit.*, II, p. 147. <<

[183] L. Serrano, *ibid*. <<

[184] Para todos los detalles de este párrafo me apoyo en el minucioso relato de L. Serrano. <<

[185] Granvella a Felipe II, Nápoles, 8 de octubre de 1572, Sim. Eo. 1061, f. 65. <<

[186] Mondoucet al rey, 29 de septiembre de 1572, y Saint-Gouard, 7 de noviembre de 1572, L. Didier, *op. cit*., I, p. 52 y n. 2; G. del Caccia al príncipe, Madrid, 20 de septiembre de 1572, A. d. S. Florencia, Mediceo 4903. El cardenal tuvo fiebres lentas. Muy robusto, gran comedor y gran bebedor, "*in due hore l'aggravó il male per un catarro che lo suffocó…*". <<

[187] Monteagudo a Felipe II, Viena, 20 de julio de 1572, *CODOIN*, CX, pp. 483-489, H. Biaudet, *op. cit*., p. 178. <<

[188] Carlos IX al obispo de Dax, París, 17 de septiembre de 1572, E. Charrière, *op. cit*., III, pp. 303-309. <<

[189] Jean Auzanet, *La vie de Camoẽns*, París. 1942, p. 208. <<

[190] L. Serrano, *op. cit*., II, p. 296, n. 1. <<

[191] Reclamación de Cattaro, *ibid*., II, p. 303. <<

[192] *Ibid*., p. 311. <<

[193] Una paz definitiva no se establecería hasta 1574; de ahí el libelo de Ms Ital 2117 (B. N. París). *Relatione del Turco doppo la pace conclusa con la Signoria di Venetia l'anno 1574*. Sobre esta paz, que se concertó con tanta lentitud, G. de Silva a Felipe II, Venecia, 6 de febrero de 1574 (información ragusina), Sim. Eo. 1333; el mismo remitente al mismo destinatario, 13 de febrero de 1574, *ibid.;* el mismo remitente al mismo destinatario, 12 de marzo de 1574, *ibid.;* el mismo remitente al mismo destinatario, 16 de marzo de 1574, *ibid.;* Don juan de Zúñiga a Felipe II, Roma, 18 de marzo de 1574, *CODOIN*, XXVIII, p. 185. Los jurados de Mesina a Felipe II, 30 de marzo de 1574, Sim. Eo. 1142; en abril de 1574, Felipe II, a instancias del papado, ofreció el apoyo de su flota en caso de que los turcos atacaran Zante o Corfú. Felipe II a G. de Silva, San Lorenzo, 5 de abril de 1574, Sim. Eo. 1333, pero a condición, precisaba el rey, de que los franceses no se retiraran. Se volvía en imaginación al verano de 1572. Paz provisional del 7 de marzo; ver, a este respecto, 12 de marzo de 1574, Eo. 1333; 16 de marzo de 1574, *ibid.*. *CODOIN*, XXVIII, p. 185; 30 de marzo de 1574, Sim. Eo. 1142. <<

[194] Sobre el descontento del duque de Alba al anunciársele esta paz, ver Mondoucet al rey, 17 de julio de 1573, L. Didier, *op. cit*., I, p. 329. <<

[195] Según carta de Felipe II al duque de Terranova, San Lorenzo, 20 de junio de 1573, Sim. Eo. 1140. <<

[196] El rey resume este informe en la carta indicada en la nota 195 de este capítulo. <<

[197] La cuestión, indicada por la carta del arzobispo de Lanciano a Cosme, Madrid, 24 de enero de 1573, A. Vatic., Spagna, núm. 7, ff. 10-11, y en la del obispo de Padua a Cosme, 25 de enero de 1573, *ibid*., f. 22. <<

[198] Informe de Juan Curenzi, enviado por Granvella a Constantinopla, de donde estuvo de regreso el 30 de junio de 1573, Sim. Eo. 1063, f. 35. <<

[199] Philippe de Canaye, *op. cit*., p. 158. <<

[200] Testimonio de un genovés procedente de Quíos en una embarcación francesa, Sim. Eo. 1063, f. 42. <<

[201] A Felipe II, *CODOIN*, CII, pp. 207-208. <<

[202] Sim. Eo. 1332. <<

[203] *Op. cit.*, p. 180; Granvella a D. Juan, Nápoles, 6 de agosto de 1573, Sim. Eo. 1063, f. 45. <<

[204] Granvella a Felipe II, 12 de agosto de 1573, Sim. Eo. 1063, f. 49. Otro informe posterior, procedente de Venecia, indicaba que la flota intentaba apoderarse de las islas de Tremeti. <<

[205] Philippe de Canaye, *op. cit.*, p, 181. <<

[206] Don Juan a Felipe II, Mesina, 20 de agosto de 1573, recibido el 3 de septiembre, Sim. Eo. 1062, f. 117. <<

[207] Zúñiga a Felipe II, 25 de agosto de 1573, *CODOIN*, CII, p. 229. <<

[208] Philippe de Canaye, *op. cit.*, pp. 181 y 186, ocho galeras perdidas y otras ocho averiadas. <<

[209] Zúñiga a Felipe II, 28 de agosto de 1573, *CODOIN*, CII, p. 231. <<

[210] Sim. Eo. 1063, f. 87. <<

[211] Philippe de Canaye, *op. cit*., p. 186. <<

[212] Granvella a Zúñiga, Nápoles, 11 de septiembre de 1573, *CODOIN*, CII, pp. 258-259. <<

[213] Philippe de Canaye, *op. cit*., p. 195. <<

[214] Granvella a Zúñiga, Nápoles, 8 de octubre de 1573, *CODOIN*, CII, pp. 307-311. <<

[215] Mediceo 4904, f. 86. <<

[216] El dinero también iba hacia Flandes, Saint-Gouard al rey, Madrid, 14 de julio de 1573, B. N. París, Fr. 16105. <<

[217] Mas la expedición anunciada por la correspondencia diplomática era, en general, la de Argel; el obispo de Padua al cardenal de Como, Madrid, 15 de julio. A. Vatican., Spagna 7, f. 372; Sauli a Génova, Madrid, 14 de julio de 1573, L. M. Spagna 5, 2414. <<

[218] Sauli, ver nota 217 de este capítulo; Saint-Gouard, nota 216 de este capítulo. <<

[219] Argel pasó al rango de un proyecto, D. Juan a Felipe II, Nápoles, 25 de julio de 1573, Sim. Eo. 1062, f. 112. <<

[220] Sim. Eo. 1062, f. 96. <<

[221] J. A. Doria a don Juan de Austria, Mesina, 9 de julio de 1573, orig. Argel, G. A. A. Registro núm. 1686, f. 191. <<

[222] Don Juan a Felipe II, Nápoles, 10 de julio de 1573, Sim. Eo. 1062, f. 105, y también, del mismo remitente al mismo destinatario. Nápoles, 4 de agosto de 1573, *ibid.*, f. 113. <<

[223] El mismo remitente al mismo destinatario, Nápoles, 5 de agosto de 1573, *ibid.*, f. 114, su partida para Mesina; el mismo remitente al mismo destinatario, Mesina, 10 de agosto de 1573, Eo. 1140, llegó a Mesina el 9 de agosto. <<

[224] 4 de agosto de 1573, Sim. Eo. 1063, f. 167. <<

[225] De San Lorenzo, Sim. Eo. 1140, M. <<

[226] Sim. Eo. 1140. <<

[227] Zúñiga a Felipe II, Roma, 13 de agosto de 1573, *CODOIN*, CII, p. 209. <<

[228] *Op. cit.*, I, pp. 243 y ss. <<

[229] Zúñiga al rey, 23 de octubre de 1573, *CODOIN*, CII, p. 330. La carta prueba que el papa no estaba informado: “Díjome el otro día el Papa hablandome en la jornada del señor D. Juan, que si ganaba a Tunes…”. La noticia de la toma de Túnez, 11 de octubre, se conoció en Nápoles el 22 o el 23 de octubre. Granvella a Felipe II, Nápoles, 23 de octubre de 1573, Sim. Eo. 1063, f. 110. <<

[230] D. Juan a Granvella, Mesina, 19 de agosto de 1573, copia B. N. Madrid, Ms 10454, ff. 114 y 115; Zúñiga a Felipe II, Roma, 21 de agosto de 1573, *CODOIN*, CII, pp. 219-220. <<

[231] Escobedo a D. Juan, Madrid, 5 de septiembre de 1573, A. E. Esp. 236, f. 122. <<

[232] El duque de Terranova al rey, Palermo, 7 de septiembre de 1573, Sim. Eo. 1139. <<

[233] Granvella a don Juan, 6 de septiembre de 1573, Sim. Eo. 1062, f. 118. <<

[234] Parere del Duca di Terranova, Presidente di Sicilia, sopra le cose di Barberia, 17 de septiembre de 1573, Sim. Eo. 1139. <<

[235] El duque de Terranova a Felipe II, Palermo, 30 de septiembre de 1573, Sim. Eo. 1139. <<

[236] Granvella a Felipe II, Nápoles, 19 de octubre de 1573, Sim. Eo. 1063, f. 94. <<

[237] El duque de Terranova a Felipe II, Palermo, 9 de octubre de 1573, Sim. Eo. 1139. <<

[238] Según la relación de la B. N. de Florencia, Caponi, *Codice*. V., f. 349. <<

[239] Indicación formal de esta fecha del 11, Jorge Manrique a Felipe II, Palermo, 7 de noviembre de 1573, Sim. Eo. 1140. <<

[240] “Relación que ha dado el secretario Juan de Soto sobre las cosas tocantes a la fortaleza y reyno de Túnez”, 20 de junio de 1574, Sim. Eo. 1142, copia. <<

[241] Instrucción a Gabrio Cerbellón, Sim. Eo. 1140. <<

[242] Don Juan a Granvella, La Goleta, 18 de octubre de 1573, Sim. Eo. 1063, f. 114. <<

[243] Granvella a Felipe II, Nápoles, 23 de octubre de 1573, *ibid.*, f. 110 (recibido el 11 de noviembre). <<

[244] Mis. de Tovalosos, B. N. París, Esp. 34, f. 44. <<

[245] Palmerini, 20 de octubre de 1573, B. Com. Palermo, QqD 84, llegada de D. Juan el 2 de noviembre. <<

[246] Granvella a don Juan, Nápoles, 24 de octubre de 1573, A. E., Esp. 236, ff. 88-90. <<

[247] Saint-Gouard a Carlos IX, Madrid, 3 de febrero de 1574, B. N. París, Fr. 16106, f. 304. <<

[248] Granvella a Felipe II, Nápoles, 27 de enero de 1574, Sim. Eo. 1064, f. 7, edit, por F. Braudel, en *Rev. Afr*., 1928, pp. 427-428. <<

[249] Sim. Eo. 488. <<

[250] O. de Törne, *op. cit.*, I, p. 216, y mejor L. van der Essen, *op. cit.*, I, 1, pp. 181 y ss. <<

[251] “Lo que se ha platicado en consejo sobre los puntos de los memoriales que el seco. Juan de Soto ha dado de parte del Sor. D. Juan”, sin fecha, Sim. Eo. 488 (mayo o junio de 1574). <<

[252] Ver nota 251 de este capítulo. <<

[253] Granvella a Felipe II, 22 de julio de 1574, Sim. Eo. 1064, f. 46, habla de 320 velas. <<

[254] Portocarrero a Granvella, La Goleta, 19 de julio de 1574, el corte se acababa de abrir del lado de Cartago, Sim. Eo. 1064, f. 46: “Relación del sargento Go. Rodriguez de La Goleta”, 26 de junio de 1574, Sim. Eo. 1141. Sobre el sitio y toma de La Goleta, ver igualmente Eo. 1064, ff. 2, 4, 5, 5, 25, 54, 57 y 58, opúsculo anónimo *Warhaftige eygentliche beschreibung wie der Türk die herrliche Goleta belägert*, Núremberg, Hans Koler, 1574; *Traduzione di una lettera di Sinan Bassà all’imperatore turco su la presa di Goleta e di Tunisi*, sin fecha, B. N. París, Ital. 149, ff. 368-380. <<

[255] 22 o 23, O. de Törne, *op. cit.*, I, p. 279, n. 6. <<

[256] El duque de Terranova a Felipe II, Palermo, 31 de agosto de 1574, Sim. Eo. 1141. <<

[257] Sim. Eo. 1142. <<

[258] *CODOIN*, III, p. 159. <<

[259] Madrid, 28 de agosto de 1574, Mediceo 4904, f. 254. <<

[260] El duque de Terranova a Felipe II, Palermo, 20 de septiembre de 1574, Sim. Eo., 1141; Saint-Gouard al rey, Madrid, 23 de octubre de 1574, B. N. París, Fr. 16106. <<

[261] Granvella a Felipe II, Sim. Eo. 1064, f. 66. <<

[262] O. de Törne, *op. cit.*, I, p. 280, n. 1. <<

[263] Don Juan a Felipe II, Trapani, 3 de octubre de 1574 (*ibid.*, I, p. 283); la carta de Granvella de 27 de septiembre, dramática, si se quiere (Sim. Eo. 1064, f. 61, *cf.* F. Braudel, en *Rev. Afr.*, 1928, p. 401, n. 1), se refiere solamente al primer desastre, a la toma de La Goleta. <<

[264] Don Juan de Austria a Felipe II, Trapani, 4 de octubre de 1574, Sim. Eo. 450. <<

[265] El mismo remitente al mismo destinatario. Nápoles, 12 de noviembre de 1574, *ibid*. <<

[266] Según Van der Hammen y Porrino, citados por O. de Törne, *op. cit*., I, p. 288, nn. 4 y 6, sobre todo el párrafo que precede se apoya sobre el relato de Törne y sobre mi artículo “Les Espagnols et l’Afrique du Nord”, en *Rev. Afr*., 1928. <<

[267] Ba. Ferrero a la Rep. de Génova, Constantinopla, 15 de noviembre de 1574, A. d. S. Génova, Const. 2.2170. <<

[268] Constantinopla, 15 y 19 de noviembre de 1574, *ibid*. <<

[269] Veedor general de S. M. en Piamonte y Lombardía, Milán 6 y 23 de octubre de 1574, Sim. Eo. 1241. <<

[270] Granvella a Felipe II, Nápoles, 6 de diciembre de 1574, Sim. Eo. 1066, aut. <<

[271] G. de Silva a Felipe II, Venecia, 16 de octubre de 1574, Sim. Eo. 1333; el mismo remitente al mismo destinatario, 30 de octubre, *ibid*. <<

[272] Giulio del Caccia al gran duque, Madrid, 25 de octubre de 1574, Mediceo 4904, ff. 273 y 273 v. <<

[273] Consulta del Consejo de Estado, 16 de septiembre de 1574, Sim. Eo. 78. <<

[274] A Felipe II, Orán, 23 de diciembre de 1574, Sim. Eo. 78. Sobre la misión de V. Gonzaga, el obispo de Padua al cardenal de Como, 9 de noviembre de 1574, A. Vatican., Spagna, núm. 8, f. 336. <<

[275] Sauli a la Rep. de Génova, Madrid, 16 de noviembre de 1574, A. d. S., L. M. Spagna, 6.2415. <<

[276] Saint-Gouard al rey, Madrid, 23 de octubre de 1574, B. N. París, Fr. 16106. <<

[277] El mismo al mismo, 26 de noviembre de 1574. <<

[278] B. N. París, Fr. 16106. <<

Capítulo V. Las treguas hispano-turcas: 1577-1584

[1] La acusación figura en una carta de Carlos IX. Saint-Gouard respondió a ella largamente (al rey, Madrid, 24 de febrero de 1574, B. N. París, Fr. 16106). Si había agentes españoles en las asambleas rebeldes, que se aprehendiera a alguno o se diera su nombre. Una vez identificados, se les sometería a inquisición, "a tal punto que debería perder todo crédito o dirigirse al mismo rey si quisiera servirse contra Vuestra Majestad de tales prácticas, las cuales no puedo imaginarme ni creer…" Su deseo era, sin duda, embrollarlo todo en Francia, "… creo que estarían felices de que Vuestra Majestad tuviese continuos disgustos en su propia casa, pues piensan que eso les serviría para poner en orden entre tanto la suya…". Añade Saint-Gouard que también es indudable que "las cosas del Estado permiten o por lo menos sufren a veces la falta de honestidad". Podía Felipe II intrigar con los hugonotes, cuando declaraba, refiriéndose a los Países Bajos, "que prefiere perderlos a consentir cosa alguna que esté contra la religión y la fe católica", y si se ponían "contra el servicio de V. M. dentro de su reino, creo que eso lo harían algunos bribones que han adoptado un tercer estado fundándolo no para el servicio de Dios ni para el de V. M., en el cual han formado ejércitos, o en provincias que, so color de católicas, se mantienen con las armas en la mano con la mayor insolencia, ante todo para satisfacer su avaricia". ¿ Y el asunto de Enrique de Navarra, de Claudio du Bourg? (Ver vol. I, pp. 497-499.) <<

[2] A. O. Meyer, *England und die katolische Kirche*, I, p. 28, cit. por Platzhoff, *Geschichte des europ. Staatensystems*, p. 42. <<

[3] Pescara al rey, 12 de junio de 1570, Sim. Eo. 1133. <<

[4] Hay un nombre ilegible en mi copia. <<

[5] Relación de Margliani, 11 de febrero de 1578, Sim. Eo. 489. <<

[6] Relación sobre Estéfano Papadopoulo, Madrid, 21 de junio de 1574, “y es menester mirarles mucho a las manos”, Sim. Eo. 488. <<

[7] *Cf.*, entre otros, H. Wätjen, *op. cit.*, pp. 67-69. <<

[8] Memoria de Du Bourg, trad, esp., 1576, A. N., K 1542. <<

[9] Carta de Selim II, emperador de los turcos, a don Juan de Austria, “enviándole presentes al tiempo que era general de los ejércitos cristianos”, B. N. París, Fr. 16141, ff. 440-446. <<

[10] “Lo que refiere Juan Curenzi…”, 30 de junio de 1573, Sim. Eo. 1063, f. 35. <<

[11] El obispo de Dax al rey, Constantinopla, 16 de junio de 1573, E. Charrière, *op. cit.*, III, p. 405. <<

[12] El mismo remitente al mismo destinatario, Constantinopla, 26 de julio de 1573, *ibid.*, pp. 413-416. <<

[13] Al rey, Venecia, 26 de febrero de 1574, *ibid.*, p. 470 n. <<

[14] Ver n. 11 de este capítulo. <<

[15] El obispo de Dax a Catalina de Médicis, Constantinopla, 17 de febrero de 1574, E. Charrière, *op. cit.*, III, pp. 470 y ss. <<

[16] Pietro Egidi, *Emmanuele Filiberto*, *op. cit.*, II, pp. 128 y ss. <<

[17] El obispo de Dax al rey, 18 de septiembre de 1574, E. Charrière, *op. cit.*, III, p. 572. <<

[18] *Ibid.*, p. 572. <<

[19] Al rey, *ibid.*, pp. 424-427, Constantinopla, 4 de septiembre de 1573. <<

[20] El mismo remitente al mismo destinatario, *ibid.*, 470-475, 24 de marzo de 1574. <<

[21] El serio incidente del “fuerte” de Sebenico, *ibid.*, 17 de febrero de 1574, pp. 462-470. <<

[22] Ver n. 20 de este capítulo. <<

[23] E. Charrière, *op. cit.*, III, p. 467. <<

[24] 17 de febrero de 1574, *ibid*., III, pp. 462-470. <<

[25] “Relación que hizo Livio Celino…”, 1574, Sim. Eo. 1333. <<

[26] Granvella al rey, Nápoles, 6 de febrero de 1575, Sim. Eo. 1066. Carta harto pesimista del cardenal. Con el cambio de reino, haría falta comprar nuevas inteligencias; de ahí nuevos gastos, como los que tendría que hacer el emperador a propósito de la renovación de su tregua, y de la cual debería obtenerse nueva confirmación. El nuevo soberano, Amurat, tenía 28 años y era “belicoso y amado de sus súbditos…” <<

[27] Constantinopla, 8 de marzo de 1577, A. d. S. Venecia, Secreto Relazioni Collegio, 78; Guzmán de Silva al rey, Venecia, 28 de abril de 1577, Sim., Eo. 1336, señala que don Martín, a quien llama don García de Acuña, fue a Constantinopla con un salvoconducto para comprar cautivos y, en realidad, para negociar la tregua, "y a salido con la resolución dello por cinco años…". Los avisos franceses dan como fecha de la llegada de don Martín a Constantinopla el 15 de marzo, lo cual es inexacto. <<

[28] Sim. Eo. 159, f. 283. <<

[29] Mondéjar a Antonio Pérez, Nápoles, 30 de abril de 1577, Sim. Eo. 1074, f. 31. <<

[30] Constantinopla, 2 de mayo de 1577, transmitido, sin duda, por G. de Silva, Sim. Eo. 1336. <<

[31] Ver nota 29 de este capítulo. <<

[32] Martín de Acuña al rey, Madrid, 6 de junio de 1577, Sim. Eo. 159, f. 35. <<

[33] Silva a Felipe II, Venecia, 19 de junio de 1577, Sim. Eo. 1336. <<

[34] Don Martín de Acuña a S. M., Madrid, 1578, sin otro detalle. Sim. Eo. 159, f. 283. <<

[35] Mondéjar a Felipe II, Nápoles, 13 de agosto de 1577 Sim. Eo. 107 3, f. 136. <<

[36] Fernand Braudel, “La mort de Martín de Acuña”, en *Mélanges en l’honneur de Marcel Bataillon*, 1962. *Cf*. F. Ruano Prieto, “D. Martín de Acuña”, en *Revista contemporánea*. 1899. <<

[37] G. Margliani a Antonio Pérez, Constantinopla, 30 de abril de 1578, Sim. Eo. 489. <<

[38] *Cf*. Gerlach, *Tagebuch*, p. 539; E. Charrière, *op*, *cit.*, III. p. 705. <<

[39] Para todo lo que sigue, ver el largo memorial de Margliani, febrero de 1578, Sim. Eo. 488. <<

[40] E. Charrière, *op. cit.*, III, p. 705. <<

[41] A Enrique III, Constantinopla, 22 de enero de 1578, E. Charrière, *op. cit.*, III, p. 710. <<

[42] *Op. cit.*, p. 160, J. W. Zinkeisen, *op. cit.*, III, p. 499. <<

[43] “Lo que se tratto y concerto entre el Baxa y Juan Margliano”, 7 de febrero de 1578, Sim. Eo. 489. Copia del mismo documento, hecha quizá en 1579, *Capitoli che si sono trattati fra l’illmo Sre. Meemet pascià (di) buona memoria.*…. Sim. Eo. 490. <<

[44] “Lo que ha de ser resuelto sobre lo de la tregua” (1578), Sim. Eo. 489; sobre la no conclusión de acuerdos económicos, Margliani (¿a Antonio Pérez?), 11 de febrero de 1578, Sim. Eo. 489. <<

[45] Sim. Eo. 489. La victoria de Gembloux fue en 31 de enero de 1578. <<

[46] “Relación de lo que ha passado en el nego, de la tregua y suspension de armas con el Turco y lo que para la conclusion della llevo en comon. don Juan de Rocafull y el estado en que al presente esta” (1578), Sim. Eo. 459, f. 28 (o f. 281). Estos textos no fechados se deben situar entre principios de junio y el 12 de septiembre de 1578, a causa de los retrasos del correo; a título de indicación, una carta de Margliani dirigida a Antonio Pérez de Constantinopla, el 9 de diciembre de 1578, le llegó el 31 de marzo de 1579, después de un viaje de 3 meses y 22 días. <<

[47] Fecha de su segunda instrucción, 12 de septiembre de 1578, ver n. 49 de este capítulo. Don J. Rocafull es el Don Juan de Rogua, de Valenza, del que habla Gerlach, citado por J. W. Zinkeisen, *op. cit.*, III, p. 500. <<

[48] Don Juan de Cardona a Felipe II, Barcelona, 1 de noviembre de 1576, Sim. Eo. 335, f. 58, "… y con correo por tierra ordenando a don Juan de Rocafull hiziese despalmar las nueve galeras". <<

[49] “Instrucción segunda a D. Juan de Rocafull”, Madrid, 12 de septiembre de 1578, Sim. Eo. 489. <<

[50] J. W. Zinkeisen, *op. cit.*, III, p. 500. <<

[51] E. Charrière, *op. cit.*, III, p. 777. <<

[52] Juan de Idiáquez a Felipe II, Venecia, 5 de febrero de 1579, A. N., K 1672, G 1, núm. 22. <<

[53] J. de Idiáquez a Felipe II, Venecia, 4 de marzo de 1579, A. N., K 1672. <<

[54] E. Charrière, *op. cit.*, III, p. 852, n.; pero el aviso del 9 de enero de 1580 se refiere tanto al porvenir como al pasado. Pudo significar también el texto de 1579, del cual hemos hecho mención en la n. 43 de este capítulo. <<

[55] Echevarri a Margliani, Gazaga, 2 de septiembre de 1579, A. N., K 1672, G 1, núm. 117. El mismo remitente al mismo destinatario, Caravançara *[sic]*, 2 de septiembre de 1579, *ibid.*. núm. 118, se queja de Bruti, “bellaco”. <<

[56] Margliani a Antonio Pérez, Pera, 2 de septiembre de 1579, Sim. Eo. 490. <<

[57] Germigny al rey, Viñas de Pera, 16 de septiembre de 1579, Resumen, pp. 8 y ss. <<

[58] La cual, por otra parte, no se conoció en Constantinopla sino a principios de abril de 1580, G. Margliani al virrey de Nápoles, Viñas de Pera, 9 y 14 de abril de 1580, A. N., K 1672, G 1, núm. 166. <<

[59] Constantinopla, 4 de julio de 1579, copia it., A. N., K 1672, G 1, n. 81 *a*. <<

[60] E. Charrière, *op. cit.*, III, pp. 782 y ss., n. Sobre las hazañas del “general” Du Bourg, ver vol. I, pp. 497-499. <<

[61] *Ibid.*, pp. 885 y ss. <<

[62] Gran comendador de Castilla a Felipe II, 9 de junio de 1580, Sim. Eo. 491. <<

[63] Margliani a D. J. de Zúñiga, 3 de febrero de 1580, Sim. Eo. 491. <<

[64] Margliani al virrey de Nápoles, 15 de octubre de 1580, Sim. Eo. 1338. <<

[65] El mismo remitente al mismo destinatario, 2 de febrero de 1580, resumen de cancillería, Sim. Eo. 491. <<

[66] E. Charrière, *op. cit.*, III, pp. 872 y 876, n. <<

[67] Constantinopla, 26 de febrero de 1580, Sim. Eo. 1337. <<

[68] Margliani al gran comendador, Viñas de Pera, 27 de febrero de 1580, Sim. Eo. 491, copia. <<

[69] El mismo remitente al mismo destinatario, 7 de marzo de 1580, Sim. Eo. 491. <<

[70] El mismo remitente al mismo destinatario, 29 de octubre de 1580, Sim. Eo. 1338; Germigny al rey, 24 de marzo de 1580, E. Charrière, op. *cit.*, III, p. 885. <<

[71] El mismo remitente al mismo destinatario, 12 de marzo de 1580, copia, Sim. Eo. 491. <<

[72] Ver nota 71 de este capítulo. <<

[73] El mismo al mismo, 18 de marzo de 1580, Sim. Eo. 491. <<

[74] Ch. de Salazar a Felipe II, Venecia, 18 de marzo de 1580, Sim. Eo. 1337. <<

[75] Las cartas de Margliani al gran comendador, 23 y 25 de marzo de 1580 (Sim. Eo. 491), no dan la fecha exacta de dicha firma. Pero Germigny dice formalmente que fue el 24 de marzo de 1580, E. Charrière, *op. cit.*, III, pp. 884-889. <<

[76] 2 de mayo de 1580, A. Vaticanos, Spagna, núm. 27, f. 88. <<

[77] Al rey, 17 de mayo de 1580, E. Charrière, *op. cit.*, III, pp. 910-911. <<

[78] M. Philippson, *Ein Ministerium under Philipp II*, p. 404, L. von Pastor, *G. der Päpste*, t. IX, 1923, p. 273; H. Kretschmayr, *op. cit.*, III, p. 74. <<

[79] J. W. Zinkeisen, op *cit.*, III, p. 107. <<

[80] 9 y 14 de abril de 1580, A. N., K 1672, G 1, núm. 166. <<

[81] *Idem*. <<

[82] *Idem*. <<

[83] Abril de 1580, Sim. Eo. 491. <<

[84] Margliani al virrey de Nápoles, Pera, 29 de octubre de 1580, Sim. Eo. 1338. <<

[85] El mismo remitente al mismo destinatario, Pera, 10 de diciembre de 1580, Sim. Eo. 1338. <<

[86] El mismo remitente al mismo destinatario, Pera, 20, 21, 26 (29 o 30) de diciembre de 1580, resumen de Cancillería, Sim. Eo. 491. <<

[87] Todos estos detalles, según carta de Margliani al gran comendador (finales de diciembre de 1580), A. N., K 1672, G 1, núm. 169. <<

[88] Bartolomé Pusterla a don Juan de Zúñiga, aviso de Levante, 4 de febrero de 1581, en *Cartas y avisos.*… pp. 53-54. Germigny al rey, 4 de febrero de 1581, *Recueil...*, p. 31; E. Charrière, *op. cit.*, IV, pp. 26-28, n., habla de los "escudos nuevos marcados con el cuño de Aragón", con los cuales Margliani pagó a los pachás. Aviso de Levante, 4 de febrero de 1581, Sim. Eo. 1339. <<

[89] Margliani a don Juan de Zúñiga, 4 y 5 de lebrero de 1581, *Cartas y avisos…. op. cit.*, p. 55; 5 de febrero de 1581, Sim. Eo. 1339. Leo en mi texto "Sciaous Pacha", y no como el editor anónimo de las *Cartas*, "Scianus". <<

[90] Ver nota 88 de este capítulo. <<

[91] Don Juan de Zúñiga a Felipe II, Nápoles, 3 de marzo de 1581, recibida en Tovar el 23 de marzo, Sim. Eo. 1084. <<

[92] Don Juan de Zúñiga al marqués de Alcaniças, 4 de marzo de 1581, Sim. Eo. 1084. <<

[93] E. Albèri, *op. cit.*, I, V, p. 328. <<

[94] Al nuncio de España, Roma, 11 de julio de 1580; A. Vat., Spagna, 27, f. 123, …il *passar con silentio nel fatto de la tregua è stata buona risolutione poichè il farne querella in questo tempo non potria sinon aggiungere travaglio a S. Mtá. senza speranza di frutto…* <<

[95] *Op. cit., p* 181. <<

[96] Con extremo rigor, en 1584, por el propio Margliani, si se interpreta libremente una indicación de J. von Hammer, *op. cit.*, VI, pp. 194-195; tregua prolongada por dos años en 1587. Pero este autor no señala fuentes. <<

[97] Como M. de Brèves lo pensaba en 1624, E. Charrière, *op. cit.*, IV, p. 28, n. <<

[98] Pienso, principalmente, en Franz Babinger, “Suleiman der Mächtige”, en *Meister der Politik*, 2 vols., Stuttgart y Berlín, 1923. <<

[99] J. von Hammer, *op. cit.*, VII, p. 70. Sobre todos estos problemas ver el libro, breve pero decisivo, de W. E. D. Allen, ya mencionado, I p. 105, n. 2. <<

[100] J. von Hammer, *op. cit.*, p. 77. <<

[101] B. N. París, Ital., 1220. <<

[102] *Ibid.*, f. 317 v. (hacia 1572). <<

[103] J. von Hammer, *op. cit.*, VII, p. 75. <<

[104] *Ibid.*, p. 80, *Voyage dans le Levant de M. d'Aramon, op. cit.*, I, 108. <<

[105] De Grantrie de Grandchamp a M. de Foix, Constant., 30 de agosto de 1569; E. Charrière, *op. cit.*, III, pp. 62-66. <<

[106] J. von Hammer, *op. cit.*, VII, p. 81. Sobre la guerra de Persia, la vieja obra de Hammer utiliza las preciosas fuentes de Minadoi y de Vicenzo degli Alessandri, y fuentes orientales, como la de los historiadores Alí y Pertchewi. Una vez más, aprovechamos la ocasión para señalar la superioridad de este viejo libro sobre los de sus sucesores, J. W. Zinkeisen y N. Iorga. <<

[107] Pera, 9 de diciembre de 1578 (Margliani a Pérez, recibida el 31 de marzo de 1579), Sim. Eo. 489. <<

[108] ¿Qué no habría dicho a este respecto Émile-Félix Gautier? <<

[109] Venecia, 7 de enero de 1579, A. N., K 1672, G 1. <<

[110] Constantinopla, 4 de febrero de 1579, A. N., K 1672, G 1. <<

[111] Constantinopla, 24 de marzo de 1579, *ibid.* <<

[112] Juan de Idiáquez a Felipe II, Venecia, 21 de marzo de 1579, *ibid.*, núm. 35. <<

[113] Ch. de Salazar a Felipe II, Venecia, 8 de julio de 1579, *ibid.*, núm. 84. <<

[114] Margliani (referencia exacta, extraviada). <<

[115] J. de Idiáquez a Felipe II, Venecia, 29 de abril de 1579, A. N., K 1672, núm. 56, copia. <<

[116] Germigny al rey, Pera, 16 de septiembre de 1579, *Recueil…*, p. 10; "Relación de lo que ha succedido al capitan de la mar Aluchali desde los 17 de mayo que partio de aqui de Constantinopla asta los 6 de agosto sacada de las cartas que se han recibido de Juan de Briones y Aydar Ingles", A. N., K 1672, G 1, núm. 115 (igual relación, Sim. Eo. 490). "Relación de lo que ha sucedido de los 9 de agosto hasta los 28", A. N., K 1672, G I, núm. 116. Euldj Alí entró en Constantinopla el 10 de septiembre (*cf*. Germigny, citado al principio de esta nota), con 13 galeras. <<

[117] Constantinopla, 29 de abril de 1579, A. N., K 1672, núm. 56, copia. <<

[118] Margliani a Antonio Pérez, Pera, 2 de marzo de 1579, Sim. Eo. 490. <<

[119] El mismo remitente al mismo destinatario, 5 de septiembre de 1579, *ibid.* <<

[120] J. de Cornoza a S. M., Venecia, 17 de octubre de 1579, A. N., K 1672, G 1, núm. 142 *a*. <<

[121] Salazar a Felipe II, Venecia, 7 de septiembre de 1579, *ibid.* <<

[122] *Idem.* <<

[123] Germigny al rey, Pera, 16 de septiembre de 1579, *Recueil.*…, p. 10. <<

[124] Ver nota 121 de este capítulo. <<

[125] Germigny al gran maestre de Malta, Pera, 8 de octubre de 1579, *Recueil.…*, pp. 17-18. Solamente hasta Erzerum, J. von Hammer, *op. cit.*, VII, p. 96. <<

[126] J. von Hammer, *op. cit.*, VII, p. 97. <<

[127] *Ibid.*, p. 98 <<

[128] Murió el 27 de abril de 1580, E. Charrière, *op. cit.*, III, p. 901. <<

[129] Tres cartas de Margliani a don Juan de Zúñiga, 27 y 30 de abril de 1580, Sim. Eo. 491. Resumen de la cancillería. <<

[130] J. von Hammer, *op. cit.*, VII, p. 104 <<

[131] *Idem.* <<

[132] *Ibid*. p. 112. <<

[133] R. Hakluyt, *op. cit.*, II, p. 171. <<

[134] J. von Hammer, *op. cit.*, VII, p. 113, n. 1. <<

[135] *Ibid.*, p. 223. Así, pues, victoria turca, G. Botero, *op. cit.*, p. 188 v., la ve de la manera siguiente: “pues aunque el Turco haya sido deshecho y puesto en fuga más de una vez, poco a poco se ha ido fortificando en lugares adecuados y ocupando un extenso territorio; finalmente, al haber tomado la gran ciudad de Tauris, se ha asegurado una sólida y fuerte ciudadela. Así es como los de Persia, por no tener ciudadelas ni fortalezas, han perdido el campo y también las ciudades”. <<

[136] Karl Brockelmann, *Geschichte der islamisch. Völker und Staaten*, 1939, p. 282; sobre el personaje y sus curiosidades, ver Erich Braunlich, *Zwei türkische Weltkarten.*… Leipzig, 1937. <<

[137] La fórmula es, desgraciadamente, demasiado simple. Pero no podemos entrar aquí en mayores detalles. Vitorino Magalhães Godinho, que prepara un trabajo de conjunto sobre el océano Índico en el siglo XVI, me hizo notar que las flotas portuguesas se componían de veleros, digamos atlánticos, de navíos de tipos indígenas y también de galeras; una flota compleja, para diversos usos. <<

[138] M. A. Hedwig Fitzler, “Der Anteil der Deutschen an der Kolonialpolitik Phillips II in Asien”, en *Vierteljahrschrift für Sozial-und Wirtschaftsgeschichte*. 1936, pp. 254-256. <<

[139] Lisboa, 22 de febrero de 1588, *Arch. port. or.*, III, núm. 11, cit. por M. A. H. Fitzler, art. cit., p. 254. <<

[140] *Cf.* W. E. D. Allen, *op. cit.*, pp. 32-33 y notas, que rectifica el error de mi primera edición. <<

[141] 14 de marzo de 1588, *ibid.*, núm. 43, cit. por M. A. H. Fitzler, art. cit., p. 256. <<

[142] M. A. H. Fitzler, art. cit., p. 256. <<

[143] Pierre Chaunu, art. cit., en *Revue du Nord*. 1960, p. 288, y *Conjoncture*, pp. 629 y ss. <<

[144] M. Philippson, *op. cit.*, p. 62; *Correspondance de Granvelle*, VII, p. 353. <<

[145] Granvella a Margarita de Parma, 12 de agosto de 1579, VII, 353, Philippson, *op. cit.*, p. 71. <<

[146] No esclarecidas en modo alguno en el libro apresurado y parcial de Louis Bertrand, *Philippe II. Une ténébreuse affaire*, París, 1929. El gran problema sigue siendo el de la autenticidad del manuscrito de La Haya. El excelente libro del doctor G. Marañon, *Antonio Pérez*, 2 vols., Madrid, 2ª ed., 1948, retoma estos problemas, pero sin resolverlos enteramente. <<

[147] M.Philippson, *op. cit.*, pp. 104 y 224. <<

[148] General Dastagne, “La bataille d’Al Kasar-El-Kebir”, en *Revue Afr*. t. 62, pp. 130 y ss., y, sobre todo, el relato de Queiroz Velloso, *D. Sebastião*. 2ª ed., Lisboa, 1935, cap. IX, pp. 337 y ss., reproducido por el mismo autor en el t. V de la *Historia de Portugal*, de Damião Peres. <<

[149] Ch. A. Julien, *Histoire de L'Afrique du Nord*, p. 146. <<

[150] Mercuriano a Felipe II, 11 de enero de 1579, Sim. Eo. 934; el mismo remitente al mismo destinatario, Roma, 28 de abril de 1579, *ibid.;* M. Philippson, *op. cit*., pp. 92, n. 2, y 93, n. 1. <<

[151] El gran duque de Toscana a Felipe II, Florencia, 17 de junio de 1579, Sim. Eo. 1451. Ver igualmente R. Galluzzi, *Istoria del Gran Ducato di Toscana*, III, pp. 345 y 356. <<

[152] Portugal, al servicio de España después de la crisis de 1550, y la victoria del metal blanco de América. Gran emigración portuguesa hacia las ciudades de España, especialmente Sevilla. <<

[153] R. B. Merriman, *op. cit.*, IV, p. 348, según la correspondencia de los Fugger; esclarecedoras observaciones, *The Fugger News-Letters*, ed. por V. von Klarwill, 1926, t. II, p. 38. <<

[154] Ver a este respecto las luminosas observaciones de Juan Beneyto Pérez, *Los medios de cultura y la centralización bajo Felipe II*. Madrid, 1927, pp. 121 y ss. <<

[155] Problema importante, y bien visto por Jacques Pirinne, *Les grands courants de l'hist, universelle*, II, 1944-1945, pp. 449 y ss. <<

Capítulo VI. El mediterráneo, fuera de la gran historia

[1] *The rise of the Spanish Empire in the old and in the new world*. 4. vols. <<

[2] Paruta al dogo, Roma, 7 de noviembre de 1592, *La legazione di Roma*…, public. por Giuseppe de Leva, 1887, I, pp. 6-9. <<

[3] Emilio García Gómez, “Españoles en el Sudán”, en *Revista de Occidente*, octubre-diciembre, de 1935, p. 111. <<

[4] “Muerte del rey de Francia por un fraile dominico”, Sim. Eo. 596; E. Lavisse, *op. cit.*, VI, 1, pp. 298 y ss. <<

[5] A. Cucino a A. Paruta, Venecia (septiembre-octubre), 1589, A. d. S. Venecia, Let. Com. XII *ter*. <<

[6] H. Kretschmayr, *op. cit*., III, pp. 42-43, habla de los meses de agosto y noviembre. La recepción parece que tuvo lugar en enero de 1590, Francisco de Vera a Felipe II, Venecia, 20 de enero de 1590, A. N., K 1674. <<

[7] L. von Pastor, *op. cit.*, X (ed. al.), p. 248. <<

[8] I. de Mendoza a Felipe III, Venecia, 19 de diciembre de 1598, A. N., K 1676. <<

[9] G. Mecatti, *op. cit*., II, p. 814. <<

[10] Y que causan sus daños habituales al pasar, *"…come è il lor solito"*. La Rep. de Genova a H. Picamiglio, 17 de julio de 1590, A d. S. Génova, L. M. Spagna, 10249. <<

[11] Sim. Eo. 487. <<

[12] R. Hakluyt, *op. cit*., III, pp. 285-289, encuentro lejos de Pantelaria. <<

[13] Pero ordinariamente los hechos señalados tienen aún menos importancia. Ver J. von Hammer, *op. cit.*, VII, pp. 192-194, y 194 n. 1 y L. C. Féraud, *op. cit.*, p. 86, en uno la mujer y en otro la hermana de Ramadán dejan Trípoli después del asesinato de Ramadán, pachá de Trípoli. La mujer se lleva en su galera 800 000 ducados, 400 esclavos cristianos y 40 muchachas. Es bien recibida en el camino de Constantinopla a Zante, pero poco después, a la altura de Cefalónica, la ataca Emmo, comandante de la flota de Venecia. La galera es capturada y matan a todos los musulmanes. El incidente se arregla amistosamente, gracias a la intervención de la sultana; Emmo sería decapitado y su presa se restituiría o se compensaría. Ciento cincuenta cautivos fueron liberados, según R. Hakluyt, *op. cit.*, (II, p. 190), quien sitúa el hecho hacia octubre de 1585. A bordo de la galera se encontraban dos ingleses, que el hijo de Ramadán había hecho circuncidar a la fuerza en Yerba. <<

[14] Charles-André Julien, *Histoire de I' Afrique du Nord*, *op. cit.*, p. 538. <<

[15] L. C. Féraud, *op. cit*., p. 83. <<

[16] Charles-André Julien, *op. cit.*, p. 537. <<

[17] Juan de Cornoça a Felipe II, Venecia, 4 de febrero de 1589, A. N., K 1674. <<

[18] Miranda a Felipe II, Nápoles, 18 de febrero de 1489, Sim. Eo. 1090, f. 21. <<

[19] Juan de Cornoça a Felipe II, Venecia, 9 de mayo de 1589, A. N., K 1674. <<

[20] Miranda a Felipe II, Nápoles, 12 de abril de 1589, Sim. Eo. 1090, f. 35. <<

[21] El mismo remitente al mismo destinatario, *ibid.*, f. 53. El adelantado de Castilla a Felipe II, Gibraltar, 13 de mayo de 1589, Sim. Eo. 166, f. 72. <<

[22] J. de Cornoça a Felipe II, 9 de mayo de 1589, A. N., K 1674. Salida de 30 galeras. Constantinopla, 22 de junio de 1589, A. N., K 1674; Miranda a Felipe II, 8 de julio de 1589, Sim. Eo. 1090, f. 83; Francisco de Vera a Felipe II, Venecia, 8 de julio de 1589, A. N., K 1674. <<

[23] Miranda, ver nota 22 de este capítulo. <<

[24] Miranda a Felipe II, Nápoles, 14 de julio de 1589, Sim. Eo. 1090, f. 89. <<

[25] Aviso de Levante, *27* de julio y 1 de agosto de 1589, A. N., K 1674. <<

[26] Francisco de Vera a Felipe II, 5 de agosto de 1589, A. N., K 1674, iguales datos; Miranda a Felipe II, Nápoles, 12 de agosto de 1589, Sim. Eo. 1090, f. 105. <<

[27] Virrey de Sicilia (¿a Felipe II?), Palermo, 17 de agosto de 1589, Sim. Eo. 1156. <<

[28] Ver nota 26 de este capítulo. <<

[29] De aquí la inutilidad de las medidas de defensa tomadas por el conde de Alba, virrey de Sicilia; Alba a Felipe II, Palermo, 22 de mayo de 1589, Sim. Eo. 1156. <<

[30] J. de Cornoça a Felipe II, Venecia, 13 de mayo de 1589, A. N., K 1674. <<

[31] El mismo remitente al mismo destinatario, Venecia, 10 de junio de 1589, *ibid.* <<

[32] Miranda a Felipe II, Nápoles, 8 de septiembre de 1589, Sim. Eo. 1090, f. 124. <<

[33] “Relación del viaje que hizieron las galeras de la religión de Sant Juan que estan al cargo del comendador Segreville en ausencia del General de la Religión, 1589”, Sim. Eo. 1156. <<

[34] Miranda a Felipe II, Nápoles, 18 de septiembre de 1589, Sim. Eo. 1090. <<

[35] Constantinopla, 8 de diciembre de 1589, A. N., K 1674, Francisco de Vera a Felipe II, Venecia, 2 de diciembre de 1589, A. N., K 1674; el mismo remitente al mismo destinatario, 22 de diciembre de 1589, *ibid.* <<

[36] Palermo, 25 de noviembre de 1589, Eo. 1156. <<

[37] Alphonse Rousseau, *Annales Tunisiennes, op. cit.*, p. 33. <<

[38] Constantinopla, 2 de marzo de 1590, Sim. Eo. 1092, f. 18. <<

[39] Constantinopla, 16 de marzo de 1690, A. N., K 1674. <<

[40] Francisco de Vera a Felipe II, Venecia, 31 de marzo de 1590, A. N., K 1674. <<

[41] El conde de Alba a Felipe II, Palermo, 7 de abril de 1590, Sim. Eo. 115. <<

[42] Francisco de Vera a Felipe II, Venecia, 14 de abril de 1590, A. N., K 1674. <<

[43] Miranda a Felipe II, Nápoles, 14 de agosto de 1590, Sim. Eo. 1090, f. 15. <<

[44] Longlée al rey, Madrid, 15 de agosto de 1590, ed. por A. Mousset, *op. cit.*, p. 401. <<

[45] Constantinopla, 27 de abril de 1590, A. N., K 1674. <<

[46] 25 de abril de 1590, “Relacion q. yo, Juan Sarmiento, hago para información de V. Exa. del viaje que hize para la isla de Tabarca en Berveria de orden de V. Exa.”, Sim. Eo. 1157. <<

[47] *Idem.* <<

[48] Al rey, Sim. Eo. 1157. <<

[49] Constantinopla, 25 de mayo de 1590, A. N., K 1674; Alba a Felipe II, Palermo, 2 de junio de 1590, Sim. Eo. 1157. <<

[50] Alba a Felipe II, Palermo, 5 de mayo de 1590, Sim. Eo. 1157. <<

[51] Sim. Eo. 1092, f. 32. <<

[52] A. N., K 1674. <<

[53] Alba a Felipe II, Palermo, 2 de junio de 1590, Sim. Eo. 1157. <<

[54] 8 de junio de 1590, A. N., K 1674. <<

[55] F. Braudel, en *Rev. Afric*., 1928. <<

[56] J. A. Doria a Felipe II, 6 de junio de 1594, Sim. Eo. 492. <<

[57] Sobre el “rey de Kouko”, ver la nota anterior y su análisis, por F. Braudel, “Les Espagnols en Algérie”, en *Histoire et Historiens de l’Algérie*, 1930, p. 246. Sobre un incidente análogo, fortificaciones en África que habían de destruirse, el duque de Maqueda a Felipe II, Mesina, 12 de agosto de 1598, Sim. Eo. 1158. <<

[58] J. von Hammer, *op. cit*., VII, p. 264. <<

[59] J. W. Zinkeisen, *op. cit*., III, p. 802. <<

[60] *Ibid.*, p. 803. <<

[61] Francisco de Vera a Felipe II, Venecia, 14 de abril de 1590, A. N., K 1674, “con que havian baxado los talleres diez asperos cada uno”. <<

[62] D. Íñigo de Mendoza a Felipe II, Venecia, 9 de septiembre de 1600, aut., A. N., K 1677. <<

[63] Para el estado presente de la cuestión, Vuk Vinaver, “Der Venezianische Goldzechin in der Republik Ragusa”, en *Bolletino dell’Istituto di Storia della Società e dello Stato veneziano*, 1926. <<

[64] 12 de junio de 1590, R. Hakluyt, *op. cit.*, II, pp. 294-295. El acuerdo se concluyó en 1591, J. W. Zinkeisen, *op. cit.*, III, p. 657. <<

[65] J. W. Zinkeisen, *op. cit.*, III, p. 582. <<

[66] *Idem*. <<

[67] Francisco de Vera a Felipe II, Venecia, 3 de marzo de 1590, A. N., K 1674; J. W. Zinkeisen, *op. cit.*, III, p. 623. <<

[68] El mismo remitente al mismo destinatario, Venecia, 3 de septiembre de 1589, A. N., K 1674. <<

[69] Constantinopla, 5 de enero de 1591, A. N., K 1674. <<

[70] J. W. Zinkeisen, *op. cit.*, III, p. 581. <<

[71] *Ibid.*, p. 585. <<

[72] J. von Hammer, *op. cit*., VII, p. 297. <<

[73] A. N., K 1677. <<

[74] Constantinopla, 18 de abril de 1601, A. N., K 1677. <<

[75] Constantinopla, 4 de marzo de 1601, *ibid.*, Sobre estos incidentes de 1601, sus causas y sus antecedentes, ver igualmente, Constantinopla, 27 de marzo de 1601, A. N., K 1630; Íñigo de Mendoza a Felipe III, Venecia, 13 de mayo de 1600, aut. K 1677; Lemos a Felipe III, Nápoles, 8 de mayo de 1601, K 1630; Francisco de Vera a Felipe III, Venecia, 5 de mayo de 1601, K 1677, y Constantinopla, 29 de noviembre de 1598, K. 1676. <<

[76] J. von Hammer, *op. cit.*, t. VII, y J. W. Zinkeisen. *op. cit.*, t. III. Algunas fechas: en 1594, los imperiales toman Novigrado; en 1595, los turcos toman Giavarino, gran conmoción en la cristiandad, G. Mecatti, *op. cit.*, II p. 799; 1598, reconquista de Giavarino, Sim. Eo. 615; 16 de mayo de 1598, Íñigo de Mendoza a S. M., Venecia, A. N., K 1676, cólera del sultán al enterarse de la pérdida de Giavarino; el 11 de abril de 1598, Íñigo de Mendoza a S. M., la noticia de la toma de Giavarino llegó a Venecia el 6 de abril, A. N., K 1676; 5 de diciembre de 1598, Íñigo de Mendoza al rey, Venecia: satisfacción de los venecianos al enterarse de que los imperiales habían levantado el sitio de Buda; 28 de noviembre, Íñigo de Mendoza, a S. M., los turcos levantaron el *sitio* de Vadarino, y los imperiales el de Buda, A. N., K 1676, 20 de octubre, noticia falsa, pero no dada como la de la toma de Buda, Íñigo de Mendoza, A. N., K 1676; 4 de noviembre de 1600: Francisco de Vera a S. M., Venecia, A. N., K 1677, toma de Canisia por los turcos el 22 de octubre; 11 de agosto de 1601: Viena, A. N., K 1677: los imperiales derrotan a los transilvanos cerca de Goroslo; 21 de octubre de 1601: derrota del Escribano, celebrada con grandes fiestas, Constantinopla, 21 de octubre de 1601, A. N., K 1677; 10 de noviembre de 1601: no se tuvo por cierta la derrota del Escribano. Francisco de Vera a S. M., Venecia, A. N., K 1677; 1 de diciembre de 1601: detención del asalto imperial contra Canisia, Francisco de Vera a S. M., Venecia, A. N., K 1677. <<

[77] Constantinopla, 4 de mayo de 1601, A. N., K 1677. No se trata, es cierto, sino de cuatro galeras. <<

[78] G. Mecatti, *op. cit.*, II, pp. 789 y 809. <<

[79] *Ibid.*, p. 790. Sobre la misión del cardenal Borghese en España, ver la instrucción de Clemente VIII, 6 de octubre de 1593, ed. por Morel Fatio, *L'Esp. au XVIe et au XVIIe siècles*, pp. 194 y ss. <<

[80] “Consejo sobre cartas de Francisco de Vera”, mayo de 1594, Sim. Eo. 1345. España también reprochaba a Venecia su política en favor de Enrique IV. <<

[81] J. W. Zinkeisen, *op. cit.*, III. p. 587. <<

[82] G. Mecatti, *op. cit.*, II, p. 800 (1595). N. Iorga, *op. cit.*, III, p. 211. <<

[83] N. Iorga, *Storia dei Romeni*, p. 213. <<

[84] G. Mecatti, *op. cit.*, p. 801. <<

[85] Francisco de Vera a Felipe III, Venecia, 5 de mayo de 1601, A. N., K 1677. <<

[86] Constantinopla, 17 de marzo de 1601, A. N., K 1677. <<

[87] Por ejemplo, a comienzos de 1600, cerca de Temesvar, Íñigo de Mendoza a Felipe III, Venecia, 26 de febrero de 1600, A. N., K 1677; y en 1598, con el apoyo de los transilvanos y durante el invierno (3 de enero de 1598), A. N., K 1676. <<

[88] Viena, 28 de marzo de 1598, A. N., K 1676. <<

[89] P. Paruta, *op. cit.*, pp. 15 y 16. <<

[90] Íñigo de Mendoza a Felipe III, Venecia, 19 de diciembre de 1598, A. N., K 1676. <<

[91] El mismo remitente al mismo destinatario, 11 de julio de 1598, *ibid*. (11 y no 18 de julio, como lo indica la clasificación de los archivos). <<

[92] Juan de Segni de Menorca a Felipe II, Constantinopla, 3 de noviembre de 1597, A. N., K 1676. Soldados turcos desertaron y se refugiaron en las poblaciones cristianas. <<

[93] J. W. Zinkeisen, *op. cit.*, III, p. 609. Rumores de paz: el duque de Sesa a Felipe III, Roma, 14 de julio de 1601, A. N., K 1630; Íñigo de Mendoza a Felipe III, Venecia, 1 de agosto de 1600, K 1677; el mismo remitente al mismo destinatario, Venecia, 27 de mayo de 1600 (si el emperador no conseguía dinero, haría la paz), *ibid.* <<

[94] Constantinopla, 17 de julio de 1601, A. N., K 1677; Golali, dice una carta de Ankara, 10 de diciembre de 1600, *ibid*. Y antes, Íñigo de Mendoza al rey, Venecia, 8 de agosto de 1598, K 1676; pero ¿era el Escribano el que entonces se hacía llamar (o se hacía pasar por) el sultán Mustafá? <<

[95] Ankara, 10 de diciembre de 1600, copia, A. N., K 1677. <<

[96] Constantinopla, 8 y 9 de septiembre de 1601, A. N., K 1677. <<

[97] Constantinopla, 21 de octubre de 1601, A. N., K 1677, su derrota por Hasán Pacha. El duque de Sesa a Felipe III, Roma, 9 de diciembre de 1601, A. N., K 1630, Hasán Pachá, uno de los hijos de Mehemet Sokobi. <<

[98] J. W. Zinkeisen, *op. cit.*, III, pp. 613-614. <<

[99] Paul Moret, *Histoire de Toulon*, 1943, pp. 81-82. <<

[100] Maurice Wilkinson, *The last phase of the League in Provence*, Londres, 1909, p. 1. <<

[101] “Muerte del rey de Francia”, Sim. Eo. 597. <<

[102] Charles Dufayard, *Le Connétable de Lesdiguières*, París, 1892. <<

[103] Desapareció el 15 de agosto de 1595, E. Lavisse, *op. cit.*, VI, 1, p. 399. <<

[104] Sobre Épernon, Léo Mouton, *Le Duc et le Roi*, París, 1924. <<

[105] Pedro de Acuña a Felipe II, Rosas, 19 de septiembre de 1590, Sim. Eo. 167, f. 218. El mal tiempo impidió desmantelar el fuerte de Briscon. Aviso de Martín de Guzmán según los pilotos de la costa; las galeras no debían retornar a causa del mal tiempo, que duraba de dos a tres meses, "y entrar en el golfo de Narbona y costearle es mucho peor". El marqués de Torrilla (Andrea Doria) a S. M., Palamós, 28 de septiembre de 1590, Sim. Eo. 167, f. 223, indicaba las dificultades de bloquear las costas del Languedoc con el mal tiempo. El mismo remitente al mismo destinatario, *ibid.*, f. 221, sobre los inconvenientes del fuerte de Briscon. <<

[106] Los consejeros de Barcelona a Felipe II, 17 de julio de 1588, Sim. Eo. 336, f. 157. “Lista del dinero y mercadurías que han tomado los de Mos. de Envila a catalanes cuyo valor passa de 30 U escudos” (1588). Sim. Eo. 336 (s. f.), Manrique (?) a Montmorency, 26 de abril de 1588, Sim. Eo. 336, f. 152. <<

[107] Aviso español, 8 de mayo de 1590, A. N., K 1708. <<

[108] Los españoles se apoderaron de una barca cargada de armas en el castillo de Liorna, Andrea Doria a Felipe II, Rosas, 13 de agosto de 1590, Sim. Eo. 167, f. 219. <<

[109] A. N., K 1708. <<

[110] Mayo de 1590, A. N., K 1708. <<

[111] Joyeuse a Martín de Guzmán, Narbona, 12 de junio de 1590, A. N., K 1708. <<

[112] El mismo remitente a S. M., 22.de junio de 1590, Sim. Eo. 167, f. 154. <<

[113] Joyeuse a Martín de Idiáquez, Narbona, 10 de julio de 1590, A. N., K 1449; nota idéntica a J. de Idiáquez. <<

[114] Joyeuse a Felipe II, Narbona, 10 de julio de 1590, A. N., K 1449. <<

[115] Pedro de Acuña a Felipe II, Rosas, 13 de agosto de 1590, Sim. Eo. 167, f. 220. <<

[116] Pedro de Ysunza al rey, Perpiñán, 13 de agosto de 1590, A. N., K 1708. <<

[117] J. de Cardona a Felipe II, Madrid, 30 de agosto de 1590, Sim. Eo. 167, f. 189. <<

[118] E. Lavisse, *op. cit.*, VI, 1, p. 353. *Cf*. Samazeuilh, *Catherine de Bourbon, régente de Béarn*, 1868. Antonio Pérez y sus amigos levantaron tropas en Bearne, "… Antonio Pérez y otros caballeros que binieron a Bearne hazen hazer esta gente en favor de los aragoneses…" Aviso, 1592, Sim. Eo. 169. <<

[119] E. Lavisse, *op. cit.*, VI, 1, p. 352. <<

[120] Dendaldeguy, enviado de Villiars, al Rey Católico, Brionnez, 4 de noviembre de 1592, copia, A. N., K 1588. <<

[121] *Idem*. <<

[122] Diego de Ibarra a Felipe II, París, 15 de febrero de 1593, A. N., K 1588. Toda la Liga vacila entonces, ver carta del marqués de Villars a Felipe II, Auch (?), 5 febrero 1593, A. N., K 1588. <<

[123] El duque de Joyeuse murió en enero de 1592. El nuevo duque (¿su hijo o su hermano?), Ángel, que para tomar la sucesión colgó el hábito de los capuchinos, había tenido una entrevista con Montmorency en Mas d'Azille y d'Olonzac. La tregua que entonces se firmó, por un año, no terminó. El duque de Joyeuse, que se había retirado a Tolosa, reanudó allí la lucha contra Enrique IV (Joyeuse a Felipe II, Tolosa, 10 de marzo de 1593, A. N., K 1588). Quedó a sueldo de España. <<

[124] Victor L. Bourrilly y Raoul Busquet, *Histoire de Provence*, París, 1944, p. 92. <<

[125] *Idem.* <<

[126] 8 de mayo de 1590, A. N., K 1708. <<

[127] V. L. Bourrilly y R. Busquet, *op. cit.*, p. 91, R. Busquet, *Histoire de Marseille*, París, 1945, pp. 221 y ss. <<

[128] V. L. Bourrilly y R. Busquet, *op. cit.*, pp. 92-93. <<

[129] *Ibid.*, p. 93. <<

[130] César de Ávalos a Felipe II, Aix, 4 de marzo de 1592, Sim. Eo. 169, f. 103. <<

[131] El mismo remitente a J. de Idiáquez, Antibes, 7 de agosto de 1592, Sim. Eo. 169, f. 45. <<

[132] Jusepe de Acuña a Do. de Ibarra, 13 de septiembre de 1592, copia, A. N., K 1588. <<

[133] V. L. Bourrilly y R. Busquet, *op. cit.*, p. 93. <<

[134] E. Lavisse, *op. cit.*, VI, 1, p. 384. <<

[135] Léo Mouton, *op. cit.*, p. 40. <<

[136] A. N., K 1596, núms. 21 y 22, cit. por Léo Mouton, *op. cit.*, pp. 42, 42 n. y 43. Las demandas de los “católicos” de Provenza, 8 de diciembre de 1594, A. N., K 1596. Deliberación del Consejo de Estado, 1 de febrero de 1595, A. N., K 1596. <<

[137] *Accordi di Mone. de Pernone con S. Mtà.*, copia en francés. S. Maximino, 10 de noviembre de 1595, A. N., K 1597, ver Léo Mouton, *op. cit.*, p. 44, n. 2. El acuerdo con Saboya, lo más tarde en agosto de 1595 (*Disciffrati del Duca de Pernone*. St.-Tropez, 11 de diciembre de 1595, A. N., K 1597). *Cf*. el documento sin fecha de los A. E., Esp. 237, f. 152. <<

[138] “Estado de las ciudades que reconocen la autoridad de Monseñor el duque de Épernon”, A. N., K 1596 (también indicación de las “ciudades” que poseía en el delfinado, Turena, Angumois, Saintonge). El mismo documento en español, “Lista de las villas de Provenza…”, A. E., Esp. 237, f. 152. “Memoria sobre lo que está bajo el mando de Mons. de Épernon”, sin fecha, A. N. K 1598. <<

[139] Carlos de Savigny, s. de Rosne; su papel en Fuente Francesa, T. A. d'Aubigne, *op. cit.*, IX, pp. 55 y ss. <<

[140] 12 de septiembre de 1594, copia. A. N., K 1596. Enrique IV necesitaba ir a Lyon. “Nuevas generales que han venido de Paris en 26 de noviembre” (1594, A. N., K 1599). <<

[141] E. Lavisse, *op. cit.*, VI, 1, p. 401. <<

[142] *Ibid.*, p. 405; Léo Mouton, *op. cit.*, p. 47. <<

[143] Léo Mouton, *op. cit.*, p. 47. <<

[144] *Ibid.*, pp. 47-48. <<

[145] Étienne Bernard, *Discours véritable de la prise et réduction de Marseille*, París y Marsella, 1596. <<

[146] Un documento s. f. (A. N., K 1708) hace mención de las demandas marsellesas de extracción de trigo en Orán o en Sicilia. La ciudad solicitaba también que se le entregaran dos galeras de Épernon ahí surtas. <<

[147] Raoul Busquet, *op. cit.*, 1945, pp. 226 y ss. <<

[148] *Ibid.*, p. 231. <<

[149] Nuevas de Provenza, 1594, Sim. Eo. 341. <<

[150] *Idem.* <<

[151] 10 000 salmas de trigo obtenidas en Sicilia en 1593, A. N., K 1589. <<

[152] Louis de Aix, Charles de Casaulx, Jehan Tassy, a Felipe II, Marsella, 16 de noviembre de 1595, A. N., K 1597. A esta carta había precedido otra de recomendación de Andrea Doria a Felipe II, Génova, 13 de noviembre de 1595, A. N., K 1597 B 83. <<

[153] A. N., K 1597 B 83. <<

[154] R. Busquet, *op. cit.*, p. 240. Y, sobre todo, acuerdo largamente preparado con España, con mucha anticipación; ver n. 151 de este capítulo, y cardenal Albert a Felipe II, Marsella, 7 de septiembre de 1595, A. N., K 1597. <<

[155] Sin fecha, A. N., K 1597 B 83. <<

[156] *Idem.* <<

[157] Antonio de Quiñones a Felipe II, Marsella, 1 de enero de 1596, A. N., K 1597; Carlos Doria a Felipe II, Marsella, 1 de enero de 1596, *ibid.* <<

[158] “Puntos de lo de Marsella”, A. N., K 1597. <<

[159] “Los diputados de Marsella a D. J. de Idiáquez”, Barcelona, 12 de febrero de 1595, Sim. Eo. 343, f. 92 (resumen de cancillería). <<

[160] R. Busquet, *op. cit.*, p. 245. <<

[161] *Idem.* <<

[162] E. Lavisse, *op. cit.*, VI, 1, p. 264; *ibid*., pp. 342 y ss., sobre el resurgimiento comercial. <<

[163] S. f., hacia 1595, Sim. Eo. 343. <<

[164] Sin fecha, A. N., K 1597, B 83. <<

[165] A. N., K 1596. <<

[166] Referencia, nota 163 de este capítulo. <<

[167] En el texto de la prórroga de la tregua, 3 de julio de 1596, A. N., K 1599, se indica que cada parte reuniría el dinero en las regiones que le pertenecen. El dinero debía enviarse, si no Mercoeur negociaría. Mo. de Ledesma a Felipe II, 20 de enero de 1598, A. N., K 1601. Mercoeur a Felipe II, Nantes, 24 de marzo de 1598 (A. N., K 1602), le anunció su paz con Enrique IV y le pidió que se le empleara en Hungría. <<

[168] Felipe II al duque de Albuquerque, Madrid, 10 julio 1595, Sim. Eo. 175, f. 290. <<

[169] Aviso al conde de Fuentes, 12 de marzo de 1595, A. N., K 1599. <<

[170] “Declaración de las causas que han movido a la reina de Inglaterra a declarar la guerra al rey de España”, Claude de Monstr’oeil, 1596, A. N., K 1599. <<

[171] Mendo de Ledesma a Felipe II, Nantes, 25 de junio de 1597, A. N., K 1600. <<

[172] E. Lavisse, *op. cit*. VI, 1, p. 410. <<

[173] Desde febrero, falta de dinero (*Relattione summaria del danaro che si presuppone manca nello stato di Milano*, 12 de febrero de 1597, Sim. Eo. 1283). Sobre los movimientos de tropas, Felipe II al condestable de Castilla, Madrid, 7 de abril de 1597, Sim. Eo. 1284, f. 126. El mismo remitente al mismo destinatario, 2 de mayo de 1597, *ibid.*, f. 125. El condestable a Felipe II, Milán, 12 de mayo de 1597, *ibid.*, f. 86. <<

[174] Sobre la ayuda a los saboyanos: Felipe II al condestable de Castilla, San Lorenzo, 28 de enero de 1597, Sim. Eo. 1284, f. 116; el condestable al rey, Milán, 12 de mayo de 1597, f. 83; el mismo remitente al mismo destinatario, 23 de julio, f. 55; el rey al condestable, 8 de agosto de 1597, f. 122. <<

[175] Velasco a Felipe II, Milán, 16 de noviembre de 1597, Sim. Eo. 1283, f. 2. Sobre el asunto de Ferrara, sus cartas de 4 de noviembre (f. 5) y 5 de noviembre de 1597 (Eo. 1283, sin folio), "Relación de las prevenciones que S. Sd…" Sobre los suizos, cartas de Felipe II del 31 de julio (Eo. 1284, f. 123) y del condestable del 23 de julio (Eo. 1283, f. 55), del 7 de octubre (*ibid.*, f. 4). Sobre Amiens, su carta del 25 de octubre de 1597 (Eo. 1283). Me refiero a los traslados de tropas, en 1597, de Italia a España, principalmente el tercio de napolitanos de don César de Éboli, que, a bordo de naves ragusinas, llegó a Alicante el 7 de agosto, don Jorge Piscina (?) a Felipe II, Alicante, 8 de agosto de 1597, *ibid* (6 naves ragusinas). En seguida, estas naves "q. llevan el tercio de César de Éboli" fueron enviadas a El Ferrol (el príncipe Doria a Felipe II, Cádiz, 21 de agosto de 1597. Sim. Eo. 179). Sobre la llegada de un convoy (dos navíos procedentes de España, a Calais, 40 navíos anunciados con 4 000 españoles de D. Sancho de Leyva y quizá con dinero): Frangipani a Aldobrandino, Bruselas, 27 de febrero de 1598, *Corresp.*, III, pp. 298-299. <<

[176] Ver, desde 1593, las curiosas observaciones de William Roger a “Burley” y a Essex (cerca de Louviers, 1 de mayo de 1593, A. N., K 1589), y mejor aún sobre las ayudas en dinero de Italia a Holanda y a Enrique IV, J. B. de Tassis a Felipe II, Landrecies, 26 de enero de 1593, A. N., K 1587, Anotación de Felipe II. <<

[177] R. Galluzzi, *op. cit.*, V, p. 302, Berthold Zeller, *Henri IV et Marie de Médicis*. París, 1877, p. 17. <<

[178] A propósito de mi trabajo manuscrito (1922) sobre *La Paix de Vervins*, redactado bajo su dirección. <<

[179] Sobre el asunto de Ferrara, ver Íñigo de Mendoza a Felipe II, Venecia, 3 de enero de 1598, A. N., K 1676 (la excomunión de D. Cesare). “Lo platicado y resuelto en materia de Ferrara en Consejo de Estado…”, 7 de enero de 1598, que Cesare de Este se somete, Sim. Eo. 1283, Íñigo de Mendoza a Felipe II, Venecia, 10 de enero de 1598, A. N., K 1676; *Accordi fatti tra la Santa Sede Apostólica et D. Cesare d’Este*. 13 de enero de 1598, *ibid*. Íñigo de Mendoza a Felipe II, Venecia, 24 de enero de 1598, A. N., K 1676; el mismo remitente al mismo destinatario, 31 de enero de 1598, *ibid.* <<

[180] 25 de septiembre de 1597, *Corresp*. II, p. 229. <<

[181] El rey de Francia ratifica la paz de Vervins, París, 5 de junio de 1597, A. N., K 1602. <<

[182] Para una visión general del problema ver Pierre Chaunu, “Sur le front de l’histoire des prix au *XVI*^{e} siècle: de la mercuriale de Paris au port d’Anvers”, en *Annales E. S. C.* 1961. <<

[183] J. W. Zinkeisen *op. cit*,. III, p. 124. <<

[184] Aviso español de 5 de enero de 1591, A. N., K 1675. Múltiples detalles sobre esta intervención que, según creo, se pueden dejar a un lado (J. W. Zinkeisen, *op, cit*., III, pp. 629 y ss.). <<

[185] Ver nota 184 de este capítulo. <<

[186] J. de Segni de Menorca a Felipe II, Constant., 7 de enero de 1591, A. N., K 1675. <<

[187] 7 y 19 de enero de 1591, *ibid*. De Constantinopla, 19 de enero de 1591, *ibid*. El sultán al rey de Francia, carta interceptada, copia ital., enero de 1591, *ibid.:* lo mismo el Sultán a la reina de Inglaterra, *ibid.* <<

[188] Ver nota 187 de este capítulo. <<

[189] Aviso de Levante transmitido por el embajador de Venecia. <<

[190] Aviso de Constant., 16 de febrero de 1591, A. N., K 1675. <<

[191] Francisco de Vera a S. M., Venecia, 2 de marzo de 1591, A. N., K 1675. <<

[192] El mismo remitente al mismo destinatario, Venecia, 16 de marzo de 1591, *ibid*. Aviso de Constant., 16 de marzo de 1591, transmitido por el embajador imperial, *ibid*. <<

[193] F. de Vera a S. M., Venecia, 30 de marzo de 1591, A. N., K 1675. <<

[194] El mismo remitente al mismo destinatario, Venecia, 4 de mayo de 1591, A. N., K 1675. <<

[195] 11 de mayo, *ibid.* <<

[196] *Idem.* <<

[197] Constant., 2 de marzo de 1591. A. N., K 1675. <<

[198] Francisco de Vera a Felipe II. Venecia, 17 de abril de 1591, A. N., K 1675. <<

[199] Constant., 12 de junio de 1591, *ibid.* <<

[200] Constant., 15 de junio de 1591, *ibid.* <<

[201] *Op. cit.*, II, p. 785. <<

[202] J. W. Zinkeisen, *op. cit.*, III, p. 623. <<

[203] Ver notas 186 y 187 de este capítulo. <<

[204] Venecia, 8 de junio de 1591, A. N., K 1675. <<

[205] Su carta, cit. en n. 200 de este capítulo. <<

[206] Sigo aquí, no el texto de Constant, sino el resumen de la cancillería al dorso de su carta. <<

[207] “que venga con dineros”. <<

[208] Nápoles, 15 de febrero de 1592, Sim. Eo. 1093, f. 8. <<

[209] Miranda a Felipe II, Nápoles, 8 de septiembre de 1592, *ibid.*, f. 79. <<

[210] El mismo remitente al mismo destinatario, Nápoles, 25 de octubre de 1592, *ibid.*, f. 91. <<

[211] El mismo remitente al mismo destinatario, Nápoles, 16 de noviembre de 1592, *ibid.*, f. 93. <<

[212] Francisco de Vera a Felipe II, Venecia, 29 de junio de 1591, A. N., K 1675. <<

[213] Pietro Giannone, *Istoria civile del Regno di Napoli*. La Haya, 1753, t. IV, p. 283, 1593 y no 1595, como lo indica A. Ballesteros y Beretta, *op. cit.*, *cf.* nota 226 de este capítulo. <<

[214] Ver nota 226 de este capítulo. <<

[215] *Les aventures du capitan A. de Contreras*. ed. y trad, de Jacques Boulenger, *op. cit.*, p. 14. <<

[216] 21 de septiembre de 1599, *Archivio storico italiano*, t. IX, p. 405. <<

[217] Francisco de Vera a Felipe II, Venecia, 6 de agosto de 1594, Sim. Eo. 1345 y 20 de agosto, *ibid.* <<

[218] Carlos d’Avalos a Felipe II, Otranto, 25 de agosto de 1594, Sim. Eo. 1094, f. 89. <<

[219] Olivares a Felipe II, Palermo, 8 de septiembre de 1594, Sim. Eo. 1138. Es aquí donde hay que situar el incendio de Reggio y el pillaje de algunos navíos no lejos de Mesina. Carlo Cigala al conde de Olivares, Quíos, 3 de noviembre de 1594, Sim. Eo. 1158 e indicaciones retrospectivas, 15 de enero de 1597, Sim. Eo. 1223. G. Mecatti, *op. cit.*, II, pp. 789-790. <<

[220] Miranda a Felipe II, Nápoles, 9 de septiembre de 1594, Sim. Eo. 1094, f. 99. <<

[221] Olivares a Felipe II, Palermo, 15 de septiembre de 1594, Sim. Eo. 1158. <<

[222] Miranda a Felipe II, Nápoles, 11 de octubre de 1594, Sim. Eo. 1094, f. 110. <<

[223] Francisco de Vera a Felipe II, Venecia, 19 de agosto de 1595, Sim. Eo. 1346. <<

[224] Miranda a Felipe II, Nápoles, 19 de agosto de 1595, Sim. Eo. 1094, f. 181. <<

[225] El mismo al mismo, Nápoles, 24 de agosto de 1595, Sim. Eo. 1094, f. 170. <<

[226] Señalo las afirmaciones de A. Ballesteros y Beretta, *op. cit.*, IV, 1, p. 169, sobre el pillaje y el saqueo de Reggio por Cigala en 1595, y el de Patras, en represalia, por los españoles, al cual no he encontrado mención en los documentos que consulté. Como esta afirmación carece de pruebas, no puedo pronunciarme a este respecto. Ver nota 219 de este capítulo. <<

[227] V. Lamansky, *op. cit.*, pp. 493-500. <<

[228] Que acababa de llegar a Navarino. Olivares a Felipe II, Nápoles, 24 de septiembre de 1596, Sim. Eo. 1094, f. 258. <<

[229] J. A. Doria a S. M., Mesina, 8 de agosto de 1596, Sim. Eo. 1346. <<

[230] El mismo remitente al mismo destinatario, Mesina, 13 de agosto de 1596. *Ibid.* <<

[231] Olivares a S. M., Nápoles, 24 de septiembre de 1596, Sim. Eo. 1094, f. 258. <<

[232] *Idem.* <<

[233] Íñigo de Mendoza a S. M., Venecia, 7 de diciembre de 1596, A. N., K 1676. <<

[234] El mismo remitente al mismo destinatario, Venecia, 5 de abril de 1597, A. N., K 1676. <<

[235] El mismo remitente al mismo destinatario, Venecia, 14 de junio y 5 de julio de 1597, *ibid.* <<

[236] El mismo remitente al mismo destinatario, Venecia, 2 de agosto de 1597, *ibid.* <<

[237] 9 de agosto de 1597, *ibid.* <<

[238] 18 de octubre de 1597, *ibid.* <<

[239] Cartas de 14 de febrero, 14 de abril, 4 de julio, 18 de julio y 8 de agosto de 1598, sobre las evoluciones de Cigala, *ibid.* <<

[240] Venecia, 29 de agosto de 1598, *ibid.* <<

[241] Carta del 12 de septiembre de 1598, *ibid.* <<

[242] 30 de septiembre de 1598, *ibid.* <<

[243] Maqueda a Felipe II, Mesina, 28 de septiembre de 1598, Sim. Eo. 1158. <<

[244] J. von Hammer, *op. cit.*, VII, p. 362 y su n. 2. <<

[245] Íñigo de Mendoza a Felipe III, Venecia, 19 de agosto de 1600, A. N., K 1677. <<

[246] Archiduque Alberto a Juan Carrillo, Bruselas, 14 de septiembre de 1600, *Aff. des Pays-Bas*. t. VI, p. 33. Enrique IV a Rochepot, Grenoble, 26 de septiembre de 1600, *Lettres inédites du roi Henri IV à M. de Villiers*, public. por Eugène Halphen, París, 1857, p. 46. <<

[247] Enrique IV a Villiers, 27 de febrero de 1601, *ibid.*, pp. 12-13. <<

[248] J. Ba. de Tassis a Felipe III, París, 5 de marzo de 1601, A. N., K 1677. <<

[249] Francisco de Vera a S. M., Venecia, 31 de marzo de 1601, *ibid.* <<

[250] El mismo remitente al conde de Fuentes, Venecia, 14 de abril de 1601, *ibid.* <<

[251] O Coresi, Francisco de Vera a Felipe III, Venecia, 21 de abril de 1601, *ibid.;* partió de Venecia el 2 de mayo (el mismo remitente al mismo destinatario, 5 de mayo, *ibid.*). <<

[252] El mismo remitente al mismo destinatario, 14 de abril de 1601, *ibid.* <<

[253] 24 de abril de 1601, *Lettres inédites du roi Henri IV à M. de Villien. op. cit.*, p. 19. <<

[254] *Ibid.*, p. 29. <<

[255] Francisco de Vera a Felipe III, Venecia, 5 de mayo de 1601, A. N., K 1677. <<

[256] Enrique IV a Villiers, 16 de mayo de 1601, *Lettres… du roi Henri IV…*, *op. cit.*, p. 26. <<

[257] Constantinopla, 17 y 18 de enero de 1601, A. N., K 1677. <<

[258] A Villiers, *Lettres… du roi Henri IV…*, *op. cit.*, p. 36. <<

[259] Constantinopla, 2 y 3 de julio de 1601, A. N., K 1677. <<

[260] A Rochepot, *Lettres… du roi Henri IV…*, *op. cit.*, p. 98. <<

[261] Francisco de Vera a Felipe III, Venecia, 28 de mayo de 1601, A. N., K 1677, Enrique IV a Villiers, 3 de septiembre de 1601, *Lettres…*, *op. cit.*, pp. 44-45. <<

[262] Sesa a Felipe III, Roma, 17 de agosto de 1601, A. N., K 1630. <<

[263] Constantinopla, 26 y *27* de agosto de 1601, A. N., K 1677. <<

[264] Constantinopla, 8 y 9 de septiembre de 1601, *ibid.* <<

[265] A. d’Aubigne, *op. cit.*, IX, pp. 401 y ss. <<

[266] Enrique IV a Villiers, Fontainebleau, 27 de septiembre de 1601, *Lettres…*, *op. cit.*, p. 48. <<

[267] Sesa a Felipe III, Roma, 6 de octubre de 1601, A. N., K 1630. <<

[268] La fuente narrativa más detallada es la de P. Sepúlveda, *Sucesos del reinado de Felipe II*, ed. por J. Zarco, Ciudad de Dios, CXI a CXIX, *Historia de varios sucesos y de las cosas* (ed. Madrid, 1924). Entre los estudios de historiadores contemporáneos, Jean Cassou, *La vie de Philippe II*, París, 1929, pp. 219 y ss., y Louis Bertrand, *Philippe II a l'Escorial*, París, 1929, cap. VII, "Comment meurt un Roi", pp. 228 y ss. <<

[269] La presencia de Joan de Segni, de Menorca, en Constantinopla, aparece también indicada en una de sus cartas a Felipe II, 3 de noviembre de 1597, A. N., K 1676. En vísperas de la guerra de los Treinta Años, tentativa de los imperiales de liberar a España de esta carga, o, mejor dicho, de estas amenazas, acción a propósito del barón de Mollart. En 1623, la negociación puesta en manos de Giovanni Battista Montalbano, el proyecto de una paz perpetua con los turcos y de un rodeo de las especias por el Cercano Oriente, con la ayuda de los polacos. *Cf.* H. Watjen, *Die Niederländer…*, *op. cit.*, pp. 67-69. <<

[270] Jean Cassou, *op. cit.*, p. 228. <<

Conclusión

[1] *Beitrage zum Problem des Wirtschaftverfalles*, 1934. <<

[2] Trabajo en preparación. <<

[3] Felipe Ruiz Martín, en *Anales de Economía*, segunda época, julio-septiembre 1964, pp. 685-686. <<

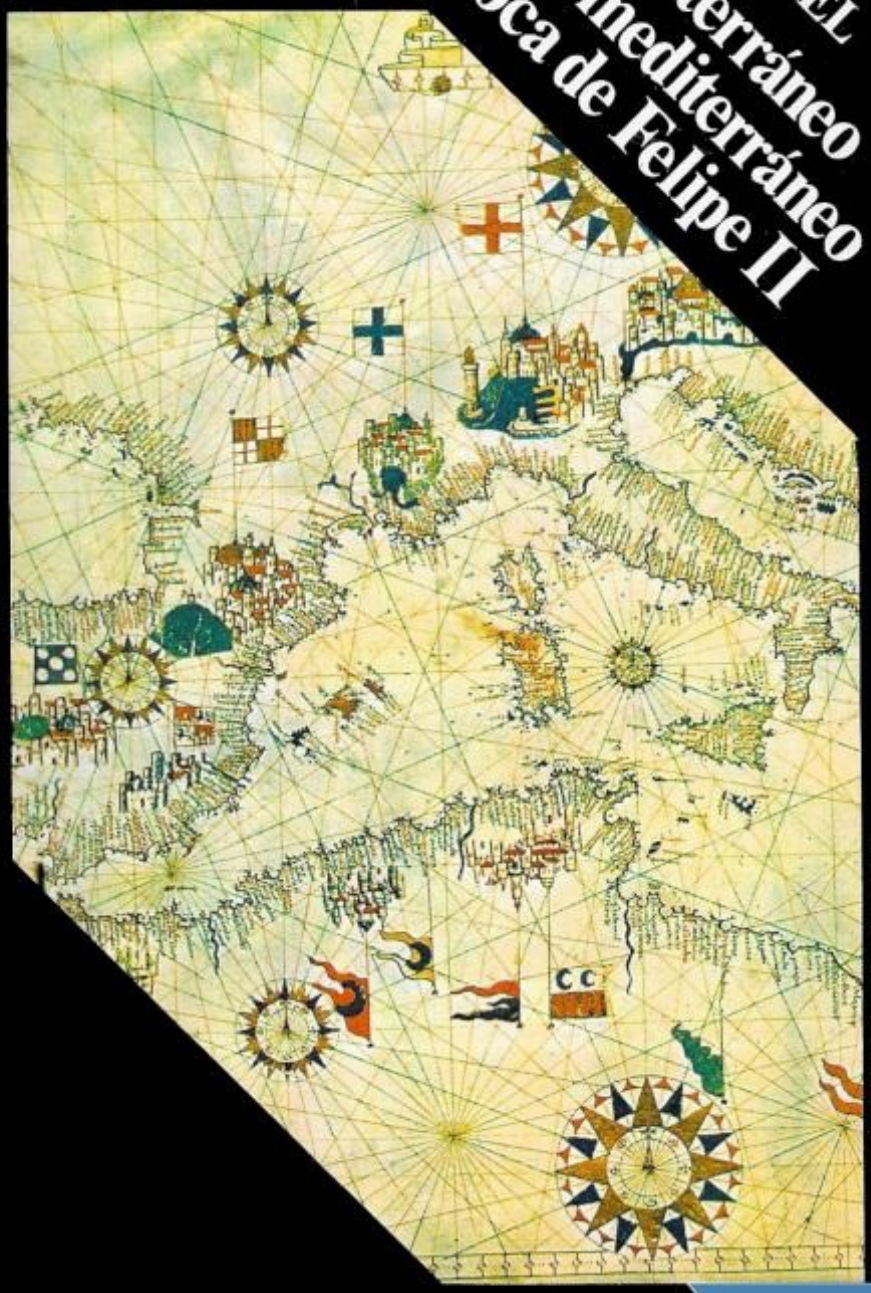
[4] *Op. cit.*, p. 382 y ss. <<

[5] “Il trend economico nello stato di Milano durante i secoli XVI e XVII. Il caso di Pavia”, en *Bollettino della Società Pavese di Storia Patria*, 1950. <<

[6] *Cf.* Jean Viet, *Les méthodes structuralistes dans les sciences sociales*. 1965. <<

Fernand BRAUDEL

El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II



Portulano. Siglo XVI. Museo Naval, Madrid.

Lectulandia